

# Roger Martin du Gard

# Los Thibault



Lectulandia

«Los Thibault» es un monumental retrato del mundo antes del estallido de la primera guerra mundial. Su trazado laberíntico relata la historia de Jacques Thibault, el rebelde hijo de una familia de clase media-alta, con el trasfondo de los destinos más serios de sus parientes. La obra da cuenta detallada de la desesperación del héroe cuando estallan la guerra y el fracaso de su loco intento por detenerla.

**Lectulandia**

Roger Martin du Gard

# **Los Thibault**

ePub r1.0

Titivillus 03.04.16

Título original: *Les Thibault*  
Roger Martin du Gard, 1940  
Traducción: Félix Caballero Robredo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedico  
LOS THIBAULT  
a la fraternal memoria  
de  
PIERRE MARGARITIS  
cuya muerte, en el hospital militar, el  
30 de octubre de 1918, aniquiló la  
poderosa obra que maduraba en su  
atormentado y puro corazón.

R. M. G.

**PRIMERA PARTE**

**EL CUADERNO GRIS**

## I

EN la esquina de la calle de Vaugirard, cuando bordeaban ya las edificaciones de la escuela, el señor Thibault, que durante todo el trayecto no había dirigido la palabra a su hijo, se detuvo bruscamente:

—Esta vez sí que no, Antoine. No, ¡esta vez ya pasa de la raya! —El joven no respondió.

La escuela estaba cerrada. Era domingo y eran las nueve de la noche. Un portero entreabrió el postigo.

—¿Sabe usted dónde está mi hermano? —inquirió Antoine. El conserje abrió los ojos desmesuradamente.

El señor Thibault, impaciente, golpeó el suelo con el pie.

—Vaya a buscar al abate Binot.

El portero precedió a los dos hombres hasta el vestíbulo, sacó una cerilla del bolsillo y encendió un candelabro.

Transcurrieron algunos minutos. El señor Thibault, sofocado, se había dejado caer sobre una silla; volvió a murmurar entre dientes:

—¡Esta vez no y no! Ya lo sabes: ¡esta vez, no!

—Discúlpenos, señor —dijo el abate Binot, que acababa de entrar sin hacer el menor ruido. Era muy bajito y tuvo que empujarse para poner la mano en el hombro de Antoine—. Buenas noches, joven doctor. ¿Qué sucede?

—¿Dónde está mi hermano?

—¿Jacques?

—¡No ha aparecido por casa en todo el día! —exclamó el señor Thibault, que se había levantado de su asiento.

—¿Y adónde había ido? —preguntó el abate, sin demasiada sorpresa.

—¡Aquí, pardiez! ¡A cumplir su castigo!

El padre deslizó las manos por entre la correa que le servía de cinturón:

—Jacques no estaba castigado.

—¿Cómo?

—Jacques no ha aparecido hoy por la escuela.

La cuestión empezaba a complicarse. Antoine no apartaba mirada del rostro de su padre. El señor Thibault se encogió hombros y volvió hacia el sacerdote su cara abotagada, cuyos pesados párpados casi nunca se levantaban:

—Jacques nos dijo ayer que tenía cuatro horas de castigo. Esta mañana ha salido de casa a la hora de siempre. Y luego, según parece, ha vuelto hacia las once, cuando estábamos misa; no ha encontrado más que a la cocinera y ha dicho que no iría a comer porque el castigo era de ocho horas en lugar de cuatro.

—Pura invención —afirmó el sacerdote.

—He tenido que salir a la caída de la tarde —prosiguió señor Thibault— para

llevar un artículo a la *Revue des Deux Mondes*. El director tenía visita y no he vuelto a casa hasta la hora de cenar. Jacques seguía sin aparecer. A las ocho y media, la misma situación. Entonces me he asustado y he mandado a buscar a Antoine que estaba de guardia en el hospital. Y aquí estamos.

El sacerdote se mordía los labios con aire pensativo. El señor Thibault entreabrió las pestañas y pasó la mirada hacia su hijo.

—¿Entonces, Antoine?

—Entonces, padre —repuso el joven—, si se trata de escapatoria premeditada, queda completamente descartada la hipótesis de un accidente.

Su actitud inspiraba tranquilidad. El señor Thibault tomó una silla y se sentó; su espíritu ágil examinaba varias conjeturas, pero la cara, paralizada por la grasa, no dejaba traslucir nada.

—Entonces —repitió—, ¿qué podemos hacer?

Antoine reflexionó.

—Esta noche, nada. Esperar.

Era evidente. Pero la imposibilidad de zanjar inmediatamente aquella cuestión mediante un acto de autoridad y el recuerdo del Congreso de Ciencias Morales que se inauguraba dos días después, y en el que se le había invitado a presidir la sección francesa, hicieron encenderse la frente del señor Thibault con una llamarada de ira. Se puso en pie.

—¡Haré que los gendarmes le busquen por todas partes! —exclamó—. ¿Es que no tenemos policía en Francia? ¿Acaso no se encuentra a los malhechores?

La chaqueta se le abría a ambos lados del vientre; las arrugas del cuello eran atenazadas una y otra vez entre los picos del cuello y tascaba el aire como un caballo que tira de la brida. «¡Ah! granuja —pensó—. ¡Así le pillara un tren de una vez!». Y como un relámpago todo le pareció allanado: su discurso en el Congreso, la vicepresidencia tal vez... Pero, casi al mismo tiempo, le pareció ver al pequeño en un ataúd; luego, en una capilla ardiente, su actitud de padre apesadumbrado y la compasión de todos... Se avergonzó.

¡Pasar toda la noche en esta incertidumbre! —dijo en voz alta—. Es muy duro, señor abate, es muy duro para un padre pasar momentos como éste.

Se dirigía hacia la puerta. El abate se sacó las manos de la cintura.

—Permítame —dijo, bajando los ojos.

El candelabro le iluminaba la frente, semioculta por una franja negra, y el semblante socarrón que iba adelgazando hacia la barbilla hasta el punto de presentar cierta semejanza con un triángulo. En sus mejillas aparecieron dos manchas purpúreas.

—Dudábamos en ponerle al corriente, esta misma noche, acerca de un incidente ocurrido con su hijo, muy reciente, bien es verdad, y bastante lamentable... Pero, al fin y al cabo, consideramos que se pueden descubrir en él algunos indicios... Así es que si dispone usted de un momento...



El acento picardo acentuaba sus vacilaciones. El señor Thibault, sin contestar, volvió a su silla y se sentó pesadamente, con los ojos cerrados.

En el transcurso de estos últimos días —prosiguió el abate— nos hemos visto obligados a apreciar en su hijo faltas de un carácter muy especial..., faltas muy graves... Incluso le amenazamos con la expulsión. Nada más que para asustarle, se entiende. ¿No les ha dicho nada?

—¿Es que no sabe usted hasta dónde llega su hipocresía? ¡Ha estado tan silencioso como de costumbre!

Ese querido niño, a pesar de algunos defectos graves, en el fondo no es malo —rectificó el abate—. Y consideramos que por lo que respecta a esta última ocasión, su pecado se debe a debilidad, a las malas compañías; a la influencia de un compañero peligroso, de los que tantos hay, desgraciadamente, en los liceos del Estado...

El señor Thibault dirigió al sacerdote una mirada cuajada de inquietud.

—He aquí los hechos, señor, por el orden en que se han sucedido: el jueves último... —reflexionó durante un momento y prosiguió en un tono casi alegre—. No, perdón, fue anteayer, viernes, sí, el viernes por la mañana, durante la hora de estudio. Un poco antes del mediodía entramos en la sala, rápidamente según tenemos por costumbre... —guiñó un ojo hacia Antoine—. Damos vuelta a la manija sin que se mueva la puerta y entramos de sopetón.

«Bien; pues al entrar, nuestros ojos cayeron sobre nuestro amigo Jacques, al que con toda intención habíamos colocado enfrente de la puerta. Nos dirigimos a su sitio, corrimos el diccionario y... ¡cogido! Nos apoderamos del volumen sospechoso: una novela traducida del italiano, de un autor cuyo nombre preferimos no recordar: *Las vírgenes de las rocas*».

—¡Es inaudito! —exclamó el señor Thibault.

El aspecto preocupado del muchacho parecía ocultar más: ya estamos acostumbrados. Se acercaba la hora de la comida. Cuando tocó la campana, rogamos al pasante que condujera a los niños al refectorio, y una vez que nos quedamos solos abrimos el pupitre de Jacques: otros dos libros: *Las lesiones*, de Jean Jacques Rousseau, y lo que es aún más vergonzoso, perdone usted que me exprese así, una innoble novela de Zola: *El pecado del abate Mauret*.

—¡Ah, el granuja!

—Ya íbamos a cerrar el pupitre, cuando se nos ocurrió pasar la mano por detrás de la hilera de los libros de clase; encontramos un cuaderno de tela gris que a primera vista, hemos de decirlo, no tenía ninguna apariencia de clandestinidad. Lo abrimos y recorrimos las primeras páginas... —El abate miró a los dos hombres con sus ojillos vivos y desprovistos de dulzura—. Ya estábamos enterados. Inmediatamente pusimos nuestro botín en lugar seguro y durante el recreo del mediodía pudimos inventariarlo con detenimiento. Los libros, cuidadosamente encuadernados, tenían en el lomo, en la parte de abajo, una inicial: F. Por lo que respecta al cuaderno gris, la pieza principal, la pieza de convicción, era una especie de cuaderno de correspondencia; dos

escrituras muy diferentes: la de Jacques, con su firma: J; y otra que nosotros no conocíamos, cuya firma era una D mayúscula —hizo una pausa y bajó la voz—: El tono, el contenido de las cartas no dejaban, desgraciadamente, ningún a dudas acerca de la naturaleza de esta amistad. Hasta el extremo, señor, de que a primera vista llegamos a creer que aquella letra firme y picuda pertenecía a una joven o, mejor dicho, a una mujer... Finalmente, analizando los textos, hemos comprendido que esta letra desconocida era la de un condiscípulo de Jacques, no de un alumno de nuestra casa, gracias a Dios, sino de un muchacho que Jacques había conocido indudablemente en el liceo. Con objeto de confirmar nuestra hipótesis, aquel mismo día fuimos a ver al censor. Ese buen señor Quillard —agregó, volviéndose hacia Antoine— es un hombre flexible y que tiene la triste experiencia de los internados. La identificación fue inmediata. El muchacho acusado, que firmaba con una D, es un alumno de tercero, un compañero de Jacques y se llama Fontanin, Daniel de Fontanin.

—¡Fontanin! ¡Naturalmente! —exclamó Antoine—. ¿Te acuerdas, padre, de esos que viven en Maisons-Laffitte durante el verano, cerca del bosque? Efectivamente, al volver a casa por la noche este invierno, he sorprendido algunas veces a Jacques leyendo libros de versos que le había prestado ese Fontanin.

—¿Cómo? ¿Libros prestados? ¡Hubieras debido advertírmelo!

—No creí que fuera demasiado peligroso —replicó Antoine, mirando al abate como para enfrentarse con él; y, de repente, una sonrisa juvenil que pasó como un relámpago, iluminó su rostro meditabundo—: Víctor Hugo —explicó—, Lamartine. Le confiscaba la lámpara para obligarle a dormirse.

El abate se mordió los labios. Tomó su desquite:

Pero hay algo mucho más grave: ese Fontanin es protestante.

—¡Lo que faltaba! —exclamó el señor Thibault, anonadado.

—Bastante buen alumno, por otra parte —prosiguió inmediatamente el abate con objeto de hacer resaltar su ecuanimidad—. El señor Quillard nos dijo: «Se trata de un muchacho muy formal en apariencia; ¡bien nos ha engañado! La madre tiene también una apariencia perfectamente respetable».

—¡Sí, sí, la madre...! —interrumpió el señor Thibault—. Personas inaceptables a pesar de sus aires de dignidad.

—Al fin y al cabo —insinuó el abate—, demasiado sabemos todos lo que oculta la rigidez de los protestantes.

—El padre, por lo menos, es un sinvergüenza... En Maisons nadie se trata con ellos; apenas si se les saluda. ¡Tu hermano puede enorgullecerse de saber elegir sus amistades!

—De todas formas —prosiguió el abate—, hemos vuelto del liceo perfectamente informados. Y nos disponíamos a incoar un expediente en toda regla cuando, ayer sábado, y apenas acababa de comenzar la hora de estudio de por la mañana, el amigo Jacquot<sup>[1]</sup> hizo irrupción en nuestro despacho. Irrupción en todo el sentido de la

palabra. Estaba completamente lívido y apretaba los dientes. Desde la misma puerta, sin siquiera dar los buenos días, gritó: «¡Me han robado mis libros, me han robado mis papeles!». Tratamos de hacerle comprender que entrar de aquella forma era una falta de educación, pero no escuchaba nada. Sus ojos, tan claros de por sí, estaban oscurecidos por la ira: «¡Ha sido usted quien me ha robado mi cuadernos!», gritaba, «¡Ha sido usted!». Incluso llegó a decirnos —añadió el abate con una sonrisa necia—: «¡Si se ha atrevido a leer mi cuaderno me mataré!». Tratamos de atraérselo con dulzura. Ni siquiera nos dejó hablar: «¿Dónde está mi cuaderno? ¡Devuélvame! ¡Lo romperé todo hasta que me lo devuelvan!». Y antes de que pudiéramos impedirselo, cogió de encima de nuestra mesa un pisapapeles de cristal; ¿usted lo recuerda, Antoine?: era un recuerdo que unos antiguos alumnos nos habían traído de Puy-de-Dôme, y lo lanzó con todas sus fuerzas contra el mármol de la chimenea. No, no tiene importancia —se apresuró a decir en contestación a un gesto de confusión del señor Thibault—, le damos a conocer este detalle simplemente para que pueda comprender en qué grado de exaltación se encontraba ese querido niño. A continuación se dejó caer en el suelo, a punto de sufrir una verdadera crisis nerviosa. Pudimos dominarle y llevarle hasta una celda de recitación contigua a nuestro despacho, dejándole allí encerrado bajo llave.

—¡Oh! —exclamó el señor Thibault elevando los brazos al cielo—. Hay algunos días que está como poseído. Pregúntele a Antoine: ha habido veces que por una simple contrariedad le hemos visto acometido de tales accesos de furor, que no habido más remedio que ceder; se pone morado, se le hinchan las venas del cuello, ¡parece que va a ahogarse de rabia!

En cuanto a eso —observó Antoine—, todos los Thibault son violentos.

Parecía lamentarlo tan sumamente poco que el abate se creyó obligado a sonreír cortésmente.

Cuando fuimos a soltarle, una hora después —prosiguió—, estaba sentado delante de la mesa, con la cabeza entre las manos. Nos lanzó una mirada terrible; tenía los ojos completamente secos. Le invitamos a que nos presentara sus excusas y no contestó. Nos siguió con docilidad a nuestro despacho, despeinado y con los ojos bajos. Le hicimos que recogiera los restos del desgraciado pisapapeles, pero sin conseguir que despegara los labios. Entonces le llevamos a la capilla y creímos obrar acertadamente dejándole allí, a solas con Dios, durante una hora larga. Después fuimos a arrodillarnos a su lado. En aquel momento nos pareció que tal vez hubiera llorado, pero la capilla estaba demasiado oscura y no nos atrevemos a asegurarlo. Rezamos a media voz algunas oraciones y después le amonestamos; tratamos de hacerle comprender la pena de su padre cuando supiera que la pureza de su querido hijo había sido comprometida por un mal compañero. Se cruzó de brazos, manteniendo la cabeza levantada, con la mirada fija en el altar, como si no nos escuchara. Viendo que esta obstinación se prolongaba le ordenamos que volviera a la sala de estudio. Permaneció allí todo el resto de la tarde, sentado en su sitio, con los

brazos cruzados y sin abrir un libro. Esto no quisimos advertirlo. A las siete de la tarde se marchó como de costumbre, aunque sin venir a saludarnos.

«He aquí toda la historia, señor —terminó el abate, con una mirada de satisfacción—. Para informarle debidamente aguardábamos a conocer la sanción impuesta por el censor a ese desdichado individuo que se llama Fontanin: la expulsión pura y simple, indudablemente. Ahora bien, al ver su inquietud de esta noche...».

—Señor abate —interrumpió el señor Thibault, jadeante como si acabara de darse una carrera—, creo innecesario decirle hasta qué punto me encuentro aterrado. ¡Cuando pienso en todo lo que unos instintos semejantes pueden reservarnos todavía...! Estoy aterrado —repitió con voz pensativa, casi inaudible; permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada hacia delante y las manos sobre las rodillas. Si no hubiese sido por un temblor apenas visible que agitaba su labio inferior bajo el bigote gris y la perilla blanca, los párpados caídos hubieran dado la sensación de que dormía.

«¡El granuja!» —gritó de repente, adelantando la mandíbula; la mirada incisiva que en aquel momento brilló entre sus pestañas denotaba bien a las claras la equivocación de aquel que pudiera haber creído en su inercia aparente. Cerró de nuevo los ojos y se volvió hacia Antoine. El joven no respondió de momento, se acariciaba la barba con la mano y tenía la vista fija en el suelo.

—Voy a pasarme por el hospital para que mañana no cuenten conmigo —dijo Antoine—. Y a primera hora de la mañana iré a interrogar a ese Fontanin.

—¿A primera hora de la mañana? —repitió el señor Thibault maquinalmente—. Y, entretanto, ¡una noche de incertidumbre! —suspiró, dirigiéndose hacia la puerta.

El abate le siguió. En el umbral aquel hombre corpulento tendió al sacerdote su mano flácida:

—Estoy verdaderamente aterrado —volvió a suspirar, sin abrir los ojos.

—Nosotros vamos a rogar a Dios para que nos ayude a todos —replicó cortésmente el abate Binot.

El padre y el hijo anduvieron varios pasos en silencio. La calle estaba desierta. El viento se había calmado y hacía buena noche. Corrían los primeros días de mayo.

El señor Thibault pensaba en el fugitivo: «Por lo menos no tendrá frío si está en la calle». La emoción le aflojaba las piernas. Se detuvo y se volvió hacia su hijo. La actitud de Antoine le inspiraba confianza. Quería mucho a su hijo mayor, estaba orgulloso de él; esta noche le quería aún más porque su animosidad contra el pequeño había aumentado. No se trataba de que fuese incapaz de querer a Jacques; hubiera sido bastante que el pequeño provocara en él alguna sensación de orgullo para despertar su ternura, pero las extravagancias y las faltas de Jacques le alcanzaban siempre en el punto más sensible: en su amor propio.

—¡Con tal de que esto no produzca demasiado escándalo! —rezongó. Se acercó a

Antoine y su voz cambió—: Estoy contento de que hayas podido dejar la guardia esta noche —dijo.

Estaba avergonzado por el sentimiento que acababa de expresar. El joven, aún más embarazado que su padre, no contestó.

—Antoine... Estoy muy contento de tenerte junto a mí esta noche, hijo mío —murmuró el señor Thibault, cogiendo a hijo del brazo, tal vez por primera vez.

## II

AQUEL mismo domingo, al volver a su casa al mediodía, la señora de Fontanin había encontrado en el vestíbulo una nota de su hijo.

—Daniel dice que ha sido invitado a comer en casa de los Bertier —le dijo a Jenny—. ¿No estabas tú en casa cuando ha vuelto?

—¿Daniel? —Se había puesto a gatas para atrapar a su perrita que se había agazapado debajo de un sillón. No terminaba de incorporarse—. No —dijo por fin—, no le he visto.

Cogió a *Puce* en brazos y se dirigió hacia su habitación dando saltitos y cubriendo al animal de caricias.

Volvió a la hora de comer:

—Me duele la cabeza. No tengo hambre. Me gustaría echarme en la oscuridad.

La señora de Fontanin la acostó y corrió las cortinas. Jenny se arrebujó bajo las mantas. Imposible dormir. Pasaron las horas. En el transcurso de la jornada la señora de Fontanin vino varias veces a apoyar su fresca mano sobre la frente de la niña. A la caída de la tarde, desfallecida de ternura y de ansiedad, la pequeña se apoderó de aquella mano y la besó, sin poder contener las lágrimas.

—Estás nerviosa, cariñito... Debes tener algo de fiebre.

Dieron las siete; luego, las ocho. La señora de Fontanin esperaba a su hijo para sentarse a la mesa. Daniel nunca faltaba a una comida sin avisar y, sobre todo, nunca hubiera dejado que su madre y su hermana cenaran solas un domingo. La señora de Fontanin se acodó en el balcón. La tarde era agradable. Escasos transeúntes seguían la avenida del Observatorio. Las sombras se espesaban entre las copas de los árboles. A la luz de los faroles le pareció algunas veces que reconocía a Daniel por su forma de andar. El tambor redoblaba en el jardín del Luxemburgo. Cerraron las verjas. Había llegado la noche.

Se puso el sombrero y corrió a casa de los Bertier: estaban en el campo desde la víspera. ¡Daniel había mentido!

La señora de Fontanin estaba acostumbrada a estas mentiras; pero de Daniel, de su Daniel ¡era la primera mentira! ¿Ya, a los catorce años?

Jenny no dormía; acechaba todos los ruidos; llamó a su madre:

—¿Daniel?

—Está acostado. Ha creído que estabas durmiendo y no ha querido despertarte. —Su voz era completamente natural. ¿Para qué asustar a la niña?

Ya era tarde. La señora de Fontanin se instaló en un sillón, después de haber entreabierto la puerta del pasillo con objeto de oír al muchacho cuando volviera.

Pasó toda la noche y llegó el día.

Hacia las siete de la mañana, la perrita se incorporó gruñendo. Habían llamado. La señora de Fontanin se lanzó al vestíbulo; quería ser ella misma quien abriera. Pero

era un hombre joven y con barba, a quien no conocía... ¿Un accidente?

Antoine se presentó; deseaba ver a Daniel antes de que éste marchara al liceo.

—Es que, precisamente..., mi hijo no está visible esta mañana.

Antoine hizo un gesto de extrañeza:

—Perdóneme si insisto, señora... Mi hermano, que es muy amigo de su hijo, ha desaparecido ayer y estamos verdaderamente inquietos.

—¿Desaparecido? —Su mano se crispó sobre la blanca mantilla que cubría sus cabellos. Abrió la puerta del salón; Antoine la siguió.

—Tampoco Daniel ha vuelto anoche a casa, señor. Y también yo estoy inquieta. —Había bajado la cabeza, pero la levantó casi al mismo tiempo—. Tanto más cuanto que mi marido se encuentra en estos momentos ausente de París —añadió.

La fisonomía de esta mujer respiraba una sencillez y una franqueza tales, que Antoine nunca las había encontrado hasta entonces. Sorprendida de esta forma, después de una noche en vela y en todo el apogeo de su angustia, ofrecía a la mirada del joven un rostro desnudo en el que los sentimientos se sucedían como tonos puros. Se miraron durante algunos segundos sin llegar a verse. Ambos estaban sumidos en sus pensamientos.

Antoine había saltado de la cama con espíritu policiaco. No tomaba por lo trágico la escapatoria de Jacques y solamente le empujaba la curiosidad: venía a interrogar «al otro», al pequeño cómplice. Pero he aquí que el asunto se complicaba una vez más, lo que no dejaba de causarle cierta complacencia. Al verse sorprendido de esta forma por los acontecimientos, se ensombreció su mirada, y la mandíbula, la fuerte mandíbula de los Thibault se tensaba bajo la barba cuadrada.

—¿A qué hora salió su hijo en la mañana de ayer? —preguntó.

—Muy temprano. Pero volvió un poco más tarde...

—¡Ah! ¿Entre las diez y media y las once?

—Aproximadamente.

—¡Como Jacques! Se han marchado juntos —concluyó en un tono tajante, casi alegre.

Pero en aquel momento cedió la puerta, que había quedado entreabierta, y un cuerpo infantil en camisón vino a caer sobre la alfombra. La señora de Fontanin dejó escapar un grito. Antoine ya había levantado a la niña desvanecida y la sostenía en sus brazos; guiado por la señora de Fontanin la llevó hasta su habitación y la dejó sobre la cama.

—Permítame, señora; soy médico. Agua fresca. ¿Tiene usted éter?

Jenny no tardó en volver en sí. Su madre le sonreía pero los ojos de la muchacha seguían fríos.

—Ya ha pasado —dijo Antoine—. Ahora hay que conseguir que se duerma.

—Ya oyes, cariño —murmuró la señora de Fontanin. Su mano, que estaba posada sobre la frente sudorosa de la niña, se deslizó hasta los párpados, manteniéndolos cerrados.

Estaban de pie, uno a cada lado de la cama y completamente inmóviles. El éter volatilizado perfumaba la atmósfera de la habitación. La mirada de Antoine, fija al principio sobre aquella mano delicada y el brazo tendido, examinó discretamente a la señora de Fontanin. Se le había caído el encaje con que se cubriera la cabeza; el cabello era rubio pero entremezclado ya de algunos mechones grises; tendría unos cuarenta años, aunque sus ademanes y la vivacidad de su expresión parecían más bien los de una mujer joven.

Jenny pareció dormirse. La mano posada sobre los ojos de niña se retiró con alada ligereza. Salieron de la habitación andando de puntillas y dejando las puertas entornadas. La señora de Fontanin iba delante; se volvió:

—Gracias —dijo, tendiéndole ambas manos. Su gesto fue tan espontáneo, tan masculino, que Antoine cogió aquellas manos y las estrechó, sin atreverse a llevárselas a los labios.

—Esta pequeña es muy nerviosa —explicó la señora de Fontanin—. Habrá oído ladrar a *Puce* y, creyendo que sería su hermano, habrá venido corriendo. No se encuentra bien desde ayer mañana. Ha estado toda la noche con fiebre.

Se sentaron. La señora de Fontanin se sacó del corpiño la nota garrapateada la víspera por su hijo y la entregó a Antoine. Le contempló mientras leía. En sus relaciones con los seres siempre se dejaba llevar de su instinto, y desde los primeros momentos había sentido confianza hacia Antoine. «Con esa frente —pensó—, un hombre es incapaz de cometer una bajeza». Antoine se peinaba con tupé y una barba bastante espesa cubría sus mejillas, de manera que entre aquellas dos masas oscuras, de un rubio casi castaño, los ojos hundidos y el rectángulo blanco de la frente formaban casi todo el rostro. Volvió a doblar la carta y la devolvió a la señora de Fontanin. Parecía reflexionar acerca de lo que acababa de leer; en realidad buscaba la forma de decir ciertas cosas:

—Para mí —insinuó—, creo que hay que establecer una relación entre su fuga y el hecho de que su amistad..., sus relaciones... acababan de ser descubiertas por sus profesores.

—¿Descubiertas?

—Exactamente. Acababan de encontrar su correspondencia en un cuaderno especial.

—¿Su correspondencia?

—Se escribían durante las clases. Y unas cartas de un tono muy particular, por lo que parece.

Dejó de mirarla y agregó:

—Hasta el extremo de que los dos culpables habían sido amenazados con la expulsión.

—¿Culpables? Le confieso que no comprendo... ¿Culpables de qué? ¿De escribirse?

—Según parece el tono de las cartas era muy...



—¿El tono de las cartas? —No lo comprendía, pero tenía demasiada sensibilidad para no haberse dado cuenta del creciente embarazo de Antoine y, de repente, sacudió la cabeza:

—Todo esto está fuera de lugar, señor —declaró con voz alterada, un poco temblorosa. Pareció como si entre ambos se hubiera hecho el vacío repentinamente. La dama se levantó:

«Que su hermano y mi hijo hayan combinado juntos una escapatoria, es posible; aunque Daniel no haya pronunciado nunca delante de mí ese nombre de...».

—Thibault.

—¿Thibault? —repitió sorprendida, sin acabar la frase—. Es extraño, mi hija ha mencionado ese nombre esta noche, durante una pesadilla, con toda claridad.

—Tal vez haya oído a su hermano hablar de su amigo.

—No, ya le digo que Daniel nunca...

—¿Cómo puede haberlo sabido?

—¡Oh! Son tan frecuentes estos fenómenos ocultos...

—¿Qué fenómenos?

Ella ya estaba de pie; su fisonomía era seria y distraída:

—La transmisión del pensamiento.

La explicación, el acento, eran tan nuevos para él que Antoine la miró con curiosidad. El rostro de la señora de Fontanin no solamente estaba grave, sino incluso iluminado; en sus labios florecía la sonrisa del creyente que está acostumbrado a desafiar el escepticismo del prójimo en estas materias.

Se produjo un silencio. A Antoine se le acababa de ocurrir una idea y sintió despertar de nuevo su instinto policiaco:

—Permítame, señora. Me dice usted que su hija ha pronunciado el nombre de mi hermano y que durante todo el día de ayer tuvo una fiebre inexplicable. ¿No será que haya recibido alguna confidencia de su hermano?

—Esa suposición caería por su propio peso, señor —contestó la señora de Fontanin con expresión indulgente—, si conociese usted a mis hijos y su comportamiento conmigo. Nunca me han ocultado nada, ni uno ni otra... —Se calló súbitamente; se sintió herida al recordar el mentís que daba a sus palabras la conducta de Daniel—. Por otra parte —prosiguió inmediatamente, con cierto orgullo y adelantándose hacia la puerta—, si Jenny no está dormida, puede usted preguntarla.

La chiquilla estaba con los ojos abiertos. Su rostro delicado se destacaba sobre la almohada; en sus pómulos se reflejaba la fiebre. Tenía entre sus brazos a la perrita, cuyo hociquillo negro sobresalía graciosamente del borde de las sábanas.

—Jenny: es el señor Thibault; hermano de un amigo de Daniel.

La niña lanzó sobre el extraño una mirada ávida, pero desconfiada.

Antoine, acercándose a la cama, había tomado la muñeca de la niña y sacaba el reloj.

—Todavía es demasiado rápido —declaró. La auscultó. En estos gestos profesionales ponía una intencionada gravedad.

—¿Qué edad tiene?

—Trece años casi.

—¿De verdad? No lo parece. En principio conviene vigilar estos estados febriles. Sin preocuparse, por otra parte —añadió sonriente, mirando a la pequeña. Luego, apartándose de la cama, agregó en otro tono—: ¿Conoce usted a mi hermano, señorita? ¿A Jacques Thibault?

La joven frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—¿De verdad? ¿Su hermano no le habla nunca de su mejor amigo? —insistió.

—Nunca.

—Sin embargo —observó la señora de Fontanin—, recuerda que esta noche, cuando te he despertado, estabas soñando que perseguían por una carretera a Daniel y a su amigo Thibault. Has dicho Thibault con toda claridad.

La niña pareció reflexionar. Por último dijo:

—No conocía ese nombre.

—Señorita —dijo Antoine después de un corto silencio—, venía a preguntar a su mamá un detalle que ella no recuerda y que es indispensable para encontrar a su hermano: ¿cómo iba vestido?

—No lo sé.

—¿Entonces no le ha visto ayer por la mañana?

—Sí. A la hora del desayuno; pero todavía no se había vestido. —Se volvió hacia su madre—. Además no tienes sino que mirar en su armario qué ropa es la que falta.

—Otra cosa, señorita, que tiene mucha importancia: ¿Fue a las nueve, a las diez o a las once cuando vino su hermano a dejar la carta? Su mamá no estaba aquí y no puede precisarlo.

—No lo sé.

Creyó distinguir cierta irritación en el tono de Jenny.

—Entonces nos va a costar mucho trabajo encontrar su pista —observó con gesto de desaliento.

—¡Espere! —dijo la muchacha, levantando el brazo para detenerle—. Fue exactamente a las once menos diez.

—¿Exactamente? ¿Está usted segura?

—Sí.

—¿Miró el reloj mientras estaba con usted?

—No. Pero a esa hora fui a la cocina a buscar miga de pan para dibujar; por consiguiente, si hubiera venido antes o después yo habría oído la puerta e ido a mirar.

—Perfectamente. —Antoine reflexionó un momento: ¿para qué cansarla más? Se había equivocado y la pequeña no sabía nada—. Ahora —continuó, recobrando su actitud de médico—, lo que hace falta es seguir bien abrigada, cerrar los ojos y a dormir.

Cubrió con la colcha el brazo desnudo y sonrió:

—Un buen sueño y cuando se despierte estará curada y su hermano habrá vuelto.

La chiquilla le dirigió una mirada. Nunca pudo olvidar lo que leyó en aquella mirada: una indiferencia tan absoluta por sus palabras de aliento, una vida interior tan intensa ya, una angustia tal en su desamparo, que a su pesar se sintió turbado y hubo de bajar los ojos.

—Tiene usted razón, señora —dijo cuando hubieron vuelto al salón—. Esta niña es la inocencia personificada. Sufre atrocemente, pero no sabe nada.

—Es la inocencia personificada —repitió la señora de Fontanin, pensativa—, pero sí sabe.

—¿Que sabe?

—Sí.

—¿Cómo? Sus contestaciones, por el contrario...

—Sí, sus contestaciones... —repuso ella con lentitud—. Pero yo estaba a su lado...; he notado... No sé cómo explicarlo... —Se sentó y volvió a levantarse casi al mismo tiempo. Su rostro denotaba una gran lucha—. Algo sabe, algo sabe, ¡sí, ahora estoy segura! —exclamó de repente—. Y siento también que se dejaría morir antes que dejar escapar su secreto.

Cuando se hubo marchado Antoine, antes de ir a preguntar al señor Quillard, el censor del liceo, según había aconsejado el joven, la señora de Fontanin cedió a su curiosidad y abrió el *Tout-Paris*:

—THIBAULT (Oscar-Marie).—Caballero de la Legión de Honor.—*Ex diputado por Eure.*—*Vicepresidente de la Liga moral de Puericultura.*—*Fundador y director de la Obra de Preservación Social.*—*Tesorero del Sindicato de obras católicas de la Diócesis de París.*—4 bis, calle de la Universidad (VII<sup>o</sup> dist.).

### III

Dos horas más tarde, después de su visita al despacho del censor, del cual hubo de escapar sin contestar y con el rostro encendido, la señora de Fontanin, no sabiendo a quien pedir apoyo, pensó en acudir al señor Thibault, si bien un secreto instinto la aconsejaba abstenerse. No obstante lo pasó por alto, como hacía algunas veces, llevada por una afición al riesgo y de un espíritu decidido que ella confundía con el valor.

En casa de los Thibault se celebraba un verdadero consejo de familia. El abate Binot había acudido muy temprano a la calle de la Universidad, llegando muy poco antes que el abate Vécard, secretario particular de monseñor el obispo de París, director espiritual del señor Thibault y amigo íntimo de la casa, que acababa de ser avisado por teléfono.

El señor Thibault, sentado delante de su mesa de despacho parecía presidir un tribunal. Había dormido mal y su color albuminoso parecía más blanquecino que de costumbre. El señor Chasle, su secretario, un enano de pelo canoso y con gafas, había tomado asiento a su izquierda. Antoine, con expresión meditabunda, se había quedado de pie, apoyado en la biblioteca. Hasta la señorita había sido convocada, a pesar de ser la hora de las faenas domésticas; con los hombros cubiertos por una toquilla de lana negra, atenta y silenciosa, permanecía sentada en el borde de la silla; sus mechones grises se adaptaban a la frente amarillenta y sus ojos de gacela iban sin cesar de uno a otro de los sacerdotes. Estos habían sido instalados a ambos lados de la chimenea en sendos sillones de alto respaldo.

Después de haber expuesto el resultado de las investigaciones de Antoine, el señor Thibault se condolía de la situación. Se recreaba con la aprobación de su auditorio y las palabras que empleaba para pintar su inquietud le conmovían el corazón. Sin embargo, la presencia de su confesor le inclinaba a reflexionar sobre su examen de conciencia: ¿había cumplido todas sus obligaciones paternas con respecto al desdichado niño? No sabía qué contestar. Su pensamiento se desvió: ¡sin aquel pequeño hereje nada habría ocurrido!

—¡Los pillos como ese Fontanin tendrían que estar reclusos en casas especiales! —rugió, levantándose de su asiento—. ¿Se puede permitir que nuestros hijos estén expuestos a este contagio? —Con las manos en la espalda, los párpados caídos, iba y venía detrás de su mesa. El recuerdo del Congreso al que había tenido que faltar, aunque no hablara de ello, aumentaba su despecho—. ¡Hace más de veinte años que me dedico a estos problemas de la criminalidad infantil! ¡Veinte años que lucho contra ella con ligas de preservación, con folletos, con comunicaciones a todos los congresos! ¡Y todavía más! —prosiguió, volviéndose hacia los sacerdotes—. ¿Acaso no he creado en mi reformatorio de Crouy un pabellón especial, en el que los niños viciosos pertenecientes a una clase social distinta de la de nuestros pupilos, están

sometidos a una atención especial? ¡Pues bien, he de decir algo increíble: ese pabellón siempre está vacío! ¿He de obligar yo mismo a los padres a que encierren en él a sus hijos? ¡Ya he hecho todo lo posible por interesar a la Instrucción Pública en nuestra iniciativa! Pero —acabó, encogiéndose de hombros y cayendo pesadamente en su sillón—, ¿se preocupan de la higiene social esos señores de la escuela sin Dios?

En aquel momento la doncella le pasó una tarjeta de visita.

—¿Ella aquí? —dijo, volviéndose hacia su hijo—. ¿Qué es lo que quiere? —preguntó a la doncella y, sin esperar contestación, añadió—: Vé a ver, Antoine.

—No puedes excusarte de recibirla —replicó Antoine, después de haber echado una ojeada sobre la tarjeta.

El señor Thibault estuvo a punto de dejarse llevar por la irritación, pero se dominó inmediatamente y se dirigió a los dos sacerdotes.

—¿La señora de Fontanin! ¿Qué les parece que haga? ¿No hay que tener siempre consideración con una mujer, sea lo que sea? ¡Y ésta, al fin y al cabo, es madre!

—¿Cómo, madre? —balbució el señor Chasle, pero en una voz tan baja que parecía hablar para sí mismo.

El señor Thibault decidió:

—Que pase esa señora.

Y cuando la doncella hubo introducido a la visitante, se levantó y se inclinó ceremoniosamente.

La señora de Fontanin no esperaba encontrar a tanta gente.

En el mismo umbral tuvo una vacilación imperceptible y luego dio un paso hacia la señorita; ésta había saltado de su silla y contemplaba a la protestante con unos ojos despavoridos, que habían perdido toda su languidez; ya no parecía una gacela, sino más bien una gallina clueca.

—¿La señora de Thibault, supongo? —murmuró la señora de Fontanin.

—No, señora —se apresuró a decir Antoine—. La señorita Waize, que vive con nosotros desde hace catorce años, desde la muerte de mi madre, y que nos ha educado a mi hermano y a mí.

El señor Thibault presentó a los hombres.

—Perdóneme que le moleste, señor —dijo la señora de Fontanin, incomodada por las miradas que se clavaban en ella, pero sin perder su aplomo—. Venía a saber si desde esta mañana... Estamos afectados por la misma desgracia, señor, y he pensado que lo mejor sería... ayudarnos mutuamente. ¿No es así? —añadió con una sonrisa triste y afectuosa. Pero su mirada sincera, que buscaba la del señor Thibault, no encontró sino una máscara imperturbable.

Entonces buscó con la vista a Antoine, y a pesar del vacío sensible surgido entre ellos al final de su conversación, su instinto la impulsó hacia aquel rostro sombrío y leal. También el joven, entrar la dama, sintió como si entre ellos existiera una especie de alianza. Se acercó a ella y dijo:

—¿Y nuestra enfermita, señora, cómo se encuentra?

El señor Thibault le cortó la palabra. Su febrilidad solamente se traicionaba por los gestos convulsivos de su cabeza para libertar la barbilla. Se volvió hacia la señora de Fontanin y comenzó a hablar en un tono adecuado a las circunstancias:

—¿Tengo necesidad de decirle, señora, que nadie mejor yo puede comprender su inquietud? Como estaba diciendo a estos señores, no puedo pensar en esos pobres niños sin que se me encoja el corazón. No obstante, señora, no vacilo en decir: ¿es aconsejable una acción conjunta? Indudablemente hay que hacer algo; hay que encontrarlos. Ahora bien, ¿no sería preferible que nuestras pesquisas se hicieran por separado? Quiero decir, ¿no hemos de temer ante todo las indiscreciones de los periodistas? No se sorprenda usted si empleo el lenguaje de un hombre a quien su posición le obliga a tomar ciertas precauciones con respecto a la prensa y con respecto a la opinión pública... ¿Por mí? ¡No, indudablemente! A Dios gracias, yo me encuentro muy por encima de las insidias del otro partido. Pero ¿no tratarán de alcanzar a través de mi persona, a través de mi nombre, a las obras que yo represento? Y por otra parte, pienso en mi hijo. ¿No debo evitar, cueste lo que cueste, que en una aventura tan delicada se pronuncie otro nombre junto al nuestro? ¿No es mi deber primordial evitar que algún día le puedan echar en cara ciertas relaciones — completamente accidentales, ya lo sé—, pero de un carácter, pudiéramos decir, sumamente... perjudicial?

Dirigiéndose al abate Vécard y entreabriendo un segundo los párpados, concluyó:

—¿No son ustedes de mi opinión, señores?

La señora de Fontanin se había puesto pálida. Miró, uno detrás de otro, a los sacerdotes, a la señorita, a Antoine, y se encontró con unos rostros impasibles.

Exclamó:

—¡Oh, señor, ya veo que...! —Sintió que se le cerraba la garganta, pero haciendo un esfuerzo prosiguió—. Ya veo que las sospechas del señor Quillard... —Se interrumpió de nuevo—. Ese señor Quillard es un pobre hombre, ¡sí, un pobre hombre! —terminó con una sonrisa amarga.

La cara del señor Thibault permaneció impenetrable, pero su mano gordinflona se alzó hacia el abate Binot, como para tomarle por testigo y concederle la palabra. El abate se lanzó a la lucha con la alegría de un perrillo batallador.

—Nos permitimos hacerle presente, señora, que usted rechaza las desagradables imputaciones del señor Quillard, sin conocer siquiera las pruebas que pesan sobre su señor hijo.

La señora de Fontanin, después de haber mirado de arriba abajo al abate Binot, cediendo como siempre a su instinto en cuanto a las personas se había vuelto hacia el abate Vécard. La mirada de éste era de una suavidad perfecta. Su rostro somnoliento, que parecía más alargado a causa del escaso cabello cortado a cepillo que rodeaba su calva, acusaba su medio siglo. Sensible al mudo llamamiento de la hereje, se apresuró a intervenir:

—Señora, todos nosotros comprendemos cuán dolorosa es para usted esta

entrevista. La confianza que usted tiene en su hijo es sumamente conmovedora. Infinitamente respetable... —añadió y se llevó el índice a los labios con un gesto maquinal, sin dejar de hablar—. Sin embargo, señora, los hechos, desgraciadamente...

—Los hechos —prosiguió el abate Binot con más unción, como si su colega le hubiera dado el *la*—, es necesario decirlo, señora: los hechos son contundentes.

—Por favor, señor —murmuró la señora de Fontanin, volviéndose.

Pero el abate no podía contenerse:

—Por otra parte, aquí tiene usted la prueba del delito —insistió, dejando caer el sombrero y sacando del cinturón un cuaderno gris, con trazos encarnados—. Límitese a echarle una ojeada a esto, señora; por muy cruel que sea quitarle las ilusiones, creemos que es necesario y que quedará usted convencida.

Había dado dos pasos hacia ella, para obligarla a coger el cuaderno. Pero la señora de Fontanin se levantó:

—No leeré ni un solo renglón, señores. ¡Descubrir los secretos de este niño en público y contra su voluntad, sin que pueda siquiera explicarse! No le he acostumbrado a que se le trate así.

El abate Binot seguía de pie, con el brazo extendido y una sonrisa de humillación en sus labios delgados.

—No insistimos —dijo por fin, con entonación irónica. Dejó el cuaderno sobre la mesa, recogió su sombrero y volvió a sentarse. Antoine sintió tentaciones de cogerle por los hombros y echarle de la habitación. Su mirada, que traicionaba su antipatía, se cruzó durante un instante con la del abate Vécard.

No obstante, la señora de Fontanin había cambiado de actitud; en su frente levantada había una expresión de desafío. Se adelantó hacia el señor Thibault, que no había abandonado su sillón:

—Todo esto está fuera de lugar, señor. Solamente he venido a preguntarle qué era lo que usted pensaba hacer. Mi marido, no está en París en este momento y me encuentro sola para tomar estas decisiones... Deseaba decirle principalmente que, a mi modo de ver, sería muy de lamentar recurrir a la policía...

—¿La policía? —replicó vivamente el señor Thibault, a quien la irritación le hizo ponerse de pie—. Pero, señora, ¿cree usted que a estas alturas no está ya en campaña la policía de todos los departamentos? Yo mismo he telefoneado esta mañana al jefe de gabinete del prefecto para que se tomen todas las medidas con la mayor discreción... He hecho telegrafiar al alcalde de Maisons-Laffitte, por si acaso se les ocurriera ocultarse en una región que tanto uno como otro conocen perfectamente. Se ha dado aviso a las compañías de ferrocarriles, a los puestos fronterizos y a los puertos. Ahora bien, señora, si no fuera por el escándalo que deseo evitar a toda costa, ¿no sería preferible para escarmentar a esos pillos que nos los trajeran entre dos gendarmes y con las esposas en las muñecas? ¿Aunque no fuera sino para recordarles que en nuestro desgraciado país todavía queda un resto de justicia para sostener la

autoridad paterna?

La señora de Fontanin saludó, sin contestar, y se dirigió hacia la puerta. El señor Thibault recobró el dominio sobre sí mismo:

—De todas maneras, tenga usted la seguridad, señora, de que tan pronto como tengamos la menor noticia irá mi hijo a comunicársela.

Ella inclinó la cabeza ligeramente y luego salió, acompañada por Antoine y seguida del señor Thibault.

—¡La hugonote! —bromeó el abate Binot, nada más hubo desaparecido.

El abate Vécard no pudo reprimir un gesto de reproche.

—¿Cómo? ¿La hugonote? —balbuceó el señor Chasle retrocediendo, como si acabara de poner el pie en un charco de San Bartolomé.



## IV

LA señora de Fontanin volvió a su casa. Jenny dormitaba en el fondo de la cama; levantó el rostro febril, preguntó a su madre con la mirada y cerró los ojos nuevamente.

—Llévate a *Puce*, me molesta el ruido.

La señora de Fontanin entró en su alcoba y, notando que empezaba a marearse, se sentó sin siquiera quitarse los guantes. ¿Tendría también fiebre? Estar tranquila, mostrarse fuerte, tener confianza... Inclino la frente para orar. Cuando se incorporó lo hizo animada de un propósito definido: encontrar a su marido, llamarle.

Atravesó el vestíbulo, vaciló un momento delante de una puerta cerrada y la abrió. La habitación estaba fresca, deshabitada; se notaba un aroma acidulado a verbena, a agua de melisa, un aroma de perfume medio evaporado. Corrió los visillos. Una mesa de despacho ocupaba el centro de la habitación; la carpeta estaba cubierta por una fina capa de polvo, pero no asomaba ningún papel, ninguna dirección, ningún indicio. Las llaves estaban puestas. El ocupante de aquella habitación no era nada desconfiado. Abrió el cajón de la mesa: un montón de cartas, algunas fotografías, un abanico y, en un rincón, arrugado, un humilde guante negro de seda artificial... Su mano se crispó repentinamente sobre el borde de la mesa. Un recuerdo acababa de asaltarla, su atención se distrajo y su mirada se perdió en el espacio... Hacía dos años, una tarde de verano, cuando pasaba en tranvía por los muelles, le había parecido ver... —se incorporó—; había reconocido a Jérôme, su marido, inclinado junto a una muchacha que lloraba, sentada en un banco. Y desde entonces, su imaginación cruel, partiendo de la base de aquella visión de un segundo, se había complacido en recomponer los detalles: el dolor vulgar de la mujer, con el sombrero torcido de una manera grotesca y que se sacaba apresuradamente de entre las enaguas un enorme pañuelo blanco y, sobre todo, ¡el aplomo de Jérôme! ¡Qué segura se sentía de haber adivinado, por la actitud de su marido, todos los sentimientos que le agitaban aquella tarde! Un poco de compasión, sin duda, ya que era débil y propenso a emocionarse; algo de azoramiento también, por ser protagonista en plena calle de semejante escándalo y, por último, crueldad. ¡Sí! En su postura, un poco inclinado, pero sin abandono, estaba segura de haber sorprendido el cálculo del amante que ya está cansado, al que otros caprichos solicitan ya indudablemente y que, a pesar de su compasión, a pesar de un remordimiento secreto, se ha hecho el propósito de aprovecharse de estas lágrimas para consumir la ruptura sin pérdida de tiempo. Todo esto se le había revelado claramente en un instante, y cada vez que esta obsesión se apoderaba de ella se sentía desfallecer a impulsos del mismo vértigo.

Abandonó la habitación rápidamente, cerrando la puerta con llave.

Se le acababa de ocurrir una idea concreta: la muchacha, aquella Mariette que había tenido que despedir hacía seis meses... La señora de Fontanin conocía la

dirección de su nueva colocación. Reprimió su repugnancia y sin pensarlo más se dirigió allí.

La cocina estaba en el cuarto piso de una escalera de servicio; era la hora antipática de fregar la vajilla. Mariette abrió la puerta: una rubita de pelo alborotado y mirada inocente, una chiquilla. Estaba sola; se ruborizó, pero sus ojos resplandecieron:

—¡Cuánto me alegro de volver a verla, señora! ¿Y la señorita Jenny, ha crecido mucho?

La señora de Fontanin dudaba. Su sonrisa era dolorosa.

—Mariette..., dame las señas del señor.

La muchacha se puso aún más encarnada; sus ojos, a los que asomaban las lágrimas, se abrieron de par en par. ¿Las señas? Negó con la cabeza, no las sabía, es decir, ya no las sabía: el señor ya no vivía en el hotel en que... Y además, el señor la había abandonado casi al mismo tiempo.

La señora de Fontanin había bajado los ojos y retrocedía hacia la puerta, para sustraerse a todo lo que hubiera podido todavía. Hubo una pausa; y como el agua se escapara de la perola y cayera chirriando sobre el fogón, la señora de Fontanin observó maquinalmente:

—Está hirviendo el agua —murmuró. Luego, siempre retrocediendo, añadió—. ¿Y al menos, te sientes feliz aquí, hija mía?

Mariette no contestó; pero cuando la señora de Fontanin levantó la cabeza y se fijó en su mirada vio brillar en ella algo animal: sus labios infantiles, entreabiertos, dejaban al descubierto los dientes. Después de una vacilación que pareció interminable a ambas, la muchacha balbuceó:

—¿Y si preguntara usted a... la señora de Petit-Dutreuil?

La señora Fontanin no la oyó romper en sollozos. Bajó la escalera como si huyera de un incendio. Este nombre explicaba de repente mil y una coincidencias, apenas apreciadas y olvidadas inmediatamente y que, súbitamente, adquirirían sentido.

Pasaba un coche de punto, vacío; se lanzó a él para volver más rápida. Pero, en el momento de dar la dirección, se apoderó de ella un deseo irresistible. Creyó obedecer a una inspiración del Espíritu.

—Calle de Monceau —exclamó.

Un cuarto de hora después llamaba a la puerta de su prima Noemí Petit-Dutreuil.

Aquí abrió la puerta una jovencita de unos quince años, rubia y lozana, de ojos grandes y cariñosos.

—Buenos días, Nicole; ¿está tu mamá?

Sintió pesar sobre ella la mirada de asombro de la niña:

—Voy a llamarla, tía Thérèse.

La señora de Fontanin se quedó sola en el vestíbulo. Su corazón latía con tanta fuerza que, habiendo puesto la mano encima, no se atrevía a retirarla. Se propuso

mirar a su alrededor con tranquilidad. La puerta del salón estaba abierta; el sol atornasolaba los colores de la pinturas, los tapices, la habitación tenía el aspecto descuidado y coquetón de una *garçonnière*. «Decían que se había quedado sin recursos como consecuencia de su divorcio», pensó la señora de Fontanin. Y este pensamiento la recordó que hacía dos meses que su marido no la entregaba dinero y que no sabía cómo iba a hacer frente a los gastos de la casa: tal vez este lujo de Noemí...

Nicole no volvía. En el piso reinaba el más completo silencio. La señora de Fontanin, cada vez más inquieta, entró en el salón para sentarse. El piano estaba abierto; sobre el diván, un periódico desplegado; cigarrillos en una mesita baja; un ramo de clavellinas rebosaba de un florero. Desde la primera ojeada aumentó su malestar. ¿Por qué?

¡Oh, es que *él* estaba aquí, presente, en cada detalle! ¡Él era quien había corrido el piano, hasta ponerlo sesgado frente a la ventana, como en su casa! Él era, sin duda, quien lo había dejado abierto; y si no había sido él quien desparramara las partituras, estaban en desorden por su culpa. ¡Él era quien había deseado tener este diván ancho y bajo, así como estos cigarrillos al alcance de la mano! ¡Y a él era a quien veía allí, tumbado entre los almohadones, con su aspecto despreocupado y cuidado, la mirada alegre brotando de sus ojos, el brazo colgando y un cigarrillo entre los dedos!

Un leve ruido sobre la alfombra la hizo sobresaltarse. Noemí hizo su entrada, ataviada con una bata de encaje y apoyada en el hombro de su hija. Era una mujer de unos treinta y cinco años, morena, opulenta y con cierta tendencia a la obesidad.

—Buenos días, Thérèse; perdóname, estoy desde esta mañana con una jaqueca que no puedo tenerme de pie. Baja las persianas, Nicole.

El brillo de sus ojos, todo su aspecto, la desmentían. Y su volubilidad traicionaba la molestia que le causaba esta visita, molestia que se convirtió en inquietud cuando la tía Thérèse, volviéndose hacia la niña, dijo con dulzura:

—Tengo que hablar con tu mamá, pequeña; ¿quieres dejarnos solas un momento?

—Anda, vete a trabajar a tu habitación —confirmó Noemí. Luego se dirigió a su prima con una risotada demasiado artificiosa—: Es insoportable; a su edad, y ya se pierde por venir presumir al salón. ¿También es así Jenny? Tengo que reconocer que yo sí lo era, ¿te acuerdas? Era algo que desesperaba a mamá.

La señora de Fontanin había venido para obtener las señas que necesitaba. Ahora bien, tan pronto como había entrado, se le había impuesto con tanta fuerza la presencia de Jérôme, el ultraje era tan flagrante, el aspecto de Noemí, su belleza espléndida y vulgar le habían resultado tan ofensivas que, cediendo una vez más a su impulso, había tomado una resolución insensata.

—Pero siéntate, Thérèse —dijo Noemí.

En lugar de sentarse, Thérèse avanzó hacia su prima y alargó la mano. No hubo en su gesto nada de teatral: tan digno y espontáneo fue.

—Noemí... —comenzó, y luego, de un tirón— devuélveme mi marido.

La sonrisa mundana de Noemí se heló en sus labios. La señora de Fontanin seguía teniéndola cogida de la mano.

—No me contestes. No te hago ningún reproche; él tiene la culpa, indudablemente... Demasiado sé cómo es... —Se interrumpió durante un segundo; le faltaba el aliento. Noemí no aprovechó la oportunidad para defenderse y la señora de Fontanin agradeció este silencio, no porque fuera una confesión, sino porque demostraba que no estaba tan encenagada como para hacer frente, sin previa preparación, a un golpe tan brusco—. Escúchame, Noemí. Nuestros hijos van creciendo. Tu hija... y mis hijos también, se van haciendo mayores, Daniel ya ha cumplido los catorce años. El ejemplo puede ser funesto; ¡la maldad es tan contagiosa! Es necesario que esto acabe, ¿no te parece? Muy pronto no seré yo la única que vea... y que sufra. —Su voz ahogada adquirió un tono suplicante—: Devuélvenoslo ya, Noemí.

—Pero, Thérèse, te aseguro que... ¡Estás loca! —Noemí se dominó, sus ojos chispearon y se mordió los labios—. Sí, de verdad que estás loca, Thérèse. ¡Y yo dejándote hablar y hablar, de puro asombrada! ¡Has soñado! ¡O bien te han ido con chismes que se te han subido a la cabeza! ¡Explícate!

La señora de Fontanin, sin contestar, envolvió a su prima en una mirada profunda, casi de ternura, que parecía decir: «¡Pobre alma extraviada! ¡A pesar de todo eres mejor que tu vida!». Pero de repente sus ojos se fijaron en las redondeces del hombro, cuya carne desnuda, lozana y turgente, palpitaba bajo las mallas del encaje como un animal aprisionado en una red; la imagen que surgió ante sus ojos fue tan precisa que hubo de cerrarlos; en su rostro se dibujó una expresión de odio y luego de sufrimiento. Finalmente, como si el valor la hubiera abandonado, dijo:

—Tal vez me haya equivocado... Dame sus señas, nada más. O mejor aún, no te pido que me digas dónde está, pero adviértele, adviértele que hace falta que yo le vea ...

Noemí se irguió.

—¿Que le advierta? ¿Acaso sé yo dónde está? —Se había puesto muy encarnada—. ¿Es que no van a acabar nunca esas habladurías? ¡Jérôme viene a verme algunas veces! ¿Y qué? ¡No tenemos por qué ocultarlo, al fin y al cabo somos primos! —El instinto la inspiró las palabras que podían herir a su prima—. ¡Qué contento se va a poner cuando le cuente que has venido aquí a provocar este escándalo!

La señora de Fontanin había retrocedido.

—¡Hablas como una cualquiera!

—¡Ah! ¿Entonces, prefieres que te lo diga todo? —repuso Noemí—. ¡Cuando una mujer pierde a su marido, es por su culpa! Si Jérôme hubiera encontrado en ti lo que tiene que ir a buscar a otro lado, no te verías obligada a correr detrás de él.

—¿Será cierto eso, Dios mío? —no pudo por menos de preguntarse la señora de Fontanin. Se encontraba en el límite de sus fuerzas. Sintió tentaciones de huir, pero tuvo miedo de encontrarse sola, sin las señas y sin ningún medio de poder llamar a

Jérôme. Su mirada se dulcificó de nuevo.

—Noemí, olvida lo que te he dicho, escúchame: Jenny está enferma, está con fiebre desde hace dos días. Me encuentro sola. Tú eres madre y tienes que saber lo que supone esperar junto a un hijo que se pone enfermo... Hace tres semanas que no he visto a Jérôme ni una sola vez. ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¡Tiene que saber que su hija está enferma! ¡Tiene que volver! ¡Díselo! —Noemí sacudía la cabeza con una terquedad cruel—. ¡Oh, Noemí! ¡No es posible que te hayas hecho tan mala! Escucha, te voy a decir todo lo demás. Jenny está enferma, es cierto y estoy muy preocupada; pero no es eso lo peor. —Su voz se humilló todavía más—: Daniel se ha escapado; ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Habría que hacer algunas pesquisas. No puedo estar sola en estos momentos... con la niña enferma... ¿Verdad? ¡Noemí, dile solamente que vuelva!

La señora de Fontanin creyó que su prima iba a ceder; su mirada estaba llena de compasión; pero se dio media vuelta y, levantando los brazos, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Y qué quieres que yo haga? ¡Cuando te digo que no puedo hacer nada por ti! —Y como la señora de Fontanin callara, resentida, se volvió de repente con el rostro encendido—. ¿No me crees, Thérèse? ¿No? ¡Peor para ti, así lo sabrás todo! ¡Ha vuelto a engañarme! ¿Te enteras? Se ha escapado, no sé adónde; ¡se ha escapado con otra! ¿Me crees ahora?

La señora de Fontanin se había puesto pálida. Maquinalmente repitió:

—¿Escapado?

Su prima se había dejado caer sobre el sofá y sollozaba con la cara escondida entre los almohadones.

—¡Si supieras cuánto me ha hecho sufrir! Le he perdonado tan a menudo que cree que le seguiré perdonando siempre. Pero no, ¡nunca más! ¡Me ha hecho la peor ofensa! ¡Delante de mis propias narices, en mi propia casa, ha seducido a un mamarracho que tenía aquí, a una paletilla de diecinueve años! Hace quince días que se marchó con sus pingos, despidiéndose a la francesa. Y él, ¡él la esperaba abajo en un coche! ¡Sí! —gritó, reincorporándose—. ¡En mi calle, a la puerta de mi casa, en pleno día, delante de todo el mundo! ¡Y por una criada! ¿Qué te parece?

La señora de Fontanin se había apoyado en el piano para poder seguir de pie. Miraba a Noemí sin verla. Por delante de sus ojos pasaban algunas visiones: volvió a ver a Mariette algunos meses antes, los pequeños detalles, los achuchones en el sillón, las incursiones furtivas al sexto piso, hasta el día en que no había tenido más remedio que darse por enterada y despedir a la muchacha, que lloraba desesperada y pedía perdón a la señora; volvió a ver en el banco del muelle a aquella mujer que se enjugaba los ojos, a la obrerilla vestida de negro; finalmente distinguió a Noemí aquí mismo, a su lado, y se volvió. Pero su mirada volvió a fijarse, a pesar suyo, en el cuerpo de esta mujer hermosa que yacía sobre el sofá, en el hombro desnudo que palpitaba a causa de los sollozos y que moldeaba el encaje. Una imagen intolerable se

imponía.

Sin embargo, las palabras de Noemí la llegaban a borbotones:

—¡Se ha terminado! ¡Terminado definitivamente! ¡Ya puede volver y arrastrarse de rodillas, que no volveré a mirarle! Le odio. Le desprecio. Le he sorprendido cien veces mintiendo sin motivo, nada más que por juego, por puro placer, por instinto. Miente siempre que habla. ¡Es un mentiroso!

—¡No tienes razón, Noemí!

La joven se levantó de un salto:

—¿Y eres tú quien le defiende? ¿Tú?

Pero la señora de Fontanin ya se había rehecho; cambiando, de tono se limitó a decir:

—¿Y no tienes las señas de ésa...?

Noemí reflexionó durante un momento y luego se inclinó hacia ella con familiaridad:

—No. Pero algunas veces la portera...

Thérèse la interrumpió con un gesto y se dirigió a la puerta. Su prima, por consideración, ocultaba el rostro entre los almohadones y fingió no verla marcharse.

En el vestíbulo, cuando la señora de Fontanin levantaba la cortina de detrás de la puerta, se sintió estrechamente abrazada por Nicole, cuyo rostro estaba mojado de lágrimas. No tuvo tiempo de decir ni una sola palabra. La niña la besó fogosamente y huyó.

La portera estaba más que dispuesta a hablar:

—Sí; yo le envió las cartas a su pueblo, a Perros-Guirec, en Bretaña; seguramente que sus padres se ocupan de mandárselas. Si tiene usted mucho interés... —añadió, abriendo un cuaderno grasiento.

Antes de volver a su casa la señora de Fontanin entró en una oficina de correos, cogió un impreso de telegrama y escribió:

«Victorine Le Gad. Place de l'Église, Perros-Guirec (Côtes-du-Nord)

»Sírvase decir al señor de Fontanin que su hijo Daniel desapareció el domingo último».

Luego pidió una tarjeta postal:

«Sr. Le Pasteur Gregory.

»Christian Scientist Society.

»2 bis, Boulevard Bineau.

»Neuilly-sur-Seine.

»Querido James:

»Hace dos días que se ha marchado Daniel, sin decir adónde y sin mandar noticias; estoy loca de inquietud. Por otra parte, mi Jenny está enferma: una fiebre altísima, que hasta ahora carece de explicación. Y no sé dónde encontrar a Jérôme para advertirle.

»Me encuentro completamente sola, amigo mío. Venga a verme.

»Thérèse de Fontanin».

## V

AL día siguiente, miércoles, a las seis de la tarde, un hombre alto, desgalichado, terriblemente delgado y de edad indeterminada, se presentaba en la avenida del Observatorio.

—Es poco probable que la señora le reciba —contestó el conserje—. Se encuentran arriba los médicos. La señorita está perdida.

El pastor subió corriendo la escalera. La puerta de entrada estaba abierta. Unos abrigos de hombre se amontonaban en el vestíbulo. Una enfermera pasó apresuradamente.

—Soy el pastor Gregory. ¿Qué sucede? ¿Está peor Jenny?

La enfermera se le quedó mirando:

—Está perdida —murmuró, eclipsándose.

Vaciló como si le hubieran golpeado en el rostro. Le pareció como si el aire se hubiera enrarecido repentinamente; se ahogaba. Entró en el salón y abrió las dos ventanas.

Transcurrieron diez minutos. Se oía un continuo ir y venir por el pasillo; sonaban las puertas. Hubo un rumor de voces y apareció la señora de Fontanin seguida de dos hombres de edad, vestidos de negro. Vio a Gregory y se lanzó hacia él:

—¡James! ¡Por fin! ¡Ah, amigo mío, no me abandone!

Él masculló:

—Acabo de regresar de Londres.

Le llevó consigo, dejando que los dos facultativos deliberaran. En el vestíbulo, Antoine, en mangas de camisa, se cepillaba las uñas sobre una batea que sostenía la enfermera. La señora de Fontanin había cogido al pastor de las manos. Estaba desconocida: sus mejillas estaban blancas y parecían haber perdido la carne; la boca no cesaba de temblar.

—¡Quédese conmigo, James, no me deje sola! Jenny está...

Se oyeron quejidos en el interior del piso; no acabó la frase y se precipitó en la habitación.

El pastor se acercó a Antoine; no dijo nada, pero su mirada ansiosa preguntaba. Antoine sacudió la cabeza.

—Está perdida.

—¡Oh! ¿Por qué decirlo así? —dijo Gregory en tono de reproche.

—Me-nin-gi-tis —silabeó Antoine, llevándose la mano a la frente. «Curioso individuo», pensó para sus adentros.

El rostro de Gregory era amarillento y anguloso; mechones negros, deslucidos como cabellos muertos, se escalonaban alrededor de una frente de una verticalidad excepcional. A ambos lados de la nariz, que era larga, caída y congestionada, los ojos brillaban bajo las cejas como si estuvieran dotados de fosforescencia: muy negros,



casi sin blanco, siempre húmedos y de una movilidad sorprendente, hacían pensar en los ojos de ciertos simios; tenían de ellos la apatía y la dureza. Aún era más anormal la parte inferior del rostro: una risa silenciosa, un rictus que no expresaba ningún sentimiento conocido estiraba en todos los sentidos la barbilla, cuya piel estaba desprovista de pelo, apergaminada y pegada al hueso.

—¿Repentina? —preguntó el pastor.

—La fiebre comenzó el domingo, pero los síntomas no se declararon hasta ayer, martes, por la mañana. Se celebró consulta inmediatamente. Se ha hecho todo lo posible. —Su mirada se hizo meditabunda—. Ya veremos lo que dicen esos señores; pero para mí —terminó, con el semblante contraído—, para mí, la pobre niña está per...

—¡Oh, *don't!* —interrumpió el pastor con voz ronca. Sus ojos estaban fijos en los de Antoine; su irritación se acomodaba mal con la risa extraña que se escapaba de su boca. Como si el aire se hubiera hecho irrespirable, se había llevado al cuello la mano esquelética y la mantenía crispada bajo la barbilla, como una araña de pesadilla.

Antoine envolvió al pastor en una mirada profesional: «Asimetrías señaladas —se dijo—, y esa risa interior, esa mueca inexpresiva de maniático...».

—¿Ha vuelto Daniel, por favor? —preguntó Gregory ceremoniosamente.

—Seguimos sin noticias.

—¡Pobre, pobre mujer! —murmuró con voz apesadumbrada. En aquel momento salieron del salón los dos médicos y Antoine avanzó hacia ellos.

—Está perdida —susurró el de más edad poniendo la mano sobre el hombro de Antoine, que se volvió inmediatamente hacia el pastor.

La enfermera, que pasaba en aquel momento, se acercó y, bajando la voz, preguntó:

—¿Entonces es cierto, doctor, que usted la cree...?

Esta vez Gregory se apartó para no volver a oír aquella palabra. La sensación de ahogo se le hizo intolerable. Por la puerta entreabierta se divisaba la escalera; en cuatro saltos estuvo abajo, atravesó la avenida y se puso a correr como un loco bajo los árboles, riendo con su risa extravagante, despeinado, con sus manos de segador cruzadas sobre el pecho, aspirando a pleno pulmón el aire de la tarde.

—¡Condenados médicos! —gruñía.

Estaba tan ligado a los Fontanin como a su propia familia. Cuando había llegado a París, dieciséis años antes, sin un penique en el bolsillo, encontró apoyo en el pastor Perrier, el padre de Thérèse. Más tarde, durante la última enfermedad de su bienhechor, lo había abandonado todo para instalarse a la cabecera de su cama y el viejo pastor había muerto con una mano entre las de su hija y la otra entre las de Gregory, al que llamaba hijo. Aquel recuerdo le resultó tan doloroso en este momento que dio media vuelta y volvió a grandes pasos. El coche de los médicos ya no estaba delante de la casa. Subió rápidamente.

Las puertas seguían entreabiertas. Los quejidos le guiaron hasta la habitación.

Habían corrido las cortinas; la sombra estaba llena de suspiros y lamentaciones. La señora de Fontanin, la enfermera y la criada, inclinadas sobre la cama, sujetaban a duras penas el cuerpecillo que se encogía y distendía como pez sobre la hierba.

Gregory permaneció mudo durante algunos instantes con la barbilla apoyada en la mano y el gesto adusto. Por último se inclinó sobre la señora de Fontanin:

—¡Terminarán matando a su hija!

—¿Qué? ¿Matarla? ¿Cómo? —balbuceó, aferrándose desesperadamente al brazo de Jenny, que se le escapaba a cada momento.

—Si no los echa —prosiguió Gregory con energía—, van a matar a su hija.

—¿Echar a quién?

—A todos.

Le miró aturdida; ¿habría entendido bien? La cara biliosa de Gregory, muy próxima a la suya, era aterradora.

El pastor había cazado al vuelo una de las manos de Jenny, e inclinándose, la llamó con una voz dulce como una canción:

—¡Jenny! ¡Jenny! ¡Dearest! ¿Me conoces? ¿Me conoces?

Las pupilas extraviadas, fijas en el techo, se desviaron lentamente hasta posarse sobre el pastor; entonces éste, inclinándose aún más, se apoderó de aquella mirada con tanta fuerza, tanta obstinación, que la niña cesó de quejarse repentinamente.

—¡Déjenla! —dijo entonces a las tres mujeres. Y como ninguna obedeciera, sin mover la cabeza, con una autoridad irresistible, insistió—: Denme la otra mano. Bien. Y ahora, déjenla.

Las mujeres se apartaron y él permaneció solo, inclinado sobre la cama, penetrando en los ojos moribundos con su voluntad magnética. Los dos brazos que sujetaba se agitaron un momento en el aire y luego se relajaron. Las piernas, que continuaban agitándose, también se estiraron a su vez. Los ojos, sometidos por fin, se cerraron. Gregory, siempre inclinado, indicó con el gesto a la señora de Fontanin que se acercara:

—Mírela —murmuró—, se queda quieta, ya está más tranquila. ¡Echeles, le repito, eche a esos *hijos de Belial!* ¡El Error es lo único que domina en ellos! ¡El Error matará a su hija! —Reía con la risa silenciosa de los clarividentes que poseen la verdad eterna y para quienes el resto del mundo está compuesto de dementes. Sin desviar la mirada, clavada en las pupilas de Jenny, bajó la voz:

»»¡Mujer, mujer, *el Mal no existe!* Sois vosotros quienes le creáis, vosotros quienes le dais su fuerza funesta, porque le teméis, porque aceptáis su existencia. Mire si no: ninguno de los de aquí espera ya nada. Todos dicen: está... Usted misma lo piensa y hace un momento casi lo ha dicho: ¡está...! ¡Eterno! ¡*Pon un vigilante en mi boca, pon un vigilante en la puerta de mis labios!* ¡La pobre pequeña, cuando yo he venido, no tenía a su alrededor sino el vacío, sino lo Negativo!

«Y entonces me he dicho: ¡No está enferma! —exclamó con una convicción tan contagiosa que las tres mujeres se sintieron electrizadas—. ¡Está sana! ¡Pero que me

dejen obrar!».

Con precauciones de prestidigitador había ido libertando los dedos poco a poco y retrocedió ligeramente, dejando libres los miembros de la chiquilla, que se extendieron dócilmente sobre la cama.

—¡La vida es buena! —afirmó con una voz musical—. ¡Toda sustancia es buena! ¡Buena es la inteligencia y bueno es el amor! ¡Toda la salud procede de Cristo y Cristo está en nosotros!

Se volvió hacia la criada y la enfermera, que habían retrocedido hasta el fondo de la habitación:

—Se lo ruego: váyanse, déjenme.

—Salgan —dijo la señora de Fontanin. Pero Gregory se había erguido en toda su estatura y, con el brazo extendido, lanzaba su anatema contra la mesa donde estaban las ampollas, las compresas, la bolsa de hielo.

—Llévense todo —ordenó.

Las mujeres obedecieron.

Cuando estuvo a solas con la señora de Fontanin, gritó alegremente:

—¡Y ahora, *open the window!* ¡*Abra*, abra de par en par, *dear!*

El aire fresco que hacía moverse el follaje de la avenida pareció venir a luchar contra la atmósfera viciada de la habitación, cogerla por el flanco, desintegrarla en volutas y expulsarla al exterior; su caricia alcanzó el rostro ardiente de la enfermera, que se estremeció.

—Se va a enfriar... —susurró la señora de Fontanin.

El pastor no respondió en un principio sino con un gesto alegre.

—¡Chist! —dijo luego—. Cierre la ventana; sí, perfectamente. Y encienda todas las luces, señora de Fontanin: es necesario que la claridad reine por doquiera, ¡hace falta alegría! ¡Y también es necesario que haya claridad y alegría en nuestros corazones! *El Eterno es nuestra Luz. El Eterno es nuestra Alegría: ¿Qué he de temer, por tanto? ¡Has permitido que yo llegara antes de la hora maldita!* —añadió levantando las manos. Luego acercó una silla a la cabecera de la cama—: Siéntese y tenga calma, mucha calma. Guarde su *personnel contrôle*. Escuche solamente lo que Cristo le inspire. Yo afirmo: ¡Cristo desea que recobre la salud! ¡Unámonos a su deseo! Invoquemos la gran Fuerza del Bien. El Espíritu lo es todo. Lo material es esclavo de lo espiritual. Hace ya dos días que la pobre *darling* se encuentra indefensa contra la influencia negativa. Todos esos hombres y esas mujeres me causan terror: ¡no piensan sino lo peor, no invocan sino lo malo! ¡Y creen que todo ha acabado cuando han llegado al límite de sus míseras convicciones!

Los quejidos comenzaban de nuevo y Jenny volvía a debatirse. Repentinamente volvió la cabeza y entreabrió los labios como si fuera a exhalar el último suspiro. La señora de Fontanin se había arrojado sobre la cama, cubriendo a la pequeña con su cuerpo y gritándole en la cara:

—¡No quiero!... ¡No quiero! ...

El pastor se dirigió hacia ella, como si la hiciera responsable de la crisis:

—¿Miedo? ¿Entonces ya no tiene fe? Frente a Dios no existe el miedo. El miedo es puramente carnal. Prescinda de la parte carnal, que no es la verdadera. San Marcos ha dicho: «Todo lo que pidáis con la oración, creed que ya os ha sido concedido y así lo conseguiréis». Basta ya. ¡Rece! —La señora de Fontanin se arrodilló—. ¡Rece! —repitió el pastor con tono severo—. ¡Rece en primer lugar por usted misma, alma demasiado débil! ¡Qué Dios la restituya primeramente la confianza y la paz! ¡Su hija encontrará la salud en su confianza *absoluta*! ¡Invoque el Espíritu de Dios! ¡Yo uno mi corazón a su plegaria; oremos!

Se recogió durante un instante y comenzó la plegaria. Al principio fue solamente un murmullo; el pastor estaba de pie, los talones juntos, los brazos cruzados, la cabeza levantada hacia el cielo, los párpados cerrados; sus rizos morenos, alborotados alrededor de la frente, le aureoleaban de llamas negras. Poco a poco las palabras se fueron haciendo perceptibles y los acompasados estertores de la niña parecían poner a su invocación acompañamiento de órgano:

—¡Todopoderoso! ¡Aliento creador! Tú estás en todas partes, hasta en el más insignificante fragmento de tus criaturas. Y yo apelo a ti desde el fondo de mi corazón. ¡Haz que la paz descienda a este *home* doliente! ¡Aparta de este lecho todo aquello que no sea deseo de vivir! El Mal está solamente en nuestra debilidad. ¡Oh, Señor! ¡Expulsa de nosotros lo *Negativo*!

»Solamente tú eres la Sabiduría Infinita y lo que nos haces está hecho según la Ley. Por eso esta mujer te confía a su hija en los umbrales de la muerte. La entrega a tu libérrima Voluntad, la deja, la abandona. ¡Y si es necesario que arranques la hija a su madre, ésta consiente en ello, consiente en ello!

—¡Oh, cállese, James! ¡No, no! —balbuceó la señora de Fontanin.

Sin dar un paso, Gregory dejó caer una mano de hierro sobre su hombro:

—Mujer de poca fe: ¿es usted? ¿Usted, a quien tantas veces ha inspirado el Espíritu del Señor?

—¡Ay, James! ¡Llevo tres días sufriendo tanto, que ya no puedo más!

—Ya lo veo —repuso el pastor, retrocediendo—, y ya no es ella y yo no la conozco. ¡Ha dejado que el Malo entre en su pensamiento, en el mismísimo templo de Dios!

»¡Rece, pobre mujer, rece!«.

El cuerpo de la chiquilla, recorrido por descargas nerviosas, saltaba bajo las sábanas; los ojos volvieron a abrirse; la mirada desorbitada se fue fijando sucesivamente en las luces de la habitación. Gregory no le prestaba ninguna atención. La señora de Fontanin, estrechando a la pequeña entre sus brazos, trataba de dominar sus estremecimientos.

—¡Fuerza Suprema! —salmodiaba el pastor—. ¡Verdad Eterna! Tú has dicho: «Aquel que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo». Pues bien: si es necesario que la madre sufra la pérdida de su hija, ¡ella lo acepta! ¡Consiente en ello!

—¡No, James, no!

El pastor se inclinó sobre ella:

—¡Renuncie! ¡La renunciación es lo mismo que la levadura: igual que la levadura actúa sobre la harina, la renunciación actúa sobre los malos pensamientos y hace crecer el Bien! —Al tiempo que se incorporaba, añadió—: Por tanto, Señor, si Tú lo quieres, toma a su hija: ¡renuncia a ella, te la abandona! Y si tienes necesidad de su hijo...

—No..., no...

—... Y si tienes necesidad de tomar también a su hijo, ¡que le sea también arrancado! ¡Que no vuelva a aparecer nunca más en el umbral del hogar materno!

—Daniel... ¡No!

—¡Señor, ella pone su hijo de buen grado a disposición de tu Sabiduría! ¡Y si el esposo ha de serle arrebatado igualmente, que lo sea!

—¡Jérôme; no! —gimió la pobre mujer cayendo de rodillas.

—¡Que lo sea igualmente! —prosiguió el pastor con una exaltación creciente—. ¡Que lo sea igualmente, sin discusión, y por tu sola Voluntad, Fuente de Luz! ¡Fuente del Bien! ¡Espíritu! Hizo una corta pausa y luego, sin mirarla, preguntó: —¿Ha hecho usted el sacrificio?

—Piedad, James, no puedo...

—¡Rece!

Transcurrieron algunos minutos:

—¿Ha hecho usted el sacrificio, el sacrificio «total»?

Ella no respondió y se desplomó a los pies de la cama.

Pasó cerca de una hora. La enferma permanecía inmóvil; solamente la cabeza, congestionada e inflamada, oscilaba de izquierda a derecha; su respiración era entrecortada y sus ojos, que ya no cerraba, tenían una expresión demente.

De repente, sin que la señora de Fontanin se hubiera movido, el pastor se estremeció como si le hubiera llamado por su nombre y vino a arrodillarse a su lado. Ella se incorporó, sus rasgos estaban menos tensos; contempló fijamente la carita que reposaba sobre la almohada, abrió los brazos y dijo:

—Señor, que se haga tu voluntad y no la mía.

Gregory no hizo ni el menor movimiento. Jamás había dudado de que estas palabras serían pronunciadas en el momento oportuno. Tenía los ojos cerrados y con toda su voluntad pedía gracia a Dios.

Pasaron las horas. Había momentos en que se hubiera dicho que la pequeña iba a perder sus últimas fuerzas, y todo lo que le quedaba de vida parecía vacilar en su mirada. En otros instantes el cuerpo estaba sacudido por convulsiones; entonces Gregory tomaba entre las suyas una mano de Jenny y decía con humildad:

—¡Cosecharemos! ¡Cosecharemos! Pero hay que rezar. Recemos.

Hacia las cinco de la mañana se incorporó, extendió sobre el cuerpo de la niña

una manta que se había caído al suelo y abrió la ventana. El aire frío de la noche hizo irrupción en la habitación. La señora de Fontanin, que seguía de rodillas, no había hecho el menor ademán para detener al pastor.

Éste salió al balcón. El alba estaba aún indecisa y el cielo conservaba un color metálico. La avenida se recortaba como una franja de sombra, pero sobre el jardín del Luxemburgo el horizonte comenzaba a palidecer. En la avenida quedaban jirones de bruma que envolvían con su guata las negras copas de los árboles. Gregory estiró los brazos para no temblar y sus puños se aferraron a la barandilla. La frescura de la mañana, impulsada por un ligero vientecillo, bañaba su frente húmeda, su rostro arrugado por la vigilia y la oración. Los tejados iban tomando un tinte azulado y las persianas destacaban su claridad sobre la piedra ahumada de las casas.

El pastor miró hacia levante. Desde las sombras oscuras de la noche subía hacia él una dilatada claridad, una luz rosada que muy pronto brilló en todo el cielo. La Naturaleza entera se despertaba; millares de moléculas gozosas brillaban en el aire matinal. Súbitamente un aliento nuevo hinchó su pecho, una fuerza sobrehumana penetró en él, conmoviéndole, haciéndole crecer desmesuradamente. En un instante tuvo conciencia de posibilidades ilimitadas: su pensamiento podía mandar en el universo, puede intentarlo todo, puede gritar a este árbol: «¡Tiembra!», y temblará; a esta pequeña «¡Levántate!», y resucitará. Extiende los brazos y, de repente, prolongando su gesto, palpita el bosque de la avenida; del árbol que está a sus pies se escapa una nube de pajarillos entre gorjeos de embriaguez.

Entonces se acerca a la cama, posa la mano sobre el cabello de la madre arrodillada y exclama:

—¡Aleluya, *dear*! ¡La limpieza total se ha realizado!

Se acerca a Jenny.

—¡Las tinieblas han sido expulsadas! Dame las manos, pequeña. —Y la niña, que desde hacía dos días no comprendía las palabras, le alargó las manos—. ¡Mírame! —Y los ojos huraños, que ya parecían no ver, se fijaron en él—. «Él te libraré de la muerte y las bestias de la tierra estarán en paz contigo». ¡Ya estás sana, pequeña! ¡Ya no hay más tinieblas! ¡Gloria a Dios! ¡Reza! —La mirada de la niña ha recobrado su expresión consciente: mueve los labios; parece verdaderamente que trata de rezar—. Ahora, *my darling*, deja que se cierren tus párpados. Despacito... Bien... Ahora duerme, *my darling*, ya nada te molesta. ¡Tienes que dormir de alegría!

Algunos minutos después, por primera vez desde hacía cincuenta horas, Jenny dormía. La cabeza inmóvil se hundía dulcemente en la almohada; la sombra de las pestañas se alargaba sobre las mejillas, y los labios dejaban escapar una respiración acompasada. Estaba salvada.

## VI

ERA un cuaderno de clase, de tela gris, escogido para ir y venir entre Jacques y Daniel, sin que llamara la atención del profesor. Las primeras páginas estaban emborronadas de frases como:

«¿Cuáles son las fechas de Roberto el Piadoso?».

«¿Se escribe *rapsodie* o *rhapsodie*?».

«¿Cómo traduces tú *eripuit*?».

Otras estaban cargadas de notas y correcciones que debían de referirse a poemas de Jacques escritos en hojas sueltas.

Muy pronto se establecía entre los dos escolares una correspondencia continua.

La primera carta de cierta extensión estaba escrita por Jacques:

«París, Liceo Amyot, en clase de tercero A, bajo el ojo suspicaz de QQ', llamado *Pelo de Gorrino*, el lunes diecisiete de marzo, a las 3 horas, 31 minutos y 15 segundos.

»¿Tu estado de ánimo es la indiferencia, la sensualidad o el amor? Me inclino más bien por el tercer estado, que es más natural que los otros.

»En cuanto a mí, cuanto más estudio mis sentimientos, más convencido estoy de que el hombre

### ES UN BRUTO

y que sólo el amor puede elevarle. ¡Este es el grito de mi corazón herido, que no me engaña! Sin ti, oh mi bien amado, yo no sería sino un miserable, un cretino. Si vibro por el Ideal, ¡es a ti a quien se lo debo!

»No olvidaré nunca estos momentos, demasiado escasos, desgraciadamente, y demasiado cortos, en que somos enteramente uno del otro. ¡Eres mi único amor! Jamás tendré otro porque mil recuerdos apasionados me asaltarían inmediatamente. Adiós; tengo fiebre, me laten las sienes, mis ojos se extravían. Nada habrá nunca que nos separe, ¿verdad? ¡Oh! ¿Cuándo, cuándo seremos libres? ¿Cuándo podremos vivir juntos, viajar juntos? ¡Adoraré los países extranjeros! ¡Recoger juntos impresiones inmortales y, juntos también, transformarlas en poemas cuando estén calientes!

»No me gusta esperar. Escríbeme cuanto antes. ¡Quiero me hayas contestado antes de las cuatro, si es que me *amas* como yo te amo!

»¡Mi corazón abraza al tuyo, como Petronio abrazaba a su divina Eunice!

»*Vale et me ama!*

»J.»

En la hoja siguiente, Daniel había contestado:

«Creo que aunque tenga que vivir solo bajo otros cielos, el lazo verdaderamente único que une nuestras almas me hará adivinar, a pesar de todo, cualquier cosa que pueda sucederte. Me parece como si los días no pasasen sobre nuestra unión íntima.

»Es imposible decirte el placer que me ha causado tu carta. ¿No eres mi amigo y no te has convertido en algo más todavía? ¿En la verdadera mitad de mi propio ser? ¿No he contribuido yo a formar tu alma, como tú has contribuido a formar la mía? ¡Pongo a Dios por testigo de con cuánta verdad y con cuánta fuerza creo esto que estoy escribiendo! ¡Vivo! ¡Y todo vive en mí: cuerpo, espíritu, corazón, imaginación, gracias a tu afecto, del cual nunca dudaré, oh, mi verdadero y único amigo!

»D.

»P.D.—He convencido a mi madre para pulir la bici, que está ya hecha un verdadero cascajo.

»*Tibi,*

»D.»

Otra carta de Jacques:

«*O dilectissimo!*

»¿Cómo puedes estar tan pronto alegre como triste? Yo, en medio de mis alegrías más locas, me siento algunas veces sobrecogido por un recuerdo amargo. No, nunca más, lo siento, nunca más podré ser alegre y frívolo. ¡Delante de mí se alzaré siempre el espectro de un Ideal inaccesible!

»¡Algunas veces comprendo el éxtasis de esas monjas pálidas, de rostro exangüe, que pasan su vida fuera de este mundo demasiado real! Tener alas, para quebrarlas, ¡ay!, contra los barrotes de una prisión. Estoy solo en un mundo hostil; mi queridísimo padre no me comprende. No soy viejo y, sin embargo, detrás de mí solamente quedan plantas marchitas, rocíos convertidos en lluvias, voluptuosidades no satisfechas, una desesperación amarga...

»Perdóname, amor mío, que esté tan lúgubre en este momento. Sin duda estoy en período de formación: me hierva el cerebro y me hierva el corazón (y aún más, si cabe, éste que aquél). ¡Permanezcamos unidos! Juntos evitaremos los escollos y esos torbellinos que llaman placeres.

»Todo se deshace entre mis manos, pero aún me queda la voluptuosidad de estar entregado a ti, ¡¡¡elegido de mi corazón!!!

»J.

»P.D.—Termino apresuradamente esta carta obligado por mi recitación, de la que



no sé ni una palabra. ¡Que se vaya a la porra!

»¡Amor mío, si no te tuviera, creo que me mataría!

»J.»

Daniel había contestado inmediatamente:

«¿Sufres, amigo mío?

»¿Por qué tú, tan joven, mi amigo muy querido, tú, tan joven, por qué has de maldecir así la vida? ¿Sacrilegio? ¿Dices que tu alma está encadenada a la tierra? ¡Trabaja! ¡Espera! ¡Ama! ¡Lee!

»¿Cómo podré consolarte del tormento que abrumba tu alma? ¿Cuál es el remedio para esas crisis de desesperación? No, amigo mío, el Ideal no es incompatible con la naturaleza humana. No, no es solamente una quimera infantil soñada por un poeta. El Ideal, para mí (es difícil de explicar), pero, para mí, es mezclar lo más grande con las cosas más humildes de la tierra; es grande todo lo que se hace; es el desarrollo completo de todo lo que el Soplo Creador ha puesto en nosotros como facultades divinas. ¿Me comprendes? Este es el Ideal, tal y como reside en el fondo de mi corazón.

»Por último, si crees en un amigo fiel hasta la muerte; que ha vivido mucho porque ha soñado mucho y ha sufrido mucho; si crees en un amigo que nunca ha deseado sino tu felicidad, es necesario repetirte que no vives para aquellos que no te comprenden, para el mundo exterior que te desprecia, pobre niño, sino para *alguien* (yo) que no deja de pensar en ti, y de sentir como tú y contigo acerca de todas las cosas.

»¡Que la dulzura de nuestras relaciones privilegiadas sea un bálsamo sagrado para tus heridas, oh, amigo mío!

»D.»

Sin esperar, Jacques había garrapateado en el margen:

«¡Perdona, mi querido amor! ¡Es culpa de mi carácter violento, exagerado y fantástico! Paso de la desesperación más sombría a las esperanzas más fútiles: tan pronto me siento hundido en el abismo, como transportado a las nubes. ¿Llegaré alguna vez a amar algo inmediatamente? (¡no tratándose de ti!!) (¡¡y de mi ARTE!!!). ¡Tal es mi destino! ¡Acéptalo como una confesión!

»Te adoro por tu generosidad, por tu sensibilidad de flor, por la seriedad que pones en todos tus pensamientos, en todos tus actos y hasta en los transportes amorosos. ¡Yo soporto al mismo tiempo que tú todas tus ternezas, todas tus emociones! ¡Demos gracias a la Providencia por ser amados y porque nuestros corazones, destrozados por la soledad, hayan podido unirse en un abrazo tan

indisoluble!

»¡No me abandones nunca!

»Y recordemos eternamente que nos tenemos uno en otro el objeto apasionado de

»¡NUESTRO AMOR!

»J.»

Dos largas páginas de Daniel: una letra alta y firme:

«Hoy martes, 7 de abril.

»Amigo mío:

»Mañana tendré catorce años. El año pasado murmuraba: catorce años... —como en un bello sueño inalcanzable—. El tiempo pasa y nos marchita. Y, en el fondo, nada ha cambiado. Siempre somos nosotros. Nada ha cambiado sino es que me siento cansado y envejecido.

»Ayer noche, al acostarme, cogí un libro de Musset. La última vez, desde los primeros versos me sentía temblar y algunas veces, incluso, las lágrimas se escapaban de mis ojos. Anoche, durante largas horas de insomnio, me exaltaba pero no sentía nada nuevo. Encontraba las frases bien compuestas, armoniosas... ¡Oh, sacrilegio! Por último el sentido poético se ha despertado en mí, con un torrente de lágrimas deliciosas y he conseguido vibrar.

»¡Ah! ¡Con tal que el corazón no se me seque! Tengo miedo de que la vida me endurezca el corazón y los sentidos. Envejezco. Las grandes ideas de Dios, Espíritu y Amor ya no hacen latir mi corazón como antes y la Duda me devora algunas veces. ¿Por qué no vivir con toda la fuerza de nuestra alma en lugar de razonar? ¡Pensamos demasiado! ¡Envidio el vigor de la juventud que se lanza al peligro sin ver nada, sin tanto reflexionar! Quisiera poderme sacrificar a ojos cerrados por un Ideal sublime, por una Mujer ideal y sin mancha, en lugar de estar siempre replegado sobre mí mismo. ¡Ah! ¡Cuán espantosas son estas aspiraciones sin norte!...

»Me felicitas por mi seriedad. Esta es mi tragedia, precisamente; ¡mi destino maldito! Yo no soy como la abeja insaciable que va a libar la miel de una flor y luego la de otra. Soy como el negro escarabajo que se encierra en el seno de una sola rosa y vive en ella hasta que la flor cierra sobre él sus pétalos y, ahogado en este abrazo supremo, muere entre los brazos de la flor que ha elegido.

»Igualmente fiel es mi afecto por ti, ¡oh, amigo mío! Tú eres la tierna rosa que se ha abierto para mí en esta tierra desolada. ¡Sepulta mi negra pena en lo más profundo de tu corazón amigo!

»D.

»P.D.—Durante las vacaciones de Pascuas puedes escribirme sin ningún temor a mi casa. Mi madre respeta todas mis cartas. (Sin embargo, ¡que no sean cosas extraordinarias!).

»He terminado *La Débâcle*, de Zola; puedo prestártela. Todavía estoy tembloroso y emocionado. Es preciosa por su fuerza y su profundidad. He empezado *Werther*. ¡Ah, amigo mío! ¡Aquí está, por fin, el libro de los libros! He cogido también *Elle et elui*, de Gyp, pero leeré primero *Werther*.

»D.»

Jacques le había enviado estas líneas severas:

«Para el decimocuarto aniversario de mi amigo:

»Hay en el universo un hombre que durante el día sufre tormentos indecibles y que, por la noche, no puede dormir; que siente en su corazón un vacío espantoso que la voluptuosidad no puede colmar; en su cabeza hierven todas sus posibilidades; que, en medio de los placeres, entre todos los alegres convidados, siente repentinamente que la soledad de negras alas desciende sobre su corazón; hay en el universo un hombre que no espera nada, que no teme nada, que detesta la vida y no tiene fuerzas para abandonarla: este hombre es ¡AQUEL QUE NO CREE EN DIOS!

»J.

»P.D.—Guarda esto. Reléelo cuando te sientas desconsolado y te quejes vanamente en las tinieblas.

»J.»

«¿Has trabajado durante las vacaciones?», pregunta Daniel en el comienzo de una página.

Y Jacques había contestado:

«He terminado un poema, del mismo tipo que mi *Harmodius et Aristogiton*, que comienza de una forma bastante original:

*¡Ave, César! Aquí tienes a la mujer gala de ojos azules...  
¡Para ti, la danza de su patria perdida!  
Como un loto de los ríos bajo el vuelo nevado de los cisnes.*

*Su cintura se estremece...  
¡Emperador!... Sus pesadas espadas resplandecen...*

*¡Mira! ¡Es una danza de su país!...*

»Etc, etc. Y que termina así:

*¡Pero tú palideces, César! ¡Ay! ¡Tres veces ay!  
¡Han mordido su garganta las puntas de las espadas!  
La copa cae... Sus ojos se cierran...  
¡Aquí está, toda ensangrentada  
la danza desnuda de las noches bañadas de luna!  
¡Delante del gran fuego claro que palpita en la orilla del lago,  
ha terminado la danza  
de la guerrera rubia en el festín del César!*

»Llamo a este poema *La ofrenda púrpura* y ya tengo pensada para él una danza descriptiva. Quisiera dedicársela a la divina Loïe Fuller, para que la danzara en el Olympia. ¿Crees que lo haría?

»Desde hace algunos días había tomado la decisión irrevocable de volver a los versos regulares y a la rima de los grandes clásicos. (Creo que, en definitiva, el haberlos despreciado se debe a que es más difícil). He comenzado una oda en estrofas rimadas sobre el martirio de que ya te hablé. Aquí tienes el principio:

AL R. P. PERBOYRE, MISIONERO  
martirizado en China el 20 de noviembre de 1839.  
Beatificado en enero 1889.

*¡Salud, oh santo sacerdote, cuyo martirio conmovedor  
hace temblar de horror al mundo espantado!  
Permíteme que mis acordes te canten en mi lira,  
Héroe de nuestra cristiandad.*

»Pero desde anoche creo que mi verdadera vocación será escribir cuentos en lugar de poemas y, si tengo paciencia bastante, escribir novelas. Estoy trabajando sobre un tema muy interesante. Escucha:

»Una muchacha, hija de un gran artista, nacida en un rincón del taller, artista también ella (es decir, un poco liviana, pero haciendo residir su ideal no en la vida de familia, sino en la expresión de lo Bello); se enamora de ella un joven sentimental y aburguesado, atraído por su belleza salvaje. Muy pronto empiezan a odiarse a muerte y se separan; él para entregarse a la casta vida hogareña con una provincianita, y ella,

desengañada del amor, se hunde en el vicio (o consagra su genio a Dios, todavía no estoy muy seguro). Esta es mi idea, ¿qué te parece?

»Ya lo ves: no hacer nada artificial, dejarse llevar por la naturaleza, y cuando uno se siente nacido para crear, considerar que se tiene en este mundo la más grave y bella de las misiones: un gran deber que cumplir. ¡Sí! ¡Ser sincero! ¡Ser sincero en todo y para siempre! ¡Con qué crueldad me persigue este pensamiento! Mil veces he creído distinguir en mí esa falsedad de los falsos artistas, de los falsos genios, de que habla Maupassant en *Sur l'eau*. Mi corazón se estremece de pena. ¡Oh, amado mío, cómo agradezco a Dios el haberte enviado a mí! ¡Cuánta necesidad tendremos siempre uno de otro para conocernos bien a nosotros mismos y no hacernos nunca ilusiones acerca de nuestro verdadero genio!

»Te adoro y estrecho tu mano apasionadamente, como esta mañana, ¿sabes? ¡Y con todo mi ser, que es tuyo, enteramente y con voluptuosidad!

»Desconfía. QQ' nos mira con malos ojos. No puede comprender que haya nobles pensamientos y que se comuniquen a un amigo, mientras el salmodia su Salustio.

»J.»

Otra carta de Jacques, ésta escrita de un tirón y casi ilegible:

«*Amicus amito!*

»¡Mi corazón está demasiado lleno y se desborda! Verteré sobre el papel todo lo que pueda de estas olas espumosas:

»Nacido para sufrir, amar y esperar, ¡espero, amo y sufro! Mi vida se puede condensar en dos renglones: lo que me hace vivir es el amor; y no tengo sino un solo amor: ¡Tú!

»Desde mis más tiernos años he sentido la necesidad de vaciar esta ebullición de mi corazón en el corazón de alguien que me comprendiera perfectamente. ¡Cuántas cartas habré escrito en otros tiempos a un personaje imaginario que me parecía como un hermano! ¡Desgraciadamente, mi corazón hablaba, más bien escribía, a mi propio corazón, lleno de embriaguez! Luego, de repente, Dios ha querido que este ideal se hiciese carne y se ha encarnado en ti, ¡oh, amor mío! ¿Cómo empezó todo? Ya no lo sé: de eslabón en eslabón se pierde uno en un dédalo de ideas sin volver a encontrar la primitiva. ¿Pero puede soñarse algo tan apasionado y sublime como este amor? En vano busco comparaciones. ¡Al lado de nuestro gran secreto, todo palidece! ¡Es un sol que alumbra y da calor a nuestras existencias! ¡Pero todo esto no puede escribirse! ¡Escrito parece la fotografía de una flor!

»¡Ya basta!

»Puede que tú tengas necesidad de ayuda, de consuelo, de aliento y yo no te envío palabras de ternura, sino estas lamentaciones de un corazón egoísta, que no vive sino para sí mismo. ¡Perdóname, oh, amor mío! No puedo escribirte de otra forma. Atravieso una crisis y mi corazón está más seco que el lecho pedregoso de un

barranco. ¡Incertidumbre de todo y de mí mismo! ¿No es éste el peor mal?

»¡Despréciamе! ¡No me escribas más! ¡Ama a otro! ¡Ya no soy digno de que te entregues a mí!

»¡Oh, ironía de un destino que me lleva...! ¿Adónde? ¿¿¿Adónde??? ¡¡¡A la Nada!!!

»¡Escríbeme! ¡Si no te tuviera, me mataría!

»*Tibi eximo, carissimo!*

»J.»

El abate Binot había insertado al final del cuaderno una nota interceptada por el profesor la víspera de la huida.

La letra de Jacques: unos espantosos garabatos a lápiz:

«A aquellos que acusan cobardemente y sin pruebas, a aquéllos: ¡Vergüenza!

»¡VERGÜENZA Y DESGRACIA!

»¡Toda esta intriga tiene su origen en una curiosidad innoble! ¡Querían escudriñar en nuestra intimidad y su manera de obrar es infame!

»¡Nada de concesiones cobardes! ¡Hacer frente a la tormenta! ¡Antes morir!

»¡Nuestro amor está por encima de las calumnias y de las amenazas!

»¡Probémoslo!

»Tuyo, PARA TODA LA VIDA,

»J.»

## VII

HABÍAN llegado a Marsella el domingo por la noche, pasadas las doce. Su exaltación había desaparecido ya. Habían dormido acurrucados sobre los asientos de madera del vagón deficientemente iluminado; la entrada en la estación, el estrépito de las placas giratorias, acababan de despertarles sobresaltados y habían bajado al andén, parpadeantes, silenciosos, inquietos y desilusionados.

Había que acostarse. Frente a la estación, y bajo un globo blanco que tenía escrita la palabra «Hotel», un conserje acechaba a los posibles clientes. Daniel, el más tranquilo de los dos, había pedido dos camas para pasar la noche. El hombre, desconfiado por principio, había hecho algunas preguntas. (Todo estaba preparado: en la estación de París, su padre había ido a buscar un paquete olvidado y había perdido el tren; sin duda llegaría al día siguiente, en el primer tren). El conserje silbaba por lo bajo y contemplaba a los muchachos con mala cara. Por fin había abierto un registro.

—Inscribe vuestros nombres.

Se dirigía a Daniel porque le pareció el mayor —se le hubieran supuesto dieciséis años—, pero sobre todo porque la distinción de su fisonomía, de toda su persona, le hacían merecedor de ciertas consideraciones. Se había descubierto al entrar en el hotel, y no por timidez; tenía una manera especial de quitarse el sombrero y dejar caer el brazo que parecía decir: «Si me descubro no es por usted, es que me obliga a hacerlo mi buena educación». Su pelo negro, peinado con simetría, formaba un entrante muy marcado sobre la frente, que era muy blanca. El rostro, alargado, terminaba en una barbilla bien dibujada, voluntariosa y tranquila al mismo tiempo, sin nada de brutal. Su mirada había sostenido sin debilidad ni desafío la investigación del hotelero; y en el registro había escrito sin vacilar: *Jorge y Mauricio Legrand*.

—La habitación son siete francos y aquí se cobra siempre por adelantado. El primer tren llega a las cinco y media; yo os llamaré.

No se habían atrevido a decir que se morían de hambre.

El mobiliario de la habitación se componía de dos camas, una silla y una palangana. Al entrar, ambos se habían sentido turbados por la misma cosa: tenerse que desnudar delante de otro... Toda su gana de dormir había desaparecido. Con objeto de retrasar aquel momento desagradable, se habían sentado en sus respectivas camas para echar cuentas: una vez reunidas, sus economías ascendían a ciento ochenta y ocho francos, que se repartieron a partes iguales. Jacques, al vaciar sus bolsillos, había sacado de ellos un puñalito corso, una ocarina, una traducción del Dante de veinticinco céntimos de franco y, por último, una onza de chocolate medio derretida, de la cual había dado la mitad a Daniel. Después habían seguido en la misma postura, sin saber qué hacer. Daniel, para ganar tiempo, se había desatado los cordones de las botas y Jacques le había imitado. Finalmente, Daniel tomó una decisión: había soplado sobre la vela, al tiempo que decía:

—Entonces, apago... Buenas noches.

Y ambos se habían acostado muy de prisa, en silencio.

Por la mañana, antes de las cinco, llamaron a la puerta. Se vistieron como fantasmas, sin otra luz que la del amanecer vacilante. El temor de tener que hablar les hizo rehusar el café preparado por el conserje y se dirigieron a la cantina de la estación, temblorosos y en ayunas.

Al mediodía ya habían recorrido Marsella de punta a cabo. La audacia les había vuelto con el día y la libertad. Jacques había realizado la compra de un cuaderno para escribir sus impresiones y, de vez en cuando, se detenía con aire de inspiración para garrapatear algunas notas. Compraron pan y embutido, se dirigieron al puerto y se instalaron sobre unos rollos de cordajes, frente a los grandes navíos y los veleros oscilantes.

Un marinero les hizo levantarse para desenrollar los cables.

—¿Adónde van esos barcos? —aventuró Jacques.

—Eso depende. ¿Cuál de ellos?

—Ese grande de allí.

—A Madagascar.

—¿De verdad? ¿Y le veremos salir?

—No. Ése no sale hasta el jueves. Pero si quieres ver salir un barco, espérate a esta tarde, a las cinco: ese de ahí, el *La-Fayette*, sale para Túnez.

Ya estaban informados.

—Túnez —observó Daniel— no es Argelia...

—Pero no deja de ser África —repuso Jacques, mordiendo su trozo de pan. Sentado en cuclillas junto a un montón de lonas, el pelo rojizo, corto y rebelde, plantado como la hierba sobre una frente baja, con su cabeza huesuda y las orejas en abanico, el cuello delgado, la naricilla mal formada que se fruncía continuamente, Jacques tenía todo el aspecto de una ardilla royendo los hayucos.

Daniel había dejado de comer.

—Oye... ¿Y si *les* escribiéramos desde aquí, antes de...?

La mirada del pequeño le interrumpió en seco.

—¿Estás loco? —gritó con la boca llena—. ¿Para que hagan que nos cojan a la llegada?

Miraba a su amigo con expresión irritada. En esta fisonomía más bien ingrata afeada por las pecas, los ojos, de un azul oscuro, pequeños y voluntariosos, tenían una vida atrayente; y su mirada era tan variable que resultaba casi indescifrable, tan pronto sería como burlona; tan pronto era dulce, e incluso tierna, como se volvía de repente malvada y casi cruel; algunas veces se empapaba de lágrimas, pero lo más frecuente es que fuera seca, ardiente y como incapaz de conmoverse.

Daniel estuvo a punto de replicar, pero se contuvo. Su rostro, conciliador, se ofrecía sin defensa al enfado de Jacques; se sonrió como para excusarse. Tenía



también una manera especial de sonreír: su boca, pequeña y de labios gordezuelos, se distendía súbitamente hacia la izquierda, dejando al descubierto los dientes; esta alegría imprevista, que contrastaba con la seriedad de sus facciones, constituía un encantador atractivo.

¿Por qué este muchachote reflexivo no se subleva contra el ascendiente de este otro chiquilicuatro? Su educación, la libertad de que gozaba, ¿no le otorgaban una incontestable primogenitura en relación con Jacques? Sin contar con que en el liceo en que ambos estudiaban, Daniel era considerado como un buen alumno mientras que Jacques era una calamidad. La inteligencia despejada de Daniel iba muy por delante del esfuerzo que se exigía de él. Jacques, por el contrario, trabajaba mal, o mejor dicho, no trabajaba en absoluto. ¿Falta de inteligencia? No. Sino que, por desgracia, su inteligencia se sentía atraída en una dirección distinta de la de sus estudios. Un diablillo interior le estaba siempre sugiriendo alguna travesura, nunca había sido capaz de resistir a una tentación; por otra parte, parecía irresponsable y que solamente satisfacía un capricho de su demonio. Lo más extraño queda por decir: aunque fuera en todo el último de su clase, sus condiscípulos, e incluso sus profesores, no podían evitar el sentir hacia él una especie de interés; en todos aquellos niños cuya personalidad dormía entre el hábito y la disciplina, junto a aquellos maestros cuya energía había sido minada por la edad y la rutina, este mal estudiante de rostro ingrato, pero que tenía arrebatos de franqueza y de voluntad, que parecía vivir en un mundo de ficción, creado por él y para su uso exclusivo, que no dudaba en lanzarse a las aventuras más absurdas sin temer jamás los riesgos, este pequeño monstruo provocaba el espanto pero imponía una estimación inconsciente. Daniel había sido de los primeros en experimentar la atracción de esta naturaleza, más ruda que la suya, pero tan rica, que no cesaba de asombrarle y de instruirle; por otra parte, también él tenía algo de ardoroso y la misma tendencia a la libertad y la rebeldía. Por lo que respecta a Jacques, medio pensionista en una escuela católica y perteneciente a una familia en la que las prácticas religiosas ocupaban un lugar preponderante, fue en principio por el placer de escapar una vez más a las barreras que le rodeaban por lo que se deleitó en atraerse la atención de este protestante, a través del cual presentía ya un mundo opuesto al suyo. Pero, al cabo de algunas semanas, con la rapidez del fuego, su camaradería se había convertido en una pasión exclusiva, en la que uno y otro encontraban por fin el remedio a una soledad moral que ambos habían sufrido sin saberlo. Amor casto, amor místico, en el que su juventud se fundía en un mismo impulso hacia el porvenir y que suponía compartir todos los sentimientos excesivos y contradictorios que asolaban sus almas de catorce años, desde la pasión por los gusanos de seda y los alfabetos cifrados hasta los más secretos escrúpulos de sus conciencias, hasta ese embriagador placer de vivir que cada jornada transcurrida provocaba en ellos.

La sonrisa silenciosa de Daniel había apaciguado a Jacques, que se había aplicado de nuevo a morder su trozo de pan. La parte inferior de su rostro —la mandíbula de

los Thibault— ere bastante vulgar, con una boca excesivamente hundida, de labios agrietados; una boca fea pero expresiva, autoritaria y sensual, Levantó la cabeza:

—¡Ya verás! —aseguró—. ¡Ya verás como en Túnez la vida es fácil! En los arrozales emplean a todos aquellos que se presentan; se mastica betel: es algo delicioso. Pagan inmediatamente y se está mantenido a discreción a base de dátiles, de mandarinas, de guayabas...

—Les escribiremos desde allí —aventuró Daniel.

—Tal vez —rectificó Jacques, sacudiendo su cabeza pelirroja—. Pero solamente cuando estemos bien situados y hayan visto que nos podemos pasar sin ellos.

Quedaron en silencio. Daniel, que no había seguido comiendo, contemplaba delante de sí las enormes quillas negras, el hormigueo de los peones en las lanchas bañadas por el sol y el esplendor del horizonte a través de los mástiles entrecruzados: luchaba y se aprovechaba del espectáculo para no pensar en su madre.

Lo importante era embarcarse, aquella misma tarde, en el *La-Fayette*.

Un camarero les indicó la oficina de las líneas de vapores. Los precios estaban indicados. Daniel se inclinó delante de la ventanilla:

—Señor, mi padre me envía por dos billetes de tercera para Túnez.

—¿Tu padre? —preguntó el viejo, sin dejar de trabajar. No se veía sino una pelambarrera gris, surgiendo de entre un montón de papeles. Siguió escribiendo durante largo rato. El corazón de los muchachos estaba a punto de desfallecer.

—Bueno —dijo por fin, sin haber levantado la nariz—. Pues le dices que venga aquí él mismo y con sus papeles; ¿me has entendido?

Se sentían observados por las personas que estaban en la oficina. Huyeron sin contestar. Jacques, rabioso, hundía las manos hasta el fondo de los bolsillos. Su imaginación le proponía ya diez subterfugios diferentes: enrolarse como grumetes, o bien viajar como equipajes, en cajas claveteadas y bien provistos de víveres; o mejor aún, alquilar una barca e ir poco a poco bordeando la costa hasta Gibraltar, hasta Marruecos, haciendo escala por la noche en los puertos para tocar la ocarina y mendigar en la puerta de los hoteles.

Daniel reflexionaba; acababa de volver a oír un aviso secreto. Ya lo había oído algunas veces más desde que iniciara su escapatoria. Pero esta vez no podía hacerse el desentendido, tenía que tomarlo en cuenta: oía en su interior una voz desaprobatoria.

—¿Y si nos quedáramos en Marsella, bien escondidos? —propuso.

—Nos descubrirían antes de que transcurrieran dos días —repuso Jacques, encogiéndose de hombros—. Seguramente que ya hoy nos, habrán estado buscando por todas partes.

Daniel creyó ver a su madre, presa de inquietud, que acosaba a Jenny con sus preguntas; luego iba a ver al censor para preguntarle por su hijo.

—Escucha —dijo. Su respiración era angustiada; vio un banco y se sentaron—. Ha llegado el momento de pensar —prosiguió animosamente—. Después de todo,

cuando nos hayan buscado bien durante dos o tres días, ¿no estarán ya bastante castigados?

Jacques cerró las manos con fuerza.

—¡No, no y no! —gritó—. ¿Es que ya lo has olvidado todo? —Su cuerpo nervioso estaba tan tenso que, más que sentado en el banco, estaba apoyado contra él, como si fuera un madero. Sus ojos chispeaban de rencor contra la escuela, contra el abate, el liceo, el censor, su padre, la sociedad y la injusticia universal—. ¡Nunca nos creerían! —exclamó. Su voz se había puesto ronca—. ¡Nos han robado el cuaderno gris! ¡No comprenden, no pueden comprenderlo! ¡Si hubieras visto al abate, cómo trataba de hacerme confesar! ¡Su aspecto melifluo! ¡Tú, como eres protestante, eres capaz de todo!...

Su mirada se apartó, por pudor. Daniel bajó la suya; le atenazaba el pensamiento la terrible idea de que su madre pudiera llegar a tener conocimiento de aquella abominable sospecha. Murmuró:

—¿Crees que le contarán a mamá...?

Pero Jacques no le escuchaba.

—¡No, no y no! —insistió—. ¿Ya no recuerdas lo que convenimos? ¡Pues no ha cambiado nada! ¡Ya estoy harto de persecuciones! ¡Abur! Cuando hayamos demostrado con nuestros actos de lo que somos capaces, y que no tenemos necesidad de ellos, ¡ya verás cómo entonces nos respetan! No tenemos sino una solución: expatriarnos, ganarnos la vida sin su ayuda, ¡eso es! Y entonces, entonces sí, escribirles donde estamos, poner nuestras condiciones, declarar que queremos ser libres y seguir siendo amigos, porque lo somos hasta la muerte. —Se calló y, conteniéndose, prosiguió en un tono más reposado—: Si no, ya te lo he dicho: me mataré.

Daniel le lanzó una mirada asustada. La carita pálida, sembrada de pecas, mostraba una decisión exenta de fanfarronería.

—¡Te lo juro, estoy completamente decidido a no volver a caer en sus garras! Ya he tomado mis medidas. O la huida, o esto... —dijo, enseñando la empuñadura del puñal corso que le asomaba por debajo del chaleco y que cogiera aquella misma mañana, apresuradamente, de la habitación de su hermano—. O mejor todavía, esto otro... —continuó, sacando del bolsillo un frasquito envuelto en un trozo de papel—. Si ahora te negases a embarcarte conmigo, no sería muy largo: ¡hala! —E hizo ademán de tragar el contenido del frasco—, ...y caigo fulminado.

—¿Y qué es eso? —balbuceó Daniel.

—Tintura de yodo —articuló Jacques sin bajar la vista.

Daniel suplicó:

—Dame eso, Thibault...

A pesar de su terror, se sentía subyugado de ternura, de admiración; sufría la extraordinaria fascinación de Jacques, y, por otra parte, la aventura volvía a tentarle. Pero Jacques ya había sepultado el frasco en el fondo de su bolsillo.

—Vamos a andar —dijo con una mirada sombría—. Estando sentado no se piensa bien.

A las cuatro volvieron al muelle, Alrededor del *La-Fayette*, la agitación alcanzaba su máximo grado: una fila ininterrumpida de estibadores, cargados con cajones y semejantes a hormigas acarreado su carga, subía por las pasarelas. Los dos niños, yendo Santiago a la cabeza, tomaron el mismo camino. Sobre el puente recién baldeado, algunos marineros, ayudándose con una cabria instalada sobre un respiradero, descolgaban los equipajes a la cala. Un individuo rechoncho de nariz encorvada, la barba en forma de herradura, de pelo muy negro, dirigía la maniobra; llevaba una guerrera azul, con un galón dorado en la manga.

En el último momento, Jacques flaqueó.

—Usted perdone, señor —dijo Daniel, quitándose el sombrero con lentitud—, ¿es usted el capitán?

El otro se echó a reír:

—¿Por qué?

—Venía con mi hermano, señor. Queríamos pedirle... —Incluso antes de haber terminado, Daniel se dio cuenta de que había tomado un camino equivocado, echándolo todo a perder—... Queríamos pedirle que nos llevaran... a Túnez...

—¿Y eso? ¿Solos? —contestó el oficial, guiñando los ojos. En la expresión de su mirada irónica había más de lo que expresaban sus palabras.

Daniel no tenía más remedio que continuar con las mentiras que habían concertado.

—Hemos venido a Marsella para encontrarnos aquí con mi padre, pero le han ofrecido una colocación en Túnez, en un arrozal, y... nos ha escrito que nos reunamos con él. Además, tenemos dinero para pagar el viaje —añadió, dejándose llevar por la inspiración del momento; y apenas lo había hecho cuando comprendió que semejante oferta no era menos perjudicial que todo lo demás.

—Muy bien. ¿Pero aquí, con quién vivís?

—Pues..., pues con nadie. Venimos de la estación.

—¿No conocéis a nadie en Marsella?

—No.

—¿Y queréis embarcaros esta misma tarde?

Daniel estuvo a punto de contestar que no y desistir. Murmuró entre dientes:

—Sí, señor.

—Pues muy bien, mocitos —bromeó el individuo galoneado—, habéis tenido una verdadera suerte en no haber caído en manos del viejo, porque no es muy partidario de las travesuras, y hubiera hecho que os cogieran limpiamente y os llevaran a la comisaría para poner en claro todo esto... Sin contar que con estos bribones es lo único que se puede hacer —exclamó de repente, sujetando a Daniel por la manga—. ¡Eh! Charlot, sujeta aquí al pequeño mientras yo...

Jacques, que había sorprendido el gesto, saltó rápidamente por encima de las

cajas, esquivó con una flexión el brazo extendido de Charlot, ganó de tres zancadas la pasarela, se deslizó como un simio por en medio de los cargadores, saltó sobre el muelle y se lanzó hacia la izquierda. Pero ¿y Daniel? Se volvió: ¡También Daniel escapaba! Jacques vio como a su vez empujaba y se abría paso a empujones por entre el hormiguero, se descolgaba por las escalas, saltaba al muelle y corría hacia la derecha en tanto que el supuesto capitán, inclinado sobre la borda, los miraba escapar agitado por las carcajadas. Jacques reemprendió la carrera; ya se encontrarían más tarde; de momento lo que interesaba era perderse entre la gente, alejarse del puerto lo más posible.

Un cuarto de hora más tarde, cuando ya le faltaba el aliento y se encontraba solo en una calle desierta de las afueras, Jacques se detuvo. Al principio sintió una alegría malsana al pensar que hubieran podido atrapar a Daniel. Al fin y al cabo, ¿no era culpa suya si el plan había fracasado? En aquel momento le odiaba y estuvo a punto de dirigirse al campo, de huir solo, sin volver a ocuparse de él. Compró cigarros y se puso a fumar. Sin embargo, dando un gran rodeo a través de un barrio nuevo, acabó por volver a la zona del puerto. El *La-Fayette* seguía inmóvil. Desde lejos pudo advertir que los tres pisos de puentes estaban repletos de rostros que se apretujaban unos contra otros; el navío aparejaba. Jacques rechinó los dientes y volvió los talones. Entonces se dispuso a buscar a Daniel para poder pasar su rabia junto con alguien. Recorrió las calles, llegó a la Canebière, se mezcló durante un momento con la muchedumbre y volvió sobre sus pasos. Un calor de tormenta, sofocante, pesaba sobre la ciudad. Jacques estaba bañado de sudor. ¿Cómo encontrar a Daniel entre toda esta gente? El deseo de encontrar a su compañero se iba haciendo cada vez más imperioso a medida que desesperaba de conseguirlo. Le ardían los labios, reseco por el tabaco y la fiebre. Sin ocuparse ya de pasar desapercibido, sin inquietarse por los ruidos lejanos del trueno, se dedicó a buscar a Daniel de un lado para otro; los ojos le dolían a fuerza de escudriñar. El aspecto de la ciudad cambió bruscamente: la luz pareció subir desde el pavimento y las fachadas se recortaban en tonos claros sobre un cielo violáceo; la tormenta se aproximaba; espesas gotas de lluvia empezaron a manchar la acera. Un trueno brutal, muy cercano, le hizo sobresaltarse. Bordeaba unos escalones bajo un frontispicio de columnas: el atrio de una iglesia se abría ante él. Entró.

Sus pasos sonaron bajo las bóvedas; un perfume bien conocido hirió su olfato. Acto seguido experimentó cierto consuelo, cierta seguridad: ya no estaba solo, una presencia sobrenatural le rodeaba. Pero en aquel mismo momento le invadió un nuevo temor: desde que se escapara no había vuelto a pensar en Dios y, de repente, sentía gravitar sobre él la mirada invisible que penetra en las intenciones más secretas. Tuvo conciencia de ser un gran culpable, cuya presencia profanaba aquel santo lugar y que Dios podría fulminarle desde lo alto de los cielos. La lluvia se abatía sobre el tejado; bruscos relámpagos iluminaban las vidrieras del ábside; el

trueno retumbaba interminable y, como si buscara un culpable, envolvía al niño desde la sombra de las bóvedas. Arrodillado sobre un reclinatorio, Jacques inclinó la cabeza y, encogido, balbuceó apresuradamente algunos padrenuestros, algunas avemarías...

Poco a poco los estampidos se fueron espaciando, una claridad más diáfana descendió desde las vidrieras, la tormenta se alejaba; el peligro inmediato había pasado. Tuvo la impresión de haber hecho trampa sin que le sorprendieran. Se sentó; en lo más hondo de su ser conservaba el sentimiento de culpabilidad, pero el orgullo maligno de haberse sustraído a la justicia, por tímido que fuera, no dejaba de tener cierta dulzura. Caía la tarde. ¿Qué esperaba allí? Aplacado, entumecido, contemplaba la lucecilla vacilante del santuario con una vaga impresión de insuficiencia y de aburrimiento, como si la iglesia hubiera cambiado de aspecto. Un sacristán vino a cerrar las puertas. Huyó como un ratero, sin murmurar unas palabras de oración, sin arrodillarse siquiera: sabía perfectamente que Dios no le había perdonado.

Un vientecillo fresco secaba las calles. Los transeúntes eran escasos. ¿Dónde podría estar Daniel? Jacques pensó que le habría ocurrido algo desagradable; sus ojos se llenaron de lágrimas, que le hacían borroso el camino y que rechazó apretando el paso. Si de repente hubiera visto a Daniel atravesar la calle y acercarse a él, se hubiera desvanecido de emoción.

En el campanario de los Accoules dieron las ocho. Las ventanas se iban iluminando. Sintió hambre; compró pan y continuó andando, arrastrando su desesperación y sin ocuparse siquiera de examinar a los que pasaban por su lado.

Dos horas más tarde, roto de fatiga, divisó un banco bajo los árboles, en el extremo de una avenida solitaria. Se sentó. El agua goteaba de los plátanos.

Una mano ruda se posó sobre su hombro. ¿Se habría dormido? Era un guardia; se sintió desfallecer y las piernas le flaquearon.

—Márchate a casa, ¡y en seguida!

Jacques se escabulló. Ya no pensaba en Daniel, ya no pensaba en nada; le dolían los pies y trataba de evitar a los guardias municipales. Volvió hacia el puerto. Dieron las doce. El viento se había calmado; en el agua se balanceaban parejas de luces de colores. El muelle estaba desierto. Tuvo que esquivar las piernas de un mendigo que roncaba acurrucado entre dos fardos. Entonces sintió un vehemente deseo de tumbarse, irresistible, más fuerte que sus temores, fuere donde fuere, con tal de dormir. Dio algunos pasos más, levantó el pico de una lona, anduvo a trompicones entre algunas cajas que olían a madera mojada y cayó dormido.

Sin embargo, Daniel vagaba en busca de Jacques.

Había rondado por los alrededores de la estación, por los del hotel en que habían pasado la noche, por las proximidades de la oficina de la línea de barcos de pasajeros: todo en vano. Volvió a los muelles. El lugar del *La-Fayette* estaba vacío, el puerto inanimado; la tormenta hacía desaparecer a los desocupados.

Con la cabeza baja volvió a la ciudad. El chaparrón le azotaba los hombros.

Compró algunas cosas de comer, para Jacques y para él, y fue a sentarse en el café donde se detuvieran por la mañana. Una tromba de agua se abatía sobre el distrito; en todas las ventanas corrían los visillos; los camareros, con el paño puesto por la cabeza, enrollaban los anchos toldos de las terrazas. Los tranvías corrían sin detenerse, lanzando al cielo plomizo las chispas de sus antenas y el agua salía de los carriles como la tierra proyectada por la reja del arado. Daniel tenía los pies mojados y la latían las sienas. ¿Qué sería de Jacques? Casi sentía menos haberle perdido que imaginarse la angustia y el desamparo del pequeño. Sintió el convencimiento de que iba a verle allí mismo, precisamente en el rincón de aquel panadería, y esperó; ya le veía venir, con la ropa empapada, chapoteando en los charcos, con una cara lívida en la que los ojos se revolvían desesperadamente. Veinte veces estuvo a punto de llamarle: pero eran muchachos desconocidos que entraban corriendo en la panadería y salían con un pan oculto bajo chaqueta.

Transcurrieron dos horas. Ya no llovía y se acercaba la noche. Daniel no se atrevía a marcharse: le parecía que Jacques iba a surgir tan pronto como él abandonara su puesto de vigilancia. Por último tomó el camino de la estación. El globo estaba encendido, encima de la puerta del hotel. El barrio estaba mal alumbrado; ¿serían capaces de reconocerse siquiera si se cruzaban en esta oscuridad? Oyó gritar: «¡Mamá!». Vio a un muchacho de su edad que cruzaba la calle y se acercaba a una señora que le besó; pasaron por su lado; la señora había abierto el paraguas para protegerse del agua que caía de los tejados; su hijo la llevaba cogida del brazo. Iban hablando y se perdieron en la noche. Se oyó el silbido de una locomotora. A Daniel no le quedaban fuerzas para resistir su pena.

¿Cómo se había equivocado al seguir a Jacques! Lo sabía perfectamente; no había dejado de saberlo desde el principio, desde aquella cita matinal en el Luxemburgo, cuando habían decidido esta loca aventura. No, ni un solo instante había podido deshacerse de esta certidumbre de que, si en lugar de huir, hubiera corrido a explicárselo todo a su madre, lejos de hacerle reproches ésta le hubiera protegido contra todos y nada malo le hubiera sucedido. ¿Por qué había cedido entonces? Este era el enigma que se le planteaba.

Volvió a verse, el domingo por la mañana, en el vestíbulo de su casa. Jenny había acudido al oírle volver. En la bandeja, un sobre amarillo con el sello del liceo: su expulsión sin duda alguna; lo había ocultado bajo el tapete. Jenny, sin decir palabra le miraba con ojos penetrantes; había adivinado que algo trágico le sucedía. Le había seguido a su habitación y había visto cómo cogía la cartera en que guardaba sus ahorros; se había arrojado sobre él, abrazándole, ahogándole con sus besos: «¿Qué pasa? ¿Qué vas a hacer?». Entonces había confesado que se escapaba, que era objeto de una calumnia, un chisme del liceo, que los profesores se habían conjurado todos contra él y que era necesario que desapareciera durante algunos días. Jenny había gritado:

—¿Solo?

—No; con un compañero.

—¿Quién?

—Thibault.

—¡Llévame!

Daniel la había atraído hacia sí, sentándola en sus rodillas, como cuando era pequeña, y había contestado en voz baja:

—¿Y mamá?

Jenny lloraba y su hermano había añadido:

—No tengas miedo y no creas nada de lo que te digan. Dentro de algunos días escribiré y volveré. Pero júrame, júrame que no dirás nunca, ni a mamá ni a nadie, nunca, nunca, que he vuelto a casa, que me has visto, que sabes que me marcho...

La chiquilla le había hecho una señal afirmativa con la cabeza. Luego, al querer besarla su hermano, se había escapado hacia su habitación con un sollozo ronco, con un acento tal de desesperación, que todavía le resonaba en los oídos. Apretó el paso.

Como iba andando en línea recta, sin mirar por dónde, pronto se encontró a bastante distancia de Marsella, en los suburbios. El suelo era viscoso, había pocos faroles. A ambos lados de la calle se abrían en la oscuridad negros agujeros, que servían de acceso a patios y corredores fétidos. La chiquillería lloriqueaba en el fondo de las casas. Un gramófono alborotaba en un cabaret de sórdido aspecto. Volvió sobre sus pasos y anduvo un buen rato en dirección contraria. Por fin distinguió un disco encarnado: estaba cerca de la estación. Se caía de fatiga. La esfera luminosa señalaba la una de la madrugada. La noche sería aún muy larga: ¿qué podría hacer? Buscó una esquina donde descansar un poco. Un farol de gas alumbraba a la entrada de un desierto callejón sin salida; franqueó el espacio iluminado y se hundió en la sombra; a su izquierda se alzaba el paredón de una fábrica; apoyó en él la espalda y cerró los ojos.

Una voz de mujer le hizo despertarse sobresaltado.

—¿Dónde vives? ¡Supongo que no irás a acostarte ahí!

Le había llevado bajo el farol. Daniel no sabía qué contestar.

—Me apuesto cualquier cosa a que has tenido alguna trifulca con tu padre, ¿eh? ¿No te atreves a volver a tu casa?

La voz era dulce. El muchacho aceptó la mentira; se había quitado el sombrero y contestó cortésmente:

—Sí, señora.

Ella se echó a reír.

—«¡Sí, señora!» Bueno, pues mira, a pesar de todo, tienes que volver a casita. Yo ya he pasado por eso antes que tú; ¿para qué esperar, si al fin y al cabo vas a tener que volver más pronto o más tarde? Cuanto más tardes se te hará más difícil.

Como el muchacho no respondiera, bajó la voz y en un tono de interés, familiar, de complicidad, agregó:

—¿Tienes miedo de que te peguen?



Daniel no contestó.

—¡Fenómeno! —dijo ella—. ¡Es tan cabezota que preferiría pasarse la noche aquí! ¡Anda, vente a mi casa, no tengo a nadie y te pondré un colchón en el suelo! ¡A pesar de todo no puedo dejar a un crío que se pase la noche en la calle!

No tenía aspecto de ser una ladrona y, por otra parte, el muchacho sentía un inmenso consuelo por no tener que estar solo. Pensó decir: «Gracias, señora», pero la siguió en silencio.

Muy pronto la mujer llamó a una puerta baja. Tardaron en abrir. El pasillo olía a lejía. Daniel se tropezó contra los escalones.

—Yo ya tengo costumbre —dijo ella—. Dame la mano.

La de la dama estaba enguantada y tibia. El muchacho se dejó guiar. La escalera también estaba tibia. Daniel se sintió dichoso de no estar en la calle. Subieron dos o tres pisos. Ella sacó la llave, abrió una puerta y encendió una lámpara. Él distinguió una habitación en desorden, con una cama sin hacer. Se quedó de pie guiñando los ojos a la luz, agotado, casi dormido. Sin siquiera quitarse el sombrero, la mujer había sacado de la cama un colchón que arrastró hasta la otra habitación. Se volvió y rompió a reír:

—¡Se cae de sueño...! Vamos, ¡por lo menos, descálzate!

Obedeció con manos torpes. El proyecto de volver al día siguiente a la cantina de la estación, a las cinco en punto de la mañana, con la esperanza de que Jacques tuviera la misma idea, le volvía a la imaginación como una idea fija. Balbuceó:

—Habrás que llamarme temprano...

—Sí, sí... —concedió la mujer sin dejar de reír.

Daniel sintió que le ayudaba a quitarse la corbata, a desnudarse. Se dejó caer, sobre el colchón y perdió la noción de todo.

Cuando abrió los ojos ya era de día. Se creyó en París, en su habitación, pero se sintió sorprendido por el color de la luz a través de los visillos; se oía cantar una voz juvenil; entonces recordó.

La puerta de la habitación vecina estaba abierta: una muchacha, inclinada sobre el lavabo se lavaba la cara a chapuzones. La joven se volvió, le vio incorporado sobre un codo y rompió a reír.

—Vaya, ¿ya te has despertado? Es una pena que...

¿Sería aquélla la señora de la noche pasada? En camisa y con una enagua corta, con los brazos desnudos y las pantorrillas al descubierto, parecía una niña. No se había fijado, a causa del sombrero, en que tenía el pelo corto: unos rizos morenos de muchacho, echados hacia atrás a fuerza de cepillo.

Repentinamente se acordó de Jacques y se quedó aterrado:

«¡Dios mío! —pensó—. ¡Y yo que quería estar temprano en la cantina...!».

Pero el calor de las mantas con que la muchacha le había arropado durante el sueño, le retenía y, por otra parte, no se atrevía a levantarse en tanto que la puerta no

estuviera cerrada. En aquel momento entró la muchacha con una taza humeante y un trozo de pan con mantequilla.

—Toma. Trágate eso y luego lárgate; no quiero tener jaleos con tu padre.

Se sentía avergonzado de que le viera de aquella forma, en camisa, con el cuello desabrochado; avergonzado de verla acercarse, también ella con el cuello desnudo y los hombros al aire... La muchacha se inclinó. Daniel cogió la taza bajando los ojos y se puso a comer por educación. La joven iba y venía de una habitación a otra, arrastrando las zapatillas y canturreando. El muchacho no levantaba los ojos de la taza, pero cuando pasaba por su lado, aun sin querer, distinguía a su altura las piernas desnudas, con las venas muy marcadas y, deslizándose sobre el suelo de madera, los talones enrojecidos que desbordaban de las babuchas. El pan se le atragantaba. Se sentía desanimado en el umbral de este día pleno de incertidumbre. Pensó que en su casa, a la hora del desayuno, su silla estaría vacía.

Repentinamente el sol llenó la habitación: la joven acababa de abrir las contraventanas y su voz fresca estalló en la luz como el trino de un pajarillo:

*¡Ay, si el amor tuviera raíces  
yo lo plantaría en mi jardín!*

Era ya demasiado. Este rayo de sol y esta alegría despreocupada, en el preciso instante en que él luchaba contra su desesperación... Las lágrimas se le vinieron a los ojos.

—¡Vamos, date prisa! —gritó la muchacha alegremente, al tiempo que recogía la taza vacía.

Entonces se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Estás triste? —preguntó.

Tenía la voz cariñosa de una hermana mayor; Daniel no pudo contener un sollozo. Ella se sentó en el borde del colchón, le pasó el brazo alrededor del cuello y, maternalmente, para consolarle —último argumento de todas las mujeres—, le cogió la cabeza y se la apoyó contra el pecho. Daniel no se atrevía a moverse; sentía sobre toda la superficie de su cara, a través de la camisa, la agitación de los senos y su tibieza. Se le cortó la respiración.

—¡Bruto! —exclamó la muchacha, retrocediendo y ocultando el busto con el brazo desnudo—. ¿Es ver esto lo que te pone así? ¡Habrás visto el vicioso éste! ¡A su edad! ¿Cuántos años tienes?

Mintió sin darse cuenta, como llevaba haciendo desde hacía dos días:

—Dieciséis años —balbuceó.

Sorprendida, la joven repitió:

—¿Dieciséis años ya?

Le había cogido la mano que miraba distraída; le arremangó poniendo al

descubierto el antebrazo.

—Este chiquillo tiene la piel tan blanca como una niña —murmuró sonriendo.

Había levantado la muñeca del muchacho y la acariciaba con su mejilla inclinada; cesó de sonreír, respiró con fuerza y dejó caer la mano.

Antes de que el muchacho hubiera comprendido, se había despojado de la enagua:

—Dame calor —murmuró, deslizándose bajo las mantas.

Jacques había dormido mal bajo la lona azotada por la lluvia. Antes de amanecer había abandonado su yacija y se había puesto a deambular en el día naciente.

—Con toda seguridad —pensaba—, si Daniel está libre se le ocurrirá la idea de venir a la cantina de la estación, como ayer.

Por su parte, estaba allí mucho antes de las cinco; y hasta las seis no se decidió a marcharse.

¿Qué pensar? ¿Qué hacer? Hizo que le indicaran donde se encontraba la cárcel. Con el corazón oprimido, apenas si se atrevía a levantar los ojos ante la puerta cerrada:

## PRISION

Tal vez fuera allí donde Daniel... Contorneó la pared interminable, dio un rodeo a fin de apreciar la altura de las ventanas enrejadas y luego se alejó asustado.

Durante toda la mañana recorrió la ciudad. El sol apretaba; la ropa de colores abigarrados puesta a secar en todas las ventanas empavesaba las callejas populosas; en el quicio de las puertas las comadres hablaban y reían con un diapasón de disputa. Durante unos momentos, el espectáculo de la calle, la libertad y la aventura, provocaban en él una embriaguez efímera, pero, repentinamente, empezó a pensar en Daniel. Sujetaba con todas sus fuerzas en el fondo del bolsillo el frasco de yodo: si no encontraba a Daniel antes de aquella misma tarde, se mataría. Se lo juró elevando un poco la voz, con objeto de comprometerse con mayor fuerza, aunque en el fondo tuviera sus sospechas acerca de su valor para realizarlo.

No le encontró hasta las once de la mañana, cuando pasaba por centésima vez por delante del café en el que el día anterior les habían informado acerca de la dirección de la oficina de la línea de barcos.

¡Allí estaba!

Jacques se precipitó por entre las mesas y las sillas. Daniel, más dueño de sí mismo, se había incorporado.

—¡Chist!

Les estaban mirando; los muchachos se dieron la mano. Daniel pagó su consumición y salieron a la calle, torciendo por la primera bocacalle que encontraron. Entonces Jacques se cogió del brazo de su amigo estrechándole contra él,

apretujándole; y de repente rompió a sollozar, con la frente apoyada sobre su hombro. Daniel no lloraba: continuaba su camino, muy pálido, con la mirada fija en la lejanía, apretando contra su pecho la manita de Jacques y con los labios, que dejaban al descubierto los dientes, ligeramente temblorosos.

Jacques dijo:

—He dormido en el muelle, como un ratero, ¡bajo una lona! ¿Y tú?

Daniel se azoró. Respetaba demasiado a su amigo y su amistad; por primera vez tenía que ocultar algo a Jacques, y algo esencial. La enormidad de este secreto entre ambos se le hizo insoportable. Estuvo a punto de dejarse llevar y contarlo todo pero no, no podía hacerlo. Permaneció silencioso, aturrullado, sin poder quitarse la obsesión de todo lo ocurrido.

—Y tú, ¿dónde has pasado la noche? —insistió Jacques.

Daniel hizo un gesto indefinido:

—Pues en un banco, allí... Y más que nada, andando.

Cuando hubieron desayunado se pusieron a deliberar. Quedarse en Marsella era una imprudencia: sus idas y venidas no tardarían en hacerse sospechosas.

—¿Y entonces...? —dijo Daniel, que soñaba con regresar.

—Pues entonces —replicó Jacques—, he pensado que lo que tenemos que hacer es ir a Tolón; está a veinte o treinta kilómetros de aquí, por allí, a la izquierda, siguiendo la costa. Iremos a pie, como dos niños que van de paseo. Y allí, con tantos barcos, nos será fácil encontrar algún medio para embarcar.

Mientras hablaba, Daniel no podía apartar los ojos de aquella querida carita vuelta a encontrar, con sus pecas, sus orejas transparentes y aquella mirada azul en la que se reflejaban las cosas que iba citando: Tolón, los barcos, el horizonte de aventuras. Por muy grande que fuera su deseo de compartir la bella obstinación de Jacques, su sentido común le hacía sentirse escéptico: sabía perfectamente que no llegarían a embarcarse; pero, a pesar de todo, no tenía una certeza absoluta; incluso había momentos en que esperaba engañarse y que la fantasía diera un mentís al sentido común.

Compraron comida y se pusieron en camino. Dos jovencitas les miraron sonrientes. Daniel se ruborizó: las faldas ya no le ocultaban el misterio de los cuerpos... Jacques silbaba; no se había percatado. Y Daniel se sintió aún más aislado por esta experiencia que le turbaba la sangre; Jacques ya no podía ser un amigo de verdad: sólo era un niño.

Atravesando los barrios extremos, alcanzaron finalmente su camino, que seguía, como un trazo de lápiz pastel de color rosáceo, las sinuosidades de la costa. Se levantó un airecillo perfumado que dejaba cierto regusto a sal. Andaban despacio sobre el polvo amarillento, con los hombros quemados por el sol. La proximidad del mar les enervó. Abandonaron el camino para precipitarse hacia el mar gritando: «¡Thalassa! ¡Thalassa!», levantando ya las manos para hundirlas en el agua azul...

Pero el mar no se dejó coger. Por el lugar en que le alcanzaron, la costa no se inclinaba hacia el agua en aquella suave pendiente de fina arena que su deseo había imaginado, sino que, por el contrario, caía a pico sobre una especie de canal profundo, de una anchura igual, en el cual el mar se adentraba por entre las rocas cortadas a pico. Por debajo de ellos, un argayo rocoso se adelantaba en forma de rompeolas, como obra de cíclopes; y la ola que alcanzaba este pico de granito, hendida, rota, impotente, lamía sumisa y baboseante sus flancos lisos. Se habían cogido de la mano e, inclinados uno junto a otro, se perdieron en la contemplación del mar encrespado que espejeaba bajo el cielo. En su exaltación silenciosa había algo de temor.

—Mira —dijo Daniel.

A algunos centenares de metros, una barca blanca, de una luminosidad increíble, se deslizaba sobre el índigo del mar. La quilla, por debajo de la línea de flotación, estaba pintada de verde, de un verde agresivo de brote tierno, y los golpes de remo proyectaban la embarcación hacia adelante con una serie de rápidas sacudidas que sacaban la proa fuera del agua y que, a cada salto, ponían al descubierto el resplandor mojado de la verde quilla, con una rapidez de centella.

—¡Qué suerte poder describir todo esto! —murmuró Jacques, palpando el cuaderno de notas que llevaba en el bolsillo—. Pero ya verás —exclamó, encogiéndose de hombros—, ¡África es todavía más bonita! ¡Vamos!

Y se lanzó a través de los peñascos en dirección a la carretera. Daniel corría a su lado; por un instante había sentido su corazón libre de su peso, aligerado de todo remordimiento, locamente ávido de aventuras.

Llegaron a un lugar en el que la carretera tenía una cuesta bastante pronunciada y hacía un ángulo recto para pasar por delante de un grupo de casas. Cuando iban a alcanzar este recodo, un ruido infernal les hizo pararse en seco: un revoltijo de caballos, de ruedas, de toneles, zigzagueando de un lado a otro del camino, se precipitaba hacia ellos con una rapidez vertiginosa; y antes de que hubieran podido iniciar la huida, la enorme masa vino a estrellarse a cincuenta metros de donde se encontraban, contra una verja que voló rota en pedazos. La cuesta era bastante inclinada; un inmenso carromato de transportes, que bajaba cargado hasta los topes, no había podido frenar a tiempo; a causa de su enorme peso había arrastrado a los percherones que tiraban de él y que, empujados, encabritados, enredados unos con otros, acababan de abatirse en un confuso revoltijo, enterrados bajo la montaña de toneles repletos de vino. Algunos hombres enloquecidos, gesticulantes, corrían gritando detrás de este montón de ollares ensangrentados, de grupas, de cascos, cuyo conjunto entero palpitaba entre el polvo. De repente, a los relinchos de los animales, al tintineo de las campanillas, a las coces que retumbaban contra la puerta de hierro, al chirriar de las cadenas, a las voces de los conductores, se mezcló un sonido bronco que dominó todos los demás: el estertor del caballo guía, un tordillo, al que todos los demás pisoteaban y que, con las patas aprisionadas bajo el cuerpo se desgañitaba,

estrangulado por el arnés. Un hombre blandiendo un hacha se arrojó en la refriega: se le vio dar un traspiés, caerse, volverse a levantar; sujetaba al caballo tordo por una oreja y se afanaba en cortar a hachazos el collarón; pero éste era de hierro y el acero se mellaba; se vio al hombre incorporarse enloquecido y arrojar el hacha contra la pared, mientras que el estertor se convertía en un silbido estridente cada vez más rápido y una espuma sanguinolenta inundaba los ollares.

Entonces Jacques sintió que todo vacilaba. Trató de sujetarse en la manga de Daniel, pero tenía los dedos entumecidos y al flaquearle las piernas cayó al suelo. La gente le rodeó en seguida. Le llevaron a un jardincillo, le sentaron al lado de una boca de riego, en medio de las flores, y le mojaron las sienes con agua fresca. Daniel estaba tan pálido como él. Cuando volvieron a la carretera todo el pueblo se ocupaba de los barriles. Los caballos habían sido levantados. De cuatro caballos, tres estaban heridos, y dos de ellos, con los remos delanteros rotos, se encontraban desplomados en el suelo. El cuarto estaba muerto: yacía en la cuneta por la que corría el vino, con la cabeza posada sobre el suelo, la lengua fuera de la boca, los ojos glaucos medio abiertos, y las patas replegadas bajo el cuerpo, como si al morir hubiera querido facilitar la tarea del desollador. La inmovilidad de esta carne sedosa, manchada de arena, de sangre y de vino, contrastaba con el palpitar de los otros tres que temblaban abandonados en mitad del camino.

Vieron a uno de los conductores acercarse al cadáver. En su rostro curtido con el pelo empapado de sudor, una expresión de cólera ennoblecida por una especie de gravedad, demostraba hasta qué punto aquel carretero se sentía afectado por la catástrofe. Jacques no podía apartar los ojos de aquel hombre. Le vio ponerse entre los labios una colilla que tenía en la mano, inclinarse luego sobre el caballo tordo, levantar la lengua tumefacta ya negra de moscas, introducir el índice en la boca y dejar al descubierto los dientes amarillentos. Durante algunos minutos permaneció agachado, palpando la encía violácea; por último se levantó, buscando una mirada amistosa; encontró la de los muchachos y, sin siquiera secarse los dedos, sucios de espuma, volvió a ponerse la colilla entre los labios.

—¡Éste no tenía ni siete años! —murmuró encogiéndose hombros. Se dirigía a Jacques—: ¡El mejor animal de los cuatro, el que más valía! Daría dos dedos de la mano por recuperarle.

Volvió la cabeza, sonriendo con amargura y escupió.

Reemprendieron el camino, sin animación, oprimidos.

—¿Tú has visto alguna vez un muerto de verdad, un hombre muerto? —preguntó Jacques.

—No.

—¡Pues es algo extraordinario!... Yo hacía mucho tiempo que lo tenía metido entre ceja y ceja y un domingo, a la hora del catecismo, fui a verlo ...

—¿Y adónde?

—Al Depósito.

—¿Tú? ¿Solo?

—Exactamente. No tienes ni idea de lo blanco que se pone un muerto: es como si fuera de cera, de plastilina. Había dos: uno tenía la cara completamente acuchillada, pero el otro parecía estar vivo, ni siquiera tenía los ojos cerrados. Igual que vivo —repitió—, y sin embargo, muerto, no cabía la menor duda; se le notaba a primera vista no sé por qué... Y al caballo ya has visto que le pasaba lo mismo... Cuando seamos libres —terminó—, tengo que llevarte un domingo al Depósito.

Daniel ya no le escuchaba. Acababan de pasar bajo el balcón de un hotelito en el que una mano infantil desgranaba las notas de la escala musical. Jenny... Se le aparecía el rostro delicado, la mirada angustiada de Jenny cuando había gritado: «¿Qué vas a hacer?», y las lágrimas habían asomado a sus ojos grises abiertos de par en par.

—¿No sientes no tener una hermana? —preguntó el cabo de un momento.

—¡Claro que sí! Sobre todo una hermana mayor, porque una pequeña casi puede decirse que la tengo.

Como Daniel le mirara sorprendido, aclaró:

—La señorita tiene en mi casa a una sobrinilla huérfana... Tiene diez años... Gise... Se llama Gisèle, pero la llamamos Gise... Para mí es como si fuera una hermana.

Sus ojos se humedecieron repentinamente. Prosiguió sin ligar las ideas:

—Tú te has educado de una manera distinta. En primer lugar, eres externo, vives ya como Antoine, eres casi libre. Claro que tú eres sensato —observó con tono melancólico.

—¿Y tú no? —preguntó Daniel con seriedad.

—¡Oh! Por lo que a mí respecta —replicó Jacques, frunciendo las cejas—, sé perfectamente que soy insoportable. No puedo ser de otra manera. Mira, algunas veces, por ejemplo, me pongo que no conozco a nadie, rompo las cosas, pego, grito barbaridades; sería capaz de tirarme por la ventana o de matar a alguien a golpes. Te lo digo para que lo sepas todo —añadió. Era evidente que experimentaba un placer malsano acusándose—. No sé si será culpa mía o no. Creo que si viviera contigo no sería así, pero tampoco puedo asegurarlo... ¡Si vieras cómo son en mi casa cuando vuelvo por la tarde! —prosiguió después de una pausa, mirando a lo lejos—. Papá nunca me ha tomado en serio. En la escuela, los curas le dicen que soy un monstruo, para darle coba, para aparentar que se toman mucho interés en la educación del hijo del señor Thibault; que tiene mucha mano en el Arzobispado, ¿comprendes? Y papá es bueno, te lo advierto —afirmó con una animación repentina—, incluso muy bueno, pero, no sé cómo decirlo... Siempre con sus obras, sus comisiones, sus discursos; siempre la religión. Y la señorita igual: todo lo que me ocurre de malo es porque Dios me castiga, ¿comprendes? Después de cenar, papá se encierra en su despacho y la señorita me hace recitar las lecciones, que nunca me sé, en la habitación de Gise, mientras que acuesta a la pequeña. ¡Ni siquiera permite que me quede solo en mi

habitación! ¿Querrás creer que me han desconectado la llave para que no pueda encender la luz?

—¿Y tu hermano? —preguntó Daniel.

—Sí, Antoine es un buen elemento, pero nunca está en casa, ¿comprendes? Y además, aunque nunca me lo ha dicho, me parece que él tampoco se encuentra muy a gusto en casa... Ya era mayor cuando murió mamá, puesto que tiene exactamente nueve años más que yo y, por tanto, la señorita no tiene mucho ascendiente sobre él. En cambio, a mí ha sido ella quien me ha criado, ¿comprendes?

Daniel permaneció en silencio.

—En tu caso no es lo mismo —continuó Jacques—. Saben cómo tratarte, has sido educado de otra manera. Es como con los libros: a ti te dejan que leas de todo, en tu casa tienes la biblioteca a tu disposición. A mí, sin embargo, nunca me dan sino viejos librotos con estampas del tipo de los de Julio Verne: tonterías. Ni siquiera saben que escribo versos. Me formarían un escándalo, no lo comprenderían. Hasta puede que me encerraran para vigilarme más de cerca...

Permanecieron en silencio durante un largo rato. La carretera, apartándose del mar, subía hacia un bosquecillo de alcornoques.

De repente, Daniel se acercó a Jacques y le cogió del brazo.

—Escucha —dijo; su voz, que estaba mudando, tomó un bajo, solemne—: Estoy pensando en el futuro. Nunca se sabe lo que puede pasar, puede suceder que nos separemos y hay algo que quiero pedirte desde hace mucho tiempo como un compromiso, como el sello eterno de nuestra amistad. Prométeme que me dedicarás tu primer libro de versos... Sin necesidad de poner el nombre; sencillamente: *a mi amigo*; ¿quieres?

—Te lo juro —contestó Jacques irguiéndose. Y se sintió crecer.

Llegados al bosque se detuvieron bajo los árboles. Por encima de Marsella ardía el sol poniente.

Jacques, que tenía los tobillos hinchados, se quitó las botas y se tumbó en la hierba. Daniel le miraba sin pensar en nada y de repente apartó la mirada de aquellos pies descalzos de talones enrojecidos.

—Mira, un faro —exclamó Jacques extendiendo el brazo. Daniel se sobresaltó. A lo lejos, sobre la costa, un destello intermitente picaba el fondo azafranado del cielo. Daniel no contestó.

Cuando prosiguieron su viaje el aire había refrescado; habían proyectado dormir al raso, ocultos en un matorral, pero la noche se anunciaba fría.

Anduvieron durante media hora sin cambiar ni una sola palabra, hasta que por último llegaron a una posada recién blanqueada, con cenadores cara al mar. La sala, iluminada, parecía estar vacía. Se consultaron con la mirada. Una mujer, al verlos vacilar en el umbral, abrió la puerta. Levantó hacia ellos un quinqué de vidrio, en el que el aceite tenía un brillo de topacio. Era menuda de cuerpo, ya de edad y dos pendientes de oro colgaban desde sus orejas sobre su cuello de tortuga.



—Señora —dijo Daniel—, ¿tendría usted una habitación de dos camas para esta noche? —Y antes de que ella le preguntara añadió—: Somos hermanos y vamos a Tolón para reunirnos con mi padre, pero hemos salido demasiado tarde de Marsella para poder pasar la noche en Tolón...

—¡Ya me lo figuro! —dijo la buena mujer entre risas. Tenía la mirada juvenil, alegre, y movía las manos al hablar—. ¿Andando hasta Tolón? ¡No me contéis cuentos! Al fin y al cabo no tiene importancia. Sí; tengo una habitación: son dos francos pagados por adelantado... —Y, como Daniel sacara la cartera, añadió—: La sopa está preparada; ¿os traigo dos platos?

Aceptaron.

La habitación era un camaranchón en el que no había sino una cama cuyas sábanas mostraban evidentes señales de haber sido usadas. De común acuerdo, sin necesidad de explicaciones, ambos se descalzaron rápidamente y se deslizaron bajo la manta, completamente vestidos y dándose la espalda. Les costó trabajo dormirse. Por el tragaluz entraba a raudales el resplandor de la luna. En el granero vecino las ratas galopaban con un ruidillo huidizo. Jacques distinguió una araña espantosa que caminaba sobre la pared amarillenta y se desvanecía en la sombra; se prometió pasar la noche en vela. Daniel renovaba con el pensamiento el pecado de la carne; su imaginación enriquecía ya los recuerdos; no se atrevía a moverse, húmedo de sudor, palpitante de curiosidad, de desagrado, de placer.

Al día siguiente por la mañana, cuando Jacques todavía estaba dormido, iba a levantarse Daniel para escapar a sus visiones cuando advirtió que en la posada reinaba cierto bullicio. Durante toda la noche había estado obsesionado de tal manera con su aventura, que su primer pensamiento fue que le iban a conducir a los tribunales por desacato a la moral. Efectivamente, al abrirse la puerta que carecía de pestillo, apareció un gendarme guiado por la patrona. Al entrar se dio con la frente en el dintel y se quitó el quepis.

—Llegaron ya de noche y cubiertos de polvo —explicaba la vieja sin dejar de reír y sacudiendo los pendientes que colgaban de sus orejas—. ¡No hay más que fijarse en sus botas! Me han contado una serie de cuentos de miedo: que querían ir andando hasta Tolón, ¡qué sé yo! Y éste, el muy tonto —agregó, señalando a Daniel con el brazo cuajado de pulseras—, me ha dado un billete de cien francos para pagar los cuatro francos y medio de la habitación y la cena.

El gendarme cepillaba el quepis con aire de superioridad.

—¡Vamos, de pie! —rezongó—. Ya me estáis dando vuestros nombres, apellidos y todo lo demás.

Daniel vacilaba, pero Jacques había saltado de la cama; en calzoncillos y calcetines, erguido como un gallo de pelea, parecía dispuesto a derribar al suelo a aquel gigantón y le gritó desafiante:

—¡Yo soy Maurice Legrand y éste es mi hermano George. Mi padre está en Tolón y usted no tiene autoridad para impedir que nos reunamos con él; ¿se entera?!

Algunas horas más tarde hacían su entrada en Marsella en una carreta que caminaba al trote, flanqueados por dos gendarmes y junto a un ganapán que llevaba las muñecas esposadas. El alto portalón de la prisión se abrió para darles paso y luego se cerró pesadamente.

—Entrad aquí —les dijo un gendarme, abriendo la puerta de una celda—. Volved los bolsillos al revés. Dadme todo eso. Os dejaremos juntos hasta la hora de cenar; el tiempo suficiente para comprobar vuestras declaraciones.

Pero mucho antes de la hora de la cena vino a buscarles un brigada para llevarlos al despacho del teniente.

—Es inútil que lo neguéis; os hemos atrapado. Os están buscando desde el domingo. Los dos sois de París: tú, el mayor, te llamas Fontanin, y tú, Thibault. ¡Parece mentira: unos hijos de buenas familias recorriendo los caminos como criminales!

Daniel había tomado una actitud sombría, pero experimentaba una profunda sensación de tranquilidad. ¡Ya había terminado todo! Ya sabía su madre que estaba vivo y le esperaba. Le pediría perdón y este perdón lo borraría todo: todo, incluso aquello en que pensaba en este momento con inmensa turbación y que nunca podría confesar a nadie.

Jacques apretaba los dientes y, pensando en su frasco de yodo, en su puñal corso, crispaba los puños con desesperación en el fondo de los bolsillos vacíos. Veinte proyectos de venganza y de evasión se confundían en su imaginación. En aquel momento el oficial añadió:

—Vuestros pobres padres están sumidos en la desesperación.

Jacques le lanzó una mirada terrible y, súbitamente, su rostro cambió de expresión y rompió a llorar. Veía a su padre, a la señorita, a Gise... Su corazón desbordaba de ternura y remordimiento.

—Id a echaros un sueño —prosiguió el teniente—. Mañana se hará lo que haga falta. Estoy esperando que me envíen órdenes.

## VIII

HACE dos días que Jenny dormita muy débil todavía, pero ya sin fiebre. La señora de Fontanin, de pie junto a la ventana, espía los ruidos de la avenida: Antoine ha ido a buscar a Marsella a los dos fugitivos; tiene que traerlos esta noche; acaban de dar las nueve, ya tendrían que estar aquí.

Se estremece: ¿no acaba de pararse un coche delante de la casa?

Ya está en la escalera, con las manos apoyadas en la barandilla; la perrita la ha seguido precipitadamente y ladra para saludar al muchacho. La señora de Fontanin se inclina y, de repente, le ve. ¡Ya está aquí, en carne y hueso! Ése es su sombrero, cuyas alas ocultan el rostro, ese movimiento de hombros es también suyo. Va delante, seguido de Antoine, que lleva a su hermano cogido de la mano.

Daniel levanta los ojos y ve a su madre; la luz de la escalera, que está encima de ella, da un reflejo blanco a su pelo y deja la cara en la sombra. Baja la cabeza y trata de seguir subiendo, adivinando que su madre desciende hacia él; pero ya no consigue mover las piernas, y mientras se quita el sombrero, sin atreverse a volver a levantar la cabeza, casi sin respirar, se encuentra junto a ella con la frente apoyada en el seno materno. El corazón le duele, casi no siente alegría: ha esperado durante tanto tiempo este minuto que ya casi le resulta indiferente y, finalmente, cuando se aparta no hay ni una lágrima en su rostro humillado. El que llora, apoyado en la pared de la escalera, es Jacques.

La señora de Fontanin coge con ambas manos el rostro de su hijo y lo atrae hacia sus labios. Ni un reproche: un largo beso. Pero toda la angustia de toda aquella terrible semana hace temblar su voz cuando pregunta a Antoine:

—Pero ¿han cenado siquiera estos pobres niños?

Daniel murmura:

—¿Y Jenny?

—Ya está buena: está en la cama y ahora la verás; te espera... —Y como Daniel se soltara para precipitarse en el interior, añadió—: Despacio, pequeño, despacio, ten cuidado, ha estado muy malita, ¿sabes?

Jacques, a través de sus lágrimas, no puede contenerse y lanza a su alrededor una mirada de curiosidad: ¿de modo que ésta es la casa de Daniel? ¿Ésta la escalera que sube todos los días al volver del liceo? ¿Éste el vestíbulo que cruza y ésta, a la que él llama mamá con una tal entonación de ternura?

—¿Y tú, Jacques, no quieres darme un beso?

—¡Vamos, contesta! —dice Antoine, sonriente.

Empuja a su hermano. La señora de Fontanin abre los brazos y Jacques se refugia en ellos, posando la frente en el mi lugar en que Daniel acaba de apoyar la suya. La señora Fontanin, pensativa, acaricia con la punta de los dedos la cabecita rubia y vuelve hacia el hermano mayor un rostro que intenta vanamente sonreír. Luego,

viendo que Antoine permanece de pie en el umbral como si tuviera prisa por marcharse, tiende ambas manos por encima del niño, con un gesto consciente, lleno de gratitud:

—Vamos, muchachos, váyanse; su padre también les está esperando.

La puerta de Jenny estaba abierta.

Daniel, con una rodilla en el suelo y la cabeza sobre las sábanas, había posado los labios sobre las manos de su hermana, que tenía entre las suyas. Jenny había llorado; sus brazos extendidos sacaban el busto fuera de los almohadones; lo penoso del esfuerzo se adivinaba en sus facciones, tan delgadas que solamente quedaba expresión en los ojos: una mirada todavía enferma, en cierto modo dura y voluntariosa, una mirada ya de mujer, enigmática y que parecía haber perdido para siempre la juventud y la serenidad.

La señora de Fontanin se acercó; sintió tentaciones de inclinarse y estrechar a los niños entre sus brazos, pero no había de fatigar a Jenny; obligó a Daniel a que se levantara y la acompañara a su habitación.

Ésta se hallaba alegremente iluminada. Delante de la chimenea la señora de Fontanin había preparado la mesita para el té, rebanadas de pan tostado, mantequilla, miel y, bien calentitas debajo de una servilleta, castañas cocidas como le gustaban a Daniel. La tetera humeaba; la habitación estaba tibia, el ambiente, dulzón; Daniel se encontró a disgusto. Rechazó con la mano el plato que le ofrecía su madre. ¡Pareció decepcionarla tanto!

—¿Qué te ocurre, Daniel? ¿Me vas a negar la satisfacción de compartir contigo esta tarde una buena taza de té?

Daniel la miró. ¿Qué era lo que había cambiado en ella? Por otra parte tomaba su té como siempre, a sorbitos, y su cara, que sonreía a contraluz entre el vaho del té, seguía siendo, sin duda, aunque algo más cansada, la cara de siempre; y aquella sonrisa, aquella mirada... No pudo soportar tanta dulzura: agachó la cabeza, cogió una tostada y por guardar las formas fingió mordisquearla. Ella siguió sonriendo; se sentía dichosa y no decía nada; para disimular la ternura que le rebosaba, acariciaba la cabeza de la perrita acurrucada en su regazo.

Daniel dejó el pan sobre la mesa. Sin levantar los ojos, aún más pálido, preguntó:

—¿Qué es lo que te han contado en el liceo?

—¡Les he dicho que no era verdad!

La frente de Daniel se despejó; levantó los ojos y encontró la mirada de su madre; mirada confiada, pero que a pesar de todo preguntaba, que anhelaba que su confianza fuera confirmada; y la mirada de Daniel contestó a esta pregunta muda de una manera indudable. Entonces la madre se acercó a él, radiante, y en voz muy baja susurró:

—¿Y por qué, por qué no has venido a contármelo todo, hijo mío, en lugar de...?

Pero se incorporó sin terminar: un manojito de llaves había sonado en la antesala. Se quedó inmóvil, vuelta hacia la puerta entreabierta. La perrita, meneando la cola, se deslizó sin ladrar hacia el visitante amigo.

Jérôme apareció.

Sonreía.

No llevaba abrigo ni sombrero; tenía un aspecto tan natural que se hubiera jurado que vivía allí y acababa de salir de su habitación. Miró de reojo a Daniel, pero se dirigió hacia su esposa y besó la mano que ella le abandonó. Un perfume de verbena, de agua de melisa, flotaba a su alrededor.

—Aquí me tienes, Amie. ¿Qué ha pasado? No sabes cuánto siento...

Daniel se acercó a él con cara alegre. Quería a su padre, aunque en su primera infancia hubiera manifestado durante mucho tiempo hacia su madre una ternura exclusivista, celosa; incluso ahora aceptaba, con una satisfacción inconsciente, que el padre estuviera siempre ausente de su intimidad.

—¿De modo que estás aquí? ¿Qué es lo que me han contado? —preguntó Jérôme. Tenía a su hijo cogido por la barbilla y le miraba con el ceño fruncido. Luego le besó.

La señora de Fontanin había permanecido de pie. «Cuando vuelva —se había dicho— le echaré de casa». Su resentimiento no se había debilitado, ni tampoco su resolución; ¡pero la había pillado desprevenida y se había impuesto con una desenvoltura tan desconcertante! No podía apartar los ojos de él; no se confesaba cuán trastornada estaba por su presencia, cuán sensible era todavía al encanto tierno de su mirada, de su sonrisa, de sus gestos: era el hombre de su vida. Recordó el dinero y utilizó como pretexto este recuerdo para disculparse por la pasividad de su actitud: aquella misma mañana había gastado sus últimos ahorros, ya no podía esperar más; sin duda, Jérôme había pensado en ello y venía a traerla el dinero del mes.

Daniel, no sabiendo bien qué contestar, se había vuelto hacia su madre y entonces sorprendió sobre el rostro puro, maternal, algo que no sabría explicar, algo tan especial, tan íntimo, que volvió la cabeza con un sentimiento de pudor. En Marsella había perdido hasta la inocencia de la mirada.

—¿Hay que regañarle, Thérèse? —decía Jérôme con una sonrisa amistosa, que ponía al descubierto su hermosa dentadura.

Tardó en contestarle. Por fin, en un tono en el que se traslucía como un deseo de venganza, le lanzó:

—Jenny ha estado casi a las puertas de la muerte.

Jérôme dejó a su hijo y dio un paso hacia ella, con una alarma tal pintada en el semblante, que su esposa hubiera consentido en perdonarle todo con tal de borrar este mal que había pretendido causarle primeramente.

—Ya está a salvo —exclamó—, tranquilízate.

Incluso se obligó a sonreír para tranquilizarle con mayor rapidez; y esta sonrisa, al fin y al cabo, era una capitulación momentánea. Así lo comprendió acto seguido; todo se conjuraba contra su dignidad.

—Ve a verla —añadió, viendo que las manos de Jérôme estaban temblorosas—.

Pero no la despiertes.

Transcurrieron algunos minutos. La señora de Fontanin se había sentado. Jérôme volvió de puntillas y cerró la puerta con precaución. Su semblante resplandecía de ternura y el temor había desaparecido; reía otra vez y guiñaba los ojos:

—¡Si la vieses dormida! Está echada de lado y con la mano bajo la mejilla. —Sus manos modelaban en el aire la forma graciosa de la joven dormida—. Ha adelgazado, pero casi es preferible; está todavía más guapa, ¿no crees?

Ella no contestó. Jérôme la miraba vacilante y luego exclamó:

—¡Pero Thérèse, si se te ha puesto todo el pelo blanco!

La señora de Fontanin se levantó y casi corrió hacia la chimenea. Era cierto: habían bastado dos días para que su pelo, plateado pero todavía rubio, hubiera encanecido sobre las sienes y alrededor de la frente. Daniel comprendió por fin qué era lo que desde su llegada le había parecido diferente, inexplicable. La señora de Fontanin se contemplaba, no sabiendo qué pensar, sin poder evitar un sentimiento de tristeza, y en el reflejo del espejo distinguió a Jérôme que se encontraba detrás de ella: la sonreía y sin que pudiera evitarlo esta sonrisa le sirvió de consuelo; Jérôme se enrolló en el dedo un rizo blanquecino que flotaba en la luz:

—Nada podría favorecerte tanto, Thérèse; nada podría realzar tanto, ¿cómo diría yo?... la juventud de tu mirada.

Ella, como para disculparse, pero sobre todo para disfrazar un placer oculto, dijo:

—¡Ay, Jérôme! ¡He pasado unos días y unas noches atroces! El miércoles ya se había intentado todo y ya no nos atrevíamos a esperar... ¡Estaba completamente sola! ¡He pasado tanto miedo!

—¡Pobre Amie! —exclamó Jérôme cariñosamente—. No sabes cuánto lo siento, sobre todo por lo fácil que me hubiera sido venir. Estaba en Lyon para el negocio que sabes —prosiguió con tanto aplomo, que su esposa durante un instante trató de hacer memoria—. Se me había olvidado por completo que no tenías mis señas. Claro que como, por otra parte, sólo me había ausentado por veinticuatro horas: con decirte que hasta he perdido el billete de vuelta...

En aquel momento recordó que hacía mucho tiempo que no le daba dinero a Thérèse. No podría cobrar nada hasta transcurridas tres semanas. Hizo cuentas de lo que le quedaba en el bolsillo y no pudo evitar un gesto, pero inmediatamente lo explicó:

—¡Y todo esto para nada, porque no se ha llegado a cerrar ningún trato importante! He esperado hasta el último día y vuelvo fracasado. ¡Esos grandes banqueros lioneses son tan circunspectos para los negocios, tan desconfiados! —Y se lanzó a hacer el relato de su viaje. Inventaba con facilidad, sin la menor turbación, con delectación de narrador. Daniel le escuchaba. Por primera vez experimentó cierto sentimiento de vergüenza en relación con su padre. Luego, sin razón alguna, sin que al parecer tuviera la menor relación, pensó en aquel hombre de que le hablara la muchacha de Marsella, «su viejo», como ella decía, un hombre casado, un hombre de

negocios que iba a verla siempre por la tarde —según explicaba ella— porque por la noche nunca salía «sin su mujer de verdad». Y el rostro de su madre, que también escuchaba, le pareció en aquel momento inescrutable. Sus miradas se encontraron. ¿Qué leyó la madre en los ojos de su hijo? ¿Percibió, incluso, en el pensamiento de Daniel, más de lo que éste reflejaba? Con una precipitación un tanto forzada dijo:

—Vamos, ve a acostarte, hijo mío; estás roto de fatiga.

Obedeció. Pero en el momento en que se inclinaba para besarla tuvo la visión de la pobre mujer abandonada de todos mientras que Jenny se moría. ¡Por su culpa! Su ternura aumentó por todo el mal que había hecho. La abrazó y por fin murmuró en su oído:

—¡Perdóname!

La madre esperaba estas palabras desde su regreso, pero experimentó la misma alegría que si las hubiera pronunciado antes. Daniel lo sintió, y le echó la culpa a su padre. También la señora de Fontanin tuvo conciencia de ello, pero ésta culpó a su hijo, por no haber hablado cuando todavía esta solos.

Mitad por broma y mitad por glotonería, Jérôme se había acercado a la bandeja y hacía inventario de su contenido con una mueca de chanza.

—¿Para quién son entonces todas estas golosinas?

Su forma de reír era demasiado estudiada: echaba la cabeza hacia atrás, lo que hacía que las pupilas se corrieran al rabillo del ojo, y desgranaba pausadamente tres carcajadas un tanto forzadas: «¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!».

Había arrastrado un taburete junto a la mesa y se apoderaba ya de la tetera.

—No bebas de ese té, que está frío —dijo la señora de Fontanin volviendo a encender el infiernillo. Y como él protestara, añadió sin sonreír—. Déjame hacer.

Estaban solos para vigilar la ebullición; Thérèse se había acercado y aspiraba aquel perfume acidulado a lavanda, a verbena, que emanaba de su esposo. Levantó la cabeza hacia ella, esbozó una sonrisa y su expresión era cariñosa, de arrepentimiento: tenía su rebanada en la mano como un chiquillo, y con el brazo libre rodeó la cintura de su mujer con una desenvoltura que denotaba una larga experiencia amorosa. La señora de Fontanin se apartó bruscamente; tenía miedo de su debilidad. Cuando Jérôme hubo retirado el brazo, ella se acercó para acabar de hacer el té y volvió a alejarse.

Permanecía digna y triste; ante una inconsciencia tal lo más amargo de su rencor había cedido. Le contemplaba a hurtadillas, en el espejo. Su cutis ambarino, sus ojos almendrados, la flexibilidad de su cintura e incluso lo estudiado y exótico de su postura, daban a su negligencia un aire hasta cierto punto oriental. Recordó que en sus tiempos de noviazgo había escrito en su diario: «Mi bienamado es bello como un príncipe hindú». Al mirarle, seguía haciéndolo con los ojos de antaño. Estaba sentado de medio lado sobre el taburete demasiado bajo y alargaba las piernas hacia el fuego. Con la extremidad de los dedos de cuidadas uñas cogía las rebanadas una tras otra, las untaba de miel e inclinando el busto encima del plato mordía el pan con fruición.

Cuando hubo terminado, se bebió el té de un trago, se levantó con agilidad de danzarín y fue a tenderse en un sillón. Hubiérase dicho que no había sucedido nada y que seguía viviendo allí como de costumbre. Acariciaba a *Puce*, que había saltado sobre sus rodillas. En el anular izquierdo llevaba una ancha cornalina, heredada de su madre, un camafeo antiguo en el que la silueta lechosa de un Ganimedes se destacaba sobre un negro profundo; el uso había desgastado el anillo, y a cada movimiento de la mano la sortija se deslizaba de un extremo a otro de la falange. Su esposa espiaba todos sus gestos.

—¿Me permites que encienda un cigarrillo, Amie?

Era incorregible y delicioso. Tenía una forma peculiar de pronunciar este diminutivo cariñoso de Amie dejando morir la «e» final en el borde de los labios, como una caricia. La pitillera de plata brilló entre sus dedos. Reconoció su chasquido seco, y ese gesto maquinal de golpear el cigarrillo sobre el dorso de la mano antes de deslizarlo bajo el bigote. ¡Y cómo conocía también aquellas largas manos venosas, que la cerilla convirtió por un instante en dos conchas transparentes, color de llama!

Se esforzó por recoger con tranquilidad la mesita del té. Aquella semana la había quebrantado y lo notaba ahora, precisamente cuando tenía necesidad de todo su valor. Se sentó. No sabía ya qué pensar, no sabía cómo interpretar los designios de la Providencia. ¿No la habría colocado Dios junto a este pecador, que hasta en su vida licenciosa permanecía accesible a la bondad, para que pudiera ayudarle algún día en su transición hacia el Bien? No; el deber inmediato era proteger el hogar, los hijos. Sus pensamientos se iban elevando poco a poco. Fue un consuelo para ella sentirse más firme de lo que hubiera podido suponer. La sentencia que había dictado contra Jérôme, estando éste ausente, en el fondo de su conciencia iluminada por la oración, permanecía irrevocable.

Jérôme la contemplaba desde hacía un momento con atención meditabunda. Luego su mirada tomó una expresión de intensa sinceridad. Thérèse conocía aquella sonrisa indefinida, aquella mirada circunspecta y tuvo miedo; porque lo cierto era que en todo momento, y casi a su pesar, descifraba la significación de aquel rostro caprichoso; sin embargo, su intuición terminaba siempre por fallar en un límite determinado, más allá del cual su perspicacia se perdía en arenas movedizas; y muchas veces se había preguntado: «¿Qué habrá en el fondo de él?».

—Sí; lo comprendo perfectamente —comenzó Jérôme, con cierto tono de melancolía caballeresca—. Tú me juzgas con severidad, Thérèse, ¡oh, sí!; te comprendo, incluso demasiado bien. Si se tratara de otra persona yo la juzgaría como tú lo haces; pensaría: es un miserable. Sí, un miserable; tengamos por lo menos el valor de llamar a las cosas por su nombre. ¿Cómo podría yo explicarte todo esto?

—¿Y para qué...? —interrumpió la pobre mujer; y su rostro, que no sabía herir, suplicaba.

Jérôme se había arrellanado en el fondo del sillón y fumaba; había cruzado las piernas, dejando al descubierto el tobillo y balanceaba el pie con indolencia.



—Tranquilízate; no discutiré. Los hechos son como son y me condenan. Y sin embargo, tal vez existan otras explicaciones de todo esto que las que saltan a primera vista. —Sonrió tristemente. Le gustaba razonar acerca de sus faltas e invocar argumentos de tipo moral; tal vez satisfacía con ello lo que subsistía en él de protestantismo—. Muchas veces —prosiguió— una acción mala obedece a móviles que no lo son. Parece buscarse la satisfacción brutal de un instinto y, en realidad, algunas veces, muy a menudo, incluso, se cede a un sentimiento que en sí es bueno, como, por ejemplo, la piedad. Así, algunas veces se hace sufrir a un ser al que se ama y es porque se compadece a otro ser desgraciado, de condición inferior, al que parece que un poco de atención sería suficiente para salvar...

Thérèse creyó ver a la obrerilla que sollozaba en el muelle. Otros recuerdos acudieron a su memoria: Mariette, Noemí... Tenía la vista fija en el vaivén del zapato bien lustrado, en el que se encendía y apagaba alternativamente el reflejo de la lámpara. Recordó aquellas cenas de negocios, de recién casados, cenas imprevistas y urgentes, de las que volvía al amanecer para encerrarse en su habitación y dormir hasta muy entrada la mañana. ¡Todas aquellas cartas anónimas que se había visto obligada a leer y que luego había roto, quemado, pisoteado, sin lograr atenuar la virulencia de la ponzoña! Había visto a Jérôme pervertir a las criadas, embaucar una tras otra a todas sus amigas. Había hecho el vacío a su alrededor. Recordó los reproches que había aventurado al principio, las escenas prudentes en que le había hablado con lealtad, con indulgencia, no encontrando ante sí sino un ser dominado por sus caprichos, cerrado, huidizo, que negaba la evidencia con una indignación puritana y que, de pronto, como un niño, prometía sonriente no volver a hacerlo.

—Ya ves —prosiguió—, me porto mal contigo, me... ¡Sí! Llamemos a las cosas por su nombre. Y sin embargo, Thérèse, te quiero con toda mi alma, te respeto y te compadezco; ¡y te juro que ningún otro amor ha sido nunca, ni un instante, comparable a este tuyo arraigado en mi corazón!

«Mi vida es reprobable, no trato de defenderla y me avergüenzo de ella. Pero te aseguro, Amie, puedes creerme, que cometerías una injusticia, tú tan llena de equidad, si me juzgar solamente por mis acciones. Yo..., yo no soy exactamente lo que parezco. No sé cómo explicarme y me doy cuenta de que no me comprendes... Es algo mucho más complicado de lo que parece e incluso yo apenas si consigo entreverlo como un resplandor fugaz...».

Quedó callado, con la cabeza inclinada y la vista perdida en el espacio, como si se hubiera agotado por este vano esfuerzo de alcanzar durante un instante la verdad íntima de su vida. Luego levantó la cabeza y la señora de Fontanin sintió pesar sobre su rostro la mirada acariciadora de Jérôme, tan ligera en apariencia, pero que poseía la virtud de despertar a su paso las miradas de antaño, de atraparlas por así decirlo y saborearlas durante un momento antes de que pudieran apartarse de él: de la misma forma que un imán atrae, levanta y deja caer un hierro demasiado pesado. Una vez más sus ojos volvieron a encontrarse y se apartaron.

«¿Será posible que tú tampoco seas mejor que tu vida?», pensó Thérèse. Sin embargo se encogió de hombros.

—No me crees —murmuró Jérôme.

Ella procuró adoptar un acento indiferente:

—Sí, sí, quiero creerte, ¡lo he hecho ya tantas veces! Pero esto no tiene la menor importancia. Culpable o no, responsable o no, Jérôme, el mal se ha hecho, se hace todos los días y se seguirá haciendo, y esto no debe continuar... Separémonos de una vez.

La señora de Fontanin había cambiado tanto desde hacía cuatro días, que acentuó sus palabras con una tal sequedad que Jérôme no sospechaba pudiera existir en ella. Ella comprendió su estupefacción, su dolor, y se apresuró a proseguir:

—Además, ahora están los niños; mientras han sido pequeños no se daban cuenta de las cosas y yo era la única en... —Pero en el momento de ir a pronunciar la palabra «sufrir», una especie de rubor la contuvo—. El mal que me has hecho, Jérôme, ya no me alcanza a mí sola, en mi... afecto: entra aquí contigo, está en el ambiente de nuestra casa, en el aire que respiran mis hijos. No lo soportaré. No tienes más que ver lo que ha hecho Daniel esta semana. ¡Que Dios le perdone como yo le he perdonado la herida que me ha causado! Estoy segura de que lo siente porque su corazón sigue siendo recto. —Su mirada tuvo un destello de orgullo, casi de desafío—. Pero estoy segura de que tu ejemplo le ha ayudado a hacer el mal. ¿Se habría marchado con tanta facilidad, sin preocuparse por mi inquietud, si no te viera marcharte tan a menudo... para tus negocios? —Se levantó y dio un paso vacilante hacia la chimenea, distinguió su pelo blanco e inclinándose un poco hacia su marido, pero sin mirarle, continuó—: Lo he pensado mucho, Jérôme. He sufrido mucho esta semana, he rezado y he reflexionado. Ni siquiera trato de hacerte un reproche. Por otra parte, esta noche no tendría fuerzas bastantes porque estoy extenuada. Sólo te pido que mires la realidad cara a cara; reconocerás que no hay ninguna otra solución posible. La vida en común... —hizo una pausa—, lo que nos queda de vida en común, incluso lo poco que nos queda, es todavía demasiado, Jérôme. —Se irguió, posó ambas manos sobre el mármol y, subrayando cada palabra con un movimiento del busto y de las manos, articuló—: Ya no puedo soportarlo.

Jérôme no contestó; pero antes de que ella hubiera podido apartarse se había deslizado a sus pies, posando la mejilla contra el regazo de su mujer, como un niño que quiere forzar el perdón. Balbuceó.

—¿Crees que podría separarme de ti? ¿Que podría vivir sin mis hijos? ¡Antes me saltaría la tapa de los sesos!

Thérèse casi sintió deseos de sonreír: tanta fue la puerilidad del simulacro que hizo en dirección a la sien. Se había apoderado de su muñeca y la cubría de besos. Se soltó y le acarició la frente con las puntas de los dedos, con un gesto despreocupado y muelle, que parecía maternal, que probaba su irremediable despegó. Jérôme lo interpretó equivocadamente e irguió la cabeza; pero al contemplar el rostro de su

esposa comprendió su error. Thérèse se había alejado casi inmediatamente. Señaló hacia un reloj de viaje que había sobre la mesilla de noche.

—¡Las dos de la mañana! —exclamó—. Es tardísimo. Por favor... Hasta mañana.

Jérôme dirigió la mirada hacia la esfera del reloj y de allí al lecho matrimonial provisto de una almohada solitaria. En aquel momento añadió Thérèse:

—Te va a costar mucho trabajo encontrar un coche.

Jérôme no pudo evitar un gesto de estupefacción; no se le había pasado por la cabeza tener que volver a salir esta noche. ¿No estaba en su habitación? Su habitación, siempre dispuesta, le esperaba; no tenía sino que atravesar el pasillo. ¿Cuántas veces habría entrado, pasada la media noche, después de cuatro, cinco o seis días de ausencia? Y a la hora del desayuno se le veía aparecer en pijama, recién afeitado, bromeando y riendo en voz alta para vencer aquella desconfianza silenciosa que se apoderaba de sus hijos y que no acertaba a explicarse. La señora de Fontanin sabía todo esto perfectamente y había seguido en sus gestos todo el proceso de sus reflexiones; pero no transigió y abrió la puerta que daba al vestíbulo; Jérôme salió, bastante corrido en el fondo, pero conservando el aspecto de un amigo que se despide.

Mientras se ponía el abrigo recordó que su esposa estaba sin dinero. La hubiera entregado sin vacilar los escasos billetes que le quedaban en el bolsillo, aunque no tenía ningún medio de procurarse otros subsidios, pero la idea de que esta actitud pudiera modificar en algo su marcha, de que después de haber recibido este dinero su esposa pudiera tal vez no tener ya la misma libertad para echarle con tanta firmeza, hizo vacilar su delicadeza; y en mayor grado aún, el temor de que Thérèse pudiera atribuirlo a un cálculo preconcebido. Se limitó a decir:

—Aún tengo muchas cosas que decirte, Amie...

A lo cual ella respondió precipitadamente, pensando en su decisión de romper y luego también en la cuestión del dinero:

—Mañana, Jérôme. Si vienes mañana podremos hablar.

Entonces Jérôme decidió marcharse galantemente, se apoderó de la mano de su esposa y posó los labios en ella levemente. Hubo un momento de indecisión que afectó a ambos, pero Thérèse retiró la mano y abrió la puerta de la escalera.

—Bien, Amie, adiós entonces. Hasta mañana.

Le vio por última vez, con el sombrero en la mano, bajando ya los primeros escalones, con la cabeza inclinada hacia ella y sonriendo.

La puerta se cerró con estrépito. La señora de Fontanin estaba sola. Apoyó la frente sobre la guarnición de la puerta; el golpe sordo de la puerta cochera llevó hasta su mejilla el temblor de la casa dormida. A sus pies vio un guante claro, caído sobre la alfombra. Sin reflexionar se apoderó de él, se lo llevó a la boca, aspirando, buscando a través del olor a cuero y humo el aroma de un perfume más sutil que ella conocía bien. Luego, distinguiendo en el espejo su acción, se ruborizó, volvió a dejar caer el guante, apagó la luz con un movimiento brusco y, liberada de sí misma por las

tinieblas, a tientas, corrió hasta las alcobas de los niños para escuchar durante, largo rato el murmullo de su respiración.

## IX

ANTOINE y Jacques volvieron a montar en el coche. El caballo apenas si avanzaba y sus cascos parecían tocar las castañuelas sobre el asfalto. Las calles estaban oscuras. Un olor a tela mojada se evaporaba en la oscuridad del vehículo. Jacques lloraba. El cansancio, y sin duda también la acogida de aquella señora de sonrisa maternal, le entregaban por fin al remordimiento. ¿Qué podía contestar a su padre? Se sentía desfallecido y, traicionándose, vino a apoyar su desconsuelo en el hombro del hermano, que le rodeó con el brazo. Era la primera vez que la timidez de ambos no se interponía entre ellos.

Antoine pretendió hablar, pero no consiguió despojarse de todo respeto humano. Su voz tenía un tono de simpatía forzada, un tanto ruda:

—Vamos, hombre, vamos... Ya se ha terminado todo... ¿A qué viene ahora ponerse así?

Se calló, contentándose con estrechar contra sí el cuerpo del pequeño. Pero su curiosidad le dominó:

—¿Qué es lo que te ha ocurrido, dime? —continuó con más dulzura—. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Fue Daniel quien te incitó?

—No; si él ni quería. He sido yo, yo solo.

—¿Y por qué?

No tuvo contestación. Antoine prosiguió torpemente:

—Como puedes comprender, yo conozco esas cosas de las amistades de colegio. A mí me lo puedes confesar todo, yo sé lo que pasa. Se deja uno llevar...

—Es mi amigo; eso es todo —murmuró Jacques sin separarse del hombro de su hermano.

—¿Y qué es lo que... hacéis juntos?

—Hablamos. Me sirve de consuelo.

Antoine no se atrevía a ir más lejos. «Me sirve de consuelo...». El acento de Jacques le oprimía el corazón. Iba a preguntar entre risas: «¿Tan desgraciado eres?», cuando Jacques añadió bruscamente.

—Y además, si quieres saberlo todo, corrige mis versos.

Antoine replicó:

—Muy bien; eso me gusta mucho. Aunque no lo creas, estoy muy contento de que seas poeta.

—¿De verdad? —murmuró el pequeño.

—Sí; muy contento. Claro que yo ya lo sabía. Ya he leído algunos poemas tuyos y he encontrado cosas que merecen la pena, aunque no te haya hablado de ello. Por otra parte, apenas si hablarnos tú y yo; no sé por qué... pero hay algunos que me gustan mucho: indudablemente tienes aptitudes y habrá que aprovecharlas.

Jacques se reclinó aún más sobre su hermano:

—Me gusta tanto —murmuró—. Lo daría todo por los versos que me gustan. Fontanin me presta algunos libros; no se lo dirás a nadie, ¿verdad? Él me ha proporcionado la oportunidad de leer a Laprade, a Sully-Prudhome, a Lamartine, a Víctor Hugo, a Musset... ¡Ah, Musset! Conoces eso de:

*Pálida estrella del atardecer, mensajera lejana  
cuya frente brilla entre las velas del poniente...*

»Y esto otro:

*Hace mucho tiempo que aquella que reposaba conmigo  
cambió mi lecho por el tuyo, oh señor,  
y aún estamos unidos uno a otro,  
casi viva ella, casi muerto yo...*

»¿Y eso de *El crucifijo*, de Lamartine?

*Tú a quien he recogido de su boca expirante,  
con su último aliento y su último adiós...*

«¡Qué bonito es, qué fluido! Llega un momento que me pone malo. —Su corazón desbordaba—. En casa —continuó— no lo comprenden; estoy seguro de que se enfadarían conmigo si supieran que hago versos. Tú no eres como ellos —y oprimía contra su pecho el brazo de Antoine—, lo sospechaba desde hace mucho tiempo; sólo que como tú no decías nada, y además casi nunca estás en casa... ¡Si vieras qué contento estoy! ¡Creo que ahora voy a tener dos amigos en lugar de uno!».

—«¡Ave, César, aquí tienes a la mujer gala de ojos azules...!» —recitó Antoine, sonriendo.

Jacques se apartó:

—¡Has leído el cuaderno!

—Claro que sí, pero...

—¿Y papá? —gritó el pequeño, con un acento tan desgarrador que Antoine balbuceó:

—No lo sé... Tal vez lo haya hojeado un poco...

No pudo terminar. El niño se había arrojado al fondo del coche y se revolcaba sobre el almohadón con la cabeza entre los brazos.

—¡Eso es innoble! ¡El abate es un soplón, un puerco! ¡Yo mismo se lo diré, se lo

gritaré en pleno estudio, se lo escupiré en la cara! ¡Ya pueden echarme de la escuela; me tiene sin cuidado, me volveré a escapar! ¡Me mataré!

Pataleaba, excitado. Antoine no se atrevía a aventurar una palabra. De repente el muchacho se dominó, se hundió en el rincón y se secó los ojos; sus dientes rechinaban. Su silencio era aún más alarmante que su cólera. Afortunadamente, el coche bajaba ya por la calle de Saints Pères: llegaban.

Jacques salió el primero. Mientras pagaba, Antoine no perdía de vista a su hermano, temiendo que echara a correr a la ventura, aprovechando las sombras de la noche. Pero el muchacho parecía abatido; su cara de golfillo, que acusaba el viaje y los efectos de la pena, estaba seca y mantenía los ojos bajos.

—¿Quieres llamar, por favor? —dijo Antoine.

Jacques no contestó ni se movió. Antoine le hizo entrar. Obedecía con docilidad. Ni siquiera se le ocurrió pensar en la curiosidad de la señora Fruhling, la portera. Se sentía abrumado por la evidencia de su impotencia. El ascensor le subió como una brizna de paja para ponerle bajo la férula paterna: por todas partes, sin resistencia posible, estaba prisionero de los mecanismos de la familia, de la policía, de la sociedad.

Sin embargo, cuando se encontró en el rellano de la escalera, cuando vio que la araña del vestíbulo estaba encendida, como las noches en que su padre tenía invitados a cenar, experimentó a pesar suyo la dulzura de sentir a su alrededor todas estas viejas costumbres que le rodeaban; y cuando vio venir a la señorita desde el fondo de la antesala, más menuda que nunca y más torpe también que nunca, sintió deseos de lanzarse sin ningún rencor en aquellos bracitos forrados de lana negra que se abrían para él. Ella le había asido y le cubría de caricias, mientras que su voz vacilante, con una sola nota aguda, salmodiaba sin cesar:

—¡Qué pecado, Dios mío, qué pecado! ¡Ingrato, más que ingrato! ¿Querías que nos muriéramos de pena? ¡Qué pecado, Dios mío! ¿Es que no tienes corazón? —Y sus ojos de lama se llenaban de agua.

Pero la puerta del despacho se abrió de par en par y el padre apareció en el umbral.

Desde el primer momento ve a Jacques y no puede contener la emoción. No obstante se detiene y vuelve a cerrar los párpados; parece esperar que el hijo culpable se prosterne a sus pies como en el Greuze que está en el salón.

El hijo no se atreve. Porque el despacho también está alumbrado como para una fiesta y las dos criadas acaban de aparecer en la puerta de la cocina, y además, el señor Thibault conserva puesta la levita, aunque a estas horas ya debiera haberla cambiado por la bata: tantas cosas insólitas paralizan al niño. Ha huido de los abrazos de la señorita y permanece de pie, con la cabeza baja, esperando no sabe el qué, con deseos de llorar y de reír, ¡tanta es la ternura acumulada en su corazón!

Pero la primera palabra del señor Thibault parece excluirle de la familia. La

actitud de Jacques, en presencia de testigos, ha hecho desvanecerse en un instante toda veleidad e indulgencia, y para evitar cualquier insubordinación afecta un aire indiferencia:

—¡Ah!, ¿ya estás aquí? —pregunta, dirigiéndose a Antoine—. Ya empezaba a extrañarme. ¿Ha transcurrido todo con normalidad? —Y ante la respuesta afirmativa de Antoine, que se ha acercado para estrechar la blanda mano que su padre le tiende, añade—: Muchas gracias, hijo mío, por haberme evitado esta gestión..., ¡esta gestión tan humillante!

Vacila algunos segundos, espera todavía una reacción del culpable, mira de reojo a las criadas y luego al niño, que contempla el tapiz con un gesto mohíno. Entonces, decididamente enfadado, declara:

—Mañana nos ocuparemos de tomar las medidas oportunas para que estos escándalos no se vuelvan a producir.

Y cuando la señorita da un paso hacia Jacques para empujarle a los brazos de su padre —movimiento que Jacques ha adivinado sin levantar la cabeza y que espera como su última salvación—, el señor Thibault, estirando el brazo, detiene con autoridad a la señorita:

—¡Déjele! ¡Déjele! Es un perdulario, un corazón de piedra. ¿Es digno de las inquietudes que hemos tenido por él? —Y dirigiéndose otra vez a Antoine, que busca un momento propicio para intervenir, agrega—: Antoine, hijo mío, haznos el favor de ocuparte esta noche también de este pillo. Te prometo que mañana te libraremos de él.

Hay un momento de irresolución: Antoine se ha acercado a su padre, Jacques levanta la cabeza con timidez. Pero el señor Thibault remacha en un tono que no admite réplica:

—De modo que ya me has oído, Antoine. Llévatelo a su habitación; este escándalo ha durado ya demasiado.

Luego, tan pronto como Antoine, llevando ante sí a su hermano ha desaparecido por el pasillo en el que las criadas se repegan contra la pared, como si fuera el camino de la horca, el señor Thibault, con los ojos cerrados, vuelve a entrar en su cuarto y cierra la puerta.

No hay sino que atravesar esta habitación para entrar en la que él duerme. Es la alcoba de sus padres, tal y como la ha visto desde su más tierna infancia en el pabellón de la fábrica paterna, cerca de Ruan, según la heredó y la trajo a París cuando vino a estudiar la carrera de Derecho: la cómoda de caoba, los sillones Voltaire, las cortinas de panilla azul, la cama en que uno tras otro murieron su padre y su madre y, suspendido ante el reclinatorio cuya tapicería bordara la señora Thibault, el crucifijo que él mismo colocara algunos meses más tarde entre sus manos juntas.

Allí a solas, recobrada su personalidad, este hombre corpulento deja caer los hombros; una máscara de fatiga parece deslizarse de su rostro y sus rasgos toman una expresión sencilla que le hace parecerse a sus retratos de niño. Se acerca al



reclinatorio y se arrodilla con abandono. Sus manos abultadas se cruzan con un gesto rápido que denota el hábito; todos sus ademanes tienen ahora algo sencillo, íntimo, solitario. Levanta el rostro inmóvil; su mirada, filtrándose a través de las pestañas, se dirige recta hacia el crucifijo. Ofrece a Dios su decepción, esta nueva prueba, y desde el fondo de su corazón, limpio de todo resentimiento, reza como un padre por el pequeño extraviado. De entre los libros piadosos que reposan en la guantera del reclinatorio coge su rosario, el de su primera comunión, cuyas cuentas, después de cuarenta años, se deslizan por sí solas entre sus dedos. Ha vuelto a cerrar los ojos, pero permanece con la frente dirigida hacia el crucifijo. Nadie le ha visto nunca esta sonrisa interior, este semblante despreocupado y feliz. El balbuceo de sus labios hace temblar ligeramente sus mejillas, a intervalos regulares sacude la cabeza para atenuar la opresión del cuello, y sus movimientos parecen balancear el incensario al pie del trono celeste.

Al día siguiente por la mañana Jacques estaba solo en su habitación, sentado sobre la cama deshecha. No sabía qué hacer en esta mañana de un sábado, que no era de vacaciones, sino todo lo contrario, y que tenía que pasarse en su alcoba. Pensaba en el liceo, en la clase de historia, en Daniel. Oía los ruidos matutinos que por no serle familiares le resultaban hostiles: la escoba sobre las alfombras y el chirrido de las puertas a causa de las corrientes de aire. No estaba abatido, sino más bien exaltado. Pero su inactividad y esta amenaza misteriosa que se cernía sobre la casa le causaban un malestar intolerable. Hubiera considerado como una liberación una oportunidad para realizar un sacrificio heroico y absurdo que le permitiera agotar de un golpe todo el exceso de ternura que le invadía. En algunos momentos, la compasión que sentía por sí mismo le hacía levantar la cabeza y saboreaba un minuto de voluptuosidad perversa, compuesta de amor menospreciado, de odio y de orgullo.

Alguien hizo girar el pomo de la puerta. Era Gisèle. Acababan de lavarle la cabeza y sus tirabuzones negros flotaban sobre sus hombros: estaba en camisa y pantalón; su cuello, sus brazos y sus pantorrillas, eran morenos y tenía todo el aspecto de un pequeño argelino, con su calzón abullonado, sus tiernos ojos perrunos, sus labios frescos y su pelambreira alborotada.

—¿Qué quieres? —preguntó Jacques sin ninguna afabilidad.

—Vengo a verte —contestó la pequeña.

Sus diez años habían adivinado muchas cosas en el transcurso de esta semana. Por fin había regresado Jacquot, pero las cosas no habían vuelto a su ser, ya que cuando la estaba peinando, su tía había sido llamada por el señor Thibault y la había dejado plantada, con el pelo secándose al aire y bajo promesa de ser buena.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Jacques.

—El abate.

Jacques frunció el ceño. La niña se aupó a la cama y se puso a su lado:

—¡Pobre Jacquot! —murmuró.

Esta muestra de cariño le produjo tanto bien que para agradecerlo la sentó sobre sus rodillas y la besó. Pero estaba a la escucha:

—¡Escápate, viene alguien! —susurró, empujándola hacia el pasillo.

Apenas si tuvo tiempo para saltar de la cama y abrir un libro de gramática. La voz del abate Vécard se oyó detrás de la puerta:

—¡Buenos días, pequeña! ¿Está por aquí Jacquot?

Entró y se detuvo en el umbral. Jacques bajó los ojos. El abate se acercó y le pellizcó una oreja:

—¡Pero qué muy bonito! —dijo.

El aspecto obstinado de Jacques le hizo cambiar de modales inmediatamente. Con Jacques siempre actuaba con prudencia. Sentía hacia este cordero extraviado tan a menudo una predilección particular, mezclada de curiosidad y de estimación: había comprendido perfectamente las fuerzas que se encontraban en él.

Se sentó e hizo que el pequeño se acercara:

—¿Te has dignado por lo menos pedir perdón a tu padre? —prosiguió, aunque supiera perfectamente a qué atenerse. A Jacques le sentó mal aquella hipocresía; le miró abiertamente y negó con la cabeza. Hubo una pausa.

«Hijo mío —continuó el abate con voz apenada y en cierto modo vacilante—, todo esto me produce mucha pena, no lo oculto. Hasta ahora, a pesar de tu comportamiento, siempre te he defendido ante tu padre. Le decía: “Jacques tiene buen corazón y buenos sentimientos, tengamos paciencia”. Pero ahora ya no sé qué decirle, y, lo que es peor, no sé qué pensar. He sabido cosas de ti que nunca hubiera podido suponer. Volveremos sobre ello, pero yo me decía: “Ya reflexionará y volverá arrepentido y no hay pecado que no pueda ser perdonado con una contrición sincera”, y en lugar de esto, vienes con mala cara, sin un gesto de arrepentimiento ni una lágrima. Esta vez tu pobre padre está completamente descorazonado; me ha dado pena. Se pregunta hasta qué grado de perversidad has descendido y si tu corazón está completamente seco. Y te aseguro que yo me hago la misma pregunta».

Jacques crispaba los puños en el fondo de los bolsillos y oprimía la barbilla contra el pecho, a fin de que los sollozos no pudieran salir de su garganta, a fin de que ningún músculo de su rostro pudiera traicionarle. ¡Solamente él sabía cuál era su sufrimiento por no haber pedido perdón, qué lágrimas tan deliciosas hubiera derramado si hubiera tenido el mismo recibimiento que Daniel! ¡No! Y puesto que las cosas habían sucedido así, jamás dejaría sospechar a nadie lo que sentía por su padre: este afecto animal, desprovisto de rencor, y que incluso parecía haberse acrecentado desde que no le sostenía ninguna esperanza de reciprocidad.

El abate permanecía silencioso. La placidez de sus facciones hacía aún más penosa su actitud. Luego, con la mirada perdida, sin ningún preámbulo, comenzó a hablar:

—«Un hombre tenía dos hijos. El más joven de los dos, habiendo reunido todas sus pertenencias, partió para una región extraña y apartada, y allí disipó sus bienes

viviendo en el desorden. Después que lo hubo gastado todo reflexionó y se dijo: “Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre mío, he pecado contra el cielo y a tus ojos ya no soy digno de llamarme tu hijo”. Se levantó, por tanto, y fue en busca de su padre. Y cuando aún estaba lejos su padre le divisó y se sintió movido por la compasión, y corriendo hacia él le estrechó entre sus brazos y le besó. Pero el hijo le dijo: “Padre mío, he pecado contra el cielo y a tus ojos ya no soy digno de llamarme tu hijo...”».

En aquel momento el dolor de Jacques pudo más que su voluntad y rompió a llorar.

El abate cambió de tono:

—Hijo mío, ya sabía yo que tú no estabas pervertido hasta el fondo de tu corazón. Esta mañana he dicho mi misa a tu intención. Así, pues, ve a buscar a tu padre como el hijo pródigo y se sentirá movido a la compasión. Y también él dirá: «¡Alegrémonos todos porque mi hijo, que se había perdido, ha sido de nuevo hallado!».

Entonces Jacques recordó que la lámpara del recibimiento estaba encendida a su regreso, que su padre conservaba puesta la levita, y la idea de que tal vez hubiera echado a perder los preparativos de una fiesta hicieron aumentar su emoción.

—Quiero decirte aún otra cosa —prosiguió el sacerdote, acariciando la rubia cabecita—. Tu padre ha tomado una determinación muy grave con respecto a ti... —Vaciló, y, mientras buscaba las palabras, pasaba la mano una y otra vez sobre las orejas despegadas, que se doblaban sobre las mejillas y volvían a enderezarse como resortes, poniéndose cada vez más encarnadas. Jacques no se atrevía a moverse... una determinación que yo apruebo —señaló el abate, oprimiéndose los labios con el dedo índice y buscando con insistencia la mirada del muchacho—. Quiere enviarte durante algún tiempo lejos de nosotros.

—¿Adónde? —exclamó Jacques con voz ahogada.

—Ya te lo dirá él, hijo mío... No obstante, cualquiera que pueda ser tu pensamiento en el primer momento, hay que aceptar esta sanción con el corazón contrito, como una medida tomada en bien tuyo. Tal vez te resulte algo duro al principio encontrarte aislado durante horas enteras frente a ti mismo: recuerda en esos momentos que para un buen cristiano no existe la soledad y que Dios no abandona a aquellos que ponen su confianza en Él. Vamos, dame un abrazo y ven conmigo a pedir perdón a tu padre.

Minutos más tarde Jacques volvía a su habitación con el rostro humedecido por las lágrimas y la mirada brillante. Se acercó al espejo y se contempló con ferocidad hasta el fondo de los ojos, como si necesitara la imagen de un ser viviente al que gritar su odio y su rencor. Oyó andar en el pasillo; su cerradura carecía de llave e hizo una barricada de sillas contra la puerta. Luego se precipitó a la mesa, garrapateó algunos renglones a lápiz, metió la hoja de papel en un sobre, puso la dirección, adhirió un sello y se levantó. Se sentía como perdido. ¿A quién confiar esta carta? ¡Estaba rodeado de enemigos! Entreabrió la ventana. La mañana era gris y la calle

estaba desierta. Pero allá lejos se veía a una señora que acompañada de un niño se acercaba sin prisa. Jacques dejó caer la carta que revoloteó hasta posarse sobre la acera. Retrocedió precipitadamente. Cuando se atrevió a sacar otra vez la cabeza la carta había desaparecido; la señora y el niño se alejaban.

Entonces, en el límite de sus fuerzas dejó escapar un aullido de animal enjaulado y se precipitó sobre la cama, sacudidos todos sus miembros por una cólera impotente, apoyándose en la piecera del mueble, mordiendo la almohada para ahogar sus gritos: apenas si le quedaba sentido bastante para querer privar a los demás del espectáculo de su desesperación.

Aquella tarde Daniel recibió la siguiente nota:

«Amor mío:

»¡Mi único Amor, la ternura, la belleza de mi vida!

»Te escribo esto como un testamento.

»Me separan de ti, me separan de todo, me van a meter en un sitio que no me atrevo a decirte, que no me atrevo siquiera a decirte dónde está. ¡Estoy avergonzado de mi padre!

»Siento que no volveré a verte nunca más, a ti, mi Único, a ti que eras el único que pudiera haberme hecho bueno.

»¡Adiós, amigo mío, adiós!

»Si me hacen demasiado desgraciado y demasiado malvado, me suicidaré. Diles entonces que me he matado exclusivamente por su culpa. ¡Y que, sin embargo, les amaba!

»Pero mi último pensamiento en el umbral del más allá habrá sido para ti, mi amigo.

»¡Adiós!».

*Julio, 1920 — marzo, 1921.*

FIN DE

«EL CUADERNO GRIS»

**SEGUNDA PARTE**

**EL REFORMATARIO**

## I

DESDE aquel día del año anterior en que había traído a los dos escolares fugitivos, Antoine no había vuelto a casa de la señora de Fontanin; no obstante la doncella le reconoció y aunque eran las nueve de la noche le hizo pasar sin cumplidos.

La señora de Fontanin estaba en su habitación, acompañada de sus hijos. Sentada delante de la chimenea, con el busto erguido, leía un libro en voz alta bajo la lámpara; Jenny, acurrucada en una butaca, retorció su trenza y con la mirada fija en el fuego, escuchaba. Daniel, algo apartado, con las piernas cruzadas y un cartón sobre las rodillas acababa un retrato a carboncillo de su madre. Antoine se detuvo durante un segundo en el umbral comprendiendo lo intempestivo de su llegada; no obstante, ya no podía retroceder.

La acogida de la señora de Fontanin fue más bien fría; más que nada parecía extrañada. Dejando a los niños en su habitación condujo a Antoine al salón; cuando se hubo enterado de lo que pretendía fue a buscar a su hijo.

Daniel aparentaba ahora diecisiete años, aunque solamente tuviera quince; un ligero bozo acusaba la línea de la boca. Antoine, intimidado, miraba al joven cara a cara, con un aire un poco provocativo que parecía decir: «Ya sabes que yo voy a lo que me interesa, sin andarme con rodeos.» Y, como antes le ocurriera, un instinto secreto le hacía exagerar en presencia de la señora de Fontanin esta apariencia de franqueza.

—He venido a verte a ti —dijo—. Nuestro encuentro de ayer me ha hecho reflexionar. —Daniel pareció sorprendido—. Sí —prosiguió Antoine—, apenas cambiamos algunas palabras; tú tenías prisa y yo también. Pero me ha parecido... No sé cómo decirlo..., y por otra parte no me has pedido noticias acerca de Jacques: he deducido de ello que te escribe. ¿No es así? He supuesto incluso que te escribe cosas, cosas que yo no sé y que necesito saber. No; espera, escúchame. Jacques abandonó París en junio último; estamos ya casi en abril; pronto va a hacer los nueve meses que está allí. Yo no he vuelto a verle ni él me ha escrito, pero mi padre le ve muy a menudo: me dicen que Jacques se porta bien y que trabaja; que el alejamiento y la disciplina han producido ya resultados excelentes. ¿Se engaña acaso? ¿O tal vez le engañan? Desde que nos encontramos ayer me he sentido inquieto repentinamente. Se me ha ocurrido que tal vez se siente desgraciado donde está ahora y que yo, por no saberlo, no puedo ayudarle; esta idea me resulta insoportable. Entonces he pensado venir a verte, con toda franqueza. Apelo a tu afecto por él. No se trata de traicionar ninguna confidencia. Pero creo que a ti tiene que escribirte lo que allí sucede. Eres el único que puede tranquilizarme, o por el contrario, hacerme intervenir.

Daniel escuchaba impasible. Su primer impulso había sido negarse a esta entrevista. Tenía la cabeza levantada y fijaba en Antoine una mirada que la turbación dulcificaba. Luego, indeciso, se volvió hacia su madre. Esta le contemplaba,

esperando con curiosidad su respuesta. La espera se prolongaba. Por último, la señora de Fontanin sonrió.

—Di la verdad, hijo mío —dijo, haciendo con la mano un gesto alentador—. Nunca se arrepiente uno de no mentir.

Entonces Daniel tomó la decisión de hablar. Sí; había recibido de vez en cuando cartas de Thibault; cartas cada vez más cortas y menos explicativas. Daniel sabía que su compañero estaba interno con un profesor de provincia, ¿pero dónde? Sus cartas estaban timbradas en un vagón de correos de la línea del Norte. ¿Una especie de fábrica de bachilleres? Tal vez.

Antoine se esforzaba por no dejar traslucir su estupefacción. ¿Con cuánto cuidado había ocultado Jacques la verdad a su amigo más íntimo! ¿Y por qué? ¿Por vergüenza? La misma, indudablemente, que hacía al señor Thibault disfrazar a los ojos del mundo el reformatorio de Crouy, en el que había encarcelado a su hijo, como «una institución religiosa a orillas del Oise». La sospecha de que aquellas cartas pudieran serle dictadas a su hermano atravesó repentinamente el pensamiento de Antoine. ¿Llegarían, incluso, a martirizar al pequeño? Recordó una campaña llevada a cabo por un periódico revolucionario de Beauvais y las terribles acusaciones lanzadas contra la *Obra de Preservación social*: mentiras a las que el señor Thibault había puesto en su lugar en el transcurso de un proceso por difamación que había ganado con todos los pronunciamientos favorables; pero, ¿y si a fin de cuentas...?

Antoine solamente se fiaba de si mismo:

—¿Tendrías inconveniente en enseñarme una de esas cartas? —preguntó. Y viendo que Daniel se ruborizaba, añadió sonriente, como para disculparse—, una cualquiera; es sólo para ver.

Sin contestar, sin siquiera consultar a su madre con la mirada, Daniel se levantó y salió de la estancia.

Al quedarse a solas con la señora de Fontanin, Antoine volvió a experimentar la misma impresión de otras veces: desorientación, curiosidad, atracción. Ella tenía la mirada perdida y parecía no pensar en nada. Pero hubiérase dicho que su sola presencia bastaba para activar la vida interior de Antoine, su perspicacia. Alrededor de esta mujer el aire adquiría una conductibilidad especial. En aquel momento, Antoine sentía flotar en el ambiente una sensación de desaprobación de la que no se podía desprender. No se engañaba. Sin echar la culpa concretamente a Antoine ni al señor Thibault, puesto que desconocía el paradero de Jacques, y teniendo como único punto de referencia aquella sola visita a la calle de la Universidad, tenía la impresión de que con mucha frecuencia lo que allí se hacía no era lo más adecuado. Antoine la adivinaba y casi la aprobaba. Bien es verdad que si alguien se tomara la libertad de criticar a su padre hubiera salido en su defensa, pero, en este momento y en el fondo de sí mismo, estaba de acuerdo con la señora de Fontanin y en contra del señor Thibault. Ya el año anterior —no se le había olvidado—, cuando había atravesado por primera vez esta atmósfera que rodeaba a los Fontanin, de regreso a su hogar el

ambiente familiar le había parecido irrespirable durante algunos días.

Daniel volvió. Alargó a Antoine un sobre de mísero aspecto.

—Esta es la primera; la más larga —observó, volviendo a sentarse.

«Mi querido Fontanin:

»Te escribo desde mi nueva casa. Tú no trates de escribirme, porque aquí está absolutamente prohibido. Aparte de esto, todo lo demás está muy bien. Mi profesor es bueno, es muy amable conmigo y trabajo mucho. Hay un montón de compañeros, también muy simpáticos. Por otra parte, mi padre y mi hermano vienen a verme los domingos. Ya ves que estoy muy bien. En nombre de nuestra amistad, mi querido Daniel, te pido que no juzgues a mi padre con demasiada severidad; tú no puedes hacerte cargo de todas las cosas. Yo sé que es bueno y que ha obrado perfectamente al alejarme de París, donde perdía el tiempo en el liceo; ahora lo comprendo y estoy contento. No te doy mis señas para estar seguro de que no me escribirás, pues aquí sería terrible para mí.

»Volveré a escribirte cuando pueda hacerlo, mi querido Daniel.

»Jacques.»

Antoine releyó dos veces esta carta. Si no hubiera reconocido por algunos rasgos la letra de su hermano, hubiera sospechado que la carta no era de Jacques. La dirección del sobre estaba escrita con otra letra: una letra de campesino, torpe, vacilante, sucia. ¿Por qué estas mentiras? «¡Mis compañeros!» Jacques vivía en una celda, en aquel famoso «pabellón especial» que el señor Thibault había creado en el reformatorio de Crouy para los hijos de buena familia y que siempre estaba vacío; no hablaba a ningún otro ser viviente que al criado encargado de servirle la comida y llevarle de paseo, o al profesor que venía desde Compiègne para darle clase tres veces por semana. «¡Mi padre y mi hermano vienen a verme!» El señor Thibault iba a Crouy, con carácter oficial, el primer jueves de cada mes para presidir allí el Consejo de Dirección; efectivamente, antes de regresar, aquel día hacía comparecer a su hijo en el locutorio durante algunos momentos. Por lo que respecta a Antoine, más de una vez había manifestado su deseo de ir a visitar a su hermano en la época de las vacaciones, pero el señor Thibault se había opuesto a ello: «En el régimen a que se encuentra sometido tu hermano —decía—, lo más importante es la regularidad en el aislamiento.»

Con los codos apoyados sobre las rodillas daba vueltas y vueltas al papel que tenía en la mano. Había perdido el descanso para mucho tiempo. De repente se sintió tan solo, tan desamparado, que estuvo a punto de confiárselo todo a aquella mujer inteligente que una casualidad afortunada ponía en su camino. Levantó la vista hacia ella: con las manos sobre la falda y el otro meditabundo parecía esperar. Su mirada era penetrante.



—¿Si usted cree que podemos ayudarle en algo? —murmuró con una leve sonrisa. La blancura de su pelo hacía aún más juvenil su sonrisa y todo su semblante.

Sin embargo, en el momento mismo de ir a ceder, vaciló. Daniel le miraba con aspecto de reserva. Antoine temió parecer irresoluto y, más que nada, dar a la señora de Fontanin una falsa imagen acerca del hombre enérgico que él era. Pero se dio a sí mismo una razón aún mejor: no divulgar el secreto que Jacques se tomaba tanto trabajo en ocultar. Y sin tergiversar las cosas, desconfiando de sí mismo, se levantó para marcharse y tendió la mano para despedirse, con aquella expresión fatal que tomaba tan a menudo y que parecía querer decir: «No me pregunten. Ustedes me adivinan. Nos comprendemos. Adiós.»

Una vez en la calle empezó a andar sin rumbo fijo. Se repetía: «Tengo que tener sangre fría y decisión.» Cinco o seis años de estudio le obligaban a razonar con una apariencia de lógica: «Jacques no se queja, luego no es desgraciado.» Y pensaba exactamente todo lo contrario. Recordaba con obsesión aquella campaña de prensa emprendida antaño contra el reformatorio; recordaba sobre todo un artículo titulado *Cárceles de niños*, en el que se describía detalladamente la miseria material y moral de los pupilos: mal alimentados, mal instalados, sometidos a los castigos corporales, abandonados con frecuencia a la brutalidad de los guardianes. Se le escapó un gesto de amenaza: ¡costara lo que costara, sacaría de allí al pobre niño! ¡Un buen proyecto! ¿Pero cómo llevarlo a cabo? Hablar a su padre, discutir con él, era algo en lo que no se podía pensar; al fin y al cabo era contra su padre, contra la Obra fundada y dirigida por él, contra lo que se sublevaba Antoine. Este sentimiento de rebeldía filial le resultaba tan nuevo que al principio se sintió desazonado y luego orgulloso.

Recordó lo que había sucedido el año anterior, al día siguiente del regreso de Jacques. El señor Thibault había convocado a Antoine en su despacho. El abate Vécard acababa de llegar. El señor Thibault gritaba: «¡Es un pillo, y hay que doblegar su voluntad!» Abría delante de sí la manaza peluda y la cerraba lentamente, haciendo resonar las articulaciones. Luego, con una sonrisa de satisfacción, había dicho: «Creo tener la solución.»

Y después de una pausa, levantando por fin los párpados, había lanzado: «Crouy.» «¿Jacques, al reformatorio?», había exclamado Antoine. La discusión había sido violenta. «Se trata de doblegar su voluntad», repetía el señor Thibault, restallando sus articulaciones. El abate vacilaba. Entonces el señor Thibault había expuesto el régimen especial a que sería sometido Jacques y que, oyéndole, parecía conveniente y paternal. Luego, en tono enérgico y marcando bien las comas, había terminado:

—Y así, puesto al abrigo de las tentaciones perniciosas, purgado de sus malos instintos por la soledad, habiendo tomado gusto al trabajo, estará hasta que cumpla los dieciséis años y quiero esperar que entonces estará en condiciones de reanudar con nosotros la vida de familia.

El abate aprobó:

—El aislamiento produce curas maravillosas —insinuó.

Antoine, vacilando a causa de los argumentos de su padre y de la aprobación del sacerdote, había terminado por creer que estaban en lo cierto. Hoy no se perdonaba su consentimiento ni se lo perdonaba a su padre.

Andaba de prisa, sin mirar por dónde iba. Delante del «Lion de Belfort» se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, encendiendo cigarro tras cigarro y lanzando el humo al aire de la noche. Había que golpear sobre seguro: ir a Crouy y aparecer allí en plan de justiciero.

Una mujer se aproximó a él y deslizó algunas palabras con voz tierna. No contestó y continuó su marcha por el bulevar de Saint-Michel.

«¡En plan de justiciero! —se repetía—. ¡Desenmascarar las artimañas de los directores, la crueldad de los cómitres, provocar un escándalo y libertar al pequeño!»

Pero su impulso había disminuido. Su espíritu seguía una doble pista: al margen del gran proyecto había surgido un capricho. Cruzó el Sena: sabía perfectamente adónde le llevaba su distracción. ¿Y por qué no? ¿No estaba demasiado nervioso para poder dormir? Aspiró el aire, ensanchó el pecho y sonrió.

«Ser hombre, y fuerte —pensó.»

En tanto que se adentraba alegremente por la callejuela oscura volvió a invadirle un nuevo sentimiento de generosidad: su resolución se le aparecía en relieve, luminosa, ya triunfante; en el momento de ir a ejecutar uno de los dos designios que desde hacía un cuarto de hora se disputaban su atención, el otro se le apareció, repentinamente, casi realizado; mientras empujaba la puerta de cristales con un gesto familiar, precisó:

—Mañana, sábado, es imposible faltar al hospital. Pero el domingo... ¡El domingo por la mañana estaré en el reformatorio!

## II

AL no detenerse en Crouy el rápido de por la mañana, Antoine hubo de apearse en Vennette, la última estación antes de Compiègne. Saltó del tren con una animación extremada. Durante el recorrido, a pesar del examen que tenía que sufrir la semana siguiente, no había podido fijar la atención en los libros de medicina que había llevado consigo. Desde hacía dos días su imaginación se representaba con tanta precisión el éxito de su cruzada, que ya creía haber puesto fin a la reclusión de Jacques y no pensaba sino en reconquistar su cariño.

Tenía que recorrer unos dos kilómetros sobre una carretera lisa, iluminada por el sol. Por primera vez en el año, después de semanas de lluvia, la primavera parecía ofrecerse por fin, en el fresco perfume de esta mañana de marzo. Antoine contemplaba con alborozo los campos rastrillados, ya verdeantes, y, bajo el cielo claro del horizonte, en el que se alzaban ligeras vaharadas, las riberas del Oise, centelleantes de luminosidad. Durante un instante tuvo la debilidad de desear haberse equivocado. ¡Había tanta tranquilidad, tanta pureza en el ambiente que le rodeaba! ¿Podía ser éste el marco de una cárcel infantil?

Tenía que atravesar de punta a cabo todo el pueblo de Crouy antes de llegar al reformatorio. Y de repente, al dejar a su espalda las últimas casas, sintió como un choque: sin haberlo visto nunca reconoció desde lejos, aislado como un cementerio nuevo con su cinturón de tapias enlucidas, en medio de una llanura arcillosa desprovista de toda vegetación, el amplio edificio cubierto de tejas, con sus hileras de ventanas enrejadas y la fachada que el sol hacía lucir. Hubiérase dicho que se trataba de una cárcel a no ser por la inscripción grabada en la piedra por encima del primer piso, que se destacaba con letras doradas:

### FUNDACIÓN OSCAR THIBAUT

Se adentró por el camino sin árboles que llevaba al reformatorio. Las ventanitas oteaban la llegada del visitante. Se acercó al portal y tiró de la campanilla, que resonó en el silencio dominical. Se abrió la puerta. Un perrazo de aspecto feroz ladraba con furor, encadenado a su argolla. Antoine entró en el patio: un jardincillo, o más bien una capa de césped, rodeada de gravilla, que se ensanchaba ante el edificio principal. Se sentía observado y no distinguía ningún ser viviente, a no ser el perro, que tirando de su cadena no dejaba de alborotar. A la izquierda de la entrada se elevaba una capillita, coronada por una cruz de piedra; a la derecha, una construcción más baja en la que leyó: «Administración.» Se dirigió hacia este pabellón. La puerta, que estaba cerrada, se abrió en el preciso momento en que él llegaba a la entrada. El perro seguía ladrando. Entró. Un vestíbulo a cuadritos, recién pintado y provisto de sillas nuevas,

como el locutorio de un convento. La estancia estaba excesivamente caldeada. Un busto en escayola del señor Thibault, de tamaño natural, pero que junto a esta pared más bien baja destacaba con proporciones colosales, decoraba el lienzo de la derecha. Un humilde crucifijo de madera negra, adornado con herrajes, trataba de hacer juego en la pared opuesta. Antoine permaneció en pie, en una pausa defensiva. ¡No se había equivocado! ¡Todo transcendía a cárcel!

Por último se abrió una ventanilla en la pared del fondo y apareció la cabeza de un vigilante. Antoine le arrojó una tarjeta suya, junto a otra de su padre, y, en tono seco, pidió ver al director.

Transcurrieron casi cinco minutos.

Antoine, exasperado, se disponía ya a penetrar más en la casa, cuando se oyó en el pasillo el rumor de un paso rápido: un hombre joven, con gafas, vestido de franela, rubio y rollizo, corría hacia él arrastrando las zapatillas, con rostro radiante y las manos tendidas en señal de bienvenida.

—¡Muy buenos días, doctor! ¡Qué sorpresa tan agradable! Su hermano se va a poner muy contento. ¡Le conozco a usted perfectamente: el señor fundador habla muy a menudo de su hijo mayor, el médico! Por otra parte, hay un cierto aire de familia... ¡indudable, permítame asegurárselo! —dijo, sonriendo—. Pero, por favor, sírvase entrar en mi despacho. Y perdóneme: soy el señor Faïsme, el director.

Empujaba a Antoine hacia el despacho de la dirección, arrastrando los pies y siguiéndole de cerca, con los brazos levantados y las manos abiertas, como si temiera que Antoine pudiera tropezar y quisiera estar en condiciones de atraparlo al vuelo.

Obligó a Antoine a sentarse y ocupó su sitio detrás de la mesa.

—¿El señor fundador se encuentra bien de salud? —inquirió con su voz aflautada—. ¡Es extraordinario, los años no pasan por él! ¡Qué pena que no haya podido acompañarle!

Antoine inspeccionaba los alrededores con una mirada desconfiada y contemplaba sin ninguna complacencia aquella fisonomía de chino rubio y aquellas gafas de oro, detrás de las cuales los ojillos mariposeaban sin cesar con una expresión alegre. Mal preparado para este recibimiento tan voluble, y desorientado sobremanera por encontrar, bajo la apariencia de un joven en pijama, a este director de cárcel que él se había imaginado con los rasgos repelentes de un gendarme vestido de paisano, y que parecía todo lo más el director de un colegio, tuvo necesidad de hacer un esfuerzo para recobrar su aplomo.

—¡Caramba, caramba! —exclamó de repente Faïsme—. Lo malo es que ha llegado usted precisamente cuando se está celebrando la misa mayor. Todos los niños están en la capilla y también su hermano. ¿Qué podríamos hacer? —Consultó su reloj—. Todavía faltan unos veinte minutos, media hora tal vez, si las comuniones son numerosas. Lo cual es muy posible, ya que, según le habrá dicho el señor fundador, tenemos la crema de los capellanes: un sacerdote joven, emprendedor, de una habilidad incomparable. Desde que está aquí, los sentimientos religiosos de la

Fundación han sufrido una verdadera transformación. ¡Es una lástima! ¿Qué podríamos hacer entretanto?

Antoine se levantó sin ninguna cortesía. El objeto de su investigación permanecía bien presente en su pensamiento.

—Puesto que los locales están desocupados de momento —dijo, mirando al hombrín—, ¿sería indiscreto visitar la colonia? Me gustaría ver las cosas de cerca; he oído hablar de ellas tan a menudo desde la infancia...

—¿De verdad? —preguntó el director con cierta sorpresa—. Pues nada hay más fácil —prosiguió. Pero no se movió de su sitio y, sin dejar de sonreír, pareció meditar durante un instante—. El pabellón, ya sabe usted, no tiene nada de interés. No es ni más ni menos que un cuartel en pequeño; una vez dicho esto ya lo conoce usted tanto como yo.

Antoine seguía de pie.

—Pues sí; me interesa. —Y como el director le examinara con sus ojillos arrugados, con una expresión divertida e incrédula, agregó—: Se lo aseguro.

—Entonces, con mucho gusto, doctor. Lo que tarde en vestirme y ponerme los zapatos y soy con usted.

Desapareció. Antoine oyó un timbrazo. Luego sonó cinco veces en el patio una campana. «Vaya, vaya —pensó—; tocan alarma: el enemigo está dentro de la casa.» No podía permanecer sentado. Se acercó al ventanal, pero los cristales eran esmerilados. «Tranquilidad —se dijo—. Lo que yo tengo que hacer es abrir bien los ojos y asegurarme. Y luego actuar.»

Por fin reapareció el señor Faïsme.

Salieron.

—¡Nuestro patio de honor! —presentó pomposamente el director, riendo con indulgencia. Luego corrió hacia el perrazo que comenzaba otra vez a ladrar y le asestó en el lomo un puntapié brutal, que hizo al animal refugiarse en su caseta.

—¿Entiende usted de horticultura? Claro que sí, ¡caramba!; un médico por fuerza tiene que entender de plantas. —Se detenía con complacencia en medio del jardincillo—. Aconséjeme. ¿Cómo le parece que cubra este trozo de pared? ¿Con hiedra? Harían falta años...

Antoine, sin contestar, le llevó hacia el pabellón principal. Recorrieron la planta baja. Antoine iba delante, con el ojo atento, abriendo con autoridad cualquier puerta que veía cerrada; no se le escapaba nada. Las paredes estaban blanqueadas en la parte alta y pintadas con alquitrán hasta dos metros del suelo. Todas las ventanas estaban provistas de cristales esmerilados, como la del director, y reforzadas con barrotes. Antoine quiso abrir una de ellas, pero se necesitaba una llave especial; el director sacó una del bolsillo y abrió la ventana. Antoine observó la destreza de aquellas manos gordezuelas y amarillentas. Lanzó sobre el patio interior su mirada inquisidora; estaba desierto: una gran explanada rectangular, de barro seco y pisoteado, sin un árbol, y rodeada de altas paredes erizadas de cascós.

El señor Faïsme detallaba con minuciosidad el destino de los locales: salas de estudio, talleres de carpintería, de cerrajería, de electricidad, etc. Las salas eran pequeñas y estaban bien cuidadas. En los refectorios, los criados acababan de fregar las mesas de madera blanca; de los fregaderos instalados en los rincones se escapaba un olor agrio.

—Todos los pupilos vienen aquí, a la terminación de la comida, para fregar su plato, su jarro y su cuchara. En ningún caso cuchillo, claro está, y ni siquiera tenedor... —Como Antoine le mirara sin comprender, añadió—. Nada que tenga punta...

En el primer piso se sucedían otras salas de estudio, otros talleres y una instalación de duchas que no parecía ser utilizada muy a menudo, pero de la que el director se mostró especialmente orgulloso. Iba y venía alegremente de una sala a otra, con los brazos separados y las manos hacia adelante, y mientras hablaba, de una manera maquinal arrimaba un banco a la pared, recogía del suelo un clavo, cerraba del todo un grifo, ordenaba todo lo que no estaba en su sitio.

En el segundo piso se encontraban los dormitorios. Los había de dos clases. La mayoría contenían una decena de colchonetas, alineadas bajo las mantas grises, y con sus casilleros para los útiles; hubieran semejado alojamientos militares, a no ser por una especie de caja de hierro, provista de una reja muy fina, que ocupaba el centro.

—¿Es que los encierra usted ahí dentro? —preguntó Antoine.

El señor Faïsme levantó los brazos con un gesto cómico y aterrado a la vez, y luego se echó a reír.

—¡No, señor, no! Ahí es donde duerme el vigilante. Ya ve usted: coloca su catre bien en medio, equidistante de las paredes; lo ve todo, lo oye todo y no corre ningún riesgo. Además dispone del timbre de alarma, cuyos hilos pasan por debajo del entarimado.

Otros dormitorios se componían de cuartitos yuxtapuestos, de ladrillo, cerrados con rejas como las jaulas de una casa de fieras. El señor Faïsme se detuvo en el umbral. Su sonrisa tomaba algunas veces una expresión ausente, meditabunda, que durante un instante prestaba a su rostro rubicundo la melancolía de algunos budas.

—¡Ah, doctor; estos son nuestros *terribles*! —explicó—. Los que nos llegan demasiado tarde para poder ser reformados: no son de lo mejorcito, como es de suponer... Entre ellos hay muchos viciosos y no tenemos más remedio que tenerlos aislados durante la noche.

Antoine aproximó el rostro a una de las rejas. Distinguió en la sombra un grabado estropeado, las paredes cubiertas de dibujos obscenos y de inscripciones. Hizo un movimiento de retroceso.

—No mire usted; es demasiado triste —suspiró el director, llevándole consigo—. Mire, aquí está el paseo central, por el cual va y viene durante toda la noche el vigilante. Aquí el vigilante no se acuesta, ni se apaga la luz. Aunque estén perfectamente encerrados estos sinvergüenzas son capaces de hacer una faena... ¡Sí,

señor! —Sacudió la cabeza y bruscamente empezó a reír guiñando los ojos. Toda expresión de pena había desaparecido por completo—. ¡Los hay de todas clases! —terminó con ingenuidad, encogiéndose de hombros.

Antoine estaba demasiado interesado en lo que veía para pensar en todas las preguntas que había preparado. Sin embargo, dijo:

—¿Y cómo les castiga usted? Me gustaría también ver los calabozos.

El señor Faïsme retrocedió un paso, abrió los ojos desmesuradamente y agitó levemente las manos:

—¡Qué cosas dice usted, los calabozos! Pero, doctor, ¿usted cree que estamos en La Roquette? No; gracias a Dios aquí no hay calabozos. Nuestros estatutos nos lo prohíben y además el señor fundador no nos lo consentiría nunca.

Antoine, desconcertado, sufría la ironía de aquellos ojillos arrugados, cuyas pestañas aleteaban detrás de las gafas. Comenzaba a sentirse verdaderamente molesto por el papel de personaje desconfiado que estaba interpretando. Nada de lo que veía le incitaba a persistir en él. Incluso se preguntó, con cierta confusión, si el director no habría adivinado ya la desconfianza que le había atraído a Crouy; pero era difícil saberlo; hasta tal extremo parecía real el candor del señor Faïsme, a pesar de los destellos de malicia que brillaban algunas veces en sus ojillos.

El director cesó de reír, se acercó a Antoine y le cogió del brazo:

—Sin duda tiene usted ganas de bromas, ¿verdad? Usted sabe tan bien como yo cuál es el resultado de la severidad excesiva: la rebelión o, lo que es todavía peor, la hipocresía... El señor fundador pronunció sobre este tema unas palabras muy acertadas en el Congreso de París, el año de la Exposición...

Había bajado la voz y miraba al joven con una simpatía especial, como si Antoine y él constituyeran una *élite*, la única capaz de discutir estos problemas de pedagogía sin caer en los errores del vulgo. Antoine se sintió alabado y su impresión favorable se acentuó.

—Ni qué decir tiene que en el patio, como en los cuarteles, tenemos un lugar que el arquitecto había bautizado en el proyecto: *locales disciplinarios*...

—... pero solamente metemos en ellos nuestras reservas de carbón y de patatas. ¿Qué necesidad hay de calabozos? —prosiguió—. ¡Se obtienen las cosas mucho mejor por la persuasión!

—¿De verdad? —preguntó Antoine.

El director sonrió irónicamente y volvió a coger del brazo a Antoine.

—Entendámonos —confesó—. Lo que yo llamo la persuasión, prefiero aclarárselo sin dilación, es la privación de ciertos alimentos. Nuestros pequeños son todos muy golosos. Es cosa de la edad, ¿verdad? El pan seco, doctor, tiene virtudes persuasivas absolutamente insospechadas..., pero hay que saberlo emplear: lo esencial es no aislar al niño que se desea convencer. ¡Ya ve usted qué lejos estamos del aislamiento del calabozo! ¡No! Es precisamente en un rincón del refectorio donde hay que hacerle comer su mendrugo de pan seco, a la hora de la mejor comida: la del

mediodía; con el aroma del magnífico estofado que humea, a la vista de los otros que se deleitan con él. ¡Esto sí que es irresistible!, ¿verdad? ¡Se adelgaza tan de prisa a esta edad! Quince días, tres semanas, nunca más de eso: y siempre he conseguido hacerme hasta con los más recalcitrantes. ¡La persuasión! —terminó, con los ojos resplandecientes—. ¡Nunca he tenido que actuar de otra forma; nunca he llegado siquiera a levantar la mano a uno de estos pequeños que me son confiados!

Su rostro resplandecía de orgullo, de ternura. Tenía verdaderamente aspecto de querer a aquellos granujas, incluso a los que le ocasionaban más molestias.

Descendieron de nuevo a la planta baja. El señor Faïsme sacó el reloj.

—Ahora, para terminar, permítame que le ofrezca un espectáculo muy edificante. Podrá usted contárselo al señor fundador y tengo la seguridad de que será una satisfacción para él.

Cruzaron el jardín y penetraron en la capilla. El señor Faïsme le ofreció agua bendita. Antoine vio de espaldas a medio centenar de chiquillos vestidos con blusas de hilo crudo, alineados a cordel, arrodillados sobre las losas, inmóviles; cuatro vigilantes bigotudos, con un uniforme azul ribeteado de rojo, se paseaban por entre los niños sin perderles de vista. En el altar, el sacerdote terminaba la misa ayudado por dos pupilos.

—¿Dónde está Jacques? —susurró Antoine.

El director indicó la tribuna bajo la cual se encontraban y andando de puntillas ganó la puerta.

—Su hermano está siempre en el sitio que tiene reservado aquí arriba —dijo el señor Faïsme cuando estuvieron fuera—. Está solo; es decir con el muchacho que tiene a su servicio. En relación con esto, puede usted comunicar a su señor padre que hemos asignado a Jacques el nuevo criado de que le hablamos. De esto hace ya unos ocho días. El otro, el padre León, era demasiado anciano y estará mejor colocado en la vigilancia de un taller. El nuevo es un joven lorenés; de lo mejor que hay: acaba de salir del regimiento, donde era ordenanza del coronel; tenemos de él las mejores referencias. Así será menos desagradable para su hermano durante los paseos, ¿no le parece? Pero, caramba, estoy hablando y hablando y ya salen de la capilla.

El perro se puso a ladrar furiosamente. El señor Faïsme le hizo callar, se colocó las gafas en su sitio y se plantó en el centro del patio de honor.

La puerta de la capilla se había abierto de par en par y los niños, en columna de tres y flanqueados por los vigilantes, desfilaron a un paso acompasado, como para una parada militar. Llevaban la cabeza descubierta e iban calzados con alpargatas, lo que daba a su marcha el paso elástico de las sociedades gimnásticas. Las blusas estaban limpias y ceñidas a la cintura por un cinturón de cuero cuya chapa brillaba al sol. Los de más edad parecían tener diecisiete o dieciocho años, y los más jóvenes, diez u once. La mayor parte tenían el color pálido, los ojos bajos, una fisonomía apagada, sin juventud. No obstante, Antoine, que los examinaba con toda su atención, no pudo sorprender ni una mirada equívoca, ni una sonrisa sardónica, ni siquiera una



expresión de malevolencia: aquellos niños no tenían en modo alguno aspecto de terribles; Antoine hubo de confesarse por otra parte que tampoco lo tenían de mártires.

Cuando la pequeña columna hubo desaparecido en el edificio de los alojamientos, cuya escalera de madera resonó durante largo tiempo, Antoine se volvió hacia el señor Faïsme, que parecía interrogarle:

—Presentación impecable —afirmó.

El hombrín no respondió; pero se frotaba lentamente sus manos grasientas, como si se las hubiera enjabonado, y desde detrás de sus gafas sus ojos, brillantes de orgullo, daban las gracias.

Entonces, cuando el patio estaba ya desierto, hizo Jacques su aparición en los soleados escalones de la capilla.

¿Era él? Había cambiado tanto, había crecido tanto, que a Antoine le costó trabajo reconocerle. No llevaba uniforme, sino un traje de paño, un sombrero de fieltro y un abrigo echado sobre los hombros; le seguía un muchacho de unos veinte años, rechoncho, rubio, que no llevaba la librea de los vigilantes. Descendieron la escalinata. Ni uno ni otro parecían haberse apercibido del grupo formado por Antoine y el director. Jacques andaba tranquilamente, con la mirada fija en el suelo, y solamente cuando ya se encontraba a algunos metros del señor Faïsme levantó la cabeza, se detuvo, puso cara de asombro y se descubrió inmediatamente. Su gesto fue perfectamente natural y, sin embargo, Antoine tuvo la sospecha de que aquel asombro era fingido. Por otra parte, el rostro de Jacques permanecía tranquilo y aunque sonreía no demostraba verdadera alegría. Antoine se adelantó; también él fingía su alegría.

—Vaya una sorpresa agradable, ¿eh Jacques? —exclamó el director—. Pero voy a tener que regañarte: tienes que ponerte el abrigo y abrochártelo cuando estés en la capilla; la tribuna es muy fría y puedes caer enfermo.

Jacques se había apartado de su hermano tan pronto como había oído al señor Faïsme dirigirse a él y miraba al director a la cara, con una expresión respetuosa, pero sobre todo inquieta, como si tratara de comprender el sentido oculto de sus palabras. Inmediatamente, sin contestar se puso el abrigo.

—¿Sabes que has crecido mucho? —balbuceó Antoine. Examinaba a su hermano con estupefacción, tratando de analizar este cambio completo de aspecto, de modales, de fisonomía, que paralizaba sus impulsos.

—¿Quieren ustedes quedarse afuera durante un rato? —propuso el director—. ¡Hace un tiempo tan agradable! Jacques le llevará a su habitación cuando hayan dado una vuelta por el jardín.

Antoine vacilaba. Preguntó a su hermano con la mirada.

—¿Quieres?

Jacques pareció no entenderle. Antoine supuso que no encontraba ningún aliciente en permanecer allí, bajo las ventanas del reformatorio.

—No —dijo—; estaremos mejor en tu... habitación, ¿verdad?

—Como guste —exclamó el director—. Pero antes quiero mostrarle aún una cosa: tiene usted que ver a todos nuestros pensionistas. Ven con nosotros, Jacques.

Jacques siguió al señor Faïsme que, con los brazos abiertos y riendo como un escolar bromista, empujaba a Antoine hacia un cobertizo adosado a la pared de la entrada. Se trataba de una docena de conejeras. El señor Faïsme adoraba la cunicultura.

—Esta camada ha nacido el lunes —explicó con alborozo—, y ya ven ustedes, ¡ya abren los ojillos! Estos de aquí son mis machos. Mire éste, doctor —dijo, hundiendo el brazo en una jaula y sacando por las orejas un magnífico ejemplar plateado, de Champagne, que se estiraba con brascas sacudidas—; ¡éste sí que es un terrible!

En sus palabras no había nada de malicia y reía con candidez. Antoine pensó en el dormitorio de arriba, con sus conejeras cerradas con barrotes de hierro.

El señor Faïsme se volvió y sonrió como un incomprendido:

—Caramba, caramba; estoy venga a hablar sin darme cuenta de que ustedes sólo me escuchan por cortesía, ¿no es cierto? Les voy a llevar a la habitación de Jacques y les dejo. Jacques, pasa delante y enséñanos el camino.

Jacques echó a andar el primero. Antoine se unió a él y le puso la mano sobre el hombro. Hizo un esfuerzo para representarse al pequeño escuchimizado, nervioso, con calcetines, que había ido a recoger a Marsella el año anterior.

—Ahora eres casi tan alto como yo.

Desde el hombro su mano subió hasta el cogote, semejante al delgado cuello de un pájaro. Todos los miembros parecían estirados hasta la fragilidad: las muñecas alargadas se salían de las mangas; el pantalón dejaba al descubierto los tobillos; su paso tenía una rigidez y una torpeza, aunque también una elasticidad y una juventud completamente nuevas.

El pabellón destinado a los pupilos especiales formaba parte del que albergaba a la dirección; solamente tenía acceso por las oficinas. Cinco habitaciones idénticas daban a un pasillo pintado color ocre. El señor Faïsme explicó que siendo Jacques el único «especial» y estando, por tanto, sin emplear las otras cuatro habitaciones, el criado asignado al servicio de Jacques dormía en una mientras que las otras servían como cuartos trasteros.

—Y aquí tenemos la celda de nuestro prisionero —dijo el director, dando a Jacques un cachete afectuoso con su dedo gordezuelo; el muchacho le miró con aspecto aturdido y luego se apartó para dejarle pasar.

Antoine inspeccionó la habitación ávidamente. Hubiérase dicho que se trataba de la habitación de un hotel modesto, pero bien arreglada. Estaba tapizada con papel de florecillas y tenía bastante luz aunque fuera desde mucha altura, a través de dos tragaluces con cristales esmerilados, provistos de barrotes y con una alambarrera; estas ventanas estaban situadas bajo el techo y como éste era alto, quedaban a más de tres

metros del suelo. El sol no entraba allí, pero la habitación estaba bien caldeada, incluso excesivamente, por el calorífero de la administración. El mobiliario se componía de un armario de pino, dos sillas con asiento de rejilla y una mesa negra sobre la que estaban diseminados libros y diccionarios. La camita, cuadrangular y lisa como una mesa de billar, dejaba ver las sábanas perfectamente limpias. La palangana reposaba sobre un paño limpio y algunas toallas inmaculadas colgaban del toallero.

Esta inspección minuciosa acabó de trastornar los pensamientos de Antoine. Todo lo que llevaba viendo desde hacía una hora era exactamente lo contrario de lo que había supuesto. Jacques vivía muy aislado de los otros pupilos, se le trataba con consideración y respeto, el director era una buena persona: lo menos cómitre que pudiera darse; todas las informaciones del señor Thibault eran exactas. Por muy obstinado que fuera Antoine, no tenía más remedio que abandonar, una por una, todas sus sospechas.

Sorprendió la mirada del director fija en él.

—La verdad es que estás muy bien instalado —dijo inmediatamente, volviéndose hacia Jacques.

Este no contestó. Se quitó el abrigo y el sombrero, que el criado le tomó de las manos y fue a colgar del perchero.

—Tu hermano dice que estás bien instalado —repitió el director.

Jacques se volvió rápidamente. Tenía un aspecto cortés, bien educado, que su hermano no le había visto nunca.

—Si, señor director, muy bien.

—No exageremos —replicó el director sonriendo—. Es todo muy sencillo; lo que vigilamos únicamente es que esté bien limpio. Por otra parte, al que hay que felicitar por ello es a Arthur —añadió, dirigiéndose al criado—. La cama parece estar preparada para una revista... —El rostro de Arthur se iluminó. Antoine, que le miraba, no pudo contener un gesto amistoso. Tenía la cabeza redonda, las facciones flácidas, los ojos pálidos; en su sonrisa y en su mirada se reflejaban la lealtad y la afabilidad. Permanecía junto a la puerta acariciándose el bigote que parecía casi incoloro de puro quemado.

«¡De modo que éste es el carcelero que yo me imaginaba ya en la oscuridad de una cueva, provisto de una linterna sorda y de un manojo de llaves!», se decía Antoine; y, no pudiendo evitar reírse de sí mismo, se acercó a los libros y los examinó alegremente.

—¿Salustio? ¿Parece que haces progresos en latín? —preguntó mientras que en su rostro se dibujaba una sonrisa burlona.

Fue el señor Faïsme quien respondió.

—Tal vez haga mal en decirlo en presencia suya —dijo, fingiendo vacilar y guiñando los ojos en dirección a Jacques—. No obstante, hay que reconocer que su profesor está satisfecho de su aplicación. Trabajamos nuestras ocho horitas diarias —continuó, con más seriedad. Se dirigió hacia el encerado que estaba colgado de la

pared y le enderezó sin dejar de hablar—. Claro que esto no nos impide que todos los días, haga el tiempo que haga, nos demos un buen paseo de dos horas en compañía de Arthur; su señor padre tiene mucho interés en ello. Ambos gozan de buenas piernas y les dejo amplia libertad para variar los itinerarios. Con el viejo León era distinto; creo que no andaban mucho; en cambio recogían hierbas a lo largo de los setos, ¿no es verdad? Hay que decir que el viejo León fue mancebo de botica en su juventud y que conoce un montón de plantas con sus nombres latinos. Era muy instructivo. Pero yo prefiero que se den buenos paseos por el campo: es mejor para la salud.

Antoine se había vuelto algunas veces hacia su hermano mientras el señor Faïsme hablaba. Hubiérase dicho que Jacques escuchaba entre sueños y que en algunos momentos tenía que forzarse para permanecer atento; entonces una vaga expresión de angustia entreabría sus labios y sus pestañas temblaban.

—¡Caramba, estoy venga a hablar sin darme cuenta de que Jacques no ve a su hermano hace mucho tiempo! —exclamó el director retrocediendo hacia la puerta con ademán amistoso—. ¿Tomará usted el tren de las once? —preguntó.

Antoine no había pensado en ello. Pero el tono del señor Faïsme implicaba que aquello no dejaba lugar a dudas y Antoine fue incapaz de resistirse a aquel ofrecimiento de evasión; a pesar de todo, la tristeza del lugar y la indiferencia de Jacques le repugnaban. ¿No estaba ya convencido? Pues ya no tenía nada que hacer allí.

—Sí —contestó—; desgraciadamente tengo que volver temprano, para la segunda visita...

—No lo lamente: es el único tren antes del de la noche. ¡Hasta ahora!

Los dos hermanos se quedaron solos. Hubo un instante de embarazo.

—Coge la silla —dijo Jacques, disponiéndose a sentarse en la cama. Al darse cuenta de que había una segunda silla rectificó y se la ofreció a Antoine, repitiendo con un tono perfectamente natural—, coge la silla —como si hubiera dicho: «Siéntate.» Y él mismo se sentó.

Nada de esto había escapado, a la sagacidad de Antoine, que, sintiendo renacer sus sospechas súbitamente, preguntó:

—¿Es que normalmente sólo tienes una silla?

—Sí. Pero Arthur nos ha prestado la suya, como los días de clase.

Antoine no insistió.

—La verdad es que no estás mal instalado —observó, echando una nueva ojeada a su alrededor. Luego, señalando las sábanas limpias y las toallas preguntó:

—¿Mudan la ropa muy a menudo?

—Los domingos.

Antoine hablaba en ese tono alegre y cortante que era habitual en él, pero que en esta habitación sonora y ante la actitud pasiva de Jacques, parecía hiriente, casi agresivo.

—Figúrate —dijo—, me temía, no sé por qué, que aquí no te trataban bien...

Jacques le miró con sorpresa y sonrió. Antoine no apartaba la vista de su hermano:

—Entonces, entre nosotros: ¿de verdad que no te quejas de nada?

—De nada.

—¿No quieres que aproveche la visita para pedirle algo al director?

—¿El qué?

—No lo sé. Piénsalo tú.

Jacques pareció reflexionar, sonrió de nuevo y negó con la cabeza:

—Pues no. Ya ves que todo está perfectamente.

Su voz no estaba menos transformada que todo lo demás: una voz de hombre, cálida y grave, bien timbrada aunque un poco sorda y bastante inesperada en este cuerpo de adolescente.

Antoine le miraba.

—¡Cómo has cambiado!... Ni siquiera se puede decir que hayas cambiado. Ya no eres el mismo, absolutamente en nada...

No quitaba la vista de Jacques, tratando de volver a encontrar en esta fisonomía totalmente nueva los rasgos de antaño. Era el mismo pelo rojizo, un poco más oscuro y tirando a moreno, pero igualmente recio y espeso; y la misma nariz delgada y mal hecha, los mismos labios agrietados, que ahora sombreaba un impalpable bozo rubio; era la misma mandíbula fuerte y todavía voluntariosa; y eran las mismas orejas despegadas que parecían tirar de la boca y mantenerla alargada. Pero nada de esto se parecía ya al niño de ayer. Se diría que incluso el temperamento había cambiado —pensaba—; él, tan movable, siempre atormentado, y ahora ese rostro inerte, somnoliento... Él, tan nervioso, es ahora un linfático...

—¡Levántate un poco!

Jacques se prestó al examen con una sonrisa complaciente, que no le alegró el semblante. En sus pupilas había como una nube.

Antoine le palpó los brazos, las piernas.

—¡Cuánto has crecido! ¿No te sientes fatigado con este crecimiento tan rápido?

Su hermano negó con la cabeza. Antoine le tenía ante sí, sujeto por las muñecas. Observó la palidez de la piel, en la que destacaban las pecas con su mancha oscura y una ligera sombra que se hundía bajo los párpados inferiores.

—El color no es muy bueno que digamos —prosiguió en un tono más serio; frunció el entrecejo, estuvo a punto de decir algo pero se contuvo.

De repente, la fisonomía sumisa e inexpresiva de Jacques le recordó la sospecha que le había asaltado cuando su hermano había aparecido en el patio.

—¿Te habían advertido que yo te esperaba después de la misa? —lanzó sin preámbulos.

Jacques le miró sin comprender.

—Cuando saliste de la capilla —insistió Antoine—, ¿sabías que yo estaba allí?

—Pues claro que no. ¿Cómo iba a saberlo? —Sonreía con un asombro pleno de

ingenuidad.

Antoine se batió en retirada; murmuró:

—Pues me lo pareció... ¿Se puede fumar? —preguntó, para cambiar de conversación.

Jacques le miró con inquietud y como Antoine le ofreciera su pitillera, respondió:

—No; yo no. —Y su cara se ensombreció.

Antoine no sabía ya qué decir. Como siempre que se quiere prolongar la conversación con un interlocutor que apenas si contesta, se agotaba formulando preguntas:

—Entonces —volvió a empezar—, ¿de verdad, que no necesitas nada? ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Desde luego que sí.

—¿Es buena la cama? ¿Tienes bastantes mantas?

—Ya lo creo; incluso tengo demasiado calor.

—¿Y tu profesor? ¿Es amable contigo?

—Mucho.

—¿No te molesta trabajar así, siempre solo?

—No.

—¿Y por las noches?

—Me acuesto después de cenar, a las ocho.

—¿Y te levantas?

—A las seis y media, cuando toca la campana.

—¿Viene a verte el capellán alguna vez?

—Sí.

—¿Es bueno?

Jacques levantó hacia Antoine su mirada incierta. No comprendía la pregunta y no contestó.

—¿Y el director, viene también?

—Sí; muy a menudo.

—Tiene aspecto agradable; ¿se le quiere?

—No lo sé; supongo que sí.

—¿No te reúnes nunca con... los otros?

—Nunca.

A cada pregunta, Jacques, que conservaba la mirada baja, tenía un ligero estremecimiento, como si tuviera que hacer un esfuerzo para saltar así de un tema a otro.

—¿Y la poesía? ¿Sigues haciendo versos? —preguntó Antoine en tono festivo.

—No.

—¿Y por qué?

Jacques levantó la cabeza y en su semblante se dibujó una sonrisa plácida que tardó en borrarse. No hubiera sonreído de manera diferente si Antoine le hubiera

preguntado: «¿Sigues jugando al aro?»

Entonces Antoine, por falta de temas, se decidió a hablar de Daniel. Jacques no se lo esperaba: se ruborizó ligeramente.

—¿Cómo quieres que tenga noticias tuyas? —contestó—. Aquí no se reciben cartas.

—¿Y tú? —preguntó Antoine—. ¿Tú no le escribes?

Antoine le miraba atentamente. Su hermano sonrió de la misma forma que antes, cuando le había hablado de poesía. Se encogió ligeramente de hombros.

—Todo eso son cosas ya pasadas... No me hables de ello.

¿Qué quería decir? Si hubiera contestado: «No, no le he escrito nunca», Antoine le hubiera tratado con dureza, le hubiera puesto en evidencia y con cierto placer, pues la pasividad de su hermano comenzaba a molestarle. Pero Jacques eludió la cuestión con un tono tan triste y resuelto que paralizó a Antoine. En aquel mismo momento le pareció observar que la mirada de Jacques se fijaba de repente detrás de él, en dirección a la puerta; y en el estado de animosidad refleja que se encontraba, todas sus sospechas volvieron a invadirle. Esta puerta era de cristales, sin duda con objeto de poder vigilar desde fuera lo que pasaba en la habitación; y encima de la puerta había un ventanillo enrejado, desprovisto de cristal, que permitía también escuchar todo lo que se hablaba en el interior.

—¿Hay alguien en el pasillo? —preguntó Antoine brutalmente, pero bajando la voz.

Jacques le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Cómo, en el pasillo? Sí, algunas veces; ahora mismo acabo de ver pasar al viejo León.

En aquel momento llamaron a la puerta; el viejo León venía a conocer al hermano mayor. Se sentó familiarmente en una esquina de la mesa.

—¿Qué; le encuentra usted con buen aspecto? Ha espigado mucho desde el otoño, ¿verdad?

Reía a carcajadas. Tenía una cara de viejo gruñón, con los bigotes lacios, y su risa de buen vividor congestionaba sus pómulos, cubriéndolos de venillas rojizas que se ramificaban hasta el blanco de los ojos, modificando la expresión de su mirada, que, aunque maliciosa, era casi siempre paternal.

—Me han vuelto a llevar a los talleres —explicó, moviendo los hombros—. ¡Yo que estaba ya tan acostumbrado al señorito Jacques! En fin —dijo al tiempo que se iba—, no hay que quejarse... Y muchos saludos al señor Thibault; dígame que de parte del viejo León; me conoce bien.

—¡Qué buen hombre! —dijo Antoine cuando hubo salido.

Quiso reanudar la conversación.

—Si quieres, puedo hacerle llegar una carta tuya —prosiguió. Y como Jacques no le comprendiera, añadió—: ¿No te gustaría escribirle algo a Fontanin?

Se obstinaba en descubrir en sus facciones tranquilas algún indicio de emoción,

algún recuerdo del pasado; en vano. El muchacho negó con la cabeza, esta vez sin sonreír:

—No, gracias; no tengo nada que decirle. Todo eso ya ha pasado a la historia.

Antoine no insistió; estaba agotado. Por otra parte el tiempo pasaba; sacó el reloj:

—Las diez y media; me tengo que marchar dentro de cinco minutos.

Jacques pareció turbarse repentinamente, como deseoso de decir algo. Preguntó a su hermano acerca de su salud, de la hora de salida del tren, de sus exámenes. Y cuando Antoine se levantó se sintió conmovido por el tono en que Jacques suspiró.

—¿Ya? ¡Espérate un poco!

A Antoine se le ocurrió que tal vez el niño estaba decepcionado por su frialdad y que posiblemente aquella visita le había causado más placer del que había dejado entrever.

—¿Estás contento de que haya venido? —murmuró torpemente.

Jacques parecía ausente, preocupado; se sobresaltó y, extrañado, contestó con una sonrisa cortés:

—Claro que sí, muy contento. Te estoy muy agradecido.

—Entonces procuraré volver; hasta la vista —dijo Antoine, vejado. Volvió a mirar a su hermano cara a cara; toda su perspicacia estaba al acecho, su ternura volvió a despertarse—: Pienso en ti muy a menudo, pequeño —aventuró—. Temo siempre que no seas feliz aquí. —Estaban junto a la puerta; Antoine le cogió de la mano—. ¿Me lo dirías, verdad?

Jacques tomó un aire de vergüenza. Se inclinó como si quisiera decirle un secreto. Por fin se decidió y habló muy de prisa:

—Deberías dar algo a Arthur, al criado... Es tan complaciente... —Y como Antoine vacilara, se turbó—. ¿No te importa, verdad?

—¿Y no dará lugar a comentarios?

—No; no lo creas. Cuando te vayas, al despedirte, le pones en la mano una propinilla... ¿Quieres? —Su actitud era casi suplicante.

—Claro que sí. ¿Y tú, de verdad, no deseas nada? Contéstame... ¿No te sientes desgraciado?

—¡De verdad que no! —contestó Jacques con una imperceptible sombra de ironía. Luego, bajando más la voz, preguntó: ¿Cuánto vas a darle?

—No lo sé. ¿Cuánto? ¿Te parece bien diez francos? ¿Quieres que le dé veinte?

—Sí, sí; veinte francos —repuso Jacques con una especie de alegría confusa—. Muchas gracias, Antoine. —Y estrechó con fuerza la mano que su hermano le tendía.

Cuando Antoine salía de la habitación se encontró en el pasillo al criado; éste aceptó la propina sin vacilar y su semblante sincero, un poco infantil, enrojeció de placer. Llevó a Antoine al despacho del director.

—Las once menos cuarto —dijo el señor Faïsmé—. Le queda a usted tiempo, pero tiene que marcharse en seguida.

Cruzaron el vestíbulo, en el que reinaba el busto del señor Thibault. Antoine lo



contempló ahora sin ironía. Comprendía el legítimo orgullo de su padre con respecto a esta obra, enteramente creada por él; incluso llegó a sentir cierto orgullo por ser su hijo.

El señor Faïsme le acompañó hasta la puerta, encargándole que presentara sus respetos al señor fundador; no dejaba de reír mientras hablaba arrugando los ojillos detrás de las gafas de oro y con la mano de Antoine cogida familiarmente entre las suyas, dulces y gordezuelas, como manos femeninas. Por fin pudo Antoine soltarse. El hombrecillo permanecía en la carretera, con la cabeza descubierta a pesar del sol, los brazos levantados, siempre sonriente e inclinando la cabeza en señal de amistad.

«Yo mismo me he llenado la cabeza de pájaros, como una modistilla —se decía Antoine mientras andaba—. Este sitio está bien llevado y, en resumidas cuentas, Jacques no se siente desgraciado en él.

»La mayor tontería —pensó de repente— ha sido haber perdido el tiempo en jugar al juez de instrucción en lugar de charlar con Jacques en plan de amigo.» No estaba lejos de creer que su hermano le había visto marcharse sin lamentarlo en absoluto. «En cierto modo es culpa suya —pensó irónicamente—, ¡se ha mostrado tan indiferente!» A pesar de todo lamentaba no haber puesto más calor en los primeros avances.

Antoine no tenía amante y se contentaba con las oportunidades que le brindaba la casualidad, pero su corazón de veinticuatro años le pesaba algunas veces: le hubiera gustado compadecerse de algún ser débil, prestar a alguien el apoyo de su fuerza. Su cariño hacia el pequeño iba en aumento a medida que se alejaba de él. ¿Cuándo volvería a verle? Estuvo en un tris que no se volviera.

Andaba con la frente baja, a causa del sol. Cuando la levantó, vio que se había equivocado de camino. Unos niños le indicaron un atajo a través del campo. Apresuró el paso. «¿Y si pierdo el tren, qué voy a hacer durante todo el día?», pensó medio en broma. Se imaginó su regreso al reformatorio. Pasaría el día junto a Jacques; le contaría sus recelos quiméricos, su viaje a espaldas de su padre; se mostraría comunicativo, en plan de amigo; recordaría al pequeño la escena del coche, a su regreso de Marsella y cómo aquella noche había sentido que podrían llegar a ser verdaderos amigos. El deseo de perder el tren se hizo tan imperioso que acertó el paso sin saber qué decidir. De repente, oyó el silbido de la locomotora; un penacho de humo se elevó a su izquierda, sobre un bosquecillo; sin pensarlo más, echó a correr. Veía la estación. Tenía el billete en el bolsillo y no tenía sino saltar a cualquier vagón, aunque fuera por la entrevía. Con los codos apretados juntos al cuerpo, la cabeza erguida y la barba al viento, aspiraba el aire a pleno pulmón; estaba orgulloso de sus músculos y tenía la seguridad de llegar a tiempo.

Pero no había contado con el talud de la vía. Para alcanzar la estación, el camino daba un pequeño rodeo y pasaba bajo un puentecillo. Tuvo que aumentar la velocidad, corriendo todo lo que podía; cuando cruzó el puente, el tren, que estaba en

la estación, empezaba ya a ponerse en movimiento. Le faltaban unos cien metros.

Su orgullo era tal que no se conformaba con la derrota. Se arrepintió de haberla deseado: «Todavía podría saltar al furgón de cola —se dijo en el espacio de un segundo—, pero entonces ya no podría escoger; me marcharía sin haber vuelto a ver a Jacques.» Se detuvo, satisfecho de sí mismo.

Y repentinamente tomó cuerpo lo que había estado pensando un rato antes: comer en la posada, volver al reformatorio y consagrar el día a su hermano.

### III

ERA menos de la una cuando Antoine volvió a encontrarse frente a la Fundación Thibault. El señor Faïsme salía en aquel momento. Se quedó tan sorprendido que durante algunos segundos permaneció petrificado, bailándole los ojillos detrás de las gafas. Antoine contó su contratiempo. Entonces el director recobró su locuacidad y se echó a reír.

Antoine se ofreció a salir de paseo con su hermano durante toda la tarde.

—Caramba, caramba... —dijo el director, perplejo—. Nuestro reglamento...

Pero Antoine insistió tanto que obtuvo el triunfo de su causa.

—Usted explicará lo sucedido al señor fundador... Voy a buscar a Jacques.

—Le acompaño —dijo Antoine.

Se arrepintió de haberlo hecho: llegaban en mal momento. Apenas había llegado al pasillo, cuando Antoine distinguió a su hermano, agachado en uno de los recintos que la administración llamaba los *vatères* y cuya puerta estaba ahora abierta de par en par por Arthur, que fumaba su pipa apoyado en el quicio.

Antoine se apresuró a entrar en la habitación. El director parecía contento y se frotaba las manos:

—¿Se da usted cuenta? Cuando nos confían la vigilancia de un niño, no le perdemos de vista ni siquiera ahí.

Jacques volvió. Antoine esperaba que se mostrara algo corrido; pero se abrochaba tranquilamente, sin que sus rasgos dejaran traslucir nada, ni siquiera la sorpresa de volver a ver a Antoine. El señor Faïsme explicó que autorizaba a Jacques a salir con su hermano hasta las seis. Jacques le miraba a la cara como si tratara de comprender bien; pero no dijo ni una palabra.

—Después de esto, yo les dejo; dispénsenme —prosiguió el señor Faïsme con su voz aflautada—. Reunión de mi consejo municipal. ¡Pues ha de saber usted que soy alcalde! —gritó desde la puerta, tratando de contener la risa, como si aquello fuera el colmo de la comicidad; y, efectivamente, Antoine se sonrió.

Jacques se vestía despacio. Con una amabilidad que Antoine no dejó de observar, Arthur le iba entregando la ropa; quiso incluso limpiarle los zapatos. Jacques se dejaba hacer.

La habitación había perdido el aspecto de limpieza que tan agradablemente sorprendiera a Antoine aquella mañana. Buscó la causa. La bandeja de la comida estaba sobre la mesa: un plato sucio, un vaso sucio, migas de pan. La ropa limpia había desaparecido: un trapo sucio colgaba del toallero; bajo la palangana, un trozo de hule, sucio y gastado; las sábanas blancas habían sido reemplazadas por otras de retor, bastas y ordinarias. Sus sospechas volvieron a despertarse, pero no hizo ninguna pregunta.

Cuando estuvieron en la carretera, Antoine preguntó en tono festivo:

—¿Adónde vamos? ¿Conoces Compiègne? Por la orilla del Oise hay un poco más de tres kilómetros. ¿Te parece bien?

Jacques aceptó. Parecía estar decidido a no contrariar en nada a su hermano.

Antoine le cogió del brazo y acomodó su paso al del pequeño.

—¿Qué me dices del golpe de las toallas? —preguntó sonriendo.

—¿El golpe de las toallas? —repitió el otro sin comprender.

—Sí: esta mañana, mientras me paseaban por todo el establecimiento, han tenido tiempo de poner en tu habitación unas magníficas sábanas limpias y unas estupendas toallas nuevas. Pero la suerte ha querido que yo volviera cuando ya no me esperaban, y...

Jacques se detuvo, sonriendo con cierta contrariedad.

—Cualquiera pensaría que estás haciendo todo lo posible por encontrar algo mal en la Fundación —terminó por decir, con su voz grave que temblaba un poco. Permaneció un momento en silencio y reemprendió el camino; casi en seguida prosiguió con cierto esfuerzo, como si le causara una molestia sin límites tener que entrar en explicaciones acerca de un tema tan fútil.

«Es mucho más sencillo de lo que te supones. Mudan la ropa el primer y el tercer domingo de cada mes. Arthur, que se ocupa de mí desde hace sólo diez días, había cambiado las sábanas y las toallas el domingo último; ha estimado oportuno hacerlo hoy también puesto que era domingo. Pero en el ropero han debido decirle que se había equivocado y le habrán obligado a devolver la ropa limpia. No tengo derecho a ella hasta la semana que viene.» Volvió a quedarse silencioso, contemplando la campiña.

El paseo comenzaba mal. Antoine se dedicó inmediatamente a cambiar el tema de conversación, pero el sentimiento de su torpeza le obsesionaba, no permitiéndole tomar el tono sencillo y alegre que hubiera querido. Jacques contestaba si o no cuando la frase de Antoine era interrogativa, pero sin el menor interés. Por último, de forma imprevista, dijo:

—Te agradecería que no comentaras esta historia de la ropa con el director; solamente serviría para que regañaran a Arthur.

—De acuerdo.

—Y tampoco con papá —añadió Jacques.

—¡No tengas cuidado, no hablaré de ello con nadie! Ya ni siquiera me acordaba de ello. Escucha —prosiguió—, te voy a decir la verdad: figúrate que se me había metido en la cabeza que aquí todo iba mal y que tú no eras feliz...

Jacques se volvió ligeramente hacia su hermano y le examinó con expresión seria.

—Me he pasado toda la mañana husmeando —continuó Antoine—, y por fin he comprendido que estaba equivocado. Entonces he fingido haber perdido el tren. No quería marcharme sin haber tenido tiempo de hablar contigo un buen rato; ¿comprendes?

Jacques no contestó. ¿Le resultaba agradable la perspectiva de aquella charla?

Antoine no estaba muy seguro; temió volver a equivocarse y se calló.

La cuesta del camino que descendía hacia la orilla hacía su camino más fácil. Alcanzaron un brazo del río, que estaba canalizado. Un puentecillo de hierro coronaba una esclusa. Tres grandes lanchones vacíos flotaban con toda la altura de sus quillas oscuras sobre el agua casi inmóvil.

—¿Te gustaría hacer una excursión en lancha? —preguntó Antoine alegremente—. Deslizarse suavemente por los canales, pasando por entre los álamos y parando en las esclusas; y entre la bruma de la mañana y por la tarde, a la puesta del sol, fumarse un pitillo en la proa, sin pensar en nada, con los pies balanceándose sobre el agua... ¿Sigues dibujando?

Esta vez Jacques tuvo un sobresalto muy marcado y Antoine estuvo seguro de haberle visto ruborizarse.

—¿Por qué? —preguntó con voz poco firme.

—Por nada —repuso Antoine, intrigado—. Porque se podría hacer un cuadro agradable con estas tres pinazas, la esclusa y la pasarela...

El camino de sirga se iba ensanchando hasta convertirse en una carretera. Llegaron al ramal principal del Oise, cuyo curso hinchado rodaba hacia ellos.

—Ahí está Compiègne —dijo Antoine.

Se había detenido y para guardarse del sol se puso la mano en la frente. Reconoció en lontananza, por encima de las verdes frondas, las puntas agudas de las torres, el campanario achatado de la iglesia; se disponía a nombrarlo, cuando, al mirar a su hermano que estaba a su lado, con la mano en forma de visera y aparentando mirar a lo lejos, se dio cuenta de que Jacques miraba hacia el suelo que tenía a sus pies; parecía estar esperando a que Antoine reemprendiera el camino, lo que éste hizo sin decir nada.

Todo Compiègne parecía estar en la calle en esta tarde de domingo. Antoine y Jacques se mezclaron con la muchedumbre. Sin duda habían sorteado los conscriptos, pues grupos de mozos endomingados compraban a los vendedores ambulantes cintas tricolores y, cogidos del brazo, obstaculizaban el paso por las aceras, andando en zig-zag por las calles, mientras entonaban canciones cuarteleras. En el Coso, entre las muchachas con vestidos claros y los dragones escapados del cuartel, las familias se cruzaban saludándose.

Jacques, desorientado, ensordecido, contemplaba todo este gentío con un malestar creciente.

—Vamos por otro sitio, Antoine... —suplicó.

En medio del Coso torcieron por una bocacalle que ascendía sombría y silenciosa. La llegada a la plaza de Palacio les deslumbró. Se detuvieron, sentándose bajo los arbolillos que todavía no daban sombra.

—Escucha —dijo Jacques, poniendo la mano sobre las rodillas de Antoine. Las campanas de la iglesia se agitaban para las vísperas; sus vibraciones parecían fundirse con la luz del sol.

Antoine se imaginó que el niño sufría gracias a él la embriaguez de este primer domingo de primavera; tímidamente preguntó:

—¿En qué piensas?

En lugar de contestar, Jacques se levantó. Ambos se dirigieron en silencio hasta el parque.

Jacques no prestaba ninguna atención a la suntuosidad del paisaje. Parecía preocupado principalmente por alejarse de los lugares en que había gente. La calma que reinaba alrededor del castillo, sobre las terrazas con balaustrada, le atraía. Antoine le siguió, hablando de lo que se ofrecía a su vista: de los bosquecillos podados que destacaban sobre el verde del césped, de las palomas que se posaban sobre las estatuas. Pero no obtenía sino contestaciones evasivas.

De repente, Jacques preguntó:

—¿Le has hablado?

—¿A quién?

—A Fontanin.

—Claro que sí; me lo encontré en el barrio latino. ¿Sabes que ahora es externo en el Louis-le-Grand?

—¿Ah, sí? —contestó Jacques. Pero con un ligero temblor en la voz que por primera vez recordaba algo el tono de amenaza que antes empleaba tan a menudo, añadió:

—¿No le habrás dicho dónde estoy?

—No me ha preguntado nada. ¿Por qué? ¿Es que no quieres que lo sepa?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Excelente razón. ¿Tienes alguna otra?

Jacques le miró con aire de estupidez; no se había dado cuenta de que Antoine estaba bromeando. Sin variar de gesto echó a andar. Súbitamente añadió:

—¿Y Gise? ¿Lo sabe ella?

—¿Dónde estás? No; creo que no. Pero con los niños nunca se puede estar seguro de nada... —Y apoderándose de este tema que el mismo Jacques le brindaba, prosiguió—: Algunos días tiene ya aspecto de ser una chica mayor, escucha todo lo que se habla con sus hermosos ojos bien abiertos. Sin embargo, otros días no es sino una niña. ¿Querrás creer que ayer por la tarde, mientras la señorita la buscaba por toda la casa, estaba jugando a las muñecas debajo de la mesa del recibimiento? ¡Con casi once años!

Bajaban hacia el cenador de glicinas, y Jacques se detuvo al pie de la escalera, junto a una esfinge de mármol rosa moteado y acarició la frente pulimentada que relucía al sol. ¿Pensaba en Gise; en la señorita? ¿Veía de repente la vieja mesa del recibimiento con su tapete a franjas y la bandeja de plata en que echaban las cartas? Antoine lo creyó así. Prosiguió hablando en tono festivo:

—¡No sé de dónde demonios saca todas las ideas que tiene! La casa no resulta muy alegre para un niño. La señorita la adora; pero ya sabes tú cómo es: se asusta de todo, se le prohíbe todo, no la deja sola ni un segundo...

Se había echado a reír y miraba a su hermano con una complicidad alegre, sintiendo que estos detalles de la vida familiar eran su tesoro fraternal, que no tenían sentido sino para ellos ni dejarían de constituir para ellos algo único e irremplazable: los recuerdos de la niñez. Pero Jacques se limitó a sonreír como por compromiso.

Sin embargo, Antoine continuó:

—Te aseguro que las comidas tampoco son muy alegres. Papá no dice nada; o por el contrario: rehace para la señorita los discursos de sus Comisiones y cuenta en detalle cómo ha pasado el día. A propósito: has de saber que su candidatura para el Instituto marcha viento en popa.

—¿Ah, sí? —Un poco de ternura dulcificó las facciones de Jacques. Reflexionó un instante y sonrió—. ¡Me alegro!

—Todos los amigos se están moviendo —prosiguió Antoine—. El abate es prodigioso; tiene relaciones en las cuatro Academias... La elección tendrá lugar dentro de tres semanas. —Ya no se reía; murmuró—: Ahí es nada, ser miembro del Instituto ya es algo. Y papá se lo tiene bien ganado, ¿no crees?

—¡Ya lo creo! —Y espontáneamente añadió—: Te advierto que papá en el fondo es bueno... —Se detuvo, enrojeció, quiso añadir algo, pero no se decidía.

—Yo estoy esperando a que papá esté sentado cómodamente en su sillón para dar un golpe de estado —prosiguió Antoine con animación—. Estoy verdaderamente falto de espacio en la habitación del fondo; no sé ya dónde meter los libros. ¿Sabes que han instalado a Gise en tu antigua habitación? Quisiera decidir a papá para que alquilara el cuarto de la planta baja, el del viejo verde; se marcha el día quince. Son tres habitaciones; tendría un auténtico despacho para trabajar en el que podría recibir a mis clientes, e incluso una especie de laboratorio que instalaría en la cocina...

Repentinamente se avergonzó de exponer así al recluso su existencia libre y sus anhelos de comodidad; se dio cuenta de que acababa de hablar de la habitación de Jacques como si nunca hubiese de volver a ella. Se calló. Jacques había recobrado su aire de indiferencia.

—Y ahora —dijo Antoine para variar de tema—, ¿qué te parece si fuéramos a merendar? ¿No tienes hambre?

Había perdido toda esperanza de establecer entre Jacques y él un contacto fraternal.

Volvieron a la población. Las calles repletas de gente zumbaban como colmenas. Las pastelerías estaban tomadas al asalto. Jacques, parado en la acera, se inmovilizaba delante de los cinco pisos de pasteles cubiertos de azúcar y rezumando crema; este espectáculo pareció conmoverle.

—¡Vamos, entra! —dijo Antoine sonriendo.

Las manos de Jacques temblaban al coger el plato que Antoine le ofrecía. Se

instalaron al fondo de la tienda, delante de una pirámide de pasteles escogidos. Por una puerta entreabierta se escapaban bocanadas de olor a vainilla, a crema caliente. Jacques, sin una palabra, rígido sobre la silla, con los ojos congestionados como si fuera a llorar, comía de prisa, deteniéndose después de cada pastel en espera de que Antoine le volviera a servir, poniéndose entonces a comer sin pérdida de tiempo. Antoine hizo que les sirvieran dos vasos de oporto. Jacques tomó el suyo con las manos temblorosas; mojó los labios, se quemó con el alcohol del vino y tosió. Antoine bebía a sorbitos, aparentemente sin prestar atención a su hermano. Jacques cobró valor, tomó un trago, le dejó descender como una bola de fuego, luego otro y luego apuró de una vez el resto del vaso. Cuando Antoine volvió a llenar el vaso, fingió no darse cuenta y, cuando ya no tenía remedio, hizo un gesto como para impedirlo.

Cuando salieron de la tienda, el sol declinaba y la temperatura había descendido. Pero Jacques no sentía frío. Tenía las mejillas ardientes y en todo el cuerpo una sensación de bienestar artificial, casi doloroso.

—Todavía nos tenemos que recorrer nuestros tres kilómetros —dijo Antoine—. Tenemos que volver.

Jacques estuvo a punto de echarse a llorar. Crispó los puños en el fondo de los bolsillos, apretó las mandíbulas y agachó la cabeza. Antoine, observándole a hurtadillas, notó un cambio tal en sus rasgos que se asustó:

—¿Te ha cansado este paseo tan largo? —preguntó.

El tono de esta voz le pareció a Jacques de una ternura desconocida; incapaz de pronunciar una palabra, volvió hacia su hermano el rostro alterado, y esta vez sus ojos se llenaron de lágrimas.

Antoine, estupefacto, le siguió en silencio. Cuando hubieron dejado atrás la población, atravesado el puente y se encontraban de nuevo en el camino de sirga, se acercó a su hermano y le cogió del brazo.

—¿No echas de menos tu paseo de costumbre? —preguntó sonriendo.

Jacques no contestó, pero, de repente, estas atenciones y esta voz afectuosa, este perfume de libertad que respiraba desde hacía unas horas, y el oporto, y esta magnífica tarde tan dulce y tan triste... La emoción pudo más que él y rompió a llorar. Antoine le pasó el brazo por los hombros, sosteniéndole, y le sentó junto a él en el camino. Ya no pensaba en descubrir en la vida de Jacques tenebrosos secretos; más bien sintió una especie de alivio al ver fundirse por fin aquella indiferencia contra la que estaba luchando desde por la mañana.

Estaban solos en la orilla desierta, a solas con el agua fugitiva, bajo un cielo nuboso en el que se apagaba la puesta del sol; ante ellos, una barquita que la corriente acunaba al extremo de su cadena, rozaba los rosales secos.

Tenían mucho camino que andar y no podían eternizarse allí. Antoine quiso obligar a su hermano a levantar la cabeza:



—¿En qué piensas? ¿Qué es lo que te hace llorar?

Jacques se estrechó aún más contra él.

Antoine buscó en su memoria las palabras que habían provocado este acceso de llanto.

—¿Es pensar en tu paseo habitual lo que te hace llorar?

—Sí —confesó el pequeño, por contestar algo.

—¿Por qué? —insistió Antoine—. ¿Por dónde paseas los domingos?

No obtuvo contestación.

—¿No te gusta salir con Arthur?

—No.

—¿Por qué no lo dices? Si echas de menos al viejo León, no será difícil conseguir...

—¡No! —interrumpió Jacques con una violencia imprevista. Se había incorporado y mostraba en su rostro un odio tan expresivo e inesperado, que Antoine se quedó estupefacto.

Jacques, como si fuera incapaz de permanecer inmóvil, se había levantado y obligaba a su hermano a apretar el paso. No decía nada y Antoine, después de algunos minutos de espera y aun arriesgándose a ser inoportuno, deseando ante todo poner al descubierto esta herida, como lo imaginaba, prosiguió con resolución:

—¿Entonces tampoco te gustaba salir con el viejo León?

Jacques seguía andando, con los ojos muy abiertos, los dientes apretados y sin pronunciar una palabra.

—Sin embargo, parece ser muy amable contigo —observó Antoine.

Silencio. Tuvo miedo de que Jacques volviera a replegarse en sí mismo; quiso cogerle otra vez del brazo, pero el muchacho se soltó y apresuró el paso. Antoine le seguía, perplejo, no sabiendo cómo recuperar su confianza, cuando súbitamente Jacques dejó oír un brusco sollozo y, aflojando el paso, se puso a llorar sin volver la cabeza:

—No lo digas, Antoine; no se lo digas nunca a nadie... Con el viejo León apenas si me paseaba...

Se calló. Antoine abría ya la boca para interrogarle cuando su instinto le advirtió que era preferible guardar silencio. En efecto: la voz de Jacques, un poco vacilante y ronca, prosiguió:

—Los primeros días, sí... Incluso fue paseando cuando empezó a... a contarme cosas. Y me prestaba libros. ¡Yo no creía que tales cosas pudieran existir! Y después me propuso llevar las cartas si yo quería... Entonces fue cuando escribí a Daniel. Porque te he mentado: le he escrito... Pero no tenía dinero para los sellos. Entonces..., no puedes figurarte... Él había visto que yo sabía dibujar un poco. Imagínate... Él mismo me decía cómo tenía que hacerlo... En cambio, pagó los sellos para Daniel. Pero por la noche enseñaba los dibujos a los vigilantes y todos querían que les hiciera otros; cada vez más complicados... Entonces, a partir de aquel

momento, el viejo León no volvió a molestarse y dejó de sacarme a paseo. En lugar de ir al campo, me hacía dar la vuelta por detrás de la Fundación para atravesar el pueblo... Los chicos corrían detrás de nosotros... Tomábamos por la calleja para entrar en la posada por el patio trasero. Él se iba a beber, a jugar a las cartas, a hacer no sé el qué; y durante todo el tiempo que permanecía allí, a mí me escondía... en un lavadero..., con una manta vieja...

—¿Que te escondía?

—Sí... En un lavadero vacío..., cerrado bajo llave..., durante dos horas.

—¿Y por qué?

—No lo sé. Como comprenderás los posaderos tenían miedo. Un día había ropa tendida en el lavadero y me dejaron en un pasillo. La mujer dijo... dijo... — Sollozaba.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «Nunca se sabe con esta simiente...» —Sollozaba tan fuerte que no pudo continuar.

—¿... «esta simiente»? —repitió Antoine, inclinándose hacia él,—... «esta simiente... de ladrones...» —terminó por fin el pequeño, llorando aún con más fuerza.

Antoine escuchaba; de momento su curiosidad era más fuerte que la compasión.

—¿Y entonces? —dijo—. ¡Vamos; cuéntame!

Jacques se detuvo en seco y vino a colgarse del brazo de su hermano:

—¡Antoine, Antoine! —gritó—. Júrame que no dirás nada. ¡Júramelo! Si papá llegara a sospechar algo... Papá me quiere en el fondo y se sentiría desgraciado. No es culpa suya si no ve las cosas como nosotros... ¡Antoine, tú no me dejes! ¡No me dejes, Antoine!

—Pues claro que no, pequeño; estáte tranquilo, que yo me ocuparé de ti... No diré nada; haré todo lo que tú quieras. Pero dime la verdad. —Y como Jacques no se decidiera a continuar, inquirió—: ¿Te pegaba?

—¿Quién?

—El viejo León.

—¡Oh, no! —Estaba tan sorprendido que no pudo contener una sonrisa a través de sus lágrimas.

—¿No te pegan?

—¡Que no!

—¿De verdad? ¿Nunca; ni nadie?

—Nadie; de verdad.

—¿Entonces?

Silencio.

—¿Y ese nuevo: Arthur? ¿Tampoco está bien?

Jacques negó con la cabeza.

—¿Entonces, qué? ¿También va al café?

—No.

—¿Y con él te paseas?

—Sí.

—¿Entonces, qué es lo que tienes que reprocharle? ¿Es duro contigo?

—No.

—¿Qué pasa entonces? ¿No te gusta?

—No.

—¿Por qué razón?

—Porque no.

Antoine vacilaba:

—¿Y por qué diablos no te quejas? —continuó luego—. ¿Por qué no vas al director y le explicas todo eso?

Jacques apretaba su cuerpo enfebrecido contra el de Antoine y suplicaba:

—No, no... Antoine, me lo has jurado; recuerda que me has jurado que no dirías nada, ¡nada, ni a nadie!

—Sí; te lo he jurado y lo sostengo; haré lo que tú digas. Sólo te pregunto una cosa: ¿por qué no has ido a quejarte al director del viejo León?

Jacques negó con la cabeza, sin abrir la boca.

—¿Supones tal vez que el director sabe todo eso y que lo tolera? —sugirió Antoine.

—¡Oh, no!

—¿Qué piensas del director?

—Nada.

—¿Crees que hace desgraciados a los otros chicos?

—No; ¿por qué?

—Tiene aspecto simpático; pero yo no sé; también el viejo León tenía aspecto de buena persona. ¿Has oído decir algo en contra del director?

—No.

—¿Le tienen miedo los vigilantes? ¿El viejo León, Arthur, le tienen miedo?

—Sí; un poco.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque es el director.

—¿Y tú? ¿Has observado algo?

—¿El qué?

—¿Cómo se porta contigo cuando viene a verte?

—No lo sé.

—¿No te atreves a hablarle con libertad?

—No.

—Pero si le hubieras dicho que el viejo León iba al café en lugar de llevarte de paseo y que te encerraba en el lavadero, ¿qué crees que hubiera hecho?

—¡Hubiera despedido a León! —respondió Jacques, atemorizado.

—Y entonces, ¿qué es lo que te retraía de hablarle?

—¡Pues eso, Antoine!

Antoine se agotaba tratando de desenredar aquella embrollada madeja de complicidades en la que veía preso a su hermano.

—¿Es que no quieres decirme qué era lo que te retraía? ¿O es que ni tú mismo lo sabes? —preguntó.

—Pues... pues los dibujos... que me han obligado a... a firmar —murmuró Jacques, agachando la cabeza. Vaciló, permaneció un momento en silencio y luego dijo—: Pero es que no es solamente eso... No se le puede decir nada al señor Faïsme porque es el director. ¿No lo comprendes?

El tono era machacón, pero sincero. Antoine no insistió; desconfiaba de sí mismo: sabía que tenía cierta tendencia a adivinar demasiado y demasiado de prisa.

—Por lo menos —prosiguió—, ¿trabajas con provecho?

Llegaban ya a la vista de la esclusa, cerca de las pinazas, cuyos ventanillos ya estaban iluminados. Jacques seguía andando, con la mirada fija en el suelo.

Antoine repitió:

—¿Entonces, el trabajo tampoco va como es debido?

Jacques hizo señas de que no, sin levantar la cabeza.

—Sin embargo, el director afirma que tu profesor está contento de ti.

—Porque el profesor se lo dice.

—¿Y por qué había de decirlo si no fuera cierto?

Jacques parecía seguir trabajosamente este cuestionario.

—Hazte cargo —dijo desmayadamente—: el profesor es ya viejo y no tiene ningún interés en que yo trabaje; viene porque le han dicho que venga, eso es todo. Sabe perfectamente que nadie le exigirá cuentas. Por su parte, él también prefiere no tener que corregir mis deberes. Está conmigo durante una hora, hablamos; es muy campechano conmigo, me cuenta cosas de Compiègne, de sus alumnos... Tampoco es muy feliz que digamos... Me habla de su hija, que está enferma del vientre y que discute con su mujer..., porque está casado en segundas nupcias... Y de su hijo, que es ayudante, y que ha sido suspendido de empleo porque contraía deudas a causa de una cajera... Hacemos como que trabajamos, con los cuadernos y las lecciones, pero la realidad es que no hacemos nada...

Volvió a callar. Antoine no encontraba nada que decir. Se sentía casi intimidado ante este pequeñuelo que ya había sufrido semejante experiencia de la vida... Por otra parte, no tuvo necesidad de preguntar nada. Por su propio impulso el muchacho reanudó su monólogo, en voz baja y monótona, sin que en aquel caos se pudiera comprender su asociación de ideas, ni siquiera lo que, después de una reserva tan obstinada, le llevaba de repente a esta efusión:

—... Es como lo que ocurre con la abundancia, ya sabes, el vino aguado... Yo se lo dejo, ¿comprendes? El viejo León me lo pidió al principio y yo no tengo ningún interés; me da igual el agua del jarro... Pero lo que me molesta es que estén rondando

continuamente por el pasillo. Con los calcetines no se les oye. Algunas veces llegan incluso a asustarme. Y no es que tenga miedo; es sobre todo que no puedo hacer un movimiento sin que me vean, sin que me oigan... Siempre solo, y nunca solo de verdad, ¿comprendes? ¡Ni de paseo, ni en ningún sitio! No tiene importancia, lo sé; pero a la larga no tienes ni idea del efecto que produce. Es como si se estuviera a punto de enfermar... Hay veces que de buena gana me metería debajo de la cama para llorar a gusto... No por llorar en sí, sino para llorar sin que me vean, ¿comprendes?... Es como cuando tú has llegado esta mañana: me habían avisado en la capilla. El director había enviado al secretario para que inspeccionara mi aspecto y me llevara el abrigo y el sombrero, porque estaba con la cabeza descubierta... Y no creas que lo han hecho para engañarte, Antoine..., en absoluto: es la costumbre. De la misma forma que los lunes, los primeros lunes de cada mes, cuando papá viene al Consejo, se hacen siempre cosas como éstas, naderías para que papá se ponga contento... Es como la cuestión de la ropa: lo que has visto esta mañana; es ropa limpia que está siempre en mi armario para arreglar la habitación si viene alguien... Y eso no quiere decir que me tengan con la ropa sucia; nada de eso, la cambian bastante a menudo e incluso si pido alguna otra toalla limpia me la dan. Pero es la costumbre, ¿comprendes? Para que las cosas tengan mejor aspecto cuando llega alguien...

»Hago mal en contarte todo esto, Antoine; vas a imaginarte cosas que no existen. Te aseguro que no tengo nada de qué quejarme, que el reglamento es muy llevadero para mí y que no se hace nada para molestarme, sino al contrario. Pero es precisamente esta dulzura, ¿comprendes?... ¡Y luego, el no tener nada que hacer! ¡Todo el día allí pegado sin nada, absolutamente nada que hacer! Al principio las horas me parecían largas, interminables, como no puedes hacerte idea; luego rompí la cuerda del reloj y a partir de aquel día las cosas han ido mejor, hasta que poco a poco me he acostumbrado. Pero no sé cómo explicarte, es como si uno estuviera dormido en el fondo de sí mismo, muy en el fondo... En realidad no se sufre, puesto que es como si se durmiera... De todas maneras es muy penoso, ¿comprendes?»

Calló durante un momento y luego, con voz entrecortada, aún más vacilante, prosiguió:

—Y luego, Antoine, no puedo decírtelo todo... pero ya sabes... En esta soledad se termina por tener un montón de ideas que no se debiera... Sobre todo que... Así, las historias del viejo León, ya sabes..., y los dibujos... Y, al fin y al cabo, en cierto modo es una distracción, ¿comprendes? Lo hago antes... y por la noche sigo pensando en ello... Sé perfectamente que no debiera..., pero completamente solo, ¿comprendes? Siempre completamente solo... Hago mal en contarte todo esto... Sé que me arrepentiré..., pero estoy tan fatigado esta tarde... No puedo contenerme... —Repentinamente empezó a llorar más fuerte.

Sentía un malestar extraño. Le parecía mentir a su pesar y que, cuando más trataba de decir la verdad, menos lo conseguía. Sin embargo, nada de lo que contaba

era inexacto; pero a causa de su tono, de lo exagerado de su turbación, por la índole de sus confesiones comprendía que presentaba de su vida una imagen un tanto falsificada y que no podía evitarlo.

Apenas si avanzaban; aún les quedaba por recorrer la mitad del trayecto. Eran las cinco y media. Todavía había bastante luz; la bruma que subía del río desbordaba el campo y les rodeaba.

Antoine, en tanto que sostenía al pequeño, que tropezaba, reflexionaba con todas sus fuerzas. No acerca de lo que debía hacer, porque eso ya lo había resuelto: ¡arrancar al niño de allí! Pero buscaba la forma de obtener su consentimiento. No era fácil. A las primeras palabras, Jacques se colgó de su brazo sollozando, recordándole que había jurado no decir nada ni hacer nada.

—Claro que no, pequeño. Ya te he dicho que no haré nada contra tu voluntad. Pero escúchame. ¡Esta soledad moral, esta inactividad, esta promiscuidad! ¡Y yo que esta mañana he creído que eras perfectamente dichoso!

—¡Pero sí lo soy! —En un instante todo aquello de que acababa de quejarse se borró: ya no veía sino el lado bueno de su reclusión: la ociosidad, la ausencia de control, el alejamiento de la familia.

—¿Dichoso? ¡Si lo fueras, sería una vergüenza! No, pequeño; no puedo creer que tú estés contento de pudrirte ahí dentro. Te degradas, te embrutesces; ya ha durado demasiado. Te he prometido no hacer nada sin tu asentimiento y mantendré mi palabra, estáte tranquilo; pero piénsalo: miremos las cosas fríamente, cara a cara, tú y yo, como dos amigos... ¿No somos ahora dos amigos?

—Sí.

—¿Tienes confianza en mí?

—Sí.

—Entonces, ¿qué es lo que temes?

—No quiero volver a París.

—Pero vamos a ver, pequeño; después de la descripción que me has hecho de tu existencia aquí, la vida de familia no puede ser peor.

—¡Cien veces peor!

Ante aquella exclamación, Antoine se quedó aterrado.

Su perplejidad iba en aumento. «¡Dios mío!», se repetía, sin poder pensar en nada. El tiempo apremiaba. Le parecía andar entre tinieblas. De repente el velo se desgarró. ¡Ya tenía la solución! En un segundo todo el plan se perfiló en su imaginación. Rompió a reír.

—Jacques, escúchame y no me interrumpas —exclamó—. O mejor aún, contéstame: ¿si de repente nos encontráramos tú y yo solos en el mundo, no querrías venir a mi lado, para vivir conmigo?

El niño no comprendió inmediatamente.

—Pero Antoine —dijo por último—, ¿cómo quieres? Está papá y...

El padre se interponía en su porvenir. A ambos se les ocurrió la misma idea: cómo

se facilitarían las cosas si repentinamente... Antoine se avergonzó de su propio pensamiento tan pronto como lo vio reflejado en la mirada de su hermano; apartó los ojos.

—Desde luego que sí —decía Jacques—; si yo hubiera podido estar contigo, nada más contigo, hubiera sido completamente distinto. Hubiera trabajado... Trabajaré, tal vez llegue a ser poeta..., un verdadero...

Antoine le interrumpió con un gesto:

—Entonces escucha: si yo te diera mi palabra de que nadie más que yo se iba a ocupar de ti, ¿aceptarías salir de aquí?

—Sí. —Daba su consentimiento, necesitado de afecto y para no contrariar a su hermano.

—¿Y te comprometerías a dejarme organizar tu vida, tus estudios, a vigilarte en todo, como si fueras mi hijo?

—Sí.

—Bien —dijo Antoine, y guardó silencio. Reflexionaba. Sus deseos eran siempre tan violentos que jamás dudaba de su ejecución; y, efectivamente, hasta ahora siempre había llevado a cabo todo lo que se había propuesto, con tanta obstinación. Se volvió hacia el pequeño y sonrió:

—No creas que estoy soñando —prosiguió sin cesar de sonreír, pero con voz resuelta—, sé perfectamente a lo que me comprometo y antes de quince días, ¿me oyes?, antes de quince días... ¡Tú ten confianza! Ahora vas a volver a tu encierro, animosamente, sin dejar entrever nada. Y antes de quince días te juro que estarás en libertad.

Jacques, sin comprender bien lo que le decía, se apretaba contra Antoine con un repentino deseo de ternura; hubiera querido acurrucarse cerca de él y quedarse durante mucho tiempo sin moverse, junto a la tibieza fraternal de su cuerpo.

—¡Ten confianza! —repitió Antoine.

Él mismo se sentía satisfecho y como ennoblecido; le complacía sentirse tan fuerte y optimista. Comparaba su vida con la de Jacques: «¡Pobre muchacho; siempre le pasan cosas que no le ocurren a nadie!» En realidad lo que quería decir era: «Cosas que a mí nunca me han sucedido.» Le compadecía; pero sobre todo sentía un vivo placer en ser Antoine, este Antoine equilibrado, tan bien organizado para ser feliz, para convertirse en un gran hombre, en un gran médico. Sintió impulsos de acelerar el paso y silbar alegremente. Pero Jacques iba despacio y parece in cansado. Por otra parte ya llegaban a Crouy.

—¡Ten confianza! —volvió a murmurar, oprimiendo el brazo de su hermano.

El señor Faïsme estaba con el cigarro en la boca delante del portal. Tan pronto como les vio desde lejos, corrió hacia ellos.

—¡Buen paseo, eh! ¡Apuesto a que han ido a Compiègne! —Reía feliz y levantaba los brazos—. ¿Por la orilla del río? ¡Qué camino más bonito! ¡Qué bonita es esta región!, ¿verdad? —Sacó el reloj—. No es que pretenda echarle, doctor, pero

si no quiere volver usted a perder el tren...

—Me voy ahora mismo —dijo Antoine. Se volvió hacia su hermano y con voz conmovida añadió—: ¡Hasta la vista, Jacques!

Caía la noche.

A contraluz distinguió un rostro sumiso, unos párpados abatidos, una mirada huidiza. Repitió:

—Hasta la vista.

Arthur esperaba en el patio. Jacques hubiera querido despedirse del director, pero el señor Faïsme le volvía la espalda: él mismo corría el cerrojo de la puerta como todas las tardes. En medio de los ladridos del perro, Jacques oyó la voz de Arthur:

—¿Vienes de una vez?

Le siguió.

Volvió a encontrar su celda con una impresión de consuelo. La silla de Antoine se encontraba allí, junto a la mesa. Aún le duraba su ternura hacia el hermano mayor. Se puso la ropa de trabajo. El cuerpo estaba cansado, pero la mente ágil; aparte del Jacques de todos los días había en él un nuevo ser, inmaterial, nacido hoy, que contemplaba al primero y le dominaba.

No pudo permanecer sentado y se puso a pasear por la habitación. Un sentimiento nuevo y poderoso le hacía permanecer de pie: la conciencia de la fuerza. Se había acercado a la puerta y permanecía allí, con la frente apoyada en el cristal y la mirada fija en la lámpara del pasillo desierto. La atmósfera sofocante del calorífero aumentaba su fatiga. Estaba casi dormido. De repente, al otro lado del cristal apareció una sombra. La puerta cerrada con llave se abrió: Arthur traía la cena.

—¡Venga, date prisa!

Antes de probar las lentejas, Jacques retiró de la bandeja el trozo de queso y el jarro de vino aguado.

—¿Para mí? —preguntó el criado. Sonrió, tomó el pedazo de queso y fue a comérselo junto al armario, con objeto de que no se le viera desde la puerta. Era la hora en que, antes de su cena, el señor Faïsme venía en zapatillas para darse una vuelta por el pasillo; y lo más corriente es que no se dieran cuenta de su visita hasta después de haber pasado, merced al olor repulsivo de su cigarro, que penetraba por entre la reja del ventanillo.

Jacques terminaba el pan mojando la miga en el agua negra de las lentejas. Cuando hubo terminado, Arthur dijo:

—¡Y ahora, a la piltra!

—¡Pero si todavía no son las ocho!

—Vamos, date prisa. Hoy es domingo y me están esperando los amigos.

Jacques no replicó y empezó a desnudarse.

Arthur, con las manos en los bolsillos, le contemplaba. En aquella fisonomía un tanto animal y en aquel cuerpo de cargador de pianos había, no obstante, cierta



dulzura.

—Tu hermano sí que es un individuo que sabe lo que es la vida —dijo sentenciosamente. Hizo ademán de deslizarse una moneda en el bolsillo, sonrió, cogió la bandeja vacía y salió.

Cuando volvió, Jacques ya estaba en la cama.

—¿Qué, ya está? —Con la punta del pie el criado empujó los zapatos debajo del tocador—. Oye: ¿es que no puedes recoger un poco tus cosas antes de acostarte? —Se acercó a la cama—. ¿Me estás oyendo? —Apoyó las manos sobre los hombros de Jacques, riendo estrambóticamente. Una sonrisa cada vez más angustiada deformaba el rostro del niño—. ¿De verdad que no escondes nada debajo de la almohada? ¿Ni una vela? ¿Ni algún libraje?

Metió la mano bajo las sábanas. Pero con un movimiento que Arthur no pudo prever ni impedir, el pequeño se soltó y se echó hacia atrás con la espalda pegada a la pared. Sus ojos brillaban de odio.

—Vaya, vaya —dijo el criado—; parece que esta noche estamos muy quisquillosos. También yo podía decir algunas cosas... —añadió.

Hablaba en voz baja, sin perder de vista la puerta del pasillo. Luego, sin ocuparse más de Jacques encendió el quinqué que lucía durante toda la noche para facilitar la vigilancia, cerró el conmutador con su llave maestra y salió silbando.

Jacques oyó cómo la llave giraba dos veces en la cerradura y cómo el hombre se alejaba, arrastrando sobre las baldosas sus suelas de esparto. Entonces volvió al centro de la cama, estiró las piernas y permaneció acostado sobre la espalda. Sus dientes entrechocaban. Toda su confianza le abandonó. Al recordar cómo había transcurrido el día y sus confesiones tuvo un acceso de rabia, seguido de un desánimo que le desgarró: entrevió París, Antoine, su casa, las regañinas, el trabajo, el control familiar... ¡Había cometido una falta irreparable, se había entregado a sus enemigos! «¿Pero es que me odian, es que todo el mundo tiene que odiarme?» Corrían sus lágrimas. Se aferró a la idea de que el misterioso proyecto de Antoine era irrealizable, de que el señor Thibault se opondría a él. Su padre se le aparecía como un salvador. Sí; todo aquello fracasaría y terminarían por dejarle tranquilo, por dejarle aquí. Aquí era la soledad, el entumecimiento, la dicha de la paz.

Sobre el techo, encima de su cabeza, se reflejaba una y otra vez el resplandor del quinqué.

Aquí estaba la dicha, aquí estaba la felicidad.

## IV

EN la penumbra de la escalera, Antoine se encontró con el secretario de su padre, el señor Chasle, que se deslizaba a lo largo de la pared como una rata y que al verle se detuvo con aire asustado:

—¿Ah, es usted? —Había tomado de su jefe la manía de aquella muletilla—. ¡Malas noticias! —masculló—. El grupo de los universitarios ha presentado la candidatura del decano de la Facultad de Letras: quince votos que se han perdido por lo menos; con los diez de los jurídicos hacen veinticinco. ¡Es lo que se dice una mala suerte! Ya le explicaré su padre. —Carraspeaba incesantemente por timidez y, creyéndose víctima de un catarro crónico, durante todo el día chupaba pastillas de goma—. Me marchó, porque mamá estará preocupada —prosiguió, viendo que Antoine no contestaba. Sacó el reloj, se lo puso junto al oído antes de mirar la hora, se levantó el cuello y desapareció.

Desde hacía siete años, este hombrecillo con gafas era el colaborador cotidiano del señor Thibault y Antoine apenas si le conocía más que el primer día. Hablaba poco, en voz baja y no expresando sino tópicos, acumulando sinónimos. Era puntual y meticuloso. Vivía con su madre, con la cual parecía tener atenciones conmovedoras. Sus zapatos chirriaban siempre. Su nombre era Jules; pero el señor Thibault, por consideración a sí mismo, llamaba a su secretario: «señor Chasle». Antoine y Jacques le habían apodado «Pastilla de goma» o «El Empalagoso».

Antoine entró directamente en el despacho de su padre, que ponía en orden sus papeles antes de acostarse.

—¿Ah, eres tú? ¡Malas noticias!

—Sí —interrumpió Antoine—; ya me ha contado el señor Chasle.

El señor Thibault apartó con brusquedad la barbilla del cuello: no le gustaba que se supiera lo que se disponía a decir; Antoine en aquel momento no se preocupó en lo más mínimo; pensaba en lo que acababa de hacer y sentía que le invadía la parálisis. Percatándose a tiempo se lanzó al ataque:

—También yo te traigo noticias muy malas: Jacques no puede continuar en Crouy. —Cogió aliento y continuó de un tirón—: Vengo de allí. Le he visto y he conseguido que se me abriera. He descubierto cosas lamentables. Vengo a hablar contigo de ellas. Es urgente sacarle de allí cuanto antes.

El señor Thibault permaneció inmóvil durante algunos segundos. Su estupefacción solamente se reflejó en su voz:

—¿Tú? ¿Que has ido a Crouy? ¿Cuándo? ¿Para qué? ¿Y sin consultarme? ¿Estás loco? Explícate.

Aunque algo más tranquilo por haber franqueado el obstáculo en el primer salto, Antoine se encontraba incómodo e incapaz de hablar. Hubo un silencio opresivo. El señor Thibault había abierto los ojos; se fueron cerrando lentamente, como en contra

de su voluntad. Entonces se sentó y puso las manos sobre la mesa.

—Explícate, hijo mío —prosiguió. Marcaba solemnemente cada sílaba—: dices que has estado en Crouy; ¿cuándo?

—Hoy.

—¿Cómo? ¿Con quién?

—Solo.

—¿Y... te han recibido?

—Naturalmente.

—¿Te han dejado ver a tu hermano?

—He pasado todo el día con él. Los dos solos.

Antoine tenía una manera provocativa de acentuar el final de sus frases que despertó la cólera del señor Thibault, pero éste comprendió que debía permanecer circunspecto.

—No eres más que un niño —proclamó, como si hubiera recordado la edad de Antoine por el timbre de su voz—. Tienes que comprender lo irrespetuoso de tu conducta a espaldas mías. ¿Tenías alguna razón especial para ir a Crouy sin decírmelo? ¿Te había escrito tu hermano; te había llamado?

—No; me he sentido intranquilo repentinamente.

—¿Intranquilo? ¿Acerca de qué?

—Pues acerca de todo..., del régimen... De los efectos del régimen al que Jacques se encuentra sujeto desde hace nueve meses.

—La verdad, hijo mío, es que me... me sorprendes. —Dudaba, escogiendo términos moderados, que desmentían sus manazas crispadas y sus bruscos movimientos de cabeza—. Esta... desconfianza con respecto a tu padre...

—Todo el mundo puede engañarse. Y aquí está la prueba.

—¿Qué prueba?

—Escúchame, padre; es inútil enfadarse. Estoy convencido de que tanto tú como yo deseamos lo mismo: el bien de Jacques. Cuando sepas el estado de degradación en que le he encontrado, serás el primero en decidir que Jacques tiene que abandonar el reformatorio cuanto antes.

—¡Eso no!

Antoine aparentó no haber oído la observación de su padre.

—Sí, papá.

—Te digo que no.

—Mira, papá; cuando sepas...

—¿Me tomas acaso por un imbécil? ¿Supones que he esperado a tus informes para saber lo que se hace en Crouy, donde, desde hace diez años, hago todos los meses una inspección general, seguida de un informe? ¿Donde no se decide nada sin haber sido discutido previamente en un Consejo que yo presido? ¡Vamos!

—Papá, lo que yo he visto allí...

—Ya hemos hablado bastante. Tu hermano puede haberte dicho todas las mentiras

que se le hayan antojado; contigo le ha sido fácil. Conmigo será otra cosa.

—Jacques no se queja de nada.

El señor Thibault pareció desconcertado:

—¿Y entonces?

—Pues eso es precisamente lo más grave: dice que está tranquilo; dice incluso que es feliz, que le gusta estar allí. —Y como el señor Thibault dejara oír una risita de satisfacción, Antoine agregó con tono hiriente—: El pobre chico tiene tales recuerdos de la vida en familia que prefiere el encierro.

La ofensa no alcanzó el objeto deseado.

—Pues entonces es perfecto: quiere decirse que estamos todos de acuerdo; ¿qué otra cosa pretendes?

Antoine no estaba lo bastante seguro de obtener la libertad de Jacques para revelar al señor Thibault todo lo que había sabido por las confesiones del muchacho; prefirió atenerse a consideraciones generales y callar lo demás.

—Te voy a decir la verdad, padre —comenzó, fijando sobre el señor Thibault una mirada atenta—. Yo me había sospechado la existencia de privaciones, de malos tratos, de calabozos. Sí, ya lo sé. Afortunadamente, todo esto carece de fundamento. Pero he comprobado en la existencia de Jacques una miseria moral cien veces peor. Al decirte que el aislamiento le beneficia te engañan. El remedio es peor que la enfermedad. Se pasa los días en una ociosidad pernicioso. De su profesor es preferible no hablar: la verdad es que Jacques no hace nada y es evidente que su inteligencia es ya incapaz del menor esfuerzo. Créeme que prolongar el experimento es comprometer para siempre su porvenir. Ha caído en tal estado de indiferencia y es tanta su debilidad que si siguiera algunos meses en ese sopor sería demasiado tarde para que llegara a recobrar la salud.

Antoine no apartaba la mirada de su padre; parecía poner en ella toda su energía para hacer brillar en aquel rostro inerte un destello de aprobación. El señor Thibault, replegado en sí mismo, conservaba una inmovilidad masiva; hacía pensar en esos paquidermos cuya fuerza se disimula mientras permanecen quietos; por otra parte, también tenía del elefante las grandes orejas aplastadas, así como en ciertos momentos la mirada desconfiada. La argumentación de Antoine le tranquilizaba. Ya había habido algunos conatos de escándalo en la Fundación; había sido necesario despedir algunos vigilantes sin revelar los motivos del despido y, por un momento, el señor Thibault temió que las revelaciones de Antoine fueran de aquella naturaleza: respiró tranquilo.

—¿Y crees enseñarme algo? —dijo con aire bonachón—. Todo eso que me dices hace honor a tu generosidad natural, hijo mío; pero permíteme que te diga que estas cuestiones de reforma son muy complejas y que en estos asuntos no se improvisan los conocimientos de la noche a la mañana. Cree en mi experiencia y en la de los especialistas. Hablas de debilidad, de amodorramiento. ¡A Dios gracias! Sabes cómo era tu hermano; ¿crees que se puede doblegar semejante propensión al mal sin antes

domar su voluntad? Al debilitar razonablemente a un niño vicioso, lo que se debilita son sus malos instintos y entonces se puede uno entender con él: eso es lo que enseña la práctica. Ya lo has visto: ¿no está transformado tu hermano? Ya no tiene nunca arrebatos; es disciplinado y cortés con todos los que le tratan. Tú mismo dices que ya ha llegado a gustarle el orden y la regularidad de su nueva existencia. ¿No hay motivos para sentirse orgulloso de tal resultado en menos de un año?

Retorcía con sus dedos gordezuelos la punta de la perilla, y cuando hubo terminado lanzó a su hijo una mirada oblicua. Su voz sonora, su apostura majestuosa, prestaban una apariencia de fuerza a sus menores palabras, y Antoine estaba tan acostumbrado a dejar que su padre se le impusiera que en su fuero interno se sintió ceder. Pero el señor Thibault, llevado de su orgullo, dio un paso en falso:

—Por otra parte, me pregunto por qué me tomo la molestia de defender la oportunidad de un castigo que no ha sido ni será nunca puesto en tela de juicio. Yo obro de acuerdo con lo que me dicta mi conciencia y no tengo que dar cuentas a nadie, sea quien sea. Y que esto te baste, hijo mío.

Antoine se revolvió:

—Esa no es la manera de hacerme callar, padre. Te repito que Jacques no puede seguir en Crouy.

El señor Thibault dejó oír de nuevo una risita irónica.

Antoine tuvo que hacer un esfuerzo para no perder los estribos.

—No, padre; sería un crimen dejar allí a Jacques. ¡Ah! Hay en él unas cualidades que no se deben echar a perder. Déjame que te diga, padre, que tú te has equivocado muy a menudo acerca de su carácter; te irrita y no ves sus...

—¿Qué es lo que no veo? ¿No vivimos tranquilos aquí desde que falta de casa? ¿Es verdad o no? Pues entonces, cuando se haya corregido, haremos que vuelva. De aquí a entonces... —Levantó el puño como si fuera a dejarlo caer sobre la mesa con toda su fuerza, pero abrió la mano y posó suavemente la palma. Su cólera iba madurando. La de Antoine estalló:

—Jacques no seguirá en Crouy, padre; respondo de ello.

—¿Ah, sí...? —dijo el señor Thibault en tono burlón—. ¿No se te olvida tal vez que no eres tú el que manda?

—No, no lo olvido. Por eso te pregunto: ¿qué es lo que piensas hacer?

—¿Yo? —murmuró el señor Thibault con lentitud; sonrió fríamente y entreabrió los párpados durante un segundo—: Eso ni se pregunta; reprender severamente al señor Faïsme por haberte recibido sin mi autorización y prohibirte para siempre el acceso a la colonia.

Antoine se cruzó de brazos:

—¡Entonces todos tus folletos, todas tus conferencias no son sino palabras huecas! En los Congresos, sí. ¡Pero ante una inteligencia que se pierde, aunque sea la de un hijo, no hay que preocuparse: eludir las complicaciones, vivir tranquilo y que suceda lo que quiera!

—¡Impostor! —gritó el señor Thibault. Se puso de pie—. ¡Si esto tenía que ocurrir! Te estoy viendo venir desde hace mucho tiempo. Algunas palabras que se te escapan en la mesa, «tus» libros, «tus» periódicos..., tu tibieza en cumplir con tus deberes... Todo se sucede: el abandono de los principios religiosos, en seguida la anarquía moral, y para terminar, la rebeldía.

Antoine se encogió de hombros:

—No mezclemos las cosas. Se trata del pequeño y es cosa urgente. Papá, prométeme que Jacques...

—¡Te prohíbo que de ahora en adelante me vuelvas a hablar de él! ¿Está bien claro esta vez?

Se miraron de arriba abajo.

—¿Es ésta tu última palabra?

—¡Márchate!

—Tú no me conoces, padre —murmuró Antoine con una risa plena de desafío—. Te juro que Jacques saldrá de esa cárcel. ¡Y que nada, absolutamente nada me detendrá!

El señor Thibault, con una violencia repentina, avanzaba hacia su hijo con los dientes apretados:

—¡Márchate!

Antoine había abierto la puerta. En el mismo umbral se volvió y con voz ronca lanzó:

—¡Absolutamente nada! ¡Aunque tenga que dirigir yo mismo una nueva campaña en «mis» periódicos!

## V

AL día siguiente, muy temprano, Antoine, que no había podido pegar el ojo, esperaba en una sacristía del Arzobispado a que el abate Vécard hubiera terminado su misa. Era necesario que el sacerdote fuera puesto al corriente de todo y pudiera intervenir. Para Jacques no había otra esperanza.

La entrevista fue larga. El abate hizo sentar al joven a su lado, como para una confesión; le escuchó con recogimiento, el busto echado hacia atrás y la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, según tenía por costumbre. No le interrumpió ni una sola vez. Su rostro incoloro, de larga nariz, era muy poco expresivo; no obstante, algunas veces fijaba sobre Antoine una mirada dulce e insistente que parecía tratar de comprender más que de lo que se le decía. Aunque hubiera tratado a Antoine menos que a los demás miembros de la familia, siempre había manifestado hacia él una estimación particular; lo más chocante es que en esto sufría la influencia del señor Thibault, cuya vanidad era muy sensible a los éxitos de Antoine y que se complacía en elogiar a su hijo.

Antoine no trató de convencer al abate con una argumentación tendenciosa; se limitó a contarle detalladamente el día que había pasado en Crouy y que había terminado con la violenta escena que había tenido con su padre; el abate le reprochó esto último sin pronunciar una sola palabra, con un gesto significativo de las manos, que casi siempre mantenía alzadas a la altura del pecho; unas manos de prelado, que las muñecas gordezuelas dejaban caer suavemente y que, sin cambiar de lugar, se animaban algunas veces, como si la naturaleza les hubiera reservado esta facultad de expresión que había negado al rostro.

—Ahora, señor abate, el destino de Jacques está en las manos de usted —terminó Antoine—. Usted es el único que puede hacer entrar en razón a mi padre.

El abate no contestó. Volvió hacia Antoine una mirada tan triste y distraída que el joven no supo qué pensar. Entonces sintió su impotencia y las dificultades insuperables de lo que se había propuesto.

—¿Y después? —dijo lentamente el abate.

—¿Después?

—Supongamos que su padre llama a Jacques a París; ¿qué sucedería después?

Antoine se quedó perplejo. Tenía su proyecto perfectamente definido, pero no sabía cómo exponerlo; tan difícil le parecía que fuera admitido en principio por el abate: abandonar el hogar familiar; instalarse Jacques y él en la planta baja de la casa; sustraer casi por completo al pequeño de la autoridad paterna; encargarse personalmente de dirigir la educación, controlar el trabajo y vigilar la conducta de su hermano menor. Esta vez el sacerdote no pudo contener una sonrisa; pero fue una sonrisa por completo desprovista de ironía.

—Asumiría usted con ello una carga bien pesada, amigo mío.

—¡Estoy tan convencido de que ese pequeño necesita una amplia libertad! ¡Que nunca logrará desarrollarse en la sujeción! Ríase usted de mí, señor abate, pero sigo convencido de que si yo pudiera ocuparme de él completamente solo... No obtuvo del abate sino un nuevo movimiento de cabeza, seguido de una de sus miradas fijas y penetrantes que parecían venir desde muy lejos y calar muy adentro. Se marchó desesperado; después de la violenta negativa de su padre, la acogida indiferente del abate apenas si le dejaba esperanzas. Se hubiera quedado verdaderamente sorprendido de saber que el abate había resuelto ir a ver al señor Thibault aquel mismo día.

No tuvo que molestarse.

Cuando volvió, como hacía todas las mañanas después de la misa para tomarse su taza de leche fría, al piso que ocupaba con su hermana a dos pasos del Arzobispado, vio al señor Thibault que le esperaba en el comedor. El hombrachón, desplomado sobre una silla y con las manos sobre los muslos, rumiaba todavía su cólera. La llegada del abate le hizo ponerse en pie.

—¿Ya está usted aquí? —murmuró entre dientes—. ¿Le sorprende mi visita?

—No tanto como usted supone —replicó el abate. En algunos instantes una sonrisa furtiva o una lucecilla maliciosa de la mirada iluminaban su rostro tranquilo—. Mi servicio de información es muy bueno: estoy al corriente de todo. ¿Me permite? —añadió, acercándose al tazón que le esperaba encima de la mesa.

—¿Al corriente? ¿Ha visto usted ya...?

El abate tomaba su leche a sorbitos:

—Desde ayer por la mañana, gracias a la duquesa, sé el estado de Astier. Pero hasta anoche no me enteré de la renuncia de su adversario.

—¿El estado de Astier? Es eso lo que... No lo entiendo. Yo no sé absolutamente nada.

—¿Pero es posible? —dijo el abate—. ¿Entonces puedo tener la satisfacción de darle yo mismo la buena noticia? —Hizo una pausa—. Pues bien: el viejo Astier acaba de tener un cuarto ataque: esta vez el pobre hombre está perdido. Entonces el decano, que no es tonto, se retira y le deja a usted como único candidato de Ciencias Morales.

—¿Que se retira el decano? —balbuceó el señor Thibault—. ¿Y por qué?

—Porque ha pensado que un decano de la Facultad de Letras estará más en su sitio en las Inscripciones, y prefiere esperar algunas semanas un sillón que no le será discutido, mejor que arriesgar contra usted su oportunidad.

—¿Y está usted bien seguro?

—Es oficial. Ayer tarde me encontré con el secretario perpetuo en una reunión del Instituto Católico. El decano acababa de entregar personalmente su carta de renuncia; ¡una candidatura que habrá durado menos de veinticuatro horas!

—¡Y entonces...! —murmuró el señor Thibault. La sorpresa y la alegría le



ahogaban. Dio algunos pasos desconcertados, con los brazos detrás de la espalda, y luego se aproximó de nuevo al abate, faltando poco para que le abrazara. Se limitó a cogerle las manos—. ¡Mi querido abate, nunca lo olvidaré! Gracias; muchas gracias.

Tanta era la dicha que le invadía que todo lo demás había perdido importancia; su irritación navegaba a la deriva. Hasta el extremo de que tuvo que hacer un esfuerzo de memoria para contestar cuando el abate, que sin que se diera cuenta le había llevado a su despacho, le preguntó en el tono más natural:

—¿Y qué es, entonces, lo que le trae tan temprano, mi querido amigo?

Entonces recordó a Antoine y automáticamente recobró su furor. Venía a pedir consejo acerca de la conducta a observar con respecto a su hijo mayor, que había cambiado mucho en estos últimos tiempos y al que notaba animado por un cierto espíritu de duda y rebeldía. ¿Continuaba cumpliendo sus obligaciones religiosas? ¿Asistía siquiera a la misa dominical? Cada vez mostraba mayor despego a la mesa familiar, con el pretexto de los enfermos, y cuando acudía a las comidas su actitud era muy distinta de la de antes; contradecía a su padre, se permitía unas libertades de opinión inconcebibles; con motivo de las recientes elecciones municipales, la discusión había llegado a tomar un sesgo tan áspero que había sido necesario imponerle silencio como si se tratara de un niño. En una palabra: si se deseaba mantener a Antoine en el buen camino era urgente tomar nuevas medidas con respecto a él, medidas para las que el apoyo y tal vez la intervención del abate Vécard parecían indispensables. Luego, a modo de ejemplo, el señor Thibault relató el acto de indisciplina de que se había hecho culpable Antoine con su visita a Crouy, las estúpidas conjeturas que se había forjado y la escena incalificable a que habían dado lugar. No obstante, la consideración que Antoine le merecía, aumentada incluso a su pesar por esta actitud de independencia que le reprochaba, no dejaba de traslucirse en sus palabras; y el abate no dejó de observarlo.

Sentado indolentemente detrás de su mesa hacia de vez en cuando pequeñas señas de aprobación con las manos colocadas a ambos lados del alzacuello. Pero cuando se empezó a tratar de Jacques levantó la cabeza y pareció redoblar su atención. Con una serie de hábiles preguntas, cuya hilación no se podía adivinar, se hizo confirmar por el padre todos los informes que acababa de facilitarle el hijo.

—Sí, sí; pero... —dijo, como hablándose a sí mismo. Reflexionó durante algunos momentos; el señor Thibault aguardaba sorprendido. Por fin el abate tomó la palabra con gesto decidido—: Lo que me dice acerca de la actitud de Antoine no me preocupa tanto como a usted, mi querido amigo. Era una cosa que había que esperársela. El primer efecto de los estudios científicos sobre una inteligencia curiosa y apasionada es exaltar el orgullo y hacer vacilar la fe; un poco de ciencia aleja de Dios; mucha, lleva a Él. No se asuste: Antoine está en la edad en que uno se precipita de un extremo a otro. Ha hecho usted bien en prevenirme; me las arreglaré para verle más a menudo y charlar con él. Pero todo esto no es grave, tenga paciencia, ya volverá a nosotros.

»Sin embargo, lo que usted me dice de la forma de vida de Jacques me inquieta mucho más. ¡Estaba muy lejos de suponer que su aislamiento fuera tan sumamente riguroso! ¡Si lo que hace allí es una auténtica vida de preso! No puedo creer que no sea peligroso. Mi querido amigo, he de confesarle que estoy verdaderamente desconcertado. ¿Usted ha reflexionado bien acerca de ello?»

El señor Thibault sonrió.

—Mi querido abate, desde el fondo de mi conciencia le contesto a usted lo mismo que contesté ayer a Antoine: ¿supone usted que no tenemos, y mejor que nadie, experiencia acerca de esas cosas?

—No lo niego —repuso el sacerdote sin la menor ironía—. Pero de los niños que usted tiene costumbre de tratar, no todos necesitan los cuidados que precisa el temperamento especial de su hijo. Y su régimen es diferente, si he comprendido bien, puesto que viven en comunidad, tienen horas de recreo y se adiestran en trabajos manuales. Usted recordará que yo era partidario de infligir a Jacques un castigo severo, y este simulacro de reclusión me parecía muy oportuno para obligarle a reflexionar y enmendarse. Pero, ¡qué caramba!, nunca se me había ocurrido que debiera ser una verdadera encarcelación ni, sobre todo, que pudiera serle impuesta durante tanto tiempo. ¡Piénselo! ¿Durante nueve meses, un niño de apenas quince años, solo en una celda, bajo la vigilancia de un guardián sin cultura y de cuya honorabilidad no tiene usted sino informes oficiales? Le dan algunas clases, de acuerdo; ¿pero cuál es la eficiencia de ese profesor de Compiègne que le consagra tres o cuatro horas a lo largo de toda una semana? Usted lo desconoce por completo. Por otra parte, usted me alega su experiencia. Permítame recordarle que he vivido doce años con escolares y que no ignoro por completo lo que es un muchacho de quince años. El estado de degeneración física, y sobre todo moral, en que ha podido caer ese pobre niño sin que usted se haya dado cuenta, es algo que me hace temblar.

—¿También usted? —replicó el señor Thibault—. Le suponía de espíritu más sólido —añadió con una risita seca—. Por otra parte, ahora no se trata de Jacques...

—Para mí no se puede tratar de otra cosa —interrumpió el abate sin levantar la voz—. Después de lo que acabo de saber, estimo que la salud física y moral de ese niño corre allí un peligro inmenso. —Fingió reflexionar, y luego, sin prisas, articuló—: Y que no debe seguir ni un día más allí en donde está.

—¿Eh? —exclamó su interlocutor.

Se produjo un silencio. Era la segunda vez en doce horas que se tocaba al señor Thibault en su fibra más sensible. La ira le invadió, pero se contuvo.

—Ya volveremos a hablar de esto —concedió, incorporándose.

—Discúlpeme, por favor —dijo el sacerdote, con una vivacidad inesperada—. Lo menos que se puede decir, es que ha obrado usted con una imprudencia... muy culpable. —Tenía una manera firme y dulce de arrastrar la voz sobre algunas palabras, sin que su rostro se animara, y de levantar al mismo tiempo su índice delante de los labios, como para decir: ¡atención! Lo que hizo, repitiendo—: Muy

culpable... —Luego, después de hacer una pausa, añadió—: Se trata de reparar el mal cuanto antes.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que usted pretende? —gritó el señor Thibault, que esta vez no pudo contenerse. Se volvió hacia el sacerdote con gesto agresivo—: ¿Voy a interrumpir sin ninguna razón un tratamiento que ya ha producido unos efectos excelentes? ¿Traer a mi casa a ese bribón? ¿Para estar otra vez a merced de sus tropelías? ¡Muchas gracias! —Crispaba los puños hasta hacer crujir las articulaciones, y su mandíbula apretada daba a su voz un tono ronco—. ¡Con todo conocimiento digo que no, no y no!

Con un gesto tranquilo de sus manos, el abate pareció decir: «Como guste.»

El señor Thibault se había levantado impulsivamente. El destino de Jacques se decidía por segunda vez.

—Mi querido abate —prosiguió—, ya veo que no se puede hablar con usted seriamente esta mañana y me marcho. Pero permítame decirle que me saca usted de quicio ni más ni menos que Antoine. ¿Es que tengo aspecto de ser un padre desnaturalizado? ¿Es que no he hecho todo lo posible por traer a este hijo al bien por el afecto, la indulgencia, el buen ejemplo, la influencia de la vida familiar? ¿Es que no le he soportado durante años enteros todo lo que un padre puede soportar a un hijo? ¿Y va usted a negarme que todas mis bondades no han surtido efecto? Afortunadamente, comprendí a tiempo que mi deber era otro y, por muy penoso que me haya parecido, no he vacilado en cumplirlo. Usted lo aprobó entonces. Por otra parte, Dios me había dado alguna experiencia y siempre he creído que al inspirarme la idea de fundar en Crouy ese pabellón especial, la Providencia me había permitido preparar de antemano el remedio para un mal personal. ¿No he sabido aceptar valerosamente esta prueba? ¿Hubieran obrado como yo muchos padres? ¿Tengo algo que reprocharme? Gracias a Dios, tengo la conciencia tranquila —afirmó, en tanto que una oscura protesta ensordecía ligeramente su voz—. ¡Deseo a todos los padres que tengan la conciencia tan tranquila como yo! Y una vez dicho esto me voy.

Abrió la puerta; en su rostro se dibujó una sonrisa de suficiencia; su acento tomó una entonación sarcástica, no exenta de sabor y que olía al terruño normando:

—Afortunadamente, tengo la cabeza más sólida que todos ustedes —dijo.

Había atravesado el recibimiento, seguido en silencio por el abate.

—Bien; pues hasta muy pronto —lanzó con naturalidad cuando estuvo en el rellano de la escalera.

Se volvía para estrechar la mano del abate cuando de repente, sin ningún otro preámbulo, éste comenzó a hablar con voz reflexiva:

—«Dos hombres subieron al templo para orar. Uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, permaneciendo de pie, exclamaba: “Dios mío, os doy las gracias por no ser como el resto de los hombres. Ayuno dos veces por semana y doy a los pobres el diezmo de mis bienes.” El publicano, por su parte, manteniéndose apartado, no se atrevía a levantar los ojos al cielo, pero se golpeaba el pecho,

diciendo: “Dios mío, tened piedad de mí, porque sólo soy un pecador.”»

El señor Thibault entreabrió los párpados: vio a su confesor, de pie en la sombra del recibimiento, que se llevaba el índice a los labios:

—«Y en verdad os digo que éste fue perdonado y no así el otro: porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.»

El señor Thibault recibió el choque sin pestañear; permanecía inmóvil, con los ojos cerrados. Como el silencio se prolongara aventuró una segunda mirada: el abate, sin hacer ruido había cerrado la puerta; el señor Thibault se encontró al otro lado. Se encogió de hombros, giró en redondo y se marchó. Pero a mitad de la escalera se detuvo. Su mano se aferraba a la barandilla; jadeaba y movía la cabeza como un caballo al que le molesta el freno.

—No —murmuró.

Y sin dudarle más volvió a su casa.

Durante todo el día se esforzó por olvidar lo que había sucedido. Pero por la tarde, como el señor Chasle tardara en entregarle un expediente que necesitaba, tuvo un acceso de ira que le costó trabajo reprimir. Antoine estaba de guardia en el hospital. La cena fue silenciosa. Sin esperar a que Gisèle hubiera terminado el postre, el señor Thibault dobló la servilleta y volvió a su despacho.

Dieron las ocho.

«Todavía tendría tiempo de ir por allí esta tarde» —pensó al sentarse, resuelto a no hacer nada—. Me volvería a hablar de Jacques. He dicho que no, y es que no. ¿Qué será lo que haya querido decir con su parábola del fariseo? —se preguntó por centésima vez. Repentinamente el labio inferior le empezó a temblar. El señor Thibault siempre había sentido miedo a la muerte. Se levantó y por encima de los bronceos que adornaban la chimenea buscó su imagen en el espejo. Sus facciones habían perdido aquella seguridad satisfecha que había modelado poco a poco su rostro y que no le abandonaba nunca, ni aun a solas, ni aun entregado a la oración. Sintió un estremecimiento. Con los hombros caídos se desplomó en su sillón. Se veía en su lecho de muerte y se preguntó espantado si no se presentaría con las manos vacías. Se aferraba desesperadamente a la opinión que los demás tenían de él—. ¿Y sin embargo, soy un hombre de bien? —se repetía; pero su tono seguía siendo interrogativo. No podía contentarse ya con palabras, se encontraba en uno de esos raros minutos en que la introspección desciende hasta profundidades que nunca ha llegado a iluminar todavía. Con las manos crispadas sobre los brazos de su sillón se asomaba a su existencia y no descubría en ella ni un solo acto que fuera verdaderamente puro. Del olvido surgían recuerdos lancinantes. Uno de ellos, más penoso que todos los demás juntos, le asaltó con una precisión tan brutal que hundió la frente entre las manos. Tal vez por primera vez en su vida el señor Thibault se sentía avergonzado. Por fin conocía ese supremo descontento de uno mismo, tan intolerable que ningún sacrificio parece demasiado caro con tal que suponga una

rehabilitación, que compre el perdón divino, que devuelva al alma desolada la paz, la esperanza de la salvación eterna. Volver a encontrar a Dios... Pero recobrar primero la estimación del sacerdote, mandatario de Dios...

Sí... No vivir ni hora más en este aislamiento maldito, bajo esta reprobación...

El aire libre le calmó. Tomó un coche para llegar antes. El abate Vécard vino a abrirle; su rostro, iluminado por la lámpara que levantó para reconocer al visitante, estaba impasible.

—Soy yo —dijo el señor Thibault; tendió la mano maquinalmente y se dirigió en silencio hacia el despacho del sacerdote—. No vengo para volver a hablar de Jacques —declaró de sopetón, tan pronto como se hubo sentado. Y como las manos del abate insinuaran un gesto conciliador, agregó—: Créame; no volvamos sobre ello. Está usted equivocado. Por otra parte, si el corazón se lo pide, vaya usted a Crouy para cerciorarse; verá usted que tengo razón. —Luego, con una mezcla de brusquedad e ingenuidad, agregó—. Discúlpeme mi mal humor de esta mañana. Usted me conoce, soy demasiado vivo, no... Pero en el fondo... También usted ha sido duro para este fariseo. Demasiado duro. Tengo derecho de protestar, ¡qué diablos! Hace treinta años que dedico a las obras católicas todo mi tiempo, todas mis fuerzas; más aún, la mayor parte de mis ingresos. Y eso para oír que un sacerdote, que un amigo, diga que yo..., que yo no... ¡No, confiese que esto no es justo!

El abate miró a su penitente; parecía decir:

«El orgullo resplandece, a pesar suyo, en todas sus palabras.»

Hubo una pausa bastante larga.

—Mi querido abate —prosiguió el señor Thibault, en un tono poco firme—: admito que no soy completamente... Sí, de acuerdo; muy a menudo me... Pero es mi manera de ser, como si dijéramos. Ya sabe usted como yo soy. —Mendigaba un poco de indulgencia—. ¡Es tan difícil el camino de la salvación! Usted es el único que pueda ayudarme a levantarme, el único que puede dirigirme... Me voy haciendo viejo y tengo miedo... —balbuceó de repente.

El abate se sintió conmovido por aquel cambio de tono; comprendió que no debía prolongar su silencio y acercó su silla.

—Ahora soy yo el que duda —dijo—. Y por otra parte, mi querido amigo, ¿qué más podría yo decir, cuando la palabra santa ha llegado tan adentro? —Reflexionó un instante—. Sé perfectamente que Dios le ha dado a usted una carga muy pesada: al trabajar para Él usted adquiere autoridad sobre los hombres, y honores; y es necesario que así sea. ¿Pero cómo no confundir un poco la gloria de Él con la de usted? ¿Y cómo no ceder a la tentación de poner poco a poco la de usted antes que la suya? Lo comprendo perfectamente...

El señor Thibault había abierto los ojos y no volvía a cerrarlos; su mirada pálida tenía una expresión asustada y al mismo tiempo pueril e inocente.

—¡Sin embargo! —prosiguió el abate—. *Ad majorem Dei gloriam*. Esto es lo

único que importa y todo lo demás carece de importancia. Usted, mi querido amigo, es de la raza de los fuertes, es decir, de los orgullosos. Sé perfectamente cuán difícil es tener dominada con el sentido común esta fuerza del orgullo.

»¡Qué difícil es no vivir para uno mismo, no olvidar a Dios, incluso cuando se está dedicado por entero a las obras pías! No encontrarse entre aquellos de quienes nuestro Señor dijera un día con tanta tristeza: “¡Esta muchedumbre me honra con los labios, pero su corazón está alejado de mí!”»

—¡Ah! —dijo el señor Thibault con exaltación, sin bajar la cabeza—, eso es terrible... ¡Tal vez sea yo el único que sabe cuán terrible resulta!

Experimentaba un consuelo delicioso en la humillación; sentía de una manera confusa que aquel podía ser un camino para reconquistar al sacerdote y sin tener que ceder nada en la cuestión del reformatorio. Un propósito le animaba aún más a sorprender al abate con la profundidad de su fe, con la exhibición de una generosidad inesperada: forzar su respeto a cualquier precio.

—¡Señor abate! —dijo repentinamente, y su mirada tomó durante un instante aquella misma expresión fatalista tan frecuente en Antoine—. Si hasta ahora he sido solamente un pobre orgulloso, ¿no me ofrece Dios hoy mismo una oportunidad de... de repararlo? —Vaciló y pareció luchar contra sí mismo. Y efectivamente luchaba. El abate le vio hacer rápidamente sobre el chaleco y con la yema del pulgar la señal de la cruz a la altura del corazón—. Me refiero a esa candidatura, ¿comprende? Aquí existiría un verdadero sacrificio, y un verdadero sacrificio de orgullo, puesto que usted me ha dicho esta mañana que la elección era segura. Pues bien, me... Pero fíjese, incluso en esto hay vanidad: ¿No debería callarme y hacerlo sin decírselo a nadie, ni siquiera a usted? Da igual. Pues bien, señor abate: hago juramento de retirar mañana, y de forma irrevocable, mi candidatura al Instituto.

El abate hizo un gesto con las manos que el señor Thibault no vio, puesto que estaba vuelto hacia el crucifijo colgado de la pared.

—Dios mío —murmuró—, tened piedad de mí porque soy un simple pecador.

En esta actitud puso un resto de suficiencia que ni siquiera sospechaba él mismo; el orgullo tiene tales raíces, que en el momento del arrepentimiento más ferviente había un prodigioso sentimiento de orgullo en la delectación con que saboreaba su humildad. El abate le envolvió con una mirada penetrante: ¿hasta qué punto podía ser sincero aquel hombre? Sin embargo, en aquel momento, el rostro del señor Thibault resplandecía de renunciación y misticismo, hasta el extremo de que ya no se distinguían en él las arrugas ni el abotagamiento, hasta el extremo de que aquella fisonomía de anciano tenía el candor de una carita infantil. El sacerdote se sintió conmovido. Se avergonzó de la satisfacción que había experimentado aquella mañana confundiendo al publicano. Los papeles se cambiaban. Pensó en su propia vida. ¿Había sido efectivamente pensando sólo en la gloria de Dios por lo que había abandonado con tanta rapidez a sus discípulos, para lo que había intrigado hasta obtener en el Arzobispado este lugar junto al sol? ¿Y no obtenía todos los días un

culpable placer personal en ejercitar aquellos ardidés de diplomático que había puesto al servicio de la Iglesia?

—¿Y usted cree de verdad que Dios me perdonará?

Aquella voz ansiosa recordó al abate Vécárd sus funciones de director espiritual. Juntó las manos bajo la barbilla, inclinó la cabeza y sonrió trabajosamente.

—Le he dejado llegar hasta el fin —dijo—. Le he dejado apurar el cáliz. Y estoy completamente seguro de que la misericordia divina le tendrá en cuenta estos momentos. Ahora bien —añadió, levantando el índice—, con la intención basta; y su auténtico deber no es consumir el sacrificio. No proteste. Soy yo, su confesor, quien le desliga de su juramento. Lo cierto es que su renuncia sería menos útil para la gloria de Dios de lo que pudiera serlo su elección. Su posición social, sus bienes de fortuna, tienen unas exigencias que usted no puede menospreciar. Ese título de miembro del Instituto le conferirá entre los grandes republicanos de la extrema derecha, que son la salvaguardia de nuestro país, una autoridad nueva y que consideramos necesaria para la buena causa. Usted ha sabido, durante toda su existencia, poner su vida bajo la tutela de la Iglesia. Permítala una vez más que por mi mediación le indique el camino a seguir. Dios rechaza su sacrificio, mi querido amigo; por duro que ello le resulte, ha de obedecer. *Gloria in excelsis!* «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!»

Mientras hablaba, el abate iba viendo cómo las facciones del señor Thibault se distendían y recobraban poco a poco su equilibrio acostumbrado. Cuando hubo terminado había cerrado de nuevo los párpados y ya no era posible leer lo que pasaba en su interior. El sacerdote, al devolverle aquel sillón que ambicionaba desde hacía veinte años, le había devuelto la vida. Pero aún permanecía deshecho por el formidable esfuerzo que se había visto obligado a hacer sobre su naturaleza, e invadido por una gratitud sobrehumana. Ambos tuvieron la misma idea: el sacerdote, inclinando la frente, comenzó a recitar a media voz una plegaria en acción de gracias. Cuando levantó la cabeza, el señor Thibault se había dejado caer de rodillas; su cara de ciego, elevada hacia el cielo, estaba iluminada de alegría; un ligero balbuceo agitaba sus labios húmedos, y sobre la mesa, sus manos velludas, tan hinchadas que parecían haber sido picadas por las avispas, entrelazaban sus dedos con un fervor conmovedor. ¿Por qué este espectáculo tan edificante se hizo insoportable repentinamente a los ojos del abate? ¿Hasta el extremo de que no se pudo contener de adelantar el brazo, hasta casi derribar a su penitente? Corrigió inmediatamente su gesto y puso la mano afectuosamente sobre el hombro del señor Thibault, que se levantó de una manera torpe.

—Pero todavía no hemos hablado de todo —dijo entonces el abate con aquella dulzura inflexible que le era peculiar—. Tiene usted que tomar una decisión con respecto a Jacques.

El señor Thibault sintió un estremecimiento que le recorría todo el cuerpo.

El abate se sentó.

—No sea usted de esos que se creen disculpados porque han hecho frente a un deber difícil y descuidan cumplir el inmediato, aquel que está más a su alcance. Incluso si la prueba a que ha sometido usted a ese niño no es tan perjudicial como yo me temo, no la prolongue. Piense en el servidor que entierra el talento que su Maestro le ha confiado. Vamos, amigo mío, no se marche usted de aquí sin tener pleno conocimiento de toda su responsabilidad.

El señor Thibault permanecía de pie y negaba con la cabeza, pero su fisonomía no tenía ya la misma obstinación. El abate se levantó.

—Lo difícil —murmuró— es que no parezca que cede a Antoine. —Vio que había acertado de pleno, dio algunos pasos y de repente, en un tono casi indiferente, dijo—: ¿Sabe usted lo que yo haría en su lugar? Le diría: «¿Quieres que tu hermano salga del reformatorio? ¿Sí? ¿Sigues empeñado en ello? Pues bien, te cojo la palabra: vé a buscarle, pero guárdatele. ¡Tú has querido que vuelva; ocúpate de él!»

El señor Thibault no se inmutó. El abate prosiguió:

—Incluso iría todavía más lejos. Le diría: «No quiero que Jacques esté en casa. Arréglatelas como quieras. Parece que siempre has pensado que no sabíamos cómo tratarle. ¡Pues ahora ensáyalo tú!» Y le pondría a su hermano en los brazos. Instalaría a los dos en cualquier sitio, cerca de casa, naturalmente, para que pudieran compartir con usted las comidas, pero abandonaría a Antoine la dirección completa de su hermano. No se exalte, amigo mío —añadió, aunque el señor Thibault no hubiera hecho el más leve gesto—, espere, déjeme terminar; mi idea no es tan quimérica como parece...

Volvió a su sitio y se sentó, apoyando los codos sobre la mesa:

—Ahora, sígame bien —dijo.

—*Primo*: Hay que apostar que Jacques soportará mejor la autoridad de su hermano mayor que la de usted, y no estoy lejos de creer que al gozar de una mayor libertad dejará de tener ese espíritu de resistencia e indisciplina que siempre le hemos conocido.

»*Secundo*: Por lo que respecta a Antoine, su seriedad ofrece todas las garantías apetecibles. Cogiéndole la palabra, estoy convencido de que no rechazará este procedimiento de libertar a su hermano. En cuanto a esas desagradables tendencias que deplorábamos esta mañana, una causa pequeña puede conseguir grandes efectos: considero que al imponerle así un cargo de conciencia usted le proporcionará el mejor de los contrapesos y le atraerá infaliblemente a una concepción menos... anarquista de la sociedad, de la moral y de la religión.

»*Tertio*: Su autoridad paterna, puesta de esta forma al abrigo del contacto diario que la desgasta y disminuye, conservaría todo su prestigio para ejercer desde arriba sobre los dos hijos esa dirección general que es su atributo y, ¿cómo decirlo?, su principal utilidad.

»Por último —y el tono se hizo confidencial—, le confieso que en el momento de la elección me parece preferible que Jacques haya abandonado Crouy, y que no pueda



salir a relucir este asunto. La notoriedad atrae toda clase de entrevistas e informaciones; estaría usted expuesto a las indiscreciones de la prensa... consideración completamente secundaria, ya lo sé; pero en fin...»

El señor Thibault dejó escapar una mirada que traicionaba su inquietud. Sin que se lo confesara a sí mismo, esta exposición de hechos liberaba su conciencia, y la fórmula del abate no tenía sino ventajas, puesto que dejaba a cubierto su amor propio respecto a Antoine y devolvía a Jacques una situación normal, sin que el señor Thibault tuviera que ocuparse de su hijo.

—Si yo estuviera seguro —terminó por decir— de que una vez en libertad ese bribón no nos atraerá nuevos escándalos...

Esta vez la partida estaba ganada.

El abate se comprometió a ejercer un control discreto sobre la existencia de los dos muchachos, al menos durante los primeros meses. Luego aceptó ir a cenar al día siguiente a la calle de la Universidad, para tomar parte en la conversación que el padre quería tener con su hijo mayor.

El señor Thibault se levantó para marcharse. Se iba con el alma ligera, completamente nuevo. Sin embargo, cuando estrechó con efusión las manos de su confesor, una duda le asaltó de nuevo.

—Que Dios me perdone ser como soy —dijo piadosamente.

El abate le envolvió en una mirada complacida:

—«¿Cuál de entre vosotros —murmuró—, teniendo cien ovejas, si se le pierde una no abandona a las otras noventa y nueve en el desierto y va a buscar a aquella que se ha descarriado hasta que la encuentra?» —Levantó el dedo con una sonrisa furtiva y añadió—: «En verdad os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que hace penitencia...»

## VI

CIERTA mañana, cuando apenas si habían dado las nueve, la portera de la avenida del Observatorio preguntó por la señora de Fontanin. Abajo había «una persona» que deseaba verla, pero que no quería ni subir al piso ni decir su nombre.

—¿Una persona? ¿Una mujer?

—Una joven.

La señora de Fontanin retrocedió instintivamente. Indudablemente una aventura de Jérôme. ¿Tal vez un chantaje?

—¡Y tan joven! —añadió la portera—: Una niña.

—Voy a ver.

En efecto; era una niña que se escondía en la sombra de la portería y que por fin levantó la cabeza...

—¡Nicole! —exclamó la señora de Fontanin, al reconocer a la hija de Noemí Petit-Dutreuil. Nicole estuvo a punto de arrojarle a los brazos de su tía, pero se contuvo. Estaba pálida y con la cara alterada. No lloraba; mantenía los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas; parecía sobreexcitada, resuelta y muy dueña de sí misma.

—Tía, querría hablar contigo.

—Ven.

—Arriba, no.

—¿Por qué?

—No; arriba, no.

—¿Pero por qué? Estoy completamente sola. —Adivinó que Nicole vacilaba—: Daniel está en el liceo y Jenny en la clase de piano; te aseguro que estoy sola hasta la hora de comer. Anda, ven.

Nicole la siguió en silencio. La señora de Fontanin la hizo entrar en su habitación.

—¿Qué sucede? —No podía disimular su desconfianza—. ¿Quién te ha enviado? ¿De dónde vienes?

Nicole la miraba sin bajar la vista; sus ojos pestañearon.

—Me he escapado.

—¡Ah! —dijo la señora de Fontanin con expresión de sufrimiento. Sin embargo se sintió aliviada—. ¿Y has venido aquí?

Nicole se encogió de hombros con un gesto que parecía decir: «¿Y adónde podía ir? No tengo a nadie.»

—Siéntate, hija mía. Vamos a ver... Tienes aspecto de estar muy cansada; ¿no tienes hambre?

—Un poco. —Sonrió como para disculparse.

—¿Y por qué no lo decías? —exclamó la señora de Fontanin, llevando a Nicole al comedor. Cuando vio cómo la pequeña devoraba el pan con mantequilla, sacó del

aparador carne fiambre y algunas golosinas. Nicole comía sin decir nada, avergonzada de su apetito, pero incapaz de disimularlo. La sangre volvía a sus mejillas. Se bebió, una tras otra, dos tazas de té.

—¿Desde cuándo no habías comido nada? —preguntó la señora de Fontanin, cuyo rostro estaba aún más trastornado que el de la pequeña—. ¿Tienes frío?

—No.

—Pues estás temblando.

Nicole hizo un gesto de impaciencia: se sentía enojada por no poder ocultar su debilidad.

—He viajado durante toda la noche y eso hace que me haya destemplado...

—¿Viajado? ¿De dónde vienes entonces?

—De Bruselas.

—¡Dios mío, de Bruselas! ¿Y sola?

—Sí —repuso la joven. Su acento bastaba para probar la firmeza de su determinación. La señora de Fontanin la cogió por la mano.

—Estás helada. Ven a mi habitación. ¿Quieres acostarte, dormir un poco? Ya me explicarás después.

—No, no, ahora mismo. Mientras estamos solas. Por otra parte, no tengo sueño. De verdad; déjame.

Era a principios de abril. La señora de Fontanin encendió el fuego, arrojó a la fugitiva con un chal y la obligó a sentarse junto a la chimenea.

La muchacha resistió y luego cedió irritada, con dos ojos brillantes y fijos que no se querían enternecer. Miraba a su alrededor; tenía prisa por hablar y, ahora que estaba instalada, no se decidía a hacerlo. Su tía, para no aumentar su azoramiento, evitaba mirarla. Transcurrieron algunos minutos; Nicole no se decidía.

—Sea lo que fuere lo que hayas hecho, pequeña —dijo entonces la señora de Fontanin—, aquí nadie te preguntará nada. Si lo prefieres, guarda tu secreto. Te estoy agradecida de que se te haya ocurrido venir. Aquí eres una hija más.

Nicole se irguió. ¿Es que se la consideraba sospechosa de haber cometido alguna falta difícil de confesar? A causa de su movimiento el chal se escurrió de sus hombros y descubrió un busto pleno de salud, que contrastaba con su rostro demacrado y la extremada juventud de sus facciones.

—Bien al contrario —dijo, con una mirada llameante—, quiero decirlo todo. —E inmediatamente empezó a hablar con una especie de sequedad provocativa—: Tía... El día que viniste a casa, a la calle de Monceau...

—¡Ah! —exclamó la señora de Fontanin y nuevamente su rostro tomó expresión de sufrimiento.

—... lo oí todo —terminó Nicole muy de prisa, agitando los párpados.

Hubo una pausa.

—Ya lo sabía, pequeña.

La niña ahogó un sollozo y hundió el rostro entre las manos, como si rompiera a

llorar. Pero levantó la cabeza casi en seguida; sus ojos estaban secos y los labios apretados, lo que alteraba su expresión habitual y hasta el tono de su voz:

—¡No la juzgues mal, tía Thérèse! Es muy desgraciada, ¿sabes?... ¿No me crees?

—Sí —repuso la señora de Fontanin. Una pregunta le quemaba los labios; miró a la joven con una calma que no podía engañar a nadie—: ¿Está allí, también..., tu tío Jérôme?

—Sí. —Después de una pausa, desarrugó el ceño y añadió—: Incluso ha sido él quien me ha dado la idea de escaparme...; de venir aquí...

—¿Él?

—No; es decir... Durante estos últimos ocho días ha venido todas las mañanas. Me daba algo de dinero para que yo pudiera subsistir, porque me había quedado allí completamente sola.

Y anteayer me dijo: «Si algún alma caritativa se ocupara de ti, estarías mejor que aquí.» Dijo «algún alma caritativa», pero yo pensé en ti inmediatamente, tía Thérèse. Y estoy segura de que él pensaba lo mismo; ¿no crees?

—Tal vez... —murmuró la señora de Fontanin. Experimentaba una tal sensación de dicha que le faltó poco para sonreír. Se apresuró a hablar:

—¿Y cómo es que estabas sola? ¿Dónde estabas, entonces?

—En casa.

—¿En Bruselas?

—Sí.

—No sabía que tu madre se hubiera instalado en Bruselas.

—No tuvo más remedio, a fines de noviembre. Todo estaba embargado en la calle de Monceau. Mamá no tuvo suerte; siempre inconvenientes, notarios que reclaman dinero. Pero ahora ya han pagado todas las deudas y podrá volver.

La señora de Fontanin levantó los ojos. Quiso preguntar: «¿Quién “han”?» Su mirada hacía la pregunta con tanta claridad, que pudo leer la respuesta en los labios de la niña. Nuevamente fue incapaz de contenerse:

—¿Y... tu tío se ha ido con vosotras, en noviembre?

Nicole no contestó. ¡Se reflejaba tanto dolor en la voz de tía Thérèse!

—Tía —dijo por fin trabajosamente—, no te enfades conmigo, porque no quiero ocultarte nada; pero es que es muy difícil explicar todo esto de una sola vez. ¿Conoces al señor Arvelde?

—No. ¿Quién es?

—Un gran violinista de París que me daba clases. Un artista magnífico: da conciertos.

—¿Y bien?

—Vivía en París, pero es belga. Por tanto, cuando hubo que marcharse nos llevó a Bélgica. Tiene una casa de su propiedad en Bruselas, en la que nos instalamos.

—¿Con él?

—Sí. —Había comprendido la pregunta y no la eludía; incluso parecía

experimentar un placer salvaje en superar toda reticencia; pero no se atrevió a decir más y permaneció callada.

Después de una pausa bastante prolongada, la señora de Fontanin prosiguió:

—Pero ¿dónde estabas estos últimos días, cuando te encontrabas sola y el tío Jérôme iba a verte?

—Allí.

—¿En casa de ese señor?

—Sí.

—¿Y... tu tío iba allí?

—Claro que sí.

—¿Y cómo es que estabas sola? —continuó la señora de Fontanin sin abandonar su tono cariñoso.

—Porque Raoul está ahora dando una serie de conciertos en Lucerna y en Ginebra.

—¿Y quién es ese Raoul?

—El señor Arvelde.

—¿Y tu madre te ha dejado sola en Bruselas, para irse con él a Suiza? —La pequeña hizo un gesto tan desesperado que la señora de Fontanin se ruborizó—: Hija mía, perdóname —balbuceó—. No hablemos más de todo esto. Has venido, pues bien está; quédate con nosotros.

Pero Nicole negó violentamente con la cabeza:

—No, no; ya casi he terminado. —Hizo una fuerte aspiración y prosiguió de un tirón—: Escúchame, tía; el señor Arvelde sí está en Suiza. Pero sin mamá. Porque había obtenido para mamá un contrato en un teatro de Bruselas, para cantar un papel en una opereta, a causa de su voz que la hizo educar. Incluso tuvo mucho éxito en los periódicos; en el bolsillo tengo algunos recortes, ya los verás. —Se detuvo, no sabiendo ya dónde estaba—: Entonces —prosiguió con una mirada extraña—, fue precisamente porque Raoul se marchaba a Suiza por lo que vino el tío Jérôme. Pero lo hizo demasiado tarde. Cuando llegó, mamá ya no estaba allí. Una noche, mamá me abrazó... No —dijo bajando la voz y frunciendo el ceño duramente—; casi me pegó porque no sabía qué hacer ya conmigo. —Levantó la cabeza y se esforzó por sonreír—: ¡Oh, no es que no me quisiera, todo lo contrario! —La sonrisa se le ahogó en la garganta—. Es tan desgraciada, tía Thérèse; no puedes hacerte idea: no tenía más remedio que marcharse, porque alguien la esperaba. Y sabía que el tío Jérôme iba a venir porque ya había estado a vernos algunas veces; incluso hacía música con Raoul; pero la última había dicho que no volvería en tanto que el señor Arvelde estuviera allí. Entonces, antes de marcharse, mamá me encargó que le dijera al tío Jérôme que se marchaba por mucho tiempo, que me dejaba sola y que se ocupara de mí. Estoy segura de que lo hubiera hecho, pero cuando le vi llegar no me atreví a decírselo. Estaba muy irritado y tuve miedo de que saliera en su persecución; entonces le menté a propósito: le dije que mamá iba a volver al día siguiente, y todos los días le decía

que la estaba esperando. Él la buscaba por todas partes, creyendo que estaba todavía en Bruselas. Pero para mí ya era demasiado, no quería seguir allí; en primer lugar, a causa del criado de Raoul; ¡le aborrezco! —Se estremeció—. Es un hombre, tía Thérèse, ¡que tiene unos ojos!... ¡Le aborrezco! Entonces, el día que el tío Jérôme me habló del alma caritativa, me decidí de repente.

Y ayer mañana, en cuanto que me dio algo de dinero, salí para que el criado no me lo quitara, me escondí en las iglesias hasta la tarde y he tomado el ómnibus de por la noche.

Había hablado rápidamente, con la frente baja. Cuando levantó la cabeza, el rostro tan dulce de la señora de Fontanin expresaba una repugnancia y una severidad tales, que Nicole juntó las manos:

—Tía Thérèse, no juzgues mal a mamá; te aseguro que nada de esto ha sido culpa suya. Tampoco yo soy siempre agradable, y le resultaba tan molesta; ¡hay que comprenderlo! Pero ahora ya soy mayor y no puedo seguir viviendo de esa forma. No, no puedo —prosiguió, apretando los labios—. Quiero trabajar, ganarme la vida y no ser una carga para nadie. Para eso he venido, tía Thérèse. No tengo a nadie más que a ti; ¿qué quieres que haga? Ayúdame sólo unos días, tía Thérèse. Eres la única que puede hacerlo.

La señora de Fontanin estaba demasiado emocionada para poder contestar. ¿Hubiera creído nunca que esta criatura llegaría algún día a serle tan querida? La contemplaba con una ternura cuya dulzura saboreaba ella misma y que calmaba sus propios sufrimientos. Menos bonita que antes tal vez; la boca afeada por una erupción de calentura; ¡pero, y sus ojos!, ¡unos ojos de un gris azulado muy profundo, y que eran casi demasiado grandes, demasiado hermosos...! ¡Qué lealtad y qué valor había en su serenidad!

Por fin pudo sonreír.

—Hija mía —dijo inclinándose—, te he comprendido; respeto tu decisión y prometo ayudarte. Pero de momento vas a instalarte aquí con nosotros: lo que necesitas ahora es reposo. —Dijo «reposo», aunque su mirada decía «cariño». Nicole no se engañó, pero seguía reacia a ablandarse.

—Quiero trabajar; no quiero seguir siendo una carga para nadie.

—¿Y si tu madre viene a buscarte?

La mirada transparente se turbó y tomó repentinamente una dureza increíble.

—¡Eso nunca! —dijo con voz ronca.

La señora de Fontanin fingió no haberla oído. Se limitó a decir:

—Por mi parte tendría mucho gusto en que te quedaras con nosotros... para siempre.

La chiquilla se levantó, pareció vacilar y, de repente, dejándose caer, vino a poner la cabeza sobre las rodillas de su tía. La señora de Fontanin acariciaba la mejilla de la pequeña y reflexionaba acerca de algunas cuestiones que no tenía más remedio que abordar aún:

—Hija mía, tú has visto muchas cosas que no hubieras debido ver a tu edad... — comenzó.

Nicole quiso levantarse, pero se lo impidió. No quería que la niña la viera sonrojarse. Mantuvo la frente de la joven sobre sus rodillas y enrollaba distraída en su dedo un rizo de pelo rubio, en tanto que buscaba las palabras:

—Has adivinado muchas cosas... Cosas que han de seguir... secretas... ¿Me comprendes? —Ahora fijaba sus ojos en los de Nicole, que dejaron entrever un rápido destello.

—¡Oh, tía Thérèse! Puedes estar segura...; nadie... ¡Absolutamente nadie! No lo comprenderían y acusarían a mamá.

Deseaba ocultar la conducta de su madre casi tanto como la señora de Fontanin deseaba ocultar a sus hijos la de Jérôme. Complicidad inesperada, que se afirmó repentinamente cuando Nicole, después de haber reflexionado, se incorporó con el rostro radiante:

—Escúchame, tía Thérèse; mira lo que vamos a decir: que mamá tiene necesidad de ganarse la vida y que ha encontrado una colocación en el extranjero. En Inglaterra, por ejemplo... Una colocación que la impide tenerme consigo... Una colocación de institutriz, ¿te parece? —Con una sonrisa infantil, añadió—: Y puesto que mamá se ha marchado, no habrá nada de extraño en que yo esté triste, ¿verdad?

## VII

EL viejo verde de la planta baja se mudó el quince de abril. El dieciséis por la mañana la señorita Waize, precedida de las dos criadas, de la señora Fruhling, la portera, y de un mozo de cuerda, vino a tomar posesión de las habitaciones. El viejo no gozaba de muy buena reputación en la casa, y la señorita, cruzándose sobre el pecho la toquilla de lana negra, esperó para franquear la entrada a que todas las ventanas hubieran sido abiertas. Entonces entró en el recibimiento, recorrió de prisa las habitaciones y luego, algo más tranquilizada ya por la inocente desnudez de las paredes, organizó la limpieza como si se tratara de un exorcismo.

Con gran sorpresa por parte de Antoine, la vieja señorita había aceptado casi sin objeción la idea de instalar a los dos hermanos fuera del hogar paterno, aunque semejante proyecto hubiera debido turbar sus tradiciones domésticas y trastornar su concepto acerca de la familia y la educación. Antoine se explicó la actitud de la señorita por la alegría producida por el regreso de Jacques y el respeto que sentía hacia las decisiones del señor Thibault, sobre todo cuando estaban sancionadas por el abate Vécard. Pero la verdad era que la solicitud de la señorita tenía otra causa: el consuelo que experimentaba al ver a Antoine abandonar la casa. Desde que había recogido a Gisèle, la pobre mujer vivía dominada por el temor a los contagios. Cierta primavera había tenido encerrada a Gisèle en su habitación durante seis semanas, no atreviéndose a que tomara el aire sino en el balcón y retrasando la partida de toda la familia para Maisons-Laffitte, porque la pequeña Isabelita Fruhling, una sobrina de la portera, había cogido la tosferina y había que pasar por delante de la portería para salir de la casa. Ni que decir tiene que Antoine, con su olor a hospital, su instrumental y sus libros le parecía un peligro permanente. Le había suplicado que no sentara nunca a Gisèle en las rodillas. Si al volver a casa dejaba el abrigo en el vestíbulo inadvertidamente, en lugar de meterlo en su habitación, o si llegaba con retraso y se sentaba a la mesa sin irse a lavar las manos, la señorita ya no comía, angustiada por sus temores, y en cuanto terminaba el postre, la llevaba a su habitación para infligirla un lavado antiséptico de nariz y garganta, aunque supiera perfectamente que Antoine no atendía a los enfermos con el abrigo puesto y que no salía del hospital sin pasar por el lavabo. Instalar al joven doctor en la planta baja era crear entre Gisèle y él una barrera defensiva de dos pisos y reducir lo más posible los riesgos de contagio cotidiano. Por consiguiente, puso un entusiasmo especial en la organización del lazareto del pestífero. En tres días todo el cuarto fue lijado, lavado, tapizado y provisto de muebles y cortinas.

Jacques ya podía venir.

Cuando pensaba en el niño su actividad se redoblaba o, por el contrario, interrumpía su trabajo durante un segundo, clavando sus ojos lánguidos en el rostro querido que ella misma evocaba. Su ternura por Gisèle no disminuía en nada la que



sentía por Jacques. Le quería desde que naciera, e incluso antes, puesto que antes que a él había querido y criado a aquella madre que él no había conocido y a la que había reemplazado desde la cuna. Entre sus brazos abiertos había dado Jacques sus primeros pasos vacilantes sobre la alfombra del pasillo, y durante catorce años había temblado por él como temblaba ahora por Gisèle. Tanto amor y una incompreensión total. Este niño, que apenas si se alejaba de sus ojos le resultaba un verdadero enigma. Algunos días se desesperaba por haber criado a un monstruo y lloraba recordando a la señora de Thibault, que era dulce como un ángel. No se preguntaba a qué podía obedecer la violencia de Jacques y solamente culpaba de ella al diablo. Otras veces, en cambio, uno de esos gestos inesperados, súbitos, excesivos, en que se abría repentinamente el corazón del niño, la conmovía y la hacía llorar aún más, pero de alegría. No había conseguido acostumbrarse a su ausencia. No había comprendido nada de su partida, pero deseaba que su regreso fuera una fiesta y que esta nueva habitación contuviera todo aquello que él amaba. Antoine había tenido que oponerse a que atestara por anticipado los armarios con todos los juguetes de antaño. Había hecho bajar de su propia habitación aquel sillón que tanto le gustaba y en el que venía a sentarse siempre cuando se enfurruñaba; por consejo de Antoine, había sustituido la antigua cama de Jacques por un mueble cama completamente nuevo, que recogido durante el día daba a la alcoba la gravedad de una habitación de trabajo.

Gisèle, abandonada durante dos días, encerrada en su alcoba con sus deberes, no podía fijar la atención en los cuadernos. Se moría de ganas de ver lo que sucedía abajo. Sabía que su Jacquot iba a volver y que todo aquel movimiento era por su causa, y para calmar sus nervios daba vueltas por su encierro.

A la tercera mañana el suplicio se hizo intolerable y la tentación tan fuerte, que al mediodía, viendo que su tía no subía, sin pensarlo más salió de estampía y bajó la escalera de cuatro en cuatro. En aquel preciso momento volvía Antoine. La pequeña volvió a reír. El joven tenía el don de provocar en ella, cuando la miraba con su gesto feroz e imperturbable, unas carcajadas irresistibles que se prolongaban mientras Antoine conservaba su seriedad y que daban lugar a que la señorita regañara a ambos. Pero aquí estaban a solas y se aprovecharon.

—¿Por qué te ríes? —dijo Antoine, cogiéndola por las muñecas. La pequeña se debatía y seguía riendo cada vez con más fuerza. Luego calló de golpe.

—Tengo que quitarme esta fea costumbre de reírme sin motivo, porque, fíjate, si no, no me podré casar nunca.

—¿Entonces es que quieres casarte?

—Sí —afirmó muy seria, levantando hacia él sus ojillos de perro faldero. Él contemplaba su cuerpecillo rollizo y pensaba por primera vez en que esta mocosa de doce años se convertiría en mujer y se casaría. Soltó sus muñecas.

—¿A dónde ibas sin sombrero, sola y sin siquiera un chal? Ya es la hora de comer.

—Estoy buscando a la tía. Tengo un problema que no acabo de comprender... — dijo, juguetona. Se había ruborizado y señalaba con el dedo, en la sombra de la escalera, la puerta misteriosa por la que se filtraba un rayo de luz. Sus ojos resplandecían.

—¿Te gustaría entrar ahí?

La chiquilla dijo «sí» con sus labios sonrosados, pero sin proferir el más leve sonido.

—¡Te van a regañar!

Vaciló y le miró con picardía, para ver si bromeaba. Por fin declaró:

—No sé por qué. Al fin y al cabo no es ningún pecado.

Antoine sonrió; así era como la señorita distinguía el bien y el mal. Se preguntó qué supondría para la niña la influencia de la vieja señorita; una mirada a Gisèle le tranquilizó: era una planta sana que se desarrollaría en cualquier lugar y escaparía a toda tutela.

Gisèle no dejaba de mirar la puerta entornada.

—Entonces, pasa —dijo Antoine.

La chiquilla ahogó un grito de alegría y se deslizó en el interior como un ratón.

La señorita estaba sola. Encaramada sobre el sofá cama y puesta de puntillas acababa de colgar de la pared el crucifijo que había regalado a Jacques para su primera comunión, y que debía seguir protegiendo el sueño de su niño. Se sentía alegre, dichosa, joven, y canturreaba mientras trabajaba. Conoció la forma de andar de Antoine en el recibimiento y pensó que se había olvidado de la hora. En aquel intervalo, Gisèle había recorrido las restantes habitaciones, e incapaz de contener su alegría se había puesto a bailar batiendo palmas.

—¡Dios mío! —murmuró la señorita saltando al suelo. En un espejo distinguió a su sobrina, que, con el pelo flotando al viento de las ventanas abiertas, saltaba como un cervatillo, chillando a pleno pulmón.

—¡Vivan las corrientes de aire! ¡Vivan las corrientes de aire!

No comprendió ni trató de comprender. La idea de que la chiquilla hubiera podido llegar allí, desobedeciéndola, ni siquiera se le ocurrió; desde hacía sesenta y seis años se había acostumbrado a doblegarse ante los caprichos de la fatalidad. Pero en un abrir y cerrar de ojos se despojó de la toquilla, se precipitó sobre la pequeña, la envolvió mal que bien y, sin una palabra de reproche, la hizo volver a subir los dos pisos más de prisa aún de lo que los había bajado. No recobró el aliento hasta después de haber acostado a Gisèle, arropándola bien con una manta y haciéndola beber una tisana bien caliente.

Hay que decir que sus temores no estaban por completo desprovistos de fundamento. La madre de Gisèle, una malgache con la que el comandante Waize se había casado en Matatava, donde estaba de guarnición, había muerto de tuberculosis pulmonar antes de que transcurriera el año del nacimiento de la niña, y dos años más

tarde el comandante mismo había sucumbido víctima de una enfermedad lenta, mal determinada, que se pensó pudiera haberle sido transmitida por su esposa. Siendo la señorita la única pariente de la huérfana, la hizo venir de Madagascar, tomándola a su cargo. Desde entonces la amenaza de esta herencia no dejaba de asustarla, aunque la niña no hubiera tenido nunca ni el menor catarro inquietante y su sólida constitución fuera reconocida y confirmada periódicamente por todos los médicos y especialistas que la examinaban todos los años.

La votación en el Instituto había de tener lugar en aquella quincena y el señor Thibault parecía tener prisa de ver volver a Jacques. Se acordó que el señor Faïsme se encargaría de traerle a París el domingo siguiente.

La víspera, el sábado por la tarde, Antoine abandonó el hospital a las siete, se hizo servir la cena en un restaurante vecino para no tener que cenar en familia, y, a las ocho de la noche, solo y feliz, entraba en su nuevo hogar. Aquella noche dormiría allí por primera vez. Se dio el gusto de meter la llave en la cerradura y cerrar de un portazo; encendió todas las luces y, muy despacito, inició el recorrido de sus dominios. Se había reservado la parte que daba a la calle: dos habitaciones grandes y un gabinete. La primera tenía pocos muebles: algunos sillones desparejados en torno de un velador; ésta había de ser la sala de espera cuando tuviera que recibir a algún cliente. En la segunda, que era la mayor, había hecho poner los muebles que tenía en casa de su padre: la espaciosa mesa de trabajo, la biblioteca, los dos sillones de cuero y todos los objetos testigos de su vida laboriosa. En el gabinete, que tenía un lavabo y una percha, había hecho instalar la cama.

Los libros estaban amontonados en el suelo, en el recibimiento, junto a las maletas cerradas. El calorífero de la casa caldeaba las habitaciones y las bombillas nuevas lo iluminaban todo con su luz cruda. Antoine tenía ante sí toda una larga velada para tomar posesión. Era necesario que en algunas horas todo estuviera desembalado, colocado en su sitio y dispuesto a enmarcar su vida en lo sucesivo. Arriba estarían terminando de cenar, indudablemente. Gisèle se dormía sobre el plato; el señor Thibault peroraba. ¡Qué tranquilo se sentía Antoine y como saboreaba su soledad! El espejo de la chimenea le reflejaba de medio cuerpo para arriba. Se acercó aún más, no sin cierta complacencia. Tenía una forma especial de mirarse en los espejos, sacando el pecho, apretando las mandíbulas y siempre de cara, con una mirada dura que hundía en sus pupilas. Deseaba ignorar su tronco demasiado largo, sus piernas cortas, sus brazos delgados y la desproporción de una cabeza demasiado grande, cuyo volumen aumentaba más la barba, en relación con un cuerpo casi de alfeñique. Deseaba sentirse, y lo conseguía, un mocetón vigoroso, de cuello robusto. Le gustaba la expresión contraída de su cara: pues a fuerza de arrugar el entrecejo como si tuviera que concentrar su atención sobre cada una de las imágenes de su vida, se había ido formando una arruga entre las cejas, y su mirada, hundida en su sombra, había tomado un aspecto de tesón, que le complacía como un signo externo

de su energía.

«Comencemos por los libros», se dijo, despojándose de la americana y abriendo con energía las dos hojas de la biblioteca vacía. «Vamos a ver... Los cuadernos de clase aquí abajo... Los diccionarios bien a mano... Terapéutica...; bien... Sea como sea he conseguido lo que me proponía. La planta baja, Jacques... ¿Quién podría haberlo creído hace sólo tres semanas?... “Ese individuo tiene una voluntad indomable”», prosiguió con voz aflautada, como si imitara la forma de hablar de otra persona. «¡Perseverante e indomable!» Miró con gesto jocoso hacia el espejo e hizo una pirueta que puso en grave riesgo la pila de libros que tenía bajo la barbilla. «¡Espacio, espacio! Bien; ya parece que las estanterías van recobrando vida... Ahora, a los papelotes. Por esta noche dejaremos las fichas en el fichero, según estaban... Pero muy pronto tendré que dedicarme a hacer una revisión de las notas y las indicaciones... Empiezo a tener una cantidad respetable... Adoptar una clasificación clara y racional con un índice siempre al día..., como el de Philip... Un índice también en fichas... Por otra parte, todos los médicos importantes...»

Con un paso ligero, casi bailando, hacía el recorrido desde el recibimiento a la librería; de repente soltó una risotada pueril verdaderamente inesperada: «El doctor Antoine Thibault», anunció, deteniéndose durante un segundo e irguiendo la cabeza. «El doctor Thibault... Thibault, ya sabe usted, el especialista en niños...» Se hizo a un lado, insinuó una leve reverencia y prosiguió gravemente sus idas y venidas. «Vamos ahora con la maleta de mimbre... En dos años consigo la medalla de oro; jefe de clínica... y la oposición para la Beneficencia... Por consiguiente, me instalo aquí para tres o cuatro años, pero no más. Entonces necesitaré un piso adecuado, como el del patrón.» Volvió otra vez a la voz aflautada: «Thibault, uno de nuestros médicos más jóvenes de la Beneficencia...: la mano derecha de Philip...» He tenido vista con especializarme tan pronto en enfermedades infantiles... Cuando me acuerdo de Luiset, de Tournon... ¡Qué imbéciles!...

«¡Qué imbéciles!...», repitió con aire ausente. Tenía los brazos cargados con los objetos más diversos, a los que buscaba con mirada perpleja un lugar apropiado. «Si Jacques quisiera ser médico, yo le ayudaría, le orientaría... Dos Thibault médicos... ¿Y por qué no? ¡Es una carrera muy adecuada para un Thibault! Es dura, pero qué satisfacción cuando se tiene un poco el gusto por la lucha y un poco de orgullo. ¡Cuántos esfuerzos de atención, de memoria, de voluntad! ¡Y nunca es bastante! Y luego cuando se llega. Un gran médico... Un Philip, por ejemplo... Poder adoptar ese aire dulce, seguro..., muy cortés, pero distante... El señor profesor... ¡Ah, ser alguien, que le llamen a uno en consulta los colegas que más le envidian!

»Y yo he escogido la especialidad más difícil, los niños: no saben hablar y cuando lo hacen te equivocan. Ahí es verdaderamente donde se encuentra uno solo, cara a cara con la enfermedad a descubrir... Y menos mal que los rayos... Hoy en día un médico completo debería ser radiólogo y manejar él mismo los aparatos. En cuanto haga el doctorado, cursillos de radiólogo.

»Y luego, al lado de mi despacho, una instalación de rayos... con una enfermera... o, mejor, una ayudante con bata blanca... Los días de consulta, en cuanto se presente un caso un poco serio, ¡zas!, radiografía...

»Lo que me gusta de Thibault es que siempre empieza con un examen radiológico...»

Se sonrió al escucharse y guiñó el ojo hacia el espejo. «Sí, ya lo sé, el orgullo», pensó con una risa cínica. «El abate Vécard lo llama “el orgullo de los Thibault”. Mi padre..., tal vez; pero yo... Y bien, sí, el orgullo; ¿por qué no? El orgullo es mi acicate, el acicate de todos mis esfuerzos. Me sirvo de él y tengo derecho a hacerlo. ¿No se trata fundamentalmente de utilizar todos los recursos? ¿Y cuáles son los míos?» Una sonrisa dejó al descubierto los dientes: «Los conozco perfectamente. En primer lugar una comprensión rápida y retentiva; las cosas se me quedan. Luego, capacidad de trabajo. “Thibault trabaja como una mula.” Mejor: ¡que hablen! Muchos quisieran poder hacerlo igual. ¿Y qué más? Energía; sí, eso es, “una energía extraordinaria”», murmuró lentamente, buscando de nuevo su imagen reflejada en el espejo. «Es como un potencial... ¡Un acumulador bien cargado, siempre dispuesto y que me permite cualquier clase de esfuerzo! ¿Pero de qué servirían todos mis recursos sin un acicate que los pusiera en acción, señor abate?» Tenía en la mano un estuche achatado de níquel, que brillaba bajo el reflejo de la luz del techo y que no sabía muy bien dónde poner; terminó por deslizarlo bajo la biblioteca. «¡Y mejor que mejor!», gritó a plena voz, con aquel acento burlón, normando, que algunas veces adoptaba su padre. «¡Y viva el orgullo, señor abate!»

La maleta estaba casi vacía. Antoine sacó del fondo dos marcos de terciopelo que contempló distraído. Eran las fotografías de su abuelo materno y de su madre: un anciano arrogante, de pie, vestido de frac y con la mano posada sobre un veladorcito cargado de libros; una mujer joven, de facciones delicadas y una mirada insignificante, más bien dulce, con escote cuadrado y dos bucles suaves cayéndole sobre el hombro. Tenía tal costumbre de ver este retrato de su madre que así era como pensaba siempre en ella, aunque la fotografía databa de la época del noviazgo de la señora Thibault y él no hubiera visto nunca a su madre con aquel peinado. A su muerte, cuando nació Jacques, tenía Antoine nueve años. Se acordaba mejor de su abuelo Couturier, el economista, el amigo de Mac-Mahon, que había estado a punto de ser prefecto del Sena a la caída de Thiers, que había sido durante algunos años el decano del Instituto y de quien Antoine no había olvidado nunca la cara agradable, las corbatas de muselina blanca ni el semanario de navajas de afeitar, con las cachas de nácar, en su estuche de piel de cerdo.

Puso los dos retratos sobre la chimenea, entre las muestras de minerales y de fósiles. Todavía le quedaba por ordenar la mesa de escritorio, atestada de objetos diversos y de papeles. Se puso a ello alegremente. La habitación se iba transformando a ojos vistas. Cuando hubo terminado, paseó a su alrededor una mirada de satisfacción. «Por lo que respecta a la ropa y a los trajes, eso ya es cosa de mamá

Fruhling», pensó perezoso. (Con objeto de escapar por completo a la tutela de la señorita había conseguido que la portera se ocupara por sí sola de atender el cuarto de la planta baja.) Cogió un pitillo y se tumbó en uno de los sillones de cuero. Era muy raro que dispusiese de una velada así, completamente para él, sin una tarea determinada; casi se sentía molesto. Aún era temprano; ¿qué podía hacer? ¿Se quedaría allí, fumando y soñando despierto? Tenía muchas cartas que escribir, pero le faltaban las ganas.

«Ahora que recuerdo», pensó de repente, incorporándose, «tengo que mirar en el *Hémon* a ver qué es lo que dice acerca de la diabetes infantil...» Cogió un grueso tomo encuadernado y lo ojeó sobre las rodillas. «Sí... Esto hubiera tenido yo que saberlo, es evidente», dijo, arrugando el ceño. «Me he equivocado de cabo a rabo... Sin Philip, ese pobre chiquillo estaba perdido, y por mi culpa... Es decir, por mi culpa no, pero de todas formas.» Cerró el libro y le arrojó encima de la mesa. «¡Qué intransigente es el patrón en estos casos! ¡Es tan vanidoso, tan engreído por su situación!: “El régimen prescrito por usted, mi buen Thibault, solamente hubiera podido conducir a agravar su estado.” ¡Decirme eso delante de las enfermeras y de los externos es una canallada!»

Se metió las manos en los bolsillos y dio algunos pasos.

«Hubiera debido contestarle. Hubiera debido decirle: “En primer lugar, si usted cumpliera con su obligación...”, exactamente. Él me contesta: “Señor Thibault, considero que en ese aspecto, nadie...” Y yo remacho: “¡Dispéñeme! ¡Si usted viniera por las mañanas a su hora y esperase hasta el final de la consulta, en lugar de marcharse a las once y media para atender a su clientela de pago, no tendría yo necesidad de hacer su trabajo y no correría el riesgo de equivocarme!” ¡Así! ¡Delante de todo el mundo! ¡Me pondrá mala cara durante quince días, pero me tiene sin cuidado!»

Su rostro había adquirido súbitamente una expresión de malevolencia. Se encogió de hombros y, sin darse cuenta de lo que hacía, se puso a dar cuerda al reloj; sintió un escalofrío, volvió a ponerse la chaqueta y vino a sentarse de nuevo en el lugar que acababa de abandonar. Su alegría de hacía un momento se había desvanecido; le quedaba en el corazón una impresión de frío. «El imbécil», murmuró, con una sonrisa rencorosa. Se cruzó de piernas nerviosamente y encendió un nuevo pitillo. Pero mientras decía, «el imbécil», pensaba en el ojo clínico, en la experiencia, en el instinto sorprendente del doctor Philip; y en aquel momento, el genio del patrón le pareció formar un conjunto aplastante.

«¿Y yo, y yo?», se preguntó con una sensación de ahogo. «¿Seré capaz alguna vez de ver con tanta claridad como él? ¿Tendré esa perspicacia casi infalible que es la única que hace a los grandes clínicos...? Sí; memoria, aplicación, perseverancia... ¿Pero tengo algo más que esas cualidades de subordinado? No es la primera vez que me equivoco al hacer un diagnóstico... fácil; sí, era un diagnóstico muy fácil; en resumidas cuentas, un caso clásico, completamente característico... ¡Ah!», dijo,

tendiendo bruscamente el brazo. «Eso no vendrá solo: trabajar, ¡aprender y aprender!» Palideció. «¡Y mañana, Jacques!», pensó. «Mañana por la tarde estará aquí Jacques, en esa habitación, y yo... y yo...»

Se había incorporado de un salto. De repente, el proyecto que se había hecho de vivir con su hermano se le apareció bajo su verdadera luz: ¡la más irreparable de las locuras! Ya no pensaba en la responsabilidad que había aceptado; ya sólo pensaba en el entorpecimiento que en adelante, e hiciera lo que hiciera, paralizaría su marcha. No comprendía por qué especie de aberración había podido tomar sobre sí aquel salvamento. ¿Tenía tiempo para malgastarlo? ¿Podía distraer de su propósito ni una hora a la semana? ¡Imbécil! ¡Él mismo se había atado la cuerda al cuello! ¡Y no había forma de retroceder!

Cruzó maquinalmente el recibimiento, abrió la puerta de la habitación preparada para Jacques y permaneció en el umbral como petrificado, tratando de hundir la mirada en la oscuridad de la pieza. El desánimo se apoderaba de él. «¿A dónde huir para estar tranquilo, Dios mío? ¡Para trabajar, para no tener que pensar sino en uno mismo! ¡Siempre concesiones: la familia, los amigos, Jacques! ¡Todos conspiran para impedirme que trabaje, para hacerme fracasar!» Estaba congestionado y tenía la garganta seca. Fue a la cocina, se bebió dos vasos de agua helada y volvió a su despacho.

Estaba abatido y comenzó a desnudarse.

Desorientado en esta habitación a la que todavía no se había acostumbrado, en la que los objetos más usuales tenían un aspecto insólito, todo se le aparecía hostil repentinamente.

Tardó una hora en acostarse y aún más en dormirse. No estaba acostumbrado a tener tan cerca el ruido de la calle; el paso de un transeúnte por la acera le sobresaltaba. Pensaba en naderías: en mandar a arreglar el despertador, en la dificultad que había tenido algunas noches antes, al volver de una velada en casa de Philip, para encontrar un coche... En algunos momentos la idea del regreso de Jacques le volvía a la imaginación con una penetración lancinante y se revolvía desesperado en la cama estrecha.

«Después de todo», pensó rabioso, «¡yo tengo que hacer mi vida! ¡Que se las arreglen como quieran! Le instalaré aquí, puesto que se ha decidido así. Organizaré su trabajo, de acuerdo; ¡y luego, haz lo que quieras! He consentido en ocuparme de él, sí; pero nada más. ¡Que no sea un obstáculo para que yo llegue! ¡Tengo que hacer mi vida! Y todo lo demás...» De su cariño por el niño ya no quedaban vestigios esta noche. Recordó la visita a Crouy. Volvió a ver a su hermano, enflaquecido, gastado por la soledad; tuberculoso tal vez. Si era así, convencería a su padre para que enviara a Jacques a un buen sanatorio: a Auvernia o a los Pirineos, mejor que a Suiza, y él, Antoine, se quedaría solo, con todo su tiempo libre, libre de trabajar a su antojo... Incluso se sorprendió pensando: «Cogeré su habitación y la utilizaré como alcoba.»

## VIII

AL día siguiente, cuando se despertó, Antoine se encontró en un estado de ánimo diametralmente opuesto, y durante la mañana, que pasó en el Hospital, consultó varias veces su reloj con alegre impaciencia; estaba deseando ir a recibir a su hermano de manos del señor Faïsme. Llegó a la estación mucho antes de la hora, y mientras paseaba impaciente se relamía pensando en lo que había decidido decir al señor Faïsme acerca de la Fundación. Pero tan pronto como el tren entró en el andén y distinguió entre la muchedumbre de viajeros la silueta de Jacques y las gafas del director, olvidó las palabras que había preparado tan cuidadosamente y corrió al encuentro de los que llegaban.

El señor Faïsme tenía el rostro radiante y parecía encontrar en Antoine a su amigo más íntimo; estaba vestido con elegancia, calzaba guantes blancos y había apurado de tal manera su afeitado que se había visto obligado a darse polvos para apagar el fuego producido por la navaja. Parecía dispuesto a acompañar a los dos hermanos hasta su casa y los invitaba calurosamente a tomar cualquier cosa en la terraza de un café. Antoine precipitó la despedida mandando parar un taxi. El señor Faïsme en persona puso sobre el asiento los bártulos de Jacques, y cuando el coche se puso en movimiento, aun a riesgo de pillarse las punteras de sus brillantes zapatos, volvió a inclinarse sobre la portezuela para estrechar con efusión las manos de ambos muchachos y encargar a Antoine que presentara sus humildes respetos al señor fundador.

Jacques lloraba.

Todavía no había dicho ni una sola palabra ni hecho el menor gesto para responder a la cordial acogida de su hermano. Pero esta postración aumentaba la compasión de Antoine y los nuevos sentimientos que le henchían el corazón. Si alguien hubiera podido recordarle su animosidad de la víspera la hubiera negado, afirmando de la mejor buena fe que nunca había dejado de sentir que el regreso del niño daba por fin un objetivo a su existencia, hasta entonces desesperadamente vacía y estéril.

Cuando hizo entrar a su hermano en su casa y cerró la puerta a su espalda, experimentaba la misma sensación de alegría de un amante que hace a su primera querida los honores de un nido preparado especialmente para ella. Se le ocurrió esta idea y se rió de sí mismo, pero le importaba poco hacer el ridículo: se sentía feliz y bondadoso. Y aunque acechaba sin éxito alguna lucecilla de satisfacción en el rostro de su hermano, no dudaba ni por un momento de llevar a buen término la tarea emprendida.

La habitación de Jacques había sido visitada a última hora por la señorita: había encendido el fuego para que el cuarto estuviese más acogedor y había puesto bien a la vista un plato de pasteles con almendras, espolvoreados con azúcar y vainilla, una



especialidad del barrio por la cual Jacques había mostrado siempre una predilección especial. En la mesilla, en un vaso, había un ramito de violetas del cual pendía una banderola de papel recortado, en la cual Gisèle había escrito con letras de colores:

*Para Jacquot.*

Pero Jacquot no se dio cuenta de ninguno de estos preparativos. Apenas hubo entrado y mientras Antoine se despojaba del abrigo, se sentó junto a la puerta con el sombrero en la mano.

—¡Vamos, echa un vistazo a tus dominios! —gritó Antoine.

El niño se reunió con él sin apresuramiento, echó una mirada indiferente a las otras habitaciones y volvió a sentarse. Parecía esperar algo y temerlo.

—¿Quieres que subamos a verles? —propuso Antoine. En el estremecimiento de Jacques comprendió que éste no pensaba en otra cosa desde su llegada. Su fisonomía se puso lívida. Había cerrado los ojos, pero se levantó inmediatamente como si al mismo tiempo estuviera aterrado por la proximidad del momento fatal, e impaciente por salir de él.

—Entonces, vamos. No haremos sino entrar y salir —añadió Antoine para animarle.

El señor Thibault les esperaba en su despacho. Se sentía de buen humor; el cielo era bello, se acercaba la primavera, y por la mañana, cuando asistió a misa mayor en la parroquia, se había complacido en repetirse que con toda seguridad el domingo siguiente estaría sentado en aquel mismo lugar un nuevo miembro del Instituto. Se adelantó hacia sus hijos y abrazó al pequeño. Jacques sollozaba. El señor Thibault vio en estas lágrimas una prueba de su remordimiento y de sus buenas intenciones; se conmovió más de lo que quería dar a entender. Obligó al niño a que se sentara en uno de los sillones de alto respaldo que había a ambos lados de la chimenea, y de pie, con las manos en la espalda y andando de un lado para otro, según su costumbre, pronunció una breve amonestación, firme y paternal al mismo tiempo, recordando las condiciones bajo las cuales Jacques tenía la dicha de reintegrarse al hogar paterno, y recomendándole que tuviera para Antoine la misma sumisión y respeto que si se tratara de él mismo.

Un visitante inesperado acortó la perorata; era un futuro colega y el señor Thibault, no queriendo dejarle consumirse de impaciencia en el salón, despidió a sus hijos. No obstante, les acompañó hasta la puerta de su despacho, y mientras que con una mano levantaba la cortina posó la otra sobre la cabeza del pupilo arrepentido. Jacques sintió que los dedos paternos le acariciaban el pelo y golpeaban afectuosamente su nuca con una familiaridad tan nueva para él que no pudo contener la emoción y, volviéndose, cogió aquella manaza fofa para llevársela a los labios. El señor Thibault, sorprendido, hizo un gesto de desagrado y retiró la mano con una

sensación de malestar.

—Vamos, vamos... —masculló, repitiendo varias veces el gesto de estirar el cuello. Esta sensiblería no le presagiaba nada bueno.

Encontraron a la señorita, que vestía a Gisèle para las vísperas. Al ver entrar, en lugar de aquel diablillo turbulento que esperaba, a este muchachote pálido, de ojos encarnados, la señorita juntó las manos y la cinta que estaba atando en el pelo de la chiquilla se le escapó de entre los dedos. Era tanta su sorpresa que apenas si se atrevía a abrazarle.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Pero eres tú? —dijo por último, arrojándose sobre él. Le estrechaba contra su toquilla, luego retrocedía para mirarle, y sus ojos brillantes devoraban el rostro de Jacques sin lograr encontrar en él las facciones que le eran tan queridas.

Gise, aún más decepcionada y bastante tímida, miraba a la alfombra, mordiéndose los labios para no romper a reír. Ella fue, sin embargo, quien obtuvo la primera sonrisa de Jacques.

—¿Ya no me conoces? —preguntó el muchacho yendo hacia ella. El hielo estaba roto. La chiquilla se echó en sus brazos y luego empezó a brincar como un cabritillo, sin soltarle la mano. Pero aquel día no se atrevió a hablarle, ni siquiera para preguntarle si había visto sus flores.

Descendieron a la planta baja todos juntos. Gisèle seguía sin soltar la mano de su Jacquot y se adhería a él silenciosamente, con la sensualidad de un animal joven. Se separaron al pie de la escalera. Ahora bien, bajo la bóveda, Gisèle se volvió y, a través de la puerta de cristales, le envió con ambas manos un largo beso: que Jacques ni vio.

Cuando se encontraron solos y en su casa, Antoine comprendió a la primera ojeada que Jacques experimentaba un vivo consuelo como consecuencia de haber vuelto a ver a los suyos y que su estado había mejorado ya.

—¿Crees que vamos a estar aquí bien tú y yo? ¡Contesta!

—Sí.

—Pues entonces siéntate y ponte a gusto; coge ese sillón: ya verás qué bien se está. Voy a hacer té. ¿Tienes hambre? Vé por los pasteles.

—No; gracias.

—¡Es que yo sí tengo! —Nada podía alterar el buen humor de Antoine. Este trabajador solitario descubría por fin la dulzura de amar, de proteger, de compartir. Reía sin motivo. Era una embriaguez de felicidad que le hacía tan expansivo como nunca lo había sido.

—¿Un pitillo? ¿No? ¿No? Te has quedado mirándome... ¿Es que no fumas? ¡Me estás mirando todo el tiempo como si... como si te estuviera preparando alguna encerrona! ¡Vamos, hombre, un poco de abandono, qué demonio; un poco de confianza! ¡Ya no estás en el reformatorio! ¿Es que sigues desconfiando de mí, eh?

—No.

—¿Entonces, qué te pasa? ¿Tienes miedo de que te haya engañado, de que te haya hecho volver para que no tengas tanta libertad como esperabas?

—No...

—¿Entonces? ¿Qué es lo que hay dentro de esa cabeza tan dura? ¿Eh?

Se acercó al niño y estuvo a punto de inclinarse sobre él y besarle, pero no lo hizo. Jacques levantó hacia su hermano los ojos taciturnos; comprendió que estaba esperando una contestación:

—¿Por qué me preguntas todo eso? —dijo. Y con un ligero estremecimiento, en voz muy baja, añadió—: ¿Y qué puede importar?

Hubo un momento de silencio. Antoine envolvía a su hermano en una mirada tan compasiva que Jacques sintió nuevamente deseos de llorar.

—Tú eres ahora como un enfermo —afirmó Antoine con tono apesadumbrado—. Pero eso pasará, no te preocupes. Tú deja que te cuiden..., que te quieran —añadió con timidez, sin mirar al niño—. Todavía no nos conocemos bien. Date cuenta: nueve años de diferencia era un abismo entre nosotros mientras tú eras un niño. Sólo tenías once años cuando yo ya tenía veinte; no podía haber nada de común entre nosotros. Pero ahora ya no es lo mismo de ninguna manera. No sé incluso si antes te quería; ni siquiera pensaba en ello. Ya ves que soy sincero. Pero creo que ahora también esto ha cambiado. Estoy muy contento, hasta muy emocionado de verte aquí, a mi lado. La vida va a ser más fácil para los dos y mucho mejor, ¿no crees? Mira, cuando vuelva del hospital, estoy seguro que me daré más prisa para llegar antes a nuestra casa. Y te encontraré aquí, sentado ante tu mesa, después de haber trabajado con ahínco, ¿verdad? Por la noche bajaremos temprano. Cada uno se instalará en su sitio, bajo la lámpara, y dejaremos las puertas abiertas para vernos, para sentirnos acompañados... Otras noches, sin embargo, nos pondremos a hablar y hablar, como dos amigos, sin que no parezca nunca que ha llegado el momento de acostarnos... ¿Qué te pasa; estás llorando?

Se acercó a Jacques, se sentó en el brazo del sillón y, tras un breve momento de vacilación le cogió la mano. Jacques apartaba la cara llena de lágrimas, pero conservaba entre las suyas la mano de Antoine y durante un buen rato la estrechó febrilmente, hasta hacerle daño.

—¡Antoine! ¡Antoine! —exclamó por último con voz ahogada—. ¡Si supieras todo lo que ha pasado en mí desde hace un año!...

Sollozaba tan fuerte que Antoine se cuidó mucho de interrogarle. Había pasado el brazo sobre los hombros de Jacques y le tenía estrechado contra sí cariñosamente. Ya otra vez, cuando su primera expansión en la oscuridad del coche, había conocido esta embriaguez de compasión, esta repentina superabundancia de fuerza y de voluntad para los dos. Y a partir de entonces se le había ocurrido muchas veces una idea que, esta noche, tomaba de repente un extraño relieve. Se puso en pie y comenzó a pasear por la habitación.

—Mira —comenzó con una exaltación especial—: no sé por qué te hablo de esto hoy mismo. Por otra parte, ya tendremos ocasión de volver sobre ello. Fíjate; pienso en esto: que somos dos hermanos. Parece que no es nada, y sin embargo, para mí, es una cosa completamente nueva y muy importante. ¡Hermanos! No solamente la misma sangre, sino las mismas raíces desde el comienzo de los siglos; exactamente el mismo chorro de savia, el mismo impulso. No somos dos individuos solamente: Antoine y Jacques; somos dos Thibault, somos los Thibault. ¿Comprendes lo que quiero decir? Y lo que es terrible es precisamente tener dentro de sí este impulso, este mismo impulso, el impulso de los Thibault, ¿comprendes? Nosotros, los Thibault, no somos como los demás. Creo incluso que tenemos algo más que los otros, precisamente a causa de eso: de que somos Thibault. Yo, por todos los sitios que he pasado: por el colegio, por la Facultad, por el hospital; en todas partes me he sentido un Thibault, un ser..., no me atrevo a decir superior, y sin embargo..., sí, ¿por qué no?; sí, superior, armado de una fuerza que los demás no tienen. Y tú, piénsalo. ¿En el colegio, a pesar de ser un mal estudiante no sentías ese impulso interior que te hacía sobresalir de los demás *en fuerza*?

—Sí —contestó Jacques, que ya no lloraba. Contemplaba a su hermano con un interés apasionado y su fisonomía había adquirido de improviso una expresión de inteligencia y madurez que le hacía parecer diez años mayor de lo que era.

—Hace mucho tiempo que lo he comprobado —prosiguió Antoine—. En nosotros debe haber una combinación excepcional de orgullo, de violencia, de obstinación; no sé cómo decirlo. Fíjate, por ejemplo, en papá... Pero tú no le conoces bien. Por otra parte, papá es otra cosa también. Pues bien —continuó después de una pausa, viniendo a sentarse frente a Jacques, con el busto inclinado y las manos apoyadas en las rodillas, como hacía el señor Thibault—: lo que quería decirte hoy es que esa fuerza secreta aparece incesantemente en mi vida, no sé cómo explicarlo, como una especie de ola, como una de esas olas enormes que cuando estamos andando nos levantan y nos llevan con ellas, haciéndonos franquear de un salto un espacio enorme. ¡Ya lo verás! Es maravilloso. Pero hay que saber sacarle partido. Nada resulta imposible y ni siquiera difícil cuando se tiene esa fuerza. Y tú y yo la tenemos. ¿Comprendes? Yo, por ejemplo... Pero no lo digo por mí. Hablemos de ti. Ahora es el momento de medir esa fuerza en ti, de conocerla, de servirte de ella. Puedes ganar de un golpe todo el tiempo que has perdido, si quieres hacerlo. ¡Querer! No todo el mundo puede querer. (Por otra parte no hace mucho tiempo que lo he comprendido así.) Yo puedo querer. Y tú también puedes querer. Los Thibault pueden querer. Y por eso los Thibault pueden emprenderlo todo. ¡Adelantar a los demás! ¡Imponerse! No hay más remedio. Es necesario que esta fuerza, oculta en una raza, aflore por fin, y somos nosotros los que hemos de hacer florecer el árbol Thibault: ¡el florecimiento de una estirpe! ¿Lo comprendes? —Jacques seguía con sus ojos fijos en los de Antoine, con una atención dolorosa—. ¿Lo comprendes, Jacques?

—¡Claro que lo comprendo! —exclamó casi gritando. Sus ojos claros brillaban;

en su voz vibraba una especie de irritación. En la comisura de sus labios había una mueca extraña: hubiérase dicho que reprochaba a su hermano haberle trastornado el espíritu con esta confianza inesperada. Sintió un estremecimiento rápido; a continuación sus facciones se relajaron y tomó una expresión de extrema fatiga.

—¡Déjame! —dijo de repente, dejando caer la frente entre las manos.

Antoine se había callado. Contemplaba a su hermano. ¡Cuán to había adelgazado y palidecido todavía desde hacía quince días! Su pelo rojizo, cortado al rape, ponía de manifiesto el volumen anormal de la cabeza y hacía más visible la separación de las orejas, la fragilidad de la nuca. Antoine observó la piel transparente de las sienes, su color marchito, sus ojeras.

—¿Te has corregido? —preguntó de improviso.

—¿De qué? —murmuró Jacques. La limpidez de su mirada se turbó. Enrojeció, pero conservó una expresión de extrañeza que era fingida.

Antoine no contestó.

Se iba haciendo tarde. Consultó el reloj y se levantó; tenía que hacer la segunda visita hacia las cinco. Sentía tener que decir a su hermano que iba a dejarle solo hasta la cena; ahora bien, en contra de sus suposiciones, Jacques pareció casi contento de ver que se marchaba.

Efectivamente, una vez solo, se sintió como aliviado. Se le ocurrió la idea de recorrer el piso. Pero en el recibimiento, delante de las puertas cerradas se sintió oprimido por una angustia inexplicable; volvió a su cuarto y se encerró. Apenas si había mirado su habitación. Por fin vio el ramito de violetas, la banderola. Todos los detalles del día se confundían en su memoria: la acogida del padre, la conversación con Antoine. Se tumbó en el sofá y comenzó de nuevo a llorar; lloraba sin pena; lloraba sobre todo de agotamiento, así como a causa de la habitación, de las violetas, de aquella mano que el padre había posado sobre su cabeza, de las atenciones de Antoine, de esta vida nueva y desconocida; lloraba porque le parecía encontrarse rodeado de afecto; porque ahora iban a ocuparse de él, a hablarle, a sonreírle; porque tendría que contestar a todo, porque se le había terminado la tranquilidad.

## IX

ANTOINE, para suavizar la transición, había aplazado hasta el mes de octubre la entrada de Jacques en un liceo. Con la ayuda de antiguos compañeros, estudiantes de la Universidad, había preparado un programa de estudios recapitulativos que tenían por objeto reeducar progresivamente la inteligencia del niño. Tres profesores diferentes compartían la tarea. Todos eran jóvenes, amigos. El alumno benévolo trabajaba sus horas y de acuerdo con su capacidad de atención. Antoine tuvo pronto el placer de comprobar que la soledad del reformatorio no había causado a las facultades mentales de su hermano los perjuicios que se hubieran temido; en cierto aspecto incluso su inteligencia había madurado considerablemente en la soledad; hasta el extremo de que, después de un principio bastante lento los progresos se hicieron mucho más rápidos de lo que Antoine se hubiera atrevido a esperar. Jacques hacía uso de la independencia que le había sido concedida, sin abusar de ella. Por otra parte, sin decírselo a su padre, pero con el asentimiento tácito del abate Vécard, Antoine apenas si temía los inconvenientes de la libertad. Comprendía que la naturaleza de Jacques era pródiga y que había muchas ventajas en dejarla desarrollarse a su manera y en su propio sentido.

Durante los primeros días, el niño había sentido una viva repugnancia en salir de casa. La calle le aturdió. Antoine tuvo que ingeniárselas para encontrar recados que hacer para obligarle a tomar el aire. De esta forma reanudó Jacques sus relaciones con el barrio. Muy pronto, incluso, empezaron a gustarle estos paseos. El tiempo era bueno; le gustaba seguir por los muelles hasta Nôtre Dame, o bien vagabundear por las Tullerías. Cierta día llegó hasta a entrar en el museo del Louvre, pero encontró el aire tan sofocante, tan lleno de polvo y tan monótona la disposición de los cuadros que salió en seguida y no volvió por allí.

En las comidas permanecía silencioso; escuchaba a su padre. Por otra parte, aquel hombre corpulento era tan autoritario y de un trato tan áspero que todos los seres obligados a vivir en su hogar se refugiaban silenciosamente detrás de una máscara. Incluso la señorita, a pesar de su admiración beatífica ocultaba incesantemente su verdadera personalidad. El señor Thibault se aprovechaba de este silencio respetuoso que dejaba libre curso a su necesidad de imponer sus propias opiniones y que ingenuamente confundía con una aprobación general. Con respecto a Jacques mantenía una gran reserva, y, fiel a sus compromisos, nunca le preguntaba acerca de cómo empleaba el tiempo.

Había un extremo, sin embargo, en el que el señor Thibault se había mostrado inflexible: había prohibido formalmente toda clase de relaciones con los Fontanin y, para mayor garantía, había decidido que aquel año Jacques no apareciera por Maisons-Laffitte, adonde el señor Thibault iba a instalarse todas las primaveras con la señorita, y donde los Fontanin poseían igualmente una pequeña propiedad en los

linderos del bosque. Se acordó que aquel verano Jacques se quedaría en París, como Antoine.

La prohibición de volver a ver a los Fontanin fue objeto de una seria conversación entre Antoine y su hermano. La primera reacción de Jacques fue de rebeldía: tenía la sensación de que la injusticia pasada no sería borrada nunca en tanto perdurara aquella prevención contra su amigo. Reacción violenta que no desagradó a Antoine; veía en ella una prueba de que Jacques, el Jacques auténtico, renacía. Ahora bien, cuando este primer movimiento de ira se hubo pasado, se dedicó a razonar con el pequeño. Por otra parte, no le costó mucho trabajo obtener de él la promesa de que no trataría de ver a Daniel. En realidad, Jacques no tenía tanto interés en ello como hubiera podido pensarse. Aún estaba demasiado salvaje para desear otras relaciones, y la intimidad con su hermano le era suficiente; con mayor motivo puesto que Antoine se esforzaba en vivir con él en un plano de absoluta camaradería, sin que nada pudiera marcar la diferencia de edad y menos aún la autoridad de que había sido investido.

En los primeros días de junio, volviendo Jacques a su casa vio un corrillo de gente en el portal: la madre Fruhling acababa de sufrir un ataque y yacía atravesada delante de la portería. Recobró el sentido aquella misma tarde, pero el brazo y la pierna del lado derecho no respondían.

Algunos días después, cuando Antoine iba a salir, llamaron a la puerta. Una *gretchen* con una blusa de color rosa y un delantal negro apareció en el quicio de la puerta. Sonrojada, sonrió con desenvoltura:

—Vengo a arreglar la casa. ¿Ya no se acuerda de mí el señorito Antoine? Soy Lisbeth Fruhling...

Tenía el acento de Alsacia, aún más ceceante en sus labios infantiles. Antoine recordaba perfectamente a «la huérfana de la madre Fruhling», que de pequeña saltaba a la pata coja en el patio. Explicó que había venido de Estrasburgo para cuidar a su tía y sustituirla en sus obligaciones; acto seguido comenzó las faenas.

De la misma forma volvió todos los días. Traía la bandeja y asistía el desayuno de los dos hermanos. Antoine le gastaba bromas acerca de sus rubores repentinos y la preguntaba cosas de la vida en Alemania. Tenía diecinueve años; en los seis años transcurridos desde que dejara la casa había vivido con un tío suyo que tenía un hotel en Estrasburgo, en el barrio de la estación. Mientras Antoine estaba presente, Jacques intervenía algo en la conversación, pero cuando se quedaba en la casa a solas con Lisbeth procuraba evitarla.

No obstante, los días que Antoine estaba de guardia, la muchacha llevaba el desayuno a la habitación de Jacques. Entonces la preguntaba por su tía y Lisbeth no le perdonaba ningún detalle: mamá Fruhling se iba recuperando, pero muy despacito; el apetito era mejor de día en día. Lisbeth sentía un verdadero respeto por la alimentación. Era menudita, rolliza, y la elasticidad de su cuerpo denotaba su pasión

por el baile, los juegos y las canciones. Cuando se reía miraba a Jacques sin el menor embarazo. Una carita despierta, la naricilla corta, los labios frescos y ligeramente abultados, ojos de porcelana y la frente aureolada por un halo de cabellos, más que rubios, pajizos.

A medida que transcurrían los días, Lisbeth iba prolongando su charla. La timidez de Jacques desaparecía. Escuchaba con atención; tenía una forma de escuchar que siempre le había hecho propicio a las confidencias: secretos de las criadas, de discípulos e incluso, algunas veces, de profesores. Lisbeth le hablaba con mayor libertad que a Antoine, pese a mostrarse más infantil con el hermano mayor.

Una mañana observó que Jacques hojeaba un diccionario alemán y perdió lo poco que la quedaba de cortedad. Quiso ver qué era lo que traducía, y se enterneció ante un *lied* de Goethe que se sabía de memoria y que incluso cantaba:

*Fliesse, Fliesse, lieber Fluss  
Nimmer werd' ich froh...*

La poesía alemana tenía el don de trastornarle la cabeza. Canturreó algunas estrofas, explicando los primeros versos. Lo que le parecía más bello era siempre triste y pueril.

*Si yo fuera una golondrina,  
cómo volaría hacia ti...*

Sin embargo, sentía verdadera predilección por Schiller. Se recogió durante un instante y recitó de un tirón un fragmento, por el que sentía una atracción singular: ese pasaje de *María Estuardo* en el que la joven reina consigue poder dar algunos pasos por los jardines de su prisión y se lanza sobre la hierba, deslumbrada por el sol, embriagada de juventud. Jacques no comprendía todas las palabras. I-a muchacha iba traduciendo al mismo tiempo y, para expresar este impulso hacia la libertad, encontró unos acentos tan puros que Jacques, pensando en Crouy, sintió que su corazón se enternecía. A retazos, después de muchas reticencias, empezó a contar sus desgracias. Vivía todavía tan solo y hablaba en tan raras ocasiones que el sonido de su propia voz le hacía sentirse en seguida como si estuviera embriagado. Se animó y falseó la verdad a su gusto, deslizando en su relato toda clase de reminiscencias literarias, ya que desde hacía dos meses la mayor parte de su trabajo consistía en devorar las novelas que Antoine tenía en su biblioteca. Notaba perfectamente que estas transposiciones románticas tenían sobre la sensibilidad de Lisbeth una acción mucho más intensa de la que hubiera obtenido la pobre realidad. Y cuando vio a la linda muchacha enjugarse los ojos, en la actitud de Mignon llorando a su patria, sintió una



voluptuosidad de artista que le era todavía desconocida e implicaba tanta gratitud, que, temblando de esperanza, se preguntó si aquello sería amor.

Al día siguiente la esperó con impaciencia. La muchacha tal vez lo sospechara; le traía un álbum lleno de postales, de autógrafos, de flores secas: su vida de adolescente durante tres años, toda su vida. Jacques la acosaba a preguntas; le gustaba asombrarse y se asombraba por todo aquello que no conocía. Las historias de Lisbeth estaban jalonadas por detalles indudables que no permitían sospechar de su buena fe; sin embargo, cuando sus mejillas se coloreaban y su voz se hacía más lenta tenía ese aspecto de inventar, de mentir, que se observa en las personas que tratan de contar un sueño. Se estremecía de placer hablando de las veladas invernales en la *Tanzchule*, donde se reunían los muchachos y las muchachas del barrio. El profesor de baile, armado de un violín, perseguía a las parejas marcando el compás, en tanto que la señora ponía en la pianola los últimos vales vieneses. A media noche se comía. Luego, en grupos bullidores, se perdían en la noche y se acompañaban de casa en casa, sin poderse separar; tan grata resultaba la nieve que crujía bajo los pies, el cielo puro y el aire limpio que azotaba las mejillas. En ocasiones se mezclaban algunos suboficiales a los bailarines habituales. Uno de ellos se llamaba Fredi, otro, Will; Lisbeth dudó un buen rato antes de señalar en la fotografía de un grupo de uniforme al muñecote de madera que llevaba este nombre de Will.

—*Ach* —dijo la muchacha, frotando el retrato con la manga—. ¡Es tan noble, tan romántico! —Había tenido que ir a su casa, porque había un asunto de una cítara, unas frambuesas y leche cuajada, en medio del cual se interrumpió con una risotada inesperada y que no terminó. Tan pronto llamaba a Will su novio, como hablaba de él dando a entender que le había perdido para siempre. Jacques acabó por comprender que había sido enviado a una guarnición de Prusia, después de un episodio tenebroso y ridículo cuyo recuerdo la hacía estremecerse de terror para estallar en carcajadas acto seguido: se trataba de la habitación de un hotel, en el fondo de un pasillo, cuyo entarimado rechinaba; pero a partir de ahí todo se hacía incomprensible; la habitación debía de estar situada en el mismo hotel de Fruhling, porque si no, el viejo tío no hubiera podido perseguir al suboficial por el patio, en plena noche, y echarle a la calla en camisa y descalzo. Lisbeth añadía, a modo de explicación, que su tío quería casarse con ella para que atendiera la casa; decía también que su tío tenía un labio leporino en el que ardía durante todo el día un cigarro que olía a brea; y, dejando de sonreír, sin transición, se puso a llorar.

Jacques estaba delante de su mesa. El álbum estaba abierto ante él. Lisbeth se había colocado sobre el brazo del sillón; cuando se inclinaba, el muchacho respiraba su aliento y sus rizos le hacían cosquillas en la oreja. No experimentaba ninguna turbación de los sentidos. Había conocido la perversión; pero ahora le solicitaba un mundo distinto del que creía descubrir en su interior, que exhumaba de una novela inglesa leída recientemente: el amor casto, un sentimiento de plenitud dichosa y de

pureza.

Durante toda la jornada su imaginación no dejó de preparar hasta en los menores detalles la entrevista del día siguiente: estaban solos en el piso y nadie había de molestarles durante la mañana; había sentado a Lisbeth en el sofá, en la parte de la derecha; la muchacha inclinaba la cabeza hacia adelante y él, de pie, distinguía su cogote bajo los ricillos juguetones, en el escote de la blusa; la joven no se atrevía a levantar los ojos; Jacques se inclinaba:

—No quiero que te vuelvas a marchar...

Entonces ella levantaba la cabeza con una mirada interrogante, y él contestaba con un beso en la frente: el beso de novios.

—Dentro de cinco años habré cumplido los veinte. Le diré a papá: «Ya no soy un niño.» Si me dicen: «Es la sobrina de la portera», entonces... —Hizo un gesto de amenaza—. ¡Mi novia! ¡Mi novia...! ¡Eres mi novia! —Su habitación le parecía demasiado pequeña para tanta alegría. Salió. El aire era cálido. Se movía con voluptuosidad en la luz—. ¡Mi novia! ¡Mi novia! ¡Es mi novia!

Al día siguiente dormía tan profundamente que ni siquiera oyó llamar, y saltó de la cama al oír su risa en la habitación de Antoine. Cuando se unió a ellos, Antoine ya había desayunado y, preparado para salir, tenía a Lisbeth cogida por los hombros con las dos manos:

—¿Me oyes? —amenazaba—. Si vuelves a dejarla que tome café tendrás que entendértelas conmigo.

Lisbeth reía incrédula. Se negaba a creer que un buen café con leche, a la alemana, con bien de azúcar y tomado muy caliente, pudiera nunca perjudicar en lo más mínimo a mamá Fruhling.

Se quedaron solos. La muchacha había puesto en la bandeja las tortas de anís que había hecho la víspera para él y le miraba con afecto mientras comía. Jacques se odiaba a sí mismo por tener hambre. Nada de esto estaba previsto; no sabía cómo ajustar la realidad a la escena preparada con tanta meticulosidad. Para colmo de desgracias, llamaron a la puerta. Era una sorpresa: la madre Fruhling entró renqueando; todavía no podía valerse, pero estaba mejor, mucho mejor y venía a saludar al señorito Jacques. Lisbeth tuvo luego que ayudarla a volver a la portería e instalarla en su sillón. Pasaba el tiempo y Lisbeth no volvía. Jacques no había podido nunca soportar la adversidad de las circunstancias. Iba y venía abocado a una contrariedad que tenía muchos puntos de semejanza con sus accesos de cólera de antaño. Apretaba las mandíbulas y hundía los puños en los bolsillos. Empezó a sentir rencor contra ella.

Cuando por fin reapareció, Jacques tenía la boca seca y la mirada irritada; estaba tan nervioso por la espera que las manos le temblaban. Fingió tener trabajo. La muchacha apresuró las faenas y se despidió. Inclinado sobre sus libros, con la muerte en el alma, la dejó marchar. Pero tan pronto como estuvo solo se echó hacia atrás y en

sus labios se dibujó una sonrisa tan perfectamente amarga que se acercó al espejo para poder deleitarse con ella objetivamente. Por vigésima vez, su imaginación le representaba la escena convenida: Lisbeth sentada, él de pie, el cogote... Se sintió tan descorazonado que se cubrió los ojos con las manos y se arrojó sobre el sofá para llorar. Pero las lágrimas no venían. Solamente sentía nerviosismo y rencor.

Al día siguiente, cuando entró, tenía un aspecto tan acongojado que Jacques lo tomó como un reproche y su resentimiento desapareció inmediatamente. En realidad, la muchacha acababa de recibir de Estrasburgo una mala noticia: su tío la reclamaba; el hotel estaba lleno; Fruhling consentía en aguardar todavía una semana, pero nada más. Había pensado enseñar la carta a Jacques; pero se acercó a ella con una mirada tan tímida y conmovedora que no quiso decirle nada que fuera triste. Distráida, se sentó en el sofá, precisamente en el lugar en que él había decidido que estaría, y el muchacho permanecía de pie, en el mismo sitio en que se había visto a sí mismo. La muchacha bajó la cabeza y Jacques distinguió bajo los rizos el cogote que se perdía en el escote de la blusa. Se inclinaba ya como un autómatas cuando ella levantó la cabeza, un poco antes de lo previsto. Le miró con sorpresa, sonrió, le hizo sentarse en el sofá, atrayéndole hacia sí y, sin la menor vacilación, unió su rostro al de Jacques, juntando sus sienes y rozando con su mejilla cálida la del muchacho.

—Cariño... *Liebling*...

Creyó morir de gozo y cerró los ojos. Notó cómo los dedos de Lisbeth, cuyas yemas estaban picadas por la aguja, le acariciaban la mejilla libre, se insinuaban en su cuello; el botón cedió. Sintió un estremecimiento delicioso. La manita magnética, deslizándose por entre la camisa y la carne vino a acurrucarse en su pecho. Entonces, también él aventuró dos dedos que apartaron un broche. La misma Lisbeth se desabrochó la blusa para ayudarle. El muchacho contenía la respiración. Su mano acarició una carne desconocida. La muchacha hizo un movimiento brusco, como si la hubiera hecho cosquillas, y de repente Jacques sintió la masa cálida de un seno que se deslizaba en la palma de su mano. Se ruborizó y la besó torpemente. Ella le devolvió el beso ardientemente, en plena boca: el muchacho se quedó desconcertado, incluso un poco contrariado por la frescura de esta saliva extraña después del ardor del beso. Lisbeth había vuelto a unir su rostro al de Jacques y no se movía; Jacques sentía las pestañas que se agitaban junto a su sien.

Desde entonces este fue el rito cotidiano. Lisbeth se quitaba el broche en el recibimiento y, según entraba, lo prendía en la cortina. Ambos se instalaban en el sofá, las mejillas juntas, las manos en su tibio refugio y permanecían silenciosos. O bien la muchacha comenzaba alguna balada alemana que hacía que se les saltaran las lágrimas, y durante largos ratos balanceaban sus cuerpos al mismo compás, mezclando sus alientos, sin desear otros goces. Si los dedos de Jacques se agitaban un poco bajo la ropa, si movía un poco la cabeza para rozar con sus labios la mejilla de

Lisbeth, le miraba con unos ojos que siempre parecían pedirle que fuera amable con ella y suspiraba:

—Sea bueno...

Por otra parte, una vez en su sitio, las manos permanecían quietas. Por un acuerdo tácito, Lisbeth y Jacques evitaban las caricias inéditas. Su abrazo estaba por completo en esta presión paciente y continuaba de sus rostros, así como en esta caricia que procuraba a los dedos la tibia palpitación de sus pechos cada vez que respiraban. Por lo que respecta a Lisbeth, que muy a menudo parecía cansada, descartaba sin ningún trabajo todo apetito de los sentidos: al lado de Jacques se embriagaba de pureza y poesía. En cuanto a él, ni siquiera tenía que rechazar una tentación más precisa: estas caricias castas encontraban su fin en sí mismas; ni siquiera se le ocurría la idea de que pudieran ser el prelude de otros ardores. Si algunas veces la tibieza de este cuelgo femenino le ocasionaba una turbación física, era casi sin que se diera cuenta: se habría muerto de horror y vergüenza solamente con pensar en que Lisbeth pudiera notarlo. Junto a ella nunca le había asaltado un deseo impuro. Era completa la disociación entre su alma y su carne. El alma pertenecía a la amada; la carne llevaba una vida solitaria en un mundo distinto, en un mundo nocturno en que Lisbeth no entraba. Algunas noches le sucedía que, no pudiendo conciliar el sueño, se lanzaba fuera de las sábanas, se arrancaba la camisa delante del espejo, se besaba los brazos y se acariciaba el cuerpo con un ardor frenético, pero era siempre solo, lejos de ella; la imagen de Lisbeth no venía nunca a unirse al cortejo habitual de sus evocaciones.

Sin embargo, para Lisbeth se acercaba la fecha de la marcha; tenía que abandonar París el domingo siguiente, en el tren de la noche, y no había tenido valor para advertir a Jacques.

Aquel domingo, a la hora de la cena, Antoine volvió a casa sabiendo que su hermano estaba arriba. Lisbeth esperaba. Llorando se reclinó sobre su hombro.

—¿Entonces? —preguntó Antoine con una sonrisa extraña.

La muchacha hizo señas de que no.

—¿Y te marchas ya?

—Sí.

Antoine hizo un gesto de impaciencia.

—¡También es culpa suya! —dijo Lisbeth—: Ni siquiera piensa en ello.

—Me habías prometido que pensarías tú por él.

Se le quedó mirando. Hasta cierto punto le despreciaba. No podía comprender que para ella, Jacques «no era lo mismo». Pero Antoine era guapo; le gustaba su aspecto formal y le perdonaba que fuera como los demás.

Había prendido el broche en la cortina y se desnudaba con aspecto distraído, pensando ya en el viaje. Cuando Antoine la cogió entre sus brazos, la muchacha dejó escapar una risa entrecortada que se perdió en su garganta:

—*Liebling*... Sé bueno en esta nuestra última noche...

Antoine estuvo ausente durante toda la velada. Hacia las once Jacques le oyó volver y entrar en su habitación sin hacer ruido. Iba a acostarse y no le llamó.

Al meterse en la cama, su rodilla tropezó con algo duro: un paquete; una sorpresa. Envueltas en papel de estaño había algunas tortitas de anís rezumando caramelo, y doblado en un pañuelo de seda con las iniciales de Jacques, una cartita en papel malva:

*¡A mi bien amado!*

Hasta ahora nunca le había escrito. Era como si esta noche hubiera venido para reclinarsse a la cabecera de su cama. Mientras abría el sobre reía gozoso:

«Señorito Jacques:

»Cuando usted encuentre esta carta querida, yo ya estaré muy lejos...»

Los renglones se emborronaban; su frente se cubrió de sudor.

«... estaré muy lejos, porque esta noche me voy en el tren que sale a las veintidós doce de la estación del Este, hacia Estrasburgo...»

—¡Antoine! —Fue un grito tan desgarrador que Antoine vino corriendo, creyendo a su hermano herido.

Jacques estaba sentado sobre la cama, con los brazos abiertos, la boca semicerrada y los ojos suplicantes: hubiérase dicho que se moría y que Antoine era el único que podía salvarle. La carta yacía sobre las sábanas. Antoine la leyó sin sorpresa: acababa de acompañar a Lisbeth al tren. Se inclinó sobre su hermano, pero éste le detuvo:

—Cállate, cállate... Tú no puedes saber, Antoine; no puedes comprenderlo...

Empleaba las mismas palabras que Lisbeth. Su rostro había adquirido una expresión torpe y su mirada una fijeza, una pesadez que recordaban al niño de antes. Repentinamente su pecho se infló, sus labios empezaron a temblar, y, como si tratara de defenderse contra alguien, se volvió y se dejó caer sollozando sobre la almohada. Uno de sus brazos permanecía colgando; Antoine acarició aquella mano que inmediatamente se crispó sobre la suya y la estrechó afectuosamente. No sabía qué decir; contemplaba la espalda encorvada de su hermano, sacudida por los sollozos. Una vez más sentía la revelación de este fuego oculto bajo la ceniza, siempre dispuesto a revivir, y comprendía la vanidad de sus pretensiones educadoras.

Transcurrió media hora; la mano de Jacques se soltó; ya no lloraba: jadeaba. Poco a poco la respiración se hizo más regular; se estaba durmiendo. Antoine no se movía, no atreviéndose a marcharse. Pensaba con angustia en el porvenir de este pequeño. Esperó otra media hora; luego se marchó, andando de puntillas y dejando las puertas entornadas.

Al día siguiente, Jacques dormía todavía o fingía dormir cuando Antoine salió de

casa.

Se encontraron arriba, en la mesa familiar. Jacques tenía las facciones cansadas. Un gesto desdeñoso en la comisura de los labios y ese aspecto de los niños que se enorgullecen de sentirse incomprendidos. Durante toda la comida, su mirada evitó la de Antoine; ni siquiera quería ser compadecido. Antoine comprendió. Al fin y al cabo, tampoco tenía mucho interés en hablar de Lisbeth.

Su vida recobró su curso como si no hubiera sucedido nada.

## X

UNA tarde, antes de cenar, Antoine tuvo la sorpresa de encontrar entre su correo un sobre a su nombre que contenía una carta cerrada dirigida a su hermano. No conoció la letra y, estando Jacques delante, no quiso que pareciera que vacilaba.

—Toma; es para ti —dijo.

Jacques se acercó rápidamente y su rostro se puso como la grana. Antoine, que hojeaba un catálogo de libros, le entregó el sobre sin mirarle. Cuando levantó la cabeza vio que Jacques había deslizado la carta en su bolsillo. Sus miradas se encontraron; la de Jacques era agresiva.

—¿Por qué me miras de esa forma? —dijo—. ¿No tengo derecho a recibir una carta?

Antoine miró a su hermano sin contestarle y, volviéndole la espalda, salió de la habitación.

Durante la cena habló con el señor Thibault sin dirigirse a Jacques. Bajaron juntos como todas las noches, pero sin cambiar una sola palabra. Antoine se dirigió a su habitación; apenas se había sentado frente a su mesa cuando entró Jacques sin haber llamado, se adelantó con gesto provocativo y arrojó sobre la mesa la carta desplegada:

—¡Puesto que vigilas mi correspondencia!

Antoine volvió a doblar la hoja sin leerla y la tendió a su hermano. Como éste no la cogía, abrió la mano y la carta cayó sobre la alfombra. Jacques la recogió, guardándosela en el bolsillo.

—Entonces, no veo la razón de que me pongas mala cara —bromeó.

Antoine se encogió de hombros.

—¡Y has de saber, además, que ya estoy harto! —prosiguió Jacques, alzando la voz repentinamente—. Ya no soy un niño, y quiero... Creo que tengo perfecto derecho... —La mirada atenta y tranquila de Antoine le irritaba—. ¡Te digo que estoy harto! —gritó.

—¿Harto de qué?

—De todo. —Su rostro había perdido todo matiz: la mirada fija e iracunda, las orejas separadas, la boca entreabierta, le daban un aspecto estúpido; cada vez estaba más sonrojado—. ¡Por otra parte, si esa carta ha llegado a ti ha sido por equivocación! Había mandado que me escribieran a la lista de Correos. Allí, por lo menos, podré recibir las cartas que quiera sin tener que dar cuenta a nadie, quien quiera que sea.

Antoine le seguía mirando sin contestar. Este silencio le daba buen resultado y disimulaba su confusión: era la primera vez que su hermano le hablaba en aquel tono.

—En primer lugar, quiero ver otra vez a Fontanin; ¿lo oyes? ¡Y nadie podrá impedírmelo!

Esto fue un rayo de luz: ¡la letra del cuaderno gris! Jacques se escribía con Fontanin a pesar de su promesa. ¿Estaría enterada la señora de Fontanin? ¿Autorizaba esta correspondencia clandestina?

Antoine se veía obligado por primera vez a adoptar el papel de padre; no hacía tanto tiempo hubiera podido estar en la misma actitud que Jacques tenía en este momento frente a él. El aspecto de las cosas había cambiado.

—¿Entonces, has escrito a Daniel? —preguntó arrugando el ceño.

Jacques le desafió con un gesto afirmativo.

—¿Sin decírmelo?

—¿Y qué? —dijo el pequeño.

Antoine sintió tentaciones de levantarse para abofetear al impertinente. Apretó los puños. El debate tomaba un sesgo que amenazaba comprometer lo que más estimaba.

—Márchate —pronunció en un tono que disfracaba su desánimo—. Esta noche no sabes lo que dices.

—Te digo... ¡Te digo que ya estoy harto! —gritó Jacques, pateando impaciente—. Ya no soy un niño y quiero tratar con quien me parezca bien. Ya estoy harto de vivir así; quiero ver a Fontanin, porque Fontanin es amigo mío. Para eso le he escrito. Sé lo que me hago. Me he citado con él; puedes decírselo a... a quien quieras. ¡Ya estoy harto, harto, harto! —Pataleaba y nada subsistía en él sino odio y rebeldía.

Lo que no decía, y lo que Antoine apenas podía adivinar, era que, después de la marcha de Lisbeth, el pobre niño se encontraba con el corazón tan vacío y pesado a la par, que había cedido a la necesidad de confiar a un ser joven el secreto de su juventud; mejor aún: de compartir con Daniel este peso que le ahogaba. Y en su exaltación solitaria había vivido por anticipado las horas de amistad total en las que suplicaba a su amigo que amara una mitad de Lisbeth y a Lisbeth que dejara a Daniel tomar a su cargo esta mitad de amor.

—Te he dicho que te vayas —prosiguió Antoine, que fingía permanecer impassible y saboreaba su superioridad—. Ya volveremos a hablar de todo esto cuando estés en condiciones de hacerlo.

—¡Cobarde! —aulló Jacques, exasperado por aquella flema—. ¡Espía! —Salió dando un portazo.

Antoine se levantó para echar la llave y se dejó caer en un sillón. Estaba pálido de rabia.

—¡Espía! El imbécil ese... ¡Espía! Me las pagará. Si se cree que puede hacer lo que quiera está muy equivocado. He perdido la noche; ahora soy incapaz de hacer nada. Me las pagará. ¡Con la tranquilidad que yo tenía antes! Valiente tontería he hecho.

Y todo por ese imbécil. ¡Espía! Cuanto más se hace por ellos... El imbécil soy yo: estoy echando a perder por su culpa una parte de mi tiempo y de mi trabajo. Pero se ha acabado. Yo tengo mi vida, mis exámenes..., y por ese imbécil no voy a... —No podía seguir sentado y se puso a pasear por la habitación. Repentinamente se vio en



presencia de la señora de Fontanin y sus facciones adquirieron una expresión firme y desengañada: «He hecho todo lo que he podido, señora. He probado la dulzura, el cariño. Le he dejado la libertad más absoluta. Y mire. Créame, señora, que hay naturalezas contra las cuales nada se puede hacer. La sociedad solamente tiene un medio de protegerse contra ellas, y es impidiéndolas que molesten. Por tanto, no les falta motivo a los reformatorios para titularse obras de protección social...»

Un ruidillo semejante al roer de un ratón le hizo volver la cabeza. Por debajo de la puerta cerrada acababa de deslizarse una nota:

«Te pido perdón por lo de espía. Ya no estoy enfadado. Déjame entrar.»

Antoine no pudo contener una sonrisa. Sintió un repentino acceso de cariño, y sin pensarlo más se dirigió a la puerta y la abrió. Jacques esperaba, con los brazos colgando. Estaba todavía tan nervioso que agachó la cabeza y apretó los labios para no echarse a reír. Antoine había tomado un aspecto irritado, indiferente; volvió a sentarse.

—Tengo que trabajar —dijo con sequedad—. Ya me has hecho perder bastante tiempo por esta noche. ¿Qué quieres ahora?

Jacques levantó los ojos, que aún daban muestras de regocijo, y miró a Antoine cara a cara.

—Quiero ver a Daniel otra vez.

Hubo un corto silencio.

—Ya sabes que papá se opone a ello —comenzó Antoine—. Ya me tomé el trabajo de explicarte la razón. ¿Lo recuerdas? Aquel día quedó acordado entre nosotros que aceptarías este estado de cosas y no harías ninguna tentativa para reanudar las relaciones con los Fontanin. He confiado en tu palabra y ya estás viendo el resultado. Me has engañado; en la primera ocasión has faltado a lo convenido. Ahora ya se ha acabado; no podré volver a tener confianza en ti.

Jacques sollozaba.

—No digas eso, Antoine. No es justo. No puedes comprenderlo. Es cierto que he obrado mal; no hubiera debido escribirle sin decírtelo. Pero ha sido porque había otra cosa que hubiera tenido que contarte y no podía hacer. —Murmuró—: Lisbeth...

—Ahora no se trata de eso —interrumpió Antoine inmediatamente, con objeto de eludir una confesión que le hubiera resultado aún más penosa que a su hermano. Y para obligar a Jacques a cambiar de tema, añadió—: Accedo a intentar una nueva y última experiencia: me vas a prometer...

—No, Antoine; no puedo prometerte no volver a ver a Daniel. Eres tú el que me va a prometer que me dejarás verle. Escúchame, Antoine, y no te enfades. Te juro ante Dios que no volveré a ocultarte nada, pero quiero ver otra vez a Daniel y no quiero hacerlo sin que tú lo sepas. Por otra parte, él tampoco quiere. Le había escrito que me contestara a la lista de Correos; no ha querido hacerlo. Escucha lo que me escribe: «¿Por qué lista de Correos? No tenemos nada que ocultar. Tu hermano ha estado siempre a nuestro favor. Por consiguiente le envío a él esta carta para que te la

entregue.» Y al final rehúsa la cita que yo le proponía detrás del Panthéon: «Se lo he dicho a mamá. Lo más sencillo sería que vinieras lo antes que te fuera posible para pasar un domingo en casa. Mamá os aprecia mucho, a tu hermano y a ti, y me encarga que os invite a los dos.» Ya ves que es sincero. Papá no lo sospecha siquiera y le condena sin saber nada de él; no se lo reprocho demasiado, pero tu caso, Antoine, es distinto. Conoces a Daniel, le comprendes, has visto a su madre; no tienes ninguna razón para ser como papá. Deberías estar contento de que yo tenga esta amistad. ¡Hace tanto tiempo que estoy solo! Perdóname, no lo digo por ti; lo sabes perfectamente. Pero tú eres una cosa y Daniel otra. Tú tienes muchos amigos de tu edad, ¿verdad? ¿Sabes lo que es tener un verdadero amigo?

«La verdad es que no...», pensaba Antoine, observando la expresión dichosa y conmovida de su hermano cuando pronunciaba esta palabra de «amigo». De repente sintió deseos de acercarse a su hermano y abrazarle. Pero la mirada de Jacques tenía algo de irreductible y combativo que resultaba ofensivo para el orgullo de Antoine. También sintió deseos de doblegar aquella obstinación, de aplastarla. Sin embargo, la energía de Jacques le imponía un poco. No contestó nada, estiró las piernas y se dispuso a reflexionar.

«En realidad —se decía—, yo, que tengo un criterio amplio, he de convenir en que la prohibición de mi padre es absurda. Ese Fontanin sólo puede tener sobre Jacques una influencia beneficiosa. Un ambiente perfecto, que me ayudará incluso en mi labor. Sí, efectivamente, “ella” me ayudará, incluso verá más claro que yo; no tardará en ganar ascendiente sobre el pequeño; es una mujer de primera. Ahora, que como papá llegara a saberlo... ¿Y qué? Ya no soy un niño. ¿Quién es el responsable de Jacques? Yo. Por consiguiente, tengo el derecho de juzgar en última instancia. Considero que, tomada al pie de la letra la prohibición de papá es absurda e injusta: por tanto, la desestimo. En primer lugar, Jacques me querrá más. Pensará: “Antoine no es como papá.” Y luego, estoy seguro de que la madre... —Se vio de nuevo ante la señora de Fontanin, que sonreía—: “Señora, he creído mi deber traerle a mi hermano yo mismo...”»

Se levantó, dio algunos pasos y vino a ponerse delante de Jacques, que permanecía inmóvil, con el espíritu alerta, firmemente decidido a combatir contra la oposición de Antoine y a vencerla.

—No tengo más remedio que decírtelo, puesto que me obligas a ello: mi intención, a pesar de las órdenes de papá, ha sido siempre la de dejarte que vieras a los Fontanin. Incluso tenía en proyecto llevarte yo mismo, ¿te enteras? Pero quería esperar a que hubieras recobrado por completo la normalidad; pensaba esperar hasta el comienzo de curso. Tu carta a Daniel precipita las cosas. De acuerdo. Asumo toda la responsabilidad. Ni papá ni el abate sabrán nada. Si quieres, iremos el domingo próximo.

«Observa —añadió después de una pausa y en un tono de afectuoso reproche— cómo te has equivocado al no confiar más en mí. Te lo he repetido veinte veces,

pequeño: franqueza completa entre nosotros, confianza recíproca, o de lo contrario todo lo que hemos planeado se vendrá abajo.»

—¿El domingo? —balbuceó Jacques. Estaba completamente desorientado por haber ganado la batalla sin necesidad de luchar. Sintió la impresión de que era víctima de alguna maquinación que no acababa de comprender. Después se avergonzó de aquella sospecha. Antoine era, verdaderamente, su mejor amigo. ¡Qué pena que fuera tan viejo! ¿Entonces, el domingo próximo? ¿Y por qué tan pronto? Ahora se preguntaba si efectivamente deseaba tanto ver de nuevo a su amigo.

## XI

DANIEL estaba dibujando aquel domingo, cerca de su madre, cuando la perrita empezó a ladrar. Habían llamado. La señora de Fontanin dejó su libro.

—Deja, mamá —dijo Daniel, yendo hacia la puerta. Por escasez de dinero habían tenido que despedir a la doncella, y luego, el mes antes, a la cocinera; Nicole y Jenny ayudaban a las faenas de la casa.

La señora de Fontanin, que aguzaba el oído, sonrió al reconocer la voz del pastor Gregory y dio algunos pasos para salir a su encuentro. Había cogido a Daniel por los hombros y le miraba de hito en hito con una risa ronca:

—¿Cómo? ¿De modo que con un tiempo tan espléndido y no hemos salido de paseo, *my boy*? ¿Es que para estos franceses no van a existir nunca los deportes, el remo, el *cricquet*...? —El brillo de sus ojillos negros, cuyas pupilas ocupaban toda la niña ocultando el blanco, era tan difícil de sostener de cerca que Daniel volvía la cabeza con una sonrisa de embarazo.

—No le regañe —dijo la señora de Fontanin—. Está esperando la visita de un compañero. ¿Sabe usted?; esos Thibault.

El pastor, haciendo una mueca, buscó entre sus recuerdos: de repente, con una energía diabólica se frotó sus manos secas con tanta fuerza que parecían saltar chispas y su boca se hundió en una risa silenciosa.

—¡Oh!, *yes* —dijo por último—. ¿El doctor barbudo? Bien; buen muchacho. ¿Recuerda usted qué cara de asombro cuando vino a ver a nuestra pequeña resucitada? ¿Quería medir la resurrección con su termómetro! *Poor fellow!* ¿Y dónde está nuestra *darling*? ¿También encerrada en su habitación, con un sol tan espléndido?

—No, tranquilícese; Jenny ha salido con su prima. Apenas si se han entretenido para desayunar. Han ido a probar una máquina fotográfica... que Jenny ha recibido por su cumpleaños.

Daniel, que traía una silla para el pastor, levantó la cabeza y miró a su madre, cuya voz se había turbado al indicar este detalle.

—¿Y qué hay en relación con Nicole? —preguntó Gregory sentándose—. ¿Nada de nuevo?

La señora de Fontanin hizo señas de que no. No quería tratar de este tema delante de su hijo, que al oír el nombre de Nicole había desviado la mirada hacia el pastor.

—Bueno, vamos a ver, *boy* —dijo bruscamente Gregory volviéndose hacia Daniel—; ¿cuándo va a venir a molestarnos exactamente tu amigo el doctor barbudo?

—No lo sé. Tal vez hacia las tres.

El pastor se irguió para extraer de su chaleco de clérigo un reloj de plata, grande como un plato.

—*Very well!* —exclamó—. Todavía tienes casi una hora, perezoso. Tira la

chaqueta y márchate ahora mismo a darte una vuelta por el Luxemburgo, corriendo con todas tus ganas, como si trataras de ganar una carrera. *Go on!*

El muchacho miró a su madre y se levantó.

—Muy bien; les dejo —dijo maliciosamente.

—¡Muchacho astuto! —murmuró Gregory, amenazándole con el puño.

Ahora bien, tan pronto como estuvo solo con la señora de Fontanin su rostro iracundo tomó una expresión de bondad y su mirada se hizo acariciadora.

—Ahora —dijo— ha llegado el momento en que solamente deseo hablar a su corazón, *my dear*. —Se recogió como si orase. Luego, con un gesto nervioso, se pasó los dedos por entre los cabellos, cogió una silla y se sentó a horcajadas—. Le he visto —anunció, viendo que la señora de Fontanin palidecía—. Vengo de su parte. Está arrepentido. ¡Qué desgraciado es! —No apartaba los ojos de ella; parecía que al envolverla con su mirada, premeditadamente alegre, pretendía calmar aquel sufrimiento que él mismo ocasionaba.

—¿Está en París? —balbuceó la pobre mujer, sin pensar en lo que decía, puesto que sabía que Jérôme había venido personalmente la antevíspera, aniversario del nacimiento de Jenny, para dejar en la portería aquella máquina fotográfica como regalo de cumpleaños para su hija. Dondequiera que hubiese estado, nunca había dejado de celebrar ningún aniversario de la familia—. ¿Le ha visto? —prosiguió con voz distraída, sin que la expresión de su rostro consiguiera afirmarse. Desde hacía meses pensaba en él de una forma continua, pero tan inconcreta, que ahora la invadía un aturdimiento especial al tener que hablar de él.

—Es desgraciado —repitió el pastor con insistencia—. Está acosado por los remordimientos. Su desdichada amiga sigue siendo cantante, pero él está verdaderamente hastiado y no quiere verla más. Dice que no puede vivir sin su mujer y sus hijos, y creo que es cierto. Pide que le perdone; promete todo lo que haga falta para seguir siendo su marido; le ruega que no insista en su deseo de divorciarse. Su cara, lo he notado, es ahora la cara del Justo: es un hombre recto y bueno.

La señora de Fontanin permanecía en silencio y miraba ante sí sin prestar atención. Sus mejillas llenas, la barbilla un poco abultada, la boca relajada y sensible, respiraban tanta mansedumbre que Gregory creyó que perdonaba.

—Me ha dicho que en este mes tienen ustedes que presentarse ante el juez para el acto de conciliación —continuó el pastor—, y que hasta después no empezará la verdadera tramitación del divorcio. Ahora mendiga, porque es cierto que ha cambiado totalmente. Dice que ya no es lo que parece, sino mejor de lo que le creemos. Por mi parte, pienso lo mismo. Está dispuesto a trabajar, si encuentra trabajo. Y si usted accede, vivirá aquí, en un camino nuevo y reparador.

Vio que la boca se le crispaba y un estremecimiento agitaba la parte inferior del rostro. Se encogió de hombros repentinamente y dijo:

—No.

El tono era cortante; la mirada, dolorosa y altanera. Su decisión parecía

irrevocable. Gregory volvió la cabeza, cerró los ojos y permaneció silencioso largo rato.

—*Look here* —dijo por fin, con una voz completamente distinta, lejana e impersonal—. Si usted quiere voy a contarle una historia que no conoce. Es la historia de un hombre que amaba a una mujer. Escuche. Se había prometido, todavía muy joven, a una pobre muchacha, tan bella y bondadosa, tan verdaderamente amada por Dios, que también le amaba... —Su mirada se volvió vacilante—... con toda su alma —acentuó. Luego pareció hacer un esfuerzo tratando de recordar donde se encontraba, y prosiguió bastante de prisa—: Entonces, después del matrimonio, ocurrió lo siguiente: este hombre notó que su mujer ya no le amaba solamente a él, sino que amaba a otro hombre que era amigo suyo y que frecuentaba la casa como un hermano del matrimonio. Entonces el pobre marido emprendió con su mujer un largo viaje para ayudarla a olvidar. Pero comprendió que ella seguiría amando para siempre al amigo y que no volvería a querer al esposo; entonces comenzó el infierno para ellos. Vio a su mujer cometiendo adulterio con el cuerpo, luego con el corazón y por último hasta con el alma, porque se hacía injusta y malvada. Sí —dijo con gravedad—; aquello era verdaderamente terrible: ella se hacía malvada a causa del amor contrariado, y él también, porque lo negativo les rodeaba. ¿Y qué cree usted que hizo entonces aquel hombre? Oraba. Pensaba: «Amo a un ser y he de evitar que la maldad se apodere de él.» Y alegremente condujo a su mujer y a su amigo a su propia habitación, delante del Nuevo Testamento, y dijo: «Yo mismo os declaro solemnemente marido y mujer ante Dios.» Los tres lloraban. Pero luego dijo: «No temáis; yo os abandono y jamás volveré para importunar vuestra felicidad.»

Gregory se cubrió los ojos con la mano y dijo en voz baja:

—¡Ah, *my dear*, que recompensa divina el recuerdo de un sacrificio semejante! —Luego levantó la frente—: Y cumplió lo prometido: les dejó todo su dinero porque era excesivamente rico y ella pobre como el miserable Job. Marchó muy lejos, al otro lado del mundo, y me consta que aún permanece completamente solo, después de diecisiete años, sin dinero, y se gana la vida como yo mismo puedo hacerlo, como un simple enfermero discípulo de la *Christian Scientist Society*.

La señora de Fontanin le miraba conmovida.

—Espere —dijo el pastor con viveza—; ahora le contaré el final. —Todos los músculos de su cara estaban tensos y sus dedos de esqueleto se entrecruzaron bruscamente sobre el respaldo de la silla—. El pobre pensaba que había renunciado a la felicidad en favor de ellos y que llevaría consigo todo lo malo; pero aquí está el secreto de Dios: lo malo permaneció con ellos. Se rieron de él. Traicionaron al Espíritu. Aceptaron su sacrificio llorando, pero en el fondo de sus corazones se burlaban de él. Decían mentiras acerca de él en toda la *gentry*. Exhibieron cartas suyas; volvieron contra él su fingida complacencia. Llegaron a decir que había abandonado a su esposa sin un penique para conseguir otra mujer en Europa. ¡Sí; todo eso dijeron! Y pagaron un juicio de divorcio contra él.

Cerró los párpados durante un segundo, dejó oír una especie de cloqueo ronco, se levantó y, cuidadosamente, volvió a colocar la silla en el mismo lugar de donde la había cogido. Toda huella de dolor se había borrado de su rostro.

—Pues bien —prosiguió inclinándose hacia la señora de Fontanin, que permanecía inmóvil—, así es el Amor, y tan necesario es el perdón, que si en este mismo momento esa amada pérfida viniera repentinamente a mí para decir: «James, vuelvo otra vez bajo tu techo. Volverás a ser mi servidor maltratado y cuando me parezca volveré a burlarme de ti.» Pues bien, yo contestaría: «Ven, toma lo poco que tengo. Doy gracias a Dios por tu regreso. Me esforzaré de tal manera en ser realmente bueno ante tus ojos que tú también te volverás buena: porque lo Malo no existe.» Sí; es cierto, *my dear*; si mi Dolly viniera algún día a mi lado para pedirme refugio, esto es lo que haría con ella. Y no diría: «Dolly, te perdono», sino solamente: «¡Qué Dios te guarde!» Y así mis palabras no caerían en el vacío: ¡porque el Bien es el único poder capaz de poner freno a lo Negativo! —Se calló, se cruzó de brazos y, sosteniendo con la mano su barbilla angulosa, añadió con una voz sonora de predicador—: Y usted debiera hacer lo mismo, señora de Fontanin. Porque usted ama a ése con todo su amor, y Amor es Justicia. Jesucristo ha dicho: «Si vuestra Justicia no es distinta que la del escriba o la del fariseo, no entraréis en Mi reino.»

La pobre mujer movió la cabeza lentamente:

—Usted no le conoce, James —murmuró—. El aire se hace irrespirable a su alrededor. Por todas partes ocasiona daños. Destruiría otra vez nuestra felicidad y contaminaría a sus hijos.

—Cuando Jesucristo tocó con su mano la úlcera del leproso, no enfermó la mano de Jesucristo, sino que el leproso quedó limpio.

—Dice usted que le amo; no, no es cierto. Ahora le conozco demasiado bien. Sé lo que valen sus promesas; le he perdonado demasiadas veces.

—Cuando Pedro pregunta a Jesucristo cuántas veces deberá perdonar a su hermano: «¿Bastan siete veces?» Jesucristo le contesta: «¿Qué es eso de siete veces? En verdad os digo que setenta veces siete veces.»

—¡Le digo que usted no le conoce, James!

—¿Quién entonces puede pensar: «Conozco a mi hermano»? Jesucristo ha dicho: «No juzgues a nadie.» Y yo, Gregory, digo: Aquel que vive una vida de pecado sin sentirse turbado ni desgraciado en su corazón, es porque todavía está lejos de la hora de la verdad; pero está muy cerca de la hora de la verdad aquel que llora porque su vida está en el pecado; repito que está arrepentido y que tenía la cara del Justo.

—Usted no lo sabe todo, James. Pregúntele lo que ha hecho cuando esa mujer ha tenido que huir a Bélgica para escapar de los acreedores que la acosaban. Se ha marchado con otro; él la ha abandonado para seguirla y ha sido consentidor de toda clase de complacencias. ¡Durante dos meses ha estado de portero en el mismo teatro en que ella cantaba! Le digo que es una vergüenza. Ella seguía viviendo con su violinista y él lo aceptaba todo: cenaba en casa de la pareja y venía a hacer música

con el amante de su querida. ¡La cara del Justo! Usted no le comprende. Hoy está en París, arrepentido; dice que ha dejado a esa mujer y que no quiere volver a verla. ¿Entonces por qué paga sus deudas, si no es para atraérsela de nuevo? ¿Por qué, uno a uno, está contentando a todos los acreedores de Noemí? ¡Sí; por eso está en París! ¿Y con qué dinero? Con el mío, con el de sus hijos. ¿Sabe usted lo que ha hecho hace apenas tres semanas? ¡Ha hipotecado nuestra finca de Maisons-Laffitte para entregar veinticinco mil francos a un acreedor de Noemí que perdía la paciencia!

Bajó la cabeza; no lo decía todo. Recordaba aquella cita en casa del notario a la que había acudido sin desconfiar, encontrándose a Jérôme que la esperaba en la puerta. Necesitaba su autorización para la hipoteca, puesto que la finca le pertenecía a ella por herencia. Había suplicado, pretextando que se encontraba sin un céntimo, abocado al suicidio; y allí mismo, en la acera, hacía ademán de volverse los bolsillos del revés. Había cedido casi sin resistencia; le había acompañado en su visita al notario para que cesara de acosarla de aquella manera, en plena calle, y también porque ella misma se encontraba escasa de dinero y la había prometido que de la cantidad total apartaría algunos billetes de mil francos, que ella necesitaba para vivir durante seis meses, en espera del ajuste de cuentas posterior al divorcio.

—Le repito que usted no le conoce, James. ¿Le ha jurado que todo ha cambiado y que quiere vivir con nosotros? ¡Si le dijera que anteayer, cuando vino a dejar en la portería el regalo para Jenny, tenía parado, a menos de cien metros de nuestra puerta, un coche... en el que no había venido solo! —Se estremeció; de repente volvió a ver en el banco del muelle de las Tullerías a Jérôme, acompañado de aquella obrerilla vestida de negro, que lloraba. Se incorporó—: Así es ese hombre —exclamó—; carece en una forma tan absoluta de todo sentido moral, que se hace acompañar por una querida de ocasión para ir a felicitar a su hija. ¡Y todavía dice usted que le quiero...! ¡No, no es verdad! —Estaba erguida, y en aquel momento parecía realmente odiarle.

Gregory la miró con severidad.

—No está usted en lo cierto —dijo—. Incluso en pensamiento, ¿hemos de devolver mal por mal? El Espíritu lo es todo. Lo Material es esclavo de lo Espiritual. Jesucristo ha dicho... —Los ladridos de *Puce* le cortaron la palabra—. ¡Aquí está su condenado doctor barbudo! —gruñó, haciendo una mueca. Se apoderó nuevamente de la silla y se sentó.

Efectivamente; la puerta se abrió. Era Antoine seguido de Jacques y Daniel.

Entraba con paso firme, habiendo aceptado las consecuencias de aquella visita. La luz de las ventanas abiertas daba de lleno en su rostro; el pelo y la barba formaban una masa oscura; toda la claridad del día se concentraba sobre el rectángulo blanco de la frente, a la cual prestaba el resplandor del genio, y aunque fuera de estatura corriente, en aquel momento parecía alto. La señora de Fontanin le veía acercarse, sintiendo despertarse todas sus simpatías. Mientras que se inclinaba ante ella, que le estrechó las manos, reconoció a Gregory y se sintió desagradablemente sorprendido



de encontrarle allí. El pastor le saludó con una inclinación de cabeza, sin moverse de su sitio.

Jacques, un poco retirado, contemplaba con curiosidad a aquel raro personaje, y Gregory, a horcajadas en su silla, con la barbilla apoyada en los brazos cruzados, la nariz encarnada y la boca contraída en una sonrisa incomprensible, miraba a los muchachos con simpatía. En aquel momento la señora de Fontanin se acercó a Jacques, y la expresión de sus ojos era tan afectuosa que le recordó la tarde en que le tuviera llorando sobre su seno. Ella pensaba en lo mismo, puesto que exclamó:

—Ha crecido tanto que ya no me atrevo... —Y como al decir esto le besó, se echó a reír con un asomo de coquetería—: bien, es cierto que soy madre y que tú eres un poco como el hermano de mi Daniel... —Vio a Gregory que se había levantado y se disponía a marcharse—: ¿Se va usted ya, James?

—Perdóneme —repuso éste—, pero ya no tengo más remedio. —Estrechó con fuerza las manos de los dos hermanos y se acercó a la señora de Fontanin.

—Una palabra todavía —le dijo ésta, acompañándole fuera de la habitación—. Contésteme sinceramente. ¿Cree usted todavía, después de lo que le he dicho, que Jérôme sigue siendo digno de recobrar su lugar entre nosotros? —Le interrogaba con la mirada—. Piense bien su contestación, James. Si usted me dice que perdone, perdonaré.

El pastor permaneció silencioso; su mirada, todo su rostro, expresaban esa compasión universal característica de aquellos que creen estar en posesión de la Verdad. Creyó ver como un destello de esperanza en los ojos de la señora de Fontanin. No era esta clase de perdón el que Jesucristo deseaba de ella. Volvió la cabeza y dejó oír una risita de reproche.

Entonces ella le cogió del brazo y fingió despedirle afectuosamente:

—Muchas gracias, James. Dígale que no.

El pastor no la escuchaba; rezaba por ella.

—Que Jesucristo reine en su corazón —murmuró alejándose sin mirarla.

Cuando volvió al salón, en el que Antoine, mirando a su alrededor pensaba en su primera visita, la señora de Fontanin tuvo que hacer un esfuerzo para contener su agitación.

—Ha sido usted muy amable tomándose la molestia de acompañar a su hermano —exclamó, forzando un poco el saludo—. Siéntese ahí. —Indicaba a Antoine una silla próxima a la suya—. Hoy haremos bien en no contar mucho con la compañía de los niños...

Efectivamente, Daniel había cogido del brazo a Jacques y lo llevaba a su habitación. Ahora tenían la misma estatura. Daniel no esperaba encontrar a su amigo tan transformado; su amistad se había afirmado y sentía más propensión a las confidencias. Cuando estuvieron solos, su fisonomía se animó y tomó una expresión misteriosa:

—Lo primero que tengo que hacer es avisarte: vas a verla; es una prima que vive con nosotros. ¡Es... divina! —¿Sorprendió tal vez un ligero embarazo en la actitud de Jacques? ¿Se sintió turbado por un escrúpulo tardío?—. Pero hablemos de ti —dijo con una sonrisa amable; hasta en la camaradería conservaba una cortesía un poco ceremoniosa—. Desde hace un año, ¡fíjate! —Como Jacques permaneciera callado agregó, inclinándose—: Todavía no hay nada, pero no pierdo las esperanzas.

Jacques se sintió molesto por la insistencia de aquella mirada, por el tono de la voz. Por fin se dio cuenta de que Daniel no era exactamente igual que antes, aunque no habría sabido decir en qué estribaba la diferencia; sus facciones seguían siendo las mismas, tal vez se había alargado algo el óvalo del rostro, pero la boca seguía teniendo la misma circunflexión complicada, más acusada todavía por la sombra del bozo, y había conservado la misma forma de sonreír de medio lado, que alteraba bruscamente la regularidad de sus facciones y dejaba al descubierto los dientes de arriba del lado izquierdo; tal vez sus ojos tenían un brillo menos puro; tal vez sus cejas obedecían más a esa tensión hacia las sienes que daba a su mirada una dulzura huidiza, y tal vez también dejaba asomar en su voz y en sus modales una especie de desenvoltura que no se habría permitido de pequeño.

Jacques observaba a Daniel sin pensar en contestarle, y puede que, a causa de aquella indolencia impertinente, que le molestaba y seducía al mismo tiempo, se sintió de repente atraído hacia su amigo por un recrudescimiento de aquella ternura apasionada que experimentara en el liceo; los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Y bien, qué ha sucedido en este año? ¡Cuéntame! —exclamó Daniel, que no se encontraba a gusto y que se sentó para forzar su atención.

Su actitud demostraba un afecto sincero; sin embargo, Jacques percibió en ella una atención que le dejó en suspenso. No obstante, comenzó a hablar de su estancia en el reformatorio. Sin proponérselo caía en los mismos clichés literarios que había ensayado con Lisbeth; una especie de pudor le impedía contar lisa y llanamente lo que había sido allí su rutina diaria.

—¿Y por qué me escribías tan poco?

Jacques eludió la razón verdadera, que era mantener a su padre al abrigo de toda crítica malévola; lo cual no le impedía por otra parte desaprobar personalmente y en todo al señor Thibault.

—La soledad, sabes que hace cambiar —explicó después de una pausa, y nada más que de pensar en ello su rostro cobró una expresión de estupor—. Se hace uno indiferente a todo. Hay también como una especie de temor indeterminado que no te abandona nunca. Se mueve uno, pero sin pensar en nada. A la larga casi ya no se sabe quién es uno y ni siquiera se está seguro de que se existe. Terminaría uno por morir... o por volverse loco —añadió, con una mirada pensativa. Se estremeció imperceptiblemente, y, cambiando de tono, contó la visita de Antoine a Crouy.

Daniel le escuchaba sin interrumpirle. Pero cuando vio que la confesión de Jacques se acababa, su fisonomía cobró nueva animación.

—Ni siquiera te he dicho su nombre —lanzó súbitamente—: Nicole; ¿te gusta?

—Mucho —dijo Jacques, a quien por primera vez se le ocurría pensar en el nombre de Lisbeth.

—Es un nombre que le va bien; a mí al menos me lo parece. Ya verás. Lo que se dice guapa, tal vez no lo sea. Pero tiene algo más que belleza: ¡lozanía, vitalidad, y unos ojos...! —Vaciló—: apetecible; ¿comprendes?

Jacques evitó su mirada. También a él le hubiera gustado hablar de su amor, abriendo su corazón; para eso había venido. Pero desde las primeras confidencias de Daniel se había sentido incómodo; incluso ahora escuchaba con los ojos bajos, con una sensación de contrariedad, casi de vergüenza.

—Esta mañana —contaba Daniel, reprimiendo a duras penas su nerviosismo— mamá y Jenny habían salido muy temprano y estábamos solos para desayunar, Nicole y yo. Solos en toda la casa. Nicole no se había vestido todavía. Estaba exquisita. La he seguido a la habitación de Jenny, que es donde duerme. Y entonces, esa habitación, esa cama de jovencita... La he cogido entre mis brazos. Un instante nada más. Se defendía, pero riéndose. ¡Qué agilidad tiene! Luego se ha escapado, encerrándose en la alcoba de mamá y no me ha querido abrir... No sé por qué te cuento esto; es una tontería —prosiguió, levantándose. Quiso sonreír, pero sus labios permanecían crispados.

—¿Quieres casarte con ella? —preguntó Jacques.

—¿Yo?

Jacques experimentó una sensación penosa, como si hubiera recibido una ofensa. A cada minuto que pasaba su amigo le iba resultando más extraño. Una mirada curiosa, un tanto irónica de Daniel, terminó de enfriarle.

—¿Y tú? —preguntó Daniel acercándose—. Por lo que decías en tu carta, también tú...

Jacques, con la mirada baja, hizo un gesto negativo. Parecía decir: «No; se ha terminado; de mí no sabrás nada.» Por otra parte, sin esperar siquiera a su contestación, Daniel acababa de levantarse. Hasta ellos llegaba un rumor de voces jóvenes.

—Ya me contarás... ¡Mira, aquí están! —Lanzó una ojeada al espejo, irguió la cabeza y se lanzó al pasillo.

—Niños —llamaba la señora de Fontanin—, si queréis merendar...

El té estaba servido en el comedor.

Palpitándole el corazón, Jacques distinguió desde la puerta a dos jovencitas que se hallaban junto a la mesa. Todavía tenían puesto el sombrero y los guantes, el rostro avivado por el paseo. Jenny se acercó a Daniel y se colgó de su brazo. Este no pareció darse cuenta, y empujando a Jacques hacia Nicole, hizo las presentaciones con alegre desenvoltura. Jacques sintió fijarse en él la curiosidad de Nicole y la mirada investigadora de Jenny; volvió los ojos hacia la señora de Fontanin, que, de pie junto

a Antoine en la puerta del salón, terminaba una frase:

—... inculcar en los niños —decía sonriendo melancólicamente—, porque no hay nada más precioso que la vida, y ésta es increíblemente corta.

Hacía mucho tiempo que Jacques no se encontraba rodeado de personas extrañas, y este espectáculo le subyugó hasta el extremo de hacerle perder la timidez. Jenny le pareció pequeña y más bien fea. En tanto que Nicole tenía elegancia natural y atractivo. En aquel momento hablaba con Daniel, entre risas. Jacques no distinguía sus palabras. La muchacha levantaba las cejas continuamente en señal de asombro y de alegría. Sus ojos, de un gris azulado, poco profundos, demasiado separados y tal vez demasiado grandes, pero luminosos y alegres, ponían una perpetua renovación de vida en su rostro carnosos, blanco y rubio, que sostenía una espesa trenza, dispuesta en forma de corona alrededor de la cabeza. Tenía una forma de mantenerse, un poco inclinada hacia adelante, que daba la sensación de adelantarse hacia un amigo, de ofrecer a cualquiera la viveza animal de su sonrisa. Mientras la observaba, Jacques volvía, a pesar suyo, a la expresión de Daniel que tanto le había desagradado: apetecible... Se sintió observada, e inmediatamente perdió su naturalidad, exagerándola.

Jacques no se preocupaba en absoluto de disimular el interés que le inspiraban las personas; tenía la ingenuidad del niño que mira con la boca abierta: su rostro permanecía fijo y su mirada inmóvil. Antaño, antes de su regreso de Crouy, Jacques no era así; se codeaba con las personas con tanta indiferencia que nunca conocía a nadie. Ahora, dondequiera que estuviera, en una tienda, en la calle, su mirada atrapaba a los transeúntes. Por otra parte no analizaba lo que descubría en ellos, sino que su imaginación trabajaba por su cuenta; le era suficiente haber sorprendido un detalle cualquiera en su fisonomía o en su actitud, para que aquellos desconocidos con los que se cruzaba al azar se convirtieran, en su imaginación, en personajes concretos, a los cuales atribuía características individuales.

La señora de Fontanin le sacó de su ensimismamiento poniéndole una mano en el brazo.

—Ven a merendar a mi lado —le dijo—. Ahora me vas a hacer la visita a mí. — Le dio una taza y un plato—. Estoy tan contenta de verte aquí. Jenny, pequeña, sírvenos pastel. Tu hermano acaba de contarme la vida que lleváis los dos en vuestro pisito. ¡Estoy tan contenta! ¡Dos hermanos que se entienden como verdaderos amigos es una cosa verdaderamente encantadora! También Daniel y Jenny se llevan perfectamente, y eso representa para mí una gran alegría. Y esto te hace sonreír, hijo mío —dijo a Daniel, que se acercaba con Antoine—. Siempre tiene que burlarse de su anciana madre. Ahora, en castigo, vas a darme un beso. Delante de todo el mundo.

Daniel reía, tal vez un poco molesto, pero se inclinó y rozó con sus labios la frente de su madre. Sus menores gestos eran encantadores.

Jenny, desde el otro lado de la mesa, contemplaba la escena; esbozó una sonrisa delicada que encantó a Antoine. No pudo contenerse y volvió de nuevo a cogerse del

brazo de Daniel.

—Otra —pensó Antoine— que da más de lo que recibe. —Desde su primera visita le había intrigado aquella mirada de mujer en este rostro infantil. Observó el flexible movimiento de hombros que hacía de vez en cuando sin darse cuenta, para librar de la opresión del ajustador su pecho incipiente, que luego descendía suavemente hasta colocarse de nuevo en su sitio. No se parecía en nada a su madre, ni tampoco a Daniel. Y el caso era que no causaba extrañeza: parecía nacida para una vida distinta de la de los demás.

La señora de Fontanin tomaba su té a sorbitos, manteniendo la taza muy cerca de su rostro sonriente y, a través del vaho, hacia señas amistosas a Jacques. Su mirada, a fuerza de claridad y de ternura, daba la impresión de luz, de calor, y su pelo blanco coronaba como una rara diadema su frente joven y amplia. Los ojos de Jacques iban de la madre al hijo. En aquel momento amaba a ambos con tanta fuerza que deseaba ardientemente que su sentimiento no pasara desapercibido; más que nadie experimentaba la necesidad de no ser menospreciado. Su curiosidad por las personas llegaba hasta eso: hasta mendigar una plaza en sus pensamientos más íntimos, hasta el deseo de fundir su vida con la de los demás.

Delante de la ventana surgió una discusión entre Nicole y Jenny, en la cual intervino también Daniel. Los tres se inclinaron sobre el aparato fotográfico con objeto de comprobar si quedaba o no alguna foto por hacer.

—¡Aunque sólo sea por complacerme! —exclamó Daniel repentinamente, con aquel tono cálido que antes no tenía, fijando en Nicole una mirada acariciadora e imperiosa—. Sí; tal y como estás: con el sombrero puesto, y mi amigo Thibault a tu lado.

—Jacques —llamó, y más bajo agregó—: por favor, quiero tener una foto de vosotros dos juntos.

Jacques se les unió. Daniel les llevó a la fuerza al salón, donde, según decía, era mejor la luz.

La señora de Fontanin y Antoine permanecieron en el comedor.

—Espero que estimará usted en lo que vale esta visita —terminaba Antoine, con aquella rudeza que parecía dar a sus palabras acento de sinceridad—. Si mi padre supiera que Jacques está aquí y que he sido yo quien le ha traído, creo que sustraería a mi hermano de mi influencia y habría que empezar otra vez desde el principio.

—Pobre hombre —murmuró la señora de Fontanin en un tono que obligó a Antoine a sonreír.

—¿Le compadece?

—Por no haber sabido merecer la confianza de un hijo como usted.

—No es culpa suya, ni tampoco mía. Mi padre es lo que llaman un hombre eminente y respetable. Yo le respeto; pero ¿qué quiere usted que le diga? Nunca ni acerca de nada pensamos no ya siquiera lo mismo, sino ni de manera análoga. Nunca, cualquiera que sea el tema, hemos podido considerar las cosas desde el mismo punto

de vista.

—Todos no han recibido aún la luz.

—Si piensa usted en la religión —dijo Antoine con viveza—, ¡mi padre es excesivamente religioso!

La señora de Fontanin movió la cabeza de un lado a otro:

—El apóstol San Pablo decía ya que los justos ante Dios no son los que escuchan la Ley, sino los que la ponen en práctica.

Sentía hacia el señor Thibault, al que creía compadecer con todo su corazón, una antipatía instintiva y profunda. La prohibición de que era objeto su hijo, su casa y ella misma, le parecía odiosamente injusta y motivada por las razones más viles. Recordando con repugnancia el aspecto de aquel hombre corpulento, no le perdonaba que sospechara de lo que ella tenía en más alta estima: su elevación moral, su protestantismo. Y ello hacía que estuviera aún más agradecida a Antoine por haber desestimado el juicio paterno.

—¿Y usted —preguntó con una aprensión repentina—, sigue usted siendo católico practicante?

Antoine hizo señas de que no, y la señora de Fontanin se sintió tan dichosa que su rostro se iluminó.

—La verdad es que lo he dejado demasiado tarde —explicó. Le parecía que la presencia de la señora de Fontanin le hacía más lúcido, más locuaz indudablemente. Esto se debía a que ella tenía una forma especial de escuchar que alentaba a sus interlocutores y les animaba a alzarse, a causa de ello, por encima de su nivel habitual—. Yo seguía la rutina sin verdadera piedad. Dios era para mí una especie de vigilante al cual nada podía escapársele y al cual era prudente complacer con ayuda de determinados gestos y determinada disciplina; yo obedecía, pero apenas si encontraba otra cosa que molestias. Era buen alumno en todo; también en religión. ¿Cómo he perdido la fe? No lo sé. Cuando me he dado cuenta, y no hace más de cuatro o cinco años, ya había alcanzado por otra parte un grado de cultura científica que dejaba poco lugar a creencias religiosas. Soy positivista —dijo, con cierto sentimiento de orgullo; a decir verdad, expresaba ideas que iba improvisando, no teniendo apenas ocasión ni deseo de analizarse con tanta complacencia—. No digo que la ciencia lo explique, pero lo comprueba, y para mí ya es bastante. Los «cómo» me interesan lo bastante para que renuncie sin pena a la vana búsqueda de los «por qué». Por otra parte —añadió rápidamente y bajando la voz—, entre estos dos órdenes de explicaciones, ¿no puede suceder que sólo haya una diferencia de gradación? —Sonrió como para disculparse—: Por lo que respecta a la moral —prosiguió—, la verdad es que apenas me preocupa. ¿La escandalizo? Mire usted: a mí me gusta mi trabajo, amo la vida, soy enérgico, activo, y creo haber experimentado que esta actividad es por sí misma una regla de conducta. De cualquier forma, hasta ahora, jamás he vacilado acerca de cuál era mi obligación.

La señora de Fontanin no contestó.

No reprochaba a Antoine que se manifestara tan diferente a ella, pero en su fuero interno daba fervientemente las gracias a Dios por estar tan constantemente presente en su corazón. De esta asistencia extraía una confianza exuberante y alegre que verdaderamente irradiaba de ella; hasta el extremo de que, maltratada sin cesar por los acontecimientos y más desgraciada indudablemente que la mayor parte de los que se acercaban a ella, tenía sin embargo el privilegio de ser para ellos una fuente de valor, de equilibrio y de dicha. En aquel mismo momento Antoine hacía la prueba. Nunca, en el ambiente de su padre, había encontrado a nadie que le inspirase esta cálida veneración y a cuyo alrededor la atmósfera fuera tan excitante a fuerza de pureza. Sintió deseos de acercarse aún más a ella, aunque fuera en detrimento de la verdad.

—Siempre me he sentido atraído por el protestantismo —afirmó, aunque nunca se le había ocurrido pensar en los protestantes antes de conocer a los Fontanin—. La Reforma es la revolución en el terreno religioso. En esa religión hay principios de emancipación...

Le escuchaba con una simpatía creciente. Le parecía joven, ardiente, caballeresco. Admiraba su fisonomía viva, la arruga atenta de su frente, y como levantara la cabeza, sintió una alegría infantil al descubrir en sus facciones una particularidad que añadir al carácter reflexivo de su mirada: el párpado superior era en él tan estrecho que casi desaparecía bajo las cejas cuando tenía los ojos muy abiertos, hasta el extremo de que las pestañas se doblaban casi sobre las cejas y se confundían con ellas.

«Un hombre que posee una frente semejante —pensaba— es incapaz de cometer una bajeza... —Entonces se le ocurrió la idea de que Antoine personificaba al hombre digno de ser amado. Todavía estaba demasiado afectada por su resentimiento contra su marido—. Unir la vida a un ser de este temple...» Era la primera vez que comparaba a Jérôme con alguien; la primera vez sobre todo que un pesar concreto la rozaba, y esta sospecha de que otro hombre hubiera podido hacerla feliz. Fue un momento fugaz, apasionado, furtivo, que la turbó repentinamente hasta lo más profundo de su ser; pero del cual se avergonzó inmediatamente o que por lo menos dominó acto seguido, mientras que se desvanecía más lentamente la amargura que el arrepentimiento y tal vez el pesar, dejaban a su paso.

La entrada de Jenny y de Jacques acabó de libertar a su imaginación. Desde lejos, con un gesto acogedor, les hizo señas de que se acercasen, temiendo que pudieran creerse inoportunos. Ahora bien, a la primera ojeada intuyó que algo había ocurrido entre ellos.

En efecto.

Tan pronto como había tomado la fotografía de Nicole y Jacques, Daniel había ofrecido comprobar acto seguido si había salido bien. Por la mañana había prometido a Jenny y a su prima que les enseñaría a revelar, y éstas habían preparado ya lo

necesario en un cuarto ropero desocupado, situado en el extremo del pasillo y que Daniel utilizaba como cámara oscura. Este cubículo era tan estrecho que a duras penas si cabían más de dos personas. Daniel se las había arreglado de forma que Nicole entrara en él la primera; entonces, abalanzándose hacia Jenny y apoyando una mano febril en su hombro, le había dicho al oído:

—Acompaña a Thibault.

La pequeña le había mirado con reproche, pero había consentido; tanta fuerza tenía sobre ella el prestigio de su hermano y tan irresistible le era esta manera de exigir con la voz, con la dureza de la mirada, con la impaciencia de toda su actitud, que se sometió a sus deseos sin pérdida de tiempo.

Durante esta corta espera, Jacques había permanecido detrás, delante de una vitrina del salón. Jenny se reunió con él, creyó cerciorarse de que no había sorprendido nada de la maniobra de Daniel y, con una sonrisa, le dijo:

—¿Y tú, tú no te dedicas a la fotografía?

—No.

En el imperceptible desagrado de la contestación la muchacha comprendió que no hubiera debido hacer aquella pregunta; recordó que Jacques acababa de estar encerrado una larga temporada en una especie de calabozo. Por asociación de ideas y por decir algo, prosiguió:

—¿Hace mucho tiempo que no ves a Daniel, verdad?

El muchacho bajó los ojos.

—Sí. Mucho tiempo. Desde... hace más de un año.

Una sombra pasó por el rostro de Jenny. Su segunda tentativa apenas si había sido más afortunada que la primera: parecía haber querido recordar a Jacques la huida a Marsella. Peor para él. Siempre le había guardado rencor por aquel drama; a sus ojos, era el único culpable. Hacía mucho tiempo que sin conocerle, le detestaba. Al verle aquella tarde al principio de la merienda no había podido evitar el recuerdo del mal que les había causado; y desde el primer momento le había desagradado sin reservas. Empezaba por parecerle feo, incluso vulgar, a causa de su cabezota de facciones deformes, de su mandíbula, de sus labios agrietados, de sus orejas, de su pelo rojizo que caía en mechones sobre la frente. La verdad era que no perdonaba a Daniel por su afecto hacia semejante individuo, y en sus celos casi estaba contenta.

Se había puesto a la perrita sobre las rodillas y la acariciaba distraídamente. Jacques miraba hacia el suelo, pensando también en su fuga y luego en la noche en que franqueara por primera vez el umbral de esta casa.

—¿Te parece que ha cambiado mucho? —preguntó Jenny para romper el silencio.

—No —repuso Jacques; pero cambiando de opinión repentinamente prosiguió—: Y sin embargo sí; del todo.

La muchacha observó aquel escrúpulo y le agradeció su sinceridad; durante un segundo hasta le pareció menos antipático. ¿Percibió Jacques aquel sentimiento fugaz? Dejó de pensar en Daniel. Miraba a Jenny, haciéndose preguntas acerca de



ella. No hubiera podido expresar lo que le sugería su naturaleza; sin embargo, bajo este rostro expresivo y mudo a la vez, en el fondo de aquellas pupilas inquietas pero que no traicionaban su secreto, había adivinado la inestabilidad nerviosa y el continuo sobresalto de su sensibilidad. Se le ocurrió que sería agradable conocerla mejor, penetrar en este corazón cerrado, tal vez incluso hacerse amigo de esta chiquilla. ¿Amarla? Durante un minuto pensó en ello: fue un minuto de felicidad. Había olvidado por completo todas sus miserias pasadas y no le parecía posible volver a ser desgraciado. Sus miradas iban y venían de un lado a otro de la habitación, rozando a Jenny con una mezcla de interés y timidez, que le impedía observar hasta qué punto la actitud de la muchacha era reservada, defensiva. De repente, por un giro fatal de sus pensamientos se le apareció Lisbeth: una cosa insignificante, familiar, doméstica, casi nada. ¿Casarse con Lisbeth? La puerilidad de esta hipótesis se le aparecía por primera vez. ¿Y entonces? Un vacío repentino se hacía en su vida, un vacío espantoso que había que llenar a toda costa y que, naturalmente, Jenny podría ocupar, pero...

—¿... en algún colegio?

Se estremeció. Le estaba hablando.

—¿Decías?

—¿Estás en algún colegio?

—Todavía no —dijo, completamente avergonzado—. Estoy demasiado retrasado. Me dan clase algunos profesores, amigos de mi hermano. —Luego, sin mala intención preguntó:

—¿Y tú?

La joven se sintió ofendida porque se permitiera interrogarla y más todavía por su mirada amistosa. En tono seco contestó:

—No, no voy a ningún colegio; estudio con una profesora.

Jacques dio un paso en falso:

—Al fin y al cabo, para una chica, eso no tiene mucha importancia.

Jenny se engalló:

—Pues no piensan así ni mamá ni Daniel.

Le miraba con unos ojos francamente hostiles. El muchacho se dio cuenta de su torpeza, y, para borrar su mal efecto, quiso decir algo amable:

—Una chica siempre sabe lo bastante para lo que necesita...

Comprendió que había vuelto a equivocarse; no era dueño ni de sus pensamientos ni de sus palabras; tuvo la impresión de que el reformatorio había hecho de él un imbécil. Se sonrojó, y luego, de repente, esta oleada de calor que le subía al rostro le aturdió hasta el punto de que no vio más salida que enfadarse. Para vengarse, buscó sin encontrarla una salida airosa y, perdiendo por completo la cabeza, dijo con aquel acento de sarcasmo vulgar que su padre adoptaba tan a menudo:

—Lo más importante no se aprende en los colegios: ¡tener buen carácter!

Jenny se dominó hasta el extremo de ni siquiera encogerse de hombros. Ahora bien, como *Puce* acababa de bostezar ruidosamente, con una voz que temblaba de

rabia dijo:

—¡Grosera! ¡Mal educada! —Luego, con una insistencia triunfante repitió de nuevo—. ¡Mal educada! —Después puso a la perrita en el suelo, se levantó y fue a asomarse al balcón. Transcurrieron cinco largos minutos en un silencio intolerable. Jacques no se había movido de su silla; se ahogaba. En el comedor se oían sucesivamente las voces de la señora de Fontanin y de Antoine. Jenny le volvía la espalda; tarareaba uno de sus ejercicios de piano y su pie marcaba el compás con impertinencia. ¡Se lo contaría todo a su hermano para que dejara de tratarse con este grosero! Le odiaba. Le miró a hurtadillas: seguía encendido y digno. Su aplomo la rebeló. Buscó algo que pudiera ofenderle todavía más:

—¡Vamos, *Puce!* Ya me voy.

Y, apartándose del balcón, pasó por delante de Jacques, como si éste no existiera y se dirigió pausadamente hacia el comedor.

El muchacho temió sobre todo que, quedándose allí, luego no iba a saber cómo marcharse. Por consiguiente la siguió, pero sin acompañarla.

La amabilidad de la señora de Fontanin cambió su resentimiento en melancolía.

—¿Os ha dejado solos tu hermano? —dijo a su hija.

Jenny, con la mirada huidiza, declaró:

—Le he pedido a Daniel que me revelara los negativos en seguida. No creo que tarde mucho.

Evitaba la mirada de Jacques, sospechando que éste no había sido engañado: complicidad involuntaria que aumentó su enemistad. La juzgó mentirosa, y censuró su complacencia en ocultar la conducta de su hermano. La muchacha adivinaba su opinión y se sintió herida en su orgullo.

La señora de Fontanin les sonreía y les hacía señas de que se sentaran.

—Mi enfermita ha crecido mucho —observó Antoine.

Jacques no decía nada y miraba al suelo. Se hundía en la desesperación. Nunca volvería a ser como antes. Se sentía enfermo, enfermo hasta lo más hondo de su alma, débil y brutal al mismo tiempo, entregado a sus impulsos, juguete de un destino implacable.

—¿Te gusta la música? —le preguntó la señora de Fontanin.

Pareció no comprender lo que le decía. Sus ojos se llenaron de lágrimas; se agachó rápidamente y fingió atarse los cordones del zapato. Oyó que Antoine contestaba por él. Le zumbaban los oídos. Deseaba morir. ¿Le estaría mirando Jenny?

Hacía ya más de un cuarto de hora que Daniel y Nicole habían entrado en la cámara oscura.

Daniel se había apresurado a correr el pestillo y a sacar las películas fuera del aparato:

—No toques la puerta —dijo—; el menor rayo de luz velaría todo el carrete.

Cegada al principio por la oscuridad, Nicole distinguió muy pronto, muy cerca de ella, unas sombras incandescentes que se movían en el halo rojo de la linterna; poco a poco distinguió dos manos de fantasma, largas y finas, cortadas por las muñecas, y que balanceaban una cubeta. No veía de Daniel sino estos dos trozos animados; pero era tan estrecho el recinto que sentía todos sus movimientos como si la rozara. Ambos retenían el aliento, pensando uno y otro, con una obsesión fatal, en el beso de aquella mañana en la alcoba.

—¿Se ve algo? —murmuró la joven.

Daniel no quiso contestar en seguida: saboreaba la deliciosa angustia de que estaba hecho este silencio y, sin necesidad de fingir, gracias a las tinieblas, se había vuelto hacia Nicole y ensanchaba las narices para respirar el aroma que la envolvía.

—No; todavía no —articuló por fin.

Se produjo un nuevo silencio. Luego la cubeta, que Nicole no perdía de vista, se quedó inmóvil: las dos manos flameantes habían desertado de la luz de la lámpara. El tiempo se hacía interminable. Bruscamente se sintió cogida en un fuerte abrazo. No se sorprendió y casi prefirió haberse librado de la incertidumbre; pero echó el busto hacia atrás, a derecha e izquierda, para huir de la boca de Daniel que esperaba y temía al mismo tiempo. Por fin sus rostros se encontraron. La frente ardiente de Daniel tropezó con algo elástico y frió: la trenza que Nicole llevaba enrollada sobre la cabeza; no pudo reprimir un estremecimiento, un ligero movimiento de retroceso; la muchacha lo aprovechó para hurtarle los labios el tiempo preciso para llamar:

—¡Jenny!

Ahogó el grito con su mano, y de pie, apoyado con todo su cuerpo sobre el de Nicole, a la que aplastaba contra la puerta, balbuceó entre dientes, como si delirara:

—Cállate, deja... Nicole..., cariño mío..., escúchame...

Se defendía menos, y Daniel creyó que cedía. La joven había deslizado el brazo por detrás de su cuerpo y buscaba a tientas el pestillo: la puerta cedió bruscamente y una oleada de luz violó la oscuridad. El muchacho la soltó y cerró la puerta. ¡Pero había tenido tiempo de distinguir su rostro! ¡Desconocido! Una máscara china, lívida, con unas manchas rosáceas junto a los ojos que los alargaban hacia las sienes; unas pupilas hundidas, sin expresión; su boca hacía un momento tan delgada y ahora inflamada, deforme, entreabierta...: ¡Jérôme! Apenas si tenía algún parecido con su padre, y, sin embargo, en aquel chorro implacable de luz había visto a Jérôme.

—Te felicito —dijo Daniel por fin, con voz silbante—. Se ha estropeado todo el carrete.

Nicole contestó tranquilamente:

—Quiero quedarme; tengo que hablarte; pero abre el cerrojo.

—No; va a venir Jenny.

Nicole vaciló un momento y luego repuso:

—Entonces, júrame que no volverás a tocarme.

Daniel sintió impulsos de saltar sobre ella, de golpearla con el puño, de desgarrar

sus ropas; al mismo tiempo se sintió vencido.

—Lo juro —dijo.

—Entonces escúchame, Daniel. Te he dejado ir demasiado lejos. Esta mañana he obrado mal, pero ahora te digo que no. No ha sido para llegar a esto para lo que me he escapado. —Estas últimas palabras las había pronunciado rápidamente y para sí misma. Hablando a Daniel prosiguió—: Te voy a confiar un secreto: me he escapado de casa de mamá. Contra ella no tengo nada que decir; sólo es muy desgraciada... e impulsiva. No puedo decirte más. —Hizo una pausa. La imagen execrada de Jérôme permanecía ante sus ojos. El hijo haría de ella lo que creía que Jérôme había hecho de su madre—. Tú no me conoces bien —prosiguió apresuradamente, porque el silencio de Daniel la asustaba—. Reconozco que ha sido culpa mía. No me he portado contigo tal y como soy. Con Jenny, sí. Pero contigo me he dejado llevar y tú has creído que..., pero en el fondo, no. Esto no. No quiero una vida... una vida que empiece así. ¿Hubiera merecido la pena venirme con la tía Thérèse para esto? ¡No! Lo que quiero...; te vas a burlar de mí, pero no me importa: lo que quiero es poder, más tarde, merecer el respeto de un hombre que me ame de verdad y para siempre...; de un hombre formal, en una palabra.

—Es que yo soy formal —aventuró Daniel con una sonrisa triste que la muchacha adivinó en el tono de su voz. Acto seguido comprendió que todo peligro había pasado.

—No lo creas —repuso casi con alegría—. No te enfades por lo que voy a decirte, Daniel: tú no me quieres.

—¿Eh?

—Claro que no. No me quieres a mí; lo que quieres es... otra cosa. Y yo tampoco, tampoco te...; mira, voy a ser sincera: creo que nunca podré querer a un hombre como tú.

—¿Como yo?

—Quiero decir, un hombre como los demás... Quiero amar, sí; pero más tarde, y entonces será a alguien que... En fin, a alguien puro, que venga a mí de otra forma... Para otra cosa... No sé cómo explicártelo. En fin, un hombre muy diferente de ti.

—¡Muchas gracias!

Su deseo había desaparecido; ya no pensaba sino en evitar el ridículo.

—Vamos —prosiguió Nicole—, hagamos las paces y no pensemos más en ello. —Entreabrió la puerta y esta vez Daniel no se opuso—. ¿Amigos? —dijo la muchacha tendiéndole la mano. Daniel no contestó. Contemplaba sus dientes, sus ojos, su tez, aquel rostro encendido que se ofrecía como una fruta madura. La joven le cogió la mano y se la estrechó.

—No estropees mi vida —murmuró con una inflexión de ternura en la voz. Enarcó las cejas y en tono de broma añadió—: Con un carrete de fotografías ya es bastante por hoy.

Daniel se esforzó en reír. Ella no le pedía tanto y experimentó cierta tristeza. Pero

a fin de cuentas estaba bastante orgullosa de su victoria y de la opinión que le merecería más tarde.

—¿Y qué? —exclamó Jenny tan pronto como reaparecieron en el comedor.

—Fracasado —dijo Daniel con sequedad.

Jacques se alegró por despecho. Nicole sonrió maliciosa:

—¡Completamente fracasado! —repitió.

Pero viendo que Jenny ocultaba la cara y que los ojos se le llenaban de lágrimas, corrió hacia ella y la abrazó.

Desde la entrada de su amigo Jacques había dejado de pensar en sí mismo. No podía apartar de él su atención. La fisonomía tenía una expresión nueva, desagradable: una contradicción entre la parte inferior del rostro y la superior, un desconcierto entre la mirada velada, preocupada, huidiza, y la sonrisa cínica que levantaba el labio y torcía sus facciones hacia la izquierda.

Sus ojos se encontraron. Daniel frunció el entrecejo ligeramente y cambió de sitio.

Esta desconfianza hirió a Jacques aún más profundamente que todo lo demás. Daniel no había dejado de decepcionarle desde su llegada; por fin lo comprendió. Ni un minuto de verdadera intimidad entre ellos: ni siquiera había podido revelarle el nombre de Lisbeth. Por un instante creyó sufrir a causa de esta desilusión; sufría, sobre todo, en realidad, pero sin acabar de darse cuenta, a causa de haberse atrevido por primera vez a someter a crítica su amor, y con ello, haberse despojado de él a sí mismo. Como todos los niños, vivía solamente en el presente, ya que el pasado se desvanecía rápidamente en el olvido y el porvenir no despertaba en él sino impaciencia. Por otra parte, el presente se obstinaba hoy en prestarle un intolerable sabor de amargura; la tarde se acababa con un desánimo sin límites.

Y cuando Antoine le hizo señas de que se preparara para marcharse, sintió un inmenso consuelo.

Daniel había captado el gesto de Antoine. Se apresuró a unirse a Jacques.

—¿No os iréis todavía?

—Pues sí.

—¿Ya? —En tono más bajo añadió—: ¡Nos hemos visto tan poco!

Todo el día había sido para él igualmente pródigo en desengaños. Además sentía remordimientos con respecto a Jacques y, lo que le molestaba aún más, en relación con su amistad.

—Perdóname —dijo de repente llevando a Jacques hacia el alféizar de la ventana, con un aire tal de humildad y de bondad que Jacques, olvidando todos sus sinsabores, se sintió animado de nuevo por un resto de su pasada ternura—. Nos han salido las cosas tan mal hoy... ¿Cuándo volveré a verte? —continuó Daniel con voz implorante—. Tenemos que vernos, los dos solos, durante mucho rato. Ya no nos conocemos bien. Al fin y al cabo no tiene nada de extraordinario, ya que hemos estado todo un

año sin vernos. Pero eso no importa.

De repente se preguntó qué iba a ser de aquella amistad que nada alimentaba desde hacía tanto tiempo sino una fidelidad mística, cuya fragilidad acababan de comprobar. ¡No había que dejarse desanimar por eso! Jacques le parecía un poco niño, pero su afecto persistía y, quién sabe, tal vez más vivo a causa de sentir reafirmada de esta forma su superioridad.

—Los domingos estamos siempre en casa —decía en aquel momento la señora de Fontanin a Antoine—. No nos marcharemos de París hasta después de la distribución de los premios. —Sus ojos se iluminaron—. Porque Daniel tiene premio —murmuró, sin disimular su orgullo—. Mire —añadió bruscamente, asegurándose de que su hijo le volvía la espalda y no podía oírlo—, venga, le voy a enseñar mis tesoros. —Se lanzó alegremente hacia su alcoba. Antoine la acompañó. En un cajón de su secreter yacían alineadas una veintena de coronas de laurel de cartón pintado. Volvió a cerrar el cajón casi inmediatamente, un poco avergonzada de haberse dejado dominar por aquel impulso infantil—. No se lo diga a Daniel —advirtió—; no sabe que las conservo.

Volvieron en silencio hacia el recibimiento.

—¿Estás ya, Jacques? —preguntó Antoine.

—Hoy no cuenta —dijo la señora de Fontanin tendiendo a Jacques sus manos; le miraba con insistencia; parecía como si lo hubiese adivinado todo—. Aquí estás entre amigos, Jacques; siempre que se te ocurra venir, serás bien recibido. Y tu hermano lo mismo, naturalmente —prosiguió, volviéndose hacia Antoine con un gesto lleno de simpatía.

Jacques buscó a Jenny con la mirada; pero ésta había desaparecido en unión de su prima. Entonces se inclinó hacia la perrita y depositó un beso en su testuz satinada.

La señora de Fontanin volvió al comedor con objeto de recoger la mesa. Daniel, que la seguía distraído, se apoyó en el quicio de la puerta y, sin romper el silencio, encendió un pitillo. Pensaba en lo que le había dicho Nicole: ¿por qué se le había ocultado que su prima se había escapado de su casa y había venido a buscar refugio en la de ellos? ¿Refugio contra qué?

La señora de Fontanin iba de un lado para otro con aquella facilidad de movimientos que le conservaban la apariencia de una mujer joven. Pensaba en su conversación con Antoine, en todo lo que había sabido acerca de él, de sus estudios y de sus proyectos para el porvenir, y acerca de su padre. «Un corazón noble —se decía—; y qué frente tan... —buscó un adjetivo— meditativa», añadió con un arrebatado gozoso. Entonces recordó el pensamiento que había tenido: ¿acaso no había pecado ella también en espíritu durante un segundo? Las palabras de Gregory le volvieron a la memoria, y de repente, sin una razón determinada, se sintió poseída de una alegría tal que soltó el plato que tenía en la mano para pasarse los dedos por la cara, para tocar aquella alegría que suponía reflejada en sus facciones. Se acercó a su hijo, que

la miraba sorprendido, le puso alegremente las manos sobre los hombros, le contempló hasta el fondo de los ojos, le abrazó sin decir nada y, bruscamente, abandonó la habitación.

Fue derecha a su escritorio y con su letra infantil, un poco temblorosa, escribió:

«Mi querido James:

»Me he mostrado demasiado orgullosa con usted. ¿Quién de nosotros tiene derecho a juzgar? Agradezco a Dios que me haya iluminado una vez más. Dígale a Jérôme que renuncio a pedir el divorcio. Dígale...»

Las palabras bailaban a través de sus lágrimas.

## XII

ALGUNOS días después Antoine se despertó al amanecer, a causa de los golpes que sonaban sobre las contraventanas. El trapero no conseguía que le abrieran el portal; oía sonar el timbre en la portería y pensó en un accidente.

Efectivamente; mamá Fruhling había muerto: un último ataque la había abatido a los pies de su cama.

Jacques llegó en el momento en que depositaban a la anciana sobre su lecho. La boca entreabierta dejaba al descubierto sus dientes amarillos. Esto le recordó algo horrible. Ah, sí: el cadáver del caballo tordo, en la carretera de Tolón... Y de repente se le ocurrió la idea de que tal vez vendría Lisbeth.

Transcurrieron dos días. Lisbeth no venía; no vendría. Mejor que mejor. Jacques no precisaba sus sentimientos. Incluso, después de su visita a los Fontanin, había seguido trabajando en una poesía en la cual elogiaba a la bien amada y se dolía de su destierro. Pero en realidad no deseaba verla de nuevo.

Sin embargo, todos los días pasaba diez veces por delante de la portería y cada vez echaba a su interior una mirada ansiosa, y cada vez también se volvía tranquilo, pero insatisfecho.

La víspera del entierro, cuando volvía a casa después de haber cenado solo en el restaurante en que Antoine y él hacían sus comidas desde que el señor Thibault marchara a Maisons-Laffitte, el primer objeto que llamó su atención fue una maleta abandonada a la entrada de la portería. Se echó a temblar, y su frente se cubrió de sudor. A la luz de los cirios que rodeaban el ataúd distinguió una silueta infantil arrodillada y cubierta de velos negros. Sin dudarle ni un momento entró. Las dos monjas le miraron indiferentes, pero Lisbeth no se volvió. La noche estaba tormentosa; un perfume pesado y dulzón llenaba la habitación; unas flores se marchitaban sobre el féretro. Jacques permanecía de pie, pesaroso de haber entrado. Todo aquel aparato fúnebre le producía un malestar invencible. Ya no pensaba en Lisbeth y sólo buscaba una ocasión para escaparse. Una de las monjas se levantó para despagilar un cirio; aprovechó la oportunidad para marcharse.

¿Había adivinado Lisbeth su presencia, o le había, conocido en su forma de andar? Se unió a él antes de que hubiera alcanzado la puerta de su piso. Jacques se había vuelto al oír la venir. Permanecieron durante algunos segundos uno junto a otro, en el rincón oscuro de la escalera. La muchacha lloraba con la cara tapada por el velo, sin ver la mano que Jacques le tendía. Hubiera querido llorar también, por cubrir las apariencias; pero no sentía nada, a no ser cierta timidez.

En lo alto de la escalera sonó una puerta. Jacques temió que le sorprendieran allí y sacó las llaves. Pero el azoramiento y la oscuridad le impedían encontrar la cerradura.

—¿A lo mejor no es ésa la llave? —sugirió la muchacha. Jacques se sintió



turbado por el acento pausado de aquella voz. Por fin se abrió la puerta; Lisbeth vacilaba; se oía el paso del vecino que bajaba por la escalera.

—Antoine está de guardia —susurró Jacques para decidirla, al tiempo que se ruborizaba. La muchacha cruzó el umbral sin demostrar el menor reparo.

Cuando hubo vuelto a cerrar la puerta y encendida la luz, Jacques vio que Lisbeth se dirigía directamente a su alcoba y se sentaba en el sofá con los mismos gestos de antes. Entonces distinguió a través de la gasa sus párpados hinchados y su rostro, tal vez afeado, pero transfigurado por la tristeza. Observó que tenía un dedo vendado. No se atrevía a sentarse; no podía apartar de su imaginación las lúgubres circunstancias de este regreso.

—Qué pesado está el tiempo —dijo Lisbeth—; ¿habrá tormenta?

Se movió ligeramente en su asiento y su actitud parecía invitar a Jacques a ocupar el sitio que le hacía a su lado: su sitio. Se sentó; e inmediatamente, sin decir ni una palabra, sin quitarse el velo, limitándose a apartarlo por el lado de Jacques, la joven puso su rostro junto al del muchacho como antes hacía. El contacto de esta mejilla húmeda le resultó desagradable. El velo de gasa esparcía un olorcillo a tinte. No sabía qué hacer ni qué decir. Pretendió cogerle la mano, dejó escapar un grito:

—¿Estás herida?

—Es... un uñero —suspiró la joven.

Todo se mezclaba en aquel suspiro: su dolencia, su pena, la congoja de su ternura sin objeto. Sin darse cuenta de lo que hacía, Lisbeth desenrollaba la venda, y cuando apareció el dedo tumefacto, lívido, con la uña despegada por el absceso, Jacques sintió que se le cortaba la respiración, experimentó un segundo de vértigo, como si repentinamente hubiera desnudado una parte íntima de su cuerpo. Sin embargo, sentía a través de la ropa la tibieza de aquel cuerpo tan próximo. Ella le miró con sus ojos de porcelana, que parecían seguir pidiéndole que no le hiciera daño. Entonces, a pesar de su repugnancia, sintió deseos de besar la mano enferma para curarla.

Pero la muchacha se había levantado y se vendaba el dedo tristemente.

—Tengo que volver —dijo.

Tenía un aspecto tal de cansancio que Jacques propuso:

—¿Quieres que te haga una taza de té? ¿Te apetece?

Le miró de una forma extraña, y sonrió.

—De acuerdo. Voy a rezar una oración y ahora vuelvo.

Se apresuró a calentar el agua, preparar el té y llevarlo a su habitación. Lisbeth no había vuelto. Se sentó.

Ahora deseaba que volviera. Sentía una emoción que no trataba de explicarse. ¿Por qué no volvía? No se atrevía a llamarla, a disputársela a mamá Fruhling.

¿Pero qué esperaba para volver? El tiempo pasaba. A cada momento iba a tocar la tetera. Cuando el té estuvo frío, ya no tuvo pretexto para levantarse y permaneció inmóvil. Los ojos le dolían a fuerza de mirar la lámpara. La impaciencia le hacía sentirse febril. Los nervios se le pusieron de punta a consecuencia del resplandor de

un relámpago que atravesó las rendijas de las contraventanas. ¿Volvería acaso? Se sentía entumecido y desgraciado; desgraciado hasta sentirse morir.

Un estallido sordo. ¡Bum! ¡Ha estallado la tetera! El té cae en forma de lluvia mojando las persianas. Lisbeth está empapada; el agua corre sobre sus mejillas, sobre su velo, que se destiñe y se va poniendo pálido, pálido y transparente como un velo de desposada...

Jacques se sobresaltó: Lisbeth acababa de sentarse y le acercaba de nuevo su rostro:

—*Liebling*, ¿te habías dormido?

Era la primera vez que le tuteaba. Se había quitado el velo, y entre sueños volvía él a encontrar, por fin, a pesar de los ojos hinchados y de la boca cansada, el verdadero rostro de su Lisbeth. Dejó caer los hombros con un gesto de cansancio:

—Ahora —dijo— mi tío se casará conmigo.

Inclinó la cabeza. ¿Lloraba? Su tono había sido pesaroso, pero resignado. ¿Quién sabe si tal vez no sentía cierta curiosidad acerca de aquel nuevo futuro?

Jacques no llevaba su análisis tan lejos. Deseaba que se sintiera desgraciada: hasta tal extremo se deleitaba en este momento con la voluptuosidad de compadecerla. La cogió entre sus brazos y la apretó cada vez más fuerte como si quisiera fundirla con él. Ella buscó su boca, que le abandonó con avidez. Nunca había conocido Jacques una tal agitación de todo su ser. Indudablemente la muchacha se había desabrochado la blusa previamente, porque de repente, casi sin haberlo buscado, Jacques sintió en la palma de su mano el peso cálido del seno desnudo.

Lisbeth se volvió entonces para que la mano de Jacques pudiera moverse con mayor facilidad sobre su cuerpo, que el muchacho sentía libre bajo el vestido.

—Recemos juntos por mamá Fruhling —balbuceó la muchacha.

Jacques no sintió ningún deseo de sonreír; no estaba muy lejos de creer que rezaba: tanto fervor había en sus caricias.

De repente la muchacha se apartó con una especie de gemido; creyó que había tropezado con el dedo enfermo o bien que huía de él. Pero no había hecho sino alejarse un poco para apagar la luz y volvía hacia él. Oyó en su mismo oído: «*Liebling*». Luego sintió una boca ávida que buscaba por segunda vez la suya y unos dedos febriles que se deslizaban bajo su ropa...

Otro trueno le despertó; la lluvia resonaba sobre las losas del patio. Lisbeth...; ¿dónde estaba? Noche cerrada. Jacques se encontraba a solas sobre el sofá en desorden. Sintió deseos de levantarse, de ir a buscarla; incluso inició el gesto de incorporarse sobre un codo; pero no pudo luchar contra el sueño y cayó de nuevo sobre las almohadones.

Ya era muy de día cuando por fin abrió los ojos.

Lo primero que vio fue la tetera, que descansaba sobre la mesa; luego, su traje, que yacía en el suelo, hecho un rebujo. Entonces recordó; se levantó. Sintió un deseo

irreprimible de quitarse la ropa que le quedaba y lavarse a chapuzones sus miembros entumecidos. La frescura de la bañera le pareció un bautismo. Todavía chorreando se puso a andar por la habitación de un lado a otro, curvando los riñones, acariciando sus piernas nerviosas, su piel fresca, con un olvido total de lo que podía resultarle vergonzoso en aquella adoración complacida de su desnudez. El espejo le ofrecía su imagen esbelta y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, contempló sin ninguna turbación los detalles de su cuerpo. Al recordar sus extravíos, se encogió de hombros, con una sonrisa indulgente. «Barbaridades de crío», pensó; este capítulo le parecía terminado definitivamente, como si unas fuerzas durante mucho tiempo desconocidas, durante mucho tiempo descarriadas, hubieran encontrado por fin su verdadero camino. Sin reflexionar ni concretar en lo sucedido aquella noche, sin pensar siquiera en Lisbeth, sentía su corazón gozoso, su alma y su carne purificadas. No era que tuviera la sensación de haber descubierto algo nuevo, sino más bien de haber recobrado su antiguo equilibrio: como un convaleciente que se alegra de haber recobrado su salud, pero que no se extraña por ello.

Siempre desnudo, se deslizó al vestíbulo y entreabrió la puerta de entrada. Creyó distinguir en la sombra de la portería, como la víspera por la noche, a Lisbeth arrodillada bajo sus velos. Unas hombres con escaleras ponían colgaduras negras en el portal. Recordó que el entierro tenía lugar a las nueve, y se vistió apresuradamente, como para una fiesta. Aquella mañana cualquier cosa le servía de alegría.

Acababa de poner en orden su habitación cuando vino a buscarle su padre, que había regresado expresamente de Maisons-Laffitte.

Asistió al entierro al lado de su padre. Una vez en la iglesia, desfiló como los demás, entre todas aquellas gentes que no sabían nada, y estrechó la mano de Lisbeth sin demasiada emoción, con cierto sentimiento de superioridad familiar.

La portería estuvo desocupada durante todo el día. Jacques esperaba de un momento a otro el regreso de Lisbeth, sin formular conscientemente el deseo que se encubría bajo esta impaciencia.

A las cuatro llamaron a la puerta y corrió a abrir: ¡el profesor de latín! Se le había olvidado que aquel día le tocaba clase.

Seguía distraído la explicación de Horacio cuando volvieron a llamar. Esta vez sí era ella. Desde la entrada, y a través de la puerta de la alcoba que permanecía abierta, vio la espalda del profesor encorvada sobre la mesa. Durante algunos segundos se interrogaron con la mirada. Jacques no sospechaba ni por lo más remoto que la muchacha venía a despedirse: se marchaba en el tren de las seis. Ella no se atrevió a decírselo, pero tembló ligeramente; sus pestañas se agitaron, levantó el dedo enfermo hasta la boca, y luego, desde muy cerca, como si el tren se la llevara ya para siempre, le lanzó un beso rápido y huyó.

El profesor prosiguió la oración interrumpida:

—*Purpurarum usus* equivale a *purpura qua utuntur*. ¿Percibe el matiz?

Jacques sonreía como si lo percibiera. Pensaba en que Lisbeth iba a volver en seguida, volvía a ver en la oscuridad del recibimiento su rostro oculto por el velo y aquel beso que parecía haberse arrancado de los labios para él, con su dedo entrapajado.

—Continúe —dijo el profesor.

*1921*

FIN DE  
«EL REFORMATARIO»

# TERCERA PARTE

## ESTÍO

## I

Los dos hermanos bordeaban la verja del Luxemburgo. Acababan de sonar las cinco y media en el reloj del Senado.

—Estás nervioso —dijo Antoine, que desde hacía un rato se sentía fatigado por el paso rápido de Jacques—. ¡Qué calor! Va a terminar habiendo tormenta.

Jacques disminuyó la velocidad y levantó el sombrero, que le oprimía las sienes.

—¿Nervioso? No; en absoluto. Todo lo contrario; ¿no me crees? Incluso yo mismo estoy extrañado de mi calma. Hace dos noches que duermo como un tronco, hasta el extremo de que me encuentro cansado. Estoy muy tranquilo; te lo aseguro. Podías haberte evitado este paseo: ¡con tantas cosas que tú tienes que hacer! Máxime teniendo en cuenta que estará Daniel. Sí, aunque no lo creas. Ha venido expreso desde Cabourg esta mañana. Acaba de telefonar para saber la hora en que publicarían las listas. Para estas cosas es tan atento... También vendrá Battaincourt. Ya ves que no voy a estar solo. —Sacó el reloj—: Por otra parte, dentro de media hora...

«Indudablemente está nervioso —pensaba Antoine—. Y la verdad es que yo también lo estoy un poco. No obstante, puesto que Favery afirma que está en la lista... —Como había hecho siempre para sí mismo, descartaba toda hipótesis de fracaso. Dirigió a su hermano una mirada paternal y sin abrir la boca empezó a canturrear—. *En mi corazón... En mi corazón...* No puedo despegarme esa musiquilla que cantaba Olgue esta mañana. Me parece que es de Duparc. Con tal que no se le olvide recordar a Belin la punción del siete. *En mi corazón. Na-na-na...*»

«¿Y si he aprobado, seré verdaderamente feliz? —se preguntaba Jacques—. No tanto como ellos —se dijo, pensando en Antoine y en su padre.»

—¿Recuerdas la última vez que fui a cenar a Maisons-Laffitte? —dijo, asaltado por un súbito recuerdo—. Acababa de terminar los exámenes orales y tenía los nervios de punta. Pues estando en la mesa me dijo papá, con ese aire que tú ya conoces: «¿Y qué vamos a hacer de ti si no apruebas?»

Se interrumpió: otro recuerdo acababa de interponerse. Pensó: «Esta tarde estoy muy nervioso.» Sonrió y cogió a su hermano del brazo.

—No, Antoine; lo extraordinario no es eso. Fue al día siguiente. Al día siguiente de aquella noche... Te lo tengo que contar todo... Papá me había encargado, puesto que estaba libre, que acudiera en su lugar al entierro del señor Crespín; ¿te acuerdas? Allí pasó algo verdaderamente incomprensible. Fui demasiado temprano y estaba lloviendo. Entré en la iglesia. Hay que decir que me encontraba verdaderamente enojado por tener que perder toda la mañana, pero de todas formas eso no es razón suficiente, según vas a ver... Bien; entro y me sitúo en un lugar vacío. Entonces un abate viene a ponerse junto a mi. Fíjate bien que había muchas sillas vacías y sin embargo este abate viene a sentarse precisamente junto a mí. Muy joven,

probablemente un seminarista, bien afeitado, oliendo a limpio y a dentífrico; pero con unos guantes negros absurdos y sobre todo con un paraguas, un paraguas enorme, de puño negro, que parecía un perro mojado. No te rías, Antoine; vas a ver. No podía pensar sino en aquel cura. Seguía la misa con la nariz metida en su breviario y moviendo los labios. Bueno. Pues en el momento de la elevación, en lugar de utilizar el reclinatorio que tenía ante sí, lo que aún hubiera comprendido, no: se me arrodilla en el suelo y se prosterna sobre las losas. Yo, por el contrario, había seguido de pie. Entonces, al levantarse, me ha visto, y al encontrarse con mi mirada no sé si habrá notado algo agresivo en mi actitud. He sorprendido en su rostro una desaprobación encubierta en un deslizamiento de las pupilas bajo los párpados; una especie de dignidad fingida: ¡algo irritante! Hasta el extremo de que... No sé lo que me ha ocurrido. Todavía no puedo comprenderlo. He sacado del bolsillo una tarjeta de visita, he garrapateado encima y le he alargado la tarjeta. —(Esto no era cierto; Jacques se había limitado a imaginar en aquel momento que podría haber hecho semejante gesto. ¿Por qué mentía?)— Ha levantado la nariz: vacilaba; he tenido... Sí...; he tenido que ponerle la tarjeta en la mano. La ha echado una ojeada, me ha mirado aturdido y luego se ha puesto el sombrero bajo el brazo; ha cogido muy despacio su paraguas familiar y ha salido de estampía... Sí... Como si hubiera tenido por vecino a un energúmeno... Y por mi parte tampoco he podido aguantar más; me ahogaba de rabia. Me he marchado sin esperar a la despedida del duelo.

—¿Y... qué era lo que habías escrito en la tarjeta?

—¡Ah, sí, en la tarjeta! Es una tontería. Casi no me atrevo a decirlo. Había escrito: ¡YO NO CREO! ¡Con signos de admiración, y subrayado! ¡Y en una tarjeta de visita! ¡Valiente tontería!: ¡YO NO CREO! —Miró a lo lejos—. En primer lugar, ¿puede, acaso, afirmarse tal cosa? —Calló durante un instante para seguir con la mirada a un muchacho de luto, de aspecto impecable, que cruzaba la glorieta de Médicis—. Es estúpido —prosiguió trabajosamente, como si se obligara a una confesión penosa—. ¿Sabes lo que se me acaba de ocurrir de repente? Pensaba que si tú te murieras, sí, tú, Antoine, me gustaría llevar un traje negro muy ceñido, como el de ese individuo que va por ahí. Incluso, por un instante, he llegado a desear tu muerte con verdadera impaciencia... ¿No crees que yo terminaré en un manicomio?

Antoine se encogió de hombros.

—Tal vez fuera lo mejor —prosiguió Jacques—. Trataría de analizarme hasta el último grado de la locura. Escucha. He pensado en escribir la historia de un hombre muy inteligente que se volviera loco. Todos sus actos estarían desprovistos de sentido común, y sin embargo no haría nada sino después de escrupulosas reflexiones y obraría, según él, con una lógica rigurosa. ¿Comprendes? Yo me colocaría en el centro mismo de su inteligencia y me...

Antoine permanecía silencioso. Otra actitud preconcebida y que poco a poco se había hecho familiar con su persona. Pero había una atención tal en sus silencios que el pensamiento de sus interlocutores, lejos de paralizarse, se sentía aguijoneado.

—¡Si yo dispusiera de tiempo para trabajar, para crear temas! —suspiró Jacques—. ¡Siempre estos exámenes! Y veinte años ya: ¡es espantoso!

«Y este nuevo grano que no se cura a pesar de la tintura de yodo», pensó, llevándose la mano hacia el cogote, donde el roce del cuello irritaba la cabeza de un forúnculo.

—Dime, Antoine —prosiguió—; a los veinte años tú ya no eras un niño, ¿verdad? Lo recuerdo bien. Pero yo no cambio; en el fondo me siento hoy el mismo de hace diez años. ¿No lo crees tú así?

—No.

«Es verdad lo que dice», pensaba Antoine; «esta conciencia de la continuidad, o más bien, esta continuidad de la conciencia... El viejo señor que dice: “A mí me gustaba mucho saltar a dola.” Los mismos pies, las mismas manos, el mismo individuo. Igual que yo, por ejemplo, la noche que pasé tanto miedo en Cotterets con aquel cólico y no me atrevía a salir de mi habitación: “y era él, precisamente él, el doctor Thibault... nuestro jefe de clínica... un tipo que vale mucho...”», añadió con satisfacción, como si oyera hablar de él a uno de sus internos.

—¿Te molesto? —preguntó Jacques. Se quitó el sombrero y se secó la frente.

—¿Por qué?

—Porque apenas si me contestas; me estás escuchando como a un enfermo con fiebre.

—En absoluto.

«Si los baños de oído no son suficientes para hacer descender la temperatura... —pensó Antoine, evocando el rostro dolorido de un pequeño que había sido llevado aquella mañana al hospital—. *En mi corazón... en mi corazón, na-na-na*».

—Se te ha metido en la cabeza que estoy nervioso —continuó Jacques—. Y te repito que estás muy equivocado. Mira, te voy a confesar una cosa, Antoine: hay momentos en que..., ¡sí! En que casi deseo no aprobar.

—¿Por qué?

—¡Para escaparme!

—¿Escaparte? ¿De qué?

—¡De todo! ¡De este engranaje! ¡De ti, de ellos, de todos vosotros!

En lugar de decir: «Estás desvariando», que era lo que pensaba, Antoine se volvió hacia su hermano y le contempló con una mirada escrutadora.

—¡Quemar las naves! —prosiguió Jacques—. ¡Partir! ¡Sí; partir, marchar solo, adonde sea! Y allí estaré tranquilo, podré trabajar. —Sabía perfectamente que no se marcharía, razón por la cual se abandonaba con mayor fogosidad aún a su sueño. Permaneció silencioso durante un momento. Pero casi en seguida añadió con una sonrisa amarga—: Y allí sí, tal vez, pero sólo allí, podré perdonarle...

Antoine se detuvo:

—¿Entonces todavía piensas en eso?

—¿En qué?



—Dices: «perdonarle». ¿A quién? ¿Perdonar el qué? ¿El reformatorio?

Jacques le dirigió una mirada aviesa, se encogió de hombros y prosiguió su camino. ¡Claro que se trataba de su estancia en Crouy! ¿Pero qué necesidad había de andarse con explicaciones? Antoine no podía comprenderlo.

Por otra parte, ¿a qué correspondía aquella idea de perdón? Jacques mismo no lo sabía muy exactamente, aunque se debatía continuamente en aquella alternativa: perdonar o, por el contrario, exaltar su resentimiento; aceptar, graduarse, convertirse en una rueda más de todo el mecanismo; o por el contrario, estimular las fuerzas de destrucción que se agitaban en su interior y arrojarse con todo su rencor contra... — no hubiera sabido decir qué—, contra la existencia organizada, la moral, la familia; ¡contra la sociedad! Resentimiento antiguo, que databa de su infancia; sentimiento confuso de haber sido un incomprendido, acreedor a ciertas consideraciones y sin embargo menospreciado por todo el género humano. Sí, indudablemente; si hubiera conseguido evadirse habría encontrado por fin aquel equilibrio interior que acusaba a los demás de arrebatárselo.

—Y allí, podré trabajar —repitió.

—¿Dónde es allí?

—¡Ya lo ves; me preguntas que dónde! ¡No puedes comprenderme, Antoine! Tú siempre te has sentido de acuerdo con los demás. Siempre te ha gustado el camino que seguías.

Repentinamente pensó en su hermano mayor de una forma que raras veces se había permitido. Le vio satisfecho y aplicado. Enérgico, de acuerdo; ¿pero inteligencia? ¡Una inteligencia de zoólogo! ¡Una inteligencia tan sumamente positiva, que había encontrado en los estudios científicos toda su plenitud! ¡Una inteligencia que se había construido toda una filosofía sobre la sola noción de actividad y que se contentaba con ella! Y lo que era más grave aún, ¡una inteligencia que despojaba siempre a las cosas de su valor secreto, de todo aquello que era, en resumidas cuentas, el sentido verdadero y la belleza del universo!

—Yo no soy como tú —afirmó con exaltación. Se apartó un poco de su hermano para marchar solo, en silencio, por el borde de la acera.

«Me ahogo aquí —se decía—. ¡Todo lo que me obligan a hacer es aborrecible, mortal! ¡Mis profesores! ¡Mis compañeros! ¡Sus aficiones! ¡Sus libros predilectos! ¡Los autores contemporáneos! ¡Si hubiera alguien en el mundo capaz de sospechar lo que yo soy y lo que pretendo hacer! No; nadie tiene ni la menor idea, ni siquiera Daniel. —Su violencia había desaparecido. No escuchaba la contestación de Antoine—. Olvidar todo lo que ya está escrito —pensaba—, ¡salirse del surco! ¡Mirar dentro de sí y decirlo todo! Hasta ahora nadie ha tenido la audacia de decirlo todo. Alguien, por fin: ¡yo!»

La temperatura hacía desagradable la cuesta de la calle Soufflot. Aflojaron el paso. Antoine continuaba hablando y Jacques en silencio. Este le observó y sonrió para sus adentros:

«En el fondo, nunca he podido discutir con Antoine. O bien le hago cara hasta que me enfado, o permanezco embobado ante los argumentos que va alineando en buen orden y me callo. Como ahora mismo. Y, además, con cierta hipocresía. Porque sé perfectamente que Antoine toma mi silencio como un asentimiento, lo cual no es cierto. ¡Lejos de eso! Me aferró a mis ideas y me es igual que resulten confusas para los demás. Yo estoy seguro de su valor. ¡Si no se tratara más que de saber demostrar este valor! ¡El día que me dé por tomarme ese trabajo! Argumentos siempre se encuentran. Antoine sigue siempre su camino. Nunca se le ocurre preguntarse si hay algo de fundamento en lo que yo pienso. Sin embargo, ¡qué solo me encuentro! — Una vez más sintió avivarse su deseo de partir—. Abandonarlo todo de repente, sería maravilloso. ¡*Habitaciones abandonadas!* ¡*Maravillas de la separación!*» Sonrió de nuevo y, volviendo hacia Antoine una mirada maliciosa, recitó:

—¡*Yo os odio, familias! Hogares apagados, puertas cerradas...*

—¿De quién es eso?

—*Natanael, mirarás todo a tu paso y no te detendrás en ningún sitio...*

—¿De quién...?

—¡Ah! —dijo Jacques, dejando de sonreír y acelerando el paso repentinamente—; es de un libro que tiene la culpa de todo. Un libro en el que Daniel ha encontrado toda clase de excusas...; peor aún: la glorificación, para... ¡para su cinismo! Un libro que ahora se sabe de memoria y que yo... no —añadió con voz temblorosa—; no, no puedo decir que le detesto, y sin embargo, Antoine, es un libro que abrasa las manos mientras que se le lee y con el cual nunca he querido enfrentarme; ¡hasta tal extremo le considero temible! —Con complacencia involuntaria prosiguió—: */Habitaciones abandonadas!* ¡*Maravillas de la separación!* —Luego calló. Y cambiando de tono repentinamente, añadió con una voz rápida y opaca—: Hablo de marchar, pero ya es demasiado tarde. Ya no puedo marchar de verdad.

Antoine replicó:

—Siempre dices «marchar», en el sentido de «expatriar». Evidentemente eso es un poco complicado. Pero viajar, ¿por qué no? Si has aprobado, papá encontrará perfectamente natural que este verano lo dediques a viajar.

Jacques sacudió la cabeza:

—Demasiado tarde.

¿Qué entendía por demasiado tarde?

—Sin embargo, no te vas a pasar los dos meses de vacaciones en Maisons-Laffitte, entre papá y la señorita.

—Sí.

Hizo un gesto evasivo; luego, cuando ya habían atravesado la plaza del Panthéon y se adentraban en la calle de Ulm, señaló con el dedo a los grupos que permanecían delante de la Escuela Normal. Su rostro se oscureció.

«¡Qué naturaleza tan singular!», se dijo Antoine. Observación que se hacía muy a menudo con cierta indulgencia, con cierto orgullo inconsciente. Aunque sintiera

horror por lo inesperado y Jacques le desorientara sin cesar, no dejaba de esforzarse por comprender a su hermano. Alrededor de las ideas deshilvanadas que éste dejaba escapar, el espíritu activo de Antoine se entregaba a una incesante gimnasia intelectual, que por otra parte le divertía y que, a su modo de ver, le permitía llegar al fondo del carácter del muchacho. En realidad, cuando Antoine creía haber llegado a una afirmación psicológica, una nueva declaración de Jacques venía generalmente a echar por tierra todo el andamiaje de sus reflexiones. Tenía que comenzar de nuevo y muy a menudo hacia conclusiones opuestas. Hasta el punto de que para Antoine toda conversación con su hermano consistía en una improvisación de juicios sucesivos y contradictorios, el último de los cuales le parecía siempre, el definitivo.

Llegaban ante la fachada rugosa de la Escuela. Antoine se volvió hacia Jacques y le envolvió en una mirada penetrante. «Cuando se llega al fondo de las cosas —se dijo— acaba uno por comprender que este pequeño siente mucho más afecto por la vida de familia de lo que él mismo cree.»

La puerta estaba abierta y el patio repleto de gente.

A la entrada del vestíbulo, Daniel de Fontanin hablaba con un joven rubio.

«Si es Daniel el primero en vernos, es que he aprobado», pensó Jacques. Pero Fontanin y Battaincourt se volvieron al mismo tiempo al llamarles Antoine.

—¿No estás demasiado nervioso? —preguntó Daniel.

—No estoy nervioso en absoluto.

«Si pronuncia el nombre de Jenny, he aprobado», se dijo Jacques.

—No hay nada peor que este cuarto de hora antes de las listas —declaró Antoine.

—¿Usted cree? —objetó Daniel, sonriendo. Por bromear, muchas veces se dedicaba a contradecir a Antoine, a quien llamaba «doctor» y cuya seriedad prematura le regocijaba—. Siempre hay algo de voluptuosidad en la espera.

Antoine se encogió de hombros.

—¿Le estás oyendo? —preguntó a su hermano—. En cuanto a mí —prosiguió— he sufrido ya catorce o quince «esperas» de este tipo y nunca he podido acostumbrarme a ellas. Por otra parte, he observado que aquellos que en estos momentos pretenden pasar por estoicos son casi siempre los mediocres, los débiles.

—No todo el mundo sabe saborear la impaciencia —replicó Daniel, cuya mirada, malévolamente cuando se dirigía al doctor, se hacía acariciadora al volverse hacia Jacques.

Antoine seguía desarrollando su idea:

—Estoy hablando en serio —dijo—: los fuertes se ahogan en la incertidumbre. El valor, el verdadero valor, no consiste en esperar con tranquilidad los acontecimientos; estriba en correr hacia adelante para conocerlos lo más pronto posible y aceptarlos. ¿No es así, Jacques?

—No; comparto más bien la opinión de Daniel —contestó Jacques, que no había oído nada. Y como Daniel seguía hablando con Antoine, aun sintiendo que no jugaba limpio, insinuó—: ¿Siguen en Maisons-Laffitte tu madre y tu hermana?

Daniel no le oyó y Jacques, obstinándose en pensar: «He sido suspendido», descubrió cuán inmovible era su confianza en el éxito. «Papá se va a poner contento.» Sonreía de antemano; ofreció esta sonrisa a Battaincourt:

—Te agradezco que hayas venido, Simón.

Este le miraba con simpatía, incapaz de disimular aquella admiración calurosa que sentía por el amigo de Daniel y que Jacques aceptaba algunas veces no sin impaciencia, porque le era imposible responder con una amistad similar.

En aquel momento el barullo del patio cesó bruscamente. Detrás del cristal de una ventana de la planta baja acababa de surgir un rectángulo de papel blanco. Jacques sintió de una manera confusa que una oleada le arrancaba del suelo y le llevaba hacia la hoja fatídica.

Los oídos le zumbaban. Antoine hablaba:

—¡Aprobado! El tercero.

La voz resonó un momento en sus oídos; era cálida y vibrante, pero no apreció el sentido de las palabras hasta que al volver la cabeza tímidamente distinguió el rostro radiante de su hermano. Entonces, con mano vacilante, se quitó el sombrero; el sudor perlaba su frente. Daniel y Battaincourt, dando un rodeo para evitar a la muchedumbre se acercaban a él. Daniel le miraba, y Jacques, con la mirada fija, veía venir a Daniel, cuyo labio superior levantado dejaba al descubierto los dientes sin que en sus facciones hubiera el menor atisbo de sonrisa.

Se elevó un murmullo que llenó el patio. La vida recobraba su curso. Jacques respiró profundamente; la sangre circuló de nuevo en sus miembros. De repente tuvo la visión de un lazo, de una trampa, y pensó: «Ya estoy cogido.» Otros pensamientos afluían a su imaginación. Revivió algunos segundos de su examen oral de griego: el instante preciso en que había cometido su falta; volvía a ver el verde de la alfombra y el dedo del profesor, aplastado sobre los *Coéforos*, con su uña abultada como si fuera de cuerno.

—¿Quién es el primero?

No escuchó el nombre que pronunció Battaincourt.

«El primero sería yo si hubiera comprendido el *asilo*, el *santuario*... *Guardianes del santuario doméstico*...» Y una y otra vez se empeñó en reconstruir la cadena de ideas que le habían llevado a este contrasentido imperdonable.

—Vamos, doctor: ponga cara alegre —dijo Daniel golpeando en la espalda a Antoine, que por fin sonrió. Para Antoine las satisfacciones iban siempre unidas a una cierta violencia, ya que la actitud de gravedad que se había impuesto le impedía expansionarse. Daniel, por el contrario, dejaba rienda suelta a su alegría. Con un placer que hubiera podido tildarse de sensual, observaba a sus amigos, a los que se hallaban cerca de él y muy especialmente a las mujeres —madres y hermanas— que habían acudido aquí y cuya ternura, libre de pudor, se entreveía en aquel momento en la menor entonación, en el menor gesto.

Antoine consultó el reloj y se volvió hacia Jacques.

—¿Y qué? ¿Te queda algo más por hacer aquí?

Jacques se sobresaltó:

—¿A mí? No —dijo con aire contrariado; acababa de darse cuenta de que, sin notarlo, en el momento de publicar las listas probablemente, había hecho sangrar otra vez un grano que tenía en el labio y que le estaba molestando desde hacía ocho días.

—Entonces vámonos —dijo Antoine—. A mí me queda todavía una visita por hacer antes de la cena.

Cuando salían del patio vieron a Favery que venía en busca de noticias. En tono triunfante exclamó:

—¡Lo estáis viendo! Ya me habían dicho que la redacción de francés era verdaderamente notable.

Salido de la Normal un año antes, había conseguido una suplencia provisional en Saint Louis, con objeto de evitar ir a provincias; daba clases en las horas libres que le quedaban durante el día para poderse entregar de lleno a la vida nocturna de París. Despreciaba el profesorado, soñaba con el periodismo y tendía en secreto hacia la política.

Jacques recordó que Favery conocía bastante al examinador de griego; una vez más volvieron a su imaginación la alfombra verde, el dedo gordinflón, y se ruborizó de vergüenza. Todavía no había pensado que estaba aprobado; no experimentaba ninguna sensación de liberación, sino más bien de lasitud, interrumpida por bruscos accesos de cólera cuando se acordaba de su falsa interpretación o del grano.

Daniel y Battaincourt le habían cogido alegremente por los brazos y, ejecutando un paso de baile, le llevaban hacia el Panthéon. Antoine les seguía en compañía de Favery.

—Mi despertador suena a las seis y media, colocado sobre un platillo en equilibrio encima de un vaso —explicaba Favery, hablando en voz alta y riendo complacido—. Gruño, abro un ojo y enciendo; luego pongo la manilla a las siete y vuelvo a dormirme, apretando la bomba sobre mi pecho. En seguida, un temblor de tierra hace conmovirse la casa, el barrio entero. Rabio, pero no obedezco. Me concedo cinco minutos más, luego diez, luego quince; y como ya pasan dos minutos del cuarto de hora, me concedo hasta veinte, porque no hay más remedio que alcanzar una cifra justa. Por fin me tiro de la cama. Todo está preparado sobre tres sillas, como el equipo de los bomberos. A las siete y veintiocho estoy en la calle. Nunca he tenido tiempo de desayunar ni de lavarme, claro está. Me quedan cuatro minutos para alcanzar el metro. A las ocho en punto subo a la cátedra y comienza la tarea. Ya veis a qué hora termina. No tengo más remedio que ir a bañarme, que vestirme, cenar y ver a los amigos. ¿Cuándo queréis que trabaje?

Antoine escuchaba distraído; con la mirada buscaba un coche.

—Jacques —dijo—, ¿vas a cenar conmigo?

—Jacques cena con nosotros —repuso Daniel.

—No, no —exclamó Jacques—; esta noche ceno con Antoine. —Molesto, pensó: «¿Me irán a dejar tranquilo de una vez? Lo primero que tengo que hacer es volver a ponerme yodo en el grano.»

—¿Y si cenásemos todos juntos? —propuso Favery.

—¿Dónde?

—Donde sea. ¿En Packmell?

Jacques protestó:

—No. Esta noche no; estoy cansado.

—Eres un aburrido —murmuró Daniel, deslizando su brazo bajo el de Jacques—. Doctor, venga a reunirse con nosotros en Packmell.

Antoine había mandado parar a un taxi. Se volvió y le vieron vacilar un segundo:

—¿Y qué es eso de Packmell?

—De ninguna forma lo que tú supones —afirmó Favery para no equivocarse.

Antoine preguntaba a Daniel con la mirada.

—¿Packmell? —dijo éste—. Es difícil de definir, ¿verdad, Batt? Nada de un cabaret tradicional. Más bien una pensión familiar. Un bar, sí, si se quiere, desde las cinco hasta las ocho. Pero a las ocho se marchan los forasteros y no quedan más que los indígenas: se juntan las mesas y se cena sobre un mantel bien limpio, alrededor de mamá Packmell. Una buena orquesta. Chicas bonitas. ¿Qué más hace falta? Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Quedamos citados en Packmell?

Antoine salía muy poco por la noche: su jornada era muy dura y tenía que aprovechar las veladas para preparar las oposiciones a la Beneficencia; pero aquel día se sentía poco inclinado a la hematología: mañana, domingo; el lunes, otra vez a trabajar. De vez en cuando se concedía la noche del sábado para alguna escapatoria premeditada. Packmell le tentaba. Chicas bonitas...

—Si os empeñáis —dijo en el tono más indiferente que pudo articular—. ¿Dónde está eso?

—En la calle Monsigny. Le esperaremos hasta las ocho y media.

—Estaré allí mucho antes —exclamó Antoine, cerrando la portezuela.

Jacques no se rebeló; la aceptación de su hermano modificaba sus planes; por otra parte siempre experimentaba un placer secreto en ceder a los caprichos de Daniel.

—¿Vamos andando? —preguntó Battaincourt.

—Yo voy a coger el metro —dijo Favery, pasándose la mano por la barbilla—. Lo que tarde en mudarme y estoy con vosotros.

Un ambiente de tormenta pesaba sobre aquel París de finales de julio, en que por la noche el aire se hace opaco y grisáceo, sin que se pueda determinar si es a causa de la niebla o del polvo.

Tenían media hora de camino antes de llegar a Packmell.

Battaincourt se acercó a Jacques:

—Has emprendido el camino de la gloria —dijo, sin ironía alguna.

Jacques hizo un gesto de impaciencia y Daniel se sonrió. Aunque Battaincourt

tuviera cinco años más que él, Daniel le consideraba como un niño y le soportaba precisamente a causa de aquello que irritaba a Jacques: su ingenuidad inagotable. Recordó la época en que se divertía en pedir a Battaincourt que recitara cualquier cosa y éste se adelantaba hacia la chimenea y comenzaba:

*¡Oh, Córcega! ¡Oh, cabellos lisos! ¡Qué bella era Francia  
bajo el sol de Messidor!*

sin haber encontrado nunca sospechosa la hilaridad que desencadenaba desde la tercera palabra.

En aquella época, Simón de Battaincourt, recién llegado del pueblo norteño en que su padre estaba de coronel, llevaba una chaqueta negra y abotonada, que se había mandado hacer con objeto de ir trajeado de una manera adecuada mientras asistía en París a las clases de Teología. El futuro pastor venía por aquel entonces bastante a menudo a casa de la señora de Fontanin, quien se había creado la obligación de atenderle debido a que la esposa del coronel De Battaincourt era amiga suya de la infancia.

—Tengo un verdadero horror a vuestro barrio latino —decía en aquel momento el ex teólogo, que ahora vivía en el barrio de la Estrella, llevaba trajes claros y, habiendo regañado con sus padre a causa del matrimonio absurdo que se disponía a contraer, invertía su tiempo en clasificar estampas muy modernas en la librería Ludwigson, en la que Daniel le había encontrado un empleo de cuatrocientos francos mensuales.

Jacques levantó la cabeza y paseó la mirada a su alrededor. Se fijó en una vieja florista, acurrucada detrás de su cesto; ya la había visto antes al pasar con Antoine, pero con una mirada preocupada que entonces no se abandonaba a ninguna atracción. Al recordar la cuesta de la calle Soufflot sintió de repente la sensación de que le faltaba algo, como sucede cuando se pierde un objeto familiar, la sortija que se acostumbra a llevar siempre en el dedo. La angustia que se había apoderado de él desde hacía algunas semanas, y que, hacía todavía menos de una hora, le agobiaba aún a cada paso, había desaparecido dejando un vacío casi doloroso. Por primera vez desde la publicación de las listas pensó conscientemente en su éxito, pero para sentirse aturdido y quebrantado, como después de una caída.

—¿Has llegado siquiera a bañarte en el mar? —preguntó Battaincourt a Daniel.

Jacques se volvió:

—Es verdad —dijo, al tiempo que se dulcificaba su mirada—. ¡Pensar que te has venido por mí! ¿Te has divertido allí?

—¡Mucho más de lo que podía suponer! —contestó Daniel.

Jacques sonrió con amargura:

—Como siempre.

Cambiaron una mirada en la que quedaban reflejadas muchas discusiones pasadas.

Jacques había dedicado a Daniel un afecto severo, muy diferente de la amistad complaciente que le testimoniaba Daniel. «Eres mucho más exigente para mí que para ti mismo —le decía éste algunas veces—: nunca has estado de acuerdo con mi forma de vivir.» «No —respondía Jacques—: acepto perfectamente tu vida; pero lo que no puedo aceptar es la actitud que has tomado ante la vida.»

Esto había sido la causa de muchas querellas que se remontaban a bastante tiempo atrás.

Daniel, tan pronto hubo terminado el bachillerato, se había negado a seguir ninguna senda trillada. Su padre, ausente, nunca se ocupaba de él. Su madre le dejaba en plena libertad para escoger su camino; sentía un profundo respeto hacia toda voluntad fuerte, sostenida por una confianza mística cuando se trataba de sus hijos y en general del futuro; deseaba sobre todo que su hijo fuera libre y no se considerara obligado a ganar algún dinero para mejorar la situación de los suyos. Sin embargo, Daniel pensaba en ello. Durante dos años sufrió en secreto por no poder ayudar a su madre y acechaba la oportunidad que le permitiera conciliar este tipo de obligaciones con otras necesidades más imperiosas que le dominaban. Escrúpulos cuya complejidad ni siquiera Jacques había llegado a penetrar. Es que al ver la forma casi indiferente en que Daniel se había puesto a pintar, solo, sin otras guías que su instinto y, al parecer, su capricho, apenas estudiando, dibujando un poco más, encerrándose algunas veces durante una jornada entera con un modelo para llenar medio álbum de esbozos, y permaneciendo luego algunas semanas sin tocar un lápiz, apenas se hubiera sospechado el alto concepto que tenía de sí mismo y de su futuro. Orgullo silencioso, exento de toda fatuidad: esperaba el día en que por el encadenamiento de unas leyes fatales lo que había en él de superior encontraría su forma de expresión; tenía la certeza de que su destino era el de un artista de primera calidad. ¿Cuándo y por qué caminos alcanzaría aquellas alturas? No lo sabía; obraba como si no le preocupara, y proclamaba que era necesario abandonarse a la vida. Por lo menos él lo hacía. No siempre sin remordimientos; pero aquellos retrocesos inquietos hacia la moral de su madre no le habían acaecido sino en cierta época y nunca le habían obstaculizado seriamente en su camino. «En las peores crisis de escrúpulo que me han turbado estos dos últimos años», escribía poco antes a Jacques (tenía entonces dieciocho años), «te juro que no he llegado nunca a avergonzarme de mí mismo. Mejor aún: en estas horas de duda en que me reprochaba mi entusiasmo, sentía en realidad mucha menos indignación contra mí mismo de la que experimentaba después al recordar estas renegaciones pueriles, cuando de nuevo la vida recobraba su curso.»

Fue poco después de haber escrito esta carta cuando hizo un viaje en un tren suburbano con aquel que llamaron en adelante «el hombre del vagón», y que con toda seguridad no sospechó jamás la influencia que aquel fugaz encuentro tuvo sobre la adolescencia de los dos muchachos.



Volvía Daniel de Versalles, donde había pasado una agradable tarde de octubre bajo las sombras del parque. Había saltado al tren en el último minuto. La casualidad quiso que el hombre de edad enfrente del cual se sentó no le fuera totalmente desconocido: en el transcurso de la jornada se había cruzado con él en los bosquecillos del Trianón; le había mirado y observado; se sintió alborozado de poderle contemplar más a su gusto. De cerca, el viajero parecía mucho más joven: aunque su pelo fuera blanco apenas si debía de haber alcanzado el medio siglo; una barba muy blanca y corta subrayaba el óvalo de un rostro cuya regularidad acentuaba la dulzura. El cutis, los modales, las manos, el corte y el color claro de su traje, el extraño color de la corbata y sobre todo aquella mirada azul, viva y ardiente, que posaba sobre todas las cosas, eran de un adolescente. La encuadernación del libro que hojeaba con un gesto habitual era flexible como la de una guía y no llevaba ningún título. Entre Suresnes y Saint Cloud se levantó, salió al pasillo y se inclinó para contemplar el panorama de París, que el sol poniente hacía arder con reflejos dorados. Luego vino a ponerse junto al cristal a cuyo lado estaba Daniel; el muchacho tuvo a la altura de su rostro, y separadas solamente por el grueso del cristal, las manos que sostenían el libro secreto: unas manos finas, nerviosas y delicadas a la par, que despertaban cierta idea de espiritualidad. Al hacer un movimiento el libro se entreabrió y en la página que vino a aplastarse contra el cristal Daniel pudo leer algunas palabras:

*Natanael, yo te enseñaré el fervor...*

*Una vida palpitante y desordenada...*

*Una existencia patética, Natanael, mejor que la tranquilidad...*

El libro cambió de sitio, pero Daniel aún tuvo tiempo de descifrar el título que figuraba en la parte superior de las páginas: *Los alimentos terrenales*.

Intrigado, entró aquel mismo día en algunas librerías. La obra era desconocida. ¿Guardaría su secreto el hombre del vagón? «*Una existencia patética —se repetía Daniel—, mejor que la tranquilidad...*» Al día siguiente por la mañana corrió a rebuscar catálogos bajo las galerías del Odeón; algunas horas después, con el libro en el bolsillo, venía a encerrarse en su habitación.

Lo leyó de un tirón. Pasó allí casi todo el día. A la caída de la tarde salió a la calle.

Nunca hasta ahora había conocido una fiebre semejante, una exaltación tan gloriosa: andaba a zancadas, sin fin determinado, como un conquistador. Se hizo de noche. Había caminado por los muelles y estaba muy lejos de su casa. Comió un *croissant* y volvió. El libro le esperaba sobre la mesa. Daniel daba vueltas a su alrededor, sin atreverse ya a abrirlo. Se acostó, pero no pudo conciliar el sueño.

Entonces claudicó; se envolvió en un abrigo y reanudó la lectura, muy despacio, desde el principio. Sentía perfectamente que era un momento solemne, que un trabajo, una germinación misteriosa, se elaboraba en lo más íntimo de su conciencia. Al amanecer, cuando acababa una vez más la última página, se percató de que contemplaba la vida desde un punto de vista completamente nuevo.

*«He puesto mi mano pesadamente sobre todo y me he creído con derechos sobre todo objeto de mis deseos...»*

*«Los deseos son beneficiosos y es beneficioso complacerlos, porque así aumentan.»*

Comprendió que se había desembarazado definitivamente de aquella manía de evaluación moral contraída por educación. La palabra «culpa» había cambiado de sentido.

*«Hay que obrar sin tratar de juzgar si la acción es buena o mala. Amar sin inquietarse de si es el bien o el mal...»*

Los sentimientos a los que hasta entonces no se abandonara sino a su pesar, se libertaron repentinamente y tomaron con alborozo el primer lugar; aquella noche, en algunas horas, se encontró trastocada la escala de valores que desde su infancia había considerado inmutable. La jornada siguiente fue como el día posterior a un bautizo. A medida que repudiaba todo lo que había tenido por indudable, nacía un maravilloso apaciguamiento entre las fuerzas que hasta entonces le habían dominado.

Daniel no había hablado de aquel descubrimiento a nadie, a no ser a Jacques, y ello mucho tiempo después de haberlo realizado. Era uno de los secretos de su amistad; pensaban en ello como en un misterio casi religioso y no aludían a él sino con palabras encubiertas. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Daniel, Jacques se había opuesto obstinadamente al contagio de aquel fervor: al negarse a apagar su sed en aquella fuente demasiado capciosa, le parecía que se resistía a sí mismo, que permanecía más fuerte, que se conservaba intacto; pero comprendía que Daniel había encontrado en ella su norma, su *alimento*; y en la resistencia de Jacques había envidia y desesperación.

—¿Consideras a Ludwigson como una de las maravillas de la naturaleza? —decía Battaincourt.

—Ludwigson, mi querido Batt... —explicaba Daniel.

Jacques se encogió de hombros y dejó que sus amigos se le adelantaran.

Aquel Ludwigson, en cuya casa acababa de pasar Daniel algunos días y que estaba considerado en las ciudades en que había establecido sus oficinas como uno de los más avispados traficantes de arte de Europa, era desde hacía mucho tiempo una causa de disentimiento entre ambos jóvenes. Jacques no había aprobado nunca que Daniel pudiera colaborar en las empresas promovidas por aquel marchante, ni de cerca ni de lejos y ni aunque fuera para vivir. Pero ni Jacques ni nadie podían enorgullecerse de haber apartado a Daniel de alguna aventura que verdaderamente le

interesara. Por otra parte, la inteligencia de Ludwigson, aquella actividad incesante que llevaba hasta el extremo de haber hecho del insomnio un hábito, aquel desprecio por el lujo y, en cierta medida, aquel desprecio por el dinero en un nabab embriagado solamente por el riesgo y el éxito, la fuerza de aquel hombre de negocios cuya existencia despertaba la idea de una antorcha encendida, sacudida por el viento, humeante pero cegadora, interesaba apasionadamente a Daniel; y si había consentido en trabajar para aquel pirata, había sido más por curiosidad que por necesidad.

Jacques recordaba el día en que Daniel y Ludwigson se habían enfrentado por primera vez: dos razas, dos sociedades frente a frente. Precisamente aquella mañana se encontraba en el estudio que Daniel compartía entonces con algunos compañeros tan escasos de dinero como él. Ludwigson había entrado sin llamar, había contestado con una sonrisa a la rabotada de Daniel y luego, sin preámbulos, sin presentarse ni tomar asiento, sacando del bolsillo una cartera con el gesto de un actor de carácter que va a arrojar su bolsa a un criado, había ofrecido a «aquel de estos señores que se llame Fontanin una mensualidad fija de seiscientos francos, a partir de aquel día y durante tres años consecutivos, bajo la condición de que él, Ludwigson, propietario de la Galería Ludwigson y director de los Establecimientos de Arte Ludwigson y Cía., tendría la exclusiva propiedad de todos los estudios que ejecutara Daniel de Fontanin, durante aquel período, estudios que éste se comprometía a fechar y a firmar con su nombre». Daniel, que trabajaba muy poco, que no había expuesto nunca ni vendido el menor boceto, no había conseguido explicarse jamás cómo Ludwigson había podido formarse de su talento una opinión tan favorable como para dar lugar a semejante proposición. Consideraba preferible proteger la independencia de su producción; sabía perfectamente que si hubiera accedido a las condiciones de aquella transacción, no hubiera aceptado el dinero de Ludwigson sino a cambio de entregarle todos los meses cierto número de dibujos, adecuado, por lo menos, a la cantidad convenida; ahora bien, había hecho un dogma de trabajar sin obligación, a su gusto. Por tanto, con una cortesía helada había rogado a Ludwigson que traspusiera la puerta y, ante el asombro de sus compañeros, sin dejar al visitante tiempo para pensarlo, le había hecho retroceder rápidamente hasta la escalera.

Las cosas no quedaron ahí. Ludwigson había vuelto, mostrándose más circunspecto, y, algunos meses más tarde, se habían establecido unas verdaderas relaciones de negocios entre el traficante y Daniel. Ludwigson editaba en tres idiomas una lujosa revista relativa a las artes plásticas; rogó a Daniel que se ocupara de la elección de los artículos en francés. (El carácter del joven le había agradado desde el primer día y su buen gusto no le había pasado desapercibido.) No era un trabajo molesto; Daniel ocupó en él sus ocios y muy pronto dirigió, efectivamente, la parte francesa de la publicación. Ludwigson, que personalmente gastaba el dinero a manos llenas, tenía por principio rodearse de pocos colaboradores, pero escogiéndolos con cuidado, dejándoles la más absoluta iniciativa y retribuyéndolos con largueza; Daniel, sin haberlo pedido, recibió muy pronto los mismos honorarios que los otros dos

directores, el inglés y el alemán. Había que vivir, y Daniel prefería un trabajo netamente apartado de su vida de artista. Por otra parte, algunos de sus dibujos con los que Ludwigson había organizado una exposición privada eran ya buscados por los coleccionistas. Estas ventajas que obtenía de sus relaciones con el negociante de cuadros no solamente le permitían contribuir al bienestar de su madre y de su hermana, sino también llevar la vida fácil que a él le gustaba, sin estar obligado a ninguna tarea estricta y sin comprometer en absoluto el tiempo necesario para su verdadero trabajo.

Jacques se unió a sus amigos al cruzar el boulevard de Saint Germain.

—... la inefable sorpresa —decía Daniel— de ser presentado allí a la señora de Ludwigson, madre.

—Jamás se me hubiera ocurrido que tu Ludwigson pudiera tener madre —dijo Jacques, para mezclarse en la conversación.

—Tampoco a mí —repuso Daniel—. ¡Y qué madre! Imagínate...: haría falta un dibujo. He hecho algunos, pero no del natural: no sabes cuánto lo siento. Imagínate una momia que hubiera sido hinchada por unos payasos para hacer un número de circo. Una vieja judía egipcia, por lo menos centenaria, deformada por la grasa y la gota, que huele a cebolla frita, usa mitones, tutea a los criados, llama a su hijo *bambino*, vive de miga de pan mojada en vino tinto y ofrece tabaco a todo el mundo...

—¿Es que fuma? —preguntó Battaincourt.

—No; lo sorbe por la nariz. Esto llena de polvo negro un collar de enormes brillantes, que Ludwigson, no sé por qué, la ha puesto en el pecho... —Vaciló, divertido por la idea que se le acababa de ocurrir—:... ¡como un mechero encendido que alumbrara unas ruinas! —añadió.

Jacques sonrió; sentía una indulgencia inagotable en relación con las ocurrencias de Daniel.

—¿Qué es lo que quería obtener de ti al revelarte ese repugnante secreto de familia?

—No sabes hasta qué punto has acertado: tiene nuevos proyectos. Es un verdadero as.

—Es un as porque es riquísimo. Si fuera pobre, no sería sino un...

Daniel le interrumpió tajante:

—Insúltale si quieres. Yo le estimo. Y su proyecto no es ninguna tontería: una colección de monografías: *Los Maestros por la Imagen*. Se propone publicar unos estudios atestados de reproducciones, a precios excepcionales...

Jacques dejó de escuchar; se sentía dolorido, triste. ¿Por qué? ¿El cansancio? ¿Las emociones del día? ¿El enfado por haberse dejado arrastrar esta noche, cuando tanto deseaba estar solo? ¿El roce del cuello en el cogote?

Battaincourt se deslizó entre los dos amigos.

Buscaba una oportunidad para pedirles que asistieran a su matrimonio en calidad de testigos. Desde hacía algunos meses, de día y de noche, no pensaba sino en este acontecimiento, con una fiebre de deseo que consumía a ojos vistas su complejión línfática. Por fin llegaba a su objetivo. El plazo legal previsto por la oposición de sus padres acababa de expirar y aquella misma mañana había sido fijada la fecha de la boda: dentro de dos semanas... Aquella idea hizo que la sangre le subiera al rostro; volvió la cabeza para ocultar su rubor, se quitó el sombrero y se secó la frente.

—¡No te muevas! —exclamó Daniel—. ¡Es increíble cómo te pareces de perfil a un chivo! —En efecto, Battaincourt tenía un largo apéndice nasal muy próximo al labio superior, las ventanas de la nariz arqueadas, los ojos muy redondos, y, aquella noche, un rizo pajizo que la transpiración curvaba sobre la sien como un cuernecillo puntiagudo.

Battaincourt volvió a ponerse el sombrero tristemente y dejó vagar su mirada por encima de la plaza del Carrousel, hacia los jardines de las Tullerías, donde ardía la polvareda.

«¡Pobre chivito! —pensó Daniel—. ¿Quién le hubiera creído nunca capaz de tanta pasión? Reniega de todos sus principios y regaña con los suyos por esa mujer... Una viuda que tiene catorce años más que él... Una viuda viciosa...; apetitosa, pero viciosa.» Se sonrió imperceptiblemente. Recordaba aquella tarde del último otoño en que Simón había insistido tanto para presentarle a la guapa viuda, y lo que había resultado de ello a la semana siguiente. Por lo menos tenía la conciencia tranquila para disuadir a Battaincourt de cometer aquella locura. Pero había tropezado con un apetito ciego y, como quiera que respetaba la pasión donde la encontrara, se había limitado a evitar a la dama y a seguir de lejos las peripecias de esta aventura matrimonial.

—Eres un vencedor bien melancólico —dijo en aquel momento Battaincourt, que, decepcionado por la broma de Daniel, trataba de desquitarse con Jacques.

—¿Es que no comprendes que esperaba que le suspendieran? —insinuó Daniel. Se sintió sorprendido por la mirada meditabunda que le dirigió Jacques; se acercó a su amigo, le puso la mano sobre el hombro y, sonriendo, murmuró—: «... *¡Porque es de otra forma como vale algo!*»

Fue lo bastante para recordar a Jacques el pasaje entero que Daniel se complacía en citar muy a menudo:

«*Desgraciado tú si dices que tu felicidad ha muerto porque no habías soñado así tu felicidad... Soñar con el mañana es un goce, pero el goce del mañana es distinto, y afortunadamente nada se parece al sueño, porque es de otra forma como vale algo.*»

Jacques sonrió.

—Dame un pitillo —dijo. Para complacer a Daniel trató de sacudir su sopor. «*Soñar con el mañana es un goce.*» Creyó sentir, efectivamente, que un goce todavía inalcanzable le rondaba. ¿Mañana? ¡Despertarse, distinguir por la ventana abierta el sol reflejándose en las copas de los árboles! ¡Mañana, Maisons-Laffitte y la frescura

de su parque sombrío!

## II

EN aquella calle muerta del barrio de la Opera, algunos coches parados a lo largo de la acera eran lo único que atraía la atención hacia la fachada de un cabaret sin rótulo, con las cortinas bajadas. Un botones empujó delante de ellos la puerta de molino y Daniel, como si estuviera en su casa, se apartó para dejar paso a Jacques y Battaincourt.

La aparición de Daniel fue saludada con algunas exclamaciones discretas. Le llamaban «el Profeta» y pocos clientes le conocían por su verdadero nombre. Por otra parte, había poca gente. Detrás del bar, en el hueco de donde salía en espiral la escalerita blanca con adornos de oro iguales a los del friso de las paredes, que conducía al entresuelo de la señora Packmell, un piano, un violín y un violoncelo tocaban los valeses de moda. Habían corrido las mesas contra los divanes de pana gris y algunas parejas bailaban sobre el tapiz púrpura, a la luz del atardecer, que dulcificaba aún más los visillos de encaje. En el techo, las hélices de los ventiladores zumbaban sin descanso, agitando los colgantes de las lámparas, las hojas de las plantas verdes y levantando alrededor de las parejas que bailaban los flecos de los chales de tul.

Jacques, a quien el ambiente de un lugar nuevo le producía siempre cierta embriaguez, se dejaba conducir por Daniel hacia una mesa desde la que se distinguían enfiladas las dos salas. Battaincourt ya estaba bailando, acaparado por un grupo de muchachas instaladas en la parte del fondo.

—Siempre hay que obligarte —dijo Daniel—. Ahora que ya estás aquí, seguro que te vas a divertir. Confiesa que este sitio resulta íntimo y agradable.

—Pide para mí un batido —dijo Jacques bruscamente—; ya sabes: leche, grosella y cáscara de limón.

El servicio estaba atendido por jóvenes *girls*, uniformadas de blanco, a las que habían apodado «las enfermeras».

—¿Quieres que te vaya diciendo desde lejos quiénes son algunos de los clientes? —prosiguió Daniel, que cambió de sitio y vino a sentarse al lado de Jacques—. En primer lugar, aquella de azul: la dueña. Se la llama «mamá Packmell», aunque, según puedes apreciar, es una rubia muy apetitosa todavía. Pero ¡sí!, ¡sí!; toda la tarde va y viene con esa misma sonrisa por entre sus jóvenes clientes: tiene el aspecto de una modista de moda que hace desfilar a sus modelos. Mira ese tipo curtido que la saluda, ése que ahora habla a aquella muñequita muy pálida que hace un momento estaba bailando con Battaincourt; más cerca de nosotros, Paule, esa rubita con cara angelical, de un angelical un poco pervertido, pero muy poco... Mira, en este momento se está tomando un veneno extrañísimo: debe de ser curaçao verde...; pues bien, ese tipo que la está hablando, de pie, es el pintor Nivolski, un individuo delicioso; embustero, tramposo y, a pesar de todo, caballeroso como un mosquetero.

Siempre que llega tarde a una cita cuenta que ha tenido un duelo, y al momento él mismo se lo cree. Pide prestado a todo el mundo; nunca tiene un céntimo, pero como no le falta talento paga con cuadros; ¿y sabes lo que se le ha ocurrido para simplificar?: en verano se va al campo y pinta una carretera sobre un trozo de tela de cincuenta metros; una carretera auténtica, con árboles, carretas, ciclistas, una puesta de sol, etc., y durante el invierno va gastando su carretera por trozos, según el gusto del acreedor y la importancia de la deuda. Pretende que es ruso y que posee no sé cuántos miles de «almas». Como es natural, durante la guerra ruso-japonesa todo el mundo le reprochaba que permaneciera en Montmartre, haciendo patriotismo de café. ¿Sabes lo que hizo? Se marchó. Desapareció durante todo un año y no volvió hasta después de la toma de Port-Arthur. Traía un montón de fotografías de la guerra; siempre tenía llenos los bolsillos; decía: «¿Ve usted, mi querido amigo, esta batería en posición? ¿Y ve usted este canchal de detrás? ¿Y detrás del canchal, ve usted ese cañón de fusil que asoma un poquito? Pues ése, mi querido amigo, ése soy yo.» También traía varias cajas llenas de dibujos; y durante los dos años siguientes pagó todas sus deudas con paisajes sicilianos... Mira, se ha olido que estaba hablando de él, se ha puesto orgulloso y va a presumir un poco.

Jacques, apoyado sobre los codos, no contestaba. En tales momentos tenía una fisonomía estúpida: los labios entreabiertos, los ojos apagados, una mirada animal, adormecida y enojada. Mientras escuchaba a su amigo, observaba la pareja que formaban Nivolski y la joven Paule; ésta tenía en la mano su lápiz de labios; cerró la boca, sacando los labios, y, posando sobre ellos el carmín, le dio una vuelta con un golpecito seco, como si tratara de hacer un agujero; el pintor, mirándola, hacía oscilar el bolso de la joven alrededor de su dedo. Era evidente que entre ellos no había sino una camaradería de bar, y, sin embargo, le tocaba las manos, la rodilla, le arreglaba la corbata; hubo un momento en que el pintor se inclinó hacia ella para contar algo y le rechazó alegremente, poniéndole de lleno sobre el rostro su manita pálida... Jacques se sintió turbado.

No lejos de ella, una mujer morena, sola, acurrucada en el fondo del diván y envuelta en su capa de seda negra como si tuviera frío, devoraba con la vista a Paule, tal vez sin que ésta se hubiera dado cuenta.

Jacques paseaba su mirada escrutadora sobre toda esta gente. ¿Observaba o inventaba? A aquellos que miraba algún tiempo les atribuía inmediatamente complejos sentimientos; por otra parte, no trataba de analizar lo que creía ver; ni hubiera sido capaz de traducir en palabras todo lo que intuía; estaba demasiado absorbido por el espectáculo para desdoblarse y para registrar nada de lo que ocurriera. Pero al entrar de aquella forma en comunicación, real o ilusoria, con tantos seres diferentes experimentaba una voluptuosidad incomparable.

—¿Y esa alta, que está hablando con el *barman*? —preguntó.

—¿Esa de azul, que lleva un collar hasta las rodillas?

—¡Sí! Tiene aspecto de crueldad.



—Es Marie-Josèphe. Es bastante guapa y con nombre de emperatriz. La historia de sus perlas es muy divertida. ¿Me escuchas? —continuó Daniel, sonriendo—. Era la querida de Reyvil, el hijo del perfumista; ahora bien, este Reyvil tenía una esposa legítima que le engañaba con Josse, el banquero. ¿Me escuchas?

—Sí; continúa.

—Es que parece como si estuvieras dormido... Cierta día, Josse, que es muy rico, quiso regalar unas perlas a su querida, la señora de Reyvil. ¿Cómo hacer para que Reyvil no sospechara? Josse no es ningún tonto: inventa un cuento acerca de una tómbola a beneficio de las jóvenes arrepentidas, hace coger al marido, Reyvil, diez números a veinte céntimos y le hace ganar el collar destinado a su mujer. Pero las cosas se complican: Reyvil escribe a Josse para darle las gracias, pero en la posdata le ruega que no diga nada de la rifa a la señora de Reyvil, porque acaba de enviar las perlas a Marie-Josèphe, su querida... Pero espérate, que aún falta lo mejor... Furor de Josse, obsesionado con una idea: recuperar su collar o, por lo menos, tener a la mujer que lo lleva. Y tres meses después había dejado a la señora de Reyvil para quitarle Marie-Josèphe al amigo Reyvil cambiando así la esposa sin perlas por la querida con collar.

Y el buen Reyvil, ¡que ha olvidado por completo que el collar solamente le costó diez monedas de veinte céntimos, aburre a todo el que quiere oírle con sus historias acerca de la falta de delicadeza de las cortesanías...! Hola, Werff —dijo, estrechando la mano de un apuesto muchacho que acababa de entrar, y al cual aclamaban ya al otro extremo de la sala con gritos de «¡Abricot!»—. ¿Vosotros os conocéis; no es así? —preguntó a Jacques, que tendía la mano a Werff sin ningún entusiasmo—. Saludo a la bella entre las bellas —volvió a decir Daniel, inclinándose para besar la mano de Paule, la exangüe compañera del pintor ruso, al pasar ésta por su lado—. Permíteme que te presente a mi amigo Thibault. —Jacques se había levantado. La muchacha posó sobre él una mirada enfermiza, que detuvo más tiempo en Daniel; pareció como si quisiera decir algo y continuó andando.

—¿Vienes aquí muy a menudo? —dijo Jacques.

—No; bueno, sí. Algunas veces por semana. Una costumbre como otra cualquiera. Y sin embargo, me suelo cansar en seguida de un sitio y de las mismas personas; me gusta sentir que la vida fluye...

«He aprobado», pensó Jacques repentinamente. Hinchó el pecho; se le acababa de ocurrir una idea:

—¿Sabes a qué hora cierra el telégrafo en Maisons-Laffitte?

—Ya está cerrado. Pero si mandas un telegrama esta noche, tu padre lo recibirá mañana a primera hora.

Jacques hizo una seña al botones:

—Algo para escribir.

Se puso a garrapatear el telegrama con una mano tan febril, y era tan característica en él esta impaciencia tardía por anunciar un éxito, que Daniel sonrió y

se inclinó sobre su hombro; se incorporó precipitadamente, sorprendido y sobre todo molesto a causa de su involuntaria indiscreción: en lugar de la dirección del señor Thibault, había leído: «Señora de Fontanin. Camino del Bosque. Maisons-Laffitte.»

Se produjo un movimiento de curiosidad alrededor de una vieja cliente que acababa de hacer su entrada, en compañía de una morena muy guapa, cuya actitud reservada, aunque exenta de timidez, hacía suponer que venía allí por vez primera.

—Mira; algo nuevo —dijo Daniel en voz baja.

Werff, que pasaba junto a ellos, sonrió:

—¿No lo sabíais? —dijo—. Mamá Juju lanza a una nueva.

—La pequeña está imponente —decretó Daniel después de una pausa.

Jacques se volvió. Efectivamente; era encantadora: ojos claros, las mejillas limpias de colorete, cierto aspecto de no ser de la casa. Llevaba un vestido de batista, de un rosa muy pálido, sin un solo adorno ni una joya. A su lado, incluso las más jóvenes parecieron ajarse repentinamente.

Daniel había recobrado su sitio junto a Jacques.

—Tendrás que ver de cerca a mamá Juju —dijo—. Yo la conozco bien; es un tipo curioso. Actualmente goza de una especie de posición social: vive en una casa bastante buena; tiene su día de recepción; organiza veladas y protege a las principiantes. Lo más curioso es que nunca ha querido ser una mujer entretenida; era una sencilla prostituta y jamás ha tratado de ascender de categoría. Ha vivido durante treinta años con su cartilla, haciendo la carrera entre la Magdalena y la calle Drouot. Pero había dividido su vida en dos partes: desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde se llamaba señora Barbin y hacía la vida de una pequeña burguesa, en un entresuelo de la calle Richer como una pantalla encubridora, con una criada y las mismas preocupaciones que los pequeños burgueses: el libro de gastos, la cotización de la bolsa para vigilar sus inversiones, las preocupaciones domésticas, las relaciones familiares, sobrinos Barbin, sobrinas Barbin, cumpleaños, e incluso una vez al año, una merienda de niños junto a un árbol de Noel. No invento nada. Y todas las tardes y en toda época, a las cinco en punto, cambiaba su blusa de algodón por un elegante traje sastre y marchaba, sin ningún reparo, a ejercer su oficio; ya no era la señora Barbin: era Juju, siempre alegre, discreta, nunca cansada, conocida y apreciada en todas las casas de compromiso de los bulevares.

Jacques ya no apartaba los ojos de mamá Juju. Tenía una cara agradable, de cura de pueblo, enérgica, risueña, incluso socarrona, y cubría su pelo blanco, muy corto, con un sombrero de pescador.

Meditabundo, repitió:

—Sin ningún reparo...

—Pues claro —replicó Daniel. Y lanzando hacia Jacques una mirada maliciosa, un tanto agresiva, murmuró dos versos de Whitman:

*You prostitutes flaunting over the trottoirs or obscene in your rooms,  
Who am I that I should call you more obscene than myself?*<sup>[1]</sup>

Daniel sabía perfectamente que hería el pudor de Jacques. Lo hacía de manera premeditada, molesto como estaba por ver con qué facilidad se conformaba Jacques durante meses enteros con una existencia casi casta, tal vez por reacción contra el libertinaje de su amigo. Daniel había llevado su ingenuidad hasta a alarmarse por ello; sabía que algunas veces el mismo Jacques se preocupaba un poco por la tranquilidad complaciente de un temperamento, que antaño parecía anunciarse más exigente. Aquella cuestión tan delicada había sido abordada por ellos una sola vez, aquel mismo invierno, una noche que volvían del teatro y seguían juntos el desfile amoroso de los grandes bulevares. Daniel se había extrañado por la indiferencia de su amigo. «Sin embargo —había replicado Jacques—, soy fuerte. En la revisión médica he podido comprobar que era de los más vigorosos...» Y Daniel recordaba la imperceptible ansiedad que había velado su voz.

Fue apartado de este recuerdo por Favery, al que vio desde lejos, vuelto hacia ellos; con una desenvoltura estudiada, entregaba el bastón, el sombrero y los guantes a la encargada del guardarropa; sonriendo ya, se dirigía a Jacques:

—¿No ha llegado tu hermano?

Por la noche Favery usaba cuellos postizos demasiado altos, ropa nueva que parecía haber pedido prestada, y adelantaba su barbilla recién afeitada con un aire triunfante que hacía decir a Werff: «La Normal parte a conquistar Babilonia.»

«He aprobado», pensó Jacques. Y sintió deseos de despedirse a la francesa para tomar aquella misma noche el tren de Maisons. El recuerdo de Antoine, que había prometido reunirse con él, que iba a llegar de un momento a otro, le impidió hacerlo. «No —se dijo— pero me iré mañana muy temprano.» Ya se sentía bañado de frescura: el sol matutino evaporaba el rocío de las avenidas... Packmell se borró.

El resplandor cegador de todas las lámparas encendidas a la vez le sacó de su inercia.

«He aprobado», volvió a pensar, como para marcar su contacto con la realidad. Buscó con los ojos a su amigo y le distinguió en un rincón hablando en voz baja con mamá Juju. Daniel estaba sentado de través en una silla vuelta y la animación de sus palabras ponía de manifiesto la actitud graciosa de su cabeza, la inteligencia de su rostro, de su mirada, de su sonrisa, la elegancia de sus manos, que mantenía en alto; sus manos, su sonrisa y su mirada decían tanto como sus labios. Jacques no se cansaba de contemplarle: «¡Qué bello es! —pensaba, sin llegar a precisar su idea—. ¡Qué bello es que un ser joven y vivo pueda sentirse poseído así, de una forma tan absoluta, por el minuto presente! ¡Tan natural en su actitud! No sabe que le estoy mirando y ni siquiera piensa en ello; no se preocupa de ningún control. ¡Sorprender a un ser que no se sabe observado, a un ser en el secreto de su naturaleza...! ¿Hay

efectivamente personas que en un lugar público pueden olvidarse de todo lo que les rodea? Está hablando y entregado por completo a lo que dice. Yo nunca soy natural. Nunca podré abandonarme hasta ese extremo, si no es en una habitación cerrada, al abrigo de cualquier mirada indiscreta. ¡Y aún así! —reflexionó un instante—: Daniel no es muy observador que digamos. Tal vez sea ésa la razón de que el espectáculo no le absorba como a mí y pueda conservar su personalidad —reflexionó de nuevo—: a mí me devora el mundo exterior» —terminó, incorporándose.

—No, mi guapo Profeta, es inútil que insistas; esta chica no es para ti —decía en aquel momento mamá Juju a Daniel, cuya mirada reflejó un destello tal de rabia que la vieja se echó a reír—: ¡Pero, hombre! «*Siéntate, pequeño, ya se te pasará.*»

(Esta era, junto con algunas otras muletillas como: «*Hijo, dame suerte*», o «*Esto no le importa a nadie*», o incluso «*Mientras haya salud*»; era una de las absurdas frases hechas, que variaban con la moda y que los clientes se decían sin ton ni son, con una sonrisa de iniciados.)

—¿Cómo la has conocido? —prosiguió Daniel, con expresión obstinada.

—No, guapito, ya te digo que no es para ti. Es una chica excepcional; buena muchacha, casera: una perla.

—Dime cómo la has conocido.

—¿La dejarás tranquila?

—Sí.

—Pues fue cuando tuve la pleuresía. ¿Te acuerdas? Lo supo y vino sin preguntar nada a nadie. Y fijate bien que yo apenas si la conocía, por así decirlo; la había ayudado una o dos veces, pero muy poco. (Porque tengo que advertirte que esta pequeña ha tenido ya muchos contratiempos: un asunto formal, un hombre de mundo por lo que he podido comprender, a quien ella quería y un hijo; nadie lo diría, ¿verdad?, un hijo que ha muerto nada más al nacer, hasta el extremo de que no se puede hablar de hijos delante de ella sin que se ponga a lloriquear.) Pues bien, cuando tuve la pleuresía, vino a instalarse en mi casa como una hermana y me ha cuidado mejor que si hubiera sido hija mía, de día y de noche, durante más de seis semanas; me ponía cien ventosas en veinticuatro horas; sí, pequeño; me ha salvado la vida, así como suena; y no gastaba nada. Lo que se dice una perla. Entonces me he jurado a mí misma que la ayudaría a prosperar. Es joven y no ha tenido trato con otros hombres que el que la sedujo. Me he propuesto hacerla llegar; pero ya sabes, ¡lo que se dice llegar! (Y en este sentido, tú puedes ayudarme; te voy a decir cómo.) Hace tres meses que no la dejo de la mano. Primero ha habido que buscarle un nombre. Se llamaba Victorine. Victorine Le Gad. Le Gad, en dos palabras, todavía puede pasar. ¡Pero Victorine, imposible! Lo he convertido en *Rinette* ¿No está mal, eh? Y todo así. Colin le ha dado clases de dicción; tenía un acento bretón que hacía reír a todo el mundo; le queda lo estrictamente preciso para darle cierto aire extranjero, británico, que resulta encantador. En quince días ha aprendido a bailar; es ligera como una pluma. Aparte de eso, no es nada tonta. Canta muy afinada: una voz cálida, con su poquito de

picardía; la adoro. En fin, ya está aparejada y la boto al agua esta noche; no se trata nada más que de que llegue el viento a sus velas. No; tienes que ser formal. En eso es precisamente en lo que me puedes ayudar. He hablado de ella a Ludwigson, que está como un fuego fatuo desde que le ha dejado Berta. Me ha prometido que vendría esta noche para conocer a la pequeña. Compréndelo: un Ludwigson es precisamente lo que necesita esta chica. Su propósito es hacer unos ahorrillos para volver a su Bretaña. ¡Qué le vamos a hacer si es su gusto! Todos los bretones son así. Una casucha en la plaza del mercado, una cofia blanca y procesiones: ¡ahí tienes la Bretaña! No es el Perú lo que pretende, y puede conseguirlo rápidamente con orden y buenos consejos. Quiero que tan pronto como se suelte pueda ahorrar una veintena de billetes que ya me ocuparé yo de invertir; ya tengo previsto cómo. ¿Tú entiendes algo de minas de oro?

—¡A la mesa! —gritaban algunos alborotadores.

Daniel volvió a reunirse con Jacques.

—¿No ha llegado tu hermano? De todas formas, vamos a ocupar nuestros sitios.

Había un cierto reflujo alrededor de la larga mesa, donde había sido colocada una veintena de cubiertos. Daniel se las arregló de forma que Jacques se encontró a la izquierda de Rinette; mamá Juju no la abandonaba y la flanqueaba por la derecha tan de cerca como le era posible. Pero en el mismo momento en que todo el mundo estaba ya colocado y Jacques iba a sentarse, Daniel le empujó:

—Cámbiate conmigo. —Y sin esperar le cogió del brazo para apartarle, con tanta fuerza, que Jacques sintió los dedos de Daniel crispados sobre su muñeca y tuvo que contenerse para no gritar.

Pero Daniel no pensaba de ninguna manera en disculparse.

—Mamá Juju —dijo—. Creo que lo más decente sería presentarme a mi vecina.

—¿Ah, sí? —gruñó la vieja, que acababa de descubrir la maniobra de Daniel. Luego, dirigiéndose a todos los asistentes, anunció—: Os presento a todos la señorita Rinette. —Y en tono amenazador, añadió—: ¡Protegida mía!

—¡Preséntanos! ¡Preséntanos! —gritaron algunos.

—¡Valientes tramposos! —suspiró mamá Juju. Se levantó de mala gana, se quitó el sombrero y lo lanzó a una de las «enfermeras» que servían a la mesa—. El Profeta —comenzó, indicando a Daniel—: buen elemento.

—Buenas tardes, señor —dijo la pequeña amablemente. Daniel le cogió la mano y se la besó.

—¡Sigue!

—Su amigo, «no sé cómo» —prosiguió mamá Juju señalando a Jacques.

—Buenas tardes, señor —dijo Rinette.

—Después, Paule, Silvia, la señora Dolores y un niño desconocido: el «Hijo del Milagro»; Werff, por mal nombre «Abricot», Gaby. «La Calabaza»...

—¡Muchas gracias! —interrumpió una voz quejumbrosa—. Prefiero mi apellido: Favery. Uno de sus más rendidos admiradores, señorita.

—«¡Hijo, dame suerte!» —dejó oír una voz irónica.

—Lily y Harmónica, o «las Inseparables» —proseguía mamá Juju, sin escuchar—. «El Coronel», la bella Maud. Un señor al cual no conozco, con dos damas a las que conozco demasiado bien, pero cuyos nombres no recuerdo. Un sitio vacío. Otro ídem. Battaincourt, más conocido por el pequeño «Batt». Marie-Josèphe y sus perlas. La señora Packmell. —Luego, hizo una reverencia—: y mamá Juju, para terminar.

—Encantada, señor; encantada, señorita; encantada, señor; encantada —repetía Rinette con tono argentino, sonriendo sin el menor embarazo.

—No es señorita Rinette como hay que llamarla —observó Favery—, ¡es «señorita Encantada»!

—De acuerdo —accedió la joven.

—¡Un brindis por la señorita Encantada!

Esta reía y parecía muy contenta por el alboroto organizado en su honor.

—Y ahora, la sopa —propuso la señora Packmell.

Jacques dio con el codo a Daniel, e indicándole la señal rojiza que le había quedado en la muñeca preguntó:

—¿Qué te ha pasado hace un momento?

Daniel le dirigió una mirada divertida, por completo desprovista de remordimiento; una mirada ardiente, casi salvaje:

—«*I am he that aches with amorous love*<sup>[2]</sup>» —dijo, bajando la voz.

Jacques inclinó la cabeza para distinguir a Rinette, que precisamente en aquel momento se volvía hacia él; se tropezó con sus ojos: eran verdes, frescos y húmedos como las ostras.

Daniel prosiguió:

—«*Does the earth gravitate? does not all matter aching, attract all matter?*

»*So the body of me to all I meet or know*<sup>[3]</sup>.»

Jacques arrugó el ceño. No era la primera vez que tenía ocasión de asistir a uno de estos arrebatos pasionales que lanzaban a Daniel hacia su placer, sin que hubiera nada capaz de impedirselo. Y en todas aquellas ocasiones había padecido la amistad de Jacques, aun a pesar suyo. Un detalle divertido desvió su pensamiento: advirtió que la nariz de Daniel estaba tapizada por dentro con un pelillo muy negro que la hacía parecerse a los agujeros de una máscara; buscó con la vista las manos del Profeta: aquellas bellas manos alargadas, cubiertas por el mismo vello moreno. «*Vir pilosus*», pensó, al tiempo que sentía grandes tentaciones de echarse a reír.

Pero Daniel se inclinó de nuevo y, sin variar de tono, como si terminara la cita de Whitman, agregó:

—«*Fill up your neighbour's glass, my dear*<sup>[4]</sup>.

—Señora Packmell, esta noche el menú es ilegible —ceceó alguien en el otro extremo de la mesa.

—La señora Packmell tendrá un cero —decretó Favery.

—Mientras haya salud... —replicó filosóficamente la hermosa rubia.

Jacques se encontraba junto a Paule, el ángel pervertido de carnes tan blancas. Luego había una muchacha de seno opulento, que no hablaba y se enjugaba los labios después de cada cucharada. Y más lejos, casi enfrente de Jacques, al lado de aquella mujer morena cuya frente estaba surcada de arrugas y a la que mamá Juju había llamado señora Dolores, un chiquillo de siete a ocho años, modestamente vestido de negro, seguía con su mirada clara los movimientos de los convidados y su rostro se iluminaba a veces con una sonrisa.

—¿No le han servido sopa? —preguntó Jacques a su vecina.

—No la como nunca; muchas gracias.

La joven conservaba los ojos bajos y cuando los levantaba era siempre hacia Daniel. Había hecho todo lo posible para colocarse a su lado y en el último momento había visto como éste cedía su silla a Jacques; y a Jacques era a quien echaba la culpa. ¿De dónde había salido este individuo con su cara pecosa y su grano en el cogote? Odiaba a los rubios y éste era un perfecto pelirrojo. Sin contar que con aquella frente abultada, las orejas despegadas y la fuerte mandíbula tenía todo el aspecto de un tipo brutal.

—Bien; ¿a qué esperas para ponerte la, servilleta? —dijo en voz alta la señora Dolores, sacudiendo al pequeño para anudarle más fácilmente el paño cilíndrico, cuyos amplios pliegues casi le sepultaban.

—Cuando una mujer confiesa su edad —gritaba Favery, que discutía con Marie-Josèphe— es que ya no la tiene. Afirmando que entró en el Conservatorio en el límite de la edad, hace exactamente cuarenta y cinco años, y con una partida de nacimiento de su hermana pequeña, que la rejuvenecía dos años. Por tanto, esto hace...

—¡Eso no le importa a nadie! —lanzó mamá Juju por decir algo.

—Favery es uno de esos individuos que no pueden tomar parte en una conversación sin recordar primero que la aceleración de la gravedad en París es de 9'80 —observó Werff, que antaño había preparado Ciencias.

Le habían apodado «Abricot» a causa de su cutis, que los deportes al aire libre habían dorado y cubierto de pecas. Por otra parte, era un soberbio ejemplar de hombre, de anchos hombros, pómulos pronunciados y labios abultados; por la noche, la alegría de sus músculos, satisfechos por el ejercicio del día, resplandecían en sus ojos azules y en sus mejillas brillantes.

—¿Se sabe de qué ha muerto? —preguntó uno.

—¿Sabías de qué vivía? —replicó una voz burlona.

—Vamos, date prisa —dijo la señora Dolores al pequeño—. Has de saber que aquí hay postre. Pues tú no lo tomarás.

—¿Por qué? —preguntó el pequeño, volviendo hacia ella una mirada resplandeciente.

—No lo tomarás si a mí me parece bien. Obedece y date prisa. —Notó la atención de Jacques y le dirigió una sonrisa de complicidad—. Es muy difícil; ya lo está usted viendo —prosiguió—: Tiene miedo de todo lo que no conoce. ¡Vas a tomar pichones

en pepitoria! ¡Seguro que comía con más frecuencia berzas con tocino que pichón! Estaba demasiado mimado. Siempre en palmitas como todos los hijos únicos. ¡Y además, como su madre estuvo enferma tanto tiempo! Sí, sí —añadió, pasando la mano sobre la cabecita redonda con el pelo cortado a cepillo—; un niño muy mimado. Eso está muy feo, pero con su tía no van a seguir las cosas lo mismo. ¿Pues no quería el señor conservar sus rizos como si fuera una niña? Pero se han terminado los caprichos y los mimos. Vamos, come; el señor te está mirando, date prisa. —Feliz de que la escucharan, volvió a sonreír a Jacques y a Paule—: Es huerfanito —declaró en tono de satisfacción—. Ha perdido a su madre la semana pasada. Estaba casada con un hermano mío. Ha muerto del pecho, en su pueblo, en Lorena. Pobre pequeño —agregó—; y gracias a que yo he consentido en ocuparme de él; no tiene a nadie más en el mundo; sólo a mí. Pero sé que me va a costar muchos disgustos.

El niño había dejado de comer y miraba a su tía. ¿Comprendía tal vez?

Con acento extraño preguntó:

—¿Es mi mamá quien se ha muerto?

—Eso no te importa. Come.

—Ya no tengo gana.

—¿Pero se da usted cuenta cómo es? —prosiguió la señora Dolores—. Si; es tu mamá quien se ha muerto. Y ahora obedéceme y come. Si no, te quedarás sin helado.

En aquel momento, Paule volvió la cabeza y Jacques, al cruzarse sus miradas, creyó leer en la de la muchacha la misma impresión de malestar que él experimentaba. La joven tenía el cuello fino, delicado y muy pálido, más pálido aún que sus mejillas; su aspecto frágil invitaba a prodigarla atenciones cariñosas. Jacques contemplaba aquel cuello, aquel fino cutis sin apenas vello y sentía una sensación de dulzura en los labios. Buscó algo qué decir, y no encontrándolo sonrió. La muchacha le examinó de reojo. La pareció menos feo. Pero un brusco pinchazo en el corazón la hizo ponerse lívida: se sujetó con las manos en el borde de la mesa y echó la cabeza ligeramente hacia atrás, mordiéndose la lengua para no perder el conocimiento.

Jacques lo vio. La joven tenía el aspecto de un pajarillo que hubiera venido a morir allí, sobre el mantel. Murmuró:

—¿Qué le pasa?

Entre los párpados casi cerrados distinguió el blanco de los ojos extraviados. Paule hizo un esfuerzo y sin moverse balbuceó:

—No diga nada.

Jacques tenía un nudo en la garganta; no hubiera podido decir nada. Por otra parte, nadie se ocupaba de ellos. Observó las manos de la muchacha: los dedos inmóviles, transparentes como cirios, estaban tan pálidos que las uñas ponían en ellos unas manchas violáceas.

—Mi despertador toca a las seis y media en un plato que está en equilibrio sobre un vaso... —explicaba Favery a su vecina, con gorgoritos de satisfacción.

Paule, ya menos pálida, volvía a abrir los ojos; volvió la cabeza y sonrió



débilmente para dar las gracias a Jacques por haberse callado:

—Ya se ha pasado —murmuró la joven—. Son una especie de ataques al corazón. —Con los labios todavía ligeramente crispados añadió, no sin cierta melancolía—: Siéntate pequeño, eso se pasará en seguida.

Sintió deseos de cogerla entre sus brazos, de llevarla lejos de este lugar impuro; pensaba en consagrarse a ella, en curarla. ¡Cuán lleno de amor se sentía hacia cualquier ser débil que hubiera solicitado, o simplemente aceptado, el apoyo de su fuerza!

Estuvo a punto de confiar a Daniel aquel proyecto quimérico, pero Daniel apenas si hacía caso de Jacques.

Daniel hablaba con mamá Juju, de la cual estaba separado por Rinette. Era un pretexto para volverse hacia su vecina, para estar más cerca de su tibieza. Aunque desde el principio de la cena hubiera evitado por táctica dirigirle la palabra, era evidente que solamente pensaba en ella. En diversas ocasiones la muchacha había sorprendido su mirada y, sin que pudiera explicarse la causa, aquella mirada, en lugar de halagarla, la producía una sensación de aversión; y la irritaba el atractivo de aquel rostro viril, aunque no dejara de ser sensible a él.

Un debate bastante vivo animaba el otro extremo de la mesa:

—¡Presumido! —gritó «Abricot» a Favery.

Este asintió:

—Efectivamente; yo mismo me lo llamo muy a menudo.

—Pero demasiado bajo, sin duda.

Hubo algunas risas. Werff conservó su ventaja:

—Favery, amigo mió —declaró, elevando la voz a propósito—, permíteme que te diga una cosa: acabas de hablar de las mujeres como alguien que nunca ha sabido... ¡hablarles!

Daniel miró a Favery, que reía, y creyó observar una mirada de éste en dirección a Rinette, como si fuera ella el tema de discusión. Una mirada audaz y concupiscente, que redobló repentinamente la antipatía que Daniel sentía hacia Favery. Conocía acerca de él algunas anécdotas que le desacreditaban. Sintió un vehemente deseo de contarlas delante de Rinette. Nunca resistía a esa clase de tentaciones. Bajando la voz, para no ser oído sino de las dos mujeres, e inclinándose hacia mamá Juju de manera que Binette hubiera de participar en el coloquio, preguntó con negligencia:

—¿Conoces la fábula de Favery y la Mujer adúltera?

—No —exclamó la vieja, engolosinada—. Cuéntamela. Y dame un cigarrillo; esta noche parece que no vamos a acabar nunca de cenar.

—Un buen día (hacía ya mucho tiempo que era su querida) la mujer apareció en casa de Favery con una maleta: «Ya estoy harta, quiero vivir contigo, etcétera...» «¿Y tu marido?» «¿Mi marido? Acabo de escribirle: Querido... Eugène: he llegado a un momento decisivo de mi vida, etcétera... Tengo la necesidad y el derecho de desahogar mi ternura sobre un corazón amigo, etcétera... He encontrado este corazón

y me voy...»

—¡Una cuestión de corazón, entonces...!

—Eso en cuanto a ella. Escucha la continuación. Aquí tenemos a mi buen Favery espantado. Una mujer en los brazos; lo que era peor, una mujer que pronto estaría divorciada, libre, que exigiría el matrimonio... Entonces fue cuando se le ocurrió lo que él mismo llama su idea genial. Escribió al marido: «Muy señor mío, reconozco que su esposa ha abandonado el domicilio conyugal para reunirse conmigo. Saludos. Favery.»

—¡Qué gesto tan distinguido! —murmuró Rinette.

—No tanto —replicó Daniel, con una sonrisa casi maligna—: Vais a verlo. Favery, desconfiado, se limitaba a tomar sus precauciones para el futuro; sabía que el marido haría uso de aquella carta ante los tribunales; por otra parte, la ley prohíbe al adúltero casarse nunca con su cómplice. «Es muy conveniente conocerse el Código», dice Favery cuando cuenta esta historia.

Rinette reflexionaba; por fin comprendió:

—¡Ese canalla! —exclamó.

Daniel, que se había inclinado hacia ella, recibió su aliento en el rostro, en los labios. Aspiró hondamente y casi tuyo que cerrar los ojos.

—¿Y la ha abandonado? —preguntó la vieja.

Daniel no contestó. Rinette volvió la vista hacia él. El joven mantenía los ojos semicerrados: hasta tal punto se sentía incapaz de disimular la intensidad de su deseo. La muchacha vio de cerca su piel tersa, el repliegue cruel de su boca, sus pestañas temblorosas, y, como si hubiera experimentado desde mucho tiempo antes los engaños secretos de aquel rostro, algo tan indiscutible como un instinto se rebeló en su interior contra él.

—¿Y qué ha sido de la mujer? —preguntó mamá Juju.

Daniel había recobrado su calma, pero su voz conservaba un ligero temblor:

—Dijeron que se había suicidado —repuso—. Favery afirma que estaba tuberculosa. —Trató de reír y se pasó la mano sobre la frente.

Rinette se hallaba erguida, apoyada en el respaldo de su silla, a fin de apartarse lo más posible de Daniel. ¿Por qué se producía en ella semejante agitación? Había sobrevenido súbitamente, a causa de aquel rostro, de aquella sonrisa, de aquella mirada. Todo le era odioso en aquel guapo muchacho: su manera de inclinarse, la elegancia de sus ademanes y sobre todo sus manos, aquellas manos largas y nervudas... Nunca hubiera podido creer que hubiera en ella, disponible, y por así decirlo completamente preparada, tanta aversión contra un desconocido.

—Entonces, ¿eso quiere decir que yo soy una coqueta? —exclamó Marie-Josèphe, poniendo por testigo a toda la mesa.

Battaincourt sonrió con ingenuidad:

—¿Tengo yo la culpa? La lengua francesa no tiene sino ese término para designar esa cosa encantadora cual ninguna: el deseo de gustar...

—¡Cochino! —chilló la señora Dolores.

Todos se volvieron. Pero se trataba del pequeño, que acababa de echarse sobre su traje negro una cucharada de helado y que era arrastrado por su tía hacia el lavabo.

Jacques aprovechó su ausencia.

—¿Usted la conocía? —preguntó a Paule, dichoso de poder acercarse a ella.

—Algo. —Estuvo a punto de callarse definitivamente: no era habladora y se sentía triste. Pero Jacques había sido amable con ella hacía un momento—. No crea usted que es mala persona —prosiguió—. Y además tiene dinero. Ha estado mucho tiempo con un individuo que escribía para el teatro. Luego se casó con un boticario que ya se ha muerto. Todavía cobra buenas rentas por los específicos. ¿Conoce usted el *Coricide Dolores*? ¿No? Hay que decirlo, siempre lleva muestras en el bolso; ¿sorprendente, verdad? Es una original. Tiene en su casa una docena de gatos, recogidos por todas partes. Y una enorme pecera llena de peces en su alcoba. Adora a los animales.

—Pero no le gustan los niños.

Paule inclinó la cabeza.

—Es una mujer que es como es —terminó.

Respiraba con dificultad después de haber hablado. Jacques lo notó y, sin embargo, trató de prolongar su aparte. La idea de que estaba enferma del corazón puso en sus labios una frase banal:

—«El corazón tiene razones que la razón desconoce.»

Paule reflexionó durante un instante.

—«Que la razón no tiene» —rectificó, contando las sílabas sobre la mesa con los dedos—; si no, el verso no sería correcto.

A pesar de todo la deseaba. Sin embargo, ya sentía menos deseo de consagrarla su vida.

«Cuando alguien me deja leer en su interior, por poco que sea, estoy dispuesto a amarle», pensó. Recordó el paseo en que había hecho por primera vez esta observación: fue el verano último, en los bosques de Viroflay, con unos compañeros de Antoine y una estudiante de Medicina, una sueca, que se había cogido de su brazo para contarle recuerdos de la infancia.

Y de repente se dio cuenta de que Antoine no había venido. ¡Las nueve y media!

Entonces, invadido por un terror nervioso, olvidando todo lo demás, cogió a Daniel del brazo:

—¡Seguro que le ha pasado algo!

—¿A quién?

—¡A Antoine!

En aquel momento terminaba la cena. Jacques se había levantado. Daniel, de pie y tratando de no alejarse de Rinette, procuraba tranquilizarle:

—¡Estás loco! Los médicos..., ya se sabe...; basta que un enfermo...

Pero Jacques ya estaba lejos. Incapaz de reflexionar, incapaz de luchar contra sus

presentimientos, corría hacia el guardarropa y sin despedirse de nadie, sin pensar siquiera en Paule, se lanzaba a la calle.

«He sido yo quien ha atraído la desgracia sobre Antoine —se repetía aterrado—. He sido yo..., he sido yo... ¡Para tener un traje negro, como el tipo ése de la plaza de Médicis!...»

El trío musical acababa de atacar un vals. Algunas parejas bailaban ya en la sala del bar. Daniel vio a Favery levantar la barbilla como si venteara y fijar en Rinette su mirada parpadeante. Se adelantó con paso rápido:

—¿Bailamos?

Le había visto venir y le miraba con hostilidad; le dejó inclinarse ligeramente, antes de contestarle:

—No.

Daniel disimuló su sorpresa y sonrió:

—¿Por qué no? —dijo, imitando su entonación. Estaba tan seguro de decidirla que añadió—: Vamos. —Y dio un paso hacia ella. Gesto demasiado confiado que acabó de sublevarla.

—¡Con usted no! —afirmó la muchacha.

—¿No? —replicó Daniel, mientras que sus ojos negros la desafiaban, pareciendo decir: «¡Cuando a mí me plazca!»

Rinette se volvió y viendo a Favery que dudaba si acercarse, se dirigió hacia él como si ya la hubiera invitado y se puso a bailar sin decir una sola palabra.

Ludwigson acababa de llegar. Vestido de smoking, de pie junto al mostrador y con el sombrero de paja puesto, charlaba con la señora Packmell y Marie-Josèphe, cuyo collar resobaba con familiaridad. Ahora bien, sin darlo a entender, inspeccionaba la sala con su mirada adormecida, que se deslizaba por entre sus párpados de tortuga y que en ciertos momentos se abatía sobre algo o sobre alguien como un bastonazo.

Mamá Juju navegaba entre las parejas en busca de Rinette. La alcanzó por fin y la empujó con el codo:

—De prisa. Y haz lo que te he dicho.

Daniel, a quien Paule había llevado hacia un rincón, escuchaba a la joven con una sonrisa distraída. Vio a mamá Juju mezclarse con la mayor naturalidad al grupo de Marie-Josèphe, mientras que Rinette, dejando de bailar, iba a sentarse sola, en una mesa alejada, en la habitación del fondo. Casi al mismo tiempo, Ludwigson y mamá Juju cruzaron los dos salones para reunirse con ella. Ludwigson, especialmente cuando sentía que le miraban, andaba con el torso erguido como un cochero a la antigua usanza; no ignoraba que la naturaleza le había afligido con una grupa de hurí que se bamboleaba de izquierda a derecha cuando apresuraba el paso; ello hacía que se vigilara a sí mismo. Rinette le tendió la mano, que él rozó con sus gruesos labios. Al inclinarse, Daniel distinguió su cráneo ligeramente deprimido, en el que su alisado

cabello negro había sido desrizado con mano experta.

—Y a pesar de todo tiene cierta prestancia —observó Daniel—. En este polichinela levantino hay algo de mozo de cuerda, pero lo hay también de gran visir.

Ludwigson se quitaba los guantes lentamente mientras examinaba a Rinette con ojo de conocedor; luego se sentó frente a ella, con mamá Juju a su lado. Ya les traían de beber sin que Ludwigson hubiera pedido nada; sus costumbres eran bien conocidas: nunca tomaba champaña, sino que bebía vino de Asti, sin espuma, sin helar, ni siquiera fresco, a la temperatura ambiente.

—Tibio —decía—, como el zumo de una fruta expuesta al sol.

Daniel se separó de Paule, encendió un cigarrillo, dio una vuelta por el bar, estrechó la mano de algunos y luego vino a sentarse en la segunda sala. Ludwigson y mamá Juju le volvían la espalda, pero estaba situado completamente enfrente de Rinette, aunque separado de ella por toda la sala. Una conversación animada se había entablado inmediatamente en derredor de las copas de Asti. Rinette sonreía a las galanterías de Ludwigson, que inclinado hacia ella y visiblemente complacido, multiplicaba sus atenciones. Cuando la muchacha notó que Daniel les espiaba exageró su alegría.

Por el hueco que comunicaba las dos salas se veía pasar una y otra vez a las parejas de bailarines. Detrás de la caja, una golfilla de mejillas encendidas, que parecía un Lawrence, se había encaramado a un peldaño de la escalerilla blanca y allí, asida a la barandilla con ambas manos, sobre un solo pie y balanceando el otro, acompañaba a la orquesta berreando un absurdo estribillo que todo el mundo se sabía de memoria aquel verano:

*Timélou, lamélou, pan, pan, timéla!*

Con el cigarrillo en los labios y acodado sobre la mesa, Daniel miraba con fijeza a Rinette. Ya no sonreía; tenía el rostro inmóvil y sus labios se plegaban.

—¿Dónde le habré visto yo? —se preguntaba la joven. Reía excesivamente y tenía buen cuidado de no encontrarse con la mirada de Daniel. Cada vez le costaba más trabajo, y como una alondra que revolotea ante un espejo, su atención iba quedando prendida más y más en aquella mirada obstinada: mirada velada, aunque no vaga y que parecía estar fija en un punto situado mucho más allá de Rinette; mirada que seguía siendo aguda y tenaz; mirada ardiente e imantada de la que conseguía desprenderse, pero cada vez con mayor esfuerzo.

Repentinamente, Daniel sintió algo que se removía a su lado. Tenía los nervios tan tensos que no pudo contener un estremecimiento: era el huerfanito, que, envuelto en el abrigo de seda de Dolores, con un dedo en la boca y los ojos aún húmedos de lágrimas, dormía entre los almohadones del diván.

La música había cesado. El violinista pedía de mesa en mesa. Cuando se acercó a

Daniel, éste puso un billete en la bandeja.

—El próximo baile, un cuarto de hora sin parar —murmuró. Los párpados violáceos se cerraron en señal de asentimiento.

Daniel sintió que Rinette le vigilaba. Entonces, levantando los ojos, se apoderó de su mirada. Comprendió que ahora era el dueño; en plan de juego dejó que aquella mirada se le escapara una o dos veces y nuevamente se apoderó de ella, para comprobar su dominio. Luego, ya no volvió a abandonarla.

Enardecido, Ludwigson redoblaba sus atenciones. Sin embargo, la atención que le prestaba Rinette era por momentos más ficticia y vacilante. Cuando el violín atacó un nuevo vals, desde el primer compás la joven comprendió por la expresión del rostro contraído de Daniel que algo decisivo iba a suceder. En efecto, Daniel se había puesto de pie; muy tranquilo y sin apartar los ojos de su presa, cruzó el salón y vino derecho hacia ella. Tuvo tiempo de pensar: «Me estoy jugando mi empleo con Ludwigson»; fue como un latigazo que estimuló su deseo. Rinette le veía acercarse y la fijeza de su mirada denotó algo tan anormal que Ludwigson y mamá Juju se volvieron. Ludwigson creyó que Daniel venía a saludarle e inició un gesto de invitación para que tomara sitio en la mesa. El joven pareció no reconocerle. Inclino la cabeza y sumergió su mirada en aquellos ojos verdes en los que se leía igualmente el consentimiento y el temor. Rinette se levantó, subyugada. Sin una sola palabra, la cogió del brazo y, estrechándola contra sí, desapareció con ella en dirección a la sala donde tocaba la orquesta.

Ludwigson y mamá Juju permanecieron inmóviles durante un segundo, siguiendo a la pareja con la vista. Luego se miraron.

—¡Qué descaró! —balbuceó la vieja; su papada temblaba de emoción y de cólera.

Ludwigson levantó las cejas y no contestó; su tez blanquecina hacía imposible que pudiera palidecer. Alargó hacia la copa que tenía delante su mano enorme, con unas uñas oscuras como cornalinas, y mojó los labios en el Asti.

Mamá Juju jadeaba como si acabara de darse una carrera.

—¡Un pollito que ya no volverá a trabajar para usted, supongo! —exclamó con una carcajada seca, de mujer que se venga.

Su acompañante pareció sorprendido:

—¿El señor de Fontanin? ¿Y por qué no?

Sonrió con un gesto de gran señor que no desciende a ciertas mezquindades y, muy dueño de sí, se puso los guantes. ¿Tal vez se sentía verdaderamente divertido por la aventura? Sacó la cartera, arrojó un billete sobre la mesa y, levantándose, se despidió de mamá Juju con la mayor cortesía. Luego se dirigió hacia la sala donde tenía lugar el baile y esperó hasta que la pareja pasara junto a él. Daniel captó su mirada adormecida en la que había un poco de malevolencia, un poco de envidia y también admiración; a continuación le vio deslizarse hacia la salida, sorteando los asientos y las mesas y desaparecer en la puerta giratoria de cristal, que pareció recogerle en su remolino para arrojarle afuera.

Daniel bailaba sin apresurarse, con el cuerpo aparentemente inmóvil, la cabeza erguida, con una especie de flema hecha de rigidez y de facilidad, no bailando sino sobre las puntas de los pies, que no abandonaban el suelo. Rinette, inconsciente, embriagada, incapaz de saber si estaba exasperada o alegre, obedecía a las menores insinuaciones de su caballero, como si nunca hubiera bailado con otro. Al cabo de diez minutos se habían quedado solos; las otras parejas, cansadas ya hacía mucho tiempo, formaban corro alrededor de ellos. Transcurrieron cinco minutos más. Por fin la orquesta pidió gracia. Bailaron hasta los últimos acordes; la joven, casi abatida sobre el hombro de Daniel; éste, serio, con los párpados abatidos sobre una mirada ardiente que de vez en cuando dejaba caer sobre la muchacha, haciéndola palpitar de odio y de deseo.

Sonaron los aplausos.

Daniel condujo a Rinette a la mesa de Ludwigson, se sentó con la mayor tranquilidad en el lugar vacío y, pidiendo otra copa, la llenó de Asti, la levantó alegremente hacia mamá Juju y la vació.

—Puaf —dijo—, ¡vaya jarabe!

Rinette dejó oír una risa nerviosa y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Mamá Juju posaba sobre Daniel una mirada de admiración; su enfado había desaparecido. Se levantó y, encogiéndose de hombros suspiró alegremente:

—¡Mientras haya salud!...

Media hora más tarde Binette y Daniel salían juntos de Packmell.

Había llovido.

—¿Un coche? —preguntó el botones.

—Primero vamos a andar un poco —dijo Rinette. Su voz tenía un acento acariciador que Daniel observó con alborozo.

A pesar del chaparrón, el ambiente seguía tormentoso. Las calles estaban vacías y mal alumbradas. Marchaban lentamente sobre la acera, que relucía a causa del agua.

Se cruzó con ellos un soldado de infantería que llevaba a dos mujeres abrazadas por la cintura y se entretenía en hacerles cambiar el paso:

—¡Un, dos! ¡Así no! ¡Hay que saltar sobre el pie izquierdo: un, dos! —Sus risas resonaron durante largo rato entre las fachadas mudas.

Rinette había esperado, al abandonar la sala, que Daniel vendría inmediatamente a cogerla del brazo. Pero éste era tan aficionado a saborear las esperas que se complacía en prolongarlas casi hasta la irritación. Fue la muchacha quien se acercó, después de un relámpago lejano.

—La tormenta ya ha terminado. Va a llover otra vez.

—Va a ser delicioso —replicó Daniel en un tono acariciador que expresaba muchas cosas. Era demasiado sutil para ella, intimidada por la reserva de su acompañante. Rinette dijo:

—No se me va de la cabeza la idea de que ya nos hemos visto en otra ocasión.

Daniel sonrió en la oscuridad; la estaba agradecido porque se limitara a decir lugares comunes. Estaba muy lejos de suponer que la muchacha creía efectivamente haberle conocido antes. En plan de chanza, estuvo a punto de contestar: «A mí me sucede lo mismo», lo que hubiera dado lugar a que ambos hicieran hipótesis. Pero le divertía más intrigarla permaneciendo en silencio.

—¿Por qué le llaman el Profeta? —prosiguió la joven, después de una pausa.

—Porque me llamo Daniel.

—¿Daniel qué?

Vaciló; no le gustaba descubrirse por poco que fuera. Sin embargo, la curiosidad de Rinette estaba tan desprovista de mala intención que sintió el escrúpulo de fabricarse un nombre postizo.

—Daniel de Fontanin —dijo.

Rinette no contestó, pero se estremeció. Creyó que habría tropezado y quiso sostenerla, pero ella hizo un movimiento para evitarlo. Fue lo suficiente para avivar en él el deseo de llevarle la contraria: se acercó, tratando de cogerla del brazo; la muchacha evitó su contacto mediante una flexión del cuerpo y, cambiando de dirección repentinamente, se adentró por una calle transversal. Daniel creyó que Rinette quería jugar y se prestó al juego. La joven parecía realmente que huía de él: había acelerado el paso y le costaba trabajo conservar la distancia sin correr. Le resultaba divertido: este paseo rápido en un barrio desierto parecía más bien una caza. Sin embargo, un poco cansado, cuando Rinette iba a doblar por una calle oscura que dando un rodeo les hubiera llevado al punto de partida, quiso detenerla y por tercera vez trató de cogerla del brazo. Volvió a rehuirle.

—Esto es una tontería —dijo, ahora ya contrariado—. Párate de una vez.

La muchacha huía cada vez más de prisa, buscando la oscuridad y cambiando de acera continuamente, como si verdaderamente deseara que Daniel perdiera sus huellas; repentinamente echó a correr. En algunas zancadas Daniel se puso a su altura y la arrinconó en el quicio de un portal. Entonces descubrió en su rostro una expresión de terror que no podía ser fingida.

—¿Qué te pasa?

Jadeante, permanecía acurrucada en aquel rincón húmedo, mirándole con ojos extraviados. Daniel reflexionó un instante. No comprendía del todo, pero veía perfectamente que algo grave había sucedido a la muchacha. Quiso atraerla hacia sí. Se soltó con un gesto tan atemorizado que se desgarró un volante del vestido.

—¿Pero qué te pasa? —repitió retrocediendo un paso—. ¿Tienes miedo de mí? ¿Te sientes mala?

Dominada por un temblor nervioso, no podía pronunciar ni una sola palabra y no dejaba de mirarle.

Daniel seguía sin comprender, pero no obstante sintió compasión.

—¿Prefieres que te deje sola? —propuso.

Ella hizo señas de que sí. El muchacho se sintió en una situación más bien



ridícula.

—¿De verdad? ¿Quieres que me vaya? —repitió, poniendo tanta dulzura en su voz como si tratara de tranquilizar a un niño perdido.

—¡Sí! —contestó Rinette, de una manera casi brutal.

Efectivamente; no se trataba de una comedia.

Daniel comprendió cuán poco elegante hubiera sido insistir y, renunciando a ella de pronto, tomó el partido de comportarse galantemente.

—Como quieras —dijo—. Ahora, que no puedo abandonarte así, en plena noche, en el quicio de un portal. Vamos a andar un poco hasta que encontremos un coche y te dejo..., ¿de acuerdo?

Se dirigieron en silencio hacia la avenida de la Opera, cuyas luces se distinguían perfectamente desde donde se encontraban. Mucho antes de llegar se cruzaron con un taxi libre que a una señal vino a situarse junto a la acera. Rinette conservaba obstinadamente la mirada fija en el suelo. Daniel abría la portezuela. En el estribo, la muchacha se decidió a volver la cabeza hacia él y le miró a la cara como si no pudiera evitar contemplarle una vez más. Él hizo lo posible por sonreírse y, con la cabeza descubierta, trató de mantener la actitud de un amigo que se despide. Cuando la joven estuvo segura de que no trataba de acompañarla sus rasgos se relajaron. Dio la dirección al chofer y luego, volviéndose hacia Daniel, murmuró en tono de disculpa:

—Perdón. Esta noche tiene que dejarme, Daniel. Ya le explicaré mañana.

—Entonces, hasta mañana —dijo Daniel inclinándose—. ¿Pero dónde?

—¿Dónde, claro está? —repitió la joven ingenuamente—. En casa de mamá Juju, si usted quiere. Sí; en casa de mamá Juju. A las tres.

—Hasta las tres.

El muchacho tendió la mano, ella avanzó la suya y Daniel rozó con sus labios la punta de los dedos enguantados.

El auto arrancó. Entonces el joven sintió un acceso de cólera. Ya se estaba dominando cuando vio el busto claro de la muchacha inclinarse fuera del coche y al chofer que paraba en seco.

De un salto se encontró junto a la portezuela, que Rinette ya había abierto. Observó que la joven se había acurrucado en el fondo del asiento; sus ojos chispeaban en la oscuridad. Comprendió; se abalanzó contra ella. Cuando la cogió entre sus brazos, ella oprimió sus labios contra los suyos y Daniel sintió perfectamente que la muchacha no se abandonaba por debilidad o por temor, sino que se ofrecía. Rinette sollozaba; hubiera creído que de desesperación, y murmuraba palabras ininteligibles:

—Quisiera... quisiera...

Daniel se sintió trastornado al oír:

—Quisiera... un hijo... ¡tuyo!

—Entonces, ¿a la misma dirección? —preguntó el chofer.

### III

AL dejar a Jacques y sus amigos, Antoine se había hecho conducir a Passy, donde tenía «una neumonía que ver», y de allí a la calle de la Universidad, a la casa paterna, cuya planta baja compartía con su hermano desde hacía cinco años. Arrellanado en el coche que le llevaba a su casa, con un cigarrillo en los labios, pensaba que el enfermito estaba notablemente mejor, que su jornada de médico había terminado y que se encontraba en una excelente disposición de ánimo.

«Confieso que ayer noche no estaba muy tranquilo. En general, cuando la expectoración cesa con tanta rapidez... *Pulsus bonus, urina bona, sed aeger moritur...* Ya no se trata sino de evitar la endocarditis... La madre es todavía una mujer hermosa... Y París también está hermoso esta noche...» Al pasar fijó la mirada en las frondas del Trocadero y se volvió para seguir con la vista a una pareja que se adentraba por una avenida extraviada. La torre Eiffel, las estatuas del puente y el Sena estaban teñidos de rosa. «*En mi corazón... na-na-na...*» El runruneo del motor apoyaba la canción. «*En mi corazón... ¡duerme!* —dijo repentinamente—. Sí, *en mi corazón duerme na-na-na...* Es verdaderamente molesto no poder recordar la letra. ¿Qué será lo que pueda dormir en mi corazón?... ¿*El cerdo que duerme?*», pensó sonriente, y su imaginación le llevó de nuevo hacia las perspectivas agradables de la velada en casa Packmell. ¿Una aventura galante?... Se sintió dichoso de vivir y como animado por un deseo latente. Tiró el cigarrillo, cruzó las piernas y aspiró el aire, al cual daba cierta apariencia de frescura la velocidad del vehículo. «Con tal de que Belin no olvide las ventosas del pequeño. Vamos a salvar al pobre crío y sin necesidad de operar. Me gustaría ver la cara de Loïsille. ¡Esos cirujanos! ¡Están muy de moda, pero, bah! Unos acróbatas. Como decía el viejo Black: “Si yo tuviera tres hijos, al peor dotado le diría: *hazte partero*. Al más deportista: *coge el bisturí*. Pero al más inteligente de los tres le diría: *hazte médico, cuida a muchos enfermos y trata de ver en ellos con mayor claridad cada vez.*”» Nuevamente se sentía alegre, alegre hasta lo más íntimo de su ser: «He orientado bien mi vida», se dijo a media voz.

Cuando entró en su casa la puerta abierta de la habitación de Jacques le recordó que su hermano había aprobado. Cinco años de vigilancia, de cuidados, conducían a este éxito. «Recuerdo perfectamente la tarde que me encontré a Favery en la calle de las Escuelas y se me ocurrió por primera vez la idea de orientar a Jacques hacia la Normal. La esquina Monge estaba blanca de nieve. Hacía un poco menos de calor que hoy», suspiró. Se imaginó por anticipado las delicias de una ablución fría y fue arrojando las ropas a su alrededor, con impaciencia infantil.

Salió de la ducha como nuevo. Pensaba en Packmell y silbaba de placer. Lo que él llamaba «las mujeres» no tenía en su existencia sino un lugar secundario; el amor sentimental, ninguno. Se contentaba con los encuentros fáciles y se sentía orgulloso de ello porque lo encontraba «más práctico». Por otra parte, exceptuando algunas

noches, se defendía bastante bien contra todo esto; no por disciplina ni por indiferencia física, sino porque «todo esto» formaba parte de un género de vida diferente de aquel que había determinado adoptar de una vez por todas. Tenía la impresión de que aquellas obsesiones eran un síntoma de debilidad; él era un «fuerte».

¡Riiiiin! Acababan de llamar. Una mirada al reloj: en caso necesario aún tendría tiempo de ver a un enfermo, antes de reunirse con los que le esperaban en Packmell.

—¿Quién es? —gritó a través de la puerta.

—Soy yo, doctor.

Reconoció la voz del señor Chasle y abrió. Durante la estancia del señor Thibault en Maisons-Laffitte, su secretario continuaba trabajando en la calle de la Universidad.

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo el señor Chasle mecánicamente. Luego, molesto de ver a Antoine en calzoncillos volvió la cabeza murmurando—: ¿Eh? —con acento interrogativo—. Ah, se está usted vistiendo —añadió casi inmediatamente, levantando el dedo como si hubiera descubierto la palabra clave de un enigma—. ¿Cree que no le molestaré?

—Tengo que marcharme dentro de veinticinco minutos —se apresuró a confesar Antoine.

—Es mucho más de lo que hace falta. Mire, doctor. —Dejó su sombrero, se quitó los lentes y abrió los ojos desmesuradamente—. ¿No ve usted nada?

—¿Dónde?

—En el ojo.

—¿En cuál?

—En éste.

—No se mueva. No veo absolutamente nada. ¿Un aire tal vez?

—Ah, sí; con toda seguridad. Muchas gracias. No es nada: un aire... He abierto las dos ventanas. —Tosió y volvió a ponerse los lentes—. Muchas gracias. Ya estoy completamente tranquilo. Claro, un aire. Es una cosa que ocurre muy a menudo y que no tiene importancia. —Dejó oír una risita y añadió—: Ya ve usted que no le he molestado mucho tiempo. —Pero en lugar de recoger su sombrero, se sentó en el borde de una silla, sacó el pañuelo y se secó la frente.

—Hace mucho calor —dijo Antoine.

—¡Ya lo creo! —respondió su interlocutor, guiñando los ojos maliciosamente—. Un auténtico tiempo de tormenta. Hay que compadecer a los que tienen que ir de aquí para allá y hacer gestiones.

Antoine, que se estaba atando los cordones de los zapatos, levantó la nariz:

—¿Gestiones?

—Claro es; ¡con este calor! En las oficinas y en las comisarías se ahoga uno. Por tanto, se dejan las cosas para el día siguiente —terminó, moviendo la cabeza con indulgencia.

Antoine seguía en la misma postura.

—A propósito —dijo el señor Chasle—, hace mucho tiempo que quiero preguntarle una cosa: ¿conoce usted el asilo de la «Edad Madura»?

—¿De la «Edad Madura»?

—Sí. Para los viejos. No para incurables. Una casa de retiro, en Point-du-Jour. En cuanto a aire, es lo mejor que hay. Bien; y ya que estamos aquí, doctor, una cosa que también quería preguntarle: ¿usted no se ha encontrado nunca una moneda de cinco francos olvidada?

—¿Olvidada? ¿...en un bolsillo?

—No...; en un jardín. En la calle, de alguna forma.

De pie, con el pantalón en la mano, Antoine miraba al señor Chasle y pensaba: «Cuando está uno con este animal, tiene la impresión de haberse vuelto idiota.» Hizo un esfuerzo para permanecer atento y contestó con seriedad:

—No acabo de comprender su pregunta.

—Veamos: hay personas que pierden una cosa, por ejemplo.

Y bien, hay otras que pueden encontrar esta cosa; ¿por qué no?

—Evidentemente.

—Pues bien, si usted por casualidad encontrara esa cosa, ¿qué haría?

—Buscaría a quien pertenece.

—Exactamente. ¿Y si ya no quedara nadie?

—¿Dónde?

—En el jardín, o en la calle, por ejemplo.

—Pues entonces llevaría lo que fuera a la comisaría de policía.

El señor Chasle sonrió malicioso:

—¿Y si se tratara de dinero? ¿De una moneda de cinco francos? ¡Demasiado sabemos lo que sería de ella entre esa gentuza!

—¿Supone usted que el comisario se guardaría la moneda?

—¡Indudablemente!

—Pues está usted equivocado, señor Chasle. En primer lugar, hay formalidades, un expediente. Mire, cierto día, un amigo y yo nos encontramos en un coche un sonajero de niño, muy bonito, de marfil y esmalte. Pues bien, en la comisaría anotaron el nombre de mi amigo, el mío, el del cochero, nuestras señas, el número del coche, nos hicieron firmar una declaración y nos dieron un recibo en regla. ¿Le extraña? E incluso, un año después, mi amigo fue avisado que nadie había venido a reclamar el sonajero y que podía recogerlo.

—¿Para qué?

—Es el reglamento: si el objeto encontrado no es reclamado por nadie, al cabo de un año y un día pertenece de derecho a aquel que se lo ha encontrado.

—¿Un año y un día? ¿A aquel que se lo ha encontrado?

—Exactamente.

El señor Chasle se encogió de hombros.

—Un sonajero, tal vez. Pero si fuera un billete..., un billete de cincuenta francos,

por ejemplo...

—Exactamente igual.

—No lo creo, doctor.

—Y yo estoy seguro de ello, señor Chasle.

El hombrecillo de pelo gris, encaramado en su silla, miró al joven fijamente por encima de las gafas. Luego apartó la mirada, tosió en el hueco de la mano y dijo:

—Si le hago esta pregunta, es a causa de mi madre.

—¿Ha encontrado dinero su madre?

—¿Eh? —exclamó el señor Chasle, agitándose en su escabel. Se había puesto como la grana y durante un segundo su rostro reveló la más dolorosa incertidumbre. Casi inmediatamente, sonrió con discreción—: Oh, no; me refería al asilo. —Luego, como Antoine estuviera poniéndose la americana, saltó de la silla para ayudarle a meter el brazo por la manga—: La travesía de la manga<sup>[5]</sup> —insinuó, aprovechando que estaba detrás de Antoine y murmuró rápidamente junto a su oído—: Lo malo está en que piden nueve mil francos. Con los gastos menudos, ponga usted diez mil. Y diez mil *por anticipado*: está impreso. Y entonces, ¿si luego quiere marcharse?

—¿Marcharse? —dijo Antoine, volviéndose; y de nuevo tuvo la desagradable impresión de haber perdido el hilo.

—¡Claro; no estará allí ni tres semanas! ¿Y usted cree que merece la pena? Ya está a punto de cumplir los ochenta y siete años. Creo que se pueda apostar que no tendrá tiempo suficiente para hacerles gastar los diez mil francos. ¿No es cierto?

—¿Ochenta y siete años? —repitió Antoine, que, a pesar suyo, inició el lúgubre cálculo.

Ya no pensaba en la hora. «Tan pronto como se desplaza la atención para fijarla en alguien —observó— se descubre un caso.» (A pesar de sus hábitos profesionales, su atención estaba tan concentrada en sí mismo, por naturaleza, que tenía la sensación de desplazarla cuando la fijaba en alguien.) «Este imbécil es un caso, indudablemente —se dijo—: el caso Chasle.» Recordó el primer año en que había conocido al hombrecillo: por recomendación de los sacerdotes de la escuela, el señor Thibault había llevado al señor Chasle a las vacaciones en concepto de preceptor; luego, cuando la apertura de curso, seducido por su puntualidad, le había tomado como secretario. «Hace dieciocho años que veo a este hombrecillo casi todos los días y no sé de él absolutamente nada...»

—Mamá es una mujer admirable —proseguía el señor Chasle sin mirarle—. A los de nuestra familia, doctor, no hay que considerarlos como unos cualquiera. A mí, puede ser que sí. Pero a mamá no. Ella estaba hecha para llevar una gran vida y no ésta. Pero como repiten tan a menudo esos señores de Saint-Roch (unos verdaderos amigos para nosotros, incluso el señor cura, que conocía mucho al señor Thibault de oídas), «cada uno tiene su cruz», como ellos dicen: y es bien cierto.

»Y no es que yo no quiera. Al contrario. ¡Si estuviera seguro!... Diez mil francos... ¡Con tal de tener después una vida tranquila!... Pero es que no se quedará

allí. Y no me devolverán el dinero. ¡No crea usted que no toman sus precauciones! Al entrar os hacen firmar todo un papiro en papel timbrado; una declaración en regla. Igual que en la comisaría de que usted hablaba. Sólo que ellos no son tan tontos; ellos no escriben un año después; ellos no devuelven nada. Lo que se dice absolutamente nada —prosiguió con aire burlón. Luego, sin cambiar de tono, añadió—: ¿Y qué hizo su amigo? ¿Fue a recogerlo?»

—¿El sonajero de marfil? Claro que no.

El señor Chasle había tomado una actitud meditabunda.

—Claro que un sonajero de marfil...; ¡mientras que una cantidad de dinero! ¡Todos los que pierden dinero en la calle corren inmediatamente a reclamarlo en todas las comisarías de París! Apuesto incluso que muchos van a reclamar más de lo que han perdido. ¿Y cómo lo demuestran? —Antoine no contestó. El señor Chasle le miraba con insistencia; repitió burlón—: ¿Y cómo lo demuestran? ¿Eh?

—¿Que cómo lo demuestran? —dijo Antoine, contrariado—. Pues con todos los detalles que hay que facilitar: cómo se ha perdido el dinero, si estaba en billetes o en monedas, si había...

—¡Eso sí que no! —interrumpió el señor Chasle con vehemencia—. ¡No van a preguntarles si el dinero estaba en billetes o en monedas! Comprendo los detalles. ¡Pero eso no! —Con aire distraído repitió algunas veces—: Eso no... Eso no...

Antoine echó una mirada al reloj.

—No es que quiera echarle, pero ahora ya sí tengo que marcharme.

El señor Chasle se estremeció y se deslizó al suelo.

—Muchas gracias por la consulta, doctor; voy a casa para ponerme una compresa, un poquito de algodón en el oído... No creo que sea nada.

Antoine no pudo evitar una sonrisa viendo al hombrecillo aventurarse a saltitos sobre el parquet encerado del vestíbulo. El señor Chasle siempre había llevado calzado que crujía; era una de las «cruces» de su vida: había pedido consejo a todos los zapateros; había ensayado todas las formas de cañas y de palas, todas las variedades de suelas: de cuero, de fieltro, de goma; había consultado a los pedicuros: incluso, por instigación de un limpiabotas, había confiado sus pies al inventor de un zapato elástico, llamado «silencioso», destinado especialmente para los domésticos. Todo en vano. Entonces había contraído esta costumbre de andar de puntillas; con su cabecita de ojos redondos, su chaquet de alpaca cuyos faldones flotaban tras él, tenía todo el aspecto de una cotorra a la que hubieran cortado las alas.

—¡Se me olvidaba! —dijo, cuando ya estaba junto a la puerta—. Todas las tiendas están cerradas. ¿No tendrá usted cambio?

—¿De cuánto?

—De mil francos.

—Voy a ver —dijo Antoine, dirigiéndose a abrir un cajón.

—No me gusta llevar estos billetes tan grandes —explicaba el señor Chasle—. Precisamente ahora que me estaba usted hablando del dinero extraviado... ¿Podría

usted darme diez billetes de cien francos? ¿O veinte de cincuenta? Cuanto mayor es el fajo menor es el riesgo. En cierto modo.

—No; sólo tengo dos billetes de quinientos —replicó Antoine, disponiéndose a cerrar el cajón nuevamente.

—Está bien —dijo el señor Chasle adelantándose—; de todas formas es muy diferente. Alargó a Antoine el billete que acababa de tomar del forro de su chaquet y se disponía a deslizar en el mismo sitio los otros dos, cuando el timbre de la puerta resonó, tan estridente que los dos hombres se sobresaltaron y el señor Chasle, que no había terminado de ocultar su dinero, balbuceó:

—Espere, espere...

Pero sus facciones se descompusieron al reconocer la voz de su propio portero, que, aporreando la puerta, chillaba:

—¿Está aquí el señor Chasle?

Antoine corrió a abrir.

—¿Está aquí? —gritó el hombre, jadeante—. ¡De prisa! Un accidente. La pequeña ha sido atropellada.

El señor Chasle le oyó. Se tambaleó. Antoine llegó justamente a tiempo para cogerle en brazos, tenderle en el suelo y golpearle el rostro con una toalla húmeda. El pobre viejo abrió los ojos y trató de levantarse.

—Señor Chasle —decía el individuo—, venga de prisa, tengo un coche a la puerta.

—¿Muerta? —inquirió Antoine, sin preguntarse siquiera quién podría ser aquella pequeña.

—Pues casi, casi —murmuró el otro.

Antoine tomó de la estantería el maletín de urgencia que siempre tenía preparado para los casos fortuitos, y recordando, repentinamente, que había prestado a Jacques el frasco de tintura de yodo, se lanzó a la habitación de su hermano, en tanto que gritaba al portero:

—Llévesele. Y espérenme. Les acompaño.

Cuando el coche se detuvo cerca de las Tullerías, delante de la casa en que habitaban los Chasle en la calle de Argel, Antoine alcanzaba a desentrañar lo sucedido de entre las embrolladas explicaciones del portero. Se trataba de una chiquilla que todos los días salía al encuentro del señor Chasle. ¿Había pretendido cruzar la calle de Rivoli, al ver que el señor Chasle se retrasaba esta noche? Un triciclo de reparto la había atropellado. La vendedora de periódicos, atraída por el alboroto, la había conocido por las trenzas y dado sus señas. La habían llevado a casa, inanimada.

El señor Chasle, doblado en el fondo del coche, no lloraba; pero cada detalle le arrancaba un sollozo doloroso, que ahogaba oprimiéndose la boca con el puño.

Delante del portal todavía quedaba gente. Se apartaron al paso del señor Chasle, que hubo de ser sostenido por sus dos compañeros hasta el último piso de la escalera.



Una puerta se entreabría a la extremidad de un pasillo por el que tomó el señor Chasle con paso vacilante. El portero, dejando paso a Antoine, le puso la mano en el brazo:

—Mi mujer, que no es tonta, ha ido a buscar a un mediquillo que come en el restaurante de al lado. Espero que le habrá encontrado.

Antoine hizo un gesto aprobatorio con la cabeza y siguió al señor Chasle. Cruzaron una especie de cuarto guardarropa que olía a húmedo, luego dos habitaciones bajas, casi a oscuras, en las que la atmósfera era agobiante a pesar de las ventanas abiertas a un patio; en la última, Antoine hubo de contornear una mesa redonda en la que cuatro cubiertos esperaban sobre un hule ennegrecido. El señor Chasle abrió una puerta, entró en una habitación iluminada y casi al mismo tiempo se desplomó, murmurando:

—Dédette... Dédette.

—¡Jules! —gritó una voz severa.

Al principio, Antoine no vio sino una lámpara sostenida con las dos manos por una mujer vestida con una bata rosa y cuyo pelo rubio, la frente y el pecho, resplandecían en la luz; luego distinguió la cama que la mujer iluminaba y sobre la cual se inclinaban algunas sombras. La luz del crepúsculo, que todavía entraba por la ventana, venía a unirse a la de la lámpara, y toda la habitación estaba sumergida en una penumbra en la que todo parecía irreal. Antoine ayudó al señor Chasle a sentarse y se adelantó hacia la cama. Un hombre joven, de lentes, doblado por la cintura y que aún conservaba puesto el sombrero, cortaba con unas tijeras las ropas ensangrentadas de la pequeña víctima, cuyo rostro apenas si se adivinaba, apoyado sobre la almohada, entre los cabellos coagulados. Una vieja, de rodillas, ayudaba al médico.

—¿Vive? —preguntó Antoine.

El doctor se volvió, le vio, vaciló un momento, se secó la frente y finalmente respondió sin mucho convencimiento:

—Sí...

—Estaba con el señor Chasle cuando han ido a buscarle —explicó Antoine— y he traído elementos para una cura de urgencia. Doctor Thibault —añadió a media voz—, jefe de clínica en el Hospital Infantil.

El médico se había puesto de pie; hizo un movimiento para ceder el sitio.

—Siga, siga —dijo Antoine inmediatamente, retrocediendo un paso—. ¿El pulso?

—Casi no se percibe —replicó su colega, que proseguía su labor apresuradamente.

Antoine levantó los ojos hacia la joven rubia, advirtió su mirada de ansiedad y propuso:

—Lo mejor, señora, sería telefonar a una ambulancia y trasladar la niña inmediatamente a mi hospital.

—No —dijo una voz concisa.

Entonces, Antoine distinguió, de pie junto a la cabecera de la cama, a una mujer

de edad —la abuela, con toda seguridad—, que le observaba con unas pupilas de campesina claras como el agua, una nariz aguda y rasgos voluntariosos, perdidos en un océano de grasa y cuyas últimas olas formaban los pliegues del cuello.

—Sé perfectamente que tenemos aspecto de pobres —prosiguió, diciendo con acento de resignación—, pero, a pesar de todo, preferimos morir en nuestra cama. Dédette no irá al hospital.

—¿Y por qué razón, señora? —insistió Antoine.

La anciana alargó el cuello, adelantó la barbilla y con un tono melancólico, pero no por ello menos inflexible, dijo sencillamente:

—¡Lo preferimos así!

Antoine buscó la mirada de la joven. Esta se ocupaba de espantar las moscas, obstinadas en posarse en su semblante luminoso y parecía carecer de opinión. Entonces se le ocurrió la idea de acudir al señor Chasle. El hombrecillo había caído de rodillas junto a la silla en que Antoine había tratado de sentarle y tenía la cabeza hundida entre los brazos para no oír nada ni ver nada. La anciana, que vigilaba todos los gestos de Antoine, adivinó su intención y le salió al encuentro:

—¿No es así, Jules? —dijo.

El señor Chasle se estremeció:

—Sí, mamá.

La vieja hizo un gesto de satisfacción y con voz maternal prosiguió:

—No te quedes ahí, Jules. Estarás mejor en tu habitación.

El pobre viejo levantó la frente lívida; los ojos le bailaban detrás de las gafas. No hizo ninguna objeción; se puso de pie y abandonó la habitación andando de puntillas.

Antoine se mordía los labios, y mientras reflexionaba acerca de la oportunidad de una discusión, se había quitado ya la americana, se arremangaba la camisa por encima de los codos; luego vino a arrodillarse junto a la cama. Casi nunca reflexionaba sin comenzar a actuar al mismo tiempo, a causa de su incapacidad para sopesar durante mucho tiempo el enunciado de un problema, debido a su impaciencia por tomar una decisión. Le importaba menos equivocarse que haber intervenido con celeridad y audacia; para él, pensar no era sino un medio de desencadenar el acto, aunque éste fuera prematuro.

Ayudado por el médico y la otra vieja, toda temblorosa, acabó de desvestir el cuerpo de la chiquilla, cuya desmedrada desnudez apareció por fin, muy pálida, casi gris. El triciclo tenía que haber atropellado a la niña con una violencia extremada, ya que estaba completamente cubierta de equimosis y una línea azulada atravesaba oblicuamente todo el muslo, desde la cadera a la rodilla.

—Es la derecha —precisó el médico. En efecto; el pie derecho estaba tumefacto, retorcido, y la pierna, ensangrentada, parecía deformada y más corta.

—¿Fractura de fémur? —aventuró el médico.

Antoine no contestó. Reflexionaba.

«Está demasiado conmocionada —pensaba—; seguramente hay alguna otra cosa.

Otra cosa, ¿pero el qué?» Palpó la rótula; sus dedos remontaron después, con lentitud, toda la longitud del muslo y, repentinamente, por una herida casi imperceptible que se encontraba en la cara interna de la pierna, algunos centímetros más arriba de la rodilla, brotó un chorro de sangre.

—¡Ah! —dijo.

—¿La femoral? —exclamó el otro.

Antoine se había incorporado precipitadamente.

Tener que tomar una decisión por sí solo, hacía que se duplicaran sus fuerzas; y siempre, cuando se encontraba en presencia de otras personas, se exaltaba su sensación de fuerza. «¿Un cirujano? —se preguntó—. No; no llegaría viva al hospital. ¿Y entonces, quién? ¿Yo? ¿Y por qué no? ¿Qué falta hace nadie más?»

—¿Va usted a tratar de ligarla? —inquirió el otro médico, que se sentía ofendido por el mutismo de Antoine.

Pero a Antoine no se le ocurrió contestarle. «Claro que sí —pensó—, y sin esperar un segundo; ¡tal vez sea ya demasiado tarde!» Echó una mirada a su alrededor. «Ligar, ¿y con qué? Veamos: la rubia no lleva cinturón; las cortinas carecen de cordones. ¿Una tela elástica? ¡Ya lo tengo!» En un abrir y cerrar de ojos se quitó el chaleco, desabrochó los tirantes y los rompió con un golpe seco; volviéndose a arrodillar, hizo con los tirantes un torniquete, que anudó fuertemente junto al nacimiento del muslo.

—Bien. Dos minutos para respirar —dijo, al tiempo que se levantaba. El sudor le corría por las mejillas; sintió todas las miradas clavadas en él—. Está perdida si no se la opera ahora mismo —articuló con voz incisiva—; vamos a intentarlo.

Automáticamente, todos se apartaron de la cama, incluso la mujer que sostenía la lámpara, incluso el joven doctor, turbado.

Antoine apretaba las mandíbulas y su mirada, contraída, brutal, parecía transformada por completo. «Vamos a ver —pensó—; ante todo, calma. ¿Una mesa? La mesa redonda que he visto al entrar.»

—Alúmbreme —gritó a la mujer joven—. Y usted, venga conmigo —añadió, dirigiéndose al médico. Con paso rápido entró en la habitación contigua. «Bien —pensó—, la sala de operaciones.» En un momento quitó los cubiertos e hizo una pila con, los platos. «Esto para mi lámpara —se dijo. Había tomado posesión de la vivienda como de un campo de maniobras—. Ahora la pequeña.» Volvió a la habitación; el médico y la joven espían sus menores gestos y le seguían de cerca. Señaló la niña al médico:

—Voy a cogerla. No pesa nada. Usted, sostenga la pierna.

Deslizando los brazos bajo los riñones de la pequeña, que dejó oír un débil quejido, la llevó hasta la mesa. Luego cogió la lámpara de manos de la rubia y la colocó sobre el montón de platos, después de haberle quitado la pantalla. «Soy un tipo maravilloso», tuvo tiempo de pensar, mientras miraba a su alrededor. La lámpara resplandecía como una hoguera en medio de las tinieblas rojizas, de entre las que

surgían la faz brillante de la joven y los lentes del doctor; una luz implacable caía sobre el cuerpecillo, cuyos miembros se estremecían. El ambiente estaba cargado de moscas electrizadas por la tormenta. Antoine transpiraba de calor y de angustia. «¿Vivirá hasta que haya terminado con ella?», se preguntó; pero una fuerza, que no trató de analizar, le sostenía. Nunca se había sentido tan seguro de sí mismo.

Cogió su maletín y, después de haber retirado un frasco de cloroformo y una compresa, se lo tendió al médico:

—Abra esto en cualquier sitio. En el aparador. Retire la máquina de coser. Prepárelo todo.

Luego, al volverse, con el frasco en la mano, distinguió unos bultos en las sombras del quicio de la puerta: las dos viejas, inmóviles y de pie. Una de ellas, la madre de Chasle, tenía los ojos muy abiertos, como un búho; la otra se apretaba la boca con ambas manos.

—¡Váyanse! —ordenó. Y como desaparecieran perdiéndose entre las sombras de la habitación donde estaba la cama, indicó el otro lado de la casa—: ¡No...! Más lejos. ¡Por aquí! —Obedientes, cruzaron la habitación y se alejaron sin decir palabra.

—¡Usted no! —gritó impaciente a la mujer rubia que se disponía a seguir las.

Esta se volvió. La miró un segundo: tenía un rostro bastante bello, más bien lleno, al que indudablemente dignificaba el dolor; una expresión de tranquilidad y madurez que le complació. A pesar suyo, pensó: «¡Pobre mujer! Pero la necesito.»

—¿Es usted la madre? —preguntó. Ella negó con la cabeza:

—No.

—Mucho mejor. —Mientras hablaba había empapado la compresa, desplegándola hábilmente sobre la nariz de la pequeña—. Bien, póngase usted aquí y tome esto —dijo, entregándole el frasco—. Cuando yo se lo indique, vuelva a poner.

El olor del cloroformo llenaba la habitación. La pequeña se quejó, hizo algunas aspiraciones profundas y se calló.

La última mirada: el terreno estaba dispuesto; solamente quedaban las dificultades profesionales. Había llegado el momento decisivo; la angustia de Antoine desapareció como por encanto. Se acercó al aparador, donde el médico acababa de colocar sobre una toalla el contenido del maletín. «Vamos a ver —se dijo, como si tratara de perder todavía algunos segundos—: la caja del instrumental, ¡bien! El bisturí, las pinzas. La caja de gasa, el algodón, ¡de acuerdo! Alcohol, cafeína. Tintura de yodo. Etcétera. Está todo. Empecemos.» Nuevamente tuvo la sensación de estar excitado: la embriaguez alegre de la acción; una confianza sin límites; una actividad vital rayana en el paroxismo y, sobre todo, la excitación de sentirse soberanamente grande.

Levantó la cabeza y durante un instante miró a los ojos al joven médico; parecía decirle: «Está usted muy tranquilo. La partida es difícil. ¡Para los dos!»

El otro no pestañeó. Seguía con una atención febril todos los movimientos de Antoine. Sabía perfectamente que operar era la única esperanza; solo, nunca se

hubiera atrevido a intentarla; pero con Antoine todo parecía posible.

«Este colega no está del todo mal —pensó Antoine—; tengo suerte. A ver. Una batea. ¡Ah! ¿Para qué? También vale así.» Cogió la tintura de yodo y se inundó los brazos hasta los codos.

—Ahora, a usted —dijo, ofreciendo el frasco al doctor, que limpiaba febrilmente los cristales de sus lentes.

Un relámpago estridente, seguido de un golpe brutal, iluminó la ventana.

«Un poco prematura la música —pensó Antoine—; ni siquiera había cogido el bisturí. La rubia no se ha estremecido. Esto aplacará los nervios y refrescará el ambiente; estoy seguro de que bajo este techo hace más de treinta y cinco grados.» Había cogido algunas compresas y las colocaba alrededor de la pierna para delimitar el campo operatorio.

Volvió la mirada hacia la mujer.

—Algunas gotas de cloroformo. Bastante. Muy bien.

«Obedece como un soldado en la línea de fuego —pensó—. ¡Estas mujeres!» Luego, observando con atención el pequeño muslo inflamado, tragó saliva y levantó el bisturí:

—Vamos a ello.

Con un ademán preciso hizo la incisión.

—Seque —dijo al médico, inclinado junto a él. «¡Qué delgada está!», pensó. «Vamos a llegar abajo en seguida. Bien; mi Dédette está roncando. Bueno. Démonos prisa. Ahora las pinzas»—. Usted —murmuró. El otro dejó los algodones empapados en sangre para empuñar las pinzas y descubrir la herida.

Antoine se detuvo un segundo. «Bien —se dijo—. ¿La sonda? Aquí está. En el canal de Hunter. La ligadura clásica; todo va perfectamente. Otro rayo. Sobre el Louvre. O tal vez sobre “esos señores de Saint-Roch...”» Se sentía muy tranquilo; ya no le inquietaban ni la pequeña ni su muerte inminente: reflexionaba gozosamente acerca de «la ligadura femoral en el canal de Hunter».

«¡Otro más! Y casi sin lluvia. Se ahoga uno. La arteria está lesionada al nivel del lugar de la fractura: la extremidad del hueso la ha desgarrado; es completamente infantil. Por otra parte, no tenía mucha sangre que perder...» Lanzó una mirada a la pequeña. «¡Hum!... ¡Apresurémonos! Es infantil, pero puede morirse... Una pinza, bien. Otra. Ya está. Esos relámpagos son insoportables; efecto fácil... Sólo tengo seda lisa; mejor.» Rompió el tubo, sacó la madeja, hizo una lazada junto a cada una de las pinzas. «Perfectamente. Estamos terminando. La circulación colateral es más que suficiente, sobre todo a esta edad. Soy un tipo maravilloso. ¿Habré equivocado mi vocación? Tengo todo lo necesario para ser cirujano, un magnífico cirujano...» En el silencio, entre el ruido de los truenos que se alejaban, se oía el ruido de las tijeras, cuyas puntas cortaban los extremos de la seda. «Todo: golpe de vista, sangre fría, energía, habilidad...» Repentinamente aguzó el oído y palideció:

—Demonio —dijo en voz baja.

La pequeña había dejado de respirar.

Apartó a la mujer de un empujón, arrancó la compresa que cubría el rostro de la enfermita y puso el oído encima del corazón. El médico y la joven, con los ojos fijos en Antoine, esperaban.

—Sí. Todavía respira —murmuró.

Cogió la muñeca, pero el pulso era tan rápido que renunció a contar las pulsaciones. Hizo un gesto de desánimo, y su rostro, contraído, se crispó aún más. Sus dos ayudantes sintieron posarse en ellos su mirada, pero no les veía.

Con voz cortante ordenó:

—Usted, quite las pinzas y haga un apósito; luego quite el torniquete. De prisa... Usted, deme algo para escribir. No hace falta, tengo mi block. —Se secaba las manos febrilmente con una pella de algodón—. ¿Qué hora es? Todavía no son las nueve. La farmacia estará abierta. Vaya usted corriendo.

La mujer permanecía ante él; en el movimiento imperceptible que esbozó como para cruzarse mejor la bata, Antoine comprendió que vacilaba en salir porque estaba medio desnuda y, en el transcurso de un segundo, su pensamiento evocó bajo la tela aquel cuerpo exuberante. Garrapateó la receta y firmó.

—Una ampolla de litro. De prisa, señora, de prisa.

—¿Y si...? —balbuceó ésta.

La espetó:

—¡Si está cerrado! —gritó—. ¡Llame usted, golpee hasta que la abran! ¡Váyase!

La mujer se eclipsó. Antoine inclinó la cabeza, se cercioró de que se alejaba corriendo y se volvió hacia el otro médico:

—Vamos a intentar el suero. Y nada de subcutáneo; no merece la pena: el intravenoso. Es nuestra última oportunidad. —Tomó dos frasquitos del aparador—. ¿Ha quitado el torniquete? Bien. Póngale una inyección de aceite alcanforado. Y luego otra de cafeína; sólo la mitad, pobre chiquilla..., pero, por favor, dese prisa.

Volvió a la pequeña y tomó de nuevo entre sus dedos la frágil muñequita; ya no se notaba nada, apenas un latido acelerado. «Esta vez —pensó— el pulso es verdaderamente imposible de contar.» Entonces tuvo un minuto de debilidad, de desesperación.

—¡Maldita sea! —masculló—. ¡Decir que se ha operado bien y que no habrá servido para nada!

El rostro de la pequeña se ponía más lívido por momentos. Se moría. Antoine distinguió junto a los labios entreabiertos dos cabellos rizados, más finos que el vello, que se movían a intervalos: todavía respiraba.

«No es torpe, para tratarse de un miope —pensó, vigilando al médico que ponía las inyecciones—. Pero no la salvaremos.» Sentía más bien despecho que pena. Tenía la insensibilidad de los médicos, para quienes el sufrimiento de los demás significa experiencia, provecho, interés profesional, y que no se enriquece sino a costa del dolor y de la muerte.

En aquel momento creyó oír una puerta y se precipitó al encuentro de la mujer. Esta llegaba, en efecto, con su paso flexible y procurando no parecer sofocada; la arrancó el paquete de las manos.

—Agua caliente —dijo, sin pensar siquiera en dar las gracias.

—¿Hervida?

—No. Para templar el suero. De prisa.

Apenas si había tenido tiempo para desenvolver el paquete, cuando ya estaba ella de vuelta con una olla humeante. Esta vez, sin mirarla, murmuró:

—Bien. Muy bien.

El tiempo acuciaba. En pocos segundos rompió las extremidades de la ampolla y sujetó el tubo de goma. Colgado de la pared había un barómetro suizo, de madera tallada. Le quitó con una mano y con la otra colgó del clavo la ampolla de suero. Luego cogió la olla de agua caliente, vaciló una décima de segundo y enrolló en el fondo el tubo de goma. «El suero se calentará al pasar. ¡Maravilloso!», pensó; perdió un instante en mirar hacia el otro médico para cerciorarse de que había seguido su actuación. Finalmente volvió a la pequeña, levantó el bracito inanimado, le embadurnó de yodo, dejó al descubierto el vaso con un corte de bisturí, deslizó la sonda por debajo y pinchó la vena con la aguja.

—¡Va entrando! —exclamó—. Tómele el pulso; yo no puedo moverme.

Transcurrieron diez minutos interminables en el más absoluto silencio.

Antoine, con el cuerpo cubierto de sudor, la respiración entrecortada y los ojos semicerrados, esperaba. Su mirada no se apartaba de la aguja.

Por fin levantó los ojos hacia la ampolla:

—¿Cómo vamos?

—Casi medio litro.

—¿Y el pulso?

El médico negó con la cabeza, sin contestar.

Transcurrieron otros cinco minutos en la misma ansiedad intolerable.

Antoine volvió a mirar hacia la ampolla.

—¿Cómo vamos?

—Queda un tercio de litro.

—¿Y el pulso?

El médico vaciló:

—No sé. Me parece como si tuviera tendencia a reafirmarse un poquitillo...

—¿Puede contar?

Una pausa.

—No.

«Si volviera el pulso...», pensaba Antoine. Hubiera dado diez años de su propia vida por reanimar a este pequeño cadáver. «¿Qué edad tendrá? ¿Siete años? Si la salvo, en este cuchitril, antes de diez años, estará tuberculosa. ¿Podré salvarla? Está en las últimas, al final de las últimas... ¡Maldita sea, y eso que he hecho todo lo

posible! El suero sigue entrando. Pero ya es demasiado tarde... Esperemos... No se puede hacer nada, no se puede intentar nada: esperar... La rubia se ha portado magníficamente. Magnífica criatura. Y no es la madre. ¿Quién será entonces? Chasle nunca ha dicho ni una sola palabra de todas estas gentes. ¿Entonces no será su hija? No comprendo absolutamente nada. Y la vieja, con sus aires... De cualquier forma, me han importado un comino. Esta autoridad que se asume repentinamente. Todos se han dado cuenta con quién tenían que habérselas. ¡Lo que vale el ascendiente de un individuo enérgico!... Pero hay que tener éxito... ¿Lo tendré yo? No; ha debido de perder demasiada sangre durante el traslado. De cualquier forma, por ahora no se nota ningún síntoma de mejoría. ¡Maldita sea!»

Observó los labios descoloridos y los dos hilillos dorados que se seguían moviendo a intervalos. La respiración le pareció incluso un poco más marcada. ¿Se engañaba? Pasó medio minuto. Un suspiro, casi imperceptible, pareció agitar el pecho y exhalarse lentamente, como si contuviera los últimos restos de vida. Antoine permaneció perplejo durante un segundo, con el ojo atento. No; seguía respirando. Había que esperar y esperar, esperar todavía.

Un minuto después, otro suspiro, casi normal.

—¿Cómo estamos?

—La ampolla está casi vacía.

—¿Y el pulso? ¿Vuelve?

—Sí.

Antoine respiró.

—¿Puede contar?

El médico sacó el reloj, se reajustó los lentes, permaneció en silencio durante un minuto y dijo:

—Ciento cuarenta..., ciento cincuenta, tal vez.

—Eso es mejor que nada —dejó escapar Antoine.

Se defendía con todas sus fuerzas contra el inmenso alivio que ya le invadía, a pesar suyo. Sin embargo, no soñaba, había una mejoría efectiva. La respiración se iba haciendo más regular. Tuvo que hacer un esfuerzo para no cambiar de sitio; sentía un deseo pueril de silbar, de cantar. «Es me-jor-que-na-da, na-na-na», canturreó para sus adentros, con la misma musiquilla que le obsesionaba desde por la mañana. *En mi corazón... En mi corazón duerme... na-na-na...* ¿Qué duerme? ¡Ah! ¡Ya me acuerdo! —pensó bruscamente—: ¡Un claro de luna! ¡Un claro de luna estival!

»*En mi corazón duerme un claro de lu-na.*

»*Un bello claro de luna es-ti-val...*»

Durante un segundo sintió una sensación de alivio, de verdadera alegría.

«Y la pequeña está fuera de peligro —pensó—. ¡Tiene que salvarse!



»Un bello claro de luna es-ti-val...»

—La ampolla está vacía —comprobó el doctor.

—¡Perfectamente!

En aquel mismo momento la pequeña, a la que no perdía de vista, tuvo un estremecimiento. Antoine se volvió casi alegremente hacia la joven que, desde hacía un cuarto de hora, estaba apoyada en el aparador, completamente inmóvil.

—Bueno, señora —gritó con tono brusco—, ¿es que nos hemos dormido? ¿Y el calentapiés? —La estupefacción de la mujer le hizo sonreír—. Naturalmente, señora; ¡si es una cosa que se cae de su peso! ¡Algo bien caliente, para que entren en calor los pies de esta criatura!

Su mirada tuvo un destello de alegría y desapareció.

Entonces, Antoine se inclinó, con precaución y ternura redobladas, retiró la aguja y, con la punta de los dedos, puso una compresa sobre la heridita. Luego palpó el brazo, cuya mano colgaba todavía inerte.

—Otra ampolla de aceite alcanforado, amigo mío, a ver qué pasa; con esto habremos agotado todos los medios. —Hablando entre dientes, añadió—: No me extrañaría nada que hubiésemos triunfado. —Nuevamente se sentía sostenido por cierta vivacidad.

La mujer reaparecía de nuevo, con una vasija en las manos. Vaciló y como el doctor no dijera nada, se acercó a los pies de la niña.

—Así no, señora —prosiguió Antoine en el mismo tono brusco y alegre—. ¡Va usted a quemarla! Deme eso. ¡Y decir que tengo que enseñarla cómo se envuelve un calorífero! —Sonriente esta vez, cogió una toalla enrollada que arrastraba, puso el rodillo encima del aparador, envolvió el calorífero y lo ajustó contra los pies de la pequeña. La rubia le contemplaba, sorprendida por la sonrisa juvenil que remozaba repentinamente aquel rostro.

—¿Se ha... salvado? —se atrevió a decir.

Antoine no tuvo todavía valor suficiente para contestar que sí.

—Ya se lo diré dentro de una hora —murmuró.

La mujer no se desconcertó por ello; le envolvió en una mirada franca, henchida de admiración.

«¿Qué será lo que pinte aquí esta chica tan guapa?», se preguntó Antoine por tercera vez. Luego, señalando a la puerta, dijo:

—¿Y los demás?

Ella sonrió imperceptiblemente:

—Esperan.

—Tranquilíceles un poco; dígales que se acuesten. Que se vayan a dormir. Y usted también, señora; tiene usted que descansar.

—Oh, yo... —murmuró la mujer al tiempo que se iba.

—Vamos a poner a la pequeña otra vez en la cama —propuso Antoine al médico—. Como antes. Sostenga la pierna. Quite la almohada, la cabeza baja. Ahora, ha llegado el momento de improvisar un aparato... Deme esa toalla. Y la cuerda del paquete. Vamos a improvisar un extensor. Pase la cuerda por entre los barrotes. Muy bien. Estas camas de hierro son verdaderamente cómodas. Ahora, un peso. ¡No importa! Esa olla. No; tenemos algo mejor: esa plancha. Aquí hay de todo lo que necesitamos. Sí, sí, démela. Allí. Mañana lo perfeccionaremos. Entretanto, basta con un poco de extensión... ¿No le parece?

El médico no contestó. Miraba a Antoine fijamente, como Marta miraría al Salvador cuando Lázaro se levantó de su ataúd. Sus labios se agitaron. Se limitó a balbucear:

—¿Puedo... recoger su maletín? —Y, en aquella voz tímida, había una necesidad tal de servir, de ser útil, que Antoine experimentó la embriaguez de los jefes. Estaban solos. Fue hacia el joven y le miró a los ojos.

—Es usted un magnífico elemento, joven.

El otro se quedó con la boca abierta. Antoine, aún más intimidado que su joven colega, no le dio tiempo a contestar.

—Ahora, vuélvase a casa, amigo mío. Es muy tarde. No hace falta que nos quedemos aquí los dos. —Vaciló—: Creo poder decir que está a salvo. Así me lo parece. No obstante, por si acaso, pasaré la noche aquí, si usted me lo permite... —El médico inició un gesto—. Digo: si usted me lo permite —prosiguió Antoine— porque no olvido que es su enferma. Indudablemente. Si yo he intervenido ha sido porque la urgencia lo requería. ¿No es así? Pero a partir de mañana dejo a la pequeña en sus manos.

Y sin ninguna inquietud: son buenas manos. —Mientras hablaba había llevado al médico hasta la puerta—. ¿Querrá usted venir hacia mediodía? —añadió—. Yo volveré después del hospital; así acordaremos juntos el tratamiento.

—Profesor, estoy..., estoy muy complacido de haber podido...

Era la primera vez que Antoine se oía tratar de «profesor». Aspiró en su totalidad aquella vaharada de incienso y, espontáneamente, alargó al joven ambas manos. Inmediatamente se dominó:

—No soy un profesor —dijo, con voz alterada—. Alumno, amigo mío; un aprendiz; un simple aprendiz. Como usted. Como los demás. Como todo el mundo. Se intenta, se busca... Se hace todo lo posible, que ya es bastante.

Antoine había deseado con cierta impaciencia la partida del otro médico. ¿Para estar solo? Sin embargo, cuando oyó los pasos de la mujer, que volvía, su rostro se animó.

—¿Entonces, usted no se acuesta?

—No, doctor.

No insistió.

La enferma se quejaba; la dio un hipido y escupió.

—¡Muy bien, Dédette! —dijo—. ¡Muy bien! —La tomó el pulso—. Ciento veinte. Cada vez mejor. —Miró a la mujer, sin sonreír—. Esta vez, creo, efectivamente, que lo hemos conseguido.

Ella no contestó; Antoine sintió que tenía confianza en él. No sabía cómo iniciar la conversación que deseaba.

—Se ha portado usted muy bien —prosiguió. Y como siempre que estaba intimidado, se lanzó—: ¿Qué es usted en esta casa?

—¿Yo? Nada. Una vecina. Ni siquiera una amiga. Estoy aquí porque vivo en el quinto piso.

—¿Y entonces, quién es la madre de la niña? No comprendo absolutamente nada.

—Creo que la madre ha muerto. Era una hermana de Aliñe.

—¿Aliñe?

—La muchacha.

—¿La vieja de los dedos temblorosos?

—Sí.

—¿Entonces, la pequeña no es, en absoluto, pariente de Chasle?

—No. Es una sobrina de Aliñe que ella cuida aquí; a costa del señor Chasle, naturalmente.

Hablaban a media voz, ligeramente inclinado uno hacia otro, y Antoine veía muy de cerca los labios, las mejillas, aquella piel resplandeciente a la cual añadía cierto encanto el cansancio. Se sentía al mismo tiempo deprimido y febril, sin resistencia contra sus instintos.

La pequeña empezó a agitarse en su sueño. Se acercaron juntos a la cama. La enfermita abrió los ojos y volvió a cerrarlos.

—Tal vez la molesta la luz —dijo la joven, cogiendo la lámpara para situarla más atrás. Luego volvió a la cabecera de la enferma para enjugar la pequeña frente perlada de sudor. Al inclinarse, Antoine, que la seguía con la vista, sintió un estremecimiento: como una sombra chinesca, bajo la tela de la bata, distinguía el cuerpo de la joven, con una precisión tan turbadora como si repentinamente la hubiera visto desnuda ante sí. Contuvo el aliento; sintiendo como si algo le quemara en el fondo de los ojos, contemplaba en la semipenumbra el seno que descendía y se elevaba suavemente, a compás de la respiración. Las manos de Antoine, súbitamente heladas, se crisparon. Nunca había deseado a criatura alguna con este frenesí repentino.

—Señorita Rachel... —susurró alguien.

Ella se incorporó:

—Es Aliñe, que querrá venir junto a la pequeña.

Sonreía y parecía interceder por la criada. Antoine estaba despechado por la intromisión de una tercera persona, pero no se atrevió a negarse.

—¿Se llama usted Rachel? —balbuceó—. Sí, sí; que entre.

Apenas si vio a la vieja arrodillarse junto a la cama. Se acercó a una de las

ventanas abiertas; las sienas le estallaban; del exterior no entraba ni el menor asomo de frescor; por encima de los tejados, el cabrilleo de algunos relámpagos hacía palidecer el cielo a intervalos. Entonces notó su cansancio; había estado de pie tres o cuatro horas seguidas. Buscó un lugar para sentarse. Entre las ventanas, dos colchones pequeños, dispuestos en forma adecuada sobre el suelo, formaban una especie de sofá. Esta debía ser la cama habitual de Dédette; y la habitación, la de Aliñe. Se dejó caer sobre aquel camastro, apoyó la espalda en la pared, y fue como si de nuevo se entregara indefenso a su apetencia: distinguir una vez más, en la transparencia de la bata, el firme contorno del seno, su palpar. Pero Rachel ya no estaba situada en la zona de luz.

—¿No ha movido la pierna la pequeña? —murmuró, sin levantarse. La joven dio un paso hacia la cama y todo su cuerpo onduló bajo la tela.

—No.

Los labios de Antoine estaban reseco y seguía sintiendo aquella quemazón en el fondo de los ojos. No sabía cómo arreglárselas para que Rachel se pusiera delante de la lámpara.

—¿Sigue igual de pálida?

—Un poco menos.

—Póngale la cabeza bien derecha, ¿quiere? Baja y derecha...

Entonces Rachel penetró en la zona iluminada, pero no hizo sino pasar entre el foco luminoso y Antoine. Aquel segundo fue suficiente para desencadenar de nuevo su deseo. Se vio obligado a cerrar los ojos, a aplastar la espalda contra la pared; permaneció así, con los dientes apretados, tratando de conservar los párpados cerrados sobre su visión secreta. El olor de las grandes ciudades durante el verano, ese relente hecho de humo, de estiércol, de polvo de asfalto, hacía el aire irrespirable. Las moscas golpeaban como balas la pantalla y venían a hostigar el rostro húmedo de Antoine. De vez en cuando continuaba sonando el trueno en las afueras.

Poco a poco, el calor, la fiebre, el exceso mismo de su turbación, triunfaron sobre sus fuerzas: no se dio cuenta del sopor que se iba apoderando de él; sus músculos se relajaron, su espalda se abandonó contra la pared: dormía.

Fue sacado de su sueño por una sensación especial y, sin librarse de una semisomnolencia, tuvo la impresión de experimentar algo agradable. Permaneció un buen rato en aquel estado de beatitud confusa, antes de discernir por qué parte de su cuerpo, por qué punto de su frontera, se insinuaba aquella tibia sensación de bienestar. Por la pierna. En aquel mismo momento comprendió que alguien había venido a sentarse junto a él; que aquel calor, que sentía en su muslo, emanaba de un cuerpo vivo; que aquel cuerpo y aquel calor eran de Rachel; y que lo que sentía era en realidad un placer sensual, que aumentaba todavía más al comprobar su origen. La joven se debió deslizar hacia él al quedarse dormida. Tuvo la suficiente presencia de ánimo para no hacer ningún movimiento. Se despertó por completo. El contacto de

los muslos de ambos se establecía a través de las telas, en una superficie que no llegaba al ancho de la mano, y en la que, en aquel momento, se hallaba concentrada toda la sensibilidad de Antoine. Permaneció jadeante, inmóvil, prodigiosamente lúcido y gustando en la confusión de sus calores una voluptuosidad más irritante que en el más prolongado de los besos.

Repentinamente, Rachel se despertó, estiró los brazos, se apartó de él sin apresuramiento y se incorporó. También él fingió despertarse al moverse ella. Rachel, sonriente, confesó:

—Me he dormido un poco.

—Yo también.

—Ya es de día —observó la joven, levantando la mano para arreglarse el pelo.

Antoine miró su reloj: iban a ser las cuatro.

La niña reposaba casi tranquila. Aliñe, con las manos juntas, parecía rezar. Antoine se acercó y descubrió la cama. «Ni una gota de sangre: esto marcha.» Sin dejar de observar los movimientos de Rachel, cogió la muñeca de la pequeña y contó ciento diez.

«¡Qué caliente estaba su pierna!», pensó.

Rachel se miraba en un trozo de espejo, sujeto a la pared por tres clavos, y reía. Con el casco que formaba su cabellera pelirroja, el cuello abierto, los robustos brazos desnudos y su mirada libre, osada, evocaba una figura de la revolución republicana: la *Marseillaise* en las barricadas.

—¡Pues sí que estoy guapa! —murmuró, haciendo una mueca. Sabía perfectamente que su color y su juventud conservaban su lozanía incluso en el momento de despertarse. También pudo leerlo claramente en la fisonomía de Antoine, cuando éste se acercó a ella y vino a mirarla en el espejo. Se percató de que aquella mirada de hombre no buscaba sus ojos, sino sus labios.

Sin embargo, Antoine se percató a su vez, en el espejo, de las mangas recogidas sobre los brazos quemados de yodo, de la camisa arrugada y manchada de sangre.

—¡Y a mí que me esperaban a cenar en Packmell! —dijo.

Una sonrisa de curiosidad iluminó el rostro de Rachel.

—¿Ah, si? ¿Va usted alguna vez a Packmell?

Sus ojos reían. Antoine se sintió feliz: apenas si tenía otras experiencias que las de las mujeres de vida ligera. Rachel le pareció menos distante de su deseo.

—Me bajo a mi casa —dijo Rachel. Y se volvió hacia Aliñe, que les observaba—. Si puedo ser útil en algo, no deje de llamarme.

Luego, sin despedirse de Antoine, se cruzó la bata y se escabulló ligeramente.

Tan pronto como hubo salido Rachel, Antoine sintió deseos de marcharse. «Respirar un poco de aire fresco —pensó, echando una ojeada sobre los tejados hacia el cielo matutino—. Y luego volver a casa, explicar a Jacques. Volveré por aquí, cuando haya pasado por el hospital. Lavado, presentable. ¿Tal vez podré decir que la

llamen para que me ayude a hacer la cura? ¿O avisarla al subir? Pero ni siquiera sé si vive sola...»

Hizo algunas recomendaciones a Aliñe para el caso de que la pequeña se despertara antes de su regreso. Luego, en el momento de marcharse, le asaltó un escrúpulo: ¿Qué habría sido del señor Chasle?

—Su habitación da al vestíbulo, cerca de la estufa —explicó la criada.

Efectivamente; cerca de la estufa, una puerta de alacena se abría a un chamizo triangular, iluminado por un tragaluz horadado en el tabique de la escalera. Allí era. Completamente vestido, tendido sobre una cama de hierro, con la boca abierta, el señor Chasle roncaba tranquilamente.

«¡El muy imbécil se ha atarugado bien los oídos de algodón!», observó Antoine.

Resolvió aguardar algunos minutos, con la esperanza de que el hombrecillo abriría los ojos. Las paredes estaban cubiertas de estampas piadosas pegadas sobre cartones de colores. Algunos libros —también piadosos— guarnecían una estantería, cuya tabla superior sostenía un mapamundi, entre dos hileras de frascos de perfume vacíos.

«El caso Chasle... —se dijo Antoine—. Tengo la manía de los casos. Mucho más sencillo: rostro insignificante, vida de imbécil. Cuando me dedico a observar, deformato las cosas, las aumento. Desconfiar. Es como la criada de Toulouse... ¿Ya qué viene esta relación? ¿Por qué su camaranchón se ventilaba también por la escalera? No; a causa de este olor a jabón de tocador... Son curiosas las asociaciones de ideas...» Descubrió que evocaba con un vivo placer la imagen de aquella camarera de hotel que, muy joven aún, en el transcurso de un viaje con su padre para un congreso, había ido a buscar una noche a su buhardilla. En estos momentos hubiera dado mucho dinero por el cuerpo rollizo de aquella muchacha, tal como lo había poseído entre las ásperas sábanas.

El señor Chasle seguía roncando. Antoine renunció a esperar y volvió al pasillo que conducía a la escalera.

Apenas hubo puesto los pies en los peldaños cuando recordó que Rachel vivía abajo; y, al dar la vuelta, buscó la puerta con los ojos: ¡no estaba cerrada! Era la suya, indudablemente; no había otra. ¿Por qué estaría abierta?

No tuvo tiempo de vacilar: siguió bajando, sin atreverse a retardar el paso y llegó al departamento.

Rachel estaba en el recibimiento y se volvió, como por casualidad, al ruido de los pasos. Estaba fresca, recién peinada; había cambiado la bata rosa por un kimono de seda blanco. Su cabellera pelirroja, coronando toda aquella blancura, hacía pensar en la llama de un cirio.

Antoine dijo:

—Hasta la vista, señorita.

Rachel se volvió hacia él en el umbral.

—¿Quiere usted tomar algo antes de irse, doctor? Acabo de preparar chocolate.

—No, de verdad. Estoy demasiado sucio. ¡Hasta luego!

La tendió la mano. La joven sonrió y no le dio la suya.

Antoine repitió:

—¡Hasta luego! —Y, como Rachel continuara sonriendo sin tomar la mano que la ofrecía, añadió—: ¿No quiere usted darme la mano?

Vio cómo desaparecía la sonrisa de la joven y su mirada se endurecía. A su vez, le tendió la mano. Pero no le dejó tiempo de estrechársela: Rachel había sujetado a Antoine con fuerza y le había atraído bruscamente al recibimiento, cerrando la puerta a sus espaldas. Se encontraron de pie, uno frente a otro. La joven ya no sonreía y, sin embargo, no llegó a unir sus labios. Antoine vio brillar los dientes. El olor del pelo le envolvía. Pensó en el seno desnudo, en la pierna ardiente. Acercó su cara con rudeza y fijó su mirada en los ojos de Rachel, dilatados, muy cerca de los suyos. Ella no retrocedió; apenas si sintió Antoine cimbrarse la cintura que había rodeado con su brazo: y ella fue quien puso su boca en los labios de Antoine. Luego se separó trabajosamente, bajó la cabeza y, volviendo a sonreír, murmuró:

—Estas noches así, enervan...

Antoine distinguía, en el fondo, a través de las puertas abiertas, un lecho cubierto de sedas de color rosado; y el sol naciente hacía de esta alcoba, tan lejana y tan próxima, un vasto cáliz de flor bañado de aurora.

## IV

AQUELLA misma mañana, hacia las once y media, Rachel vino a llamar a la puerta de los Chasle.

—¡Adelante! —gritó una voz aguda.

La señora Chasle había recobrado su sitio en la ventana abierta del comedor y permanecía con el busto erguido, los pies sobre un escabel y las manos desocupadas como siempre. «Estoy avergonzada de no hacer nada —decía algunas veces—, pero a cierta edad ya no puede uno matarse por los demás.»

—¿Cómo va la pequeña? —preguntó Rachel.

—Se ha despertado, ha bebido y se ha vuelto a dormir.

—¿No está el señor Chasle?

—No; ha salido —contestó la señora Chasle, encogiéndose de hombros, con expresión de resignación.

Rachel se sintió decepcionada.

La vieja proseguía, con tristeza:

—Toda la mañana ha estado como un moscardón. El domingo es infernal para quien tiene hombres. Yo creía que este accidente le haría un poco más circunspecto con nosotras. ¡Sí, sí! Esta mañana ya pensaba en otra cosa. ¡Dios sabe en qué! Tenía esa nariz alargada que me conozco tan bien, después de los cincuenta y pico de años que llevo aguantándole. Ha salido para ir a misa mayor, una hora antes de lo necesario. ¿Le parece a usted bien? Y todavía no ha vuelto. Mire —dijo, en tanto que sus labios se fruncían—, ahí está. Hablando del ruín de Roma... Por favor, Jules —prosiguió, alargando el cuello hacia su hijo que entraba de puntillas—, no cierres así las puertas. No es solamente por mi enfermedad del corazón; esta vez es también por Dédette, que puede morir a causa de ello.

El señor Chasle no trató de disculparse. Parecía distraído y preocupado.

—Venga a ver a la pequeña —le propuso Rachel. Y tan pronto como estuvieron delante del lecho de la pequeña dormida, preguntó—: ¿Hace mucho tiempo que conoce usted a ese doctor Thibault?

—¿Cómo? —dijo Chasle. Su mirada tomó una expresión asustada; pero con aire de complicidad repitió: «¿Cómo?», en forma de eco y se calló. Luego, como alguien que se decide a hacer una confidencia, se volvió bruscamente hacia ella.

—Escuche, señorita Rachel; ha sido usted tan buena con Dédette, que voy a pedirle un pequeño servicio. Estaba tan desconcertado por todas estas cosas que esta mañana no sé dónde tenía la cabeza: honradamente, tengo que volver. Y ahora mismo. ¡Pero es tan... desagradable presentarse por segunda vez en aquella ventanilla, completamente solo! No me diga que no —suplico—; le doy mi palabra de honor, señorita Rachel, de que no durará más de diez minutos.

Ella consintió, sonriendo, sin comprender nada de lo que decía el señor Chasle,



dispuesta a divertirse con las extravagancias del pobre y deseosa también de aprovecharse de aquella oportunidad para preguntarle acerca de Antoine. Pero durante todo el camino no pareció oír sus preguntas ni despegó los labios.

Ya hacía tiempo que habían sonado las doce cuando llegaron a la comisaría de policía. El comisario acababa de salir. El señor Chasle puso un gesto tal de consternación que el empleado se sintió suspicaz:

—Puesto que yo estoy aquí, es exactamente igual. ¿Qué desea usted?

El señor Chasle le miró tímidamente y, no atreviéndose a retirarse, comenzó las explicaciones:

—Es que he reflexionado acerca de todo esto. Tengo algunas cosas que añadir a mi declaración.

—¿Qué declaración?

—He venido esta mañana y he hablado en aquella ventanilla.

—¿Su nombre? Voy a buscar el expediente.

Rachel, intrigada, se acercó. El empleado volvió en seguida, con una hoja en la mano y examinó al hombre de arriba abajo.

—¿Chasle? ¿Jules-Aguste? ¿Es usted? ¿De qué se trata?

—Tengo el temor de que el señor comisario no haya comprendido bien dónde he encontrado el dinero.

—En la calle Rivoli —contestó el otro, mirando el papel.

—¡Lo ve usted! No, no es precisamente eso. He vuelto allí y puede creerme que estando en el lugar se me han venido a la imaginación algunos detalles que puede ser útil anotar, a decir verdad. —Tosió en el hueco de la mano y prosiguió—: En resumidas cuentas, no me atrevo a afirmar que fuera en la calle. Fue más bien en las Tullerías. Sí. Yo estaba en el jardín. ¿Me comprende? Mejor dicho, estaba sentado en un banco de piedra que es el segundo después del puesto de periódicos cuando se va de la Concorde al Louvre. Estaba allí, sentado y con el bastón en la mano. Va usted a ver en seguida por qué insisto en este detalle. Veo a un señor y una señora que pasan por delante de mí, seguidos de un niño. Incluso llegué a pensar: «Mira, dos que han sabido formar una familia, un hijo, etcétera...» Ya ve usted que se lo digo todo. Entonces el niño, en el momento de pasar por delante de mi banco, se cae. Lloro. Yo no tengo costumbre de esas cosas y no me muevo. La mamá se precipita.

Y entonces, delante de mí, casi a mis pies, de lo cual no tengo yo la culpa, ¿verdad?, se arrodilla al lado del niño y para secarle la cara saca de una bolsa de mujer que llevaba en la mano un pañuelo o algo parecido. A todo esto yo seguía sentado. Pues bien —prosiguió, levantando el índice—, cuando ya se habían marchado, estaba yo hurgando en la arena con la contera de mi bastón, cuando de repente distinguí el dinero. He recordado todo esto después. He sido siempre lo que se llama un hombre escrupuloso. La señorita puede decírselo: cincuenta y dos años y nada que reprocharme; creo que ya es algo. Por consiguiente, no se trata de decir esto o lo otro. He llegado a la conclusión de que tal vez la señora y su bolsa tienen algo

que ver en esta cuestión del dinero, y lo digo honradamente.

—¿Y no pudo usted correr tras ellos? —preguntó Rachel.

—Estaban demasiado lejos.

El empleado levantó la nariz, de sus anotaciones.

—¿Puede usted, al menos, dar sus señas?

—El señor, no sé. La señora iba de oscuro; de unos treinta años tal vez. El niño tenía una locomotora. Sí; de ese detalle sí estoy seguro: una locomotora pequeña. En fin, entendámonos; cuando digo pequeña, quiero decir una cosa así. La llevaba arrastrando. ¿Lo inscribe usted todo bien?

—Esté usted tranquilo. ¿Es todo?

—Sí.

—Muchas gracias.

Rachel ya estaba en la puerta. El señor Chasle, en lugar de seguirla, se acodó sobre la ventanilla e inclinó la cabeza para dentro de la oficina.

—Otra cosilla todavía —murmuró, poniéndose como la grana—. Es muy posible que esta mañana al depositar el dinero haya cometido un pequeño error. Sí. —Se detuvo para enjugarse la frente—. Me parece que he entregado dos billetes. ¿No es así? ¿Dos billetes de quinientos francos? Sí, sí, ahora estoy seguro. Ha sido un error de mi parte, o más bien una negligencia. Porque... lo que yo encontré... no fue eso exactamente: fue un solo billete... Un billete de mil francos..., ¿me comprende? —El sudor le chorreaba por la frente y volvió a secarse—. Anótelo también, puesto que lo he recordado, aunque supongo que vendrá a ser lo mismo.

—No señor, no viene a ser lo mismo —replicó el empleado—. Considero por el contrario que es muy importante. El señor que ha perdido un billete de mil francos hubiera podido venir aquí cien veces seguidas sin que se le entregaran los dos billetes de quinientos. ¡Vaya un cuento! —Contempló al señor Chasle con una mirada de desaprobación—. ¿Tiene usted al menos algún documento de identidad?

El señor Chasle se miró en los bolsillos.

—No.

—Eso no basta —dijo el empleado—. Lo siento mucho, pero no puedo dejarle que se vaya de esta forma. Un agente va a acompañarle a su casa; su portero nos confirmará que su nombre y su domicilio no son falsos.

El señor Chasle parecía haberse hecho indiferente a todo. Se seguía secando, pero su rostro estaba tranquilo, casi sonriente.

—Como usted guste —dijo de una manera cortés.

Rachel se echó a reír. El señor Chasle la dirigió una mirada llena de tristeza; luego, después de reflexionar, se decidió a dar un paso hacia ella y ceceando un poco, dijo:

—Algunas veces, señorita Rachel, bajo la chaqueta de un desconocido cualquiera, late un corazón más noble, sí, digo más noble, que bajo la chistera de fulano o mengano, respetado e incluso cargado de honores. —La parte baja de su rostro se

estremeció. Casi al mismo tiempo se arrepintió de su vehemencia—: No lo digo por usted, señorita Rachel. Ni por usted, señor agente —añadió, mirando sin ninguna timidez al guardia que acababa de entrar.

Rachel dejó al señor Chasle y al agente explicarse en la portería y subió a su casa. Antoine la esperaba en la escalera.

La joven estaba muy lejos de suponer que la esperase allí. Al verle, sintió una alegría tan fuerte que la hizo pestañear, pero que apenas se reflejó en su rostro.

—He llamado mil veces. Ya estaba completamente desesperado —confesó el médico.

Ambos se miraron alegremente, con una sonrisa de complicidad.

—¿Qué piensa usted hacer esta mañana? —preguntó Antoine, contento de encontrarla tan elegante, con aquel vestido claro y el sombrero adornado con flores.

—¿Esta mañana? Pero si es ya más de la una. Y todavía no he comido.

—Yo tampoco. —Repentinamente se decidió—: ¿Quiere venir a comer conmigo? ¿Le parece bien? ¿Sí? —Rachel sonreía, conquistada por aquel aire de niño que no sabe renunciar a sus deseos—. ¡Diga que sí!

—Está bien; ¡sí!

—¡Ah! —hizo Antoine, y su pecho se dilató.

La joven, al tiempo que abría la puerta, prosiguió:

—Lo que tarde en avisar a mi asistenta y mandarla a su casa.

Antoine se quedó solo durante un minuto, a la entrada del vestíbulo. Volvía a sentir las mismas sensaciones de por la mañana, cuando la joven se había adelantado hacia él. «¡Qué beso tan magnífico!», pensó; y se sintió tan alterado que apoyó la mano en la pared.

Rachel ya estaba de vuelta.

—Vamos —dijo, y añadió—: ¡Tengo hambre! —con una sonrisa carnal, que parecía un llamamiento al placer.

Torpemente, Antoine propuso:

—¿Prefiere usted salir sola y que nos reunamos en la calle?

Ella se volvió entre risas:

—¿Yo? ¡Soy completamente libre y nunca me oculto de nada!

Siguieron la calle de Rivoli. Antoine observó una vez más la flexibilidad rítmica de su paso, que daba la sensación de que danzaba cuando se movía.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—¿Y si entráramos allí, sencillamente? ¡Es tan tarde! —Con la contera de la sombrilla mostraba en la esquina de la calle un restaurante de barrio.

En el entresuelo no había nadie. Las mesitas se alineaban a lo largo de las ventanas en semicírculo que quedaban bajo los soportales, y que, abiertas a ras del suelo, iluminaban de una forma insospechada la sala baja. La temperatura era fresca y la penumbra constante. Se instalaron uno frente a otro, con miradas de niños que

quieren jugar.

—Ni siquiera sé cómo se llama usted —observó Antoine repentinamente.

—Rachel Göpfert. Veintiséis años. Rostro ovalado. Nariz mediana...

—¿Y todos sus dientes?

—¡Va a verlo! —exclamó la joven, abalanzándose sobre una raja de salchichón.

—Tenga cuidado; debe de estar preparado con ajo.

—Mejor —replicó Rachel—. Me entusiasma lo vulgar.

Göpfert... El pensamiento de que pudiera ser israelita hizo que se conmoviese lo poco que subsistía en Antoine de su educación: lo estrictamente indispensable para sazonar la aventura con la pimienta de la independencia y el exotismo.

—Mi padre era judío —declaró la joven, sin aspavientos y como si hubiera adivinado los pensamientos de su acompañante.

Una sirvienta con manguitos blancos traía la carta.

—*Mixed-grill*? —propuso Antoine.

El rostro de Rachel se iluminó con una sonrisa bastante extraña, que evidentemente no había podido contener.

—¿Por qué se ríe? Es excelente. Tiene un montón de cosas apetitosas asadas al mismo tiempo: riñones, *bacon*, salchichas, chuletas...

—... con berros y patatas *soufflés* —encomió la sirvienta.

—Ya lo sé; de acuerdo —dijo Rachel, y la alegría que había conseguido dominar parecía chispear en su mirada enigmática.

—¿Qué van a beber?

—Cerveza.

—Yo también. Que esté bien fresca.

Antoine contemplaba a la joven en tanto que ésta roía las hojas de una alcachofita cruda.

—Adoro todo lo picante —confesó la joven.

—Yo también.

Deseaba parecerse a ella en todo. Se contenía para no interrumpirla a cada palabra para exclamar: «¡Igual que a mí!» Todo lo que ella decía, todo lo que hacía, correspondía a lo que había esperado de ella. Se vestía exactamente como había pensado siempre que debía vestirse una mujer. En el escote llevaba un collar de ámbar viejo, cuyas gruesas cuentas, translúcidas y alargadas, hacían pensar en frutas, en enormes uvas de Málaga, en ciruelas hinchadas de sol. Y bajo el ámbar, su cutis tenía un resplandor lechoso, turbador. Antoine se sentía ante ella como un ser famélico al que nada ni nadie sería capaz de saciar.

«¡Qué beso tan maravilloso!...», volvió a pensar, con un aflujo de sangre al corazón. Y estaba allí, enfrente de él, allí mismo... ¡Y sonreía!

Acababan de poner sobre la mesa dos tercios de cerveza espumosa. Sintieron la misma impaciencia por probarla. Antoine se divirtió en beber al mismo tiempo que Rachel, sin dejar de mirarla, y cuando sintió la bocanada picante y untuosa bañarle la

lengua y templarse, en el mismo instante en que Rachel dejaba correr por la suya el mismo líquido helado, fue como si las bocas de ambos se hubieran unido una vez más. Permaneció durante un minuto como aturdido antes de volver a oír su voz:

—... le tratan como a un criado —decía.

Se rehízo:

—¿Quiénes?

—La madre y la criada. —(Comprendió que Rachel hablaba de los Chasle.)— La vieja nunca llama a su hijo sino: ¡bobo!

—Confiese que no le cae tan mal.

—En cuanto que llega se dedican a atormentarle. Por la mañana tiene que limpiar los zapatos de todos, hasta las botitas de la pequeña.

—¿El señor Chasle? —preguntó Antoine, divertido. Se imaginaba al buen hombre, escribiendo al dictado del señor Thibault, o recibiendo en lugar de su jefe a un colega de la Academia de Ciencias Morales.

—¡Y ellas están de acuerdo para estrujarle! Llegan incluso a quitarle el dinero del bolsillo, so pretexto de cepillarle la espalda cuando va a salir. El año pasado, la vieja firmó letras por valor de tres o cuatro mil francos, falsificando la firma de su hijo. Se creyó que el señor Chasle iba a caer enfermo.

—¿Y qué hizo?

—Pues pagarlo todo, como es lógico. En seis meses; a plazos, no podía denunciar a su madre.

—Y nosotros, que le vemos todos los días, no sospechábamos nada de eso.

—¿Nunca había venido a su casa?

—Nunca.

—Ahora están instalados peor que los pobres. Pero había que ver su casita hace apenas dos años. En esa casa con baldosines, con frisos de madera, con estanterías, parecía uno sentirse, ¿sabe usted?, en los tiempos de Voltaire. Muebles en marquetería, cuadros de familia, incluso vajilla de plata.

—¿Y qué ha sido de todo eso?

—Todo ha sido vendido a escondidas por las dos mujeres. Una noche, cuando volvía el señor Chasle, había desaparecido el escritorio Luis XVI. Otro día eran los tapices, los sillones, el reloj de pared, las miniaturas. Hasta el retrato del abuelo, un mocetón de uniforme, con un tricornio bajo el brazo y un mapa desplegado ante él.

—¿Nobleza de espada?

—Casi: sirvió en América a las órdenes de La Fayette.

Antoine observó que era charlatana, pero que contaba las cosas con amenidad; los detalles que daba no estaban exentos de color. Era inteligente. Sobre todo, tenía un humor, una manera de observar y de recordar que le agradó.

—En casa —dijo Antoine— nunca se queja.

—Sin embargo, yo le he visto muy a menudo, por las noches, refugiarse en la escalera para llorar.

—¡Es increíble! —exclamó el joven doctor.

Lanzó esta exclamación con una mirada y una sonrisa tan llenas de vida, que la joven dejó de pensar en lo que estaba contando para solamente ocuparse de él.

Antoine preguntó:

—¿Pero están de verdad en tal grado de miseria?

—¡Seguro que no! Con todo ese dinero las dos viejas llenan bien el calcetín y lo esconden. Y ellas no se privan de nada, se lo aseguro; se limitan a armarle un escándalo cuando se compra pastillas de goma. ¡Si le contara todo lo que se sabe en la casa! Aliñe quiso..., ¡adivínelo!..., ¡casarse con el señor Chasle! No se ría; ¡le faltó bien poco! Estaba de acuerdo con la vieja. Afortunadamente, las dos mujeres regañaron un día...

—¿Y Chasle estaba dispuesto?

—Hubiera terminado por acceder, a causa de Dédette. Es su pasión. Cuando quieren conseguir algo de él, le amenazan con enviar a la pequeña a Saboya, al pueblo de Aliñe; entonces se echa a llorar y promete todo lo que quieren.

Apenas si escuchaba lo que decía Rachel: observaba el movimiento de aquella boca que había besado: una boca bien dibujada, carnosa en el centro y en las comisuras fina como una incisión; en reposo, las dos comisuras de los labios se levantaban apenas en una semisonrisa estática, que no resultaba burlona, sino tranquila, alegre.

Pensaba tan sumamente poco en aquel pobre Chasle, que a media voz declaró:

—Ha de saber usted que soy un hombre feliz. —Luego enrojeció.

Rachel se echó a reír. Después de haber apreciado la víspera, ante la mesa de operaciones, la enorme valía de este hombre, se sentía contenta de este aspecto pueril que le iba descubriendo y que le acercaba a ella.

—¿Desde cuándo? —le preguntó.

Mintió un poco:

—Desde esta mañana.

En medio de todo, era cierto. Recordó la impresión que había experimentado al salir de casa de Rachel y lanzarse a la calle soleada: nunca se había sentido tan en forma. Recordó haberse lanzado delante del puente Real entre un revoltijo de coches, con una sangre fría excepcional, y haberse dicho, en tanto que evitaba los vehículos: «¡Qué seguro estoy de mí y qué dueño me siento de mis fuerzas! ¡Y que haya todavía quien niegue el libre albedrío!»

—¿Me permite que le sirva esta seta asada? —dijo.

—*With pleasure*<sup>[6]</sup>.

—¿Habla usted inglés?

—Claro que sí. *Si son vedute cose più straordinarie*<sup>[7]</sup>.

—¿También el italiano? ¿Y el alemán?

—*Aber nicht sehr gut*<sup>[8]</sup>.

Antoine reflexionó un momento.

—¿Ha viajado usted mucho?

Rachel contuvo una sonrisa:

—Un poco.

El doctor buscó su mirada; tan sibilina le pareció la entonación.

—¿Qué estábamos diciendo? —prosiguió.

Poca importancia tenían las palabras: ambos sentían que entre ellos se producía un intercambio incesante; no sólo por medio de sus miradas, sino también de sus sonrisas, de sus voces, de sus gestos más insignificantes.

Rachel, examinándole súbitamente, dijo:

—¡Qué diferente es usted de como yo le he visto esta noche!...

—Le juro que soy el mismo —repuso Antoine, levantando sus manos todavía amarillentas a causa del yodo—. Sin embargo, no puedo dárme las de gran cirujano, cuando sólo tengo una chuleta para practicar.

—He tenido tiempo para observarle bien.

—¿Y...?

La joven permaneció silenciosa.

—¿Era la primera vez que asistía usted a una escena de éstas? —prosiguió.

La joven le miró, sin contestar inmediatamente, y se echó a reír:

—¿Yo? —dijo, en un tono que parecía decir: «¡Ya lo creo que he visto otras!»; no obstante, desvió la conversación inmediatamente:

—¿Opera usted así todos los días?

—Nunca. No me dedico a la cirugía. Soy médico; especialista en niños.

—¿Por qué no es usted cirujano? ¡Un hombre como usted!

—Es de suponer que no era mi vocación.

—¡Pues es una lástima! —suspiró Rachel.

Se produjo un corto silencio. Lo que la joven acababa de decir despertaba en él un eco de melancolía.

—Bah; médico, cirujano... —dijo Antoine en voz alta—. Se forja uno ideas muy equivocadas con respecto a la vocación. Siempre se cree haber escogido y en realidad son las circunstancias... —(La mujer vio reaparecer en sus facciones como el esbozo de aquella expresión viril que tanto la sedujera la víspera en la cabecera de la pequeña.)— ¿De qué sirve volver sobre lo que ya está hecho? —proseguía el joven doctor—. El camino que se ha tomado es siempre el mejor, ¡con tal que permita avanzar! —Y, pensando repentinamente en aquella bella criatura sentada frente a él, pensando en el lugar que se había forjado ya en su vida, en sólo algunas horas, con una súbita ansiedad se dijo: «Sí; pero ante todo, que esto no me impida trabajar. ¡Que no me impida llegar!»

Rachel distinguió aquella sombra que pasaba por su frente.

—Usted debe ser muy obstinado.

Sonrió.

—¿No se va a burlar de mí? Durante mucho tiempo he tenido por divisa una

palabra latina que significa: ¡resistiré! *Stabo!* La hice reproducir en mi papel de cartas, la ponía en el forro de mis libros... —Sacó la cadena del reloj—: incluso la hice grabar en un sello antiguo y todavía la llevo.

La joven cogió la alhaja, que colgaba al extremo de la cadena.

—Es muy bonita.

—¿De verdad? ¿Le gusta?

Comprendió y se la devolvió.

—No.

Antoine ya había soltado el colgante.

—Se lo ruego.

—Está usted loco.

—Rachel..., en recuerdo...

—¿De qué?

—De todo.

Repitió: «¿De todo?», sin dejar de mirarle cara a cara, con una risa franca.

¡Cómo le gustaba en aquel momento! ¡Cuánto le gustaba aquella sonrisa desenvuelta, casi de muchacho! Rachel se distinguía tanto de las profesionales que había conocido como de las muchachas y mujeres jóvenes que había tenido ocasión de conocer en sociedad o en los hoteles durante las vacaciones, y que le intimidaron sin atraerle casi nunca. Rachel no le intimidaba: estaba en el mismo terreno que él. Tenía el encanto pagano, e incluso un poco de aquella sencillez que distingue a las hetairas que aman su oficio; pero poseía este encanto sin tener nada de equívoco o de vulgar. ¡Cuánto le gustaba! No solamente encontraba en ella una pareja incomparable: por primera vez en su vida creía tener una compañera, una amiga.

Esta idea le obsesionaba desde por la mañana. Ya había planeado toda una combinación de vida nueva, en la que Rachel tendría su parte. Únicamente faltaba en el contrato el consentimiento de la interesada. Así, pues, con una impaciencia infantil, ardía en deseos de cogerla las manos y decirla:

«Usted es la que yo esperaba. Deseo renunciar a los amores casuales, pero odio la incertidumbre; establezcamos nuestras relaciones inmediatamente. Sea usted mi amante. Organicémonos.» En diversos momentos había dejado traslucir su preocupación, aventurando alguna palabra relacionada con el futuro. Rachel no había dado ninguna señal de comprenderle; Antoine adivinaba en ella una reserva que le hacía vacilar en exponer sus planes.

—¿Verdad que se está bien aquí? —dijo la joven, llevándose a la boca un puñado de grosellas heladas, que le tiñeron los labios de carmín.

—Sí. Hay que tenerlo en cuenta. En París se encuentra de todo, hasta la provincia.

—Aludiendo a la sala vacía, añadió—: Y no hay que temer encuentros.

—¿Le molestaría que le vieran conmigo?

—¡Qué tontería! Lo digo por usted.

Rachel se encogió de hombros.



—¿Por mí? —Se sintió complacida al notar cuánto le intrigaba y no se apresuró a dar más explicaciones. Sin embargo, el joven médico la interrogaba con la mirada con una ansiedad tal que terminó por confiarle—: Le repito que no tengo que dar cuentas a nadie. Tengo lo bastante para vivir modestamente y me contento con ello. Soy libre.

El rostro crispado de Antoine se había relajado ingenuamente. La joven comprendió que él traducía: «Si tú lo quieres, soy tuya.» Con cualquier otro se hubiera rebelado; pero le gustaba, y casi sentía más satisfacción en sentirse deseada que enfado al ver en qué forma se equivocaba acerca de ella.

Trajeron el café. Rachel permaneció silenciosa y reflexionó. Por otra parte, ella misma no había dejado de considerar la posibilidad de unas relaciones más íntimas, puesto que, momentos antes, se había sorprendido pensando: «Haré que se quite la barba.» Sin embargo, no le conocía; esta atracción que sentía hoy hacia él ya la había sentido, al fin y al cabo, hacia otros. Había que evitar que se equivocara y siguiera mirándola, como en este momento, con tanta seguridad como avidez...

—¿Un cigarrillo?

—No; tengo yo aquí unos más suaves.

Antoine la ofreció la llama de una cerilla; Rachel dio una chupada y se envolvió en el humo.

—Gracias.

Efectivamente; era muy importante evitar los malentendidos desde un principio. Tanto más pudiéndose permitir el lujo de la sinceridad, ya que se sentía segura de no correr ningún riesgo. Retiró un poco la taza, puso los codos sobre el mantel y apoyó la barbilla en los dedos entrelazados. Los párpados, semicerrados a causa del humo, velaban casi por completo su mirada.

—He dicho que soy libre —remachó—; no he dicho que esté disponible. ¿Me comprende?

Él había recobrado su aspecto taciturno. Ella prosiguió:

—Le confieso que ya he sido tratada por la vida con mucha dureza. No siempre he sido libre. Hace dos años no lo era. Hoy lo soy y quiero seguir siéndolo. —(Se creía sincera.)— Lo deseo de tal forma que, por nada del mundo, volvería a consentir en enajenar mi libertad. ¿Me comprende?

—Sí.

Se produjo una pausa. La observaba. Ella sonrió ligeramente, sin mirarle, moviendo la cucharilla dentro de la taza.

—Por otra parte, se lo digo sinceramente: yo no tengo nada de lo que hace falta para ser una amiga fiel, una amante tranquila. Me gusta satisfacer todos mis caprichos. Absolutamente todos. Para eso hay que ser libre. ¿Me comprende? —Y, tranquilamente, se bebió el café, a sorbitos y quemándose.

Antoine tuvo un momento de desesperación. Todo se derrumbaba. Y, sin embargo, ella todavía estaba allí, frente a él; no se había perdido nada. No sabía

renunciar a aquello que deseaba ardientemente; no estaba acostumbrado a las renunciaciones. En cualquier caso, la situación estaba perfectamente definida, lo cual era mejor que ilusionarse; bien informado, se puede actuar. Por un momento, la idea de que ella le rechazara tal vez, de que se negara a la unión proyectada por él, no le pareció posible. Era así: siempre estaba seguro de alcanzar lo que se proponía.

Lo que necesitaba era comprenderla mejor; desgarrar aquel velo que la envolvía aún.

—¿Hace dos años no era usted libre? —murmuró en un tono claramente interrogativo—. ¿Lo es usted, efectivamente, para siempre?

Rachel le miró como si se tratara de un niño. Luego, su mirada se tiñó de ironía. Parecía decir: «Le voy a contestar, pero solamente porque así se me antoja.»

—El hombre con quien yo vivía se ha instalado en el Sudán egipcio —explicó—: nunca volverá a Francia. —Terminó su frase con una risa silenciosa y apartó la mirada. Luego cortó rápidamente—: Vámonos —dijo, al tiempo que se ponía de pie.

Una vez fuera, tomó el camino de la calle de Argel. Antoine la acompañaba en silencio; se preguntaba qué iba a hacer; no podía resolverse a dejarla así.

Rachel acudió en su auxilio cuando llegaron delante de la puerta:

—¿Va a subir a ver a Dédette? —propuso. Luego, sin transición, añadió—: Pero tal vez tenga usted que hacer en otro sitio.

Efectivamente: Antoine había prometido volver a visitar a su enfermito de Passy. También tenía que corregir las pruebas de un informe que su jefe le había entregado aquella mañana en el hospital, rogándole que comprobara las referencias. Sobre todo, quería ir a cenar a Maisons-Laffitte, donde se le esperaba, y no quería llegar demasiado tarde para poder hablar con Jacques. Pero nada de esto subsistió, tan pronto como entrevió la posibilidad de seguir a Rachel.

—Tengo todo el día libre —afirmó, apartándose para cederla el paso.

Apenas si le asaltó la idea del trabajo que se había comprometido a hacer, de la perturbación de sus normas de conducta. Tanto peor. (Estaba casi a punto de pensar: «Tanto mejor.»)

Subieron la escalera sin pronunciar palabra.

Al llegar ante la puerta de Rachel, ésta metió la llave en la cerradura y se volvió. El deseo se reflejaba en su rostro. Un deseo sin sutilezas ni fingimientos: un deseo sincero, alegre e irresistible.

## V

TAN pronto como Jacques, que había vuelto corriendo desde Packmell, supo por la portera que habían venido a buscar a su hermano para un accidente, se dispuso súbitamente su temor supersticioso; pero siguió molesto por haber creído que el deseo de un traje de luto pudiera bastar para provocar la muerte de Antoine. La desaparición del frasco de yodo, que necesitaba para su forúnculo, acabó de ponerle de mal humor; se desnudó en aquel estado de animosidad imprecisa que le era habitual y que le resultaba doloroso porque se avergonzaba de él. Tardó mucho tiempo en dormirse. Su éxito no le proporcionaba ninguna alegría.

Al día siguiente, por la mañana, Antoine se encontró a Jacques en el portal, en el mismo momento en que éste se decidía a partir para Maisons-Laffitte sin haberse visto. En pocas palabras, Antoine le puso al corriente de lo que había sucedido la víspera por la noche, pero no le dijo absolutamente nada de Rachel. Tenía la mirada brillante y en su rostro alterado se reflejaba una expresión belicosa, que su hermano achacó a las dificultades de la operación.

Las campanas estaban repicando cuando Jacques salía de la estación de Maisons-Laffitte. Nada le urgía. Ni el señor Thibault, ni tampoco la señorita Waize y Gisèle, faltaban nunca a misa mayor; por consiguiente, Jacques tenía tiempo de darse un paseo antes de dirigirse a la finca. Las sombras acogedoras del parque invitaban a la holganza. Los paseos estaban desiertos. Se sentó en un banco. No se oía sino el zumbido de los insectos en la hierba y el súbito agitar de alas de los pajarillos que, uno a uno, iban desertando del árbol bajo el cual se había sentado. Permanecía inmóvil, con una sonrisa en los labios, sin pensar en nada concreto, dichoso de estar allí.

La antigua propiedad de Maisons, pegada al bosque de Saint-Germain-en-Laye, había sido comprada bajo la Restauración por Laffitte, que había parcelado las quinientas hectáreas de parque para no conservar sino el castillo. Pero el financiero había tomado sus precauciones, para que esta división no perjudicara a las suntuosas perspectivas preparadas alrededor de su residencia, y para que la tala fuera reducida al mínimo. Así, pues, Maisons había seguido siendo, gracias a él, un inmenso parque señorial, cuyas avenidas de tilos, dos veces centenarios, comunicaban con munificencia a una colonia de pequeños propietarios, sin muros urbanos, y casi invisibles entre las frondas.

La finca del señor Thibault estaba situada al nordeste del castillo, en una plazoleta de césped, rodeada de una cerca blanca, siempre sombreada por corpulentos árboles y cuya parte central estaba ocupada por un estanque circular, situado entre macizos de boj.

Hacia aquella plazoleta se dirigía Jacques, andando con indolencia. Y, desde bastante lejos, tan pronto como estuvo a la vista de la casa, pudo distinguir un vestido

blanco apoyado en la puerta de entrada: Gisèle acechaba. Vuelta hacia el camino de la estación no le veía venir. Entonces, animado por un impulso gozoso, Jacques echó a correr. Le vio, agitó los brazos e inmediatamente, haciendo bocina con las manos, preguntó:

—¿Aprobado?

Aunque Gisèle tenía ya dieciséis años, no se atrevía a salir del jardín sin autorización de la señorita.

Jacques no contestó, para hacerla rabiar. Pero ella leyó en sus ojos la buena nueva y se puso a saltar de alegría, como una niña pequeña. Luego se lanzó a sus brazos.

—¡Vamos, vamos, loca! —dijo el muchacho, por costumbre. Ella se separó entre risas, para arrojarse de nuevo contra él, toda temblorosa. Jacques pudo ver su sonrisa radiante, sus ojos brillantes a causa de las lágrimas; se sintió conmovido, agradecido, y durante un segundo apretó a la muchacha contra su pecho.

Gisèle se echó a reír y bajó la voz:

—He tenido que inventar toda una historia para obligar a la tía a que viniera conmigo a la primera misa; suponía que llegarías a las diez. En cuanto a tu padre, todavía no ha vuelto. Ven —dijo, llevándole hacia la casa.

La diminuta figura de la señorita aparecía al fondo del recibimiento: un poco cargada de hombros ya, avanzaba con toda la velocidad que le permitían sus piernas, y la emoción le hacía mover la cabeza. Se detuvo al borde de la escalinata, y tan pronto como Jacques estuvo a su alcance, tendió hacia él sus brazos de marioneta, a pique de perder el equilibrio con tal de abrazarle.

—¿Aprobado? ¿Has aprobado? —mascullaba, como si estuviera masticando algo incesantemente.

—¡Ay! —se quejó el muchacho alegremente—. Cuidado, tengo un grano que me duele mucho.

—¡A ver, vuélvete! ¡Dios mío! —Y como si aquella pupa estuviera más a su alcance que los exámenes de la Normal, la anciana renunció inmediatamente a preguntar a Jacques acerca de su éxito, para obligarle a someterse a un lavado con agua y a la aplicación de compresas emolientes.

Estaba a punto de terminarse la cura en la habitación de la señorita cuando sonó el timbre de la puerta principal: el señor Thibault volvía.

—¡Jacquot ha aprobado! —chilló Gisèle desde la ventana, en tanto que Jacques bajaba al encuentro de su padre.

—¡Ah! ¿Estás ahí? ¿Qué lugar? —preguntó el señor Thibault, cuya evidente satisfacción coloreó durante un instante su rostro albuminoso.

—Tercero.

La aprobación del señor Thibault se hizo aún más ostensible. No llegó a levantar los párpados, pero los músculos de su nariz se agitaron, los lentes quedaron colgando al extremo del hilo y alargó la mano.

—Vamos, no está mal —murmuró, reteniendo la mano de Jacques entre sus dedos

flácidos. Vaciló un instante, hizo un gesto huraño y masculló—: ¡Qué calor! — Luego, atrayendo a su hijo hacia sí, le abrazó. El corazón de Jacques latía apresuradamente. Quiso mirar a su padre. El señor Thibault ya se había vuelto y apresurando el paso franqueaba los escalones de la entrada; entró en su despacho, arrojó sobre la mesa el breviario, dio algunos pasos y, sacando el pañuelo, se enjugó el rostro.

La comida estaba servida.

Gisèle había adornado el sitio de Jacques con un ramito de malvas que daba a la mesa familiar cierto aire de fiesta. No podía reprimir la risa: tan lleno de alegría estaba su corazón. Su vida de muchacha era bastante severa entre aquellos dos ancianos; sin embargo, llevaba en su interior una suficiente vitalidad para no sufrir por ello: ¿esperar la felicidad, no es ya empezar a ser feliz?

El señor Thibault entró frotándose las manos.

—Bien —dijo, después de haber desdoblado la servilleta y colocado las puntas a ambos lados de su cubierto—. Ahora se trata de no conformarse con eso. Nosotros no somos tontos, y si has entrado el tercero, ¿por qué, trabajando, no has de salir el primero? —Guiñó un ojo y adelantó la perilla con aire travieso—: ¿No tiene que haber siempre, en toda promoción, alguno que sea el primero?

Jacques contestó a la sonrisa de su padre con otra, evasiva. Había adquirido de tal forma el hábito del disimulo durante estas comidas familiares, que ya casi ni le costaba trabajo; algunos días llegaba, incluso, a reprocharse esta costumbre como una falta de dignidad.

—Haber salido de una escuela con el número uno de la promoción —prosiguió el señor Thibault—, puedes preguntárselo a tu hermano; es algo que te acompaña durante toda la vida: dondequiera que te presentes tienes la seguridad de ser respetado. ¿Está bien tu hermano?

—Tiene que venir después de comer.

Ni siquiera se le ocurrió a Jacques la idea de contar a su padre que había ocurrido un accidente en el círculo familiar del señor Chasle. Por un común acuerdo, todo el mundo callaba en presencia del señor Thibault: nunca se cometía la imprudencia de ponerle al corriente de nada, fuera lo que fuere, pues era imposible prever las conclusiones que aquel hombre, demasiado poderoso y activo, sacaría de la más mínima noticia, ni merced a qué gestiones, cartas o visitas, se consideraría autorizado para intervenir y embrollar los acontecimientos.

—¿Has visto que la prensa de esta mañana confirma la quiebra de nuestra cooperativa de Villebeau? —preguntó a la señorita Waize, aunque supiera perfectamente que ésta nunca abría un periódico. No obstante, ella contestó con un marcado signo de aquiescencia. El señor Thibault dejó oír una risita sardónica. Luego se quedó silencioso y hasta el final de la comida pareció desinteresarse de la conversación. Su oído rebelde le aislaba cada día más. Le sucedía muy a menudo que

permaneciera así durante toda una comida, mudo, engullendo las copiosas raciones que exigía su estómago de luchador, y concentrado en sí mismo. En realidad rumiaba un asunto difícil. Su inercia engañosa era en realidad la de una araña al acecho: esperaba que el vaivén de su pensamiento le entregara la solución de un problema administrativo o social. Por otra parte, así era como había trabajado siempre: pasivo y como petrificado, con los ojos semicerrados y solamente despierto el cerebro; este gran trabajador nunca había tomado ni una sola nota ni escrito el guión de un discurso; todo se combinaba, grabándose infaliblemente hasta en sus menores detalles, bajo aquel cráneo inmóvil.

Sentada enfrente y atenta al servicio, la señorita cruzaba sobre el mantel sus manos diminutas, que seguían siendo bellas y que ella cuidaba (en secreto, según creía) con un cosmético a base de leche de pepino. Casi no comía. Para postre la servían un tazón de leche y un bizcocho, que comía seco, por coquetería, pues había conservado unos dientes de rata. Estaba convencida de que siempre se comía en exceso y vigilaba muy de cerca el plato de su sobrina. Pero aquella mañana, en honor de Jacques, renegó de sus principios hasta el extremo de proponer, una vez terminados los postres:

—Jacques, ¿quieres probar mis nuevos dulces?

—«Sabor exquisito, digestibilidad perfecta» —murmuró Jacques, guiñando el ojo a Gisèle; y aquella vieja broma, que les recordaba cierto paquete de caramelos y una de las mejores risas locas de su juventud, les hizo reír de nuevo, hasta saltárseles las lágrimas, como de niños.

El señor Thibault no había oído, pero les sonrió con condescendencia.

—¡Condenado muchacho! —prosiguió la señorita—. ¡Más te valdría ocuparte de cómo están hechos! —Sobre una mesita, protegidos por una muselina que las moscas rondaban en vano, unas cuatro docenas de botes, llenos de una gelatina de color carmesí, esperaban sus cubiertas de papel pergamino.

El comedor se abría por dos ventanas practicables sobre una veranda provista de cajones con flores. A lo largo de las cortinas, el sol deslizaba hasta el suelo sus rayos cegadores. Una avispa bordoneaba alrededor del frutero lleno de ciruelas, y toda la casa parecía ronronear con ella bajo la caricia del sol del mediodía. Jacques recordaría esta comida más tarde como el único momento en que su admisión en la Normal le hubiera causado un fugitivo sentimiento de placer.

Gisèle, agitada y feliz, pero silenciosa por la fuerza de la costumbre, cambiaba con él miradas furtivas, cargadas de una complicidad sin objeto, y a la menor palabra de Jacques su alegría escapaba a borbotones.

—Gise, ¡esa boca! —decía entonces la señorita con voz temblorosa, no habiendo podido resignarse nunca a que Gisèle tuviera una boca grande y de labios carnosos. Tampoco sacaba partido de su hermoso pelo negro, ligeramente rizado, de su nariz chatilla ni de aquel cutis dorado, de sombras cálidas, que la recordaba más de lo que hubiera deseado a la madre de Gisèle, la mestiza con quien se casara el comandante

Waize durante su estancia en Madagascar. Por consiguiente, no desperdiciaba ninguna ocasión de recordar la ascendencia paterna de su sobrina.

«Cuando yo era de tu edad —prosiguió, sonriente—, mi abuela, ya sabes, la del echarpe escocés, para que tuviera la boca pequeña me hacía decir cien veces seguidas: “*Baillez-nous, ma mie, deux tout petits pruneaux de Tours*”<sup>[9]</sup>. —Mientras hablaba, trataba de cazar la avispa con el pico de la servilleta y se reía a cada momento por haberla fallado. Porque la buena mujer no tenía nada de taciturna; las tribulaciones de su existencia no habían alterado la juventud de su risa musical, contagiosa—. Esta abuela —continuó— había bailado en Toulouse con el conde de Villéle, el ministro. Y hubiera sido bien desgraciada en estos tiempos, porque no la gustaban ni las bocas grandes ni los pies muy desarrollados. —La señorita estaba muy orgullosa de los suyos, que parecían los de un recién nacido y que siempre llevaba calzados con zapatillas de paño, de puntera cuadrada, para preservar los pulgares de toda deformación.»

A las tres de la tarde, la casa se vació para las vísperas.

Jacques, al quedarse solo, subió a su habitación.

Estaba situada en el segundo piso y era abuhardillada, pero amplia y fresca, tapizada con papel de florecillas; el horizonte estaba aquí limitado por las copas de los dos castaños, cuya hojarasca suave constituía un regalo para la vista.

En la mesa había todavía algunos libros: algunos diccionarios, un tratado de filología; lo puso todo debajo de un armario y vino a sentarse ante su mesa.

«¿Soy un niño o, por el contrario, soy un hombre? —se preguntó inopinadamente—. Daniel... Él es distinto... Yo... ¿Qué soy yo?» Tuvo la impresión de ser un mundo; un mundo poblado de contradicciones; un caos, un caos de riquezas. Sonreía a su propia inmensidad, con la mirada perdida sobre aquella superficie de caoba que había dejado libre para... ¿Para qué? Efectivamente, no era que le faltaran los proyectos. ¿Cuántos meses hacía que casi a diario tenía que rechazar la tentación de iniciar algo? «Cuando haya aprobado», se decía. Y ahora, nada le parecía bastante digno de que se le consagrara esta libertad que repentinamente se le ofrecía: ni *Cuento de dos muchachos*, ni *Fuegos*, ¡ni siquiera *Abuso de confianza*!

Abandonó la mesa, dio algunos pasos, husmeó en la anaquelera el estante en que iba acumulando los libros —algunos desde el año anterior— para el momento en que estuviera libre; buscó mentalmente cuál sería el primero elegido, hizo una mueca y vino a tumbarse en la cama con las manos vacías.

«¡Basta ya de libros, de razonamientos y de frases! —pensó—. *Words! Words! Words!*»<sup>[10]</sup> Alargó los brazos hacia algo desconocido que no podía asir y estuvo a punto de llorar. «¿Podré ya... vivir?», se preguntó oprimido. Y repitió una vez más:

«¿Soy todavía un niño? ¿O, por el contrario, soy un hombre?»

Violentas aspiraciones le dominaban, ahogándole; no se hubiera atrevido a decir lo que esperaba del destino.

«Vivir —repitió—, obrar.»

Añadió: «Amar», y cerró los ojos.

Una hora después, se levantó. ¿Había soñado o dormido? Movía la cabeza con dificultad: le dolía el cuello. Una especie de abatimiento, causado por un enojo inmotivado y un exceso de fuerza, le estorbaba toda veleidad de acción y le oscurecía todo pensamiento. Paseó la mirada por la habitación. ¿Estancarse dos meses aquí, en esta casa? Y, sin embargo, sentía que un destino misterioso le encadenaba aquí este año y que en cualquier otro sitio su aflicción sería mayor.

Se acercó a la ventana para ponerse de codos en ella; en aquel mismo momento desapareció su tristeza: el vestido blanco de Gisèle ponía una mancha clara entre las ramas bajas de los castaños. Presintió que a su lado volvería a encontrar el gusto de ser joven y de vivir.

Intentó sorprenderla. O estaba con el oído atento, o la lectura no la entusiasmaba mucho, porque se volvió rápidamente al oír detrás de sí los pasos de Jacques:

—¡Fallaste!

—¿Qué estás leyendo?

No quiso contestar, y, con los brazos cruzados, oprimió el libro contra el pecho. Se desafiaron con un placer repentino:

—Una, dos y tres...

Jacques balanceó el sillón, haciendo que la joven cayera sobre la hierba. Ella no soltaba el libro, y se vio obligado a luchar un buen rato contra aquel cuerpo ágil y cálido, antes de conseguir apoderarse del volumen.

—El pequeño saboyana, tomo primero. ¡Uf! ¿Y hay muchos tomos de éstos?

—Tres.

—Enhorabuena. ¿Es muy apasionante?

Se echó a reír:

—Ni siquiera consigo terminar el primero.

—¿Por qué lees entonces cosas así?

—No puedo escoger.

(«Gise es poco aficionada a la lectura», afirmaba la señorita, después de algunas pruebas de este tipo.)

—Ya te dejaré yo libros —dijo Jacques, que se complacía en aconsejar la rebeldía y la desobediencia.

Gise hizo como si no hubiera oído.

—No te vayas tan pronto —imploró, echándose sobre el césped—. Toma: siéntate en mi sillón. O ponte aquí.

Jacques se echó al lado de la muchacha. El sol apretaba fuerte sobre la casa, que se alzaba a cincuenta metros de ellos, en el centro de una explanada enarenada, adornada con naranjos; pero, bajo los árboles, la hierba estaba todavía fresca.

—¿Entonces estás libre, Jacquot? ¿Completamente libre? —Adoptó un aire de



indiferencia que no tenía nada de natural para preguntar—: ¿Qué piensas hacer? —Y permaneció vuelta hacia él, con la boca entreabierta.

—¿Cómo?

—Sí. ¿Que dónde piensas ir, ahora que estás libre durante dos meses?

—A ningún sitio.

—¿Eh? ¿Te vas a quedar con nosotros? —insistió, levantando hacia él sus ojos brillantes, de perro fiel.

—Sí. El día diez iré a Turena a casar a un amigo.

—¿Y después?

—No lo sé. —Volvió la cabeza—. Pienso quedarme en Maisons todas las vacaciones.

—¿De verdad? —balbuceó la joven, inclinándose para observar la mirada de Jacques.

Este sonrió, dichoso de proporcionarla tanta satisfacción; y ya casi no sentía aprensión ante la perspectiva de vivir dos meses junto a esta chiquilla ingenua y cariñosa, a la que quería como a una hermana: mucho más que a una hermana. No había pensado que su llegada iluminaría hasta tal punto la vida de esta muchacha; él, cuya presencia nunca parecía haber sido deseada por nadie. Se sintió tan feliz por este descubrimiento que cogió su mano abandonada sobre la hierba y la acarició.

—Tienes la piel muy suave, Gise. ¿También usas la pomada de pepino?

Rompió a reír y se acercó a él mediante una contracción que permitió a Jacques observar la flexibilidad de la joven. Esta tenía la sensualidad natural y alegre de un animal joven, y su risa loca, cuando no hacía pensar en una risa infantil, parecía un arrullo. Pero su alma virginal habitaba satisfecha aquel cuerpo bien formado, a pesar de los mil deseos que ya la agitaban sin que ella sospechara su naturaleza.

—La tía no quiere todavía que este año vaya al tenis —prosiguió Gisèle, haciendo una mueca—. ¿Y tú, irás al club?

—Desde luego que no.

—¿Saldrás de excursión en bicicleta?

—Eso, puede ser.

—¡Qué suerte! —exclamó la joven. Su mirada parecía estar advirtiendo siempre algo sorprendente—. Has de saber que la tía me ha prometido que me dejará salir contigo. ¿Querrás tú?

Jacques contempló durante un momento sus pupilas brillantes, espejeantes:

—Tienes unos ojos muy bonitos, Gise.

Creyó observar que una turbación repentina los hacía aún más oscuros. Ella volvió la cabeza sonriendo. Ese algo alegre y reidor, que llamaba la atención en ella desde el primer momento, no se manifestaba solamente en el brillo de la mirada ni en aquellos hoyuelos tan movedizos, cuya sombra se hundía incesantemente junto a las comisuras de los labios, sino que se advertía hasta en la suavidad de las mejillas, en la naricilla respingona, en la curva llena y aniñada de la barbilla, y en todo su rostro,

que respiraba salud y alegría.

Como Jacques no contestara a lo que acababa de preguntarle, Gisèle se sintió preocupada:

—¿De verdad que querrás?

—¿El qué?

—¿Llevarme al bosque, o a Marly, como el verano pasado?

Se puso tan contenta de verle sonreír a manera de aquiescencia, que rodó hacia él y le besó. Luego permanecieron uno junto a otro, echados de espaldas y con la mirada perdida entre las profundidades del ramaje.

Se oía el murmullo del chorro del agua, el croar de las ranitas junto al estanque de la glorieta y, a intervalos, el ruido de las voces de los que pasaban a lo largo de la tapia del jardín. El olor de las petunias, cuyos cálices polvorientos había achicharrado el sol durante todo el día, se desprendía pesadamente de las jardineras de la veranda y se cernía en el aire cálido.

—¡Qué raro eres, Jacquot! ¡Siempre estás reflexionando! ¿En qué piensas?

Se incorporó, apoyándose sobre un codo, miró a Gise y vio sus labios entreabiertos, ligeramente húmedos, extrañados.

—Pienso en que tienes unos dientes muy bonitos.

Ella no se sonrojó, sino que se encogió de hombros:

—No; te hablo en serio —repuso, con una entonación infantil.

Jacques se echó a reír.

Un moscardón, embriagado de luz leonada, volaba alrededor de ellos; vino a chocar contra el rostro de Jacques como un copo de lana; luego, evitando el sol, se metió por entre la hierba con un ruido de máquina batidora.

—Pienso también en que ese moscardón se te parece, Gise.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé bien —contestó, dejándose caer nuevamente sobre la espalda—. Es redondo y negro como tú. E incluso su zumbido se parece hasta cierto punto al ruido que tú haces cuando te ríes.

Esta observación, hecha en un tono perfectamente grave, tuvo la virtud de sumir a Gisèle en profundas reflexiones.

Ambos permanecían en silencio. Sobre el césped oriflamado, las sombras se alargaban oblicuas. Y Gisèle, a la que el sol alcanzaba ya en la cara, no pudo contener una nueva risotada, causada por las briznas doradas que le cosquilleaban las mejillas y le picoteaban los ojos a través de las pestañas.

Cuando el timbre de la puerta anunció la llegada de Antoine, y Jacques distinguió a su hermano al otro extremo de la avenida, se levantó con decisión, como si hubiera premeditado lo que iba a hacer, y corrió hacia él:

—¿Te marchas esta noche?

—Sí; a las diez y veinte.

La atención de Jacques se sintió atraída de nuevo, no tanto por la expresión de fatiga de las facciones de su hermano, como por su animación, que le daba un aspecto desacostumbrado y casi belicoso.

Bajó la voz:

—¿No te importaría venir conmigo, después de cenar, a ver a la señora de Fontanin? —Notó que su hermano iba a dudar; dejó de mirarle y añadió muy de prisa —: No tengo más remedio que hacerle una visita y me molestaría mucho tener que ir mañana solo.

—¿Estará Daniel?

Jacques sabía perfectamente que no.

—Seguramente —dijo.

Se callaron al ver al señor Thibault aparecer en una de las ventanas del salón, con un periódico abierto en la mano.

—¡Ah! ¿Estás ahí? —gritó a Antoine—. Me alegro de que hayas podido venir. — Siempre le hablaba con cierta consideración—. Esperadme ahí, que ahora bajo.

—Entonces, ¿de acuerdo? —susurró Jacques—. ¿Te parece que pretextemos un paseo después de cenar?

El señor Thibault nunca había levantado la prohibición impuesta antaño a Jacques de reanudar la menor relación con los Fontanin. Como medida de precaución, el nombre execrado nunca era pronunciado ante él. ¿Ignoraba que desde hacía mucho tiempo eran transgredidas sus órdenes? Nadie hubiera podido afirmarlo. El orgullo paternal era tan ciego en él que muy bien pudiera suceder que nunca se le hubiera ocurrido la idea de que se le pudiera desobedecer.

—¡Muy bien; ya ha aprobado! —dijo el señor Thibault, bajando pesadamente la escalinata—; ya estamos tranquilos en cuanto al porvenir. Vamos a dar un paseo por el césped antes de cenar —añadió. Y, para explicar aquella proposición insólita, declaró—: Tengo que hablaros a ambos. Pero primero —preguntó a Antoine—, ¿has leído los periódicos de la noche? ¿Qué se dice de la quiebra de Villebeau? ¿No lo has visto?

—¿Vuestra cooperativa obrera?

—Sí, hijo mío. En plena quiebra y con gran escándalo. No ha durado mucho. — Dejó oír una risita seca, como si tosiera.

«¡Qué beso tan magnífico!», pensaba Antoine. Volvió a ver el restaurante, Rachel sentada enfrente de él, iluminada desde abajo, como en un escenario, por las ventanas al ras del suelo. «¿Por qué esa risa tan extraña cuando la he propuesto un *mixed grill*?»

Hizo un esfuerzo para interesarse en lo que decía su padre. Por otra parte, estaba sorprendido de que el señor Thibault aceptase con tanta tranquilidad aquella quiebra: porque el filántropo formaba parte de la sociedad que había facilitado los fondos a los

botoneros de Villebeau, cuando, después de la huelga, con objeto de demostrar que podían arreglárselas sin los patronos, habían querido fundar una cooperativa de producción.

El señor Thibault ya estaba perorando:

—Según mi criterio, no es dinero perdido por una buena causa. Nuestro papel habrá sido perfecto: hemos tomado en serio las utopías de la clase obrera y hemos sido los primeros en ayudarles con nuestros capitales. Resultado: la quiebra en menos de dieciocho meses. Hay que reconocer, en honor a la verdad, que entre los delegados obreros y nosotros hemos tenido un intermediario perfecto. Pero tú le conoces bien —añadió, deteniéndose e inclinándose hacia Jacques—: es Faisme, el que estaba en Crouy cuando tú.

Jacques no contestó.

—Tiene cogidos a todos los cabecillas con cartas en las que esos buenos apóstoles nos piden subsidios; sí, cartas escritas en los peores momentos de la huelga. Ni uno se atreverá a levantar la voz. —Nuevamente dejó oír una tosecilla de satisfacción—. Pero no era de eso de lo que quería hablaros —prosiguió, iniciando de nuevo la marcha.

Avanzaba con pesadez, jadeando en seguida, arrastrando los pies sobre la arena, con el cuerpo inclinado hacia adelante, las manos a la espalda, la chaqueta desabrochada y flotante. Sus hijos, en silencio, marchaban a ambos lados. Y Jacques recordó una frase que había leído, no sabía ya dónde: «Cuando me encuentro a dos hombres, uno de edad y otro joven, que caminan uno junto a otro sin encontrar nada que decirse, sé que se trata de un padre y su hijo.»

—Quiero conocer vuestra opinión acerca de un proyecto que tengo respecto a vosotros —dijo el señor Thibault. Su voz tenía un cierto tonillo de melancolía y de autenticidad no habitual en él—: Cuando lleguéis a mi edad, hijos míos, ya veréis cómo, a pesar de todo, se pregunta uno acerca del alcance de lo que ha hecho. Sé perfectamente, y así me lo recuerda siempre el abate Vécard, que todas las fuerzas empleadas en hacer el bien concurren al mismo fin y se suman. ¿Pero no es desagradable pensar que todo el esfuerzo de una vida individual se perderá tal vez en el aluvión anónimo de una generación? ¿No es legítimo para un padre el deseo de que sus hijos, al menos, conserven un recuerdo personal de él? ¿Aunque sólo sea a modo de ejemplo? —Suspiró—. A decir verdad, he pensado más en vosotros que en mí. He pensado que en el futuro podría seros agradable, siendo hijos míos, que no os confundan con todos los Thibault que hay en Francia. ¿No tenemos tras de nosotros dos siglos de existencia, debidamente justificada? Eso ya es algo. Por mi parte, tengo la satisfacción de haber aumentado en lo posible este patrimonio respetable; y tengo el derecho, y esa será mi recompensa, de desear que no se ignore vuestro origen; de desear que llevéis mi nombre entero, para transmitirlo sin mutilación alguna a aquellos que nazcan de mi sangre. La ley ha previsto deseos de este tipo. Por consiguiente, hace algunos meses que he llevado a cabo todas las formalidades

necesarias para la modificación de vuestro estado civil: dentro de algunos días tendréis que firmar, uno y otro, algunos papeles. Y según creo, para la reapertura de curso, o lo más tardar para las Navidades, tendréis el derecho, según la ley, de no ser ya unos Thibault cualquiera, unos Thibault pura y simplemente, sino unos *Oscar-Thibault*, con un guión: el *doctor Antoine Oscar-Thibault*. —Juntó las manos y las frotó una contra otra—. Esto era lo que tenía que deciros. No me deis las gracias. No hablemos más de ello. Y vamos a cenar; la señorita nos está llamando. —A la manera de los patriarcas, pasó los brazos sobre los hombros de cada uno de sus hijos—: Si, por añadidura, se da la circunstancia de que esta distinción os sea de algún provecho en vuestra carrera, mejor que mejor, hijos míos. ¿No es justo, en conciencia, que un hombre que nunca ha pedido nada a lo temporal, haga beneficiar a sus descendientes de la consideración que él ha adquirido?

Su voz temblaba. Para no enternecerse, abandonó bruscamente el paseo que recorrían, y solo, apresurando el paso, tropezando en los terrones de césped, volvió a la casa. Antoine y Jacques no recordaban haberle visto nunca tan conmovido.

—¡Es algo que parece mentira! —murmuró Antoine.

—¡Quieres callarte! —dijo Jacques. Tuvo la impresión de que su hermano le tocaba el corazón con las manos sucias. Era raro que Jacques hablara del señor Thibault sin una especie de respeto; evitaba juzgarle; su propia clarividencia le resultaba penosa cuando se ejercía contra su padre, casi siempre sin haberlo pretendido. Pero esta tarde se había sentido dolorosamente conmovido, además, por la angustia que percibía en aquella necesidad de sobrevivirse; él mismo, a pesar de sus veinte años, no podía pensar en la muerte sin un repentino desfallecimiento.

«¿Por qué habré traído a Antoine?», se preguntaba Jacques, una hora después, mientras seguía con su hermano la verde avenida bordeada por una doble fila de tilos seculares, que llevaba desde el castillo al bosque. El cuello le dolía; la señorita había insistido en que Antoine examinara el forúnculo, y éste había estimado oportuno darle un golpe de bisturí, a pesar de las protestas del paciente, que no deseaba en modo alguno verse obligado a salir con un apósito.

Antoine, cansado pero charlatán, no podía pensar sino en Rachel; ayer, a esta misma hora, todavía no la conocía; y ahora ocupaba toda su existencia.

Su exaltación contrastaba con los sentimientos que animaban a Jacques después de esta apacible jornada, y sobre todo en este momento y siguiendo este camino, a las puertas de una visita cuyo solo pensamiento despertaba en él una emoción indefinida, bastante parecida en algunos momentos a la esperanza. Andaba al lado de Antoine; se sentía descontento, insatisfecho; esta noche experimentaba contra su hermano una prevención instintiva, que no se expresaba, pero que le amurallaba en una especie de silencio, aunque la conversación entre ellos fuera tan amistosa por lo menos como de costumbre. En realidad, ambos soltaban ante sí palabras, frases y sonrisas como dos adversarios soltarían pellas de tierra a fin de construir una fortificación entre dos

posiciones. Ni uno ni otro se engañaban con esta maniobra. La fraternidad creaba en ellos una sensibilidad tal que ya no conseguía ocultarse nada importante. Simplemente la entonación de Antoine al elogiar el perfume de un tilo tardío —que acababa de recordarle en secreto la perfumada cabellera de Rachel—, sin informar concretamente a Jacques, le decía sin embargo casi tanto como una confidencia. Y apenas se sintió sorprendido cuando Antoine, cediendo a su obsesión, le cogió del brazo y, llevándole a un paso más rápido, se puso a contarle la extraña velada y lo que había sucedido después. El tono de Antoine, su sonrisa, su actitud de hombre hecho y derecho, ciertos detalles demasiado crudos que contrastaban con su habitual reserva de hermano mayor, provocaban en Jacques un malestar completamente nuevo. Ponía buena cara, sonreía, aprobaba con la cabeza, pero sufría; reprochaba a su hermano que le causara este sufrimiento; no perdonaba a Antoine esta desaprobación que acababa de suscitar. Y cuanto más le dejaba entrever Antoine el estado de embriaguez en que había vivido desde doce horas antes, más se refugiaba Jacques en una resistencia altiva y sentía crecer en su interior como una sed de pureza; y cuando Antoine, hablando de la tarde, se permitió pronunciar la frase «jornada de amor», Jacques se sobresaltó de tal forma que no pudo contenerse, y se revolvió.

—¡No, Antoine, no! ¡El amor es una cosa muy distinta de eso!

Antoine sonrió, no sin cierta fatuidad; y, sorprendido a pesar de todo, se calló.

Los Fontanin poseían en el extremo del parque, en los linderos del bosque, junto a la pared de la cerca antigua, una vieja casa que la señora de Fontanin había heredado de su madre. Una carretera bordeada de acacias, y tan poco frecuentada que siempre estaba invadida por altas hierbas, llevaba desde la avenida a la puertecita de entrada, abierta en la tapia del jardín.

Caía la noche cuando franquearon la entrada. Sonó una campanilla, y al otro extremo del patio, cerca de la casa en la cual ya estaban encendidas algunas ventanas, se oyeron los ladridos de *Puce*, la perrita de Jenny. Después de las comidas, había la costumbre de reunirse al otro lado de la casa, donde el terreno, sombreado por dos plátanos, caía a pico en forma de terraza sobre el antiguo foso. Los dos hermanos tuvieron que dar un rodeo para evitar un auto cuya masa inmóvil cerraba la avenida.

—Tienen visita —murmuró Jacques, súbitamente arrepentido de haber venido.

Pero la señora de Fontanin salía ya a su encuentro:

—¡Lo había adivinado! —exclamó tan pronto como pudo reconocerlos. Venía hacia ellos con pasitos cortos, las manos abiertas y una sonrisa acogedora en el rostro—. ¡Nos hemos puesto tan contentas esta mañana, al abrir la carta de Daniel! — Jacques no se inmutó—. Pero *yo sabía* que aprobarías —prosiguió, mirando a Jacques con seriedad—: Algo me lo había dicho aquel domingo de junio, cuando viniste con Daniel. ¡Ese querido Daniel! ¡Estará tan contento, tan orgulloso! ¡Y Jenny también se ha puesto muy contenta!

—¿Entonces, Daniel no está aquí esta noche? —preguntó Antoine.

Llegaban al círculo de los sillones. Se oía hablar con animación. Jacques distinguió inmediatamente entre las demás una voz que tenía un timbre especial, vibrante y sin embargo velado: la de Jenny. Permanecía sentada junto a su prima Nicole y un hombre de unos cuarenta años, hacia el cual se adelantó Antoine sorprendido: era un joven cirujano del cual había sido compañero en el Hospital Necker. Los dos hombres se estrecharon la mano con simpatía.

—¿Se conocen ya? —exclamó la señora de Fontanin, muy contenta—. Antoine y Jacques Thibault son unos buenos amigos de Daniel —explicó al doctor Héquet—. ¿Tiene usted inconveniente que participen en el secreto? —Luego, volviéndose hacia Antoine, añadió—: Mi sobrina Nicole me permitirá que les anuncie su noviazgo, ¿verdad, querida? Todavía no es oficial; pero ya ven ustedes: Nicole trae ya a su novio a casa de la tía y basta con mirarlos para adivinar su secreto.

Jenny no había salido al encuentro de los dos hermanos; había esperado a que estuvieran delante de ella para levantarse. Les estrechó la mano con frialdad.

—Nico, ven que te enseñe mis pichones —dijo a su prima, antes de que volvieran a sentarse—. Tengo ocho pequeñitos que...

—... ¿que todavía maman? —interrumpió Jacques, en un tono que pretendía ser insolente, pero que no era sino descortés e incongruente. Lo comprendió inmediatamente y apretó los dientes.

Jenny aparentó no oírle.

—... que están empezando a volar —terminó.

—Pero a esta hora estarán dormidos —insinuó la señora de Fontanin para retenerla.

—Razón de más, mamá. Durante el día no hay forma de acercarse a ellos. ¿Viene con nosotras, Félix? —El doctor Héquet, que estaba hablando con Antoine, se apresuró a unirse a las jóvenes.

—Es una pareja encantadora —confió la señora de Fontanin, inclinándose hacia Antoine y Jacques tan pronto como los novios se hubieron alejado—. La pobre Nicole, que carece de bienes de fortuna, tenía la idea fija de no ser una carga para nadie. Desde hace tres años se ganaba la vida como enfermera. ¡Pues bien, esta ha sido su recompensa! El doctor Héquet la ha conocido a la cabecera de uno de sus enfermos y la ha encontrado tan inteligente, tan cumplidora, tan animosa ante la vida, que se ha prendado de ella. ¿Verdad que es encantador?

La señora de Fontanin saboreaba con ingenuidad el romanticismo de este episodio, en el que no había sino sentimientos nobles y triunfaba la virtud; su rostro resplandecía de fe. Se dirigía principalmente a Antoine, hablándole en un tono amistoso que parecía presuponer entre ellos una inalterable conformidad de puntos de vista; la gustaba su frente, su mirada penetrante, sin pensar nunca que era dieciséis años mayor que él y que, casi casi, hubiera podido tener un hijo de su edad. Antoine la produjo un vivo placer al asegurar que Félix Héquet era un cirujano de mérito y un hombre de mucho porvenir.

Jacques no se mezclaba en la conversación. «¡Que todavía maman!», se repetía con rabia. Todo le exasperaba desde su llegada, incluso la charla afable de la señora de Fontanin. No había podido soportar hasta el final su felicitaciones y se había vuelto, avergonzado por ella de que pudiera parecer que concedía alguna importancia a este éxito, no obstante haberse ocupado de telegrafiarle la noticia. «Por lo menos, Jenny me ha ahorrado su felicitación —observó—. ¿Se habrá dado cuenta de que yo estoy muy por encima de este éxito? No. Pura indiferencia Mi superioridad... “¡Que todavía maman!”... ¡Imbécil...! Por otra parte, ¿sabrá siquiera lo que es un estudiante de la Normal? ¿Y qué le importa mi futuro? Apenas si me ha saludado. Y yo... ¿Por qué he tenido yo que decir esa tontería?» Enrojeció y volvió a apretar los dientes. «Mientras me saludaba seguía escuchando a su prima. Sus ojos... Son indescifrables. Todo su rostro es aún infantil; pero los ojos...» El forúnculo se hacía recordar constantemente merced a agudos pinchazos, y, más aún que a causa del grano, sufría por aquel apósito que le había sido impuesto por todos, por la señorita, ¡hasta por Gise! Debía tener un aspecto repugnante...

Antoine sonreía y hablaba, sin ocuparse de Jacques.

—... desde el punto de vista moral... —decía.

«Antoine habla; es lo más importante para él...», pensó Jacques. Y, de repente, la amabilidad mundana de su hermano, aquel «punto de vista moral», sobre todo después de las confidencias licenciosas que Antoine acababa de hacerle, le ofendieron como una hipocresía imperdonable. ¡Qué diferentes eran uno de otro! Jacques se precipitaba de un extremo a otro y ya no veía nada de común entre su hermano y él. Sí, pronto o tarde, terminarían por separarse; era fatal; sus dos fuerzas eran incompatibles y, ambos a dos, exclusivistas. Entonces se sintió invadido por una amarga tristeza al pensar que cinco años de relación no eran suficientes para inmunizarles contra un desvío inminente, que no les impedirían convertirse en extraños el uno para el otro, y tal vez, incluso, en enemigos. Estuvo a punto de levantarse para marcharse con un pretexto cualquiera. ¡Vagar en la noche, sin propósito definido, a través del bosque! Solamente había en el mundo una persona que hubiera sabido sonreírle: Gise. De buena gana hubiera renunciado a su éxito de la víspera con tal de encontrarse en aquel mismo momento echado junto a ella sobre el césped, cerca de su rostro, cerca de sus ojos —¡de sus ojos sin misterio!—, cuando había exclamado: «¿De verdad que querrás?», al tiempo que rompía en aquella risa suya tan arrulladora. No recordaba haber oído nunca reír a Jenny, y su sonrisa, incluso, tenía una expresión de desagrado. «¿Qué me pasa?», se dijo, tratando de reaccionar. Pero esta nostalgia que tenía cierto saborcillo de rencor y que le hacía odiarlo todo: las palabras de la señora de Fontanin, el envilecimiento de Antoine, a la gente, su juventud estéril, y a Jenny, que parecía vivir a sus anchas entre la mediocridad universal, era más fuerte que su voluntad.

—¿Qué vas a hacer durante las vacaciones, Jacques? —preguntó la señora de Fontanin—. Deberías convencer a Daniel para que abandonara París durante algunas



semanas: ¡un viaje de los dos podría ser tan divertido e instructivo! —(Estaba un poco contristada por no ver dibujarse con mayor precisión el porvenir excepcional con el que contaba para su hijo; y sin querer pensar en ello demasiado, no dejaba de inquietarse algunas veces por el género de vida que éste hacía, demasiado libre, demasiado irregular; no se atrevía a pensar: disoluta.)

Cuando supo que Jacques tenía intención de permanecer todo el verano en Maisons, añadió:

—¡Cuánto me alegro! Quiero suponer que conseguirás atraer un poco a Daniel; nunca se toma unas vacaciones y va a terminar por arruinarse la salud... ¡Jenny! — anunció a la muchacha, que volvía con sus invitados—: una buena noticia: ¡Jacques será nuestro durante todo el verano! Esto parece prometer algunas buenas partidas de tenis, ¿no es así?... Jenny lo ha cogido este año con verdadero calor: se pasa todas las mañanas en el club. Ahora tenemos aquí un grupito de jugadores bastante notable — explicó al doctor Héquet, que vino a sentarse a su lado—: Una juventud encantadora, que se reúne allí todas las mañanas; hay unas pistas excelentes y organizan partidas, campeonatos... No entiendo mucho —confesó, riéndose—, pero, al parecer, es algo apasionante. ¡Y siempre se están quejando de la falta de gente joven! ¿Sigues perteneciendo al club, Jacques?

—Sí, señora.

—¡Me alegro!... Nicole: este verano tienes que venir con tu prometido para pasar toda una semana en casa. ¿Verdad, Jenny? Estoy segura de que el doctor Héquet es también un buen jugador; ¿me engaño?

Jacques se volvió hacia Héquet. A través de la puerta abierta, la lámpara del salón iluminaba el rostro alargado y serio del joven cirujano, su barba castaña bastante corta y sus sienes, que ya empezaban a blanquear. Debía de tener unos diez años más que Nicole. El reflejo que jugaba sobre los cristales de sus gafas impedía el análisis de su mirada, pero su actitud reflexiva resultaba simpática. «Sí —se dijo Jacques—; yo soy un niño y él es un hombre. Un hombre que puede amar. Mientras que yo...»

Antoine se había levantado; estaba cansado y no quería perder el tren. Jacques le dirigió una mirada iracunda. Él, que pocos minutos antes estaba pensando en marcharse con cualquier pretexto, no podía resolverse a terminar así esta velada; sin embargo, no tenía más remedio que acompañar a su hermano.

Se acercó a Jenny.

—¿Con quién juegas este año en el club?

Ella le miró y la fina línea de sus cejas se contrajo ligeramente:

—Con quien se terciaba —repuso.

—¿Los dos Casin, Fauquet, la banda de los Périgault?

—Naturalmente.

—¿Los mismos de siempre y tan espirituales como siempre?

—¡Qué le vamos a hacer! No todo el mundo pasa por la Normal.

—Al fin y al cabo, tal vez sea indispensable ser un imbécil para jugar bien al

tenis.

—Es posible. —Jenny levantó la cabeza con impertinencia—: Tú tienes que saberlo mejor que nadie; recuerdo que antes eras un jugador magnífico. —Luego, interrumpiendo la conversación, se volvió hacia su prima—: ¿No te irás todavía, Nico?

—Pregúntaselo a Félix.

—¿Qué hay que preguntar a Félix? —dijo Héquet, reuniéndose con las dos jóvenes.

«Esta muchacha tiene un cutis precioso —pensaba Antoine, con los ojos fijos en Nicole—. Pero en comparación con Rachel...» Y, repentinamente, sintió que el corazón se le ensanchaba dentro del pecho.

—¿Entonces te veremos pronto, Jacques? —dijo la señora de Fontanin—. ¿Irás mañana a jugar, Jenny?

—No lo sé, mamá; no tengo pensamiento de ir.

—En fin, si no mañana, ya os encontraréis otro día —prosiguió la señora de Fontanin, conciliadora. Y, a pesar de las protestas de Antoine, acompañó a los dos hermanos hasta la puertecita del jardín.

—¡La verdad es que no has estado muy amable con tus amigos! —exclamó Nicole, cuando los Thibault se hubieron alejado.

—En primer lugar, no son mis amigos —replicó la joven.

—Thibault, con quien he trabajado —intervino Héquet—, es un muchacho muy notable y que ya se cotiza mucho. Su hermano, no sé; pero —añadió (y sus ojillos grises brillaron maliciosamente tras los cristales de las gafas, pues había oído el corto diálogo entre Jacques y Jenny)—, es muy raro que un imbécil ingrese en la Normal al primer intento, y entre los primeros, por añadidura...

La cara de Jenny se tiñó de grana. Nicole se apresuró a intervenir. Había vivido bastante tiempo junto a su prima para no conocer las particularidades de su carácter; su timidez en lucha constante contra el orgullo, que degeneraba algunas veces en una susceptibilidad extravagante.

—El pobre chico tenía un grano en el cuello —observó con indulgencia—. Y eso no suele facilitar mucho el ingenio.

Jenny no contestó. Héquet no insistió; se volvió hacia su prometida:

—Nicole, vamos a tener que irnos preparando —dijo en el tono de un hombre acostumbrado a dirigir su vida con exactitud.

La reaparición de la señora de Fontanin terminó de despejar el ambiente.

Jenny acompañó a su prima a la habitación donde ésta había dejado el abrigo; y allí, después de un silencio bastante largo, murmuró:

—Ya se me ha estropeado por completo el veraneo.

Nicole, sentada delante del espejo, se arreglaba el peinado con la única preocupación de agradar a su prometido; se sentía bonita y se preguntaba qué sería lo

que le estaba diciendo a su tía en voz baja, pensaba en el regreso en el auto del joven médico, a través de la noche silenciosa; y no prestaba demasiada atención al mal humor de Jenny. Sin embargo, sonrió al distinguir la expresión de enfado de su prima.

—¡Qué niña eres! —dijo.

No vio la mirada que le lanzó ésta.

Se oyó el claxon del automóvil. Nicole se volvió alegremente y, con aquella mezcla de ternura, de inocencia y de coquetería que la hacían tan seductora, saltó hacia su prima y quiso abrazarla. Pero Jenny dejó escapar un grito involuntario y retrocedió. No podía soportar que la tocaran; no había querido nunca aprender a bailar: hasta tal extremo le parecía físicamente intolerable el contacto de un brazo extraño; y, siendo todavía una chiquilla, una tarde que se había torcido un tobillo en el Luxemburgo y que había sido necesario llevarla a casa en coche, había preferido subir la escalera arrastrando el pie dolorido antes que consentir que el portero la cogiera en brazos para subirla hasta el piso.

—¡Qué cosquillosa eres! —dijo Nicole. Luego, con una mirada limpia, aludiendo al momento que habían pasado solas antes de la cena, en la rosaleda, añadió—: Estoy muy contenta de haber podido hablar contigo, cariño. Hay días en que la felicidad me ahoga. Ya ves, contigo siempre he sido sincera. ¡Soy tan sincera contigo como conmigo misma! Me gustaría que tú también pudieras pronto...

El jardín, metamorfoseado por los faros, tenía un aspecto hechicero y teatral. Héquet, con el capot levantado, apretaba una bujía con movimientos disciplinados de cirujano. Nicole quiso conservar el abrigo doblado sobre las rodillas, pero su prometido la obligó a que se lo pusiera. La trataba un poco como a una chiquilla que estuviera a su cuidado. ¿Tal vez trataba a todas las mujeres como si fueran niñas? Por otra parte, Nicole cedió de tan buen grado que sorprendió a Jenny, despertando en ella una especie de resentimiento contra los dos novios. «No —pensó—, una felicidad de esa clase... Yo, no.»

Durante largo rato siguió con la vista, por entre los árboles, la ráfaga luminosa que marcaba en la noche el paso del automóvil. Y, apoyada en la tapia del jardín, estrechando a la perrita entre sus brazos, experimentaba una melancolía tan aguda, tanto rencor contra algo que ignoraba, tanta desesperación sin motivo, que levantó la cabeza hacia el cielo estrellado y, durante algunos segundos, deseó morir antes de haber comenzado a vivir.

## VI

DESDE hacía algún tiempo, Gisèle se preguntaba por qué los días eran tan cortos, el verano tan resplandeciente, y por qué por las mañanas, cuando se peinaba junto a la ventana abierta de par en par, no podía contenerse de cantar y sonreír a todo lo que veía: al espejo, al cielo sereno, al jardín, a los guisantes de olor que tenía plantados en el alféizar de la ventana, a los naranjos de la terraza, que le parecía se habían hecho una bola como los erizos para defenderse mejor de los rayos del sol.

El señor Thibault no pasaba en Maisons-Laffitte más de dos o tres días, sin volver a París por veinticuatro horas para atender a sus asuntos. Durante sus ausencias se respiraba en la casa una atmósfera más ligera. Las comidas se hacían entre juegos; Jacques y Gise volvían a encontrar sus pueriles risotadas de niños. La señorita, más alegre, zascandileaba de la despensa al ropero y de la cocina al tendedero, canturreando canciones pasadas de moda, como cuplés de Nadaud. Jacques, durante aquellos días, relajado y con la imaginación inquieta y llena de proyectos contradictorios, se abandonaba sin reticencia a su vocación y pasaba las tardes en un rincón del jardín, sentándose, levantándose, garrapateando notas. Gisèle, dominada también por el deseo de no perder el tiempo, se instalaba debajo de la escalera, desde donde podía distinguir las idas y venidas de Jacques bajo los árboles; y allí, sumida en las *Great Expectations* de Dickens, cuya lectura había autorizado la señorita, a instancias de Jacques, como un medio de hacer progresos en el inglés, lloraba con deleite porque, desde el primer momento, había adivinado que Pip dejaría a la pobre Bidy por la cruel y fantástica *Miss Estelle*.

Una corta ausencia que Jacques se vio obligado a hacer en la segunda semana de agosto, para asistir en Turena al matrimonio de Battaincourt, a cuyo deseo de que fuera testigo suyo no había podido negarse, fue lo bastante para romper el encanto.

Al día siguiente de su regreso a Maisons, habiéndose despertado muy temprano después de un sueño inquieto, cuando se estaba afeitando cuidadosamente, comprobando que su piel no tenía la menor señal y que en el sitio del grano solamente quedaba una cicatriz invisible, la perspectiva de reanudar esta existencia monótona le pareció tan desconsoladora que interrumpió su aseo para tumbarse rabiosamente sobre la cama. «Y las semanas van pasando», pensó. ¿Eran éstas las vacaciones que tanto había deseado? Bruscamente, saltó de la cama. «Debiera hacer un poco de ejercicio», se dijo en un tono razonable que contrastaba con lo febril de sus ademanes. Cogió del armario una camisa de cuello abierto, comprobó si los zapatos y la raqueta estaban en buen estado y, algunos instantes después, montaba en la bicicleta para llegar al club cuanto antes.

Dos de las pistas estaban ocupadas. Jenny estaba jugando. Aparentó no darse cuenta de la llegada de Jacques, quien tampoco se dio mucha prisa en ir a saludarla. Un reajuste de equipos les reunió en la misma partida, primero como adversarios, y

luego de compañeros. Ambos eran de la misma fuerza.

Inmediatamente recobraron el tono agresivo de su antigua camaradería. Jacques se ocupaba mucho de Jenny, pero siempre de una manera molesta, casi hiriente, comentando sus equivocaciones en el juego y sintiendo un evidente placer en contradecirla. Ella le pagaba en la misma moneda, con una voz fría que no era la suya habitual. La hubiera sido fácil evitar un compañero tan ofensivo; sin embargo, no parecía buscar su sustitución; al contrario, Jenny se obstinaba en decir la última palabra. Y, cuando los demás jugadores empezaron a dispersarse para ir a comer, en un tono que no significaba en modo alguno un ofrecimiento de paz, desafió a Jacques:

—¡Te echo una partida a cuatro juegos!

Desplegó una sobreexcitación tan combativa que le venció cuatro a cero.

El triunfo la hizo generosa:

—Esto no quiere decir nada; estás falto de práctica. Ya te tomarás el desquite cualquier día de éstos.

Su voz había recobrado la entonación velada que le era peculiar.

«Somos dos niños», se dijo Jacques. Estaba contento de tener en común con ella alguna debilidad. Fue como un destello de esperanza. Se sintió avergonzado de su actitud hacia Jenny, pero, cuando trató de adoptar otra, no la encontró; nunca podría comportarse con ella con naturalidad; y no había nadie con quien deseara tan ardientemente mostrarse natural.

Estaban dando las doce cuando salieron juntos del club, llevando las bicicletas cogidas por el sillín.

—Hasta la vista —dijo la joven—. Pasa tú delante. Tengo tanto calor que si me monto en la bicicleta temo ponerme mala.

Jacques no contestó y siguió andando a su lado.

A Jenny no le gustaban las imposiciones; la molestó no poderse desembarazar de su acompañante cuando quería. Jacques no lo notó; pensaba volver a jugar desde el día siguiente y buscaba una frase que le sirviera de pretexto para esta asiduidad repentina.

—Ahora que he vuelto de Turena... —comenzó a decir con indecisión. Había renunciado a su tono irónico. (Por otra parte, la muchacha había observado ya el año anterior que, por regla general, dejaba de hacerla rabiar cuando se daba la circunstancia de que estaban solos.)

—¿Has estado en Turena? —preguntó Jenny, por decir algo.

—Sí. En la boda de un amigo. Pero tú sabes quién es; yo le he conocido en tu casa: Battaincourt.

—¿Simón de Battaincourt? —Pareció reunir sus recuerdos y, en un tono categórico, resumió—: No me gustaba.

—¡Hombre! ¿Y por qué?

Jenny soportaba mal este tipo de preguntas.

—Eres demasiado severa; es un buen chico —prosiguió Jacques, viendo que la muchacha no contestaba. Pero cambió de opinión—: No; en el fondo tienes razón; es demasiado vulgar. —Ella aprobó con la cabeza y el joven se sintió completamente feliz.

—No sabía que tuvieras amistad con él —dijo Jenny.

—Perdón. Es él quien la tiene conmigo —rectificó Jacques, sonriendo—. Fue una noche que volvíamos de no sé dónde. Era muy tarde. Daniel se había separado de nosotros. Entonces, Battaincourt me tomó como confidente sin encomendarse a nadie. Me contó toda su vida como se confía la fortuna a un banquero, diciéndole: «Ocúpese de mis asuntos, cuento con usted.»

Ella le escuchaba con cierta curiosidad y, por el momento al menos, no trataba de librarse de él.

—¿Te ocurre muy a menudo que te tomen por confidente? —preguntó.

—No. ¿Por qué...? Sí; tal vez. —Sonrió—: Sí; en el fondo me sucede bastante a menudo. —No sin cierto desafío en la voz, añadió—: ¿Te extraña?

Y se sintió emocionado al oír contestar en un tono formal:

—No; en absoluto.

Las ráfagas de aire caliente les traían al rostro el aliento de los jardines que bordeaban, un olor a tierra mojada, un aroma a flores bañadas de sol, de cempoales, de heliotropos. Jacques permanecía silencioso. Fue ella quien le animó:

—¿Y de confianza en confianza, has terminado por casarle?

—¡Oh, no! ¡Todo lo contrario! He hecho todo lo posible por impedir ese matrimonio absurdo. ¡Una viuda catorce años mayor que él y con una hija! Los padres de Battaincourt han regañado con él. Pero no ha habido nada que hacer. —Y, recordando que ya había utilizado acertadamente la palabra *poseer* en sentido litúrgico, aludiendo a su amigo, añadió—: Battaincourt está completamente poseído por esa mujer.

—¿Guapa? —preguntó Jenny, sin poner atención en la fuerza de la expresión.

Lo pensó tanto que la joven frunció los labios y añadió:

—¡No creía hacerte una pregunta tan difícil!

Jacques seguía reflexionando y no sonreía:

—No puedo decir que sea guapa. Es más bien terrible. No encuentro otra palabra. —Y, después de una pausa, exclamó—: ¡Qué curiosa es la gente! —Levantó la vista hacia Jenny y vio que ésta parecía sorprendida—. Sí, es cierto —prosiguió—; ¡son tan curiosos todos los seres! Incluso aquellos que no interesan a nadie. ¿Has observado que cuando se habla de personas conocidas con alguien que también las conoce salen a relucir muchos detalles significativos y reveladores que han pasado totalmente desapercibidos? Esta es la razón de que a la gente le cueste tanto trabajo entenderse.

Volvió a mirarla y sintió que la joven le había escuchado con atención y repetía para sus adentros lo que él acababa de decir. La desconfianza que siempre sentía

hacia Jenny dio paso súbitamente a un gozoso abandono; sintió deseos de reafirmar aún más aquella atención desusada, de emocionar a la muchacha con algunos detalles de la ceremonia que todavía conservaba frescos en la memoria.

—¿Qué estaba yo diciendo? —dijo atropelladamente—. ¡Me gustaría tanto escribir algún día la vida de esa mujer, de acuerdo con lo poco que sé de ella! Dicen que ha empezado como dependienta en un bazar. La ascensión porfiada de esta mujer —prosiguió, repitiendo la fórmula que había consignado en su cuaderno de notas—. Una hermana de Julián Sorel. ¿Te gusta *Rojo y Negro*?

—No; en absoluto.

—¿Cómo? —dijo Jacques—. Sí; comprendo perfectamente lo que quieres decir. —Reflexionó un instante y sonrió—. Pero no comencemos a abrir paréntesis, porque si no, no terminaré nunca. ¿No estaré haciendo que te retrases, supongo?

Para defenderse de parecer demasiado intrigada, dijo lo primero que se le ocurrió:

—No; no comemos hasta la media, a causa de Daniel.

—¿Está aquí Daniel?

No tuvo más remedio que mentir.

—Ha dicho que tal vez viniera —dijo, ruborizándose—. Pero ¿y tú?

—Yo no tengo prisa; mi padre está en París. Vamos por el lado de la sombra, ¿quieres? Lo que quiero contarte es solamente la comida que se ha celebrado después del matrimonio. Oh, no tiene nada de particular, y sin embargo, ha sido verdaderamente penoso, te lo aseguro. Veamos: primero, como marco, un castillo de tipo histórico, con un torreón restaurado por Goupillot. Goupillot es el primer marido, un individuo extraordinario, un antiguo comisionista de mercería que descubrió en sí mismo el genio del bazar y que murió multimillonario, después de haber provisto a todas nuestras ciudades de provincia de un «Bazar del siglo xx». Seguramente los habrás visto. Porque la viuda, dicho sea de paso, es excesivamente rica. Hasta entonces no habíamos sido presentados. ¿Cómo describirtela? Una mujer delgada, ágil, demasiado elegante; una cabeza poco corriente, con un perfil altanero; unos ojos grises, con una piel morena; unos ojos de color gris topo, de un matiz bastante extraño: el del agua en reposo. ¿Te das cuenta? Monerías de niña mimada; monerías que son, a todas luces, más juveniles que su rostro; habla alto, se ríe; y en algunos momentos, no sé cómo explicártelo, su mirada gris galopa bajo los párpados, a lo largo de las pestañas; entonces, sus puerilidades toman un aspecto inquietante y, sin poderlo remediar, se piensa en el rumor que corrió cuando se quedó viuda, acerca de que había envenenado lentamente a Goupillot.

—Esa mujer me da miedo —dijo Jenny, dejando de resistirse al interés que Jacques despertaba en ella. El muchacho lo percibió y se sintió agradablemente estimulado.

—Sí; eso es: una mujer que da algo de miedo. Recuerdo que fue exactamente la sensación que tuve en el momento de sentarnos a la mesa; yo la observaba; estaba de pie, con las facciones contraídas, delante de la mesa adornada con flores blancas...

—¿Iba vestida de blanco?

—Casi; no era exactamente un vestido de novia, sino más bien campestre, como si dijéramos; bastante teatral, de un blanco oscuro, cremoso. La comida estaba servida en mesitas. Invitaba a la gente a la suya, sin preocuparse por el número de sitios, a tontas y a locas. Battaincourt estaba junto a ella. Tenía aspecto de nerviosismo; la dijo: «Date cuenta de que lo estás embarullando todo.» Se miraron... ¡Una mirada muy rara! Me dio la impresión de que entre ellos ya no había nada joven, nada vivo; solamente pasado.

«Tal vez —se decía Jenny—, tal vez no sea tan perverso como yo creía, ni tan seco, ni tan...» En aquel mismo momento se dio cuenta de que sabía desde hacía mucho tiempo que Jacques era sensible y bueno. Se quedó aturdida, y, mientras escuchaba al muchacho, no pudo evitar retener en la memoria el pasaje que motivaba principalmente el juicio favorable que acababa de hacerse acerca de él.

—Simón quiso que yo me sentara a su izquierda —prosiguió—. Era el único que había acudido de todos sus amigos. Daniel había prometido venir; pero luego se desentendió. Y ni un solo miembro de la familia Battaincourt, ni siquiera el primo hermano de Simón, con el que se ha criado y al cual había esperado hasta el último tren. El pobre diablo daba pena. Es de naturaleza sensible y delicada; de verdad; sé de él algunas cosas que le enaltecen. Miraba a todas aquellas gentes que le rodeaban: todos extraños. Pensaba en sus padres. Me dijo: «Nunca creí que llevaran su rigor a este extremo. ¡Cuánto me deben odiar!» En otro momento de la comida, insistió: «¡Ni una palabra, ni un telegrama! Eso quiere decir que para ellos ya no existo, ¿no te parece?» Yo no sabía qué contestarle; entonces se apresuró a añadir: «¡Oh! No lo digo por mí; a mi me tiene sin cuidado. Lo digo por Anne.» Precisamente en aquel mismo momento la terrible Anne abría un telegrama que acababan de traer. Battaincourt se puso completamente blanco. Pero el telegrama era efectivamente para ella: la enhorabuena de una amiga. Entonces no pudo contenerse: a pesar de toda la gente que le miraba, a pesar de Anne y su aspecto incommovible y de aquella mirada fría que le vigilaba, se puso a llorar. Ella estaba furiosa. Él lo notó. Como es natural, estaba a su lado; la puso la mano sobre el brazo y, como un niño, murmuró a media voz: «Perdóname.» Era algo verdaderamente desagradable de oír. Ella no se inmutó. Entonces, y fue todavía más penoso que verle llorar, Simón empezó a hablar con animación, a bromear; y en algunos momentos, mientras hablaba de cualquier cosa en un tono forzado, se veían las lágrimas asomarle a los ojos y cómo se las secaba con el dorso de la mano sin dejar de hablar.

El malestar de Jacques ponía tanta emoción en la escena que Jenny murmuró:

—Es espantoso...

El muchacho sintió, acaso por primera vez, el gozo del autor. Intenso. Sin embargo, disimuló con hipocresía:

—¿No te aburro? —dijo, como si no hubiera oído. E inmediatamente prosiguió—: Y no es eso todo; a los postres, las otras mesas reclamaron: «¡Los novios!»



Battaincourt y su mujer tuvieron que levantarse, sonreír y dar una vuelta a la sala, con una copa de champaña en la mano. Y aquí surgió el detalle conmovedor. En su recorrido de las mesas habían olvidado a la hija del primer marido, una niña de ocho o nueve años. La chiquilla echó a correr detrás de ellos, que ya habían vuelto a su sitio. La madre la besó de cualquier forma, arrugando el cuello del vestidillo, y luego la empujó hacia Battaincourt. Pero éste, después de aquel recorrido en el que no había encontrado la mirada de un solo amigo, tenía los ojos llenos de lágrimas y no veía nada: hubo que ponerle a la pequeña sobre las rodillas. ¡Qué sonrisa tan amarga cuando se inclinó sobre la hija del otro! La niña le tendía la mejilla: tenía unos ojos tan tristes que nunca podré olvidarlos. Por fin la besó. Y como no se iba, la acarició la barbilla torpemente, así, con un dedo, ¿me comprendes? Te aseguro que fue verdaderamente lamentable. Pero a pesar de todo, una historia interesante, ¿no te parece?...

Jenny se volvió hacia él, atraída por la forma en que había pronunciado: «una historia interesante». Observó que la mirada de Jacques no tenía ahora aquella pesadez brutal que a ella se le hacía tan antipática, e incluso que sus pupilas claras, inquietas y expresivas, eran en aquel momento de una pureza extraordinaria.

«¿Por qué no será siempre así?», pensó.

Jacques sonreía. La melancolía de sus recuerdos representaba poco en relación con su afición por la vida de los demás, por todo lo que revelaba el pensamiento y los sentimientos de los seres. Jenny también sentía el mismo placer; posiblemente, tanto en uno como en otra se encontraba aumentado circunstancialmente por no ser solitario.

Alcanzaban ya el extremo de la avenida; desde allí se distinguía el lindero del bosque. El sol, que bañaba la hierba, extendía ante ellos una alfombra cegadora. Jacques se detuvo.

—Con tanto hablar —dijo— te tengo que estar molestando.

Jenny no protestó.

Sin embargo, en lugar de despedirse, el muchacho propuso:

—Puesto que he llegado hasta aquí, me están dando ganas de acercarme a saludar a tu hermano.

Esto era recordarla a destiempo su mentira. Se sintió aún más molesta por el hecho de que él no hubiera vacilado en creerla. No contestó, y Jacques solamente comprendió que ya se había cansado de su compañía y no deseaba que fuera más lejos.

Se sintió mortificado. No obstante, no podía resolverse a dejarla bajo una impresión de desagrado, ¡sobre todo aquella mañana en que había creído sentir que nacía entre ellos algo que había deseado confusamente desde hacía meses, y tal vez años!

Recorrieron en silencio el camino bordeado de acacias que llevaba a la puertecita. Un poco detrás de Jenny, Jacques veía la curva graciosa y triste de su mejilla.

Cuanto más avanzaban, menos plausible resultaba que el muchacho cambiara de opinión y la dejara sola. Los minutos se sucedían. Llegaron a la puerta. Jenny abrió y Jacques entró en pos de ella. Cruzaron el jardín.

La terraza estaba desierta; el salón, vacío.

Nadie contestó. La joven se dirigió hacia la ventana de la cocina y obligada por su mentira, preguntó:

—¿Ha llegado el señorito Daniel?

—No, señorita... Pero hace un momento que han traído un telegrama.

—No molestes a tu madre —dijo Jacques por fin—. Ya me voy.

Jenny permanecía de pie y su cara había tomado una expresión obstinada.

—Hasta la vista —murmuró Jacques—. ¿Hasta mañana, tal vez?

—Hasta la vista —repuso la joven, sin dar un paso para acompañarle hasta la puerta.

Luego, una vez que Jacques hubo girado sobre sus talones, entró en el vestíbulo, puso el tensor en la raqueta con ademanes bruscos y lo tiró todo sobre un arcón, aliviada de poder manifestar su humor con un gesto brutal.

«¡No; mañana, no! ¡Mañana, seguro que no!», pensaba.

La señora de Fontanin había oído perfectamente desde su habitación la llamada de su hija, así como la voz de Jacques. Pero estaba tan trastornada que no había tenido fuerzas para romper el silencio. El telegrama que acababa de recibir era de su marido. Jérôme estaba en Amsterdam, solo y sin recursos, decía, junto a Noemí enferma. La señora de Fontanin había tomado su decisión inmediatamente: iría a París aquel mismo día para retirar todo lo que la quedaba en el banco y enviarlo a la dirección que daba Jérôme.

Se estaba vistiendo, cuando su hija entró en la habitación. Las facciones alteradas de su madre y el telegrama abierto sobre la mesa, asustaron a Jenny.

—¿Qué pasa? —preguntó. Tuvo tiempo de pensar: «Ha sucedido algo y yo no estaba aquí. ¡Jacques tiene la culpa!»

—Nada grave, hija mía —suspiró la señora de Fontanin—. Tu padre... Tu padre necesita algo de dinero. —Y, avergonzada de su propia debilidad, avergonzada sobre todo por el padre ante su hija, se sonrojó y ocultó el rostro entre las manos.

## VII

EL día nacía tras los cristales empañados del vagón. Acurrucada en su rincón, la señora de Fontanin contemplaba, sin verlas, las verdes llanuras de Holanda.

La víspera, al llegar a París, había encontrado en su casa un segundo telegrama de Jérôme: «Médico declara Noemí perdida. No puedo estar solo. Te suplico vengas. Si puedes, trae dinero.» No había podido verse con Daniel antes del tren de la tarde, pero le había dejado recado para advertirle que se marchaba y confiarle a Jenny.

El tren se detuvo. Oyó gritar:

—¡Haarlem!

Era la última parada antes de Amsterdam. Se apagaron las lámparas. El sol, todavía invisible, teñía el cielo de una blancura perlada, difusa y multicolor. Los viajeros se despertaban, bullían, doblaban los abrigos. La señora de Fontanin se quedó quieta a fin de prolongar este sopor, que todavía la protegía un poco contra la plena conciencia de su acto. ¿Noemí iba a morir? Trató de leer en sí misma. ¿Celosa? No. Los celos eran aquellas llamas repentinas que la devoraban en los primeros años de matrimonio, cuando sus sospechas eran continuas, negando la evidencia y luchando contra intolerables obsesiones visuales. Desde hacía mucho ya no sufría por los celos, sino por la injusticia de que era víctima. E incluso, ¿podía decir que sufría? ¿Había conocido otros suplicios mucho mayores! Por otra parte, ¿había sido alguna vez una mujer celosa? Su mayor dolor había sido siempre enterarse a última hora de que había sido engañada; lo más frecuente era que no sintiera hacia las amantes de Jérôme sino una compasión un poco altiva, algunas veces mezclada de simpatía, como si se tratara de hermanas imprudentes.

Los dedos le temblaban cuando tuvo que sujetar las correas. Bajó del vagón la última. La mirada rápida y azorada que paseó a su alrededor no encontró aquella cuyo choque esperaba. ¿No habría recibido su telegrama? La idea de que tal vez la estuvieran observando dos ojos hizo que se dominara. Siguió la fila de viajeros.

Alguien la tocó el brazo. Jérôme estaba ante ella, la mirada vacilante y más bien alegre, con la cabeza descubierta y conservando siempre, a pesar de su rostro enflaquecido y sus hombros un poco cargados, su gracia inquietante de príncipe oriental. La ola de viajeros les empujó antes de que hubiera encontrado la frase de bienvenida; no obstante, se apoderó del maletín de Thérèse con tierno apresuramiento. «*Todavía* no ha muerto», se dijo la señora de Fontanin; y tuvo miedo de verse obligada a verla morir.

Ganaron en silencio la plaza de la estación. Con un gesto, el señor Fontanin detuvo un coche libre. Entonces, mientras subía a él, la sofocó una emoción muy parecida a la felicidad: ¡acababa de oír la voz de Jérôme! Y mientras que él terminaba de dar en holandés las últimas instrucciones al cochero, permaneció durante un instante sobre el estribo, inmóvil, temblorosa; luego volvió a abrir los ojos y se sentó.

Cuando Jérôme estuvo a su lado en el coche descubierto, se volvió hacia ella. Thérèse reconoció el brillo cobrizo y sordo de sus pupilas; una vez más se sintió envuelta en su cálido ardor. Él parecía dispuesto a tomar la mano de su esposa, a cogerla del brazo; y esta actitud contrastaba de tal modo con la cortesía cohibida de sus modales que se sintió contrariada, como si él se hubiera permitido alguna familiaridad, y al mismo tiempo conmovida como por una demostración de amor que ya no esperaba.

Ella fue quien rompió el silencio:

—¿Cómo está...? —Tropezó en el nombre; acto seguido añadió—: ¿Sufre mucho?

—No, no —dijo él—. Ya no.

Aunque evitaba mirarle a la cara, comprendió en el tono de su contestación que Noemí estaba mucho mejor, y creyó sentir que estaba avergonzado por haber llamado a su esposa a la cabecera de su amante enferma. Un vivo pesar se apoderó de ella. Ahora no concebía qué sortilegio había podido decidirla a acudir con tanta rapidez. Puesto que Noemí iba a revivir y todo recobraría su curso, ¿qué tenía ella que hacer aquí? Resolvió regresar inmediatamente.

Jérôme murmuró:

—Te agradezco mucho, Thérèse...

El timbre de su voz era afectuoso, tímido y respetuoso. Sobre la rodilla de Jérôme distinguió su mano, un poco macilenta; su mano venosa y alargada que temblaba casi imperceptiblemente, y el ancho camafeo que le bailaba en el anular. Se contuvo de levantar la cabeza, pero fijó la mirada sobre esta mano desnuda y ya no se arrepintió de este viaje. ¿Por qué marcharse? Había venido por su propia voluntad, como consecuencia de un impulso inspirado por la oración: ningún mal podía resultar de ello. Tan pronto como se hubo apoyado en su fe para rechazar toda intención de regreso, se sintió fuerte otra vez. Nunca la había abandonado tanto tiempo en la incertidumbre el Espíritu divino.

El coche se adentraba en una ciudad bien ventilada, de amplias perspectivas. Todavía no habían sido retirados los postigos de las tiendas, pero por las aceras marchaban ya los trabajadores que se dirigían a sus ocupaciones. El cochero tomó por una calle más estrecha, con trozos sucesivos de calzada unidos por puentes en escarpa; la calle cortaba una serie de canales paralelos bordeados de casas, cuyas fachadas sin relieve, altas y estrechas, casi todas rojizas y con ventanas blancas, se reflejaban en el agua semiestancada, por entre las sombras de los olmos inclinados al borde de los muelles. La señora de Fontanin se sentía lejos de Francia.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Jérôme.

Observó que había vacilado en hacerla esta pregunta, que estaba emocionado y que, por una vez, no trataba de disimular su inquietud.

—Muy bien.

—¿Daniel?

—Está en París; trabaja y cuando está libre viene a Maisons.

—¿Estáis en Maisons?

—Sí.

Se calló; evidentemente, evocaba el parque, la casa junto al bosque.

—¿Y... Jenny?

—Está bien. —Parecía interrogarla con la mirada, implorarla; añadió—: Ha crecido mucho; está muy cambiada.

Los párpados de Jérôme se agitaron. Con una voz quebrada por el esfuerzo murmuró:

—Sí, es cierto; ha debido de cambiar mucho... —Calló de nuevo; volvió la cabeza y, repentinamente, se pasó la mano por la frente—: ¡Todo esto es espantoso! —exclamó con voz sorda. Y luego, sin transición, declaró—: Estoy casi sin dinero, Thérèse.

—Yo te traigo —dijo ésta, muy de prisa. Había percibido tanto desconsuelo en aquel grito que en principio se alegró de poder tranquilizar a Jérôme. Pero inmediatamente se le ocurrió una idea injuriosa: ¡Noemí no había estado nunca tan enferma como se la había hecho creer y no la habían hecho venir sino por este dinero! Por consiguiente se revolvió, irritada, cuando Jérôme, después de haber esperado algunos instantes, no pudo aguantar más y con acento avergonzado preguntó:

—¿Cuánto?

Durante un segundo sintió tentaciones de reducir la cifra:

—Todo lo que he podido reunir —dijo—; un poco más de tres mil francos.

Jérôme balbuceó:

—¡Gracias!... ¡Muchas gracias!... ¡Si tú supieras, Thérèse!... Lo más importante es poderle dar al médico quinientos florines...

El coche había franqueado sobre un puente de piedra una especie de río lleno de barcos, y luego, después de haber torcido por un arrabal, alcanzaba una plazuela desierta y se detenía delante de las gradas de un templo.

Jérôme se apeó, pagó, y con el aire más natural del mundo, cogió el maletín y, haciendo pasar a Thérèse delante de él, subió los escalones y empujó la puerta. No era una iglesia, ni una capilla; ¿una sinagoga, tal vez?

—Te ruego me perdones —murmuró—. Es para evitar el llegar en coche hasta la casa. Los extranjeros son muy vigilados; ya te explicaré. —Y cambiando de tono, con una sonrisa insinuante de hombre de mundo, prosiguió—: Por otra parte, un paseíto a pie no nos resultará desagradable, ¿verdad? ¡Hace una mañana tan espléndida!... Yo te indicaré el camino.

Ella le siguió sin contestar. El coche ya no estaba en la plaza. Jérôme tomó por un pasaje abovedado que, poco a poco, conducía al único muelle de un canal; en la otra orilla, los cimientos de las casas se alineaban en el agua. El sol brillaba sobre los ladrillos, en los cristales de las ventanas adornadas con capuchinas y geranios. El muelle estaba repleto de gente, de puestos, de cestos; había allí una especie de

mercado al aire libre; entre los puestecillos y los cachivaches se descargaban las barquillas cargadas de flores, cuyos perfumes se mezclaban con el olor a agua estancada.

Jérôme se volvió:

—¿No estás demasiado cansada, Amie?

Seguía teniendo la misma forma cantarina de pronunciar «Ami... e». Ella bajó la cabeza sin contestar.

Jérôme no sospechaba la emoción que había provocado; indicaba en la otra orilla un gablete de esquina, al cual iba a dar una pasarela:

—Allí es —dijo—. Oh, es muy modesto... Tienes que disculparme por recibirte en un sitio así.

Efectivamente, la casa era de pobre apariencia; pero su reciente revoque de caoba y sus maderas pintadas de blanco hacían pensar en un yate bien cuidado. Sobre los visillos de color naranja del primer piso, que estaban todos bajados, Thérèse leyó en letras discretas:

### *Pensión Roosje-Mathilda.*

Por consiguiente, Jérôme vivía en una especie de hotel, en una morada anónima, en la que no tendría demasiado la impresión de que la recibían en «su» casa. Se sintió aliviada.

Avanzaron por la pasarela. Uno de los visillos del primer piso se movió. ¿Estaría Noemí vigilando?... La señora de Fontanin se irguió. Hasta entonces no vio, entre dos ventanas de la planta baja, un rótulo de tela pintarrajeada, representando a una cigüeña junto a un nido del que salía un niño desnudo.

Cruzaron un pasillo y luego tomaron por una escalera que olía a lejía. Jérôme se detuvo en el rellano y llamó con dos golpes. Se oyó cierto trajín en el interior; la mirilla se entreabrió detrás de su rejilla y por fin se abrió la puerta, lo estrictamente necesario para dejar paso a Jérôme.

—¿Me permites? —dijo éste—. Voy a avisar.

La señora de Fontanin percibió una corta discusión en holandés. Casi al mismo tiempo, Jérôme abrió de par en par la puerta de entrada. Estaba solo. Siguieron un largo pasillo encerado, con muchos recodos; la señora de Fontanin estaba cohibida y, temiendo encontrarse de buenas a primeras con Noemí, hacía un llamamiento a su dignidad para conservar la sangre fría. Pero el cuarto en que entraron estaba deshabitado; era una estancia limpia y alegre, que daba al canal.

—Aquí tienes tu habitación, Amie —dijo Jérôme.

Estuvo a punto de preguntar: «¿Y Noemí?»

Él adivinó su pensamiento:

—Te dejo un momento —dijo—; voy a ver si me necesita.

Antes de salir, avanzó hacia su mujer y la cogió la mano:

—Ah, Thérèse, permíteme que te diga... ¡Si supieras qué angustias he pasado! Pero ya estás aquí, ya estás aquí... —Posaba sobre la mano de la señora de Fontanin los labios, la mejilla. Ella retrocedió un paso y su marido no hizo nada por retenerla —. Vendré a buscarte dentro de un momento —dijo, apartándose—. ¿Quieres... verla?

Sí; volvería a ver a Noemí, puesto que para eso había venido por su propia voluntad. ¡Pero, inmediatamente después, pasara lo que pasara, se marcharía de nuevo! Hizo señas de que sí; no escuchó las «gracias» que él balbuceó, e inclinándose sobre su maletín, fingió rebuscar algo hasta que Jérôme hubo abandonado la habitación.

Entonces se encontró sola frente a sí misma y su firmeza desapareció. Se quitó el sombrero, echó en el espejo una mirada hacia su rostro fatigado y se pasó la mano por la frente. ¿Cómo podía ser que estuviera allí? Se sintió avergonzada.

No tuvo tiempo de abandonarse: llamaban a la puerta. Antes de que hubiera contestado, la puerta se abrió para dar paso a una mujer vestida con una bata encamada y que parecía de cierta edad, a pesar de su pelo demasiado negro y de su rostro maquillado. Pronunció algunas palabras interrogativas en un idioma que la señora de Fontanin no comprendió; hizo un gesto de impaciencia e hizo entrar a otra mujer, más joven, también en bata, pero azul celeste, que parecía esperar en el pasillo y que saludó a la señora de Fontanin con un gutural:

—*Dag*, señora. Buenos días.

Hubo un corto coloquio entre las dos recién llegadas. La de más edad explicaba a la otra lo que tenía que decir. Esta reflexionó un segundo, se volvió graciosamente y comenzó a decir, haciendo frecuentes pausas:

—La señora dice que usted debe llevarse a la señora enferma. Pagar la factura y cambiarse a otra casa. *Verstaat U?* ¿Comprende mi forma de hablar?

La señora de Fontanin hizo un gesto evasivo; todo aquello no era de su incumbencia. Entonces, la mujer de edad volvió a intervenir con aire receloso y obstinado.

—La señora dice —prosiguió la más joven— que incluso sin pagar la factura ahora mismo, debe usted marcharse primero, irse, llevar a la señora enferma a un hotel, a otro sitio. *Verstaat U?* Es mejor por la *Politie*.

En aquel momento se abrió la puerta precipitadamente y apareció Jérôme. Se adelantó hacia la mujer de la bata encarnada y se puso a denostarle en holandés, mientras la empujaba hacia afuera. La de la bata azul permanecía callada, mirando de hito en hito a Jérôme y a la señora de Fontanin con ojos procaces. Sin embargo, la vieja parecía encontrarse en el colmo de la irritación, levantaba el puño, haciendo resonar las pulseras como una gitana y vociferaba unas frases machaconas en las que se mezclaban una y otra vez las mismas palabras:

—*Morgen...*, *morgen...* ¡*Politie!*

Jérôme consiguió hacerlas salir por fin y corrió el pestillo.

—Te ruego me perdones —dijo, volviéndose hacia su mujer con aspecto contrariado.

Thérèse observó entonces que en lugar de reunirse con Noemí debía haber ido a mudarse, ya que estaba recién afeitado, empolvado, rejuvenecido. «¿Y yo, cómo estaré, después de esta noche de viaje?», se dijo.

—Hubiera debido decirte que te encerraras —continuó él, acercándose—. Esa vieja patrona es una buena mujer, pero muy charlatana y de una desvergüenza...

—¿Y qué era lo que me quería? —dijo Thérèse, distraída. Acababa de reconocer aquel perfume a cidra que flotaba siempre alrededor de Jérôme después de asearse. Durante algunos instantes permaneció turbada, con los labios entreabiertos.

—No he comprendido nada de su jerga —dijo él—. Ha debido de confundirte con alguna otra huésped.

—La de azul ha repetido varias veces que había que pagar la factura y marcharse a otra parte.

Jérôme se encogió de hombros, y a la señora de Fontanin le pareció oír como un eco de su antigua risa, aquella risa un poco fingida, presuntuosa, que la hacía volver la cabeza:

—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué tontería! —exclamó—. ¡La vieja parece tener miedo de que yo no la pague! —Parecía considerar como una suposición absurda que él pudiera verse nunca apurado para satisfacer sus deudas—. ¿Tengo yo la culpa? —prosiguió, repentinamente sombrío—. Ya lo he intentado. En ningún hotel quieren admitirnos.

—Pero ella me decía: «a causa de la policía».

—¿Te ha dicho: la policía? —repitió él, con asombro.

—Eso creo. —Una vez más distinguió en las facciones de Jérôme aquella expresión de sospechosa ingenuidad, cuyo recuerdo estaba ligado a las peores crisis de su vida y que repentinamente la oprimía, como si la atmósfera se hubiera cargado de pestilencia.

—¡Cosas de mujeres! ¿Por qué iban a hacer una investigación? ¿Porque haya una clínica en la planta baja? No. Lo importante es poder dar quinientos florines a ese medicucho.

La señora de Fontanin no acababa de comprender y sufría por ello, pues tenía una constante necesidad de claridad. Sufría sobre todo por encontrar a Jérôme enredado, comprometido como siempre en combinaciones de las que ella no sabía bien qué pensar.

—¿Desde cuándo estáis aquí? —preguntó, decidida a obtener alguna explicación.

—Quince días. No...; no tanto: doce, o tal vez diez. Ya no sé cómo vivo.

—Pero... ¿esa enfermedad? —prosiguió ella; y terminó en un tono tan interrogativo que Jérôme no pudo ignorarlo.

—Pues precisamente por eso —replicó, sin mostrar ninguna vacilación—: ¡Es tan difícil entenderse con estos médicos extranjeros! Es una enfermedad de este país, una



de esas fiebres... holandesas, ¿sabes? Las emanaciones de los canales. —Reflexionó durante un segundo—: En esta ciudad hay paludismo, toda clase de miasmas aún no bien conocidos...

Sólo le escuchaba a medias. No podía dejar de observar que, cada vez que se hablaba de Noemí, la actitud de Jérôme, sus encogimientos de hombros y hasta la forma apática en que hablaba de esta enfermedad, no expresaban una pasión muy violenta. No obstante, se prohibió a sí misma ver en ello la confesión de un cierto despego.

Jérôme no sorprendió la mirada inquisitiva que le dirigió su mujer: se había acercado a la ventana y, sin levantar el visillo, inspeccionaba el muelle cuidadosamente. Cuando volvió hacia ella, tenía aquella expresión grave, desilusionada y sincera, que tan bien conocía su esposa y tanto temía.

—Te estoy muy agradecido; eres buena —dijo sin transición—. Has venido a pesar de todo lo que te he hecho sufrir... Thérèse..., Amie...

La señora de Fontanin había retrocedido y no le miraba. Pero era tan susceptible a los sentimientos de los demás, y especialmente a los de Jérôme, que no podía negar que en aquel momento estuviera emocionado ni decir que aquel agradecimiento no fuera sincero.

No obstante, se negó a contestarle y se negó incluso a prolongar la entrevista.

—Llévame... allí —dijo.

Él vaciló un segundo y accedió:

—Ven.

El momento terrible se aproximaba.

«¡Valor!», se repetía la señora de Fontanin, siguiendo a Jérôme por el largo pasillo oscuro. «¿Estará todavía acostada? ¿Convaleciente? ¿Qué voy a decirle?» Pensó sobre todo en su cara ajada por la fatiga y lamentó no haber vuelto, por lo menos, a ponerse el sombrero.

Jérôme se detuvo delante de una puerta cerrada. Con un gesto tembloroso, la señora de Fontanin se pasó la mano por el pelo blanco. «¡Qué vieja me va a encontrar!», pensó. Su energía la abandonó.

Jérôme había abierto la puerta sin hacer ruido. «Está acostada», se dijo la señora de Fontanin.

La habitación estaba en penumbra; los visillos de algodón con ramajes azules, estaban corridos. Dos desconocidas que había allí se levantaron. Una de ellas, menuda de cuerpo, debía de ser una sirvienta o una enfermera; tenía puesto un delantal y hacía punto de media; la otra, una fuerte matrona de cincuenta años, que llevaba a la cabeza un pañuelo morado como las campesinas italianas, hizo un movimiento de retirada mientras que la señora de Fontanin avanzaba hacia el centro de la habitación; deslizó algunas palabras en el oído de Jérôme y desapareció.

Thérèse no observó la salida de la mujer, ni el desorden de la habitación, ni la batea y las toallas ensangrentadas que yacían sobre la cama. No tenía ojos sino para

la enferma que permanecía acostada boca arriba, sin almohada. ¿Volvería la cabeza Noemí? Indudablemente estaba dormida, puesto que se la oía roncar; ya estaba la señora de Fontanin pensando cobardemente en retirarse para no turbar este sueño, cuando Jérôme la hizo señas de que se acercara a los pies de la cama. No se atrevió a negarse. Vio entonces que los ojos estaban abiertos y que el ronquido se escapaba a intervalos por la boca abierta. Al acostumbrarse a la oscuridad distinguía ahora la cabeza exangüe y las pupilas sin brillo, azuladas, como las de un animal abatido. Comprendió al instante que la que allí yacía iba a morir, y su sobrecogimiento fue tal que se volvió, dispuesta a pedir auxilio. Pero Jérôme estaba cerca de ella y, aunque contemplaba a la moribunda con rostro traspasado de pena, su esposa comprendió que no podía decirle nada nuevo.

—Desde la última hemorragia —explicó en voz baja—, y era la cuarta, no ha recobrado el conocimiento. Anoche comenzó ese estertor. —Dos lágrimas se formaron lentamente en el borde de sus párpados, temblaron un instante entre las pestañas y rodaron sobre las mejillas oscuras.

La señora de Fontanin hacía vanos esfuerzos para dominarse y no conseguía aceptar el espectáculo que se ofrecía a su vista.

¿De manera que iba a morir, que iba a desaparecer por fin de su vida esta Noemí, a la que momentos antes todavía esperaba encontrar triunfante? No se atrevía a apartar los ojos de aquella cara en la que ya todo estaba inmóvil: la mirada, las aletas endurecidas de la nariz y aquellos labios blancos, de entre los cuales se escapaba un hálito que venía desde muy lejos, ronco, intermitente y que renacía sin cesar. Examinaba aquellas facciones, una por una, sin poder evitar una curiosidad cargada de miedo. ¿Era Noemí esta carne mate, sin sangre, este mechón moreno pegado a la frente seca y brillante? En aquella fisonomía sin color y sin expresión no reconocía nada. ¿Desde cuándo no la había visto? Entonces recordó aquella visita que la había hecho cinco o seis años antes, cuando había recurrido a Noemí para gritarle: «¡Devuélveme mi marido!» Creyó oír la risa jactanciosa de su prima y, de repente, sin poder reprimir un sobresalto, creyó percibir a la bella criatura echada en el sofá y aquella porción de hombro desnudo que palpitaba bajo el encaje. Aquel mismo día, en el vestíbulo, Nicole...

—¿Y Nicole? —preguntó con vivacidad.

—¿Qué pasa?

—¿La has avisado?

—No.

¿Cómo no se le había ocurrido a ella misma, al abandonar París? Llevó aparte a Jérôme.

—Hay que hacerlo, Jérôme. Es su madre.

Leyó toda la debilidad de aquel hombre en su mirada suplicante y ella misma vaciló. ¡La llegada de Nicole a aquella casa horrible, la entrada de Nicole en semejante habitación, el encuentro de Nicole y Jérôme a la cabecera de aquella cama!

No obstante, aunque con voz menos firme, repitió:

—Hay que hacerlo.

Observó aquella sombra terrosa que oscurecía aún más la tez de Jérôme cuando veía obstaculizados sus proyectos, y aquel rictus, que, como una mueca cruel, dejaba entrever los dientes por entre los labios contraídos.

—Jérôme: Nicole tiene que venir —repitió suavemente.

Las finas cejas se unieron y finalmente recobraron su posición normal. Todavía resistía. Por último apartó de ella su mirada obstinada: cedía.

—Dame sus señas —dijo.

Cuando Jérôme hubo salido para poner el telegrama, la señora de Fontanin volvió junto a Noemí. La era imposible alejarse de aquella cama.

Permaneció de pie, con los brazos colgando y las manos juntas. ¿Cómo había podido llegar a creer que la enferma se había salvado? ¿Y cómo Jérôme no parecía sufrir más?... ¿Qué iba a pasar? ¿Volvería a vivir con ella? Desde luego que ella no se lo propondría, pero tampoco le negaría este asilo...

Una especie de alegría, o más bien un sentimiento muy dulce de tranquilidad, del que se avergonzó inmediatamente, nació en ella a su pesar. Trató de ahuyentarlo, de rezar; de rezar por aquella alma que iba a volver hacia el Espíritu. «¡Pobre alma — pensó—; su carga no será muy pesada!» Pero en esta progresión ineluctable de los seres hacia la perfección, a través de estas etapas sucesivas que marcan las encarnaciones terrestres, ¿no queda en beneficio del que lo ha realizado, cualquier esfuerzo, por pequeño que sea? ¿No es todo sufrimiento, fatalmente, un grado más hacia la perfección?... Thérèse no dudaba de que Noemí hubiera sufrido. A pesar de su vida brillante, la desgraciada no había dejado de arrastrar consigo una amarga inquietud, ese desasosiego de las conciencias que se ignoran, pero que se alarman incluso en secreto de su profanación. Y este tormento, pobre alma, le sería tenido en cuenta para una reencarnación mejor, así como su amor, aunque hubiera sido criminal y causado tanto mal. Este mal, Thérèse se lo perdonaba ahora sin ningún trabajo. Reflexionó que ello no representaba mucha virtud. Hubo de convenir en que no lograba pensar que la muerte de Noemí fuera una gran desgracia. Para nadie. También ella, como Jérôme, se acostumbraba a la idea de esta desaparición. Sus sentimientos evolucionaban con una despiadada rapidez. No hacía todavía una hora que «sabía» y ya se limitaba a resignarse...

Cuando dos días después Nicole se apeó del rápido de París, hacía treinta y seis horas que su madre estaba muerta y el entierro debía tener lugar a la mañana siguiente.

Todo el mundo parecía tener prisa por terminar: la patrona, Jérôme y, sobre todo, el joven doctor de los quinientos florines, que había firmado el certificado para la inhumación sin siquiera haber subido a la habitación de la muerta, después de un

breve conciliábulo en una estancia de la planta baja.

Aunque aquel deber le fuera extremadamente penoso, Thérèse había manifestado el deseo de colaborar en el último aseo de Noemí, por poder decir a Nicole que la había remplazado en esta tarea piadosa. Pero en el último momento, con un pretexto cualquiera, la hicieron salir de la cámara mortuoria; y fue la comadrona —«Ella tiene costumbre», explicó Jérôme— quien llevó a cabo aquella labor sin más testigos que la enfermera.

La llegada de Nicole facilitó las cosas.

Ya era tiempo: los encuentros en los pasillos con la matrona, con la patrona, con el médico, se hacían cada vez más intolerables para la señora de Fontanin; desde su llegada, la pobre mujer no había encontrado en esta casa una bocanada de aire respirable. La cara franca de Nicole, su juventud, su salud, trajeron por fin a este lugar una atmósfera purificadora. Sin embargo, la explosión de su dolor —que trastornó a Jérôme, refugiado en la habitación contigua— pareció a la señora de Fontanin desproporcionado con los sentimientos que la muchacha podía experimentar realmente hacia aquella madre desnaturalizada; y aquella pena infantil, violenta e irreflexiva, confirmó su opinión acerca de la manera de ser de su sobrina: naturaleza generosa —pensaba— pero sin auténtica densidad.

Nicole hubiera deseado llevar el cuerpo a Francia; como no quería dirigir la palabra a Jérôme, al cual continuaba considerando responsable de la conducta materna, Thérèse se encargó de plantear la cuestión. Tropezó con una resistencia general y obstinada; se le hicieron presentes el precio exorbitante de esta clase de transportes, las innumerables formalidades a que habría que someterse y, finalmente, la investigación, cuando menos inútil, que no dejaría de ordenar la policía holandesa, tan molesta, afirmaba Jérôme, para los extranjeros. Hubo que renunciar.

Aunque agotada por la emoción y el viaje, Nicole quiso velar el cadáver. Los tres pasaron esta última noche, solos y silenciosos, en la habitación de Noemí. El ataúd reposaba sobre dos sillas, cubierto de flores. El perfume de las rosas y los jazmines era tan pesado que hubo necesidad de abrir la ventana de par en par. La noche estaba templada y serena; el resplandor de la luna era deslumbrador. Se oía de vez en cuando el chapoteo del agua contra los pilares de la casa. Las horas sonaban en un reloj cercano. Un rayo de luz, deslizándose sobre el suelo, se iba alargando, estirándose minuto a minuto hacia una rosa blanca medio deshojada, caída al pie del féretro y que se volvía transparente, casi azul. Nicole examinaba con mirada hostil el desorden de la habitación. Allí era tal vez donde su madre había vivido; allí, indudablemente, donde había sufrido. Tal vez, contemplando estas florecillas de la pared, había comprendido la proximidad de su fin y puede incluso que pasara revista desesperadamente a las locuras de su existencia estropeada. ¿Habría tenido para su hija algún pensamiento postrero?

El entierro tuvo lugar muy temprano.

Ni la patrona ni la comadrona se mostraron detrás del coche fúnebre. La tía Thérèse iba entre Nicole y Jérôme; no iba nadie más, con la excepción de un viejo pastor al que la señora de Fontanin había pedido que acompañara al cadáver y le rezara las últimas oraciones.

Luego, para evitar a Nicole que tuviera que ver de nuevo la odiosa casa del canal, la señora de Fontanin decidió que llevaría a la joven directamente a la estación al salir del cementerio; Jérôme se reuniría a ellas con el equipaje. Por otra parte, Nicole había rehusado llevarse nada que hubiera sido testimonio de la vida de su madre en el extranjero; este abandono de las maletas de Noemí facilitó extraordinariamente la discusión de los últimos ajustes de cuentas con la patrona.

Cuando Jérôme se encontró solo, con todas las cuentas saldadas, en el coche de alquiler que debía llevarle al tren, como quedaba aún mucho tiempo antes de la hora de la salida, cediendo a un súbito impulso, hizo que el coche retrocediera para volver al cementerio por última vez.

Anduvo un poco desorientado antes de encontrar la situación de la tumba. Tan pronto como la reconoció desde lejos, a causa de la tierra removida, se descubrió y avanzó ceremoniosamente. Allí yacían ahora seis años de vida en común, de rupturas, de celos y de arrebatos; seis años de recuerdos y de secretos, hasta el último de todos, el más trágico, y que conducía aquí.

«Después de todo —pensó— podía haber terminado peor... Sufro poco», comprobó, mientras que su ceño arrugado y sus ojos llenos de lágrimas parecían probar lo contrario.

¿Era culpa suya si la alegría que le causaba la presencia de su esposa era más fuerte que su pena? ¿Thérèse, el único ser que había amado verdaderamente! ¿Lo sabría ella alguna vez? ¿Comprendería alguna vez, en su severa frialdad, que sólo ella, a despecho de las apariencias, llenaba la vida de este hombre afortunado en amores que, sin embargo, nunca había tenido sino un gran amor? ¿Comprendería alguna vez que al lado del afecto total que sentía por ella toda otra inclinación no podía ser sino efímera? Y, sin embargo, en este mismo momento disponía de una nueva prueba: la muerte de Noemí no le dejaba ni desamparado ni solo. En tanto que Thérèse viviera, aunque hubiera estado más alejada todavía, aunque hubiera creído romper todos los lazos que la unían con él, no estaría solo. Por un momento quiso imaginarse que Thérèse reposaba aquí, bajo esta tierra cubierta de flores; pero no pudo soportar semejante idea. Apenas si se hacía algún reproche por las penas que había causado a su esposa; hasta tal extremo, en este minuto solemne y delante de esta tumba, tenía conciencia de no haberla arrebatado nada esencial, de haberla consagrado lo más precioso y duradero de su corazón; hasta tal extremo tenía conciencia de no haberla sido infiel nunca, ni un solo instante. «¿Qué va a hacer conmigo? —pensó, pero con cierta confianza—. Me va a ofrecer que vuelva a su lado, al de nuestros hijos...» Permanecía inclinado, con el rostro húmedo por las lágrimas y el corazón palpitando con una insidiosa esperanza.

«Todo sería fácil si no estuviera Nicole de por medio.»

Volvió a ver la actitud muda de la muchacha, su mirada implacable. Volvió a verla inclinada sobre la fosa y creyó oír nuevamente aquel sollozo seco, desgarrador, que no había podido contener.

Pensar en Nicole era un tormento para Jérôme. ¿No había sido por su causa por lo que la chiquilla, ardiendo en indignación, había desertado del hogar materno? Desde lo más hondo de su memoria surgieron las palabras del sermón: «Desgraciado aquel que escandaliza...»

«¿Cómo reparar el daño? —pensó—. ¿Cómo merecer su perdón? ¿Cómo reconquistar su simpatía?» No podía soportar el pensamiento que alguien no le quisiera. Entonces se le ocurrió una idea maravillosa: «¿Y si la adoptase?»

Todo se aclaró repentinamente. Acto seguido se imaginó a Nicole instalada a su lado, en una casita que adornaría para él, rodeándole de atenciones y ayudándole a recibir las amistades. Durante el verano, incluso, podrían viajar juntos. Y todo el mundo admiraría su celo en reparar su falta. Y Thérèse lo aprobaría.

Volvió a ponerse el sombrero y, alejándose de la tumba, se dirigió rápidamente hacia el coche.

El tren estaba formado hacía ya bastante tiempo cuando Jérôme llegó a la estación. Las dos mujeres ya habían cogido sitio en un compartimiento y la señora de Fontanin se extrañaba de que su marido no se les hubiera reunido aún.

«¿Habría encontrado Jérôme alguna dificultad en la pensión?» Parecía perfectamente posible. ¿No iba a poder marcharse Jérôme? ¿Se iba a desvanecer, apenas formado, este bello sueño que ella se había forjado de llevarle a Maisons, de facilitarle su regreso al hogar y tal vez el arrepentimiento? Sus temores se redoblaron al verle acercarse con paso largo y aspecto de inquietud:

—¿Dónde está Nicole?

—Está ahí, en el pasillo —respondió la señora de Fontanin, sorprendida.

Nicole permanecía delante de la ventanilla, con el cristal a medio bajar; su mirada se deslizaba con indolencia sobre el laberinto reluciente de los raíles. Estaba triste, pero sobre todo cansada; triste, y sin embargo dichosa, porque toda la pena de hoy no podía privarla ni un solo instante de su felicidad. ¿Acaso no la esperaba su prometido, estuviera su madre viva o muerta? Se esforzaba en apartar de sí, como una falta, esta idea: que la desaparición de su madre era, al menos para su prometido, una liberación; la supresión del único punto oscuro que hasta entonces había amenazado su porvenir.

No había oído a Jérôme acercarse a ella:

—¡Nicole! ¡Te lo suplico! En el nombre de tu madre, perdóname.

La joven, sobresaltada, se volvió. Jérôme estaba ante ella, con el sombrero en la mano y mirándola con ojos humildes y llenos de cariño. En esta ocasión, aquel rostro marcado por el dolor y los remordimientos no pudo causarla horror: tuvo compasión. Fue como si precisamente hubiera deseado esta oportunidad de mostrarse bondadosa.

Sí; le perdonaba.

No le contestó, pero le alargó francamente su manita enguantada de negro, que Jérôme tomó y estrechó, sin poder dominar su emoción.

—Gracias —murmuró, al tiempo que se alejaba.

Transcurrieron algunos minutos. Nicole no se movía de su sitio. Pensaba que efectivamente era mejor así, a causa de tía Thérèse; y que contaría esta escena conmovedora a su prometido.

Los viajeros comenzaban a subir, rozándola con sus paquetes. Por último, el tren arrancó. La sacudida la ayudó a salir de su letargo. Volvió al compartimiento. Unos desconocidos ocupaban los sitios que hasta poco antes habían estado vacíos. Y, en el fondo, bien instalado frente a la señora de Fontanin, con un brazo descansando sobre la argolla de suspensión y la cabeza vuelta hacia el paisaje, distinguió al tío Jérôme, que mordía afanoso su bocadillo de jamón.

## VIII

JACQUES había pasado la velada recordando palabra por palabra su conversación con Jenny. No trataba de analizar lo que hacía tan obsesivo este recuerdo, pero no podía desprenderse de él; durante la noche se despertó varias veces para pensar en ello nuevamente, con un placer no disminuido. Así, pues, al día siguiente, sufrió una gran decepción al llegar al campo de tenis y no ver a la muchacha.

No quiso negarse a la partida que le propusieron; jugó mal, mirando sin cesar hacia la entrada. El tiempo pasaba. Jenny no vendría. Tan pronto como pudo escabullirse lo hizo. Si ya no esperaba, todavía no desesperaba.

De repente vio a Daniel que venía hacia él.

—¿Y Jenny? —preguntó sin extrañarse siquiera del encuentro.

—Hoy no viene a jugar. ¿Te marchabas ya? Te acompaño. Estoy en Maisons desde anoche... Sí —prosiguió, cuando estuvieron fuera del club—; mamá ha tenido que ausentarse y me ha pedido que duerma aquí, para que Jenny no se quede sola por las noches; está tan aislada la casa... Una nueva invención de mi padre. La pobre mamá no sabe negarle nada. —Permaneció pensativo durante unos instantes y luego sonrió con decisión; no se detenía mucho en lo que le resultaba desagradable—. ¿Y tú? —dijo, con una mirada de afectuoso interés—. He pensado mucho en tu *Abuso de confianza*. Decididamente, me sigue gustando. Y cada vez más, cuanto más pienso en ella. Es de una psicología inesperada; un poco brutal, un poco oscura en algunos lugares. Pero la idea es buena y los dos personajes son siempre auténticos y nuevos.

—No, Daniel —interrumpió Jacques, con una impaciencia que no pudo dominar—. No me alabes más de lo que merezco. ¡En primer lugar, la forma es detestable! ¡Es ampulosa, pesada, sobrecargada de palabrería! —pensó con rabia—: El atavismo...

»E incluso el fondo —prosiguió— es todavía demasiado convencional, ficticio. Las interioridades de una persona... Veo perfectamente lo que haría falta, pero...» —Y bruscamente se calló.

—¿Qué haces ahora? ¿Has empezado alguna otra cosa?

—Sí. —Sin saber por qué, Jacques sintió que se ruborizaba—. Principalmente descanso —prosiguió—. Estaba más cansado de lo que yo creía, después de este año de encierro. Y además, acabo de ir a casar a ese pobre Battaincourt. ¡Desertor!

—Ya me lo ha contado Jenny —dijo Daniel.

Jacques volvió a enrojecer. Primero, sintió un leve desagrado porque su conversación de la víspera no fuese ya como un secreto entre Jenny y él; luego, un placer muy vivo al saber que ella la consideraba de cierto interés, que la había recordado hasta el extremo de referirla aquella misma noche a su hermano.

—¿Quieres que mientras charlamos vayamos bajando hasta la orilla del Sena? —propuso, cogiendo del brazo a Daniel.



—Imposible, chico. Vuelvo a París en el tren de la una y veinte. Compréndelo; estoy dispuesto a hacer de perro guardián durante la noche; pero por el día... —Su sonrisa, que daba a entender cierta clase de obligación que le llamaba a París, desagradó tanto a Jacques que le soltó el brazo.

»Pero lo que vas a hacer —prosiguió Daniel para disipar esta nubecilla— es venirte a comer con nosotros. Jenny se pondrá muy contenta.»

Jacques bajó los ojos para disimular su turbación. Fingió vacilar. No habiendo regresado su padre, le era sumamente fácil faltar a la comida. La alegría que le invadió le sorprendió a él mismo. La dominó para contestar:

—Como quieras. Lo que tarde en ir a casa para avisar. Vé delante. En seguida te alcanzo.

Algunos minutos después encontraba a su amigo que le esperaba, echado sobre la hierba, delante del castillo.

—¡Qué buen día! —le gritó Daniel, estirando las piernas al sol—. ¡Qué magnífico está el parque esta mañana! ¡Qué suerte tienes de poder vivir en este ambiente!

—Pues si tú no vives en él, es porque no quieres —replicó Jacques.

Daniel se incorporó.

—De acuerdo; lo sé perfectamente —concedió con una expresión soñadora y alegre—. Pero para mí no es lo mismo... Chico —dijo, acercándosele y cambiando de tono—, me parece que he tropezado con una aventura fantástica.

—¿La de los ojos verdes?

—¿De ojos verdes?

—La de Packmell.

Daniel se detuvo; durante un instante su mirada se perdió en el horizonte; luego sonrió de una manera extraña.

—¿Rinette? No; algo nuevo: ¡y todavía mejor! —Se calló, pensativo—. Esa Rinette —dijo por fin—; ¡qué chica tan rara! ¡Con decirte que ha sido ella la que me ha dejado! ¡Sí, sí; al cabo de algunos días! —Rompió a reír como un hombre al que nunca le había pasado una cosa así—. A ti, que eres novelista, tal vez te hubiera interesado. Pero a mí me agotaba. Nunca me he tropezado con una mujer tan indescifrable. Todavía me pregunto si me ha amado alguna vez más de diez minutos seguidos; ¡ahora, que cuando me amaba!... ¡Una trastornada!... Debía de tener un pasado más o menos turbio que la perseguía. Si vinieran a decirme que había pertenecido alguna vez a una de esas bandas negras, no me sorprendería en absoluto.

—¿Y no la has visto más?

—No. Ni siquiera sé qué ha sido de ella; no ha vuelto por Packmell... Algunas veces la echo de menos —añadió, después de una pausa—. Digo que la echo de menos y lo cierto es que no podía durar; pronto hubiera sido completamente insoportable. ¡De una indiscreción que no puedes imaginarte! No dejaba de hacerme preguntas y preguntas acerca de mi vida privada. ¡Sí; acerca de mi vida privada! De mi familia, de mi madre, de mi hermana; y todavía más: ¡acerca de mi padre!

Dio algunos pasos en silencio y prosiguió:

—De todas formas, estoy en deuda con ella por un recuerdo magnífico: el de la velada en que se la birlé a Ludwigson.

—Y él, ¿no te ha birlado... las subsistencias?

—¿Él? —La mirada de Daniel resplandeció; su sonrisa dejó al descubierto los dientes—: Hasta entonces no había tenido una ocasión semejante para juzgar a mi Ludwigson: ¡Pues bien, nunca ha dado a entender que se acordara de ello! Tú podrás pensar de él como quieras. Yo te digo que es un tipo magnífico.

Jenny había pasado aquella mañana sin salir; y cuando Daniel la propuso acompañarla al campo de tenis se negó tercamente, pretextando que tenía que hacer. Pero no se sentía con gusto para nada y le costó trabajo matar el tiempo.

Cuando vio desde la ventana a los dos muchachos, que cruzaban el jardín, su primer movimiento fue de contrariedad: Jacques la estropeaba aquella comida, mano a mano con su hermano, que tanto la había alegrado. Sin embargo, su decepción no pudo resistir a la alegre aparición de Daniel en la puerta entreabierta:

—¿Adivinas quién te traigo a comer?

«Tengo tiempo para cambiarme de vestido», pensó la joven.

Jacques se paseaba por el jardín, apreciando, mejor que nunca, el atractivo de este lugar. Al salir de aquel parque con hotelitos, la propiedad de los Fontanin tenía todo el encanto de una granja abandonada a la orilla del bosque. Diversas construcciones habían venido a unirse a la parte principal, antiguo pabellón de caza sin duda, de altas ventanas, cien veces transformado; bajo un tejadillo, una escalera de madera parecida a la de las granjas daba acceso a la más alta de las dos alas. Los pichones de Jenny revoloteaban continuamente sobre el alero de los tejados, y las paredes estaban recubiertas por un viejo enfoscado de un color rosa, muy vivo, que absorbía la luz como un revoco italiano. Grandes abetos, crecidos con irregularidad, enterraban a la casa en una sombra seca que olía a resina y en la que no brotaba la hierba.

La comida fue animada por la comunicativa viveza e ingenio de Daniel. Estaba contento de cómo había pasado la mañana y lleno de esperanza para por la tarde. Felicizó a Jenny por su vestido de hilo azul y la puso en el escote una rosa blanca; la llamaba «hermanita», se reía de todo y él mismo se divertía con su verborrea.

Quiso que Jacques y Jenny viniesen a acompañarle a la estación y esperasen con él la llegada del tren.

—¿Vendrás a cenar? —preguntó la joven. Jacques observó, no sin cierta tristeza, el tono árido y seguramente involuntario que sobresalía a veces bajo su actitud dulce y amable.

—Posiblemente —respondió Daniel—. Quiero decir que haré lo imposible para tomar el tren de las siete. Pero, de todas formas, volveré antes de la noche; se lo he escrito a mamá. —Había pronunciado estas últimas palabras con una entonación de hijo sumiso, tan encantadora en sus labios de hombre, que Jacques no pudo

contenerse de reír, y que la misma Jenny, que se agachaba para enganchar la correa en el collar de su perrita, levantó la cabeza con una mirada jocosa.

El tren entraba en la estación. Daniel se separó de ellos para correr hacia los primeros vagones, que iban vacíos, y desde lejos le vieron asomado a la ventanilla y agitando el pañuelo burlonamente.

Se encontraron solos, sin haber tenido oportunidad para prepararse, todavía aturridos por el buen humor de Daniel. Conservaron sin esfuerzo el tono de camaradería, como si Daniel siguiera sirviéndoles de vínculo; se sintieron tan aliviados uno y otro por esta nueva tregua que cuidaron de no perder la armonía.

Jenny, un poco entristecida por la marcha de Daniel, pensaba en las continuas ausencias de su hermano.

—Debieras conseguir de Daniel que no se pase las vacaciones yendo y viniendo. No sabe cuánto apena a mamá verle venir este año tan poco. Naturalmente que tú vas a defenderle —añadió, pero sin la menor acritud.

—No; no tengo la menor intención de hacerlo —repuso Jacques—. ¿Crees que yo apruebo la vida que hace?

—¿Se lo dices, por lo menos?

—Claro que sí.

—¿Y no te escucha?

—Me escucha. La cosa es aún más grave: creo que no me comprende.

La joven, volviéndose hacia él, preguntó:

—¿... que no te comprende «ya»?

—Sí; puede ser.

Desde el primer momento, su conversación tomaba un giro formal. A propósito de Daniel se estableció una simpatía que desde el día anterior no era completamente nueva para ellos, pero que hasta entonces nunca habían permitido que se manifestara tan abiertamente. Y cuando iban a entrar en el parque, fue ella quien propuso:

—¿Y si fuéramos por la carretera? Puedes acompañarme hasta casa por el bosque; ¡es tan temprano y hace un tiempo tan agradable!

Se sintió dominado por una inmensa felicidad que no trató de ocultar; no se atrevió a descuidarse; temía dejar escapar el precioso motivo de su cordialidad, y se apresuró a reanudarlo:

—¡Está Daniel tan embriagado de vida!

—Ya lo sé —dijo la joven—. De una vida sin freno. Pero una vida sin freno es muy..., muy peligrosa. E impura —añadió, sin mirarle.

Jacques repitió gravemente:

—Impura. Opino igual que tú, Jenny.

Recogió con alborozo de labios de la joven esta palabra que siempre vacilaba en pronunciar, pero que tan a menudo se le venía a los labios. Todas las aventuras de Daniel eran impuras. Impura también la pasión de Antoine. Impuros todos los deseos

carnales. Solamente era puro este sentimiento sin nombre que germinaba en él desde hacía meses y que, desde ayer, florecía por momentos.

Sin embargo, fingiendo tranquilidad, prosiguió:

—¡Cómo me desespero algunas veces por esa actitud que ha tomado ante la vida! Esa especie de...

—De perversidad —dijo Jenny ingenuamente; un término que empleaba muy a menudo en sus reflexiones, sinónimo para ella de todo aquello que parecía sospechoso a su inocencia.

—Esa especie de cinismo, más bien —rectificó Jacques, empleando él también el término inadecuado que había adoptado para su uso particular. Pero casi al mismo tiempo se le ocurrió que en cierto modo se estaba traicionando, y deteniéndose exclamó—: Esto no quiere decir que sienta estimación por las naturalezas que están siempre en lucha continua consigo mismas: prefiero... —Jenny le miraba, tratando de comprender su idea, y como si esta última frase hubiera sido especialmente importante a sus ojos—... prefiero aquellas que han tomado la determinación de obrar de acuerdo con su manera de ser. Sin embargo, hace falta todavía... —Algunos ejemplos, que no se atrevía a utilizar ante la joven, se presentaron a su espíritu. Vaciló.

—Sí —articuló ella—; yo tengo miedo de que Daniel termine de perder por completo la..., ¿cómo lo diría?... la noción del pecado. ¿Me comprendes?

El muchacho asintió con la cabeza, y a su vez no pudo contenerse de mirarla con insistencia, ya que su rostro reflexivo decía casi tanto como sus palabras. «¡Qué confesión involuntaria en lo que acaba de decir!», pensó Jacques.

Jenny permanecía dueña de sí misma; pero la contracción de su boca y su respiración entrecortada revelaban su esfuerzo en dominar en aquel momento uno de aquellos bruscos ardores que tan a menudo le asaltaban y que trataba de que no traslucieran.

«¿Por qué entonces su cara adquiere con tanta facilidad esa expresión seca y obstinada? —se preguntaba el muchacho—. ¿Será a causa de las cejas, cuyo perfil es excesivamente fino y adusto? ¿O será más bien a causa de esas dos manchitas negras que forman las pupilas al contraerse en el gris azulado, demasiado claro, del iris?» Y, desde aquel momento, Jacques se olvidó de Daniel para no pensar sino en Jenny.

Durante algunos minutos anduvieron en silencio. Intervalo relativamente largo, que a ellos les pareció muy corto. Sin embargo, cuando quisieron reanudar la conversación, se percataron de que sus pensamientos, de una parte y de otra, habían recorrido un largo camino y posiblemente en sentido opuesto. De forma que ninguno de los dos sabía ya cómo romper este silencio.

Afortunadamente, la carretera bordeaba una especie de garage que obstaculizaba la calzada con autos en reparación, y la trepidación de los motores no incitaba a hablar.

Un perro viejo, sarnoso y enfermo, que chapoteaba en los charcos de grasa, salió

al encuentro de *Puce*; Jenny cogió en brazos a la perrita. Apenas habían rebasado la puerta de aquel taller cuando unos gritos les hicieron volverse: un chasis esquelético, sonando a chatarra y conducido por un aprendiz de quince años, al salir del taller acababa de hacer un viraje tan brusco que, a pesar del grito tardío del muchacho, el viejo perro negro no tuvo tiempo de apartarse. Jacques y Jenny vieron cómo el vehículo embestía por el flanco al pobre animal y las dos ruedas le pasaban sobre el cuerpo.

Jenny, horrorizada, gritó:

—¡Se va a morir! ¡Se va a morir!

—No; ¡ya anda!

Efectivamente, el animal se había levantado y huía al acaso, ensangrentado, aullando, arrastrando por el polvo sus cuartos traseros heridos, que le hacían zigzaguear y caer cada dos metros.

Desfigurada, Jenny repetía en el mismo tono:

—¡Se va a morir! ¡Se va a morir!

El perro desapareció en el patio de una casa. Sus gemidos se espaciaron hasta que cesaron por completo. Los obreros del garage, divertidos por este intermedio, seguían las huellas de la sangre. Uno de ellos, que había llegado hasta la casa, gritó a los otros:

—Ya está. Ya no se mueve.

Jenny, como aliviada, dejó a su perrita en el suelo, y siguieron en dirección al bosque. Pero esta emoción, experimentada al mismo tiempo, había contribuido a unirles aún más.

—Nunca podré olvidar —dijo Jacques— el aspecto de tu cara y el tono de tu voz mientras gritabas.

—Es una tontería; son los nervios. ¿Qué era lo que gritaba?

—Gritabas: «¡Se va a morir!» Fíjate: habías visto al perro, atropellado por el auto, convertirse en una masa ensangrentada; eso era lo horrible. Y, sin embargo, la verdadera angustia no ha comenzado sino después de ese momento; es decir, en el instante trágico en que el animal, hasta entonces vivo, no podía ya hacer otra cosa que tumbarse para morir. ¿No es así? Porque lo más patético es precisamente ese tránsito, esa caída inapreciable de la vida en la nada. En nosotros hay una especie de terror a ese minuto, una especie de terror sagrado que siempre está a punto de despertar... ¿Tú piensas muy a menudo en la muerte?

—Sí... Es decir, no; no muy a menudo... ¿Y tú?

—Yo, casi sin interrupción. Quiero decir que la mayor parte de mis pensamientos me conducen a esta idea de la muerte. Pero —prosiguió, con desaliento— es agradable pensar en ello a menudo; es un pensamiento... —no terminó. Su rostro estaba ardoroso, excitado, casi bello, y la impaciencia de vivir se mezclaba en él con el temor a la muerte.

Dieron algunos pasos en silencio, y luego ella comenzó a hablar con voz tímida:

—No sé por qué, puesto que no guarda ninguna relación, pero pienso en algo que tal vez te haya contado Daniel: mi primer encuentro con el mar.

—No. Cuéntame.

—Es una vieja historia... Tenía yo catorce o quince años. Al final de las vacaciones fuimos mamá y yo para reunimos con Daniel en Tréport. Nos había escrito que nos apeáramos, ya no me acuerdo en qué estación, y había venido a buscarnos en una carretela. Para evitar que descubriera el mar poco a poco, al acaso de los recodos del camino, me había vendado los ojos... Es una tontería, ¿verdad?... En cierto momento me hizo bajarme del coche y me llevó de la mano. Tropezaba a cada paso. Sentía un viento de tempestad que me azotaba la cara y oía silbidos, rugidos, un estrépito infernal. Me moría de miedo y suplicaba a Daniel que me soltara. Finalmente, cuando alcanzamos el lugar más alto del farallón, sin decir nada, se puso detrás de mí y me quitó la venda. Entonces distinguí todo el mar: el mar desencadenado en las rocas, a mis pies, casi a pico; el mar todo a mi alrededor, hasta perderse de vista. Me faltó la respiración, y caí en los brazos de Daniel. No volví en mí, hasta después de transcurridos algunos minutos. Entonces, lloré y lloré... Hubo que llevarme a casa y acostarme; tuve fiebre. Mamé se disgustó mucho... Pues sin embargo, ahora, ¿sabes?, no lo lamento en absoluto. Creo que conozco bien el mar.

Jacques no le había visto nunca aquella cara de la que había desaparecido toda tristeza. Aquella mirada independiente, con un asomo de extravagancia. Bruscamente, se apagó aquel fuego.

Jacques descubría poco a poco una Jenny desconocida. Aquellas alternativas de reserva, después de un súbito arrebató, hacían pensar en una fuente enterrada, pero copiosa, que solamente encontrara desahogo en determinados momentos. ¿Tal vez encontraba allí el secreto de aquella melancolía original que daba a este rostro un semejante reflejo de vida interior y tanto valor a la fugacidad de sus sonrisas? De repente se sintió sobrecogido ante el pensamiento de que este paseo pudiera tener fin.

—Si no tienes prisa —insinuó, cuando hubieron franqueado el arco de la antigua puerta del bosque— podemos ir dando una vuelta. Apostaría que no conoces ese caminito.

Un paseo enarenado, agradable a los pies, se adentraba en la sombra del soto; al principio estaba bordeado por un ancho margen de hierba y luego se iba haciendo cada vez más estrecho. En aquel paraje los árboles crecían difícilmente y por entre su hojarasca raquílica se veía el cielo con facilidad.

Siguieron andando, sin sentirse molestos por su silencio.

«¿Qué me pasa? —se preguntaba Jenny—. No es lo que yo creía. No. Es más bien... Es...» Pero ningún epíteto acababa de satisfacerla. «¡Cuánto nos parecemos!», observó repentinamente, llena de gozo. Luego se inquietó: «¿En qué estará pensando?»

Jacques no pensaba en nada. Se abandonaba a un bienestar delicioso y sin objeto; andaba junto a la muchacha sin desear nada más.

—Este que te estoy enseñando es uno de los rincones más feos de nuestro bosque —murmuró Jacques por fin.

La joven se estremeció al oír su voz, y ambos pensaron simultáneamente que aquellos minutos de silencio habían tenido una importancia capital para las cosas indeterminadas y vagas que les pasaban por la imaginación.

—Lo mismo creo —repuso ella.

—Ni siquiera es hierba; es una especie de grama —prosiguió Jacques, golpeando el suelo con el pie.

—Pues a mi perrita le gusta mucho: mírala.

Decían cosas sin importancia; el sentido de las palabras había cambiado totalmente de valor para ellos.

«Me gusta el color azul de su vestido», se dijo Jacques.

«¿Por qué ese azul pálido, un poco grisáceo, le sienta tan bien?» Luego, sin más preparación, exclamó:

—Te voy a decir una cosa: lo que a mí me hace tan estúpido, es que no concibo apartar mi atención de lo que siento dentro de mí.

Y Jenny, creyendo contestarle, afirmó:

—Igual que yo. Casi siempre estoy soñando. Me gusta. ¿A ti también? Mis sueños me pertenecen solamente a mí; me gusta no tener que compartirlos con los demás. ¿Me comprendes?

—Perfectamente.

Unas ramas de escaramujo, una de las cuales lucía ya pequeñas bayas, florecían en un matorral atravesado en el sendero. Jacques estuvo a punto de ofrecérselas: «*Voici des fleurs, des fruits, des feuilles et des branches. Et puis...*»<sup>[11]</sup> Se detuvo; la miró... No se atrevió. Y cuando hubieron dejado atrás el matorral, se dijo: «¡Qué influido estoy por la literatura!»

—¿Te gusta Verlaine? —preguntó.

—Sí; sobre todo *Sagesse*, que tanto le gustaba antes a Daniel.

Jacques murmuró:

—*Beauté des femmes, leur faiblesse, et ces mains pâles  
Qui font souvent le bien et peuvent tout le mal...*<sup>[12]</sup>

—¿Y Mallarmé? —prosiguió Jacques, después de una pausa—. Tengo una antología de poetas modernos que no está del todo mal. ¿Quieres que te la traiga?

—Sí.

—¿Te gusta Baudelaire?

—Sí; pero menos. Me pasa igual que con Whitman. Por otra parte, a Baudelaire le conozco muy poco.

—¿Y a Whitman, le has leído?

—Daniel me ha leído algunas cosas tuyas este invierno. Pero a mí... —(Ambos pensaron simultáneamente en aquella palabra «impuro», que habían pronunciado momentos antes. «¡Cuánto se parece a mí!», se dijo Jacques.)

—¿Y es precisamente por eso —continuó— por lo que no te gusta Whitman tanto como a Daniel?

La joven asintió con la cabeza, dichosa de que la hubiera adivinado el pensamiento.

El camino se ensanchaba de nuevo para llegar a un claro en el que había un banco, entre dos encinas cargadas de bellotas. Jenny dejó sobre la hierba su ancho sombrero de paja y se sentó.

—Hay algunas veces —confió espontáneamente, como si estuviera pensando en voz alta— que me siento verdaderamente sorprendida de tu intimidad con Daniel.

—¿Y por qué? —Sonrió—. ¿Porque me encuentras diferente a él?

—Hoy, mucho.

Se tumbó sobre la hierba, un poco apartado de la muchacha.

—Mi amistad con Daniel... —murmuró—. ¿Te hablaba de mi alguna vez?

—No... Es decir, sí. Algunas veces.

Se ruborizó; pero Jacques no la miraba.

—Ahora —prosiguió el muchacho, masticando una brizna de hierba— es un afecto estable, una cosa pacífica. Pero no siempre ha sido así. —Se calló y, con el dedo, señaló en la punta de un tallo de hierba iluminado por el sol a un pequeño caracol, transparente como una ágata, que movía vacilante en la luz sus cuernecillos gelatinosos—. Mira —prosiguió sin transición—, durante mi época de escolar, ha habido semanas enteras en que he creído volverme loco de tantas cosas como tenía en ebullición en mi pobre cabeza. ¡Y siempre solo!

—Pero vivías con tu hermano; ¿no es así?

—Afortunadamente. Y afortunadamente también gozaba de una enorme libertad. Sin ello, estoy seguro de que me habría vuelto completamente loco... O tal vez me hubiera escapado.

Jenny pensó en la escapatoria a Marsella, y, por primera vez en su vida, con cierta indulgencia.

—Me sentía incomprendido —dijo Jacques con voz sombría—; incomprendido de todos: incluso de mi hermano y muy a menudo hasta de Daniel.

«Exactamente como yo», se decía la joven.

—Durante esos períodos era completamente incapaz de interesarme por ningún trabajo de tipo obligatorio. Leía, leía como un poseído, todo lo que había en la biblioteca de Antoine, y todo lo que Daniel podía proporcionarme. Casi todas las novelas modernas, francesas, inglesas y rusas, han pasado por mis manos. ¡Si supieras los alientos que aquello me daba! Y después todo me parecía de un aburrimiento mortal: las lecciones, los ergotismos de los textos, la moral de las personas honradas. ¡Decididamente yo no estaba hecho para eso! —Al hablar de él



no denotaba ninguna suficiencia, pero, preocupado por sí mismo, como todo ser joven y fuerte, no concebía gozo más auténtico que analizarse de esta forma delante de aquellos ojos atentos; y el placer que sentía en ello era contagioso—. Aquélla era la época —continuó— en le que dirigía a Daniel cartas de treinta páginas, que pasaba toda una noche en garrapatear. Cartas en las que vertía todos mis entusiasmos del día y, sobre todo, todos mis odios. Ahora debería reírme de ello... Pero no —dijo, oprimiéndose la frente con las manos—; todo eso me ha hecho sufrir demasiado para que pueda perdonarlo todavía... Le he pedido esas cartas a Daniel y he vuelto a leerlas. Todas y cada una de ellas son como la confesión de un loco en un momento de lucidez. Se seguían con algunos días de intervalo y a veces con algunas horas; y todas eran como una explosión, la explosión de una crisis interior en abierta contradicción casi siempre con la crisis precedente. Crisis religiosa, porque acababa de engolfarme en los evangelios, o en el Antiguo Testamento, o el positivismo de Comte. ¡Y mi carta después de leer a Emerson! He padecido todas las enfermedades de la adolescencia: una *vincite* aguda, una *baudelaire* gravísima. ¡Pero ninguna enfermedad crónica! Una mañana me sentía clásico; por la noche, romántico, y hacía arder, a escondidas, en el laboratorio de Antoine, mi Malherbe y mi Boileau. ¡Lo he hecho, completamente solo, y riendo como un demonio! Al día siguiente, todo lo que era literatura me parecía igualmente vacío y carente de sentido. Me dedicaba a profundizar en mi geometría, volviendo a comenzar desde el principio; estaba completamente decidido a descubrir nuevas leyes que habrían de trastornar todas las nociones conocidas. Y luego volvía otra vez a hacerme poeta. He compuesto para Daniel odas y epístolas de doscientos versos, escritas casi sin tachaduras. Pero lo más increíble de todo —dijo, tranquilizándose repentinamente— es que he redactado con la mayor seriedad del mundo, y en inglés, sí, enteramente en inglés, un tratado de ochenta páginas sobre *La emancipación del individuo en sus relaciones con la sociedad: The emancipation of the individual in relation to Society!* Todavía lo tengo. Pero espera, que esto no es todo: con un prefacio, corto, lo confieso, ¡pero en griego moderno! —(Este último detalle era falso; solamente recordaba haber tenido la intención de escribir tal prefacio.) Se echó a reír—. No, no estoy loco —continuó después de un corto silencio. Volvió a callarse durante un momento y, medio en serio y medio en broma, pero sin la menor sombra de orgullo, afirmó—: En cualquier caso, era muy diferente de los demás...

Jenny acariciaba la perrita y meditaba. ¡Cuántas veces había tenido de Jacques esta visión de un ser inquieto, casi peligroso! Hubo de confesarse, no obstante, que ya no la asustaba.

Jacques se había tumbado sobre la hierba y miraba a lo lejos. Se sentía dichoso de haber podido hablar con tanta sinceridad.

—¿Verdad que se está bien bajo estos árboles? —preguntó el muchacho perezosamente.

—Sí. ¿Qué hora es?

No tenían reloj. El parque estaba cerca; nada les urgía; desde su banco, Jenny distinguía las copas de dos castaños que conocía perfectamente y, más lejos, el cedro de la casa forestal, que alargaba sus palmas negras sobre el azul del cielo.

Inclinada hacia la perrita, que se había acurrucado en su falda, y evitando volverse hacia Jacques, dijo:

—Daniel me ha leído algunos versos tuyos.

Luego, sorprendida por su mutismo, se decidió a mirarle: había enrojecido hasta la raíz del pelo; su mirada rabiosa vagaba a su alrededor. La joven se sonrojó también y exclamó:

—¡He hecho mal en decírtelo!

Jacques se reprochaba ya su enfado y trataba de dominarlo; pero no soportaba la idea de que alguien —Jenny— pudiera juzgarle por sus balbuceos de muchacho; y su irritación era aún mayor porque sabía perfectamente que todavía no había mostrado en nada su valía: algo que le hacía sufrir continuamente.

—Mis versos, ¡cero! —exclamó bruscamente. (La joven no protestó, ni siquiera movió la mano, y él se lo agradeció.)— Sería estimarme en muy poco... Los que... ¡Ah! —exclamó por último—. ¡Si sospecharan lo que quiero hacer! —Y aquel tema ardiente, la presencia de Jenny, su atención, le produjeron una tal emoción que su voz se ahogó y los ojos le picaron como si le fueran a brotar las lágrimas—. Mira —continuó después de una pausa—, ¡es como cuando me felicitan por mi ingreso en la Normal! ¡Si tú sospecharas lo que pienso acerca de eso! Estoy avergonzado. Sí; ¡avergonzado! No solamente avergonzado de haber sido admitido, sino avergonzado también de haber aceptado el..., el juicio de todos esos... ¡Ah, si supieras lo que son! ¡Todos fabricados por el mismo molde, por los mismos libros! ¡Los libros, y siempre los libros! Y ha hecho falta que yo fuera a mendigar su... ¡Yo! Me he doblegado a... Yo... —Le faltaban las palabras. Comprendía perfectamente que no daba ningún motivo justificado de su aversión. Pero los argumentos buenos, los auténticos, estaban todavía demasiado vivos, demasiado arraigados en lo íntimo de su ser para poderlos exculpar en un momento y mostrarlos a la luz—. ¡Les desprecio a todos! —gritó—. ¡Y me desprecio todavía más de contarme entre ellos! ¡Y nunca, nunca, podré... perdonar todo eso!

Jenny conservaba con tanta mayor facilidad el dominio de sí misma cuanto que veía al muchacho completamente fuera de sí. Observó, sin llegar a captar bien por otra parte el pensamiento de Jacques, que éste expresaba muy a menudo este rencor indeterminado y la voluntad de no perdonar. Indudablemente, tenía que haber sufrido mucho. Sin embargo —¡y en esto cuán diferente era de ella!—, su fe en el porvenir, en una felicidad futura, era evidente; a través de sus imprecaciones se transparentaba un constante soplo de esperanza, de certidumbre; su ambición parecía desmesurada, no ofrecía ningún lugar a dudas. Hasta entonces nunca se le había ocurrido a Jenny pensar en cual podría ser el futuro de Jacques; pero no se sintió sorprendida al descubrir que él perseguía fines muy ambiciosos; incluso en la época en que

consideraba a Jacques como un chiquillo brutal y completamente vulgar, nunca había dejado de reconocerle cierta fuerza interior; y hoy, estas palabras febriles, la llama que sentía arder en el corazón del muchacho, provocaban en ella una especie de vértigo, como si a su pesar se encontrara arrastrada por aquel torbellino. Ello la produjo una sensación de inseguridad, tan penosa, que se levantó.

—Te ruego me perdones —dijo entonces Jacques, con voz alterada—; pero es que estas cosas me llegan muy adentro.

Tomaron el sendero que seguía como un camino de ronda los meandros del antiguo foso y alcanzaron la otra puerta del bosque que daba al parque; estaba cerrada por una verja de hierro con adornos lanceolados, cuya cerradura chirriaba como el cerrojo de una cárcel.

El sol estaba todavía alto y aún no eran las cuatro. Nada les obligaba a dar ya por terminado su paseo. ¿Por qué, entonces, habían cogido el camino de regreso?

En el parque se cruzaron con algunos paseantes; y, aunque el día anterior hubieran recorrido juntos estas mismas avenidas sin pensar que pudiera haber en ello ningún mal, hoy les asaltó a ambos un parecido sentimiento de pudor porque se les viera juntos y solos.

—Bueno —dijo Jacques repentinamente al llegar a un cruce de caminos—. Aquí te dejo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Ya casi estoy en casa —repuso ella sin vacilar.

Jacques permanecía de pie ante la muchacha, molesto sin saber por qué, sin pensar siquiera en quitarse el sombrero. El azoramiento restituía a su semblante aquella expresión torpe y ruda, tan frecuente en él, y que Jenny no le había visto durante el paseo. No la tendió la mano. Hizo un esfuerzo por sonreír y, justamente cuando ya estaba volviendo, la miró con timidez y balbuceó:

—¿Por qué... no estoy siempre... así... contigo?

Jenny hizo como que no le oía, y sin volverse, en línea recta y andando sobre la hierba, se dirigió hacia su casa. Eran casi las mismas palabras que ella se había repetido varias veces desde el día anterior. Pero repentinamente se le ocurrió una idea, una sospecha que apenas si se atrevía a formular: tal vez, lo que Jacques había querido decir era: «¿Por qué no me es permitido vivir siempre así, a tu lado?» Esta sospecha la quemaba. Apretó el paso y, una vez en su habitación, con las mejillas encendidas y las piernas vacilantes, procuró no pensar.

Empleó todo el resto de la tarde en trajinar con una actividad febril: modificó la disposición de su alcoba, cambió los muebles de sitio, puso en orden el armario de la ropa blanca, renovó todos los floreros de la casa. De vez en cuando cogía a la perrita, la abrazaba y la colmaba de caricias. Cuando tuvo que rendirse a la evidencia, después de consultar el reloj por última vez, de que Daniel no volvería para cenar, se sintió llena de desesperación; no pudo sentarse sola a la mesa y cenó un plato de fresas que se tomó en la terraza. Para huir de la interminable agonía del día, se refugió en el salón, encendió todas las luces y cogió una partitura de Beethoven.

Luego, cambiando de idea, dejó a Beethoven, tomó un cuaderno de *Estudios*, de Chopin, y corrió al piano.

Efectivamente; el día parecía morir con una lentitud especial, ya que la claridad de la luna, que ya había salido, pero estaba oculta por los árboles, había ido sustituyendo insensiblemente a las últimas luces del atardecer.

Sin intención determinada, Jacques se había metido en el bolsillo aquel volumen de los poetas contemporáneos que había prometido a Jenny y, no pudiendo soportar aquella tarde la indiferencia de la vida familiar, había salido para vagar por el parque. Su pensamiento erraba, sin que pudiera fijarlo en nada. Antes de que transcurriera media hora se encontraba recorriendo el camino bordeado de acacias. «Con tal que la puerta no esté cerrada», pensó.

No lo estaba. Sonó la campanilla; se estremeció como un intruso. Un olor pesado y resinoso venía de los abetos. Las notas apagadas del piano apenas si animaban el silencio del jardín. Sin duda, Jenny y Daniel estaban tocando. El salón daba a la fachada opuesta. Por la parte en que se encontraba Jacques la casa dormía, con todas las ventanas cerradas; pero el tejado estaba bañado por una luz extraña, que le hizo volverse, sorprendido: era la luna, que por encima de la copa de los árboles iluminaba ya el caballete del tejado y hacía brillar los cristales de los tragaluces. Se acercó a la casa con el corazón agitado, molesto por no disponer de ningún medio para anunciar su presencia, por lo que se sintió aliviado cuando *Puce* se precipitó, ladrando, sobre él. El sonido del piano debía de cubrir los ladridos, ya que la música no se interrumpió. Jacques se agachó, cogió a la perrita en brazos, como hacía Jenny, y rozó con sus labios la cabecita sedosa. Luego contorneó la casa y se encontró en la terraza, delante del salón, cuyo balcón estaba abierto e iluminado. Siguió acercándose. Trataba de reconocer lo que tocaba Jenny; la melodía, como incierta, parecía balancearse durante algunos instantes, flotar entre las risas y las lágrimas para florecer finalmente en una región superior, en la que la alegría y el dolor ya no existen.

Había llegado al umbral. Le pareció que el salón estaba vacío. Al principio no distinguió sino la funda de indiana que cubría el piano y las chucherías colocadas encima. De repente, en el hueco que quedaba entre dos vasos de porcelana china, distinguió un rostro, una máscara gesticulante suspendida en el halo de las bujías. Una Jenny desfigurada por la vibración interior. Y la expresión de aquel rostro era tan abierta, tan desnuda, que retrocedió instintivamente, como si hubiera visto a la joven completamente desvestida.

Sin dejar de estrechar al animal contra su pecho y tembloroso como un ladrón permaneció apartado, a la sombra de la casa, hasta que hubo terminado el fragmento; entonces llamó a *Puce* en voz alta y fingió llegar en aquel momento del jardín.

Jenny había temblado al reconocer su voz y se levantó precipitadamente. Conservaba en sus facciones las huellas de su emoción solitaria, y su mirada

amedrentada rechazaba la de Jacques como para defender un secreto.

El muchacho preguntó:

—¿Te he asustado?

Jenny frunció las cejas, sin lograr articular ni el más leve sonido. El muchacho prosiguió:

—¿Todavía no ha vuelto Daniel? —Luego, después de una corta pausa, añadió—: Te traigo la antología ésa de que te hablaba antes.

Sacó el libro del bolsillo torpemente. Jenny le cogió y le hojeó con un gesto maquinal.

La joven no se sentaba ni le ofrecía asiento. Jacques comprendió que debía marcharse. Salió por la terraza y Jenny le siguió.

—No te molestes —murmuró él. Jenny le acompañaba porque no sabía cómo terminar más pronto; porque no se atrevía a tenderle la mano y terminar allí. Libertada de los árboles, la luna iluminaba con tanta claridad que, al volverse hacia Jenny, el muchacho vio agitarse sus pestañas. Su vestido azul tenía la inconsistencia de una aparición.

Cruzaron todo el jardín sin haber pronunciado ni una sola palabra.

Jacques abrió la puertecilla y salió al camino. Jenny, sin darse cuenta, también había franqueado la puerta y permanecía en medio del sendero, parada delante de Jacques, nimbada de luz. Entonces, sobre la pared que resplandecía a la luz de la luna, el muchacho advirtió la sombra de la joven: el perfil, el cuello, la trenza de su pelo, la barbilla, hasta la expresión de la boca; silueta de un negro de terciopelo, de una nitidez impecable. La mostró con el dedo. Una idea loca pasó por su imaginación, y sin querer reflexionar, con esa audacia que sólo se permiten los tímidos, se inclinó sobre la pared y besó la sombra del rostro amado.

Jenny se retiró bruscamente, como para arrancarle su efigie y desapareció en el hueco de la puerta. El rectángulo luminoso del jardín dejó de ser visible y la puerta se cerró. Jacques oyó a Jenny, que huía sobre la arena. Entonces hizo un esfuerzo y partió en la noche.

Reía.

Jenny había echado a correr desalentada, como si la persiguiesen todos los espectros blancos y negros que poblaban el jardín demasiado silencioso. Se precipitó en la casa, subió a su alcoba y se arrojó sobre la cama. Un sudor frío la hacía temblar. El corazón le dolía; oprimió su seno con las manos temblorosas y con la frente golpeaba la almohada. Toda su voluntad tendía a un solo fin: ¡no recordar nada! La vergüenza la oprimía, impidiendo que las lágrimas le subieran a los ojos. Y estaba dominada por un sentimiento nuevo: el miedo. El miedo de sí misma.

*Puce*, olvidada abajo, ladraba. Daniel volvía.

Jenny le oyó subir la escalera canturreando y luego detenerse un momento junto a la puerta. No se atrevía a llamar, viendo que ninguna luz se filtraba por la rendija y

suponiendo, por tanto, que su hermana ya estaría dormida. Sin embargo, todas las lámparas del salón habían quedado encendidas... Jenny no hizo ningún movimiento; deseaba permanecer sola, en la oscuridad. Pero al oír los pasos de su hermano, que se alejaban, se sintió sobrecogida por la angustia y saltó de la cama:

—¡Daniel!

A la luz de la lámpara que él llevaba, distinguió aquel rostro alterado, con las pupilas fijas. Creyó que su retraso habría alarmado a su hermana y buscaba ya alguna excusa, cuando ella le interrumpió:

—No; estoy nerviosa —dijo Jenny con una voz aguda—. No he podido librarme de tu amigo: me ha seguido por todas partes, sin dejarme tranquila. —Estaba pálida de rabia y remachaba cada sílaba. Luego, una repentina onda de rubor inundó su cara y, empezando a llorar súbitamente, se sentó agotada sobre la cama—: Te lo aseguro, Daniel; dile... Echale... No puedo; ¡te aseguro que no puedo!

Daniel la miraba confuso, tratando de adivinar lo que había podido pasar entre ellos.

—Pero..., bueno —murmuró. Se le ocurrió una idea y vacilaba en darla forma. Sus labios se contrajeron al iniciar una sonrisa—: Ese pobre Jacques —insinuó finalmente—; pudiera muy bien suceder que te...

La entonación fue lo bastante significativa para que no tuviera que terminar su frase. Se extrañó al ver que Jenny no se conmovía y que, con los ojos bajos, parecía completamente indiferente. Se rehacía. Después de una pausa, tan sumamente larga que Daniel ya no esperaba contestación, dijo:

—Tal vez. —Su voz había recobrado el tono normal.

«Le quiere», pensó Daniel; y esta conclusión le cogió tan de improviso que se quedó mudo de estupefacción.

En aquel momento Jenny advirtió la mirada de su hermano y leyó en ella claramente sus pensamientos. Se rebeló; sus ojos azules centellearon y su rostro tomó una expresión de desafío; sin levantar la voz, mirando a Daniel cara a cara, sacudió su cabeza enérgica y repitió tres veces seguidas:

—¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

Luego, como Daniel la contemplase indeciso, pero con una ternura y una atención de hermano mayor que la hería como una ofensa, se acercó a él, le quitó de la frente un mechón de pelo indómito y le dio un cachetito en la mejilla:

—¿Has cenado al menos, gran loco?

## IX

ANTOINE, en pijama, de pie delante de la chimenea, atacaba, con un criss malayo un trozo de *plum-cake*.

Rachel bostezó.

—Corta bastante, Minou —dijo con voz somnolienta. Estaba tumbada en la cama, con las manos bajo la nuca y desnuda.

La ventana estaba abierta, pero velada hasta abajo por la cortina, que no dejaba entrar en la habitación sino una sombra cálida de tienda al sol. París ardía en el fuego de un domingo de agosto. Ningún ruido subía de la calle. La casa también estaba silenciosa, tal vez vacía, con la sola excepción del piso de encima, en el que, seguramente, Aliñe leería en voz alta el periódico para distraer a la señora Chasle y a la pequeña convaleciente, condenada todavía durante algunas semanas a la posición horizontal.

—Tengo hambre —reiteró Rachel, abriendo una rosada boquita de gata.

—El agua todavía no ha empezado a hervir.

—¡Peor para ella! Dame.

Antoine puso una gran rebanada de *cake* en el plato, que vino a dejar en el borde de la cama. Rachel volvió lentamente la parte del cuerpo, sin abandonar la postura yacente y, apoyándose sobre el codo, con la cabeza vuelta, comenzó a comer, cogiendo con dos dedos pedacitos de pastel que dejaba caer en su boca.

—¿Y tú, cariño?

—Yo espero el té —dijo él, dejándose caer sobre los almohadones del sofá.

—¿Cansado?

Antoine sonrió.

La cama era baja y completamente descubierta. La seda rosa de las cortinas cubría el fondo de la alcoba, en la que la desnudez de Rachel, exhibida con orgullo, parecía reposar como una figura alegórica en el hueco de una concha transparente.

—Si fuera pintor... —murmuró Antoine.

—Ya veo que estás cansado —observó Rachel, con una sonrisa rápida—. Cuando te sientes artista, es que estás cansado.

Echó la cabeza hacia atrás, y su rostro se perdió en las sombras, sobre la almohada llameante de los cabellos. Un rayo de luz iluminaba aquel cuerpo nacarado. La pierna derecha, ligeramente flexionada, se hundía con abandono en el colchón; la otra, por el contrario, levantada y doblada por la rodilla, hacía resaltar la curva del muslo y brillar en la luz su rótula de marfil.

—Tengo hambre —gimoteó. Y cuando Antoine se acercó para coger el plato vacío, le enlazó el cuello con sus brazos viriles y atrajo la cara hacia sí.

—¡Oh! Esta barba... —dijo, sin soltarle—. ¿Cuándo nos vas a librar de ella?

Él se levantó, echó una ojeada inquieta hacia el espejo y fue a buscar un segundo

trozo de *cake*.

—Lo que más me gusta de ti es eso —declaró, en tanto que Rachel mordía la rebanada con avidez.

—¿Mi apetito?

—Tu salud. Ese cuerpo, en el que la sangre circula tan bien. ¡Eres un tónico!... Tampoco es malo mi caparazón —añadió, buscando de nuevo el espejo para contemplarse en él: ensanchaba el pecho y levantaba los hombros, sin darse cuenta hasta qué extremo sus miembros resultaban frágiles en relación con el volumen de la cabeza; pensaba siempre que su estructura física tenía la misma apariencia de vigor que la expresión deseada de sus facciones. Esta sensación de fuerza, de plenitud, había aumentado hasta lo increíble desde hacía dos semanas por todo lo que el amor exaltaba en él—. ¿Sabes? —terminó—. Tanto el uno como el otro estamos hechos para vivir un siglo.

—¿Juntos? —murmuró ella, con los ojos semientornados y plenos de ternura. Una idea triste pasó por su mente: el temor de no conservar siempre aquella atracción que sentía hacia él y que la hacía tan dichosa.

Rachel abrió los ojos, acarició sus piernas, paseó las manos todo a lo largo de su carne elástica y afirmó:

—¡Oh! Yo, si no me matan, estoy segura de vivir hasta muy vieja. Mi padre tenía setenta y dos años cuando le perdí y estaba tan fuerte como un hombre de cincuenta. Murió por accidente, a consecuencia de una insolación. Por otra parte, en mi familia todos mueren por muerte violenta. Mi hermano murió ahogado. Y yo también moriré violentamente: de un tiro de pistola. Siempre he estado convencida de ello.

—¿Y tu madre?

—¿Mi madre? Mi madre no ha muerto. Cada vez la encuentro más joven. También es verdad que la vida que hace... —Sin ninguna entonación especial, añadió —: Está enferma en Sainte-Anne.

—¿En el asilo de...?

—¿No te lo había dicho? —Sonrió como para excusarse y prosiguió complaciente —: Hace ya diecisiete años que está allí. Apenas si me acuerdo de ella. Fíjate, ¡a los nueve años! Está contenta; no parece sufrir por nada y canta... En mi familia somos todos muy resistentes... El agua está hirviendo.

Antoine se dirigió precipitadamente hacia el hornillo y, mientras se hacía el té, se inclinó sobre la coqueta, ocultando la barba con una mano y tratando de imaginarse el aspecto de su cara afeitada. No. Esta masa oscura en la parte baja del rostro le gustaba: ¡confería tanta importancia al rectángulo claro de la frente, a la arruga de las cejas, a la mirada! Y, además, temía instintivamente descubrir la boca, como si hubiera sido una confesión comprometedor.

Rachel se sentó sobre la cama para beber el té, encendió un cigarrillo y volvió a echarse.

—Ven a mi lado. ¿Qué estás haciendo ahí?



Alegremente, Antoine se deslizó junto a Rachel y se inclinó sobre su rostro. El perfume de la cabellera suelta subía hacia él en la tibieza de la alcoba; un perfume excitante y dulce a la vez, un perfume persistente, un tanto pegajoso, que sucesivamente buscaba y rehuía, porque después de haberle respirado durante mucho rato permanecía impregnado hasta el fondo de la garganta.

—¿Qué quieres? —dijo ella.

—Te estoy mirando.

—Minou...

Cuando sus labios se separaron, Antoine recobró su postura; miraba con curiosidad los ojos de Rachel.

—¿Qué miras ahora?

—Busco tus pupilas.

—¿Tan difíciles son de encontrar?

—Sí; por culpa de tus pestañas. Forman como una especie de niebla dorada delante de tus ojos. Eso es lo que le da ese aspecto...

—¿Qué aspecto?

—Enigmático.

Rachel se encogió de hombros y dijo:

—Mis pupilas son azules.

—¿Lo crees así?

—Azul plateado.

—En absoluto —dijo él, posando de nuevo sus labios sobre los de Rachel y retirándolos inmediatamente por juego—. Tus pupilas son tan pronto grises como azuladas. Un color mezclado, falta de sinceridad.

—Gracias. —Reía y hacía girar sus ojos de derecha a izquierda.

Antoine, mirándola, pensaba: «Quince días..., y me parece que hace ya meses. Y sin embargo, no hubiera podido decir el color de sus ojos. Y de su vida, ¿qué es lo que conozco? ¡Veintiséis años vividos sin mí, en un mundo tan diferente del mío! Vividos: es decir, llenos de cosas, de experiencias. De cosas misteriosas, por otra parte, y que comienzo a descubrir poco a poco.» No se confesaba a sí mismo el placer que experimentaba con aquellos descubrimientos. Y aún menos se lo dejaba entrever a ella; nunca la preguntaba nada. Pero ella hablaba de buena gana. Él escuchaba, reflexionaba, relacionaba detalles, fechas; trataba de comprender, asombrándose de todo; asombrándose continuamente y haciendo todo lo posible por no demostrarlo. ¿Por disimulo? No. Sino porque desde hacía mucho tiempo su actitud ante los demás era la de saberlo todo. No había aprendido a preguntar sino a sus enfermos. La curiosidad y la sorpresa se encontraban entre los sentimientos que su orgullo le habían acostumbrado a disimular bajo una apariencia de conocimiento.

—Hoy me miras como si no me conocieras —dijo Rachel—. ¡Ya basta; déjalo de una vez!

Se impacientaba. Había cerrado los ojos para sustraerse a esta investigación. Él

quiso levantar los párpados con los dedos.

—No; ya se ha terminado; no quiero dejarte que me sigas mirando a los ojos — declaró, doblando el brazo desnudo sobre los ojos.

—¿Es entonces que quieres ocultarme algo, pequeña esfinge? —Besó el hermoso brazo reluciente, desde el hombro hasta la muñeca.

«¿Es que anda con tapujos? —se preguntó—. No... Cierta reserva, tal vez; pero nada de tapujos. Al contrario, le gusta contar cosas. Incluso cada día va estando más locuaz... Porque me quiere —pensó, satisfecho—. ¡Porque me quiere!»

Rachel le pasó el brazo por el cuello, le atrajo una vez más contra su cara y luego, repentinamente, empezó a hablar en un tono formal:

—Es verdad, ¿sabes? No se imagina una en absoluto todo lo que se puede dejar ver nada más que en una mirada. —Se calló. Antoine oyó en el fondo de su garganta aquella risita silenciosa que se le escapaba tan a menudo cuando evocaba el pasado —. Mira; me acuerdo una vez que por una mirada, por una simple mirada, descubrí el secreto de un hombre con el que vivía desde hacía meses. En la mesa. En un restaurante de Burdeos. Estábamos uno enfrente del otro. Hablábamos. Nuestros ojos iban y venían desde nuestros platos a nuestras caras, o bien recorrían rápidamente la sala. De repente, nunca se me olvidará, sorprendí en menos de un segundo su mirada que se fijaba detrás de mí, con una expresión... tan fuerte que me volví inmediatamente, a pesar mío, para mirar...

—¿Y qué?

—Pues ya lo ves; por eso te digo —prosiguió ella en otro tono— que hay que desconfiar de las miradas.

Antoine estuvo a punto de insistir: «¿Y ese secreto?» No se atrevió. Tenía un temor extremado a parecer ingenuo aventurando preguntas ociosas; dos o tres veces ya se había atrevido a solicitar una explicación de este género, y Rachel le había mirado sorprendida, divertida, riéndose con un airecillo burlón que le había humillado profundamente.

Por consiguiente, se calló. Fue ella la que prosiguió:

—Estas viejas historias me ponen triste... Bésame. Otra vez. Así está mejor. — Pero no había terminado de pensar en ello, puesto que añadió—: Por otra parte, cuando digo «su secreto», debiera decir «uno de sus» secretos. Con aquel individuo nunca se podría descubrir todo.

Y para escapar a sus recuerdos, tal vez también a la interrogación muda de Antoine, se dio la vuelta por completo con un movimiento tan lento, tan ondulante, que su cuerpo parecía formado de anillas.

—¡Qué ágil eres! —dijo él, acariciándola igual que se halaga a un pura sangre.

—¿De verdad? ¿Sabes que he dado clase durante diez años en la Opera?

—¿Tú? ¿En París?

—Sí, señor. E incluso era primera bailarina cuando lo dejé.

—¿Hace mucho tiempo?

—Seis años.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Las piernas. —Su rostro se oscureció un instante—. Después, estuve a punto de hacerme amazona —prosiguió, casi en seguida—. En un circo. ¿Te extraña?

—No —afirmó Antoine sin vacilar—. ¿En qué circo?

—¡Oh!, no fue en Francia, sino en un gran espectáculo internacional que Hirsch paseaba entonces por el mundo. Hirsch, el amigo ése de quien te he hablado; ése que está en el Sudán egipcio. Quería sacar partido de mis aptitudes; ¡pero no di resultado! —Mientras hablaba se entretenía en doblar y estirar las piernas alternativamente, con una destreza consumada de profesora de gimnasia—. Una idea que se le ocurrió —prosiguió—, porque me había visto hacer algo de volteo, tiempo atrás, en Neuilly. Yo lo adoraba. Teníamos unos caballos soberbios y nos aprovechábamos.

—¿Vivíais en Neuilly?

—Yo no. Él, sí. Era propietario del picadero de Neuilly en aquella época. Siempre ha sentido pasión por los caballos. A mí me pasa lo mismo. ¿Y a ti?

—Monto un poco —dijo Antoine incorporándose—; pero me han faltado ocasiones y tiempo.

—Yo ocasiones he tenido muchas. ¡Muchas! ¡Una vez estuvimos veintidós días seguidos a caballo!

—¿Dónde fue?

—En pleno desierto; en Marruecos.

—¿Has estado en Marruecos?

—Dos veces. Hirsch vendía viejos fusiles Gras a las harcas del Sur. Una verdadera expedición. Un día nuestro aduar fue atacado encarnizadamente. Se combatió día y noche... No; una noche entera, sin ver nada; era espantoso, y toda la mañana del día siguiente. Es raro que ataquen por la noche. Nos mataron diecisiete portadores e hirieron a más de treinta. Yo me tumbaba entre las cajas a cada descarga. Pero, a pesar de todo, resulté herida.

—¿Herida?

—Sí —contestó ella riéndose—. Una nadería, una rozadura. —Señalaba bajo las costillas, en la curva de la cintura, una cicatriz sedosa.

—¿Por qué me dijiste que era de una caída de un coche? —preguntó Antoine, que no sonreía.

—¡Oh! —contestó, encogiéndose de hombros—, era nuestro primer día. Hubieras creído que quería hacerme la interesante.

Quedaron silenciosos.

«¿Entonces es capaz de mentirme?», se dijo Antoine.

Los ojos de Rachel se pusieron ensoñadores y luego brillaron de nuevo, pero con un relámpago de odio que se apagó en seguida:

—Se creía entonces que yo le iba a seguir a todas partes y para siempre. Se equivocaba.

Antoine experimentaba una satisfacción turbadora cada vez que ella lanzaba hacia su pasado aquellas miradas de odio. Sentía deseos de decirla: «Quédate conmigo. Para siempre.» Puso la mejilla sobre la cicatriz y la dejó reposar allí durante algunos momentos. Su oído, profesional aun a su pesar, seguía en el fondo del pecho sonoro el suave vaivén vesicular y distinguía, lejano, pero claro, el tic-tac generoso del corazón. Sus narices palpitaron. En el calor de la cama todo el cuerpo de Rachel exhalaba el mismo perfume que su cabellera, pero más discreto y como suavizado: un perfume enervante y dulzón con cierto picante; un tufillo a sudor que hacía pensar en los aromas más dispares: en la mantequilla, en la hoja del nogal, en la madera de pino, en los helados de vainilla; menos un olor en sí que un efluvio, o incluso que un sabor; porque dejaba en los labios un cierto regustillo de especias.

—No me hables más de todo eso —continuó Rachel— y dame un cigarrillo... No; de esos nuevos que están en la mesita... Me los hace una amiga; tienen un poco de té verde mezclado con el *maryland*. Hace recordar el fuego de hojas, la acampada al aire libre, un no sé qué, el otoño y la caza; es como ese perfume de la pólvora, cuando se ha disparado bajo los árboles y el humo se disipa mal entre la niebla, ¿comprendes?

Antoine se acostó de nuevo junto a ella, en las espirales del tabaco. Sus manos acariciaban el vientre de Rachel, terso y de una blancura casi fosforescente, apenas rosado: un vientre amplio, como un pilón labrado en la piedra. A causa de sus viajes, sin duda, había conservado la costumbre de los ungüentos orientales, y esta carne de mujer conservaba la frescura y la nitidez impúber de un infante.

—*Umbilicus sicut crater eburneus* —murmuró Antoine, citando de memoria y bien que mal un pasaje de aquel *Cantar de los cantares* que tanto le había conmovido a los dieciséis años—. *Ventur tuus sicut... esto... sicut cupa!*

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Rachel, incorporándose a medias—. Espera, déjame que lo adivine. *Culpa*, lo sé: *mea culpa*; eso quiere decir falta, pecado. ¿*Eh? ¿Tu vientre es un pecado?*

Antoine rompió a reír. Desde que vivía junto a ella no reprimía ya su alegría.

—No: *cupa... Tu vientre es semejante a una copa* —rectificó, apoyando la cabeza en el costado de Rachel. Prosiguió con sus citas aproximadas—: *Quam pulchrae sunt mammae tuae, soror mea!* ¡Qué bellos son tus senos, oh hermana mía, *Sicut duo* (no sé qué más) *jemelli qui pascuntur in liliis!* ¡Como dos cabritillos ramoneando entre los lirios!

Rachel los levantó con cariño, uno después de otro, y los contempló con una sonrisa de ternura, como si fueran una pareja de animalillos fieles.

—Son muy raros los pezones de color rosa tan marcado, rosa como los capullos del manzano —afirmó con la mayor seriedad—. Tú, que eres médico, has tenido que fijarte.

Antoine respondió:

—Efectivamente; así es. Una epidermis sin granulación pigmentaria. Blanco, todo

blanco, y luego unas sombras rosadas. —Cerrando los ojos se acercó a ella lo más posible—. ¡Qué hombros!... —continuó, con voz somnolienta—. Me horrorizan los hombros frágiles de las obrerillas.

—¿De verdad?

—Estas curvas opulentas... Estas hermosas y firmes articulaciones... Esta carne como de jabón... Me gusta. No te muevas. Estoy bien.

Repentinamente, le asaltó un recuerdo bastante desagradable.

«Carne como de jabón...» Pocos días después del accidente de Dédette, hizo una tarde el viaje de regreso desde Maisons en compañía de Daniel. Estaban solos en el compartimiento, y Antoine, que no podía pensar más que en Rachel, cediendo también al placer de poder contar por fin una aventura a este experto, no había podido contenerse de hacer durante el trayecto un relato a Daniel de la trágica velada: la operación *in extremis*, la espera ansiosa a la cabecera de la pequeña; luego, su deseo repentino de la guapa joven rubia dormida en el diván junto a él; y había utilizado las mismas expresiones: «curvas opulentas... carne como de jabón...» pero no se había atrevido a contar el desenlace y, al llegar al momento en que, bajando al amanecer por la escalera de los Chasle, había encontrado abierta la puerta de Rachel, había añadido, menos por discreción que por una estúpida preocupación de dar al muchacho una prueba de su fuerza de voluntad: «¿Me esperaba? ¿Debía aprovecharme de las circunstancias?... Conseguí dominarme; hice como que no me daba cuenta y pasé de largo. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?» Entonces, Daniel, que hasta entonces le escuchaba en silencio, le había mirado cara a cara y respondido esto: «Hubiera hecho exactamente igual que tú, ¡mentiroso!»

A Antoine le resonaba todavía en los oídos el tono de la voz de Daniel: burlón, escéptico y ofensivo, pero en el que quedaba la simpatía imprescindible para que fuera imposible tomarlo a mal. Y aquel recuerdo le seguía hiriendo en lo más vivo. Mentiroso... Era cierto que, algunas veces, se le daba el caso de mentir o, más exactamente, de haber mentido.

«Curvas opulentas...», pensaba entretanto Rachel.

—Tal vez termine por convertirme en una señora gorda —dijo—; las judías, ya sabes... Pero mi madre no lo era, y yo sólo soy judía a medias. ¡Si me hubieras conocido hace dieciséis años, cuando entré en la clase de preparatoria! Una auténtica ratita rubia...

Antes de que pudiera impedírselo, Rachel saltó de la cama.

—¿Qué te pasa?

—Una idea.

—Pues podías avisar.

—Es mejor no hacerlo —dijo ella, echándose a reír y esquivando el brazo extendido.

—Loulou... ¡Ven a dormir! —murmuró Antoine con voz suplicante.

—Se terminó la cama. A ponerse la gualdrapa —dijo ella, al tiempo que se ponía

la bata.

Corrió hacia su escritorio, lo abrió, cogió un cajón lleno de fotografías y vino a sentarse en el borde de la cama, con el cajón sobre las rodillas.

—Siento verdadero entusiasmo por las viejas fotografías. Muy a menudo, por la noche, cojo el montón, me acuesto, y, durante horas y horas, voy pasando fotografías y pensando... Ponte a gusto... Toma, mira. ¿No te aburre?

Antoine, colocado detrás de ella, se incorporó, intrigado, y se recostó cómodamente sobre un codo. Veía de perfil la cara de Rachel inclinada sobre las fotografías: un rostro juicioso, en el que las pestañas, abatidas sobre la mejilla, bordaban con un trazo de goma el ojal alargado del ojo. La cabellera, recogida apresuradamente y que él distinguía a contraluz, parecía un casco de madejas de seda pajiza, casi anaranjada; pero cuando Rachel movía la cabeza, en las sienes y en la nuca parecía que crepitan chispas.

—Esta es la que yo estaba buscando. ¿Ves esta pequeña bailarina? Pues soy yo. Incluso aquel día debí ganarme una regañina por arrugar los volantes de mi tonelete, aplastándolos así contra la pared. ¿No crees? Mira ese pelo sobre los hombros, esos codos puntiagudos y ese corpiño liso, apenas abultado. ¿No tenía un aspecto muy alegre, eh? Y mira aquí, entonces ya estaba en tercero: las pantorrillas iban mejorando. Esta es la clase. ¿Me ves en la barra? ¿Has sido capaz de encontrarme? Sí; esta es.

Y esta otra es Louise. ¿No te había dicho nada? Pues es la famosa Phytie Bella, que fue compañera mía de clase, y que en aquella época se llama pura y simplemente Louise. Incluso Louison. Las plazas eran muy disputadas. Tal vez también yo sería ahora primera estrella sin mi flebitis... Toma, ¿quieres ver a Hirsch? ¿Qué, te interesa? Ahí le tienes. ¿Cómo le encuentras? ¿A que no le creías tan mayor? Pero te aseguro que lleva los cincuenta magníficamente. ¡Qué hombre tan horrible! Fíjate en el cuello, en ese cogote enorme, asentado sobre los hombros; cuando vuelve la cabeza, todo el resto del cuerpo gira con ella. Cuando se le ve, al primer vistazo, parece no sé qué: un traficante, un entrenador. ¿Verdad? Su hija le decía siempre: «*Milord*, tienes toda la pinta de un traficante de esclavos.» Esto le hacía reír, con aquellas carcajadas solapadas, tan suyas. Fíjate en la cabeza, en la nariz larga y altiva, en la mueca de la boca. Es feo, pero eso no tiene la menor importancia. ¡Y los ojos! Aún parecería más brutal si no tuviera unos ojos así; no sé cómo expresarme... Parece muy seguro de sí mismo, dispuesto a todo, violento, ¿verdad? ¿Violento y sensual? ¡Ya lo creo que ama la vida! Hago bien en detestarle; se sienten deseos de decir de él, como de algunos perros, ya sabes: «es bonito a fuerza de ser feo». ¿No opinas lo mismo?... Mira: ¡papá! Papá rodeado de sus obreros. Siempre estaba así: en mangas de camisa, con la barbilla blanca y las tijeras colgando. Te hacía un traje con cuatro trapos y tres alfileres. Esta foto está hecha en su taller. ¿Yes, al fondo, los maniqués cubiertos con fundas, y los figurines que cuelgan de las paredes? Había llegado a convertirse en el sastre de la Opera y ya no trabajaba para nadie más. Pero

todavía puedes preguntarle a cualquiera de los que trabajan en la Opera acerca del concepto que se tenía del viejo Göpfert. Cuando hubo que encerrar a mi madre y se quedó solo conmigo, el pobre viejo creyó que yo trabajaría con él; que podría dejarme su negocio. Este proporcionaba mucho dinero. La prueba está en que puedo vivir sin hacer nada. Pero ya puedes hacerte una idea de lo que podía representar para una mocosa que siempre veía el taller lleno de actrices. Yo sólo tenía una ambición: ser bailarina. Me dejó hacer mi voluntad, e incluso él mismo me puso al cuidado de la vieja Staub. Y cuando vio que prosperaba, se puso muy contento. Me hablaba muchas veces de mi porvenir. ¡Si el pobre viejo me viera ahora, convertida en una persona vulgar! Lloré mucho cuando tuve que abandonarlo todo. Las mujeres, por regla general, carecen de ambición y se limitan a vivir. Pero en el teatro es distinto; se aferra una a todo para llegar, se lucha desesperadamente y muy pronto llega a gustar esta lucha; tanto, por lo menos, como el éxito. Por tanto, resulta espantoso cuando hay que renunciar, vivir como todo el mundo, ¡no tener un porvenir delante de sí!... Mira: esas son fotos de viajes, todas revueltas. Esta es una comida que hicimos, ya no me acuerdo dónde, en los Cárpatos. Hirsch había ido a cazar. Ya ves que se había dejado unos bigotes muy largos, que le hacían parecer un sultán. El príncipe le llamaba siempre Mahmoud. ¿Ves ese individuo moreno que está detrás de mí? Es el príncipe Pierre, que ha sido más tarde rey de Servia. Me había regalado esos dos conejos blancos que están tumbados en primer plano: tumbados, como tú, exactamente igual que tú... ¿Y éste que se está riendo, no le encuentras ningún parecido conmigo? Mírale bien. Sin embargo es mi hermano; sí, mi hermano. Era moreno, como papá, mientras que yo soy rubia como mi madre... ¡Bueno, de un rubio encendido, para no mentir! ¡Qué tonto eres! Pelirroja, si te parece mejor. Pero, moralmente, yo me parecía a papá y mi hermano había salido a mi madre. Toma, en esta otra se le ve mejor... De mi madre no tengo ninguna foto, nada; papá lo rompió todo. Nunca me hablaba de ella y nunca me llevó a Sainte-Anne. Sin embargo, él iba dos veces por semana, y esto durante nueve años, sin faltar nunca. Los enfermeros me lo han contado después. Se sentaba delante de mi madre y se estaba con ella una hora, y a veces más. Para nada, puesto que ella no le reconocía; ni a él ni a nadie. Pero la adoraba. Era mucho más viejo que ella. Nunca consiguió sobreponerse a todas aquellas cosas. Recuerdo perfectamente el día que vinieron a buscar a papá al taller, porque mamá había sido detenida. Sí; en el Louvre<sup>[13]</sup>. Había robado algunas cosillas de una anaquelaría. ¡Fíjate, la señora de Göpfert, el sastre de la Opera! Encontraron en su manguito calcetines de hombre y un jersey de niño. La pusieron en libertad inmediatamente y dijeron que era cleptómana. ¿Tú sabrás bien lo que es eso, verdad? Era su enfermedad que empezaba... Pues mi hermano tenía muchas cosas de ella. Hubo unos asuntos horribles, asuntos de bancos. Hirsch se mezcló en ellos. Pero hubiera llegado a terminar como ella, un día u otro, sin su accidente... ¡No; ésa déjala! ¡Déjala, te digo! Ya te estoy diciendo que no soy yo... Es... una ahijadita. Una ahijadita que se murió... Mira ésta, mejor. Es... en el puerto... de Tánger... No;

no hagas caso, Minou; ya se ha terminado, ya estás viendo que ya no lloro... La llanura de Boubana: el campamento de la mehala de Si Guebbas. Y ésta soy yo, junto al morabito de Sidi-Bel-Abbès. ¿Ves Marrakech, al fondo?... Toma, ésta es al lado de Missoum-Missoum, o tal vez de Dongo, ya no me acuerdo. Estos son dos jefes Dzems. Me costó mucho trabajo hacerles la foto. Antropófagos. Sí, sí, todavía los hay... Y ésta es horrible. ¿No ves nada? Pues sí; ahí, ese montoncito de piedras. ¿Lo ves ahora? Pues ahí debajo hay una mujer. ¡Lapidada! Es horrible. Figúrate; una buena mujer a la que su marido ha abandonado, sin razón, durante tres años. Había desaparecido. Ella le creyó muerto y volvió a casarse. Y dos años después de este matrimonio, volvió el marido. En esas tribus la bigamia es un crimen inaudito. Entonces, la lapidaron... Hirsch me obligó a venir desde Méched, exclusivamente para que lo viera; pero me escapé como alma que lleva el diablo hasta situarme a quinientos metros. Había visto a la mujer atada en el poblado, la mañana del suplicio, lo que había bastado para ponerme enferma. Hirsch se fijó en todo; hubiera querido estar en primera fila... Escucha: parece ser que habían cavado un hoyo, una fosa muy profunda. Y luego llevaron a la mujer. Y ella misma se metió en la fosa, por su propia voluntad, sin decir ni una sola palabra. ¿Increíble, verdad? Ella no decía nada, pero la muchedumbre aullaba; les oí gritar la muerte, a pesar de que me hallaba distanciada. Fue su gran sacerdote el que comenzó. Para empezar, leyó la sentencia, y luego, el primero, cogió un pedrusco enorme y lo lanzó con todas sus fuerzas dentro del hoyo. Hirsch me dijo que la mujer no había gritado. Pero aquello excitó a las turbas. Había montones de piedras, preparadas de antemano, y todos escogían en ellos y luego lanzaban los pedruscos a la fosa. Hirsch me juró que él no había participado. Cuando el hoyo estuvo lleno (incluso con colmo, según puedes ver) lo apisonaron entre grandes gritos y luego todos se marcharon. Entonces, Hirsch me obligó a acercarme para que hiciera esta fotografía, puesto que era yo quien tenía la máquina. Tuve que hacerlo... Fíjate; nada más que de pensar en ello y me late el corazón. La mujer estaba allí debajo... Probablemente muerta... ¡No! ¡Esa no!

Antoine, que adelantaba la cabeza sobre el hombro de Rachel, apenas si tuvo tiempo de ver un revoltijo de miembros desnudos. Rachel le había aplicado bruscamente la mano sobre los ojos; y el calor de aquella palma sobre sus párpados le recordó, un poco menos convulso pero exactamente igual, el gesto que ella hacía en el momento supremo del placer para impedir a su amante la contemplación de su rostro desencajado.

Trató de defenderse, jugueteando; pero Rachel se había levantado de un salto, apretando contra la bata unas cuantas fotografías empaquetadas juntas.

Corrió a su escritorio y, entre risas, guardó el paquete en un cajón que cerró con llave...

—En primer lugar —dijo—, no son mías. No tengo derecho a disponer de ellas.

—¿De quién son?

—De Hirsch.



Volvió a sentarse al lado de Antoine.

—¿Vas a ser bueno ahora? ¿Me lo prometes? Vamos a seguir. ¿No te aburres?... Toma: ésa es otra expedición... Una expedición en burro a Saint-Cloud. Fíjate, ya se empezaban a llevar mangas japonesas. ¡Qué elegante era mi vestidillo!...

## X

«ME miento sin cesar —pensaba la señora de Fontanin—. Si fuera sincera conmigo misma, no esperarí nada.»

De pie, junto a una de las ventanas del salón, seguía con los ojos, sin levantar el visillo de tul, las idas y venidas por el jardín de Jérôme, Daniel y Jenny.

«¡Hasta qué punto pueden las personas más íntegras vivir en la mentira!», se dijo. Pero en la misma forma que muchas veces la ocurría no poder contener una sonrisa, la sucedía también que no podía evitar aquella ola de felicidad que la invadía a veces.

Se apartó de la ventana y se dirigió a la terraza. Era esa hora en que los ojos se fatigan al querer distinguir los contornos; el cielo estaba violáceo y se distinguían ya en él algunas pálidas estrellas. La señora de Fontanin se sentó. Su mirada vagó durante un instante por aquel horizonte familiar. Suspiró. Sabía perfectamente que Jérôme no seguiría viviendo con ella, como estaba haciendo desde hacía dos semanas; sabía perfectamente que este hogar rehecho sería, una vez más, efímero. ¿Acaso no encontraba, con un placer mezclado de temor, que la actitud de Jérôme hacia ella, su ternura respetuosa, seguían siendo las mismas? ¿No era esto una prueba de que no había cambiado y de que se iría muy pronto, como siempre había hecho? Ya no era el Jérôme envejecido, postrado, que había recogido en Holanda y que se aferraba a ella como un náufrago. A pesar de la cara de niño castigado que ponía cuando estaba a solas con ella, a pesar de los suspiros dignos y resignados que dejaba escapar cuando se acordaba de su pena, ya había sacado de la maleta trajes de verano y adquirido, a pesar suyo, un semblante rejuvenecido. Aquella misma mañana, cuando ella le había dicho antes de comer: «Vé al club a buscar a Jenny, así te pasearás un poco», había fingido ceder con indiferencia a su consejo; pero se había levantado sin hacerse rogar y, poco después, le había visto salir con paso rápido, con un pantalón blanco de franela y una americana clara; incluso le había sorprendido, cogiendo, de paso, una ramita de jazmín para el ojal.

En aquel momento, Daniel se dio cuenta de que su madre estaba sola y vino a reunirse con ella. Desde el regreso de su esposo, la señora de Fontanin se sentía un poco avergonzada delante de su hijo. Daniel no había dejado de observarlo; por consiguiente, multiplicaba sus visitas a Maisons y se esforzaba por mostrarse más atento que nunca, deseando con ello hacerla comprender que adivinaba muchas cosas y no desaprobaba nada.

Se sentó en un sillón de lona, muy bajo, un sillón que le gustaba mucho; sonrió a su madre y encendió un cigarrillo. (¡Qué iguales eran sus manos y sus gestos a los de su padre!)

—¿No te vas esta noche, hijo?

—Sí, mamá. Tengo una cita mañana, muy temprano.

Se puso a hablar de su trabajo, lo que hacía muy raras veces: preparaba para la

apertura de curso un número de *La educación estética*, consagrado a las escuelas de pintura europea más modernas, y la elección de las numerosas reproducciones que habían de ilustrar el texto le resultaba sumamente agradable. Luego decayó la conversación.

El silencio estaba lleno de los murmullos de la noche, que dominaba bajo la terraza el canto de los grillos en el foso del bosque; en determinados momentos, el airecillo que pasaba por entre los abetos, haciendo agitarse sobre la arena las hojillas fibrosas y las cortezas de los plátanos, traía un regustillo de perfumes cálidos. Un murciélago, con su precipitado batir de alas, vino a rozar el pelo de la señora de Fontanin; ésta no pudo contener un grito.

—¿Estarás aquí el domingo? —preguntó.

—Sí; vendré mañana, para dos días.

—Deberías invitar a comer a tu amigo... Precisamente me lo encontré ayer en el pueblo. —Un poco porque lo pensaba realmente y otro poco por atribuir a Jacques las cualidades que creía encontrar en Antoine, así como también para agradar a Daniel, añadió—: ¡Qué forma de ser tan sincera y generosa! Hicimos juntos una buena parte del camino.

El semblante de Daniel se oscureció. Recordó la extraña excitación de Jenny la noche de su paseo por el bosque con Jacques.

«Pobre alma, desequilibrada y mal orientada —pensó apenado—; demasiado madurada por la soledad, por las lecturas y las reflexiones... ¡Y tan ignorante de la vida! ¿Qué puedo hacer yo? Ahora desconfía un poco de mí. Si al menos tuviera buena salud: ¡pero esos nervios de niña! ¡Y ese romanticismo exagerado! ¡Esa necesidad de creerse incomprendido; esa terquedad en no explicarse! ¡Un orgullo silencioso que lo envenena todo! A no ser que se trate de las reliquias de la adolescencia.»

Cambió de sitio y vino a sentarse más cerca de su madre; para tranquilidad de su conciencia preguntó:

—Dime, mamá: ¿no has observado nada raro en la actitud de Jacques hacia ti? ¿Hacia Jenny?

—¿Hacia Jenny? —repitió la señora de Fontanin. Estas dos palabras, pronunciadas por Daniel, hicieron cristalizar en ella repentinamente una inquietud secreta. ¿Una inquietud? Menos que eso; tal vez una de esas impresiones fugaces cuyo mensaje había sido captado por su extraordinaria sensibilidad, pero sin lograr traducirlo. Entonces, la angustia se apoderó de ella; un impulso de fervor elevó su corazón hacia el Espíritu: «¡No nos abandones!», oró.

Los paseantes volvían.

—¿No te pones nada, Amie? —exclamó Jérôme—. Ten cuidado; esa noche hace mucho menos calor que los días anteriores.

Entró en el vestíbulo y volvió con un chal, con el que cubrió los hombros de su esposa. Luego, advirtiendo que Jenny arrastraba sobre la arena la tumbona de

mimbre, en la que tenía orden de reposar después de las comidas y que había quedado abandonada bajo los plátanos, se apresuró a ir en su ayuda.

Le había costado mucho trabajo domesticar aquel pájaro silvestre. Durante toda su infancia, Jenny había vivido tan unida a su madre que había sufrido la repercusión de los sufrimientos maternos y, desde muy joven, había juzgado a su padre sin la menor indulgencia. Pero Jérôme, contento de haber encontrado una Jenny transformada, casi una mujer, había multiplicado las atenciones y desplegado con ella todas sus seducciones, con tanta habilidad y discreción a la vez, que la joven no había permanecido insensible. Hoy, por fin, el padre y la hija habían hablado sin prevención, como dos amigos, y Jérôme todavía estaba emocionado.

—Tus rosas huelen muy bien esta noche, Amie —declaró, abandonándose al vaivén de una mecedora—; las *Gloire de Dijon* del palomar son una sola flor.

Daniel se había levantado.

—Ya es la hora —dijo, acercándose a su madre y besándola en la frente.

Ella cogió con ambas manos el rostro del hijo, le contempló de cerca durante un instante y murmuró:

—¡Mi hijito grande!

—Te voy a acompañar hasta la estación —propuso Jérôme. Su paseo de por la mañana le incitaba a evadirse un poco de este jardín en el que había vivido enclaustrado durante dos semanas—. ¿Tú no vienes, Jenny?

—Me quedo con mamá.

—Dame un cigarrillo —dijo Jérôme, cogiendo del brazo a Daniel. (Desde su regreso, no queriendo salir para comprar tabaco, había dejado de fumar.)

La señora de Fontanin acompañó con la mirada a los dos hombres que se iban alejando. Oyó la voz de Jérôme que preguntaba:

—¿Crees que encontraré tabaco egipcio en la estación? —Luego desaparecieron por entre los abetos.

Jérôme oprimía contra sí el brazo de este bello adolescente que era su hijo. ¡Qué atracción ejercía sobre él la juventud! ¡Y qué atracción emponzoñada de pesadumbre! Este era su sufrimiento desde que estaba en Maisons: la contemplación de Jenny despertaba en él, en todo momento, la nostalgia de su propia juventud. ¡Cómo había sufrido aquella misma mañana, en el campo de tenis! Todos aquellos muchachos y muchachas de mirada luminosa, despeinados por el ejercicio, con el cuello abierto y las ropas en desorden, sin que nada pudiera alterar el encanto triunfante de su juventud; todos aquellos cuerpos jóvenes, bañados de sol y cuya misma transpiración, incluso, era fresca y exhalaba un perfume de salud. ¡Ah! ¡Durante los diez minutos que había pasado allí, qué cruelmente había podido medir la descalificación de la edad! ¡Cómo había sentido la vergüenza y el horror de esta lucha cotidiana que tenía que llevar a cabo contra sí mismo, contra los achaques, la suciedad y el olor de la vejez! ¡Contra todos los signos precursores de esa descomposición final que ya había comenzado en él! Y, comparando su paso forzado, su respiración acelerada, sus

esfuerzos para estar todavía despejado, con los pasos elásticos de su hijo, soltó bruscamente el brazo de éste y no pudo reprimir un grito de envidia:

—¡Cuánto daría por tener tus veinte años, hijo mío!

La señora de Fontanin no había protestado cuando Jenny declaró que quería hacerla compañía.

—Pareces estar cansada, hija mía —la dijo, cuando estuvieron solas—. ¿No quieres subir a acostarte?

—¡Bah! —dijo Jenny—. Ya son bastante largas las noches de por sí.

—¿No duermes bien ahora?

—No muy bien.

—¿Y por qué, hija mía?

El acento que la señora de Fontanin había puesto en estas palabras hacía rebasar su sentido ordinario. Jenny, sorprendida, miró a su madre e instantáneamente comprendió que ésta tenía una reserva mental y deseaba una explicación. Instintivamente decidió evitarla; no es que fuera disimulada por naturaleza, pero no se confiaba cuando se la incitaba a hacerlo.

La señora de Fontanin era poco hábil para sonsacar; se había vuelto hacia su hija y la miraba francamente a la luz del crepúsculo, esperando que la ternura de su mirada haría ceder el retraimiento de Jenny que tanta distancia ponía entre ellas.

—Puesto que esta noche estamos solas —continuó con una ligera insistencia, que parecía implorar el perdón de la niña por la perturbación que el regreso del padre había introducido en su intimidad— hay una cosa de la que quisiera hablarte, hija... Se trata de ese Thibault, al que me encontré ayer... —Se detuvo; había ido derecha hasta el mismo umbral de su idea y no sabía cómo proseguir; pero el afecto de su postura inclinada prolongaba su frase y precisaba la interrogación.

Jenny no contestó. La señora de Fontanin, irguiendo el busto poco a poco, se puso a contemplar el jardín, que iba siendo invadido por la noche.

Transcurrieron cinco minutos.

El viento refrescaba. La señora de Fontanin creyó observar que Jenny había temblado.

—Vas a coger frío —dijo—. Volvamos a casa.

Su voz había recobrado el tono habitual. Había reflexionado: ¿para qué insistir? Se sentía dichosa por haber hablado, segura de haber sido comprendida, y confiaba en el porvenir.

Ambas se levantaron, atravesaron el vestíbulo sin añadir una palabra más y alcanzaron la escalera donde la oscuridad era casi completa. La señora de Fontanin, que subía en primer lugar, se detuvo en el rellano, delante de la puerta de Jenny, para besar a su hija como todas las noches. Aunque no distinguía el rostro de la muchacha, sintió en el beso todo la rebeldía de aquel cuerpo contraído y durante un minuto retuvo contra su mejilla la de la niña; gesto de compasión que provocó en Jenny un

movimiento de oposición. La señora de Fontanin se separó con dulzura y prosiguió su camino hacia su alcoba. No obstante, se dio cuenta de que Jenny la seguía en lugar de abrir la puerta para entrar en la suya; y en aquel mismo momento la oyó exclamar, de un tirón y en tono excitado:

—¡No tienes sino que mostrarte más fría con él, si te parece que viene demasiado a menudo!

—¿Quién? —dijo la señora de Fontanin, volviéndose—. ¿Jacques? ¿Demasiado a menudo? ¡Pero si hace más de quince días que no le veo por aquí!

(Efectivamente, habiéndose enterado por Daniel de la llegada del señor de Fontanin y del trastorno que había provocado en la vida de su familia, Jacques no había querido, por discreción, aparecer por allí.) Por otra parte, como Jenny iba con mucha menos regularidad por el club, evitaba a Jacques lo más posible y esperaba casi siempre a que él estuviera jugando para marcharse sin casi haberle hablado; los dos jóvenes se habían visto muy poco desde hacía una quincena.

Jenny entró deliberadamente en la alcoba de su madre, cerró la puerta tras sí y permaneció de pie, muda y en actitud resuelta.

La señora de Fontanin se sintió verdaderamente compadecida y procuró facilitar la confidencia:

—Te aseguro, hija mía, que no acabo de comprender lo que quieres decir.

—¿Por qué ha traído Daniel a casa a esos Thibault? —articuló Jenny con exaltación—. ¡Todo esto no hubiera sucedido sin la incomprensible amistad de Daniel con esos individuos!

—¿Y qué es lo que ha sucedido, cariño mío? —preguntó la señora de Fontanin, cuyo corazón latía más apresuradamente.

Jenny se irritó:

—¡No ha sucedido nada; no es eso lo que quiero decir! Pero si Daniel y tú, mamá, no hubierais traído a casa a esos Thibault, yo no..., yo... —Su voz se quebró de repente.

La señora de Fontanin reunió todo su valor:

—Vamos, cariño, explícame. ¿Es que crees haber observado en..., un..., un sentimiento especial?

Jenny ni siquiera había esperado a que terminara la pregunta para afirmar con la cabeza. Volvió a ver el jardín iluminado por la luna; la puertecilla; su silueta recortándose sobre la pared; el gesto ultrajante de Jacques; pero había decidido callar el recuerdo de aquel momento terrible que todavía la obsesionaba noche y día, como si al conservarlo, así, encerrado en su corazón, se hubiera reservado la libertad de considerarlo como un motivo de horror o simplemente de emoción.

La señora de Fontanin comprendía que era un momento decisivo y no quería dejar que Jenny se encerrara de nuevo en su silencio. La pobre mujer se apoyaba con un brazo tembloroso en la mesa que tenía detrás y se inclinaba por entero hacia Jenny, cuyo semblante apenas veía, débilmente iluminado por la luz que entraba a través de

la ventana abierta.

—Cariño —prosiguió—, eso no tendría la menor importancia, a no ser que por tu parte..., que tú también...

Esta vez la contestación fue un gesto negativo, repetido varias veces con obstinación; y la señora de Fontanin, liberada de una angustia atroz, suspiró.

—¡Siempre he aborrecido a esos Thibault! —exclamó Jenny súbitamente, con una voz que su madre no la conocía—. El mayor es una especie de animal vanidoso, y el otro...

—Eso no es verdad —interrumpió la señora de Fontanin, cuyo rostro se sonrojó en la oscuridad.

—... y el otro siempre ha sido el demonio malo de Daniel —continuó Jenny, utilizando de nuevo una antigua ofensa, cuya injusticia notoria ella misma había comprendido hacía ya mucho tiempo—. ¡No les defiendas, mamá! No puedes quererlos: son demasiado distintos de ti. Te lo aseguro, mamá; no me engañó: no son como nosotros. Son... No sé... Incluso cuando parecen pensar como nosotros, hay que tener cuidado para no engañarse: ¡siempre es de otra forma y por otros motivos! ¡Es una familia...! —Vaciló—: ¡Execrable! —lanzó por fin—. ¡Execrable! —Y arrastrada por el desorden de sus pensamientos, prosiguió sin parar—: No quiero ocultarte nada, mamá. Nunca. Pues bien; cuando yo era pequeña, creo que tenía un sentimiento mezquino con respecto a Jacques: una especie de celos. Sufría de ver a Daniel tan unido a ese chico. ¡Pensaba que no era digno de él! ¡Egoísta, orgulloso! ¡Y además, arisco, mezquino y mal educado! Nada más que su aspecto físico, su boca, su mandíbula... ¡Trataba de no pensar en él! Pero no podía: siempre tenía que decirme algo ofensivo, que me hacía recordarle y ponerme furiosa. Venía a casa muy a menudo y parecía tener un especial empeño en tropezar conmigo... Pero esto era antes. No sé por qué vuelvo siempre sobre ello. Desde entonces le he observado más de cerca. Sobre todo este año; y concretamente este mes. Y ahora le juzgo de otra manera. Trato de ser justa. Comprendo perfectamente que hay en él algo de bueno. Incluso voy a decirte una cosa, mamá: algunas veces, sí, algunas veces, he llegado a creer que yo también..., sin darme cuenta..., me sentía como atraída... ¡Pero no y no! ¡No es cierto! ¡Todo en él me resulta antipático! ¡Casi todo!

La señora de Fontanin concedió:

—Jacques, no lo sé. Tú has tenido más ocasión que yo para juzgarle. En lo que respecta a Antoine, por el contrario, puedo afirmarte que...

—Pero —interrumpió la muchacha con viveza— yo no he dicho que Jacques... ¡Nunca he negado que él también tenga muy buenas cualidades! —Paulatinamente había ido cambiando de tono y ahora hablaba con serenidad—. En primer lugar, todo lo que dice demuestra que tiene una gran inteligencia. Lo reconozco; e incluso voy más lejos: su carácter no es perverso; no solamente es susceptible de sinceridad, sino también de nobleza y de elevación de pensamientos. Ya ves, mamá, que no soy severa con él. Y no es esto todo —añadió, sopesando sus palabras con cuidado, en

tanto que la señora de Fontanin, sorprendida, la observaba con atención—; creo que está llamado a alcanzar un alto destino, tal vez muy alto. Ya ves que me esfuerzo en ser justa. Incluso estoy casi segura ahora de que esa energía que tiene es lo que se ha dado en llamar genio; sí, precisamente genio —repitió en un tono casi provocativo, aunque su madre no pareciera tener intención de contradecirla.

Luego, repentinamente y con una violencia desesperada, gritó:

—¡Pero todo eso no tiene nada que ver! ¡Tiene la sangre de los Thibault! ¡Es un Thibault! ¡Y los odio!

La señora de Fontanin permaneció muda durante un instante, llena de estupefacción.

—Pero..., Jenny... —murmuró por fin.

Y Jenny reconoció en la entonación de su madre aquel mismo pensamiento que con tanta claridad leyera en la mirada de Daniel. Entonces, como una niña, se precipitó sobre la señora de Fontanin y le puso la mano sobre la boca:

—¡No! ¡No! ¡Eso no es verdad! ¡Te digo que no es verdad! Luego, en tanto que su madre la atraía hacia sí, rodeándola con sus brazos como para protegerla, Jenny, libertada repentinamente de aquel nudo que le oprimía la garganta, pudo por fin sollozar, repitiendo sin descanso, con aquella voz de antaño en sus penas infantiles:

—Mamá... Mamá... Mamá...

La señora de Fontanin la acunaba cariñosamente contra su pecho, murmurando para calmarla:

—Cariño... No tengas miedo... No llores... ¡Qué tonterías...! Pero nadie te obliga... Afortunadamente, tú no... —(Recordó su único encuentro con el señor Thibault, al día siguiente de la desaparición de los dos pequeños; volvió a ver a aquel hombre corpulento, encuadrado por los dos sacerdotes, en su despacho; se lo imaginó negando su consentimiento para el amor de Jacques e infligiendo al de Jenny las peores humillaciones.)— ¡Menos mal que no es éste el caso!... Tú no tienes nada que reprocharte... Ya hablaré yo a ese pequeño y le haré comprender... No llores, cariño... Olvídalo todo... Ya se ha terminado; terminado por completo... No llores...

Pero Jenny sollozaba cada vez con más fuerza, y cada palabra de su madre aumentaba su sufrimiento. Durante mucho tiempo las dos mujeres permanecieron en aquella misma postura: de pie y estrechamente abrazadas en la oscuridad; la hija, refugiando su dolor en los brazos maternos; la madre, salmodiando sus crueles consuelos y con los ojos llenos de espanto: porque con su presciencia habitual, veía desplegarse ante Jenny un destino ineluctable del cual nada podría ya arrancarla, ni sus temores, ni su ternura, ni sus oraciones.

«En la ascensión inacabable de los seres hacia el Espíritu —pensaba, anonadada — cada uno de nosotros ha de avanzar por sí solo, de prueba en prueba y muy a menudo de error en error, sobre el camino que el destino le ha marcado como suyo...»

Cuando oyeron cerrar la puerta de abajo y reconocieron el paso de Jérôme sobre



las losas del vestíbulo, ambas se estremecieron. Entonces, Jenny aflojó su brazo y huyó, sin decir palabra, vacilando bajo el peso de aquella aflicción que la abrumaba y de cuyo peso nadie en el mundo podía aliviarla.

## XI

UN cartel monumental detenía delante del cine a los que paseaban por el bulevar:

### EL ÁFRICA DESCONOCIDA

VIAJE POR EL TERRITORIO DE LOS ULOFS, LOS SERERES,

LOS FULBÉS, LOS MUNDANGOS

Y LOS BAGUIRMIANOS

—No empieza hasta las ocho y media —suspiró Rachel.

—¡Ya lo ves!

Para ofrecerse por lo menos la ilusión de una cierta independencia, Antoine, que había renunciado muy a su pesar a la intimidad de la alcoba rosa, tomó uno de los palcos enrejados del fondo de la sala.

Rachel se le reunió cerca de la taquilla.

—Ya he descubierto una maravilla —dijo, llevándole bajo el peristilo en el que se exponían algunas escenas de la película—: Mira.

Antoine leyó primeramente el letrero: «Muchacha mundanga ahechando mijo a orillas del río Mayo Kabbi.» Un cuerpo bronceado, completamente desnudo, con la excepción de una tira de paja trenzada a modo de cinturón. La bella mundanga permanecía de pie, apoyada sobre la pierna derecha; el rostro, afanoso; el busto, estirado a causa de su trabajo; el brazo derecho, levantado por encima de la cabeza, inclinaba una ancha calabaza llena de grano, que hacía caer en fino chorro, desde lo más alto posible, en otra vasija de madera que sostenía con la mano izquierda a la altura de la rodilla. Nada preparado en su postura: la actitud de la cabeza ligeramente echada hacia atrás; la graciosa curva de los brazos, lo erguido del torso que sostenía dos senos jóvenes y firmes, el pliegue de la cintura, el esfuerzo de la cadera, y el escorzo hacia adelante de la pierna libre, que no tocaba el suelo sino con la punta del pie; toda esta armonía era natural, impuesta por el trabajo y de una belleza conmovedora.

—Mira, mira éstos —prosiguió, mostrando a Antoine una decena de adolescentes que llevaban sobre sus hombros una fina piragua—; ¡qué guapo es éste! Mira, es un ulof: lleva el grigrí en el cuello, el bubú azul y el fez. —Aquella tarde, Rachel hablaba con una agitación especial; sonreía sin casi abrir la boca, como si los músculos de su cara se hubieran contraído a pesar suyo, y su mirada febril, brillante, tenía unos destellos plateados que Antoine no reconocía.

—Vamos a entrar —dijo.

—¡Pero si todavía nos falta más de un cuarto de hora!

—No importa —replicó Rachel con impaciencia infantil—: Vamos a entrar.

La sala estaba vacía. En el lugar de la orquesta, algunos músicos preparaban sus instrumentos. Antoine levantó la rejilla del palco. Rachel permanecía de pie, apoyada en él.

—Entonces aflójate la corbata —dijo ella entre risas—; siempre tienes aspecto de haberte querido ahorcar y haberte escapado con la cuerda al cuello. —Él hizo un imperceptible movimiento de regocijo—. ¡Cuánto me gusta venir aquí contigo! —continuó Rachel. Cogió con ambas manos la cara de Antoine y la atrajo hacia sus labios—. ¡Y cuánto te quiero desde que no tienes barba!

Rachel se quitó el abrigo, el sombrero y los guantes. A través de la celosía, que bastaba para hacerles invisibles, asistían a la metamorfosis de la sala, que en pocos minutos dejó de ser aquella gruta silenciosa, polvorienta y rojiza, en la que sobrenadaban algunos restos de naufragio, para convertirse en una masa bulliciosa de fisonomías, en un suave tumulto de palomar, dominado en algunos momentos por la gama cromática de un instrumento de viento.

A pesar del calor excepcional del verano, la segunda quincena de septiembre obligaba a volver a muchos parisienses; y ya no se estaba en aquel París de las vacaciones que tanto gustaba a Rachel todos los años, como una ciudad siempre nueva que descubrir.

—Escucha... —dijo. La orquesta acababa de iniciar un fragmento de la *Walkyria*, la canción de la primavera.

Había reclinado la cabeza sobre el hombro de Antoine, sentado muy cerca de ella; éste oyó, a través de los labios de Rachel y de sus dientes unidos, como un eco que duplicaba las notas de los violines.

—¿Tú has oído a Zucco? ¿A Zucco, el tenor? —inquirió con indolencia.

—Sí; ¿por qué?

Rachel continuaba ensimismada y no contestó inmediatamente; por fin, a media voz y como si sintiera un escrúpulo tardío en ocultarle su pensamiento, dijo:

—Fue mi amante.

Antoine sentía una viva curiosidad por el pasado de Rachel, completamente exenta de celos. Comprendía perfectamente lo que ella quería decir cuando confesaba: «Mi cuerpo carece de memoria.» Sin embargo, Zucco... Evocó una silueta ridícula, con un jubón de satín blanco, encaramado sobre un cubo de madera, en el tercer acto de *Los maestros cantores*; un individuo rechoncho, que conservaba el aspecto de un gitano a pesar de la peluca rubia y que todavía se llevaba la mano al corazón en los dúos amorosos. Antoine sintió cierta inquina hacia Rachel por una elección tan mediocre.

—¿Le has oído cantar esto? —prosiguió; su dedo dibujaba en el aire el arabesco de una frase musical—. ¿Nunca te he hablado de Zucco?

—No.

Tenía el rostro de Rachel apoyado contra su pecho y le bastaba con bajar los ojos para mirarla. No tenía aquella expresión despierta que tomaba siempre al evocar sus

recuerdos: las cejas estaban ligeramente fruncidas, los párpados casi cerrados y las comisuras de los labios ligeramente relajadas. «¡Qué magnífico rostro de dolor podría diseñar!», pensó. Luego, observando que permanecía silenciosa, y para afirmar una vez más que no se sentía en absoluto celoso del pasado, insistió:

—¿Y qué hay de tu Zucco?

Rachel se estremeció.

—¿De Zucco? —dijo con una sonrisa lánguida—. En el fondo, poca cosa. Fue el primero; eso es todo.

—¿Y yo? —dijo Antoine, violentándose un poco.

—Pues el tercero —contestó Rachel sin pestañear.

«Zucco, Hirsch y yo... ¿Nada más?», pensó Antoine.

Rachel, animándose repentinamente, continuó:

—¿Entonces, te lo cuento?... Vas a ver qué sencillo es. Papá acababa de morir; mi hermano trabajaba en Hamburgo. Yo tenía la Opera, que me ocupaba todo mi tiempo, pero las noches que no danzaba me encontraba muy sola. A los dieciocho años se es así. Él, Zucco, hacía tiempo que me buscaba las vueltas. Yo le encontraba vulgar, bastante pretencioso. —Vaciló—: Un poco tonto. Sí; creo que en aquella época ya le encontraba un poco tonto... ¡Pero lo que no sabía es que era un bruto! —lanzó repentinamente.

Echó una mirada hacia la sala, donde acababa de apagarse la luz.

—¿Por dónde empieza?

—Por el noticiario.

—¿Y luego?

—Una película sumamente espectacular, que debe ser una tontería.

—¿Y África?

—Lo último.

—Bueno —dijo, volviendo a poner sobre el hombro de Antoine su cabellera olorosa—. Si merece la pena ya me avisarás. ¿No te cansas de estar así, Minou? ¡Estoy tan a gusto así!

Antoine advirtió su boca húmeda. Sus labios se unieron.

—¿Y Zucco? —repitió.

En contra de lo que se esperaba, ella no sonrió.

—Hoy me pregunto cómo he podido soportar tanto. ¡Cómo me trataba! ¡Como un carretero! De joven había sido mulatero en la provincia de Orán. Mis amigas me compadecían; nadie comprendía que siguiera con él. Ni yo misma lo comprendo... Siempre se dice que a algunas mujeres les gusta que las peguen... —Calló un instante y añadió—: No; pero creo que tenía miedo de volver a encontrarme sola.

Antoine no recordaba haber sorprendido nunca en la voz de Rachel las inflexiones melancólicas que tenía esta noche. Rodeó a la joven con su brazo, como si quisiera protegerla. Luego su abrazo se relajó. Pensaba en esta compasión fácil que era uno de los aspectos de su orgullo; que tal vez era el secreto de su afecto hacia su

hermano y que le había hecho preguntarse algunas veces —antes de conocer a Rachel — si no sería para él la única forma de amar.

—¿Y luego? —preguntó.

—Luego, fue él quien me dejó. Ni qué decir tiene —contestó ella sin la menor amargura.

Después de una pausa y con una voz tan baja que parecía pedir silencio con respecto a esta confesión, añadió:

—Yo estaba encinta.

Antoine se sobresaltó. ¿Encinta? No era posible. ¿Él, un médico, no haber advertido ya las señales...? ¡Vamos!

El noticiario desfilaba bajo su mirada distraída y descontenta:

## EN LAS GRANDES MANIOBRAS:

*El señor Fallières en conversación  
con el agregado militar alemán.*

### EL PORVENIR DEL SERVICIO DE INFORMACIÓN

*Aterrizaje en monoplano de Latham, que trae  
preciosas indicaciones para el general en jefe.  
El Presidente de la República se hace presentar  
el valeroso aviador.*

—Claro que no me dejó sólo por eso —rectificó Rachel—. Si hubiera seguido pagando sus deudas...

Antoine recordó repentinamente aquella foto de una recién nacida que había visto en casa de Rachel, y que ella le había quitado de las manos, diciendo: «Es una ahijadita mía, que ha muerto.»

De momento estaba más avergonzado, más humillado en su conciencia profesional, que, asombrado por la confesión de Rachel.

—¿De verdad? —murmuró—. ¿Has tenido un hijo? —E inmediatamente, con una sonrisa de suficiencia, añadió—. Lo sospechaba hace mucho tiempo.

—¡Pues casi no se nota! ¡Me cuidé tanto a causa del teatro!

—¡Pero un médico!... —replicó el joven, encogiéndose de hombros.

Rachel sonrió; se sentía halagada por la sagacidad de Antoine. Permaneció silenciosa durante algunos minutos, y sin abandonar su postura lánguida, continuó:

—Mira, cuando pienso en aquella época, Minou, me digo que he vivido lo mejor de toda mi vida. ¡Qué orgullosa me sentía!

Y cuando tuve que pedir permiso en la Opera, porque me iba poniendo pesada,

¿no sabes dónde estuve? ¡En Normandía! Una pequeña aldea de salvajes, en la que conocía a una vieja criada nuestra, que nos había criado a mi hermano y a mí. ¡Cuánto me mimaron allí! Me hubiera podido quedar allí toda la vida. Hubiera debido hacerlo. Sólo que, ya sabes, el teatro... Una vez que se le ha probado... Creí acertar: dejé a la pequeña con una nodriza; no me sentí inquieta. Y luego, ocho meses después... Y yo también caí mala. —Suspiró, después de un corto silencio—. Estaba trastornada por mi embarazo. Tuve que dejar la Opera y perderlo todo al mismo tiempo. Y volví a encontrarme sola.

Antoine se inclinó. Rachel no lloraba; tenía los ojos muy abiertos y miraba al techo del palco; pero lentamente sus párpados se fueron llenando de lágrimas. No se atrevió a besarla; respetaba su emoción. Pensaba en lo que acababa de oír. Con Rachel siempre creía haber llegado a un punto determinado, desde el que podía formarse una opinión de conjunto acerca de la vida de su amiga; pero al día siguiente, una confidencia, un recuerdo, una simple alusión, abría perspectivas insospechadas en las que su mirada volvía a perderse.

Rachel se incorporó ligeramente y levantó el brazo para arreglarse el peinado. Pero su gesto se detuvo en seco: su mano señaló hacia la pantalla.

—¡Oh! —exclamó. Y, con sus ojos apagados, siguió con involuntaria atención la huida a caballo de una muchacha perseguida por una treintena de indios, que galopaban a sus alcances como una jauría. La amazona escaló unas rocas, se perfiló durante un segundo en la cumbre, descendió por una bajada a pico y, sin vacilar, se lanzó a un torrente; los treinta caballos se arrojaron detrás de ella y desaparecieron entre remolinos de espuma; pero la joven había alcanzado la otra orilla, espoleaba su caballo y proseguía la carrera; vanos esfuerzos: sus raptos saltaban sobre sus huellas y la seguían de cerca. Ya iba a ser atrapada por los lazos que cabrilleaban en el aire por encima de su cabeza, cuando alcanzó un puente de hierro bajo el cual pasaba un tren, rápido como una tromba; en un instante se deslizó de la silla, franqueó el parapeto y saltó en el vacío.

La sala jadeaba.

En el mismo instante, la joven reapareció sobre el techo de un vagón que la llevaba a toda velocidad, desmelenada, las faldas al viento, los puños sobre las caderas, mientras que desde lo alto del puente los indios trataban en vano de acertarla con sus carabinas.

—¿Has visto? —exclamó Rachel, temblando de placer—. ¡Adoro estas cosas!

Antoine la atrajo de nuevo, y esta vez se la sentó sobre las rodillas. La tenía abrazada como a un niño; hubiera querido consolarla, hacerla olvidar todo aquello que no fuera su amor. Sin embargo, no decía nada; jugaba con su collar, cuyas cuentas de miel estaban separadas por bolitas de ámbar gris, de color plomizo, que se reblandecían en los dedos, exhalando entonces un perfume tan tenaz que no era raro, dos días más tarde, encontrar todavía su aroma en la palma de la mano. Rachel le dejó abrir el corpiño y posar la mejilla en el seno.

—¡Entre! —dijo.

Era una obrerilla que se equivocaba de palco y que volvió a cerrar la puerta precipitadamente, no sin antes haber echado una mirada curiosa sobre aquella joven semidesnuda que estaba entre los brazos de Antoine. Este hizo un movimiento tardío para separarse.

Rachel reía:

—¡Qué tonto eres! Tal vez esperaba que... Parecía simpática...

Se sintió tan sorprendido por aquellas palabras y por el tono en que fueron pronunciadas, que buscó la expresión del rostro. Pero Rachel había vuelto a apoyar la frente sobre su hombro y solamente pudo percibir su risa, aquel cloqueo enigmático y casi silencioso que Antoine no podía nunca oír sin sentirse desagradablemente impresionado.

Toda aquella incógnita, que en algunos momentos parecía rodear a Rachel, le causaba la sensación de un abismo entreabierto. Mezcla de disgusto y curiosidad que complicaba una secreta mortificación: porque hasta entonces, debido a su calidad de médico, había sido él quien asombraba a los demás con gestos escépticos y sonrisas de suficiencia. Con Rachel, los papeles estaban invertidos; Antoine se percataba de que era prodigiosamente novicio y, sin confesárselo, se sentía poco firme en este terreno. Una vez, para desquitarse, había tratado de mezclar a sus recuerdos de clínica algunas conversaciones de sala de guardia, inventando para Rachel una historia pasional, extravagante, en la que daba a entender que él había estado mezclado. Pero ella le había interrumpido, desde las primeras palabras, con una risa afectuosa:

—¡Vamos, vamos! ¿A qué viene todo eso? ¿No te quiero tal y como eres? — Antoine se había ruborizado, tan avergonzado, que nunca había reincidido.

El descanso terminó sin que ninguno de los dos pensara en romper el silencio.

Se anunció la película africana. Se apagó la luz. La orquesta atacó una melodía negra.

Entonces, Rachel se separó y vino a sentarse, sola, junto a la barandilla del palco.

—Con tal de que esté bien hecha —murmuró.

Empezaron a desfilar los paisajes. Un río de agua muerta, bajo unos árboles gigantescos, asidos al suelo por las lianas entrecruzadas. Un hipopótamo a flor de agua, como el cadáver de un buey ahogado. Unos monitos negros, a los que sus collares de barba blanca daban un aspecto de viejos marinos, retozaban sobre la arena. Luego apareció un poblado; una explanada desierta, resquebrajada por el sol; un horizonte cerrado de chozas y empalizadas; un patio en el que las «muchachas» peuhls, con el tronco desnudo y los músculos de las piernas tensos bajo el faldellín, apilaban el grano en altas vasijas de madera, entre los negritos que se revolcaban sobre el polvo; otras mujeres llevaban anchos cestos, y otras, por último, sentadas con las piernas cruzadas, sostenían con la mano izquierda la rueca, en tanto que con la derecha hacían girar sobre un platillo de madera el huso en forma de peonza, sobre el que se iba enrollando el algodón.

Rachel, con un codo apoyado sobre las piernas cruzadas y la barbilla posada sobre la palma de la mano, la frente adelantada, tenía la mirada fija en la pantalla; Antoine la oía respirar. De vez en cuando, sin mover la cabeza, llamaba en voz baja:

—Minou... Mira... Mira...

La película se terminó con un salvaje tam-tam, en el crepúsculo, en una plazoleta bordeada de palmeras. Una muchedumbre compuesta exclusivamente de negros, cuyos rostros contraídos y cuerpos estremecidos de alegría se advertían claramente, formaban círculo alrededor de otros dos, casi desnudos, muy bellos, embriagados y cubiertos de sudor, que se perseguían, se tropezaban, se apartaban, se abalanzaban uno contra otro rechinando los dientes, se rozaban en un delirio acompasado, a la vez guerrero y lascivo, puesto que imitaban sucesivamente la excitación del combate y los placeres del amor. Los espectadores negros, jadeantes, se estremecían de alegría e iban estrechando poco a poco el círculo que rodeaba a los dos poseídos, cuyo frenesí precipitaban, acelerando sin descanso sus palmadas y el acompañamiento de los tambores. La orquesta del cine había callado; entre bastidores, las palmadas, bien acompasadas, restituían a las imágenes una vida vertiginosa y hacían más contagiosa la voluptuosidad, rayana en la locura, que expresaban las fisonomías de aquellos fanáticos.

El espectáculo había terminado.

El público abandonó la sala. Las mujeres de la limpieza cubrieron con fundas las butacas vacías.

Rachel, silenciosa y abatida, no se decidía a levantarse; y como Antoine, de pie, la tendiera su abrigo de entretiempo, se incorporó y le besó en los labios. Salieron los últimos, sin decir ni palabra. Pero delante del cine, al aire libre de los bulevares, entre la muchedumbre que salía al mismo tiempo de todos los lugares de placer, en la dulzura de aquella noche palpitante de luces entre las que revoloteaban ya algunas hojas de otoño, cuando Antoine la cogió del brazo y murmuró en su oído: «¿Volvemos?», exclamó:

—Todavía no. Vamos a otro sitio. Tengo sed. —Luego, distinguiendo las vitrinas bajo el peristilo, dio un rodeo para volver a ver la fotografía del joven negro—. ¡Ah! —dijo—. Es asombroso como se parece a un *boy* que hizo todo el descenso de la Casamance con nosotros. Un ulof: Mamadou Dieng.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Antoine, sin dejar traslucir su decepción.

—Me da igual. ¿Al *Britanic*? No; a *Packmell*, ¿quieres? Vamos andando. Sí; un *chartreuse* helado en *Packmell* y luego volvemos a casa. —Se apretó contra él en un abandono pleno de promesas.

—No hago más que pensar en Mamadou esta noche, después de haber visto la película —prosiguió—. ¿Recuerdas aquella fotografía que te enseñé en la que Hirsch está sentado en la popa de una ballenera? ¿Cuando dijiste que tenía el aspecto de un buda con casco colonial? Pues el *boy* en que está apoyado, uno muy negro con un taparrabos blanco, ¿recuerdas?, ése era Mamadou.



—¿Y quién te dice que no sea el mismo? —sugirió Antoine para complacerla.

Estuvo un momento sin contestar y se estremeció:

—Pobre pequeño; fue devorado delante de nosotros algunos días después. Sí; bañándose. Mejor dicho, no; fue Hirsch el que... Hirsch había apostado que Mamadou no se atrevería a atravesar a nado un brazo del río para recoger un alfiler que yo acababa de tirar. ¡Cuánto sentí haber tirado aquel alfiler! El pequeño quiso intentarlo; se tiró al agua y le veíamos nadar...; de repente... ¡Ah, qué escena tan horrible! ¡En pocos segundos, imagínate! Le vimos alzarse en el agua, atrapado por la parte baja del cuerpo... ¡Aquel grito!... Hirsch era maravilloso en tales casos. Comprendió instantáneamente que el *boy* estaba perdido y que iba a sufrir horriblemente: apuntó y ¡clac! ¡clac!, la cabeza del pequeño estalló como una calabaza. Era preferible, ¿no te parece? Pero creí que me iba a poner enferma.

Se calló, apretándose contra Antoine.

—Al día siguiente quise sacar una fotografía del sitio. El agua estaba tranquila, tan tranquila que nunca se hubiera podido pensar...

Su voz estaba alterada. Se calló de nuevo, ahora durante más rato. Luego siguió:

—¡Ah! ¡Para Hirsch la vida de un hombre es algo sin importancia! Y sin embargo, quería a su *boy*; pues no se inmutó. Era así... Incluso, después del accidente, siguió con su idea y prometió su despertador a quien me trajera el alfiler. Yo no quería, pero me impuso silencio y había que obedecerle, ¿sabes?

Y por último tuve mi alfiler. Uno de los portadores fue por él y tuvo más suerte que el *boy*. —Ahora sonreía—. Lo sigo teniendo; este invierno lo llevaba prendido en un gorrito de pana que es una preciosidad.

Antoine no decía nada.

—¡Eso es lo que a ti te falta: no haber estado nunca allí! —exclamó, apartándose bruscamente de él.

Pero se arrepintió inmediatamente y volvió a colgarse de su brazo.

—No me hagas caso, Minou; una noche como ésta me pone enferma. Estoy segura de que tengo algo de fiebre, mira... En Francia, ya lo ves, se ahoga uno. ¡Sólo allí se puede vivir verdaderamente! ¡Si tú supieras! ¡Esa libertad de los blancos entre los negros! ¡Aquí ni siquiera puede sospecharse hasta dónde puede alcanzar esa libertad! ¡Ninguna ley, ningún freno! ¡Ni siquiera tienes que temer la opinión de los demás! ¿Comprendes? ¿Te das cuenta? Tienes derecho de ser tú mismo, siempre y en todas partes. Gozas de tanta libertad delante de todos esos negros como aquí delante de tu perro. Y al mismo tiempo, vives en medio de unos seres deliciosos, llenos de una delicadeza de la que no tienes ni idea. A tu alrededor sólo hay sonrisas jóvenes y alegres, unos ojos ardientes que adivinan tus menores deseos... Me acuerdo... ¿No te aburre esto, Minou?... Recuerdo cierto día en el desierto, al final de la jornada, en el campamento. Hirsch hablaba con un jefe de tribu, cerca de un manantial al que las mujeres venían a buscar agua. Era la hora de ello. Habíamos visto acercarse dos chiquillas deliciosas, que llevaban entre las dos un enorme odre de piel de cabra.

«Son mis hijas», nos explicó el caid. Nada más. El viejo había comprendido. Y aquella misma noche, en la tienda en que yo estaba con Hirsch, la lona se levantó sin ruido: eran las dos pequeñas que sonreían... Ya te digo: los menores deseos... — prosiguió, después de algunos pasos en silencio—. Mira, me acuerdo de otra vez... ¡Me consuela tanto poder hablar a alguien de todo esto!... Me acuerdo que fue en Lomé, en el cine precisamente. Porque allí, por la noche, todo el mundo va al cine. Es una terraza de café, muy bien iluminada y rodeada de arbustos cultivados en cajas; después se apaga todo y empieza el cine. Se paladean bebidas frescas. ¿Te das cuenta? Todos los coloniales sentados, vestidos de blanco, medio iluminados por el reflejo de la pantalla; y detrás, en la noche de un azul increíble, bajo las estrellas que brillan allí como en ningún otro sitio, todo alrededor hay indígenas, muchachos y muchachas, que permanecen allí de pie en la sombra, la cara apenas visible y los ojos brillantes como pupilas de gato... ¡Pues ni siquiera tienes que hacer una seña! Tu mirada se posa sobre uno de estos rostros tersos, vuestros ojos se cruzan durante un instante... y ya está. Es bastante. Algunos minutos después tú te levantas, te vas sin siquiera volverte y vuelves a tu hotel en el que todas las puertas están abiertas a propósito... Yo vivía en el primero... Apenas si tuve tiempo de desnudarme... Arañan la persiana. Apago, abro: ¡era él! Había gateado por la pared, como un lagarto; y sin una palabra, dejaba deslizarse su taparrabos a lo largo de su cuerpecillo. No lo olvidaré nunca. Su boca estaba húmeda, fresca, fresca...

«¡Demonio! —pensó Antoine, sin poder evitarlo—: ¡Un negro..., y sin previo reconocimiento...!»

—¡Ah! ¡Esa piel que tienen los negros! —proseguía Rachel—. ¡Fina como la de una fruta! ¡Vosotros no tenéis idea de lo que eso puede ser! Una piel satinada, suave y seca, como si siempre acabase de ser frotada con polvos de talco; una piel sin un defecto, sin una rugosidad, sin la menor huella de sudor, y ardiente, pero ardiente por dentro, como cuando se nota el ardor de la fiebre a través de una manga de muselina, ¿comprendes? Como el cuerpecillo tibio de un pajarillo bajo sus plumas... Y cuando se mira esta piel a la claridad de allí, cuando la luz pasa rozando el hombro o la cadera, se producen en esta seda de un castaño dorado unos reflejos azulados que no puedo explicarte, como un polvillo de acero impalpable, como un perpetuo reflejo de luna... ¡Y su mirada! ¿Has observado ya la caricia de su mirada? Ese blanco de los ojos, un poco acaramelado, en el que la pupila nada con tanta lentitud... Y luego... No sé cómo explicarte... Allí, el amor no tiene nada que ver en absoluto con el vuestro. Allí es un acto silencioso, sagrado y natural al mismo tiempo. Profundamente natural. No se mezcla en él pensamiento alguno, nunca ni de ninguna clase. Y la búsqueda de placeres que aquí es siempre más o menos clandestina, pues allí es tan legítima como la vida, y como la vida y como el amor, es natural y sagrada. ¿Te das cuenta, Minou? Hirsch decía siempre: «En Europa tenéis lo que os merecéis. Aquello, son tierras para nosotros, para los seres libres.» ¡Cuánto le gustan a él los negros! —Se echó a reír—: ¿Sabes cómo me di cuenta por primera vez? ¿Te lo he

contado, tal vez? En un restaurante de Burdeos, Estaba sentado enfrente de mí y hablábamos. Repentinamente su mirada se quedó quieta detrás de mí, un segundo, pero con una expresión... Con una expresión tan aguda que me volví bruscamente: y vi, junto a un aparador, a un negrito de quince años, bello como un príncipe, que llevaba un frutero lleno de naranjas. —En un tono algo velado, añadió—: Y puede que fuera aquel mismo día cuando también se apoderó de mí el deseo de ir allí...

Dieron algunos pasos en silencio.

—Mi sueño —prosiguió Rachel repentinamente—, mi sueño para cuando sea vieja, sería tener una casa... Sí...; no te escandalices, las hay de todas clases; yo quisiera tener una casa buena, naturalmente. Pero, en fin, no envejecer en medio de viejos... Estar segura de tener siempre a mi alrededor gente joven, bellos cuerpos juveniles, libres y voluptuosos... ¿Tú no comprendes, Minou?

Llegaban a Packmell y Antoine no contestó. No hubiera sabido qué decir. Ante la extraña experiencia de Rachel se sentía siempre atónito. Se sentía tan diferente de ella, apegado al suelo de Francia por su nacimiento burgués, por su trabajo, por sus ambiciones, por todo un porvenir organizado. Advertía perfectamente las cadenas que le ataban, pero no deseaba ni por un momento romperlas; y contra todo aquello que Rachel amaba y que le era tan extraño, experimentaba la misma aversión de un animal doméstico contra aquel que ronda y amenaza la seguridad de la vivienda.

Únicamente revelaban en la fachada dormida la animación del bar, las rayas de púrpura que se filtraban a lo largo de las cortinas carmesí. El tambor de la puerta rechinó al girar, proyectando su aliento de borrasca en la atmósfera saturada de calor, de polvo y de olores a alcohol.

Había mucha gente. Se bailaba.

Rachel advirtió junto al guardarropa una mesita vacía y, antes incluso de permitir que le quitaran el abrigo de sobre los hombros, reclamó su chartreuse verde con hielo picado. Luego, tan pronto como se lo sirvieron, se quedó inmóvil, con los codos apoyados sobre la mesa, los ojos bajos y los labios unidos sobre las pajillas.

—¿Triste? —murmuró Antoine.

Levantó los párpados durante un instante, sin dejar de beber, y le sonrió tan alegremente como pudo.

Cerca de ellos, un japonés, que mostraba unos dientecillos llenos de sarro en un rostro infantil, acariciaba con una cortés falta de atención el brazo de boxeador que una morena, sentada a su lado, exhibía impudicamente sobre el mantel.

—Pídeme otro chartreuse, ¿quieres? Otro igual —dijo Rachel, mostrando el vaso vacío.

Antoine sintió una mano apoyarse ligeramente en su hombro:

—Me ha costado trabajo reconocerte —dijo una voz amistosa—. ¿Por fin te has quitado la barba?

Daniel estaba de pie ante ellos. Esbelto y arqueado, su fino óvalo cruelmente

iluminado por la lámpara, tenía en las manos desnudas un abanico de propaganda que curvaba y dejaba estirarse como un resorte; sonreía con un gesto audaz y hacía pensar en un joven David preparando su honda.

Antoine, al presentarle a Rachel, recordó la forma en que Daniel le había lanzado: «¡Hubiera hecho igual que tú, mentiroso!»; pero esta vez semejante recuerdo le pareció menos irritante; y sorprendió con placer la mirada que el muchacho, después de haberse inclinado para besar la mano de Rachel, paseó sobre ella, sobre su rostro levantado, sobre sus brazos, sobre su cuello que tan blanco parecía junto a la seda amelocotonada de la blusa.

Daniel volvió los ojos hacia Antoine y luego sonrió a la joven como si la felicitara por su obra:

—Sí, efectivamente —dijo—; está mucho mejor.

—Está mucho mejor mientras que se está vivo —concedió Antoine, en un tono de chiquillo travieso—; ¡pero si tú estuvieras como yo, acostumbrado a los cadáveres! Al cabo de dos días...

Rachel golpeó sobre la mesa para hacerle callar. Olvidaba muy a menudo que Antoine era médico. Se volvió hacia él, le contempló un instante, y murmuró:

—¡Amor mío!

¿Era posible que esta fisonomía tan familiar fuera también aquella que se le había aparecido la noche de la operación, al resplandor brutal de la lámpara? ¿Aquella máscara heroica, terriblemente bella e inaccesible para siempre? ¿Qué bien conocía, sobre todo ahora que el rostro estaba desnudo, todos sus relieves, sus perfiles, sus señales más nimias! La navaja había revelado aquella ligera concavidad de la mejilla, aquel fallo de los tejidos, por así decirlo, cuya dulzura atenuaba un poco la rudeza de la mandíbula. Qué bien conocía asimismo, e incluso a la manera de los ciegos, esta forma cuadrada de los maxilares y esta pequeña hendidura de la barbilla, tan tersa por debajo que había dicho asombrada: «¡Tienes casi una mandíbula de serpiente!» Pero lo más indescifrable para ella, desde la supresión de la barba, era aquella hendidura larga y sinuosa de la boca, muy movable y sin embargo rígida, cuyos extremos no se levantaban casi nunca, se bajaban rara vez y que un repliegue de voluntad, casi inhumano, detenía bruscamente en las comisuras, según se ve en los labios de algunas estatuas antiguas. «¿Tendrá tanta voluntad?», se preguntó pensativa. Inclino la cabeza; sus pupilas se deslizaron maliciosamente hasta el rabillo de los ojos y un breve reflejo dorado asomó a sus pestañas.

Antoine se dejaba examinar con la sonrisa feliz de un hombre amado. Desde que se afeitara la barba, tenía de sí mismo un concepto algo distinto: confiaba mucho menos en su mirada fatal. Había descubierto en sí unas posibilidades nuevas que no dejaban de complacerle. Por otra parte, desde hacía unas semanas, se sentía en plena transformación. Hasta el extremo de que para él los acontecimientos de su vida que habían precedido a su encuentro con Rachel, se perdían en las tinieblas: habían tenido lugar «antes». No precisaba más. ¿Antes de qué? Antes de la transformación. Porque

había cambiado moralmente; como si estuviera más ágil; como si a la vez hubiera madurado y, sin embargo, rejuvenecido. Le gustaba repetirse que estaba más fuerte. No era inexacto. Gozaba de una fuerza tal vez menos reflexiva que antes, más poderosa no obstante en su espontaneidad, más auténtica también en su impulso. Notaba sus efectos hasta en el trabajo, cuyo curso hubiera podido verse turbado durante un momento, en los comienzos de sus relaciones con Rachel, pero que había recobrado un desarrollo repentino y que llenaba de nuevo su existencia como un río que corre caudaloso.

—No os ocupéis tanto de mi físico —dijo Antoine, ofreciendo una silla a Daniel—. Venimos del cine. La película africana, ¿sabes?

—¿Ha viajado usted fuera de Europa? —preguntó Rachel.

Daniel se sintió sorprendido por la resonancia de aquella voz.

—No, señora.

—Pues entonces —prosiguió ella, tomando el chartreuse que la traían y hundiendo en él con delectación dos pajas nuevas— tiene que ir a verla. Entre otras cosas, hay un desfile de porteadores a la puesta del sol... ¿Verdad, Antoine? Y además, esos pequeñuelos sobre la arena, mientras que las mujeres descargan las piraguas...

—Desde luego que iré —dijo Daniel mirándola. Después de una breve pausa añadió—: ¿Conoce usted a Anita?

Rachel hizo señas de que no.

—Es una americana de color, que casi siempre está en el bar. Mire, desde aquí se la ve; allí, vestida de blanco, detrás de Marie-Josèphe, aquella gorda que tiene tantas perlas.

Rachel se levantó para distinguir, a través de las parejas que bailaban, un perfil moreno, perdido en las sombras de un enorme sombrero.

—No es una mujer negra —dijo sin poder ocultar su decepción—. Es una criolla.

Daniel sonrió imperceptiblemente:

—Perdóneme, señora —dijo. Luego se volvió hacia Antoine—: ¿Vienes aquí muy a menudo?

Antoine iba a contestar que sí, pero la presencia de Rachel se lo impidió.

—Casi nunca —declaró.

Rachel seguía con la vista a Anita, que se había puesto a bailar con Marie-Josèphe. El cuerpo flexible de la americana estaba moldeado por el satín blanco, reluciente como un plumaje, y cuyos reflejos nacarados acusaban los menores movimientos de sus largas piernas.

—¿Vas a ir mañana a Maisons? —preguntó Antoine.

—He venido de allí esta tarde —dijo Daniel. Quiso hablar de Jacques, pero se levantó al distinguir a una mujer joven, de tipo español, envuelta en un chal amarillo y que parecía buscar a alguien con los ojos—. Les ruego me disculpen —murmuró inmediatamente, alejándose. Deslizó bajo el chal un brazo acariciador y, bailando,

llevó a la joven hacia el rincón de los músicos.

Anita había dejado de bailar. Rachel la vio hendir la ola de bailarines con la gracia tranquila de un bello cisne y bogar precisamente hacia el rincón en que se encontraban Antoine y ella. La criolla rozó la silla del joven, se acercó al diván en que estaba sentada Rachel, cogió de su bolso algo que ocultó en el hueco de la mano y, creyéndose aislada (o tal vez sin preocuparse en absoluta de ser vista), posó el pie sobre el diván, levantó rápidamente el bajo del vestido y se pinchó en el muslo. Rachel entrevió una porción de carne morena entre dos blancuras sedosas y no pudo contener la agitación de sus párpados. Anita dejó caer nuevamente la falda; después, incorporándose con un abandono indolente que hizo brillar sobre su mejilla morena el pendiente de cristal que una perla fijaba en el lóbulo de la oreja, se reunió lentamente con su amiga.

Rachel volvió a poner los codos sobre el mantel, y, con los ojos casi cerrados, aspiró lentamente el licor helado. La caricia de los violines, la insistencia de sus largos golpes de arco, demasiado expresivos, aumentaban su languidez hasta el enervamiento.

Antoine la miraba.

—Loulou... —murmuró.

Rachel levantó los ojos, terminó de decolorar hasta la última gota de hielo picado de su vaso y, fijando en él una mirada inesperada, regocijada, casi impertinente, preguntó:

—¿Tú nunca... has tenido trato con una mujer negra?

—No —dijo Antoine, negando al mismo tiempo con la cabeza.

Rachel se calló. Una sonrisa extraña vacilaba en posarse sobre sus labios.

—Entonces, ven —dijo bruscamente...

Ya estaba de pie, envolviéndose en su abrigo de seda oscura como en un dominó de fiesta nocturna. Y en el molino de la puerta en el que entró detrás de ella, Antoine volvió a oír entre los dientes apretados de Rachel aquella risita silenciosa que le daba miedo.

## XII

EN la época en que Jérôme vivía todavía en París había dado órdenes a su portero de la avenida del Observatorio para que interceptara toda su correspondencia y, de vez en cuando, venía personalmente a la portería a buscar sus cartas. Luego había dejado de aparecer sin dar ninguna dirección y, durante dos años, se fueron acumulando montones de papeles a su nombre, que el portero, cuando supo el regreso del señor de Fontanin a Maisons-Laffitte, encargó a Daniel que hiciera llegar a sus propias manos.

Entre toda aquella montaña de impresos, Jérôme se sintió sorprendido al encontrar dos viejas cartas.

Una de ellas, fechada ocho meses antes, le anunciaba el ingreso a su nombre de una suma de seis mil y pico de francos, procedentes de la liquidación de un mal negocio, del que hacía mucho tiempo ya no esperaba nada.

Su semblante se iluminó. La llegada de aquella cantidad disipó hasta los últimos vestigios del malestar que pesaba sobre él desde su instalación en Maisons; malestar que estaba causado no solamente por su presencia en un hogar en el que no encontraba ya su sitio, sino también por la falta de dinero que atormentaba su orgullo.

(El matrimonio vivía separado de bienes desde hacía cinco años. La señora de Fontanin había renunciado al divorcio, pero había sustraído a su marido la modesta fortuna heredada de su padre, el pastor. Esta fortuna, aunque ya muy quebrantada, la había permitido hasta entonces subsistir bien que mal, sin abandonar su casa ni escatimar en la educación de sus hijos. En cuanto a Jérôme, que todavía no había dilapidado la totalidad de su patrimonio personal, había seguido dedicado a los negocios; incluso en Bélgica y Holanda, donde Noemí le había llevado a remolque, jugaba a la Bolsa, especulaba, comanditaba nuevos inventos; y dotado de cierto olfato a pesar de su ligereza, favorecido también por su espíritu aventurero, algunas veces acertaba con un negocio fructífero. Una veces mejor y otras peor, había vivido y casi siempre como un gran señor; incluso, de vez en cuando, encontraba la oportunidad de calmar sus escrúpulos, haciendo ingresar en la cuenta de su mujer algunos billetes de mil francos, con objeto de contribuir también a las necesidades de Jenny y Daniel. Sin embargo, durante los últimos meses de su estancia en el extranjero, su situación se había hecho sobremanera precaria; de momento se encontraba en la imposibilidad de disponer de sus capitales y, no solamente no podía pensar en devolver el dinero que Thérèse le había llevado a Amsterdam, sino que se veía en la necesidad de vivir a costa de su mujer. Sufría por ello; sufría sobre todo al pensar que ella pudiera subestimar sus sentimientos y suponer que la mala situación en que se encontraba fuera una de las razones de su regreso al hogar.)

Por consiguiente, aquel dinero inesperado devolvía a Jérôme un poco de su dignidad. Iba a poder liberarse.

En su prisa por anunciar a su esposa la buena noticia, se dirigía ya hacia la puerta

en tanto que abría la segunda carta, cuya escritura vulgar no le recordaba nada, cuando se detuvo estupefacto.

«Señor:

»Tengo que decirle que me pasa una cosa que no es que yo lo sienta por mí, sino que por el contrario estoy muy contenta de ello, porque he sufrido demasiado por estar sola, pero he sido expulsada de mi colocación a causa de esto y estoy desesperada y creo que no seguirá dejándome abandonada sin recursos en un momento así; esto empieza a notarse demasiado y no tengo nada más que treinta francos y diez céntimos, ni con que criar después al niño, que yo quisiera hacerlo yo misma, como Dios manda.

»No le hago ningún reproche; pero espero que la presente le encontrará en buena disposición hacia mí, porque habrá que venir en mi auxilio mañana o pasado mañana, o todo lo más el jueves, porque si no, no sé lo que va a ser de mí.

»Esta que le quiere fielmente,

»V. LE GAD.»

Al principio no comprendía. ¿Le Gad? Y de repente recordó: ¡Victorine!... ¡Cricrí!

Entonces volvió sobre sus pasos y se sentó, dando vueltas a la hoja entre sus manos. «Mañana, o pasado mañana...» Descifró la fecha del matasellos y calculó: ¡aquella carta esperaba desde hacía dos años! ¡Pobre Cricrí! ¿Qué habría sido de ella? ¿Qué habría pensado de su silencio? ¿Qué habría sido del niño? Se hacía estas preguntas sin verdadera emoción y la expresión compasiva que había adoptado sin darse cuenta, era puramente convencional. Sin embargo, un cuerpecillo púdico y tembloroso, dos ojos inocentes, una boca juvenil, iban cobrando vida en su recuerdo, con una precisión cada vez más turbadora...

Cricrí... ¿Cómo la había conocido? ¡Ah! En casa de Noemí, que la había traído de Bretaña. ¿Y después? Se acordaba con dificultad de aquel hotelito de las afueras donde la había ocultado durante quince días. ¿Por qué la había dejado?... Se acordaba mejor de su segundo encuentro, dos años después, durante una fuga de Noemí; volvió a ver con gran nitidez la buhardilla de la joven, a la que había subido en un atardecer; luego aquel hotel de la calle Richepanse, en el que la había instalado, sintiendo por ella un nuevo acceso de pasión que había durado dos o tres meses; ¿tal vez más?

Volvió a leer la carta, la fecha. Un sofoco ya conocido le invadía el cerebro y le turbaba la vista. Se levantó, bebió un vaso de agua, guardó en el bolsillo la carta de Cricrí y, llevando en la mano el aviso del banquero, salió en busca de su esposa.

Una hora después tomaba el tren para París.

Sus primeros pasos fuera de la estación de Saint-Lazare, a las diez de la mañana, bajo el sol de septiembre, le produjeron un vértigo de gozo. Se hizo conducir al



Banco; piafaba delante de las ventanillas; y cuando hubo firmado su recibo y guardado los billetes en la cartera, cuando pudo por fin lanzarse al coche que le esperaba, sintió la impresión de que esta vez escapaba para siempre a las tinieblas de aquellas últimas semanas, que resucitaba a la vida.

Entonces, a través de París, de portera en portera, emprendió una serie de pesquisas complicadas y al principio infructuosas, que le llevaron a las dos de la tarde y sin que se hubiera entretenido ni para comer, a casa de una tal señora Barbin, conocida también por el nombre de mamá Juju. Había salido. Pero la criada, joven y charlatana, declaró que ella conocía mucho a aquella señorita Le Gad, «por otro nombre señorita Rinette».

—Únicamente en el hotel donde tiene su habitación; aquí solamente viene los miércoles, que es su día de salida.

Jérôme enrojeció, pero aquello fue un rayo de luz.

—Ya lo sé —insinuó, con sonrisa de persona enterada—. Lo que necesito es la otra dirección.

Ahora se miraban en plan de camaradería. «Es simpática», pensó Jérôme repentinamente. Pero no quería pensar sino en Cricrí.

—Es en la calle de Estocolmo —dijo por fin la muchacha, sonriendo.

Jérôme se hizo conducir a ella, echó pie a tierra y no tardó en descubrir el sitio. Una tristeza insinuante, que no se confesaba, pero contra la que tenía que luchar, reemplazaba a todos los sentimientos que le animaban desde por la mañana.

El paso sin transición desde la claridad del día a los estudiados claroscuros de esta morada, contribuía a desorientarle. En la habitación «japonesa» en que le hicieron entrar, y donde no había de japonés más que un abanico de bazar, abierto sobre la pared a la cabecera de la cama, permaneció de pie, con el sombrero en la mano, en una postura desenvuelta que le era devuelta implacablemente por un espejo adondequiera que volviera los ojos; terminó por sentarse en un extremo del sofá.

La puerta se abrió de golpe; apareció una muchacha con una túnica malva, que se quedó parada en seco.

—¡Ah! —exclamó. Jérôme creyó que se habría equivocado de habitación. Pero la joven, retrocediendo hacia la puerta, que había cerrado maquinalmente al entrar, balbuceó—: ¿Usted?

Él todavía vaciló.

—¿Eres Cricrí?

Sin dejar de mirar a Jérôme, como si temiera verle sacar un arma del bolsillo, Rinette alargó el brazo hasta la cama, tiró de la tela que la cubría y se envolvió en ella.

—¿Qué pasa? ¿Quién le ha dicho que venga? —preguntó.

Jérôme buscaba desesperadamente los rasgos infantiles de Cricrí en el rostro maquillado de esta mujer hermosa, un poco infatuada, con el pelo corto; ni siquiera encontraba la voz fresca y pueblerina de antaño.

—¿Qué quiere usted de mí? —prosiguió la joven.

—Vengo a verte, Cricrí.

Hablaba con dulzura. Ella, desconfiada, permaneció perpleja durante un segundo; luego, dejando de mirarle, pareció tomar una decisión:

—Como guste —dijo.

Y, sin abandonar todavía la colcha en que se había envuelto, pero aflojándola un poco por el pecho y los brazos, se acercó al sofá y se sentó.

—¿Quién le ha dicho que venga? —repitió, con la frente baja.

Jérôme no comprendía su pregunta. De pie, intimidado, explicó que acababa de volver a Francia, después de una larga permanencia en el extranjero, y que hasta ahora no había recibido su carta.

—¿Mi carta? —repitió ella, levantando los ojos.

Reconoció el destello verde grisáceo de sus pupilas, que seguían siendo puras. La tendió el sobre, que ella cogió y contempló con aire de extrañeza.

—¡Claro! —exclamó, con una mirada de rencor. Durante largo rato, contempló la carta en la mano; sacudió la cabeza de arriba abajo—. ¡Y a pesar de todo! —prosiguió—. ¡Mira que ni siquiera contestarme!

—Pero Cricrí; ¡si no he abierto tu carta hasta esta misma mañana!

—Eso no tiene nada que ver; al menos hubiera usted debido contestarme —afirmó, agitando la cabeza con obstinación.

Jérôme insistió con paciencia:

—He hecho más; he venido inmediatamente. —Y sin aguardar más, preguntó:

—Dime, ¿y el niño?

Apretó los labios, tragó saliva, quiso hablar, pero se calló, con los ojos llenos de lágrimas.

Por fin dijo:

—Se murió. Nació antes de tiempo.

Jérôme dejó escapar un suspiro, que parecía más bien un suspiro de alivio. Permanecía sin decir nada, avergonzado y mortificado por la mirada implacable que Rinette tenía fija en él.

—¡Y pensar que todo ha sido por culpa de usted! —dijo. Su voz era menos dura que sus ojos—. Yo no era una trotacalles; usted lo sabía perfectamente. Por dos veces creí lo que me decía. ¡Por dos veces lo abandoné todo para seguirle!... ¡Cuánto lloré cuando se marchó por segunda vez! —Seguía mirándole desde abajo, encogida de hombros y con la boca ligeramente contraída; sus ojos brillaban, más verdes a causa de las lágrimas. Jérôme, irritado, apenado, no sabiendo qué actitud tomar, sonreía trabajosamente. (¡Cuánto se parecía aquella sonrisa de medio lado a la de Daniel!)

Rinette se secó los ojos, y luego, con una voz tranquila, inesperada, preguntó:

—¿Y cómo está la señora?

Jérôme comprendió que aludía a Noemí. En el camino había decidido ocultar la muerte de la señora de Petit-Dutreuil, temeroso de conmover a Cricrí y despertar en

ella sentimientos y escrúpulos que hubieran estorbado los proyectos definidos que entonces había forjado. Así, pues, sin pensarlo más, se atuvo a la mentira que había preparado:

—¿La señora? Es artista de teatro; en el extranjero. —Sin embargo, tuvo que dominar una ligera emoción para añadir—: Supongo que estará bien.

—¿Artista de teatro? —repitió Rinette con respeto.

Ambos callaron. La joven se había vuelto hacia él y parecía esperar. Descubrió más el escote y los hombros y sonrió:

—¡Pero no habrá venido sólo por eso! —dijo.

Jérôme se daba perfecta cuenta de que no tenía que hacer sino una señal para que Rinette consintiera. Desgraciadamente, nada subsistía en él de aquel deseo apagado que, desde por la mañana, le hacía seguir como a un perro de caza el rastro de aquella pieza por todos los barrios de París.

—Por nada más —replicó.

Rinette pareció sorprendida, casi ofendida:

—Es que aquí, sabe, no tenemos derecho a recibir... simples visitas...

Jérôme se apresuró a desviar la conversación:

—¿Por qué te has cortado el pelo?

—Aquí lo prefieren así.

Jérôme sonrió por educación, y no encontró nada más que decir. Sin embargo, no se decidía a marcharse. Una inquietud, que se ocultaba en lo más profundo de su ser, le retenía en esta habitación, como si todavía tuviera que hacer en ella algo importante. ¿Pero el qué? Pobre Cricrí... El mal ya estaba hecho: ya no se podía remediar... ¿No se podía, verdaderamente?

Un poco embarazada por este silencio, Rinette observaba a Jérôme a hurtadillas, con más curiosidad que rencor. ¿Por qué habría vuelto? ¿La seguiría queriendo un poquitillo? Aquella pregunta la turbó, y repentinamente se le ocurrió la idea de que podía tener otro hijo de él. Todas sus esperanzas perdidas se reanimaron instantáneamente. Un hijo de Jérôme; un hermanito de Daniel; un hijo que sería de ella y para ella sola... Estuvo a punto de caer al suelo, de abrazar las rodillas de Jérôme y murmurar, alzando hacia él un rostro implorante: «¡Quiero tener un hijo tuyo!» Pero esto hubiera sido destruir, por un capricho, todo un porvenir cuidadosamente preparado. Se estremeció imperceptiblemente y con la mirada perdida durante un instante en aquel sueño imposible, se dijo para sus adentros: «¡No! ¡Eso, no!»

—¿Y Daniel? —preguntó bruscamente.

—¿Qué Daniel? ¿Mi hijo? —Molesto, añadió—: ¿Le conoces?

Rinette, sin saber por qué, había esperado que Daniel tuviera algo que ver con el regreso de Jérôme. Lamentó haber pronunciado su nombre y resolvió no decir nada: ni el padre ni el hijo sabrían nunca qué clase de amor, de amor intrincado...

Contestó evasivamente:

—¿Que si le conozco? Todo París le conoce. He coincidido con él.

Jérôme estaba aún más inquieto. Sin embargo, no se atrevió a preguntar: «¿Aquí?»

—¿Dónde? —dijo.

—Un poco por todas partes. En los locales nocturnos principalmente.

—¡Ah! —exclamó Jérôme—. Me lo sospechaba. ¡Ya le he dicho mi opinión acerca de la vida que hace!

Rinette se apresuró a añadir:

—¡Oh! De eso hace ya mucho tiempo... No sé si seguirá yendo. Tal vez sea como yo: ahora me he vuelto formal.

La miró, pero no contestó. Reflexionaba con una aflicción sincera en la desvergüenza de la juventud, en la relajación de las costumbres y luego en esta casa, en esta criatura entregada al mal...

«¿Por qué la vida tiene que ser así?», pensó, y repentinamente se sintió avergonzado y arrepentido.

Rinette, asaltada de nuevo por aquellas visiones de su porvenir, que era ahora el objetivo al que tendían todos sus esfuerzos, soñaba en voz alta, haciendo sonar la liga:

—Sí; ahora me las arreglo bastante bien. Por eso ya no le guardo rencor... Si continúo siendo formal y trabajando, al cabo de tres años, ¡adiós París! ¡Este puerco París de miseria!

—¿Y por qué tres años?

—Calcule: todavía no hace un mes que estoy aquí y ya me saco cincuenta o sesenta francos limpios. Cuatrocientos francos por semana. Pues en tres años, o tal vez antes, tendré treinta mil francos. Ese día se terminó Cricrí, Rinette y todo lo demás. Victorine coge sus ahorros, sus cosas y, ¡hala, al tren de Lannion! ¡Adiós a todo!

Reía.

«No; a pesar de todo no soy tan malo como mis actos —se repetía Jérôme, con un convencimiento desesperado—. No; es más complicado que todo eso. Yo valgo más que mi vida y, sin embargo, sin mí, esta pequeña... ¡Sin mí!» Desde lo más hondo de su memoria remontaron nuevamente las palabras sagradas: «¡Desgraciado de aquel que provoca el escándalo!»

—¿Tienes todavía a tus padres? —inquirió.

Una idea, todavía confusa y que sin embargo ya trataba de rechazar, se iba adueñando de él.

—El padre murió el año pasado, en Saint-Yves. —Se detuvo, dudando si se debía persignar; no lo hizo—. Ya no me queda más que mi tía. Tiene una casita en la plaza, detrás de la iglesia. ¿Usted no conoce Perros-Guirec? La vieja no tiene más herederos que yo, al fin y al cabo. No es que sea rica, pero tiene su casita. Vive de una pensión. Mil francos anuales. Ha estado mucho tiempo sirviendo con unos títulos. Además, es

sillera, y esto también da algo... Pues bien —prosiguió, y su fisonomía se iluminó—; según dice mamá Jujú, con treinta mil francos de capital yo puedo tener la misma renta o casi. Ya me las arreglaré para ganar lo que falte. Viviremos las dos juntas; siempre nos hemos llevado bien. Y allí —terminó con un hondo suspiro, contemplando el movimiento de sus dedos en el zapatito de satín—, allí, nadie ha sabido nunca de mí; todo se habrá terminado, ¡olvidado!

Jérôme se había levantado. Su idea se desarrollaba, subyugándole. Dio algunos pasos por la habitación. Mostrarse generoso... Reparar... Se detuvo frente a Rinette.

—¿Le gusta a usted mucho su Bretaña?

La joven se quedó tan sorprendida de oírse tratar de «usted» que tardó en contestar.

—¡Claro! —dijo por fin.

—Pues va usted a volver allí... Sí... Escúcheme.

Reanudó sus paseos. Se había apoderado de él una impaciencia de niño mimado. «Si no lo hago ahora mismo —pensaba— ya no respondo de nada.»

—Escúcheme —prosiguió con voz alterada—. ¡Va usted a volver allí! —Y, mirándola cara a cara, espetó—: ¡Esta misma tarde!

Rinette se echó a reír.

—¿Yo?

—Usted.

—¿Esta tarde?

—Sí.

—¿A Perros?

—A Perros.

Ya no se reía; la frente baja, le miraba con una expresión de encono. ¿Por qué burlarse de ella ahora? ¿Y por qué bromear acerca de esto?

—Si usted tuviera mil francos anuales, como su tía... —comenzó Jérôme.

Sonreía; su sonrisa no era maligna. ¿Qué querría decir con eso de los mil francos? Rinette calculó despacio, dividió entre doce.

Jérôme continuó, dejando de sonreír:

—¿Cómo se llama el notario de tu pueblo?

—¿El notario? ¿Cuál? ¿El señor Benic?

El señor De Fontanin se irguió:

—Pues bien, Cricrí, te doy mi palabra de honor de que todos los años, el día 1 de septiembre, el señor Benic te entregará de mi parte mil francos. Por lo que respecta a este año, aquí los tienes —dijo, abriendo la cartera—. Y otros mil para que te instales allí. Toma.

Rinette abría los ojos, se mordía los labios y no decía nada. El dinero estaba allí, ante sus ojos y al alcance de su mano... Subsistía en ella tanta ingenuidad que se sentía maravillada, pero no incrédula. Por fin cogió los billetes que Jérôme le tendía pacientemente; los dobló cuanto pudo, los deslizó bajo la media y miró a Jérôme, no

sabiendo qué decirle. La idea de besarle ni siquiera pasó por su imaginación. Había olvidado lo que ella era y lo que habían sido el uno para el otro: Jérôme se había convertido en el señorito Jérôme, el amigo de la señora de Petit-Dutreuil, y la intimidaba como en los primeros tiempos.

—Con una condición —añadió Jérôme—: que te marches esta misma tarde.

Rinette se asustó:

—¿Esta tarde? ¿Hoy? ¡Eso no, señorito! ¡Es imposible!

Él hubiera renunciado mejor a su buena acción que posponer un solo día su puesta en práctica:

—Esta misma tarde, pequeña, y delante de mí.

Comprendió inmediatamente que Jérôme no cedería y, de repente, se irritó. ¿Aquella misma tarde? ¡Era una cosa sin sentido común! En primer lugar, era precisamente la hora del trabajo. Además, ¿y las cosas que tenía en el hotel? ¿Y la amiga que compartía la habitación con ella? ¿Y mamá Juju? ¿Y la ropa que tenía en la lavandería? Aparte de que aquí no iban a dejarla que se marchara así... Se debatía como un pájaro cogido en la red.

—Voy a buscar a la señora Rose —exclamó finalmente, con los ojos llenos de lágrimas, careciendo ya de argumentos—. ¡Ya verá usted cómo es imposible! ¡Aparte de que yo no quiero!

—Anda, vé de prisa.

Jérôme se esperaba una discusión empeñada y se disponía a levantar la voz. Le sorprendió la sonrisa benévola de la señora Rose.

—Pues claro que sí —repuso ésta, sospechando inmediatamente una encerrona de la policía—. Todas nuestras chicas son completamente libres y nunca las retenemos. —Se volvió hacia Rinette y, dando una palmada con sus manos regordetas, apremió—: Vaya pronto a vestirse, pequeña. Ya ve que el señor la está esperando.

Rinette, absorta, juntaba las manos y miraba alternativamente a Jérôme y a la encargada. Gruesas lágrimas borraban sus afeites. Veinte ideas contradictorias se mezclaban en su cerebro. Se sentía impotente, furiosa, consternada. Odiaba a Jérôme. Dudaba también en abandonar la habitación sin haberle hecho señas a Jérôme de que no dijera ni palabra de los dos billetes que había ocultado en la media. La señora Rose tuvo que ponerse enfadada, coger a Rinette por el brazo y empujarla hasta la escalera.

—¡Quiere usted obedecer, señorita! (Y no se te ocurra nunca volver a poner aquí los pies, ¡chivata!) —advirtió, en voz baja.

Media hora más tarde, un taxi dejaba a Jérôme y Rinette en el hotel en que ésta tenía su habitación.

Ya no lloraba. A pesar de todo se acostumbraba a la precipitación de este viaje, ya que se la evitaba toda iniciativa. Sin embargo, de vez en cuando, repetía como un

estribillo:

—Dentro de tres años, no digo... Pero tan de repente, ¡no!

Jérôme la acariciaba la mano, sin contestar. Para sus adentros se repetía: «Esta tarde, esta misma tarde.» Se sentía con energía para romper cualquier resistencia; pero se daba cuenta demasiado bien de los límites de esta energía: no tenía tiempo que perder.

Pidió la nota y el horario de ferrocarriles. El tren salía a las diecinueve horas, quince minutos.

Rinette le pidió que la ayudara a sacar de debajo del armario la vieja maleta de madera negra que contenía algunas prendas revueltas.

—Mi vestido de cuando trabajaba —dijo.

Entonces, Jérôme recordó el guardarropa de Noemí, que Nicole había dejado a la patrona de Amsterdam. Se sentó, atrajo a Rinette sobre sus rodillas y tranquilamente, pero con un fervor que hacía temblar el final de sus frases, la pidió que abandonara sus vestidos de prostituta, la renuncia, el regreso total a la sencillez, a la pureza de antaño.

Ella le escuchaba con formalidad. Aquellas palabras encontraban un eco en lo más hondo de su ser. «Y además —no podía dejar de pensar—, ¿esos vestidos en el pueblo? ¿Para ir a misa? ¿Por quién me tomarían?» Nunca hubiera podido resolverse a tirar, ni siquiera a regalar, toda esta ropa blanca con encajes, estos vestidos atrevidos que le habían costado tantas economías. Pero debía doscientos francos a su compañera de hospedaje; desde que se había plantado la cuestión de marcharse, esta deuda no había sido la menor preocupación de Rinette; ahora bien, dejando sus galas a su amiga, pagaba su deuda sin tener que tocar los billetes de Jérôme. Todo se arreglaba.

Inmediatamente, la idea de ponerse su vestido de sarga negra, arrugado, la hizo palmotear de alegría como si se tratara de un disfraz; saltó al suelo con impaciencia y echó a correr con un acceso de risa nerviosa que la sacudió como una crisis de llanto.

Jérôme se había vuelto para que no tuviera que vestirse delante de él. Se acercó a la ventana y se perdió en la contemplación de la pared del corredor.

«De todas formas, soy mejor de lo que parece», se decía. Su buena acción reparaba a sus ojos una falta de la que, en realidad, nunca se había sentido verdaderamente culpable.

Sin embargo, algo faltaba todavía para su tranquilidad. Sin volver la cabeza exclamó:

—¡Dime que ya no me odias!

—¡Oh, no!

—Dímelo. Dime: «Le perdono.»

Ella no se atrevía.

—Sé buena —suplicó Jérôme, sin dejar de mirar hacia afuera—: pronuncia solamente esas dos palabras.

Rinette lo hizo.

—Naturalmente que... le perdono, señorito.

—Gracias.

Las lágrimas le vinieron a los ojos. Le parecía volver a entrar en el concierto universal, volver a encontrar, después de muchos años de privación, la paz del corazón. En una ventana del piso inferior, un canario se desgañitaba. «Soy bueno — se repetía Jérôme—. Se me juzga mal. No me conocen. Soy mejor de lo que parece.» Su corazón desbordaba de una dulzura sin objeto, de compasión.

—¡Pobre Cricrí! —murmuró.

Se volvió. Rinette acababa de abrocharse el corpiño de lana negra. Se había echado el pelo hacia atrás y la cara lavada había recobrado su lozanía: era la criadita tímida y obstinada que Noemí había traído de Bretaña seis años antes.

Jérôme no pudo contenerse; se acercó a ella y la cogió por la cintura. «Soy bueno; soy mejor de lo que parece», se repetía como un estribillo. Sus dedos desabrochaban la falda automáticamente, en tanto que sus labios se apoyaban sobre la frente de la joven con un beso paternal.

Rinette se estremeció, casi tan enfadada como antaño. Pero Jérôme la mantenía apretada contra sí.

—Sigue usted teniendo ese perfume... —suspiró—, ese perfume que huele a limonada, ¿sabe? —sonrió, ofreció la boca y cerró los ojos.

¿No era aquella la única prueba de agradecimiento que ella podía ofrecer? ¿Y no era para Jérôme el único gesto capaz de expresar hasta el agotamiento esta piedad religiosa que inundaba su alma en este segundo de exaltación mística?

Cuando llegaron a la estación de Montparnasse, el tren estaba junto al andén. Hasta que no vio el letrero con la indicación de «Lannion» sobre el vagón, no se percató Rinette por completo de la realidad. No; no era una «trampa». Estaba a punto de realizar aquel sueño que había acariciado durante años. ¿A qué se debía entonces su tristeza?

Jérôme escogió un sitio para ella y empezaron a pasear delante del compartimiento. Ya no hablaban. Rinette pensaba en algo, en alguien... Pero no se decidía a romper el silencio.

Y Jérôme también parecía atormentado por alguna preocupación secreta, puesto que varias veces se volvió hacia ella como para decir algo y se callaba. Por fin, sin mirarla, confesó:

—No te he dicho la verdad, Cricrí. La señora ha fallecido.

Rinette no pidió detalles; pero se puso a llorar, y aquella pena silenciosa hizo mucho bien a Jérôme. «¡Qué buenos somos!», pensó con cierta satisfacción.

No volvieron a cambiar una palabra hasta el momento de la partida. Por la menor cosa, si se hubiera atrevido, Rinette hubiera devuelto el dinero y hubiera corrido a suplicar a la señora Rose que la admitiera de nuevo. Y Jérôme, molesto por esta



espera, no sentía ya la menor alegría por haber llevado a cabo este salvamento.

Cuando por fin arrancó el tren, Rinette hizo acopio de todo su valor y se asomó a la ventanilla:

—Si el señor quisiera dar recuerdos al señorito Daniel...

El ruido impidió que Jérôme comprendiera sus palabras. Ella se percató de que no la había oído; la tembló la boca y la mano que se apoyaba sobre el pecho se crispó; Jérôme sonreía, dichoso de verla marchar, y agitaba el sombrero cortésmente.

Se le acababa de ocurrir una idea que le llenaba de impaciencia: volver a Maisons en el primer tren, arrojarse a los pies de su esposa y confesarlo todo, o casi todo.

«Además —se dijo, encendiendo un cigarrillo y alejándose de la estación a grandes pasos—, por lo que respecta a esa renta anual, será mejor que lo sepa Thérèse: ella que es tan ordenada se ocupará de que nunca falte.»

## XIII

VARIAS veces por semana, Antoine venía a buscar a Rachel para llevarla a cenar.

Una noche, cuando salían, al acercarse ella al espejo y sacar la polvera del bolsillo, dejó caer una hojita doblada que Antoine recogió.

—¡Ah! Gracias.

Creyó sorprender en su voz una leve turbación y en el mismo instante Rachel adivinó su pensamiento.

—¿Y bien? —dijo, tratando de embromarle—: ¿Qué te estás figurando? ¡Léelo! Es un horario de trenes.

Rechazó el papel, que Rachel volvió a guardar en el bolsillo. Pero casi al mismo tiempo, Antoine preguntó:

—¿Te vas de viaje?

Esta vez, el involuntario estremecimiento de las pestañas y el fingimiento de la sonrisa eran flagrantes.

—¿Rachel?

Esta ya no sonreía. «¡Ah! —pensó Antoine con una angustia repentina—. No quiero... ¡Yo no podría soportar tu ausencia por pequeña que fuera!»

Se acercó a ella y la cogió del brazo; ella se reclinó sobre su pecho, sollozando.

—Pero bueno..., ¿qué sucede? —balbuceó Antoine.

Rachel se apresuró a contestar, con palabras entrecortadas:

—Nada. Absolutamente nada. Estoy nerviosa. Escucha: vas a ver que no tiene importancia; es para ir a la tumba de la pequeña, ya sabes, en Gué-la-Rozière. Hace mucho tiempo que no he estado allí y voy a tener que ir, ¿comprendes? ¡Y te he asustado! Perdóname. —Pero, abrazándole repentinamente, gimió—: ¿Entonces es verdad que me quieres, Minou, dime? ¿Serías muy desgraciado si..., si algún día...?

—Calla —murmuró Antoine, asustado por primera vez al comprobar el lugar que Rachel había ocupado en su vida. Tímidamente añadió—: ¿Vas a estar ausente...? ¿Cuántos días?

La joven se había sentado y, esforzándose en reír, corría hacia el tocador para limpiarse los ojos.

—Es una tontería llorar así —dijo—. Mira, fue una noche como ésta y precisamente antes de ir a cenar. Estaba en mi casa, con unos amigos que tú no conoces. Lllaman: el telegrama: «Niña enferma; estado muy grave; venga.» En seguida comprendí lo que pasaba. Corrí a la estación tal y como estaba, con un sombrero de tul bordado y zapatos abiertos; salté al primer tren. Aquel viaje, durante toda una noche, sola y aterida... ¿Cómo no llegaría loca? —Se volvió hacia él—: Ten un poco de paciencia, estoy esperando que se seque; queda mejor. —Su fisonomía se animó repentinamente—: ¿Sabes lo que harías si fueras buen chico? ¡Irías allí conmigo! Escucha: bastarían dos días: un sábado y un domingo. Iríamos a dormir a

Ruán o a Caudebec; y al día siguiente haríamos que nos llevaran hasta el cementerio de Gué-la-Rozière. ¡Qué agradable sería una excursión los dos juntos! ¿No crees?

Partieron el último sábado de septiembre, con una magnífica tarde y en un tren casi vacío: iban solos en su compartimiento.

Antoine, encantado con aquellos dos días de descanso y de intimidad, con los nervios relajados, la mirada rejuvenecida, gozosa, se agitaba como un niño, embromando a Rachel acerca de los paquetes que atestaban la red, y rehusaba sentarse a su lado para poder devorarla mejor con los ojos.

—Déjalo —terminó por decir Rachel, cuando él se levantaba una vez más para bajar la cortinilla—. No voy a fundirme.

—No. ¡Pero yo me deslumbro cuando estás al sol! —Era cierto: cuando la luz bañaba por completo la piel del rostro e incendiaba la cabellera, resultaba fatigoso para los ojos observarla muy seguido.

—Hasta ahora nunca habíamos viajado juntos —observó Antoine—. ¿Te habías dado cuenta?

Rachel no consiguió sonreír. Su boca, un poco alterada, tenía algo de ardiente, de voluntarioso. Antoine se inclinó hacia ella.

—¿Qué te pasa?

—Nada... El viaje...

Él calló, pensando que había olvidado egoístamente el objeto de aquella peregrinación. Pero ella explicó:

—Siempre me emocionan los viajes. Estos paisajes que huyen... ¡Toda esta incógnita al final! —Sus ojos se posaron durante un instante sobre el horizonte que se perdía a lo lejos—: ¡Cuántos trenes y cuántos barcos habré tomado! —Su rostro se oscureció.

Antoine se deslizó a su lado, se tumbó en el asiento y posó la cabeza en su regazo.

—*Umbilicus sicut cráter eburneus* —murmuró. Luego, después de un instante de silencio y notando perfectamente que la imaginación de Rachel no estaba con él, preguntó—: ¿En qué piensas?

—En nada. —Rachel hizo un esfuerzo para ponerse alegre—: ¡En tu corbata! —exclamó, introduciendo un dedo bajo la tela—. ¡Cualquiera diría que ni siquiera para viajar eres capaz de hacerte el nudo un poco flojo, un poco libre! —Se estiró y volvió a sonreír—: ¡Qué suerte estar solos!... Háblame. Cuéntame cosas.

Antoine se echó a reír:

—¡Pero si eres tú siempre la que cuentas! Yo con mis enfermos, mis exámenes. ¿Cómo podría yo tener algo que contar? Siempre he vivido como un topo en su madriguera: ¡tú eres quien me ha hecho salir de mi agujero y mirar el universo!

Nunca hasta entonces había hecho semejante confesión delante de ella. Rachel se inclinó, cogió con ambas manos la cabeza amada que reposaba sobre sus rodillas y la contempló:

—¿De verdad? ¿Es cierto eso?

—Mira —prosiguió Antoine, sin cambiar de postura—, el año que viene no nos quedaremos todo el verano en París.

—No.

—Este año no he pedido vacaciones; me las arreglaré para tener quince días.

—Sí.

—O tal vez tres semanas.

—Sí.

—Iremos juntos, a donde sea... ¿Verdad?

—Sí.

—A la montaña, si te gusta. A los Vosgos. O a Suiza. O incluso más lejos.

Rachel permanecía pensativa.

—¿En qué piensas? —dijo Antoine.

—En eso. Sí; a Suiza.

—O si no, a los lagos de Italia.

—¡No!

—¿Por qué? ¿No te gustan los lagos de Italia?

—No.

Siempre tumbado y acunado por el traqueteo del tren, accedió:

—Bueno; iremos a otro sitio... Donde tú quieras. —Pero después de una pausa preguntó indolente—: ¿Por qué no te gustan los lagos de Italia?

Rachel paseaba el extremo de sus dedos sobre la frente de Antoine, sobre sus párpados, sobre sus sienes, que estaban un poco hundidas, como sus mejillas; no contestó. El había cerrado los párpados; pero aquella idea se fijó en su cerebro somnoliento:

—¿Por qué no quieres decirme lo que tienes contra los lagos italianos?

Rachel contuvo un imperceptible gesto de enfado:

—¡Allí es donde murió Aarón! Ya sabes, mi hermano. En Pallanza.

Antoine lamentó su insistencia, pero no obstante añadió:

—¿Es que vivía allí?

—Oh, no; estaba de viaje. En viaje de novios. —Frunció las cejas y luego, al cabo de un instante, como si hubiera adivinado el pensamiento de Antoine, murmuró—: La verdad es que ya he visto tantas cosas...

—¿Estás enfadada con tu cuñada? —preguntó Antoine—. Nunca hablas de ella.

El tren se detenía. Rachel se levantó y se asomó a la ventanilla. Sin embargo, había oído la pregunta de Antoine, puesto que se volvió.

—¿De quién? ¿Qué cuñada? ¿Clara?

—La mujer de tu hermano; dices que él murió durante el viaje de novios.

—Ella murió con él. Ya te lo he contado... ¿No? —Seguía mirando al exterior—. Ambos se ahogaron en el lago. Nadie ha sabido nunca lo que pasó. —Vaciló—. Nadie, salvo Hirsch, tal vez.

—¿Hirsch? —dijo él, levantándose sobre un codo—. ¿Estaba allí con ellos? ¿Y... tú también, entonces?

—No hablemos hoy de estas cosas —suplicó Rachel, volviendo a sentarse—. Alcánzame mi bolso. ¿Tienes hambre? —Desenvolvió una croqueta de chocolate, se la puso entre los dientes, y la ofreció así a Antoine que, sonriente, se prestó al juego.

—Así está mejor —dijo Rachel, guiñando el ojo golosamente. Y de una forma inesperada, brusca, prosiguió—: Clara era hija de Hirsch; ¿lo comprendes ahora? Yo conocí al padre por intermedio de la hija. ¿No te lo he dicho nunca?

El joven hizo señas de que no, pero se contuvo de hacer más preguntas, tratando de relacionar estos detalles nuevos con los que ya había obtenido. Por otra parte, Rachel no tardó en volver a coger la palabra, como siempre que él dejaba de preguntarla:

—¿No has visto la fotografía de Clara? Ya te la buscaré. Era una compañera mía. La conocí en clase. Pero no estuvo en la Opera más que un año. No estaba sana. Puede también que Hirsch prefiriera tenerla a su lado: es muy posible... Nos habíamos hecho amigas y yo iba a verla los domingos al picadero de Neuilly. Así fue como tomé las primeras lecciones de equitación, al mismo tiempo que ella. Y luego, más tarde, conservamos la costumbre de montar juntos los tres.

—¿Quiénes tres?

—Pues Clara, Hirsch y yo. A partir de Pascuas iba a buscarles a las seis de la mañana, tres veces por semana. Tenía que estar de vuelta a las ocho en la Opera. A aquellas horas, el Bois nos pertenecía; era delicioso. —Calló un instante. Antoine la miraba, acodado sobre el asiento, y no se movió—. Una chica fantástica —prosiguió Rachel, siguiendo el hilo de sus recuerdos—. Muy atrevida, muy buena; encantadora, con un encanto un poquitillo descarado y, algunas veces, la mirada terrible de su padre. En aquella época era mi mejor amiga. Hacía años que Aarón se había enamorado de ella: no trabajaba sino para poder casarse con ella algún día. Clara no quería. Hirsch tampoco, naturalmente. Por último, ella se decidió bruscamente, sin que al principio yo me explicara la razón. Por otra parte, incluso en el momento del compromiso, yo no sospechaba nada. Cuando lo supe ya era demasiado tarde para decir algo. —Hizo una pausa—. Y luego, tres semanas después de su matrimonio, recibí el telegrama de Hirsch que me llamaba a Pallanza. Ignoraba que se había reunido con ellos; pero cuando supe que estaba allí, me olí en seguida el drama. Al fin y al cabo no es un secreto. Se vio perfectamente que había varias equimosis en el cuello de Clara. Debió de estrangularla.

—¿Quién?

—Aarón. Su marido. Aquella tarde había alquilado una barca para pasearse por el lago, solo. Hirsch le había dejado hacer: le venía bien; probablemente tenía sus razones: sabía que Aarón quería suicidarse. Y Clara también lo sospechaba: puesto que aprovechó un momento en que Hirsch no la vigilaba para saltar a la barca que desatraca. Por lo menos es lo que he ido adivinando poco a poco, porque Hirsch...

—Un estremecimiento la sacudió—:... es impenetrable —articuló.

Luego, como volviera a quedar silenciosa, Antoine preguntó:

—¿Y por qué suicidarse?

—Aarón siempre hablaba de ello. Una manía desde niño. Precisamente por eso no me había yo atrevido a decirle nada y le había dejado que se casara. ¡Ah! —dijo, con un acento de profundo dolor—. ¡Cuánto me lo he reprochado después! Tal vez si hubiera hablado en aquel momento... —Y mirando a Antoine, como si éste pudiera disculparla ante su propia conciencia, agregó—: Había sorprendido su secreto, efectivamente. ¿Pero era una razón para revelárselo a Aarón? ¿Dime? ¡Había manifestado muchas veces que se mataría si no se casaba con Clara! Y lo hubiera hecho si yo le hubiera dicho lo que había descubierto por casualidad... ¿No lo crees así?

Antoine no podía contestar, pero repitió:

—¿Por casualidad?

—Oh, completamente por casualidad; una mañana que iba a buscar a Clara y a Hirsch para ir al Bois. Había subido directamente a la alcoba de Clara y al acercarme oí ruido de lucha; corrí... La puerta estaba entreabierta: Clara estaba sin sostén, con los brazos desnudos; se cubría con la falda de amazona y, en el momento en que yo empujaba la puerta, la vi coger la fusta que estaba sobre una silla, y ¡zas!, un latigazo cruzó la cara de Hirsch.

—¿De su padre?

—¡Sí, pequeño! ¡Ah! ¡Te confieso que he pensado en ello muchas veces desde entonces! —exclamó en una explosión de alegría rencorosa—. ¡He vuelto a ver su cabeza muchas veces! ¡Su cara descolorida! ¡Y la herida, cada vez más marcada! También a él le gustaba pegar: ¡y pegaba fuerte! Sin embargo, aquella vez era él quien había recibido el latigazo.

—¿Pero...?

—Nunca he llegado a saber exactamente lo que había sucedido aquella mañana... Clara debía rehusar entregarse desde su noviazgo. Esta fue la idea que se me ocurrió inmediatamente. Recordé ciertas cosas que ya me habían extrañado y en un instante adiviné, lo comprendí todo... Hirsch salió de la alcoba como un gran señor, sin decirme ni palabra; parecía bien seguro de que yo no hablaría. Tenía razón; ya ves. Abrumé a Clara a preguntas. Me lo confesó todo. Pero me juró, y estoy segura de que en esto era sincera, me juró que se había acabado para siempre; que se casaba precisamente para escapar de todo aquello. ¿Escapar de Hirsch? ¿O bien escapar de..., de su propia pasión? Esto es lo que hubiera debido preguntarme aquel día. Hubiera debido comprender que no estaba acabado, nada más que en la forma en que hablaba de él. —Hizo una pausa antes de añadir con voz sorda—: ¡Mientras que una mujer habla de un hombre con esa clase de odio es que le sigue teniendo muy dentro!

Se quedó pensativa nuevamente, durante un minuto, con la frente baja y los ojos fijos en el suelo. Luego continuó:

—Tuve la prueba en seguida, puesto que fue ella misma, Clara, la que en pleno viaje de novios... ¿Te das cuenta? ¡Fue ella la que hizo ir a Hirsch a Italia!... Después me faltan datos. Pero con toda seguridad, Aarón debió de sorprenderlos: si no, no hubiera tratado de suicidarse... Lo que nunca he podido aclarar es la intención de Clara. ¿Por qué se reunió con su marido en la barca? ¿Para impedirle que se matara? ¿O bien para morir con él? Lo mismo se puede suponer una cosa que otra... ¡Qué conversación a solas en aquella barca, en plena noche y en medio del lago! Me he preguntado cien veces qué pudo pasar. ¿Confesaría Clara todo, cínicamente? Era muy capaz... ¿Quiso Aarón suprimirla, para estar seguro de que aquello no continuaría después de su muerte?... Al día siguiente se encontró su barca vacía; y algunos días después, los dos cadáveres juntos... Pero lo más extraño de todo, para mí, es que Hirsch me telegrafió que fuera, sin esperar a que empezaran las investigaciones, ¡la noche misma del paseo, antes de que cerraran la oficina! — Después de algunos segundos de meditación continuó—: Por otra parte, has tenido que leer este suceso en los periódicos de entonces; lo que pasa es que no te llamaría la atención. La policía italiana hizo investigaciones; la francesa también intervino: se preguntó en París, en el domicilio de Aarón, en el mío, pero nunca encontraron la clave del enigma... ¡Y yo no sé más que ellos!

—¿Y tu Hirsch no ha sido molestado nunca?

Rachel se irguió con vehemencia:

—No —articuló—. ¡Mi Hirsch no fue molestado nunca!

En su voz, en la mirada en que envolvió a Antoine, había algo de desafío; pero éste no hizo caso porque muy a menudo, cuando ella hablaba de su pasado, empleaba un acento más bien provocativo, como si experimentara cierto placer en asombrar a este hombre que se le había impuesto con tanta fuerza la primera noche que le conociera.

—Hirsch no fue molestado nunca —repitió en otro tono, bromeando—; pero aquel año consideró más prudente no volver a Francia.

—¿Y estás segura de que fue ella, la hija, la que en pleno viaje de novios...?

—Basta —dijo Rachel, abalanzándose sobre él con aquella pasión que manifestaba casi siempre que hablaban de Hirsch, y le cerró la boca con un beso imperioso—. ¡Ah; tú no eres como los otros! —murmuró, acurrucándose contra él—. ¡Tú eres bueno y generoso! ¡Eres íntegro! ¡Cuánto te quiero, Minou! —Y como Antoine, obsesionado por este relato, pareciera dispuesto a seguir preguntando, repitió—: Basta, basta... Todo esto me enerva demasiado. Quiero olvidarlo todo lo más que pueda... Abrázame fuerte; acaríciame... Sí; acúname, acúname mucho, Minou, para que olvide...

Antoine la oprimía entre sus brazos. Y repentinamente, desde el fondo de su inconsciente, brotó, como un instinto nuevo, un deseo de aventura: evadirse de esta existencia ordenada; empezar todo de nuevo, correr riesgos, utilizar para actos libres y gratuitos esta fuerza que se había sentido tan orgulloso de subordinar a fines

laboriosos.

—¿Y si partiéramos los dos? Escúchame. Rehacer nuestra dicha juntos, lejos, muy lejos... ¡Tú no sabes de lo que yo sería capaz!

—¿Tú? —dijo ella, riendo.

Rachel le ofreció los labios. Y él mismo, desilusionado, tratando de hacer creer que había querido bromear, sonrió.

—¡Cuánto te quiero! —dijo ella, mirándole muy de cerca, con una angustia que él recordó más tarde.

Antoine conocía Ruán. Su familia paterna era de origen normando. El señor Thibault tenía todavía en Ruán algunos familiares cercanos. Además, Antoine había hecho allí, ocho años antes, su servicio militar.

Rachel tuvo que acompañarle antes de cenar al otro lado de los puentes, por un barrio atestado de soldados, para bordear la pared interminable de un cuartel.

—¡La enfermería! —exclamó Antoine, gozoso, indicando a Rachel un edificio iluminado—: ¿Ves la segunda ventana? La oficina. ¡Cuántos días me habré pasado ahí dentro, sin hacer nada, sin siquiera poder leer, vigilando a dos o tres cuentistas y a algunos amorosos averiados! —Reía sin rencor, y terminó—: ¡Qué feliz me siento hoy!

Rachel no contestó y pasó delante; Antoine no se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

Un cine anunciaba *El África desconocida*; Antoine señaló el cartel a Rachel, pero ésta sacudió la cabeza y le llevó hacia el hotel.

Durante toda la cena no consiguió hacerla reír y, pensando en el motivo de su viaje, se reprochaba un poco su alegría.

Pero tan pronto como estuvieron en su habitación, Rachel se colgó de su cuello:

—No tienes que tomármelo a mal —dijo.

—¿El qué?

—Que te estropee nuestra excursión.

Antoine quiso protestar. Rachel le abrazó de nuevo, repitiendo, como para sí misma:

—¡Cuánto te quiero!

Al día siguiente, muy temprano, se dirigieron a Caudebec.

El calor se hacía más pesado; el río corría, muy ancho, bajo una bruma que brillaba. Antoine llevó los paquetes hasta el hotelito donde alquilaban los coches. El que pidieron vino a situarse con mucha anticipación delante de la ventana junto a la que estaban comiendo. Rachel abrevió el postre. Ella misma amontonó los paquetes en la capota, explicó detalladamente al cochero el itinerario que deseaba seguir y subió alegremente a la vieja calesa.

Según se iba acercando al momento penoso de su viaje parecía recobrar su



animación. El recorrido la encantó: recordaba las subidas, las bajadas, los calveros, las plazas de los pueblos. Todo la asombraba. Hubiérase dicho que nunca había abandonado la ciudad.

—No; mira mejor. ¡Mira las gallinas! ¡Y esa vieja paralítica que se tuesta al sol! ¡Y esa barrera con un bloque de piedra para hacer contrapeso! ¡Qué retrasados están aquí! Ya lo ves, ya te lo había advertido: ¡un verdadero tamojal!

Cuando distinguió en el valle los tejados arracimados alrededor de la pequeña iglesia de Gué-la-Rozière, se puso de pie en el coche y su cara se iluminó como si hubiera vuelto a encontrar su tierra natal.

—El cementerio está a la izquierda, lejos del pueblo. Detrás de aquellos olmos. Espera, vas a verle... Cruce el pueblo al trote —dijo al cochero cuando alcanzaron las primeras casas de Gué.

Ocultas en el fondo de los patios poblados de hierba, las fachadas blancas, tiznadas de negro y coronadas de bálago, brillaban al sol a través de los manzanos; los postigos estaban cerrados. Pasaron por delante de un tejado de pizarra entre dos tejos.

—El Ayuntamiento —dijo Rachel muy contenta—. ¡No ha cambiado nada! Aquí fue donde se celebraron los actos... ¿Ves allí detrás...? Pues allí es donde vivía su nodriza. Muy buenas gentes. Se han marchado del pueblo; si no, hubiera ido de todas formas a dar un abrazo a la vieja... Mira, una vez estuve viviendo aquí. Cuando venía aquí me alojaban donde disponían de una cama de sobra. Comía con ellos y me reía de su dialecto. Me miraban como un bicho raro. Las mujeres venían a verme en la cama, a causa de mis pijamas. ¡El atraso aquí es increíble! Pero muy buena gente. ¡Fueron todos tan buenos conmigo cuando murió la pequeña! Luego les envié muchas cosas: frutas confitadas, cintas para las cofias, licores para el cura. —Volvió a ponerse de pie—. Mira bien, vas a ver las tumbas en la hondonada. Mira, ponme aquí la mano: ¿sabes por qué me late el corazón? Siempre tengo el temor de no volver a encontrar a la pobre chiquilla. Quisimos comprar una tumba perpetua, pero nos dijeron que por aquí no era costumbre. Pero sin poderlo evitar, siempre que vengo me digo: «¿Y si me la hubieran esfumado en el aire? Tienen derecho a hacerlo, ¿sabes? ...» Párese delante de la avenida, cochero; iremos a pie hasta la puerta... ¡Ven, ven de prisa!

Había saltado fuera de la calesa y corría hacia la verja; la abrió, desapareció detrás de un lienzo de pared y volvió a reaparecer casi inmediatamente para gritar a Antoine:

—¡Sigue estando!

El sol iluminaba su rostro, en el que solamente había alegría. Volvió a eclipsarse.

Antoine se reunió con ella. Estaba plantada, con las manos en las caderas, delante de un rincón cubierto de cizaña en la confluencia de dos tapias; restos del cercado emergían de entre las ortigas.

—¡Sigue estando, pero de qué forma! ¡Pobre pequeña; podrás decir que tu

sepultura está bien cuidada! ¡Y les mando veinte francos todos los años para que la cuiden!

Luego, volviéndose hacia Antoine, con una ligera vacilación en la voz, como para disculparse por un capricho, dijo:

—Descúbrete, Minou. ¿No te importa?

Antoine enrojeció y se quitó el sombrero.

—¡Pobre pequeña! —dijo Rachel repentinamente. Apoyó la mano en el hombro de Antoine y sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Pensar que ni siquiera la vi morir! —murmuró—. Llegué demasiado tarde. Un angelito, un verdadero angelito, pálida... —Súbitamente se enjugó los ojos y sonrió—: Vaya una excursión divertida que te hecho hacer, ¿eh? ¡Qué vamos a hacerle! Son cosas pasadas, pero que de todas formas emocionan. Afortunadamente tenemos trabajo y esto impide pensar... Ven.

Hubo que volver al coche y, sin aceptar la ayuda del cochero, llevar al cementerio los paquetes que Rachel, arrodillada sobre la hierba, quiso deshacer personalmente. En una forma metódica fue colocando sobre una losa vecina una pala, una podadera, un mazo y luego una enorme caja de cartón que contenía una corona de perlas blancas y azules.

—Ahora ya comprendo por qué pesaba tanto —dijo Antoine, sonriendo.

Rachel se levantó alegremente.

—Ayúdame entonces en lugar de burlarte. Quítate la chaqueta... Toma, coge la podadera. Se trata de cortar, de arrancar todas esas porquerías que lo invaden todo. Mira, debajo se notan los ladrillos que señalan el sitio. ¡No puede decirse que su ataúd fuera muy grande ni muy pesado, pobrecita mía!... Dame eso. Son los restos de una corona. No es muy reciente: «A nuestra querida hija.» La trajo Zucco. Hacía ya un año que no vivía con él, pero de todas formas hice que le avisaran, ¿comprendes? Por otra parte, se portó con mucho comedimiento; vino vestido de luto. La verdad es que me puse contenta, así estaba menos sola para el entierro... ¡Es una más tonta!... Espera: esa es la cruz. Levántala; ahora la sujetaremos.

Al quitar las hierbas, Antoine se vio acometido por una súbita emoción; al principio no había distinguido toda la inscripción: «Roxane-Rachel Göpfert.» El primer nombre de pila estaba borrado y sólo había leído el nombre de su amiga. Permaneció meditabundo algunos segundos.

—Bueno —dijo Rachel—. ¡Manos a la obra! Vamos a empezar por aquí.

Antoine se puso a ello con toda su alma; no hacía nada a medias. En mangas de camisa, manejando la podadera y la pala, pronto empezó a sudar como un obrero.

—Las coronas —dijo Rachel—; dámelas para que las vaya limpiando al mismo tiempo... ¿Eh? ¡Falta una! Mira a ver... ¡La de Hirsch, la más bonita! ¡Toda de flores de porcelana! ¡Habrás visto qué robo!...

Antoine la seguía con la mirada divertido: sin sombrero, el pelo alborotado rutilando al sol, la boca fruncida y burlona, la falda arremangada y las mangas recogidas hasta los codos, Rachel recorría el cementerio en todas direcciones,

inspeccionando todas las tumbas y murmurando furiosa:

—¡Me la habrán quitado esos sinvergüenzas!

Volvió descorazonada.

—¡Le tenía tanto aprecio! Se habrán hecho dijes con ella. ¡Están tan atrasados!...

Pero —continuó, apaciguada como por encanto—: he descubierto allí una arena amarilla que va a quedar muy bien.

Poco a poco la pequeña sepultura iba tomando una apariencia completamente distinta: la cruz, enderezada y fijada luego a golpes de maza, dominaba el rectángulo de ladrillo, completamente limpio de hierbas, y el caramillo de arena amarilla que le contorneaba contribuía a dar a la tumba un aspecto cuidado.

No se habían dado cuenta de que el horizonte se cubría de nubes y fueron sorprendidos por las primeras gotas. Una tormenta se cernía sobre el valle. Bajo el cielo plomizo, las piedras parecían más blancas y la hierba más verde.

—¡De prisa! —exclamó Rachel. Dirigió hacia la tumba una sonrisa maternal—: Hemos trabajado de firme —murmuró—; parece el jardín de un hotelito.

Antoine había observado en un rincón la rama caída de un rosal que balanceaba al viento dos rosas azafranadas. Se le ocurrió ofrecérselas, a modo de despedida, a la pequeña Roxane. Un sentimiento de delicadeza le contuvo: prefirió dejar a la madre este gesto romántico, cogió las flores y se las ofreció a Rachel.

Esta las tomó y apresuradamente las prendió en su escote.

—Gracias —dijo—. Pero vámonos en seguida; mi sombrero se va a poner perdido. —Corrió hacia el coche, sin volverse, sosteniendo con ambas manos la falda que comenzaba a ser azotada por la lluvia.

El cochero había desenganchado, cobijándose con el caballo bajo un saliente de la pared. Antoine y Rachel se refugiaron en el fondo de la calesa, bajo la capota, y desplegaron sobre sus rodillas la cubierta que olía a cuero mojado. La joven reía, divertida por lo imprevisto de la tormenta, dichosa también por el deber cumplido.

Sólo era un chaparrón, Ya iba disminuyendo la lluvia y las nubes galopaban hacia el Este; muy pronto, a través de la atmósfera, purificada de sus vapores, reapareció deslumbrador el sol poniente. El cochero empezó a enganchar. Pasaron unos chiquillos, llevando ante ellos una fila de ocas mojadas. El más pequeño, que podía tener nueve o diez años, se encaramó sobre el estribo para lanzar con voz aguda:

—¿Es agradable el amor, señoras y señores? —Luego escapó, haciendo resonar sus zuecos.

Rachel rompió a reír.

—¿Atrasados, eh? —dijo Antoine—. ¡La nueva generación promete!

Por fin el carruaje estuvo dispuesto para la marcha. Pero ya era demasiado tarde para alcanzar el tren de Caudebec; había que dirigirse directamente a la estación más próxima de la línea principal: Antoine no había querido que le sustituyeran en el hospital el lunes por la mañana y tenía que volver a París aquella noche sin falta.

El cochero se detuvo para que cenaran en Saint-Ouen-la-Noue. La posada estaba

atestada de bebedores domingueros. Sirvieron a los recién llegados en una sala interior.

La cena fue silenciosa. Rachel ya no bromeaba. Pensaba; recordaba haber sido traída aquí el día del entierro, a esta misma hora, en una calesa semejante, tal vez la misma, pero en compañía del tenor. Recordaba sobre todo la querrela que se había producido entre ellos casi inmediatamente; y cómo Zucco se había abalanzado sobre ella y la había abofeteado allí mismo, delante del arcón; y cómo se había vuelto a entregar a él aquella misma noche, en una habitación de esta posada; y cómo había vuelto a soportar después, durante cuatro meses, sus brutalidades y su estupidez... Por otra parte, apenas si le guardaba rencor por ello; esta noche, incluso, más bien pensaba en él y en aquella bofetada con un recuerdo sensual. Sin embargo, se guardó mucho de contar a Antoine aquella aventura; nunca le había confesado abiertamente que el tenor la pegaba.

Luego, otra idea lancinante surgió en la sombra y Rachel comprendió que había sido por escapar a esta obsesión por lo que se había detenido tanto en sus recuerdos.

Se levantó.

—¿Quieres que vayamos andando hasta la estación? —propuso—. El tren no llega hasta las once. El cochero puede llevar las maletas.

—¿Ocho kilómetros en plena noche, entre el barro?

—¿Por qué no?

—¡Vamos; estás loca!

—¡Ah! —gimió—. Hubiera llegado muy cansada y eso me habría sentado bien. —Y sin insistir más, le siguió hasta el coche.

La oscuridad era completa; había refrescado.

Apenas sentada, tocó con la sombrilla en la espalda del cochero:

—Vaya despacito, al paso; tenemos tiempo. —Se apretujó contra Antoine y murmuró—: Hace una temperatura tan agradable y se está tan bien...

Algunos instantes después, Antoine quiso acariciar la mejilla que se apoyaba en él y notó que estaba mojada por las lágrimas.

—Estoy nerviosa —explicó, apartando la cara. Luego, hundiéndose aún más en sus brazos, suspiró—: ¡Guárdame, Minou, tenme muy cerca de ti!

Permanecieron en silencio y muy juntos. Los árboles, las casas, tocados por la luz de los farolillos, se alzaban un instante como espectros y se perdían en la noche. Por encima de sus cabezas resplandecía el firmamento. El vaivén del carruaje balanceaba sobre el hombro de Antoine la cabeza relajada de Rachel.

Y de vez en cuando, irguiendo todo el busto para abrazar a su amante, la joven suspiraba:

—¡Cuánto te quiero!

En el andén de la estación de enlace eran los únicos que esperaban el tren de París. Buscaron refugio debajo de una marquesina. Rachel, siempre silenciosa, iba

cogida del brazo de Antoine.

Los empleados corrían en la oscuridad, agitando faroles cuyos reflejos espejeaban sobre la acera mojada.

—¡El directo! ¡Apártense!

El rugido de un rápido, negro y horadado de fuego, pasó como un cataclismo, levantando todo lo que podía volar, arrastrando con él hasta el aire respirable. Luego, el silencio se restableció rápidamente. Y, de repente, el trepidar gangoso e insistente de un timbre eléctrico que sonó encima de ellos anunció el expreso.

El tren se detuvo treinta segundos. Apenas si tuvieron tiempo de encaramarse, sin escoger, en un compartimiento en el que ya dormían tres personas; la luz estaba cubierta con una tela azul. Piachel se quitó el sombrero y se dejó caer en el único rincón que quedaba libre; Antoine se sentó a su lado. Pero en lugar de recostarse en él, Rachel apoyó la frente sobre el negro cristal.

En la semioscuridad del vagón su pelo, anaranjado y casi rosado a la luz del día, dejaba de tener un color preciso; parecía estar hecho de una materia fluida, incandescente, de seda metalizada o hilillos de cristal; y la blancura fosforescente de la mejilla daba una apariencia irreal a su carne. La mano permanecía abandonada sobre el asiento; Antoine se apoderó de ella y creyó notar que Rachel temblaba. En voz baja la preguntó. No le contestó sino con un apretón febril y se volvió aún más. Antoine no comprendía lo que la pasaba; recordó su actitud durante toda la tarde, en el cementerio. ¿Podía ser la crisis nerviosa de esta noche consecuencia de una peregrinación que, al fin y al cabo, había realizado casi con alegría? Antoine se perdía en conjeturas.

A la llegada, cuando sus compañeros de viaje se desperezaron y descubrieron la lámpara, observó que Rachel mantenía obstinadamente la cabeza baja.

La siguió a través de la gente, sin hacerla ninguna pregunta.

Pero tan pronto como estuvieron en el taxi, la cogió por las muñecas:

—¿Qué sucede?

—Nada.

—¿Qué sucede, Rachel?

—Déjame... Mira, ya se me ha pasado.

—No; no te dejaré. Tengo derecho... ¿Qué pasa?

Rachel levantó su rostro descompuesto por el llanto y, mirándole desesperada, articuló:

—No puedo decírtelo. —Pero no tuvo energía para dominarse hasta el final y, arrojándose en sus brazos, exclamó—: ¡Ah, Minou! ¡Nunca tendré fuerzas, Minou; nunca, nunca!

Antoine comprendió en aquel mismo momento que su felicidad tocaba a su fin, que Rachel iba a abandonarle, a dejarle solo y que no podía hacer nada, absolutamente nada. Lo comprendió sin que ella se lo dijera, mucho antes de saber la razón, antes incluso de sufrir por ello y como si hubiera estado preparado para ello

desde el primer momento.

Subieron la escalera de la calle de Argel y penetraron en el cuarto de Rachel sin haber cambiado ni una sola palabra.

Ella le dejó solo durante un minuto en la alcoba rosa. Se quedó de pie, como atontado, contemplando la cama al fondo de la alcoba, el tocador, esta habitación que había pasado a considerar como la suya. Rachel volvió; se había quitado el abrigo. La vio entrar, cerrar la puerta, acercarse, con las pupilas ocultas bajo las pestañas de oro, la boca contraída y enigmática.

Antoine perdió todo su valor, dio un paso hacia ella y balbuceó:

—¡Pero dime que no es verdad!... ¿Verdad que no vas a dejarme?

Entonces Rachel se sentó y con una voz cansada, entrecortada, manifestó que había que tener tranquilidad, que se veía obligada a realizar un largo viaje, un viaje de negocios al Congo belga. Luego se decidió a dar explicaciones. La herencia de su padre, todo lo que poseía, había sido colocado por Hirsch en una almazara que hasta ahora había marchado a las mil maravillas y producía una buena renta. Pero uno de los dos directores había muerto recientemente y Rachel acababa de saber que el otro, que llevaba ahora las riendas del negocio, se había comprometido con unos grandes comerciantes de Bruselas que acababan de fundar en Kinchassa, es decir, en la misma región, otra almazara competidora y que estaban recurriendo a todos los medios para hacer fracasar la de Rachel. (Mientras hablaba pareció ir recobrando la serenidad.) La cuestión se complicaba por asuntos políticos. Estos Müller estaban apoyados por el gobierno belga. Desde tan lejos, Rachel no podía confiar en nadie. Por otra parte, se trataba de su único patrimonio, de su seguridad material, de todo su porvenir. Había reflexionado y buscado intermediarios. Hirsch vivía en Egipto y no tenía ya ninguna relación en el Congo. La única solución, por tanto, era hacer el viaje ella misma, bien para reorganizar la almazara o bien para vendérsela a los Müller a un precio razonable.

Vencido por su sangre fría, Antoine, pálido y con el entrecejo fruncido, la miraba sin interrumpirla.

—Pero... —aventuró finalmente—, eso se puede solucionar de una manera rápida.

—Puede que sí y puede que no.

—¿Cuánto? ¿Un mes?... ¿Más? ¿Dos? —Su voz tembló—: ¿Tres meses?

—Sí.

—¿Tal vez menos?

—¡Oh, no! ¡Solamente para ir ya se necesita un mes!

—¿Y si encontráramos a alguien a quien poder enviar allí? ¿Alguien de confianza?

Rachel se encogió de hombros.

—¿Alguien de confianza? ¿A cuatro semanas de todo control? ¿Con unos

competidores dispuestos a comprar todas las complicidades?

Era tan justo que no insistió. En realidad, desde el primer momento únicamente tenía a flor de labios una sola palabra: «¿Cuándo?» Cualquier otra cuestión podía esperar. Se adelantó hacia ella y con una voz humilde, que contrastaba con su fisonomía crispada de hombre de acción, murmuró:

—Loulou... ¿No te marcharás así, en seguida? ¿Dime?

—Inmediatamente, no... Pero sí muy pronto —confesó ella.

Antoine se envaró:

—¿Cuándo?

—Cuando todo esté dispuesto. Todavía no lo sé.

Hubo un momento de silencio durante el cual la voluntad de ambos vaciló. Antoine leyó en las facciones alteradas de Rachel que ella estaba en el límite de sus fuerzas, y a él le abandonó su firmeza. Se acercó a ella y suplicó de nuevo:

—Dime que no es cierto. Que no vas a... marcharte.

Rachel le estrechó contra su pecho, le abrazó y, tambaleándose, le llevó hacia la cama, donde ambos cayeron.

—Calla —murmuró—. No me preguntes nada. ¡Ni una palabra; ni una sola palabra más acerca de todo esto o me marcho inmediatamente, sin avisar!

Antoine calló, resignado, vencido; y hundiendo el rostro entre la cabellera despeinada, rompió a llorar a su vez.

## XIV

RACHEL cumplió su palabra. Durante todo un mes eludió toda nueva cuestión. Cuando encontraba en los ojos de Antoine una mirada de ansiedad, volvía la cabeza. Aquel mes fue atroz. Continuaban viviendo; pero cualquier acto, cualquier pensamiento tenía una inmediata repercusión en su sufrimiento.

Desde el día siguiente de la explicación, Antoine había hecho un llamamiento a su energía; llamamiento tan inútil que se había sorprendido de poder sufrir tanto y avergonzado de aceptar su dolor con tanta pasividad. Una duda lancinante le atravesaba: «¿Soy yo, verdaderamente...?» E inmediatamente: «¡Que nadie se dé cuenta!» Afortunadamente, obligado por su existencia de actividad, todas las mañanas, al atravesar el patio del hospital, recobraba como un talismán la facultad de realizar su labor de médico; delante de sus enfermos sólo pensaba en ellos. Pero cuando tenía ocasión de meditar, entre dos visitas o bien en la mesa durante las comidas (ya que el señor Thibault había vuelto a París y desde octubre el hogar familiar había recobrado sus costumbres), aquel desaliento sin remedio, que no dejaba de cernirse sobre él, se abatía de pronto, y le transformaba en un ser indiferente, fácilmente irascible, como si toda aquella fuerza de que tan orgulloso se sentía no conociese ya otra forma de expresión que el enfado.

Pasaba junto a Rachel las tardes y las noches. Sin alegría. Sus palabras, sus silencios, estaban emponzoñados de secretos; y sus transportes amorosos les agotaban muy pronto, sin que bastaran a apagar aquella sed casi hostil que sentían uno de otro.

Una tarde de principios de noviembre, al llegar a la calle de Argel, Antoine vio la puerta abierta; e inmediatamente el aspecto del vestíbulo, cuyas paredes estaban desnudas y el suelo sin alfombra... Se precipitó en el cuarto: las habitaciones desamuebladas y sonoras, el gabinete rosa en el que la alcoba no era ya sino un hueco inútil...

Oyó ruido en la cocina; corrió a ella desalentado. La portera, de rodillas, escudriñaba un montón de ropa. Antoine la arrancó de las manos la carta que tenía para él. Desde los primeros renglones la sangre le volvió al corazón. No: Rachel no había marchado todavía de París; le esperaba en un hotel cercano y hasta el día siguiente por la tarde no tomaría el tren para El Havre. En aquel mismo momento maquinó una serie de mentiras que le permitieran ausentarse, acompañar a Rachel hasta el barco.

Empleó todo el día siguiente en diversas gestiones que fracasaron una a una. Por fin, a las seis de la tarde, estando todo previsto y su servicio asegurado, pudo partir.

Se reunió con ella en la estación. Pálida y avejentada, vestida con un traje sastre que Antoine no conocía, Rachel hacía reseñar una montaña de maletas nuevas.

Hasta el día siguiente por la mañana, en El Havre, cuando trataba de calmar la excitación de sus nervios con un baño de agua hirviendo, no se fijó en un detalle que



se le vino a la memoria, hiriéndole como un rayo: el equipaje de Rachel llevaba las iniciales R. H.

Saltó fuera del agua y empujó la puerta de la habitación.

—Tú... ¡Tú vas a reunirse con Hirsch!

Con gran asombro para Antoine, Rachel le sonrió cariñosamente:

—Sí —murmuró ella tan bajo, que el joven no percibió sino el gesto; pero vio también sus párpados que se cerraban en señal de confesión y la cabeza inclinarse dos veces.

Antoine tomó asiento en una silla. Transcurrieron unos instantes. Ninguna palabra de reproche se le venía a la boca y no eran ni la pena ni los celos lo que en este momento pesaba sobre sus hombros, sino el sentimiento de su impotencia, de su irresponsabilidad y el peso mismo de la vida.

Se dio cuenta, al temblar, de que estaba desnudo y chorreando.

—Vas a coger frío —dijo Rachel. Todavía no habían encontrado nada que decirse.

Antoine se secó sin darse bien cuenta de lo que hacía, y comenzó a vestirse. Ella permanecía tal y como la había encontrado: de pie, apoyada en el radiador y con un pulidor en la mano. Ambos sufrían; pero, a pesar de todo, tanto uno como otro experimentaban una especie de alivio. ¡Cuántas veces, desde hacía un mes, Antoine había tenido la impresión de que no lo sabía todo! Ahora, por lo menos, la realidad se presentaba delante de él en toda su extensión. Y Rachel, al librarse de las obsesiones complicadas de la mentira, sentía que recobraba su dignidad y su ánimo se apaciguaba.

Por fin rompió el silencio:

—Tal vez hice mal en mentirte —dijo Rachel, con un rostro lleno de amor en el que se leía la compasión, sin señal alguna de remordimiento—. Se tienen acerca de los celos una ideas tan preconcebidas, tan tontas, tan falsas... De cualquier forma, te aseguro que solamente he mentido por ti, para evitarte sufrimientos; en cuanto a mí, mi mentira sólo ha servido para hacerme más desgraciada. Y ahora estoy contenta de no dejarte sin que lo sepas todo.

Antoine no contestó nada, pero dejó de vestirse y volvió a sentarse.

—Sí —prosiguió—; Hirsch me llama y me marchó.

Calló de nuevo. Luego, viendo que él no quería hablar, y asaltada por todo aquello que durante tanto tiempo se había visto obligada a ocultar, continuó:

—Tú eres bueno, Minou, y te callas: gracias. Me hago cargo de todo lo que pudieras decirme: ¡hace ocho semanas enteras que pienso en ello! Lo que voy a hacer es una locura y nada ha podido impedirme que lo haga... Vas a suponer que es África lo que me atrae. Pues ya ves, es cierto; me atrae hasta el extremo de que algunos días he creído sentirme enferma de deseo. Pero, a pesar de todo, eso no hubiera bastado... Entonces tal vez creas que lo hago por interés. También es verdad. Hirsch va a casarse conmigo; es rico, muy rico; y a mi edad, dígame lo que se quiera, el matrimonio representa algo: no se debe permanecer durante toda la vida al margen de

él... Pero tampoco es eso. No; realmente, estoy por encima de esos cálculos, en la medida que una judía, una semi-judía puede estarlo. La prueba está en que tú también eres rico, o lo serás; pues bien, me ofrecerías que nos casáramos mañana, y no cambiaría nada en mi resolución de marcharme.

»Te causo pena, Minou; pero escúchame, ten valor; a mí me consuela poder decírtelo todo y para ti también es mejor que lo conozcas perfectamente. He pensado en suicidarme. Con la morfina se consigue fácilmente, sin complicaciones y sin dolor; llegué incluso a procurarme la dosis necesaria; la tiré ayer, antes de abandonar París. Quiero vivir, ya ves; nunca he deseado verdaderamente morir... Nunca has parecido estar celoso cuando te hablaba de él. Hacías bien. ¿Por qué habías de estar celoso? ¡Es él, tú lo sabes, quien podría estarlo de ti! Te amo, Minou; te amo como nunca he amado a nadie: y a él le odio. ¿Por qué no decirlo? Le odio. Eso no es un hombre, es... ¡no sé qué! Le odio y me da miedo. ¡Me ha pegado tanto! Y me volverá a pegar. Tal vez llegue a matarme... ¡Él sí que es celoso! Ya una vez, en la costa de Marfil, pagó a uno de nuestros porteadores para que me estrangulara. ¿Sabes por qué? Porque creyó que su *boy* había venido a buscarme una noche a mi bohío. ¡Es capaz de todo!

»Es capaz de todo —prosiguió, con voz opaca— pero no hay forma de resistírsele... Escucha: una cosa que nunca he tenido valor para decirte. ¿Te acuerdas, en Pallanza, después del drama, cuando fui allí llamada por él? ¡Pues allí fue donde empezó todo! Sin embargo, yo lo había adivinado todo; y me moría de miedo delante de él: cierto día no me atreví a beber una tisana preparada por él, porque al traérmela sonrió de una forma extraña. Pues bien, a pesar de todo eso, a pesar de todo eso..., ¿comprendes? ¡Ah! ¡Tú no puedes hacerte una idea de cómo atrae ese hombre!»

Antoine volvió a temblar. Rachel le echó sobre los hombros una bata y siguió con voz desapasionada:

—No tuvo necesidad de amenazarme, ni de poseerme por la fuerza. No tuvo más que esperar. Lo sabía perfectamente, conocía su propio poder. ¡Fui yo misma quien fue a llamar a su puerta! Y no me abrió hasta la segunda noche... Entonces lo abandoné todo para marchar con él; no volví a Francia; le seguí como su perro, como su propia sombra. Durante dos años, casi tres, lo soporté todo: las fatigas, los peligros, los golpes, las vejaciones, la prisión, todo. Sí; ¡la prisión! ¡Durante tres años no he dejado de temer por el día siguiente! Algunas veces nos veíamos obligados a ocultarnos durante semanas enteras sin atrevernos a salir. En Salónica, fue un verdadero escándalo: tuvimos a toda la policía turca siguiéndonos la pista. ¡Tuvimos que cambiar cinco veces de nombre para ganar la frontera! Siempre por cuestiones de moralidad. En Londres, en un barrio extremo, había encontrado medio de comprar toda una familia: una moza de partido, sus dos hermanas y su hermanito. Llamaba a aquello su *mixed grill*... Un día, la policía rodeó la casa y nos cogió. ¿Qué puedo decirte? Estuvimos tres meses en prisión preventiva. Pero consiguió que nos soltaran. ¡Si yo te contara todo! ¡Cuántas cosas he visto y cuánto he sufrido!...

»Tú te dices: “Ahora comprendo por qué le dejó.” Pues no es cierto, ¡no fui yo quien le dejó! Te he mentado. Nunca hubiera podido hacerlo. ¡Fue él quien me echó! ¡Y se reía! Me dijo: “Vete, y cuando yo quiera volverás.” Le escupí en la cara... Pues bien, ¿quieres saber la verdad? ¡Desde que vine no podía sino pensar en él! Esperaba y esperaba. ¡Y por fin me llama!... ¿Comprendes ahora por qué me marché?»

Se levantó; vino a arrodillarse junto a Antoine, apoyó la frente sobre sus rodillas y rompió a llorar.

Antoine contemplaba su cuello, estremecido por los sollozos. Ambos temblaban.

Rachel, con los ojos cerrados, murmuró:

—¡Cuánto te quiero, Minou!...

Durante todo el día, por un acuerdo tácito, no hablaron más nada. ¿Para qué? En diversas ocasiones, durante la comida, como no habían podido evitar sentarse uno enfrente del otro, sus miradas se encontraron, agitadas por los mismos pensamientos, y se apartaron con resolución. ¿Para qué? Rachel tenía que hacer algunas compras sin importancia, en las que empleó mucho tiempo y fingió estar muy interesada. Ráfagas de lluvia, llevadas por un viento huracanado, barrían las calles y azotaban las fachadas de las casas. Antoine la siguió dócilmente, de tienda en tienda, hasta la hora de la cena. Rachel ni siquiera tuvo que ir a reservar su plaza en el barco, puesto que iba a viajar a bordo del *Romania*, un carguero mixto que venía de Ostende, tocaba en El Havre hacia las cinco de la mañana y volvía a partir una hora más tarde, sin hacer escala. Hirsch la esperaba en Casablanca. No había ni una sola palabra de verdad en la historia del Congo belga.

Prolongaron la cena, sintiendo la misma cobardía ante el momento en que se iban a encontrar frente a frente en su habitación para la última noche. El restaurante a que habían ido a parar, un local inmenso lleno de gente, de luces y de ruido, era al mismo tiempo taberna, sala de baile y salón de billar: se podía pasar allí la velada entre el humo de los cigarros, el ruido de las bolas y la languidez de los vales. Hacia las diez de la noche hizo irrupción una compañía italiana de la legua; eran una docena, ataviados con blusas encarnadas y pantalones blancos, con gorros de pescador napolitano, cuyas borlas les caían sobre el hombro; todos llevaban algún instrumento: violín, guitarra, tamboril, castañuelas, y, mientras tocaban, cantaban a voz en grito y se agitaban como diablos. Antoine y Rachel les contemplaban agradecidos, dichosos de poder fijar por un instante en estos bufones su atención agotada por el sufrimiento; y cuando aquellos locos hubieron hecho su colecta y entonado las últimas canciones, les pareció que su mal se redoblaba. Entonces se levantaron y, tiritando bajo la lluvia, volvieron al hotel.

Era media noche. Rachel tenía que ser despertada a las tres de la madrugada.

Corta noche, durante la cual las ráfagas de noviembre no dejaron de azotar con la lluvia el zinc del balcón y que pasaron silenciosos, sin deseo, acurrucados uno contra otro como dos niños devorados por la pena.

Solamente una vez, Antoine preguntó:

—¿Tienes frío?

Todo el cuerpo de Rachel estaba tembloroso.

—No —dijo, apretándose contra él, como si todavía pudiera protegerla, salvarla de sí misma—. Tengo miedo...

Antoine no contestó; estaba casi cansado de no comprender.

Cuando llamaron a la puerta, Rachel saltó de la cama, escapando al último beso. Él se lo agradeció. Sus deseos de mostrarse fuertes se apoyaban mutuamente.

Se vistieron en silencio; fingían tranquilidad; se prestaban mutuamente pequeños servicios; prolongaban hasta el final las costumbres de la vida en común. La ayudó a cerrar una maleta demasiado llena y tuvo que arrodillarse encima con todo su peso, mientras ella se agachaba sobre la alfombra para echar la llave. Por fin, cuando todo estuvo dispuesto, cuando ya no quedaron trivialidades que decirse, cuando ella ya había enrollado las mantas, puesto el sombrero de viaje, prendido el velo, ajustado los guantes y abrochado el cierre del bolso, aún hubo que esperar algunos minutos antes de que llegara el coche. Rachel se sentó junto a la puerta, en una silla baja, y, acometida por un súbito acceso de frío, apretó las mandíbulas para no entrechocar los dientes, bajó la cabeza y se apretó las rodillas con los brazos. Entonces, no sabiendo tampoco qué hacer ni qué decir, no atreviéndose a acercarse a ella, Antoine se sentó, con las manos colgando, sobre la maleta más alta. Transcurrieron algunos instantes en un silencio atroz, precursor. Momento terrible, de una tal acritud que no hubieran podido soportar sin desfallecer, si no hubieran tenido la certeza de que iba a finalizar a los pocos segundos. Rachel recordó una costumbre eslava: cuando un ser querido va a partir para un viaje muy largo, todos se sientan alrededor del peregrino y permanecen silenciosos durante un instante. Estuvo a punto de expresar su idea, pero no se sentía lo bastante segura de su voz.

Cuando oyó en el corredor los pasos de los mozos que venían a buscar el equipaje, levantó repentinamente la cabeza y volvió todo su cuerpo hacia Antoine; su mirada reflejaba un exceso tal de desesperación, de terror y de ternura, que él tendió los brazos:

—¡Loulou!

Pero la puerta se abría. Los hombres invadieron la habitación.

Rachel se levantó. Había esperado que hubiera testigos para poder despedirse. Dio un paso y se encontró junto a Antoine. Este no quiso abrazarla; no hubiera podido abrir los brazos para dejarla marchar. Por última vez sintió sobre sus labios la boca cálida, tierna y temblorosa. Adivinó que la joven murmuraba:

—Adiós, Minou.

Rachel se apartó muy de prisa y desapareció, sin volverse, por la puerta abierta de par en par al pasillo oscuro, mientras que Antoine permanecía de pie, retorciéndose las manos y sin otra sensación que una especie de sorpresa.

Le había hecho prometer que no la acompañaría al barco. Pero estaba acordado

que iría a la extremidad del dique norte, al pie del faro, con objeto de poder distinguir al *Romania* a la salida del puerto. Tan pronto como oyó alejarse el coche, llamó para que llevaran su equipaje a la consigna; no quería tener que volver a entrar en esta habitación. Acto seguido se lanzó afuera, en la noche.

La ciudad estaba muerta y envuelta por la niebla. Trágicos nubarrones la cubrían todavía; más nubes se amontonaban en el horizonte; y, entre aquellos dos restos de tormenta que trataban de unirse, parecía diluirse una pálida franja de cielo. Antoine andaba sin conocer el camino. Bajo un farol luchó contra la tormenta para desplegar un plano de la ciudad. Luego, perdido entre la niebla, pero guiado por el ruido de las olas y el mugido lejano de la trompa marina, hendiendo el viento que le ceñía el abrigo a las piernas, atravesó unos campos resbaladizos por el barro y alcanzó un muelle mal cimentado por el que avanzó.

El dique se estrechaba a medida que se adentraba en el mar. A la derecha se elevaba la amplia cadencia del océano libre, mientras que a la izquierda las aguas cautivas en la dársena del puerto solamente dejaban oír un chapoteo confuso; y viniendo no se sabía de dónde, pero cada vez más fuerte, el ronco mugido del cuerno de niebla llenaba el cielo: ¡Buu... buu... buu...!

Después de diez minutos de marcha y sin haber encontrado bicho viviente, Antoine distinguió, casi encima de él, el resplandor del faro que la niebla le había ocultado hasta entonces. Alcanzó el extremo del espigón.

Se detuvo delante de los escalones que conducían a la plataforma y trató de orientarse. Se encontraba solo entre los rumores mezclados del viento y del mar. Justamente enfrente de él, una luz lechosa indicaba el Este, donde, sin duda, para otros se levantaba un sol invernal. A sus pies, una escalera tallada en el granito se hundía hacia el abismo invisible del agua: ni siquiera asomándose pudo distinguir las olas que azotaban la mole; pero oía, debajo de él y muy próxima, su respiración regular compuesta de un largo suspiro seguido por un sollozo tenue.

El tiempo transcurría sin que se diera cuenta. Poco a poco, una mayor claridad se iba filtrando a través de esta neblina que le aislaba por todas partes del mundo viviente. Ahora veía brillar la luz en el dique sur y no se atrevía ya a separar los ojos del espacio plateado que quedaba entre su faro y el otro, porque allí, entre aquellos dos faros, iba a surgir «ella».

Bruscamente, muy a la izquierda del lugar hacia el cual estaba vuelto, emergió una silueta en medio de aquel halo que indicaba el nacimiento del día. Masa estrecha y alta, que se formaba a ojos vistas en el aire lechoso, se iba ensanchando, se convertía en un navío, en un inmenso navío incoloro, punteado de luces y arrastrando tras sí un penacho oscuro y bajo.

El *Romania* viraba para enfilarse a la salida.

Antoine, con las manos crispadas sobre la barandilla de hierro, el rostro azotado por la lluvia, enumeraba maquinalmente los puentes, los mástiles, las chimeneas... ¡Rachel! Allí estaba, a algunos centenares de metros, seguramente inclinada como él,

inclinada hacia él, fijando en él, sin verle, los ojos cegados por las lágrimas; y todo su amor mutilado, que aún les impulsaba una vez más uno hacia otro, era impotente para procurarles el consuelo de un supremo gesto de adiós. Únicamente la pincelada luminosa del faro, por encima de la cabeza de Antoine, alcanzaba con su caricia intermitente aquella masa sin rostro que ya se desvanecía de nuevo entre la niebla, llevándose como un secreto la última y tan poco certera conjunción de sus miradas.

Durante mucho tiempo, Antoine permaneció allí, sin una lágrima, con la imaginación somnolienta, sin pensar en marcharse. Sus oídos, acostumbrados al cuerno de la niebla, ya no oían siquiera su llamada lastimera.

Finalmente consultó su reloj y volvió hacia la ciudad. Estaba aterido. Apresuraba el paso y chapoteaba en los charcos sin verlos. Los astilleros del antepuerto habían encendido sus luces moradas; los martillazos resonaban con un tono opaco en la atmósfera espesa. Una ciudad fantasmal se alzaba detrás de la playa, batida por la marea alta. Hileras de carretones avanzaban a través de los guijarros, llevando consigo un cortejo de gritos, de restallar de látigos; y aquel estrépito, después de tanto silencio, constituyó un alivio para Antoine: se detuvo para escuchar el chirrido de las ruedas de hierro sobre el sílex.

Luego recordó repentinamente que su tren no salía hasta las diez. Ni una sola vez se le había ocurrido pensar en aquellas tres horas de espera: todo lo previsto terminaba para él con la marcha de Rachel. ¿Qué hacer? El vacío mortal de aquellas horas sin proyectos agravaba hasta tal punto su desconsuelo que fue incapaz de seguir luchando contra él y, apoyándose contra una tapia, rompió a llorar.

Sin darse cuenta empezó a caminar de nuevo, a la ventura.

Las calles se iban animando. Junto a las fuentes, una tropilla de chiquillos desgreñados se disputaban el agua. Grandes camiones, que ocupaban toda la calle, avanzaban ruidosamente hacia los muelles. Antoine anduvo durante mucho tiempo sin saber adónde iba. Se encontró en pleno día delante de los macizos de flores que adornaban la plaza en que estaba su hotel: aquí era donde la víspera, antes de ir a cenar, había tenido intención de coger un ramo de crisantemos para Rachel; pero se había contenido, lo mismo que por un acuerdo tácito habían evitado hasta el mismo momento de su separación todo gesto, toda palabra que hubiera podido hacer vacilar su voluntad y estallar aquella pena que tanto trabajo les costaba dominar.

Entonces recordó que tenía que recoger en la oficina del hotel el resguardo de la consigna y sintió deseos de ver una vez más su habitación, aquella cama... Pero el cuarto ya no estaba vacío; acababan de dárselo a dos viajeras.

Bajó de nuevo la escalinata de la entrada; vagó desesperado por una plaza; reconoció una calle que habían recorrido juntos y rehízo el camino que llevaba a la taberna donde habían oído a los napolitanos. Sintió deseos de entrar.

Buscó la mesa en que habían cenado, el camarero que les había servido. Pero no reconocía nada de lo que creía haber visto la víspera. La luz implacable de la

crystalera transformaba aquel lugar de diversión en una inmensa nave, sórdida y helada; las sillas se amontonaban sobre las mesas; la tarima de los músicos —con sus atriles vueltos, el violoncelo acostado en su ataúd negro, el piano recubierto con una tela encerada semejante a la piel rugosa de un paquidermo—, flotaba sobre aquel océano de polvo como una balsa cargada de cadáveres.

—¿Me permite el señor?

Un camarero venía a barrer debajo de la mesa. Antoine puso los pies sobre el asiento y su mirada se posó sobre el vaivén de la escoba: un tapón, dos cerillas, una monda de naranja...; no: de mandarina... Una corriente de aire atravesó la sala y esparramó la basura. El camarero tosió. Antoine se rehízo: ¿Habría dejado pasar la hora del tren? Se levantó, buscando el reloj con los ojos: desgraciadamente sólo llevaba allí siete minutos.

¿Volver a sentarse? No. Salió y, llevado por la idea fija de que una vez en el vagón ya no sufriría tanto, se abalanzó sobre un simón y ganó la estación como un refugio.

Pero una vez allí, después de facturar el equipaje, aún tuvo que esperar de nuevo, ¡esperar más de una hora!

De nuevo emprendió la marcha. Huía a lo largo de los andenes como si le persiguieran. «¿Qué pasa?», pensó, mirando de arriba abajo a un maquinista que le observaba desde lo alto de una locomotora parada. Se volvió y distinguió un grupo de obreros que le seguían con los ojos.

Entonces se dominó, volvió sobre sus pasos, empujó la puerta de la sala de espera y se dejó caer sobre un sillón. Estaba solo en aquella estancia solemne y sombría. A través de la puerta acristalada de la sala se distinguía el vaivén de la nuca canosa de una vieja que, agachada, acunaba a un niño mientras salmodiaba con una voz casi juvenil, aunque sin timbre, aquella vieja canción plena de dulzura que la señorita cantaba antaño a Gise:

—*A la pê-che des mou-les,  
Je ne veux plus aller, ma-man...*

Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡No oír nada más, no ver nada más!

Se tapó el rostro con las manos. Pero inmediatamente sintió la proximidad de Rachel: aquel perfume a ámbar que le quedaba en los dedos por haber jugueteado aquella noche con el collar de Rachel. Sintió contra su pecho la carne rolliza del hombro, contra sus labios la superficie tibia de la piel... Fue un choque tan brutal que le hizo echar la cabeza hacia atrás y quedarse inmóvil, con las manos separadas y agarrotadas sobre los brazos del sillón, apoyada la nuca con fuerza en el forro del respaldo. Las palabras de Rachel se le vinieron a la memoria: «He pensado suicidarme...» Sí; ¡terminar de una vez! El suicidio era la única salida para tal

angustia... ¡Un suicidio sin premeditación, casi sin consentimiento, simplemente para escapar, sin importar cómo, antes de alcanzar su paroxismo el sufrimiento producido por este tornillo que se va cerrando implacable!

Repentinamente se estremeció y se puso en pie de un salto: un hombre, al que no había visto venir, le tocaba en el brazo. Con un movimiento instintivo estuvo a punto de derribarle de un puñetazo.

—¿Qué pasa? —dijo el hombre.

Era un viejo, que picaba los billetes.

—El..., ¿el tren de París? —balbuceó Antoine.

—Tercer andén.

Antoine fijó en el hombre una mirada de sonámbulo y se dirigió con paso precipitado hacia el vestíbulo.

—¡Tiene usted tiempo, todavía no está formado! —gritó el revisor. Luego, como antes de desaparecer Antoine se había tropezado contra el batiente de la puerta al fallarle las piernas, el viejo se encogió de hombros—: ¡Y luego quiere presumir de fuerte! —rezongó.

*Julio, 1922 — julio, 1923.*

FIN DE  
«ESTÍO»



# **CUARTA PARTE**

## **LA CONSULTA**

## I

LAS doce y media en la calle de la Universidad. Antoine saltó del taxi y penetró en el portal. «Lunes: mi día de consulta», pensó.

—Buenos días, señor.

Se volvió; dos chiquillos parecían haberse resguardado del aire en la esquina. El mayor se había quitado la gorra y levantaba hacia Antoine su cabecita de gorrión, redonda e inquieta, su mirada despejada. Antoine se detuvo.

—Quería pedirle que si usted quisiera darle alguna medicina... a éste, que está malo.

Antoine se acercó a «éste», que permanecía apartado.

—¿Qué te pasa, pequeño?

Una corriente de aire que le levantó la esclavina puso al descubierto un brazo en cabestrillo.

—No es nada —prosiguió el mayor con aplomo—. Ni siquiera un accidente de trabajo. A pesar de que ha sido en la imprenta donde le ha salido esa porquería de grano. El dolor le llega hasta el hombro.

Antoine tenía prisa.

—¿Temperatura?

—¿Cómo dice?

—¿Tiene fiebre?

—Sí; eso debe ser —dijo el mayor, inclinando la cabeza y observando con ansiedad la cara de Antoine.

—Tienes que decir a tus padres que le lleven a la consulta de las dos, a la Beneficencia; ese hospital grande de la izquierda, ¿sabes?

Una leve contracción de su carita, pronto reprimida, traicionó la decepción del niño. Esbozó una sonrisa invitadora:

—Creí que a usted no le importaría...

Pero se contuvo inmediatamente y, en el tono de alguien que sabe desde hace mucho tiempo resignarse a lo inevitable, añadió:

—No importa; ya nos arreglaremos. Muchas gracias, señor. Vamos, Loulou.

Sonrió sin segunda intención, saludó cortésmente con la gorra y dio un paso hacia la calle.

Antoine, intrigado, vaciló un segundo:

—¿Me estabais esperando?

—Sí, señor.

—¿Quién os ha...? —Abrió la puerta que conducía a la escalera—. Entrad aquí, no os quedéis en la corriente. ¿Quién os ha enviado aquí?

—Nadie. —La fisonomía del niño se iluminó—. ¡Si yo a usted le conozco mucho! Trabajo en el estudio... En el estudio que está en el fondo del patio.

Antoine estaba junto al enfermo y maquinalmente le había cogido la mano. El contacto de una palma húmeda, de una muñeca ardiente, suscitaba siempre en él una emoción involuntaria.

—¿Dónde viven tus padres, pequeño?

El pequeño volvió hacia el mayor una mirada implorante:

—¡Robert!

Robert intervino:

—No tenemos, señor. —Luego, después de una corta pausa, aclaró—: Vivimos en la calle de Verneuil.

—¿Ni padre ni madre?

—No.

—¿Abuelos, entonces?

—No, señor.

La cara del pequeño era formal; la mirada, franca, sin ningún deseo de inspirar compasión, ni siquiera curiosidad; tampoco la menor sombra de melancolía. Más bien podía parecer pueril el asombro de Antoine.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

—¿Y él?

—Trece años y medio.

«¡Que se vayan al cuerno! —se dijo Antoine—. ¡La una menos cuarto ya! Telefonar a Philip. Comer. Subir a casa. Y volver al Faubourg Saint-Honoré antes de mi consulta... ¡Vaya un diíta...!»

—Vamos —dijo bruscamente—, ven a enseñarme eso. —Y para no tener que contestar a la mirada radiante de Robert, nada sorprendida por otra parte, pasó delante, sacó la llave, abrió la puerta de su piso y condujo a los dos pequeños a través del recibimiento hasta su gabinete.

León apareció en la puerta de la cocina.

—Espere para servir, León... Y tú, de prisa, quítate todo eso. Tu hermano te va a ayudar. Despacito... Bien, acércate.

Un brazo delgaducho bajo unas vendas casi limpias. Por encima de la muñeca, un flemón superficial, bien delimitado, parecía ya maduro. Antoine, que ya no piensa en la hora, pone el índice sobre el absceso; luego, con dos dedos de la otra mano, ejerce una presión suave sobre otro punto del tumor. Bien; ha percibido netamente bajo el índice el desplazamiento del líquido.

—¿Y aquí, te duele? —Palpa el antebrazo inflamado y luego el brazo hasta los ganglios inflamados de la axila.

—No mucho... —murmura el pequeño, que está tieso y no aparta los ojos del hermano mayor.

—Sí —dice Antoine en tono de acritud—. Pero ya veo que eres un hombre valiente. —Posa su mirada en la turbada del niño: la chispa de un contacto; una

confianza que parece vacilar y brotar luego hacia él. Entonces sonrío. El niño baja la cabeza; Antoine le acaricia la mejilla y cariñosamente levanta la barbilla, que se resiste un poco.

—Escucha. Vamos a hacer aquí una pequeña incisión, y dentro de media hora esto estará mucho mejor... ¿Te parece bien? Ven por aquí.

El pequeño, subyugado, da algunos pasos valientemente; pero tan pronto como Antoine deja de mirarle su ánimo vacila, y vuelve hacia su hermano un rostro que pide auxilio:

—Robert..., ¡ven tú también!

La habitación contigua —baldosines, linóleo, autoclave, mesa esmaltada bajo un reflector— servía en caso necesario para operaciones de poca importancia. León la había bautizado «el laboratorio»; era un cuarto de baño que había cambiado de función. El antiguo piso que Antoine ocupaba con su hermano en la casa paterna había llegado a ser verdaderamente insuficiente, aun después de ocuparlo él solo. Había tenido la suerte de poder alquilar poco tiempo antes otro piso de cuatro habitaciones, también en la planta baja, pero en la casa contigua. Había cambiado allí su cuarto de trabajo, su habitación y hecho instalar este «laboratorio». Su antiguo gabinete había pasado a ser la sala de espera de los clientes. Una puerta abierta en la pared que separaba los dos vestíbulos había reunido ambos cuartos en uno solo.

Algunos minutos después, el flemón había sido sajado.

—Un poco más de valor... Así... Ahora... ¡Ya está! —dijo Antoine, retrocediendo un paso. Pero el pequeño, muy pálido, estaba a punto de desmayarse en los brazos de su hermano.

—¡A ver, León! —gritó Antoine alegremente—. ¡Un poco de coñac para estos valientes! —Mojó dos terrones de azúcar en un dedo de aguardiente—. Cómete eso. Y tú también. —Se inclinó hacia el operado—. ¿No está demasiado fuerte?

—Está muy rico —murmuró el niño, que consiguió sonreír.

—Dame el brazo. No tengas miedo; te he dicho que ya se había terminado. Un lavado y compresas; esto no hace daño.

Timbre del teléfono. La voz de León en el recibimiento: «No, señora; el doctor está ocupado... Esta tarde, no; hoy es el día de consulta del doctor... Casi a la hora de cenar... Bien, señora; a su disposición.»

—Un apósito; a ver qué pasa —murmuró Antoine, inclinado sobre el absceso—. Bien. Y la venda un poco apretada; así... Ahora tú, el mayor, escúchame: vas a llevar a tu hermano a casa y vas a decir que le acuesten para que no mueva el brazo. ¿Con quién vivís...? ¿Hay alguien que se ocupe del pequeño?

—Pues yo.

La mirada era abierta, llameante de valentía, en un rostro lleno de dignidad. No había motivo para reírse. Antoine echó una mirada al reloj y refrenó una vez más su curiosidad.

—¿Qué número de la calle de Verneuil?

—En el treinta y siete bis.

—Robert, ¿qué?

—Robert Bonnard.

Antoine anotó la dirección y luego levantó la vista. Los dos niños estaban de pie, fijando en él su mirada límpida. Ningún indicio de gratitud, pero sí una expresión de confianza, de seguridad total.

—Vamos, pequeños, marchaos; tengo prisa. Me pasaré por la calle de Verneuil, de seis a ocho, para cambiar el apósito. ¿Comprendido?

—Sí, señor —dijo el mayor, que parecía encontrar la cosa perfectamente natural—. En el último piso, la puerta tres, exactamente enfrente de la escalera.

Tan pronto hubieron salido los niños, dijo:

—¡Ya puedes servir, León!

Luego, en el teléfono:

—Oiga... Elysées, 01-32.

Al otro lado del aparato, en la mesa del recibimiento, se encontraba la agenda de las consultas, abierta por la página del día. Sin abandonar la bocina, Antoine se inclinó y leyó:

«1913.—*Lunes 13 de octubre: 14 h. 30, Señora de Battaincourt. No estaré, pero esperará. 15 h. 30, Rumelles, sí... Lioutin, bueno... Señora Ernst, no la conozco... Vianzoni... De Fayelles... Bueno...*»

—Oiga... ¿El 01-32?... ¿Ha vuelto el profesor Philip? De parte del doctor Thibault... —Una pausa—. Oiga... Buenos días, profesor... Le interrumpo la comida... Es para una consulta. Urgente. Mucho... La hija de Héquet... Sí; Héquet, el cirujano... Muy grave; desgraciadamente no hay esperanza: otitis no atendida a tiempo, con todas las complicaciones; ya le explicaré: una cosa verdaderamente lamentable... No, no, profesor; desea que usted sea precisamente quien la vea... No puede usted negarle esto a Héquet... Ni que decir tiene que lo más pronto posible, en seguida... Tampoco yo, a causa de mi consulta; hoy es lunes... Entonces, de acuerdo; pasaré a buscarle a menos cuarto... Gracias, profesor.

Colgó el teléfono, leyó una vez más la lista de las visitas y dejó escapar un convencional suspiro de cansancio, desmentido por la expresión satisfecha de su rostro.

León se acercaba, con una sonrisa bobalicona en su cara barbilampiña:

—¿Sabe el señor que esta mañana la gata ha tenido gatitos?

—¿Ah, sí?

Antoine, divertido, entró en la cocina. La gata estaba echada sobre el lomo en un cesto lleno de trapos, en el que se removían unas bolitas de pelos pegajosos que ella lamía y relamía con su lengüecilla áspera.

—¿Cuántos hay?

—Siete. Mi cuñada me ha pedido que le guarde uno.

León era hermano del portero. Estaba al servicio de Antoine desde hacía más de

dos años y realizaba sus funciones con una aplicación ritual. Era un criado silencioso, de piel arrugada, sin edad determinada; el pelo, descolorido, escaso y raquítico, coronaba en forma extraña un rostro alargado en todo su conjunto; la nariz, aguileña y demasiado larga, entre unos párpados casi siempre entornados, le daba un aspecto necio, que la sonrisa contribuía a acentuar. Pero esta torpeza no era sino una máscara cómoda, si no preconcebida, bajo la cual vivía una inteligencia despejada, dotada de cierto escepticismo y de un sentido personal del humor.

—¿Y los otros seis? —preguntó Antoine—. ¿Va usted a ahogarlos?

—Y qué remedio queda —contestó León plácidamente—. ¿Prefiere el señor conservarlos?

Antoine sonrió, giró sobre sus talones y se dirigió rápidamente hacia la antigua alcoba de Jacques, que ahora utilizaba como comedor.

Los huevos, el escalope con espinacas, la fruta; todo estaba encima de la mesa. Antoine no podía soportar la espera entre dos platos. La tortilla exhalaba un agradable aroma a manteca caliente y a sartén. Corta tregua, un cuarto de hora de descanso entre la mañana de hospital y la tarde de consulta.

—¿No han dicho nada de arriba?

—No, señor.

—¿No ha telefoneado la señora Franklin?

—Sí, señor. Ha tomado hora para el viernes. Está anotado.

Llamada de teléfono. La voz de León: «No, señora; las cinco y media ya está tomado... Las seis, también... A su disposición, señora.»

—¿Quién?

—La señora de Stocknay. —Se permitió un ligero encogimiento de hombros—. Para el hijito de una amiga. Escribirá.

—¿Y quién es esa señora Ernst, a las cinco? —Y sin esperar la contestación, prosiguió—: Me disculpará con la señora de Battaincourt; me retrasaré por lo menos veinte minutos... Tráigame los periódicos. Gracias. —Una mirada al reloj—. ¿Se habrán levantado ya de la mesa arriba?... Haga el favor de llamar por teléfono. Pregunte por la señorita Gisèle y tráigame aquí el aparato. Con el café, en seguida.

Cogió el teléfono, sus facciones se relajaron, la mirada sonrió al vacío y ya, como si hubiera remontado el vuelo al primer impulso, todo su ser se lanzaba hacia el otro extremo del hilo.

—Sí... sí; soy yo. ¡Oh! Ya casi he terminado... —Rió—. No; uvas, regalo de un cliente: deliciosas... ¿Y ahí arriba? Escucha. —Su rostro se oscurece progresivamente—. ¡Atiza! ¿Antes o después del pinchazo?... Hay que convencerle sobre todo de que se trata de una cosa normal. —Una pausa. La frente vuelve a despejarse—. Dime, Gise, ¿estás sola al aparato? Escucha: tengo que verte hoy; he de hablarte. En serio... Aquí, bien entendido. No me importa cuándo; a partir de las tres y media, ¿de acuerdo? León te hará pasar... ¿Entonces cuento contigo?... Bien... Me tomo el café y subo.

## II

ANTOINE tenía llave del piso de su padre; llegó sin haber llamado hasta el cuarto de la plancha.

—Han llevado al señor a su despacho —respondió Adrienne. Andando de puntillas se dirigió al cuarto de aseo del señor Thibault por el pasillo, que olía a farmacia. «Qué sensación de ahogo en cuanto que pongo los pies en esta casa... —pensó—. ¡Un médico!... Pero para mí aquí no es como en otros sitios.» Su mirada fue directamente a la hoja de temperatura, clavada en la pared. El cuarto de aseo tenía el aspecto de un laboratorio: sobre la repisa, sobre la mesita, frascos, tarros de porcelana, paquetes de algodón. «Veamos el bocal. Es lo que yo me pensaba: los riñones trabajan mal; ya veremos el análisis. ¿Y la morfina, dónde está?» Abrió la caja de ampollas, cuyas etiquetas había alterado secretamente para que el enfermo no sospechara. «Tres centigramos en veinticuatro horas... ¡Ya! ¿Dónde habrá puesto la hermana...? ¡Ah! Aquí está el vaso graduado.» Con gestos ágiles, casi alegres, comenzó el análisis. Calentaba ya la probeta en la llama de alcohol cuando el chirrido de la puerta hizo que le latiera apresuradamente el corazón y le obligó a volver la cabeza precipitadamente. Pero no era Gise. Era la señorita, que venía con sus pasitos cortos, doblada en dos como una vieja leñadora, y tan encorvada ahora que, incluso volviendo el cuello, apenas si conseguía levantar hasta las manos de Antoine aquella mirada suya que seguía siendo viva tras las finas gafas de cristales ahumados. El menor motivo de alarma se traducía en ella por un movimiento maquinal de su frentecilla de marfil, cuyo color amarillento resaltaba entre sus crenchas blancas.

—¡Ah! Estás aquí, Antoine —suspiró. Y, sin más preámbulos, con una voz que las oscilaciones hacían vacilar, balbuceó—: Mira, desde ayer esto ya es imposible. La hermana Céline me ha estropeado dos tazones de caldo y más de un litro de leche, para nada. Le pela plátanos de a doce céntimos, que tu padre ni siquiera toca... ¡Y no se puede hacer nada con lo que deja, a causa de los microbios! No es que yo tenga nada contra ella ni contra nadie; es una santa mujer... ¡Pero háblale, Antoine; prohíbele que siga! ¿Por qué obligar a un enfermo? ¡Se debería esperar a que él pidiera! ¡Siempre proponiéndole cosas! ¡Esta mañana, por ejemplo, un helado! ¡Mira que proponerle un helado! ¡Para helarle el corazón de repente! ¡Como si Clotilde no tuviera otra cosa que hacer que correr a las tiendas de helados! ¡Con tanta gente como hay que alimentar aquí!

Antoine, paciente, terminaba el análisis sin contestar más que con murmullos evasivos. «La pobre mujer ha sufrido durante veinticinco años seguidos la verborrea paterna y ahora se desquita...», pensó.

—¿Sabes cuántas bocas tengo? —continuaba la vieja señorita—. ¿Cuántas bocas tengo en este momento, con la hermana y Gise, por si faltaba algo? ¡Tres en la cocina, tres en la mesa y tu padre! ¡Cuenta! A los setenta y ocho años y en el estado

en que me...

Retrocedió apresuradamente, porque Antoine se había apartado de la mesa para irse a lavar las manos. Seguía ella temiendo las enfermedades y los contagios; la obligación en que se encontraba, desde hacía un año, de vivir junto a un enfermo grave, de codearse con enfermeras y médicos, de respirar remedios, obraba sobre ella a la manera de un veneno, cuya acción cotidiana acelerara todavía más la decadencia general, iniciada tres años antes. Por otra parte, tenía cierta conciencia de su decrepitud: «Desde que Dios me ha privado de mi Jacques, ya soy menos que nada», gemía.

Sin embargo, viendo que Antoine se enjabonaba sin cambiar de sitio, avanzó con timidez dos pasos hacia el lavabo.

—¡Habla a la hermana, Antoine, háblale! ¡A ti te hará caso!

Accedió con un «sí» de compromiso; luego, sin ocuparse más de ella, abandonó la habitación. La señorita vio las piernas que se alejaban y las siguió cariñosamente con los ojos; Antoine, porque casi no le contestaba y nunca la contradecía, era «su consuelo en la tierra».

Antoine cruzó de nuevo el pasillo, con objeto de entrar en el despacho por el recibimiento, como si acabara de llegar.

El señor Thibault estaba solo con la monja. «¿Entonces, Gise está en su habitación? —se dijo Antoine—. Por tanto, tiene que haberme oído pasar... Es decir, que me evita...»

—Buenos días, padre —dijo, con aquel tono intrascendente que adoptaba ahora a la cabecera del enfermo—. Buenos días, hermana.

El señor Thibault levantó los párpados.

—¿Ah, eres tú?...

Estaba sentado en un enorme sillón tapizado que habían arrastrado junto a la ventana. La cabeza parecía haberse hecho demasiado pesada para los hombros, y la barbilla se hundía en la servilleta que la monja le había anudado en el cuello; el cuerpo, encorvado, hacía parecer desmesuradamente largas las dos muletas negras apoyadas a ambos lados del alto respaldo. La vidriera seudorrenacimiento reflejaba su arco iris sobre la toca inquieta de la hermana Céline y ponía unas manchas vinosas en el mantelillo de la mesa, sobre la que humeaba un plato de tapioca con leche.

—¡Vamos! —dijo la monja. Cogió una cucharada de sopa, escurrió la cuchara en el borde del plato y luego con un «¡hala!» alegre, como si diera la papilla a un niño de pecho, introdujo la cuchara entre los labios flácidos del enfermo y la vació antes de que éste pudiera evitarlo.

Las manos del anciano, apoyadas sobre sus rodillas, se agitaron con impaciencia. Sufría en su amor propio de que se le viera de aquella forma, incapaz de comer por sí solo. Hizo un esfuerzo para apoderarse de la cuchara que tenía la monja; pero sus dedos, desde hacía largo tiempo entumecidos y ahora hinchados por el edema, no



podían prestar servicio. La cuchara se le escapó y cayó sobre la alfombra. Con un gesto violento rechazó el plato, la mesa y a la monja.

—¡No tengo hambre! ¡No quiero que se me obligue! —gritó, volviéndose hacia su hijo como en demanda de protección. Y alentado indudablemente por el silencio de Antoine, lanzó hacia la religiosa una mirada irritada—: ¡Llévese todo eso! —La hermana, sin discutir, retrocedió un paso y salió del campo visual.

El enfermo tosió. (A cada momento se veía interrumpido por una tosecilla seca, nerviosa, sin sofoco, que le hacía apretar los puños y crispas sus párpados cerrados.)

—Has de saber —lanzó el señor Thibault, como si satisficiera un rencor— que anoche, y luego esta mañana, he sentido náuseas.

Antoine se sentía observado por una mirada de reojo. Afectó indiferencia:

—¿Ah, sí?

—¿Entonces, a ti te parece natural?

—La verdad es que te confieso que ya me lo esperaba —insinuó Antoine, sonriendo. (Hacía la comedia sin demasiado esfuerzo. Para ningún otro enfermo había tenido esta paciencia compasiva; venía aquí todos los días, muy a menudo, por la mañana y por la noche, y cada vez, sin cansarse, igual que se renueva el vendaje de una herida, se las ingeniaba para improvisar razonamientos falsos, pero lógicos, y siempre repetía, en el mismo tono convencido, las mismas palabras tranquilizadoras.) ¡Qué le vas a hacer, padre; tu estómago no es ya el de un hombre joven! Hace por lo menos ocho meses que se le está atiborrando de pociones y de sellos. ¡Podemos estar contentos de que no haya manifestado su cansancio mucho antes!

El señor Thibault calló. Meditaba. Ya se sentía consolado por aquella nueva idea y aliviado de poder echar la culpa a algo o a alguien.

—Sí —dijo, golpeando sus manos hinchadas sin hacer ruido—. Esos burros, con sus drogas, me han... ¡Ay, mi pierna!... Me han... ¡Me han estropeado el estómago! ... ¡Ay!

El dolor era tan agudo y repentino que en un instante alteró todos los rasgos de su fisonomía. Ladeó el busto y, apoyándose en el brazo de la monja y en el de Antoine, estiró la pierna y consiguió desviar aquel surco de fuego que le quemaba.

—¡Me dijiste... que el suero de Thérivier... actuaría sobre esta ciática! —aulló—. Contéstame ahora: ¿Va esto mejor?

—Pues claro que sí —repuso Antoine con frialdad.

El señor Thibault posó sobre Antoine una mirada de estupefacción.

—Usted mismo ha reconocido que desde el martes estaba mucho mejor —gritó la religiosa, que había tomado la costumbre de levantar la voz exageradamente para hacerse oír. Y aprovechando el momento propicio zampó una cucharada de tapioca en la boca del enfermo.

—¿Desde el martes? —balbuceó el anciano, tratando honradamente de hacer memoria; luego se calló.

Antoine, silencioso y con el corazón oprimido, observaba el rostro caquético de

su padre; el esfuerzo mental aflojaba los músculos de la mandíbula, arrugaba las cejas y hacía temblar las pestañas. El pobre viejo no pedía sino creer en su curación y, de hecho, hasta entonces nunca había dudado de ella. Por inadvertencia permitió que le embucharan otra cucharada de leche; luego, disgustado, apartó a la monja con tanta impaciencia que por fin cedió y accedió a desatarle la servilleta.

—Me han estropeado el estómago —repetía el anciano en tanto que la religiosa le limpiaba la barbilla.

Pero tan pronto como hubo salido con la bandeja, como si hubiera anhelado este breve instante a solas, el señor Thibault se inclinó vivamente sobre un codo, esbozó una sonrisa confidencial e hizo señas a su hijo de que viniera a sentarse más cerca.

—Esta hermana Céline es una muchacha magnífica —comenzó en tono convencido—; es lo que se dice una santa... Nunca le estaremos lo bastante..., lo bastante agradecidos. Pero con respecto a su convento, ¿es que...? Sé perfectamente que la madre superiora me debe muchos favores. ¡Pero precisamente por eso! Siento cierto escrúpulo. ¡Abusar durante tanto tiempo de esta consagración, cuando hay tantos otros enfermos más interesantes, que tal vez esperan y que sufren! ¿No eres de mi opinión?

Presintiendo que Antoine iba a contradecirle, le detuvo con un gesto de la mano, y, a pesar de la tos que entrecortaba sus frases, avanzando la barbilla con un gesto de humildad, prosiguió:

—Indudablemente, que no digo esto por hoy ni por mañana. Pero ¿no crees tú que... muy pronto..., cuando ya vaya yo francamente mejor..., habrá que devolver su libertad a esta excelente muchacha? ¡No puedes imaginarte, hijo mío, qué desagradable resulta tener siempre a alguien junto a uno! Tan pronto como sea posible, ¿eh?, que la despidan.

Antoine multiplicaba las señas de aprobación sin tener valor suficiente para contestar. ¡En esto se había convertido aquella autoridad inflexible contra la cual había tropezado toda su juventud! Antaño, este déspota hubiera expulsado sin explicaciones a la enfermera importuna; hoy, débil y desarmado... En momentos así la decadencia física aparecía más manifiesta que cuando Antoine comprobaba bajo sus dedos la debilitación de los órganos.

—¿Te vas ya? —murmuró el señor Thibault, viendo que Antoine se levantaba. En su reproche había sentimiento y pena, casi ternura. Antoine se sintió conmovido.

—No tengo más remedio —dijo, sonriendo—. Todo el día lleno de visitas. Trataré de volver esta noche.

Se acercó para besar a su padre; una costumbre reciente. Pero el anciano se volvió:

—Entonces vete, hijo... ¡Anda, márchate! —Antoine salió sin contestar.

En el vestíbulo, cómicamente encaramada en una silla, la señorita esperaba su paso.

—Tengo que hablarte, Antoine... Tengo que hablarte de la hermana...

Pero Antoine ya no se sentía con arrestos bastantes. Cogiendo el abrigo y el sombrero cerró tras sí la puerta del piso.

Entonces, en el rellano de la escalera, tuvo un momento de desaliento, y el esfuerzo que hizo para ponerse el abrigo le recordó su contracción de riñones de cuando soldado para reajustar la mochila antes de reanudar la marcha...

La vida de la calle, los coches, los transeúntes que luchaban contra el viento otoñal, le devolvieron la alegría.

Emprendió la búsqueda de un taxi.

### III

«MENOS veinte —observó Antoine cuando el auto pasaba por delante del reloj de la Madeleine—. Llegaré a tiempo, pero con muy poco margen... ¡La puntualidad del patrón! Estoy seguro de que ya se está preparando.»

Efectivamente, el doctor Philip esperaba de pie a la puerta de su despacho.

—Buenas tardes, Tribault —murmuró. Su voz de polichinela parecía siempre subrayar una broma—. Menos cuarto en punto. Vamos...

—Vamos, profesor —repuso Antoine alegremente.

Siempre le complacía hallarse de nuevo en la estela de Philip. Durante dos años consecutivos había sido interno suyo y vivido en la intimidad cotidiana de este iniciador. Luego, había tenido que cambiar de servicio, pero no había dejado de estar en relación con su maestro y ningún otro había podido reemplazar para él al «profesor». Se le llamaba a Antoine: «Thibault, el discípulo de Philip.» Su discípulo, efectivamente; su segundo, su hijo espiritual. Pero muy a menudo también su adversario: la juventud frente a la madurez; la audacia, el placer del riesgo, frente a la prudencia. Las relaciones creadas entre ambos, durante siete años de amistad y de asociación profesional, habían tomado un carácter indeleble. Tan pronto como Antoine se encontraba junto a Philip, insensiblemente su personalidad se modificaba, sufría como una especie de disminución en su volumen; el ser independiente y completo que era un momento antes caía automáticamente bajo tutela. Y sin que le disgustara. El afecto que sentía por el profesor estaba fortificado, además, por las satisfacciones de su amor propio: el valor innegable del profesor, la reputación que éste gozaba de mostrarse difícil para con la gente, realzaba la inclinación que demostraba hacia Antoine. Cuando maestro y discípulo estaban juntos reinaba el buen humor; a ambos les parecía evidente que la media de la Humanidad se componía de inconscientes y de incapaces; pero que, afortunadamente, uno y otro habían escapado a la regla general. La forma en que el profesor, poco expansivo, se dirigía a Antoine, su confianza, su naturalidad, las sonrisas y los guiños con que subrayaba algunas observaciones, incluso su vocabulario, en el que había que estar iniciado, todo parecía demostrar que Antoine era el único con quien Philip podía hablar con libertad, el único por quien estaba seguro de ser comprendido exactamente. Sus desacuerdos eran poco frecuentes y siempre provocados por lo mismo. Sucedió a veces que Antoine reprochaba a Philip el que se engañara a sí mismo y se atuviera para un juicio fundamental a lo que no era sino un rasgo improvisado de su escepticismo. O bien que, después de un cambio de ideas en las cuales habían estado de acuerdo, Philip cambiara de opinión, se volviera atrás de lo que acababan de decir y declarara: «Observado desde otro punto de vista, lo que pensábamos es una tontería.» Lo que quería decir: «No merece la pena insistir sobre ello; ninguna de las bases es cierta.» Entonces, Antoine se irritaba. Semejante actitud

le era verdaderamente intolerable, le producía el mismo sufrimiento que una enfermedad física. En tales ocasiones evitaba cortésmente la compañía del profesor y se apresuraba a correr a sus asuntos con objeto de recobrar el equilibrio gracias al efecto bienhechor de su actividad.

En la escalera se encontraron a Thérivier, que venía a pedir un consejo urgente al profesor. Thérivier era también un antiguo interno de Philip, de más edad que Antoine, y que se dedicaba a medicina general. Él era quien trataba al señor Thibault.

El profesor se había detenido. Ligeramente inclinado hacia adelante, inmóvil y con los brazos colgando, sus ropas flotándole sobre el cuerpo delgado y su aspecto de títere larguirucho con los hilos sueltos, ofrecía un cómico contraste con su interlocutor, que era achaparrado, regordete, inquieto y de sonrisa fácil. La ventana de la escalera los iluminaba de plano, y Antoine, que permanecía detrás, se divertía en observar al profesor con ese interés que sentía algunas veces en mirar de repente con un nuevo criterio a las personas que mejor conocía. En aquel momento, Philip fijaba sobre Thérivier la mirada incisiva y siempre impertinente de sus ojos claros. Estaban éstos protegidos por unas cejas prominentes, que seguían siendo negras, aunque la barba ya caneara; llevaba una espantosa barba de cabra que parecía postiza, una franja desflecada que le colgaba de la barbilla. Por otra parte, todo en él parecía hecho para disgustar, para irritar: el abandono de su ropa, la rudeza de sus modales, su aspecto físico, la nariz demasiado larga y rojiza, la respiración silbante y aquel rictus y aquellos labios hendidos, siempre húmedos, de los que salía una voz ronca, nasal, que algunas veces llegaba al falsete para lanzar una ironía, una palabra mordaz; entonces, en el fondo de su refugio, brillaban sus pupilas de mono: fuego de un placer solitario que no trataba de ser compartido; pero, por desfavorable que fuera la primera impresión, no alejaba de Philip sino a los advenedizos y a los mediocres. En efecto, observaba Antoine, ningún médico era más querido por sus enfermos, ningún maestro más estimado por sus colegas, ni buscado con más fervor por los discípulos, ni más respetado por la juventud intransigente de los hospitales. Sus más feroces salidas de tono se referían a la vida, a la estupidez humana; no herían sino a los tontos. Bastaba haberle visto en el ejercicio de su profesión para sentir no solamente el destello de una inteligencia sin mezquindades y sin verdadero desdén, sino el calor de una sensibilidad que el espectáculo cotidiano maltrataba dolorosamente; se comprendía entonces que la actitud de su palabra no era sino una reacción valerosa contra la melancolía, el reverso de una compasión sin ilusiones, y que aquel espíritu mordaz, que le atraía el rencor de los imbéciles, no era, mirándolo bien, sino la moneda corriente de su filosofía.

Antoine no había prestado sino una atención distraída a las palabras de los dos médicos. Se trataba de un enfermo, atendido por Thérivier, y a quien el profesor había visitado la víspera. El caso parecía grave. Thérivier permanecía aferrado a su idea.

—No —declaró Philip—. Un centímetro cúbico, joven, es lo más que yo

permitiría. Y mejor aún, medio. E incluso en dos veces, si le parece.

Como Thérivier se agitara, visiblemente rebelde a este consejo de moderación, Philip le puso la mano en el hombro flemáticamente y farfulló:

—Mire, Thérivier: cuando un enfermo se encuentra en ese estado, a su cabecera ya no hay sino dos fuerzas en pugna: la Naturaleza y la enfermedad. El médico llega y golpea al azar. Cara o cruz. Si alcanza el mal, es cara. Pero si alcanza a la Naturaleza, es cruz, y el cliente es *moritorus*. Éste es el juego, joven. Por consiguiente, a mi edad, se tiene prudencia y se procura no golpear demasiado fuerte. —Permaneció inmóvil durante algunos segundos, tragando saliva con un ruido fácilmente perceptible. Su mirada sostenía la de Thérivier. Luego retiró la mano, guiñó el ojo maliciosamente a Antoine y siguió bajando la escalera.

Antoine y Thérivier se reunieron detrás de él.

—¿Y tu padre? —preguntó Thérivier.

—Tiene náuseas desde ayer.

—¡Ah...! —Thérivier arrugó la frente e hizo una mueca. Después de un corto silencio, preguntó—: ¿Le has mirado las piernas estos días?

—No.

—Anteayer las encontró algo más inflamadas.

—¿Albúmina?

—Más bien amenaza de flebitis. Iré esta tarde, de cuatro a cinco. ¿Estarás tú?

El coche de Philip esperaba a la puerta. Thérivier se despidió y se alejó apresuradamente.

«Con lo que gasto ahora en taxi —pensó Antoine—, me tendría más cuenta tener un cochecillo para mi uso...»

—¿Adónde vamos, Thibault?

—Faubourg Saint-Honoré.

Philip se hundió, friolero, en el fondo del coche y, antes incluso de que el chofer hubiera arrancado, dijo:

—Póngame al corriente rápidamente, joven. ¿Un caso verdaderamente desesperado?

—Desesperado, profesor. Una niñita de dos años, un pobre aborto, nacido antes de tiempo: labio leporino, con división congénita del paladar. Héquet la operó personalmente la primavera pasada. Además, insuficiencia funcional del corazón. Ya me comprende. Y por si faltaba algo, repentinamente, otitis aguda. Y todo esto en el campo. Hay que añadir que es su único hijo...

Philip, cuya mirada se perdía a lo lejos en la perspectiva de las calles, dejó oír un murmullo compasivo.

—... Pero la señora Héquet está encinta de siete meses. Embarazo difícil. Creo que es demasiado imprudente. En resumen, para evitar un nuevo accidente, Héquet había instalado a su mujer fuera de París, en Maisons-Laffitte, en una casa cedida por una tía de la señora Héquet; personas a las que conozco, porque eran amigos de mi

hermano. Allí es donde se ha declarado la otitis.

—¿Cuándo?

—No se sabe. La nodriza no ha dicho nada, sin duda por no haberse dado cuenta. La madre, que no sale de la cama, no lo ha notado al principio y luego lo ha achacado a molestias de la dentición. Por último, el sábado por la noche...

—Anteayer.

—Anteayer, al llegar Héquet a Maisons para pasar allí el domingo como todas las semanas, ha visto inmediatamente que la pequeña estaba en peligro. Se ha procurado una ambulancia y se ha traído a París aquella misma noche a la mujer y la niña. Bien. Me telefoneó al llegar. Vi a la pequeña el domingo, a primera hora. A mí se me había ocurrido citar a un otorrino, Lanquetot. Hemos encontrado todas las complicaciones posibles: mastoiditis, como es natural; infección del seno lateral, etcétera. Desde ayer lo hemos intentado todo. En vano. El estado se agrava de hora en hora. Esta mañana, síntomas de meningitis...

—¿Intervención?

—Imposible, según parece. Péchot, llamado por Héquet ayer noche, ha sido rotundo: el estado del corazón no permite intentar ninguna operación. Aparte del hielo, no se puede hacer nada para atenuar los sufrimientos, que son terribles.

Philip, sin dejar de mirar a lo lejos, emitió un nuevo murmullo.

—Y así estamos —continuó Antoine, preocupado—; ahora le toca a usted, profesor. —Después de una pausa, añadió—: Pero, lo confieso, mi única esperanza es que lleguemos demasiado tarde y que ya se haya... terminado.

—¿Héquet no se hace ilusiones?

—¡Oh, no!

Philip calló un instante; luego posó la mano sobre la rodilla de Antoine.

—No sea tan aseverativo, Thibault. Como médico, ese desgraciado de Héquet debe «saber» efectivamente que no hay nada que esperar. Pero como padre... Mire usted: cuanto más grave es el momento, más se juega al escondite con uno mismo... —Esbozó una sonrisa de desaliento y añadió—: Afortunadamente, ¿eh?... Afortunadamente.

## IV

HÉQUET vivía en el tercero.

Al ruido del ascensor se abrió la puerta. Les esperaban. Un hombre corpulento, con bata blanca y cuya barba negra acentuaba el tipo semita, estrechó la mano de Antoine, que le presentó a Philip:

—Isaac Studler.

Era un antiguo estudiante de Medicina que había renunciado a la profesión, pero al que se encontraba en todos los círculos médicos. Sentía por Héquet, antiguo discípulo, un afecto ciego, animal. Advertido por teléfono del regreso de su amigo había venido precipitadamente, abandonándolo todo para instalarse a la cabecera de la niña.

La casa, con todas las puertas abiertas y que seguía tal y como fuera recogida en primavera, ofrecía un aspecto siniestro: debido a la falta de cortinas, las persianas estaban cerradas, todas las luces encendidas y, bajo la luz cruda de las lámparas, los muebles, amontonados en el centro de cada habitación y cubiertos con telas blancas, parecían otros tantos catafalcos infantiles. En el salón en que Studler había dejado a los dos médicos para ir a avisar a Héquet, el suelo estaba sembrado de los objetos más dispares, alrededor de una maleta medio abierta y semivacía.

Una puerta se abrió violentamente, y una mujer joven, sin vestir, con el rostro angustiado, la linda cabellera rubia en desorden, se precipitó hacia ellos tan de prisa como se lo permitía su paso torpe; con una mano se sostenía el vientre y con la otra recogía, para no caerse, el bajo de la bata. Su respiración jadeante le impedía hablar, sus labios temblaban; se había dirigido directamente hacia Philip y le miraba con sus grandes ojos llenos de lágrimas, en una súplica muda, tan acuciante, que el profesor ni siquiera pensó en saludarla; maquinalmente extendió las manos como para sostenerla y tranquilizarla.

En aquel momento, Héquet irrumpió por la puerta del vestíbulo.

—¡Nicole!

Su voz vibraba de cólera. Pálido y con las facciones crispadas, sin ocuparse de Philip, se lanzó hacia la joven, la cogió, la hizo tambalearse y la levantó en sus brazos con una fuerza que no se hubiera sospechado en él. Ella cedió entre sollozos.

—Ábreme la puerta —murmuró a Antoine, que había acudido a ayudarle.

Antoine le siguió. Un murmullo se escapaba lastimero de los labios de Nicole, cuya cabeza caída iba sosteniendo. Distinguió algunas palabras entrecortadas:

—Nunca me lo perdonarás... Todo es culpa mía, todo... Nació enferma por mi culpa... ¡Me lo has reprochado tantas veces!... Y ahora, otra vez culpa mía... Si me hubiera dado cuenta, si la hubiera cuidado desde el primer momento... —Llegaban a una habitación en la que Antoine distinguió una cama de matrimonio con las ropas en desorden. Indudablemente, habiendo acechado la llegada de los médicos, la joven



había saltado de la cama, a pesar de todas las prohibiciones.

Nicole había cogido ahora la mano de Antoine y se aferraba a ella desesperadamente:

—Se lo ruego, señor... Félix no me perdonaría nunca... No podría volver a perdonarme, si... ¡Inténtelo todo! ¡Sálvela, se lo suplico!...

El marido la había vuelto a acostar con precaución y extendía las mantas sobre ella. Soltó la mano de Antoine y quedó silenciosa. Héquet se inclinó sobre su esposa. Antoine sorprendió la doble mirada: la de la mujer, vacilante, angustiada; la del hombre, irritada.

—Te prohíbo que te levantes, ¿me oyes?

Nicole cerró los ojos. Entonces, Héquet se inclinó aún más, rozó el pelo con los labios y puso sobre los párpados cerrados un beso que parecía sellar un pacto y anticipar el perdón.

Luego condujo a Antoine fuera de la habitación.

Cuando se reunieron con el profesor junto a la pequeña, adonde le había llevado Studler, Philip ya se había quitado la americana y tenía puesta una bata blanca. Tranquilo, con el rostro impasible, como si estuviera solo en el mundo con la niña, procedía a un reconocimiento minucioso y metódico, aunque desde el primer momento hubiera comprendido la ineficacia de cualquier tratamiento.

Héquet, silencioso y con las manos febriles, espiaba el rostro del médico.

El examen duró diez minutos.

Cuando Philip hubo terminado, levantó la cabeza y buscó a Héquet con la mirada. Éste estaba irreconocible: la fisonomía triste, la mirada fija entre los párpados enrojecidos, irritados, como reseco por el viento y la arena. Su impasibilidad era patética. Philip comprendió en la rápida mirada que le dirigió que todo fingimiento era superfluo y renunció inmediatamente al nuevo tratamiento que, por humanidad, se disponía a prescribir. Desató la bata, se lavó rápidamente las manos, volvió a ponerse la americana que la enfermera le presentaba y salió de la habitación sin mirar hacia la camita. Héquet le siguió, y luego Antoine.

En el recibimiento, los tres hombres, de pie, se miraron.

—De todas formas, le agradezco que haya venido —articuló Héquet.

Philip se encogió de hombros evasivamente, y sus labios dejaron oír un chasquido. Héquet le contemplaba a través de sus gafas. Progresivamente, la expresión de su mirada se hizo severa, despreciativa, casi de odio, y luego aquel resplandor malévolos se apagó. En tono de excusa, balbuceó:

—No puede uno evitar esperar lo imposible.

Philip inició un gesto que no terminó y, sin prisa, descolgó su sombrero. Pero en lugar de salir, volvió hacia Héquet, vaciló y torpemente le puso una mano sobre el brazo. Hubo un nuevo silencio. Luego, como si se rehiciera, Philip retrocedió, tosió ligeramente y se decidió por fin a marcharse.

Antoine se acercó a Héquet.

—Hoy es mi día de consulta. Volveré esta noche, hacia las nueve.

Héquet, inmóvil, miraba estúpidamente hacia la puerta abierta, por la que acababa de desaparecer con Philip su última esperanza; inclinó la cabeza para dar a entender que había oído.

Philip, seguido de Antoine, descendió rápidamente dos pisos sin pronunciar palabra. Entonces se detuvo, se volvió a medias, tragó saliva y, con una voz más ronca que nunca, dijo:

—A pesar de todo, hubiera debido prescribir algo, ¿eh? *Ut aliquid fieri videatur...* La verdad es que no me he atrevido. —Calló, bajó algunos escalones y murmuró, esta vez sin volverse:

—Yo no soy tan optimista como usted... Esto muy bien puede durar todavía un día o dos.

Cuando llegaban al final de la escalera, bastante oscura, se cruzaron con dos mujeres que entraban.

—¡Ah, señor Thibault!

Antoine reconoció a la señora de Fontanin.

—¿Qué hay? —preguntó ésta con una voz insinuante en la que trató de no traslucir la menor inquietud—. Precisamente veníamos en busca de noticias.

Antoine no contestó sino con un movimiento de cabeza.

—¡No, no! ¡Nunca se sabe! —exclamó la señora de Fontanin, con un tonillo de reproche, como si la actitud de Antoine la obligara a conjurar rápidamente un mal presagio—. ¡Confianza, confianza, doctor! ¡No es posible, sería demasiado espantoso! ¿Verdad, Jenny?

Sólo entonces distinguió Antoine a la muchacha, que permanecía apartada. Se apresuró a disculparse. Jenny parecía molesta, irresoluta; finalmente, le alargó la mano. Antoine observó su expresión trastornada y la agitación nerviosa de sus párpados, pero conocía el afecto que Jenny profesaba a su prima Nicole y no se extrañó.

«¡Cuánto ha cambiado!», se dijo, no obstante, en tanto que se reunía con el profesor. En su recuerdo surgió la silueta, ya lejana, de una muchacha vestida de blanco, una noche de verano, en un jardín. Este encuentro despertó en él un sentimiento doloroso. «Ese pobre Jacques no la hubiera reconocido seguramente», pensó.

Philip, sombrío, se había acurrucado en el auto.

—Voy a la Escuela —dijo—; le dejaré en su casa al pasar.

Durante todo el trayecto no pronunció ni tres palabras. Pero en la esquina de la calle de la Universidad, cuando Antoine se despedía, pareció sacudir su sopor.

—Por cierto, Thibault... A usted, que está un poco especializado en los retrasados al hablar..., le he enviado estos días a una tal señora Ernst.

—He de verla hoy.

—Le llevará a su hijo, un niño de cinco o seis años que habla como un rorro. Hay

incluso determinados sonidos que parece no puede pronunciar en absoluto. Pero si se le dice que recite su oración se pone de rodillas y dice el padrenuestro de cabo a rabo, pronunciando casi correctamente. Por otra parte, parece bastante inteligente. Creo que será un caso muy interesante para usted...

## V

LEÓN hizo su aparición tan pronto como oyó en la cerradura la llave del dueño de la casa.

—La señorita de Battaincourt está aquí... —Adoptó aquella expresión de incertidumbre que le era familiar, y añadió—: Creo que está con una institutriz.

«No es una Battaincourt —rectificó Antoine para sus adentros—, puesto que es hija de Goupillot, el de los “Bazares del siglo xx”...»

Pasó a su alcoba para cambiar de cuello y de chaqueta. Concedía mucha importancia a su aspecto y se vestía con una discreción estudiada. Luego entró en su gabinete, se aseguró con una mirada de que todo estaba en orden y, lleno de energía en el umbral de esta tarde de trabajo, levantó la cortina y abrió la puerta de la sala de espera.

Una joven esbelta se levantó. Reconoció en ella a la inglesa que la primavera pasada había acompañado a la señora de Battaincourt y su hija. (Su memoria, fiel involuntariamente, le recordó, casi al mismo tiempo, un detalle que le había llamado la atención; al final de la visita, cuando sentado en su sillón redactaba el tratamiento, había levantado los ojos casualmente hacia la señora de Battaincourt y la *Miss*, quienes, vestidas ambas muy ligeramente, permanecían de pie, muy juntas, en el hueco de la ventana, y no había olvidado aquel destello que sorprendiera en la mirada de la bella Anne, mientras que, con un gesto acariciador de su mano desnuda, alisaba un mechón de cabellos sobre la sien sedosa de la institutriz.)

La inglesa inclinó la cabeza con un gesto desenvuelto e hizo pasar a la chiquilla delante de ella. Antoine, que se apartaba para dejarlas entrar, se sintió envuelto durante un instante en el aroma fresco de aquellos dos cuerpos jóvenes y cuidados. Ambas eran rubias, esbeltas y de carnación luminosa.

Huguette llevaba el abrigo al brazo y, aunque apenas tenía trece años, estaba ya tan desarrollada que resultaba extraño verla con un vestido de niña, muy corto, sin mangas, y dejando al descubierto una piel de pilluela dorada por el sol estival. Su pelo, de un rubio cálido, se dividía en tirabuzones que encuadraban casi alegremente una fisonomía en la que la sonrisa indecisa y la mirada torpe indicaban más bien la melancolía.

La inglesa se había vuelto hacia Antoine. Su cutis de flor enrojeció vivamente en las mejillas, mientras trataba de explicar, en un francés melodioso como el canto de un pájaro, que la señora comía en la ciudad, que había recomendado que le enviaran el coche y que no tardaría en llegar.

Antoine se había acercado a Huguette y, dándole una palmadita en el hombro, la volvió de cara a la luz.

—¿Cómo nos encontramos ahora? —preguntó, distraído.

La pequeña sacudió la cabeza y sonrió como a disgusto.

Antoine pasaba revista rápidamente a la coloración de los labios, de las encías, de la mucosa del ojo, pero su mirada profunda estaba en otra parte. En el salón, hacía un momento, se había fijado en la forma en que la pequeña —tan donosa por naturaleza, según parecía— se había levantado torpemente del sillón y había venido a él con una rigidez casi imperceptible; luego, al propinarle aquella palmada sobre el hombro, su atención al acecho no había dejado de observar una ligera mueca y un levísimo movimiento de retroceso.

Era solamente la segunda vez que veía a la pequeña. No era el médico de la familia. Sin duda se debía a instigación de su marido, Simón de Battaincourt, antiguo amigo de Jacques, que la bella señora de Battaincourt hubiera hecho irrupción la primavera pasada en la consulta de Antoine para pedirle su opinión sobre el estado general de su hija, agotada —decía ella— por un crecimiento demasiado rápido. En aquella época, el reconocimiento de Antoine no había puesto de manifiesto ningún indicio de lesión. Pero, habiéndole parecido alarmante su estado general, había prescrito una higiene severa y hecho prometer que le traerían a la chiquilla todos los meses. No había vuelto a verla.

—Veamos —dijo—; si me hace el favor de quitarse todo eso...

—Miss Mary —llamó Huguette.

Antoine, sentado a su mesa, consultaba con una calma intencionada la ficha redactada en junio. Todavía no había encontrado ningún síntoma que mereciera la pena de ser tomado en consideración; pero le había surgido una sospecha y, aunque ya varias veces impresiones de este tipo le habían conducido a desenmascarar una enfermedad todavía latente, se negaba sistemáticamente a concederles demasiado crédito desde un principio. Desplegó la copia del examen radioscópico realizado la primavera pasada y lo estudió sin apresuramiento. Luego se levantó.

En medio de la estancia, medio sentada en el brazo de un sillón, Huguette se dejaba desnudar perezosamente. Cuando quería ayudar a la *miss* a soltar una lazada o un corchete, lo hacía con tanta torpeza que la inglesa le apartaba la mano; una vez, incluso, llegó ésta, enfadada, a darle un manotazo sobre los dedos. Esta brusquedad y cierta reserva en el rostro angelical de Mary, hizo suponer a Antoine que la guapa joven quería muy poco a la niña. Por otra parte, Huguette parecía tenerle miedo.

Se acercó.

—Gracias —dijo—; con esto basta.

La pequeña levantó hacia él unos admirables ojos azules, límpidos, llenos de luz. Sin saber por qué, quería mucho a este médico. (Por otra parte, a pesar de su fisonomía voluntariosa y de su aspecto tan afectado, pocas veces daba Antoine a sus enfermos la impresión de ser brusco; incluso los jóvenes, menos perspicaces, pocas veces se engañaban: la arruga de su frente, su mirada fija y penetrante, aquella mandíbula fuerte y crispada, les parecía solamente como una garantía de sagacidad y de fuerza. «Los enfermos —decía el profesor, con una sonrisa diabólica— sólo pretenden en realidad una cosa: que se les tome en serio...»)

Antoine comenzó por una minuciosa auscultación. Nada en los pulmones. Proseguía con método, como Philip. Nada en el corazón. «Mal de Pott... —le insinuaba una voz secreta—, mal de Pott...»

—Inclínese —dijo de repente—. O mejor aún, coja algo del suelo..., uno de sus zapatos, por ejemplo.

Huguette flexionó las rodillas para no arquear la espalda. Mala señal. Antoine deseaba todavía haberse engañado, pero tenía prisa por saber.

—Póngase bien derecha —prosiguió—. Crúcese de brazos. Así. Ahora inclínese... Dóblese... Más aún...

Huguette había vuelto a ponerse derecha; con una lentitud encantadora, sus labios se desunieron y se entreabrieron en una sonrisa amistosa.

—Me hago daño —murmuró en tono de disculpa.

—Bien —dijo Antoine. La contempló durante un instante, sin que pareciera verla. Luego la miró y le sonrió. Estaba encantadora y deseable, así desnuda, con el zapato en la mano y sus grandes ojos asombrados y tiernos, fijos en Antoine. Cansada ya de estar de pie, se apoyaba en el respaldo de una silla. La blancura satinada del torso hacía más oscuro el tono de albaricoque maduro que cubría los hombros, los brazos, los muslos redondos; este halo sugería la idea de una piel cálida, ardiente.

—Tiéndase aquí —ordenó, desplegando una tela sobre el canapé. Ya no sonreía, estaba de nuevo dominado por su inquietud—. Acuéstese sobre el vientre. Estírese bien.

Había llegado el momento decisivo. Antoine se arrodilló, se sentó firmemente sobre los talones y estiró los brazos para dejar libres los puños. Permaneció inmóvil durante dos segundos, como si reflexionara; su mirada inquieta se paseó distraída sobre aquella espalda rolliza y musculosa que se extendía ante él, desde la prominencia de los omóplatos al arco sombreado de los riñones. Luego, posando la palma de la mano sobre el codo tibio, que cedió ligeramente, apoyó dos dedos investigadores sobre la columna vertebral, y, procurando mantener una presión uniforme, contando las vértebras una por una, descendió lentamente a lo largo del rosario óseo.

Repentinamente, el cuerpo se estremeció, se hundió; Antoine no tuvo tiempo de levantar la mano. Una voz risueña y convencida, medio ahogada por los almohadones, exclamó:

—¡Me hace usted daño, doctor!

—¡No puede ser! ¿Dónde es? —Para desorientarla, tocó en otros diversos puntos—. ¿Aquí?...

—No.

—¿Aquí?

—Tampoco.

Entonces, para cerciorarse de que efectivamente no quedaba ninguna duda, y al tiempo que apoyaba el índice sobre el lugar exacto de la vértebra enferma, preguntó:

—¿Aquí?

La chiquilla dejó escapar un grito ahogado, que se transformó inmediatamente en una risa forzada.

Se produjo un momento de silencio.

—Vuélvase —dijo Antoine, con una dulzura completamente nueva.

Palpó el cuello, luego el pecho, luego las axilas. Huguette se contenía para no quejarse. Pero cuando oprimió los ganglios de las ingles, no pudo evitar un débil gemido.

Antoine se levantó; estaba impasible, pero evitó la mirada de la niña.

—Bueno, ya está bien —dijo como si se enfadara en broma—. ¡La verdad es que resulta demasiado cosquillosa!

Llamaban a la puerta, la cual se abrió al mismo tiempo.

—Soy yo, doctor —dijo una voz cálida; y con unos andares presuntuosos hizo su entrada la bella Anne—. Le ruego me perdone; ya sé que vengo vergonzosamente tarde... ¡Pero es que vive usted en un barrio imposible! —Se echó a reír—. Supongo que no me habrá esperado —añadió, buscando a su hija con la mirada—. ¡Ten cuidado de no coger frío, tú! —dijo sin la menor ternura—. Mary, ¿quiere ser tan amable de ponerle algo sobre los hombros? —Tenía inflexiones de contralto, graves y acariciadoras, que sucedían sin transición a las más ásperas resonancias.

Se acercó a Antoine. Su agilidad era provocativa, pero bajo la capa de espontaneidad de sus gestos asomaba siempre una cierta sequedad, en la que se traicionaba una violenta tozudez, corregida y disimulada por una larga costumbre de seducir, y de seducir por la dulzura. Un perfume almizclado, que parecía demasiado pesado para elevarse en el aire, flotaba a su alrededor. Con un gesto desenvuelto tendió a Antoine su mano enguantada de blanco, en la que entrechocaban las pulseras.

—¡Buenas tardes!

Su mirada gris penetró hasta el fondo de los ojos de Antoine. Éste vio su boca entreabierta. Bajo las ondulaciones morenas, minúsculas zonas más claras estriaban casi imperceptiblemente la piel de las sienes y hacían la carne más frágil alrededor de los párpados. Antoine apartó los ojos.

—¿Está usted contento, doctor? —preguntó la señora de Battaincourt—. ¿En qué fase de su reconocimiento se encuentra?

—Pues... por hoy ya se ha terminado —repuso Antoine, con una sonrisa hermética en sus labios. Y volviéndose hacia la inglesa, añadió—: Ya puede usted volver a vestirla, señorita.

—¡Reconocerá usted que se la he traído en buen estado! —exclamó la señora de Battaincourt, instalándose a contraluz por la fuerza de la costumbre—. ¿Le ha dicho que hemos pasado...

Antoine se había acercado al lavabo y, con la cabeza vuelta cortésmente hacia la señora de Battaincourt, comenzaba a enjabonarse las manos.

—... que hemos pasado por ella dos meses en Ostende? Por lo demás, ya se le nota: ¡qué tostada está! ¡Y si la hubiera visto usted hace seis semanas! ¿Verdad, Mary?

Antoine reflexionaba. La tuberculosis, esta vez, se había declarado: atacaba el edificio en sus cimientos, roía ya profundamente la columna vertebral. Se disponía a decir: «Lesiones curables...», pero no lo creía así. El estado general, a pesar de las apariencias, era inquietante. Todo el sistema ganglionar estaba tumefacto. Huguette era hija del viejo Goupillot, y esta herencia corrompida, al parecer, iba a poner en serio peligro su porvenir.

—¿... Le ha dicho que obtuvo el tercer premio de bronceado, en el concurso del «Palace»? ¿Y un accésit en el del Casino?

Ceceaba un poco, muy poco; lo imprescindible para añadir a su encanto terrible un toque tranquilizador de ingenuidad. Sus pupilas, cuya tonalidad glauca resaltaba sobre su cutis atezado, lanzaban sin razón unos destellos breves y excesivos. Desde su primer encuentro, Antoine la había irritado sordamente. Anne de Battaincourt gustaba de sentir sobre ella la mirada codiciosa de hombres y mujeres. Según transcurrían los años, iba sacando menos partido de ella; pero cuanto más platónico era el placer que experimentaba, más ansiosa parecía en mantener por doquiera este ambiente sensual. La actitud de Antoine la exasperaba, precisamente porque la mirada atenta y burlona que posaba sobre ella no estaba por completo exenta de deseo; sin embargo, ella apreciaba demasiado bien que era una clase de deseo fácilmente reprimible y que dejaba al pensamiento toda su lucidez.

Se interrumpió.

—Dispéñeme —dijo, con una carcajada—; con este abrigo me ahogo. —Y siempre sentada, sin apartar los ojos de Antoine, con un movimiento ondulante que hizo sonar su collar, se desembarazó del amplio abrigo de piel, que quedó colgando sobre su silla. Su pecho, más libre, palpitó; el escote de la blusa hacía destacar un cuello esbelto, todavía joven y, por así decirlo, insumiso: con tanto orgullo sostenía la cabecita en forma de casco, de perfil aquilino.

Inclinado ahora sobre sus manos, que enjugaba cuidadosamente, Antoine, distraído y preocupado, se representaba ya de antemano la inflamación progresiva de los tejidos óseos, el reblandecimiento y luego la rotura repentina de la vértebra cariada. Había que intentar, cuanto antes, el único remedio posible: encerrarla en un corsé de escayola durante meses, durante años tal vez...

—Este verano Ostende ha estado muy distraído —continuaba la señora de Battaincourt, alzando la voz, para ser escuchada por Antoine—. Un ambiente de locura; demasiada gente incluso... ¡Una feria! —Se echó a reír. Luego, viendo que el médico no le prestaba atención, fue disminuyendo la voz progresivamente, se calló y volvió hacia *Miss Mary*, que vestía a Huguette, una mirada complacida. Pero nunca soportaba por mucho tiempo el papel de espectadora; siempre se veía obligada a intervenir. Para arreglar una arruga del cuello, se levantó apresuradamente, rectificó



en un abrir y cerrar de ojos la disposición de la blusa y, dirigiéndose a la inglesa a media voz, inclinada con familiaridad hacia su rostro, dijo:

—¿Sabe una cosa, Mary? Me gusta más el camisolín que han hecho en Hudson; habrá que dárselo como modelo a Suzy... ¡Estáte de pie! —exclamó, enfadada—. ¡Siempre sentada! ¿Cómo quieres que se sepa si llevas el vestido bien puesto?... —Y, con un movimiento ágil, volvió el busto hacia Antoine—. ¡No puede usted imaginarse lo muy blandengue que se ha vuelto esta chicarrona, doctor! ¡Para mí, que siempre he tenido azogue en las venas; es algo horripilante!

Los ojos de Antoine se encontraron con los de Huguette, levemente interrogadores, y no pudo contener un ligero guiño de complicidad que hizo sonreír a la pequeña.

«Veamos —se dijo—. Hoy es lunes. Es necesario que el viernes o el sábado esté ya escayolada. Después, ya veremos.»

¿Después?... Se quedó pensativo durante algunos instantes. Veía claramente, en la terraza de un hospital de Berck, entre los «ataúdes» alineados de cara al aire salino, un coche más largo que los otros, y, sobre el colchón sin almohada, en el rostro vuelto de la enferma, aquella bella mirada, viva y azul, vagando sobre el horizonte de dunas...

—En Ostende —explicaba la señora de Battaincourt, insistiendo en sus quejas por la pereza de su hija— figúrese que organizaron clases de baile, por la mañana, en el casino. He querido que asistiera a ellas. ¡Después de cada baile, la señorita se desplomaba sobre las sillas, lloriqueaba, se hacía la interesante! Todo el mundo se enternecía... —Se encogió de hombros—. ¡A mí, que me molesta la compasión ajena! —lanzó fogosamente, dirigiendo hacia Antoine una mirada tan inflexible que éste recordó, de pronto, el rumor que había corrido años atrás de que el viejo Goupillot, celoso a última hora, había muerto envenenado. En un tono rencoroso añadió—: Era una cosa tan ridícula, que me vi obligada a ceder.

Antoine la envolvió en una mirada carente de toda indulgencia. Bruscamente, tomó una determinación. Renunciaría a tener una conversación formal con esta mujer, dejaría que se marchara y convocaría urgentemente al marido. Huguette no era hija de Battaincourt, pero Antoine recordaba lo que Jacques decía siempre de Simón: «Nada en la cabeza, pero un corazón de oro.»

—¿Está en París su esposo? —preguntó.

La señora de Battaincourt creyó que, finalmente, accedía a dar a la conversación un tono más mundano. ¡No se había dado mucha prisa! Tenía que pedirle algunas cosas, para las cuales era preciso provocar en Antoine una disposición de ánimo favorable. Se echó a reír y puso por testigo a la inglesa:

—¿Oye usted, Mary? No, mi querido doctor; ¡estamos condenados a Turena hasta febrero, para la caza! Apenas si he podido escaparme esta semana, entre dos hornadas de invitados, pero el sábado tendré otra vez la casa llena.

Antoine no contestó, y su silencio acabó de irritarla. Había que renunciar a

atraerse a este salvaje. Le encontraba ridículo con tantas cavilaciones; ¡y mal educado!

La señora de Battaincourt cruzó la habitación para recoger su abrigo.

«Bien —se decía Antoine—. Telegrafiaré inmediatamente a Battaincourt; tengo su dirección. Podrá estar en París mañana, o todo lo más, pasado mañana. El jueves, radiografía. Y consulta con el profesor, para mayor seguridad. La escayolaremos el sábado.»

Huguette, sentada en un sillón, se ponía los guantes con mucha formalidad. La señora de Battaincourt, de pie y completamente envuelta en la piel, reajustaba ante el espejo su peinado de walkiria, realzado con plumas de faisán dorado. No sin cierta acritud, preguntó:

—¿Y bien, doctor? ¿No receta nada? ¿Ninguna recomendación que hacer esta vez? ¿Le prohibiría usted que asistiera a algunas partidas de caza con *Miss Mary*, en carretela inglesa?

## VI

UNA vez que la señora de Battaincourt hubo salido, Antoine volvió a su gabinete y abrió la puerta del salón.

Rumelles entró, con el paso de un hombre que no tiene nunca un minuto que perder.

—Siento haberle hecho esperar —dijo Antoine, a manera de disculpa.

El visitante hizo un cortés gesto de protesta y le alargó la mano con familiaridad. Parecía decir: «Aquí soy sólo un cliente.»

—¡Oh, oh! —dijo Antoine alegremente—. Seguro que viene usted, por lo menos, de ver al Presidente de la República.

Rumelles rió, complacido. Llevaba una levita negra con forro de seda y en la mano tenía una chistera. Por otra parte, su prestancia se acomodaba bastante bien con aquella indumentaria oficial.

—No del todo, amigo mío. Vengo de la embajada de Servia: una comida en honor de la misión Djanilozsky, que se encuentra esta semana de paso en París. Y después, todavía tengo trabajo: el ministro me envía a recibir a la reina Elisabeth, quien ha tenido la buena ocurrencia de anunciar que a las cinco y media visitaría la exposición de crisantemos. Afortunadamente, la conozco. Muy sencilla y muy simpática. Adora las flores y detesta el protocolo. Me limitaré a algunas palabras de bienvenida, sin nada de solemnidad.

Sonrió con aire de ausencia, lo que hizo pensar a Antoine que rumiaba su perorata: una improvisación respetuosa, galante y espiritual a la vez.

Rumelles había doblado ya la cuarentena. Una cabeza leonina, una espesa melena echada hacia atrás que rodeaba un perfil romano, más bien demasiado craso; un bigote arreglado con tenacillas, agresivo; unos ojos azules, premeditadamente inquietos y penetrantes. «Sin el bigote —pensaba Antoine algunas veces—, esta fiera hubiera tenido un perfil de cordero.»

—¡Y qué comida, amigo mío! —Hizo una pausa, cerrando los ojos a medias y moviendo la cabeza—. Veinte o veinticinco convidados, todos personalidades oficiales de primera fila, entre los que tal vez, contándolos bien, habría dos o tres inteligentes. Es espantoso... Sin embargo, creo haber obtenido algo útil. El ministro no sabe nada. Temo que todo me lo estropee, con sus modales de perro con hueso y todo... —Su dicción intencionada y la sonrisa sutil con que prolongaba las menores palabras, daban cierta agudeza, pero siempre la misma, a lo que decía.

—¿Me permite? —interrumpió Antoine, acercándose a su mesa—. Lo que tarde en redactar un telegrama urgente. Por otra parte, le escucho. ¿Cómo se encuentra hoy, después de esos ágapes servios?

Rumelles no pareció haber oído la pregunta.

Siguió perorando distraídamente. «En cuanto que ha podido tomar la palabra —

observó Antoine—, ya no parece tener prisa...» Y, en tanto que escribía el telegrama para Bataincourt, llegaban a su oído distraído retazos de frases:

—... desde que Alemania se agita... ¡Las manifestaciones de Leipzig en la inauguración de un monumento conmemorativo del centenario de 1813!... Cualquiera pretexto les parece bueno... ¡Esto se acerca, amigo mío, se acerca a grandes pasos! Espere solamente dos o tres años...

—¿El qué? —preguntó Antoine, levantando la cabeza—. ¿La guerra?

Observaba a Rumelles con una mirada burlona.

—Pues claro que la guerra —replicó su interlocutor con toda seriedad—. Vamos a ella de cabeza. —Siempre había tenido la manía inofensiva de predecir la guerra europea para un plazo breve. Algunas veces hubiérase dicho que contaba con ella, y en aquel momento, precisamente, añadió—: Será la ocasión para mostrarse a la altura de las circunstancias. —Frase ambigua que podía significar: «ir a batirse», pero que Antoine tradujo sin vacilar por: «encaramarse al Poder».

Rumelles, que se había acercado a la mesa, se inclinó hacia Antoine y bajó la voz instintivamente.

—¿Está usted al corriente de lo que pasa en Austria?

—Pues... Sí, como un profano en la materia.

—Tisza actúa ya como sucesor de Berchtold. Ahora bien: a Tisza le traté de cerca en 1910; es el peor de los aventureros. Por otra parte, lo ha demostrado en la presidencia del Parlamento húngaro. ¿Ha leído usted ese discurso en que amenaza a Rusia abiertamente?

Antoine había terminado de escribir y se puso en pie.

—No —dijo—. Pero, desde que tengo edad para leer periódicos, he visto siempre a Austria hacer ese papel de niño malo.

Y hasta ahora nunca ha tenido la menor importancia.

—Porque Alemania servía de freno. Pero, precisamente por eso, la actitud de Austria empieza a ser muy inquietante, a causa de la evolución que se ha producido en Alemania desde hace un mes, aproximadamente. Y eso es una cosa que la gente no sospecha.

—Explíqueme eso —dijo Antoine, interesado a pesar suyo.

Rumelles consultó el reloj y se irguió.

—No es nada nuevo que, a pesar de su alianza aparente, a pesar de los bonitos discursos de los dos emperadores, las relaciones entre Alemania y Austria desde hace seis o siete años...

—¿Y ese desacuerdo, no es para nosotros una garantía de paz?

—Inapreciable. Incluso «era» la única.

—¿«Era»?

Rumelles, gravemente, hizo un signo afirmativo.

—Todo esto, mi querido amigo, está a punto de cambiar... —Miró a Antoine como si se preguntara hasta dónde podía llegar, y agregó entre dientes—: Y tal vez

por nuestra culpa.

—¿Por nuestra culpa?

—Sí, señor; sí. Pero esto es otra cuestión. ¿Le he dicho que las personas más perspicaces de Europa creen que tenemos intenciones belicosas?

—¿Nosotros? ¡Eso es una tontería!

—El francés no viaja. El francés, mi querido amigo, no tiene ni la menor idea del efecto que puede hacer su política patrioterista vista desde afuera... De cualquier forma, el acercamiento progresivo de Francia, Inglaterra y Rusia, sus nuevos acuerdos militares, todo lo que se está tramando diplomáticamente desde hace dos años, todo esto, y con razón o sin ella, empieza a inquietar seriamente a Berlín. Frente a lo que ella llama de buena fe «las amenazas» de la Triple Entente, Alemania descubre de pronto que pudiera muy bien encontrarse completamente sola. Sabe que Italia solamente forma parte de la Tríptica en teoría. Por consiguiente, no tiene con ella más que a Austria, y ésta es la razón de que en estas últimas semanas le haya parecido de suma urgencia estrechar a toda prisa los lazos de amistad. Aun al precio de concesiones importantes. Aun al precio de un cambio de orientación. ¿Me comprende? De aquí a modificar bruscamente su actitud, a aceptar la política balcánica de Austria, a alentarla incluso, no hay más que un paso, y se dice que ese paso ya se ha dado. Esto es tanto más grave cuanto que Austria, habiendo notado las nuevas que corren, ha aprovechado inmediatamente, como usted ha visto, para levantar la voz. He aquí la razón de que Alemania se solidarice voluntariamente con las arrogancias austríacas, lo que de la noche a la mañana puede dar a tales arrogancias un alcance incalculable. ¡Toda Europa mezclada automáticamente en el avispero balcánico!... ¿Comprende ahora por qué se siente uno pesimista, o cuando menos inquieto, a poco que se esté informado?

Antoine callaba, escéptico. Sabía por experiencia que los especialistas en política exterior siempre prevén conflictos inevitables. Había llamado a León; de pie, junto a la puerta, esperaba a que viniera el criado para pasar por fin a las cosas serias, y con una mirada exenta de indulgencia observaba a Rumelles, quien, profundamente interesado en el tema y olvidado de la hora, iba y venía por delante de la chimenea. El padre de Rumelles, antiguo senador, había sido amigo del señor Thibault. (Había muerto justamente a tiempo para no poder asistir al ascenso de su hijo en los honores republicanos.) Antoine había tenido oportunidad en diversas ocasiones de encontrarse a Rumelles; pero, a decir verdad, nunca le había frecuentado tanto hasta una semana antes. Su opinión severa se afirmaba a cada visita. Había observado que esta locuacidad sostenida, esta cortesía preconcebida de hombre influyente, este interés por los grandes problemas, en un momento o en otro dejaban aparecer siempre algún rasgo mezquino en el que se revelaba ingenuamente la ambición personal, ambición que, sin ningún lugar a dudas, era el único sentimiento violento de que Rumelles era capaz. Antoine creía incluso que tal ambición era, en cierto modo, desproporcionada con sus merecimientos, que consideraba limitados: instrucción mediocre, timidez sin

modestia y carácter inconsistente; el conjunto estaba hábilmente disimulado bajo una apariencia de futuro gran hombre.

Sin embargo, León había venido a recoger el telegrama. «Tregua en la política y en la psicología», se dijo Antoine, volviéndose hacia aquel hablador empedernido.

—¿Entonces? ¿Sigue igual?

El rostro de Rumelles se oscureció bruscamente.

A principios de la semana anterior, Antoine había visto entrar en su consulta a Rumelles, sobre las nueve de la noche, completamente lívido. Atacado desde dos días antes por una enfermedad que no quería confesar a su médico de cabecera, y mucho menos a un desconocido —«porque», decía, «hágase cargo, mi querido amigo, estoy casado, soy en cierto modo un personaje oficial, tanto mi vida privada como mi vida pública están a merced de una indiscreción, de un chantaje...»—, había recordado que el joven Thibault era médico y venía a suplicar a Antoine que le tratara. Después de haber intentado inútilmente enviarle a un especialista, Antoine, siempre dispuesto a ejercer su arte y sintiendo curiosidad por tratar a este político, había consentido.

—¿De verdad que no ha experimentado ninguna mejoría?

Rumelles negó con la cabeza compungidamente y guardó silencio. Este charlatán impenitente no podía decidirse a hablar de su enfermedad, a confesar que en algunos momentos sufría un verdadero tormento y que poco tiempo antes incluso, después de la comida diplomática, había tenido que interrumpir una conversación importante para abandonar el salón: tan dolorosos se habían hecho los pinchazos.

Antoine reflexionó.

—Entonces —dijo con resolución— va a haber que ensayar el nitrato...

Abrió la puerta del «laboratorio» e hizo entrar a Rumelles, ahora silencioso; luego, vuelto de espaldas, preparó los medicamentos y llenó la jeringa de la cocaína. Cuando se volvió hacia su víctima, ésta se había despojado de la levita; sin cuello postizo, sin pantalón, ya no era sino un pobre diablo enfermo, dolorido, inquieto y humillado, que se quitaba avergonzado las vendas manchadas.

Pero todavía no se daba por vencido. Cuando Antoine se acercó, levantó un poco la cabeza y trató de sonreír con un resto de desenvoltura. Sin embargo, sufría de mil formas diferentes. Incluso por su soledad moral. Porque en su calamidad actual aumentaba su desgracia el no poder desprenderse de su máscara, el no poder confesar a nadie cuánto daño le hacía este accidente ridículo, no solamente en su carne, sino también en su orgullo. Desgraciadamente, ¿a quién hubiera podido hablar con entera libertad? No tenía ningún amigo. Desde hacía diez años, la política le había condenado a vivir aislado detrás de una barrera de camaradería hipócrita y desconfiada. Ni un afecto verdadero a su alcance. Sí, uno solo: el de su esposa; ésta era, en realidad, su única amiga, la única persona que le conocía y le amaba como realmente era; la única persona a quien hubiera deseado confiarse, pero precisamente aquella a quien tenía que ocultar con más cuidado esta aventura mezquina.

El dolor físico se encargó de poner término a estas reflexiones. El nitrato

comenzaba a actuar. Rumelles ahogó los primeros gemidos. Pero muy pronto, a pesar del efecto del calmante, tuvo que apretar los dientes y cerrar los ojos. La cauterización profunda le arrancaba lamentaciones de parturienta. Gruesas lágrimas brillaban en sus ojos azules.

Antoine sintió compasión.

—Vamos, hombre, un poco de valor; ya he terminado... Es doloroso, pero indispensable, y no durará mucho. Estése quieto, que le voy a poner otro poco de cocaína...

Rumelles no le escuchaba. Derrumbado sobre la mesa, bajo el reflector implacable, contraía y distendía las piernas como una rana de disección.

Cuando Antoine hubo conseguido por fin atenuar el dolor, dijo:

—Ya es el cuarto. ¿A qué hora tiene usted que irse?

—A las... A las cinco —balbuceó el desgraciado—. Tengo... el coche... abajo.

Antoine sonrió con una sonrisa amistosa, para darle ánimos, pero que disimulaba otra subrepticia. A pesar suyo, acababa de pensar en el chofer bien uniformado, con la escarapela tricolor, impasible en su asiento, que esperaba al señor delegado del ministro; luego, en la alfombra encarnada que en aquel momento estarían desenrollando bajo el toldo de la exposición de flores y sobre la cual, dentro de una hora, este Rumelles que gimoteaba aquí como un recién nacido al que cambian los pañales, el guapo Rumelles, en una palabra, con la levita bien ajustada y una vaga sonrisa bajo sus bigotes gatunos, saldría solo, con pasos medidos, al encuentro de la pequeña reina Elisabeth... Pero esta distracción no duró sino un minuto. Muy pronto, bajo la mirada del médico, ya no hubo sino un enfermo; menos que un enfermo, un caso; y menos todavía, una acción química, el efecto de un cáustico sobre una mucosa, efecto que él había provocado conscientemente, del que era responsable y cuyo desarrollo vigilaba con la imaginación.

Tres golpes discretos dados por León le hicieron volver a la realidad. «Aquí está Gise», pensó repentinamente, dejando el instrumental en una bandeja del autoclave. Y con prisa ahora por dejar a Rumelles, pero acostumbrado a no transigir con las obligaciones profesionales, esperó pacientemente hasta que el dolor hubo desaparecido.

—Descanse usted aquí a su gusto —dijo, eclipsándose—. Ahora no necesito esta habitación. Vendré a avisarle cuando falten diez minutos.

## VII

LEÓN había dicho a Gise:

—Si la señorita hace el favor de esperar aquí...

«Aquí», era la antigua habitación de Jacques, oscurecida ya por el crepúsculo, llena de sombras y de silencio como una cueva. El corazón de Gise había latido al entrar en ella, y el esfuerzo que había tenido que hacer para vencer su malestar había tomado como siempre la forma de una plegaria, de una breve súplica a Aquel que no abandona nunca. Luego había ido a sentarse en aquel sofá cama en el que, tantas veces y en todas las edades, había venido a charlar con Jacquot. Se oían —¿era en el salón o en la calle?— los sollozos lastimeros de un niño. A Gise le costaba trabajo dominar su sensibilidad. Cualquiera nadería hacía ahora que las lágrimas la ahogaran. Afortunadamente, en este momento estaba sola. Tendría que ver a un médico. Pero no a Antoine. No se encontraba bien; había adelgazado demasiado. Los insomnios, indudablemente. No era una cosa natural a los diecinueve años... Por un momento pensó en el extraño encadenamiento de aquellos diecinueve años: aquella infancia interminable entre dos viejos, y luego, hacia los dieciséis, aquel gran pesar, complicado con tan penosos secretos.

León vino a dar la luz, y Gise no se atrevió a decirle que prefería estar rodeada por aquella penumbra. En la habitación, ahora iluminada, recordaba todos los muebles, todas las chucherías. Se notaba perfectamente que el cariño fraternal de Antoine le había impedido tocar nada, por cuestión de principios; pero, desde que hacía aquí sus comidas, todos los objetos habían ido cambiando de lugar y de destino, y todo presentaba un aspecto diferente: la mesa abierta en el centro de la habitación, el servicio de té que presumía sobre la mesa de escritorio, entre la panera y el frutero... Incluso la biblioteca... Antes, estas cortinillas verdes no estaban tan tirantes detrás de los cristales. Una de las cortinillas estaba entreabierta; Gise se inclinó y vio brillar la vajilla; León había amontonado los libros en los estantes de arriba... ¡Si este pobre Jacques hubiera podido ver su biblioteca transformada en aparador!

Jacques... Gise se negaba a pensar en él como en un muerto. No solamente no se hubiera sentido sorprendida de verle aparecer repentinamente en el umbral de la puerta, sino que, casi en todo momento, esperaba verle surgir delante de ella, y esta espera supersticiosa la mantenía desde tres años antes en una especie de sueño exaltado y deprimente. Aquí, entre estas cosas familiares, los recuerdos la asaltaban. No se atrevía a levantarse; apenas respiraba por temor a remover el aire, a profanar este silencio. En la chimenea hay una fotografía de Antoine. Sus ojos se detienen en ella. Recuerda el día en que Antoine se la dio a Jacques; entregó otra igual a la señorita; está arriba. Es el Antoine de antaño, al que quería como un hermano mayor, que ha sido su gran consuelo durante estos tres años de prueba. Desde que Jacques no está aquí, ¡cuántas veces ha bajado a buscar a Antoine para hablar del desaparecido!



¡Cuántas veces ha estado a punto de contarle su secreto! Ahora, todo ha cambiado. ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido entre ellos? Gise no podría alegar nada en concreto. Solamente recuerda la corta escena del mes de junio, la víspera de su marcha a Londres. Antoine parecía haber perdido la cabeza ante esta separación inminente, cuya razón secreta no podía adivinar. ¿Qué le dijo en realidad? Gise creyó comprender que ya no la quería sólo como un hermano mayor, sino que pensaba en ella «de otra manera». ¿Sería esto posible? ¿Tal vez son imaginaciones suyas? Pero no; incluso en las cartas ambiguas, demasiado tiernas y como reticentes que la ha escrito, ya no ha encontrado el afecto tranquilo de los años precedentes. Así, pues, desde su vuelta a Francia lo había evitado instintivamente y no ha tenido con él en aquellos quince días ni un solo momento de conversación a solas. ¿Qué le querrá hoy?

Gise se estremece. Es Antoine, su paso rápido y firme. Entra, se detiene y sonrío. Sus facciones denotan cansancio; sin embargo, la frente está despejada y la mirada animada y feliz. Gise, que se sentía ir a la deriva, se rehace inmediatamente; basta que Antoine aparezca, para que se esparza a su alrededor algo de su impulso vital.

—¡Buenas tardes, Nigrette! —dijo, sonriendo. (Era un mote cariñoso muy antiguo que el señor Thibault había dado a Gise, en un día de buen humor, en la época en que la señorita Waize, obligada a adoptar a su sobrina huérfana, acababa de recoger e instalar en el hogar burgués de la familia Thibault a esta hija de una malgache salvaje y que tenía todo el aspecto de una salvajilla.)

Gise pregunta, por decir algo:

—¿Tienes mucha gente hoy?

—¡Es el oficio! —contesta Antoine, alegremente—. ¿Quieres venir a mi despacho? ¿O prefieres quedarte aquí? —Y sin esperar su contestación, se sienta al lado de la joven—. ¿Cómo te encuentras? No nos vemos nunca... Llevas un chal muy bonito... Dame la mano... —Coge con desenvoltura la mano que Gise le abandona, la posa sobre su puño firme y la levanta—: Tu manita no está tan llena como antes... —Gise sonrío por cumplir, y Antoine ve formarse dos hoyuelos en sus mejillas morenas. La joven no hace nada por retirar el brazo, pero Antoine nota que está rígida, pronta a retroceder. Está a punto de murmurar: «No parece estar muy amable desde tu regreso», pero lo piensa mejor, frunce el ceño y calla.

—Tu padre ha querido volver a acostarse, a causa de la pierna —dice Gise, evasiva. Antoine no contesta. Hace mucho tiempo que no se encuentra a solas con Gise. Sigue mirando la manita morena; se dedica a observar el dibujo de las venas hasta la muñeca, delgada y musculosa. Examina los dedos uno a uno y se esfuerza por bromear: «Parecen cigarros rubios...» Pero, al mismo tiempo y como a través de una vaharada cálida, acaricia con la mirada toda la curva de este cuerpo flexible, replegado sobre sí mismo, desde la suave redondez de los hombros hasta la rodilla, que se marca bajo el chal de seda. ¡Qué atractivo para él en esta indolencia tan natural, tan cercana! Siente algo repentino, violento... Una oleada de sangre..., una

corriente detenida que amenaza romper los diques... ¿Resistirá el deseo de abrazarla, de atraer contra sí esta carne elástica y joven?... Se contenta con bajar la cabeza y rozar la manita con su mejilla. Balbucea:

—¡Qué finas son tus manos..., Nigrette! —Su mirada, una mirada de mendigo ebrio, se alza pesadamente hasta el rostro de Gise, que vuelve la cabeza instintivamente y retira su mano.

La joven pregunta, resueltamente:

—¿Qué era lo que querías decirme?

Antoine se domina.

—Lo que tengo que decirte es algo horrible, pequeña...

¿Terrible? Una sospecha atroz cruza el pensamiento de Gise. ¿Cómo? ¿Se derrumbarán ahora todas sus esperanzas? Su mirada, aterrada, recorre en pocos segundos toda la habitación, se posa con ansiedad en cada recuerdo del bienamado. Pero Antoine termina su frase:

—Padre está «muy» enfermo, ¿sabes?...

Al principio, Gise no parece haber oído. El tiempo necesario para volver desde tan lejos... Luego repite:

—¿«Muy» enfermo?

Y mientras lo dice, se da cuenta, repentinamente, de que ya lo sabía, sin que nadie se lo hubiera dicho. Con las cejas levantadas y una inquietud hasta cierto punto fingida, reflejada en los ojos, añade:

—Pero..., ¿enfermo hasta el extremo de...?

Antoine hace una señal afirmativa. Luego, en el tono de una persona familiarizada con la verdad desde hace mucho tiempo, agrega:

—La operación de este invierno, la extirpación del riñón derecho, sólo ha servido para una cosa: para que ya no sea posible hacerse ilusiones acerca de la naturaleza del tumor. El otro riñón se ha infectado casi inmediatamente. Pero la enfermedad ha tomado un aspecto diferente, se ha generalizado; afortunadamente, por decirlo así... Ello nos ayuda a engañar al enfermo. No sospecha nada ni se imagina que está perdido.

Después de una pequeña pausa, Gise pregunta:

—¿Cuánto tiempo crees que...?

La mira. Está contento. Será una buena esposa de médico. Sabe hacer frente a la realidad; ni siquiera ha llorado. Estos meses en el extranjero la han hecho madurar extraordinariamente. Se reprocha haber tenido siempre tendencia a considerarla más infantil de lo que es.

En el mismo tono contesta:

—Dos o tres meses, a todo tirar. —Y, rápidamente, añade—: Tal vez mucho menos.

Aunque su espíritu no tenga unas antenas muy sensibles, Gise ha percibido en estas últimas palabras una segunda intención relacionada con ella, y se siente aliviada

de que Antoine se quite la máscara sin pérdida de tiempo.

—Dime, Gise: ¿vas a dejarme solo ahora que estás enterada? ¿Vas a volver a Inglaterra, a pesar de todo?

La joven no contesta y mira dulcemente ante sí, con unos ojos brillantes, inmóviles. En su rostro redondo todo permanece inmóvil, a excepción de una pequeña arruga entre las cejas, que se forma y desaparece, reaparece y se borra, único indicio de su debate interior. Su primer impulso ha sido de ternura: esta invocación la ha conmovido. Nunca se le había ocurrido pensar que ella pudiera representar un apoyo para alguien, cuánto menos para Antoine, sobre el cual ha descansado siempre la familia entera.

¡Pero no! Olfatea la trampa, comprende por qué Antoine quiere que se quede en París. Todo en ella se subleva. ¡Su estancia en Inglaterra es el único medio de que dispone para realizar su gran designio, la única razón de su vida! ¡Si al menos pudiera explicárselo todo a Antoine! Desgraciadamente, esto sería develar el secreto de su corazón, y develarlo precisamente al corazón menos preparado para semejante confidencia... Más tarde, tal vez... Por carta... Ahora no.

Su mirada sigue quieta, con una expresión de obstinación que es ya para Antoine un triste presagio. Sin embargo, insiste:

—¿Por qué no quieres contestarme?

La joven se estremece, y sin abandonar su aspecto obstinado, responde:

—¡Pues claro que sí, Antoine! Me corre más prisa que nunca obtener ese diploma inglés. Voy tener necesidad de bastarme a mí misma mucho antes de lo que pensaba...

Antoine la interrumpe con un gesto de irritación.

Se siente sorprendido al notar en la expresión de esta boca cerrada, de esta mirada, como un desaliento sin remedio, y, al mismo tiempo, un destello, una exaltación que parece una vana esperanza. En estos sentimientos no hay lugar para él. Un impulso de despecho le hace levantar la cabeza. ¿Despecho, desesperación? La desesperación le domina, siente un nudo en la garganta: lágrimas... Y por una vez no trata de contenerlas ni de ocultarlas: aún pueden ayudarle a vencer esta tosudez incomprensible...

Efectivamente, Gise está muy emocionada. Nunca ha visto llorar a Antoine. Ni siquiera había pensado nunca que pudiera llorar. Evita mirarlo. Siente hacia él un afecto tierno y profundo; siempre piensa en él con íntima ternura, con entusiasmo. Desde hace tres años ha sido su único apoyo, el compañero robusto, experimentado, cuya proximidad ha sido el único consuelo de su vida. ¿Por qué parece desear de ella algo distinto de esta admiración, de esta confianza? ¿Por qué no puede demostrarle sus sentimientos fraternales?

Un timbrazo resuena en el recibimiento. Antoine escucha instintivamente. Ruido de puertas, y luego otra vez el silencio.

Están uno junto a otro, inmóviles, silenciosos, y sus pensamientos divergentes

galopan y galopan...

Finalmente, el timbre del teléfono... Pasos en el recibimiento. León entreabre la puerta.

—Llaman de casa del señor Thibault, señorita. El doctor Thérivier está arriba.

Gise se ha levantado instantáneamente.

Antoine pregunta a León con voz cansada:

—¿Cuántas personas hay en el salón?

—Cuatro, señor.

Se levanta a su vez. La vida recobra su curso. «Y Rumelles que me espera a menos diez», piensa.

Gise, sin acercarse, dice:

—Tengo que irme en seguida, Antoine... Adiós.

Antoine sonríe de forma extraña y se encoge de hombros.

—Entonces vete..., Nigrette —Y su propia entonación le recuerda la despedida de su padre aquella misma tarde: «Entonces vete, hijo mió.» Penosa coincidencia...

En otro tono añade:

—¿Quieres decirle a Thérivier que no puedo ausentarme en este momento? Si desea hablarme, que entre aquí al bajar. ¿De acuerdo?

Gise asiente con un movimiento de cabeza y abre la puerta; luego, como si tomara una determinación súbita, se vuelve hacia Antoine...; pero no... ¿Qué decirle? Puesto que no puede decírselo «todo», ¿para qué?... Y, ajustándose aún más el chal, desaparece sin haber levantado los ojos.

—El ascensor está bajando —dice León—. ¿No espera la señorita? —Gise hace señas de que no y comienza a subir. Despacio, porque se siente agotada. Toda su energía se concentra ahora en una idea fija: ¡Londres! ¡Sí; marchar cuanto antes, sin esperar siquiera el final de su permiso! ¡Ah, si Antoine pudiera saber lo que representa para ella su estancia al otro lado del Canal!

Hacia ya dos años, una mañana de septiembre (diez meses después de la desaparición de Jacques), el cartero de Maisons-Laffitte, con el que Gise se cruzó por casualidad en el jardín, le había entregado un cestillo dirigido a su nombre que llevaba la etiqueta de una tienda londinense de flores. Sorprendida, presintiendo repentinamente algo grave, había entrado en su habitación sin que la vieran, había cortado la cuerda, arrancado la envoltura y casi se había desvanecido al encontrar sobre un lecho de musgo húmedo un simple ramo de rosas. ¡Jacques! ¡Sus rosas! ¡Rosas encarnadas, unas rositas encarnadas con el centro negro; exactamente las mismas! ¡Septiembre, el aniversario! El sentido de este envío anónimo resultaba tan claro para ella como el de un mensaje cifrado del que hubiera tenido la clave. ¡Jacques no había muerto! El señor Thibault se engañaba. ¡Jacques vivía en Inglaterra! ¡Jacques la amaba!... Su primer impulso había sido el de abrir la puerta de par en par para gritar con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Jacques está vivo!» Afortunadamente se había dominado a tiempo. ¿Cómo explicaría que aquellas rosas

encarnadas pudieran ser hasta tal extremo reveladoras? La acuciarían a preguntas. ¡Todo antes que traicionar su secreto! Había vuelto a cerrar la puerta y pedido a Dios que le diera fuerzas para callar, por lo menos basta la noche; sabía que Antoine vendría a cenar a Maisons.

Por la noche le había llevado aparte. Le había hablado de un envío misterioso: unas flores procedentes de Londres, donde ella no conocía a nadie. ¿Jacques?... Había que orientar las gestiones en esta nueva dirección a cualquier precio. Antoine, interesado, pero escéptico a causa del fracaso de todas sus tentativas desde hacía un año, había hecho emprender, no obstante, gestiones inmediatas en Londres. La florista había dado unas señas muy concretas del comprador que había hecho el encargo; ahora bien, estas señas no correspondían en modo alguno a las de Jacques. La pista había sido abandonada.

No por Gise. Era la única que estaba cierta. No había dicho nada más; con un dominio de sí misma que no se hubiera esperado de sus diecisiete años, había callado. Pero había tomado la resolución invencible de ir personalmente a Inglaterra y encontrar allí, costara lo que costara, las huellas de Jacques. Proyecto casi irrealizable. Durante dos años, con la perseverancia insidiosa y taciturna de aquellos seres primitivos que eran sus ascendientes, había ido haciendo posible este viaje poco a poco y organizándolo minuciosamente. ¡A costa de cuánto trabajo! Recordaba cada etapa. Había tenido que implantar, mediante pacientes maniobras, veinte ideas nuevas en el cerebro reacio de su tía. Primero: hacerla admitir que una joven sin fortuna, aunque sea de buena familia, necesita un medio de vivir; persuadirla después de que su sobrina tenía, como ella, vocación para cuidar niños; convencerla también de las dificultades de la competencia actual y de la necesidad, para una institutriz, de hablar el inglés correctamente. Luego hubo que relacionar hábilmente a la vieja señorita con una institutriz de Maisons-Laffitte, la cual acababa precisamente de perfeccionar sus estudios en una especie de instituto inglés, atendido por religiosas católicas, en los alrededores de Londres. La suerte había querido que el señor Thibault, metido en danza, obtuviera buenos informes acerca de la institución. Finalmente, después de mil aplazamientos, la señorita Waize había accedido la primavera última a la separación. Gise había pasado ya el verano en Inglaterra. Pero aquellos cuatro meses no habían dado ningún resultado positivo para lo que ella esperaba: había sido víctima de detectives sin escrúpulos y no había cosechado sino disgustos. Ahora era cuando iba a poder actuar, poniendo gente en movimiento. Acababa de vender algunas alhajas y de reunir sus ahorros. Por fin había logrado ponerse en contacto con agencias serias. Y, sobre todo, había hecho interesarse en su romántica empresa a la hija del *Commissioner of Metropolitan Police*, de Londres, en cuya casa había de comer cuando volviera a Londres y que podía representar una ayuda inapreciable. ¿Cómo no esperar?...

Gise llegaba al piso del señor Thibault. Tuvo que llamar; su tía nunca le había confiado las llaves de la casa.

«Sí; ¿cómo no esperar?», se dijo. Y, repentinamente, la certeza de que iba a encontrar a Jacques se apoderó de ella con tanta fuerza que se sintió completamente decidida. Antoine había dicho que aquello podía durar tres meses. «¿Tres meses? — pensó—. ¡Antes de tres meses yo lo habré logrado!»

Durante todo este tiempo, abajo, en la habitación de Jacques, Antoine, de pie ante la puerta que Gise había cerrado al salir, permanecía con la mirada fija en aquel rectángulo de madera, opaco e infranqueable.

Comprendía que había llegado a un punto culminante. Hasta ahora su voluntad — a la que casi siempre había puesto a prueba, y victoriosamente en lo más difícil— nunca se había empeñado contra lo irrealizable. En este momento, algo se apartaba de él. No era hombre para perseverar sin esperanzas.

Dio dos pasos vacilantes, se vio en el espejo y, acercándose, se acodó sobre la chimenea y acercó la cara para mirarse durante algunos segundos hasta el fondo de los ojos. ¿Y si de repente Gise hubiera dicho: «Sí; me caso contigo...»? Le estremeció un temor retrospectivo... «Es una tontería jugar con estas cosas», se dijo, girando sobre sus talones. Luego se acordó súbitamente: «¡Demonio, las cinco...! ¡Y la reina Elisabeth!»

Con paso rápido se dirigió al laboratorio. Pero León le detuvo; tenía la mirada apagada, su sonrisa era vaga y maliciosa.

—El señor Rumelles se ha ido. Se ha apuntado para pasado mañana, a la misma hora.

—Está bien —dijo Antoine, tranquilizado. Y, de momento, esta pequeña satisfacción bastó casi para borrar su inquietud.

Volvió a su gabinete, lo cruzó en diagonal y, levantando la cortina, con aquel gesto familiar que nunca realizaba sin cierto placer, abrió la puerta de la sala.

—Hombre —dijo, pellizcando al pasar la mejilla de un chiquillo que se adelantaba muy cohibido—. ¿Completamente solo, como un muchacho mayor? ¿Tus padres siguen bien?

Se apoderó del chico, lo atrajo hacia la ventana, se sentó a contraluz sobre un taburete y, con un movimiento firme y suave, inclinó hacia atrás la cabecita dócil para inspeccionar la faringe.

—Afortunadamente —murmuró sin apartar la vista—, esta vez sí que tenemos lo que se llama unas amígdalas... —Había recobrado intencionadamente esta voz fuerte y sonora, un poco incisiva, que tenía sobre los enfermos los efectos de un tónico.

Permanecía inclinado atentamente sobre el niño. Pero, sufriendo repentinamente un nuevo acceso de orgullo, no pudo evitar el pensar: «Por otra parte, si me parece, siempre podré llamarla por carta...»

## VIII

CUANDO salía a despedir al chiquillo, se sorprendió al ver sentada en la banqueta del recibimiento a *Miss Mary*, la inglesa de piel ameloconada.

Se levantó cuando se acercó a ella, y lo acogió con una sonrisa silenciosa, larga y adorable; luego, con aire resuelto, le alargó un sobre azulado.

Esta actitud tan diferente de la reserva mostrada dos horas antes, esta mirada enigmática y decidida, despertaron en Antoine, sin que supiera a punto fijo la razón, la idea de una situación insólita.

Intrigado, permanecía de pie en el recibimiento y abría ya el sobre blasonado, cuando vio que la inglesa se dirigía espontáneamente hacia el gabinete, cuya puerta había quedado abierta. La siguió, mientras desdoblaba la carta.

«Mi querido doctor:

»Tengo que hacerle dos peticiones sin importancia, y para que no sean mal recibidas las confío al intermediario menos desagradable que he podido encontrar.

»Primera. Esta aturdida de Mary ha esperado la muy tonta a salir de su consulta para confesarme que no se encuentra bien desde hace algunos días y que estas últimas noches no ha podido dormir a causa de la tos. ¿Tendría usted la amabilidad de examinarla detenidamente y darle algunos consejos?

»Segunda. Tenemos en el campo un anciano guarda que sufre horriblemente a causa del reuma. En esta época es una verdadera tortura. Simón se ha compadecido del pobre viejo y le pone inyecciones calmantes. Siempre tenemos morfina en nuestro botiquín; pero las últimas crisis han agotado completamente nuestra provisión, y Simón me ha recomendado mucho que le lleve, lo que no es posible sin autorización de un médico. Esta tarde se me ha olvidado por completo hablarle acerca de esto. ¿Sería tan amable de entregar a mi seductora intermediaria una receta, a ser posible “renovable”, para que pueda obtener inmediatamente “cinco o seis docenas de ampollas de un centímetro cúbico”?

»Le agradezco por anticipado esta segunda petición. En cuanto a la primera, mi querido doctor, ¿quién de nosotros dos deberé dar las gracias? No creo que le falten clientes menos agradables para auscultar...

»Afectuosos saludos.

»ANNE-MARIE S. DE BATTAINCOURT.

»P.D.—Tal vez se pregunte usted por qué no recurre Simón al médico de allí. Es un hombre limitado y sectario, que vota siempre contra nosotros y que no nos perdona que le hayamos negado la clientela del castillo. De no ser así, no le hubiera molestado.

Antoine había terminado su lectura, pero no levantó la cabeza. Su primer impulso había sido de irritación. ¿Por quién le tomaban? El segundo fue encontrar chusca la cosa y sentirse divertido.

Por haberlo probado él mismo, conocía el juego de los dos espejos que adornaban su gabinete. Tal y como estaba colocado, apoyado en la chimenea, podía ver a la inglesa, sin moverse, sin más que mover las pupilas bajo los párpados cerrados. Fue lo que hizo. *Miss Mary* estaba sentada un poco detrás de él, se quitaba los guantes, se había desabrochado el abrigo, descubierto el busto y miraba con distracción fingida cómo la puntera de su zapato chafaba la cenefa de una alfombra. Parecía, al mismo tiempo, intimidada y decidida. Imaginándose que no podría verla sin cambiar de sitio, levantó bruscamente sus largas pestañas y le lanzó una mirada azulada y breve como un relámpago.

Semejante influencia terminó con las últimas dudas de Antoine, que se volvió.

Sonrió. Conservaba la cabeza inclinada, leyendo de nuevo la carta tentadora, que dobló con lentitud. Luego, sin dejar de sonreír, se incorporó y su mirada vino a posarse sobre la de *Mary*. El encuentro de sus miradas fue para ambos perceptible como un choque. La inglesa vaciló un momento. Antoine no pronunció ni una sola palabra; con los párpados semicerrados, se limitó a hacer señas de que «no», moviendo la cabeza varias veces de derecha a izquierda, sin apresuramiento. Seguía sonriendo. Su fisonomía era tan expresiva que *Mary* no necesitó más. No se podía decir con más impertinencia: «No, señorita; no hay nada que hacer, lo siento... No me crea indignado; me río, he visto a otros muchos... Solamente lamento tener que decirle que ni siquiera a este precio hay nada que esperar de mí...»

La inglesa se había levantado de su asiento, sin voz, con el rostro encendido. Tropezó en la alfombra al retroceder hacia el vestíbulo. Antoine la seguía como si no hubiera nada más natural que aquella retirada precipitada; seguía encontrándolo divertido. *Mary* huía, con la mirada fija en el suelo, sin pronunciar palabra, tratando de abrocharse el cuello con su mano nerviosa y desnuda, que parecía exangüe junto a sus mejillas encendidas.

En el recibimiento tuvo que acercarse a ella para abrir la puerta. La inglesa esbozó una vaga inclinación de cabeza. Iba a devolverle el cumplido cuando ella hizo un gesto brusco; antes de que hubiera comprendido lo que ocurría, la joven le había arrebatado la carta de las manos, con una destreza de profesional, y se había precipitado hacia la escalera.

Antoine hubo de admitir, vejado, que la inglesa no carecía de destreza ni de presencia de ánimo.

Al volver a su gabinete se preguntaba qué cara pondrían dentro de poco la inglesa, la bella *Anne* y él, cuando se encontraran frente a frente. Esta idea le hizo sonreír de nuevo. Sobre la alfombra yacía un guante, que recogió y olfateó antes de



enviarlo alegremente al cesto de los papeles.

¡Estas inglesas!... Huguette... ¿Qué iba a ser de la enfermita entre aquellas dos mujeres?

Anocheecía.

León entró para cerrar las contraventanas.

—¿Ha venido la señora Ernst? —preguntó Antoine, después de una mirada a la agenda.

—Hace bastante tiempo, señor... Puede decirse que es toda una familia: la madre, el hijito y el viejo papá.

—Bien —dijo Antoine con decisión, levantando la cortina.

## IX

EFFECTIVAMENTE, vio venir hacia él a un hombrecillo de unos sesenta años.

—Le ruego, doctor, me atienda un momento; quiero decirle algunas palabras.

El acento era pesado, un poco ceceante; el aspecto, tímido y distinguido.

Antoine volvió a cerrar la puerta cuidadosamente y señaló un asiento.

—Soy el señor Ernst... Ya le habrá dicho el doctor Philip... Gracias —murmuró, sentándose.

La fisonomía era simpática. Unos ojos muy hundidos, mirada triste y expresiva, pero cálida, brillante y juvenil. El rostro, por el contrario, era el de un viejo: consumido, arrugado, carnoso y demacrado al mismo tiempo, sembrado de oquedades y abultamientos sin la menor unión; la frente, las mejillas, la barbilla, parecían modelados, labrados con toques de pulgar. Un corto y tosco bigote, gris, azulado, cortaba la cara en dos. Los escasos cabellos, descoloridos, recordaban las hierbas que crecen en las dunas.

¿Notó el examen discreto de Antoine?

\*—Tenemos aspecto de ser los abuelos del pequeño —hizo observar con melancolía—. Nos hemos casado muy tarde. Soy profesor de la Universidad; enseñé alemán en el liceo Carlomagno.

«Ernst —se dijo Antoine—, y con ese acento...; debe ser alsaciano.»

—Sin querer abusar de su tiempo, doctor, he creído que era indispensable, puesto que usted tiene la amabilidad de ocuparse del pequeño, que le explique ciertas cosas, ciertas cosas «confidenciales»... —Levantó los ojos; una sombra los empañaba. Precisó—: Quiero decir, cosas que mi esposa ignora.

Antoine inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Veamos —dijo su interlocutor, como si reuniera todo su ánimo. (Indudablemente, había preparado lo que tenía que decir; se puso a hablar, con los ojos fijos en la lejanía, de prisa, pero sin precipitación, como un hombre que tiene costumbre de hablar.)

Antoine tuvo la impresión de que Ernst prefería que no lo mirara.

—En 1896, doctor, tenía yo cuarenta y un años y era profesor en Versalles. —La voz perdió su aplomo—. Estaba prometido —dijo, haciendo cantar la «i»; daba a estas cuatro sílabas, como a las notas de un acorde lleno de arpegios, una sonoridad asombrosa.

Prosiguió con mayor rudeza:

—Por otra parte, había tomado partido apasionadamente por el capitán Dreyfus. Es usted demasiado joven, doctor, para haber vivido ese drama de conciencia... — (Pronunciaba «drama» con una entonación ronca y solemne.)— Pero no ignorará que en aquella época era difícil ser al mismo tiempo funcionario y dreyfusista militante. —Añadió—: Yo era de los que se comprometen. —El tono era comedido, sin

jactancia, pero lo suficientemente firme para que Antoine adivinara perfectamente lo que habían sido quince años antes la imprudencia, la energía y la fe de este viejo tranquilo, de frente hundida y barbilla voluntariosa, y cuya mirada conservaba aún su negro resplandor.

—Esto —prosiguió el señor Ernst— es para explicarle la razón de que a la inauguración de curso en el año 96 me encontrara desterrado en el liceo de Argel. En cuanto a mi matrimonio... —murmuró con dulzura—, el hermano de mi novia, su único pariente, un oficial de marina (de marina mercante, aunque poco importa), profesaba ideas opuestas a las mías; nuestro compromiso se rompió. —Se esforzaba visiblemente por dar a los hechos una apariencia impersonal.

Con voz más sorda, prosiguió:

—Cuatro meses después de mi llegada a África me di cuenta de que estaba... enfermo. —De nuevo pareció vacilar, pero se rehízo—: No hay que tener miedo a las palabras: estaba enfermo de sífilis.

«Ya... —pensó Antoine—, el pequeño..., ya comprendo...»

—Visité inmediatamente a los mejores médicos de la Facultad de Argel. Siguiendo su consejo, me confié al mejor especialista de allí. —Dudaba en nombrarle —: Cierta doctor Lohr, cuyos trabajos tal vez conozca usted —dijo, finalmente, sin mirar a Antoine—. La enfermedad fue atacada, desde el primer momento, a la aparición de la primera y única lesión. Yo era un hombre capaz de seguir un tratamiento con exactitud. Incluso riguroso. Lo he hecho. Cuando fui trasladado de nuevo a París, cuatro años más tarde (después de apaciguarse el asunto), el doctor Lohr me afirmó que desde hacía un año me consideraba como totalmente curado. Le creí. De hecho no he tenido nunca posteriormente el menor accidente ni la más ligera amenaza de recaída.

Volvió la cabeza, despacio, y buscó los ojos de Antoine. Éste hizo señas de que escuchaba con atención.

No se contentaba con escuchar: observaba al individuo. Por el aspecto, por su actitud, imaginaba lo que había podido ser la carrera laboriosa y leal de este pequeño profesor de alemán. Había conocido otros parecidos. En cuanto a éste, le adivinaba superior a su tarea. Se le notaba también acostumbrado desde mucho tiempo atrás a esta reserva, a este repliegue de decencia que impone a ciertas naturalezas escogidas una situación embarazosa, una vida ingrata, falta de recompensa, pero admitida por un corazón fiel y firme. El tono de voz con que había anunciado la ruptura de su matrimonio decía mucho acerca de lo que había debido significar en aquella existencia solitaria este amor contrariado; por otra parte, el ardor reprimido de algunas miradas revelaba de una manera conmovedora, en este dómine encanecido, una sensibilidad tan lozana como la de un adolescente.

—Seis años después de mi regreso a Francia —prosiguió—, mi prometida perdió a su hermano. —Escogía las palabras; murmuró simplemente—: Pude volver a verla...

Esta vez su emoción le obligó a interrumpirse.

Antoine, con la cabeza inclinada, esperaba discretamente. Se sorprendió al oír de pronto que la voz del profesor se elevaba con acento de angustia:

—Doctor, no sé lo que usted podrá pensar de un hombre que ha hecho lo que yo... Esta enfermedad, este tratamiento, eran ya una vieja cuestión que databa de diez años atrás; un asunto olvidado... Ya había pasado el medio siglo... —Suspiró—. Durante toda mi vida he sufrido a causa de mi soledad... Le digo las cosas sin orden ni concierto, doctor...

Antoine levantó los ojos. Había comprendido, incluso antes de ver este rostro. Ser un intelectual y tener por único hijo a un enfermo mental ya tenía que ser una verdadera tragedia. ¿Pero a dónde no llegaría para el padre, cuando éste, además de tal suplicio, está convencido de ser el único responsable y, asaltado por los remordimientos, asiste impotente al destino que él mismo ha desencadenado?

Emst explicaba, con voz cansada:

—Sin embargo, sentí ciertos escrúpulos. Pensé consultar a un médico. Casi lo hice. Es decir, no. No hay que tener miedo a la verdad. Hacía lo posible por persuadirme de que era inútil. Me repetía lo que me había dicho Lohr. Busqué un procedimiento indirecto. Cierta día, en casa de un amigo, coincidí con un médico y llevé la conversación sobre el tema para conseguir que me afirmara, una vez más, que hay curaciones «definitivas». Ya no pedía más para acallar mi inquietud...

Se detuvo de nuevo.

—Además, yo me decía: «Una mujer, a esta edad, ya no hay que temer que..., que tenga... un hijo...»

Un sollozo le formó un nudo en la garganta. No había bajado la cabeza; permanecía inmóvil, con los puños apretados, tan tensos los músculos del cuello que Antoine los veía vibrar. Dos lágrimas, que no llegaron a rodar, vinieron a hacer más brillante su mirada fija. Quería hablar. Hizo un esfuerzo, y con una voz entrecortada, desgarradora, balbuceó:

—¡Compadézco... a esta criatura..., doctor!

Antoine sintió el corazón oprimido. Afortunadamente, la intensidad de la emoción provocaba en él casi siempre una sobreexcitación que se traducía inmediatamente en una necesidad acuciante de decidir algo y de obrar.

No lo dudó ni un segundo.

—¿Y por qué? —preguntó, fingiendo sorpresa. Se levantó, arrugando el entrecejo, aparentando haber seguido el relato muy confusamente y vacilar en comprender lo que el otro quería decir—. ¿Qué relación hay entre ese..., ese accidente, que fue tratado desde el principio, que ha sido curado por completo, y... y la enfermedad, tal vez circunstancial, de ese niño?

Ernst le miraba, petrificado.

El rostro de Antoine se iluminó con una amplia sonrisa.

—Mi querido señor: si yo comprendo bien, esos escrúpulos le enaltecen. Pero soy

médico y permítame que le hable sin rodeos: desde el punto de vista científico son... absurdos.

El profesor se había levantado, como para avanzar hacia Antoine. Permanecía inerte, de pie, con la mirada fija. Era una de esas personas cuya vida interior es amplia, profunda, que cuando sienten una sospecha no pueden deshacerse de ella y le abandonan su corazón entero. Desde hacía años llevaba en su pecho este inmenso remordimiento, que ni siquiera se había atrevido a confesar a su compañera de martirio, y éste era el primer minuto de respiro, la primera esperanza de liberación.

Antoine adivinaba todo esto. Pero, temiendo preguntas más precisas, que le hubieran obligado a mentiras más rebuscadas y difíciles, rompió los lazos deliberadamente. Dio la impresión de que le parecía inútil entretenerse más con aquellas quimeras deprimentes.

—¿Ha nacido el niño antes de tiempo? —preguntó inesperadamente.

Ernst agitó las pestañas.

—¿El niño?... ¿Antes de tiempo?... No...

—¿Parto laborioso?

—Muy laborioso.

—¿Fórceps?

—Sí.

—¡Ah! —dijo Antoine, como si estuviera sobre una pista importante—. Eso ya nos explica muchas cosas... —Luego, para terminar cuanto antes, al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia la sala, dijo—: Bien, y ahora veamos al enfermito.

Pero el profesor dio un paso rápido, le cerró el camino y le puso la mano sobre el brazo.

—Doctor, ¿es verdad eso? ¿Es verdad? ¿No me lo dice para...? Doctor, deme usted su palabra... Su palabra, doctor...

Antoine se había vuelto. Vio aquel rostro implorante en el cual se mezclaba ya un deseo anhelante de creer con un agradecimiento sin límites. Una alegría muy especial se apoderó de él: la alegría de la acción y del éxito, la alegría de la buena acción. En cuanto al pequeño, ya se vería lo que se podía hacer. Pero en cuanto al padre no había que dudarle: librar a este desgraciado, a cualquier precio, de una desesperación tan inútil.

Entonces fijó su mirada en la de Ernst y gravemente, en voz baja, dijo:

—Le doy mi palabra.

Luego, después de un breve silencio, abrió la puerta.

En la sala, una señora de edad, vestida de negro, hacia lo posible por mantener sobre sus rodillas a un diablillo con tirabuzones negros, que al principio retuvo toda la atención de Antoine. Al ruido de la puerta, el niño dejó de jugar y fijó sobre este desconocido sus ojos negros, grandes e inteligentes; luego, sonrió; luego, intimidado por su propia sonrisa, se volvió avergonzado. Antoine desvió la mirada hacia la madre. Su rostro marchito estaba embellecido por tanta tristeza y tanta dulzura que se

sintió ingenuamente conmovido y se dijo inmediatamente: «¡Vamos... Hay que poner manos a la obra! ¡“Siempre” es posible obtener buenos resultados!»

—¿Tiene usted la bondad de pasar por aquí, señora?

Sonreía caritativamente; quería dar a la pobre mujer, desde el primer momento, una limosna de confianza. A sus espaldas oía el aliento contenido del profesor. Tenía la cortina alzada pacientemente y miraba cómo se acercaban a él madre e hijo. Se sentía alborozado. «¡Qué profesión tan noble, Señor, qué profesión tan noble!»

## X

HASTA la noche los clientes se sucedieron, sin que Antoine se diera cuenta ni de su cansancio ni de la hora; cada vez que abría la puerta de la sala, su actividad se renovaba sin esfuerzo. Después de haber despedido a su último cliente —una mujer joven y bella, que llevaba en brazos a un niño encantador, al que Antoine consideraba amenazado de una ceguera casi total—, se quedó estupefacto al ver que eran las ocho. «Demasiado tarde para el flemón del chaval —se dijo—; pasaré por la calle de Verneuil cuando vuelva esta noche de casa de Héquet.» Volvió a su gabinete, abrió la ventana para renovar el aire y se acercó a una mesita baja sobre la que se apilaban unos libros; buscaba algo que leer durante la comida. «Debiera repasar algo en relación con el caso del pequeño Ernst», pensó. Hojeó rápidamente los números atrasados de la *Revista de Neurología*, para encontrar la famosa discusión de 1908 acerca de la afasia. «Un caso verdaderamente típico el de este pequeña —pensó—. Hablaré de él a Treuillard.»

Sonrió al pensar en Treuillard y en sus manías legendarias. Recordó el año de internado que pasara en el servicio de este neurólogo. «¿Cómo diablos entraría yo allí? —se preguntó—. Habrá que creer que estas cuestiones me preocupan desde hace mucho tiempo... ¿Quién sabe si no hubiera tenido más éxito dedicándome a las enfermedades nerviosas y mentales? Queda tanto por hacer en ese terreno...» Y bruscamente surgió ante él la imagen de Rachel. ¿Por qué esta asociación de ideas? Rachel, que no tenía ninguna cultura médica ni científica, mostraba una inclinación muy marcada hacia todos los problemas de la psicología, e indudablemente había contribuido a desarrollar en Antoine este interés tan vivo que sentía ahora hacia las personas. Por otra parte —¿cuántas veces lo habría comprobado ya?—, sus breves relaciones con Rachel le habían transformado en muchos aspectos.

Su mirada se hizo ensoñadora, tiñéndose de melancolía. Permanecía de pie, con los hombros caídos, balanceando entre el pulgar y el índice la revista médica. Rachel... No podía evocar sin una sacudida dolorosa la imagen de aquella extraña criatura que se había cruzado en su vida. Nunca había recibido de ella la menor noticia. Y en el fondo no le extrañaba; no se le ocurría que Rachel pudiera estar viva todavía en algún lugar del mundo. Atacada por el clima, por las fiebres... Víctima de la mosca tsé-tsé... Muerta en un accidente, ahogada, estrangulada tal vez..., pero muerta; de eso no había duda.

Se rehízo, se puso la revista bajo el brazo, salió al recibimiento y llamó a León para la cena. Entonces le vino a la memoria un exabrupto de Philip. Cierta día que, después de una ausencia del profesor, Antoine le informaba acerca de los nuevos hospitalizados en el servicio, Philip, entre bromas y veras, le había posado la mano sobre brazo.

—Me tiene usted preocupado, joven: ¡Cada vez se interesa más por la mentalidad

de los enfermos y menos por sus enfermedades!

La sopera humeaba sobre la mesa. Al sentarse, Antoine notó que estaba cansado: «¡Qué profesión tan magnífica, a pesar de todo!», se dijo.

Su conversación con Gise se le vino a la memoria una vez más, pero abrió su revista apresuradamente y se esforzó en alejar aquel recuerdo. En vano. El ambiente de esta habitación, llena aún de la presencia de Gise, se imponía a él como un testimonio abrumador. Recordó algunas obsesiones de los últimos meses. ¿Cómo había podido, durante todo un verano, acariciar un proyecto que no descansaba sobre nada? Ante este sueño destruido se sentía igual que ante los restos de un decorado de teatro, cuyo hundimiento no deja tras sí sino un polvo inconsistente. No sufría apenas. Incluso no sufría. Solamente se sentía herido en su orgullo. Todo esto le parecía mediocre, pueril, indigno de él.

Un timbrazo tímido, que sonó en el recibimiento, fue una distracción bien recibida. Inmediatamente soltó la servilleta y aguzó el oído, con la mano sobre el mantel, dispuesto a levantarse y a hacer frente inmediatamente a lo imprevisto.

Primero, hubo un conciliábulo y un rumor de voces de mujer; por fin se abrió la puerta y, con gran sorpresa de Antoine, León hizo pasar sin cumplidos a dos mujeres. Eran las dos criadas del señor Thibault. Al primer instante, Antoine no las reconoció a causa de la oscuridad; luego, suponiendo repentinamente que venían a buscarle, se levantó con tanta brusquedad que la silla cayó al suelo.

—No, no... —exclamaron las dos mujeres, en el colmo de la confusión—. Discúlpenos, señorito Antoine. Nosotras creímos molestarle menos viniendo a esta hora.

«He pensado que padre había muerto», se dijo Antoine simplemente, y se dio cuenta de cuán preparado estaba para este final. La idea, plausible, por otra parte, de una embolia provocada por los desarreglos flebíticos, se había apoderado inmediatamente de su mente. Pensando entonces en el lento suplicio que este accidente brutal hubiera evitado, no pudo por menos de experimentar una especie de decepción.

—Sentaos —dijo—; voy a terminar de cenar, porque aún tengo que hacer algunas visitas esta noche.

Las dos mujeres permanecieron de pie.

La madre de ellas, la vieja Jeanne, estaba de cocinera en casa del señor Thibault desde hacía veinticinco años. Ahora bien: de edad ya avanzada, con las piernas llenas de varices, confesando ella misma que ya no era sino «un trasto viejo», había prescindido de toda actividad; sus hijas le traían un sillón junto al fogón y allí pasaba los días, con un hurgón en la mano, por la fuerza de la costumbre, conservando la ilusión suprema de que aún asumía alguna responsabilidad porque estaba al corriente de todo, hacía algunas veces la mayonesa y durante todo el día abrumaba a sus hijas de consejos, aunque ambas hubieran pasado ya la treintena. Clotilde, la mayor, mujer robusta, afectuosa, pero poco comedida, charlatana, pero ruda para el trabajo, había



conservado el carácter rústico y el hablar pintoresco de su madre, por haber sido durante mucho tiempo criada de una granja allá en su pueblo; ella era la que se ocupaba ahora de la cocina. La otra, Adrienne, más fina que su hermana mayor, había sido educada por las monjas y siempre había trabajado en la ciudad; le gustaba la ropa blanca, las novelas, tener un ramito de flores sobre su mesa de trabajo y las ceremonias religiosas de Santo Tomás de Aquino.

Como siempre, Clotilde había tomado la palabra:

—Venimos a causa de la madre, señorito Antoine. Desde hace tres o cuatro días se ve perfectamente que la pobre mujer está mala. Es un bulto que tiene aquí delante, a la derecha. Por la noche no puede dormir, y cuando la pobre vieja va a hacer sus necesidades, se la oye quejarse como un niño. Pero aguanta mucho el dolor y no quiere decir nada. Haría falta que el señorito Antoine viniera como si tal cosa, ¿verdad Adrienne?, y que luego, de repente, observara él mismo el bulto, bajo el delantal.

—Eso es muy fácil —dijo Antoine, sacando su libro de notas—. Mañana entraré en la cocina con cualquier pretexto.

Adrienne, mientras que su hermana explicaba el asunto, cambiaba el plato de Antoine, le acercaba la panera, apresurándose por hábito a servir la mesa.

Todavía no había dicho ni palabra. Con una voz poco firme, preguntó:

—¿Cree el señorito Antoine que..., que puede ser una cosa grave?

«Un tumor que evoluciona con tanta rapidez... —pensó Antoine—. ¡Arriesgarse a una operación a la edad de la vieja!» Se representó con una precisión cruel todo lo que sabía que era posible en tales casos: el monstruoso desarrollo del neoplasma, sus estragos, el ahogo progresivo de los órganos... Peor aún: la horrible y lenta descomposición de tantos muertos en vida...

Con el ceño fruncido y un gesto displicente en la boca, evitaba cobardemente encontrarse con aquella mirada, a la cual no hubiera sabido mentir. Rechazó el plato e hizo un gesto evasivo. Afortunadamente, la gruesa Clotilde, que era incapaz de soportar un momento de silencio sin decir nada, contestaba ya por él:

—Seguramente que no se puede decir por adelantado; el señorito Antoine tiene que verlo primero. Ahora, yo lo que sé es una cosa: que la madre de mi difunto marido terminó por morir de un enfriamiento al pecho, después de haber tenido el vientre hinchado más de quince años.

## XI

UN cuarto de hora después, Antoine llegaba al treinta y siete bis de la calle de Verneuil.

Unas viejas construcciones que daban a un patinillo oscuro. En el piso sexto, a la entrada de un pasillo que olía a gas, la puerta número tres.

Robert vino a abrir, con una lámpara en la mano.

—¿Y tu hermano?

—¡Ya está curado!

La lámpara iluminaba de cerca una mirada franca, alegre, un poco dura, madurada demasiado pronto, y un rostro de niño animado por una energía precoz.

Antoine sonrió.

—¡Vamos a verlo! —Y, cogiendo él mismo la lámpara, la levantó para orientarse.

El centro de la habitación estaba ocupado por una mesa redonda, cubierta por un hule. Indudablemente, Robert estaba escribiendo; un enorme registro estaba abierto entre un tintero destapado y una pila de platos, sobre la cual un mendrugo de pan y dos manzanas componían una humilde naturaleza muerta. La habitación estaba bien arreglada, casi cómoda. Hacía calor. Sobre el hornillo que había delante de la chimenea ronroneaba una cacerola.

Antoine se acercó a la alta cama de caoba que ocupaba el fondo de la habitación.

—¿Estabas dormido?

—No, señor.

El enfermo, que evidentemente acababa de despertarse sobresaltado, se había incorporado sobre el codo válido y guiñaba los ojos, sonriendo sin timidez.

El pulso era tranquilo. Antoine dejó sobre la mesilla la caja de compresas que había traído y empezó a quitar el vendaje.

—¿Qué es lo que tienes hirviendo en la estufa?

—Agua. —Robert se echó a reír—. Vamos a hacer tila, que me ha dado la portera. —De repente, guiñó un ojo—. ¿Quiere usted un poco, eh? ¿Con azúcar? ¡Sí; diga usted que sí!

—No, no; muchas gracias —dijo Antoine, divertido—. Pero necesito agua hervida para lavar esto un poco. Echame en un plato limpio. Bien. Vamos a esperar a que se enfríe un poco. —Se sentó y miró a los dos niños, que le sonreían como a un amigo de siempre. Pensó: «Parecen sinceros, ¿pero se sabe acaso?»

Se volvió hacia el mayor.

—¿Y a qué se debe que a vuestra edad viváis aquí completamente solos?

Un gesto indeterminado, un movimiento de cejas que parecía decir: «¡Qué remedio queda!»

—¿Qué ha sido de vuestros padres?

—¡Oh, los padres...! —dijo Robert, como si realmente se tratara de una historia

demasiado antigua—. Nosotros vivíamos aquí con mi tía. —Se quedó pensativo y señaló la enorme cama con el dedo—: Y luego se murió una noche, el 10 de agosto, hace ya más de un año. Fue muy desagradable, ¿verdad Loulou? Afortunadamente estábamos en buenas relaciones con la portera: no le ha dicho nada al casero y hemos podido quedarnos.

—¿Y el alquiler?

—Se paga.

—¿Quién?

—Nosotros.

—¿Y de dónde sale el dinero?

—Pues se gana, ¡caramba! Es decir, lo gano yo. Porque mi hermano es igual que si no ganara nada. Habrá que encontrarle otra cosa. Está en Brault, ¿le conoce usted?, en Grenelle. Para hacer recados. Cuarenta francos mensuales y sin comida. Eso no es pagar; ¿no le parece? ¡Nada más que en medias suelas, fíjese! —Calló y se inclinó interesado, porque Antoine acababa de quitar el apósito. El absceso había supurado muy poco; el brazo estaba deshinchado; la herida tenía buen aspecto.

—¿Y tú? —preguntó Antoine, humedeciendo las compresas.

—¿Yo?

—¿Tú te ganas bien la vida?

—¡Oh!, yo —dijo Robert en un tono vacilante que de repente se desplegó como una bandera—. Yo..., ¡yo me las arreglo!

Antoine, sorprendido, levantó los ojos y vio esta vez una mirada aguda, en cierto modo inquietante, en una carita apasionada y voluntariosa.

El chicuelo no pedía sino hablar. Ganarse la vida era su gran objetivo, el único que merecía la pena, hacia el que tendían sin descanso todos sus pensamientos. Comenzó a hablar en un tono voluble, con prisa de decirlo todo, de confiar su secreto.

—Como auxiliar, cuando murió la tía, no ganaba más que sesenta francos al mes. Pero ahora hago también el Palais; esto hace ciento veinte francos seguros. Y además, el señor Lamy, el escribiente mayor, ha autorizado que yo sustituya al encerador que enceraba la oficina por las mañanas, antes de entrar los empleados. Un tío cuentista que no enceraba sino cuando había barro, y aun eso, donde se veía, delante de las ventanas. ¡No crea usted que han perdido en el cambio!... Esto me supone ochenta y cinco francos más. ¡Y a mí me gusta eso de patinar!... —Silbó—. Y no es eso todo... Además, tengo otros procedimientos.

Vaciló un poco y esperó a que Antoine volviera de nuevo la cabeza hacia él; de una mirada pareció juzgar definitivamente a su hombre. Aunque tranquilizado indudablemente, creyó prudente, no obstante, comenzar con un preámbulo:

—Le cuento esto porque sé que puedo hacerlo. Pero usted como si no supiera nada, ¿eh? —Luego elevó la voz y se embriagó poco a poco con sus confidencias.

—¿Conoce usted a la señora Jollin, la portera del tres bis, enfrente de su casa? Pues bien (no se le ocurra decirlo nunca), esa buena mujer fabrica unos cigarrillos

especiales para sus clientes... Incluso si usted quiere alguna vez... ¿No?... Y, sin embargo, son muy buenos y dulces, nada apretados. Y no son caros. Ya le daré yo para que los pruebe... De todas formas, parece ser que ese oficio está archiprohibido. Por consiguiente, para llevar los paquetes y coger los cuartos sin que le pillen a uno, hay que saber hacer las cosas. Yo me encargo de eso, como el que no quiere la cosa, de seis a ocho, después del trabajo.

Y a cambio, ella me da de comer todos los días, excepto los domingos. Y no guisa mal; nada de eso. ¡Ya ve usted si no representa una economía! Sin contar con que, casi siempre, al pagar su factura, los clientes me dan alguna propinilla: diez céntimos, veinte céntimos; depende... Y gracias a estas cosillas, unas con otras, nos vamos arreglando...

Una pausa. Antoine adivinó en la entonación que el chiquillo debía de tener en los ojos un resplandor de orgullo. Pero intencionadamente evitó levantar la cabeza.

Robert, lanzado, continuó alegremente:

—Cuando Louis vuelve por la noche está molido y hacemos aquí la cena: una sopita, o huevos, o queso; esto se prepara de prisa; y lo preferimos a las tascas, ¿verdad, Loulou? E incluso, ya lo ve usted, algunas veces me entretengo haciendo los encabezamientos de las páginas para el cajero. Me encantan los títulos bien escritos, con letra redondilla; lo haría nada más que por gusto... En el escritorio...

—Dame los imperdibles —interrumpió Antoine. Fingía indiferencia, temiendo que el muchacho se aficionara a entretenerle con su charla atrevida y descarada. Sin embargo, para sus adentros, pensaba: «Estos chavalines se merecen que no se les pierda de vista...»

El vendaje estaba terminado y el brazo otra vez en cabestrillo. Antoine consultó su reloj.

—Volveré mañana, hacia el mediodía. Y luego serás tú el que tendrá que ir a mi casa. El viernes o el sábado creo que podrás volver a trabajar.

—¡Mu... muchas gracias, señor! —exclamó por fin el enfermito. Su voz, que estaba mudando, parecía haber tomado una amplitud desmesurada, y resonó de una manera tan rara en el silencio que Robert rompió a reír; una risa extraña, excesiva, en la que se traicionaba repentinamente la tensión constante de esta personilla demasiado nerviosa.

Antoine había sacado veinte francos de uno de los bolsillos del chaleco.

—Toma, para que os ayudéis un poco esta semana.

Pero Robert había dado un paso atrás y levantaba la cara, frunciendo el entrecejo.

—¡No faltaría más! ¡Ni hablar! ¡Ya le digo que tenemos todo lo que nos hace falta! —Y para convencer a Antoine, que tenía prisa e insistía, se decidió a revelar el secreto supremo—. ¿Sabe usted cuánto hemos ahorrado ya entre los dos? ¿A que no lo adivina?... ¡Mil setecientos francos! ¡Sí, señor! ¿Verdad, Loulou? —Repentinamente, bajó la voz como un traidor de melodrama—: Sin contar con lo que pueda aumentar si da resultado mi sistema...

Sus ojos brillaron con tanta intensidad que Antoine, intrigado, se detuvo todavía un segundo en el umbral de la puerta.

—Es otro empleo... Con un representante de vinos, aceite y aceitunas. El hermano de Bassou, un empleado de la oficina. Éste es el asunto: al volver del Palais al mediodía, esto no le importa a nadie, ¿eh?, entro en las tabernas, en las tiendas de comestibles, en las bodegas y les hago mi oferta. Hay que tener mucha labia, pero ya la iré adquiriendo... En siete días ya he colocado algunas latas. ¡Cuarenta y cuatro francos de beneficio!

Y Bassou dice que si soy despejado...

Antoine reía para sus adentros mientras descendía los seis pisos. Se habían conquistado su simpatía. Hubiera hecho cualquier cosa por estos dos pequeños. «No importa —pensó—; habrá que vigilar para que no se hagan demasiado “despejados”...»

## XII

LLOVÍA. Antoine tomó un taxi. A medida que se iba acercando al Faubourg Saint-Honoré, su buen humor se desvanecía y en su frente se marcaba una arruga de preocupación.

«Si ya se hubiera terminado todo», se dijo, al subir lentamente la escalera de los Héquet por tercera vez en aquel día. Por un instante tuvo la esperanza de que su voto se hubiera realizado; la doncella que le abrió le miró de una manera extraña y se acercó a él para decirle algo. Pero solamente estaba encargada de un recado confidencial: la señora suplicaba al doctor que entrara a verla, para hablar con ella antes de pasar a ver a la criatura.

No podía evitarlo. La habitación estaba iluminada y la puerta abierta. Al entrar distinguió la cabeza de Nicole tendida en la almohada. Se acercó. Nicole permanecía inmóvil; se había adormecido. Despertarla hubiera sido inhumano. Reposaba rejuvenecida y liberada; toda su angustia y su intranquilidad habían desaparecido en el sueño. Antoine la contemplaba, sin atreverse a moverse, conteniendo el aliento, asustado de leer en aquellas facciones, que el dolor acababa apenas de abandonar, tanta beatitud, una sed tan ardiente de olvido y de felicidad. El nácar de los párpados abatidos, la doble franja dorada de las pestañas, aquel abandono, aquella languidez... ¡Qué conmovedor resultaba aquel bello rostro desnudo! ¡Qué atracción la del arco deprimido de aquella boca, la de sus labios entreabiertos, inanimados, que no expresaban ya sino tranquilidad y esperanza! «¿Por qué? —se preguntaba Antoine—, ¿por qué ejerce tal fascinación el rostro dormido de una persona joven? ¿Y qué hay en el fondo de esta impura compasión del hombre, tan dispuesta siempre a emocionarse?»

Se volvió de puntillas, salió de la habitación sin hacer ruido y por el pasillo se dirigió hacia la alcoba de la criaturita, cuyo quejido, ronco e ininterrumpido, percibía ya a través de los tabiques. Tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para dar vuelta a la manilla, franquear la puerta y volver a tomar contacto con las fuerzas malignas, adueñadas de aquel lugar.

Héquet estaba sentado, con las manos posadas sobre el borde de la cuna, que había sido colocada en medio de la habitación y que aquél balanceaba con gravedad; al otro lado, una enfermera inclinada bajo su toca, en una actitud de infinita paciencia profesional, esperaba con las manos apoyadas en el delantal, y de pie, adosado a la chimenea y sin abandonar su blusa blanca, Isaac Studler, cruzado de brazos, se acariciaba con la mano la negra barba.

Al ver entrar al doctor, la enfermera se levantó. Pero Héquet, con los ojos fijos en la criatura, no pareció apercibirse de nada. Antoine se acercó a la cuna. Entonces, Héquet volvió la cabeza hacia él y suspiró. Antoine había cogido al vuelo la manita ardorosa que se agitaba bajo las mantas y el cuerpecillo infantil se contrajo

inmediatamente, como un gusano que trata de hundirse en la arena. La carita infantil estaba enrojecida, jaspeada, casi tan oscura como el saquete de hielo colocado detrás de la oreja; unos rizos, rubios como los de Nicole, mojados por el sudor o por las compresas, se adherían a la frente y a las mejillas; los ojos estaban semicerrados y, bajo los párpados hinchados las pupilas tenían un reflejo metálico, como el de un animal muerto. El vaivén de la cuna balanceaba suavemente la cabeza de derecha a izquierda, y acompañaba también los gemidos que se escapaban de la pequeña garganta enronquecida.

Previsora, la enfermera había ido a buscar el estetoscopio; pero Antoine le hizo señas de que no merecía la pena.

—Ha sido una idea de Nicole —dijo entonces Héquet, en tono extraño, casi en voz alta. Y como Antoine, sorprendido, 110 pareciera comprender, explicó pausadamente—: La cuna, ¿se da cuenta?... Ha sido una idea de Nicole... —Sonreía vagamente: en su desarrollo total estos detalles parecían haber adquirido una importancia particular.

Casi inmediatamente añadió:

—Sí... Ha habido que ir a buscarla al sexto... ¡Su cunita!... Al sexto, llena de polvo... Este balanceo es lo único que la calma un poco...

Antoine le miraba con emoción. En aquel momento comprendió que su compasión, por intensa que fuera, no alcanzaría nunca la magnitud de semejante dolor. Posó la mano en el brazo de Héquet.

—Está usted casi en el límite de sus fuerzas, amigo mío. Debiera ir a echarse un poco. ¿Para qué llegar al agotamiento?

Studler insistió:

—¡Es la tercera noche que pasa sin dormir!

—Sea razonable —prosiguió Antoine, inclinándose—. Va a necesitar toda su energía... muy pronto. —Experimentaba un deseo físico de arrancar al desgraciado padre del contacto de aquella cuna, de sumir cuanto antes en la inconsciencia del sueño tanto sufrimiento estéril.

Héquet no contestó. Continuaba acunando a la criatura. Pero se le vio inclinar los hombros cada vez más como si, efectivamente, el «muy pronto» de Antoine fuera verdaderamente demasiado penoso de soportar. Luego, espontáneamente y sin necesidad de que se le insistiera, se levantó, con un gesto rogó a la enfermera que le sustituyera junto a la cuna y volvió la cabeza como buscando algo, sin siquiera enjugarse las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Por último, se acercó a Antoine e hizo un esfuerzo para mirarle a la cara. Antoine se sintió conmovido al observar cuánto había cambiado la expresión de sus ojos: aquella mirada de miope, aguda y decidida, parecía haberse embotado; se desplazaba lentamente y era difícil de arrancar cuando se posaba.

Héquet miraba a Antoine. Sus labios se movieron antes de empezar a hablar:

—Hay que... Hay que hacer algo —murmuró—. Sufre mucho; usted lo sabe...

¿Para que dejarla sufrir?, ¿no es verdad? —Calló y pareció pedir el apoyo de Studler; luego, volvió a fijar su mirada en la de Antoine—. Usted, Thibault, «tiene» que hacer algo... —Y como si quisiera evitar la respuesta, bajó la cabeza y atravesando la habitación con paso rápido desapareció.

Antoine permaneció, durante algunos segundos, inmóvil en su sitio. Luego, enrojeció bruscamente. Mil ideas confusas se agitaban en su mente. Studler le tocó en el hombro.

—Bien, ¿y qué? —dijo en voz baja, mirando a Antoine. Los ojos de Studler hacían pensar en los de algunos caballos, en esos ojos alargados y demasiado grandes, en los que en un blanco húmedo nada una pupila lánguida. En este momento su mirada, como la de Héquet, era fija, exigente.

—¿Qué vas a hacer? —murmuró.

Hubo un corto intervalo en el que sus pensamientos se encontraron.

—¿Yo? —dijo Antoine, evasivamente. Pero comprendió que Studler no le dejaría sin una explicación—. Hombre; yo sé perfectamente... —dijo de pronto—, y sin embargo, cuando dice «hacer algo», ni siquiera se puede dar a entender que se le comprende.

—Chist... —hizo Studler. Echó una mirada hacia la enfermera, llevó a Antoine al pasillo y cerró la puerta.

—Sin embargo, ¿tú opinas que no se puede intentar nada? —preguntó.

—Nada.

—¿Y que no queda ya lo que se dice ninguna esperanza?

—En absoluto.

—¿Y entonces?

Antoine, que se sentía invadido por una sorda agitación, se parapetó en un silencio hostil.

—Entonces —declaró Studler— no hay lugar a dudas. ¡Es necesario que esto termine cuanto antes!

—Lo deseo tanto como tú.

—Desearlo no es bastante.

Antoine levantó la cabeza y dijo firmemente:

—Sin embargo, no se puede hacer nada más.

—¡Sí!

—¡No!

El diálogo había tomado un tono tan cortante que Studler calló durante algunos segundos.

—Esos pinchazos... —prosiguió, finalmente—; yo no sé... Tal vez aumentando la dosis...

Antoine cortó en seco:

—¡Cállate!

Se sentía abocado a una violenta irritación. Studler le observaba en silencio. Las



cejas de Antoine formaban una línea casi recta, los músculos de la cara sufrían involuntarias contracciones que deformaban la boca, y sobre su rostro huesudo la piel parecía ondularse en algunos momentos como si entre el pellejo y la carne se hubieran propagado estremecimientos nerviosos.

Transcurrió un minuto.

—Cállate —repitió Antoine, con más suavidad—. Te comprendo perfectamente. Ese deseo de terminar de una vez lo conocemos todos, pero no es sino una ten..., ¡una tentación de principiante! ¡Antes que nada hay una cosa: el respeto a la vida! ¡Exactamente! El respeto a la vida... Si hubieras llegado a ser médico verías las cosas exactamente como todos nosotros las vemos. La necesidad de ciertas leyes... ¡Un límite a nuestro poder! Sin eso...

—¡El único límite, cuando se es un hombre, es el de la conciencia!

—Pues precisamente eso, la conciencia. La conciencia profesional... ¡Pero piénsalo bien, desgraciado! El día que los médicos se atribuyeran el derecho... Por otra parte, ningún médico, óyelo Isaac, ninguno...

—¡Entonces!... —exclamó Studler con voz silbante.

Pero Antoine le interrumpió:

—¡Héquet se ha encontrado cien veces ante casos tan dolorosos, tan desesperados como éste! Y ni una sola vez, él mismo, ha puesto fin voluntariamente a... ¡Nunca! ¡Ni Philip! ¡Ni Rigaud! ¡Ni Treuillard! Ni ningún médico digno de este nombre, ¿me oyes? ¡Nunca!

—Pues entonces —lanzó Studler, indignado—, ¡tal vez seáis unos grandes pontífices, pero para mí no sois sino unos «ahí me las den todas»!

Retrocedió un paso y la luz de la lámpara iluminó repentinamente su rostro. En él se leían muchas más cosas que en sus palabras: no solamente un desprecio exacerbado, sino también una especie de desafío, casi una amenaza y como una determinación secreta.

«Bien —pensó Antoine—. Esperaré a las once para poner la inyección yo mismo.»

No contestó nada, se encogió de hombros, entró de nuevo en la habitación y se sentó.

La lluvia que azotaba sin tregua las persianas, las gotas de agua que golpeaban monótonas el zinc de la ventana y, en la alcoba, el incesante vaivén de la cuna, cuya cadencia se había impuesto a las quejas de la criatura, todos estos ruidos mezclados formaban en esta calma nocturna, habitada ya por la muerte, una armonía porfiada y desgarradora.

«Hace un momento he tartamudeado dos o tres veces seguidas», se dijo Antoine, cuyo nerviosismo no se calmaba. (Esto le ocurría muy raramente y sólo cuando tenía que mantenerse en una actitud artificial; por ejemplo, cuando tenía que decir una mentira difícil delante de un enfermo demasiado perspicaz, o bien cuando en la conversación se veía obligado a sostener un lugar común sobre el cual carecía todavía

de opinión propia.) «Ha sido por culpa del “Califa”», pensó. Con el rabillo del ojo comprobó que el «Califa» había recobrado su sitio, con la espalda apoyada contra la chimenea. Recordó entonces a Isaac Studler tal y como le conociera diez años antes en las inmediaciones de la Facultad de Medicina. En aquella época, todo el barrio latino conocía al «Califa»; su barba de rey medo, su voz aterciopelada, su risa atrayente, así como su carácter fanático, sedicioso e irascible; todo en una pieza. Se le creía predestinado, más que ningún otro, a un brillante porvenir. Luego, un buen día, se supo que había abandonado los estudios para empezar a ganarse la vida inmediatamente, y se dijo que había tomado a su cargo a la mujer y los hijos de uno de sus hermanos, empleado de banca, que acababa de suicidarse después de haber cometido un desfalco.

Un grito más ronco de la niña rompió el hilo de sus recuerdos. Durante un instante Antoine observó las contracciones de la criatura, tratando de comprobar la frecuencia de determinados movimientos, pero no podía sacar ninguna consecuencia de aquella gesticulación, desordenada como las palpitations de un pollo sangrado. Entonces aquella sensación de malestar contra la cual luchaba Antoine desde su altercado con Studler, aumentó repentinamente hasta el desfallecimiento. Para salvar la vida de un enfermo en peligro era capaz de intentar cualquier acción temeraria, de correr personalmente cualquier riesgo; pero estrellarse así, contra una situación sin salida, sentirse desprovisto hasta este extremo de todo medio de acción, tenerse que limitar a ver la llegada de la Enemiga victoriosa, era algo superior a sus fuerzas. Además, en ese caso concreto la lucha interminable de este pequeño ser, sus gritos inarticulados, quebrantaban los nervios especialmente. Sin embargo, Antoine estaba acostumbrado a ver sufrir, incluso a los pequeñines. ¿Por qué esta noche no conseguía hacerse insensible? Todo lo que hay siempre de misterioso, de inaceptable en la agonía de otro ser humano, le causaba en este momento, como al menos preparado, una angustia insuperable. Se sentía afectado en lo más íntimo de su ser: en su confianza en sí mismo, en su confianza en la acción, en la ciencia y en la vida. Fue como una ola que le anegara. Ante él desfiló un cortejo siniestro: todos aquellos de sus enfermos a los que consideraba condenados... Sin contar más que los que había visto desde por la mañana, la lista ya era larga: cuatro o cinco enfermos del hospital, Huguette, el pequeño Ernst, el niño ciego, éste... ¡Y aún se le olvidaba!... Vio a su padre clavado en su sillón y con los labios manchados de leche... Dentro de algunas semanas, después de noches y días de dolor, el robusto anciano, a su vez... ¡Todos, uno después de otro!... Y ninguna razón para esta miseria universal... «¡No; la vida es absurda, es mala!», se dijo con rabia, como si se dirigiera a un interlocutor tercamente optimista, y este obstinado, tontamente satisfecho, era él mismo, el Antoine normal.

La enfermera se levantó sin hacer ruido.

Antoine miró su reloj; la hora de la inyección... Se sintió contento de tener que cambiar de sitio, de tener que hacer algo; estaba ya casi rehecho ante la idea de que

muy pronto iba a poder evadirse.

La enfermera le trajo en una bandeja todo lo necesario. Rompió la ampolla, introdujo en ella la aguja, llenó la jeringuilla hasta el lugar prescrito y vació personalmente las tres cuartas partes de la ampolla en la batea. Sentía fija en él la mirada atenta de Studler.

Una vez puesta la inyección volvió a sentarse, el tiempo de comprobar un ligero indicio de apaciguamiento; entonces se inclinó sobre la pequeña, buscó una vez más el pulso, que era extremadamente débil, y dio en voz baja algunas instrucciones a la enfermera; luego, levantándose sin prisa, se enjabonó en el lavadero, vino en silencio a estrechar la mano de Studler y abandonó la alcoba.

Atravesó de puntillas toda la casa, iluminada y desierta. La alcoba de Nicole estaba cerrada. A medida que se alejaba, le parecía que los lamentos de la chiquilla disminuían. Abrió y volvió a cerrar sin ruido la puerta del recibimiento. En la escalera aguzó el oído: ya no se oía nada. Respiró profundamente y bajó la escalera con lentitud.

Ya en la calle, no pudo contenerse de volver la cabeza hacia la fachada oscura, en la que se alineaba, como en una noche de fiesta, una hilera de persianas iluminadas.

La lluvia acababa de terminar. A lo largo de las aceras corrían todavía rápidos arroyuelos. Las calles desiertas espejeaban hasta el infinito.

Antoine sintió frío y, levantándose el cuello, apresuró el paso.

## XIII

«ESTE ruido del agua, estas superficies mojadas...» Súbitamente se representó un rostro empapado de lágrimas: Héquet, de pie, y su mirada insistente: «Usted, Thibault, *tiene* que hacer algo...» Visión penosa de la que no conseguía desprenderse: el sentimiento paternal... «Un sentimiento que me es por completo desconocido, por mucho que me esfuerce en imaginármelo...» Y bruscamente pensó en Gise: un matrimonio..., hijos... Simple hipótesis, afortunadamente irrealizable. Esta noche la idea del matrimonio no solamente le parecía prematura, sino también una locura. «¿Egoísmo? —se preguntó—. ¿Cobardía?» Su pensamiento se desvió de nuevo: «Alguien que me juzga cobarde en este momento es el “Califa”...» Volvió a verse, no sin impaciencia, acorralado en el pasillo ante el rostro ardiente y vulgar de Studler, bajo su mirada obstinada. Trató de librarse de la baraúnda de ideas que le asaltaban. «Cobarde», le resultaba un poco desagradable; encontró; «timorato». «Studler me cree timorato. ¡Imbécil!»

Llegaba ante el Elysée. Una patrulla de guardia, al paso, hacía la ronda alrededor del palacio; sobre la acera resonaron las culatas de los fusiles. Antes de que tuviera tiempo de impedirlo, una serie de suposiciones, comparables a las imágenes confusas de un sueño, desfilaron por su imaginación: Studler alejaba a la enfermera, sacaba una jeringa del bolsillo... La enfermera volvía, palpaba el pequeño cadáver... Sospechas, denuncia, negativa a inhumar, autopsia... Juez de instrucción, guardias... Asumiría toda la responsabilidad, decidió rápidamente, y miró desdeñoso al centinela por delante del cual pasaba. «No —declaró con gesto de desafío, dirigiéndose a algún magistrado imaginario—; no ha habido más inyecciones que la mía. He forzado la dosis a sabiendas. El caso era desesperado y reivindico toda la...» Se encogió de hombros, sonrió y aflojó el paso. «Soy un idiota.» Pero comprendía que aún no había terminado de hacerse preguntas. «¿Si estoy dispuesto a cargar con las consecuencias de una inyección mortal puesta por otro, por qué me he negado de una forma tan categórica a ponerla yo mismo?»

Los problemas que con un esfuerzo no conseguía resolver o por lo menos aclarar después de unos instantes de meditación, siempre le habían irritado profundamente. Recordó su diálogo con Studler, su apasionamiento, sus súplicas. Aunque no lamentara su conducta, tenía la impresión desagradable de haber interpretado un papel y mantenido unas ideas que no concordaban muy bien con el conjunto de su personaje, con la esencia íntima de su ser; tenía asimismo la intuición vaga, pero lancinante, de que este papel y estas ideas podrían muy bien encontrarse en oposición con su forma de pensar o de obrar. Y este sentimiento de desaprobación interior tenía que ser muy positivo para que Antoine no lograra librarse de él, porque, en general, se negaba a juzgar sus acciones: la noción de remordimiento le era por completo extraña. Le gustaba analizarse y, desde hacía algunos años, se observaba incluso

apasionadamente; pero por pura curiosidad psicológica; nada más contrario a su temperamento que señalar sus buenas o malas cualidades.

Se hizo una pregunta que aumentó su perplejidad: «¿No hubiera hecho falta más energía para acceder que para negarse?» Cuando dudaba entre dos cosas, sin lograr hallar por la reflexión más razones a favor de una que de otra, escogía casi siempre aquella que precisaba mayor fuerza de voluntad: pretendía que, según su experiencia, era casi siempre la mejor. Tenía que reconocer que esta noche había optado por la solución más fácil, ateniéndose al camino rutinario.

Estaba avergonzado por algunas de las frases que había pronunciado. Había dicho a Studler: «El respeto a la vida...» Nunca se desconfiará bastante de las frases hechas. «El respeto a la vida...» ¿«Respeto» o «fetichismo»?...

Entonces le vino a la memoria un suceso que antaño le llamara la atención: el del bicéfalo de Tréguineuc.

En un puerto bretón en el que los Thibault estaban de veraneo, unos quince años antes, la mujer de un pescador había traído al mundo un fenómeno provisto de dos cabezas, perfectamente constituidas. El padre y la madre habían apremiado al médico del pueblo para que no dejara vivir al pequeño monstruo, y ante la negativa del médico, el padre, un alcohólico habitual, se había arrojado sobre el recién nacido para ahogarle con sus propias manos; hubo necesidad de sujetarle e internarle. Gran emoción en el pueblo, interminable tema de conversaciones para los veraneantes del hotel. Y Antoine, que tenía en aquella época dieciséis o diecisiete años, recordaba la discusión violenta que había tenido con el señor Thibault —una de las primeras escenas violentas entre padre e hijo—, porque Antoine, con la intransigencia simplista de la juventud, reivindicaba para el médico el derecho de suprimir sin demora una existencia tan fatalmente condenada.

Se sintió perplejo al darse cuenta de que no había cambiado sensiblemente de opinión acerca de este caso particular, y se preguntó: «¿Qué pensaría Philip?» Antoine hubo de confesarse que, sin ninguna duda, Philip no hubiera ni siquiera considerado la hipótesis de la supresión; aún más: incluso suponiendo que el enfermito se hubiera encontrado en peligro, Philip hubiera puesto todos los medios para salvar aquella existencia miserable. Y Rigaud lo mismo. Y Terrignier igual. Y Loisille. Todos, todos... Dondequiera que quede un vestigio de vida, el deber es indiscutible. Creyó oír la voz nasal de Philip: «¡No el derecho, joven; no el derecho!»

Antoine se sublevó: «¿“El derecho”?... ¡Vamos, usted sabe igual que yo el valor de esas nociones de derecho y de obligación! No hay más ley que las leyes naturales; éstas sí, ineluctables. Pero esas pretendidas leyes morales, ¿qué significan? Un conjunto de costumbres implantadas en nosotros desde hace siglos... Nada más... Antaño es posible que hayan sido indispensables para el desarrollo social del hombre. ¿Pero hoy? ¿Puede conferirse razonablemente a todos esos antiguos reglamentos de higiene y policía ese carácter de virtud sagrada, de imperativo absoluto?» Y como el profesor no contestara, Antoine se encogió de hombros, metió las manos en los

bolsillos de su abrigo y cambió de acera.

Andaba sin mirar, sin dejar de discutir consigo mismo. «En primer lugar, hay un hecho incontrovertible: para mí no existe la moral. El “se debe”, el “no se debe”, “el bien”, “el mal”, no son para mí sino palabras; palabras que utilizo para hacer como los demás, valores, entendidos que me resultan cómodos en la conversación, pero que en mi interior, lo he comprobado cien veces, no corresponden verdaderamente a nada real. Y siempre he sido así... No; esta última afirmación no es cierta. Soy así desde... —La imagen de Rachel pasó ante sus ojos—. Desde hace mucho tiempo, de cualquier forma...» Durante algunos instantes trató de buena fe de encontrar los principios en que se apoyaba su vida cotidiana. No encontraba nada. A falta de cosa mejor, aventuró: «¿Cierta sinceridad? —Reflexionó y precisó—: ¿O más bien cierta “clarividencia”?» Su pensamiento era todavía confuso, pero, de momento, se sintió bastante satisfecho de su descubrimiento. «Sí; evidentemente no es gran cosa. Pero cuando pienso en mí, esa necesidad de clarividencia es, a pesar de todo, una de las pocas cosas indudables que encuentro... Pudiera muy bien suceder que sin darme cuenta hubiera hecho de ella una especie de principio moral para mi uso particular..., que se enunciaría de esta forma: “completa libertad, pero a condición de ver claro”... Bastante peligroso, en resumidas cuentas. Pero no me va mal. Todo depende de la calidad de la mirada. Ver claro... Observarse con ese ojo libre, lúcido, desinteresado, que se adquiere en los laboratorios. Verse pensar y obrar cínicamente. Tomarse exactamente por lo que se es. Como corolario: aceptarse tal y como se es... ¿Y entonces? Entonces estaría muy cerca de decir: todo está permitido... Todo está permitido, desde el momento en que no se tiene una idea falsa de sí mismo, desde el momento en que se sabe lo que se hace y, en la medida de lo posible, por qué se hace.»

Casi al mismo tiempo sonrió, disgustado: «Lo más desconcertante es, si se contempla mi vida con atención, esta famosa “libertad completa”, para la que no existe ni el bien ni el mal; ha sido consagrada casi exclusivamente a practicar lo que los demás llaman el bien. ¿Y toda esta emancipación, a qué conduce? ¡No solamente a hacer lo que hacen los otros, sino, más especialmente, lo que hacen aquellos que la moral corriente denomina los mejores! La prueba, lo que ha pasado esta noche. ¿No he terminado, de hecho y a pesar de mí mismo, por someterme a las mismas reglas morales que todo el mundo?... Philip sonreiría... ¡Y, sin embargo, me niego a admitir que la necesidad para el hombre de obrar como un animal social sea más despótica que todos sus instintos individuales! ¿Entonces, cómo explicarse mi actitud de esta noche? ¡Es increíble hasta qué punto la acción puede ser disociada e independizada del razonamiento! Porque he de confesar que en mi interior le doy la razón a Studler. Las objeciones pertinaces que le he ofrecido no cuentan para nada. La lógica está de su parte: la pequeña sufre inútilmente, el final de esa lucha horrible es absolutamente inevitable, inevitable e inminente. ¿Entonces? Si me detengo a pensarlo, no veo sino ventajas en apresurar esta muerte. No solamente por la pequeña, sino también por

Nicole; es evidente que, en el estado en que se encuentra la madre, el espectáculo de esa agonía interminable no deja de ser peligroso... Seguramente, Héquet ha pensado en todo esto... Y no hay nada que contestar; si se contenta uno con reflexionar, el valor de estos argumentos es incontestable... ¡Y qué extraño es que casi nunca pueda uno contentarse con los razonamientos de la lógica! No lo digo por disculpar una cobardía. Sé perfectamente, cara a cara conmigo mismo, que lo que me ha obligado a portarme esta noche como lo he hecho no ha sido simplemente cobardía. No. Es algo tan acuciante e imperioso como una ley natural. Pero no consigo comprender de qué se trata...» Pasó revista a distintas interpretaciones. ¿Era una de aquellas ideas confusas —en cuya existencia creía, por otra parte— que parecen dormitar en nosotros bajo la superficie de nuestras ideas claras, y que, en determinados momentos, se despiertan, se levantan, se apoderan de la dirección, provocan una acción y luego desaparecen sin explicación en el fondo de nosotros mismos? ¿O bien no habría que admitir, más simplemente, que hay una ley moral colectiva y que al hombre le resulta casi imposible actuar únicamente como individuo?

Le parecía estar dando vueltas sobre sí mismo con los ojos vendados. Trataba de recordar una frase de Nietzsche, citada muy a menudo: «que un hombre no debe ser un problema, sino una solución». Principio que ya en tiempos le había parecido a todas luces evidente, y al que de año en año iba encontrando más imposible de conformarse. Ya había tenido ocasión de comprobar que algunas de sus decisiones (generalmente las más espontáneas y muy a menudo las más importantes) se encontraban en abierta contradicción con su lógica habitual, hasta el extremo de que, algunas veces, había llegado a preguntarse: «¿Seré verdaderamente como creo?» Sospecha fulgurante y furtiva, semejante al relámpago que hiende durante un instante las tinieblas, y las deja aún más opacas en pos de sí; sospecha que apartaba inmediatamente, y que también rechazó esta noche.

Las circunstancias le ayudaron. Cuando llegaba a la calle Royale, el respiradero de una tahona le echó a la cara un olor a pan cocido, cálido como el aliento, que le distrajo súbitamente. Bostezó y buscó con la mirada algún bar que tuviera las luces encendidas; luego, sintió un repentino deseo de ir hasta el Théâtre-Français para tomar alguna cosa en Zemm, un bar pequeño que permanecía abierto toda la noche y en el que entraba algunas veces a última hora, antes de cruzar los puentes.

«¡A pesar de todo, es muy extraño! —se confesó, después de un momento de silencio interior—. Por mucho que se dude, por mucho que se emancipe uno, quiérase o no, hay algo irreductible, algo que ninguna duda consigue borrar: esta necesidad que tiene el hombre de creer en su propia razón... Ahora mismo me acabo de ofrecer una magnífica prueba...» Se sentía cansado y seguía insatisfecho. Buscaba algún axioma que pudiera devolverle la tranquilidad. «Todo es conflicto —concedió perezosamente—, no es cosa nueva, y lo que me pasa a mí es el fenómeno universal, el choque de todo aquello que vive.»

Anduvo algún tiempo sin pensar en nada concreto. La baraúnda de los bulevares

estaba próxima. Las calles estaban jalonadas de paseantes nocturnas, eminentemente sociables, a las que alejaba con un gesto despreciativo.

Sin embargo, el trabajo inconsciente de su espíritu se iba condensando poco a poco: «Vivo —se dijo por fin—; esto es un hecho. Dicho de otra forma: no dejo de escoger y de obrar. Bien. Pero aquí empiezan las tinieblas. ¿Esta elección y esta acción, en nombre de qué? No lo sé. ¿Será en nombre de esa clarividencia en que pensaba hace un momento? Pues no... ¡Teorías!... En el fondo, esa necesidad de lucidez nunca ha motivado realmente por mi parte una decisión o un acto. Únicamente cuando ya he obrado entra en juego esta clarividencia para justificar a mis ojos lo que he hecho. Y, sin embargo, desde que tengo uso de razón me he sentido movido (pongamos por instinto) por una fuerza que casi sin interrupción me hace escoger esto y no aquello, obrar de una forma y no de otra. Ahora bien, y esto es lo más desconcertante: observo que “no actúo en sentidos contradictorios”. Todo sucede, pues, como si estuviera sometido a una regla inflexible... Sí; ¿pero cuál? ¡Lo ignoro! Siempre que en un momento grave de mi vida este impulso interior me ha hecho tomar una dirección determinada y actuar en ese sentido, me he preguntado: “¿En nombre de qué?” Siempre me he tropezado con una pared. Me siento seguro de mí mismo, de mi existencia, me siento legítimo, y, sin embargo, al margen de toda ley. Ni en las doctrinas antiguas, ni en las filosofías contemporáneas, ni en mí mismo, consigo encontrar una respuesta satisfactoria para mí; veo claramente todas las reglas que no puedo suscribir, pero no veo ninguna a la cual pueda someterme; de todas las disciplinas codificadas, ninguna me ha parecido nunca, ni siquiera de lejos, adaptarse a mí ni poder explicar mi conducta. ¡Y a pesar de todo voy adelante, incluso a bastante velocidad, sin vacilaciones, casi en línea recta! ¡Qué extraño es! Me da la sensación de ser un rápido navío que sigue su camino osadamente, y cuyo piloto nunca hubiera tenido brújula... Se diría positivamente que depende de un orden. Y yo mismo creo sentirlo así: mi naturaleza es ordenada. ¿Pero qué es este orden? Por lo demás, no me quejo. Soy feliz. No deseo en absoluto convertirme en otro; me gustaría simplemente comprender en virtud de qué soy como soy. Y en esta curiosidad hay una chispita de inquietud. ¿Todo el mundo lleva su enigma de la misma forma? ¿Encontraré alguna vez la clave del mío? ¿Conseguiré enunciar “mi” ley? ¿Sabré algún día “en nombre de qué”?...»

Apretó el paso; al otro lado de la plaza distinguía el letrero luminoso de Zemm, y ya no podía interesarse sino en su apetito.

Se precipitó con tanta rapidez en el pasillo de entrada, que tropezó contra los cestos de ostras, las cuales esparcían por el pasillo un penetrante olor a pescado.

El bar ocupaba el sótano; se descendía a él por una escalera en espiral, pintoresca y vagamente clandestina. A esta hora, la sala estaba repleta de noctámbulos, sentados a la mesa, en una atmósfera cálida que olía a cocina, a alcohol y a tabaco, agitada por los ventiladores.

La caoba barnizada y el cuero verde daban a esta habitación baja, sin ventanas y



alargada, todo el aspecto del fumadero de un paquebote.

Antoine escogió un rincón, dejó el abrigo sobre el asiento y se sentó. Notaba ya una sensación de bienestar. Instantáneamente, por contraste, volvió a ver la alcoba de la criaturita, el cuerpecillo empapado de sudor y debatiéndose inútilmente bajo la presión; aún le sonaba en los oídos la cadencia fatal de la cuna, semejante al martilleo de un pie que marca el compás... Se contrajo, repentinamente angustiado.

—¿Sólo un cubierto?

—Sólo. Rosbif y pan negro, y *whisky* en un vaso grande, sin soda. Con una jarra de agua bien fresca.

—¿No toma sopa de queso?

—Como quiera.

En todas las mesas, con objeto de fomentar la sed, había una fuente de fritadas, escarchadas de sal y delgadas como *monnaies du pape*. Antoine midió su apetito en el placer que encontró al hacer crujir entre sus dientes las que tenía ante sí, en tanto esperaba le sirvieran aquella sopa de queso, hervida a fuego lento, espumosa y espesa, guarnecida de cebolla, que era la especialidad de la casa.

No lejos de él, un grupo de gente en pie reclamaba sus abrigos. Una joven, que formaba parte de aquel grupo ruidoso, miró hacia Antoine a hurtadillas; sus ojos se cruzaron, y la muchacha le sonrió imperceptiblemente. ¿Dónde había visto ya este rostro de estampa japonesa, estas cejas delineadas, estos ojos alargados ligeramente oblicuos? Le hizo gracia la forma sutil en que a espaldas de todos le había hecho aquel gesto amistoso. ¡Ah! Era una modelo que había visto algunas veces en casa de Daniel de Fontanin. En el antiguo taller, en la calle de Mazarino. Ahora recordaba perfectamente cierta sesión, una calurosa tarde de verano; recordaba la hora, la iluminación y la postura, y hasta la sensación que le había retenido allí aunque tuviera prisa... Siguió a la joven con la mirada hasta la puerta. ¿Cómo la llamaba Daniel? Un nombre que parecía una marca de té... Antes de desaparecer, la muchacha se volvió. Antoine recordaba su cuerpo como algo sin relieve, liso y nervioso...

Durante los meses en que se había convencido que amaba a Gise, apenas si hubo en su vida lugar para ninguna mujer. En realidad, desde su ruptura con la señora de Javenne (unas relaciones que duraron dos meses y habían estado a punto de terminar muy mal), vivía sin amante. Durante algunos segundos lo lamentó vivamente. Mojó los labios en el *whisky* que le acababan de traer, y después, levantando él mismo la tapadera de la sopera, aspiró los efluvios generosos que subían hasta él.

En aquel momento, el botones de la puerta vino a entregarle un papel ajado, plegado en cuatro dobleces. Era un programa de *music-hall*. En una esquina aparecía garrapateado a lápiz:

«¿Mañana por la noche, a las diez, en Zemm?»

—¿Esperan contestación? —preguntó, entre divertido y perplejo.

—No; la señora se ha marchado —contestó el botones.

Antoine estaba completamente decidido a no hacer ningún caso de esta cita. Sin

embargo, se guardó el papel en el bolsillo y se puso a comer.

«La vida resulta agradable», pensó repentinamente. Un inesperado tumulto de pensamientos alegres se apoderó de él. «Sí; amo la vida», afirmó; reflexionó un instante. «Y en el fondo no necesito a nadie.» El recuerdo de Gise aleteó de nuevo. Reconoció que, aun sin amor, la vida era bastante para su felicidad. Confesó de buena fe que durante la estancia de Gise en Inglaterra no había dejado de sentirse dichoso lejos de ella. Por otra parte, ¿había desempeñado alguna mujer un papel importante en su felicidad?... ¿Rachel?... ¡Rachel, sí! ¿Pero qué hubiera sucedido si Rachel no le hubiera dejado? ¿Y, además, no se sentía curado ya definitivamente de pasiones de este tipo?... Los sentimientos que había experimentado en relación con Gise no se atrevía ahora a llamarlos amor. Buscó otra palabra. ¿Inclinación?... Durante un momento volvió a obsesionarle el recuerdo de Gise. Se prometió poner en claro lo que le había sucedido en estos últimos meses. Una cosa era cierta: que se había creado a su gusto una determinada imagen de Gise, muy diferente de la Gise verdadera, que esta misma tarde... Pero evitó insistir en esta comparación.

Tomó un sorbo de *whisky*, atacó el rosbif y se repitió que amaba la vida.

La vida, a su entender, era más que nada un amplio espacio descubierto, en el que las personas activas como él no tenían sino que lanzarse con arrojo; y cuando decía: amar la vida, quería decir: amarse a sí mismo, creer en sí mismo. Sin embargo, cuando se representaba más especialmente su propia vida, no se le aparecía sólo como un campo de maniobras maravillosamente dispuesto, como un conjunto infinito de posibles combinaciones, sino también, y más que nada, como un camino claramente marcado, una línea recta que llevaba infaliblemente a algún sitio.

Comprendió que había hecho despertar una voz familiar, cuyo eco escuchaba siempre con indulgencia.

«¿Thibault? —murmuraba la voz interior—. Tiene treinta y dos años, ¡la edad de las grandes empresas!... ¿Salud? Excepcional: la resistencia de un animal joven, en la plenitud de sus fuerzas... ¿Inteligencia? Ágil, despejada, en constante progreso... ¿Capacidad de trabajo? Casi inagotable... Medios de fortuna... ¡Todo, en una palabra! ¡Ni debilidades ni vicios! ¡Ningún obstáculo para su vocación! ¡Y el viento en popa!»

Estiró las piernas y encendió un cigarrillo.

Su vocación... Desde que tenía quince años, la Medicina no había dejado de ejercer sobre él un atractivo singular. Todavía ahora admitía como un dogma que la ciencia médica era el resultado de todo el esfuerzo intelectual, y constituía el beneficio más marcado por veinte siglos de tanteos en todos los caminos del conocimiento, el campo más rico abierto al genio del hombre. Ciencia ilimitada en su magnitud especulativa, y, sin embargo, arraigada en la realidad más concreta, en contacto directo y constante con el ser humano. En esto no cedía. Nunca hubiera consentido en encerrarse en un laboratorio, en limitar su observación al campo del microscopio: le gustaba ese cuerpo a cuerpo perpetuo entre el médico y la realidad

multiforme.

«Lo que haría falta —prosiguió la voz— es que Thibault trabajara más para sí mismo... Que no se deje paralizar por la clientela, como Terrignier, como Boistelot... Que encuentre tiempo para provocar y seguir experimentos, para coordinar los resultados, para aplicar las directrices de un método...» Porque Antoine se imaginaba su porvenir semejante al de los maestros más eximios: antes de cumplir los cincuenta años tendría ya en su activo numerosos descubrimientos y, sobre todo, habría sentado ya las bases de este método personal, todavía confuso, pero que algunas veces ya creía entrever. Sí; pronto, muy pronto...

Su imaginación franqueó un trecho de espacio en tinieblas, que era la muerte de su padre; más allá, el camino se hacía de nuevo luminoso. Entre dos chupadas de cigarrillo consideró esta muerte de una forma completamente distinta a como acostumbraba, sin aprensión, sin tristeza; bien al contrario, como una liberación necesaria y esperada, como una ampliación de su horizonte y una de las condiciones de su desarrollo. Cien nuevas posibilidades se le ofrecían. «En primer lugar, habrá que hacer una selección entre la clientela... Reservarse tiempo disponible, y luego, buscarse un ayudante para las investigaciones. Incluso un secretario; no un colaborador, no, sino un muchacho joven, una inteligencia despejada que yo mismo adiestraría y la cual me evitaría ciertos trabajos. Y yo podría trabajar con ahínco... Entregarme... Descubrir algo nuevo... ¡Sí; estoy seguro de que haré grandes cosas!...» En su boca se esbozó una sonrisa, reflejo interior de este optimismo que le embargaba.

Repentinamente tiró el cigarrillo y se quedó pensativo. «¿Y no es extraño, si se mira bien? Ese sentido moral que he expulsado de mi vida, y del cual me sentía completamente liberado no hace todavía una hora, vuelvo a encontrarlo en mí cuando menos lo espero. ¡Y no refugiado en algún rincón oscuro e inexplorado de mi conciencia! ¡No! Todo lo contrario, sólido, floreciente, imposible de desarraigar, exhibiéndose en el lugar principal, en pleno centro de mi energía y de mi actividad: ¡en el corazón de mi vida profesional! Porque no se trata de jugar con las palabras: como médico, como hombre de ciencia, tengo un sentido de la rectitud absolutamente inflexible, y sobre este particular creo poder decir que no transigiré nunca... ¿Cómo conciliar todo esto?... ¡Bah! —se dijo—. ¿Por qué este empeño en conciliar las cosas?»

Y, efectivamente, pronto renunció a hacerlo y, dejando de pensar con precisión, se abandonó cobardemente al bienestar mezclado de cansancio que poco a poco le iba embotando el entendimiento.

Dos automovilistas acababan de entrar y de instalarse no lejos de él. Venían sobrecargados de abrigo, que amontonaron sobre el diván. El hombre podía tener veinticinco años; la mujer, algo menos. Una pareja admirable: ambos ágiles, fuertes; ambos morenos, de mirada franca, boca grande, dentadura sana y la piel, sonrosada por el frío. La misma edad, la misma salud, la misma clase social, la misma elegancia

natural, e indudablemente los mismos gustos. Por lo menos, el mismo apetito: uno junto a otro devoraban al mismo ritmo dos bocadillos gemelos; luego, con el mismo gesto, vaciaron sus tercios de cerveza, se envolvieron de nuevo en sus pieles y, sin haber cambiado ni una palabra ni una mirada, se alejaron con el mismo paso elástico. Antoine les siguió con la mirada; sugerían la idea del acuerdo perfecto, de la pareja modelo.

Entonces observó que la sala estaba casi vacía. Su mirada consultó en un espejo lejano un reloj que estaba colgado por encima de su cabeza. ¿Las diez y diez? No; es al revés. ¿Cómo? ¿Casi las dos?

Se levanto, sacudiendo su sopor. «Mañana, por la mañana, me encontraré como nuevo», pensó avergonzado.

Sin embargo, al subir la estrecha escalerilla en la que el botones dormitaba sentado sobre un peldaño, un pensamiento vivaz, seguido de una evocación muy precisa, le hizo sonreír furtivamente: «Mañana noche, a las diez...», se dijo.

Tomó un taxi. Cinco minutos después entraba en su casa.

En la mesita del recibimiento, donde le esperaba el correo de la noche, se destacaba con toda claridad una hoja de papel; letra de León:

«Han llamado a la una de casa del doctor Héquet. La niña ha fallecido.»

Permaneció durante unos instantes con la cuartilla en la mano y tuvo que volver a leerla. «¿A la una? Después de marcharme yo... ¿Studler? ¿En presencia de la enfermera? No... Seguro que no... ¿Entonces? ¿Mi inyección? Tal vez... Y sin embargo la dosis era pequeña. Pero estaba tan débil el pulso...»

Una vez pasada la sorpresa sintió una sensación de alivio. Para Héquet y su esposa, por dolorosa que pudiera resultar la certidumbre, al menos acababa con aquella espera abominable. Recordó el rostro de Nicole mientras dormía. Muy pronto, una nueva criatura estaría allí entre ellos. La vida seguía su curso; no hay herida que no se cierre. Cogió el correo con gesto distraído. «A pesar de todo, pobre gente —pensó con el corazón oprimido—. Pasaré a verles antes de ir al hospital.»

La gata maullaba desesperadamente en la cocina. «Ese bicho no me va a dejar dormir», rezongó Antoine. Y, de repente, se acordó de los gatitos. Entreabrió la puerta. La gata se arrojó a sus pies, quejumbrosa, zalamera, frotándose contra él con insistencia. Antoine se inclinó sobre el cesto de los trapos: estaba vacío.

Él mismo había dicho: «¿Los ahogará a todos, verdad?» Y, sin embargo, era vida... ¿Por qué esta diferencia? ¿En nombre de qué?

Se encogió de hombros, levantó los ojos hacia el reloj y bostezó.

«Cuatro horas de sueño; vamos a dormir.»

Todavía conservaba en la mano el papel de León; hizo con él una bola que lanzó alegremente encima del armario.

«Y ahora, una buena ducha fría... Sistema Thibault: ¡disolver el cansancio antes de meterse en la cama!»

FIN DE  
«LA CONSULTA»

# QUINTA PARTE

## LA SORELLINA

## I

—CONTESTE: ¡no! —espetó el señor Thibault sin abrir los ojos. Tosió: una tos seca, que llamaban «su asma» y que apenas agitaba la cabeza hundida en la almohada.

El señor Chasle, encaramado ante una mesa plegable instalada bajo la ventana, abría el correo matinal, aunque ya fueran las dos pasadas.

Aquel día, el único riñón funcionaba tan sumamente mal y los sufrimientos habían sido tan continuos durante toda la mañana, que el señor Thibault no había podido dar audiencia a su secretario; finalmente, Sor Céline se había decidido a ponerle al mediodía, bajo un pretexto cualquiera, la inyección calmante que normalmente reservaba para el final del día. El dolor había cesado casi inmediatamente, pero el señor Thibault, que no se daba una cuenta muy exacta del transcurso del tiempo, había tenido que esperar para que le leyeran sus cartas, no sin irritación por su parte, hasta que el señor Chasle volviera de comer.

—¿Después? —preguntó.

El señor Chasle recorría una carta con los ojos.

—Aubry (Félicien), suboficial de zuavos..., solicita una plaza de vigilante en el reformatorio de Crouy.

—¿«Reformatorio»? ¿Por qué no «prisión»?... Al cesto. ¿Qué más?

—¿Cómo? ¿Que por qué no «prisión»? —repitió el señor Chasle muy bajito. Renunció a comprender, se sujetó las gafas y abrió precipitadamente otro sobre.

—Parroquia de Villeneuve-Joubin..., profundo reconocimiento..., agradecimiento por un pupilo... Sin interés.

—¿Sin interés? Lea, señor Chasle.

—«Señor fundador:

»Mi santo ministerio me proporciona la oportunidad de cumplir un deber sumamente agradable. He sido encargado por mi feligresa, la señora Beslier, de expresarle su profunda gratitud...»

—¡Más fuerte! —ordenó el señor Thibault.

—«... su profunda gratitud por los admirables resultados del régimen de Crouy con respecto al comportamiento de su hijo Alexis.

»Cuando usted tuvo la bondad de admitirle en la Fundación Oscar Thibault, hace cuatro años, estábamos desesperados a causa de este pobre niño: sus instintos viciosos, sus extravíos, su violencia natural, hacían temer lo peor. Pero en tres años se luí realizado un verdadero milagro. Hace ya más de nueve meses que este joven ha vuelto al redil. Su madre, sus hermanas, los vecinos, yo mismo, así como el señor Binot (Jules), carpintero con quien está de aprendiz, todos coincidimos unánimemente en ensalzar la dulzura de Alexis, su amor al trabajo, su celo en cumplir los deberes de nuestra religión.

»Ruego a Nuestro Señor conceda su bendición a la prosperidad de una obra que

hace posibles tales reformas morales, y saludo respetuosamente al señor Fundador, en quien revive el espíritu de caridad y desinterés de un San Vicente de Paul.

»J. RUMEL, presbítero.»

El señor Thibault seguía con los ojos cerrados, pero un temblor continuo agitaba su perilla; la debilidad ponía al anciano a merced de la emoción más nimia.

—Bonita carta, señor Chasle —dijo, cuando pudo sobreponerse—. ¿No cree usted que merece ser publicada en el *Boletín* del año próximo? Le agradeceré que me lo recuerde a su debido tiempo. ¿Qué más?

—Ministerio de la Gobernación. Administración Penitenciaria.

—Ah, ah...

—No; es sólo un impreso... Un formulario sin importancia.

Sor Céline entreabrió la puerta. El señor Thibault gruñó:

—¡Terminemos antes!

La monja no protestó. Se acercó para colocar un tronco en el fuego de leña, que mantenía encendido en la habitación del enfermo para luchar contra aquel olor que ella denominaba, con una pequeña mueca, el «olor a hospital», y volvió a marcharse.

—¿Qué más, señor Chasle?

—Instituto de Francia. Sesión del 27...

—Más fuerte. ¿Qué más?

—Comité Superior de Obras Diocesanas. Noviembre, reunión el 23 y el 30. Diciembre de...

—Enviaré usted una carta al señor abate Baufremont para excusar mi asistencia el día 23... Y también el 30... —añadió, después de una breve indecisión—. En cuanto a diciembre, inscribalo en la agenda... ¿Qué más?

—Esto es todo, señor. Lo demás, al fin y al cabo... Cotización para la Ayuda Parroquial... Tarjetas... En el día de ayer han preguntado por usted, el reverendo padre Nussey; Ludovic Roye, secretario de la *Revue des Deux Mondes*; el general Kerigan... Esta mañana se ha interesado por su salud el vicepresidente del Senado... Además, algunas circulares... Obras parroquiales... Los periódicos...

La puerta volvió a abrirse, esta vez autoritariamente. Entró Sor Céline, llevando, sobre un plato, una cataplasma humeante.

El señor Chasle bajó los ojos y se alejó de puntillas para evitar el crujido de sus botas.

La religiosa ya había retirado las mantas. Estas cataplasmas eran, desde hacía dos días, la manía de la hermana Céline. En realidad, si atenuaban el dolor, no producían en la pereza de los órganos el efecto que la religiosa había esperado. Hasta el extremo de que no hubo más remedio que proceder, a pesar de la repugnancia del señor Thibault, a un nuevo sondaje.

Una vez hecha la operación, se sintió más tranquilo. Pero esta clase de cuidados



le dejaban muy abatido. Acababan de dar las tres y media. El final de la jornada no prometía nada bueno. Empezaba a pasarse el efecto de la morfina. Aún tenía que transcurrir más de una hora antes del lavado de las cinco. Para pasar el tiempo, la religiosa se ocupó personalmente de llamar al señor Chasle.

El hombrecillo vino discretamente a instalarse de nuevo en el hueco de la ventana.

Estaba preocupado. La gorda Clotilde, con quien acababa de cruzarse en el pasillo, le había murmurado al oído: «¡Esta semana ha cambiado mucho el señor!» Y como el señor Chasle la mirara azorado, le puso la manaza sobre el brazo: «Créame, señor Chasle, ¡esa enfermedad no perdona!»

El señor Thibault, inmóvil, resollaba y se quejaba un poco, más que nada por costumbre, porque todavía no sufría: incluso, estirado de aquella forma, notaba cierta mejoría. Sin embargo, temía la reaparición de los dolores y hubiera deseado dormirse. La presencia de su secretario le molestaba.

Abrió un ojo y dirigió hacia la ventana una mirada doliente.

—No pierda el tiempo esperando, señor Chasle. Esta tarde es imposible trabajar. Mire... —Trató de levantar los brazos—: Soy un hombre acabado.

El señor Chasle ni siquiera pensó en fingir.

—¿Ya? —exclamó, alarmado.

El señor Thibault, sorprendido, volvió la cabeza. Una lucecilla maliciosa brilló entre sus pestañas.

—¿No ve usted que las fuerzas me van abandonando día a día? —Suspiró—. ¿Por qué engañarse? Si hay que morir, que sea cuanto antes.

—¿Morir? —repitió el señor Chasle, juntando las manos.

El señor Thibault se divertía.

—Sí; ¡morir! —espetó en tono amenazador. Abrió bruscamente los ojos y volvió a cerrarlos.

El señor Chasle, petrificado, contemplaba aquel rostro inerte, hinchado, ya casi cadavérico. ¿Tendría razón Clotilde? ¿Y él, entonces?... Creyó ver su vejez: la miseria...

Empezó a temblar, como siempre que hacia acopio de valor, y silenciosamente se levantó de la silla.

—Llega un momento, amigo mío, en que únicamente se aspira al reposo —murmuró el señor Thibault, preparado para entregarse al sueño—. La muerte no debe asustar a un cristiano.

Con los ojos cerrados escuchaba el eco de sus palabras ronronear en su cabeza. Se sobresaltó cuando oyó sonar muy cerca de él la voz del señor Chasle.

—¡Indudablemente! ¡La muerte no debe asustar! —El hombrecillo tuvo miedo de su propia audacia. Balbuceó—: Por lo que a mí respecta, la muerte de mamá... —Y se detuvo, como si se ahogara.

Hablaba con dificultad a causa de una dentadura postiza que llevaba desde hacía

poco tiempo: un premio que había ganado en un concurso de jeroglíficos, organizado por un instituto dentario del Mediodía, cuya especialidad era cuidar los dientes por correspondencia y confeccionar a distancia aparatos de prótesis, de acuerdo con los moldes enviados por los clientes. Por otra parte, el señor Chasle estaba contento con esta dentadura, a condición de quitársela para las comidas, o cuando tenía que hablar un poco seguido. Así, pues, había adquirido bastante habilidad para quitarse el aparato rápidamente y proyectarlo en el pañuelo, haciendo como que estornudaba. Esto fue lo que hizo.

Libre de su lastre se remontó de nuevo.

—Por lo que a mí respecta, la muerte de mi madre, pues ya ve que no me asusta. ¿Por qué asustarse? Sin embargo, se está más tranquilo ahora que está en su asilo; e incluso en la infancia hay cierto encanto...

Se detuvo de nuevo. Buscaba una transición.

—He dicho «se», porque no vivo solo. Tal vez esté usted enterado, ¿no? Aliñe ha seguido conmigo... Aliñe, la antigua criada de mamá... Y también la pequeña, su sobrina Dédette, la que operó su hijo Antoine aquella célebre noche... Sí —añadió, sonriendo, y aquella sonrisa expresó repentinamente la más dulce ternura—; la pequeña vive con nosotros y hasta me llama tío Jules: una costumbre... Sin embargo, no soy tío suyo; es chocante, ¿verdad?...

Su sonrisa se desvaneció; una sombra se extendió sobre su rostro; en tono rudo declaró:

—¡Tres personas suponen un gasto muy considerable!

Con un desembarazo insólito se había acercado aún más a la cama, como si tuviera algo muy urgente que decir; pero evitaba cuidadosamente mirar al señor Thibault. Éste, pillado de improviso, no había vuelto a cerrar del todo los ojos; observaba al señor Chasle. En la aparente incoherencia de estas palabras que parecían dar vueltas en torno a una intención secreta, percibía algo insólito e inquietante, que puso en franca huida sus deseos de dormir.

Bruscamente, el señor Chasle retrocedió y se puso a pasear por la habitación. Sus suelas rechinaban, pero no se daba cuenta.

Prosiguió con aspereza.

—¡Por otra parte, mi muerte tampoco me asusta! En definitiva, eso es solamente incumbencia de Dios... ¡La vida, sin embargo! ¡A mí lo que me asusta es la vida! ¡Sí, señor; hacerme viejo! —Giró sobre sus talones y murmuró—: ¿Por qué? —Luego añadió—: Yo tenía ahorrados diez mil francos. Se los llevé una noche a la «Edad Madura». ¡Aquí tienen diez mil francos y a mi madre; tomen! Era el precio. Esas cosas no debieran existir... Se está tranquilo, es verdad, ¡pero diez mil francos! Todo se ha gastado en eso... ¿Y Dédette? Ni anticipos ni nada. (Incluso menos que nada, puesto que Aliñe me ha anticipado ya dos mil francos. De su dinero. Para nuestros gastos. Para vivir...) Vamos a ver: cuatrocientos francos que cobro aquí mensualmente, no puede decirse que sea una cantidad muy respetable. Somos tres. Y

la pequeña necesita muchas cosas. Es aprendiz, y no solamente no gana, sino que cuesta dinero... Sin embargo, se escatima en todo, señor, le doy mi palabra de hombre honrado. Se escatima incluso en el periódico: volvemos a leer los viejos, que se habían tirado para papel viejo... —Su voz temblaba—. Le hablo de los periódicos viejos, señor, y perdóneme si me rebajo; pero esto todo no debiera existir después de veinte siglos de cristianismo y de tanto como se habla de civilización...

El señor Thibault movió las manos lentamente. Pero el señor Chasle no se decidía a mirar hacia la cama. Prosiguió:

—Si a mí me faltaran estos cuatrocientos francos, ¿qué sería de mí? —Dio media vuelta hacia la ventana y levantó la cabeza, como si esperara oír alguna voz—. ¡A no ser que tuviera una herencia! —exclamó, como si acabara de hacer un descubrimiento. Pero acto seguido arrugó el entrecejo—: ¡Que Dios se apiade de nosotros! Cuatro mil ochocientos francos anuales; es imposible arreglarse con menos para tres personas. ¡Pues bien: un capitalito equivalente ha de ser lo que Dios nos envíe si quiere ser justo! Sí, señor; Dios misericordioso nos enviará un capitalito...

Sacó el pañuelo y se secó la frente como si hubiera hecho un esfuerzo sobrehumano.

—«Tenga confianza», ¡siempre la misma cantinela! Esos señores de Saint-Roch, sin ir más lejos: «tenga confianza, usted no carece de protector...» De protector, no; en eso estoy de acuerdo: no carezco de protector. Y en cuanto a confianza, bien quisiera tenerla. Pero primero necesitaría la herencia... El capitalito...

Se había parado junto al señor Thibault, pero seguía evitando mirarle.

—Tener confianza —murmuró— sería más fácil, señor..., ¡si pudiera estar seguro!

Y, poco a poco, su mirada, semejante a un pájaro que se familiariza, se fue acercando al anciano; incluso llegó a rozar el rostro con un rápido aleteo, volvió a posarse sobre los ojos cerrados, sobre la frente inmóvil, escapó de nuevo, volvió a posarse, y finalmente se inmovilizó por completo, como atrapada en una liga. La luz del día iba desapareciendo. El señor Thibault, levantando por fin los párpados, distinguió en la penumbra los ojos del señor Chasle clavados en los suyos.

Este choque acabó de disipar su sopor. Desde hacía mucho tiempo consideraba como una obligación suya asegurar el porvenir de su secretario, y el legado que le destinaba figuraba muy explícitamente entre sus disposiciones póstumas. Pero era muy importante que el interesado no sospechara nada hasta la apertura del testamento. El señor Thibault creía conocer a los hombres y desconfiaba de todos. Consideraba que si el señor Chasle se olía esta donación, dejaría muy pronto de ser aquel trabajador puntual a quien el señor Thibault se complacía en recompensar precisamente por aquella cualidad.

—Creo haberle comprendido, señor Chasle —declaró con dulzura.

Su secretario enrojeció bruscamente y apartó la vista.

El señor Thibault reflexionó durante algunos segundos.

—Pero, ¿cómo diría yo?... ¿En determinados casos no requiere más valor rechazar una sugerencia como la suya, en virtud de principios bien establecidos, que condescender a ella por sorpresa, por ceguera, por una caridad mal entendida..., por debilidad?

El señor Chasle, puesto en pie, asentía. La seguridad de esta oratoria seguía ejerciendo sobre él un tal ascendiente y se había acostumbrado de tal forma a hacer suyas las afirmaciones de su jefe, que ni siquiera en esta ocasión podía dejar de mostrarse conforme. Hasta después de transcurrido un momento no se dio cuenta de que, aprobando así estas palabras, aceptaba también el fracaso de su gestión. Se resignó inmediatamente: estaba acostumbrado. ¿Acaso no hacía muy a menudo en sus plegarias peticiones bien legítimas que no eran atendidas? Y por esto no se sublevaba contra la Providencia. A sus ojos, el señor Thibault gozaba igualmente de una sabiduría impenetrable y soberana ante la cual había tomado el partido de inclinarse.

Estaba tan sumamente dispuesto a la aprobación y el silencio, que decidió ponerse de nuevo la dentadura postiza. Metió la mano en el bolsillo. Su rostro se encendió: el aparato no estaba allí.

—¿No está usted de acuerdo conmigo, señor Chasle —proseguía el señor Thibault sin levantar la voz—, en que ha sido la víctima propiciatoria de un chantaje, abandonando a un asilo... laico y a todas luces sospechoso, ese peculio amasado con su trabajo? Tanto más cuando no nos hubiera costado trabajo encontrar algún establecimiento diocesano, en el que se es atendido gratuitamente siempre que se carezca de recursos y se esté recomendado por alguien de influencia... ¿No es evidente que si yo le otorgara en mis disposiciones testamentarias esos beneficios que parece solicitarme, volvería usted a caer después de mi muerte en las redes de algún embaucador que le arrebataría hasta el último céntimo?

El señor Chasle no escuchaba. Recordaba haber sacado el pañuelo: la dentadura había debido de caerse sobre la alfombra. Se imaginó aquel aparatito íntimo, revelador, tal vez maloliente, en manos extrañas. Con el cuello estirado guiñaba los ojos, deslizando la mirada bajo los muebles y moviéndose inquieto como un ave asustada.

El señor Thibault lo notó y esta vez experimentó cierta compasión. «¿Y si le aumentara el legado?», pensó.

Creyendo calmar la inquietud de su secretario, prosiguió con jovialidad:

—Y por otra parte, señor Chasle, ¿no hay error en confundir tan a menudo indigencia y pobreza? Efectivamente, la indigencia es de temer; es mala consejera. ¿Pero la pobreza? ¿Acaso no es muy a menudo una forma... embozada... de la Gracia Divina?

Como a los oídos llenos de zumbidos de un ahogado, la voz de su jefe ya no llegaba al señor Chasle sino a retazos indistintos. Hizo un esfuerzo para dominarse; palpó de nuevo el chaquet, el chaleco, hundió la mano desesperadamente en los

faldones. Y, de repente, ahogó un grito de alegría. ¡Allí estaba la dentadura, enganchada en el llavero!

—... La pobreza —continuaba el señor Thibault— ¿ha sido alguna vez incompatible con la felicidad cristiana? ¿Y la desigualdad de los bienes temporales, no es condición indispensable del equilibrio social?

—¡Indudablemente! —exclamó el señor Chasle. Dejó oír una risita triunfal, se frotó las manos y murmuró distraídamente—: Es lo mejor que hay...

El señor Thibault, cuyas fuerzas disminuían, volvió los ojos hacia su secretario. Se sentía conmovido de verle manifestar tales sentimientos y satisfecho por su aprobación. Hizo un esfuerzo para ser amable:

—Le he inculcado a usted buenas costumbres, señor Chasle. Siendo usted como es, puntual y serio, considero que siempre encontrará la forma de ser útil... —Hizo una pausa—, incluso si yo llegara a faltar antes que usted.

La serenidad con que el señor Thibault enfrentaba la miseria de aquellos que habían de sobrevivirle, tenía una virtud apaciguadora, contagiosa. Y, además, el inmenso alivio que sentía el señor Chasle borraba por el momento toda inquietud por el futuro. Una chispa alegre brilló detrás de sus gafas.

Exclamó:

—En cuanto a eso, señor, puede usted morir tranquilo; ya me las arreglaré, no se preocupe. Tengo varias cuerdas en mi arco, como se dice. Las chapucillas, los inventos... —Se echó a reír—. Ya tengo una pequeña idea, sí... Un asunto que poner en marcha, tan pronto como usted falte...

El enfermo abrió un ojo: el golpe involuntario del señor Chasle le había herido. «Tan pronto como usted falte...» ¿Qué quería decir, en realidad, este imbécil?

El señor Thibault iba a hacer una pregunta cuando entró la monja y dio la luz. La habitación se iluminó de repente. Entonces, como un escolar al sonido de la campana liberadora, el señor Chasle recogió en un santiamén todos sus papeles, esbozó algunas reverencias y se eclipsó.

## II

HABÍA llegado la hora del lavado.

La monja había levantado ya las mantas y andaba en torno al lecho con gesto ritual. El señor Thibault reflexionaba. Recordaba la expresión del señor Chasle, y, sobre todo, la entonación: «Tan pronto como usted falte...» ¡Una entonación tan natural! Para el señor Chasle, esta desaparición próxima no ofrecía lugar a dudas. «¡El muy ingrato!», pensó el señor Thibault con irritación; se abandonaba complacido a su cólera, para alejar de sí la pregunta que le obsesionaba.

—Manos a la obra —dijo la monja alegremente, después de arremangarse.

La empresa no era fácil. Había que deslizar bajo el enfermo una verdadera torre de almohadas. El señor Thibault pesaba mucho y no hacía nada por ayudar; se dejaba manejar como un cadáver. Pero el menor movimiento despertaba a lo largo de las piernas y en la curva de los riñones un dolor agudísimo, que contribuía a agravar un tormento de índole moral: los detalles de esta prueba cotidiana eran un verdadero suplicio para su orgullo y su pudor.

Durante la espera del resultado, cada día más larga, la hermana Céline tenía la manía de sentarse con familiaridad en el borde de la cama. Al principio, aquella proximidad, en un momento así, exasperaba al enfermo. Ahora la soportaba; tal vez, incluso, prefería no quedarse solo.

Con el entrecejo fruncido y los párpados cerrados, el señor Thibault daba vueltas y más vueltas en su cabeza a la terrible pregunta: «¿Estaré de verdad tan enfermo?» Abrió los ojos. Su mirada vino a chocar de improviso con el recipiente de porcelana que la religiosa había puesto en evidencia sobre la cómoda, bien al alcance de la mano, y que, ridículo y monumental, parecía esperar con insolencia. Se volvió.

La monja aprovechaba aquel corto descanso para desgranar su rosario.

—Rece por mí, hermana —susurró repentinamente el señor Thibault, en un tono acuciante y grave que no era habitual en él.

Sor Céline acabó sus *Ave*, y contestó:

—Claro que lo hago, señor; varias veces al día.

Hubo un momento de silencio, que el señor Thibault rompió bruscamente:

—¡Estoy muy enfermo, hermana! ¡Muy enfermo, mucho...! —Hablaba con dificultad, casi a punto de llorar.

La monja protestó, con una sonrisa un poco forzada:

—¡Qué cosas se le ocurren!

—No quiere decírmelo —prosiguió el enfermo—, pero me doy cuenta perfectamente de que nunca me curaré. —Y como ella no le interrumpiera, añadió en un tono más bien provocativo—: Sé que ya no me queda mucho tiempo.

La espiaba. La monja agachó la cabeza y prosiguió sus rezos.

El señor Thibault se sintió atemorizado.

—Tengo que ver al abate Vécard —declaró con voz ronca.

La religiosa se limitó a objetar:

—Comulgó usted el sábado pasado, por tanto tiene que estar en gracia de Dios.

El señor Thibault no contestó. El sudor perlaba sus sienes y su mandíbula temblaba. Su organismo sentía los efectos de la lavativa y del miedo.

—El orinal —murmuró.

Un minuto después, entre dos retortijones, entre dos quejidos, lanzó hacia la religiosa una mirada rencorosa y balbuceó:

—Cada día estoy más débil... ¡Tengo que ver al abate!

La monja recalentaba el agua de la palangana y no se dio cuenta de que el enfermo acechaba con avidez la expresión de su rostro.

—Como desee —dijo, evasivamente. Soltó la vasija y tocó el agua con la yema del dedo. Luego, sin levantar los ojos, murmuró algo.

El señor Thibault aguzó el oído: «... todas las precauciones son pocas...»

Inclinó la cabeza sobre el pecho y apretó los dientes.

Poco después, lavado, mudado y acostado de nuevo en la cama recién hecha, nada le quedaba por hacer, excepto sufrir.

Sor Céline se había sentado y proseguía su rosario. La lámpara del techo había sido apagada; una lamparita pequeña alumbraba la habitación. Ningún distracción, no solamente para la angustia del enfermo, sino también para sus dolores neurálgicos, cuyos pinchazos, cada vez más agudos, surcaban la cara posterior de los muslos e irradiaban en todas las direcciones para fijarse repentinamente, como violentos navajazos, en algunos puntos determinados, en los ijares, en las rótulas, en los tobillos. Durante los segundos de apaciguamiento en los que el sufrimiento persistía, pero más sordo —la inflamación de sus escaras no le permitía ningún verdadero descanso—, el señor Thibault abría los ojos, miraba ante sí y su pensamiento, lúcido, seguía dando vueltas en el mismo círculo: «¿Qué será lo que ellos piensen? ¿Podrá estarse en peligro sin darse cuenta uno mismo? ¿Cómo saberlo?»

La religiosa, viendo aumentar el dolor, decidió no esperar a la noche para inyectarle media dosis de morfina.

No se dio cuenta de que la monja salía de la habitación. Cuando se vio solo, entregado a las fuerzas malignas que se cernían sobre él en la habitación silenciosa y casi a oscuras, se sintió dominado por el terror. Quiso llamar, pero la crisis se repetía con mayor violencia. Cogió la campanilla y la agitó desesperadamente.

Fue Adrienne quien acudió.

El anciano no podía hablar. Con las mandíbulas contraídas, aullaba confusamente. Para incorporarse hizo un movimiento brusco, que terminó de desgarrarle los costados. Volvió a caer sobre la almohada entre quejidos de dolor.

—¿Me van a dejar morir así? —gritó finalmente—. ¡Hermana! ¡Vayan a buscar al abate! ¡No; llamen a Antoine! ¡De prisa!

Llena de pánico, la muchacha miraba al anciano con unos ojos tan desmesuradamente abiertos que acabó de asustarle.

—¡Vamos! ¡Traiga al señorito Antoine! ¡Ahora mismo!

La monja volvía, con la jeringuilla preparada. No comprendió lo que había sucedido. Vio a la criada salir corriendo. El señor Thibault, echado sobre la almohada, pagaba su agitación con un recrudecimiento del dolor. Dio la casualidad de que estaba en una postura bastante buena para la inyección.

—No se mueva —dijo la religiosa, descubriéndole el hombro.

Y sin esperar a más, le pinchó.

Antoine, que salía, fue alcanzado por Adrienne en la escalera.

Subió precipitadamente.

Cuando entró, el señor Thibault volvió la cabeza. La presencia de Antoine, que había solicitado durante su terror sin gran esperanza de poder ser complacido, le produjo cierto alivio.

Maquinalmente balbuceó:

—¿Ah, eres tú?

Comenzaba a experimentar el efecto bienhechor de la inyección. Incorporado sobre los almohadones, con los brazos estirados, respiraba algunas gotas de éter que la monja le había vertido en un pañuelo. Por el escote de la camisa, Antoine distinguió el cuello descarnado, la nuez que sobresalía entre los tendones. El temblor de la mandíbula hacía resaltar la triste inmovilidad de la frente; en aquel momento, el cráneo macizo, las anchas sienas lisas, las orejas en abanico, le daban un cierto aire de paquidermo.

—¿Qué hay, padre? —preguntó Antoine.

El señor Thibault no le contestó, pero durante algunos segundos le miró con fijeza; luego, volvió a cerrar los ojos. Hubiera querido gritar: «¡Dime la verdad! ¿Es que me estáis engañando? ¿Estoy perdido definitivamente, dime? ¡Habla! ¡Sálvame, Antoine!» Pero le contenía una creciente timidez con respecto a su hijo y la aprensión supersticiosa de conferir una súbita realidad a sus temores, si los expresaba en voz alta.

Los ojos de Antoine advirtieron la mirada de la monja; aquella mirada indicaba la mesa. Antoine vio sobre ella el termómetro. Se acercó y leyó: treinta y ocho grados, nueve décimas. Aquella subida repentina le asombró: hasta entonces, la enfermedad había evolucionado casi sin temperatura. Se acercó de nuevo a la cama y tomó la muñeca de su padre, más que nada para tranquilizarle.

—El pulso es normal —declaró casi inmediatamente—. ¿Qué es lo que no va bien?

—¡Pues que estoy sufriendo como un condenado! —gritó el señor Thibault—. He pasado así todo el día. He... ¡estado a punto de morirme! ¿Verdad? —Lanzó hacia la religiosa una mirada conminatoria; luego, cambió de tono y su mirada se hizo



compungida—: No me dejes, Antoine. Tengo miedo; tengo miedo de que esto me vuelva.

Antoine sintió compasión. Afortunadamente no había nada de urgencia que le obligara a salir. Prometió quedarse allí hasta la hora de cenar.

—Voy a telefonar que tengo que hacer —dijo.

Sor Céline le siguió al despacho, donde estaba el teléfono.

—¿Qué tal el día?

—No muy bueno. He tenido que ponerle la primera inyección al mediodía; y otra ahora: media dosis —añadió—. Pero lo peor es la parte moral, doctor. Tiene unas ideas terribles: «Me están mintiendo, quiero ver al abate, me voy a morir.» ¡Dios sabe cuántas cosas!

La mirada intranquila de Antoine parecía hacer una pregunta concreta: «¿Cree usted posible que sospeche?...» La religiosa bajó la cabeza; ya no se atrevía a contestar negativamente.

Antoine reflexionaba: «Todo eso no basta para explicar la temperatura», se dijo.

—Lo importante... —Hizo un gesto enérgico—... es extirpar inmediatamente todo germen de sospecha. —Un proyecto insensato le cruzó por la mente, pero se contuvo—. En primer lugar, hay que procurarle una velada tranquila —declaró—. Le inyectará usted otro medio centigramo cuando yo indique... Ahora iré.

—Ya estoy libre por completo hasta las siete —exclamó alegremente al entrar de nuevo en la habitación. Tenía la voz cortante y su cara de hospital, crispada y resuelta. Sin embargo, sonrió—. ¡Y no es eso sólo! Se ha puesto al teléfono la abuela de mi enfermita. La pobre mujer estaba desesperada; gemía por el teléfono: «¿Cómo, doctor, que no vendrá usted esta noche?» —Fingió repentinamente una expresión preocupada—: «Discúlpeme, señora; me acaban de avisar para que vea a mi padre que se encuentra gravísimo...» —(El rostro del señor Thibault se contrajo bruscamente.)— Pero con las mujeres no se termina nunca: «¿Su padre? ¡Dios mío! ¿Y qué es lo que tiene?»

Antoine se embriagaba con su osadía. Apenas si vaciló un momento, antes de proseguir:

—¿Qué decir?... ¡Adivina...! Sin pestañear, he contestado: «¡Un cáncer, señora! ¡Cáncer de..., de próstata!...» —Reía febrilmente—: ¿Por qué no? ¡La cuestión era salir del paso!

Vio que la monja, que estaba echando agua en un vaso, se paraba en seco. Repentinamente se percató de la importancia de su temeridad. Sintió miedo. Demasiado tarde para hacerse atrás.

Se echó a reír.

—¡Pero de esta mentira, padre, eres tú quien tendrá que responder!

El señor Thibault, tranquilizado, escuchaba con toda su alma. Las más vehementes afirmaciones no hubieran conseguido nunca disipar su angustia tan

pronto y de una manera tan definitiva. La audacia diabólica de Antoine había espantado de pronto todos los espectros y hecho recobrar al enfermo instantáneamente toda su esperanza. Abrió los dos ojos y miró a su hijo; no se decidía a entornar los párpados. Un sentimiento nuevo, una llama de ternura, ahogaba su viejo corazón. Quiso hablar, pero lo que experimentaba era algo como un vértigo; volvió a cerrar los ojos, después de una ligera sonrisa que Antoine cogió al vuelo.

Otro cualquiera, secándose la frente, hubiera dicho: «¡De buena me he escapado!» Un poco más pálido que momentos antes, satisfecho de sí mismo, se limitaba a pensar: «Lo fundamental, en estas cosas, es estar completamente decidido a ganar la partida.»

Transcurrieron algunos minutos.

Antoine rehuía la mirada de la monja.

El señor Thibault movió un brazo. Luego, como si prosiguiera una discusión, dijo:

—¿Me quieres explicar, entonces, por qué me duele cada vez más? Parece como si estos sueros exasperaran el dolor, en lugar de...

—Pues claro que lo exasperan —interrumpió Antoine—. Eso es prueba de que actúan.

—¿Ah, sí?

El señor Thibault no pedía más que dejarse convencer. Y como, a decir verdad, la tarde no había sido tan mala como pretendía, casi lamentó no haber sufrido un poco más.

—¿Qué notas en este momento? —preguntó Antoine. El acceso febril de su padre le preocupaba.

Para ser sincero, el señor Thibault hubiera debido contestar: «Un gran bienestar.» Pero rezongó:

—El dolor de las piernas... Y además una molestia en los riñones...

—Hemos hecho un sondaje a las tres —indicó Sor Céline.

—Y además un peso aquí... Una opresión...

Antoine aprobaba con la cabeza.

—Es curioso —dijo a la monja. (Esta vez no sabía lo que iba a idear.)— Estaba pensando en algunas observaciones que he hecho acerca de..., de la alternación de los medicamentos. En las afecciones cutáneas, por ejemplo, se alcanzan resultados inesperados alternando los tratamientos. Tal vez nos hayamos equivocado Thérivier y yo, prescribiendo de forma continua ese nuevo suero, el..., el N 17.

—¡Claro que os habéis equivocado! —afirmó convencido el señor Thibault.

Antoine le interrumpió con buen humor:

—Pues es culpa tuya, padre. ¡Tienes tanta prisa en curarte! ¡Llevamos el tratamiento demasiado rápido!

Con la mayor seriedad, preguntó a la monja:

—¿Dónde ha puesto usted las ampollas que traje ayer, el D 92?

La religiosa hizo un gesto de sorpresa; no era que sintiera la menor repugnancia en engañar a un enfermo, sino que le costaba trabajo entenderse con todos aquellos «sueros» que Antoine inventaba según las necesidades del momento.

—Va usted a ponerle inmediatamente una inyección de eso D 92. Sí; antes de que se pasen los efectos del N 17. Quiero observar su acción conjunta en la sangre.

El señor Thibault había observado la vacilación de la enfermera. Antoine sorprendió su mirada inquisitiva; para disipar cualquier desconfianza, añadió inmediatamente:

—Esta inyección te va a resultar más dolorosa, padre. El D 92 es menos fluido que los otros. Será un mal rato... ¡O mucho me equivoco, o esta noche vas a encontrarte mucho mejor!

«Cada día soy más hábil», pensaba Antoine para sus adentros.

Progreso profesional que no dejaba de satisfacerle. Por otra parte, en este juego lúgubre había una dificultad constante, así como cierto riesgo, cuyo atractivo no dejaba de seducir a Antoine.

Volvió la monja.

El señor Thibault se prestó a la operación, no sin ansiedad; empezó a quejarse, incluso antes del pinchazo.

—¡Vaya con tu suero! —gruñó, cuando se hubo terminado—. ¡Éste es mucho más espeso! ¡Parece como si entrara fuego en la carne! Y este olor, ¿lo notas? ¡El otro, por lo menos, no olía!

Antoine se había sentado. No contestó. Entre la inyección anterior y ésta no existía la menor diferencia: dos ampollas gemelas, la misma aguja, la misma mano; aunque, ni que decir tiene, distinta etiqueta... Bastaba con orientar el espíritu acertadamente hacia el error, para que acto seguido todos los sentidos coadyuvaran. ¡Mezquinos instrumentos, de los que nunca dudamos!... ¡Y esa necesidad pueril, hasta el último momento, de satisfacer nuestra razón! Lo peor, incluso para un enfermo, es «no comprender». Cuando se ha podido dar nombre al fenómeno, atribuirle un origen plausible, cuando nuestro pobre cerebro puede asociar dos ideas con una apariencia de lógica... «La razón, la razón —se dijo Antoine—, es, a pesar de todo, un punto fijo en un torbellino. ¿Qué quedaría sin la razón?»

El señor Thibault había vuelto a cerrar los ojos.

Antoine hizo señas a Sor Céline para que se retirara. (Habían observado que el enfermo se mostraba más irritable cuando estaban ambos a su cabecera.)

Aunque el joven médico viera a su padre todos los días, notaba hoy algunos cambios muy acentuados. La piel tenía una transparencia ambarina, una suavidad de mal augurio. La hinchazón había aumentado; bajo los ojos se habían formado grandes bolsas. La nariz, por el contrario, se había afilado, mostrando una arista ósea que le daba una expresión rara al rostro.

El enfermo se movió.

Poco a poco, sus facciones se animaban. Ya no tenía aquel aspecto abatido. A través de las pestañas, que se apartaban cada vez con mayor frecuencia, brillaban las pupilas dilatadas.

«La doble dosis comienza a hacer efecto —pensó Antoine—. Va a ponerse locuaz.»

Efectivamente, el señor Thibault experimentaba una especie de alivio: una necesidad de reposo deliciosa, porque no estaba acompañada de ninguna sensación de fatiga. Sin embargo, no había dejado de pensar en la muerte; pero como había dejado de creer en ella, le era ya posible e incluso agradable hablar acerca de este tema. Ayudado por la excitación de la morfina, no resistió a la tentación de improvisar, para su hijo y para sí mismo, el espectáculo de un final edificante.

—¿Me oyes, Antoine? —preguntó de improviso. La entonación era solemne. Luego, sin más preámbulo, agregó—: En el testamento que encontrarás después de mi muerte... —(Hizo una pausa, casi imperceptible, como la de un actor que espera la réplica.)

—Pero, padre —interrumpió Antoine de buen humor—, ¿no creí que tuvieras tanta prisa por morirte! —Se echó a reír—. ¡Incluso hace apenas un momento que te reprochaba tu impaciencia por reanudar tu vida normal!

El anciano satisfecho, levantó la mano:

—Déjame hablar, hijo mío. Tal vez, a los ojos de la ciencia, no sea yo un enfermo condenado. Pero yo, yo tengo la sensación de que..., de que estoy... Por otra parte, la muerte... El poco bien que he tratado de hacer en este mundo me será tenido en cuenta... Sí... Y si llega el día... —(Una mirada con el rabillo del ojo, para asegurarse de que la mirada incrédula de Antoine no había desaparecido)—... Pues bien, qué hemos de hacerle. Tengamos confianza... La misericordia de Dios es infinita.

Antoine escuchaba en silencio.

—Pero no es esto lo que quería decirte, Antoine. Al final de mis disposiciones testamentarias encontrarás una lista de legados... Los antiguos servidores... Quiero llamar tu atención sobre este codicilo, hijo mío. Data de hace varios años. Tal vez no haya sido bastante..., bastante generoso... Me refiero al señor Chasle. El buen hombre me debe mucho, eso es indiscutible; me lo debe todo. ¿Pero es razón suficiente para que su... adhesión... no recoja una recompensa... aunque sea módica?

La tos, que en algunos instantes cortaba sus palabras, le obligó a detenerse un momento. «Parece ser que la generalización de la enfermedad progresa muy de prisa —se dijo Antoine—, aumentan la tos y las náuseas. El neoplasma debe de haberse propagado recientemente de abajo arriba... Los pulmones, el estómago... Estamos a merced de la primera complicación.»

—Siempre he sentido —prosiguió el señor Thibault, a quien el opio hacía

simultáneamente lúcido e incoherente—, siempre he sentido el orgullo de pertenecer a esta clase acomodada sobre la que siempre han descansado la religión y la patria... Pero esta riqueza material impone ciertos deberes, hijo mío... —El pensamiento volvió a desviarse—. ¡Tienes una desagradable tendencia al individualismo! —exclamó de repente, dirigiendo a Antoine una mirada de rencor—. Indudablemente cambiarás cuando seas mayor. —Rectificó—: Cuando hayas envejecido, cuando tú también hayas fundado una familia..., una familia —repitió. Esta palabra, que nunca pronunciaba sin énfasis, despertó en él confusas resonancias, el recuerdo de fragmentos de discursos pronunciados tiempo atrás. Volvió a perder la continuidad de sus ideas. Ahuecó la voz—: Efectivamente, hijo mío, si se admite que la familia debe seguir siendo la célula primordial del tejido social, ¿no es necesario..., no es necesario que constituya esta..., esta aristocracia plebeya... en la que se recluta lo más escogido? La familia, la familia... Contéstame: ¿no constituimos nosotros el eje sobre..., sobre el cual gira el Estado burgués de hoy en día?

—Comparto tu opinión, papá —asintió Antoine con dulzura.

El viejo no pareció haberle oído. Insensiblemente, el tono se hizo menos grandilocuente y su intención más fácil de comprender.

—¡Renunciarás a ellas, hijo mío! Así lo cree el abate, al igual que yo. Renunciarás a ciertas ideas, y anhelo que sea cuanto antes... Quisiera que ya se hubiera realizado, Antoine... En el momento de abandonar este mundo, ¿no ha de apenarme que mi hijo..., educado como lo has sido, viviendo bajo este mismo techo...? ¿No deberías... tener cierto fervor religioso, en una palabra? ¿Una fe más sólida, más observante?

«¡Si sospechara cómo opino!», pensó Antoine.

—¿Quién sabe si Dios no me preguntará..., no me pedirá cuentas...? —suspiró el señor Thibault—. ¡Desgraciadamente, para esta tarea cristiana, la presencia de tu santa madre me faltó... demasiado pronto!

Dos lágrimas brotaron de sus párpados. Antoine las vio brillar y descender luego a lo largo de las mejillas. No se lo esperaba, y no pudo evitar cierta emoción, que creció cuando oyó a su padre proseguir, sin divagar, en una voz baja, íntima, acuciante, que Antoine no le conocía:

—Tengo otras cosas de las que dar cuenta. La muerte de Jacques. Pobre niño... ¿Hice todo lo que debía?... Deseaba mostrarme firme y fui duro. Me acuso, Dios mío, de haber sido duro con mi hijo... Nunca supe ganarme su confianza. Ni la tuya, Antoine... No, no protestes; es la verdad. Dios lo ha querido así; Dios no me ha concedido nunca la confianza de mis hijos. He tenido dos hijos. Me han respetado y me han temido, pero desde la infancia se apartaron de mí... ¡Orgullo, orgullo! Mío y suyo... Sin embargo, ¿no he hecho todo lo que debía? ¿No los confié desde su más tierna edad a la Iglesia? ¿No velé por su educación, por su instrucción? Ingratitud... Dios mío, júzgame: ¿es culpa mía?... Jacques siempre se rebeló contra mi. Hasta su último momento. ¡Hasta la víspera de su muerte!... ¡Y sin embargo! ¿Podía dar mi

consentimiento a..., a aquello? No... No...

Se calló.

—¡Vete, mal hijo! —gritó repentinamente.

Antoine le miró sorprendido. Su padre no se dirigía a él. ¿Deliraba ahora? Con la boca contraída, la frente húmeda de sudor y los brazos levantados, parecía fuera de sí.

—¡Vete! —prosiguió—. ¡Has olvidado todo lo que debes a tu padre, a su nombre, a su posición! ¡La salvación de un alma! ¡El honor de una familia!... Hay actos... Hay actos que sobrepasan nuestra persona. Que comprometen todas las tradiciones. ¡Te domaré! ¡Vete! —La tos cortaba sus frases. Respiró profundamente. Luego, la voz bajó de tono—. Dios mío, no estoy seguro de tu perdón... ¿Qué has hecho de tu hijo?

—Papá —aventuró Antoine.

—No he sabido protegerle... ¡Las malas influencias! ¡Las maquinaciones de los hugonotes!

«¡Ah, los hugonotes!», pensó Antoine.

(Era una idea fija del anciano, cuyo origen nadie había acertado nunca a comprender. Indudablemente —sospechaba Antoine—, poco después de la partida de Jacques, al principio de las investigaciones, alguna torpeza había debido revelar al señor Thibault las asiduas relaciones que Jacques había mantenido durante el verano anterior, en Maisons, con los Fontanin. Desde entonces y sin que hubiera sido posible hacerle variar de opinión, cegado por su aversión hacia los protestantes, posiblemente atormentado también por el recuerdo de la fuga a Marsella con Daniel y tal vez confundiendo el pasado con el presente, el anciano no había dejado de hacer recaer sobre los Fontanin toda la responsabilidad del drama.)

—¿Dónde vas? —volvió a gritar, tratando de incorporarse.

Abrió los ojos, pareció tranquilizado por la presencia de Antoine y volvió hacia él la mirada velada por las lágrimas.

—El infeliz —balbuceó—. Esos hugonotes le atrajeron, hijo mío... Nos lo arrebataron... ¡Fueron ellos! Ellos nos lo impulsaron al suicidio...

—Eso no, papá —exclamó Antoine—. ¿Por qué pensar siempre que se...?

—¡Se mató! ¡Se marchó para ir a matarse!... —(Antoine creyó oír, muy bajo: «¡... Maldito!» Pero sin duda se equivocaba. ¿Por qué «maldito»? Verdaderamente aquello carecía de sentido.) El resto de la frase se perdió en un sollozo desesperado, casi silencioso, que degeneró en un acceso de tos, el cual cesó con bastante rapidez.

Antoine creyó que su padre se adormecía. Evitó hacer el menor movimiento.

Transcurrieron algunos minutos.

—¡Dime!

Antoine se sobresaltó.

—El hijo de la tía..., hum..., ¿sabes?... sí; el hijo de la tía Marie, de Quillebeuf... Pero tú no pudiste conocerle. Él también se... Yo era todavía un crío cuando sucedió. Con su misma escopeta, una tarde de caza. Nunca se ha sabido...

El señor Thibault, distraído, con la imaginación despierta e invadida por los recuerdos, sonreía.

—... Ella molestaba a mamá con sus canciones; siempre sus canciones..., hum..., *Monture... petit coursier*<sup>[1]</sup>, ¿cómo era? En Quillebeuf, durante las vacaciones... Tú no conociste el carricoche del tío Niqueux... ¡Ja, ja, ja!... El día que la maleta de las criadas se..., se cayó... ¡Ja, ja, ja!...

Antoine se levantó bruscamente; esta hilaridad le era aún más penosa que los sollozos.

Durante estas últimas semanas le sucedía muy a menudo al anciano, sobre todo por la noche, después de las inyecciones, que evocara de esta forma detalles tan insignificantes de antaño, que en su memoria vacía se amplificaban repentinamente como el sonido en las volutas de un caracola. Luego, los recordaba durante algunos días riendo para sí, como un niño.

Se volvió alegremente hacia Antoine y empezó a canturrear con voz juvenil:

—*Monture guillerette,*  
*Hop, Jip... petit coursier...*  
*La... la... la... l'amourette...*  
*Hop... hop... au rendez-vous*<sup>[2]</sup>!

—Ya no me acuerdo de más —dijo enojado—. Es una canción que también conoce la señorita. Se la cantaba a la pequeña ...

Ya no pensaba en su muerte, ni en la de Jacques. Infatigablemente, hasta la marcha de Antoine, continuó buscando en su pasado los recuerdos de Quillebeuf y retazos de la vieja canción.

### III

UNA vez a solas con Sor Céline, recobró su seriedad. Pidió la sopa y permitió que se la fueran dando a cucharadas, sin la menor protesta. Después, cuando hubieron rezado juntos las oraciones de la noche, le hizo apagar la lámpara.

—Hermana, tenga la bondad de rogar a la señorita que venga. Y haga el favor también de llamar a las criadas; quiero hablarles.

Disgustada porque se la molestara a esta hora, la señorita Waize franqueó la entrada de la alcoba y se detuvo jadeante. Trató en vano de levantar la mirada hasta la cama; su espalda encorvada se lo impedía; no distinguía sino la parte baja de los muebles y, en el espacio iluminado, los zurcidos de la alfombra.

La religiosa le ofreció un sillón, pero la señorita retrocedió un paso; hubiera permanecido durante diez horas consecutivas sobre un solo pie, como una grulla, mejor que posar su falda en aquel asiento lleno de microbios.

Las dos criadas, inquietas, permanecían juntas, formando un grupo oscuro aunque iluminado de vez en cuando por las llamas.

El señor Thibault reflexionó durante algunos segundos. Su conversación con Antoine no le había tranquilizado; le atormentaba un deseo irresistible de añadir otra escena al espectáculo.

—Siento que mi fin ya no está muy lejos... —comenzó, entre toses—... y he querido aprovechar un instante de respiro en mis sufrimientos..., en los tormentos que me afligen... para despedirme de vosotras...

La monja, que doblaba unas toallas, se interrumpió sorprendida. La señorita y las dos criadas, sobrecogidas, permanecían calladas. El señor Thibault creyó por un instante que el anuncio de su próxima muerte no extrañaba a nadie y tuvo un momento de una atroz ansiedad. Afortunadamente para él, la monja, más lista, exclamó:

—Pero, señor, ahora que va usted cada vez mejor, ¿por qué habla de morirse? ¡Si le oyera el doctor!

El señor Thibault sintió inmediatamente que su energía moral se afirmaba. Frunció el entrecejo y su mano hinchada se levantó trabajosamente, a fin de reducir al silencio a la habla dora.

Como si estuviera recitando, prosiguió:

—La víspera de comparecer, de comparecer ante el Supremo Tribunal, pido perdón. He de pedir perdón a todos. Muy a menudo he carecido de indulgencia para con mi prójimo. Tal voz he quebrantado con mi severidad el afecto de mis... De todos aquellos que vivían bajo mi techo. Reconozco... Estoy en deuda... En deuda con todos vosotros... Con vosotras, Clotilde y Adrienne... Y sobre todo con vuestra madre, que ahora está, como yo, clavada en el lecho del dolor... Y que durante veinticinco años os ha dado un tan hermoso ejemplo de fidelidad...



Y por último, con usted, señorita... Usted que...

En aquel momento, Adrienne rompió a llorar tan ruidosamente que el señor Thibault, emocionado, estuvo también a punto de estallar en sollozos. Hipó, pero se rehízo, y, sopesando cada una de sus palabras, continuó:

—... usted que ha sacrificado una existencia modesta, para instalarse en nuestro hogar enlutado... Para velar el fuego..., nuestro fuego familiar. ¿Quién más digna de..., de reemplazar junto a mis hijos, a aquella que usted misma había educado?

Entre las frases, cuando se detenía, se oía a las mujeres llorar en la oscuridad. La espalda de la viejecilla se había arqueado aún más, y el temblor de sus labios dejaba oír en las pausas como un ligero ruido de succión.

—Gracias a usted, gracias a su vigilancia, nuestra familia ha podido seguir su camino... Su camino, bajo la mirada de Dios. He de agradecerse públicamente; y es a usted, señorita, a quien quiero hacer mi último ruego. Cuando llegue el momento fatal... —Trastornado por las palabras que pronunciaba, tuvo que hacer una pausa para dominar su temor, reflexionar en su situación actual y en el bienestar que experimentaba desde que le pusieron la inyección—: Cuando llegue el momento fatal, le ruego, señorita, que rece personalmente en voz alta aquella hermosa oración, ya sabe, esas letanías de..., de la buena muerte... que rezamos juntos... a la cabecera de mi pobre esposa... En esta misma habitación..., ¿verdad?..., y bajo este mismo crucifijo...

Su mirada trató de penetrar en la oscuridad. Esta habitación de caoba y brocado azul era su alcoba de siempre; aquella en que tiempo atrás, en Ruán, había visto morir a sus padres, con algunos años de intervalo... La había traído a París; había sido su habitación de soltero; había sido su cámara nupcial... En ella había nacido Antoine en una fría noche de marzo. Luego, diez años más tarde en otra noche de invierno, había muerto en ella su esposa al dar a luz a Jacques. La volvió a ver como en sueños, muerta, en la enorme cama sembrada de violetas, exangüe... Su voz tembló:

—... Y confío que nuestra santa y bien amada... me ayudará desde lo alto... Me comunicará su valor..., su resignación... El valor de que ella dio pruebas... Sí... — Cerró los ojos y juntó las manos con torpeza.

Parecía dormir.

Entonces, Sor Céline hizo señas a las criadas de que se retiraran sin hacer ruido.

Antes de dejar a su señor, le contemplaron atentamente como si aquella cama fuera ya un lecho mortuario. Se oyeron en el pasillo los sollozos de Adrienne y la charla ahogada de Clotilde, que llevaba del brazo a la vieja señorita. No sabían ya qué hacer. Se dirigieron a la cocina y se sentaron en corrillo. Lloraban. Clotilde decretó que había que velar, para poder acudir a la primera llamada a buscar un sacerdote; y, sin perder tiempo, se puso a moler café.

Sólo la religiosa sabía a qué atenerse: estaba acostumbrada. Para ella, la serenidad de un moribundo era siempre una prueba de que en las profundidades de su instinto —muchas veces equivocadamente, por otra parte—, el enfermo no creía

verdaderamente en su muerte inminente. Por consiguiente, después de haber recogido la habitación y apagado el fuego, abrió la cama plegable en la que ella reposaba. Y diez minutos más tarde, en la habitación a oscuras, sin haber cambiado una palabra con su enfermo, la religiosa pasaba insensiblemente, como todas las noches, de la oración al sueño.

El señor Thibault, en cambio, no dormía. La doble inyección le aseguraba un bienestar más prolongado, pero le mantenía despierto. Inmovilidad voluptuosa, poblada de ideas, de proyectos. Haber sembrado el temor a su alrededor parecía haberle purgado definitivamente de su propia angustia. La respiración acompasada de la enfermera le molestaba bastante, pero se deleitó al pensar en el día en que, ya curado, podría despedirla, dándole las gracias, así como una cuantiosa limosna para su comunidad. ¿Cuánto? Ya se vería... Muy pronto... ¡Qué impaciente estaba por revivir! ¿Qué sería de sus obras sin él?

Un leño se hundió en las cenizas. Entreabrió un ojo. Una llama resucitada, vacilante, hacia danzar unas sombras chinescas en el techo. De repente se vio a sí mismo en Quillebeuf, tembloroso y con una vela encendida en la mano, en el pasillo húmedo que durante todo el año olía a salitre y a manzanas: igual que ahora, unas grandes sombras que danzaban en el techo... ¡Aquellas terribles arañas negras que había siempre por la noche en los retretes de la tía Marie!... (Entre el niño miedoso de entonces y el anciano de hoy, era tan completa para él la identidad que hubo de hacer un esfuerzo de imaginación para distinguir uno de otro.)

El reloj dio las diez. Luego la media.

Quillebeuf... El carricoche... El corral... Léontine...

Estos recuerdos, que el azar había hecho surgir de lo más profundo de su memoria, flotaban obstinadamente en la superficie, sin consentir en descender de nuevo.

La musiquilla de la vieja canción proporcionaba a estas evocaciones pueriles un acompañamiento discontinuo. Todavía le faltaba casi toda la letra, excepto el principio, que se había ido recomponiendo poco a poco y el estribillo, que había surgido inopinadamente de las tinieblas:

*Monture guillerette,  
Trilby, petit coursier,  
Tu sers mon amourette  
Mieux qu'un beau destrier!*  
.....  
*Hop! Hop! Trilby, trottine!*  
*Hop! Vite! Au rendez-vous<sup>[3]</sup>!*

El reloj dejó oír once campanadas.

*... Monture guillerette,  
Trilby, petit coursier...*

## IV

AL día siguiente, hacia las cuatro, Antoine pasó tan cerca de su casa entre dos visitas que aprovechó para preguntar por su padre. Por la mañana había encontrado al señor Thibault bastante debilitado. La fiebre persistía. ¿Anunciaba una complicación? ¿Subrayaba solamente la agravación general?

Antoine no quería ser visto por el enfermo, al que esta visita suplementaria hubiera inquietado. Entró en el cuarto de aseo por el pasillo. Sor Céline se encontraba en él. Lo tranquilizó en voz baja. Hasta entonces la jornada no había sido demasiado mala. De momento, el señor Thibault estaba bajo los efectos de una inyección. (Estas dosis repetidas de morfina se hacían indispensables para permitirle soportar los dolores.)

Por la puerta de la alcoba, que no estaba completamente cerrada, llegaba un murmullo, una canción. Antoine aguzó el oído. La religiosa se encogió de hombros.

—No ha parado hasta que he ido a buscar a la señorita para que le cantase una canción de no sé qué. No habla de otra cosa desde esta mañana.

Antoine se acercó de puntillas. La voz tenue de la anciana surgía en el silencio:

*—Monture guillerette,  
Trilby, petit coursier,  
Tu sers mon amourette  
Mieux qu'un beau destrier!  
Gentiment, pour Rosine,  
Pour ser yeus andalous,  
Hop! Hop! Trilby, trottine!  
Hop! Vite! Au rendez-vous<sup>[4]</sup>!*

Entonces, Antoine oyó la voz de su padre como un mosconeo cascado, que repetía jadeante el estribillo:

*—Hop! Vite! Au rendez-vous!...*

Después, la flauta temblorosa prosiguió:

*—Vois cette fleur charmante,  
Lá-bas, au bord du pré.  
Je veux que mon Infante*

*En ait le front paré!*  
*Je la cueille, et toi, broute!*  
(*Car, à chacun ses goûts*<sup>[5]</sup>.)

—¡Eso es! —interrumpió el señor Thibault con acento triunfal—. Tía Marie cantaba siempre: *La... la... la... et toi, broute!... La... la... la... et toi, broute!...*  
Ambos a una repitieron:

*—Hop! Hop! Trilby en route!*  
*Hop! Vite! au rendez-vous!*

—Cuando está así, no se queja —murmuró la monja.  
Antoine salió con el corazón encogido.

Cuando pasaba por delante de la portería, le llamó la portera. El cartero acababa de dejar algunas cartas. Antoine las cogió distraídamente. Su pensamiento estaba arriba:

*... Monture guillerette,*  
*Trilby, petit coursier...*

Él mismo estaba extrañado por sus sentimientos con respecto al enfermo. Un año antes, cuando había comprendido que el señor Thibault estaba perdido, había descubierto en su interior un afecto desconcertante e innegable hacia este padre al que creía no amar, un afecto muy reciente, según parecía, y, sin embargo, semejante a un cariño muy antiguo que la proximidad de lo irreparable hubiera reavivado solamente. Sentimiento que había venido a reforzar durante todos estos largos meses la adhesión del médico a este condenado, cuya sentencia era el único en conocer y al que había que conducir hasta el final lo más dulcemente posible.

Antoine había ya caminado algunos pasos por la calle, cuando su mirada se fijó en uno de los sobres que conservaba en la mano.

Se paró en seco:

*«Señor Jacques Thibault.*  
*»4 bis, calle de la Universidad.»*

Todavía llegaba de vez en cuando a nombre de Jacques algún catálogo de librería

o un prospecto. ¡Pero una carta! Este sobre azulado, esta letra de hombre —¿de mujer, tal vez?—, letra inclinada, de rasgos alargados, más bien desdeñosa... Dio media vuelta. Lo primero, reflexionar. Entró en su despacho. Pero antes incluso de sentarse, ya había abierto la carta con ademán resuelto.

Desde las primeras palabras se sintió trastornado.

«1 bis, plaza del Panthéon.  
»25 de noviembre de 1913.

»Muy señor mío:  
»He leído su novela...»

«¿Una novela? ¿Jacques escribe?» E inmediatamente, la certidumbre: «¡Está vivo!» Las palabras le bailan ante los ojos. Antoine busca febrilmente la firma: «JALICOURT.»

«He leído su novela con mucho interés. Puede usted adivinar, por otra parte, las reservas que ha de inspirar a un viejo universitario...»

¡Ah, Jalicourt! Valdieu de Jalicourt. El profesor, el académico... Antoine le conocía mucho de nombre; incluso tenía en su biblioteca dos o tres libros de Jalicourt.

«... Puede usted adivinar, por otra parte, las reservas que ha de inspirar a un viejo universitario como yo una fórmula novelesca contraria a mi cultura clásica y a la mayor parte de mis gustos personales. Verdaderamente no puedo suscribirla ni en el fondo ni en la forma. Pero he de reconocer que estas páginas, incluso en su exageración, son de un poeta y de un psicólogo. Más de una vez al leerlas he pensado en aquellas palabras de un músico amigo mío a quien un joven compositor revolucionario (que podría ser de los suyos) enseñaba un ensayo de una audacia turbadora: “Llévese ahora mismo todo eso, señor mío, si no acabará por gustarme”.

»JALICOURT.»

A Antoine le temblaban las piernas. Se sentó. No apartaba la vista de la carta desdoblada ante él encima de la mesa. En el fondo no le extrañaba en absoluto que Jacques estuviera vivo: nunca había tenido razón alguna para pensar en un suicidio. Su primera reacción, al recibo de esta carta, había sido la del cazador: durante algunos segundos había sentido resucitar en él aquel instinto de sabueso que, tres años antes, le había lanzado durante varios meses consecutivos a la búsqueda del ausente, siguiendo todas las pistas imaginables. Luego, al mismo tiempo, experimentó una ternura tal hacia su hermano, un deseo tan imperioso de volver a

verle que permaneció completamente aturdido. Durante los últimos días, e incluso aquella misma mañana, había tenido que rechazar muy a menudo cierto sentimiento de amargura al verse solo junto al lecho del anciano; ¿cómo no sentir algo de rencor hacia aquel hermano fugitivo que, en un momento como éste y ante una tarea tan agobiante, desertaba de su puesto? ¡Pero aquella carta!

Le embargó la esperanza: localizar a Jacques, avisarle, llamarle. ¡No seguir estando solo!

Volvió a coger la hoja: «1 bis, plaza del Panthéon»... Jalicourt...

Una mirada al reloj; otra a su dietario.

«Bien. Aún me quedan tres visitas para esta tarde. La de las cuatro y media, en la avenida de Saxe, es urgente, no puedo eludirla. Después, ese principio de escarlatina en la calle de Artois, también indispensable, pero no a hora fija. La tercera, una convalecencia, puede aplazarse.» Se levantó. «Lo primero, a la avenida de Saxe. E inmediatamente después, Jalicourt.»

Hacia las cinco, Antoine llegaba a la plaza del Panthéon. Casa antigua. No había ascensor. (Por otra parte, su impaciencia le hubiera impedido hacer uso de él.) Subió los escalones de cuatro en cuatro.

—El señor De Jalicourt ha salido. Miércoles... Su clase en la Escuela Normal, de cinco a seis...

«Calma —se dijo Antoine al bajar la escalera—. El tiempo justo para ir a ver mi escarlatina.»

Antes de las seis se apeaba de un taxi, delante de la Escuela Normal.

Recordó su visita al director después de la desaparición de su hermano; luego, aquel día de verano ya lejano en que había venido a este sombrío edificio para esperar con Jacques y Daniel el resultado del examen de ingreso.

—La clase no ha terminado todavía. Suba al descansillo del primer piso. Verá usted salir a los alumnos.

Una corriente de aire continuo silbaba por los patios, por las escaleras, por los pasillos. Las lámparas eléctricas, distribuidas con parsimonia, tenían el aspecto de quinqués humeantes. Estas losas, estas arcadas, estas puertas sonoras, esta escalera monumental, oscura y resbaladiza, con sus paredes mugrientas sobre las que flotaban al viento los avisos rasgados, tanta solemnidad, tanto silencio y abandono, hacían pensar en un obispado de provincia, abandonado definitivamente.

Transcurrieron algunos minutos. Antoine, aterido, seguía esperando. En el patio retumbaron unos pasos sordos: se acercaba un estudiante zafio y desgalichado, con los zapatos rotos y que iba balanceando un libro en la mano; miró a Antoine de reojo y pasó.

De nuevo se hizo el silencio. Y, repentinamente, un zumbido: la puerta de la clase se abrió, con un murmullo de sesión parlamentaria; los estudiantes, en grupos, reían,

se hacían preguntas, se apretujaban unos contra otros; después se dispersaron apresuradamente por los corredores helados.

Antoine vigilaba. (Evidentemente, el profesor salía el último.) Cuando la colmena le pareció vacía, se acercó. Al fondo de una sala entarimada, adornada con bustos y mal iluminada, un individuo de pelo blanco, de pie e inclinado sobre una mesa, ponía en orden unos papeles. No podía ser sino el señor De Jalicourt.

Creía estar solo. Al oír el ruido que hizo Antoine, se incorporó con una mueca. Era corpulento y se volvía casi de perfil para mirar ante sí, ya que solamente veía con un ojo, a través de un monóculo grueso como una lente. Tan pronto como vio que había alguien, abandonó su sitio y con un gesto cortés, indicó al visitante que se acercara.

Antoine esperaba ver un viejo profesor. El aspecto de este gentilhomme, vestido de claro y que más bien parecía bajar del caballo que de la cátedra, le sorprendió.

Se presentó:

—... hijo de Oscar Thibault, colega suyo del Instituto... Hermano de Jacques Thibault, a quien usted escribió ayer... —Y como el otro, con las cejas fruncidas, afable pero distanciado, no se inmutara, Antoine se dejó de preámbulos—: ¿Qué sabe usted de Jacques, señor De Jalicourt? ¿Dónde se encuentra?

La frente de Jalicourt denotó cierta irritación.

—Va usted a comprenderme, señor De Jalicourt —prosiguió Antoine—. Me he tomado la libertad de abrir su carta. Mi hermano ha desaparecido.

—¿Cómo; desaparecido?

—¡Desaparecido desde hace tres años!

Jalicourt había adelantado la cabeza con cierta brusquedad. A través del monóculo su ojo miope y penetrante observaba al joven desde muy cerca. Antoine sintió en su mejilla el aliento del profesor.

—Sí; desde hace tres años —repitió—. Sin comunicar las causas de su marcha. Sin dar la menor señal de vida ni a mi padre ni a mí. A nadie. Excepto a usted. Por consiguiente, como puede comprender, acudo a usted. ...¡Ni siquiera sabíamos si todavía estaba vivo!

—¿Vivo? ¡Tiene que estarlo, puesto que acaba de publicar esa novela!

—¿Cuándo? ¿Dónde?

Jalicourt no contestó. Su barbilla puntiaguda, afeitada, marcada con una profunda arruga, sobresalía con arrogancia sobre las altas puntas del cuello postizo. Sus dedos afilados jugaban con la extremidad del bigote, que caía largo, sedoso y muy blanco. Murmuró evasivo:

—Después de todo, no sé. La novela no estaba firmada «Thibault»; he sido yo quien ha podido creer identificar un seudónimo ...

Antoine balbuceó:

—¿Qué seudónimo? —Ya se sentía agobiado por una espantosa decepción.

Jalicourt, que no le perdía de vista, se conmovió y rectificó en seguida:



—Sin embargo, no creo haberme equivocado.

Permanecía a la defensiva. No era que temiera excesivamente las responsabilidades; sino que instintivamente le repugnaba la indiscreción, así como inmiscuirse en la intimidad de los demás. Antoine comprendió que le era necesario vencer su desconfianza; explicó:

—Lo peor de todo es que, desde hace un año, mi padre está muy grave. La enfermedad avanza. Algunas semanas más y habrá llegado el fin. Solamente somos dos hermanos. ¿Comprende usted ahora por qué he abierto su carta? Si Jacques vive podré encontrarle, informarle de lo que sucede; le conozco y sé que volverá.

Jalicourt reflexionó durante un instante. Un tic nervioso le hacía contraer los músculos faciales. Luego tendió la mano espontáneamente.

—Eso es diferente —dijo—. Haré todo lo posible por ayudarle. —Pareció vacilar: su mirada recorrió la clase—. Aquí no podemos hablar. ¿Le importaría acompañarme a mi casa?

Juntos y sin pronunciar una sola palabra, cruzaron la escuela desierta, en la que rugía el viento.

Tan pronto como estuvieron en la tranquila calle de Ulm, Jalicourt prosiguió en tono amistoso:

—Quisiera poder ayudarle. El seudónimo me pareció bastante claro: *Jack Baulthy*. ¿No es así? Por otra parte, he conocido la letra; ya en otra ocasión había recibido una carta de su señor hermano... Le diré lo poco que sé. Pero primero explíqueme... ¿Por qué se marchó?

—¿Por qué? Nunca he podido encontrar una razón plausible. Mi hermano es un ser violento, inquieto... No me atrevo a decir un visionario. Todos sus actos son más o menos desconcertantes. Se cree conocerle, y cada día es diferente de como ha sido la víspera... He de decirle que Jacques ya se escapó de casa en otra ocasión, cuando tenía catorce años: desapareció un buen día, llevándose a un amigo y se les encontró tres días después camino de Tolón. En medicina (yo soy médico), las fugas morbosas están descritas y catalogadas desde hace mucho tiempo. La primera fuga de Jacques pudo en rigor tener una causa patológica. ¿Pero esta desaparición durante tres años? ... Por otra parte, no hemos podido encontrar en su vida ningún motivo para esta fuga: parecía feliz; había pasado las vacaciones con nosotros tranquilamente; había aprobado brillantemente en la Normal y debía ingresar en la Escuela a primeros de noviembre. Su acto no debió de ser premeditado, puesto que se marchó sin equipaje, casi sin dinero, no llevándose apenas sino papeles. No había advertido a ningún amigo. Pero envió al director de la Escuela una carta de dimisión, que yo he visto y que está fechada el mismo día de su desaparición... En aquella época, yo tuve que hacer un viaje de dos días: Jacques desapareció durante mi ausencia.

—Pero... su señor hermano no estaba muy decidido a ingresar en la Escuela, ¿no es así? —insinuó Jalicourt.

—¿Usted cree?

Jalicourt no insistió y Antoine calló.

La evocación de este período trágico siempre le emocionaba. La ausencia de que acababa de hablar era su viaje al Havre: Rachel, el *Romania*, la despedida... Y el mismo día que volvió palpitante a París, fue para encontrar la casa trastornada: su hermano, ausente desde la víspera; su padre, excitado, obstinado, había avisado a la policía y vociferaba: «¡Se ha marchado para suicidarse!», sin que fuera posible hacerle cambiar de opinión. El drama familiar se había injertado en carne viva sobre el drama amoroso. Ahora, no obstante, consideraba que aquella sacudida había sido saludable para él. La idea fija de encontrar la pista del fugitivo había reemplazado a la otra obsesión. Muy ocupado en el Hospital, había empleado todo su tiempo libre en recorrer las oficinas de la Prefectura, el depósito de cadáveres, las agencias particulares. Había tenido que hacer frente a todo: a la agitación malsana e importuna de su padre; a la desesperación que por un momento había hecho temer seriamente por la salud de Gise; a las visitas de los amigos; al correo cotidiano; a las múltiples investigaciones de los agentes lanzados en todas direcciones, incluso por el extranjero, y que incesantemente hacían concebir falsas esperanzas. En resumidas cuentas, esta vida agitada le había salvado en aquella época de sí mismo. Y cuando, después de meses enteros de vanos esfuerzos, había tenido que ir renunciando poco a poco a las gestiones, ya se había acostumbrado a vivir sin Rachel.

Andaban de prisa; esto no impedía a Jalicourt mantener la conversación. Su extremada cortesía no encajaba bien con el silencio. Hablaba de unas cosas y de otras con una amabilidad preconcebida. Pero cuanto más afable se mostraba, más ausente se le notaba.

Llegaron a la plaza del Panthéon. Jalicourt subió los cuatro pisos sin aflojar el paso. En el descansillo de su piso, el anciano se irguió, se quitó el sombrero y, haciéndose a un lado, empujó ante Antoine el batiente de su puerta, como si ésta diera acceso a la Galería de los Espejos.

En el vestíbulo se olían todas las legumbres puestas en la olla. Jalicourt apenas si se detuvo en él y, ceremoniosamente, hizo pasar a su visitante al salón que precedía a su habitación de trabajo. La casita estaba atestada de muebles de marquetería, de sillones tapizados, de chucherías, de viejos retratos. El despacho era una habitación oscura, que parecía exigua y muy baja, porque la pared del fondo estaba ocupada totalmente por un pomposo tapiz, que representaba el cortejo de la reina de Saba en su visita al rey Salomón, y completamente desproporcionado con la altura de la pared; se habían tenido que doblar los bordes, hasta el extremo de que los personajes, mucho mayores que de tamaño natural, tenían los tobillos cortados y tocaban la cornisa con sus coronas.

El señor De Jalicourt invitó a Antoine a sentarse. Por su parte, se instaló sobre los almohadones aplastados y descoloridos de un diván, colocado ante una mesa

escritorio de caoba en completo desorden; allí era donde trabajaba. Entre las dos orejas del sillón, sobre aquel fondo de terciopelo verdoso, su cabeza recostada, su rostro huesudo, su nariz aguileña, la perspectiva huidiza de la frente y sus mechones blancos, como empolvados, adquirirían estilo.

—Veamos —dijo, pasando por entre el pelo sus dedos afilados—, voy a tratar de precisar mis recuerdos... Mis primeras relaciones con su señor hermano fueron por carta. En aquella época, hará de esto unos cuatro o cinco años, su hermano debía de estar preparando el ingreso en la Escuela. Me escribió, según me parece recordar, a propósito de uno de los libros que publiqué por aquel entonces.

—Sí —dijo Antoine—, *A l'aube d'un siècle*.

—Tengo que haber guardado su carta. El tono me chocó. Le contesté, e incluso le invité a que viniera a verme, lo que no hizo, al menos en aquella época. Esperó a haber aprobado el examen de ingreso para presentarse a mí; y ésta es la segunda fase de nuestras relaciones. Fase muy corta: una hora de conversación. Su señor hermano vino a mi casa una noche, bastante tarde, hace tres años, un poco antes de la apertura de curso; es decir, a principios de noviembre.

—¡Precisamente inmediatamente antes de su escapatoria!

—Le recibí; siempre recibo a los jóvenes. Su fisonomía enérgica, apasionada, casi febril aquella tarde, se me quedó grabada en la imaginación. —(Jacques le había parecido un exaltado demasiado pagado de sí mismo.)— Vacilaba entre dos determinaciones y venía a conocer mi opinión. ¿Debía entrar en la Escuela y terminar en ella prudentemente sus estudios universitarios? ¿O bien, debía tomar otro derrotero? (que por otra parte ni él mismo parecía poder precisar), y que, a mi entender, era renunciar a los exámenes, trabajar según su gusto y escribir.

—No sabía nada —murmuró Antoine. Recordó lo que había sido su propia vida durante aquel último mes anterior al embarque de Rachel, y se reprochó haber abandonado por entero a Jacques a sí mismo.

—He de confesarle —continuó Jalicourt, con una chispa de coquetería que le sentaba muy bien—, que ya no sé muy exactamente lo que le aconsejé. Como es natural, trataría de influir para que no abandonara la escuela... Para los individuos de su carácter, nuestra enseñanza, al fin y al cabo, es inofensiva: saben escoger instintivamente; tienen, ¿cómo diría yo?, una especie de desenvoltura de buena casta que no se deja meter en vereda. La escuela no es fatal sino para los tímidos y los escrupulosos... Además, me pareció que su señor hermano venía a consultarme más que nada para cubrir las apariencias, y que su resolución ya estaba tomada. Éste es precisamente el índice de una vocación que se muestra imperiosa. ¿No es así? Me habló con una violencia... juvenil, acerca del espíritu universitario, de la disciplina, de algunos profesores; e incluso, si no me falla la memoria, de su vida de familia y de sus relaciones sociales... ¿Le extraña esto? Quiero mucho a los jóvenes. Me ayudan a no envejecer demasiado aprisa. Adivinan que hay en mí, bajo el profesor de literatura, un viejo poeta impenitente al que pueden hablar con franqueza; y su señor

hermano, si no me falla la memoria, repito, no se privó de hacerlo... Me gusta la intolerancia de los jóvenes. Es buena señal que un adolescente se rebele por naturaleza contra todo. Aquellos de mis alumnos que han llegado a ser algo, eran todos de estos indóciles que entran en la vida «con la injuria en la boca», como decía a veces mi maestro Renán.

»Pero volvamos a su señor hermano. No recuerdo bien cómo nos separamos. Ahora bien: pocos días después, tal vez al día siguiente, recibía de él una cuartilla que aún conservo. Una vieja costumbre de recopilador...»

Se levantó, abrió un armario y volvió con un legajo que puso sobre la mesa.

—No es una carta, sino una simple transcripción de un poema de Whitman, sin siquiera firma. Pero la letra de su señor hermano no es de esas que se olvidan: bonita, ¿verdad?

Mientras hablaba, recorría con la vista el papel que acababa de desdoblar. Lo alargó a Antoine, que sintió un choque: ¡Aquella letra nerviosa, excesivamente simplificada y, sin embargo, regular, redonda y vigorosa! La letra de Jacques...

—Desgraciadamente —proseguía Jalicourt—, debí de tirar el sobre. ¿Desde dónde me escribía?... Además, esta cita de Whitman no adquiere su verdadero sentido para mí hasta hoy.

—No estoy lo bastante fuerte en inglés como para leer esto de corrido —confesó Antoine.

Jalicourt volvió a coger la hoja, la acercó a su monóculo y tradujo:

—«*A foot and light-hearted I take to the open road...* Con el pie y el ánimo ligero tomo el camino despejado, el gran camino. ¡En buen estado de salud, libre, y el mundo ante mí!

»Ante mí el largo camino pardo que conduce a cualquier parte... *wherever I choose...* ¡A cualquier parte que yo quiera!

»¡A partir de ahora no pido buena suerte..., no llamo más a la buena suerte, soy yo quien es la buena suerte!

»¡A partir de ahora no lloriqueo, no... *postpone no more...* No contemporo, no necesito nada!

»¡Terminados los sufrimientos internos, las bibliotecas, las discusiones críticas!

»Vigoroso y satisfecho... *I travel...*; me lanzo... *I travel the open road...* a recorrer el gran camino!»

Antoine suspiró.

Hubo un corto silencio, interrumpido por el joven:

—¿Y la novela?

Jalicourt sacó del legajo el fascículo de una revista.

—Aquí está. Se ha publicado en *Calliope*, en septiembre. *Calliope* es una revista de jóvenes, muy inquieta, que se edita en Ginebra.

Antoine se había apoderado del folleto y lo hojeaba con mano febril. Y

repentinamente volvió a tropezarse con la letra de su hermano. Debajo del título de la novela: *La Sorellina*, Jacques había escrito estas líneas:

«¿No me dijo usted aquella célebre tarde de noviembre: “Todo está sometido a la acción de dos polos. La verdad tiene siempre dos caras”?

»También el amor, algunas veces.

»JACK BAULTHY.»

Antoine no comprendió. Más tarde. Una revista ginebrina. ¿Estaría Jacques en Suiza? *Calliope*... Calle del Ródano, 121, Ginebra.

¡Mal se tenían que poner las cosas para no poder conseguir sus señas en la revista!

Ya no podía estar tranquilo. Se levantó.

—Recibí este folleto al final de las vacaciones —explicaba Jalicourt—. Demoré el contestar y no pude hacerlo hasta ayer. Indudablemente hubiera podido mandar la carta a *Calliope*, pero casualmente cambié de opinión: escribir en una revista suiza no implica forzosamente que no se esté en París... —(Omitía decir que el precio del franqueo era lo que había influido en su decisión.)

Antoine no escuchaba. Intrigado hasta más no poder, con las mejillas encendidas, atrapando aquí y allá una frase turbadora, enigmática, hojeaba maquinalmente estas páginas que eran de su hermano, que eran Jacques resucitado. Impaciente por encontrarse a solas, como si esperara de esta lectura una revelación, se despidió lo más pronto que pudo.

Jalicourt, al acompañarle hasta la puerta, encontró la manera de prodigarle sus amabilidades; sus frases, sus gestos, parecían pertenecer a un ceremonial.

En el recibimiento se detuvo y señaló con el índice *La Sorellina*, que Antoine tenía bajo el brazo.

—Ya verá, ya verá... —dijo—. Comprendo que está plena de talento. Pero yo he de confesar... ¡No!... Soy demasiado viejo. —Y como Antoine esbozara un ademán de protesta, añadió—: Sí. Ya no comprendo lo que es muy nuevo. Hay que hacerse una opinión. Uno se fosiliza... Mire, en música he tenido todavía la suerte de poder evolucionar: después de haber sido un wagneriano furibundo, he podido, sin embargo, comprender a Debussy. ¡Pero todavía estaba a tiempo! ¿Usted concibe que yo no hubiera comprendido a Debussy?... Pues bien: estoy completamente seguro de que en literatura, hoy en día, no le comprendería...

Se había incorporado. Antoine le miraba con una curiosidad no exenta de admiración; efectivamente, el anciano parecía tener muy buen aspecto. Estaba de pie bajo la lámpara; la frente y el pelo resplandecían; sus cejas dominaban dos cavidades, una de las cuales —acristalada—, se iluminaba en algunos momentos como una ventana a la puesta del sol.

Antoine quiso expresarle una vez más su agradecimiento, pero Jalicourt parecía

como si se reservase el monopolio de toda manifestación de cortesía. Le interrumpió, alargó el brazo y le ofreció caballerescamente la palma de la mano:

—Le ruego tenga a bien saludar al señor Thibault en mi nombre. Y por favor, mi querido señor, no deje de tenerme al corriente...

## V

EL viento había cesado; lloviznaba y la luz de los faroles no era sino un halo en la niebla.

Era demasiado tarde para hacer ninguna gestión; Antoine no pensaba sino en volver a casa cuanto antes.

No había ningún taxi en la parada. Tuvo que recorrer a pie la calle Soufflot, e iba apretando *La Sorellina* contra su cuerpo; pero su impaciencia aumentaba a cada paso y muy pronto se hizo irresistible. En una esquina del boulevard, la «Grande-Brasserie», iluminada, ofrecía, si no el aislamiento total, por lo menos un refugio inmediato que Antoine aceptó.

En la puerta giratoria de la entrada se cruzó con dos jovencillos imberbes, que cogidos del brazo hablaban entre risas; ¿de amor, sin duda? Antoine oyó: «No, amigo mío, si el espíritu humano pudiera concebir una relación entre estos dos términos...» Antoine se sintió en el corazón del barrio latino.

En la planta baja estaban ocupadas todas las mesas y para llegar a la escalera tuvo que atravesar una nube de humo. El entresuelo estaba reservado para el juego. Alrededor de los billares no se oían sino gritos, risas y discusiones: «¡Trece!, ¡catorce!, ¡quince!» «¡Qué bárbaro!» «¡Y otra carambola!» «¡Eugène, un bock!» «¡Eugène, un *Byrrh!*» Alegría alborotadora, que el ruido seco de las bolas puntuaba como un *staccato* de aparato morse.

Todo era juvenil en estas caras: el color de las mejillas bajo la barba incipiente, la mirada ardiente tras los cristales de los lentes, el desenfado, la vivacidad, el lirismo de las sonrisas, que proclamaban la alegría de vivir, de esperar todo, de existir.

Antoine zigzagueaba por entre los jugadores, buscando algún lugar apartado. El bullicio de todos estos jóvenes le distrajo por un instante de su preocupación y por primera vez sintió el peso de su treintena.

«1913 —pensaba—, magnífica camada...; más sana y tal vez más osada que la juventud de hace diez años, la mía...»

Por haber viajado poco, nunca pensaba —por así decirlo— en su país. Sin embargo, esta noche experimentó un sentimiento nuevo, de confianza, de orgullo en relación con Francia y el porvenir de la nación. Mezclado, acto seguido, de melancolía: Jacques hubiera podido ser una de estas promesas... ¿Dónde estaría? ¿Qué haría en este momento?

En el fondo de la sala había algunas mesas libres que servían de guardarropa. Pensó que no estaría mal bajo aquel saliente y detrás de aquella barrera de abrigos. Nadie en los alrededores, a no ser una pareja tranquila: el hombre, un muchacho, leía *l'Humanité*, con la pipa en la boca e indiferente a su compañera, la cual, mientras sorbía un vaso de leche caliente, se distraía en pulirse las uñas, en contar el dinero suelto, mirarse los dientes en el espejo de bolsillo y observar con el rabillo del ojo a

los recién venidos: aquel viejo estudiante preocupado que, antes incluso de haber pedido su consumición, se embebía en un libro, la intrigó durante algunos segundos.

Antoine se puso a leer, pero no conseguía concentrar su atención. Maquinalmente, se tomó el pulso: le latía vertiginosamente; pocas veces se había encontrado tan poco dueño de sí mismo.

Por otra parte, el principio ya era como para desorientar:

«Calor agobiante. Olor a tierra seca, a polvo. El camino sube. Brotan chispas en la piedra bajo las herraduras de los caballos. Sybil va delante. En San Paolo dan las diez. La orilla, desdibujada, se recorta sobre el azul purísimo. Oro y azul. A la derecha, hasta perderse de vista, el Golfo di Napoli. A la izquierda, un poco de oro solidificado emerge del oro líquido, la Isola di Capri.»

¿Jacques, en Italia?

Antoine salta impaciente varias páginas. Raro estilo...

«Su padre. Los sentimientos de Giuseppe hacia este padre. Inaccesible rincón de su alma, corona de espinas, quemazón. Años de idolatría inconsciente, endemoniada, terca. Todos los impulsos naturales contrariados. Veinte años antes de haberse resignado al odio. Veinte años antes de haber comprendido que era necesario odiar. Odiar con toda el alma.»

Antoine se detiene con malestar. ¿Este Giuseppe...? Vuelve a las páginas del principio; trata de calmarse.

La primera escena es un paseo a caballo de dos jóvenes, de este Giuseppe que se parece a Jacques, con Sybil, una joven que debe de ser inglesa, puesto que dice:

«“En Inglaterra, cuando se hace necesario, nos contentamos con las situaciones provisionales. Esto nos permite decidir y obrar. Vosotros, los italianos, queréis lo definitivo desde el primer momento.” Para sus adentros piensa: “En esto, al menos, yo soy italiana, aunque es, mejor que él no lo sepa.”»

En lo alto de la loma los dos jóvenes se bajan del caballo para descansar:

«Ella salta al suelo antes que Giuseppe, azota con la fusta la hierba requemada para espantar a los lagartos y se sienta. Cara al sol ardiente.

»—¿Al sol, Sybil?

»Giuseppe se tumba a lo largo de la pared, aprovechando la menguada sombra. Apoya la cabeza en el enlucido ardiente y observa: “Sus gestos quieren ser graciosos —piensa—, pero ella nunca se lo perdonaría a sí misma.”»

Antoine está tan febril que pasa de un párrafo a otro, tratando de comprender



antes de haber leído. Su mirada coge al vuelo una frase:

«Ella es inglesa y protestante.»

Lee el pasaje:

«Para él, todo en ella es excepcional, adorable, odioso. Le atrae que haya nacido, que haya vivido, que viva en un mundo casi desconocido para él. La tristeza de Sybil. Su pureza. Esta camaradería. Su sonrisa. No; sonrío con los ojos, pero nunca con los labios. Sus sentimientos hacia ella, severos, exasperados, impacientes. Ella le ofende. Parece desear que él sea de raza inferior, pero sufre por ello. Dice: “Vosotros, los italianos, vosotros, los meridionales.” Ella es inglesa y protestante.»

¿Una mujer que Jacques ha conocido, que ha amado?... ¿Con la que tal vez vive?

«Descenso a través de las viñas; los limoneros. La playa. Un rebaño conducido por un niño, mirada sombría, el hombro desnudo bajo los harapos. Silba para llamar a dos perros blancos. Suena la esquila de la vaca que lleva consigo. Inmensidad. Sol. Los pies forman en la arena agujeros que se llenan de agua.»

Estas descripciones molestan a Antoine, que se salta dos páginas.

Ahora la joven Sybil está en su casa:

«Villa Lunadoro. Construcción ruinoso, asediada de rosas. Doble parterre, henchido de flores ardientes...»

Literatura... Antoine vuelve la hoja y se detiene un instante:

«La rosaleda, desbordamiento de púrpura, bóveda baja de flores en apretados haces, cuyo perfume al sol, apenas tolerable, penetra en la piel, se insinúa en las venas, turba la vista, retrasa o precipita las pulsaciones del corazón.»

¿Qué le recuerda esta rosaleda? Conduce al palomar «donde palpitan los blancos pichones». ¿Maisons-Laffitte? ¡Y además protestante! ¿Será Sybil...? Aquí está:

«Sybil, vestida de amazona, se ha desplomado sobre un banco. Brazos separados, labios apretados, la mirada dura. Tan pronto se encuentra a solas, todo adquiere una claridad meridiana. La vida no le ha sido concedida sino para hacer feliz a Giuseppe. Es precisamente cuando no está con ella cuando le ama. “Los días que espero su llegada con mayor desesperación, estoy segura de que le haré sufrir. Crueldad absurda. Vergüenza. Aquellas que pueden llorar son afortunadas. Yo, este corazón cerrado, *indurado*.”»

¿Indurado? Antoine sonríe: una expresión de médico, una expresión que indudablemente procede de él.

«¿Me adivina? ¡Cuánto anhelo que me adivine! Y cuando parece hacerlo, no puedo, no lo soporto, me aparto, miento; no importa, lo que sea, tengo que escapar.»»

Y ahora la madre:

«Mrs. Powell baja la escalinata. Sol en sus cabellos blancos. Protege los ojos con las manos y sonríe antes de hablar, antes de haber visto a Sybil. “Carta de William — dice—. Una carta magnífica. Ha empezado dos carreras. Todavía permanecerá varias semanas en Paestum.”

»Sybil se muerde los labios. Desesperación. ¿Esperaba el regreso de su hermano para descifrarse, para comprenderse?»

Ya no hay duda: la señora de Fontanin, Jenny, Daniel; todo un conjunto de recuerdos.

Antoine continúa. Hojea el capítulo siguiente. Le gustaría volver a encontrar la página en que habla de Seregno padre.

Aquí está... No; se trata del palacio Seregno, una vieja mansión en la orilla del golfo:

«... anchos y toscos ventanales encuadrados por ramajes pintados al fresco...»

Descripciones: el golfo, el Vesubio.

Antoine salta las páginas, leyendo una frase aquí y otra allá, para no perder la ilación.

Este Giuseppe vive solo con la servidumbre en aquella residencia veraniega. Su hermana, Annetta, está en el extranjero. La madre ha muerto, naturalmente. El padre, el consejero Seregno, retenido en Nápoles por una alta magistratura, no viene sino los domingos y algunas veces una tarde entre semana. «Lo que hacía padre en Maisons», observa Antoine.

«Desembarcaba para cenar. Digestión. Cigarrillos y unos cortos paseos bajo el peristilo. Madrugón para reprender a los mozos de cuadra y a los jardineros. Reembarcaba, taciturno, en el primer barco de la mañana.»

Ah, el retrato del padre... Antoine lo aborda tembloroso:

«El consejero Seregno. Un éxito social. Todo en él se compenetra y se complementa. Posición social, bienes de fortuna, inteligencia profesional, espíritu de organización. Autoridad oficial, consagrada, agresiva. Probidad angulosa. Las

virtudes más duras. Y también el aspecto físico. Seguridad, soltura. Violencia a presión, siempre amenazadora y siempre contenida. Caricatura majestuosa, que ha conquistado el respeto y el temor de todos. Hijo espiritual de la Iglesia y ciudadano modelo. En el Vaticano como en la Corte, como en el Tribunal, en su despacho, en familia, en la mesa, dondequiera: lúcido, poderoso, irreprochable, satisfecho, inmóvil. Una fuerza. Mejor aún, un peso. No una fuerza que actúa, sino una fuerza inerte que pesa. Un conjunto perfecto, un total. Un monumento.

»Y su risita fría, interior...»

Ante los ojos de Antoine todo se embarulla durante un instante. Se asombra de que Jacques se haya atrevido. Cuán implacable le parece esta página vengativa, cuando evoca al anciano caduco:

*Monture guillerette,  
Trilby, petit coursier!...*

Entre su hermano y él, la distancia se ha acentuado repentinamente.

«Y su risita fría, interior, para ocultar un silencio ofensivo. Durante veinte años consecutivos, Giuseppe ha sufrido estos silencios, estas risitas. En plena rebeldía.

»Sí; odio y rebeldía constituyen el pasado de Giuseppe. Si piensa en su juventud, siente un regusto de venganza. Desde su primera infancia, todos sus instintos, a medida que toman forma, entran en lucha contra el padre. Todos. Desorden, falta de respeto, pereza, de los cuales blasona por reacción. Mal alumno y avergonzado de serlo. Pero es así como mejor puede rebelarse contra el código execrado. Irresistible apetencia de lo peor. Las desobediencias tienen el sabor de represalia.

»“Hijo sin entrañas”, dice la gente. Él, a quien el quejido de un animal herido, el violín de un mendigo, la sonrisa de una mujer a quien se hubiera encontrado bajo el pórtico de la iglesia, hacían sollozar en su lecho durante la noche. Soledad, desierto, infancia desgraciada. Ha podido llegar a la edad viril, sin que Giuseppe haya podido escuchar una frase amable para él, a no ser en boca de su hermanita.»

«¿Y yo?», piensa Antoine.

El tono se tiñe de ternura para hablar de la hermanita:

«Annetta, Annetta, *sorellina*. Milagro que haya podido florecer en esta sequedad.

»Hermana pequeña. Hermana de sus desesperaciones de niño, de sus rebeliones. Claridad única, fresco manantial, único manantial en esta sombra árida.»

«¿Y yo?» Pero aquí, un poco más lejos, trata de un hermano mayor, Humberto:

«Algunas veces, en la mirada de su hermano mayor, Giuseppe ha creído ver una muestra de simpatía...»

¿Una muestra? ¡Ingrato!

«... de simpatía mezclada de indulgencia. Pero entre ellos hay diez años: un abismo. Humberto se ocultaba de Giuseppe, y éste mentía a Humberto.»

Antoine se detiene. La sensación desagradable que experimentara al principio se ha disipado; poco importa que el tema de estas páginas sea tan personal. Se pregunta: «¿Qué valor tienen las apreciaciones de Jacques?» En conjunto, todo esto, incluso lo relativo a Humberto, es bastante exacto. ¡Pero qué aliento de rencor! Después de tres años de separación, de soledad, de tres años sin noticias de los suyos, cuánto debe odiar Jacques su pasado para expresarse en tales términos. Antoine se inquieta: suponiendo que encuentre el rostro de su hermano, ¿encontrará también el cariño de su corazón?

Hojea el resto de la novela, para ver si Humberto... No; apenas si se le nombra. Secreta decepción...

Pero sus ojos tropiezan con un pasaje, cuyo tono explica su curiosidad:

«Sin amigos, replegado en sí mismo, entregado a su desorden, a las asechanzas...»

La vida de Giuseppe en Roma, solo. ¿La vida de Jacques en alguna ciudad extranjera?

«Algunas noches. En su habitación, una atmósfera demasiado cargada. El libro cae al suelo. Apaga su lámpara y sale a la noche, como un lobezno. Roma de Mesalina, barrios sórdidos sembrados de trampas y de atractivos. Luces equívocas bajo las cortinas corridas ostentosamente. Oscuridad poblada, sombras que se ofrecen, sombras que acechan; lujuria. Anda a lo largo de las paredes llenas de emboscadas. ¿Huye de sí mismo? ¿Qué apagaría esta sed? Con el espíritu obsesionado por las locuras no cometidas, vaga errante durante horas, insensible, los ojos ardientes, las manos febriles, la garganta reseca, tan extraño a sí mismo como si hubiera vendido cuerpo y alma. Sudor de ansiedad, sudor de concupiscencia. Vuelve sobre sus pasos y ronda por las callejuelas. Roza una y otra vez las mismas trampas. Horas. Horas.

»Demasiado tarde. Las luces se apagan ya bajo las cortinas sospechosas. Las calles se vacían. A solas con su demonio. Dispuesto para cualquier caída, Demasiado tarde. Impotente, angustiado por el exceso cerebral del deseo.

»La noche se acaba. Pureza tardía del silencio, soledad religiosa de la aurora.

Demasiado tarde. Descorazonado, rendido, insatisfecho, abatido, se arrastra hasta su habitación y se desliza bajo las sábanas. Sin remordimiento. Mistificado. Rumiando hasta el pálido día la amargura de no haberse atrevido.»

¿Por qué esta página produce en Antoine una sensación penosa? Ya se sospechaba que el pequeño habría vivido y se habría manchado en muchas aventuras; está a punto de decir: «¡Qué se le va a hacer!» E incluso: «¡Mejor!» Sin embargo...

Se apresura a pasar algunas páginas. No consigue leer con continuidad, y adivina bien que mal el desarrollo de los hechos.

El hotelito de los Powell, en la orilla del golfo, está cerca del palacio Seregno. Durante las vacaciones, Giuseppe y Sybil viven vecinos. Paseos a caballo, tardes en barca...

«Giuseppe iba todos los días a Villa Lunadoro. Sybil no rehuía los encuentros. El enigma de Sybil. Giuseppe daba vueltas a su alrededor sin la menor alegría.»

Este amor de Giuseppe estorba el relato; a Antoine le molesta.

No obstante, hace por leer parcialmente una escena bastante larga que sigue a un atisbo de rotura entre ambos jóvenes.

«Las seis de la tarde. Giuseppe llega a la villa. Sybil. El jardín embriagado de aromas asimila su jornada de sol. Príncipe de leyenda, Giuseppe avanza entre dos muros de fuego: la avenida de granados en flor, encendidos por el sol poniente. Sybil, Sybil. Nadie. Ventanas cerradas; persianas bajadas. Se detiene. A su alrededor, enloquecedoras, las golondrinas atraviesan el aire con sus gritos inarticulados. Nadie. ¿Tal vez bajo la pérgola, detrás de la casa? Se contiene para no correr.

«En la esquina del hotelito, como una vaharada en el rostro, el sonido del piano. Sybil. El balcón del salón está abierto. ¿Qué es lo que toca? Suspiros desgarradores, interrogación quejumbrosa que se eleva en la dulzura del atardecer. Inflexiones humanas, frase hablada y sin embargo incomprensible, imposible de traducir en lenguaje claro. Escucha, se acerca, pone el pie en el umbral. Sybil no ha oído nada. El rostro, descubierto impudicamente. Párpados que aletean, boca entreabierta; todo no es sino una confesión. El alma se encuentra debajo de esta cara; el alma y el amor constituyen esta cara. Soledad transparente, secretos sorprendidos, violación, abrazo furtivo. Toca. La voluta de los sonidos gira en este instante maravilloso. Sollozo rápidamente sofocado, aflicción que se eleva, planea y permanece suspendida antes de resolverse milagrosamente en el silencio, igual que en el espacio el vuelo de un pájaro que huye.

«Sybil ha levantado las manos. El piano vibra; posando sobre él la mano se percibiría el tumulto de un corazón vivo. Ella se cree sola. Vuelve la cabeza. Una lentitud, una gracia desconocida para él. De repente...»

¡Literatura, literatura! Este procedimiento de pinceladas breves y brutales es exasperante.

¿Habrá estado Jacques efectivamente enamorado de Jenny?

La imaginación de Antoine adelanta al relato. Vuelve al texto.

Por fin el nombre de Humberto llama de nuevo su atención. Una corta escena en el palacio Seregno, una noche que el consejero ha llegado de improviso para cenar, en compañía de su hijo mayor:

»El comedor inmenso. Tres ventanas cintradas, sobre un cielo rosáceo en el que humea el Vesubio. Paredes de estuco, pilastras verdes con la cúpula disimulada.

»Bendición. Los labios gruesos del consejero se mueven. Su señal de la cruz llena la estancia. Humberto se persigna por llevar la corriente. Giuseppe, tenso, no se persigna. Todos se sientan. Austeridad del enorme mantel blanco. Los tres cubiertos demasiado espaciados. Filippo, con zapatos de fieltro y bandejas de plata.»

Más adelante:

«Ni tan siquiera se ha llegado a pronunciar delante del padre el nombre de los Powell. Se ha negado a conocer a William. Un extranjero. Un pintor. Pobre Italia, encrucijada y presa de los vagabundos. El año anterior, para herirle en lo más vivo, dijo: “Te prohíbo que veas a esos herejes.”

»¿Sospecha que se le desobedece?»

Antoine, impaciente, pasa algunas páginas.

Aquí está otra vez el hermano mayor:

«Humberto da a conocer algunas noticias inofensivas. Vuelve a hacerse el silencio. Humberto tiene la frente bonita. Mirada meditabunda y orgullosa. Indudablemente, por otra parte, es joven y ardiente. Ha estudiado. Ante él, un porvenir de elegido. Giuseppe ama a su hermano. No como un hermano. Como un tío que pudiera convertirse en un amigo. Si estuvieran solos tiempo suficiente, tal vez Giuseppe se decidiera a hablar. Sus conversaciones a solas son raras y preparadas de antemano. No es posible intimar con Humberto.»

«Evidentemente —se dijo Antoine, recordando el verano de 1910—. Fue a causa de Rachel; tuve yo la culpa.»

Interrumpe su lectura y, pensativo, con lasitud, apoya la cabeza en el respaldo. Está decepcionado: todo este fárrago literario no conduce a nada, deja en pie el misterio de la huida.

La orquesta toca el estribillo de una opereta vienesa, que siguen en sordina todos los labios y que algunos acompañantes invisibles corean con sus silbidos. La pareja

tranquila no se ha movido: la mujer se ha tomado ya la leche; fuma y se aburre; de vez en cuando, posando su brazo desnudo sobre el hombro del amigo, quien ha desplegado *Los Derechos del Hombre*, le acaricia distraídamente el lóbulo de la oreja y bosteza como una gata.

«Pocas mujeres —observa Antoine—. Y casi todas jóvenes, sin embargo... Pero relegadas a un segundo término... Simples compañeras de placer.»

Se produce una discusión entre dos grupos de estudiantes; los nombres de Péguy y de Jaurès estallan como bombas.

Un joven israelita, de barbilla azulada, ha venido a sentarse entre *Los Derechos del Hombre* y la gata, la cual ya no se aburre.

Antoine hace un esfuerzo por seguir leyendo. Ha perdido la página. Hojeando la revista, se fija en los últimos renglones de *La Sorellina*:

«... Aquí, la vida, el amor, son imposibles. Adiós.

»... Atracción de lo desconocido, atractivo de un mañana completamente nuevo; embriaguez. Olvidar, volver a empezar todo.

»... El primer tren para Roma. Roma, el primer tren para Genova. Genova, el primer barco.»

.....

No hace falta más para reanimar súbitamente el interés de Antoine. ¡Paciencia; el secreto de Jacques está aquí, oculto entre líneas! Hay que llegar hasta el final, leer tranquilamente página tras página.

Vuelve atrás, hunde la frente entre las manos y se dispone a leer.

Aquí está la llegada de Annetta, la *sorellina*, que viene de un convento suizo donde ha terminado sus estudios:

«Un poco cambiada, Annetta. Antes, la servidumbre se sentía orgullosa de ella. *E una vera napoletana*. Pequeña napolitana. Hombros redondos. La tez oscura. La boca carnosa. Los ojos estallan en risas por todo y por nada.»

¿Para qué mezclar a Gise en esta historia? ¿Y por qué hacer de ella una hermana auténtica de Giuseppe?... Por otra parte, desde la primera escena entre el hermano y la hermana, Antoine lo encuentra desagradable.

Giuseppe ha ido a buscar a Annetta; vuelven en coche al palacio Seregno:

«El sol ha desaparecido tras los montes. Balanceo de la vieja calesa bajo el quitasol que oscila. Sombra. Frescor repentino.

»Annetta y su palabrería. Se ha cogido del brazo de Giuseppe. Y parlotea. Giuseppe ríe. Qué solo estaba hasta esta tarde. Sybil no disipa la soledad. Sybil, Sybil, agua oscura eternamente limpia, vértigo de pureza, Sybil.

»El paisaje se encoge alrededor de la calesa. Paso del crepúsculo a la noche.

»Annetta se ha acurrucado como antaño. Un beso rápido. Labios ardientes, elásticos, reseco por el polvo. Como antaño. En el convento también, risas, garrulerías, besos. Como antaño hermano y hermana. Giuseppe, enamorado de Sybil, encuentra una cálida dulzura en las caricias de la *sorellina*. Le devuelve sus besos. No importa donde, en los ojos, en el pelo. Besos fraternales que suenan. El cochero ríe. Annetta habla sin descanso: el convento, los exámenes. También Giuseppe, a intervalos, acerca del padre, del próximo otoño, del futuro. Se contiene; no pronunciará el nombre de los Powell. Annetta es piadosa. En su alcoba, el altar de la virgen tiene seis velas azules. Los judíos han crucificado a Jesús, no adivinaron que era el Hijo de Dios. Pero los herejes lo sabían. Han renegado de la Verdad, por orgullo.»

En ausencia del padre, ambos hermanos se instalan en el palacio Seregno.

Algunas páginas le resultan a Antoine desagradables de cabo a rabo:

«Al día siguiente, cuando Giuseppe todavía está acostado, entra Annetta. Un poco cambiada a pesar de todo. Sigue teniendo la mirada franca y pura, vagamente asombrada, pero más cálida, y susceptible de conmoverse por una nadería. Viene de la cama. Todavía relajada y tibia. Despeinada, nada coqueta, niña. Como antaño. Ya ha sacado de las maletas sus recuerdos de Suiza: “Retratos, toma.” Sus labios van y vienen sobre los dientes alineados. Y su caída esquiando. “Una arista de roca en la nieve. Todavía está la señal en la rodilla, mira.” La pantorrilla, la pierna, bajo la bata. El muslo desnudo. Annetta palpa la cicatriz, pálido ojal en la piel tostada. Distraídamente. Se complace en acariciar su carne. De la mañana a la noche le gusta mirarse en el espejo y sonrír a su cuerpo. Charla. Piensa en mil cosas. Las lecciones de equitación. “Me gustaría montar a caballo contigo, o, con traje de amazona, galopar por la playa en un *poney*.” Sigue palpando. Dobla y estira su rodilla brillante. Giuseppe cierra los ojos y se echa en la cama. Por fin vuelve a caer la bata. Annetta corre a la ventana. El resplandor de la mañana en el golfo. “Perezoso, las nueve, corramos a bañarnos.”»

Esta intimidad se prolonga varios días. Giuseppe comparte su tiempo entre la *sorellina* y la inglesa enigmática.

Antoine hojea las páginas sin detenerse.

Cierto día que Giuseppe viene a buscar a Sybil para dar un paseo por el golfo, tiene lugar una escena que parece decisiva. Antoine la lee entera, a pesar de sus insoportables *fiorituras*:

«Sybil, bajo la pérgola, junto al sol. Pensativa. La mano, a la luz, apoyada en la pilastra blanca. ¿Acechaba? “Te he estado esperando ayer.” “Estuve con Annetta.” “¿Por qué no la traes?” La entonación disgusta a Giuseppe.»



Antoine salta un trozo:

«... Giuseppe deja de remar. El aire se detiene alrededor de ellos. Silencio alado. El golfo es de mercurio. Esplendor. Dulces golpetazos del agua contra la barca: “¿En qué piensas?” “¿Y tú?” Silencio. “Pensamos en lo mismo, Sybil.” Silencio. La alteración de sus voces. “También yo pienso en ti, Sybil.” Silencio, un largo silencio. “Y yo también pienso en ti.” Giuseppe tiembla. “¿Para toda la vida, Sybil?” Ah, la muchacha vuelve la cabeza. Giuseppe ve los labios apartarse con dolor, la mano que se crispa sobre el borde de madera. Compromiso silencioso, casi triste. El golfo se enciende bajo el fuego vertical. Reflejos, deslumbramiento. Calor. Inmovilidad. El tiempo y la vida suspendidos. Opresión intolerable. Afortunadamente, el vuelo de unas gaviotas pone de nuevo junto a ellos una nota de movimiento. Las gaviotas se lanzan y descienden, rasan el agua, sumergen el pico, se elevan. Centelleo de alas al sol, chasquidos de espadas. “Pensamos en las mismas cosas, Sybil.”»

Efectivamente; Jacques iba mucho aquel verano a casa de los Fontanin. ¿Habría sido provocada la huida de Jacques por su amor, tal vez no correspondido, hacia Jenny?

Algunas páginas más, y repentinamente la acción parece precipitarse.

A través de algunas escenas de la vida cotidiana, que recuerdan a Antoine la existencia de Jacques y de Gise en Maisons, sigue la inquietante evolución de esta ternura entre hermano y hermana. ¿Tienen conciencia del carácter de esta intimidad? Por lo que respecta a Annetta, sabe perfectamente que toda su vida está inclinada hacia la de Giuseppe; pero es de buena fe, es tan verdadero su candor, que presta a sus ardores el disfraz de un sentimiento natural y admitido. En cuanto a Giuseppe, el amor manifiesto que siente por Sybil parece en un principio ocupar y cegar lo bastante para no distinguir la atracción física que su hermana ejerce sobre él. ¿Pero cuánto tiempo podrá engañarse acerca de la naturaleza de su afecto?

Un atardecer, Giuseppe propone a la *sorellina*:

«“¿Te gustarla un paseo cuando refresque, cenar en una posada, una excursión larga hasta que se haga de noche?” Annetta aplaude. “¡Cuánto te quiero, Beppino, cuando estás alegre!”»

¿Ha premeditado Giuseppe lo que va a hacer?

Después de una comida improvisada en un pueblecillo de pescadores, lleva a la joven por caminos desconocidos para ella.

«Anda de prisa. A través de los limoneros, de caminos pedregosos cien veces recorridos en compañía de Sybil. Annetta se asombra. “¿Estás seguro del camino?” Giuseppe tuerce hacia la izquierda. Una cuesta. Una vieja pared y una puerta baja en chaflán. Giuseppe se detiene y ríe. “Ven a ver.” Ella se acerca sin desconfianza. El

empuja la puerta y suena una campanilla. “Estás loco.” Riendo, la arrastra bajo los abetos. El jardín está oscuro. Annetta tiene miedo, no comprende a Giuseppe.

»Ha entrado en Villa Lunadoro.»

La puerta baja y en chaflán, la campanilla, el bosquecillo de abetos... Son tan fieles esta vez todos los detalles...

«Mrs. Powell y Sybil están bajo la pérgola. “Les presento a mi hermanita.” La acomodan, le preguntan, la acarician. Annetta cree soñar. Annetta, entre dos herejes. La acogida de la mamá, su pelo blanco, su sonrisa. “Ven conmigo, hija mía, que te dé unas rosas.” La rosaleda, bóveda oscura, esparce por las cercanías toda su violencia, su dulzura.

»Sybil y Giuseppe se han quedado a solas. ¿Cogerla de la mano? Se soltaría. Más fuerte que su voluntad, más que su amor, esta reserva rígida. Giuseppe piensa: “Sybil se deja querer contra su voluntad.”

»Mrs. Powell ha cortado unas rosas para Annetta. Rosas encarnadas, pequeñas, apretadas y sin espinas; rosas encarnadas, con el corazón negro. “Tienes que volver, *my dear*, Sybil esté demasiado sola.” Annetta cree soñar. ¿Es ésta, esa familia maldita? ¿Es posible que haya temido a estas gentes como un maleficio?»

Antoine salta una página.

Annetta y Giuseppe van camino de regreso.

«Se ha ocultado la luna. La noche está más oscura. Annetta se siente más ligera, embriagada. “Estos Powell...” Annetta apoya en el brazo de Giuseppe todo el peso de su cuerpo joven, y Giuseppe la lleva, con la cabeza levantada y el corazón a lo lejos, en su sueño. ¿Se confiará a ella? No puede resistir más y se inclina. “Comprenderás que no es sólo por Will por quien vengo aquí.”

»Annetta no distingue su rostro, sino el sordo lirismo de su voz. ¿No sólo por William? La sangre se precipita en sus venas. No había adivinado nada. “¿Sybil? ¿Sybil y Giuseppe?” Se ahoga, se suelta, quisiera huir, herida, con la flecha en el costado. No tiene fuerzas. Sus dientes rechinan. Algunos pasos. Flaquea, vacila y, volviendo la cabeza, se desploma sobre la hierba, bajo los altos tilos.

»Giuseppe se arrodilla; no ha comprendido. ¿Qué sucede? Pero la joven avanza sus brazos como tentáculos. Ah, ahora sí ha comprendido. Ella se incorpora, se levanta, se oprime contra él, solloza. “Giuseppe, Giuseppe.”

»Llamada de amor. Giuseppe no la ha oído nunca. Nunca, nunca. Sybil, encerrada en su enigma. Sybil, la extranjera. Y contra él este abandono: Annetta. Contra él este cuerpo joven, voluptuoso y pleno, abandonado. Mil ideas se entremezclan en su cabeza: su infancia amorosa, tanta confianza, tanta ternura; puede amarla, es de su mismo temperamento, quiere consolarla, curarla. Contra él esta tibieza animal que les une las piernas repentinamente. Onda brusca que arrastra todo, y la conciencia. Bajo

su nariz, el aroma conocido y nuevo de los cabellos; bajo sus labios, un rostro lloroso, unos labios ansiosos. Complicidad de la noche, de los perfumes, de la sangre: transporte invencible. Acerca una boca de amante a esta otra boca húmeda, entreabierta, que espera sin saber lo que espera. Recibe el beso, todavía no lo devuelve; pero ¡cómo se abandona a él, cómo lo saborea! Qué impulso doble y furioso choca al unirse estas dos bocas. Gravedad trágica. Suavidad. Confusión de alientos, de miembros, de deseos. Los árboles agitan las ramas por encima de ellos, las estrellas se desvanecen. Ropas arrancadas y en desorden, atracción irresistible, descubrimiento, contacto de carnes desconocidas, aplastamiento, contacto, aplastamiento viril, humilde consentimiento desatinado, posesión, posesión, embriaguez dolorosa, nupcial.

»¡Ah! Un solo aliento y el tiempo detenido.

»Silencio poblado de ecos, zumbidos, angustia difusa, inmovilidad. El rostro del hombre, jadeante, desplomado sobre el pecho calinoso, el murmullo de los corazones que laten, los latidos desacordes de sus dos corazones distintos que no pueden ponerse al unísono.

»Y de repente este rayo de luna, mirada indiscreta y brutal, que les separa como un latigazo.

»Se han incorporado muy de prisa. Por separado. Bocas contraídas. Tiemblan. No es de vergüenza. De gozo. De gozo y de sorpresa. De gozo y de deseo todavía.

»En la concavidad del lecho de hierba, en un ramo, las rosas se deshojan bajo la luna. Entonces, este gesto romántico. Annetta coge el ramo y lo sacude. Un vuelo de pétalos cubre la hierba aplastada que conserva la huella de un solo cuerpo.»

Antoine se detiene, tembloroso, indignado.

¡Estupor! ¿Gise? ¿Se puede creer?

Y sin embargo, todo el pasaje rezuma verdad: no solamente la vieja pared, la campanilla, la rosaleta, sino también cuando caminan juntos, abrazados, toda ficción desaparece; ya no es un camino pedregoso de Italia y ni siquiera a la sombra de los limoneros; es en esta hierba jugosa de Maisons que Antoine se imagina demasiado bien, es bajo los tilos seculares de la avenida. Sí; Jacques ha llevado a Gise a casa de los Fontanin, y en una noche de verano, como ésta, al regreso... ¡Ingenuidad! ¡Haber vivido tan cerca de ellos, tan cerca de Gise, y no haber sospechado nada! ¿Gise? Que este cuerpecillo casto y cerrado haya podido ocultar un secreto semejante...; no, no...

En su interior, Antoine se resiste, negándose todavía a creer.

¡Y sin embargo, tantos detalles! Las rosas... ¡Las rosas encarnadas! ¡Ahora comprende la emoción de Gise cuando recibió aquel paquete anónimo de un florista de Londres, y por qué, partiendo de este indicio que parecía casi insignificante, había exigido con tanta vehemencia que se llevase a cabo inmediatamente una investigación en Inglaterra! ¡Evidentemente, era la única que podía comprender el mensaje de estas rosas encarnadas, tal vez al año justo de la caída bajo los tilos!

¿Por consiguiente, Jacques ha vivido en Inglaterra? ¿Y en Italia? ¿Y en Suiza?... ¿Estará todavía en Inglaterra?... Desde allí puede muy bien colaborar en esta revista de Ginebra...

Y repentinamente se aclaran otras cosas, como si se fueran derrumbando una a una las vastas zonas de sombra alrededor de un punto confusamente luminoso. ¡La ausencia de Gise, su obstinación en ser enviada a aquel convento inglés! ¡Para dedicarse a buscar a Jacques! (Y Antoine se reprocha en estos momentos haber abandonado, al primer fracaso, la pista del florista londinense.)

Trata de reflexionar con coherencia, pero hacen irrupción en su cabeza demasiadas suposiciones, demasiados recuerdos. Todo el pasado se le aparece ahora bajo una nueva luz. ¡Cómo se explica ahora la desesperación de Gise después de la desaparición de Jacques! Desesperación cuya significación completa no ha llegado a sospechar, pero que ha tratado de dulcificar. Recuerda sus relaciones con Gise, su compasión. Por otra parte, ¿no ha sido precisamente esta piedad la que ha ido dando lugar poco a poco a sus sentimientos por Gise? En aquella época, Antoine no podía hablar de Jacques, ni con su padre, empeñado en la hipótesis del suicidio, ni con la anciana señorita, dedicada por entero a sus oraciones y a sus novenas. ¡Por el contrario, sentía a Gise tan próxima, tan ferviente! Todos los días, después de cenar, bajaba para conocer las últimas noticias. Él se complacía en ponerla al corriente de sus gestiones, de sus esperanzas. ¿No había sido en el curso de aquellas veladas de intimidad cuando se había aficionado a aquel ser vibrante, encerrado en su secreto amoroso? ¿Quién sabe si no habría sufrido contra su voluntad la influencia de este cuerpo juvenil, ya consagrado? Recuerda los gestos afectuosos de la pequeña, sus ternezas de niña que sufre. Annetta... ¡Qué bien le ha engañado! Y él, a quien la ausencia de Rachel había dejado en un completo conflicto sentimental, qué pronto había llegado a imaginar... ¡Tonterías! Se encoge de hombros. Se ha enamorado de Gise, pura y simplemente porque su afecto no estaba puesto en nadie; y ha creído que Gise sentía cierta inclinación hacia él, porque en esta pasión mutilada, en este desamparo, la joven se ha aferrado a la única persona capaz de devolverle a su amante.

Antoine trata de desechar estas ideas. «Hasta ahora —se dice— nada me ha explicado la brusca desaparición de Jacques.»

Hace un esfuerzo para reanudar su lectura.

Dejando las rosas diseminadas sobre la hierba, ambos hermanos vuelven al palacio Seregno.

«Regreso. Giuseppe sostiene a Annetta. ¿Hacia dónde caminan? Breve abrazo que no puede ser sino un preludio. Esta larga noche hacia la que avanzan; sus alcobas, ¿qué sucederá esta noche?»

Antoine tropieza en los primeros renglones. Una nueva oleada de sangre le sube a

la cara.

A decir verdad, lo que siente no se parece apenas a la reprobación. Ante una pasión que se afirma, su juicio pronto se ve desarmado. Pero no logra dominar una sorpresa mezclada de irritación y de rencor: no ha olvidado el día en que Gise se alborotó tanto por sus tímidas familiaridades. Esta lectura vuelve casi a despertar su deseo de ella: un deseo completamente físico, un deseo emancipado. Hasta el extremo de que, para poder volver a fijar su atención, tiene que hacer un esfuerzo para apartar el recuerdo del cuerpo juvenil, moreno y ágil.

«... Esta larga noche hacia la que avanzan; sus alcobas, ¿qué sucederá esta noche?

»El amor los subyuga con su aliento. Siguen andando, silenciosos, poseídos, abrumados por el sortilegio. La luna, intermitente, los acompaña. Da de lleno sobre el palacio Seregno, haciendo resaltar en la oscuridad las columnatas de estuco. Franquean la primera terraza. Sus mejillas se rozan al andar. La de Annetta está ardiendo. En este cuerpo de niña hay ya cierta tendencia natural hacia el pecado.

»Bruscamente, se separan. Una sombra se ha erguido entre las columnas.

»El padre está allí.

»El padre esperaba. Había desembarcado de improviso. “¿Dónde están los niños?” Había cenado solo en el comedor inmenso. Después paseaba impaciente por el mármol del peristilo. “Los niños no vuelven.”

»La voz estalla en el silencio.

»—¿De dónde venís?

»No queda tiempo para inventar una mentira. Un relámpago de rebelión. Giuseppe grita:

»—De casa de *Mrs. Powell*.»

Antoine se sobresalta: ¿Habrán el señor Thibault...?

«Giuseppe grita:

»—De casa de *Mrs. Powell*.

»Annetta huye por entre las puertas, cruza los vestíbulos, sube la escalera, llega a su alcoba, cierra el pestillo y se desploma en la oscuridad sobre su estrecha cama virginal.

»Abajo, por primera vez, el hijo hace frente al padre. Y lo que es más extraño: por el simple placer de desafiar, proclama este otro amor pálido en el que ya no cree. “He llevado a Annetta a casa de *Mrs. Powell*.” Hace una pausa, marca las sílabas: “Sybil y yo somos novios.”

»El padre se echa a reír. Una risa espantosa. De pie, erguido, engrandecido por la sombra que le prolonga, inmenso y teatral. Titán nimbado de luna. Ríe. Giuseppe se retuerce las manos. Cesa la risa. Silencio. “Los dos volveréis a Nápoles conmigo.” “No.” “Mañana.” “No.” “¡Giuseppe!” “Ya no te pertenezco. Soy novio de Sybil

Powell.”

»El padre nunca se ha tropezado con una resistencia que no haya podido doblegar. Aparenta calma. “Cállate. Vienen aquí a comerse nuestro pan, a comprar nuestras tierras. Que nos arrebatan a nuestros hijos es ya demasiado. ¿Crees que una hereje va a llevar nuestro nombre!” “El mío.” “Majadero. Nunca. Maquinación hugonote. La salvación de un alma, el honor de los Seregnos. No han contado conmigo. Yo vigilo.” “Padre.” “Doblegaré tu voluntad. Te dejaré sin comer. Haré que te alistes en un regimiento piamontés.” “Padre.” “Te domaré. Sube a tu cuarto. Mañana te marcharás de aquí.”

»Giuseppe aprieta los puños. Desea...»

Antoine contiene la respiración:

«... Desea... la muerte de su padre.

»Para una afrenta suprema, encuentra fuerzas para reír. Deja caer: “Eres verdaderamente cómico.”

»Pasa por delante del padre. La cabeza alta, la boca fruncida, hace una mueca y baja los escalones.

»—¿Adónde vas?

»El niño se detiene. ¿Qué flecha empozoñada disparará antes de desaparecer? El instinto le inspira lo peor: “Voy a matarme.”

»De un salto, franquea la escalinata. El padre ha levantado la mano. “Márchate, mal hijo.” Giuseppe no vuelve la cabeza. La voz del padre se alza por última vez: “¡Maldito!”

»Giuseppe cruza la terraza a todo correr y se pierde en la noche.»

Antoine quisiera detenerse otra vez, reflexionar. Pero ya no le quedan más que cuatro páginas para terminar y su impaciencia le consume.

«Giuseppe ha corrido al acaso, sin ningún propósito determinado. Se para, agotado, asombrado, ausente. A lo lejos, bajo la baranda de algún hotel, unas mandolinas interpretan al unísono una canción afeminada, nostálgica. Languidez repugnante. Abrirse las venas en la dulzura del baño.

»A Sybil no le gustaban las mandolinas napolitanas. Sybil era una extranjera. Sybil irreal y lejana, como una heroína que hubiera amado en un libro.

»Annetta. Nada más que el recuerdo del brazo desnudo bajo su mano. Oídos que zumban. Sed.

»Giuseppe tiene su pian. Al amanecer, volver al palacio, raptar a Annetta, huir juntos. Se deslizará hasta su alcoba. Ella saltará de la cama, a su encuentro, con las piernas desnudas. Volver a sentir su contacto, sus músculos tibios y lasos, su perfume cálido. Annetta. Ya la siente abalanzarse hacia él. Su boca entreabierta, su boca húmeda, su boca.

»Giuseppe se lanza por un atajo. Sus arterias laten. Un repecho pedregoso que sube de un tirón. Frescor tonificante del campo, a la luz de la luna.

»Al borde de un precipicio, de espaldas, con los brazos en cruz. Por la camisa entreabierta, palpa y acaricia lentamente su pecho jadeante. Sobre él un cielo lechoso, constelado. Paz, pureza.

»Pureza. Sybil. Sybil, alma, agua de manantial fresca y profunda, noche fría y pura del norte.

»¿Sybil?

»Giuseppe está de pie. Baja la colina a zancadas. Sybil. Por última vez, por última vez antes del amanecer.

»Lunadoro. Aquí está la tapia, la puerta en chaflán. El lugar exacto del beso, en la tapia recalada. Su primera confesión. Aquí es. Una noche como ésta. Una noche de luna. Sybil había venido a acompañarle. Su sombra perfecta se recortaba sobre el fondo blanco. Se arriesgó, inclinándose repentinamente; besó su perfil sobre la pared. Ella huyó. Una noche como ésta.

»“Annetta, ¿por qué he vuelto a esta puertecilla?” Rostro pálido de Sybil. Rostro voluntarioso. Sybil, tan cercana, tan próxima, tan real y completamente desconocida todavía. ¿Renunciar a Sybil? Ah, no; mejor deshacer este nudo, deshacer este nudo a fuerza de ternura. Quitar la mordaza a esta alma cerrada. ¿Cerrada sobre qué secreto? Sueño puro, liberado de los instintos: amor verdadero. Amar a Sybil. Amar.

»Annetta, ¿por qué esta mirada consentidora, por qué esta boca demasiado sumisa? Demasiado ardor en esta carne ofrendada. Deseo, deseo demasiado corto. Amor sin misterio, sin profundidad, sin horizontes. Sin mañana.

»Annetta, Annetta, olvidar sus caricias fáciles, volver al pasado, volver a la niñez. Annetta, chiquilla cariñosa, hermana querida. Pero hermana, hermana, hermanita.

»Boca sumisa, efectivamente, boca entreabierta, boca húmeda, tierna, cómplice. ¡Ah, deseo incestuoso, deseo mortal!, ¿quién nos libraré de él?

»Annetta, Sybil. De uno a otro extremo. ¿Cuál de ellas? “¿Y por qué escoger? Yo no he deseado el mal.” Atracción doble, equilibrio esencial, sagrado. ¿Impulsos gemelos, igualmente legítimos, puesto que ambos surgen igualmente del fondo de mi corazón? ¿Por qué son irreconciliables en la realidad? ¡Cuán puro sería todo a la luz plena del consentimiento! ¿Por qué esta interdicción, si todo es armonioso en mi corazón?

»Única solución. Uno de los tres está de más. ¿Cuál?

»¿Sybil? Ah, Sybil herida, visión intolerable; Sybil no. Annetta.

»Annetta, hermanita, perdóname; te beso en los ojos, en los párpados; perdóname.

»Ni una ni otra; pues bien: ni una ni otra. Renunciar, olvidar, morir. No, morir no; estar muerto. Desaparecer. Aquí el maleficio, el obstáculo infranqueable, lo prohibido.

»Aquí, la vida, el amor son imposibles.

»Adiós.

»Atracción de lo desconocido, atracción de un mañana completamente nuevo; embriaguez. Olvidar, volver a empezar todo.

»Media vuelta. En marcha hasta la estación. El primer tren para Roma. Roma, el primer tren para Génova. Genova, el primer barco. Para América. O para Australia.

»Y de repente, ríe.

»“¿Amor? No; lo que yo amo es la vida.

»”Adelante.”

»JACK BAULTHY.»

Antoine cerró la revista de un golpe seco, se la guardó en el bolsillo y se incorporó completamente aturdido. Durante un instante permaneció de pie, guiñando los ojos a causa de la luz; luego, al darse cuenta de su distracción, volvió a sentarse.

El entresuelo se había ido vaciando durante su lectura: los jugadores se habían marchado a cenar; la orquesta había callado. A solas en su rincón, el israelita y *Los Derechos del Hombre* terminaban una partida de chaqueta bajo la mirada regocijada de la gata. El amigo chupaba la pipa apagada y, cada vez que tiraba los dados, la gata se recostaba sobre el hombro del judío con risitas de complicidad.

Antoine estiró las piernas, encendió un cigarrillo y trató de ordenar sus ideas. Pero durante algunos minutos su pensamiento difuso permaneció errante, como sus miradas, sin que pudiera fijarlo. Por fin consiguió apartar la imagen de Jacques y de Gise, y recobró algo de tranquilidad.

Lo importante hubiera sido poder discernir perfectamente lo que era verdad, de aquello otro que era la parte novelesca. Verdad, como lo era indudablemente esta explicación tormentosa entre padre e hijo. En las palabras del consejero Seregno, algunos rasgos sonaban con una precisión innegable: «¡Maquinación hugonote! ¡Te domaré! ¡Te dejaré sin comer! ¡Haré que te alistes!...» Y esto otro: «¿Llevar mi nombre un hereje?...» Antoine creía oír la voz rabiosa de su padre, de pie, erguido, gritando su maldición en la noche. Verdad, sin ningún lugar a dudas, el grito de Giuseppe: «¡Voy a matarme!», que explicaba por fin la idea fija del señor Thibault. Desde el primer día de las investigaciones, se había negado a admitir sistemáticamente el supuesto de que Jacques continuara vivo: él mismo telefoneaba cuatro veces diarias al Depósito. Este grito explicaba también su remordimiento, revelado confusamente, de haber sido el causante de la desaparición de Jacques. Y muy bien pudiera suceder que este triste arrepentimiento no fuera por completo ajeno al ataque de albúmina que tanto había debilitado al anciano la víspera de su operación. A esta nueva luz, muchos acontecimientos de estos tres años tomaban un aspecto diferente.

Antoine volvió a coger el folleto y buscó la dedicatoria autógrafa:

«¿No me dijo usted aquella célebre tarde de noviembre: “Todo está sometido a la acción de dos polos. La verdad tiene siempre dos caras”?



»También el amor, algunas veces.»

«Indudablemente —se dijo—, la coexistencia de este doble amor... Indudablemente... Si Gise ha sido amante de Jacques, y si, por otra parte, Jacques estaba tan perdidamente enamorado de Jenny, la vida le tenía que resultar verdaderamente difícil. Sin embargo...»

Antoine seguía tropezando contra algo oscuro. A pesar de todo, le resultaba imposible admitir que la huida pudiera explicarse enteramente por lo que acababa de conocer de la vida sentimental de Jacques. Otros factores, imponderables y acumulados repentinamente, habían tenido que forzar aquella determinación extravagante. ¿Pero cuáles?

Súbitamente se dio cuenta de que todas estas reflexiones no requerían ninguna urgencia. Lo que urgía era sacar el mejor partido posible de estos indicios y encontrar cuanto antes la pista de su hermano.

Escribir a la dirección de la revista hubiera sido muy imprudente. Si Jacques no había dado señales de vida era indudablemente porque perseveraba en su obstinación de permanecer oculto. Arriesgarse a que supiera que su escondrijo había sido localizado era exponerse al mismo tiempo a hacerle huir a otro sitio, más lejos, a perderle sin remedio. La única manera de tener éxito era obrar por sorpresa y en persona. (En realidad, Antoine nunca tenía confianza sino en sí mismo.)

Inmediatamente se imaginó que llegaba a Ginebra. ¿Pero qué haría allí? ¿Y si Jacques vivía en Londres? No: convenía enviar primero a Suiza a un profesional que fuera capaz de conseguir la dirección de Jacques. «Y entonces iré allí donde se encuentra —dijo, levantándose—. ¡Como consiga sorprenderla, ya veremos si se me escapa!»

Aquella misma noche daba instrucciones a un detective particular.

Y tres días más tarde recibía los primeros informes:

«(*Confidencial.*)

»Efectivamente, Jack Baulthy reside en Suiza. No está domiciliado en Ginebra, sino en Lausana, ciudad en la que se le han conocido varios domicilios. Desde el mes de abril último vive en la pensión Cammerzinn, calle Escaliers-du-Marché, 10.

»Aún no hemos tenido oportunidad de averiguar la fecha de su llegada a territorio suizo. Pero nos hemos dedicado a informarnos acerca de su situación militar.

»Según indicaciones secretas obtenidas en el Consulado Francés, el señor Baulthy se presentó en enero de 1912 en la oficina militar de dicho Consulado, provisto de documentos de identidad a nombre de Jacques-Jean-Paul Oscar-Thibault, de nacionalidad francesa, nacido en París en 1890, etc. Su ficha, de la que no hemos podido copiar la filiación (la cual, por otra parte, está de acuerdo con la que obra en nuestro poder), hace constar que ya había gozado de una primera prórroga, por insuficiencia mitral, en 1910, por acuerdo del Consejo de Revisión del distrito VII de

París, así como de una segunda prórroga, a consecuencia de un informe médico presentado en el Consulado Francés de Viena (Austria). Después del nuevo reconocimiento, que sufrió en Lausana en febrero de 1912 y que fue transmitido por vía administrativa a la oficina de reclutamiento competente del Sena, le ha sido concedida una tercera y última prórroga, con lo cual ha quedado definitivamente en regla con las autoridades de su país de origen en lo que respecta a la exención del servicio militar por motivos de salud.

»El señor Baulthy parece llevar una vida bastante recomendable, y se trata principalmente con estudiantes y periodistas. Figura inscrito como socio simpatizante en el Círculo de la Prensa Helvética. Sus colaboraciones en periódicos y revistas, según nos dicen, pueden bastar para asegurarle medios de subsistencia honrados. Nos afirman que el señor Baulthy escribe bajo otros nombres, además del suyo, nombres que sería posible identificar si se nos pasaran ulteriores instrucciones en este sentido.»

Un empleado de la agencia le había llevado este documento personalmente con la mayor urgencia un domingo a las diez de la noche.

Imposible marchar el lunes a primera hora. Por otra parte, el estado del señor Thibault apenas si permitía demorar el viaje.

Antoine consultó su agenda, luego el horario de ferrocarriles y decidió tomar al día siguiente por la noche el rápido de Lausana. No pudo pegar ojo durante toda la noche.

## VI

LA jornada del día siguiente ya estaba bastante sobrecargada de por sí; no obstante, a causa de su viaje, Antoine tuvo que intercalar en ella algunas visitas suplementarias. Habiendo salido muy temprano para el hospital, recorrió París durante todo el día, sin siquiera volver a casa para comer. No llegó hasta las siete de la tarde. El tren salía a las ocho y media.

Mientras que León le preparaba una maleta para el viaje, Antoine subió rápidamente a casa de su padre, al cual no había visto desde la víspera.

Efectivamente, el estado general había empeorado. El señor Thibault, que ya no se alimentaba, estaba muy débil y sufría continuamente.

Antoine tuvo que hacer un esfuerzo para lanzar el acostumbrado: «¡Hola, papá!», que para el enfermo representaba una dosis diaria de tónico. Se sentó en su sitio de costumbre y procedió al interrogatorio cotidiano, con aire atento y evitando como una trampa el menor silencio. Miraba sonriente a su padre, aunque aquella tarde no pudiera deshacerse de una idea fija: «Se va a morir muy pronto.»

En diversas ocasiones se sintió conmovido por la mirada absorta que su padre le dirigía; aquella mirada parecía hacer una pregunta.

«¿Hasta qué punto está preocupado por su estado?», se preguntaba Antoine. Muy a menudo, el señor Thibault pronunciaba frases resignadas y solemnes acerca de su muerte. ¿Pero qué pensaba en su fuero interno?

Durante algunos minutos, padre e hijo, atrincherados uno y otro en su secreto — que tal vez era el mismo—, cambiaron algunas frases baladíes acerca de la enfermedad y de las medicinas más recientes. Luego, Antoine se levantó, pretextando que tenía que hacer una visita urgente antes de cenar. El señor Thibault, que sufría, no hizo nada para retenerle.

Antoine no había avisado a nadie de su viaje. Su intención era advertir únicamente a la religiosa su propósito de ausentarse por treinta y seis horas. Pero ésta estaba muy ocupada con el enfermo cuando Antoine salió de la habitación.

La hora urgía. Esperó algunos minutos en el pasillo y, como la monja no saliera, fue a buscar a la señorita Waize, que estaba escribiendo una carta en su habitación.

—¡Ah! —dijo la anciana—, vas a ayudarme, Antoine; se me ha perdido un paquete con legumbres...

Le costó mucho trabajo hacerla comprender que aquella noche tenía que salir de la capital para un caso grave, y que probablemente no podría regresar al día siguiente, pero que no había que preocuparse por nada; el doctor Thérivier, que estaba al corriente de esta ausencia, acudiría al primer aviso.

Ya eran más de las ocho. Antoine tenía el tiempo justo para tomar el tren.

El taxi rodaba a toda velocidad hacia la estación; los muelles ya desiertos, el puente negro y reluciente, la plaza del Carrousel, desfilaron al ritmo acelerado de una

película de aventuras; y para Antoine, que viajaba muy poco, la excitación de esta carrera en la noche, la preocupación de la hora, mil ideas que le obsesionaban, el riesgo también de aquello que iba a intentar, todo contribuía a sacarle de sus casillas y a lanzarle en una atmósfera de intrepidez y de proezas.

El departamento en el que tenía reservado su sitio estaba casi lleno. Trató de dormir. En vano. Se puso nervioso, contó las paradas. A última hora de la noche, cuando se había adormilado, la locomotora silbó desesperadamente y el tren aminoró la marcha para entrar en la estación de Vallorbe. Después de las formalidades de la aduana, las idas y venidas por el vestíbulo helado, el café con leche suizo, ¿cómo reanudar el sueño?

El mundo exterior comenzaba a recobrar forma en el amanecer tardío de diciembre. La vía del tren seguía el fondo de un valle, cuyas lomas apenas si se distinguían. Ausencia total de color: a la luz indiferente y vacilante del alba, no aparecía sino un paisaje a carboncillo, negro sobre blanco.

La mirada de Antoine aceptaba pasivamente todo lo que se le ofrecía. La nieve peinaba las colinas y se extendía en manchas medio fundidas en las hendiduras de un suelo calcinado. Repentinamente, las sombras de los abetos se recortaron sobre un fondo pálido. Luego, todo se borró: el tren rodaba dentro de una nube. El campo volvió a aparecer; unas lucecitas amarillas, salpicadas entre la niebla, revelaban por todas partes la vida matutina de una región superpoblada. Las manzanas de casas se iban haciendo ya más diferenciadas, y eran más escasas las luces en las construcciones, que se veían ahora menos oscuras. Insensiblemente, el negro del suelo se convertía en verde; y muy pronto la llanura no fue sino un inmenso mar de prados opulentos, en los que unas rayas nevadas indicaban todos los pliegues del terreno: las regueras, hasta los menores surcos. Las granjas bajas, agachadas como gallinas cluecas, adheridas firmemente a la tierra de sus cercados, abrieron los postigos de sus ventanitas. Había amanecido.

Distraído, con la frente apoyada en el cristal, vencido por la tristeza de este paisaje extraño, Antoine se sentía completamente desprevenido. Las dificultades de su intento se aparecían ante él, aplastantes, y le preocupaba la situación de inferioridad en que le colocaba aquella noche de insomnio.

Sin embargo, se acercaba a Lausana. La vía cruzaba ya los arrabales. Contemplaba las fachadas todavía cerradas de estas casas rectangulares, enmarcadas por balcones y aisladas unas de otras como rascacielos pequeños. ¡Quién sabe si Jacques no estará despertándose en este mismo momento detrás de una de estas persianas de pino blanco! El tren se detuvo. Un viento helado barría el andén. Antoine se estremeció. La gente se adentraba por el paso subterráneo. Febril, entumecido, abandonando por una vez al azar la dirección de su espíritu y de su voluntad, echó a andar, cargado con la maleta y dudando acerca de lo que iba a hacer. «Lavabos.» «Baños.» «Duchas.» ¿Un baño caliente para entrar en calor, o una ducha fría para reaccionar? ¿Afeitarse, mudarse? Era la última oportunidad de resurrección.

La idea era buena: salió de estas abluciones, al igual que de una fuente milagrosa, completamente nuevo. Corrió a la consigna, se desembarazó allí de la maleta y se lanzó resueltamente al encuentro de los acontecimientos.

Ahora azotaba la lluvia. Saltó a un tranvía para dirigirse a la población; aunque eran apenas las ocho, las tiendas estaban abiertas. Un pueblo afanoso, silencioso, vestido con impermeables y calzado de goma, circulaba ya por todas partes, llenando las aceras, pero con cuidado de no salirse de la calzada a pesar de estar desierta de coches. «Ciudad trabajadora, sin caprichos», se dijo Antoine, que pronto generalizaba. Guiándose con el plano, encontró el camino hasta la placita del Hôtel-de-Ville. Levantó la cabeza hacia el reloj de la torre cuando éste daba la media. La calle en que vivía Jacques estaba al otro extremo de la plaza.

Esta calle de las Escaliers-du-Marché debía ser una de las más viejas de Lausana. Menos que una calle, por otra parte, era un fragmento de callejuela con escalones y que tenía casas solamente en la acera de la izquierda. Delante de las casas, trepaba «la calle», formada por anchos escalones superpuestos; enfrente de cada casa se alzaba una pared, a lo largo de la cual corría una vieja escalera de madera cubierta con una armadura de la edad media, pintada de un rojo vinoso. Estos escalones cubiertos ofrecían un puesto de observación inesperado. Antoine penetró en ellos. Las pocas casas de esta callejuela eran pequeñas casuchas mal alineadas y cuyas plantas bajas debían hacer las funciones de tenduchos desde el siglo XVI. Se entraba al número diez por una puerta baja, aplastada, bajo un dintel recargado de molduras. El rótulo se leía con dificultad en la hoja de la puerta abierta. Antoine descifró: «Pensión J. H. Cammerzinn.» Aquí era.

Haberse consumido durante tres años sin noticias, haber sentido todo el universo entre su hermano y él, y encontrarse ahora a algunos metros de Jacques, a algunos minutos del instante en que iba a volver a verle... Pero Antoine dominaba bien su emoción; la profesión le había obligado a ello: cuanto más acopio hacía de energía, más insensible y lúcido estaba. «Las ocho y media —se dijo—. Tiene que estar aquí. Tal vez en la cama. La hora clásica de las detenciones. Si está en casa, pretexto una cita, voy a su habitación sin dejar que me anuncien y entro.» Ocultándose bajo el paraguas, atravesó la calzada con paso firme y franqueó las dos piedras de la escalinata.

Un pasillo enlosado, luego una vieja escalera con balaustrada, amplia, bien conservada, pero oscura. Ninguna puerta. Antoine empezó a subir los escalones. Distinguía confusamente un ruido de voces. Cuando su cabeza hubo sobrepasado el nivel de la escalera, distinguió, a través de la puerta acristalada de un comedor, una docena de personas reunidas en torno a una mesa. Tuvo tiempo de decirse: «Afortunadamente, la escalera está a oscuras y no se me ve.» Y después: «El desayuno se hace en común. No está aquí. Va a bajar.» Y de repente... Jacques..., ¡su voz!... ¡Jacques había hablado! ¡Jacques estaba aquí, vivo, indiscutible como un

hecho!

Antoine vaciló y, cediendo a un segundo de pánico, descendió precipitadamente algunos escalones. Respiraba con dificultad: una cierta ternura, surgida de lo más hondo de su ser, se dilataba repentinamente en su pecho, ahogándole. Y todos estos desconocidos... ¿Qué hacer? ¿Marcharse? Reaccionó: el amor a la lucha le impelía a avanzar: no aplazarlo, actuar. Levantó la cabeza con prudencia. Jacques se le aparecía de perfil, y solamente a intervalos a causa de sus vecinos. Presidía un anciano de barba blanca; cinco o seis hombres de distintas edades estaban sentados a la mesa; enfrente del viejo, una mujer rubia, guapa, todavía joven, entre dos niñas. Jacques se inclinaba; su palabra era rápida, animada, libre; y para Antoine, cuya presencia se cernía como una amenaza inminente sobre su hermano, era conmovedor comprobar con qué seguridad, con qué inconsciencia del minuto que va a seguir, puede el hombre vivir los instantes más decisivos de su destino. Por otra parte, la mesa parecía interesarse en la discusión: el viejo reía; Jacques parecía llevar la contraria a los dos jóvenes situados frente a él. Nunca se volvía hacia donde estaba Antoine. Por dos veces seguidas acentuó sus palabras con aquel gesto cortante de la mano derecha, que Antoine había olvidado; y de repente, después de un cambio de palabras más vivas, sonrió. ¡La sonrisa de Jacques!

Entonces, sin pensarlo más, Antoine volvió a subir los escalones, llegó a la puerta acristalada, la abrió despacio y se descubrió.

Diez caras se habían vuelto hacia él, pero no las vio; no se dio cuenta de que el viejo abandonaba su sitio y le hacía una pregunta. Sus ojos osados, alegres, se habían fijado en Jacques; y Jacques, con las pupilas dilatadas y la boca entreabierta, miraba a su hermano. Interrumpido en la mitad de una frase, conservaba en su rostro petrificado la expresión de una alegría de la cual no subsistía sino la mueca. Todo esto no duró arriba de diez segundos. Jacques se había incorporado, movido por una sola preocupación: ante todo disimular, no dar un escándalo.

Con paso rígido y precipitado, con amabilidad torpe que podía hacer creer que esperaba al visitante, se dirigió hacia Antoine, que, prestándose a la ficción, retrocedió al descansillo. Jacques, cerrando al salir la puerta de cristales, se le reunió allí. Debió de haber un maquinal apretón de manos, del que ninguno de ellos se dio cuenta; pero ni una sola palabra pudo salir de sus labios.

Jacques pareció dudar, esbozó un gesto vago que parecía invitar a Antoine a acompañarle y empezó a subir la escalera.

## VII

UN piso, otro y un tercero.

Jacques subía trabajosamente, colgándose de la barandilla y sin volverse. Antoine le seguía, completamente recobrado ya el dominio de sí mismo; hasta el extremo de que se sorprendió de sentirse tan poco emocionado en un momento semejante. Ya algunas veces se había preguntado con inquietud: «¿A qué atribuir una sangre fría tan fácil? ¿Presencia de ánimo, o tal vez carencia de sentimientos, frialdad?»

En el tercer rellano había una sola puerta que Jacques abrió. Cuando hubieron entrado ambos en la habitación, cerró con llave y finalmente levantó los ojos hacia su hermano.

—¿Qué quieres de mí? —murmuró con voz ronca.

Pero su mirada agresiva se tropezó con la sonrisa afectuosa de Antoine, quien, bajo aquella máscara de bondad, vigilaba circunspecto, resuelto a contemporizar, pero dispuesto a todo.

Jacques inclinó la cabeza:

—¿Qué pasa? ¿Qué quieren de mí? —repitió. El tono era lastimero, lleno de rencor, tembloroso a causa de la angustia; pero Antoine, con el corazón sorprendentemente seco, tuvo que fingir emoción:

—Jacques —murmuró, acercándose más. Y mientras hacía su papel, observaba a su hermano con una mirada activa, lúcida, y se extrañaba de encontrar en él una desenvoltura, unas facciones, una mirada, diferentes de las de antes, diferentes de las que él imaginara.

Las cejas de Jacques se contrajeron; trató inútilmente de dominarse; su boca crispada logró reprimir un sollozo; luego, con un suspiro en el que se vertía su cólera, abandonándose repentinamente como desanimado por su debilidad, apoyó la frente en el hombro de Antoine y, con los dientes apretados, volvió a repetir:

—¿Pero qué es lo que quieren de mí? ¿Qué es lo que quieren?

Antoine tuvo la intuición de que había que contestar inmediatamente e ir al grano:

—Padre está gravísimo. Se va a morir. —Hizo una pausa, y añadió—: Vengo a buscarte, pequeño.

Jacques no se había inmutado. ¿Su padre? ¿Pensaba que la muerte de su padre podía afectarle en esta vida completamente nueva que se había forjado, sacarle de su refugio, cambiar en lo más mínimo los motivos que habían exigido su desaparición? En las palabras de Antoine lo único que le conmovía profundamente era aquella expresión de: «pequeño», que no había oído desde hacía años.

El silencio se hacía tan penoso que Antoine prosiguió:

—No tengo a nadie conmigo... —Repentinamente se sintió inspirado—: La señorita no cuenta —explicó—. Y Gise está en Inglaterra.

Jacques levantó la cabeza:

—¿En Inglaterra?

—Sí; está preparando un diploma, en un convento próximo a Londres y no puede venir. Estoy completamente solo. Te necesito.

En la obstinación de Jacques, algo acababa de quebrantarse a pesar suyo; sin que terminara de precisarse en su mente, la idea del regreso había dejado de ser radicalmente inaceptable. Se separó, dio dos pasos inciertos y luego, como si prefiriera sumirse hasta el fondo de su sufrimiento, se desplomó sobre una silla, delante de su mesa de trabajo. No sintió la mano que Antoine posó sobre su hombro; con la cabeza escondida entre los brazos, sollozaba. Le parecía ver hundirse aquel refugio que desde hacía tres años se había construido con sus propias manos, piedra a piedra, en las penas, en el orgullo, en la soledad; conservaba sagacidad suficiente para mirar la fatalidad cara a cara, para comprender que toda resistencia era inútil, que antes o después conseguirían su regreso, que su hermoso aislamiento y tal vez su libertad habían llegado a su fin y que era preferible transigir con lo irremediable; pero esta misma impotencia le hacía ahogarse de dolor y de despecho.

Antoine, de pie, no dejaba de observar, de reflexionar, como si su ternura permaneciera circunstancialmente en reserva. Contemplaba esta nuca sacudida por los sollozos; recordaba los arrebatos de Jacques cuando niño; pero sopesaba tranquilamente sus posibilidades. Cuanto más se prolongaba la crisis, más se persuadía de que Jacques estaba dispuesto a resignarse.

Había retirado la mano. Paseaba la vista a su alrededor y pensaba rápidamente en mil cosas distintas. Esta habitación era algo más que limpia: cómoda. El techo era bajo; la habitación debía de haber sido preparada en la buhardilla, pero era amplia, clara y de un tono agradable. El suelo, de madera, color de cera, brillante, crujía de por sí, sin duda a causa del calor de la estufita de porcelana blanca, en la que rugía un fuego de leña. Dos sillones de cretona con florecillas; algunas mesas cargadas de papeles, de periódicos. Pocos libros: unos cincuenta tal vez, en una estantería encima de la cama, que todavía no estaba hecha. Y ni una fotografía: ningún recuerdo del pasado. Libre, solo, ¡inaccesible incluso al recuerdo! Un puntillo de envidia vino a mezclarse en la reprobación de Antoine.

Notó que Jacques se apaciguaba. ¿Estaba ganada la causa? ¿Volvería con su hermano a París? En su fuero interno nunca había tenido la menor duda acerca del éxito de su empresa. Entonces se produjo algo semejante a la ruptura de un dique: una oleada de ternura se apoderó de él, un gran impulso de amor, de compasión; hubiera querido estrechar entre sus brazos a este desgraciado. Se inclinó sobre aquella nuca abatida; muy bajito, llamó:

—Jacques... —Pero éste se irguió bruscamente y se puso en pie. Se secaba los ojos con rabia y miraba a su hermano de arriba abajo.

—Me tienes rabia —dijo Antoine.

No hubo respuesta.

—Padre va a morir —prosiguió Antoine, a modo de excusa.



Jacques volvió la cabeza por un instante.

—¿Cuándo? —preguntó. Su voz era brusca, distraída; en su rostro se leía el sufrimiento. Se dio cuenta de lo que acababa de decir, al tropezarse con la mirada de Antoine. Agachó la cabeza y replicó:

—¿Cuándo... piensas marchar?

—Cuanto antes. Hay que temerlo todo...

—¿Mañana?

Antoine vaciló.

—Esta misma noche, si fuera posible.

Se miraron durante un instante. Jacques se encogió de hombros ligeramente. Esta noche, mañana, ¿qué importa ahora?

—¿En el rápido de la noche? —dijo con voz opaca.

Antoine comprendió que la partida de ambos acababa de ser fijada. Pero como siempre conseguía todo aquello que se proponía con energía, en realidad no sintió ni sorpresa ni alegría.

Permanecían de pie en medio de la habitación. Ningún ruido subía de la calle: hubiera podido creerse que se encontraban en el campo. El agua corría suavemente sobre las limas del tejado, y de vez en cuando bocanadas de aire se precipitaban rugiendo bajo las tejas de la buhardilla. El malestar entre ambos se acentuaba por momentos.

Antoine pensó que Jacques deseaba quedarse solo.

—Tendrás algo que hacer —dijo—; voy a marcharme.

Su hermano se sonrojó de inmediato.

—¿Yo? ¡En absoluto! ¿Por qué? —Y se sentó precipitadamente.

—¿De verdad?

Jacques asintió con la cabeza.

—Entonces —dijo Antoine, esforzándose por crear un ambiente de cordialidad que sonaba a falso— me sentaré... ¡Tenemos tantas cosas que decirnos!

En realidad, pensaba más que nada en hacer preguntas. Pero no se atrevía. Con objeto de ganar tiempo, se lanzó a un relato detallado, y a pesar suyo técnico, de las diversas fases de la enfermedad paterna. Para él, aquellos detalles no evocaban solamente un caso desesperado; evocaban la habitación misma, la cama del enfermo, un cuerpo esquelético, macilento, dolorido, facciones contraídas, quejas, un sufrimiento que apenas si se conseguía calmar. Y ahora era su voz la que temblaba, mientras que Jacques, recostado en su sillón, inclinaba hacia la estufa una cara obstinada que parecía decir: «Padre va a morir y vienes a arrancarme de aquí; está bien, iré. Pero que no se me pida más.» Durante un solo instante creyó Antoine ver ablandarse esta insensibilidad: cuando evocó el día en que a través de la puerta había oído al enfermo y a la señorita tararear juntos la vieja canción. Jacques recordaba el estribillo, ya que sin apartar los ojos de la estufa, sonrió. Aquella sonrisa dolorosa, atormentada... ¡Ésta sí que era la sonrisa de Jacques cuando niño!

Pero casi al mismo tiempo, cuando Antoine terminaba con estas palabras: «Después de lo que ha sufrido, la muerte será un descanso», Jacques, que hasta entonces no había dicho nada, levantó la voz secamente:

—Para nosotros; indudablemente.

Antoine, ofuscado, permaneció callado. En este cinismo había mucho de provocación; pero percibía también en él un resentimiento que no cedía, y este rencor hacia su enfermo, hacia un moribundo, le resultaba intolerable. Lo encontraba injusto. Lo menos que podía decirse era que se reiteraba en los hechos. Recordó la noche en que el señor Thibault se había acusado, entre sollozos, de haber sido el culpable del suicidio de su hijo. Tampoco podía olvidar el efecto que la desaparición de Jacques había tenido sobre la salud del señor Thibault: ¿cuál había sido la influencia de la pena, del remordimiento, en el origen de aquella depresión nerviosa que tanto había facilitado el principio de sus dolencias, y sin la cual, tal vez, no se hubiera desarrollado con tanta rapidez la enfermedad actual?

Entonces, como si Jacques hubiera esperado con impaciencia que su hermano hubiera terminado de hablar, se levantó violentamente y preguntó:

—¿Cómo has descubierto dónde estaba?

Imposible fingir.

—Por... Jalicourt.

—¿Jalicourt? —Ningún nombre podría haberle sorprendido más. Silabeando, repitió—: ¿Ja-li-court?

Antoine había sacado la cartera. Cogió la carta de Jalicourt, que abriera días antes, y la alargó a su hermano. Era lo más sencillo: esto hacía innecesaria toda explicación.

Jacques cogió la carta, la miró por encima, y luego, acercándose a la ventana, se puso a leerla, despacio, con los ojos bajos, la boca cerrada, impenetrable.

Antoine le observaba. Este rostro que tres años antes ofrecía los rasgos desdibujados de la adolescencia y que, completamente afeitado hoy, no hubiese debido parecerle tan diferente, atraía toda su atención sin que pudiera precisar qué era lo que encontraba de nuevo en él: más vigor, menos orgullo, también menos inquietud; menos obstinación, tal vez, y más firmeza. Indudablemente, Jacques había perdido encanto, pero había adquirido fuerza. Ahora era un muchacho más bien grueso. La cabeza había crecido; se destacaba con dificultad de los hombros, más anchos, y Jacques tenía costumbre de mantenerla echada hacia atrás, en una actitud un poco arrogante o al menos combativa. La mandíbula era terrible; la boca, enérgica y musculosa, pero con un trazo triste. La expresión de esta boca había cambiado mucho. El cutis conservaba su blancura, con algunas pecas en los pómulos. Pero el pelo, bastante abundante, era ahora más bien castaño que rubio; formaba alrededor de la cara vigorosa una masa indisciplinada que aumentaba más aún las proporciones; un mechón de pelo oscuro con reflejos dorados, que la mano levantaba continuamente con impaciencia, volvía a caer siempre sobre la sien, sombreando una parte de la

frente.

Antoine vio estremecerse esta frente y formársele dos arrugas entre las cejas. Adivinaba el choque de los pensamientos que aquella lectura podía sugerir a Jacques, y no se sintió desconcertado cuando éste, dejando caer la mano que sostenía la carta, se volvió hacia él:

—¿Entonces, tú también, también... has leído mi novela?

Antoine se contentó con bajar los párpados y volverlos a alzar. Sonriendo con los ojos más que con los labios, hizo ceder con su mirada afectuosa la irritación de su hermano, que se limitó a añadir, menos agresivo:

—¿Y... quién más?

—Nadie.

La mirada de Jacques reflejaba incredulidad.

—Palabra —declaró Antoine.

Jacques hundió las manos en los bolsillos y se calló. En realidad, se hizo pronto a la idea de que su hermano había leído su *Sorellina*. Incluso le hubiera gustado conocer su opinión. Personalmente, se mostraba bastante severo con aquella obra, escrita con apasionamiento, pero año y medio antes. Creía haber progresado considerablemente desde aquella época y hoy encontraba insoportable aquellos amaneramientos, aquella poesía, aquellas exageraciones de la juventud. Lo más raro es que ya no pensaba en absoluto en el tema, en la relación de este tema con su propia historia; una vez que había dado una existencia de arte a este pasado, creía haberlo apartado de sí; y cuando ocasionalmente pensaba en aquellas experiencias dolorosas, era para afirmarse inmediatamente: «Ya estoy curado de todo eso.» Así, pues, cuando Antoine le había dicho: «Vengo a buscarte», su primera idea había sido: «De cualquier forma, ya estoy curado.» A lo cual, un poco después, había añadido: «Y además, Gise está en Inglaterra.» (En rigor, soportaba la evocación de Gise, el recuerdo de su nombre; pero en cuanto a Jenny, se negaba tenazmente a la más ligera alusión.)

Después de un minuto de silencio que pasó delante de la ventana, de pie, inmóvil, con la mirada perdida a lo lejos, se volvió otra vez:

—¿Quién sabe que estás aquí?

—Nadie.

Esta vez insistió:

—¿Padre?

—¡Te digo que no!

—¿Gise?

—No; nadie. —Antoine vaciló, y luego, para tranquilizar por completo a su hermano, añadió—: Después de lo que ha pasado, y puesto que Gise está en Londres, es preferible que no sepa nada.

Jacques observaba a su hermano mayor; una lucecilla inquisitiva brilló un momento en su mirada y se apagó.

Volvió a hacerse el silencio.

Antoine temía este silencio; pero, cuanto más deseaba romperlo, menos encontraba la oportunidad. Indudablemente, veinte cosas le obsesionaban, pero no se atrevía a preguntar; buscaba algún tema sencillo y sin peligro que les llevara a ambos a una mayor intimidad, pero no se le ocurría nada aparente.

La situación se iba haciendo crítica, cuando de pronto Jacques abrió la ventana y retrocedió unos pasos. Un magnífico gato siamés, de piel gris y con el hocico negro, saltó blandamente sobre el suelo.

—¿Un visitante? —preguntó Antoine, contento de la interrupción.

Jacques sonrió:

—Un amigo —añadió—. De una especie preciosa: un amigo intermitente.

—¿De dónde viene?

—Nadie ha podido informarme. Indudablemente desde muy lejos: en el barrio no le conocen.

El gato recorría la habitación dignamente, ronroneando como una peonza alemana.

—Tu amigo está empapado —observó Antoine, que notaba cómo el silencio volvía a rondarles.

—Normalmente recibo su visita cuando llueve —contestó Jacques—. Algunas veces muy tarde, a media noche. Araña en el cristal, entra, se seca delante de la estufa, y cuando ya está seco, pide que le deje salir. Nunca he podido acariciarlo y mucho menos hacerle comer algo.

El animal, después de haber hecho su inspección, había vuelto cerca de la ventana, que permanecía entreabierta.

—Mira —dijo Jacques casi con alegría, no esperaba encontrarte aquí: va a marcharse—. Efectivamente, el gato saltó sobre el reborde de zinc y avanzó por el tejado, sin volverse.

—Me hace sentir cruelmente que soy un intruso —dijo Antoine medio en broma.

Jacques aprovechó que estaba cerrando la ventana para no contestar. Pero cuando se volvió, estaba encarnado. Empezó a andar de un lado para otro, muy despacio.

El silencio amenazaba.

Entonces Antoine, a falta de cosa mejor —con la esperanza sin duda de modificar los sentimientos de Jacques, y porque el recuerdo del enfermo le obsesionaba—, volvió a hablar de su padre; insistió en las transformaciones que sufrió el carácter del señor Thibault a partir de la operación, e incluso se aventuró a decir:

—Posiblemente, tú mismo le juzgarías de otra forma si le hubieras visto envejecer como lo ha hecho en el curso de estos tres años.

—Posiblemente —dijo Jacques, evasivo.

Antoine no se desanimaba fácilmente.

—Por otra parte —prosiguió—, algunas veces me he preguntado si le habremos conocido perfectamente, tal y como era en él fondo... —Aferrándose a este tema, se

le ocurrió contar a Jacques una anécdota reciente—. Te acordarás —dijo— de Faubois, el peluquero de enfrente de casa, al lado del ebanista, antes de la calle del Pré-aux-Clercs...

Jacques, que iba y venía con la cabeza baja, se detuvo en seco. Faubois... La calle del Pré-aux-Clercs... Era la repentina proyección, en la oscuridad intencionada de su retiro, de todo un mundo que había creído olvidar. Veía de nuevo con toda precisión hasta los menores detalles, todas y cada una de las losas de la acera, los escaparates, al viejo ebanista con los dedos manchados de nogalina, el anticuario pálido y a su hija; luego, «la casa», el marco mismo de su pasado, «la casa» y su portal entreabierto y la portería, y su pisito en la planta baja, y Lisbeth, y, más lejos aún, toda su infancia repudiada... Lisbeth, su primera experiencia... En Viena, había conocido a otra Lisbeth, cuyo marido, celoso, se había matado... Repentinamente pensó que tendría que anunciar su viaje a Sophia, la hija del viejo Cammerzinn...

Antoine seguía su relato.

Bien; un día que tenía prisa, había entrado en casa de Faubois aquel peluquero al que Jacques y él se habían negado siempre a ir, porque desde hacía veinticinco años el mencionado Faubois recortaba todos los sábados la barba de su padre. El anciano, que conocía a Antoine de vista, se había puesto inmediatamente a hablar del señor Thibault. Y, poco a poco, Antoine, ocioso y con la toalla al cuello, había tenido la sorpresa de ver dibujarse en las palabras del peluquero una figura paterna que nunca hubiera sospechado.

—Así, pues —explicó—, padre siempre hablaba de nosotros a Faubois. Especialmente de ti... Faubois recuerda perfectamente cierto día de verano en que «el pequeño del señor Thibault», es decir, tú, terminó el bachillerato, y en el que padre entreabrió la puerta simplemente para anunciar: «Señor Faubois, el pequeño ha aprobado.» Y Faubois dice: «¡El buen padre estaba tan orgulloso que daba gusto verle!» ¿Increíble, verdad?... Pero lo más desconcertante para mí, es..., es lo que sucede desde hace tres años...

El rostro de Jacques se contrajo ligeramente, y Antoine se preguntó si no se equivocarla al proseguir:

Pero estaba lanzado.

—Si. Desde que te marchaste. He terminado por comprender que padre nunca había dicho ni lo más mínimo acerca de la verdad, y que había llegado a inventar toda una novela para engañar al barrio. Sin ir más lejos, Faubois me ha dicho cosas como ésta: «¡Los viajes son lo mejor de todo! Puesto que su padre puede sufragar a su hijo los gastos de estudiar en el extranjero, ha hecho bien en mandarle allí. Por otra parte, con el correo, ahora se pueden recibir cartas desde todas partes; ya me decía que nunca estaban ustedes más de una semana sin noticias del pequeño...»

Antoine evitó mirar a Jacques y, para apartarse de este tema demasiado preciso, añadió:

—Padre también le hablaba de mí: «Mi hijo mayor, será algún día profesor de la

Facultad de Medicina.» Y de la señorita. Y de las criadas. Faubois conoce a toda la casa. Y de Gise. Fíjate, también esto es curioso: ¡Parece ser que padre hablaba muy a menudo de Gise! (Faubois debía de tener una hija de la misma edad; creo haber comprendido que ha muerto.) Faubois le decía a padre: «La mía hace esto.» Y padre le decía: «*La mía* hace lo otro.» ¿Qué te parece? Faubois me ha recordado un montón de chiquilladas, de palabras infantiles, que padre le contaba y que yo ya había olvidado. ¿Quién hubiera podido creer, por aquel entonces, que padre se daba cuenta de aquellas niñerías? Pues bien; Faubois me ha dicho textualmente esto: «Lo que más sentía su papá, era no haber tenido una hija. Pero muchas veces me ha dicho: “Esta pequeña, señor Faubois, es ahora para mí como si la hubiera tenido”» Textualmente. Me ha extrañado mucho, te lo aseguro. ¡Cuánta sensibilidad oculta, al fin y al cabo, tal vez tímida y dolorosa, que no sospechaba ninguno de nosotros!

Jacques, sin decir ni palabra, sin levantar la cabeza, continuaba sus paseos; y aunque apenas si miraba a su hermano, no se le escapaba ningún movimiento de Antoine. No estaba emocionado; estaba sacudido por impulsos violentos y contradictorios. Lo que le resultaba más molesto, con mucho, era sentir que el pasado hacía irrupción en su vida, por las buenas o por las malas.

Ante al mutismo de Jacques, Antoine se desanimó: imposible iniciar una conversación. No perdía de vista a su hermano, tratando de desentrañar algún indicio de pensamiento en aquellos rasgos que no indicaban sino una triste resolución de indiferencia. Sin embargo, no conseguía reprochárselo. Amaba aquel rostro vuelto a hallar, incluso arisco y apartándose de él. Ningún rostro en el mundo le había sido tan querido. Y de nuevo, sin que se atreviera a traicionarse por una palabra ni por un gesto, el corazón volvió a llenársele de ternura.

No obstante, triunfaba el silencio, victorioso, consentido, opresivo. No se oía sino el gotear del agua en los canalones, el crepitar de la lumbre y, de vez en cuando, una madera del piso, que Jacques hacía crujir a su paso.

En un momento dado se acercó a la estufa, la abrió y metió en ella dos leños; entonces, medio arrodillado, se volvió hacia su hermano, que le seguía con la mirada, y murmuró repentinamente en un tono altanero:

—Me juzgas con severidad. Me da igual. No me lo merezco.

—No lo creas —se apresuró a rectificar Antoine.

—Tengo perfecto derecho a ser feliz a mi manera —prosiguió Jacques. Se incorporó con un movimiento impetuoso, calló durante un instante y luego, con los dientes apretados, murmuró—: Aquí era completamente feliz.

Antoine se inclinó.

—¿De verdad?

—¡Completamente!

A cada frase que cambiaban, ambos se observaban durante un segundo, con una curiosidad serena, con una reserva leal y pensativa.

—Te creo —dijo Antoine—. El hecho mismo de tu marcha... Sin embargo, hay

tantas cosas todavía que..., que no acabo de explicarme... ¡Oh! —exclamó prudentemente—, no creas que he venido para hacerte el menor reproche, pequeño...

Entonces fue cuando Jacques vio la sonrisa de su hermano. Recordaba a un Antoine contraído, de una energía brutal; aquella sonrisa era para él de una novedad conmovedora. ¿Temió repentinamente enternecerse? Apretó los puños y agitó los brazos.

—Cállate, Antoine, deja todo eso... —Luego añadió—: Ahora no. —Una verdadera expresión de sufrimiento se reflejó en su cara; volvió la cabeza hacia la sombra, bajó los ojos y balbuceó—: No puedes comprenderlo.

A continuación todo volvió a quedar en silencio. Pero el aire se había hecho respirable.

Antoine se levantó y, sin exagerar la naturalidad, preguntó:

—¿Tú no fumas? Tengo verdaderas ganas de encender un pitillo; ¿no te importa? —Consideraba esencial no dramatizar en absoluto, aclimatar poco a poco esta rusticidad, a fuerza de cordialidad y de naturalidad.

Dio algunas chupadas y luego se acercó a la ventana. Todos los viejos tejados de Lausana descendían hacia el lago en un inextricable revoltijo de albardas ennegrecidas, cuyos contornos resultaban difuminados por el vaho; estas tejas cubiertas de líquenes parecían haberse empapado de agua como el fieltro. El lejano horizonte estaba cerrado por una cadena de montañas a contraluz. En las cumbres, la nieve se destacaba en blanco sobre el cielo de un gris uniforme, y a lo largo de las laderas se manifestaba en manchas claras sobre las superficies plomizas. Hubiérase dicho que eran oscuros volcanes de leche, rebosantes de nata.

Jacques se había acercado.

—Los Dientes de Oche —dijo, señalando con el brazo.

La orilla más próxima del lago quedaba oculta por la ciudad escalonada; y la otra orilla, a contraluz, no era sino un farallón de sombra detrás de un velo de lluvia.

—Tu hermoso lago está hoy tan furioso como un mar alborotado —observó Antoine.

Jacques sonrió complaciente. Permanecía inmóvil, sin poder apartar los ojos de aquella orilla en la que distinguía, en un sueño, bosquecillos, pueblos, y las flotillas amarradas junto a los pontones, y los senderos en zig-zag hacia los albergues de montaña... Toda una decoración de vagabundeo y de aventuras que se veía obligado a abandonar; ¿por cuánto tiempo? Antoine quiso distraer su atención.

—Estoy seguro de que tenías algo que hacer esta mañana —dijo—. Sobre todo, si... —Deseaba añadir: «Sobre todo si nos vamos esta tarde», pero no terminó.

Jacques, molesto, negó con la cabeza:

—Te aseguro que no. No dependo de nadie, sino de mí. Nada resulta complicado cuando se vive solo, cuando se conserva uno... «libre». —La palabra vibró en el silencio. Luego, pero ya en otro tono, triste, con una mirada melancólica, volvió a

suspirar—: No puedes comprenderlo.

«¿Entonces, qué género de vida hace aquí? —se preguntaba Antoine—. Trabaja, sí..., ¿pero de qué vive?» Hizo algunas hipótesis, abandonándose por un instante al curso de sus ideas, y terminó por decir a media voz:

—Una vez que alcanzaste la mayoría de edad, hubieras podido disponer fácilmente de lo que te corresponde de la fortuna de mamá...

Una chispa de alegría brilló en la mirada de Jacques. Estuvo a punto de formular una pregunta. Sintió cierto pesar: pensó que, en determinadas ocasiones, hubiera podido evitar determinadas tareas...: muelles de Túnez... sótano de la *Adriática*, en Trieste..., *Deutsche Buchdruckerei* de Innsbruck... Esto sólo duró un segundo y ni siquiera se le ocurrió pensar que la muerte del señor Thibault iba a sacarle de apuros definitivamente. ¡No! ¡Sin su dinero, sin ellos! ¡Completamente solo!

—¿Cómo te las arreglas? —aventuró Antoine—. ¿Te ganas la vida con facilidad? Jacques paseó la mirada a su alrededor.

—Ya lo estás viendo.

Antoine no pudo contenerse e insistió:

—¿Bien, y qué es lo que haces?

El rostro de Jacques había recobrado su expresión reservada, obstinada. En su frente se formaba y se deshacía una arruga.

—No te pregunto para inmiscuirme en tus asuntos —se apresuró a protestar Antoine—. Solamente me guía un deseo, pequeño: el de que organices tu vida lo mejor posible, ¡el que seas feliz!

—¡Eso!... —dejó escapar Jacques sordamente. A no dudarlo, el tono significaba: «Eso (que yo sea feliz) ¡es imposible!» Inmediatamente, con la voz alterada y encogiéndose de hombros, prosiguió—: Déjalo, Antoine, déjalo..., no lo comprenderías. —Hizo un esfuerzo por sonreír. Después de algunos pasos vacilantes volvió a la ventana y, con la mirada perdida, sin que al parecer se diera cuenta de que sus palabras se contradecían, volvió a afirmar—: Aquí era completamente feliz... Completamente.

Luego, consultando el reloj, se volvió hacia Antoine, sin darle tiempo para reanudar la conversación:

—Tengo que presentarme a Cammerzinn. Y a su hija, si está allí. Luego iremos a comer. Aquí no, afuera. —Había vuelto a abrir la estufa y la llenaba de leña mientras hablaba—:...Un antiguo sastre... Ahora concejal... Un sindicalista ferviente, también... Ha fundado una hojilla semanal que redacta casi solo... Un tipo magnífico; ya verás.

El viejo Cammerzinn, en mangas de camisa, estaba corrigiendo unas pruebas en su habitación excesivamente caldeada, provisto de unas extrañas gafas rectangulares, cuyas patas de oro, finas como cabellos, se enrollaban alrededor de sus orejas pequeñas y carnosas. Astuto bajo su apariencia pueril, sentencioso en sus dichos pero



travieso en sus actitudes, reía continuamente y clavaba su mirada con insistencia en los ojos de los demás, por encima de los lentes. Hizo que trajeran cerveza. Llamaba a Antoine «mi querido señor», y al cabo de muy poco tiempo «mi querido muchacho».

Jacques anunció fríamente que la salud de su padre le obligaba a ausentarse «por algún tiempo», que marcharía aquella misma tarde, pero que conservaría su habitación, pagando por adelantado el alquiler del mes en curso, y que en ella dejaría «todas sus cosas». Antoine no pestañeó.

El viejecillo, blandiendo las hojas que tenía ante él, se lanzó a una voluble improvisación acerca de un proyecto de imprenta cooperativa para los periódicos «del partido». Jacques pareció sentirse interesado en esto y manifestó su opinión. Antoine escuchaba. Jacques no parecía tener prisa por reanudar la conversación a solas con su hermano. ¿Esperaba a alguien que no apareció?

Finalmente dio la señal de marcha.

## VIII

AFUERA se había levantado un viento fresco que agitaba la nieve deshelada.

—Parece que corta —dijo Jacques.

Trataba de mostrarse menos taciturno. Al bajar las anchas escaleras de piedra que flanqueaban un edificio público, explicó espontáneamente que era la Universidad. El tono traicionaba cierto orgullo por la ciudad que había elegido. Antoine la admiró. Pero las bocanadas de lluvia y de nieve, que se sucedían en ráfagas, los incitaban a buscar refugio cuanto antes.

En la esquina de dos calles estrechas, repletas de peatones y ciclistas, Jacques se dirigió hacia una planta baja acristalada, la cual, en letras mayúsculas blancas, tenía este rótulo sobre el cristal de la puerta:

### «LA GASTRONÓMICA»

La sala, guarnecida de roble, presentaba por doquier superficies enceradas. El dueño, un hombre activo y corpulento, de temperamento sanguíneo, sofocado pero contento de sí mismo, de su salud, de su personal, de su «menú», se afanaba alrededor de los clientes, a los que trataba como invitados fortuitos. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones en letra gótica: «¡En “la Gastronómica”, la cocina no es química!» O bien: «¡En “la Gastronómica”, no hay mostaza seca en el borde de la mostacera!»

Jacques, que parecía menos violento desde la visita a Cammerzinn y de este paseo bajo la lluvia, sonreía satisfecho ante la sorpresa de su hermano. Era bastante inesperada esta curiosidad de Antoine con respecto al mundo exterior. Esta mirada golosa, este aire de apreciar y saborear de pasada cualquier detalle significativo. Tiempo atrás, en las casas de comida del barrio latino, en las que los dos hermanos habían tenido ocasión de comer juntos, Antoine no se fijaba en nada y su primer gesto era instalar frente a él, apoyada en la jarra del agua, una revista de medicina.

Antoine sintió que Jacques le observaba.

—¿Me encuentras cambiado? —preguntó.

Jacques hizo un gesto evasivo. Sí; Antoine le parecía cambiado, muy cambiado. Pero, ¿en qué? ¿No sería, más bien, que en el curso de estos tres años Jacques había olvidado muchas particularidades de su hermano mayor? Las volvía a encontrar una a una. En algunos instantes, un determinado gesto de Antoine —este encogimiento de hombros y este guiño, esta manera de abrir la mano al dar una explicación—, lo emocionaba repentinamente como el encuentro de una imagen antaño familiar y totalmente borrada de su memoria. No obstante, otras cosas le conmovían sin traerle a la memoria nada que hubiera olvidado: la expresión general de la fisonomía, de su

actitud; esta serenidad, esta disposición conciliadora, esta mirada sin brusquedad ni dureza. Muy nuevo todo esto. Trató de decírselo con algunas palabras confusas. Antoine sonrió. Sabía que era el legado de Rachel. Durante algunos meses, la pasión triunfante había imprimido en su rostro, hasta entonces rebelde a toda confesión de dicha, una especie de seguridad optimista, tal vez incluso una satisfacción de amante privilegiado, y esa mueca nunca había llegado a desaparecer por completo.

La comida era buena; la cerveza, fluida, ligera, helada; la sala, acogedora. Antoine se asombraba alegremente de las especialidades locales: había comprobado que en estas cuestiones el mutismo de su hermano cedía más gustoso. (Aunque, cada vez que Jacques abría la boca, parecía lanzarse a la conversación desesperadamente. Sus palabras vacilantes, cortantes en algunos momentos y sin razón alguna que lo justificara, se hacían tumultuosas y vibrantes, con repentinas paradas; y, mientras hablaba, fijaba su mirada en la de su hermano.)

—No, Antoine —replicó a una broma de éste—. Harías mal en creer que... No se puede decir que en Suiza... He visto otros muchos países y puedo asegurarte que...

La involuntaria curiosidad que asomó a la cara de Antoine le detuvo. Poco después, quizá lamentando aquel humor sombrío, prosiguió espontáneamente:

—Mira: aquél, por ejemplo, podría ser tomado como modelo; ese señor solo que está hablando con el dueño, a la derecha de nosotros. Un ejemplar bastante bueno del tipo popular de Suiza. El aspecto, la ropa..., el acento...

—¿Ese acento de persona acatarrada?

—No —rectificó Jacques con un escrupuloso fruncimiento de cejas—. Un tono marcado, un poco vacilante que indica reflexión. Pero más que nada, ya lo ves, ese aspecto concentrado en sí mismo, indiferente a todo lo que ocurre. Eso es muy suizo. Así como esa apariencia de estar siempre en seguridad en todas partes...

—La mirada es inteligente —concedió Antoine—. Pero desprovista de vivacidad hasta un extremo increíble.

—Pues en Lausana los hay así a millares. Durante todo el día, sin atropellarse ni perder un minuto, hacen lo que tienen que hacer. Se cruzan con otras vidas sin mezclarse en ellas. Apenas si rebasan sus fronteras; están ocupados por completo, en cualquier momento de sus vidas, en aquello que están haciendo o aquello que van a hacer inmediatamente después.

Antoine le escuchaba sin interrumpirle. Esta atención intimidaba un poco a Jacques; aunque también lo sostenía, al despertar en él un secreto sentimiento de importancia que le hacía más locuaz.

—Decías: «vivacidad»... —prosiguió—. Se les cree lentos. Eso se dice muy pronto, y es completamente falso. Tienen un temperamento distinto... del tuyo... Más compacto, tal vez. Casi tan ligero, a fin de cuentas... Lentos, no: «estables». Que no es lo mismo, en absoluto.

—Lo que me sorprende —dijo Antoine, sacando un cigarrillo del bolsillo— es verte a ti tan a gusto en este hormiguero...

—¡Pues precisamente por eso! —exclamó Jacques. Corrió la taza vacía que había estado a punto de volcar—. He estado en muchos sitios: en Italia, en Alemania, en Austria...

Antoine, con la mirada fija en la cerilla y sin levantar la cara, insinuó:

—En Inglaterra...

—¿En Inglaterra? No. ¿Por qué en Inglaterra?

Se produjo una corta pausa, durante la cual sus ideas trataron de encontrarse. Antoine no levantaba los ojos. Jacques, desconcertado, prosiguió no obstante:

—... Pues bien: creo que nunca hubiera podido quedarme en ninguno de esos países. ¡No se puede trabajar en ellos! ¡Se quema uno! No he encontrado equilibrio sino aquí...

Y, efectivamente, en este momento tenía aspecto de haber alcanzado cierto equilibrio. Estaba sentado de lado, en una postura que parecía ser habitual en él, con la cabeza inclinada hacia el mismo lado que el mechón indómito, como si el peso del pelo la hubiera sobrecargado. El hombro derecho se adelantaba. Todo el busto estaba apoyado en el brazo derecho, cuya mano a su vez se sujetaba sólidamente en el muslo. El codo izquierdo, por el contrario, se posaba ligeramente sobre la mesa y los dedos de la mano izquierda jugaban con las miguitas esparcidas sobre el mantel. Estas manos se habían convertido en manos de hombre, nerviosas y expresivas.

Reflexionaba acerca de lo que acababa de decir.

—Las gentes de aquí son tranquilizadoras —dijo con una especie de gratitud—. Evidentemente, esta ausencia de pasiones no es sino en apariencia... Pasiones las hay aquí como en todas partes. Pero compréndeme: unas pasiones que se dejan amordazar tan a diario, no ofrecen demasiado peligro... No son muy contagiosas, que digamos... —Volvió a interrumpirse, enrojeció súbitamente y agregó a media voz—: ¡Es que, desde hace tres años!...

Sin mirar a Antoine echó hacia atrás el mechón de pelo con un rápido ademán, cambió de postura y se calló.

¿Era un primer paso hacia las confidencias? Antoine esperó, sin hacer el menor gesto, animando a su hermano con la mirada.

Pero deliberadamente Jacques rompió las ligaduras:

—¡Y no deja de llover! —dijo, levantándose—. Será preferible que volvamos, ¿no te parece?

Cuando salían del restaurante, un ciclista que pasaba por delante de ellos saltó de la bicicleta y corrió hacia Jacques:

—¿Ha visto allí a alguno? —preguntó, jadeante, sin siquiera saludar. La pelliza de montaña, que defendía del fuerte viento, cruzándose los brazos sobre el pecho, estaba empapada de lluvia.

—No —contestó Jacques, sin parecer demasiado sorprendido. Le señaló la entrada de una casa cuyo portal estaba abierto—: Vamos a meternos aquí —propuso; y como Antoine permaneciera separado discretamente, se volvió para llamarle. Pero

cuando los tres estuvieron resguardados, no hizo ninguna presentación.

El recién llegado, con un movimiento de la cabeza dejó caer sobre los hombros el capuchón que le ocultaba los ojos. Era un hombre que había pasado ya la treintena. A pesar de esta entrada en materia un tanto ruda, su mirada era dulce y casi acariciadora. El rostro, que el aire vivo había enrojecido, estaba surcado por una vieja cicatriz, cuya huella exangüe cerraba a medias el ojo derecho, cortaba oblicuamente la ceja y terminaba por perderse bajo el sombrero.

—Me llenan de reproches —prosiguió con una voz febril, sin que aparentemente le preocupara la presencia de Antoine—. Pero no me los merezco, ¿verdad? — Parecía conceder una importancia especial a la opinión de Jacques, que hizo un ademán conciliador—. ¿Qué es lo que quieren? Dicen que eran individuos pagados. ¿Es culpa mía? Ahora están ya lejos y saben perfectamente que no serán denunciados.

—Sus enredos no pueden triunfar —contestó Jacques, después de haber reflexionado—. Una de dos...

—Sí; ¡eso es lo que puede decirse! —exclamó su interlocutor sin aguardar a más, con una especie de agradecimiento y fervor imprevistos—. Pero haría falta que la prensa política no nos hiciera saltar antes.

—Sabakine desaparecerá tan pronto como se huela la menor cosa —murmuró Jacques, bajando la voz—. Y Bisson lo mismo; ya lo verá.

—¿Bisson? Tal vez.

—¿Pero y esos revólveres?

—No; eso es fácil de probar. Su antiguo amante los había comprado en Basilea, en la liquidación, por defunción, de una armería.

—Escuche, Rayer —dijo Jacques—: No cuente conmigo estos días; no puedo escribir nada de aquí a cierto tiempo. Pero vaya a buscar a Richardley. Que le entregue los papeles. Dígale que son para mí. Y si necesita alguna firma, que telefonee a Mac Laher. ¿De acuerdo?

Rayer cogió la mano de Jacques y la estrechó sin contestar.

—¿Y Loute? —preguntó Jacques, sin soltar la mano de Rayer.

Éste agachó la cabeza.

—En eso no puedo hacer nada —repuso con una sonrisa tímida. Levantó los ojos y repitió con brío—: No puedo hacer nada; la quiero.

Jacques soltó la mano de Rayer. Luego, después de una pausa, murmuró:

—¿Y adónde conducirá eso a ambos?

Rayer suspiró.

—Ha tenido los partos demasiado difíciles y nunca podrá reponerse del todo: al menos, no lo bastante para poder trabajar...

Jacques le interrumpió:

—Ella misma me ha dicho: «Si yo tuviera valor suficiente, habría un medio de terminar.»

—¿Lo está viendo? ¿Y qué quiere usted que haga yo en esas condiciones?

—¿Y Schneebach?

Rayer hizo un gesto de amenaza. Una lucecilla de odio llameó en su mirada.

Jacques adelantó la mano y la posó sobre el brazo de Rayer: una presión amistosa, pero firme, casi imperiosa.

—¿Y adónde los conducirá eso, Rayer? —repitió con severidad.

El otro se encogió de hombros con un gesto de irritación. Jacques retiró la mano. Después de una pausa, Rayer levantó el brazo con cierto aire de solemnidad:

—Para nosotros, como para ellos, la muerte está al final de todo, y esto es todo lo que puede decirse —concluyó en voz baja. Sonrió en silencio, como si lo que iba a decir fuera evidente a todas luces—: De no ser así, serían los vivos quienes estarían muertos, y los muertos quienes continuarían vivos...

Cogió la bicicleta por el sillín y la levantó con una mano. Su cicatriz se convirtió en una señal violácea. Luego bajó como una cogulla el capuchón de su pelliza y alargó la mano.

—Gracias. Iré a ver a Richard Ley. Es usted un tipo verdaderamente magnífico. —Su acento se había hecho de nuevo confiado y gozoso—. Nada más que con verle, Baulthy, ya casi me siento reconciliado con el mundo: con el hombre, con la literatura... Incluso con la prensa, sí... ¡Hasta la vista!

Antoine no había comprendido absolutamente nada de su conversación, pero no se le había escapado ni una palabra ni un gesto. Desde el primer momento había observado la actitud de aquel individuo, de bastante más edad que Jacques y que, sin embargo, le demostraba esa clase de consideración afectuosa que únicamente se concede a ciertas personas de edad. Ahora bien: lo que durante toda aquella conversación no había dejado de sorprenderle y de conmoverle más que nada, era el rostro acogedor de Jacques, su frente despejada, reflexiva, la madurez de su mirada, la autoridad inesperada que emanaba de toda su persona.

Para Antoine fue una revelación. Durante algunos minutos había tenido ante sus ojos a un Jacques al que no conocía en absoluto, cuya existencia nada le había permitido hasta entonces sospechar, y que, sin embargo, sin ninguna clase de duda, era para todos el Jacques auténtico, el Jacques de hoy.

Rayer había montado en su bicicleta y, sin haber pensado siquiera en saludar a Antoine, se alejó, levantando a su paso dos surtidores de barro.

## IX

AMBOS hermanos reanudaron su camino, sin que Jacques hiciera el menor comentario acerca de este encuentro. Por otra parte, el viento que se filtraba a través de sus ropas, y que parecía encarnizarse especialmente contra el paraguas de Antoine, hacía muy difícil toda conversación.

No obstante, en el peor momento, cuando atacaban la plaza de la Riponne — amplia explanada en la que parecían haber venido a enfrentarse todos los vientos del cielo—, indiferente a la lluvia que le azotaba, Jacques aflojó el paso repentinamente y preguntó:

—¿Por qué has dicho antes, cuando estábamos comiendo: «... Inglaterra»?

Antoine se olió una intención agresiva. Confuso, salió del paso con algunas palabras ininteligibles que se llevó el viento.

—¿Cómo dices? —insistió Jacques, que no había oído nada. Se había acercado y andaba de medio lado, avanzando el hombro para cortar el viento; la mirada interrogante que posaba sobre su hermano indicaba tanta insistencia que Antoine, acorralado, sintió escrúpulo de mentir.

—Pues... por... ¡las rosas encarnadas! —confesó.

El tono con que lo dijo era más áspero de lo que hubiera deseado. Una vez más se impuso a él la pasión incestuosa de Giuseppe y Annetta, su caída en la hierba, todo un cortejo de visiones que se le habían hecho demasiado familiares sin dejar de resultarle penosas. Descontento, nervioso, echándole la culpa a las ráfagas que le atormentaban, masculló un temo y cerró el paraguas con rabia.

Jacques había permanecido inmóvil durante un segundo, suspenso: evidentemente estaba a cien leguas de suponer esta contestación. Se mordió los labios y dio algunos pasos sin decir ni palabra. (Ya en muchas ocasiones había deplorado aquel momento de debilidad inconcebible, lamentando aquel cestillo de rosas comprado desde tan lejos por mediación de un amigo, mensaje comprometedor que proclamaba: «Vivo y pienso en ti», precisamente cuando deseaba pasar por muerto para todos los suyos. Pero, al menos hasta ahora, había podido creer que aquel gesto imprudente había permanecido muy en secreto. La indiscreción de Gise, no esperada por él e incomprensible, le exasperó.) No supo contener su amargura:

—Has equivocado tu vocación —dijo con una mueca—. ¡Has nacido para policía!

Antoine, molesto por el tono, se recreció:

—¡Amigo mío, cuando se tiene tanto interés en ocultar la vida privada, no se la expone a la luz del día en las páginas de una revista!

Jacques, herido en lo más vivo, le gritó a la cara:

—¿Ah, sí? ¿Ha sido entonces mi novela lo que te ha puesto al corriente de ese envío de flores?

Antoine había perdido el dominio de sí mismo:

—No —replicó, fingiendo calma y espaciando las sílabas en tono hiriente—, ¡pero por lo menos tu novela me ha permitido saborear toda la significación de ese envío! —Y después de haber lanzado esta flecha, arremetió contra el viento y apresuró el paso.

Pero, inmediatamente, la sensación de haber cometido una falta irreparable apareció ante sus ojos con tanta evidencia que le cortó la respiración. Algunas palabras de más, y todo estaba comprometido: Jacques se le iba a escapar definitivamente... ¿Por qué había perdido repentinamente el dominio de sí mismo, cediendo a este acceso de mal humor? ¿Porque se trataba de Gise? ¿Qué hacer ahora? ¿Explicarse, pedir disculpas? ¿Era aún tiempo de hacerlo? ¡Ah, se sentía dispuesto a cualquier clase de reparación!...

Iba a volverse hacia su hermano y a reconocer sus faltas lo más cariñosamente posible, cuando sintió repentinamente que Jacques le cogía del brazo y se colgaba de él con todas sus fuerzas. Presión apasionada, absolutamente inesperada, abrazo convulsivo, fraternal, que abolía en un segundo no solamente todas estas frases amargas, sino también todo el silencio de estos tres años de alejamiento. Una boca temblorosa balbucía junto a su oído con una voz descompuesta:

—¡Pero Antoine!... ¿Qué es lo que has podido llegar a suponer? ¿Has creído que Gise... y yo?... ¿Has creído posible?... ¡Estás loco!

Sus miradas se encontraron. La de Jacques era dolorosa, pero purificada, rejuvenecida, y en su rostro el pudor ofendido mezclaba la indignación con el sufrimiento. Esto fue para Antoine un rayo de luz bienhechora. Radiante, apretaba contra sí el brazo del hermano menor. ¿Había sospechado verdaderamente de estos dos pequeños? Ya no lo sabía. Pensaba en Gise con una emoción intensa. Se sentía aligerado, liberado, extraordinariamente feliz repentinamente. Por fin había vuelto a encontrar a su hermano.

Jacques permanecía silencioso. Ante sus ojos no desfilaban sino recuerdos penosos: aquella tarde en Maisons-Laffitte, cuando había descubierto al mismo tiempo el amor de Gise y la atracción física, invencible, que despertaba en él; su beso breve y turbador bajo los tilos, en la noche; luego, el gesto romántico de Gise, deshojando las rosas en este lugar donde se habían dado aquella tímida prueba de amor...

También Antoine permanecía callado. Hubiera deseado romper este silencio; pero seguía mudo, intimidado. Con la presión de su brazo trató de decir a Jacques, por lo menos: «¡Sí; estaba loco, te creo y qué feliz me siento!» Su hermano le devolvió la presión. Se comprendían mejor que por medio de palabras.

Continuaron andando bajo la lluvia, apretados uno contra otro, y turbados ambos por este contacto demasiado cariñoso, demasiado prolongado; pero ni uno ni otro se atrevían a tomar la iniciativa de la separación. Entonces, como bordeaban una pared que les resguardaba del viento, Antoine abrió su paraguas y pareció que se habían



juntado de esta forma para protegerse de la lluvia.

Llegaron a la pensión sin haber cambiado ni una sola palabra más. Pero, delante de la puerta, Antoine se detuvo, separó el brazo y, con una voz completamente natural, dijo:

—Bueno; no cabe duda de que tendrás algo que hacer antes de la noche, ¿no? ¿Quieres que te deje? Voy a visitar la ciudad...

—¿Con este tiempo? —preguntó Jacques. Sonreía, pero Antoine había percibido un relámpago de duda. (En realidad, ambos temían igualmente toda esta larga tarde cara a cara.)— No —prosiguió—; tengo que escribir dos o tres cartas, lo cual me llevará unos veinte minutos; y tal vez tenga que hacer un recado antes de las cinco. — Esta perspectiva pareció oscurecer su fisonomía. Sin embargo, se rehízo—; De aquí a entonces estoy libre. Subamos.

La alcoba había sido arreglada durante su ausencia. La estufa, vuelta a cargar, roncaba. Pusieron ante el fuego sus abrigos empapados, ayudándose mutuamente, con una camaradería completamente nueva. Una de las ventanas había quedado abierta. Antoine se acercó a ella. Entre aquella muchedumbre de tejados que descendían hacia el lago, emergía una torre soberana, coronada por un campanario y cuyo alto capitel, de un gris verdoso, relucía bajo la lluvia. Señaló hacia ella con el dedo:

—San Francisco —dijo Jacques—. ¿Ves la hora?

En una de las caras del campanario estaba pintada una esfera, rojo y oro.

—Las dos y cuarto.

—Tienes suerte. Yo he perdido mucha vista. Y no puedo acostumbrarme a las gafas, a causa de mis jaquecas.

—¿Tus jaquecas? —exclamó Antoine, que cerraba la ventana. Se volvió rápidamente. Su expresión inquisitiva hizo sonreír a Jacques.

—Sí, doctor. He tenido unos dolores de cabeza espantosos y no se me han pasado del todo.

—¿Qué clase de dolores de cabeza?

—Un dolor, aquí.

—¿Siempre a la izquierda?

—No...

—¿Vértigos? ¿Molestias en la vista?

—Tranquilízate —repuso Jacques, a quien esta conversación empezaba a molestar—. Ahora estoy mucho mejor.

—Bien, bien —declaró Antoine, que no bromeaba—. Habrá que reconocerte en serio, estudiar un poco los fenómenos digestivos ...

Aunque evidentemente no se le ocurriera empezar este examen, se había acercado maquinalmente a Jacques y éste no pudo evitar un gesto de retroceso. Había perdido la costumbre de que se ocuparan de él; la menor atención le parecía un atentado a su independencia. Por otra parte, casi al mismo tiempo, lo pensó mejor y esta solicitud

llegó incluso a causarle una impresión de dulzura, como si en el fondo de sí mismo un aliento cálido hubiera venido a bañar unas fibras durante mucho tiempo embotadas.

—Antes no te pasaba nada de eso —prosiguió Antoine—. ¿De qué te ha venido?

Jacques, que lamentaba su gesto de huida, quiso contestar, dar algunos detalles. ¿Pero podía decir la verdad?

—Pues me vino después de una especie de enfermedad... Como un choque... Una gripe, no sé... Tal vez también algo de paludismo... Permanecí casi un mes en el hospital.

—¿En el hospital? ¿Dónde?

—En... Gabes.

—¿En Gabes? ¿En Túnez?

—Sí. Por lo visto, tuve un delirio. A partir de entonces he sufrido mucho de la cabeza durante meses.

Antoine no dijo nada, pero estaba claro que pensaba: «Tener en París un hogar bien instalado, ser hermano de un médico, y correr el riesgo de morir en un hospital de África...»

—Lo que me salvó —prosiguió Jacques, deseando hablar de otra cosa— fue el miedo. El miedo de morir allí, en aquel chicharrero. Pensaba en Italia como un naufrago en su balsa tiene que pensar en la tierra, en los pozos de agua dulce... No tenía sino una idea: tomar el barco, muerto o vivo, y llegar a Nápoles.

Nápoles... Antoine se acordó de Lunadoro, de Sybil, de los paseos de Giuseppe por el golfo. Insinuó:

—¿Por qué Nápoles?

La cara de Jacques enrojeció. Pareció luchar durante un instante consigo mismo a fin de explicar algo; luego, su mirada azul quedó fija.

Antoine se apresuró a romper el silencio:

—Lo que te hubiera hecho falta, a mi entender, hubiera sido descansar, pero en un clima tonificante.

—En primer lugar —prosiguió Jacques, y era evidente que no había escuchado—, yo contaba en Nápoles con una recomendación para uno del consulado. Las prórrogas son más fáciles en el extranjero. Prefería tener las cosas en orden. —Se encogió de hombros—. Por otra parte, ¿antes hubiera permitido que me declararan desertor que volver a Francia para que me encerraran en sus cuarteles!

Antoine no se inmutó. Cambió de tema:

—Pero ¿tenías dinero para esos viajes?

—¿Qué pregunta haces! ¿Eso te retrata de cuerpo entero! —Se puso a ir y venir, con las manos en los bolsillos—. Nunca me he encontrado mucho tiempo sin dinero, sin el necesario. Al principio, ni qué decir tiene, hubo que hacer de todo... —Enrojeció de nuevo y apartó la vista—. Oh, algunos días... Pero pronto se las arregla uno, ¿sabes?

—¿Pero cómo?

—Pues..., por ejemplo..., lecciones de francés en una escuela de aprendices... Corrigiendo pruebas por la noche en el *Courrier-Tunisien*, en el *Paris-Tunis*... Muchas veces me ha valido escribir el italiano con la misma facilidad que el francés... Muy pronto pude colocarles artículos; hice la revista de prensa en un semanario, y luego los ecos..., y después, en cuanto que pude hacerlo, ¡reportajes! — Sus ojos brillaron—. ¡Ah, aún los seguiría haciendo, si hubiera tenido salud suficiente!... ¡Qué vida!... Me acuerdo, en Viterbo... (Siéntate. No; yo prefiero andar)... Me habían enviado a Viterbo; nadie se atrevía a ir para aquel extraordinario proceso de la Camorra, ¿te acuerdas? marzo de 1911... ¡Qué aventura! Yo vivía en casa de unos napolitanos. Una verdadera madriguera. En la noche del trece al catorce, todos desaparecieron: cuando llegó la policía, yo estaba dormido y completamente solo. Tuve que... —Se interrumpió en la mitad de la frase, a pesar de la atención de Antoine, o tal vez a causa de ella. ¿Cómo conseguir con palabras que se pudiera tan sólo imaginar lo que durante meses había sido aquella vida vertiginosa? Aunque la mirada de su hermano fuera acuciante, se volvió—: ¡Qué lejos está ya todo eso! Déjalo... No pensemos más en ello.

Y para huir él mismo del sortilegio de estas evocaciones, hizo un esfuerzo para seguir hablando, pero con calma:

—¿Me hablabas... de mis dolores de cabeza? Pues mira, nunca he podido soportar la primavera en Italia. Tan pronto como he podido hacerlo, tan pronto como he sido libre —frunció el entrecejo; indudablemente también ahora se tropezaba con recuerdos desagradables—, tan pronto como he podido escaparme de todo eso —dijo, con un gesto violento de los brazos—, he subido hacia el norte.

Se quedó quieto, de pie, con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en la estufa.

Antoine preguntó:

—¿Al norte de Italia?

—¡No! —exclamó Jacques, estremeciéndose— Viena, Pest... y luego Sajonia, Dresden. Y luego Munich. —Su rostro se oscureció repentinamente; esta vez dirigió hacia su hermano una mirada aguda y pareció vacilar realmente: sus labios se movieron. Pero habiendo transcurrido algunos segundos, torció la boca y se contentó con murmurar, tan apretados los dientes que la última palabra fue casi ininteligible:

—Ah, Munich... Munich es también una ciudad es-pan-to-sa.

Antoine cortó por lo sano precipitadamente:

—De cualquier forma, debieras... En tanto que no se haya encontrado la causa... Una jaqueca no es una enfermedad: es un síntoma.

Jacques no le escuchaba y Antoine se calló. En diversas ocasiones ya se había producido el mismo fenómeno: se hubiera jurado que Jacques, repentinamente, sentía la necesidad de dejar escapar de sí algún secreto opresivo; sus labios se movían, parecía al borde mismo de la confesión; luego, de súbito, como si las palabras se le

atragantaran, paraba en seco. Y, a cada vez, Antoine, paralizado por una absurda aprensión, en lugar de ayudar a su hermano a franquear el obstáculo, se había encabritado él mismo y se desviaba, precipitándose aturdidamente por cualquier pista.

Se preguntaba cómo encarrilar de nuevo a Jacques, cuando se oyó en la escalera un ligero ruido de pasos. La puerta se entreabrió casi inmediatamente y Antoine distinguió una barbilampiña carita de niño.

—Perdón. ¿Molesto?

—Entra —dijo Jacques, cruzando la habitación.

No era en absoluto un niño, sino por el contrario un hombrecillo sin edad determinada, con la cara afeitada, el cutis lechoso y el pelo pajizo, alborotado. Tuvo un momento de vacilación en el umbral, y debió de dirigir hacia Antoine una mirada inquieta; pero sus ojos estaban cubiertos por unas pestañas incoloras, tan espesas que no se distinguía el movimiento de las pupilas.

—Acércate a la estufa —dijo Jacques—, libertando al visitante de su abrigo mojado.

Pareció decidido una vez más a no presentar a su hermano. Pero sonreía con naturalidad y no parecía que le estorbaba en absoluto la presencia de Antoine.

—Venía a decirle que Mithoerg ha llegado, y que trae una carta —explicó el recién venido. Hablaba con una voz silbante, rápida; pero en un tono bajo, casi temeroso.

—¿Una carta?

—¡De Vladimir Kniabrowski!

—¿De Kniabrowski? —exclamó Jacques, y sus facciones se iluminaron—. Siéntate; pareces cansado. ¿Quieres cerveza? ¿Prefieres té?

—No, gracias; nada. Mithoerg ha llegado esta noche. Viene de allí... ¿Qué he de hacer yo entonces? ¿Qué me aconseja? ¿Habrá que intentarlo?

Jacques reflexionó durante largo rato antes de contestar.

—Sí. Ahora es el único medio de saber.

El hombrecillo se agitó.

—¡Menos mal! ¡Ya me lo esperaba yo! Ignace me había desanimado, igual que Chenavon. ¡Usted, sin embargo! ¡Menos mal! —Permanecía vuelto hacia Jacques y su carita resplandecía de confianza.

—Sólo que... —dijo Jacques con severidad, levantando el dedo.

El albino movió la cabeza de arriba abajo, en señal de conformidad.

—Con dulzura, con dulzura —dijo formalmente. En aquel cuerpo frágil se adivinaba una tenacidad de hierro.

Jacques le observaba.

—¿No has estado enfermo, Vanheede?

—No, no...; un poco cansado. —Sonriendo con rencor, añadió—: ¡Me siento tan

a disgusto en esa enorme barraca!

—¿Está aquí todavía Prezel?

—Sí.

—¿Y Quilleuf? Vas a decirle de mi parte a Quilleuf que habla demasiado. ¿De acuerdo? Ya se dará cuenta.

—Oh, a Quilleuf se lo he dicho yo abiertamente: «¡Os comportáis como si fuerais unos seres abyectos!» ¡Ha roto el manifiesto de Rosengard, sin leerlo! Todo está podrido allí dentro. —Repitió—: Todo está podrido —con una voz sorda e indignada; pero al mismo tiempo una sonrisa de angélica indulgencia iluminaba sus labios de jovencita.

En un tono agudo y silbante prosiguió:

—¡Saffrio! ¡Tursey! ¡Paterson! ¡Todos! ¡E incluso Suzanne! ¡Todo huele a podrido!

Jacques negó con la cabeza:

—Josepha, tal vez. Pero Suzanne, no. Josepha os enredará a todos; es una criatura miserable.

Vanheede le observaba en silencio. Apoyaba sobre sus rodillitas sus manos de porcelana, y se distinguían sus muñecas, de una fragilidad y una palidez increíbles.

—Lo sé perfectamente. Pero ¿y qué? ¿Se le puede echar ahora a la calle? ¿Lo haría usted, diga? ¿Ésa es una razón? Al fin y al cabo es una persona, y que en el fondo no es mala, no...

Y que además se ha puesto bajo nuestra protección. ¿Entonces?... Con dulzura, tal vez, con dulzura... —Suspiró—. ¡Cuántas criaturas como ella me he tropezado ya!... Todo está podrido.

Volvió a suspirar, rozó a Antoine con su mirada invisible, se levantó y, acercándose a Jacques, dijo con una fiebre repentina:

—La carta de Vladimir Kniabrowski es magnífica, ¿sabe?

—Bien —contestó Jacques—. ¿Y qué piensa hacer ahora?

—Se cuida. Se ha reunido con su mujer, su madre y los niños. Se dispone una vez más a empezar a vivir.

Vanheede se había puesto a andar ante la estufa; había momentos en que apretaba sus manos nerviosamente, una contra otra; y como hablando para sus adentros, con una expresión absorta, dijo:

—Kniabrowski es un alma muy pura.

—Muy pura —repitió Jacques inmediatamente, con la misma entonación.

Después de una pausa, añadió:

—¿Cuándo piensa publicar su libro?

—No lo dice.

—Ruskinoff pretende que es algo devastador.

—¿Y cómo podría ser de otra forma? ¡Un libro que ha sido escrito de cabo a rabo en la cárcel! —Dio algunos pasos—. Hoy no le he traído su carta: se la he dejado a

Olga para que la lleve al círculo. La tendré esta noche. —Sin mirar a Jacques, con una ligereza de fuego fatuo, iba y venía con la cabeza erguida: parecía sonreír a los ángeles—. Vladimir dice que nunca ha sentido su personalidad tan firmemente como en esta cárcel. A solas con su soledad. —La voz se hacía cada vez más armoniosa, pero cada vez también más empañada—. Dice que su celda era bonita y con buena luz, en lo más alto del edificio, y que se encaramaba sobre las tablas del camastro para alcanzar con la frente la parte baja de la ventana enrejada. Dice que permanecía allí durante horas y horas, pensando, contemplando los copos que revoloteaban en el cielo. Dice que no podía ver ninguna otra cosa, ni un tejado, ni la copa de un árbol, nada, nunca nada. Pero, desde la primavera, y durante todo el verano, al final de la tarde, un poco de sol le acariciaba la cara por espacio de una hora. Dice que esperaba aquel momento durante todo el día Ya leerá la carta. Dice que una vez oyó a lo lejos el llanto de un pequeñuelo... En otra ocasión, oyó una detonación... —Vanheede echó una mirada a Antoine, que le escuchaba y que no podía evitar seguirle curiosamente con los ojos—. Pero ya le traeré la carta mañana —dijo, volviendo a sentarse.

—Mañana no —dijo Jacques—. Mañana no estaré aquí.

Vanheede no demostró ninguna sorpresa. Sin embargo, volvió a mirar hacia Antoine y, después de una corta pausa, se puso de pie.

—Dispéñeme. Sin duda le he molestado. Quería darle las noticias acerca de Vladimir cuanto antes.

Jacques también se había levantado.

—Trabajas demasiado ahora, Vanheede; deberías cuidarte.

—¡Ni hablar!

—¿Sigues en Schomberg & Rieth?

—Sigo. —Sonrió maliciosamente—. Escribo a máquina. Digo: «Sí, señor», desde la mañana a la noche y escribo. ¿Qué me importa eso? Cuando llega la noche recobro mi personalidad. Entonces soy libre de pensar: «No, señor», durante toda la noche, y hasta el día siguiente por la mañana.

El pequeño Vanheede mantenía en aquel momento muy alta su cabecita, y su tupé pajizo, alborotado, contribuía a prestarle un aire arrogante. Hizo un movimiento, como si esta vez se dirigiera a Antoine:

—He pasado hambre durante diez años, a causa de estas ideas, señores: persisto en ellas.

Luego se volvió hacia Jacques, le alargó la mano y repentinamente la voz aflautada se turbó:

—¿Se marcha de viaje, tal vez?... ¡Qué le vamos a hacer! Me consolaba mucho venir aquí.

Jacques, emocionado, no contestó; pero con un gesto afectuoso posó la mano en el brazo del albino. Antoine se acordó del hombre de la cicatriz. Jacques había hecho, también entonces, este mismo gesto amistoso, estimulante, un poco protector. Parecía

realmente que en estas agrupaciones extrañas tenía un lugar aparte; se le consultaba, se buscaba su aprobación, se temía su repulsa; indudablemente, también se venía a tomar ánimos a su lado.

«¡Es un Thibault!...», se dijo Antoine, satisfecho. Pero inmediatamente se sintió dominado por una congoja. «Jacques no se quedará en París —pensó—; es indudable que volverá a vivir en Suiza. —Se consoló, diciéndose—: Nos escribiremos, vendré a verle; ya no será lo mismo que durante estos tres años... —Pero sentía una angustia tremenda—. ¿Y qué será de su obra, qué será de su vida entre estas gentes? ¿Qué hará de su talento? ¿Es éste el porvenir maravilloso que yo había soñado para él?»

Jacques había cogido del brazo a su amigo y le acompañaba hasta la puerta. Allí, Vanheede se volvió, saludó a Antoine con una tímida inclinación de cabeza y desapareció en la escalera, seguido de Jacques.

Antoine oyó por última vez la vocecita silbante:

—... está todo tan podrido... No toleran a su alrededor sino a los serviles, a los perros babeantes...

## X

JACQUES volvió. No dio más explicaciones acerca de esta visita que del encuentro con el ciclista de la pelliza. Se había servido un vaso de agua y bebía despacio.

Antoine, por hacer algo, encendió un cigarrillo, se levantó para tirar la cerilla en la estufa, echó una mirada por la ventana y volvió a sentarse.

El silencio se prolongaba desde hacía algunos minutos. Jacques había reanudado sus paseos a través de la habitación.

—¡Qué se le va a hacer! —dijo de buenas a primeras, sin siquiera interrumpir sus paseos—. ¡Tienes que hacer por comprenderme, Antoine! ¿Cómo hubiera podido yo dar tres años, tres años de mi vida, a la escuela de ellos, eh?

Antoine, desconcertado, había tomado una expresión atenta y conciliadora de antemano.

—¡Esa prolongación disfrazada de colegio!... —prosiguió Jacques—. ¡Esas clases, esas lecciones, esas glosas al infinito! ¡Ese respeto hacia todo!... ¡Y esa promiscuidad! ¡Todas las ideas puestas en común, pisoteadas por el rebaño, en esos locales sin aire, en esos cuchitriles! Nada más que de su vocabulario de *mastuerzos*, ya basta! Basta de su *pitanza*; de sus *caimanes*! ¡No; nunca hubiera podido!

»Compréndeme, Antoine... No digo que... Indudablemente que les estimo... Este oficio de profesor no puede ser ejercido sino honradamente, a fuerza de fe. Son conmovedores, indudablemente, a causa de su dignidad, de su esfuerzo espiritual, de esta fidelidad mal retribuida. Sí; pero...

»No; no puedes comprenderme —murmuró después de una pausa—. No es solamente por escapar del alistamiento ni por horror hacia este aparato escolar, no. ¡Pero esta vida irrisoria, Antoine! —Se había parado; repitió—: ¡Irrisoria!» —fijando en el suelo la mirada con obstinación.

—¿Cuándo fuiste a ver a Jalicourt, estabas decidido ya a...? —preguntó Antoine.

—¡En modo alguno! —Permanecía de pie, quieto, con las cejas levantadas y la mirada fija en el suelo, tratando de buena fe de reconstruir el pasado—. ¡Qué mes de octubre aquél! ¡Había vuelto de Maisons-Laffitte en un estado..., en un estado lamentable! —Sus hombros se hundieron como bajo un peso; masculló—: Demasiadas cosas irreconciliables...

—Sí; octubre —dijo Antoine, que pensaba en Rachel.

—Entonces, la víspera de la apertura de curso, ante la amenaza de la escuela, me sentí dominado por una tal aprensión... ¡Fíjate qué raro! Ahora comprendo claramente que hasta mi visita a Jalicourt solamente era una aprensión enorme; pero nada más. Indudablemente, harto de todo esto, ya había pensado en algunas ocasiones dejar la escuela, e incluso marcharme... Sí... Pero todo no era sino un sueño vago, irrealizable. Fue sólo después de mi entrevista con Jalicourt cuando se decidió todo. ¿Te extraña? —dijo, levantando por fin los ojos y advirtiendo la expresión



estupefacta de su hermano—. Te dejaré, para que las leas, las notas que tomé aquella misma noche al volver; precisamente me las encontré el otro día.

Reanudó sus paseos con aire sombrío; el recuerdo de aquella visita parecía trastornarle aún.

—Cuando pienso que... —dijo, moviendo la cabeza—. ¿Pero y tú, qué relaciones has tenido con él? ¿Os habéis escrito? ¿Habrás ido a verle, seguramente? ¿Cuál es tu impresión?

Antoine se limitó a hacer un gesto evasivo.

—Sí —dijo Jacques, pensando que la opinión de su hermano era desfavorable—. ¡A ti tiene que costarte trabajo comprender lo que Jalicourt representaba a los ojos de mi generación! —Y, cambiando de actitud, vino a sentarse frente a Antoine, en el sillón que estaba junto a la estufa—. ¡Ese Jalicourt! —dijo, sonriendo repentinamente. Su voz se había dulcificado. Estiró las piernas voluptuosamente hacia el fuego—. Durante muchos años, Antoine, hemos dicho: «Cuando sea alumno de Jalicourt...» Incluso pensábamos: «Su discípulo.» Yo, cada vez que sentía dudas acerca de la escuela, me decía: «Sí; pero cuenta con Jalicourt.» Era el único que nos parecía merecer la pena, ¿comprendes? Nos sabíamos sus versos de memoria. Se comentaban sus cosas, se citaban sus frases. Sus colegas le envidiaban, según se decía. Había sabido conseguir que la Universidad admitiera no solamente sus clases, que eran largas improvisaciones líricas, plenas de atrevidas teorías, de digresiones, de repentinas confidencias, de palabras fuertes; sino también sus salidas de tono, su elegancia de anciano gentilhomme, su monóculo y hasta su fieltro de conquistador. Un tipo entusiasta, lunático, extravagante, pero rico y generoso; una gran conciencia moderna que, para nosotros, había sabido poner el dedo en todos los puntos sensibles. Yo le había escrito. Tenía cinco cartas suyas; mi orgullo, mi tesoro; cinco cartas, tres de las cuales, e incluso hasta cuatro, sigo creyendo todavía que son admirables.

«Mira: una mañana de primavera, hacia las once, nos cruzamos con él un amigo y yo. ¿Cómo olvidar esto? Subía por la calle Soufflot, con paso largo y elástico. Recuerdo su chaquet abierto, flotante, sus botines claros, el pelo blanco bajo las grandes alas del sombrero. Muy derecho, el monóculo en alto, la nariz aguileña, el blanco bigote caído... Una silueta de águila dispuesta a clavar el pico. Un ave de presa, pero cruzada de zancuda. Algo también de viejo *lord*. ¡Inolvidable!»

—Me doy perfecta cuenta —exclamó Antoine.

—Le seguimos hasta la puerta de su casa. Nos sentíamos embrujados. Recorrimos diez tiendas tratando de encontrar su fotografía. —Jacques encogió las piernas bruscamente—. ¡Cuando me acuerdo de ello, no puedo menos que odiarle! —Luego, inclinado hacia adelante, con las manos tendidas hacia la estufa, añadió pensativo—: ¡Y sin embargo, si tuve valor para partir, es a él a quien se lo debo!

—Pues estoy casi seguro de que él ni siquiera se lo sospecha —observó Antoine.

Jacques no escuchaba. Vuelto hacia el fuego, con una sonrisa distraída en los labios, la voz ausente, dijo:

—¿Quieres que te lo cuente? Pues bien: fue una noche, después de cenar, cuando de improviso decidí ir a verle. Explicarle... ¡todo! Y fui sin esperar a más, sin reflexionarlo. A las nueve llamaba a su casa, en la plaza del Panthéon. ¿Sabes dónde? Un vestíbulo oscuro, una bretona pazguata, el comedor, la huida de una falda. La mesa estaba quitada, pero había en ella un cestillo de costura y ropa para reparar. Olor a comida, a pipa, un calor pesado. La puerta se abre: Jalicourt. Ninguna relación con el águila de la calle Soufflot. Ni con el autor de las cartas. Ni con el poeta, ni con la conciencia grande, ni con ningún Jalicourt conocido. En absoluto. Un Jalicourt encorvado, sin monóculo; una vieja bata cubierta de caspa, una pipa apagada, el gesto desabrido. ¡Debía de estar dormitando, haciendo la digestión de los garbanzos, con su larga nariz apoyada en la salamandra!

»No me hubiera recibido, con toda seguridad, si la criadita... Pero, pillado de improviso, me hizo pasar en seguida a su gabinete.

»Yo, de entrada, muy acalorado: “Vengo a verle, etc.” Él, se rehace, resucita un poco; veo apuntar el águila. Se pone el monóculo, me ofrece asiento: veo apuntar el anciano *lord*. Con aire sorprendido, me dice: “¿Un consejo?” Esto es: “¿No tiene usted a nadie con quien consultar?” Era cierto. Nunca había pensado en ello. ¡Qué le vamos a hacer, Antoine! No podemos evitarlo: casi nunca he podido seguir tus consejos... Ni los de nadie... Siempre me he dirigido a mí mismo; es mi manera de ser. Esto es lo que le conteste a Jalicourt. Su atención me daba ánimos. Me lancé a fondo: “Quiero ser escritor; un gran escritor...” No tenía más remedio que empezar así. No pestañeó. Continué mi confesión, le expliqué... ¡todo, en una palabra! Que sentía en mí una fuerza determinada, algo muy íntimo, que es mío, ¡que existe! Que, desde hacía años, toda asimilación de cultura se había hecho casi siempre en detrimento de esta fuerza interior. Que había tomado aversión a los estudios, a las escuelas, a la erudición, al comentario, a la palabrería, ¡y que este horror tenía toda la violencia de un instinto de defensa, de un instinto de conservación! ¡Estaba desbocado! Le dije: “Todo esto pesa sobre mí, me ahoga, ¡me desvía de mi verdadero camino!”» Jacques fijaba en Antoine sus ojos, que cambiaban incesantemente y que tan pronto se mostraban duros y apasionados, como se hacían dolorosos, tiernos, casi cariñosos. Exclamó:

—¡Y créeme que es verdad, Antoine!

—Pero si me hago cargo perfectamente, pequeño.

—No es que sea orgullo —prosiguió Jacques—. Ningún deseo de dominar, nada de eso que se llama, en general, ambición. La prueba, ¡mi vida aquí! Y sin embargo, te lo juro, Antoine: ¡aquí he sido completamente feliz!

Después de algunos segundos de silencio, Antoine intervino:

—Cuéntame lo que sigue: ¿qué te contestó?

—Espera. No contestó nada, si recuerdo bien. Sí; verás: para terminar, yo había sacado a relucir una estrofa de «el manantial»... La paráfrasis de una especie de poema en prosa que había empezado yo sobre aquello. Una estupidez —dijo,

enrojeciendo—: «Y finalmente poder *inclinarse sobre uno mismo como al borde de un manantial, etcétera, apartar las hierbas, redimir esa copa de pureza en la que brota el agua desde lo más hondo...*» Entonces fue cuando me interrumpió: «Muy bonita, esa alegoría...» ¡Eso fue todo lo que se le ocurrió! Yo buscaba su mirada y él evitaba la mía. Jugaba con su sortija...

—Me parece estarle viendo —dijo Antoine.

—... Inició todo un discurso: «No hay que despreciar excesivamente los caminos trillados... El provecho, las ventajas que se sacan de someterse a las disciplinas, etcétera.» ¡Ah, qué semejante era a los demás: no había comprendido nada, absolutamente nada. No encontraba nada que ofrecerme, sino frases hechas! ¡Me sentía rabioso por haber ido, por haber hablado! Siguió durante algún tiempo en el mismo tono. Parecía que solamente le preocupaba una cosa: definirme. Me decía: «Usted es de aquellos que... Los jóvenes de su edad son... Se le podría clasificar entre las naturalezas que...» Entonces me rebelé: «¡Odio las clasificaciones y odio a los clasificadores! ¡Bajo el pretexto de clasificaros, os limitan, os cortan las alas, se sale de entre sus patas disminuido, mutilado, con muñones!» Sonreía; ¡sin duda estaba decidido a clasificarlo todo! Entonces fue cuando le grité: «¡Odio a los profesores, señor! ¡Precisamente por eso he venido a verle a usted!» Seguía sonriendo; había tomado un aire de satisfacción. Para ser amable, me hizo algunas preguntas. ¡Exasperantes! ¿Qué era lo que yo había hecho?: «¡Nada!» ¿Qué era lo que pretendía hacer?: «¡Todo!» Ni siquiera se atrevió a bromear, el camastrón; ¡tenía demasiado miedo de ser juzgado por un joven!; porque esta era su idea fija: ¡la opinión de los jóvenes! Desde que yo había entrado, Jalicourt, en el fondo, no pensaba sino en una cosa: en el libro que estaba escribiendo por aquel entonces: *Mis experiencias*. (Supongo que ya se habrá publicado, ¡pero no lo leeré nunca!) Temblaba de miedo a la sola idea de que su libraco pudiera ser un fracaso y, tanto pronto como veía a un joven, atemorizado por la opresión del fracaso, se preguntaba: «¿Qué será lo que éste piense de mi libro?»

—¡Pobre hombre! —dijo Antoine.

—Claro que sí, lo sé perfectamente, aquello era incluso patético. ¡Únicamente que yo no había ido allí para verle temblar! Todavía esperaba, esperaba a mi Jalicourt. Uno de mis Jalicourt, cualquiera: el poeta, el filósofo, el hombre; ¡cualquiera, pero no aquél! Finalmente me levanté. Fue un momento cómico. Me acompañaba con sus frases artificiosas. «Es tan difícil aconsejar a los jóvenes... No existe una verdad colectiva, cada uno ha de encontrar la suya, etcétera.» Yo iba delante, mudo, rabioso; ¡ya puedes figurarte! El salón, el comedor, la antesala; yo mismo abría las puertas en la oscuridad, e iba tropezando con toda clase de antiguallas, y a Jalicourt apenas si le quedaba tiempo para encontrar las llaves de la luz.

Antoine sonrió; recordaba la disposición de las habitaciones, los muebles ataraceados, los sillones tapizados, las chucherías. Pero Jacques seguía hablando y su

semblante tomó una expresión despavorida:

—Entonces... Espera... Ya no recuerdo bien cómo ocurrió. ¿Comprendió bruscamente por qué huía de él? Oí detrás de mí su voz ronca: «¿Qué más quiere usted? ¡Ya está viendo que estoy vacío, acabado!» Estábamos en el vestíbulo. Me volví aturdido. ¡Qué cara más digna de compasión! Jalicourt repetía: «¡Vacío! ¡Acabado! ¡Y sin haber hecho nada!» Entonces protesté yo. Sí. Y era sincero. Ya no le odiaba. Pero él insistía: «¡Nada! ¡Nada! ¡Yo soy el único que lo sabe!» Y como yo insistiera torpemente, pareció que le acometía un acceso de rabia: «¿Qué es lo que les ilusiona a todos ustedes? ¿Mis libros? ¡Cero! ¡No he puesto en ellos nada de lo que hubiera podido poner! ¿Entonces, qué? ¡Diga! ¿Mis títulos? ¿Mis clases? ¿La Academia? ¿Qué entonces? ¿Esto?» Se había cogido la solapa donde llevaba la roseta y la agitaba febrilmente: «¿Esto? ¡Diga! ¿Esto?»

(Arrebatado por su relato, Jacques se había levantado; imitaba la escena con una fogosidad creciente. Y Antoine recordó al Jalicourt que había visto a medias, en aquel mismo lugar, erguido, resplandeciente bajo la luz de la lámpara.)

—Se calmó repentinamente —prosiguió Jacques—. Creo que tuvo miedo de que le oyeran. Abrió una puerta y me empujó a una especie de despensa que olía a naranjas y a lejía. Tenía la expresión de un hombre que bromea, pero con una mirada cruel y el ojo congestionado detrás del monóculo. Se acodó sobre una mesa en la que había algunos vasos y un frutero; no sé cómo no tiró algo al suelo. Después de tres años, todavía me parece estarle oyendo. Se había puesto a hablar y a hablar, con una voz sorda: «Mire. La verdad es ésta. También yo, a su edad. Un poco más tarde, tal vez: cuando salí de la escuela. También yo sentí esa vocación de escritor. ¡También yo tenía esa fuerza que necesita estar libre para manifestarse! Y yo también tuve esa misma intuición de que equivocaba mi camino. Durante un instante. Y a mí también se me ocurrió pedir consejo. Sólo que yo busqué a un escritor. ¿Adivina quién? No, usted no lo comprendería, ¡no podría imaginarse ahora lo que él representaba para los jóvenes en 1880! Fui a su casa, me dejó hablar, me observaba con sus ojos vivos y mesándose la barba; siempre con prisa, se levantó sin esperar al final. ¡Ah, él no dudó! Con su voz chicheante, en la que las “s” se convertían en “f”, exclamó: *N’y a qu’un feul apprentiffave pour nous: le vournalifme*<sup>[6]</sup>! Sí; eso me dijo. Tenía yo veintitrés años. Pues bien; me marché como había venido, señor mío: ¡como un imbécil! Volví a mis libracos, a mis maestros, a mis compañeros, a las revistas de vanguardia, a las tertulias: ¡un magnífico porvenir! ¡Un magnífico porvenir!» ¡Plaf!, la mano de Jalicourt se abatió sobre mi hombro. Siempre seguiré viendo aquel ojo, aquel ojo de cíclope que llameaba detrás de su cristal. Se había erguido cuan alto era, echándome perdigones a la cara: «¿Qué es lo que pretende usted de mí, señor mío? ¿Un consejo? ¡Pues prepárese; aquí lo tiene!: ¡Deje los libros y siga su instinto! Aprenda cualquier cosa: si tiene usted una brizna de genio, nunca podrá medrar sino a base de lo que lleve dentro, a impulso de sus propias fuerzas... ¿Estará usted todavía a tiempo, tal vez? ¡Hágalo pronto! ¡Vaya a vivir! ¡No importa cómo ni dónde! Tiene

usted veinte años, ojos y piernas, ¿no es así? Escuche a Jalicourt. Entre en un periódico; dedíquese a los sucesos. ¿Me oye? No estoy loco. ¡Los sucesos! ¡La zambullida en la fosa común! Es lo único que puede hacerle salir de la abyección. ¡Muévase de la mañana a la noche, no se pierda un accidente, ni un suicidio, ni un proceso, ni un drama mundano, ni un crimen de lupanar! ¡Abra bien los ojos, observe todo eso que una civilización arrastra tras ella: lo bueno, lo malo, lo insospechado, lo ininventable! ¡Y tal vez, después de todo esto, pueda usted permitirse decir algo acerca de los hombres, de la sociedad, de usted mismo!»

»La verdad es que yo ya no lo veía, me lo bebía, me encontraba completamente electrizado. Pero todo terminó repentinamente. Sin pronunciar una palabra más, abrió la puerta y me llevó casi a empujones a través del recibimiento, hasta la escalera. Jamás he podido explicármelo. ¿Se había arrepentido? ¿Lamentaba aquella llamarada?... ¿Tuvo miedo de que yo hablara?... Todavía me parece ver temblar su mandíbula prominente. Ahogando la voz, farfullaba: “¡Vamos..., vamos..., vamos!... ¡Vuelva a sus bibliotecas, señor!”

»Sonó un portazo. Huí. ¡Bajé corriendo los cuatro pisos, salí a la calle, corriendo en la noche como un potro acabado de soltar en el prado!»

La emoción le ahogó. Se sirvió otro vaso de agua y lo bebió de un trago. Le temblaba la mano; al dejar el vaso, rozó con él la jarra. En el silencio, aquel sonido cristalino no acababa de morir.

Antoine, todavía estremecido, trataba de encadenar los acontecimientos que habían precedido a la huida. Le faltaban muchos elementos: Hubiera querido provocar algunas confidencias acerca del doble amor de Giuseppe. Pero este tema... «Demasiadas cosas irreconciliables», había suspirado Jacques momentos antes; esto era todo. Mutismo hosco que decía bastante acerca de la parte que estas complicaciones sentimentales habían tenido en la determinación del fugitivo. «¿Y qué lugar ocupan ahora en su corazón?», se preguntaba Antoine.

Trataba de reunir los hechos sumariamente. Así, pues, Jacques había vuelto a Maisons en octubre. ¿Cuáles habían sido en aquella época sus relaciones con Gise, sus encuentros con Jenny? ¿Había tratado de romper? ¿O contraído compromisos imposibles de cumplir? Antoine se imaginaba a su hermano en París: sin un plan de estudios determinado, solo y demasiado libre; dando vueltas y más vueltas en su corazón al problema insoluble, había tenido que vivir en una exaltación y una angustia insostenibles. Como única perspectiva, aquella inauguración de curso, aquel internado en la Normal, lo cual le producía náuseas. Entonces, la visita a Jalicourt y, repentinamente, una salida, un amplio portillo abierto en el horizonte: ¡desarraigarse, renunciar a todo lo imposible, lanzarse a la aventura, vivir! «Sí —se decía Antoine—; esto explica no solamente la marcha de Jacques, sino también que haya podido confinarse durante tres años en este silencio mortal. ¡Empezar todo de nuevo! ¡Y para poder comenzar de nuevo, olvidarlo todo, ser olvidado por todos!

»A pesar de todo —pensaba— ¡haber aprovechado precisamente mi viaje al Havre, no haber esperado ni siquiera veinticuatro horas para verme, para hablar conmigo!» Su resentimiento estaba a punto de renacer; hizo un esfuerzo, ahogó los agravios y, tratando de reanudar la conversación, de conocer la continuación, preguntó:

—¿Y... fue al día siguiente de aquella plática?...

Jacques había venido a sentarse junto a la estufa; con los codos apoyados en las rodillas, la espalda encorvada y la cabeza baja, silbaba.

Levantó los ojos.

—Sí; al día siguiente. —Luego, en un tono reticente, añadió—: Inmediatamente después de la escena con...

¡La escena con el padre, la escena del palacio Seregno! Antoine la había olvidado.

—Padre nunca me ha dicho ni la menor cosa acerca de ella —dijo acaloradamente.

Jacques pareció sorprendido. Sin embargo, apartó la mirada e hizo un gesto que parecía decir: «¡Qué le vamos a hacer!... No me siento con ánimos para volver sobre aquello.»

«¡Y ahí está la razón de que no esperase mi regreso del Havre!», pensó Antoine casi con alegría.

Jacques había recobrado su actitud meditabunda y silbaba de nuevo. Una arruga nerviosa se formaba en su entrecejo. En algunos segundos, y a pesar suyo, revivía aquellos minutos trágicos: Padre e hijo cara a cara en el comedor; acababa de terminar la comida; el señor Thibault había hecho una pregunta acerca de la apertura de curso en la escuela, y Jacques había anunciado bruscamente su renuncia; las frases se habían ido encadenando, cada vez más hirientes; el puño del padre aporreaba la mesa... Llegado al límite, cediendo a un arrebató de locura incomprensible, Jacques había lanzado el nombre de Jenny como un desafío; luego, despreciando todas las amenazas, amenazando él mismo, perdiendo la cabeza por completo, había acumulado las palabras irreparables hasta el momento en que, habiendo quemado todos los puentes tras sí y hecho imposible el regreso, ebrio de rebeldía y de desesperación, había desaparecido, gritando: «¡Voy a matarme!»

La evocación fue tan precisa, tan acuciante, que se levantó como si acabaran de pincharle. Antoine tuvo tiempo de sorprender en los ojos de su hermano una lucecilla de extravío. Pero Jacques se dominó en un abrir y cerrar de ojos.

—Las cuatro pasadas —dijo—; si quiero hacer ese recado... —Ya estaba poniéndose el abrigo; parecía impaciente por evadirse—. ¿Tú te quedas aquí, no? Volveré antes de las cinco. Haré la maleta en un momento. Cenaremos en la cantina, será lo mejor. —Había dejado sobre la mesa algunas carpetas con papeles—. Toma —añadió—, si te sirve de distracción... Artículos y novelas cortas... Lo menos malo de lo que he escrito en estos últimos años...

Había salido ya, cuando, volviéndose con cierto azoramiento, insinuó en tono indiferente:

—Por cierto, ¿no me dices nada de..., de Daniel?

Antoine tuvo la impresión de que había estado a punto de decir: «¿De los Fontanin?»

—¿Daniel? ¡Pues si resulta que nos hemos hecho muy amigos! Cuando tú te marchaste, se mostró tan fiel, tan afectuoso...

Jacques, para ocultar su turbación, simulaba una sorpresa extrema que Antoine fingió creer.

—¿Te asombra? —dijo, riéndose—. Es cierto que somos bastante diferentes uno y otro. Pero he terminado por aceptar su concepto de la vida: puede ser legítimo, cuando se trata de un artista como él. ¿Sabes que su triunfo ha sido aún mayor de lo que hubiera podido pensarse? Su exposición de 1911 en los salones de Ludwigson le ha dado a conocer. Podría vender mucho si quisiera; pero hace tan poco... Somos diferentes; lo éramos, mejor dicho —especificó, contento de haber encontrado esta oportunidad para hablar un poco de sí mismo y demostrar a Jacques que el retrato de Humberto había dejado de parecerse—. ¡Ya no soy tan firme en mis convicciones como antes! Ya no me parece tan necesario...

—¿Está en Paris? —interrumpió Jacques bruscamente—. ¿Sabe él que...?

Antoine tuvo que reprimir un gesto de enfado.

—No; está haciendo el servicio. Está de sargento en Lunéville. Todavía le faltan diez meses: hasta octubre de 1914. Apenas si le he visto desde hace un año.

Quedó silencioso, helado por la mirada triste y ausente que su hermano fijaba en él.

Cuando Jacques notó que su voz no traicionaría su emoción, dijo:

—No dejes apagar la estufa, Antoine.

Luego, salió.

## XI

UNA vez solo, Antoine se acercó a la mesa y abrió las carpetas con curiosidad.

Toda clase de documentos se amontonaban en ellas de cualquier manera.

En primer lugar, una selección de artículos sobre temas de actualidad, en recortes de periódico y firmados: *Jacques le Fataliste*. Luego, una serie de poemas, al parecer sobre la montaña, publicados en una revista belga bajo el seudónimo de *I. Mühlenberg*. Finalmente, una serie de novelas cortas, tituladas *Páginas del Cuaderno Negro*, especie de bocetos hechos indudablemente al margen del reportaje, y firmados: *Jack Baulthy*. Antoine leyó algunas: *Octogenarios*; *Suicidio de niño*; *Celos de ciego*; *Un acceso de cólera*. Los personajes, tomados de la vida cotidiana, dibujados con cuatro rasgos, se imponían todos por su realismo; el estilo cursivo, recortado, de *La Sorellina*, despojado esta vez de todo lirismo, confería a estas notas un carácter de autenticidad que atraía la atención.

Pero, a pesar del sabor de estas páginas, la atención de Antoine se mostraba indócil. Desde aquella mañana se había tropezado con demasiadas cosas inesperadas. Y, sobre todo, desde que se había quedado solo, su pensamiento volvía, sin que pudiera evitarlo, hacia aquella alcoba de enfermo abandonada la víspera y en la que tal vez pudieran haber sucedido cosas terribles. ¿Habría hecho mal en marcharse? No; puesto que iba a llevarse a Jacques...

Un golpecito discreto y decidido que sonó en la puerta, le distrajo.

—Entre —dijo.

Se sorprendió al ver recortarse sobre el fondo oscuro de la escalera una silueta femenina. Creyó reconocer a aquella muchacha que apenas había visto por la mañana, durante el desayuno. Traía consigo un cesto de leña. Antoine se apresuró a ayudarla.

—Mi hermano acaba de salir —dijo.

La muchacha hizo una señal con la cabeza, que significaba: «Lo sé perfectamente»; y puede incluso que: «Precisamente por eso he subido.» Observaba a Antoine sin ocultar su curiosidad, pero en su actitud no había nada de equívoco: hasta tal extremo esta curiosidad parecía reflexiva y motivada por razones importantes. Antoine tuvo la impresión de que aquellos ojos habían llorado poco tiempo antes. De repente, las pestañas aletearon y sin más preámbulo y con una voz vibrante de reproche, la joven preguntó:

—¿Se lo lleva?

—Si... Mi padre está muy enfermo.

Ella pareció no haber escuchado.

—¿Por qué? —dijo arrebatada. Golpeó el suelo con el pie—: ¡No quiero que se vaya!

Antoine repitió:



—Mi padre está a punto de morir.

Pero la joven no parecía hacer caso de explicaciones. Sus ojos se fueron llenando de lágrimas. Volvió el busto hacia la ventana, juntó las manos, se las retorció y por último dejó caer los brazos.

—¡No volverá! —suspiró tristemente.

Era alta, ancha de hombros, más bien gruesa, a la vez febril en sus movimientos y apática en sus posturas. Dos trenzas lisas y pesadas, de color ceniciento, coronaban su frente y se anudaban en un moño sobre la nuca. Bajo esta diadema, sus facciones regulares, macizas, tomaban un carácter soberano que acentuaba aún más el dibujo de una boca a la antigua, blanda y sinuosa, aunque voluntariosa y delimitada por dos arruguitas sensuales.

La joven se volvió hacia Antoine:

—¡Júreme, júreme sobre el crucifijo, que no le impedirá volver!

—¿Yo? ¿Y por qué se lo iba a impedir? —repuso Antoine con una sonrisa conciliadora.

La muchacha no contestó a esta sonrisa. Observaba atentamente a Antoine, a través de sus lágrimas brillantes. Su pecho latía violentamente bajo la tela que lo ceñía. A su vez, se dejaba examinar con impudor. Se sacó de entre los senos un pañuelito arrugado, que apretó contra sus ojos y luego sobre la nariz, al tiempo que se sonaba. Sus pupilas quietas, asomando por entre los párpados, tenían un expresión suave y voluptuosa. Agua dormida: en ella se formaba a veces un remolino de pensamientos indescifrables. Entonces, inmediatamente, inclinaba la cabeza o la volvía.

—¿Le ha hablado de mí? ¿De Sophia?

—No.

Un resplandor azul brilló entre sus pestañas.

—No le diga que le he hablado de esto...

Antoine volvió a sonreír:

—¡Pero si no me ha dicho usted nada, señorita!

—¡Oh!, sí —dijo ella, echando la cabeza hacia atrás con los ojos entornados.

Buscó con la mirada una silla, la acercó a Antoine y se sentó precipitadamente como si sólo dispusiera de un minuto.

—Usted debe de ser una personalidad en el teatro —declaró. Antoine hizo un gesto negativo—. Si; se parece a una tarjeta postal que tengo yo... Un gran actor dramático de París. —Ahora sonreía: una sonrisa plena de languidez.

—¿Le gusta el teatro? —preguntó Antoine, sin perder el tiempo en desengañarla.

—¡El cine! ¡Los dramas! ¡Mucho!

Algunas veces, un desorden imprevisto trastornaba aquellas facciones impasibles; entonces, la boca, que se abría del todo por cualquier cosa, parecía hacerse aún mayor, y ponía de manifiesto los dientes blancos y grandes y las encías de coral.

Antoine permanecía a la defensiva.

—¿Aquí tendrán buenas compañías, verdad?

La muchacha se inclinó hacia adelante.

—¿Había estado usted ya en Lausana? —(Cuando se ponía de aquella forma, inclinada, hablando de prisa y en voz baja, parecía como si pidiera y ofreciera lo más íntimo.)

—Nunca —dijo Antoine.

—¿Y volverá?

—¡Indudablemente!

Durante un instante, la muchacha clavó en sus ojos una mirada que se había endurecido; movió la cabeza varias veces y finalmente dijo:

—No.

Luego se acercó a la estufa y abrió la puertezuela para cargarla de nuevo.

—¡Oh! —protestó Antoine—, hace tanto calor...

—Es cierto —dijo la joven, tocándose la mejilla con el revés de la mano. Sin embargo, cogió un leño y lo echó sobre las brasas, luego otro y finalmente un tercero —. A Jack le gusta así —declaró con acento de desafío.

Permanecía arrodillada, de espaldas a él, con los ojos fijos en la llama que le encendía el rostro. Anochecía. Antoine acariciaba con la mirada aquellos hombros llenos de vida, aquella nuca, aquella cabellera nimbada de fuego. ¿A qué esperaba? Visiblemente, se sentía observada. Antoine creyó sorprender una sonrisa en aquel perfil difuminado. Pero la joven se levantó con una sola ondulación del cuerpo. Empujó con el pie la puertezuela de la estufa, dio algunos pasos por la habitación, advirtió el azucarero que estaba sobre una mesa y con un gesto ávido cogió un terrón, que hizo crujir entre sus dientes, y luego otro que le ofreció desde lejos.

—No; gracias —dijo Antoine riendo.

—Si no, da mala suerte--exclamó la muchacha, echándole el terrón, que Antoine atrapó al vuelo.

Sus miradas se cruzaron. La de Sophia parecía preguntar: «¿Quién es usted?» E incluso: «¿Qué llegará a haber entre nosotros?» Sus pupilas, indolentes pero ávidas, doradas por la transparencia de las pestañas, hacían pensar en la arena de los días de verano antes de la lluvia; sin embargo, parecían cargadas más bien de aburrimiento que de deseo. «Una de esas criaturas que en cuanto se las roza... —se dijo Antoine—. Pero que al mismo tiempo muerden. Y después odian. Y que persiguen con las venganzas más ruines...»

Como si hubiera adivinado su pensamiento, la joven se apartó de él y se acercó a la ventana. La lluvia adelantaba la llegada de la noche.

Después de una pausa bastante larga, Antoine, turbado, preguntó:

—¿En qué piensa?

—¡Oh!, casi nunca pienso —confesó ella, inmóvil.

Antoine insistió:

—Pero cuando lo hace, ¿en qué piensa?

—En nada.

Al oírle reír, la muchacha se separó de la ventana y sonrió cariñosamente. Parecía no tener ninguna prisa. Después de algunos pasos indecisos con los brazos caídos, llegó delante de la puerta y su mano tocó la cerradura distraídamente.

Antoine creyó que había echado la llave, y la sangre se le subió a la cabeza.

—Adiós —murmuró la joven, sin levantar la mirada.

Había abierto la puerta.

Antoine, sorprendido, vagamente decepcionado, se inclinó, dispuesto a captar su mirada. Como un eco, un poco en broma y en un tono acariciador que parecía una llamada, murmuró:

—Adiós...

Pero la puerta volvió a cerrarse. La joven había desaparecido sin volverse.

Oyó el roce de la falda contra la barandilla de la escalera y la musiquilla que la muchacha canturreaba al bajar.

## XII

POCO a poco la noche se adueñaba de la habitación.

Antoine meditaba, sin ganas de levantarse de su asiento para encender la luz. Hacia más de hora y media que Jacques había salido. Una sospecha involuntaria, que se esforzaba por desechar, acechaba el pensamiento de Antoine. Un malestar que aumentaba por momentos le ahogaba; un malestar que se disipó instantáneamente cuando oyó los pasos de su hermano en el rellano de la escalera.

Jacques entró sin decir nada; ni siquiera pareció darse cuenta de que la habitación estaba oscura y se dejó caer sobre una silla al lado de la puerta. Apenas si se distinguían sus facciones al resplandor de la estufa. Tenía la frente oculta por el sombrero y llevaba el abrigo al brazo.

Repentinamente gimió:

—¡Déjame aquí, Antoine; vete y déjame! He estado a punto de no volver... — Pero antes de que Antoine hubiera podido pronunciar una palabra, exclamó—: Cállate, cállate, ya lo sé; no digas nada. Iré contigo.

Luego se levantó y encendió la luz.

Antoine evitaba mirarle. Para disimular, fingió continuar su lectura.

Jacques vagaba a través de la habitación, con paso cansino. Puso algunas cosas sobre la cama, abrió una maleta, puso en ella ropa blanca, algunos objetos. En algunos momentos silbaba: siempre la misma musiquilla. Antoine le vio echar al fuego un paquete de cartas y colocar en una librería, cuya llave guardó, todos los papeles desperdigados. Luego se sentó en un rincón y, replegado sobre sí mismo, con la cabeza baja, rechazando nerviosamente su mechón de pelo, garrapateó algunas tarjetas postales sobre las rodillas.

Antoine sentía el corazón oprimido. Si Jacques le hubiera dicho: «Te lo suplico: márchate sin mí», le hubiera abrazado sin decir ni una sola palabra y hubiera partido inmediatamente, completamente solo.

Fue Jacques quien rompió el silencio. Cuando hubo cambiado de calzado y cerrado la maleta, se acercó a su hermano:

—Ya son las siete. Vamos a tener que marcharnos.

Antoine, sin contestar, se preparó. Cuando lo estuvo, preguntó:

—¿Puedo ayudarte?

—Gracias.

Ambos hablaban en voz más baja que durante el resto del día.

—Dame la maleta.

—Casi no pesa... Pasa.

Cruzaron la habitación casi sin ruido. Antoine salió el primero. Detrás de él oyó a Jacques que apagaba la luz y cerraba la puerta con suavidad.

La cena, en la cantina, fue rápida. Jacques no decía nada y apenas tocaba los

platos; Antoine, tan preocupado como su hermano, respetaba este silencio sin tratar de romperlo.

El tren estaba en el andén. Pasearon de un lado para otro, para hacer tiempo. Del pasaje subterráneo emergía incesantemente una ola de viajeros.

—El tren irá lleno hasta los topes —dijo Antoine.

Jacques no contestó. Pero, de repente, comentó:

—Ahora hace dos años y medio que estoy aquí.

—¿En Lausana?

—No... Que vivo en Suiza. —Algunos pasos más allá murmuró—: Mi magnífica primavera de 1911...

Una vez más recorrieron toda la longitud del tren sin pronunciar palabra. Jacques seguía pensando en lo mismo, puesto que, espontáneamente, explicó:

—Tenía tales jaquecas en Alemania, que ahorraba lo más posible para escapar, para escapar a Suiza, al aire libre. Llegué a finales de mayo, en plena primavera, a la montaña. A Mühlenberg, en el cantón de Lucerna.

—¡Hombre! Mühlenberg...

—Sí; allí escribí casi todos esos poemas que he firmado *Mühlenberg*. Trabajé mucho en aquella época.

—¿Estuviste allí mucho tiempo?

—Seis meses. En casa de unos granjeros. Dos viejos sin hijos. Seis meses maravillosos. ¡Qué primavera!, ¡qué verano! ¡Desde mi ventana, el día de mi llegada, quedé encantado! Un paisaje abierto, ondulante, todo en líneas sencillas. ¡Qué nobleza! Permanecía afuera desde por la mañana hasta por la noche. Las praderas, llenas de flores y de abejas, silvestres; los grandes prados, en cuesta, con sus vacas; los puentes de madera sobre los arroyuelos... Paseaba, trabajaba mientras andaba; andaba durante todo el día y algunas veces hasta por la noche, en estas noches..., estas noches... —Su brazo se levantó lentamente, describió una curva y volvió a caer.

—¿Y tus jaquecas?

—¡Oh, apenas me instalé aquí me sentí muchísimo mejor! Fue Mühlenberg lo que me curó. ¡Incluso puedo decir que nunca he tenido la cabeza más libre, más ligera! —Sonrió al recordarlo—. Ligera, y sin embargo llena de ideas, de proyectos, de locuras... Creo que todo lo que yo pueda escribir en el transcurso de mi vida habrá germinado en ese aire puro, durante aquel verano. Me acuerdo de algunos días en que sentía un arrebató tal... ¡Ah, en aquellos días conocí realmente la embriaguez de ser feliz!... Algunas veces me sucedía, apenas me atrevo a decirlo, me sucedía que me ponía a saltar, a correr, sin ninguna razón, y luego me echaba de bruces sobre la hierba..., para llorar, para llorar de satisfacción. ¿Crees que exagero? Mira: es tan cierto que recuerdo que algunos días que había llorado demasiado, daba un rodeo para poderme lavar los ojos en un manantial que había descubierto en la montaña... —Bajó la cabeza, anduvo algún tiempo en silencio y, sin reponerse, repitió—: Sí;

hace ya dos años y medio.

Luego permaneció en silencio hasta la salida.

Cuando arrancó el tren, sin un pitido, con esa seguridad inflexible, con esa fuerza pasiva de la máquina puesta en movimiento por el horario, Jacques contempló con los ojos secos cómo se desvanecía el andén vacío, cómo huía a un ritmo acelerado el suburbio moteado de lucecitas; luego, todo se hizo oscuro y se sintió llevado, indefenso, en la noche.

Entre todos aquellos extraños que le rodeaban, sus ojos buscaron a Antoine, quien de pie en el pasillo, a algunos metros de allí, medio vuelto de espaldas, parecía también dejar vagar la mirada por la campiña oscura. Sintió un repentino deseo de acercamiento y de nuevo aquella irresistible necesidad de confesar.

Consiguió deslizarse por entre la gente hasta su hermano y le tocó enérgicamente en el hombro.

Antoine, encerrado entre los viajeros y los equipajes que llenaban el pasillo, creyó que Jacques quería decirle simplemente algo sin importancia y, sin tratar de volverse, se limitó a inclinar la cabeza. Entonces, en aquel pasillo en que estaban hacinados como ganado, entre el traqueteo y el murmullo del tren, con la boca junto al oído de Antoine, Jacques murmuró:

—Escucha, Antoine; es necesario que sepas... Al principio, he hecho..., he hecho...

Quería gritar: «He hecho una vida inconfesable... Me he envilecido... Intérprete... Guía... He hecho de todo... Achmet... Peor aún, los bajos fondos, La *Rue-aux-Juifs*... Por amigos, unos miserables, el tío Krüger, Celedonio... Carolina... Una noche, en el puerto, me hicieron perder el conocimiento con un golpe de porra, y después, el hospital: mis jaquecas son a causa de eso... Y en Ñapóles... Y en Alemania, Rupert y Rosita, aquella pareja... En Munich, por culpa de Wilfried, he estado... He estado en la cárcel...» Pero a medida que las confesiones se le venían a los labios y se alzaban numerosos y turbadores los recuerdos, este pasado inconfesable se le aparecía más efectivamente «inconfesable», imposible de explicar con palabras.

Así, pues, desanimado, se limitó a balbucear:

—He llevado una vida inconfesable, Antoine... Inconfesable... ¡In-con-fe-sa-ble!  
—(Y esta palabra, cargada para él de todo el oprobio del mundo, agobiante, que repetía en un tono desesperado, le tranquilizaba poco a poco tanto como una confesión.)

Antoine se había vuelto por completo. Aunque incómodo, molesto por la presencia de los viajeros, temiendo que Jacques levantara la voz, temblando por lo que iba a saber, trató no obstante de poner buena cara.

Pero Jacques, con el hombro apoyado en el quicio de la puerta, no parecía querer explicar más.

Los viajeros abandonaban el pasillo y se apiñaban en los departamentos. Muy pronto, Antoine y Jacques se encontraron lo bastante aislados para poder hablar sin ser oídos.

Entonces Jacques, que había permanecido taciturno y no parecía tener prisa por reanudar la conversación, se inclinó repentinamente hacia su hermano:

—Mira, Antoine: lo espantoso es no saber lo que es... normal... No, «normal» no, es una tontería... ¿Cómo decir?... No saber si los sentimientos que se tienen... O más bien los instintos... Pero tú, tú que eres médico, lo sabes... —Con el entrecejo fruncido y la mirada perdida en la oscuridad, hablaba con una voz sorda y vacilando a cada palabra—. Escucha —prosiguió—: algunos veces se sienten cosas... Hay una especie de impulso hacia esto... o lo otro... Impulsos que brotan desde lo más hondo... ¿Verdad?... Y no se sabe si los demás sienten lo mismo, o si se es... ¡un monstruo!... ¿Comprendes lo que quiero decir, Antoine? Tú, tú que has visto a tanta gente, tantos casos, tú sabes indudablemente lo que es... digamos... general, y lo que es... excepcional. Pero para los que no lo sabemos, es algo verdaderamente terrible, ya ves... Mira, un ejemplo: cuando se tienen trece o catorce años, se experimentan esos deseos desconocidos que suben como oleadas, esos pensamientos turbadores que se apoderan de ti sin que puedas defenderte, y de los cuales uno se avergüenza y los oculta dolorosamente como una tara... Y luego, un día se descubre que no hay nada más natural, más bello, incluso... Y que todos, todos, igual que nosotros... ¿Comprendes?... Pues bien: de la misma forma hay otras cosas oscuras..., instintos... que se levantan..., y con respecto a los cuales, incluso a mi edad, Antoine, incluso a mi edad..., uno se pregunta..., no se sabe.

Bruscamente, sus facciones se contrajeron. Otra idea le hirió de repente: acababa de darse cuenta con cuánta rapidez se acercaba a pesar suyo a su hermano, a este amigo de siempre; y por medio de este hermano ¡a todo el pasado! Todavía ayer, se abría entre los dos un foso infranqueable... Y había bastado medio día... Apretó los puños, agachó la cabeza y se calló.

Algunos minutos después, sin haber abierto los labios ni levantado la mirada, volvió a su sitio en el departamento.

Cuando Antoine, sorprendido por aquella brusca retirada, quiso reunirse con él, le vio inmóvil en la penumbra: con los párpados tercamente cerrados sobre las lágrimas, Jacques fingía dormir.

FIN DE  
«LA SORELLINA»

## **SEXTA PARTE**

### **LA MUERTE DEL PADRE**



## I

LA tarde en que Antoine, antes de tomar el tren para Suiza, había venido a advertir a la señorita Waize que se ausentaba por veinticuatro horas, la anciana apenas si le había hecho caso en un principio: instalada ante su escritorio, hacía más de una hora que estaba tratando de redactar una reclamación por un cesto de legumbres que se había extraviado entre Maisons-Laffitte y París; su enfado le impedía pensar en cualquier otra cosa. Bastante después, ya terminada la carta mal que bien, se había aseado para pasar la noche y comenzado sus oraciones, cuando una frase de Antoine se le vino repentinamente a la memoria: «... Dígale a Sor Céline que el doctor Thérivier está advertido y dispuesto para acudir al primer aviso.» Entonces, sin preocuparse por la hora, sin siquiera terminar sus plegarias, impaciente por verse libre aquella misma noche de semejante responsabilidad, cruzó la casa para ir a hablar a la religiosa.

Eran cerca de las diez.

En la habitación del señor Thibault había sido apagada la luz eléctrica; la estancia no estaba iluminada sino por el resplandor del fuego de leña que se mantenía en la chimenea para purificar el ambiente; precaución que se hacía cada día más indispensable y que, por otra parte, no conseguía vencer ni el tufillo agrio de las cataplasmas, ni los efluvios del éter, del yodo o del fenol, ni el olor mentolado del bálsamo analgésico, ni sobre todo los olores de aquel cuerpo caduco.

De momento, el enfermo no sufría apenas; jadeante y quejándose, dormitaba. Desde hacía meses no sabía lo que era el sueño, la tranquilidad del pleno reposo. Para él, dormir no era ya perder el conocimiento, sino solamente cesar, durante breves intervalos, de registrar minuto a minuto el paso del tiempo; era más bien abandonar sus miembros a un semisopor, pero sin que su cerebro renunciara ni un segundo a crear imágenes, a proyectar un film incoherente en el que se sucedían desordenadamente retazos de su vida pasada: espectáculo a la vez atrayente como un desfile de recuerdos y penoso como una pesadilla.

Esta noche, el sopor no conseguía librar al durmiente de una sensación de malestar que le oprimía, que se mezclaba a sus alucinaciones y que, creciendo por momentos, le hacía huir bruscamente, perseguido por entre las instalaciones del colegio, a través del dormitorio, del patio, la capilla, hasta el patio de recreo... Fue allí, delante de la estatua de San José, a la entrada del gimnasio, donde vino a estrellarse con la cabeza entre los brazos: entonces, aquella cosa espantosa e innominada, que se cernía sobre él desde hacía días, surgió repentinamente de entre las tinieblas, y, cuando iba a aplastarle, se despertó sobresaltado.

Detrás del biombo, una luz insólita iluminaba una esquina de la habitación, generalmente oscura, en la que dos sombras se prolongaban hasta el techo. Distinguió un murmullo. Era la voz de la señorita. Ya una vez, en una noche parecida a ésta,

había venido a llamarle... Jacques, sus convulsiones... ¿Estaría enfermo alguno de los niños?... ¿Qué hora sería?...

La voz de Sor Céline volvió al señor Thibault a la realidad. Las palabras no le llegaban con claridad. Contuvo el aliento y aguzó el oído.

Algunas silabas más distintas llegaron hasta él: «... Antoine ha dicho que el doctor está advertido. Vendrá en seguida...»

¡Pero si el enfermo era él! ¿Por qué el doctor?

Aquello, tan espantoso, comienza a cernirse de nuevo sobre él. ¿Está peor? ¿Qué ha sucedido? ¿Se ha dormido? No se ha dado cuenta de que su estado empeoraba. Ha sido avisado el doctor. En plena noche. ¡Está perdido! ¡Va a morir!

Entonces, todo aquello que había dicho —sin creer en ello—, para anunciar solemnemente la inminencia de su muerte, se le vino a la imaginación y su cuerpo se cubrió de sudor.

Quiso llamar: «¡Ayudadme! ¡Socorro! ¡Antoine!» Pero su garganta apenas si dejó pasar algunos sonidos; tan trágicos, no obstante, que Sor Céline, derribando el biombo, corrió a dar la luz.

Inmediatamente cree que se ha producido un ataque. La cara del anciano, generalmente cerúlea, está arrebatada; los ojos, muy abiertos e inmóviles; la boca no consigue articular ni una sola palabra.

Por otra parte, el señor Thibault no presta ninguna atención a lo que sucede a su alrededor. Obsesionado con su idea fija, el cerebro le funciona con una claridad implacable. En pocos segundos ha pasado revista a la historia de su enfermedad: la operación, los meses de mejoría, la recaída; luego, la agravación progresiva, los dolores, que han ido venciendo día a día la acción de las medicinas. Todos los detalles se relacionan y toman por fin su verdadero sentido. Esta vez, esta vez ya no cabe la menor duda. Repentinamente, un vacío se apodera del lugar en que pocos minutos antes reinaba esa seguridad sin la cual es imposible vivir; y este vacío es tan repentino que todo el equilibrio queda roto. Pierde incluso la lucidez: ya no consigue reflexionar. La inteligencia humana está nutrida de futuro de una forma tan esencial, que en el momento en que toda posibilidad de porvenir queda abolida, cuando todo impulso de la inteligencia viene a tropezar indistintamente contra la muerte, ya no hay posibilidad de pensamiento.

Las manos del enfermo se crispan sobre las sábanas. El miedo le domina. Quisiera gritar, pero no puede. Se siente arrastrado como una ramita por un alud; imposible asirse a nada: todo ha naufragado, todo se hunde con él... Finalmente, la garganta se relaja, el miedo abre en ella una salida, estalla en un grito de honor que se ahoga inmediatamente.

La señorita no puede erguir su espalda encorvada para ver lo que sucede; inquiere:

—Dios mío, ¿qué le pasa?; ¿qué le sucede, hermana?

Y como la religiosa no contesta, huye despavorida.

¿Qué hacer? ¿A quién llamar? Antoine se encuentra ausente. ¡El abate! ¡El abate Vécard!

Las criadas están todavía en la cocina. No han oído nada. A las primeras palabras de la anciana señorita, Adrienne se persigna; pero Clotilde se pone el mantón, coge su portamonedas, su llave y sale corriendo.

## II

EL abate Vécard vivía en la calle de Grenelle, en las proximidades de las oficinas del Arzobispado, donde dirigía ahora el servicio de Obras Diocesanas. Todavía estaba ante su mesa de trabajo.

En pocos minutos, el taxi de Clotilde los llevó a la calle de la Universidad. La señorita los esperaba sentada en una silla del recibimiento. El sacerdote no la conoció al principio, a causa de su frente despejada y del pelo echado hacia atrás y recogido sobre el camión.

—¡Ah! —gimió la anciana—. Vaya pronto, señor abate... Para que tenga menos miedo...

El sacerdote la saludó sin detenerse y penetró en la alcoba.

El señor Thibault, rechazando las mantas, quería escapar de esta cama, de esta casa, huir en la noche, huir de aquella amenaza atroz. Había recobrado la voz y vociferaba toda clase de groserías:

—¡Malvadas! ¡Perras! ¡Rameras!... ¡Ah, las zorras! ¡Las guarras!

Repentinamente, sus miradas cayeron sobre el abate, a plena luz en la puerta abierta; el enfermo no demostró ninguna sorpresa, pero se interrumpió un segundo para gritar:

—¡Usted no!... ¡Antoine!... ¿Dónde está Antoine?

El abate, tirando el sombrero sobre una silla, se adelantó precipitadamente. Sus facciones, impenetrables como siempre, no revelaban hasta qué extremo estaba emocionado; pero sus brazos ligeramente alzados, sus manos entreabiertas, expresaban su deseo de prestar ayuda. Llegó hasta la cama y, sin pronunciar ni una sola palabra, con toda sencillez, bendijo al señor Thibault, que le miraba.

Luego, en el silencio, comenzó en voz alta:

—*Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum... Fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra...*

El señor Thibault había dejado de agitarse. Sus ojos iban del sacerdote a la monja. Sus labios se abrieron, su rostro tomó una expresión gesticulante: la del niño que va a estallar en llanto; su cabeza osciló de derecha a izquierda y se derrumbó por fin sobre la almohada. Poco a poco, sus sollozos, parecidos a una risa irónica, se fueron espaciando. Luego calló.

El abate se había acercado a la religiosa.

—¿Sufre en este momento? —preguntó sin levantar la voz.

—No mucho. Acababa de ponerle la inyección. Por regla general, los dolores no se reproducen hasta después de media noche.

—Bien. Déjenos solos... Pero —añadió— telefonee al doctor. —Y su gesto parecía decir: «Yo no lo puedo todo.»

Sor Céline y Adrienne se retiraron sin hacer ruido.

El señor Thibault parecía haberse adormilado. Antes de la llegada del abate Vécard, había hecho de la misma forma algunas escapadas al inconsciente. Pero estas ausencias súbitas eran breves. Volvía de nuevo a la superficie, encontraba otra vez su temor y reanudaba sus movimientos convulsivos.

El abate intuyó que la tregua sería corta y que había que aprovecharla. Una oleada de calor le vino al rostro: de todos los deberes de su ministerio, la asistencia a los moribundos era la que más había temido siempre.

Se acercó al lecho:

—Sufre usted, amigo mío... Está pasando una hora cruel... No permanezca a solas consigo mismo: abra su corazón a Dios...

El señor Thibault se volvió y fijó en su confesor una mirada tan ansiosa que el sacerdote pestañeó. Pero los ojos del enfermo se cargaban ya de ira, de odio, de desprecio. Sólo un segundo: el miedo volvió a reflejarse en ellos inmediatamente. Y esta vez, la expresión de angustia era hasta tal punto insostenible que el abate hubo de bajar los párpados y apartarse ligeramente.

El moribundo castañeteaba con los dientes. Tartamudeó:

—¡Oh..., oh...; tengo miedo...!

El sacerdote se rehízo.

—He venido para ayudarle —dijo con dulzura—. En primer lugar, oremos... Llamemos a nosotros la presencia de Dios... Oremos juntos, amigo mío.

El señor Thibault le interrumpió:

—¡Pero mire! Yo... Estoy... Voy a... —(No tenía valor suficiente para desafiar a la muerte con las palabras precisas.)

Dirigió hacia los rincones oscuros de la habitación una mirada extravagante. ¿Dónde encontrar ayuda? Las tinieblas se espesaban a su alrededor. Exhaló un grito que retumbó en el silencio y casi fue un consuelo para el abate. Luego llamó con todas sus fuerzas:

—¡Antoine! ¿Dónde está Antoine? —Y como el abate hiciera un movimiento con las manos, le rechazó—: ¡Usted, déjeme!... ¡Antoine!

Entonces el abate cambió de táctica. Se incorporó, miró dolorosamente a su penitente, y luego, con un amplio ademán, como si exorcizase a un energúmeno, le bendijo por segunda vez.

Aquella tranquilidad terminó de exasperar al señor Thibault. Se incorporó sobre un codo, a pesar del dolor que le desgarraba los riñones, y alargó el puño:

—¡Los malvados! ¡Los puercos!... ¡Y usted, con sus cuentos!... ¡Basta! — Luego, añadió con desesperación—: ¡Le digo que me voy... a morir! ¡Auxilio!

El abate, de pie, le observaba sin contradecirle; y por muy persuadido que estuviera el anciano esta vez de encontrarse en los últimos momentos de su vida, aquel silencio le dio la puntilla. Tembloroso, sintiendo debilitarse sus fuerzas, incapaz incluso de retener la saliva que le mojaba la barbilla, en tono suplicante, como si

fuera posible que el sacerdote no le hubiera oído o no le hubiera comprendido, repetía:

—Me-voy-a-mo-rir... Me-voy-a-mo-rir.

El abate suspiró, pero no hizo ningún gesto de protesta. Pensaba que la verdadera caridad no siempre estriba en prodigar a los moribundos ilusiones inconsistentes, y que, cuando verdaderamente se acerca la última hora, el único remedio para el terror humano no es negar esta muerte que llega y ante la cual se rebela ya el organismo, secretamente advertido, sino que estriba, por el contrario, en mirarla cara a cara y resignarse a aceptarla.

Dejó transcurrir algunos segundos, y luego, reuniendo todo su valor, pronunció claramente:

—Y aun cuando así fuera, mi querido amigo, ¿sería una razón para tener tanto miedo?

El anciano, como si hubiera sido golpeado en el rostro, cayó de nuevo sobre la almohada, gimiendo:

—¡Oh!... ¡Oh!...

Estaba acabado. Arrancado por el torbellino, azotado sin compasión, sentía que se hundía definitivamente, y su último destello de conciencia no le servía sino para poder apreciar mejor la nada. Para los demás, la muerte era un pensamiento corriente, impersonal: una palabra de tantas. Para él, es todo lo presente, ¡es lo real! ¡Es él mismo! Con sus ojos abiertos sobre la sima y agrandados por el vértigo, ve muy lejos, separado de él por un abismo, el rostro del sacerdote, este rostro vivo, extraño. Estar solo, excluido del universo. Solo, con su temor. ¡Llegar al fondo de la soledad absoluta!

En el silencio se elevaba la voz del sacerdote:

—Fíjese: Dios no ha querido que la muerte cayera sobre usted de improviso, *sicut latro*, como un ladrón. Pues bien: hay que mostrarse digno de esta gracia, puesto que lo es y la mayor que Dios puede hacernos a nosotros pecadores; digno de esta advertencia en el umbral de la vida eterna...

El señor Thibault oía desde muy lejos estas frases que venían vanamente a chocar con su cerebro petrificado por el miedo, como las olas contra las rocas. Durante un instante, por rutina, su pensamiento trató de evocar la idea de Dios para encontrar en ella refugio; pero aquel impulso se quebró nada más al iniciarse. La Vida Eterna, la Gracia, Dios; lenguaje ahora ininteligible: ¡palabras vacías, desproporcionadas con la terrible realidad!

—Demos gracias a Dios —continuaba el abate—. Bienaventurados aquéllos a quienes arranca a su propia voluntad para atraerlos a la Suya. Oremos. Oremos juntos, mi querido amigo... Oremos con todo nuestro corazón, y Dios vendrá en nuestra ayuda.

El señor Thibault volvió la cabeza. En el fondo de su terror se agitaba un resto de violencia. De buena gana hubiera golpeado al sacerdote si hubiera podido. La

blasfemia le vino a los labios:

—¿Dios? ¿Cómo? ¿Qué ayuda? ¡Eso es una tontería de cabo a rabo! ¿No es Él, precisamente? ¿No es Él quien lo quiere?... —Se ahogaba—. ¿Entonces, qué ayuda va a prestarme? —gritó con rabia.

El placer de la discusión le dominaba de nuevo, hasta el punto de olvidar que un minuto antes su angustia le había inducido a negar a Dios. Dejó oír un gemido:

—¡Ah, cómo puede Dios hacerme esto!

El abate bajó la cabeza.

—«Cuando os creéis más alejados de mí, suele ser cuando estoy más cerca de vosotros...», dice la *Imitación*.

El señor Thibault había oído. Permaneció silencioso algunos segundos. Luego se volvió hacia su confesor, pero esta vez con un gesto de desaliento.

—Abate, abate —suplicó—, haga algo, ¡rece usted!... No es posible, ¿verdad?... ¡Impida usted que muera!

El abate acercó una silla, se sentó y cogió aquella mano hinchada en la que bastaba la menor presión para dejar una señal blanquecina.

—¡Ah! —exclamó el anciano—. ¡Ya verá usted lo que es esto, abate, ya verá usted cuando le llegue la hora!

El sacerdote suspiró.

—Nadie puede decir «No caeré en la tentación»... Pero pido a Dios que a la hora de mi muerte me permita tener conmigo a un amigo que me ayude a dominarme a tiempo.

El señor Thibault cerró los ojos. Los movimientos que acababa de hacer habían levantado en la curva de los riñones aquellas escaras que le quemaban como un hierro al rojo. Volvió a echarse y permaneció inmóvil, repitiendo a intervalos entre sus dientes apretados:

—¡Oh!... ¡Oh!...

—Veamos: usted, que es cristiano —prosiguió el abate con su voz prudente y contristada—, sabe perfectamente que esta vida terrestre tenía que terminar. *Pulvis es...* ¿Ha olvidado usted que esta existencia no nos pertenece? ¡Se rebela usted como si fuera a ser despojado de un bien que le perteneciera de derecho! Pero usted sabe perfectamente que nuestra vida es únicamente un don de Dios. Qué ingratitud, amigo mío, regatear a la hora en que tal vez haya de pagar su deuda...

El señor Thibault entreabrió los ojos y dirigió al sacerdote una mirada llena de rencor. Luego, lentamente, sus ojos fueron recorriendo toda la habitación, posándose sobre todos aquellos objetos que distinguía tan perfectamente a pesar de la oscuridad, y que eran suyos, que había visto y poseído todos los días desde hacía años.

—¡Dejar todo esto! —murmuró—. ¡No quiero! —Un repentino estremecimiento le hizo temblar. Repitió—: ¡Tengo miedo!

El sacerdote sintió compasión y se inclinó aún más.

—También el divino Maestro conoció las torturas de la agonía y el sudor de

sangre. Y también Él, durante un instante, llegó a dudar de la bondad de su Padre. *Eli, lamma sabacthani!* «¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?»... Reflexione, mi querido amigo: ¿No hay una analogía conmovedora entre sus tormentos y los de nuestro Señor? Pero Jesucristo se refugió inmediatamente en la oración y, llevado de su amor, exclamó: «¡Aquí me tienes, Padre! ¡Padre, creo en Ti! ¡Que se haga tu voluntad y no la mía!»

El abate sintió temblar bajo sus dedos la mano hinchada. Hizo una pausa y luego prosiguió sin cambiar de tono:

—¿Ha pensado usted que hace siglos, miles de siglos, que nuestra pobre Humanidad cumple su misión en la tierra?... —Comprendió que este argumento, demasiado vago, no servía para sus fines—. Piense solamente en su familia —precisó—: en su padre, en su abuelo, en sus antepasados, en todos esos hombres semejantes a usted que le han precedido, que han vivido, luchado, sufrido y esperado como usted, y que todos, irrevocablemente, unos después de otros y a la hora fijada desde el Principio, han regresado a su punto de origen... *Reverti unde veneris, quid grave est?* ... ¿Acaso no es una idea tranquilizadora, mi querido amigo, ese regreso universal al seno de nuestro Padre Todopoderoso?

—¡Sí..., pero... todavía no! —suspiró el señor Thibault.

—¡Y usted se queja! ¡Y, sin embargo, cuántos de entre esos hombres no han alcanzado lo que usted! Usted ha tenido el privilegio de alcanzar una edad que a muchos se les niega. Dios le ha otorgado sus dones al concederle una larga vida para asegurar su salvación.

El señor Thibault se estremeció.

—¡Es tan terrible esto, abate...!

—Terrible, sí. Pero usted menos que otros tiene derecho a sentir miedo; usted...

El enfermo retiró la mano bruscamente.

—No.

—Pues claro que sí, pues claro que sí —insistió el sacerdote bondadosamente—. Yo lo he visto entregado a su tarea. Usted siempre se ha esforzado por fijar sus objetivos más allá de los bienes terrenales. Usted ha luchado contra la miseria, contra la relajación moral, por amor al prójimo. Una existencia como la suya, mi querido amigo, es la de un hombre de bien. Ella debe contribuir a proporcionarle una muerte tranquila.

—¡No! —repitió el enfermo sordamente. Y como el abate tratara de cogerle otra vez la mano, la apartó con rudeza.

Estas palabras le herían profundamente. ¡No; no se había elevado por encima de los bienes terrenales! En eso había engañado a todo el mundo y al abate. Y casi siempre a sí mismo. En realidad, lo había sacrificado todo a la consideración de los hombres. No había tenido sino sentimientos bajos, muy bajos, ¡y que los había ocultado! ¡Egoísmo, vanidad! ¡Sed de riqueza, de mando! ¡Apariencia de bienhechor, para ser respetado, para representar un papel! ¡Impureza, fingimiento, mentira,



mentira!... ¡Cómo hubiera querido poder borrarlo todo, volver a empezar todo de nuevo! ¡Ah, cómo le avergonzaba su existencia de hombre de bien! Ahora la veía, por fin, tal como había sido. ¡Demasiado tarde! El día de rendir cuentas había llegado.

—Un cristiano como usted...

El señor Thibault estalló:

—¡Cállese de una vez! ¿Cristiano? No. Yo no soy cristiano. Durante toda mi vida he..., he querido... ¿El amor al prójimo? ¡Cállese! ¡Nunca he sabido amar! ¡A nadie; ni nunca!

—Amigo mío, amigo mío —dijo el abate.

Esperaba que el señor Thibault volviera a acusarse de haber impulsado a Jacques al suicidio. Pero no: en estos últimos días, el padre no había pensado en el hijo desaparecido ni una sola vez. Ahora solamente conseguía evocar los períodos más lejanos del pasado: su juventud devorada por la ambición, su entrada en el mundo, las primeras luchas, las primeras distinciones; algunas veces, los honores de la madurez; pero los diez últimos años habían desaparecido ya en una sombra crepuscular.

El señor Thibault levantó el brazo a pesar del dolor.

—¡Es culpa suya! —exclamó de repente—. ¿Por qué no me dijo usted nada cuando aún era tiempo?

Pero inmediatamente la debilidad se impuso a la irritación y rompió a llorar. Los sollozos le sacudían como si riese.

El abate se inclinó.

—En toda existencia humana llega un día, una hora, un breve instante en el que de repente, Dios se digna aparecer en toda su evidencia y nos tiende la mano bruscamente. Algunas veces sucede después de una vida de impiedad; otras, al final de una larga existencia que se ha considerado cristiana... ¿Quién sabe, amigo mío, si tal vez sea ésta en realidad la primera vez que se tiende para usted la mano de Dios?

El señor Thibault abrió los ojos. En su cerebro fatigado se produjo una cierta confusión entre la mano de Dios y esta otra mano del sacerdote vivo, tan cercana. Levantó el brazo para cogerla y murmuró con voz angustiada:

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

El acento ya no era el mismo; ya no era aquel terror pánico ante la muerte; era una pregunta que podía tener contestación, era un temor cargado ya de arrepentimiento y que la absolución podía disipar.

La hora de Dios se acercaba.

Pero para el abate era la hora más difícil de todas. Meditó durante un minuto, como hacía en el púlpito al comenzar un sermón. Sin que lo hubiera dejado traslucir, el reproche del señor Thibault le había herido en lo más vivo. ¿Cuál había sido la eficacia de su influencia sobre esta naturaleza orgullosa que se había confiado a él desde hacía tantos años? ¿Cómo había desempeñado su misión? Todavía había tiempo de reparar las faltas: las del penitente y la del director espiritual. Había que

coger esta alma, hoy temblorosa, y ponerla a los pies de Jesucristo.

Entonces, su conocimiento del hombre le sugirió una treta piadosa:

—Lo que hay que deplorar —dijo— no es que su vida terrestre se acabe: es que no haya sido tal y como hubiera debido ser... Pero si durante su vida no ha sido usted siempre un modelo de edificación, hagamos por lo menos que un fin verdaderamente cristiano deje tras usted un buen ejemplo. ¡Que su actitud, en el momento de la muerte, sea un modelo, una enseñanza para todos aquellos que le han conocido!

El enfermo se agitó y separó la mano. Aquella idea le ofuscaba. ¡Sí! Que se pudiera decir: «Oscar Thibault ha muerto como un santo.» Juntó los dedos trabajosamente y cerró los ojos. El abate vio que aquél movía la barbilla: es que pedía a Dios que le concediera la gracia de una muerte edificante.

Lo que sentía ya, más que miedo, era una especie de abatimiento: se sentía una cosa insignificante entre todas las percederas; y esta compasión hacia sí mismo, después de aquellos otros accesos de espanto, no carecía de suavidad.

El abate levantó la cabeza.

—San Pablo dijo: «No te aflijas, como hacen aquellos que no tienen esperanza.» Usted es de éstos, mi pobre amigo. En una hora tan crítica, le encuentro desprovisto de esperanza. Ha olvidado usted que Dios es su Padre antes que su Juez, ¡y hace a su Padre esta injuria de menospreciar su misericordia!

El enfermo dirigió al abate una mirada conmovida y suspiró.

—Vamos, ánimo —prosiguió el abate—. Persuádase de la indulgencia divina. Piense que, ante un arrepentimiento sincero y total, el perdón del último segundo basta para borrar los pecados de toda una vida. Usted es una criatura de Dios: ¿no sabe El mejor que nosotros de qué barro nos ha hecho? Dios nos ama tal y como somos, y esta convicción debe ser el principio fundamental de nuestro valor, de nuestra confianza. Sí, *confianza*; todo el secreto de una buena muerte, amigo mío, está en esa palabra. *In te, Domine, speravi...* ¡Confianza en Dios, en su Bondad, en su Misericordia infinita!

El abate tenía una manera muy personal, tranquila e insinuante de acentuar algunas palabras, y en aquellos momentos su mano se levantaba ligeramente con una insistencia bastante persuasiva. Pero poco calor emanaba de este flujo monótono, de esta cara impasible de larga nariz. Y era necesario que estas palabras sagradas fueran bastante eficaces de por sí; era necesario que, después de siglos de experiencia, fuesen estrictamente apropiadas a los momentos de agonía, para actuar tan pronto, tan directamente sobre un temor y una rebelión semejante.

El señor Thibault había dejado caer la cabeza; la barba le reposaba sobre el pecho. Furtivamente, un nuevo sentimiento se iba infiltrando en él, menos estéril que la compasión hacia sí mismo o la desesperación. Nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas. Se sentía impulsado ya hacia aquella Fuerza Consoladora; no aspiraba sino a entregarse a ella, a abdicar.

De repente, apretó los dientes: un dolor que conocía muy bien le atenazaba la

pierna desde la cadera hasta la pantorrilla. Dejó de escuchar, se puso rígido: al cabo de un instante se atenuó el sufrimiento.

El sacerdote proseguía:

—... como hace el viajero llegado a la cumbre y que se vuelve para examinar el camino recorrido. ¡Qué espectáculo tan miserable el de la vida humana! ¡Iniciar una y otra vez los mismos esfuerzos en un campo de acción ridículamente estrecho! ¡Agitaciones ilusorias, alegrías mediocres, una sed de felicidad que se renueva en vano y que jamás puede ser apagada! ¿Exagero? Eso ha sido su existencia, mi querido amigo. Puedo decir: eso es toda existencia en esta tierra. ¿Puede satisfacer una vida así a una criatura de Dios? ¿Hay en todo esto algo que merezca una lamentación? ¿Entonces? ¿Qué es, entonces, lo que tanto le atrae? ¡Diga! ¿Su cuerpo dolorido, siempre frágil; ese pobre cuerpo digno de compasión, que se aparta constantemente de su tarea y al que nada puede defender contra el sufrimiento, contra la flaqueza? Reconozcámoslo: ¡es una ventaja que sea preceder! ¡Es una ventaja que después de haber sido durante tanto tiempo su esclavo, su prisionero, podamos por fin rechazarle, evadirnos de él, abandonarle al borde del camino como se abandona un traje usado!

Estas palabras estaban para el moribundo tan llenas de una realidad tan inmediata, que la idea de esta evasión le sonrió repentinamente como una promesa... ¿Qué era, por tanto, esta dulzura que le invadía ya, sino otra vez la esperanza de vivir, la única y tenaz esperanza de vivir, aunque bajo otro aspecto? Esta idea pasó por la imaginación del sacerdote. Esperanza del Más Allá, esperanza de vivir la eternidad en Dios, tan necesaria a la hora de la muerte, como es necesaria durante la vida la esperanza de vivir el minuto de después...

Luego de una corta pausa, el abate prosiguió:

—¡Ahora vuelva los ojos hacia el cielo, mi querido amigo! Después de haber sopesado lo poco que abandona, contemple lo que le espera. ¡Terminadas las mezquindades, las desigualdades, las injusticias! ¡Terminadas las pruebas, las responsabilidades! ¡Terminados estos pecados de cada día y su secuela de remordimientos! ¡Terminada esta lucha del pecador entre el bien y el mal! ¡Ahora va a encontrar la calma, la estabilidad, el orden supremo, el reino de Dios! ¡Va usted a apartarse de lo efímero y frágil para alcanzar, por fin, lo duradero y eterno! ¿Comprende, mi querido amigo? *Dimitte transitoria, et quaere aeterna...* Le asustaba morir: su imaginación le representaba algo espantoso, tenebroso; y por el contrario, la muerte de un cristiano es una perspectiva radiante. Es la paz, la paz del reposo, la paz del reposo eterno. ¿Qué estoy diciendo? ¡Es mucho más todavía! ¡Es el florecimiento de la Vida, la consumación de la Unión! *Ego sum resurrectio et vita...* ¡No solamente una liberación, un sueño, un olvido, sino el despertar, la renovación! ¡Morir es renacer! Morir es resucitar a una nueva vida en el conocimiento total, en la beatitud de los elegidos. La muerte, amigo mío, no es solamente la recompensa de la noche después de la jornada de trabajo: ¡es un resplandor en la luz en el amanecer eterno!

El señor Thibault, con los ojos cerrados, hizo en algunas ocasiones un gesto de aquiescencia. En su cara vagaba una sonrisa. Algunos momentos de antaño, especialmente luminosos, evocaban en la claridad. Se veía muy pequeño, arrodillado a los pies del lecho materno —este mismo lecho en el que ahora yacía moribundo—, uniendo sus manos infantiles a las de su madre y recitando en una radiante mañana veraniega aquellas primeras oraciones que le habían abierto el cielo: «Buen Jesús, que estás en el paraíso...» Se veía de primera comunión, en la capilla, temblando de emoción ante la hostia que por primera vez se acercaba a él... Y se vio incluso de recién casado, una mañana de Pentecostés, después de la misa, en el paseo de las peonías del jardín de Darnetal... Sonreía a estas lozanías. Había olvidado su cuerpo.

No solamente ya no tenía miedo de morir, sino que lo que le inquietaba ahora era tener que vivir aún, por poco que fuera. El aire del mundo ya no le resultaba respirable. Un poco más de paciencia y habría acabado del todo. Le parecía haber encontrado su verdadero centro de gravedad, ocupar ahora el corazón de sí mismo, estar por fin en el sitio que le correspondía. Ello le producía un bienestar tal como nunca lo había conocido. Sin embargo, sus fuerzas le parecían disociadas, dispersas y, por así decirlo, como yacentes a su alrededor. ¿Qué importaba? Ya no les pertenecía: eran los despojos de un habitante del mundo, del cual se sentía definitivamente desligado, y la perspectiva de una disgregación todavía más completa y muy próxima le causaba una alegría que le era aún accesible.

El Espíritu Santo volaba sobre él. El abate se había levantado. Quiso dar gracias a Dios. A su acción de gracias se mezclaba un orgullo completamente humano, una satisfacción de abogado que ha ganado el proceso. Al tiempo que se percataba de ello, sintió remordimiento. Pero todavía no era momento de ocuparse de sí mismo: un pecador iba pronto a comparecer ante Dios.

Bajó la cabeza, unió las manos bajo la barbilla y, con toda su alma, empezó a rezar en voz alta:

—¡Oh, Dios mío, ha llegado mi hora! Prosternado ante Ti, Señor, Dios de Bondad, Padre de Misericordia, vengo a pedirte la última de tus gracias. ¡Oh Dios, ha llegado mi hora! Concédeme la gracia de morir en tu amor.

«*De profundis...* Desde el fondo de las tinieblas, desde el fondo del abismo donde temblaba de espanto, *clamavi ad te, Domine!* ¡Te he llamado, Señor, he clamado a Ti! ... ¡Mi hora ha llegado! ¡Estoy al borde de la eternidad, y por fin voy a poder verte cara a cara, Dios Omnipotente! ¡Arrepiéntome, Señor, de todos mis pecados, acepta mi plegaria y no me rechaces en mi indignidad! ¡Ten piedad de mí! *In te, Domine, commendo!* En tus manos encomiendo mi espíritu, me entrego a Ti... ¡Ha llegado mi hora!... Padre mío, Padre mío, no me abandones...»

El moribundo repitió como un eco:

—¡No me abandones!

Se produjo un largo silencio. Luego, el abate se inclinó sobre la cama:

—Mañana le traeré los Santos Oleos... Ahora voy a confesarlo, para poder darle

la absolución.

Y tan pronto como el señor Thibault, en movimientos apenas perceptibles de sus labios hinchados y con un fervor mayor que nunca, hubo balbuceado algunas frases en las que la confesión de sus faltas tenía menos importancia que su expresión de contrición sincera, el sacerdote se inclinó hacia él, levantó la mano y murmuró las palabras que todo lo borran:

—*Ego te absolvo a peccatis tuis... In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti...*

El enfermo había callado. Sus ojos permanecían abiertos —abiertos como si hubieran de quedarse así para siempre—, apenas matizados de interrogación o más bien de sorpresa, mostrando un candor que, repentinamente, acentuaba el parecido entre este anciano agonizante y el retrato al pastel de Jacques cuando niño, que colgaba de la pared, encima de la lámpara.

Notaba perfectamente cómo se iban aflojando los últimos lazos que ligaban su alma a este mundo, pero saboreaba deliciosamente este agotamiento, esta fragilidad. Ya no era sino una llamita que vacila antes de desaparecer. La vida continuaba sin él, como continúa su curso el río para el bañista que ha ganado la orilla. Y no solamente se encontraba ya fuera de la vida, sino casi también fuera de la muerte: se elevaba, se elevaba en un cielo bañado por una luz sobrenatural como lo está el firmamento algunas noches del estío.

Llamaron.

El abate, que oraba, se persignó y se dirigió hacia la puerta.

Era Sor Céline; el doctor, que acababa de llegar, la acompañaba.

—Termine, termine, señor abate —dijo Thérivier, al ver al sacerdote.

El abate miró a Sor Céline y, apartándose, murmuró:

—Entre, doctor. Yo ya he terminado.

Thérivier se acercó al enfermo. Se creyó obligado a adoptar, como siempre, un aspecto despreocupado, un tono cordial:

—Bien; ¿qué hay? ¿Qué es lo que no marcha esta noche?... ¿Un pequeño acceso de fiebre? ¡Los efectos del nuevo suero, ni qué decir tiene!... —Se frotaba las manos, se acariciaba la barba, ponía a la religiosa por testigo—. Antoine regresará de un momento a otro. No se preocupe usted en absoluto. Voy a ponerle algo que le aliviará... Mire, este suero...

El señor Thibault, con los ojos inmóviles, contemplaba en silencio los esfuerzos que hacía este hombre para mentir.

La puerilidad de estas explicaciones, con las que tantas veces y de tan buena gana se había dejado engañar, esta desenvoltura, estos fingimientos, se le aparecían ahora con absoluta claridad. Tocaba las máscaras con sus propias manos; conseguía, por fin, sacar a la luz del día la farsa siniestra que se le estaba representando desde hacía meses. ¿Sería cierto que Antoine iba a venir? Imposible creer nada de lo que le dijeran... Al fin y al cabo, ¿qué le importaba? Todo le era igual: definitiva y

totalmente igual. Ni siquiera se sentía asombrado de poder leer en las personas con tanta claridad. El universo formaba un todo, extraño y hermético, en el cual él, moribundo, carecía de lugar. Estaba solo. Solo con el misterio. Solo con Dios. ¡Y tan solo que ni siquiera la presencia de Dios conseguía vencer esta soledad!

Sus párpados se cerraron sin que hiciera nada para evitarlo. Ya no le importaba distinguir la realidad del sueño. Se sumergía en una paz musical. Se dejó examinar y palpar sin la menor impaciencia, inerte, tranquilo, ausente, apartado.

### III

EN el vagón que les conducía a París, mucho después de haber renunciado ya a dormir, acurrucados en sus respectivos rincones, aletargados por la atmósfera del departamento en tinieblas, ambos hermanos se obstinaron en fingir que dormían, para proteger y prolongar su soledad.

Antoine no había podido cerrar los ojos. La inquietud de haber dejado a su padre tan sumamente grave se había reavivado al sentirse ya de regreso y, durante las largas horas de la noche, el ruido del tren, su cansancio y su insomnio, le habían entregado sin defensa a las peores ocurrencias. Sus temores se iban disipando, por otra parte, a medida que se acercaba al enfermo; muy pronto, ya sobre el terreno, podría otra vez pensar y obrar. Entonces se perfilaron otras dificultades. ¿Cómo anunciar al señor Thibault el regreso del fugitivo? ¿Cómo advertir a Gise? La carta que se proponía enviar a Londres aquel mismo día no era fácil de escribir: había que participar a Gise que Jacques estaba vivo, que lo había encontrado, que estaba incluso de vuelta en París, y todo ello, sin embargo, en forma que impidiera a la joven acudir.

La agitación de los demás viajeros, que bostezaban y destapaban las lámparas, les hizo a ambos abrir los ojos. Sus miradas se encontraron. El rostro de Jacques estaba tan alterado, tan resignado e inquieto a la vez, que Antoine sintió compasión.

—¿Hemos dormido mal, eh? —dijo, tocando la rodilla de su hermano.

Jacques, sin esforzarse por sonreír, se encogió de hombros con indiferencia; luego, volviendo la cabeza hacia el cristal, se refugió en un silencio somnoliento, del que muy pronto pareció no querer ni poder salir. El desayuno en el vagón restaurante, mientras el tren cruzaba los extensos arrabales todavía hundidos en las tinieblas; la llegada, el descenso al andén en el frío de la noche que iba acabando; los pocos pasos fuera de la estación, tras Antoine que buscaba un taxi; todos estos actos, apenas reales, difuminados por la niebla nocturna, se sucedieron para él con un carácter tal de necesidad que le ahorraba el tener que pensar.

Antoine hablaba poco, lo estrictamente necesario para evitar la molestia de un silencio continuado, pero con frases breves y de forma que Jacques no se viera nunca obligado a contestar. Organizó las cosas con tanta naturalidad que este regreso terminó por parecer la cosa menos insólita del mundo. Jacques se encontró en la acera de la calle de la Universidad, y luego en el recibimiento de la planta baja, sin haberse dado perfecta cuenta de nada, ni siquiera de su inercia. Y cuando León, abriendo la puerta de la cocina, acudió al ruido, Antoine, con una imperturbable naturalidad —si bien evitando la mirada del criado—, se inclinó sobre la mesa donde se amontonaba el correo y en un tono de suprema indiferencia, dijo:

—Buenas, León. El señorito Jacques ha venido conmigo. Habrá que...

Pero León le interrumpió:

—¿No sabe el señor...? ¿Todavía no ha subido el señor?

Antoine se incorporó y palideció.

—... El señor Thibault está muy grave... El doctor Thérivier ha pasado la noche arriba... Las criadas dicen...

Antoine ya había franqueado la puerta. Jacques permanecía de pie en medio del vestíbulo; la impresión de irrealidad, de pesadilla, se acentuaba. Vaciló un segundo y se lanzó en seguimiento de su hermano.

La escalera estaba a oscuras.

—De prisa —murmuró Antoine, empujando a Jacques hacia el ascensor.

El golpe seco de la puerta de hierro, el chasquido de las puertas encristaladas, el zumbido que sucedía a la puesta en marcha, todos estos ruidos, tan conocidos —esos ruidos que desde toda la vida se encadenaban en el mismo orden y que otra vez, después de un siglo de olvido, penetraban en él, uno a uno—, situaron a Jacques en pleno pasado. Y repentinamente le asaltó un recuerdo preciso y desagradable: el encierro en esta misma jaula de cristal junto a Antoine, esta sujeción silenciosa, ¡el regreso desde Marsella después de la fuga con Daniel!

—Espérame en la escalera —murmuró Antoine.

La casualidad hizo inútiles las precauciones. La señorita Waize, que iba incansable de un extremo a otro de la casa, oyó parar el ascensor. ¡Antoine, por fin! Acudió tan de prisa como se lo permitió su espalda encorvada. Vio cuatro piernas, se detuvo indecisa y no reconoció a Jacques hasta que éste se inclinó para besarla.

—¡Dios mío! —exclamó en un tono evasivo. (Vivía desde la antevíspera en un estado tal de confusión que nada podía aumentarlo por inesperado que fuese.)

La casa estaba iluminada; las puertas, abiertas. A la entrada del despacho surgió la cara apenada del señor Chasle; miró a Jacques con curiosidad, pestañeó y lanzó su invariable:

—¿Ah, es usted?

«Por una vez, encaja bastante bien», pensó Antoine sin poderlo remediar; y, sin ocuparse más de su hermano, se dirigió rápidamente hacia la alcoba.

Aquí todo estaba oscuro y silencioso. Empujó la puerta entornada y al principio no vio sino la luz de la lamparita; luego, descansando sobre la almohada, el rostro de su padre. A pesar de la inmovilidad y de los ojos cerrados, no había duda: estaba vivo.

Entró.

Y así que hubo dado un paso en la habitación, distinguió, de pie junto a la cama, como si algo acabara de suceder, a Thérivier, Sor Céline, Adrienne y a una nueva religiosa de edad a la que no conocía.

Thérivier salió de la zona oscura, se acercó a Antoine y le llevó al cuarto de aseo.

—Tenía miedo de que no volvieras a tiempo —confió con precipitación—. El riñón está obstruido, amigo mío. Ya no filtra. Nada en absoluto... Desgraciadamente, la uremia ha tomado la forma convulsiva. He pasado aquí la noche, para no dejar a las mujeres solas; pero ya me disponía a llamar a un enfermero si tú no venías. Esta



noche ha tenido ya tres crisis, y la última ha sido fuerte.

—¿Desde cuándo ha dejado el riñón de...?

—Desde hace veinticuatro horas. Al menos, ayer por la mañana es cuando lo ha observado la monja. Como es natural, ha suprimido las inyecciones.

—Sí; claro —dijo Antoine, bajando la cabeza.

Se miraron. Thérivier leía claramente lo que Antoine estaba pensando: «Cuando se ha consentido durante dos meses seguidos en atiborrar de veneno a un enfermo que no tiene nada más que un riñón, tal vez sea obedecer a un escrúpulo demasiado tardío...» Alzó la cabeza y abrió los brazos.

—A pesar de todo, Antoine, no somos unos asesinos... ¡En plena uremia, es imposible continuar con la morfina!

Evidente. Antoine asintió sin decir palabra.

—Me marcho —dijo entonces Thérivier—. Telefonaré hacia mediodía. —Luego preguntó bruscamente—. Por cierto, ¿y tu hermano?

Una lucecilla brilló en los doradas pupilas de Antoine. Cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Lo tengo —dijo con una sonrisa fugaz—. Incluso lo he traído. Está aquí.

Thérivier introdujo su mano gordezuela por entre la barba. Su mirada viva y alegre observaba a Antoine; pero no era lugar ni momento apropiados para hacer preguntas.

Por otra parte, Sor Céline acababa de entrar con una bata para Antoine. Thérivier miró a la religiosa, luego a su amigo y declaró sin cumplidos:

—Bien; los dejo. La jornada va a ser dura.

Antoine frunció el entrecejo.

—¿Sufrirá mucho sin la morfina? —preguntó, dirigiéndose a la monja.

—Le pongo compresas muy calientes..., le pongo sinapismos... —Y, como Antoine pareciera incrédulo, añadió—: A pesar de todo, le consuelo algo.

—¿Le pone al menos algo de láudano en las compresas? ¿No? —Sabía perfectamente que, sin morfina... Pero nunca se confesaba que estaba desarmado—. Abajo tengo todo lo que hace falta —dijo a la monja—, vuelvo en seguida. —Empujó a Thérivier hacia la puerta—: ¡Pasa!

«¿Qué habrá sido de Jacques?», pensó al cruzar la casa; pero no tenía tiempo para ocuparse de su hermano.

Los dos médicos bajaron la escalera rápidamente, sin hablar palabra. En los últimos escalones, Thérivier se volvió y alargó la mano. Antoine la cogió y preguntó repentinamente:

—Dime, Thérivier... Con franqueza... ¿Qué opinas tú?... ¿Ahora irá esto muy de prisa?

—¡Si la uremia persiste, indudablemente!

Antoine contestó con un enérgico apretón de manos. Sí; se sentía tranquilo, intrépido. Era sólo cuestión de horas... Y había encontrado a Jacques.

Arriba, en la alcoba, Adrienne y la religiosa anciana, que habían quedado solas a la cabecera del señor Thibault, no se dieron cuenta de que se preparaba una crisis. Cuando atrajo su atención el jadeo del enfermo, las manos ya empezaban a crisparse y el cuello, al ponerse rígido, echaba la cabeza hacia atrás.

Adrienne corrió al pasillo:

—¡Hermana!

Nadie. Corrió al vestíbulo.

—¡Sor Céline! ¡Señorito Antoine! ¡Pronto!

Jacques la oyó desde el despacho, donde se había quedado con el señor Chasle y, sin reflexionar, corrió hacia la alcoba.

La puerta estaba abierta. Se tropezó contra una silla. No veía nada. Un grupo se movía delante de la luz. Por fin distinguió una masa derrumbada, atravesada sobre la cama, y unos brazos que se agitaban en el aire. El enfermo se había escurrido hasta el borde del colchón; Adrienne y la monja trataban en vano de levantarlo. Jacques se acercó, puso una rodilla sobre las mantas y, cogiendo a su padre en vilo, consiguió levantar el busto hasta ponerlo sobre los almohadones. Sentía contra él esta carne caliente, este jadeo; veía vuelta hacia él esta cara con los ojos en blanco, sin pupilas, que miraba muy de cerca y apenas si reconocía; y permaneció allí, inclinado, sujetando entre sus brazos aquel cuerpo sacudido por las convulsiones.

Los movimientos nerviosos se iban atenuando; la circulación recobraba su curso. Las pupilas, que navegaban a la deriva, reaparecieron y se inmovilizaron; y, poco a poco, el enfermo pareció descubrir, con aquellos ojos vueltos a la vida, el rostro joven que se inclinaba sobre él. ¿Reconoció al hijo perdido? Y si tuvo aquel destello de lucidez, ¿estaba todavía en condiciones de distinguir entre la realidad y esas visiones incoherentes que poblaban su delirio? Sus labios se movieron. Las pupilas se dilataron. Y de repente, en aquellos ojos tristes, Jacques encontró un recuerdo preciso: antaño, cuando su padre buscaba una cosa olvidada, un nombre, su mirada tomaba esta misma expresión reconcentrada y vaga, esta apariencia descentrada.

Jacques se había apoyado sobre las manos y, con un nudo en la garganta, balbuceaba maquinalmente:

—¿Qué hay, padre?... ¿Qué tal?... ¿Cómo te encuentras, padre?

Los párpados del señor Thibault se cerraron lentamente. Un estremecimiento, apenas perceptible, agitó el labio inferior, la barbilla; luego, un temblor, cada vez más acentuado, sacudió el rostro, los hombros, el busto: sollozaba. De la boca relajada se escapaba el ruido de un frasco vacío cuando se le sumerge en el agua: glu, glu, glu... La religiosa adelantó la mano para secar la barbilla con un poco de algodón en rama. Y Jacques, sin atreverse a hacer el menor movimiento, con los ojos cegados por las lágrimas, permanecía encorvado sobre esta marejada y repetía con una voz estúpida:

—¿Qué hay, padre?... ¿Cómo va eso?... ¿Eh?... ¿Qué tal te encuentras, padre?...

Antoine, que entraba seguido de Sor Céline, se detuvo al ver a su hermano. No comprendió lo que había sucedido. Por otra parte, tampoco hizo nada por

comprenderlo. Llevaba en la mano un vaso graduado, medio lleno. La monja llevaba una batea y toallas.

Jacques se levantó. Le dejaron a un lado. Se apoderaron del enfermo y levantaron las mantas.

Retrocedió hasta el fondo de la habitación. Nadie le hacía caso. ¿Quedarse, ver sufrir, oír los gemidos? No... Ganó la puerta y, tan pronto como hubo traspasado el umbral, se sintió liberado.

El pasillo estaba a oscuras. ¿Dónde ir? ¿Al despacho? Ya había estado de conversación con el señor Chasle, el cual, sentado en el borde de la silla, con los hombros encogidos y las manos sobre las rodillas, sonreía estúpidamente y parecía esperar el golpe de gracia. La señorita era aún más exasperante: doblada por la cintura, mirando al suelo, espionando los ruidos, erraba de habitación en habitación como un perro abandonado, estorbando el paso a todo aquel que se ponía a su alcance; a pesar de su personilla diminuta, conseguía constituir un estorbo en la gran casa desierta.

Solamente una habitación permanecía cerrada y ofrecía refugio: la de Gise. ¿Pero qué importaba? ¡Gise estaba en Inglaterra! ...

Andando de puntillas, Jacques se refugió en ella y echó el pestillo.

Inmediatamente se sintió tranquilizado. ¡Por fin a solas, después de un día y una noche de incesante violencia! La habitación estaba fría. La luz no se encendía. Apenas si se podía adivinar el amanecer tardío de diciembre por entre las rendijas de las persianas. En un principio, no asoció el recuerdo de Gise a este refugio oscuro... Tropezó con una silla, se sentó, se cruzó de brazos con un gesto de frío y se quedó quieto, encogido, sin pensar en nada.

Cuando despertó, la luz se filtraba a través de los visillos, cuyas florecillas azules recordó de pronto. París... Gise... Durante su sueño, había surgido a su alrededor una decoración olvidada. Miró. Todos estos objetos habían estado entre sus manos antaño, en una vida anterior... ¿Qué habría sido de su fotografía? Un rectángulo más claro de la pared hacía juego con el retrato de Antoine. ¿Entonces, la había quitado Gise? ¿Por despecho? ¡No! ¡Para llevársela consigo! ¡Para llevársela a Inglaterra, naturalmente! ¿Volvería todo a empezar de nuevo?... Agitó los hombros, como un animal atrapado en la red que a cada movimiento se enreda más. Gise estaba en Inglaterra. ¡Afortunadamente! Y, de repente, la detestó. Tan pronto como pensaba en ella, se sentía disminuido.

Sintió unos deseos tan imperiosos de rechazar tales recuerdos que se levantó de un salto para huir de esta habitación. Pero había olvidado a su padre, su agonía... Aquí, al menos, no tenía que luchar sino con una sombra: era casi la soledad. Volvió al centro del cuarto y se sentó junto a la mesa. La escritura de Gise había dejado algunas huellas sobre el secante: su tinta violeta... Conmovido, trató durante un segundo de descifrar aquellos rasgos inversos. Luego, apartó la carpeta. Otra vez

tenía los ojos llenos de lágrimas. ¡Olvidar, dormir! Cruzó los brazos sobre la mesa y bajó la cabeza. Lausana, sus amigos, su soledad... ¡Volver cuanto antes! Volver, volver...

Fue sacado de su sopor por alguien que trataba de abrir la puerta.

Antoine le buscaba. Hacía bastante tiempo que habían sonado las doce y había que aprovechar una tregua para tomar algo de alimento.

En el comedor estaban preparados dos cubiertos. La señorita había enviado a comer a su casa al señor Chasle. En cuanto a ella, ¡Dios santo!, tenía «demasiadas cosas en qué pensar» para poder sentarse a la mesa.

Jacques apenas si tenía apetito. Antoine devoraba en silencio. Evitaban mirarse. ¿Cuánto tiempo hacía que no se sentaban así a la mesa, uno frente a otro? Los acontecimientos se precipitaban sin siquiera darles oportunidad para emocionarse.

—¿Te ha reconocido? —preguntó Antoine.

—No lo sé.

Después de un nuevo silencio, Jacques apartó el plato y levantó la cabeza.

—Explícame, Antoine... ¿Qué es lo que se puede esperar? ¿Qué va a pasar?

—Pues... ¡Hace treinta y seis horas que el filtro renal no funciona! ¿Comprendes?

—Sí. ¿Entonces?

—Entonces, si nada interrumpe la intoxicación... Es difícil de precisar, pero yo creo que mañana... Tal vez incluso esta misma noche...

Jacques contuvo un suspiro de alivio.

—¿Y sufrimiento?

—¡Oh, eso!... —repuso Antoine, al tiempo que su frente se ensombrecía.

Calló a causa de la señorita, que traía el café personalmente. Cuando tuvo que acercarse a Jacques para llenarle la taza, la cafetera empezó a temblar tan fuerte que Jacques quiso quitársela de las manos. El espectáculo de aquellos dedos descamados y amarillentos, a los que iban unidos tantos recuerdos de la infancia, hizo que le latiera el corazón. Trató de sonreír a la anciana; no consiguió encontrar su mirada, ni aun inclinándose. Había aceptado sin hacer la menor pregunta el regreso de «su Jacquot»; pero durante tres años había llorado su muerte y, desde que había vuelto, no se había atrevido todavía a levantar los ojos francamente hacia este fantasma.

—Es de esperar que el sufrimiento se vaya haciendo cada vez más agudo —prosiguió Antoine, tan pronto como estuvieron otra vez solos—. En general, la uremia produce una anestesia creciente, una muerte bastante dulce. Pero cuando toma esta forma convulsiva...

—¿Entonces, por qué se ha suprimido la morfina? —preguntó Jacques.

—Porque el riñón ya no elimina nada. Sería matarle, con toda certeza.

La puerta se abrió de golpe. La cara asustada de la doncella apareció y

desapareció. Había hecho un esfuerzo para llamar, pero ningún sonido había salido de su boca.

Antoine se lanzó tras ella. Lo impulsaba una esperanza involuntaria, de la cual se dio cuenta.

Jacques se levantó. La misma idea cruzó por su mente. Dudó un momento y luego siguió a su hermano.

No; no era el final. Se trataba solamente de una nueva crisis, pero repentina y muy fuerte.

Las mandíbulas estaban tan apretadas que Jacques, desde la puerta, oyó rechinar los dientes. La cara estaba congestionada; los ojos, desorbitados. La respiración tenía fallos, paradas que parecían no terminar nunca, y durante las cuales, Jacques, con el corazón en suspenso, se volvía hacia su hermano sin poder él mismo recobrar el aliento. La contracción de los miembros era tal que el cuerpo, rígido, no tocaba ya el colchón sino con los talones y el occipucio; no obstante, seguía arqueándose por momentos; y, cuando la tensión muscular llegó al máximo, se inmovilizó en una especie de equilibrio vibrante que, por un momento, expresó el paroxismo del esfuerzo.

—Un poco de éter —dijo Antoine. Su voz pareció a Jacques extraordinariamente tranquila.

La crisis evolucionaba. Un rugido, cada vez más acentuado, se escapaba a sacudidas de la boca contraída. La cabeza empezó a girar de derecha a izquierda: una agitación desordenada se apoderaba de todos los miembros.

—Coge el brazo —murmuró Antoine. Él mismo sujetó la otra muñeca, mientras que las religiosas trataban de hacer lo mismo con las piernas, que se agitaban arrancando las mantas.

La lucha se prolongó durante algunos minutos. Luego decreció la violencia de las convulsiones: los movimientos epilépticos se espaciaron. La cabeza cesó de oscilar; las piernas se relajaron; el cuerpo se derrumbó.

Entonces empezaron nuevamente los gemidos:

—¡Oh!... ¡Oh!...

Jacques dejó reposar sobre la cama el brazo que había estado sujetando y notó que sus dedos habían quedado señalados en él. El puño de la camisa se había desgarrado. Faltaba un botón del cuello. Jacques no podía apartar los ojos de aquellos labios hinchados y húmedos, de los que se escapaba obstinadamente la misma queja: «¡Oh!... ¡Oh!...» Y, de repente, la emoción, la comida interrumpida, el olor a éter... Le falló el corazón. Quiso rehacerse, dominarse; sentía que se estaba poniendo blanco. Apenas si tuvo fuerzas para llegar vacilante hasta la puerta.

Sor Céline, que ayudada por la otra religiosa comenzaba a rehacer la cama, se volvió bruscamente hacia Antoine. Tenía la sábana levantada: en el lugar en que el enfermo se había debatido aparecía una extensa mancha, ligeramente teñida de sangre.

Antoine no hizo ningún gesto. Pero poco después se apartó de la cama y vino a apoyarse en la chimenea. El riñón, al recobrar sus funciones, suspendía los efectos del envenenamiento: ¿Por cuánto tiempo? Evidentemente, el final era fatal. Pero se había aplazado. Tal vez varios días... Se incorporó. No aceptaba entretenerse en lamentaciones estériles. Bien; la lucha sería más larga de lo que había previsto. ¿Qué se podía hacer?

Y cuanto más larga fuese, más importante era organizar las cosas lo mejor posible. Ante todo, utilizar las fuerzas disponibles. Establecer junto al moribundo un relevo regular de dos equipos, que descansarían alternativamente. Como refuerzo, hacer subir a León. Antoine permanecería con los dos equipos; no quería alejarse de la alcoba. Afortunadamente, antes de marchar a Suiza, había dispuesto las cosas de manera que quedase libre durante algunos días. Si se presentaba algún caso urgente en su clientela, enviaría a Thérivier. ¿Qué más? Avisar a Philip. Telefonar también al hospital. ¿Y qué más? Sentía que se le olvidaba algo importante. (Señal de cansancio; hacer que prepararan té frío.) ¡Ah, demonio, y Gise! Escribir a Gise hoy mismo. ¡Era una suerte que la señorita no hablara todavía de hacer volver a su sobrina!

Permanecía de pie delante de la chimenea, con las manos apoyadas sobre el reborde de mármol, arrimando al fuego, mecánicamente, primero un pie y luego el otro.

Organizar, era ya actuar. Había recobrado ya por completo todo su aplomo.

En el fondo de la habitación, el señor Thibault, entregado a sus sufrimientos, se quejaba cada vez con mayor fuerza. Las dos religiosas se habían sentado. Había que aprovechar este momento de descanso para hacer algunas llamadas telefónicas... Iba ya a salir, cuando cambió de opinión y se volvió para examinar al enfermo más de cerca. Este jadeo, este enrojecimiento progresivo del rostro... ¿Otra nueva crisis ya? ¿Dónde estaba Jacques?

Casi al mismo tiempo se oyó un murmullo de voces en el pasillo. Se abrió la puerta. Entró el abate Vécard, acompañado de Jacques. Antoine observó el aspecto contrariado de su hermano, mientras que en el rostro impasible del sacerdote brillaban los ojos. Pero las lamentaciones del señor Thibault se precipitaban; bruscamente estiró los brazos hacia adelante, y sus dedos se contrajeron con el mismo ruido que producen las nueces al ser cascadas.

—Jacques —dijo Antoine, alargando la mano hacia el frasco del éter.

El abate vaciló un instante, hizo discretamente la señal de la cruz y se eclipsó sin ruido.

## IV

DURANTE todo el día, toda la noche y toda la mañana del día siguiente, los dos equipos formados por Antoine se relevaron sin tregua, cada tres horas, a la cabecera del señor Thibault. El primero estaba compuesto por Jacques, con la doncella y la religiosa de más edad; el segundo, por Sor Céline, con León y Clotilde, la cocinera. Antoine todavía no se había tomado el menor descanso.

Las crisis se habían hecho cada vez más frecuentes; se desencadenaban con tanta brutalidad que, después de cada uno de estos ataques, los que cuidaban al enfermo se sentaban tan agotados como él y se limitaban pasivamente a verle sufrir. Nada se podía hacer. En los intervalos de las convulsiones, las neuralgias eran cada vez más fuertes; no quedaba en el cuerpo ningún sitio que no estuviera atacado por el dolor, y de una crisis a otra todo el tiempo transcurría en un continuo lamento. El cerebro del desgraciado estaba demasiado debilitado para que pudiera darse cuenta de lo que sucedía; había momentos en que incluso deliraba francamente, pero su sensibilidad permanecía viva y no dejaba de indicar con gestos los lugares en los que se acentuaba el dolor.

Antoine se asombraba del vigor de que todavía daba muestras este anciano que permanecía en cama desde hacía meses. Las mismas religiosas, aun a pesar de lo acostumbradas que estaban a todos los aspectos de la enfermedad, no podían por menos de sentirse extrañadas. A intervalos cortos de tiempo, persuadidas de que únicamente la uremia podría vencer esta resistencia anormal, venían a comprobar que la cama estaba seca y que el riñón no había vuelto a funcionar desde las últimas veinticuatro horas.

Desde el primer día, la portera había venido a pedir si no era posible que se cerraran no solamente las ventanas, sino también los postigos, con objeto de evitar el ruido de los quejidos, pues resonaban en el patio y hacían temblar toda la casa. La vecina del tercero, una joven embarazada cuya alcoba estaba encima de la del moribundo, trastornada por estos gritos, había tenido que ir a refugiarse en plena noche a casa de sus padres. Así, pues, se mantenían cerradas todas las ventanas. La estancia no estaba iluminada sino por la lámpara de la mesilla de noche. Los olores que flotaban en la habitación eran penosos de respirar, a pesar del fuego de leña que se activaba incesantemente para facilitar la aireación. Muy a menudo, aletargado por este aire viciado, por esta penumbra y quebrantado por las emociones que desde hacía tres días le tenían desasosegado, Jacques se dormía un instante, de pie, con la mano alzada y luego se despertaba, sobresaltado, y acababa el gesto interrumpido.

En las horas en que podía escaparse, bajaba al piso de Antoine, del cual había recobrado la llave y donde tenía la seguridad de poder estar solo. Corría a refugiarse en su antigua habitación y se echaba completamente vestido sobre el sofá-cama; pero no podía encontrar reposo. A través del encaje de la ventana, veía revolotear los

copos de nieve que le ocultaban las fachadas de las casas y amortiguaban los ecos de la calle. Entonces volvía a ver Lausana, la calleja de las Escaliers, la pensión Cammerzinn, Sophia, los amigos. Todo se confundía: presente y recuerdos, la nieve de París y los inviernos de Suiza, el calor de esta alcoba y el de su estufita de allí, los efluvios del éter que impregnaban su ropa y el perfume resinoso del suelo de pino blanco... Se levantaba para cambiar de refugio; se arrastraba hasta el despacho de Antoine y, ebrio de fatiga, se dejaba caer en un sillón, desanimado, como si hubiera esperado en vano durante demasiado tiempo, con una sensación de deseo, estéril y de insaciabilidad, con el sentimiento de que todo, en todas partes, le era irremediabilmente extraño.

A partir de mediodía, las crisis comenzaron a sucederse casi sin tregua y el empeoramiento fue manifiesto. Cuando Jacques vino con su equipo a hacerse cargo de su turno de guardia, se sintió sobrecogido por el cambio experimentado desde por la mañana: la contorsión perpetua de los músculos de la cara y sobre todo el abotagamiento causado por la intoxicación, habían borrado las facciones por completo y hacían apenas reconocible el rostro del moribundo.

Jacques hubiera querido preguntar a su hermano, pero los continuos cuidados requerían la atención de ambos. Por otra parte, en el estado de sopor en que le mantenía su cansancio, traducir sus pensamientos en frases inteligibles constituía para él un verdadero esfuerzo. Algunas veces, entre dos crisis, movido de compasión ante aquel dolor que no cesaba, levantaba hacia su hermano una mirada inquisitiva; pero Antoine apretaba los dientes y volvía la cabeza.

Después de una serie de convulsiones de una violencia creciente, agotado, con la frente empapada de sudor, cediendo a un impulso repentino, Jacques se acercó a su hermano y, cogiéndole del brazo, le llevó al fondo de la habitación.

—¡Antoine! ¡Esto no puede seguir así; hay que hacer algo!

Su voz vibraba llena de reproches. Antoine volvió la cabeza y se encogió de hombros en señal de impotencia.

—¡Pues busca algo! —prosiguió Jacques, oprimiendo el brazo de su hermano—. ¡Hay que aliviarlo! ¡Hay que encontrar alguna cosa! ¡No hay más remedio!

Antoine levantaba las cejas con aire indiferente y contemplaba al enfermo que dejaba oír prolongados quejidos. ¿Qué intentar? ¿Un baño? Evidentemente, la idea ya se le había ocurrido algunas veces. ¿Era realizable? El cuarto de baño estaba al otro extremo de la casa, cerca de la cocina, al final de un pasillo estrecho que daba la vuelta en ángulo recto. Empresa arriesgada... Sin embargo...

En pocos segundos pesó el pro y el contra, y antes incluso de tomar una decisión, ya se estaba perfilando el plan en su mente. Había que aprovechar estos períodos de debilidad que seguían en general a las crisis y que duraban tres o cuatro minutos. Para ello, todo debía estar dispuesto de antemano.



Levantó la cabeza:

—Hermana, deje todo eso. Llame a León. Y a Sor Céline. Que me traiga dos sábanas. Dos. Usted, Adrienne, vaya a preparar un baño caliente. Treinta y ocho grados. ¿Comprendido? Se queda usted allí, para mantener el agua a treinta y ocho grados, hasta que nosotros lleguemos. Y dígale a Clotilde que meta unas toallas en el horno. Y que llene de brasas el calentador. Vaya de prisa.

Sor Céline y León, que estaban descansando, llegaron con el tiempo justo para ocupar junto a la cama el puesto de Adrienne. Se iniciaba una nueva crisis. Fue muy fuerte, pero bastante breve.

Tan pronto como hubo terminado y una respiración jadeante, pero más tranquila, hubo sucedido al ronquido que acompañaba ahora a los períodos de gesticulación, Antoine echó un vistazo a sus ayudantes.

—Ahora es el momento —dijo. Y, dirigiéndose a Jacques, añadió—: No nos precipitemos; no se puede perder ni un segundo.

Las dos religiosas deshacían ya la cama. Una nube de polvo salió de entre las sábanas y el olor de las carnes maceradas se esparció por la alcoba.

—Desnudémosle de prisa —dijo Antoine—. León, dos leños a la lumbre cuanto antes.

—¡Ay, ay...! —gemía el enfermo—. ¡Ay!... ¡Ay!... —De día en día sus costras se iban extendiendo y se hacían más quebradizas: los omóplatos, las asentaderas, los talones, no eran ya sino unas llagas negruzcas que se pegaban a las ropas a pesar del talco y los vendajes.

—Esperen —dijo Antoine. Cogió su cortaplumas y rasgó la camisa todo a lo largo. Al ruido de la hoja en la tela, Jacques no pudo evitar un estremecimiento.

El cuerpo apareció por entero.

Era enorme, flácido, blancuzco; daba la impresión de estar al mismo tiempo hinchado y muy delgado. Las manos colgaban como unos guantes de boxeo en la extremidad de unos brazos esqueléticos. Las piernas, desmesuradamente largas, parecían unos huesos cubiertos de vello. Un mechón de pelo gris aparecía entre las tetillas; otro, ocultaba a medias el sexo.

Jacques apartó los ojos. Muchas veces, a partir de entonces, habría de recordar este instante y el extraño pensamiento que le había asaltado al mirar por primera vez, en toda su desnudez, a este hombre del cual había nacido. Luego, como en un relámpago, se vio en Túnez, con el *block* de periodista en la mano, ante otro cuerpo igualmente desnudo, igualmente hinchado y canoso: el de un viejo italiano, un coloso obsceno al que acababan de encontrar ahorcado y que había sido sacado a pleno sol. Toda la chiquillería abigarrada de las calles vecinas merodeaba a su alrededor, haciendo comentarios. Y Jacques había visto a la hija del suicida, casi una niña, cruzar el patio, llorando, echar a los críos a patadas y esparcir sobre el cadáver una brazada de hierba seca. Por pudor, tal vez, o bien a causa de las moscas.

—Tú, Jacques —murmuró Antoine.

Se trataba de pasar la mano bajo el enfermo para coger un extremo de la sábana que Antoine y la monja habían conseguido deslizar por debajo de los riñones.

Jacques obedeció. Y, repentinamente, el contacto de esta humedad le trastornó hasta el extremo de provocar en él un movimiento insospechado; era una emoción física, un sentimiento animal que rebasaba en mucho la compasión o el afecto: la ternura egoísta del hombre hacia el hombre.

—En medio de la sábana —ordenó Antoine—. Bien; no tan fuerte. León: tire por aquí. Ahora quite la almohada. Usted, hermana, levante las piernas. Un poco más. Cuidado con las costras. Jacques, coge una punta de la sábana en la cabeza; yo cogeré la otra. Sor Céline y León sujetarán las puntas de las piernas. ¿Estamos? Bien. Vamos a probar primero para ver. ¡Uno, dos!

La sábana, vigorosamente sujeta por las cuatro esquinas, se estiró, levantando el cuerpo del colchón, aunque con gran trabajo.

—Esto va bien —dijo Antoine, casi alegremente. Y todos sentían aquel mismo goce de la acción.

Antoine se dirigió a la religiosa de más edad:

—Hermana, échele encima la manta de lana. Y pase delante: usted irá abriendo las puertas... ¿Estamos? Adelante.

Lentamente, el cortejo se puso en marcha y se adentró por el estrecho pasillo. El paciente gritaba. La cara del señor Chasle apareció durante un instante en la puerta de la antecocina.

—Bajen un poco en los pies —prosiguió Antoine con voz contenida—. Aquí... ¿Hay que pararse? ¿No? Entonces, adelante... Cuidado; te vas a enganchar con la llave del armario... Animo. Ya está casi. Cuidado con el recodo. —Distinguió desde lejos a la señorita y a las dos criadas, que ocupaban el cuarto de baño—. ¡Fuera; váyanse de ahí! —gritó—. Ya es bastante con cinco. Ustedes dos, Adrienne y Clotilde, aprovechen para mudar la cama. Y caliéntenla... Ahora, nosotros. De través, para pasar la puerta; así... ¡No le dejen sobre los baldosines, por Dios! ¡Levanten, levanten! ¡Más! Hay que ponerle encima de la bañera. Después le meteremos poco a poco. ¡En la sábana, naturalmente! Sujeten fuerte. Despacio. Suelten un poco. Un poco más. Así... Vaya, ha echado demasiada agua y se va a verter por todas partes. Déjenle bajar...

La pesada masa, en la concavidad de la sábana, se sumergió lentamente, expulsando fuera de la bañera el equivalente de su volumen en agua, la cual salpicó por todas partes, empapando a todos e inundando el suelo hasta el pasillo.

—Ya está hecho —declaró Antoine, resoplando—. Diez minutos, ahora, para recobrar el aliento.

El señor Thibault, impresionado sin duda por el calor del baño, había dejado de gritar por un instante, pero para proseguir inmediatamente con mayor fuerza. Trató de debatirse; afortunadamente, sus brazos y sus piernas se enredaban entre los pliegues de la sábana y todos sus movimientos quedaban paralizados.

Por otra parte, su agitación fue cediendo poco a poco. Ya no gritaba; gemía: «¡Oh..., oh...!» Muy pronto, incluso, cesó de quejarse. Era evidente que experimentaba un gran bienestar. Sus «¡Oh..., oh...!» parecían más bien suspiros de satisfacción.

Los cinco permanecían de pie alrededor de la bañera, pisoteando los charcos, pensando no sin ansiedad en lo que quedaba por hacer.

Bruscamente, el señor Thibault levantó la voz y abrió los ojos:

—¿Ah, eres tú?... Hoy no... —Paseaba la mirada a su alrededor, pero evidentemente no reconocía nada de lo que le rodeaba—. Dejadme —añadió. (Desde hacía dos días eran las primeras palabras inteligibles que pronunciaba.) Calló, pero sus labios se movían como si musitase una oración, y sólo se distinguía un murmullo. Antoine, que escuchaba atentamente, consiguió captar algunas palabras.

—San José..., patrono de los moribundos... —Luego, un poco después—:... Pobres pecadores...

Los párpados habían vuelto a cerrarse. La fisonomía estaba tranquila; la respiración era corta, pero regular. No oír ya sus gritos era para todos un descanso increíble. Repentinamente, el anciano dejó oír una risita extraordinariamente neta, infantil. Antoine y Jacques se miraron. ¿En qué pensaría? Sus ojos seguían cerrados. Entonces, con bastante claridad, pero con una voz que los gritos habían enronquecido, canturreó una vez más aquel estribillo de su infancia que la señorita le había recordado:

*Hop! Hop! Trilby trottine!*

*Hop! Vite! Au rendez-vous<sup>[1]</sup>!*

Repitió: «¡Hop..., hop...!»; luego, la voz se apagó.

Antoine, molesto, evitó levantar los ojos. «“Que me espera...” —pensaba—. Es de un gusto deplorable... ¿Qué pensará Jacques?»

Jacques experimentaba exactamente los mismos sentimientos: su malestar no provenía de lo que había oído, sino del hecho de que no había sido el único en oírlo; cada uno de ellos no se sentía molesto sino a causa del otro.

Los diez minutos se terminaban.

Antoine, mientras vigilaba el baño, había reflexionado acerca de la maniobra de regreso.

—Imposible llevarle en esta ropa mojada —dijo en voz baja—. León, vaya a buscarme el colchón de la cama plegable. Y pida a Clotilde las toallas que tiene en el horno.

Se puso el colchón sobre los baldosines mojados. Luego, a la voz de mando de Antoine, cogieron de nuevo las cuatro esquinas de la sábana, izaron penosamente al

enfermo fuera de la bañera y lo depositaron sobre el colchón.

—Séquenlo de prisa... —dijo Antoine—. Bien. Ahora envuélvanlo en la manta y pásenlo por debajo de la sábana seca. De prisa, no vaya a coger frío.

«¿Y qué importa que coja frío?»..., pensó acto seguido.

Echó una mirada a su alrededor. Todo chorreaba: el colchón, la ropa empapada de agua. Una silla estaba caída en un rincón. El cuarto de baño parecía haber sido teatro de una escena violenta en el curso de una inundación.

—Ahora, cada uno a su sitio y en marcha —ordenó.

La sábana seca se tensó, el cuerpo se balanceó durante un instante como en el fondo de una hamaca, y luego el cortejo, titubeante, chapoteando en los charcos, se rehízo y desapareció en el recodo del pasillo, dejando tras sí un reguero de agua.

Algunos minutos después, el señor Thibault estaba acostado en su cama recién mudada, con la cabeza en el centro de la almohada y los brazos descansando blandamente sobre la colcha. Estaba inmóvil y muy pálido. Por primera vez, desde hacía muchos días, no parecía sufrir.

Alivio que apenas duró.

Daban las cuatro; Jacques acababa de abandonar la alcoba y se disponía a bajar al primer piso para descansar un poco, cuando Antoine le alcanzó en el vestíbulo:

—¡De prisa! ¡Se ahoga!... Telefona a Cautrot. Fleurus 54-02. Cautrot, calle de Sèvres. Que envíen inmediatamente tres o cuatro balones de oxígeno. Fleurus 54-02.

—¿Y si fuera yo en un taxi?

—No. Tienen un triciclo de reparto. Date prisa; te necesito.

El teléfono estaba en el despacho del señor Thibault.

Jacques se precipitó allí con tanta brusquedad que el señor Chasle saltó de su silla.

—Mi padre se ahoga —le espetó Jacques, al tiempo que descolgaba el aparato.

»Oiga... ¿Establecimientos Cautrot?... ¿No?... ¿Entonces no es Fleurus 54-02?

»Oiga... Por favor, señorita, que es para un enfermo. ¡Fleurus, cincuenta y cuatro... cero... dos!

»Oiga... ¿Establecimientos Cautrot? Sí... Aquí, el doctor Thibault... Sí... ¿Podrían?...»

Encorvado y con los codos apoyados sobre la consola donde estaba colocado el teléfono, volvía la espalda a la habitación. Mientras hablaba, levantó los ojos distraídamente hacia el espejo que tenía enfrente: vio en él una puerta abierta y, en aquella puerta, de pie, petrificada, a Gise, que le miraba.

## V

GISE había recibido la víspera, en Londres, la carta que Clotilde, con la aprobación de la señorita, se había tomado la libertad de dirigirle el día que Antoine se encontraba en Lausana. Se había puesto en camino a primera hora, había llegado a París sin avisar a nadie, se había hecho llevar a la calle de la Universidad y, aquí, no atreviéndose a preguntar a la portera, con el corazón latiéndole precipitadamente, había subido directamente al piso.

León había venido a abrirle. Inquieta al verle en este piso, había balbuceado:

—¿Y el señor?

—Todavía no, señorita.

—¿Entonces... —gritaba alguien en la habitación contigua—, no es Fleurus 54-02?

Gise se había estremecido. ¿Alucinación?

—Oiga... Por favor, señorita, que es para un enfermo...

Gise había dejado caer la maleta. Las piernas le temblaban. Sin darse bien cuenta de lo que hacía, había cruzado la antesala y empujado con las dos manos la puerta entornada del despacho.

Aquí estaba Jacques, de espaldas, acodado sobre la consola. Su perfil desdibujado, con los ojos bajos, se aparecía lejano, apenas real, en el fondo verdoso del espejo. Gise nunca había creído que Jacques hubiera muerto. Había sido encontrado, había vuelto a la cabecera de su padre...

—Oiga... Aquí, el doctor Thibault... Sí... ¿Podrían?...

Lentamente sus miradas se encontraron. Jacques se volvió en redondo, sin soltar el receptor, en el que zumbaban las palabras.

—...¿Podrían...? —repitió. Se le había hecho un nudo en la garganta. Hizo un esfuerzo violento para tragar la saliva y no emitió más que un sonido ahogado—: Oiga... —Ya no sabía ni dónde estaba ni para qué llamaba por teléfono. Tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario: Antoine, el moribundo, el oxígeno... «Mi padre se ahoga», se dijo. Unas vibraciones ensordecedoras le atenazaban la cabeza.

—¡Está bien, escucho! —dijo una voz impaciente. Sintió elevarse en su interior un impulso de cólera contra la intrusa. ¿Qué venía a hacer aquí? ¿Qué quería de él? ¿Por qué existía aún? ¿No se había acabado todo definitivamente?

Gise no se había movido. En su cara morena, sus grandes ojos negros y redondos, sus bellos ojos de perro fiel brillaban con un destello amoroso avivado por el asombro. Había adelgazado mucho. Jacques no tuvo positivamente idea de que se había puesto muy bella, pero lo percibió furtivamente.

En el silencio, la voz del señor Chasle resonó como una bomba de espoleta retardada:

—¿Ah, es usted? —dijo con una sonrisa bobalicona.

Jacques oprimía nerviosamente el aparato contra su mejilla y, sin poder apartar de la graciosa aparición su mirada ausente que no demostraba en absoluto su encono, balbuceaba:

—¿Podrían enviarme... inmediatamente... oxígeno... con un..., con un triciclo? ... ¿Cómo?... En balones, claro está... Para un enfermo que se ahoga...

Gise, clavada en su sitio, le seguía contemplando sin siquiera pestañear.

Mil veces había imaginado el momento en que Jacques reaparecería ante ella, el instante en que, después de años de espera, se dejaría caer sobre su pecho. Y este instante lo vivía en este preciso momento. Estaba aquí, a tres pasos de ella, pero indisponible, poseído por otros, extraño. En los ojos de Jacques, su mirada acababa de tropezarse con algo duro, como una negativa. Y, antes incluso de tener plena conciencia de ello, ante esta realidad tan diferente de su sueño, intuyó cuánto le quedaba aún por sufrir.

Tampoco Jacques había dejado de observarla mientras hablaba. Ambos se adherían por medio de aquella mirada. Sin embargo, Jacques se había incorporado y su voz se había hecho firme, demasiado firme:

—Sí... Tres o cuatro balones de oxígeno... Inmediatamente.

Ahora articulaba en un diapasón bastante más alto que el de ordinario, en un tono agitado, gangoso, con una desenvoltura forzada:

—Ah, perdón; las señas... Doctor Thibault, calle de la Universidad número cuatro bis... No: he dicho cuatro bis... Suban directamente al segundo piso. ¡Y de prisa, señor, se lo ruego, es muy urgente!

Sin apresuramiento, pero con mano poco firme, colgó el aparato.

Ni uno ni otro se decidían a moverse.

—Hola —dijo Jacques por fin.

Gise sintió un escalofrío. Entreabría ya los labios para sonreír, para contestar; pero, como si se diera cuenta bruscamente de la realidad, Jacques se apartó de donde estaba.

—Me está esperando Antoine —explicó, mientras cruzaba la habitación precipitadamente—. El señor Chasle te pondrá al corriente... Se ahoga... Llegas en el peor momento...

—Sí —dijo Gise, dominándose, en tanto que Jacques pasaba casi rozándola—. ¡Vé, vé en seguida!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. No tenía ningún pensamiento preciso, ningún motivo de pena justificado: sólo una penosa sensación de atontamiento y de debilidad. Su mirada seguía a Jacques por la antesala. Al verle andar, le pareció más vivo, más ciertamente recobrado. Cuando hubo desaparecido, Gise unió las manos nerviosamente y murmuró:

—Jacquot...

El señor Chasle había asistido a esta escena como un mueble, sin darse cuenta de nada. Y tan pronto como se vio a solas con Gise, se creyó obligado, para guardar las

formas, a entablar conversación:

—Pues ya me ve, señorita Gise, aquí me tiene —dijo, tocando la silla en la que había estado sentado. Gise se volvía para ocultar las lágrimas. Después de una pausa, el señor Chasle añadió—: Estamos esperando que se pueda empezar.

El tono era tan confidencial que Gise, desconcertada, preguntó:

—¿Empezar el qué?

El viejecillo guiñó los ojos tras los cristales y arrugó los labios con circunspección:

—Las oraciones, señorita Gise.

Esta vez, Jacques se había lanzado hacia la alcoba de su padre como a un refugio.

La lámpara estaba encendida. El señor Thibault, al cual se mantenía sentado, completamente derecho, ofrecía un aspecto espantoso: la cabeza aparecía echada hacia atrás; la boca, desencajada; parecía haber perdido el conocimiento por completo; los ojos, saltándosele de las órbitas, permanecían abiertos y sin vida. Antoine, inclinado sobre la cama, sostenía a su padre por los brazos, mientras que Sor Céline apuntalaba el busto con almohadones que le iba entregando la otra religiosa.

—Abre la ventana —gritó Antoine al ver a su hermano.

Un aire colado recorrió la estancia y vino a bañar la cara pasmada. Las aletas de la nariz se estremecieron: un poco de aire entraba en los pulmones. Las aspiraciones eran débiles, trabajosas, muy cortas; las espiraciones, interminables: a cada momento parecía que aquel suspiro lento iba a ser el último.

Jacques se había acercado a Antoine. En voz baja le dijo:

—Gise acaba de llegar.

Antoine, sin moverse, enarcó las cejas ligeramente. Pero no quería dejarse distraer ni un segundo en esta lucha a brazo partido que había entablado con la muerte. El menor descuido y este aliento vacilante podía desaparecer. Como un boxeador durante el combate, con la mirada fija en el adversario, la imaginación atenta y todos los músculos dispuestos al choque, no apartaba los ojos del enfermo. Ni por un instante se le ocurrió pensar que desde hacía dos días estaba esperando como una liberación esta muerte a la que ahora combatía con todas sus fuerzas. Incluso, casi había olvidado que esta vida en peligro era la de su padre.

«El oxígeno llegará de un momento a otro —se decía—. Todavía se le podrá mantener cinco minutos y hasta puede que diez. Una vez que disponga del balón... Pero tengo que tener libertad de movimientos. Y la hermana también...»

—Jacques, vé a buscarme alguien más... Adrienne, Clotilde, quien sea. Entre dos podréis sostenerle.

En la cocina no había nadie. Jacques corrió al cuarto de planchar: Gise estaba allí, a solas con su tía. Vaciló un momento. El tiempo pasaba...

—Está bien, tú misma —dijo—. Ven. —Y, llevando a la anciana hacia el recibimiento, dijo—: Esté atenta en la escalera. Van a venir a traer unos balones de

oxígeno. Hágalos pasar inmediatamente.

Cuando llegaron junto a la cama, el señor Thibault sufría un síncope. La cara estaba amoratada; la boca, abierta desmesuradamente. Una baba amarillenta se escapaba por las comisuras de los labios.

—De prisa —murmuró Antoine—. Poneos aquí...

Jacques ocupó el lugar de su hermano y Gise el de Sor Céline.

—Tracción de lengua —dijo Antoine, dirigiéndose a Sor Céline—. Con un lienzo...

Gise siempre había demostrado aptitudes de enfermera: en Londres, estaba estudiando para ello. Al tiempo que impedía al enfermo caerse de lado, lo cogió de la muñeca y, después de haber pedido autorización a Antoine con la mirada, empezó a moverle el brazo, ajustando el ritmo a las tracciones que hacía la monja. Jacques se apoderó de la otra muñeca y empezó a hacer lo mismo. Pero el rostro del señor Thibault se congestionaba como si le hubieran estrangulado.

—Uno, dos... Uno, dos... —marcaba Antoine.

Se abrió la puerta.

Adrienne llegaba corriendo con uno de los balones.

Antoine se lo quitó de las manos y, sin perder un instante, abrió la válvula, la cual deslizó en la boca del enfermo.

Y el minuto siguiente pareció larguísimo. Sin embargo, no había terminado todavía de transcurrir cuando ya la mejoría se hizo evidente. Poco a poco la respiración fue reanudándose. Muy pronto se apreció de manera manifiesta que la cara se descongestionaba. La circulación recobraba su curso.

A una señal de Antoine, que sin separar los ojos del enfermo oprimía muy despacio contra su cuerpo el balón, sirviéndose del codo, Jacques y Gise dejaron de levantar y bajar los brazos.

En lo tocante a Gise, ya era hora: estaba a punto de desvanecerse. Todo daba vueltas a su alrededor. El hedor de aquella cama le era intolerable. Retrocedió un paso, aferrándose desesperadamente al respaldo de una silla para no caerse.

Los dos hermanos continuaban inclinados sobre el lecho.

El señor Thibault, recostado sobre los almohadones, manteniendo la boca entreabierta a causa de la válvula del balón de oxígeno, con las facciones más tranquilas, descansaba.

Había que seguir manteniendo el busto erguido y vigilar de cerca la respiración; pero el peligro inmediato había sido conjurado momentáneamente.

Antoine entregó el balón a la religiosa y se sentó sobre el borde del colchón para tomar el pulso al enfermo. También él sentía, de repente, todo el peso de la fatiga.

Las pulsaciones eran irregulares, muy lentas. «Si pudiera acabar así, suavemente...», se dijo. La contradicción entre este deseo y el empeño que había puesto en luchar contra la asfixia, todavía no se le había pasado por la imaginación. Al levantar la cabeza, encontró la mirada de Gise y le sonrió. La había empleado



como un instrumento, sin percatarse de que se trataba de ella; y el hecho de distinguirla aquí, repentinamente, le proporcionó una gran alegría. Sus ojos se volvieron de nuevo hacia el moribundo. Y esta vez no pudo contenerse de pensar:

«Solamente con que el oxígeno hubiera llegado cinco minutos después, ahora ya se habría acabado todo.»

## VI

EL ataque de disnea había privado al señor Thibault del descanso que indudablemente le hubiera proporcionado el baño.

La reanudación de las convulsiones no se hizo esperar; parecía como si aquel adormecimiento pasajero sólo hubiera servido al enfermo para recuperar unas fuerzas que le permitieran sufrir todavía más.

Entre el primer acceso y el segundo transcurrió más de media hora. Pero los dolores viscerales y las neuralgias habían debido de recobrar toda su agudeza, puesto que, durante este entreacto, el paciente no dejó de estirarse en todos los sentidos ni de quejarse. El tercer acceso se inició un cuarto de hora después del segundo. Luego, las crisis se precipitaron con violencia desigual y con pocos minutos de intervalo.

El doctor Thérivier, que había venido por la mañana y telefoneado varias veces por la tarde, volvió un poco antes de las nueve de la noche. Cuando entró en la alcoba, el señor Thibault se debatía con tal furor que el médico, viendo flaquear a los que le sujetaban, se apresuró a ayudarles. La pierna que quería sujetar se le escapó de entre las manos y recibió una patada tal que casi le derribó al suelo. Era inexplicable que el anciano tuviera aún tales reservas de energía.

Tan pronto como esta agitación hubo cesado, Antoine se llevó a su amigo al otro extremo de la estancia. Quiso hablar; incluso pronunció algunas palabras (que Thérivier no oyó a causa de los gritos que llenaban la alcoba) y se detuvo repentinamente con los labios temblorosos. A Thérivier le llamó la atención la alteración de sus facciones. Antoine hizo un esfuerzo para dominarse, se inclinó al oído de Thérivier y balbuceó:

—Ya ves..., ya ves..., es verdaderamente imposible, te lo aseguro...

Miraba al joven con una insistencia afectuosa; parecía esperar de él la salvación.

Thérivier bajó los ojos.

—Calma... —dijo—, calma... —Luego, después de una pausa, agregó—: Reflexiona...: el pulso es débil. No ha habido micción desde hace treinta horas: la uremia progresa; las crisis son claramente subintrantes... Comprendo perfectamente que estés agotado. Pero ten paciencia; ya falta poco.

Antoine, con los hombros caídos y la mirada perdida en dirección a la cama, no contestó. Su rostro había cambiado de expresión por completo. Parecía aletargado. «Ya falta poco...» ¿Sería verdad?

Jacques entró, seguido de Adrienne y de la monja de más edad. Era la hora del relevo.

—Voy a pasar la noche con ustedes, para que su hermano pueda descansar un poco.

Antoine le oyó. La tentación de encontrarse por fin fuera de esta alcoba, en el silencio, de poder acostarse, tal vez dormir y aun olvidar, fue tan intensa que durante

algunos segundos pensó en aceptar el ofrecimiento de Thérivier. Pero casi inmediatamente se dominó:

—No, amigo mío —dijo con firmeza—. Muchas gracias, pero no. —No hubiera sabido explicar bien la razón, pero sentía perfectamente que no debía consentir. Permanecer solo con su responsabilidad; solo frente al destino. Y como el otro levantara la mano, añadió—: No insistas; estoy decidido. Esta noche, todavía somos bastantes y casi en buenas condiciones. Resérvate.

Thérivier se encogió de hombros. Pero, como pensaba que la situación podía prolongarse algunos días y por otra parte estaba acostumbrado a ceder a menudo ante Antoine, se contentó con declarar:

—Bueno. Pero mañana por la noche, lo quieras o no...

Antoine no rechistó. ¿Mañana por la noche? ¿Estas mismas convulsiones, estos alaridos, mañana también? Evidentemente era posible. Incluso probable... Y también pasado mañana. ¿Por qué no?... y su mirada tropezó con la de su hermano. Jacques fue el único en adivinar este desaliento, el único en compartirlo.

Pero los lamentos anunciaban ya un nuevo acceso. Tenía que volver a su puesto. Antoine tendió la mano a Thérivier, quien la conservó un instante entre las suyas y estuvo a punto de murmurar: «Valor...» pero no se atrevió y se marchó sin decir ni palabra. Antoine le miró alejarse. ¡Cuántas veces él mismo, al abandonar la cabecera de un enfermo grave, después de haber estrechado la mano de un esposo, esbozado una sonrisa, evitado la mirada de una madre, cuántas veces, nada más al volver la espalda, había sentido esta misma sensación de liberación que en este momento hacia tan ligera la huida de Thérivier! ...

A las diez de la noche, las crisis, que ahora se sucedían sin tregua, parecían haber alcanzado el paroxismo.

Antoine sentía a su alrededor que los ánimos se debilitaban, disminuía la resistencia, los cuidados se hacían más lentos y menos minuciosos. En general, nada había mejor para galvanizar su ardor que el desfallecimiento de los demás. Pero había llegado a un extremo en que su resistencia moral no podía defenderle ya contra el agotamiento físico. Desde su viaje a Lausana, era ya la cuarta noche que no se acostaba. Ya no comía: apenas si haciendo un esfuerzo había podido tomar hoy un poco de leche. No se sostenía sino gracias al té frío, del cual tomaba de vez en cuando un trago. Su nerviosismo, que iba en aumento, le prestaba una apariencia de energía, pero ficticia. En realidad, lo que una situación semejante exigía de él, esta paciencia, esta espera, esta actividad fingida frente al sentimiento de una impotencia total, era lo que más repugnaba a su temperamento, lo que exigía de él un esfuerzo más insostenible. ¡Y, sin embargo, tenía que perseverar, costara lo que costara, y agotarse en aquellas luchas, puesto que se renovaban incesantemente!

Hacia las once de la noche, a la terminación de una crisis, cuando los cuatro estaban todavía inclinados, vigilando las últimas convulsiones, Antoine se irguió

vivamente y dejó escapar un gesto de despecho: una nueva mancha húmeda aparecía en la sábana: una vez más el riñón había vuelto a funcionar en abundancia.

Jacques no pudo contener un movimiento de rabia y soltó el brazo de su padre. Ya era demasiado. Únicamente le ayudaba a permanecer de pie la idea de un fin inminente, ante los progresos de la intoxicación. ¿Y ahora qué? Ya no se sabía. Era como si la muerte se hubiese complacido en tenderles una trampa: cada vez que el resorte comenzaba a estirarse, ¡crac!, se escapaba del seguro y ¡nuevamente a empezar!

A partir de este momento, ya no trató siquiera de ocultar su agotamiento. Entre las convulsiones se dejaba caer en la silla más cercana, destrozado, deshecho y se dormía durante tres minutos con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. A cada nuevo acceso había que llamarlo, tocarle en el hombro, despertarle sobresaltado.

Desde antes de medianoche, la situación pareció completamente crítica. La lucha se iba a hacer imposible.

Tres crisis de violencia extremada acababan de sucederse, una tras otra, cuando se declaró la cuarta.

Por los síntomas, iba a ser terrible: todos los fenómenos habituales, pero con una intensidad centuplicada. La respiración era jadeante. El rostro estaba inyectado en sangre; los ojos, casi desorbitados; los antebrazos, contraídos, doblados, hasta el extremo de que no se veían las manos, y las muñecas, escondidas bajo la barba, parecían dos muñones. Todos los miembros temblaban de tan crispados como estaban; los músculos, tensos, parecían a punto de romperse. Nunca se había prolongado durante tanto tiempo el período de envaramiento: transcurrían los segundos sin que la intensidad decreciera; la cara se ponía negra; Antoine creyó realmente que la muerte se acercaba.

Luego, un estertor consiguió escaparse de entre los labios, de los que brotó también un poco de baba. Los brazos se estiraron bruscamente. El período de gesticulación empezaba.

Alcanzó inmediatamente tal impetuosidad, que hubiera hecho falta la camisa de fuerza para dominar este frenesí. Antoine y Jacques, ayudados por la monja anciana y por Adrienne, se habían aferrado a los cuatro miembros del poseído: empujados, arrastrados, titubeaban y se tropezaban unos con otros como en una refriega deportiva. Adrienne fue la primera que tuvo que soltar la pierna que sujetaba y ya no pudo volver a cogerla. La religiosa, medio caída a causa de las sacudidas, perdió el equilibrio: la otra pantorrilla se le escapó de entre las manos. Liberadas de esta forma, las dos piernas se agitaron en el aire; los talones, cubiertos de costras, se ensangrentaban al dar contra los maderos de la cama. Antoine y Jacques, en el límite de sus fuerzas, empapados de sudor, se encorvaban para impedir que aquella enorme masa viva, levantada por sus propias contorsiones, se arrojara fuera de la cama.

Cuando este furor de demente se apagó (cesó inopinadamente igual que había comenzado), cuando por último el enfermo fue acostado de nuevo en medio de su lecho, Antoine retrocedió algunos pasos. Había llegado a una tal tensión nerviosa que le castañeteaban los dientes. Se acercó frioleramente a la chimenea y, al levantar los ojos, distinguió en el espejo, iluminado por las llamas, su rostro trastornado, su pelo alborotado, su mirada turbada. Dio inedia vuelta, se dejó caer en un sillón y, cogiéndose la frente con las manos, estalló en sollozos. Ya estaba harto, harto... Las pocas fuerzas que le quedaban se concentraban en un deseo desatinado: «¡Qué esto acabe!» ¡Todo, antes que asistir impotente otra noche más y luego un día y tal vez otra nueva noche a este espectáculo infernal!

Jacques se había acercado. En cualquier otro momento se hubiera arrojado en brazos de su hermano; pero su sensibilidad estaba tan enmohecida como su energía y el espectáculo de esta aflicción, en lugar de exaltar la suya, la embotaba. Inmóvil, miraba con extrañeza este rostro fatigado, húmedo, gesticulante y, súbitamente, descubría en él un aspecto del pasado, la cara llorosa de un pequeñuelo al cual no había llegado a conocer.

Luego volvió a obsesionarle una idea que ya varias veces le había asaltado.

—A pesar de todo, Antoine... ¿Y si celebraras consulta con alguien?

Antoine se encogió de hombros. ¿No hubiera sido él el primero en convocar a todos sus colegas, de haber tenido la menor dificultad que resolver? Contestó algunas palabras rudas que su hermano no pudo captar: los gritos de dolor se habían reanudado, lo que era señal de una breve tregua antes de la próxima crisis.

Jacques se irritó:

—¡Pues piensa algo, Antoine! —exclamó—. ¡Es imposible que no sé pueda hacer absolutamente nada!

Antoine apretaba los dientes. Sus ojos estaban completamente secos. Levantó la frente, miró a su hermano con dureza y murmuró:

—Sí. Hay «una cosa» que siempre se puede hacer.

Jacques comprendió. No bajó los ojos ni hizo ningún movimiento.

Antoine le interrogaba con la mirada; balbuceó:

—¿Nunca has pensado en ello?

Jacques hizo una señal afirmativa, muy breve. Miraba a su hermano hasta el fondo de las pupilas, y tuvo la sensación fugitiva de que en este momento ambos se parecían: la misma arruga entre las cejas, la misma expresión de desesperación y de audacia, la misma cara «capaz de todo».

Estaban en la oscuridad, cerca del fuego: Antoine sentado y Jacques de pie. Los gritos eran tales que las dos mujeres, arrodilladas junto a la cama y como adormecidas por el cansancio, no podían oír nada.

Después de un momento de silencio, fue Antoine el que habló de nuevo:

—¿Tú lo harías?

La pregunta era brutal, directa; pero en la voz había un fallo imperceptible. Esta

vez, Jacques evitó la mirada de su hermano. Terminó por contestar entre dientes:

—Ya no lo sé...; puede que no.

—¡Pues yo sí! —dijo Antoine inmediatamente.

Se había levantado con brusquedad. Sin embargo, una vez en pie, permanecía inmóvil. Hizo con la mano un gesto vacilante en dirección a Jacques y se inclinó:

—¿Lo desapruebas?

Jacques, muy despacio, sin vacilar, respondió:

—No, Antoine.

Ambos volvieron a mirarse, y por primera vez desde su regreso experimentaron un sentimiento en cierto modo parecido a la alegría.

Antoine se había acercado a la chimenea. Con los brazos muy separados se había agarrado al mármol y, arqueando la espalda, contemplaba el fuego.

La decisión estaba tomada. Faltaba llevarla a la práctica. ¿Cuándo? ¿Y cómo? Obrar sin más testigos que Jacques. Pronto serían las doce. A la una vendría el equipo compuesto por Sor Céline y León: tenía que hacerse, pues, antes de la una. Nada más fácil. En primer lugar, hacer una sangría para provocar un estado de debilidad, un adormecimiento que permitiera enviar a descansar a la religiosa y a Adrienne bastante antes del relevo. Una vez solo con Jacques... Al tocarse el pecho, sintió bajo sus dedos el frasquito de morfina que tenía en el bolsillo desde..., ¿desde cuándo? Desde la mañana de su llegada. Cuando había bajado con Thérivier para buscar el láudano, recordaba que, efectivamente, se había guardado en la bata, por si acaso, esta solución concentrada... y esta jeringuilla... ¿Por si acaso?... ¿Por qué?... Hubiérase dicho que todo estaba dispuesto en su mente, y que quedaba sino ejecutar los detalles de un plan elaborado desde hacía mucho tiempo.

Pero un nuevo acceso se preparaba. Había que esperar a que hubiera pasado. Jacques, lleno otra vez de celo, estaba ya en su sitio. «La última crisis», se dijo Antoine al acercarse a la cama; y en los ojos que Jacques clavaba en él, creyó leer el mismo pensamiento.

Afortunadamente, el período de envaramiento fue menos largo que el precedente; pero las convulsiones fueron igualmente violentas. Mientras que el desgraciado se debatía con la boca espumajante, Antoine se dirigió a la monja:

—Tal vez una sangría le procure cierto descanso. Tan pronto como se quede tranquilo, tráigame mi instrumental.

El efecto fue casi inmediato. Debilitado por la pérdida de sangre, el señor Thibault pareció dormirse.

Las dos mujeres estaban tan cansadas que no insistieron en esperar al relevo: a la primera invitación de Antoine, aprovecharon esta ocasión de descansar un poco.

Antoine y Jacques se han quedado solos.

Ambos se encuentran apartados de la cama: Antoine ha ido a cerrar la puerta, que Adrienne ha dejado entreabierta, y Jacques, sin saber por qué, ha retrocedido hasta la

chimenea.

Antoine evita la mirada de su hermano: en este momento no experimenta ninguna necesidad de que éste le tenga afecto; le basta con su complicidad.

Manosea en el fondo del bolsillo la cajita niquelada. Se concede todavía dos segundos. No es que quiera sopesar una vez más el pro y el contra: se ha marcado la norma de no considerar nunca, en el momento de obrar, el razonamiento que ha decidido la acción. Pero contemplando desde lejos, en la blancura del lecho, este rostro que la enfermedad le ha hecho cada día más familiar, se abandona por un instante a la melancolía de un supremo impulso de compasión.

Los dos segundos han transcurrido.

«Hubiera sido menos penoso en el transcurso de una crisis», piensa, adelantándose con paso rápido.

Saca el frasco del bolsillo, lo agita, ajusta la aguja a la jeringuilla y se detiene, buscando algo con la mirada. Un leve encogimiento de hombros: maquinalmente buscaba la lámpara de alcohol para flamear la punta de platino.

Jacques no ve nada: la espalda encorvada de su hermano le oculta la cama. Mucho mejor. Sin embargo, se decide a cambiar de sitio. El padre parece dormido. Antoine desabrocha la manga y la recoge.

«He hecho la sangría en el brazo izquierdo —se dice Antoine—, pondré la inyección en el derecho.»

Coge un pliegue de carne y levanta la jeringuilla.

Jacques se tapa la boca con la mano. La aguja penetra con un golpe seco.

El moribundo exhala una queja; el hombro se ha estremecido. En el silencio se oye la voz de Antoine:

—No te muevas... Es para aliviarte, padre.

«La última vez que le habla», piensa Jacques.

El nivel del líquido casi no baja en la jeringuilla de cristal... Si entrara... ¿Se ha acabado? No. Antoine ha dejado la aguja pinchada en la piel; separa la jeringuilla con delicadeza y la llena por segunda vez. El líquido desciende cada vez más despacio... Si entrara... Un centímetro cúbico todavía... ¡Qué lentitud!... Algunas gotas todavía...

Antoine retira la aguja con un gesto rápido, limpia el sitio hinchado, en el que brilla una perla rosácea, y luego vuelve a abrochar la camisa y sube la manta. Seguramente, si estuviera solo, se inclinaría sobre esta frente pálida: es la primera vez desde hace veinte años, que siente deseos de besar a su padre... Se incorpora, retrocede un paso, guarda los utensilios en el bolsillo de la bata y mira a su alrededor si todo está en orden. Por fin vuelve la cabeza hacia su hermano y su mirada, indiferente y severa, parece decir simplemente:

«Ya está.»

Jacques quisiera acercarse a él, cogerle de la mano, expresar con un abrazo... Pero Antoine ya se ha vuelto y, cogiendo la silla baja de Sor Céline, se sienta a la

cabecera de la cama.

El brazo del moribundo descansa sobre la colcha. La mano está casi tan blanca como la sábana; tiembla de una manera apenas perceptible: el temblor de una aguja imantada. Sin embargo, la droga actúa y, a pesar del largo martirio, las facciones empiezan ya a relajarse: este aletargamiento mortal parece tener la dulzura reparadora del sueño.

Antoine no puede reflexionar en nada concreto. Ha tomado entre sus dedos el pulso, que es rápido y débil. Su atención está ocupada completamente en contar maquinalmente: *cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y ocho...*

La conciencia de lo que acaba de realizar se va haciendo cada vez más confusa, la noción del mundo se embarulla... *cincuenta y nueve, sesenta, sesenta y uno...* Los dedos que sujetan la muñeca se aflojan. Apática y deliciosa caída en la indiferencia. Una ola de olvido lo sumerge todo.

Jacques no se atreve a sentarse, por temor de despertar a su hermano. De pie, paralizado por el cansancio, ya no aparta los ojos de los labios del moribundo. Van palideciendo, palideciendo; la respiración ahora apenas si los roza.

Presa del pánico, Jacques se decide a hacer un movimiento.

Antoine, sobresaltado, mira a la cama, a su padre y lentamente vuelve a coger la muñeca.

—Vé a buscar a Sor Céline —dice, después de una pausa.

Cuando volvió Jacques, seguido de la religiosa y de la cocinera, la respiración había recobrado algo de fuerza y de ritmo; pero con un estertor insólito.

Antoine estaba de pie, con los brazos cruzados; había encendido la lámpara del techo.

—Ya no se siente el pulso —dijo, tan pronto como Sor Céline llegó a su lado.

Pero la religiosa estaba convencida de que los médicos no entienden nada en los últimos momentos y que hay que tener experiencia. No contestó, se sentó a su vez en la silla baja, tomó el pulso y observó el rostro durante un largo minuto; entonces, volviéndose hacia el fondo de la alcoba, hizo un gesto afirmativo y Clotilde salió inmediatamente.

El jadeo se acentuaba y costaba trabajo oírlo. Antoine se percató de que el rostro de Jacques estaba angustiado. Iba a acercarse a él para decirle: «No tengas miedo, ya no nota nada», cuando se abrió la puerta: se oyó hablar en voz baja y la señorita Waize, completamente envuelta en su camión, apareció del brazo de Clotilde; Adrienne venía detrás; el señor Chasle, andando de puntillas, cerraba la marcha.

Molesto, Antoine les hizo señas de que no pasaran. Pero ya los cuatro se habían arrodillado junto a la puerta. Y, bruscamente, la voz penetrante de la señorita, elevándose en el silencio, apagó el estertor del moribundo:

—«Oh, Jesús mío..., me presento ante ti... con el corazón destrozado...»

Jacques, tembloroso, había saltado hacia su hermano.



—¡Hazla callar! ¡Pronto!

Pero la mirada atribulada de Antoine le calmó inmediatamente.

—Déjala —murmuró, e inclinándose hacia Jacques, añadió—: Ya está casi acabado. No puede oír nada. —El recuerdo de la noche en que el señor Thibault había confiado solemnemente a la señorita la misión de recitar en su lecho de muerte estas letanías, le vino a la memoria y lo conmovió.

También las dos monjas se habían puesto de rodillas a ambos lados de la cama. Sor Céline había dejado la mano sobre la muñeca del moribundo.

—«... ¡Cuando mis labios fríos, exangües y temblorosos..., pronuncien por última vez tu nombre adorable, Jesús misericordioso, ten piedad de mí!»

(La poca fuerza de voluntad que conservaba la pobre anciana, después de veinte años de esclavitud y de abnegación, se manifestaba esta noche para permitirle cumplir su promesa.)

—«¡Cuando mis mejillas pálidas y hundidas inspiren a los que me acompañen compasión y terror, Jesús misericordioso, ten piedad de mí!...

»¡Cuando mis cabellos empapados por el sudor de la agonía...!» Antoine y Jacques no apartaban la vista de su padre. Las mandíbulas se separaron. Los párpados se entreabrieron suavemente en una mirada fija. ¿Era el final? Sor Céline, sin soltar la muñeca, miraba el rostro del moribundo y no hacía ningún gesto. La voz de la señorita, mecánica, asmática como un acordeón roto, gemía implacable:

—«¡Cuando mi imaginación, agitada por las visiones, me hunda en angustias mortales, Jesús misericordioso, ten piedad de mí!

»¡Cuando mi corazón débil...!»

La boca se seguía abriendo. Se vio brillar una muela de oro. Transcurrió medio minuto. Sor Céline no se movía. Finalmente soltó la muñeca y levantó la cabeza hacia Antoine. La boca permanecía completamente abierta. Inmediatamente se inclinó: el corazón ya no latía. Entonces, Antoine posó la palma de la mano sobre la frente inmóvil y, dulcemente, uno después de otro, cerró con la yema del pulgar los párpados obedientes. Luego, sin retirar la mano, como si esta presión afectuosa pudiera acompañar al muerto hasta el umbral del reposo, se volvió hacia la religiosa y dijo casi en voz alta:

—El pañuelo, hermana...

Las dos criadas rompieron a llorar.

Junto al señor Chasle, arrodillado, la señorita, a gatas, con su pelo de rata cayéndole sobre el camisón blanco, indiferente a todo lo que acababa de suceder, proseguía su lamentación:

—«¡Cuando mi alma al borde de mis labios salga para siempre de este mundo! ...»

Hubo que levantarla, sostenerla, llevársela: hasta que no hubo vuelto la espalda a la alcoba, no pareció haber comprendido; y entonces empezó a sollozar puerilmente.

El señor Chasle también lloraba; se había colgado del brazo de Jacques y,

moviendo la cabeza como un muñeco, repetía:

—Estas cosas no debieran suceder...

«¿Dónde estará Gise?», se preguntó Antoine, mientras empujaba a todos fuera de la habitación.

Antes de salir él también de la estancia, se volvió para echar la última mirada. Por fin, después de tantas semanas, el silencio volvía a tomar posesión de esta alcoba.

Apoyado sobre la almohada, repentinamente engrandecido, a plena luz, con su barbilla cuyos picos ridículos se erguían sobre la cabeza como dos cuernos, el señor Thibault había tomado el aspecto teatral y misterioso de un personaje legendario.

## VII

SIN haberse puesto de acuerdo, Antoine y Jacques se encontraron en la escalera. La casa dormía; la alfombra de la escalera ahogaba el ruido de los pasos. Bajaron uno detrás de otro, en silencio, con la cabeza vacía y el corazón aligerado, sin resistencia contra el bienestar animal que los invadía.

Abajo, León, que les había precedido, había encendido las lámparas y, por su propia iniciativa, preparado una cena fría en el despacho de Antoine; luego, había desaparecido discretamente.

A la luz de la lámpara, esta mesita, este mantel blanco, estos dos cubiertos, daban la sensación de una fiesta improvisada. Ambos hicieron como que no se daban cuenta: se sentaron a la mesa sin decir nada, avergonzados de su apetito, fingiendo tristeza. El vino blanco estaba fresco; el pan, la carne fiambre y la mantequilla disminuían a ojos vistas. En un momento determinado, las manos de ambos se dirigieron simultáneamente hacia el plato del queso.

—Sírvete.

—No; ponte tú primero.

Antoine dividió en dos partes lo que quedaba del queso y sirvió a Jacques.

—Es muy mantecoso; está verdaderamente delicioso —murmuró como para disculparse.

Eran las primeras palabras que cambiaban. Sus miradas se encontraron.

—¿Y ahora? —preguntó Jacques, señalando con el dedo hacia el piso del señor Thibault.

—No —dijo Antoine—. Ahora, a acostarse. Arriba ya no se puede hacer nada hasta mañana.

Cuando se separaron a la puerta de la alcoba de Jacques, éste, súbitamente pensativo, dijo en voz baja:

—¿Te has dado cuenta, Antoine, cómo al final la boca se abre y se abre...?

Se miraron en silencio: ambos tenían los ojos llenos de lágrimas.

A las seis, ya casi descansado y recién afeitado, Antoine subía al segundo piso.

«El señor Chasle está perfectamente indicado para las direcciones de las esquelas —pensaba, mientras subía la escalera andando para estirar las piernas—. La declaración al juzgado no se puede hacer antes de las nueve... Hay que avisar a todos... Afortunadamente, poca familia: los Jeannereau se encargarán de la familia materna y la tía Casimir hará lo demás. Un telegrama a los primos de Ruán. En cuanto a los amigos, un aviso en los periódicos de mañana. Un recado a Dupré y otro a Jean. Daniel de Fontanin está en Lunéville: le escribiré esta tarde; su madre y su hermana están en el Mediodía, esto simplifica mucho las cosas... Por otra parte, ¿querrá Jacques asistir al funeral?... En cuanto a las Obras, León puede telefonar: le haré una lista. Yo me pasaré por el hospital... Philip... ¡Ah, demonio, no hay que

olvidarse del Instituto!»

—Ya han venido dos señores de Pompas Fúnebres —le dijo Adrienne—. Volverán a las siete... Además... —añadió con cierta cortedad—, ¿sabe el señorito Antoine que la señorita Gisèle se encuentra enferma?

Fueron a llamar a la puerta de Gise.

La joven estaba acostada. Tenía la mirada febril y los pómulos enrojecidos. Pero no era nada grave. La carta de Clotilde, recibida en un momento en que no se encontraba muy bien, le había causado el primer quebranto. Luego, el viaje precipitado y, sobre todo, el encuentro de Jacques, habían acabado de trastornarla, provocando en este organismo juvenil una reacción tan brutal que, después de haberse separado la víspera anterior de la cabecera del moribundo, se había visto asaltada por unos espasmos muy dolorosos y había tenido que acostarse; había pasado la noche sufriendo, espionando los ruidos, adivinando lo que pasaba, pero incapaz de levantarse.

Contestó con tanta reticencia a las preguntas de Antoine que éste no insistió.

—Thérivier va a venir esta mañana; le diré que pase a verte.

Gise hizo un movimiento de cabeza hacia la habitación del señor Thibault; no sentía demasiada pena y no sabía qué decir.

—Entonces, ¿se ha... terminado? —dijo en una forma tímida.

Antoine inclinó la cabeza a modo de respuesta, y, repentinamente, pensó con precisión: «He sido yo quien lo ha terminado.»

—Mientras tanto, fomentos y cataplasmas —dijo, dirigiéndose a Adrienne. Sonrió a Gise y salió de la habitación.

«Yo lo he terminado», se repetía. Por primera vez su acto se le aparecía con todas sus consecuencias. «He hecho bien», se dijo inmediatamente. Reflexionaba de prisa y con lucidez: «No nos engañemos: también ha habido cobardía; necesidad física de escapar a esa pesadilla. ¿Pero había de abstenerme porque yo tuviera un interés personal en esta muerte? ¡Vamos!» No eludía nada de la terrible responsabilidad. «Evidentemente, habría cierto peligro en autorizar a los médicos... La observancia ciega de una norma, aunque sea absurda e inhumana, es necesaria en principio...» Cuanta más fuerza y legitimidad concedía a la regla general, más satisfecho estaba de haberse apartado de ella conscientemente. «Cuestión de conciencia, de apreciación», prosiguió. «No trato de generalizar. Digo sencillamente: “En el caso presente, he obrado como había que hacerlo.”»

Había llegado a la alcoba mortuoria. Abrió la puerta con precaución, como se había acostumbrado a hacer para no despertar al enfermo. Y, de repente, la vista del muerto lo conmovió. Asociar a la imagen paterna la idea del cadáver —tan familiar, por otra parte—, era algo completamente nuevo, desconcertante. Permanecía de pie en el umbral, conteniendo la respiración. ¡Su padre, este ser inanimado!... Los brazos recogidos, las manos unidas suavemente. Ennoblecido. ¡Tan tranquilo...! Habían dejado un espacio libre alrededor de la cama: las sillas habían sido colocadas a lo

largo de las paredes. Las religiosas, adormiladas, parecidas a dos alegorías vestidas de negro, enmarcaban al cadáver, cuya inmovilidad confería a esta presentación una majestuosidad auténtica. Oscar Thibault... ¡Tanta autoridad y tanto orgullo, reducido a esta impotencia silenciosa!... Antoine vacilaba en hacer un gesto, en turbar esta serenidad. Entonces se repitió que era obra suya; y acariciando con la mirada este rostro familiar, que tan bien se había reconciliado con el silencio y la paz, casi sonreía.

Al entrar se sorprendió de encontrar a Jacques, al cual creía todavía acostado, sentado en un rincón en compañía del señor Chasle.

Éste, tan pronto como distinguió a Antoine, se alzó de su silla para acercarse a él. Sus ojos se abrían y cerraban detrás de los cristales de las gafas, empañados por las lágrimas. Cogió las dos manos de Antoine y, no pudiendo encontrar nada mejor para expresar su adhesión al difunto, suspiraba entre hipidos: «Un hombre encantador..., un hombre encantador...», encantador... señalando hacia la cama con la barbilla cada vez que hablaba.

—Había que conocerle —prosiguió en voz baja, con una convicción que parecía irritada por un contradictor imaginario—. Un poco mortificante, sí; de vez en cuando... ¡Pero tan justo! —Extendió la mano, como para prestar juramento—. ¡Un auténtico justiciero! —terminó, volviendo a su sitio.

Antoine se sentó.

El olor de esta habitación removía en él capas estratificadas de recuerdos. Bajo los hedores de la víspera, desabridos y de botica, bajo el perfume reciente de los cirios, distinguía el aroma antiguo del viejo terciopelo azul, quemado por el polvo, que procedía de los abuelos Thibault: olor lanoso y seco, al que cincuenta años de encáustico sobre la caoba de los muebles habían mezclado un vago aroma de resina. Sabía qué frescura de ropa blanca, limpia, se escaparía del armario de luna si se le abriera, y qué exhalaciones de madera barnizada, de periódicos viejos con un tenaz efluvio de alcanfor, se elevaría de los cajones de la cómoda. Y conocía también, por haberlo respirado muy de cerca cuando era niño —por aquel entonces era el único asiento adecuado para su talla—, el gusto polvoriento del reclinatorio tapizado que dos generaciones de rodillas habían desgastado hasta la arpillera.

Ningún ruido. Ni el menor soplo de aire agitaba la llama de los cirios.

Al igual que todos aquellos que venían aquí, Antoine se había puesto a observar el cadáver fijamente, con una especie de estupor. En su mente fatigada, embriones de pensamientos trataban de tomar consistencia.

«Lo que hacía de padre un ser como yo; esta vida que le era propia ayer todavía, ¿dónde está?... ¿Qué ha sido de ella?... ¿Ha desaparecido? ¿Subsiste en otra parte? ¿En qué forma?» Se interrumpió avergonzado: «¡Se termina por no pensar más que en tonterías! Sin embargo, no es la primera vez que veo un cadáver... Sé perfectamente que no hay término más impropio que “la nada”, puesto que es

“aglomeración de vidas” como habría que decir: “¡Germinaciones hasta el infinito!”

»Sí...; he repetido esto muchas veces. Y, delante de este cadáver, no sé ya... El concepto de la nada se impone a mí, me parece casi legítimo... En el fondo, sólo existe la muerte: lo refuta todo, lo sobrepasa todo... ¡Absurdamente!

»No —prosiguió, encogiéndose de hombros—. Esto está mal... Sugestiones a las cuales se cede cuando se está aquí, metido en ello... ¡Esto no debe contar y no cuenta!»

Hizo un esfuerzo para dominarse y se incorporó con un movimiento decidido; e inmediatamente una emoción íntima, acuciante, calurosa, se apoderó de él.

Haciendo una señal a su hermano para que le siguiera, salió al pasillo.

—Antes de decidir nada, hay que conocer la voluntad de padre. Ven conmigo.

Entraron juntos en el despacho del señor Thibault. Antoine encendió la lámpara del techo y luego las supletorias: una luz sacrílega inundó esta estancia en la que nunca lucía sino la lámpara de trabajo bajo su pantalla verde. Antoine se acercó al escritorio. El manajo de llaves que había sacado del bolsillo tintineaba alegremente en el silencio.

Jacques permanecía apartado. Se dio cuenta que había vuelto junto a la consola del teléfono, al mismo sitio en que la víspera... ¿La víspera? Una quincena de horas solamente, desde la aparición de Gise en esta puerta...

Paseaba una mirada hostil sobre este lugar al que durante tanto tiempo había considerado como el más inviolable de los santuarios y al que de repente nada defendía ya contra la intrusión. El espectáculo de su hermano, arrodillado como un ladrón ante los cajones abiertos, le produjo una sensación desagradable. ¿Qué le importaban a él los deseos de su padre y todos estos papelajos?

Se marchó sin decir nada.

Volvió hacia esta cámara mortuoria que ejercía sobre él una atracción nostálgica, y en la que había pasado tan tranquilamente, entre la vida y el sueño, la mayor parte de la noche. Preveía que muy pronto sería expulsado de ella por las idas y venidas de los importunos; no quería perder ni un segundo de esta conmovedora confrontación con su juventud; puesto que, para él, ya nada representaría más trágicamente el paso que los despojos de este ser omnipotente que siempre se había cruzado en su camino y que, de repente, acababa de naufragar en lo irreal.

Abrió la puerta de la alcoba y muy despacio, andando de puntillas, entró y tomó asiento. Volvió a reinar el silencio, levemente turbado durante un instante, y Jacques, con una deliciosa sensación de gozo, pudo abstraerse de nuevo en la contemplación del difunto.

Inmovilidad.

Esta mente que noche y día, durante casi tres cuartos de siglo, no había dejado ni un solo segundo de asociar pensamientos e imágenes, había dejado de funcionar para

siempre. E igualmente el corazón. Pero la detención de la mente parecía más importante para Jacques, que tantas veces se había quejado, como de una enfermedad, de la actividad ininterrumpida de su propio cerebro. (Incluso por la noche, distraído por el sueño, sentía a este cerebro dar vueltas y más vueltas en su cabeza, como un motor sin freno, y reunir sin descanso esas incoherentes visiones caleidoscópicas que él llamaba «sueños» cuando su memoria había retenido inconscientemente algún detalle insignificante.) Algún día, afortunadamente, este celo agotador cesaría por completo. También él, algún día, sería liberado del tormento de pensar. Por fin llegaría el silencio; ¡el reposo del silencio!... Se acordó de aquel muelle de Munich por el que había paseado durante toda una noche una fascinante tentación de suicidio... Como una reminiscencia musical, una frase surgió de repente en este recuerdo: «Ya descansaremos...» Era el final de una obra rusa que había visto representar en Ginebra; todavía le resonaba en los oídos la voz de la actriz, una esclava de rasgos aniñados, con unos ojos ingenuos y febriles, quien, balanceando su cabecita, repetía: «Ya descansaremos...» Era una entonación ensoñadora, una nota filada como una armónica, acompañada de una mirada cansada en la que, efectivamente, había más resignación que esperanza: «No has tenido alegría en la vida... Pero ten paciencia, tío Vania, ten paciencia... Ya descansaremos... Ya descansaremos...»

## VIII

A última hora de la mañana empezaron las visitas: vecinos de la casa, gente del barrio a la que el señor Thibault había hecho favores. Jacques se escabulló antes de la llegada de los primeros familiares. Antoine también desapareció, requerido por algunos asuntos urgentes. En las directivas de todas las Obras de que formaba parte el señor Thibault, tenía algunos amigos personales. El desfile duró hasta la noche.

El señor Chasle había traído a la cámara mortuoria la silla que él llamaba «su traspuntín», sobre la cual trabajaba desde hacía años y, durante todo el día, se negó a separarse «del difunto». Terminó por formar parte del aparato fúnebre, con el mismo derecho que los candelabros, el ramo de boj y las monjas en oración. Cada vez que entraba un visitante, el señor Chasle se deslizaba de su asiento, saludaba tristemente al recién llegado y volvía a sentarse.

En diversas ocasiones, la señorita había tratado de que se marchara. Indudablemente, por envidia: exasperada de verle tan fiel y edificante. Ella, por el contrario, no podía estarse quieta. Sufría. (Con toda seguridad ella era en toda la casa la única que sufría.) La pobre mujer, que durante toda su vida pasada en casa ajena no había tenido nunca nada propio, tal vez conocía por primera vez un sentimiento salvaje de posesión: el señor Thibault era «su» muerto. A cada momento se acercaba a este lecho que la deformación de su columna vertebral no le permitía ver completo; estiraba las sábanas, alisaba una arruga, mascullaba una oración; y, moviendo la cabeza, juntando sus dedos huesudos, repetía como algo increíble:

—Ha alcanzado antes que yo el reposo eterno...

Ni el regreso de Jacques ni la presencia de Gise parecían haber tocado los puntos sensibles de esta conciencia apergaminada, avara de cualquier reacción; los dos niños habían desaparecido de la vida familiar, uno y otro, durante meses: había perdido la costumbre de pensar en ellos. Solamente contaban Antoine y las criadas. Y con respecto a Antoine sentía hoy una sorda irritación. En el momento de fijar el día y la hora del entierro, tuvo con él una verdadera discusión. Como Antoine deseaba adelantar lo más posible ese momento apaciguador para todos en que el muerto deja de ser un cadáver para convertirse en un féretro, la anciana se rebeló. Hubiérase dicho que le querían arrebatarse el único bien que le quedaba: la contemplación de los restos del amo, las últimas horas de apariencia corporal. Parecía comprender que la desaparición del señor Thibault no representaba un verdadero desenlace sino para el muerto y para ella. Para los demás, especialmente para Antoine, este final era también el principio de algo, el umbral de una nueva época. Para ella ya no había futuro: la desaparición del pasado equivalía al hundimiento total.

Hacia el final de la tarde, cuando Antoine volvía a pie, alegre y saboreando ese aire helado que picaba en los ojos y estimulaba la energía, encontró delante de la portería a Félix Héquet, vestido de luto riguroso.



—No voy a entrar —dijo el cirujano—. Unicamente vengo a darte el pésame.

Tourier, Nolant, Buccard, habían dejado ya sus tarjetas. Loïsille había telefonado. Los testimonios de simpatía de sus colegas conmovían a Antoine de una forma tan especial, que fue realmente por la mañana, cuando Philip vino en persona a la calle de la Universidad a darle el pésame, cuando Antoine, por así decirlo, se dio verdadera cuenta, no de que el señor Thibault había muerto, sino de que él, el doctor Antoine Thibault, acababa de perder a su padre.

—Te compadezco, amigo mío —suspiró Héquet con voz discreta—. Acostumbran a decir que para nosotros la muerte es una antigua amiga, pero cuando nos toca de cerca es como si nunca la hubiéramos visto. Yo sé lo que es esto. — Luego se irguió y alargó la mano enguantada de negro.

Antoine le acompañó hasta el coche.

Era la primera vez que en su espíritu se establecía una relación... En este momento todavía, no había tenido tiempo de volver a reflexionar acerca de «todo esto»; pero vislumbró que, de cualquier modo, «todo esto» era más grave de lo que había considerado en un principio. Comprendió que ahora tendría que aceptar e incorporar a su yo, como la aportación de una de esas experiencias esenciales que tienen sobre la evolución del individuo una influencia señalada, el acto decisivo, ejecutado fríamente por él la víspera (al cual, por otra parte, no había dejado ni un solo momento de otorgar su plena aprobación). Y sentía perfectamente que esta sobrecarga le obligaría fatalmente a modificar su centro de gravedad.

Pensativo, entró en la casa.

En el recibimiento esperaba un muchacho, con la cabeza descubierta, las orejas enrojecidas y en bufanda. A la llegada de Antoine se levantó, ruborizándose. Antoine reconoció en él al empleadillo del estudio; se reprochó no haber vuelto a ocuparse de los dos niños.

—Buenos días, Robert. Entra aquí. ¿Sucede algo?

El pequeño hizo un esfuerzo, movió los labios, pero estaba demasiado intimidado para encontrar una frase adecuada. Por consiguiente, se limitó a sacar de entre la pelliza un ramito de violetas; y Antoine comprendió inmediatamente. Se acercó y cogió las flores.

—Muchas gracias, pequeño. Voy a subir tu ramo. Has sido muy amable al pensar en esto.

—Ha sido a Loulou a quien se le ha ocurrido —se apresuró a puntualizar el niño.

Antoine sonrió:

—¿Cómo está Loulou? ¿Y tú, te sigues defendiendo?

—¡Ya lo creo!... —dijo Robert en un tono más animado.

No esperaba que en un día así, Antoine pudiera sonreír; por tanto, su cortedad desapareció inmediatamente; no pedía sino hablar. Pero aquella tarde Antoine tenía otras cosas que hacer que escucharle.

—Un día de estos tienes que venir con Loulou. Me contaréis vuestras cosas. Un domingo; ¿te parece? —Sentía hacia estos pequeños, a los que apenas conocía, un verdadero afecto—. ¿Prometido? —añadió.

El rostro de Robert se puso serio súbitamente.

—Prometido, señor.

Cuando Antoine acompañaba al niño hasta el recibimiento, escuchó la voz del señor Chasle que hablaba con León en la cocina.

«Otro que quiere hablarme —pensó, contrariado—. Bueno; más vale terminar cuanto antes.» Por consiguiente, hizo entrar al hombrecillo en su despacho.

El señor Chasle cruzó la habitación a saltitos, fue a sentarse en la silla más separada y sonrió con astucia, aunque la expresión de sus ojos fuera de una tristeza infinita.

—¿Qué quería usted decirme? —preguntó Antoine. Su voz era amistosa, pero permanecía de pie y abriendo el correo.

—¿Yo? —dijo el secretario, abriendo mucho los ojos.

«Bueno —se dijo Antoine, volviendo a doblar la carta que acababa de leer—. Trataré de ir mañana por la mañana, después del hospital.»

El señor Chasle se miraba las puntas de los pies; declaró con solemnidad:

—Estas cosas no debieran existir.

—¿El qué? —preguntó Antoine, que abría otro sobre.

—¿El qué? —repitió el señor Chasle como un eco.

—¿Qué es lo que no debiera existir? —dijo Antoine, que se estaba poniendo nervioso.

—La muerte.

Antoine no se esperaba esto y, desconcertado, levantó la cabeza. Chasle tenía los ojos empañados de lágrimas. Se quitó las gafas, desdobló el pañuelo y se secó los ojos.

—He ido a ver a esos señores de Saint-Roch —prosiguió, interrumpiendo sus frases con pausas y suspiros—. Les he encargado algunas misas. Para descargar mi conciencia, nada más. Porque, para mí, hasta conocer más detalles... —Sus lágrimas seguían corriendo a moco tendido; y cada vez que se secaba los ojos, extendía el pañuelo sobre las rodillas, volvía a plegarlo sobre los dobleces anteriores y se lo guardaba en el bolsillo como una cartera—. Yo tenía ahorrados diez mil francos —exclamó sin transición.

«¡Ah!», pensó Antoine. E inmediatamente le interrumpió:

—No sé si mi padre habrá tenido tiempo de tomar alguna disposición con respecto a usted, señor Chasle; pero esté tranquilo: mi hermano y yo le seguiremos pagando durante toda su vida el mismo sueldo que cobraba aquí.

Desde la muerte del señor Thibault, ésta era la primera ocasión que se le ofrecía de solucionar una cuestión de dinero, de actuar en su calidad de heredero. Antoine pensó que comprometerse de esta forma hasta la muerte del señor Chasle era bastante

generoso, a pesar de todo, y que resultaba agradable encontrarse en condiciones de poder obrar con elegancia. Luego, sus pensamientos se descarriaron a pesar suyo y trató de evaluar la fortuna paterna y a cuánto ascendería su parte; pero no tenía ningún dato preciso acerca de esto.

El señor Chasle se había puesto carmesí. Para no perder su aplomo, sin duda, había sacado del bolsillo una navajita y fingía limpiarse las uñas.

—¡Una pensión vitalicia no! —articuló finalmente, con energía, pero sin alzar la cara. En el mismo tono prosiguió—: ¡Un capital, sí; pero una pensión vitalicia, no! —Luego se enterneció—: Es a causa de Dédette, señor Thibault: su pequeña paciente, ¿se acuerda?... Al fin y al cabo para mí es como una hija. Por tanto, una pensión vitalicia, ¡ni hablar! ¿Qué podría entonces dejarle yo a la pobrecilla?

Dédette, la operación, Rachel, la habitación soleada, un cuerpo en la sombra de la alcoba, el olor del collar de ámbar gris... Antoine, con una vaga sonrisa en los labios, interrumpiendo la lectura del correo, escuchaba distraídamente y seguía maquinalmente con la mirada los gestos del buen hombre. De repente, giró sobre sus talones: el hombrecillo, que se cortaba las uñas con la navajita, acababa de iniciar el ataque con toda la hoja a la uña del pulgar; y muy despacito, sin detenerse, igual que se talla un tapón, desprendía con gesto afanoso una viruta córnea que chirriaba.

—¡Ya está bien, señor Chasle, por favor! —dijo Antoine, rechinando los dientes.

El señor Chasle saltó en su asiento.

—Sí, si; estoy abusando... —balbuceó.

Sin embargo, la partida era de tal importancia para él que aventuró una última ofensiva:

—Un capitalito, señor Thibault, eso es lo mejor. Un capital es lo que necesito. Yo ya tengo hecha mi idea desde hace mucho tiempo. Le explicaré... —Como si hablara en sueños, murmuró—: Más tarde... —Luego cambió de tono y fijó en la puerta una mirada inexpresiva—: Hacer que digan misas, está bien, si se quiere. Pero a mi entender, el difunto no necesita nada. Un hombre como él no se va con las manos vacías. Para mí la cosa no tiene duda: en estos momentos... —Avanzaba hacia el vestíbulo a saltitos, moviendo su cabeza gris y repitiendo tranquilo—: ...en estos momentos..., en estos momentos, seguro que ya está en el cielo.

Apenas se había marchado Chasle, cuando Antoine tuvo que recibir al sastre para que le probara un traje negro. El cansancio se iba apoderando de él, y esta fastidiosa permanencia delante del espejo terminó de agotarle.

Había decidido dormir una hora antes de volver a subir al segundo piso, cuando, al acompañar al sastre, se encontró de manos a boca con la señora de Battaincourt, que se disponía a llamar. Había llamado hacía poco para pedir hora y le habían comunicado «la terrible noticia». Entonces lo había dejado todo para venir.

Antoine la atendió con amabilidad, pero en la puerta. Ella le estrechaba la mano, hablaba en voz alta y se enternecía por su desgracia con evidente complacencia.

Se hacía difícil, desde el momento que no se iba, tenerla de aquella forma de pie en la puerta; tanto más al haber conseguido ella que Antoine retrocediera un paso, con lo cual ella ya había traspasado el umbral. Jacques no había salido en toda la tarde de su habitación, cuya puerta estaba muy cercana: al joven médico se le ocurrió que su hermano iba a oír esta voz de mujer, y que la reconocería sin duda; y esta suposición, sin saber por qué, le resultó desagradable. Poniendo buena cara, se separó un poco, abrió la puerta de su despacho y se puso rápidamente la americana. (Hasta entonces había estado en mangas de camisa, lo que contribuía a aumentar su contrariedad por haberse dejado sorprender.)

Durante estas últimas semanas, las circunstancias habían modificado hasta cierto punto sus relaciones con la bella cliente. Ésta había multiplicado sus visitas con el pretexto de traerle noticias de la enfermita, quien pasaba el invierno en el Paso de Calais con la institutriz inglesa y el marido. (El caso es que Simón de Battaincourt no había vacilado en abandonar sus propiedades y sus partidas de caza para instalarse en Berck junto a la hija de su esposa, en tanto que ésta iba de un lado para otro, encontrando siempre alguna razón para pasar en París varios días todas las semanas.)

Se había negado a sentarse; no esperaba sino una oportunidad para poder cogerle de nuevo la mano y permanecía inclinada hacia él, con los párpados entornados y el pecho palpitante por los suspiros. Siempre miraba a los hombres a los labios. A través de sus pestañas vio que él tampoco dejaba de mirarla a la boca; y esto le produjo una fuerte impresión. Esta noche Antoine le parecía guapo; veía su rostro más viril que de costumbre, como si las decisiones que se había visto obligado a tomar hubieran dejado en su fisonomía unas visibles huellas de energía.

La señora de Battaincourt lo miró compadecida.

—¿Ha sufrido usted mucho?

Antoine no encontró nada que contestar. Desde que ella se encontraba aquí, el joven doctor había adoptado un aire ligeramente solemne que le daba prestancia, pero que le molestaba. Seguía mirándola de arriba abajo con cierta socarronería. Se fijó en los pechos, que palpitaban bajo la tela, y una ola de calor le subió a la cabeza. Al levantar el rostro, sorprendió una especie de lucecilla extraña en los ojos de la bella Anne: aquella tarde había en ella una especie de deseo, de proyecto, una idea un tanto loca que trataba de no traicionar.

—Lo más duro —prosiguió la señora de Battaincourt con languidez— es después, cuando se reanuda la vida y se tropieza por todas partes con el vacío... ¿Me permitirá usted que venga a verle más a menudo, verdad?

Antoine la miró. Impulsado por repentina antipatía, sonrió sarcásticamente y dijo con crudeza:

—Tranquilícese, señora; yo no quería a mi padre.

Inmediatamente se mordió los labios. Haber pensado esto le molestaba todavía más que haberlo dicho. «¡Y tal vez sea una gran verdad lo que esta zorra acaba de obligarme a decir!», pensó.

Se quedó parada. Menos extrañada por el sentido, que herida en lo más vivo por el tono en que había sido dicho. Dio un paso hacia atrás; el tiempo necesario para reaccionar.

—¡Entonces! —exclamó. Y después de todo aquel fingimiento su risa estalló por fin, franca y estridente.

Durante el minuto que tardó en ponerse los guantes, un movimiento indeciso, prólogo de mueca o de sonrisa, no dejó de pasearse por sus labios; y Antoine, agresivo, vigilaba con mirada intrigada la enigmática curva de esta boca, alargada por un trazo de carmín, fino como un arañazo. Si en aquel momento se hubiera permitido una sonrisa descarada, lo más probable es que no se hubiera podido contener de echarla a la calle.

A su pesar aspiraba el perfume con el que la señora de Battaincourt saturaba sus ropas. Volvió a fijarse otra vez en el seno robusto que palpitaba bajo el corpiño. Brutalmente se imaginó este pecho desnudo, y se sintió alterado hasta las entrañas.

Cuando se hubo puesto el abrigo de pieles, se apartó más, levantó la cabeza y le miró con desenvoltura. La bella Anne parecía preguntar: «¿Me tiene miedo?»

Ambos se miraron de arriba abajo. La misma rabia disimulada, el mismo rencor. Más aún: tal vez la misma decepción, la misma impresión confusa de haber desperdiciado una oportunidad. Luego, como Antoine no dijera nada, la señora de Battaincourt volvió la espalda, abrió las puertas por sí misma y salió sin ocuparse más de él.

La puerta sonó tras ella.

Dio media vuelta. Pero, en lugar de volver a su despacho, permaneció inmóvil durante un segundo, con las manos húmedas, la cabeza trastornada, ensordecido por la sangre que le latía en las sienes, aspirando con ansia este perfume insinuante que permanecía como una presencia. Y, enloquecido, se volvió en redondo. Apenas si se le pasó por la imaginación, como un relámpago, la idea de que podía resultar peligroso querer reconquistar aquella naturaleza violenta, después de haberla herido tan rudamente.

Sus ojos se fijaron en el sombrero y el abrigo colgados en la pared; los cogió rápidamente y, echando una mirada extraviada hacia la puerta de Jacques, se lanzó a la calle.

## IX

GISE no se había levantado de la cama. Somnolienta, lleno el cuerpo de dolores que se acentuaban tan pronto como se movía, oía confusamente en el pasillo el vaivén de los visitantes que pasaban a lo largo de la pared, detrás de su cabeza. Un solo pensamiento emergía de entre la bruma. «Jacques ha sido encontrado... Está aquí, en casa... Puede aparecer de un momento a otro... Va a venir...» Espiaba el ruido de sus pasos. Pero transcurrió toda la jornada del viernes, y luego la del sábado, sin que apareciera.

A decir verdad, Jacques pensaba en ella, e incluso con una obsesión irritante. Pero temiendo demasiado esta conversación a solas para resolverse a provocarla, esperaba sin prisas que se presentara la ocasión. Por otra parte, temía tanto desde la víspera que le vieran y le reconocieran, que apenas si había abandonado el piso de la planta baja: solamente había subido por la noche y, después de cruzar la casa con paso sigiloso, se había vuelto a instalar en un rincón de la cámara mortuoria, de la que no había salido hasta el amanecer.

El sábado por la tarde, sin embargo, como Antoine le hubiera preguntado incidentalmente si había vuelto a ver a Gise, al levantarse de la mesa decidió ir a verla.

Gise estaba mejor. La fiebre había desaparecido casi por completo, y Thérivier la había autorizado a levantarse al día siguiente. Adormilada, esperaba en la penumbra la hora de dormirse.

—¿Qué; cómo estás? —dijo Jacques con jovialidad—. ¡La verdad es que tienes un aspecto magnífico! —A la luz tamizada por la pantalla, que hacía brillar sus ojos dilatados, Gise presentaba, en efecto, un aspecto saludable.

Jacques no se había acercado hasta la cama. Fue ella quien, después de un instante de vacilación, le alargó la mano. Por la manga, más bien ancha, vio el brazo desnudo hasta más arriba del codo. Le cogió la mano y, haciendo como si fuera médico, en lugar de estrecharla la palpó: la piel estaba ardiendo.

—¿Algo de fiebre todavía?

—¡Nada de eso!

Gise miró hacia la puerta: Jacques la había dejado abierta, como para dar a entender que sólo tenía intención de entrar y salir.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que cierre? —propuso.

—No... Como quieras.

Se decidió a hacerlo y cerró la puerta para quedarse solos.

Le dio las gracias con una sonrisa y hundió la cabeza en el hueco de la almohada; su cabellera formó en ella una mancha de un negro mate. Luego, como el camisón ligeramente descotado dejara al descubierto el nacimiento de la garganta, se sujetó el cuello con la mano para impedir que se abriera. Jacques observó la curva graciosa de

la muñeca y el color de esta carne oscura que, entre toda aquella ropa blanca, tomaba una tonalidad de arena húmeda.

—¿Y qué haces entonces durante todo el día? —preguntó Gise.

—¿Yo? Nada. Me encierro para no ver a toda esa gente que viene.

Entonces Gise recordó que el señor Thibault había muerto y pensó en el dolor de Jacques. Se reprochaba no sentir más pena. ¿Y Jacques, la sentía? No encontraba las palabras de afecto que tal vez hubiera podido decirle. Pensó únicamente que la desaparición del padre dejaba al hijo en completa libertad, y una idea pasó por su mente: «Entonces, ya no tiene por qué volver a marcharse.»

Gise prosiguió:

—Deberías salir un poco...

—Sí. Hoy, precisamente, me sentía con la cabeza pesada y he salido un poco...

—Vaciló—: A comprar periódicos...

La verdad era más compleja: a las cuatro de la tarde, enervado por esta especie de espera sin objeto, impulsado también por oscuras intenciones que no comprendió hasta más tarde, había salido efectivamente para comprar algunos periódicos suizos y sin saber muy exactamente adónde iba...

—¿Estabas mucho tiempo al aire libre, allí? —preguntó la joven después de una nueva pausa.

—Sí.

Había sido cogido de improviso por aquel «allí», e involuntariamente había contestado en un tono seco, casi despectivo. Lo lamentó casi al mismo tiempo. Por otra parte, pensaba: «Desde que he vuelto a poner los pies en esta casa, todo lo que hago, todo lo que digo y todo lo que pienso suena a falso.»

Continuamente, sin que pudiera evitarlo, sus ojos se dirigían hacia esta cama sobre la que se concentraba pérfidamente la luz de la lámpara, y su mirada se posaba sobre esta manta de lana blanca, tan liviana que moldeaba hasta los menores relieves de aquel cuerpo juvenil: el perfil de las caderas, la forma estilizada de las piernas, la ligera curva de las dos rodillas un poco separadas... Trataba de demostrar naturalidad y emplear un tono indiferente, pero cada vez se sentía más violento.

Hubiera querido decirle: «¡Pero siéntate!» Mas, como en aquel momento no pudo encontrar su mirada, no se atrevió.

Para disimular, Jacques examinaba los muebles, las chucherías, el altarcito donde brillaban los dorados. Se acordaba de la mañana de su llegada, cuando había venido a refugiarse aquí.

—Es bonita tu habitación —dijo con simpatía—. ¿Pero antes no tenías esta butaca?

—Me la regaló tu padre cuando cumplí los dieciocho años. ¿No te acuerdas de ella? Estaba en el piso de arriba, en Maisons-Laffitte. ¡Debajo del cuco!

Maisons... De repente volvió a ver aquel descansillo del segundo piso, inundado de luz a través de la vidriera y lleno durante todo el verano de moscas que, a la caída

del sol, producían un ruido de colmena. Volvía a ver también el cuco de cadenas; oía en el silencio de la escalera, cuatro veces por hora, la llamada ridícula del pajarito de madera... Así que durante todo este tiempo que él había estado lejos, todo había permanecido igual «para ellos». ¿Y él mismo, después de todo, no volvía a sentirse igual, o casi igual? ¿Desde que había regresado, no sorprendía a cada momento en sus reflejos un gesto antaño familiar? Su costumbre de frotarse abajo los pies en el felpudo, hacer sonar luego la puerta de entrada y colgar el abrigo en las dos mismas perchas que antaño, antes de encender la luz... Y, cuando iba de un lado para otro de su habitación, todos y cada uno de sus movimientos, ¿eran algo más que un recuerdo inconsciente convertido en acto?

Gise observaba a hurtadillas, desde la sombra, su rostro inquieto, su mandíbula, sus manos, su aspecto en general.

—¡Qué fuerte te has puesto! —dijo a media voz.

Jacques se volvió y sonrió. En secreto se sentía orgulloso de su fuerza, por haber sufrido durante toda su infancia a causa de ser más bien débil. Y de repente, sin reflexionar —otro reflejo más—, sorprendido él mismo de esta reminiscencia, exclamó:

—«El mayor Van de Cuyt era de una fuerza poco corriente.»

Un relámpago de alegría brilló en el rostro de Gise. Era el pie de un dibujo de su libro preferido, que ambos habían releído juntos muchas veces: la aventura tenía lugar en los bosques de Sumatra y se veía a un mayor holandés que estaba derribando a un temible gorila.

—'«El mayor Van de Cuyt se había dormido imprudentemente a la sombra del baobab» —añadió la joven alegremente, echando la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y abriendo la boca, ya que el mayor roncaba.

Ambos reían y se veían reír, olvidando todo lo demás, saboreando deliciosamente este tesoro precioso de su infancia, que era de su exclusiva pertenencia.

—¡Y la estampa del tigre que me rompiste un día que te enfadaste! —prosiguió Gise.

—Es verdad; ¿por qué fue?

—Por reírme como una loca delante del abate Vécard.

—¡Qué memoria tienes, Gise!

—También yo quise, más tarde, domesticar «un niño de tigre», y por la noche me dormía creyendo acunar al tigrecillo entre mis brazos... —Hubo una pausa. Seguían sonriéndose divertidos. Gise fue la primera que se quedó pensativa.

—Lo cual no quita... —dijo—. Cuando recuerdo aquellos tiempos, apenas si encuentro algo más que unos largos e interminables días de aburrimiento... ¿Y tú?

La fiebre, el cansancio, esta evocación del pasado, le daban un aspecto más bien doliente, y esta languidez iba perfectamente a su postura yacente, a su mirada acariciadora y su cutis de tierras cálidas.

—La verdad es —prosiguió al ver que Jacques se limitaba a fruncir el entrecejo



sin contestar— que resulta terrible tanto aburrimiento para un niño. Y luego, hacia los catorce o quince años, se terminó el aburrimiento. No sé por qué. Interiormente. Ahora ya no sé lo que es el tedio. Ni siquiera cuando... —(Pensaba: «Ni siquiera cuando me siento desgraciada por tu culpa.») Pero se limitó a decir—: Ni siquiera cuando las cosas no van bien.

Jacques, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, permanecía callado. La evocación del pasado exaltaba en él sus ideas de rencor. Nada de toda su existencia merecía perdón. En ninguna época de su vida, en ninguna parte, se había sentido con aplomo, en su sitio, en su verdadero terreno; en una palabra: como Antoine. Desplazado en todas partes. En África, en Italia, en Alemania. Incluso en Lausana, casi tanto como en los demás sitios... Y no solamente desplazado, sino también acosado. Acosado por los suyos; acosado por la sociedad, por las condiciones de vida... Acosado por algo desconocido que, en cierto modo, parecía tener su origen en sí mismo.

—«El mayor Van de Cuyp...» —empezó Gise. Se aferraba a los recuerdos de la infancia, porque no podía decir nada de aquellos otros menos lejanos que la obsesionaban. Pero calló: comprendía que ya no podría hacer surgir la llama de estas cenizas.

Continuaba observando a Jacques en silencio, sin poder descifrar el enigma. ¿Por qué se había marchado, a pesar de lo que había pasado entre ellos? Algunas frases vagas, deslizadas por Antoine, la habían trastornado sin explicarle nada. ¿Qué había sido de Jacques durante estos tres años? ¿Qué mensaje traían entonces las rosas encarnadas del florista de Londres? Súbitamente pensó: «¡Cómo me lo han cambiado!»

Con una emoción que esta vez no pudo ocultar, murmuró:

—¡Cuánto has cambiado, Jacquot!

En la rápida mirada de Jacques, en su sonrisa reticente, Gise comprendió que esta emoción le había desagradado. Acto seguido, cambiando de cara y de voz, se lanzó alegremente a un relato de su vida en el convento inglés:

—¡Es tan magnífica esa vida ordenada!... ¡Si vieras cómo estimulan las ganas de trabajar por la mañana temprano la gimnasia al aire libre y el *breakfast*!

(No decía que durante su estancia en Londres había tenido como único fin la idea de encontrarle. Tampoco confesaba cómo su valor de por la mañana iba desapareciendo de hora en hora, ni qué oleadas de desfallecimiento la asaltaban por la noche en su litera del dormitorio.)

—¡La vida inglesa es tan diferente de la nuestra, tan atrayente! —Contenta de haber encontrado este lugar común, se asía a él desesperadamente para rechazar la amenaza de un nuevo silencio—. En Inglaterra todo el mundo ríe, a propósito, incluso sin motivo. No quieren de ninguna manera que la vida sea una cosa triste; por tanto, piensan lo menos posible: juegan. Para ellos todo se convierte en un juego: ¡empezando por la existencia!

Jacques escuchaba esta palabrería sin interrumpirla. También él iría a Inglaterra. Iría a Rusia, iría a América. Tenía todo el porvenir por delante para ir a todas partes, para buscar... Sonreía complaciente y hacía señales de aprobación con la cabeza. Gise no era tonta. Estos tres años parecían incluso haberla madurado mucho. También la habían embellecido, refinado... Una vez más posó la mirada sobre este cuerpo delicado que, bajo la manta, se sentía como ablandado por su propio calor. Y bruscamente se sintió volver al pasado; y volvió a vivirlo todo: su deseo repentino, su abrazo bajo los grandes árboles de Maisons. Casto abrazo; y sin embargo, después de tantos años, después de tantas aventuras, aún sentía sobre su brazo este torso palpitante y junto a su boca estos labios sin experiencia. En un segundo, razón, voluntad, todo se disipó.

¿Por qué no?... Incluso llegó a pensar como en los peores días: «Hacerla mía, casarme con ella.» Pero inmediatamente su pensamiento se tropezó con algo opaco, algo íntimo que no distinguía con claridad: un obstáculo infranqueable erguido en el centro de sí mismo.

Luego, mientras que sus miradas recorrían una vez más estos miembros vivos y ágiles que reposaban sobre esta cama, su imaginación, poblada ya de tantos recuerdos, evocó repentinamente, en otra cama, otras caderas igualmente estrechas y armoniosas, igualmente moldeadas por la sábana; y el deseo que acababa de asaltarle se convirtió en un movimiento de compasión. Veía otra vez en su camita de hierro a la pequeña prostituta de Reichenhall, una chiquilla de diecisiete años, tan secretamente obstinada en morir que se la había encontrado sentada en el suelo, estrangulada por un nudo corredizo fijado al picaporte de un armario. Jacques había sido uno de los primeros en llegar a aquella habitación. Recordaba el infecto hedor a sebo derretido que flotaba en el ambiente y, sobre todo, volvía a ver el rostro vulgar y enigmático de aquella mujer todavía joven que, en el fondo de la habitación, cascaba huevos sobre una estufa humeante; por un poco de dinero había accedido a hablar e incluso facilitó detalles muy significativos; y cuando Jacques le preguntó si había tratado mucho a la muerta, había exclamado con una expresión de evidencia inolvidable: *Ach nein! Ich bin die Mutter*<sup>[2]</sup>!

Estuvo a punto de contar este recuerdo a Gise. Pero era hablar de «allí», provocar imprudentemente las preguntas...

Hundida en su lecho, lo devoraba con los ojos a través de las pestañas semicerradas. Ya no podía más; constantemente tenía que dominarse para no gritar: «¡Pero habla! ¿Quién eres ahora?... ¿Y yo? ¿Es que lo has olvidado todo?»

Él iba y venía, apoyándose ora sobre un pie, ora sobre el otro, con un aspecto preocupado y ausente. Cuando sus ojos encontraban la mirada febril de Gise, sentía entre ella y él un desacuerdo tan intolerable que inmediatamente fingía una frialdad excesiva; y nada dejaba sospechar cómo le agradaba esta actitud infantil, esta inocencia que ella mostraba entre estas sábanas blancas y su cuello desnudo. Sentía

hacia esta chiquilla enferma toda la ternura de un hermano mayor. ¡Pero cuántos recuerdos impuros venían a alzarse sin cesar entre ellos! ¡Qué amargura sentirse tan viejo, tan gastado, tan sucio!

—¿Te habrás convertido en una magnífica jugadora de tenis? —preguntó evasivamente, porque acababa de distinguir una raqueta encima del armario.

Gise pasaba rápidamente de un sentimiento a otro. No pudo contener una ingenua sonrisa de orgullo:

—¡Ya lo verás!

Inmediatamente se arrepintió. Aquellas tres palabras se le habían escapado. «Ya lo verás...» ¿Dónde? ¿Cuándo?... ¡Qué torpeza!...

Pero Jacques no parecía haberse dado cuenta. Estaba bien lejos de pensar en Gise. El tenis, Maisons-Laffitte, un vestido blanco... Aquella forma seca que «ella» tenía de apearse de la bicicleta en la puerta del club... ¿Por qué estarían cerradas todas las contraventanas en la avenida del Observatorio? (Porque, aquella tarde, cuando había salido sin saber adónde iba, había llegado hasta el Luxemburgo y luego hasta la avenida del Observatorio. El día comenzaba a declinar. Andaba de prisa, con el cuello subido. Siempre se apresuraba a ceder a sus tentaciones, para librarse de ellas cuanto antes. Finalmente, se había parado y había mirado bruscamente. Todas las ventanas estaban cerradas. Antoine había dicho que Daniel estaba haciendo el servicio en Lunéville, ¿pero y «los demás»? No era tan tarde como para explicar que las contraventanas... Poco importaba, por otra parte. ¡Poco importaba!... Entonces había vuelto la espalda y regresado a casa por el camino más corto.)

¿Comprendió Gise cuánto se había apartado de ella el pensamiento de Jacques? Espontáneamente alargó el brazo, como para alcanzarle, para atraparle, para atraerle hacia sí.

—¡Ese viento! —dijo Jacques alegremente, sin demostrar que hubiera observado su gesto—. ¿No te molesta esa trampilla de la chimenea que se está moviendo? Espera.

Se arrodilló y deslizó un periódico viejo entre las dos chapas para sujetarlas. Gise le miraba hacer, agotada por todo aquello que sentía y no expresaba.

—Ya está —dijo Jacques, levantándose. Suspiró y, sin meditar demasiado esta vez lo que decía, añadió—: Sí; este viento... Está uno deseando que acabe el invierno y que vuelva la primavera...

Pensaba evidentemente en las primaveras que había pasado en otros lugares. Gise sintió que se decía: «En el mes de mayo, haré esto o iré a tal sitio.»

«¿Y qué lugar me reservará a mi en esta primavera?», pensó la joven.

El reloj acababa de sonar.

—Las nueve —dijo Jacques, como si estuviera dispuesto a retirarse.

Gise también había oído sonar las nueve campanadas. «Cuántas noches —pensaba—, cuántas noche he pasado aquí, junto a esta lámpara, esperando y esperando, y el reloj sonaba como hoy, y Jacques había desaparecido. Ahora está

aquí, en esta habitación, a mi lado. Está aquí. Oye al mismo tiempo que yo las campanadas del reloj...»

Jacques había vuelto a acercarse a la cama.

—Bueno —dijo—, tengo que dejarte dormir.

«Está aquí —se repetía Gise—, cerrando los ojos a medias para mirarle mejor. ¡Está aquí! ¡Y sin embargo, la vida, el mundo, todas las cosas que nos rodean permanecen indiferentes, iguales! Nada ha cambiado...» Incluso tuvo la impresión —penosa como un remordimiento—, de que ella tampoco, a pesar de todo, había «cambiado», que no había «cambiado» suficientemente.

Jacques no quería dar lugar a que pareciera que tenía demasiada prisa por marcharse, y permanecía de pie, apoyado contra la cama. Sin la menor turbación acarició la manita morena abandonaba sobre la sábana. Distinguía el olor de las cortinas de cretona, al cual se mezclaba esta noche un aroma ácido, que le pareció poco agradable mientras lo atribuyó a la fiebre, pero que aspiró gozoso tan pronto como distinguió en un platito, sobre la mesilla de noche, un limón partido.

Gise no se movía. Sus ojos se habían llenado de lágrimas transparentes que retenía entre sus párpados entreabiertos.

Jacques fingió no darse cuenta.

—¡En fin, buenas noches! Mañana ya estarás buena...

—No estoy tan segura —suspiró Gise, con una sonrisa forzada.

¿Qué quería decir con ello? Ni ella misma lo sabía. En esta indiferencia con respecto a su curación se mostraba su cansancio; su falta de valor ante el mañana; sobre todo, su melancolía al ver terminarse este momento de intimidad tan esperado, el cual había sido a la vez tan incompleto y tan dulce. Hizo un esfuerzo para despegar los labios que la emoción entorpecía y lanzó con una voz alegre:

—¡Gracias por tu visita, Jacques!

Aún tuvo una vez más la veleidad de alargar la mano hacia él. Pero Jacques ya estaba en la puerta. Se volvió, hizo una inclinación de cabeza y salió.

Gise apagó todas las luces y se arrebujó bajo las mantas. Su corazón latía sordamente. Cruzó los brazos sobre el pecho, apretando contra sí una pena que no precisaba, como estrechaba antaño a su tigre domesticado. «Virgen santa —murmuró maquinalmente—, María, madre y señora mía..., en tus manos pongo todas mis esperanzas y mi consuelo..., todas mis penas y mis miserias...» Rezaba a la Virgen con un fervor infantil, tratando de adormecer sus pensamientos con el murmullo de la oración: nunca se sentía tan feliz como en estos momentos en que rezaba y rezaba, sin pensar en nada. Sus brazos seguían fuertemente apretados sobre el pecho. Todo vacilaba y se confundía ya en una semisomnolencia. Le pareció que lo que estrechaba contra su seno, en el calor del lecho, era también un niño pequeño, suyo, de ella sola; y se hundía para hacerle un nido, se inclinaba para rodear mejor con sus brazos esta ficción de su amor, al cual bañaba con sus lágrimas al tiempo que se dormía.

## X

ANTOINE esperaba a que su hermano hubiera salido de la habitación de Gise y bajado a acostarse: esta noche quería llevar a cabo un rápido inventario de los papeles íntimos que hubiera podido dejar el señor Thibault, y deseaba estar solo para esta investigación preliminar. No es que tuviera intenciones de dejar a Jacques al margen de nada que hubiera pertenecido a su padre; pero, al día siguiente de la muerte, cuando había venido a enterarse de las últimas disposiciones de su padre, sus ojos habían tropezado con una cuartilla titulada «Jacques», que apenas si había tenido tiempo de leer por encima, aunque sí lo bastante para comprender que su lectura habría resultado desagradable para el interesado. Podía haber otras notas del mismo tipo y no tenía objeto que Jacques las encontrara, al menos por el momento.

Antes de entrar en el despacho, Antoine pasó por el comedor con objeto de comprobar si el señor Chasle avanzaba en su trabajo.

Sobre la enorme mesa con suplementos se amontonaban los últimos millares de esquelas y de sobres, que acababan de entregar. El señor Chasle, en lugar de seguir escribiendo las direcciones, parecía abstraído en una meticulosa verificación de los paquetes, que iba deshaciendo uno tras otro.

Antoine se acercó sorprendido.

—La gente no se acostumbra a hacer las cosas como es debido —declaró el buen hombre, levantando la mirada—. Los paquetes debieran ser de quinientos. Pues bien: hay uno de quinientos tres, otro de quinientos uno. —Mientras hablaba, iba rompiendo las esquelas que sobraban—. No es que tenga mucha importancia —concedió con indulgencia—. De todas formas, si se guardaran, llegaría un momento en que no sabríamos qué hacer con todas estas esquelas en exceso.

—En exceso... ¿de qué? —preguntó Antoine, desconcertado.

El señor Chasle levantó el dedo con una risita de suficiencia.

—¡Ahí está la cuestión, precisamente!

Antoine dio media vuelta, sin insistir. «Y lo peor de todo —pensaba, sonriendo para sus adentros—, es que con este animal siempre se tiene la impresión, aunque sea fugaz, de que todavía se es más tonto que él.»

Una vez en el despacho, encendió todas las luces, corrió las cortinas y cerró la puerta.

Los papeles del señor Thibault estaban clasificados en forma meticulosa. Las «Obras», ocupaban un mueble aparte. La caja de caudales contenía algunos títulos, pero sobre todo viejos libros de cuentas y todo lo concerniente a la administración de su fortuna. En cuanto a los cajones de la mesa, los de la izquierda estaban consagrados a actos públicos, asuntos en trámite y contratos, mientras que los de la derecha, que eran los únicos que interesaban a Antoine esta noche, parecían más bien destinados a asuntos de tipo personal. Aquí era donde había encontrado el testamento

y, en la misma carpeta, la nota relativa a Jacques.

Sabía dónde había vuelto a ponerla. Por otra parte, no se trataba sino de una cita de la Biblia:

«(Deuteronomio, XXI, 18-21.)

»Cuando alguno tuviere un hijo contumaz y rebelde que no obedeciere a la voz de su padre ni a la voz de su madre, y habiéndole castigado no los obedeciere;

»entonces tomarlo han su padre y su madre, y lo sacarán a los ancianos de su ciudad, a la puerta del lugar suyo;

»y dirán a los ancianos de la ciudad: “Este nuestro hijo es contumaz y rebelde, no obedece a nuestra voz; es glotón y borracho.”»

La cuartilla estaba titulada: «Jacques.» Debajo: «Perverso y rebelde.»

Antoine la examinó con emoción. La letra debía de datar de los últimos años. El texto estaba copiado con esmero; las últimas letras, terminadas con decisión. De este documento emanaba una impresión de seguridad moral, de reflexión, de voluntad. Sin embargo, la sola existencia de este papel, que el anciano había guardado deliberadamente en el mismo sobre de su testamento, ¿no traicionaba algunos reparos de conciencia, una cierta necesidad de justificación?

Antoine volvió a coger el testamento de su padre.

Un monumento: foliado, dividido en capítulos, subdividido en párrafos como un informe, terminado por un cuadro; todo ello encuadrado en una carpeta. La fecha: julio de 1912. Por consiguiente, el señor Thibault lo había redactado con ocasión de las primeras manifestaciones de su enfermedad, pocos meses antes de la operación. Ni una palabra acerca de Jacques: no trataba sino de «mi hijo», «mi heredero».

Antoine leyó detenidamente el capítulo que la víspera sólo había mirado por encima y que llevaba como epígrafe: «Ceremonial para las exequias.»

«Deseo que, después de una misa rezada en Santo Tomás de Aquino, mi parroquia, mi cuerpo sea conducido a Crouy. Deseo que mis funerales se celebren en la capilla de la Fundación, en presencia de todos los acogidos. Deseo que, al contrario que los servicios en Santo Tomás de Aquino, las honras fúnebres de Crouy se lleven a cabo con toda la solemnidad que el Consejo decida acordar a mis restos. Deseo ser conducido a mi última morada por los representantes de las Obras que durante muchos años han aceptado mis humildes servicios, así como por una delegación del Instituto de Francia, al cual he estado tan orgulloso de pertenecer. Deseo igualmente, si los reglamentos lo permiten, que mi graduación en la Legión de Honor me haga acreedor a los honores militares de este Ejército, que siempre he defendido con mis palabras, mis escritos y mis votos de ciudadano. Deseo, por último, que todos aquellos que se hayan hecho el propósito de decir algunas palabras de despedida sobre mi tumba, sean autorizados a hacerlo sin ninguna clase de restricciones.

»No es que al escribir esto me ilusione por la vanidad de estas glorificaciones póstumas. Me siento confundido de antemano por la idea de tener que comparecer ante el Supremo Tribunal. Pero, después de haberlo meditado detenidamente, considero que en estas circunstancias el verdadero deber consiste en imponer silencio a los sentimientos de una humildad estéril y disponer las cosas de forma que en el día de mi muerte, si es la voluntad de Dios, mi existencia pueda por última vez ser puesta como ejemplo, a fin de incitar a otros cristianos de nuestra gran burguesía francesa a consagrarse al servicio de la Fe y la Caridad católicas.»

Seguía otro párrafo: «Instrucciones de detalle.» Antoine no tenía, por tanto, que tomar ninguna iniciativa. El señor Thibault se había tomado el trabajo de disponer toda la ceremonia. Hasta el último momento, el jefe de la familia seguía dictando su voluntad; y esta voluntad de ser consecuente con su personalidad hasta el último momento, no carecía de grandeza a los ojos de Antoine.

El señor Thibault había llegado a redactar de antemano su esquela, que Antoine había hecho seguir a la funeraria sin cambiar absolutamente nada. Los títulos del señor Thibault figuraban en ella en un orden que debía de haber sido dispuesto con minuciosidad; su enumeración ocupaba una docena de renglones. MIEMBRO DEL INSTITUTO estaba escrito con mayúsculas. No solamente se leían en ella menciones como: «Doctor en Derecho, ex diputado por Eure»; o como: «Presidente honorario de las Obras católicas de la Diócesis de París, Fundador y Director de la Obra de Preservación Social, Presidente del Consejo de Administración de la Sociedad Protectora de la Infancia, ex Tesorero de la Sección Francesa del Comité Central de Solidaridad Católica», sino también otros detalles que dejaban a Antoine estupefacto: «Miembro correspondiente de la Congregación de San Juan de Letrán»; o bien: «Presidente del Consejo curial y miembro activo de las Asociaciones piadosas de la parroquia de Santo Tomás de Aquino.» Y esta nomenclatura gloriosa terminaba con una lista de condecoraciones, en la cual la Legión de Honor venía después de las Ordenes de San Gregorio, de Santa Isabel e incluso de la Cruz del Sur. Las insignias de todas estas Ordenes debían prenderse sobre el ataúd.

La mayor parte del testamento estaba constituida por una larga lista de legados a personas y para obras que, en su mayor parte, eran completamente desconocidas para Antoine.

El nombre de Gise atrajo su atención. El señor Thibault había constituido a manera de dote «a la señorita Gisèle Waize», a la que había «criado», escribía, y a la que consideraba «casi como una hija», un capital importante, «dejando a su cargo el velar por los últimos años de su tía». Por consiguiente, el porvenir de Gise estaba ampliamente asegurado.

Antoine interrumpió la lectura. Había enrojecido de satisfacción. Nunca hubiera creído capaz al egoísta anciano de esta atención y esta generosidad. Sintió hacia su

padre un repentino impulso de gratitud y respeto, que las páginas siguientes acabaron de justificar. Efectivamente, el señor Thibault parecía haberse preocupado de hacer feliz a todos: las criadas, la portera, el jardinero de Maisons-Laffitte; nadie había sido olvidado.

El final del opúsculo estaba consagrado a diversos proyectos de fundaciones, todas las cuales debían llevar el nombre de Oscar Thibault. La curiosidad de Antoine se fijó al azar. «Legado Oscar Thibault» a la Academia Francesa para un premio de virtud. —«Naturalmente.»— «Premio Oscar Thibault», concedido todos los quinquenios por la Academia de Ciencias Morales a la mejor obra «capaz de ayudar a la lucha contra la prostitución y hacer cesar la tolerancia sobre este particular... —“Evidentemente”—... de la República francesa.» Antoine sonreía. El legado para Gise le inclinaba a la indulgencia. Y además, bajo este deseo formulado sin cesar por el testador de servir la causa de lo espiritual, se sentía bastante conmovido al reconocer por doquiera una secreta ambición —a la cual no escapaba tampoco por completo Antoine, a pesar de su edad—: la preocupación de sobrevivir en lo temporal.

La más ingenua y más inesperada de todas estas fundaciones, era la atribución de una cantidad bastante importante al Obispo de Beauvais, para la publicación anual de un *Almanaque Oscar Thibault*, del cual habría de editarse «el mayor número posible de ejemplares» y que debía «venderse a bajo precio en todas las papelerías y bazares de la diócesis», y que, bajo la apariencia de un «calendario agrícola práctico», debía «hacer entrar en todo hogar católico, para recreo de los domingos y veladas invernales, una antología entretenida de anécdotas piadosas y edificantes».

Antoine cerró el testamento. Tenía prisa por seguir su inventario. Al volver a colocar el grueso volumen en su carpeta de cartón, se encontró pensando, sin que le resultara molesto: «Para haberse mostrado tan generoso, fuerza es que nos haya dejado una fortuna bastante considerable...»

El primer cajón contenía una cartera de cuero, bastante grande y cerrada con una correa, que tenía puesto como indicación: «Lucie.» (Era el nombre de pila de la señora Thibault.)

Antoine desabrochó la hebilla con una cierta sensación de malestar. ¡Al fin y al cabo!

En primer lugar, las cosas más dispares. Un pañuelo bordado; un joyero, dos abridores de niña; en un portamonedas de marfil, con la bolsa de satén blanco, un billete de confesión doblado en cuatro y cuya escritura ya no era visible. Algunas fotografías descoloridas, que Antoine no había visto nunca: su madre cuando niña: su madre a los dieciocho o diecinueve años. Se asombraba de que su padre, tan poco sentimental, hubiera conservado estas reliquias, y precisamente en el cajón que tenía más a mano. Antoine experimentaba hacia esta jovencilla lozana y alegre, que había sido su madre, un cálido sentimiento de ternura. Pero al examinar estas facciones



olvidadas pensaba principalmente en sí mismo. Cuando la señora de Thibault había fallecido, al nacimiento de Jacques, él tenía nueve o diez años. En aquella época era un chiquillo obstinado, aplicado, retraído; hubo de reconocer incluso: «muy poco sensible». Y sin entretenerse en estas apreciaciones desagradables, escarbó en el otro departamento de la cartera.

Sacó dos paquetes del mismo tamaño:

«Cartas de Lucie.»

«Cartas de Oscar.»

Este último paquete estaba atado con una cinta muy estrecha y el rótulo estaba escrito con una letra muy inclinada, de colegio de monjas: indudablemente, el señor Thibault lo había encontrado tal como estaba en el secreter de la difunta, conservándolo piadosamente.

Antoine dudaba si abrirlo; ya tendría oportunidad más tarde. Pero al apartar el paquete, cuyo nudo estaba flojo, sus ojos tropezaron con algunos fragmentos que, así separados, llenos de auténtica vida, hacían surgir ante él la sombra de un pasado que no había llegado a conocer; ni siquiera a presentir:

«... Te escribiré desde Orleáns, antes del Congreso. Pero quisiera poderte enviar esta misma noche los latidos de mi corazón, amor mío, para inducirte a tener paciencia y ayudarte a soportar el primer día de esta semana de separación. El sábado ya no está muy lejos. Adiós, amor mío. Debieras llevarte al pequeño a tu habitación, para sentirte menos sola.»

Antes de proseguir la lectura, Antoine fue hasta la puerta y la cerró con llave.

«... Te amo con toda mi alma, mi bienamada. La ausencia me hiela el corazón, más aún que la nieve y el invierno de este país extranjero. No esperaré a W. P. en Bruselas. Antes del domingo te estrecharé de nuevo contra mí, mi Loulou querida. Los demás no pueden adivinar nuestro secreto: nadie se ha amado nunca como nosotros.»

Antoine estaba tan sorprendido de hallar estas palabras escritas por su padre, que no se decidía a volver a atar el paquete.

Sin embargo, no todo mostraba el mismo calor:

«... Confieso que una palabra de tu carta me ha desagradado. Te lo ruego, Lucie, no aproveches mi ausencia para perder el tiempo estudiando piano. Créeme. Esa especie de exaltación que procura la música ejerce sobre la sensibilidad de una persona todavía joven una acción nefasta: acostumbra a la ociosidad, a los extravíos

de la imaginación, y puede dar lugar a apartar a una mujer de las verdaderas obligaciones propias de su estado...»

Algunas veces, incluso, el tono se hacía áspero:

«... No me comprendes y me doy cuenta de que no me has comprendido nunca. Me acusas de egoísmo, ¡a mí, cuya existencia está consagrada por entero a los demás! ¡Si te atreves, pregúntale al abate Noyel lo que piensa acerca de esto! ¡Debieras darle gracias a Dios y estar orgullosa de esta vida de abnegación que yo hago, si fueras capaz de comprender su sentido, su grandeza moral, sus fines espirituales! ¡En lugar de eso, te sientes celosa y no piensas sino en frustrar en tu propio beneficio todas esas obras que tanto necesitan mi dirección!...»

Pero la mayor parte de las cartas reflejaba una profunda ternura:

«... Sin noticias ayer y sin noticias hoy. La necesidad que siento de ti, hace que cuente demasiado con esa carta tuya de todas las mañanas; cuando este viático me falta al despertar, me falta el valor para mi jornada de trabajo. A falta de cosa mejor, he releído tu dulce carta del jueves, llena de rectitud, de pureza y de ternura. ¡Oh, ángel bueno que Dios ha puesto a mi lado! Me reprocho no amarte como te mereces. Me doy perfecta cuenta, amor mío, de que te has prohibido a ti misma toda queja. ¡Pero cuál no sería mi bajeza, si aparentara olvidar mis errores y te disimulara mi arrepentimiento!

»La delegación está siendo muy obsequiada. Me han atribuido en ella un lugar muy preferente. Ayer, una comida de treinta cubiertos, brindis, etc. Creo que mis palabras han causado mucho efecto. Pero los honores no me hacen olvidar nada: entre las sesiones no pienso sino en ti, amor mío, y en el pequeñín...»

Antoine estaba extraordinariamente emocionado. Sus manos temblaban ligeramente cuando volvió a poner el paquete en su sitio. «Vuestra santa madre», decía siempre el señor Thibault, con un suspiro especial y levantando los ojos hacia la lámpara, cada vez que en la mesa aludía a algo con lo que se mezclaba el recuerdo de su esposa. Mediante esta breve incursión en el terreno de lo insospechado, Antoine acababa de saber mucho más acerca de la juventud de sus padres, que con todas las alusiones hechas por su padre en el transcurso de veinte años.

El segundo cajón estaba ocupado por otros legajos:

«Cartas de los hijos. Pupilos y presos.»

«El resto de su familia», pensó Antoine.

Cada vez se sentía identificado con este pasado, pero no menos sorprendido. ¿Quién hubiera podido creer que el señor Thibault había conservado de esta forma todas las cartas de Antoine, todas las de Jacques, e incluso las muy escasas de Gise, y que las colocaba todas bajo el epígrafe común de «Cartas de los hijos»?

Al abrir el legajo aparecía una primera carta, sin fecha, torpemente escrita a lápiz por un pequeñín al que una mamá había llevado la mano:

«Mi querido papá, te deseo muchas felicidades y muchos besos.

»ANTOINE.»

Se detuvo un momento sobre aquel vestigio prehistórico y siguió adelante.

Las cartas de «Pupilos y presos» no parecían tener ningún interés:

«Señor presidente,

»Esta noche nos embarcan para la isla de Ré. Lamentaría dejar la prisión sin expresarle mi agradecimiento por todas sus bondades...»

«Muy señor mío y querido bienhechor:

»El que le escribe y firma es un hombre que ha vuelto a ser honrado, y que por esta causa se atreve a pedirle su recomendación, acompañando junto con la presente una carta de mi padre, cuyo estilo y faltas de ortografía le ruego disculpe... Mis dos hijitas rezan todas las noches por aquél a quien ellas llaman “el padrino de papá”...»

«Señor Presidente,

»Hace veintiséis días que estoy metido en la cárcel y lleno de desesperación, por el hecho de que, en estos veintiséis días, no he visto al juez nada más que una vez, a pesar de mi memoria debidamente justificativa...»

Una cuartilla manchada, fechada en «Camp de Montravel, Nueva Caledonia», terminaba con estas palabras, escritas con una tinta amarillenta:

«... en espera de mejores días, le ruego acepte la expresión de mi más sincero agradecimiento.

»Transportado nº 4,843.»

Todos estos testimonios de confianza y de gratitud, todas estas manos miserables que veía tenderse así hacia su padre, no dejaban de emocionar a Antoine.

«Sería interesante que Jacques le echara una ojeada a todo esto», se dijo.

En el fondo del cajón, una cajita de cartón sin etiqueta: tres fotografías de

aficionado, con los picos doblados. La mayor representaba una mujer de unos treinta años, en los linderos de un bosquecillo de abetos y con un paisaje montañoso al fondo. Aunque Antoine la miró detenidamente a la luz de la lámpara, las facciones le eran completamente desconocidas. Por otra parte, la capota con cintas, el cuello de gorguera, las mangas ajamonadas, denotaban una moda bastante antigua. La segunda fotografía, más pequeña, representaba a la misma mujer, esta vez sentada y con la cabeza descubierta, en una plazoleta, tal vez en el jardín de un hotel; y junto al banco, a los pies de la dama, un caniche blanco en postura de esfinge. En la tercera foto el perro estaba solo, de pie sobre una mesa de jardín, con el hocico levantado y una cinta en la cabeza. En la caja, un sobre contenía el cliché de una fotografía grande: un paisaje de montaña. Ningún nombre, ninguna fecha. Fijándose bien, aunque la silueta fuese todavía esbelta, esta mujer podía haber alcanzado ya, e incluso sobrepasado, los cuarenta años. Una mirada cálida, seria a pesar de la sonrisa que animaba sus labios, una fisonomía atractiva, que Antoine examinaba, intrigado, sin decidirse a volver a cerrar la caja. ¿Sería sugestión? Ya no estaba tan seguro de no haber conocido a esta mujer.

El tercer cajón, casi vacío, no contenía sino un viejo libro de cuentas, que Antoine estuvo a punto de no abrir. Era un libro encuadernado en piel; con las iniciales del señor Thibault grabadas, y que, en realidad, nunca había sido utilizado como tal libro de cuentas.

En la primera página, Antoine leyó:

«Regalo de Lucie con motivo del primer aniversario de nuestro matrimonio: 12 de febrero de 1880.»

En el centro de la página siguiente, el señor Thibault había escrito con la misma tinta encarnada:

NOTAS  
*para utilizar en una*  
HISTORIA DE LA AUTORIDAD PATERNA  
*a través de los siglos.*

Pero este título estaba tachado. El proyecto debía de haber sido abandonado. «¡Extraña preocupación —se dijo Antoine— para un hombre que lleva un año de casado y cuyo primer hijo todavía no ha nacido!»

Cuando hubo hojeado el registro, su curiosidad se avivó. Muy pocas páginas quedaban en blanco. Las variaciones de la letra daban fe de que el libro había sido utilizado durante muchos años. Pero no era un diario, como Antoine había creído y

esperado en un principio: más bien era una recopilación de citas, al parecer tomadas en el curso de diferentes lecturas.

La elección de los textos podía tener bastante significación, y Antoine exploró las primeras páginas con mirada inquisitiva:

«Pocas cosas hay que deban temerse más que introducir la menor innovación en el orden establecido.» (Platón.)

El sabio. (Buffon.)

«Contento de su estado, no quiere ser sino como siempre ha sido; no vivir sino como ha vivido: bastándose a sí mismo, no tiene necesidad de los demás sino en una forma muy limitada, etc.»

Algunas de estas citas eran bastante inesperadas:

«Hay corazones agrios, amargos y ásperos por naturaleza, que hacen igualmente agrio y amargo todo lo que reciben.» (San Fr. de S.)

«No hay en el mundo almas que quieran más cordialmente, más tiernamente, más amorosamente que yo; e incluso abundo un poco en la dilección.» (San Fr. de S.)

«*La oración tal vez le haya sido dada al hombre para permitirle a diario un grito de amor del cual no tenga que avergonzarse.*»

Esta última nota carecía de referencia y estaba escrita en letra cursiva. Antoine pensó que era su padre el autor de ella.

Por otra parte, el señor Thibault parecía haber tomado la costumbre, a partir de este momento, de intercalar en medio de los textos el fruto de sus propias meditaciones. Y Antoine, al volver las páginas, se percató con vivo interés de que el cuaderno parecía haber perdido pronto su primitiva finalidad, para convertirse casi exclusivamente en una recopilación de pensamientos personales.

Al principio, la mayor parte de estas máximas tenían un sentido político o social. Indudablemente, el señor Thibault anotaba aquí ideas generales que le gustaba poder encontrar cuando preparaba un discurso. Antoine encontraba a cada paso este tipo de negaciones interrogativas «¿No hay?...», «¿No es necesario?» que eran tan características del pensamiento y la palabra paternas:

«La autoridad del patrono es un poder que basta para legitimar la competencia. ¿Pero no es todavía algo más? ¿No es necesario, para obtener una producción próspera, que se establezca una cohesión moral entre aquellos que cooperan a esta producción? ¿Y no es hoy el Patronato el órgano indispensable para la cohesión moral de los obreros?»

«El proletariado se rebela ante la desigualdad de condiciones, y llama injusticia a la admirable “variedad”, deseada por Dios.

»¿No se tiene cierta tendencia, en nuestros días, a olvidar que un hombre “de bien” es también, fatalmente o casi fatalmente, un hombre “que tiene bienes”?»

Antoine saltó de golpe dos o tres años. Las preocupaciones de orden general parecían ir dejando más lugar cada vez a consideraciones de tipo más íntimo:

«Lo que da tanta seguridad en sentirse cristiano, ¿no es que la Iglesia de Jesucristo sea “también” una Potencia temporal?»

Antoine sonrió. «Estas buenas gentes —se dijo—, a poco que sean ardientes y valerosas, son muchas veces más peligrosas que la chusma... Se imponen a todos, especialmente a los mejores; y están tan seguros de tener la verdad en el bolsillo que, para hacer triunfar sus convicciones, no retroceden ante nada... Ante nada... Yo he visto a mi padre, por el triunfo de su partido, por el éxito de alguna de sus obras, permitirse ciertas cosillas... ¡En una palabra, cosas que nunca se hubiera permitido, si hubiera sido para él, para obtener una distinción, para ganar dinero!»

Sus ojos recorrían las páginas, deteniéndose al azar:

«¿No hay una forma legítima y saludable del egoísmo, o, por mejor decirlo, una forma de utilizar el egoísmo para fines piadosos; por ejemplo: alimentar con él nuestra actividad de cristianos, y hasta nuestra fe?»

Algunas afirmaciones hubieran podido parecer cínicas, no conociendo la persona y la vida del señor Thibault:

«Obras. Lo que origina la grandeza y sobre todo la incomparable “eficacia social” de nuestra filantropía católica (Obras de Beneficencia, Hermanas de San Vicente de Paul, etc.) es que, de hecho, la distribución de los socorros materiales no alcanza apenas sino a los resignados, a las buenas almas, y no se corre el riesgo de animar a los insatisfechos, a los rebeldes, a aquellos que no aceptan su condición de inferioridad y no tienen otras palabras en la boca que “desigualdad” y “reivindicación”.»

«La verdadera caridad no estriba en desear la felicidad del prójimo.

»¡Dios mío, danos la fuerza necesaria para obligar a aquéllos a quienes debemos salvar!»

Idea que, meses más tarde, parecía obsesionarle todavía:

«Ser feroz consigo mismo, para tener el derecho de serlo con todos.»

«Entre las virtudes desestimadas, ¿no convendría poner en primer lugar, por el duro aprendizaje que exige, eso que en mis oraciones yo llamo desde hace tanto tiempo: el enrudecimiento?»

Y esto otro, que, aislado en medio de una página en blanco, adquiriría una fuerza terrible:

«Forzar la estimación, a fuerza de virtud.»

«¿Enrudecimiento!», pensaba Antoine. Descubría que su padre no era solamente rígido, sino también enrudecido premeditadamente. Por otra parte, no dejaba de encontrar cierta belleza en este autodomínio, incluso aunque desembocara en lo inhumano. «¿Sensibilidad mutilada voluntariamente?», se preguntaba. Algunas veces parecía que el señor Thibault hubiera sufrido voluntariamente y se vanagloriara de aquello que había adquirido con tanto sacrificio:

«La estimación no excluye necesariamente la amistad, pero parece poco probable que contribuya a hacerla nacer. Admirar no es amar; y si la virtud obtiene el respeto, no suele abrir los corazones.»

Amargura secreta, que, algunas páginas más adelante, le llevaba a escribir:

«El hombre de bien no tiene amigos. Dios le consuela proporcionándole agradecidos.»

Aquí y allá —pocas veces, bien es verdad—, un grito humano que desentonaba y sumía a Antoine en la estupefacción:

«Si no se hace el bien por inclinación natural, que sea por desesperación; o, al menos, por no hacer el mal.»

«Hay algo de Jacques en todo esto», se decía Antoine. Era difícil de precisar. La misma sensibilidad estrecha, la misma violencia secreta de los instintos, las mismas rudezas... Llegó a preguntarse si la aversión de su padre por el carácter aventurero de Jacques no estaría reforzada algunas veces por una oscura similitud de temperamento.

Muchas de las máximas empezaban con esta fórmula: «Asechanza del demonio.»

«Asechanza del demonio: la afición a la verdad. ¿No es muchas veces más difícil, más valeroso, perseverar por fidelidad a uno mismo en una convicción, aunque ésta se haya quebrantado, que sacudir las columnas presuntuosamente, a riesgo de

derrumbar el edificio?

»¿“El espíritu de continuidad” no es más que el espíritu de la verdad?»

«Asechanza del demonio. Disfrazar el orgullo no es ser modesto. Más vale dejar resplandecer los defectos que no se han sabido vencer, y hacer de ellos un estímulo, que mentir y debilitarse, tratando de disimularlos.»

(Orgullo, vanidad, modestia, eran palabras que se encontraban en todas las páginas.)

«Asechanza del demonio. ¿Rebajarse, hablando humildemente de uno mismo, no es una muestra de orgullo? Lo que hace falta es hacer el silencio acerca de uno mismo. Pero esto no es posible al hombre, si no está seguro de que otros, al menos, sabrán hablar bastante de él.»

Antoine volvió a sonreír. Pero la ironía pronto desaparecía de sus labios.

Cuánta melancolía en un tópico como éste, cuando procedía de la pluma del señor Thibault:

«¿Hay vidas —incluso vidas de santos— que no estén sometidas diariamente a la mentira?»

Por otra parte —y contrariamente a lo que Antoine hubiera supuesto, de acuerdo con el recuerdo que conservaba de su padre al envejecer—, la serenidad parecía apartarse cada vez más, según transcurrían los años, de esta alma henchida de certeza:

«Los frutos de una existencia, el alcance de la empresa de un hombre, su valor, están más influidos de lo que se cree por la vida del corazón. Hay muchos a quienes no ha faltado para dejar una obra digna de ellos sino el calor de una presencia amada.»

En algunos momentos se adivinaba incluso como un mal secreto:

«¿Una falta no cometida no puede provocar en el carácter de un hombre tantas deformaciones y hacer tantos estragos en su vida interior como un crimen real? Nada falta para ello: ni siquiera las punzadas del remordimiento.»

«Asechanza del demonio. No confundir con el amor al prójimo la emoción que nos embarga ante la proximidad, ante el contacto de determinados seres...»

Este párrafo se terminaba con medio renglón tachado. No lo bastante, sin embargo, para que Antoine no pudiera leer al trasluz:



«... jóvenes, tal como niños.»

En el margen, escrito a lápiz:

«2 de julio. 25 de julio. 6 de agosto. 8 de agosto. 9 de agosto.»

Luego, después de algunas páginas, en otro tono:

«¡Oh, Dios mío; Tú conoces mi miseria y mi indignidad! No tengo derecho a tu perdón, porque no me he desligado, no he podido desligarme de “mi” pecado. Fortalece mi voluntad para que pueda evitar las asechanzas del demonio.»

Y Antoine recordó repentinamente aquellas palabras indecentes que, en dos ocasiones distintas, habían brotado de los labios de su padre durante el delirio.

Frecuentes llamadas a Dios interrumpían estos exámenes de conciencia:

«¡Señor, aquel que Tú amas está enfermo!»

«¡Guárdate de mí, Señor, porque yo te traicionaré si me abandonas a mí mismo!»

Antoine pasó algunas páginas.

Una fecha, puesta en el margen a lápiz —«agosto 95»—, atrajo su atención:

«Delicadeza de enamorada. Sobre la mesa yacía el libro del amigo; la página estaba señalada con un trozo de periódico. ¿Quién ha podido venir tan temprano esta mañana? Un aciano, igual que los que adornaban ayer su corpiño, reemplaza ahora la señal de papel.»

¿Agosto de 1895? Antoine, estupefacto, buscó en sus recuerdos. En 1895, tenía él catorce años. El año en que el señor Thibault les llevara a todos a Chamonix. ¿Un encuentro de hotel? Inmediatamente pensó en la fotografía de la dama del caniche. ¿Encontraría alguna aclaración en la continuación? No. Ni una palabra más acerca de «la enamorada».

Sin embargo, algunas páginas después, una flor aplastada y seca —¿el aciano, tal vez?— aparecía junto a esta cita clásica:

«Hay en ella lo necesario para hacer una amiga perfecta; hay también lo necesario para llevaros más allá de la amistad.» (La Br.)

Luego, el mismo año, con fecha 31 de diciembre, como una conclusión, esto que recordaba al antiguo alumno de los jesuitas:

«*Saepe veint magno foenore tardus amor*<sup>[3]</sup>.»

Pero por más que trató Antoine de rememorar las vacaciones de 1895, no encontró ningún recuerdo de las mangas ajamonadas ni del caniche blanco.

No era posible leerlo todo aquella noche.

Por otra parte, el señor Thibault, convertido en un personaje en el mundo de las Obras y acaparado por sus múltiples funciones, parecía que en el curso de los últimos diez o doce años había abandonado poco a poco su registro. Escribía en él casi exclusivamente durante las vacaciones, y las citas piadosas se prodigaban. La fecha extrema era «septiembre de 1909». Ni un renglón después de la marcha de Jacques; ni durante la enfermedad.

En una de las últimas hojas, con letra menos firme, figuraba esta reflexión desengañada:

«Cuando el hombre alcanza los honores, es que ya no se los merece. ¿Pero no se los prodiga Dios, en su infinita bondad, solamente para ayudarle a soportar este menosprecio de sí mismo que envenena y acaba por secar la fuente de todo gozo, “de toda caridad”?»

El cuaderno terminaba con algunas páginas en blanco.

Al final, en la seda del forro, el encuadernador había hecho una especie de carterilla, en la que aún había viejos papeles. Antoine sacó de ella dos fotos de Gise cuando niña, un calendario de 1902 con los domingos marcados y esta carta, escrita en papel rosa:

«7 de abril de 1906.

»Querido W. X. 99:

»Todo lo que me dice acerca de usted podría decírselo yo igualmente. No; no me explico qué es lo que me ha movido a hacer esto, a poner este anuncio, a mí, educada como lo he sido; y esto me asombra hoy, lo mismo que a usted le asombra haber mirado estas Ofertas de Matrimonio en el periódico y haber cedido a la tentación de escribir a estas iniciales desconocidas, plenas de misterio para usted. Porque yo también soy católica practicante y muy adicta a los principios de la religión, a los cuales no he faltado nunca ni un solo día, y toda esta cuestión es tan novelesca que se diría, al menos para mí, que es como una señal de la providencia y que es Dios quien nos ha inspirado este momento de debilidad en que yo he insertado el anuncio y aquél en que usted lo ha leído y recortado. Desde hace siete años en que enviudé, he de decirle que cada vez sufro más por esta falta de cariño en mi vida, sobre todo porque no habiendo tenido hijos carezco de esta compensación. Pero esto no es una compensación, puesto que usted, que tiene dos hijos mayores, un hogar, en una palabra, y, según deduzco, una posición de hombre de negocios muy ocupado,

también se queja de soledad y falta de cariño. Sí; pienso, como usted, que es Dios quien nos ha otorgado esta necesidad de amar, y le pido noche y día en mis oraciones poder encontrar, en un matrimonio bendecido por Él, la amada presencia de un hombre que me prodigue el calor de una unión ardiente y fiel. A este hombre, enviado de Dios, yo le aportaré un alma también ardiente y una lozanía de amor que es una promesa sagrada de felicidad. Pero aunque lamento tener que dejar de complacerle, no puedo enviarle lo que me solicita, a pesar de comprender su petición. Usted ignora la clase de mujer que yo soy, quiénes eran mis padres —muertos hoy, pero vivos para mí en mis oraciones—, y el ambiente en que he vivido hasta ahora. Una vez más le pido no forme su opinión por esta debilidad que he tenido en mi ansia de cariño, cuando he hecho publicar esta oferta, y comprenda que una naturaleza como la mía es reacia a enviar una fotografía, ni siquiera favorecedora. Lo que puedo hacer, con mucho gusto, es pedir a mi director espiritual, quien desde Navidad es primer vicario de una parroquia de París, que vaya a ver a ese abate V. de quien usted me ha hablado en su segunda carta y le facilite todos los detalles. E incluso, por lo que respecta al físico, lo que puedo hacer es ir personalmente a visitar al señor abate V. que goza de su confianza y que podrá luego...»

Éstas eran las últimas palabras de la cuarta página. Antoine buscó en la carterilla. La hoja siguiente no estaba.

¿Se trataría siquiera de su padre? No había duda: los dos hijos, el abate V... ¿Preguntar a Vécard? Incluso si había estado mezclado en esta tentativa matrimonial, no divulgaría nada.

¿La señora del caniche? No; la fecha de esta carta, 1906, era reciente —el año del internado de Antoine en el servicio de Philip, el año que Jacques había pasado en el reformatorio de Crouy— y esta fecha relativamente reciente no concordaba con la capota, el talle fruncido y las mangas ajamonadas. Había que contentarse con hipótesis.

Antoine volvió a poner el registro en su sitio, cerró el cajón y miró la hora: las doce y media.

«Contentarse con hipótesis», repitió en voz baja al tiempo que se levantaba.

«El residuo de una existencia... —pensaba—. Y, a pesar de todo, ¡qué amplitud la de esta vida! ¡Una vida humana tiene siempre infinitamente más amplitud de lo que se supone!»

Durante un instante, como para arrancarle un secreto, contempló este sillón de caoba y cuero que acababa de abandonar y en el que durante tantos años el señor Thibault, firmemente incrustado, con el busto inclinado, irónico, cortante, o solemne, había pronunciado su sentencia.

«¿Qué he conocido de él? —pensaba—: Una función, la función paterna; una prerrogativa de derecho divino que ha ejercido sobre mí, sobre nosotros, durante treinta años seguidos; con conciencia, por otra parte: arisco y duro, pero con buena

intención; apegado a nosotros como a unas obligaciones... ¿Qué más he conocido? Un pontífice social, considerado y vociferante. ¿Pero él, él, el individuo que era cuando estaba a solas consigo mismo, quién era? No lo sé. Nunca expresó delante de mí un pensamiento, un sentimiento en el que yo haya podido ver algo íntimo, algo que haya sido real y verdaderamente suyo, a rostro descubierto.»

Desde que Antoine había tocado estos papeles, levantado aquella punta del velo, sospechado tantas cosas, comprendía con una especie de angustia que bajo aquella apariencia majestuosa, un hombre —un pobre hombre, tal vez— acababa de morir; y que este hombre era su padre, y que lo había ignorado por completo.

Repentinamente se preguntó:

«¿Y qué sabía él de mí? ¡Menos aún! ¡Nada! ¡Cualquier compañero de clase, perdido de vista desde hace quince años, sabe mucho más! ¿Es culpa suya? ¿No es mía? A este anciano instruido, que ha pasado a los ojos de tanta gente notable por un hombre prudente, experimentado, excelente consejero, yo, su hijo, nunca le consulté sino por pura fórmula, después de haberme orientado y haber decidido prescindiendo de él. Cuando nos encontrábamos cara a cara, había una conversación entre dos hombres de la misma sangre, de la misma naturaleza; y entre estos dos hombres, entre este padre y este hijo, ningún lenguaje para comunicarse, ninguna posibilidad de intercambio: ¡dos extraños!

»Y sin embargo, ¡no! —prosiguió, después de haber dado algunos pasos—. Esto no es la verdad. No éramos extraños uno para otro. Y es lo más terrible. Entre nosotros había unos lazos indiscutibles. Sí; esos lazos de padre a hijo, de hijo a padre —por risibles que parezcan con pensar solamente lo que han sido nuestras relaciones —, esos lazos únicos, que a nada se pueden comparar, existían indudablemente en el fondo de nosotros. Incluso a causa de ellos me encuentro trastornado en este momento: por primera vez en mi vida, tengo la impresión evidente de que, bajo esta incompreensión total, había algo secreto, enterrado: ¡una posibilidad; incluso una posibilidad excepcional de comprensión! Y ahora siento con certeza que, a pesar de todo —aunque nunca haya apreciado entre nosotros el menor indicio—, a pesar de todo, nunca ha habido y nunca habrá en el mundo otra persona —ni siquiera Jacques — tan bien hecha para comprenderse conmigo en lo más profundo de su ser ni mejor hecha para penetrar sin tropiezo en lo más hondo del mío... ¡Porque era mi padre, porque soy su hijo!»

Estaba junto a la puerta del vestíbulo. «Vamos a acostarnos», se dijo, dando la vuelta a la llave en la cerradura. Pero, antes de apagar, se volvió para acariciar con la mirada esta habitación de trabajo que ahora era como un alvéolo vacío.

«Y es demasiado tarde —concluyó—; se ha terminado definitivamente.»

Por debajo de la puerta del comedor se filtraba un rayo de luz.

—¿Cómo no se marcha usted, señor Chasle? —exclamó Antoine, empujando la puerta.

Inclinado entre dos pilas de esquelos, Chasle preparaba los sobres.

—¿Ah, es usted? Precisamente... ¿Dispone usted de un minuto? —dijo, sin levantar la cabeza.

Antoine, pensando que se trataba de precisar alguna dirección, se acercó sin desconfianza.

—¿Un minuto? —repitió el buen hombre sin dejar de escribir—... Para que le explique lo que le estaba diciendo acerca de ese capitalito.

Sin aguardar la contestación, había dejado la pluma, escamoteado la dentadura y miraba a su interlocutor con animación. Era inefable.

—¿Entonces no tiene usted sueño, señor Chasle?

—¡Oh, no! A mí lo que me mantiene despierto, son las ideas... —Su pequeño busto se tendía hacia Antoine, que había permanecido de pie—. Escribo las direcciones; escribo..., pero mientras tanto... —(Insinuó la sonrisa maliciosa de un prestidigitador complaciente que va a revelar uno de sus trucos.)— pero, mientras tanto, ésta da vueltas y más vueltas, *ad libitum!*

Y antes de que Antoine hubiera podido encontrar una escapatoria, prosiguió:

—Pues bien: con ese capitalito de que usted me ha hablado voy a poder realizar una de mis ideas. Sí; una idea mía: el «despacho». Es una especie de nombre abreviado. Un despacho. Puede decirse también una oficina. Una tienda; en una palabra. Sí. En primer lugar, una tienda. Un almacén, en una calle muy transitada de la localidad. Pero la tienda es el exterior. La idea está dentro.

Cuando el tema le afectaba mucho, como en este momento, hablaba con frasecillas ahogadas, las manos juntas y estiradas, inclinándose tan pronto a la derecha como a la izquierda. Entre cada frase, una corta pausa le permitía ordenar en su mente la frase siguiente; un mismo mecanismo parecía entonces hacer balancear el busto y proyectar hacia delante las palabras preparadas; luego, volvía a detenerse, como si no pudiera secretar sino una partícula de pensamiento de una sola vez.

Antoine se preguntó si el señor Chasle no tendría la cabeza más desequilibrada que de costumbre: los acontecimientos, algunas noches sin dormir...

—Latoche hablaría de todo esto mejor que yo —prosiguió el hombrecillo—. Hace ya mucho tiempo que conozco a Latoche, y por lo que respecta a su pasado, nunca he tenido de él sino magníficos informes. Un elegido. Siempre con ideas. Como yo. Incluso, entre los dos, una idea grandiosa: ese «despacho» de que hablaba. El «Despacho del Ingenio Moderno»... ¿Me comprende?

—No del todo.

—Pues bien: los pequeños inventos, en definitiva. ¡Los pequeños inventos prácticos!... Todos los ingenieros de menor cuantía que inventan algo y no saben qué hacer con ello. Todo eso lo centralizamos Latoche y yo. Se ponen anuncios en los periódicos de la localidad...

—¿De qué localidad?

El señor Chasle miró a Antoine como si no comprendiera la pregunta.

—En vida del difunto —prosiguió después de una pausa— me hubiera dado vergüenza contar estas cosas. Pero ahora... Hace trece años que estoy rumiando todo esto. Desde la Exposición. Yo mismo, completamente solo, he inventado un montón de cosillas útiles. Sí. Un tacón registrador, para contar los pasos. Un humedecedor de sellos, automático y perpetuo. —Saltó de la silla y se acercó a Antoine—. Pero lo más interesante, es el huevo. El huevo cuadrado. Me falta por encontrar el líquido. Para ello estoy en relaciones con diversos investigadores. Los curas de pueblo son todos de lo más adecuado: en invierno, después del *Angelus*, tienen tiempo de sobra, ¿no es así? Los he lanzado a todos a la búsqueda de mi líquido. En cuanto tenga mi líquido... Pero el líquido es ya lo de menos. Lo difícil era la idea.

Antoine abrió los ojos desmesuradamente:

—¿Y cuando tenga el líquido?...

—Pues entonces, mojo en él los huevos..., lo estrictamente necesario para ablandar la cáscara sin estropear el huevo... ¿Me comprende?

—No.

—Los dejo secar en moldes...

—¿Cuadrados?

—¡Naturalmente!

El señor Chasle se retorció como un gusano decapitado. Antoine no le había visto nunca en este estado.

—¡A centenares! ¡A millares! ¡Una fábrica! ¡El huevo cuadrado! ¡No más hueveras! ¡El huevo cuadrado se mantiene de pie! ¡Se aprovecha la cáscara! ¡Se hace con ella un cerillero, un mostacero! ¡El huevo cuadrado se coloca en cajas, como trozos de jabón! ¿Se da usted cuenta de lo que esto significa para el transporte?

Quiso volver a encaramarse sobre «su traspuntín», pero inmediatamente, como si le hubieran pinchado, saltó al suelo. Estaba completamente congestionado.

—Dispéñeme, ahora vuelvo —murmuró, dirigiéndose hacia la puerta—. La vejiga... Es nervioso... En cuanto hablo del huevo...

## XI

AL día siguiente, que era domingo, Gise se despertó, no quebrantada —la fiebre parecía habersele quitado definitivamente—, sino, por el contrario, impaciente y resuelta. Demasiado débil todavía para ir a la iglesia, pasó la mañana en su habitación rezando y meditando. Se sentía irritada por no poder reflexionar con eficacia acerca de la situación que se le había creado con el regreso de Jacques: no encontraba nada claro ante sí; y en esta mañana, a la luz del día, no conseguía ni siquiera aclararse del todo qué era lo que la víspera, en la visita nocturna de Jacques, le había producido aquel regustillo de decepción que casi la desesperaba. Era necesario explicarse. Disipar los malentendidos; después, todo se pondría en claro.

Pero Jacques no apareció en toda la mañana. Ni el mismo Antoine se dejaba ver casi desde que el cadáver había sido puesto en el ataúd. Tía y sobrina comieron mano a mano. A continuación, la muchacha volvió a su cuarto.

La tarde fue transcurriendo brumosa y fría, siniestra.

Sola y sin nada que hacer, presa fácil de las ideas fijas que la obsesionaban, Gise llegó a ponerse en un estado tal de nerviosismo que, hacia las cuatro de la tarde, cuando su tía estaba aún haciendo la visita al Santísimo Sacramento, se envolvió en un abrigo, bajó de un tirón hasta la planta baja y se hizo guiar por León hasta la habitación de Jacques.

Éste estaba leyendo el periódico, sentado en una silla al pie de la ventana.

Su silueta se recortaba a contraluz contra el cristal blanco, y Gise se sintió sorprendida por su corpulencia: cuando no estaba a su lado, olvidaba que se había convertido en un hombre y no evocaba sino al adolescente de rasgos infantiles que, tres años antes, la había estrechado entre sus brazos bajo los árboles de Maisons.

A la primera mirada, sin analizar sus impresiones, observó la forma en que estaba sentado sobre la silla, de medio lado, y que todo, en esta habitación en desorden (la maleta abierta en el suelo, el sombrero encima del reloj parado, el escritorio sin utilizar, los dos pares de zapatos delante de la biblioteca), todo significaba campamento provisional, lugar de paso en el que no podría reanudar las viejas costumbres.

Jacques se había levantado para venir a su encuentro. Cuando Gise recibió de cerca la caricia azul de su mirada, en la que se leía cierta sorpresa, se turbó hasta el extremo de que no pudo recordar lo que había pensado para hacer plausible su visita; en su cabeza ya no quedaba nada sino la realidad: un deseo irresistible de ver las cosas claras. Por consiguiente, haciendo acopio de todo su valor, pálida, animosa, se detuvo en medio de la habitación y dijo:

—Jacques, tenemos que hablar.

Tuvo tiempo de sorprender en aquellos ojos, que tan afectuosamente venían a su encuentro, un destello duro y brevísimo, que el movimiento de los párpados

interceptó casi de inmediato.

Jacques se echó a reír, forzando un poco la voz:

—¡Dios mío, cuánta seriedad!

Esta ironía la dejó helada. Sin embargo, sonrió: una sonrisa temblorosa que terminó en un gesto de dolor; las lágrimas se le subían a los ojos. Volvió la cara, dio algunos pasos y vino a sentarse en el sofá-cama; pero, no teniendo más remedio que secarse las lágrimas que ahora corrían por sus mejillas, en un tono de reproche en el que ella creyó poder deslizarse un poco de alegría, dijo:

—Fíjate, ya me estás haciendo llorar... Es una tontería...

Jacques sintió que la inquina se apoderaba de él. Era así: esta irritación que llevaba desde su infancia en lo más profundo de su ser —hasta cierto punto, a su modo de entender, como la tierra tiene su núcleo en fusión—, esta rabia sorda, este rencor, brotaba algunas veces en oleadas de lava ardiente que nada podía contener.

—¡Pues bien, sí; al fin y al cabo es mejor, habla! —gritó, con una exasperación hostil—. ¡También yo prefiero terminar de una vez!

Gise se esperaba tan poco este ex abrupto, y la pregunta que había venido a hacer encontraba ya en esta explosión una contestación tan explícita, que se apoyó en el respaldo con los labios exangües y entreabiertos, como si, efectivamente, la hubiera golpeado. Como toda defensa, puso la mano ante sí y murmuró: «Jacquot...» con una voz tan desgarradora que Jacques cambió súbitamente.

Aturdido, olvidándolo todo, pasó sin transición del encono más agresivo a la ternura más espontánea e ilusionada: corrió hacia el sofá, se dejó caer junto a Gise y la estrechó llorosa sobre su pecho. Balbuceaba:

—Pequeña..., mi pobre pequeña...

Veía muy de cerca el granulado mate de su cutis y, en torno a los ojos, el halo transparente y oscuro, que daba más tristeza y dulzura a esta mirada húmeda que la joven levantaba hacia él. Pero muy pronto le volvió la lucidez por completo, reavivada incluso; y, cuando aún estaba inclinado sobre ella, con la nariz hundida en su cabellera, se dio cuenta cabal, como si se tratara de otra persona, del equívoco de esta atracción puramente física. ¡Basta! Ya una vez, en el terreno resbaladizo de la compasión, se había visto obligado, en beneficio de ambos, a frenar a tiempo y huir. (Por otra parte, el que en un momento así pudiera medir, razonar, distinguir tan perfectamente el peligro que corrían, ¿no era ya de por sí buena prueba de la mediocridad de su impulso? ¿Y no señalaba esto la magnitud del engaño inconsistente de que estaban a punto de ser víctimas?)

Inmediatamente, y sin tener que llevar a cabo consigo mismo una lucha demasiado heroica, rehusó la dulzura de besar esta sien que sus labios rozaban ya: se contentó con apoyarla cariñosamente sobre su hombro y acariciar lentamente, con las yemas de los dedos, la mejilla tibia, sedosa, todavía húmeda a causa de las lágrimas.

Acurrucada contra él, con el corazón palpitante, Gise tendía la mejilla, el cuello, la cabeza, a la caricia de aquella mano. No se movía, pero estaba dispuesta a echarse



a los pies de Jacques, a abrazar sus rodillas.

Y él, por el contrario, sentía por momentos que su pulso se regularizaba; recobraba una calma casi monstruosa. Por un momento, llegó incluso a odiar a Gise por el deseo banal que a veces le inspiraba; llegó incluso a despreciarla un poco. La imagen de Jenny, como un destello fulgurante desvanecido inmediatamente, atravesó su mente que recobraba su actividad. Luego, trastocando todo otra vez, hizo examen de conciencia: se avergonzó. Gise era mejor que él. Este ardiente amor de animal fiel, que después de tres años de ausencia había encontrado intacto; y también la manera ciega con que se abandonaba a su destino de enamorada, a este destino trágico que aceptaba con todos sus riesgos, sin un desfallecimiento, eran indudablemente sentimientos más fuertes, más puros que aquellos que él se creía capaz de sentir. Sopesaba todo esto con una especie de impasibilidad: una frialdad interna que le permitía ahora mostrarse muy cariñoso con Gise, sin ningún peligro...

Pasaba de esta forma de una idea a otra, mientras que Gise, obstinada, no pensaba sino en una cosa, en una sola... Y estaba tan tensa hacia este único pensamiento de amor, era tan sensitiva a todo lo que emanaba de él que, de repente, sin que Jacques hubiera dicho ni una palabra, sin que hubiera modificado su actitud ni cesado de acariciar la mejilla oprimida contra él, nada más que por la forma distraída, afectuosa, en que la mano iba y venía de los labios a la sien, Gise tuvo la intuición de todo: comprendió que los lazos estaban rotos para siempre y que, para él, ella no representaba nada.

Sin esperanza —como se hace con toda certeza la prueba de algo evidente— y con el fin de convencerse inmediatamente de una manera indudable, Gise se apartó bruscamente de él y le miró a los ojos. Jacques no tuvo tiempo para disimular la sequedad de su mirada, y esta vez la joven tuvo la certeza absoluta de que todo había cambiado irremediabilmente.

Pero, al mismo tiempo, tuvo el temor infantil de oírsele decir y de que la terrible verdad se condensara en unas palabras precisas que ambos serían condenados a recordar siempre. Toda su debilidad se hizo fuerza para que Jacques no pudiera ni siquiera sospechar sus pensamientos. Tuvo el valor de apartarse más, de sonreír, de hablar.

Su mirada, con una indiferencia forzada, recorrió toda la habitación.

—¡Cuánto tiempo hacía que no venía a este cuarto! —murmuró.

Bien al contrario: conservaba un recuerdo muy preciso de la última vez que se había sentado aquí, en este mismo sofá, al lado de Antoine. ¡Y aquel día había creído sufrir! Había creído que la ausencia de Jacques y la inquietud mortal en que vivía era una prueba terrible. ¿Pero qué era aquello, al lado de lo que soportaba hoy? En aquella época no tenía sino que cerrar los ojos para que al instante estuviera presente Jacques, dócil a su llamada, exactamente como ella deseaba que fuera. ¡Pero ahora! ¡Ahora que había vuelto a encontrarle, sabía verdaderamente lo que era tener que vivir sin él! «¿Cómo es posible esto?», se decía. «¿Cómo puede haber sucedido

esto?» Y su angustia se hizo tan punzante que tuvo que cerrar los ojos durante algunos segundos.

Jacques se había levantado para encender la luz; fue hasta la ventana y corrió los visillos; pero no volvió a sentarse.

—¿Tienes frío? —preguntó al verla temblar.

—Es que tu alcoba no está apenas caldeada —dijo Gise, aprovechando el pretexto—. Creo que haré mejor subiéndome.

La sonoridad de las voces, quebrando el silencio, le había dado cierta firmeza. La fuerza que extraía de esta apariencia de naturalidad era bien efímera, pero tenía una necesidad tal de mentira que, durante algunos instantes aún, continuó hablando a borbotones, arrojando palabras ante sí como el calamar arroja su tinta. Y Jacques, de pie, aprobaba con una sonrisa, engañado por el ardid; tal vez dichoso, inconscientemente, de escapar todavía por esta noche a la explicación.

Sin embargo, Gise había conseguido levantarse. Se miraron. Eran casi de la misma talla. La joven se dijo: «¡Nunca, yo nunca me podré pasar sin él!» Lo cual era una forma de no abordar de frente este otro pensamiento atroz: «¡Él es fuerte: qué fácil le resulta prescindir de mí!» Súbitamente, tuvo la revelación de que Jacques, con su fría crueldad de hombre, escogía su destino, mientras que ella no podía hacer nada para escoger el suyo, ni siquiera para orientarlo, por poco que fuera.

Entonces le preguntó a quemarropa:

—¿Cuándo vuelves a marcharte?

Creyó haber adoptado un tono indiferente.

Jacques se contuvo, dio distraído dos o tres pasos y luego se volvió a medias:

—¿Y tú?

¿Cómo confesar más claramente que, efectivamente, iba a volver a marcharse y que no pensaba que Gise pudiera quedarse en Francia?

La joven hizo un gesto indeciso con los hombros y, tratando de sonreír por última vez —lo que ya terminaba por hacer bastante bien—, abrió la puerta y desapareció.

No hizo nada para detenerla, pero la siguió con la mirada con una ternura repentina y pura. Hubiera querido poderla coger sin peligro entre sus brazos, acunarla, protegerla... ¿Protegerla contra qué? Contra ella misma. Contra el mal que él mismo le causaba (del cual, por otra parte, no tenía sino una noción bastante vaga). Contra el mal que aún le causaría, el mal que no podía no causarle...

Permanecía de pie con las manos en los bolsillos y las piernas separadas, en medio de su alcoba en desorden. A sus pies estaba abierta la maleta, abigarrada de etiquetas multicolores. Volvió a verse en Ancona —o tal vez en Trieste—, en el entrepuente apenas iluminado de un buque, entre los emigrantes que se insultaban en un idioma desconocido; un rugido infernal azotaba los flancos del navío; luego, un estrépito de chatarra dominó la disputa; se habían levado anclas; las oscilaciones aumentaron; en todas partes se produjo un silencio repentino: ¡el buque acababa de zarpar, el buque se lanzaba a la noche!

El pecho de Jacques se dilató. Aquella aspiración enfermiza hacia no sabía qué lucha, qué creación, qué plenitud de su ser, se tropezaba contra esta casa, contra este muerto, contra Gise, contra todo este pasado todavía lleno de trampas y ligaduras.

—¡Largarse! —rezongó, apretando los dientes—. ¡Largarse!

Gise se había desplomado sobre la banqueta del ascensor. ¿Tendría fuerzas bastantes para llegar a su alcoba?

Así, pues, ya estaba hecho: esta explicación —de la que, a pesar de todo, tanto había esperado— estaba ya acabada por completo. Cuatro frases habían bastado: «¡Jacques, tenemos que hablar!»; a lo cual, él había contestado: «¡También yo prefiero acabar de una vez!» Luego, dos preguntas que habían quedado sin respuesta: «¿Cuándo te marchas?» «¿Y tú?» Cuatro frases insignificantes que se repetía con estupor.

¿Y ahora?

Al encontrar aquella enorme casa silenciosa, en el fondo de la cual dos religiosas velaban un ataúd y donde ya no quedaba nada de la esperanza que había dejado media hora antes, sintió tal opresión en el corazón que el temor de encontrarse sola fue aún más imperioso que su debilidad o su necesidad de reposo. En lugar de dirigirse apresuradamente hacia su alcoba, entró en la de su tía.

La anciana ya estaba de regreso. Estaba sentada, como casi siempre, delante de su escritorio atestado de facturas, de muestras, de prospectos y de medicinas. Conoció a Gise por la forma de andar y volvió hacia ella su cuerpo raquítico:

—¿Ah, eres tú...? Precisamente...

Gise corrió hacia ella vacilante, besó la frente de marfil entre las crenchas blancas y, demasiado grande ahora para acurrucarse en los brazos de la viejecilla, se dejó caer, como una niña, sobre sus rodillas.

—Precisamente, quería preguntarte, Gise: ¿no te han dicho nada de las precauciones..., la desinfección?... ¡Y sin embargo, hay leyes acerca de esto! Pregunta a Clotilde. Deberías hablar de ello con Antoine... Primero las «Estufas municipales».

Y después, para estar más seguros, esas fumigaciones del farmacéutico. Clotilde sabe. Se cierran todas las rendijas. Ese día vendrás a ayudarnos...

—Pero tía —murmuró Gise, cuyos ojos volvieron a llenarse de lágrimas—, tengo que volver a marcharme... Me esperan..., allí...

—¿Allí? ¿Después de lo que ha sucedido? ¿Me vas a dejar sola? —El temblor nervioso de la cabeza interrumpía sus palabras—. En el estado en que estoy, a los setenta y ocho años...

«Volver a marchar —pensaba Gise—. Y Jacques también se va a marchar. Y será como antes, pero sin esperanza... Sin ninguna, sin ninguna esperanza...» Le dolían las sienes. Todo se embarullaba en su cabeza. Jacques, ahora, le era incomprensible, y esto era lo más doloroso de todo. ¡Incomprensible él, a quien nunca había dejado de

comprender —según creía— mientras había estado lejos! ¿Cómo podía ser esto?

Se preguntó: «¿Entrar en el convento? La paz para siempre, la paz de Jesucristo... ¡Pero renunciar a todo! Renunciar... ¿Podría hacerlo?»

Incapaz de contenerse rompió a llorar y, levantándose a medias, abrazó a su tía repentinamente.

—¡Ah! —gimió—. ¡Esto no es justo, tía! ¡Esto no es justo!

—Pero bueno, ¿qué es lo que no es justo? ¿De qué estás hablando, vamos a ver? —masculló la señorita, inquieta y descontenta.

Gise permanecía en el suelo, sin apenas fuerzas. En algunos momentos, buscando un apoyo, algo, acariciaba con la mejilla el paño recio bajo el cual apuntaban las rodillas de la anciana, que con voz ofendida y moviendo la cabeza repetía:

—A los setenta y ocho años, quedarme sola, en la situación en que estoy...

## XII

EN Crouy, la capillita del reformatorio estaba atestada. A pesar del frío, las puertas estaban abiertas de par en par y, desde hacía ya una hora, en el patio, donde las pisadas de la gente habían transformado la nieve en un helado fangoso, se alineaban, inmóviles, con la cabeza descubierta y sus cinturones con chapa de cobre sobre los uniformes nuevos, los doscientos ochenta y seis acogidos de la Fundación, flanqueados por los vigilantes, de uniforme y con la pistolera al costado.

La misa había sido celebrada por el abate Vécard; pero el obispo de Beauvais, que tenía una cavernosa voz de bajo, había venido a dar la absolución.

Los cantos litúrgicos se elevaban uno tras otro y se cernían durante un instante en el silencio sonoro de la navecilla:

—*Pater noster...*

—*Requiem aeternam dona ei, Domine...*

—*Requiescat in pace...*

—*Amen.*

Después, el sexteto que ocupaba la tribuna atacó los últimos acordes.

Antoine, cuya imaginación no dejaba de trabajar activamente desde por la mañana a causa del espectáculo, pensó: «Se tiene siempre la manía de tocar en los entierros esta marcha de Chopin. ¡Pero si apenas es fúnebre! Una tristeza fugaz, e inmediatamente esta explosión de alegría, esta ansia de ilusión... ¡Es todo la despreocupación de un tuberculoso que piensa en su muerte!» Se acordó de los últimos días de Dorny, un músico también, enfermo del hospital: «La gente se enternece con esto, cree ver en ello el éxtasis de un agonizante que descubre el cielo... En realidad, para nosotros, no es sino una de las características de la enfermedad, casi un síntoma de las lesiones, como la fiebre.»

Hubo de confesarse, por otra parte, que una desesperación patética hubiera estado completamente desplazada en este caso: nunca se habían celebrado unos funerales con una ceremoniosidad más oficial. Sin contar al señor Chasle, que nada más al llegar se había mezclado con el acompañamiento, Antoine era el único «íntimo». Los primos, los parientes lejanos, que habían asistido a la misa de París, no habían considerado necesario hacer el viaje a Crouy, con semejante frío. La concurrencia se componía únicamente de colegas del difunto y de delegados de las obras filantrópicas. «Todos “representantes” —se dijo Antoine, divertido—. Incluso, yo mismo, “represento” a la familia. —Luego, con cierta melancolía, añadió—: Ni un amigo.» Quería decir: «Nadie que sea amigo mío.» Y con razón. (Desde la muerte de su padre había tenido oportunidad de comprobar que carecía de amigos personales. Aparte de Daniel, tal vez, nunca había tenido sino compañeros. Era culpa suya: ¡había estado tanto tiempo sin preocuparse de los demás! Hasta estos últimos años, incluso casi se sentía orgulloso de este aislamiento. Ahora empezaba a sufrir por su

causa.)

Observaba con curiosidad las idas y venidas de los oficiantes. «¿Y ahora?», se preguntó, viendo al clero desaparecer en la sacristía.

Se esperaba a que los empleados de la funeraria transportasen el féretro al catafalco erigido a la entrada de la capilla. Entonces, vino una vez más el maestro de ceremonias —con los gestos acompasados de un mal maestro de ballet— a inclinarse ante Antoine, haciendo sonar tristemente sobre el empedrado su negro bastón; luego, en procesión, el cortejo fue a congregarse bajo el porche para escuchar los discursos. Erguido y digno, Antoine se prestaba dócilmente al ceremonial, sostenido por el sentimiento de que era el centro de muchas miradas. Los asistentes abrían calle, apretujándose para ver desfilar, detrás del hijo del señor Thibault, al sub-prefecto, al alcalde de Compiègne, al comandante militar de la plaza, al jefe de la remonta, al Ayuntamiento de Crouy en pleno, con todos sus miembros muy puestos de levita; también había un joven obispo *in partibus* que «representaba» a su eminencia el cardenal arzobispo de París, y, entre otros personajes cuyos nombres se citaban en voz baja, algunos académicos de la de Ciencias Morales, que habían venido, por compañerismo, para honrar los restos del colega recién fallecido.

—¡Señores! —dijo una voz potente—. En nombre del Instituto de Francia, tengo el triste privilegio...

Era Loudun-Costard, el jurisconsulto; un hombre calvo, corpulento, embutido en una pelliza con el cuello de piel. Se había impuesto la tarea de hacer una semblanza de toda la existencia del difunto.

—... Su juventud transcurrió, estudiosa y ferviente, no lejos del negocio familiar, en el colegio de Ruán...

Antoine recordó una fotografía de colegial apoyado en los libros de premio. «La juventud de mi padre... —se dijo—. ¿Quién hubiera podido predecir entonces?... No se consigue comprender a un hombre sino después de su muerte. Mientras está vivo, todas las cosas que puede aún realizar y que se ignoran constituyen otras tantas incógnitas que falsean los cálculos. La muerte viene por fin a realzar los contornos; es como si el personaje se desprendiese de su ambiente y se aislase: se gira alrededor de él, por fin se le ve la espalda, se puede formar una idea de conjunto... Siempre lo he dicho —añadió, sonriendo para sus adentros—: ¡no se puede hacer un diagnóstico definitivo antes de la autopsia!»

Se daba perfecta cuenta de que no había terminado de reflexionar acerca de la vida y el carácter de su padre, y que, durante mucho tiempo todavía, encontraría en esta meditación la oportunidad de hacer un examen de conciencia lleno de enseñanzas y de atractivo.

—... Cuando fue convocado para venir a colaborar en los trabajos de nuestra ilustre Corporación, no solamente hacíamos un llamamiento a su desinterés, a su energía, a su amor por la Humanidad, ni siquiera a esa alta e incontestable honorabilidad que hizo de él una de las personalidades más representativas...

«Un “representante”, también él», se dijo Antoine.

Escuchaba estas letanías elogiosas, y no podía permanecer insensible a ellas. Estaba casi a punto de creer que durante mucho tiempo había subestimado a su padre.

—... e inclinémonos todos, señores, ante este noble corazón que, hasta el último momento, no latió sino en pro de causas justas y generosas.

El inmortal había terminado. Recogió las cuartillas, se apresuró a esconder las manos en los bolsillos forrados de piel y volvió modestamente a ocupar su sitio entre sus colegas.

—El señor Presidente del Comité de las Obras Católicas de la Diócesis de París —anunció discretamente el maestro de ballet.

Un venerable anciano, armado con una trompeta acústica y sostenido por un criado casi tan viejo y casi tan impotente como el amo, se acercó al catafalco. No solamente era el sucesor del señor Thibault en la presidencia del Comité diocesano, sino un amigo personal del difunto y el último superviviente hoy de aquel grupo de jóvenes de Ruán que vinieran con el señor Thibault para estudiar la carrera de Derecho en París. Era completamente sordo, y ello desde hacía mucho tiempo, puesto que Antoine y Jacques, en la época de su infancia, le habían apodado «el Tapia».

—Los sentimientos que nos reúnen aquí, señores, no deben basarse solamente en nuestro pesar... —chillaba el anciano; y esta voz aguda, destemplada, recordaba a Antoine la entrada que «el Tapia» había hecho la antevíspera en la cámara mortuoria, del brazo poco firme del mismo criado: «Orestes —había gritado nada más al llegar a la puerta—, ha querido rendir a Pylades este último tributo de amistad.» Se le condujo junto al difunto, al cual contempló, durante largo rato, con sus ojos de párpados enrojecidos; después, se levantó y, dirigiéndose a Antoine como si hubiesen estado a treinta metros uno de otro, exclamó con un sollozo: «¡Qué guapo era a los veinte años!» (Hoy, Antoine encontraba este recuerdo divertido. Qué de prisa cambian las cosas, observó: dos días antes, al lado del cadáver, se había sentido verdaderamente emocionado.)

—... ¿Cuál era el secreto de esta fuerza? —clamaba el viejo—. ¿En qué fuentes bebía entonces Oscar Thibault este equilibrio sin desaliento, este optimismo sereno, esta confianza en sí mismo que se reía de los obstáculos y le aseguraba el éxito en las empresas más difíciles?

«¿No es honor eterno de la religión católica, señores míos, producir tales hombres, tales vidas?»

«Es innegable —concedió Antoine—. Padre encontró en su fe un apoyo sin igual. Gracias a ella, ignoró siempre lo que ata: los escrúpulos, el sentido excesivo de la responsabilidad, la falta de confianza en sí mismo y todo lo demás. Un hombre que tiene fe no tiene más que obrar.» Llegó, incluso, a preguntarse si las gentes como su padre y este viejo «Tapia» no habrían tomado, en definitiva, uno de los caminos más tranquilos que pueden llevar al hombre desde que nace hasta que muere. «Socialmente —se decía Antoine—, se encuentran entre aquellos que mejor consiguen conciliar su existencia de individuo con la existencia de la colectividad. Indudablemente, obedecen a la forma humana de ese instinto que han hecho posibles el hormiguero y la colmena. Esto no es nada... Incluso, esos defectos horribles que yo reprochaba a mi padre: ese orgullo, esa sed de honores, esa pasión de despotismo; hay que reconocer que, precisamente gracias a ellos, pudo obtener infinitamente más, socialmente, de lo que hubiera logrado si hubiera sido flexible, conciliador, modesto...»

—... Señores, este gran luchador hoy ya no necesita nuestros homenajes estériles —continuaba el sordo, cuya voz se enronquecía por momentos—. ¡El momento es más grave que nunca! No nos entretengamos en enterrar a nuestros muertos. Renovemos nuestras fuerzas en la misma fuente sagrada, y apresurémonos, apresurémonos... —Llevado por la sinceridad de su impulso, quiso dar un paso hacia adelante y tuvo que apoyarse en el hombro vacilante de su criado. Pero esto no le coartaba para gritar—: ¡Apresurémonos, señores..., apresurémonos... en volver al combate!

—El señor Presidente de la Liga Moral de Puericultura —anunció el maestro de ballet.

El hombrecillo de blanca barba que se adelantó con paso torpe parecía literalmente congelado hasta las articulaciones. Sus dientes castañeteaban; tenía la cara lívida. Daba pena mirarle: hasta tal extremo parecía afectado, disminuido por el rigor de la temperatura.

—Me siento sobrecogido por..., por una... —(Parecía hacer esfuerzos sobrehumanos para separar sus mandíbulas entumecidas.)—... por una dolorosa emoción...

«¡Esos pobres chicos se van a morir de frío con esos guardapolvos!», refunfuñó Antoine, que se impacientaba. También él sentía que el frío le invadía las piernas y le congelaba la pechera de la camisa, a pesar del abrigo.



—... Pasó entre nosotros haciendo el bien. Éste será su glorioso epitafio: *Pertransiit benefaciendo!*

»Nos abandona, señores, colmado de los testimonios de nuestra consideración...»  
—peroraba el hombrecillo.

«¡Consideración!... Ya estamos —se dijo Antoine—. ¿Consideración de quién?», y paseaba una mirada indulgente por estas filas de viejos señores decrepitos, ateridos, con los ojos lacrimosos y la nariz húmeda a causa del frío, los cuales procuraban oír lo mejor posible y puntuaban las frases con señales de aprobación. No había uno sólo entre ellos que no pensara en su propio entierro y envidiara estos «testimonios de consideración» que con tanta generosidad prodigaban al eminente colega difunto.

El viejecillo barbudo tenía poco resuello. No tardó en ceder el sitio.

El que le sucedió era un anciano arrogante de mirada clara, acerada, lejana. Era un vicealmirante retirado, dedicado a las buenas obras. Sus primeras palabras no fueron del gusto de Antoine:

—Oscar Thibault tenía una inteligencia despierta y clarividente que supo siempre, en las funestas querellas de nuestra época turbulenta, reconocer la buena causa y trabajar en pro del futuro...

«No; eso no es verdad —protestaba Antoine en su fuero interno—. Padre tenía anteojeras y pasó por el mundo sin ver nada más que lo que bordeaba el estrecho sendero que había escogido. Se puede decir, incluso, que era el tipo clásico del partidista. Desde la escuela había renunciado por completo a buscarse a sí mismo, a interpretar libremente, a descubrir, a conocer. No supo sino seguir la ruta que le había sido marcada. Había adoptado una librea...»

—... ¿Hay desatino más envidiable? —proseguía el almirante—. Una vida semejante, señores, ¿no es la imagen...?»

«Una librea —pensaba Antoine, paseando una vez más sus ojos sobre la concurrencia atenta—. Y es tan cierto, que todos son iguales. Intercambiables; describiendo a uno se les describe a todos. Frioleros, parpadeantes, miopes, que tienen miedo a todo: ¡miedo al pensamiento, miedo a la evolución social, miedo a todo lo que lucha contra su fortaleza!... ¡Cuidado, la elocuencia se apodera de mí!... —se dijo—. Pero “fortaleza” es bastante adecuado; tienen exactamente el estado de ánimo de unos sitiados que se están contando a cada momento para estar seguros de que son suficientemente numerosos detrás de sus murallas.»

Sentía un malestar creciente y ya no escuchaba el discurso; pero atrajo su atención el amplio ademán del orador:

—¡Adiós, querido Presidente, adiós! Mientras vivan aquellos que te vieron entregado a la tarea...

El director del reformatorio salió del grupo de oradores. Era el último que iba a hacer uso de la palabra. Éste, al menos, parecía haber observado bastante de cerca a aquél cuya oración fúnebre había de pronunciar:

—... Nuestro querido Fundador ignoraba el arte de disfrazar su pensamiento tras una fácil simpatía y, constantemente acuciado por el deseo de obrar, tenía el valor de desdeñar los rodeos de una cortesía vana...

Antoine, divertido, aguzaba el oído.

—... Su bondad se disimulaba bajo una rudeza varonil que lo hacía tal vez más eficaz. Su intransigencia en las reuniones del Consejo era una manifestación de su energía, de su respeto al Derecho, del alto concepto que se había formado de sus deberes de jefe...

»En él, ¡todo era lucha y casi inmediatamente victoria! Su misma palabra tendía siempre a un fin inmediato: era un arma, una maza...»

«Sí; a pesar de todo, padre era una potencia —pensó Antoine de repente. Y se sintió sorprendido de estar ya tan firmemente convencido de esto—: Padre hubiera podido ser otra cosa... Hubiera podido ser algo verdaderamente grande...»

Pero el director extendía el brazo hacia las filas de los acogidos, formados entre sus guardianes. Todas las cabezas se volvieron hacia los pequeños criminales, inmóviles y amoratados de frío:

—... ¡Esta juventud, culpable y entregada al mal desde la cuna, a la cual Oscar Thibault vino a tender su mano; estas tristes víctimas de un orden social, desgraciadamente muy imperfecto, están aquí, señores, para testimoniar su eterna gratitud y llorar, junto con nosotros, al Bienhechor que les ha sido arrebatado!

«Sí; padre tenía clase... Sí; padre hubiera podido...», se repetía Antoine con una obstinación en la que traslucía una esperanza confusa. Y fugaz como una centella le pasó por la mente la idea de que, si esta vez la naturaleza no había sabido hacer brotar un creador de la vigorosa cepa de los Thibault...

Una súbita agitación le impulsaba. El porvenir se abría ante él.

Sin embargo, los mozos habían cargado con el féretro. Todo el mundo tenía prisa por terminar. El maestro de ceremonias volvió a inclinarse, haciendo sonar bajo su bastón las losas del atrio. Y Antoine, con la cabeza descubierta, impasible, se puso alegremente a la cabeza del cortejo que por fin conducía los restos de Oscar Thibault a la tierra. *Quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*

## XIII

AQUEL día, Jacques había pasado la mañana en su alcoba. Se había encerrado él mismo bajo llave aunque estaba solo en la casa. (León, como era natural, había deseado asistir al entierro.) Para precaverse contra sí mismo, para estar seguro de que, en el momento en que desfilara el cortejo, no trataría de encontrar entre los asistentes algunas caras conocidas, había cerrado los postigos herméticamente y canturreaba, echado en la cama, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en la luz de la lámpara.

Hacia la una, el nerviosismo y el hambre le hicieron levantarse. En la capilla del reformatorio, el solemne servicio estaría entonces en todo su apogeo. Arriba, la señorita y Gise, de regreso de la misa de Santo Tomás de Aquino desde mucho tiempo antes, habían debido de sentarse a la mesa sin esperarle. Por otra parte, estaba completamente decidido a no ver a nadie en todo el día. Ya encontraría algo de comida en la despensa.

Al cruzar el recibimiento para llegar a la cocina, llamaron su atención las cartas y los periódicos echados por debajo de la puerta. Y, agachándose repentinamente, sintió un vahído: ¡la letra de Daniel!

*Señor Jacques Thibault.*

Sus dedos temblorosos no acertaban a abrir el sobre.

«Querido Jacques, mi querido y excelente amigo: Ayer recibí la nota de Antoine...»

En el estado de depresión en que se encontraba, este llamamiento penetró en él con tanta fuerza que volvió a doblar la carta bruscamente, en cuatro, en ocho, hasta que cupo en su mano crispada. Luego, rabioso, volvió a su alcoba y cerró la puerta con llave, sin recordar para qué había salido. Dio algunos pasos indecisos y, parándose en seco bajo la luz, desdobló el papel estrujado que recorrió con la vista apresuradamente, sin preocuparse de lo que decía, hasta que le saltó a los ojos el nombre que buscaba:

«... Estos últimos años, a Jenny no le ha sentado bien el invierno de París, y, desde hace un mes, están las dos en Provenza...»

De nuevo, y con la misma brusquedad, arrugó la carta y esta vez la sepultó en el bolsillo.

Primero, al principio, se sintió agitado, aturdido, luego, repentinamente aliviado.

Un minuto después, como si la lectura de estos cuatro renglones hubiera modificado sus resoluciones, corrió al despacho de Antoine y abrió el horario de ferrocarriles. Desde que despertara, su pensamiento no se separaba de Crouy. Marchándose sin perder tiempo podía tomar el expreso de las catorce horas. Llegaría a Crouy de día, pero después de la ceremonia, mucho después incluso de la partida del tren de regreso; por consiguiente, estaba completamente seguro de no encontrar ya a nadie. Iría directamente al cementerio y volvería en seguida. «Están las dos en Provenza...»

Pero no había previsto hasta qué punto este viaje iba a agravar su nerviosismo. No conseguía estarse quieto. Por fortuna, el tren estaba vacío; no solamente se encontraba él aislado en su compartimiento, sino que en todo el vagón no había más que otro viajero, una señora vestida de negro. Sin preocuparse de ella, Jacques se puso a pasear frenéticamente de un extremo al otro del pasillo como una fiera enjaulada. Al principio, no se dio cuenta de que estas idas y venidas desatentadas habían llamado la atención de la viajera, tal vez, incluso, produciéndole cierta inquietud. La examinó discretamente; no podía tropezarse con una persona, por poco de particular que hubiera en su actitud, sin interrumpirse durante algunos segundos para observar aquella muestra de la humanidad que el azar ponía en su camino. Y, en efecto, esta mujer tenía una fisonomía interesante. Un rostro bello y ajado, pálido; una mirada dulce y entristecida, sin duda llena de recuerdos. El conjunto, que coronaba tan perfectamente la blancura del pelo, era tranquilo y puro. Iba vestida de luto con esmero. Debía de vivir sola desde hacía mucho tiempo y llevar con dignidad una existencia solitaria. Una señora que volvía a Compiègne o a San Quintín. Burguesa de provincia. Sin equipaje. A su lado, sobre el asiento, un gran ramo de violetas de Parma yacía medio envuelto en papel de seda.

En la parada de Crouy, Jacques, con el corazón latiéndole apresuradamente, saltó del vagón.

Nadie en el andén.

El aire era helado y transparente.

Desde la salida de la parada, la contemplación del paisaje le contristó el corazón. Desdeñando el atajo e incluso la carretera principal, tomó hacia la izquierda por el camino del Calvario: un rodeo de tres kilómetros.

El viento se levantaba entre bramidos desde todos los puntos cardinales, barriendo en ráfagas repentinas estas llanuras todavía blancas de nieve. El sol debía de descender hacia el horizonte, en algún lugar oculto por aquellas nubes de algodón en rama. Jacques andaba de prisa. Estaba en ayunas desde por la mañana, pero ya no notaba el hambre y este frío le enervaba. Lo recordaba todo: cada revuelta, cada pendiente, cada matorral. El Calvario se veía desde lejos, con su bosquecillo de

árboles desnudos, en la encrucijada de las tres carreteras. Aquel camino de allí conducía a Vaumesnil. ¡Cuántas veces se había resguardado de la lluvia, durante su paseo diario con el guardián, en aquella choza de cantero! Dos o tres veces, con el tío León; una vez, por lo menos, con Arthur.

Arthur, con su cara plana de lorenés honrado, con sus ojos descoloridos y de repente con aquella mueca equívoca... Sus recuerdos le fustigaban, más aún que este viento helado que le cortaba la cara y le entumecía. Ya no pensaba para nada en su padre.

El corto día de invierno se terminaba rápidamente; la luz era mortecina, pero aún había claridad.

Al llegar a Crouy tuvo que dar un pequeño rodeo, como antaño, para tomar la calleja que iba por detrás de las casas, como si todavía temiera que los chiquillos le señalaran con el dedo. ¿Quién podría reconocerle después de ocho años? Por otra parte, la calle estaba desierta, las puertas, cerradas; la vida del lugar parecía inmobilizada por el frío, pero todas las chimeneas humeaban en el cielo gris. Apareció la posada, con los escalones del esquinazo y el rótulo que rechinaba al viento. Nada había cambiado. Ni siquiera esta nieve derretida sobre el suelo calizo, este fango blancuzco en el cual le parecía estar hundiendo todavía sus botas de reglamento. La posada: ¡aquí era donde el tío León, acortando el paseo, le encarcelaba en un lavadero vacío para poder echar su partida en la tasca! Una muchacha con pañuelo a la cabeza, que venía por la calleja, hizo sonar sus zuecos sobre las piedras de la entrada. ¿Una criada nueva? ¿Tal vez la hija del posadero, aquella pequeñuela que siempre huía al ver al «prisionero»? Antes de desaparecer en el interior de la casa, la muchacha miró disimuladamente a aquel joven desconocido. Jacques apretó el paso.

Estaba en un extremo del pueblo. Tan pronto como hubo rebasado las últimas casas, distinguió en medio de la llanura, aislado en su cinturón de altas tapias, el gran edificio pintado de blanco y las hileras de ventanas enrejadas. Le temblaban las piernas. Nada había cambiado. Nada. La avenida, sin un solo árbol, que llevaba al portal, no era sino un río de barro. A un forastero, perdido en este crepúsculo invernal, le hubiera costado trabajo, indudablemente, descifrar las letras doradas, grabadas encima del primer piso. Jacques, sin embargo, leía claramente la inscripción orgullosa que había atraído su atención:

## FUNDACIÓN OSCAR THIBAULT

Solamente entonces pensó que el Fundador había muerto, que aquellas rodadas habían sido hechas por los coches del acompañamiento, que era por su padre por quien había emprendido esta peregrinación; y, consolado repentinamente de poder volver la espalda a este decorado siniestro, desanduvo lo andado, tomó hacia la

izquierda y emprendió el camino en dirección a los dos cipreses que flanqueaban la entrada del cementerio.

La verja, de ordinario cerrada, había quedado abierta. Las huellas de las ruedas indicaban el camino. Jacques avanzó maquinalmente hacia un montón de coronas, marchitadas por el frío, y que parecían menos un túmulo florido que un montón de hojarasca.

Delante de la tumba, un gran ramo de violetas de Parma, cuyos tallos estaban envueltos en papel de seda y que parecía haber sido colocado después, yacía aislado sobre la nieve.

—¡Vaya! —se dijo, sin que por otra parte concediera mayor importancia a esta coincidencia.

Y, de repente, delante de esta tierra recientemente removida, tuvo la visión del cadáver enterrado en este barro, tal y como lo había visto por última vez durante aquel segundo trágico y ridículo en que el empleado de la funeraria, después de un gesto cortés hacia la familia, había tapado, para siempre, este rostro ya transformado.

«Hop! Vite! Au rendez-vous!»<sup>[4]</sup>, pensó con una angustia punzante, y un brusco sollozo le sacudió.

Desde Lausana, se había dejado arrastrar semiinconsciente por el curso de los acontecimientos. Pero aquí, súbitamente, se despertaba en él una ternura antigua, pueril, excesiva, que agudizaba una sensación de confusión y de remordimiento. Ahora comprendía por qué había venido. Recordaba sus enfados, sus ideas de desprecio, de odio, los deseos de venganza que habían envenenado lentamente su juventud. Veinte detalles olvidados volvían hoy a herirle en las fibras más sensibles, como pelotas que rebotan. Durante algunos minutos, liberado de todo su rencor, rendido a su instinto filial, lloró a su padre. Durante algunos minutos fue una de las dos personas que, sin avisarse, por su propio impulso y a espaldas de las ceremonias oficiales, habían sentido la necesidad de venir a enternecerse ante esta sepultura; una de las dos únicas personas en el mundo que verdaderamente habían llorado al señor Thibault en este día.

Pero estaba demasiado acostumbrado a mirar las cosas de frente para que la extravagancia de su pena, de sus lamentaciones, no se le representara muy pronto. Sabía perfectamente que si su padre viviera todavía, le habría detestado y huido de nuevo. Sin embargo, permanecía aquí, abatido, presa de unas sensaciones sentimentales e indefinidas. Echaba de menos algo indeterminado..., algo que pudiera haber sido. Durante un instante, incluso, se deleitó en imaginarse a un padre cariñoso, generoso, comprensivo, para poder lamentarse de no haber sido el hijo irreprochable de este padre afectuoso.

Luego, encogiéndose de hombros, dio media vuelta y salió del cementerio.

El pueblo había recobrado algo de animación. Los campesinos terminaban su jornada. Las ventanas se iluminaban.

Para evitar las casas, en lugar de tomar en dirección a la estación, empezó a andar por el camino del Molino Nuevo y, casi en seguida, se encontró en el campo.

Ya no estaba solo. Insinuante y persistente como un olor, le había perseguido la idea de la muerte, se aferraba a él, penetraba uno a uno todos sus pensamientos. Andaba a su lado en esta llanura silenciosa, bajo esta luz temblorosa que palpitaba sobre la nieve, en esta atmósfera dulcificada por una tregua momentánea del viento. Él no luchaba; se abandonaba a esta opresión de la muerte; y la intensidad con que se le aparecía en este momento la inutilidad de la vida, la vanidad de todo esfuerzo, llegaba a provocar en él una exaltación voluptuosa. ¿Por qué querer? ¿Esperar qué? Toda existencia es irrisoria. Nada, absolutamente nada merece ya la pena desde que se conoce la muerte. Esta vez se sentía afectado en lo más íntimo. Ninguna ambición ya, ningún deseo de dominio, ningún deseo de realizar nada por completo. Y no se imaginaba que pudiera sanar nunca de esta angustia, ni recobrar la tranquilidad; ni siquiera tenía la veleidad de creer que, si bien la vida es breve, también el hombre tiene algunas veces la oportunidad de poner algo de sí mismo al abrigo de la destrucción. Que, algunas veces, le es otorgado alzar algo de su sueño por encima de la ola que le arrastra, para que algo suyo siga flotando después de haberse hundido él.

Caminaba sin objeto, con pasos rápidos e irregulares, rígido, como una persona que huye y lleva junto a su pecho una cosa frágil. ¡Evadirse de todo! No solamente de la sociedad y de sus colmillos; no solamente de la familia, de la amistad, del amor; no solamente de sí mismo, de las tiranías del atavismo y de la costumbre; sino evadirse también de su esencia más íntima, de este absurdo instinto vital que apega aún a la existencia a los más miserables despojos humanos. De nuevo volvió a ocurrírsele, bajo su forma abstracta, la idea tan lógica del suicidio, de la desaparición voluntaria y total. En una palabra, el aterrizaje en lo inconsciente. Volvió a ver, de pronto, a su padre difunto y su hermoso semblante lleno de paz.

«... Ya descansaremos, tío Vania... Ya descansaremos...»

En contra de su voluntad, se vio distraído por el ruido de algunos carros, cuyos faroles veía ya, y que venían a su encuentro, balanceándose a través de los surcos, entre los gritos y las risotadas de los carreteros. La idea de tener que cruzarse con personas, se le hizo insoportable. Sin dudarle ni un momento, saltó a la cuneta llena de nieve que bordeaba el camino, cruzó titubeando una tierra de cultivo endurecida, alcanzó el lindero de un bosquecillo y se lanzó por la espesura.

Las hojas heladas crujían bajo sus suelas; los extremos punzantes de las ramas le fustigaban las mejillas. Al propósito, se había metido las manos en los bolsillos y se sumergía con embriaguez en la espesura, gustando de esta flagelación, sin saber a dónde iba, pero decidido a huir de los caminos, de los hombres, de todo.

No era sino una faja estrecha de terreno arbolado que pronto traspuso. Por entre los troncos desnudos, distinguió de nuevo, cortada por una carretera, la llanura blanca bajo el cielo tenebroso y, frente a él, dominando el horizonte, el reformatorio con su hilera de luces: el piso de los talleres y de las salas de estudio. Entonces le cruzó por

la imaginación una idea loca y se representó toda una película: escalar la pared baja del cobertizo, arrastrarse por el caballete del tejado hasta la ventana del almacén, romper el cristal, encender una cerilla y arrojar a través de los barrotes una bola de estopa encendida. Las colchonetas de repuesto ardían como antorchas, las llamas alcanzaban ya el pabellón del director, devoraban su antigua celda, su mesa, su silla, su encerado, su cama... El fuego lo reducía todo a la nada.

Se pasó la mano por el rostro lleno de arañazos. Tuvo el sentimiento penoso de su impotencia y del ridículo.

Volviendo la espalda definitivamente a la Fundación, al cementerio, al pasado, emprendió a paso largo el camino hacia la estación.

Había perdido por pocos minutos el tren de las 17:40. Tenía que aguardar y tomar el de las 19.

La sala de espera era una nevera y apestaba a enmohecimiento.

Deambuló durante largo rato por el andén desierto, con las mejillas encendidas, arrugando en el bolsillo la carta de Daniel: se había jurado no volver a abrirla.

Finalmente, se acercó al reflector que iluminaba el reloj, se apoyó en la pared, sacó el papel del bolsillo y se puso a leer:

«Querido Jacques, mi querido y excelente amigo: Ayer recibí el recado de Antoine y me fue imposible cerrar los ojos. Si hubiera podido llegar hasta ti entre ayer por la noche y hoy por la mañana, verte vivo durante cinco minutos, hubiera saltado la tapia sin dudarlo, sí, a pesar de todos los inconvenientes, con tal de verte otra vez, mi querido y excelente amigo, de encontrarte otra vez ante mí, ¡y vivo! En este cuchitril de suboficial que comparto con otros dos compañeros, he visto desfilar toda la noche sobre el encalado techo, iluminado por la luna, toda nuestra vida en común: el liceo y todo lo subsiguiente, completamente todo. ¡Amigo mío, mi viejo amigo, mi hermano! ¿Cómo he podido vivir sin ti todo este tiempo? Escucha: nunca, ni un solo instante, he dudado de tu amistad. Ya ves, te escribo esta misma mañana, nada más al terminar la instrucción, al recibir el recado de Antoine, sin saber nada concreto, sin siquiera preguntarme con qué ánimo vas a leer esta carta mía, y sin haber comprendido todavía cómo y por qué me has infligido, durante tres años, este silencio mortal. ¡Cuánto te he echado de menos, y cuánto te sigo echando, incluso hoy! ¡Cuánto te he necesitado, sobre todo antes de entrar en el regimiento, durante mi vida civil! ¿Lo sospechas siquiera? Esta fuerza que tú me comunicabas, todas las cosas buenas que estaban en mí sólo en potencia y que tú hiciste brotar, y que nunca, sin ti, sin tu amistad...»

Las manos de Jacques temblaban al acercar a sus ojos las cuartillas emborronadas, que descifraba trabajosamente con esta luz pésima y a través de sus lágrimas. Exactamente encima de su cabeza, un timbre, agudo y penetrante como una barrena, sonaba interminablemente.



«... Esto, creo que nunca lo llegaste a sospechar, porque en aquella época yo era demasiado orgulloso para confesarlo, y menos a ti. Y por tanto, cuando desapareciste, no podía creerlo, no comprendía nada. ¡Cuánto he sufrido! ¡Más que nada por el misterio! Tal vez lo comprenda algún día. Pero, en los peores momentos de inquietud e incluso de rencor, nunca se me ha ocurrido dudar de que tus sentimientos hacia mí (solamente con que estuvieras vivo) hubieran podido cambiar. Y ya ves: hoy tampoco dudo de ti.

.....

»He interrumpido por asuntos del servicio.

»He venido a refugiarme en un rincón de la cantina, aunque a esta hora está prohibido. Tú no sabes probablemente lo que es esta vida de cuartel, este mundo que se ha apoderado de mí y me tiene sujeto desde hace trece meses. Pero no es para hablar del cuartel por lo que te escribo. Es espantoso; ya ves, ni siquiera se sabe bien qué decirse, cómo hablarse. Ya te harás cargo de las innumerables preguntas que me vienen a la pluma. ¿Para qué? Quisiera solamente que accedieras a contestar a una de ellas, porque ésta es realmente demasiado acuciante. ¿Volveré a verte, dime? ¿Ha terminado toda esta pesadilla? ¿Te han “encontrado”? ¿O bien... O bien vas a escapar de nuevo? Escucha, Jacques: puesto que estoy casi seguro de que esta carta al menos será leída por ti, puesto que tal vez no disponga sino de este instante para llegar hasta ti, permíteme que te grite esto: soy capaz de comprenderlo todo, de admitirlo todo de ti, pero te lo suplico, cualesquiera que sean tus proyectos, ¡no vuelvas a desaparecer de mi vida de una manera tan absoluta! Te necesito. (¡Si supieras qué orgulloso estoy de ti, cuántas cosas grandes espero de ti, y cómo me enorgullezco de este orgullo!) Estoy dispuesto a aceptar todas tus condiciones. Si exiges de mí que no tenga tus señas, que no haya ninguna relación entre nosotros, que no te escriba nunca; si llegas a exigir que no comunique nunca a nadie —ni siquiera a ese pobre Antoine— lo que pueda saber de ti, está prometido, sí; lo acepto todo y me comprometo a todo de antemano. ¡Pero que de vez en cuando pueda recibir algún signo de vida, la prueba de que existes y te has acordado de mí! Lamento estas últimas palabras, y las retiro, porque sé, porque estoy seguro, de que te acuerdas de mí. (Esto tampoco lo he dudado nunca. Nunca se me ha ocurrido que pudieras seguir viviendo y no acordarte ya de mí, de nuestra amistad.)

»Escribo y escribo, sin poder reflexionar, y me doy cuenta de que no consigo expresarme. Pero no importa: es algo delicioso después de ese silencio mortal.

»Debiera hablarte de mí, para que, cuando me recuerdes, puedas pensar en aquel que he llegado a ser y no sólo en aquel que tú dejaste. Antoine tal vez te hable de ello. Me conoce bien. Nos hemos tratado mucho después de tu desaparición. Yo no sé por dónde empezar. ¡Son tantas cosas, que me falta el ánimo! Y además, ya conoces mi manera de ser: vivo y obro siempre en el presente; no sé volver atrás. El servicio militar ha interrumpido mi trabajo en el momento en que me parecía entrever cosas

esenciales acerca de mí, acerca del arte, acerca de todo aquello que he buscado confusamente desde siempre. Pero hablar hoy de esto es completamente tonto. Por otra parte, no lamento nada, Esta vida militar es para mí algo completamente nuevo e interesante: una prueba magnífica y también una gran experiencia; más que nada, porque he de mandar hombres. Pero hablar hoy de esto es completamente tonto.

»Lo único que siento, verdaderamente, es llevar un año separado de mamá, sobre todo porque comprendo lo mucho que ellas sufren con esta separación. He de decirte que la salud de Jenny no es muy buena y que ya en varias ocasiones hemos estado muy preocupados: “Hemos”, es decir, yo, porque mamá —ya la conoces— nunca cree que las cosas puedan ir mal. Sin embargo, ha tenido que reconocer que estos últimos años a Jenny no le ha sentado bien el invierno de París, y ahora, desde hace un mes, están las dos en Provenza, en una especie de casa de reposo, donde se cuidará a Jenny hasta la primavera, si es posible. ¡Tienen las dos tantos motivos de pena y de preocupación! Mi padre sigue igual que siempre; es mejor no hablar de él. Está en Austria, con una serie interminable de embrollos.

»Muchacho, de repente me doy cuenta de que tu padre acaba de morir. Con esto hubiera querido empezar esta carta; perdóname. Por otra parte, me cuesta trabajo hablarte de esta desgracia. Y sin embargo, estoy verdaderamente conmovido al pensar en lo que has tenido que sentir: estoy casi seguro de que semejante acontecimiento ha provocado en ti un choque inesperado y cruel.

»Tengo que terminar, a causa de la hora y del cartero. Quiero que te llegue esta carta, y cuanto antes.

»Lo siento, chico. Hay todavía algo que quiero decirte, por si acaso. Yo no puedo ir a París; estoy atado aquí y no tengo ningún medio de ir a verte. Pero Lunéville está a cinco horas de París. Aquí estoy bastante bien considerado. (El coronel —ni qué decir tiene— me ha hecho decorar la sala de banderas.) Gozo de bastante libertad. No me negarían un día de permiso, si..., si tú... Pero no; ¡ni siquiera me atrevo a esperarlo! Te repito que estoy dispuesto “a aceptarlo todo, a comprenderlo todo”, sin dejar nunca de quererte como a mi único y gran amigo de siempre.

»DANIEL.»

Jacques había leído estas ocho páginas de un tirón. Permanecía tembloroso, conmovido, desconcertado, confundido. Pero lo que sentía no era únicamente un retoño de amistad —tan fogoso que hubiera sido capaz de saltar al tren aquella misma tarde en dirección a Lunéville—; era todavía más: una angustia que roía profundamente otra zona de su corazón, zona dolorosa, oscura, y a la cual no podía ni siquiera llevar la luz.

Dio algunos pasos. Temblaba, más de nerviosismo que de frío. Había conservado la carta en la mano. Volvió a recostarse en la pared, bajo el estrépito del timbre infernal, y, lo más despacio que pudo, se puso a releer la carta de arriba abajo.

Acababan de dar las ocho y media cuando salió de la estación del Norte. La noche estaba tranquila y serena; los arroyuelos, helados; las aceras, secas.

Se moría de hambre. En la calle de La Fayette vio un bar; entró, se dejó caer sobre el asiento, y, sin quitarse el sombrero, sin siquiera bajarse el cuello, devoró tres huevos duros, una ración de coles fermentadas y media libra de pan.

Cuando estuvo satisfecho, se bebió dos *bocks* seguidos y echó una mirada a su alrededor. La sala estaba casi vacía. Enfrente de él, en la otra hilera de banquetas, una mujer sola, sentada delante de un vaso vacío, le observaba. Era morena, ancha de hombros, todavía joven. Jacques sorprendió una mirada discreta, compasiva, y sintió cierta emoción. Estaba vestida demasiado modestamente para ser una de esas profesionales que rondan por las cercanías de las estaciones. ¿Una principiante?... Sus miradas se cruzaron. Jacques apartó la suya: a la menor señal habría venido a sentarse a su mesa.

Tenía una expresión, ingenua y tristemente experimentada a la vez, que no carecía de atractivo. Jacques vaciló algunos segundos, tentado: sería tan apaciguador, esta noche, un ser simple, cercano a la naturaleza y que no supiera nada de él... Ella le miraba francamente; parecía adivinar su vacilación. Jacques evitaba con deliberación su mirada.

Por fin logró dominarse, pagó al camarero y salió rápidamente sin volver los ojos hacia ella.

Afuera, se sintió transido de frío. ¿Volver a pie? Demasiado cansado. Se acercó al borde de la acera, miró un instante a los coches que pasaban e hizo una seña al primer taxi libre que vio.

Cuando el auto se detenía ante él, alguien le rozó: la muchacha le había seguido; le dio con el codo y dijo torpemente:

—Venga a mi casa, si quiere. Calle Lamartine.

Hizo un gesto negativo con la cabeza, amistosamente, y abrió la portezuela.

—Por lo menos lléveme hasta la calle Lamartine, al noventa y siete... —imploró la muchacha, como si se hubiera propuesto no separarse de él.

El chofer miraba a Jacques, sonriendo:

—¿Entonces, patrón, calle Lamartine, noventa y siete?

Ella creyó, o fingió creer que Jacques aceptaba, y se precipitó en el coche abierto.

—Está bien, calle Lamartine —accedió Jacques.

El auto arrancó.

—¿Por qué presumes conmigo? —preguntó ella inmediatamente, con una voz apasionada, muy adecuada a su estampa. Luego, en tono cariñoso e inclinándose hacia él, añadió—: ¡Si crees que no se nota que te ha fallado el golpe...!

Le abrazaba cariñosamente y esta caricia, este calor, ablandaron a Jacques.

Cediendo a la tentación de sentirse mimado, ahogó un suspiro sin contestar. Entonces, como si este suspiro y este silencio hubieran sido una entrega, la muchacha

le estrechó con más fuerza y, quitándole el sombrero, posó la cabeza de Jacques sobre su seno. Jacques se dejaba hacer, abatido repentinamente: lloraba sin saber por qué.

Con una voz temblorosa, le preguntó al oído:

—¿Te ha fallado el golpe, verdad?

Se quedó tan estupefacto que no protestó. Repentinamente, comprendió que él, en este París helado y seco, con su pantalón lleno de barro hasta las rodillas y la cara herida por las ramas, podía tener todo el aspecto de un malhechor. Cerró los ojos: sentía una deliciosa embriaguez por el hecho de que esta muchacha le tomara por un bandido.

Ella había vuelto a interpretar su silencio como una confesión, y le oprimía la cabeza apasionadamente.

En otro tono, enérgico, de complicidad, le propuso:

—¿Quieres que te esconda en mi casa?

—No —contestó sin moverse.

Parecía dispuesta a aceptar incluso aquello que no acababa de comprender.

—Al menos —prosiguió después de un momento de vacilación—, ¿quieres «parné»?

Esta vez, abrió los ojos y se incorporó:

—¿Eh?

—Tengo aquí trescientos cuarenta francos, ¿los quieres? —dijo, mostrando su bolsillito. En su acento rasgado había una ternura ruda, un poco irritada, de hermana mayor.

Jacques estaba tan emocionado que no pudo contestar inmediatamente.

—Gracias..., no los necesito —murmuró, negando con la cabeza.

El auto aflojó la marcha y se detuvo delante de una casa de puerta baja.

La acera estaba mal iluminada y desierta.

Jacques creyó que le iba a pedir que subiera con ella. ¿Qué haría?

Pero no tuvo lugar a pensarlo. Ella se había incorporado. Se volvió hacia él, puso una rodilla sobre el asiento y, en la oscuridad, abrazó a Jacques por última vez.

—¡Pobre crío! —suspiró.

Buscó sus labios y los besó con violencia, como para descubrir en ellos un secreto, como para encontrar en ellos un sabor a crimen; luego, se apartó bruscamente:

—¡Por lo menos procura que no te cojan, so imbécil!

La muchacha había saltado ya del coche y cerrado la portezuela con estrépito. Le alargó al chofer un franco:

—Siga por la calle Saint-Lazare. El señor le mandará parar.

El auto se puso nuevamente en marcha. Jacques apenas si tuvo tiempo de ver desaparecer a la desconocida por un pasillo oscuro, sin que ella hubiese vuelto la cabeza.

Se pasó la mano por la frente. Estaba completamente aturdido.

El auto corría.

Bajó el cristal, recibió en la cara un bautizo de aire fresco, aspiró profundamente, sonrió, e inclinándose hacia el chofer, exclamó alegremente:

—Lléveme a la calle de la Universidad, cuatro bis.

## XIV

TAN pronto terminó el desfile en el cementerio, Antoine se había hecho conducir en coche a Compiègne, con el pretexto de dar instrucciones al marmolista, pero más que nada porque temía la promiscuidad del tren de regreso. El exprés de las 17:30 le llevaría a París antes de la hora de cenar. Esperaba hacer el viaje solo.

No contaba con el azar.

Al llegar al andén, pocos minutos antes de la hora, tuvo la sorpresa de encontrarse cara a cara con el abate Vécard y se vio obligado a reprimir un gesto de contrariedad.

—Monseñor —explicó el abate— ha tenido la bondad de ofrecirme un sitio en su coche para que pudiéramos charlar un poco...

Se percató de la cara desabrida y cansada de Antoine:

—¡Pobre muchacho! Tiene usted que estar agotado... Tanta gente... Todos estos discursos... Sin embargo, más tarde este día figurará para usted entre los grandes recuerdos... Siento que Jacques no haya asistido.

Antoine iba a explicarle cuán natural le parecía la abstención de su hermano, dadas las circunstancias, cuando el abate le detuvo:

—Le comprendo, le comprendo... Más vale que no haya venido. Usted le contará hasta qué punto esta ceremonia ha sido... edificante, ¿verdad?

Antoine no pudo contenerse de recoger la palabra:

—¿Edificante? Para otros, tal vez —murmuró—; pero para mí... Le confieso que esta solemnidad, esta elocuencia oficial...

Su mirada, al tropezarse con la del sacerdote, creyó distinguir en ésta una lucecilla maliciosa. El abate compartía la opinión de Antoine acerca de los discursos de la tarde.

El tren entraba en la estación.

Encontraron un vagón mal alumbrado, pero vacío, en el cual se instalaron.

—¿Usted fuma, señor abate?

El sacerdote levantó el índice con gravedad hasta los labios.

—¡Tentador! —dijo, tomando un cigarrillo. Lo encendió con los ojos entornados; luego, se lo quitó de la boca y lo miró complacido al tiempo que echaba el humo por la nariz—. En una ceremonia de este tipo —prosiguió con llaneza— es inevitable que haya un lado, digamos, con su amigo Nietzsche, «humano..., demasiado humano...» A pesar de todo, es indudable que una tal manifestación colectiva del sentimiento religioso, del sentimiento moral, es muy emocionante y no se puede permanecer insensible a ella. ¿No es cierto?

—No lo sé —insinuó Antoine, después de una pausa. Se volvió hacia el abate y le observó un instante en silencio.

Aquel rostro plácido, aquella mirada dulce e insistente, aquel tono confidencial y aquella inclinación de la cabeza hacia la izquierda que daba al sacerdote un aspecto

de constante recogimiento, así como aquellas manos alzadas con elegante descuido a la altura del pecho, todo ello era familiar para Antoine desde hacía veinte años. Pero notaba que algo había cambiado ahora en sus relaciones. Hasta este momento, no había pensado en el abate Vécard sino en función del señor Thibault: el abate no era sino el director espiritual de su padre. La muerte acababa de suprimir a este intermediario, y las razones que poco antes le incitaban a una prudente reserva con respecto al sacerdote habían desaparecido por completo. Ya no era Antoine ante el abate, sino un hombre ante otro. Y como, después de este día de prueba, le era más difícil moderar la expresión de su pensamiento, sintió un cierto alivio al declarar sin ambages:

—He de reconocer que esos sentimientos me son por completo extraños...

El abate adoptó un tono de chanza:

—Sin embargo, entre los sentimientos humanos, el religioso parece ser, si mucho no me engaño, uno de los que se encuentran en el hombre con bastante frecuencia... ¿Qué opina de ello, mi querido amigo?

Antoine no pensaba en bromear:

—Nunca se me olvida una frase que me dijo un día el abate Leclerc, director de la Escuela, durante el curso de filosofía: «Hay personas inteligentes y que no tienen ningún sentido artístico. Puede ser que usted carezca en absoluto del sentido religioso.» Aquel buen hombre no trataba sino de hacer una frase, pero siempre he creído que, aquel día, se había mostrado muy clarividente.

—Si así fuera, mi pobre amigo —dijo el abate, sin salirse de su afectuosa ironía—, sería usted bien digno de lástima, ¡porque la mitad del mundo le estaría vedada! ... Sí; no hay apenas grandes problemas de los cuales se puede decir que aquel que no los aborde con sentido religioso está condenado a no ver sino una parte insignificante. En esto estriba la belleza de nuestra religión... ¿Por qué sonríe usted?

Antoine no lo sabía. Tal vez simplemente por reacción nerviosa, después de esta semana de emociones y después también de esta jornada de impaciencia.

El abate sonrió a su vez:

—¿Qué hay, entonces? ¿Va a negar que nuestra religión es bella?

—No, no —replicó Antoine, con viveza—. Que es «bella», lo admito... —añadió en tono de chanza— para complacerle. Pero, a pesar de todo...

—¿Qué?

—¡Pero, a pesar de todo, ser «bello» no implica ser razonable!

El abate agitó las manos lentamente.

—¡Razonable! —murmuró, como si esta palabra provocara un mundo de preguntas que no podía abordar de momento, pero cuya clave poseía. Reflexionó y, con acento más combativo, preguntó:

—¿Es usted tal vez de aquellos que creen que la religión pierde terreno en los espíritus modernos?

—No lo sé —dijo Antoine, cuya moderación sorprendió al abate—. Puede que

no. También es posible que los esfuerzos de los espíritus modernos (y pienso incluso en aquellos que están más alejados de la fe literal) tiendan oscuramente a relacionar unas nociones que, en su conjunto, constituirían un todo, muy poco diferente del concepto que muchos cristianos tienen de Dios...

El sacerdote aprobó:

—¿Y cómo podría ser de otra forma? Hay que pensar en lo que es la condición del hombre. La religión es la única compensación por todo lo que siente de vil en sus instintos. Es su única dignidad. Y es también el único consuelo para sus sufrimientos, la única fuente de resignación.

—Eso es cierto —exclamó Antoine, con ironía—: ¡Hay tan pocas personas que concedan más valor a la verdad que a su comodidad! ¡Y la religión es el colmo de la comodidad moral!... Pero no se preocupe por ello, señor abate; hay, sin embargo, algunos espíritus para los cuales la necesidad de comprender es más imperiosa que la de creer, y éstos...

—¿Ésos? —repuso el sacerdote—. Se sitúan siempre en el terreno, tan angosto y tan frágil, de la inteligencia y el razonamiento. Y no se elevan más alto. Debemos compadecerles, nosotros en quienes la fe vive y se desarrolla en otro plano, incomparablemente más amplio: el de la voluntad y el sentimiento... ¿No es cierto?

Antoine sonrió de una manera ambigua. Pero la luz era tan escasa que el abate no se dio cuenta. Prosiguió, por tanto, y esta insistencia parecía probar que no se engañaba en absoluto acerca de aquel «nosotros» que acababa de pronunciar.

—Hoy en día la gente se cree muy fuerte porque quiere «comprender». Pero creer, es comprender. Y comprender, es creer. O, mejor aún, digamos que «comprender» y «creer» no tienen una medida común. Algunos, hoy en día, se niegan a dar por cierto lo que su razón, insuficientemente preparada o adulterada por una cultura tendenciosa, no consigue demostrar. Es, sencillamente, que no llegan más allá. Es perfectamente posible conocer a Dios con certeza, y demostrarlo con el razonamiento. Desde Aristóteles, quien, no lo olvidemos, fue el maestro de Santo Tomás, el raciocinio prueba en forma pertinente...

Antoine dejaba hablar al abate, sin intervenir, pero posando en él una mirada escéptica.

—... Nuestra filosofía religiosa —continuó el sacerdote, molesto por este silencio— nos ofrece acerca de estas cuestiones los razonamientos más densos, más...

—Señor abate —interrumpió por fin Antoine, alegremente—: ¿Tiene usted derecho a decir «razonamientos religiosos...», «filosofía religiosa»?

—¿Derecho? —dijo el abate Vécard, sorprendido.

—¡Naturalmente! ¡Hablando con propiedad, no hay casi pensamiento religioso, puesto que pensar es, fundamentalmente, dudar!

—¿Oh, mi joven amigo, adonde vamos a parar? —exclamó el abate.

—Sé perfectamente que la Iglesia no se amilana por tan poco... Pero todas las relaciones que, desde hace algo más de cien años, se ingenia por establecer entre su fe



y la filosofía o la ciencia moderna, son, más o menos..., amañadas (perdóneme la expresión), puesto que lo que alimenta la fe, lo que constituye su objeto, lo que atrae con tanta fuerza los temperamentos religiosos, ¡es precisamente eso sobrenatural que niegan la filosofía y la ciencia!

El abate se agitaba sobre el asiento: empezaba a darse cuenta que no era cosa de juego. Su voz, por último, se tiñó de desencanto:

—Parece usted ignorar por completo que es gracias a su inteligencia y al razonamiento filosófico por lo que la mayor parte de nuestra juventud llega hoy a la fe.

—¡Oh, oh! —hizo Antoine.

—¿Qué pasa?

Le confieso que yo no consigo concebir la fe sino intuitiva y ciega. Cuando pretende apoyarse en la razón...

—¿Entonces cree usted todavía que la ciencia y la filosofía niegan lo sobrenatural? Error, mi joven amigo: gran error. La ciencia lo omite, que no es lo mismo. En cuanto a la filosofía, toda filosofía digna de este nombre...

—Digna de este nombre... ¡Bravo! ¡Y ya tenemos a todos los adversarios peligrosos puestos a buen recaudo!

—... Toda filosofía digna de este nombre lleva necesariamente a lo sobrenatural —prosiguió el sacerdote, sin dejarse interrumpir—. Pero vayamos aún más lejos: incluso si vuestros sabios modernos consiguieran demostrar que entre lo esencial de sus descubrimientos y las enseñanzas de la Iglesia hay una antinomia fundamental (lo que, en el estado actual de nuestra apologética, es verdaderamente una hipótesis pérfida y absurda), ¿qué probaría esto, vamos a ver?

—¡Ah, diablo! —exclamó Antoine, sonriendo.

—¡Nada en absoluto! —prosiguió el abate con fogosidad—. Esto significaría simplemente que la inteligencia del hombre no es capaz todavía de unificar sus conocimientos y que avanza tambaleándose, lo que no sería un descubrimiento para todo el mundo... —añadió, con una sonrisa amistosa—. ¡Vamos, Antoine, que ya no estamos en los tiempos de Voltaire! ¿He de recordarle que la pretendida «razón» de las filosofías ateas nunca ha conseguido sobre la religión sino unas victorias bien engañosas y efímeras? ¿Existe un solo punto de la fe en el cual la Iglesia haya podido nunca ser declarada convicta de falta de lógica?

—¡Ni uno solo, concedido! —interrumpió Antoine, riendo—. La Iglesia ha sabido siempre rehacerse en el momento oportuno. Vuestros teólogos han llegado a ser maestros en el arte de fabricar argumentos sutiles y de apariencia lógica, que les permiten no estar nunca embrollados durante mucho tiempo seguido por los ataques de la lógica. Desde hace algún tiempo sobre todo, lo reconozco, demuestran en este juego un ingenio... ¡desconcertante! Pero esto no ilusiona sino a aquellos que, de antemano, están decididos a ilusionarse.

—No, amigo mió. Persuádase, por el contrario, de que la lógica de la Iglesia tiene

siempre la última palabra, porque es más...

—... más sutil, más tenaz...

—... más profunda que la vuestra. Tal vez reconocerá usted conmigo que nuestra razón, cuando se encuentra entregada a sus propios recursos, no consigue sino crear castillos de palabras en los que nuestro corazón no encuentra nada. ¿Por qué esto? No es solamente porque hay un orden de verdades que parecen escapar a la lógica corriente ni porque la noción de Dios parezca rebasar las posibilidades de la inteligencia ordinaria: es, sobre todo (compréndame bien), porque a nuestro entendimiento, abandonado a sí mismo, le falta fuerza, influjo, en estos temas sutiles. Dicho de otra forma: una fe auténtica, una fe viva, tiene derecho a exigir explicaciones que satisfagan plenamente la razón; pero nuestra razón, por su parte, debe dejarse instruir por la Gracia. La Gracia ilumina el entendimiento. El verdadero creyente no solamente ha de lanzarse con toda su inteligencia en busca de Dios, sino que, también, debe ofrecerse humildemente a Dios, a Dios, que le busca; y cuando se ha elevado hasta Dios con el pensamiento racional, debe convertirse en un ser hueco, debe convertirse en un ser... cóncavo, para acoger, para recibir a este Dios que es su recompensa.

—Lo cual viene a afirmar que el pensamiento no es suficiente para alcanzar la verdad y que hace falta también eso que usted llama la Gracia... Es una confesión, y bien grave, por cierto —hizo constar Antoine, después de una pausa.

El acento era tal que el sacerdote replicó inmediatamente:

—Mi pobre amigo, es usted víctima de su época... ¡Es usted racionalista!

—Soy... ¡Siempre es difícil decir lo que se es!, pero confieso que me atengo a los dictados de la razón.

El abate agitó las manos:

—Y a las seducciones de la duda... Porque esto no es sino un vestigio de romanticismo: uno saca cierta vanidad de su vértigo, disfruta con sufrir un tormento superior...

—Eso sí que no, señor abate —exclamó Antoine—. Yo no conozco ni ese vértigo, ni ese tormento, ni todos esos estados de ánimo embriagadores de que usted habla. No hay nadie menos romántico que yo. Ignoro por completo la inquietud.

(Mientras pronunciaba tales palabras, se dio cuenta de que esta afirmación había dejado de ser exacta. Indudablemente, no sentía ninguna inquietud religiosa en el sentido que podía comprender el abate Vécard. Pero desde hacía tres o cuatro años, también él, había llegado a conocer con angustia la perplejidad del hombre ante el Universo.)

—Por otra parte —prosiguió—, si no tengo fe, sería impropio decir que la he perdido: creo más bien que no la he tenido nunca.

—¡Vamos, vamos! —dijo el sacerdote—. ¿Y el niño piadoso que usted ha sido, Antoine; lo ha olvidado ya?

—¿Piadoso? No. Dócil; dócil y aplicado. Nada más. Yo era disciplinado por

naturaleza: cumplía mis obligaciones religiosas como un buen alumno; eso es todo.

—¡Desprecia usted a placer la fe de su juventud!

—No la fe: la educación religiosa. Lo cual es muy diferente.

Antoine pretendía menos asombrar al sacerdote que ser sincero. Una ligera excitación, que le impulsaba a permanecer firme, había sucedido al cansancio. Se lanzó en voz alta a una especie de investigación, bastante nueva para él, a través de su pasado:

—Sí; educación... —prosiguió—. Vea usted, señor abate, cómo las cosas se encadenan. Desde la edad de cuatro años, la madre, la niñera, todos esos seres superiores de quienes depende el niño, le repiten en todo momento: «Dios está en el cielo; Dios te conoce, Él es quien te ha creado; Dios te ama, Dios te ve, te juzga; Dios te va a castigar, Dios te va a recompensar...» ¡Espere!... A los ocho años, se le lleva a misa mayor, a visitar el Santísimo, entre las personas mayores que se prosternan; se le muestra, entre flores y luces, en una nube de incienso y de música, una hermosa custodia dorada: es siempre el mismo Dios quien está en esta hostia blanca. ¡Bien!... A los once años, se le explica, desde lo alto de un púlpito, con autoridad, con acento de evidencia, la Santísima Trinidad, la Encarnación, la Redención, la Resurrección, la Inmaculada Concepción, y todo lo demás... Escucha, acepta. ¿Y cómo no va a aceptarlo? ¿Cómo podría sentir la menor duda acerca de unas creencias de las que hacen alarde sus padres, sus condiscípulos, sus maestros, todos los fieles que llenan la iglesia? ¿Cómo dudar ante estos misterios, él, tan pequeño? ¿Él, perdido en el mundo, y que se siente rodeado desde su nacimiento por fenómenos a cual más misterioso?... Piense en ello, señor abate: creo que es capital. ¡Sí; ahí está el fondo de la cuestión!... Para el niño, todo es igualmente incomprensible. La tierra, tan llana para él, es redonda; parece inmóvil, pero da vueltas en el espacio como una bola... El sol hace germinar las plantas. El polluelo sale completamente vivo de un huevo... El Hijo de Dios ha bajado del cielo y se ha hecho crucificar para redimirnos de nuestros pecados... ¿Por qué no?... Dios era el Verbo, y el Verbo se hizo carne... Que lo comprenda quien pueda, poco importa: ¡el juego ya está hecho!

El tren acababa de parar. En la noche gritaban el nombre de una estación. Un viajero, que creía el compartimiento vacío, abrió bruscamente la portezuela y la volvió a cerrar, refunfuñando. Una bocanada de viento helado les azotó el rostro.

Antoine se volvió hacia el sacerdote, cuyas facciones apenas si distinguía ya, a causa de la disminución de la luz de la lámpara.

El abate permanecía silencioso.

Entonces, Antoine prosiguió en tono más tranquilo:

—Pues bien: ¿puede llamarse «fe» a esta creencia ingenua del niño? Ciertamente no. La fe es lo que viene después. La fe tiene otras raíces. Y yo puedo decir que no he tenido fe.

—Diga más bien que no la ha dejado brotar en su alma, no obstante estar tan bien

preparada —dijo el abate con una voz que, repentinamente, vibró de indignación—. La fe es un don de Dios, como la memoria, y que, como ella, como todos los dones de Dios, necesita ser cultivada... Pero usted... ¡Usted!... Parecido a tantos otros, ha cedido al orgullo, al espíritu de contradicción, a la vanidad de pensar libremente, a la tentación de sublevarse contra un orden establecido...

Inmediatamente se reprochó su santa cólera. Estaba completamente resuelto a no dejarse arrastrar a una discusión religiosa. Por otra parte, el abate se equivocaba por el tono de Antoine: esta voz mordiente, este arrebató, este ímpetu en el ataque que daban a las palabras del joven un tono de bravura un tanto forzado, permitían al sacerdote que se pudiera complacer en dudar de su absoluta sinceridad. Su estimación hacia Antoine seguía siendo grande; y en esta estimación había la esperanza —más que esperanza, la certeza—, de que el hijo mayor del señor Thibault no seguiría en esta posición indefendible y sin valor.

Antoine meditaba.

—No, señor abate —replicó sosegadamente—. Esto se produce completamente solo, sin ningún orgullo, sin idea premeditada de rebeldía. Sin que haya tenido siquiera que pensar en ello. Hasta donde alcanzan mis recuerdos, tan pronto hice mi primera comunión, empecé a sentir vagamente que había algo (no sé cómo explicarlo), embrollado, inquietante, en todo lo que se nos enseñaba acerca de la religión; algo oscuro, no solamente para nosotros los niños, sino para todo el mundo... Sí; también para los mayores. E incluso para los mismos sacerdotes.

El abate no pudo contener un ademán de protesta.

—¡Oh! —prosiguió Antoine—. No dudaba ni dudo en absoluto de la sinceridad de los sacerdotes que he conocido, ni de su fervor; o más bien de su necesidad de fervor... Pero daban la sensación, incluso ellos, de moverse con trabajo en estas tinieblas, de andar a ciegas, de dar vueltas con un malestar inconsciente alrededor de estos dogmas herméticos. Afirmaban. ¿Qué afirmaban? Lo que se les había afirmado a ellos. Con toda seguridad, ellos no «dudaban» de estas verdades que transmitían. ¿Pero su adhesión interior tenía la misma fuerza, la misma seguridad que sus afirmaciones? Pues bien: no conseguía convencerme de ello... Le estoy escandalizando... Era porque teníamos un elemento de comparación: nuestros profesores laicos. Éstos, lo confieso, me parecían con mucho mayor aplomo, ¡mucho más «consolidados» en sus respectivas especialidades! ¡Nos hablaban de gramática, de historia, de geometría, y parecían haber comprendido en una forma completa aquello de que hablaban!

—Se hubiera tenido que establecer la comparación entre cosas comparables —dijo el abate, frunciendo los labios.

—Pero no me refiero, en el fondo, a las asignaturas que enseñaban: me refiero solamente a la posición de estos laicos con respecto a lo que nos enseñaban. Incluso cuando les fallaba su ciencia, su actitud no daba a entender turbación. Sus vacilaciones, incluso sus lagunas en el saber, se mostraban a la luz del día. Esto daba

confianza, se lo aseguro; esto no podía despertar la menor reserva mental de..., de trampa. No, no es «trampa» lo que quería decir. Pero sin embargo, le confieso, señor abate, que cuanto más avanzaba hacia los cursos superiores, menos me inspiraban los sacerdotes de la Escuela esa especie de seguridad que sentía en relación con nuestros profesores de la Universidad.

—Si los sacerdotes —repuso el abate— hubieran sido verdaderos teólogos, hubiera sacado usted de su trato con ellos una impresión de absoluta seguridad. — (Pensaba en los profesores del seminario, en su juventud estudiosa y convencida.)

Pero Antoine proseguía:

—¡Piénselo! El chiquillo a quien se le lanza poco a poco a las matemáticas, a la física, a la química, repentinamente encuentra ante él todo el espacio abierto. Entonces la religión le parece estrecha, falaz, falta de raciocinio... Desconfía...

Esta vez, el abate volvió el cuerpo y alargó la mano:

—¿Falta de raciocinio? ¿Puede usted decir en serio «falta de raciocinio»?

—Sí —dijo Antoine, con arrebató—. Y veo algo en lo que no había pensado: y es que ustedes parten de una creencia firme, y para defender esta creencia, llaman a los razonamientos en su socorro; mientras que nosotros, las personas como yo, partimos de la duda, de la indiferencia y nos dejamos conducir por la razón, sin saber a dónde nos llevará.

»Señor abate —prosiguió inmediatamente, sonriendo y sin dejar al sacerdote tiempo para contestar—: si usted se pusiera a discutir conmigo, no tardaría en demostrarme que no entiendo nada de todo esto. Estoy convencido de antemano. Todo esto son cosas en las que apenas pienso: puede incluso que no haya reflexionado nunca tanto como esta tarde. Ya ve que no trato de presumir de espíritu fuerte. Solamente trato de explicarle cómo mi educación católica no me ha impedido llegar donde ahora me encuentro: a una completa incredulidad.»

—Su cinismo no me asusta, mi querido amigo —dijo el abate, forzando un poco su simpatía—. ¡Le creo mucho mejor de lo que usted se figura! Siga; le escucho.

—Pues bien: en realidad, seguía (he seguido durante mucho tiempo) haciendo las cosas como los demás. Con una indiferencia que no me confesaba: una indiferencia cortés. Incluso, más tarde, nunca me he impuesto una labor de investigación, de revisión: tal vez fuera que en el fondo no le concedía demasiada importancia... (Por ejemplo, estaba muy lejos del estado de ánimo de uno de mis compañeros que preparaba Ingeniería y que un día, después de una crisis de duda, me escribía: «He hecho una inspección de toda la estructura: amigo mío, no te fíes; faltan demasiados tornillos para que pueda mantenerse en pie...») En aquella época, yo empezaba Medicina; y la ruptura, o más bien el despego, ya estaba consumado: no había esperado a los estudios semicientíficos del primer curso para pensar que no se puede creer sin pruebas...

—¡Sin pruebas!

—... y que hay que renunciar a la noción de la verdad establecida, porque no

debemos considerar nada como verdadero sino bajo reserva y hasta que se demuestre lo contrario... Sí; continúo escandalizándole, pero no tema, señor abate; es todo lo que quería decirle: soy un caso, monstruoso, si usted quiere, de incredulidad natural, instintiva. Es un hecho. Me encuentro bien de salud, me considero bastante equilibrado, tengo un temperamento muy activo y me las he arreglado siempre admirablemente sin el misticismo. Nada de lo que sé, nada de lo que he observado, me permite creer en la existencia del Dios de mi niñez; y hasta ahora, lo confieso, me he pasado admirablemente sin él. Mi ateísmo se ha formado al mismo tiempo que mi espíritu. No he tenido que renegar de nada. No vaya usted a figurarse sobre todo que soy uno de esos creyentes renegados que continúan llamando a Dios en el fondo de su corazón; uno de esos inquietos que tienden los brazos desesperadamente hacia ese cielo que han encontrado vacío. No, no; soy un individuo que no tiende los brazos en absoluto. Un mundo sin Providencia no tiene nada que me estorbe; y ya ve: me siento en él muy satisfecho.

El abate agitó la mano en señal de desaprobación.

Antoine insistió:

—Perfectamente satisfecho. Y hace por lo menos quince años que pienso así...

Esperaba con esto que la indignación del sacerdote se manifestara inmediatamente. Pero el abate callaba y movía la cabeza lentamente.

—Mi pobre amigo, eso es la más pura doctrina materialista —dijo por fin—. ¿Todavía está ahí? A mi entender, usted no cree sino en su cuerpo. Es como si no creyera sino en la mitad, ¡y en qué mitad!, de usted mismo... Afortunadamente, todo eso no pasa sino en apariencia y, por así decirlo, en la superficie. Usted mismo ignora sus verdaderos recursos y la fuerza oculta que su educación cristiana ha dejado en usted. Niega esta fuerza; ¡pero ella le sostiene, mi pobre amigo!

—¿Qué quiere que le diga? Le aseguro que yo no debo nada a la Iglesia. Mi inteligencia, mi voluntad, mi carácter, se han desarrollado apartados de la religión. Incluso puedo decir que en oposición con ella. Me siento tan lejos de la mitología católica como de la mitología pagana. Religión, superstición, son la misma cosa para mí... No; sin pretenderlo, el residuo dejado en mí por mi educación cristiana, equivale a cero.

—¡Ciego! —exclamó el abate, levantando el brazo bruscamente—. ¡Entonces no se da cuenta de que toda su vida cotidiana, hecha de trabajo, de obligaciones, de consagración al prójimo, es un mentís formal a su materialismo! ¡Pocas vidas implican más la existencia de Dios! ¡Nadie tiene en mayor grado que usted el sentimiento de una misión que cumplir! ¡Nadie, en mayor grado que usted, tiene el sentido de su responsabilidad en este mundo! ¿Entonces? ¿No es esto admitir implícitamente el mandato divino? ¿Ante quién sería usted entonces responsable, si no fuera ante Dios?

Antoine no contestó inmediatamente, y el abate pudo creer por un instante que había tocado en el punto sensible. En realidad, la objeción del sacerdote le parecía

desprovista de todo fundamento: ser escrupuloso en su trabajo no implicaba necesariamente ni la existencia de Dios, ni el valor de la teología cristiana, ni ninguna certeza metafísica. ¿No era él mismo la prueba? Pero sentía perfectamente, una vez más, que, entre su falta de credo moral y la conciencia extremada que aplicaba en su vida, había una incompatibilidad inexplicable. Hay que amar lo que se hace. ¿Y por qué «hay»? Porque el hombre, animal sociable, debe colaborar con su esfuerzo a la buena marcha de la sociedad, a su progreso... ¡Afirmaciones gratuitas, postulados irrisorios! ¿«En nombre de qué»? Siempre esta pregunta, a la cual nunca había encontrado verdadera contestación.

—¡Bah!... —murmuró por fin—. ¿Esta conciencia? Un sedimento, dejado en todos nosotros por diecinueve siglos de cristianismo... Tal vez he ido demasiado de prisa, hace un momento, al valuar en cero el coeficiente de mi educación, o más bien de mi herencia...

—No, no, amigo mío; esta supervivencia en usted, es la levadura sagrada a que yo aludía. Algún día, esta levadura recobrará su actividad: ¡tendrá que subir toda la masa! Y, ese día, su vida moral, que ahora marcha por su propio impulso, bien que mal y a pesar de usted, habrá encontrado su centro, su verdadero sentido. No se comprende a Dios mientras se le rechaza y ni siquiera mientras se le busca... Ya lo verá: algún día, sin haberlo deseado, se dará cuenta de que ha llegado a puerto. ¡Y, ese día, sabrá usted por fin que basta con creer en Dios para que todo se aclare y concierte!

—Pero si eso lo admito ya ahora —dijo Antoine, sonriendo—. Sé perfectamente que nuestras necesidades, las más de las veces, crean por sí mismas sus remedios; y convengo de buena gana que, en la mayor parte de las personas, la necesidad de creer es tan imperiosa, tan instintiva, que apenas si se preocupan de saber si lo que creen merece ser creído; bautizan como verdad todo aquello hacia lo que los impulsa su necesidad de fe... Por otra parte —dijo, como inciso—, no hay quien me quite la idea de que la mayor parte de los católicos inteligentes, y especialmente muchos de los sacerdotes cultos, son más o menos pragmatistas sin saberlo. Lo que los dogmas tienen de inadmisibles para mí, debe ser igualmente inadmisibles para toda inteligencia con una cultura moderna. Sólo que los creyentes prefieren su fe y, para no quebrantarla, evitan reflexionar demasiado, se aferran al lado sentimental, al lado moral, a la religión. Y, además, se ha tenido tanto cuidado en afirmarles que la Iglesia había refutado victoriosamente todas las objeciones desde mucho tiempo antes, que ni siquiera se les ha ocurrido comprobarlo... Pero, dispéñeme, esto no es sino un paréntesis. Quería decir que la necesidad de creer, por generalizada que esté, no puede ser una justificación suficiente de la religión cristiana, completamente llena de lagunas y de viejos mitos...

—No hay por que justificar a Dios cuando se le siente —declaró el sacerdote; y, por primera vez, en tono que no admitía réplica.

Inmediatamente, se inclinó hacia Antoine con un gesto amistoso:

—¡Lo verdaderamente incomprensible, es que sea usted, Antoine Thibault, quien habla así! En muchas de nuestras familias cristianas, desgraciadamente, los hijos ven vivir a los padres y ven transcurrir la vida diaria casi como si ese Dios de que se les habla no existiera. ¡Pero usted! ¡Usted, que desde su más tierna infancia ha podido comprobar, en todo momento, la presencia de Dios en su hogar! Usted que le ha visto inspirar a su pobre padre todos sus actos...

Hubo una pausa. Antoine miraba fijamente al abate como si se contuviera de contestar.

—Sí —dijo por fin con los labios apretados—. Precisamente por eso: desgraciadamente, no he visto nunca a Dios sino a través de mi padre. —Su actitud, su acento, terminaban su pensamiento—. Pero hoy no es el día apropiado para extenderse sobre esto —añadió, para terminar de una vez. Y apoyó la frente en el cristal—. Ya estamos en Creil —dijo.

El tren aflojó la marcha y se detuvo. La luz de la lámpara brilló con más intensidad. Antoine deseó la intrusión de algún viajero, cuya presencia hubiera interrumpido la conversación. Pero la estación parecía desierta.

El tren arrancó.

Después de un silencio bastante largo, durante el cual ambos parecían sumidos en sus propios pensamientos, Antoine se inclinó de nuevo hacia el abate:

—Mire, señor abate: dos cosas, al menos, me impedirán siempre volver al catolicismo. Primero, la cuestión del pecado: soy incapaz, a mi entender, de sentir el horror del pecado. Luego, la cuestión de la Providencia: no podré aceptar nunca la idea de un Dios personal.

El abate callaba.

—Sí —prosiguió Antoine—. Eso que ustedes, los católicos, llaman el pecado, es, por el contrario, todo lo que para mí, es fuerte y vivo: instintivo, ¡instructivo! Es lo que permite, ¿cómo diría yo?, palpar las cosas. Y también avanzar. Ningún progreso... ¡Oh, no es que me engañe acerca del significado de esta palabra «progreso»; pero es tan cómoda! Ningún progreso habría sido posible, si el hombre, dócilmente, se hubiese apartado siempre del pecado... Pero esto nos llevaría muy lejos —añadió, contestando con una sonrisa irónica al ligero encogimiento de hombros del sacerdote—. Y en cuanto a la hipótesis de una Providencia, ¡decididamente, no! Si hay una noción que se imponga a mí, sin discusión, ¡es más bien la de la indiferencia universal!

El abate saltó:

—Pero su misma Ciencia, lo quiera o no, ¿hace otra cosa que comprobar el Orden Supremo? (Evitó a propósito el término más exacto de «designios divinos»...) Pero mi pobre amigo, si se permite negar esta Inteligencia superior que preside todos los fenómenos y cuyas huellas se encuentran en todas las cosas de aquí abajo; si se niega usted a admitir que todo, en la naturaleza, tiene un fin, que todo ha sido creado en



función de una armonía, ¡no se podría comprender absolutamente nada!

—¡De acuerdo! El universo nos es incomprensible. Acepto esto como un hecho.

—Esto incomprensible, amigo mío, es Dios.

—No para mí. Todavía no he cedido a la tentación de llamar «Dios» a todo lo que no comprendo.

Sonrió y, durante algunos segundos, dejó de hablar.

El abate le miraba, dispuesto a la defensiva.

—Por otra parte —prosiguió Antoine, sin dejar de sonreír—, para la mayor parte de los católicos, la idea de la divinidad se reduce al concepto pueril de un Dios «bueno», de un Dios pequeño y personal, que tiene la mirada fija en cada uno de nosotros, que sigue con solícita ternura las menores oscilaciones de nuestra conciencia de átomo, y que cada uno de nosotros puede consultar incansablemente con la oración: «Dios mío, ilumíname... Dios mío, haz que...»

»Compréndame, señor abate; no trato en absoluto de herirle con sarcasmos fáciles. Pero no logro concebir que se pueda suponer la menor relación psicológica, el menor cambio de preguntas y de respuestas, entre uno de nosotros, infinitesimal accidente de la vida universal (incluso entre la Tierra, este polvo entre los polvos) y ese gran Todo, ese principio universal. ¿Cómo reconocerle una sensibilidad antropomorfa, una ternura paternal, una compasión? ¿Cómo tomar en serio la eficacia de los sacramentos, el rosario, qué sé yo, la misa pagada y dicha “a la intención” de alguien, “a la intención” de un alma relegada provisionalmente al Purgatorio? ¡Vamos! ¡No hay verdaderamente ninguna diferencia esencial entre estas prácticas, estas creencias del culto católico, y las de cualquier religión primitiva, los sacrificios paganos, las ofrendas que los salvajes depositan ante sus ídolos!»

El abate estuvo a punto de contestar que, efectivamente, había una religión «natural», común a todos los hombres, y que esto, precisamente, era artículo de fe. Pero, de nuevo, se contuvo. Hundido en su rincón, con los brazos cruzados y las puntas de los dedos escondidas en las mangas, en una actitud al mismo tiempo paciente, resignada y un poco irónica, parecía esperar el final de esta improvisación.

El viaje, por otra parte, se acercaba a su fin. El vagón empezaba a traquetear ya sobre los cambios de aguja de los arrabales parisienses. A través de la neblina de los cristales, brillaban en la noche numerosas luces.

Antoine, al que todavía le quedaba algo por decir, se apresuró:

—Por otra parte, señor abate, no se confunda a causa de ciertas palabras que acabo de utilizar. Aunque nada me autorice, ya lo sé, a aventurarme en estos terrenos filosóficos, quiero ser sincero hasta el final. Le he hablado de Orden, de Principio Universal... Es para hablar como todo el mundo... En realidad, considero que tendríamos tantos motivos para dudar de un Orden como para creer en él. Desde el punto en que se encuentra colocado, el animal humano que yo soy constata perfectamente un vasto conjunto de fuerzas desencadenadas. ¿Pero, estas fuerzas obedecen a una ley general, externa a ellas y distinta de ellas? ¿O bien obedecen a

unas leyes, cómo diría yo, internas, que residen en cada átomo, que las obligan a cumplir una especie de destino «personal»? ¿A unas leyes que no dominaran estas fuerzas desde afuera, sino que estuvieran confundidas con ellas, y que, en cierto modo, las animaran solamente?... E, incluso, ¿en qué medida no es incoherente el concierto de los fenómenos? Yo admitiría con la misma facilidad que las causas nacen indefinidamente unas de otras, que cada causa es el efecto de otra causa, y cada efecto, la causa de otros efectos. ¿Por qué querer imaginar a toda costa un Orden Supremo? Tentación de nuestros espíritus lógicos. ¿Por qué querer encontrar una dirección común a estos movimientos que rebotan unos sobre otros, hasta el infinito? Muchas veces me he dicho, por lo que a mí respecta, que todo sucede como si nada condujera a nada, como si nada tuviera sentido...

El abate, después de haber mirado a Antoine en silencio, bajó los ojos y articuló, con una sonrisa glacial:

—Después de eso, creo difícil descender aún más bajo...

Luego se incorporó para abrocharse la sotana.

—Le ruego me perdone por haberle dicho todo esto, señor abate —dijo Antoine, con un sincero impulso de arrepentimiento—. Este género de conversación nunca conduce sino a una cosa: a herir. No sé qué me ha pasado hoy.

Estaban de pie, uno junto a otro. El abate miró tristemente al joven:

—Me ha hablado usted con entera libertad, como a un amigo. Esto, al menos, no puedo por menos de agradecersele.

Pareció dudar de si decir algo más. Pero el tren se paraba en el andén.

—¿Quiere que le lleve a su casa en el coche? —propuso Antoine, en otro tono.

—Con mucho gusto, con mucho gusto...

En el taxi, Antoine, preocupado, embargado de nuevo por la vida complicada que le esperaba, apenas habló. Y su acompañante, también silencioso, parecía reflexionar. Pero, cuando hubieron pasado el Sena, el abate se inclinó hacia Antoine:

—¿Qué edad... tiene usted? ¿Treinta años?

—Pronto cumpliré los treinta y dos.

—Aún es usted joven... Ya verá. ¡Otros como usted han terminado por comprender! Ya le llegará el momento. Hay horas en la vida en que no se puede prescindir de Dios. Hay una, terrible entre todas: la última...

«Sí —pensaba Antoine—. El temor a la muerte... Y que tanto pesa sobre todo europeo civilizado... Hasta estropearle, poco más o menos, el gusto de vivir...»

El sacerdote había estado a punto de aludir a la muerte del señor Thibault, pero se había contenido.

—¿Se da usted cuenta de lo que puede suponer —repitió— llegar al borde de la eternidad sin creer en Dios, sin distinguir, en la otra orilla, a ese Padre Todopoderoso y misericordioso que nos tiende los brazos? ¿Morir en la oscuridad total, sin el menor destello de esperanza?

—En cuanto a eso, señor abate, lo sé tan bien como usted —dijo Antoine, con

viveza. (También él acababa de pensar en la muerte de su padre.)— Mi profesión —prosiguió, después de una breve vacilación—, mi profesión, tanto como la suya, es asistir a los agonizantes. Puede incluso que haya visto morir a más descreídos que usted, y conservo unos recuerdos tan atroces que, ¡si pudiera poner a mis enfermos una inyección de fe *in extremis*...! No soy de aquellos que sienten por el estoicismo de la última hora una veneración mística. Por lo que a mí respecta, deseo, sin vergüenza, ser accesible en ese momento a la certeza más consoladora. Y temo tanto un final sin esperanza como una agonía sin morfina...

Sintió la mano del abate que se posaba temblorosa sobre la suya. Indudablemente, el sacerdote se esforzaba en tomar esta confesión, que no había esperado, por un indicio de buen augurio.

—Sí, sí —prosiguió, apretando el brazo de Antoine con un ardor en el que había casi gratitud—. Y créame: no cierre todas las salidas hacia ese Consolador del que, como todos nosotros, tendrá necesidad algún día. Quiero decir: no renuncie a la oración.

—¿La oración? —objetó Antoine, moviendo la cabeza—. ¿Ese llamamiento loco... a quién? ¡A ese Orden problemático! ¿A un Orden ciego y mudo, indiferente?

—No importa, no importa... ¡Sí; ese «llamamiento loco»! ¡Créame! ¡Cualquiera que sea el término provisional a que pueda llegar su pensamiento, cualquiera que sea, más allá de los fenómenos, esa idea oscura de Orden, de Ley, que usted entrevé como destellos, a pesar de todo, tiene usted que volverse hacia eso, hijo mío, y orar! ¡Se lo conjuro; todo, antes que enterrarse en su soledad! ¡Conserve el contacto, conserve un lenguaje posible con el infinito, aun cuando, de momento, no haya intercambio; aun cuando, por el momento, no sea aparentemente sino un monólogo!... ¡Esa noche inconmensurable, esa impersonalidad, ese Enigma indescifrable; no importa, récele! Rece al Desconocido. Pero rece. No se niegue ese «llamamiento loco», porque a este llamamiento, lo sabrá usted algún día, a este llamamiento contesta inmediatamente un silencio interior, un milagro de paz...

Antoine no contestó. «Compartimiento estanco...», pensó. Sin embargo, notaba al sacerdote extremadamente emocionado, y estaba decidido a no decir nada que pudiera apenarle más.

Por otra parte, llegaban a la calle de Grenelle.

El auto se detuvo.

El abate Yécard tomó la mano de Antoine, la estrechó; luego, antes de apearse, inclinándose un poco en la oscuridad del coche, murmuró con voz alterada:

—La religión católica es algo completamente distinto, amigo mío; créame: es más, mucho más de lo que hasta ahora le ha sido permitido entrever...

FIN DE

«LA MUERTE DEL PADRE»

# SÉPTIMA PARTE

## EL VERANO DE 1914

# I

JACQUES, fatigado, estiraba el cuello para no cambiar de postura. No se atrevía a mover más que los ojos. Lanzó a su verdugo una mirada rencorosa.

Paterson había retrocedido de dos zancadas hasta la pared. Con la paleta en la mano y el pincel levantado, inclinaba la cabeza alternativamente a izquierda y derecha, contemplando atentamente la tela colocada sobre el caballete, a tres metros de él. Jacques pensó: «¡Qué suerte tiene de poder contar con la pintura! —Su mirada descendió hasta el reloj de pulsera—: ¡Todavía tengo que terminar mi artículo antes de la noche. Y a este animal le tiene sin cuidado!»

El calor era agobiante. Una luz implacable entraba por la cristalera. Aunque esta antigua cocina estaba encaramada en el último piso de un inmueble cercano a la catedral y que dominaba toda la ciudad, no se veían ni el lago ni los Alpes. Nada más que él, cara a cara con el cielo de junio, de un azul cegador.

En el fondo de la habitación, bajo el techo inclinado, se alineaban dos jergones, uno junto a otro. Había clavos con ropa colgada. Sobre el horno oxidado, sobre la repisa de la chimenea, en el fregadero, se amontonaban de cualquier forma los objetos más dispares: una cubeta de esmalte, un par de zapatos, una caja de cigarros llena de tubos vacíos de colores, una brocha cubierta de jabón reseco, cacharros, dos rosas marchitas en un vaso, una pipa... En el suelo, vueltas contra la pared, se amontonaban las telas.

El inglés estaba desnudo hasta la cintura. Apretaba los dientes y respiraba por la nariz, muy fuerte, como si hubiera estado corriendo.

—No es fácil... —murmuró, sin volver la cabeza.

Su torso blancuzco de hombre del norte relucía de sudor. Los músculos resaltaban bajo la piel, muy fina. La delgadez marcaba un triángulo oscuro en la parte baja de la caja torácica. Bajo la tela desgastada del viejo pantalón, la atención reconcentrada hacía temblar los tendones de las piernas.

—Y ni una hebra de tabaco —suspiró a media voz.

Los tres cigarrillos que Jacques había sacado del fondo del bolsillo al llegar, se los había fumado el pintor, uno tras otro y dando largas chupadas, nada más al empezar la sesión. Su estómago, ocioso desde la víspera, le producía retortijones; pero ya estaba acostumbrado a ellos. «¡Cuánta luz en esa frente! —pensó—. ¿Tendré bastante blanco?» Echó una mirada hacia el tubo de albayalde, tirado en el suelo y aplastado como una cinta metálica. Le debía ya un centenar de francos a Guérin, el vendedor de colores; afortunadamente, Guérin, antiguo anarquista recientemente convertido al socialismo, era un buen camarada...

Sin separar la mirada del retrato, Paterson hacía muecas, como si estuviera solo.

Su pincel esbozó en el aire un arabesco. Bruscamente, sus ojos azules se volvieron hacia Jacques; fijó en la frente de éste una mirada de urraca, inhumana a

fuerza de intensidad.

«Me mira exactamente como miraría a una manzana en un frutero» —se dijo Jacques, divertido—. Si no tuviera que terminar ese artículo...

Cuando Paterson había propuesto tímidamente hacer este retrato, Jacques no se había atrevido a decir que no. Desde hacía meses, el pintor, demasiado pobre para pagar modelos e incapaz de permanecer veinticuatro horas sin utilizar los pinceles, gastaba su talento en mezquinas naturalezas muertas. Pero Paterson había dicho: «Cuatro o cinco sesiones, todo lo más...» ¡Sin embargo, hoy, domingo, era el noveno día que Jacques, tascando el freno, se violentaba en subir con regularidad, a última hora de la mañana, hasta lo alto de la vieja ciudad, para unas poses que nunca duraban menos de dos horas!

Paterson se había puesto a frotar febrilmente el pincel sobre la paleta. Aún permaneció inmóvil durante un segundo, empinándose sobre los tobillos, en la actitud de un nadador que prueba la elasticidad del trampolín, con la mirada fija en Jacques.

Y, de repente, con el brazo rígido, se lanzó a fondo como un esgrimidor para poner en un punto muy determinado de la tela una pincelada de luz, una sola; después, volvió a retroceder hasta la pared, con los ojos entornados, moviendo la cabeza y resoplando como un gato encolerizado. Luego, se volvió hacia el paciente y por fin sonrió:

—¡Hay tanta fuerza en esas cejas, en esa sien, en ese pelo que crece sobre la frente! No es fácil...

Dejó la paleta y el pincel sobre el fregadero y, girando sobre sí mismo, fue a tenderse cuan largo era sobre uno de los jergones:

—¡Basta por hoy!

Jacques, liberado, se estiró.

—¿Puedo mirar?... ¡Hombre, hoy has adelantado mucho!

Jacques estaba tomado de tres cuartos, sentado. El retrato se detenía en las rodillas. El hombro izquierdo huía en perspectiva; el hombro, el brazo y el codo derechos, venían con vigor hacia adelante. La mano, musculosa y completamente abierta sobre el muslo, ponía en la parte baja del cuadro una mancha clara y viva. La cabeza, aunque levantada en plena luz, se inclinaba ligeramente hacia el hombro izquierdo, como forzada por la masa de la cabellera y de la frente. La luz venía de la izquierda. La mitad de la cara quedaba en la sombra, pero, como consecuencia de la inclinación de la cabeza, toda la frente se encontraba iluminada. El rizo oscuro con reflejos rojizos que le cruzaba de izquierda a derecha, contribuía a aumentar por contraste la luminosidad de la carne. Paterson había conseguido especialmente el efecto del pelo, que crecía desde muy abajo, duro y espeso como la hierba. La poderosa mandíbula se apoyaba sobre el cuello blanco, entreabierto. Una arruga de amargura, que daba al rostro severidad bravía, ennoblecía la boca grande y de labios mal dibujados. Bajo la línea atormentada de las cejas, escondida en el claroscuro, la mirada resultaba intencionadamente franca y voluntariosa; pero con una expresión

demasiado arriesgada, obstinada, que no estaba bien lograda. Paterson acababa de notarlo. En conjunto, había expresado bien la fuerza masiva que se desprendía de la frente, de los hombros, de los maxilares; pero desconfiaba de llegar alguna vez a poder fijar estas tonalidades de meditación, de tristeza y de audacia que se sucedían, sin mezclarse, en la mirada inquieta.

—¿Vendrás también mañana, verdad?

—Si hace falta... —dijo Jacques, sin ningún entusiasmo.

Paterson se había levantado para registrar los bolsillos de un impermeable colgado encima de la cama. Se echó a reír con jovialidad:

—Mithörg desconfía: ya no se deja nunca tabaco en los bolsillos.

Cuando Paterson reía, se convertía inmediatamente en el muchacho malicioso que probablemente sería cinco o seis años antes, cuando había roto con su familia puritana y había escapado de Oxford para venir a vivir a Suiza.

—Lo siento —murmuró de buen humor—; ¡por ser domingo me hubiera gustado poder ofrecerte un pitillo!...

Se pasaba mejor sin comida que sin tabaco, y mejor sin tabaco que sin colores. Por otra parte, nunca estaba demasiado tiempo sin colores ni tabaco, e incluso sin comida.

Formaban en Ginebra un vasto grupo de jóvenes revolucionarios, sin recursos, más o menos afiliados a las organizaciones existentes. ¿De qué vivían? Vivían. Algunos, como Jacques, intelectuales privilegiados, colaboraban en periódicos y revistas. Otros, obreros especializados llegados de todos los rincones del mundo, tipógrafos, dibujantes, relojeros, encontraban bien que mal la forma de ganarse el pan; y cuando llegaba el caso, lo compartían con los compañeros sin empleo. Pero la mayor parte de ellos no tenía ningún trabajo fijo. Se dedicaban, al azar, a tareas oscuras y mal retribuidas, que abandonaban tan pronto como tenían algo de dinero en el bolsillo. Entre ellos se contaban muchos estudiantes con la ropa muy usada, que salían adelante dando lecciones, tomando notas en las bibliotecas, haciendo pequeños trabajos de laboratorio. Afortunadamente, nunca se encontraban todos al mismo tiempo en la miseria. Bastaba que hubiera alguna bolsa repleta para asegurar un poco de pan y un embutido, un café caliente, un paquete de cigarrillos a los que aquel día erraban con los bolsillos vacíos. La ayuda mutua funcionaba de por sí. Es fácil acostumbrarse a no comer sino una vez al día y lo que sea, cuando se es joven y se vive en grupo, con las mismas preocupaciones, las mismas certezas, la misma pasión social y los mismos anhelos. Algunos, como Paterson, se divertían afirmando que la irritación de un estómago exageradamente vacío comunicaba al cerebro una embriaguez beneficiosa. Esto era algo más que un dicho ocurrente. La sobriedad de su régimen contribuía a mantener esta sobreexcitación espiritual, de la cual se beneficiaban los interminables conciliábulos que celebraban a todas horas en las esquinas, en los cafés, en los cuartos de las casas de huéspedes y, sobre todo, en el «Local», donde se reunían para transmitirse las noticias aportadas por los

revolucionarios extranjeros, para comparar sus experiencias, sus doctrinas, y poder trabajar todos juntos, con el mismo fervor, en la edificación de la sociedad futura.

Jacques, de pie ante el espejo, se componía el cuello y lo corbata.

—No tengas prisa, hombre... ¿Adónde vas tan de prisa? —murmuró Paterson.

Permanecía echado de través sobre la cama, medio desnudo, con los brazos separados. Tenía unas frágiles muñecas de joven cita y manos de hombre, y unos tobillos delgados con auténticos pies de inglés. La cabeza era pequeña; el pelo, de un rubio grisáceo y mojado por la transpiración, tomaba bajo la ventana el brillo patinado de los viejos esmaltes. En sus ojos, tal vez, excesivamente luminosos para ser muy expresivos, la ingenuidad parecía luchar siempre contra el desaliento.

—Tenía tantas cosas que decirte... —dijo al desgaire—. En primer lugar, anoche te marchaste demasiado pronto del «Local»...

—Estaba cansado... Allí todo son vueltas y más vueltas, repitiéndose siempre las mismas cosas...

—Sí... Sin embargo, la discusión se hizo verdaderamente excitante... Lo sentí por ti. El Piloto terminó por contestar a Boissonis. Sólo algunas palabras; pero de esas palabras que... ¿cómo decís vosotros?, que dan en el clavo.

El acento traicionaba una sorda antipatía. Jacques había observado muchas veces la especie de admiración llena de odio que el inglés sentía por Meynestrel, por «el Piloto», como le llamaban. Nunca había hablado de ello con el pintor. Personalmente, sentía un profundo afecto por Meynestrel; no solamente lo quería como a un amigo: le veneraba como a un maestro.

Se volvió rápidamente:

—¿Qué palabras? ¿Qué fue lo que le dijo?

Paterson tardó en contestar. Miraba al techo y sonreía de una manera rara.

—Fue al final, de repente... Muchos, como tú, se habían marchado... Dejó hablar a Boissonis, ya sabes, como si no estuviera escuchando... De repente, se inclinó hacia Alfreda, que estaba, como siempre, sentada a sus pies, y lo dijo muy de prisa, sin mirar a nadie... Espera que recuerde... Dijo algo así como esto: «Nietzsche ha suprimido la noción de Dios. Ha puesto en su lugar la noción Hombre. Esto no es nada; es sólo la primera etapa. El ateísmo debe avanzar ahora mucho más lejos: debe imprimir también la noción Hombre.»

—¿Y qué? —preguntó Jacques con un ligero encogimiento de hombros.

—Espera... Entonces, Boissonis preguntó: «¿Para sustituirla por qué?» El Piloto sonrió, ya sabes, a su manera... Y declaró muy fuerte: «¡Por nada!»

Jacques también sonrió para evitar tener que contestar. Tenía calor, estaba cansado de haber posado y tenía prisa por volver a su trabajo; y, principalmente, no tenía ganas en absoluto de discutir de metafísica con este buen Paterson. Dejando de sonreír, se limitó a decir:

—¡Es un alma de una nobleza incontestable, Pat!

El inglés se incorporó sobre un codo y miró a Jacques a la cura:



—¡Por nada! A pesar de todo, es una cosa... *absolutely monstruos!*... *Don't you think so*<sup>[1]</sup>?

Como Jacques se callara, se dejó caer otra vez sobre la cama.

—¿Cuál ha podido ser la vida del Piloto? Siempre me lo pregunto. Para llegar a esta..., a esta desecación, creo que ha tenido que recorrer unos caminos espantosos, respirar un aire envenenado... Dime, Thibault —prosiguió casi inmediatamente, sin cambiar de entonación, pero volviéndose otra vez hacia Jacques—. Hace mucho tiempo que quería preguntarte una cosa, a ti que conoces bien a los dos: ¿Crees tú que Alfreda está contenta con su Piloto?

Jacques se percató de que nunca había pensado en ello. En medio de todo, no carecía de lógica. Pero era delicada de resolver esta cuestión, y una intuición confusa le aconsejaba no aventurarse por este terreno con el inglés. Terminó de hacerse el nudo de la corbata, e hizo con los hombros un gesto prudentemente evasivo.

Por otra parte, Paterson no pareció molestarse por este silencio. Había vuelto a echarse. Preguntó:

—¿Vendrás esta tarde a la conferencia de Janotte?

Jacques aprovechó el cambio de tema:

—No estoy muy seguro... Primero tengo que terminar un trabajo para *El Panal*... Si se me da bien, pasaré por el «Local», hacia las seis. —Se había puesto el sombrero—. ¡Tal vez hasta la noche, Pat!

—No me has contestado a lo de Alfreda —dijo entonces Paterson, sentándose en la cama.

Jacques ya había abierto la puerta. Se volvió:

—No lo sé —dijo, después de una vacilación imperceptible—. ¿Y por qué no había de ser feliz?

## II

ERA ya más de la una y media. Ginebra se recreaba con la comida dominical. El sol caía a plomo sobre la plaza del Bourg-de-Four, reduciendo la sombra a una cenefa violácea al pie de las casas.

Jacques atravesó oblicuamente la plaza desierta. Lo único que turbaba el silencio era el murmullo de la fuente. Jacques andaba de prisa, con la cabeza agachada, dándole el sol en el cogote y con los ojos quemados por el asfalto espejeante. Aunque no temiera excesivamente el calor del verano ginebrino —este calor blanco y azul, implacable y sano, nunca pegajoso y pocas veces tórrido—, se sintió agradablemente sorprendido al encontrar un poco de sombra al bordear los puestos de la estrecha calleja de La Fontaine.

Pensaba en su artículo: un comentario de varias páginas acerca del último libro de Fritsch, para la «Revista de Libro\*» del *Fanal Suisse*. Las dos terceras partes ya estaban escritas, pero el principio tenía que rehacerlo por completo. Tal vez debiera empezar con la cita de un pasaje de Lamartine que había copiado la antevíspera en la biblioteca: «Hay dos patriotismos. Hay uno que se compone de todos los odios, de todos los prejuicios, de todas las groseras antipatías que los pueblos, embrutecidos por gobiernos interesados en desunirles, alientan unos contra otros... Hay otro que se compone, por el contrario, de todas las verdades, de todos los derechos que los pueblos tienen en común...» La idea era justa, efectivamente, y generosa; pero la forma... «Bah —pensó, sonriendo—, verborrea decimonónica, tal vez... ¿Pero no sigue siendo, poco más o menos, nuestro vocabulario?... Salvo excepciones —se dijo, acto seguido—. No es en absoluto, por ejemplo, el vocabulario del Piloto...» Meynestrel le hizo pensar en la pregunta de Pat: ¿Era feliz Alfreda? No se hubiera atrevido a contestar ni sí ni no. Las mujeres... ¿Puede uno saber nunca a qué carta quedarse con las mujeres?... El recuerdo de su experiencia con Sophia Cammerzinn le pasó por la imaginación. Apenas si pensaba en ella desde que había abandonado Lausana y la pensión del tío Cammerzinn. En los primeros tiempos, la joven había venido varias veces a Ginebra para verle. Luego había cesado en sus visitas. Sin embargo, siempre la había acogido con alegría. ¿Habría terminado por comprender que Jacques no sentía por ella ningún afecto? Sintió una cierta tristeza... ¡Qué muchacha tan extraña!... No la había sustituido.

Apretó el paso. Tenía que bajar hasta el Ródano. Vivía al otro lado del río, en la plaza de Grenus: un barrio pobre, lleno de baches y de tugurios. En una esquina de esta plaza, cuyo centro estaba ocupado por un urinario, una pensión de tres pisos, el Hotel del Globo, disimulaba su fachada leprosa. Encima de la puerta baja, un mapamundi de cristal se encendía por la noche, a modo de rótulo. Al contrario que los demás hoteles del barrio, no se admitían en él prostitutas. La casa pertenecía a dos solteros, los hermanos Vercellini, militantes desde hacia muchos años del partido

socialista. Todas las habitaciones, o casi todas, estaban alquiladas a camaradas que pagaban poco y cuando podían: los hermanos Vercellini nunca habían puesto en la calle a un huésped por falta de dinero; pero sí se daba la circunstancia de que expulsaran a un sospechoso, ya que estos ambientes refractarios atraían a la vez a los mejores y a los peores hombres.

La habitación de Jacques estaba en lo alto del Hotel; era pequeña, pero limpia. Desgraciadamente, la única ventana daba al descansillo, y los ruidos, los olores aspirados por la caja de la escalera, penetraban indiscretamente en la estancia. Para poder trabajar con tranquilidad, tenía que cerrar la ventana y encender la luz del techo; el mobiliario era suficiente: una cama estrecha, un armario, una mesa y una silla; adosado a la pared, un lavabo. La mesa era pequeña y siempre estaba ocupada. Generalmente, para escribir, Jacques se sentaba sobre la cama, con un atlas sobre las rodillas a guisa de pupitre.

Llevaba trabajando una media hora cuando llamaron a su puerta con tres golpecitos espaciados.

—Entre —gritó.

Una cara barbilampiña apareció por la rendija. Era Vanheede, el albino. También él, el año anterior, había dejado Lausana por Ginebra al mismo tiempo que Jacques y también vivía en el Globo.

—Perdón... ¿Le molesto, Baulthy? —Era uno de los que seguían llamando a Jacques por su antiguo seudónimo literario, aunque Jacques, desde la muerte de su padre, firmaba sus artículos con su verdadero nombre.

«He visto a Monier en el Café Landolt. El Piloto le había dado dos encargos para usted: el primero, es que necesita verlo y que le esperará en su casa hasta las cinco; el segundo, es que su artículo no se publicará esta semana en *El Fanal*; es inútil que lo entregue esta tarde.»

Jacques puso las manos sobre las cuartillas diseminadas ante él y apoyó la cabeza contra la pared.

—¡Me alegro! —dijo, tranquilizado. Pero inmediatamente pensó: «Veinticinco francos que dejaré de cobrar esta semana...» Andaba mal de fondos.

Vanheede, sonriendo, se acercó a la cama:

—¿Andan las cosas mal? ¿De qué trata su artículo?

—Acerca del libro de Fritsch: *El Internacionalismo*.

—¿Y qué?

—Pues mira, en el fondo, ni yo mismo sé bien lo que hay que pensar...

—¿Del libro?

—Del libro... y del internacionalismo.

Las cejas de Vanheede, apenas visibles sobre la frente, se contrajeron.

—Fritsch es un sectario —prosiguió Jacques—. Y además, me parece que confunde varias cosas, de valores muy diferentes: la idea de Nación, la idea de Estado, la idea de Patria. Esto da la impresión de que piensa equivocadamente,

incluso cuando dice cosas que parecen ciertas.

Vanheede escuchaba con los ojos entornados. Sus pestañas incoloras ocultaban la mirada; una mueca relajaba las comisuras de los labios. Retrocedió hasta la mesa y, corriendo un poco los papeles, los utensilios de aseo y los libros, se sentó.

Jacques proseguía en tono de vacilación:

—Para Fritsch y los que son como él, el ideal internacionalista implica en primer lugar la supresión de la idea de Patria. ¿Es verdaderamente necesario? ¿Es forzoso?... ¡Ni tanto así!

Vanheede levantó su mano de muñeca.

—¡En todo caso, la supresión del patriotismo! ¿Cómo imaginar la revolución únicamente en el marco insignificante de un solo país? ¡La revolución, la auténtica, la nuestra, es una obra internacional! ¡Y que debe ser realizada en todas partes al mismo tiempo, por todas las mayorías obreras del mundo!

—Sí. Pero mira: tú mismo haces una distinción entre el patriotismo y la idea de patria.

Vanheede movía obstinadamente su cabecita coronada por un mechón de pelo rizado casi blanco.

—Es lo mismo, Baulthy. Vea lo que ha hecho el siglo XIX: ¡exaltando por todas partes el patriotismo, el sentimiento de patria, ha fortificado el principio de los estados nacionalistas, sembrando el odio entre los pueblos y trabajando para nuevas guerras!

—De acuerdo. Pero no son los patriotas, son los nacionalistas del siglo XIX quienes, en todos los países, han falseado la noción de patria. A un afecto sentimental, legítimo, inofensivo, lo han sustituido con un culto, con un fanatismo agresivo. ¡Condenar este nacionalismo, sí, sin ninguna duda! ¿Pero se debe rechazar al mismo tiempo, como lo hace Fritsch, el sentimiento de patria? ¿Esa realidad humana, física y carnal, como si dijéramos?

—¡Sí! Para ser un verdadero revolucionario, es necesario, en primer lugar, romper todas las ligaduras, extirpar de sí...

—Ten cuidado —interrumpió Jacques—; tú piensas en el revolucionario, en el revolucionario tipo que tú quieres ser, y pierdes de vista al hombre, al hombre en general, tal como se presenta en la naturaleza, en la realidad, en la vida... Por otra parte, ¿puede ser suprimido realmente ese patriotismo sentimental de que yo hablo? No estoy tan seguro de ello. Como quiera que sea, el hombre pertenece a una región. Tiene su temperamento de origen. Tiene su complexión étnica. Se aferra a sus costumbres, a las formas particulares de la civilización que lo ha moldeado. Dondequiera que esté, conserva su idioma. ¡Atención! Esto es muy importante: ¡El problema de la patria tal vez no sea, en el fondo, sino un problema de lenguaje! Dondequiera que esté, dondequiera que vaya, el hombre sigue pensando con las palabras y la sintaxis de su país... ¡Mira a nuestro alrededor! ¡Mira a nuestros amigos de Ginebra, a todos estos deportados voluntarios que creen de buena fe haber

repudiado su suelo natal y haber formado una auténtica colonia internacional! Fíjate cómo, instintivamente, se buscan, se unen, se aglomeran en otros tantos clanes italianos, austríacos, rusos... Clanes indígenas, fraternales, *patrióticos*. ¡Tú mismo, Vanheede, con tus belgas! ...

El albino se estremeció. Sus pupilas de ave nocturna se fijaron en Jacques con un destello de reproche y volvieron a desaparecer bajo la cenefa de las pestañas. Su desgracia física contribuía a acentuar la humildad de sus actitudes. Pero su silencio le servía sobre todo para proteger su fe, más firme que su pensamiento, y la cual, bajo un aspecto tímido, estaba poderosamente segura de sí misma. Nadie, ni siquiera Jacques, ni siquiera el Piloto, tenía una influencia verdadera sobre Vanheede.

—No, no —continuó Jacques—; el hombre puede expatriarse, pero no puede «despatriarse». ¡Y este patriotismo no tiene nada fundamentalmente incompatible con nuestro ideal de revolucionarios internacionalistas!

«Por consiguiente, me pregunto si no constituye una imprudencia atacar, como lo hace Fritsch, a esos elementos que son esencialmente humanos, que representan una fuerza. Me pregunto, incluso, si no será perjudicial despojar de ellos al hombre del mañana. —Calló durante algunos segundos, y luego, en otro tono, indeciso, como exaltado por los escrúpulos, siguió—: Lo pienso, y sin embargo no me atrevo a escribirlo. Sobre todo en una reseña de pocas páginas. Habría que escribir todo un libro para evitar los malentendidos. —Calló de nuevo y, de repente, exclamó—: ¡Por otra parte, tampoco escribiré ese libro!... ¡Porque, después de todo, no estoy seguro de nada! ¿Quién sabe? El hombre “despatriado” no es inconcebible. El hombre se adapta. Tal vez terminaría por acostumbrarse a esta mutilación...»

Vanheede se apartó de la mesa y, espontáneamente, dio un paso hacia Jacques. En su cara de ciego erraba una expresión de alegría angelical.

—¡Encontrará en ella tantas compensaciones!

Jacques sonrió. Esta clase de impulsos era lo que le hacía querer al pequeño Vanheede.

—Ahora, le dejo —dijo el albino.

Jacques seguía sonriendo. Miró como Vanheede llegaba a saltitos hasta la puerta, y hacía un gesto de despedida, a tiempo que abandonaba la habitación sin hacer ruido.

Aunque ya nada le obligaba a terminar su artículo —puedo incluso que a causa de ello—, volvió a ponerse a trabajar con ardor.

Aún seguía escribiendo cuando oyó dar las cuatro en el vestíbulo. Meynestrel le esperaba. Saltó de la cama. Apenas se puso en pie, se percató de que tenía hambre. Pero no le quedaba tiempo suficiente para entretenerse en el camino. Aún le quedaban en el fondo de un cajón dos paquetes de chocolate en polvo que se diluía instantáneamente en agua caliente. Precisamente la víspera había llenado el infiernillo de alcohol. En lo que tardó en lavarse la cara y las manos, el agua empezó a hervir en

el cacillo. Se tomó el tazón de chocolate, abrasándose, y partió apresuradamente.

### III

MEYNESTREL vivía bastante lejos de la plaza de Grenus, en ese barrio de Carouge que habían adoptado muchos revolucionarios, especialmente los refugiados rusos. Era un arrabal sin fisonomía propia, a orillas del Arve, más allá de la llanura de Plainpalais. Comerciantes muy necesitados de espacio, almacenistas de madera o de carbón, fundidores, carroceros, soladores y tallistas habían instalado en ese barrio sus talleres; a lo largo de las calles anchas y soleadas, sus naves alternaban con islotes de casas viejas, jardines mutilados y solares.

La casa donde vivía el Piloto se alzaba en el cruce de las calles de Charles-Page y de Carouge, a la entrada del Pont-Neuf; era una casa de tres plantas y mucho fondo, amarillenta, baja y sin balcones, pero que bajo el sol estival tomaba un sabor de enlucido italiano. Bandadas de gaviotas pasaban por delante de las ventanas y se abatían sobre los ribazos del Arve, cuyo curso rápido, aunque poco profundo, presumía de torrente al cubrir de espuma las rocas a flor de agua.

Meynestrel y Alfreda ocupaban un cuarto de dos habitaciones, separadas por un pequeño recibimiento, al fondo de un corredor. La más pequeña de las dos habitaciones servía de cocina; la otra, de alcoba y despacho.

Junto a la ventana soleada, cuyas persianas estaban cerradas, Meynestrel, inclinado sobre una mesita portátil, trabajaba en tanto que esperaba la llegada de Jacques. Con una letra pequeña, febril, llena de abreviaturas, escribía en cuartillas de papel cebolla algunas notas breves, que Alfreda se encargaba de descifrar y ponía luego en limpio con ayuda de una vieja máquina de escribir.

De momento, el Piloto estaba solo. Alfreda acababa de levantarse de la silla donde siempre se sentaba, una silla baja, completamente pegada a la de Meynestrel. Aprovechando una pausa en el trabajo de su dueño, había ido a la cocina para dejar correr el agua y llenar una jarra con agua fresca. El olor acidulado de una compota de peras, que hervía a fuego lento en el gas, flotaba en el ambiente cargado: se alimentaban casi exclusivamente de leche, verduras y fruta hervida.

—¡Freda!

Terminó de escurrir el colador de café que tenía en la mano, lo puso a secar y se enjugó los dedos rápidamente.

—¡Freda!

Se apresuró a volver junto a él y se sentó de nuevo en la silla baja.

—¿Dónde estabas, pequeña? —murmuró Meynestrel, posando la mano sobre la nuca morena, inclinada. La pregunta no requería contestación. La había hecho con una voz pensativa, sin interrumpir su trabajo.

Con la cara levantada, Alfreda sonreía. Su mirada era cálida, fiel y tranquila. Sus pupilas, muy abiertas, expresaban el deseo de verlo todo, de comprenderlo todo, de amarlo todo; pero nunca despuntaba en ellas ni la menor chispa de insistencia o

curiosidad. Parecía nacida para contemplar y para esperar. En cuanto que Meynestrel se ponía a pensar en voz alta (lo que hacía casi continuamente), Alfreda se volvía hacia él y parecía escucharle con la mirada. Algunas veces, cuando el pensamiento era sutil, la joven aprobaba con un ligero pestañeo. Esta presencia muy próxima, silenciosa y constantemente atenta, era todo aquello que Meynestrel necesitaba; pero esto, ahora, lo necesitaba tanto como el aire que respiraba.

Alfreda sólo tenía veintidós años: era quince años más joven que él. Nadie habría sabido decir con exactitud cómo se habían encontrado ni qué clase de lazos los unía bajo las apariencias de su vida común. Habían llegado juntos a Ginebra el año anterior. Meynestrel era suizo. De ella se sabía que era de origen sudamericano, aunque apenas hiciera alusiones a su familia o a su infancia.

Meynestrel seguía garrapateando. Su rostro delgado, más alargado aún a causa de la barba negra y en punta, se inclinaba hacia delante. La frente, estrecha y como unida a las sienes, brillaba a la luz. Su mano izquierda seguía posada sobre la nuca de Alfreda. Inmóvil, con la espalda curvada, la joven se prestaba a esta caricia con la inmovilidad temblorosa de una gata.

Sin mover la mano, Meynestrel dejó de escribir, miró a lo lejos y movió la cabeza negativamente:

—Dantón decía: «Queremos poner encima al que está debajo, y debajo al que está encima.» Esto, muchacha, es una frase de político. Pero no es una frase de socialista revolucionario. Louis Blanc, Proudhon, Fourier, Marx, nunca hubieran dicho una cosa así.

Alfreda volvió los ojos hacia el Piloto. Pero éste no la miraba. Su rostro, levantado ahora hacia la parte alta de la ventana, por donde las persianas dejaban filtrarse un rayo de sol, permanecía impassible. Sus facciones eran regulares, pero extrañamente desprovistas de vida. El color, sin ser enfermizo, ni grisáceo, como si la sangre bajo el cutis fuera incolora; los labios, bajo el bigote negro cortado a cepillo, eran exactamente del mismo tono que la carne. Toda su vitalidad se encontraba concentrada en los ojos: eran pequeños y estaban muy juntos; las pupilas, muy negras, ocupaban todo el lugar libre en la abertura de los párpados, de manera que apenas dejaban aparecer la parte blanca del ojo; su resplandor tenía una intensidad casi insostenible y, sin embargo, no emanaba de ellas ningún calor. Esta mirada sin tonalidades, únicamente lúcida y al parecer siempre en el límite de la atención, no era en absoluto la de un hombre; subyugaba e irritaba; hacía pensar en la mirada penetrante, salvaje, misteriosa, de ciertos animales, de ciertos monos.

—... los silogismos de la ideología individualista —murmuró de un tirón, como si terminara un pensamiento interior.

La voz carecía de entonación, toda igual. Casi siempre hablaba con frases breves, sibilinas, que parecía hacer brotar con una fuerza moderada, pero inagotable. La forma con que unía en una sola exhalación —recalcando, sin embargo, todas las sílabas— una serie de palabras huidizas, como ésta de «silogismos de la ideología



individualista», recordaba el virtuosismo de un violinista que reúne en un mismo golpe de arco toda una cascada de dobles corcheas.

—El socialismo de clase no es socialismo —prosiguió—. Trastrócar el orden de clases, es únicamente sustituir un mal por otro, una opresión por otra opresión. Todas las clases actuales sufren. El régimen del beneficio, la tiranía de la competencia, el individualismo exasperado, dominan también al patrono. Sólo que éste no lo comprende. —Por dos veces se tocó el pecho al toser; y, muy de prisa, terminó—: Unir ampliamente, en una sociedad sin clases, con una nueva organización del trabajo, a todos los elementos sanos indistintamente: esto es lo que hace falta, muchacha...

Luego, volvió a escribir.

El nombre de Meynestrel estaba ligado a los primeros tiempos de la aviación. Piloto e ingeniero mecánico al mismo tiempo, era de aquellos a quienes la S.A.S. había llamado cuando la creación de la fábrica de Zurich; algunos dispositivos, todavía en uso, llevaban su nombre. En aquella época, sus intentos sucesivos para sobrevolar los Alpes le habían hecho famoso. Pero, herido en una pierna en el accidente que le había hecho fracasar en su raid Zurich-Turín (en el que faltó muy poco para que encontrara la muerte), había renunciado al pilotaje. Después, a continuación de las huelgas de la S.A.S., en el curso de las cuales había desertado deliberadamente de su despacho de técnico para tomar parte en el movimiento obrero, había abandonado Suiza bruscamente. ¿Qué había sido de él? ¿Había sido en el Este de Europa donde había pasado estos años de ausencia? Estaba muy al corriente de las cuestiones rusas, y, en varias ocasiones, había tenido oportunidad de demostrar que se manejaba bastante bien con los dialectos eslavos; pero también conocía las cosas de Asia Menor y de España. Indudablemente, había tenido relaciones personales con la mayor parte de los personajes influyentes del mundo revolucionario de Europa; incluso estaba en correspondencia continua con muchos de ellos; pero, ¿en qué circunstancias, con qué objeto se había relacionado con ellos? Hablaba de ellos con una mezcla desconcertante de precisión y vaguedad, siempre a propósito de otra cosa, para aportar una información suplementaria en una discusión de tipo general; y cuando citaba una palabra típica que parecía haber oído, un acontecimiento del que parecía haber sido testigo, nunca se tomaba el trabajo de explicar su participación en el hecho. Sus alusiones eran siempre incidentales; el tono, cuando se trataba de hechos, de doctrinas, de individuos, era formal y documentado; pero evasivo hasta la exageración en cuanto el tema de la conversación recaía en torno a su persona.

Y, sin embargo, daba la impresión de haberse encontrado presente siempre allí donde hubiera sucedido algo, o, al menos, de saber mejor que nadie lo que verdaderamente había pasado tal día en tal lugar, y de tener, acerca del suceso, una visión particular que le permitía sacar de él deducciones inesperadas e irrefutables.

¿Por qué había venido a Suiza? «Para estar tranquilo», había dicho en cierta

ocasión. Durante los primeros meses había vivido en una forma huraña, evitando tanto a los afiliados del partido suizo como a los refugiados, pasando el día en las bibliotecas, con Alfreda, leyendo, tomando notas de las obras de los doctrinarios de la revolución, sin otro objeto, al parecer, que perfeccionar su cultura política.

Luego, cierto día, un joven militante ginebrino, llamado Richardley, había conseguido llevarle al «Local», donde se reunía todas las tardes un grupo bastante heterogéneo de revolucionarios suizos y extranjeros. ¿Le había sido simpático este ambiente? No había abierto la boca; pero al día siguiente había vuelto en forma espontánea. Y muy pronto se había impuesto su fuerte personalidad. En esta agrupación de teóricos momentáneamente condenados a la inacción, a la palabrería, el vigor de esta inteligencia crítica, esta competencia infalible y que parecía más bien fruto de la experiencia que de la lectura o de la compilación, este instinto con que llevaba todas las cuestiones al plano de lo concreto y que tendía siempre a asignar finalidades prácticas al pensamiento revolucionario, este arte que tenía de aislar inmediatamente lo esencial en los problemas sociales más enrevesados y resumirlo en algunas fórmulas sorprendentes, todo ello le había asegurado un ascendiente excepcional sobre los demás. En algunos meses, se había convertido en el centro, en el animador de esta agrupación; algunos hubieran dicho, «en el jefe». Acudía diariamente, sin que se aclarara el misterio de que se rodeaba; era el misterio de un hombre que quiere permanecer detrás, que se reserva, que «se prepara».

—Ven por aquí —dijo Alfreda, haciendo entrar a Jacques en la cocina—. Está trabajando.

Jacques se secaba la frente.

—¿Te apetece? —propuso la joven, indicando la jarra en el fregadero, bajo el chorro de agua.

—¡Ya lo creo!

El vaso que llenó se empañó inmediatamente. Alfreda permanecía ante Jacques, con la jarra en la mano, en aquella actitud humilde y servicial que era habitual en ella. Su rostro mate, casi sin polvos, su nariz chata; la boca infantil, que se abultaba como una fresa madura cuando unía los labios; los ojos ligeramente oblicuos y esta franja negra, espesa, lustrosa, que le comía la frente casi hasta las cejas, la hacían parecer una muñeca japonesa fabricada en Europa. «Tal vez también a causa del quimono azul», pensó Jacques. Entonces, mientras bebía, la pregunta de Pat se le vino a la memoria: «¿Crees tú que Alfreda está contenta con su Piloto?» Tuvo que confesarse que apenas si la conocía, aunque la joven asistiera siempre a sus conversaciones con Meynestrel. Había tomado la costumbre de considerarla menos como un ser vivo que como un accesorio doméstico, o, más exactamente, como un fragmento de Meynestrel. Por primera vez, se percató del ligero embarazo que sentía cuando se encontraba a solas con Alfreda.

—¿Otro?

—Gracias.

El chocolate le había dado sed. Pensó que no había desayunado y que su alimentación era completamente absurda. Luego, una idea ridícula le pasó bruscamente por la imaginación: «¿Se me habrá olvidado apagar el infiernillo de alcohol?» Trató de hacer memoria, pero sus recuerdos eran imprecisos.

La voz del Piloto sonó a través del tabique:

—¡Freda!

—Sí...

Sonrió y miró a Jacques con un guiño amistoso, de complicidad, que parecía decir: «¡Qué niño grande tan caprichoso tengo!»

—Ven —dijo.

Meynestrel se había levantado. Permanecía a contraluz delante de la ventana, cuyas persianas acababa de entreabrir. Un rayo de sol entraba en la habitación, iluminando la enorme cama baja, las paredes desnudas, la mesa en la que no había nada, a excepción de la estilográfica y algunas cuartillas amontonadas.

De pie y con su pijama de algodón gris, Meynestrel parecía corpulento. El cuerpo era esbelto, bastante estrecho en la parte del tronco; los hombros, por consiguiente, tenían tendencia a arquearse. Sus ojos penetrantes se fijaron sobre los de Jacques, al tiempo que le tendía la mano.

—Te he molestado, pero aquí estaremos más tranquilos que en el «mentidero»... Toma, pequeña, aquí hay trabajo para ti —añadió, entregando a Alfreda un libro marcado con una señal.

Dócilmente, la joven cogió su máquina, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la cama y empezó a teclear.

Meynestrel y Jacques se sentaron junto a la mesa. El rostro del Piloto indicaba preocupación. Se apoyó en el respaldo de la silla y extendió la pierna. (Su accidente le había dejado en la rodilla derecha una rigidez que, algunos días, le hacía cojear ligeramente.)

—Una cuestión desagradable —dijo, a modo de preámbulo—. «Alguien» me ha escrito. Al parecer, hay dos de quienes debemos desconfiar. *Primo*: Guittberg.

—¿Guittberg? —exclamó Jacques.

—*Secundo*: Tobler.

Jacques permaneció silencioso.

—¿Te sorprende?

—¿Guittberg? —repitió Jacques.

—Aquí está la carta —prosiguió Meynestrel, sacando un sobre del bolsillo del pijama—. Lee.

—Sí —murmuró Jacques, después de haber leído con calma la carta, que constituía una larga y fría requisitoria, no firmada.

—Ya sabes el lugar que Guittberg y Tobler han ocupado en el movimiento croata. Vendrán a Viena, para el Congreso. Por consiguiente, es muy importante saber qué confianza se puede tener en ellos. Es grave. No quiero prevenir a nadie hasta estar

seguro.

—Sí —volvió a decir Jacques. Estuvo a punto de añadir: «¿Y qué piensa hacer?», pero se contuvo. Aunque sus relaciones con Meynestrel estuviesen teñidas de cierta camaradería, instintivamente conservaba las distancias.

Como si hubiera previsto la pregunta, Meynestrel tomó la palabra.

—*Primo...* —(Llevaba hasta la manía la preocupación de ser claro y, frecuentemente, comenzaba sus frases con un «Primo» neto y recortado, que, por otra parte, no siempre era seguido de un «Secundo»)—. *Primo*: Para tener seguridad, un solo procedimiento: investigar sobre el terreno. En Viena. Una investigación sin escándalo. Hecha por alguien que no llame la atención. Preferentemente, por alguien que no figure inscrito en ningún partido... Pero —continuó, mirando a Jacques con insistencia— alguien completamente seguro. Quiero decir, alguien cuyo criterio ofrezca garantías.

—Sí —dijo Jacques, sorprendido y secretamente halagado. Inmediatamente pensó con cierta satisfacción: «Se acabó de posar... ¡Peor para Pat!» Luego, el recuerdo de su infiernillo de alcohol se le vino por segunda vez a la imaginación.

Hubo algunos minutos de silencio, durante los cuales no se oyó sino el trepidar de la máquina y el lejano murmullo de fuente que hacía el agua al correr sobre el fregadero.

—¿Aceptas? —dijo Meynestrel.

Jacques asintió con un breve movimiento de cabeza.

—Habrás que marchar dentro de dos días —prosiguió Meynestrel—; el tiempo necesario para reunir los documentos. Y permanecer en Viena todo el tiempo necesario. Quince días, si hace falta.

Alfreda levantó un momento los ojos hacia Jacques, el cual, sin contestar, inclinaba de nuevo la cabeza; acto seguido, la joven reanudó su trabajo.

Meynestrel prosiguió:

—En Viena, tienes a Hosmer, quien te ayudará.

Se interrumpió: acababan de llamar a la puerta de entrada.

—Vé a ver, pequeña... Si efectivamente Tobler ha recibido dinero —dijo, volviéndose hacia Jacques—, Hosmer tiene que saberlo.

Hosmer era un amigo de Meynestrel. Era austríaco y vivía en Viena. Jacques le había conocido el año anterior, en Lausana, adonde Hosmer había venido a pasar algunos días. Aquel encuentro había dejado en él una profunda impresión. Era la primera vez que se encontraba en contacto con uno de esos revolucionarios cínicamente oportunistas, indiferentes en cuanto a los medios, para quienes al resultado final es verdaderamente el único objetivo, y que son insensibles a la vergüenza de vestir uniformes provisionales, si hace falta, con tal de que sus compromisos sirvan, por poco que sea, a la causa de la revolución.

Alfreda volvió y anunció:

—Es Mithörg.

Meynestrel se volvió hacia Jacques y murmuró:

—Seguiremos hablando de esto en el «mentidero»... Entra, Mithörg —dijo, alzando la voz.

Mithörg llevaba bajo las cejas arqueadas unas grandes gafas redondas que le daban una expresión de constante alarma. El rostro era carnoso, con las facciones flácidas, un poco hinchadas, como las de un noctámbulo que no ha podido dormir lo suficiente.

Meynestrel se había levantado.

—¿Qué te trae, Mithörg?

La mirada de Mithörg recorrió la habitación, posándose sobre el Piloto, sobre Jacques y luego sobre Alfreda.

—Es que Janotte acaba de llegar al «Local» —explicó.

«No —se dijo Jacques—, no estoy completamente seguro de haber apagado la mecha. Después de haber llenado el tazón, es muy posible que haya vuelto a colocar el cazo sobre el infiernillo, sin apagarlo... He vaciado el tazón y he salido andando... Tal vez todavía estaba encendida la mecha...» Permanecía silencioso, con la mirada inmóvil.

—Janotte insistía mucho en verle antes de su conferencia de esta tarde —prosiguió Mithörg—. Pero está tan agotado del viaje... No soporta bien el calor...

—Demasiada melena... —murmuró Alfreda.

—Por consiguiente, se ha ido a dormir... Pero ha querido que viniera yo a saludarlo en su nombre.

—Muy bien, muy bien... —dijo Meynestrel, con una voz de falsete, completamente inesperada—. Mi buen Mithörg, Janotte nos tiene por completo sin cuidado... ¿Verdad, pequeña?... —Mientras hablaba, había posado el brazo sobre el hombro rollizo de Alfreda y acariciaba con la mano el pelo de la joven.

—¿Le conoces tú? —preguntó Alfreda, volviendo la mirada maliciosamente en dirección a Jacques.

Jacques no escuchaba. Trataba vanamente de encontrar en su memoria el detalle que pudiera tranquilizarle. Estaba casi seguro de haber puesto el cacharro en el suelo. En ese caso, sin duda, habría apagado la llama y habría puesto el tapón. Sin embargo...

—Tiene el aspecto de un viejo león canoso —continuaba Alfreda, riendo—. ¡El campeón del anticlericalismo se ha fabricado una cabeza de organista de catedral!

—Calla, pequeña, calla... —reprendió Meynestrel dulcemente.

Mithörg, desconcertado, sonreía un poco a la fuerza. Su pelo encrespado le daba fácilmente el aspecto de alguien que va a enfadarse. Y, efectivamente, se encolerizaba con bastante frecuencia.

Era de origen austríaco. Cinco años antes, para librarse del servicio militar, se había ausentado de Salzburgo, en donde empezaba la carrera de farmacia. Instalado

en Suiza, primero en Lausana y después en Ginebra, había terminado aquí sus estudios profesionales y trabajaba con regularidad en un laboratorio, cuatro días a la semana. Pero la sociología le ocupaba más tiempo que la química. Dotado de una memoria prodigiosa, todo lo había leído, todo lo había retenido, todo estaba colocado en orden en su cabeza cuadrada. Podía consultársele como a un manual. Sus camaradas no dejaban de hacerlo, y Meynestrel el primero de todos. Era un teórico de la violencia. Por lo demás, era sensible, sentimental, tímido y desgraciado.

—Janotte ha paseado ya su conferencia un poco por todas partes —prosiguió con calma—. Está muy bien enterado acerca de todo lo de Europa. Viene de Milán. En Austria, ha pasado dos días en compañía de Trotsky. Cuenta cosas muy curiosas. Tenemos el proyecto de llevarle al Café Landolt, después de la conferencia, para hacerle hablar. ¿Ustedes vendrán, no es así? —dijo, mirando a Meynestrel y luego a Alfreda. Volviéndose hacia Jacques, añadió—: ¿Y tú?

—Al Landolt, si, tal vez —dijo Jacques—; pero a la conferencia, ¡desde luego que no! —Su obsesión le había puesto nervioso y, aunque estuviera liberado desde muchos años atrás de toda creencia religiosa, el anticlericalismo de los demás casi siempre le resultaba enojoso—. Nada más que el título, ya tiene un no sé qué de agresividad pueril: «¡Las pruebas de la inexistencia de Dios!» —Sacó del bolsillo un papel verde que parecía un prospecto—. ¡Y su declaración-programa! —exclamó, encogiéndose de hombros. Leyó, con énfasis—: «Me propongo mostraros un sistema del Universo que hace definitivamente inútil todo recurso a la hipótesis de un Principio Espiritual...»

—Es fácil burlarse del estilo —interrumpió Mithörg, revolviendo sus grandes ojos. (Cuando se animaba, sus glándulas salivares secretaban superabundantemente, lo que hacía que sus palabras fueran acompañadas de un ligero chapoteo)—. Estoy de acuerdo con que estas cosas estarían más de acuerdo con la filosofía racional. Pero no creo que sea inútil decir y volver a decir estas cosas. En realidad, ha sido gracias a la superstición por lo que el clero ha podido dominar a los hombres durante siglos. Sin las religiones, el hombre no hubiera aceptado la miseria durante tanto tiempo. Hace ya mucho que se habría rebelado. ¡Y sería libre!

—Es posible —concedió Jacques, arrugando el programa y lanzándolo, con gesto travieso, por la rendija de la persiana—. Y es posible, también, que esta arenga levante esta tarde una tempestad de aplausos, como en Viena y en Milán... Y no dejo de apreciar lo que hay de conmovedor en esa necesidad de comprender y de franquearse que, a pesar del calor, hace reunirse en una atmósfera llena de humo, irrespirable, a algunos centenares de hombres y mujeres, quienes estarían incomparablemente mejor sentados a la orilla del lago, contemplando la noche y las estrellas... Pero yo, consagrar toda mi tarde a escuchar eso, no: ¡es superior a mis fuerzas!

Su voz había fallado bruscamente al pronunciar las últimas palabras. Acababa de representarse con tanta fidelidad las llamas que iban consumiendo los papeles

esparcidos en su mesa y alcanzando las cortinas de la ventana, que se le había hecho un nudo en la garganta. Meynestrel, Alfreda y el mismo Mithörg, que no era demasiado observador, le miraron sorprendidos.

—Y ahora, hasta luego —dijo.

—¿No vienes al «Local» con nosotros? —le preguntó Meynestrel.

Jacques ya tenía la mano en el pomo de la puerta.

—Primero tengo que pasar por mi casa —contestó.

En la calle de Carouge, echó a correr. En la glorieta de Plainpalais vio un tranvía que arrancaba, y se lanzó a la plataforma. Pero en la parada de los muelles, consumido por la impaciencia, saltó del carruaje y ganó el puente a paso gimnástico.

Plasta que no salió de la calle de los Etuves y distinguió el decorado familiar de la plaza de Grenus, el urinario, la tranquila fachada del «Globo», no se disipó, y ahora como por encanto, aquel terror pánico.

—¡Qué tonto soy! —pensó.

Ahora recordaba que había tapado la mecha con el tapón de cobre, e incluso que se había quemado la punta de los dedos. Todavía notaba el escozor en la yema del pulgar, y se miró el dedo para ver la señal de la quemadura. Esta vez era tan preciso el recuerdo, que ni siquiera se tomó la molestia de subir los tres pisos para comprobarlo. Volviendo sobre sus pasos, empezó a bajar hacia el Ródano.

Desde el puente, la vieja ciudad, armoniosamente escalonada desde sus cimientos de verdura que bañaba el agua, hasta las torres de San Pedro, se recortaba ante él sobre el fondo azul de los Alpes. Se repetía: «¡Qué tontería!...» La desproporción entre la insignificancia de la aventura y la turbación que le había causado, seguía siendo para él un enigma. Recordaba otros casos parecidos. No era la primera vez que se convertía en juguete de su imaginación. «¿Cómo puedo, en estos momentos, perder de tal modo el dominio de mí mismo? —se preguntó—. ¡Con qué extraña y malsana complacencia cedo a la inquietud! No solamente a la inquietud: al “escrúpulo”...»

Sofocado, empapado en sudor, recorría despacio, sin verlas, estas callejuelas familiares, frescas y sombrías, cortadas por rellanos y escalinatas, que subían al asalto de la ciudad, entre viejas casas con puestos de madera.

Se encontró en la calle de Calvino, sin haberse dado cuenta de lo que le rodeaba. Seguía la línea de mayor altura; triste y solemne, hacía honor a su nombre. La ausencia de tiendas, las fachadas de piedra gris, severas y dignas, las existencias austeras que se imaginaba detrás de aquellas altas ventanas, despertaban la idea de un puritanismo acendrado. Al fondo de esta perspectiva triste, la aparición soleada de la plaza de San Pedro, con su frontón, sus columnas y sus viejos tilos, se ofrecía como una recompensa.

## IV

«DOMINGO —pensó Jacques, al ver mujeres y niños en el atrio de la catedral—. Domingo, y 28 de junio ya... Nada más con que mis gestiones en Austria duren diez o quince días... ¡Con todas las cosas que nos quedan por hacer antes del Congreso!»

Como todos sus camaradas en aquel verano de 1914, esperaba mucho de las resoluciones que se iban a tomar acerca de los grandes problemas de la Internacional en el Congreso Socialista que se reuniría en Viena el 23 de agosto.

Veía con agrado la misión que el Piloto acababa de confiarle. Le gustaba la actividad: era una forma de poderse amar a sí mismo sin remordimientos. Y, además, no se sentía disgustado de alejarse por algunos días, de escapar a estas reuniones interminables, a estos debates en un círculo cerrado.

Cuando estaba en Ginebra, no podía contenerse de venir todos los días, o casi todos, a terminar la jornada en el «Local». Algunas noches, se limitaba a entrar, estrechar algunas manos y salir. Otros días, después de haber errado de grupo en grupo, se retiraba con Meynestrel a la habitación del fondo: éstos eran los mejores. (Preciosos instantes de intimidad que le creaban muchas envidias, porque aquellos que tenían tras sí años de vida militante, aquellos que «habían llevado a cabo actividades revolucionarias», no comprendían que el Piloto pudiera preferir la compañía de Jacques a la suya.) Normalmente, se quedaba entre sus camaradas. Silencioso, un poco distante, permanecía, por regla general, apartado de la discusión. Cuando tomaba parte en ella, mostraba tal amplitud de miras, un deseo tal de comprensión, de conciliación, una tal inteligencia que la conversación tomaba inmediatamente un giro desacostumbrado.

En esta pequeña asamblea cosmopolita, como en todas las agrupaciones análogas, encontraba los dos tipos de revolucionario: los «apóstoles» y los «técnicos».

Sus simpatías naturales le llevaban hacia los «apóstoles», ya fueran socialistas, comunistas o anarquistas. Se sentía a gusto con aquellos místicos generosos, cuya rebeldía tenía el mismo origen que la suya: una sensibilidad natural ante la injusticia. Todos soñaban, al igual que él, con construir una sociedad justa sobre las ruinas del mundo actual. Su visión del porvenir podía diferir en el detalle, pero el espíritu era el mismo: un orden nuevo, de paz, de fraternidad. Como Jacques —y era lo que le hacía sentirse tan compenetrado con ellos—, estaban muy orgullosos de su nobleza interior; un instinto secreto, un sentido de la grandeza, los impulsaban a elevarse por encima de sí mismos, a superarse. En el fondo, lo que les atraía del ideal revolucionario — como a él— era encontrar en este ideal un motivo ensalzador de la vida. En esto, todos estos apóstoles seguían siendo individualistas; aun en contra de su voluntad, aunque hubiesen sacrificado su existencia al triunfo de una causa colectiva, lo que principalmente los atraía, en este ambiente capcioso de lucha y de esperanza era sentir multiplicadas su fuerza personal y sus posibilidades: era liberar su



temperamento al consagrarse a una obra inmensa, superior a sus fuerzas.

Ahora bien: su preferencia por los idealistas no impedía a Jacques reconocer que, abandonados únicamente a su fervor, indudablemente se habrían agitado en vano indefinidamente. El verdadero fermento, la levadura de la masa revolucionaria, era secretado por una minoría: los «técnicos». Éstos elevaban reivindicaciones precisas y preparaban realizaciones concretas. Su cultura revolucionaria era extensa y alimentada continuamente por nuevos elementos. Su fanatismo les imponía unos objetivos sin límites, clasificados por orden de importancia y que no eran quiméricos. En la atmósfera de ideología exaltada que mantenían los apóstoles, estos técnicos representaban la fe que actúa.

Jacques no se clasificaba con precisión en ninguna de estas categorías. Aquellos de quienes menos difería eran, a todas luces, los «apóstoles»; pero su claridad de juicio, o al menos su predilección por las distinciones precisas, su inclinación hacia los objetivos definidos, el golpe de vista que tenía para las situaciones, los individuos y las relaciones, hubiesen podido hacer de él, con cierta aplicación, un «técnico» bastante bueno. ¿Y quién sabe? Tal vez, incluso, ayudado por las circunstancias, hubiera podido llegar a ser un «jefe». Al fin y al cabo, lo que distinguía a los «jefes» ¿no era unir a las cualidades políticas de los técnicos el ardor místico de los apóstoles? Todos los jefes revolucionarios con quienes había tenido relación poseían este doble privilegio: la competencia (más exactamente, un sentido de la realidad, al mismo tiempo tan general y perspicaz que estaban en condiciones, en cualquier circunstancia, de indicar inmediatamente lo que había que hacer para contestar a los acontecimientos y modificar su curso) y el ascendiente (una fuerza de atracción que les aseguraba desde el primer momento una influencia directa sobre los hombres y, al parecer, sobre las mismas cosas y los hechos). Ahora bien: a Jacques no le faltaban ni clarividencia ni autoridad; incluso gozaba de un don de simpatía, de una fuerza de atracción poco comunes; y si nunca había tratado de desarrollar estas facultades era porque, salvo muy raras excepciones, experimentaba una repugnancia instintiva ante la idea de influir en el desarrollo y en la forma de ser de los que le rodeaban.

Muchas veces reflexionaba acerca de lo extraño de su postura en este grupo ginebrino. Le parecía muy diferente, según la considerara en relación a la colectividad o en relación a los individuos.

En relación con el grupo, su actitud era generalmente pasiva. ¿Era esto decir que su acción fuera nula? Ciertamente, no. Y esto era lo que más le extrañaba. Se encontraba con que había asumido, por la fuerza de las circunstancias, una misión, y una misión bastante ingrata: la de explicar, la de justificar ciertos valores, ciertas adquisiciones del humanismo, ciertas formas del arte y de la vida que todos, a su alrededor, llamaban «burguesas» y que habían condenado, sumariamente, en bloque. Él no conseguía —aunque, al igual que sus camaradas, estuviera convencido de que en el dominio de la civilización la burguesía había terminado ya su misión—, no conseguía aceptar la supresión sistemática y radical de esta cultura burguesa, de la

que aún se sentía profundamente penetrado. Para defenderla en lo que tenía de mejor, de eterno, ponía una especie de aristocracia intelectual, muy francesa, que irritaba profundamente a sus interlocutores, pero que algunas veces los obligaba, si no a revisar sus juicios, por lo menos a atenuar la forma perentoria de sus veredictos. Tal vez también experimentaban, más o menos conscientemente, una íntima satisfacción por contar en sus filas a este tráfuga, al que sabían fundamentalmente apegado al mismo ideal que ellos, y cuya presencia parecía aportar, a la idea de una revolución inevitable y necesaria, la consagración de este mundo cuyo derrumbamiento pretendían.

En relación con los individuos —en la conversación mano a mano—, su acción personal tomaba una amplitud completamente distinta. Después de haber despertado al principio cierta desconfianza, había tomado —naturalmente, sobre los mejores— un ascendiente moral manifiesto. Bajo su reserva, bajo la distinción de sus sentimientos y de sus modales, encontraban un rescoldo de calor humano que hacía fundirse sus dudas y caldeaba su confianza. No trataban completamente a Jacques en la misma forma que se trataban entre ellos: como compañeros de equipo. En sus relaciones con él ponían una sombra de intimidad, de afecto. Algunas noches iban a confesarle lo que más ocultaban a todos: sus egoísmos, sus taras, sus debilidades de hombres. A su lado, les costaba menos trabajo hacer examen de conciencia y recobraban las fuerzas. Le pedían consejo, como si en el terreno de la vida interior, poseyera aquella verdad que buscaba para sí mismo, por todas partes y desde siempre. Y, al hacerlo, le imponían sin sospechárselo una obligación cruel: al conferir a su persona, a sus palabras más alcance del que él hubiera querido, le forzaban a vigilarse continuamente, a callar, a no dejar traslucir sus decepciones, sus incertidumbres, sus desalientos; le asignaban una responsabilidad que creaba a su alrededor una zona aislante, que lo lanzaba implacablemente a su soledad. Y algunas veces esto le hacía sufrir hasta la desesperación. «¿De dónde me viene este prestigio inmerecido?», se preguntaba. Entonces le acudía a la memoria la muletilla de Antoine: «Somos unos Thibault... En nosotros hay un algo que se impone...» Pero pronto escapaba a estas celadas del orgullo: desgraciadamente, tenía demasiada conciencia de sus debilidades para admitir que una fuerza misteriosa irradiaba de él.

## V

EL «Local» —al que los íntimos de Meynestrel llamaban el «Mentidero»— estaba instalado discretamente en pleno corazón de la ciudad alta, en la vieja calle de las Barrieres, junto a la catedral.

Visto desde fuera, el viejo inmueble parecía desocupado. Era una de aquellas construcciones decrepitas de las que todavía subsistían algunas en aquel barrio decente. La fachada, de tres pisos, estaba revocada con un enfoscado rojizo y agrietado, cubierta de salitre y horadada por unas ventanas de guillotina, sin postigos, cuyos cristales polvorientos parecían los de una vivienda abandonada. La casa estaba separada de la calle por un patinillo reducido, rodeado de paredes y atestado de basuras, de chatarra y de escombros, entre los que había crecido un grueso sauce. La verja de entrada ya no existía. Sus dos pilares de piedra estaban unidos entre si por una chapa de zinc que formaba un rótulo, en el que todavía se podía leer: «Fundición de cobre». La fundición había sido trasladada hacía mucho tiempo, pero conservaba la casa como almacén de materiales.

Detrás de este inmueble deshabitado se escondía el «Local». Ocupaba una construcción aparte, de un piso, situada en un segundo patio e invisible desde la calle; se llegaba a él por un pasaje abovedado que atravesaba de parte a parte la vieja fundición. La planta baja del inmueble estaba ocupada por las antiguas cocheras. Aquí vivía Monier, el hombre que hacía de todo. El piso se componía de cuatro estancias en fila, comunicadas por un pasillo oscuro. La del fondo —un cuarto estrecho— se había convertido, gracias a Alfreda, en algo así como el despacho particular del Piloto. Las otras tres, bastante espaciosas, servían como lugar de reunión. En cada una de ellas se alineaban una docena de sillas, algunos bancos y algunas mesas en las que se podían consultar periódicos y revistas, pues en el «Local» no solamente se encontraba toda la prensa socialista de Europa, sino también la mayor parte de esos intermitentes periódicos revolucionarios que publicaban algunas veces, uno tras otro, varios números de propaganda y luego sufrían eclipses de seis meses o de dos años, porque sus cajas estaban vacías o sus redactores en la cárcel.

Tan pronto como Jacques hubo franqueado el pasadizo abovedado y entró en el patio trasero, el ruido de las discusiones que escapaba por las ventanas abiertas le advirtió que aquel día había mucha gente en el «Mentidero».

Al pie de la escalera, tres hombres hablaban con animación en un idioma que no era español ni italiano. Eran tres esperantistas acérrimos. Uno de ellos, Charpentier, profesor en Lausana, llegado aquel día para oír la conferencia de Janotte, dirigía una revista bastante conocida en los medios revolucionarios: *El esperantista del Lemán*. No desperdiciaba ninguna ocasión de afirmar que una de las primeras necesidades del mundo internacional era un dialecto universal, y que la adopción del esperanto, auxiliar común de todas las lenguas nacionales, facilitaría los intercambios

espirituales y materiales entre los hombres; en su apoyo, se complacía en citar la autoridad augusta de Descartes, quien, en una carta particular, había hecho voto muy preciso en favor «de una lengua universal, muy fácil de aprender, de pronunciar y de escribir, y, lo más importante, que ayudaría al pensamiento...»

Jacques estrechó la mano de los tres hombres y subió la escalera.

Puesto a gatas en el descansillo, Monier colocaba una colección del *Vorwärts*. Era camarero de profesión. A decir verdad, aunque en todo tiempo y en todo momento llevaba un chaleco escotado sobre una pechera de celuloide, pocas veces ejercía su profesión: se contentaba con trabajar en una cervecería una semana extra todos los meses, lo que le aseguraba unos periodos de holganza, durante los cuales se consagraba, exclusivamente, «a la Revolución». Ponía el mismo ardor en todas las tareas: en la limpieza, en los recados, en la multicopista y en la clasificación de los periódicos.

En la habitación de la entrada, cuya puerta estaba abierta de par en par a la escalera, Alfreda y Paterson, solos, charlaban junto a la ventana. Con el inglés —cosa que Jacques ya había observado—, la joven renunciaba de buen grado a su papel de testigo mudo; parecía recobrar a su lado una personalidad que, tal vez por timidez, disimulaba generalmente. Alfreda llevaba bajo el brazo la cartera de Meynestrel y tenía en la mano un folleto del que leía en voz baja un pasaje a Paterson; éste, con la pipa en la boca, escuchaba distraído. Examinaba el rostro inclinado, la franja negra, la sombra que las pestañas prolongaban sobre la mejilla, la luminosidad extraordinaria de este color mate, y sin duda pensaba: «Pintar esta carne...» Ninguno de los dos se dio cuenta de que Jacques pasaba a su lado.

En la segunda habitación había muchos habituales. Boissonis estaba sentado junto a la puerta, con el vientre descansando sobre los muslos. Formando corro a su alrededor, estaban Mithörg, Guérin y Charchowsky, el librero de viejo, todos de pie.

Boissonis estrechó la mano de Jacques, sin interrumpirse.

—¡Bien..., bien...! ¿Y qué prueba eso? Siempre lo mismo: insuficiencia de dinamismo insurreccional... ¿Por qué? ¡Deficiencia de pensamiento! —Eché el busto hacia atrás y sonrió, con las manos apoyadas en las rodillas.

Todos los días era de los primeros en llegar. Adoraba la discusión. Era francés, antiguo profesor de ciencias naturales en la Facultad de Burdeos, y sus estudios de antropología le habían llevado a la antro-po-sociología; el atrevimiento de sus enseñanzas había terminado por hacerle sospechoso en la Universidad, y se había venido a vivir a Ginebra. Presentaba la particularidad de que tenía la cabeza voluminosa y la cara muy pequeña. Una frente ancha, con grandes entradas, y el cuello, con varias papadas superpuestas, constituían alrededor de su fisonomía una zona de carne superflua, en el centro de la cual, en un espacio restringido, se encontraban reunidos todos los rasgos del rostro: dos ojos chispeantes, cargados de malicia y de bondad; una nariz corta, de agujeros muy abiertos, olfateadora y voraz; labios carnosos, siempre dispuestos a sonreír. Toda la vida de este hombre gordo

parecía concentrada en esta minúscula máscara animada, perdida como un oasis en este desierto de grasa exangüe.

—Lo he dicho y lo repito —continuó, pasándose con deleite la lengua por los labios—: ¡la lucha hay que llevarla, primero, al frente filosófico!

Mithörg movía los ojos con desaprobación tras los cristales de las gafas. Movi6 su cabeza erizada.

—¡Acci6n y pensamiento deben ir unidos!

—Ved lo que ha sucedido en Alemania en el siglo diecinueve... —comenz6 Charchowsky.

Boissonis se golpeaba los muslos.

—¡Pues... ah6 est6! —dijo, riendo ya por la satisfacci6n de estar en lo cierto—. Tomemos ejemplo de los alemanes...

Jacques sab6a ya todo lo que iban a decir; 6nicamente variaba la disposici6n de las objeciones y de los argumentos, como la de los peones en un tablero de ajedrez.

En el centro de la estancia, de pie, formaban un cuarteto animado, Zelawsky, Périnet, Saffrio y Skada. Jacques se acerc6 a ellos.

—¡Se encadena todo y se mantiene todo tambi6n en el sistema capitalista! —declaraba Zelawsky, un ruso de largos bigotes color de esparto.

—Precisamente por eso basta con esperar, mi querido Serguei Pavlovitch —murmur6 el jud6o Skada, espaciando sus palabras con obstinada dulzura—. El derrumbamiento del mundo burgu6s se producir6 espont6neamente.

Skada era un israelita del Asia Menor, que frisaba en el medio siglo. Muy miope, apoyaba en la nariz aguileña y de color aceitunado unos lentes cuyos cristales eran tan gruesos como lentes de telescopio. Era feo: ten6a el pelo rizado, corto y aplastado sobre un cr6neo ovoidal, unas orejas enormes; pero tambi6n una mirada c6lida, pensativa y de una ternura inagotable. 1 lacia una vida de asceta. Meynestrel llamaba a Skada: «el asi6tico meditabundo».

—¿Qu6 tal? —dijo una voz de bajo profundo, mientras que tina mano de mozo de cordel se abat6a sobre el hombro de Jacques—. ¿Hace calor, eh?

Quilleuf acababa de entrar. Recorri6 los grupos, repartiendo zarpazos y apretones de manos: «¿Qu6 tal?» Nunca esperaba el tradicional: «Nada de particular.» En invierno como en verano, 6l mismo se contestaba por anticipado: «¿Hace calor, eh?» (Para que pensara en modificar la f6rmula era necesario, por lo menos, que hubiera nieve en las calles.)

—El derrumbamiento tal vez est6 lejano, pero es in-e-vi-ta-ble —repiti6 Skada—. El tiempo trabaja a nuestro favor. Esto nos permitir6 morir sin pena... —Sus p6rpados fl6cidos se cerraron, y una sonrisa que no se dirigi6a a nadie en particular, que no era sino el reflejo de su seguridad, hizo ondular lentamente, uno contra otro, como dos culebras, los labios de su enorme boca.

Jean Périnet asent6a con en6rgicos movimientos de cabeza:

—¡S6; el tiempo trabaja!... ¡En todas partes! Incluso en Francia.

Hablaba de prisa, en voz alta y clara; decía con ingenuidad todo aquello que se le pasaba por la imaginación. Su acento parisiense ponía una nota agradable en estas reuniones cosmopolitas. Podía tener veintiocho o treinta años. Constituía el tipo clásico del obrero joven de la Ile-de-France: una mirada despierta, una sombra de bigote, una nariz espiritual, un aspecto limpio y sano. Era hijo de un fabricante de muebles del *faubourg* Saint-Antoine. Muy joven, había abandonado a su familia por una cuestión de faldas, conoció la miseria, alternó en los medios anarquistas y estuvo en la cárcel. Buscado por la policía de Lyon a continuación de un tumulto, había pasado la frontera. Jacques le quería mucho. Los extranjeros le mantenían un poco a distancia, desconcertados por su risa fácil, por sus ocurrencias, ofendidos sobre todo por su fea costumbre de aludir a ellos diciendo: «el místico...», «el macarrón...», «el tragaberasas...» No veía en ello nada ofensivo: ¿no se llamaba él mismo «el franchute»? Se volvió hacia Jacques, como para ponerle por testigo:

—En Francia, incluso en el ambiente de los industriales y de los patronos, la nueva generación se lo ha olido. En el fondo, comprende que esto se acaba; que no conservará indefinidamente la sopa boba; que muy pronto, el suelo, las minas, las fábricas, las grandes empresas, los medios de transporte, todo, en una palabra, ha de volver fatalmente a la masa, a la comunidad de los trabajadores... Los jóvenes lo saben muy bien. ¿No es verdad, Thibault?

Zelawsky y Skada se volvieron vivamente para preguntar a Jacques con la mirada, como si la cuestión fuera de una urgencia excepcional y esperasen la opinión de Jacques para tomar una decisión de extrema gravedad. Jacques sonrió. No era, ciertamente, que concediera menos importancia que ellos a estos indicios de la transformación social, pero estaba menos convencido de la utilidad de estas conversaciones.

—Es cierto —concedió—. Creo que muchos de los jóvenes burgueses franceses han perdido secretamente la fe en el porvenir del capitalismo. Siguen aprovechándose del sistema, esperan incluso que durará tanto como ellos, pero ya no están seguros... Pero eso es todo. No saquemos demasiado precipitadamente la conclusión de que están dispuestos a bajar las armas. Opino, por el contrario, que defenderán tenazmente sus privilegios. ¡Todavía son terriblemente fuertes! En primer lugar, se benefician de una cosa desconcertante: ¡la conformidad tácita de la mayoría de los esclavos a quienes explotan!

—Y además —dijo Périnet—, son ellos quienes tienen todavía en sus manos todos los puestos de mando.

—No solamente los tienen de hecho —prosiguió Jacques—, sino que, de momento, casi tienen un cierto derecho a detentarlos..., porque, al fin y al cabo, ¿dónde se encontraría...?

—¡*Recuerdos de un proletario!* —rugió Quilleuf repentinamente. Se había parado, al fondo de la habitación, delante de la mesa en que Charchowsky, el librero encargado de las funciones de bibliotecario, exponía todas las tardes los periódicos,

las revistas, los libros últimamente publicados. No se veían sino su nuca inclinada y los anchos hombros, que encogía burlón.

Jacques terminó su frase:

— ...¿dónde se encontrarían, de la noche a la mañana y en número suficiente, hombres instruidos, especializados, capaces de ocupar su puesto? ¿Por qué sonríes, Serguei?

Zelawsky, desde hacía un momento, envolvía a Jacques en una mirada irónica y afectuosa.

—En todo francés —dijo, cabeceando— hay un escéptico que siempre duerme con los ojos abiertos.

Quilleuf se había vuelto rápidamente. Recorrió con la mirada los distintos grupos y vino derecho hacia Jacques, blandiendo un libro encuadernado, completamente nuevo:

—Émile Pouchard: *Recuerdos de la infancia de un proletario*... ¿Qué es esto, eh?

Reía, guiñando los ojos, adelantando su jeta de buen vividor y mirando a los otros a la cara, sucesivamente, con una indignación cómica que él exageraba un poco para bromear.

—Otro camarada que anda mal de fondos, ¿eh?... ¿Un don nadie con «problemas»...? ¿Un plumífero que viene a hacer literatura a costa del proletariado?

Unas veces le apodaban «el Tribuno» y otras «el Remendón».

I labia nacido en Provenza y, después de haber navegado durante años en la marina mercante, después de haber ejercido veinte oficios en todos los puertos del Mediterráneo, había venido a parar a Ginebra. Su tenducho de zapatero estaba siempre lleno de militantes sin trabajo que, a las horas en que el «Local» estaba cerrado, encontraban allí fuego en invierno, coco fresco en verano y, en todas las estaciones, tabaco y discursos.

Su voz cantarina de meridional poseía una virtud cautivadora, de la que instintivamente sacaba un partido prodigioso. En las reuniones públicas se daba la circunstancia de que al final de la sesión, después de haber permanecido durante dos horas agitándose en su asiento, saltaba de repente a la tribuna y, sin decir nada nuevo, simplemente prestando a las ideas de los demás la magia de su verborrea truculenta, conseguía en pocos momentos la adhesión general y hacía votar mociones acerca de las cuales los más sutiles oradores no habían podido reunir la mayoría. Lo difícil, entonces, era detener esta generosa incontinencia, porque la explosión de su lirismo, la sonoridad de su voz, este fluido que sentía nacer en su interior y esparcirse por la sala, todo ello le producía un goce físico de una intensidad tal que nunca se encontraba satisfecho.

Hojeaba el libraco, recorriendo con la vista los encabezamientos de los capítulos y arrastrando su grueso índice sobre los renglones, como un niño que deletrea:

—«Alegrías familiares»... «Calor de hogar»... ¡Ah, cabrón!

Cerró el libro y, con un movimiento preciso de jugador de bolos, doblando las

rodillas, balanceando el brazo, lanzó el volumen sobre la mesa.

—Mira —dijo, dirigiéndose de nuevo a Jacques—: yo también quiero escribir mis memorias; ¿por qué no? ¡También yo he tenido alegrías familiares! ¡Y también tengo recuerdos de la infancia! ¡Como para regalar a quienes no los tengan!

De otros grupos se iban acercando, atraídos por sus voces: las salidas del tribuno tenían el mérito de airear, de vez en cuando, la atmósfera de estas discusiones en un círculo vicioso.

Miró a su público, guiñando los ojos y, con mucha habilidad, comenzó en voz baja, confidencial:

—Todo el mundo conoce el Estaque, de Marsella, ¿verdad? Pues bien: nosotros seis vivíamos al fondo de una callejuela del Estaque. Dos habitaciones, que las dos habrían cabido en la mitad de ésta. Y una de ellas sin ventana... El padre se levantaba a la luz de una vela, con el frío del amanecer, y me sacaba de los montones de trapos donde dormía con mis hermanos, porque no quería que los demás durmieran cuando él estaba despierto. Por la noche, muy tarde, volvía, medio borracho, agotado el pobre hombre de rodar toneles por los muelles del puerto. La madre, siempre enferma, contaba céntimo a céntimo. También ella permanecía fuera de casa durante todo el día, haciendo no sé qué, asistiendo en la ciudad... Yo, como había tenido el honor de ser el primero, era responsable de los tres pequeños. Y les pegaba fuerte, no faltaba más, porque me sacaban de quicio con sus lloriqueos, sus narices llenas de mocos, sus discusiones... ¡Ni siquiera patatas guisadas una vez al día! Un mendrugo de pan, una cebolla, una docena de aceitunas y, algunas veces, un cachito de tocino. Nunca una buena tajada, nunca una palabra amable, nunca una distracción, nunca nada. Todo el día en la calle, revolcándose, pegándose por una naranja podrida encontrada en el arroyo... Íbamos a rebañar los platos de los afortunados que se atiborraban de comida, junto a la acera, con un vaso del blanco... A los trece años, ya andábamos con las chicas tras las tapias de los solares... ¡Ah, cabrón! ¡Mis alegrías familiares!... El frío, el hambre, la injusticia, la envidia, la rebeldía... Me pusieron de aprendiz con un herrero que me pagaba con patadas. Siempre tenía en las manos alguna quemadura de los hierros al rojo, y la cabeza sofocada por la lumbre de la fragua, y los brazos doloridos de tanto tirar del fuelle... —Había elevado el tono; su voz vibraba de placer y de desafío. De una rápida ojeada pasó revista a su auditorio—: ¡Yo también tengo para contar, recuerdos de mi infancia!

Jacques observó la mirada divertida de Zelawsky. El ruso levantó la mano hacia Quilleuf, pausadamente, y preguntó:

—¿Cómo te hiciste del Partido?

—Hace mucho —dijo Quilleuf—. Hice el servicio militar, de marinero. Tuve la suerte de que en mi rancho hubiera dos fulanos de esos que saben, los cuales hacían propaganda. Empecé a leer, a enterarme. Y otros, lo mismo. Nos prestábamos libros, discutíamos... Íbamos aprendiendo poco a poco... Al cabo de seis meses, ya formábamos un grupo... Cuando salí de allí, ya había comprendido: era un hombre...



Calló; luego, dejó vagar la mirada ante sí:

—Éramos un buen grupo... Toda una banda de «duros»... ¿Qué ha sido de ellos? ¡Ésos no escriben sus «Recuerdos»!... ¿Qué tal, guapas? —exclamó, volviéndose galantemente hacia dos muchachas jóvenes que se acercaban—. ¿Está haciendo calor, eh?

El círculo se ensanchó para hacer sitio a las recién llegadas, dos camaradas suizas, Anaïs Julian y Emilie Cartier. Una era institutriz; la otra, enfermera de la Cruz Roja. Vivían en la misma casa y, generalmente, venían juntas a las reuniones. Anaïs, la institutriz, hablaba varios idiomas y publicaba en los periódicos traducciones de artículos revolucionarios extranjeros. Eran de aspecto muy diferente. La más joven, Emilie, era menuda, morena, rolliza; su cara, enmarcada por el velo azul, que le sentaba muy bien y que casi nunca se quitaba, tenía el sonrosado lechoso de un «bebé» inglés. Siempre estaba alegre, y era un poco coqueta; de gestos vivos y rápida en las contestaciones, aunque sin herir. Sus enfermos la adoraban. Quilleuf también. Siempre la hacía objeto de pequeñas bromas, semipaternales. Con una seriedad inimitable, explicaba: «¡No es que sea guapa, sino que sabe arreglarse!»

La otra, Anaïs, también morena, con la cara arrebatada, los pómulos sobresalientes, la cabeza caballuna, un poco áspera. Pero, tanto de una como de otra, emanaba la misma impresión de equilibrio, de fuerza interna: esa nobleza que confiere a las personas un perfecto acuerdo entre lo que piensan, lo que son y lo que hacen.

La conversación se había reanudado.

El reflexivo Skada hablaba de la justicia:

—... Introducir siempre más justicia a nuestro alrededor —predicaba con su dulzura insinuante—. Esto, esto es lo que importa para la pacificación de los hombres.

—¡Bah! —saltó Quilleuf—. ¡Está buena tu justicia! ¡Es lo de menos!... Más valdría no contar mucho con eso para establecer la paz en el mundo: ¡No hay nada más enredador y terco que un fulano obsesionado con la justicia!

—Nada perdura sin amor —murmuró el pequeño Vanheede, que acababa de detenerse junto a Jacques—. La paz es una obra de fe...; de fe y de caridad... — Permaneció inmóvil durante algunos instantes, y luego se alejó, con una sonrisa enigmática en los labios.

Jacques vio a Paterson y a Alfreda, que cruzaban la habitación y continuaban su conversación en voz baja. Se dirigían lentamente hacia la otra sala, donde, con toda seguridad, estaría Meynestrel. Al lado del inglés, la joven parecía aún más menuda. Alto y flexible, con la pipa en la boca, andaba, inclinándose hacia ella. Sus facciones finas, su cara pálida, perfectamente afeitada, el corte de su ropa, por muy desgastada que estuviera, le daban siempre un aspecto más cuidado que el de sus camaradas. Al pasar junto al grupo de Jacques, Alfreda le echó una mirada profunda en la que, algunas veces, como ahora, brillaba una chispa inesperada, un fuego secreto que

parecía predestinarla a algún destino heroico.

Paterson sonrió a Jacques. Tenía un aspecto feliz que contribuía a rejuvenecerle.

—¡Richardley me ha regalado todo esto! —gritó, con un gesto travieso, ofreciendo a Jacques medio paquete de tabaco—. ¡Hazte un pitillo, Thibault!... ¿No? ... ¡Tú te lo pierdes!... —Aspiró una bocanada de humo, que expulsó por la nariz con voluptuosidad—. Tenlo por seguro, amigo mío: ¡El tabaco es algo verdaderamente delicioso!...

Jacques, sonriente, los vio alejarse. Luego, se dirigió a su vez, maquinalmente, hacia la misma puerta por la que ellos habían desaparecido. Pero se detuvo en el umbral y se acodó en el quicio.

La voz de Meynestrel llegaba hasta él, seca y cortante, con una inflexión sarcástica al final de las frases:

—¡Entiéndase bien! ¡No es que yo oponga a las «reformas» un *no* de principio! La lucha por las reformas tal vez sea, en algunos países, una plataforma de combate. Puede que el bienestar obtenido por el proletariado, al elevar su nivel de vida, contribuya en cierta medida, a acrecentar su educación revolucionaria. Pero vuestros «reformistas» se imaginan que las reformas son «el único» medio de alcanzar la meta. ¡Y no es sino «uno» de los medios, entre otros muchos! Vuestros reformistas se imaginan que las leyes sociales, las conquistas económicas, aumentan el dinamismo del proletariado al mismo tiempo que su bienestar... ¡Habría que verlo! Se imaginan que las reformas bastarán para hacer llegar la hora en la que el proletariado no tendrá que hacer más que una señal para que el poder político se le venga automáticamente a las manos. ¡Habría que verlo!... ¡No hay alumbramiento sin pasar antes terribles dolores!

—¡No hay revolución sin una crisis violenta, sin *Wirbelsturm*<sup>[2]</sup>! —gritó una voz. (Jacques reconoció el timbre germánico de Mithörg.)

—Vuestros reformistas se engañan de cabo a rabo —prosiguió Meynestrel—. Se engañan por partida doble: *Primo*, porque sobreestiman al proletariado; *secundo*, porque sobreestiman al capital. El proletariado está todavía muy lejos del grado de madurez que ellos pretenden. No tiene ni bastante cohesión, ni bastante espíritu de clase, ni bastante... etcétera, para pasar a la ofensiva, ¡para conquistar el poder! En cuanto al capital, porque cede terreno, vuestros reformistas creen que se dejará destruir lentamente, de reforma en reforma, hasta el final. ¡Absurdo! Su voluntad contrarrevolucionaria, sus fuerzas de resistencia, están intactas. Su maquiavelismo no deja de preparar la contraofensiva. ¿Creéis que no sabe lo que hace, al consentir esas reformas que le permiten atraerse a los dirigentes del partido, que dividen a la clase obrera, estableciendo diferencias entre los trabajadores?... Ni qué decir tiene que sé perfectamente que el capital está profundamente dividido en su interior, que sé perfectamente que, a pesar de las apariencias, los antagonismos capitalistas se van acentuando. Razón de más para pensar que, antes de dejarse desposeer, el capital jugará todos sus triunfos. ¡Todos! ¡Y uno de aquellos en que más confía, con razón o

sin ella, es la guerra! ¡La guerra, que ha de devolverle, de una vez, todo el terreno que las conquistas sociales le han hecho perder! ¡La guerra, que ha de permitirle desunir y anonadar al proletariado!... *Primo*, desunirle: porque el proletariado no está todavía suficientemente inmunizado a los sentimientos patrióticos, y una guerra opondría importantes fracciones proletarias nacionalistas a las fracciones fieles a la Internacional... *Secundo*, anonadarle: porque, a ambos lados del frente, la mayor parte de los trabajadores sería diezmada en los campos de batalla, y el resto sería, o bien desmoralizado en el país vencido, o bien, fácil de paralizar, de adormecer, en el país vencedor...

## VI

—¡ESTE Quilleuf! —dijo, junto a Jacques, Serguei Zelawsky.

Había visto a Jacques apartarse del grupo y había ido a reunirse con él.

—Es verdaderamente extraño cómo quedan grabadas en nosotros estas cosas que suceden en la infancia... ¿Verdad? —Parecía aún más distraído que de costumbre—. ¿Y tú, Thibault? —preguntó—; ¿cómo te has hecho...? —(En el momento de ir a dar a Jacques el calificativo de «revolucionario», vaciló)—. ¿Cómo has venido a nosotros?

—¡Oh, yo!... —repuso Jacques; su leve sonrisa, el ligero retroceso del busto, todo eludía la pregunta.

—Yo —prosiguió Zelawsky inmediatamente con la fogosidad del tímido, feliz de ceder por una vez a la tentación de hablar de si mismo—, yo sé perfectamente cómo se han encadenado las cosas, poco a poco, desde mi fuga del colegio... Pero creo que estaba ya muy bien preparado... El primer choque había tenido lugar mucho antes... En mi primera infancia...

Inclinaba la nariz hacia el suelo y se miraba las manos, que enlazaba y desenlazaba mientras hablaba: unas manos blancas, más bien gruesas, cuyos cortos dedos eran cuadrados en las puntas. De cerca, el cutis de la cara presentaba arrugas en las sienes y alrededor de los ojos. Tenía la nariz larga y con los agujeros muy abiertos, una nariz encorvada, cuyo movimiento de presa se encontraba todavía más acentuado por la línea oblicua de las cejas y el perfil huidizo de la frente. Su bigote rubio, de un tamaño desusado, parecía estar hecho de seda lasa, de cristal hilado, de una materia desconocida, imponderable: se ondulaba al viento con la ligereza de un chal, con la flexibilidad de esas barbas vaporosas que se ven en algunos peces del Extremo Oriente.

Había llevado a Jacques suavemente hasta el fondo de la habitación, detrás de la mesa de los periódicos, donde estaban solos.

—En cuanto a mí —prosiguió, sin mirarle—, mi padre era director de una gran fábrica que había construido en nuestras tierras, a seis verstas de Gorodnia. Lo recuerdo todo perfectamente... Nunca pienso en ello, ¿sabes? —dijo, levantando la cabeza y posando en Jacques una mirada acariciadora—. ¿Por qué lo hago hoy?...

Jacques tenía una manera de escuchar, paciente, seria, discreta, que siempre le atraía las confidencias.

Zelawsky volvió a sonreír:

—Todo esto es divertido, ¿verdad? Recuerdo la casona, y a Foma, el jardinero, y las viviendas de los obreros a la entrada del bosque... Me vuelvo a ver, de pequeño, con mi madre, en una ceremonia que se celebraba todos los años. ¿Tal vez el cumpleaños de mi padre? Era en el patio de la fábrica, y mi padre permanecía de pie, solo, delante de una mesa, con un montón enorme de rublos en una bandeja. Y todos

los obreros desfilaban ante él, uno tras otro, con la espalda encorvada. Y mi padre le daba una moneda a cada uno. Y, uno tras otro, le cogían la mano y se la besaban... Sí; en aquella época, éramos así en Rusia; y estoy seguro de que hoy, en 1914, se sigue siendo igual en algunas provincias... Mi padre era un hombre corpulento, muy ancho de hombros; siempre estaba muy tieso; me daba miedo. Puede que también a los obreros... Me acuerdo que cuando mi padre, después de la comida de las diez, nos dejaba para irse a la fábrica, después de haberse puesto la pelliza y el gorro, siempre le veía coger la pistola que estaba en el cajón. ¡Y se la echaba en el bolsillo, así, de golpe! Y nunca salía sin el bastón, un bastón de plomo, muy pesado, que a mi me costaba trabajo levantarlo; él, sin embargo, lo hacía silbar dándole vueltas entre dos dedos... —Complacido por la evocación de estos recuerdos, sonrió—. Mi padre era un hombre muy fuerte —continuó, después de una pausa—. Me daba miedo por eso, pero también por eso le quería. Y a los obreros les pasaba lo mismo que a mí. Tenían miedo, porque era duro, déspota, incluso cruel si se presentaba la ocasión. Pero le querían también porque era fuerte. Y además era justo; ¡sin compasión, pero muy justo!

Volvió a callar, como asaltado por un tardío escrúpulo; pero tranquilizado por la atención de Jacques, prosiguió:

—Y luego, cierto día, todo se trastornó en casa. Hombres de uniforme entraban y salían. Mi padre no vino a comer con nosotros. Mi madre no quiso sentarse a la mesa. Sonaban las puertas. Los criados corrían por los pasillos. Mi madre no se separaba de la ventana del primer piso... Yo oía hablar de huelga, motín, carga a la policía... Y, de repente, se oyeron gritos abajo. Entonces pasé la cabeza por entre dos barrotes de la barandilla de la escalera y vi una larga camilla, manchada de barro y de nieve. ¿Quién dirás que estaba en ella? Mi padre estaba echado en ella, con la pelliza destrozada, la cabeza descubierta... Mi padre, encogido y con un brazo colgando... Empecé a gritar. Me envolvieron la cabeza en una toalla y me llevaron al otro extremo de la casa, con las criadas, que rezaban ante el icono y charlaban como cotorras... Por fin, yo también comprendí... Eran los obreros, aquellos a quienes había visto desfilar ante mi padre y besarle la mano, con la espalda tan inclinada; eran los obreros, los mismos, que aquel día se habían hartado de besarle la mano y recibir rublos... ¡Habían roto las máquinas, convirtiéndose en los más fuertes! ¡Sí; los obreros! ¡Más fuertes que mi padre!

Ya no sonreía. Se acariciaba las largas guías del bigote con las puntas de los dedos, y miraba a Jacques con un aire solemne.

—Y aquel día, amigo mío, todo cambió para mí: ya no era partidario de mi padre, era partidario de los obreros... Sí; aquel día fue... ¡Por primera vez comprendí cuánta grandeza y hermosura hay en un pueblo de hombres humillados que se rebelan!

—¿Habían matado a tu padre? —preguntó Jacques.

Zelawsky rompió a reír como un crío:

—No; nada de eso... Sólo algunos cardenales; nada, o casi nada... Solamente que

después de aquello mi padre no volvió a ser director. Nunca volvió a la fábrica. Vegetaba en casa, con el vodka, y atormentaba siempre a mi madre, a los criados, a los campesinos... A mí me habían metido en un colegio de la ciudad. No volví a casa... Y, dos o tres años después, mi madre me escribió un día que había que rezar y sentir pena porque mi padre había muerto. —Se había puesto muy serio. Muy de prisa, como para sus adentros, añadió—: Pero por aquel entonces yo ya no rezaba... Y muy poco después fue cuando me escapé.

Permanecieron en silencio durante algunos minutos.

Jacques, con los ojos bajos, pensaba bruscamente en su infancia. Veía de nuevo el piso de la calle de la Universidad; aspiraba el olor de las alfombras, de los tapices, aquel perfume especial del despacho paterno, cuando volvía del colegio, por la noche... Veía de nuevo a la anciana señorita Waize, correteando por el pasillo, y a Gise, a Gise de niña, con su carita redonda y sus bellos y fieles ojos... Veía de nuevo las clases, los estudios, los recreos... Recordaba la amistad de Daniel, la sospecha de los profesores, la loca escapada a Marsella, y el regreso al hogar con Antoine. Y a su padre que les esperaba, de levita, de pie bajo la lámpara del recibimiento... Y después, la época maldita, el reformatorio, su celda, el paseo cotidiano bajo la vigilancia del guardián... Un estremecimiento involuntario le hizo encoger los hombros. Abrió los ojos, respiró profundamente y miró a su alrededor.

—¡Hombre! —dijo, apartándose del rincón en que estaban y sacudiéndose como un perro que sale del agua—. ¡Aquí está Prezel!

Ludwig Prezel y su hermana Cecilia acababan de entrar. Trataban de orientarse entre los grupos, como unos recién llegados poco familiarizados con el sitio. Al ver a Jacques, ambos levantaron la mano al mismo tiempo y avanzaron hacia él, sin prisa.

Eran de la misma estatura, los dos morenos, y se parecían mucho. Uno y otra lucían sobre un cogote grueso, más bien macizo, una cabeza a la antigua, de facciones inmóviles, pero de un relieve vigoroso; una cabeza estilizada, que más que construida por la naturaleza parecía compuesta según un canon: la arista de la nariz prolongaba la línea vertical de la frente, sin el menor hundimiento a la altura de las órbitas. La mirada apenas si conseguía animar este rostro de estatua: apenas si los ojos de Ludwig tenían un resplandor más vivo que los de su hermana, los cuales nunca reflejaban un sentimiento humano.

—Hemos vuelto ayer —explicó Cecilia.

—¿De Munich? —dijo Jacques, estrechando sus manos.

—De München, de Hamburgo, de Berlín.

—Y el mes pasado estuvimos en Italia, en Milán —añadió Prezel.

Un hombrecillo moreno, con los hombros desiguales, que pasaba en aquel momento, se detuvo con la cara resplandeciente.

—¿En Milán? —dijo, con una ancha sonrisa que dejaba al descubierto unos dientes de caballo—. ¿Has visto a los camaradas del *Avanti*?

—Claro...

—Cecilia volvió la cabeza.

—¿Eres de allí?

El italiano hizo un gesto afirmativo, que repitió varias veces, riendo.

Jacques le presentó:

—El camarada Saffrio.

—He conocido a tu partido italiano antes de mil novecientos diez —declaró Prezel—. Era, por así decirlo, uno de los más miserables. Y ahora, mira: ¡hemos visto las huelgas de la Semana Roja! ¡Un progreso increíble!

—¡Sí! ¡Qué fuerza! ¡Qué valor! —exclamó Saffrio.

—Italia —prosiguió Prezel en tono sentencioso—, ha tomado, efectivamente, muy buen ejemplo de los métodos organizadores de la socialdemocracia alemana. También la clase obrera italiana está hoy bien conjuntada, e incluso bien disciplinada: ¡lo que se dice dispuesta a marchar adelante! Sobre todo: el proletariado campesino es más fuerte allí que en ningún otro sitio.

Saffrio reía de satisfacción.

—¡Cincuenta y nueve diputados nuestros en la Cámara! ¡Y nuestra prensa! ¡Nuestro *Avanti!* ¡Más de cuarenta y cinco mil ejemplares de cada número! ¿Cuándo has estado allí?

—En abril y mayo. Para el congreso de Ancona.

—¿Conoces a Serrati? ¿A Vella?

—A Serrati, a Vella, a Bacci, a Moscallegro, a Malatesta...

—¿Y a nuestro gran Turati?

—*Ach!* ¡Ese es un reformista!

—¿Y Mussolini? ¡Ése si que no es un reformista! ¡Es de los buenos! ¿Le conoces?

—Sí —contestó Prezel lacónicamente, con una mueca imperceptible que Saffrio no observó.

El italiano prosiguió:

—Benito y yo hemos vivido juntos en Lausana. Él esperaba la amnistía para poder volver a Italia... Y siempre que viene a Suiza, viene a verme. Incluso este invierno...

—*Ein abenteurer*<sup>[3]</sup> —murmuró Cecilia.

—Es de Romana, como yo —proseguía Saffrio, pasando de uno a otro su mirada jovial, en la que brillaba una chispa de orgullo—. Un romañol, un amigo de la infancia, un hermano... Su padre tenía una taberna a seis kilómetros de mi casa... Le he tratado mucho... ¡Uno de los primeros internacionalistas romañoles! ¡Tenías que haberle oído, en su taberna, despotricar contra los clericales, contra los patriotas! ¡Y qué orgulloso estaba de su hijo! Decía: «¡Como un día nos decíamos Benito y yo, será lo bastante para aplastar a todos los canallas del régimen!» Y sus ojos brillaban, exactamente igual que los de Benito... ¡Qué fuerza tiene en sus ojos Benito! ¿Verdad?

—*Ja, aber er gibt ein wenig an* —murmuró Cecilia, volviéndose hacia Jacques, que sonrió.

El rostro de Saffrio se oscureció.

—¿Qué ha dicho de Benito?

—Ha dicho: *Er gibt ein...* Llama un poco la atención, presume demasiado... —explicó Jacques.

—¿Mussolini? —exclamó Saffrio. Lanzó a la muchacha una mirada airada—. ¡No! ¡Mussolini es de los buenos, de los puros! Antimonárquico, antipatriota, anticlerical de toda la vida. ¡Y también un gran *condottiere!*... ¡El verdadero conductor revolucionario!... Y siempre positivo, realista... ¡Primero, la acción, y luego, la doctrina!... En Forli, durante las huelgas, era como el diablo: en la calle, en las reuniones, ¡en todas partes! ¡Y sabe hablar! ¡Nada de palabras huecas! «¡Placed esto; haced lo otro!» ¡Qué contento se ponía cuando se habían levantado bien los raíles para detener un tren! ¡Todo lo enérgico que se ha hecho contra la expedición de Trípoli, se debe a su periódico, se debe a él! ¡En Italia, es nuestro espíritu de lucha! ¡Él es quien todos los días inspira en el *Avanti* a las masas la *juña* revolucionaria! ¡El gobierno del rey no tiene ningún otro adversario tan grande como él! ¡Si el socialismo se ha hecho de repente tan fuerte en Italia, tal vez sea «principalmente gracias a Benito»! ¡Sí! Ha quedado claramente demostrado este mes... ¡La Semana Roja! ¡Cómo ha aprovechado la ocasión!... ¡Ah, *per Bacco*, si se hubiera hecho caso de su periódico! ¡Algunos días más, y toda Italia estaría en llamas! ¡Si la *Confederazione* del Trabajo no hubiera tenido miedo e interrumpido la huelga, hubiera sido el comienzo de la guerra civil, el derrumbamiento de la monarquía! ¡Hubiera sido la revolución italiana!... En nuestra región, Thibault, en Romaña, los camaradas proclamaron la República una noche, ¡sí, sí! —Intencionadamente, volvía la espalda a Cecilia y a Prezel; no se dirigía más que a Jacques. Volvió a sonreír y, poniendo en su voz una especie de severidad acariciadora, añadió—: ¡Guárdate bien, camarada Thibault, de creerte todo lo que oigas!

Después se encogió de hombros tranquilamente y se alejó, sin despedirse de los los alemanes.

Hubo un corto silencio.

Alfreda y Paterson habían dejado abierta la puerta de la habitación donde estaba Meynestrel. No se le veía; pero, aunque no alzaba nunca la voz, algunas veces se oían sus palabras.

—¿Y allí? —preguntó Zelawsky a Prezel—. ¿Van bien las cosas?

—¿En Alemania? ¡Cada vez mejor!

—Allí —declaró Cecilia— hace veinticinco años, sólo había un millón de socialistas, y hace diez años, dos millones. Hoy, ¡son cuatro millones!

Hablaba sin apresuramiento, casi sin mover los labios, pero en un tono provocativo, y su mirada se posaba sucesivamente sobre Jacques y sobre el ruso. Jacques, al verla, pensaba siempre en la Juno de Homero, era «La-de-los-ojos-de-



vaca».

—Eso no cabe duda —dijo en tono conciliador—. La social democracia ha realizado desde hace veinticinco años un inmenso esfuerzo constructivo. El genio organizador demostrado por sus jefes es algo verdaderamente prodigioso... Lo que tal vez cabría preguntarse es si el espíritu revolucionario no está a punto, ¿cómo diríamos?, de atenuarse poco a poco en el partido alemán... Precisamente, en virtud de ese esfuerzo dirigido únicamente hacia la «organización»...

Prezel tomó la palabra:

—¿El espíritu revolucionario?... No, no: ¡en ese aspecto puedes estar perfectamente tranquilo! Lo primero es organizar, para constituir una fuerza... En Alemania, no solamente hay ideología, sino también realismo. ¡Y es mejor así!... ¿A qué se debe que se haya mantenido la paz en Europa durante estos últimos años, y me refiero especialmente a mil novecientos once y mil novecientos doce? Y si hoy se puede esperar que una gran guerra europea será evitada durante mucho tiempo, es, gracias ¿a quién?: ¡al proletariado alemán! Todo el mundo lo sabe. Dices: «el esfuerzo constructivo de la socialdemocracia». Es mucho más de lo que crees. Es una construcción monumental. Se ha convertido verdaderamente en un Estado dentro del Estado. ¿Pero cómo? En gran parte por la potencia de nuestra acción parlamentaria. En el Reichstag, nuestra influencia no deja de aumentar. Si mañana los pangermanistas se permitieran un golpe como el de Agadir, no serían ya solamente los doscientos mil manifestantes del parque de Treptlow quienes protestarían, sino la totalidad de los diputados socialistas del Reichstag. ¡Y con ellos, todas las izquierdas de nuestro país!

Serguei Zelawsky escuchaba atentamente.

—¡Sin embargo, cuando se ha hecho la nueva ley de armamentos, vuestros diputados han votado «a favor»!

—Perdón —dijo Cecilia, levantando el índice.

Su hermano la interrumpió:

—*Ach!* ¡Hay que comprender la táctica, Zelawsky! —dijo, sonriendo con superioridad—. En eso tienes dos cosas completamente diferentes: tienes *die Militärvorlage*, la ley de armamentos militares, y tienes *die Wehrsteuer*, la ley que otorgaba los créditos para realizar esta ley militar. Los socialdemócratas han votado primeramente «contra» la ley militar, y a continuación, cuando la ley militar ha sido votada por el Reichstag a pesar suyo, han votado «a favor» de la ley de los créditos. Y aquí es donde está la buena táctica... ¿Por qué?... Porque en esta ley había una cosa absolutamente nueva en el Reich, una cosa de importancia capital para nosotros: ¡un impuesto directo del Imperio sobre las grandes riquezas! ¡Y había que aprovechar la oportunidad! ¡Porque era una auténtica nueva conquista social para el proletariado! ... ¿Lo comprendes ahora? Y la prueba de que nuestros diputados siguen firmes contra el militarismo, es que siempre que pueden combatir la política exterior imperialista del Canciller ¡la combaten unánimemente!

—Eso es cierto —concedió Jacques—; sin embargo...

Tuvo una pequeña vacilación.

—¿Sin embargo? —preguntó Zelawsky, interesado.

—¿Sin embargo? —repitió Cecilia.

—Pues bien..., ¿qué queréis que os diga?... He tenido oportunidad en Berlín de tratar a vuestros diputados socialistas del Reichstag, y me han dado la impresión de que su lucha contra el militarismo era más bien platónica a fin de cuentas... No hablo de Liebknecht, indudablemente, sino de los otros. A la mayor parte les repugna visiblemente atacar el mal en la raíz, combatir abiertamente el espíritu de subordinación de las masas alemanas ante la cuestión militar... Me ha dado la impresión, ¿cómo diría yo?, de que, a pesar de todo, siguen siendo terriblemente «alemanes»...; están persuadidos de la misión histórica del proletariado, ni qué decir tiene, ¡pero persuadidos, sobre todo, de la misión histórica del proletariado «alemán»! Y se hallan muy lelos de llevar su internacionalismo y su antimilitarismo hasta el extremo que se les lleva en Francia.

—Naturalmente —dijo Cecilia; y sus párpados velaron su mirada un instante.

—Naturalmente —repitió Prezel, en un tono de superioridad agresiva.

Zelawsky se apresuró a intervenir:

—Vuestras democracias burguesas —observó, sonriendo con malicia— aceitan a los socialistas en sus Parlamentos, precisamente porque saben perfectamente que un socialista que participa en el gobierno no es ya nunca más un verdadero socialista peligroso...

Al otro lado de la habitación, Mithörg, Charchowsky y Boissonis se hablan levantado y se acercaban.

Prezel y Cecilia les estrecharon la mano.

Zelawsky negaba con la cabeza, sin dejar de sonreír:

—¿Sabes lo que creo? —dijo, volviéndose esta vez hacia Jacques—. Creo que para hacer esclavas a las masas, vuestros regímenes democráticos, vuestras repúblicas, vuestras monarquías parlamentarias son tal vez instrumentos tan terribles y más nocivos, sin parecerlo, que nuestro vergonzoso zarismo...

—También tenía razón el Piloto la otra tarde —declaró bruscamente Mithörg, que le había oído— cuando dijo: «¡La lucha a sangre y fuego contra la democracia ha de ser el primer objetivo de la acción revolucionaria!»

—Un momento —objetó Jacques—. En primer lugar, el Piloto no hablaba sino de Rusia y de la revolución en Rusia; y lo que dijo es que la revolución rusa no debía empezar por una democracia burguesa, sino ser, desde el primer momento, proletaria... Además, no exageremos: a pesar de todo, se puede realizar una labor útil en el interior de una democracia... Un hombre como Jaurès... Todo lo que los socialistas han obtenido ya en Francia y, más aún, en Alemania...

—No —dijo Mithörg—; ¡la Revolución, y luego la emancipación en el interior de una democracia, son dos cosas! ¡En Francia, los jefes se han aburguesado! ¡Han

perdido el verdadero y puro sentido revolucionario!

—Vamos a prestar un poco de atención a lo que se está hablando aquí al lado — interrumpió Boissonis, guiñando los ojos maliciosamente hacia la puerta abierta.

—¿Está aquí Meynestrel? —preguntó Prezel.

—¿No le oyes? —dijo Mithörg.

Todos callaron para aguzar el oído. La voz de Meynestrel se elevaba monocorde y distinta.

Zelawsky había cogido del brazo a Jacques.

—Vamos a escuchar, nosotros también...

## VII

JACQUES vino a situarse al lado de Vanheede, que, con las manos juntas y los ojos semicerrados, se había apoyado en una estantería polvorienta en la que Monier amontonaba viejas octavillas.

—Y yo —decía Trauttenbach, un alemán, un judío rubio y sonrosado, que vivía normalmente en Berlín, pero que venía a Ginebra con mucha frecuencia— ¡no creo que podáis hacer nunca un buen trabajo por procedimientos legales! ¡Eso son medios tímidos, para los intelectualistas!

Se volvía hacia Meynestrel, buscando una señal de aprobación. Pero el Piloto, sentado en el centro del grupo, junto a Alfreda, se balanceaba en su silla con la mirada absorta y lejana.

—¡Distingamos! —dijo Richardley, un individuo robusto, con el pelo negro cortado a cepillo. (Había sido precisamente a su alrededor como se había formado, tres años antes, este grupo cosmopolita; y hasta la llegada de Meynestrel, él había sido su animador. Por otra parte, él mismo se había retirado espontáneamente ante la superioridad del Piloto, a cuyo lado desempeñaba desde entonces, con inteligencia y fidelidad, el puesto de segundo.)—. Hay tantas contestaciones como países... En determinados países democráticos, como Francia, como Inglaterra, puede admitirse que el movimiento revolucionario progrese por medios legales... ¡Provisionalmente! —(Tenía la costumbre de adelantar la barbilla al hablar. Su cara afeitada, la frente pálida engastada de cabellos negros, resultaba agradable al primer golpe de vista; sin embargo, sus pupilas de azabache carecían de dulzura, sus labios delgados se terminaban en las comisuras por una arruga aguda como una incisión, y su voz tenía una sequedad desagradable.)

—Lo difícil —enunció Charchowsky— es saber cuál es el momento de pasar de la acción legal a la acción violenta, a la insurrección.

Skada levantó su nariz encorvada.

—¡Cuando el vapor tiene demasiada fuerza, la tapadera salta del samovar por sí sola!

Estalló en una risotada, una risotada malintencionada: lo que Vanheede llamaba «sus risas de caníbales».

—¡Bravo por el asiático! —gritó Quilleuf.

—En tanto que la economía capitalista disponga de los poderes coercitivos —hizo observar Boissonis, pasándose la lengüecilla por los rosados labios—, la reivindicación popular de las libertades democráticas no puede hacer progresar apenas la verdadera revolu...

—¡Ni qué decir tiene! —interrumpió Meynestrel, sin siquiera volver la vista hacia el viejo profesor.

Hubo un momento de silencio.

Boissonis quiso seguir hablando:

—Ahí tenemos la historia... Ved lo que ha pasado por...

Esta vez, fue Richardley quien le interrumpió:

—¡Pues bien, sí, la historia! ¿Nos autoriza la historia a creer que se puede *prever*, que se puede fijar de antemano el estallido de una revolución? ¡No! Un buen día salta la tapa del samovar... La dinámica de las fuerzas populares escapa a los pronósticos.

—¡Habría que verlo! —lanzó Meynestrel, en un tono que no admitía réplica.

Se calló, pero todos aquellos que le conocían supieron que se preparaba a hablar.

En las reuniones, seguía silenciosamente su idea y permanecía durante mucho tiempo sin mezclarse en la discusión. Se contentaba con interrumpir de vez en cuando a los oradores con un enigmático: «¡Habría que verlo!», o con un evasivo y alentador: «¡Ni qué decir tiene!», que, viniendo de cualquier otro, hubiesen producido un efecto cómico; pero que la agudeza de su mirada, la dureza de su voz, la voluntad, la reflexión expectante, que se adivinaban en él, no predisponían en absoluto a sonreír y atraían la atención incluso de aquellos a quienes molestaban sus secos modales.

—No hay que confundir... —precisó repentinamente—. «¡Prever!» ¿Puede preverse una revolución? ¿Qué quiere decir eso?

Todos le escuchaban. Estiró la pierna mala y tosió. Su mano, que hacía pensar en una garra y cuyos dedos permanecían casi siempre doblados como si sujetasen una pelota invisible, se alzó, acarició la barba y vino a apoyarse contra el pecho.

—No hay que confundir «revolución» e «insurrección». No hay que confundir «revolución» y «situación revolucionaria»... Una «situación revolucionaria» no engendra necesariamente una «revolución». Aun en el caso de que engendre una «insurrección»... Ejemplo: Rusia, en mil novecientos cinco: primero, situación revolucionaria; después, insurrección; pero no revolución. —Reflexionó durante algunos segundos—. Richardley ha dicho: «pronósticos». ¿Qué quiere decir eso? Prever, con precisión, el momento en que una situación se convertirá en «revolucionaria», es difícil. Sin embargo, la acción proletaria, al ejercerse sobre una situación prerrevolucionaria, puede favorecer, puede precipitar el desarrollo de una situación revolucionaria. Ahora bien: lo que la hace estallar, es casi siempre un acontecimiento externo, inesperado, más o menos imprevisible, quiero decir, un acontecimiento cuya fecha no podría ser fijada de antemano.

Había puesto un codo sobre el respaldo de la silla ocupada por Alfreda y apoyado la cara en la mano. Durante un minuto, sus ojos de visionario lúcido se fijaron con intensidad en un punto lejano.

—Se trata de considerar las cosas tal y como son. En la realidad. En la práctica. —(Tenía una forma peculiar, estridente como un chocar de platillos, de pronunciar esta palabra: «práctica».)—. Ejemplo: Rusia. ¡Siempre hay que venir a los ejemplos, a los hechos! Solamente esto puede enseñarnos algo. No estamos tratando de matemáticas. En asuntos de revolución sucede como en medicina: hay la teoría, pero luego está la práctica. E incluso queda todavía otra cosa: el arte... Pero dejémoslo...

—(Antes de proseguir, sonrió brevemente en dirección a Alfreda, como si fuera la única a quien juzgaba capacitada para saborear la digresión.)—. En Rusia, en mil novecientos cuatro, antes de la guerra de Manchuria, existía una situación prerrevolucionaria. Situación prerrevolucionaria que podía y debía conducir a una situación revolucionaria. ¿Pero cómo? ¿Era posible prever cómo? No. Muchos abscesos podían reventarse. Había la cuestión agraria. Había la cuestión judía. Había los asuntos de Finlandia, de Polonia. Había el antagonismo ruso-nipón en Oriente. Imposible de adivinar cuál sería el elemento inesperado que transformaría la situación prerrevolucionaria en situación revolucionaria... Y, bruscamente, este acontecimiento inesperado se produjo. Una camarilla de especuladores aventureros ha conseguido obtener suficiente influencia sobre el Zar, para arrojarle en la guerra del Extremo Oriente, a despecho y contra la política de su ministro de Negocios Extranjeros. ¿Quién podía prever esto?

—Se podía prever que la competencia ruso-japonesa en Manchuria provocaría fatalmente un conflicto —observó Zelawsky, pausadamente.

—¿Pero quién podía decir que este conflicto estallaría en mil novecientos cinco? ¿Y que estallaría, no con motivo de Manchuria, sino con motivo de Corea?... He aquí un ejemplo de lo que es el «elemento nuevo» que transforma una situación prerrevolucionaria en situación revolucionaria... En Rusia ha sido necesaria esta guerra y estas derrotas... Sólo entonces se ha visto cómo la situación se convertía en «revolucionaria» y se desarrollaba hasta la «insurrección»... ¡La insurrección, pero no la «revolución»! ¡No la revolución proletaria! ¿Por qué? Porque el paso de la situación revolucionaria a la insurrección es una cosa, y el paso de la insurrección a la revolución, es otra muy diferente... ¿No es cierto, pequeña? —añadió en voz baja.

En distintas ocasiones, mientras hablaba, había inclinado la frente con un movimiento rápido, para consultar el rostro de la muchacha. Calló, sin mirar a nadie. Parecía pensar menos en aquello que acababa de decir que considerar de una forma absoluta este conjunto doctrinal en el que le gustaba moverse, sin perder nunca de vista la relación entre teoría y realidad, entre el ideal revolucionario y una situación determinada. Sus ojos permanecían fijos. En aquellos momentos, toda su vitalidad aparecía verdaderamente en la llama sombría de la mirada, y esta mirada, tan deshumanizada, despertaba la idea de un fuego oculto, ardiendo incesantemente en su interior, consumiendo su ser y nutriéndose de su sustancia.

Boissonis, a quien las teorías revolucionarias interesaban más que la revolución, rompió el silencio:

—¡Sí! ¡Bien! ¡Completamente de acuerdo! Es difícil de prever el paso de la situación prerrevolucionaria a la situación revolucionaria. Ahora bien...: cuando esta situación revolucionaria se ha creado, ¿no se hace posible prever la revolución?

—¡Prever! —cortó Meynestrel, molesto—. Prever... Lo importante no es prever..., ¡lo importante es preparar, apresurar ese paso de una situación revolucionaria a la revolución! Todo depende entonces de los factores «subjetivos»:

la aptitud de los jefes y de la clase revolucionaria para la acción revolucionaria. Y esta aptitud es a todos nosotros, formaciones de vanguardia, a quienes corresponde llevarla al máximo, por todos los medios. ¡Cuando esta aptitud es suficiente, es cuando se puede apresurar el paso a la revolución! ¡Entonces es posible dirigir los acontecimientos! ¡Entonces sí, si queréis, se puede «prever»!

Había articulado estas últimas frases de un tirón, bajando la voz, y con una velocidad tal que para muchos de estos extranjeros habían resultado difíciles de comprender. Se calló, volvió ligeramente la cabeza, sonrió levemente y cerró los ojos.

Jacques, que había permanecido de pie, vio cerca de la ventana una silla desocupada y fue a sentarse en ella. (Nunca participaba mejor en la vida colectiva que cuando podía, de esta forma, sin romper el contacto, evitar el codo a codo y recobrar el dominio de sí mismo, apartado de los demás: entonces, no solamente se sentía solidario, sino incluso fraternal.) Arrellanado en la silla, con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en la pared, dejó vagar su mirada durante un momento sobre todo el grupo, el cual, después de un minuto de espera, se volvía de nuevo hacia Meynestrel. Las actitudes eran distintas, pero apasionadamente atentas... ¡Cómo amaba a todos estos hombres que habían hecho al ideal revolucionario una entrega total de sí mismos, y cuyas existencias, combativas y penosas, conocía minuciosamente! Podía oponerse ideológicamente a algunos de ellos, sufrir a consecuencia de ciertas incomprendiones, de ciertas rudezas; pero los amaba a todos, porque todos eran «puros». Y estaba orgulloso de que ellos le quisieran, ya que ellos también le querían, a pesar de sus diferencias, porque comprendían que también él era «puro»... Una súbita emoción humedeció su mirada. Dejó de distinguir a unos de otros; y durante un instante aquella reunión de proscritos, venidos de todos los rincones de Europa, no fue ya a sus ojos sino una imagen de esta humanidad maltratada que había comprendido su servidumbre y que, rebelándose al fin, reunía todas sus energías para reconstruir un mundo.

La voz del Piloto se elevó en el silencio:

—Volvamos al ejemplo ruso, a la gran experiencia. Siempre hay que volver a él... ¿Podía preverse en mil novecientos cuatro que la situación prerrevolucionaria se convertiría en revolucionaria al año siguiente, a causa de las derrotas de Oriente? ¡No! Y en mil novecientos cinco, una vez creada por las circunstancias, ¿podía saberse si la revolución, la revolución proletaria, iba a hacerse? ¡No!... Y todavía menos, si podía prosperar... Los factores objetivos eran excelentes, característicos. Pero los factores subjetivos eran insuficientes... Recordad los hechos. Las condiciones objetivas eran admirables: desastres militares; crisis política; crisis económica; crisis de los abastecimientos, escasez... etcétera... Y la temperatura sube rápidamente: huelgas generales, revueltas campesinas, amotinamientos, *Potemkine*, insurrecciones de diciembre en Moscú... ¿Por qué, sin embargo, la «revolución» no ha conseguido brotar de la «situación revolucionaria»? ¡A causa de la insuficiencia de los factores «subjetivos», Boissonis! ¡Porque nada estaba a punto! ¡No había una

auténtica voluntad revolucionaria! ¡No había unas directivas netas en el espíritu de los jefes! ¡No había acuerdo entre ellos! ¡No había jerarquía, no había disciplina! ¡No había ligazón suficiente entre los jefes y las masas! ¡Y, sobre todo, no había unión entre las masas obreras y las masas campesinas: ninguna preparación revolucionaria adecuada en los campesinos!

—Sin embargo, los mujiks... —insinuó Zelawsky.

—¿Los mujiks? Causaron cierta agitación en sus pueblos, invadieron las propiedades señoriales e incendiaron aquí y allá el castillo de un *barine*. ¡De acuerdo! ¿Pero quién consintió en marchar contra los obreros? ¡Los mujiks! ¿De qué estaban compuestos esos regimientos que diezmaron salvajemente en las calles de Moscú al proletariado revolucionario? ¡De mujiks, nada más que de mujiks!... ¡Carencia de factores subjetivos! —repitió con dureza—. Cuando se sabe lo que sucedió en diciembre de mil novecientos cinco; cuando se piensa en el tiempo perdido en discusiones teóricas en el interior de la socialdemocracia; cuando se comprueba que los jefes ni siquiera habían llegado a ponerse de acuerdo acerca de los objetivos que había que alcanzar, ni tan siquiera sobre un plan táctico de conjunto, y ello hasta el extremo de que las huelgas de Petersburgo cesaron estúpidamente, precisamente en el momento en que comenzaba el levantamiento en Moscú, hasta el extremo de que la huelga de las comunicaciones y de los ferrocarriles se terminaba en diciembre, precisamente en el momento en que la desorganización de las comunicaciones hubiera paralizado al gobierno y le hubiera impedido lanzar sobre Moscú a los regimientos que aplastaron la insurrección; cuando se sabe todo esto, entonces se comprende perfectamente por qué en esta Rusia de mil novecientos cinco la revolución... —Vaciló un instante, bajó la cabeza hacia Alfreda y murmuró muy de prisa—: la revolución estaba de antemano con-de-na-da.

Richardley, que estaba sentado y que, con los codos apoyados en las rodillas y el busto inclinado, jugaba con sus dedos, levantó los ojos sorprendido.

—¿Condenada de antemano?

—¡Ni qué decir tiene! —repuso Meynestrel.

Hubo un momento de silencio.

Jacques, desde su sitio, insinuó:

—Pero entonces, en lugar de llevar las cosas hasta el final, ¿no hubiera sido preferible...?

Meynestrel miraba a Alfreda; sonrió, sin mover los ojos, hacia Jacques. Skada, Boissonis, Trauttenbach, Zelawsky, Prezel, hacían gestos afirmativos.

Jacques prosiguió:

—Puesto que el zar había aceptado la constitución, ¿no hubiera sido preferible...?

—... entenderse provisionalmente con los partidos burgueses —precisó Boissonis.

—... aprovechar, para mejor organizar metódicamente la socialdemocracia rusa —añadió Prezel.



—No; no estoy de acuerdo con eso —observó Zelawsky—. Rusia no es Alemania. ¡Y creo que Lenin tenía razón!

—¡En absoluto! —exclamó Jacques—. ¡Era Plekhanoff quien tenía razón! Después de la Constitución de octubre no había necesidad de «tomar las armas»... ¡Había que detener el movimiento! ¡Consolidar lo adquirido!

—Han desanimado a las masas —dijo Skada—. Han matado para nada.

—Es cierto —prosiguió Jacques, con fogosidad—. Hubieran evitado muchos sufrimientos... ¡Mucha sangre vertida inútilmente!...

—¡Eso, habría que verlo! —dijo Meynestrel bruscamente.

Ya no sonreía.

Todos callaron, atentos.

—¿Empresa condenada? —prosiguió, después de una corta pausa—. ¡Sí! ¡Y desde octubre!... ¿Pero sangre inútil? ¡Eso sí que no!...

Se había levantado, lo que no hacía casi nunca cuando había empezado a hablar. Fue hasta la ventana, miró distraído hacia afuera y volvió rápidamente junto a Alfreda:

—La insurrección de diciembre no podía llegar a la conquista del poder. ¡Sea! ¿Era una razón para no obrar «como si» esta conquista fuera posible? ¡Seguro que no! En primer lugar, porque no se conoce la importancia de las fuerzas revolucionarias sino cuando se les prueba, cuando ya se ha hecho la revolución. Plekhanoff se equivoca. Había «que tomar las armas» después de octubre. ¡Tenía que correr la sangre!... Mil novecientos cinco es una etapa. Una etapa necesaria: históricamente necesaria. Es, después de la Comuna, y en mayor escala, la segunda tentativa para transformar una guerra imperialista en una revolución social. ¡La sangre que ha corrido, no ha corrido inútilmente! Hasta mil novecientos cinco, el pueblo ruso (el pueblo e incluso el proletariado) creía en el zar. Se persignaban al pronunciar su nombre. Pero desde que el zar ha hecho disparar contra el pueblo, el proletariado, e incluso muchos *mujiks*, han empezado a comprender que no había que esperar más del zar que de las clases dirigentes. En un país tan místico, tan retrasado, la sangre era indispensable para desarrollar el espíritu de clase... Y no es esto todo. Todavía desde otro punto de vista, desde el punto de vista técnico, de la técnica revolucionaria, la experiencia ha sido de una inmensa importancia. Los jefes han podido hacer con ella un aprendizaje sin precedentes. ¡Tal vez se note algún día!

Seguía de pie, con la mirada brillante, subrayando cada frase con un ademán. Sus muñecas tenían una fragilidad femenina; y al gesticular, la forma serpentina en que ondulaba los dedos, evocaba el Oriente, las danzarinas de Cambodge, los indios encantadores de serpientes.

Acarició el hombro de Alfreda y volvió a sentarse.

—Tal vez se note algún día —repitió—. La Europa de hoy, como la Rusia de mil novecientos cinco, se encuentra en una situación netamente prerrevolucionaria. Los antagonismos del mundo capitalista desgastan a Europa. La prosperidad es solamente

ilusoria... ¿pero cuándo y cómo surgirá la chispa? ¿Qué será? ¿Crisis económica? ¿Crisis política? ¿Guerra? ¿Revolución en el interior de un Estado? ¿Cuándo y cómo se provocará la situación revolucionaria? ¡Muy listo ha de ser el que pueda preverlo! ... Por otra parte, poco importa. ¡El nuevo factor surgirá! ¡Y lo que importa, ese día, es «estar preparado»! ¡En la Rusia de mil novecientos cinco el proletariado no estaba preparado! Por eso fracasó todo. ¿El proletariado de Europa está preparado? ¿Están preparados sus jefes?... No. ¿Es suficiente la solidaridad entre las distintas fracciones de la Internacional? ¡No! ¿La unión entre los dirigentes del proletariado es lo bastante fuerte para ser eficaz? ¡No!... ¿Puede creerse que el triunfo de la revolución será posible alguna vez sin una absoluta concentración de las fuerzas revolucionarias de todos los países?... Han fundado este *Bureau International*. ¿Pero qué es esto? Apenas algo más que un órgano de información. Ni siquiera el embrión de ese «poder central proletario», sin el cual nunca será posible una acción simultánea y decisiva... ¿La Internacional? Una manifestación de unidad espiritual del proletariado. Y esto no es nada... Pero su organización efectiva está aún por crearse. ¡Todo está por hacer! ¿Cómo se expresa su actividad? ¡Con congresos!... No menosprecio los congresos: iré a Viena el veintitrés de agosto...; pero, de hecho, no hay nada que esperar de los congresos... Ejemplo: Basilea, mil novecientos doce. Grandiosa manifestación contra la guerra balcánica, ¡ni qué decir tiene! Veamos ahora los resultados. Han votado, con el mayor entusiasmo, unas resoluciones admirables. Y admirable, sobre todo, ha sido la habilidad con que han eludido el problema en sus resoluciones, y hasta la simple expresión de «huelga general». Recordad los debates. ¿Se ha examinado alguna vez este problema de la huelga, «a fondo», como un problema «práctico», que se plantea de una manera diferente según los casos y según los países? ¿Cuál deberá ser la actitud positiva de éste o el otro proletariado, en la eventualidad de esta guerra o de esta otra?... ¿La guerra? Una entidad. ¿El proletariado? Otra entidad. Acerca de estas dos entidades nuestros dirigentes hacen variaciones oratorias, como el sacerdote en el púlpito acerca del bien y del mal. ¡Y así estamos! ¡La Internacional permanece en el plano de los sentimientos dominicales! ¡La fusión entre la doctrina, de una parte, y la conciencia, la fuerza, el impulso revolucionario de las masas, de otra, ni siquiera ha comenzado!

Quedó en silencio durante algunos instantes.

—¡Todo está por hacer! —murmuró pensativo—. Todo. La preparación del proletariado supone un esfuerzo inmenso y coordinado, que hasta ahora apenas si se ha esbozado. Hablaré de ello en Viena. Todo está por hacer —volvió a repetir en voz muy baja—. ¿No es verdad, pequeña?

Sonrió levemente; luego, su mirada recorrió el círculo de oyentes y su frente se arrugó.

—Ejemplo: ¿cómo se puede comprender que la Internacional no tenga todavía un periódico mensual, o incluso semanal, un «boletín europeo», redactado en todos los idiomas y común a todas las organizaciones obreras de todos los países? Hablaré de

ello en el congreso... Para los dirigentes es la mejor forma de dar simultáneamente una contestación uniforme a todos esos millones de proletarios que, en todos los países, se hacen poco más o menos las mismas preguntas. Es la mejor forma de permitir a todos los trabajadores, militantes o no, el estar informados con exactitud acerca de la situación política y económica del mundo. En el estado actual, es una de las mejores formas de desarrollar aún más en el obrero el reflejo internacional: ¡es necesario que un metalúrgico de Motala, o un cargador de los muelles de Liverpool, consideren como un acontecimiento personal, indistintamente, la huelga que acaba de estallar en Hamburgo, en San Francisco o en Tiflis! El hecho de que cada obrero, de que cada campesino, al volver de su trabajo el sábado por la noche, encontrara en su mesa y tomara en su mano un papel que pudiera estar, a la misma hora y en todo el mundo, en las manos de todos los proletarios; el hecho de que pudiera leer en él las noticias, las estadísticas, las indicaciones, las órdenes del día, que le constaría eran leídas, a la misma hora y en el mundo entero, por todos aquellos que, como él, tienen conciencia del derecho de las masas, ¡este solo hecho tendría una forma educadora in-cal-cu-la-ble! Sin contar con que, para los gobiernos, el efecto sería...

Las últimas frases se habían encadenado con una tal velocidad de elocución que las hacía difícilmente comprensibles.

Se detuvo en seco al ver a Janotte, el conferenciante, que entraba en la habitación, rodeado de algunos amigos.

Y todos los frequentadores del «Local» comprendieron que aquella noche el Piloto ya no diría nada más.

## VIII

JACQUES no conocía a Janotte. Era, efectivamente, como lo había descrito Alfreda. Rechoncho, más bien afectado, con sus ropas negras de corte anticuado; cruzó la habitación de puntillas y sus reverencias, sus gestos de sacristán, no estaban en armonía con su rostro solemne, que coronaba con una blancura fabulosa una cabellera de animal heráldico.

Jacques se había levantado. Para eclipsarse, aprovechó el barullo de las presentaciones y se deslizó hasta la habitación del fondo, con objeto de esperar allí a Meynestrel.

Efectivamente, éste no tardó en reunírsele. Como de costumbre, le acompañaba Alfreda.

La conversación fue breve. Del expediente de Guittberg-Tobler, Meynestrel supo extraer en pocos minutos los cinco o seis documentos que servían de base a la acusación. Los entregó a Jacques y añadió una nota para Hosmer. Luego le dio algunos consejos de tipo general acerca de la manera más ventajosa de iniciar la investigación.

—¡Ahora, pequeña, a cenar!

Alfreda reunió rápidamente los papeles diseminados y los colocó en la cartera.

Meynestrel se había acercado a Jacques. Le observó durante un instante. En un tono amistoso, por completo diferente del que había empleado durante la conversación, le preguntó en voz baja:

—¿Qué es lo que no marcha bien esta tarde?

Jacques, un poco molesto, sonrió sorprendido:

—¡Pero si todo marcha perfectamente!

—¿No te molesta ir a Viena?

—Al contrario. ¿Por qué?

—Hace un momento, me ha parecido notarte preocupado...

—Pues no.

—Un poco... fuera de ambiente...

Jacques acentuó su sonrisa.

—Fuera de ambiente —repetió. Sus hombros se alzaron con un imperceptible gesto de cansancio, y la sonrisa desapareció—. Hay días en que, sin saber por qué, se siente uno más especialmente... fuera de ambiente... Usted tiene que conocer bien esto, ¿eh, Piloto?

Meynestrel, sin contestar, dio los dos pasos que le separaban de la puerta y se volvió para comprobar que la joven estaba preparada. Abrió la puerta e hizo pasar a Alfreda delante de él.

—Indudablemente —dijo entonces, muy de prisa, espetando hacia Jacques una sonrisa breve—; lo conozco... Lo conozco...

El «Local» se había vaciado. Monier colocaba las sillas y ponía las cosas en orden. (Los sábados y domingos, la reunión se prolongaba por lo general hasta una hora muy avanzada de la noche. Pero esta tarde la mayor parte de los habituales se había dado cita después de la cena en la sala Ferrer, para la conferencia de Janotte.)

Meynestrel había dejado a la joven adelantarse un poco. Había cogido del brazo a Jacques y bajaba la escalera, arrastrando un poco la pierna.

—Uno se encuentra solo, muchacho... Hay que aceptarlo, de una vez para siempre. —Habla de prisa y en voz baja; hizo una pausa; su mirada se deslizó en dirección a Alfreda; en voz aún más baja, repitió—: Siempre solo. —El acento era de la más objetiva constatación, sin la menor tonalidad de melancolía o de pesar. Sin embargo, Jacques tuvo la certeza de que aquella tarde el Piloto pensaba en algo de tipo personal.

—Si; lo sé perfectamente —suspiró Jacques, aflojando el paso hasta detenerse del todo, como si acarrease un fardo de pensamientos confusos que estorbaran su marcha—. ¡Es la maldición de Babel! ¡Unos hombres que tienen la misma edad, la misma existencia, las mismas convicciones, pueden pasar un día entero hablando entre sí, hablando de la forma más libre, la más sincera, sin haberse comprendido ni un solo minuto, sin haberse llegado a «encontrar» ni por un segundo!... Estamos aquí, unos junto a otros, impenetrables... Yuxtapuestos, como los guijarros a la orilla del lago... ¡Y me pregunto si las palabras, dándonos la ilusión del acuerdo, no nos dividen aún más de lo que nos acercan!

Levantó la mirada. Meynestrel, deteniéndose también al final de la escalera, escuchaba silencioso aquella voz triste que resonaba en el vestíbulo de piedra.

—¡Ah! ¡Si supiera qué hartos me siento algunas veces de las palabras! ¡Cuán hartos estoy de toda esta... ideología!...

Meynestrel, al oír esta última palabra, agitó la mano.

—Evidentemente. Hablar no debiera ser sino un medio de obrar... Pero, ya que no se puede obrar, algo representa hablar ...

Dirigió una mirada hacia el patio, donde Paterson y Mithörg, prolongando indudablemente una conversación comenzada arriba, no dejaban de gesticular mientras andaban. Luego, clavó en Jacques su mirada aguda.

—¡Paciencia!... La fase ideológica... no es sino una fase... ¡Una fase preparatoria, necesaria! El rigor doctrinario se afirma con la controversia. Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario. Sin teoría revolucionaria no hay vanguardia. No hay jefes... Nuestra «ideología» te molesta... Sí; a nuestros sucesores les parecerá sin duda un derroche ridículo de fuerza... ¿Es culpa nuestra? —Muy de prisa, murmuró—: Todavía no ha llegado el momento de la acción.

Jacques, meditabundo, parecía decir: «Explíquese.»

Meynestrel prosiguió:

—La economía capitalista todavía se mantiene bien. La máquina da señales de

desgaste; pero, bien o mal, todavía funciona. El proletariado sufre y se agita; pero, a fin de cuentas, todavía no muere de hambre. En este mundo cojo, tambaleante, que vive de la fuerza adquirida, ¿qué quieres tú que hagan todos estos precursores que esperan la hora de la acción? ¡Hablan! ¡Se emborrachan de ideología! Su actividad no tiene otro campo libre que el de las ideas. Todavía no tenemos influencia sobre las cosas...

—¡Ah! —dijo Jacques—. ¡La influencia sobre las cosas!

—Paciencia, muchacho. ¡Todo esto no durará mucho! Las contradicciones del régimen se acusan cada vez más. Las rivalidades se multiplican entre las naciones. La competencia, la lucha por los mercados se acentúa. Es cuestión de vida o muerte: ¡todo su sistema está organizado con vistas a unos mercados cada vez más extensos! ¡Como si los mercados pudiesen aumentar indefinidamente!... ¡Al borde de la fosa, la caída! El mundo va derecho a la crisis, a la catástrofe inevitable. Y será universal... ¡Limítate a esperar! Espera que todo se haya desordenado por completo en la vida económica del mundo... Que las máquinas hayan reducido aún más el número de asalariados... Que las quiebras y las ruinas se precipiten; que el trabajo falte por todas partes; que la economía capitalista se encuentre en la situación de una compañía de seguros cuyos asegurados se hubieran «siniestrado» todos el mismo día... ¡Entonces!...

—¿Entonces?

—¡Entonces saldremos de la ideología! ¡Entonces el tiempo de las palabras habrá pasado! ¡Y habremos de arremangarnos, porque la hora de la acción habrá llegado, porque al fin tendremos «influencia sobre las cosas»! —Un destello iluminó su semblante y se apagó rápidamente. Repitió—: ¡Paciencia..., paciencia!... —Luego, volvió la cabeza para buscar a Alfreda con la vista. Y maquinalmente, aunque estuviera demasiado lejos para que le oyera, masculló—: ¿No es verdad, pequeña?...

Alfreda se había acercado a Paterson y Mithörg.

—Venid con nosotros al «Caveau», para tomar alguna cosilla —propuso a Mithörg, sin mirar a Paterson—. ¿De acuerdo, Piloto? —gritó alegremente a Meynestrel. (Lo que, para Paterson y para Mithörg, quería decir expresamente: «El Piloto pagará lo de todos...»)

Meynestrel asintió, cerrando los ojos. Alfreda añadió:

—Luego iremos todos a la sala Ferrer.

—¡Yo no! —dijo Jacques.

«Le Caveau» era un pequeño bar vegetariano, situado en un sótano de la calle Saint-Ours, detrás del paseo de los Bastiones, en pleno barrio universitario; era frecuentado principalmente por estudiantes socialistas. El Piloto y la joven iban a menudo a cenar allí, las noches que no volvían a Carouge para trabajar.

Meynestrel y Jacques echaron a andar los primeros. Alfreda y los dos jóvenes los seguían a algunos metros.

El Piloto había vuelto a coger la palabra, de aquella forma característica en él:

—Y has de saber que aún nos podemos considerar afortunados con vivir esta fase ideológica... De haber nacido en el umbral de algo que comienza... ¡Tú eres demasiado severo con los camaradas! Yo se lo perdono todo, incluso sus palabras, a causa de su vitalidad..., de su juventud.

Una sombra de melancolía, que su compañero no notó, pasó por su rostro. Se volvió, para comprobar si Alfreda seguía detrás de ellos.

Jacques, mohíno, sacudía la cabeza obstinadamente.

En sus horas de desaliento, le sucedía efectivamente que juzgaba con demasiada severidad a los jóvenes que lo rodeaban. Le parecía que la mayor parte pensaba de una manera sumaria, mezquina, complacidamente intolerante y envenenada; que su inteligencia se dedicaba sistemáticamente a reforzar sus conceptos y no a ampliarlos, a renovarlos; que la mayor parte de ellos eran más bien rebeldes que revolucionarios, y que amaban su rebeldía más que a la humanidad.

Sin embargo, se contenía de criticar a sus camaradas delante del Piloto. Se limitó a decir:

—¿Su juventud? ¡Pero si lo que les reprocho, precisamente, es no ser bastante... jóvenes!

—¿No ser bastante jóvenes?

—¡Eso! Su odio, especialmente, es una reacción propia de la senectud. El pequeño Vanheede tiene razón: la verdadera juventud no es odio, sino amor.

—¡Iluso! —pronunció gravemente Mithörg, que se había unido a ellos. A través de los cristales de sus gafas, lanzó una mirada oblicua hacia Meynestrel—. Hay que odiar para amar verdaderamente —declaró, después de una pausa, mirando esta vez a lo lejos. E inmediatamente, en un tono agresivo, añadió—: De todas formas, siempre ha hecho falta exterminar. ¡Y así ha de ser!

—No —dijo Jacques, pausadamente—. Ni odio, ni violencia. ¡No! ¡Para eso nunca podréis contar conmigo!

Mithörg le lanzó una mirada completamente desprovista de indulgencia.

Jacques se había inclinado ligeramente hacia Meynestrel. Esperó un instante antes de continuar. Como Meynestrel no interviniera, se decidió a contestar, casi con rudeza:

—¡Hay que odiar! ¡Hay que exterminar! ¡Hay que, hay que!... ¿Qué sabes tú de eso, Mithörg? ¡Que un gran revolucionario consiguiese vencer sin exterminio, por la inteligencia, y todos vuestros conceptos de revolución violenta cambiarían!

El austríaco andaba despacio, un poco apartado. Su expresión era adusta. No contestó.

—Si en el curso de la historia, todas las revoluciones han derramado demasiada sangre —continuó Jacques, después de una breve mirada hacia Meynestrel—, tal vez haya sido porque aquellos que las han realizado no las habían pensado y preparado lo bastante. Todas han sido más o menos improvisadas, de la noche a la mañana, en

medio del pánico, por sectarios como nosotros que hacían de la violencia un dogma. Creían hacer una revolución y se contentaban con una guerra civil. Admito perfectamente que la violencia sea una necesidad de la improvisación; pero no encuentro nada absurdo el concebir en nuestra civilización una revolución de un tipo diferente, la revolución lenta, preparada pacientemente por espíritus del orden de Jaurès: hombres formados en la escuela del humanismo, con tiempo para madurar su doctrina, para establecer un plan de acción progresivo; oportunistas, en el buen sentido de la palabra, que hayan preparado la conquista del poder mediante una serie de maniobras metódicas, tocando todos los resortes al mismo tiempo, parlamento, municipalidades, sindicatos, movimientos obreros, huelgas; unos revolucionarios, pero que al mismo tiempo serían hombres de estado y que realizarían sus planes, con capacidad con autoridad, con la energía tranquila que proporciona una idea clara, con la colaboración del tiempo; ¡ordenadamente, en una palabra! Y sin dejar escapar el control de los acontecimientos.

—¡El control de los acontecimientos! —refunfuñó Mithörg, con gestos airados—. *Dummkopf*<sup>[4]</sup>! La instalación de un régimen nuevo sólo se puede imaginar bajo la presión de una catástrofe, en un momento de *Krampf* espasmódico y colectivo, en el que todas las pasiones están exacerbadas... —(Hablaban el francés con bastante facilidad, aunque con un acento germánico, monótono y áspero.)—. No se puede hacer nada verdaderamente nuevo sin ese impulso que procura el hombre. ¡Y para construir es necesario primero que un ciclón, un *Wirbelsturm*, lo haya destruido todo y lo haya nivelado todo hasta los cimientos! —Había pronunciado estas palabras con la cabeza agachada, con una especie de indiferencia que las hacía terribles. Irguió la cabeza—: ¡*Tábula rasa!* ¡*Tábula rasa!* —Y el gesto brutal de su mano parecía pulverizar los obstáculos, hacer el vacío ante él.

Jacques dio algunos pasos antes de contestar.

—Sí —suspiró, esforzándose por permanecer tranquilo—. Tú vives, y todos nosotros vivimos igual, sobre el axioma de que la idea de revolución es incompatible con la idea de orden. Todos nosotros estamos intoxicados por ese romanticismo heroico y sanguinario... ¿Pero quieres que te diga una cosa, Mithörg? Hay días que pienso en ello y me pregunto de qué viene esta adhesión general a las teorías de la violencia... ¿Es únicamente porque la violencia no es indispensable para obrar con eficacia? No... Es *también* porque estas teorías halagan en nosotros los más bajos instintos, los más viejos, los más profundamente ligados ni hombre... Mirémonos en un espejo... ¡Con qué ojos extraviados, con qué rictus de salvajismo, con qué alegría bárbara y cruel, fingimos todos aceptar esta violencia como una necesidad! La verdad es que nos atenemos a ella por motivos mucho menos confesables, mucho más personales; porque todos tenemos, en el fondo del corazón, un desquite que tomar, un rencor que satisfacer... Y para saborear sin remordimientos esta sed de desquite, ¿qué mejor que poderla justificar por la sumisión a una ley fatal?

Mithörg, ofendido, volvió la cabeza bruscamente:



—Yo —protestó—, yo...

Jacques no se dejó interrumpir:

—Espera... No acuso a nadie. Digo «nosotros». Me limito a señalar los hechos. La necesidad de destruir es aún más poderosa que el deseo de construir... ¿Para cuántos de nosotros, la revolución, antes de ser una obra de transformación social, es primeramente la oportunidad de saciar una necesidad de venganza, la cual encontraría una satisfacción embriagadora en la revuelta, en el motín, en la guerra civil, en la conquista brutal del poder? ¡Qué delirio de represalias el día en que, gracias a una, victoria bien sangrienta, pudiéramos imponer a nuestra vez nuestra tiranía: la tiranía de «nuestra» justicia!... ¡«Un provocador de desórdenes», Mithörg, eso es lo que hay, entre otras cosas, en el fondo de todo revolucionario! No digas que no... ¿Cuál de nosotros se atrevería a afirmar que ha escapado por completo a este contagio capcioso de la destrucción? En los mejores, en los más generosos, en los capaces de mayor abnegación, veo levantarse algunas veces este energúmeno ebrio...

—¡Bien dicho! —cortó Meynestrel—. ¿Pero es ése el fondo de la cuestión?

Jacques se volvió rápidamente para buscar su mirada. En vano. Le pareció que Meynestrel había sonreído, pero no pudo asegurarlo. Sonrió también, pero por un motivo personal: acababa de recordar que pocos minutos antes había dicho: «¡Ya estoy harto de todas estas discusiones!»

Mithörg seguía con las cejas levantadas por encima de las gafas y parecía no querer contestar.

Habían llegado a la plaza del Bourg-de-Four, que cruzaron en silencio. La luz del sol poniente teñía de púrpura las tejas de los viejos techados. La estrecha calle de Saint-Léger se abría como un pasillo de sombra. Detrás de ellos, Paterson y la muchacha hablaban en voz alta. Se oían sus risas, sin distinguirse sus palabras. En varias ocasiones, Meynestrel había vuelto la cabeza para mirarlos.

Jacques, sin explicar su asociación de ideas, murmuró:

—... como si el individuo no pudiera reunirse bajo una dirección común, formar parte del grupo, de la fuerza colectiva, sin abdicar primero de su valor...

—¿De qué valor? —preguntó el austríaco, cuya mímica denotaba, bien a las claras, que no encontraba ninguna relación entre estas palabras y las precedentes.

Jacques vaciló.

—Su valor como individuo —dijo por fin, en voz baja y evasiva, como si temiera que la discusión derivara hacia este nuevo derrotero.

Hubo un corto silencio. Y de repente, estridente, estalló la voz de Meynestrel:

—¿El valor del individuo?

La pregunta, casi gozosa, tenía un tanto de misterio, y Jacques creyó notar en ella un vestigio de emoción. Algunas veces había creído distinguir en la sequedad de Meynestrel una ligera y particularísima expresión, la cual cabía interpretar en el sentido de que esta sequedad era adquirida, y que disimulaba el desaliento de un corazón sensible al que ya nada le quedaba por descubrir acerca de la naturaleza del

hombre, pero que, en lo más íntimo, seguía sintiendo el desconsuelo de las esperanzas perdidas.

Mithörg no advirtió más que el tono gozoso del Piloto; se echó a reír e hizo sonar contra sus dientes la uña del pulgar:

—¡Y tú, Thibault, no tienes ni esto de sentido político! —declaró, como para terminar la discusión.

Jacques no pudo evitar un gesto de malhumor.

—Si tener sentido político es...

Esta vez interrumpió Meynestrel:

—¿Qué es eso de tener sentido político, Mithörg?... Es sentirse capaz de emplear en la lucha social unos procedimientos que en la vida privada nos repugnarían a todos nosotros como inmoralidades o como crímenes, ¿no es así?

Había comenzado la frase como una broma y la había terminado en un tono formal, incisivo, casi vehemente. Y ahora reía en silencio, con la boca cerrada, resoplando por la nariz.

Jacques estuvo a punto de contestar a Meynestrel. Pero el Piloto le seguía imponiendo.

Fue a Mithörg a quien se dirigió:

—Una revolución auténtica...

—Una revolución verdaderamente auténtica —rezongó Mithörg—, ¡una revolución para la salvación de los pueblos, por feroz que sea, no necesita que se la justifique!

—¿Ah, sí? ¿Sin que importen los medios?

—¡Exactamente! —recalcó Mithörg, sin dejarle terminar—. ¡La acción no se encuentra en el mismo plano que tus especulaciones filosóficas! La acción, *Camm'rad*, atenaza al hombre por el cuello. En la acción, no se trata ya sino de una sola cosa: ¡triunfar!... ¡Para mí, a pesar de lo que tú creas, el objetivo no es tomar un desquite! No; el objetivo es libertar al hombre. ¡En contra de su propia voluntad, si es necesario! ¡A tiros, si es necesario! ¡Con la guillotina! Cuando quieres salvar a alguien que se está ahogando en el río, lo primero que haces es golpearle con fuerza en la cabeza, para que te permita realizar el salvamento con toda tranquilidad... El día que la partida haya dado comienzo verdaderamente, ya no habrá para mí sino un solo objetivo: expulsar, barrer la tiranía capitalista. Para derribar a un Goliat que tanta corpulencia tiene, y que ha considerado buenos todos los medios cuando ha querido esclavizar a los pueblos, no voy a ser tan ingenuo que vaya a poner inconvenientes en cuanto a los medios. ¡Para aplastar la estupidez y la maldad, todo aquello que sea susceptible de aplastar debe ser dado por bueno, incluso la estupidez y la maldad! ¡Si es precisa la injusticia, si es precisa la ferocidad, pues seré injusto y feroz! Cualquier arma es buena para mí, con tal que me convierta en el más fuerte y me permita obtener la victoria. En esta guerra, lo digo y lo repito, ¡todo está permitido! Todo, absolutamente todo, ¡menos la derrota!

—¡No! —replicó Jacques, con fogosidad—. ¡No!

Buscó la mirada de Meynestrel. Pero el Piloto había cruzado las manos detrás de la espalda y, con los hombros caldos, andaba junto a las fachadas, un poco apartado y sin mirar a su alrededor.

—¡No! —prosiguió Jacques. (Estuvo a punto de decir: «Ese tipo de revolución no me interesa. El hombre capaz de esas brutalidades sanguinarias y de adornarlas con el nombre de la justicia, ese hombre, una vez victorioso, no volverá a encontrar nunca su pureza, su dignidad, su respeto hacia la humanidad, su amor por la equidad, su libertad de espíritu. No aspiro a la revolución para elevar al poder a un poseído así...») Sin embargo, se limitó a decir—: ¡No! Porque veo demasiado bien que esa violencia que tú preconizas amenaza al mismo tiempo al terreno espiritual.

—¡Qué le vamos a hacer! No debemos dejarnos paralizar por escrúpulos intelectuales. Si lo que tú llamas el terreno espiritual tiene que ser suprimido, si la vitalidad espiritual tiene que ser ahogada durante medio siglo, ¡qué le vamos a hacer! Lo siento tanto como tú. Pero digo: ¡qué le vamos a hacer! ¡Y si es necesario que me quede ciego para ser verdaderamente útil, te digo: sácame los ojos!

Jacques hizo un gesto de desaprobación.

—¡Pues bien, no! Nada de «¡qué le vamos a hacer!»... Compréndeme, Mithörg... —(Se dirigía al austríaco, pero era para Meynestrel para quien trataba de precisar su idea.)— No es que yo le dé menos importancia que tú al objetivo final. Si me rebelo ¡es en el propio interés de ese objetivo! Una revolución llevada a cabo con la injusticia, la mentira y la crueldad, no sería para la humanidad sino una victoria ficticia. Esa revolución llevaría en el huevo el germen de la descomposición. Lo que hubiera adquirido por tales medios, no podría ser duradero. Pronto o tarde, se vería condenada a su vez... ¡La violencia es una arma de opresor! Nunca proporcionará a los pueblos la verdadera liberación. No puede sino hacer triunfar una nueva opresión... Déjame hablar —exclamó, molesto repentinamente, al ver que Mithörg quería interrumpirlo—. No se me oculta la fuerza que vosotros encontráis en ese cinismo teórico, y tal vez podría traicionar a mis sentimientos personales, e incluso compartir ese cinismo, si creyera en su eficacia. Pero ahí está la cuestión precisamente: ¡que no creo en ella! Tengo la certeza de que no se puede realizar ningún progreso auténtico, empleando procedimientos viles. Exaltar la violencia y el odio para instaurar el reinado de la justicia y de la fraternidad, es un verdadero contrasentido: es traicionar, desde el principio, esta justicia y esta fraternidad que queremos implantar en el mundo... ¡No! Piensa acerca de esto lo que quieras. Por lo que a mí respecta, la revolución auténtica, la revolución que merece que se le consagren todas las fuerzas, ¡nunca se realizará con la negación de los valores morales!

Mithörg iba a replicar.

—¡Incorregible Jacques! —interrumpió Meynestrel, con aquella voz de falsete que adoptaba algunas veces y que tan desconcertante resultaba siempre.

Había asistido a este debate en calidad de espectador. El choque de dos temperamentos era algo que siempre le interesaba. Estas distinciones escolásticas entre lo espiritual y lo material, entre la violencia y la no violencia tomadas por sí mismas, le parecían absurdas y vanas: el prototipo del problema falso, de la cuestión mal enfocada. ¿Pero qué hubiera conseguido con decirlo?

Jacques y Mithörg, sorprendidos, se callaron.

El austríaco se volvió hacia el Piloto y escrutó un instante su rostro impenetrable; la sonrisa conciliadora que ya iniciaba se heló en sus labios, y sus facciones se endurecieron. Se sentía descontento por la forma en que Jacques había desviado la discusión, y estaba enfadado con Jacques, con el Piloto, consigo mismo.

Después de algunos minutos de silencio, aflojó el paso intencionadamente, dejó que los dos hombres se le adelantaran y se reunió con Paterson y Alfreda.

Meynestrel aprovechó la ausencia de Mithörg para acercarse a Jacques.

—Lo que tú quisieras —dijo—, es depurar la revolución de antemano, antes de que se haya llevado a cabo. ¡Demasiado prematuro! ¡Eso sería impedirle nacer!

Hizo una pausa, y como si hubiera adivinado hasta qué punto hería la sensibilidad de Jacques lo que acababa de decir, añadió muy de prisa, con una mirada penetrante:

—Pero... yo te comprendo muy bien.

Continuaron andando, a lo largo de la calle, en silencio.

Jacques se esforzaba por hacer un examen de conciencia con toda tranquilidad. Pensaba en su educación. «Cultura clásica... Formación burguesa... Esto deja en la inteligencia una huella imposible de borrar... Durante mucho tiempo he creído que yo había nacido para ser escritor, y ni siquiera hace mucho tiempo que ya no pienso en ello. Siempre me he sentido mucho más inclinado a observar, a anotar, que a juzgar y sacar conclusiones... ¡Evidentemente, una debilidad para un revolucionario!», se dijo, no sin aflicción. Apenas si se engañaba con respecto a sí mismo, al menos de una manera consciente. No se sentía ni superior ni inferior a sus camaradas: se sentía distinto y, todo lo más, «no tan buen instrumento revolucionario como ellos». ¿Podría alguna vez, como ellos, abdicar de su conciencia personal, fundir su pensamiento y su voluntad en la doctrina abstracta, en la acción común de su partido?

De repente, murmuró en voz baja:

—Conservar y defender la independencia de criterio, ¿implica fatalmente no ser apto para la acción común? ¿Y qué, sino eso, es lo que usted hace, Piloto?

Meynestrel pareció no haberle oído. Sin embargo, poco después, murmuró:

—Valores individualistas... Valores humanos... ¿Crees tú que estos dos términos son sinónimos?

Jacques seguía vuelto hacia él; su silencio parecía incitar al Piloto a explicarse con mayor claridad.

Éste siguió hablando, como a disgusto:

—La humanidad que se levanta con nosotros, comienza un movimiento

prodigioso que modificará, durante varios siglos, no solamente la condición del hombre en relación con el hombre, sino también, al mismo tiempo y de una forma todavía inconcebible, al hombre en sí: ¡hasta en aquello que éste considera como sus instintos!

Luego, volvió a callar y pareció sumirse en sus meditaciones.

## IX

MITHÖRG marchaba bastante más atrás, junto a Paterson y Alfreda, aunque sin tomar parte en su conversación.

La muchacha corría al lado del inglés, cuyas largas piernas daban un paso en lo que ella tenía que dar dos. Hablaba con volubilidad e iba tan cerca de su acompañante que el codo de Paterson le rozaba el hombro continuamente.

—La primera vez que lo vi —decía Alfreda—, fue cuando las huelgas. Había venido a un mitin, animada por unos amigos de Zurich. Empezó a hablar. Nosotros estábamos en las primeras filas. Yo le miraba. Los ojos, las manos... Al final del mitin, hubo golpes. Dejé a mis amigos y corrí a ponerme a su lado... —(Parecía sorprendida ella misma de los recuerdos que evocaba.)—. Y desde entonces no me he separado de él. Ni un solo día; creo que ni siquiera dos horas seguidas...

Paterson echó una mirada hacia Mithörg, vaciló, y en voz baja, con una entonación extraña, dijo:

—Eres su mascota.

Alfreda rompió a reír:

—El Piloto es más galante que tú, Pat... Él no dice: «mascota»; dice: «ángel guardián».

Mithörg no escuchaba sino a medias. Proseguía para sus adentros la discusión con Jacques. Estaba seguro de tener razón. En Jacques, apreciaba al *Camm'rad*, e incluso había tratado de atraérselo como amigo; pero juzgaba con severidad al individualista. En este momento sentía contra él una animosidad sorda: «¡Hubiera debido decirle las cosas claras, de una vez!... ¡Y precisamente delante del Piloto!» Mithörg era de aquellos a quienes más desconcertaba la intimidad de Jacques con Meynestrel. No se trataba de que sintiera una envidia mezquina; le hacía sufrir, más que nada, como una injusticia. No sospechaba haber obtenido momentos antes el asentimiento tácito del Piloto. El silencio ambiguo de Meynestrel le había producido un vivo despecho. Deseaba una oportunidad de poner las cosas en claro, no sin un amargo deseo de desquite.

Meynestrel y Jacques, que iban bastante delante, se habían parado al llegar a la entrada del paseo de los Bastiones. (Cortando a través de los jardines, se llegaba directamente a la calle Saint-Ours.)

El sol se estaba poniendo. Detrás de las verjas todavía flotaba una neblina dorada sobre los macizos de césped. El atardecer de este domingo había atraído muchos desocupados al Paseo, que era «el Luxemburgo» de la Universidad ginebrina. Todos los bancos estaban ocupados, y animados grupos de estudiantes deambulaban por los paseos rectilíneos, en los que las sombras abundantes conservaban algo de frescura.

Dejando atrás a Alfreda y a Paterson, Mithörg apretó el paso para reunirse con los dos que iban delante.

—... a pesar de todo, un concepto demasiado grosero de la vida —decía Jacques en este momento—: ¡el fetichismo de la prosperidad material!

Mithörg le miró de arriba abajo, y deliberadamente, sin saber de qué se trataba, se lanzó a la controversia:

—¿Qué pasa ahora? ¡Estoy seguro de que reprochas «los apetitos materiales» de los revolucionarios! —refunfuñó, con una mueca de mal augurio.

Jacques, sorprendido, le miró afectuosamente. Los cambios de humor del austríaco le encontraban siempre lleno de indulgencia. Consideraba a Mithörg como un buen camarada; poco demostrativo, pero de una lealtad excepcional en la amistad. Había comprendido que su rudeza era el fruto de su soledad, de una infancia desgraciada y de un orgullo susceptible, bajo el cual ocultaba Mithörg alguna lucha íntima o alguna debilidad. (Jacques no se equivocaba. Este germano sentimental sufría un complejo: sabía que era feo y exageraba esta fealdad de una manera enfermiza, hasta el extremo de que algunos días se encontraba completamente desesperado.)

Complaciente, Jacques explicó:

—Le decía al Piloto que muchos de nosotros tenemos todavía una forma de pensar, de sentir, de desear la felicidad, que sigue siendo netamente capitalista... ¿No lo crees así? Ser revolucionario, ¿qué es, antes que nada, sino una actitud personal, interior? ¿Qué es, antes que nada, sino haber hecho la revolución en uno mismo, haberse purgado del espíritu de las costumbres que haya dejado en él el antiguo estado de cosas?

Meynestrel le echó una rápida ojeada. «“Purgado” —pensaba divertido—. Es curioso este Jacques... Tan bien desaburguesado: cierto... ¡El espíritu, purgado de las “costumbres”; sí! Excepto de la más fundamentalmente burguesa de todas: ¡la costumbre de poner el espíritu, precisamente, como base de todo!»

Jacques proseguía:

—Ahora bien: muchas veces me ha chocado la importancia, el respeto inconsciente que la mayor parte sigue otorgando a los bienes materiales...

Mithörg, obstinado, le interrumpió:

—¡En realidad, es demasiado fácil echar en cara su materialismo a un pobre hombre muerto de hambre y que se rebela, en primer lugar, para poder comer!

—¡Bien dicho! —interrumpió Meynestrel.

Jacques concedió inmediatamente:

—No hay nada más legítimo que esa rebeldía, Mithörg... Sólo que, muchos de entre nosotros, parecen pensar que la revolución se habrá realizado el día en que el capital haya sido expropiado y el proletariado haya ocupado su lugar... Instalar a otros beneficiarios en el lugar de los expulsados no será destruir el capitalismo, será únicamente cambiar la clase. Y la revolución ha de ser algo más que el triunfo de una clase, aunque ella sea la más numerosa y la más necesitada. Yo deseo el triunfo de un orden general..., de un orden ampliamente humano, en el que todos,

indistintamente...

—¡Bien dicho! —dijo Meynestrel.

Mithörg refunfuñó:

—¡El mal está en el beneficio!... ¡El único motor hoy en día de toda actividad humana! ¡Hasta tanto no hayamos desarraigado eso del mundo!...

—Ahí es donde yo quería venir a parar —prosiguió Jacques—. Desarraigar... ¿Crees que será fácil, cuando estamos comprobando que ni siquiera nosotros conseguimos librarnos de esa idea? ¡Ni siquiera nosotros, los revolucionarios!...

Mithörg, indudablemente, pensaba lo mismo. Sin embargo, no tuvo la lealtad de reconocerlo: no podía resistir más tiempo a la tentación de ofender a su amigo. Eludió la pregunta, contestando con un exabrupto:

—¿«Nosotros, los revolucionarios»? ¡Pero si tú nunca has sido revolucionario!

Jacques, desconcertado por este ataque personal, se volvió maquinalmente hacia Meynestrel. Pero el Piloto se contentaba con sonreír, y en su sonrisa no había nada de aquel consuelo que Jacques buscaba.

—¿Qué mosca te ha picado? —balbuceó.

—Un revolucionario —prosiguió Mithörg, con una acrimonia que ya no se molestaba en disimular—, ¡es un creyente! ¡Ahí está! Tú eres una persona que hoy piensa una cosa y mañana otra... ¡Eres una persona que tiene una opinión, no una persona que tiene una creencia!... ¡Crear es una gracia, y no se ha hecho para ti, *Camm'rad*! ¡Ni la tienes, ni la tendrás nunca!... No, no... ¡Te conozco demasiado bien! A ti lo que te gusta es balancearte, primero hacia adelante y luego hacia atrás... Como el burgués que, arrellanado en su mecedora, con la pipa en la boca, examina tranquilamente el «pro» y el «contra». ¡Y que, contento de su habilidad, se columpia en su mecedora! ¡Tú eres completamente igual, *Camm'rad*! ¡Buscas, dudas, razones, tropiezas una y otra vez contra las contradicciones que tú mismo te fabricas desde la mañana a la noche! ¡Y estás satisfecho de tu habilidad!... ¡No crees!... —gritó. Se había acercado a Meynestrel—. ¿No es cierto, Piloto? ¡Entonces, no debe decir: «Nosotros, los revolucionarios»!

Meynestrel sonrió de nuevo, breve e impenetrablemente.

—¿Entonces, qué es lo que me reprochas, Mithörg? —preguntó Jacques, cada vez más desorientado—. ¿No ser un sectario? No. —(Su turbación iba transformándose poco a poco en enfado, y este cambio no se operaba en él sin dejar de producir cierta sensación de placer.) Añadió con sequedad—: Lo siento. Precisamente acabo de hablar de esto con el Piloto. Te confieso que no tengo la menor gana de volver a empezar.

—Un *dilettante*, ¡eso es lo que tú eres, *Camm'rad*! —replicó Mithörg con fuerza. (Como siempre que se excitaba, una intempestiva superabundancia de saliva le hacía hablar en forma confusa.)—. ¡Un *dilettante* racionalista! Quiero decir: ¡un protestante! ¡Un verdadero protestante! La libertad de juicio, la libertad de conciencia, etcétera... Estás con nosotros por simpatía, de acuerdo; ¡pero no estás



con nosotros proyectado hacia un solo objetivo! ¡Y creo que el Partido está demasiado envenenado por muchos como tú! ¡Por los tímidos que siempre están dudando y pretenden convertirse en jueces de la doctrina! Se os permite marchar a nuestro lado. ¡Tal vez sea una equivocación! Vuestra manía de discutirlo todo razonadamente se contagia como una enfermedad. ¡Y muy pronto, todo el mundo empezará a sentir dudas, a desviarse a un lado y a otro, en lugar de avanzar en línea recta hacia la revolución!... Tal vez seáis capaces de realizar individualmente, en un momento determinado, un acto de heroísmo. ¿Pero qué significa un hecho aislado? ¡Nada! Un auténtico revolucionario ha de saber que no es un héroe y contentarse con esta idea. Debe aceptar ser uno más, perdido en la comunidad. ¡Debe aceptar no ser absolutamente nada! Debe esperar, con paciencia, a que se dé la señal para todos, y sólo entonces se levanta, para marchar con todos... *Ach*, tú, filósofo, tal vez encuentres esta obediencia despreciable para un cerebro como el tuyo. Pero te lo aseguro: ¡para esta obediencia, hay que tener un alma más fuerte, sí, más fiel, más elevada, que para ser un *dilettante* racionalista! ¡Y esta fuerza solamente la proporciona el creer! ¡Y el revolucionario auténtico tiene esta fuerza, porque cree, porque cree de una forma absoluta, sin discusiones!... ¡Sí, *Camm'rad*, sí! Y puedes mirar al Piloto. No dice nada, pero estoy seguro de que piensa como yo...

En aquel momento, Paterson pasó como una flecha entre Mithörg y Jacques:

—¿No oís? ¿Qué están gritando?

—¿Qué pasa? —dijo Meynestrel, volviéndose hacia Alfreda.

Habían cruzado el Paseo y llegaban a la calle Candolle. Tres vendedores de periódicos venían hacia ellos, zigzagueando de una acera a otra y gritando a pleno pulmón:

—¡Ultima edición! ¡*Atentado político en Austria!*

Mithörg se estremeció.

—¿En Austria?

Paterson se había lanzado espontáneamente hacia el vendedor más cercano. Pero giró sobre sus talones, con la mano hundida negligentemente en el bolsillo:

—No tengo «bastante» dinero... —dijo con tristeza. Y él mismo sonrió de este eufemismo.

Entretanto, Mithörg había comprado el periódico y leía los titulares. Todos se agruparon a su alrededor.

—*Unglaublich*<sup>[5]</sup>! —murmuró, estupefacto.

Ofreció la hoja al Piloto.

Meynestrel la cogió y, con una voz rápida que no demostraba la menor emoción, leyó primeramente el titular:

—«Esta mañana, en Sarajevo, capital de Bosnia, provincia anexionada recientemente por Austria, el Archiduque Francisco Fernando, presunto heredero del trono de Austria-Hungría, y la Archiduquesa, su esposa, han sido asesinados de dos tiros de revólver, en el transcurso de una ceremonia oficial, por un joven

revolucionario bosnio...»

—*Unglaublich!* —repetía Mithörg.

## X

QUINCE días después, acompañado de un austriaco llamado Böhm, Jacques volvía de Viena en el rápido diurno.

Unas noticias graves y alarmantes, comunicadas confidencialmente la víspera por Hosmer, le habían decidido a interrumpir su investigación y a volver precipitadamente a Suiza para advertir a Meynestrel.

Aquel domingo, el 12 de julio, y enviado por Jacques, quien temía las preguntas de los camaradas, Mithörg llegaba hacia las seis de la tarde al «Local». Subió rápidamente la escalera, contestó con una sonrisa apresurada a los saludos de los amigos y, deslizándose por entre los grupos que llenaban las dos primeras salas, se dirigió directamente a la tercera habitación, donde sabía que podría encontrar al Piloto.

En efecto, sentado en el sitio de costumbre y apoyado en Alfreda, Meynestrel hablaba ante una docena de atentos oyentes. Parecía dirigirse especialmente a Prezel, de pie en primera fila: «¿Anticlericalismo?» —decía—. «¡Una táctica deplorable! Ved a vuestro Bismarck con su famosa *Kulturkampf*. Sus persecuciones no han servido sino para fortalecer el clericalismo alemán...»

Mithörg, con el semblante preocupado, buscaba insistentemente la mirada de Alfreda. Por fin pudo hacerle una seña y, apartándose del grupo, retrocedió hasta la ventana.

Prezel había hecho una objeción que Mithörg no pudo oír. Se produjeron diversas interrupciones. Las discusiones privadas que se cruzaron produjeron modificaciones en el grupo. Alfreda aprovechó para levantarse y reunirse con el austriaco.

La voz seca de Meynestrel volvió a alzarse:

—Creo que no es ese anticlericalismo estúpido, tan estimado por la burguesía librepensadora del siglo diecinueve, lo que librará a las masas del yugo de las religiones. Aquí también el problema sigue siendo social. Los fundamentos de las religiones son sociales. Desde tiempo inmemorial, las religiones han encontrado su fuerza principal en los sufrimientos del hombre esclavizado. Las religiones se han beneficiado siempre de la miseria. El día que les falte este punto de apoyo, las religiones perderán su vitalidad. En una humanidad más dichosa, las religiones actuales no tendrán ya la influencia...

—¿Qué pasa, Mithörg? —murmuró Alfreda.

—Thibault ha vuelto... Quiere ver al Piloto.

—¿Por qué no ha venido aquí?

—Parece ser que allí no van bien las cosas —dijo Mithörg, sin contestar.

—¿Que no van bien las cosas?

Alfreda escrutaba el rostro de Mithörg. Pensaba en la misión de Jacques en Viena. Mithörg abrió los brazos para indicar que él no sabía nada concreto; y, durante

algunos segundos, permaneció quieto, con las cejas levantadas, los ojos muy abiertos tras los cristales de las gafas, meciendo el busto como un oseño.

—Thibault está con Böhm, un compatriota mío que marcha mañana para París. Es absolutamente necesario que el Piloto los reciba esta noche.

—¿Esta noche?... —Alfreda reflexionaba—. Pues entonces, venid a casa; es lo mejor.

—Bien... Avisa a Richardley.

—Y a Pat también —dijo la joven precipitadamente.

Mithörg, que no sentía ninguna simpatía por el inglés, estuvo a punto de decir: «¿Y por qué a Pat?» No obstante, asintió con la mirada.

—¿A las nueve?

—A las nueve.

La muchacha volvió a su asiento silenciosamente.

Meynestrel acababa de cortar la palabra a Prezel, con un «¡Ni qué decir tiene!» que no admitía réplica. Añadió:

—La transformación no se hará en un día. Ni en una generación. Pero las necesidades religiosas del hombre nuevo encontrarán un derivativo: un derivativo social. Al misticismo de las religiones profesionales le sustituirá un misticismo social.

Después de haber vuelto a cruzar la mirada con Alfreda, Mithörg se escabulló.

Tres horas más tarde, acompañado de Böhm y de Mithörg, Jacques se apeaba del tranvía de Carouge y llegaba a casa de Meynestrel.

Ya casi era de noche y la pequeña escalera estaba a oscuras.

Alfreda vino a abrir.

La silueta de Meynestrel se recortaba como una sombra chinesca sobre la puerta de la habitación. Se acercó rápidamente a Jacques y preguntó en voz baja:

—¿Hay novedad?

—Sí.

—¿Eran fundadas las acusaciones?

—Por completo —murmuró Jacques—. Sobre todo en lo que respecta a Tobler... Ya le explicaré... Pero, de momento, se trata de otra cosa muy distinta... Estamos en vísperas de acontecimientos muy graves... —Se volvió hacia el austríaco que le acompañaba, y presentó—: El camarada Böhm.

Meynestrel le estrechó la mano.

—Entonces, camarada —dijo, con una ligera sombra de escepticismo en la voz—. ¿Es cierto que nos traes noticias?

Böhm le miró pausadamente.

—Sí.

Era tirolés, un montañés de poca estatura y semblante enérgico. Treinta años. Llevaba puesta una gorra y, a pesar del calor, un viejo impermeable amarillo, echado sobre los hombros.

—Entrad —dijo Meynestrel, haciendo pasar a los visitantes a la alcoba, donde ya esperaban Paterson y Richardley.

Meynestrel presentó los dos hombres a Böhm. Éste se dio cuenta de que seguía con la gorra puesta; vaciló un momento y se la quitó. Iba calzado con recias botas de clavos, que patinaban sobre el suelo de madera encerada.

Alfreda, ayudada por Pat, fue por sillas a la cocina. Distribuyó los asientos en círculo alrededor de la cama, y vino a sentarse en ésta, con el cuaderno de notas y el lapicero dispuestos previsoramente sobre el regazo.

Paterson se instaló a su lado. Medio tumbado, con un codo sobre la almohada, se inclinó hacia la joven:

—¿Sabes de qué se trata?

Alfreda hizo un gesto ambiguo. Desconfiaba, por experiencia, de estos aires de conspiración que, en estos hombres de acción condenados a la inactividad, denotaban principalmente un deseo obsesivo, cien veces decepcionado, de poder mostrar de una vez de lo que eran capaces.

—Córrete un poco —dijo Richardley con familiaridad, viniendo a sentarse junto a la muchacha. En su mirada brillaba constantemente una lucecilla alegre, casi marcial; pero en esta seguridad había algo artificial, como un deseo premeditado de ser fuerte, de sentirse satisfecho, a pesar de todo, por principio, por razones de salud.

Jacques había sacado del bolsillo dos sobres sellados, uno grande y otro pequeño, que entregó a Meynestrel.

—Esto son las copias de los documentos. Y esto otro, una carta de Hosmer.

El Piloto se acercó a la única lámpara, puesta sobre una mesa, y que iluminaba débilmente la habitación. Abrió la carta, la leyó y maquinalmente buscó a Alfreda con los ojos; luego, clavando en Jacques su mirada aguda, inquisitiva, dejó los dos sobres encima de la mesa y, para dar el ejemplo, se sentó el primero.

Cuando los siete estuvieron acomodados, Meynestrel se volvió hacia Jacques:

—¿Y bien?

Jacques miró a Böhm, se echó hacia atrás el tupé con un movimiento brusco y se dirigió al Piloto:

—Ya he leído la carta de Hosmer... Sarajevo, el asesinato del archiduque... Todo eso data exactamente de hace quince días... Pues bien: en estos quince días han ocurrido en Europa, pero principalmente en Austria, una serie de acontecimientos secretos... de una importancia tal que Hosmer ha creído necesario avisar urgentemente a todos los centros socialistas europeos. Ha enviado camaradas a Petersburgo, a Roma... Buhlmann ha salido para Berlín... Morelli ha ido a ver a Plekhanoff... y también a Lenin...

—Lenin es un disidente —murmuró Richardley.

—Böhm llegará mañana a París —continuó Jacques, sin contestar—. El miércoles estará en Bruselas y el viernes en Londres. En cuanto a mí, he sido encargado de ponerlo al corriente... Porque lo cierto es que las cosas parecen ir muy de prisa...

Hosmer, al despedirme, me ha dicho textualmente: «Explíqueles bien que, si se deja que las cosas vayan adelante, antes de dos o tres meses Europa estará embarcada tal vez en una guerra general...»

—¿Por el asesinato de un archiduque? —insistió Richardley.

—De un archiduque *muerto por servios... por eslavos...* —prosiguió Jacques, volviéndose hacia él—. Yo estaba, como tú, a cien leguas de sospecharlo... Pero allí lo he comprendido perfectamente... O al menos, he vislumbrado el problema... Es de una complejidad infernal...

Calló, paseó la mirada por el círculo de oyentes, la detuvo en Meynestrel y, con cierta vacilación, preguntó:

—¿He de empezar desde el principio, tal y como me lo ha expuesto Hosmer?

—Ni qué decir tiene.

Acto seguido, Jacques comenzó:

—¿Conocéis los esfuerzos austríacos para la creación de una nueva Liga Balcánica?... ¿Qué hay? —dijo, viendo a Böhm agitarse en su silla.

—Considero —articuló Böhm—, que para poder explicar adecuadamente los efectos en función de las causas, el mejor procedimiento sería ir a buscar las cosas más atrás...

Jacques había sonreído al oír la palabra «procedimiento». Consultó al Piloto con la mirada.

—Disponemos de toda la noche —declaró Meynestrel. Sonrió ligeramente y extendió la pierna anquilosada.

—Entonces —continuó Jacques, dirigiéndose a Böhm—, habla tú... Esa exposición histórica la harás indudablemente mejor que yo.

—Sí —dijo Böhm, con toda seriedad. (Esto hizo brillar un destello de malicia en los ojos de Alfreda.)

Dejó caer el impermeable, que había conservado sobre los hombros, lo puso en el suelo cuidadosamente, junto a la gorra, y se adelantó hasta el borde de la silla, donde permaneció con el busto erguido y las rodillas juntas. El pelo, cortado al rape, hacía que su cabeza pareciera una bola.

—Dispensadme —dijo—. Para empezar, he de aceptar el punto de vista de la ideología imperialista. Es para poder explicar bien lo que hay en el fondo de nuestra política austríaca... En primer lugar —prosiguió, después de algunos segundos de reflexión—, hay que saber qué es lo que quieren los eslavos del sur...

—Los eslavos del sur —interrumpió Mithörg—, es decir: Servia, Montenegro, Bosnia-Herzegovina. Y también los eslavos de Hungría.

Meynestrel, que escuchaba con la mayor atención, hizo un gesto de conformidad.

Böhm volvió a hacer uso de la palabra:

—Estos eslavos del sur tratan, desde hace medio siglo, de agruparse contra nosotros. El nudo principal es servio. Quieren agruparse en torno a Servia para formar un Estado autónomo, yugoeslavo. Para ello cuentan con la ayuda de Rusia.

Desde mil ochocientos setenta y ocho, desde el congreso de Berlín, existe una desavenencia, una lucha a muerte entre el paneslavismo ruso y Austria-Hungría. Y el paneslavismo es todopoderoso entre los dirigentes de Rusia. Pero acerca de la premeditación secreta rusa y de la responsabilidad de Rusia en los acontecimientos que van a producirse muy pronto, no sé lo bastante y no me atrevo a hablar. Únicamente quiero hablar de mi país. Para Austria (y aquí me hago eco del punto de vista del gobierno imperialista), es preciso decir que la coalición de los eslavos del sur es realmente un problema vital. Si se creara una nación yugoeslava junto a nuestra frontera, Austria perdería el dominio sobre los eslavos, muy numerosos, que ahora forman parte del Imperio.

—¡Ni qué decir tiene! —murmuró Meynestrel, maquinalmente.

Pareció lamentar esta interrupción involuntaria y carraspeó.

—Hasta mil novecientos tres —prosiguió Böhm—, Servia estuvo bajo el dominio de Austria. Pero, en mil novecientos tres, se produjo en Servia una revolución nacionalista; puso en el trono a los Karageorgevitch y obtuvo la independencia. Austria esperaba una oportunidad para tomar el desquite. Así, pues, en mil novecientos ocho, aprovechamos que el Japón había sacudido a Rusia y nos anexionamos brutalmente la Bosnia-Herzegovina, que era una provincia confiada a nuestra administración. Alemania e Italia estaban de acuerdo. Servia estaba furiosa. Pero Europa no se atrevió a crear complicaciones. Austria había ganado a fuerza de audacia... Quiso volver a emplear la audacia con ocasión de la primera guerra balcánica, en mil novecientos doce. Y volvió a ganar a fuerza de audacia. Impidió que Servia tuviese un puerto marítimo sobre el Adriático. Puso entre Servia y el mar un territorio autónomo, Albania, para taponar el paso de Servia al Adriático. Y como consecuencia, Servia se puso aún más furiosa... Entonces sobrevino la segunda guerra balcánica. El año pasado, ¿lo recuerdan?, Servia había ganado nuevos territorios en Macedonia. Austria quiso oponerse. Dos veces había vencido por la audacia. Pero esta vez Italia y Alemania no estaban de acuerdo, y Servia pudo resistir y conservar lo conquistado... Sólo que esto ha producido a Austria una gran humillación. Y busca una oportunidad para desquitarse. Entre nosotros, el orgullo nacional está muy arraigado. Nuestro Estado Mayor trabaja para este desquite. Nuestra diplomacia también trabaja... Thibault ha hablado de la nueva Liga Balcánica Este es el gran proyecto político austríaco para este año. Veamos de qué se trata: Es un proyecto de alianza entre Austria, Bulgaria y Rumania, para hacer una nueva Liga de los Balcanes, y que será esgrimida «contra los eslavos». No solamente contra nuestros eslavos del sur: contra todos los eslavos... ¿Comprenden? Esto quiere decir también: ¡contra Rusia!

Reflexionó durante algunos segundos, tratando de recordar si había omitido algo esencial. Luego, se inclinó hacia Jacques con un gesto interrogativo.

Alfreda, recostada sobre el hombro de Paterson, agachó la cabeza para reprimir un bostezo. Encontraba al austríaco demasiado meticuloso e insípida esta clase de

Historia.

—Naturalmente —añadió Jacques—, siempre que se habla de Austria no hay que perder de vista el bloque Austria-Alemania... Alemania y su «porvenir en el mar», que la opone a Inglaterra... Alemania, cercada comercialmente y que busca nuevas expansiones... La Alemania del *Drang nach Osten*... Alemania y sus proyectos sobre Turquía... Cortar a los rusos el camino de los Estrechos... La línea férrea de Bagdad, el golfo Pérsico, los petróleos ingleses, la ruta de la India, etcétera, etcétera... Todo está ligado... En último término, dominándolo todo, ¡hay que ver siempre a dos grandes grupos de potencias capitalistas que se enfrentan!...

—¡Ni qué decir tiene! —dijo Meynestrel.

Böhm aprobaba con la cabeza.

Hubo un momento de silencio.

El austriaco se volvió hacia el Piloto y, con la mayor seriedad, preguntó:

—¿Está bien?

—¡Perfectamente claro! —declaró Meynestrel en forma tajante.

Los elogios del Piloto eran muy raros, y todos, salvo Böhm, quedaron sorprendidos. Alfreda cambió de opinión bruscamente y miró al austriaco con mayor atención.

—Ahora —prosiguió Meynestrel, mirando a Jacques y echándose un poco hacia atrás—, veamos lo que dice Hosmer y cuáles son los nuevos hechos.

—¿Nuevos hechos? —comenzó Jacques—. A decir verdad, no... Todavía no... Indicios...

Irguió el busto con un movimiento rápido que hizo desaparecer su frente en la zona de sombra; la luz amarillenta de la lámpara iluminaba la parte baja del rostro, la mandíbula prominente, la boca grande con sus arrugas de preocupación.

—Indicios graves y que permiten prever, tal vez a corto plazo, los nuevos hechos... Resumen: Por parte servia, exasperación profunda, popular, como consecuencia de esas granujadas repetidas contra las aspiraciones nacionales... Del lado ruso, tendencia manifiesta a sostener las reivindicaciones de los eslavos; hasta el extremo de que, después del asesinato del archiduque, el gobierno ruso, completamente dominado por la influencia del Estado Mayor y de las castas nacionalistas, ha insinuado por medio de sus embajadores que se erigirá abiertamente en protector de Servia. Hosmer lo ha sabido por informes procedentes de Londres... Del lado austriaco, acusada mortificación de las esferas gubernamentales, como consecuencia del último fracaso, y graves inquietudes en cuanto al futuro. Como dice Hosmer, entramos ahora en lo desconocido con esta carga explosiva de odios, de rencores y de apetencias... Lo desconocido ha comenzado con el golpe de efecto del veintiocho de junio: la encerrona de Sarajevo... Sarajevo, ciudad bosnia... Sarajevo, donde, después de seis años de anexión austríaca, la población ha seguido siendo fiel a Servia... Hosmer, personalmente, no está muy lejos de creer que ciertos dirigentes oficiales de Servia han ayudado, más o menos directamente, a preparar el atentado.



Pero esto es difícil de comprobar... Para el gobierno austriaco, este crimen que llena de indignación a la opinión pública europea, se presenta de repente como una oportunidad inesperada. ¡Coger a Servia en un renuncio! ¡Ajustarle las cuentas de una vez por todas! ¡Levantar el prestigio de Austria y, al mismo tiempo, afirmar sin demora esta nueva Liga Balcánica que ha de asegurar la hegemonía austríaca en Europa central! ¡Hay que reconocer que, para los hombres de estado, es bastante tentador! Así, pues, en Viena los dirigentes no vacilan. Inmediatamente se improvisa un programa de acción. —Hizo una pequeña pausa y prosiguió—: El primer punto es establecer la complicidad de Servia en el atentado. Sin perder tiempo, Viena ordena una investigación oficial en Belgrado y en todo el reino servio. Hacen falta pruebas a toda costa. Sin embargo, hasta ahora, esta primera parte del programa parece haber fracasado. Apenas si se han podido encontrar algunos nombres de oficiales servios mezclados en el movimiento anti-austriaco de Bosnia. A pesar de las órdenes tajantes que han recibido, los investigadores no han podido establecer la culpabilidad del gobierno servio. Naturalmente, su informe ha sido silenciado. Ha sido ocultado cuidadosamente a los periodistas. Hosmer ha podido procurarse las conclusiones. Aquí están —añadió, posando la mano sobre el pliego grande que había quedado encima de la mesa, y cuyos lacres rojos hacía destacar la luz de la lámpara.

La mirada pensativa de Meynestrel se fijó por un instante en el sobre y volvió a Jacques, que continuó:

—¿Qué ha hecho el gobierno austríaco? Ha hecho caso omiso. Lo que bastaría para probar que persigue un fin secreto. Lía dejado creer y ha dejado imprimir que la complicidad de Servia era un hecho comprobado. La prensa oficial no ha dejado de machacar a la opinión. Por otra parte, el asesinato era fácil de explotar. Mithörg y Böhm pueden decíroslo: allí, la persona del heredero era sagrada a los ojos del pueblo. En el momento actual no hay un austríaco ni un húngaro que no estén convencidos de que el crimen de Sarajevo es el resultado de una conjuración alentada por el gobierno servio, y tal vez por el gobierno ruso, para protestar contra la anexión de Bosnia; ni uno que no se sienta ofendido y que no desee venganza. Esto era precisamente lo que se quería en las alturas. ¡Desde el día siguiente del atentado, han hecho todo lo posible por exacerbar este amor propio nacional!

—¿Quiénes «han»? —preguntó Meynestrel.

—Los hombres que están en el poder. Especialmente el ministro de Negocios Extranjeros, Berchtold.

Böhm intervino:

—¡Berchtold! —dijo, con una mueca significativa—. ¡Para comprender, hay que conocer como nosotros la ambición de ese individuo! Fíjense: ¡con el aplastamiento de Servia, se convertiría en el Bismarck del *Oesterreich*! Ya por dos veces ha creído conseguirlo. Por dos veces la ocasión se le ha escapado de entre las manos. Esta vez comprende que las circunstancias son favorables. ¡Hay que evitar que se escapen!

—Pero, a pesar de todo, Berchtold no es Austria —objetó Richardley.

Dirigía hacia Böhm su nariz puntiaguda y sonreía. Hasta en la menor entonación se apreciaba esa seguridad interior, total, que confiere a los jóvenes la posesión de una doctrina coherente, de una certeza.

—*Ach!* —replicó Böhm—. ¡Tiene a toda Austria en el bolsillo! En primer lugar, al Estado Mayor, y también al Emperador...

Richardley sacudió la cabeza:

—¿Francisco José? Cuesta trabajo crearlo... ¿Qué edad tiene?

—Tiene ochenta y cuatro años —dijo Böhm.

—¡Un anciano de ochenta y tantos años! ¿Y teniendo ya sobre sus espaldas dos guerras desgraciadas? Y va a aceptar, con el corazón lleno de alegría, que al final de su reinado...

—¡Pero que comprende perfectamente que la monarquía está amenazada de muerte! ¡A pesar de su edad, el Emperador no está muy seguro de que todavía tenga la corona en sus sienes cuando lo lleven a la tumba!

Jacques se levantó.

—Austria, Richardley, se debate en unas dificultades interiores espantosas... No olvides esto... Es una nación compuesta por ocho o nueve nacionalidades distintas y rivales. Y la autoridad central se debilita de día en día. La disgregación es casi fatal. ¡Todos esos grupos yuxtapuestos, los servios, los rumanos, los italianos, incorporados al Imperio a la fuerza, están en efervescencia y no esperan sino un momento favorable para sacudirse el yugo!... Vengo de allí. En los medios políticos, lo mismo de derechas que de izquierdas, se declara tranquilamente que no hay sino una solución para evitar el desmembramiento: ¡la guerra! Ésta es la opinión de Berchtold y su camarilla. ¡Y, naturalmente, la opinión de los generales!

—Hace ocho años —dijo Böhm— que tenemos como jefe del Estado Mayor al general Conrad von Hotzendorf... El maldito del partido militar... El enemigo más encarnizado de los eslavos... ¡Desde hace ocho años, trabaja abiertamente a favor de la guerra!

Richardley no parecía convencido. Con los brazos cruzados y la mirada brillante —demasiado brillante—, miraba sucesivamente a aquellos que hablaban, con el mismo aire de suficiencia e incredulidad.

Jacques dejó de dirigirse a él y, volviéndose hacia Meynestrel, se sentó de nuevo.

—Por consiguiente —prosiguió—, para los dirigentes de allí, una guerra preventiva salvaría al Imperio. Terminada la división de los partidos y terminadas las suspicacias de los nacionalistas disidentes, la guerra devolvería a Austria su prosperidad económica, le aseguraría todo ese mercado de los Balcanes que los eslavos tratan de acaparar... Y como se sienten lo bastante fuertes como para hacer capitular a Servia en dos o tres semanas, ¿qué riesgos corren?

—¡Habría que verlo! —cortó Meynestrel.

Todos los ojos se volvieron hacia él. Con una solemnidad distraída, miraba a algún punto inconcreto, situado en dirección a Alfreda.

—¡Esperad! —dijo Jacques.

—¡Está Rusia! —interrumpió Richardley—. ¡Y, además, está Alemania! Supongamos por un momento que Austria ataca a Servia; y supongamos (lo cual no es cierto, pero entra dentro de lo posible) que Rusia intervenga. Una movilización, significa una movilización alemana, seguida automáticamente por una movilización de Francia... Todo su precioso sistema de alianzas se pondría en marcha espontáneamente... Lo que viene a querer decir que una guerra austro-servia tendría oportunidad para desencadenar un conflicto general. —Miró a Jacques y sonrió—. Pero eso, mi querido amigo, Alemania lo sabe mejor que nosotros. Luego al dejar obrar al gobierno austríaco, ¿aceptaría Alemania correr el riesgo de una guerra europea? ¡No! Pensadlo bien... Es tanto el riesgo que Alemania impedirá la actuación de Austria.

Las facciones de Jacques se habían endurecido.

—¡Esperad! —repitió—. Eso es precisamente lo que justifica el grito de alarma de Hosmer. Hay fundados motivos para suponer que Alemania ha dado «ya»<sup>su</sup> apoyo a Austria.

Meynestrel se estremeció. No apartaba la vista de Jacques.

—He aquí cómo han pasado las cosas, según Hosmer —continuó Jacques—. Parece ser que en Viena, al principio, en los primeros Consejos celebrados después del atentado, Berchtold tropezó con dos resistencias: la de Tisza, el ministro de Hungría, que es un individuo prudente, opuesto a los gestos de fuerza, y la del Emperador. Sí; parece ser que Francisco José no estaba muy dispuesto a dar su consentimiento: quería saber primero lo que pensaba Guillermo II. Ahora bien, el Kaiser iba a partir en crucero. No había tiempo de ponerse en contacto con él. Por consiguiente, parece probable que Berchtold, entre el cuatro y el siete de julio, ha encontrado algún medio de consultar al Kaiser y a su Canciller, «y de obtener su consentimiento».

—Suposiciones... —puntualizó Richardley.

—Naturalmente —prosiguió Jacques—. Pero lo que da fuerza a estas suposiciones es lo sucedido en Viena en estos cinco últimos días. Reflexionad. La semana última, incluso en los círculos allegados de Berchtold, parecía imperar la irresolución; no se ocultaba que el Emperador, y también Berchtold, tenían una oposición rotunda de Alemania. De repente, el día siete, todo cambia radicalmente. Aquel día, que fue el martes último, se reunió precipitadamente el Consejo de gobierno en pleno, un verdadero Consejo de guerra. Como si, de repente, se encontraran con las manos libres... Acerca de lo que se trató en aquel Consejo se guardó durante cuarenta y ocho horas el más escrupuloso silencio. Pero, a partir de anteayer, ha empezado a haber indiscreciones: como consecuencia de las múltiples órdenes dadas a la terminación del Consejo, había demasiada gente en el secreto. Por otra parte, Hosmer se ha montado en Viena un maravilloso servicio de información: ¡Hosmer termina por saberlo todo!... En aquel Consejo, Berchtold adoptó una actitud

completamente nueva; exactamente como si tuviera en el bolsillo el compromiso formal de que Alemania sostendría hasta el final una expedición punitiva contra Servia. Y, fríamente, ha sometido a sus colegas un verdadera *plan de guerra*, que solamente ha combatido Tisza. La prueba de que se trata de un plan de guerra auténtico, es que Tisza quería inclinar a sus colegas a contentarse con una humillación de Servia: le parecía más que suficiente obtener semejante victoria diplomática. Sin embargo, ha tenido a todo el Consejo en contra suya, y, por último, ha cedido: ha compartido la opinión general... Más aún: Hosmer afirma que aquella misma mañana los ministros deliberaron cínicamente para ver si había alguna posibilidad de decretar una movilización inmediata. Y si no lo han hecho, ha sido únicamente porque les ha parecido más hábil, en relación con las demás potencias, no quitarse la careta hasta el último momento... Lo que es completamente cierto es que el plan de Berchtold y del Estado Mayor ha sido adoptado... ¿Los detalles de este plan? Indudablemente no son fáciles de conocer... Sin embargo, ya se saben algunas cosas; por ejemplo, que se han dado órdenes para empezar todos los preparativos militares que se puedan hacer sin llamar demasiado la atención, y que en la frontera austro-servia las tropas de cobertura están completamente preparadas: ¡en pocas horas, con el menor pretexto, ocuparán Belgrado! —Se pasó la mano por el pelo rápidamente—. Y, para terminar, he aquí una frase pronunciada por uno de los colaboradores del Jefe del Estado Mayor, del famoso Hötzenndorf; tal vez no sea sino una fanfarronada de militarote, pero no deja de ser un buen síntoma del espíritu de los dirigentes austríacos. Parece ser que, en una reunión de amigos, declaró: «Una mañana cualquiera, Europa se despertará ante los hechos consumados.»

## XI

JACQUES calló, e inmediatamente todas las miradas convergieron sobre el Piloto.

Permanecía inmóvil, con los brazos cruzados, las pupilas brillantes y fijas.

Durante un largo minuto, todos permanecieron mudos. La misma ansiedad, los mismos pensamientos, sobre todo, alteraban sus facciones.

Finalmente, Mithörg rompió el silencio bruscamente:

—*Unglaublich*<sup>[6]</sup>!

Hubo una nueva pausa.

Luego, Richardley murmuró:

—¡Si es cierto que Alemania está detrás...!

El Piloto volvió hacia él su mirada penetrante, pero no parecía verle. Sus labios se contrajeron y emitieron un sonido ininteligible. Solamente Alfreda, que no lo perdía de vista, comprendió.

—¡Prematuro!

La joven se estremeció e instintivamente se recostó sobre el hombro de Paterson.

El inglés lanzó a la muchacha una rápida mirada, pero ésta había agachado la cabeza, esquivando toda pregunta.

Por otra parte, le hubiera sido muy difícil contestar si Pat le hubiera pedido explicaciones acerca de aquel estremecimiento. Evidentemente, esta noche era la primera vez que la guerra dejaba de ser para ella una abstracción, la primera vez que se imponía a su imaginación, con tanto relieve, en su realidad sangrienta. Pero no eran las revelaciones de Jacques lo que la habían hecho estremecerse: había sido el «Prematuro» de Meynestrel. ¿Por qué? La idea no podía sorprenderla. Conocía la convicción del Piloto: «La revolución no puede salir sino de una crisis violenta; en el estado presente de Europa, la guerra es la ocasión más probable de esta crisis; pero, llegado el momento, el proletariado, insuficientemente preparado, no está apto para transformar en revolución una guerra imperialista.» Y esto era, precisamente, lo que la había trastornado: la idea de que, si verdaderamente el socialismo no estaba dispuesto, la guerra no sería sino «una hecatombe estéril.» ¿O bien fue el tono de aquel «Prematuro»? ¿Pero qué podía enseñarle este tono? ¿No estaba acostumbrada, desde hacía mucho tiempo, a la insensibilidad de su Piloto? (Un día que ella le decía, asombrada sin poderlo remediar: «La guerra es para ti como la muerte para los cristianos: tienen los ojos tan puestos en lo que vendrá “después”, que olvidan todos los horrores de la agonía...», él se había echado a reír: «Para un médico, pequeña, los dolores del alumbramiento están dentro del orden natural de las cosas.») Llegaba incluso, aunque a veces la hacía sufrir mucho, a admirar, esta indiferencia voluntaria, obtenida por el constante y penoso esfuerzo de un ser cuyas debilidades, muy humanas, ella conocía mejor que nadie; era como un rasgo más de superioridad. Y siempre se sentía emocionada ante la idea de que esta «deshumanización» tenía, a fin

de cuentas, un móvil profundamente humano: servir mejor a la humanidad, trabajar mejor en la destrucción de la sociedad actual, para el advenimiento de un mundo mejor... ¿Por qué, entonces, se había estremecido? No hubiera sabido decirlo... Levantó sus largas pestañas, y su mirada, deslizándose por encima de Paterson, se posó en Meynestrel con una expresión de confianza. «Paciencia —se dijo—. Todavía no ha dicho nada. Va a hablar. Y todo volverá a estar claro, ¡todo será exacto y estará bien explicado!»

—Que el *militarismus* austríaco y el alemán deseen la guerra, eso lo creo —proseguía Mithörg, agitando su cabeza erizada—. Y que el *militarismus* cuente con el apoyo de muchos de los dirigentes germánicos de la industria pesada, de los Krupp y de todos los amigos del *Drang nach Osten*, sí, eso también puedo creerlo. ¡Pero el conjunto de las clases pudientes, no! ¡Tendrán miedo! Tienen mucha influencia. No se estarán quietas. Le dirán a los gobiernos: «¡Basta! ¡Esto es una locura! ¡Si encendéis la mecha de este explosivo, todos saltaréis con él!»

—Pero, Mithörg —dijo Jacques—, si hay complicidad realmente entre los dirigentes y sus partidos militaristas, ¿qué podrá hacer la oposición de tus clases pudientes? Ahora bien: por lo que respecta a esta complicidad, según los informes de Hosmer...

—Nadie pone en duda esos informes —interrumpió Richardley—. Pero lo único que puede decirse, por el momento, es que hay «amenaza» de guerra. Nada más... Y bien: ¿qué hay en realidad bajo esta amenaza? ¿Auténtico deseo de guerra, o bien un nuevo chalaneo de las cancillerías germánicas?

—Yo no creo que la guerra sea posible —declaró Paterson, flemáticamente—. ¡No os acordáis de mi vieja Inglaterra! Nunca permitirá que la Tríplice obtenga la hegemonía de Europa... —Sonreía—. Mi vieja Inglaterra permanece tranquila. Por eso se la olvida. Pero ella observa, escucha, vigila; ¡y si las cosas no van bien para ella, se pondrá en pie de un salto!... ¡Todavía tiene buenos músculos! ¡Todas las mañanas se da su buena ducha la buena vieja!...

Jacques se agitaba con impaciencia:

—¡La cuestión es ésta!; ¡que haya deseo de guerra o propósito de intimidación, lo cierto es que, mañana, Europa se va a encontrar frente a una amenaza terrible! Y bien: ¿qué hemos de hacer nosotros? Opino como Hosmer. Ante esta ofensiva debemos tomar posiciones. ¡Debemos preparar el contraataque cuanto antes!

—¡Sí, sí; en eso te doy la razón! —exclamó Mithörg.

Jacques se volvió hacia Meynestrel; pero no pudo encontrar su mirada. Preguntó con la vista a Richardley, que hizo un gesto de asentimiento.

—¡De acuerdo!

Richardley se negaba a creer que hubiera peligro de guerra. Sin embargo, no dejaba de admitir que Europa habría de sufrir una conmoción terrible ante esta brusca amenaza; y había comprendido inmediatamente qué partido podría sacar la Internacional de esta conmoción, para debilitar a las fuerzas de oposición y hacer

progresar la idea revolucionaria.

Jacques prosiguió:

—Repito las palabras de Hosmer: la amenaza de un conflicto europeo pone ante nosotros un objetivo nuevo y preciso. Por consiguiente, nuestra tarea es reanudar, intensificándolo, el programa esbozado hace dos años a propósito de la guerra balcánica... Ver, en primer lugar, si hay medio de adelantar la fecha del Congreso de Viena... A continuación, y desde ahora mismo, desencadenar por todas partes una campaña abierta, oficial, ¡retumbante!... ¡Intervenciones en el Reichstag, en la Cámara, en la Duma!... ¡Presiones simultáneas sobre todos los ministros de Asuntos Extranjeros!... ¡Acciones de prensa!... ¡Llamamientos a los pueblos!... ¡Demostraciones en masa!...

—¡Y amenazar a los gobiernos con el espectro de la huelga! —dijo Richardley.

—... ¡Y con el sabotaje en las industrias de guerra! —aulló Mithörg—. ¡Y hacer saltar las locomotoras, y levantar los raíles, como en Italia!

Hubo un cruce de miradas electrizadas. ¿Había llegado, por fin, la hora de «obrar»?

Jacques se volvió otra vez hacia el Piloto. Una sonrisa fugitiva, fría y luminosa, que Jacques tomó como una señal de aprobación, pasó y se desvaneció como la luz de un reflector por las facciones de Meynestrel. Animado repentinamente, Jacques prosiguió:

—¡Sí; la huelga! ¡General y simultánea! ¡Nuestra mejor arma!... Hosmer teme que en el congreso de Viena la cuestión permanezca todavía en el plano doctrinario. ¡Hay que considerarla de nuevo, en su conjunto! ¡Salir de la teoría! ¡Precisar la actitud que haya de adoptarse en cada país y según las circunstancias! ¡No volver otra vez a la cuestión de Basilea! Llegar por fin a resoluciones concretas, prácticas. ¿No es así, Piloto?... Hosmer quisiera, incluso, convencer a los dirigentes para organizar reuniones preparatorias antes del congreso. Para allanar el camino. ¡Y para probar desde ahora a los gobiernos que el proletariado está plenamente resuelto, esta vez, a levantarse en bloque contra su política de agresión!

Mithörg objetó:

—*Ach!* ¡Tus dirigentes! ¿Qué esperas de tus dirigentes? ¿Cuántos años hace que están hablando acerca de la huelga? ¿Y crees que ahora, en Viena, van a decidir algo en pocos días?

—¡Hay nuevos hechos! —dijo Jacques—. ¡Amenaza una conflagración europea!

—¡No hay nada que hacer con tus dirigentes! ¡Ni con tus discursos! ¡Lo único que vale es la acción de masas! ¡La acción de las masas, *Camm'rad!*

—¡Pues claro que la acción de las masas! —exclamó Jacques—. Sólo que, para esta acción, ¿no es de la mayor urgencia que los dirigentes se decidan, en primer lugar, de una manera clara y categórica? Piénsalo, Mithörg: ¿qué enardecimiento para las masas!... ¡Ah, Piloto, solamente con que ya tuviéramos nuestro periódico único, internacional!

—*Träumerei*<sup>[7]</sup>! —exclamó Mithörg—. Te lo digo yo: ¡déjate de dirigentes y ocúpate de las masas! ¿Crees, por ejemplo, que los dirigentes alemanes van a aceptar la huelga? ¡No! Dirán lo mismo que en Basilea: «No puede ser, a causa de Rusia.»

—Eso sería grave —observó Richardley—. Muy grave... En el fondo, todo depende de Alemania, de las socialdemocracias...

—De cualquier forma —dijo Jacques—, han demostrado sin lugar a dudas, hace dos años, que cuando hace falta, saben alzarse contra la guerra. ¡Sin ellos, la cuestión de los Balcanes hubiera hecho arder a Europa!

—No «sin ellos» —gruñó Mithörg—: ¡sin las masas!... ¿Qué han hecho ellos? ¡Limitarse a seguir a las masas!

—¿Y quién ha organizado las demostraciones de las masas? ¡Los dirigentes! —replicó Jacques.

Böhm agitaba la cabeza:

—Mientras tengas que en Rusia los proletarios no llegan ni siquiera a los dos millones, y en cambio hay millones y millones de mujiks, el proletariado ruso no es lo bastante fuerte para su gobierno; y el *militarismus* zarista representa un peligro real para Alemania, ¡y la socialdemocracia no puede prometer la huelga!... Y Mithörg tiene razón: ¡en el congreso de Viena se limitarán a aceptarla teóricamente, como en el congreso de Basilea!

—*Ach!* ¡Dejaos ya de congresos! —gritó Mithörg con enfado—. Os lo digo yo: ¡esta vez será también la acción de las masas la que lo decidirá todo! Los dirigentes las seguirán... ¡Hay que insurreccionar a los proletarios, en Austria, en Alemania, en Francia, por todas partes, sin esperar a que los dirigentes den la orden! ¡Hay que agrupar las mentes despejadas en todos los rincones, para provocar incidentes en todas partes: en los ferrocarriles, en las fábricas de armamento, en los arsenales! ¡En todas partes! ¡Y con ello obligar a los dirigentes, a los sindicatos! ¡Y al mismo tiempo hay que volver a poner en marcha todas las organizaciones revolucionarias de Europa! ¡Estoy seguro de que el Piloto piensa como yo!... ¡Provocar desórdenes en todas partes! ¡En Austria es de lo más fácil! *Nicht wahr Böhm*<sup>[8]</sup>. ¡Excitar todavía más a los clanes nacionalistas que conspiran, a los polacos, a los checos! ¡Y a los húngaros, a los rumanos!... ¡Y lo mismo por todas partes!... ¡Se puede volver a desencadenar las huelgas italianas! Y también las rusas... ¡Y si las masas se levantan por todas partes, entonces los dirigentes también marcharán! —Se volvió hacia Meynestrel—: ¿No es cierto, Piloto?

Meynestrel, al ser interpelado, levantó la cabeza. La mirada aguda que lanzó hacia Mithörg se detuvo luego en Jacques y fue a perderse en dirección a la cama, donde Alfreda seguía sentada entre Richardley y Paterson.

—¡Ah, Piloto! —exclamó Jacques—. ¡Si esta vez lo consiguiéramos, qué increíble aumento de fuerza para la Internacional!

—¡Ni qué decir tiene! —repuso Meynestrel.

Un relámpago de ironía, tan fugaz que solamente lo advirtieron los



acostumbrados ojos de Alfreda, se le dibujó en las comisuras de los labios.

Ante las revelaciones de Hosmer, ante las fundadas presunciones que permitían suponer que Alemania apoyaba los designios austriacos, se había dicho inmediatamente: «¡Aquí tienen *su* guerra! Setenta probabilidades sobre cien... Y nosotros no estamos preparados... Imposible esperar conseguir el poder; en ningún país de Europa. ¿Entonces?...» E inmediatamente había tomado su decisión: «No hay la menor duda acerca de la táctica a seguir: jugar abiertamente el triunfo del pacifismo popular. Actualmente, es el mejor medio de que disponemos para influir sobre las masas. ¡Guerra a la guerra! Si llega a estallar, es necesario que el mayor número posible de soldados parta con esta convicción, bien arraigada, de que la guerra ha sido desencadenada por el capital contra la voluntad y los intereses de los proletarios; que se les arroja, a pesar suyo, a una lucha fratricida y con unos fines criminales. Esta semilla, pase lo que pase, no se perderá... ¡Magnífico procedimiento para introducir en el imperialismo el germen que ha de destruirlo! Excelente ocasión, también, para probar a nuestros oficiales y comprometerlos ante las autoridades, obligándolos a emplearse a fondo... ¡Por consiguiente, a ello, muchachos! ¡Tocad todos la trompeta del pacifismo!... Por otra parte, eso es lo único que pedís. No hay sino que daros cuerda...» Sonreía para sus adentros: se imaginaba de antemano los abrazos generosos de los pacifistas y de los socialistas de todos los pelajes; ya le parecía oír el trémolo de los tenores en las tribunas oficiales... «En cuanto a nosotros... —se dijo—. En cuanto a mí...» No terminó su pensamiento. Se reservaba el volverlo a considerar.

En voz baja, murmuró:

—Habrà que verlo.

Encontró la mirada insistente de Alfreda y advirtió que todos callaban, vueltos hacia él, esperando que se decidiera a hablar. De una forma maquinal, repitió en voz alta:

—Habrà que verlo.

Nerviosamente, recogió la pierna bajo la silla y tosió.

—No tengo nada que añadir... Opino como Hosmer... Opino como Thibault, como Mithörg, como todos vosotros...

Se pasó la mano sobre la frente húmeda y, con un movimiento inesperado, se puso en pie.

En esta habitación baja, llena de sillas, parecía más corpulento. Dio algunos pasos vacilantes, describiendo una vuelta en redondo por el reducido espacio libre entre la mesa, la cama y las piernas de los concurrentes. La mirada que fue paseando por todos y cada uno de los que allí se encontraban, parecía no dirigirse personalmente a ninguno de ellos.

Se detuvo después de un minuto de idas y venidas, completamente en silencio. Sü pensamiento pareció volver desde muy lejos. Todos estaban firmemente persuadidos de que iba a volver a sentarse, a desarrollar un plan de acción, a lanzarse en una de

aquellas improvisaciones imperativas, un tanto sibilinas, a las que los tenía acostumbrados. Pero se contentó con murmurar, una vez más:

—Habrà que verlo... —Y, con los ojos fijos en el suelo, sonrió, antes de añadir muy de prisa—: Por otra parte, todo esto tiende a acercar el «objetivo».

Luego se deslizó por detrás de la mesa, se acercó a la ventana y, de un golpe, empujó las dos persianas que se abrieron sobre la noche. Entonces inclinó la cabeza ligeramente y, cambiando de tono, dijo por encima del hombro:

—¿Y si nos dieras algo fresco de beber, pequeña?

Alfreda, dócil, desapareció en la cocina.

Hubo algunos segundos de incomodidad.

Paterson y Richardley, que seguían sentados en la cama, hablaban en voz baja.

En medio de la habitación, de pie bajo la lámpara, los dos austríacos discutían en su idioma. Böhm había sacado del bolsillo una colilla de puro y la estaba encendiendo; su labio inferior, saliente, carnoso y húmedo, daba a su fisonomía cierta expresión de bondad, pero también de sensualidad un poco vulgar que le hacía muy diferente de los otros.

Meynestrel, de pie, apoyado en la mesa con las dos manos, releía la carta de Hosmer, desplegada ante él bajo la lámpara. La luz que se esparcía por la parte superior de la pantalla le iluminaba con crudeza: su barba corta parecía más negra, y el color de la carne, más blanco; la frente estaba cubierta de arrugas; los párpados ocultaban casi por completo las pupilas.

Jacques le tocó con el codo:

—Tal vez tengamos aquí, Piloto, y mucho antes de lo que creíamos, «el dominio sobre las cosas».

Meynestrel agachó la cabeza. Sin mirar a Jacques, sin salir de su impasibilidad, asintió en un tono mate, desprovisto de toda entonación.

—Ni qué decir tiene.

Luego calló y prosiguió su lectura.

Una sospecha desagradable pasó por la imaginación de Jacques; le parecía que algo había cambiado esta noche, no solamente en la expresión del Piloto, sino también en su actitud hacia él.

Fue Böhm, que tenía que coger el tren al día siguiente muy temprano, quien dio la señal de marcha.

Todos lo siguieron, confusamente aliviados.

Meynestrel bajó junto con ellos para abrirles la puerta de la calle.

## XII

ALFREDA, inclinada sobre la barandilla, esperó hasta que las voces se extinguieran. Entonces volvió a entrar en el cuarto y pretendió poner algo de orden. Pero sentía el corazón oprimido... Se refugió en la cocina, que estaba a oscuras, se puso de codos en la ventana y permaneció inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, en la noche.

—¿Estás soñando, pequeña?

La mano de Meynestrel, ardiente y seca, le acariciaba el hombro. La joven se estremeció y, muy bajito, con voz infantil, preguntó de repente:

—¿Tú crees de verdad que esto representa la guerra?

Meynestrel se echó a reír. Ella sintió vacilar sus esperanzas.

—Pero nosotros...

—¿Nosotros? ¡No estamos preparados!

—¿No estamos preparados? —Se sentía humillada, porque esta noche no pensaba sino en luchar contra la guerra—. ¿Y crees, efectivamente, que no hay medio de impedir...?

La interrumpió:

—¡No! ¡Ni qué decir tiene! —La idea de que el proletariado actual pudiera representar un obstáculo para las potencias guerreras le parecía completamente absurda.

Alfreda adivinó en la oscuridad la sonrisa, el centelleo de los ojos y volvió a temblar. Permanecieron durante algunos instantes, uno junto a otro y en silencio.

—Pero —dijo ella—, ¿tal vez tenga razón Pat? Si nosotros no podemos hacer nada, en cambio, Inglaterra...

—¡Lo más que puede hacer vuestra Inglaterra es retrasar el momento, y aun eso...!

¿Encontraba el Piloto en ella una resistencia desconocida? Acentuó su rudeza:

—Por otra parte, eso es lo de menos. Lo importante no es impedir la guerra.

La muchacha se incorporó ligeramente.

—¿Entonces, por qué no se lo has dicho?

—¡Porque, de momento, eso no le interesa a nadie, pequeña! ¡Y porque hoy, prácticamente, hay que hacer «como si importara»!

Alfreda calló. Esta noche se sentía ofendida, mucho más ofendida de lo que nunca lo había sido por él en lo más íntimo, y se rebelaba contra el Piloto sin saber por qué. Recordó cierto día, al principio de su unión, en que él había declarado muy de prisa, encogiéndose de hombros: «¿El amor? ¡Para nosotros no tiene ninguna importancia!»

«¿Qué es, entonces, lo que tiene importancia para él? —se preguntó—. ¡Nada! ¡Nada, excepto la Revolución! —Y, por primera vez, pensó—: La revolución, su *idea fija*... ¡Todo lo demás le tiene sin cuidado!... ¡Incluso yo y mi vida de mujer!...

¡Nada tiene importancia para él! ¡Ni siquiera ser lo que es: algo distinto de un hombre!...» Y era la primera vez que, en lugar de: «más y mejor que un hombre», pensaba: «algo distinto de un hombre»...

Meynestrel proseguía en un tono sarcástico:

—¡Guerra a la guerra, muchacha! ¡Déjalos obrar! ¡Manifestaciones, levantamientos, huelgas, todo lo que quieran! ¡Adelante la fanfarria! ¡Adelante las trompetas! ¡Que derriben, si pueden hacerlo, las murallas de Jericó!

Se separó de ella bruscamente, giró sobre los talones y articuló entre dientes:

—¡Pero no son sus trompetas lo que derriban las murallas, pequeña: son nuestras bombas!

Y mientras se dirigía a su alcoba, cojeando, la joven advirtió aquella risita ahogada que siempre le helaba el corazón.

Alfreda permaneció mucho tiempo acodada en la ventana, sin hacer ningún gesto, con la mirada perdida en la noche.

El muelle estaba desierto en toda su extensión y el Arve se estrellaba débilmente contra las rocas. Se fueron apagando, una a una, las últimas luces en las casas de la orilla.

No se movía. ¿En qué pensaba? «En nada», hubiera contestado. Dos lágrimas, que se habían formado en el borde de los párpados, permanecían suspendidas entre las pestañas.

## XIII

EL chofer había atravesado la explanada de los Inválidos, tomando la calle de la Universidad. El auto corría sin ruido. Pero, en esta tórrida tarde de domingo, estaba tan desierto el barrio, tan dormido que el sedoso rechinar de las ruedas sobre el asfalto seco, el tímido sonido de la bocina en los cruces de las calles, tomaban el carácter de una indiscreción, de una falta de educación.

Tan pronto como el coche hubo franqueado la calle de Bac, Anne de Battaincourt atrajo hacia sí al pekinés pelirrubio que dormía hecho una bola en el fondo del asiento, e inclinándose, tocó con la sombrilla en la espalda del mulato, impasible en su asiento y cubierto con guardapolvo blanco:

—Párate aquí, Jo... Iré andando.

El auto vino a situarse al borde de la acera y Jo abrió la portezuela. Bajo la visera, sus pupilas, más relucientes que el charol, se movían de izquierda a derecha como los ojos articulados de una muñeca.

Anne vaciló. ¿Estaba segura de encontrar en seguida un taxi en este barrio muerto? ¡Qué mal había hecho Antoine en no seguir su consejo y venir a instalarse, después de la muerte de su padre, en las proximidades del Bosque! Cogió al perro en brazos y saltó al suelo con agilidad. El deseo de sentirse libre la decidió.

—Ya no te necesito esta tarde, Jo... Vuélvete a casa...

Incluso a la sombra, el suelo quemaba las suelas. Ni el menor atisbo de aire. Por encima de los tejados, una neblina inmóvil ocultaba el cielo. Con los ojos entornados a causa de la reverberación, Anne marchaba a lo largo de las fachadas inanimadas de los grandes portales. *Fellow* trotaba perezosamente entre los pies de su dueña. Ni un ser viviente; ni siquiera una de esas chiquillas con trenzas, de pantorrillas demasiado delgadas que, en los domingos que hace buen tiempo, se ven saltar solitarias en la acera de su prisión, y que Anne había sentido un súbito deseo de adoptar por tres semanas para llevarlas a Deauville y hartarlas de pasteles y aire libre. Hasta las mismas porteras —perros guardianes dormidos en sus nichos— retrasaban hasta el crepúsculo el momento de venir a saborear un poco de fresco, a horcajadas delante de sus puertas. Este domingo 19 de julio, el pueblo de Paris, fatigado por toda una semana de fiesta democrática, parecía haber abandonado en masa su capital.

El inmueble Thibault se veía desde lejos. Los andamiajes coronaban todavía el tejado. La vieja fachada, rayada de albayalde, no esperaba ya para rejuvenecerse sino una mano de revoco. Una valla, cubierta de anuncios multicolores, ocultaba la planta baja y hacía más estrecha la acera por aquel lugar.

Recogiendo el vuelo de su vestido de seda, Anne, seguida por el perro, se deslizó por entre los sacos, los tablones y los montones de escombros que estorbaban la entrada. En el portal reinaba un olor a sótano y una humedad de yeso fresco que producían en el cogote el efecto de una esponja helada. *Fellow* levantó su hociquillo negro y se detuvo para olfatear estos olores insólitos. Anne sonrió, levantó con una

mano la bolita de seda tibia y la estrechó contra su pecho.

Tan pronto como se franqueaba la puerta acristalada del vestíbulo, los trabajos interiores parecían terminados. Una alfombra encarnada, que no estaba puesta cuando la última visita de Anne, llegaba hasta el ascensor.

En el descansillo del segundo piso se detuvo, y, por costumbre, aunque supiera perfectamente que Antoine estaba ausente, se dio un golpe de borla antes de llamar.

La puerta se abrió como con pesadumbre; León sentía tener que hacer acto de presencia en traje de faena, con su chaleco a rayas. Su cara alargada y barbilampiña, coronada por una sombra de pelusilla, tenía ese aspecto impersonal, a la vez bobalición y astuto —cejas arqueadas, boca desdibujada, ojos bajos y nariz encorvada—, que se había convertido para él en un reflejo defensivo. Lanzó una mirada oblicua, rápida y envolvente como una red, sobre Anne, sobre su sombrero de flores, sobre su vestido color malva y se apartó a un lado para dejarla entrar.

—El doctor no está...

—Lo sé —contestó Anne, dejando al perro en el suelo.

—Debe de estar todavía abajo, con esos señores...

Anne se mordió los labios. Al acompañarla a la estación el martes último, cuando marchaba a Berck, Antoine le había anunciado que estaría ausente toda la tarde del domingo para una consulta fuera de París. Desde hacía seis meses que duraban sus relaciones, advertía así, de vez en cuando, pequeñas mentiras sin importancia que creaban alrededor de Antoine una zona de protección infranqueable.

—No se moleste —dijo Anne de Battaincourt, alargándole la sombrilla—. Sólo vengo para escribir una nota que ha de entregar al doctor.

Y, pasando delante del criado, avanzó sobre la moqueta marrón, suave y uniforme, que tapizaba ahora el antiguo piso del señor Thibault. Sin vacilar, el pekinés se había parado delante de la puerta del gabinete de Antoine. Anne entró, hizo pasar al perro y cerró la puerta tras ella.

Las persianas estaban bajadas, las ventanas, cerradas. Todo olía a alfombras nuevas, a barniz reciente, con un antiguo y persistente olor a pintura. Se acercó rápidamente al escritorio, posó las manos sobre el respaldo del sillón y, de pie, con los ojos extraviados y la nariz olfateadora, afeada bruscamente, paseó por la estancia una mirada ávida y recelosa, preparada para captar cualquier indicio que pudiera facilitarle alguna información acerca de esta clase de vida, tan poco conocida, que Antoine hacía cuando no estaba con ella.

Pero nada más impersonal que esta sala, fastuosa y desnuda; Antoine nunca trabajaba en ella: no la utilizaba sino los días de consulta. Las paredes estaban cubiertas hasta media altura por unas librerías, cuyas estanterías vacías se adivinaban a través de los cristales velados con seda china. En el centro, lucía una lujosa mesa de despacho en la que, sobre la superficie inhóspita de la luna sin azogue, se alineaba un juego de escritorio —clasificador, carpeta y secafirmas— en cuero, marcadas todas las piezas con las iniciales de Antoine. Ni un legajo, ni una carta, ningún otro libro

que la guía de teléfonos. Colocado como una chuchería junto al tintero de cristal, virgen de tinta, un estetoscopio de ebonita era lo único que evocaba la profesión del propietario; e incluso este accesorio no parecía haber sido colocado allí por Antoine para utilizarlo profesionalmente, sino más bien por la mano anónima de un decorador cuidadoso del detalle.

*Fellow*, nada más al entrar, se había tumbado sobre la barriga, con las patas separadas, y sus flecos rubios se confundían con la alfombra. Anne le acarició con una mirada distraída; luego se sentó a mujeriegas sobre el brazo del sillón giratorio en el que, tres veces por semana, se sentaba Antoine para pronunciar sus diagnósticos. Durante un instante, Anne se imaginó que era Antoine: experimentaba con ello un gozo sutil; era un desquite del lugar demasiado limitado que él le concedía en su vida.

Sacó del clasificador el bloc con membrete que Antoine utilizaba para extender sus recetas y buscó la estilográfica en el bolsillo.

«Mi Tony amado:

»Cinco días sin ti es lo más que he podido soportar. Esta mañana he tomado el primer tren. Son las cuatro. Voy a nuestro nido, para esperar a que termines. Ven a buscarme, Tony mío, ven cuanto antes.

»A.

»Llevaré alguna cosilla para la merienda y así no tendremos que salir.»

Cogió un sobre y llamó.

Apareció León. Se había puesto la librea. Acarició al perro y se acercó a Arme.

Encaramada en el brazo del sillón, balanceaba una pierna y humedecía la goma del sobre. Tenía la boca bien dibujada, la lengua, carnosa y provocativa. El perfume que impregnaba su ropa se esparcía por toda la estancia. Sorprendió una lucecilla en la mirada del criado y sonrió silenciosamente.

—Toma —dijo, arrojando la carta sobre la mesa, con un ademán que hizo resonar los adornos de su pulsera—: dale esto, haz el favor, tan pronto como suba.

Algunas veces, en ausencia de Antoine, lo tuteaba; y lo hacía con tanta naturalidad que León no se sorprendía. Los unían connivencias tácitas y furtivas. Cuando venía a buscar a Antoine para cenar y éste la hacía esperar, se entretenía charlando con León; a su lado le parecía respirar el ambiente de su niñez. Por otra parte, el criado no abusaba de esta familiaridad; apenas si en sus conversaciones dejaba de utilizar la tercera persona, y cuando ella le daba una propina le resultaba agradable poderle dar las gracias con un simple guiño y el corazón libre de todo odio de clase.

Alargó la pantorrilla, deslizó la mano bajo la falda para estirarse la media de seda y saltó del sillón.

—Me marchó, León. ¿Dónde ha puesto mi sombrilla?

Para encontrar un taxi, lo más seguro era subir por la calle de Saints-Pères hasta el boulevard. Se cruzó con un hombre joven. Cruzaron una mirada indiferente, sin sospechar que ya se habían encontrado antes, en un día bastante memorable. Pero ¿cómo habían de reconocerse? Jacques había cambiado mucho en aquellos cuatro años: este hombre robusto, con cara de preocupación, no tenía ni el tipo ni las facciones de aquel adolescente que hiciera antaño el viaje a Turena para asistir al matrimonio de Anne con Simón de Bataincourt. Y aunque, en el curso de aquella extraña ceremonia, hubiera observado con curiosidad a la recién casada, ¿cómo hubiera podido reconocer en este rostro maquillado de parisiense —por otra parte, casi oculto por la sombrilla— los rasgos de aquella viuda inquietante que se había casado con su amigo Simón?

—Avenida de Wagram —había dicho Anne al chofer.

Avenida de Wagram, era «nuestro nido»: un pisito bajo, amueblado como un piso de soltero, que Antoine había tomado, al principio de sus relaciones, en la esquina de la avenida y de un callejón sin salida, al cual daba una entrada particular, lo que permitía escapar a la vigilancia de la portera.

Antoine nunca había aceptado que se le recibiera en el hotelito en que vivía Anne, en la calle Spontini, cerca del Bosque. Sin embargo, desde hacia algunos meses, vivía en él sola y libre. Cuando hubo que escayolar a Huguette, de acuerdo con las prescripciones de Antoine, y llevarla junto al mar, Anne había tomado una casa en Berck y se había decidido que Anne se instalaría en ella, con su marido, hasta la curación de la pequeña. Resolución heroica, a la que Anne no había podido sujetarse durante mucho tiempo. En definitiva, fue Simón, al cual nunca había gustado París, quien se instaló allí de una manera permanente, con su hijastra y la institutriz inglesa. Se dedicaba mucho a la fotografía y un poco a la pintura, así como un poco también a la música; durante las largas veladas, recordando sus estudios de teología, leía también libros acerca del protestantismo. Anne siempre encontraba un pretexto para estar en París; sus estancias en Berck se limitaban a una visita de cinco o seis días una vez al mes. Los sentimientos maternales no se habían desarrollado mucho en ella. Antaño, la presencia cotidiana de aquella muchachota de catorce años, más bien contribuía a irritarla como un freno. Ahora, a aquella animosidad sorda se mezclaba cierto sentimiento de humillación ante aquel cochecito de inválida que *Miss Mary* paseaba al sol por la arena de las dunas. Anne soñaba algunas veces con adoptar a chiquillas cloróticas, pero le parecía de lo más natural no cuidar a su hija. En París, al menos, se olvidaba de Huguette, y también de Simón.

El auto enfilaba ya la avenida de Wagram, cuando Anne se acordó de «la merienda». Los comercios estaban cerrados, pero sabía de una tienda de comestibles, en Ternes, que permanecía abierta los domingos. Mandó que la condujeran allí y despidió al taxi.

¡Qué agradable era comprar! Con el pekinés bajo el brazo, iba y venía ante las



apetitosas vitrinas. En primer lugar, escogió las cosas que le gustaban a Antoine: un pan de centeno, manteca salada, pechuga de oca ahumada, un cestito de fresas. Tanto para *Fellow* como para Antoine, añadió un bote de nata.

—¡Y ahora, un trozo de «eso»! —dijo con glotonería, señalando con su índice enguantado un tarro de vulgar *foie gras*. «Eso», era para ella; el *foie gras* era su locura; y, naturalmente, excepto de viaje, al acaso de una cantina de estación o de una posada campestre, no lo comía nunca. Unos céntimos de *foie gras*, sonrosado y grasiento, cubierto de manteca, bien especiado con clavo y nuez moscada, extendido sobre una rebanada de pan bien tierno, era todo su pasado de modistilla que le volvía a la boca... Le recordaba sus comidas en frío, sentada sola en un banco de las Tullerías, rodeada de palomas y gorriones cuando era dependienta en la avenida de la Opera. Nada de beber; para calmar la sed producida por las especias, comía un puñado de cerezas compradas al borde de la acera. Y para terminar, cuando se acercaba la hora de volver al trabajo, un café puro, muy azucarado y ardiendo, que sabía a hojalata y betún y que se tomaba de pie, completamente sola, en el mostrador de cinc de un bar de la calle de Saint-Roch.

Distraída, miraba cómo el tendero envolvía las compras y hacía la cuenta.

Completamente sola... Incluso en aquella época, un instinto seguro le advertía que si tenía alguna oportunidad de triunfar, era bajo la condición de permanecer reservada y distanciada, sin amistades, sin costumbres, siempre dispuesta a una transformación inmediata. ¡Ah! ¡Si la adivinadora que andaba entonces por las Tullerías con su capacho, vendiendo *plaisirs* y *coco*, le hubiera predicho que llegaría a ser la señora de Goupillot, la esposa del dueño!... Y, sin embargo, había sucedido. E incluso, visto hoy, desde lejos, hasta parecía sencillo...

—Aquí tiene, señora —el dependiente ofrecía el paquete, atado con una cuerdecita.

Anne sintió sobre su busto la mirada del tendero. Cada vez le resultaba más agradable sentir el deseo de los hombres. Éste no era sino un muchacho, con las mejillas apenas cubiertas de pelusa, los labios agrietados, una boca mal formada y sana. Anne pasó el dedo bajo el cordel, levantó la frente y curvó el cuello ligeramente; a modo de despedida, sus pupilas grises posaron sobre el chiquillo una mirada zalamera.

El paquete no pesaba mucho. Tenía tiempo de sobra: no eran más que las cinco. Volvió a poner el perro en el suelo y echó a andar hacia la avenida de Wagram.

—Vamos, *Fellow*, un poco de ánimo...

Andaba con paso largo, el busto erguido, poniendo un poco de orgullo en su porte. No podía evitar un sentimiento de profunda satisfacción cada vez que recordaba su vida: estaba convencida de que su voluntad no había dejado de influir sobre su destino y que su éxito era indudablemente obra suya.

A distancia, sorprendida como si se tratara de otra, admiraba aquella tozudez que había puesto desde la infancia en escapar de los bajos fondos: una especie de instinto,

semejante al del nadador que se hunde y al que todos sus reflejos lo estimulan a volver a la superficie. Era para subir mejor para lo que se había reservado celosamente, durante aquellos largos años de adolescencia casta entre su hermano mayor y su padre viudo. El domingo, mientras que el padre, oficial de fontanero, jugaba a los bolos en las fortificaciones, Anne y su hermano se iban a pasear por el bosque de Vincennes con los amigos. Una tarde, al volver de un paseo, un joven electricista, compañero de su hermano, había querido besarla. Anne tenía ya diecisiete años y el muchacho le gustaba. Pero lo había abofeteado y había vuelto sola a casa; a partir de entonces, nunca había consentido en volver a salir con su hermano. Los domingos se quedaba en casa, cosiendo. Tenía gusto para las telas y los vestidos. Una mercera de la vecindad, que había conocido a su madre, la había tomado como dependienta; pero resultaba muy triste aquella tienda de barrio, en la que no entraba sino una clientela pobre... Afortunadamente, había tenido la suerte de encontrar una colocación como dependienta en la sucursal que los «Bazares del siglo xx» acababan de abrir en Vincennes, en la plaza de la Iglesia. Andar con piezas de terciopelo, de seda; tratar con todas aquellas personas que iban y venían; sentirse asediada por la concupiscencia de los dependientes, de los jefes de sección, sin condescender nunca sino a una sonrisa de camaradería, y volver a casa formalmente por la tarde, para preparar la cena familiar; tal había sido su vida durante dos años y, en resumidas cuentas, guardaba buen recuerdo de ella. Pero, a partir de la muerte del padre, había huido de las afueras y obtenido una plaza magnífica, en pleno corazón de París, en la casa matriz que en la avenida de la Opera el viejo Goupillot todavía dirigía personalmente hasta cierto punto. Y entonces fue cuando tuvo que obrar con prudencia, hasta el matrimonio... «¡Obrar con prudencia!» Ésta hubiera podido ser su divisa... Incluso ahora... ¿No había sido ella quien, desde su primer encuentro con Antoine, le había envuelto en sus redes, venciendo su resistencia y conquistándole con paciencia? Y él ni siquiera se lo sospechaba, porque Anne era lo bastante astuta para halagar la vanidad del macho y dejarle la ilusión de la iniciativa. Demasiado buena jugadora, por otra parte, para preferir el gozo vanidoso de ostentar su poder a la satisfacción verdaderamente real de ejercerlo en secreto, con todas las armas de una debilidad aparente...

Su ensimismamiento la había llevado hasta el piso de soltero. Se había acalorado con el ejercicio. El silencio, la frescura de la casa, que estaba cerrada, le parecieron exquisitos. De pie, en medio de la habitación, dejó caer apresuradamente toda la ropa que llevaba puesta y corrió al cuarto de baño para dejar correr el agua en la bañera.

Sintió un verdadero placer en sentirse desnuda entre estos espejos, estos cristales esmerilados, cuya luz de astro muerto daban más brillo a su carne. Inclineda sobre los grifos, de los que brotaba el agua tumultuosamente, paseaba complacida la palma de la mano por sus caderas morenas, todavía estrechas; por los pechos, que empezaban a henchirse demasiado. Luego, sin esperar a que la bañera estuviera llena, metió los pies. El agua estaba apenas templada. Se metió en ella con un estremecimiento de

placer.

Una toalla de baño, blanca con rayas azules, que colgaba de la pared, la hizo sonreír. Antoine se había envuelto en ella de una manera grotesca, unas tardes antes, para merendar. Y, repentinamente, recordó una escena trivial que había tenido lugar entre ellos aquella misma tarde: a una pregunta que hizo a Antoine acerca de su vida de joven, de sus relaciones con Rachel, él le había dicho, medio en serio y medio en broma: «¡Yo te lo cuento todo; yo no te oculto nada de mi pasado!»

Efectivamente, Anne le hablaba muy poco de sí misma. Al principio de sus relaciones, inclinado sobre sus ojos, Antoine había dicho una tarde: «¡... tu mirada de mujer fatal!» Nada le había causado tanto placer. No lo había olvidado nunca. Para proteger mejor este prestigio, se había dedicado deliberadamente a rodear de misterio su pasado. ¿Tal vez era una torpeza? ¿Quién sabía si, bajo la mujer fatal, a Antoine le hubiera gustado encontrar a la modistilla? Se prometió reflexionar acerca de ello. El remedio era fácil: su vida de antaño era lo bastante rica para que, sin necesidad de inventar ni de mentir, pudiera encontrar en ella elementos suficientes: los recuerdos de la joven dependienta sentimental que había sido durante algunos días de su juventud...

Antoine... En cuanto pensaba en él, lo hacía con deseo. Lo amaba tal y como era, por su seguridad, por su fuerza —y bien que conocía él esta fuerza—. Lo amaba por su ardor amoroso, un poco brutal, hasta cierto punto demasiado desprovisto de ternura... Tal vez, una hora después, ya estaría allí...

Estiró las piernas, volvió la cabeza y cerró los ojos. Su cansancio se diluía como el polvo en el agua. Un bienestar animal la aletargaba. Encima de ella, toda la casa, desierta, permanecía silenciosa. Ningún otro ruido que el ronquido del perro, tumbado sobre los frescos baldosines; el lejano martilleo de unos patines de ruedas sobre el asfalto de un patio vecino, y la modulación de una gota de agua que, de segundo en segundo, caía del grifo con un sonido cristalino.

## XIV

JACQUES, parado en la esquina de la calle de la Universidad, contemplaba su casa natal. Cubierta por el andamiaje, estaba desconocida.

«Es cierto —pensaba—. Antoine proyectaba toda clase de reformas...»

Desde la muerte de su padre había estado dos veces en París, pero sin venir a su antiguo barrio, sin siquiera comunicar el viaje a su hermano. Éste le había escrito afectuosamente varias veces en el curso del invierno. Jacques, por su parte, se había limitado a enviarle unas cordiales y lacónicas tarjetas postales. Ni siquiera había hecho excepción para contestar a una larga carta de negocios relativa a la herencia; en cinco renglones había expresado su negativa categórica, y apenas motivada, de entrar en posesión de su parte de herencia y le rogaba a su hermano que no volviera a hablarle de «todo aquello».

Estaba en Francia desde el martes anterior. (Al día siguiente de la reunión con Böhm, Meynestrel le había dicho: «Vete a París. Es posible que te necesite allí en estos días. De momento no puedo concretar nada. Aprovecha para pulsar el ambiente, para ver de cerca lo que sucede; entérate de cómo reaccionan los medios izquierdistas franceses; especialmente el grupo de Jaurès, esos señores de *l'Humanité*... Si el domingo o el lunes no has recibido noticias mías, puedes volverte. A menos que creas poder ser útil allí.») Durante estos días no había tenido tiempo —o valor— para venir a ver a Antoine. Pero los acontecimientos le parecían adquirir tanta gravedad de día en día que había decidido no volver a marcharse sin haber hablado con su hermano.

Con la vista fija en el segundo piso, en el que se alineaban las persianas nuevas, trataba de encontrar «su» ventana, la de su habitación de niño... Todavía estaba a tiempo de dar media vuelta. Vaciló. Finalmente, atravesó la calle y entró en el portal.

Ya no conocía nada; en la escalera, paredes de estuco y grandes cristaleras reemplazaban al oscuro dibujo de los flores de lis, a las balaustradas torneadas, a las vidrieras medievales de antaño. Lo único que no había cambiado era el ascensor. Seguía haciendo el mismo chasquido breve, luego el rechinar de cadenas y ese rugido untuoso que precedía a la puesta en marcha, que Jacques no podía oír nunca, cuando volvía a casa, sin sentir una opresión en el corazón, sin volver a revivir repentinamente uno de los momentos más crueles de su infancia humillada: la vuelta a la casa paterna, después de su escapatoria...

Aquí había sido, sólo aquí, en esta cabina estrecha a la que Antoine le había empujado, donde el fugitivo se había sentido verdaderamente atrapado, impotente... Su padre, el reformatorio... Y, ahora, en el presente de su vida, Ginebra, la Internacional... La guerra, tal vez...

—Buenas tardes, León. ¡Parece que hay modificaciones!... ¿Está mi hermano?

En lugar de contestar, León miraba con expresión de sorpresa a este aparecido. Por último, guiñando los ojos, dijo:

—¿El doctor? No... Es decir, sí... ¡Para el señorito Jacques, con toda seguridad! ... Pero está abajo, en las oficinas... El señorito Jacques tendrá que bajar un piso... La puerta está abierta, el señorito no tendrá nada más que entrar.

En el rellano del piso primero, Jacques leyó en una placa de cobre: «Laboratorios A. Oscar-Thibault.»

«¿Toda la casa, entonces?... —pensó Jacques—. ¡Y se ha anexionado hasta el nombre de *Oscar!*»

La puerta se abría desde el exterior con un picaporte niquelado. Jacques se encontró en un vestíbulo al que daban tres puertas iguales. Detrás de una de ellas se oían voces. ¿Recibía clientes Antoine un domingo por la tarde? Jacques, perplejo, dio algunos pasos.

—... testimonios biométricos...; investigaciones en los grupos escolares...

No era Antoine el que hablaba. Pero, de repente, reconoció la voz de su hermano:

—Primer punto: acumular *tests*... Clasificarlos... Dentro de algunos meses, cualquier neurólogo, cualquier especialista de patología infantil, cualquier educador, incluso, debe poder encontrar aquí, en nuestras estadísticas...

Sí; éste sí que era Antoine: su oratoria cortante y como satisfecha, un poco burlona en las terminaciones.

«Más tarde —se dijo Jacques—, tendrá toda la voz de padre.»

Permaneció inmóvil durante un minuto, sin escuchar, con los ojos fijos en el linóleo nuevo que cubría el suelo. Otra vez le asaltó la tentación de marcharse. Pero León lo había visto... Por otra parte, puesto que había venido hasta aquí... Se encogió de hombros y, como una persona mayor que no vacila en interrumpir el juego de los niños, se acercó a la puerta y llamó con un golpe seco.

Antoine, interrumpido, se había levantado. Se acercó a la puerta y la entreabrió con expresión arisca:

—¿Quién es...? ¿Cómo? ¡Tú! —exclamó, repentinamente alegre.

También Jacques sonreía, invadido de pronto por una de aquellas olas de ternura fraternal que le acometían, a pesar de todo, cada vez que se encontraba con Antoine en carne y hueso, con su rostro enérgico, su frente despejada, su boca...

—Entra de una vez —dijo Antoine. No apartaba la mirada de su hermano. ¡Jacques estaba aquí! ¡Jacques estaba aquí, de pie, con su mechón rubio, con aquella sonrisa de medio lado que resucitaba su carita de niño!...

Tres hombres, con las blusas blancas desabrochadas, las caras sudorosas, despechugados, estaban sentados delante de una enorme mesa en la que los vasos, los limones y un cacharro con hielo se mezclaban con los papeles y los gráficos desplegados.

—Es mi hermano —anunció Antoine, riendo de satisfacción. Y, señalando a Jacques, presentó a los tres hombres, que se habían levantado—: Isaac Studler... René Jouselin... Manuel Roy...

—¿Molesto? —balbuceó Jacques.

—¡Sí! —dijo Antoine. Miró alegremente a sus colaboradores—. ¿No es cierto? Imposible disimular que el muy animal nos molesta... ¡Mejor! Es un caso de fuerza mayor... Siéntate.

Jacques, sin contestar, examinaba la amplia estancia, totalmente cubierta de estanterías en las que se alineaban unas cajas numeradas, completamente nuevas.

—¿Te preguntas dónde estás? —dijo Antoine, gozoso por la sorpresa de su hermano—. Estás en la «Sala de archivo», pura y simplemente... ¿Quieres tomar algo fresco? ¿Whisky? ¿No?... Roy te preparará una limonada —decretó, dirigiéndose al más joven de los tres hombres: un rostro despejado de estudiante parisiense, iluminado por una mirada despierta, una mirada de buen alumno.

Mientras que Roy exprimía un limón sobre el hielo picado, Antoine se había vuelto hacia Studler:

—Seguiremos con todo esto el domingo que viene, muchacho.

Studler era sensiblemente de más edad que los otros, y parecía incluso mayor que Antoine. El nombre de Isaac iba bien con su perfil, con su barba de emir, con sus ojos febriles de mago oriental. Jacques tuvo la impresión de haberlo visto ya antes, cuando los dos hermanos vivían juntos.

—Jousselin recogerá los papeles... —proseguía Antoine—. De todas formas, ya no podemos empezar nada seguido antes del primero de agosto, antes de mis vacaciones en el hospital...

Jacques escuchaba. Agosto... Las vacaciones... Indudablemente, algo de su extrañeza se reflejó en su expresión, puesto que Antoine, que le miraba, se creyó obligado a explicar:

—Sí; nos hemos puesto de acuerdo los cuatro para no tomarnos vacaciones este año... En vista de las circunstancias...

—Lo comprendo —aprobó Jacques, con aire formal.

—Date cuenta de que no hace sino tres semanas que han terminado las obras en la casa: todavía no funciona ninguno de nuestros nuevos servicios. Por otra parte, con el hospital y la clientela no hubiera tenido tiempo tampoco de poner esto en marcha. Pero con estos dos meses de tranquilidad que vamos a tener hasta que empiece el curso...

Jacques le miró, sorprendido. Evidentemente, una persona que hablaba así no había percibido en las pulsaciones del mundo nada que pudiera quebrantar la seguridad de su trabajo, su confianza en el mañana.

—¿Te extraña? —prosiguió Antoine—. Es que no tienes ni idea de lo que nos proponemos. Tenemos unas ambiciones... ¡magníficas! ¿No es verdad, Studler?... Ya te lo contaré... Ni qué decir tiene que cenarás conmigo. Tómate la limonada tranquilamente. Después te lo enseñaré todo. Verás toda nuestra nueva instalación... Y luego subiremos para charlar.

«Sigue siendo el mismo —se decía Jacques—. Siempre tiene que ser él quien organice, quien dirija el movimiento...» Dócilmente, bebió su limonada y se levantó.

Antoine ya estaba de pie.

—En primer lugar, bajaremos a los laboratorios —dijo.

Hasta la muerte del señor Thibault, Antoine había hecho la vida normal de un médico joven con aspiraciones. Había ido ganando sus concursos, uno a uno; había ingresado en el Servicio central y, mientras esperaba una plaza de médico titular en la Beneficencia, había seguido haciendo clientela.

Bruscamente, la herencia paterna lo había investido de un poder inesperado: el del dinero. Por otra parte, no era hombre que desperdiciara esta circunstancia afortunada.

No tenía ninguna obligación, ningún vicio costoso. Una sola pasión: el trabajo. Una sola ambición: llegar a ser un maestro. El hospital, la clientela, no eran a sus ojos sino un ejercicio. Lo que importaba eran sus investigaciones personales de patología infantil. Así, pues, desde el mismo día en que se había sentido rico, su vitalidad, ya poderosa, se había encontrado repentinamente decuplicada. Ya no tuvo sino un pensamiento: consagrar su fortuna a acelerar su ascensión profesional.

Su plan estuvo a punto rápidamente. Lo primero, asegurarse las facilidades de tipo material mediante una organización perfecta: laboratorios, biblioteca, un grupo escogido de ayudantes. Con dinero, todo se hacía posible y asequible. Incluso comprar la inteligencia y el entusiasmo de algunos médicos jóvenes, sin recursos, a los cuales facilitaría el bienestar material y cuya capacidad utilizaría para adelantar en sus investigaciones e iniciar otras... Inmediatamente había pensado en el amigo del doctor Héquet, su antiguo compañero Studler, apodado «el Califa», cuyo espíritu de organización, probidad intelectual y amor al trabajo conocía desde hacía mucho tiempo. Luego, había vuelto los ojos hacia dos jóvenes: Manuel Roy, un externo que había tenido algunos años en su servicio, y Rene Jouselin, un químico que ya había llamado la atención por sus importantes estudios en relación con los sueros.

En pocos meses, bajo la dirección de un arquitecto emprendedor, la casa paterna se había metamorfoseado. El antiguo piso de la planta baja, unido ahora al primero por una escalera interior, había sido transformado en laboratorios provistos de todos los adelantos modernos. Nada se había descuidado. Tan pronto como surgía alguna dificultad de ejecución, Antoine llevaba la mano maquinalmente al bolsillo donde guardaba el talonario de cheques: «Hágame un presupuesto.» El gasto le importaba poco. Le preocupaba muy poco el dinero y mucho el éxito de sus proyectos. Su notario y su agente de bolsa se asustaban de verle gastar con tanta rapidez esta fortuna, lentamente adquirida y administrada prudentemente por dos generaciones de burgueses. Pero no tenía remedio, hacía vender paquetes de títulos y se reía de las tímidas advertencias de sus hombres de negocios. Por otra parte, Antoine también tenía sus planes financieros. Lo que quedara de su fortuna, después de estas copiosas sangrías, tenía intención de colocarlo en valores extranjeros, y especialmente en minas rusas, de acuerdo con los consejos de su amigo Rumelles, el diplomático. Pensaba que, de esta forma, incluso con un capital bastante recortado, podría

procurarse unos ingresos no muy inferiores, según sus cálculos, a los obtenidos antes por el señor Thibault —fiel éste a los valores «seguros», pero de muy poco rendimiento— de la fortuna intacta.

La inspección detenida de la planta baja duró casi media hora. Antoine no perdonaba nada al visitante... Lo arrastró incluso a las antiguas bodegas, que componían ahora un espacioso sótano blanqueado con cal: Jouselin acababa de instalar en él, pocos días antes, un oloroso criadero en el que las ratas, los ratones y los cobayas estaban junto a un acuario para las ranas. Antoine estaba contento. Reía con aquellas carcajadas francas y espontáneas, joviales, que Rachel había liberado para siempre.

«El niño rico que enseña sus juguetes», pensó Jacques.

En el primer piso estaban los despachos de los tres colaboradores, la sala reservada para archivo y la biblioteca, así como un pequeño quirófano.

—Con esto, ya se puede empezar a trabajar —explicó Antoine, en tono grave y satisfecho, mientras subían al segundo piso—. Treinta y tres años... ¡Ya va siendo hora de que ponga manos a la obra seriamente, si quiero dejar algo perdurable tras de mí!... Mira —prosiguió, deteniéndose y volviéndose hacia Jacques, con aquella brusquedad un poco forzada que le gustaba aparentar, especialmente con su hermano—: siempre se puede hacer más de lo que se cree. Cuando se «quiere» una cosa, una cosa realizable, se comprende..., y, por otra parte, yo no quiero nunca más que cosas realizables...; ¡cuando verdaderamente «se quiere» una cosa!... —No terminó la frase, sonrió complacido y prosiguió su camino.

—¿Cómo vas con tus oposiciones? —preguntó Jacques, por decir algo.

—Este invierno he hecho la de asistencia pública. Falta la de auxiliar de cátedra, ¡porque también hay que pensar en llegar algún día a ser catedrático!... Mira —prosiguió—, ser un buen médico de niños, como Philip, está bien, pero ya no me bastaría: no podría darme la oportunidad de sacar todo el partido posible de mis facultades... La medicina de nuestra época dará su paso decisivo en el terreno psíquico... Y quiero estar presente, ¿comprendes? ¡No quiero que ese paso se dé sin mí! No ha sido por casualidad por lo que en la preparación de las oposiciones me he ocupado tanto en materia de «retrasados mentales»... La psicología de la infancia, a mi modo de ver, no está sino en sus principios. Éste es el momento oportuno... Así, pues, para el año que viene quisiera completar mi documentación acerca de las relaciones entre la función respiratoria de los niños y su actividad cerebral... —Se volvió. En su rostro apareció repentinamente la expresión del gran hombre, al que su sabiduría separa de la ignorancia de los simples mortales. Antes de meter la llave en la cerradura, fijó en su hermano una mirada profunda—: ¡Cuántas cosas hay por hacer en ese terreno!... —dijo lentamente—. ¡Cuántas cosas por desentrañar!...

Jacques callaba. Pocas veces le había exasperado tanto esa seguridad que Antoine parecía tener ante la vida. Ante esta treintena de años, demasiado bien aceptada y que tan segura parecía de lograr sus propósitos, sentía, con una especie de angustia, la



inestabilidad de su propio equilibrio y, más aún, la amenaza de tormenta que pesaba sobre el mundo.

Con esta predisposición hostil, la visita a la casa se le hizo especialmente desagradable. Antoine se paseaba a través de esta instalación lujosa, dándose importancia como un gallo en su corral. Había hecho quitar casi todos los tabiques y modificar por completo la distribución. El mobiliario, aunque falto de sencillez, estaba bastante conseguido. Altos biombos de laca dividían las dos salas de espera en reducidos compartimientos, en los que se aislaba a los clientes; y esta innovación del arquitecto, de la que Antoine se mostraba muy orgulloso, daba al conjunto el aspecto de una exposición decorativa. Antoine afirmaba, no obstante, que personalmente daba muy poca importancia a esta fastuosidad exterior. «Pero —explicaba—, esto permite seleccionar la clientela, ¿comprendes?; reducirla y dedicar el tiempo a trabajar.»

El cuarto de baño era una maravilla de ingenio y de comodidad. Mientras se quitaba la bata, Antoine abría con complacencia las puertas barnizadas de los armarios.

—Todo está al alcance de la mano: esto ahorra tiempo —repetía.

Se había puesto un batín. Jacques observó que su hermano vestía con más esmero que antes. Nada llamativo, pero el batín negro era de seda; la camisa blanca, de fina batista. Esta elegancia discreta le sentaba bien. Parecía rejuvenecido, más ágil, sin haber perdido nada de su robustez.

«¡Qué a gusto parece encontrarse en su lujo! —pensaba Jacques—. La vanidad de padre... ¡La vanidad aristocrática del burgués!... ¡Qué casta!... Se diría, a fe mía, que consideran como una superioridad no solamente su fortuna, sino su costumbre de vivir bien, su afición a la comodidad, a la *calidad*. ¡Esto llega a convertirse para ellos en un mérito personal! ¡Un mérito que les procura ciertos derechos sociales! ¡Y encuentran perfectamente justificada esta *consideración* de que gozan! ¡Justificadas, también, su autoridad y la servidumbre de los demás! ¡Así es; les parece completamente natural el hecho de *tener*! ¡Y encuentran perfectamente natural que lo que ellos tienen sea inatacable, esté protegido por las leyes contra la envidia de los que nada tienen! ¡Generosos, ni qué decir tiene! Máxime cuando esta generosidad es un lujo más: una generosidad que forma parte de los gastos superfinos...» Y Jacques evocaba la vida precaria de sus amigos suizos, los cuales, privados de lo superfluo, compartían lo necesario, y cuya ayuda mutua representaba siempre el riesgo de carecer de lo indispensable.

Sin embargo, delante de la bañera, que era amplia como una piscina en miniatura y brillante por todos lados, no pudo contener un puntillo de envidia. ¡Estaba tan mal instalado en su habitación de tres francos!... Con este calor, un baño le hubiera parecido delicioso.

—Y aquí está mi despacho —dijo Antoine, abriendo una puerta.

Jacques entró y se acercó a la ventana.

—¡Pero si éste es el antiguo salón! ¿No es así?

Efectivamente: el viejo salón, en el que durante treinta y cinco años seguidos el señor Thibault había dictado las leyes de la casa en una solemne penumbra, entre los visillos con dosel y las pesadas cortinas, había sido transformado, gracias a un alarde del arquitecto, en una habitación moderna, clara y sencilla, sería sin severidad, que inundaba ahora la claridad de las tres ventanas, desprovistas de sus cristaleras góticas.

Antoine no contestó. Había distinguido sobre la mesa del despacho el sobre de Anne, y sorprendido, puesto que la suponía en Berck, se apresuraba a abrirlo. En cuanto hubo leído la nota frunció el ceño. Se imaginaba a Anne en el ambiente familiar de su pisito, con la bata de seda blanca entreabierta... Maquinalmente dirigió una mirada al reloj y se guardó el papel en el bolsillo. Las cosas se ponían mal... ¡Qué le iba a hacer! Para una vez que podía pasar la velada con su hermano...

—¿Cómo? —dijo, sin haber oído—. Nunca trabajo aquí... Esto es para la consulta... Yo sigo con mi antigua habitación... Ven.

Desde el fondo del pasillo, León salía a su encuentro.

—¿El señor ha encontrado la carta?

—Sí... Tráiganos algo de beber, por favor. A mi despacho.

Este despacho era uno de los pocos rincones de la casa en que se reflejaba un poco de vida. A decir verdad, se apreciaba menos el trabajo que una actividad múltiple y desordenada; pero este desorden se le hizo simpático a Jacques. Un montón de papelajos, de fichas, de carnets, de recortes de revistas, ocupaba toda la mesa, dejando apenas sitio para escribir: las estanterías estaban atestadas de libros manoseados, de revistas marcadas con señales, de montones de fotografías, de frascos y de muestras farmacéuticas.

—Bueno, ahora vamos a sentarnos —dijo Antoine, llevando a Jacques hacia un acogedor sillón de cuero. Por su parte, se tumbó en el sofá, entre los almohadones. (Siempre le había gustado tumbarse para hablar. «De pie o acostado —decía—; la posición sedente es para los funcionarios.») Vio la mirada de Jacques recorrer la estancia y detenerse durante un segundo en el Buda que adornaba la chimenea.

—Es muy bonito, ¿verdad? Es una pieza del siglo once, que procede de la colección Ramsy.

Dirigió a su hermano una mirada cariñosa, que repentinamente se hizo inquisitiva.

—Ahora, hablemos de ti. ¿Un cigarrillo? ¿Qué te trae a Francia? ¿Apuesto a que un reportaje con motivo del proceso de Caillaux?

Jacques no contestó. Contemplaba obstinadamente al Buda, cuyas facciones resplandecían de serenidad solitaria en el fondo de la gran hoja de loto de oro, recogida como una concha. Luego dirigió a su hermano una mirada fija, en la que había una especie de temor. Sus facciones tomaron una expresión tan grave que Antoine se sintió preocupado; supuso inmediatamente que un nuevo drama destrozaba la vida de su hermano.

León entró con una bandeja que dejó junto al diván.

—No me has contestado —prosiguió Antoine—. ¿Cómo es que estás en París?

¿Estás para mucho tiempo?... ¿Qué quieres tomar? Yo sigo fiel a mi té frío...

Jacques, con un gesto irritado, rechazó la invitación:

—Pero Antoine —murmuró, después de un momento de silencio—, ¿es posible que no tengáis aquí ni la menor sospecha de lo que se prepara?

Antoine, inclinado sobre el borde del sofá, sostenía con ambas manos el vaso que acababa de llenar y, antes de mojar los labios, aspiraba con delectación el aroma del té, ligeramente perfumado de limón y de ron. Jacques no veía sino la parte superior del rostro, la mirada en la que flotaba una especie de distraída indiferencia. (Antoine pensaba en Anne, que le esperaba; de cualquier forma, tenía que avisarle por teléfono, antes de que pasara demasiado tiempo...)

Jacques estuvo a punto de levantarse y marcharse, sin más explicaciones.

—¿Y qué es lo que se prepara? —murmuró Antoine, sin cambiar de postura. Luego, como a pesar suyo, volvió los ojos hacia su hermano.

Ambos se miraron en silencio durante un instante.

—La guerra —articuló Jacques, con voz ronca.

El timbre del teléfono sonó bastante lejos, en el vestíbulo.

—¿Ah, sí? —dijo Antoine, cerrando los ojos a causa del humo de su cigarrillo—. ¿Otra vez esos condenados Balcanes?

Todas las mañanas leía un periódico informativo y sabía, de una manera imprecisa, que en aquel momento había una de esas incomprensibles «tensiones diplomáticas» que ocupaban periódicamente a las cancillerías de la Europa central.

Sonrió.

—Se debiera establecer un cordón sanitario alrededor de los pueblos balcánicos, y dejarles que se degüellen mutuamente hasta su extinción total.

León entreabría la puerta:

—*Llaman* al señor por teléfono —anunció en tono misterioso.

«*Llaman*, luego es Anne», se dijo Antoine. Y, aunque tuviera aparato en la habitación, al alcance de su mano, se levantó para ir al gabinete.

Durante un minuto entero, Jacques tuvo la mirada fija en la puerta por la que acababa de salir su hermano. Luego, bruscamente, como si pronunciara un veredicto inapelable, se dijo: «Entre él y yo, el abismo es infranqueable.» (Había momentos en que experimentaba una satisfacción malsana en comprobar que el abismo era «infranqueable».)

En su gabinete, Antoine descolgaba apresuradamente el receptor.

—Oiga... ¿Es usted? —dijo una voz de contralto, dulce y cariñosa, cuyo temblor aumentaba la resonancia del micrófono.

Antoine sonrió a través del espacio.

—Llegas a tiempo, querida... Te iba a llamar yo... Estoy desesperado. Acaba de llegar Jacques...; Jacques, mi hermano... Viene de Ginebra... Pues sí, inesperadamente... Esta misma tarde, hace un momento... Entonces, naturalmente...

¿Desde dónde llamas?

La voz contestó cariñosamente:

—Pues desde nuestro nido, Tony... Te esperaba...

—Tienes que perdonarme, querida... ¿Te haces cargo, verdad?... No tengo más remedio que quedarme con él...

Como la voz no le contestara, llamó:

—Anne...

La voz seguía callada.

—¡Anne! —volvió a repetir.

De pie ante la lujosa mesa de despacho, con la cabeza inclinada sobre el receptor, paseaba por la alfombra corinto, por la parte baja de las librerías y los pies de los muebles, una mirada ausente e inquieta.

—Sí —murmuró por fin la voz. Se produjo un nuevo silencio—. ¿Y..., y se quedará hasta muy tarde?...

El tono era tan quejumbroso que Antoine se sintió conmovido.

—No lo creo —dijo—. ¿Por qué?

—Pero, Tony, ¿crees que tendría fuerzas para volver a casa esta noche, sin haber estado contigo... ni un poquito? ¡Si vieras cómo te estoy esperando!... Todo está preparado... Hasta la merienda...

Antoine se echó a reír. Anne también se esforzó por hacerlo:

—¿Ves? La merienda...: el velador delante de la ventana... La ensaladera verde, la grande, llena de fresas... para ti... —Después de una pausa, prosiguió en un tono rápido, gutural—: Escucha, Tony mío, ¿es verdad? ¿No puedes venir en seguida, ahora mismo, aunque no sea nada más que una hora?...

—No, cariño, no... Imposible antes de las once o las doce... Sé razonable...

—¿Ni un momento?

—¿Es que no te das cuenta?...

—Sí; sí me la doy —interrumpió ella rápidamente, con tristeza—. No hay nada que hacer... ¡Cuánto lo siento!... —Un nuevo silencio y luego una tosecilla—. Entonces, escucha, está bien..., te esperaré —continuó Anne, con un suspiro de resignación, en el que Antoine sintió todo el esfuerzo de la aceptación.

—Hasta la noche, querida...

—Sí... ¡Escucha!

—¿Qué?

—No, nada...

—¡Hasta luego!

—¡Hasta luego, Tony!

Antoine siguió escuchando durante algunos segundos. Al otro lado del hilo, con el aparato pegado al oído, Anne tampoco se decidía a colgar. Entonces, después de mirar furtivamente a su alrededor, Antoine posó los labios sobre el aparato e hizo el ruido de un beso. Luego colgó, sonriente.

## XV

CUANDO Antoine volvió a aparecer, Jacques, que no se había movido de su sillón, se sintió conmovido al notar en la cara de su hermano un reflejo insólito, las huellas de una emoción cuyo carácter, íntimo y amoroso, percibió confusamente. Decididamente, Antoine había cambiado.

—Te ruego me disculpes... Con el teléfono, nunca se está tranquilo...

Se acercó a la mesita baja, sobre la que había dejado el vaso, bebió algunos sorbos y volvió a tumbarse en el sofá:

—¿De qué estábamos hablando? ¡Ah, sí! Me decías que la guerra...

Nunca había tenido tiempo para interesarse por la política; ni ganas. La disciplina científica le había acostumbrado a pensar que en el mundo actual, al igual que en el de la vida orgánica, todo es problema, y problema difícil; que en todos los terrenos la búsqueda de la verdad exige aplicación, estudio, competencia. Por consiguiente, consideraba la política como un campo de acción ajeno al suyo. A esta reserva razonada se añadía una repugnancia instintiva. Demasiados escándalos, de una punta a otra de la historia de los Estados, le habían persuadido de que una especie de inmoralidad brotaba naturalmente del ejercicio del poder; o, al menos, que unos ciertos principios de honestidad, que él, un médico, consideraba como primordiales, no eran lo normal ni tan siquiera necesarios en el terreno de la política. Así, pues, seguía con una indiferencia llena de desconfianza la marcha de los asuntos públicos, sin poner más pasión de la que sentía al ver funcionar el servicio de Correos o el de Obras Públicas. Y si, en una conversación intrascendente —en casa de su amigo Rumelles, por ejemplo—, se daba la circunstancia de que como todo el mundo, aventurara una opinión acerca de la conducta de un ministro, lo hacía siempre desde un punto de vista preciso, voluntariamente simplista: de la misma forma que un viajero de autobús, para alabar o criticar al chofer, se preocupa únicamente de su habilidad para manejar.

Ahora bien: puesto que Jacques parecía tener interés en iniciar la conversación con un cambio de generalidades acerca de la política europea, no hizo la menor objeción. Así, pues, para romper el silencio de Jacques, prosiguió con una buena voluntad verdaderamente sincera:

—¿Entonces, tú crees de verdad que se está incubando una nueva guerra en los Balcanes?

Jacques miraba a su hermano con fijeza.

—¿Pero es posible que en París no tengáis todavía ni la menor noticia de lo que está sucediendo desde hace tres semanas? ¿De todos esos presagios que se van acumulando?... Ya no se trata de una pequeña guerra en los Balcanes: ¡esta vez es Europa entera la que va a la guerra! ¡Y aquí seguís tan tranquilos, sin sospechar nada!

—¡Bah!..., ¡bah!... —dijo Antoine, escéptico.

¿Por qué pensó repentinamente en el gendarme que había venido aquel invierno, una mañana temprano, cuando él se iba al hospital a cambiar la orden de movilización de su cartilla militar? Recordó que ni siquiera había tenido la curiosidad de ver cuál era su nuevo destino. Una vez que se hubo marchado el gendarme, había arrojado la cartilla en un cajón y ya no se acordaba ni siquiera dónde...

—No parece darte cuenta, Antoine... Hemos llegado a un momento en que, si todos hacen como tú, si todos dejan que las cosas se arreglen solas, la catástrofe es inevitable... A estas alturas ya, bastaría para desencadenarla una insignificancia, un simple disparo en la frontera austro-servia...

Antoine no decía nada. Acababa de recibir un ligero choque. Una oleada de calor le subió a la cara. Estas palabras parecían herirle repentinamente en un lugar vulnerable que hasta entonces ninguna sensibilidad especial le había permitido localizar. El también, como tantos otros en este verano de 1914, se sentía vagamente a merced de una fiebre colectiva, contagiosa —¿de orden cósmico, tal vez?—, que flotaba en el ambiente. Y, durante algunos segundos, sintió sin poderlo evitar la angustia de un presentimiento. Superó casi inmediatamente este malestar absurdo y, reaccionando al extremo opuesto, como siempre, se sintió inclinado a contradecir a su hermano, aunque en tono conciliador:

—Naturalmente que acerca de esto me encuentro mucho menos informado que tú... A pesar de todo, has de convenir conmigo que, en una civilización como la de Europa occidental, la eventualidad de un conflicto general es casi imposible de concebir. Antes de llegar a eso, en último extremo, ¡haría falta que se produjeran tales cambios de opinión!... Todo esto requeriría tiempo, meses, incluso años... durante los cuales surgirían otros problemas que despojarían de su virulencia a los de hoy...

Sonrió, tranquilizado por su propio razonamiento.

—Esas amenazas, ya sabes que no son nada nuevo. Ya hace doce años, cuando yo hacía el servicio militar en Ruán... Nunca faltan profetas de desgracias para predecir la guerra o la revolución... Y lo más curioso, por otra parte, es que los indicios en que estos pesimistas basan sus profecías son siempre exactos y a todas luces inquietantes. Solamente que, por una razón que no se había tenido en cuenta, o estimado en su justo valor, los hechos se encadenan de forma distinta a la prevista y las cosas se arreglan solas... Y la vida sigue tal cual... ¡Y también la paz!

Jacques, con la cabeza metida entre los hombros y el mechón de pelo cayéndole sobre la frente, escuchaba con impaciencia.

—Esta vez, Antoine, es extraordinariamente grave...

—¿El qué? ¿Esos embrollos entre Austria y Servia?

—Eso es el motivo, el incidente esperado, tal vez provocado... Pero hay además todo eso que está fermentando desde hace años entre los bastidores superarmados de Europa. Esta sociedad capitalista, que tú crees tan sólidamente anclada en la paz, navega a la deriva, completamente desgarrada por antagonismos secretos, feroces...

—¿Es que no ha sido siempre así?

—¡No! O más bien sí, tal vez... Pero...

—Sé perfectamente —interrumpió Antoine— que existe ese condenado militarismo prusiano que obliga a toda Europa a armarse hasta los dientes...

—¡No sólo prusiano! —exclamó Jacques—. ¡Todas las naciones tienen su militarismo, que se justifica invocando los intereses en juego!...

Antoine negaba con la cabeza:

—Intereses, sí, indudablemente —dijo—. Pero los intereses creados, por muy fuertes que sean, pueden incubarse indefinidamente sin provocar la guerra. Yo creo en la paz, y, sin embargo, creo también que la lucha es una condición esencial de la vida. ¡Afortunadamente, hoy en día existen para los pueblos otras formas de lucha que las matanzas por medio de las armas! ¡Esos procedimientos son buenos para los balcánicos!... Todos los gobiernos (me refiero, ni que decir tiene, a los de las grandes potencias), incluso en los países que tienen los mayores presupuestos para armamento, están de acuerdo en considerar la guerra como la peor de las eventualidades. No hago sino repetir lo que dicen en sus discursos los hombres de Estado responsables.

—¡Naturalmente! ¡De boquilla y dirigiéndose a las masas, todos abogan por la paz! Pero la mayoría de ellos tienen todavía la convicción de que la guerra es una necesidad política, periódicamente inevitable, de la que, llegado el caso, habrá que tratar de sacar el mejor partido, el mayor «beneficio». Porque, siempre y en todos los casos, se encuentra la misma causa en el origen de todos los males: ¡el beneficio!

Antoine reflexionaba. Estuvo a punto de plantear una nueva objeción. Pero su hermano seguía hablando:

—Mira: actualmente, manejan las riendas de Europa media docena de grandes patriotas siniestros, los cuales, bajo la influencia nefasta de los Estados Mayores, llevan a sus países a la guerra. ¡Esto es lo que hay que tener en cuenta!... Unos, los más cínicos, saben perfectamente adónde van: desean la guerra, y la preparan como se prepara una mala acción, porque creen firmemente que en tal momento las circunstancias les serán favorables. Es el caso, perfectamente definido, de un Berchtold, en Austria. Es también el de un Iswolsky y un Sazonov, en Petersburgo... Los demás no digo que deseen la guerra: casi todos la temen. Pero se resignan a ella porque la consideran fatal. Y esta es la convicción más peligrosa que puede arraigar en el pensamiento de un hombre de Estado: ¡considerar que la guerra es inevitable! Éstos, en lugar de hacer todo lo posible por evitar la guerra, no piensan sino en una cosa: aumentar a toda costa, por si acaso, sus posibilidades de victoria. Y toda la actividad que hubieran podido desplegar en defender la paz, la emplean, igual que los otros, en preparar la guerra. Éste es, indudablemente, el caso del Kaiser y sus ministros... Tal vez sea también el del gobierno inglés... ¡Y con toda seguridad, en Francia, el caso de Poincaré!

Antoine se encogió de hombros bruscamente:

—Me hablas de Berchtold, Sazonov... No puedo contestarte, porque apenas si

conozco sus nombres... ¿Pero Poincaré?... ¡Estás loco!... En Francia, prescindiendo de algunos locos del tipo de Dérouléde, ¿quién es el que sueña todavía con glorias militares o desquites? ¡Francia, en todas sus fibras y en todas sus capas sociales, es esencialmente pacífica! Y si, por cualquier imponderable, Francia se encontrara envuelta alguna vez en una conflagración europea, una cosa es indudable: ¡que nadie podría acusar a Francia de haber hecho lo más mínimo para provocar, ni atribuirle la más pequeña responsabilidad!

Jacques se levantó de un salto:

—¿Pero es posible?... ¿Eso crees tú?... ¿Pero es posible?...

Antoine dirigió a su hermano aquella mirada firme y penetrante que acostumbraba a fijar en sus enfermos, y la cual siempre les procuraba una gran confianza, como si la vivacidad de la mirada fuera señal de un diagnóstico infalible.

Jacques, de pie, le miraba de arriba abajo:

—¡Eres de una ingenuidad desconcertante!... ¡Habría que analizar toda la historia de la República!... ¿Tú crees que se puede sostener de buena fe que nuestra política internacional, de cuarenta años a esta parte, es la de una nación pacífica, y que Francia tiene derecho, verdaderamente, a protestar contra los abusos de fuerza de los demás?... ¿Crees que nuestra voracidad colonial, y especialmente nuestros designios con respecto a África, no han contribuido sobremanera a exacerbar las apetencias de los demás? ¿Que no han dado a los demás un vergonzoso ejemplo de anexiones?

—¡Espacio! —dijo Antoine—. Nuestra penetración en Marruecos no ha tenido, que sepa, carácter ilegal. Ha sido pura y simplemente un mandato de todas las potencias europeas el que nos ha encargado, a nosotros y a los españoles, de pacificar Marruecos.

—Ese mandato lo hemos obtenido por la fuerza. Y las potencias que nos lo han concedido contaban con beneficiarse a su vez de este precedente. ¡Que es, por otra parte, lo que han hecho! ¿Crees, si no, que sin nuestra expedición a Marruecos, Italia se hubiera atrevido a lanzarse sobre Tripolitania, y Austria sobre Bosnia? ...

Antoine hizo un gesto de incredulidad, pero no conocía bastante la cuestión para contradecir a su hermano.

Por otra parte, Jacques estaba ya lanzado:

—¿Y nuestras alianzas? ¿Es para demostrar sus intenciones pacíficas por lo que Francia ha concluido un pacto militar con Rusia? ¡Se sabe perfectamente que si la Rusia de los zares se ha aliado con la Francia de la revolución ha sido con la esperanza de arrastrarnos, llegado el momento, en su juego contra Austria, contra Alemania! ¿Crees que un Delcassé, auxiliar de la diplomacia inglesa, ha realizado una labor pacifista al trabajar para el cerco de Alemania? Resultado: la efervescencia, el impulso, el aumento de fuerza del militarismo prusiano de que hablabas... Resultado: en toda Europa, esta superabundancia de preparativos bélicos, fortificaciones, construcciones navales, ferrocarriles estratégicos, etcétera... ¡En Francia, diez mil millones de créditos de guerra en los cuatro últimos años! ¡Y en



Alemania, ocho mil millones de francos! ¡En Rusia, un préstamo de seiscientos millones conseguido de Francia, para crear líneas de ferrocarriles que le permitan lanzar sus tropas contra el oeste de Alemania!

—¡Que le «permitirán»! —murmuró Antoine—. Tal vez algún día... Un día todavía muy lejano...

—De una punta a otra del continente hay una competencia de armamentos febril que arruina a todos los países, que les obliga a consagrar a los presupuestos de guerra todos esos millones que debieran servir para mejoras sociales... ¡Una carrera loca que conduce al abismo! Pero de la que nosotros, los franceses, somos en parte responsables. ¡Y seguimos adelante! ¿Ha sido para tranquilizar al mundo acerca de sus intenciones pacíficas, por lo que Francia ha puesto en el Eliseo a ese lorenés patriota, del cual todos los nacionalistas *trublions*<sup>[9]</sup> han hecho inmediatamente un símbolo ostentoso? ¿No ha sido su elección lo que ha despertado inmediatamente en nuestro país la algarabía de los partidarios del desquite? ¿No ha sido eso lo que ha alentado en Inglaterra la esperanza de los comerciantes ingleses, que tan contentos se pondrían de ver abatirse la competencia alemana? ¿No ha despertado en Rusia las apetencias de los imperialistas, que sueñan siempre con la anexión de Constantinopla?

Parecía tan poco dueño de sí que Antoine se echó a reír. Estaba firmemente resuelto a no acalorarse y conservar su buen humor. No quería que esta conversación fuera un ejercicio especulativo, una partida de damas en la que los peones fuesen hipótesis políticas.

Irónicamente señaló con el dedo el asiento que su hermano había abandonado:

—¡Pero vuelve a sentarte!...

Jacques le miró, irritado. Pero hundió las manos en los bolsillos y se dejó caer en su sillón.

—En Ginebra —prosiguió, después de una corta pausa—, mejor dicho, en el ambiente internacional en que yo vivo, las tonalidades se pierden, y las líneas generales de la política europea se ven con una especie de relieve. ¡Pues bien: allí, la evolución de Francia hacia la guerra salta a los ojos! ¡Y en esta evolución, a pesar de lo que tú creas, la elección de un Poincaré para la presidencia de la República señala una fecha decisiva!

Antoine seguía sonriendo:

—¡Siempre Poincaré! —dijo, de buen humor—. Ni qué decir tiene que solamente le conozco de oídas... En el Palais, donde son tan difíciles, se le respeta unánimemente... Y en el Quai d'Orsay, lo mismo: Rumelles, que ha formado parte de su gabinete, habla de él como de un hombre de corazón, un ministro escrupuloso y diligente, amigo del orden y enemigo de toda aventura. Me parece verdaderamente absurdo que un hombre así...

—¡Espera, espera!... —interrumpió Jacques. Sacó la mano del bolsillo y, con un gesto febril, puso varias veces en su sitio el rizo que siempre volvía a caerle sobre la

frente. Era visible que hacía un verdadero esfuerzo por dominarse. Permaneció algunos segundos con los ojos cerrados y volvió a abrirlos—. Hay tantas cosas que decir, que no sé por dónde empezar —confesó—. Poincaré... Hay que distinguir al hombre de su política. Pero, para comprender su política, hay que comprender al hombre... ¡Todo el hombre! Sin olvidar siquiera que, en este picapleitos combativo, hay también un oficial de cazadores de infantería, nervudo y fornido, que siempre ha mostrado afición a las cuestiones militares... «Amigo del orden... Hombre de corazón.» Creo que es exacto. Lealtad. Fidelidad. La fidelidad de las personas obstinadas. Se dice incluso que es bueno. Es posible. En la despedida de la mayor parte de sus cartas pone: «su seguro servidor», y no es solamente una fórmula: efectivamente, le gusta servir; siempre está dispuesto a combatir la injusticia y a deshacer entuertos.

—¡Pues todo eso resulta bastante simpático! —declaró Antoine.

—¡Espera! —repitió Jacques, con impaciencia—. El caso Poincaré, he tenido que estudiarlo bastante de cerca, a causa de un artículo que se ha publicado en *El Fanal*... Ante todo, es un orgulloso, que no se doblega nunca, que no cede jamás... ¡Inteligente, ni que decir tiene!... Una inteligencia razonadora, lógica, sin amplitud de miras, sin genio... ¡Tenaz hasta lo increíble!... Una comprensión rápida, pero un poco miope; una memoria excepcional, pero detallista... Todo esto hace de él un perfecto abogado, que es lo que es, en resumidas cuentas: más hábil para manejar las palabras que las ideas...

Antoine objetó:

—Si no fuera más que eso, ¿cómo se explicarían sus éxitos políticos?

—Por su capacidad de trabajo, que es prodigiosa. Y, además, por su competencia en cuestiones financieras, lo que es raro en el Parlamento.

—Y sin duda también, por su probidad. En ese ambiente, siempre causa extrañeza e infunde respeto...

—No obstante —prosiguió Jacques—, se adivina que él mismo se ha visto sorprendido por sus éxitos y que éstos han excitado poco a poco sus ambiciones. Porque se ha vuelto ambicioso. Se nota perfectamente, por mil indicios, que hoy no le disgustaría desempeñar un papel histórico. O, más bien, que no le disgustaría ser él quien hiciera desempeñar a Francia un papel histórico, quien procurara a Francia un nuevo prestigio, al cual iría unido su nombre... Lo más inquietante es su concepto del honor nacional: ese sentido religioso del patriotismo... Esto se explica, por otra parte, por su origen lorenés, por su juventud en un territorio que acaba de ser mutilado... Pertenece a una región y a una generación que han esperado durante años el desquite, la recuperación de las provincias perdidas...

—Lo admito —concedió Antoine—. Pero de eso a pretender que haya deseado el poder para hacer la guerra...

—Espera aún —prosiguió Jacques—. Déjame seguir... Indudablemente, hace dos años y medio, cuando ocupó la presidencia del Consejo (incluso hace dieciocho

meses, cuando fue exaltado al Elíseo), si alguien hubiera venido a decirle: «Usted quiere llevar a Francia a la guerra», hubiera saltado indignado, y de la mejor buena fe. Sin embargo, recuerda en qué condiciones llegó a convertirse en jefe del gobierno en enero de mil novecientos doce. ¿Para sustituir a quién? A Caillaux... Ahora bien: Caillaux acababa de evitarle a Francia la guerra con Alemania, e incluso había puesto los jalones para un acercamiento franco-alemán duradero. Por haber hecho esta política de concesión a la paz, fue derribado por los nacionalistas. Y si Poincaré ha podido ocupar su lugar, no quiero decir que haya sido porque quisiera hacer la guerra, pero sí porque se esperaba de él que adoptara con respecto a Alemania una actitud «nacional», es decir, claramente opuesta a aquella otra, demasiado conciliadora, de un Caillaux. La prueba está en que inmediatamente ha resucitado al viejo Delcassé, al hombre del «cerco», ¡para nombrarle embajador en Rusia!... Y un año después, cuando ha sido elegido presidente de la República, ¿a qué mayoría ha debido su elección? A esta burguesía capitalista que todavía piensa, como Joseph de Maistre, que la guerra es una necesidad biológica, perfectamente natural, lamentable pero periódicamente necesaria... Estos individuos, indudablemente, no moverían ni un solo dedo para provocar una guerra de desquite; sin embargo, es una hipótesis que les atrae: si se presentara la ocasión, aceptarían el riesgo. Nosotros hemos tenido oportunidad de ver muy de cerca, aquí, en las comidas de padre, a esos fósiles de la burguesía reaccionaria... Sin contar con que en todos los viejos partidos franceses de derechas, mejor o peor avenidos con la República, siempre subsiste una segunda intención: la de que una guerra afortunada procuraría al gobierno vencedor un poder dictatorial, capaz de detener en seco el ascenso socialista, e incluso de limpiar al país de su demagogia republicana. Acarician el sueño de una Francia militarizada, disciplinada; de una Francia triunfadora, superarmada, apoyada en un vasto imperio colonial y ante la cual el mundo entero se mostraría sumiso... ¡Un sueño magnífico para los patriotas!

—Desde que está en el poder —insinuó Antoine—, Poincaré no ha dejado, sin embargo, de proclamar sus intenciones pacifistas ...

—¡Ah! —repuso Jacques—. Y quiero suponer que es sincero, aunque determinados objetivos de expansión pacífica se convierten muy rápidamente en objetivos de guerra cuando la diplomacia no consigue obtenerlos. Pero hay que pensar en esto, cuyas consecuencias son incalculables: desde hace años, todo el mundo sabe que Poincaré está obcecado por dos convicciones. La primera, que un conflicto entre Alemania e Inglaterra es inevitable ...

—Me parece que tú también decías lo mismo, hace un momento.

—No. Yo no he dicho inevitable. He dicho amenazador... La segunda, es que Alemania, sobre todo después de Agadir, desea atacar a Francia y se prepara sin descanso para hacerlo. Éstas son sus dos ideas fijas, y no renuncia a ellas. Y como, por otra parte, está persuadido de que sólo la fuerza puede, por el temor, asegurar la paz, comprenderás la conclusión que saca de todo esto: si Francia tiene todavía

alguna probabilidad de escapar al ataque alemán, es haciéndose cada vez más susceptible de inspirar temor. Por consiguiente, tiene que armarse a toda costa. Por consiguiente, tiene que mostrarse intratable, agresiva... Una vez que se ha comprendido esto, todo resulta perfectamente claro; toda la actividad de Poincaré desde mil novecientos doce, tanto en el interior como en el exterior, aparece con una lógica perfecta.

Antoine, recostado sobre los almohadones, fumaba tranquilamente. Le extrañaba la animación de su hermano, pero le escuchaba con atención. Por otra parte, la voz de Jacques se calmaba progresivamente, como una riada tumultuosa que vuelve a su cauce. En este terreno, que le era perfectamente familiar y que momentáneamente le daba la impresión de tener cierta superioridad sobre su hermano, se sentía seguro.

—Es ridículo; parece que te estoy dando una conferencia —dijo, haciendo por sonreír.

Antoine le dirigió una mirada amistosa:

—Nada de eso; sigue...

—Te decía: tanto en el exterior como en el interior. Pues bien: comencemos por la política extranjera. ¡Por precaución, es intencionadamente agresiva! Ejemplo: nuestras relaciones con Rusia. ¿Que Alemania se molesta por los acuerdos franco-rusos? ¡Qué le vamos a hacer! En la guerra que Poincaré teme, la ayuda de Rusia nos es indispensable para resistir la invasión alemana; por tanto, sin cuidarse de las susceptibilidades alemanas, se refuerza abiertamente la alianza franco-rusa. Es correr un riesgo tremendo, ya que es hacer el juego al paneslavismo, cuyas intenciones belicosas contra Austria y Alemania no son un secreto para nadie. ¡Poincaré no se arredra! Prefiere correr el riesgo de verse arrastrado a una aventura que no el de ver aflojarse los lazos que unen a Francia con su única aliada. Y para esta política ha encontrado unos colaboradores perfectamente preparados: Sazonov, el ministro ruso de Asuntos Extranjeros; Iswolsky, el embajador del zar en París. Ha enviado a la embajada de Petersburgo a su amigo Delcassé, imbuido desde hace mucho tiempo de las mismas ideas. Directrices: mantener en tensión las disposiciones belicosas de Rusia, y asociarse estrechamente con ella para una política de fuerza. Nada se ha descuidado. Nosotros tenemos en Ginebra fuentes de información muy seguras. Desde su viaje a Petersburgo, hace dos años, como Presidente del Consejo, Poincaré nunca ha desanimado a Rusia en sus esperanzas de conquista. Y su viaje actual, este viaje al que los acontecimientos pueden dar un alcance terrible, ha de servirle sin duda para comprobar sobre el terreno, junto a los grandes responsables, si todo está preparado, si el pacto está dispuesto para funcionar a la primera señal.

Antoine se incorporó sobre un codo:

—Pero todo eso, al fin y al cabo, no son hechos, son meras suposiciones.

—No: son demasiadas coincidencias... ¿Es Poincaré una víctima de los rusos o bien es su cómplice? Poco importa: de hecho, la política rusa de Poincaré es asombrosa. ¡Lógica, por otra parte! La de un hombre que está convencido de la

guerra en Lorena y que necesita que el ejército ruso invada la Prusia oriental... Hay que saber el papel que un Iswolsky, si no con la simpatía y el aliento de Poincaré, al menos con su autorización, desempeña en París. ¿Sospechas siquiera las cantidades de dinero que los fondos secretos rusos entregan a nuestra prensa, para la propaganda bélica en Francia? ¿Dudas de que estos millones de rublos que sirven para comprar la opinión francesa son gastados no solamente con la aquiescencia cínica del gobierno francés, sino también con su complicidad efectiva y cotidiana?

—¿Ah, sí? —dijo Antoine, escéptico.

—Escúchame bien: ¿sabes por quién son repartidos los subsidios rusos entre nuestros grandes periódicos? ¡Por nuestro propio ministerio de Hacienda!... Y de esto tenemos pruebas en Ginebra. Por otra parte, un hombre como Hosmer (un austríaco muy bien informado de lo que pasa en Europa), no deja de repetir que, desde las últimas guerras balcánicas, la prensa de los países occidentales ha caído casi por completo en manos de las potencias interesadas en la guerra. Y ésta es la razón de que en estos países la opinión pública sea mantenida en una tal ignorancia de los antagonismos criminales que, desde hace dos años, en Europa central y en los Balcanes, hacen la guerra inminente, para aquellos que saben ver... Pero dejemos a la prensa... Eso no es todo... Espera... ¡El tema Poincaré es inagotable!... No puedo explicártelo todo, así, a trompicones... Pasemos a la política interior. Es paralela a la otra. Es lógico. En primer lugar, recrudescimiento de los armamentos, con gran beneficio de las grandes empresas metalúrgicas, cuya fuerza entre bastidores es formidable... Servicio militar de tres años... ¿Has seguido los debates en la Cámara?; ¿los discursos de Jaurès?... A continuación, influencia sobre los espíritus. Decías tú: «Nadie sueña ya en Francia con la gloria militar...» ¿No ves, entonces, esta efervescencia patriótica, belicosa, que se ha apoderado desde hace algunos meses de la sociedad francesa y, más especialmente, de la juventud? Tampoco en esto hay nada de exageración... ¡Y también es obra personal de Poincaré! El lleva sus miras: sabe que el día de la movilización el gobierno necesitará apoyarse en una opinión pública calentada al rojo vivo, y la cual no solamente le apruebe y le sostenga, sino que también le impulse y le haga avanzar... La Francia de mil novecientos, la Francia de después del *Affaire*, era demasiado pacífica. El ejército estaba desacreditado; la gente se desinteresaba de él. Se había acostumbrado a la seguridad. Había que despertar la inquietud nacional. La juventud, y especialmente la juventud burguesa, es un terreno magníficamente abonado para la propaganda patrioter. ¡Los resultados no se han hecho esperar!

—Que haya jóvenes nacionalistas, no lo discuto —interrumpió Antoine, que pensaba en su colaborador, Manuel Roy—. Pero es una minoría muy pequeña.

—¡Es una minoría que aumenta de día en día! Una minoría muy bulliciosa, que no pide más que verse encuadrada, llevar insignias, enarbolar banderas y seguir marchas militares. Hoy en día, con el menor pretexto, van a manifestarse ante la estatua de Juana de Arco o la estatua de Estrasburgo. ¡Y no hay nada de contagioso!

El hombre de la masa, el empleado de poca categoría, el pequeño comerciante, no permanece insensible indefinidamente a estos espectáculos, a estas manifestaciones de fanatismo... Máxime cuando la prensa, orientada por el gobierno, trabaja las mentes en el mismo sentido... Poco a poco se persuade al pueblo de Francia de que está amenazado, de que su seguridad depende de sus puños, de que debe hacer ostentación de su fuerza, aceptar una preparación militar intensa. Conscientemente se ha creado en el país lo que vosotros, los médicos, llamáis una «psicosis»; la psicosis de la guerra... Y cuando se ha despertado en una nación esta ansiedad colectiva, esta fiebre y este temor, ¡conducirla a las peores locuras es sólo un juego!...

»Éste es el balance. No es que diga que cualquier día de estos Poincaré va a declarar la guerra a Alemania... No. Poincaré no es un Berchtold. Pero para preservar la paz, hay que crearla posible... Poincaré, partiendo de esta idea de que el conflicto es inevitable, ha concebido y ejecutado una política que, lejos de disminuir las posibilidades de guerra, no ha hecho sino aumentarlas. Nuestros armamentos, paralelos a los preparativos rusos, han asustado a Berlín justificadamente. El partido militar alemán ha aprovechado la ocasión para acelerar los suyos. El estrechamiento de la alianza franco-rusa ha justificado en Alemania la fobia del “cerco”, hasta el extremo de que los generales de allí declaran abiertamente que ya no se podrá salir de él sino por la guerra; ¡algunos llegan incluso a decir que será necesario declararla como medida de precaución!... Todo esto es, en gran parte, obra de Poincaré. El resultado más claro, el resultado diabólico de la política Iswolsky-Poincaré, es haber llevado a Alemania a ser tal y como Poincaré se la figuraba: agresiva, nación de presa... Nos movemos en un círculo infernal. Y si en estos tres meses Francia se encuentra envuelta en una guerra europea, una guerra que Rusia habrá incubado pacientemente, una guerra que tal vez Alemania haya “dejado venir” alegremente, para aprovechar una oportunidad favorable, Poincaré podrá exclamar triunfalmente: “¡Ya estáis viendo cuán amenazados estábamos! ¡Ya estáis viendo cuánta razón tenía yo al desear un ejército más fuerte y unos aliados más seguros!”, sin sospechar que por sus errores de psicología, sus amistades rusas y su política de profeta pesimista, habrá sido, a pesar de las apariencias, “¡uno de los responsables de esta guerra!”»

Antoine había decidido dejar hablar a su hermano; pero, para sus adentros, consideraba estas diatribas demasiado incoherentes. Había advertido de pasada algunas contradicciones. Su inteligencia, lógica y realista, se sublevaba contra una argumentación que, en conjunto, le parecía débil y desordenada. No estaba lejos de creer en la incompetencia de su hermano, cuyos puntos de vista, como siempre, le parecían superficiales e incluso pueriles. Generosidad e incompetencia... Si era cierto que en estos momentos se perfilaban en el horizonte vagas amenazas, Poincaré, quien incluso en el Eliseo seguía desarrollando una actividad preponderante, sabría perfectamente cómo apartar a tiempo aquellas nubes. Se podía tener confianza en él: había dado pruebas de ser un gran político. Rumelles lo admiraba. La idea de que un

hombre de mentalidad despejada, como Poincaré, pudiera desear una guerra de desquite, era completamente estúpida; y no menos estúpida la idea de que sin desearla, simplemente porque la creyera posible, o fatal, obrara de forma que la hiciera inevitable. ¡Niñerías! El más elemental sentido común bastaba para comprender que, muy al contrario, Poincaré, y con él todos los hombres de estado franceses, tenía que estar resuelto a evitar a toda costa una aventura semejante a su país. Por cien razones. Y en primer lugar, porque sabía mejor que nadie que ni Rusia ni Francia estaban hoy en situación de jugar con éxito una partida semejante. Hacía pocos días lo decía Rumelles. Por otra parte, Jacques mismo había reconocido implícitamente la insuficiencia de los transportes y de los ferrocarriles estratégicos rusos, puesto que, para paliar esta deficiencia, había contratado Rusia el empréstito de los seiscientos millones. En cuanto a Francia, la ley del servicio de tres años, considerada indispensable para alcanzar el nivel de los efectivos alemanes, apenas si acababa de ser votada y permanecía aún sin efecto... Sin embargo, Antoine no tenía suficientes datos concretos para poder desvirtuar por completo, como le hubiera gustado hacer, las aseveraciones de su hermano. Los acontecimientos se encargarían de desmentir a Jacques y a todos aquellos extranjeros de Suiza, a aquellos falsos profetas a cuya influencia estaba sometido.

Jacques se había callado. Parecía haberse agotado repentinamente. Sacó el pañuelo y se secó la cara y el cuello.

Se daba perfecta cuenta de que aquella vehemente improvisación no había convencido a su hermano. Y sabía por qué. Comprendía que había vertido tontamente, en confuso revoltijo, sin orden ni concierto, argumentos de tipo muy diverso —políticos, pacifistas, revolucionarios—, que no eran en su mayor parte sino confusas reminiscencias de las palabras del «Mentidero». En este momento, también él experimentaba cruelmente aquella sensación de incompetencia que Antoine le achacaba silenciosamente.

Durante la semana que llevaba en París, había empleado la mayor parte del tiempo en informarse acerca del estado de ánimo de los socialistas franceses, y se había ocupado más de su reacción ante la amenaza de guerra que del problema de las responsabilidades europeas.

Sus miradas inquietas iban y venían por la habitación, sin fijarse en ningún sitio. Por fin la detuvo sobre su hermano, quien, con las manos bajo la cabeza y la vista fija en el techo, no se había movido.

—Por otra parte —prosiguió, con voz entrecortada—, no sé por qué he... Indudablemente se podrían decir otras muchas cosas sobre esto, y mejor de como yo sabría hacerlo... Pongamos incluso que soy injusto con Poincaré..., que exagero la parte de las responsabilidades francesas... ¡Lo importante no es eso! ¡Lo importante es que la guerra se aproxima! ¡Y que hay que evitar el peligro a toda costa!

Antoine insinuó una sonrisa de incredulidad que exasperó a Jacques.

—¡Ah, vosotros! —exclamó—. ¡Vosotros tenéis en vuestra seguridad una

confianza verdaderamente criminal! ¡Cuando la burguesía se decida por fin a ver las cosas tal y como son, sin duda será ya demasiado tarde!... Los acontecimientos se precipitan. Abre *Le Matin* de hoy, diecinueve de julio. Se habla del proceso Caillaux. Se habla de vacaciones, de los baños de mar, de los premios de la temporada. Pero también leerás en primera página un artículo que no aparece ahí por casualidad, y que empieza con estas palabras, cargadas de dinamita: «Si la guerra estallara...» ¡Así estamos! El Occidente es como un depósito de pólvora. ¡Si salta una chispa en cualquier sitio!... Y la gente como tú dice: «¿La guerra?...», en el mismo tono que lo decías tú hace un momento... ¡Se diría que en vuestros espíritus no es sino una palabra, como lo es en vuestros labios! Decís «guerra», y ninguno de vosotros piensa: «matanza sin precedentes»..., «millones de víctimas irresponsables»... ¡Ah, solamente con que vuestra imaginación saliera de su sopor por un segundo, y todos os levantaríais, y tú el primero, para hacer algo, para luchar cuando todavía es tiempo!

—No —dijo Antoine tranquilamente.

Todavía permaneció impassible durante algunos segundos.

—No —repitió, sin volver la cabeza—. Yo, no.

Por muy desasosegado que estuviera, a pesar de todo, por las cuestiones que su hermano acababa de suscitar, se resistía a dejar que la inquietud se apoderara de él y trastornase la sólida existencia que se había creado y en la cual reposaba su equilibrio.

Se incorporó ligeramente y se cruzó de brazos.

—¡No! ¡No! ¡Y no!... —prosiguió, con una sonrisa obstinada—. ¡Yo no soy de los que se levantan para intervenir en los acontecimientos del mundo!... Yo tengo mi labor perfectamente definida. Yo soy un individuo que mañana por la mañana, a las ocho en punto, estará en su hospital. Hay el flemón del cuatro, la peritonitis del nueve... Todos los días me encuentro frente a veinte niños desgraciados a los que hay que sacar de una situación penosa. ¡Entonces digo «no» a todo lo demás!... Un hombre que ha de ejercer una profesión no debe dejarse distraer de ella para ir a meterse en asuntos de los que no entiende absolutamente nada... Yo tengo mi profesión. Tengo que resolver unos problemas precisos, limitados, que están a mi alcance y de los cuales depende muchas veces el porvenir de una vida humana, de una familia incluso. ¡Compréndelo!... ¡Tengo otras cosas que hacer para entretenerme en tomarle el pulso a Europa!

En el fondo, pensaba también que aquellos que tienen a su cuidado los asuntos públicos son, por definición, expertos avezados a todas las dificultades internacionales, y en los cuales, los incompetentes como él, debían confiar ciegamente. El margen de confianza que concedía a los gobernantes franceses lo hacía extensivo por la misma razón a los de los demás países. Tenía un respeto ingénito a los especialistas.

Jacques le contemplaba con nueva atención. Súbitamente, se preguntaba si aquel



famoso equilibrio de Antoine, que antaño admirara como una conquista de la razón, como una victoria de la inteligencia sobre las contradicciones del mundo, y que siempre le había inspirado una mezcla de irritación y envidia, no sería sino la defensa instintiva de uno de esos perezosos activos que se agitan —en cierto modo, por deporte—, con objeto de probarse a sí mismos su propia valía. O, más exactamente todavía, si el equilibrio de Antoine sería algo más que una afortunada consecuencia del campo limitado —bastante restringido, al fin y al cabo— que había asignado a su actividad.

—Dices: «psicosis» de guerra... —prosiguió Antoine—. ¡Pamplinas! No concedo la misma importancia que tú a esos factores psíquicos... La política es, por esencia, el dominio de las cosas concretas; ¡un terreno en el que los impulsos generosos de los corazones sensibles cuentan todavía menos que en cualquier otro terreno!... Por consiguiente, aun cuando los peligros que anuncias sean reales, nada podemos hacer. Absolutamente nada. ¡Ni tú, ni yo, ni nadie!

Jacques se levantó impetuosamente:

—¡Eso no es verdad! —gritó, presa de una indignación que esta vez no conseguía dominar—. ¿Cómo? ¡Ante tal amenaza no habría nada que hacer sino agachar la cabeza, y proseguir el trabajo rutinario hasta que llegara la catástrofe! ¡Monstruoso! Afortunadamente para los pueblos, afortunadamente para vosotros, hay hombres que velan, hombres que no dudarán mañana en arriesgar sus vidas, si es necesario, para preservar a Europa de...

Antoine se inclinó:

—¿Hombres? —inquirió, intrigado—: ¿Qué hombres? ¿Tú?...

Jacques se acercó al sofá. Su enfado había desaparecido. Miraba a su hermano desde un plano superior. Sus ojos resplandecían de orgullo y confianza.

—¿Sabes, acaso, que hay en el mundo doce millones de trabajadores *organizados*? —pronunció pausadamente, mientras que su frente se cubría de sudor—. ¿Sabes que el movimiento socialista internacional tiene tras él quince años de combates, de esfuerzos, de solidaridad, de progreso ininterrumpido? ¿Que, hoy en día, hay importantes grupos socialistas en todos los Parlamentos de Europa? ¿Que estos doce millones de afiliados están repartidos en más de veinte países distintos? ¿Más de veinte partidos socialistas que forman de un extremo a otro del mundo una inmensa cadena, una sola masa fraternal?... ¿Y que su idea dominante, el nudo del pacto, es el odio al militarismo, la resolución determinada de luchar contra la guerra, cualquiera que sea y de dondequiera que venga?; porque la guerra es siempre una maniobra capitalista en la que el pueblo...

—El señor está servido —dijo León, abriendo la puerta.

Jacques, interrumpido, se secó la frente y volvió a su sillón. Luego, cuando el criado hubo desaparecido, murmuró a modo de conclusión:

—Ahora, Antoine, tal vez comprendas mejor qué es lo que he venido a hacer en Francia...

Durante algunos segundos, Antoine miró a su hermano, sin contestar. La línea sinuosa de sus cejas formaba sobre la mirada inmóvil una arruga continua que denotaba la concentración de su pensamiento.

—Perfectamente —articuló por fin, en un tono enigmático.

Hubo un momento de silencio. Antoine había corrido las piernas y permanecía sentado sobre el sofá, apoyado en las palmas de las manos y con los ojos fijos en el suelo. Luego se encogió de hombros casi imperceptiblemente y se levantó:

—De todas formas, vamos a cenar —dijo, sonriendo.

Jacques, sin pronunciar palabra, siguió a su hermano.

Sudaba a mares. A mitad del pasillo se le vino a la memoria el recuerdo de la bañera. La tentación fue más fuerte que sus vacilaciones.

—Escucha —dijo repentinamente, enrojeciendo como un chiquillo—. Es una tontería, pero tengo unas ganas locas de darme un baño... Ahora mismo, antes de cenar... ¿Es posible?

—¡Pues claro! —exclamó Antoine, divertido. (Tuvo la impresión absurda de un pequeño desquite.)— ¡Baño, ducha, todo lo que quieras!... Ven.

Mientras Jacques permanecía en el agua, Antoine, otra vez en el despacho, había sacado del bolsillo la nota de Anne. Volvió a leerla y la rompió: nunca guardaba ninguna carta de mujer. Sonreía para sus adentros, pero sus facciones no dejaban traslucir nada de esta sonrisa. Volvió a tumbarse, encendió un cigarrillo y se acomodó entre los almohadones.

Reflexionaba. No acerca de la guerra, ni de Jacques, ni siquiera de Anne: acerca de sí mismo.

«Soy terriblemente esclavo de mi profesión —pensaba—, esta es la verdad. Nunca tengo tiempo de reflexionar... Reflexionar no es pensar en mis enfermos, ni siquiera en la medicina: reflexionar debiera ser meditar acerca del mundo... No tengo ocasión de hacerlo... Me parecería que le robaba el tiempo a mi trabajo... ¿Tengo razón? ¿Es que mi vida profesional constituye verdaderamente toda la existencia? ¿Es, incluso, toda *mi* existencia?... Seguramente no... Bajo el doctor Thibault, siento perfectamente que hay alguien más: *yo*... Y que ese alguien está ahogado... Desde hace mucho tiempo... Tal vez desde que me examiné por primera vez... Aquel día, ¡zas!, quedé cogido en la ratonera... El hombre que yo era, el hombre que preexistía al médico (el hombre que todavía soy, después de todo), es como un germen enterrado que ya no desarrolla desde hace mucho tiempo... Sí; desde el primer examen... Y todos mis colegas son como yo... Puede que todos los hombres ocupados sean como yo... Precisamente los mejores... Porque son siempre los mejores los que hacen el sacrificio de sí mismos, los que aceptan la exigencia devoradora del trabajo profesional... Somos, hasta cierto punto, como hombres libres que se hubieran vendido...»

La mano que tenía metida en el bolsillo, jugueteaba con la pequeña agenda que

siempre llevaba consigo. La sacó maquinalmente y echó una mirada distraída sobre la página del día siguiente, 20 de julio, que estaba cargada de nombres y de señales.

«Basta de bromas —se dijo bruscamente—; mañana es cuando he prometido a Thérivier que iría a ver a su pequeña, a Sceaux... Y luego tengo la consulta a las dos...»

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se estiró.

«Aquí está otra vez el doctor Thibault —se dijo, sonriendo—. ¡Al fin y al cabo, vivir es obrar! ¿No es esto filosofar?... ¿Meditar acerca de la vida? ¿Para qué? Ya se sabe lo que es la vida: ¡una amalgama absurda de momentos maravillosos y revolcones en el fango! La causa está vista de una vez y para todas... Vivir no es estar poniéndolo todo en tela de juicio continuamente...»

Se levantó con un impulso vigoroso, se puso en pie y dio algunos pasos en dirección a la ventana.

«Vivir, es obrar... —repitió, paseando una mirada distraída sobre la calle desierta, por las fachadas muertas, por el plano inclinado de los tejados en los que el sol sesgaba las sombras de las chimeneas. Seguía resobando la agenda en el fondo del bolsillo—. Mañana es lunes: vamos a sacrificar al cobayo del pequeño trece... Mil probabilidades de que la inoculación sea positiva... Mal asunto. Y además esa condenada chiquilla de Thérivier... Este año no estoy de suerte con esas pleuresías de “estreptos”... Dos días más y, si no mejora, habrá que romper la costilla... ¡Y qué! —dijo bruscamente, dejando caer el visillo de la ventana. ¿No es ya algo que uno haga su trabajo como es debido?... ¡Y dejar que la vida siga su curso!...»

Volvió al centro de la habitación y encendió otro cigarrillo. Divertido por la consonancia, empezó a canturrear, como un estribillo:

«Dejar que la vida siga su curso... Y a Jacques, con sus discursos... Dejar que la vida siga su curso...»

## XVI

LA comida empezaba con una taza de caldo frío que los dos hermanos tomaron en silencio, en tanto que León, ataviado con una chaqueta blanca de *barman* y sin perder su gravedad, partía un melón sobre el mármol del trincherero.

—Debe de haber pescado, algo de carne en fiambre y ensalada —anunció Antoine—. ¿Te apetece?

El nuevo comedor, con sus frisos desnudos, sus espejos, el largo trincherero que ocupaba todo el panel fronterero a las ventanas, creaba alrededor de los dos hermanos un espacio desierto, lúgubre y majestuoso.

Antoine parecía haberse adaptado a este marco solemne. En este momento, su cara denotaba un enorme deseo de cordialidad. Completamente embargado por el placer de volver a ver a su hermano, esperaba sin impaciencia que se reanudara la conversación.

Pero Jacques callaba, paralizado por la falta de intimidad de esta estancia, de estos dos cubiertos ridículamente separados por toda la anchura de una mesa a la que hubieran podido sentarse doce comensales. La presencia del criado contribuía a acentuar este malestar: cada vez que León tenía que cambiar un plato, para ir y venir de la mesa al aparador, se veía obligado a atravesar por dos veces la mitad de la sala, y Jacques no podía contenerse de seguir con el rabillo del ojo aquellos paseos del blanco fantasma sobre la alfombra. Esperaba que León desapareciera después de haber servido el melón. Pero el criado se entretenía en llenar los vasos. «Una nueva costumbre», se dijo Jacques. (Años antes, su hermano hubiera soportado difícilmente no servirse él mismo, a su gusto.)

—Es un Meursault mil novecientos cuatro —explicó Antoine, levantando el vaso para contemplar la transparencia ambarina del vino—. Va muy bien con el pescado... He encontrado abajo medio centenar de botellas... Pero padre no tenía casi nada más en la bodega...

Disimuladamente miró a su hermano con más atención. Estuvo a punto de hacerle una pregunta, pero se contuvo.

Jacques miraba hacia fuera distraídamente. Por encima de las casas, el cielo tenía los reflejos rosados del nácar. Cuántas veces, de niño, en tardes como ésta, había contemplado estas mismas fachadas, estos tejados, estas ventanas con las persianas cerradas, estos postigos ennegrecidos, estos tiestos con plantas, alineados en los balcones.

—Dime, Jacques... —preguntó Antoine de improviso—, ¿qué tal marchas?; ¿estás contento?

Jacques se estremeció y miró a su hermano, sorprendido.

—Sí —prosiguió Antoine, afectuosamente—. ¿Eres feliz, por lo menos?

Una sonrisa forzada erró durante algunos segundos en los labios de Jacques.

—¡Oh! —murmuró—. La felicidad no es un premio que se consigue... Yo creo

que es más bien una aptitud. Tal vez yo no la tenga...

Se encontró con la mirada de su hermano: una mirada profesional. Fijó los ojos en el plato y enmudeció.

No quería reanudar la conversación interrumpida, y, sin embargo, todos sus pensamientos le llevaban a ella.

La vajilla paterna de plata —la fuente ovalada en la que León sirvió el pescado, la salsera, cuya asa encorvada recordaba las lámparas antiguas—, le trajo a la memoria las cenas de antaño en familia.

—¿Y Gise? —preguntó bruscamente, como si pensara en ella de repente, después de haberla olvidado durante meses.

Antoine cogió la pelota al botepronto:

—¿Gise? Pues sigue allí... Parece contenta. Me escribe de vez en cuando. Incluso ha estado aquí, por Pascuas, durante tres días... Lo que padre le dejó le permite hacer ahora una vida casi independiente.

Con esta alusión a los legados del señor Thibault, esperaba vagamente poder desviar la conversación hacia la cuestión de la herencia paterna. Nunca había tomado en serio la renuncia de su hermano. De acuerdo con el notario, había hecho proceder a un reparto equitativo de la fortuna, y había confiado a su agente de bolsa el cuidado de administrar la parte de Jacques, en espera de que éste reconsiderara su absurda decisión.

Pero Jacques estaba a cien leguas de pensar en aquello.

—¿Sigue en el convento? —preguntó.

—No. Y ni siquiera está ya en Londres. Vive en los alrededores, en Kingsbury, en un anexo del convento; si he comprendido bien, es una especie de pensión en la que hay muchas jóvenes como ella.

Jacques casi lamentaba haber suscitado este tema tan imprudentemente. La evocación de Gise no dejaba de producirle cierto malestar. Tenía demasiadas razones para suponer que era el único responsable del destierro de la muchacha, de esta fuga lejos de todo aquello que pudiera recordarle el pasado y sus esperanzas traicionadas.

Antoine proseguía, con una sonrisa indulgente:

—Ya sabes cómo es... Es por completo la vida que le conviene... Una especie de comunidad sin reglas estrictas, en la que el tiempo se reparte entre la oración y el deporte... —Con una vacilación imperceptible, repitió—: Parece feliz.

Jacques se apresuró a lanzar a su hermano por otros derroteros:

—¿Y la señorita?

(En una de sus cartas del invierno anterior, Antoine le había anunciado el ingreso de la anciana señorita Waize en un asilo.)

—De la señorita, he de confesar que las noticias que tengo son más bien indirectas: por medio de Adrienne y de Clotilde.

—¿Siguen aquí?

—Sí... Las he conservado, porque se entienden bien con León... Todos los

meses, el primer domingo, van religiosamente a ver a la señorita.

—¿Dónde está?

—En Point-du-Jour. ¿No te acuerdas del «Asilo de la Edad Madura», que hizo que Chasle se arruinara por meter en él a la vieja déspota de su madre? ¿No sabías esa historia? Una de las mejores del inenarrable señor Chasle...

—¿Y qué ha sido de él? —preguntó Jacques, riendo a su pesar.

—¿Chasle? ¡Está en plena forma! Tiene un bazar de inventos en la calle de las Pirámides... Una vocación que sentía desde la cuna, según dice. Y te aseguro que no parece irle mal. Está asociado con un tipo magnífico. Entre los dos forman una pareja que hubiera hecho las delicias de Dickens...

Durante unos minutos, sus risas sonaron al unisono. Por un instante encontraban su terreno fraternal, inalienable.

—En cuanto a la señorita... —prosiguió Antoine, después de una pausa. Parecía súbitamente molesto y especialmente interesado en explicar a Jacques cómo habían sucedido las cosas—. Ya comprenderás —dijo, adoptando aquel tono bonachón que tan nuevo resultaba para Jacques—, nunca se me había ocurrido la idea de que la señorita pudiera terminar sus días fuera de aquí... León, déjenos la ensaladera en la mesa, ya nos serviremos nosotros... Ensalada de berros —dijo a Jacques, esperando a que el criado llegara a la puerta—. ¿Con la carne en fiambre o después?

—Después.

—Te voy a hablar sinceramente —prosiguió Antoine, cuando hubo comprobado que estaban solos—. Nunca hubiera hecho ni lo más mínimo para hacer marchar a la pobre viejecilla. Pero confieso que su terquedad en quererse ir me ha hecho un gran servicio. Su presencia aquí hubiera complicado sobremanera mi nueva organización de vida... Cuando comprendió que Gise estaba completamente decidida a vivir en Inglaterra, se empeñó en entrar en el asilo. Gise tenía intención de llevarse a su tía e instalarla a su lado... Pero no; ésta ya tenía su idea fija: el asilo... Todos los días, al terminar de comer, unía sobre la mesa sus manos de esqueleto y comenzaba su letanía, moviendo la cabeza: «Ya te lo he dicho, Antoine. En la situación que me encuentro... No quiero ser una carga para nadie... A los setenta y ocho años, en la situación en que me encuentro...» ¿Te das cuenta? Doblada por la mitad, con la barbilla apoyada en el mantel, con las manos arrugadas que barrían las migas, y la voz temblorosa: «En la situación que me encuentro...» Yo contestaba: «Sí, sí; ya veremos...» Y por otra parte, ¿por qué no decirlo?, aquello simplificaba tanto las cosas... Acabé por ceder... ¿Crees que hice mal? ¿Dime?... Por otra parte, me preocupé de que todo se hiciera lo mejor posible... En primer lugar, pagué lo más caro, la tarifa de lujo, para que tenga todas las comodidades. Yo mismo elegí dos habitaciones, que se comunican directamente y que hice instalar de nuevo, y mandé llevar allí todo el mobiliario de su antigua habitación para que se encuentre lo menos extraña posible. En estas condiciones, no es ya como un estorbo que se echa a un asilo, ¿no te parece? Está como una pequeña rentista en una pensión de familia...

Fijaba en su hermano una mirada insistente. Sin duda se sintió aliviado por el gesto de aprobación de Jacques, puesto que sonrió casi de inmediato:

—Y así estamos —añadió alegremente—. Pero no hay que engañarse a uno mismo... ¡No he de ocultarte que a partir de su marcha me encuentro mucho más tranquilo!

Calló y recobró el tenedor. Desde hacía algunos minutos, abstraído por completo en su relato, había dejado de comer.

Ahora, con la frente inclinada, desarticulaba hábilmente su muslo de pato. Parecía estar atento a lo que hacía, pero era evidente que su atención estaba puesta en algo distinto de lo que ocupaba sus manos.

## XVII

—ESTOY pensando en tus doce millones de trabajadores —dijo de repente—. ¿Y entonces? ¿Estás afiliado al partido socialista?

Seguía con la cabeza agachada. No la levantó ni siquiera cuando alzó los ojos para observar a su hermano.

Jacques eludió esta pregunta concreta con un movimiento de cabeza que podía ser afirmativo. (Lo cierto era que no hacía sino algunos días que había obtenido el carnet del Partido. Solamente la amenaza que pesaba sobre Europa le había llevado a renunciar a su independencia, y sólo por eso experimentó la necesidad de adherirse a la Internacional Socialista, único movimiento lo bastante activo y lo bastante numeroso para poder luchar eficazmente contra la guerra.)

Antoine le pasó la ensalada e insinuó con negligencia:

—¿Estás bien seguro, mi querido hermano, de que tu vida actual en esos medios... políticos, es en realidad la que se aviene mejor... a las necesidades de tu inteligencia, a tus disposiciones literarias, a tu verdadera naturaleza, en una palabra? Jacques apartó la ensaladera en forma ruda.

«Este desgraciado —pensó— va adoptando cada vez más la forma grandilocuente de hablar de padre...»

Antoine se esforzaba visiblemente por conservar un tono despegado, imparcial. Dudó y terminó por precisar:

—En el fondo, ¿crees verdaderamente haber nacido para revolucionario?

Jacques miró a su hermano. Sonrió amargamente, sin apresurarse a contestar. Su rostro se oscureció progresivamente.

—Lo que ha hecho de mí un revolucionario —dijo finalmente, con los labios temblorosos— es haber nacido aquí, en esta casa... Es haber sido un hijo de burgués... Es haber tenido ante mis ojos, desde muy pequeño, el espectáculo cotidiano de las injusticias en que vive este mundo privilegiado... Es haber tenido, desde la infancia, como un sentimiento de culpabilidad..., ¡de complicidad! Sí: ¡la sensación penosa de que, aun odiando este orden de cosas, me beneficiaba de él!

Detuvo con un gesto la protesta de Antoine:

—Mucho antes de saber lo que era el capitalismo, antes incluso de conocer la palabra, a los doce o trece años, recuérdalo, ya me había rebelado contra el mundo en que vivía, el de mis compañeros, mis profesores..., ¡el mundo de padre y de sus buenas obras!

Antoine, pensativo, removía la ensalada una y otra vez.

—Hombre, un mundo que tiene sus vicios de constitución, eso, soy el primero en reconocerlo —dijo con una mueca amistosa—, pero un mundo que, por la fuerza de la costumbre, sigue dando vueltas como buenamente puede y a pesar de todo, sobre su eje más que gastado... No hay que ser tan severo... Un mundo que tiene también



sus virtudes, sus deberes, su grandiosidad... ¡Y sus comodidades! —añadió, con aquel aire de jovialidad que molestaba a Jacques más aún que sus palabras.

—No, no —dijo Jacques, con voz temblorosa—. ¡El mundo capitalista es indefendible! Ha establecido entre los hombres unas relaciones absurdas e inhumanas... ¡Es un mundo en el que todos los valores están falseados, en el que el respeto a la persona no tiene lugar, en el que el interés es el único móvil, en el que el sueño de todos es enriquecerse! ¡Un mundo en el que la fuerza del dinero detenta un poder monstruoso, engaña a la opinión con una prensa a sueldo y serviliza hasta al mismo Estado! ¡Un mundo en el que el individuo, el trabajador, está reducido a cero! Un mundo...

—Entonces —interrumpió Antoine, que empezaba también a encolerizarse—, según tú, ¿el trabajador no se beneficia en absoluto de la producción del mundo moderno?

—¿Y en qué proporción tan despreciable se beneficia? ¡No! Los únicos que se benefician son los patronos y sus accionistas, los grandes banqueros, los grandes industriales...

—... que tú te representas, naturalmente, ociosos y sibaritas, engordando a costa del sudor del pueblo y bebiendo champán con jóvenes alegres, ¿no?

Jacques no se dignó ni encogerse de hombros.

—¡No! Que me represento tal y como son, Antoine... Al menos, tal y como son los mejores de entre ellos. Nada de ociosos: ¡al contrario! Pero sibaritas, ¡sí! Haciendo una vida que es a la vez laboriosa y opulenta: ¡gozosamente laboriosa e insolentemente opulenta! ¡Una vida colmada, porque reúne todas las satisfacciones posibles: todas las alegrías, todos los goces que proporciona el trabajo inteligente, la lucha deportiva contra la competencia, y las combinaciones, el juego, el éxito; todas las satisfacciones que se sacan de la prosperidad, de la consideración social, del dominio sobre los hombres y las cosas!... ¡Una vida privilegiada, en una palabra!... ¿Vas a negarlo?

Antoine callaba. «¡Elocuencia! —rezongaba para sus adentros—. ¡Qué manera de perorar tiene el muy imbécil!... ¡Se llena la boca de lugares comunes!...» Sin embargo, no dejaba de comprender que su enfado le impedía mostrarse equitativo y que los problemas suscitados por las divagaciones de su hermano no eran de despreciar. «Problemas —pensaba—, mucho más difíciles de lo que Jacques y los simplistas de su especie se imaginan... Problemas de una complejidad infinita, a los cuales debieran consagrarse, no los utopistas humanitarios, sino los sabios, las grandes inteligencias desapasionadas, hechas a los métodos científicos...»

Jacques terminó, con una mirada arisca:

—¿El capitalismo? No cabe duda de que ha sido antaño un instrumento de progreso... ¡Pero en nuestros días, por una ley fatal, ha pasado a ser una ofensa al sentido común, una ofensa a la justicia, una ofensa a la dignidad humana!

—¡Bah! —dijo Antoine—. ¿Y eso es todo?

Se produjo un silencio. León acababa de entrar y cambiaba los platos.

—Tráiganos el queso y la fruta —dijo Antoine—; ya nos serviremos nosotros... ¿*Petit suisse* o de Holanda? —preguntó, volviéndose hacia su hermano. Había adoptado un tono deliberadamente indiferente.

—Ni una cosa ni otra; gracias.

—¿Una pera, entonces?

—Sí; una pera.

—Espera, voy a escogerte una buena...

Intencionadamente hacía hincapié en la nota cordial.

—Ahora, vamos a hablar en serio —prosiguió, después de una pausa y en un tono conciliador que atenuaba lo hiriente de la frase—. ¿Qué es capitalismo? He de confesar que desconfío de estos términos que sirven para todo. Y especialmente de los que terminan en «ismo»...

Esperaba confundir a su hermano. Pero Jacques levantó la cabeza tranquilamente. Su irritación parecía disiparse; incluso se dibujó en sus labios una sonrisa. Su mirada se posó durante un instante en la ventana abierta. El día empezaba a esfumarse: por encima de las fachadas grises, el cielo perdía su brillo por momentos.

—Para mí —explicó—, cuando digo: «capitalismo», me refiero, con toda exactitud, a esto: un determinado reparto de las riquezas del globo y una determinada manera de revalorizarlas.

Antoine reflexionó un instante y aprobó con un movimiento de cabeza. Ambos sintieron, con igual alivio, que la conversación tomaba un sesgo menos violento.

—¿Está madura la pera? ¿Quieres un poco de azúcar?

—¿Sabes lo que más me subleva del capitalismo? —prosiguió Jacques, sin contestar a la pregunta de su hermano—. Que ha despojado al obrero de todo lo que había de él un hombre. A causa de la concentración industrial se le ha arrancado de su aldea, de su familia, de todo aquello que daba una particularidad humana a su vida. Se le ha desarraigado. Se le han frustrado todas las satisfacciones nobles que su profesión procuraba al artesano. ¡Se le ha rebajado o no ser más que un animal-productor en ese inmenso hormiguero que es la fábrica! ¿Te das cuenta de lo que es la organización del trabajo en este infierno? ¿La separación verdaderamente inhumana que se hace entre la parte manual, mecánica, del trabajo y la..., cómo decirlo, la parte intelectual? ¿Te percatas de lo que supone el trabajo diario para el obrero de una fábrica? ¿Qué servilismo embrutecedor?... Antes, este mismo individuo hubiera sido un artesano industrioso, amante de su pequeño taller, interesado en su trabajo. Hoy está condenado a no ser nada por sí mismo. ¡Nada más que una rueda, una de las mil piezas de esas máquinas misteriosas, cuyo misterio ni siquiera tiene necesidad de conocer para realizar su tarea! Misterio que es patrimonio de una minoría, siempre la misma: el patrono, el ingeniero...

—¡Porque las personas instruidas y competentes son siempre una minoría, qué demonio!

—El hombre ha sido desposeído de su personalidad, Antoine... ¡Ése es el crimen capitalista! ¡Ha hecho del obrero una máquina! ¡Menos aún: el servidor de una máquina!

—Espacio, espacio —interrumpió Antoine—. En primer lugar, eso no es el capitalismo: eso es el maquinismo; no confundamos... ¡Y además, permíteme decirte que me parece que dramatizas excesivamente la realidad! De hecho, no creo que haya entre el ingeniero y el obrero esos compartimientos estancos tan exagerados. Lo más frecuente es que, incluso, haya entre ellos una especie de relación, de acuerdo, de colaboración. El obrero para el que su máquina representa «un misterio» es muy raro. No hubiera podido inventarla, ni tal vez construirla; pero comprende perfectamente cómo funciona, y muchas veces llega incluso a introducir en ella mejoras técnicas. De cualquier forma, la quiere, está orgulloso de ella, la cuida y se preocupa de que funcione bien... Studler, que ha estado en América, cuenta cosas muy curiosas acerca de ese «entusiasmo industrial» que se ha apoderado allí de las clases obreras... Pienso también en el hospital. No es tan diferente de una fábrica, al fin y al cabo... También hay en él patronos y trabajadores, una parte «intelectual» y una parte «manual». Yo soy una especie de patrono. Pero te aseguro que ninguno de los que están bajo mis órdenes, aunque sea el último enfermero, tiene nada de «servidor» en el sentido que tú empleabas esta palabra. Todos trabajamos juntos con el mismo fin: la curación de los enfermos. Cada uno, según sus medios y sus aptitudes. ¡Si vieras qué contentos se ponen todos cuando nuestras fuerzas, conjugadas, triunfan en un caso difícil!

«¡Siempre tiene que llevar la razón!», se dijo Jacques, irritado.

Sin embargo, se dio cuenta de que había complicado un poco a lo tonto la conversación, al dar a entender que fundaba principalmente su crítica del capitalismo sobre la organización y el reparto del trabajo.

Haciendo por tranquilizarse, prosiguió:

—Lo que resulta repugnante en el régimen capitalista, no es tanto la naturaleza del trabajo como las «condiciones» impuestas al trabajo. Y no culpo de ellas al maquinismo en sí, ni qué decir tiene, sino a la forma en que una clase privilegiada lo explota en su exclusivo beneficio. Si se quiere dar una idea simplificada del mecanismo social, puede decirse: de un lado, una minoría escogida burguesa de gente rica, algunos de cuyos componentes son competentes y trabajadores, y los restantes, ociosos y parásitos; minoría que lo posee todo, dispone de todo, ocupa todos los puestos de mando y acapara los beneficios sin dejar participar en ellos a la masa; luego, del otro lado, esta misma masa, los verdaderos productores, los explotados: un inmenso rebaño de esclavos...

Antoine se encogió de hombros alegremente:

—¿De esclavos?

—Sí.

—No. Esclavos, no... —dijo Antoine, con jovialidad—: ciudadanos...

Ciudadanos que tienen ante la ley exactamente los mismos derechos que el patrono o el ingeniero; que votan como ellos; que nadie los obliga a nada; que pueden trabajar o no, según los apetitos que hayan de satisfacer; que escogen su oficio, su fábrica, variando a su antojo... Si están obligados por contrato, son contratos que han aceptado libremente, después de discutirlos... ¿Puede llamárseles esclavos? ¿Esclavos de quién?; ¿de qué?

—¡De su miseria! Hablas como un perfecto demagogo, amigo mío... Todas esas libertades no son sino aparentes. ¡De hecho, el obrero actual no goza de ninguna independencia, porque está abrumado por su indigencia! Para escapar del hambre no cuenta sino con el salario de su trabajo. ¡Y por tanto, no tiene más remedio que ofrecerse, atado de pies y manos, a la minoría burguesa, que detenta el trabajo y fija los salarios!... Dices que las personas instruidas, los técnicos, son la minoría... Lo sé perfectamente. No tengo nada que reprochar a la aptitud... Pero fíjate un poco cómo pasan las cosas: si al patrono le parece bien, da trabajo al obrero, que tiene hambre, y por este trabajo paga al obrero un salario. Pero este salario no es nunca sino una mínima parte de la ganancia obtenida por el obrero. El patrono y sus accionistas roban el resto...

—¡Con perfectísimo derecho! ¡Ese resto representa lo que les corresponde por su parte de colaboración!

—Sí. Teóricamente, el resto debe representar efectivamente lo que corresponde al patrono por su dirección, o al accionista por su condescendencia en facilitar los cuartos. ¡Y ya volveré sobre esto!... Pero empecemos por comparar las cifras. ¡Comparemos los salarios con los beneficios!... ¡En realidad, este resto es una deducción leonina, manifiestamente desproporcionada a la colaboración prestada! ¡Y este resto sirve al burgués para consolidar y aumentar su poder! Con lo que no utiliza para su bienestar, para su lujo, se sirve para constituir «capitales», que invierte en otros negocios y que van formando una bola de nieve. Y sobre la base de esta riqueza capitalizada a costa del obrero, es como se ha ido forjando, durante generaciones enteras, la omnipotencia de la clase burguesa. Omnipotencia que descansa en una injusticia espantosa... Porque, y sobre esto quería volver, la peor injusticia no es, a pesar de todo, la desproporción entre lo que el capitalista cobra como remuneración de su aportación y el salario del hombre que trabaja. La injusticia más flagrante está en este hecho: ¡que «el dinero trabaja» para aquel que lo posee! ¡Y que trabaja «completamente solo», sin que su propietario tenga que mover ni un solo dedo!... ¡El dinero se procrea a sí mismo indefinidamente!... ¿Has pensado alguna vez en esto, Antoine? La sociedad de los aprovechados, gracias a la invención diabólica de la Banca, ha encontrado un subterfugio perfeccionado para comprar esclavos y hacerles afanarse para ella. Esclavos tranquilos, anónimos y lejanos, tan desconocidos que se puede fingir ignorar su vida de condenados a poco que se empeñe uno en tener la conciencia limpia... Y aquí está la iniquidad suprema: ¡este diezmo tomado de la carne y el sudor por el más hipócrita y el más inmoral de los artificios!

Antoine apartó la silla de la mesa, encendió un cigarrillo y se cruzó de brazos. De repente, la noche había empezado a caer tan de prisa que Jacques ya no distinguía las tonalidades de expresión de su hermano.

—¿Y entonces —preguntó Antoine—, vuestra revolución va a cambiar todo esto como si lo tocara con una varita mágica?

El tono era socarrón. Jacques apartó el plato, se apoyó sobre los codos cómodamente y, desde la penumbra, desafió a su hermano con la mirada.

—Sí. Porque ahora, mientras se encuentra aislado, a merced de la necesidad, el trabajador está indefenso. Pero el primer efecto social de la revolución será darle por fin la fuerza política. Entonces podrá cambiar las bases. Entonces podrá establecer nuevas instituciones, un nuevo código... El único mal es esta explotación del hombre por el hombre. Hay que construir un mundo en el que esta explotación no sea ya posible. Un mundo en el que las riquezas, que son detentadas indebidamente por vuestras grandes industrias y vuestras grandes Bancas, se volverán a poner en circulación para que toda la comunidad humana pueda beneficiarse de ellas. Hoy en día, al pobre desgraciado que produce le cuesta tanto trabajo asegurarse el mínimo indispensable para su subsistencia que no le queda tiempo, ni valor, ni siquiera gusto, de aprender a pensar, a desarrollarse dentro de sus posibilidades humanas. Cuando se dice que la revolución abolirá la condición proletaria, se hace referencia a eso. En el pensamiento de los verdaderos revolucionarios, la revolución solamente ha de asegurar al productor una existencia más fácil, más tranquila y feliz: antes que nada ha de modificar las condiciones del hombre en relación con el trabajo; ha de humanizar el trabajo en sí, impedir que sea una servidumbre embrutecedora. El trabajador ha de tener sus momentos de ocio. Debe dejar de ser una mera herramienta desde la mañana a la noche. Debo tener tiempo de pensar en sí mismo; debe poder desarrollar al máximo, según sus aptitudes, sus cualidades de hombre; convertirse, en la medida de sus posibilidades (medida no tan restringida como se cree), en un verdadero ser humano...

Había dicho «medida no tan restringida como se cree», con la fuerza persuasiva de un convencido; pero con una sorda entonación en la que un observador más agudo que su hermano, tal vez hubiera podido percibir una sombra de duda.

Antoine no se percató. Reflexionaba.

—Después de todo... —concedió—. Vamos a suponer que todo eso sea realizable... ¿Pero por qué medios?

—No hay otro sino la revolución.

—Es decir, ¿una dictadura del proletariado?

—Una dictadura, si... No habrá más remedio que empezar por ahí —dijo Jacques, pensativo—. Una dictadura de los productores, para expresarlo mejor... ¡Se ha abusado tanto de la palabra «proletariado»! Incluso en los medios revolucionarios se está tratando ahora de desembarazarse de la vieja terminología humanitaria y liberal del cuarenta y ocho...

«No es cierto —se dijo, pensando en su propio vocabulario y en las conversaciones del “Mentidero”—. Pero debiera suceder así...»

Antoine callaba. No había oído bien las últimas frases de su hermano. «Dictadura...», pensaba. *A priori*, una dictadura proletaria no le parecía inconcebible de por sí. Incluso llegaba a imaginarse sin demasiado trabajo lo que podría significar en algunos países: en Alemania, por ejemplo. Pero le parecía completamente irrealizable en Francia.

«Una dictadura semejante —pensaba— no podría establecerse sólidamente con un simple cambio de marcha: para que pudiera estar segura de su victoria necesitaría tiempo para afirmarse, obtener resultados económicos, arraigar verdaderamente en las nuevas generaciones. Serían, por lo menos, ocho o diez años, tal vez quince, de tiranía tenaz, de luchas constantes, de represiones, de expoliaciones, de miseria. Francia, país de ciudadanos criticones e individualistas, celosos de sus libertades, país de pequeños rentistas, en el que el revolucionario conserva todavía, a pesar suyo, las costumbres y los gustos de un pequeño propietario, ¿sería Francia capaz alguna vez de soportar, durante diez años seguidos, esta disciplina de hierro? Es una locura esperarlo.»

Sin embargo, Jacques continuaba, a intervalos, su requisitoria:

—El esclavizamiento, la explotación de toda actividad humana por el sistema capitalista, no terminarán sino con él. El apetito de posesión de los explotadores nunca tendrá límites. El progreso industrial de los últimos cincuenta años no ha sido utilizado sino para aumentar su autoridad. ¡Todas las riquezas del mundo son objeto de sus apetencias! ¡Su necesidad de conquista y de expansión es tal que las diversas fracciones del capitalismo mundial, en lugar de pensar en unirse para una vasta dominación internacional, se sienten impulsadas, contra su propio interés, a desgarrarse mutuamente, como hermanos que se disputan el patrimonio!... La guerra que amenaza no tiene en el fondo otra causa... —(Siempre volvía su obsesión de la guerra.)—. ¡Pero esta vez pudieran muy bien tropezarse con fuerzas que no sospechan! ¡Gracias a Dios, el proletariado ya no tiene la pasividad de antes! No aceptará que las clases pudientes, por su avaricia y sus divisiones, le arrastren a una catástrofe cuyos vidrios rotos tendría que pagar una vez más... La revolución, por el momento, pasa a un segundo plano. ¡Lo primero, cueste lo que cueste, impedir la guerra! En seguida...

—¿En seguida?

—¡Oh, en seguida, no faltan los objetivos bien determinados!... El más urgente será, sin duda, sacar partido de esta victoria de los partidos populares, del levantamiento de la opinión contra los imperialistas, para intentar el golpe supremo y adueñarse del poder... Entonces será posible imponer al mundo una organización racional de la producción... Al mundo entero, ¿te das cuenta?...

Antoine escuchaba de una manera atenta. Hizo señas de que comprendía perfectamente. Pero su sonrisa irónica daba a entender también que reservaba su

aprobación.

—Sé perfectamente que todo esto no se hará solo —prosiguió Jacques—. Para llegar a ello, hará falta una iniciativa brutal de los revolucionarios: provocar el «hecho revolucionario» —añadió, adoptando el léxico e incluso la voz cortante de Meynestrel—. La partida será dura. Pero pronto llegará la hora de jugarla. Sin ello, la humanidad que trabaja estará condenada, tal vez, a esperar su liberación durante medio siglo...

Hubo un momento de silencio.

—¿Y... tenéis los hombres que hacen falta para realizar ese bonito programa? —preguntó Antoine.

Se esforzaba por no apasionarse en la discusión, por conservar el tono especulativo. Pensaba ingenuamente que así daba pruebas a su hermano de su buena voluntad, de su espíritu liberal, de su imparcialidad. Pero Jacques no se lo agradecía en absoluto. Al contrario: este tono demasiado desinteresado lo encolerizaba. No se engañaba. Un cierto tonillo irónico en la voz, un determinado acento de seguridad del que Antoine no podía despojarse cuando discutía con su hermano menor, recordaban sin cesar a Jacques que Antoine le trataba como una persona de más edad, desde las alturas de una experiencia y una sagacidad superiores.

—¿Hombres? Sí; los tenemos —contestó con altivez—. Pero, muy a menudo, los hombres de acción, los conductores de masas, no son aquellos con quienes se cuenta. Los acontecimientos hacen surgir otros nuevos...

Durante algunos segundos prosiguió en silencio su sueño interior. Luego, prosiguió lentamente:

—Nada de esto es quimérico, Antoine... La evolución hacia el socialismo es una realidad general. Salta a los ojos. El triunfo final será difícil, y tal vez no se consiga, desgraciadamente, sin convulsiones sangrientas. Pero, a partir de aquí, para aquellos que no se niegan a verlo, es inevitable. Se puede prever a largo plazo el establecimiento de un régimen universal...

—El mundo «sin clases» —dijo Antoine, moviendo la cabeza irónicamente.

Jacques prosiguió, como si no hubiera oído:

—... Sistema completamente nuevo, que indudablemente suscitará a su vez una infinidad de problemas que no podemos prever; pero que al menos habrá resuelto aquellos que ahogan a la pobre humanidad de hoy: los problemas económicos... No hay nada de quimérico en todo esto... —repetía—. ¡Ante tales perspectivas pueden consentirse todas las esperanzas!...

El fervor de Jacques, esta fe convencida, aún más emocionante en la semioscuridad, fortalecía, por oposición, el escepticismo de Antoine.

«El “hecho insurreccional” —pensaba—. ¡Muchas gracias!... ¡Ésta es la cuestión! ¡Estos nobles esfuerzos para hacer la vida más armoniosa, cuestan en realidad demasiado caros!... ¡Y nunca conducen a una mejora duradera! Se prepara el golpe, urge destruir, reemplazar; y, con el tiempo, se advierte que el nuevo régimen

crea nuevos abusos y que, al fin y al cabo... Es como en medicina: siempre se adoptan demasiado pronto las nuevas terapéuticas...»

Si consideraba con menos severidad que su hermano el mundo actual, si, en resumidas cuentas, se adaptaba a él bastante bien —tanto por oportunismo natural como por indiferencia (y también porque estaba dispuesto a confiar en los especialistas que lo rigen)—, estaba muy lejos de considerarlo como un mundo perfecto. «De acuerdo..., de acuerdo... —pensaba—. Todas las cosas pueden y deben ser perfeccionadas. Es la ley de la civilización: la ley misma de la vida. ¡Pero por etapas!»

—Y para llegar a esto —dijo—, ¿crees que es imprescindible una revolución?

—Ahora, sí... Ahora sí lo creo —declaró Jacques en el tono de una confesión—. Comprendo perfectamente lo que estás pensando. También lo he pensado yo durante mucho tiempo. Durante mucho tiempo he tratado de persuadirme de que las reformas serían bastante; unas reformas en el interior del régimen actual... Pero ya no lo creo así.

—¿Pero no se va imponiendo tu socialismo progresivamente, de año en año, en todas partes? ¿Incluso en países de autocracia, como Alemania?

—No. ¡Precisamente, las experiencias a que aludes son de lo más significativas! Esas reformas pueden atenuar determinados «efectos» del mal, ¡pero nunca atacan «las causas»! Y es perfectamente natural: los reformadores, por bien intencionados que se les suponga, son de hecho solidarios de esta política, de esta economía que se trata precisamente de combatir y reemplazar. ¡No se puede pedir al capitalismo que se destruya a sí mismo minando sus propios cimientos! Cuando se encuentra demasiado comprometido por los desórdenes que ha creado, toma de las ideas socialistas algunas reformas que se han hecho indispensables... Pero eso es todo.

Antoine insistía:

—¡La sabiduría está en aceptar lo relativo! Estas reformas parciales son, a pesar de todo, triunfos conseguidos por el ideal social que tú defiendes.

—Triunfos ilusorios; concesiones insignificantes, otorgadas de mala gana y que no alteran en nada el fondo de las cosas. ¿Han cambiado las reformas algo importante en esos países de que hablas? Las fuerzas del dinero no han perdido nada de su dominio: siguen disponiendo del trabajo y manteniendo a las masas bajo sus garras; continúan manejando la prensa, corrompiendo o intimidando a los poderes públicos. ¡Porque, para llegar al fondo de las cosas, hay que llevar la piqueta a los mismos cimientos del régimen y aplicar el plan socialista en su totalidad! Los urbanizadores, para suprimir los tugurios, lo echan todo por tierra y reconstruyen... Sí —añadió, con un suspiro—; mi convicción profunda, ahora, es que sólo una revolución, una trapatiesta general, surgida de lo más profundo y que lo ponga todo en entredicho, pueden desintoxicar al mundo de su infección capitalista... Goethe pensaba que hay que escoger entre la injusticia y el desorden; él prefería la injusticia. ¡Yo no! Considero que no hay orden verdadero sin justicia. Considero que todo es preferible a



la injusticia... ¡Todo!... Incluso —terminó, bajando la voz repentinamente—, incluso el horrible desorden revolucionario...

«Si Mithörg me oyera —pensó— se pondría bien contento...»

Permaneció meditabundo durante algunos segundos.

—Mi única esperanza es que, tal vez, no sea indispensable que haya en todas partes, en todos los países, revoluciones sangrientas... No fue necesario levantar la guillotina del noventa y tres en todas las capitales de Europa, para que los principios republicanos del ochenta y nueve penetraran en todas partes y lo transformaran todo: Francia había abierto una brecha por la cual pudieron pasar todos los pueblos... Sin duda bastará que una sola nación, ¿Alemania, tal vez?, pague en carne viva, para que el nuevo orden se instaure, y para que el resto del mundo, ganado por el ejemplo, evolucione suavemente...

—¡De acuerdo con la trapatista, si es en Alemania! —dijo Antoine en tono de chanza—. Pero —prosiguió con seriedad— donde yo os espero a todos es cuando llegue el momento de edificar vuestro mundo nuevo. Porque, por mucho que hagáis, siempre tendréis que reconstruir con el mismo elemento básico. Y este elemento esencial no cambiará: ¡es la naturaleza humana!

Jacques había palidecido repentinamente. Volvió la cara para ocultar su turbación.

Antoine, sin saberlo, acababa de tocar bruscamente en la herida más dolorosa de su hermano, la herida íntima, incurable... Esta fe en el hombre del mañana, que era la razón de ser de todo el impulso revolucionario, esta fe, ¡ay!, Jacques no la tenía sino en breves intermitencias, por contagio momentáneo; nunca había podido hacerla realmente suya. Su compasión por los hombres era infinita: les consagraba todo el amor de su corazón; pero por más que repetía con ferviente convicción las fórmulas doctrinales, seguía escéptico en cuanto a las posibilidades morales del hombre. Y en lo más íntimo de su ser se escondía este dilema patético: no creta, no podía creer verdaderamente en la infalibilidad de este dogma: «El progreso espiritual de la humanidad.» Corregir, reorganizar, perfeccionar la condición humana con un cambio total de las instituciones, con la edificación de un sistema nuevo, ¡sí, efectivamente! Pero esperar que este nuevo orden social renovaría también «al hombre», creando automáticamente un modelo de humanidad fundamentalmente mejor, a tanto no llegaba. Y cada vez que le asaltaba esta duda fundamental, tan profundamente arraigada en él, experimentaba una sensación acuciante de remordimiento, de vergüenza, de desesperación.

—No me hago demasiadas ilusiones acerca de la perfectibilidad de la naturaleza humana —confesó con una voz ligeramente alterada—. Pero comprendo que el hombre actual es un ser arruinado, degradado por el sistema social que sufre. Al oprimir al trabajador, este régimen le rebaja, le empobrece moralmente, le entrega a sus más bajos instintos, ahoga la tendencia a elevarse que pudiera tener. No niego que estos bajos instintos sean innatos en el hombre. Solamente creo (quiero creerlo así) que estos instintos no son los únicos. Creo que nuestra civilización económica impide

que se desarrollen los buenos instintos, que se impongan a los otros. Y tenemos derecho a esperar que el hombre será diferente cuando lo que hay de bueno en él pueda manifestarse libremente...

León acababa de abrir la puerta. Esperó a que Jacques hubiera terminado la frase, para anunciar, con una voz sin timbre:

—Los señores tienen servido el café en el despacho.

Antoine se volvió.

—No; tráigalo aquí... Y encienda la luz, por favor... Sólo la de la cornisa.

Se iluminó el techo. Su blancura bastaba para esparcir en la estancia una claridad agradablemente difusa.

«Atención —se decía Antoine, muy lejos de sospechar que en este terreno casi podría haber llegado a entenderse con su hermano—. Aquí, tocamos un punto esencial... Para todos estos ingenuos, la imperfección del hombre no es sino un resultado de los defectos de la sociedad; y es completamente natural, por tanto, que pongan todas sus locas esperanzas en una revolución. Si viesen las cosas tal como son..., si comprendieran de una vez que el hombre es una mala bestia y que no hay nada que hacer... Todo régimen social está condenado fatalmente a reflejar todo lo que hay de irremediablemente malo en la naturaleza humana... ¿A qué viene entonces correr los riesgos de una trapatiesta?»

—El fango innumerable del mundo moderno no es solamente de orden material... —comenzó a decir Jacques en voz baja.

La entrada de León, con la bandeja del café, le interrumpió.

—¿Dos terrones? —preguntó Antoine.

—Uno sólo. Gracias.

Hubo un minuto de silencio.

—Todo eso... Todo eso... —murmuró Antoine, sonriendo—. ¿Quieres que te lo diga, querido? ¡Son u-to-pí-as!

Jacques le miró de arriba abajo.

«Acaba de decir “querido”, exactamente igual que padre», pensó. Sintió que le dominaba la cólera y se abandonó a ella porque le descargaba de su malestar.

—¿Utopías? —exclamó—. Parece que no te das cuenta que hay millares de espíritus selectos para los cuales estas «utopías» son un programa de acción, sabiamente meditado, cuidadosamente puesto a punto, y que no esperan sino una oportunidad adecuada para aplicarlo... —(Acababa de pensar en Ginebra, en Meynestrel, en los doctrinarios rusos, en Jaurès.)—. ¡Tal vez vivamos lo bastante, uno y otro, para asistir a la realización implacable de estas utopías en algún rincón del globo! ¡Y para verlas engendrar una sociedad nueva!

—El hombre siempre seguirá siendo hombre —refunfuñó Antoine—. Siempre habrá fuertes y débiles... Que no serán los mismos: ahí estará la única diferencia. Los fuertes basarán su poder en otras instituciones, en otro código distinto del nuestro... Formarán una clase nueva de fuertes, un tipo nuevo de usufructuarios... Es la ley...

¿Y, entretanto, que habrá sido de lo que tiene de bueno, a pesar de los pesares, nuestra civilización?

—Sí —dijo Jacques, como hablando para si mismo y con un acento de tristeza que llamó la atención de su hermano—. No se podrá contestar a la gente como tú sino con una gran y maravillosa experiencia... ¡De aquí a entonces, vuestra postura es muy cómoda! ¡Es la de todos aquellos que se encuentran bien instalados en el mundo actual, y que quieren conservarlo tal como está, a toda costa!

Antoine apartó la taza con brusquedad.

—¡Pero si yo estoy completamente dispuesto a aceptar cualquier otro! —exclamó, con una impetuosidad que Jacques no pudo por menos de observar con satisfacción.

«Ya es algo —pensó—, no adaptar las convicciones a la vida que uno pueda estar haciendo...»

—No tienes ni la menor idea —proseguía Antoine— de hasta qué punto me siento independiente, completamente desligado de todas las normas sociales. ¡Yo apenas si soy un ciudadano!... Ejercicio una profesión: es lo único que me preocupa. Aparte de esto, ¡ya podéis organizar el mundo como os plazca en torno a mi sala de consulta! Si creéis poder instaurar repentinamente una sociedad en la que no habrá ya miseria, ni derroche, ni estupidez, ni bajos apetitos; una sociedad sin injusticia, sin corrupción, sin privilegios, y en la que la ley no sea ya la de la selva, la del más fuerte, ¡hacedlo!...; ¡cuanto antes!... ¡Yo no defiendo en absoluto al capitalismo! Existe. Al nacer, me lo he encontrado instaurado; estoy sumergido en él desde hace treinta años; por consiguiente, estoy acostumbrado a él, lo acepto, e incluso siempre que puedo lo utilizo... ¡Pero estoy completamente dispuesto a conformarme con otra cosa! ¡Y si vosotros habéis encontrado realmente algo mejor, aleluya!... Para mí, no reivindico nada más que la posibilidad de dedicarme a aquello para lo que estoy hecho. Aceptaré todo lo que queráis, excepto renunciar a lo que supone mi condición humana... Pero —añadió alegremente—, cualquiera que sea la perfección de vuestro nuevo régimen, aunque consiguieseis hacer de la fraternidad una ley general, dudo que pudierais hacer lo mismo con la salud... Seguirá habiendo enfermos y, por consiguiente, médicos: luego para mí nada habrá cambiado de mis relaciones fundamentales con la humanidad... Siempre y cuando, claro está —dijo, guiñando un ojo—, que en tu sociedad socialista me dejes una cierta...

El timbre del vestíbulo sonó violentamente.

Antoine, sorprendido, aguzó el oído.

Sin embargo, prosiguió:

—... una cierta libertad... ¡Ah!, sí, condición *sine qua non*: una cierta libertad profesional... Quiero decir, libertad de pensamiento y libertad de trabajo...; bien entendido, con todos los riesgos y todas las libertades que esto lleva consigo...

Se calló para escuchar.

Se oyó a León abrir la puerta de la escalera; luego, una voz de mujer.

Antoine, con la mano apoyada en la mesa, preparado para levantarse, tenía ya en su rostro la expresión profesional.

León apareció en la puerta.

No tuvo tiempo de decir nada. Detrás de él entró una mujer joven precipitadamente.

Jacques se estremeció. Y bruscamente se puso pálido: acababa de reconocer a Jenny de Fontanin.

## XVIII

JENNY no había conocido a Jacques. Tal vez no lo había mirado, ni siquiera visto. Avanzaba hacia Antoine con las facciones alteradas.

—Venga de prisa... Papá está herido...

—¿Herido? —dijo Antoine—. ¿De gravedad? ¿Dónde?

La joven esbozó un gesto, señalando la sien.

Su aspecto alterado, su gesto, lo poco que Antoine sabía de la vida de Jérôme de Fontanin, le hicieron pensar inmediatamente en un drama. ¿Tentativa de asesinato? ¿De suicidio?

—¿Dónde está?

—En un hotel... Tengo la dirección... Mamá ya está allí y le espera... Venga...

—¡León! —exclamó Antoine—. Avise a Víctor... ¡El auto, de prisa!

Se volvió hacia la joven:

—¿En un hotel? ¿Cómo ha sucedido?... ¿Desde cuándo está herido?

Jenny no contestó. Acababa de fijarse en el convidado que estaba con el médico... ¡Jacques!

Éste había bajado los ojos. Sentía en su rostro la mirada de Jenny como una quemadura.

No habían vuelto a verse desde el verano de Maisons-Laffitte: ¡cuatro años!

—Lo que tarde en coger mi maletín —dijo Antoine, lanzándose hacia la puerta.

Tan pronto como se sintió sola, cara a cara con Jacques, Jenny se echó a temblar. Miraba fijamente a la alfombra. Las comisuras de sus labios se estremecían imperceptiblemente. Jacques contenía el aliento, presa de una agitación que un minuto antes no hubiera creído posible. Ambos levantaron los ojos al mismo tiempo. Sus miradas chocaron; el mismo estupor, la misma angustia, dilataban las pupilas de ambos. En las de Jenny brillaba una lucecita de temor que veló al punto con un aleteo de los párpados.

Jacques dio un paso maquinalmente.

—Siéntate, por lo menos... —balbuceó, aproximándole una silla.

La muchacha no se movió. Permanecía rígida, a la luz que raía del techo. La sombra de las pestañas palpitaba sobre las mejillas. Iba vestida con un traje sastre de una sola pieza, que lo hacía parecer más alta, delgada, y estaba muy encorsetada.

Antoine entró bruscamente. Ya traía puestos la chaqueta y el sombrero. León le seguía, llevando dos maletines de instrumental que Antoine abrió sobre la mesa, después de apartar el cubierto.

—Veamos, explíqueme algo... El auto estará preparado dentro de un minuto... ¿Cómo es que está herido? ¿Por quién? León, de prisa, vaya a buscarme una caja de compresas...

Mientras hablaba cogió de uno de los maletines una pinza y dos frascos, que puso

en el otro. Trabajaba de prisa, pero con movimiento precisos y medidos.

—No sabemos nada... —murmuró Jenny, quien, tan pronto como regresó Antoine, se había acercado a él vivamente—. Una bala de revólver...

—¡Ah! —dijo Antoine sin volver los ojos.

—No sabíamos siquiera que estaba en Paris... Mamá le creía todavía en Viena...

El timbre era apagado, un poco anhelante, pero firme. Incluso en pleno desarrollo daba impresión de energía y de valor.

—Han venido a avisarnos del hotel donde está... Hace una media hora... Hemos saltado a un coche... Mamá me ha dejado aquí al pasar. No ha querido esperar, por temor a...

No terminó la frase. León acababa de entrar con una caja niquelada.

—Bien —dijo Antoine—. Ahora vámonos... ¿Está lejos ese hotel?

—Avenida de Friedland, veintisiete bis.

—¿Vienes con nosotros? —dijo Antoine, dirigiéndose a Jacques. El tono era más bien imperativo que interrogante. Añadió—: Puedes hacernos falta allí.

Jacques miraba a Jenny, sin contestar. Ésta no se había movido, pero Jacques creyó comprender que aceptaba su presencia.

—Pasad —dijo Antoine.

El auto todavía no había salido del garaje. Los faroles proyectaban en el patio su luz cegadora. Mientras Víctor cerraba apresuradamente el capot, Antoine ya había hecho montar a Jenny.

—Yo iré delante —dijo Jacques, subiéndose al coche.

El recorrido hasta la Concordia fue rápido. Pero en la avenida de los Campos Elíseos la circulación de coches obligó al chofer a disminuir la velocidad.

Antoine, sentado atrás, al lado de Jenny, respetaba el silencio de la joven. Saboreaba sin escrúpulo este momento delicioso que tan bien conocía, este momento de espera, de acumulación de energía, que precede a la hora de la iniciativa, de la responsabilidad. Y, distraídamente, miraba hacia la calle.

Jenny, acurrucada en un rincón, lo más alejada posible de todo contacto, procuraba en vano reprimir su temblor: vibraba, de los pies a la cabeza, como un cristal golpeado.

Desde el instante en que aquel mozo desconocido de hotel, invitado a pasar no sin cierta desconfianza, había anunciado con una voz altanera que «el señor de la habitación nueve acababa de dispararse un tiro en la cabeza», hasta su llegada a la calle de la Universidad, en aquel taxi en que, sin una palabra, sin una lágrima, su madre y ella se habían estrechado las manos convulsivamente, todos sus pensamientos habían sido para el herido. Pero, desde la aparición repentina de Jacques, había olvidado a su padre... Delante de ella, se encontraba esta espalda cuadrada, viva, que trataba de no ver: ¡presencia indiscutible, que polarizaba todas las fuerzas de su ser!... Apretando los dientes, apoyaba contra sí misma el brazo izquierdo, para sofocar los latidos de su corazón; y bajaba la cabeza obstinadamente.

Por el momento era incapaz de analizar este tumulto interior. Pero se abandonaba a él, dominada salvajemente en pocos minutos por este drama de su vida, que había estado a punto de causarle la muerte y del cual había creído estar libre para siempre.

Un brusco frenazo le hizo levantar los ojos. El auto había tenido que pararse en seco, para dejar desfilar una formación militar.

—¡Cuando se tiene prisa!... —refunfuñó Antoine, volviéndose hacia Jenny.

Un batallón de soldados, en filas apretadas y blandiendo hachones, seguía a la música, marcando el paso y cantando a pleno pulmón la letra marcial de la marcha. A derecha e izquierda, contenida por un imponente servicio de orden, una masa compacta aclamaba a los vocingleros y se descubría al paso de la bandera.

El chofer, después de haberse cerciorado de que Jacques no se quitaba el sombrero, tampoco se quitó la gorra.

—Naturalmente —insinuó—. En estos barrios, todos están con ellos... —Y, enardecido por el encogimiento de hombros de Jacques, añadió—: ¡En mi barrio, en Belleville, han tenido que renunciar a su fanfarronería! Siempre terminaba en bronca...

Afortunadamente, el cortejo, que descendía hacia la Concordia, volvió hacia la izquierda, dejando despejada la avenida de Antin.

Pocos minutos más tarde, el auto subía a toda velocidad la cuesta del arrabal y desembocaba en la avenida de Friedland.

Antoine ya había abierto la portezuela. Tan pronto como el coche hubo parado, Jenny hizo un esfuerzo para arrancarse del asiento: evitando la mano que Antoine le tendía, saltó a la acera. Durante un segundo, de pie, deslumbrada por el haz de luz que la puerta del hotel proyectaba hasta la calzada, permaneció inmóvil, tan aturdida que estuvo a punto de caer.

—Sígueme —dijo Antoine, tocándola suavemente en el hombro—. Voy delante.

Jenny se dominó y se lanzó en pos de él. «¿Dónde estará?», pensaba, sin atreverse a volver la cabeza. (Tampoco aquí, y ni siquiera en este momento, era en su padre en quien pensaba.)

El Hotel Westminster era una pensión para extranjeros, de las muchas que había en el barrio de la Estrella. El pequeño vestíbulo estaba muy bien iluminado. Al fondo, una puerta de cristales permitía ver una galería-salón, en la que algunos grupos fumaban y jugaban a las cartas, a los acordes de un piano oculto entre unas plantas.

A las primeras palabras de Antoine, el portero hizo una seña a una dama corpulenta, que lucía una caparazón de seda negra, quien se levantó inmediatamente de detrás de la caja y, sin decir ni una palabra, con gesto adusto, los condujo precipitadamente hacia el ascensor. La puerta de hierro volvió a cerrarse. Hasta entonces no se dio cuenta Jenny, con un inmenso alivio, de que Jacques no subía con ellos.

Sin tiempo para reponerse, se encontró en el rellano de una escalera, delante de su

madre.

Las facciones de la señora de Fontanin estaban, al mismo tiempo, alteradas y tranquilas. Jenny, antes que nada, observó que el sombrero de su madre estaba puesto de lado; y este detalle insólito la emocionó más que la aflicción de la mirada.

La señora de Fontanin tenía en la mano un sobre abierto. Había cogido del brazo a Antoine.

—Está aquí... Venga...

Lo llevaba apresuradamente en dirección al pasillo.

—Acaba de marcharse la policía... Todavía vive... Hay que salvarlo... El médico del hotel dice que no se le puede mover...

Se volvió hacia Jenny; quería evitarle el espectáculo de su padre herido.

—Espéranos aquí, cariño.

Y le alargó el sobre que tenía en la mano. Era la carta que se había recogido del suelo, cerca del revólver, y cuya dirección había permitido acudir inmediatamente a la avenida del Observatorio.

Jenny, sola en la escalera, trataba de descifrar, a la mala luz de la lámpara, la nota escrita por su padre. Su nombre, «Jenny», escrito en los últimos renglones, le saltó a los ojos:

.....

«Que mi Jenny me perdone. Nunca he sabido demostrarle mi cariño...»

.....

Sus manos temblaban. Para vencer esta alteración de los nervios, que la sacudía hasta la punta de los dedos, contraía en vano todos los miembros; y hacía todo lo posible por leer, por leerlo todo, desde el principio:

.....

«¡Thérèse! No pienses en mí con severidad. ¡Si supieras cuánto he sufrido antes de llegar a esto! ¡Cuánto siento. Amie, todo lo que te he hecho sufrir! A ti, tan leal y tan buena. Me avergüenzo de no haber sabido sino devolverte mal por bien. Y, sin embargo, te amaba, Amie. ¡Si supieras! Te amo y nunca he amado sino a ti.»

.....

Las palabras bailaban ante sus ojos, secos y enrojecidos, que a cada momento apartaba del papel para lanzar una mirada ansiosa al dintel de la escalera; no podía pensar sino en la proximidad de Jacques. Su temor de verle aparecer era tan grande que no podía fijar la atención en estas pocas líneas patéticas, escritas a lápiz, y en las que su padre en el último momento, antes de realizar el acto, había, no obstante, dejado el rastro de su último pensamiento en ella:

«... Que mi Jenny me perdone...»

Buscó con los ojos un rincón en el que ocultarse, un refugio. Nada... Por fin vio una banqueta, allí, en un rincón. La alcanzó, vacilante, y se sentó. No trataba de comprender lo que sentía. Estaba demasiado cansada. Hubiera aceptado morir en aquel mismo instante, con tal de acabar de una vez, de librarse de sí misma.



Pero no era dueña de su mente. El pasado se imponía a su recuerdo, desfilaba ante sus ojos como una película cinematográfica, proyectada a una velocidad de vértigo... Lo incomprensible para ella comenzaba en Maisons-Laffitte, a finales de aquel verano de 1910. Cuando veía a Jacques más enamorado de día en día, más obstinado en conquistarla; cuando ella misma estaba más asustada cada vez al sentirse más turbada y consentidora, en ese momento, bruscamente, sin que le hubiera avisado, sin haberle escrito, sin que nada atenuara la ofensa de semejante mudanza, había dejado de venir... Luego, una tarde, Antoine llamaba a Daniel por teléfono: ¡Jacques había desaparecido!... Y para ella había comenzado la tortura. ¿Por qué esta huida? O peor aún: ¿este suicidio? ¿Qué secreto había llevado consigo este muchacho salvaje?... Día por día, en aquel mes de octubre de 1910, sin que ninguno de los que la rodeaban, ni siquiera su madre, pudiera darse cuenta de su sufrimiento, había seguido con la mayor angustia las pesquisas infructuosas de Antoine y Daniel para encontrar el rastro del fugitivo... Y esto se había prolongado durante meses enteros... Durante el silencio que precedió a la fuga y al desarrollo de la búsqueda tenaz, sin tener siquiera el apoyo de un verdadero sentido religioso, se había debatido completamente sola en esta sofocante atmósfera de enigma... Se obstinaba no solamente en ocultar su desesperación, sino también en ocultar sus sufrimientos físicos, la huella dejada en su organismo por un golpe semejante... Finalmente, después de un año de lucha solitaria, de convalecencias interrumpidas por recaídas, había llegado la paz del espíritu. Quedaba por cuidar el cuerpo. Los médicos la habían enviado a la montaña todo un verano; luego, desde los primeros fríos, al sur... Había sido en Provenza, el último otoño, cuando había sabido, por una carta de Daniel a su madre, que Jacques había sido encontrado, que vivía en Suiza y que había vuelto a París para el entierro del señor Thibault. Por aquel entonces había tenido algunas semanas de profunda turbación; pero ésta se había calmado espontáneamente, tan rápidamente, a pesar de todo, que había creído sinceramente en su curación: no; entre ella y Jacques había terminado todo, ya no quedaba nada en absoluto... Nada, en absoluto, era lo que ella creía. ¡Y esta noche, en la hora más dramática de su vida, volvía a surgir Jacques, con sus pupilas inquietas y su cara malvada!

Permanecía sentada, inclinada hacia adelante, con los ojos atemorizados, fijos en la escalera. Su pensamiento galopaba... ¿Qué iba a ser de ella? ¿El azar de un encuentro, el choque de dos miradas, bastaba para revolver todo el peso de antaño, para anonadar en una hora este equilibrio físico y moral que había tardado años en conquistar?

Jacques, obedeciendo a una seña de su hermano, se había quedado en el vestíbulo.

La dama vestida de negro había recobrado su sitio en la caja, y de vez en cuando le lanzaba por encima de las gafas una mirada hostil. La orquesta, lejana, compuesta por un piano y un áspero violín, se desgañitaba tocando un tango para una solitaria pareja de bailarines, que Jacques veía de vez en cuando a través de los cristales. En el

comedor, los retrasados terminaban de cenar. Se oía sonar la vajilla en la cocina. Los camareros iban y venían con bandejas. Al pasar por delante de la cajera, anunciaban con voz discreta: «Una *évia*n al tres», «La cuenta del diez», «Dos cafés para el veintisiete».

Una doncella bajaba corriendo la escalera. Con la punta del manguillo, la dama vestida de negro señaló hacia Jacques.

Traía una nota de Antoine.

«Telefonea al doctor Héquet que venga lo más rápido que pueda. Passy 09-13.»

Jacques hizo que le indicaran la cabina. Reconoció al otro extremo del hilo la voz de Nicole, pero no se dio a conocer.

Héquet estaba en casa. Vino al teléfono:

—Voy ahora mismo. Estaré ahí dentro de diez minutos.

La cajera esperaba a la puerta de la cabina. Todo lo relacionado con «aquel imbécil del nueve» le resultaba sospechoso: un enfermo ya representa en un hotel un cliente desagradable; ¡pero un suicida!

—Ya comprenderá usted que estas cosas, en una casa como la nuestra... No podemos... en absoluto... Es necesario que inmediatamente...

Antoine acababa de aparecer en la escalera. Venía con la cabeza descubierta y solo. Jacques se acercó a él.

—¿Qué hay?

—Está en coma... ¿Has llamado?

—Héquet viene hacia aquí.

La dama de negro irrumpió resueltamente entre ellos:

—¿Es usted, por casualidad, el médico de la familia?

—Sí.

—No podemos tenerle aquí, compréndalo... En un hotel como el nuestro... Hay que llevarle en seguida al hospital...

Antoine, sin volver a hacerle caso, llevó a su hermano hacia el otro extremo del vestíbulo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jacques—. ¿Por qué ha intentado matarse?

—No sé nada.

—¿Vive aquí, sin compañía?

—Creo que sí.

—¿Vas a volver a subir ahora mismo?

—No. Espero a Héquet, para hablar con él... Vamos a sentarnos.

Pero, apenas sentado, volvió a levantarse.

—¿Dónde está el teléfono? —De repente acababa de acordarse de Anne—. Vigila la puerta. Ahora mismo vengo.

Anne estaba tumbada en el diván, sin luz, con las ventanas abiertas y las persianas

bajadas. Tan pronto como sonó el teléfono tuvo el presentimiento de que Antoine no vendría. Oyó sus explicaciones, sin conseguir escuchar, sin enterarse bien de lo que decía.

—¿Me entiendes? —dijo Antoine, extrañado de su silencio.

No podía contestar. Tenía un nudo en la garganta, que le ahogaba. Hizo un esfuerzo y murmuró:

—¿De verdad, Tony?

La voz era tan tenue, tan cambiada, que se contuvo un segundo, antes de ceder a su irritación:

—¿Cómo si de verdad? Cuando te lo digo... ¡Está en coma! ¡Espero al cirujano!

La decepción la obligaba a crispar los dedos sobre la bocina y no se atrevía a hablar, por miedo a estallar en sollozos.

Antoine esperaba.

—¿Dónde estás, entonces? —dijo Anne por fin.

—En un hotel... Cerca de la Estrella...

Ella repitió como un eco lejano:

—¿De la Estrella?... —Luego, después de una vacilación interminable, continuó —: ¡Pero si está al lado!... ¡Estás muy cerca de mi, Tony!...

Antoine sonrió:

—Sí; esto no está lejos...

Anne adivinó la sonrisa en el tono de la voz y, repentinamente, concibió esperanzas.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Antoine, sin dejar de sonreír—. Pero te repito que voy a tener que estar aquí toda la noche... Harías mejor, volviéndote tranquilamente a casa...

—No —exclamó Anne apresuradamente—. ¡De aquí no me muevo! —Y, después de una breve pausa, murmuró—: Te esperaré...

Echó el busto hacia atrás, apartó el auricular y respiró profundamente. Desde muy lejos oyó la voz gangosa del aparato:

—... si puedo escaparme, desde luego...; pero no confío mucho... Adiós, cariño...

Rápidamente se acercó el auricular al oído. Antoine había colgado.

Entonces volvió a recostarse, y allí quedó quieta, con la mirada perdida, las piernas apretadas, el cuerpo rígido y el auricular junto a la mejilla.

—Decididamente, la señora de Fontanin es una mujer admirable —dijo Antoine, después de haber vuelto silenciosamente a sentarse junto a Jacques. Calló, y, después de una pausa, añadió—: ¿No habías vuelto a ver a Jenny..., después? —Acababa de recordar repentinamente la desaparición de su hermano, *La Sorellina*, y todo lo que había barruntado antaño de esta historia confusa.

Jacques, sombrío, movió la cabeza negativamente.

Un auto acababa de pararse delante del hotel. Héquet apareció al pie de la escalera. Su mujer lo seguía. Nicole nunca había perdonado al tío Jérôme: lo hacía responsable de la mala conducta de su madre, y este final escandaloso le parecía un castigo de Dios. Pero no había querido dejar solas, en estos momentos de angustia, a su tía Thérèse y a Jenny.

Héquet se detuvo un instante en el umbral. Su mirada penetrante recorrió el vestíbulo. Vio a Antoine, que venía hacia ellos, pero no conoció a Jacques, que intencionadamente permaneció apartado.

Antoine no había vuelto a encontrarse con Nicole desde aquella noche que precediera a la muerte de la niña. (Sabía que, poco después, Nicole había dado a luz a un niño muerto, en tales circunstancias que había quedado mutilada para siempre en cuerpo y alma.) Había adelgazado; la expresión jovial y confiada de su rostro había desaparecido por completo. Le alargó la mano. Sus miradas se encontraron, y las facciones de Nicole se contrajeron ligeramente: el recuerdo de Antoine estaba ligado a uno de los momentos más dolorosos de su vida, y ahora, precisamente esta noche, volvía a encontrarle en la atmósfera trágica de este nuevo drama...

Antoine, mientras hablaba al oído del cirujano, los encaminaba hacia el ascensor. Antes de que desapareciesen en la jaula de cristal, Jacques vio desde lejos cómo su hermano se señalaba con el dedo un sitio determinado de la sien, en el nacimiento del pelo.

La dama vestida de negro había surgido de detrás de su caja:

—¿Es de la familia?

—Es el cirujano.

—¡Supongo que no le irán a intervenir aquí!

Jacques le volvió la espalda.

La música había cesado. En el comedor habían apagado las luces. Un ómnibus de la estación trajo a una pareja joven, ingleses indudablemente, taciturnos y con el equipaje flamante.

Habían transcurrido otros diez minutos cuando volvió a aparecer la doncella, con otra nota de Antoine:

«Telefonea a la clínica Bertrand, Neuilly 54-03, de parte de Héquet. Que envíen inmediatamente una ambulancia para un enfermo acostado. Que preparen un quirófano.»

Telefoneó inmediatamente.

Al salir de la cabina se tropezó con la cajera, que estaba de pie junto a la puerta. Tranquilizada, le sonrió afectuosamente.

Vio a Antoine y a Héquet que cruzaban el vestíbulo. El cirujano, solo, subió al coche.

Antoine volvió hacia Jacques.

—Héquet va a intentar extraer el proyectil esta misma noche. Es la única esperanza de salvación...

Jacques le interrogaba con la mirada. Antoine hizo un gesto de escepticismo.

—La bóveda craneana está gravemente fracturada. Si sale de ésta, será verdaderamente milagroso... Ahora, escucha... —prosiguió, dirigiéndose hacia la mesa de correspondencia, que se encontraba a la entrada de la galería—. La señora de Fontanin quisiera avisar a Daniel, en Lunéville. Tendrás que llevar el telegrama a una oficina que esté abierta por la noche; la de la Bolsa, por ejemplo.

—¿Le darán permiso? —objetó Jacques.

«En las circunstancias actuales... —pensaba—. ¡Y en una guarnición fronteriza!»

—Naturalmente... ¿Por qué no? —repuso Antoine, sin comprender.

Ya se había sentado y empezaba a redactar el telegrama. Pero cambió de opinión y arrugó el papel.

—No... Lo más seguro es dirigirse al coronel. —Cogió otra hoja y murmuró, mientras escribía—: ...ruego... encarecidamente... conceder urgentemente... permiso... sargento Fontanin... cuyo padre... —Luego, se levantó.

Jacques, obediente, cogió el telegrama.

—¿Te veré luego en la clínica? ¿Dónde está?

—... Si quieres, en el boulevard Bineau, catorce... Pero ¿para qué? —añadió, después de un momento de reflexión—. Lo mejor que puedes hacer es irte a acostar... —(Estuvo a punto de añadir: «¿Dónde vives? ¿Quieres instalarte en casa?» Pero no lo hizo.)—. Llámame mañana, antes de las ocho, y te diré lo que haya pasado.

Y cuando Jacques se alejaba, le recordó:

—A pesar de todo, deberías telegrafiar también a Daniel, dándole las señas de la clínica.

## XIX

IBAN a dar las doce cuando Jacques salió de la estafeta de la Bolsa.

Pensaba en Daniel y se imaginaba a su amigo abriendo el telegrama que acababa de expedir y que había firmado: «Doctor Thibault.» Permaneció un instante al borde de la acera, perplejo, mirando, sin verla, la plaza iluminada y casi vacía. Le dolían las articulaciones, como en los comienzos de acceso de fiebre, y la cabeza le daba vueltas. «¿Qué me pasa?», se preguntó.

Se irguió con un súbito impulso y cruzó la calzada. El aire era más fresco, pero la noche seguía siendo calurosa. Andaba sin camino fijo.

«¿Qué me pasa? —volvió a preguntarse—. ¿Jenny?» La imagen de la muchacha, pálida y esbelta con su traje azul, tal como se le había aparecido de repente, después de tantos años, se irguió ante él. Sólo durante un segundo. La rechazó inmediatamente y casi sin trabajo.

Llegó por la calle Vivienne al boulevard Poissonnière, y se detuvo. Los bulevares, casi desiertos hasta entonces en esta noche estival, se animaban a la una: se vaciaban las salas de espectáculos y se llenaban las terrazas de los cafés. Los taxis, con las capotas recogidas, se precipitaban en tropel hacia la Opera. También la muchedumbre discurría, por las aceras, en dirección oeste. Muchachas descaradas y tocadas con grandes sombreros, adornados con flores, subían hacia la puerta de Saint-Martin, andando contra la corriente y mirando provocativamente a los hombres que iban solos.

Parado delante de una tienda, en la esquina de la calle, Jacques veía desfilar esta humanidad inconsciente. La ceguera de Antoine era muy común. ¿Habría entre todos estos transeúntes alegres uno tan sólo que sospechara las trampas en que Europa estaba ya cogida?... Nunca había comprendido Jacques de forma tan acuciante cómo la suerte de millones de despreocupados está en manos de algunos hombres escogidos casi al azar, y a los cuales los pueblos confían, de manera absurda, el cuidado de su seguridad.

Un desarrapado vendedor de periódicos gritaba sin ningún entusiasmo:

—Segunda edición... *La Liberté*... *La Presse*...

Jacques compró los periódicos y los leyó por encima a la luz de un farol: «Proceso Caillaux... El viaje de Poincaré... La travesía de París a nado... Los Estados Unidos y México... Drama de celos... La vuelta ciclista a Francia... El gran premio de globos en las Tullerías... Boletín financiero...» Nada.

De nuevo volvió a asaltarle el recuerdo de Jenny. Y, bruscamente, decidió adelantar dos días la fecha de su regreso.

«Mañana mismo me vuelvo a Ginebra.» Esta determinación le produjo un inmenso alivio.

«¿Y si me pasase por *l'Huma*?», se dijo. Y, casi contento, se dirigió a la calle del

«Croissant».

El barrio donde a esta hora se confeccionaba la mayor parte de los periódicos del día siguiente, hervía de bullicio. Jacques se adentró en este hormiguero. Los bares y los cafés, completamente iluminados, estaban repletos. Su ruido salía por las rendijas hasta el medio de la calle.

Delante de *l'Humanité*, un pequeño grupo obstruía la puerta. Jacques estrechó varias manos. Ya se comentaba una información que Larguest acababa de traer al patrón: un depósito excepcional de cuatro mil millones en oro (lo que se llamaba «la reserva de guerra») había sido efectuado en aquellos días en el Banco de Francia.

Pronto se disolvió el grupo. Algunos propusieron ir a terminar la velada en el «Café du Progrès», que estaba a algunos minutos de allí, en la calle de Sentier, y en el que los socialistas en busca de noticias estaban seguros de encontrar siempre algunos redactores del periódico. (Aquellos que no frecuentaban el «Progrès» iban al «Croissant», en Montmartre, o bien a «la Cholle», en la calle de Feydeau.)

Jacques fue invitado a tomar un *bock* en el «Progrès». Ya tenía relaciones en aquellos lugares de reunión, y siempre encontraba en ellos algunos amigos. Se sabía que había venido de Suiza para llevar a cabo una misión. Se le trataba con ciertos miramientos; se hacía lo posible por informarle, para facilitar su tarea; sin embargo, a pesar de su camaradería y su confianza, muchos de estos militantes, salidos de la clase obrera, consideraban a Jacques como un «intelectual», un «simpatizante», que no era auténticamente de los suyos.

En el «Progrès» habían adoptado una sala bastante amplia, baja de techo, situada en el entresuelo, a la que el dueño, afiliado al Partido, no permitía el acceso sino a los clientes. Esta noche estaban reunidos en ella, en torno a las polvorientas mesas de mármol, entre el humo de los cigarrillos y el olor agrio de la cerveza, una veintena de hombres de todas las edades. Se discutía el artículo de Jaurès, publicado aquella mañana, acerca del papel de la Internacional en caso de guerra.

Estaban allí Cadieux, Marc Levoir, Stefany, Berthet y Rabbe. Pardeaban a un gigante barbudo, sonrosado y rubio, el socialista alemán Tatzler, a quien Jacques había conocido en Berlín. Tatzler afirmaba que aquel artículo sería reproducido y comentado por toda la prensa germana. Según él, el reciente discurso que Jaurès había pronunciado en la Cámara para justificar la negativa de los socialistas franceses a conceder los créditos para el viaje presidencial a Rusia —en dicho artículo, Jaurès había declarado que Francia no tenía ningún interés en verse «arrastrada a una aventura»—, había tenido una profunda resonancia al otro lado del Rin.

—También en Francia —dijo Rabbe, un individuo viejo y barbudo, cuya cabeza tenía unas extrañas protuberancias—. Eso ha sido lo que ha decidido a la Federación del Sena a votar esa moción acerca de la huelga general, en caso de amenaza de guerra.

—¿Estarían dispuestos vuestros trabajadores alemanes —preguntó Cadieux— a

declararse en huelga?; ¿están lo bastante disciplinados para hacerlo sin discutir, si alguna vez vuestra social-democracia aceptara el principio y diera la orden ante una amenaza de movilización?

—Te devuelvo la pregunta —dijo Tatzler, riendo bonachonamente—. ¿El día que se ordenara una movilización, sería vuestra clase obrera de Francia lo bastante disciplinada para...?

—Eso dependería mucho, creo yo, de la actitud del proletariado alemán —observó Jacques.

—Yo contesto que sí, ¡sin duda alguna! —interrumpió Cadieux.

—¡No tan seguro! —dijo Rabbe—. Yo más bien contestaría que no.

Cadieux se encogió de hombros.

(Era corpulento, delgado y desgachado. Se le encontraba por todas partes: en las secciones, en los comités, en la Bolsa de Trabajo, en la C.G.T., en las salas de redacción, en las escaleras de los ministerios, siempre con prisas, siempre corriendo, inabordable. Casi siempre se le veía entre dos puertas, y cuando se le buscaba, ya había desaparecido: era ese tipo de personas a quienes siempre se reconoce demasiado tarde, cuando ya han pasado.)

—Sí, no... —dijo Tatzler, riendo a carcajadas—. Pues bien: entre nosotros, *gerade so*<sup>[10]</sup>!... ¿Sabéis una cosa? —dijo de repente, abriendo mucho los ojos—: ¡En Alemania preocupa mucho este Poincaré que visita al Zar!

—¡Demontre! —rezongó Rabbe—. ¡Es que no es precisamente el momento! ¡A los ojos de todo el mundo, tenemos todo el aspecto de querer dar al paneslavismo una protección oficial!

Jacques observó:

—Sobre todo cuando se leen nuestros periódicos: los comentarios que toda la prensa francesa hace de ese viaje tienen un tono de desafío verdaderamente intolerable.

—¿Sabéis una cosa? —prosiguió Tatzler—. Pues que es la presencia de Viviani, ministro de Asuntos Exteriores, lo que hace pensar que, en Petersburgo, se va a hablar diplomáticamente contra el *Germanismus*... Entre nosotros se sabe perfectamente que ha sido Rusia la que ha forzado a Francia para la ley del servicio militar durante tres años. ¿Con qué objeto? ¡El paneslavismo amenaza a Alemania y a Austria cada vez más!

—Sin embargo, las cosas van mal en Rusia —dijo Milanof, que acababa de entrar y se había sentado junto a Jacques—. Los periódicos de aquí apenas si hablan de ello. Pero Praznowski viene de allí. Trae información. La huelga ha empezado en las fábricas Poutilof y se propaga con rapidez. Anteayer, viernes, ya había sesenta y cinco mil huelguistas ¡nada más en Petersburgo! ¡Se lucha en las calles! ¡La policía ha disparado, matando a mucha gente! ¡Incluso mujeres y muchachas!

La silueta de Jenny, con su vestido azul, apareció y desapareció ante los ojos de Jacques. Para hablar, para alejar aquella imagen turbadora, preguntó al ruso:



—¿Está aquí Praznowski?

—Ha llegado esta mañana. Hace una hora que está encerrado con el patrón... Le estoy esperando... ¿Quieres esperarle tú también?

—No —dijo Jacques. Se sentía febril, dominado nuevamente por su malestar. Permanecer aquí inmóvil, en esta atmósfera llena de humo, volviendo incesantemente al mismo tema, se le hizo insoportable repentinamente—. Es ya muy tarde, tengo que marcharme.

1'ero, afuera, la noche y la soledad le parecieron aún más penosas que la promiscuidad de los camaradas. Apretando el paso, partió en dirección a su hotel. Vivía en la esquina de la calle de los Bernardins y el muelle la Tournelle, al otro lado del Sena, junto a la plaza Maubert, en una casa de habitaciones amuebladas que tenía un socialista belga, antiguo amigo de Vanheede. Atravesó por entre el bullicio de los Halles sin prestarle ninguna atención; luego la plaza del Hôtel-de-Ville, inmensa y silenciosa. El reloj marcaba las dos menos cuarto. Era la hora equivocada en que hombres y mujeres, deambulando en la noche, se olfatean como perros y se salen al encuentro...

Jacques sentía calor y sed. Todos los bares estaban cerrados. Con la cabeza agachada y arrastrando los pies, siguió a lo largo de los muelles, apresurándose hacia el sueño y el olvido. Jenny velaría sin duda a la cabecera de su padre. Rehuía pensar en ella. «Mañana a estas horas —murmuró—, ya estaré lejos de aquí.» Subió la escalera, a tientas, y consiguió finalmente encontrar su habitación; bebió un trago de agua tibia del jarro, se desnudó sin tomarse la molestia de encender la luz y, tumbándose de cualquier manera sobre la cama, consiguió dormirse casi inmediatamente.

## XX

LA operación, hecha en presencia de Antoine, no había podido ser completa. Héquet había desbridado la herida, levantando el hueso fracturado, cuyas esquirlas estaban introducidas profundamente en la sustancia cerebral, e incluso se había decidido a intentar la trepanación. Pero el estado del enfermo no permitía prolongar las investigaciones, y los dos médicos habían tenido que renunciar a encontrar el proyectil.

Se pusieron de acuerdo para advertírsele a la señora de Fontanin. No obstante, fueron humanitarios y afirmaron —lo que, por otra parte, no era totalmente inexacto— que la operación había dado al enfermo algunas probabilidades de vida; si las condiciones mejoraban, sería posible buscar la bala y extraerla. (Lo que no confesaron fue hasta qué punto consideraban escasas tales probabilidades.)

Eran ya las dos cuando Héquet y su mujer se decidieron a abandonar la clínica. La señora de Fontanin había insistido en que Nicole volviera a casa con su marido.

Jérôme había sido trasladado a una habitación del segundo piso, y una enfermera cuidaba de él.

Para no dejar solas a las dos mujeres, Antoine había ofrecido pasar allí la noche. Los tres habían ido a parar al saloncito frontero de la habitación del enfermo. En torno a ellos reinaba ese silencio inquietante, característico de los lugares de sufrimiento: detrás de cada tabique se adivina un cuerpo dolorido que se agita, suspira y cuenta las horas sin poder encontrar descanso.

Jenny se había sentado, algo apartada, en el sofá que ocupaba el fondo de la estancia. Con las manos cruzadas sobre la falda, el busto envarado y la cabeza apoyada en el respaldo, había cerrado los ojos y parecía dormir.

La señora de Fontanin había acercado un sillón al de Antoine. No había vuelto a verle desde hacía un año. Sin embargo, su primer pensamiento, al enterarse del suicidio, había sido recurrir al doctor Thibault. Y éste había acudido. Al primer llamamiento ya estaba aquí, siempre igualmente dueño de sí mismo, enérgico y fiel.

—No he vuelto a verle después del duelo —dijo la señora de Fontanin repentinamente—. Ha tenido usted que pasar por unos momentos terribles; ya me hago cargo... Me he acordado mucho de usted. He rezado mucho por su padre... —Calló: recordaba su única visita al señor Thibault, cuando la huida de los dos niños. ¡Cuán duro e injusto se había mostrado...! Murmuró—: ¡Que descanse en la paz del Señor!...

Antoine no contestó, y hubo un momento de silencio.

La lámpara, a cuyo alrededor revoloteaban los insectos, inundaba con una claridad implacable el falso lujo del mobiliario, las volutas doradas de la sillería, la planta verde, anémica y envuelta con una venda que presidía en el centro de la mesa en un macetero de porcelana azul. De cuando en cuando, el ronco sonido de un timbre se dejaba oír en el extremo del pasillo. Se distinguían entonces los pasos de

una enfermera que se deslizaba sobre las losas, y luego una puerta que se abría y se cerraba muy despacio; algunas veces se percibía un quejido lejano, el tintineo de la porcelana, y todo volvía a quedar en silencio.

La señora de Fontanin, inclinada hacia Antoine, resguardaba con su mano gordezuela los cansados ojos, abrasados por la luz.

Había empezado a hablar de Jérôme, y, en voz baja, con frases incoherentes, iba explicando lo que sabía de los complicados asuntos de su marido. No tenía que hacer ningún esfuerzo para dejarse conducir a pensar en voz alta: siempre había tenido confianza en Antoine.

Éste, también inclinado, escuchaba. De vez en cuando levantaba la cabeza. Entonces cambiaban una mirada de compenetración, plena de gravedad.

«¡Qué magnífica es!», se decía Antoine. Le agradaba esta calma, esta dignidad en el dolor, así como esta seducción natural que no dejaba de interferir con sus virtudes masculinas. «Padre era solamente un burgués —pensaba—. Ella es una patricia.»

Sin embargo, no perdía ni una sola de sus palabras. Y, poco a poco, iba reconstruyendo las etapas de este camino aventurero que había llevado a Fontanin hasta la muerte.

Jérôme, desde hacia unos dieciocho meses aproximadamente, se encontraba al servicio de una sociedad inglesa, cuyo domicilio social estaba en Londres y que explotaba unos bosques en Hungría. La sociedad era muy seria, y durante algunos meses la señora de Fontanin había llegado a creer que su marido tenía por fin una situación estable. A decir verdad, nunca había podido poner muy en claro cuáles eran las atribuciones de Jérôme. La mayor parte del tiempo se la pasaba en coche-cama, entre Viena y Londres, con breves paradas en París. En estas ocasiones venía a pasar una velada en la avenida del Observatorio, llevando consigo una cartera llena de papeles, dándose mucha importancia, pero desbordando de amabilidad, buen humor y coquetería, y colmando a los suyos de atenciones que los hacía sucumbir a su encanto. (Lo que la pobre mujer no decía era que, por diversos indicios, tenía la certeza de que su marido sostenía dos costosos enredos, uno en Austria y otro en Inglaterra.) De cualquier forma, parecía ganarse la vida con facilidad. Incluso daba a entender que su posición mejoraría y que, muy pronto, podría subvenir ampliamente a las necesidades de su mujer y su hija. Porque, durante estos últimos años, la señora de Fontanin y Jenny vivían por completo a expensas de Daniel. (Al hacer esta confesión, la señora de Fontanin luchaba visiblemente entre la vergüenza de admitir la despreocupación de su marido y el orgullo de revelar la generosidad de su hijo.)

Afortunadamente, éste obtenía unos ingresos bastante satisfactorios por su colaboración en la revista de arte de Ludwigson. Las cosas habían estado a punto de estropearse cuando Daniel hubo de incorporarse a su regimiento. Pero Ludwigson, magnánimo y previsor, con objeto de asegurarse el regreso de su colaborador cuando terminara el servicio, se había comprometido a seguirle pagando durante su ausencia un sueldo reducido, pero perfectamente regular. De manera que, a pesar de todo, la

señora de Fontanin y Jenny no carecían de lo estrictamente necesario. Jérôme no ignoraba nada de esto. Incluso hablaba mucho de ello. Con su inconsciencia acostumbrada, aceptaba que el mantenimiento del hogar quedara a cargo de su hijo, pero exigía con aires de gran señor que se le diera cuenta exacta de lo que se gastaba; y no desaprovechaba ocasión alguna de hacer presente a Daniel su agradecimiento. Por otra parte, parecía considerar esta ayuda pecuniaria como una especie de préstamo que le hacía su hijo y que él devolvería tan pronto como le fuera posible. Para hacerlo, prefería esperar —según decía— a que todas estas cantidades hicieran «una cifra redonda»; y, escrupulosamente, llevaba al día una cuenta de esta deuda, de la que de vez en cuando, enviaba a Thérèse y a Daniel un extracto por duplicado, hecho a máquina y en el que los intereses compuestos estaban calculados a un tipo muy alto... En la forma ingenua y desilusionada en que la señora de Fontanin daba estos detalles, era imposible desentrañar si estaba o no convencida de la mala fe de Jérôme.

Antoine, levantando los ojos en aquel momento, advirtió la mirada de Jenny fija en él. Mirada cargada de vida interior, mirada tan llena de reserva y soledad, que nunca se tropezaba con ella sin sentir cierto malestar. Nunca había olvidado aquel día lejano en que fuera a interrogar a Jenny, entonces niña, acerca de la fuga de su hermano y se había encontrado con esta mirada por primera vez.

Repentinamente, la joven se levantó.

—Me ahogo —dijo a su madre. Se pasó por la frente el pañuelito que tenía recogido en el hueco de la mano—. Voy al jardín, para respirar un poco...

La señora de Fontanin aprobó con la cabeza y la siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido. Entonces se volvió otra vez hacia Antoine. No estaba descontenta de que Jenny los hubiera dejado solos. Hasta entonces, nada de su relato explicaba la brusca tentativa de suicidio. Ahora tenía que abordar las explicaciones arduas y más penosas.

El invierno anterior, Jérôme, que se había creado relaciones en Viena, había prestado su nombre «imprudentemente» —y su título, puesto que en Austria se hacía llamar «conde Jérôme de Fontanin»— para la presidencia del Consejo de Administración de un negocio austríaco, una fábrica de papeles pintados, que después de algunos meses de existencia, acababa de quebrar en una forma poco honorable. Se estaba llevando a cabo la liquidación de cuentas, y la justicia austríaca trataba de establecer las responsabilidades.

El asunto se complicaba, además, por una demanda presentada por la administración de la Exposición de Trieste en la que, aquella primavera, la fábrica de papeles pintados había instalado un *stand* muy vistoso, cuyo alquiler no había sido satisfecho. Ahora bien: Jérôme se había ocupado de esta Exposición de una manera especial, e incluso, en junio último, había obtenido de su sociedad inglesa un mes de permiso que había pasado alegremente en Trieste. La fábrica le había entregado en varias ocasiones cantidades bastante importantes, cuyo empleo, al parecer, no

conseguía justificar; y el juez instructor acusaba al conde de Fontanin de haber derrochado en francachelas en Trieste el dinero de la fábrica, sin haber pagado el alquiler del *stand*. De todas formas, Jérôme estaba en entredicho como presidente del Consejo de Administración de una sociedad declarada en estado de quiebra. Se decía que era tenedor de un importante paquete de acciones que le había sido concedido «graciosamente» para obtener su presidencia.

¿Cómo había conocido la señora de Fontanin estos detalles? Hasta estas últimas semanas no había sospechado nada. Luego había recibido una carta de Jérôme, carta confusa y apremiante, en la que suplicaba que formalizara una nueva hipoteca, a su favor, sobre la finca de Maisons, de la cual era ella la única propietaria (esta finca la había tenido que hipotecar en parte por culpa de él). Habiendo consultado con su notario, éste había hecho una rápida investigación en Austria y así se había enterado la señora de Fontanin de las acciones judiciales emprendidas contra su marido.

¿Qué había sucedido en estos últimos días? ¿Qué nuevos acontecimientos podían haber llevado a Jérôme a este acto de desesperación? La señora de Fontanin se perdía en conjeturas. Sabía que algunos acreedores de Trieste insultaban diariamente a su marido en un periódico local. ¿Eran fundadas sus pretendidas revelaciones? Jérôme debía de sentir su porvenir irremediabilmente comprometido. Incluso si conseguía escapar de los tribunales austríacos, no podía esperar, después de este escándalo, conservar su puesto en la sociedad inglesa... ¿Es que, hartado de expedientes, acosado por todas partes, no había encontrado otra salida sino desaparecer?

La señora de Fontanin había callado. La mirada vaga e interrogante, que fijaba en el espacio, parecía hacer una pregunta que ella no formulaba: «¿He hecho por él todo lo que debía? ¿Hubiera llegado a esto si me hubiera sentido a su lado, como otras veces?...» Pregunta lancinante, insoluble...

Hizo un esfuerzo para dominarse.

—¿Y Jenny? —dijo—. Tengo miedo de que vaya a coger frío... o que se haya quedado dormida afuera.

Antoine se levantó.

—No se moleste. Voy a ver.

## XXI

JENNY no había tenido valor para bajar al jardín. Solamente quería evadirse de este salón, para huir de la presencia de Antoine.

Apoyándose con una mano en los baldosines de la pared, había dado algunos pasos inciertos a lo largo del pasillo. Aunque todas las ventanas estaban abiertas, la atmósfera seguía siendo agobiante. Del quirófano, situado abajo, subía una vaharada de éter que se mezclaba con la corriente de aire caliente que circulaba de arriba abajo de la casa.

La puerta de la habitación de su padre estaba entreabierta. La estancia estaba a oscuras, solamente iluminada por una lamparita protegida por un biombo. La enfermera, sentada en una silla, hacía punto de media. Se distinguía vagamente bajo las sábanas el cuerpo inmóvil. Los brazos reposaban sobre la cama. La cabeza yacía caída sobre la almohada. Un vendaje ocultaba la frente. La boca, medio abierta, formaba un orificio negro del que escapaba un jadeo ronco y rítmico.

Jenny, por la rendija de la puerta, miraba esta boca y escuchaba este estertor, con una lucidez tranquila, casi indiferente, que a ella misma le causaba horror. Su padre iba a morir. Lo sabía y se lo repetía, sin conseguir desligar esta idea terrible del fondo confuso de sus pensamientos: debía considerarla como un hecho preciso, real y que le concernía. Se sentía tensa, endurecida. Sin embargo, adoraba a su padre, a pesar de los defectos de éste. Recordó otra época de su juventud, época en la que, encontrándose ella a la cabecera de su padre, a la sazón también enfermo de gravedad, la contemplación de este mismo rostro alterado, contraído por el sufrimiento, le encogía el corazón. ¿Cómo podía hoy estar tan insensible?... Se obligó a permanecer allí, de pie, con los brazos colgando, la mirada fija en la cama, apática y culpable, escandalizada por su propia indiferencia, luchando contra el deseo de apartar los ojos, de olvidar este drama... Era como si, precisamente esta noche, esta agonía intempestiva le hubiera arrebatado la última oportunidad de ser feliz...

Finalmente, buscando un poco de frescura, separó el hombro del quicio de la puerta y se acercó a la ventana del pasillo. Encontró una silla. Se sentó, cruzó los brazos sobre el respaldo y reclinó sobre sus manos juntas el peso de la frente.

¡Odiaba a Jacques! Era un individuo vil, caprichoso... Un irresponsable tal vez... Un loco...

Bajo ella, en la cálida oscuridad, el jardín dormía sin el menor ruido. Distinguía la masa oscura de las enramadas, las pálidas sinuosidades de los paseos en torno al césped. Un olor a barniz del Japón impregnaba el ambiente con su tufo persistente de droguería oriental. Más allá de los árboles brillaban los faroles espaciados de la avenida, por la que desfilaban, al paso, los carros de los verduleros. La columna interminable se balanceaba sobre el empedrado con el mismo chirrido de cuando se muele café. De vez en cuando, el rugido de un automóvil dominaba el ruido de los

carros. Un bólido luminoso pasaba como una tromba a través de la hojarasca y se perdía en la oscuridad.

—No se quede dormida aquí —dijo Antoine a su oído, en voz baja.  
Se estremeció y contuvo un grito, como si la hubiera tocado.

—¿Quiere, por lo menos, que le traiga un sillón?

Hizo un gesto negativo, se levantó con desgana y le siguió id saloncito.

—El estado general no empeora —explicó Antoine en voz baja, mientras andaban—. El pulso está un poco mejor. Algunos sintonías parecen indicar que el coma es menos profundo.

En el salón, la señora de Fontanin estaba de pie. Se acercó a ellos.

—Hasta ahora no se me había ocurrido —dijo, dirigiéndose a Antoine con vehemencia—, que hubiera debido avisar a James... El pastor Gregory, un amigo...

Con una ternura llena de naturalidad, mientras hablaba, había rodeado con el brazo los hombros de Jenny y atraía a la joven contra sí. Los dos rostros, mostrando las huellas de dos tristezas diferentes, se tocaban.

Antoine había hecho un gesto, indicando que recordaba perfectamente al pastor. Repentinamente le acometió un vivo deseo de aprovechar este inesperado pretexto para evadirse... Salir de esta clínica, aunque no fuera más que una hora... ¿Tal vez acercarse, incluso, a la avenida de Wagram?... La imagen de Anne se le vino a la cabeza: Anne, dormida en la tumbona, con su peinador blanco...

—¡Es muy fácil! —propuso; y su voz ronca traicionaba, a su pesar, una agitación imprevista—. Dígame las señas e iré a buscarle.

La señora de Fontanin protestó:

—Es demasiado lejos... ¡En la estación de Austerlitz!...

—¡Como tengo el coche abajo! Por la noche se corre mucho... Y —añadió, con la mayor naturalidad del mundo— así aprovecharé para acercarme a casa, por si ha telefonado algún enfermo desde anoche... Dentro de una hora estoy aquí otra vez.

Ya estaba casi junto a la puerta, sin apenas escuchar las indicaciones de la señora de Fontanin y sus emocionadas expresiones de gratitud.

—¡Qué atento es! ¡Y qué suerte tenemos de poder contar con él! —no pudo contenerse de comentar, cuando Antoine hubo desaparecido.

—Lo detesto —murmuró Jenny, después de un momento de silencio.

La señora de Fontanin la miró, sin sorprenderse, y no contestó.

Dejando a la joven en el saloncito, se dirigió a la habitación de Jérôme.

El ronquido había cesado. La respiración, más débil a medida que pasaba el tiempo, brotaba sin ruido de la boca entreabierta.

La señora de Fontanin hizo señas a la enfermera de que no se moviera, y vino silenciosamente a sentarse a los pies de la cama.

No conservaba ninguna esperanza. Sus ojos no se separaban de la pobre cabeza

vendada. Unas lágrimas, que ella no sentía, corrían por sus mejillas.

«¡Qué guapo es!», pensaba, sin apartar la mirada.

Bajo aquel turbante de algodón y gasa que ocultaba los rizos plateados y realzaba la finura oriental del perfil, estas facciones inmóviles, a la vez viriles y graciosas, evocaban la máscara mortuoria de algún joven Faraón. Porque una imperceptible inflamación de la carne había borrado el ajamiento, las arrugas, y, en la semioscuridad de la habitación, la cara parecía milagrosamente rejuvenecida. Las mejillas, lisas, se adentraban bajo los pómulos salientes hasta la curva firme de la barbilla. El vendaje atirantaba ligeramente la piel de la frente y estiraba hacia las sienes la línea de los párpados cerrados. Los labios, un poco quemados por la anestesia, formaban una prominencia voluptuosa. Estaba hermoso, como en los tiempos de su juventud, cuando ella era la primera en despertarse por las mañanas e inclinada hacia él le contemplaba mientras dormía...

Sin poder dominar ni su desesperación ni su ternura, contemplaba a través de sus lágrimas lo que todavía quedaba de Jérôme: del grande y único amor de su vida.

Jérôme, a los treinta años... Estaba de pie ante ella, con su esbeltez felina, su cintura cimbreante, su tez ligeramente bronceada, su sonrisa, su mirada zalamera... «Mi príncipe indio», decía ella por aquel entonces, orgullosa de que la amara... Oía su risa, aquellas tres notas perfectamente diferenciadas: «¡Ja, ja, ja!...», que Jérôme desgranaba, echando la cabeza hacia atrás... Su alegría, su constante buen humor... ¡Su alegría mendaz! Porque había vivido en la mentira, como en un elemento natural: una mentira divertida, despreocupada, incorregible ...

Jérôme... Todo lo que su vida de mujer había conocido del amor estaba aquí, en este lecho... ¡Ella, que hacía ya tantos años había dado su vida amorosa por terminada! Ahora comprendía, repentinamente, que nunca había dejado de esperar... Ahora, esta noche, era cuando todo iba a terminar definitivamente, para siempre.

Oculto el rostro entre las manos e invoca al Espíritu. En vano. Su corazón está henchido de una congoja demasiado humana. Se siente abandonada de Dios, entregada a su amor impuro... Vergonzosamente, en contra de su voluntad, su pensamiento, vencido, resucita el último recuerdo amoroso... En Maisons... En la casa de Maisons-Laffitte adonde llevara a Jérôme, a su regreso de Amsterdam, después de la muerte de Noemí... Una noche, Jérôme se había introducido humildemente en su alcoba. Pedía perdón. Necesitaba compasión, cariño. Se acurrucaba contra ella en la oscuridad. Y ella le había cogido entre sus brazos, apretándole contra sí como si fuera un niño. Una noche de verano, parecida a ésta... La ventana abierta, cara al bosque... Y, luego, hasta la mañana, en vela a su lado, sin poderse dormir, lo había tenido junto a ella, dormido, como un niño, como un niño... Una noche de verano, cálida y dulce, parecida a ésta...

La señora de Fontanin levantó la cabeza bruscamente. En su mirada se advertía un cierto extravío... Un deseo loco e insensato: mandar salir a esta enfermera y acostarse aquí, a su lado, estrecharle contra sí por última vez, dándole calor con su



cuerpo, y, puesto que tenía que dormirse para siempre, dormirle ella misma, por última vez... «Como a un niño... Como a un hijito...»

Ante ella, sobre la sábana, reposaba semejante a una talla la mano nerviosa, tan bella de líneas, y en la que la ancha cornalina del anular marcaba una mancha oscura. La mano derecha, la mano que se había atrevido, la mano que había empuñado el arma... «¿Por qué no estaba yo a tu lado?», se dijo, desesperada. ¿Tal vez la había llamado, en el fondo de su corazón, antes de levantar la mano hacia la sien? Nunca hubiera realizado este gesto si en aquel momento de debilidad ella hubiera estado a su lado, en aquel puesto que Dios le había asignado para toda su vida terrestre, y del que ningún resentimiento debió autorizarla nunca a desertar...

Cerró los ojos. Transcurrieron algunos minutos. Insensiblemente iba recobrando su tranquilidad de espíritu. Al rechazar los recuerdos, el remordimiento había hecho renacer en ella la calma religiosa. Nuevamente sentía establecerse esa comunión con las Fuerzas universales que se había convertido para ella en un consuelo constante e indispensable. Ya consideraba de manera distinta esta prueba consentida por Dios. Más allá de la desgracia que se cernía sobre ella y que aún la tenía abatida a consecuencia del golpe, trataba de reconocer ahora la Necesidad superior y secreta, la ley del Plan divino; y sentía que se acercaba por fin a las regiones serenas..., a esa Paz en la renunciación y en la resignación, que es el término de todo sufrimiento para las criaturas elegidas.

—Que se haga Tu voluntad —murmuró, juntando las palmas de las manos.

## XXII

EL auto, con todos los cristales bajados, rodaba a toda velocidad a través de la ciudad despoblada y sonora, en la que la corte noche estival iba cediendo el lugar a las luces del nuevo día.

Antoine, sentado en medio del asiento, con los brazos y las piernas estirados y el cigarrillo en los labios, reflexionaba. Como de costumbre, el cansancio del insomnio, en lugar de abatirle, desarrollaba en él una alegría febril.

«Las tres y media —murmuró, al pasar por delante del reloj de la plaza Péreire—. A las cuatro habré despertado al energúmeno del pastor, le habré encaminado a la clínica y estaré libre... “El otro”, indudablemente, puede acabarse durante mi ausencia... Pero hay muchas probabilidades de que todavía dure veinticuatro horas...» Tenía la conciencia tranquila: «Se ha hecho todo lo posible», se dijo, rememorando las distintas fases de la operación. Luego, arrastrado por este salto atrás, recordó la llegada de Jenny y la conversación con Jacques. Después de estas pocas horas de actividad profesional, las discusiones con su hermano le parecían aún más vanas.

«Yo soy médico —se dijo—, tengo una tarea que cumplir y la cumplo. ¿Qué más pueden “ellos” pretender de mí?»

«Ellos», era Jacques, que no hacía nada, que no realizaba ninguna labor, nada más que agitarse y hablar en el vacío, y era también, detrás de Jacques, aquella horda de excitadores revolucionarios, cuyas vociferaciones de rebeldía le había parecido oír ya aquella tarde.

«La desigualdad, la injusticia... ¡Claro que sí! ¿Y qué es lo que creen haber inventado?... ¿Puede hacerse algo, acaso?... ¡La civilización actual es un resultado, señor mío! ¡Un resultado! Pues bien: partamos de esta base. ¿Por qué ponerlo todo en tela de juicio?... Su revolución —prosiguió, a media voz—. ¡Bonito lío nos están preparando! ¡Derribarlo todo por tierra, para volver a empezar, como hacen los niños cuando juegan con las construcciones! ¡Idiotas! ¡Limitaros a cumplir con vuestra obligación, pura y simplemente!... ¡En lugar de lamentaros de las imperfecciones de la sociedad y de negarle vuestra colaboración, mucho mejor sería que, por el contrario, os aferrarais a lo que ya existe, a vuestro ambiente, a vuestra época, tal como son, y trabajarais animosamente, como nosotros! ¡Y en lugar de conspirar para provocar cataclismos cuyo beneficio es más que problemático, emplear vuestra breve vida humana en hacer, dentro de lo limitado de vuestras posibilidades, una tarea lo más útil y perfecta que os sea posible!»

Quedó satisfecho de esta parrafada. A modo de colofón, añadió: «¡He dicho!»

«Es como la cuestión de la herencia —prosiguió, con un repentino enfado—. ¡Ahora, tener bienes de fortuna es gozar de una vida “basada en la explotación de los demás”!... ¡Imbécil!... No defiendo el principio de la transmisión hereditaria de la riqueza... No; yo no lo defiendo, ni qué decir tiene... Sé, tan bien como tú, todo lo

que se puede decir acerca de esto... ¡Pero, demontre, puesto que ahora están así las cosas...! ¡Puesto que son éstas las condiciones de vida en que hemos de desenvolvernos!, ¿qué le vamos a hacer?

»¿Contra quién voy a meterme ahora? —pensó, riéndose de sí mismo—. Casi parece que me sublevo contra aquello que deseo defender...»

Pero poco después comenzó de nuevo, como si tuviera que convencer a un interlocutor:

«He de afirmar, por otra parte, que muy a menudo los resultados de la herencia son excelentes... He comprobado mil veces que la riqueza hereditaria es lo que hace posible, en un noventa por ciento de los casos, la realización de una vida buena..., mejor dicho, de una vida útil, beneficiosa para la comunidad humana...

»¿Es que ahora va a ser un crimen no ser pobre?», añadió, cruzándose de brazos en forma brusca.

Un poco confusamente, tuvo la impresión de que se hacia trampa a sí mismo. La pregunta concreta que su conciencia se hacia en este momento era más bien: «¿Es un crimen ser rico sin haber adquirido la riqueza uno mismo, por medio de su trabajo? ...» Pero no se entretuvo en estas sutilezas y, encogiéndose de hombros, sacudió esta idea pérfida como para quitársela de encima.

«Este invierno, cuando me escribía: “No quiero beneficiarme de esa herencia...” ¡Imbécil! “¡Beneficiarme!” ¿Es que ahora me va a reprochar que yo me he “beneficiado”? Y a fin de cuentas, ¿quién va a “beneficiarse” de la reorganización de mi vida profesional, de nuestros trabajos? ¿Soy yo?... Si; soy yo —admitió honradamente—. Quiero decir: ¿Seré yo el único que se “beneficie”?... Y además, en último extremo, cuando se es lo que yo, ¿no es precisamente procurando “también” por el propio interés, como más se hace en bien del interés de todos, del interés general?»

El automóvil atravesaba el Sena. El río, los muelles, la perspectiva de los puentes, todo estaba bañado por una neblina rosada. Arrojó la colilla por la portezuela y encendió otro cigarrillo.

«Te pareces a mí más de lo que crees, sandio —prosiguió con una sonrisa de satisfacción—. ¡Has nacido burgués, mi pequeño, igual que has nacido pelirrojo! El pelo se te ha oscurecido, pero los reflejos siguen siendo rubios, sin que puedas remediarlo... ¿Tus instintos revolucionarios? No creo en ellos, sino a medias... Tu atavismo, tu educación, e incluso tus verdaderas inclinaciones, te siguen atrayendo... Espera un poco: ¡a los cuarenta años serás todavía más burgués que yo!...»

El auto había disminuido su velocidad. Víctor inclinaba la cabeza, tratando de leer los números. Por último, el coche se detuvo delante de una verja.

«Y a pesar de todo, incluso siendo como es, le quiero mucho», pensó Antoine, abriendo la portezuela.

Ahora se reprochaba no haber demostrado mejor, con una acogida más afectuosa, el placer que le había causado la visita de su hermano.

## XXIII

EL pastor Gregory vivía, desde hacía un año, en una miserable pensión del barrio Juana de Arco, en el fondo de un vecindario habitado casi exclusivamente por obreros armenios, a quienes aquél evangelizaba.

A Antoine le costó mucho trabajo despertar al vigilante nocturno, un levantino piojoso que se acostaba completamente vestido en una banqueta en el pasillo de acceso.

—Sí, señor... El pastor Gregory; sí. Suba conmigo, señor... La buhardilla ocupada por el santo hombre estaba en el cuarto piso. El mes de julio hacía fermentar en este cuchitril superpoblado un hedor de basura y de mugre que recordaba el olor acre de las callejuelas árabes.

Nada más al llamar el vigilante a la puerta con timidez, Gregory saltó de la cama.

«Sueño de una ligereza completamente espiritual», se dijo Antoine, *in petto*.

El pestillo se movió en la cerradura y apareció el pastor, con un quinqué en la mano.

El espectáculo era de lo más inesperado. Gregory se acostaba ataviado con una púdica camisa que le llegaba hasta los pies, y, como no conseguía dormir si no se oprimía el hígado, se ceñía fuertemente los riñones con una faja de franela marrón que hacía ahuecarse el bajo de la camisa como si fuera una falda. Descalzo, con su color de espectro, su delgadez, el pelo hirsuto y la mirada sobrenatural, hacía pensar en un mago de *Las mil y una noches*.

A las primeras palabras de Antoine, a quien no había reconocido al principio, lo comprendió todo. Sin contestar, sin perder un minuto, mientras que Antoine, de pie en el umbral, acababa ríe ponerle al corriente, Gregory había anudado el extremo de la faja a los hierros de la cama y, para desenrollar los cuatro metros de franela, había empezado a girar sobre sí mismo como una peonza, cada vez más de prisa.

Antoine, conservando la seriedad a duras penas, explicaba la intervención del cirujano y la dificultad de extraer el proyectil. «¡Oh!..., ¡oh!...» —protestó con voz ahogada el derviche giratorio—: «¡Olvide esa pistola!... ¡Deje, deje la bala!... ¡Es el deseo de vivir... lo que hay que... hacer revivir!»

Gesticulaba y seguía dando vueltas con miradas de desaprobación. Por fin, ya desenrollado, acercó al rostro de Antoine su cara angulosa, asimétrica, cuyas cejas estaban continuamente en movimiento a causa de sus tics nerviosos. Luego prorrumpió en una risa silenciosa, interior:

—¡Mi pobre y querido doctor, antaño barbudo! —exclamó en un tono de cariñosa compasión—. ¡Crees curar y sois vosotros quienes creáis la enfermedad, blasfemos, porque profetizáis que la enfermedad existe!... ¡No!... Yo os digo: «¡Hay que dejar entrar la Luz!» ¡Jesucristo es el único doctor! ¿Quién curó a Lázaro? ¿Podrías tú curar a Lázaro, tú, pobre doctor de las tinieblas?

Antoine estaba divertidísimo, pero permanecía impassible. Indudablemente, el

pastor debió de notar, no obstante, alguna involuntaria chispa de malicia en la mirada del médico, porque frunció el entrecejo y le volvió la espalda bruscamente. Con el torso desnudo, la camisa recogida sobre las caderas, iba y venía de un extremo a otro de la buhardilla, buscando las ropas.

Antoine, de pie, esperaba en silencio.

—¡El Hombre es divino! —rezongó Gregory, recostado en la pared y con el busto inclinado para ponerse los calcetines—. ¡Jesucristo sabía, en lo más profundo de su corazón, que era divino! ¡Y yo, lo mismo! ¡E igualmente, todos nosotros! ¡El Hombre es divino! —Metió los pies en unos gruesos zapatones negros, cuyas lazadas estaban sin deshacer—. ¡Pero aquel que había dicho: «La ley mata», ha sido matado por la ley! Jesucristo ha sido matado por la ley. El hombre solamente ha conservado en su espíritu la letra de la ley. No existe ni una sola Iglesia fundada realmente sobre el verdadero principio de Jesucristo. ¡Todas las Iglesias están fundadas solamente sobre la parábola de Jesucristo!

Sin interrumpir su monólogo, se agitaba de un lado para otro con la excesiva agilidad y falta de maña de las personas muy nerviosas.

—¡Dios es Todo en Todo!... ¡Dios! ¡Fuente Suprema de Luz y Calor! —Con un movimiento airado se apoderó del pantalón, colgado de la falleba. Todos sus movimientos tenían la impetuosidad de una descarga eléctrica—. ¡Dios es el Todo! —repitió, alzando la voz porque se había vuelto hacia la pared para abrocharse los botones de la bragueta.

Tan pronto como hubo terminado, giró sobre sus talones para lanzar hacia Antoine una mirada de reto sombrío:

—¡Dios es el Todo, y en Dios no existe el Mal! —dijo con severidad—. ¡Y lo afirmo, *poor dear Doctor*, ni un solo átomo de mal o de malicia en el Todo universal!

Se puso su chaqueta negra de alpaca y un ridículo sombrero de alas recogidas, y, en un tono imprevisto, casi alegre, como si estuviera contento de sentirse ya vestido, lanzó hacia el techo, tocando cortésmente el ala de su sombrero, una manera de aleluya:

—*Glory to God!*

Luego, posando en Antoine una mirada ausente, murmuró de pronto:

—Pobrecilla, pobrecilla Thérèse... —Las lágrimas brillaban en sus ojos. Parecía que hasta aquel momento no se había hecho cargo del drama familiar que había llevado a Antoine a su casa—. Pobrecillo Jérôme —suspiró—. Pobre corazón amilanado, ¿has sido vencido, entonces?... ¿Has cedido, pues? ¿No has sabido apartar de ti lo Negativo?... ¡Oh, Jesucristo, dale fuerzas para repeler las asechanzas de las Tinieblas y armarse con las fuerzas de la Luz!... ¡Voy contigo, Pecador! ¡Voy hacia ti!... Vamos —dijo, acercándose a Antoine—; ¡lléveme adonde se encuentre!

Antes de apagar la lámpara encendió en ella una larga cerilla que sacó del bolsillo de la chaqueta. Luego abrió la puerta de la escalera.

—¡Pase!

Antoine obedeció. Para iluminar los escalones, Gregory levantaba la llama hasta el máximo de su brazo extendido.

—Jesucristo ha dicho: «¡Poned en alto la luz en su soporte para que ilumine a todos!» ¡Jesucristo es quien enciende la luz en nosotros! Pobre llama, la cual tan a menudo arde baja, que tiembla y expide una humareda tan extraña... ¡Materia miserable, más que miserable! ¡Oremos a Jesucristo para que la llama permanezca viva y luminosa, para que confine a la materia en las tinieblas de las tinieblas!

Y mientras que Antoine bajaba los peldaños de la estrecha escalera sin dejar de sujetarse al pasamanos, el pastor seguía mascullando, en tono de exorcismos y con una voz cada vez menos inteligible, unas frases interminables en las que las palabras «materia» y «tinieblas» se repetían sin cesar, con una monotonía irritante.

—Tengo aquí mi coche —explicó Antoine, cuando estuvieron en la calle—. Puede usted ir en él a la clínica... Yo —añadió— me reuniré con ustedes... dentro de una hora...

Gregory no hizo ninguna objeción; pero, antes de montar en el auto, clavó en su acompañante una mirada tan precisa, una mirada que parecía tan sumamente perspicaz, que Antoine notó que se ruborizaba.

«Y, sin embargo, no puede saber adónde voy», se dijo.

Sintió un inmenso alivio al seguir con la mirada el coche que se alejaba a la pálida claridad de la aurora.

En las esquinas se notaba un airecillo fresco; sin duda había llovido por algún sitio. Contento como un colegial a la salida del castigo, Antoine fue casi corriendo hasta la plaza Valhubert y saltó a un taxi.

—¡Avenida de Wagram!

En el coche se percató repentinamente de que estaba cansado, pero con esa fatiga enervante que azuza el deseo.

Hizo al chofer que se detuviera cincuenta metros antes de llegar a la casa, se apeó rápidamente, ganó el callejón y abrió la puerta sin hacer ruido.

Nada más al pisar el umbral, sus facciones se iluminaron: el perfume de Anne... Un perfume provocativo, más bien de resina que de flores, denso y persistente, que penetraba hasta la garganta; más que un perfume era un alimento aromático, el cual agradaba sobremanera a Antoine.

—Estoy predestinado a los perfumes enervantes —se dijo, pensando con súbita impaciencia en el collar de ámbar gris que llevaba Rachel.

Con circunspección de ladrón entró en el cuarto de baño, que las luces del amanecer iluminaban con una claridad lechosa. Una vez en él, se desnudó apresuradamente; y de pie en la bañera, con una gruesa esponja que se oprimía contra el cogote, se inundó de frescura. El agua se evaporaba sobre su cuerpo humeante, como si se tratara de un metal caliente. Todo su cansancio se desprendía de él, que experimentaba una sensación deliciosa. Se agachó y bebió un sorbo del agua helada

que salía del grifo. Luego, con pasos felinos, entró en la alcoba.

Un tenue y melodioso bostezo, procedente del suelo, le recordó la presencia de *Fellow*. Sintió en sus tobillos la caricia de un hocico frío y una oreja sedosa.

Los visillos estaban echados. La lámpara de la mesilla de noche esparcía por la estancia una luz de amanecer, de aquel mismo rosa vaporoso que Antoine admirara una hora antes al cruzar los puentes. En la espaciosa cama, Anne, vuelta hacia la pared, dormía con la cabeza abandonada sobre el hueco de su brazo desnudo. La alfombra estaba cubierta de revistas de modas. En la mesilla había un cenicero repleto de cigarrillos a medio fumar.

Inmóvil junto al borde de la cama, Antoine contemplaba la espesa cabellera, la nuca, el hombro y la línea de las piernas ahusadas, estiradas bajo la sábana.

«Por una vez, sin defensa», pensó. Era raro que Anne despertara en él esta emoción tierna y cariñosa: normalmente, Antoine se limitaba a aceptar con espíritu deportivo la pasión fogosa, nunca apaciguada, que Anne sentía hacia él. Durante un largo minuto prolongó esta espera voluptuosa, retrasando el placer que sentía ya a su alcance, muy próximo, y que ahora ni Jacques, ni Jérôme, ni Gregory, ni nadie en el mundo podía seguirle arrebatando.

Luego, la necesidad de hundir la cara en esta cabellera, de atraer contra su pecho esta espalda tibia y elástica, de amoldar su cuerpo al otro, se hizo tan imperiosa que su sonrisa desapareció. Con precaución, conteniendo el aliento, levantó el borde de la sábana y, con un movimiento ondulante y decidido, se deslizó lentamente junto a Anne. Ésta contuvo un grito, un grito ronco, y, volviéndose con súbito impulso, salió del sueño para despertar entre sus brazos.

## XXIV

AL despertarse, por la mañana temprano, Jacques se había creído dispuesto.

«Si quiero tomar el tren de las cinco, esta tarde, no tengo tiempo que perder», se dijo, saltando de la cama. Pero, apenas estuvo en pie, se percató de que no tenía el espíritu libre; los acontecimientos de la víspera le obsesionaban.

Se vistió rápidamente y bajó a telefonar a Antoine. Fontanin no había muerto; el coma podía prolongarse todavía veinticuatro horas, o tal vez más. No cabía ninguna esperanza. Jacques advirtió a su hermano que no volverían a verse, puesto que se dirigía a Suiza aquel mismo día. Luego volvió para pagar el alojamiento, y seguidamente marchó a depositar la maleta en la estación de Lyon.

Durante todo el día aligeró las gestiones que aún le quedaban por hacer antes de su partida: media docena de visitas, «tipos a los que tenía que ver», cuyas direcciones le había facilitado Richardley.

Se preparaba un vasto movimiento en todos los círculos izquierdistas, para cerrar el camino a las amenazas de guerra. La unión entre los distintos partidos parecía cosa hecha. En este aspecto, las noticias eran más que tranquilizadoras.

Sin embargo, su angustia no le abandonaba, se apoderaba de él subrepticamente tan pronto como se encontraba a solas. Experimentaba como una inexplicable impresión de desaliento. Febril, nadando en sudor, corría a través de París, cambiando incesantemente de opinión, de dirección, acortando las conversaciones, renunciando en el último momento a una visita para la cual había hecho un recorrido de media hora. Las calles, las casas, los transeúntes, sus mismos camaradas, todo le parecía desfigurado y hostil. Le parecía como si se tropezara contra unos barrotes, como un animal enjaulado. Algunas veces, incluso, se sintió dominado de improviso por una indisposición física: durante algunos segundos, aturdido, con las manos húmedas y el pecho oprimido, tuvo que luchar contra un súbito e incomprensible sentimiento de temor que le cortaba el aliento...

«¿Pero qué es lo que me pasa?», se preguntaba.

No obstante, a las cuatro, lo más urgente ya estaba hecho: podía partir. Se sentía impaciente por llegar a Ginebra, y, al mismo tiempo, experimentaba un extraño malestar por tener que alejarse de París.

«Si esperase al tren de la noche —se dijo de repente—, me quedaría tiempo para pasar por *l'Huma*, por el “Croissant”, el “Progrès”, e ir a la avenida de Clichy y reunir algunos informes acerca de la cuestión de los arsenales.»

(Efectivamente, a las seis se celebraba, en un bar de la avenida de Clichy, una reunión organizada por la Federación de Sindicatos Marítimos, y Jacques sabía que encontraría en ella a los agitadores que debían dirigirse al día siguiente a algunos puestos occidentales, en los que se preparaban huelgas. A Jacques no le hubiera estorbado recoger algunas noticias concretas sobre esto.)



Otro pensamiento le atormentaba desde por la mañana: la llegada de Daniel. Evidentemente, podía volverse a marchar sin haberle estrechado la mano. Pero Daniel se enteraría, sin duda alguna, de la presencia de Jacques en París.

«Si al menos hubiera podido verle sin tener que ir a la clínica... —Bruscamente se decidió—. Esperaré al expreso de la noche. Presentándome en Neuilly después de cenar, veré a Daniel; y a esa hora tengo pocas probabilidades de encontrarla “a ella”...»

A las ocho y media, fiel a su plan, salía del «Progrès». Había venido a la ventura, después de la reunión de la avenida de Clichy, y había tenido la suerte de encontrar aquí a Burot, el redactor que coordinaba para *l'Humanité* todas las informaciones relativas a los arsenales occidentales.

Quedaba por hacer la visita a Neuilly.

«Mañana ya estaré en Ginebra», pensó para darse ánimos.

Descendía por la escalera de caracol que ponía en comunicación el entresuelo con la sala del café, cuando una mano se abatió sobre su hombro.

—¿Entonces estás en París, muchacho?

Cualquiera podía reconocer a Mourlan, incluso en la penumbra, por su voz profunda y su acento arrabalero. Era un viejo Cristo negro, con el pelo demasiado largo, y vestido, tanto en invierno como en verano, con una blusa de impresor.

Mourlan, en los días heroicos del Asunto Dreyfus, había fundado un boletín de combate, tirado en multicopista y que, por aquel entonces, circulaba de mano en mano todas las semanas. Después, *El Estandarte* se había convertido en un pequeño órgano revolucionario, que Mourlan seguía dirigiendo con ayuda de algunos colaboradores benévolos. Jacques le enviaba de vez en cuando una crónica o la traducción de algún artículo extranjero. El espíritu de la revista era de una intransigencia lógica que no disgustaba a Jacques. Mourlan, en nombre de una doctrina socialista intransigente, atacaba a los dirigentes oficiales del Partido, y especialmente al grupo de Jaurès: «los social-oportunistas», como él los llamaba.

Se había hecho amigo de Jacques. Le gustaban los jóvenes, «los muchachos», por su fervor e inflexibilidad. Sin mucha cultura, pero dotado de una inteligencia paradójica y charlatana, cuyo humorismo subrayaba su acento de viejo obrero parisiense, luchaba desde hacía años, solo o casi solo, para hacer vivir su revista. Se le temía, ya que, sólidamente atrincherado en su ortodoxia y protegido por una vida de militante pobre enteramente dedicada a la causa revolucionaria, fustigaba sin piedad a los politicastos del partido, denunciando sus menores pasos en falso y mostrando a la luz del día sus compromisos; y sus Hechas siempre daban en el blanco. Aquellos a quienes zurraba se vengaban, propalando los peores infundios acerca de él. En otro tiempo había tenido un puesto de literatura socialista en el barrio de Saint Antoine, y sus enemigos le acusaban de haber vendido en él más que nada folletos pornográficos. La cosa no era imposible. Su vida privada había que aceptarla

con reservas. En el pisito de la Roquette, donde tenía su sede el puritano *Estandarte*, había siempre un continuo ir y venir de muchachas sospechosas que parecían venir, en plan de vecinas, de los cuchitriles de calle de Lappe. Le traían golosinas, a las cuales era muy aficionado. Hablaban en voz alta y regañaban; algunas veces, incluso, llegaban a las manos. Entonces, el Cristo se levantaba, dejaba la pipa, cogía a cada una de las furias por un brazo, las ponía en la escalera y proseguía la conversación en el punto en que la había interrumpido.

Hoy parecía preocupado. Acompañó a Jacques hasta la acera.

—No queda ni un céntimo en la caja —explicó, mostrando al mismo tiempo el revés de los dos bolsillos de su blusa negra—. Si de aquí al jueves no encuentro los pocos billetes que necesito, el próximo número se va a quedar en el cajón.

—Sin embargo —dijo Jacques—, he visto que ha aumentado la tirada.

—¡Los suscriptores afluyen, muchacho! Sólo que no pagan... ¿He de suprimirles el envío? No vacilaría en hacerlo si dirigiera una empresa comercial. ¿Pero qué es lo que yo pretendo? Hacer propaganda. ¿Entonces?... ¿Qué hacer? ¿Reducir los gastos? ¡Pero si me lo hago yo todo! Al principio me había asignado cien francos mensuales a cuenta de la caja. Sólo una vez me he atrevido a tocarlos... Vivo de mendrugos, como un gitano. Estoy lleno de deudas. Y ya hace dieciocho años que esto dura... Pero hablemos de cosas serias —prosiguió—. ¿Qué se dice en Suiza de todos esos rumores pesimistas?... Yo ya soy demasiado zorro viejo y no me asombro de nada... Ya he visto de todo... Esto me recuerda el ochenta y tres... Entonces no tenía yo más que veinte años, pero iba todas las tardes a la redacción de *La Révolte*... ¿Tú no has llegado a conocer *La Révolte*?... Tal vez ni siquiera sepas que, en el ochenta y tres, Inglaterra, Alemania, Austria y Rumanía, esas cuatro zorras, quisieron aprovecharse del aislamiento de Francia para desencadenar una guerra europea contra Rusia... Pues le faltó un pelo... ¡No ha cambiado nada!... Siempre los mismos cuentos... Ya entonces se decía: «patria, honor nacional»... ¿Pero qué hay debajo? Rivalidades industriales, derechos de exportación, combinaciones de la «alta finanza». Nada ha cambiado, excepto una cosa: ya no tenemos a Kropotkin... En el ochenta y tres, Kropotkin se movió como un demonio... Se ensañó con las grandes industrias de guerra, Anzin, Krupp, Armstrong y toda la pandilla, las cuales sobornaban a la prensa más importante de Europa, para asegurar su ganancia... ¡Cómo las trató!... He buscado sus artículos... ¡No ha cambiado nada! En mi próximo número publico tres... ¡Kropotkin!... Ya los leerás, muchacho: ¡todos podréis tomarlos como modelo!...

Tenía la mirada brillante y la expresión de viejo luchador. Ya no se acordaba de que, para hacer imprimir este próximo número, necesitaba trescientos ochenta francos, de los cuales no tenía ni un solo céntimo.

Jarques se despidió.

«Habría que hacer entrar al *Estandarte* en el plan de acción general contra la guerra», se dijo. Y se hizo el propósito de hablar acerca de esto en Ginebra, y, si era

factible, hacer que se enviaran algunos subsidios a Mourlan.

No había cenado. Antes de ir a tomar el tranvía subterráneo de Champerre, en la Bolsa, entró en el Café du Croissant para comer un bocadillo. Muchos redactores de *l'Humanité*, siguiendo el ejemplo de su patrón, habían adoptado este café-restaurant de la esquina de la calle Montmartre.

Jaurès, en su rincón de costumbre, junto a la ventana, cenaba con tres amigos. Jacques, al pasar, esbozó un saludo. Pero el patrón, inclinado sobre el plato, no veía nada: sombrío, con el cuello hundido hasta la barba en los hombros redondos, dejaba hablar a sus vecinos y comía con distraída glotonería su ración de pierna de cordero con judías verdes. Su cartera, la ilimitada cartera llena de papeles y que llevaba a todas partes, permanecía al alcance de su mano en un extremo de la mesa; y todavía, sobre la cartera, se amontonaban además periódicos, folletos y un tomo en 8<sup>o</sup> encuadernado. Jacques sabía que Jaurès era un lector infatigable. Recordó una anécdota, contada la antevíspera delante de él por Stephany, que a su vez la conocía por Marius Moutet. Éste, viajando últimamente con Jaurès, se balda extrañado de verle absorto en la lectura... ¡de una gramática rusa! Y Jaurès le había dicho, como cosa completamente natural: «Pues es claro. Hay que darse prisa en aprender el ruso. ¡Rusia está tal vez en vísperas de jugar en Europa un papel importantísimo!»

Jacques, sentado a contraluz, lo observaba desde lejos.

«¿Escucha siquiera lo que dicen los oídos?», se preguntó. Era una cuestión que se había planteado varias veces en presencia de Jaurès. Éste, en sus silencios de rumiante —cuando, por casualidad, permanecía callado—, parecía que no escuchaba sino los acordes de una música interior. De repente, Jacques le vio erguir la cabeza, hinchar el pecho, pasarse rápidamente la servilleta por los labios y tomar la palabra. La mirada, agazapada bajo la frente abultada, iba y venía con aguda movilidad. En la barba, el hueco de la boca abierta, con las comisuras bajas, hacía pensar en el pabellón de un altavoz, y también en el negro agujero de las máscaras de la tragedia antigua. No parecía dirigirse en particular a ninguno de los comensales, sino pensar cu voz alta y hablar contra alguien, como un hombre para el que la controversia y el pensamiento son íntimamente solidarios, para quien la discusión es lo único que proporciona su impulso al espíritu. No se distinguían las palabras, porque Jaurès hablaba bajo —tan bajo, por lo menos, como se lo permitía su pecho de orador, sonoro como un tambor—, pero Jacques distinguía perfectamente, a través del murmullo de la sala, el timbre tan especial de esta voz: este mosconeo, esta vibración en sordina —vibración análoga a la resonancia de un foso de orquesta—, que sostenía como un acompañamiento el arrebatado cantarino de las frases. Y estas sonoridades tan conocidas despertaban en él mil recuerdos: fiebres de mítines, torneos oratorios, peroratas patéticas, ovaciones de una muchedumbre delirante... Arrastrado por su improvisación, Jaurès había retirado el plato medio lleno; ahora, con el busto inclinado sobre la mesa, adelantaba la frente como un búfalo que va a embestir. Para

puntuar el ritmo de las frases, sus puños apretados, posados sobre el borde de la mesa, se levantaban y volvían a caer, sin violencia, pero con una cadencia de martillo pilón. Y cuando Jacques, acuciado por la hora, abandonó la sala, Jaurès, golpeando el mármol con sus puños, seguía hablando.

Esta visión estimulante había reanimado su valor, y su efecto tónico se dejaba sentir aún cuando llegó ante la puerta del boulevard Bineau.

«Clínica Bertrand.» Aquí estaba...

Era de noche. Jacques cruzó el jardín sin aflojar el paso, pero sin atreverse a levantar los ojos hacia la fachada.

La vieja portera le informó con voz temblorosa que el pobre señor vivía todavía, y que el hijo había llegado a última hora de la tarde. Jacques le rogó que fuera a buscar a Daniel. Pero la anciana, que a esta hora se encontraba sola en la portería, no podía ausentarse.

—La enfermera del piso irá a avisarle —dijo—. No tiene usted sino que subir al segundo.

No tuvo más remedio que resolverse a hacerlo, después de una corta vacilación.

En el rellano del primero, nadie: una larga galería blanca, suavemente iluminada, silenciosa. En el segundo, el mismo silencio, la misma galería llena de reflejos, interminable y desierta. Había que encontrar a la enfermera. Esperó algunos minutos, y luego echo a andar por el pasillo. Ya no sentía angustia, sino, por el contrario, una cierta curiosidad que le impulsaba intrépidamente hacia el peligro.

No había advertido, disimulada en el hueco de una ventana, una sombra sentada que, al acercarse él, se volvió y se levantó rápidamente. Era Jenny.

¿Esperaba Jacques este encuentro? «Bien; ya estamos», se dijo sin sorpresa. E inmediatamente, observó: «Y también hoy está a pelo..., como entonces...»

El primer gesto de la joven había sido llevarse la mano al pelo, que sabía despeinado. Su frente despejada, en franca ofrenda, despertaba una idea de pureza, de dulzura.

Durante dos segundos permanecieron uno frente a otro, con el corazón alborotado. Finalmente, con una voz que la emoción hacía brusca, Jacques consiguió articular:

—Perdona... La portera me ha dicho...

Se sentía conmovido por su palidez, por sus labios blancos y su nariz afilada. Jenny fijaba en él una mirada tensa e inexpresiva, en la que únicamente se leía la voluntad de no desfallecer, de no apartar los ojos.

—Vengo a enterarme...

Jenny insinuó un gesto que significaba: «No hay esperanza.»

—... y por ver a Daniel —añadió.

Jenny hizo un esfuerzo, como para tragar un sello, murmuró dos o tres palabras ininteligibles y se dirigió precipitadamente hacia el saloncito del piso. Jacques dio

algunos pasos para seguirla y se detuvo en medio del pasillo. La joven abrió la puerta, y Jacques creyó que iba a llamar a Daniel. Pero Jenny la mantenía abierta y, medio vuelta hacia él, con los ojos bajos y las facciones inmóviles, no se movía.

—No quisiera... molestar... —balbuceó Jacques, avanzando un paso. Jenny no contestó ni levantó los ojos. Parecía esperar, con disimulada impaciencia, a que él entrara. Y, tan pronto como hubo franqueado el umbral, cerró la puerta tras él.

La señora de Fontanin estaba sentada en el sofá del fondo, junto a un joven soldado. En el suelo se veía un casco, un correaje y un sable.

—¡Tú!

Daniel se había levantado. Una alegre sorpresa iluminaba su rostro. Inmóvil, miraba, sin acabar de reconocerle, a este Jacques de anchos hombros y mandíbula saliente, que tan poco se parecía a su compañero de antaño. Y también Jacques, inmóvil durante un instante, contemplaba a este corpulento suboficial de cara atezada y pelo al rape, que por fin se decidía a acercarse torpemente con un inesperado ruido de botas y espuelas.

Daniel había cogido a su amigo del brazo y lo llevaba hacia su madre. Sin dar muestras de extrañeza ni de contrariedad, la señora de Fontanin, posando en Jacques su mirada cansada le tendió la mano; y con voz tranquila, tan indiferente como su mirada, como si le hubiera visto la víspera, dijo:

—Buenas noches, Jacques.

Con aquella donosura familiar y un poco ceremoniosa, heredada de su padre, Jacques se había inclinado hacia la señora de Fontanin.

—Dispénsame, mamá... voy a bajar un momento con Jacques... ¿No te importa?

Jacques se estremeció. Ahora reconocía a Daniel por entero. En su voz, en esta sonrisa un poco afectada que le hacía alzar la comisura izquierda de la boca, en esta forma tierna y respetuosa que siempre había tenido para pronunciar «Ma-má», separando las sílabas.

La señora de Fontanin envolvió a los dos jóvenes con una mirada afable e inclinó la cabeza dulcemente:

—Claro que no, hijo mío, baja... No necesito nada.

—Vamos al jardín —propuso Daniel, cuya mano no se separaba del hombro de Jacques.

Sin darse cuenta, había vuelto a encontrar este gesto de su infancia, que su diferencia de estatura justificaba tanto como antaño, puesto que siempre había sido más espigado que Jacques y ahora el uniforme parecía hacerle aún más corpulento. La flexibilidad del torso, ceñido por la guerrera oscura de cuello blanco, contrastaba con la pesadez de las piernas, perdidas entre los pliegues del pantalón encarnado y entorpecidas por los tubos de cuero. Las suelas, claveteadas, patinaban sobre las losas de los pasillos. Estas pisadas de soldado profanaban el silencio de la casa ya dormida. Daniel lo comprendía así, y callaba avergonzado, apoyándose en su amigo para no resbalar.

«¿Y Jenny?», se preguntó Jacques. Y, nuevamente, sintió en el pecho aquel espasmo parecido a la opresión del miedo. Iba andando, con el cuello estirado y la mirada fija en el suelo. Cuando llegaron a la escalera, se volvió sin poderlo evitar, para escudriñar en el pasillo vacío; y una curiosa decepción, mezclada de enfado, se apoderó de él subrepticamente.

Daniel se había parado en el primer escalón.

—¿Entonces, estás en París?

El tono alegre contribuía a acentuar la tristeza del rostro.

«Jenny no le ha hablado de mí», pensó Jacques.

—Ya debiera haberme marchado —respondió vivamente—. Voy a tomar el tren ahora mismo. —El desencanto de Daniel fue tan visible que, acto seguido, añadió—: Incluso he retrasado mi marcha para verte... Tengo que estar en Ginebra mañana mismo.

Daniel le observaba con una mirada tímida e inquisitiva, cargada de interrogación. ¿En Ginebra?... La vida de Jacques seguía siendo para él misteriosa y desconcertante. Todavía no se atrevía a preguntar. La reserva de su amigo le intimidaba. Sin insistir, retiró la mano, se agarró a la barandilla y empezó a bajar... Su contento se había desvanecido repentinamente. ¿Para qué esta visita imprevista, que venía a despertar en él una tamaña sed de intercambio, si Jacques volvía a marcharse, si iba a volver a perderle?

El jardín, que acababa de ser regado, estaba desierto y fresco, iluminado aquí y allá por globos eléctricos diseminados entre los árboles.

—¿Tú fumas? —dijo Daniel.

Había sacado del bolsillo un cigarrillo y lo encendía con avidez. La llama iluminó su rostro durante un instante. Lo que le cambiaba, principalmente, era el haber perdido, en el aire libre de los Vosgos, aquel color pálido y mate que antaño marcaba tanto el contraste con el negro de las pupilas, del pelo, del bigotillo que bordeaba el labio.

Uno junto a otro, y en silencio, se aventuraron por un pasco al final del cual había algunos asientos blancos, dispuestos en círculo.

—¿Te parece bien aquí? —propuso Daniel. Y, sin esperar contestación, se sentó pesadamente—. Estoy agotado. Ha sido un viaje atroz... —Durante algunos segundos permaneció obsesionado por el recuerdo de aquella jornada en el vagón traqueteante, excesivamente caldeado, en el que había permanecido sin cambiar de sitio, fumando cigarro tras cigarro, con los ojos fijos en el paisaje huidizo, y la imaginación prisionera de tres o cuatro hipótesis igualmente angustiosas, mientras que, a lo lejos, sucedían cosas imprevisibles—. Atroz —repitió. Luego, levantando la lumbre del cigarrillo hacia la ventana de la habitación en que su padre agonizaba, añadió sombrío—: Esto tenía que terminar así, cualquier día...

El mantillo húmedo de los arriates se evaporaba en la noche, con olor saludable; de vez en cuando, una vaharada, dulce como una respiración, llevaba hasta ellos un

olor amargo y aparentemente dulzón, un olor a jarabe que no venía de los locales de la clínica, sino de un árbol del Japón, perdido a lo lejos en un macizo.

Jacques, a quien la amenaza de la guerra preocupaba aún más a la vista de este uniforme, preguntó:

—¿Te ha sido fácil conseguir el permiso?

—Facilísimo. ¿Por qué? —Y como Jacques callara, añadió con aplomo—; Me han concedido cuatro días, con una posible prórroga. Pero no creo que sea necesaria... Tu hermano, que estaba aquí cuando he llegado, me ha dicho francamente que no hay ninguna esperanza.

Se calló y luego prosiguió bruscamente:

—Y es mejor así. —Volvió a levantar la mano hacia el edificio—. Es espantoso, pero en la situación en que están las cosas, nadie puede desear que siga viviendo. Sé perfectamente que su muerte no arregla nada —continuó con dureza—. Pero, de todas formas, interrumpe en seco un asunto... cuyas consecuencias hubieran sido terribles... para mamá, para él..., para todos nosotros... —Se volvió ligeramente hacia Jacques—. Mi padre estaba en vísperas de ser detenido —dijo, con una especie de sollozo seco y agresivo. Cerró los ojos y recostó la cabeza ligeramente. A través de las hojas, la luz de una bombilla hizo brillar, durante un instante, su hermosa frente, cuya línea superior formaba dos cuartos de círculo separados por el entrante del pelo.

Jacques hubiera querido decir algo, pero su vida solitaria, las camaraderías políticas, le habían quitado el hábito de las efusiones. Hizo un gesto hacia Daniel y le tocó el brazo. Bajo su palma sintió el paño recio de la guerrera. Un desagradable olor castrense, a lana, a cuero caliente y engrasado, a tabaco, a caballo, emanaba de Daniel y, cada vez que éste se movía, se mezclaba con los perfumes nocturnos del jardín.

Jacques no había vuelto a ver a su amigo desde hacia cuatro años. A pesar de las cartas cruzadas entre ellos después de la muerte del señor Thibault, a pesar de las reiteradas invitaciones de Daniel, nunca se había decidido a emprender el viaje a Lunéville. Temía el encuentro. Una correspondencia afectuosa, pero espaciada, le parecía ser el clima más adecuado para aquello en que su amistad se había convertido. Esta amistad, bien arraigada, permanecía viva en el fondo: Daniel era indudablemente, junto con Antoine, el único afecto que Jacques había tenido. Pero era un fragmento del pasado: de este pasado del cual Jacques se había apartado voluntariamente y cuya reaparición toleraba mal.

—¿No se habla de la guerra en Lunéville? —preguntó, para romper el silencio.

Daniel no pareció demasiado sorprendido.

—¡Claro que sí! Los oficiales siempre están hablando de la guerra... Es la razón de ser de esa gente... ¡Sobre todo en el Este! —Sonrió—. Yo, sin embargo, cuento setenta y tres... setenta y dos..., incluso... setenta y uno, mañana... lo demás me es igual... A finales de septiembre, seré libre.

Un nuevo reflejo de luz acariciaba en este momento su rostro. No; Daniel no había cambiado tanto. En esta cara de un óvalo tan puro, en el que la regularidad de

las facciones ponía una especie de solemnidad (sobre todo cuando el cansancio y la tristeza la oscurecían, como pasaba esta noche), la sonrisa había conservado por completo el resplandor de antaño: sonrisa lenta, venida de lejos, que levantaba a medias el labio superior, hasta descubrir la clara hilera de dientes... Sonrisa tímida, y, sin embargo, obstinada... Antaño, cuando Jacques era niño, no podía pasarse sin espiar amorosamente en los labios de su amigo esta sonrisa irritante e irresistible; e incluso ahora, sintió que le invadía un dulce calor.

—¡Cuánto tienes que sufrir con esa vida de cuartel! —dijo evasivo.

—Pues no... No demasiado...

Las pobres frases que cambiaban entre ellos, y que caían en el silencio, hacían pensar en esas amarras que los marinos se lanzan de una barca a otra y que caen al agua diez veces, antes de ser cogidas al vuelo...

Después de una pausa bastante larga, Daniel repitió:

—No demasiado... Al principio, sí; el servicio de cuadra, el servicio de letrinas, el de limpieza...; ahora soy suboficial y estoy mejor... incluso tengo buenos amigos: los pencos, los compañeros, y, en resumidas cuentas, estoy contento de haber pasado por ello.

Jacques le miraba fijamente, con una mirada tan extraña, tan despreciativa que Daniel estuvo a punto de enfadarse. La actitud reservada de Jacques, sus silencios, incluso sus preguntas, marcaban una especie de superioridad distante que hería a Daniel profundamente. Sin embargo, su afecto logró imponerse. Lo que le separaba de su amigo no era ciertamente este desacuerdo superficial que una larga interrupción en su amistad bastaba para explicar. Era más bien todo lo que ignoraba de Jacques, todo aquello que, en el pasado del fugitivo, le seguía siendo incomprendible... Recobrar su confianza... Se inclinó repentinamente, y, con voz alterada, con una voz tierna y persuasiva que parecía querer expresar verdaderamente todo el afecto disponible, murmuró:

—Jacques...

Sin duda esperaba una respuesta, un arrebato, una palabra sincera, aunque no fuera sino un gesto alentador...; pero Jacques, instintivamente, se había echado hacia atrás, como para apartarse.

Daniel se jugó el todo por el todo:

—¡Explícame de una vez! ¿Qué fue lo que sucedió hace cuatro años?

—Lo sabes perfectamente.

—¡No! Nunca lo he comprendido. ¿Por qué te marchaste? ¿Cómo no me avisaste a mí? Aunque hubiera sido diciéndome que te guardara el secreto... ¿Por qué me has dejado durante años enteros sin noticias tuyas?

Jacques había vuelto a meter la cabeza entre los hombros. Miraba hacia Daniel con aire obstinado. Esbozó mi gesto de cansancio.

—¿Qué objeto tiene volver sobre todo eso?...

Daniel le cogió de la mano:



—¡Jacques!

—No.

—¿Cómo? ¿Es, verdaderamente, que «no»? ¿Es que verdaderamente, no sabré nunca lo que te ha llevado... a hacer una cosa semejante?

—¡Ah!, déjalo estar... —dijo Jacques, retirando el brazo.

Daniel calló y se incorporó lentamente.

—Más adelante, más adelante... —masculló Jacques, con una apatía que parecía invencible, y que hizo aún más sorprendente el repentino brío de su voz, cuando prosiguió, en tono de rabia—: «¡Una cosa semejante!» ¡No parece sino que he cometido un crimen!... —siguió hablando de un tirón—. Y, en primer lugar, ¿son tan necesarias las explicaciones? ¿Es que, verdaderamente, te parece incomprendible que un hombre quiera un buen día romper con todo? ¿Marcharse sin más cómplices que él mismo?... ¿Tú no comprendes esto? ¿Que uno no consienta en dejarse amordazar y mutilar indefinidamente? ¿Que se tenga, por una vez en la vida, el valor de ser uno mismo? ¿El valor de sondearse hasta lo más profundo, para descubrir aquí lo que basta entonces ha sido lo más desconocido, lo más despreciado, y decir por fin: «Esto es realmente lo que yo soy»? ¿El valor de gritar a todos los demás: «No os necesito»? ... ¿No? ¿No puedes, verdaderamente, comprender esto?

—Si, sí; lo comprendo perfectamente... —murmuró Daniel.

Había escuchado al principio, sin poderse sustraer a una delectación sutil, esta voz sostenida, dolorosa y excesiva, en la que encontraba a su Jacques de siempre. Pero, muy pronto, bajo esta capa de brusquedad, había advertido con certeza algo ficticio: esta explosión era, más que nada, una escapatoria... Entonces había comprendido que Jacques nunca abordaría con él la explicación franca que a ambos los hubiera tranquilizado. Tenía que renunciar a saber. Y, al mismo tiempo, era a su amistad, a esta amistad única, de la que tan orgulloso había estado, a lo que también tenía que renunciar. Lo intuyó de una manera precisa, y se le oprimió el corazón. Pero tenía esta noche tantos otros motivos de tristeza... Durante algunos minutos, permanecieron uno frente a otro, sin una palabra, sin un gesto, sin siquiera mirarse. Por último, Daniel encogió las piernas, que había estirado, y se pasó la mano por la frente:

—A pesar de todo, tengo que volver allá arriba —murmuró. Su voz había perdido su timbre.

—Sí —dijo Jacques, levantándose inmediatamente—. También yo tengo que marcharme.

Daniel se puso en pie a su vez.

—Te agradezco que hayas venido.

—Discúlpame con tu madre por haberte retenido tanto tiempo...

Cada uno esperaba que el otro diera el primer paso.

—¿A qué hora es tu tren?

—A las veintitrés cincuenta.

—¿P.L.M.?

—Sí.

—¿Vas a tomar un coche?

—No hace falta... El tranvía que pasa por aquí me...

Ambos se callaron, avergonzados de lo que acababan de decirse.

—Te acompaño hasta la puerta —dijo Daniel, echando a andar por el paseo.

Cruzaron todo el jardín sin cambiar una sola palabra.

Cuando llegaban al bulevar, un auto se detuvo delante de la verja. Una mujer joven, con la cabeza descubierta, y luego un señor de edad, saltaron del coche. Sus rostros estaban trastornados. Pasaron precipitadamente por delante de los dos jóvenes, que los siguieron durante un instante con la mirada, más por disimular que por curiosidad.

Jacques, precipitando la separación, tendió la mano; Daniel la apretó en silencio. Ambos se miraron durante un segundo, mientras que sus manos se estrechaban. Daniel llegó incluso a iniciar una tímida sonrisa, a la que Jacques apenas si tuvo fuerzas para contestar. Rápidamente franqueó la verja y cruzó la ancha acera iluminada. Pero, antes de cruzar la calzada, se volvió. Daniel seguía en el mismo sitio. Jacques le vio levantar la mano, girar sobre sí mismo y desaparecer en la oscuridad de los árboles.

A lo lejos, a través del follaje, se distinguían las ventanas iluminadas de la casa... Jenny...

Entonces, sin esperar el tranvía, Jacques se lanzó hacia París, hacia su tren, hacia Ginebra, corriendo casi como si tuviera que salvar su vida.

## XXV

LA señora de Battaincourt estaba sentada en el amplio salón de los biombos de laca (Antoine había prohibido formalmente a León que introdujera a nadie, quienquiera que fuese, en su despachito); en este momento, Anne bostezaba.

Las ventanas estaban abiertas. El día se acababa, sin un soplo de aire. Anne movió el busto para hacer caer sobre el respaldo del sillón el liviano abrigo de noche.

—Nos hace esperar, mi pobre *Fellow* —dijo a media voz.

Las orejas del pequinés, estirado perezosamente sobre la alfombra, se estremecieron levemente. Anne había comprado esta bola de seda rubia en la Exposición de 1900, y se obstinaba en llevar a todas partes con ella esta maravilla decrepita de dientes estropeados y mal carácter.

Repentinamente, *Fellow* levantó la cabeza y Anne se irguió: ambos habían reconocido al mismo tiempo el paso rápido de Antoine, su manera brusca de abrir y cerrar las puertas.

Era él, efectivamente. Tenía su semblante preocupado de médico.

El beso con que rozó los cabellos de Anne resbaló hasta la nuca y la hizo estremecerse. Anne levantó el brazo y le pasó los dedos lentamente por la frente despejada, la arruga voluntariosa de las cejas, las sienes, la mejilla. Luego, durante un instante, conservó la mandíbula en el hueco de la palma, esta robusta mandíbula de los Thibault, que ella amaba y temía a la vez. Por último, irguió la cabeza, se levantó y sonrió:

—¡Mírate, Tony!... No: tus ojos están posados en mí, pero tu mirada está en otra parte... ¡Me molesta cuando tienes tu expresión de gran hombre!

Antoine la había cogido por los hombros y la mantenía ante él, palpando con ambas manos el saliente de los omóplatos. Se apartó ligeramente, sin retirar las manos, y la contempló de arriba abajo, en plan de dueño. Lo que más le atraía de Anne, no era tanto que ésta fuera todavía bella, como el que pareciera tino manifiestamente constituida para el amor.

Ella se abandonaba al examen, mientras fijaba en él sus ojos llenos de alegría y de vida.

—Espera un momento, lo que tarde en cambiarme de ropa, y estoy contigo —dijo Antoine, haciéndola retroceder dulcemente y obligándola a sentarse de nuevo.

Ahora se ponía el *smoking* por la noche con tanta frecuencia, que apenas si necesitaba más de quince minutos para pasar debajo de la ducha, afeitarse, ponerse la camisa almidonada, el chaleco blanco y todas las cosas preparadas de antemano, que León le iba entregando una a una, con los ojos bajos y gestos mecánicos de oficiante.

—Sombrero de paja y guantes de conducir —dijo a media voz.

Antes de salir de la habitación, echó sobre el espejo una breve mirada de conjunto y estiró los puños. Había aprendido, desde hacía poco tiempo, a no descuidar esa

sensación suplementaria de confianza y buen humor que confieren una camisa fina, un cuello ajustado y un traje de buen corte. Después de la tarea cotidiana, ofrecerse una velada de ociosidad y bastante dispendiosa, le parecía ahora legítimo, e incluso higiénico; y era feliz de compartir este descanso con Anne —aunque fuera perfectamente capaz, como le sucedía a veces, de gozar egoístamente de ese rato de ocio, completamente solo.

—¿Dónde me llevas a cenar, Tony? —preguntó Airee, mientras que Antoine la ayudaba a ponerse el abrigo y depositaba un rápido beso en el cuello desnudo.

—En París, desde luego que no... Hace tanto calor... ¿Y si fuéramos hasta Marly, a Prat? O mejor aún: ¡podemos ir al «Coq»! Será más divertido.

—Está muy lejos...

—¿Qué más da? Y además, a partir de Versalles, la carretera acaba de ser arreglada.

Anne tenía una manera personal de modular: «¿Y si hiciéramos esto?» «¿Y si fuéramos a tal sitio?», en un tono desilusionado, con una mirada cariñosa, un poco cansada; y proponía ingenuamente las escapatorias más absurdas, sin tener nunca *en* cuenta la distancia, la hora, el cansancio o los gustos de Antoine, ni los gastos que provocaban estas fantasías.

—Pues bien: de acuerdo con el «Coq» —dijo Antoine alegremente—. ¡De pie, *Fellow!* —Se inclinó, cogió al perro bajo el brazo, abrió la puerta y se apartó para dejar pasar a Anne.

Ésta se había detenido. El azul oscuro del abrigo, el tono crema del vestido, la laca negra del biombo, hacían resplandecer con un fulgor sordo su piel morena. Vuelta hacia él, lo acariciaba con una mirada sin pudor. Murmuró un «Tony mío...» tan bajo, que no parecía haber hablado para él.

—¡Vamos! —dijo Antoine.

—Vamos... —suspiró ella, como si la elección de este restaurante, a cuarenta y cinco kilómetros de París, no fuera sino una concesión más a los caprichos de un déspota. Y entre el crujido de sus volantes de seda, con la cabeza alta y el paso elástico, franqueó la puerta con ligereza.

—Cuando andas —murmuró Antoine a su oído— pareces una lidia fragata que se hace a la mar...

Aunque el coche fuera potente y fácil de llevar, a Antoine ya no le gustaba conducir; pero sabía que a Anne no había nada que la encantara tanto como estas expediciones con él, sin chofer.

El sol ya se había puesto. La noche estaba calurosa. Pata cruzar el bosque, Antoine escogió caminos poco frecuentados, bajo la arboleda. Por las ventanillas abiertas entraba en el auto un aire tibio y con aroma a bosque.

Anne charlaba. A propósito de su reciente viaje a Berck, habló de su marido, lo que hacía raras veces.

—¡Figúrate que no quería dejarme marchar! Me ha suplicado, amenazado; ¡verdaderamente odioso! Sin embargo, me Ira llevado a la estación. Pero con aire de mártir. Y en el andén, al despedirse, ha tenido la desfachatez de decirme: «¿Pero es que no vas a cambiar nunca?» Entonces, desde lo alto del vagón, le he lanzado uno de esos: «¡No!» ¡Un «no» que quería decir cosas terribles!... Y es cierto, no cambiaré: lo odio; ¡no tiene ya nada que hacer!

Antoine sonreía. No le molestaba verla irritada. Algunas veces le decía: «Me gusta cuando pones cara de pirata.» Recordaba a Simón de Battaincourt, el amigo de Daniel y de Jacques, con su nariz de cabra, su pelo pajizo, su aire dulce, un poco aburrido; bastante antipático, en definitiva.

—Y decir que he estado verdaderamente encaprichada por ese imbécil — prosiguió Anne—. Y puede que precisamente a causa de eso...

—¿A causa de qué?

—Pues de eso, de su tontería... De que hubiera tenido tan pocas aventuras en su vida... Me parecía refrescante, me renovaba. Era como una oportunidad de recomenzar mi existencia... ¡Hasta qué punto se puede ser idiota!

Se acordó del propósito que se había hecho de hablar más a menudo de sí misma y de su pasado: ¡Ahora o nunca! Se instaló cómodamente, apoyó la cabeza en el hombro de Antoine y, con los ojos fijos en la carretera, se abandonó a los recuerdos.

—Me lo encontraba algunas veces en Turena, en las partidas de caza. Había observado perfectamente que me miraba, pero no me dirigía la palabra. Una noche, cuando yo volvía, me lo encontré en el bosque. Iba a pie, no recuerdo ya por qué. Yo iba sola. Mandé que parasen el coche y le ofrecí llevarlo a Tours. Se puso encarnado. Subió. No decía nada. Caía la noche. Y, bruscamente, un poco antes del fielato...

Antoine escuchaba distraído, con la atención puesta en la carretera y el ritmo del motor.

Anne... Después de él, amaría a otros; seguiría su destino. Antoine no se hacía ilusiones acerca de la duración de su unión. «Es curioso —pensó—; esta atracción que he sentido siempre hacia estas emancipadas de sangre ardiente...» Algunas veces se había preguntado si este compadreo amoroso, al que limitaba sus relaciones con sus queridas, no era una forma bastante incompleta del amor. Bastante pobre, tal vez. «Tú confundes el amor con la concupiscencia», le había dicho Studler días antes. Incompleta o no, esta forma era la suya y se encontraba muy a gusto con ella. Le dejaba intacta su fuerza de hombre laborioso que quiere estar libre para consagrarse sin cortapisas a su vocación. Su reciente conversación con Studler le vino a la memoria. El Califa le había citado una frase de un joven escritor amigo suyo, un tal Péguy: «Amar es dar la razón a la persona amada que está equivocada.» Esta fórmula había chocado a Antoine sobremanera. Bajo esta forma devoradora, desatinada, embrutecedora, el amor le inspiraba siempre estupor, miedo e incluso una especie de repugnancia...

El coche enfilaba el puente, franqueaba el Sena y atacaba con gallardía la cuesta

de Suresnes.

—Aquí hay una tabernita donde se pueden comer fritadas —dijo Anne, de repente, estirando el brazo.

(Aquí era donde antes la llevaba siempre Delorme. Delorme, antiguo estudiante de Medicina, que se había convertido en farmacéutico en Bolonia y el cual, durante algunos años, hasta el último invierno en el que Anne se libró por fin de la droga, había pagado los favores de esta amante inesperada, aprovisionándola de morfina.)

Temiendo alguna pregunta de Antoine, se esforzó por reír:

—¡La dueña sólo va vale el desplazamiento! Una gorda mujerona con «bigoudis<sup>[11]</sup>» y las medias arrugadas en las pantorrillas... ¡Yo preferiría mejor ir descalza que con las medias torcidas! ¿Y tú no?

—Iremos cualquier domingo —propuso Antoine.

—No; un domingo no. Ya sabes que el domingo me molesta sobremanera. ¡Toda esa cantidad de gente que llena las calles con el pretexto de descansar!

—Quier e decir que es una suerte que haya seis días de cada siete en que los demás trabajan —dijo Antoine, burlón.

Anne no se dio cuenta del reproche y se echó a reír:

—¡«Bigoudis»! Es una palabra que me encanta. Parece como si se tuvieran castañuelas en la boca. Cuando tenga otro perro, le llamaré «Bigoudí»... Pero nunca tendré otro perro —prosiguió con gravedad—. Cuando *Fellow* sea ya viejo, lo envenenaré. Y no lo reemplazaré.

Antoine sonrió, sin volver la cabeza:

—¿Tendrías valor para envenenar a *Fellow*?

—Si —contestó Anne en tono rotundo—. Pero sedo cuando ya esté viejo y enfermo.

Antoine le dirigió una mirada furtiva. Recordaba algunos rumores un tanto extraños que habían corrido a la muerte de Goupillot. De vez en cuando pensaba en ello. Casi siempre era para burlarse. Algunas veces, sin embargo, Anne lo asustaba. «Es capaz de todo —pensó—. De todo; incluso de envenenar a un marido ya viejo y enfermo...»

Preguntó:

—¿Y se puede saber? ¿Estricnina? ¿Cianuro?

—No; un barbitúrico... El mejor de todos es el didial. Pero está inscrito en la tabla B y hace falta receta... ¡Nos contentaremos con el dial simple! ¿Verdad, *Fellow*?

Antoine dejó oír una risa un poco forzada:

—¡No es tan fácil, como parece, encontrar la dosis exacta!... Uno o dos gramos de más o de menos, y todo se ha estropeado...

—¿Uno o dos gramos? ¿Para un perro que no pesa ni tres kilos? ¡No entiende usted ni palabra de esto, doctor!... —Hizo un rápido cálculo, y declaró categóricamente—: No; para *Fellow*, con veinticinco centigramos de dial, o

veintiocho todo lo más, ya sería bastante...

Calló. También Antoine. ¿Pensaban ambos en lo mismo? No, puesto que Anne murmuró:

—No reemplazaré nunca a *Fellow...*, nunca... ¿Te extraña? —Se estrechó otra vez contra él—. Es que yo soy capaz de ser fiel, Tony, tú lo sabes... Muy fiel...

El coche aminoró la marcha para tomar una curva y franquear un paso a nivel.

Anne, con los ojos fijos en la carretera, sonreía pensativa.

—En el fondo, Tony, yo he nacido para ser mujer consagrada a un amor único y perdurable... No es culpa mía si he llevado esta vida... De todas maneras —prosiguió con arrebató—, hay una cosa que puedo decir muy alto: que nunca me he rebajado... —(Habla de buena fe: había olvidado por completo a Delorme.)—. No me arrepiento de nada —terminó.

Aún permaneció silenciosa durante un minuto, con la cabeza apoyada en el hombro de Antoine, observando los troncos de los árboles y las nubecillas inquietas de mosquitos que el auto hendía.

—Es raro —prosiguió—. Yo, cuanto más feliz soy, más buena me siento... ¡Hay días en que me gustaría tanto poderme consagrar a algo, a alguien!

Antoine se sintió conmovido por el tono nostálgico de su voz. Sabía que era sincera, que su lujo y su situación mundana —objetivos de quince años de cálculos y maniobras—, no le habían proporcionado ni tranquilidad ni dicha.

Anne suspiró:

—El invierno que viene, ¿sabes?, he decidido hacer otra clase de vida... Una vida formal..., mía vida útil... Tendrás que ayudarme, Tony. ¿Me lo prometes?

Era un proyecto que aparecía con frecuencia en sus conversaciones. Antoine, por otra parte, no la consideraba incapaz de cambiar de existencia. Tenía magníficas cualidades, a pesar de sus defectos: estaba dotada de una inteligencia práctica bastante desarrollada, y de una tenacidad a toda prueba. Pero, para conseguirlo y perseverar en ello, hubiera hecho falta que estuviera junto a alguien que la guiara e hiciera inofensivos sus defectos: alguien como él. Antoine había podido comprobar el invierno anterior su ascendiente sobre ella, cuando se había empeñado en hacerla abandonar la morfina: había conseguido que se sometiera durante ocho semanas a una dolorosa cura de desintoxicación en una clínica de Saint-Germain, de la que había salido agotada, pero curada radicalmente; desde entonces no había vuelto a pincharse. Era indudable que hubiera podido, de haberse molestado en hacerlo, orientar hacia ocupaciones serias toda esta energía sin empleo. Una señal suya, y todo el futuro de Anne podría transformarse... Sin embargo, estaba completamente resuelto a no hacer esta señal. Comprendía demasiado bien lo que semejante «salvamento» implicaría para él en cuanto a nuevas y acaparadoras obligaciones. Todos los gestos obligan; sobre todo, los gestos de generosidad... Además, Antoine tenía que cuidar su propia vida y proteger su libertad. En este aspecto no transigía. Pero siempre que pensaba en ello lo hacía con emoción y melancolía: como si

volviera la cabeza, para no ver tenderse hacia él, en la superficie del agua, la mano de una mujer ahogándose...

Cosa extraordinaria, «le Coq d'Argent» estaba casi vacío aquella noche.

Al detenerse el auto, el *maître d'hôtel*, camareros y bodegueros, salieron apresuradamente al encuentro de estos clientes tardíos y los condujeron ceremoniosamente de bosquecillo en bosquecillo. Una reducida orquesta de cuerda, disimulada entre la vegetación, comenzó a tocar en sordina. Todos tenían aspecto de conformarse con una puesta en escena perfectamente regulada; e incluso Antoine, andando detrás de Anne, avanzaba con la seguridad de un actor en un papel de lucimiento que se sabe bien.

Las mesas estaban aisladas discretamente unas de otras por macizos de aligustre y jardineras de flores. Arme se decidió por fin a escoger un sitio, y su primer cuidado fue instalar al perro sobre el almohadón que el encargado disponía amablemente en el suelo. (Un almohadón de cretona rosa, ya que todo era rosa en el «Coq»: desde los arriates de begoñas, hasta los manteles, los quitasoles y las lámparas que colgaban de las ramas.)

Anne, de pie, estudiaba la carta metódicamente. Le gustaba dárselas de entendida. El *maître d'hôtel*, rodeado de los camareros, permanecía atento, lápiz en ristre. Antoine esperaba a que ella se sentara. Anne se volvió hacia él y, con la mano desnuda, designó sobre la carta varios platos. Pensaba —y no era totalmente inexacto— que era muy puntilloso con sus prerrogativas y no le gustaba que ella se dirigiera directamente al servicio.

Antoine transmitió la elección en el tono firme y familiar que empleaba en estos casos. El *maître d'hôtel* escribía con gestos respetuosos y aprobatorios. Antoine le miraba hacer. La obsequiosidad del personal le resultaba agradable. No estaba lejos de creer ingenuamente, tan natural le parecía, que lo apreciaban.

—¡Oh, qué *pussy*<sup>[12]</sup> tan adorable! —exclamó Arme, alargando el brazo hacia un diablillo negro que acababa de saltar sobre la mesa y al que los camareros, escandalizados, trataban ya de ahuyentar a golpes de servilleta. Era un gato pequeño de seis semanas, completamente negro, de una delgadez famélica, con la tripa hinchada y unos extraños ojos verdes engastados en una cabeza enorme.

Anne lo cogió con ambas manos y lo levantó risueña hasta su mejilla.

Antoine sonreía, un poco molesto:

—Deja ese nido de pulgas, Anne... Vas a conseguir que te arañe.

—No; tú no eres un nido de pulgas... No; eres un amor de *pussy* —protestaba Anne, mientras estrechaba contra su pecho ni animalillo grasiento y le acariciaba la cabeza con la barbilla—. ¡Fíjate qué vientre tiene! ¡Es bastante «cómoda Luis Quince»! ¡Y qué cabeza tan grande! Parece una cebolla que germina... ¿Nunca te has dado cuenta, Tony, qué figura tan rara llenen las cebollas cuando germinan?

Antoine había tomado la determinación de echarse a reír: una risa un poco



forzada. Esto le pasaba muy pocas veces; él mismo se escuchó sorprendido; y, bruscamente, advirtió el tono singular de esta risa. «¡Demonio! —se dijo, con una rara opresión en el corazón—, me acabo de reír exactamente como padre...» Nunca en su vida había prestado atención Antoine a la risa del señor Thibault, y ahora, de repente, descubría esta risa y un su propia boca.

Anne quería obligar al horrible animal a que permaneciera sobre sus rodillas, con grave detrimento de la seda crema.

—¡El muy canalla! —dijo, contenta—. ¡Ronronea, belcebú!... Mira..., lo comprende todo... Estoy segura de que tiene alma —dijo con la mayor seriedad—. Tienes que comprármelo, Tony... ¡Será nuestro fetiche! ¡Estoy segura de que mientras esté con nosotros, no podrá ocurrirnos nada malo!

—De acuerdo —dijo Antoine, burlón—. ¡Y luego seguirás diciendo que no eres supersticiosa!

Antoine había gastado a Anne muchas bromas sobre esta cuestión. Ella le había confesado que muchas veces, por la noche, cuando daba vueltas en su habitación, a solas, sin decidirse a meterse en la cama porque creía tener el presentimiento de una desgracia, iba a coger de un cajón, en el que conservaba las reliquias de su pasado, un viejo manual de cartomancia y se echaba las cartas hasta que se quedaba dormida.

—Tienes razón —dijo de repente—. Soy tonta.

Dejó marchar al gato, que dio dos o tres saltos vacilantes y desapareció en el macizo. Luego comprobó que estaban solos, y fijando la mirada en los ojos de Antoine, murmuró:

—Regáñame, lo adoro... Te haré caso; ya lo verás... Me corregiré... Seré como tú quieras.

Antoine pensó que tal vez lo amara más de lo que él hubiera querido. Sonrió y le hizo señas de comer la sopa, lo cual hizo Arme, con los ojos bajos como una niña.

Luego se puso a hablar de una cosa completamente distinta: de las vacaciones, que había decidido pasar en París para no alejarse de Antoine. Después habló del proceso, mitad político, mitad pasional, cuyos detalles llenaban desde hacía días las columnas de todos los periódicos:

—¡Qué estupendo! ¡Cómo me gustaría hacer una cosa así! ¡Por ti! ¡Matar a alguien que quisiera perjudicarte! —A lo lejos, los dos violines, el violoncelo y la viola atacaban un aire de minué. Permaneció pensativa durante algunos instantes, y luego, con una voz grave y acariciadora, pronunció—: Matar por amor...

—Aspecto para ello si que tienes —observó Antoine, sonriendo.

Estuvo a punto de contestarle, pero el *maître d'hôtel*, antes de trinchar los pichones, le presentaba, como un incensario, la ensaladera de plata, de la que se escapaba un tufillo a asado.

Antoine se dio cuenta de que le brillaban las lágrimas en las pestañas. La interrogó con la mirada. ¿La había ofendido involuntariamente?

—Tal vez haya más de verdad de lo que tú crees —suspiró entonces Anne, sin

mirarle, y de una forma tan extraña que Antoine no pudo evitar pensar una vez más en Goupillot.

—¿De verdad, en qué? —preguntó Antoine con curiosidad.

Extrañada por la entonación, levantó los ojos y advirtió en la mirada de Antoine una turbación que al principio no se explicó. De repente pensó en su conversación acerca de los tóxicos y en las preguntas de Antoine. No ignoraba nada de las acusaciones que se habían formulado contra ella después de la muerte de su marido: un periódico del Oise se había permitido incluso unas transparentes alusiones, que habían consagrado definitivamente en la comarca la leyenda del viejo multimillonario, secuestrado en su castillo por una joven aventurera, desposada tardíamente, el cual había muerto una noche en circunstancias misteriosas.

Antoine afirmó mejor la voz, y repitió:

—¿De verdad en qué?

—En que tengo aspecto de heroína de melodrama —respondió fríamente, no queriendo dejarle ver que había adivinado. Había sacado un espejito del bolso y se miraba atentamente—. Mira..., ¿tengo yo cara de alguien que morirá tranquilamente en su cama? No: terminaré de una manera trágica, ¡ya lo verás! Una mañana me encontrarán tirada en mi habitación y apuñalada... ¡Sobre la alfombra, completamente desnuda... y apuñalada!... Por otra parte, lo he observado: en los libros, todas las que se llaman Anne terminan apuñaladas... Has de saber — prosiguió, sin apartar los ojos del espejo— que tengo un miedo horrible a estar fea cuando me muera. Los labios pálidos de los muertos son horribles... Yo quiero, rotundamente, que me maquillen. Además, lo he puesto en mi testamento.

Hablaba de prisa, más de prisa que de costumbre, y ceceando un poco, como cuando estaba asustada. Con el pico del pañuelo secó delicadamente las lágrimas prendidas en las pestañas; luego, se dio un golpe de borla, guardó todo en el bolso e hizo sonar el cierre.

—En el fondo —prosiguió (y para esta confesión su bella voz de contralto adoptó repentinamente un acento vulgar)—, no me importa, ni tanto así, tener cara de heroína de melodrama...

Finalmente volvió el rostro hacia Antoine y notó que seguía espiándola. Entonces sonrió lentamente y pareció tomar una determinación:

—Mi cara ya me ha jugado algunas malas pasadas —suspiró... ¿Sabes que me han acusado de envenenadora?

Antoine vaciló una fracción de segundo. Sus párpados se agitaron. Declaró:

—Lo sé.

Anne puso los codos sobre la mesa y, con los ojos fijos en los de su amante, articuló lentamente:

—¿Tú me crees capaz de eso?

El tono era desenfadado, pero la mirada había huido y se perdía de nuevo en el vacío.

—¿Y por qué no? —dijo Antoine, medio en broma, medio en serio.

Anne permaneció algunos instantes silenciosa, con los ojos fijos en el mantel. El pensamiento de que esta duda añadía tal vez algo de pimienta a los sentimientos que Antoine experimentaba por ella, cruzó por su mente, y por un instante sintió una gran tentación de dejarle en la incertidumbre. Pero, cuando volvió de nuevo a posar en él su mirada, esta tentación desapareció.

—No —dijo entonces, con brusquedad—. La realidad no es tan... romántica: la casualidad quiso que yo estuviera sola con Goupillot la noche que murió; esto es verdad. Pero murió de muerte natural y sin que yo tuviera nada que ver en ello.

El silencio de Antoine, la forma en que escuchaba, parecían indicar que esperaba detalles más amplios. Anne apartó el plato, que no había probado, y tomó de su bolso un cigarrillo, que Antoine la dejó encender sin hacer el menor movimiento. Fumaba muy a menudo estos cigarrillos de té, que obtenía en Nueva York y esparcían un aroma a hierbas quemadas, agrio y penetrante. Dio algunas chupadas y expelió el humo; luego, murmuró con lasitud:

—¿Te interesan mucho todas estas viejas historias?

—Sí —repuso Antoine, un poco más precipitadamente de lo que hubiera querido.

Ella sonrió y se encogió de hombros, como ante un capricho sin consecuencias.

Las ideas de Antoine se agitaban. ¿No le había dicho Anne cierto día: «Para defenderme en la vida, me he acostumbrado de tal forma a mentir, que si alguna vez adviertes que te miento a ti, deberás decírmelo en seguida y no tenérmelo en cuenta»...? Se sentía perplejo. Recordó, de improviso, la extraña familiaridad que había sorprendido antaño entre Anne y *Miss Mary*, la institutriz de la pequeña *Huguette*. Estaba seguro de no haberse equivocado acerca de la naturaleza de esta intimidad. Sin embargo, más tarde, cuando, sonriente, había hecho algunas preguntas sobre esta cuestión a su amante, no solamente se había negado Anne a toda confesión, sino que había protestado contra semejante sospecha con una indignación y una apariencia de sinceridad desconcertantes.

—¡No! ¡Ni hablar de huesos! ¿Quiere ahogarle?

Un camarero acababa de depositar una escudilla de comida delante del almohadón de *Fellow*, y, para mostrarse obsequioso, se disponía a añadir los huesos de los pichones.

El *maître d'hôtel* acudió presuroso:

—¿Desea algo la señora?...

—Nada, nada —dijo Antoine, molesto.

El pequinés se había alzado sobre sus patas y olfateaba la escudilla. Se estiró, sacudió las orejas, olfateó el aire poco a poco, y volvió desesperadamente hacia su dueña su nariz achatada.

—¿Qué sucede, *Fellow*? —dijo Anne.

—¿Qué sucede, *filou*? —repitió, como si fuera un eco, el *maître d'hôtel*.

—Enséñeme eso —dijo Anne al camarero. Tocó la escudilla con el dorso de la

mano—. ¡Pero si esta comida está completamente fría! Le he dicho caliente... Y sin grasa —añadió con severidad, indicando con el dedo un fragmento de grasa—. Arroz, zanahorias y un poco de carne muy picada. ¡Me parece que no es un arco de iglesia!

—¡Llévese eso! —ordenó el *maître d'hôtel*.

El camarero recogió la escudilla y contempló la comida durante un instante; luego, dócilmente, marchó hacia las cocinas. Pero, antes de alejarse, levantó un segundo los ojos hacia la mesa, y Antoine advirtió su mirada huidiza.

Cuando estuvieron solos, dijo con acento de reproche:

—Cariño, ¿no crees que el señor *Fellow* se muestra un poco demasiado exigente...?

—¡Ese camarero es idiota! —interrumpió Anne, irritada—. ¿Te has dado cuenta? ¡Estaba ahí plantado delante de esa porquería!

Antoine repuso dulcemente:

—Tal vez pensaba que, en este momento, en alguna buhardilla del suburbio, su mujer y sus pequeños estarán sentados a la mesa ante...

La mano de Anne, cálida y vibrante, se posó vivamente sobre la suya:

—Mi Tony; es verdad, es espantoso eso que dices...; sin embargo, no te gustaría que *Fellow* cayera enfermo, ¿verdad? —Parecía presa de una verdadera perplejidad—. ¿Por qué te ríes ahora? Escucha, Tony: hay que darle una propina a ese pobre camarero... A él, particularmente... Una buena propina..., de parte de *Fellow*.

Meditó durante algunos segundos y, de repente, dijo:

—Mira: también mi hermano empezó como camarero de restaurante... Si; camarero, en una taberna de Vincennes.

—No sabía que tuvieras un hermano —dijo Antoine. (El tono, la expresión de su fisonomía, parecían querer significar: «Por otra parte, sé tan poco acerca de ti...»)

—Oh, está muy lejos... Suponiendo que viva todavía... Marchó a Indochina; se alistó en la colonial... Ha debido de hacerse allí su porvenir. Nunca he tenido noticias tuyas... —Había bajado progresivamente el tono de la voz. Ésta nunca era tan emocionante como en las notas graves. Añadió aún—: Es tonto, yo hubiera podido ayudarle perfectamente... —Luego calló.

—Entonces —atacó Antoine, después de permanecer algunos instantes silencioso—, ¿murió sin que tú estuvieras allí?

—¿Quién? —dijo, agitando los párpados. Esta insistencia la asombraba. De todas formas, sentía cierta complacencia al notar la atención de Antoine tan pendiente de ella.

Se echó a reír repentinamente, con una risa inesperada, ligera, comunicativa.

—Lo más grande, fíjate, es que me acusaron de lo que no había hecho, de lo que tal vez nunca hubiera tenido arrestos para hacer; y nadie ha sabido nunca de lo que era realmente culpable. Voy a decírtelo: desconfiaba del testamento que Goupillot había podido hacer; por tanto, durante los dos años que estuvo lelo, provista de un poder que le había sacado con la complicidad de un notario de Beauvais, me apropié

fríamente de una gran parte de su fortuna. Bien inútilmente, por otra parte, porque el testamento era todo a mi favor y no dejaba a Huguette sino su parte legal... ¡Pero yo consideraba que, después de aquellos siete años de infierno, tenía derecho a servirme por mí misma!

Dejando de reír, añadió, cariñosa:

—Y tú eres el primero, mi Tony, a quien cuento esto.

Se estremeció.

—¿Tienes frío? —preguntó Antoine, buscando con los ojos el abrigo. La noche refrescaba; se hacia tarde.

—No: sed —dijo Anne, levantando la copa hacia el cubo del champán.

Bebió con avidez el vino que Antoine le sirvió, encendió uno de sus acres cigarrillos y se levantó para echarse el abrigo por los hombros. Al volver a sentarse, corrió su sillón para estar más cerca de Antoine.

—¿Oyes? —dijo.

Las mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de las luces, y chocaban contra la tela del quitasol. La orquesta había callado. En la hostelería, la mayor parte de las ventanas se habían apagado.

—Se está bien aquí, pero sé de un sitio en el que estaremos todavía mejor... —prosiguió Anne, con una mirada cargada de promesas.

Como él no contestara, le cogió la muñeca y le puso la mano, vuelta, sobre el mantel. Creyó que quería decirle la buena ventura:

—No —dijo, tratando de soltarse. (No había nada que le molestara tanto como las profecías: ¡aun las mejores, le parecían muy mediocres comparadas con el porvenir que él se prometía!)

—¡Qué tonto eres! —exclamó Anne, riendo, sin soltar la muñeca—. Mira: esto es lo quiero... —Se inclinó bruscamente, puso la boca en el interior de la mano de él y permaneció así durante un minuto, sin moverse.

Antoine, con la mano libre, acariciaba dulcemente la nuca inclinada. Comparaba la sorda pasión que ella sentía hacia él con los sentimientos tan mesurados que él experimentaba por ella.

En aquel momento, como advertida por una intuición, Anne levantó ligeramente la cabeza:

—No te pido que me ames como yo te amo; sólo te pido que me permitas amarte...

## XXVI

VANHEEDE iba a salir y, como todas las mañanas, se estaba haciendo una taza de café en el hornillo de petróleo, cuando Jacques, sin siquiera haber perdido tiempo en ir a dejar el equipaje en su habitación, vino a llamar a su puerta.

—¿Qué hay de nuevo en Ginebra? —dijo alegremente, dejando caer la maleta al suelo.

El albino, en el fondo de la habitación, guiñaba los ojos en dirección al visitante, al que reconoció por la voz.

—¡Baulthy! ¿Ya de regreso?

Se adelantaba hacia Jacques, tendiendo hacia él sus manitas de niño.

—Tiene buen aspecto —dijo, mirando de cerca al viajero.

—Sí —reconoció Jacques—; no estoy mal.

Era cierto. Contra todo lo que pudiera esperarse, esta noche de viaje había sido mejor que buena: liberadora. Solo en su compartimento, había podido tumbarse y dormirse casi inmediatamente; y no se había despertado hasta Culoz, descansado, lleno de ardor, incluso excepcionalmente dichoso, como liberado de no sabía qué. En la ventanilla, respirando profundamente el aire matutino, mientras que los primeros rayos del sol acababan de disipar en el fondo de los valles los jirones de niebla dejados por la noche, se había asomado a sí mismo, tratando de explicarse esta alegría interior que le embargaba. «Se acabó —se había dicho— el debatirse en la confusión de las ideas y las doctrinas; por fin se ofrece un objetivo concreto: ¡la acción directa contra la guerra!» Efectivamente, el momento era grave; decisivo, sin duda. Pero cuando hacía recuento de las impresiones que traía de París, la firmeza de la posición del socialismo francés, el acuerdo de los dirigentes, realizado en torno a Jaurès y sostenido por su combatividad optimista, la soldadura que parecía hacerse entre la actividad de los sindicatos y la del partido, todo contribuía a aumentar su confianza en la fuerza invencible de la Internacional.

—Siéntese aquí —dijo Vanheede, estirando las sábanas sobre la cama deshecha. (Nunca se había decidido a tutear a Jacques.)—. Vamos a repartirnos el café... ¿Marcha todo bien? ¿Cuénteme! ¿Qué se dice por allí?

—¿En París? Depende... Entre la gente, nadie sabe nada, ni nadie se preocupa. Es asombroso: los periódicos no se ocupan sino del proceso Caillaux, del viaje triunfal de Poincaré, ¡y de las vacaciones!... Por otra parte, se dice que la prensa francesa ha recibido una consigna: no llamar la atención sobre los asuntos balcánicos, para no complicar la labor de los diplomáticos... ¡Pero en el Partido se trabaja duro! ¡Y te aseguro que todo parece indicar que se está realizando una buena labor! El problema de la huelga general ha pasado rotundamente a un primer plano. Será la plataforma francesa en el Congreso de Viena. Evidentemente, la incógnita es la postura que adoptarán los socialdemócratas: están de acuerdo, en principio, para reconsiderar la

cuestión. Pero...

—¿Noticias de Austria? —preguntó Vanheede, dejando sobre la mesilla de noche, atestada de libros, un vaso lleno de café.

—Sí. Noticias bastante buenas, si son exactas. Anoche, en *l'Huma*, parecía seguro que la nota austríaca a Servia no tendrá carácter agresivo.

—Baulthy —dijo Vanheede repentinamente—, estoy contento, ¡me alegra tanto verle!

Sonreía para excusarse por su interrupción. Inmediatamente prosiguió:

—Aquí ha llegado Bühlmann; habla de un rumor que viene de Viena, de las oficinas de la Cancillería, y parece indicar, bien al contrario, que los designios de Austria son diabólicos... y muy premeditados... ¡Todo está podrido! —terminó, sombrío.

—Explícame eso, mi buen Vanheede —espetó Jacques.

El tono indicaba menos curiosidad que buen humor y afecto. Vanheede debió de notarlo, puesto que vino sonriente a sentarse al lado de Jacques, sobre la cama:

—Pues es que, este invierno, los médicos llamados para ver a Francisco José le han diagnosticado una afección de las vías respiratorias. Una enfermedad incurable... Tan sumamente grave, que el emperador morirá antes de fin de año.

—Pues, bueno..., ¡*Requiescat!* —murmuró Jacques, que por el momento no sentía ninguna predisposición a tomar las cosas en serio. Había enrollado el pañuelo en torno al vaso, para no quemarse los dedos, y bebía a sorbitos el brebaje fangoso fabricado por Vanheede; por encima del aviso, su mirada incrédula y amistosa estaba clavada en el rostro pálido de pelo rizado.

—Espere, pues; aquí es donde la historia toma consistencia... El resultado de la consulta ha sido comunicado inmediatamente al Canciller... Entonces, Berchtold ha convocado en su finca para un conciliábulo secreto a diversos hombres de Estado, una especie de Consejo de la Corona.

—¿Ah, sí? —dijo Jacques, divertido.

—Entonces, esos señores, entre los cuales estaban Tisza, Forgach y el jefe del Estado Mayor, Hotzendorf, han razonado de la siguiente forma: la muerte del Emperador, visto el estado actual de las cosas, va a desencadenar en Austria unas terribles dificultades internas. Incluso si el régimen de la doble monarquía permanece en pie, Austria se encontrará debilitada durante mucho tiempo; durante mucho tiempo, Austria habrá de renunciar a abatir a Servia, y hay que abatir a Servia en beneficio del porvenir del Imperio. ¿Qué hacer?

—¿Apresurar la expedición contra Servia, antes de la muerte del viejo? —dijo Jacques, que escuchaba con más atención.

—Sí... Pero algunos van aún más lejos...

Jacques miraba a Vanheede mientras éste hablaba, y, ante este semblante de ángel ciego, se sentía conmovido una vez más por el contraste que ofrecía esta envoltura frágil con la fuerza obstinada que en ella se advertía algunas veces, tal que si se

tratara de un duro hueso en el centro de esta pasta incolora. «¡Este pequeño Vanheede!», pensó, sonriendo. Recordaba que algunos domingos, en los albergues de la orilla del lago, había visto en distintas ocasiones al albino abandonar bruscamente la mesa en el transcurso de una apasionada discusión política: «¡Todo es vil, todo está podrido!», decía, y se marchaba solo, como un crío, a columpiarse un rato.

—... algunos van aún más lejos —proseguía Vanheede con su voz aflautada—. Dicen que el atentado de Sarajevo ha sido organizado por agentes provocadores a sueldo de Berchtold, para dar lugar a la ocasión esperada. Y dicen que Berchtold ha matado así dos pájaros de un tiro. En primer lugar, ha desembarazado al trono de un sucesor inquietante, demasiado pacifista; al mismo tiempo, ha hecho posible una guerra contra los servios, antes de la muerte del Emperador.

Jacques reía.

—Esto que me estás contando es una verdadera historia de buenos y malos...

—¿Y usted no cree en ella, Baulthy?

—¡Oh! —dijo Jacques con formalidad— creo que cabe esperar todo, absolutamente todo, de un hombre ambicioso y corrompido por la vida política, desde el momento en que este hombre se siente dueño absoluto del poder. La historia no es sino un continuo ejemplo de ello... Pero lo que también creo, mi buen Vanheede, ¡es que los planes más maquiavélicos se estrellarán muy pronto contra la voluntad pacífica de los pueblos!

—¿Cree usted que ésa es también la opinión del Piloto? —preguntó Vanheede, inclinando la cabeza.

Jacques le miraba inquisitivo.

—Quiero decir... —prosiguió el belga, con vacilación—, que el Piloto, no dice que no... Pero siempre tiene aspecto de no creer verdaderamente en esa resistencia, en esa voluntad de los pueblos.

Las facciones de Jacques se oscurecieron. Sabía perfectamente que la postura de Meynestrel difería de la suya. Pero este pensamiento le resultaba penoso; lo rechazaba instintivamente.

—¡Esta voluntad existe, mi buen Vanheede! —replicó con vehemencia—. Vengo de París y me siento confiado. Actualmente, no solamente en Francia, sino en toda Europa, puede decirse que entre los hombres movilizables no hay ni un diez, ni un cinco por ciento que aceptarían la idea de una guerra.

—¡Pero los otros noventa y cinco son seres pasivos, Baulthy, seres resignados!

—Lo sé. Suponte, sin embargo, que, de esos noventa y cinco, haya solamente una docena, media docena incluso, que comprendan el peligro y se rebelen: ¡es un verdadero ejército de recalcitrantes lo que los gobernantes encontrarán ante ellos!... Y es esta media docena por cada ciento lo que se trata de alcanzar, de agrupar para la resistencia. No tiene nada de irrealizable. ¡Y para esto es para lo que trabajan en este momento, y por todas partes, los revolucionarios de Europa!

Se había levantado.



—¿Qué hora es? —murmuró, echando una mirada a su muñeca—. Ahora tengo que ir a ver a Meynestrel.

—Hoy por la mañana, no —dijo Vanheede—. El Piloto ha ido a Lausana, en auto, con Richardley.

—¿Eh?... ¿Estás seguro?

—Tenía una cita allí, a las nueve, para el congreso. No volverán antes del mediodía.

Jacques pareció contrariado.

—¿Qué le vamos a hacer! Esperaré al mediodía... ¿Qué tienes tú que hacer hoy por la mañana?

—Iba a ir a la Biblioteca, pero...

—Vente conmigo a ver a Saffrio, charlaremos por el camino. Tengo que entregarle una carta. He visto en París a Negrotto... —Había recogido la maleta y se dirigía hacia la puerta—. Diez minutos: el tiempo necesario para afeitarme... Ven a buscarme al bajar.

Saffrio vivía en la calle de la Pellisserie, en el barrio de la Catedral, en una casucha de dos pisos, en cuya planta baja había instalado su tienda. No se sabía gran cosa del pasado de Saffrio. Se le apreciaba por su buen humor y su legendario espíritu servicial. Afiliado al Partido italiano desde mucho antes de venir a Suiza, ejercía en Ginebra, desde hacía siete años, su profesión de droguero. Había abandonado Italia después de algunas desgracias conyugales, a las cuales hacía alusiones frecuentes, aunque imprecisas, desgracias que, según algunos, le habían llevado hasta a un intento de asesinato.

La tienda, en la que entraron Jacques y Vanheede, estaba vacía. Al sonar el timbre de la puerta, Satirio apareció en la entrada de la trastienda. Sus magníficos ojos negros se iluminaron con un destello.

—*Buon giorno*<sup>[13]</sup>!

Sonreía, moviendo la cabeza, y encogía sus hombros desiguales, abriendo los brazos, con los gestos zalameros de un hotelero italiano.

—Tengo aquí a dos compatriotas —murmuró al oído de Jacques—. Venid.

Siempre estaba dispuesto a proporcionar refugio a los proscritos italianos cuya expulsión había sido ordenada por el gobierno suizo. (La policía de Ginebra, muy acomodaticia de ordinario, se sentía agitada periódicamente por un celo de depuración, intempestivo y pasajero, y expulsaba del territorio a algunos revolucionarios extranjeros que no estaban en regla con olla. La limpia duraba una decena de días, durante los cuales los insumisos se contentaban, por lo general, con abandonar su cobijo para vivir ocultos en el cuchitril de algún camarada. Luego, volvía la calma. Saffrio era un especialista en este tipo de hospitalidad.) Jacques y Vanheede le siguieron. Detrás de la tienda habla una antigua despensa, separada del almacén por una pequeña cocina.

Esta sala se parecía mucho a un calabozo: era abovedada, y un tragaluz enrejado, que daba a un patio desierto, la iluminaba desde arriba y mal. Pero la disposición del lugar hacía de él un asilo discreto, por lo cual, como era bastante espacioso, Meynestrel lo utilizaba algunas veces para pequeñas reuniones privadas. Todo un lado de la pared estaba cubierto por una estantería, en la que se amontonaban viejos utensilios de droguería, frascos, tarros vacíos, morteros fuera de uso. En el estante superior presidía una litografía de Carlos Marx, cuyo cristal estaba rajado y lleno de polvo.

Efectivamente, había allí dos italianos. Uno de ellos, muy joven, harapiento como un vagabundo, estaba sentado a la mesa, solo, delante de un plato de macarrones con tomate, ya fríos, que pinchaba con la punta de un cuchillo y ponía sobre el pan. Levantó hacia los visitantes una mirada dulce de animal herido, y siguió comiendo.

El otro, de más edad y mejor vestido, se encontraba de pie y tenía unos papeles en la mano. Vino hacia los recién llegados. Era Remo Tutti, a quien Jacques había conocido en Berlín como corresponsal de algunos periódicos italianos. Era bajito, ligeramente afeminado, con los ojos vivos y de mirada inteligente.

Saffrio señaló a Tutti con el dedo:

—Remo llegó ayer de Livorno.

—Yo vengo de Paris —dijo Jacques a Saffrio, sacando un sobre de la cartera—. Y he encontrado a alguien, ¡adivina!, que me ha entregado esta carta para ti.

—¡Negrotto! —exclamó el italiano, cogiendo alegremente el sobre.

Jacques se sentó y se volvió hacia Tutti:

—Negrotto me ha dicho que en Italia, desde hace dos semanas y con el pretexto de unas grandes maniobras, se ha convocado y armado a ochenta mil reservistas. ¿Es cierto?

—Por lo menos, cincuenta y cinco o sesenta mil... Si... Pero lo que tal vez no sepa Negrotto es que en el ejército hay disturbios muy serios. Sobre todo, en las guarniciones del norte. Los actos de indisciplina son muy numerosos. El mando se ve desbordado. Casi ha renunciado a castigar.

La voz cantarina de Vanheede se elevó en el silencio:

—¡Eso es! ¡Con la negativa! ¡Con la dulzura! Y el crimen ya no tendrá sitio en la tierra...

Hubo una sonrisa general. Vanheede era el único que no sonreía. Se sonrojó, juntó sus manitas y se calló.

—Entonces —dijo Jacques—, en Italia, en caso de movilización, ¿no todo irá bien?

—¡Puedes estar tranquilo! —dijo Tutti, con vehemencia.

Saffrio levantó los ojos de la carta que estaba leyendo:

—¡En nuestro país, cuando se trata de hacer militarismo, todo el pueblo, socialista o no, está en contra!

—Nosotros tenemos sobre vosotros la superioridad de la experiencia —explicó

Tutti, que hablaba un francés muy correcto—. La expedición de Trípoli está aún muy reciente para nosotros. El pueblo está bien informado: ¡sabe lo que cuesta confiar el poder a los militares!... No hablo solamente de los sufrimientos de los desgraciados que combaten, sino también de la pestilencia que ahoga inmediatamente al país; la falsificación de las noticias, la propaganda nacionalista, la supresión de las libertades, el encarecimiento de la vida, la concupiscencia de los *profittori*... Italia acaba de recorrer este camino. Y no ha olvidado nada. En nuestro país, ante una movilización, al Partido le será fácil organizar una nueva «Semana roja».

Saffrio doblaba su carta cuidadosamente. Deslizó el sobre entre la camisa y el pecho, y, guiñando un ojo, inclinó hacia Jacques su bello rostro atezado:

—*Grazie*<sup>[14]</sup>!

En el fondo de la sala, el adolescente se había levantado. Cogiendo de sobre la mesa una alta botella de barro poroso, en la que el agua se conservaba helada, la levantó con las dos manos y bebió a morro durante largo rato.

—*Basta!* —dijo Saffrio, riendo. Se acercó al muchacho, y lo cogió amistosamente por el cogote—: Ahora, ven arriba; vas a dormir, camarada.

El italiano lo siguió dócilmente hacia la cocina. Al pasar, hizo a los otros una graciosa inclinación de cabeza.

Antes de salir, Saffrio se volvió hacia Jacques:

—¡Puedes estar seguro de que las advertencias de nuestro Mussolini, en el *Avanti*, han llegado bien a nuestros oídos! ¡El rey y todo el gobierno han comprendido ahora perfectamente que el pueblo italiano ya no les seguirá nunca en una política belicosa!

Se les oyó encaramarse por la escalerilla de madera que llevaba al piso.

Jacques reflexionaba. Se echó hacia atrás el mechón y miró a Tutti.

—Eso es lo que habría que hacer comprender, no digo ya a los dirigentes, que saben de esto más que nosotros, sino a ciertos medios nacionalistas alemanes y austríacos, que cuentan todavía con la Tríplice e impulsan a sus gobiernos hacia las aventuras... ¿Sigues trabajando en Berlín? —preguntó.

—No —dijo Tutti, lacónicamente. La entonación, la sonrisa misteriosa que acompañaba a su mirada, decían claramente: «Inútil preguntar... Trabajo secreto...»

Saffrio acababa de entrar. Movía la cabeza de un lado a otro y reía:

—¡Estos críos!... —confió a Vanheede—. ¡Son tan sumamente crédulos! Otro que acaba de ser atrapado por un agente provocador... Afortunadamente para él, tenía buenas piernas para correr... ¡Y también las señas de papá Saffrio!

Se volvió alegremente hacia Jacques:

—Entonces. Thibault, ¿traes tú buenas impresiones de París?

Jacques sonrió:

—¡Mejor que buenas! —dijo con vehemencia.

Vanheede cambió de silla y vino a sentarse al lado de Jacques, de espaldas a la luz. Sufría como un pájaro nocturno cuando estaba de cara a ella.

—No solamente he estado con franceses —prosiguió Jacques—. He visto también

a belgas, a alemanes, a rusos... Los medios revolucionarios están prevenidos por todas partes. Se ha comprendido que la amenaza es grave. Por todas partes se agrupan y se busca un programa de conjunto. La resistencia se organiza, toma cuerpo. La unanimidad, la extensión del movimiento (y eso en menos de una semana) son francamente consoladoras. Uno se da cuenta de las fuerzas que la Internacional puede poner en juego cuando ésta lo desea. ¡Y lo que se está haciendo estos días, parcialmente, por separado, en todas las capitales de Europa, no es nada en comparación con lo que se pretende! Para la próxima semana ha sido convocado el Bureau Internacional en Bruselas...

—Sí..., sí... —dijeron al mismo tiempo Tutti y Saffrio, cuyas miradas ardientes no se apartaban del rostro animado de Jacques.

También el albino, inclinando el busto, se volvía para mirar a Jacques, sentado a su lado. Había colocado el brazo sobre el respaldo de la silla de Jacques y puesto la mano sobre el hombro de su amigo, y todo tan suavemente, por otra parte, que, éste ni siquiera lo notaba.

—Jaurès y su grupo —proseguía Jacques— conceden la mayor importancia a esta reunión. ¡Delegados de veintidós países diferentes! Y estos delegados representan, no solamente a los doce millones de trabajadores afiliados, sino también, en realidad, a otros muchos millones, a todos los simpatizantes, a los vacilantes, e incluso, entre nuestros adversarios, a todos aquellos que, ante el peligro de una guerra, comprenden perfectamente que sólo la Internacional puede encarnar e imponer la voluntad de paz de las masas... Vamos a vivir en Bruselas una semana que será histórica. Por primera vez en la historia, la voz del pueblo, la voz de la mayoría auténtica, va a poder hacerse oír. ¡Y obedecer!

Saffrio se removía en su silla:

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Y hay que mirar aún más lejos —prosiguió Jacques, que cedía al placer de robustecer su propia confianza, expresándola para los demás—. Si triunfamos, no solamente se habrá ganado una importante batalla contra la guerra. Es algo más que eso. Es una victoria que puede dar a la Internacional... —en este momento, Jacques advirtió que Vanheede estaba apoyado en su hombro, porque, repentinamente, la manila de éste había empezado a temblar. Se volvió hacia el albino y le dio un golpecito en la rodilla—: ¡Sí, mi buen Vanheede! ¡Lo que se está preparando aquí, tal vez sea, sencillamente y sin ninguna violencia, el triunfo del socialismo en el mundo entero!... Y ahora —añadió, levantándose con súbito impulso—, ¡vamos a ver si ha vuelto el Piloto!

Aún era temprano para que Meynestrel estuviera de regreso en sil casa.

—Vente conmigo a sentarte un rato en «la Treille»... —propuso Jacques, cogiendo del brazo al albino.

Pero Vanheede movió la cabeza negativamente. Ya había holgazaneado bastante.

Desde que Jacques se había instalado en Ginebra, y para poder seguir a éste, Vanheede había renunciado a la mecanografía y se había especializado en las investigaciones de tipo histórico. Trabajo peor remunerado, pero en el que era su propio dueño. Desde hacía dos meses que estaba acabando de estropearse la vista con la compulsación de textos para una publicación de *Documentos sobre el protestantismo*, que había emprendido un editor de Leipzig.

Jacques lo acompañó hasta la Biblioteca. Luego, ya solo, como pasaba por delante del café Landolt (este café, con el Grütli, se repartían los favores de la juventud socialista), entró.

Tuvo la sorpresa de encontrarse allí a Paterson. El inglés, con pantalón de tenis, se ocupaba en colgar cuadros para una exposición que el dueño del Café le había autorizado a hacer en su establecimiento.

Paterson parecía eufórico. Acababa de rechazar un asunto magnífico. Un americano viudo, *Mr. Saxton W. Clegg*, seducido por sus bodegones, le había ofrecido cincuenta dólares por hacer, según una fotografía descolorida del tamaño de una tarjeta de visita, un retrato de tamaño natural de *Mrs. Saxton W. Clegg*, quien había encontrado la muerte en la catástrofe de Mont Pelée. En un solo punto se mostraba exigente el desconsolado viudo: deseaba que el vestido de *Mrs. Saxton W. Clegg* fuera transformado según las exigencias de las más recientes modas de París. Paterson bromeaba acerca de esto con buen humor.

«Pat es el único de todos nosotros que tiene alegría de la auténtica: espontánea, interior», pensaba Jacques, viendo al joven inglés reír a carcajadas.

—Te acompañe un poco —dijo Paterson, cuando supo que Jacques iba a casa de Meynestrel—. En estos días he recibido de Inglaterra unas cartas bastante curiosas. En Londres se dice que Haldane organiza sin ningún misterio un fuerte cuerpo expedicionario. Quiere estar dispuesto a todo... Y la flota sigue movilizada... A propósito de la flota, ¿has leído los periódicos? ¿La revista de Spithead? Todos los agregados de los ejércitos y las marinas de Europa han sido invitados solemnemente a ver desfilar ante sus ojos, durante seis horas enteras, a los navíos de guerra, que navegarán enarbolando el pabellón británico, uno tras otro, lo más cerca posible, como una procesión de orugas en primavera... Una exhibición verdaderamente atractiva, ¿no te parece?... *Boast! Boast*<sup>[15]</sup>! —dijo, encogiéndose de hombros.

Bajo el sarcasmo asomaba, a pesar de todo, un puntillo de orgullo. Jacques no pudo menos que reírse para sus adentros: «Un inglés, aunque sea socialista, nunca podrá permanecer insensible a una buena demostración naval», se dijo.

—¿Y nuestro retrato? —preguntó Paterson en el momento en que iba a separarse de Jacques—. ¡Parece que pesa un maleficio sobre ese retrato! Otras dos mañanas. Nada más. ¡Palabra de honor! Dos mañanas... ¿Pero cuándo?

Jacques conocía la tenacidad del inglés. Era preferible ceder y terminar cuanto antes.

—Mañana, si te parece bien. ¿Mañana a las once?

—*All right!* ¡Eres lo que se dice un buen amigo, Jack!

Alfreda estaba sola. Con su quimono de grandes flores, su franja de laca negra y sus pestañas, se parecía demasiado a una muñeca del Extremo Oriente para poderlo considerar impremeditado. A su alrededor, las moscas zumbaban entre los rayos de sol que se filtraban por los intersticios de las persianas. Una coliflor, que hervía ruidosamente en la cocina, apestaba la rasa con su olor fétido.

Pareció muy contenta de ver a Jacques:

—Si; el Piloto ya ha vuelto. Pero acaba de enviarme recado, con Monier, de que había novedades y se iba a encerrar en el «Local» con Richardley. Tengo que ir a reunirme con él y llevar la máquina... Quédate a comer conmigo —propuso, con el rostro repentinamente grave—. Iremos juntos...

Alfreda le miraba con sus magníficos ojos, y Jacques sintió una vaga impresión de que no era solamente por amabilidad por lo que la joven había insinuado esta invitación. ¿Quería hacerle alguna pregunta, alguna confidencia?... No tenía ningún interés en charlar a solas con ella, y además tenía prisa por verse con Meynestrel.

Se negó.

El Piloto trabajaba con Richardley en su despachito del «Mentidero».

Los dos hombres estaban solos. Meynestrel permanecía de pie, detrás de Richardley, sentado a la mesa, y ambos se inclinaban sobre los documentos esparcidos ante ellos.

Al ver a Jacques, una lucecilla de amistosa sorpresa se encendió en el fondo de los ojos de Meynestrel. Luego, su mirada aguda se inmovilizó: una idea acababa de pasarle por la imaginación. Se inclinó hacia Richardley con gesto interrogativo, y designó a Jacques con un movimiento de barbilla:

—En realidad, puesto que ha vuelto, ¿por qué no él?

—Evidentemente —aprobó Richardley.

—Siéntate —dijo Meynestrel—. Vamos a terminar. —Y, dirigiéndose a Richardley, añadió—: Escribe..., esto es para el partido suizo.

Con su voz seca, sin timbre, dictó:

—«La cuestión está mal planteada. El problema no está aquí. Marx y Engels, en su época, podían tomar partido por una u otra nación. Nosotros, no. Entre los diferentes Estados de Europa, nosotros, los socialistas de 1914, no tenemos que hacer ninguna distinción. La guerra que amenaza es una guerra imperialista. No tendría otro objeto que salvaguardar los intereses del capitalismo financiero. Todas las naciones a este respecto están en la misma situación. El único objetivo del proletariado debe ser la derrota de todos los gobiernos imperialistas indistintamente. Mi opinión es: *neutralidad absoluta...*» Esto, subrayado... «En esta guerra, los dos grupos de potencias capitalistas van a devorarse mutuamente. Nuestra táctica es dejarles que se devoren. Ayudarles a devorarse...» No. Borra esta última frase... «... utilizar los

acontecimientos. El dinamismo está en la izquierda. A las minorías revolucionarias les corresponde trabajar para aumentar este dinamismo durante el período de crisis, para poder, cuando llegue el momento, abrir la brecha por la que pasará la revolución.»

Calló. Transcurrieron algunos instantes.

—¿Por qué no viene Freda? —dijo, muy de prisa.

Cogió un block de notas que estaba sobre la mesa, y empezó a garrapatear breves anotaciones en pedazos de papel que pasaba a Richardley.

—Esto, para el Comité... Esto, para Berna y Basilea... Esto, para Zurich...

Finalmente se levantó y se acercó a Jacques.

—¿Entonces, estás de vuelta?

—Usted me dijo: «Si el domingo o el lunes no has tenido noticias mías...»

—Es cierto. La pista que yo tenía en perspectiva no ha dado resultado. Pero precisamente iba a escribirte que te quedaras en París.

París... Una turbación imprevista, y que no iba a tener tiempo de analizar, se apoderó de Jacques. Con una especie de abandono un poco cobarde, como si renunciara a toda lucha, como si descargara sobre los demás el peso de una responsabilidad, discurrió repentinamente: «Son ellos quienes lo habrán querido.»

Meynestrel proseguía:

—En estos momentos puede ser útil tener allí a alguien. Las fichas que tú envías no son inútiles. Indican la temperatura de un ambiente que yo no conozco bien. Observa lo que se hace en *l'Huma*, más aún que en la C.G.T.: para la C.G.T. tenemos otras fuentes de información... Por ejemplo, las relaciones de Jaurès con la socialdemocracia y con los ingleses. Su acción, en el Quai d'Orsay, para las relaciones entre Francia y Rusia... En fin, todo esto ya te lo he dicho... ¿Has llegado esta mañana? ¿Estás cansado?

—No.

—¿Estás en condiciones de volverte a marchar?

—¿Ahora mismo?

—Esta noche.

—¡Si es necesario! ¿A París?

Meynestrel sonrió:

—No. Primero tienes que dar un pequeño rodeo: Bruselas, Amberes... Ya te lo explicará Richardley. —A media voz agregó—: ¡Tenía que haber venido nada más comer!

Richardley cerró la guía de ferrocarriles que estaba consultando y levantó hacia Jacques su jeta puntiaguda.

—Tienes un tren, esta tarde, a las diecinueve quince, que te pone en Basilea hacia las dos de la mañana, y en Bruselas, mañana al mediodía. Desde aquí, te dirigirás a Amberes. Tienes que estar allí, mañana miércoles, antes de las tres de la tarde... Una misión que requiere ciertas precauciones, puesto que se trata de ver a Kniabrowski,

que está bastante vigilado... ¿Le conoces?

—¿A Kniabrowski? Sí; perfectamente.

Antes de conocerlo, Jacques había oído hablar de él en todos los medios revolucionarios. Vladimir Kniabrowski acababa entonces de purgar su pena en las cárceles rusas. Apenas en libertad, había reanudado sus actividades de agitador. Jacques lo había visto en Ginebra el último invierno; e incluso, con ayuda de Zelawsky, había traducido para los periódicos suizos algunos fragmentos de libros que Kniabrowski había escrito durante su cautiverio.

—No te fíes mucho —dijo Richardley—; ahora va completamente afeitado, y eso lo cambia mucho, según parece.

De pie, inclinado, con su perpetua sonrisa en los delgados labios, envolvía a Jacques en su mirada inteligente, demasiado firme.

Meynestrel, con las manos a la espalda y el semblante preocupado, iba y venía a través de la reducida habitación, a fin de restablecer la circulación en su pierna anquilosada. Repentinamente, se volvió hacia Jacques.

—En París tenían una confianza loca en la moderación de: Austria, ¿no es así?

—Sí. Ayer, en *l'Huma*, se anunciaba que la nota austríaca ni siquiera prevé plazo...

Meynestrel dio un paso hacia la ventana, miró al patio y se volvió hacia Jacques.

—¡Eso está por ver!...

—¿Eh?... —murmuró Jacques. Un ligero estremecimiento le recorrió los miembros, y la frente se le cubrió de sudor.

Richardley afirmó fríamente:

—Hosmer había visto claro. Los acontecimientos se precipitan.

Hubo un breve silencio. El Piloto había reanudado sus paseos. Evidentemente, estaba nervioso. «¿Será lo de Austria? —se preguntó Jacques—. ¿O quizá la ausencia de Alfreda?»

—Vaillant y Jaurès tienen razón —dijo—. ¡Es necesario que los gobiernos abandonen toda esperanza de constreñir a las masas a aceptar su política de fuerza! ¡Hay que obligarles a un arbitraje! ¡Con la amenaza de la huelga general! Ya habéis visto que la moción ha sido votada, hace ya ocho días y con una fuerte mayoría, en el Congreso francés. Por otra parte, todo el mundo está de acuerdo en principio. Pero en París se busca el medio de convencer a los alemanes y de conseguir que se pronuncien tan categóricamente como nosotros.

Richardley movió la cabeza.

—Trabajo perdido... Se negarán siempre. Su argumento —el viejo argumento de Plekhanoff, el de Liebknecht—, es muy fuerte: entre dos pueblos desigualmente socializados, la huelga pondría a la nación más socializada a merced de aquella que lo está menos. Es evidente.

—Los alemanes están hipnotizados por el peligro ruso.

—¡Y se comprende! ¡Cuando Rusia haya evolucionado socialmente lo bastante



para que una huelga simultánea sea posible en los dos países!...

Jacques no cedía.

—En primer lugar, no es ya tan cierto que la huelga sea imposible en Rusia: al menos, se han suscitado huelgas parciales, como las de Poutilof, y que, extendidas a otros centros, podrían de todas formas molestar considerablemente al partido militarista... Pero dejemos a Rusia. Hay un argumento concreto que oponer a las repugnancias nacionales de los socialdemócratas. Es decirles: «La orden de huelga general, promulgada automáticamente el día de la movilización, sería un peligro para Alemania.» Sea. ¿Pero y la huelga *preventiva*? ¿La que el socialismo desencadenaría durante el período de tensión preliminar, durante la crisis diplomática, mucho antes de que se tratara de movilización? Ahora bien: la amenaza de semejante perturbación en la vida nacional, si esta amenaza fuera seria, bastaría para obligar a vuestro gobierno a recurrir al arbitraje... Ante este argumento, las objeciones alemanas deberían desaparecer. Y es, a mi entender, la tesis que el partido francés va a adoptar en la reunión del Buró, en Bruselas.

De pie ante su mesa, con la cabeza inclinada sobre sus papeles, Meynestrel no parecía haberse interesado ni por un momento en la discusión. Se incorporó y vino a colocarse en medio de Jacques y Richardley. Una sonrisa maliciosa pasó por su rostro.

—Ahora, hijos míos, marchaos. Tengo trabajo. Hablaremos después... Volved los dos a las cuatro. —Lanzó hacia la ventana una mirada casi ansiosa—. No entiendo por qué Freda... —Luego, se dirigió a Richardley—: *Primo*: Dar a Jacques todos los datos necesarios para encontrar a Kniabrowski. *Secundo*: Arreglar con él la cuestión de dinero, ya que tal vez tenga que estar ausente dos o tres semanas...

Mientras hablaba los iba llevando hacia la puerta, que cerró tras ellos.

## XXVII

BAJO el aplastante sol de aquella magnífica tarde, Amberes ardía como una ciudad española.

Antes de adentrarse por la calzada, Jacques, guiñando los ojos, deslumbrado, echó una mirada al reloj de la estación: las tres y diez. El tren de Amsterdam no llegaba hasta las tres y veintitrés; era preferible mostrarse lo menos posible en el interior de la estación.

Mientras cruzaba la avenida, observó rápidamente a la gente sentada enfrente, en la terraza de una cervecería. Tranquilizado indudablemente, advirtió una mesa libre, algo apartada, y pidió cerveza. A pesar de la hora, el lugar estaba casi desierto. Los transeúntes, para no abandonar la única acera en que daba la sombra, iban todos por el mismo sitio, como hormigas. Los tranvías, procedentes de todos los lugares de la ciudad, arrastraban bajo ellos sus sombras negras, se cruzaban en la plaza, y sus ruedas abrasadas rechinaban en las curvas de las vías.

Las tres y veinte. Jacques se levantó y tomó hacia la izquierda, para entrar en la estación por la fachada lateral. Poca gente en el vestíbulo. Un viejo belga, desgachado, tocado con un quepis, hacía ochos sobre las losas polvorientas con una regadera. Arriba, el tren llegaba al andén.

Jacques, sin dejar de leer su periódico, vino a situarse debajo de la gran escalera, a la salida de los viajeros, y, sin mirar a nadie, observó disimuladamente a la gente que desfilaba delante de él. Pasó un hombre de unos cincuenta años, cubierto con una gorra. Iba vestido de gris y llevaba debajo del brazo un paquete de periódicos. La ola pasaba de prisa. Muy pronto no quedaron sino los retrasados: algunas mujeres viejas a las que les costaba trabajo bajar los escalones.

Entonces, como si la persona que esperaba no hubiera llegado, Jacques dio inedia vuelta y, con paso indiferente, salió de la estación. Sólo un policía hábil y advertido hubiera observado la mirada que dirigió, por encima del hombro, antes de abandonar la acera.

Tomó por la avenida de Keyser hasta la avenida de Francia, pareció vacilar, como un turista que trata de orientarse, volvió hacia la derecha, pasó por delante del teatro Lírico, cuya cartelera examinó un instante, y penetró sin prisa en una de las pequeñas glorietas que hay delante del palacio de Justicia. Aquí, advirtiendo un banco vacío, se dejó caer en él y se secó la frente.

En el paseo, una bandada de chiquillos, sin preocuparse del calor de pan cocido, jugaba a la pelota. Jacques sacó del bolsillo unos periódicos doblados que depositó en el banco, a su lado. Luego, encendió un cigarrillo. Y como la pelota viniera a sus pies, se la incautó con gesto sonriente. Los niños le rodearon con gran algazara. Les lanzó la pelota, y se puso a jugar con ellos.

Algunos minutos después, venía a sentarse en la extremidad del banco otro

paseante. Llevaba en la mano algunos periódicos mal doblados. Un extranjero, de fijo; un eslavo, sin duda. La gorra, muy calada, ocultaba la frente. El sol ponía dos manchas claras en los pómulos. El rostro, imberbe, era el de un hombre de edad: rostro arrugado, demacrado, enérgico. La piel curtida, color de pan cocido, armonizaba en forma curiosa con los ojos, cuya tonalidad exacta no se podía distinguir a causa de la sombra, pero que eran claros, azules o grises, de una luminosidad extraña.

El individuo sacó del bolsillo un cigarro y, volviéndose hacia Jacques, se llevó cortésmente la mano a la visera. Para encender su cigarro en el de Jacques, hubo de inclinarse, apoyándose en el banco con la mano que sostenía el paquete de periódicos. Sus miradas se encontraron. El hombre se enderezó y puso los periódicos sobre sus rodillas. Con gran destreza había cogido los periódicos de su vecino y dejado los suyos sobre el banco, al lado de Jacques, quien acto seguido puso la mano encima con fingida negligencia.

Con la mirada perdida a lo lejos, sin mover los labios, con una voz apenas perceptible —esa voz opaca, esa voz de ventrílocuo, cuyo secreto se aprende en las cárceles—, el hombre murmuró:

—El sobre está entre los periódicos... Están también los últimos números del *Pravda*...

Jacques no se había movido. Con la mayor naturalidad del mundo, seguía jugando con los niños. Tiraba la pelota a lo lejos; los niños se lanzaban en tropel; se producía una refriega, una lucha alegre; el vencedor traía la pelota triunfalmente, y el juego se reanudaba.

El hombre se reía y también parecía encontrar agradable este juego. Muy pronto, fue a él a quien los niños daban la pelota, porque la lanzaba más fuerte que Jacques. Y tan pronto como los dos hombres se encontraban solos, Kniabrowski lo aprovechaba para hablar, sin separar los dientes, con frases recortadas, con una volubilidad vehemente y sorda.

—En Petersburgo... El lunes, ciento cuarenta mil huelguistas... Ciento cuarenta mil... En algunos sectores, estado de sitio... Teléfonos cortados, no hay tranvías... Caballería de la guardia... Han sido llamados cuatro regimientos completos con ametralladoras, regimientos cosacos, destacamentos de...

Los niños volvían en tromba y rodeaban el banco. Escamoteó el final de la frase en un acceso de tos.

—Pero la policía y los generales no pueden hacer nada... —prosiguió, después de haber proyectado la pelota hasta en medio del césped—. Motines tras motines... El gobierno había distribuido, para la visita de Poincaré, banderas francesas: las mujeres han hecho con ellas banderas rojas. Cargas a caballo, tiroteos... He visto una batalla en el barrio de Viborg... Terrible... Otra, en la estación de Varsovia... Otra, en el arrabal de Stagara-Derevnia... Otra, en plena noche, en los...

Volvió a callarse, a causa de los niños. Y de repente, con una especie de ternura

ávida, cogió al más pequeño de ellos (un rubito pálido, de cuatro o cinco años), lo meció sobre sus rodillas, siempre riendo, y le dio un largo beso en la boca: luego soltó al pequeño, que estaba todo sorprendido, cogió la pelota y la arrojó.

—Los huelguistas no tienen armas... Adoquines, botellas, latas de petróleo... Para detener las cargas, prenden fuego a las casas... He visto arder el puente Semsonievsky... Todo arde por las noches, por todas partes... Centenares de muertos... Centenares y centenares de detenciones... Todo el mundo es sospechoso... Nuestros periódicos están prohibidos desde el domingo... Nuestros redactores, en la cárcel... Es la revolución... Ya era hora: sin la revolución, hubiera sido la guerra... Tu Poincaré nos ha hecho mucho daño en Rusia, mucho daño...

Con el rostro vuelto hacia el césped, en el que se empujaban los chiquillos, creía poner una cara regocijada, pero no conseguía obtener de sus labios sino un rictus amargo.

—Ahora, me voy —dijo sombríamente—. Adiós...

—Sí —dijo Jacques en un murmullo. Aunque el sitio estuviera desierto, era inútil prolongar el encuentro. Acongojado, murmuró—: ¿Vuelves... allá?

Kniabrowski no contestó inmediatamente. Con el busto inclinado, los codos apoyados en las rodillas y los hombros caídos, contemplaba entre sus zapatos la arena del paseo. Su cuerpo, relajado, parecía ceder a un desfallecimiento. Jacques observó estas arrugas de resignación —más exactamente, de paciencia—, que la vida había formado, a la larga, a ambos lados de la boca.

—Sí; allá —dijo, levantando la frente. Su mirada recorrió el espacio, el jardín, las fachadas lejanas, el cielo azul, sin posarse en ningún sitio, con la expresión extraviada y resuelta de un hombre siempre dispuesto a cualquier locura—. Por mar... Hamburgo... Tengo un medio seguro de volver... Pero allá, para nosotros, las cosas se están poniendo difíciles...

Se puso de pie, sin prisa.

—Muy difíciles...

Y, mirando por fin a Jacques, tocó cortésmente la visera de la gorra, como un conocido circunstancial que se despide. Sus ojos cambiaron un adiós angustioso y fraternal.

—*Vdobryi tchass*<sup>[16]</sup>! —murmuró, antes de alejarse.

Los chiquillos lo acompañaron con sus risas y sus gritos hasta que hubo franqueado la verja. Jacques le había seguido con la mirada. Cuando el ruso hubo desaparecido, se guardó en el bolsillo el paquete de periódicos que había quedado sobre el banco, y, levantándose a su vez, prosiguió tranquilamente su paseo.

Aquella misma tarde, habiendo cosido en el forro de su chaqueta el sobre confiado por Kniabrowski, volvía a tomar en Bruselas el tren para París.

Y al día siguiente, jueves, a primera hora, los documentos secretos eran entregados a Chenavon, quien había de estar por la noche en Ginebra.

## XXVIII

AQUEL jueves, día 23, muy temprano, Jacques se refugió en el Café du Progrès, para leer en él los periódicos; se instaló en la sala de abajo, a fin de evitar «el Mentidero» del entresuelo.

El informe del proceso de la señora Caillaux ocupaba íntegramente la primera página de casi todos los diarios.

En segunda o tercera página, algunos periódicos se decidían a anunciar, muy someramente, que algunas fábricas se habían declarado en huelga en Petersburgo, pero que la agitación obrera había sido dominada inmediatamente, gracias a la enérgica intervención de la policía. Como contrapartida, se consagraban columnas enteras a las fiestas ofrecidas por el Zar a Poincaré. En cuanto a la «diferencia» austro-servia, la prensa se mostraba más bien evasiva. Una nota, sin duda oficial y reproducida por todas partes, precisaba que, en las esferas gubernamentales rusas, se pensaba generalmente que muy pronto se obtendría una solución pacífica por la vía diplomática; y la mayor parte de los periódicos ratificaba su confianza en Alemania, la cual durante las crisis balcánicas había sabido siempre aconsejar moderación a su aliada austríaca.

Sólo *l'Action Française* manifestaba abiertamente su inquietud. La ocasión era magnífica para acusar, más violentamente que nunca, la debilidad específica del gobierno republicano en materia de política exterior, y poner una marca infamante en el antipatriotismo de los partidos de izquierda. Se aludía a los socialistas muy especialmente. No contento con repetir, como todos los días desde hacía años, que Jaurès era un traidor al servicio de Alemania, Charles Maurras, exasperado por los vibrantes llamamientos al pacifismo internacional, que multiplicaba *l'Humanité*, hoy parecía casi designar a Jaurès para el puñal liberador de alguna Carlota Corday: «No queremos inducir a nadie al asesinato político —escribía, con prudente audacia—. ¡Pero que el señor Jaurès se ande con cuidado! Su artículo es susceptible de sugerir a algún energúmeno el deseo de resolver por el método experimental la cuestión de saber si nada habrá cambiado en el orden inmutable de las cosas, en el caso de que el señor Jean Jaurès corriera la misma suerte que el señor Calmette.»

Cadieux, que bajaba del entresuelo, pasó como una ráfaga:

—¿No subes? Arriba se está discutiendo de firme... Es interesante: hay un austríaco que viene en misión, el camarada Böhm, quien llega de Viena. Dice que la nota austríaca será remitida esta noche a Belgrado..., tan pronto como Poincaré salga de Petersburgo.

—¿Está Böhm en París? —dijo Jacques, levantándose inmediatamente. Estaba muy contento ante el pensamiento de poder volver a ver al austríaco.

Subió la escalerita de caracol, empujó la puerta y, efectivamente, distinguió al camarada Böhm, tranquilamente sentado ante una jarra de cerveza, con el

impermeable amarillo doblado sobre las rodillas. Una quincena de militantes lo rodeaban, abrumándolo a preguntas; él les respondía metódicamente, masticando su eterna colilla de cigarro.

Acogió a Jacques con una amistoso guiño, como si se hubiera separado de él la víspera.

Las noticias que traía acerca de las disposiciones belicosas de Viena y de la efervescencia de la opinión austro-húngara parecían haber levantado una indignación y una inquietud generales. La eventualidad de un ultimátum agresivo dirigido a Servia por Austria en las circunstancias actuales, se temía pudiera acarrear complicaciones, tanto más serias cuanto que una nota preventiva acababa de ser comunicada a todas las cancillerías de Europa por el presidente del Consejo servio, Pachitch, para advertir a las potencias que no debían contar con una pasividad demasiado absoluta de Servia y que ésta estaba dispuesta a rechazar toda exigencia que atentara contra su dignidad.

Sin querer justificar en absoluto la política aventurera de su patria, Böhm trataba, sin embargo, de explicar la exasperación de Austria contra Servia (y contra Rusia), como consecuencia de las incesantes vejaciones que este pequeño y turbulento vecino, sostenido e incitado por el coloso ruso, infligía al amor propio nacional de los austríacos.

—Hosmer —dijo—, me ha leído una nota diplomática, confidencial, que fue escrita hace ya algunos años por Sazonov, el ministro de Petersburgo, a su embajador ruso en Servia. Sazonov alude expresamente a un determinado trozo del territorio austríaco que ha sido prometido a los servios por Rusia. ¡Es un documento de gran importancia —añadió—, porque demuestra que Servia, y Rusia detrás de ella, son verdaderamente una amenaza perpetua contra la seguridad del *Österreich*!

—¡Siempre las fechorías de la política capitalista! —exclamó, en el otro extremo de la mesa, un viejo obrero, vestido con una blusa azul—. Todos los gobiernos de Europa, democráticos o no, con su diplomacia clandestina, sin control popular, son instrumento de la Ranea internacional... Y si, desde hace cuarenta años, Europa ha evitado la guerra general, es simplemente porque los financieros prefieren prolongar esta paz armada, en la cual los Estados se van llenando de deudas progresivamente... ¡Pero el día que a la alta Banca le interese que estalle la guerra...!

Todos aprobaron ruidosamente. Poco les importaba que esta interrupción no tuviera sino una lejana relación con las cuestiones concretas tratadas por Böhm.

Un adolescente, al que Jacques conocía de vista y cuya mirada atenta y febril, y su rostro marcado por la tuberculosis, ya habían llamado su atención, salió bruscamente de su silencio liara citar, con voz cavernosa, un texto de Jaurès acerca de los peligros de la diplomacia secreta.

Aprovechando el barullo que se formó a continuación, Jacques se acercó a Böhm y quedó citado con él para comer juntos. Después de lo cual se escabulló, dejando al austriaco, quien volvió a su exposición, con esa misma obstinación paciente que

ponía en masticar su cigarro.

La comida con Böhm, algunas conversaciones en las oficinas de *l'Humanité*, algunas gestiones urgentes que Richardley le había pedido hiciera tan pronto llegara a París; luego, por la noche, una reunión socialista en Levallois, en honor de Böhm — allí, Jacques tuvo oportunidad de hacer uso de la palabra, para decir lo que sabía acerca de los desórdenes de Petersburgo—, ocuparon tan completamente el espíritu de Jacques en esta primera jornada, que apenas si tuvo tiempo de pensar en los Fontanin. Dos o tres veces, sin embargo, pensó en telefonar a la clínica del bulevar Bineau, para preguntar si Jérôme vivía aún. ¿Pero le hubieran informado sin que tuviera que dar su nombre como primera providencia? Más valía abstenerse. Prefería no revelar su presencia en París. Sin embargo, por la tarde, al volver a su pequeña habitación del muelle de la Tournelle, hubo de confesarse, antes de dormirse, que, lejos de dejarle el espíritu libre, la ignorancia a la cual se condenaba le obsesionaba mucho más de lo que lo hubieran hecho unas noticias concretas.

Y el viernes por la mañana, al despertarse, le dieron tentaciones de llamar a Antoine por teléfono.

«¿Para qué? ¿Qué me importa? —se dijo, mirando el reloj—. Las siete y veinte... ¡Tengo el tiempo justo si quiero alcanzarle antes de que se vaya al hospital!» Y sin tratar de engañarse más, saltó de la cama.

Antoine se sintió todo sorprendido al oír la voz de su hermano. Le dijo que el señor de Fontanin se había decidido por fin a morir aquella misma noche, después de tres días de agonía, y sin siquiera haber recobrado el conocimiento.

—El entierro tendrá lugar mañana, sábado. ¿Estarás todavía en París?... Daniel —añadió— no se aleja de la clínica: puedes estar seguro de encontrarle a cualquier hora que vayas, en el día o en la tarde...

Antoine no parecía dudar ni un momento de que su hermano deseaba ver a Daniel.

—¿Vienes a comer conmigo? —propuso.

Jacques se apartó del teléfono con un gesto de impaciencia y colgó el aparato.

Los periódicos del 24 anunciaban, con pocas palabras, la entrega a Servia de una «nota» austríaca. La mayoría, sin embargo —y ello debía de responder a una orden—, se abstenía de todo comentario.

Jaurès había consagrado su artículo cotidiano a las huelgas rusas. El tono era especialmente grave:

«¡Qué advertencia para las potencias europeas! —escribía—. En todas partes, la revolución está a flor de tierra. ¡Muy imprudente sería el Zar si desencadenara o dejara desencadenar una guerra europea! ¡Muy imprudente sería también la monarquía austro-húngara si, cediendo a los ciegos furios del partido clerical y militarista, creara entre ella y Servia lo irreparable!... ¡La colección de recuerdos de

viaje del señor Poincaré se ha enriquecido con una página turbadora, de un trágico presagio, manchada con la sangre de los obreros rusos!»

En las oficinas de *l'Humanité* no subsistía ninguna duda acerca del tono de la nota: tenía todo el carácter de un requerimiento, y podía temerse lo peor. Se esperaba con cierto nerviosismo el regreso de Jaurès: el Patrón se había decidido bruscamente, aquella mañana, a hacer una gestión personal en el Quai d'Orsay, cerca del señor Bienvenu-Martin, encargado de sustituir al ausente señor Viviani.

Reinaba cierta confusión entre los redactores del periódico. Se preguntaban con ansiedad cuáles iban a ser las reacciones europeas. Gallot, pesimista por naturaleza, pretendía que las noticias llegadas aquella noche de Alemania e Italia hacían temer que, en los dos países, la opinión pública de tipo medio, la prensa e incluso ciertos sectores de los partidos izquierdistas, fueran más bien favorables al gesto austríaco. Stefany pensaba, como Jaurès, que en Berlín la indignación de los socialdemócratas se manifestaría mediante algunos actos enérgicos, llamados a tener gran resonancia, no solamente en Alemania, sino también fuera de las fronteras alemanas.

Al mediodía, las oficinas quedaron vacías. Le correspondía a Stefany quedarse de guardia, y Jacques propuso hacerle compañía, para poder echar una mirada al expediente relativo a la convocatoria del Buró Internacional, que había de reunirse en Bruselas la semana siguiente. Todos ponían grandes esperanzas en esta asamblea excepcional. Stefany sabía que Vaillant, Keir-Hardie y algunos otros dirigentes del Partido se proponían incluir en la orden del día la oportunidad de la huelga en caso de guerra. ¿Qué acogida reservarían los socialistas extranjeros, especialmente los ingleses y los alemanes, a esta cuestión fundamental?

A la una todavía no había aparecido Jaurès: Jacques bajó para tomar alguna cosa en el Café du Croissant. ¿Estaría tal vez el Patrón comiendo allí?

No estaba.

Jacques buscaba un rincón libre, cuando fue llamado a gritos por un joven alemán, Kirchenblatt, al que había conocido en Berlín y vuelto a ver varias veces en Ginebra. Kirchenblatt comía con un camarada, e insistió para que Jacques se sentara con ellos. El camarada era también un alemán, llamado Wachs; Jacques no lo conocía.

Los dos hombres eran muy diferentes. «Simbolizan bastante bien dos tipos característicos de la Alemania del Este —pensó Jacques—: ¡el *jefe* y... el *otro*!»

Wachs era un antiguo obrero metalúrgico. Podía tener unos cuarenta años; era de facciones macizas, vagamente eslavas, pómulos anchos, una boca franca y ojos claros, llenos de perseverancia y solemnidad. Tenía las grandes manos abiertas, como unas herramientas preparadas para ser utilizadas. Escuchaba, asentía con un gesto, pero hablaba poco. Todo en él revelaba un alma sin complicaciones, el valor tranquilo, la resistencia física, el gusto de la disciplina, el instinto de la fidelidad.

Kirchenblatt era mucho más joven. La forma de su cabeza, pequeña y redonda,



erguida sobre un cuello delgado, hacía pensar en una cabecita de pájaro. Sus pómulos, al contrario que los de Wachs, no se extendían en anchura, sino que formaban bajo los ojos unas prominencias casi puntiagudas. La fisonomía, generalmente seria y atenta, se animaba algunas veces con una sonrisa inquietante: una sonrisa que se manifestaba repentinamente en las comisuras de los labios, en las arrugas de las sienes, recogiendo los labios sobre los dientes; una llama de sensualidad, un tanto cruel, se encendía entonces en su mirada. Algunos perros-lobos descubren así los colmillos cuando juegan. Era originario de la Prusia oriental e hijo de un profesor; se trataba de uno de esos alemanes cultos, nietzscheanos, de los que Jacques había conocido muchos en los medios políticos avanzados de Alemania. Para ellos no existían leyes. Un sentimiento particular del honor, un cierto romanticismo caballeresco, el gusto de una vida libre y llena de peligros, los unían como una especie de casta, muy consciente de su aristocracia. En rebeldía contra el régimen social, al que, sin embargo, debía su formación intelectual, Kirchenblatt vivía en los límites de los partidos revolucionarios internacionales, demasiado anarquista por temperamento para adherirse sin reservas al socialismo, y rechazando instintivamente tanto las teorías democráticas e igualitarias como los privilegios feudales que sobrevivían en la Alemania imperial.

La conversación —en alemán, porque Wachs comprendía el francés con dificultad— se orientó desde el primer momento hacia la posición de Berlín con respecto a la política austríaca. Kirchenblatt parecía bien informado del estado de opinión de los altos funcionarios del Imperio. Acababa de saber que el hermano del Kaiser, el príncipe Enrique, había sido enviado a Londres con una misión especial cerca del rey de Inglaterra: gestión oficiosa que, en un momento semejante, parecía indicar en Guillermo II un deseo personal de hacer compartir a Jorge V sus puntos de vista sobre la diferencia austro-servia.

—¿Qué puntos de vista? —dijo Jacques—. Ahí está toda la cuestión... ¿Cuál es la proporción de chantaje en la actitud del gobierno imperial? Trauttenbach, al que he visto en Ginebra, pretende saber de buena fuente que el Kaiser, personalmente, se niega a considerar la eventualidad de una guerra. Sin embargo, parece imposible que Viena actúe con tanta audacia sin haberse asegurado la ayuda de Alemania.

—Sí —dijo Kirchenblatt—. Es muy probable, a mi modo de ver, que el Kaiser haya aceptado y aprobado el principio de las reivindicaciones austríacas. E incluso que impulse a Viena a obrar lo más rápidamente posible para poner a Europa cuanto antes ante los hechos consumados... Lo que, en resumidas cuentas, es un excelente pacifismo... —Sonrió maliciosamente—. ¡Ya lo creo! ¡Puesto que es la mejor forma de evitar una reacción rusa! ¡Precipitar la guerra austro-servia para salvar la paz europea!... —Bruscamente, volvió a ponerse serio—. Pero es evidente también que el Kaiser, aconsejado como lo está, ha sopesado el riesgo: el riesgo de un veto ruso, el riesgo de una guerra general. Solamente que, ahí está, debe valorar en muy poco ese riesgo. ¿Tiene razón? Ésa es la cuestión... —Los rasgos de su cara se crisparon de

nuevo en una sonrisa mefistofélica—. En estos momentos, me represento al Kaiser como un jugador que tuviera una buena jugada en la mano y unos pusilánimes compañeros de juego. Indudablemente, se le ha tenido que ocurrir que pudiera perder por un golpe de mala suerte. Siempre se puede perder... Pero, a fe mía, las cartas son buenas. ¿Y cómo se podría temer a la mala suerte hasta el punto de renunciar a una buena baza?

Se notaba, en el mordiente de la voz, en la expresión osada de la sonrisa, que Kirchenblatt sabía, por experiencia, lo que representa tener un buen juego en la mano y arriesgarse con alegría.

## XXIX

EL acto de colocar el cadáver de Jérôme de Fontanin en su ataúd había tenido lugar al amanecer, según era la costumbre, para estos casos, en la clínica; inmediatamente, el féretro había sido llevado al fondo del jardín, al pabellón en el que la administración autorizaba el depósito de los enfermos fallecidos en tanto se organizaba el entierro, lo más lejos posible de los enfermos vivos.

La señora de Fontanin, que durante la larga agonía casi no había salido de la habitación, se había instalado en la estrecha celda donde había sido depositado el cuerpo. Estaba allí completamente sola; Jenny acababa de salir: su madre le había encargado que fuera a la avenida del Observatorio, a recoger las ropas de luto que ambas necesitaban para la ceremonia del día siguiente; Daniel, quien había acompañado a su hermana hasta la verja, se había quedado a fumar un cigarrillo paseando por el jardín.

Sentada a contraluz en una silla de paja, debajo de la claraboya que iluminaba la cueva, se disponía a pasar aquí este último día. Sus ojos estaban fijos en el catafalco, que reposaba, desnudo, sobre dos caballetes negros, en el centro de la estancia. La personalidad del difunto no tenía ningún otro signo externo que la placa de cobre, en la que se podía leer:

JÉRÔME-ÉLIE DE FONTANIN

11 de mayo de 1857 - 23 de julio de 1914

Se sentía tranquila y sosegada, bajo la vigilancia de Dios. La crisis de la primera noche, aquel instante de debilidad que lo súbito del drama disculpaba, había pasado. Ya no quedaba en ella sino una pena reflexiva y sin amargura. Estaba acostumbrada a vivir en contacto consolador con la Fuerza que regula la Vida Universal, con ese Todo en el cual todos hemos de reabsorber algún día nuestra forma efímera; por tanto, ante la muerte no sentía ningún miedo. Incluso de joven, ante el cadáver de su padre, no había conocido ningún sentimiento de horror; no había dudado ni un instante que la presencia espiritual de aquella guía que veneraba le sería conservada, después de la destrucción orgánica, y nunca, en efecto, le había faltado este apoyo: nunca —y había tenido la prueba esta misma semana— había dejado el pastor de estar íntimamente mezclado en su vida, en sus luchas; nunca dejó de presidir sus conflictos, de inspirar sus resoluciones...

De la misma forma, hoy no podía concebir la muerte de Jérôme como un fin. Nada muere: todo se transforma, todo se renueva; las estaciones suceden a las estaciones. Delante de este ataúd, cerrado para siempre sobre la materia percedera, sentía una exaltación mística, análoga al sentimiento que se apoderaba de ella todos

los otoños, cuando en su jardín de Maisons veía desprenderse una a una las hojas que había visto brotar en la primavera, sin que su caída comprometiera en nada la fuerza secreta del tronco en el que residía la savia, en el que se perpetuaba el Impulso vital. La muerte seguía siendo para ella un fenómeno de la vida, y era participar humildemente en la fuerza de Dios el considerar sin miedo este ineluctable regreso a la germinación eterna.

A la frescura sepulcral del lugar se mezclaba el olor dulzón, un poco repulsivo, de las rosas que Jenny había colocado sobre el féretro. Maquinalmente, la señora de Fontanin se frotaba las uñas de la mano derecha con la palma de la izquierda. (Tenía la costumbre, por las mañanas, cuando había terminado de arreglarse, de sentarse algunos minutos delante de la ventana y, mientras se pulía las uñas, hacer en el umbral del nuevo día una corta meditación, a la que llamaba su oración de por la mañana; la costumbre había creado en ella un reflejo entre el pulimentado de las uñas y la invocación al Espíritu.)

Mientras había vivido Jérôme, incluso alejado de ella, había conservado secretamente la esperanza de que este gran amor, tan desgraciado, encontraría algún día su recompensa humana; que algún día Jérôme volvería a ella, arrepentido y juicioso, y que tal vez les fuera concedido a ambos terminar juntos sus días en el olvido del pasado. Vana espera, cuya inutilidad comprendía en el momento mismo en que había de renunciar a ella para siempre. Sin embargo, el recuerdo de los sufrimientos pasados era aún demasiado vivo para que no sintiera cierto consuelo al sentirse liberada de esta prueba. La muerte acababa de agostar la única fuente de amargura que, desde hacía tantos años, envenenaba su existencia. Era como un alivio involuntario después de una larga servidumbre. Sentimiento muy humano y legítimo, cuya dulzura saboreaba sin sospecharlo. De haberlo sabido, se hubiera sentido confundida. Pero la ceguera de su fe le impedía hundir en el fondo de su conciencia una mirada verdaderamente lúcida. Atribuía a la gracia espiritual lo que era el efecto del más instintivo egoísmo. Daba gracias a Dios por haberle concedido la resignación y la tranquilidad de conciencia, y, así, podía abandonarse sin remordimiento alguno a este consuelo.

Y se abandonaba a él con tanta más libertad cuanto que este día de velada fúnebre no era para ella sino un descanso circunstancial antes de los días de fatiga y de lucha: mañana, sábado, el entierro, el regreso a su casa, la marcha de Daniel. Luego, a partir del mismo domingo, comenzaría para ella la tarea ardua y urgente: salvar del deshonor el nombre de sus hijos; ir personalmente a Trieste y a Viena, con objeto de poner en claro los asuntos de su marido. Todavía no se lo había dicho ni a Jenny ni a Daniel. Esperando la oposición de su hijo, prefería retrasar el momento de una discusión inútil; su decisión estaba tomada. Su plan de acción le había sido inspirado por el Espíritu. No podía dudarlo, puesto que sentía ella en su interior, ante este proyecto temerario, una excitación psíquica que conocía muy bien: era como una especie de impulso sobrenatural e imperioso que le mostraba la voluntad divina... El

domingo si era posible, el lunes a más tardar, marcharía a Austria: permanecería allí quince días, tres semanas, todo el mes de agosto si era necesario; pediría audiencia al juez de instrucción; discutiría mano a mano con los administradores de la empresa quebrada... No tenía la menor duda de que triunfaría, a condición de ir allí, de actuar personalmente, de ejercer su influencia personal. (Y, en esto, no la engañaba su instinto: ya muchas veces, en circunstancias difíciles, había podido comprobar su poder. Pero, naturalmente, ni siquiera se le había ocurrido la idea de atribuir este poder a su seducción personal: no veía en él sino una intervención maravillosa de Dios: el resplandor, a través de ella, de un designio providencial.)

En Viena tenía que hacer también una gestión delicada: quería conocer a esta Wilhelmine, de quien había encontrado en las maletas de Jérôme algunas cartas tiernas y pueriles que la habían emocionado...

Hasta después de haberle cerrado los ojos, no se había permitido a sí misma inventariar el equipaje de Jérôme. Se había decidido a hacerlo la noche precedente, para lo cual escogió la hora en que tenía la seguridad de estar sola, con objeto de dejar fuera del alcance de los hijos, hasta el último momento, los secretos de su padre. Lo más largo había sido ordenar los papeles: estaban diseminados por todas partes, mezclados con la ropa. Durante una hora había tocado con sus manos estos objetos íntimos, lujosos y miserables, que Jérôme dejaba tras sí como los restos de un naufragio; esta ropa interior de seda y tan usada, estos trajes de buen corte y desgastados hasta la urdimbre, de los que aún se escapaba el olor acidulado y fresco —lavanda, espicanardo, citrón— al cual Jérôme permanecía fiel desde hacia treinta años, y que era para ella tan turbador como una caricia... Facturas impagadas se escapaban hasta de las cajas de zapatos, hasta del maletín de aseo: viejos extractos de cuentas de banqueros y de confiteros, de zapateros y de floristas, de joyeros y de médicos; notas insospechadas: la de un pedicuro chino de la *New-Bond Street*; la de una tienda de artículos de piel de la calle de la Paz, por un maletín encarnado que nunca había sido pagado. Un recibo del Monte de Piedad de Trieste, dando fe del depósito, por una cantidad irrisoria, de una perla de corbata y una pelliza con el cuello de piel de nutria. En una cartera, marcada con una corona de conde, iban las fotografías de la señora de Fontanin, de Daniel, de Jenny, junto a otras, dedicadas, de una cantante vienesa. Finalmente, entre revistas, unas alemanas ilustradas con grabados licenciosos, la señora de Fontanin había tenido la sorpresa de descubrir una biblia de bolsillo, en papel cebolla y muy usada... No quería acordarse sino de esta pequeña biblia... Cuántas veces, en el transcurso de alguna de aquellas «explicaciones» desgarradoras, en las que trataba de disculpar su conducta, había exclamado Jérôme: «¡Me juzgas con demasiada severidad, Amie!... ¡No soy tan malo como crees!...» Era cierto. Sólo el Espíritu conoce el secreto de cada uno. Sólo el Espíritu sabe por qué caminos recónditos, por qué senderos insospechados caminan las criaturas hacia su perfección ...

La mirada de la señora de Fontanin, nublada por las lágrimas, permanecía fija en

el ataúd, donde ya empezaban a deshojarse las rosas.

—No —dijo desde lo más íntimo de su corazón—, no; en el fondo no eras realmente malo...

La entrada de Nicole Héquet, acompañada de Daniel, la distrajo de su meditación.

Nicole estaba resplandeciente; su vestido de luto contribuía a avivar su color saludable. El brillo de sus ojos, sus cejas bien dibujadas, su rostro tendido hacia delante por naturaleza, le daban siempre el aspecto de aportar su juventud como ofrenda. Se inclinó para besar a su tía, y la señora de Fontanin agradeció que no turbara el silencio con palabras convencionales. Luego, Nicole se acercó al féretro. Durante algunos minutos permaneció en pie, con los brazos caídos y las manos juntas. La señora de Fontanin la observó. ¿Rezaba? ¿Evocaba los recuerdos de su pasado, de aquel pasado de niña avergonzada, en el que el tío Jérôme había ocupado tanto sitio?... Por fin, después de algunos instantes de esta inmovilidad enigmática, la joven volvió de nuevo hacia su tía, la besó de nuevo en la frente y salió de la estancia, seguida de Daniel, quien durante todo este tiempo había permanecido de pie detrás de su madre.

Cuando estuvieron en el pasillo, Nicole se detuvo para preguntar:

—¿Mañana? ¿A qué hora?

—Saldremos de aquí a las once. El entierro irá directamente al cementerio.

Estaban solos, a la entrada del pabellón, en la penumbra del vestíbulo. Ante ellos se extendía el jardín soleado, lleno de convalecientes con batas claras y tumbados al borde del césped. La tarde era calurosa, radiante; en el aire inmóvil, el verano parecía haberse instalado para siempre.

Daniel explicaba:

—El pastor Gregory hará una corta plegaria sobre la tumba. Mamá no ha querido ninguna ceremonia.

Nicole escuchaba pensativa.

—¡Qué magnífica es tía Thérèse! —murmuró—. Tan valerosa, tan tranquila... Perfecta, como siempre...

Daniel se lo agradeció con una sonrisa amistosa. Nicole no tenía ya sus ojos infantiles, pero sus pupilas azules habían conservado su limpidez excepcional y aquella expresión de dulzura indolente que antaño lo trastornaban.

—¡Cuánto tiempo hace que no te veía! —dijo—. ¿Eres feliz al menos, Nico?

La mirada de la joven, fija a lo lejos en la vegetación, tuvo que hacer todo un viaje para volver a Daniel; sus facciones tomaron una expresión de dolor; creyó que iba a echarse a llorar.

—Ya lo sé... —balbuceó Daniel—. También tú, mi pobre Nico, has tenido tus penas...

Entonces fue cuando verdaderamente se dio cuenta de lo mucho que había cambiado su prima.

La parte inferior del rostro se había redondeado. Bajo el maquillaje discreto, bajo el color ficticio de las mejillas, se transparentaba un semblante ligeramente ajado, gastado.

—¡Y sin embargo, Nico, eres joven, tienes toda la vida ante ti! ¡Tienes que ser feliz!

—¿Feliz? —repitió Nicole con un leve encogimiento de hombros.

Daniel la miraba, asombrado.

—Pues claro que feliz. ¿Por qué no?

La mirada de la joven se perdía de nuevo en la luz del jardín. Después de un breve silencio, y sin volver los ojos, dijo:

—¡Qué extraña es la vida!... ¿No te parece? A los veinticinco años me siento ya tan vieja... —Vaciló—, tan sola...

—¿Tan sola?

—Sí —repuso Nicole, con la mirada siempre a lo lejos—. Mi madre, el pasado, mi juventud, todo eso está lejos, muy lejos... Sin hijos... Y para siempre; se ha terminado: nunca ya podré tener hijos... —El acento era dulce, sin desesperación.

—Tienes a tu marido... —insinuó Daniel.

—Sí; mi marido... Nos queremos con un afecto profundo, sólido... Félix es inteligente y bueno... Pone de su parte todo lo que puede para hacerme feliz.

Daniel callaba.

Nicole dio un paso para llegar hasta la tapia y apoyarse en ella; y sin elevar la voz, irguiendo ligeramente la cabeza, como si se decidiera a decirlo todo, sencillamente, sin miedo a las palabras, prosiguió:

—¿Pero qué? A pesar de todo, ¿sabes?, no tenemos gran cosa en común mi marido y yo... Me lleva trece años; nunca me ha tratado en un plano de igualdad... Por otra parte, tiene por todas las mujeres ese sentimiento paternal, un poco condescendiente, que tiene para sus enfermos...

El recuerdo de Héquet se alzó ante Daniel: Héquet, con sus sienes grises, estriadas de pequeñas arrugas, su mirada dulce de miope, sus ademanes discretos, precisos, inflexible. ¿Por qué se había casado con Nicole? ¿Como se recoge al pasar una fruta sabrosa? ¿O más bien, para poner poner en su vida laboriosa un poco de esta juventud, de esta gracia natural, de la que sin duda siempre se había visto privado?

—Además —continuaba Nicole—, él tiene su vida, su vida de cirujano. Tú sabes lo que eso significa: pertenece a los demás, de la mañana a la noche... La mayor parte de las veces no hace sus comidas al mismo tiempo que yo... Por otra parte, casi es mejor: cuando estamos juntos no tenemos gran cosa que decimos, nada que compartir, ni un gusto común, ni un recuerdo, nada... ¡Oh! ¡Nunca una discusión, nunca el menor desacuerdo!... —Rompió a reír—. En primer lugar, yo, en cuanto que expresa un deseo, cualquiera que sea, digo que sí... Quiero de antemano todo lo que él quiera... —Ya no reía. Con extraña lentitud dijo—: ¡Me es todo tan indiferente!...

Insensiblemente se había separado de la pared y había empezado a andar. Bajaba la pequeña escalinata, sin darse cuenta. Daniel la seguía, sin decir nada. Nicole se volvió espontáneamente hacia él y sonrió.

—¡Qué quieres que te diga! —exclamó—. Este invierno mandó hacer unas librerías nuevas para el saloncito y decidió vender un secreter de caoba, que no sabía dónde poner. Era un mueble que perteneció a mi madre; pero esto me era indiferente: no tengo nada mío, ni nada me importa. Sólo que hubo que vaciar el secreter. Estaba lleno de papeles que nunca se me había ocurrido mirar: toda una correspondencia de mis padres, antiguos libros de cuentas, viejas cartas de la abuela, participaciones, cartas de amigos... Todo el pasado: la calle de Rennes, Royat, Biarritz... Un montón de cosas viejas, de viejas historias olvidadas, de gente que ha muerto... Lo he leído todo, renglón por renglón, antes de echarlo a la lumbre... Durante quince días he llorado con esto... —Volvió a reír—. ¡Quince días... deliciosos!... Félix no ha sospechado nada... No hubiera comprendido. No sabe nada de mí, de mi infancia, de mis recuerdos...

Andaban sin prisa a través del jardín. Bajó la voz al pasar por delante de los enfermos:

—El presente, todavía puede pasar... Es el futuro lo que me da miedo algunas veces... Compréndelo. Hoy, cada uno de nosotros tiene sus ocupaciones: él tiene su hospital, sus visitas, su clientela; yo, siempre tengo visitas y compras que hacer, y además, he vuelto a tocar el violín y hago algo de música con las amigas. Por las noches, cenamos fuera varias veces por semana: en la posición de Félix hay una vida de sociedad que es necesario cuidar... ¿Pero y después? ¿Cuando él ya no ejerza? ¿Cuando ya no salgamos por la noche? Eso es lo que me da miedo... ¿Qué será de nosotros cuando llegemos a ser un matrimonio mayor y tengamos que permanecer, uno frente a otro, durante veladas enteras, al amor de la lumbre?

—Esto que me dices es espantoso, mi pobre Nico —murmuró Daniel.

Nicole dejó oír una limpia carcajada, que era como un despertar inesperado de su juventud.

—¡Qué tonto eres! —dijo—. Si no me quejo. Es la vida y nada más. Y no es mejor para los demás. Al contrario. Me cuento entre los más dichosos... Sólo que mira: cuando se es pequeña, se imaginan muchas cosas... Una cree que vivirá un cuento de hadas...

Se acercaban a la verja.

—Me he alegrado de verte —dijo—. ¡Estás magnífico con tu uniforme!... ¿Cuándo terminas el servicio?

—En octubre.

—¿Ya?

Daniel se echó a reír.

—¿A ti se te ha hecho corto, verdad?

Nicole se había parado. Los rayos del sol cabrilleaban sobre su piel, hacían brillar



sus dientes y, en algunos sitios, daban a sus cabellos transparencias de escamas rubias.

—Hasta la vista —dijo la joven, tendiéndole la mano fraternalmente—. No dejes de decir a Jenny que he sentido mucho no haberla visto... Y el invierno que viene, cuando hayas vuelto a instalarte en París, tienes que venir a hacerme una visita de vez en cuando... Una visita de caridad... Charlaremos, jugaremos a los viejos amigos y rememoraremos nuestros recuerdos... Es curioso cómo, al envejecer, me aficiono al pasado... ¿Vendrás? ¿Prometido?

Daniel fijó durante un instante su mirada en aquellos bellos ojos, un poco demasiado grandes y un poco demasiado redondos, pero de un agua tan pura.

—Prometido —dijo, casi con gravedad.

## XXX

ERA la primera vez, desde el domingo, que Jenny ponía el pie fuera de la clínica: apenas si había dado con Daniel un paseo por el jardín. En esta vecindad de la muerte, tan nueva para ella, había vivido estos cuatro días interminables como una sombra entre los vivos: todo lo que se hacía a su alrededor le parecía incoherente, extraño. Así, pues, tan pronto como su hermano la hubo dejado en el coche, tan pronto como se vio sola en el bulevar soleado, no pudo dejar de sentir una especie de liberación. Pero esta impresión no duró sino un instante. Antes incluso de que el auto hubiera alcanzado la puerta Champerret, la joven había sentido renacer aquella turbación vaga y profunda que la rondaba desde hacía cuatro días. E incluso le pareció que esa turbación, liberada del disimulo que le imponía en la clínica la presencia de los demás, tomaba en esta soledad repentina una terrible intensidad.

Era la una cuando el taxi la dejó delante de su puerta. Soportó como buenamente pudo las preguntas y las condolencias de la portera, y subió rápidamente al piso.

Todo estaba en desorden. Las puertas, entornadas, como después de una fuga. En la alcoba de la señora de Fontanin, los vestidos sobre la cama, el calzado por el suelo, los cajones abiertos, daban la sensación de un robo. Sobre el velador en que las dos mujeres, privadas desde hacia dos años de toda servidumbre, hacían sus frugales comidas, aparecían todavía los restos de la cena interrumpida. Tenía que arreglar todo esto; era necesario que al día siguiente, al regreso del cementerio, su madre no tuviera la tristeza de encontrar, en este caos siniestro, un recuerdo demasiado preciso de los minutos atroces que había vivido el domingo por la noche.

Acongojada, no sabiendo por donde comenzar su tarea, Jenny se dirigió a su alcoba. Sin duda, al salir, había olvidado cerrar la ventana: un chaparrón había empapado el suelo la víspera; una ráfaga de viento había esparcido unas cartas sobre el pequeño escritorio, derribado un florero y deshojado las flores.

De pie, contemplaba este estropicio y se quitaba los guantes lentamente. Trataba de dominarse. Su madre le había dado instrucciones detalladas. Tenía que coger una llave del secreter, abrir en el fondo de la casa el cuarto trastero, buscar en el armario y remover cajas y maletas hasta encontrar una caja verde que contenía dos mantos de luto y unos velos de gasa. Maquinalmente descolgó la bata que utilizaba por las mañanas para arreglar la casa y se puso en ropa de faena. Pero sus fuerzas la traicionaron y tuvo que sentarse en el borde de la cama. El silencio de la casa le pesaba sobre los hombros.

«¿Por qué he de estar tan cansada?», se preguntó hipócritamente.

La semana anterior iba y venía a través de estas mismas habitaciones, llevada con ligereza por la vida. Ni siquiera una semana: simplemente cuatro días ¿habían bastado para destruir un equilibrio con tanto trabajo reconquistado?

Permanecía sentada, con un peso sobre la nuca. Llorar le hubiera consolado. Pero

este remedio de los débiles siempre le había sido negado. Incluso cuando era todavía niña, sus penas eran sin lágrimas, retraídas, áridas... Su mirada seca, después de haber vagado sobre los papeles diseminados, los muebles, las chucherías de la chimenea, se había fijado en el espejo, atraída, absorbida por el reflejo cegador de la luminosidad exterior. Y repentinamente, en el centelleo, surgió durante un segundo la imagen de Jacques. Se levantó precipitadamente, cerró las persianas, la ventana, recogió las cartas, las flores y salió al pasillo.

La atmósfera del cuarto trastero era sofocante. El calor espesaba el olor penetrante de la lana, del polvo, del alcanfor, de los periódicos viejos tostados por el sol. Hizo un esfuerzo y se encaramó a una banqueta, para abrir la ventana. Con el aire del exterior, una luz cegadora inundó la habitación, haciendo resaltar la tristeza y la fealdad de los objetos allí guardados: maletas vacías, ropas de cama en desuso, lámparas de petróleo, libros de escuela, cajas cubiertas de pelusa y moscas muertas. Para desembarazar el rincón en el que se apilaban las maletas, tuvo que coger por la cintura un maniquí almohadillado cubierto con una vieja pantalla, cuyos volantes bordados estaban recogidos por ramitos de violetas de trapo; y se conmovió un segundo ante este pretencioso edificio que durante toda su infancia había visto exhibirse sobre el piano del salón. Luego, se puso animosamente a la tarea, abriendo los baúles, buscando en las estanterías, volviendo a colocar cuidadosamente los saquitos de naftalina, cuyo olor picante hería su olfato. Sudorosa, sin fuerzas, luchando, sin embargo, contra este cansancio que la humillaba, se aplicaba con obstinación a esa tarea, la cual, por lo menos, la libraba de sus pensamientos.

Pero de improviso, como una flecha de luz que atraviesa la bruma, una idea precisa, no obstante su estado de confusión, la alcanzó en el punto más sensible y la detuvo en seco: «Nunca está todo perdido..., *todo es siempre posible...*» Sí, a pesar de todo, era joven, tenía ante sí una larga vida desconocida: ¡una vida! ¡Una fuente inagotable de *posibilidades!*...

Lo que descubría bajo estas banalidades era tan nuevo, tan peligroso, que quedó aturdida. Acababa de comprender bruscamente que si, después del abandono de Jacques, había podido curar y recobrar el dominio de sí misma, era solamente porque en aquel entonces había tenido la suerte de poder renunciar hasta a la más nimia esperanza.

«¿Sería yo capaz de volver a *esperar?*», se preguntó.

La contestación fue tan afirmativa, que se puso a temblar y tuvo que apoyar el hombro en el ropero. Permaneció inmóvil durante algunos minutos, con los ojos cerrados, en un estado de estupefacción letárgica que la hacía casi insensible. Visiones de ensueño se sucedían en su mente: Veía a Jacques, en Maisons, después de la partida de tenis, sentado junto a ella en el banco, y distinguía claramente hasta las gotitas de sudor que a él le humedecían las sienes... Ahora era Jacques, solo con ella en el camino del bosque, cerca del garaje en el que acababan de ver atropellar al viejo perro; y oía su voz angustiada: «¿Tú piensas muy a menudo en la muerte?...» Luego,

aparecía Jacques junto a la puertecita del jardín, cuando éste había rozado con sus labios la sombra de Jenny proyectada sobre la pared bañada de luna; y oía los pasos de él al huir sobre la hierba, en la noche...

Permanecía de pie, recostada, temblorosa a pesar del bochorno. Un silencio increíble se había hecho en su interior. Los murmullos de la ciudad, a través de la alta ventana, le llegaban desde lejos, desde otro mundo. ¿Cómo saciar ahora esta sed insensata de felicidad que el encuentro con Jacques había reanimado desde hacía cuatro días? Era una nueva enfermedad que comenzaba, y que iba a durar y durar; lo notaba perfectamente... Esta vez ya no conseguiría curar, porque *ya no deseaba la curación*...

Lo más duro era estar sola, siempre sola. ¿Daniel? Había estado lleno de atenciones para con ella, durante estos días de vida común, en Neuilly. Esta mañana incluso, durante la comida que tomaban juntos en la mesa redonda de la clínica, extrañado tal vez por el aire pensativo de Jenny, le había cogido la mano y había dicho a media voz, sin sonreír: «¿Qué te pasa, hermanita?» Jenny había retirado la mano, al tiempo que movía la cabeza con un gesto evasivo. ¡Siempre había sido un sufrimiento haber querido tanto a este hermano mayor y no haber encontrado nunca nada que decirle, nada que pudiera derribar de una vez estas separaciones que la vida, o sus naturalezas, o tal vez el hecho de ser hermanos, se alzaban entre ellos! No. No tenía a nadie a quien confiarse. Nadie la había escuchado y comprendido nunca. Nadie podría nunca comprenderla... ¿Nadie? «Él», tal vez... ¿Algún día?... En su interior, una voz secreta y tierna murmuró: «Mi Jacques»... Su frente se sonrojó.

Se sentía desfallecida, anonadada. Un poco de agua fresca le sentaría bien...

Con precauciones de ciego, apoyándose en la pared con una mano, llegó hasta la cocina. El agua del grifo le pareció helada. Mojó las manos, se humedeció la frente, los ojos. Sus fuerzas volvían. Un poco más de paciencia... Abrió la ventana y se puso de codos en el alféizar. Una neblina soleada, que parecía hecha de una vibración de moléculas, danzaba sobre los tejados. En la estación de Luxemburgo, una locomotora dejó oír su prolongado silbido. ¡Cuántas veces en estas últimas semanas, en tardos como ésta, mientras hervía el agua del té, se había acodado aquí, casi alegre, con una canción en los labios!... Sintió entonces hacia la Jenny de aquella última primavera, hacia aquella medio hermana convaleciente y tranquila, un impulso de nostalgia. «¿De dónde sacar el valor necesario para vivir mañana, pasado mañana, todos estos días que me esperan?», se preguntó a media voz. Pero estas palabras que se le venían a la mente no expresaban sino un pensamiento convencional, y no traducían la verdad secreta de su corazón. No le importaba sufrir, puesto que había recobrado la esperanza... Y repentinamente, ella, que nunca sonreía, sintió y vio también, con tanta claridad como si hubiera estado delante de un espejo, que una sonrisa vacilante se dibujaba en sus labios.

## XXXI

EN diversas ocasiones, en el transcurso de la mañana e incluso durante su comida con los dos alemanes, Jacques se había preguntado: «¿Iré a ver a Daniel?» Y siempre se había contestado: «Ni hablar. ¿Por qué he de ir?»

Sin embargo, hacia las tres, cuando salía del restaurante con Kirchenblatt y atravesaba la plaza de la Bolsa, al pasar por delante del metro, reflexionó: «La reunión de Vaugirard no es hasta las cinco... *Si quisiera* ir a Neuilly, ahora sería el momento oportuno...» Se detuvo, perplejo: «Por lo menos, cuando lo haya hecho, ya no pensaré más en ello...» y sin dudar, se separó del alemán, para sumergirse en la escalera subterránea.

En el bulevar Bineau, a la puerta de la clínica, reconoció a Víctor, el chofer de su hermano, que fumaba un pitillo junto al auto, al borde de la acera. «Casi lo prefiero», se dijo, pensando que Antoine asistiría a la conversación. Pero cuando avanzaba por el jardín, vio a su hermano que venía hacia él.

—Si hubieras venido un poco antes, te hubiera llevado otra vez a París. Pero tengo prisa... ¿Quieres cenar conmigo esta noche? ¿No? ¿Cuándo?

Jacques eludió las preguntas.

—¿Qué he de hacer para ver a Daniel? ¿Para verle... solo? —Muy fácil... La señora de Fontanin no se separa del depósito, y Jenny ha salido.

—¿Ha salido?

—¿Ves ese tejado gris, detrás de los árboles? Es el pabellón donde llevan a los muertos. Daniel está allí. El vigilante irá a avisarle.

—¿Jenny no está en la clínica?

—No. Su madre la ha enviado a su casa, a buscar algunas cosas... ¿Estarás mucho tiempo en París?... ¿Entonces, me telefonarás?...

Franqueó la verja y desapareció en el auto.

Jacques prosiguió su camino hacia el pabellón. Repentinamente aflojó el paso. Un proyecto insensato acababa de germinar en su mente... Giró sobre sí mismo, volvió a la verja y llamó a un taxi.

—De prisa —dijo con voz alterada—: ¡avenida del Observatorio!

Miraba con obstinación los árboles, los transeúntes, los vehículos que su coche iba dejando atrás. Se negaba a pensar. Comprendía perfectamente que si se concedía un solo minuto de reflexión, no cometería este acto extravagante que una fuerza secreta le ordenaba llevar a cabo sin demora. ¿Qué iba a hacer allí? No lo sabía. ¡*Justificarse!* ¡Dejar de ser el culpable de todo! ¡Tenía que acabar, acabar de una vez, con una explicación!

Mandó parar el coche en las verjas del Luxemburgo y terminó el recorrido a pie, casi corriendo, esforzándose en no levantar los ojos hacia este balcón y estas ventanas que tantas veces viniera antaño a contemplar desde lejos. De un salto entró en la casa y pasó como una flecha por delante de la portería, temiendo tropezarse con alguna

consigna dada por Jenny.

Nada había cambiado. La escalera, que tantas veces había subido, charlando con Daniel... Daniel, con pantalón corto y los libros bajo el brazo... El descansillo en el que la señora de Fontanin se le había aparecido por primera vez la noche del regreso de Marsella, cuando se había inclinado desde arriba hacia los fugitivos, sin más reproche que su sonrisa grave... Nada había cambiado, nada; ni siquiera el sonido del timbre, cuyo eco repercutió hasta el fondo de su memoria. Jenny iba a aparecer. ¿Qué le diría?

Con la mano crispada sobre la barandilla, el busto inclinado, escuchaba... Ningún ruido detrás de la puerta; ningún rumor de pasos... ¿Qué estaría haciendo?

Esperó durante algunos minutos, y luego, con más timidez, volvió a llamar.

El mismo silencio.

Entonces bajó precipitadamente a la portería.

—La señorita Jenny está arriba, ¿no es así?

—No... ¿Ya sabe el señor..., que el pobre señor de Fontanin...?

—Sí. Y sé también que la señorita está arriba. Tengo un recado urgente para ella...

—La señorita ha venido, efectivamente, después de comer. Pero se ha vuelto a marchar; hace menos de un cuarto de hora.

—¡Ah! —dijo—. ¿Se ha vuelto a marchar?

Confuso, miraba a la anciana con fijeza. No hubiera sabido definir lo que sentía. ¿Un inmenso alivio? ¿Una terrible decepción?

La reunión de Vaugirard no era hasta las cinco. ¿Llegaría a ir? Ya no sentía ningún deseo de hacerlo. Por primera vez, alguna cosa —alguna cosa personal— se interponía confusamente entre él y su vida de militante.

Bruscamente tomó una decisión. Volvería a Neuilly. Sólo con que Jenny hubiera tenido que hacer algún recado, llegaría antes que ella, la esperaría delante de la verja, y... Proyecto absurdo, lleno de riesgos... ¡Pero todo antes que permanecer en esta incertidumbre!

No había contado con las casualidades. Cuando se apeaba del tranvía, delante de la clínica, vacilando acerca de lo que iba a hacer, alguien exclamó a sus espaldas:

—¡Jacques!

Daniel, que esperaba el tranvía en la otra acera, le había visto y cruzaba la calle estupefacto.

—¿Tú? ¿Entonces estás todavía en París?

—He vuelto ayer —balbuceó Jacques—. Ya me ha dicho Antoine...

—Ha muerto sin haber recobrado el conocimiento —dijo Daniel, con brevedad.

Parecía todavía más confuso que Jacques, e incluso contrariado.

—Tengo una cita a la que no puedo faltar de ninguna manera —murmuró—. He ofrecido a Ludwigson venderle algunos cuadros, porque necesitamos dinero; y tiene

que venir hoy a mi estudio... Si hubiera podido sospechar que vendrías a verme... ¿Qué hacer? ¿Por qué no me acompañas? En mi estudio podremos hablar tranquilamente mientras llega Ludwigson...

—Como quieras —dijo Jacques, renunciando de repente a todo lo que había proyectado.

Daniel sonrió agradecido.

—Podemos hacer parte del camino a pie. En las fortificaciones tomaremos un taxi.

El bulevar abría ante ellos su amplia perspectiva resplandeciente de luz. La acera, sombreada, se prestaba para andar. Daniel estaba, al mismo tiempo, magnífico y ridículo, con aquel casco reluciente y la cimera flotante; el sable le golpeaba las piernas, tropezaba con las espuelas, ritmaba su paso con un sonido marcial. Jacques, obsesionado con la idea de la guerra, escuchaba distraídamente las explicaciones de su amigo. Estuvo a punto de interrumpirle, cogerle del brazo y gritarle: «¡Pero, desgraciado, es que no te das cuenta de lo que te espera!...» Una idea atroz le cruzó por la imaginación y le hizo pararse en seco: si, por cualquier circunstancia, la resistencia de la Internacional no conseguía salvaguardar la paz, este magnífico dragón, destacado en la vanguardia, en la frontera lorenese, moriría el primer día... Sintió que se le oprimía el corazón, y las palabras que iba a pronunciar se ahogaron en su garganta.

Daniel continuaba:

—Ludwigson me ha dicho: «Hacia las cinco.» Pero tengo que hacer una selección antes de que llegue... Compréndelo, no tengo más remedio que arreglármelas. Mi padre no nos deja nada más que deudas.

Dejó oír una risa forzada. Esta risa, su locuacidad, esta voz temblorosa y brusca, todo en él denotaba un nerviosismo que no le era habitual y cuyas causas eran múltiples esta tarde: la sorpresa de volver a ver a Jacques, el recuerdo amargo de su primer encuentro, la necesidad de emplear el mismo tono que en sus conversaciones de antaño, de reanimar con estas confidencias la confianza de su silencioso acompañante; y asimismo, el placer de encontrarse en la calle, la embriaguez de este día magnífico, de este paseo después de aquellos cuatro días de enclaustramiento en espera de la muerte.

Jacques estaba tan lejos de pensar que poseía, en alguna parte, a su nombre, una fortuna sin empleo, que ni por un segundo se le ocurrió la idea de que podría ayudar a su amigo. Éste, por otra parte, tampoco había caído en la cuenta, ya que, si no, no hubiera dicho palabra de sus dificultades.

—Deudas... Y un nombre comprometido —prosiguió Daniel, sombrío—. ¡Ha envenenado nuestra existencia hasta el último momento!... Esta mañana he abierto una caria de Inglaterra, dirigida a él; la carta de una mujer a quien había prometido dinero... Iba y venía de Londres a Viena, y tenía un enredo en ambas puntas del recorrido... ¡Y sus enredos me tienen sin cuidado! —añadió vivamente—. Lo

abominable es todo lo demás.

Jacques agachó la cabeza de manera evasiva.

—¿Te extraña lo que te digo? —prosiguió Daniel—. Le tengo verdadera ojeriza a mi padre. Pero no, en absoluto, por sus historias con mujeres. ¡No! Casi diría que al contrario... Es extraño, ¿verdad? Ha muerto sin que hayamos tenido juntos ni un solo momento de abandono, de confianza. Pero si alguna vez hubiese sido posible entre nosotros cierta intimidad, habría sido precisamente en este terreno sólo: las mujeres y el amor... Tal vez sea porque soy igual que él —continuó sordamente—. Completamente igual: incapaz de resistir mis impulsos; incapaz incluso de sentir remordimiento. —Vaciló, antes de añadir—: ¿Tú no eres así, verdad?

También Jacques, en estos últimos cuatro años, había cedido más o menos a sus «impulsos»; pero nunca sin remordimiento. A pesar suyo, en un rincón tal vez poco ventilado de su conciencia, subsistía algo de aquella distinción pueril entre lo «puro» y lo «impuro», distinción que tan a menudo hacía antaño, en el transcurso de sus discusiones con Daniel.

—No —dijo—. Yo nunca he tenido ese valor... El valor de aceptarse uno mismo tal y como es.

—¿Eso es valor? Debilidad, más bien..., o fatuidad... O todo lo que quieras... Creo que para determinadas naturalezas, como la mía, correr de deseo en deseo es verdaderamente el régimen normal, el régimen necesario, el ritmo de vida que les es peculiar. ¡No renunciar nunca a aquello que se nos ofrece! —formuló, en un tono vehemente, como si repitiera algún juramento interior.

«Tiene la suerte de ser guapo», se dijo Jacques, acariciando con la mirada el perfil varonil, voluntarioso, que se recortaba bajo la visera del casco. «Para hablar del deseo con esa seguridad, hay que ser *irresistible*, hay que tener la costumbre de despertar uno mismo el deseo... Tal vez haga falta también tener otras experiencias distintas de las mías...» Pensó que él había tomado sus primeras lecciones amorosas en los brazos de la rubia Lisbeth, la pequeña alsaciana sentimental, la sobrina de la tía Fruhling. Daniel, por su parte, había tenido más joven la revelación del placer, en el lecho de aquella muchacha experta que lo recogiera una noche en Marsella. ¿Los había marcado, para siempre tal vez, aquellas dos iniciaciones tan diferentes?

«¿Es verdaderamente la primera aventura lo que lo “orienta” a uno? —se preguntó—. ¿O bien, por el contrario, unas leyes secretas, las cuales lo someten a uno por toda la vida, son lo que rige a la primera aventura?»

Como si hubiera adivinado el giro tomado por el pensamiento de Jacques, Daniel exclamó:

—Tenemos una deplorable tendencia a complicar estas cuestiones. ¿El amor? Cuestión de salud, amigo mío: de salud física y moral. Por lo que a mi respecta, acepto sin reservas la definición de Yago, ¿te acuerdas? *It is merely a lust of the blood and a permission of the will...* Sí; el amor es eso, y no hay que hacer de él otra cosa: un brote de savia... Yago lo define perfectamente: «Un borbotón de sangre, con



aquiescencia de la voluntad...»

—Sigues teniendo la manía de citar textos ingleses —observó Jacques, sonriendo. No sentía ningún deseo de discutir acerca del amor... Miró el reloj. En *l'Humanité*, los telegramas de las agencias no llegaban antes de la cuatro y media o las cinco...

Daniel advirtió el gesto.

—¡Oh! Tenemos tiempo de sobra —dijo—, pero en casa estaremos más cómodos para hablar.

Llamó un taxi.

En el coche, Daniel, para no dejar languidecer la conversación, siguió hablando de sí mismo, de sus conquistas en Lunéville, en Nancy, y elogiaba el encanto de estas aventuras sin mañana.

—¿Me escuchas?... —dijo, repentinamente molesto—. Me dejas charlar... ¿En qué estás pensando?

Jacques se estremeció. Estuvo tentado, una vez más, de abordar con Daniel las cuestiones que le obsesionaban. Sin embargo, una vez más, se echó atrás:

—¿En qué pienso?... Pues... ¡en todo esto!

Y durante el silencio que siguió, ambos se preguntaban, con el corazón oprimido, si la imagen que habían conservado el uno del otro correspondía todavía a una realidad.

—Siga por la calle del Sena —gritó Daniel al chofer. Luego, se volvió hacia Jacques—. Ahora que me doy cuenta: ¿tú no conoces mi nueva instalación?

Este estudio, que Daniel había alquilado un año antes de su servicio militar, y cuyo alquiler pagaba Ludwigson con el pretexto de que Daniel guardaba en él los archivos de su revista de arte, estaba en el último piso de una casa antigua de altas ventanas, al fondo de un patio empedrado.

La escalera, de piedra, era oscura, resbaladiza en algunos sitios, maloliente y vetusta; pero ancha y adornada con una barandilla de hierro labrado. La puerta del estudio, que tenía un postigo carcelario, se abría con una enorme llave que Daniel había cogido en la portería.

Jacques siguió a su amigo y entró en una espaciosa habitación abuhardillada, magníficamente iluminada por una cristalera llena de polvo. Mientras que Daniel trajinaba, Jacques examinaba con curiosidad los rincones. Las paredes del estudio estaban pintadas de un color gris uniforme, sin ninguna nota dominante. Dos huecos reducidos, ocultos por unas cortinas medio corridas, aparecían en la pared del fondo: uno de ellos, pintado de blanco, había sido transformado en cuarto de aseo; el otro, tapizado de un rojo pompeyano, y totalmente ocupado por una ancha cama baja, hacía de alcoba. En un rincón, unos soportes sostenían una mesa de dibujo, atestada de libros, de cuadernos y de montones de revistas; encima colgaba un reflector verde. Bajo los rollos que Daniel retiraba apresuradamente, se amontonaban unos caballetes con ruedas y algunos asientos absurdos. Contra la pared, en grandes cajas de madera sin pintar, se ocultaban bastidores y cartones de los que no se distinguían sino los

bordes alineados.

Daniel corrió hacia Jacques un sillón de cuero despellejado.

—Siéntate... Me voy a lavar las manos.

Jacques se dejó caer sobre los muelles quejumbrosos. Con los ojos levantados hacia el ventanal, contemplaba el paisaje de tejados, bañados por una luz cálida. Reconoció la cúpula del Instituto, las flechas de Saint-Germain-des-Prés, las torres de Saint-Sulpice.

Se volvió hacia el cuarto de aseo y distinguió a Daniel por entre las rendijas de las cortinas. El joven había cambiado la guerrera por una chaqueta azul de pijama. Estaba sentado delante del espejo y, con mirada atenta, se pasaba la palma de la mano por el pelo. Jacques se sintió sorprendido, como si hubiera descubierto un secreto. Daniel era guapo; pero presumía tan poco de saberlo, ostentaba su perfil de medalla con una sencillez tan viril que Jacques nunca se había imaginado a su amigo mirándose satisfecho al espejo. Bruscamente, cuando Daniel venía de nuevo a su encuentro, pensó en Jenny con una emoción intensa. El hermano y la hermana tío se parecían; sin embargo, ambos habían heredado de su padre una cierta esbeltez de formas, una misma facilidad de movimientos que daban una innegable semejanza a su forma de andar.

Se levantó rápidamente y se dirigió hacia las cajas que contenían los bastidores.

—¡No! —dijo Daniel acercándose—. Ése es el rincón de las antiguallas... Mil novecientos once... Todo lo que pinté ese año está hecho de reminiscencias... Ya conoces esa frase terrible, que es, según creo, de Whistler a propósito de Burne-Jones: «Esto *se parece* a algo que *estuviera* muy bien...» Mejor es que mires esto —dijo, sacando varias telas que representaban, sobre poco más o menos, el mismo desnudo—. Esto fue precisamente antes del servicio... Estos estudios son de aquellos que más me han ayudado a comprender...

Jacques creyó que Daniel no había terminado la frase.

—¿A comprender qué?

—Pues esto... Esta espalda, estos hombros... Considero muy importante escoger algo sólido, como este hombro, esta espalda, y trabajar sobre ello hasta que se empieza a entrever la verdad... Esa verdad simple que se desprende de las cosas sólidas y eternas... Considero que un determinado esfuerzo en aplicarse, en profundizar, acaba por entregar un secreto..., la solución de todos... Una especie de llave del universo... Así, este hombro, esta espalda...

—Este hombro, esta espalda... —Jacques pensaba en Europa y en la guerra.

—Todo lo que he aprendido —prosiguió Daniel— lo he sacado siempre del estudio obstinado de un mismo modelo... ¿Para qué cambiar? Puede uno sacar mucho provecho de sí mismo, cuando se empeña en volver sin cesar al mismo punto de partida; cuando hay que volver a empezar y llegar más lejos, en el mismo sentido, una y otra vez... Si hubiera sido escritor, creo que en lugar de cambiar de personajes en cada nuevo libro, me habría aferrado a los mismos, indefinidamente, para

ahondar... Jacques callaba, en actitud hostil. ¡Qué artificiales, inútiles y fuera de actualidad le parecían estos problemas de estética!... Ya no comprendía el objeto de una existencia como la de Daniel. Se preguntó: «¿Cómo se le consideraría en Ginebra?» Se sintió avergonzado de su amigo.

Daniel iba levantando las telas una a una, las volvía hacia la luz, les echaba a través de los párpados entornados una rápida mirada y luego las volvía a poner en su sitio. De cuando en cuando dejaba una aparte, apoyada en el caballete más próximo.

—Para Ludwigson —decía.

Se encogió de hombros y murmuró entre dientes:

—En el fondo, las dotes no significan casi nada, ¡a pesar de ser indispensables!... Lo que importa es el trabajo. Sin trabajo, el talento no es sino un fuego de artificio: deslumbra durante un instante, pero no queda nada de él. —Como de mala gana, apartó tres bastidores seguidos y suspiró—: Sería necesario no venderlos nunca. Y trabajar durante toda la vida; trabajar.

Jacques, que le observaba, preguntó:

—¿Sigues amando tu arte con la misma vehemencia?

La entonación dejaba traslucir una sorpresa un tanto desdeñosa, que Daniel percibió.

—¿Qué le vamos a hacer? —dijo, en tono conciliador—. No todo el mundo está dotado para la acción.

Por prudencia, disimulaba su verdadero pensamiento. Consideraba que ya hay en el mundo demasiados hombres de acción para los beneficios que la humanidad saca de ellos, y que, en interés mismo de la colectividad, aquellos que por cualquier circunstancia, como él, como Jacques, podían cultivar sus dotes y convertirse en artistas, debían abandonar el terreno de la acción a aquellos que no tienen otro. A sus ojos, sin ninguna duda, Jacques había traicionado su misión natural. Y en la actitud reticente, irritada, de su compañero de infancia, creía encontrar la confirmación de su juicio: el índice de una insatisfacción secreta; el sentimiento de los que confusamente tienen conciencia de no cumplir su destino y que ocultan orgullosamente, bajo apariencias de bravura y desdén, el sentimiento inconfesado de su fracaso.

Las facciones de Jacques se habían endurecido.

—Mira, Daniel —prosiguió, agachando la cabeza, lo cual ahogaba su voz—, tú vives encerrado en tu obra, como si no supieras nada de los hombres...

Daniel dejó el estudio que tenía en la mano.

—¿De los hombres?

—Los hombres son unos seres desgraciados —prosiguió Jacques—; unos seres martirizados... Mientras se apartan los ojos de este sufrimiento, tal vez se pueda seguir viviendo como tú vives. Pero una vez que se ha tomado contacto con la miseria universal, entonces hacer vida de artista ya no es, en modo alguno, posible... ¿Comprendes?

—Sí —dijo Daniel lentamente. Y acercándose al ventanal, permaneció durante

algunos instantes contemplando el horizonte de tejados.

«Sí —pensaba—; tiene razón, indudablemente... La miseria... ¿Pero qué puede hacerse para remediarla? Todo es desesperante... Todo, excepto el arte, precisamente.» Y, más que nunca, se sentía apegado a este maravilloso refugio en el que había tenido el privilegio de poder instalar su vida. «¿Por qué habría yo de cargar sobre mis hombros los pecados y las desgracias del mundo? Paralizaría mi fuerza creadora, ahogaría mis dotes, sin provecho para nadie. No soy un apóstol... Y además, admitamos que soy un monstruo; ¡pero siempre he tenido la firme voluntad de *ser feliz!*» Era cierto. Desde la infancia, hacía todo lo posible por defender su felicidad, contra todo y contra todos, con el pensamiento, tal vez ingenuo, pero muy razonable, de que éste era su principal deber para consigo mismo. Deber difícil, por otra parte, ya que exigía una atención constante: a poco que el hombre se deje ir por la pendiente, es causante inmediato de su propia desgracia... Por consiguiente, la condición primordial de su felicidad era su independencia; y sabía perfectamente que no es posible entregarse a una causa colectiva sin haber sacrificado primero la libertad... Pero no podía confesar esto a Jacques. Tenía que callarse y aceptar esta condena desdeñosa que acababa de leer en los ojos de su amigo.

Se volvió, y, acercándose a Jacques, fijó en él durante algunos segundos una mirada interrogante.

—Tú presumes de ser feliz —dijo finalmente (Jacques no había presumido nunca de nada que se le pareciera)—, y, por el contrario, pareces... triste..., atormentado...

Jacques se irguió. ¡Esta vez iba a hablar! Parecía haber tomado repentinamente una decisión largo tiempo diferida; la expresión de su mirada era tan grave que Daniel le observó, cohibido.

Un penetrante campanillazo cruzó el aire y los hizo sobresaltarse.

—Ludwigson —murmuró Daniel.

«Mejor —pensó Jacques—. ¿Para qué?...»

—No tardaremos mucho; ¡espérate! —murmuró Daniel—. Luego, te acompañaré...

Jacques rehusó con un movimiento de cabeza.

Daniel suplicó:

—¿No irás a marcharte?

—Sí.

Su rostro estaba impasible.

Daniel lo miró con desesperación durante un instante. Luego, comprendiendo que toda insistencia era inútil, hizo un gesto de desaliento y corrió a abrir la puerta.

Ludwigson vestía un traje muy entallado, de seda cruda, en el cual destacaba una flor en la solapa. Su cabeza maciza, que parecía modelada con una pasta descolorida y gelatinosa, descansaba sobre la doble arruga de la papada, cómodamente apoyada en un cuello bajo. El cráneo era puntiagudo; los ojos, un poco ribeteados; los pómulos, aplastados. La boca, grande y más bien en forma de hocico, hacía pensar en

un cepo.

Evidentemente esperaba discutir los precios mano a mano, y se extrañó imperceptiblemente de la presencia de un tercero. Sin embargo, se adelantó cortésmente hacia Jacques, al que había reconocido desde el primer momento, aunque no le hubiese visto sino una vez.

—Encantado —dijo, arrastrando la *a*—. Tuve el placer de hablar con usted hace cuatro años, durante un entreacto de los ballets rusos. ¿No es cierto? ¿Preparaba usted el ingreso en la Escuela Normal?

—Efectivamente —dijo Jacques—. Tiene usted una memoria admirable.

—Lo reconozco —dijo Ludwigson. Bajó sus párpados de batracio y, como si le complaciera confirmar sin pérdida de tiempo el elogio de Jacques, se volvió hacia Daniel—. Fue su amigo, el señor Thibault, quien me hizo conocer que en la antigua Grecia, en Tebas, si mal no recuerdo, aquellos que deseaban obtener una magistratura debían no haber hecho ningún negocio durante diez años por lo menos... ¿Es raro, verdad? No lo he olvidado nunca... También me hizo usted saber, aquella misma noche —añadió, volviéndose esta vez hacia Jacques—, que en Francia, bajo el antiguo régimen, para tener derecho a llevar un título nobiliario, había que poseer, al menos durante veinte años, los..., ¿cómo se llamaban?... los cuarteles nobles, ¿no es verdad?... —Inclinándose graciosamente, terminó—: Me gusta extraordinariamente conversar con personas instruidas...

Jacques sonrió. Luego, precipitando su marcha, se despidió de Ludwigson.

—Entonces —balbuceó Daniel, acompañándole hasta la puerta—, ¿te empeñas en no esperarme?

—Imposible. Ya voy con retraso...

Evitaba mirar a su amigo. La visión atroz le oprimía de nuevo el corazón. Daniel, en primera línea...

Embarazados por la presencia de Ludwigson, se estrecharon la mano mecánicamente.

Jacques abrió por sí mismo la pesada puerta y murmuró:

—Hasta la vista. —Y se lanzó hacia la oscura escalera.

En la acera se detuvo, aspiró profundamente y miró la hora. La reunión de Vaugirard habría terminado hacia ya mucho tiempo.

Tenía hambre. Entró en una panadería, tomó dos *croissants* y una tableta de chocolate, y echó a andar hacia la Bolsa.

## XXXII

AQUELLA noche, viernes 24 de julio, en *l'Humanité*, en las oficinas de Gallot y de Stefany, las conversaciones eran pesimistas. Todos aquellos que habían estado en contacto con el jefe, se mostraban bastante inquietos. En la Bolsa, un pánico repentino había hecho caer el 31% francés a 80 e incluso a 78 francos. Desde 1871, la renta no había conocido una cotización tan baja. Y las noticias alemanas daban cuenta de un pánico paralelo en la Bolsa de Berlín.

Jaurès había estado de nuevo al mediodía en el Quai d'Orsay. Había vuelto muy preocupado. Se había puesto a trabajar, sin ver a nadie, encerrado en su despacho. Su artículo del día siguiente estaba preparado; todavía no se conocía de él más que el título, pero este título prometía: *Ultima oportunidad de paz*. Había dicho a Stefany: «La nota austríaca es espantosamente dura. Hasta el extremo de que obliga a preguntarse si Viena no habrá querido hacer imposible toda acción preventiva de las potencias, provocando el ataque...»

Efectivamente, todo parecía haber sido combinado diabólicamente para provocar en Europa el peor desarrollo de los acontecimientos. Los jefes responsables del gobierno francés estarían ausentes hasta el día 31; habían debido de conocer la noticia en el mar, entre Rusia y Suecia, y no podían ponerse de acuerdo fácilmente, ni con los otros ministros franceses, ni con los gobiernos aliados. (Berchtold se había arreglado de forma que el Zar no tuviera conocimiento de la nota hasta después de la marcha del Presidente; sin duda había temido que los consejos de Poincaré no fuesen de conciliación.) El Kaiser, por su parte, también estaba en el mar; estorbado por su alejamiento, tampoco podía, incluso de haberlo deseado, dar inmediatamente a Francisco José consejos de moderación. Por otra parte, las huelgas rusas, en plena virulencia, paralizaban la libertad de acción de los gobernantes rusos; igualmente, la guerra civil en Irlanda paralizaba la libertad de acción de Inglaterra. Finalmente, el gobierno servio se encontraba por aquellos días en la confusión de las elecciones: la mayor parte de los ministros recorrían el territorio en sus campañas electorales; Pachitch, el presidente del Consejo, ni siquiera se encontraba en Belgrado cuando fue enviada la nota austríaca.

En esta nota ya empezaban a definirse las cosas. El texto, presentado la víspera al gobierno servio, había sido comunicado hoy a las potencias. A pesar de las seguridades de moderación dadas en diversas ocasiones por Austria (Berchtold había afirmado al embajador ruso y al francés que las reclamaciones serían «de lo más aceptables»), la nota tenía claramente el carácter de un ultimátum, puesto que el gobierno de Viena exigía la aceptación total de sus condiciones, y había fijado un plazo para la contestación (plazo increíblemente corto: ¡cuarenta y ocho horas!), sin duda para impedir una intervención de las potencias a favor de Servia. Un informe secreto, obtenido en el ministerio de Asuntos Extranjeros de Austria, y que un

socialista de Viena, enviado por Hosmer, había traído a Jaurès, justificaba todas las inquietudes: el barón de Giesl, embajador austríaco en Belgrado, había recibido, al mismo tiempo que la orden de entregar la nota, instrucciones formales de romper las relaciones diplomáticas y abandonar inmediatamente Serbia, en el caso probable de que al día siguiente, sábado, a las seis de la tarde, el gobierno servio no hubiera aceptado sin discusión las exigencias austríacas. Instrucciones que hacían pensar que el ultimátum había sido redactado premeditadamente en forma ofensiva e inaceptable, para permitir a Viena precipitar la declaración de guerra. Otras informaciones confirmaban estas hipótesis pesimistas. El jefe del Estado Mayor, Hötzenberg, había recibido un mensaje que le había hecho interrumpir sus vacaciones en el Tirol para volver precipitadamente a la capital austríaca. El embajador de Alemania en Francia, Von Schön, de permiso en Berchtesgaden, acababa de volver a París repentinamente. El conde Berchtold, después de haber conferenciado con el emperador en Ischl, había dado un rodeo por Salzburgo, para encontrarse allí con el canciller alemán Bethmann-Hollweg.

Todo se concitaba para dar la impresión de una vasta maquinación sabiamente planeada. ¿Qué parte tenía en ella Alemania? Los germanófilos echaban la culpa a los rusos, y explicaban la actitud de los alemanes por el hecho de que Alemania había conocido repentinamente los designios inquietantes del paneslavismo, así como la importancia de los preparativos militares ya comenzados en Rusia. La consigna en Berlín, en las esferas gubernamentales, era pretender que, hasta el momento, los dirigentes alemanes ignoraban en absoluto las exigencias austriacas y no habían tenido conocimiento de ellas sino por la comunicación hecha a todas las demás potencias. Jagow, el secretario de Estado en la Wilhelmstrasse, lo había afirmado así, según se decía, al embajador de Inglaterra. Pero se creía saber que el texto había sido comunicado a Berlín hacía por lo menos dos días.

¿Había que sacar, como consecuencia, que Alemania apoyaba formalmente a Austria y deseaba la guerra? Trauttenbach, que venía de Berlín, y a quien Jacques había encontrado aquella tarde en la oficina de Stefany, se pronunciaba contra aquella deducción demasiado simplista. La actitud de Alemania se explicaba, según él, por el hecho de que los medios militares de Berlín creían todavía en la falta de preparación de Rusia. Si su cálculo era exacto, si a consecuencia de la pasividad obligada de Rusia, el riesgo de un conflicto general era nulo, los imperios germánicos podían permitírselo todo: ganaban sin ninguna duda. Todo estribaba en actuar con fuerza y rapidez. Era necesario que las tropas austriacas estuvieran en Belgrado antes que las potencias de la Triple Entente tuviesen tiempo de intervenir, e incluso de deliberar. Entonces entraría en escena Alemania: inocente de toda connivencia, de toda premeditación, ofrecería su mediación para localizar el conflicto y resolverlo con negociaciones, cuya iniciativa tomarla. Europa, con tal de salvar la paz, se apresuraría a aceptar el arbitraje alemán y sacrificaría sin gran discusión los intereses de Serbia. Gracias a Alemania, pues, se restablecería el orden y la partida se saldaría en

provecho de los imperios germánicos. El régimen de la Doble Monarquía se encontraría consolidado por mucho tiempo, y la Tríplice registraría un triunfo diplomático sin precedentes. Estas suposiciones, relativas a los planes secretos de Alemania, estaban confirmadas por ciertas confidencias obtenidas en círculos allegados de la embajada italiana en Berlín.

Habiendo llamado Jaurès a Stefany, Jacques llevó a Trauttenbach al «Progrès».

El local estaba muy agitado. Los periódicos de la noche, las noticias traídas por los redactores de *l'Humanité*, despertaban comentarios contradictorios y apasionados.

Hacia las nueve, una corriente de optimismo atravesó la atmósfera. Pagès acababa de pasar algunos minutos con el jefe. Le había encontrado menos inquieto. Jaurès le había dicho: «Aun dentro de lo malo, hay algo bueno... La actitud de Austria va a obligar a los pueblos de Europa a salir de su sopor.» Por otra parte, las últimas noticias traían numerosas pruebas de la actividad de la Internacional. Los partidos belga, italiano, alemán, austríaco, inglés, ruso, estaban en contacto permanente con el partido francés y se disponían a realizar una manifestación general de gran envergadura. Precisamente se acababan de recibir noticias alentadoras, enviadas por el Partido Socialista alemán, el cual, en cierto modo, garantizaba las intenciones pacíficas de su gobierno: ni Bethmann, ni Jagow, ni mucho menos el Kaiser, afirmaban los socialdemócratas alemanes, aceptarían ser arrastrados a una guerra: por consiguiente, se podía contar con una intervención enérgica y eficaz de Alemania.

También de Rusia llegaban noticias tranquilizadoras. Al recibirse la nota austríaca, un consejo de ministros, reunido apresuradamente bajo la presidencia del Zar, había decidido una gestión inmediata y coercitiva cerca del gobierno austríaco, para obtener una prórroga del plazo impuesto a Servia. Esta petición sagaz, que eludía el fondo de la cuestión y afectaba únicamente a la cuestión secundaria del plazo, no parecía que pudiera ser rechazada por Viena. Ahora bien: una prórroga, aunque fuera de dos o tres días, concedía a las diplomacias europeas el tiempo suficiente para ponerse de acuerdo acerca de una línea de acción común. Por otra parte, sin pérdida de tiempo, en el ministerio de Asuntos Extranjeros de Rusia habían ya entablado, con los distintos embajadores acreditados en Petersburgo, unas conversaciones precisas que no podían por menos de dar su fruto. Casi al mismo tiempo, un telegrama de Londres vino a confirmar estas primeras esperanzas. Sir Edward Grey, el ministro de Asuntos Extranjeros, había tomado la iniciativa de apoyar con toda su autoridad la gestión rusa para la prórroga del plazo. Además, preparaba apresuradamente un proyecto de mediación, al cual quería asociar a Alemania, Italia, Francia e Inglaterra, las cuatro grandes potencias no interesadas directamente en el conflicto. Proyecto comedido, que no corría el riesgo de ser rechazado, puesto que en la mesa de esta asamblea arbitral los participantes se encontrarían en igualdad de condiciones: de un lado, Alemania e Italia, para defender los intereses austríacos; del otro, Francia e Inglaterra, para representar los intereses servios y eslavos.



Pero, a partir de las once, malos presagios volvieron a ensombrecer el horizonte. Primero corrió el rumor de que si Alemania había aceptado el proyecto de sir Edward Grey, lo había hecho en términos muy reticentes, que parecían anunciar que ella no uniría francamente su acción mediadora a la de las otras potencias. Luego, se supo, con gran emoción (la noticia fue dada por Marc Levoir, quien volvía del Quai d'Orsay), que Austria, contra todo lo que se esperaba, había negado a Rusia rotundamente la prórroga del plazo: lo cual aparecía repentinamente como una confesión clara de su deseo de agresión.

Hacia la una de la madrugada, en que ya se habían marchado la mayor parte de los militantes, Jacques volvió a *l'Humanité*.

En la sala de la entrada, Gallot acompañaba a dos diputados socialistas que salían del despacho de Jaurès. Traían un informe confidencial e inquietante: hoy mismo, mientras que todas las cancillerías contaban con la intervención apaciguadora de Berlín, Von Schön, embajador de Alemania, quien acababa de volver a París, se había presentado en el Quai d'Orsay, para leer a Bienvenu-Martin, ministro interino, una declaración de su gobierno; y este documento inesperado tenía toda la sequedad de una advertencia, o más bien, de una amenaza. Alemania declaraba en él, cínicamente, que «apoyaba en el *fondo* y en la *forma*» la nota austríaca; daba a entender que la diplomacia europea no tenía que inmiscuirse en este asunto; declaraba que el conflicto debía permanecer localizado entre Austria y Servia y que «ninguna tercera potencia» debía intervenir en el debate; «de no ser así, habría que atenerse a *las más graves consecuencias*». Lo que significaba claramente: «Estamos decididos a sostener a Austria; si Rusia interviniera en favor de Servia, nos veríamos obligados a movilizar, y como consecuencia del funcionamiento automático de las alianzas, Francia y Rusia se encontrarían ante la eventualidad de una guerra con la Tríplice.» Esta gestión de Schön parecía revelar de repente, por parte del imperialismo alemán, una actitud parcialista, agresiva, y un deseo de intimidar, que eran indudablemente de muy mal augurio. ¿Cuál iba a ser, sin embargo, la reacción francesa ante esta semiprovocación?

Gallot y Jacques habían permanecido en la sala de entrada, y Jacques iba a marcharse cuando se abrió una puerta bruscamente. Apareció Jaurès, con la frente brillante de sudor, el sombrero de paja echado hacia atrás y los ojos hundidos bajo las cejas. Su corto brazo apretaba contra el costado una cartera henchida de papeles. Dirigió a los dos hombres una mirada ausente, respondió maquinalmente a su saludo, cruzó la habitación con paso lento y desapareció.

## XXXIII

LA señora de Fontanin y Daniel habían pasado la noche en dos sillas próximas, junto al féretro. Jenny, a requerimiento de su hermano, había ido a descansar algunas horas.

Cuando la joven se reunió con ellos, hacia las siete de la mañana, Daniel se acercó a su madre y la tocó en el hombro dulcemente.

—Ven, mamá... Jenny se queda aquí, mientras nosotros vamos a tomar el té.

La voz era cariñosa, pero firme. La señora de Fontanin volvió hacia Daniel su rostro fatigado. Comprendió que toda resistencia sería inútil. «Aprovecharé para hablarle de mi viaje a Austria», se dijo. Dirigió una última mirada hacia el ataúd, se levantó, y siguió a su hijo dócilmente.

El desayuno les fue servido en la habitación del pabellón en la que Jenny había pasado la noche. La ventana, abierta de par en par, daba al jardín. El espectáculo de la tetera brillante, de la mantequilla y la miel en sus copas de cristal, despertó en la señora de Fontanin una sonrisa involuntaria e ingenua. De siempre, el desayuno en compañía de sus hijos había sido para ella, al comienzo de la jornada, una hora dichosa, de descanso, de alegría, en la que se renovaba su optimismo natural.

—Pues sí que tengo hambre —confesó, acercándose a la mesa—. ¿Y tú, hijo mío?

Se sentó, y maquinalmente empezó a untar las tostadas de mantequilla. Daniel la observaba, sonriente, enternecido de ver otra vez a plena luz las manitas blancas y carnosas cumplir con delicadeza estos gestos rituales, cuyo recuerdo estaba ligado para él a todas las mañanas de su infancia.

Ante esta bandeja repleta, la señora de Fontanin, por una confusa asociación de ideas, murmuró:

—He pensado tanto en ti durante estas maniobras, hijo mío. ¿Comes lo suficiente?... Por la noche, de pensar que tal vez tú estuvieras acostado en la paja y con la ropa mojada, me avergonzaba de estar en la cama; no podía dormirme.

Daniel se inclinó y apoyó la ruano en el brazo de su madre.

—¡Qué tontería, mamá! Al contrario, después de tantos meses en el cuartel, ha sido una distracción para nosotros jugar a la guerra de mentirijillas... —Mientras hablaba, inclinado hacia ella, jugueteaba con la pulsera de oro que la señora de Fontanin llevaba en la muñeca—. Además, has de saber —añadió— que un suboficial en maniobras, siempre encuentra una cama sobre el terreno.

Había dicho esto un poco aturdidamente. El recuerdo de algunas aventuras fáciles, encontradas al azar de los acantonamientos, le pasó por la imaginación y le produjo un furtivo sentimiento de azoro que las antenas de la señora de Fontanin registraron confusamente. Evitó mirar a su hijo.

Hubo un momento de silencio; luego, tímidamente, le preguntó:

—¿A qué hora tienes que marcharte?

—Esta tarde, a las ocho. Mi permiso expira a media noche, pero basta con que pase lista mañana por la mañana.

La señora de Fontanin pensó que el entierro no terminaría antes de la una y media, que no estarían de regreso en su casa hasta las dos, y que esta última jornada con Daniel iba a ser muy corta...

Como si estuviera pensando en lo mismo, Daniel dijo:

—Y esta tarde tengo que salir: una gestión indispensable...

La señora de Fontanin notó, en aquel tono de voz, que ocultaba algo. Pero se equivocó acerca de la naturaleza de aquel secreto. Porque era exactamente el tono evasivo, un tanto excesivamente desenvuelto, que tomaba antaño, cuando después de haber pasado una hora con ella, por la noche, delante de la chimenea, se levantaba diciendo: «Dispénsame, mamá. Estoy citado con *unos amigos*».

Daniel intuyó vagamente la sospecha y quiso disiparla inmediatamente.

—Tengo que cobrar un cheque... Un cheque de Ludwigion.

Era cierto. No quería marcharse de París sin dejar este dinero a su madre.

Ella no pareció oírle. Tomaba su té, como lo hacía siempre, a sorbitos, quemándose, sin dejar la taza y con los ojos ligeramente entornados. Pensaba en la marcha de Daniel y se sentía acongojada. Olvidaba momentáneamente la ceremonia que había de tener lugar poco después. Sin embargo, no tenía derecho a quejarse: la ausencia de su hijo, cosa que tanto la había hecho sufrir durante meses enteros, estaba llegando a su fin. En octubre volvería definitivamente. En octubre, los tres reanudarían su vida. Ante esta idea, todo un futuro tranquilo se ofrecía ante ella. Sin que se atreviera a confesárselo, la desaparición de Jérôme despejaba el horizonte. De ahora en adelante viviría libre y feliz en compañía de sus hijos...

Daniel la observaba con una expresión de preocupación solícita.

—¿Qué vais a hacer las dos en París durante estos meses de verano? —preguntó.

(La señora de Fontanin, necesitada de dinero, había alquilado para toda la estación su propiedad de Maisons-Laffitte.)

«Ahora es el momento de hablarle de mi viaje», pensó.

—No te inquietes, hijo mío —dijo en voz alta—. En primer lugar, voy a estar muy ocupada con la liquidación de todos estos asuntos...

La interrumpió:

—Quien me preocupa es Jenny, mamá...

Aunque estuviera acostumbrado desde hacía mucho tiempo a la taciturna reserva de su hermana, estos últimos días se había sentido extrañado por la cara descompuesta de Jenny, por su mirada febril.

—Indudablemente no se encuentra bien —declaró—. Necesitaría una temporada en el campo.

La señora de Fontanin dejó la taza en el plato, sin contestar. También ella había observado algo insólito en el aspecto de su hija: una expresión de extravío, de desconcierto, que la muerte de su padre no bastaba a explicar. Pero ella tenía acerca de Jenny una opinión distinta de la de Daniel.

—Tiene una manera de ser muy rara —suspiró. Y, con una ingenuidad

conmovera, añadió—: No sabe tener confianza...

Luego, con aquel tono ligeramente ceremonioso, diferente, que adoptaba para abordar algunos problemas, prosiguió:

—Mira: toda criatura tiene su parte de pruebas íntimas, de luchas...

—Sí —asintió Daniel, sin dejarla proseguir—. Pero, a pesar de todo, si Jenny hubiera podido pasar este verano una temporada en la montaña o en el mar...

—Ni el mar ni la montaña pueden hacer nada por ella —afirmó la señora de Fontanin, moviendo la cabeza, con esa terquedad de las personas tranquilas que tienen una certeza inquebrantable—. No es en la salud donde está el mal de Jenny. Nadie puede hacer nada por ella, créeme... Cada uno ha de librar su propio combate, lo mismo que se encontrará solo, cuando le llegue la hora, para enfrentarse con su muerte... —Pensaba en el final solitario de Jérôme. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Hizo una corta pausa, y añadió, en voz muy baja, como para si misma—: Solo, con el Espíritu.

—¡Con esas ideas!... —empezó Daniel. El escepticismo se traslucía en su voz. Sacó un cigarrillo de la pitillera, y guardó silencio.

—¿Con esas ideas? —preguntó la señora de Fontanin, sorprendida.

Le veía cerrar la pitillera con un golpe seco y golpear el cigarrillo sobre el dorso de la mano, antes de ponérselo en la boca. «Exactamente los mismos gestos de su padre —pensó—. Exactamente las mismas manos...» La analogía era aún más sorprendente, porque Daniel llevaba ahora en el anular la sortija que la señora de Fontanin había retirado personalmente de entre los dedos de Jérôme, antes de entrecruzarlos para siempre; y este ancho camafeo evocaba dolorosamente para ella aquellas manos finas y viriles que ya no estaban vivas sino en su recuerdo. A la menor evocación física de Jérôme, no podía evitar que su corazón latiera como a los veinte años... Pero estas semejanzas entre padre e hijo le causaban siempre, a la vez, una emoción muy dulce y una ansiedad terrible.

—¿Con esas ideas?... —repitió.

—Solamente quería decir... —empezó Daniel. Vacilaba, con el entrecejo fruncido, buscando las palabras— que con esas ideas siempre has dejado... «a los demás»... seguir solos y en completa libertad su propio destino, sin intervenir nunca, ni siquiera cuando su camino era manifiestamente equivocado, ni siquiera cuando este destino no podía ser sino una fuente de sufrimiento en su vida... ¡y en la tuya!

La señora de Fontanin sintió una impresión dolorosa. Pero se negaba a comprender y fingió una sonrisa.

—¿Me reprochas ahora haberte dejado demasiada libertad?

Daniel sonrió, a su vez, e inclinándose posó su mano sobre la de su madre.

—No te reprocho nada, y nunca te lo reprocharé; bien lo sabes —dijo, con una mirada cariñosa. Luego añadió, porfiando, aun en contra de su voluntad—: Y también sabes que no era en mí en quien yo pensaba.

—¡Oh, hijo mío —repuso ella, con brusca rebeldía—, eso no está nada bien!... —

Había sido herida en lo más vivo—. ¡Siempre has buscado las ocasiones de acusar a tu padre!

Semejante discusión, en esta mañana y pocas horas antes del entierro, estaba por completo fuera de lugar. Daniel lo comprendía. Se arrepentía ya de sus palabras. Pero el enojo que le producía haberlas pronunciado le hizo tontamente empeorar las cosas.

—¡Y tú, pobre mamá, no piensas nunca sino en disculparlo, y lo olvidas todo, hasta las inextricables dificultades en que nos deja!

Efectivamente, la señora de Fontanin hubiera tenido razones más que sobradas para pensar como Daniel. Pero ya no pensaba sino en proteger la memoria del padre de las censuras del hijo.

—¡Ah, Daniel, qué injusto eres! —exclamó, con un sollozo en la voz—. ¡Nunca has comprendido la verdadera naturaleza de tu padre! —Y con la fogosa obcecación que se pone en defender las causas indefendibles, prosiguió—: ¡No se puede reprochar a tu padre nada verdaderamente malo! ¡Nada!... ¡Era demasiado caballeroso, demasiado generoso, y confiaba salir bien de todo! ¡Ésa ha sido su falta! ¡Ha sido víctima de gentes sin escrúpulos, a las que no había sabido cerrar su puerta! ¡Ésa ha sido su falta, su única falta! Ha cometido imprudencias, tal vez: «ligerezas lamentables», como le dijo delante de mi el señor Stelling. ¡Eso es todo! ¡Ligerezas lamentables!

Sin mirar a su madre, Daniel frunció los labios y se encogió de hombros imperceptiblemente; pero se contuvo y no contestó. Así, a pesar de su cariño, a pesar del deseo que ambos tenían de hablarse sin tapujos, no podían hacerlo: desde el primer momento, sus pensamientos más íntimos chocaban y sus antiguos resentimientos emponzoñaban hasta sus silencios... Daniel bajó la cabeza y permaneció inmóvil, con la mirada fija en el suelo.

La señora de Fontanin permaneció callada. ¿A qué proseguir una conversación que, desde el primer momento, comprendía inútil? Había tenido la intención de poner a su hijo al corriente de las comprometedoras investigaciones dirigidas contra su marido, con el fin de que Daniel comprendiera cuán urgente era que ella hiciera el viaje a Viena. Pero, ante la irritante dureza de Daniel, ya no tenía sino un pensamiento: disculpar a Jérôme, lo cual disminuiría el valor de los argumentos que hubiera podido dar para justificar su marcha.

«¡Qué le vamos a hacer! —se dijo—. Se lo diré por carta.»

El penoso silencio duró algunos minutos.

Daniel, vuelto ahora hacia la ventana, contemplaba el cielo matutino, las copas de los árboles, y fumaba con una tranquilidad ficticia que no engañaba a su madre, y ni siquiera a él mismo.

—Las ocho —murmuró la señora de Fontanin, después de haber oído sonar el reloj de la clínica. Recogió el pan que le había caído sobre el vestido, lo desmigó para echárselo a los pájaros en el alféizar de la ventana, y, con voz tranquila, añadió—: Vuelvo abajo.

Daniel se había levantado. Estaba avergonzado de sí mismo y lleno de remordimientos. Como le sucedía siempre que tenía ocasión de comprobar la tierna ceguedad materna, su resentimiento para con su padre había aumentado. Un sentimiento que no hubiera sabido explicar le había incitado siempre a zaherir este amor demasiado indulgente... Tiró el cigarrillo y se acercó a su madre con una sonrisa avergonzada. Se inclinó en silencio para depositar un beso, como lo hacía muy a menudo, en lo alto de la frente, en el arranque de los cabellos prematuramente encanecidos. Sus labios conocían el sitio; su olfato, el tenue perfume de la piel. La señora de Fontanin volvió la cabeza ligeramente y le cogió la cara con ambas manos. No dijo nada, pero le sonreía y le miraba a lo más profundo de los ojos; y esta mirada, esta sonrisa, en las que no quedaba nada de reproche, parecían decir: «Todo está olvidado. Perdóname por haberme dejado llevar de los nervios. Y no te aflijas por la pena que me has causado.» Daniel comprendió tan bien este lenguaje mudo, que por dos veces bajó los párpados en señal de asentimiento. Y como su madre se irguiera, la ayudó a ponerse en pie.

Sin decir nada, la señora de Fontanin se apoyó en su brazo para bajar al sótano.

Daniel abrió la puerta y la dejó entrar sola.

Recibió en pleno rostro, mezclado con el aire fresco del sótano, el perfume de las rosas que se marchitaban sobre el ataúd.

Jenny estaba sentada, inmóvil, con las manos apoyadas en las rodillas.

La señora de Fontanin volvió a ocupar su sitio, al lado de la joven. Del bolsón que colgaba del respaldo de su silla, cogió su biblia y la abrió al azar. (Al menos, a lo que ella llamaba «al azar»; en realidad, el viejo librote de lomo cuarteado le ofrecía siempre uno de los pasajes a los que más asiduamente había recurrido.) Leyó:

«... ¿Quién podrá sacar pureza de impureza? Nadie.

»Los días del hombre están determinados de antemano; el número de sus meses, entre tus manos: tú le has prescrito sus límites, y no los traspasará.

»Retírate de él, para que tenga descanso, hasta que, como un soldado mercenario, haya terminado su jornada.»

Levantó los ojos, meditó durante algunos instantes, y posó el libro sobre su regazo. Su manera cuidadosa de tocar su biblia, de abrirla, de cerrarla, era para sí misma un acto de piedad y gratitud.

Había recobrado la calma por entero.

## XXXIV<sup>[\*]</sup>

LA víspera a la noche, Jacques, después que Jaurès subió en un taxi y desapareció en la oscuridad, fue a reunirse con el grupo de militantes noctámbulos que, con frecuencia, se demoraban hasta hora muy avanzada en el Chop. La sala privada del café de la calle Feydeau reservada para los socialistas, poseía una puerta que daba al patio, lo cual permitía dejarla abierta después del cierre del comercio. Las discusiones fueron tan animadas y continuaron hasta tan tarde, que Jacques salió a las tres de la mañana. Sin ánimo para llegar, a hora tan avanzada, hasta la plaza Maubert, encontró asilo, cerca de la Bolsa, en un hotel sospechoso; y, apenas en la cama, cayó en un sueño pesado, que los ruidos matinales de aquel populoso barrio no consiguieron turbar.

Cuando despertó, brillaba el sol.

Después de un arreglo sumario, bajó a la calle, compró los periódicos y corrió a leerlos a la terraza de un café de bulevares.

Esta vez la prensa se decidía a dar el toque de alarma. Mi proceso Caillaux quedaba por fin relegado a la segunda página, y todos los periódicos anunciaban, con grandes titulares, la gravedad de la situación, tratando de «ultimátum» lo nota austríaca, y de «provocación desvergonzada» la actitud de Austria. El mismo *Figaro* que, desde hacía una semana, consagraba su número cotidiano al informe *in extenso* de los debates Caillaux, denunciaba, hoy, desde la primera página, en letras de cartel: «LA AMENAZA AUSTRÍACA», y reservaba toda una hoja a la tensión diplomática, con este título inquietante: «¿SERÁ LA GUERRA?». *Le Matin*, periódico semioficial, usaba un tono belicoso: «*El conflicto austro-servio fue contemplado en el curso de la visita que el Presidente de la República hizo a Elisia. No cogerán desprevenida a la doble alianza...*» Clemenceau, en su *Homme libre*, escribía: “*Desde 1870, nunca se ha encontrado Europa tan cerca de un choque de guerra, cuyo alcance no puede medirse*”. *L’Echo de Paris* relatava la visita de M. de Schoen al *quai d’Orsay*. «*A la intimación austríaca sigue la amenaza alemana...*»; y terminaba, a última hora, con esta advertencia: “*Si Servia no cede, quizá la guerra sea declarada esta noche*”. Sólo se trataba, por supuesto, de una guerra austro-servia. ¿Pero quién podía asegurar que se conseguiría circunscribir el incendio?... Jaurès, en su artículo de fondo, no ocultaba que la “*suprema posibilidad de paz*” estaba en la humillación de Servia y en la aceptación mortificante de las exigencias austríacas. Según los extractos de prensa, los periódicos extranjeros no eran menos pesimistas. Aquella mañana del 25 de julio, apenas doce horas antes de expirar el plazo impuesto a Servia, Europa entera (según la profecía del general austríaco, recogida dos semanas antes por Jacques en Viena), despertaba bruscamente en el pánico.

Jacques, rechazando los periódicos que llenaban la mesa, bebió el café frío. Esta lectura no le decía nada que no supiera; pero la unanimidad de la inquietud prestaba

un son nuevo y dramático. Permanecía allí, postrado, la mirada errando por la multitud de trabajadores, de empleados que bajaban del autobús y corrían como todos los días a sus tareas, con el rostro más serio que de costumbre, y un diario abierto en la mano. Sintió un momentáneo desfallecimiento. La soledad le pesaba de un modo intolerable. Pensó fugazmente en Jenny, en Daniel, en el entierro efectuado esa mañana.

Se levantó vivamente y se dirigió hacia Montmartre. Se le había ocurrido subir hasta la plaza Dancourt y pasar por al *Libertaire*. Tenía prisa por encontrarse nuevamente en una atmósfera de combate.

Unos diez hombres en busca de noticias se hallaban ya en la calle d'Orsel. El número del 25 había aparecido esa misma mañana. Los periódicos avanzados circulaban de mano en mano. *Le Bonnet Rouge* consagraba la primera página a las huelgas rusas. Para la mayoría de los revolucionarios, la importancia de la agitación obrera en Petersburgo era una de las garantías más seguras de la neutralidad rusa, es decir, de la localización del conflicto en los Balcanes. En el *Libertaire* todos estaban de acuerdo en criticar la blandura de la Internacional, en acusar a los jefes de compromisos con los gobiernos. ¿No era éste el momento de asestar un gran golpe, de provocar, por todos los medios, otras huelgas en los demás países, a fin de paralizar al mismo tiempo a todos los gobiernos de Europa? ¡Ocasión única para un levantamiento en masa, que podía, no sólo apartar las amenazas actuales, sino también adelantar en varias decenas de años la revolución!

Jacques escuchaba las discusiones y vacilaba en dar su opinión. Para él las huelgas rusas eran un arma de doble filo: podían, en efecto, paralizar las veleidades belicosas del Estado Mayor; pero también podían brindar a un gobierno en postura incómoda, la tentación de un cambio brutal: decretar el estado de sitio con el pretexto del peligro de guerra, y sofocar de golpe la insurrección popular mediante una represión implacable.

Señalaba el reloj las once en punto, cuando se encontró de nuevo en la plaza Pigalle. «¿Qué tenía que hacer yo, esta mañana a las once?», se preguntó. Sábado a las once... Súbitamente inquieto, trataba de recordar. ¿El entierro Fontanin? Pero si nunca había tenido la intención de asistir... Caminaba con la cabeza baja, perplejo. «No estoy presentable... Sin afeitarse... Verdad es que, perdido en la multitud... Estoy tan cerca del cementerio de Montmartre... Si me decidiera, un peluquero, en cinco minutos... Estrecharía la mano de Daniel; estarla bien... Estaría bien y no me comprometería en nada...»

Buscaba ya con los ojos el cartel de una peluquería.

Cuando llegó al cementerio, el guardián de la entrada le anunció que el séquito había pasado ya, y le indicó la dirección a seguir.

Pronto, a través de las tumbas, distinguió un grupo compacto ante una estrecha



bóveda:

## FAMILIA DE FONTANIN

Reconoció, de espaldas, a Daniel y Gregory.

La voz ronca del pastor se elevaba en el silencio:

—Dios dijo a Moisés: *¡Estaré contigo!* ¡Por eso, Pecador, aun cuando camines por el valle de las sombras, no temas, pues Dios está contigo!

Jacques dio una vuelta para ver de cara a los asistentes. La frente descubierta de Daniel, en plena luz, dominaba todas las cabezas. Junto a él, tres mujeres, igualmente ocultas por sus velos negros. La primera era, la señora de Fontanin. Pero de las otras dos, ¿cuál era Jenny?

El pastor, de pie, hirsuto, la mirada extática, el brazo levantado en ademán de amenaza, apostrofaba al ataúd de madera amarilla, que reposaba, bajo la cruda luz, al borde del sótano:

—¡Pobre, pobre Pecador! ¡Tu sol se La puesto antes del fin del día! ¡Pero no lloremos por ti, como los que están vacíos de esperanza! ¡Abandonaste el campo de la visibilidad, pero lo que ha desaparecido para nuestros ojos materiales es tan sólo la ilusoria forma de tu materia detestable! ¡Hoy resplandeces, llamado junto a Cristo para el grande, glorioso Servicio! ¡Y has llegado antes que nosotros al gozo del Advenimiento!... ¡Vosotros todos, herma nos, que estáis aquí, rezando a mi alrededor, armad de paciencia vuestros corazones! ¡Pues el advenimiento de Cristo está igualmente próximo para cada uno!... ¡Padre, pongo nuestras almas en Tus manos! Amén.

Ahora, unos hombres levantaban el ataúd, lo balanceaban, lo dejaban bajar sin golpearlo, colgado de unas cuerdas. La señora de Fontanin, sostenida por Daniel, se inclinaba sobre el agujero. ¿Detrás de ella, Jenny, sin duda? ¿Junto a Nicole Héquet? ... Luego, las tres mujeres se dirigieron discretamente hacia un coche de duelo que esperaba en el camino, y que partió en seguida, al paso.

Daniel permanecía sólo en el extremo de la pequeña avenida, con el resplandeciente casco bajo el brazo. Estaba magnífico. Esbelto, gracioso, perfectamente natural aunque siempre un poco solemne en sus actitudes, recibía las condolencias de los asistentes, que pasaban lentamente delante de él.

Jacques lo observaba; y sólo con mirarlo así, de lejos, experimentaba, como en otros tiempos, una dulce y penetrante sensación de calor.

Daniel lo había reconocido, y mientras estrechaba manos, volvía de vez en cuando los ojos hacia él, con una expresión de afectuosa sorpresa.

—Gracias por haber venido —dijo. Vacilaba—: Me marchó esta noche... ¡Me hubiera gustado tanto verte una vez más! .

Frente a su amigo, Jacques pensaba en la guerra, en las tropas de choque, en las

primeras víctimas...

—¿Leíste los periódicos? —preguntó.

Daniel lo miró sin comprender bien.

—¿Los periódicos? No, ¿por qué? —Luego, con una voz que trataba de no ser demasiado insistente—: ¿No vendrás esta noche a decirme adiós, a la estación del Este?

—¿A qué hora?

El rostro de Daniel se iluminó.

—El tren sale a las nueve y treinta... ¿Quieres que te espere, en el bar, a las nueve?

—Allí estaré.

Se miraron un segundo antes de estrecharse la mano.

—Gracias —murmuró Daniel.

Jacques se alejó sin volverse.

## XXXV

VARIAS veces durante la mañana Jacques se preguntó cuáles podían ser las reacciones de Antoine frente al agravamiento de la situación política. Había esperado, vagamente, encontrar a su hermano en el entierro.

Resolvió almorzar a prisa y pasar por la calle de la Universidad.

—El señor todavía está en la mesa —dijo León, conduciendo a Jacques al comedor—. Pero acabo de servirle la fruta.

Jacques se fastidió cuando, al entrar, vio a Isaac Studler, Jousselin y el joven Roy, sentados en torno a su hermano. Ignoraba que almorzaban allí todos los días. (Antoine lo había exigido; para él era un medio seguro de tomar cotidiano contacto con sus colaboradores, entre la mañana en el hospital y la tarde acaparada por la clientela. Por lo demás para ellos, solteros los tres, era una economía de tiempo y una apreciable ventaja pecuniaria.)

—¿Vienes a almorzar? —dijo Antoine.

—Gracias. Ya lo hice.

Dio una vuelta alrededor de la gran mesa, estrechó las manos que se tendían y, antes de sentarse, preguntó, de golpe:

—¿Habéis leído los periódicos?

Antoine miró un segundo a su hermano antes de responder; y esta mirada parecía confesar: «Quizá tuvieras razón».

—Sí —dijo pensativo—. Todos hemos leído los periódicos.

—No hemos hablado de otra cosa desde el comienzo de la comida —confesó Studler, acariciándose la negra barba.

Antoine se vigilaba para no dejar traslucir su inquietud. Había sentido toda la mañana una sorda irritación. Necesitaba a su alrededor una sociedad convenientemente organizada, del mismo modo que una casa bien ordenada, donde las cuestiones materiales fueran resueltas con prescindencia de él y de manera satisfactoria, por un personal concienzudo. Prefería tolerar ciertos vicios del régimen, pasar la esponja por ciertos escándalos parlamentarios, lo mismo que cerraba los ojos ante los despilfarros de León y las pequeñas sisas de Clotilde. Pero en ningún caso la suerte de Francia debía preocuparlo más que el funcionamiento de la despensa o de la cocina. Y no conseguía soportar la idea de que las perturbaciones políticas pudieran entorpecer su vida, amenazar sus proyectos de trabajo.

—No creo —dijo— que haya que asustarse demasiado. Ya se han visto otros casos... Sin embargo, es evidente que esta mañana la prensa deja oír un ruido de sables bastante inesperado... bastante desagradable...

Al oír las últimas palabras, Manuel Roy levantó hacia Antoine su rostro juvenil, de ojos negros:

—Un ruido de sables, jefe, que se oirá del otro lado de la frontera. Y que sin duda

no dejará de intimidar a los vecinos demasiado glotones.

Jousselin, inclinado sobre su plato, levantó la cabeza para mirar a Roy. Luego volvió a su tarea: meticulosamente, con la punta del tenedor y el cuchillo, mondaba un durazno.

—Nada más seguro —dijo Studler.

—A pesar de todo, es probable —opinó Antoine—. Y quizá fuera necesario.

—¡Quién sabe! —dijo Studler—. La política de intimidación es siempre peligrosa. Generalmente exaspera al adversario en lugar de paralizarlo. Sobre todo, pienso que el gobierno comete una falta grave al permitir que se propague a los cuatro vientos ese... ¡ruido de sables!

—Es muy difícil ponerse en el lugar de los hombres responsables —afirmó Antoine, con tono ponderado.

—Pido a los hombres responsables que sean, ante todo, hombres prudentes —replicó Studler—. Adoptar una actitud agresiva es la primer imprudencia. Hacer creer que esta actitud se ha vuelto necesaria, es la segunda. Nada más peligroso para la paz que permitir arraigarse en la opinión la idea de que nos amenaza una guerra... ¡O de que es posible una guerra!

Jacques callaba.

—Por mi parte —prosiguió Antoine, sin mirar a su hermano— comprendo perfectamente que, aunque en cuanto hombre condene la guerra, un ministro se vea obligado a tomar ciertas medidas agresivas. Y todo por el solo hecho de estar en el poder. Si un hombre que ha sido puesto a la cabeza de un país para velar por su seguridad, tiene sentido de la realidad, si la política amenazadora de los Estados vecinos se le apareciera como una evidencia...

—¡Sin contar —le interrumpió Roy—, que no se concibe un hombre de Estado que, por sensiblería personal se decida a evitar, cueste lo que cueste, la guerra! Estar a la cabeza de un país que ocupa un lugar en el tablero, un país que posee un territorio, un imperio colonial, obliga a una visión realista. ¡El más pacifista de los presidentes de consejo, apenas entra en funciones, debe comprender en seguida que un Estado no puede conservar sus riquezas, sustraer sus propiedades a la codicia de los vecinos sin tener un ejército fuerte, que imponga respeto, y que haga sonar, de vez en cuando, los sables, aunque más no sea para recordar al resto del mundo su existencia!

«Conservar sus riquezas», pensaba Jacques. «¡En eso estamos! ¡Conservar lo que se posee y apropiarse, llegada la ocasión, de lo que posee el vecino! Es toda la política capitalista, trátase de los particulares o de las naciones... ¡Los particulares luchan para asegurarse ganancias; las naciones, para conquistar mercados, territorios, puertos! Como si no hubiera otra ley en la actividad humana, que la competencia...»

—Desgraciadamente —dijo Studler—, cualquiera que sea el sesgo que tomen mañana las cosas, el ruido de sables corre el riesgo de tener las consecuencias más deplorables para la política francesa, tanto exterior como interior...

Al hablar se había inclinado hacia Jacques, como si le pidiera su opinión. Sus

pupilas tenían un brillo lánguido, turbador, que obligaba casi a apartar los ojos.

Jousselin alzó de nuevo la cabeza para mirar a Studler; luego su mirada pasó revista a los otros rostros. Tenía una cara de rubio, toda finura y suavidad: nariz aquilina, bastante larga y triste; boca larga, fina, de fácil sonrisa; ojos largos también, extraños, de un gris suave.

—¡De todos modos —murmuró distraído—, ustedes parecen olvidar que nadie quiere la guerra! ¡Nadie!

—¿Está usted seguro? —dijo Studler.

—Algunos viejos —concedió Antoine.

—Algunos viejos peligrosos que se llenan la boca con bellas fórmulas heroicas —replicó Studler—, y que saben que, en el curso de una guerra, podrían llenarse la boca a gusto, sin riesgo alguno, en la retaguardia...

—El peligro —insinuó Jacques, con una prudencia que no escapó a Antoine— es que en casi toda Europa los puestos de comando están en manos de esos viejos...

Ruy miró a Studler riendo:

—¡Usted, Califa, que no teme las ideas nuevas, podría lanzar preventivamente ésta: en caso de movilización, primero todas las clases viejas! ¡Todos los viejos en primera línea!

—No estaría tan mal —murmuró Studler.

Hubo un silencio mientras León servía el café.

—Sin embargo existe un medio, sólo uno, de evitar casi con absoluta seguridad las guerras —declaró Studler, sombrío—. Un medio radical y perfectamente realizable en Europa.

—¿Y es?

—¡Exigir el *referéndum* popular!

Jacques fue el único que aprobó moviendo la cabeza.

Studler, animado, prosiguió:

—¿No es ilógico, no es absurdo que en nuestras democracias de sufragio universal se deje el acto de declarar la guerra a la iniciativa de los gobiernos?... Jousselin dice: «Nadie quiere la guerra». ¡Bueno, pues ningún gobierno, en ningún país, debería tener ya el derecho de decidir o aun de aceptar una guerra, contra la voluntad formal de la mayoría de los ciudadanos! Cuando va en ello la vida o muerte de los pueblos, lo menos que puede decirse es que la consulta de los mismos pueblos es legítima. Y debería ser obligatoria.

Apenas se animaba, las aletas de su nariz aguileña comenzaban a estremecerse, manchas oscuras aparecían en sus pómulos y en el blanco de sus grandes ojos caballunos se inyectaba un poco de sangre.

—Esto no tiene nada de quimérico —prosiguió—. Bastaría con que cada pueblo obligara a sus gobiernos a agregar tres líneas de enmienda a la Constitución: «*No podrá decretarse la movilización, ni declararse la guerra sino después de un plebiscito y con una mayoría del setenta y cinco por ciento*». Piensen. Es el único

medio legal y poco menos que infalible, de impedir para siempre nuevas guerras... En tiempo de paz —lo hemos visto en Francia—, se encuentra, en rigor, una mayoría que elige para el gobierno a un hombre de política patriota; siempre hay imprudentes que juegan con fuego. ¡Pero si, en vísperas de una movilización, ese hombre se viera obligado a consultar a quienes lo han llevado al poder, ya no encontraría nadie que le concediera el derecho de declarar la guerra!

Roy reía silenciosamente.

Antoine, que se había levantado, le tocó el hombro:

—Deme un fósforo, Manolito... ¿Qué dice usted de todo esto? ¿Y qué dirá su periódico?

Roy alzó hacia Antoine su mirada franca de buen alumno; continuaba riendo, con un airecito de desafío.

—Manuel —explicó Antoine volviéndose hacia su hermano— es un fiel lector de *L'Action française*.

—También yo la leo todos los días —declaró Jacques, examinando al joven médico que a su vez lo miraba—. Tienen un notable equipo de dialécticos que construyen razonamientos con bastante frecuencia impecables. Desgraciadamente, en mi opinión al menos, casi siempre sobre premisas falsas.

—¿Le parece? —gangueó Roy.

No cesaba de sonreír con fanfarronería y suficiencia. Como si no deseara condescender a una discusión con profanos sobre cosas que le interesaban mucho. Hacía pensar en un niño que quiere guardar un secreto. Por su mirada, sin embargo, pasaba a veces un resplandor insolente. Y como si el juicio de Jacques lo hubiera decidido, a pesar de todo, a salir de su reserva, dio un paso hacia Antoine y exclamó, brutalmente:

—¡Yo, jefe, le confieso que estoy harto del problema franco-alemán! Hace cuarenta años que arrastramos ese grillete, nuestros padres y nosotros. Ya basta. ¡Si hace falta una guerra para terminar, bueno, sea, vamos! Si habrá que llegar a eso, ¿a qué esperar? ¿A qué retardar lo inevitable?

—Sigamos retardando —dijo Antoine, sonriendo—. ¡Una guerra indefinidamente diferida se parece mucho a la paz!

—Yo prefiero terminar de una buena vez. Pues por lo menos hay una cosa segura: y es que, después de la guerra —seamos vencedores, como es probable, o vencidos—, la cuestión se arreglará por fin definitivamente, en un sentido o en otro; ¡y ya no habrá problema franco-alemán!... Sin contar —agregó, con semblante repentinamente serio— todo el bien que podría hacernos una buena sangría, en el punto en que estamos. ¡Cuarenta años de paz estancada no benefician la moral de un país! ¡Si la regeneración espiritual de Francia sólo es posible al precio de una guerra, somos unos cuantos, gracias a Dios, que se sacrificarán sin escatimar el pellejo!

No había traza de fanfarronería en el acento de estas palabras. La sinceridad de Roy era evidente. Todos lo sintieron. Tenían delante a un hombre convencido,

dispuesto a dar su vida por lo que creía la verdad.

Antoine había escuchado, en pie, el cigarrillo en los labios, los párpados entrecerrados. Sin responder, envolvió al joven en una mirada afectuosa y grave, matizada de melancolía; siempre le gustaba el coraje. Luego miró fijamente la punta encendida del cigarrillo.

Jousselin se había acercado a Studler. Con el dedo índice terminado en una córnea amarillenta, roída por los ácidos, tocó varias veces el pecho del Califa:

—Ya ve; siempre se vuelve a la distinción de Minkowski: *sintónicos* y *esquizoides*: los que aceptan la vida y los que la rechazan...

Roy, alegremente, lanzó una carcajada:

—¿Entonces yo soy un *sintónico*?

—Sí. Y el Califa es un *esquizoide*. No cambiarán nunca, ni uno ni otro.

Antoine se había vuelto hacia Jacques; y sonreía mientras consultaba el reloj:

—¿No tienes prisa, *Esquizoide*?... Ven un instante a mi celda...

—Me gusta mucho el pequeño Roy —dijo, abriendo la puerta de su despacho privado y haciéndose a un lado para que pasara su hermano—. Es de índole sana y generosa... Un espíritu recto... Limitado, de acuerdo —agregó, ante el silencio reticente de Jacques—. Siéntate. ¿Un cigarrillo?... Estoy seguro de que te ha irritado un poco. Hay que conocerlo, comprenderlo. Es un temperamento deportivo por esencia. Siente gusto en afirmar. Acepta siempre gozosamente, audazmente, las realidades, los hechos. Se niega a las complacencias del análisis, aunque no carezca de espíritu crítico —en su trabajo, a lo menos—. Pero rechaza, por instinto, la duda que paraliza. Quizá no se equivoque... Para él, la vida no debe ser una discusión intelectual. Nunca dice: «¿Qué hay que pensar?», sino «¿Qué hay que hacer? ¿Cómo obrar útilmente?» Veo muy bien sus fallas; pero son sobre todo defectos de juventud. Ya pasarán. ¿Notaste su voz? Por momentos, todavía se quiebra, como la de un chico; entonces fuerza el tono para lograr las notas graves, las de las personas mayores...

Jacques se había sentado. Escuchaba, sin aprobar.

—Prefiero a los otros dos —confesó—. Jousselin, especialmente, me parece bastante simpático.

—¡Ah! —dijo Antoine riendo—, ése es un tipo que vive en un perpetuo cuento de hadas. Un verdadero temperamento de inventor. Se ha pasado la vida soñando cosas que están en la frontera de lo posible y lo imposible, en ese dominio semirreal en el cual los espíritus como el suyo logran hacer a veces descubrimientos. Y los ha hecho, el bribón. Descubrimientos importantes. Te lo explicaré cuando tengamos tiempo... Boy es muy divertido cuando habla de él. Dice: «Jousselin sólo ha querido ver becerros con tres patas. El día que consienta en mirar un becerro normal, creará haber descubierto un prodigio y gritará en todas partes: ¿Sabe? ¡También hay becerros de cuatro patas!»

Estiró las piernas sobre el diván y cruzó las manos bajo la nuca. Ya ves que he

formado un equipo bastante bueno... Los tres muy diferentes, pero sus espíritus se completan bien... ¿Conocías ya al Califa? Me presta inmensos servicios. Una capacidad de trabajo poco común. ¡Está extraordinariamente dotado, el animal! Hasta diría qué es lo que lo caracteriza: estar dotado. Su fuerza y su límite, a la vez. Lo comprende todo sin esfuerzo; y cada nueva adquisición va a ubicarse en seguida en los cuadros de su cerebro, en casilleros diríase preestablecidos; de suerte que nunca hay desorden alguno en su sesera. Pero siempre he sentido en él algo extraño, indefinible, que procede de la raza, sin duda... No sé cómo decirlo... Sus ideas nunca me han hecho el efecto de salir de él, de formar cuerpo consigo mismo. Es extremadamente curioso. No se sirve de su cerebro como de un órgano que le pertenece, sino más bien como de un instrumento... un instrumento traído de fuera, y que le hubieran prestado...

Mientras discutía miró la hora, y retiró perezosamente las piernas del diván.

«Sin embargo, ha leído los periódicos», se decía Jacques. «¿Entonces no comprendió la gravedad de la amenaza? ¿O habla así para evitar el diálogo?»

—¿Para qué lado vas? —preguntó Antoine, levantándose—. ¿Quieres que te deje en alguna parte, con el auto?... Yo voy al ministerio... al *quai d'Orsay*.

—¿Cómo? —dijo Jacques, intrigado, sin tratar de disimular su sorpresa.

—Tengo que ver a Rumelles —explicó Antoine, sin hacerse rogar—. Oh, no para hablar de política... Ahora debo darle una inyección cada dos días. Por lo general, él viene aquí; pero me hizo telefonar que estaba recargado de trabajo y que no podía salir de su despacho.

—¿Qué piensa de los acontecimientos? —aventuró Jacques.

—No sé. Tengo la intención de interrogarlo un poco... Ven esta noche, te lo contaré... ¿O quieres acompañarme? Estaré con él diez minutos; tú me esperarás en el coche.

Jacques, tentado, reflexionó un segundo y aceptó con un movimiento de cabeza.

Antoine, antes de salir, cerraba con llave los cajones de su escritorio.

—¿Sabes —murmuró— qué hice, hace un instante, al volver? Busqué mi libreta de enrolamiento para leer la fecha de movilización... —No sonreía. Anunció, calmadamente—: Compiègne... ¡Y el *primer día!*...

Los dos hermanos cambiaron una mirada, en silencio. Después de una vacilación, Jacques dijo, gravemente:

—Estoy seguro de que, desde esta mañana, hay millares de tipos en Europa que han hecho como tú...

—Pobre Rumelles —prosiguió Antoine, mientras bajaban la escalera—. Estaba muy cansado al terminar el invierno. Debía salir de vacaciones en estos días. Y, a causa de todas estas historias sin duda, Berthelot le pidió que renunciara a su descanso. Entonces vino a buscarme para que lo ayudara a soportar el golpe. Comencé un tratamiento. Espero que dé resultados.

Jacques no escuchaba. Estaba comprobando que hoy, sin que se explicara por qué,



sentía de nuevo por Antoine un afecto fraternal, lleno de calor\*, pero también de exigencia e insatisfacción.

—¡Ah, Antoine —dijo espontáneamente—, si conocieras mejor a los hombres, a la masa, al pueblo que sufre, qué... diferente serías! —(El acento expresaba: «Cuánto mejor serías... Cuánto más cerca estarías de mí... Qué bueno sería poder quererte...»)

Antoine, que caminaba adelante, se volvió, mortificado:

—¿Crees que no los conozco? ¡Después de quince años de hospital! Olvidas que desde hace quince años, todas las mañanas, durante tres horas, no hago otra cosa que ver hombres... Hombres de todos los medios, obreros de fábricas, la población de los suburbios... ¡Y yo, médico, veo el hombre al desnudo: el hombre despojado por el sufrimiento, de todos los falsos semblantes! ¡Si crees que esta experiencia no vale lo que la tuya!

«No», pensaba Jacques, con obstinada irritación. «No, no es lo mismo.»

Veinte minutos más tarde, cuando Antoine, al salir del ministerio, volvía al auto donde Jacques lo esperaba, su rostro parecía preocupado.

—La cosa está que arde, ahí adentro —gruñó—. Es un enloquecido ir y venir en todos los servicios... Despachos que llegan de todas las embajadas... Se espera con ansiedad el texto de la respuesta que Servia ha de entregar, esta noche... —Y, sin responder a la muda interrogación de su hermano, preguntó—: ¿A dónde vas, ahora?

Jacques estuvo a punto de decir: *A l'Humanité*. Se contentó con responder:

—Al barrio de la Bolsa.

—No puedo llevarte, me retrasaré. Pero, si quieres, te dejo en la plaza de la Ópera.

Apenas sentado, Antoine continuó diciendo:

—Rumelles parece atontado... Esta mañana todos atribuían gran importancia, en el despacho del ministro, a una nota oficiosa de la embajada de Alemania, donde se declaraba que la nota austríaca no era un ultimátum sino tan sólo una «petición de respuesta, a corto plazo». Lo cual, según parece, significaba un montón de cosas en la jerga diplomática: por una parte, que a Alemania le preocupaba atenuar la gravedad de la nota austríaca; por otra parte, que Austria no se negaría a negociar con Servia...

—¿Andan en eso? —dijo Jacques—. ¿Se aterran a semejantes argucias?

—Por lo demás, como Servia parecía dispuesta a capitular casi sin discusión, esta mañana sobre todo, había bastantes esperanzas.

—¿Pero?... —dijo Jacques, impaciente.

—Pero hace un instante acaba de saberse que Servia moviliza trescientos mil hombres; y que el gobierno servio, temiendo permanecer en Belgrado, demasiado cerca de la frontera, se disponía esta tarde a abandonar la capital para refugiarse en el centro del país. De lo cual muchos se inclinan a deducir que la respuesta servia no será una capitulación como se esperaba; y que Servia tiene razones para prever un

ataque brutal...

—¿Y Francia? ¿Tiene la intención de obrar, de tomar una iniciativa cualquiera?

—Rumelles, naturalmente, no puede decirlo todo. Pero, a través de lo que he creído comprender, la opinión predominante hoy entre los miembros del gobierno es que hay que mostrarse muy firme; si es necesario, multiplicar abiertamente los preparativos de guerra.

—¡Siempre política de intimidación!

—Rumelles dice, y se nota que es el santo y seña del día: «En el punto a que han llegado las cosas, Francia y Rusia no tienen posibilidad de contener a los imperios centrales sino mostrándose resueltas a todo». Dice: «Si uno de nosotros retrocede, es la guerra».

—Y todos, naturalmente, abrigan esta segunda intención: «¡Si a pesar de nuestra amenazadora actitud, estallara la guerra, nuestros preparativos nos darían ventaja!»

—Sin duda. Y me parece muy justo.

—¡Pero —exclamó Jacques— los imperios centrales han de razonar igual! Y entonces, ¿a dónde vamos?... ¡Studler tiene razón: esta política belicista es la más peligrosa de todas!

—Hay que atenerse a los hombres del oficio —cortó Antoine, nervioso—. Deben saber mejor que nosotros lo que conviene hacer.

Jacques se encogió de hombros y calló.

El auto se acercaba a la Ópera.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó Antoine—. ¿Te quedas en París?

Jacques hizo un gesto vago:

—No sé...

Abría ya la portezuela. Antoine le tocó el brazo:

—Escucha... —Vacilaba, buscaba las palabras—: Sabrás, o no sabrás, que ahora, cada quince días, el domingo a la tarde recibo a algunos amigos... Mañana Rumelles ha de venir a las tres por su inyección, y me prometió quedarse, aunque más no sea un instante, en la reunión. Si te interesa verlo, serás bienvenido. Dadas las circunstancias, su conversación puede ser instructiva.

—¿Mañana a las tres? —dijo Jacques, evasivo—. Puede ser, sí... Trataré... Gracias.

## XXXVI

EN *l'Humanité* no se sabía más de lo que Jacques conociera por Antoine y Rumelles.

Jaurès se había marchado por veinticuatro horas al Ródano, a fin de apoyar la campaña electoral de su amigo Marius Moutet. Aunque la ausencia del Patrón en esas horas graves causara cierta desazón entre los redactores, el viento que soplaba era más bien optimista. Se esperaba, sin demasiada inquietud, la respuesta al ultimátum. Era creencia común que Servia, bajo la presión de las grandes potencias, se mostraría bastante conciliadora, de modo que Austria ya no tuviera pretexto alguno para considerarse ofendida. Sobre todo, se atribuía gran valor a las repetidas seguridades que el Partido Socialista de Alemania prodigaba a los socialistas franceses; frente al peligro común, el entendimiento parecía realmente total. Además, no cesaban de afluir los informes más alentadores sobre la extensión del movimiento pacifista internacional. En todas partes se intensificaban las manifestaciones contra la amenaza de guerra. Los diversos partidos socialistas de Europa cambiaban activamente opiniones para una acción concertada y enérgica; la idea de una huelga general preventiva parecía tomar cada vez más cuerpo.

Al salir del despacho de Stefany, Jacques se cruzó con Mourlan, que venía en busca de noticias. Después de unas cuantas palabras sobre los acontecimientos, el viejo revolucionario llevó a Jacques a un rincón:

—¿Dónde vives, chico? ¿Sabes que en este momento los inspectores de hospedajes meten la nariz en todas partes?... Gervais acaba de pasar un mal rato. Crabot también.

Jacques no ignoraba que su hotelero del *quai de la Tournelle* era sospechoso; y aunque sus papeles estuviesen en regla, no le interesaba mucho entrar en contacto con La policía.

—Créeme —le aconsejó Mourlan—; no esperes. Múdate esta noche.

—¿Esta noche?

La cosa era hacendera. Acababan de dar las siete y media y la cita con Daniel no sería hasta las nueve. ¿Pero dónde ir?

Mourlan tuvo una idea. Un camarada de *L'Etendard*, viajante de comercio, se ausentaba justamente por una semana. Su cuarto, que alquilaba por año, estaba situado en el último piso de un inmueble de la calle du Jour, en *les Halles*, delante del portal de Saint Eustache; una vieja construcción apacible que no tenía ningún motivo para figurar en las listas policiales.

—Vamos hasta allá —dijo Mourlan—. Es a dos pasos.

El camarada estaba en casa. La cuestión quedó arreglada en el momento. Y antes de que transcurriera una hora, Jacques había llevado allí su ligero equipaje.

Señalaba el reloj las nueve y unos minutos, cuando llegó frente a la estación del Este.

Daniel aguardaba afuera, delante de la entrada del bar. Apenas vio a Jacques, salió a su encuentro con semblante molesto.

—Jenny está aquí —dijo en seguida.

La frente de Jacques enrojeció. Sus labios se entreabrieron para lanzar un «Ah...» imperceptible. En un segundo se le ocurrieron varios proyectos contradictorios. Apartó la cabeza para disimular su turbación.

Daniel creyó que buscaba a la muchacha con la vista:

—Está en el andén —explicó. Y, como si se excusara—: Quiso acompañarme a la estación... No estaba bien hablarle de nuestra cita: no se habría atrevido a venir. Se lo dije hace un momento.

Jacques se había recobrado:

—Voy a dejaros —dijo vivamente—. Quería estrecharte la mano... —Sonrió—. Ya está. Me largo.

—¡Ah, no! —dijo Daniel—. Tengo tantas cosas que decirte... —Y en seguida agregó—: He leído los periódicos.

Jacques alzó los ojos pero no respondió nada.

—Si hubiera una guerra —preguntó Daniel—, ¿qué harías?

—¿Yo? —(Meneando la cabeza parecía decir: «Sería demasiado largo de explicar».)

Calló unos segundos.

—No habrá guerra —afirmó por fin, con toda la fuerza de su esperanza.

Daniel lo miraba atentamente.

—No puedo ponerte al corriente de todo lo que se está preparando —prosiguió Jacques—. Pero créeme. Sé lo que digo. Hay ya en todos los medios populares de Europa tal levantamiento de opinión, tal unión de las fuerzas socialistas que ningún gobierno puede seguir bastante seguro de su autoridad para lanzar a su pueblo a una guerra.

—¿Sí? —murmuró Daniel, visiblemente incrédulo.

Jacques bajó los ojos un segundo. El conjunto de la situación se le presentó de repente. Vio, con una nitidez esquemática, las dos corrientes que, en todos los países, dividían a los partidos socialistas: la izquierda, violentamente hostil a los gobiernos, tratando de actuar cada vez más sobre las masas con fines insurreccionales; la derecha, los reformistas, creyendo en la eficacia de las cancillerías y esforzándose en colaborar con los gobiernos... De repente sintió miedo; tuvo una duda fugaz. Pero ya levantaba los párpados; y con una convicción que, a pesar de todo, conmovió a Daniel, repitió:

—¡Sí!... ¡No tienes idea, creo, del poder actual de la Internacional obrera! Todo está previsto. Todo está preparado para una resistencia tenaz. En todas partes: en Francia, en Alemania, en Bélgica, en Italia... ¡La menor tentativa de guerra sería la señal de una insurrección general!

—Quizá fuera más horrible aún que la guerra —emitió tímidamente Daniel.

El rostro de Jacques se oscureció.

—Nunca he sido partidario de la violencia —confesó después de una pausa—. Sin embargo, entre la eventualidad de una guerra europea y la de una insurrección preventiva, ¿cómo dudar?... Si se necesitaran algunos millares de muertos en las barricadas para impedir la absurda matanza de varios millones de hombres, hay en Europa un buen número de socialistas que no vacilarían más que yo...

«¿Qué hace Jenny?», se preguntaba. «Si su hermano tarda demasiado, ella vendrá...»

—Jacques —exclamó de improviso Daniel—, prométeme... —Calló, sin atreverse a formular su pensamiento—. Tengo miedo por ti —balbuceó.

«Está cien veces más expuesto que yo; y ni por un momento piensa en sí mismo», se dijo Jacques, muy emocionado. Se esforzó por sonreír:

—¡Te lo repito: no habrá guerra!... Sólo que la señal de alerta será violenta, y espero que, esta vez, los pueblos comprendan la advertencia... Volveremos a conversar sobre todo esto algún día, si quieres... Ahora te dejo... Hasta la vista.

—¡No! No te vayas todavía. ¿Por qué?

—Te... están esperando —murmuró Jacques haciendo un esfuerzo; y con la mano indicaba vagamente el interior de la estación.

—Acompáñame al menos hasta el vagón —dijo Daniel, tristemente—. Saludarás a Jenny.

Taime se sobresaltó. Cogido de improviso, miraba a su amigo como un estúpido.

—Vamos, ven —dijo Daniel, tomándolo afectuosamente del brazo. Sacó un billete de la bocamanga—. Saqué una entrada para ti...

«Hago mal en dejarme llevar», se decía Jacques. «Es una estupidez... Tengo que negarme, huir...» Y sin embargo, en el fondo de sí mismo, una turbia, complacencia lo obligaba a seguir a su amigo.

El hall estaba lleno de soldados, de viajeros, de carretillas. Era sábado a la noche, y, para muchos, el comienzo de las vacaciones. Una muchedumbre alegre, ruidosa, se apretujaba delante de las ventanillas. Llegaron a las puertas de los andenes. Bajo la inmensa vidriera, la atmósfera, más oscura, estaba humosa, llena de murmullos. La gente corría en todos sentidos, en una batahola ensordecedora.

—Delante de Jenny, ni una palabra sobre la guerra —gritó Daniel al oído de Jacques.

La muchacha los había distinguido de lejos y se volvió precipitadamente, fingiendo no haberlos visto. Con la garganta seca, la nuca rígida, los sentía aproximarse. Por fin su hermano le tocó el hombro. Ella sacó fuerzas para girar sobre sus talones, para simular sorpresa. A Daniel le sorprendió su palidez. La fatiga, la emoción de la despedida, sin duda, y quizá también el contraste con la ropa negra...

Sin mirar a Jacques, esbozó un saludo con la cabeza; pero delante de su hermano no se atrevió a no tenderle la mano. Anunció, con voz entrecortada:

—Os dejaré solos.

—¡No, de ningún modo! —dijo Jacques, vivamente—. Soy yo quien... Además, no puedo quedarme... Tengo que estar, antes de las diez, en... muy lejos... en la orilla izquierda...

Al lado de ellos, bajo un vagón, un estridente escape de vapor les impedía oírse; una nube insulsa los envolvió.

—Entonces hasta la vista, querido —dijo Jacques, tocando el brazo de su amigo.

Los labios de Daniel se movieron. ¿Había respondido? Una semisonrisa como una mueca levantaba una comisura de su boca; sus ojos, en la sombra del casco, estaban muy brillantes; su mirada, llena de desesperación. Tenía la mano de Jacques apretada entre las suyas. Después, inclinándose de pronto, estrechó torpemente el pecho de su amigo y lo besó. Era la primera vez en su vida.

—Hasta pronto —repitió Jacques. Sin saber bien qué hacía, se desprendió, echó a Jenny una mirada de adiós, inclinó la cabeza, sonrió tristemente a Daniel, y escapó.

Pero cuando hubo atravesado la estación, una fuerza secreta lo detuvo en el borde de la acera.

En la falsa luz del crepúsculo, la plaza, salpicada de globos eléctricos, surcada de vehículos, se extendía frente a él: zona de demarcación entre dos universos. Más allá, lo aguardaba su vida de militante, dispuesta a absorberlo de nuevo; también su soledad. Mientras se demoraba aquí, en la estación, había otras cosas posibles. ¿Qué? No sabía, no quería precisar. Le parecía tan sólo que cruzar esa plaza era casi rechazar un ofrecimiento del destino, renunciar para siempre a alguna posibilidad maravillosa.

Cobardemente, con las piernas flojas, sólo trataba de retardar la decisión. Varias carretillas de equipajes, vacías, se alineaban a lo largo de la pared. Eligió una y se sentó. ¿Para reflexionar? No. Era incapaz; demasiado apático y demasiado ansioso a la vez. Con la espalda encorvada, los brazos colgando entre las rodillas, el sombrero echado sobre la nuca, los ojos en el suelo, respiraba ruidosamente sin pensar en nada.

Sin duda, de no haber intervenido el azar, habría permanecido largo tiempo allí, inmóvil; y, por fin descansado, se hubiera repuesto; y, cediendo de nuevo ni ritmo afiebrado de su vida, habría corrido a *l'Humanité* para conocer el texto de la respuesta servía... Entonces, todo un mundo de posibilidades se hubiera cerrado para siempre frente a él... Pero intervino el azar: un mozo de cordel necesitaba las carretillas. Jacques se levantó, miró al hombre, luego el reloj, y sonrió extrañamente.

Casi con pesar, como obedeciendo a un fortuito impulso, volvió sin prisa a la estación, sacó un billete, atravesó el hall y se encontró frente al andén de salida.

## XXXVII

EL expreso de Estrasburgo no había salido. En la parte posterior, las tres linternas del furgón brillaban, inmóviles. Daniel y Jenny, perdidos en la multitud, eran invisibles.

Las nueve y veintiocho. Las nueve y treinta. En el andén, un remolino agitó el hormiguero. Se oían los últimos golpes de las portezuelas. La locomotora silbó. En la luz amarillenta de las lámparas de arco, espesas bocanadas blancas subían hacia la vidriera. La fila de vagones iluminados se estremeció. Hubo chirridos y algunos choques sordos. Jacques, en pie, clavaba los ojos en el furgón de cola todavía inmóvil, y que, al fin, se conmovió. Las tres luces rojas, al alejarse, desenmascararon los rieles; lentamente, el tren que se llevaba a Daniel se hundió en las tinieblas.

«¿Y ahora?», se dijo Jacques, creyendo de buena fe que aún dudaba sobre lo que haría.

Se había adelantado hasta el comienzo del andén. Miraba venir hacia él la ola de gente que, apenas partió el expreso, ganaba la salida. Al pasar bajo los globos eléctricos, los rostros, por un instante, adquirirían vida antes de perderse de nuevo en la penumbra.

—Jenny...

Cuando la reconoció, de lejos, su primer movimiento fue huir, ocultarse. Pero la vergüenza no resultó la más fuerte; se acercó, al contrario, para cruzarse en su camino.

Jenny venía derecho hacia él. Su rostro mostraba aún la burila de la separación. Caminaba rápido, sin ver nada.

Bruscamente, a dos metros, lo distinguió. Jacques vio cómo se crispaban sus facciones por el choque, y cómo, al igual que la otra noche en casa de Antoine, un breve fulgor de espanto dilataba sus pupilas.

Al principio a Jenny no se le ocurrió la idea de que él hubiera tenido la desvergüenza de esperarla; creyó que estaba allí, retrasado por casualidad. Su único pensamiento fue apartar los ojos, evitar el encuentro. Pero estaba presa en la corriente, y obligada a pasar delante de él. Jenny sintió que Jacques la miraba fijamente y comprendió entonces que se había apostado allí, por ella. Cuando llegó a su lado, Jacques se quitó maquinalmente el sombrero. Ella no respondió a su saludo y, con la cabeza baja, tropezando un poco, deslizándose entre los viajeros que la precedían, se dirigió con decisión hacia la salida. Se contenía para no correr. Su único propósito era estar lo más pronto posible fuera de alcance; fundirse en la multitud, llegar al subterráneo, enterrarse en él.

Jacques se había vuelto para seguirla con los ojos, pero permanecía clavado en su sitio. «¿Y ahora?», se dijo de nuevo. Había que tomar una decisión. El minuto era decisivo... «¡Ante todo, no perderla!»

Se lanzó en su seguimiento.

Los viajeros, los mozos de cuerda, las carretillas obstruían el camino. Tuvo que

dar un rodeo para evitar una familia agachada sobre su equipaje; tropezó con la rueda de una bicicleta. Cuando buscó a Jenny con los ojos, había desaparecido. Corrió serpenteando. Se empinaba sobre las puntas de los pies para escudriñar con mirada huraña en aquella aglomeración de espaldas que se movían. Por fin, milagrosamente, en el rebaño que se apretujaba hacia la salida reconoció el velo negro, los hombros estrechos... No perderla de nuevo... ¡Tener el arpón de su rusta clavado en ella!

Pero Jenny llevaba la delantera. Mientras él pataleaba sin avanzar, bloqueado por la multitud, la vio franquear la ventanilla, atravesar el hall, doblar hacia la derecha en dirección al subterráneo. Loco de impaciencia, se abrió paso con los codos, atropelló a la gente, llegó a la ventanilla, se metió en la escalera del subterráneo. ¿Dónde estaba Jenny? De repente la vio en los peldaños inferiores. En pocos saltos acertó la distancia.

«¿Y ahora?», se dijo una vez más.

Estaba muy cerca. ¿Abordarla? Dio otro paso y se encontró justo detrás de ella. Entonces, con voz sofocada pronunció su nombre:

—Jenny...

Ella se creía a salvo. Este llamado, brutal como un golpe entre los hombros, la hizo tambalear.

Jacques repitió:

—¡Jenny!

Como si no hubiera oído, la muchacha partió como una flecha. El terror la espoleaba. Pero su corazón era ahora tan pesado que le parecía semejante a esos fardos intrasportables que se arrastran en sueños y que paralizan las huidas...

Al final de la galería se abría una escalera casi desierta. Por ella se precipitó, sin ocuparse de la dirección. Una barandilla reducía a la mitad la anchura de los peldaños. Abajo, Jenny distinguía la portezuela de acceso al andén, y el empleado que picaba los billetes. Con mano febril, hurgó en su bolso. Jacques vio el ademán. ¡Ella tenía billete, él no! Sin entrada no lo dejarían franquear el torniquete; ¡si Jenny llegaba a la portezuela, no la atraparía! Sin vacilar, tomó impulso, la alcanzó, pasó delante de ella y, volviéndose, le cerró brutalmente el paso.

Ella comprendió que le había atrapado. Sus piernas vacilaron. Pero hizo frente y lo miró.

Jacques estaba allí, atravesado en el camino, con el sombrero puesto, rojo, las facciones hinchadas, la mirada descarada y fija; parecía un malhechor o un alienado...

—¡Quiero hablarle!

—¡No!

—¡Sí!

Jenny lo miraba sin demostrar nada de su miedo; sus pupilas pálidas, dilatadas, sólo expresaban rabia y desdén.

—¡Váyase! —gritó en voz baja, sofocada y ronca.



Permanecieron unos segundos inmóviles, frente a frente, ebrios de violencia, cruzando sus miradas rencorosas.

Pero obstruían el estrecho pasaje; los viajeros, apresurados, se colaban entre ellos, refunfuñando, y se volvían en seguida, intrigados. Jenny lo advirtió. En seguida perdió fuerzas. Antes ceder que prolongar este escándalo... Él era el más fuerte; ella no se sustraería a una explicación. ¡Por lo menos, allí no, bajo la mirada de los curiosos!

Pió una brusca media vuelta y, deshaciendo camino, subió precipitadamente los peldaños.

Jacques la siguió.

Se encontraron de pronto fuera de la estación.

«Llame un taxi o salte a un tranvía, subo con ella», se dijo Jacques.

La plaza estaba muy iluminada. Jenny, osadamente, se metió entre los coches. Él también. Evitó a duras penas un autobús, y oyó las injurias del conductor. Con la vista clavada en la silueta fugitiva, se burlaba del peligro. Nunca, se había sentido tan seguro de sí mismo.

Jenny llegó por fin a la acera y se volvió. Él estaba allí, a pocos metros. No conseguiría escapar; había tomado una resolución. Ahora casi deseaba poder gritarle su desprecio para terminar. Pero ¿dónde? No en esa baraúnda...

Conocía mal el barrio. Un bulevar subía hacia la derecha. Hervía de gente. Sin embargo se metió, a la ventura.

«¿A dónde va?», se preguntaba Jacques. «Es una idiotez...»

Sus sentimientos habían cambiado; la confusión y la piedad sustituían la maligna excitación que lo poseyera hace un instante.

De pronto, la muchacha vaciló. A la izquierda se abría una callejuela estrecha, desierta, que la masa de un edificio llenaba de sombra. Deliberadamente, Jenny se metió allí.

¿Qué liaría él? Lo sintió acercarse. Iba a hablar... El oído atento, los nervios de punta, Jenny se aprestó: a la primera palabra, se volvería, dando por fin libre curso a su cólera.

—Jenny... Le pido perdón...

¡La única palabra que no esperaba!... Esa voz humilde, patética... Creyó desfallecer...

Se detuvo y apoyó la mano en la pared. Largo rato permaneció inmóvil, sin aliento, cerrados los ojos.

Jacques no avanzaba. Se había descubierto.

—Si usted lo exige, la dejo... Me voy en seguida, sin decir una palabra más. Se lo prometo...

Ella no entendía el sentido de las palabras hasta unos segundos después de haberlas oído.

—¿Quiere que me vaya? —prosiguió Jacques, a media voz.

Jenny pensó: «¡No!», y de repente se quedó confusa frente a sí misma.

Sin esperar a que ella respondiera, Jacques repitió, varias veces, muy bajo: «Jenny...» Y la inflexión de la voz era tan dulce, tan compasiva, tan tímida, que equivalía a la más tierna confesión.

La muchacha no se engañó. En la oscuridad, levantó una furtiva mirada hacia ese rostro ansioso y decidido. Una bocanada de felicidad le anudó la garganta.

Él preguntó de nuevo:

—¿Quiere que la deje?

Pero la entonación era muy diferente; ahora estaba seguro de que no lo echaría sin haberlo escuchado.

Ella se encogió brevemente de hombros, y por instinto, su semblante adquirió una frialdad despreciativa, la única máscara que podía, por unos instantes aún, salvaguardar su orgullo.

—Jenny, déjeme hablarle... Es necesario... Se lo ruego... Después me iré... Venga hasta la plaza que está delante de la iglesia... Allí por lo menos podrá sentarse... ¿Quiere?

Jenny sintió pasar sobre sí una mirada insistente que la turbó más aún que la voz. ¡Qué resuelto parecía a descifrar sus secretos!

No tuvo fuerzas para responder. Pero con un movimiento rígido, como si todavía sólo cediera a la violencia, se apartó de la pared, y con el busto erguido, los ojos clavados adelante, reanudó la marcha con paso de sonámbula.

Jacques permanecía a su lado, silencioso, ligeramente apartado. Al paso de la muchacha se desprendía, por momentos, un perfume fresco, apenas perceptible, que él respiraba con el aire tibio de la noche. La emoción, el remordimiento, le hacían asomar lágrimas a los ojos.

Sólo esta noche consentía en confesarse a sí mismo qué arrepentida humildad, qué necesidad de perdón y de amor lo atenaceaban en secreto desde la reaparición de Jenny. ¿Se lo diría? Jenny no iba a creerlo. Él sólo le había demostrado violencia y grosería... ¡Nadie podría borrar jamás la ofensa de esta inconveniente persecución!

## XXXVIII

SUBIERON a la glorieta, situada frente al pórtico de la iglesia Saint-Vincent de Paul. Abajo, en la plaza La Fayette, pasaban escasos vehículos. El lugar estaba desierto, pero bañado por una apacible luz que le quitaba todo carácter clandestino.

Jacques orientó sus pasos hacia el banco más iluminado. Ella se dejó llevar; y se sentó por propia voluntad, con decisión —naturalidad fingida, pues las piernas ya no la sostenían—. A pesar del rumor de la ciudad a su alrededor, Jenny se sentía envuelta en ese silencio opaco, cargado de electricidad que precede las tormentas; algo grave, terrible amenazaba; algo que no dependía de ella, que quizá ni siquiera dependía de él, y que iba a estallar de pronto...

—Jenny...

Esta voz humana le pareció una liberación. Esta voz era tranquila; dulce, casi bienhechora.

Jacques arrojó su sombrero sobre el banco; permanecía en pie, a cierta distancia de Jenny. Y hablaba. ¿Qué decía?

—... ¡Nunca he podido olvidarla!

Una palabra subió a los labios de Jenny: «¡Embustero!» Pero calló, la vista clavada en el suelo.

Repitió con fuerza:

—Nunca. —Y después de una pausa que pareció muy larga, agregó, en voz más baja—: ¡Y usted tampoco!

Esta vez, ella no pudo reprimir un ademán de protesta.

Jacques prosiguió tristemente:

—¡No!... Usted me ha detestado, sí, es posible. ¡Y yo me detesto a mí mismo por lo que he hecho!... Pero *olvidado*, no: no hemos cesado, en secreto, de defendernos el uno del otro.

Jenny no podía articular una sílaba. Para que, al menos, él no se equivocara sobre su silencio, con toda la energía que le quedaba sacudió negativamente la cabeza.

Jacques se acercó de pronto:

—Seguramente usted no me perdonará jamás. No lo espero. Sólo le pido que me comprenda. Que me crea, si le digo, con los ojos fijos en sus ojos: ¡Cuando partí, hace cuatro años, *era necesario*! ¡Frente a mí mismo, no podía hacer otra cosa!

Había puesto, a pesar suyo, en estas últimas palabras, el estremecimiento de la evasión, de la libertad.

Jenny no se movía y clavaba una mirada dura en la grava.

—Lo que he llegado a ser, durante todos estos años... —comenzó, con un gesto evasivo—. ¡Oh! No es que trate de ocultarle nada. ¡No! Mi más profundo deseo, al contrario, sería poder decírselo todo, todo...

—¡Yo no le pido nada! —exclamó ella, recuperando, con la palabra, ese tono

cortante que la hacía inaccesible.

Un silencio.

—Qué lejos de mí la siento en este momento —suspiró Jacques. Y después de una nueva pausa, con desarmante sencillez, confesó—: Yo me siento tan cerca, tan cerca de usted...

La voz había adquirido de nuevo esa entonación cálida, persuasiva... Jenny se sintió de improviso dominada por el miedo. Se vio sola con Jacques, en ese lugar apartado, nocturno. Esbozó un movimiento para levantarse, para huir.

—No —dijo Jacques, haciendo un ademán autoritario—. No, escúcheme. Nunca me hubiera atrevido a acercarme a usted después de lo que hice. Pero estamos aquí. Usted está aquí. El azar nos ha puesto de nuevo, desde hace ocho días, frente a frente... ¡Ah, si pudiera leer en el fondo de mí mismo, esta noche! ¡Cuenta tan poco para mí, en este momento, mi partida y esos cuatro años, y aun... —es monstruoso lo que voy a decir— y aun todo el daño que pude hacerle! Sí, todo eso cuenta tan poco comparado con lo que siento... ¡Todo eso para mí ya no es nada, Jenny, nada, puesto que está usted aquí y yo le hablo al fin! Usted no puede adivinar lo que pasó en mí, el otro día, en casa de mi hermano, cuando volví a verla...

«¡Y en mí!», se dijo ella involuntariamente. Pero en ese instante sólo pensaba en su desazón de los últimos días para condenar su debilidad y renegar de ella.

—Mire —dijo Jacques—, no quiero mentirle, le hablo como a mí mismo: hace una semana sin duda no me hubiera atrevido a decir que durante estos cuatro años no cesé de pensar en usted. Quizá no lo sabía. Ahora lo sé. Ahora comprendo eso tan doloroso que llevaba a cuestas, siempre, a todas partes: una nostalgia profunda, una herida. Era... Era su ausencia, mi nostalgia de usted. Era la mutilación que yo me había causado y que nada podía cicatrizar. ¡Ahora lo veo claro gracias a la luz que se ha hecho en mí, de pronto, apenas usted volvió a ocupar su lugar en mi vida!

Jenny escuchaba mal. Estaba muy aturdida. El latido de sus arterias le llenaba la cabeza de un ruido ensordecedor. En torno todo era esfumado y vacilante: los árboles, las fachadas de las casas. Pero cuando levantaba un segundo la frente y sus ojos se cruzaban con los de Jacques, conseguía afrontar su mirada sin ceder; y su silencio, su expresión, el porte de su cabeza, parecían decir: «¿Cuándo dejará de hacerme tanto daño?»

Él seguía hablando en el silencio sonoro.

—Usted calla. No adivino sus pensamientos. Me da lo mismo. ¡Sí, es cierto; casi me da lo mismo lo que usted piense de mí, a tal punto estoy seguro de que, si me escuchara, podría convencerla! ¿Acaso puede negarse la evidencia? Tarde o temprano, tarda o temprano, usted comprenderá. Me siento con fuerzas, con paciencia, para reconquistarla... Durante toda mi infancia, mi universo giró a su alrededor, Jenny; yo no podía imaginar mi porvenir sino unido al suyo, aunque fuera contra su voluntad. Contra su voluntad, como esta noche. ¡Pues siempre ha sido usted un poco... severa conmigo, Jenny! Mi carácter, mi educación, mi brusquedad, todo

en mí le desagradaba. ¡Años enteros opuso a mis avances una especie de antipatía que me hacía más torpe, más antipático aún! ¿Es cierto?

«Es cierto», pensó ella.

—Pero ya en aquel tiempo casi me daba lo mismo su antipatía... Como esta noche... ¿Podía importar comparado con lo que yo experimentaba, comparado con ese sentimiento tan fuerte, tan obstinado... y tan natural, tan central que durante mucho tiempo yo mismo no supe o no me atreví a darle su verdadero nombre? —Le temblaba la voz, anhelante—: Recuerdo... Aquel hermoso verano... ¡Nuestro último verano en Maisons!... ¿No comprendió usted, aquel verano, que hay una fatalidad sobre nosotros? ¿Y que no le escaparemos?

Cada recuerdo despierto suscitaba otros, y la turbaban tan profundamente que la asaltó de nuevo la tentación de huir para no oírlo más. Y sin embargo, escuchaba sin perder una sílaba. Estaba tan anhelante como él y concentraba su energía en dominar su respiración, para no traicionarse.

—Cuando ha habido entre dos personas lo que hubo entre nosotros, Jenny —esa atracción, esa promesa, esa inmensa esperanza—, pueden pasar cuatro, diez años, ¿qué importa? Eso no se borra... No, eso no se borra —prosiguió, bruscamente. Y en voz baja, como una confidencia—. ¡Eso no hace sino crecer y arraigarse, sin que uno lo sepa siquiera!

Jenny se sintió tocada en lo más íntimo, como si él acabara de descubrir un lugar doloroso, una llaga oculta, apenas conocida por ella misma. Echó la cabeza un poco hacia atrás y apoyó la mano en el banco, con el brazo rígido para mantener el busto recto.

—Y usted sigue siendo la Jenny de aquel verano. Estoy seguro, no me equivoco. ¡La misma! Sola, como antes. —Vaciló—: ¡Nada feliz... como antes!... Y también yo soy el mismo. Solo; tan solo como antes... ¡Ah, estas dos soledades, Jenny!... ¡Estas dos soledades que, cada una por su lado, desde hace cuatro años se hunden desesperadamente en la oscuridad! ¡Y que de repente se encuentran! Y que ahora tan bien podrían...

Se interrumpió un segundo. Y, violentamente:

—Recuerdo aquel último día de septiembre, cuando hice acopio de todo mi valor para decirle, como esta noche: «Tengo que hablarle». ¿Recuerda? Aquella mañana, a la orilla del Sena, con nuestras bicicletas... Como esta noche, era yo quien hablaba... Como esta noche, usted no respondía... Pero había venido. Y me escuchaba como esta noche... Yo adivinaba su consentimiento... Teníamos los ojos llenos de lágrimas...

Y cuando callé, nos separamos, en seguida, sin poder mirarnos... ¡Ah, qué gravedad en aquel silencio! ¡Qué tristeza! ¡Pero una tristeza resplandeciente, resplandeciente de esperanza!

Esta vez, Jenny se enderezó bruscamente:

—Sí... —exclamó ella—. ¡¡Y tres semanas después!!...

La frase concluyó en un ahogo. Pero, inconscientemente, se servía de su cólera para enmascarar a sus propios ojos el vértigo que la ganaba.

¡Este grito de reproche, que era una confesión, acababa de barrer de golpe todo lo que, hasta entonces, subsistía en Jacques de temor o incertidumbre! Lo invadió una alegría intensa.

—Ah, Jenny —continuó con voz temblorosa—, también tendré que explicarle aquello, aquella brusca partida... Oh, no quiero buscar excusas. Cedí a un arranque de locura. ¡Pero yo era tan miserable! ¡Mis estudios, mi vida familiar, mi padre!... Y también otra cosa...

Pensaba en Gise. ¿Podía esa misma noche?... Le pareció que avanzaba a tientas al borde de un largo precipicio.

Repitió en voz muy baja:

—También otra cosa... Se lo explicaré todo. Quiero ser sincero con usted. Totalmente sincero. ¡Es tan difícil! Cuando se habla de uno mismo, es inútil, nunca se dice toda la verdad... Esas fugas, esa necesidad de liberarme rompiendo con todo, son una cosa terrible, son como una enfermedad... ¡He aspirado toda mi vida a la calma, a la serenidad! Imagino siempre que los demás me apresan; que si escapara de ellos, si consiguiera reanudar, en otra parte, lejos, una vida enteramente nueva, ¡alcanzaría al fin esa serenidad! Pero escúcheme, Jenny: ¡estoy seguro, hoy, de que si existe en el mundo un ser que puede curarme, fijarme... es usted!

Ella se volvió por segunda vez, con la misma violencia:

—¿Acaso lo retuve, hace cuatro años?

Jacques sintió que chocaba con algo duro que estaba y seguía estando siempre en ella. También antes, aun en las horas tan raras en que sus naturalezas dispares parecían armonizar un instante, tropezaba sin cesar con esa secreta dureza.

—Es cierto... Pero... —Vaciló—: Deje que me atreva a decirle todo lo que pienso: ¿qué había hecho usted, hasta entonces, para retenerme?

«¡Ali!» pensó ella de pronto, «¡seguramente hubiera intentado algo, de haber sabido que quería partir!»

—¡Comprenda bien: no trato de atenuar mi falta! No. Sólo quiero... —(Su semisonrisa, la suavidad de su voz, parecían, de antemano, pedir perdón por lo que iba a decir)—: ¿Qué había obtenido de usted? ¡Tan poco!... De vez en cuando, una mirada menos severa, una actitud menos esquiva, menos reservada. A veces, una palabra que traicionaba un poco de confianza. Eso es todo... ¡Entre cuántas reticencias, reconciliaciones y rechazos! ¿Es cierto? ¿Me dio usted alguna vez el menor aliento capaz de contrabalancear ese impulso maldito que me arrastraba a lo desconocido?

Ella era demasiado leal para no reconocer la justeza de ese reproche. Al punto que en ese momento le hubiera aliviado poder acusarse también. Pero Jacques acababa de sentarse a su lado; se endureció bruscamente.

—Todavía no le he dicho toda la verdad...

Jacques había murmurado estas últimas palabras con una voz diferente, angustiada, tan grave y al mismo tiempo tan resuelta que ella se echó a temblar.

—Cómo explicarle una cosa tan... Sin embargo no quiero mantener nada, nada secreto hoy... Había en aquel momento, en mi vida, otra persona. Un ser delicado, encantador... Gise...

Jenny sintió que una punta se le clavaba en el corazón. No obstante, la espontaneidad de esta confesión —*que él hubiera podido no hacer*— la emocionó tanto, que casi olvidó su dolor. Jacques no le ocultaba nada: ¡podía abandonarse a la confianza! Una suerte de alegría se apoderó de ella. Intuyó que por fin llegaba a la liberación, que por fin podría renunciar a esa resistencia inhumana que la ahogaba.

En el momento en que el nombre de Gise acudió a sus labios, Jacques debió rechazar un extraño llamado, un impulso de aquella turbadora ternura que creía extinguida hacía tiempo. Sólo duró un segundo: última llama de un fuego bajo las cenizas que tal vez había esperado esa noche para acabar de morir.

Prosiguió:

—Lo que yo sentía por Gise, ¿cómo explicarlo? Las palabras desnaturalizan... Un atractivo, un atractivo inconsciente, superficial... hecho sobre todo de recuerdos de infancia... No, no es decir bastante, no quiero renegar de nada, no debo ser injusto con lo que ha sido... Su presencia era mi única alegría en la casa. Es un carácter exquisito, ¿sabe?... Un corazón cálido, lleno de espontaneidad... Debería haber sido para mí como una hermana... Pero —prosiguió, con una voz que se estrangulaba al final de cada frase— le debo la verdad, Jenny: ¡lo que yo sentía por ella ya no tenía nada de... fraternal, ya no tenía nada de... puro! —Calló y agregó, en voz muy baja —: Era a usted a quien quería yo con un amor fraternal, con un amor *puro*. Era a usted a quien quería yo como a una hermana... ¡Como a una hermana!

Era tan punzante evocar esos recuerdos esa noche, que bruscamente sus nervios lo traicionaron. Un sollozo que no supo ni prever ni ahogar, le destrozó la garganta. Bajó la cabeza y ocultó la cara entre las manos.

Súbitamente, Jenny se puso en pie y se apartó un paso. Esta inesperada debilidad le chocaba pero la trastornaba también. Y por primera vez se preguntó si no se había equivocado, hasta entonces, en sus cargos contra Jacques.

Él no la había visto levantarse. Cuando advirtió que Jenny había abandonado el banco, creyó que se le escapaba, que se marcharía. Sin embargo no hizo un movimiento; doblado sobre sí mismo, continuó llorando. ¿Tuvo en aquel instante, por un desdoblamiento semiconsciente, semipérfido, la intuición del partido que podía sacar de esas lágrimas?

Jenny no se alejaba. Permanecía allí, desconcertada. Clavada por su pudor, por su orgullo, pero estremecida de compasión y de ternura, luchaba desesperadamente contra sí misma. Al fin consiguió dar el paso que la separaba de Jacques. Distinguía, a la altura de sus rodillas, la cabeza inclinada, hundida en las manos. Entonces, desmañadamente, adelantó el brazo y sus dedos rozaron un hombro, que se

sobresaltó. Antes de que Jenny pudiera hacer un movimiento de retroceso. Jacques había tomado su mano y retenía a la muchacha delante de él. Dulcemente, apoyó la frente contra el vestido. Este contacto la quemaba. Una voz interior, apenas perceptible, le advirtió por última vez, que se hundía en un abismo temible; que era un error querer, un error querer justamente a ése... Se crispó, se endureció pero no retrocedió. Con espanto, con delicia, aceptó lo inevitable, su destino. Ahora, ya nada la liberaría.

Jacques adelantó los brazos para abrazarla, pero se contentó con tomar entre las suyas las dos manos enguantadas de negro. Y por esas manos que ella consentía ahora en abandonarle, la atrajo hacia el banco y la obligó a sentarse.

—Sólo usted... Sólo usted puede darme ese apaciguamiento interior que nunca he conocido y que encuentro, esta noche, a su lado...

«Yo también», se dijo Jenny. «Yo también...»

—Tal vez alguien le haya dicho alguna vez que la quería —prosiguió con una voz mate pero que a los oídos de Jenny tenía justo bastante resonancia para alcanzarla, descender en ella, causarle un turbador y deleitable destrozo—. ¡Pero de lo que estoy seguro es de que nadie podrá entregarle un sentimiento igual al mío, tan profundo, tan antiguo y tan vivo, a despecho de todo!

Jenny no respondió. Estaba extenuada de emoción. Sentía, minuto tras minuto, que Jacques se adueñaba cada vez más de ella; y, recíprocamente, que él le pertenecía cada vez más, en la medida misma en que ella cedía a su amor.

Jacques repitió:

—¿Tal vez usted quiso a alguien? No sé nada de su vida.

Jenny alzó entonces hacia él sus ojos pálidos, asombrados, tan límpidos que él lo hubiera dado todo en el mundo, en ese minuto, para borrar hasta el recuerdo de su pregunta.

Simplemente, con el tono firme y cándido con que hubiera comprobado un fenómeno físico indiscutible, Jacques declaró:

—Nadie fue amado nunca como usted lo es por mí... —Y, después de una pausa—: ¡Siento que toda mi vida sólo ha sido la espera de esta noche!

Jenny no respondió en seguida. Por fin, con voz entrecortada, con una voz gutural que él no le conocía, murmuró:

—Yo también, Jacques.

Jenny se apoyó en el respaldo del banco y permaneció inmóvil, con la nuca un poco hacia atrás, los ojos abiertos a la noche. En una hora había cambiado más que en diez años; la certidumbre de ser amada le forjaba un alma nueva.

Cada uno de ellos sentía contra su hombro, contra su brazo, el viviente calor del otro. Oprimidos, pestañeando, con el corazón tumultuoso, callaban, espantados de su aislamiento, del silencio, de la noche; espantados de su felicidad, como si esa felicidad no fuera una conquista sino una capitulación frente a fuerzas oscuras.



De repente, arriba, en el tiempo suspendido, el reloj de la iglesia llenó el espacio con sus martillazos insistentes.

Jenny hizo un esfuerzo para incorporarse.

—¡Las once!

—¡No irá usted a abandonarme, Jenny!

—Mamá ha de estar inquieta —dijo ella, desesperada.

Jacques no intentó retenerla. Hasta experimentó un extraño y nuevo placer al renunciar por ella a lo que más había deseado: guardarla a su lado.

Los dos juntos, sin hablar, bajaron los peldaños hasta la plaza La Fayette. Al llegar a la acera, un taxi que andaba merodeando, se detuvo delante de ellos.

—Por lo menos —dijo Jacques— permítame acompañarla.

—No. 7.

El acento era triste, tierno y firme a la vez. Y de repente, para excusarse, le sonrió. Era la primera vez, después de mucho tiempo, que él la veía sonreír.

—Necesito estar un rato sola, antes de ver a mamá...

Jacques se dijo: «Poco importa», y a él mismo le sorprendió que esta separación les fuera posible, sin más esfuerzo.

Jenny había dejado de sonreír. En sus facciones finas se leía cierta expresión de angustia, como si la garra antigua del sufrimiento siguiera clavada en esta felicidad demasiado nueva.

Tímidamente, propuso:

—¿Mañana?

—¿Dónde?

Ella respondió, sin vacilar:

—En casa. No me moveré. Lo espero.

Jacques estaba un poco asombrado, a pesar de todo. Y en seguida pensó, con un sentimiento de orgullo, que no tenían que ocultarse.

—En su casa, sí... Mañana...

Jenny desprendió dulcemente sus dedos que él apretaba demasiado fuerte. Inclino la cabeza y desapareció en la sombra del coche, que arrancó.

Y bruscamente, Jacques pensó:

«La guerra...»

El universo, de improviso, había cambiado de luz, de temperatura. Con los brazos colgando, los ojos clavados en el auto que ya perdía de vista, luchó un instante contra una mortal sensación de miedo; la ansiedad que pesaba esa noche sobre Europa parecía haber esperado, para alcanzarlo, para apoderarse de él, a que estuviera de nuevo vacío, solo.

—¡No, la guerra no! —murmuró, crispando los puños—. ¡La revolución!

Para este amor que comprometía toda su vida, necesitaba más que nunca un mundo nuevo de justicia y de pureza.

## XXXIX

JACQUES se despertó sobresaltado. Ese cuarto miserable... Atontado, guiñaba los ojos en la luz, esperando recobrar la memoria.

Jenny... La plaza de la iglesia... Las Tullerías... Este hotelito para viajeros, donde había venido a dar, al alba, detrás de la estación d'Orsay...

Bostezó, echó una mirada al reloj: «¡Las nueve ya!» Se sentía cansado. Sin embargo, saltó de la cama, bebió un vaso de agua, examinó en el espejo su semblante fatigado, sus ojos brillantes y sonrió.

Había pasado la noche afuera. A eso de las doce se encontró, sin saber bien cómo, delante de *l'Humanité*. Entró y subió unos escalones. Pero en mitad del camino, dio una media vuelta. Los telegramas de los periódicos de la tarde, leídos rápidamente bajo un farol después de la partida de Jenny, lo habían puesto al corriente de las noticias de última hora. Le faltaba valor para afrontar los comentarios políticos de sus camaradas. Romper la tregua que se había concedido, dejar que lo trágico de los acontecimientos destrozara la gozosa confianza que, esta noche, le embellecía tanto la vida... ¡No!... Entonces partió, a la ventura, en la noche cálida, la cabeza sonora, el alma de fiesta. La idea de que, en ese gran París nocturno, nadie sino Jenny conocía el secreto de su felicidad, lo exaltaba. Por primera vez quizá, se sentía liberado del fardo de soledad que arrastraba consigo a todas partes, desde siempre. Caminaba sin rumbo fijo, con paso rápido, ligero, danzante, como si sólo el ritmo de la marcha pudiera expresar su alegría. El pensamiento de Jenny no lo abandonaba. Se repetía sus palabras, vibraba entero a su eco, escuchaba aún las menores inflexiones de su voz. No es decir bastante que esta presencia no lo abandonaba: vivía en él; estaba acaparado por ella, al punto que se sentía desposeído de sí mismo, al punto que el aspecto de las cosas, el sentido mismo del universo se hallaban transformados, espiritualizados... Mucho más tarde llegó cerca del pabellón de Marsan, a esa parte de las Tullerías que permanece abierta de noche. Los jardines, completamente desiertos a esa hora, se ofrecían como un asilo. Se acostó en un banco. Del césped, de los estanques se elevaba un perfume fresco que atravesaba, por efluvios, el olor de las petunias, de los geranios. Jacques temía dormirse, no quería cesar de saborear su alegría. Y permaneció allí, mucho tiempo, hasta las primeras luces del alba, sin pensamiento preciso, con los ojos abiertos al cielo donde palidecían poco a poco las estrellas, penetrado de un sentimiento de grandeza y de paz tan puro, tan vasto que no recordaba haber experimentado nunca nada parecido.

Apenas salió del hotel, buscó un quiosco de periódicos. Toda la prensa de ese domingo 26 de julio reproducía, bajo títulos indignados el telegrama de Havas relativo a la respuesta servia, y protestaba, con una unanimidad que traicionaba una orden del gobierno, contra la amenazadora gestión hecha en el *quai d'Orsay* por M. de Schoen.

La sola vista de los titulares, el olor a tinta que daban esas hojas aún húmedas, despertó en 61 al militante. Saltó a un autobús para llegar más pronto a *l'Humanité*.

A pesar de la hora matinal, una animación desacostumbrada reinaba en las oficinas. Gallot, Pagès, Stefany, estaban ya en sus puestos.

Acaban de recibirse detalles desconcertantes sobre los acontecimientos balcánicos. La víspera, a la hora fijada por el plazo del ultimátum, Pachitch, presidente del Consejo, llevó la respuesta servia al barón Giesl, ministro de Austria en liderado. Esta respuesta no sólo era conciliadora; era una capitulación. Servia consentía en todo: aceptaba condenar públicamente la propaganda servia contra la monarquía austro-húngara, e insertar esta condena en su *Diario oficial*; se comprometía a disolver la sociedad nacionalista *Norodna Obrana*, y aun a eliminar de los cuadros del ejército a los oficiales considerados sospechosos de acción anti-austriaca. Tan sólo solicitaba un suplemento de información sobre la forma literal a dar al texto del *Diario oficial*, y sobre la composición del tribunal encargado de señalar a los oficiales sospechosos. Reservas ínfimas que no podían dar motivo de queja. Sin embargo, como si la legación austriaca hubiera recibido la orden de romper, a toda costa, las relaciones diplomáticas, con el fin de que fuera inevitable una sanción por las armas, apenas Pachitch tuvo tiempo para llegar a su ministerio, recibió de Giesl el pasmoso aviso de que «la respuesta servia era juzgada insuficiente», y que la legación austriaca en pleno abandonaba esa misma noche el territorio servio. Al instante, el gobierno servio que, por prudencia, había procedido en la tarde a preparativos de movilización, se apresuró a evacuar Belgrado y a trasladar sus servicios a Kragoulevatz.

La gravedad de estos hechos saltaba a los ojos. No cabía duda: Austria quería la guerra.

La amenaza del peligro, lejos de quebrantar la confianza de los socialistas reunidos en *l'Humanité*, parecía reforzar su fé en la victoria final de la paz. Los informes precisos, que centralizaba Gallot, sobre la actividad de la Internacional, autorizaban por otra parte estas esperanzas. La resistencia proletaria no interrumpía sus progresos. Los mismos anarquistas se unían a la lucha; su congreso se realizaría dentro de unos ocho días, en Londres; y la discusión de los acontecimientos de Europa, inscrita en la orden del día, debía preceder a cualquier debate. En París, la *Confederación General del Trabajo* proyectaba una manifestación en masa, para un día cercano, en las salas de la avenida de Wagram. Su órgano oficioso, *La Bataille Syndicaliste*, acababa de recordar, en gruesos caracteres, las decisiones formalmente adoptadas por los Congresos confederados sobre la actitud de la clase obrera en caso de guerra: «A toda declaración de guerra, los trabajadores deben responder, sin demora, con la huelga general revolucionaria». Por último, con incesantes intercambios de opinión, los grandes leaders europeos de la Internacional, convocados con urgencia esa semana en la Casa del Pueblo de Bruselas, preparaban activamente su reunión, reunión cuyo objetivo preciso era unificar la resistencia en

todos los Estados de Europa, y tomar eficaces medidas colectivas, a fin de dar sin retardo a los pueblos amenazados un medio de oponer su veto radical a la política peligrosa de los gobiernos.

Todo esto parecía de buen augurio.

En los pueblos germánicos la resistencia pacifista era particularmente significativa. Los últimos números de los periódicos de oposición austríacos y alemanes, que habían llegado esa misma mañana, circulaban de mano en mano, y Gallot los traducía, con comentarios reconfortantes. El *Arbeiterzeitung* de Viena daba el texto de un solemne manifiesto que acababa de lanzar el partido socialista austríaco para condenar sin reserva el ultimátum y reclamar, en nombre de todos los trabajadores, negociaciones pacíficas: «*La paz cuelga de un hilo... ¡No podemos aceptar la responsabilidad de esta guerra que repudiamos con todas nuestras fuerzas!...*»

También en Alemania se sublevaban los partidos de izquierda. La *Leipziger Volkszeitung* y el *Vorwärts*, en artículos violentos, intimaban al gobierno alemán a que desautorizara abiertamente las maniobras de Austria. La social-democracia organizaba en Berlín, para el martes 28, un mitin de gran envergadura. En una protesta muy firme, dirigida a todos los ciudadanos, declaraba crudamente que aunque el conflicto estallara en los Balcanes, Alemania debía permanecer estrictamente neutral. Gallot atribuía una importancia muy grande al manifiesto lanzado, la víspera, por el comité dirigente. Tradujo en voz alta algunos pasajes: «*La furia guerrera desencadenada por el imperialismo austríaco, se dispone a sembrar la muerte y la ruina en toda Europa. Si condenamos las intrigas de los nacionalistas panservios, la provocación del gobierno austro-húngaro merece, por otra parte, las protestas más vehementes. Sus demandas son tan brutales, que jamás fueron hechas otras semejantes a un Estado independiente. No pueden haber sido calculadas sino con la intención de provocar directamente la guerra. El proletariado consciente de Alemania, en nombre de la humanidad y de la civilización, eleva una ardiente protesta contra las maniobras criminales de los fautores de guerra. Exige imperiosamente que el gobierno ejerza su influencia sobre Austria para el mantenimiento de la paz*». Esta lectura provocó en el pequeño grupo una explosión de entusiasmo.

Jacques no compartía la aprobación sin reserva de sus amigos. Este manifiesto le parecía aún mesurado en exceso. Lamentaba que los socialistas alemanes no se hubieran atrevido a hacer una alusión abierta a la complicidad de los dos gobiernos germánicos. Pensaba que, haciendo pública la sospecha de una acción concertada entre los cancilleres Berchtold y Bethmann-Hollweg, la social-democracia hubiera levantado contra el gobierno la opinión de todas las clases de Alemania. Defendió su punto de vista con convicción y criticó con bastante aspereza la posición demasiado prudente que, a su juicio, tomaba el socialismo alemán. (Sin decirlo, a través del socialismo alemán se refería también al socialismo francés, y especialmente al grupo

parlamentario, los socialistas de *l'Humanité* cuya actitud de los últimos días le había parecido con frecuencia timorata, demasiado gubernamental y diplomática, demasiado nacional.) Gallot le opuso la opinión de Jaurès, que no ponía en duda la firmeza de los social-demócratas y la eficacia de su oposición. No obstante, ante una pregunta de Jacques, Gallot debió convenir que, según informes procedentes de Berlín, la mayoría de los jefes oficiales de la social-democracia, reconociendo que una acción militar de Austria en servia había llegado a ser casi inevitable, parecían dispuestos a sostener la tesis de la Wilhelmstrasse: necesidad de localizar la guerra en la frontera austro-húngara.

—Dada la actitud actual de Austria —dijo— y la manera como se encuentra ya abocada a la acción (cosa que, a pesar de todo, es preciso tener en cuenta), la tesis de la *localización* es racional y realista: circunscribir el incendio, limitarse a impedir la extensión del conflicto.

Jacques no era de esta opinión:

—Atenerse a la localización del conflicto implica la confesión de que se acepta —por no decir más— la guerra austro-servia; implica, en consecuencia, la negativa más o menos tácita a participar en la acción mediadora de las potencias. Esto es ya grave. Pero no es todo. Una guerra, aun localizada, pone a Rusia ante esta alternativa: o arriar banderas y consentir en el aniquilamiento de los servios; o pelear por ellos contra Austria. Pero hay muchas posibilidades de que el imperialismo ruso aproveche esta ocasión esperada para afirmar su prestigio y se crea autorizado a movilizarse contra Austria. Ya veis a dónde nos llevaría esto: por el juego automático de alianzas, la movilización rusa significaría la guerra general... ¡Por lo tanto, conscientemente o no, obstinándose en localizar el conflicto, Alemania empuja a Rusia a la guerra! La única posibilidad de paz, según parece, estaría, al contrario, como lo pide Inglaterra, en *no localizar el conflicto*, en hacer de él un problema diplomático *européico* en el cual estuvieran directamente interesadas todas las potencias, y que todas las cancillerías trataran de resolver...

Lo habían escuchado sin interrumpirlo, pero, apenas calló, surgieron las objeciones. Cada uno afirmaba, en un tono que no admitía réplica: «Alemania quiere...», «Rusia está muy decidida a...» como si todos hubieran presenciado confidencialmente los consejos de la Corona.

La discusión se hacía cada vez más confusa, cuando apareció Cadieux. Venía del Ródano; había acompañado a Jaurès y a Moutet a Vaize; acababa de bajar del tren.

Gallot se había levantado:

—¿Ha vuelto el Patrón?

—No. Regresará a la tarde. Se detuvo en Lyon donde tenía una cita con un *sedero*... —Cadieux sonrió—: Oh, no creo cometer una indiscreción... Ese *sedero* es un industrial socialista —los hay— y pacifista... Un tipo colosalmente rico, según parece... ¡Y que ofrece entregar inmediatamente parte de su fortuna a las cajas del *Buró Internacional* para la propaganda! Merece consideración...

—Si todos los socialistas que tienen dinero hicieran lo mismo... —gruñó Jumelin.

Jacques se estremeció. Sus ojos, clavados en Jumelin, se inmovilizaron.

En el centro de la habitación, Cadieux continuaba hablando. Había comenzado un relato conmovedor de su viaje de la noche anterior: «¡El Patrón se superó a sí mismo!», afirmaba. Contó que Jaurès, una media hora antes de la reunión, se enteró sucesivamente de la capitulación servia, de la negativa de Austria, luego de la ruptura diplomática y de la movilización de los dos ejércitos. Había subido a la tribuna conmovido. «¡Fue el único discurso pesimista que haya pronunciado jamás!», decía Cadieux. Jaurès, arrebatado por una súbita inspiración, improvisó un apasionante cuadro de historia contemporánea. Con voz vengativa estigmatizó unas tras otras las responsabilidades de todos los gobiernos europeos. Responsabilidad de Austria cuyas repetidas audacias estuvieron a punto, varias veces, de poner fuego a Europa; cuya premeditación, hoy, era evidente; y que no tenía otra finalidad, buscando esta querrela con Servia, que consolidar con un nuevo golpe de fuerza su monarquía tambaleante. ¡Responsabilidad de Alemania que, durante estas semanas preliminares pareció sostener las ambiciones belicosas de Austria en lugar de moderarla y contenerla! ¡Responsabilidad de Rusia, que perseguía obstinadamente su extensión hacia el sur; y que deseaba, desde hacía años, una guerra balcánica, en la cual, con el pretexto de defender su prestigio, pudiera intervenir sin demasiados riesgos, avanzar hacia Constantinopla, apoderarse por fin de los Estrechos! Por último, responsabilidad de Francia, de Francia que, por su política colonial y sobre todo por su conquista de Marruecos quedó imposibilitada de protestar contra las anexiones de los otros, y de defender con autoridad la causa de la paz. ¡Responsabilidad de todos los hombres de Estado europeos, de todas las cancillerías que, desde treinta años atrás, trabajaban en la sombra en esos tratados secretos de los cuales dependía la vida de los pueblos, en esas alianzas peligrosas que sólo servían a los Estados para perpetrar su obra de guerra y de expediciones imperialistas!: «*Tenemos contra nosotros, contra la paz, posibilidades terribles...*» había exclamado. «*Sólo hay una posibilidad para el mantenimiento de la paz: que el proletariado una todas sus fuerzas... Digo estas cosas con una suerte de desesperación...*»

Jacques escuchaba con oído atento; y apenas Cadieux hubo terminado, se levantó.

Un hombre flaco y largo, de apariencia enfermiza, de barba y pelo grises, con una corbata a lo *lavallière* y sombrero de anchas alas, acababa de entrar. Era Jules Guesde.

Las conversaciones habían cesado. La presencia de Guesde, la expresión desengañada, un poco agria de su rostro de asceta, creaban siempre un momento de incomodidad.

Jacques permaneció todavía unos minutos con la espalda pegada a la pared; de repente pareció tomar una decisión, miró la hora, hizo un ademán de adiós a Gallot y ganó la puerta.

En la escalera, subían y bajaban militantes en pequeños grupos, ocupados de sí mismos, prosiguiendo ruidosas discusiones. Abajo, un viejo obrero con blusa azul, las manos en los bolsillos, solo, apoyado en el marco de la puerta, miraba con ojos soñadores el ir y venir de la calle, y canturreaba con voz cavernosa la vieja canción de los anarquistas (la que Ravachol había entonado al pie del cadalso):

*«Pour etre heureux,  
Nom de Dieu,  
Pends ton propriétaire...»*

Jacques, al pasar, contempló un instante al hombre inmóvil. Ése rostro surcado, esa gran frente calva, esa mezcla de nobleza y de vulgaridad, de energía y de usura no le eran desconocidas. Sólo en la calle recordó: lo había encontrado, una noche del último invierno, en la calle de la Roquette, en el *Etendard*, y Mourlan le había dicho que el viejo acababa de salir de la cárcel por haber distribuido prospectos antimilitaristas a la puerta de los cuarteles.

Las once. Un sol brumoso hacía pesar sobre la ciudad un calor de tormenta. La imagen de Jenny, cuyo recuerdo, fiel como una sombra, lo acompañaba desde el despertar, se precisó: la fina silueta, la curva frágil de los hombros, la nuca clara bajo los pliegues del velo... Una sonrisa feliz le asomó a los labios. Seguramente ella aprobaría la resolución que acababa de tomar...

En la plaza de la Bolsa una alegre bandada pasó delante de él: jóvenes ciclistas cargados de provisiones que iban, sin duda a almorzar al fresco, en los bosques. Los siguió un instante con la vista, y se encaminó hacia el Sena. No tenía prisa. Deseaba ver a Antoine, pero sabía que su hermano no regresaba antes de mediodía. Las calles estaban silenciosas y vacías. El asfalto, regado, olía fuertemente. Jacques caminaba con la cabeza baja, canturreando sin darse cuenta:

*«Pour etre heureux,  
Nom de Dieu...»*

—El doctor no ha regresado todavía —le dijo la portera cuando llegó a la calle de la Universidad.

Decidió que esperaría afuera, caminando. Reconoció el auto desde lejos. Guiaba Antoine; estaba solo y parecía preocupado. Antes de detenerse miró a su hermano y meneó varias veces la cabeza.

—¿Qué dices de todo esto, esta mañana? —preguntó, apenas Jacques se acercó a la portezuela. Con el dedo señalaba, sobre los asientos, una media docena de periódicos.

Jacques hizo una mueca, sin responder.

—¿Subes a almorzar? —propuso Antoine.

—No. Sólo tengo unas palabras que decirte.

—¿Aquí, en la calle?

—Sí.

—Por lo menos sube al coche.

Jacques se sentó junto a su hermano.

—Vengo a hablarte de dinero —declaró en seguida, con voz un poco oprimida.

—¿De dinero? —Por espacio de un segundo, Antoine pareció sorprendido. En seguida exclamó—: ¡Pero naturalmente! Lo que tú quieras.

Jacques lo detuvo con un gesto irritado:

—¡No se trata de eso!... Quisiera hablarte de la carta que me enviaste después de la muerte de papá... A propósito de...

—¿De la herencia?

—Sí.

Se sentía ingenuamente aliviado al no tener que pronunciar la palabra.

—¿Has... cambiado de opinión? —preguntó Antoine, con prudencia.

—Tal vez.

—¡Bueno!

Antoine sonreía. Había adoptado ese aire que exasperaba a Jacques ese aire de adivino que ve claro en el pensamiento de los demás.

—Sin hacer reproche —comenzó—, lo que tú me respondiste en aquella época...

Jacques le cortó la palabra:

—Quisiera saber simplemente...

—¿Qué se hizo de tu parte?

—Sí.

—Te está esperando.

—Si quisiera... tomar esa parte, ¿sería una cosa complicada, larga?

—Nada más simple. Una visita al estudio de Beynaud, el abogado, para que te rinda cuenta de su gestión. Y otra a Jonquoy, nuestro agente de cambio, donde están depositados los títulos, para que les des instrucciones.

—¿Y esto podría hacerse mañana?

—En rigor... ¿Tienes tanta prisa?

—Sí.

—Bueno —dijo Antoine, sin arriesgarse a plantear otras preguntas—, sólo hay que avisar tu visita al abogado... ¿No vendrás a casa esta tarde, para ver a Rumelles?

—Tal vez... Sí...

—Entonces la cosa es fácil: te entregaré una carta que tú mismo podrás llevar a Beynaud, mañana.

—De acuerdo —dijo Jacques, abriendo la portezuela—. Me voy. Gracias. Volveré a buscar la carta dentro de un rato.



Antoine, quitándose los guantes, lo miró alejarse: «¡Qué original! ¡Ni siquiera me ha preguntado a cuánto asciende su parte!»

Recogió los periódicos y, dejando el coche al borde de la acera, entró en su casa, pensativo.

—*Han telefoneado* —le anunció León, sin alzar los ojos. Era la fórmula evasiva que había adoptado, de una vez por todas, para no tener que pronunciar el nombre de la señora de Battaincourt; y Antoine nunca se había decidido a hacerle una observación al respecto—. *Han* recomendado mucho que el Señor llame, al volver.

Antoine frunció el entrecejo. ¡Esta manía de Ana de acosarlo por teléfono!... Sin embargo, fue derecho al pequeño despacho y se acercó al aparato. Con el sombrero de paja sobre la nuca, la mano en suspenso, permaneció unos segundos delante del receptor, sin descolgar. Miraba, con ojos ausentes, los periódicos que acababa de arrojar sobre la mesa. Bruscamente, volvió los talones.

—¡Bah! —dijo, a media voz.

En verdad, hoy tenía otras cosas en que pensar.

Jacques, tranquilizado por su conversación con Antoine, ya no pensaba sino en ver nuevamente a Jenny. Pero, a causa de la señora de Fontanin, no se atrevía a presentarse en la avenida del Observatorio antes de la una y media o dos.

«¿Qué habrá dicho a su madre?», se preguntaba. «¿Qué acogida me aguarda?»

Entró en una fonda de estudiantes, cerca del Odeón, y almorzó sin prisa. Luego, para matar el tiempo, fue al Luxemburgo.

Pesadas nubes procedentes del oeste, ocultaban por momentos el sol.

«En primer lugar, Inglaterra no intervendrá», se dijo, pensando en el artículo patrioterico que había leído en *Action française*. «Inglaterra seguiría neutral y contaría los golpes, esperando la hora del arbitraje... Rusia tardaría dos meses en entrar en campaña... Francia sería rápidamente derrotada... ¡Por lo tanto, aun para un nacionalista, la paz es la única solución razonable!... Semejantes artículos son criminales; diga lo que diga Stefany, su poder sugestivo es innegable... Afortunadamente hay también, en la masas, un instinto de conservación muy fuerte; y a pesar de todo, un asombroso sentido de la realidad...»

El gran jardín estaba lleno de luces y de sombras, de verdor, de flores, de juegos de niños. Lo tentó un banco vacío, a la vuelta de un macizo. Be dejó caer. Atormentado por la impaciencia, incapaz de pensar en algo preciso, pensaba en mil cosas, en Europa, en Jenny, en Meynestrel, en Jaurès, en Antoine, en el dinero paterno. Oyó dar el cuarto, después Ir media, en el reloj del Palacio. Se obligó a esperar otros diez minutos. Por fin, sin aguantar más, se levantó y partió a grandes pasos.

Jenny no estaba en casa.

Era la única cosa que no había previsto. ¿No había dicho: «No me moveré en todo el día»?

Completamente desamparado, se hizo repetir varias veces las mismas explicaciones: La señora había partido de viaje por algunos días... La señorita la había acompañado al tren, y no había dicho a qué hora estaría de regreso.

Por fin consintió en salir de la portería y se encontró afuera, muy aturdido. Su angustia era tal que llegó a preguntarse por un momento, si no habría alguna relación entre la brusca partida de la señora de Fontanin y las confidencias que sin duda Jenny había hecho a su madre, la noche anterior, al regresar. Absurda hipótesis... No; era mejor renunciar a comprender antes de ver nuevamente a Jenny. Recordó las palabras de la portera: «... La señora partió de viaje por unos días». ¿De modo que, durante unos días, Jenny se encontraría sola en París? Esta perspectiva favorable atenuaba un poco su decepción.

Pero por el momento, ¿qué hacer? Se había reservado la tarde, hasta las ocho y cuarto, hora en que Stefany debía ponerlo en relación con dos militantes muy activos de una sección de la Glacière. Hasta entonces estaba libre.

La invitación de Antoine le vino a la memoria. Resolvió esperar, en casa de su hermano, la hora de vuelta a casa de Jenny.

## XL

EN el saloncito de Antoine estaban ya reunidos media docena de hombres.

Jacques, al entrar, buscó a su hermano con la mirada. Manuel Roy le salió al encuentro: Antoine vendría en seguida; estaba en el despacho, con el doctor Philip.

Jacques se sintió contrariado al ver que Studler se volvía viva doctor Thérivier, barbudo y jovial, al que ya encontrara antaño a la cabecera del señor Thibault.

Un personaje de alta estatura, todavía joven, y cuyas facciones enérgicas evocaban el rostro de Bonaparte en su juventud, peroraba en voz alta delante de la chimenea.

—Desde luego —decía—, todos los gobiernos protestan, con la misma fuerza y la misma apariencia de sinceridad, de que no desean la guerra. ¿Por qué no lo prueban entonces, mostrándose menos intransigentes? No hablan sino de honor nacional, de prestigios, de derechos inalienables, de aspiraciones legítimas... Todos parecen decir: «Sí, deseo la paz; pero una paz beneficiosa para mí.» ¡Y este lenguaje no indigna a nadie! ¡Hasta tal extremo los pueblos son como sus gobernantes: ansiosos, sobre todo, de realizar un buen negocio!... Y aquí está lo grave: no podrá haber beneficio para todos; el mantenimiento de la paz no se obtendrá sino mediante concesiones recíprocas...

—¿Quién es? —preguntó Jacques a Hoy.

—Finazzi, el oculista... Un corso... ¿Quieres que te lo presente?

—No, no... —dijo Jacques, precipitadamente.

Roy sonrió, y, llevándose a Jacques aparte, se instaló amablemente a su lado.

Conocía Suiza, y especialmente Ginebra, por haber estado allí varios veranos seguidos para tomar parte en las regatas. Jacques, interrogado acerca de sus ocupaciones, habló de trabajos de tipo personal y de periodismo. Había decidido permanecer reservado y no manifestar inútilmente sus opiniones en este ambiente. Se apresuró a desviar la conversación hacia la guerra: el estado de ánimo del joven médico, por lo que le había oído decir días antes, le intrigaba.

—Yo —dijo Roy, acariciándose el fino bigote con las yemas de los dedos— pienso en la guerra desde el otoño de mil novecientos cinco; sin embargo, sólo tenía dieciséis años: acababa de terminar mi primer bachillerato y estaba haciendo la filosofía en Stan'... No importa: aquel otoño sentí perfectamente alzarse ante mi generación la amenaza alemana. Y muchos de mis compañeros lo sintieron como yo. No deseamos la guerra; pero, desde aquel momento, nos preparamos para ella, como para un acontecimiento natural e inevitable.

Jacques frunció el ceño.

—¿Natural?

—Desde luego que sí: hay una cuenta que ajustar. ¡Habrás que decidirse a hacerlo un día u otro, si queremos que Francia siga existiendo!

Jacques se sintió contrariado al ver que Studler se volvía vivamente y se acercaba

a ellos. Hubiera preferido seguir su pequeño interrogatorio sin la presencia de un tercero. Sentía hostilidad contra Roy, pero ninguna antipatía.

—¿Si queremos que Francia continúe existiendo? —repitió Studler, en un tono altanero—. ¿Hay algo más irritante que esta manía que tienen los nacionalistas de atribuirse el monopolio del patriotismo y de tratar siempre de disfrazar, bajo la capa de sentimientos patrióticos, sus veleidades belicosas? —observó, pero dirigiéndose a Jacques—. ¡Como si la afinidad con la guerra fuera una patente de patriotismo!

—Te admiro, Califa —dijo Roy con ironía—. Los hombres de mi generación no tienen vuestra paciencia: son más susceptibles; nos negamos a soportar por más tiempo las provocaciones alemanas.

—Hasta ahora, a pesar de todo, no se trata sino de provocaciones austríacas..., ¡y no dirigidas contra nosotros! —observó Jacques.

—¿Entonces, en espera de que nos llegue el turno, aceptarías el que asistiéramos como espectadores al aplastamiento de Servia por el germanismo?

Jacques no contestó.

Studler se chanceó:

—¿La defensa de los débiles?... ¿Y cuando los ingleses se han apoderado cínicamente de las minas de oro de África del Sur, por qué Francia no se ha lanzado en socorro de los boers, un pueblo pequeño, tan débil y simpático como los servios? ¿Y hoy, por qué no volamos en ayuda de la pobre Irlanda?... ¿Crees que la honra de realizar uno de estos gestos magníficos merece la pena de correr el riesgo de enfrentar entre sí a todos los ejércitos de Europa?

Roy se contentó con sonreír. Deliberadamente se volvió hacia Jacques:

—El Califa forma parte de esa clase de gente a quien su sensiblería hace pensar muchas tonterías acerca de la guerra... A ignorar por completo lo que ésta es en realidad.

—¿En realidad? —interrumpió Studler—. ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, varias cosas... Por ejemplo, en primer lugar, una ley natural; un instinto profundamente arraigado en el hombre y que no puede ser extirpado sin imponerle una mutilación degradante. El hombre sano debe vivir con la fuerza; es su ley... Por ejemplo, además: ¡la oportunidad, para el hombre, de desarrollar muchas virtudes, muy raras, muy bellas... y muy estimulantes!

—¿Y cuáles son? —preguntó Jacques, esforzándose por conservar un tono puramente interrogativo.

—Pues, precisamente —dijo Roy, levantando su cabecita redonda—, aquellas de que acabo de hablar: la energía viril, el amor al riesgo, la conciencia del deber, y más aún: el sacrificio de uno mismo, el sacrificio de las voluntades particulares a una vasta acción colectiva y heroica... ¿No comprendéis que, para un individuo joven y bien templado, hay en el heroísmo un atractivo irresistible?

—Sí —asintió Jacques, lacónicamente.

—¡El valor, es algo magnífico! —prosiguió Roy con una sonrisa arrogante que

hizo brillar su mirada—. La guerra, para la gente de nuestra edad, es un deporte magnifico: ¡el deporte «noble» por excelencia!

—Un deporte —rezongó Studler— ¡que se paga con vidas humanas!

—¿Y qué? —exclamó Roy—. ¿No es la humanidad lo bastante prolífica como para poderse permitir de vez en cuando este lujo, si es necesario?

—¿Necesario?

—Una buena sangría es necesaria periódicamente para la higiene de los pueblos. En los períodos de paz demasiado largos, el mundo fabrica una multitud de toxinas que lo envenenan y de las que necesita ser purgado, como el individuo demasiado sedentario. Una buena sangría, a mi modo de ver, sería especialmente necesaria en este momento para el alma francesa. Incluso para el alma europea. Necesaria, si no queremos que nuestra civilización de Occidente se hunda y se estanque en la decadencia y en la bajeza.

—¡La bajeza, para mí, es precisamente ceder a la crueldad y al odio! —dijo Studler.

—¿Y quién habla de crueldad? ¿Quién habla de odio? —repuso Roy, encogiéndose de hombros—. ¡Siempre los mismos lugares comunes, siempre las mismas ridículas frases hechas! ¡Para los de mi generación, os aseguro que la guerra no implica ningún llamamiento a la crueldad, y menos aún un llamamiento al odio! ¡La guerra no es una riña de hombre a hombre; está por encima de los individuos: es una aventura entre naciones!... ¡Una aventura maravillosa! ¡La lucha en su estado más puro! En el campo de batalla, igual que en el estadio, los hombres que se enfrentan son los jugadores de dos equipos rivales: ¡no son enemigos, son adversarios!

Studler dejó oír una risotada parecida a un relincho. Inmóvil, observaba al joven gladiador con sus ojos, en los que las pupilas, oscuras y dilatadas pero poco expresivas, nadaban en un blanco lechoso.

—Tengo un hermano capitán en Marruecos —prosiguió Roy, con suavidad—. ¡Tú no sabes nada del ejército, Califa! ¡No sospechas cuál es el estado de ánimo de los oficiales jóvenes, su vida de renunciación, su nobleza moral! Son un vivo ejemplo de lo que es capaz el valor desinteresado al servicio de una gran idea... ¡Tus socialistas harían bien en ir a aprender en esa escuela! ¡Verían lo que es una sociedad disciplinada, cuyos miembros consagran verdaderamente su vida a la colectividad en una existencia casi ascética, en la que no hay lugar para las ambiciones mezquinas!

Se había inclinado hacia Jacques, y parecía ponerle por testigo. Fijaba en él su mirada franca, y Jacques sintió que sería una deslealtad prolongar su silencio.

—Considero todo eso completamente exacto —comenzó, midiendo las palabras—. Al menos en lo que respecta a los cuadros jóvenes del ejército colonial... Y no hay nada más conmovedor que ver a unos hombres, cualquiera que sea su ideal, ofrecer estoicamente su vida por ese ideal... Pero creo también que esta juventud valerosa es víctima de un error monstruoso: cree de buena fe consagrarse a una causa

noble; en realidad, está simplemente al servicio del Capital... Hablas de la colonización de Marruecos... Pues bien...

—La conquista de Marruecos —cortó Studler— no es otra cosa que un «negocio»; ¡una «combinación» de gran envergadura!... ¡Y los que van a dejarse matar allí, son unos engañados! ¡No sospechan ni por un momento que es a un pillaje a lo que le hacen el sacrificio de su piel!

Roy lanzó hacia Studler una mirada cargada de chispas. Estaba pálido.

—En nuestra época podrida —exclamó—, el ejército sigue siendo un refugio sagrado, el refugio de la grandeza y de la...

—Aquí está tu hermano —dijo Studler, tocando a Jacques en el brazo.

El doctor Philip acababa de entrar, seguido de Antoine.

Jacques no conocía a Philip; pero había oído hablar de él a su hermano tan a menudo que miró con curiosidad al anciano profesor con perilla de chivo, quien avanzaba con paso saltarín, vestido con una chaqueta de alpaca demasiado ancha y que le colgaba de sus hombros estrechos como los andrajos de un espantapájaros. Sus ojillos relucientes, ocultos como los de un perro de aguas bajo la pelambreira de las cejas, miraban de derecha a izquierda sin fijarse en nadie.

Las conversaciones particulares se habían interrumpido. Todos, por turno, se acercaron para saludar al profesor, el cual dejaba de una manera indiferente que le estrecharan su flácida mano.

Antoine le presentó a su hermano. Jacques se sintió observado por la mirada inquisitiva del profesor, cuya impertinencia disimulaba tal vez una gran timidez.

—Ah, su hermano...; bien, bien —dijo Philip con voz gangosa, mordiéndose el labio inferior con un gesto de interés, como si supiera perfectamente a qué atenerse acerca de los menores detalles del carácter y la vida de Jacques. Y acto seguido, sin dejar de mirar al joven, añadió—: Me han dicho que ha estado usted con frecuencia en Alemania... Yo también. Es muy interesante.

Avanzaba poco a poco, mientras hablaba, empujando a Jacques delante de él, de forma que pronto se encontraron solos ante una ventana.

—Alemania siempre ha sido para mí un enigma... —prosiguió—. ¿No es cierto? El país de los extremos, de lo imprevisible... ¿Hay en Europa un tipo humano más pacífico, específicamente, que el hombre alemán? No... Y, por otra parte, ese militarismo que llevan en la sangre...

—El internacionalismo alemán, sin embargo, es uno de los más activos de Europa —aventuró Jacques.

—¿Usted cree? Sí... Es interesante todo esto... No obstante, en contra de lo que yo había pensado hasta ahora, parece ser que, según los acontecimientos de estos últimos días... En el Quai d'Orsay, según parece, se creía poder contar con una acción conciliadora de Alemania. No se acaba de conseguir... Dice usted: «El internacionalismo alemán...»

—Desde luego... En Alemania, tan pronto como se aleja uno de los medios militares, se comprueba una desconfianza bastante general hacia el ejército y el nacionalismo. La Asociación para la Conciliación Internacional es una liga de una vitalidad excepcional, en la que figuran todos los nombres importantes de la burguesía alemana y que tiene mayor influencia que nuestras ligas pacifistas francesas. No hay que olvidar que Alemania es el país en el que un militante exaltado, como Liebknecht, después de haber sido metido en la cárcel por su opúsculo sobre *El Antimilitarismo*, ha podido ser elegido para el Landtag de Prusia, ¡y a continuación para el Reichstag! ¿Es que en nuestro país entraría en la Cámara un antimilitarista notorio y se haría escuchar en ella?

Philip murmuraba con atención:

—Bien, bien... Es interesante todo esto... —Y, sin transición, dijo—: He creído durante mucho tiempo que el internacionalismo del capital, del crédito, de las grandes empresas, al hacer al mundo entero solidario de la menor turbación local, sería un factor nuevo, un factor decisivo para la paz general... —Sonrió, acariciándose la perilla—. Es un sueño demasiado hermoso —terminó enigmáticamente.

—Jaurès también lo ha creído. Jaurès lo cree todavía.

Philip hizo una mueca.

—Jaurès... Jaurès cuenta también con la influencia de las masas para impedir la guerra... ¡Vana fantasía!... Es fácil imaginar un movimiento popular que fuera belicoso, combativo... ¿Pero un movimiento popular que presente esas características de reflexión, de voluntad, de comedimiento indispensables para el mantenimiento de la paz?...

Luego, tras una pausa, prosiguió:

—Puede ser que aquellos que como yo sienten repugnancia hacia la guerra, no obedezcan, en el fondo, sino a unos móviles particulares, personales, orgánicos, a una simple intolerancia de constitución... Lo científico sería tal vez el instinto de destrucción como un instinto natural. Lo que parece haber sido confirmado por los biólogos... Vea —continuó, volviendo a cambiar de tema—: lo cómico es que entre todos los auténticos y urgentes problemas que se plantean actualmente en Europa, y cuya solución exigiría pacientes estudios, no veo ninguno, ni uno solo, que se pueda esperar solucionar, como el nudo gordiano, con una guerra... ¿Entonces?

Sonreía. Sus palabras nunca parecían estar relacionadas con lo que acababa de decir u oír. Con su mirada profunda y chispeante de malicia, parecía siempre como si se estuviera contando a sí mismo alguna anécdota picante, cuya gracia saboreara *in petto*.

—Mi padre era oficial —continuó—. Había hecho todas las campañas del segundo Imperio. He sido atiborrado de historia militar. Pues bien: a poco que se trate de buscar el origen, la causa precisa de un conflicto, siempre se tropieza con la característica de la «no necesidad». Es muy interesante... Vista a través del tiempo, no hay ni una guerra moderna que no hubiera podido ser evitada, e incluso, según

parece, con mucha facilidad: con el simple sentido común y la voluntad pacífica de dos o tres hombres de Estado... Y no es esto todo. La mayor parte de las veces resulta que los beligerantes han cedido, por ambas partes, a un sentimiento injustificado de desconfianza y de miedo, debido al desconocimiento de las verdaderas intenciones del adversario... El noventa por ciento de las veces, los pueblos se enzarzan... —Inició una risita, pronto ahogada—. Exactamente como esos paseantes medrosos que se encuentran por la noche, que vacilan en cruzarse y que terminan por lanzarse uno contra otro..., porque ambos imaginan que están a punto de ser atacados..., porque ambos prefieren la ofensiva, incluso peligrosa, a la vacilación y la incertidumbre... Es de lo más cómico... Observe a Europa en estos momentos: está presa de unos fantasmas. Todos los Estados tienen miedo. Austria tiene miedo a los eslavos, y miedo a comprometer su prestigio. Rusia tiene miedo a los alemanes, y miedo de que se tome su actitud pasiva por una señal de debilidad. Alemania tiene miedo a una invasión de los cosacos, y miedo a encontrarse cercada. Francia tiene miedo a los armamentos de Alemania, y Alemania, por su parte, no se arma sino como medida de precaución y por miedo... Y todos rehúsan hacer la menor concesión a la paz, porque tienen miedo de que parezca que tienen miedo...

—Sin contar —dijo Jacques—, que los gobiernos imperialistas, que se dan perfecta cuenta de que el miedo les resulta favorable, se ocupan de fomentarlo cuidadosamente. La política de Poincaré, la política interior de Francia, desde hace meses, podría ser definida así: una utilización metódica del miedo nacional...

Philip, que no había escuchado, prosiguió:

—Y lo más odioso. —(Hizo una leve mueca)—. No; lo más cómico, es que todos los hombres de Estado hacen lo posible por disimular este miedo detrás de una fachada de nobles sentimientos, de valentía...

Se interrumpió, al ver a Antoine que se dirigía hacia ellos en compañía de un hombre de unos cuarenta años al que León acababa de hacer pasar.

Era Rumelles.

Su prestancia parecía haberle predestinado para las ceremonias oficiales. La cabeza era grande, echada hacia atrás, como para contrarrestar el peso de una barba espesa y suave, de un rubio ceniciento. El bigote, corto y con las puntas muy levantadas, parecía dar relieve a la cara, adiposa y lisa. Los ojos eran bastante pequeños, hundidos en la carne; pero las movedizas pupilas, de un azul de porcelana, ponían vivos reflejos en este rostro de una solemnidad romana. El conjunto no carecía de carácter, y uno se imaginaba el partido que podría sacar de él, algún día, cualquier fabricante de bustos para las subprefecturas.

Antoine hizo la presentación de Rumelles a Philip, y de Jacques a Rumelles. El diplomático se inclinó ante el anciano médico como si estuviera frente a una celebridad contemporánea; luego, alargó la mano a Jacques con diligencia cortés. Parecía haberse dicho de una vez por todas: «En un hombre de primera fila, la simplicidad en los modales es un triunfo más.»



—Es innecesario que le diga, mi querido amigo, cuál es el tema de nuestra conversación —atacó Antoine, posando la mano sobre el brazo de Rumelles, en cuyo rostro se dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Ni qué decir tiene, señor, que usted conocerá cosas que nosotros ignoramos —dijo Philip. Observaba a Rumelles con sus ojos maliciosos—. Para nosotros, los profanos, hay que confesar que la lectura de los periódicos...

El diplomático insinuó un gesto de prudencia.

—No crea, señor profesor, que yo sé mucho más que ustedes... —Comprobó que su salida hacía sonreír, y prosiguió—: Dicho esto, no creo que haya que ponerse en lo peor: justo es añadir que todavía quedan muchas más razones para tener confianza que para desesperar.

—Menos mal —dijo Antoine.

Había maniobrado para acercar a Philip y a Rumelles al resto de los invitados y hacerles sentarse en el centro de la habitación.

—¿Razones de peso? —articuló el Califa, en tono de duda.

Rumelles paseó su mirada azul por los asistentes, que se habían agrupado a su alrededor, y la detuvo en Studler.

—La situación es grave, pero no hay que exagerar —declaró, inclinando ligeramente la cabeza. Y, en el tono de un hombre de gobierno cuya misión es levantar los ánimos decaídos de la opinión, declaró con energía—: ¡Persuádase de que los elementos favorables al mantenimiento de la paz son todavía los más numerosos!

—¿Por ejemplo?... —insistió Studler.

Rumelles frunció el ceño ligeramente. La insistencia de este judío le molestaba; notaba en ella una sorda malevolencia.

—¿Por ejemplo? —repitió, como si no tuviera más dificultades que la de la elección—. Pues, en primer lugar, el factor inglés... Los Imperios centrales se han tropezado en el Foreign Office, desde el primer momento, con una resistencia enérgica...

—¿Inglaterra? —interrumpió Studler—. ¡Tumultos en Belfast! ¡Motines sangrientos en Dublin! ¡Fracaso lamentable de la conferencia irlandesa de Buckingham! Lo que empieza en Irlanda es una verdadera guerra civil... ¡Inglaterra se encuentra paralizada por esta flecha que tiene clavada en la espalda!

—¡Apenas una espina en un talón, se lo aseguro!

—«Llaman» al señor al teléfono —dijo León desde la puerta.

—Diga que estoy ocupado —exclamó Antoine, de mal humor.

—¡Inglaterra se ha visto ya en otras! —prosiguió Rumelles—. Y si usted conociese como yo la flema de *sir* Edward Grey... Es un magnífico tipo de diplomático —continuó, evitando mirar a Studler e inclinándose hacia el lado de Philip y Antoine—. Un viejo aristócrata campesino, que tiene un concepto muy personal de lo que deben ser las relaciones internacionales. Sus relaciones con sus

colegas europeos no son oficiales, sino las de un *gentleman* con personas de su clase. Sé que se ha sentido escandalizado personalmente por el tono del ultimátum. Ya han visto ustedes cómo ha actuado inmediatamente con la mayor firmeza, tanto en sus reproches a Austria como en sus consejos de moderación a Servia. La suerte de Europa se encuentra en sus manos, y no las hay mejores ni más leales.

—Las negativas con que se ha tropezado por parte de Alemania... —volvió a interrumpir Studler.

Rumelles le cortó la palabra:

—La neutralidad prudente y muy comprensible de Alemania ha podido retrasar las primeras tentativas inglesas de mediación. Pero *sir* Edward Grey no se da por derrotado. Y puedo decirlo sin ningún inconveniente, puesto que la prensa lo dará a conocer mañana y puede incluso que esta misma noche: el Foreign Office acaba de elaborar, en colaboración con el Quai d'Orsay, un nuevo proyecto, el cual puede ser decisivo para la solución pacífica del conflicto. *Sir* Edward Grey propone reunir inmediatamente en Londres una conferencia de los embajadores alemán, italiano y francés, para discutir todas las cuestiones en litigio.

—¡Y durante esas honorables tergiversaciones, las tropas austríacas ocupan Belgrado! —dijo Studler.

Rumelles se envaró, como si le hubieran pinchado.

—¡Mucho me temo, señor mío, que también acerca de ese particular esté usted informado deficientemente! A pesar de esas demostraciones militares, nada prueba en estos momentos que haya entre Austria y Servia otra cosa que un simulacro... No sé si usted concederá toda su importancia a este hecho capital: hasta hoy, ninguna declaración de guerra ha sido notificada por vía diplomática a los gobiernos europeos. Y aún hay más: ¡Hoy, al mediodía, el ministro de Servia en Austria no había salido de Viena! ¿Por qué? Porque está actuando como intermediario en un activo cambio de puntos de vista entre los dos gobiernos. Esto es de muy buen augurio. ¡Mientras sigan las negociaciones!... Por otra parte, incluso si la ruptura diplomática llegara a ser efectiva, e incluso si Austria se decidiera a hacer una declaración de guerra, creo saber que Servia, cediendo a presiones prudentes, rechazaría esta lucha desigual de trescientos mil hombres contra millón y medio, y replegaría su ejército, sin aceptar el combate... No olvide esto —añadió, sonriendo—: mientras la palabra no sea tomada por los cañones, sigue siendo de los diplomáticos...

La mirada de Antoine se cruzó con la de su hermano y sorprendió en ella un destello irreverente: con toda evidencia, Rumelles no imponía a Jacques.

—¿Tal vez le costaría más trabajo encontrar razones para confiar en la actitud de Alemania? —aventuró Finazzi, sonriendo.

—¿Y por qué había de ser así? —respondió Rumelles, envolviendo al oculista en una mirada inquisitiva—. En Alemania, las influencias belicosas, que, efectivamente, no niego, están contrarrestadas por otras de más peso. El regreso precipitado del Kaiser, quien estará esta noche en Kiel, parece que habrá de modificar la orientación

política de estos últimos días. El Kaiser, según se sabe a ciencia cierta, se opondrá hasta lo último a los riesgos de una guerra europea. Todos sus consejeros íntimos son partidarios convencidos de la paz. Y entre sus amigos más escuchados cuento al príncipe Lichnowsky, el embajador en Londres, a quien he tenido el honor de tratar en Berlín hace tiempo; es un hombre sensato y prudente, cuya influencia es considerable en estos momentos en la Corte alemana... ¡Ustedes saben que los riesgos de una guerra serían graves para Alemania! Con las fronteras bloqueadas, el Imperio perecería de hambre literalmente. El día en que Alemania no encontrara ya en Rusia sus cereales y su ganado, no sería con su acero, con su carbón, con sus máquinas-herramientas, con lo que podría alimentar a sus cuatro millones de movilizados y a sus sesenta y tres millones de habitantes.

—¿Y qué les impediría comprar en otra parte? —objetó Studler.

—Esto, señor mío: que se verían obligados a pagar estas compras en oro, porque el papel alemán dejaría muy pronto de ser aceptado en el extranjero. Pues bien; es sencillo hacer el cálculo: se conocen las reservas de oro de Alemania. En «algunas semanas», Alemania se encontraría en la imposibilidad de continuar con las diarias salidas de oro que le serían necesarias; ¡y eso sería el hambre!

El doctor Philip dejó oír su risita gangosa.

—¿No es usted de esta opinión, señor profesor? —dijo Rumelles en un cortés tono de sorpresa.

—No sé..., no sé... —murmuró Philip bonachonamente—. No puedo por menos de preguntarme si eso no será... fruto de la imaginación.

Antoine no pudo reprimir una sonrisa. Conocía desde hacía mucho tiempo esta expresión del profesor. «Es un fruto de la imaginación» era su forma de decir: «Es una tontería.»

—Lo que yo les expongo ahora —prosiguió Rumelles—, está confirmado por todos los expertos. Incluso los economistas alemanes reconocen que el problema del avituallamiento en tiempo de guerra es insoluble para su país.

Roy intervino con vehemencia:

—También el Estado Mayor alemán considera que la única probabilidad para Alemania está en una victoria inmediata, fulminante: a poco que esta victoria se retrase algunas semanas, Alemania, según se sabe, se verá obligada a capitular.

—¡Si al menos estuviera segura de sus alianzas! —adujo el doctor Thérivier, sonriendo maliciosamente bajo la barba—. ¡Pero Italia!...

—Italia, efectivamente, parece firmemente resuelta a permanecer neutral —confirmó Rumelles.

—¡Y en cuanto al ejército austríaco...! —profirió Roy con una mueca despectiva, mientras hacía con la mano un gesto irónico por encima del hombro.

—No; no, señores —prosiguió entonces Rumelles, complacido con estas variadas intervenciones—; se lo repito: no exageremos el peligro... Miren, sin divulgar un secreto de Estado, creo poder anunciarles esto: en este mismo momento, en

Petersburgo, tiene lugar una conversación entre el ministro de Asuntos Extranjeros, Su Excelencia el señor de Sazonov, y el embajador de Austria, de la cual conversación se esperan grandes resultados. ¡Pues bien!: el mero hecho de que esta conversación directa haya sido aceptada por ambas partes, ¿no indica ya un deseo común de evitar toda demostración de fuerza?... Sabemos, por otra parte, que son inminentes nuevas intervenciones pacíficas... La de Estados Unidos... La del Papa...

—¿El Papa? —preguntó Philip, con la mayor seriedad.

—¡Sí; el Papa! —confirmó el joven Roy, que puesto a horcajadas en su silla y con la barbilla apoyada en los brazos cruzados, no perdía ni una palabra de lo que decía Rumelles.

Philip no se decidía a sonreír, pero sus ojillos socarrones despedían destellos de ironía.

—¿La intervención del Papa? —repitió. Luego, con dulzura, añadió—: Mucho me temo que eso sea también un fruto de la imaginación...

—Desengáñese, señor profesor. Precisamente se está tratando de ello. El veto categórico del Santo Padre bastaría para parar en seco al viejo emperador Francisco José y hacer volver inmediatamente a sus fronteras a las tropas austríacas. Todas las cancillerías lo saben. En este momento se está librando en el Vaticano una verdadera lucha de influencias. ¿Quién vencerá? ¿Conseguirán los escasos partidarios de la guerra que el Papa se abstenga de toda condenación? ¿O bien los numerosos partidarios de la paz serán capaces de decidirle a intervenir?

Studler bromeó:

—Es una pena que no tengamos ya embajador en el Vaticano: hubiera podido aconsejar a Su Santidad que abriera los Evangelios...

Esta vez, Philip sonrió.

—El señor profesor parece ver con escepticismo la influencia papal —hizo observar Rumelles, con una ligera sombra de descontento e ironía.

—El profesor siempre se siente escéptico —bromeó Antoine, envolviendo a su maestro en una mirada un poco cómplice y llena de respetuoso afecto.

Philip se volvió hacia él y cerró los ojos.

—Amigo mio —dijo—, confieso (y esto debe de ser sin duda un grave síntoma de delicuescencia senil), que cada vez me cuesta más trabajo formarme una opinión... No creo haber oído nunca probar una cosa cualquiera, sin que la contraria no pudiera ser probada por otros con la misma evidencia. ¿Será eso, tal vez, lo que ustedes llaman mi escepticismo?... En el caso presente, por el contrario, se engañan de medio a medio. Me inclino ante la competencia del señor Rumelles, y soy tan sensible como cualquier otro a sus argumentos...

—Pero... —apuntó Antoine, sonriendo.

Philip sonrió:

—Pero —prosiguió, frotándose las manos con fuerza—, a mi edad, es difícil contar con el triunfo de la razón... Si la paz no depende sino del sentido común de los

hombres, ¡no hay más remedio que reconocer que se encuentra gravemente amenazada! Lo que, por otra parte —continuó inmediatamente—, no sería una razón para cruzarse de brazos. Apruebo plenamente que los diplomáticos breguen. Siempre hay que bregar como si se pudiera conseguir algo. Éste es nuestro principio en medicina, ¿no es así, Thibault?

Manuel Roy se alisaba el bigotillo con gesto de enfado. No había nada que más le irritara que las palinodias anticuadas del anciano maestro.

Rumelles, a quien este escepticismo académico desagradaba igualmente, miraba obstinadamente en dirección a Antoine; y cuando sus miradas se encontraron, le hizo una seña para recordarle el objeto de su visita: la inyección.

Pero, en este momento, Manuel Roy, dirigiéndose a Rumelles, declaró sin ambages:

—Lo grave es que si las cosas se estropearan a pesar de todo, Francia no está preparada. Si dispusiéramos hoy de una fuerza armada indiscutible..., aplastante...

—¿Que no está preparada? ¿Y quién ha dicho eso? —protestó el diplomático, enderezándose.

—¿Quién va a ser? ¡Considero que las revelaciones de Humbert en el Senado, hace tres semanas, eran bastante precisas!

—Vamos, vamos —exclamó Rumelles, encogiéndose de hombros ligeramente—. Los hechos que el senador Humbert ha «revelado», como usted dice, eran del dominio público y no tienen en absoluto la importancia que ha querido darles un determinado sector de la prensa. No tenga el candor de creer que el recluta francés esté condenado a marchar descalzo a la guerra, como un soldado del año II...

—Pero no pienso solamente en los quintos... La artillería pesada, por ejemplo...

—¿Sabe usted que muchos especialistas, y entre los más autorizados, niegan por completo la utilidad de esas piezas de largo alcance, de las cuales se ha atiborrado el ejército alemán? Es como esas ametralladoras con las que han hecho más dificultosa la marcha de su infantería...

—¿Y qué es una ametralladora? —interrumpió Antoine.

Rumelles se echó a reír:

—Es algo que está a mitad de camino entre el chopo y la máquina infernal que fabricó Fieschi, ya sabe, aquella que fracasó tan rotundamente contra el rey Luis Felipe... Son unos artefactos terribles, en teoría, en los polígonos de tiro. ¡Pero en la práctica! Parece ser que se encasquillan con el menor granito de arena...

Volviéndose hacia Roy, prosiguió con más formalidad:

—Según los especialistas, lo que interesa es la artillería de campaña. Y la nuestra es muy superior a la de los alemanes. Tenemos más cañones del calibre setenta y cinco de los que ellos tienen del setenta y siete, y nuestro setenta y cinco no tiene ni punto de comparación con su setenta y siete... Tranquilícese, joven... La verdad es que, desde hace tres años, Francia ha hecho un esfuerzo considerable. Todos los problemas de concentración, de utilización de los ferrocarriles, de aprovisionamiento,

están hoy resueltos. Si hubiera que ir a la guerra, créame, Francia estaría en excelente posición. ¡Y nuestros aliados lo saben perfectamente!

—Lo cual es muy peligroso —rezongó Studler.

Rumelles levantó impertinentemente las cejas, como si el pensamiento del Califa le resultara incomprensible. Fue Jacques quien insistió.

—¡Efectivamente, tal vez nos valiera más que Rusia no tuviera en estos momentos una confianza demasiado grande en el ejército francés!

Fiel a su propósito, hasta entonces había escuchado en silencio. Pero tascaba el freno. La cuestión capital a sus ojos, la oposición de las masas, no había sido ni siquiera rozada. Se tomó el pulso rápidamente, se cercioró de que era lo bastante dueño de sí para poder adoptar a su vez este tono especulativo e impersonal que parecía aquí reglamentario, y luego se volvió hacia el diplomático.

—Hace un momento, pasaba usted revista a todas las razones que despiertan la confianza —comenzó en tono comedido—. ¿No cree usted que habría que contar entre las principales probabilidades de paz con la resistencia de los partidos pacifistas? —Su mirada se posó un momento en el rostro de Antoine, advirtiéndole en él una sombra de inquietud, y volvió a fijarse en Rumelles—. A pesar de todo, en el momento presente, hay en Europa diez o doce millones de internacionalistas convencidos, completamente decididos, si la amenaza se agravara, a impedir a sus gobiernos ceder a la tentación de la guerra...

Rumelles había escuchado, sin hacer ningún gesto. Miraba a Jacques con atención.

—Yo tal vez no conceda la misma importancia que usted a esas manifestaciones populacheras —pronunció por fin, con una calma que no ocultaba sino a medias una indirecta irónica—. Advierta, por otra parte, que los movimientos de entusiasmo patriótico, en todas las capitales, son mucho más numerosos e importantes que las protestas de algunos recalcitrantes... Anoche, en Berlín, cientos de miles de manifestantes recorrieron la ciudad, profirieron amenazas ante la embajada rusa, cantaron el *Wacht am Rhein* bajo las ventanas del palacio real y cubrieron de flores la estatua de Bismarck... No es que trate de negar la existencia de algunos movimientos de oposición, pero su acción es puramente negativa.

—¿Negativa? —exclamó Studler—. ¡Hasta ahora nunca había despertado en las masas tanta impopularidad la amenaza de una guerra!

—¿Qué entiende usted por «negativa»? —preguntó Jacques calmadamente.

—Dios mío —replicó Rumelles, aparentando buscar las palabras—, entiendo por tal acción negativa el hecho de que esos partidos de que usted habla, hostiles a toda perspectiva de guerra, no son lo bastante numerosos y disciplinados, ni están lo bastante unidos internacionalmente, para constituir en Europa una fuerza con la cual haya que contar...

—¡Doce millones! —repitió Jacques.

—Doce millones, tal vez, pero cuya mayor parte son simples «adheridos»,

individuos que pagan una cuota. ¡No se engañe! ¿Cuántos militantes activos, verdaderos? Y, entre estos militantes, hay todavía un gran número que son sensibles a las reacciones patrióticas... En ciertos países, estos partidos revolucionarios puede que sean capaces de poner algunos impedimentos a la autoridad de sus gobiernos; pero son impedimentos teóricos, y, todo lo más, puramente circunstanciales, ya que ese tipo de oposición no puede ejercerse sino mientras es tolerado por los poderes públicos. Si las circunstancias se agravaran, a cualquier gobierno le bastaría con apretar ligeramente los tornillos del liberalismo, sin siquiera recurrir al estado de sitio, para verse libre inmediatamente de esos perturbadores... No... En ningún sitio representa todavía la Internacional una fuerza susceptible de contrarrestar efectivamente los actos de un gobierno. Y no es en pleno período de crisis cuando los extremistas podrían improvisar un partido serio de resistencia... —Sonrió—. Es demasiado tarde... Por esta vez...

—A menos —repuso Jacques— que esas fuerzas de resistencia, adormecidas en la época de la tranquilidad, no se exasperen bajo la acción del peligro y se conviertan de repente en invencibles... ¿No cree usted que en estos momentos la violencia de las huelgas rusas paraliza al gobierno del Zar?

—Error —dijo Rumelles con frialdad—. Permítame que le diga que está usted atrasado por lo menos en veinticuatro horas... Los últimos despachos, afortunadamente, son categóricos: la agitación revolucionaria de Petersburgo ha sido reprimida. Con crueldad, pero de-fi-ni-ti-va-men-te.

Seguía sonriendo, como para disculparse de tener razón con tanta seguridad; luego, volviendo los ojos hacia Antoine, levantó ostensiblemente el reloj que llevaba en la muñeca.

—Mi querido amigo... Desgraciadamente, la hora se me echa encima...

—Soy con usted —dijo Antoine, levantándose.

Temía las reacciones de Jacques y no deploraba que terminase cuanto antes esta discusión.

Mientras Rumelles se despedía de todos con una cortesía afectada, Antoine sacó del bolsillo un sobre y se acercó a su hermano.

—Aquí tienes la carta para el notario. Tú la cerrarás... ¿Cómo encuentras a Rumelles? —agregó distraídamente.

Jacques se limitó a observar, sonriendo:

—¡Que tiene el físico que corresponde a su personaje!...

Antoine parecía pensar en otras cosas que vacilaba en decir. Se cercioró con una rápida mirada de que nadie podía oírle y, bajando la voz, dijo bruscamente, en un tono fingidamente desenvuelto:

—A propósito... ¿Tú, en caso de guerra?... ¿Tienes prórroga, verdad? ¿Pero... si movilizaran?

Jacques le observó un momento, antes de contestar. («Jenny me hará seguramente

la misma pregunta», pensó.)

Declaró abruptamente:

—Nunca consentiré en que me movilicen.

Antoine, para guardar las apariencias, miraba hacia donde se encontraba Rumelles. Parecía no haberle oído.

Los dos hermanos se separaron sin haber añadido una sola palabra.



## XLI

—SUS inyecciones son maravillosas —declaró Rumelles una vez que estuvieron solos—. Me siento ya mucho mejor. Me levanto sin demasiado trabajo y tengo más apetito...

—¿No tiene fiebre por las tardes? ¿Ni vértigos?

—No.

—Vamos a poder aumentar la dosis.

La habitación en que entraban, que se comunicaba con el gabinete de consulta, estaba revestida de azulejos blancos; el centro estaba ocupado por una cama de operaciones, en la cual se echó Rumelles dócilmente, después de desnudarse a medias.

Antoine, vuelto de espaldas, de pie junto al autoclave, preparaba la dosis.

—Lo que dice usted es bastante tranquilizador —murmuró, pensativo.

Rumelles volvió los ojos hacia él, preguntándose si hablaría de medicina o de política.

—Entonces —prosiguió Antoine—, ¿por qué permiten a la prensa que insista de una manera tan tendenciosa acerca de la duplicidad de Alemania y sus indirectas provocadoras?

—No es que se le «permita»: ¡se le anima a hacerlo! No hay más remedio que preparar la opinión para cualquier eventualidad...

El tono era grave. Antoine dio media vuelta. El rostro de Rumelles había perdido su expresión de confianza. Movía la cabeza a derecha e izquierda, con la mirada absorta.

—¿Preparar la opinión? —dijo Antoine—. ¡La opinión no consentirá nunca en admitir que los intereses de Servia puedan arrastrarnos a complicaciones serias!

—¿La opinión? —dijo Rumelles con un gesto de suficiencia—. Mi querido amigo, con un poco de energía y un tamizado juicio de las noticias, nos bastan tres días para provocar un cambio de opinión, ¡en cualquier sentido!... Por otra parte, la mayoría de los franceses se ha sentido halagada con la alianza franco-rusa. Sería muy fácil hacer vibrar esta cuerda una vez más.

—¡Quién sabe!... —objetó Antoine, acercándose.

Con un algodón empapado en éter limpió el lugar de la inyección, y, con un movimiento rápido, introdujo profundamente la aguja en el músculo. Calló, vigilando la jeringuilla, en la cual el nivel del líquido bajaba rápidamente. Luego, retiró la aguja.

—Los franceses —prosiguió— han acogido con entusiasmo la alianza franco-rusa; pero es la primera vez que tienen ocasión de preguntarse a qué les compromete... Permanezca tumbado durante un minuto... ¿Qué es lo que hay en nuestros tratados con Rusia? Nadie sabe nada.

La pregunta era indirecta, y Rumelles contestó a ella de buena gana:

—No estoy en los secretos de los dioses —dijo, incorporándose sobre un codo—. Sé... lo que se sabe en los pasillos ministeriales. Hubo dos acuerdos preliminares: en mil ochocientos noventa y uno y en mil ochocientos noventa y dos; luego, un verdadero tratado de alianza, que Casimir Périer firmó en mil ochocientos noventa y cuatro. No conozco todo su texto, pero (y esto no es un secreto de Estado) Francia y Rusia se han prometido ayuda militar en el caso de que cualquiera de ellas se encontrara amenazada por Alemania... Luego, ha habido un señor Delcassé. Ha habido un señor Poincaré, con sus viajes a Rusia. Todo esto, evidentemente, no hace sino contribuir a precisar y reforzar nuestros compromisos.

—Entonces —observó Antoine—, si Rusia interviene hoy contra la política germánica, ¿es ella quien amenazará a Alemania! Y entonces, según los términos del tratado, no estaríamos obligados...

Rumelles esbozó una sonrisa amarga, que desapareció rápidamente.

—Es más complicado que todo eso, mi querido amigo... Supongamos que Rusia, protectora decidida de los eslavos del sur, rompe mañana con Austria y moviliza para defender a Servia. Alemania, obligada por su tratado de mil ochocientos setenta y nueve con Austria, se encuentra en la necesidad de movilizar contra Rusia... Ahora bien: esta movilización forzarla a Francia a cumplir los compromisos que tiene con respecto a Rusia, y a movilizar inmediatamente contra una Alemania que amenazara a nuestra aliada... Es automático...

Antoine no pudo reprimir un gesto malhumorado.

—¡De manera que esa costosa amistad franco-rusa, con la cual se han vanagloriado nuestros diplomáticos de comprar una garantía de seguridad, se nos presenta hoy como todo lo contrario! ¡No ya como una garantía de paz, sino como un peligro de guerra!

—Los diplomáticos tienen las espaldas anchas... Piense en lo que era en mil ochocientos noventa la situación de Francia en Europa. ¿Se equivocaban nuestros diplomáticos al preferir dotar a nuestro país de un arma de doble filo, mejor que dejarla desarmada?

El argumento pareció sofisticado a Antoine; pero no encontró respuesta para él: conocía mal la historia contemporánea. Todo esto no tenía sino un interés retrospectivo.

—De cualquier forma —prosiguió—, en los momentos actuales, si le comprendo bien, nuestra suerte depende únicamente de Rusia, o más exactamente —añadió después de una corta vacilación—, todo depende de nuestra fidelidad al pacto franco-ruso.

Rumelles volvió a sonreír con amargura:

—En cuanto a eso, mi querido amigo, no cuente con que nos podamos librar de nuestros compromisos. Quien dirige nuestra política exterior en las presentes circunstancias es Berthelot. Mientras siga en su puesto, y mientras esté apoyado por

Poincaré, tenga la seguridad de que la fidelidad a nuestras alianzas nunca será puesta en entredicho. —Dudó un momento, y prosiguió—. Lo cual se ha visto claramente, según parece, en ese consejo de ministros que ha tenido lugar a continuación de la incalificable proposición de Von Schön...

—Entonces —exclamó Antoine con irritación—, si no hay ninguna probabilidad de librarnos de la tutela rusa, ¿habrá que obligar a Rusia a permanecer neutral!

—¿Y el medio? —Rumelles fijaba en Antoine su mirada azul. Murmuró—: ¿Y quién nos dice que no sea demasiado tarde?...

Luego, después de un momento de silencio, prosiguió:

—En Rusia, el partido militarista es muy fuerte. Las derrotas de la guerra ruso-japonesa han dejado en el Estado Mayor ruso un amargo deseo de desquite; y nunca ha encajado el golpe que les ha infligido Austria, al anexionarse Bosnia-Herzegovina. Individuos como Iswolsky (que, entre paréntesis, debe llegar esta noche a París) apenas si ocultan que desean una guerra europea, para llevar las fronteras rusas hasta Constantinopla. Él quisiera efectivamente retrasar la guerra hasta la muerte de Francisco José, y, a ser posible, hasta mil novecientos diecisiete; pero, indudablemente, si la oportunidad se le presenta antes...

Hablaba de prisa, jadeante, con semblante repentinamente abatido. Una arruga de preocupación se dibujaba en su frente. Parecía haber dejado caer la máscara.

—Sí, mi querido amigo; sinceramente, yo ya comienzo a desesperar... Hace un momento, delante de sus amigos, no tenía más remedio que fingir. Pero la verdad es que esto va muy mal. Tan mal, que el ministro de Asuntos Exteriores ha renunciado a acompañar al Presidente en su viaje a Dinamarca, y regresa a París por el medio más rápido... Los despachos del mediodía han sido malos. Alemania, en lugar de adherirse con empeño a las proposiciones de *sir* Edward Grey, tergiversa, ergotiza, y parece hacer todo lo posible para torpedear la reunión de arbitraje. ¿Desea verdaderamente emponzoñar las cosas? ¿O bien rechaza la idea de una conferencia de cuatro, porque sabe de antemano que, dada la tensión de las relaciones austro-italianas, en este tribunal Austria sería condenada infaliblemente por tres votos contra uno?... Es la hipótesis menos desalentadora... Y la más plausible. Pero, entre tanto, los acontecimientos se precipitan... Ya se están tomando en todas partes medidas militares.

—¿Medidas militares?

—Es fatal: todos los Estados piensan, naturalmente, en una posible movilización y, «por lo que pudiera ocurrir», se preparan para ella... En Bélgica ha habido hoy mismo, bajo la presidencia de Broqueville, un consejo extraordinario, que tiene todo el aspecto de un consejo de guerra preventivo: se proyecta el llamamiento de tres quintas, para poder poner en línea cien mil hombres más... En Francia sucede lo mismo: esta mañana ha habido en el Quai d'Orsay un Consejo de Gabinete, en el que se ha debido de tratar, «por precaución», de los preparativos de guerra. En Tolón, en Brest, la flota está preparada en los puertos. Se han enviado órdenes telegráficas a

Marruecos para que sean embarcados sin pérdida de tiempo cincuenta batallones de tropas negras, con destino a Francia, y etcétera... Todos los gobiernos se adentran al mismo tiempo por el mismo camino; de esta forma, la situación se va agravando poco a poco por sí sola. Porque no hay ni un solo técnico de Estado Mayor que no sepa que, cuando se ha puesto en marcha ese engranaje diabólico que es una movilización nacional, se hace materialmente imposible retardar la preparación y esperar. Entonces, el gobierno más pacífico se encuentra situado ante este dilema: desencadenar la guerra, por la sola razón de que la ha preparado, o bien...

—¡O bien cursar contraorden, dar marcha atrás, suspender la preparación!

—Efectivamente. Pero, en ese caso, hay que estar absolutamente seguro «de que no habrá ya necesidad de movilizar, antes de muchos meses...»

—¿Por qué?

—Porque (y esto es todavía un axioma indiscutido por los técnicos) una parada en seco rompe todas las ruedecillas de ese mecanismo complicado y las hace inutilizables durante mucho tiempo. Ahora bien: ¿algún gobierno, en las circunstancias actuales, puede tener la certeza de que no necesitará movilizar muy pronto?

Antoine callaba. Miraba a Rumelles con emoción. Finalmente murmuró:

—Es espantoso...

—Lo que es espantoso, mi querido amigo, es que, según todas las apariencias, tal vez no hay sino un juego. En este momento, lo que sucede en Europa puede que no sea sino una monumental partida de póker en la que cada uno trata de ganar por intimidación... Mientras que Austria estrangulará dulcemente a la pérfida Servia, su compañera, Alemania, adopta actitudes amenazadoras sin otro objeto, pudiera suceder, que paralizar la acción rusa y la intervención conciliadora de las potencias. Como en el póker: aquellos que *faroleen* más tiempo y mejor, serán los que ganen... Sólo que, como en el póker, nadie conoce las cartas del vecino. Nadie sabe qué parte de trapacería y qué parte de voluntad verdaderamente agresiva hay actualmente en la actitud de Alemania y en la actitud de Rusia. Hasta el presente, los rusos han tenido siempre que capitular ante las audacias germánicas; por tanto, Alemania y Austria se creen con derecho a pensar: «A poco que *faroleemos*, que parezcamos decididos a todo, Rusia volverá a capitular.» Pero también es posible, y precisamente porque Rusia siempre ha tenido que capitular, que esta vez eche toda la carne en el asador...

—Espantoso... —repitió Antoine.

Con un gesto desesperanzado, dejó en la batea del autoclave la jeringuilla que había conservado en la mano, y dio algunos pasos en dirección a la ventana. Al oír a Rumelles trazar este cuadro de la política europea, sentía la zozobra del pasajero que descubriera repentinamente, en medio de una tempestad, que todos los oficiales de a bordo hablan perdido la razón.

Hubo una pausa.

Rumelles se había levantado. Se ajustaba los tirantes. Instintivamente echó una

mirada a su alrededor, como para cerciorarse de que no podía ser escuchado, y se acercó a Antoine.

—Escuche, Thibault —dijo, bajando la voz—. No debiera divulgar estas cosas: pero usted, como médico, tiene que saber guardar un secreto, ¿no es así?

Miraba a Antoine a la cara. Éste inclinó la cabeza en silencio.

—Pues bien... ¡Lo que sucede en Rusia es increíble! Su Excelencia, el señor Sazonov, nos ha insinuado por anticipado, en cierto modo, que su gobierno rechazaría cualquier acción moderadora...; y efectivamente, hace un momento hemos recibido de Petersburgo noticias extremadamente graves: la intención de Rusia no deja ya lugar a dudas: ¡se encuentra en plena movilización! Las maniobras anuales han sido interrumpidas; las tropas han vuelto apresuradamente a sus guarniciones; las cuatro principales zonas militares rusas, Moscú, Kiev, Kazán y Odesa, movilizan... Ha sido ayer, el veinticinco, o tal vez incluso anteayer, en el transcurso de un consejo de guerra, cuando el Estado Mayor ha arrancado al Zar la orden escrita de preparar, a toda prisa, «a modo de precaución», un acto de fuerza contra Austria... Alemania lo sabe, sin ninguna duda, y ello basta, ni qué decir tiene, para explicar su actitud. También moviliza en secreto, y, desgraciadamente, tiene razones más que de sobra para apresurarse... Por otra parte, acaba de hacer hoy mismo una gestión de la mayor importancia: acaba de avisar públicamente a Petersburgo que si los preparativos militares rusos no cesan, y, con mayor razón, si se aceleran, se verá obligada a decretar su movilización; lo que, recalca, significaría la guerra general...

»¿Qué contestará Rusia? Su responsabilidad, que ya es muy pesada, será agobiadora si no cede... Y... es poco probable que ceda...»

—¿Y nosotros, en todo esto?

—¿Nosotros, mi querido amigo?... ¿Nosotros?... ¿Qué hacer? ¿Denunciar a Rusia? ¿Para desmoralizar a la opinión de nuestro país en vísperas tal vez del día en que vamos a tener necesidad de todas nuestras fuerzas, de todo nuestro ímpetu nacional? ¿Denunciar a Rusia? ¿Para aislarnos totalmente? ¿Para regañar con nuestro único aliado? ¿Y para que la opinión inglesa, indignada, se separe del grupo franco-ruso y obligue a su gobierno a pronunciarse en favor de los germánicos?...

Dos golpecitos discretos, dados en la puerta, le interrumpieron, y se oyó en el pasillo la voz de León:

—«Vuelven» a llamar al señor al teléfono...

Antoine hizo un gesto de impaciencia.

—Diga que estoy... ¡No! —exclamó—. ¡Ya voy! —Y dirigiéndose a Rumelles, preguntó—: ¿Me permite?

—No faltaría más, mi querido amigo. Por otra parte, es terriblemente tarde, me marcho... Adiós...

Antoine se dirigió rápidamente a su despachito y descolgó el aparato.

—¿Qué hay?

Al otro lado del hilo, Anne, lastimada por este tono seco, se estremeció.

—Es cierto —dijo humildemente—. ¡Hoy es domingo!... Tal vez tendrás amigos en casa...

—¿Qué hay? —repitió.

—Sólo quería..., pero si te molesto...

Antoine no contestó.

—Yo...

Anne le adivinaba tan irritado que ya no sabía qué decir ni qué mentira improvisar.

Tímidamente, no encontrando nada mejor, balbuceó:

—¿Esta tarde...?

—Imposible —cortó Antoine, de manera tajante. Luego, dulcificando un poco el tono, añadió—: Esta tarde es imposible, cariño ...

De repente había sentido compasión. Anne lo advirtió y le resultó a la vez delicioso y penoso.

—Sé razonable —dijo Antoine. (Ella le oyó suspirar.)—. En primer lugar, hoy no estoy libre... Y aun cuando lo estuviera, salir por la tarde, en estos momentos...

—¿En qué momentos?

—Pero, Anne, ¿es que no lees los periódicos? ¿No creo que ignores lo que pasa?

Ella se sobresaltó. ¿Los periódicos? ¿La política? ¿Era por todas esas tonterías por lo que la apartaba de su vida? «Está mintiendo», se dijo.

—¿Y... esta noche en nuestro pisito? ¿No?

—No... Con toda seguridad volveré tarde y cansado... De verdad, cariño... No insistas... —Suavemente, añadió—: Mañana, tal vez... Te telefonaré mañana, si puedo... ¡Adiós, cariño!

Y colgó, sin esperar a más.

## XLII

JACQUES no había esperado el regreso de su hermano para marcharse. E incluso lamentó haberse retrasado en casa de Antoine, cuando la portera de la avenida del Observatorio le anunció que la señorita Jenny había regresado hacía más de una hora.

Subió los escalones de cuatro en cuatro y llamó. Latiéndole el corazón acechaba los pasos de Jenny detrás de la puerta; pero fue su voz lo que oyó:

—¿Quién es?

—¡Jacques!

Oyó un ruido de cerrojos y de cadenas; la puerta se abrió por fin.

—Mamá se ha marchado —dijo la joven, para explicar tantas precauciones—. Acabo de acompañarla al tren.

Permanecía en el umbral de la puerta, como si en el momento de dejarle pasar experimentara cierto azoramiento. Pero él la miraba a la cara con una expresión tan leal y alegre que disipó instantáneamente su turbación. ¡Estaba aquí! ¡El sueño de la víspera continuaba!...

Alargó hacia ella las dos manos a la vez, con cariñosa brusquedad. Con el mismo gesto, franco y decidido, ella le abandonó las suyas y, retrocediendo dos pasos, sin retirar las manos, le hizo franquear el umbral.

«¿Dónde voy a recibirlo?», se había preguntado mientras lo esperaba. El salón estaba con todos los muebles cubiertos de fundas. ¿En su alcoba? Era su refugio, un lugar muy suyo, en el que le daba vergüenza introducir a alguien, quienquiera que fuese; el mismo Daniel no entraba allí sino en raras ocasiones. Quedaba la habitación de Daniel, y también la de la señora de Fontanin, en la que las dos mujeres permanecían de ordinario. Finalmente, Jenny se había decidido por la alcoba de su hermano.

—Ven al cuarto de Daniel —dijo—. Es la única habitación fresca de la casa.

Como todavía no tenía un vestido negro ligero, llevaba para casa un viejo vestido de verano, blanco y de cuello abierto, que le daba un aspecto primaveral y deportivo. Aunque tenía las caderas estrechas y las piernas largas, no podía decirse que fuera demasiado ágil, porque, instintivamente, vigilaba sus movimientos y atenuaba el paso; pero, a pesar de su retraimiento, sus miembros finos revelaban la elasticidad de la juventud.

Jacques la seguía, distraída la atención; no podía contenerse de mirar emocionado a su alrededor. Lo recordaba todo: el recibimiento, con su armario holandés y los platos de Delft encima de las puertas; la pared gris del pasillo, en la que la señora de Fontanin exponía antaño los primeros dibujos a carboncillo de su hijo; el rincón con cristales encarnados, del que los niños hablan hecho un laboratorio fotográfico; la habitación de Daniel, con su armario de libros, su viejo reloj de alabastro y los dos silloncitos de terciopelo encarnado en los que tantas veces, sentado frente a su

amigo...

—Mamá está de viaje —explicó Jenny, levantando la persiana, para disimular su timidez—. Ha marchado a Viena.

—¿Adónde?

—A Viena, en Austria... Siéntate —dijo volviéndose, sin observar el estupor de Jacques.

(La víspera por la noche, en contra de lo que esperaba, no había tenido que contestar a ninguna pregunta en relación con su retraso. La señora de Fontanin, enteramente ocupada con los preparativos de su viaje del día siguiente —preparativos que no había podido comenzar delante de Daniel—, ni siquiera había mirado el reloj durante la ausencia de su hija. No fue Jenny, por tanto, quien tuvo que dar explicaciones; fue su madre quien se apresuró a explicar, no sin cierta confusión, por haber andado con tapujos, que se ausentaba por una docena de días: lo indispensable para ir personalmente «a arreglar los asuntos».)

—¿A Viena? —repitió Jacques, sin sentarse—. ¿Y la has dejado marchar?

Jenny le contó brevemente cómo se habían desarrollado las cosas, y que, a las primeras objeciones que se había permitido hacer, su madre la había interrumpido tajantemente, afirmando que solamente su presencia en Viena podía poner término a sus dificultades.

Jacques la miraba con ternura mientras hablaba. Estaba sentada en una silla delante de la mesa de Daniel, con el busto erguido, el rostro serio y sin abandono. Las comisuras de la boca, los labios excesivamente apretados —«demasiado acostumbrados al silencio», pensó Jacques— indicaban reflexión y energía. La postura era un poco violenta; la mirada observaba, pero sin entregarse. ¿Desconfianza? ¿Orgullo? ¿Timidez? No: Jacques la conocía lo bastante para saber que esta rigidez era natural y que no expresaba nada más que una cierta expresión de carácter, una cierta reserva intencionada, una actitud moral.

Jacques no sabía si decir todo lo que pensaba acerca de la inoportunidad de un viaje a Austria en este momento. Prudentemente, preguntó:

—¿Está tu hermano en antecedentes de este viaje?

—No.

—¡Ah! —dijo, decidiéndose repentinamente—. Daniel se habría opuesto a él formalmente, estoy seguro. ¿La señora de Fontanin no sabía entonces que Austria está movilizándose? ¿Que las fronteras están custodiadas militarmente? ¿Que Viena puede estar mañana en estado de sitio?

Entonces le llegó a Jenny el momento de quedarse estupefacta. Desde hacía ocho días no había tenido oportunidad de leer un periódico. En pocas palabras, Jacques la puso al corriente de los principales acontecimientos.

Hablaba con circunspección, tratando de ser veraz, sin inquietar demasiado. Las preguntas que ella le hacía, o en las que se traslucía un fondo de incredulidad, dejaban adivinar que las preocupaciones políticas ocupaban muy poco sitio en la vida



de Jenny. La eventualidad de una guerra, de una de esas guerras de que se habla en los manuales de historia, no conseguía apenas asustarla. La idea de que, en caso de conflicto, Daniel se encontraría inmediatamente en un serio peligro, ni siquiera se le pasó por la imaginación. No pensaba sino en las complicaciones materiales que pudieran derivarse para su madre.

—Es muy probable —se apresuró a decir Jacques— que la señora de Fontanin renuncie durante el camino a su proyecto. Hazte a la idea de verla regresar.

—¿Tú crees? —dijo la joven con vehemencia, al tiempo que se ruborizaba.

Le confesó que, a pesar de todo, se había puesto bastante contenta con este viaje que retrasaba el momento de las explicaciones. No era, se apresuró a añadir, que temiera tropezarse con una desaprobación. Pero temía más que nada tener que hablar de sí misma, tener que poner sus sentimientos al desnudo.

—Tendrás que recordarlo, Jacques —agregó, mirándole con seriedad—. Yo necesito que se me adivine...

—Yo también —repuso él, sonriendo.

La conversación tomaba un sesgo más íntimo. Jacques la interrogó acerca de sí misma, obligándola a concretar, ayudándola a analizarse. Ella accedía sin demasiado trabajo. No se rebelaba ante sus preguntas; poco a poco, notaba incluso que le agradecía haberlas formulado, y era la primera en asombrarse de sentir cierto placer en prescindir, para él, de su reserva habitual. Bien es verdad que nadie se había inclinado nunca hacia ella con esta mirada tan cálida y amorosa, y que nadie le había hablado nunca con tanto cuidado para no herirla y con deseo tan manifiesto de comprenderla. Un calor desconocido la invadía; le parecía que hasta entonces había vivido enclaustrada, y que los límites de su clausura, retrocediendo repentinamente, le descubrían un horizonte insospechado.

Jacques sonreía continuamente, sin motivo. Más que a Jenny, sonreía a su propia felicidad. Estaba como aturdido. Había olvidado a Europa: ya no existía nada, sino ella y él. Todo lo que ella decía, incluso lo más insignificante, le parecía lleno de confianza, de intimidad, y despertaba en él unos sentimientos de arrebatada gratitud. Una convicción se apoderaba de su espíritu y lo llenaba de orgullo: que su amor no solamente era algo raro y precioso, sino que constituía también una aventura absolutamente excepcional, sin precedentes. La palabra «alma» venía continuamente a sus labios; y cada vez, este término vago y misterioso, resonaba en ellos con una vibración especial, como una palabra mágica cargada de secretos que sólo ellos conocían.

—¿Sabes lo que me asombra? —exclamó de repente—. ¡Estar tan poco asombrado! ¡Noto que, en mi interior, no he dudado nunca de lo que nos esperaba!

—¡Yo tampoco!

Era igual de falso para ella que para él. Pero cuanto más pensaban en ello, más les parecía a ambos que no habían dejado de esperar ni un solo día.

—Y me parece completamente natural encontrarme aquí... —prosiguió—. ¡A tu

lado, tengo por fin la sensación de haberme encontrado a mí mismo!

—¡Yo también!

(Tanto para uno como para otro, era una tentación voluptuosa, a la que cedían gustosos, esta sensación de unidad espiritual, de poder proclamarse idénticos en todo.)

Jenny había cambiado de sitio y había venido a sentarse frente a él, en una postura casi abandonada.

Su amor parecía transformarla ya físicamente: revelarse en sus actitudes, proporcionarle una flexibilidad y una gracia desacostumbradas. Jacques espiaba gozosamente esta metamorfosis. Acariciaba con la mirada el juego de sombras sobre el busto móvil, la ondulación de los músculos bajo la tela, el ritmo de la respiración. No se cansaba de ver estas dos manos ágiles, que se buscaban, se rozaban y se separaban, y volvían a unirse de nuevo como palomas en celo. Tenía las uñas pequeñas, redondas, abombadas y blancas: «como si fueran avellanas partidas por la mitad», pensó él.

Se inclinó un instante.

—Estoy descubriendo un montón de cosas maravillosas...

—¿Como por ejemplo?

Para escuchar, la joven había puesto el codo sobre el brazo del sillón y apoyaba la barbilla en la palma de la mano; los dedos seguían la curva de la mejilla; el índice jugaba distraídamente con los labios, o bien se alargaba durante un instante hasta la sien.

Jacques, mirándola muy de cerca, dijo:

—A la luz del día, tus pupilas tienen el resplandor de dos piedrecitas azules, de dos zafiros claros...

La joven sonrió, azorada, y agachó la cabeza. Luego, volvió a levantarla, y, como jugando, para hacer lo mismo, lo examinó a su vez atentamente.

—Y yo también encuentro, Jacques, que has cambiado mucho desde ayer.

—¿Que he cambiado?

—Sí; mucho.

Jenny había adoptado un aire enigmático. Jacques la acosó a preguntas. Finalmente, después de muchas vacilaciones, indirectas y rodeos, acabó por comprender lo que ella no se atrevía a decir: desde la llegada de Jacques, había tenido la intuición de que éste se encontraba dominado por una preocupación secreta, extraña por completo a su amor.

Con un manotazo, Jacques apartó el mechón que le caía sobre la frente.

—Mira —dijo, sin más preámbulo—: esta ha sido mi vida desde ayer.

Contó minuciosamente su noche en los jardines de las Tullerías, la mañana pasada en *l'Humanité*, su visita a Antoine. Multiplicaba los detalles, describiendo con complacencia de novelista los lugares, las personas, citando frases de Stefany, de Gallot, de Philip, de Rumelles, precisando sus propias reacciones, confesando sus

inquietudes, sus esperanzas, haciendo lo posible por darle una idea de la lucha que llevaba a cabo contra la amenaza de la guerra.

Ella lo escuchaba, sin perder ni una sola palabra, anhelante y desorientada. Se veía arrojada brutalmente, no sólo en el centro de la existencia de Jacques, sino en plena crisis europea, cara a cara con problemas espantosos y que le eran desconocidos. El edificio social vacilaba repentinamente. La joven experimentaba el pánico de quien, en un terremoto, ve hundirse a su alrededor paredes y tejados, todo eso que aseguraba protección, seguridad, y que parecía indestructible.

En cuanto a la actividad personal de Jacques en ese universo que ayer mismo ella ignoraba por completo, no comprendía su alcance sino de una manera imperfecta. Sin embargo, para justificar su amor plenamente, necesitaba colocar a Jacques muy alto; no dudaba de que sus fines fuesen nobles, y que los individuos cuyos nombres él citaba —este Meynestrel, este Stefany, este Jaurès— fueran dignos de una estima excepcional. Sus esperanzas debían de ser legítimas, puesto que Jacques las compartía.

Jacques estaba lanzado. La atención de Jenny le sostenía y embriagaba.

—... nosotros, los revolucionarios... —dijo.

La joven levantó los ojos, y Jacques leyó en ellos la sorpresa.

Era la primera vez que Jenny oía una voz simpática pronunciar con este respeto religioso la palabra «revolucionario», la cual despertaba en su mente la imagen de individuos de aspecto torvo, capaces de incendiar y saquear los barrios ricos para saciar sus bajos apetitos: hombres sin moral, que ocultan bombas bajo la chaqueta, y contra los cuales la sociedad no tiene más recurso que la deportación.

Entonces, empezó a hablar del socialismo y de su adhesión a la Internacional.

—No creas que ha sido un impulso ingenuo de generosidad lo que me ha precipitado en el partido de la revolución. He llegado a él después de largas vacilaciones, y en un momento de enorme depresión, en la mayor soledad moral. Cuando tú me conociste, yo quería creer en la fraternidad humana, en el triunfo de la verdad, de la justicia; pero consideraba este triunfo fácil e inmediato. Pronto descubrí mi ilusión, y todo se oscureció para mí. Atravesé en aquella época los peores momentos de mi vida. Me dejé hundir... Llegué al fondo, muy al fondo... Pues bien: fue el ideal revolucionario lo que me salvó —prosiguió, pensando con emocionada gratitud en Meynestrel—. Fue el ideal revolucionario lo que de repente ensanchó e iluminó mi horizonte, dando una razón de vivir a ese ser refractario e inútil que yo había sido desde la infancia... Comprendí que era absurdo creer que el triunfo de la justicia era fácil y estaba próximo, ¡pero comprendí también que todavía era más absurdo y criminal dejarse dominar por la desesperación! ¡Comprendí, sobre todo, que había una forma activa de creer en este triunfo, y que mi rebeldía instintiva podía llegar a ser eficaz, si la ponía sistemáticamente a trabajar, con otros rebeldes como yo, en beneficio de la evolución social!

Jenny lo escuchaba sin interrumpirle. Su atavismo protestante la predisponía

bastante bien, por otra parte, hacia esta idea de que la sociedad no debe someterse a un riguroso conformismo, y también a la de que un individuo tiene la obligación de elevar su personalidad y llevar hasta las últimas consecuencias una acción que le ha sido dictada por su conciencia. Jacques se sintió comprendido. En el silencio de Jenny distinguía el aletear de una inteligencia al acecho, sana y equilibrada, mal preparada sin duda para los debates especulativos, pero apta para elevarse libremente por encima de los prejuicios; y, detrás de aquella reserva de la que ella no acababa de despojarse, sentía palpitar una sensibilidad a presión, dispuesta a adoptar y servir cualquier causa noble que fuera verdaderamente digna de un sacrificio total.

Sin embargo, no pudo contener un gesto incrédulo y casi desaprobatorio, al oír a Jacques afirmar que esta sociedad capitalista —sociedad en la que ella vivía sin pensar en nada malo— era la consagración de una injusticia inaceptable. Sin haber pensado mucho en ello, la joven aceptaba la desigualdad de las condiciones como una consecuencia inevitable de la desigualdad de las naturalezas.

—¡Lo que es ese mundo de los desheredados! —exclamó Jacques—. ¡Estoy seguro de que tú no te lo representas tal y como es! Entonces no moverías la cabeza de esa manera... ¡Tú ignoras que existe, muy cerca de ti, una multitud de desgraciados para los cuales la vida no representa nada más que sufrimiento un día tras otro, con la espalda agobiada por el trabajo, sin un salario adecuado, sin seguridad en el porvenir, sin posibilidades de esperanza! Tú sabes perfectamente que se extrae carbón y se fabrican multitud de artículos; ¿pero piensas alguna vez en esos millones de hombres que durante toda su vida se ahogan en las tinieblas de las minas? ¿En esos otros millones que se deshacen los nervios en el estrépito mecánico de las fábricas? ¿O incluso en esos semiprivilegiados del campo, cuya tarea cotidiana es lascar el suelo durante diez, doce o catorce horas diarias, según las estaciones, para vender a unos intermediarios, que les esquilman, el producto de todo ese sudor? ¡Ése es el trabajo de los hombres! ¿Crees que exagero? ¡En absoluto! Hablo de lo que he visto... En Hamburgo, para no morirme de hambre, tuve que trabajar en los muelles con otros cien pobres diablos impulsados por la misma necesidad que yo: ganarse el pan. Durante tres semanas he obedecido de la mañana a la noche a unos capataces, parecidos a cómitres, que gritaban: ¡Levantad esos postes! ¡Llevad estos sacos! ¡Arrastrad esas carretillas de arena! Por la noche abandonábamos el puesto con nuestra mísera soldada, para arrojarnos sobre la comida, sobre el alcohol, envilecidos, enfangados en la mugre, con el cuerpo vacío y la mente vacía, agotados por el cansancio, hasta el extremo de no ser capaces ni de rebelarnos. Porque tal vez sea eso lo más espantoso: ¡en su inmensa mayoría, esos desgraciados ni siquiera sospechan la injusticia social de que son víctimas! ¡Hay que preguntarse realmente de dónde sacan fuerzas para sufrir, como una cosa natural, su terrible vida de forzados! Yo he podido evadirme de ese infierno, porque tenía la suerte de conocer varios idiomas y era capaz de hilvanar un artículo de periódico... ¿Pero los otros? ¡Allí continúan su tarea de forzados! ¿Tenemos derecho a aceptar que estas cosas existan, que puedan continuar,

que sean la condición normal de los hombres en la tierra?

»¡Pues y las fábricas!... En otra ocasión trabajé en Fiume, como alimentador, en una fábrica de botones. ¡Era esclavo de una máquina a la que había que alimentar, sin interrupción, cada diez segundos! Imposible distraer ni un minuto el pensamiento o la mano... Era un movimiento, siempre el mismo, que había que repetir durante horas enteras. Sin verdadera fatiga; lo admito. ¡Pero te juro que salía de allí más embrutecido por la imbecilidad de este trabajo, de lo que lo estaba en Hamburgo después de haber cargado durante dos horas seguidas sacos de cemento, cuyo polvo me hacía llorar y me secaba el gáznate! También he visto, en una fábrica de jabón italiana, a mujeres cuya misión consistía en levantar y transportar cada diez minutos una cajas de jabón en polvo que pesaban cuarenta kilos; durante el resto del tiempo, estaban de pie dando vueltas a una manivela: una manivela tan dura que para ponerla en movimiento tenían que apoyar el pie en la pared. ¡Y hacían ese trabajo durante ocho horas diarias!... No invento nada. También he visto, en una peletería de Prusia, a muchachas de diecisiete años, que eran empleadas para cepillar las pieles de la mañana a la noche; y estas chiquillas tragaban tantos pelos que, para continuar su trabajo, necesitaban ir afuera a vomitar varias veces al día... ¡Y por qué salario tan pobre!, ya que esta admitido en todas partes que por el mismo trabajo la mujer esté peor retribuida que el hombre...»

—¿Por qué? —preguntó Jenny.

—Porque se supone que tiene un padre o un marido que la ayudan a vivir...

—Lo que muy a menudo es verdad —repuso la joven.

—¡Desgraciadamente, no! Si esas desgraciadas se ven obligadas a trabajar, ¿no es precisamente porque en nuestra sociedad el hombre no gana lo bastante para mantener de una forma adecuada a aquellos que tiene a su cargo?

»Te he citado el caso de trabajadores extranjeros. Pero no tienes más que ir una mañana cualquiera a Ivry, a Puteaux, a Billancourt... Allí verás, antes de las siete, el desfile de mujeres que vienen a dejar a sus hijos en la guardería, para estar libres y poder ir a trabajar a las fábricas. Los patronos que han organizado estas guarderías (cargando los gastos a la fábrica) están persuadidos, y tal vez de buena fe, de que son unos bienhechores de sus obreros... ¿Te imaginas lo que es la existencia de una madre de familia que, antes de hacer sus ocho horas de trabajo manual, se ha levantado a las cinco de la mañana para preparar el café, lavar y vestir a los pequeños, arreglar un poco la habitación y estar a las siete en su trabajo? ¿No es algo monstruoso? ¡Y, sin embargo, existe! ¡Y al precio de estas vidas sacrificadas es como prospera la sociedad capitalista! ¿En verdad, Jenny, podemos tolerar esto? ¿Podemos tolerar durante más tiempo que la sociedad capitalista prospere a costa de esos millones de vidas sacrificadas? ¡No!... Pero, para que eso y todo lo demás pueda ser modificado, es necesario que la autoridad cambie de mano: es necesario que el poder político sea confiscado por el proletariado. ¿Comprendes ahora? Ése es el sentido de esa palabra que tanto parece asustarte: *Revolución*... Es necesario que una

organización nueva y completamente diferente de la sociedad permita al hombre, no ya solamente subsistir, ¡sino también vivir! Hay que devolver al hombre, no solamente su parte material de los beneficios del trabajo, sino también esa parte de libertad, de ocio, de bienestar, sin la cual no puede desarrollar su dignidad de hombre...»

—Su dignidad de hombre... —repitió la joven, pensativa.

De repente se percataba —y se sentía avergonzada de ello— de que había llegado a los veinte años sin saber absolutamente nada de los trabajos y las miserias del mundo. Entre la masa de los trabajadores y ella, joven burguesa de 1914, la separación de clases era tan rígida como la que separaba las castas en la civilización antigua... «Sin embargo, todos los ricos que yo conozco no son unos monstruos», se dijo ingenuamente. Pensaba en aquellas obras protestantes en las que participaba su madre, en las cuales «se practicaba la caridad» con familias necesitadas... Sintió que se ruborizaba. ¡La caridad! Ahora comprendía que aquellos miserables que solicitaban una limosna no tenían nada de común con los trabajadores explotados, quienes reivindicaban el derecho a vivir, el derecho a su independencia, su dignidad. Aquellos miserables no eran el pueblo, como ella lo había creído tontamente: no eran sino los parásitos del mundo burgués, casi tan extraños al mundo obrero evocado por Jacques, como esas señoras patrocinadoras que los visitaban. Jacques acababa de revelarles lo que era *el proletariado*.

—La dignidad del hombre —repitió por segunda vez, y su tono demostraba que daba a estas palabras toda su significación.

—Los primeros resultados —prosiguió Jacques— serán fatalmente irrisorios... El trabajador, liberado por la revolución, se precipitará en primer lugar hacia las satisfacciones más egoístas; digamos, incluso, las más bajas... Hay que ponerse en su lugar: esas apetencias inferiores deben ser saciadas primeramente, para que sea posible el verdadero progreso... interior... —Vaciló, antes de añadir—:... el cultivo espiritual...

Se le había velado la voz. Una angustia que conocía muy bien le atenazaba la garganta. Sin embargo, prosiguió:

—Desgraciadamente, tenemos que consentir esta necesidad: que la revolución de las instituciones preceda en mucho a la de las costumbres. Pero no hay que..., no... No tenemos derecho a dudar del hombre... ¡Me doy perfectamente cuenta de sus taras! Pero creo, quiero creer, que en su mayor parte son una consecuencia de la sociedad actual... ¡Hay que luchar contra las tentaciones del pesimismo, hay que llegar a creer en el hombre!... En el hombre hay, tiene que haberla, una secreta e indestructible aspiración a la grandeza... Y hay que soplar pacientemente sobre esa brasa insignificante enterrada bajo las cenizas, para que se encienda... ¡Para que algún día pueda llegar, tal vez, a llamear!

Jenny aprobó con una brusca inclinación de cabeza. Su rostro estaba más enérgico que nunca; su mirada, llena de gravedad.

Jacques sonrió complacido:

—Pero las transformaciones sociales son para después... Primero, lo más urgente: ¡hoy de lo que se trata es de impedir la guerra!

Pensó de repente en la cita con Stefany y dirigió una mirada hacia el reloj de alabastro. Estaba parado. Consultó el suyo y se levantó de un salto.

—¿Las ocho ya? —dijo, como si saliera de un sueño—. ¡Y tengo que estar en la Bolsa dentro de un cuarto de hora!

De repente se dio cuenta del sesgo inesperado y formal que había tomado su conversación. Temió haber decepcionado a Jenny y quiso disculparse.

—No, no —le interrumpió ésta inmediatamente—. Deseo saber lo que piensas acerca de todo... Quiero conocer tu vida... Comprender. —Y su acento apasionado parecía decir: «¡Al confiarte así, al mostrarte a mí tal como eres, me das la mejor prueba de tu cariño, la que yo más estimo!»

—Mañana —elijo Jacques, dirigiéndose a la puerta— vendré a la misma hora, ¿te parece? Inmediatamente después de comer.

La joven sonrió de forma que lo iluminó hasta el fondo de las pupilas. Hubiera querido contestar: «Sí; ven, estáte aquí lo más posible... ¡Solamente me siento vivir cuando estás a mi lado!»

Pero se ruborizó, y, callándose, le siguió a través de la casa.

Jacques se detuvo ante la puerta del salón, que estaba entreabierta:

—¿Me permites? Me recuerda esto tantas cosas...

Los postigos estaban cerrados. Jenny entró delante y abrió la ventana. Tenía una manera personal de andar, de cruzar una habitación, de ir en línea recta hacia lo que quería hacer, sin brusquedad, con una firmeza dulce e inflexible.

Un olor a ropa y a lejía salía de las cortinas amontonadas, de las alfombras enrolladas, del entarimado. Sonriente, Jacques lo miraba todo. Recordaba su primera visita con Antoine... Jenny, enojada, había ido a asomarse al balcón; y él había permanecido aquí, en este rincón, estúpidamente plantado delante de esta vitrina. No necesitaba levantar la tela que la cubría hoy para ver de nuevo las bomboneras, los abanicos, las miniaturas, todas aquellas chucherías que contemplara aquel día, para distraer su cortedad, y que había vuelto a encontrar fielmente en el mismo sitio después de años enteros... Las diferentes imágenes de Jenny en el curso de estos años se superponían ante sus ojos como distintas copias sobre un dibujo original. Recordaba sus actitudes de niña, de jovencita, sus arrebatos, sus impulsos abortados, sus rubores repentinos, sus semiconfidencias...

Se volvió hacia ella y sonrió. ¿Adivinaba ella lo que estaba pensando? Tal vez. No decía nada. I-a contempló durante algunos segundos, en silencio. Hoy volvía a encontrarla aquí, en este mismo salón, dueña de sí misma como antaño, sin timidez, pero sin abandono, con esta mirada franca y un poco dura, y este rostro terso y enigmático...

—Jenny, enséñame también la habitación de tu madre, ¿quieres?

—Ven —dijo la joven, sin dar señales de sorpresa.

También conocía en sus menores detalles esta habitación con las paredes llenas de retratos, de fotografías, y con la gran cama de damasco verde adornado de encaje. Daniel, después de haber llamado a la puerta, lo hacía entrar aquí. Normalmente, la señora de Fontanin, bajo la luz rosada de la pantalla, sentada en uno de los dos sillones que encuadraban la chimenea, leía al amor de la lumbre alguna obra de moral o alguna novela inglesa. Entonces dejaba el libro abierto sobre las rodillas y recibía a los dos muchachos con una sonrisa resplandeciente, como si nada pudiera causarle más alegría que esta visita. Hacía sentar a Jacques frente a ella y le preguntaba acerca de su vida y de sus estudios, con una mirada alentadora. Y si Daniel pretendía levantar los leños quemados, su madre le quitaba prontamente las tenazas, con gesto risueño: «No, no —le decía riendo—; deja: tú no conoces las costumbres del fuego.»

Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar todos estos recuerdos.

—Vamos —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

Lo acompañó hasta el recibimiento.

Repentinamente la miró con tanta gravedad que un temor absurdo se apoderó de ella y le hizo bajar la frente.

—¿Has sido feliz aquí, alguna vez? ¿Verdaderamente feliz?

Conscientemente, antes de contestar, la joven ahondó en el pasado y vivió de nuevo en algunos segundos los años transcurridos, su infancia inquieta y escrupulosa, su infancia despierta, concentrada y muda. Había muchos destellos entre esta bruma: la ternura de su madre, el afecto de Daniel... Sin embargo, no... ¿Feliz, «verdaderamente» feliz? No; nunca.

Levantó los ojos y movió la cabeza negativamente.

Lo vio respirar profundamente, rechazar el mechón con un gesto decidido y sonreír de repente. No dijo nada. No se atrevía a prometerle la felicidad; pero, sin dejar de sonreír y de mirarla hasta el fondo de los ojos, la cogió de las manos, como había hecho al llegar, y posó en ellas sus labios. La joven no apartaba los ojos de él. Sentía su corazón latir y latir...

Hasta mucho después no supo con cuánta precisión se estaba inscribiendo en su memoria, en este instante preciso, la imagen de Jacques (tal como estaba aquí, de pie, inclinado hacia ella), ni con qué fidelidad alucinante habría de seguir viendo, durante toda su vida, esta frente, este mechón oscuro, esta mirada penetrante, indócil y osada, esta sonrisa confiada y resplandeciente de promesas...



## XLIII

EL estrépito provincial de las campanas de San Eustaquio, que penetraba en el patio de la casa, despertó a Jacques muy temprano. Su primer pensamiento fue para Jenny. Veinte veces ya, la víspera, en el transcurso de la velada y hasta el momento de dormirse, había recordado su visita a la avenida del Observatorio; siempre encontraba nuevos detalles de grato recuerdo. Permaneció algunos minutos echado en la cama, paseando una mirada indiferente sobre la decoración de su nueva vivienda. Las paredes estaban salitrosas, el techo se desconchaba; ropas desconocidas colgaban de las perchas; paquetes de folletos y de octavillas se amontonaban encima del armario; sobre la palangana de cinc había un espejo barato cubierto de manchas. ¿Cuál había podido ser la vida del camarada que vivía aquí?

La ventana había permanecido abierta durante toda la noche; pero, a pesar de lo temprano de la hora, el aire que subía del patio era fétido y agobiante.

«Lunes veintisiete —se dijo, mientras consultaba su libreta de notas depositada sobre la mesilla de noche—. Hoy por la mañana, a las diez, los tipos esos de la C.G.T... Luego, tendré que ocuparme de lo del dinero, ver al notario, al agente de bolsa... ¡Pero a la una estaré con ella!... Después, a las cuatro y medía, tengo esa reunión que se ha organizado en Vaugirard para Knipperdinck... A las seis me pasaré por el *Libertaire*... Y esta tarde, la manifestación... Ayer noche, el ambiente estaba muy cargado. Pudiera suceder que hoy pasaran cosas... ¡Los bulevares no han de ser siempre para los jóvenes patriotas! La manifestación de esta tarde se presenta bien. Carteles por todas partes... La Federación de la Construcción ha hecho un llamamiento a los sindicatos... Es muy importante eso de que el movimiento sindicalista esté bien sincronizado con el del Partido...» Corrió a llenar su jarro en el grifo del pasillo, y luego, con el torso desnudo, se chapuzó en el agua fresca.

Bruscamente se le vino a la imaginación el recuerdo de Manuel Hoy, y se puso a denostar al joven médico: «¡En el fondo, aquellos a quienes vosotros acusáis de antipatriotismo son los que se sublevan contra vuestro capitalismo! ¡Basta que se ataque a vuestro régimen, para ser un mal francés! Decís: *Patria* —rezongó, con la cabeza bajo el agua— pero pensáis: ¡*Sociedad!* ¡*Clase!* ¡Vuestra defensa de la patria no es sino una defensa disfrazada de vuestro sistema social!» Cogió la toalla por los extremos y se friccionó la espalda vigorosamente, mientras soñaba en un mundo futuro, en el que las distintas patrias subsistirían como otras tantas agrupaciones regionales, autónomas, pero reunidas bajo una misma organización proletaria.

Luego, su pensamiento volvió al sindicalismo.

«Es en el interior de los sindicatos donde habría que estar para hacer una buena labor.» Su frente se oscureció. ¿Por qué estaba en Francia? Misión de información, sí; y hacía todo lo que podía: la misma víspera, había expedido a Ginebra algunos breves «informes», de los que, indudablemente, podría servirse Meynestrel; pero no se engañaba acerca de la importancia de este papel de informador. «Ser útil,

verdaderamente útil... Actuar...» Había venido a París con esta esperanza, y le ponía de malhumor no ser sino un espectador, una máquina registradora de frases y noticias; se sentía impaciente de no hacer nada; en definitiva, ¡de no poder hacer nada!

No había acción posible en este plano internacional al que se encontraba forzosamente limitado. No hay acción verdadera para aquellos que no forman parte de los equipos, para aquellos que no se han incorporado desde mucho tiempo antes a las organizaciones constituidas. «Todo es el problema del individuo ante la organización —se dijo, con repentino desaliento—. Yo me he evadido de la burguesía, por instinto de huida..., con una rebeldía de individuo, no de clase... He invertido el tiempo en ocuparme de mí mismo, de encontrarme...» «*Tú no serás nunca un revolucionario auténtico, "Camm'rad"...*» Los reproches de Mithörg le vinieron a la memoria. Y pensando en el austríaco, en Meynestrel, en todos aquellos cuyo realismo deliberado había aceptado de una vez por todas, la necesidad revolucionaria de la sangre, sintió nuevamente en la garganta la angustiosa cuestión de la violencia... «¡Ah! Poderse entregar algún día... Darse... liberarse con una entrega absoluta...»

Terminó su aseo en uno de esos estados de turbación, de abatimiento tan frecuentes en él, pero que, afortunadamente, no duraban mucho y cedían rápidamente al dinamismo de la vida exterior.

«Vamos a buscar noticias», se dijo, dominándose.

Esta idea bastó para devolverle el ánimo. Cerró con llave la habitación y bajó rápidamente a la calle.

Los periódicos no le dijeron gran cosa. Los de derecha hacían resaltar las manifestaciones efectuadas por la Liga de Patriotas delante de la estatua de Estrasburgo. En la mayor parte de los periódicos informativos, las notas oficiales estaban adornadas con comentarios vacuos y contradictorios. La consigna parecía ser alternar prudentemente los elementos de inquietud y las razones tranquilizadoras. Los órganos de izquierda convocaban a todos los pacifistas para que vinieran a manifestarse por la tarde en la plaza de la República. *La Bataille Syndicaliste* anunciaba en primera página: «Todos, esta tarde, en los bulevares.»

Antes de ir a la calle de Bondy, donde no estaba citado hasta las diez, Jacques se detuvo en *l'Humanité*.

A la puerta del despacho de Gallot, fue abordado por una vieja militante, a la que conocía por habérsela encontrado muy a menudo en las reuniones del «Progrès». Estaba afiliada al partido desde hacía quince años y era redactora de *La Femme Libre*. Le llamaban la madre Ury. Gozaba del afecto general, aunque se tenía gran cuidado en huir de ella para escapar a su insistente locuacidad. Servicial en exceso, devota de todas las causas generosas, era la primera en sacrificarse; tenía la manía de ir recomendando a unos y otros cuando se trataba de encontrar trabajo para un parado o

sacar de un apuro a algún camarada, y en ello se mostraba infatigable, a pesar de su edad y sus varices. Había albergado valerosamente en su casa a Périnet cuando los encuentros de éste con la policía. Era una criatura extraña. Sus mechones grises y ralos le daban en los mítines un aspecto de incendiaria. La cabeza seguía siendo bella. «Todavía tiene fachada —decía Périnet con su acento arrabalero—, pero ha llovido sobre el andamiaje.» Vegetariana convencida, acababa de poner en marcha una cooperativa, cuyo objeto era dotar a todos los barrios de París de un restaurante socialista vegetariano. A pesar de la situación, no perdía ninguna oportunidad de reclutar adeptos, y, aferrada al brazo de Jacques, se dispuso a catequizarle:

—¡Infórmate, pequeño! Consulta a los higienistas... Tu organismo no puede realizar su armonía funcional, tu cerebro no puede dar el máximo rendimiento si te obstinas en dar a tu cuerpo una alimentación putrefacta, un régimen de carroñas...

A Jacques le costó gran trabajo librarse y entrar sin ella en el despacho de Gallot.

Éste no estaba solo. Su secretario, Pagès, le presentaba una lista de nombres que iba examinando y punteando con un lápiz encarnado. Levantó su jeta por encima del montón de expedientes que se apilaban sobre su mesa, hizo señas a Jacques de que se sentara y siguió su punteo.

Jacques le veía de perfil; y este perfil de roedor tenía muy poco de humano: la línea oblicua y huidiza de la frente y la nariz, constituía todo el rostro, o poco menos; esta línea se perdía, por la parte de arriba, en la mata hirsuta de pelo canoso, y por la de abajo, en la barba, espesa y dura, bajo cuyas cerdas se ocultaban una boca estrecha y una barbilla abortada. Jacques contemplaba siempre a Gallot con sorpresa y curiosidad, como se examina a un erizo cuando se tiene la oportunidad excepcional de sorprenderlo antes de que se haga una bola.

La puerta se abrió de par en par y apareció Stefany, sin chaqueta, con las mangas de la camisa recogidas hasta el codo sobre sus brazos nudosos y con los lentes firmemente asegurados en su nariz de pájaro. Traía la orden del día votada la víspera, en Bruselas, por el Congreso sindical.

Gallot se levantó, no sin haber cogido la lista de Pagès y haberla guardado cuidadosamente en un fichero. Los tres hombres discutieron durante un instante el texto belga, sin ocuparse de Jacques. Luego cambiaron sus impresiones sobre las noticias del día.

Indiscutiblemente, la atmósfera estaba más despejada esta mañana. Las noticias de Europa central autorizaban algunas esperanzas. Las tropas austríacas seguían sin haber franqueado el Danubio. Este compás de espera, después de la precipitación de las acciones de Austria para romper con Servia, era muy significativo, según Jaurès. Ante la buena voluntad manifiesta de Servia y la indignación de las potencias, Viena vacilaba evidentemente antes de comenzar las hostilidades. Por otra parte, la amenaza de movilización, hecha la víspera por Alemania a Rusia, y que tanto había inquietado a las cancillerías, parecía, en resumidas cuentas, que había de ser interpretada menos desfavorablemente: según algunos, era un acto voluntariamente enérgico, inspirado

por un sincero deseo de salvaguardar la paz. Y, en efecto, el resultado inmediato parecía bastante bueno: Rusia había obtenido de los serbios el compromiso formal de retroceder sin combatir, en caso de avance austríaco, lo que permitiría sin duda ganar tiempo y encontrar fórmulas de conciliación.

Jaurès había recibido diversos informes bastante alentadores acerca de la resistencia internacional. En Italia, los diputados socialistas habían de reunirse en Milán para examinar la situación y precisar la actitud pacifista del Partido italiano. En Alemania, las medidas enérgicas del gobierno no conseguían amordazar a las fuerzas de la oposición: para el día siguiente se preparaba una enorme manifestación contra la guerra, en Berlín. En toda Francia, las secciones socialistas y sindicalistas, prevenidas, estudiaban planes regionales de huelga.

Vinieron a avisar a Stefany que Jules Guesde le esperaba. Jacques, que tenía prisa a causa de su cita, salió con él de la habitación y le acompañó hasta su despacho.

—¿Planes regionales? —preguntó—. ¿Para poder participar, en caso de guerra, en una huelga *general*?

—General, claro está —contestó Stefany.

Pero, para el gusto de Jacques, a este tono le faltaba un poco de confianza.

El Café du Rialto estaba situado en la calle de Bondy. La proximidad de la Confederación General del Trabajo había hecho de este establecimiento la sede de un grupo de sindicalistas especialmente activo. Jacques tenía que verse allí con dos militantes de la C.G.T., con los que Richardley le había pedido que se pusiera en contacto. Uno de ellos había sido profesor; el otro era un antiguo contraamaestre metalúrgico.

La conversación duraba ya más de una hora. Jacques, muy interesado por los informes que estaba recogiendo acerca de los métodos actualmente en estudio para obtener una colaboración más estrecha entre la actividad de la C.G.T. y la de los partidos socialistas en su común oposición a la guerra, no pensaba en ponerle fin a la charla; pero en esto, la dueña del café apareció en la puerta de la sala reservada para las reuniones y gritó de repente:

—Llaman a Thibault al teléfono.

Jacques dudaba en levantarse. A nadie se le podía ocurrir relacionarle con este lugar. ¿Habría algún otro Thibault en la sala?... Como nadie se movía, se decidió a ir a ver.

Era Pagès. Jacques recordó que, efectivamente, al salir del despacho de Gallot, había aludido a su cita en la calle de Bondy.

—¡Es una suerte que te haya encontrado! —dijo Pagès—. Acabo de recibir la visita de un suizo que quiere hablar contigo..., que te está buscando por todas partes, desde ayer.

—¿Un suizo?

—Sí; un tipo muy raro, un enano de pelo blanco, un albino...

—¡Ah, ya sé!... Pero no es suizo, es belga... ¿Entonces está en París?...

—No he querido decirle dónde estabas. Le he aconsejado, por si acaso, que esté en el Croissant, a la una.

«¡Y mi visita a Jenny!», se dijo Jacques.

—No —repuso inmediatamente—. Tengo una cita a la una, que no puedo, de ninguna manera...

—Como te parezca —cortó Pagès—. Pero parece ser una cosa urgente. Tiene que darte una comunicación de parte de Meynestrel... En fin, yo ya te he avisado. Adiós.

—Gracias.

¿Meynestrel? ¿Una comunicación urgente?

Jacques abandonó el Rialto, completamente perplejo. No podía decidirse a posponer su visita a la avenida del Observatorio. Sin embargo, la razón se impuso. Y, antes de ir al notario, entró rabioso en una estafeta de correos y garrapateó un aviso urgente, dirigido a Jenny, para prevenirle que no podría ir antes de las tres.

El estudio Beynaud ocupaba el primer piso de una magnífica casa de la calle Tronchet.

En cualquier otra circunstancia, la maciza gravedad del señor Beynaud, el aspecto del local, del mobiliario, de los empleados, la atmósfera triste y polvorienta de esta necrópolis de legajos, le hubieran parecido cómicos. Se le recibió con ciertas atenciones. Era el hijo, el heredero del llorado señor Thibault; sin duda, también, un futuro cliente. Desde el último escribiente al jefe, todos sentían un respeto religioso a la fortuna adquirida. Le hicieron firmar algunos papeles. Y como Jacques parecía impaciente por tener a su disposición este importante capital, el notario trató discretamente de saber lo que pensaba hacer con él.

—Evidentemente —profirió el señor Beynaud, con las manos apoyadas en las cabezas de león que remataban los brazos de su butaca—, la Bolsa, en estos tiempos de crisis, ofrece ocasiones imprevistas... para quien conoce bien los mercados... Pero, por otra parte, los riesgos...

Jacques abrevió la conversación y se despidió.

En las oficinas del agente de cambio, una fiebre insólita agitaba a los empleados detrás de las rejas de su jaula. Los teléfonos repiqueteaban. Se daban órdenes en voz alta. La hora de apertura de la Bolsa se acercaba, y la gravedad de la situación general hacía temer una sesión movida. Le pusieron dificultades, cuando Jacques pidió ser recibido por el señor Jonquoy en persona. Hubo de contentarse con un apoderado. Y, tan pronto como hubo dado a conocer la pretensión de vender inmediatamente la totalidad de sus títulos, el apoderado le hizo presente que el momento estaba mal escogido y que tendría que sufrir en el conjunto de la operación una pérdida muy apreciable.

—No tiene importancia —dijo.

Tenía un aspecto tan decidido, que impuso al bolsista. Para cometer una locura

semejante y quedarse tan tranquilo, era necesario indudablemente que este extraño cliente tuviera fuentes secretas de información y combinara un golpe maestro. Sin embargo, había que contar con dos días aproximadamente para realizar todas estas órdenes de venta. Jacques se levantó, y anunció que volvería el miércoles y que deseaba, para ese día, tener toda su fortuna en dinero en las cajas del agente.

El apoderado le acompañó hasta la escalera.

Vanheede estaba solo, encaramado en un asiento, junto a la puerta; con los codos apoyados en la mesa y la barbilla entre las manos, guiñaba los ojos para vigilar a los que entraban. Estaba vestido con un extravagante traje colonial de tela caqui, tan descolorido como su pelo; aunque la gente en el Croissant estuviera bastante acostumbrada a las vestimentas heteróclitas, aquel tipo raro no había pasado desapercibido.

Al ver a Jacques se levantó, y su cara pálida enrojeció bruscamente. Se quedó durante unos momentos sin poder articular palabra.

—¡Por fin! —suspiró.

—¿Entonces, tú también estás en París, mi buen Vanheede?

—¡Por fin! —repitió el albino. Su voz temblaba—. Ya empezaba a tener verdadero miedo, ¿sabe?

—¿Por qué? ¿Qué es lo que sucede?

Con la mano en forma de visera para proteger sus pupilas. Vanheede miró prudentemente hacia las mesas vecinas.

Jacques, intrigado, se sentó a su lado y aguzó el oído.

—Le necesitan a usted —murmuró el albino.

La imagen de Jenny pasó ante los ojos de Jacques. Echó hacia atrás el mechón nerviosamente y preguntó con voz alterada:

—¿En Ginebra?

Vanheede movió negativamente su cabeza greñuda. Buscaba en el bolsillo. Sacó de la cartera una carta cerrada, sin dirección. Mientras Jacques la abría febrilmente, Vanheede le susurró por lo bajo:

—Aún tengo otra cosa para usted. Unos documentos de identidad, a nombre de Eberlé.

El sobre contenía una hoja doble: en el anverso de la primera página había algunos renglones, escritos por Richardley. La otra página parecía estar en blanco.

Jacques leyó:

«El Piloto te necesita. Sigue carta. Nos encontraremos todos, el miércoles, en Bruselas.

»Saludos,

»R.»

«Sigue carta...» Jacques conocía la fórmula. La página blanca contenía instrucciones en tinta simpática.

—Tengo que ir a casa para descifrar esto... —Impaciente, daba vueltas a la carta—. ¿Y si no me hubieras encontrado? —preguntó.

Vanheede esbozó una sonrisa angelical.

—Mithörg está conmigo. En ese caso, hubiera sido él quien debía abrir el sobre y hacer las cosas en lugar de usted... Debemos reunirnos con los otros el miércoles, en Bruselas... ¿Entonces ya no vive usted con Liebart, en la calle de los Bernardinos?

—¿Dónde está Mithörg?

—Le está buscando por otro lado. He de reunirme con él a las tres, en el boulevard Barbès, en casa de Cœrding, un compatriota suyo que nos ha dado alojamiento.

—Escucha —dijo Jacques, guardándose la carta en el bolsillo—, prefiero no llevarte a mi habitación: es mejor no llamar la atención de mi portera... Pero espérame con Mithörg, a las cuatro y cuarto, delante del quiosco de los tranvías de la estación Montparnasse, ¿sabes dónde? Os llevaré a una reunión muy interesante, en la calle de los Voluntarios... Y esta noche, después de cenar, iremos juntos a la manifestación de la plaza de la República.

Media hora después, encerrado en su habitación, Jacques descifraba el texto del mensaje.

«Has de estar en Berlín el martes veintiocho.

»Entra a las dieciocho horas en el restaurante Aschinger de la Postdamer Platz. Allí encontrarás a Tr., quien te dará indicaciones concretas.

»Tan pronto estés en posesión de la cosa, marcha en el primer tren a Bruselas.

»Toma toda clase de precauciones. No lleves ningún otro papel que los que te serán entregados por V.

»Si, por mala suerte, te cogieran y acusaran de espionaje, escoge como abogado a Max Kerfen, de Berlín.

»Asunto preparado por Tr. y sus amigos. Tr. ha insistido especialmente en trabajar contigo.»

«Bien, ya está —se dijo Jacques a media voz. E inmediatamente, pensó—: Ser útil... ¡Actuar!»

Del lavabo salía el olor alcalino del revelador. Se secó las manos y vino a sentarse sobre la cama.

«Veamos —se dijo, tratando de permanecer tranquilo—. Berlín... Mañana por la tarde... El tren de la mañana no me pondrá allí lo bastante temprano para que esté a las seis en el lugar de la cita: tengo que irme hoy, en el tren de las ocho... De todas formas, me queda tiempo para ver a Jenny... Bien..., pero me pierdo la manifestación...»

Reflexionaba, un poco jadeante. En la maleta, que descansaba abierta de

cualquier forma sobre el entarimado, tenía una guía de ferrocarriles. La cogió y se acercó a la ventana. El calor le parecía sofocante.

«¿Y en realidad, por qué no; el ómnibus de las doce y cuarto?... El viaje será más largo, pero así podré estar esta tarde en los bulevares...»

De un cuarto vecino subía una voz agria y vibrante de mujer; debía de estar planchando, porque el ruido de las planchas sobre el fogón interrumpía su canción en ocasiones.

«Tr. es Trauttenbach..., sin ninguna duda... ¿Qué será lo que haya preparado? ¿Y por qué habrá querido que sea yo quien vaya?»

Se secó la cara, llena de sudor. Estaba exaltado por la perspectiva de actuar, por el carácter misterioso de esta misión, por los peligros que podía correr, y, al mismo tiempo, desesperado por tener que separarse de Jenny.

«Puesto que me citan el miércoles en Bruselas —pensó— nada me impedirá, si todo sale bien, estar de regreso el jueves en París...»

Esta idea lo calmó. En definitiva no era sino una ausencia de tres días.

«Tengo que ir en seguida a avisar a Jenny... Tengo el tiempo justo, si quiero estar a las cuatro y cuarto en la estación Montparnasse...»

Como no estaba seguro de poder volver a su alojamiento antes de su marcha, vació su cartera e hizo con sus documentos personales un paquete en el que, por lo que pudiera ocurrir, escribió la dirección de Meynestrel; no conservó encima sino los papeles a nombre de Eberlé traídos por Vanheede.

Luego marchó en dirección a la avenida del Observatorio.



## XLIV

JENNY abrió tan sumamente pronto, nada más al oír que llamaban que parecía como si hubiera permanecido desde la víspera, esperando en el mismo sitio en que la había dejado.

—Malas noticias —murmuró Jacques, sin siquiera saludarla—. He de marchar esta misma noche al extranjero.

La joven balbuceó:

—¿Marchar?

Se había quedado completamente blanca y lo miraba fijamente. Él parecía tan apenado de tenerle que causar esta congoja que Jenny hubiera querido ocultarle su desesperación. Pero perder otra vez a Jacques era una prueba superior a sus fuerzas.

—Estaré de vuelta el jueves, o el viernes lo más tarde —se apresuró a añadir Jacques.

Ella tenía la cabeza inclinada. Respiró profundamente. Un ligero rubor reapareció en sus mejillas.

—¡Tres días! —prosiguió Jacques, esforzándose en sonreír—. No es mucho tres días... ¡cuando tenemos toda la vida para ser felices!

Le dirigió una mirada temerosa e interrogante.

—No me preguntes nada —dijo Jacques—. Pie sido designado para una misión y he de marchar.

La palabra «misión» había hecho reflejarse una angustia tal en el rostro de Jenny, que Jacques, aunque ni él mismo supiera lo que iba a hacer en Alemania, se creyó en la obligación de tranquilizarla.

—Se trata solamente de entrar en contacto con ciertos políticos extranjeros... y como yo hablo bien su idioma...

Ella le observaba con atención. Jacques abrevió, y señaló hacia algunos periódicos que estaban desplegados sobre la mesa del vestíbulo:

—¿Has visto lo que sucede?

—Sí —repuso la joven lacónicamente, en un tono que denotaba perfectamente que ahora tenía el mismo conocimiento que él de la gravedad de los acontecimientos.

Jacques se acercó a ella, le cogió las manos, las juntó y las besó.

—Vamos a «nuestro sitio» —propuso, señalando con el dedo en dirección a la habitación de Daniel—. Sólo dispongo de algunos minutos. ¡No los desperdiciemos!

La joven sonrió por fin y echó a andar por el pasillo delante de él.

—¿No hay noticias de tu madre?

—No —repuso ella, sin volverse—. Mamá debía llegar a Viena esta tarde a primera hora; no espero tener telegrama hasta mañana.

En la habitación, todo estaba preparado para recibirlo. La persiana bajada hacía la luz acogedora; se notaba que hablan hecho la limpieza; los visillos de la ventana

estaban recién planchados; el reloj había sido puesto en hora y marchaba de nuevo; en una esquina de la mesa había un ramito de flores.

Jenny se había detenido en mitad de la habitación y observaba al joven con una mirada de preocupación, un poco ansiosa, Jacques sonrió sin conseguir que ella también lo hiciera.

—Entonces —articuló la joven— ¿es verdad? ¿Sólo algunos minutos?

Jacques posaba sobre ella una mirada cariñosa, sonriente, un poco extática: una mirada que no era ausente, que incluso era precisa y atenta, pero que producía a Jenny una ligera sensación de malestar. Tenía la impresión de que, desde la llegada de Jacques, esta mirada absorta no había penetrado la suya ni una sola vez.

Vio temblar los labios de Jenny. La cogió de las manos y murmuró:

—No me quites mi valor...

La joven se irguió, sonriéndole.

—Enhorabuena —dijo Jacques, mientras la hacía sentar.

Luego, sin explicar el encadenamiento de sus ideas, dijo en voz baja:

—Hay que creer en uno mismo. Incluso no hay que creer en nada, sino en uno mismo... No hay una vida interior sólida sino para aquellos que tienen verdadera conciencia de su destino y a él se lo sacrifican todo.

—Sí —balbuceó Jenny.

—¡Tener plena conciencia de las propias fuerzas! —prosiguió Jacques, como si hablara para sus adentros—. Y someterse a ellas. Y tanto peor, si estas fuerzas son juzgadas como malignas por los demás...

—Sí —repitió la joven, volviendo a inclinar la cabeza.

Muchas veces ya, en estos últimos días, había pensado ella como en este momento: «Hay algo que él dice y que tengo que recordar... para pensar en ello..., para comprenderlo mejor...» Permaneció inmóvil durante un minuto con los ojos cerrados; y había tal aspecto de reflexión en este semblante caído, que Jacques, emocionado, calló por un instante.

Luego, en un tono agitado y contenido, añadió:

—Uno de los días decisivos de mi vida fue aquel en que comprendí que aquello que los demás encontraban en mí de reprobable y peligroso, era, por el contrario, lo mejor y lo más auténtico de mí mismo.

Ella le escuchaba y le comprendía, pero se sentía dominada por el vértigo. Desde hacía dos días los cimientos de su mundo interior se derribaban uno a uno: a su alrededor se formaba un vacío que todavía no conseguían llenar estos valores nuevos en lo: cuales parecían basarse todos los juicios de Jacques.

Bruscamente vio iluminarse el rostro de él. Jacques seguía sonriendo, pero de una forma completamente diferente. Acababa de tener una idea y ya preguntaba a la joven con la mirada.

—Escucha, Jenny... Puesto que esta noche estás sola... ¿Por qué no vienes... a cenar conmigo a cualquier sitio?

La joven le miraba, sin contestar, desconcertada por este ofrecimiento tan simple y para ella tan insólito.

—No estaré libre antes de las siete y media —explicó Jacques—, y debo estar a las nueve en la plaza de la República. ¿Quieres que pasemos juntos ese rato?

—Sí.

«¡Que manera tan personal tiene! —pensó Jacques—. ¡Una manera inflexible y dulce a la vez de decir “sí”, o de decir “no”!»

—¡Muchas gracias! —exclamó, lleno de alegría—. No tendré tiempo de venir a buscarte. Pero si pudieras estar a las siete y media delante de la Bolsa...

Ella asintió con un gesto de cabeza.

Jacques se levantó.

—Y ahora me marcho. Hasta luego...

Jenny no trató de retenerle y le acompañó en silencio hasta la escalera.

Cuando ya empezaba a bajar y se volvía con una última y cariñosa sonrisa de despedida, Jenny se inclinó sobre la barandilla y, repentinamente enardecida, murmuró:

—Me gusta imaginarte entre tus camaradas... En Ginebra, por ejemplo... Allí es donde debes de ser verdaderamente tú...

—¿Por qué dices eso?

—Porque —dijo ella, buscando las palabras— hasta ahora en todos los sitios en que te he visto, parecías siempre, ¿cómo decir?, un poco... descentrado...

Jacques se había parado en los escalones y, con la cabeza levantada, la miraba con toda seriedad.

—Desengañate —dijo con vehemencia—: también allí estoy... ¡descentrado! Estoy descentrado en todas partes. Siempre lo he estado. ¡He nacido descentrado!... —Sonrió y añadió—: Sólo a tu lado, Jenny, esta impresión de descentramiento me abandona... un poco...

Se borró su sonrisa. Parecía dudar si decir algo más. Por fin hizo con la mano un gesto enigmático y se alejó.

«Es perfecta —pensaba—. ¡Perfecta, pero indescifrable!» No era esto un reproche, pues la atracción que Jenny había ejercido siempre sobre él, estaba compuesta en parte por este misterio.

Al entrar otra vez en su casa, Jenny había permanecido algunos minutos de pie junto a la puerta cerrada, escuchando los pasos que se alejaban. «¡Qué complicado es!...», se dijo repentinamente. Y no era esto una lamentación: lo quería lo bastante como para amar también hasta esta impresión de temor indefinido que Jacques dejaba tras sí, como un surco, como una huella.

## XLV

LA reunión de Vaugirard tenía lugar en la sala privada del Café Garibaldi, en la calle de los Voluntarios.

Presentados por Jacques, Vanheede y Mithörg fueron acogidos como delegados del Partido suizo y colocados en las primeras filas.

Giboin, que presidía, concedió la palabra a Knipperdinck. La obra del viejo teórico estaba escrita en sueco, pero su influencia había franqueado desde hacía mucho tiempo las fronteras de los países nórdicos; sus libros más interesantes estaban traducidos, y muchos de los asistentes los habían leído. Hablaba un francés muy correcto. Su alta estatura, su cabeza coronada por un pelo muy blanco, la luminosidad de su mirada de apóstol, todo ello se añadía al prestigio de sus ideas. Pertenecía a un país pacífico y esencialmente neutral, en el que el nacionalismo exacerbado de las principales potencias continentales provocaba, desde hacía mucho tiempo, inquietud y desaprobación. Juzgaba con severa lucidez la situación europea. Su discurso, documentado y vehemente, era interrumpido incesantemente por las ovaciones.

Jacques, distraído, escuchaba a medias. Pensaba en Jenny, pensaba en Berlín. Tan pronto como Knipperdinck hubo terminado con un patético llamamiento a la resistencia, se levantó sin esperar la discusión general; renunciando a llevar a Vanheede y a Mithörg al *Libertaire*, se citó con ellos para la manifestación de por la noche.

En la plaza del Théâtre-Français, al ver la hora, modificó sus planes. Montmartre estaba muy lejos. Era preferible renunciar a su visita al *Libertaire* y volver al *l'Humanité*, para enterarse del estado de las cosas al mediodía.

En la acera, al llegar a la calle del Croissant, vio al viejo Mourlan, con su blusa de tipógrafo, que salía del periódico acompañado de Milanof. Dio algunos pasos hacia ellos.

Jacques sabía que Milanof mantenía relaciones con los medios anarquistas; le preguntó si pensaba asistir al congreso de Londres a finales de semana.

—Nada útil puede salir de allí —contestó el ruso lacónicamente.

—Por otra parte —recalcó Mourlan—, el Congreso se presenta mal. Nadie quiere destacarse en estos momentos. Todos se esconden... En la Prefectura, en el Ministerio del Interior, ya están preparando sus redes: a lo que parece, se apresuran en poner al día el *Carnet B*.

—¿El carnet qué? —dijo Milanof.

—La lista de todos los sospechosos. Por si acaso se estropean las cosas, tienen que tener preparada la ratonera...

—¿Y arriba, qué se dice esta tarde? —preguntó Jacques, señalando a las ventanas del *l'Humanité*.

Mourlan se encogió de hombros. Las últimas noticias eran desalentadoras.

De Petersburgo, por indiscreción de un enviado especial del *Times* —siempre bien informado—, se había sabido que el Zar había autorizado la movilización de los catorce cuerpos de ejército situados en la frontera austríaca: ésta era la contestación a la advertencia de Alemania. No solamente Rusia no se había dejado intimidar, como se había tenido la esperanza durante un instante, sino que se mostraba en un plan abiertamente agresivo: el gobierno ruso amenazaba con decretar inmediatamente su movilización «general», en cuanto Alemania se permitiera una movilización incluso parcial. Ahora bien: según las noticias de Berlín, se sabía que el gobierno del Kaiser, renunciando a todo miramiento, trabajaba activamente en la movilización. El jefe del Estado Mayor, Von Moltke, había sido llamado urgentemente. Al pueblo alemán se le había avisado, por la prensa oficial, de la inminencia de la guerra. El *Berliner Lokalanzeiger* publicaba un largo alegato a favor del ultimátum austríaco y preconizaba el anonadamiento de Servia. En Berlín, desde muy temprano, las ventanillas de los Bancos habían sufrido, al parecer, el asalto de los rentistas llenos de pánico.

En Francia, las casas de crédito estaban igualmente asediadas. En Lyon, en Burdeos, en Lille, las retiradas de fondos creaban a los bancos una situación difícil. En la bolsa de París, esta misma tarde se había producido un verdadero motín: un agiotista austriaco, acusado de haber provocado una baja en la renta, había sido acosado a los gritos de «¡Muerte a los espías!» La policía apenas si había tenido tiempo de intervenir. El prefecto había hecho evacuar el peristilo y los agentes habían tenido gran trabajo para evitar que una muchedumbre delirante destrozara al austríaco. El incidente era ridículo en sí, pero probaba la efervescencia belicosa de los ánimos.

—¿Y en los Balcanes? —preguntó Jacques—. ¿Las tropas austríacas no han franqueado, a pesar de todo, la frontera servia?

—Todavía no —le dijeron.

Pero, según los últimos telegramas, la ofensiva, retrasada hasta hoy, había de ser desencadenada por la noche. Gallot precisaba incluso, según fuentes fidedignas, que la movilización general austríaca estaba decidida de hecho: sería decretada al día siguiente y se llevaría a cabo en tres días.

—En Francia —dijo Mourlan—, los oficiales ausentes, los soldados con permiso, los ferroviarios y los empleados de correos en vacaciones, todos acaban de ser llamados telegráficamente... Y Poincaré da el ejemplo: vuelve, sin hacer escala; el miércoles estará en Dunquerque.

—A propósito de vuestro Poincaré —dijo Milanof. Y se hizo eco de una anécdota muy significativa que circulaba en Viena—. El veintiuno de julio, en la recepción del cuerpo diplomático en el Palacio de Invierno, el Presidente de la República había lanzado al embajador de Austria, con voz incisiva, esta frase que había hecho sensación: «Servia tiene unos amigos muy fieles en el pueblo ruso, señor embajador. Y Rusia tiene una aliada, ¡Francia!»

—¡Siempre la política de amenazas! —murmuró Jacques, pensando en Studler.

Milanof propuso ir al «Progrès», en espera de la hora de la manifestación. Pero Mourlan se negó.

—Ya está bien de charla por esta tarde —dijo, en tono desabrido.

—Tengo que pedirle un favor —le dijo Jacques cuando Milanof se hubo separado de ellos—. He dejado en mi habitación, en la calle del Jour, un paquete lacrado que contiene papeles personales. Si me ocurriera algo durante estos días, ¿quisiera usted enviarlos a Ginebra, a Meynestrel?

Sonrió, sin explicar más. Mourlan le miró durante algunos segundos. Pero no hizo ninguna pregunta y asintió con un movimiento de cabeza. Cuando se separaron, conservó durante un instante la mano de Jacques entre las suyas.

—Buena suerte... —dijo. (Y, por una vez, se contuvo de llamarle «muchacho».)

Jacques volvió al periódico. No le quedaba más que media hora, antes de la cita con Jenny.

Un grupo de socialistas, entre los cuales reconoció a Cadieux, Compère-Morel, Vaillant y Sembat, salían del despacho de Jaurès: los vio entrar en el de Gallot. Dio media vuelta y fue a llamar a la puerta de Stefany, al que encontró solo, de pie e inclinado sobre una mesa que estaba atestada de periódicos extranjeros.

Stefany era alto y delgado; tenía el pecho hundido y los hombros puntiagudos. Su cara alargada, enmarcada de pelo muy negro, tenía numerosos tics nerviosos, que algunas veces le daban aspecto de loco. Era un hombre de una actividad prodigiosa, meridional. (Era de Avignon.) Como auxiliar de Historia, había ejercido la enseñanza algunos años en provincias antes de consagrarse a la lucha social; quienes lo tuvieron como profesor no lo habían olvidado. Jules Guesde le había hecho entrar en *l'Humanité*. Jaurès, al que una salud robusta distanciaba de las naturalezas enfermizas, lo estimaba, pero sin amarle; sin embargo, le había dejado ocupar en el periódico un lugar de primera fila y le confiaba las tareas difíciles.

Esta tarde, le había encargado muy especialmente que se mantuviera en contacto con el grupo socialista del Parlamento y la comisión administrativa del Partido. Jaurès trataba de provocar una protesta oficial de los parlamentarios socialistas contra la intervención armada de Rusia; multiplicaba sus gestiones en el Quai d'Orsay, para conseguir que Paris no hiciera causa común con Petersburgo y pudiera conservar así toda su libertad de acción, a fin de poder ejercer en Europa un papel de árbitro pacificador.

Stefany acababa de tener una larga conversación con el jefe. No ocultó a Jacques que lo había encontrado excepcionalmente nervioso. Jaurès había decidido que el *l'Humanité* del día siguiente llevara este titular amenazador: «La guerra comenzará esta misma mañana.»

Había redactado con Stefany el proyecto del manifiesto en el que el partido socialista afirmaba ante el extranjero, en nombre de todos los trabajadores franceses,

su voluntad pacifista. Stefany había retenido frases enteras de él, que citaba con voz cantarina mientras paseaba por la angosta estancia. Sus ojillos de pájaro relucían tras los cristales de los lentes; la nariz, huesuda y encorvada, sobresalía como un pico.

—«Contra la política de violencia, los socialistas hacen un llamamiento a todo el país...» —declamaba, levantando el brazo. La necesidad que experimentaba esta tarde de renovar su confianza, hacía que repitiera como una letanía estas declaraciones reconfortantes, lo cual resultaba altamente conmovedor.

Se había recibido en el transcurso de la jornada un texto análogo, que procedía de los socialistas alemanes. Jaurès, ayudado por Stefany, lo había traducido personalmente: «¡La guerra está encima de nosotros! ¡No queremos guerra! ¡Viva la reconciliación internacional! ¡El proletariado consciente de Alemania, en nombre de la humanidad y la civilización, eleva una encendida protesta!... Requiere imperiosamente al gobierno alemán a que éste utilice su influencia sobre Austria, para el mantenimiento de la paz. ¡Y si la horrible guerra no pudiera ser impedida, exige que Alemania permanezca enteramente al margen del conflicto!»

Jaurès deseaba que los dos manifiestos fueran fijados juntos, en dos carteles gemelos, en miles de ejemplares, por todo París, por todas las grandes ciudades, lo antes posible; las imprentas socialistas, desde esta noche, estaban requisadas para hacer tal trabajo.

—Y también en Italia están haciendo una buena labor —dijo Stefany—. El grupo de diputados socialistas reunido en Milán ha votado una orden del día, en la cual reclama una convocatoria extraordinaria e inmediata de la Cámara italiana, para obligar al gobierno a declarar públicamente que Italia no seguirá a sus aliados de la Trílice.

Con un gesto rápido cogió un papel de la mesa.

—Y aquí está la traducción de un manifiesto socialista que acaba de ser publicado en el *Avanti*, de Mussolini: «Italia no puede adoptar sino una actitud: ¡la neutralidad! ¿Consentirá el proletariado italiano que se le lleve de nuevo al matadero? Un grito unánime ha de elevarse: ¡Abajo la guerra! ¡Ni un hombre! ¡Ni un céntimo!»

Esta traducción debía aparecer al día siguiente en *l'Humanité*, en primera página.

—El miércoles —prosiguió—, en Bruselas, no sólo se celebrará una reunión del Bureau Socialista Internacional, sino que también, por la noche, un gran mitin de protesta, presidido por Jaurès, por Vandervelde en representación de Bélgica, por Hasse y Molkenbuhr, de Alemania, por Keir Hardie, de Inglaterra, por Roubanovitch, de Rusia... Será algo grandioso... En todos los países, los militantes disponibles han sido exhortados a hacer el viaje, para que ese mitin se convierta en una formidable manifestación europea. ¡Hay que demostrar que el proletariado del mundo entero se alza contra la política de los Estados!

Iba y venía, arrugando la nariz, crispando los labios, devorado por la impotencia, pero conservando la esperanza y negándose a desesperar.

La puerta se abrió para dejar paso a Marc Levoir. Estaba encamado y agitado.

Apenas hubo entrado, se dejó caer sobre una silla.

—¡Es para preguntarse si no la desean todos!

—¿La guerra?

Venía del Quai d'Orsay y traía una noticia sorprendente: Von Schön, según se decía, había venido a anunciar que Alemania, con objeto de ofrecer a Rusia un pretexto honorable para renunciar a su intransigencia, prometía obtener de Austria el compromiso formal de que la integridad territorial de Servia sería respetada. Y a continuación, el embajador había propuesto al gobierno francés hacer en la prensa una declaración oficial, para especificar que Francia y Alemania, «*completamente solidarias* en el ardiente deseo de no romper la paz», obraban de acuerdo y renovaban a Petersburgo sus consejos de moderación. Ahora bien: el gobierno francés, bajo la influencia de Berthelot, había rechazado esta proposición, negándose rotundamente a mostrar la menor *solidaridad* con Alemania, por temor a despertar las susceptibilidades de la aliada rusa.

—Tan pronto como Alemania propone algo, sea lo que sea —terminó Levoir—, el Quai d'Orsay declara: «¡Es una trampa!» ¡Y así llevamos cuarenta años!

Los ojillos de Stefany se fijaron en Levoir con expresión de angustia. Su rostro amarillo parecía haberse alargado todavía más, como si la carne gelatinosa de las mejillas cediera al peso de la mandíbula.

—Lo verdaderamente lamentable —murmuró— es pensar que son siete u ocho, en toda Europa (diez, todo lo más), los que hacen la Historia entre ellos... Pienso en *El rey Lear*: «¡Maldita sea la época en que un rebaño de ciegos está conducido por un puñado de locos!» Ven —dijo de repente, poniendo la mano en el hombro de Levoir—. Hay que avisar al jefe.

Jacques, que se había quedado solo, se levantó. Ya era la hora de ir a buscar a Jenny. «Y mañana por la tarde estaré en Berlín...» No pensaba en su misión más que con intermitencias; pero, cada vez que lo hacía, sentía un estremecimiento de placer en el que se mezclaba un poco de miedo: el temor de no hacer lo mejor posible lo que se esperaba de él.



## XLVI

AUNQUE el reloj de la Bolsa marcaba apenas la media, Jenny ya estaba allí. Jacques la vio desde lejos y se detuvo. La fina silueta se destacaba inmóvil, delante de las verjas cerradas, entre el vaivén de los vendedores de periódicos y los empleados de autobús. Durante un largo minuto permaneció en la acera, contemplándola. Volvía a sentir una emoción muy antigua, al sorprenderla así, en su soledad. Antaño, en Maisons-Laffitte, por entreverla un instante, venía muy a menudo a merodear por el jardín de los Fontanin. Recordaba una tarde que la había visto, con un vestido blanco, salir de la sombra de los abetos y cruzar un rayo de sol que tuvo el tiempo justo para nimbarla de luz, como a una breve aparición...

Esta noche no llevaba el velo de luto. Llevaba un vestido negro que la hacía aún más delgada. En su forma de vestirse, como en todo su comportamiento, no cedía nunca al deseo de gustar. No buscaba otra aprobación que la de sí misma, pues era demasiado orgullosa para preocuparse de la opinión de los demás, y, por otra parte, demasiado modesta para pensar que los demás pudieran tomarse la molestia de ocuparse de ella. Le gustaban los vestidos de corte sobrio, lo más prácticos posible. Resultaba elegante, sin embargo; pero de una elegancia un poco seca y severa, hecha sobre todo de sencillez y distinción natural.

Cuando se aproximó a ella, la joven se estremeció y se acercó a él, sonriente. Porque ahora sonreía sin demasiado trabajo, o, más exactamente, un temblor indeciso hacia palpar las comisuras de sus labios, mientras que en el fondo de sus ojos claros se avivaba una lucecilla, que Jacques sabía captar inmediatamente y que, cada vez, le henchía el corazón de alegría.

La abordó con una chanza:

—Cuando sonrías parece siempre que das una limosna.

—¿De verdad?

No pudo evitar sentirse ligeramente herida en su orgullo. Pero inmediatamente se dijo que Jacques tenía razón, e incluso estuvo a punto de añadir: «Es cierto que tengo las facciones duras, hoscas...» Pero le seguía repugnando hablar de sí misma.

—Todo va de mal en peor —suspiró Jacques, bruscamente—. Todos los gobiernos se entercan y mutuamente se amenazan... Están a ver quién se muestra más intransigente...

Desde la llegada de Jacques, Jenny había observado su rostro cansado y preocupado. Lo interrogó con la mirada, para que precisara las noticias. Pero él movió la cabeza obstinadamente.

—No..., no... No hablemos de nada... ¿Para qué? Ya basta... Por el contrario, tienes que ayudarme a olvidarlo todo durante esta hora de entreacto... Te propongo que cenemos en este mismo barrio, para no perder el tiempo... No he comido y tengo mucho apetito... Ven —dijo, precediéndola.

Ella lo siguió. «¡Si mamá y Daniel nos vieran!», pensó. Esta fuga de los dos daba súbitamente a su intimidad, que todos ignoraban todavía, una especie de consagración material, que la turbaba como a un niño que hace algo malo.

—¿Y por qué no aquí? —dijo, mostrando en una esquina un restaurante de aspecto mezquino, cuya fachada, ampliamente abierta sobre la acera, dejaba ver algunas mesas con manteles blancos—. Aquí estaremos tranquilos, ¿no le parece?

Cruzaron la calle y franquearon juntos la puerta de la pequeña sala, que estaba fresca y completamente desierta. En el fondo, por la puerta encristalada de la cocina, se veía de espaldas a dos mujeres sentadas a la mesa bajo una lámpara encendida. Ninguna de ellas se volvió.

Jacques, con un gesto de cansancio, había arrojado sobre el asiento el sombrero, y había ido hacia el fondo, para atraer la atención de las dos mujeres. Permaneció de pie e inmóvil durante un minuto. Jenny levantó los ojos hacia él; y, repentinamente, aquella cara envejecida, de relieves extrañamente deformados por la luz de la cocina, le pareció la de un desconocido. Tuvo la impresión de una pesadilla; sintió como el temor de una chiquilla atraída a un lugar siniestro por un raptor de niños... Este vértigo no le duró ni un segundo; ya volvía Jacques hacia ella, y el desplazamiento de las sombras le devolvía su verdadero rostro.

—Ponte aquí —dijo, ayudándola a sentarse—. No; siéntate aquí, así no te dará la luz en los ojos.

Para ella era una sensación completamente nueva sentirse cuidada con esta solicitud viril, y se abandonaba a ella con delicia.

En la cocina, la más joven de las dos mujeres, una muchacha gorda y apática, con una blusa rosa y el pelo saliéndole de encima de las cejas, se había levantado por fin y venía hacia ellos con el aspecto arisco de un animal al que se le molesta a la hora de su comida.

—¿Podríamos cenar, señorita? —preguntó Jacques, en tono alegre.

La muchacha lo miró de arriba abajo.

—Eso, depende.

La mirada de Jacques iba y venía alegremente, de la sirvienta a Jenny.

—¿Tiene usted huevos? ¿Sí? ¿Y un poco de carne en fiambre, tal vez?

La muchacha se sacó del pecho un papel.

—Esto es lo que hay —respondió, como queriendo decir: «Lo toman o lo dejan.»

El buen humor de Jacques parecía inalterable.

—¡Perfecto! —declaró, después de haber leído la carta en voz alta y consultando a Jenny con los ojos.

La sirvienta giró sobre los talones, sin pronunciar una palabra.

—¡Qué forma de ser tan encantadora! —murmuró Jacques. Y, riéndose, se sentó frente a Jenny.

Se levantó inmediatamente para ayudarle a quitarse la chaqueta.

«¿Y si me quitara también el sombrero?» —pensó la joven—. «No; debo de estar

completamente despeinada...» Instantáneamente se avergonzó de este sentimiento de coquetería: se quitó el sombrero con un gesto decidido y se abstuvo hasta de pasarse la mano por el pelo.

La muchacha de la cara malhumorada volvió a aparecer, ahora con una sopera humeante.

—¡Bravo, señorita! —exclamó Jacques, tomando la sopera—. No nos había dicho nada de la sopa... ¡Huele que alimenta! —Y, volviéndose hacia Jenny, preguntó—: ¿Te sirvo?

Su alegría sonaba un poco a falso. Esta primera comida cara a cara lo intimidaba casi tanto como a la joven. Y no conseguía librarse de las preocupaciones del día.

Un espejo verdoso, colocado detrás de Jenny, reflejaba todos sus movimientos y permitía a Jacques distinguir, además del busto vivo que tenía delante de sí, la imagen graciosa de los hombros y la nuca.

Jenny se sintió examinada y dijo de repente:

—Jacques... Me pregunto... si me conoces bien. Tengo miedo... ¿No te harás... demasiadas ilusiones acerca de mí?

Sonrió para disimular la ansiedad real que se apoderaba de ella cuando se preguntaba: «¿Conseguiré alguna vez ser tal como él me desea? ¿No estaré condenada a decepcionarlo?»

Jacques sonrió a su vez.

—Y si yo también te preguntase: «¿Me conoces bien?» ¿Qué me contestarías?

Ella vaciló un momento.

—Creo que contestaría: «No.»

—Pero al mismo tiempo pensarías: «Lo cual no tiene apenas importancia»...; y tendrías razón —prosiguió, sin dejar de sonreír.

Jenny asintió, con una inclinación de cabeza. «Sí —pensaba—; no tiene importancia... Ya vendrá solo... Es una idea como la que tienen los padres, la que yo he tenido.»

—Hemos de tener confianza en nosotros mismos —dijo Jacques con vehemencia.

Ella no contestó, y él la observaba con un asomo de inquietud. Pero la expresión de felicidad, que en este momento la transfiguraba, era, sin embargo, la más tranquilizadora de las contestaciones.

Un agradable olor a manteca caliente se extendió por la sala.

—Aquí está el puerco-espín —murmuró Jacques.

La sirvienta de la blusa rosa traía una tortilla.

—¿Con tocino? —exclamó Jacques—. ¡Admirable!... ¿Es usted quien guisa, señorita?

—¡Pues claro!

—¡Mi más cordial enhorabuena!

La muchacha se dignó sonreír. Adoptó un aspecto de modestia.

—¡Oh!, aquí, ¿saben ustedes? Las cenas son muy sencillas... Es por la mañana

cuando hay que venir. Al mediodía nunca se encuentra una mesa vacía... Pero por la noche hay más tranquilidad... Quitando los novios...

Jacques cambió con Jenny una mirada divertida. Parecía verdaderamente contento de haber suavizado esta cara arisca.

—Esto —dijo, con un apropiado chasquido de lengua—, ¡esto es lo que se dice una tortilla!

Esta vez, la muchacha, halagada, se echó a reír.

—Yo —murmuró, inclinándose como para hacer una confidencia— hago mi trabajo sin preguntar a nadie. Lo dejo al criterio de los que entienden.

Metió las manos en los bolsillos del delantal y se alejó moviendo mucho las caderas.

—¿Habrás que tomarlo como un cumplido discreto? —preguntó Jacques riendo.

Jenny reflexionaba, distraída. Esta escena insignificante no tenía ninguna importancia, y, sin embargo, había descubierto en ella cosas sorprendentes. Indudablemente, Jacques tenía el don de emitir una especie de calor; de crear con una palabra, con una sonrisa, con el interés que manifestaba hacia las personas, un ambiente favorable a las confidencias, a la simpatía. Jenny lo sabía mejor que nadie: junto a él, las naturalezas más reservadas, las más cerradas, terminaban por someterse a su sortilegio, por abrirse. ¡Pero nada la asombraba más que un don semejante! Al contrario que Jacques, al contrario que Daniel, ella casi nunca sentía curiosidad por los demás. Vivía encerrada en su universo. Atenta, sobre todo, a preservar la pureza de su atmósfera, procuraba incluso mantener la distancia entre ella y el prójimo, sin ofrecer a los contactos del mundo más que una superficie lisa en la que nada se pudiera morder. «Pero —se dijo, pensando en su hermano— ¿esta curiosidad que lleva a Jacques hacia cualquier ser vivo, no tendrá como contrapartida una cierta dificultad en fijar su elección?»

—¿Eres capaz de preferir? —preguntó ella de improviso—. ¿Eres capaz de encariñarte con una persona más que con las demás y para siempre?

Inmediatamente se dio cuenta de hasta qué punto era oscura e inhábil su pregunta. Se sonrojó.

Jacques la miraba sorprendido, tratando de adivinar la asociación de ideas de la joven; y se repetía la pregunta, pues deseaba, ante todo, contestar a ella con toda lealtad. En este momento, ambos sentían, de una manera casi supersticiosa, que hubiera sido cometer un sacrilegio contra su amor, engañarse uno a otro, por poco que fuera.

«¿Capaz de encariñarme con una persona? —estuvo a punto de decir—. ¿Y mi amistad con Daniel?» Pero el ejemplo era falaz, puesto que este cariño no había soportado la acción del tiempo.

—Hasta ahora, tal vez no —confesó, con cierta sequedad. Y, con mayor aspereza, añadió—: ¿Y qué? ¿Es una razón para dudar?

—Yo no dudo —balbuceó ella, precipitadamente.

Jacques se sintió conmovido por su aspecto de aflicción. Comprendió, demasiado tarde, las precauciones que exigía esta sensibilidad extremada. Quiso añadir algo, vaciló y, como la sirvienta trajera la continuación, se contentó con dirigir a Jenny una sonrisa acariciadora, con la que visiblemente imploraba perdón por su rudeza.

Jenny lo observaba. Esta rapidez con que Jacques pasaba de un extremo a otro, la asustaba como un peligro; pero le gustaba también, sin que supiera exactamente la razón: ¿tal vez encontraba en ella un indicio de superioridad, de fuerza? «Mi bárbaro...», pensó, con un orgullo lleno de ternura. La sombra que había oscurecido su rostro desapareció, y de nuevo Jenny se sintió traspasada por esta íntima certidumbre de felicidad que, desde hacía dos días, trastornaba y renovaba todo su ser.

Cuando la muchacha hubo salido de la sala, Jacques dijo:

—¡Qué frágil es todavía tu confianza!...

En su acento no había el menor reproche: nada más que sentimiento; y también remordimiento, porque no olvidaba que su actitud pasada justificaba en Jenny todas las desconfianzas.

Ella adivinó inmediatamente sus escrúpulos, y, tratando de borrar todo recuerdo amargo, dijo con precipitación:

—Es que, mira, estoy poco preparada para la confianza... No recuerdo haber conocido nunca... —(Buscaba el término exacto. Fue una palabra de Jacques lo que le vino a los labios)—: el sosiego. Ni siquiera de niña... Soy así... —Sonrió—. O al menos lo era... —Luego, a media voz, añadió, bajando los ojos—: Esto nunca se lo he confesado a nadie. —Y espontáneamente, después de una breve mirada hacia la puerta de servicio, alargó sus manos a Jacques por encima de la mesa; dos manos finas, tibias y desnudas, que temblaban. Se sentía completamente suya; no deseaba sino abandonarse aún más, anonadarse, confundirse en él.

Jacques murmuró:

—Yo estaba, como tú..., solo. ¡Siempre solo! ¡Y siempre inquieto!

—Sé lo que es eso —dijo ella, retirando las manos con dulzura.

—Unas veces me creía superior a los demás, y el orgullo me cegaba. Otras veces me encontraba estúpido, ignorante, feo, y me consumía la humillación...

—Exactamente como yo.

—... siempre extraño...

—Como yo.

—... encerrado por mis peculiaridades...

—Yo también. Sin esperanzas de salir, ni de hacerme semejante a los demás...

—Y si, en algunos momentos, no he desesperado completamente de mí mismo —prosiguió Jacques con un brusco impulso de gratitud—, ¿sabes a quién se lo debo?

Por un instante ella deseó con un ansia loca que dijera: «A ti.» Pero dijo:

—¡A Daniel!... Nuestra amistad era, más que nada, un cambio de confianza. Ha sido el afecto y la confianza de Daniel lo que me ha salvado.

—Como a mí —murmuró ella—. ¡Exactamente como a mí! Nunca he tenido otro amigo que Daniel.

No se cansaban de explicarse uno a otro, y se miraban hasta el fondo de los ojos con una mirada posesiva y alegre. Cada uno esperaba, como una confesión, como un testimonio decisivo de su entendimiento, que la sonrisa del otro contestara a la suya. Prodigio sorprendente y delicioso ese de sentirse comprendido con tanta facilidad por la intuición del otro y notarse tan semejantes. Les parecía que este intercambio de confidencias era inagotable, y que nada en el mundo, en este instante, era más importante que esta doble investigación.

—Sí; es a Daniel a quien debo no haberme hundido... Y también a Antoine —añadió Jacques, después de reflexionar.

Una involuntaria frialdad, que él advirtió inmediatamente, se reflejó en el rostro de la joven. Desconcertado, la interrogaba con la mirada.

—¿Conoces bien a mi hermano? —preguntó finalmente, dispuesto a lanzarse fogosamente a hacer el panegírico de Antoine.

Jenny estuvo a punto de confesar: «Le detesto»; pero se limitó a decir:

—No me gustan sus ojos.

—¿Sus ojos?

¿Cómo formular su pensamiento sin herir a Jacques? Sin embargo, no quería ocultarle nada, ni siquiera aquello que pudiera serle penoso.

Jacques, intrigado, insistió:

—¿Qué tienes que reprocharle a sus ojos?

Reflexionó un poco.

—Se diría... que no saben, que ya no saben, ver lo que está bien y lo que no lo está...

Juicio extraño, que dejó a Jacques perplejo. Recordó entonces una frase de Daniel acerca de Antoine: «¿Sabes lo que me atrae de tu hermano? Su criterio imparcial.» Daniel admiraba en Antoine esta facilidad de poder considerar con la mayor naturalidad cualquier problema, igual que examinaba una pieza anatómica, completamente despojado de toda preocupación moral. Era una manera de ser que no carecía de atractivos para un descendiente de hugonotes.

La mirada de Jacques parecía reclamar más detalles. Pero ella oponía a esta mirada un rostro tan tranquilo, tan hermético que no se atrevió a seguir preguntando.

«Indescifrable», pensó.

La muchacha de la blusa rosa había venido a retirar los platos. Preguntó:

—¿Queso? ¿Fruta? ¿Dos buenos cafés?

—Para mí, nada más —dijo Jenny.

—Entonces, un café, uno solo.

Esperaron a que se les sirviera el café, para reanudar libremente su conversación. Jacques miraba a Jenny a hurtadillas, y observó una vez más cómo contrastaba la expresión de los ojos con la de la cara, cómo esta expresión era más «madura» que la

de las facciones, que permanecían tan jóvenes y como inacabadas.

Se inclinó deliberadamente.

—Déjame mirarte a los ojos —dijo, sonriendo para disculparse de este examen—; quisiera *aprendérmelos*.... Son de un agua tan pura... De un azul tan profundo, tan frío... ¡Y las pupilas! Cambian de forma incesantemente... No te muevas...; ¡es tan apasionante!...

Ella también lo contemplaba, pero sin sonreír, un poco cansada.

—Mira —prosiguió Jacques—: cuando haces un esfuerzo para concentrar tu atención, el iris azul se contrae... y la pupila se encoge, se encoge..., hasta convertirse en un puntito, redondo y definido, como el agujero de un punzón... ¡Cuánta fuerza de voluntad hay en tus ojos!

Entonces se le ocurrió la idea de que Jenny podría convertirse en una admirable compañera de lucha. Y de repente todas sus preocupaciones le invadieron de nuevo. Volvió la cabeza maquinalmente para comprobar la hora en el reloj de la pared.

Atemorizada repentinamente ante aquella frente oscurecida, Jenny murmuró:

—¿En qué estás pensando, Jacques?

Éste rechazó su mechón, con un gesto rudo.

—Pienso —dijo, apretando los puños sin querer— que en estos momentos hay en Europa algunos centenares de hombres que ven claro y que trabajan para salvar a todos los demás, sin conseguir hacerse oír de aquellos a quienes pretenden salvar: ¡es de un patetismo absurdo! ¿Conseguiremos sacudir la inercia de las masas? ¿Sabrán éstas, a tiempo...?

Seguía hablando, y Jenny parecía escucharle; pero ya no oía sus palabras. Desde que había sorprendido la mirada de Jacques al reloj, su atención estaba a la deriva y no conseguía dominar los latidos de su corazón.

¡Tres días sin él!... Luchaba contra una congoja que de ninguna manera quería dejarle ver; y experimentaba un gozo tan doloroso en tenerle aquí, todavía durante algunos minutos, en persona, que seguía todos los cambios de su fisonomía, cada contracción de los maxilares, cada fruncimiento de cejas, cada destello de sus ojos chispeantes, sin tratar de comprender lo que decía, perdida en el crepitar confuso de las palabras y los pensamientos, como si se tratara de luminarias.

Jacques calló bruscamente.

—¡No me estás escuchando!...

La joven hizo un aleteo con los párpados y enrojeció.

—No.

Luego, donosamente, para hacerse perdonar, le tendió la mano. Jacques la cogió, la volvió, y apoyó sus labios en la palma. Sintió temblar inmediatamente todos los músculos del brazo y se percató, con una turbación sutil, con una turbación completamente nueva, que la manita en lugar de abandonarse pasivamente, se oprimía apasionadamente contra su boca.

Pero el tiempo urgía, y todavía tenía una confianza que hacer.

—Jenny, hay una cosa que quiero decirte, esta misma noche... El año pasado, a la muerte de mi padre, me negué a oír hablar... de cuentas... No quería tocar ni un céntimo de ese dinero... Ayer he cambiado de opinión...

Hizo una pausa. Jenny se había erguido, cohibida, y evitaba su mirada, trastornada sin poderlo evitar por las ideas confusas y contradictorias que se le venían a la imaginación.

—Tengo intención de coger todo ese dinero y entregarlo a las cajas de la Internacional, para que sea empleado inmediatamente en la lucha contra la guerra.

Jenny respiró profundamente. La sangre le volvió a las mejillas. «¿Por qué me hablará de esto?», se preguntaba.

—¿Tú lo apruebas, verdad?

Jenny agachó la cabeza instintivamente. ¿Qué segunda intención tenía Jacques, al insistir de esta forma en la palabra «aprobar»? Parecía haberle querido conferir el derecho de juzgar sus actos... Esbozó un gesto ambiguo con la cabeza y levantó los ojos con timidez. Su expresión era intencionadamente interrogante.

—Hasta ahora —prosiguió Jacques—, gracias a mis artículos, he podido ganarme siempre la vida... Lo estrictamente necesario... Pero no importa: vivo entre gente que carece de recursos, y soy como los demás, lo cual me agrada.

Hizo una larga aspiración, y, muy de prisa, en un tono que la turbación hacía confuso, continuó:

—Si esta existencia... mediocre... no te asusta, Jenny..., yo no temo nada por nosotros.

Era la primera alusión a su porvenir, a una existencia común.

Ella inclinó de nuevo la frente. La emoción y la esperanza le cortaban la respiración. Jacques esperó a que se rehiciera y, cuando distinguió este rostro resplandeciente de felicidad, se limitó a decir:

—Gracias.

La sirvienta traía la cuenta. Pagó y levantó los ojos hacia el reloj.

—Son casi menos veinte. No me queda tiempo siquiera de llevarte a casa.

Jenny, sin esperar a que él se lo indicara, se había levantado. «Se va a marchar — se decía, acongojada—. ¿Dónde estará mañana?... Tres días..., tres días mortales.»

Cuando él la ayudaba a ponerse la chaqueta, la joven se volvió bruscamente y lo miró muy de cerca.

—Jacques... ¿No será algo peligroso, al menos? —Su voz temblaba.

—¿Cómo? —preguntó, para ganar tiempo.

Los términos del mensaje de Richardley le vinieron a la memoria. No quería ni mentirle ni inquietarla. Hizo un esfuerzo y sonrió.

—¿Peligroso?... No lo creo.

Una lucecilla de miedo asomó a las pupilas de la joven. Pero abatió los párpados rápidamente, y, casi al mismo tiempo, sonrió a su vez animosamente.

«Es perfecta», se dijo Jacques.



Sin hablar, uno junto a otro, llegaron al tren subterráneo de Sentier.

Al llegar a la escalera, Jacques se detuvo. Jenny, que ya había bajado el primer escalón, se volvió hacia él. Había llegado la hora... Él posó las manos en los hombros de la joven.

—El jueves... El viernes, lo más tarde...

La miraba de una manera extraña. Estuvo a punto de decirle: «Eres mía... No nos separemos todavía, ¡ven conmigo!» Pensando en la muchedumbre, en los tumultos posibles, dijo de prisa y muy bajito:

—Márchate... Adiós...

Sus labios iniciaron un movimiento que no era en realidad ni una sonrisa ni un beso. Luego retiró las manos bruscamente, le dirigió una larga mirada y huyó.

## XLVII

TODAVÍA era casi de día; el aire era caluroso y estaba saturado de presagios de tormenta.

Los bulevares ofrecían un aspecto desacostumbrado: todos los comerciantes habían bajo sus cierres metálicos; la mayor parte de los cafés estaban cerrados; siguiendo instrucciones de la policía, los que permanecían abiertos habían retirado todo el servicio de sus terrazas, para evitar que las sillas y las mesas pudiesen servir para improvisar barricadas y, al propio, tiempo, para dejar campo libre a las cargas de los guardias municipales. Afluían los curiosos. Los autos comenzaban a escasear; algunos autobuses circulaban aún, tocando continuamente sus bocinas.

En el bulevar Saint Martin, en el bulevar Magenta y en las inmediaciones de la C.G.T., la aglomeración era especialmente densa. Una muchedumbre de hombres y mujeres descendía desde la altura de Belleville. Obreros de todas las edades, en ropa de trabajo, salidos de todos los rincones de París y los arrabales se reunían en grupos cada vez más compactos. En los solares, en las casas en construcción, en las esquinas de las calles, pelotones de agentes formaban negros enjambres alrededor de los autobuses de la Prefectura, dispuestos para llevarlos aquí o allá, a la primera señal.

Vanheede y Mithörg esperaban a Jacques en un estanco del barrio del Temple.

En la plaza de la República, en la cual había sido interrumpida la circulación de los vehículos, una multitud bulliciosa estaba estancada sin poderse mover. Jacques y sus amigos trataron de abrirse camino con los codos a través de esta marea humana, para unirse a los redactores de *l'Humanité*, que Jacques sabía estarían reunidos al pie del monumento central. Pero ya era imposible alcanzar el terraplén, donde se organizaba la cabeza de la manifestación.

Repentinamente, una agitación parecida al murmullo del viento hizo ondular las cabezas, y medio centenar de banderas, hasta entonces invisibles, se levantaron por encima de la muchedumbre. Sin gritos, sin cánticos, pesado y pegado al suelo como un reptil que despliega sus anillos, el cortejo partió en dirección a la puerta de Saint Martín. En pocos minutos, como un río de lava que ha encontrado su vertiente, la muchedumbre llenó el ancho espacio de los bulevares y, aumentada sin cesar por los afluentes de las calles laterales, empezó a moverse lentamente hacia el oeste.

Oprimidos entre la masa, sofocados por el calor, Jacques, Vanheede y Mithörg, marchaban codo con codo para no perderse. La ola los llevaba, los ahogaba en su rumor sordo, los inmovilizaba un instante para elevarlos de nuevo, arrojarlos a izquierda o derecha, contra las fachadas oscuras cuyas ventanas estaban llenas de curiosos. Se había hecho de noche; los faroles eléctricos esparcían sobre este caos en movimiento una luz insuficiente y trágica.

«¡Ah! —se dijo Jacques, embriagado de alegría y orgullo—. ¡Qué advertencia! ¡Un pueblo entero, alzado contra la guerra! Las masas han comprendido... ¡Las

masas han respondido al llamamiento!... ¡Si Rumelles pudiera ver esto!»

Una parada más larga que las otras los mantenía clavados contra el peristilo del Gymnase. Se oyeron gritos en la parte de delante. Parecía que allí, hacia la entrada del bulevar Poissonnière, la cabeza de la columna se había tropezado con algún obstáculo.

Transcurrieron cinco, diez minutos. Jacques se impacientaba.

—Ven —dijo, cogiendo al pequeño Vanheede de la mano.

Seguidos de Mithörg, que gruñía, se deslizaron por entre los grupos, contorneando los nudos demasiado resistentes, zigzagueando, avanzando a pesar de todo.

—¡Una contramanifestación! —dijo uno—. ¡La Liga de los Patriotas ocupa el cruce y cierra el camino!

Jacques, soltando al albino, consiguió encaramarse en la cornisa de una tienda, para mirar.

Era en la esquina del bulevar Poissonnière, al pie del rojizo inmueble del *Matin*, donde se habían detenido las banderas. Las primeras filas de los dos grupos se enfrentaban con gritos e insultos. El tumulto, aunque violento, estaba localizado: los rostros eran amenazantes y los puños se mantenían en tensión y alerta. La policía, en pequeños pelotones negros, embutidos entre la muchedumbre, permanecía en su sitio, pero parecía dejar obrar. Se agitó una bandera blanca, como una señal: los patriotas entonaron la Marsellesa; entonces, con una sola voz que se amplificó y pronto cubrió todos los ruidos con su ritmo poderoso, los socialistas contestaron con la Internacional. Bruscamente, una ola del fondo agitó y removió el hormiguero. Saliendo a derecha e izquierda por las calles vecinas, varias secciones de agentes de policía, al mando de oficiales, habían penetrado violentamente en la masa, para despejar el cruce. Inmediatamente, el tumulto se acentuó. Las canciones cesaron; pero comenzaron de nuevo, interrumpidas ahora por las voces: «¡A Berlín!» «¡Viva Francia!» «¡Abajo la guerra!» La policía, penetrando en el centro del desorden, atacaba a los pacifistas, los cuales contestaban. Se oyeron silbidos. Se alzaban brazos y bastones. «¡Marranos!... ¡Canallas!» Jacques vio a dos agentes arrojar sobre un manifestante, que se defendía valientemente y a quien los agentes terminaron por arrojar medio aturdido a uno de los coches de la policía situados en las esquinas de las calles.

Jacques se desesperaba de encontrarse tan lejos. Tal vez, arrimándose a las fachadas, podría llegar hasta el cruce. Recordó a tiempo su misión y su tren... Hoy, no era dueño de si mismo: ¡no tenía derecho a ceder a sus impulsos!

En los bulevares, en la parte de delante, se oía un ruido sordo. A lo lejos brillaron unos cascos. Era un pelotón de guardias municipales que avanzaba al trote al encuentro de los manifestantes.

—¡Van a cargar!

—¡Sálvese quien pueda!

Alrededor de Jacques, la muchedumbre asustada trataba de retroceder. Pero estaba cogida entre los jinetes que se acercaban y la inmensa cola de la manifestación que empujaba en sentido contrario e impedía todo retroceso. Encaramado en su cornisa como en una roca batida por la tempestad, Jacques se sujetaba a la contraventana de hierro para no ser derribado por los torbellinos de la ola humana que hervía a sus pies. Buscó con la mirada a sus compañeros y ya no los vio. «Ya saben dónde estoy —se dijo—; si pueden, ya se reunirán conmigo...» Asustado, pensó—: «Menos mal que no he traído a Jenny...»

En el cruce, piafaban los caballos. Algunos peatones habían sido derribados. Rostros enfebrecidos y nerviosos, frentes arañadas, aparecían y desaparecían, siguiendo la dirección de los remolinos.

¿Qué estaba pasando? Imposible comprenderlo... Ahora, el centro del cruce estaba despejado. Los pacifistas habían tenido que ceder a los esfuerzos combinados de los guardias de a pie y de a caballo. Por en medio de la calle, llena de bastones, de sombreros, de restos, se paseaban unos oficiales de policía, con galones de plata, y algunos paisanos que debían ser jefes de la policía. Alrededor de ellos, el cordón de agentes progresaba, aumentando el círculo; y muy pronto, toda la anchura del bulevar estuvo ocupada por la policía.

Entonces, como un rebaño que hubiese sido mordido por los perros en los corvejones y que después de algunos momentos de pataleo desordenado cambiara repentinamente de dirección, los manifestantes dieron media vuelta y se precipitaron en tromba hacia los bulevares de Estrasburgo y Sebastopol.

—¡Concentración en el cruce de Drouot!

«No es prudente eternizarse aquí», se dijo Jacques. (Acababa de recordar que, en caso de detención, no llevaba encima más que un documento de identidad a nombre de Jean-Sébastien Eberlé, estudiante ginebrino.)

Pudo escapar por la calle de Hauteville. Vacilaba. ¿Qué habría sido de Vanheede y Mithörg? ¿Qué hacer? ¿Correr a la calle Drouot? ¿Meterse otra vez en el tumulto? ¿Y si le detenían? ¿O simplemente si le cogía un remolino y, detenido entre dos barreras, se veía obligado a perder el tren?... ¿Qué hora era? Las once menos cinco... Lo más prudente, por mucho que le costara, era volver la espalda a la manifestación y acercarse a la estación del Norte.

Muy pronto se encontró en la plaza de La Fayette, delante de la iglesia de San Vicente de Paúl. ¡La pequeña plazoleta! Jenny... Sintió la tentación de subir, en peregrinación, hasta su banco... Pero una sección de guardias, a la expectativa, ocupaba las escaleras.

Se moría de sed. Recordó entonces que conocía muy cerca de aquí, en la calle del Faubourg-Saint-Denis, un bar en el que se reunían los socialistas de la sección Dunquerque. Le quedaba tiempo de pasar allí media hora, antes de ir a tomar el tren.

La sala del fondo, donde habitualmente se reunían los militantes, estaba vacía.

Pero al lado del mostrador, alrededor del dueño —antiguo afiliado al partido—, media docena de consumidores comentaba los sucesos del barrio, que había sido teatro de algunas serias algaradas. Alrededor de la estación del Este, una manifestación contra la guerra había sido dispersada violentamente. Se había rehecho delante de la C.G.T.; aquí, un auténtico principio de motín había requerido una carga de la policía; se decía que el número de heridos era grande. Las comisarías del sector estaban llenas de manifestantes detenidos. Corría el rumor de que el jefe de la policía municipal, que dirigía los servicios de orden en los bulevares, había recibido una cuchillada. Un consumidor, que venía de Passy, decía haber visto en la plaza de la Concordia la estatua de Estrasburgo cubierta de velos tricolores y custodiada por un numeroso grupo de jóvenes patriotas que encendían bengalas bajo la protección de los guardias.

Otro, un viejo obrero de bigote gris, que se hacía recoser por la dueña su chaqueta rasgada, pretendía que algunos grupos de la manifestación de los bulevares se habían reagrupado en la Bolsa y, desplegadas las banderas rojas, marchaban hacia el Palais-Bourbon, al grito de: «¡Abajo la guerra!»

—¡Abajo la guerra!... —rezongó el dueño del café. Había visto la del 70; había estado en la Comuna. Movi6 la cabeza con energía—. Ya está bien de gritar: «¡Abajo la guerra!»... Es como si gritases: «¡Abajo la lluvia!» cuando la tormenta ya está encima...

El viejo, que fumaba con los ojos cerrados, se enfadó.

—¡Nunca es demasiado tarde, Charles! Si tú hubieras visto a la gente en la plaza de la República, de ocho a nueve... ¡Hacinados! ¡Como un banco de anchoas!

—Yo he estado allí —dijo Jacques, acercándose.

—Pues si estabas allí, muchacho, puedes decirlo como yo: hasta ahora no se había visto cosa igual. ¡Y, sin embargo, he visto unas cuantas manifestaciones! Estuve cuando se protestó contra la ejecución de Ferrer: éramos cien mil... También estuve cuando se protestó contra las prisiones militares para conseguir la libertad de Rousset: también allí éramos unos cien mil... Y más de cien mil, indudablemente, en el Prè Saint-Gervais, contra la ley de tres años... ¡Pero esta noche! ¿Éramos trescientos mil? ¿Quinientos mil? ¿Un millón? Nadie puede saberlo. De Belleville a la Madeleine, no era sino una masa compacta y un grito: «¡Viva la paz!»... No, muchacho: ¡una manifestación así yo todavía no la había visto, y sé lo que me digo! ¡Menos mal que los agentes no llevaban armas! ¡De lo contrario, tal como se han puesto las cosas, hubiera habido sangre en las calles!... Esta noche, os lo digo yo, si hubiese habido estímulo ¡se habría derribado al régimen! Se ha desaprovechado una oportunidad magnífica... En la plaza de la República, cuando ha empezado la marcha con las banderas...; pues bien, Charles, si en ese momento hubiera habido un tío a la altura de las circunstancias, ¿sabes dónde nos hubiera llevado a todos como un solo hombre? ¡Al Elíseo, para hacer la revolución!

Jacques reía de placer.

—¡Sólo se ha aplazado la partida! ¡Eso queda para mañana, abuelo!

Se dirigió a la estación, lleno de alegría. Obtuvo, sin dificultades, una tercera para Berlín.

En el andén le esperaba una sorpresa: Vanheede y Mithörg estaban aquí. Sabiendo la hora de su partida, habían querido estrecharle la mano. Vanheede había perdido el sombrero; su rostro estaba pálido y como arrugado por la tristeza. Mithörg, por el contrario, sofocado y rabioso, hundía las manos en los bolsillos. Había sido detenido, golpeado, conducido hacia los coches de la policía, y no había podido huir sino en el último momento, gracias a un empujón de la masa. Contaba su aventura, mitad en francés, mitad en alemán, con gran abundancia de saliva y girando sus grandes ojos indignados detrás de las gafas.

—No os quedéis aquí —les dijo Jacques—. Los tres vamos a llamar demasiado la atención.

Vanheede había cogido entre las suyas la mano de Jacques. En su cara de ciego, las largas cejas incoloras se movían con nerviosismo. En tono de caricia y de ruego, murmuró:

—Sea prudente, Baulthy...

Jacques se echó a reír, para ocultar su turbación:

—¡Hasta el miércoles, en Bruselas!

A esta misma hora, en su saloncito del primer piso, en la calle Spontini, Anne, completamente vestida y dispuesta para salir, permanecía de pie con la mirada estática y el teléfono junto a la cara.

Antoine ya había apagado y se disponía a dormir, después de haber leído todos los periódicos. El zumbido del teléfono que León instalaba por la noche en la mesilla de noche, le hizo incorporarse.

—¿Eres tú, Tony? —murmuró la voz cariñosa y lejana.

—Sí; ¿qué pasa?

—Nada...

—¿Qué hay? ¡Dime! —dijo Antoine, inquieto.

—Nada, de verdad... Nada en absoluto... Sólo quería oír tu voz... ¿Ya estás acostado?

—Sí.

—¿Ya estabas dormido, amor mío?

—Sí... No; todavía no...; pero casi... ¿Entonces, es cierto?; ¿no sucede nada?

Ella rompió a reír:

—Pues claro que no, Tony... Eres muy amable al preocuparte así... Sólo oír tu voz, ya te lo digo... ¿Tú no comprendes, entonces, que de repente se tengan muchas, muchas ganas de oír una voz?...

Apoyado en un codo, guiñando los ojos a causa de la luz, Antoine aguardaba, aturdido y con gesto desabrido.

—Tony...

—¿Qué?

—Nada; nada... Te quiero mucho, Tony mío... Me gustaría tanto tenerte cerca de mí esta noche, en este momento...

Transcurrieron algunos minutos en un silencio interminable.

—Bueno, Anne; sin embargo, ya te he explicado...

Ella le interrumpió, de un tirón:

—Sí, sí ya lo sé; no hagas caso... ¡Buenas noches, amor mío!

—Buenas noches.

Fue él quien colgó. Ella percibió el chasquido hasta en su carne. Cerró los ojos, y durante un largo minuto siguió con la oreja pegada al aparato, esperando un milagro.

«Soy tonta», articuló por fin, casi en voz alta.

Contra todo sentido común, había esperado —y hasta había tenido la certeza— que Antoine diría: «Vé pronto a nuestro piso... Me reuniré allí contigo.»

«¡Tonta!... ¡Tonta!... ¡Tonta!...», se repetía, al tiempo que arrojaba sobre el velador el bolso, el sombrero, los guantes. Y, de repente, la verdad escueta, secreta y atroz, se le apareció: ¡ella tenía una necesidad imperiosa de él; de él que no tenía ninguna necesidad de ella!

## XLVIII

EN la estación de Hamm, hacia las ocho de la mañana, Jacques, que apenas había dormido, se apeó para comprar algunos periódicos alemanes.

La prensa reprochaba unánimemente a Austria haberse declarado oficialmente «en estado de guerra» con Servia. Incluso los periódicos de derechas, el pangermanista *Post* y la *Gazette du Rhin*, órgano ésta de Krupp, «lamentaban» la brusquedad agresiva de la política austríaca. El rápido regreso del Kaiser y el del Kronprinz, eran anunciados con grandes titulares. Bastante paradójicamente, la mayor parte de los periódicos —después de haber dicho que apenas llegado el Emperador a Potsdam había tenido con el canciller y con los jefes del Estado Mayor de mar y tierra una larga e importante conferencia— cifraban en la influencia del Kaiser grandes esperanzas para el mantenimiento de la paz.

Cuando Jacques volvió a su departamento, sus compañeros de viaje, provistos como él de los periódicos del día, discutían las noticias. Eran tres: un joven pastor, cuya mirada pensativa se volvía con mayor frecuencia hacia la ventanilla que hacia el periódico posado sobre sus rodillas, un anciano de barba blanca, que parecía ser israelita, y un hombre de unos cincuenta años, corpulento y jovial, con la cara y la cabeza completamente afeitadas. Sonrió a Jacques, y, levantando el *Berliner* desdoblado que tenía en la mano, preguntó en alemán:

—¿También le interesa a usted la política? ¿Extranjero, si no me equivoco?

—Suizo.

—¿Suizo francés?

—Ginebra.

—Ustedes ven a los franceses más de cerca que nosotros. Individualmente son todos encantadores, ¿verdad? ¿Por qué, pues, reunidos como pueblo, han de ser tan insoportables?

Jacques sonrió evasivamente.

El alemán, locuaz, buscó la mirada del pastor; luego, la del israelita, y prosiguió:

—Yo he viajado mucho por Francia, para asuntos de negocios. Tengo allí muchos amigos. He creído durante mucho tiempo que el pacifismo de Alemania triunfaría sobre la resistencia francesa y que terminaríamos por entendernos. Pero no hay nada que hacer con esos insensatos: en el fondo no piensan sino en el desquite. Y ahí está toda la explicación de su política actual. Si Alemania es tan amiga de la paz —insinuó Jacques—, ¿por qué no lo prueba mejor, hoy mismo, ejerciendo una acción francamente pacificadora sobre su aliada austríaca?

—Pues es lo que está haciendo, indudablemente... Lea los periódicos... Pero si Francia, por su parte, no deseara la guerra, ¿apoyaría en estos momentos la política rusa? Los discursos de Poincaré en Petersburgo son muy instructivos. De Francia depende la paz o la guerra. Bastaría con que mañana Rusia dejara de contar con el ejército francés, para que se viera obligada a negociar pacíficamente; ¡y al mismo



tiempo, se alejaría todo peligro de guerra!

El pastor asintió. El viejo, también; había sido durante varios años catedrático de Derecho en Estrasburgo, y detestaba a los alsacianos.

Jacques rechazó con un gesto amable el ofrecimiento de un cigarrillo, y, renunciando prudentemente a toda discusión, pareció sumirse en la lectura de sus periódicos.

El profesor tomó la palabra. Tenía un criterio superficial y parcialista de la política bismarckiana a partir del 70; ignoraba, o fingía ignorar, el deseo del viejo canciller de abatir definitivamente a Francia con una nueva victoria militar, y parecía no querer acordarse sino de los gestos hechos por el imperio para acercarse a la república. Dirigida por él, la conversación prosiguió en el terreno histórico. Los tres estaban de acuerdo. Por otra parte, expresaban los tres unas ideas que eran las de la gran mayoría de los alemanes.

Para ellos, con toda evidencia, Alemania no había dejado de hacer a la nación francesa durante estos últimos años generosos ofrecimientos. El mismo Bismarck había dado pruebas de su espíritu de conciliación, al autorizar, no sin imprudencia, este rápido levantamiento de los vencidos, el cual hubiera podido impedir tan fácilmente: le hubiera bastado con contrarrestar la locura de conquistas coloniales que se había apoderado de los franceses al día siguiente de su derrota. ¿La Tríplice? No amenazaba a nadie. En principio no era una alianza militar, sino un pacto de solidaridad conservadora concluido por tres soberanos igualmente inquietos por la efervescencia revolucionaria que se incubaba en Europa.

Entre 1894 y 1909, durante quince quince años seguidos, e incluso después de la alianza franco-rusa, Alemania había buscado la colaboración de Francia para solucionar los problemas políticos y, muy especialmente, las cuestiones africanas. En 1904 y en 1905, el gobierno de Guillermo II había multiplicado de buena fe sus ofrecimientos concretos de entendimiento. ¡Francia siempre había rechazado la mano que el Kaiser le tendía! ¡Nunca había respondido a las proposiciones más tentadoras, sino con negativas desconfiadas y vejatorias o con amenazas! Si el carácter de la Tríplice se había modificado, la culpa era, por tanto, imputable a Francia, la cual, con su incomprensible alianza militar con el zarismo, y con la actuación de sus ministros —especialmente de Delcassé—, había dejado ver claramente que su política exterior seguía estando dirigida contra Alemania, y que su objetivo era cercar a las potencias germánicas. Se había hecho necesario, pues, que la Tríplice se convirtiera en un arma defensiva para luchar contra los progresos de la Triple Entente, que aparecía, a los ojos del mundo, como una confabulación de conquistadores. ¡De conquistadores! La palabra no era demasiado fuerte y tenía su justificación en los hechos: gracias a la Triple Entente, Francia había podido apoderarse del inmenso territorio marroquí; gracias a la Triple Entente, Rusia había podido organizar la Liga Balcánica, Liga que debía permitirle algún día avanzar sin peligro hasta Constantinopla; gracias a la Triple Entente, Inglaterra había podido hacer inexpugnable su poderío en todos los

mares del globo. Para que la hegemonía de la Triple Entente quedara asegurada, faltaba todavía por disgregar este bloque de la Tríptica. Acababa de ofrecerse una ocasión. Francia y Rusia la habían aprovechado inmediatamente: tomando como excusa la agitación de los Balcanes y el gesto imprudente de Viena, trataban ahora de que Austria fuera desautorizada por Alemania, con la esperanza de enemistar a Berlín con su único aliado y coronar así sus diez años de esfuerzos para aislar a Alemania en el centro de una Europa hostil.

Ésta era al menos la opinión del pastor y del profesor israelita. El corpulento alemán, por su parte, pensaba que el objeto de la Triple Entente era todavía más agresivo: Petersburgo quería abatir a Alemania; Petersburgo quería la guerra.

—Todo alemán que piense un poco —decía—, se ha visto obligado de día en día a perder su confianza en la paz. Hemos visto a Rusia multiplicar sus rutas estratégicas en Polonia, a Francia aumentar sus efectivos y sus armamentos, y a Inglaterra preparar un acuerdo naval con Rusia. ¿Qué sentido dar a todos estos preparativos, sino el de que la Triple Entente desea asegurar su poder con una victoria militar sobre la Tríptica?... No nos escaparemos a ésa su guerra... Si no es ahora, será en mil novecientos dieciséis, o en mil novecientos diecisiete lo más tarde. —Sonrió—. ¡Pero la Triple Entente se hace demasiadas ilusiones! ¡El ejército alemán está preparado!... ¡No se provoca impunemente a la fuerza militar de Alemania!

El viejo profesor sonreía también. El pastor asintió con un grave movimiento de cabeza. En este último punto, los tres se encontraban plena y orgullosamente de acuerdo.

Jacques había estado en Berlín en numerosas ocasiones.

«Me aparearé en la estación del Zoo —se dijo—. En esta parte corro menos riesgo de encontrarme con antiguos conocidos.»

Tenía que pasar dos horas aproximadamente antes de la cita misteriosa en la Potsdamer Platz, y había decidido ir a buscar refugio en casa de Karl Vonlauth, que vivía precisamente en la Uhlandstrasse. Se trataba de un amigo de Liebknecht, un camarada seguro, de absoluta confianza. Era dentista, y Jacques tenía muchas probabilidades de encontrarlo en su casa a esta hora.

Le hicieron entrar en un salón en el que esperaban dos personas: una señora anciana y un joven estudiante. Vonlauth entreabrió la puerta para llamar a su cliente, dirigió a Jacques una mirada rápida y no se inmutó.

Transcurrieron veinte minutos. Vonlauth reapareció y acompañó al estudiante. Inmediatamente volvió a entrar solo.

—¿Tú?

Aunque todavía joven, un mechón casi blanco cortaba su pelo castaño. La misma fiebre ardía siempre en el fondo de sus ojos castaños con reflejos dorados y muy hundidos.

—Misión —murmuró Jacques—. Acabo de aparearme del tren. He de esperar una

hora y no debo ver a nadie.

—Voy a avisar a Martha —dijo Vonlauth, sin extrañarse—. Ven.

Condujo a Jacques hasta una habitación en la que, junto a una ventana, una mujer de una treintena de años cosía a contraluz. La habitación era fresca. Había en ella dos camas gemelas, una mesa cargada de libros y, en el suelo, un cesto en el que dormía una pareja de gatos siameses. Jacques tuvo repentinamente la visión de un hogar parecido, íntimo y tranquilo, en el que él mismo y Jenny...

Sin apresurarse, la mujer de Vonlauth prendió la aguja en la labor y se levantó. De su cara lisa, coronada por rubias trenzas, emanaba una impresión muy particular de energía y tranquilidad. Jacques la había visto muy a menudo en las reuniones socialistas de Berlín, a las que siempre acompañaba a su marido.

—Quédate aquí todo el tiempo que te parezca —dijo Vonlauth—. Yo vuelvo a mi trabajo.

—¿Quiere una taza de café? —propuso la joven.

Trajo una bandeja y la puso delante de Jacques.

—Sírvase sin cumplidos... ¿Viene usted de Ginebra?

—De París.

—¡Ah! —dijo, interesada—. Liebknecht considera que muchas cosas dependen hoy de Francia. Dice que ustedes tienen una mayoría proletaria netamente hostil a la guerra, y que tienen también la suerte de contar con un socialista en el Consejo de Ministros.

—¿Viviani? Un «antiguo» socialista...

—¡Si Francia quisiera, qué magnífico ejemplo podría dar a Europa!

Jacques le describió la manifestación de los bulevares. Comprendía sin trabajo todo lo que ella le decía, pero él se expresaba en alemán con cierta lentitud.

—También aquí hubo ayer golpes en las calles —dijo ella—. Un centenar de heridos y quinientas o seiscientas detenciones. Y esta tarde se empezará otra vez... Se han anunciado para hoy más de cincuenta reuniones públicas contra la guerra... En todos los sectores... A las nueve habrá una gran concentración en la Brandenburger Tor.

—En Francia —dijo Jacques— tenemos que luchar contra la increíble apatía de la clase media...

Vonlauth acababa de entrar. Sonrió:

—Lo mismo pasa en Alemania...: apatía por todas partes... ¿Querrás creer que, a pesar de la inminencia del peligro, nadie ha exigido en el Reichstag la reunión de la Comisión de Asuntos Extranjeros?... ¡Los nacionalistas se sienten protegidos por el gobierno, y su campaña de prensa es de una violencia inaudita! Todos los días piden la proclamación del estado de sitio en Berlín, la detención de todos los jefes de la oposición, ¡la prohibición de los mítines pacifistas!... ¡No importa! No serán los más fuertes... Por todas partes, en todas las ciudades de Alemania, el proletariado se agita, protesta, amenaza... Es magnífico... Vivimos otra vez los días de octubre de

mil novecientos doce, cuando, con Ledebour y los demás, sublevamos a las masas obreras al grito de «¡Guerra a la guerra!...» En aquella época, el gobierno comprendió que una conflagración de los Estados capitalistas derivaría inmediatamente en un movimiento revolucionario en Europa. Tuvo miedo y puso freno a su política. ¡También esta vez lo conseguiremos!

Jacques se había levantado.

—¿Te marchas ya?

Jacques contestó con un movimiento de cabeza afirmativo y se despidió de la joven.

—¡Guerra a la guerra! —le dijo ésta, con los ojos brillantes.

—También esta vez salvaremos la paz —declaró Vonlauth, acompañando a Jacques hacia el recibimiento—. ¿Pero por cuánto tiempo? Yo mismo he terminado por pensar que una guerra general es inevitable y que la revolución no podrá hacerse sin que hayamos tenido que pasar por ella...

Jacques no quería separarse de Vonlauth sin preguntarle su opinión sobre una de las cuestiones que más le preocupaban.

Le interrumpió:

—¿Qué se sabe aquí, concretamente, acerca del acuerdo entre Viena y Berlín? ¿Que comedia están representando para Europa? ¿Qué pasa entre bastidores? Según tú, ¿ha habido complicidad?; ¿sí o no?

Vonlauth sonrió maliciosamente:

—¡Francés!

—¿Por qué francés?

—Porque dices: «Sí o no»... «Esto o lo otro...» Tenéis la manía de querer reducirlo todo a fórmulas concretas, ¡como si una idea concreta fuera, *a priori*, una idea exacta!

Jacques, sorprendido, sonrió a su vez. «¿Hasta qué punto es fundada esta crítica? —se preguntó—. ¿Hasta qué punto se me puede aplicar a mí?»

Vonlauth se había puesto serio nuevamente.

—¿Complicidad?... Depende... Complicidad abierta, cínica, no es seguro. Yo más bien diría: «Sí y no»... Indudablemente, ha habido una parte de fingimiento en la sorpresa que nuestros gobernantes mostraron el día del ultimátum. Pero sólo una parte. Se dice que el canciller austríaco ha engañado al nuestro, como ha engañado a todas las cancillerías de Europa, y que nuestro Bethmann-Hollweg ha obrado simplemente con una ligereza imperdonable. Se dice que Berchtold no había sometido a nuestra Wilhelmstrasse sino un resumen anodino del ultimátum, y que para lograr que Alemania apoyara de antemano en las cancillerías la política austríaca, había prometido que el texto sería moderado. Bethmann se lo ha creído. Alemania se ha comprometido con la mayor confianza, y también con la mayor imprudencia... Cuando Bethmann, Jagow y el Kaiser, han conocido por fin los términos exactos, según se dice, de buena tinta, se han quedado aterrados.

—¿Qué día lo han conocido?

—El veintidós o el veintitrés.

—¡Ahí está! ¡Si ha sido el veintidós, como me han afirmado en París, la Wilhelmstrasse aún tenía tiempo de influir sobre Viena antes de la entrega del ultimátum! ¡Y no lo ha hecho!

—No; de verdad, Thibault —dijo Vonlauth—, creo que Berlín ha sido ganado por la mano. Incluso el veintidós por la noche era ya demasiado tarde: demasiado tarde para conseguir de Viena una modificación del texto, demasiado tarde para desautorizar a Austria ante los demás gobiernos. Entonces, Alemania, comprometida aún en contra de su voluntad, no ha tenido más que un medio para salvar las apariencias: mostrarse intransigente, para asustar a Europa y ganar con amenazas esta azarosa partida diplomática en que se encontraba comprometida de grado o por fuerza... Esto, al menos, es lo que se dice... E incluso se pretende (también esto es de muy buena tinta) que hasta ayer mañana el Kaiser creía haber hecho una jugada maestra, ya que se creía seguro de la neutralidad rusa.

—¡Eso no! ¡Berlín no ignoraba indudablemente nada de los propósitos belicosos de Petersburgo!

—Se afirma que es solamente desde ayer cuando el gobierno se encuentra impotente en este peligroso callejón sin salida... Por consiguiente —añadió con una sonrisa juvenil—, las manifestaciones de esta noche tienen una importancia excepcional: ¡en un gobierno que vacila, la advertencia popular puede tener una acción decisiva!... ¿Vendrás a la Unter den Linden?

Jacques movió la cabeza negativamente y se separó de Vonlauth sin más explicaciones.

«¿Manía francesa?... —pensaba, mientras bajaba la escalera—. Idea concreta, idea exacta... No; no creo que eso sea cierto, por lo menos en lo que a mí respecta... No... Por lo que a mí respecta, las ideas, claras o confusas, no son nunca, desgraciadamente, sino etapas intermedias... Y ahí radica mi debilidad...»

## XLIX

A las seis en punto, Jacques entraba en el «Aschinger» de la Postdamer Platz, uno de los principales establecimientos de este restaurante popular, con sucursales en todos los barrios de Berlín.

Vio a Trauttenbach, solo, instalado en una mesita y con un plato de verdura delante. El alemán parecía sumido en la lectura de un periódico, doblado en cuatro y apoyado en la botella; pero con su mirada despejada, vigilaba la puerta. No mostró ninguna sorpresa. Los dos jóvenes se estrecharon la mano con negligencia, como si se hubieran separado la víspera. Luego, Jacques se sentó y pidió una ración de sopa.

Trauttenbach era un judío rubio, casi pelirrojo, con una constitución de atleta. Su pelo ensortijado, muy cortado, dejaba al descubierto una espaciosa frente; su cutis era blanco y pecoso; los labios, gruesos y repulgados, apenas si tenían más color que el resto de la cara.

—Tenía miedo de que me enviaran a otro cualquiera —murmuró en alemán—. Desconfío de los suizos para este tipo de trabajo. Llegas en el momento preciso. Mañana ya hubiera sido tarde. —Sonreía con una indiferencia premeditada, y jugueteaba intencionadamente con el mostacero, como si estuviera hablando de cosas sin importancia—. Es una operación muy delicada, al menos para nosotros —añadió enigmáticamente—. Tú no tienes que hacer nada.

—¿Que no tengo que hacer nada? —Jacques se sentía defraudado.

—Nada más que lo que voy a explicarte.

Con el mismo tono quedo, con la misma expresión de frivolidad sonriente, interrumpiendo sus frases con risas fingidas, y todo ello para desorientar en el caso de que fueran observados, Trauttenbach explicó sucintamente el asunto:

Por vocación personal, se había especializado en la dirección oculta de una especie de servicio de espionaje revolucionario internacional. Ahora bien: algunos días antes, había tenido conocimiento de la llegada a Berlín de un oficial austríaco, el coronel Stolbach, al que se suponía encargado de una misión secreta cerca del ministro de la Guerra, por lo cual había muchas razones para suponer que esta visita, en tales momentos, tenía por objeto precisar la cooperación de los Estados Mayores de Austria y Alemania. Trauttenbach había formado el proyecto audaz de sustraer los papeles del coronel; para hacerlo, se había procurado la experta colaboración de dos individuos, «dos tipos *del oficio* —dijo, con una sonrisa de complicidad—, y de los cuales respondo como de mí mismo». Este detalle no sorprendió en absoluto a Jacques. Sabía que Trauttenbach había vivido mucho tiempo en los bajos fondos berlineses y que había conservado en este ambiente equívoco unas relaciones que ya había aprovechado varias veces para la causa.

Stolbach había de tener en el transcurso de la tarde una última conversación con el ministro. En el hotel donde se alojaba había anunciado que partiría esta misma noche para Viena. Por consiguiente, no había tiempo que perder: había que

apoderarse de los papeles entre el momento en que Stolbach saliera del Ministerio y aquel en que tomase el tren.

Naturalmente, Jacques no debía tomar ninguna parte en este robo. (Y tuvo que confesarse que se sentía más bien satisfecho de que fuera así.) Su papel se limitaba a recibir los documentos, hacerlos salir inmediatamente de Alemania y entregarlos lo antes posible a Meynestrel, con quien Trauttenbach mantenía desde hacía años unas relaciones particulares. Según la importancia de estos papeles, el Piloto se la comunicaría o no a los dirigentes de la Internacional, reunidos al día siguiente en Bruselas. Jacques debía, por tanto, tomar de antemano el billete para Bélgica y encontrarse esta misma noche, a partir de las diez y media, en la estación de la Friedrichstrasse, en la sala de espera de tercera, tumbado sobre el asiento, como si durmiera profundamente. El paquete, envuelto en un periódico, sería dejado discretamente junto a su cabeza por un viajero que desaparecería rápidamente sin haberle hablado. Estas últimas indicaciones le fueron repetidas dos veces.

—Vamos a tomar otra cerveza —dijo entonces Trauttenbach—, y nos separaremos.

Jacques había escuchado en silencio. Experimentaba un vago malestar. Este escamoteo de papeles —por útil que pudiera ser— no le gustaba nada. Al aceptar su misión, no pensaba que pudiera verse mezclado en un asunto de esta clase. Su primer impulso fue felicitarse de que no se le exigiera sino una colaboración insignificante. Pero, al mismo tiempo, se sentía decepcionado, e incluso un poco vejado de que se le redujera a este papel pasivo de encubridor, de intermediario... Antes de separarse de Trauttenbach le hizo la misma pregunta que a Vonlauth: ¿Había habido, según él, según Trauttenbach, complicidad entre el gobierno austríaco y el gobierno alemán?

—¿Un acuerdo entre Berchtold y Bethmann?; no sé... Pero lo que sí es posible es que haya habido connivencia entre el Estado Mayor austríaco y el nuestro. Incluso pudiera haber sucedido que nuestro canciller hubiera sido engañado al mismo tiempo por el ministro austríaco y por nuestro Estado Mayor...

—¡Ah —dijo Jacques—, si se tuviera la prueba de que desde un principio el partido militarista alemán está de acuerdo con el Estado Mayor austríaco!... ¡Ah, si pudiera afirmarse que es la acción solapada de vuestros generales, cómplices de los de Viena, la cual, desde hace tres semanas, es responsable de la política alemana y la que impulsa actualmente a Alemania a rechazar los ofrecimientos ingleses de arbitraje!... —(Inconscientemente, y para justificar a sus propios ojos su participación en el robo de los papeles, tenía necesidad de persuadirse de que estos documentos podían aportar a la causa una ayuda excepcionalmente eficaz.)

—Yo creo, como tú, que eso podría tener consecuencias incalculables... El más patriota de nuestros jefes socialistas no dudaría ya en alzarse contra el gobierno. ¡Y por esto es importante husmear entre los papeles del coronel!... Sigue sentado —añadió Trauttenbach, levantándose—. Yo saldré el primero. A las diez y media, en la estación. Y, de aquí a entonces, permanece tranquilo y evita los grupos. Hay policía

en la calle...

La amenaza de las manifestaciones previstas para la noche no había impedido al ministro de la Guerra proseguir hasta el final la larga, última y decisiva conversación que había querido sostener con el emisario oficioso del Estado Mayor austríaco, el coronel conde Stolbach von Blumenfeld.

La audiencia terminó hacia las nueve y cuarto en una atmósfera especialmente cordial. Su Excelencia tuvo incluso la amabilidad de acompañar a su visitante hasta el rellano de la gran escalera de honor. Aquí, en presencia de los ujieres de guardia y del oficial ayudante, el ministro tendió la mano al coronel, quien se inclinó para estrecharla. Los dos hombres vestían de paisano. Sus rostros estaban cansados y graves. Cambiaron una mirada de inteligencia. Luego, el coronel, con su pesada cartera amarilla bajo el brazo, y precedido por el oficial ayudante, inició el descenso por los anchos escalones cubiertos por una alfombra encarnada. Al final de la escalera, se volvió. Su Excelencia había tenido la amabilidad de seguirlo con la mirada, para hacerle un último gesto amistoso.

En el patio esperaba un automóvil del ministerio. Mientras que Stolbach encendía un cigarrillo y se instalaba en el fondo del coche, el oficial ayudante se inclinó hacia el chofer y le indicó el itinerario que tenía que seguir para evitar las manifestaciones y llevar sin incidentes al coronel al hotel del Kurfürstendamm, donde se alojaba.

La noche estaba calurosa. Había llovido; pero este chaparrón breve y violento, lejos de refrescar la atmósfera, había dejado en las calles un ambiente de baño de vapor. En previsión de disturbios, las luces de los comercios ya estaban apagadas, lo cual hacía que, aunque no fueran todavía las diez de la noche, Berlín ofreciera ya ese aspecto solemne y sombrío que normalmente no tomaba sino en las últimas horas de la noche. La mirada del coronel vagaba distraída sobre las vastas perspectivas de la capital. Pensaba con satisfacción en los resultados prácticos de su viaje y en el informe que presentaría al día siguiente al general Von Hotzendorf. Al sentarse había dejado maquinalmente la cartera a un lado. Se dio cuenta y volvió a cogerla, para llevarla sobre las rodillas. Era una magnífica cartera nueva, de piel clara, con cerradura niquelada; un modelo corriente, pero de buena apariencia y perfectamente digna de franquear los umbrales de un despacho ministerial; la había comprado en una tienda de artículos de cuero del Kurfürstendamm, para necesidades de su misión, al llegar a Berlín.

Cuando el auto se detuvo delante del hotel, el portero se precipitó al encuentro del coronel y le acompañó con grandes reverencias hasta la entrada del vestíbulo. Stolbach se detuvo ante la oficina de recepción, para ordenar que le sirvieran una comida ligera y le prepararan la nota, puesto que deseaba tomar el rápido de la noche. Luego, con pasos rápidos a pesar de su corpulencia, entró en el ascensor e hizo que le subieran al primer piso. En el inmenso pasillo, muy iluminado y desierto, un camarero estaba sentado en una banqueta a la puerta del *office*. Stolbach no lo



conocía; debía de ser un sustituto del camarero del piso. Se levantó inmediatamente y, adelantándose al coronel, le abrió la puerta de su habitación; dio la luz y bajó la persiana de madera. El cuarto era una habitación con dos ventanas, alta de techo, tapizada con un papel negro de dibujos dorados; comunicaba con un cuarto de baño en azul.

—¿El señor coronel no necesita nada?

—No; ya tengo hecha la maleta. Únicamente quisiera darme un baño.

—¿El señor coronel se marcha esta noche?

—Sí.

El camarero había lanzado una mirada indiferente hacia la cartera, que el coronel, al entrar, había dejado sobre una silla cercana a la puerta. Luego, mientras Stolbach dejaba el sombrero sobre la cama y se pasaba el pañuelo por el macizo cogote perlado de sudor, el sirviente entró en el cuarto de baño y abrió los grifos. Cuando volvió a la habitación, el enviado extraordinario del jefe del Estado Mayor austríaco estaba en calcetines y con unos calzoncillos de seda de color lila. El camarero recogió los zapatos polvorientos que estaban sobre la alfombra.

—Ahora mismo los traigo —dijo, saliendo de la habitación.

El cuarto de baño y el *office* no estaban separados más que por un delgado tabique. El camarero, con la oreja pegada en la pared, espiaba los ruidos, mientras pasaba un trapo de lana sobre los zapatos. Sonrió al oír el pesado cuerpo del coronel hundirse ruidosamente en el agua. Entonces sacó de su armario una magnífica cartera nueva, de piel clara y cerradura niquelada, llena de papeles viejos; la envolvió en un periódico, se la puso bajo el brazo y, llevando los zapatos en la mano, llamó a la puerta de la habitación.

—¡Entre! —gritó Stolbach.

«¡Ha fallado el golpe!», se dijo inmediatamente el criado. Efectivamente: el coronel había dejado abierta de par en paila puerta del cuarto de baño, y desde la habitación se distinguía un extremo de la bañera, del que emergía una cabeza colorada.

Sin insistir, el camarero dejó los zapatos en el suelo y salió con su paquete.

El coronel, metido en el agua tibia hasta la barbilla, chapuceaba con voluptuosidad, cuando repentinamente se apagó la luz. Habitación y cuarto de aseo se encontraron al mismo tiempo sumidos en las tinieblas. Stolbach esperó algunos minutos. Viendo que tardaba en restablecerse la corriente, pasó la mano a lo largo de la pared, encontró el timbre y apretó encolerizado el pulsador.

La voz del criado se elevó en la oscuridad de la habitación:

—¿El señor coronel ha llamado?

—¿Qué ha pasado? ¿Ha habido corte de luz en el hotel?

—No. En el *office* hay luz... Se habrán fundido los plomos de la habitación. Voy a arreglarlos... Es cosa de un momento.

Transcurrió todo un minuto.

—¿Pero qué pasa?

—Discúlpeme el señor coronel... Estoy buscando el cajetín. Creí que estaba aquí, al lado de la puerta...

El coronel sacaba la cabeza fuera del agua y guiñaba los ojos hacia la habitación oscura, donde oía andar al criado.

—No lo encuentro —prosiguió la voz—; discúlpeme el señor coronel... Voy a mirar afuera. Sin duda el cajetín debe de estar en el pasillo...

El camarero salió rápidamente de la habitación. Corrió a su *office*, dejó la cartera del coronel en lugar seguro y se apresuró a dar la luz.

Tres cuartos de hora después, cuando el coronel conde Stolbach von Blumenfeld se hubo secado cuidadosamente, perfumado y vestido; cuando se hubo tomado su té, su jamón y su fruta, y encendió un cigarrillo, consultó su reloj y, aunque tuviera tiempo sobrado —no le gustaba tener que apresurarse—, telefoneó a la conserjería para que vinieran a recoger la maleta.

—No; eso lo llevaré yo mismo —dijo al mozo que se apoderaba ya de la cartera amarilla, que estaba encima de la silla junto a la puerta.

Cogió la cartera, comprobó de un vistazo que su cerradura estaba cerrada, se la puso debajo del brazo y salió de la habitación, después de haberse cerciorado de que no olvidaba nada: era siempre extremadamente meticoloso.

Antes de abandonar el piso, buscó al camarero para darle una propina. El pasillo estaba desierto. Abrió la puerta del *office*. La habitación estaba vacía; no se veía al hombre por ninguna parte.

—Peor para el muy imbécil —gruñó el coronel. Y marchó a coger el rápido de Viena.

Casi a la misma hora, el estudiante ginebrino Eberlé (Jean-Sébastien) tomaba en la estación de la Friedrichstrasse el tren de Bruselas. No llevaba ningún equipaje: nada más que un paquete, que parecía un libro voluminoso envuelto. Trauttenbach había tenido tiempo de hacer saltar la cerradura, envolver los documentos en un periódico y hacer desaparecer la magnífica cartera de cuero amarillo, inútilmente comprometedor.

«Si me cogieran en territorio alemán con estos papeles bajo el brazo...» se decía Jacques. Pero encontraba tan irrisorio que su «misión» se redujera a este solo riesgo, que más bien le servía de diversión y se negaba a reconocer el peligro. «¡No valía la pena de haber inquietado a Jenny!», pensaba, rabioso.

Durante el viaje, sin embargo, fue al lavabo a abrir el paquete, y se repartió los papeles por los bolsillos como pudo, a fin de evitar las preguntas de los aduaneros. Como medida de precaución, en una de las últimas estaciones alemanas, se apeó para comprar cigarros, con objeto de tener algún artículo que declarar en la frontera.

A pesar de todo, la visita de la aduana le hizo pasar algunos minutos

desagradables. Y hasta que no tuvo la certeza de que el tren rodaba por fin sobre raíles belgas, no se dio cuenta de que estaba empapado en sudor. Se hundió en su asiento, cruzó los brazos sobre la chaqueta, cuidadosamente abotonada, y se abandonó deliciosamente al sueño.

## L

Los seis pisos de la Casa del Pueblo de Bruselas zumbaban como un avispero. Desde por la mañana, el Bureau de la Internacional Socialista permanecía en sesión extraordinaria. Este esfuerzo desesperado para hacer frente a la política imperialista de los gobiernos había reunido en la capital belga, no solamente a todos los jefes de los partidos socialistas europeos, sino también a gran número de militantes venidos de todas partes y resueltos a dar al mitin de protesta que había de tener lugar aquel miércoles por la noche, en el Circo, una resonancia internacional.

Gracias al dinero que Meynestrel había podido poner a disposición del grupo (nadie había sabido nunca cómo el Piloto y Richardley alimentaban los fondos secretos del «Local»), una docena de ellos habían venido a Bruselas. Habían elegido como lugar de reunión una cervecería de la calle del Mercado, «La Taverne du Lion», próxima al bulevar Anspach.

Aquí era donde Jacques había encontrado a sus amigos y había entregado a Meynestrel el paquete de los documentos Stolbach. (El Piloto había marchado inmediatamente a encerrarse en su habitación del hotel, para llevar a cabo un primer examen del botín. Jacques debía reunirse allí un poco más tarde.)

La aparición de Jacques había sido saludada por alegres exclamaciones. Quilleuf, que había sido el primero en verle, había empezado a dar voces inmediatamente:

—¡Thibault! ¡Qué alegría!... ¿Qué: cómo va eso, eh?

Todos los habituales del «Local» estaban aquí: Meynestrel y Alfreda, Richardley, Paterson, Mithörg, Vanheede, Périnet, el droguero Saffrio, Serguei Pavlovitch Zelawsky, y el panzudo Boissonis, y Skada, el «asiático meditabundo»; incluso había venido la joven Emilie Cartier, rosada y rubia bajo su cofia de enfermera, cofia que Quilleuf, desde la salida, estaba empeñado en que se quitara «a causa de la canícula».

Jacques sonreía a todas estas manos tendidas, dichoso —más dichoso incluso de lo que creía— de volver a encontrar, de pronto, en esta cervecería belga, el ambiente cálido de las reuniones ginebrinas.

—¿Qué? —dijo Quilleuf, que creía que Jacques venía de Francia—. ¿Te han absuelto ayer a tu señora Caillaux...? ¿Qué vas a tomar? ¿Tú también vas a tomar cerveza? —(Personalmente, despreciaba ese «brebaje de los del norte» y permanecía fiel a su vermut seco.)

La alegría ruidosa de Quilleuf traducía bien el optimismo casi general que reinaba todavía estos últimos días en Ginebra: las discusiones del «Mentidero» —donde la presencia de Meynestrel se había hecho más rara— no abandonaban apenas el plano de la mística internacional, y las diversas manifestaciones del pacifismo europeo eran registradas aquí con un entusiasmo que no conseguían las noticias menos tranquilizadoras. La venida del grupo a Bruselas, sus primeros contactos con las demás delegaciones europeas, la presencia de los dirigentes oficiales, esta coalición

solemne contra la guerra, eran, para la mayor parte de ellos, otros tantos testimonios de una solidaridad internacional emprendedora y confiada en su victoria. Las noticias de la mañana les había anunciado la declaración de guerra de Austria a Servia, e incluso el bombardeo a Belgrado, comenzado la noche última; pero se habían dejado persuadir fácilmente, de acuerdo con las informaciones de una nota austríaca, de que solamente la ciudadela había recibido algunos proyectiles y que este bombardeo no tenía una importancia real: había sido una especie de advertencia, de demostración simbólica, más bien que el preludio de las hostilidades.

Périnet hizo sentar a Jacques a su lado. Había pasado la mañana en el bar del «Atlantic», sede de la delegación francesa, y traía el eco de las últimas noticias de París. Contaba que, la víspera, el grupo socialista de la Cámara, dirigido por Jaurès y Jules Guesde, había tenido en el Quai d'Orsay una larga conversación con el ministro interino. A continuación de esta visita, los diputados del partido habían redactado una declaración pública, en la cual manifestaban firmemente que «solamente Francia puede disponer de Francia», y que, en ningún caso, el país podía ser «lanzado a un conflicto formidable, por la interpretación más o menos arbitraria de unos tratados secretos»; así, pues, exigían «una convocatoria de la Cámara lo antes posible, no obstante las vacaciones del Parlamento». El socialismo francés se preparaba por consiguiente para llevar la lucha al terreno parlamentario. Périnet se había sentido impresionado favorablemente por la valentía, la calma y la esperanza inalterable de la delegación. Jaurès, más que nadie, mostraba una confianza obstinada. Se citaban con orgullo sus frases más recientes. Decían que le había dicho a Vandervelde: «Ya verá: será lo mismo que cuando lo de Agadir. Habrá altibajos, pero *las cosas no tienen más remedio que arreglarse*». Y contaban también —esto como una prueba pintoresca de su optimismo— que Jaurès, viendo que podía disponer de una hora libre después de comer, había ido a pasarla tranquilamente delante de los Van Dyck del museo.

—Yo lo he visto —decía Périnet—, ¡y te aseguro que no parecía un hombre desanimado! Ha pasado exactamente por mi lado, con la voluminosa cartera, que le hace subir el hombro, con su sombrero de paja y su chaqueta negra... Siempre tendrá ese mismo aspecto de profesor que va a dar su clase... Iba del brazo de un individuo al que yo no conocía; luego, me han dicho que era Haase, el alemán... Y, fíjate..., precisamente en el momento que pasaban junto a mi mesa, el alemán se ha parado, y le he oído decir, en un francés con muy mal acento: «El Kaiser no quiere guerra. No la quiere. ¡Tiene demasiado miedo a las consecuencias!» Entonces, Jaurès ha vuelto la cabeza y, con una mirada alegre y la sonrisa en los labios, le ha contestado: «Pues entonces, limitaos a hacer que el Kaiser obre enérgicamente con los austríacos. ¡Nosotros, en Francia, *sabremos obligar a nuestro gobierno para que influya en los rusos!*» Completamente al lado de mi mesa... Los he oído a los dos, igual que tú me estás oyendo a mí.

—Influir sobre los rusos... ¡Ya no habría tiempo! —murmuró Richardley.

Jacques captó su mirada y comprendió que Richardley —que, en esto, reflejaba el

estado de ánimo de Meynestrel— estaba muy lejos de compartir el optimismo general. Impresión que Richardley confirmó inmediatamente, puesto que, inclinándose hacia Jacques, añadió en voz baja y con tono interrogante:

—Lo que está ocurriendo es para preguntarse si Francia, si los que dirigen a Francia (al aceptar que Rusia movilice, al aceptar que Rusia conteste a la provocación austríaca con otra provocación y desestime el ultimátum alemán), *no han aceptado ya, implícitamente, la guerra.*

—Lo movilización rusa es sólo *parcial* —especificó Jacques sin gran convencimiento.

—¿Movilización *parcial*? ¿Y en qué se diferencia de una movilización *general* astutamente disfrazada?

La voz de Mithörg, que estaba sentado en el asiento del fondo, junto a Charchowsky y Richardley, se elevó violenta:

—¿Rusia? ¡Tened la seguridad de que Rusia moviliza! ¡Rusia está en manos del *militarismus* zarista! ¡Todos los gobiernos de Europa están hoy en día igualmente prisioneros de las fuerzas reaccionarias! ¡Prisioneros también de un régimen, de un sistema que, por su propia naturaleza, necesita las guerras! ¡Ésa es la verdad, *Camm'rad*! ¿La liberación de los eslavos? ¡Un pretexto! ¡El zarismo no ha hecho otra cosa que oprimir a los eslavos! ¡En Polonia los ha aplastado! ¡En Bulgaria ha aparentado darles la libertad, para tenerlos más oprimidos! ¡La verdad es que querrían los dos volver a empezar la vieja batalla entre el *militarismus* ruso y el *militarismus* de Austria!

En la mesa vecina, Boissonis, Quilleuf, Paterson y Saffrio ergotizaban hasta más no poder acerca de los designios cada vez más impenetrables del gobierno de Berlín. ¿Por qué el Kaiser, que multiplicaba las protestas de pacifismo, se obstinaba en negar su mediación, cuando un consejo un poco firme hubiera bastado para decidir a Francisco José a contentarse con un éxito diplomático ya clamoroso? Alemania no tenía ningún interés en que Servia fuera invadida por las tropas austríacas. ¿Por qué hacer correr a Alemania, a toda Europa, un riesgo semejante, si Berlín, como afirmaban los socialdemócratas, no deseaba la guerra?... Paterson hizo resaltar que la actitud de la Gran Bretaña no era, por otra parte, más fácil de determinar.

—Toda la atención europea va a volcarse sobre Inglaterra —dijo Boissonis sentenciosamente—. Como consecuencia de la declaración de guerra austríaca, que impide las conversaciones entre Viena y Petersburgo, las negociaciones no pueden seguir ya sino por intermedio de Londres. Por tanto, el papel de árbitro de los ingleses adquiere una relevancia extraordinaria.

Paterson, quien tan pronto llegó a Bruselas había corrido a ver a sus compatriotas socialistas, afirmó que en la delegación inglesa se tenía gran inquietud a consecuencia de un rumor que circulaba en el Foreign Office: en los círculos allegados de Grey, algunas personalidades influyentes, asustadas ante la idea de que las protestas de neutralidad pudieran favorecer indirectamente los planes bélicos de los Imperios

centrales, incitaban al ministro —según decían— a tomar partido de una vez, o, al menos, a advertir a Alemania que si bien en la eventualidad de un conflicto «austro-ruso» la neutralidad inglesa estaba fuera de duda, no sucedía lo mismo en la hipótesis de una guerra «franco-alemana». Los socialistas ingleses, fieles a la neutralidad, temían que Grey cediera a esta presión; tanto más cuanto que, en el día de hoy, una declaración en este sentido no hubiera encontrado en la opinión inglesa la misma reprobación que la semana precedente. En efecto, el rigor inaudito del ultimátum, y la obstinación de Austria en atacar a Servia, habían levantado la indignación general contra Viena al otro lado del canal de la Mancha.

Jacques, cansado de su viaje, seguía todas estas discusiones con oído poco atento. El placer que había tenido al volver a encontrar estas caras amigas se disipaba más rápidamente de lo que él hubiera querido.

Se levantó para acercarse a la mesa en la que el pequeño Vanheede, Zelawsky y Skada hablaban a media voz.

—Eloy —murmuraba el albino con su voz aflautada— se vive codo con codo, cada uno para sí, sin desinterés... Esto es lo que hay que cambiar, Serguei... Y en primer lugar, en el corazón de los hombres... La fraternidad no es algo que puede hacerse desde fuera, mediante leyes... —Sonrió un instante, ensimismado, y prosiguió—: Sin esto, implantar un cierto sistema socialista, sí puedes hacerlo. Pero implantar el socialismo, eso no: ¡ni siquiera habrás empezado!

No había visto a Jacques acercarse a ellos. Lo vio de repente, y, ruborizándose, calló.

Skada había colocado, junto a su jarra de cerveza, algunos volúmenes encuadernados. (Sus bolsillos siempre estaban atestados de periódicos y de libros.) Jacques, distraídamente, miró los títulos: Epicteto... *Obras de Bakunin*, tomo IV... Eliseo Reclus: *La Anarquía y la Iglesia*...

Skada se inclinó hacia Zelawsky. Detrás de los cristales de sus lentes —tenían medio centímetro de espesor—, sus ojos redondos, desmesuradamente abultados, sobresalían como huevos cocidos.

—Por mi parte, yo no tengo ninguna, lo que se dice ninguna impaciencia —explicaba pausadamente, pasando con una regularidad de maniático los dedos sobre el pelo cortado a cepillo—. No es por mí por quien deseo la Revolución. ¡Ésta se hará dentro de veinte, de treinta, de cincuenta años tal vez! ¡Lo sé! Y esto es todo lo que yo necesito para mí y para mi tarea...

Allá en el fondo, Richardley había vuelto a coger la palabra. Jacques aguzó el oído. A través de las afirmaciones proféticas de Richardley, buscaba el pensamiento del Piloto.

—La guerra obligaría a los Estados a reabsorber su pasivo en la devaluación. Precipitaría su bancarrota. Empobrecería simultáneamente a los pequeños rentistas. Provocaría muy pronto la miseria general. Amotinarla contra el sistema capitalista a un montón de nuevas víctimas, que vendrían a nosotros. Eliminaría au-to-má-ti-ca-

men-te...

Mithörg le interrumpió. Boissonis, Quilleuf, Périnet, todos empezaron a hablar al mismo tiempo.

Jacques dejó de escuchar. «¿Soy yo quien ha cambiado?», se preguntó. «¿Son ellos?». Le costaba trabajo analizar la causa de su malestar. «Esta amenaza de guerra ha sorprendido a nuestro grupo... Lo ha dislocado... Cada uno ha reaccionado a su modo, según su temperamento... Una necesidad de acción, sí: general, violenta; pero que ninguno de nosotros consiga satisfacer... Nuestro grupo ha quedado aislado, excéntrico, sin mandos, sin disciplina... ¿De quién es la culpa? Tal vez de Meynestrel... De Meynestrel, que me estará esperando», se dijo, mirando la hora.

Se acercó a Alfreda, que estaba sentada al lado de Paterson.

—¿Qué tranvía puedo tomar para ir a tu hotel?

—Ven —dijo Paterson, levantándose—. Freda y yo vamos a acompañarte un poco.

Precisamente estaba citado con un socialista inglés, amigo de Keir-Hardie. Cogió a Jacques del brazo, y, seguido de Alfreda, le llevó fuera de «La Taverne». Parecía muy excitado. El amigo de Keir-Hardie, periodista en Londres, le había hablado de una encuesta que había que hacer en Irlanda para uno de los periódicos del partido. Si el asunto se decidía, Pat se embarcaría al día siguiente, de madrugada, en dirección a Inglaterra. Esta perspectiva lo trastornaba. ¡Desde hacía cinco años que estaba en el continente y no había vuelto a cruzar el Canal!

El sol apretaba de firme; el empedrado abrasaba. Ni el menor soplo de aire contribuía a aliviar el bochorno que caía sobre la ciudad. Sin americana, con su pipa, su gorrita, la camisa abierta sobre el cuello blanco y con las largas piernas enfundadas en un viejo pantalón de franela, Paterson tenía más que nunca el aspecto de un estudiante de Oxford en viaje.

Alfreda marchaba junto a ellos. Su vestido de algodón azul, desteñido, había adquirido el tono delicado de las flores de lino. Con sus cejas negras, su naricilla respingada, sus grandes ojos de muñeca, su aspecto formal y sus brazos caídos, se la hubiera tomado por una chiquilla. Escuchaba sin decir nada, según su costumbre. Sin embargo, con un ligero temblor en la voz, preguntó:

—¿Si te marchas, cuándo volverás a Ginebra?

El rostro del inglés se puso sombrío.

—Lo ignoro.

La joven pareció vacilar, levantó los ojos hacia él, y, bajando inmediatamente los párpados con un movimiento rápido, que hizo palpar sobre las mejillas la sombra de las pestañas, murmuró:

—¿Volverás, Pat?

—Si —repuso éste con vehemencia. Soltando el brazo de Jacques, se acercó a la muchacha y le puso sobre el hombro, con familiaridad, la ancha mano—: Sí, cariño... ¡In-du-da-ble-men-te!



Siguieron andando en silencio durante un rato.

Paterson se había quitado la pipa de la boca, y, mientras andaba, con la cabeza ligeramente vuelta, examinaba a Jacques fijamente, como se mira un objeto.

—Estaba pensando en tu retrato, Thibault... Dos sesiones más... Dos sesiones cortitas y lo hubiera acabado... ¡Parece como si sobre esa tela pesara un maleficio!

Rompió a reír con su risa juvenil. Luego, al pasar por un cruce de calles, se volvió hacia Jacques y alegremente le indicó una casita baja en el rincón de una callejuela.

—Fíjate bien: ahí es donde vive el joven William Stanley Paterson. Mi *bed-room* es grande. Si quieres, te ofrezco la mitad por un paquete de tabaco.

Jacques todavía no tenía habitación reservada. Sonrió:

—Acepto.

—Es en el primero, la ventana que está abierta... Habitación número dos. ¿Te acordarás?

Alfreda, inmóvil, con los ojos levantados, miraba hacia la ventana de Paterson.

—Ahora tenemos que separarnos —dijo el inglés a Jacques—. ¿Ves la estación? La calle del Piloto está exactamente detrás.

—¿Me acompañas? —preguntó Jacques a la joven, creyendo que volvería con él.

Alfreda se estremeció y lo miró. Sus pupilas estaban dilatadas, como hinchadas de una vacilación patética.

Hubo un momento de silencio.

—No. Ahora puedes ir tú solo —dijo el inglés con indiferencia—. Adiós.

## LI

DURANTE estas dos últimas semanas, Meynestrel había repetido la frase «¡Guerra a la guerra!», con la misma fogosidad que sus camaradas del «Local». Pero nada había quebrantado su convicción de que todas las acciones intentadas contra la guerra por la Internacional no conseguirían impedirla. «La guerra es necesaria para crear por fin una situación revolucionaria —le decía a Alfreda—. Nadie, ¡ni que decir tiene!, puede asegurar si la revolución saldrá de esta situación, o de una guerra siguiente, o de una crisis de otro tipo. Eso depende de muchas cosas. Depende mucho de la cuestión “primeras victorias”. ¿Quién la conseguirá al principio? ¿Los germánicos o los franco-rusos? Imprevisible... Para nosotros, la cuestión no es ésta. Para nosotros, la táctica del momento es obrar *como si* estuviéramos seguros de poder transformar en seguida su guerra imperialista en revolución proletaria... Agravar por todos los medios la situación prerrevolucionaria actual. Es decir: unificar los esfuerzos de todas las buenas voluntades pacifistas, de donde quiera que vengan, ¡y favorecer la agitación por todos los medios! ¡Suscitar la mayor cantidad de perturbaciones posibles! ¡Obstaculizar hasta el máximo los planes del gobierno!» Para sus adentros pensaba: «A condición, sin embargo, de no excederse; de evitar cualquier maniobra demasiado eficaz, que pudiera retrasar la guerra...»

A su llegada a Bruselas, se había alojado intencionadamente lejos de «La Taverne». Vivía detrás de la estación del Mediodía, en una casita pequeña, al fondo de un patio.

Después de haber pasado dos horas en su habitación, solo y frente a frente con los documentos Stolbach, ya no dudaba de la complicidad de los dos Estados Mayores germánicos: ¡Aquí estaban las pruebas irrefutables!... El botín traído por Jacques se componía casi exclusivamente de notas tomadas día a día por Stolbach, durante las conversaciones que había mantenido en Berlín con los jefes del Estado Mayor y el ministro de la Guerra; notas que le habían servido sin duda para redactar los mensajes que enviaba a Viena después de cada conversación. Estas notas no solamente iluminaban con una luz cruda el estado actual de las conversaciones entre los dos Estados Mayores, sino que, con numerosas alusiones a un pasado inmediato, precisaban la historia de las negociaciones entre Viena y Berlín en el transcurso de las semanas precedentes. El interés de estas revelaciones retrospectivas era considerable: confirmaban a Meynestrel la sospecha que el socialista vienes Hosmer había encargado a Böhm y a Jacques le comunicaran en Ginebra el doce de julio, y que ahora le permitían a él reconstituir toda la sucesión de los hechos.

Apenas algunos días después del atentado de Sarajevo, Berchtold y Hötendorf habían hecho todo lo posible para decidir a su viejo emperador a aprovecharse de las circunstancias, movilizar inmediatamente y aplastar a Servia con las armas. Pero Francisco José se había mostrado reacio: objetaba que una acción militar austríaca

tropezaría con el veto del Kaiser. («¡Ah! ¡Ah! —se había dicho Meynestrel—; lo que prueba, entre paréntesis, que ya tenían perfectamente en cuenta el riesgo de una intervención rusa y el peligro de una guerra general...») Para vencer la resistencia de su soberano, Berchtold había tenido entonces la idea audaz de enviar inmediatamente a Berlín a su propio jefe de gabinete, Alexandre Hoyos, con la misión de obtener el consentimiento de Alemania. Como era de esperar, Hoyos había tropezado en principio con la negativa del Kaiser y del Canciller, quienes, efectivamente, temían las reacciones de Rusia, al propio tiempo que no tenían ningún interés en dejarse arrastrar por Austria a una guerra europea. Entonces fue cuando el partido militarista prusiano había entrado en escena. Hoyos había encontrado en éste un auxiliar completamente preparado y muy poderoso. El Estado Mayor alemán, desde febrero de 1913, no ignoraba nada del peligro eslavo ni de las maquinaciones que se tramaban entre Servia y Rusia contra Austria, y por consiguiente contra Alemania. Incluso consideraba a Petersburgo como sospechoso de haber tomado una parte más o menos directa en el asesinato de Sarajevo, en connivencia con Belgrado. Pero los generales alemanes profesaban como un axioma que Rusia no podía, en ningún caso, aceptar la eventualidad de una guerra inmediata, y que no se dejaría arrastrar a ninguna aventura antes de por lo menos dos años, es decir, antes de que sus armamentos estuviesen terminados. Incitados por Hoyos, los jefes del ejército alemán habían conseguido convencer a Guillermo II y a Bethmann de que, en el estado actual de Europa, el riesgo de que la intransigencia rusa desencadenara un conflicto general era muy pequeño, y que el prestigio germánico tenía aquí una ocasión inesperada para afirmarse brillantemente. De esta forma, Hoyos había podido obtener carta blanca para Austria y llevar a Viena la promesa de que Alemania sostendría sin vacilar las reivindicaciones de su aliada. Todo lo cual explicaba por fin la incomprensible postura austríaca de estas últimas semanas. Y, asimismo, probaba además, que, a partir de este momento, el Kaiser y los que le rodeaban habían admitido más o menos vagamente, si no la probabilidad, al menos la posibilidad de una guerra general.

«Menos mal que he sido el único en meter la nariz en esto —se dijo inmediatamente Meynestrel—. ¡Y pensar que he estado a punto de traer a Jacques y a Richardley para que me ayudaran!...»

Estaba de pie, inclinado sobre la cama, en la cual, a falta de sitio, había extendido los documentos en montoncitos clasificados de manera sumaria. Cogió las notas que había ido dejando a su derecha y que se referían todas más o menos al pasado, a los acontecimientos de principios de julio, y las puso todas en un sobre, que cerró después de haberlo numerado: N.º 1.

Luego acercó una silla y se sentó.

«Veamos un poco otra vez todo esto», se dijo, cogiendo las notas que había apilado a la izquierda. «Todo esto, es la misión del amigo Stolbach... Este paquete, el plan de campaña austríaco: estrategia, detalles técnicos. Completamente fuera de mi

incumbencia. Para poner en el sobre N.º 2... Bien... Lo que me interesa es el resto... Las notas están fechadas. Por consiguiente es fácil reconstruir la hilación de las conversaciones... ¿Objeto de la misión? A grandes rasgos: *activar la movilización alemana*... Aquí tenemos las primeras cuartillas... Nada más al llegar a Berlín, entrevista con Moltke..., etcétera... El coronel insiste para que el Estado Mayor alemán apresure sus preparativos militares... Pero se le contesta: “¡Imposible! ¡El Canciller se opone a ello y está apoyado por el Kaiser!” ¡Toma! ¿Y por qué esta oposición de Bethmann?... Dice: “¡Demasiado pronto!” Veamos un poco sus razones... *Primo*: razones de política interior; despotrica contra las manifestaciones populares, los ataques del *Vorwärts*, etcétera... ¡Ah!, ¡ah! ¡Está muy contrariado, en el fondo, por la resistencia enérgica de la socialdemocracia!... *Secundo*: razones de política exterior; en primer lugar, asegurar a Alemania la aprobación de los neutrales, especialmente Inglaterra... A continuación, esperar a que la amenaza rusa se acentúe, porque, el día que el gobierno imperial tenga ante sí “una Rusia manifiestamente agresiva”, podrá convencer a la vez a los socialistas alemanes y a Europa de que Alemania se encuentra “en caso de legítima defensa” y que se ve obligada a movilizar, a pesar suyo, “por prudencia”... ¡Ni qué decir tiene! ¡Lógica perfecta!... ¿Cuál va a ser la táctica de Stolbach y los generales alemanes para forzar la mano del camarada Bethmann?... Todas estas notas hacen ver perfectamente cómo ha nacido la combinación... Por consiguiente, se trata de obligar a Rusia, cuanto antes, a que cometa contra Alemania un acto que pueda ser considerado como *hostil*...» «Por ejemplo, obligarla a movilizar», sugiere Stolbach, el veinticinco por la noche. ¡Vieja trampa!... A lo cual se le contesta: «Efectivamente. Y para ello un buen medio, el único y que depende de Austria: *la movilización austriaca*...» ¡No son tan tontos como parece estos generales! Han comprendido perfectamente que si Francisco José decretaba la movilización de todo su ejército (lo que, según anota Stolbach aquí, «no sería ya solamente una amenaza contra la pequeña Servia, sino una amenaza formal contra la enorme Rusia»), el Zar se vería obligado fatalmente a contestar con su movilización *general*. Y ante una movilización *general* rusa, el Kaiser no podría ya negar su decreto de movilización. Y el Canciller ya no tendría nada qué decir, porque una movilización alemana, motivada directamente por la amenaza precisa de una invasión rusa, podría ser impuesta a todo el mundo: al exterior, como al interior; a la opinión europea como a la opinión alemana, ya muy trabajada contra los rusos; e impuesta también a los socialdemócratas... Y esto es perfectamente exacto. ¡Los Sudekum y sus consortes nos atruenan los oídos en todos los congresos con su peligro ruso! ¡Hasta el mismo Bebel! ¡Desde mil novecientos está declarando que, ante una amenaza rusa, tomaría el fusil! Los socialistas se encontrarían esta vez obligados por sus palabras... ¡Cogidos en la trampa!... ¡En su propia trampa! Imposible para ellos —¡socialdemocráticamente imposible!— no colaborar con su gobierno, cuando éste se dispone a defender al proletariado alemán contra el imperialismo cosaco!... ¡Buena jugada! ¡Cuanto antes, por tanto, la movilización

general austriaca!... Y ésta es la razón de que, al día siguiente de su llegada a Berlín, el amigo Stolbach multiplique sus mensajes a Hötendorf para que Austria se oriente decididamente hacia la movilización *general*... ¡Muy bien! ¡Una trampa maquiavélica que los generales de Berlín tienden a Rusia por medio de Austria! ¡Y, durante todo este tiempo, el Kaiser y su Canciller fuman tranquilamente sus cigarros sin sospecharse la faena!

Con un gesto habitual en él, Meynestrel se llevó la mano a la cara, colocando el índice y el pulgar a la altura de las sienes, y, rápidamente, dejó resbalar los dedos a lo largo de las mejillas hasta la punta afilada de la barba.

«Perfecto, perfecto... ¡Se va a ello en línea recta! ¡Y bastante de prisa!»

Recogió rápidamente las notas esparcidas sobre la manta, las metió en un tercer sobre, y repitió a media voz:

«¡Menos mal que he sido el único en meter la nariz en esto!»

Se recostó en el respaldo de la silla, cruzó los brazos y permaneció algunos minutos inmóvil.

Estos documentos aportaban evidentemente «un hecho nuevo», de una importancia incalculable. Los socialdemócratas alemanes, con muy pocas excepciones, no sospechaban esta complicidad entre Viena y Berlín. Los más encarnizados detractores del régimen imperial se negaban a pensar que éste haría la tontería de arriesgar la paz del mundo y el porvenir del imperio para defender el prestigio de Austria; aceptaban, por consiguiente, las afirmaciones oficiales: creían que la Wilhelmstrasse había sido «sorprendida» por el ultimátum austríaco; que no había conocido por anticipado ni su contenido exacto ni incluso su carácter agresivo, y que Alemania, de buena fe, trataba de mediar entre Austria y sus adversarios. Los más suspicaces olfateaban la posibilidad de cierto entendimiento entre los Estados Mayores de Viena y Berlín. (Haase, el delegado alemán en Bruselas, con quien Meynestrel había estado por la mañana, le había referido la gestión hecha por él, el domingo último, cerca del gobierno, para recordarle solemnemente, en nombre del Partido, que la alianza germano-austriaca era estrictamente *defensiva*; y se mostraba vagamente inquieto por la respuesta recibida: «¿Pero y si Rusia tomara la iniciativa de un *acto hostil* hacia nuestra aliada?» Sin embargo, hasta ahora, el mismo Haase estaba muy lejos de suponer que la movilización general austríaca estaba destinada a hacer el papel de un anzuelo bien cebado que el partido militar alemán quería echar a Rusia.) Esta prueba irrefutable de complicidad, revelada por las notas de Stolbach, podía convertirse, pues, si caía entre las manos de los dirigentes socialdemócratas, en un instrumento terrible en su lucha contra la guerra. Volverían inmediatamente contra su gobierno la violencia de sus ataques que hasta entonces habían reservado al gobierno de Viena.

«Es un artefacto de tal fuerza explosiva —se decía Meynestrel— que, si se le utilizara bien, el efecto podría sobrepasar todas las previsiones... Sí: cabe todo, incluso, en rigor, ¡el aborto de la guerra!...»

Durante algunos segundos se imaginó al Kaiser y al Canciller ante la amenaza de que esta prueba fuera expuesta a la luz del día —o utilizada en una virulenta campaña de prensa, que amenazase volver contra el gobierno de Alemania, no solamente al pueblo alemán sino a toda la opinión mundial—, y colocados ante este dilema: o bien proceder a la detención de todos los dirigentes socialistas, y declarar así abiertamente la guerra a todo el proletariado alemán, a la Internacional europea (conjetura apenas concebible), o bien capitular ante la amenaza de los socialistas y dar marcha atrás apresuradamente, negándole a Austria el apoyo prometido a Hoyos. ¿Entonces? Entonces, privada del apoyo alemán, Austria no se atrevería sin duda a perseverar en sus proyectos bélicos y tendría que contentarse con un cambalacheo diplomático... Todos los planes capitalistas de guerra podrían, por tanto, derrumbarse.

«¡Habrà que verlo!», murmuró.

Se levantó, dio algunos pasos por la habitación, bebió un vaso de agua y volvió a sentarse delante de los documentos.

«¡Y ahora, Piloto, cuidado con equivocarse de táctica!... Dos soluciones: hacer estallar el artefacto, o bien ocultarlo y conservarlo para más adelante... Primera hipótesis: hago llegar estos papeles a manos de un Liebknecht, por ejemplo, y el escàndalo estalla. Aquí, dos casos para considerar: el escàndalo no impide la guerra, o bien la impide. Supongamos que no la impide, lo que es probable: ¿cuál sería la ventaja? Indudablemente, el proletariado marcharía a la guerra con la certeza de haber sido engañado... Buena propaganda para la guerra civil... Sí; pero el viento sopla del otro lado: ya hay por todas partes “mentalidad de guerra”. Es sorprendente, aquí, en Bruselas... ¡Y a saber, incluso, si hoy en día todos los dirigentes de la socialdemocracia aceptarían hacer estallar el artefacto!... No es seguro... Admitamos, sin embargo, que publicaran los documentos en el *Vorwärts*. El periódico sería recogido, y el gobierno desmentiría descaradamente; y el estado de ánimo es ya tal en Alemania que sus mentís tendrían sin duda doble peso que nuestras acusaciones... Supongamos ahora, contra toda verosimilitud, que Liebknecht, aprovechando la indignación del pueblo y la reprobación universal, hace retroceder al Kaiser y consigue impedir la guerra. Evidentemente, la fuerza de la Internacional y la conciencia revolucionaria de las masas se encontrarían acrecentadas... Si... ¿Pero impedir la guerra? ¡La guerra, que es nuestra mejor baza!...»

Permaneció durante algunos instantes con las facciones inmóviles, indeciso ante la grave responsabilidad que el asunto representaba.

«¡Eso no! —dijo a media voz—. ¡Eso no!... ¡Aunque no hubiera sino una probabilidad sobre cien de poder impedir la guerra, no hay que arriesgarse!»

Reflexionó intensamente durante algunos segundos más.

«No, no...; de cualquier forma que se mire el problema... Actualmente sólo hay una solución: escamotear el artefacto...»

Se agachó y, con gesto decidido, sacó una maleta de debajo de la cama.

«Encerrar todo esto. No hablar de ello a nadie... ¡Esperar el momento!»

La hora que preveía era aquella en que, fatalmente, la desmoralización comenzaría a trabajar sobre las masas movilizadas, y en que, para apresurar esta desmoralización, para emponzoñarla, no sería superfluo poder asestar un fuerte golpe, con la divulgación de esta prueba decisiva de la maquinación de los gobiernos.

Sonrió brevemente, con sonrisa de poseso.

«¿De qué dependen las cosas? ¡La guerra, la revolución, dependen tal vez, en cierto modo, de estos tres sobres que yo tengo aquí!»

Los había cogido en la mano y los sopesaba maquinalmente.

Llamaron a la puerta.

—¿Eres tú, Freda?

—No; Thibault.

—¡Ah!

Colocó los sobres en la maleta rápidamente y la cerró con llave antes de ir a abrir la puerta.

Instintivamente, el primer movimiento de Jacques fue lanzar sobre el desorden de la habitación una mirada circular, en busca de los papeles.

—¿No viene Freda contigo? —preguntó Meynestrel, cediendo a un impulso de contrariedad, casi de angustia, que rechazó inmediatamente—. No te ofrezco que te sientes —prosiguió jocosamente, designando con el gesto el batiburrillo de ropas femeninas que ocupaba las dos sillas de la habitación—. Por otra parte, iba a salir. Quiero ver un poco lo que hacen en la Casa del Pueblo...

—¿Y... los papeles? —preguntó Jacques.

Mientras hablaba, el Piloto había metido la maleta debajo de la cama.

—Considero que Trauttenbach ha hecho un trabajo completamente inútil —dijo pausadamente—. Y tú, lo mismo...

—¿De verdad?

Jacques estaba todavía más estupefacto que consternado. La idea de que estos papeles pudiesen carecer de interés no se le había ocurrido siquiera. No se atrevía a preguntar más. Sin embargo, insinuó:

—¿Qué ha hecho con ellos?

Meynestrel indicó la maleta con el pie.

—Creía que tenía intención de comunicar todo esto, esta tarde, al Bureau..., a Vandervelde, a Jaurès...

El Piloto sonrió lentamente. Era una sonrisa fría, más de los ojos que de los labios, y en su rostro de color cadavérico, la sonrisa de esta mirada era al mismo tiempo tan lúcida y tan poco humana, que Jacques bajó los ojos.

—¿A Jaurès? ¿A Vandervelde? —dijo Meynestrel, con su voz de falsete—. ¡Ni siquiera encontrarían con qué hacer un discurso más! —Ante la actitud decepcionada de Jacques, abandonó el tono sarcástico y añadió—: Ni qué decir tiene que desmenuzaré más de cerca todas esas notas en Ginebra. Pero a primera vista, no; nada: detalles estratégicos, relaciones de efectivos... Nada que pueda servir de

momento.

Se había puesto la chaqueta y cogido el sombrero.

—¿Vienes conmigo? Iremos tranquilamente, dando un paseo y charlando... ¡Qué calor! ¡No se me olvidará Bruselas en el mes de julio!... ¿Dónde estará Alfreda? Me había dicho que vendría a buscarme... Pasa, te sigo.

Durante todo el recorrido, interrogó a Jacques sobre su estancia en París y no dijo ni una palabra más de los documentos.

Arrastraba la pierna más que de costumbre. Se disculpó con brusquedad. Durante el verano, sobre todo después de un período de cansancio, los músculos de la pierna le hacían sufrir algunas veces tanto como inmediatamente después de su accidente de aviación.

—Esto me hace «mutilado de guerra» —observó, con una risita—. Dentro de algún tiempo será muy bien visto...

En la puerta de la Casa del Pueblo, cuando Jacques iba a marcharse, le tocó bruscamente en el brazo:

—¿Y tú? ¿Qué es lo que te pasa, muchacho?

—¿Que qué me pasa?

—Te encuentro cambiado. No sé cómo decir...; muy cambiado.

Le observaba con su mirada dura, oscura y clarividente.

El recuerdo de Jenny flotó durante algunos segundos ante los ojos de Jacques. Había enrojecido. Le repugnaba tanto mentir como dar explicaciones. Sonrió misteriosamente y volvió la cabeza.

—Hasta luego —dijo el Piloto, sin insistir—. Iré a cenar con Freda a «La Taverne», antes del mitin. Te guardaremos un sitio cerca de nosotros.



## LII

A partir de las ocho, no solamente estaban ocupadas en su totalidad las cinco mil localidades con asiento del Circo Real, sino que también las rampas estaban llenas de manifestantes, de pie; incluso afuera, en las calles estrechas que circundaban el circo, se había reunido una muchedumbre vociferante, que los militantes entusiastas evaluaban ya en cinco o seis mil personas. A Jacques y sus amigos les costó gran trabajo abrirse camino y entrar en la sala.

Los «dirigentes oficiales», retenidos en la Casa del Pueblo, donde continuaba reunido el Bureau Internacional, no hablan llegado. Circulaba el rumor de que la sesión era muy movida y que se prolongarla sin duda hasta bastante tarde. Keir-Hardie y Vaillant se esforzaban por obtener de todos los delegados presentes la adhesión a la huelga general preventiva, y el compromiso formal, en nombre de sus partidos, de trabajar activamente en sus países respectivos para la preparación de esta huelga, con objeto de que la Internacional pudiera, en caso de guerra, obstaculizar los planes bélicos de los gobiernos. Jaurès había sostenido con energía esta ponencia, y la discusión proseguía ásperamente desde por la mañana. Dos tesis, siempre las mismas, se enfrentaban. Unos admitían el principio de la huelga en el caso de una guerra ofensiva; pero, en el caso de una guerra defensiva —dado que un país paralizado por la huelga está condenado fatalmente a la invasión del agresor—, sostenían que un pueblo atacado tiene el derecho y la obligación de defenderse con las armas. La mayor parte de los alemanes, muchos belgas y muchos franceses, pensaban de esta forma y se limitaban a buscar una definición, clara e incontestable, del Estado agresor. Los otros, apoyándose en la historia y utilizando como argumento persuasivo los ecos tendenciosos publicados los últimos días en la prensa francesa, alemana y rusa, denunciaban el mito de las guerras de legítima defensa: «Un gobierno —decían— resuelto a arrastrar a su pueblo a la guerra, encuentra siempre un subterfugio para ser atacado, o para parecerlo; si se quiere frustrar esta maniobra, es indispensable, por tanto, que el principio de la huelga preventiva sea proclamado de antemano, de forma que la repuesta a cualquier amenaza de guerra sea automática; es indispensable que este principio sea admitido desde ahora, con unanimidad y sin escapatoria posible, por los jefes socialistas de todos los países, con el fin de que esta resistencia colectiva —la única eficaz, la resistencia mediante el cese general del trabajo— pueda ser desencadenada a la hora del peligro *en todas partes a la vez y simultáneamente*». Todavía se ignoraban los resultados de este debate, en el que tal vez se decidía el futuro inmediato de Europa.

Jacques sintió que alguien le tocaba en el codo. Era Saffrio, que habiéndole visto, se había deslizado hasta él.

—Quería hablarte de la magnífica carta que Palazzolo ha recibido de Mussolini —dijo, sacando varias cuartillas dobladas que conservaba cuidadosamente entre la camisa y la carne—. He copiado lo más interesante... Y Richardley lo ha traducido,

con buen estilo, para *El Fanal*. Vas a ver...

El ruido era tan intenso que Jacques hubo de acercar el oído a los labios de Saffrio.

—Escucha... Primero esto: «Con la guerra, la burguesía pone al proletariado frente a esta elección trágica: o rebelarse, o tomar parte en la carnicería. La rebelión se ahoga rápidamente en sangre; la carnicería se protege detrás de palabras grandilocuentes, como “Deber” y “Patria”...» ¿Me oyes? Benito escribe, además: «La guerra entre naciones es la forma más sanguinaria de la colaboración de clases. ¡La burguesía está contenta cuando puede sacrificar al proletariado en el altar de la patria!»... Y también: «La Internacional es la meta inevitable de los acontecimientos futuros...» Sí —dijo, con voz vibrante—; ¡tiene razón! ¡*L’Internazionale*, es la meta! Y ya ves: ¡*L’Internazionale* ya es lo bastante fuerte para salvar a los pueblos! ¡Ya lo estás viendo aquí esta noche! ¡La unión de los proletarios es la paz del mundo!

Se irguió. Sus ojos chispeaban. Seguía hablando, pero el ruido, que era cada vez mayor, impedía a Jacques comprender sus palabras.

La muchedumbre, amontonada en esta atmósfera agobiante, empezaba a impacientarse. Para entretenerla, los militantes belgas tuvieron la idea de entonar el himno de la Internacional: «*Prolétaires, unissez-vous*<sup>[18]</sup>», que muy pronto todo el mundo cantó al unísono. Vacilante al principio, cada una de las voces, apoyándose en la del vecino, se fue afirmando; y no solamente las voces: también los corazones. Este himno creaba un lazo, se convertía en un símbolo, sonoro y concreto, de solidaridad.

Cuando los delegados, tanto tiempo esperados, aparecieron por fin en el fondo del Circo, la sala entera se puso en pie y sonó una ovación; una ovación alegre, familiar, de confianza. Y espontáneamente, sin que se hubiera dado ninguna consigna, *La Internacional*, brotando de todos los pechos, cubrió el tumulto de las ovaciones. Luego, a una señal de Vandervelde, quien presidía, los himnos se interrumpieron, como con pesar. Y, mientras que poco a poco se hacía el silencio, todas las cabezas permanecieron vueltas hacia esta falange de jefes. Los diversos periódicos del partido habían popularizado sus siluetas. La gente los señalaba con el dedo; murmuraba sus nombres. Ni un solo país faltaba al llamamiento. En esta hora angustiosa de la vida continental, toda la Europa obrera estaba aquí, representada en este pequeño escenario en el que se concentraban diez mil miradas cargadas de la misma tozuda y solemne esperanza.

Esta confianza colectiva, contagiosa, se redobló cuando se supo, por boca de Vandervelde, que el *Bureau*, a propuesta del partido alemán, acababa de decidir la reunión en París, a partir del nueve de agosto, del famoso Congreso Socialista Internacional, anteriormente convocado en Viena para el veintitrés. En nombre del partido francés, Jaurès y Guesde habían aceptado la responsabilidad de la organización. Haciendo un llamamiento al celo de todos, estos dos dirigentes proyectaban dar a esta manifestación, cuyo título sería «La guerra y el proletariado»,

una resonancia excepcional.

—En el momento en que dos grandes pueblos pueden ser lanzados uno contra otro —gritó Vandervelde—, no es un espectáculo banal el que ofrecen los representantes de los sindicatos y agrupaciones obreras de uno de estos países, representantes que han sido elegidos por más de cuatro millones de votos, quienes, desplazándose a territorio de la nación llamada enemiga, hacen acto de presencia para confraternizar y para proclamar su voluntad de mantener la paz entre los pueblos.

Haase, diputado socialista del Reichstag, se levantó en medio de fuertes aplausos. Su animoso discurso no dejó subsistir la menor duda acerca de la sinceridad de los socialdemócratas.

—El ultimátum austríaco ha sido una verdadera provocación... Austria ha querido la guerra... Parece contar con el apoyo de Alemania... Pero el socialismo alemán no entiende que el proletariado pueda ser comprometido por tratados secretos... ¡El proletariado alemán declara que Alemania no debe intervenir, INCLUSO si Rusia entrara en el conflicto!

Las aclamaciones interrumpían cada una de sus frases. La claridad de esta declaración era un consuelo para todos.

—¡Que nuestros adversarios tengan cuidado! —gritó, para terminar—. ¡Pudiera suceder que los pueblos, cansados de tanta miseria y opresión, despertaran finalmente y se unieran para fundar la sociedad socialista!

El italiano Morgari, el inglés Keir-Hardie, el ruso Rubanovitch, tomaron la palabra sucesivamente. La Europa proletaria no tenía más que una voz para denostar al imperialismo peligroso de sus gobiernos y reclamar las concesiones necesarias para el mantenimiento de la paz.

Cuando Jaurès, a su vez, se adelantó para hablar, las ovaciones se redoblaron.

Su paso era más lento que nunca. Estaba cansado de la jornada. Hundía la cabeza entre los hombros; en su frente ancha, los cabellos húmedos de sudor se encrespaban. Cuando hubo subido lentamente los peldaños, y con el cuerpo asentado, bien apoyado en las piernas, se inmovilizó cara al público; parecía un coloso rechoncho que contrae los músculos, se agacha y se arraiga en el suelo, para cerrar el camino al alud de catástrofes.

Gritó:

—¡Ciudadanos!

Su voz, por un prodigio natural que se repetía cada vez que subía a la tribuna, acalló de repente todos estos millares de clamores. Se hizo un silencio religioso: el silencio del bosque antes de la tormenta.

Pareció recogerse durante un instante, apretó los puños y, con un gesto brusco, cruzó sobre el pecho sus cortos brazos. («Parece una foca en oración», decía Paterson con irreverencia.) Sin prisa, sin violencia al principio, sin fuerza aparente, comenzó su discurso; pero, desde las primeras palabras, el zumbido de su voz, como una campana de bronce que se pone en movimiento, había tomado posesión del espacio, y

la sala, de repente tuvo la sonoridad de un toque a rebato. Jacques, inclinado hacia adelante, con la barbilla apoyada en el puño y fijos los ojos en este rostro levantado, en este rostro que parecía siempre mirar más allá, no perdía ni una sílaba.

Jaurès no traía nada nuevo. Denunciaba, una vez más, el peligro de las políticas de conquista y de prestigio, la desidia de las diplomacias, la locura patriótica de los patrioteros, los horrores estériles de la guerra. Sus ideas eran sencillas; su vocabulario, bastante limitado; sus efectos, muy a menudo, de la más corriente demagogia. Sin embargo, estas banalidades generosas hacían pasar, a través de esta masa humana a la que Jacques pertenecía esta noche, una corriente de alta tensión que la hacía oscilar a la voz del orador, temblar de fraternidad o de ira, de indignación o de esperanza, temblar como una arpa eólica. ¿De dónde venía la virtud embrujadora de Jaurès? ¿De esta voz tenaz, que se henchía y ondulaba en anchas volutas sobre estos millares de rostros atentos? ¿De su amor tan evidente a los hombres? ¿De su fe? ¿De su lirismo interior? ¿De su alma sinfónica, en la que todo se armonizaba milagrosamente: la inclinación a la especulación verbal y el sentido preciso de la acción, la lucidez del historiador y la fantasía del poeta, el amor al orden y la voluntad revolucionaria? Esta noche, especialmente, una certeza obstinada, que penetraba en cada oyente hasta la médula, emanaba de estas palabras, de esta voz, de esta inmovilidad: la certeza de la victoria muy próxima, la certidumbre de que ya la repulsa de los pueblos hacía vacilar a los gobiernos y de que las horribles fuerzas de la guerra no podrían arrebatarse la victoria a las fuerzas de la paz.

Y cuando, después de una perorata patética, abandonó por fin la tribuna, contraído, encrespado, quebrantado por el delirio sagrado, toda la sala, de pie, le aclamó. Los aplausos, los pateos, producían un estrépito ensordecedor que durante algunos minutos rodó de una pared a otra del Circo, como el eco del trueno en la garganta de una montaña. Los brazos extendidos agitaban frenéticamente sombreros, pañuelos, periódicos y bastones. Parecía como si un viento huracanado azotase un campo de espigas. En estos momentos de paroxismo, Jaurès no hubiera tenido sino que dar una voz, o hacer un gesto con la mano, para que esta masa fanatizada se precipitara tras él, con la cabeza baja, al asalto de cualquier Bastilla.

Insensiblemente, este tumulto se ordenó y se fue haciendo rítmico. Para librarse de la opresión que los atenazaba, todos estos pechos jadeantes recurrieron de nuevo a la música, al himno:

*¡Arriba los pobres del mundo!*

Y, afuera, los millares de manifestantes que no habían podido entrar y que, a pesar de las cargas de la policía, obstruían todas las calles vecinas, entonaron a coro la letra de *La Internacional*:

*¡Arriba los pobres del mundo!...*

.....

*¡Es el fin de la opresión!*

## LIII

LA sala se iba vaciando insensiblemente. Jacques, empujado en todas direcciones, protegía lo mejor que podía al pequeño Vanheede, el cual se asía a él como un náufrago, y no perdía de vista al grupo que formaban, a algunos metros de él, Meynestrel, Mithörg, Richardley, Saffrio, Zelawsky, Paterson y Alfreda. ¿Pero cómo alcanzarlos? Empujando al albino delante de él y aprovechando las menores oscilaciones que le aproximasen hacia el grupo donde estaban sus amigos, consiguió franquear poco a poco el corto espacio que los separaba de ellos. Sólo entonces dejó de luchar, y se dejó llevar, con los otros, por la corriente que los arrastraba hacia la salida.

Al himno de *La Internacional*, que tan pronto resonaba como un desafío como se cantaba en voz baja, se mezclaban gritos estridentes: «¡Abajo la guerra!» «¡Viva el socialismo!» «¡Viva la paz!»

—Ven, pequeña; vas a perderte —dijo Meynestrel.

Pero Alfreda no le oyó. Cogida del brazo de Paterson, quería ver lo que pasaba delante.

—Espera, cariño —murmuró el inglés.

Entrelazó sólidamente los dedos de sus dos manos, e inclinándose, ofreció a la joven una especie de estribo, en la que ésta consiguió poner el pie.

—¡Arriba!

Se puso derecho con un movimiento enérgico y la levantó por encima de las cabezas de los demás. La joven se reía. Para conservar el equilibrio, apoyaba su cuerpo en el busto de Paterson. Sus grandes ojos de muñeca, muy abiertos, brillaban esta noche con un fuego salvaje.

—No veo nada —dijo con voz voluptuosa y embriagada—. ¡Nada... más que un bosque de banderas!

No se apresuraba a bajarse. El inglés, cegado por un pico de la falda, seguía andando, a trompicones.

Todos se encontraron fuera, sin saber cómo.

En la calle, el apiñamiento era aún más compacto que en la sala, y el estrépito resultaba tan intenso, tan continuo, que casi no se oía. Después de algunos minutos de indecisión, esta masa humana pareció orientarse, se agitó, y, desbordando los cordones de la policía, engullendo al pasar a los curiosos apelonados en las aceras, empezó a correr lentamente en la noche.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó Jacques.

—*Zusammen marschieren, Camm'rad*<sup>[19]</sup>! —gritó Mithörg, cuya cara fofa estaba encarnada y congestionada como si saliera del agua hirviendo.

—Creo que vamos a manifestarnos delante de los Ministerios —explicó Richardley.

—*Keinen Krieg! Friede! Friede*<sup>[20]</sup>! —aullaba Mithörg.

Y Zelawsky modulaba, en tono gutural:

—*Daloï Vaïnou!... Mir! Mir*<sup>[21]</sup>!

—¿Dónde está Freda? —murmuró Meynestrel.

Jacques se volvió para buscar a la joven con la mirada. Detrás de él marchaba Richardley, con la cabeza erguida y su eterna sonrisa en los labios, su sonrisa demasiado suficiente. Luego, venía Vanheede, entre Mithörg y Zelawsky: el albino había enlazado sus codos a los brazos de sus dos compañeros y parecía ser llevado por ellos; no gritaba ni cantaba; levantaba hacia el cielo su rostro diáfano, con los ojos medio cerrados, con una expresión dolorosa y extasiada... Más lejos, seguían Alfreda y Paterson. Jacques no distinguía más que sus caras; pero tan juntas que los dos cuerpos parecían unidos.

—¿Dónde está Alfreda? —repitió el Piloto, con voz ansiosa. Parecía un ciego que ha perdido su perro.

Era una cálida noche de verano, oscura y profunda. Los escaparates estaban apagados. En todas las ventanas, muchas de las cuales estaban iluminadas, se asomaban siluetas negras. En los cruces de las grandes arterias, rosarios de tranvías, vacíos y sin luz, se alineaban sobre los rieles. Grupos de peatones afluían por las calles y engrosaban incesantemente la ola en movimiento. La mayoría de los manifestantes eran obreros de la ciudad y sus alrededores. Y de todas partes, de Amberes, de Gante, de Lieja, de Namur, de todos los centros mineros, habían venido militantes para unirse a los socialistas de Bruselas y a las delegaciones extranjeras: Bruselas parecía haberse convertido esta noche en la capital europea de la paz.

«¡Pero ya está! —se dijo Jacques—. ¡La paz está salvada! ¡Ninguna fuerza del mundo podrá derribar esta barrera! ¡Si esta muchedumbre lo quiere, la guerra no pasará!»

La policía, impotente, se había contentado con proteger el Palacio Real, el Parque y los Ministerios, con un cuádruple cordón de agentes, delante del cual desfiló sin detenerse la cabeza del cortejo, para llegar a la plaza Real y descender hacia el centro de la ciudad. Al pasar, frente a la solemnidad muda de los palacios, las bocas lanzaban a millares el mismo grito: «¡Viva el socialismo! ¡Abajo la guerra!»

Delante, los grupos organizados marchaban orgullosamente alrededor de sus oriflamas. El resto seguía, sin orden, formando una tumultuosa «kermess», en la que las mujeres se colgaban del brazo de los maridos, y los pequeñuelos, encaramados sobre los hombros de los padres, abrían sus ojos fascinados. Todos tenían conciencia de representar una fracción de la gran fuerza proletaria. Con las facciones tensas y la mirada fija, marchaban casi sin hablarse; en las paradas, seguían marcando la cadencia del paso. Las frentes descubiertas relucían bajo los faroles eléctricos. En todos estos rostros, embriagados de confianza y curtidos por la misma voluntad, se leía la convicción de que esta noche se había ganado la partida contra los gobiernos; por encima de esta marea, *La Internacional*, cantada sin descanso y a plena voz,

desplegaba sus estrofas, poderosamente marcadas, como el latido de todos estos corazones.

En diversas ocasiones, Jacques tuvo la impresión de que Meynestrel trataba de acercarse más a él, como si quisiera hablarle; pero siempre se lo impedían los empujones o una recrudescencia del tumulto.

—Aquí tenemos, por fin, ¡la acción de las masas! —le gritó Jacques. Quería sonreír, por un resto de respeto humano, pero su mirada brillaba con esta misma alegría febril que iluminaba todos los ojos.

El Piloto no contestó. Sus pupilas estaban duras, y su boca tenía un gesto de amargura que Jacques no se explicaba.

Delante de ellos, un movimiento ondulante hizo oscilar bruscamente el cortejo. La cabeza de la columna debía de haberse tropezado con algún obstáculo. Cuando Jacques se ponía de puntillas para intentar comprender la causa del desorden, percibió en su oído la voz del Piloto: algunas palabras, dichas muy de prisa, en aquel tono de falsete que siempre desconcertaba:

—Muchacho, creo que esta noche, Freda no...

El resto de la frase se había perdido a medias en el ruido. Jacques se volvió, estupefacto: había creído entender: «... no volverá conmigo al hotel.»

Sus miradas se encontraron. El rostro del Piloto estaba en la sombra; sus negras pupilas, tan desprovistas de expresión como las de un gato, llameaban con una fosforescencia animal.

En aquel momento, un remolino profundo se propagó hasta ellos y los arrastró.

En el cruce del bulevar del Mediodía, un grupito de nacionalistas, reunidos apresuradamente en torno a una bandera, había pretendido audazmente cerrar el paso al desfile. Corta algarada ésta, que no había impedido a los manifestantes seguir su camino. Pero esta detención y estas sacudidas habían bastado para separar a Jacques de Meynestrel y de sus amigos.

Desplazado hacia la derecha, se encontró aplastado contra las casas, mientras que en el centro, bajo la presión de los de atrás, se estableció una fuerte corriente que arrastró al grupo de Meynestrel hacia adelante. Y de repente, desde el sitio en que se había quedado inmovilizado momentáneamente, distinguió a algunos metros el rostro de Paterson. El inglés seguía junto a Alfreda. Pasaron sin verle. Pero él sí tuvo tiempo de mirarles. Estaban desconocidos... La penumbra, realzando los relieves óseos, esculpía extrañamente el semblante de Paterson. Sus ojos, generalmente inquietos y reidores, tenían un brillo fijo y como una chispa de alegría cruel. La cara de Alfreda no estaba menos cambiada: una expresión ardiente y resuelta, insolentemente sensual, deformaba y vulgarizaba sus facciones: parecía el rostro de una prostituta, el rostro de una meretriz borracha. Apoyaba la cabeza en el hombro de Pat. Su boca estaba abierta: cantaba *La Internacional* con una voz ronca y entrecortada; parecía como si estuviera celebrando su propio triunfo, su liberación, la victoria del instinto... A Jacques se le vinieron a la memoria las palabras de Meynestrel: «Creo que esta noche



Freda no volverá conmigo...»

Tuvo miedo; sin saber exactamente lo que iba a decirles, trató de deslizarse por entre la muchedumbre, para unirse a ellos. Gritó: «¡Pat!» Pero estaba prisionero de esta masa que le rodeaba. Después de vanos esfuerzos, hubo de renunciar. Durante cierto tiempo aún, los siguió con la mirada; luego, los perdió de vista por completo, y se abandonó pasivamente a la marejada, que ahora lo llevaba hacia adelante.

Entonces, solo, se apoderó de él el fenómeno mágico de contagio colectivo. Se desvaneció toda percepción del espacio y del tiempo: la conciencia individual se le borró.

Fue como un oscuro y letárgico regreso al medio original. Sumergido, hundido en esta multitud ambulante y fraternal; se sentía desembarazado de sí mismo. En el fondo de su ser, como un manantial cálido que no brota a la superficie, conservaba sin duda la conciencia confusa de formar parte de un todo, de un todo que era el número, la verdad, la fuerza; pero no pensaba en ello. Y proseguía andando, con la cabeza vacía, presa de una ligera embriaguez sedante como un sueño.

Esta sensación de bienestar se prolongó durante una hora o tal vez más. Un tropezón de su pie con el borde de una acera le sacó de este embrujamiento. Y de repente se dio cuenta de su cansancio.

La columna, encauzada por las oscuras fachadas, seguía avanzando, con una progresión lenta e implacable. En la cola, los himnos habían cesado casi por completo. De vez en cuando, un grito bravío salía de un pecho oprimido: «¡Viva la paz!», «¡Viva la Internacional!»; y este grito, como el saludo matutino del gallo, despertaba otro, aquí y allá. Luego, renacía la calma, y durante algunos minutos ya no se oía sino el jadeo sordo, las pisadas de la muchedumbre.

Maniobró para derivar hacia la orilla y acercarse a las casas. Se dejó llevar a lo largo de las tiendas cerradas, acechando una ocasión para escaparse. Una callejuela se presentó a sus ojos. Estaba llena de habitantes del barrio, apelotonados aquí para mirar. Pudo infiltrarse entre ellos y llegar a un espacio libre, junto a una fuente empotrada en la pared. El agua corría, fresca y clara, con un rumor amistoso. Bebió, se mojó la frente y las manos y permaneció un buen rato respirando profundamente. Encima de él brillaba el firmamento estival. Recordó las manifestaciones de París la antevíspera; las del día anterior en Berlín. En todas las ciudades de Europa, los pueblos se rebelaban, con la misma violencia, contra el sacrificio inútil. En todas partes: en Viena, en la Ringstrasse; en Londres, en Trafalgar Square; en Petersburgo, en la Perspectiva Newski, donde los cosacos, sable en mano, cargaban contra los manifestantes; en todas partes, se elevaba el mismo grito: «*Friede! Peace! Mir!*» Por encima de las fronteras, las manos de todos los trabajadores se tendían hacia el mismo ideal fraternal, y de toda Europa brotaba el mismo clamor. ¿Cómo dudar del futuro? Mañana, la humanidad, liberada de su zozobra, iba a poder trabajar de nuevo para hacerse un destino mejor...

¡El futuro!... Jenny...

La imagen de la joven se había apoderado de él bruscamente, rechazándolo todo, sustituyendo las violentas exaltaciones de esta noche con un deseo inmenso de ternura y amor.

Se levantó y empezó de nuevo a andar en la noche.

Dormir... Era lo único que le apetecía ahora. En cualquier sitio, en el primer banco que viera... trató de orientarse en esta parte de la ciudad, que conocía mal. Y, de repente, se encontró en una plaza desierta, que recordaba haber cruzado por la tarde, con Paterson y Alfreda. Animo... El hotel en que el inglés tenía su habitación no debía de estar lejos...

Efectivamente, lo encontró sin demasiadas dificultades.

Tardó lo estrictamente indispensable para descalzarse, quitarse la chaqueta y el cuello, y arrojarse, vestido, sobre la cama.

## LIV

CUANDO abrió los ojos, la habitación estaba violentamente iluminada. Tardó algunos segundos en volver a la realidad. Distinguió la espalda de un hombre arrodillado al fondo de la habitación: Paterson... El inglés guardaba apresuradamente algunas ropas en una maleta que yacía abierta en el suelo. ¿Se marchaba ya? ¿Qué hora era?

—¿Eres tú, Pat?

Paterson, sin contestar, cerró la maleta, la dejó junto a la puerta y se acercó a la cama. Estaba pálido y su mirada era provocativa.

—¡Me la llevo! —espetó.

En su voz vibraba una especie de amenaza.

Jacques lo miraba, aturdido, con ojos llenos de cansancio.

—*Hush!* ¡Cállate! —tartamudeó Paterson, aunque Jacques ni siquiera había movido los labios—. ¡Lo sé!... ¡Es así! ¡Y nadie puede hacer ya nada!...

Jacques había comprendido de repente. Miraba al inglés con la expresión de un niño a quien despiertan en plena pesadilla.

—Alfreda está abajo en un taxi. Está decidida. Yo, también. No le ha dicho nada; lo compadece; no quiere decirle nada; ni siquiera ha querido recoger sus cosas personales. Nos marchamos, y no volverá a verlo. El primer tren a Ostende. Mañana, por la noche, en Londres... Todo terminará así. ¡Ya nadie puede hacer nada!

Jacques se había incorporado. Apoyaba la cabeza en el madero de la cama y no decía nada. «Tiene cara de asesino», pensaba.

—Yo, es desde hace meses —continuó Paterson, inmóvil bajo la lámpara—. Pero nunca me había atrevido... Hasta esta noche no he sabido que ella también... ¡Pobre *darling!* Tú no conoces su vida con ese hombre... Menos que un hombre: ¡*nada!*... ¡Oh, se ha portado bien! La había avisado. ¡Ella lo había aceptado todo! Creía poder. Ella no sabía... Pero, desde que me quiere, no: el sacrificio es imposible... ¡No la juzgues! —repitió repentinamente, como si hubiera leído algún veredicto severo en la fisonomía asombrada de Jacques—. ¡Tú no sabes lo que es ese hombre! ¡Capaz de todo! Por la desesperación de no creer en nada, de no poder creer en nada (ni siquiera de creer en sí mismo), ¡porque él no es *nada!*

Jacques, con los brazos estirados sobre la cama, la cabeza ligeramente vuelta y los ojos heridos por la luz, no había hecho ningún movimiento. La ventana estaba abierta. Los mosquitos, que no trataba de ahuyentar, zumbaban en sus oídos. Experimentaba esa debilidad característica de las personas que han perdido mucha sangre.

—¡Todos tenemos derecho a vivir! —prosiguió abruptamente el inglés—. Puedes pedir a cualquiera que se tire al agua para salvar a un hombre, ¡pero no puedes pedirle que mantenga la cabeza del hombre fuera del agua hasta el grado de que corra el riesgo de morir!... Pilla quiere vivir. Pues bien: yo, que estoy aquí, ¡me la llevo!...

*Hush!*

—No os reprocho nada —murmuró Jacques, sin mover la cabeza—. Pero pienso en él...

—*You don't know him! He is capable of anything!... That man is a monster..., a perfect monster*<sup>[22]</sup>

—Puede que sea su muerte, Pat.

Los labios de Paterson se entreabrieron, y sus pálidas facciones se contrajeron como si hubiera recibido un golpe. Jacques no pudo soportar el espectáculo de este rostro, que de repente se le hizo odioso. «Un asesino», volvió a pensar. Apartó los ojos durante un segundo, y luego, con una entonación sorda en la voz, prosiguió:

—Pienso en el Partido. El Partido necesita a sus jefes. Más que nunca... Es una traición, Pat. Una doble traición. Una traición desde todos los puntos de vista.

El inglés había retrocedido hasta la puerta. La gorra ladeada, el color pálido, sus ojos extraviados, el rictus de su boca, todo le daba de repente un aspecto achulado.

Se agachó rápidamente y cogió la maleta. Ya no parecía un asesino, sino un ladrón.

—*Good night!* —dijo. Tenía los ojos bajos. No los levantó, y huyó.

Apenas se hubo vuelto a cerrar la puerta, cuando el recuerdo de Jenny acudió a Jacques con una agudeza insostenible. ¿Por qué Jenny?... Oyó, en la calle silenciosa, un auto que arrancaba. Durante mucho tiempo permaneció inmóvil con la cabeza apoyada en la cama y los ojos fijos en la puerta. Tan pronto tenía ante él la bella figura de Pat, su mirada límpida, su sonrisa de *boy* rubio, como se le aparecía ese rostro hipócrita de criado despedido, de ladrón cogido con las manos en la masa, ese rostro tozudo y abochornado... Un rostro horriblemente deformado por la pasión... El rostro que seguramente tuvo él mismo, en la escalera del tranvía subterráneo, cuando perseguía a Jenny... ¿Y no hubiese sido también él capaz de villanías y traiciones aquel día?

A las seis y media, Jacques, que no había podido volver a dormirse, corrió a ver a Meynestrel.

Todo dormía todavía en la pensión. Únicamente se veía a una mujer anciana fregando el suelo del vestíbulo. Jacques vaciló un momento: ¿debía subir o marcharse?

Si quería tomar el tren de las ocho, no tenía tiempo de retrasar la visita, y después de la escena de por la noche no podía resolverse a marcharse de Bruselas sin haber vuelto a ver a su amigo.

Llamó en la puerta de la habitación del Piloto. No hubo contestación. ¿Se habría equivocado? No; era aquí, al número 19, donde había venido el día anterior. ¿Tal vez se habría dormido Meynestrel, después de una larga noche de espera infructuosa?... Iba a llamar de nuevo, cuando creyó distinguir junto a la puerta un ruido de pies descalzos y el roce de una mano en la cerradura. Una idea loca, terrible, le vino a la

cabeza. Instintivamente cogió la perilla y le dio la vuelta. La puerta se abrió y chocó contra Meynestrel, en el preciso momento en que éste iba a echar la llave.

Los dos hombres se miraron. En las facciones heladas del Piloto no había ninguna expresión traducible: un gesto de contrariedad, tal vez... Pareció vacilar durante un segundo. ¿Iba a rechazar a su visitante y a cerrar de nuevo la puerta? Jacques lo sospechó así. Cediendo a la misma intuición que le había hecho girar el pomo, empujó la puerta con el hombro y entró.

A la primera ojeada advirtió que la habitación había cambiado, como si fuera más grande. La mesa y las sillas estaban arrimadas a la pared, por lo que dejaban en el centro un espacio libre delante del espejo del anuario. La cama estaba deshecha, pero tapada. La habitación parecía estar ordenada, preparada para algo; Meynestrel, también: tenía puesto un pijama azul, en el que todavía se notaban los dobleces del planchado. Ninguna prenda colgaba de la percha. No había utensilios de aseo en el lavabo. Todo parecía ya guardado, para marchar, en las dos maletas cerradas, colocadas delante de la ventana. Sin embargo, el Piloto no podía salir en pijama y descalzo...

Los ojos de Jacques volvieron a Meynestrel. Éste seguía en el mismo sitio y miraba a Jacques. Estaba de pie, inmóvil, pero no parecía muy firme sobre sus piernas. Hacía pensar en un operado que sale de su letargo, en un muerto al que se acaba de resucitar.

—¿Qué es lo que *iba* a hacer? —balbuceó Jacques.

—¿Yo? —dijo Meynestrel. Sus ojos se cerraron a pesar suyo. Tambaleándose, retrocedió hasta la pared y, como si hubiera oído mal, balbuceó a su vez—: ¿Que qué voy a hacer?...

Luego, sentándose junto a la mesa, hundió la frente entre las manos.

Incluso en la mesa reinaba un orden extraño. Dos cartas cerradas estaban puestas del revés una junto a otra; sobre un periódico doblado, se alineaban algunos objetos de uso personal: una estilográfica, una cartera, un reloj, un llavero y algunas monedas belgas.

Jacques permaneció perplejo durante algunos instantes, sin atreverse a moverse; luego se acercó a Meynestrel, que, inmediatamente, levantó la cabeza:

—Chist.

Se levantó trabajosamente, dio algunos pasos, cojeando, volvió hacia Jacques, y por segunda vez, pero en un tono completamente diferente, repitió:

—¿Que qué voy a hacer?... ¡Pues voy a vestirme, muchacho..., y luego a marcharme de aquí contigo!

Sin mirar a Jacques, abrió una de las maletas, sacó sus ropas, las puso sobre la cama, sacó de un periódico los zapatos polvorientos, y empezó a vestirse como si estuviera solo. Cuando estuvo preparado, se acercó a la mesa y, siempre sin ocuparse de Jacques, quien se había sentado y permanecía callado, cogió las dos cartas y las rompió en trocitos, que fue a tirar a la chimenea.

En aquel momento, Jacques, que no dejaba de mirarle, advirtió que el hogar estaba lleno de cenizas, de papeles quemados recientemente. «¿Tenía entonces tantas notas personales?», se preguntó. Y, de repente, pensó: «¿Los documentos Stolbach?» Miró de reojo hacia la maleta abierta: estaba casi vacía y no se veía en ella el paquete de los papeles. «Los habrá puesto en la otra maleta», se dijo Jacques, sin querer hacer caso de la idea absurda que acababa de ocurrírsele.

Meynestrel había vuelto a la mesa. Recogió el dinero, la cartera, las llaves, y se lo fue metiendo todo, ordenadamente, en los bolsillos.

Sólo entonces pareció recordar la presencia de Jacques. Lo miró y se acercó a él.

—Has hecho bien en venir, muchacho... ¡Quién sabe si tal vez me hayas hecho un buen servicio!...

Su rostro estaba tranquilo. Sonreía de manera extraña.

—No hay nada que merezca la pena, ya ves... No hay nunca nada que merezca ser deseado; pero nada tampoco que merezca ser temido... Nada... Nada...

Con un gesto inesperado, tendió a Jacques simultáneamente ambas manos. Y como Jacques las cogiera con emoción, Meynestrel murmuró, sin dejar de sonreír:

—*So nimm denn meine Hunde, und fähre mich*<sup>[23]</sup>... ¡Vamos! —añadió, soltándose.

Se acercó a las maletas, y cogió una. Jacques se agachó inmediatamente para coger la otra.

—No, ésa no es mía... La dejo aquí.

«Ha destruido los documentos», se dijo Jacques, estupefacto. Pero no se atrevió a hacer ninguna pregunta.

Salieron juntos de la habitación. Meynestrel arrastraba la pierna un poco más que de costumbre.

Una vez abajo, pasó frente a la puerta de la oficina de la pensión, sin entrar. Jacques pensó: «¡Hasta había tenido la precaución de pagar la cuenta!»

—Expreso de Ginebra..., a las siete cincuenta —murmuró Meynestrel, consultando el horario de ferrocarriles expuesto en la pared del vestíbulo—. ¿Y tú? ¿Tomas el de las ocho para París? Tendrás el tiempo justo para dejarme en mi tren... ¡Ya ves cómo todo se arregla!...

## LV

CUANDO Jacques se apeó del tren de Bélgica, un chaparrón corto y caluroso acababa de lavar a París, y el sol de mediodía brillaba aún más resplandeciente.

Estaba preocupado. Los malos presagios se acumulaban. Durante su viaje no había recogido sino indicios alarmantes. Su tren estaba atestado. Reinaba gran efervescencia entre los habitantes de las regiones fronterizas. Los soldados y los oficiales con permiso en el norte, habían sido avisados telegráficamente para que se reincorporaran a sus regimientos. Aislado de los socialistas franceses que habían salido de Bélgica en el mismo tren, había venido, de sobrecupo, en un departamento ocupado por gentes del norte, que se hablaban sin conocerse, cambiaban los periódicos y se transmitían las últimas noticias. Comentaban los acontecimientos con una inquietud en que la sorpresa, la curiosidad, y una cierta incredulidad incluso, eran más grandes todavía que el miedo; con toda evidencia, la mayoría de ellos se hacía ya a la idea de una posible guerra. Los informes que estas gentes daban acerca de las precauciones tomadas por el gobierno francés eran francamente reveladores. Ya, en todas partes, los caminos, los puentes, los acueductos, las fábricas relacionadas con las industrias de guerra estaban vigilados por las tropas. Un batallón ocupaba los molinos de Corbeil, cuyo director había sido acusado por *l'Action Française* de ser oficial de complemento del ejército alemán. En París, las conducciones de agua y los depósitos de víveres estaban custodiados por el ejército. Un señor condecorado explicaba, con tecnicismos de ingeniero, los trabajos iniciados apresuradamente en la torre Eiffel para perfeccionar el equipo de la T.S.F. Un parisién, fabricante de automóviles, se lamentaba de que varios centenares de coches, que tenía reunidos casualmente para un concurso, hubiesen sido, si no requisados, al menos retenidos en el lugar en que estaban, hasta nueva orden.

Por *l'Humanité*, que Jacques había podido procurarse en la estación de San Quintín, se enteró, con estupor y cólera, que el gobierno había tenido la desfachatez de prohibir en el último momento el mitin que la C.G.T. había organizado la víspera, miércoles 29, en la sala Wagram, y al cual todas las organizaciones obreras de París y sus alrededores habían sido convocadas para una manifestación en masa. Aquellos de los manifestantes que, a pesar de todo, habían ido al distrito de Ternes, se habían visto arrollados por las cargas brutales de la policía. Los encuentros habían durado parte de la noche, y poco había faltado para que las columnas de militantes alcanzaran el Ministerio del Interior y el Elíseo. Se atribuía al regreso de Poincaré este gesto de autoridad nacionalista, que parecía anunciar la intención del gobierno de quebrantar el impulso de la protesta obrera, sin respeto para el derecho de reunión y menospreciando las más antiguas libertades republicanas.

El tren llevaba media hora de retraso. Al salir de la cantina, donde había ido a tomar un bocadillo, Jacques se cruzó con un viejo periodista al que había encontrado

varias veces en el «Café du Progrès», un tal Louvel, redactor de *La Guerre Sociale*. Vivía en Creil, y venía todos los días a pasar la tarde en el periódico. Salieron juntos de la estación. El patio y las casas de la plaza estaban todavía engalanadas: el regreso del Presidente de la República, la víspera, había provocado en París una explosión de patriotismo, de la que Louvel había sido testigo y que relataba con una inesperada emoción.

—Ya lo sé —interrumpió Jacques—. Todos los periódicos lo ponen. Es desalentador... Supongo que en *La Guerre Sociale* no habréis formado parte del coro...

—¿En *La Guerre Sociale*? ¿Entonces no has leído los artículos del director estos últimos días?

—No; vengo ahora de Bruselas.

—Entonces estás atrasado de noticias, amigo mío...

—¿Gustavo Hervé?

—Hervé no es un soñador imbécil... Ve las cosas como son... Hace ya algunos días que ha comprendido que la guerra es inevitable, y que sería una locura, que sería incluso un crimen, obstinarse en la oposición... Hazte con su artículo del martes, ya verás...

—¿Hervé, patriotero?

—Patriotero, si te parece... ¡Realista, pura y simplemente! Reconoce, con lealtad, que no se puede acusar al gobierno de ningún gesto provocador. Y saca en consecuencia que si Francia se ve obligada a defender su suelo, nada en la política francesa de estas últimas semanas justificaría una desertión del proletariado.

—¿Hervé ha dicho eso?

—¡Y ha llegado incluso a escribir claramente que sería una *traición*! ¡Porque, después de todo, este suelo que se trataría de defender, es la patria de la Gran Revolución!

Jacques se había parado. Miraba a Louvel en silencio. Pensándolo bien, no estaba demasiado sorprendido: recordaba que Hervé se había opuesto violentamente a la idea de la huelga general, puesta a discusión quince días antes, en el congreso del socialismo francés, por Vaillant y Jaurès.

Louvel proseguía:

—Estás atrasado, amigo mío, estás atrasado... Escucha lo que dicen los demás... En *La Petite République*, por ejemplo, o bien en el Centro del Partido republicano, donde estuve anoche... En todas partes, el mismo toque a rebato... En todas partes se han abierto los ojos... Hervé no es el único que ha comprendido... Es muy bonito eso de la fraternidad de los pueblos. Pero cuando las cosas se presentan, hay que mirarlas cara a cara. ¿Qué crees tú que se podría hacer?

—Cualquier cosa, antes que...

—¿Una guerra civil para evitar la *otra*? Utopía... En el momento actual, nadie iría... Ante la amenaza de una invasión extranjera, abortaría todo movimiento de



insurrección. Incluso en los centros obreros, incluso en los medios de la Internacional, la mayoría, de acuerdo con el conjunto de la población, considera oportuno defender su territorio... La fraternidad universal, sí, en principio. Pero, de momento, pasa a segundo plano; hoy en día, todo el mundo siente una fraternidad restringida: una fraternidad «francesa», amigo mío... ¡Y además, caramba, ya hace bastante tiempo que los prusianos nos están molestando! ¡Que vengan por nosotros, si quieren!...

La plaza retumbaba a los gritos de media docena de chicuelos que corrían, voceando con todas sus fuerzas:

—¡*Paris-Midi!*

Louvel cruzó la calle para comprar un ejemplar. Jacques iba a seguirlo, cuando un taxi vacío pasó por delante de él. Saltó dentro. Ante todo, correr a casa de Jenny.

«Hervé... —pensaba desanimado—. ¡Si éstos flaquean, cómo podrían sostenerse los otros, los pequeños, la masa!... ¡Esos que, mañana tras mañana, leen en todos los periódicos que hay guerras justas y guerras injustas, y que una guerra contra el imperialismo prusiano, con objeto de terminar de una vez con los pangermanistas, sería una guerra justa, una cruzada en defensa de las libertades democráticas!...»

Al llegar a la avenida del Observatorio, levantó los ojos hacia el balcón de los Fontanin. Todas las ventanas estaban abiertas.

«¿Habrás vuelto su madre?», se dijo.

No: Jenny estaba sola. Tuvo la certeza nada más al verla, pálida y trastornada de alegría, abrir la puerta y retroceder en la oscuridad del vestíbulo. Fijaba en él una mirada ansiosa, pero con tanto cariño, que Jacques avanzó hacia ella y espontáneamente abrió los brazos. La joven se estremeció, cerró los ojos y se oprimió contra su pecho. Su primer abrazo... Ni uno ni otro lo habían premeditado; no duró más que algunos segundos: súbitamente, como si Jenny recobrara la conciencia de una realidad imperiosa, se separó; después preguntó, levantando la mano hacia la mesa, donde había un periódico desdoblado:

—¿Es verdad eso?

—¿El qué?

—¡La... movilización!

Jacques cogió el periódico que ella señalaba. Era un ejemplar de este *Paris-Midi* que estaban voceando en la plaza de la estación, y que se vendía desde hacía una hora, por miles de ejemplares, en todos los barrios de París. La portera, trastornada, acababa de traérselo a Jenny.

La sangre afluyó al rostro de Jacques:

«Esta noche se ha celebrado en el Elíseo un Consejo de Guerra... El III Cuerpo de Ejército está siendo enviado apresuradamente hacia la frontera... Las tropas del VIII Cuerpo han recibido su armamento, municiones y víveres de campaña, y esperan la orden de marcha...»

Jenny lo miraba, con la angustia reflejada en sus facciones. Finalmente, con la brusquedad de una vacilación vencida, murmuró:

—Si hay guerra, Jacques..., ¿irás tú?

Jacques esperaba la pregunta desde hacía cinco días. Levantó la mirada, y con la cabeza, resueltamente, hizo señas de que no.

La joven pensó: «Lo sabía.» Luego, luchando contra la páfida vergüenza que la turbaba, se dijo acto seguido: «¡Hay que tener mucho valor para negarse a ir!»

Fue ella quien rompió el silencio:

—Ven.

Lo había cogido de la mano y lo guiaba. La puerta de su habitación había quedado abierta. Vaciló un momento, y lo hizo entrar en ella. Él la siguió, sin darse cuenta.

—Tal vez no sea cierto —murmuró Jacques—. Pero puede serlo mañana. La guerra nos rodea por todas partes. El círculo se va estrechando. Rusia se obstina. Alemania, también... En todos los países, el poder se empeña en los mismos ofrecimientos irrisorios, en las mismas intransigencias, en las mismas negativas...

«No —pensaba Jenny—. Esto no es miedo. Es valiente. Y lógico. No debe hacer como los otros; no debe ceder, no debe marchar.»

Sin decir ni una sola palabra, se acercó a él y se apretó contra su pecho.

«¡Lo seguiré teniendo!», se dijo de pronto, y su corazón latió más apresuradamente.

Jacques la rodeaba con sus brazos, y de pie, inclinado sobre ella, besaba su frente medio oculta. Ella se sentía desfallecer de gozo al notarse tan estrechamente abrazada. Se hacía pequeña y ligera, para que él pudiera..., ¿qué sabía ella?, levantarla, llevarla consigo... Ardía en deseos de preguntarle acerca de su viaje, pero no se atrevía. Sin más fuerza que la de su mirada, Jacques la obligó dulcemente a levantar la cabeza, y sus labios rozaron la mejilla, la larga mejilla tersa, hasta la boca, que permanecía cerrada y apretada, pero que no se apartó. Se ahogaba ella un poco bajo la presión de este beso prolongado, y, para respirar, deslizando la mano entre los dos rostros unidos, apartó el busto. Sus facciones tenían una calma y una seriedad sorprendentes. Nunca había parecido Jenny tan consciente, tan responsable ni tan decidida. Sin obligarla, Jacques volvió a atraerla apasionadamente hacia él. La joven se abandonó, sin timidez ni resistencia. No deseaba nada más que sentirse así sujeta entre sus brazos. Estrechamente unidos, con las mejillas juntas, se sentaron sobre la cama baja, que hacía las funciones de sofá, delante de la ventana. Permanecieron inmóviles y en silencio durante algunos minutos.

—Y todavía sin noticias de mamá —dijo Jenny en voz baja.

—Es verdad... Tu madre...

Durante algunos segundos, la joven se sintió despechada porque él compartiera tan mal la zozobra que la agobiaba.

—¿Ninguna noticia?

—Una tarjeta desde Viena, escrita en la estación, y con fecha del lunes: «Llegué bien.» ¡Y eso es todo!

Esta postal la había recibido Jenny la víspera, el miércoles por la mañana. Y desde entonces, con mortal inquietud, había esperado en vano los correos: ni carta, ni telegrama... Se perdía en conjeturas.

Jacques observaba sin mucha atención esta habitación que no conocía, y cuyo descubrimiento tanto le hubiera emocionado unos días antes. Era un cuartito claro y ordenado, tapizado con papel a rayas blancas y azules. La chimenea servía de tocador: cepillos de marfil, un acerico, algunas fotografías sujetas en el marco del espejo. En la mesa, la carpeta de cuero blanco estaba cerrada. Nada fuera de su sitio, a no ser algunos periódicos doblados apresuradamente.

En voz muy baja, le dijo al oído:

—Tu habitación... —Luego, como ella no le contestara, prosiguió, desviando la conversación—: Realmente, no creí que tu madre prosiguiera su viaje...

—¡No la conoces! Mamá no renuncia nunca a algo que haya decidido. Y ahora que se encuentra allí, querrá hacer todas las gestiones que tenía pensadas... ¿Pero podrá hacerlas? ¿Qué crees tú? ¿No es peligroso, en estos momentos, estar en Austria? ¿Dime? ¿Qué puede sucederle? ¿La dejarán volver, incluso si se retrasa?

—No lo sé —confesó Jacques.

—¿Qué se podría hacer? No tengo ni siquiera sus señas... ¿Cómo explicar este silencio? Me digo que si hubiera iniciado el regreso, me habría teleografiado... Por consiguiente debe de haberse quedado en Viena, y, seguramente, me ha escrito; las cartas tienen que perderse por el camino... —Con un gesto de ansiedad, indicó los periódicos que estaban sobre la mesa—. Cuando una lee lo que pasa, no se puede menos que echarse a temblar...

Jenny había corrido a comprar estos periódicos a primera hora, y apresurándose luego a volver para no estar ausente cuando llegara Jacques. Durante toda la mañana los había leído y releído una y otra vez, obsesionada por esta amenaza suspendida sobre todos estos seres que le eran queridos: Jacques, su madre y Daniel.

—Daniel también me ha escrito —dijo, levantándose.

Fue a tomar de la carpeta un sobre que alargó a Jacques. Luego, por su propia voluntad, como un animal fiel, vino a acurrucarse junto a Jacques.

Daniel no ocultaba la inquietud que le causaba el viaje de la señora de Fontanin. Se lamentaba de que Jenny tuviera que encontrarse sola en París durante esta tormenta. Le aconsejaba fuera a ver a Antoine y a los Héquet.

Le recomendaba que no se alarmara; todo podía arreglarse aún. Pero, en una postdata, anunciaba que su división estaba preparada, que él pensaba abandonar Lunéville por la noche, y que tal vez le fuera difícil volverle a escribir durante los próximos días.

Con la cabeza apoyada en el pecho de Jacques y los ojos levantados, le miraba leer. Jacques dobló de nuevo la carta y se la devolvió. Comprendió que la joven

esperaba una frase alentadora.

—Daniel tiene razón: todo puede arreglarse todavía... Solamente con que los pueblos comprendieran... Si se decidieran a obrar... ¡Hay que luchar, para que así suceda, hasta el último momento!

Animado por su idea fija, relató someramente las manifestaciones de París, de Berlín, de Bruselas, y los sentimientos que le habían animado ante la unanimidad de estas muchedumbres que, contra viento y marea, gritaban en toda Europa su deseo de paz. Y, de repente, se avergonzó de estar aquí. Pensaba en la actividad de sus camaradas, en las reuniones organizadas hoy en todas las secciones socialistas, en todo lo que él tenía que hacer personalmente: ese dinero que había de cobrar y poner cuanto antes a disposición del Partido... Había levantado la cabeza, y, acariciando el pelo de la joven, declaró con una mezcla de melancolía y rudeza:

—No puedo quedarme contigo, Jenny... Hay demasiadas cosas que hacer...

La joven no se movió, pero Jacques sintió que se contraía y vio la mirada de desesperación que le dirigía. La oprimió con mayor fuerza aún contra su pecho y cubrió de besos la carita descajada. Le daba compasión, y todo el peso de los acontecimientos se agravaba repentinamente para él con este dolor mudo que no sabía cómo consolar.

—Y lo malo es que no puedo llevarte conmigo... —murmuró, como si pensara en voz alta.

Ella se estremeció, y se atrevió a preguntar:

—¿Y por qué no?

Antes de que Jacques se hubiera percatado de lo que ella quería hacer, se había libertado de sus brazos y había abierto el armario, de donde cogió el sombrero y los guantes.

—¡Jenny! Pero si lo he dicho... Pero si es imposible... Mira: tengo que hacer cosas, ver a gente...; tengo que ir a *l'Huma...*, al *Libertaire...*, a muchos otros sitios...; esta noche debo estar en Montrouge... ¿Qué vas a hacer tú, entre tanto?

—Me quedaré abajo, en la calle... —dijo la joven en un tono de súplica que sorprendió a ambos. Jenny había abdicado de todo orgullo. Aquellos tres días de separación la habían transformado—. Te esperaré todo lo que haga falta... No te molestaré en absoluto... Déjame que te acompañe, Jacques; déjame compartir tu vida... No, no te pido tanto, ya sé que es imposible... ¡Pero no me abandones... aquí..., con estos periódicos!

Nunca la había sentido tan cerca de él; era una Jenny nueva: ¡una compañera de lucha!

—¡Te llevo! —exclamó alegremente—. Te presentaré a mis amigos... Ya verás... Esta noche iremos juntos al mitin de Montrouge... ¡Vamos!

—Lo primero de todo, es acabar con la cuestión esa de la herencia... —dijo pausadamente, tan pronto estuvieron en la calle—. Y, en seguida, habrá que enterarse de lo que hay de cierto en las noticias del *Paris-Midi*.

En su voz se traslucía la alegría. La presencia de la muchacha le devolvía su animación de los buenos tiempos. Cogió a Jenny del brazo, y la llevó, a buen paso, hacia el Luxemburgo.

En la oficina del agente (como en las sucursales de los establecimientos de crédito, en las cajas de ahorro y en las estafetas de correos), la gente asediaba las ventanillas para cambiar en dinero el papel moneda. En la Bolsa, reinaba el pánico desde hacía dos días. Los agentes de cambio y los corredores importantes hacían gestiones cerca del gobierno para obtener una moratoria que permitiera aplazar hasta finales de agosto la liquidación de julio.

—Puede usted decir que estaba bien informado, señor —confesó el apoderado con un guiño lleno de respeto—. ¡Cuarenta y ocho horas más, y no hubiéramos podido complimentar sus órdenes!

—Lo sé —dijo Jacques, imperturbable.

Algunas horas más tarde, la mitad de la respetable fortuna dejada por el señor Thibault —menos doscientos cincuenta mil francos en valores sudamericanos, que no había sido posible liquidar en un plazo tan breve—, estaba depositada, por mediación de Stefany, en unas manos discretas y calificadas; antes de transcurridas veinticuatro horas, estas manos se habían encargado de poner ese donativo anónimo a disposición del Bureau Internacional.

## LVI

HACIA la misma hora, Antoine subía las escaleras del Quai d'Orsay, para ir a poner su inyección a Rumelles. Desde hacia algunos días —especialmente desde el regreso del ministro—, el diplomático, fatigadísimo día y noche, había tenido que renunciar a venir a la calle de la Universidad; y como su organismo agotado tenía más necesidad que nunca de este estímulo cotidiano, había sido acordado que el doctor vendría periódicamente al ministerio. Antoine había accedido de buen grado a esta molestia: los veinte minutos que pasaba en el despacho de Rumelles le tenían diariamente al corriente de las fluctuaciones diplomáticas, y creía ser así, por una afortunada casualidad, uno de los hombres mejor informados de París.

Varias personas esperaban audiencia en la galería y en la salita contigua. Pero el ujier conocía al doctor y lo introdujo por una puerta excusada.

—Bien —dijo Antoine, sacando del bolsillo el ejemplar del *Paris-Midi*—. ¿Se precipitan las cosas?

—¡Chist!... —dijo Rumelles, levantándose con el ceño fruncido—. Destruya eso en seguida... ¡Lo liemos desmentido inmediatamente! El gobierno actuará contra esa mentira descarada. De momento, la policía ha recogido todo lo que quedaba de la edición.

—¿Entonces, es falso? —preguntó Antoine, ya tranquilizado.

—No.

Antoine, que estaba depositando su maletín en una esquina de la mesa, levantó la cabeza y miró en silencio a Rumelles, el cual, lentamente y con aspecto preocupado, se estaba desnudando.

—Es perfectamente exacto que esta noche hemos tenido una fuerte alarma... —El tono de su voz, ensordecido por el cansancio, le pareció a Antoine cambiado—. A las cuatro de la madrugada estábamos todos de pie y bastante ocupados... El ministro de la Guerra y el de Marina habían sido citados urgentemente en el Elíseo, donde estaba ya el presidente del Consejo; allí, durante dos horas, se han estudiado en realidad... las medidas extremas.

—¿Y... no han sido tomadas?

—Finalmente, no. Todavía no... Desde esta mañana, la consigna es incluso anunciar una ligera mejoría. Alemania se ha tomado la molestia de comunicarnos oficialmente que ella no moviliza; al contrario, «habla» activamente con Viena y Petersburgo. Por consiguiente no es difícil, de momento, tomar iniciativas que podrían...

—¡Pero esa actitud alemana es buena señal!...

Rumelles le interrumpió con una mirada:

—¡Una simulación, amigo mío! ¡Nada más que una simulación! Un gesto de moderación, para tratar, si se puede, de atraer a Italia a la causa de los Imperios

centrales. Un gesto que, en resumidas cuentas, no puede tener ninguna trascendencia: Alemania sabe tan bien como nosotros que Austria no puede ya retroceder y que Rusia no quiere hacerlo.

—Eso que está usted diciendo es espantoso...

—Ni Austria, ni Rusia... «Ni los demás», por otra parte... porque esto es lo que hace la situación verdaderamente endiablada, mi querido amigo: que en el seno de los gobiernos quedan en casi todas partes deseos pacifistas; pero que también, en casi todas partes, hay hoy deseos de guerra... Arrollado por la fuerza de los acontecimientos, ante la hipótesis amenazadora, no hay ni un solo gobierno que no se diga: «Después de todo, es una baza que hay que jugar... ¡y tal vez una buena ocasión que aprovechar!» ¡Así es! Usted sabe perfectamente que toda nación europea cuenta, desde siempre, con algún fin que quiere alcanzar, con algún beneficio que obtener de una guerra a la que fuera arrastrada...

—¿También nosotros?

—En Francia, los más pacíficos de nuestros dirigentes están ya diciéndose: «Después de todo, tal vez sea la ocasión de acabar con Alemania... y de recuperar Alsacia y Lorena.» Alemania piensa en romper su cerco; Inglaterra, en anonadar la marina germánica y en arrebatar a los alemanes su comercio y sus colonias. Cada uno, detrás de la catástrofe que todavía quisiera evitar, distingue, sin embargo, el beneficio que podría sacar de ella si se produjera.

Rumelles se expresaba en un tono bajo y monocorde. Parecía cansado de hablar, y demasiado fatigado, sin embargo, para tener la fuerza de callarse.

—¿Entonces? —dijo Antoine. Tenía una tal repugnancia física a la espera y a la incertidumbre, que casi hubiera preferido en estos momentos saber que la guerra había sido declarada y que no le quedaba más que marchar.

—Y además... —comenzó Rumelles, sin contestar. Calló, hundió lentamente sus dedos en el ondulado pelo y se quedó con la frente oprimida entre las manos.

A fuerza de discurrir sobre todas estas cuestiones, y de oírlas desarrollar desde hacía quince días de la mañana a la noche, parecía no tener ya una conciencia muy clara de la gravedad de los acontecimientos que anunciaba. De pie, con los ojos bajos y las manos en las sienes, sonreía. Los faldones de su camisa flotaban sobre los muslos, que eran rollizos, blancos y cubiertos de vello rubio. Su sonrisa no se dirigía a Antoine. Era una sonrisa vaga, quejumbrosa, casi bobalicona: lo menos «leonina» posible. Las huellas del agotamiento más manifiesto se leían en su rostro abotagado, en su frente arrugada, amarillenta, en la cual el sudor pegaba los grises rizos. Había pasado las dos últimas noches en el ministerio. Estaba más que cansado: las sacudidas de esta semana dramática habían desgastado y agotado sus fuerzas, como las del pez que se arrastra mucho tiempo en zigzag bajo el agua. Gracias a las inyecciones —y también a las tabletas de tola que mascaba cada dos horas, a pesar de la prohibición de Antoine— conseguía hacer el trabajo cotidiano; pero en un estado próximo al sonambulismo. La maquinaria funcionaba todavía, pero daba la impresión

de que algún órgano esencial había debido de romperse: la máquina ya no obedecía.

Daba pena. Sin embargo, Antoine quería saber; repitió:

—¿Y además?

Rumelles se estremeció. Levantó la frente, sin retirar las manos. Sentía que la cabeza le zumbaba como si estuviera a punto de romperse al primer choque. No; esto no podía durar, algo terminaría por romperse allí dentro... En estos momentos hubiera dado todo lo del mundo, sacrificado su carrera y sus ambiciones, por media jornada de aislamiento, de reposo total, en cualquier sitio, aunque hubiera sido en la celda de una cárcel...

Sin embargo, bajando más la voz, prosiguió:

—Y además «sabemos» esto: Berlín ha advertido a Petersburgo que, a la menor agravación de la movilización rusa, Alemania decretaría inmediatamente la suya... ¡Una especie de ultimátum!

—¿Y qué es lo que impide a Rusia detener su movilización? —exclamó Antoine—. ¿No decían ayer que el Zar proponía un arbitraje del Tribunal de la Haya?

—Exacto: «solamente», mi querido amigo, que los hechos son éstos: ¡en Rusia, mientras hablan de arbitraje, prosiguen obstinadamente la movilización! —pronunció Rumelles con una especie de indiferencia—. ¡Una movilización que ha sido empezada, no solamente sin advertirnos, sino a espaldas nuestras!... ¿Y empezada desde cuándo? ¡Algunos dicen que el veinticuatro! ¡Cuatro días antes de la declaración de guerra de Austria! ¡Cinco días antes de la movilización austríaca!... El señor Sazonov nos ha hecho saber anoche claramente que Rusia activa sus preparativos militares. Viviani, que personalmente, según creo yo, es de los que más sinceramente desea evitar la guerra a cualquier precio, está verdaderamente aterrado. ¡Si el ucuse de movilización (de movilización *general*) hubiera sido lanzado oficialmente en Petersburgo esta noche, a ninguno de nosotros le hubiera sorprendido!... Esto es lo que ha motivado el consejo de guerra de esta noche... ¡Y, efectivamente, es infinitamente más grave que una platónica proposición de arbitraje en La Haya! ¡O, incluso, que las cartas «fraternales» que, según parece, se cruzan de hora en hora entre el Kaiser y su primo el Zar!... ¿Por qué esta actitud obstinadamente provocativa de Rusia? ¿Es porque Poincaré ha repetido siempre, con prudencia, que el apoyo militar francés no sería otorgado a Rusia sino en el caso de que Alemania interviniera militarmente? Es cuestión ésta para preguntársela... ¡Se diría casi que Petersburgo quiere forzar a Berlín a hacer el gesto agresivo que obligaría a Francia a mantener sus compromisos de aliada!...

Calló. Se miraba las rodillas atentamente y se tocaba las piernas. ¿Dudaba si decir más? Antoine no lo creía: tenía la impresión de que hoy el diplomático no estaba en condiciones de medir lo que podía decir y lo que hubiera debido callar.

—El señor Poincaré ha estado muy oportuno —prosiguió sin levantar la cabeza—. Muy oportuno... Júzguelo: nuestro embajador en Petersburgo ha recibido esta misma noche la orden telegráfica de *desaprobar categóricamente* la movilización



rusa, en nombre de su gobierno.

—¡Menos mal! —exclamó Antoine, ingenuamente—. Nunca he sido de los que creían que Poincaré consentiría la guerra.

Rumelles no contestó inmediatamente.

—Poincaré trata sobre todo de poner nuestra responsabilidad a cubierto —murmuró, con una mueca inesperada—. Ahora, ya ve usted, tardío o no, *pase lo que pase*, ese telegrama existe: permanecerá en los archivos, dará fe de nuestro deseo de paz... El honor francés está a salvo... Todavía había tiempo... Es muy oportuno.

Cogió el teléfono, cuyo timbre acababa de empezar a sonar.

—Imposible... Dígale que no puede recibir a ningún periodista... ¡No; ni siquiera a él!

Antoine razonaba:

—Pero si Francia quisiera, ahora todavía, detener con toda seguridad la movilización rusa, ¿no tendría algún medio mucho más eficaz que una desaprobación oficial? Según lo que usted me explicaba el otro día, si Rusia moviliza «antes» que Alemania, nuestros tratados no nos obligan a prestar nuestro apoyo a los rusos. Y bien: ¿no bastaría recordar esto, en cierto tono, a ese Sazonov, para hacerle refrenar sus preparativos?

Rumelles se encogió de hombros amablemente, como ante la charlatanería de un chiquillo.

—Mi querido amigo: ¿qué es lo que queda de los tratados franco-rusos de antaño? La historia dirá si me equivoco, pero tengo la sensación de que en estos dos últimos años, y sobre todo en estas últimas semanas (por el juego sutil de la eterna duplicidad eslava, y puede también que por la generosa imprudencia de nuestros gobernantes), nuestra alianza con Rusia ha sido renovada *sin condiciones*... y que Francia está ligada de antemano a toda acción militar de su aliada... Y que esto no es obra de nuestro ministro de Negocios Extranjeros... —añadió, a media voz.

—Sin embargo, Viviani y Poincaré están de acuerdo...

—¡Bah! —dijo Rumelles—. De acuerdo, sí, evidentemente...; con la única diferencia de que Viviani siempre ha resistido a la influencia de los militares... Usted sabe que, antes de ser presidente del Consejo, era de los que habían votado contra los tres años... Ayer mismo, a su llegada, parecía creer firmemente que todo debía y podía arreglarse. ¿Qué piensa ahora de ello? Esta noche, después del consejo, estaba desconocido, daba pena verlo... Si nosotros movilizamos, no me sorprendería que presentara la dimisión...

Mientras hablaba, se había dirigido con paso cansino al canapé, y se había echado en él, de lado, con la nariz entre los almohadones.

—Hoy —prosiguió, en el mismo tono doctoral— me parece, mi querido amigo, que es el muslo derecho, ¿no es así?

Antoine se acercó para ponerle la inyección.

Hubo un largo minuto de silencio.

—Al principio —masculló Rumelles, con una voz apagada por los almohadones —, era Austria la que sistemáticamente parecía sabotear todos los esfuerzos que se hacían para salvaguardarla paz. Hoy, es Rusia, a todas luces... —Se levantó y empezó a vestirse—. Así, es ella la que acaba, por su intransigencia, de neutralizar la nueva tentativa de mediación inglesa. Ayer se había trabajado en Londres de firme y se había conseguido algo: Inglaterra proponía aceptar provisionalmente la ocupación de Belgrado como un hecho, como una simple garantía tomada por Austria, pero exigir, en cambio, que Austria estipule abiertamente sus intenciones. Era, por lo menos, un punto de partida para empezar las negociaciones. Sólo que era necesario el asentimiento unánime de las potencias. Ahora bien: Rusia ha negado el suyo rotundamente, y exige, como condición básica, la detención oficial de las hostilidades en Servia y la evacuación de Belgrado por las tropas austríacas; lo cual, en el estado actual de las cosas, ¡realmente era pedir a Austria una retirada inaceptable! Y todo ha vuelto a estropearse... No, no, mi querido amigo; es inútil querer engañarse. Rusia obedece a una decisión irrevocable y que no parece haber tomado ayer... No quiere oír ya nada; ya no quiere renunciar a esta guerra, que espera le será beneficiosa, y nos meterá a todos en danza... ¡No nos escaparemos!

Había vuelto a ponerse la americana. Se dirigió maquinalmente hacia la chimenea, para mirarse en el espejo el nudo de la corbata. Pero a mitad de camino se volvió.

—¿Y querrá usted creer que ninguno de nosotros sabe realmente la verdad? Hay muchas más noticias falsas que verdaderas... ¿Cómo distinguir las? ¡Piense, mi querido amigo, que desde hace quince días, en todos los despachos de los ministros de Asuntos Extranjeros y de los jefes de Estado Mayor, el teléfono suena sin descanso, y todos los comunicantes exigen contestaciones inmediatas, sin dejar a los responsables, recargados de trabajo, tiempo para que mediten y estudien la situación! ¡Piense que, en todos los países, en las mesas de despacho de los cancilleres, de los ministros, de los jefes de Estado, se acumulan continuamente telegramas cifrados que denuncian las intenciones ocultas de las naciones vecinas! ¡Es un trepidar continuo de noticias, de afirmaciones contradictorias, todas a cual más grave y urgente! ¿Cómo ver claro en este embrollo infernal? Tal informe, ultraconfidencial, comunicado por nuestros servicios secretos, nos revela un peligro imprevisto, inmediato, que todavía puede ser conjurado con una contestación inmediata. Imposible comprobarlo. Si nos decidimos por la respuesta y la noticia era falsa, nuestra iniciativa habrá agravado la situación, habrá provocado tal vez un gesto decisivo del adversario, y habremos comprometido unas negociaciones que quizá hubieran prosperado. ¿Pero y si no contestamos y el peligro es real? Mañana, será demasiado tarde para obrar... Europa titubea, literalmente, como una mujer ebria, bajo este alud de noticias, mitad ciertas y mitad falsas...

Iba y venía a través de la habitación, arreglándose el cuello con mano torpe, titubeando, él también, bajo la confusión de sus ideas, casi como Europa.

—¡Pobres cancillerías! —refunfuñó—. Todo el mundo les echa la culpa... Sin embargo, sólo ellas podían salvar la paz. Y tal vez lo habrían conseguido, si hubiesen podido consagrar todos sus esfuerzos al fondo de la cuestión; ¡pero la mayor liarte de sus fuerzas se desgastan siempre en suavizar el amor propio de los hombres y de las naciones! ¡Es verdaderamente lastimoso, mi querido amigo!...

Se detuvo junto a Antoine, que, en silencio, estaba cerrando su maletín.

—Y, además —prosiguió, como si ya no pudiera contenerse de pensar en voz alta—, los diplomáticos y los gobernantes no son ya hoy en día los únicos en decidir... Aquí, en el Quai, tenemos la impresión, desde hace algunos días, de que la hora de la política y la diplomacia ha pasado ya... Hay ahora en todos los países otros individuos que han tomado la palabra: los militares... Son los más fuertes: hablan en nombre de la seguridad nacional, y todos los poderes civiles capitulan ante eso... Sí; incluso en los países menos belicosos, el poder real está ya en manos del Estado Mayor... Y cuando se llega a esto, mi querido amigo... Cuando se llega a esto... —Hizo un gesto vago. De nuevo se dibujó en sus labios la sonrisa quejumbrosa y bobalicona.

Sonó el teléfono.

Durante algunos segundos miró fijamente el aparato.

—Un engranaje diabólico —murmuró, sin levantar los ojos—. Un engranaje que parece haberse puesto en marcha completamente solo... Rodamos hacia el abismo, como un tren con los frenos estropeados y que va cuesta abajo, impulsado por su propio peso, a una velocidad que aumenta por momentos..., a una velocidad que se ha hecho vertiginosa... Las cosas tienen aspecto de *haberse escapado*..., de marchar, de marchar completamente solas..., sin que se las dirija, sin que nadie las vigile... Nadie..., ni ministros ni reyes. Nadie a quien se pueda nombrar... Todos tenemos la impresión de estar desbordados, desposeídos, desarmados, de servir de juguete... sin saber cómo ni a quién... Todo el mundo hace lo que ha dicho que no haría, lo que la víspera no quería hacer de ninguna manera... Como si todos los responsables se hubiesen convertido en juguetes..., no sé, en juguetes de fuerzas, de potencias ocultas que manejan los hilos desde muy alto, desde muy lejos...

Había posado la mano sobre el teléfono, al que seguía mirando con ojos extraviados. Finalmente se rehízo. Antes de coger el teléfono, hizo hacia Antoine un gesto amistoso.

—Hasta mañana, amigo mío... Discúlpeme que no le acompañe.

## LVII

ANTOINE salió del ministerio tan cansado, tan febril, tan trastornado, que, a pesar de tener mucho trabajo, decidió ir a descansar un momento a su casa antes de seguir las visitas. Sin llegar a creer que pudiera ser posible, se repetía una y otra vez: «Dentro de un mes, tal vez..., movilizado... Lo desconocido...»

Al entrar en el pórtico, vio a un hombre joven que salía del recibimiento y que, al verle, se detuvo.

Era Simón de Battaincourt.

«El marido», pensó Antoine a la defensiva.

No lo había conocido al principio, aunque antaño le hubiera visto varias veces, e incluso el año antes, cuando había sido necesario escayolar a la hija de Anne.

Simón se disculpaba:

—Creí que era su día de consulta, doctor... Por si acaso, he tomado hora para mañana; pero me interesaría mucho volver esta misma tarde a Berck... Si no le molestara mucho...

«¿Qué diablos me querrá?», se dijo Antoine, desconfiado. Quena ser buen jugador y dar la cara.

—Diez minutos... —dijo, sin amabilidad—. Lo siento, pero tengo que hacer visitas durante todo el día... Suba conmigo.

Junto a este hombre, en la estrecha cabina del ascensor, donde se mezclaban sus alientos, sus transpiraciones, Antoine, atrincherado en una animosidad que agravaba una extraña impresión de desagrado, se repetía: «El marido de Anne... El marido...»

—¿Cree usted que se evitará la guerra? —preguntó Battaincourt repentinamente. Una sonrisa vaga, dulce y pueril, se dibujaba en sus labios.

—Empiezo a dudarlo —murmuró Antoine, sombrío.

Las facciones del joven se descompusieron:

—Es imposible... Es imposible que se haya llegado a esto.

Antoine, silencioso, jugueteaba con el llavero. Empujó la puerta.

—Pase.

—Vengo a consultarle sobre mi pequeña Huguette... —empezó Simón.

Pronunciaba con una emoción conmovedora el nombre de esta criatura, que no era nada de él, pero a quien se había dispuesto a querer como a una hija y a cuya curación parecía haberse consagrado por entero. No escatimaba los detalles sobre la vida de la enfermita. Ésta soportaba con paciencia angelical —afirmaba— la larga inmovilidad en la escayola. Pasaba al aire libre nueve o diez horas diarias. Le había comprado una borriquilla blanca, para arrastrar el «ataúd» a través de las calles de Berck hasta las dunas. Por la noche, le leía y le enseñaba un poco de francés, de historia y de geografía.

Mientras guiaba a Battaincourt a su despacho, Antoine escuchaba en silencio;

dominado por su atención profesional, trataba de entresacar de esta palabrería los indicios que le permitieran informarle sobre el estado fisiológico de la enferma. Había olvidado a Anne por completo. Sólo cuando vio a Battaincourt hundirse en este mismo sillón, en el que tantas veces había hecho sentar a su amante, fue cuando se dijo con extraña insistencia: «El hombre que está aquí, y que me habla, y que me sonrío, y que viene a confiarme las cosas que más quiere, es un hombre al que estoy engañando, al que robo, y que no lo sabe...»

Al principio no experimentó sino una contrariedad imprecisa, de tipo físico, análoga al desagrado que causa un contacto indeseable, incluso un poco repugnante. Luego, como Simón se hubiera callado repentinamente y pareciera ligeramente embarazado, una sospecha se apoderó de Antoine: «¿Lo sabrá?»

—Pero no es para contarle mi vida de enfermero, por lo que he hecho el viaje —dijo entonces Battaincourt.

La mirada de Antoine, inquisitiva a pesar suyo, incitó al otro a proseguir:

—Es porque en este momento me hago algunas preguntas embarazosas... Por carta se expone uno a los malentendidos... He preferido venir a verlo, para poner todas estas cosas en claro...

«¿Y por qué no ha de saberlo, al fin y al cabo?», pensó rápidamente Antoine.

Hubo algunos segundos de silencio, durante los cuales se abandonó a las suposiciones más absurdas.

—Se trata de lo siguiente —prosiguió, por fin, Simón—: No estoy completamente seguro de que la estancia en Berck sea conveniente para Huguette. —Y se lanzó de lleno a las explicaciones climatológicas.

Según él, los progresos eran sensiblemente más lentos desde Pascuas. El médico de Berck, a pesar de tener interés en defender su región, no estaba lejos de pensar que la vecindad del mar era desfavorable para la chiquilla. ¿La altitud, tal vez? Precisamente, *Miss Mary*, la institutriz de Huguette, había tenido de sus amistades inglesas unos informes extraordinarios acerca de un joven médico de los Pirineos orientales que se había especializado en los casos de este tipo y obtenía unos resultados sorprendentes.

Antoine, inmóvil, examinaba este rostro delicado, con su pronunciado perfil de cabra, esta carne blanquecina de rubio que el aire libre de las dunas no conseguía curtir. Parecía escuchar y sopesar cuidadosamente el pro y el contra de las sugerencias de Battaincourt. En realidad, apenas le oía. Pensaba en los comentarios que Anne hacía de su marido en sus raras horas de confianza: «Un ser nulo y pérfido, egoísta, vanidoso e hipócritamente malvado.» Hasta ahora, había aceptado este retrato sin desconfianza, porque Anne hablaba de Simón con un despego desdeñoso que parecía ser una prueba de veracidad; pero, desde que tenía el modelo ante sus ojos, mil pensamientos confusos se mezclaban en su cerebro.

—¿No cree que deberíamos llevar a Huguette a Font-Romeu? —preguntó Battaincourt.

—Es buena idea, tal vez... Sí... —murmuró Antoine.

—Como es natural, me instalaré junto a ella. No me preocupa la distancia ni el aislamiento, si es en beneficio de la niña. En cuanto a mi mujer... —A la evocación de Anne, una expresión de sufrimiento, rápidamente disimulada, afloró a su rostro—. No viene muy a menudo a vernos a Berck —confesó, con una sonrisa de indulgencia—. Está tan cerca París; compréndalo... Se deja invitar por las amistades y, a pesar suyo, se ve retenida por su vida de sociedad... Pero, si se viniese con nosotros a Font-Romeu, tal vez no tardaría en olvidar París...

En su mirada pasó el sueño de una reanudación de intimidad, en la cual era visible, sin embargo, que apenas creía. Sin ninguna duda, amaba a esta mujer, dolorosamente, tanto como el primer día.

—Todo cambiaría, tal vez... —murmuró misteriosamente.

Antoine distinguía perfectamente por qué el juicio de Anne sobre Simón podía ser justificado en apariencia. Sin embargo —y esta certeza se imponía a él con una evidencia progresiva—, este hombre sentado aquí, delante de él, en este sillón, era profundamente diferente del retrato que hacía Anne de él. Falsedad, egoísmo, malevolencia, eran otras tantas acusaciones que no resistían cinco minutos de examen a esa intuición clarividente que la presencia y el contacto directo despiertan en cualquier observador, por poco dotado de olfato que esté. Por el contrario, la rectitud, la modestia natural, la bondad de Battaincourt, resplandecían en sus menores palabras, hasta en la torpeza de sus modales. «¡Un débil, de acuerdo! —se decía Antoine—. Un escrupuloso, sin duda; un atormentado, un imbécil tal vez... ¡Un monstruo de perfidia, desde luego que no!»

Simón proseguía tranquilamente su monólogo. Con una mirada noble, cargada de confianza y de gratitud, explicaba que, naturalmente, nunca hubiera pensado en tomar una decisión de tanta gravedad sin conocer la opinión de Antoine. Se ponía por completo en sus manos. Conocía su competencia y su probidad profesional. Incluso había esperado, con objeto de que Antoine pudiera decidir con conocimiento de causa, que vendría a Berck entre dos trenes, para ver a la enfermita. Aunque, evidentemente, en las circunstancias actuales...

Antoine le escuchaba ahora con atención. Acababa de tomar la determinación de romper para siempre con Anne.

¿Lo había decidido esto en estos pocos minutos verdaderamente? ¿No sería más bien que hacía ya mucho tiempo que esta decisión violenta había sido tomada en la penumbra de su voluntad? ¿Podía incluso llamar resolución a esta sumisión, inmediata y sin discusión, a una necesidad que se había hecho repentinamente imperiosa, urgente e irresistible?... Si hubiese tenido tiempo de analizarlo, sin duda habría pensado que su obstinación de estos últimos días en evitar las llamadas telefónicas de Anne, en faltar a todas las citas que ella le proponía por intermedio de León, disimulaba ya un deseo secreto e inconsciente de romper. E incluso hubo de confesarse, aunque, la política pareciera no tener nada que ver en este asunto, que el

drama en que se debatía Europa no era totalmente ajeno a este desvío; era como si sus relaciones con esta mujer no estuvieran ya de acuerdo con ciertos sentimientos nuevos, y resultaran desproporcionadas con los acontecimientos que perturbaban al mundo.

Como quiera que fuese, lo que venía a apresurar esta ruptura, y a convertirla, casi en contra de su voluntad, en una cosa definitiva y consumada, era la presencia de Simón en su despacho. Le había sido intolerable verse en su casa, cara a cara, con este hombre innoblemente traicionado; recibir con una expresión de hipócrita lealtad esta consideración y esta confianza; ver a este hombre, ignorante por completo de lo que le sucedía, dirigirse a él como a un amigo seguro. Confusamente, se había dicho: «Esto no... Esto no puede ser... La vida no debe ser así... Yo lo primero, sí: mi satisfacción, mi placer... Pero también hay otros seres, destinos que es monstruoso sacrificar a la ligera... Y por culpa de individuos como yo, de existencias como la mía, de actos como éste, es por lo que el desorden y la mentira, la injusticia y el sufrimiento moral, imperan en el mundo...»

Cosa curiosa, desde el mismo momento en que había pensado para si mismo, en un tono irrevocable, «todo se ha acabado entre Anne y yo», le parecía que había vuelto a entrar en la sombra por arte de magia. Sí; era verdaderamente como si nada hubiera sucedido. Sin ninguna dificultad, podía ahora mirar francamente a Battaincourt, sonreírle, prodigarle ánimos y consejos. Cuando Simón, tímido como un escolar, balbuceaba al tiempo que se levantaba: «Creo que me he excedido de mis diez minutos», Antoine le tocó afectuosamente en el hombro, riendo. Le acompañó, charlando, hasta la escalera. Prometió incluso ir a Berck la semana siguiente. (Por un momento lo había olvidado todo, hasta la guerra... La recordó de repente. Y se le ocurrió la idea de que la inminencia del cataclismo que amenazaba trastornar todos los valores actuales, le ayudaba sin duda a aceptar con ánimo sereno lo insólito de este mano a mano.) «Dentro de un mes, tal vez nos hayan matado a los dos —se dijo—. ¿Qué importancia tiene todo lo demás al lado de esto?...»

—El tren de las ocho y media le deja en Rang hacia las once, y en Berck, a la hora de comer —precisaba ya Simón, completamente tranquilizado.

—Salvo imprevistos... —estipuló Antoine.

El rostro del joven palideció y se contrajo. Durante un instante se oprimió la boca con el puño. Un desaliento conmovedor se pintó en su cara. Antoine comprendió claramente que, en este instante, el hijo del viejo hugonote, del coronel conde de Battaincourt, temblaba ante su deber de soldado.

—¿Qué sería de Huguette si a mí me movilizaran? —dijo Simón, sin mirar a Antoine—. Le quedaría su *Miss*... —En este momento, los dos hombres, simultáneamente y casi de la misma manera, pensaron en Anne.

Battaincourt pasó la puerta, en silencio. En el rellano de la escalera, se volvió:

—¿Usted qué día sale?

—El primer día... Médico ayudante de un batallón de infantería... En el

Cincuenta y cuatro, en Compiègne... ¿Y usted?

—El tercer día... Suboficial de caballería... En Verdún, el Cuarto de húsares.

Se estrecharon la mano fraternalmente. Luego, en un postrer gesto de amistad, Antoine cerró la puerta suavemente.

Permaneció durante un instante de pie, inmóvil, con la mirada fija en la alfombra. Una visión mortificante le obsesionaba: veía a Simón de Battaincourt, disfrazado de *margis* de húsares, galopando bajo las balas, a la cabeza de su pelotón, en una llanura de Alsacia...

El repiqueteo del timbre del teléfono, brutal, le sacó de su ensimismamiento.

—Tal vez sea ella —se dijo. Sonreía con dureza. Sintió deseos de precipitarse sobre el aparato y terminar inmediatamente.

León había descolgado el aparato del fondo del pasillo.

—Sí... ¿El viernes siete de agosto? Muy bien... A las tres... ¿De parte del profesor Jeantet?... De acuerdo, señor, voy a anotarlo...

Antoine bajaba la escalera, hojeando su agenda, cuando en el rellano del primer piso un rumor de voces conocidas le hizo levantar la cabeza. Empujó la puerta y se dirigió hacia la habitación reservada a los archivos. Studler y Roy, sentados, discutían. No tenían puestas las batas blancas. En torno a ellos, los periódicos del día estaban esparcidos por mesas y sillas.

—Vamos, muchachos; ¿así es como trabajamos?

Studler, sombrío, se encogió de hombros.

Roy se levantó, sonrió y miró a Antoine con gesto interrogativo.

—¿Ha visto usted a Rumelles?

—Sí; las noticias del *Paris-Midi* son falsas. El gobierno las ha desmentido. Pero todo va de mal en peor... —Después de una pausa, añadió lacónicamente—: Estamos al borde del abismo.

Studler rezongó:

—¡Y Alemania se prepara!...

—También nosotros, afortunadamente —dijo Roy.

Hubo un momento de silencio.

—Las últimas probabilidades de paz están en manos de la clase obrera —suspiró Studler—, pero no se dará cuenta de ello sino cuando sea demasiado tarde... Hay en el pueblo, con respecto a la guerra, una especie de fatalismo terrible... Lo que, por otra parte, se explica fácilmente: desde la escuela, los críos tienen un punto de vista falseado, por la forma en que se les habla de las guerras antiguas, de la gloria, de la bandera, de la patria, y por el prestigio que se da a los desfiles de la tropa, a las paradas militares...; a continuación, por el servicio militar obligatorio... ¡Ahora pagamos caras esas insensateces!

Roy escuchaba con gesto socarrón.

Antoine había vuelto a coger su agenda y la examinaba atentamente.



—Hasta luego —dijo bruscamente, mientras volvía a ponerse el sombrero—. No voy a acabar nunca con mis visitas... Hasta la tarde.

Los dos hombres se quedaron solos. Roy vino a situarse delante del Califa.

—Puesto que un día u otro no había más remedio que «ir», ¡confiesa por lo menos que no se presenta demasiado mal!

—¡Cállate, muchacho!

—¡Ni hablar!... ¡Reflexiona, por una vez, sin una idea preconcebida!... De cualquier forma, estamos en bastante buena posición... Francia tiene el mayor interés en que la guerra estalle primero entre Rusia y Alemania: esto nos asegura la colaboración de los rusos, y nos deja el papel de defensores, que es siempre el más favorable... Por otra parte, hemos tenido tiempo (así lo espero) de preparar tranquilamente nuestra movilización, sin haber sufrido ese famoso ataque repentino que era el terror de nuestro Estado Mayor. Todo esto aumenta nuestras posibilidades.

Studler lo miraba en silencio.

—¡Vamos! —dijo Roy—. Si piensas como es debido, no tienes más remedio que estar de acuerdo conmigo: el momento no está mal escogido para ventilar esta vieja querrela y poner en buen lugar, de una vez, el honor nacional.

—¡El honor nacional! —gruñó Studler, fuera de sí.

Se abrió la puerta y entró Jouselin.

—¿Seguís discutiendo? —dijo, hastiado.

(Él sí tenía puesta la bata. No se hacía más ilusiones que los otros: sabía que dentro de veintiún días no estaría aquí, indudablemente, para comprobar el resultado de las inseminaciones a las que acababa de consagrar la mañana; pero se había hecho el propósito de trabajar como si nada ocurriera. «Además, ayuda a no pensar», había dicho a Antoine, con una triste sonrisa en el fondo de sus ojos grises.)

—¡En todas partes se oye la misma frase estúpida! —le gritó Studler, encogiéndose de hombros—. ¡Aquí, el honor francés! ¡Allá, el amor propio de Austria! ¡En Rusia, la defensa del prestigio eslavo en los Balcanes...! ¡Como si no hubiera mil veces más «honor» en asegurar la paz de los pueblos, incluso reconociendo que se ha ido demasiado lejos, que en desencadenar una matanza general!

Se irritaba de ver a los nacionalistas reivindicar siempre para ellos solos el monopolio de la nobleza, del desinterés, de las virtudes heroicas; sin embargo, él, sin pertenecer a ningún partido, no ignoraba que eran los militantes revolucionarios, empeñados en todas las capitales en luchar contra las potencias de la guerra, los que tenían más que nadie el sentido de la grandeza y de la abnegación, la voluntad de sacrificarse por un ideal difícil, el fervor y la fuerza de ánimo que hace a los héroes.

No miraba a Jouselin ni a Roy; su mirada de profeta tenía un brillo fijo y concentrado.

—¡El honor nacional! —rezongó de nuevo—. ¡Todas las frases grandilocuentes han sido ya movilizadas para adormecer las conciencias!... ¡No hay más remedio que

ocultar lo absurdo de todo esto, e impedir cualquier acción del sentido común! ¡Honor! ¡Patria! ¡Civilización!... ¿Y qué hay detrás de estos espejuelos? ¡Intereses industriales, competencia de mercados, combinaciones de políticos y hombres de negocios, la concupiscencia insaciable de las clases dirigentes de todos los países! ¡Absurdo! ¿Salvaguardar la civilización? ¿Con los peores actos de salvajismo?; ¿desencadenando los más bajos instintos? ¿Defender la causa del Derecho y de la Justicia?: ¿con el asesinato anónimo?; ¿disparando sobre unos pobres hombres que no nos desean ningún mal y a quienes también habrán decidido a marchar contra nosotros, por medio de las mismas artimañas? ¡Absurdo! ¡Absurdo!

—¡Bravo, Califa! —repuso Roy desdeñosamente.

—¡Vamos, vamos! —dijo Jouselin con dulzura, poniéndole la mano sobre el hombro.

Experimentaba por el joven Manuel Roy, el benjamín, los mismos sentimientos que Antoine. Le quería, sin saber por qué. Por su valor tranquilo, por su generosa ingenuidad. En este guerrero lleno de impaciencia y dispuesto con tanta sencillez al sacrificio, advertía una belleza a la que él precisamente, hombre de laboratorio y de especulación en lo absoluto, no podía ser insensible. Respetaba en Roy este ideal de pureza, esta fe ingenua en la regeneración mediante la guerra, las cuales iban a ser, sin duda, pagadas con su sangre...

—El honor... —murmuró—. Creo que es un gran error introducir los valores morales allí donde carecen de sentido: en la lucha económica que divide a los Estados. Esto lo falsea y envenena todo. Esto paraliza toda transacción realista. Esto disfraza de conflictos sentimentales, ideológicos, de *guerras de religión*, lo que no debiera ser, ni es, sino una competencia entre dos firmas comerciales.

—En mil novecientos once, Caillaux lo comprendió perfectamente —observó fogosamente el Califa—. Sin él...

Roy, agresivo, le cortó la palabra:

—¡Ni qué decir tiene que preferirías ver a tu Caillaux en el ministerio de Asuntos Extranjeros que ante los tribunales!...

—Indudablemente; si hubiera seguido en el poder, ¡créeme, muchacho, que no estaríamos como estamos!... ¡Sin él, la guerra general, este acontecimiento febril, cuya inminencia parece llenaros de alegría a ti y a tus amigos, habría llegado, para la felicidad de los pueblos, tres años antes!... Él no hablaba de honor nacional: hablaba de negocios; se aferraba, contra todo y contra todos, al terreno de lo positivo, al campo de los intereses en juego... ¡Gracias a lo cual pudo evitar lo peor!

Jouselin vio brillar en los ojos de Roy una mirada de mal presagio. Se apresuró a intervenir:

—Yo también creo que, en este aspecto, a poco que se obstine uno, no hay antagonismos que no puedan resolverse con arreglos diplomáticos y concesiones recíprocas. ¡Los intereses transigen con mayor facilidad que los sentimientos!... Yo también creo, que un Caillaux... Y si la guerra tiene lugar, es muy probable que los

historiadores, que han sabido reconocer su importancia a la nariz de Cleopatra, sabrán también, entre la complejidad de las causas del conflicto, dar la suya al fatal disparo del *Figaro*...

Roy dejó oír una carcajada despectiva:

—¡Prefiero no contestaros —dijo alegremente—, y dejar que lo haga el futuro!

## LVIII

—VAMOS con ellos —había dicho Jacques a Jenny.

Eran una docena que se habían reunido en el «Café du Croissant» para ir juntos a Montrouge, donde debía hablar Max Bastien.

(En todos los barrios —en Grenelle, en Vaugirard, en Batignolles, en la Villette —, las distintas secciones socialistas celebraban pequeños mítines. Vaillant había anunciado que hablaría en Bellevilloise; se esperaban disturbios. En el Barrio Latino, los estudiantes habían organizado una manifestación en Bullier.)

Habían tomado el autobús hasta el Châtelet, y el tranvía hasta la puerta de Orléans; luego, otro tranvía hasta la plaza de la Iglesia. Aquí habían tenido que apearse e ir a pie, por las calles populosas, hasta el teatro abandonado donde tenía lugar la reunión.

La noche era agobiante; el aire de los barrios extremos, fétido. Todos sus habitantes, después de comer, estaban en la calle, desocupados e inquietos. En las calles principales resonaban los gritos de los vendedores de periódicos que traían a las afueras los diarios de la noche.

Jenny tropezaba en el empedrado de estas viejas calles. Estaba cansada. El peso de su velo de crespón, el olor a tinte que se desprendía de él a causa del calor, le hacían sentir un principio de jaqueca. Se sentía desplazada, con sus ropas de luto, entre estos hombres que en su mayor parte conservaban las ropas de faena; instintivamente se había quitado los guantes.

Jacques, que iba a su lado, se daba perfecta cuenta de que a la joven le costaba trabajo seguirlos; dudaba de cogerla del brazo; delante de sus amigos, la trataba en plan de camarada. De vez en cuando le dirigía una mirada alentadora, mientras hablaba con Stefany de las últimas noticias llegadas a *l'Humanité*. Stefany fundaba su optimismo en la agitación obrera, la cual, según él, estaba en plena efervescencia. Las protestas públicas se multiplicaban. Había el manifiesto del Partido Socialista, el del Grupo parlamentario socialista, el de la Confederación General del Trabajo, el de la Federación del Sena, el del Bureau Interfederal del Libre pensamiento.

—¡En todas partes se trabaja, y en todas partes se amenaza! —afirmó; y sus ojos de jade brillaban de esperanza.

Un socialista irlandés, que volvía de Westfalia y que cenaba en el «Croissant», le había comunicado que también en Essen, en pleno centro metalúrgico alemán, sede de las industrias de guerra Krupp, había de producirse esta misma noche una imponente manifestación pacifista. El irlandés pretendía incluso que, en reuniones privadas, gran número de obreros habían recomendado los actos de sabotaje en el trabajo, con el fin de impedir al gobierno imperial perseverar en sus designios belicosos.

Sin embargo, al mediodía se había suscitado una seria alarma. Un rumor

inquietante, llegado de Alemania, se había difundido por las salas de redacción. Se anunciaba que el Kaiser —después de haber solicitado de Sazonov, en tono de ultimátum, aclaraciones acerca de la movilización rusa, y después de habersele dicho como contestación que esta movilización era parcial, *pero que ya no podía ser suspendida*— había dado órdenes de preparar el decreto de movilización. Durante dos horas se había creído realmente que todo estaba perdido. Finalmente, la embajada de Alemania había desmentido este rumor, y en términos tan formales que parecía efectivamente que la noticia de la movilización alemana era falsa. Se supo que había sido lanzada en Berlín por el *Lokalanzeiger*, y era la réplica, del otro lado de la frontera, al incidente del *Paris-Midi*. Estas duchas sucesivas mantenían a la opinión en una febrilidad peligrosa. Jaurès temía más que nada las consecuencias de estos pánicos. No cesaba de repetir que el deber, en toda agrupación y en todo hogar, era luchar contra estos miedos imprecisos que infiltraban en los espíritus la obsesión de la legítima defensa y hacían el juego a los enemigos de la paz.

—¿Lo has visto después de su regreso? —preguntó Jacques.

—Sí; acabo de estar trabajando con él dos horas.

Apenas vuelto de Bélgica, antes incluso de ir al Grupo socialista parlamentario a dar cuenta de los resultados que traía de la confrontación de Bruselas, Jaurès había reunido a sus colaboradores con objeto de proceder con ellos a los preparativos del Congreso internacional convocado en París para el 9 de agosto. El Partido francés tenía diez días para asegurar el éxito de esta importante asamblea del socialismo europeo; no había una hora que perder.

Su presencia en *l'Humanité* había reanimado las energías. Volvía muy animado por la firme posición de los socialistas alemanes, confiando en las promesas que había obtenido de ellos, y lleno de nuevos ánimos para activar la lucha. Indignado por la actitud del gobierno en el asunto de la sala Wagram, había tomado inmediatamente la determinación de enfrentarse a los poderes públicos, y a la vez ofrecer a los defensores de la paz un sonado desquite, con la organización, para el domingo siguiente, 2 de agosto, de un amplio mitin de protesta.

—Animo —dijo Jacques, tocando el brazo de Jenny—. Ya estamos aquí.

La joven vio un pelotón de agentes emboscados bajo un porche. Algunos muchachos vendían la *Bataille Syndicaliste* y el *Libertaire*.

Al entrar en el vestíbulo se encontraron con un apiñamiento de gente, y los hombres se entretenían charlando en grupos en lugar de entrar en el lunetario. Sin embargo, el acto había empezado. La sala estaba llena.

—¿Vienes para oír a Bastien? —dijo a Jacques un militante que salía—. Parece ser que ha tenido que hacer en la Federación y que no vendrá.

Jacques, decepcionado, estuvo a punto de dar media vuelta. Pero Jenny no estaba en condiciones de marcharse inmediatamente. Sin ocuparse de sus amigos, condujo a la joven hacia las primeras filas, donde había advertido dos sitios libres.

El secretario de la sección, un tal Lefaur, presidía el acto, sentado, en el escenario, delante de una mesa de jardín.

El orador, que estaba de pie y frente a las candilejas, era un concejal de Montrouge. Repitió varias veces que la guerra era un *acronismo*.

Los concurrentes charlaban, sin prestar atención.

—¡Silencio! —vociferaba el presidente, de vez en cuando, golpeando con la palma de la mano la mesa de hierro.

—Mira las caras —dijo Jacques en voz baja—. Casi podría clasificarse a los revolucionarios según sus fisonomías. Los hay que llevan la revolución en la mandíbula y los que la llevan en los ojos...

«¿Y él?», pensó Jenny. En lugar de mirar a sus vecinos, examinó el rostro de Jacques: su barbilla saliente y voluntariosa, su mirada inquieta, un poco dura, enérgica y luminosa.

—¿Vas a hablar tú? —murmuró la joven con timidez. Se había hecho esta pregunta a lo largo del camino. Deseaba que hablara, para admirarlo aún más, pero lo temía también, por una especie de pudor.

—No pienso hacerlo —respondió Jacques, mientras deslizaba su mano bajo el brazo de la joven—. No hablo bien en público. Las pocas veces que he tenido que hacerlo me he sentido siempre paralizado por el sentimiento de que las palabras me arrastraban, desnaturalizando las tonalidades, traicionando mi verdadero pensamiento...

Nada le gustaba tanto a Jenny como oírle analizarse así para ella; y, sin embargo, le parecía, en general, que cuanto él decía de sí mismo ella ya lo sabía. Mientras que Jacques hablaba, Jenny sentía, a través de la tela, el calor de la mano que sostenía su codo, lo cual la trastornaba tanto que ya no podía pensar sino en esto, en este dulce ardor que traspasaba su carne.

—Compréndelo —proseguía Jacques—; siempre he tenido un poco la impresión de mentir, de afirmar más de lo que creo... Impresión intolerable...

Era exacto. Pero también era cierto que hacer uso de la palabra le producía una sensación embriagadora, y que, cuando lo hacía, casi siempre conseguía crear entre su auditorio y él un intercambio, una comunión.

En la tribuna, otro militante, un hombre corpulento con el cogote congestionado, reemplazaba al concejal. Su voz de bajo había llamado la atención desde las primeras palabras. Lanzaba a su auditorio una serie de fórmulas perentorias, sin que fuera posible seguir la asociación de ideas del orador:

—¡El poder ha caído en las manos de los explotadores del pueblo!... ¡El sufragio universal es una farsa sangrienta!... ¡El obrero es un siervo del feudalismo industrial!... ¡La política de los fabricantes capitalistas de armas ha acumulado sobre el suelo de Europa barriles de dinamita dispuestos a saltar!... Pueblo: ¿vas a permitir que te agujereen la piel para asegurar sus dividendos a los accionistas de Creusot?...

Fuertes aplausos puntuaban automáticamente cada una de estas afirmaciones

cortas, ahogadas, que asestaba como mazazos. Estaba acostumbrado a las ovaciones: al final de cada frase se paraba en seco, para esperarlas, y permanecía durante un minuto con la boca abierta, como si se le hubiese colado un mosquito en el gaznate.

Jacques se inclinó hacia la joven:

—Esto es estúpido... No es esto lo que hay que decirles... ¡Hay que convencerlos de que cuentan con el número y con la fuerza! ¡Lo saben vagamente, pero no lo *sienten*! Es necesario que lo aprendan con una experiencia directa, decisiva. ¡Por esto, precisamente, es asimismo tan importante que el proletariado gane la partida esta vez! ¡El día que en la realidad haya visto que con sus propios medios puede constituir un obstáculo infranqueable para los políticas agresoras, y que puede hacer retroceder a los gobiernos, entonces conocerá verdaderamente su fuerza y entonces tendrá plena conciencia de que todo lo puede! ¡Y ese día!...

Sin embargo, el público comenzaba a cansarse de las frases incoherentes de este segundo orador. En uno de los rincones del fondo se inició una discusión privada que pronto degeneró en disputa.

—¡Silencio! —aullaba el secretario Lefaur—. Instrucciones del Comité Central... La disciplina del Partido... ¡Calma, compañeros!...

Tenía un terror manifiesto a cualquier desorden que pudiera provocar una intervención de la policía, y su única preocupación era que la reunión se terminara sin tumultos.

La presencia de un tercer orador ante las baterías, el último inscrito para el acto, restableció momentáneamente el silencio. Era Lévy Mas, profesor de historia en Lakanal, conocido por sus escritos socialistas y sus luchas con la Universidad. El tema de su discurso versaba sobre las relaciones franco-alemanas desde 1870. Con gran despliegue de erudición, había hecho una exposición del problema, y veinticinco minutos después de haber empezado su discurso, apenas si llegaba al asesinato de Sarajevo. Habló de la «valerosa y pequeña Servia», con una voz profunda que hizo que le temblaran los lentes en su nariz puntiaguda. Luego, trazó un paralelo entre los distintos grupos y alianzas, entre los tratados austro-alemanes y los franco-rusos.

La sala, ya harta, empezó a alborotarse.

—¡Ya está bien! ¡Al grano!

—¡Queremos un programa de acción!

—¿Qué es lo que hay que hacer? ¿Cómo hemos de impedir la guerra?

—Silencio —repetía Lefaur, cada vez más inquieto.

—¡Es repugnante! —murmuró Jacques al oído de Jenny—. Todas estas gentes han venido aquí para recibir una consigna, clara, simple y tajante; y ahora va a dejarse que vuelvan a sus casas, con la cabeza llena de historia diplomática, con la impresión de que todo esto es demasiado complicado para ellos..., ¡que no se puede hacer nada, sino esperar lo inevitable!...

Las interrupciones se sucedían.

—¿Dónde estamos? ¿A dónde nos llevan?

—¡Queremos saber la verdad!

—¡Sí! ¡La verdad!

—¿La verdad, ciudadanos? —gritó Levy Mas, haciendo cara a la tormenta—. ¡La verdad es que Francia es una nación pacífica, y que lo está probando de una magnífica manera, desde hace dos semanas, para confusión de todos los Estados imperialistas! ¡Nuestro Gobierno, al que se puede criticar por su política interior, tiene ante sí una labor difícil! ¡El deber del Partido socialista es no complicar esta labor! ¡Efectivamente, nosotros nos negamos a hacer nuestros los falaces argumentos nacionalistas que la burguesía inscribe en su programa! ¡Pero (y hay que decirlo bien alto, y hay que gritarlo a la faz del mundo) ni un francés se negará a defender su territorio contra una nueva invasión del extranjero!

Jacques ardía.

—¿Lo estás oyendo? —dijo, inclinándose de nuevo hacia Jenny—. ¡Nada puede preparar mejor a un pueblo para la guerra!... ¡Bastará hacerle creer mañana en la inminencia de un ataque alemán, para hacerle aceptar todo lo que se quiera!

Jenny fijó en él su mirada azul.

—¡Habla tú!

Jacques miraba al orador, sin contestar. Sentía que a su alrededor crecía el descontento. Sobre todo percibía en la indecisión de esta masa una fiebre latente de generosidad, favorable a la acción revolucionaria y que era criminal no aprovechar.

—¡Sí! —dijo repentinamente.

Y bruscamente, levantó la mano para pedir la palabra.

El presidente le observó durante un segundo con atención, y luego apartó los ojos deliberadamente.

Jacques escribió su nombre en un trozo de papel, pero no había nadie que pudiera llevarse a Lefaur. Lévy Mas terminaba su discurso entre un clamor creciente:

—¡Efectivamente, la situación es delicada, ciudadanos! ¡Pero no es desesperada, mientras el gobierno cuente con el apoyo del pueblo para sostener con autoridad la paz amenazada! ¡Releed los artículos de nuestro gran Jaurès! ¡Aquellos que al otro lado de las fronteras buscan querrela insolentemente, han de comprender que, detrás de nuestros hombres de Estado y de nuestros diplomáticos, la Francia socialista está unida para la defensa pacífica del Derecho!

Se reajustó los lentes, cambió una mirada con el presidente y, con el rabo entre piernas, se eclipsó entre bastidores. Hubo algunos aplausos de amigos personales, interrumpidos por vagas protestas y tímidos silbidos.

Lefaur estaba de pie. Hacía grandes gestos para restablecer la calma. Se creyó que quería hablar, y se produjo un corto silencio. Lo aprovechó para gritar:

—¡Ciudadanos, se levanta la sesión!

—¡No! —rugió Jacques, desde su sitio.

Pero ya la concurrencia, volviendo la espalda al escenario, se precipitaba hacia las tres puertas de salida que daban al callejón. El ruido de las sillas de resorte, los gritos,



las discusiones, producían un estrépito que era imposible dominar.

Jacques estaba fuera de sí. ¡Había que evitar, a cualquier precio, que estos hombres de buena voluntad, en busca de instrucciones precisas, pudieran abandonar en pleno desconcierto esta sala, sin saber lo que la Internacional esperaba de ellos!

Se abrió camino hasta el borde del foso de la orquesta. El escenario, separado de la sala por este hueco oscuro, resultaba inaccesible. Gritaba rabioso:

—¡Pido la palabra!

Bordeó el foso hasta la platea, tomó impulso y saltó al palco; luego, al llegar al pasillo, encontró una puerta que daba al escenario; empujó a los que salían e irrumpió por fin en el proscenio, que estaba desierto. Seguía gritando:

—¡Pido la palabra!

Pero su voz se perdía entre el tumulto. Ante él, el teatro abría sus fauces polvorientas, vacías ya sus tres cuartas partes. Se precipitó hacia la mesa de jardín y empezó a golpear encima, frenéticamente, con ambos puños, como si se tratara de un gong.

—¡Camaradas! ¡Pido la palabra!

Los que todavía estaban en la sala —medio centenar de hombres tal vez— se volvieron hacia el escenario.

Se alzaron algunas voces:

—¡Escuchad!... ¡Silencio!... ¡Escuchad!...

Jacques continuaba golpeando la mesa, como si estuviera tocando a rebato. Su mirada iba de un lado a otro de la sala, mientras gritaba a pleno pulmón:

—¡La guerra! ¡La guerra!

De repente, se hizo un relativo silencio.

—¡La guerra! ¡Está sobre nosotros! ¡Puede abatirse sobre Europa dentro de veinticuatro horas!... ¿Queréis saber la verdad? ¡Ésta es! ¡Antes de un mes, todos los que estáis aquí esta noche, podéis haber muerto en la matanza!...

Con un gesto impaciente, rechazó el mechón que le impedía ver.

—¡La guerra! ¡Vosotros no la queréis, pero *ellos* sí la quieren! ¡Y os la impondrán! ¡Seréis sus víctimas! ¡Pero también los culpables! Porque solamente de vosotros depende impedir esta guerra... ¿Me miráis? Todos vosotros os preguntáis: «¿qué hacer?» Y para eso habéis venido aquí esta noche... ¡Pues yo voy a decíroslo, porque todavía hay algo que hacer! ¡Todavía queda una posibilidad de salvación! ¡La única! ¡La unión en la resistencia! ¡La negativa!

Más tranquilo, extrañamente dueño de sí mismo, forzando la voz y recalando las palabras para hacerse oír, después de una corta pausa, prosiguió:

—Os dicen: «Lo que hace posible las guerras es el capitalismo, la competencia de los nacionalismos, la fuerza del dinero y de los traficantes de armas.» Y todo es completamente cierto. Pero reflexionad. ¿Qué es la guerra? ¿Es solamente un conflicto de intereses? ¡Desgraciadamente, no! ¡La guerra, son hombres y es sangre! ¡La guerra, son pueblos movilizadas que luchan entre sí! ¡Todos los ministros

responsables, todos los banqueros, todos los grandes capitalistas, todos los fabricantes de armas del mundo, serían impotentes para desencadenar las guerras si los pueblos se negaran a dejarse movilizar y si los pueblos se negaran a luchar! ¡Los cañones y los fusiles no marchan solos! ¡Hacen falta soldados para hacer la guerra! ¡Y estos soldados, con los cuales cuenta el capitalismo para su obra de ganancias y de muerte, somos nosotros! ¡Ningún poder legal, ningún decreto de movilización, puede hacer nada sin nosotros, sin nuestro consentimiento, sin nuestra pasividad! ¡Nuestro destino, pues, depende de nosotros mismos! ¡Y somos los dueños de nuestros destinos, porque tenemos el número y tenemos la fuerza!

Súbitamente todo se tambaleó. Un vértigo repentino... Como la luz de un relámpago, se le apareció toda su responsabilidad. ¿Había hecho bien en hacer uso de la palabra? ¿Estaba seguro de poseer la verdad?... Durante un minuto, asaltado por los escrúpulos, estuvo indefenso contra un desaliento total.

En aquel momento se produjo un movimiento al fondo del teatro.

Los retrasados habían renunciado a salir y se iban acercando lentamente al escenario, tal como la limadura de hierro es atraída por el imán. En un abrir y cerrar de ojos, su angustia cedió y se desvaneció sin dejar la menor huella. Y, de nuevo, todo lo que pensaba, todo lo que quería decir a estos hombres cuya muda interrogación subía hasta él, le pareció claro e indiscutible.

Dio un paso hacia adelante, se inclinó por encima de las candilejas, y gritó:

—¡No creáis lo que dicen los periódicos! ¡La prensa miente!

—¡Bravo! —dijo una voz.

—¡La prensa está a sueldo de los nacionalismos! ¡Para disfrazar sus apetitos, todos los gobiernos necesitan una prensa falaz que persuada a sus pueblos de que deben degollarse mutuamente, de que cada uno de sus componentes debe sacrificarse heroicamente por una causa santa, por la defensa sagrada del pueblo, del triunfo del Derecho, de la Justicia, de la Libertad y de la Civilización!... ¡Como si hubiera guerras *justas*! ¡Como si pudiera ser justo condenar a millones de inocentes al martirio y a la muerte!

—¡Bravo! ¡Bravo!

Las tres puertas del fondo, que daban al callejón, se habían llenado de curiosos, los cuales, empujados insensiblemente por los de fuera, terminaban por entrar y tomar asiento en los sillones.

—¡Silencio! ¡Escuchad! —susurraron algunas voces.

—¿Toleraréis por más tiempo que un puñado de criminales, desbordados por acontecimientos que, sin embargo, ellos han preparado, arrojen a los campos de batalla a millones de europeos pacíficos?... ¡El deseo de guerra no aparece nunca del lado de los pueblos! ¡Aparece únicamente del lado de los gobiernos! ¡Los pueblos no tienen otros enemigos que aquellos que los explotan! ¡Los pueblos no son enemigos unos de otros! ¡No hay ni un solo trabajador alemán que desee dejar a su mujer, a sus hijos, su oficio, para tomar un fusil y disparar contra los trabajadores franceses!

Un murmullo aprobador recorrió la concurrencia.

Jenny se volvió.

Ahora eran doscientos o trescientos, o tal vez más, los que escuchaban con la mirada tensa.

Jacques se inclinaba hacia esta masa movediza, muda, y que, sin embargo, rumoreaba como un nido de insectos. De todas estas caras, de las cuales no distinguía a ninguna con precisión, brotaba un llamamiento que le confería a él una importancia emocionante e inmerecida, pero que, al mismo tiempo, decuplicaba la violencia de sus convicciones. Tuvo tiempo para pensar: «Jenny me está escuchando.» Respiró profundamente, y prosiguió con nuevo ímpetu:

—¿Vamos a quedarnos aquí, cruzados de brazos, esperando estúpidamente que se nos entregue al sacrificio? ¿Confiamos en las manifestaciones pacíficas de los gobernantes? ¿Quién ha precipitado a Europa en el caos inexplicable en que ahora se debate? ¿Seremos lo bastante locos para esperar que estos mismos hombres de Estado, estos cancilleres, estos soberanos, que con sus combinaciones secretas nos han puesto a dos dedos de la catástrofe, puedan conseguir salvar en sus conferencias diplomáticas esta paz que ellos mismos han comprometido cínicamente? ¡Hoy en día, la paz está en manos de los pueblos! ¡En nuestras manos!

Los aplausos le habían interrumpido. Se secó la frente, y jadeó, durante diez segundos, como un corredor al que se le ha acabado el aliento. Estaba consciente de su fuerza. Sentía que cada una de sus frases penetraba violentamente en los cerebros y que, a la manera de esos cohetes que hacen saltar los polvorines, levantaba todo un arsenal de pensamientos sediciosos, que no esperaban sino este choque para estallar.

Reclamó silencio, con gesto impaciente.

—¿Qué hacer?, os diréis. ¡No dejarnos dominar!...

—¡Bravo!

—Aisladamente, ninguno de nosotros puede nada. ¡Pero agrupados, fuertemente unidos, lo podemos todo!... Comprended bien esto: la vida del país, este equilibrio sobre el cual reposa la estabilidad del Estado, depende enteramente de los trabajadores. ¡El pueblo dispone de un arma todopoderosa! ¡In-ven-ci-ble! ¡Y esta arma es la huelga! ¡La huelga general!

Al fondo de la sala, una voz potente gritó:

—¡Para que los alemanes se aprovechen y nos caigan encima!

Jacques sintió un estremecimiento, y buscó al interruptor con la mirada.

—¡Al contrario! ¡El obrero alemán marchará con nosotros! ¡Lo sé! ¡Acabo de venir de Berlín! ¡Lo he visto! ¡He visto las manifestaciones en la Unter den Linden! ¡He oído los clamores de paz bajo las ventanas del Kaiser! ¡El obrero alemán está tan dispuesto como vosotros a hacer la huelga general! ¡Lo que le contiene todavía es el miedo a Rusia! ¿De quién es la culpa? Nuestra, de nuestros dirigentes, de nuestra absurda alianza con el zarismo, que ha aumentado para Alemania el peligro ruso. Pero reflexionad: ¿Qué es lo que mejor podría garantizar la seguridad del pueblo

alemán, es decir, detener a Rusia en el camino de la guerra? ¡Vosotros mismos! ¡Nosotros, los franceses, negándonos a combatir! ¡Y al declarar la huelga, nosotros, los franceses, matamos dos pájaros de un tiro: paralizamos al zarismo en sus deseos de guerra, y suprimimos todo obstáculo para la fraternización del obrero alemán con el obrero francés! ¡Fraternización en la huelga general, declarada al mismo tiempo contra nuestros dos gobiernos!

La sala, entusiasmada, quiso aplaudir. Pero Jacques no le dio tiempo.

—¡Porque la huelga es el único acto que todavía puede salvarnos a todos! ¡Pensadlo bien! ¡A un simple llamamiento lanzado por nuestros jefes, el mismo día, a la misma hora, en todas partes a la vez, la vida del país puede pararse, detenerse en seco!... ¡Una orden de huelga supone que, en un momento, todas las fábricas, todos los comercios, todas las administraciones, se queden vacías! ¡Los piquetes de huelguistas impiden en las carreteras el abastecimiento de las ciudades! ¡El pan, la carne y la leche son racionados por el comité de huelga! ¡Ni agua, ni gas, ni electricidad! ¡Ni trenes, ni autobuses, ni taxis! ¡Ni cartas, ni periódicos! ¡Ni teléfonos, ni telégrafos! ¡Es la parada brutal de todos los engranajes sociales! En las calles, una muchedumbre errante se siente atenazada por la angustia. Sin motines, sin algaradas: ¡el silencio y el miedo!... ¿Qué podría hacer el gobierno contra esto? ¿Cómo podría sostener este asalto con su policía y sus pocos millares de voluntarios? ¿Cómo improvisaría depósitos? ¿Cómo distribuiría los víveres a la población? Incapaz incluso de dar de comer a sus gendarmes y a sus regimientos; coaccionado por el pánico de aquellos mismos que sostienen su política nacionalista, ¿qué recurso le quedaría sino capitular? ¿Cuántos días...? No, no digo cuántos días, sino ¿cuántas horas podría luchar contra este bloqueo, contra la interrupción total de toda la vida pública? Y ante semejante manifestación de la voluntad de las masas, ¿qué hombres de Estado se atreverían aún a arrostrar la eventualidad de una guerra? ¿Qué gobierno se atrevería a distribuir fusiles y municiones a un pueblo levantado contra él?

Ensobercedores aplausos coreaban ahora cada una de sus frases. Reunió toda su energía para dominar el estrépito. Jenny veía cómo su rostro se congestionaba, cómo temblaba su mandíbula y cómo se abultaban por el esfuerzo los músculos y las venas de su cuello.

—¡El momento es grave, pero todo depende todavía de nosotros! ¡El arma de que disponemos es tan formidable que no creo siquiera que necesitemos servirnos de ella! La sola amenaza de la huelga (si el gobierno tiene la certeza de que el mundo de los trabajadores está dispuesto verdadera y unánimemente a recurrir a ella) bastará para cambiar, de la noche a la mañana, la orientación de una política que nos lleva al abismo... ¿Nuestro deber, amigos míos? ¡Es claro y sencillo! Un solo objetivo: ¡la paz! ¡Unión por encima de todas nuestras querellas de partido! ¡Unión en la resistencia! ¡Unión en la negativa! ¡Agrupémonos todos en torno a los jefes de la Internacional! ¡Exijamos de ellos que hagan lo necesario para organizar la huelga y preparar ese asalto de las fuerzas proletarias, del cual depende el futuro del país y el

futuro de Europa!

Se detuvo en seco. De repente se sentía completamente vacío.

Jenny le devoraba con la mirada. Le vio abrir y cerrar los ojos, vacilar, levantar el brazo y agitar la mano. Una sonrisa cansada crispaba sus labios. Como ebrio, giró sobre sí mismo entre dos montantes.

La muchedumbre aullaba.

—¡Bravo!... ¡Tiene razón!... ¡Abajo la guerra!... ¡La huelga!... ¡Viva la paz!...

Las ovaciones continuaron durante algunos minutos. Los oyentes permanecían de pie, gritando y aplaudiendo para que el orador saliera de nuevo.

Finalmente, como éste no reapareciera, se precipitaron atropelladamente hacia las salidas.

El orador se había desplomado en la penumbra de entre bastidores. Sentado en una caja detrás de un montón de viejos decorados, empapado de sudor, febril y deshecho, permanecía aquí con el pelo en desorden, los codos sobre las rodillas y los puños en los ojos, sin otro deseo, en este naufragio, que permanecer el mayor tiempo posible solo, perdido, oculto a todos.

Aquí fue donde lo encontró Jenny, guiada por Stefany, después de algunos minutos de búsqueda.

Levantó la cabeza y, súbitamente tranquilizado, sonrió a la joven, parada ante él. Le miraba a la cara, con los ojos inmóviles, sin pronunciar una sola palabra.

—Ahora se trata de salir de aquí —rezongó Stefany, detrás de ellos.

Jacques se levantó.

La sala, vacía, estaba sumida en la oscuridad. Las puertas habían sido cerradas por fuera. Pero en un rincón del escenario, una bombilla que quedaba encendida los guió hacia un pasillo: éste llevaba a una salida excusada, detrás del teatro. Cruzaron un sótano lleno de carbón, y fueron a parar a un patinillo lleno de tablados y maderos. Daba a una callejuela que parecía desierta.

Pero apenas entraron en ella, cuando dos hombres se destacaron en la oscuridad.

—Policía —articuló uno de ellos, sacando del bolsillo con gesto de prestidigitador una tarjeta que pasó por delante de las narices de Stefany—. ¿Quieren enseñarme sus papeles, por favor?

Stefany alargó al inspector su carnet de prensa.

—¡Periodista!

El policía miró distraídamente el documento. Era el orador quien le interesaba.

Afortunadamente, Jacques, en sus peregrinaciones del día con Jenny, había pasado por casa de Mourlan para recoger su cartera. Sin embargo, había conservado imprudentemente en un bolsillo del pantalón la documentación de estudiante ginebrino que le había servido para pasar la frontera alemana. «Como me registren...», pensó.

El inspector no llevó a tanto su celo. Se contentó con examinar a la luz de un farol

el pasaporte de Jacques y comprobar con una mirada profesional el parecido de la fotografía de identidad. Luego garrapateó algunas indicaciones en su librito de notas, para lo cual humedeció varias veces el lapicero con la boca.

—¿Dónde está usted domiciliado?

—En Ginebra.

—¿Dónde vive usted en París?

Jacques vaciló un segundo. Había sabido de Mourlan que la habitación de la calle del Jour, donde se había alojado antes de su viaje y que le ofrecería completa seguridad, no estaba ya libre.

Todavía no se le había ocurrido buscar otro sitio. Esta noche pensaba ir a dormir en el hotelucho de la calle de los Bernardinos, esquina al muelle de la Tournelle. Ésta fue la dirección que dio y que anotó el policía.

Luego se volvió hacia Jenny, que permanecía junto a Jacques. La joven no llevaba sino unas tarjetas de visita y, por casualidad, un sobre de Daniel que se le había quedado en el bolsillo. El agente no puso ninguna dificultad, y ni siquiera inscribió el nombre de la muchacha en su librito de notas.

—Muchas gracias —dijo, con la mayor cortesía.

Se tocó el ala del sombrero, y se alejó seguido de su acólito.

—La sociedad se defiende —bromeó Stefany.

Jacques, mientras tanto, sonreía.

—Ya estoy fichado —dijo éste.

Jenny lo había cogido del brazo y se aferraba a él. Sus facciones estaban descompuestas.

—¿Qué te van a hacer? —preguntó, con voz opaca.

—¡Pues nada en absoluto!

Stefany se echó a reír:

—¿Qué quiere que nos hagan? Estamos perfectamente en regla.

—Lo único que siento un poco —confesó Jacques— es haber dado mi dirección del hotel Liebárt.

—Mañana podrás marcharte a donde te parezca.

La noche era calurosa. La callejuela exhalaba un relente fétido. Jenny se estrechaba contra Jacques. Ya no podía más de emoción. Tropezó en el empedrado desigual, se torció un tobillo, y hubiera caído al suelo, de no sostenerla Jacques. Se detuvo un momento y apoyó la espalda en la pared de un cobertizo. El pie le dolía.

—¡Oh, Jacques!... —murmuró—. Estoy muy cansada...

—Apóyate en mí.

Aún la quería más, a causa de su cansancio.

La callejuela daba a un bulevar en el que acababan de dispersarse los últimos grupos alborotadores.

—Sentaos los dos en ese banco —dijo Stefany, con autoridad—. Yo me voy a adelantar, para no perder el último tranvía. Delante del hotel de Ville hay una parada

de taxis; os enviaré uno.

Cuando el auto vino a situarse junto al borde de la acera, tres minutos más tarde, Jenny se avergonzó de su debilidad.

—Es una tontería: hubiera podido ir andando perfectamente hasta el tren... —Se reprochaba a sí misma la rémora que suponía en la vida de Jacques, ella que siempre había hecho cuestión de principio evitar las atenciones.

Pero apenas estuvo en el coche, se despojó del sombrero y del velo, para poder acurrucarse mejor contra él. Sentía agitarse contra su mejilla este pecho varonil, sonoro y cálido. Sin mover la cabeza levantó la mano y, a tientas, buscó la cara de Jacques. Él sonrió, y ella lo notó al tocarle la boca. Entonces, como si solamente hubiera querido cerciorarse de que efectivamente estaba allí, retiró la mano y volvió a refugiarse en sus brazos.

El coche disminuyó la marcha. «¿Ya?», se dijo la joven con una sensación de desconsuelo. Pero se engañaba; todavía no habían llegado; reconoció la puerta de Orleans y el fielato.

Murmuró:

—¿Dónde vas a pasar la noche?

—Pues en el hotel Liebart. ¿Por qué?

Jenny estuvo a punto de decir algo, pero se calló. Jacques se inclinaba sobre ella, que cerró los ojos. Los labios del muchacho se posaron sobre los párpados cerrados de ella. En sus oídos zumbaban frases inconclusas: «Amor mío... Mi cariño... Cariño...» Sintió la boca tibia de él, que se deslizaba a lo largo de su mejilla, rozar la aleta de la nariz y alcanzar sus labios, que se crisparon definitivamente. Jacques no se atrevió a insistir; levantó la cabeza y, acentuando la presión de sus brazos, la estrechó apasionadamente contra sí. Esta vez, por su propio impulso, Jenny le ofreció la boca. Pero Jacques no se dio cuenta: se había incorporado; se separó y abrió la portezuela. La joven advirtió entonces que el auto se había parado. ¿Cuánto tiempo hacía? Vio la fachada y la puerta de su casa.

Jacques se apeó el primero y la ayudó. Mientras él pagaba al chofer, la joven recorrió como una sonámbula los tres pasos que la separaban del timbre. Una loca tentación se le vino a la mente. Pero su madre podía haber vuelto... Al recuerdo de la señora de Fontanin, Jenny experimentó una brusca sacudida, y una gran inquietud se apoderó de ella. Oprimió el pulsador con mano temblorosa.

Cuando Jacques se unió a ella, la puerta acababa de entreabrirse y la luz se había encendido delante de la portería.

—¿Mañana? —dijo él precipitadamente.

Jenny agachó la cabeza en sentido afirmativo. No podía articular ni una palabra. El muchacho había cogido su mano y la oprimía entre las suyas.

—Por la mañana no... —prosiguió Jacques, con voz entrecortada—. ¿Te parece bien a las dos? ¿Vengo a buscarte?

Jenny hizo un nuevo gesto de asentimiento. Luego retiró la mano y empujó la

hoja de la puerta.

Jacques la vio cruzar con paso vacilante la zona iluminada y desaparecer en la oscuridad, sin haberse vuelto. Entonces dejó que la puerta volviera a cerrarse.



## LIX

JACQUES apenas había dormido en casa de Liebart.

Después de haber dado vueltas y más vueltas en el estrecho camastro de hierro y de haberse preguntado veinte veces si la claridad de la ventana no anunciaba las primeras luces del amanecer, se había sumido durante dos horas en un sueño cataléptico, del que salió derrengado y de mal humor.

Por fin había amanecido.

Se vistió y colocó en la maleta las pocas cosas que tenía; después de haber hecho un paquete con sus papeles, arrastró la silla hasta la ventana y allí permaneció durante un largo rato, con los codos en el alféizar, sin poder pensar en nada concreto. Le hubiera gustado tenerla aquí, a su lado, silenciosa e inmóvil, y sentir que sus hombros y sus mejillas se tocaban, como la víspera en el auto... Cuando se encontraba lejos de ella, le parecía que tenía tantas cosas que decirle... Contemplaba cómo la calle y el muelle se iban animando poco a poco a la vida matinal de los barrenderos y los lecheros. Los recipientes de la basura se alineaban todavía al borde de las aceras. En la casa de la esquina, enfrente del hotel, las persianas estaban cerradas, salvo en el entresuelo, ocupado por un comerciante en porcelanas; detrás de los cristales se amontonaban innumerables chucherías medio escondidas entre la paja: servicios descabalados, vasos de imitación, bomboneras, estatuillas de bacantes y bustos de grandes hombres. Debajo, sobre las puertas encarnadas de un carnicero israelita, se exhibía un rótulo dorado, en caracteres hebraicos, que retuvo mucho tiempo su atención.

Cuando dieron las siete y creyó que ya podría pagar la cuenta de su alojamiento, se evadió, y, comprando los periódicos, se sentó a leerlos en un banco del muelle.

El aire era casi fresco. En la lejanía, claros vaporcillos flotaban alrededor de Notre Dame.

Jacques leía y releía con avidez insaciable y descorazonada estas noticias y estos comentarios que se repetían hasta el infinito en los distintos periódicos como en un juego de espejos.

Toda la prensa, unánime esta vez, daba la señal de alarma. El artículo de Clemenceau, en *l'Homme Libre*, llevaba por título: «Al borde del abismo.» *Le Matin*, en grandes titulares, confesaba: «El momento es crítico.»

La mayor parte de los periódicos republicanos, haciendo coro a las derechas, criticaban al Partido socialista francés el hecho de que hubieran aceptado, «en las circunstancias actuales», organizar en París un Congreso internacional para la paz.

Jacques no se decidía a levantarse del banco y comenzar esta nueva jornada... Viernes, 31 de julio... A pesar de todo, esta lectura le había sacado poco a poco de su sopor, ayudándole a tomar contacto nuevamente con el mundo. Luchó durante un instante contra el deseo de correr esta misma mañana a la avenida del Observatorio.

Pero comprendió que esta tentación le venía más de su cobardía ante la vida que de su cariño. Se sintió avergonzado. La guerra no era fatal; la partida todavía no estaba perdida; aún quedaban cosas por hacer... En todos los barrios de París se levantaban a estas horas hombres dispuestos a la acción... ¿Además, no había advertido a Jenny que no iría a su casa hasta las dos?

Era demasiado temprano para ir a *l'Humanité*; pero no para acercarse a *l'Étendard*. No sabía dónde dejar la maleta; se la confiaría a Mourlan.

La idea de una visita al viejo tipógrafo le puso en pie. Iría andando hasta la Bastilla, por los muelles. El paseo acabaría de devolverle su aplomo.

La puerta de *l'Étendard* estaba cerrada.

«Volveré», se dijo. Para matar el tiempo, resolvió acercarse a ver a Vidal, un librero del barrio de Saint-Antoine, cuya trastienda servía de lugar de reunión al grupo de intelectuales anarquizantes que editaban *l'Élan Rouge*. Jacques había publicado en él algunas reseñas de libros alemanes y suizos.

Vidal estaba solo. En mangas de camisa, sentado a su mesa, cerca de la ventana, empaquetaba folletos.

—¿Nadie todavía? —preguntó Jacques.

—Ya lo ves.

El tono irritado de Vidal le sorprendió.

—¿Por qué? ¿Es demasiado pronto?

Vidal se encogió de hombros.

—Ayer tampoco vi a demasiada gente. Por lo visto, no tienen mucho interés en que les fichen... ¿Has leído eso? —añadió, designando un libro del cual había sobre la mesa varios ejemplares.

—Sí. —Era *El espíritu de rebeldía*, de Kropotkin.

—¡Magnífico! —dijo Vidal.

—¿Es que ha habido registros? —preguntó Jacques.

—Eso parece... Aquí, no. Al menos, todavía no. Pero todo está preparado. Pueden venir... Siéntate.

—No quiero molestarte. Volveré por aquí.

Afuera, cuando se disponía a cruzar la calle, un guardia se le acercó cortésmente.

—¿Lleva su documentación?

A veinte metros, parados al borde de la acera, miraban tres hombres que por su aspecto podían ser policías de paisano. El agente hojeó el pasaporte, sin decir nada, y se lo devolvió con un saludo.

Jacques encendió un pitillo y se alejó; pero se sentía preocupado. «Dos veces en doce horas. Parece como si estuviéramos en estado de sitio», se dijo. Anduvo un rato por la avenida Ledru-Rollin, para comprobar si le seguían. «No me han hecho tanto honor...»

Entonces se le ocurrió, puesto que estaba bastante cerca, pasarse por el «Modera

Bar», un café de la calle Traversière, que era el centro de una sección socialista especialmente activa. El tesorero, Bonfils, era amigo de la infancia de Périnet.

—¿Bonfils? Hace dos días que no ha asomado la nariz por aquí —dijo el dueño—. Y, por otra parte, hoy por la mañana todavía no he visto a nadie.

En aquel momento, un hombre de unos treinta años, que llevaba sobre la espalda una sierra puesta en bandolera, entró en el bar con la bicicleta en la mano.

—Buenos días, Ernest... ¿Está aquí Bonfils?

—No.

—¿Y alguno de los compañeros?

—Nadie.

—¡Ah!... ¿Y no hay noticias?

—No.

—¿Se siguen esperando instrucciones del Comité Central? —Sí.

El ebanista, silencioso, lanzaba a su alrededor miradas interrogativas; para despegar la colilla del labio, movía la boca como un pez.

—Es un fastidio —dijo por fin—. Habría que saber de todas formas... Yo, por ejemplo, estoy movilizado en el Siete cuatro, el primer día. Si «eso» llegara, no sé lo que he de hacer... ¿Tú qué crees, Ernest? ¿Habría que ir?

—¡No! —exclamó Jacques.

—Yo no puedo decirte nada —dijo Ernest con acritud—. Eso es cuenta tuya, muchacho.

—¡Acceder a marchar es hacerse cómplice de los que han querido la guerra! —dijo Jacques.

—Desde luego que es cuenta mía —asintió el individuo, dirigiéndose al dueño del café, como si no hubiera oído las palabras de Jacques. El tono era desenvuelto, aunque su perplejidad fuera manifiesta. Dirigió a Jacques una mirada desabrida. Parecía pensar: «No pido la opinión de nadie. Lo que pido es la consigna del Comité.»

Se levantó, volvió la bicicleta, dijo «Salud», y se marchó, sin prisas, moviendo las caderas.

—Me están fastidiando todos con la misma pregunta —refunfuñó el dueño del café—. ¿Qué le voy a hacer yo? Dicen que en el Comité no consiguen ponerse de acuerdo para dar una consigna. Sin embargo, en un partido haría falta una consigna, ¿no es verdad?

Antes de volver a *l'Étendard*, Jacques vagó pensativo durante un rato por este barrio en el que la animación crecía ahora por momentos. El estacionamiento a un lado de la calle de una fila de carritos atestados de verduras y frutas, los gritos de los vendedores ambulantes, el hormiguero de obreros y amas de casa que para evitar el sol se apretujaban en la acera, a la sombra, todo hacía de estas calles estrechas un mercado a cielo abierto.

Observó que en los escaparates de las tiendas de tejidos habla casi exclusivamente artículos de caballero y bastante raros para la estación: chalecos de lana, fajas de franela, gruesas camisas de algodón y calcetines de lana. Las zapaterías ostentaban en tiras de cartulina rótulos improvisados que llamaban la atención. Los más tímidos anunciaban: *Calzado para caza*, o *Calzado para marcha*. Algunos audaces anunciaban: *Godillots*<sup>[24]</sup>; e incluso: *Borceguíes militares*. Muchos hombres se paraban, interesados, sin hacer ninguna compra. Las mujeres, por si acaso, con la bolsa de la compra colgada del brazo, rebuscaban y palpaban las prendas de lana, sopesando los borceguíes claveteados. Todavía no se compraba, pero la atención del público era una clara demostración de que esta exhibición respondía a una preocupación general.

La escasez creciente de la moneda empezaba a entorpecer considerablemente el comercio. Los vendedores callejeros, transformados en cambistas, circulaban con una caja sobre el vientre. Especulaban, dando noventa y cinco francos en moneda por un billete de cien francos. La policía parecía cerrar los ojos.

El Banco de Francia había emitido la víspera gran cantidad de billetes de cinco y de veinte francos, que se mostraban como una curiosidad.

—Esto quiere decir que ya lo tenían todo preparado de antemano —observaba la gente, con gesto desconfiado y rencoroso, pero vagamente admirativo.

Jacques terminó por ir a parar a raía mesa de un café de la plaza de la Bastilla. En ayunas desde el día anterior, tenía sed y hambre.

La marea de los habitantes de los alrededores se esparcía en grandes oleadas que salían de la estación de Lyon, de los tranvías y del tren subterráneo. Se detenían un instante en la plaza soleada, con el periódico en la mano y el semblante preocupado e intrigado, mirando a su alrededor, como para cerciorarse, antes de dirigirse a su trabajo, que la amenaza de la guerra no les había cambiado a París durante la noche.

En el café había un movimiento incesante de gentes inquietas y con cara de preocupación, que hablaban en voz alta.

Uno contaba que había enviado a su mujer a la alcaldía, con objeto de que pidiera detalles sobre la cartilla militar, y parecía bastante orgulloso de poder proclamar que, para satisfacer las consultas, los servicios de información de las oficinas militares habían tenido que triplicarse.

Un taxista enseñaba riendo una revista ilustrada en la que aparecía en la misma página, una junto a otra, la fotografía del regreso del Kaiser a Berlín y la del regreso de Poincaré a París: dos imágenes simétricas, simbólicas, en las que se veía a los dos jefes de Estado, en el estribo de su automóvil, contestando con el mismo gesto marcial a las aclamaciones entusiastas de sus pueblos. Un matrimonio de edad madura entró y se acercó al mostrador. La mujer miraba a los parroquianos con expresión apurada, buscando una mirada amistosa. De repente, empezaron a hablar.

El hombre dijo:

—Nosotros somos de Fontainebleau. Allí está la cosa que arde.

Y se calló.

La mujer, más locuaz, explicó:

—Anoche, a un oficial del Séptimo de dragones que vive en nuestro mismo piso, vinieron a avisarle para que hiciera la maleta a toda prisa. Y luego, por la noche, nos despertó el paso de los caballos. La caballería había recibido orden de marchar.

—¿Hacia dónde? —interrogó la cajera.

—No se sabe. Salimos al balcón. Todo el mundo estaba en las ventanas. No se oía ni un grito ni una palabra. Pasaron como si fueran ladrones..., sin música, en uniforme de campaña... Luego, le llegó la vez a los trenes regimentales, con los carros, la impedimenta... No terminaban nunca de pasar: ha durado hasta por la mañana.

—En la alcaldía —prosiguió el hombre— han puesto una orden de requisa de los caballos, de las mulas, de los carros, ¡hasta del pienso!

—Todo eso huele muy mal —afirmó la cajera, con aire interesado, casi satisfecho.

—La reserva de la territorial ya ha sido llamada —dijo uno.

—¿Los viejos? ¡Valiente tontería!

—¡Es cierto! —dijo el camarero, dejando de servir—. Parece ser que hace falta gente para vigilar los puentes y los nudos de comunicaciones; es decir, todo aquello que puede peligrar... Me consta: a mi hermano, que vive cerca de Châlons, lo citaron en la estación a pesar de tener ya cuarenta y tres años. Parece ser que le plantaron un viejo quepis en la sesera, unas cartucheras sobre la chaqueta, un fusil en la mano, ¡y útil! ¡A hacer guardia en el viaducto! Y no se trata de una broma: para acercarse a los puentes hace falta un permiso. Si no, ¡la orden es de disparar! Parece ser que hay ya espías que rondan por todas partes.

—Yo me incorporo el segundo día —declaró, sin haber sido preguntado, un pintor que vestía una blusa blanca. Había hablado sin mirar a nadie, con los ojos fijos en el vaso que tenía en la mano.

—Yo, también —dijo una voz.

—¡Y yo, el tercero! —exclamó un fontanero jovial—. ¡Pero en Angulema! ¡Ya veis, antes de que los prusianos hayan llegado a los Charentes!... —Se dobló por la cintura, para subirse el saco de la herramienta que le bailaba sobre los riñones, y se dirigió a la puerta refunfuñando—. Al fin y al cabo, me tiene sin cuidado... Ya se verá... ¡Hay que hacerlo o atenerse a las consecuencias!

—Lo necesario, es necesario —terminó la cajera, sentenciosamente.

Jacques apretaba los puños. Mudo, irritado, observaba todas las caras con estupor; buscaba en ellas una reacción violenta, una huella de rebeldía, por ligera que fuese. En vano. Todas estas gentes parecían haber sido pilladas tan de improviso por los acontecimientos que se sentían desconcertadas, atontadas, asustadas tal vez de su propia petulancia, pero resignadas, o muy cerca de estarlo.

Se levantó, cogió la maleta y se marchó. Tenía más deseos que nunca, una verdadera necesidad de ver a Mourlan.

El viejo tipógrafo, con las manos en los bolsillos de su blusa negra, iba y venía por las tres habitaciones de su entresuelo, cuyas puertas estaban abiertas. Estaba solo. Sin interrumpir su paseo, gritó: «¡Entre!», y no se volvió sino cuando el visitante hubo vuelto a cerrar la puerta.

—¿Eres tú, muchacho?

—Buenos días. ¿Me puede guardar esto? —dijo Jacques, levantando la maleta—. Es un poco de ropa blanca sin marcar. Ni papeles, ni nombres.

Mourlan hizo un breve gesto de asentimiento. Su mirada seguía hosca y dura.

—¿Qué haces aquí, todavía? —preguntó con rudeza.

Jacques lo miró, sorprendido.

—¿Qué esperas para largarte? ¡No os dais cuenta de que aquí ya no hay nada que hacer por esta vez, imbéciles!

—¿Y es usted quien habla así? ¿Usted, Mourlan?

—Sí; yo mismo —dijo con voz cavernosa.

Se sacudió las migas de pan que se le habían quedado en la barba, volvió a meter las manos en los bolsillos y reanudó sus paseos.

Jacques nunca le había visto esta expresión de abatimiento, esta mirada apagada. Había que esperar a que pasara la crisis. Sin que se le hubiera invitado a hacerlo, cogió una silla y se sentó.

Mourlan prosiguió su paseo de fiera enjaulada y luego se detuvo delante de Jacques.

—¿Con qué cuentas hoy? —gritó—. ¿Con las famosas «masas obreras»? ¿Con la huelga general?

—¡Sí! —articuló Jacques, con firmeza.

Un estremecimiento agitó los hombros del viejo cristo.

—¿La huelga general? ¡Bah! ¿Quién habla hoy de ella? ¿Quién se atreve ni siquiera a pensar en ella?

—¡Yo!

—¿Tú? ¿Es que no ves que, dentro de este pobre rebaño que todos quisiéramos salvar (salvarlo en contra incluso de su voluntad), hay una mayoría asombrosa de temerarios, de matachines, de irresponsables de nacimiento, siempre dispuestos a aceptar un desafío? ¿Y que éstos serán los primeros en coger el fusil, tan pronto como se les haga creer que un alemán ha rebasado los postes fronterizos?... Coge a cada individuo, uno por uno: generalmente es un buen sujeto, que dice que el no desea mal a nadie, y, además, que lo cree así. Pero, a pesar de todo, hay en él un residuo de instintos carniceros, destructores: de instintos que no le enorgullecen, y que los oculta, pero que existen a pesar de todo y que siempre desea satisfacer a poco que se le depare la ocasión... ¡El hombre es el hombre, y no hay nada que hacer!...

Entonces, si no puedes contar con los individuos, ¿con quién vas a contar? ¿Con los jefes? ¿Con cuáles? ¿Con los jefes del proletariado europeo? ¿Con los nuestros? ¿Con nuestros simpáticos representantes, los diputados socialistas? ¿No ves entonces lo que están haciendo? ¡Afirman y reafirman su confianza en Poincaré! ¡Un poco más y firmarían de antemano su declaración de guerra!...

Giró sobre sus talones y volvió a recorrer la habitación.

—Eso no —murmuró Jacques—. Aquí tenemos a los Jaurès... Fuera de Francia, a los Vandervelde, a los Haase...

—¡Ah! ¿Entonces tú cuentas con los jefes supremos? —prosiguió Mourlan, a tiempo que venía hacia él en línea recta—. ¡Y, sin embargo, les has visto de cerca, en Bruselas!... ¿Crees que si esos tipos hubiesen sido hombres, unos hombres verdaderamente decididos a defender la paz con actos revolucionarios, no habrían conseguido ponerse de acuerdo para dar una consigna única al socialismo europeo? ¡No! ¡Se han hecho aclamar, lanzando anatemas contra los gobiernos! ¿Y luego, qué? Luego, han corrido a las oficinas de Correos para enviar telegramas suplicantes al Kaiser, al Zar, a Poincaré, al Presidente de Estados Unidos, ¡hasta al Papa! ¡Sí, al Papa; para que amenace a Francisco José con el infierno!... ¿Qué ha hecho tu Jaurès? ¡Va todas las mañanas, como un granuja, a tirar de la levita a Viviani, conjurando a «su querido ministro» para que ahueque la voz y asuste así a Rusia!... ¡No! ¡La clase obrera ha sido engañada por sus propios jefes! ¡Éstos, en lugar de ponerse resueltamente a la cabeza de un movimiento de rebeldía contra la amenaza de guerra, han renunciado a la oportunidad revolucionaria y han entregado el proletariado al capitalismo triunfante!...

Dio dos pasos para alejarse, pero volvió casi inmediatamente para decir:

—¡Y nadie me quitará la idea, por otra parte, de que tu Jaurès presume para la galería! ¡En el fondo sabe tan bien como yo que ya está todo hecho!; ¡que todo está perdido!; ¡que mañana van a querer entrar en la danza Rusia y Alemania, y que Poincaré aceptará la guerra fríamente!... En primer lugar, porque querrá respetar los criminales compromisos que ha contraído en Petersburgo, y además... —Se interrumpió para ir hacia la puerta, la entreabrió suavemente e hizo entrar a una gata gris con su tres gatitos—. Pasa, minina... ¡Y además, porque está que no vive por ser él quien intente devolver Alsacia y Lorena a Francia!

Se había acercado a la librería, cargada de libros y folletos, que ocupaba el espacio libre entre las ventanas. Cogió de ella un libro que golpeó ligeramente varias veces con la palma de la mano, como se acaricia el lomo de un caballo.

—Mira, muchacho —dijo, con más suavidad, mientras volvía a dejar el libro en su sitio—: No quiero dárme las de sabihondo, pero no me equivocaba en absoluto, después de su congreso de Basilea, cuando escribí este libracito para demostrarles que su Internacional descansaba sobre un equívoco. Jaurès me insultó. Todo el mundo me insultó. ¡Aquí tenemos ahora los hechos!... Era una locura querer «conciliar» el internacionalismo socialista, el nuestro, el de verdad, con las fuerzas nacionales que

todavía detentan el poder en todas partes... ¡Querer combatir, y esperar vencer, sin salirse de los procedimientos legales, contentándose con «hacer presión» sobre los gobiernos y limitando los ataques a precisos discursos parlamentarios, era la tontería de las tonterías!... ¿Quieres que te diga yo lo que les pasa a las nueve décimas partes de nuestros famosos jefes revolucionarios? ¡Que nunca podrán decidirse a actuar al margen de la ley y del Estado! ¿Te das cuenta ahora de la lógica? ¡Y ya no les queda otro remedio más que defender con la punta de sus bayonetas, tan pronto como aparezca en la frontera el primer ulano, este mismo Estado al que no han sabido (al que no han querido) derribar en el momento oportuno, para poner en su lugar a la República socialista!... ¡Y se preparan a hacerlo bajo cuerda!... ¡Pensar que habrá que ver una cosa así! —prosiguió rabioso, girando una vez más sobre sí mismo y yendo muy de prisa hasta el otro extremo de la habitación—. ¡Será una defección general; te lo digo yo! ¡Una defección a lo Gustavo Hervé! ¡La defección de todos los jefes, desde el primero al último!... ¿Has leído los periódicos? ¡La patria está en peligro! ¡Todos en pie! ¡Desenvainen los sables! ¡Chin pum pum! ¡Es el tam-tam para preparar la gran matanza!... De aquí a ocho días ya no habrá en Francia, y puede que en toda Europa, ni una docena de socialistas auténticos: ¡ya no habrá en todas partes sino *socialistas patrioter*!

Volvió rápidamente hacia Jacques, y le puso en el hombro su mano nerviosa.

—Por eso te lo digo, muchacho, y haz caso a Mourlan: ¡lárgate!... ¡No esperes! ¡Vuelve a Suiza! Allí tal vez haya todavía algo que hacer para elementos como tú. Pero aquí todo se ha fastidiado, ¡y bien fastidiado!

Jacques se separó de Mourlan con una sensación de malestar que no conseguía alejar. ¿Dónde buscar consuelo?

Corrió a *l'Humanité*.

Pero Stefany y Gallot estaban en conferencia con Jaurès. Cadieux, con el que se tropezó entre dos puertas, tuvo tiempo de gritarle, sin dejar de correr, que Jaurès acababa de ser recibido por dos miembros del gobierno, Malvy y Abel Ferry, y que había venido afirmando que todavía no había motivos para desesperar.

Apenas lo había dejado Jacques, cuando cayó sobre Pagès, el joven colaborador de Gallot; éste parecía muy pesimista. El zafarrancho militar parecía acelerarse en Rusia: por todas partes se confirmaba la sospecha de que el Zar había firmado la víspera, en secreto, el ucace decisivo, el ucace de la movilización general.

En el «Croissant», donde Jacques no hizo sino entrar un momento, no distinguió a nadie conocido, excepción hecha de la madre Ury, quien, en un ángulo de la sala, parecía presidir un minúsculo congreso feminista. Encaramada en el asiento de hule —demasiado alto para sus cortas piernas—, sin sombrero, con su cara de vieja fanática aureoleada por los mechones grises, se agitaba y peroraba en el centro de un grupo de militantes, a las que sin duda había reunido aquí para adoctrinarlas. Jacques fingió no haberla visto y se eclipsó.



En la calle de Sentier, en el «Progrès», ya había algunos compañeros, sentados en la sala del entresuelo, que comentaban los rumores del día: Rabbe, Jumelin, Berthet y un nuevo, de Nancy, secretario de la Federación de Meurthe-et-Moselle, llegado por la mañana a París y que traía noticias del Este.

Un socialista alemán, con quien había hecho el viaje, le había afirmado que la víspera por la noche se había celebrado en Berlín un consejo de guerra. Se había decidido en él la convocatoria del Consejo Federal. En Alemania se preveían para hoy mismos «graves decisiones». Los puentes sobre el Mosela estaban ocupados militarmente por las tropas alemanas. Todo el mundo estaba a merced de cualquier incidente. Ya la víspera, en los alrededores de Lunéville, la caballería ligera alemana, a modo de provocación, había franqueado la frontera y galopado algunos centenares de metros en territorio francés.

—¿En Lunéville? —dijo Jacques, pensando de repente en Daniel... y en Jenny.

Ya no escuchaba sino distraídamente. El de Nancy contaba que, desde hacía algunas noches, en todas las líneas de ferrocarriles del Este desfilaban interminables convoyes de vagones vacíos que se reunían en las grandes estaciones, para venir en seguida a acumularse como reserva en los suburbios parisinos.

Jacques callaba, con el corazón oprimido. Veía a Europa deslizarse por la pendiente fatal, como si lo viera con sus propios ojos. ¿Qué milagro podía aún provocar el viraje salvador, ese cambio de la opinión, esa resistencia brusca y masiva de los pueblos?

Y, de repente, sintió deseos de ver a su hermano. No había estado con él en toda la semana. Era la hora de comer, la hora de encontrar a Antoine en su casa.

«Además —se dijo—, esta visita me ayudará a hacer tiempo hasta la hora de ir a ver a Jenny.»

## LX

¿EL señorito Jacques sabe que va a declararse la guerra? —preguntó León. ¿Se burlaba? El tono era bobaliconamente interrogativo, así como la mirada de sus ojos aovados; pero en su boca había socarronería. Sin aguardar contestación, añadió—: Yo me incorporo el cuarto día. Pero siempre he sido asistente...

Se oyó en el rellano de la escalera el ruido de la puerta del ascensor.

—Aquí está el señor —dijo León. Y fue a abrir la puerta.

Antoine llevaba cogido por el hombro a un hombrecillo con gafas, de pelo blanco, vestido con una chaqueta de alpaca. Jacques reconoció al antiguo secretario de su padre.

El señor Chasle, al verle, se sobresaltó. Siempre que encontraba una cara conocida, se ponía la mano en la boca, como para ahogar una exclamación de sorpresa.

—¿Ah, es usted?

Antoine, con expresión preocupada, estrechó la mano de su hermano, sin que pareciera extrañarle encontrarlo aquí.

—El señor Chasle estaba paseando por la acera, en espera de que yo llegara... He conseguido que suba a comer con nosotros.

—Un día es un día —susurró modestamente el señor Chasle.

Antoine se volvió hacia el criado:

—Ya puede servir.

Entraron los tres en el gabinete de consulta, donde ya estaban reunidos Studler, Jousselin y Roy. La mesa estaba atestada de periódicos abiertos.

—Me he retrasado, porque después del hospital he estado en el Quai d'Orsay —explicó Antoine.

Hubo un momento de silencio. Todos le miraban sombríos.

—¿Y qué? —dijo por fin Studler.

—Esto va mal..., pero que muy mal... —dijo Antoine lacónicamente. Movié la cabeza con una mueca de desaliento. Luego, alzó la voz—: Vamos a comer.

Los presentes iban comiéndose los huevos pasados por agua con preocupada aplicación, sin que ninguno de ellos rompiera el silencio.

—Por lo que dice Rumelles —anunció de repente Antoine, sin levantar los ojos del plato— hay ahora razones bastante poderosas para esperar que Inglaterra irá con nosotros. En cualquier caso, no contra nosotros.

—Entonces —preguntó Studler—, ¿por qué no se apresura a decirlo? ¡Eso todavía podría salvarlo todo!

Jacques no se pudo contener.

—¿Por qué? Pues porque no es completamente seguro que Inglaterra tenga el deseo de salvarlo todo... Inglaterra es, sin ninguna duda, la única nación que verdaderamente tiene probabilidades de ganar en la lotería de una guerra general.

—Te engañas —dijo Antoine, nervioso—. Parece ser que, en las altas esferas, nadie en Londres desea la guerra.

A la derecha de Antoine, el señor Chasle escuchaba, sentado en el borde de su silla. Dondequiera que estuviese sentado, siempre parecía estarlo sobre un traspuntín. Volvía la cabeza a derecha e izquierda, y miraba con una atención tan agobiante al que hablaba que hasta se le olvidaba comer. El barullo que se preparaba en el mundo sobrepasaba su comprensión y su resistencia nerviosa. Desde la antevíspera, un miedo enfermizo, alimentado por la lectura de los periódicos y por las conversaciones, se había abatido sobre el pobre diablo; el haber venido aquí esta mañana, se debía principalmente a la secreta esperanza de que le tranquilizarían.

Antoine adoptó un tono doctrinal que sonaba a falso.

—El gobierno británico está compuesto, de momento, por hombres sinceramente pacíficos. Por otra parte, según parece, se trata del mejor equipo gubernamental de Europa. Grey es un hombre inteligente, que lleva los asuntos extranjeros desde hace ocho años. Asquith y Churchill son unos individuos reflexivos y probos. Haldane es notablemente activo y conoce Europa perfectamente. En cuanto a Lloyd George, su pacifismo es notorio; siempre se ha mostrado hostil a los armamentos.

—Todos de lo mejor —confirmó el señor Chasle, como si su opinión estuviera establecida mucho tiempo atrás.

Jacques, a la defensiva, miraba a su hermano y seguía comiendo en silencio.

—Conducida por tales hombres, Inglaterra no tiene ningún deseo de correr la aventura —terminó Antoine.

Studler volvió a intervenir.

—¿Entonces, por qué Grey se afana desde hace diez días en querer arreglar los cosas con trucos diplomáticos, cuando el único medio seguro de hacer retroceder a los Imperios centrales hubiera sido advertirles que, en caso de guerra, tendrían a Inglaterra contra ellos?

—Pues precisamente eso, según parece, es lo que ha hecho Grey ayer, en una conversación con el embajador de Alemania.

—¿Y cuál ha sido el resultado?

—Ninguno... Ninguno todavía... Por otra parte, en el Quai d'Orsay se teme que esta declaración sea demasiado tardía para surtir efecto.

—Naturalmente —refunfuñó Studler—. ¿Por qué haber esperado tanto?

—Tened la seguridad de que no ha sido por casualidad —insinuó Jacques—. De todos los políticos retorcidos que se reparten el poder en Europa, Grey parece sin duda el más...

—Pues no es eso en absoluto lo que dice Rumelles —interrumpió Antoine malhumorado—. Rumelles ha sido Agregado de nuestra Embajada en Londres durante tres años; ha tenido frecuentes relaciones con Grey; por tanto, él opina con conocimiento de causa. Y te aseguro que habla de una manera muy inteligente.

—Eso si que es delicioso —murmuró el señor Chasle en voz baja y como si

hablara para consigo mismo.

Antoine se había callado. No tenía ninguna gana de discutir, y ni siquiera de contar lo que había sabido en el Quai. Estaba muy cansado. Había pasado la velada clasificando, con Studler, los archivos de notas médicas (por lo que pudiera ocurrir, quería dejar sus archivos en orden). Luego, después de haberse marchado el Califa, había subido a su despacho para quemar algunas cartas y arreglar sus papeles personales. Había dormido dos horas, de madrugada. Nada más al despertarse, la lectura de los periódicos le había puesto en un estado de ansiedad febril, que no había cesado de aumentar en el curso de la mañana, por las conversaciones, el pesimismo y el desconcierto de todos. Su consulta, en la primera mitad del día, había sido especialmente numerosa.

Había salido agotado del hospital. Y ahora, para acabar de arreglarlo, esta conversación desalentadora con Rumelles... Esta vez su moral estaba seriamente afectada. La tormenta hacía vacilar precisamente los cimientos sobre los que había asentado su vida: la ciencia y la razón. Descubría de repente la impotencia del espíritu y, ante tantos instintos desencadenados, la inutilidad de las virtudes sobre las cuales su existencia laboriosa se apoyaba desde siempre: la medida, el sentido común, la cordura y la experiencia, el deseo de justicia... Le hubiera gustado estar solo, poder reflexionar, luchar contra la depresión, dominarse, prepararse estoicamente para lo inevitable. Pero todos estaban vueltos hacia él y parecían esperar sus palabras. Frunció el entrecejo, y, haciendo acopio de toda su energía, prosiguió:

—Ese Grey, según parece, es el tipo del inglés consciente; un poco desconfiado, un poco timorato y no muy generoso, pero de gran lealtad en el pensamiento y en la acción. Todo lo contrario de lo que tú crees —dijo Antoine, dirigiéndose a su hermano.

—Yo le juzgo por su política —repuso éste.

—¡Rumelles explica admirablemente esta política! Pero es bastante complicado, y probablemente no me acordaré de todo lo que me ha dicho... —Suspiró, y se pasó la mano por la frente—. En primer lugar, Grey no tiene las manos libres para anunciar una alianza firme con Francia. En el gobierno hay hombres partidarios de Alemania, como Haldane; en cuanto al pueblo inglés, hasta estos últimos días estaba mucho más preocupado con las dificultades irlandesas que con las consecuencias del asesinato de Sarajevo, y hubiera rechazado de plano la idea de tener que venir a luchar en el continente para defender a Servia... Por consiguiente, incluso si Grey hubiera tenido la tentación de comprometer a Inglaterra en el conflicto, está claro que se exponía a que no le apoyaran ni sus colegas, ni su parlamento, ni su país.

Se sirvió un vaso de vino, lo que hacía contadas veces en la comida del mediodía, y se lo bebió de un trago.

—Y no es eso todo —continuó—. La cuestión, como siempre, es también de tipo psicológico. Parece que Grey, desde el primer día, ha tenido plena conciencia de que Inglaterra disponía de la paz y de la guerra. Pero también se ha dado cuenta de que el

arma que tenía en su mano era de doble filo. Imaginaos que hace ocho días el gobierno inglés hubiera dado a Francia y a Rusia la seguridad pública de su apoyo militar...

—... hubiéramos visto inmediatamente a Berlín cambiar de tono —interrumpió Studler—. ¡Alemania se hubiera batido en retirada, con lo cual habría obligado a Austria a esconder las uñas y todo se habría terminado amistosamente, con calbideos de las cancillerías!

—Es posible, pero no cierto de una manera absoluta. Y, según parece, Grey tenía buenas razones para temer lo contrario: si Rusia hubiese sabido con certeza que podía contar, no solamente con el ejército y el dinero francés, sino también con la flota y el dinero ingleses, la tentación de jugar la partida con tales triunfos se habría hecho sin duda irresistible... Considerada bajo este punto de vista —prosiguió Antoine, mirando hacia Jacques—, la actitud de Grey toma un aspecto completamente distinto. Se comprende entonces que sea precisamente su auténtico deseo de salvaguardar la paz lo que le ha hecho adoptar su posición de equilibrio. Ha dicho a Francia: «Tened cuidado, influid en Rusia; está a punto de arrastraros a un conflicto en el que (quede esto bien claro) no podréis contar con nosotros». Y al mismo tiempo, decía a Alemania: «¡Atención! No aprobamos vuestra intransigencia. No olvidéis que nuestra flota está movilizada en el mar del Norte, y que no hemos prometido a nadie permanecer neutrales.»

Studler se encogió de hombros.

—Por muy escrupuloso que parezca, tu Grey pudiera muy bien no ser sino un gran ingenuo. Porque Rusia tenía que conocer fatalmente, por medio de su servicio de información, las amenazas que Londres dirigía a Berlín, lo que naturalmente la incitaba a esperar el apoyo inglés. Y, mientras tanto, el contraespionaje alemán informaba a Berlín de las conversaciones poco amistosas de Inglaterra con Francia y Rusia..., y, en consecuencia, Alemania ya no tenía ninguna razón para tomar en serio la amenaza inglesa... ¡En resumidas cuentas, esa posición de equilibrio no ha servido indudablemente más que para aumentar las probabilidades de guerra!

Por otra parte, ésta era sobre poco más o menos la conclusión a que también había llegado Rumelles. Pero Antoine no lo dijo. Hacía una distinción meticulosa entre las noticias de tipo general, que creía poder transmitir a sus colaboradores sin ser indiscreto, y todo aquello que en la libre conversación del diplomático le parecían opiniones personales y confidencias. La presencia de Jacques le inclinaba a ser aún más circunspecto que de costumbre. Así, pues, no tenía intención de decir que en las altas esferas se tanteaba si no era llegado el momento de hacer un llamamiento directo y acuciante a la Gran Bretaña; por ejemplo, bajo la forma de una carta personal del Presidente de la República al rey Jorge. E incluso se guardó muy bien de aludir al hecho concreto que, según Rumelles, había decidido finalmente a Grey a poner la espada británica en la balanza, en el transcurso de la conversación del día anterior con el embajador de Alemania. Los alemanes, según parecía, habían

cometido la antevíspera, día 29, una terrible torpeza: «Prometednos la neutralidad inglesa —habían venido a decir a Londres—, y nos comprometemos a respetar después de nuestra victoria la integridad territorial de Francia; no le confiscaremos sino las colonias.» Este discurso impertinente —agravado por la negativa de comprometerse a no violar la neutralidad belga si estallaba el conflicto— había provocado, según Rumelles, la indignación del Foreign Office, y había creado una tendencia francófila en el espíritu de todos los miembros del Gabinete y precipitado más decididamente al gobierno inglés del lado franco-ruso.

Jacques había escuchado la exposición de Antoine sin contradecirlo. Pero no cedía.

—En todo eso —dijo—, me parece que Rumelles olvida demasiado los principales datos del problema.

—¿A saber?

—A saber: que hace diez años la Gran Bretaña era todavía la dueña indiscutible de los mares, y que si no encuentra un medio para detener a cualquier precio el desarrollo acelerado de la flota alemana, Inglaterra no será muy pronto sino una potencia naval de segundo orden. Esto son realidades archiconocidas, pero que, a pesar de todo, explican muchas más cosas, según mi criterio, que los casos de conciencia y las vacilaciones psicológicas de Grey.

—Sí —encareció Studler—. ¿Y qué papel juega en la política inglesa el asunto del ferrocarril de Bagdad? ¡La detentación por Alemania de una línea que une a Constantinopla con el golfo Pérsico, es decir, que lleva directamente a las Indias y amenaza al Canal de Suez con una competencia vital!

—¿Y todo eso qué viene a probar? —dijo el joven Roy, con indiferencia.

—¿Qué viene a probar? —repitió el señor Chasle, como un eco.

—Que Inglaterra tiene imperiosos motivos para desear una guerra que reduzca la potencia de Alemania —respondió Jacques—. Y, para mí, esto aclara toda la cuestión.

—Inglaterra ya se vio muy apurada con Napoleón Primero —observó amablemente el señor Chasle. Y con una sonrisita añadió—: ¡Bien es verdad que, por lo que respecta a la guerra, Napoleón Primero fue un estratega como nunca lo tendrán en Alemania!

Hubo un corto silencio, y una lucecilla irónica, pronto reprimida, brilló discretamente en todas las miradas.

—¿Y a pesar de eso, no opinas que bien puede creerse en el pacifismo actual de los dirigentes británicos? —preguntó Jouselin a Jacques.

—No. Cuando el Kaiser ha declarado: «Nuestro porvenir está en el mar», era a Inglaterra a quien arrojaba el guante. Según mi criterio, Inglaterra está en estos momentos en plan de recogerlo. Aprovecha la esperanza que aún puede tener de aplastar a la única nación de Europa que le estorba. Creo que Grey, muy bien informado acerca de las intenciones de Rusia, al multiplicar sus ofrecimientos de

mediación, no se hacía ninguna ilusión sobre su eficacia; creo que a plena conciencia no ha dejado de jugar con el equívoco; creo que, en realidad, el gobierno inglés considera finalmente como una oportunidad todo aquello que pueda hacer inevitable esta guerra que le hace falta; que le hace falta, pero de la cual no se había atrevido todavía, y tal vez no se hubiera atrevido nunca, a tomar la iniciativa por sí misma.

Miró a su hermano. Antoine pelaba una fruta y parecía haberse desinteresado de la discusión.

—Ya en mil novecientos once —observó Studler, volviéndose hacia Manuel Roy — Inglaterra hizo todo lo posible para envenenar pérfidamente las relaciones franco-alemanas, a propósito de Marruecos. Sin Caillaux...

Los ojos de Jacques se posaron sobre Roy. Estaba sentado a un extremo de la espaciosa mesa. Al oír el nombre de Caillaux, había levantado la cabeza bruscamente, y se le veían brillar sus magníficos dientes.

En este momento, Joussein, quien desde hacía un momento parecía meditar, tomó la palabra. Renunciando a seguir pelando las almendras frescas que tenía en su plato, las cuales se dedicaba a limpiar distraídamente con cuchillo y tenedor, paseó en tomo a la mesa su mirada acariciadora.

—¿Sabes cómo imagino yo que los historiadores futuros contarán la historia que estamos viviendo? Dirán: «En junio de mil novecientos catorce, un día de verano, estalló bruscamente un incendio en el centro de Europa. El fuego se encendió en Austria. La leña había sido preparada cuidadosamente en Viena...»

—... Pero —interrumpió Studler— ¡la chispa había partido de Servia! ¡Llevada por un viento del nordeste, violento y traidor, que venía directamente de Petersburgo!

—¡Y los rusos —continuó Joussein— soplaron inmediatamente sobre el fuego!

—... con el consentimiento incomprensible de Francia... —apuntó Jacques—. ¡Y, de común acuerdo, han arrojado sobre la pira gran cantidad de ramitas que tenían puestas a secar desde hacía mucho tiempo!

—¿Y Alemania? —preguntó Joussein. Como nadie le contestara, prosiguió—: Alemania, mientras tanto, miraba fríamente subir las llamas y extenderse las chispas... ¿Era por duplicidad?

—¡Claro que sí! —gritó Studler.

—No. Era tal vez por estupidez —interrumpió Jacques—. ¡Por estupidez y por orgullo! ¡Porque suponía, locamente, que cuando quisiera podría limitar el incendio y apagar el fuego!

—... y sacar de él las castañas —dijo Roy.

—Estas cosas no debieran suceder —murmuró tristemente el señor Chasle.

Joussein prosiguió:

—Queda Inglaterra...

—¿Inglaterra? —exclamó Jacques—. Para mí es muy sencillo: disponía, desde el principio, de una importante reserva de agua, que hubiera bastado perfectamente para apagar el incendio; y todo, con la circunstancia agravante de que había visto

claramente iniciarse y propagarse el fuego. Pero se contentó con gritar: «¡Socorro!», aunque se guardó muy bien de abrir sus compuertas... ¡Lo cual, a pesar de los aires pacíficos que ha pretendido adoptar, es muy posible que la haga comparecer en el juicio de la posteridad como una malévola cómplice de los incendiarios!...

Antoine, con la nariz metida en el plato, parecía no escuchar.

El Califa volvió hacia Jacques sus grandes ojos húmedos.

—¡Un extremo sobre el cual no puedo estar de acuerdo contigo es la actitud de Alemania! —Y como si no pudiera dominar una ansiedad secreta, su voz tomó de repente una resonancia febril—. ¡Yo sí creo en el deseo de guerra de Alemania!

—¡Naturalmente! —exclamó Roy—. ¡Alemania ha hecho suyo el sueño de Carlos Quinto, el sueño de Napoleón! ¡La guerra de los Ducados, Sadowa, el setenta, son otras tantas etapas hacia la conquista de Europa! ¡Y entre etapa y etapa, acrecentamiento intensivo de su potencia militar, para alcanzar más de prisa su objetivo pangermanista!

Studler, que había esperado con la cabeza baja el final de la parrafada, se inclinó de nuevo hacia Jacques:

—¡Sí; pero creo en la premeditación cínica de Alemania! ¡Es ella la que entre bastidores y desde el principio tira de los hilos y hace actuar a Austria!

Jacques quiso hablar, pero Studler no le dio tiempo. El Califa parecía presa de una agitación insólita. Casi gritó:

—¡Veamos! ¡Es algo que salta a los ojos! ¿Es que Austria, la decadente Austria, se hubiera permitido nunca ella sola ese tono de ultimátum? ¿Y negar a todas las potencias reunidas el menor aplazamiento para la respuesta servia? ¿Y rechazar, sin siquiera tomarse el tiempo para una deliberación, esa respuesta que era tan conciliadora? ¡Ni hablar! Y en el supuesto de que Alemania no haya obrado con premeditación belicosa, ¿cómo explicar su hostilidad sistemática a todas las proposiciones (sinceras o no, pero en todo caso diplomáticamente aceptables) de Inglaterra? ¿Y cómo explicar su negativa a llevar la discusión ante el Tribunal de arbitraje de La Haya, que es lo que propone el Zar?

—Todo eso tiene sus razones en gran parte —insinuó Jacques—. Alemania no ignora nada de los propósitos belicosos del paneslavismo ruso. Y siempre ha sostenido que la intervención de las potencias en la querrela austro-servia supondría, por este solo hecho, más peligros que su abstención.

Antoine contradijo a su hermano con vehemencia:

—En el Quai d'Orsay nunca han confiado en las protestas de pacifismo de Alemania. Tienen hace mucho tiempo la convicción moral...

—¡La convicción moral! —dijo Jacques.

—... de que los Imperios Centrales están resueltos de antemano a apartar todo lo que pueda impedir el conflicto, o incluso retrasarlo —concluyó Antoine. Y para terminar de una vez con esta política de tertulia que le exasperaba, dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó.



Todos le imitaron.

—Alemania, no lo olvidemos, ha hecho varias tentativas de conciliación, que el gobierno ruso y el gobierno francés no han querido tener en cuenta —dijo Jacques a Studler, mientras salían lentamente del comedor.

—¡Añagazas! ¡Vamos! ¡A pesar de todo había que preparar un poco la opinión europea!

Jousselin observó equitativamente:

—Pero la tesis alemana: necesidad de una expedición punitiva contra Servia y estricta localización del conflicto, no implicaba en absoluto el deseo de una guerra europea..., ¡y mucho menos de una guerra *contra nosotros*!

—Sin contar —añadió Jacques— que si Alemania hubiera tenido realmente ese propósito de guerra, ese deseo de aplastar a Francia, ¿para qué esperar tanto tiempo? ¿Por qué hubiera desperdiciado, desde hace quince años, tantas oportunidades mucho más favorables que la de ahora? ¿Por qué no aprovechó la crisis franco-inglesa de Fachoda, en mil ochocientos noventa y ocho? ¿La guerra ruso-japonesa, en mil novecientos cinco? ¿La crisis bosnia en mil novecientos siete? ¿La crisis marroquí, en mil novecientos once?

—Todo eso me tiene sin cuidado —refunfuñó el Califa, con obstinación. Repitió —: ¡Me tiene sin cuidado! —Y metió las manos en los bolsillos.

El señor Chasle, plantado delante de la puerta, roía un corrusco de pan y se apartaba para ir dejando a los demás pasar delante de él. Antoine iba el último. El señor Chasle le enseñó el pan y guiñó el ojo:

—Mi difunto padre también tenía esta manía: como postre necesitaba su corrusquito... A mi me pasa lo mismo. Es lo que más me gusta. —En su sonrisa, que parecía solicitar disculpa por tanta indulgencia en relación con sus debilidades, apuntaba sin embargo cierta vanidad por tener un gusto tan poco corriente. El señor Chasle era demasiado natural para ser modesto.

Cuando Jacques y Jousselin entraban en el gabinete de consulta, donde estaba servido el café, Studler se deslizó entre ellos, los cogió del brazo, e inclinándose prosiguió en un tono angustiado y confidencial:

—¡Me tiene sin cuidado, porque se puede argumentar indefinidamente y encontrar razones para todo! ¡Me tiene sin cuidado, porque todos nosotros «necesitamos» creer que Alemania es culpable y que nos ha engañado! ¡Yo mismo, cuando cojo un periódico hoy en día, lo primero que busco, no lo niego, son pruebas de la duplicidad alemana!

—¿Y por qué? —preguntó Jousselin, que se había detenido en la entrada de la habitación.

El Califa bajó los ojos.

—¡Para poder aceptar lo que se nos viene!... ¡Porque si empezáramos a dudar de la culpabilidad alemana, nos costaría demasiado trabajo hacer lo que todos llaman: «nuestro deber»!

Jacques no pudo contener una risa amarga:

—¡El «deber patriótico»!

—¡Sí! —dijo Studler.

—¿Y todavía podéis tomar en consideración ese pretendido deber, cuando veis lo que se nos prepara en su nombre?

El Califa movía los hombros como si se debatiera en las mallas de una red.

—¡Ah! —prosiguió, en un tono colérico y suplicante—. ¡No me enredes más!... Todos sabemos que si, desgraciadamente, Francia movilizara mañana, a pesar de todo lo que podamos pensar, no nos echaríamos atrás.

Jacques abría ya la boca para gritar: «¡Yo, sí!», cuando vio en el centro de la habitación a su hermano, que se había vuelto hacia él y le miraba con fijeza. Paralizado, aun a pesar suyo, cedió al extraño ruego que se leía en esta mirada y calló. Desde la llegada de Antoine se sentía emocionado por el desconcierto que adivinaba en su hermano; y ello le trastornaba hasta lo más íntimo, como aquella noche en que, a la cabecera de su padre moribundo, vio a su hermano mayor, al que consideraba invencible, estallar de pronto en sollozos.

Antoine se volvió.

—Manuel —dijo—, ¿quieres hacer el favor de servirnos el café?

—Y además —continuó el Califa, en un tono cada vez más febril—, yo me digo: «¡Y quién sabe! ¡Una gran guerra europea adelantaría sin duda el advenimiento del socialismo más de lo que podrían hacerlo veinte años de propaganda en tiempos de paz!»

—En cuanto a eso —dijo Jouselin—, no veo realmente la razón. Sé perfectamente que algunos de vuestros doctrinarios profesan esa teoría de que hace falta una guerra para desencadenar una revolución. Pero siempre he pensado que eso era, como dice amablemente el viejo Philip, «un fruto de la imaginación». ¡Es no tener ni la menor idea de lo que será una nación moderna en armas, un pueblo movilizado! ¡Extraña ilusión esa de esperar que una insurrección, que todavía no ha podido lograrse en la libertad de nuestro régimen democrático, ha de ser posible de repente, y en un momento en el que todos los revolucionarios estarán aprisionados en los cuadros del ejército, a merced de una dictadura militar con derecho de vida y muerte sobre los individuos!

Studler no escuchaba. Miraba a Jacques con fijeza.

—La guerra... —prosiguió Studler con voz sombría—, ¿y qué? Serán tres o cuatro meses, tal vez... pero ¿y si, a consecuencia de estas pruebas, el proletariado de Europa se encontrara más fuerte, más curtido, más unido? ¿Y si después se terminara verdaderamente el imperialismo, la competencia de armamentos? ¿Y si los pueblos fundaran por fin una paz sólida, la paz en la Internacional?

Jacques movía la cabeza obstinadamente.

—¡No! ¡No deseo todo ese bello porvenir problemático, si es al precio de una guerra!... ¡Todo antes que la abdicación de la razón, de la justicia, ante la fuerza

bruta y la sangre! ¡Todo antes que este horror y este absurdo! ¡Todo, todo, antes que la guerra!

Roy, que lo escuchaba, interpeló:

—¿Todo?... ¿Incluso la ocupación del territorio por el enemigo invasor?... Entonces, para estar tranquilos, ¡propongamos cederles inmediatamente a los alemanes el Mosa, las Ardenas, el Norte, el Paso de Calais! ¿Por qué no? ¡Con una cómoda salida al mar!

Jacques se encogió de hombros imperceptiblemente.

—Eso, indudablemente, perjudicarla a algunos industriales del Norte. ¿Pero crees francamente que para la mayor parte de los obreros y de los mineros eso representaría algún cambio esencial en la miseria de su vida? ¿Y que, si se les consultara, la mayor parte no lo preferirían a una muerte gloriosa en el campo de batalla?... —Su rostro seguía grave y animado—. Sé perfectamente que consideráis la guerra y la paz como la oscilación normal en la vida de los pueblos... ¡Es monstruoso!... ¡Hay que detener de una vez para siempre esa oscilación inhumana! ¡Es necesario que la humanidad, liberada de ese ritmo sanguinario, pueda orientar libremente su actividad hacia la creación de una sociedad mejor! ¡La guerra no resuelve ninguno de los problemas vitales del hombre! ¡Ninguno! ¡No hace sino aumentar la condición miserable del trabajador! Carne de cañón durante la guerra; esclavo aún más duramente esclavizado después: ¡ése es su destino! —Sordamente, añadió—: Es muy simple: no veo nada, ¡absolutamente *nada!*, que pueda ser peor para un pueblo que los males de la guerra.

—Muy simple —dijo Roy, fríamente—. Incluso un poco... simplista, si me lo permites, ¡como si un pueblo no tuviera nada que ganar en una guerra victoriosa!

—¡Nada! ¡Nunca!

La voz de Antoine se elevó, clara y cortante.

—¡Insostenible!

Jacques se estremeció y volvió la cabeza. Hasta ahora, Antoine, sentado a su mesa, con los ojos bajos, había parecido ocupado en abrir cartas. En realidad, no perdía ni una sola palabra de lo que se decía a algunos metros de él. Sin moverse de su sitio, sin mirar a su hermano.

—¡Insostenible! ¡Históricamente insostenible! Toda la historia..., empezando por Juana de Arco...

—¿Eh? —interrumpió tranquilamente Jouselin—; ¡quién sabe! Tal vez sin la Doncella, se hubieran unido Inglaterra y Francia en una sola nación... ¿Con gran deshonor para Carlos Séptimo?: de acuerdo ¡Pero tal vez con gran beneficio para ambas naciones, a las que se les hubieran evitado muchos sufrimientos! ...

Antoine se encogió de hombros.

—Sé formal, Jouselin... ¿Dirás, por ejemplo, que Alemania no ha ganado nada en Sadowa y en Sedán?

—¡Alemania! —repuso Jacques—. ¡La nación alemana! Una entidad... ¿Pero «el pueblo»? Pero el alemán, el hombre del pueblo alemán, ¿qué ha ganado?

Roy se irguió.

—¿Y si para las pascuas de mil novecientos quince, o incluso antes, Francia ha reconquistado victoriosamente su Alsacia-Lorena, si ha extendido su territorio hasta la frontera natural del Rhin (con la consiguiente anexión de las riquezas mineras del Sarre) y ha aumentado su imperio colonial con las posesiones alemanas en África? ¿Y si, por la fuerza de las armas, se convierte en la mayor potencia del continente? ¿Podrá pretenderse entonces que el pueblo francés no habrá ganado nada con el sacrificio de sus soldados?

Rompió a reír, con simpatía; luego, estimando sin duda la causa como concluida, sacó la pitillera, cogió una silla, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas.

—No es tan sencillo todo eso... No es tan sencillo... —murmuró Jouselin, pensativo, al lado de Jacques.

—¡Ah! —prosiguió Jacques, dirigiéndose a Jouselin y bajando la voz—. ¡Yo no puedo admitir la violencia, ni siquiera contra la violencia! ¡No quiero dejar en mi pensamiento ninguna rendija por la que puedan deslizarse veleidades de violencia!... ¡Rechazo toda guerra, sea bautizada de «justa» o «injusta»! ¡Toda guerra, de dondequiera que venga, y por cualquier motivo que sea!

La emoción lo ahogaba. Se calló. «¡Incluso la guerra civil!», pensó, recordando sus controversias apasionadas con los revolucionarios resueltos a todo, como Mithörg. («No es a un desencadenamiento del odio y la violencia —les decía— a lo que quiero deber el triunfo de este ideal de fraternidad, al cual he consagrado mi vida...»)

## LXI

—NO es tan simple... —repitió Jouselin, paseando a su alrededor una mirada pensativa.

Hizo una pausa, y, en otro tono, como si persiguiera ideas huidizas, agregó:

—Nosotros, como médicos, tendremos al menos la suerte de que no se nos enrolará para jugar un papel sanguinario... Que nos movilizarán, no para matar, sino para curar...

—Sí, sí... —dijo Studler vivamente, y sus ojos húmedos se volvieron hacia Jouselin con una especie de gratitud.

—¿Y si no fuerais médicos? —dijo entonces Roy, observándolos uno a uno, con una curiosidad agresiva. (Todos sabían que él nunca había hecho uso de sus diplomas para con las autoridades militares; que durante su servicio, después de una corta estancia entre el personal de la enfermería, había obtenido su reincorporación a la tropa, y que en la actualidad estaba inscrito como subteniente de un regimiento de infantería.)

—¿Entonces, mi querido Manuel —exclamó Antoine—, decididamente, no quieres darnos el café?

Parecía buscar cualquier pretexto para detener la discusión y dispersar el grupo de los discutidores.

—¡Ya voy, jefe! —dijo el joven. Y se puso de pie, deportivamente, pasando la pierna por encima del respaldo de la silla.

—¡Isaac! —llamó Antoine.

Studler se acercó, y Antoine le alargó un sobre.

—Toma; el Instituto de Filadelfia se ha decidido por fin a contestar... —Y por la fuerza de la costumbre, añadió—: Para archivar.

Studler le miró con extrañeza, sin coger la carta. Antoine esbozó una sonrisa y arrojó el sobre a la papelerera.

Jouselin y Jacques habían quedado solos, de pie, en un rincón de la amplia estancia.

—Médico o no —dijo Jacques, sin mirar en dirección a su hermano, pero en voz más alta que si se hubiera dirigido solamente a Jouselin—, todo movilizado que conteste al llamamiento, presta su adhesión a la política nacionalista y consiente por este solo hecho en la guerra. Según yo, la cuestión sigue siendo la misma para todos: ¿para aceptar el desempeñar un papel en esta matanza, basta que un gobierno os dé la orden?... Incluso si yo no fuera... lo que soy —prosiguió, inclinándose hacia Jouselin—, incluso si yo fuera un ciudadano sumiso y satisfecho de las instituciones de su país, no admitiría que una razón de Estado pudiera obligarme a infringir lo que para mí es una obligación moral. Un Estado que se abroga el derecho de violentar la conciencia de aquellos a quienes administra, no es digno de que se le preste una

colaboración incondicional. ¡Y una sociedad que antes que nada no tiene en cuenta el valor moral de los individuos, no merece sino desprecio y desobediencia!

Jousselin inclinó la cabeza.

—Yo he sido dreyfusista acérrimo —dijo, a modo de contestación.

Antoine, que parecía ocupado en su mesa, se volvió por completo.

—La cuestión está mal planteada —dijo, con voz cortante. Mientras hablaba, se había levantado y, mirando a su hermano, se adelantaba solo, al centro de la habitación—. Un gobierno democrático como el nuestro, aun cuando su política puede ser rechazada por una minoría de oposición, no está en el poder si no representa legalmente la voluntad de los más. Por consiguiente es a esta voluntad colectiva de la nación a la que obedece el movilizado al responder al llamamiento, ¡cualquiera que pueda ser su opinión personal acerca de la política del gobierno que está en el poder!

—Invocas la voluntad de los más —dijo Studler—. Pero la mayoría, por no decir la totalidad de los ciudadanos, en el momento actual, ¡desea que no haya guerra!

Jacques volvió a coger la palabra.

—¿Y en nombre de qué? —preguntó, evitando dirigirse a su hermano, y mirando a Jousselin con una fijeza bastante torpe—; ¿en nombre de qué sería obligada esta mayoría a sacrificar unos principios reflexivos, legítimos, y anteponer su sumisión de ciudadano a sus más sagradas convicciones?

—¿En nombre de qué? —exclamó Roy, irguiéndose como si hubiera recibido una bofetada.

—¿De qué? —dijo, como un eco, la voz del señor Chasle.

—En nombre del pacto social —pronunció Antoine con firmeza.

Roy miró a Jacques y luego a Studler, como si les desafiara a contestar. Luego, se encogió de hombros, giró sobre sus talones, alcanzó rápidamente un sillón alejado junto a una ventana y se dejó caer en él, vuelto de espaldas.

Antoine, con los ojos bajos, removía nerviosamente la cucharilla en la taza y parecía reflexionar.

Hubo un momento de silencio, que Jousselin interrumpió con amenidad.

—Te comprendo perfectamente, Thibault; y creo que, en resumidas cuentas, opino como tú... La sociedad actual, tenga o no sus taras, es, a pesar de todo, una realidad para nuestra generación de adultos. Es una plataforma ya hecha y relativamente sólida, que las generaciones precedentes han construido y nos han legado; es la plataforma en la que a nuestra vez hemos encontrado nuestro equilibrio... Yo también tengo conciencia de ello, y muy fuerte.

—Así es —dijo Antoine. Seguía moviendo la cucharilla, sin levantar la cabeza—. En tanto que individuos, somos unos seres débiles, aislados, inermes. Nuestra fuerza, la mayor parte de nuestra fuerza, y, de cualquier forma, la posibilidad de ejercer esta fuerza de una manera fecunda, la debemos al agrupamiento social que nos reúne y coordina nuestras actividades. Y para nosotros, en el estado actual del mundo, esta

agrupación no es un mito: se encuentra definido y limitado en el espacio. Tiene un nombre: Francia...

Hablaba lentamente, con una voz triste pero firme, como si hubiera preparado mucho tiempo atrás lo que ahora estaba diciendo y hubiera escogido voluntariamente la ocasión para decirlo.

—Todos nosotros somos miembros de una comunidad nacional, y por ello estamos prácticamente subordinados a ella. Entre nosotros y esta comunidad (que nos permite ser lo que somos, vivir en una seguridad casi completa y organizar en sus moldes nuestras vidas de hombres civilizados), entre nosotros y ella hay desde hace milenios un lazo consentido, un pacto: ¡un pacto que nos afecta a todos! No es una cuestión de elección; es una cuestión de hecho... Mientras los hombres vivan en sociedad, tengo la convicción de que los individuos no podrán considerarse liberados a su capricho de sus obligaciones con respecto a esta sociedad que los protege y de cuyas ventajas se benefician.

—¡No todos! —interrumpió Studler.

Antoine le dirigió una rápida mirada.

—¡Todos! ¡De manera desigual, tal vez, pero todos! ¡Tú, como yo! ¡El proletario, igual que el burgués!; ¡el camarero, igual que el encargado! Como consecuencia del hecho de haber nacido miembros de la comunidad, todos hemos ocupado en ella un lugar, del cual cada uno de nosotros obtiene a diario un determinado beneficio. Beneficio que tiene como contrapartida el respeto a un contrato social. Ahora bien: una de las primeras cláusulas de este contrato es que todos respetemos las leyes de la comunidad y nos conformemos con ellas, aunque en el curso de nuestras libres reflexiones como individuos estas leyes no siempre nos parezcan justas. Rechazar estas obligaciones sería abrir una brecha en el armazón de las instituciones que hacen que una comunidad nacional como Francia sea un organismo equilibrado y vivo. Equivaldría a derribar el edificio social.

—¡Sí! —dijo Jacques, en voz baja.

—Y lo que es más —prosiguió Antoine, en tono irritado—: sería obrar sin discernimiento, porque sería trabajar contra los verdaderos intereses del individuo. Porque el desorden que resultaba de esta rebeldía anárquica tendría para el individuo consecuencias infinitamente más nefastas que su sumisión a leyes, incluso defectuosas.

—¡A saber! —dijo Studler con vehemencia.

Antoine dirigió una nueva mirada hacia el Califa y, esta vez, se adelantó un paso hacia él.

—¿Es que como ciudadanos no tenemos que someternos continuamente a unas leyes que desaprobamos como individuos? Por otra parte, la comunidad nos autoriza para enfrentarnos con ella: ¡todavía existe en Francia la libertad de pensar y la libertad de escribir! Y tenemos incluso un arma legal para combatir: la papeleta de voto.

—¡Valiente cosa! —repuso Studler—. ¡Menuda superchería es en Francia tu sufragio universal! ¡De cuarenta millones de franceses, no hay ni siquiera doce millones de electores! ¡Basta con seis millones de votos más uno, para formar lo que se tiene la desfachatez de llamar la mayoría! Por consiguiente somos treinta y cuatro millones de imbéciles, sometidos a la voluntad de seis millones de individuos, la mayor parte de los cuales ya sabes cómo vota: ¡a ciegas, bajo la influencia de los comentarios de taberna! No y no; el francés no tiene ningún poder político real. ¿Tiene medios de modificar la constitución del régimen? ¿De desaprobar, o incluso discutir las leyes nuevas que se le imponen? ¡Ni siquiera es consultado sobre las alianzas que se establecen en su nombre, y que pueden arrastrarle a conflictos en los que puede perder hasta el pellejo! ¡Eso es lo que se llama en Francia la soberanía nacional!

—Perdona —rectificó Antoine, tranquilamente—. Yo no me siento tan indefenso como tú quieres señalar. Evidentemente, no se me consulta personalmente acerca de cada acontecimiento de la vida social. ¡Pero si la comunidad adopta una política que me desagrada, soy completamente libre de otorgar mi sufragio a los que la combatan en el Parlamento!... Entre tanto, y mientras mi voto no consiga expulsar del poder a los que hasta ahora representan la voluntad de la mayoría y poner en su lugar a otros que modifiquen la política del Estado de acuerdo con mis preferencias, mi deber es bien sencillo. E indiscutible. Estoy obligado por el pacto social. Debo someterme. Debo obedecer.

—¡*Dura lex, es lex!* —murmuró el señor Chasle sentenciosamente, aprovechando una pausa.

El Califa iba y venía por la habitación.

—Queda por saber —rezongó— si en el caso presente el desorden revolucionario que provocaría la insumisión de los movilizados no sería un mal infinitamente menos grave que...

—... ¡que la más corta de las guerras! —terminó Jacques.

En el otro extremo del gabinete, Roy hizo un movimiento y se oyeron gemir las muelles de su asiento. Pero no dijo nada.

—Por lo que a mí respecta, Thibault —dijo Jouselin lentamente—, pienso como tú: obedeceré... Dicho esto, comprendo que para los demás, en un momento tan excepcional, en vísperas de un cataclismo como el que nos amenaza, esta sumisión sea un deber... inaceptable..., inhumano.

—Al contrario —replicó Antoine—. ¡Cuanta más conciencia tenga el individuo de la gravedad de los acontecimientos, más imperioso debe parecerle su deber!

Hizo una pausa y dejó el café en la bandeja, sin haberlo probado. Sus facciones se hallaban contraídas y le temblaba la voz.

—Hace ya varios días que pienso en ello —confesó, de repente, en un tono deprimido que hizo que se levantaran hacia él involuntariamente los ojos de Jacques. Durante algunas segundos apoyó el pulgar y el índice sobre los párpados, antes de



levantar la cabeza y lanzar en dirección a Jacques una mirada viva y penetrante. Luego, midiendo las palabras, continuó—: Si la movilización fuera decretada esta misma tarde por un gobierno que la mayoría ha elegido (aunque hubiese sido en contra de mi voto), no sería el que yo pensara de la guerra esto o lo otro, ni el que yo formara parte de una minoría de oposición, lo que me otorgaría el derecho a romper el pacto deliberadamente y a sustraerme a unas obligaciones que son las mismas para todos, ¡exactamente las mismas para todos!

Jacques había escuchado, sin casi intervenir, estas palabras pronunciadas para él. Se sentía mucho menos indignado por la tesis de Antoine, de lo que se sentía emocionado, aun a pesar suyo, por el acento humano y confidencial que vibraba bajo estas afirmaciones dogmáticas. Por otra parte, por opuesta que fuera a la suya la actitud de su hermano, no podía dejar de reconocer que en esta ocasión Antoine seguía siendo lógico y perfectamente fiel a sí mismo.

Bruscamente, como si alguien le hubiera contradicho, Antoine se cruzó de brazos y gritó:

—¡Qué caramba: sería en realidad demasiado cómodo el considerarse ciudadano exclusivamente en tiempos de paz, y dejar de serlo cuando estallara una guerra!...

El silencio que siguió fue especialmente opresivo.

Jousselin, cuya sensibilidad registraba todas las tonalidades, creyó oportuno desviar la conversación. En un tono cordial, como si la discusión hubiese terminado y todos estuvieran de acuerdo, declaró a modo de conclusión:

—En el fondo, Antoine tiene razón. La vida social es como una especie de juego. Hay que escoger: aceptar las reglas o, por el contrario, retirarse de la partida...

—Yo ya he escogido —dijo Jacques en voz baja, a su lado.

Jousselin volvió la cabeza ligeramente, y durante un segundo le miró con una atención y una emoción involuntarias. Parecía distinguir, más allá de esta presencia física, un destino patético.

La cara barbilampiña de León se deslizó por la rendija de la puerta.

—«Llaman» por teléfono al señor.

Antoine se volvió y, agitando los párpados, miró al criado, como si acabara de despertarse sobresaltado.

«Otra vez ella», pensó.

—Está bien. Ya voy.

Esperó algunos segundos con los ojos bajos y el entrecejo fruncido; luego, sin apresurarse, salió de la habitación.

«¿Qué iré a decirme? —pensaba mientras se dirigía al despacho pequeño—. “¡Ya no me quieres!... ¡Ya no me quieres como antes!...” Llega un momento en que siempre dicen eso... ¡todas!... Y en cuanto a eso de que “ya no las queremos”, las asombraría mucho si supieran... ¡Que no es a ellas, sino a nosotros mismos! Es al hombre en que nos convertimos para con ellas... No es “ya no me quieres” lo que debieran decir, sino “ya no quieres al hombre en que te conviertes cuando estamos

juntos”...»

Había llegado ante el aparato y, sin darse bien cuenta de lo que hacía, había descolgado el receptor.

—¿Eres tú, Tony?

Sintió un sobresalto, una especie de repugnancia. Permanecía parado, ante esta voz conocida, demasiado conocida, grave y cantarina, intencionadamente dulce, y no podía decidirse a contestar. Una irritación sorda... Desde hacia dos días se sentía liberado de ella, de sus sortilegios. No solamente liberado: limpio... Le parecía haberse lavado de una especie de impureza... Pensó en Simón. No; se había terminado, terminado totalmente: los lazos estaban rotos por completo. ¿Por qué volver a anudarlos?

Suavemente dejó el auricular en el centro de la mesa y retrocedió un paso. Oía en el aparato una especie de chirrido..., un rumor sofocado, entrecortado, parecido a un estertor... Era atroz... ¡Peor!... Tenía que evitar restablecer el contacto, a cualquier precio.

Pero en lugar de volver a su gabinete, cerró con llave la puerta del pasillo, volvió hacia su diván, encendió un cigarrillo y, después de una última mirada hacia la mesa —donde el teléfono había callado y yacía anillado y reluciente como un reptil muerto—, se dejó caer pesadamente sobre los almohadones.

Delante de la chimenea del gabinete, mano a mano con Studler, el señor Chasle, dichoso de poder coger al fin la palabra y hacerse escuchar, trataba con su palabrería impropia y sibilina de dar a su oyente algunos datos concretos acerca de su negocio.

—Los truquitos nuevos, los caprichos, los inventos de poca monta... Siempre cosas nuevas, es nuestra divisa... ¿Cómo?... Le enviaré el boletín de la A.I., la «Asociación de Inventores»... Ya verá. Adoptamos ya disposiciones colaterales... No hay más remedio, con esta guerra... Se va a transformar la orientación... La defensa nacional... Cada uno en su esfera... ¿Cómo? —(Interrogaba sin cesar, de una manera ansiosa, como si no hubiera oído bien una pregunta urgente.)—. Los inventores nos traen ya cosas sensacionales —prosiguió de inmediato—. No quisiera divulgar... Pero esto, por ejemplo, sí puedo decirlo: un filtro portátil para el agua del mar y la lluvia... Algo magnífico para campaña... Todas las miasmas que envenenan el organismo del soldado. —Sonrió satisfecho—. Y más sensacional todavía: un aparato para apuntar automáticamente, provisto de un disparador... Para los soldados de infantería que tengan mala vista... E incluso para los artilleros...

Roy, que hacía un momento que escuchaba desde su sitio estas palabras incoherentes, se levantó.

—¿Automático? ¿Y cómo?

—Precisamente —dijo Chasle, halagado—. Ahí radica precisamente su interés.

—¿Y cómo funciona?

Chasle hizo un gesto perentorio.

—¡Completamente solo!

Jacques y Jousselin, todavía de pie en el mismo sitio, en el rincón de las librerías, hablaban en voz baja.

—Lo más irritante —decía Jacques, con una arruga de enfado en la frente— es pensar que fatalmente, y tal vez muy pronto, llegará un día en que no se comprenderá siquiera que todas estas historias del servicio militar, de las naciones bajo las banderas, hayan podido tener el carácter de un dogma, ¡de un deber indiscutible y sagrado! ¡Un día en que parecerá inconcebible que un poder social haya podido abrogarse el derecho de fusilar a un hombre porque se negase a coger las armas!... Exactamente igual que nos parece inconcebible que antaño millares de hombres en Europa hayan podido ser juzgados y hayan sufrido torturas por sus creencias religiosas...

—¡Escuchad! —exclamó Roy.

Había cogido de la mesa un periódico del día, que miraba por encima; luego, en tono de chanza y en voz alta y clara, leyó:

—«Matrimonio joven con un hijo desea alquilar por tres meses una casita tranquila con jardín, cerca de río abundante en pesca, de preferencia Normandía o Borgoña. Escribir: 3,418, Oficina del periódico.»

Su risa sonaba límpida. Realmente era el único que hoy sabía aún reír.

—Alegre como un colegial al que le van a dar las vacaciones —murmuró Jacques.

—Alegre como un verdadero héroe —rectificó Jousselin—. Cuando no hay alegría, no hay heroísmo; sólo hay valentía...

El señor Chasle había sacado el reloj, y, como hacía siempre antes de mirar la hora, escuchó al «animalito» durante un instante, con la mirada absorta del médico que está auscultando. Luego, levantando las cejas por encima de las gafas, anunció:

—La una y treinta y siete.

Jacques se sobresaltó.

—Se me ha hecho tarde —dijo, estrechando la mano de Jousselin—. Me marchó, sin esperar a que vuelva mi hermano.

Antoine, echado en su diván, distinguió en el vestíbulo la voz de Jacques, a quien León acompañaba hasta la escalera.

Abrió la puerta precipitadamente.

—¡Jacques!... Escucha...

Y cuando Jacques, sorprendido, se acercó a él, le preguntó:

—¿Te vas ya?

—Sí.

—Pasa un minuto —dijo Antoine, con voz alterada, cogiéndole del brazo.

Jacques había venido a la calle de la Universidad con el deseo de tener una

conversación a solas con su hermano. Hubiera querido advertirle del uso que había hecho de su fortuna; le disgustaba que pareciera que se ocultaba de Antoine. E incluso se había dicho: «Tal vez le hable de Jenny...» Aunque tenía prisa, aceptó de buen grado esta charla mano a mano, y entró en el despachito.

Antoine volvió a cerrar la puerta.

—Escucha, pequeño —prosiguió, sin sentarse—. Vamos a hablar en serio. ¿Qué es lo que... piensas hacer tú?

Jacques fingió sorpresa y no contestó.

—Tú has sido eximido. Pero, en caso de movilización, se revisarán todas las exenciones y se enviará a todo el mundo al frente... ¿Qué piensas hacer?

Jacques no podía eludir la contestación.

—Todavía no lo sé —dijo—. De momento, estoy legalmente fuera del alcance de sus garras: no pueden hacer nada contra mí. —Ante la mirada insistente de su hermano, añadió secamente—: Lo que sí puedo decirte es que antes me cortarían las dos manos que consentir que me movilizaran.

Antoine apartó la mirada, por un instante.

—Ésa es la actitud más...

—... ¿La más cobarde?

—No; no había pensado en eso —dijo Antoine, afectuosamente—. Pero sí, tal vez, la actitud más egoísta... —Como Jacques no se inmutara, prosiguió—. ¿No crees? En un momento como éste, negarse a servir es anteponer el interés personal al interés general.

—¡Al interés *nacional*! —repuso Jacques—. ¡El interés general, el interés de las masas, es indudablemente la paz, y no la guerra!

Antoine hizo un gesto evasivo, que parecía querer descartar de la conversación toda controversia teórica. Pero Jacques insistió:

—El interés general, soy yo quien lo sirve ¡con mi negativa! Y siento perfectamente, de una manera indudable, que lo que se rebela hoy en mí ¡es precisamente lo mejor de mí mismo!

Antoine contuvo un gesto de impaciencia.

—Reflexiona un poco...: ¿qué resultado práctico puedes esperar de esa negativa? ¡Ninguno!... Cuando un país entero moviliza, cuando la inmensa mayoría (como ocurrirá en este caso) acepta la obligación de la defensa nacional, ¿qué sería más vano, qué estaría más condenado al fracaso que un acto aislado de insubordinación?

El tono era tan intencionadamente comedido, tan afectuoso, que Jacques se conmovió. Muy tranquilo, miró a su hermano e incluso esbozó una sonrisa amistosa.

—¿Para qué insistir en eso, Antoine? Sabes perfectamente lo que yo pienso... No aceptar nunca que un gobierno pueda obligarme a tomar parte en una empresa que considero como un crimen, como una traición a la verdad, a la justicia y a la solidaridad humana... Para mí, el heroísmo no es lo mismo que para Roy: ¡el heroísmo no está en coger un fusil y correr a la frontera! ¡Está en levantar los brazos

y dejarse conducir al paredón, antes que hacerse cómplice!... ¿Sacrificio ilusorio? ¿Quién sabe? Lo que ha hecho y hace todavía posibles las guerras es la docilidad absurda de las muchedumbres... ¿Sacrificio aislado? Tanto peor... Si aquellos que tienen la gallardía de decir «no», han de ser poco numerosos, ¿qué puedo hacer yo? Puede que sea simplemente porque... —Vaciló—. Porque una determinada... presencia de ánimo no es corriente en las calles...

Antoine había escuchado de pie, en una inmovilidad extraña. Un movimiento imperceptible hacia vibrar sus cejas. Miraba fijamente a su hermano, y respiraba entrecortadamente, como si durmiera.

—No niego que haga falta una fuerza moral muy poco común para rebelarse, solo o casi solo, contra un decreto de movilización —dijo por fin, con lentitud—. Pero es una energía perdida... ¡Una energía que va estúpidamente a estrellarse contra un muro!... El hombre convencido que se niega a la guerra y se hace fusilar por sus convicciones, cuenta con toda mi simpatía y toda mi compasión... Pero le considero un soñador inútil... Y le considero equivocado.

Jacques se contentó con separar los brazos ligeramente, como ya había hecho al decir: «¿Qué puedo hacer yo?»

Antoine le consideró un momento en silencio. Todavía no perdía las esperanzas.

—Los hechos están encima y no nos permiten esperar —prosiguió—. Mañana, la gravedad de los acontecimientos (de acontecimientos que ya no dependen de nadie) puede obligar al Estado a disponer de nosotros. ¿Crees tú, verdaderamente, que para nosotros sea el momento de examinar si las obligaciones que nos impone nuestro país están de acuerdo con nuestra opinión personal? ¡No! Los responsables deciden y los responsables mandan... En mi servicio, cuando ordeno un tratamiento urgente que considero oportuno, no admito que se me discuta...

Levantó la mano torpemente hacia la frente y se oprimió los párpados con los dedos durante un segundo, antes de continuar trabajosamente.

—Reflexiónalo, pequeño... No se trata de aprobar la guerra; ¿crees que yo la apruebo?; se trata de soportarla. Con rebeldía, si es nuestro temperamento; pero con una rebeldía interior y que el sentido del deber sabe dominar. Regatear nuestra colaboración en el momento de peligro, sería traicionar a la comunidad... Si; ahí es donde estaría la verdadera traición, el crimen para con los demás, la falta de solidaridad... No pretendo que nos prohibamos el derecho a discutir las decisiones que el gobierno va a tomar. Pero más tarde. Después de haber obedecido.

Jacques esbozó una nueva sonrisa.

—Y yo, ya ves, pretendo que un individuo es libre de desinteresarse totalmente de las pretensiones nacionales en cuyo nombre los Estados se hacen la guerra. Niego al Estado el derecho de violentar la conciencia de los hombres, por cualquier motivo que sea... Me repugna emplear estas palabras grandilocuentes. Sin embargo, es así: mi conciencia habla en mí más alto que todos los razonamientos oportunistas como los tuyos. Y ella es también la que habla más alto que vuestras leyes... ¡La única

manera de impedir que la violencia regule el destino del mundo es, en primer lugar, negarse uno mismo a toda violencia! Estimo que la negativa a matar es una señal de elevación moral que tiene derecho a ser respetada. Si vuestros códigos y vuestros jueces no la respetan, peor para ellos: pronto o tarde, tendrán que rendir sus cuentas...

—Sea, sea... —dijo Antoine, contrariado al ver que la conversación se desviaba de nuevo hacia las ideas generales. Y, cruzándose de brazos, insistió—: ¿Pero, *prácticamente*, qué?

Se adelantó hacia su hermano, y en uno de aquellos impulsos espontáneos que tan raros eran entre ellos, le cogió cariñosamente de los hombros con ambas manos.

—Contéstame, pequeño... mañana movilizan: ¿qué harás tú?

Jacques se soltó, sin impaciencia, pero con firmeza.

—¡Seguiré luchando contra la guerra! ¡Hasta el final! ¡Por todos los medios! ¡Por todos!... ¡Comprendido, si es necesario, el sabotaje revolucionario! —Había bajado la voz sin querer. Se interrumpió, deprimido—. Digo esto..., pero no sé —prosiguió, después de una corta pausa—. Pero hay una cosa segura, Antoine, completamente segura: ¿yo, soldado? ¡Nunca!

Se esforzó por sonreír una vez más, inició un breve gesto de despedida y se dirigió a la puerta, sin que su hermano tratara de detenerle.

## LXII

JACQUES encontró a Jenny en su casa, sola y ya vestida, preparada para salir, con las facciones alteradas y en un estado de extremo nerviosismo. No tenía ninguna noticia de su madre; ninguna carta de Daniel. Se perdía en conjeturas. Las noticias de los periódicos la habían aterrado. Además, Jacques llegaba tarde. Obsesionada con el recuerdo de los policías de Montrouge, estaba convencida de que le había sucedido algo. Se arrojó en sus brazos, incapaz de pronunciar una palabra.

—He intentado informarme acerca de la situación de los extranjeros que se encuentran en Austria... —dijo Jacques—. No tiene ninguna finalidad tratar de engañarnos: allí se encuentran en estado de sitio. Indudablemente, los súbditos alemanes todavía pueden volver a su país; los italianos, puede que también, aunque las relaciones entre Italia y Austria están muy tirantes... ¡Pero los franceses, los ingleses y los rusos!... Si tu madre no ha salido de Viena hace algunos días (en cuyo caso ya estaría aquí), ya debe de ser demasiado tarde... Lo más seguro es que no la dejen salir...

—¿Que no la dejen? ¿Pero cómo? ¿Metiéndola en la cárcel? —¡No, Jenny, no! Simplemente, le negarán la autorización para tomar el tren... Puede que durante una semana o dos: lo que tarden en decidirse los acontecimientos; lo que tarden en tomarse disposiciones internacionales.

Jenny no contestó. La presencia de Jacques bastaba ya para librarla de los tormentos de su imaginación. Se estrechó contra él, abandonándose sin reservas a este beso apretado cuya devolución esperaba desde la víspera. Y cuando por fin se soltó, fue para balbucear:

—No quiero seguir sola. Jacques... Llévame... ¡No quiero volver a separarme de ti!

Fueron andando en dirección al Luxemburgo.

—Tomaremos un tranvía allí en el cruce de Médicis —dijo Jacques.

A pesar de la hora, el amplio jardín estaba aquel día casi vacío. Una brisa intermitente hacía murmurar las copas de los árboles. El pesado olor de los cempoales salía de los parterres. Aislada en un banco al borde de los macizos, una pareja de enamorados, cuyos rostros era imposible distinguir de tan juntos como estaban, parecía llenar el espacio con una vibración amorosa.

Al otro lado de las verjas, volvieron a encontrarse en la ciudad; la ciudad febril, agobiada por la amenaza, y cuyo rumor parecía el eco de las terribles noticias que en esta magnífica tarde estival circulaban de un extremo a otro de Europa. En dos días, el París de las vacaciones parecía haberse vuelto a poblar súbitamente. Los vendedores de periódicos cruzaban las calles voceando ediciones especiales. Mientras que Jacques y Jenny esperaban el tranvía, un ómnibus de estación, arrastrado por dos caballos, pasó por delante de ellos: en el interior se amontonaban padres, hijos y

niñeras; en el techo, entre las maletas cubiertas por fundas, se distinguía un coche de niño, redecillas para pescar y una gran sombrilla.

—Unos testarudos que desafían al destino —murmuró Jacques.

En la calle Soufflot, en el bulevar Saint Michel y en la calle de Médicis, la circulación era incesante. Sin embargo, no era ni el París laborioso de los días de trabajo, ni el París que pasea por el sol en domingo. Era un hormiguero alborotado. Todos estos transeúntes caminaban rápidamente, como si tuvieran prisa; pero su aspecto preocupado, su vacilación en torcer a la derecha o a la izquierda, indicaban bien a las claras que la mayor parte de ellos no iba a ningún sitio: incapaces de permanecer solos frente a sí mismos y frente a los demás, habían abandonado su hogar, su trabajo, sin otro objeto que huir y poder confiar por un instante el peso de su alma a esta ola de inquietudes fraternales que llenaba la calle.

Durante toda la tarde, Jenny, silenciosa y cercana como una sombra, siguió a Jacques, del Barrio Latino a las Batignolles, de la Glacière a la Bastilla, del muelle de Bercy al Château-d'Eau. En todas partes, las mismas noticias, los mismos comentarios, la misma indignación; en todas partes ya, los mismos hombros caldos, la misma resignación común que se preparaba.

Algunas veces, cuando estaban solos, Jenny, con la mayor naturalidad del mundo, hablaba de sí misma o del tiempo. «He hecho mal en coger el velo... Vamos a cruzar, para ver esa florería... Ya ha pasado lo más fuerte del calor; ¿te das cuenta? Ya se empieza a respirar...» Y estas frases ingenuas que de repente ponían en el mismo plano el escaparate de una florería que los problemas europeos o la temperatura, molestaban un poco a Jacques. Entonces posaba sobre la joven una mirada indiferente y absorta, cuyo fuego sombrío y solitario la intimidaba acto seguido. Algunas veces también, volvía la cabeza enternecido y se preguntaba: «¿Hago bien en mezclarla en todo esto?...»

En los pasillos de la C.G.T. sorprendió la mirada curiosa y severa que un camarada, encontrado casualmente, dirigía a Jenny. Y de repente la vio tal como estaba allí, en aquel rellano polvoriento, entre aquellos obreros, con su traje sastre ajustado, su velo de crespón, y en sus modales, en su rostro, algo indefinible: la huella, la señal de todo un ambiente social. Se sintió avergonzado y se la llevó afuera.

Daban las siete, A lo largo de los bulevares, llegaron al barrio de la Bolsa.

Jenny estaba cansada. Esta fuerza vital que emanaba de Jacques, y que la subyugaba, agotaba también sus fuerzas. La joven recordó haber sentido ya antaño a su lado, en Maisons-Laffitte, esta misma sensación de fatiga, de cansancio, a causa de la tensión constante que parecía exigir de los demás, que casi imponía con su voz, con su mirada acaparadora, con sus bruscos cambios de ideas.

Cuando se acercaban a *l'Humanité*, Cadieux, que iba corriendo, se cruzó con ellos.

—¡Esta vez ya está! —gritó—. ¡Alemania moviliza! ¡Rusia ha conseguido lo que quería!



Jacques sintió un sobresalto. Pero Cadieux ya estaba lejos.

—Hay que enterarse. Espérame aquí. —(Vacilaba en presentar a la joven en las oficinas del periódico.)

Jenny cruzó la calle y se puso a esperar, paseando por la acera. La gente no dejaba de entrar y salir, como las abejas de una colmena, por la puerta de la casa donde había desaparecido Jacques.

Jacques volvió al cabo de media hora. Tenía el rostro trastornado.

—Ya es oficial. La noticia viene de Alemania. He visto a Groussier, Sembat, Vaillant y Renaudel. Todos están arriba esperando detalles. Cadieux y Marc Levoir están al retortero entre el Quai d'Orsay y el periódico... Ante la aceleración de los preparativos militares rusos. Alemania moviliza... ¿Es una verdadera movilización? Jaurès afirma que no. Es lo que en alemán se llama: *Kriegsgefahrzustand*. Un caso previsto, según parece, por su Constitución. Jaurès, diccionario en mano, da como traducción literal: «Estado de peligro de guerra...; estado de amenaza de guerra...» Jaurès es admirable: ¡se niega a perder las esperanzas! Todavía está bajo la impresión de confianza que ha traído de Bruselas, de sus conversaciones con Haase y los socialistas alemanes. Repite: «¡Mientras que aquéllos estén con nosotros, nada está perdido!»

Había cogido a Jenny del brazo y llevaba a la joven a paso rápido, sin rumbo. Dieron varias veces la vuelta a la manzana.

—¿Qué va a hacer Francia? —preguntó Jenny.

—Parece ser que a las cuatro se ha celebrado una reunión urgente del Consejo de Ministros. Un comunicado confiesa que el Consejo ha tratado de las *medidas necesarias, para La protección de nuestras fronteras*. La agencia Havas anuncia esta noche que nuestras tropas de cobertura han ocupado sus posiciones avanzadas; pero se dice también que, para evitar ofrecer al enemigo un pretexto de conflicto, el Estado Mayor piensa dejar todo a lo largo de la frontera una zona de varios kilómetros sin ocupar... El embajador de Alemania está celebrando en estos mismos momentos una conferencia con Viviani... Gallot, por su parte, que conoce bien los asuntos de Alemania, está muy pesimista. Dice que no hay que hacerse ilusiones en cuanto a la fórmula empleada; que la *Kriegsgefahrzustand* es una forma disfrazada de movilizar antes del decreto oficial de movilización... De cualquier forma, en el momento actual, Alemania está en estado de sitio: lo que quiere decir que la prensa está amordazada, que cualquier manifestación contra la guerra es ahora imposible allí..., y para mí, tal vez sea eso lo más grave; la salvación no podría venir sino de un levantamiento popular... Stefany, por el contrario, se obstina, como Jaurès, en su optimismo. Dicen que el Kaiser, al escoger esta medida preliminar en lugar de decretar la movilización, ha demostrado que aún trata de salvaguardar la paz. Después de todo es bastante plausible. Alemania deja así al gobierno de Petersburgo la última posibilidad de hacer un gesto conciliador, tal vez detener la movilización rusa. Según parece hay desde ayer un intercambio ininterrumpido de telegramas

personales entre el Kaiser y el Zar... En el mismo momento en que yo me separaba de Stefany, Jaurès acababa de ser llamado al teléfono, desde Bruselas; todos parecían esperar un mensaje importante... No he esperado; quería ver qué había sido de ti...

—No te ocupes de mi —dijo Jenny, con vehemencia—. Sube en seguida. Te esperaré.

—¿Aquí? ¿De pie en la calle? ¡No!... Al menos, vamos al «Progrès», para que te sientes.

Marcharon rápidamente hacia la calle de Sentier.

—¡Hola! —dijo una voz cavernosa.

Jenny se volvió y vio detrás de ellos a un viejo cristo desmelenado, vestido con una blusa negra de tipógrafo. Era Mourlan.

Jacques dijo inmediatamente:

—¡Alemania moviliza!

—¡Bah! Ya lo sé... ¡Era lo suyo!... —Escupió—. No hay nada que hacer... ¡Ni lo ha habido nunca!... ¡Y no lo habrá de aquí a mucho tiempo! Todo debe ser destruido. ¡Toda nuestra civilización debe desaparecer para que se pueda construir algo limpio!

Hubo un momento de silencio.

—¿Ibais al «Progrès»? —preguntó Mourlan—. Yo también.

Anduvieron algunas pasos sin hablar palabra.

—¿Has reflexionado sobre lo que te dije esta mañana? ¿No te largas? —prosiguió el viejo tipógrafo.

—Todavía no.

—Como quieras... —Vaciló—. Yo vengo de la *Fédé*... —Dirigió a la joven una mirada escrutadora y miró a Jacques con insistencia—. Tengo que decirte dos palabras.

—Hable —dijo Jacques. Y, posando su mano en el antebrazo de Jenny, concretó—: Hable con entera libertad, entre amigos.

—Bien —dijo Mourlan. Apoyó dos dedos callosos en el hombro de Jacques y bajó la voz—. Informe confidencial y muy grave: el ministro de la Guerra ha firmado hoy la orden de detención de todos los sospechosos inscritos en el *Carnet B*.

—¡Ah!... —dijo Jacques.

El viejo movió la cabeza afirmativamente y murmuró entre dientes:

—¡Aviso para quien le interese!

Notó que Jenny se había puesto muy pálida y que le miraba con temor. Le sonrió.

—Tranquilidad, chiquilla... Eso no quiere decir que nos vayan a enganchar a todos esta misma noche... Sino que la orden ha sido dada, por lo que pueda pasar, para que el día que les parezca bien ponernos a todos a la sombra y organizar la batida con toda impunidad, no tengan más que hacer que ejecutar la orden por sus brigadas especiales... Los «polis» trabajan ya en los arrabales. Han hecho un registro en el *Drapeau Rouge*, según parece; y también en *La Lutte*. Iszakovitch ha estado a

punto de que le pillaran esta mañana en una redada, en Puteaux. Fuzet, por su parte, está encerrado: se le acusa de ser el autor de *Mains sanglantes*<sup>[25]</sup>, ya sabes, el folleto contra el Estado Mayor... Esto se va a poner al rojo vivo, y era de esperar, pequeño.

Entraron en el café. Jacques instaló a la joven en la sala de abajo, donde no había casi nadie.

—Tome algo con nosotros —propuso Jacques al tipógrafo.

—No. —Mourlan levantó la mano hacia el techo—. Voy a subir un momento, para darme cuenta del ambiente... ¡Cuántas tonterías han tenido que decirse ahí arriba desde esta mañana!... Hasta más ver. —Estrechó la mano de Jacques y murmuró por última vez—. ¡Créeme, muchacho, lárgate!

Antes de alejarse, envolvió a los dos jóvenes en una bondadosa sonrisa, amistosa e inesperada. Oyeron retumbar su paso sonoro en la quebrantada escalera.

—¿Dónde vas a dormir esta noche? —preguntó Jenny angustiada—. ¿No será en ese hotel cuya dirección tomaron anoche?

—¡Bah! —dijo Jacques desenfadadamente—. Ni siquiera estoy muy seguro de que me hayan hecho el honor de ponerme en sus listas negras... —Viendo la mirada preocupada de Jenny, añadió—: Por otra parte, puedes estar tranquila, no tengo la menor intención de volver a aparecer en casa de Liebárt. He dejado mi maleta esta mañana en casa de Mourlan. Y en cuanto a los papeles comprometedores que pueda tener, están en ese paquete que he dejado en la tuya.

—Sí —repuso la joven, mirándole—. En casa, no tienes nada que temer.

Jacques se había quedado de pie. Pidió un té, pero no tuvo paciencia para esperar que sirvieran a Jenny.

—¿Estás bien aquí?... Vuelvo a *l'Huma*... No te muevas de este sitio.

—¿Volverás? —dijo la joven con voz preocupada. De repente se había sentido dominada por el miedo. Bajó los ojos para que él no advirtiera su flaqueza. Sintió la mano de Jacques posarse sobre la suya. Este reproche mudo la hizo enrojecer—. Lo decía en broma... Anda, márchate... No te preocupes por mí.

Una vez sola, tomó algunos sorbos del té que le trajeron, un brebaje amargo que olía a camomila; luego, retirando la taza, se puso de codos sobre el frío mármol.

Por la puerta, abierta de par en par, entraba, con los ruidos de la calle, una luz cegadora que hacía brillar los espejos, los estantes de cristal, las barras de cobre y la caoba del mostrador. Entre todos estos reflejos, detrás del cinc, el dueño del café fregaba las garrafas bajo el grifo abierto del agua. En todas las mesas había periódicos. Jenny miraba a su alrededor sin pensar en nada. Transcurría el tiempo. Por su cerebro fatigado erraban como fantasmas las obsesiones pueriles, las ideas sombrías y los temores repentinos. Se esforzó por fijar su atención en un gato gris que estaba echado sobre el asiento, hecho una rosca, muy cerca de ella. ¿Estaría dormido este gato? Los ojos estaban cerrados pero las orejas se movían. Parecía más que nada contraído por el propósito de dormir. ¿Sufriría también este pánico indeterminado que se cernía sobre todos? Las extremidades de sus patas curvadas

tenían un tranquilo abandono, que, sin embargo, parecía fingido. ¿Dormía? ¿O hacía como si durmiera? ¿Para engañar a quién? ¿A él mismo, tal vez?... El día comenzaba a declinar. De vez en cuando entraban hombres, obreros que cambiaban con el dueño del café una mirada de inteligencia, cruzaban la sala y subían al entresuelo; en el momento en que abrían la puerta del piso, una explosión de ruido, de polémicas, se mezclaba por un instante con el rumor de fuera.

—¡Aquí estoy!

Jenny se estremeció; no le había visto venir.

Se sentó a su lado. El sudor perlaba su frente. Con un brusco movimiento de cabeza echó hacia atrás el mechón que le estorbaba, y se secó la cara.

—¡Una buena noticia, excelente, en todo este caos! —dijo en voz baja—. La llamada telefónica era un mensaje, a través de Bruselas, de los socialdemócratas alemanes. No abandonan la lucha: ¡todo lo contrario! Jaurès tiene razón: ¡son hermanos y no flaquearán! Allí están en las mismas condiciones que nosotros. Y tienen más interés que nunca en conservar el contacto, para poder obrar de acuerdo. Pero con el estado de sitio en Alemania, las comunicaciones entre ellos y nosotros van a ser muy difíciles. Por consiguiente, nos envían a través de Bélgica un delegado, Hermann Müller, que debe llegar aquí mañana y que es de suponer que venga provisto de plenos poderes. Se cree que viene para ponerse de acuerdo con los socialistas franceses, a fin de emprender una acción inmediata de gran envergadura contra las fuerzas de la guerra. ¿Te das cuenta? En *l'Humanité*, todas las esperanzas se concentran en esta misión inesperada, en este supremo encuentro de mañana entre Müller y Jaurès, ¡entre los dos proletariados!... ¡Entre ellos, indudablemente, se tomarán resoluciones decisivas! Según Stefany, se trata nada menos que de organizar por fin, en los dos países, un vasto levantamiento de la clase obrera. ¡Ya era hora! Pero nunca es demasiado tarde. ¡Con la huelga general, todavía se puede triunfar!

Hablaba de prisa, en un tono entrecortado y febril que resultaba contagioso.

—Jaurès está decidido a que mañana aparezca un artículo terrible. ¡Un equivalente del *Yo acuso* de Zola!

En la vaga interrogación de la mirada, vio que esta comparación —que por otra parte no era suya, sino de Pagès, el secretario de Gallot— no despertaba ninguna idea concreta en el espíritu de Jenny; y durante algunos segundos, sintió cruelmente todo aquello que todavía la separaba de él.

—¿Has estado hablando con Jaurès? —preguntó ingenuamente la joven.

—No; hoy no. Pero estaba yo en la escalera, con Pagès, cuando Jaurès ha salido del periódico. Iba, como siempre, rodeado por un grupo de amigos. He oído que les decía: «¡Pondré todo esto en mi artículo de mañana, ya lo veréis! ¡Quiero denunciar a todos los responsables! ¡Esta vez quiero decir todo lo que sé!» Y palabra de honor, ¡me ha parecido que ese demonio de hombre se estaba riendo! ¡Sí; se estaba riendo! Tiene una risa muy suya, una risa de gigante bondadoso, una risa tonificante... Luego ha dicho: «Pero primero vamos a cenar. A] sitio más próximo, ¿eh? A casa de

Alberti...»

Jenny callaba, con la mirada atenta.

—¿Te gustaría verle de cerca? —prosiguió—. Vamos a tomar alguna cosilla en el «Croissant». Te lo enseñaré... Tengo hambre. ¡También nosotros tenemos derecho a cenar!

## LXIII

ERAN más de las nueve y media. La mayor parte de los clientes habían abandonado el restaurante. Jacques y Jenny se instalaron a la derecha, donde había menos gente.

Jaurès y sus amigos, a la izquierda de la entrada, paralelamente a la calle Montmartre, ocupaban una larga mesa, formada por varias otras reunidas.

—¿Lo ves? —dijo Jacques—. En aquel asiento, en medio, de espaldas a la ventana. Mira: ahora se vuelve para hablar a Albert, el gerente.

—Pues no parece muy preocupado —murmuró Jenny, en un tono de sorpresa que agradó a Jacques; la cogió del brazo y se lo oprimió dulcemente—. ¿También conoces a los otros?

—Sí. El que está a la derecha de Jaurès es Philippe Landrieu. A su izquierda, ese gordo, es Renaudel. Enfrente de Renaudel está Dubreuihl. Y al lado de Dubreuihl está Jean Longuet. —¿Y la mujer?

—Creo que es la señora Poisson, la mujer del individuo que está enfrente de Landrieu. Y al lado de ella está Amédeé Dubois. Y enfrente de ella están los dos hermanos Renoult. Y ese que acaba de llegar, el que está de pie al lado de la mesa, es un amigo de Miguel Almereyda, un colaborador del *Bonnet Rouge*... He olvidado su...

Un chasquido breve, un estallido de neumático, le interrumpió en seco; a continuación, casi acto seguido, una segunda detonación y un ruido de cristales. En la pared del fondo, un espejo había volado hecho pedazos.

Un segundo de estupor, luego un barullo ensordecedor. Toda la sala, de pie, se había vuelto hacia el espejo roto. Las voces se elevaron:

—¡Han disparado sobre el espejo!

—¿Quién?

—¿Dónde?

—¡Desde la calle!

Dos camareros se precipitaron a la puerta y se lanzaron fuera, donde se oían gritos.

Jacques se había levantado; instintivamente había extendido el brazo para proteger a Jenny, al mismo tiempo que buscaba a Jaurès con la mirada. Lo vio durante un instante; alrededor del jefe, sus amigos se habían levantado; sólo él, muy tranquilo, seguía sentado en su sitio. Jacques lo vio inclinarse lentamente, para buscar algo en el suelo. Luego dejó de verle.

En aquel momento, la mujer de Albert, el gerente, pasó corriendo por delante de la mesa de Jacques. Iba gritando:

—¡Han disparado sobre el señor Jaurès!

—Quédate aquí —murmuró Jacques, apoyando la mano en el hombro de Jenny y obligándola a sentarse de nuevo.

Se precipitó hacia la mesa del jefe, de donde partían voces anhelantes: «¡Un médico, de prisa! ¡La policía!» Un corrillo de gente, de pie, gesticulando, rodeaba a los amigos de Jaurès y le impedían acercarse. Se abrió paso con los codos, dio la vuelta a la mesa y consiguió deslizarse hasta el rincón de la sala. Medio oculto por la espalda de Renaudel, que estaba inclinado, un cuerpo había sido depositado sobre el asiento corrido de hule. Renaudel se incorporó para arrojar sobre la mesa una servilleta empapada en sangre. Jacques vio entonces el rostro de Jaurès: la frente, la barba, la boca entreabierta. Debía de haberse desvanecido. Estaba muy pálido y con los ojos cerrados.

Un hombre de los que estaban cenando —médico, sin duda— hendió el círculo. Con gesto autoritario arrancó la corbata del herido, le abrió el cuello de la camisa, le cogió la mano, que colgaba, y buscó el pulso.

Varias voces dominaron el estrépito: «¡Chist!... ¡Silencio!...» Las miradas de todos estaban fijas en este desconocido que sujetaba la muñeca de Jaurès. No decía nada. Estaba doblado por la cintura, pero levantaba hacia el techo un rostro de vidente, con gran agitación de párpados. Sin cambiar de postura, sin mirar a nadie, inclinó la cabeza con lentitud.

Desde la calle, los curiosos invadían el café a oleadas.

Se dejó oír la voz de Albert:

—¡Cerrad las puertas! ¡Cerrad las puertas! ¡Poned los postigos!

Un empujón de la gente obligó a Jacques a retroceder hasta el medio de la sala. Los amigos habían levantado el cuerpo y lo llevaban con precaución para acostarlo sobre dos mesas juntas apresuradamente. Jacques trataba de verlo. Pero en torno al herido el gentío se hacía cada vez más compacto. No distinguía sino una de las esquinas de mármol blanco y las dos suelas de los zapatos, polvorientas y enormes.

—¡Dejad paso al doctor!

André Pienoult había conseguido traer a un médico. Los dos hombres atravesaron el grupo, cuya masa elástica se cerró tras ellos. Se susurró: «El doctor... El doctor...» Transcurrió un largo minuto. Se había hecho un silencio angustioso. Luego, un estremecimiento pareció recorrer todas las cabezas inclinadas, y Jacques vio cómo aquellos que habían conservado el sombrero puesto se descubrían. Dos palabras, repetidas en sordina, pasaron de boca en boca:

—Ha muerto... Ha muerto...

Con los ojos llenos de lágrimas, Jacques se volvió para buscar a Jenny con la mirada. Estaba de pie, dispuesta a saltar, no esperando sino una señal. Se deslizó hasta él y se cogió de su brazo, sin una palabra.

Una pareja de guardias acababa de hacer irrupción en el restaurante y procedía a evacuar la sala. Jacques y Jenny, apretados uno contra otro, se vieron cogidos por el torbellino, empujados y arrastrados hacia la puerta.

En el momento en que iban a franquearla, un hombre que hablaba con los agentes consiguió entrar en el café. Jacques reconoció en él a Henri Fabre, un socialista

amigo de Jaurès. Estaba palidísimo. Balbuceaba:

—¿Dónde está? ¿Lo han llevado a alguna clínica?

Nadie se atrevió a contestar. Una mano tímida hizo un gesto hacia el fondo de la sala. Entonces, Fabre se volvió: en el centro de un espacio vacío, la luz cruda iluminaba un montón de ropas negras tendido sobre el mármol como un cadáver en el Depósito.

En la calle, un servicio de orden improvisado trataba de dispersar el gentío que se amontonaba delante del restaurante y que obstruía la acera.

Jacques vio a Jumelin y a Rabbe, que discutían con los agentes. Remolcando a Jenny, y ésta agarrada a él, consiguió reunirse con ellos. Venían del periódico y no habían estado presentes; sin embargo, supo por ellos que un hombre había disparado a quemarropa, desde la calle, por la ventana abierta, y que, después de una corta persecución, unos transeúntes habían conseguido detenerlo.

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—En la comisaría de la calle de Mail.

—Ven —dijo Jacques, tirando de Jenny.

Se había formado un grupo delante del puesto de policía. Jacques exhibió en vano su carnet de prensa: ya no dejaban entrar a nadie.

Iban a marcharse, cuando Cadieux salió de la comisaría, sin sombrero y corriendo. Jacques lo atrapó al pasar. Cadieux se volvió y, antes de reconocer a Jacques (al que, sin embargo, había hablado hacía un rato delante de *l'Humanité*), le miró un instante con ojos extraviados. Finalmente, murmuró:

—¿Eres tú, Thibault?... Ya tenemos la primera sangre derramada... La primera víctima... ¿A quién le tocará ahora?

—¿Quién es el asesino? —preguntó Jacques.

—Un desconocido. Se llama Villain. Le he visto. Un individuo joven, de unos veinticinco años.

—Pero ¿por qué a Jaurès? ¿Por qué?

—¡Un patriota, sin duda! Un loco...

Soltó su codo, que Jacques tenía sujeto, y marchó corriendo.

—Volvamos allí —dijo Jacques.

Colgada de su brazo, silenciosa y rígida, Jenny se esforzaba por andar al mismo paso que él.

Jacques se inclinó hacia la joven.

—Estás cansada... ¿Quieres que te deje en algún sitio tranquilamente? Luego iré a buscarte...

Estaba enferma de emociones, de cansancio; pero la idea de que podían separarse en estos momentos... Sin contestar, se estrechó más contra él. No insistió; esta vida cálida, a su lado, le ayudaba a luchar contra su desesperación; y él tampoco sentía ningún deseo de quedarse solo.

La noche era calurosa. El asfalto apestaba. Todas las calles que rodeaban a la de



Montmartre estaban llenas de gente. Se había interrumpido la circulación. Racimos de personas aparecían en las ventanas. Transeúntes que no se conocían, se decían unos a otros: «¡Acaban de asesinar a Jaurès!»

Un cordón de guardias había conseguido, poco a poco, formar el vacío delante del «Croissant», y se esforzaba por mantener a distancia las olas desflecadas que llegaban de los bulevares, donde la noticia se había propagado con la velocidad de un cortocircuito.

Cuando Jacques y Jenny llegaban al cruce, un destacamento de la guardia republicana, a caballo, desembocaba por la calle de Saint-Marc. El pelotón despejó primeramente el acceso a la calle de la Victoire, hasta la Bolsa. Luego, vino a desplegarse en el centro de la plaza y caracoleó durante algunos minutos para rechazar a los curiosos contra las casas. Aprovechando el desorden —los timoratos se escapaban por las calles laterales—. Jacques y Jenny pudieron ponerse en primera fila. Sus miradas estaban fijadas en la fachada del oscuro café, en el que se habían puesto los postigos de hierro. Por la abertura de la puerta, custodiada por guardias y que no se abría sino para la entrada o la salida de los policías, se distinguía fugazmente la sala, iluminada con intensidad.

Poco a poco, dos taxis y varios coches con los colores nacionales franquearon la barrera. Los que se apeaban de ellos, eran saludados por el oficial que dirigía el servicio de orden, y penetraban rápidamente en el café, cuya puerta volvía a cerrarse de inmediato. Las personas bien informadas murmuraban sus nombres: «El Prefecto de policía... El doctor Paul... El Prefecto del Sena... El Procurador de la República...»

Finalmente, por la calle de la Victoire y al trote de su caballito, apareció una ambulancia cuya campanilla sonaba sin cesar. Se hizo un poco de silencio. Los agentes colocaron el coche delante del «Croissant». Cuatro enfermeros saltaron a la calle y entraron en el restaurante; habían dejado abierta la puerta trasera del vehículo.

Transcurrieron diez minutos.

La muchedumbre, impaciente, se agitaba en su sitio. Se oyó una voz que decía:

—¿Pero qué diablos están haciendo ahí dentro?

—Tendrán que llevar a cabo las formalidades, ¡vamos, digo yo!...

De repente, Jacques sintió que los dedos de Jenny se crispaban sobre su manga. La puerta del «Croissant» acababa de abrirse de par en par. Todo el mundo calló. Albert salió a la calle. El interior del café aparecía iluminado como una capilla y atestado de guardias municipales, uniformados de negro. Los guardias iban apartándose para dejar paso a la camilla. Ésta iba tapada con una sabanilla y la llevaban cuatro hombres, con la cabeza descubierta. Jacques reconoció unos rostros familiares: Renaudel, Longuet, Compère-Morel y Théo Bretin.

En la plaza, todas las cabezas se descubrieron instantáneamente. En una ventana surgió un tímido «¡Muerte al asesino!», que se perdió en la noche.

Lentamente, en un silencio que permitía oír perfectamente los pasos de los que la

llevaban, la blanca camilla pasó la puerta, cruzó la acera, se balanceó algunos segundos y, de pronto, desapareció en el fondo del vehículo. Dos hombres se subieron en él, acto seguido. Un guardia se encaramó junto al cochero. Luego, se percibió claramente el ruido de la portezuela. Acto seguido, el caballo inició la marcha, y el coche, rodeado por un pelotón de agentes ciclistas, avanzó, sin dejar de tocar la campanilla, hacia la Bolsa; entonces, un rumor repentino, sordo y ululante, cubrió el sonido de la campanilla, y, elevándose por todas partes al unísono, permitió desahogarse a miles de pechos acongojados: «¡Viva Jaurès!... ¡Viva Jaurès!... ¡Viva Jaurès!...»

—Ahora, vamos a tratar de llegar hasta *l'Huma* —murmuró Jacques.

Pero alrededor de ellos la muchedumbre parecía haber echado raíces. Los ojos permanecían clavados obstinadamente en el misterio de esta fachada oscura, custodiada por la policía.

—Jaurès, muerto... —balbuceó Jacques. Después de una pausa, repitió—: Jaurès, muerto... No consigo hacerme a esta idea... Sobre todo, no consigo imaginar ni medir las consecuencias...

Poco a poco, las filas apretadas se iban aclarando; ya era posible cambiar de lugar.

—Ven.

¿Cómo alcanzar la calle del «Croissant»? Era inútil pensar en romper la barrera que guardaba el cruce; igualmente, se hacía imposible llegar a los grandes bulevares por la calle de Montmartre.

—Vamos a rodear el obstáculo —dijo Jacques—; la calle Feydeau y el pasaje Vivienne.

Apenas si salían del pasaje y desembocaban en el bullicio del bulevar Montmartre, cuando un irresistible empujón de la muchedumbre los hizo vacilar y terminó arrastrándolos.

Caían en plena manifestación: blandiendo banderas y cantando *La Marsellesa*, una columna de jóvenes patriotas marchaba a lo largo del bulevar Poissonnière; era una corriente que ocupaba todo el ancho de la calle y barría todo lo que encontraba a su paso.

—¡Abajo Alemania!... ¡Muera el Kaiser!... ¡A Berlín!...

Jenny, atropellada, sintió que perdía el equilibrio. Tuvo la impresión de que iba a ser separada de Jacques, pisoteada. Lanzó un grito de pánico. Pero Jacques la había cogido por la cintura y la estrechaba vigorosamente contra él. Consiguió apartarla, y la llevó hasta un portal que estaba cerrado. Cegada por el polvo que levantaba este pateo de rebaño; ensordecida por la estridencia de los gritos, de los cánticos, y aterrada por estos rostros enardecidos que posaban sobre el suyo miradas de demente, distinguió casi al alcance de su mano una manija de cobre. Reuniendo todas sus energías, hizo un esfuerzo brusco, extendió el brazo y se aferró a aquella manija como a tabla de salvación. Ya era hora: estaba a punto de desmayarse. Cerró los ojos,

pero sus dedos agarrotados no soltaron la presa. Oyó, junto a su oído, la voz ahogada de Jacques que repetía: «Sujétate... No tengas miedo... Yo te sostengo.»

Transcurrieron algunos minutos. Pareció por fin que el tumulto se alejaba. Volvió a abrir los ojos y vio a Jacques que le sonreía. La corriente humana seguía pasando por delante de ellos, pero menos de prisa, en oleadas espaciadas, sin gritos: más bien curiosos que manifestantes. Aún le temblaba todo el cuerpo, y era incapaz de recobrar el aliento.

—Animo —murmuró Jacques—. Ya ves que se está terminando ...

Jenny se pasó la mano por la frente, se enderezó el sombrero y notó que el velo estaba desgarrado. «¿Qué le voy a decir a mamá?», pensó, aturdida.

—Vamos a tratar de salir de aquí —dijo Jacques—. ¿Te sientes con fuerzas para andar?

Lo mejor era seguir la corriente y escapar por alguna calle lateral. Había renunciado a ir a *l'Humanité*, no sin una corta e involuntaria irritación; pero esta noche tenía un alma a su cargo: un ser frágil e infinitamente precioso le había sido confiado. Adivinaba que Jenny estaba en el límite de su resistencia nerviosa, y no tenía otra preocupación que llevarla a la avenida del Observatorio. La joven se dejaba sostener y guiar. Ya no presumía; ya no repetía; «No te ocupes de mí...» Bien al contrario, se apoyaba con todo su peso en el brazo de Jacques, con un abandono que traicionaba, a pesar suyo, su extremo agotamiento.

Andando despacito, llegaron a la plaza de la Bolsa, sin haber conseguido encontrar un taxi. Las aceras y la calzada estaban invadidas por los transeúntes. Todo París parecía estar en la calle. En los cines, la noticia del crimen había sido proyectada sobre la pantalla en medio de la película, y en todas partes se había interrumpido la sesión.

La gente que les adelantaba iba hablando en voz alta y siempre de lo mismo. Jacques cogía, al pasar, retazos de conversaciones: «La estación del Norte y la estación del Este están ocupadas por las tropas, desde esta tarde...»; «¿A qué esperan? ¿Por qué la movilización no se ha realizado todavía?»; «En la situación en que nos encontramos, haría falta un milagro para que...»; «Yo he telegrafiado a Charlotte, para que mañana se venga con los niños...»; «Le he dicho; “¡Señora, si usted tuviera un hijo de veintidós años tal vez no hablaría así!”»

Los vendedores de periódicos se deslizaban por entre los grupos.

—«¡Asesinato de Jaurès!»

En la plaza de la Bolsa, no había ningún coche en el punto.

Jacques hizo que Jenny se sentara en el pedestal de las verjas. Permaneció junto a ella, de pie, con la cabeza baja. Volvió a murmurar:

—Jaurès, muerto...

Pensaba: «¿Quién recibirá mañana al delegado alemán? ¿Y ahora, quién nos defenderá? Jaurès era el único que no hubiera desesperado nunca... El único a quien el gobierno no hubiera conseguido hacer callar... Tal vez el único que podía aún

impedir la movilización...»

La gente entraba apresuradamente en la estafeta de Correos, cuyas ventanas iluminadas alumbraban la acera. Aquí era donde él había venido para enviar el telegrama a Daniel, la noche del suicidio de Fontanin, la noche en que había vuelto a ver a Jenny... ¡Ni siquiera hacia quince días!...

En el puesto de periódicos, las ediciones especiales exhibían titulares amenazadores: «Toda Europa en armas...» «La situación se agrava de hora en hora...» «Los ministros están reunidos en el Elíseo para tomar las decisiones que hacen necesarias las medidas provocadoras de Alemania...»

Un borracho que pasó por delante de ellos haciendo eses, gritó con voz aguardentosa: «¡Abajo la guerra!» Y Jacques advirtió que era la primera vez esta noche que oía semejante grito. Hubiera sido pueril sacar de ello una conclusión. Sin embargo, el hecho era sorprendente: ni ante los restos de Jaurès, ni en los bulevares ante las voces de los patriotas que clamaban: «¡A Berlín!», ninguna voz había lanzado el grito de rebeldía que la misma antevíspera resonaba espontáneamente en todas las manifestaciones callejeras.

Por el otro lado de la plaza pasó un taxi libre. La gente lo llamaba. Jacques salió corriendo, saltó al estribo y trajo el auto donde estaba Jenny.

Entraron y se abrazaron estrechamente, sin decir palabra. Ambos estaban en el mismo estado de ansiedad y decaimiento, destrozados como si acabaran de escapar de un accidente.

Pero este coche les aislaba por fin del universo hostil. Jacques había cogido a Jenny entre sus brazos; la estrechaba con fuerza: a pesar de su cansancio, experimentaba una especie de exaltación paradójica, un gozo de vivir más violento que nunca.

—Jacques —murmuró Jenny a su oído—: ¿dónde vas a pasar la noche? —Y muy de prisa, como si recitara una frase preparada de antemano, añadió—: Ven a casa, allí no corres ningún peligro. Puedes dormir en el diván de Daniel.

No contestó inmediatamente. Oprimía entre sus dedos la mano de la joven, una mano que no era solamente dulce y sin resistencia, como de costumbre, sino ardiente, nerviosa y viva, y que parecía devolver las caricias.

—De acuerdo —dijo Jacques simplemente.

Hasta que no se encontró al pie de la escalera algunos instantes después —en el momento en que, yendo detrás de Jenny, se dio cuenta de que instintivamente procuraba no hacer ruido al pasar por delante de la portería—, no se percató de la situación; entonces comprendió simultáneamente la prueba de confianza y de amor que Jenny le daba: estaba sola en París, y, a espaldas de la señora de Fontanin, a espaldas de Daniel, le ofrecía que pasara la noche en su casa... El azoramiento que él sentía, Jenny tenía que experimentarlo hasta un grado angustioso. Se engañaba: la joven, después de haberlo pensado, obraba de acuerdo con lo que consideraba estaba

bien hecho y no se preocupaba por nada más. Desde el encuentro con los policías, temblaba por Jacques. La esperanza de que éste accediera a refugiarse en la avenida del Observatorio la obsesionaba. Y este proyecto, que ocho días antes le hubiera parecido inconcebible, había arraigado de tal forma en su espíritu que ya no distinguía su osadía; únicamente estaba agradecida a Jacques por haber aceptado con tanta prontitud.

Apenas llegada al piso, se quitó con gesto decidido el sombrero y la chaqueta, para ponerse a trajinar. Ya no parecía notar el cansancio. Quería hacer té, arreglar la habitación de su hermano, poner sábanas y cobertores para transformar el diván en una cama.

Jacques protestaba. Finalmente hubo de inmovilizarla a la fuerza, cogiéndola por las muñecas.

—Me vas a hacer el favor de dejar todo eso —dijo Jacques, sonriendo—. Ya son casi las dos de la mañana. A las seis ya me habré marchado. Me voy a echar aquí, sin desnudarme. Y por otra parte, es muy poco probable que pueda dormir.

—Por lo menos —suplicó la joven— déjame que te dé una manta...

Le ayudó a preparar los almohadones y a conectar una lámpara de noche en el enchufe.

—Y ahora tienes que pensar en ti, olvidarte de que yo estoy aquí, dormir y dormir... ¿Prometido?

Jenny inclinó la cabeza cariñosamente.

—Mañana por la mañana —prosiguió Jacques— me marcharé sin hacer ruido para no despertarte. Quiero que te levantes muy tarde y bien descansada... No sabemos lo que nos reservará el día de mañana... Vendré después de comer, para traerte noticias...

Ella hizo un nuevo gesto de sumisión.

—Buenas noches —dijo Jacques.

De pie, en esta habitación que le hacía evocar tantos recuerdos, la cogió entre sus brazos castamente. Sus pechos se tocaban. Como Jacques la atrajera hacia sí con más fuerza, la joven perdió un poco el equilibrio; sus rodillas tropezaron. Ambos sintieron la misma turbación, pero sólo Jacques lo advirtió.

—Abrázame —murmuró Jenny—; abrázame fuerte...

Había rodeado con sus brazos el cuello de Jacques y lo besaba con una pasión repentina, con una especie de embriaguez. En su audacia inocente, la joven se mostraba más imprudente que él. Ella fue quien le hizo retroceder un paso, hasta la cama. Cayeron en ella, sin aflojar su abrazo.

—Abrázame fuerte —repetía la joven—; más fuerte... Más fuerte todavía... —Y para que él no viera su emoción, alargó el brazo hacia la mesa y apagó la luz.

Jacques trataba de dominarse, pero ahora sabía que Jenny no volvería a su alcoba, que esta noche ya no se separarían... «También nosotros... —se dijo, en un destello—. Nosotros, como todos los demás...» Una sombra de despecho, una especie de

desesperación y de miedo se mezclaban a su deseo. Jadeante, dominado por un vértigo que ya no podía evitar, la estrechaba silenciosamente, en la oscuridad cómplice.

Un espasmo súbito le sorprendió, cortándole el aliento, inmovilizándole. Luego su cuerpo se relajó; le volvió la respiración. Con una sensación de liberación, también con un poco de vergüenza, con una amarga impresión de tristeza, de soledad, recobró su propio dominio.

Inconsciente y completamente embriagada de ternura, Jenny seguía acurrucándose en sus brazos. Apenas si pensaba. Sólo deseaba que este instante maravilloso no se acabara nunca. Apoyaba su mejilla en el paño de la chaqueta; escuchaba como un prodigio los latidos de este corazón tan cercano al suyo. Por la ventana abierta entraba una claridad lechosa —¿era la luna?, ¿era ya el alba?— que inundaba la habitación con una luz irreal que transformaba muebles y paredes, todas las cosas duras y opacas, en diáfanas. Dormir... Después de los momentos dramáticos que acababan de vivir juntos, dormir uno en brazos del otro tenía toda la dulzura de una recompensa.

Fue él quien primero se durmió. Ella le oyó, en un último beso, balbucear algunas palabras indistintas; luego, con emoción indecible, sintió que se dormía a su lado, mientras que ella resistía todavía un minuto su cansancio, a fin de prolongar el mayor tiempo posible la conciencia de su felicidad; y cuando, estrechamente abrazada a Jacques, quedó también dormida, tuvo la sensación deliciosa de que más que al sueño, era a él a quien se entregaba.

## LXIV

JACQUES se despertó antes que ella. Durante algunos minutos, mientras que lentamente volvía a la vida real, contempló gozoso a la luz de la mañana este tierno rostro en el que las emociones y el cansancio no conseguían alterar la lozanía. La boca, relajada, parecía preparada para sonreír. Sobre el rubor mate y terso de la mejilla, se alargaba, como pincelada de acuarela, la sombra transparente de las pestañas. Tuvo que contenerse para no posar en ellas los labios. Se deslizó con cuidado hasta el borde del diván y se levantó sin que ella lo advirtiera.

De pie, vio en el espejo sus ropas arrugadas, su cara terrosa y sus cabellos despeinados. El pensamiento de que podía haber sido visto así por la joven, le hizo dirigirse a la puerta precipitadamente. Sin embargo, antes de desaparecer, cogió algunas florecillas del florero de la chimenea y las dejó a modo de despedida en el sitio que acababa de abandonar. Luego, andando de puntillas, salió de la habitación.

Eran más de las siete. Sábado, primero de agosto. Un mes nuevo; un mes de verano; el mes de las vacaciones. ¿Qué traería? ¿La guerra? ¿La revolución?... ¿O la paz?

El día se presentaba espléndido.

Recordó que había una casa de baños en el bulevar Montparnasse, junto a la «Closerie des Lilas».

Antes de entrar en ella, compró los periódicos.

Algunos de ellos, *Le Matin*, *Le Journal*, estaban impresos en mía sola hoja. ¿Economías de guerra, ya? Abundaban los informes concretos destinados a los movilizados, «para el caso en que...»

El número de *l'Humanité* había aparecido, como de costumbre. Con un ancho margen en negro, estaba atestado de detalles del asesinato. Jacques se sorprendió de leer en el diario una carta emocionada de Poincaré a la viuda de Jaurès: «... En un momento en que la unión nacional es más necesaria que nunca, he de manifestar mi...» Ahora bien: Jacques sabía que la esposa de Jaurès estaba de viaje, y que los amigos de Jaurès habían renunciado a tomar ninguna medida para el entierro antes de que aquella regresase. Por consiguiente, la carta había sido comunicada urgentemente a la prensa por el mismo Poincaré. ¿Con qué objeto?

Una vibrante proclama firmada por Viviani en nombre del Consejo de Ministros, se cuidaba de especificar que Jaurès, «en estos días difíciles», había «sostenido con su autoridad la acción patriótica del gobierno». El párrafo final implicaba una discreta amenaza: «En las graves circunstancias por que atraviesa la Patria, el gobierno cuenta con el patriotismo de la clase obrera, de toda la población, para guardar la tranquilidad y no añadir a las emociones públicas una agitación que sumiría a la capital en el desorden.» ¿Temía el gobierno que se produjeran motines? Un periodista contaba que Malvy, el ministro del Interior, al conocer la noticia del asesinato durante

un Consejo de Ministros, había abandonado precipitadamente el Elíseo para dirigirse a su ministerio y ponerse en contacto con la Prefectura de Policía.

Todos los periódicos, por otra parte, con una unanimidad que denotaba una consigna, insistían en la necesidad de unirse, y aprovechaban el asesinato para elogiar, a cual más, «el ejemplo» que «el gran republicano», antes de morir, había dado «a su partido», aprobando la actitud del gobierno «de adoptar, en vista de las más formidables hipótesis, las precauciones necesarias». Leyendo estos comentarios parecía que la voz que acababa de extinguirse nunca se había alzado sino para estimular la política nacionalista de Francia.

La maniobra era sutil y pérfida. Una vez abatido el adversario, el colmo de la habilidad era apoderarse del cadáver y hacer de él un símbolo de la lealtad gubernamental, de utilizarlo como un arma, y precisamente contra el socialismo decapitado. «¿Llegarán a concederle honras nacionales?», se preguntó Jacques, lleno de desesperanza.

Hizo una bola con todos estos periódicos humedecidos por el vapor de agua, la tiró lo más lejos que pudo, y se sumergió rabioso en el agua tibia.

«Mirar las cosas de frente», se dijo.

El ejército de los «patrioters» aumentaba con tal rapidez, que ahora la lucha parecía imposible. Periodistas, profesores, escritores, sabios, todos los intelectuales, a más y mejor, abdicaban de su independencia crítica, para predicar la nueva cruzada, exaltar el odio al enemigo hereditario, preconizar la obediencia pasiva y preparar el absurdo sacrificio. Incluso en estos periódicos de izquierdas, lo más selecto de los jefes populares —los que ayer mismo denunciaban con toda la fuerza de su autoridad que este monstruoso conflicto de los Estados de Europa no sería sino amplificación en el terreno internacional de la lucha de clases, una última consecuencia de los instintos de voracidad, de la competencia y de la propiedad— parecían hoy dispuestos, en su totalidad, a poner su influencia al servicio del gobierno. Algunos temían por lo menos el pudor de balbucear algunas lamentaciones: «Desgraciadamente, nuestro sueño era demasiado bello...» Pero todos capitulaban; todos daban como legítima la defensa nacional, y alentaban ya a sus seguidores obreros para que colaboraran sin escrúpulos de conciencia en la tarea de muerte. Su desfallecimiento colectivo dejaba repentinamente el campo libre a la expansión de las mentiras patrióticas, y podía paralizar definitivamente, en el corazón poco preparado de las masas, aquel instinto de rebeldía que, según Jacques, era hasta entonces la única esperanza de salvar la paz.

«¡Ah! —pensó, con una sensación de rabiosa impotencia—. El golpe ha sido preparado de una manera magistral... La guerra no es posible sino con un pueblo fanatizado. Primero, la movilización de las conciencias; ¡después, la de los hombres no será sino un juego!» Le vino a la memoria el recuerdo de un mitin. ¿Había sido Jaurès, o Vandervelde, o algún otro líder? El orador, escuchado por un pueblo ávido de confianza, había comparado el gesto individual del revolucionario a esa carretada



de guijarros que, de padres a hijos, los habitantes de los pueblos costeros van a arrojar al borde del mar. «Las olas se estrellan», había gritado. «Las olas arrebatan la tierra del montón. Pero cada una de estas carretadas deja un residuo minúsculo de piedras más pesadas, que la marea no arrastra. ¡Y el dique se va elevando poco a poco! ¡Y fatalmente habrá de llegar un día en que las piedras superpuestas constituirán un bastión sólido contra el que serán impotentes las olas encrespadas: un suelo nuevo, que las generaciones futuras ocuparán triunfantes!...» ¡Nobles metáforas que aquel día producían el delirio de los manifestantes! «Pero —pensó Jacques— ante la marejada de ahora, ¿qué quedará de todos estos esfuerzos irrisorios?»

Inmediatamente se avergonzó de su debilidad. «¡No hay que hacer como los otros! ¡No hay que dejarse dominar por la desesperación! Las cosas no empiezan a ser irremediables, en realidad, sino a partir del momento en que, a su vez, los mejores también renuncian y se inclinan ante este mito: ¡la fatalidad de los acontecimientos! ¡Somos nosotros quienes creamos los acontecimientos! ¡Esperar a toda costa! ¡Y actuar! ¡Luchar hasta el final contra las sugerencias alarmantes, contra el contagio pérfido del pánico! ¡Nada se ha perdido todavía!»

Se sentía terriblemente solo. Solo, porque era fiel y puro. Solo, pero también como protegido por este aislamiento patético. Por mucha que fuera su debilidad, sabía que tenía razón y defendía la verdad. ¡Nunca consentiría en renegar!

Sin volver a casa de Jenny, corrió a *l'Humanité*.

El edificio hacía pensar esta mañana en una casa mortuoria.

A pesar de la hora, en las escaleras, en los pasillos, había un incesante ir y venir de militantes, cuyos rostros trastornados denotaban la doble señal de la pena y el desaliento. El nombre del asesino corría de boca en boca: Raoul Villain... Nadie le conocía. ¿Era un desequilibrado? ¿Un agente del nacionalismo? ¿Quién había armado su brazo? En la comisaria no había sabido dar ninguna explicación de su acto. En un papel encontrado en su bolsillo, estaban escritos estos renglones misteriosos: «La patria está en peligro; hay que castigar a los asesinos.»

Stefany, como todos los redactores del periódico, había pasado la noche en pie. El color de su cara había tomado el tono de la masilla. Sus ojillos negros parpadeaban, quemados por las lágrimas y el insomnio.

Una docena de socialistas se apretujaban en su despacho. La discusión era violenta.

Se afirmaba que Von Schön, el embajador alemán, había realizado una gestión increíble en el Quai d'Orsay para obtener de Francia que permaneciera neutral y negara su ayuda militar a Rusia. Alemania se comprometía a no entrar en guerra contra Francia, si el gobierno francés, como garantía de su neutralidad, consentía en dejarle ocupar los fuertes de Toul y Verdún mientras durara la campaña alemana contra los rusos.

Unos cuantos, como Burot y Rabbe, insinuaron que este regateo de última hora

constituía, después de todo, un procedimiento para librar a Francia del conflicto. Pero la mayor parte, de manera bastante inesperada, se mostró partidaria de la alianza franco-rusa. El joven Jumelin, en un tono que recordaba a Jacques la indignación de Manuel Roy, se rebeló.

—¡Sería la primera vez en la historia que Francia se negara a hacer honor a su firma!

Burot se levantó bruscamente.

—¡Perdón! —dijo—. ¡No nos confundamos!... ¡Examinemos atentamente la concatenación de los hechos y las fechas comparadas de las movilizaciones! Prescindo incluso de lo que podamos saber acerca de los preparativos militares rusos, empezados secretamente hace mucho tiempo y proseguidos obstinadamente a pesar de todos los esfuerzos de Francia. No hablemos, de momento, sino de los decretos oficiales. Pues bien: el ucase del Zar ha sido firmado anteayer «jueves», por la tarde, y esto a pesar de la terrible advertencia de Alemania, que había declarado de antemano y rotundamente que la movilización rusa significaría la guerra. ¡Anteayer, «jueves»! Ahora bien: Francisco José, por su parte, no ha firmado su decreto hasta ayer, «viernes», a última hora de la mañana. Luego, también ayer, pero algunas horas más tarde, Alemania anunciaba el *Kriegsgefahrzustand*, que, a pesar de todo, no es lo mismo que una movilización general. Ésta es la cronología exacta de los acontecimientos... Y esto no es un secreto para nadie —prosiguió, sacando un periódico del bolsillo—. Según confiesa incluso un órgano gubernamental como *Le Matin*, la movilización general rusa «ha precedido» a la movilización general austríaca. ¡Éstos son los hechos! ¡Y de mucha importancia! Serán de capital importancia a los ojos de los historiadores futuros. ¡Indiscutiblemente, Rusia debe ser considerada como el Estado agresor!... Pues bien —continuó, después de una pausa y midiendo sus palabras—: a mí me preocupa tanto como a cualquier otro el honor francés. Pero considero que esta constatación de los hechos autorizaría hoy a Francia a negar su ayuda a Rusia, sin traicionar en lo más mínimo las obligaciones que ha contraído. Es más: ¡considero que la negativa a solidarizarse con el Estado agresor sería la última oportunidad para nuestro gobierno de demostrar, de una forma terminante e irrefutable, que nunca ha deseado la guerra!

Hubo un momento de silencio y como un repentino renacer de las esperanzas.

El mismo Jumelin no encontraba nada que contestar. Pero no le gustaba reconocer sus errores; desvió la cuestión.

—Las obligaciones que Francia ha contraído... ¿Se conocen acaso esas obligaciones? ¿Quién sabe con exactitud qué nuevos compromisos ha contraído Poincaré, durante estos dos años y en nombre de Francia, influido por Iswolsky?

—¿Y qué ha contestado el ministro? —preguntó Jacques—. ¡Naturalmente, el ofrecimiento de Schön habrá sido considerado en el Ministerio de Asuntos Extranjeros como «una trampa»! ¡Es la eterna cantinela de la diplomacia francesa!

—Si no como una trampa —rectificó Cadieux, que se las daba de bien informado

—, al menos como una provocación disfrazada: una especie de ultimátum.

—¿Con qué objeto?

—¡Pues con el de obligar a Francia a definirse inmediatamente! Todo el mundo sabe que el plan de campaña del Estado Mayor alemán es obtener al principio una victoria decisiva en el frente francés que le permitía volverse inmediatamente hacia el frente oriental. Interesa por tanto que Alemania pueda atacar lo antes posible a Francia. ¡Da aquí el deseo alemán de obligar a Francia a entrar en guerra «antes» de que la batalla se produzca en el frente germano-ruso!

Stefany, desde hacía un momento, daba señales de impaciencia. Su voz vibrante interrumpió la discusión:

—¡Todos estáis razonando como si la guerra hubiese sido ya declarada o fuera a serlo de un momento a otro! ¡Y esto, en el momento en que la alianza de los socialistas franceses y alemanes va a estrecharse más firmemente que nunca! ¡En el momento mismo en que la llegada de Müller, que estará entre nosotros esta misma noche, permite por fin contar con una acción común, inmediata y decisiva!

Todos callaron. Durante un instante, la sombra de Jaurès se cernió sobre la estancia. Stefany hablaba como hubiera hablado el jefe. ¿Es que, en las circunstancias actuales, el envío oficial a París de un delegado de la socialdemocracia, para sellar el pacto de paz entre los pueblos, a despecho de los gobiernos, no constituía ya efectivamente un hecho sin precedentes y del cual era legítimo esperar todo?

—¡Son magníficos, esos alemanes! —exclamó Jumelin. Y su confianza juvenil, que ahora sucedía sin transición a sus anteriores opiniones pesimistas, simbolizaba bastante bien el desconcierto general.

La entrada de Renaudel interrumpió la discusión. Estaba pálido y abotagado. Su mirada parecía ausente. Había pasado la noche velando el cadáver de su amigo.

Acababa de asistir a la reunión del Bureau de la Federación Socialista del Sena, que había sido convocada urgentemente esta mañana en *l'Humanité*, con objeto de examinar la situación creada en el partido por la desaparición del jefe. Y previamente quería hablar con Stefany del llamamiento que acababa de lanzar la Unión de Sindicatos. Afirmaba que en Lyon, en Marsella, en Toulouse, en Burdeos, en Nantes, en Ruán, en Lille, en todas partes, se organizaban nuevas manifestaciones. «¡No, no! —repetía, apretando los puños—. ¡Todavía no hay que desesperar!»

Se los dejó solos. Y Jacques, después de haber tratado de ver a Gallot, que no estaba en su despacho, se eclipsó. Antes de reunirse con Jenny quería ver el ambiente en los círculos anarquistas, y pasar por el *Libertaire*.

Pero en la plaza Dancourt se tropezó con los hermanos Cauchois, dos albañiles concurrentes habituales del *Libertaire*, que le disuadieron de seguir.

—Venimos de allí. No hay nadie. Los compañeros se esconden. La policía vigila. ¿Qué necesidad hay de que le fichen a uno?

Jacques los acompañó durante un trozo del camino. Marchaban sin rumbo.

Hablan desertado del tajo, excepcionalmente, «a causa de todo esto».

—¿Qué piensas tú de «su» guerra? —dijo el mayor, un pelirrojo, lleno de pecas, de facciones bastante groseras, pero cuya mirada azul tenía esta mañana una dulzura desacostumbrada.

—A éste le tiene sin cuidado; él es suizo —interrumpió el pequeño. (Aunque no fueran gemelos, éste era el vivo retrato de su hermano; pero en la misma forma que una escultura ya terminada se parece a la primera talla.)

Jacques consideró inútil entrar en detalles.

—No; no me tiene sin cuidado —dijo en tono sombrío.

El más pequeño observó, intencionadamente:

—Indudablemente. Pero de todas formas no es igual que si te encontraras en el ajo, como nosotros.

El mayor, que había debido de beber un poco más de la cuenta para celebrar esta fiesta improvisada, se mostraba locuaz.

—Para nosotros es bien sencillo: ¡el que no tiene más que los huesos, tiene que defenderlos!... No digo que, si se presentase la ocasión, no se jugara uno la piel por sus ideas. Pero ¿pollas de los patrioteros?, ¡ni hablar! A los que les guste, ¡que vayan! Nuestra patria está donde podamos trabajar tranquilos. ¿No es así, Jules?

El pequeño silbaba, desafiante.

—¿Entonces? —preguntó Jacques—. Si a pesar de todo movilizaran, ¿vosotros qué? —(Pensaba en su propio caso. Su contestación a la pregunta de Antoine: «¿Qué vas a hacer?», era rigurosamente sincera. No lo sabía. Lucharía desesperadamente. ¿Pero dónde? ¿Y con quién? ¿Y cómo?... Por otra parte, no quería pensar en ello: supondría dudar de la paz.)

El pequeño dirigió al mayor una mirada furtiva, y, como si temiera que el otro hablara demasiado, contestó rápidamente:

—Nosotros no nos incorporamos hasta el noveno día. Tenemos tiempo de pensarlo.

Pero el mayor no había observado la advertencia de su hermano. Se inclinó hacia Jacques y bajó la voz.

—¿Conoces a Saillavar? ¿No? Uno picado de viruelas... Saillavar es de Port-Bou. ¿Te das cuenta? Él se sabe de memoria la frontera española, como nosotros las calles de Ménilmuche... —Guiñó el ojo confidencialmente—. Parece ser que España, aunque haya guerra, permanecerá neutral, Allí uno es libre: nada te impide ganarte tu mendrugo como un hombre... Y al trabajo no le tenemos miedo. ¿No es verdad, Jules?

El pequeño miraba a Jacques con disimulo. Sus pupilas azules tuvieron un reflejo metálico. Rezongó:

—¡No se te ocurrirá decirlo por ahí!

—Estáte tranquilo —dijo Jacques, estrechándole la mano.

Los vio irse, pensativo, y movió la cabeza negativamente.

—No, eso no...; yo, no... Huir a un país neutral, todavía puede admitirse. Pero si es «para trabajar tranquilo» y «ganarse el mendrugo», mientras que los otros... ¡No! ... —Dio algunos pasos y volvió a detenerse—. ¿Entonces, qué?

## LXV

ANNE se había acercado al teléfono con paso firme. Iba a descolgar el aparato, cuando pensó: «Soy tonta. Las once y veinte; todavía está en el Hospital... ¿Y si fuera a sorprenderle a la salida? Allí no se me escaparía.»

Recordó que había dado permiso al chofer para toda la mañana. Con objeto de no perder un minuto —y especialmente para no tener que esperar—, salió de casa tan pronto estuvo preparada, y tomó un taxi.

—¡Calle de Sèvres! Ya le diré donde.

El conserje del hospital todavía no había visto salir al doctor Thibault.

Anne echó una mirada a los coches parados al borde de la acera. No vio el de Antoine. Pero podía haberlo metido dentro del patio, aparte de que no siempre llevaba el auto por la mañana.

Volvió a montarse en el taxi. Asomada a la portezuela, vigilaba el ir y venir de la gente en el portalón. Las doce menos cinco... Las doce... Doce campanadas sonaron en el reloj, las cuales fueron contestadas casi inmediatamente por el campanario de una iglesia cercana. Una oleada de empleados y enfermeras se volcó sobre la acera.

De repente, su frente se cubrió de sudor. Acababa de recordar que había otra salida, por una calle lateral. Se apeó apresuradamente y se adelantó a pie, después de haber dicho al conserje que advirtiera al doctor, si acaso éste salía.

La acera era estrecha y estaba llena de gente con prisa. Por el centro de la calle pasaban velozmente los coches y los camiones: era el estrépito infernal de las calles populosas. Sintió una especie de vértigo, y se detuvo. Le zumbaban los oídos. Cerró los ojos, y se preguntó serenamente si no sería preferible morir. Pero se dominó inmediatamente; siguió andando como una sonámbula y llegó a la puerta; luego, preguntó en la portería.

¿El doctor Thibault? Pues sí, hacía un rato que había salido del hospital...

Anne no contestó, ni siquiera dio las gracias, y salió del portal como una furia. ¿Qué hacer? ¿Telefonar una vez más a la calle de la Universidad? (Ya lo había hecho en distintas ocasiones durante el día anterior. Lo había hecho esta misma mañana, precisamente cuando Antoine acababa de salir. Al menos, esto era lo que había contestado León. «¿Tan pronto?», había pensado. ¿Sería verdad? ¿A las siete y cuarto?..)

Volvió a entrar en la portería.

—¿Podría telefonar? Es urgente.

La línea estaba sobrecargada. Tuvo que esperar. Por fin obtuvo la comunicación.

—El señor no está... El señor ha advertido que no vendría a comer...

León tenía su acento más impersonal. Anne lo odiaba ahora. No podía soportar ya esta voz cortés que se interponía siempre entre Antoine y ella, que le impedía este contacto directo, vivo, casi carnal, que ella mendigaba al otro extremo del hilo.

Colgó sin decir nada, y se encontró de nuevo en la calle. «¡Peor para ellos! ¡Iré yo misma en persona!... ¡Así verá si me mienten!»

Primero tenía que volver al taxi. Corrió desalentada, deslizándose por entre la gente, furiosa de ceder a esta pasión obsesionante, pero incapaz de resistir a ella.

—¡Calle de la Universidad, cuatro bis!

Cuando vio desde lejos la fachada revocada, las persianas, el portal, se sintió paralizada por el miedo. Se representaba a Antoine, interrumpido durante la comida, acercándose a ella desde el fondo del recibimiento, con la servilleta en la mano y aspecto incomodado. ¿Qué iba a decirle: «Te quiero, Tony»? De repente tuvo miedo de él, de sus cejas crispadas, de su mandíbula, de aquella mirada enojada y dura que se imaginaba demasiado bien.

¿Escribirle, tal vez?

—Párese... En aquella esquina..., en la estafeta de Correos.

Pidió un «pneu<sup>[26]</sup>» y garrapateó:

«Tengo que verte, Tony, aunque no sea nada más que un momento. No me importa cuándo ni dónde. Telefonéame. Te espero. Tengo que verte, Tony mió.»

Era la frase que se repetía sin cesar: «Tengo que verlo.» Estaba segura de que si volvía a verle, aunque sólo fuera un minuto, encontraría las palabras necesarias para detenerle, para conservarlo.

Deslizó el «pneu» en el buzón, y huyó, avergonzada de sí misma.

Antoine estaba todavía en la mesa, cuando el mensaje llegó a la calle de la Universidad.

—¡Pero si te creo, muchacho! —le decía a Roy, que estaba entusiasmado, con las mejillas encendidas, pues acababa de contarle las manifestaciones patrióticas en las que había tomado parte la noche anterior—. ¡Tengo razones más que suficientes para creerte! En este momento asistimos a una explosión extravagante de patriotismo... Sólo que... ¿Sabes lo que me recuerdan todos esos valientes muchachos que recorren los bulevares para afirmar que aprueban la guerra?...

León le entregó el sobrecito azul. Conoció la letra. Una sombra pasó por su mirada.

—... Me hacen recordar un anuncio que se veía en las paredes de París cuando yo era niño... —Mientras hablaba rompía la tirilla trepada, sin mirar lo que hacía. Finalmente fijó la mirada en el papel, lo rompió también en trocitos, y acabó la frase —. Representaba una bandada de patos... Aclamaban a un cocinero armado con un largo y afilado cuchillo... Con este pie: «¡Viva el *foie-gras* de pato de Estrasburgo!»... —Recogió en su plato los trocitos de papel, y calló.

Entre Anne y él no había tenido lugar ninguna explicación. Sencillamente, a partir de su entrevista con Simón, Antoine se negaba obstinadamente a toda visita, a toda conversación telefónica. No había premeditado esta actitud evasiva, que le parecía

insuficiente y que le molestaba, porque le gustaban las situaciones claras. Pensaba tener con Anne una conversación decisiva. Incluso pensaba en ello intencionadamente varias veces al día, siempre que León se le acercaba con los ojos bajos y la fórmula fatídica en los labios: «“Han” telefoneado.» Pero las horas se sucedían apresuradamente; y en los raros momentos en que escapaba a su vida profesional, se sumía angustiado en la lectura de los periódicos, o se dejaba acaparar, con una complacencia malsana, por aquellos a quienes se encontraba y que, como él, no podían pensar sino en la guerra ni hablar de otra cosa. Algunas veces, se extrañaba de no experimentar sino una indiferencia hostil hacia esta mujer a la que no tenía nada que reprochar y que, a pesar de todo, ocupaba tanto lugar en su vida ocho días antes...

Creía que el suyo era un caso especial. No sospechaba que había obedecido a un fenómeno muy generalizado. El temblor que agitaba a Europa afectaba también a la vida privada de cada cual; en todas partes se aflojaban entre las personas los lazos ficticios, y se soltaban por sí solos; el viento precursor que azotaba al mundo, hacía caer de las ramas las frutas agusanadas.



## LXVI

JACQUES había vuelto antes del mediodía a la avenida del Observatorio. Jenny no le esperaba tan temprano. Confesó, avergonzada, que había dormido hasta las nueve. Estaba sumida en la lectura de los periódicos, tratando de encontrar alguna noticia de Austria. Le temblaba la voz cuando pensaba en la suerte de su madre, detenida en Viena. Se levantó y dio dos o tres pasos por la habitación, con el rostro entre las manos. Jacques no sabía qué decir para tranquilizarla. El peso de los acontecimientos se agravaba para él a causa de esta fragilidad tan cercana; y a todas las razones que ya tenía para luchar por la paz amenazada, se añadió durante algunos minutos el deseo pueril de poder liberar a la joven de su angustia.

—Siéntate —dijo—. No estés así, de pie, con esa cara atormentada... No puedo soportarlo, amor mío... ¡Todavía no ha pasado nada irremediable!...

La joven no pedía más que creerle. Jacques le sonreía, de todas formas, para tranquilizarla. Habló con vehemencia de la misión de Müller, de las tenaces esperanzas de Stefany. Él mismo se engañaba con sus propias palabras. Llegó a decir, con un impulso casi sincero:

—¡Tal vez sea un beneficio que el peligro se haya hecho tan manifiesto, tan universal, puesto que todo depende de esa reacción que hay que provocar en la opinión!...

—Sí —dijo la joven, con las pupilas inmóviles.

Se levantó nerviosamente para arreglar la persiana; sus gestos eran tan febriles que se quedó con la cuerda en las manos.

Jacques se acercó a ella, le rodeó los hombros con el brazo, y la atrajo hacia si.

—Vamos, estáte tranquila, mírame... ¡Me resulta tan agradable estar aquí! Vengo a respirar un poco, a coger fuerzas. Te necesito... ¡Necesito que tengas confianza!

Acto seguido, la joven cambió de cara y sonrió animosamente.

—¡Ya era hora! Ahora, ponte el sombrero, que te voy a llevar a comer.

—¿Quieres que comamos aquí? —propuso la joven, con una alegría que le sorprendió por lo espontánea—. ¡Sería tan agradable! Tengo huevos, un poco de pescado y té...

Aceptó.

Radiante de felicidad, Jenny corrió a encender el hornillo de gas. Jacques la siguió a la cocina. Distráido de su idea fija, por un instante, la miraba extender un mantel sobre la mesa, disponer el cubierto con simetría, preparar las conchas de mantequilla en el plato, afanarse con esa seriedad que las amas de casa ponen en los ritos domésticos más triviales. ¡Respiraba agilidad y naturalidad en sus menores gestos! El amor había vencido su rigidez, liberado en ella esta gracia femenina, aprisionada hasta ahora por secreta violencia.

—Nuestra primera comida —observó ella, en un tono casi grave, cuando puso

sobre la mesa el plato de huevos.

Se instalaron uno frente a otro, como antiguos camaradas. Jenny estaba alegre; Jacques hacía lo posible por estarlo, pero su frente seguía preocupada. Ella lo miraba con disimulo. Él lo notó y sonrió.

—¡Se siente uno bien aquí!

—Sí —dijo ella, con convicción—. ¡Nos hace tanta falta ahora estar juntos!

Jacques bajó los párpados. Repentinamente pensó en el futuro y sintió miedo.

Continuó la comida sin que consiguieran romper el silencio abiertamente. Algunas veces, Jacques envolvía a la joven en una mirada tierna y cariñosa; y no encontrando palabras para expresar lo que sentía, extendía el brazo y posaba su mano algunos segundos sobre la de Jenny.

Esta sufría de verle tan taciturno. Desde estos últimos días se iba operando en ella una lenta transformación: por primera vez, a pesar de su manera de ser, a pesar de su prolongado hábito de retraimiento, hubiera deseado poder hablar de sí misma. Las horas que permanecía sola no eran sino un interminable monólogo dirigido a Jacques, en el que se analizaba minuciosamente para él, o le descubría sin indulgencia los defectos de su carácter, sus posibilidades, sus limitaciones. Porque estaba obsesionada por el temor de que se hiciera demasiadas ilusiones acerca de ella, y se sintiera espantosamente decepcionado el día que la conociese a fondo.

Cuando hubieron vaciado el frutero, la joven quiso que Jacques doblara su servilleta y le dio el servilletero de Daniel. Luego, lo cogió del brazo, como hacía con su hermano, y lo llevó hacia su habitación.

Al pasar delante del salón, cuya puerta estaba entreabierta, Jacques se fijó en el piano, iluminado en este momento por un rayo de sol... Se detuvo, cediendo a un capricho repentino.

—Jenny, toca..., ya sabes..., aquello... Aquello que tocabas... antes.

—¿El qué?

Sabía perfectamente a lo que se refería; pero había temblado ante este recuerdo doloroso de aquel verano en Maisons-Laffitte.

—¡Oh Jacques!... Hov no...

—¡Sí!

Jenny abrió la puerta, se sentó al piano, y dócilmente atacó aquel *Estudio N.º 3*, de Chopin, que le recordaba una de las veladas más turbadoras y desesperadas de su vida.

Jacques permanecía de pie, cruzado de brazos, detrás de ella, en la sombra, para que no le viera. Cerraba los ojos nerviosamente para contener las lágrimas; y con el corazón lleno de dulzura, escuchaba temblar en el silencio este cántico de felicidad nostálgica. Con las últimas notas, la joven se levantó, y muy erguida, retrocedió y vino a apoyarse en él.

—Perdón —murmuró Jacques a su oído, con una voz baja y desgarradora que ella no le conocía.

—¿Por qué? —dijo, asustada.

—¡Hubiéramos podido ser tan felices y desde hace tanto tiempo...!

Jenny se estremeció y le puso la mano en la boca.

La ventana estaba abierta. Jenny lo llevó dulcemente hacia el balcón. Debajo de ellos, los árboles de la avenida formaban una alfombra verde y compacta, de la que brotaban de vez en cuando, como el piar de una bandada de gorriones, los gritos alborotadores de unos niños invisibles. A lo lejos, las frondas del Luxemburgo ofrecían ya esa pátina bronceada que antecede a la otra herrumbrosa del otoño.

Jacques contemplaba maquinalmente el panorama luminoso que se extendía ante ellos. «Müller ya debe haber salido de Bruselas», pensó. No podía abstraerse de esta idea. A su lado, Jenny murmuró, ensoñadora:

—Conozco cada uno de esos árboles... Y debajo de los árboles, conozco cada banco, cada estatua... Toda mi infancia está en ese jardín... —Después de una pausa, añadió—: Me gusta recordarla... ¿Y a ti?

—A mí, no —contestó Jacques, sin rodeos.

La joven volvió la cabeza vivamente; le dirigió una mirada entristecida, y en tono de desaprobación observó:

—A Daniel, tampoco.

Jacques comprendió que debía explicarse, e hizo un esfuerzo.

—Para mi, el pasado, pasado está. Cada día vivido cae en un pozo profundo. Siempre tengo los ojos puestos en el futuro.

Estas palabras la herían más de lo que se atrevía a decir, a ella para quien el presente contaba muy poco, y el futuro nada en absoluto; a ella, cuya vida interior se alimentaba casi exclusivamente de reminiscencias.

—Eso no es posible. ¡Lo dices para singularizarte!

—¿Singularizarme?

—No —prosiguió la joven, ruborizándose—. No es «singularizar» lo que yo quería decir... —Permaneció pensativa algunos segundos—. ¿Tú no sientes algunas veces la necesidad de... de desconcertar a la gente? No por el placer de desconcertar, claro está..., sino para sustraerte mejor a ella, tal vez... ¿No?

—¿A qué te refieres? ¿Sustraerme? —Reflexionaba; confesó—: Sí; puede que sí... Es cierto que me resulta intolerable sentir que la gente tiene de mí una opinión determinada. Es como si trataran de limitarme, de confiscar mi pensamiento. Y entonces, sí, tal vez me suceda que trate intencionadamente de desconcertarlos, simplemente para librarme de ese dominio...

Observó que Jenny acababa de obligarle a hacer una reflexión acerca de sí mismo, que indudablemente no hubiera hecho por sí solo, y se sintió agradecido. Se reprochó haberla lastimado con la ostentación de un tonto desprecio hacia las sentimentalidades del recuerdo. Él aumentó la presión del brazo con que rodeaba la cintura de Jenny.

—Te he molestado hace un momento. Es una tontería... Está uno tan nervioso

con todo esto... —Sonrió—. Y además, para disminuir mi falta, digamos también que Jenny es una mucha chita... ¡exageradamente sensible!

—Sí; es cierto —dijo ella inmediatamente—. ¡Exageradamente sensible! —Meditó un instante—. Soy muy sensible; y, sin embargo, no soy buena.

Jacques sonrió.

—No, no... —prosiguió ella—. ¡Me conozco perfectamente! Siempre que obro de una manera que puede hacer creer que soy buena, es en realidad después de pensarlo, voluntariamente, como para cumplir un deber... Estoy por completo desprovista de esa bondad natural, espontánea e inconsciente, que es la verdadera... La bondad de mamá, por ejemplo... —Estuvo a punto de añadir: «La tuya», pero no lo hizo.

Jacques la miró, sorprendido.

Algo en ella parecía haber madurado repentinamente. Nunca se le antojaba más misteriosa que cuando ella se analizaba en voz alta. En estos momentos, sus facciones se inmovilizaban y su mirada se hacía dura; y Jacques tenía la sensación de perder el contacto, de tener ante él un ser petrificado, resistente, incomunicable, ante un enigma cuyo secreto humillaba su orgullo de varón.

Con la mayor seriedad, murmuró:

—Jenny; eres como una isla... Una isla risueña, una isla soleada..., ¡pero inaccesible!

La joven se estremeció.

—¿Por qué dices eso? ¡Eres injusto!

Un soplo tenebroso, que la dejó helada, pasó entre ellos. Permanecieron silenciosos durante algunos instantes, uno junto a otro, apoyados en la barandilla del balcón, entregados a sus propios pensamientos y a sus inquietudes.

Dos campanadas, espaciadas y lejanas, sonaron en el reloj del Senado. Jacques consultó su reloj, y se enderezó.

—¡Las dos! —Y, cediendo a su obsesión, añadió—: Müller está en camino.

Luego, entraron juntos a la habitación.

Jacques no había dicho nada de que le acompañara, ni ella le había preguntado. Sin embargo, se había hecho ya tan normal, que no le extrañó oírle decir, mientras corría a su habitación:

—Un minuto, y estoy preparada.

En *l'Humanité*, donde Jacques se había decidido llevar a Jenny, lo primero que hizo fue preguntar a Rabbe, con quien se cruzaron en la escalera, acerca de las disposiciones tomadas en relación con la llegada del delegado alemán. El tren de Bélgica que traía a Müller llegaba a París un poco después de las cinco. El grupo de los diputados socialistas había sido convocado a las seis en una de las salas del Palais Bourbon, con objeto de recibirlo allí. Dada la importancia de esta conferencia, se preveía que se prolongaría hasta muy entrada la noche.

—Iremos todos a esperarlo a la estación del Norte —añadió el viejo militante.

—Nosotros también iremos —dijo Jacques, inclinándose hacia Jenny.

¡Estación del Norte! La joven evocó en un instante todos los detalles de su primera entrevista con Jacques: la persecución por los pasillos del tren subterráneo, el banco de la glorieta de San Vicente de Paúl... Levantó los ojos hacia él, persuadida ingenuamente de que pensaba en lo mismo. Pero estaba vuelto hacia Rabbe. Le preguntaba por las decisiones que habían sido votadas por la mañana en la reunión de la Federación Socialista.

—Ninguna —rezongó el viejo—. Los miembros del Bureau se han separado sin decidir nada. ¡El Partido ya no tiene jefe!

Los distintos despachos del periódico se hallaban a toda presión. En el de Gallot, Pagès, Cadieux y algunos otros discutían.

Había corrido el rumor de que, a partir de la declaración del *Kriegsgefahr*, el Estado Mayor francés asediaba al gobierno para obtener, sin más demora, el decreto de movilización. Se decía que ya era sólo cuestión de horas. Pagès pretendía incluso saber, por un escribiente militar que trabajaba en la secretaría del general Joffre, que el decreto había sido firmado por Poincaré al mediodía. Pero Cadieux, que venía del Quai d'Orsay, afirmaba que la noticia era falsa.

—Lo sabría yo —declaró con aplomo.

Decía que, en el Ministerio de Asuntos Extranjeros, el principal motivo de preocupación hoy era la actitud del gobierno inglés. Algunos políticos, entre ellos Caillaux, habían pensado en obtener de los jefes socialistas franceses una gestión cerca de Keir-Hardie, para que el partido socialista inglés renunciara a preconizar la neutralidad de Inglaterra. Por otra parte, se decía que Poincaré había tomado la iniciativa de dirigir una carta personal a Jorge V, acuciándole para que Inglaterra se pronunciara en favor de Francia, ya que la intervención inglesa era la última oportunidad de salvar la paz.

—¿De cuándo es esa carta? —preguntó Jacques.

—De ayer.

—¡Exactamente! ¡Cuando Poincaré ha sabido que Rusia proclamaba oficialmente su movilización y la guerra era ya inevitable!

Nadie discutió este aserto.

Una noticia de la mañana, sin duda oficial, anunciaba que el Estado Mayor francés y el inglés estaban en contacto permanente y que «se había concertado un plan de acción». ¿Se trataba de una acción militar? Se sabía, de fuente oficiosa, que Inglaterra había dado órdenes a su flota de vigilar los Estrechos; que el acceso a los puertos de guerra había sido prohibido a los barcos mercantes; que la artillería inglesa ocupaba ya las fortalezas que dominaban estos puertos, y que todos los faros de la costa habían recibido la orden de no alumbrar esta noche.

Llegó Marc Levoir.

Se hacía eco de una nueva conversación entre Viviani y Von Schön. El presidente

del Consejo había dicho: «Alemania moviliza. Lo sabemos.» Y como el embajador callara, había añadido: «La actitud de Alemania nos dicta la nuestra... Sin embargo, para que hasta el último instante y a los ojos de todos quede bien clara nuestra voluntad decidida de salvaguardar la paz, el general Joffre ha dado orden a todas nuestras tropas de replegarse a una distancia de por lo menos diez kilómetros de la frontera. En estas condiciones, si se produce algún incidente, ¡serán ustedes quienes lo hayan provocado!»

Pagès, que tenía relaciones en el Ministerio de la Guerra, puso las cosas en su sitio. Según él, la iniciativa francesa no tenía ningún alcance real; no podía perturbar en nada el plan de campaña previsto por el Estado Mayor francés, y no constituía sino un aparente sacrificio a la paz. En los círculos allegados del ministro Messimy —decía—, no se ocultaba que esta retirada momentánea no era sino una treta diplomática, un medio de conmovier ostensiblemente a la opinión pública europea y, muy especialmente, a la inglesa.

—Quiero creer —dijo Jacques— que su objeto sea «también» ganarse la adhesión de Inglaterra... Pero, según mi opinión, su objeto principal es engañarnos a nosotros, ¡a nosotros, los pacifistas! ¡Una forma de sorprendemos, de ganarse nuestras simpatías, de hacerse absolver por nosotros! Un pretexto honorable que nos ofrecen para que nos sometamos sin escrúpulos a una autoridad militar cuyo acto inicial es tan poco agresivo. ¡Ya veo lo que leeremos mañana en los periódicos de oposición!

Gallot, que a pesar del ruido de la conversación seguía clasificando sus papeles, levantó bruscamente su perfil de erizo por detrás de la barrera de expedientes.

—¡Y la prueba está en la prisa, en la insistencia con que el gobierno ha comunicado oficiosamente esta medida a los jefes del Partido, incluso antes de haberla adoptado!

Su tono irritado, que tan bien se acomodaba con su aspecto físico, con sus miembros frágiles y su apariencia de chupatintas pacato, hacía que muchas veces pareciera que estaba equivocado, aun teniendo razón. Pero hoy, Jacques pudo observar que el enfado de Gallot no conseguía borrar en los ojos de éste una expresión de profunda tristeza, que lo hacía conmovedor a pesar de su fealdad.

Un grupo de militantes jóvenes hizo irrupción en el despacho. Acababa de propalarse el rumor de que un grupo de la Liga de Patriotas se dirigía hacia la Concordia para hacer una manifestación delante de la estatua de Estrasburgo.

—¿Vamos allí? —propuso Pagès.

Todos estaban ya de pie. (En realidad, parecían menos impacientes de provocar una lucha vengativa, que de aprovechar esta oportunidad de poder por fin «hacer algo».)

Jenny adivinó que Jacques, a pesar de su deseo de seguirles, vacilaba a causa de ella.

—Vamos allí —dijo la joven con resolución.

## LXVII

UN sol velado, pero asfixiante, caía a plomo sobre las cabezas y hacía irrespirable la atmósfera del centro de París. La población, cada vez más inquieta y revuelta, como las moscas en esta temperatura de tormenta, no abandonaba la calle. A la puerta de los establecimientos de crédito, de las comisarías, de las tenencias de Alcaldía, se formaban grupos agitados, que los guardias municipales trataban de disolver sin incidentes. Los gritos de los vendedores de periódicos, dominando el sordo rumor de la muchedumbre, acababan de alterar los nervios.

En la plaza de las Pirámides, la base del monumento a Juana de Arco estaba lleno de flores, como un catafalco. Bajo los soportales de la calle de Rívoli, los transeúntes se apresuraban en ambos sentidos. La mayor parte de las tiendas habían cerrado sus puertas. En la calzada, los coches eran tan numerosos como en los días más activos del invierno. En cambio, el jardín de las Tullerías habría estado desierto si no hubiese sido por las patrullas de guardias apostadas allí en reserva; a la sombra de los árboles, brillaban las grupas inquietas de los caballos, y los cascos despedían breves destellos.

La noticia de la manifestación debía de ser inexacta; el aspecto de la plaza de la Concordia no ofrecía nada de insólito. Ni siquiera se había interrumpido la circulación. Apenas si un débil cordón de agentes defendía, como medida de precaución, el acceso a la estatua de Estrasburgo, cuyo pedestal desaparecía también bajo un montón de coronas adornadas de cintas con los colores nacionales.

Decepcionada, la pequeña cohorte que venía de *l'Humanité* se disolvió.

Jacques y Jenny se mezclaron con la muchedumbre que deambulaba por la calle Royale.

—Las cuatro y media —dijo Jacques—. Vamos a recibir a Müller. ¿No estás cansada? Podríamos ir andando hasta la estación del Norte.

Tomaron por los bulevares, y siguieron luego por la calle Caumartin hasta llegar a la de Saint-Lazare. De repente, cuando pasaban por delante de Saint-Louis-d'Antin, un estrépito ensordecedor llenó el espacio; la gran campana de la iglesia repicaba con grandes golpes de una sola nota, distintos, insistentes y solemnes.

La gente, inmóvil en donde estaba, se miraba entre sí con estupor. Luego, empezó a correr en todas direcciones.

—¿Cómo? ¿Qué pasa? —balbuceó Jenny, a la que Jacques había cogido del brazo.

—Ya está —murmuró uno, cerca de ellos.

A lo lejos sonaban otras campanas. En un minuto, el cielo de París parecía haberse convertido en una inmensa bóveda de bronce golpeada por todas partes por el mismo ritmo tenaz, siniestro como un toque de difuntos.

Jenny no comprendía. Repetía:

—¿Pero qué pasa? ¿Hacia dónde corren?

Sin decir palabra, la llevó hacia el centro de la calzada, que centenares de

personas, sin preocuparse de los vehículos, cruzaban en todas direcciones.

Un grupo, que crecía a ojos vistas, se había formado delante de una estafeta de Correos.

En el cristal, por la parte de dentro, acababa de ser pegado un papel blanco. Pero Jacques y Jenny estaban demasiado lejos para poder leerlo. Se oía murmurar; «Ya está... Ya está...» Los de las primeras filas permanecían un momento como alelados, con la cabeza levantada hacia el aviso, el cual parecían deletrear con gran esfuerzo. Luego, se volvían, con la mirada taciturna y el rostro sudoroso y trastornado; unos, sin decir nada, sin mirar a nadie, se abrían paso por entre la gente y se alejaban con la barbilla clavada en el pecho; otros, por el contrario, con los ojos húmedos, alzaban la cabeza y se marchaban, como en contra de su voluntad, buscando miradas amistosas y murmurando palabras ahogadas que no encontraban eco.

Por fin, los dos jóvenes pudieron acercarse a su vez. En la cuartilla rectangular, fijada en el cristal con cuatro lacres encarnados, una mano impersonal y cuidadosa había trazado, con letra de mujer, estos tres renglones esmeradamente subrayados con regla:

MOVILIZACIÓN GENERAL  
EL PRIMER DÍA DE MOVILIZACION  
ES EL DOMINGO 2 DE AGOSTO.

Jenny oprimía contra su pecho la mano que Jacques había deslizado bajo su brazo. Él permanecía inmóvil. Como los otros, pensaba: «Ya está.» En su mente, los pensamientos se sucedían con rapidez. A pesar de todo, se extrañaba de sufrir tan sumamente poco. De no haber sido por este toque a rebato, que segundo tras segundo le resonaba en el cerebro, tal vez hubiera sentido incluso una especie de desahogo nervioso: esa clase de consuelo orgánico que le aportaría indudablemente al final de este día tormentoso la primera gota de lluvia... Apaciguamiento ficticio, que no duró sino un instante. Como un herido que al principio no ha sentido el golpe, pero cuya herida se abre repentinamente y sangra, un dolor agudo le penetró; y Jenny advirtió un sonido ronco entre los labios contraídos.

—Jacques...

El joven no quería hablar. Se dejó guiar por ella, fuera del grupo. Las sillas y las mesas de las tabernas ocupaban la calle. Se sentaron en silencio. Por encima de las cabezas que se apiñaban apresuradas en oleadas ininterrumpidas, distinguían en el cristal el anuncio blanco del cual no podían apartar los ojos.

Durante semanas enteras había vivido sin dudar ni un solo día del triunfo de la justicia, de la verdad humana, del amor; no como un iluminado que desea un milagro, sino como un físico que espera la conclusión de un experimento infalible; y todo se derrumbaba... ¡Qué vergüenza! Una rabia fría y despreciativa le atenazaba la



garganta. Nunca se había sentido tan mortificado. La sensación que experimentaba era de confusión y humillación, más que de repugnancia y desaliento: ¡humillado por la atrofia de la voluntad popular, por la incurable mediocridad del hombre, por la impotencia de la razón!... «¿Y yo? —se dijo—. ¿Qué hacer ahora?» Haciendo examen de conciencia, buscaba en lo más íntimo de su ser, en lo más denso de su soledad. Trataba de encontrar una respuesta, una consigna, un camino. En vano. No podía sustraerse a una especie de pánico ante su propia incertidumbre.

Jenny respetaba su silencio. Miraba a su alrededor con una curiosidad mezclada de temor. Comprendía bastante mal lo que era la movilización y lo que era la guerra. Había pensado inmediatamente en su madre, en Daniel; pero sobre todo, en Jacques. Sin embargo, falta de imaginación, los peligros que corrían todos estos seres queridos no se le aparecían con suficiente claridad.

Como haciendo eco a la ansiedad de Jacques, dijo en voz baja:

—¿Qué piensas hacer?

La voz era tranquila y firme. Jacques tuvo tiempo de pensar: «¡Qué bien sobrelleva todo esto!...»

Pero no tuvo valor para responder. Apartó los ojos y se secó la frente.

—Vamos a la estación de todas formas —dijo, levantándose.

Durante toda la tarde, acurrucada en su poltrona, al lado del teléfono, Arme había esperado en vano algún recado de Antoine. Veinte veces había estado a punto de descolgar el aparato. Tenía los nervios a punto de estallar, pero estaba resuelta a esperar y a no llamar ella primero. Un periódico desdoblado yacía a sus pies. Lo había leído, por encima, con exasperación. ¿Qué le importaban a ella todas estas historias de Austria, Rusia y Alemania?... Concentrada en sí misma como una loca, no cesaba de imaginar la escena que tendría con Antoine, en su pisito, en su alcoba de la avenida de Wagram, e iba añadiendo continuamente nuevos detalles, nuevas contestaciones, reproches cada vez más hirientes y que subrayaban su rencor. Luego olvidaba repentinamente su enfado, y le pedía perdón, lo rodeaba con sus brazos y se lo llevaba ante el lecho...

Repentinamente oyó ruido de puertas en la planta baja y unos pasos apresurados. Maquinalmente levantó los ojos hacia el reloj: las cinco menos veinte. La puerta se abrió con violencia, y apareció la doncella.

—¡Señora! ¡Joseph ha visto la orden de movilización! ¡Acaban de ponerla en la estafeta de correos! ¡Es la guerra!

—¿Y qué? —dijo Anne, glacial.

Mentalmente se repetía: «La guerra...», sin acabar de comprender. Su primera idea fue de contrariedad: «Simón va a volver.» Luego, pensó: «Que vaya entonces a batirse, el muy imbécil.» Pero, acto seguido, una idea punzante se apoderó de ella: «Dios mío, si hay guerra, también tendrá que ir Tony... ¡Van a matármelo!...» Se levantó de un salto.

—Mi sombrero y mis guantes... De prisa... Avise el coche.

Se vio en el espejo de la chimenea, deslucida y con la nariz afilada. «No... Hoy estoy demasiado fea», se dijo con desesperación.

Cuando la doncella volvió, Anne había vuelto a sentarse en su butaca, con el busto inclinado hacia delante, las manos juntas y apesadas entre las rodillas... Sin cambiar de postura, dijo con una voz dulce:

—No, Justine..., gracias. Advierta a Jo... ¿Quiere prepararme un baño? Un baño muy caliente..., y hágame la cama. Voy a intentar dormir un poco...

Pocos momentos después, estaba en su alcoba, acostada en la penumbra. Los visillos estaban corridos. El teléfono, a su alcance: no tenía sino que estirar el brazo, si Antoine llamaba... Era aquí, entre estas sábanas frescas, donde sufría menos. Naturalmente, el bienestar no se haría sentir inmediatamente. Habla que esperar una media hora, y luego cesarían las palpitaciones, se apaciguaría el tumulto de la sangre y la mente se adormecería un poco. Pero requería un esfuerzo verdaderamente sobrehumano esto de esperar así, echada, con los ojos cerrados, sin hacer ningún movimiento, sin siquiera mover las pestañas... Tony... La guerra... Tony... Sólo verle..., reconquistarle...

Se levantó de un salto, y, tambaleándose, descalza, con el rostro entre las manos, corrió hasta el saloncito. Sin tomarse siquiera la molestia de acercarse a una silla, se arrodilló sobre la alfombra, delante del escritorio, cogió una hoja de papel y un lápiz y escribió:

«Sufro demasiado, Tony. Esto no puede seguir así. Ya no puedo más; no puedo más. ¿Vas a marchar, tal vez? ¿Cuándo? No sé ya nada de ti. ¿Qué te he hecho? ¿Por qué? Tengo que verte. Tony. Esta noche. En nuestro pisito. Te esperaré. Son las cinco. Me voy allí. Y allí te esperaré toda la tarde, toda la noche. Ven cuando puedas, pero ven. Tengo que verte. Prométeme que vendrás, Tony mío. Ven.»

Llamó:

—Dígale a Jo que lleve esto ahora mismo... Que suba al piso.

Se le ocurrió la idea de que Simón tal vez habría tomado el tren de la mañana y estaría a punto de llegar de un momento a otro... Entonces se vistió apresuradamente y huyó.

Para dominar sus nervios, se propuso andar y, a pesar de su impaciencia, fue a pie hasta la avenida Wagram. Esta vez, sin que pudiera decir por qué, estaba segura, completamente segura, de que Antoine vendría.

Entró en «su pisito» por la puerta privada del callejón. Y en el momento en que daba vuelta a la llave en la cerradura, «sintió» que Antoine estaba aquí. Fue tal su certeza, que sonrió supersticiosamente. Cerró la puerta sin ruido, y avanzó de puntillas a través de las habitaciones cuyas puertas estaban abiertas, llamando en voz baja: «Tony... Tony...» La habitación estaba vacía. Sin duda la había oído y se

escondía. Corrió al cuarto de baño. Corrió a la cocina. Agotada, volvió a la alcoba y se sentó en la cama. Antoine no estaba aquí, pero iba a venir...

Empezó a desnudarse lentamente. Primero se quitó los zapatos; luego, las medias, igual que se pela una fruta, con un gesto decidido y prolongado, que iba desnudando su carne de un tirón. Creyó oír pasos y volvió la cabeza. No; todavía no era él... Sus ojos vagaron por la habitación y se fijaron sobre el lecho. Le gustaba ser la primera en despertarse, sorprender a su amante dormido, examinar a su placer la frente sin arrugas y la boca relajada, la boca sin voluntad, ¡tan diferente, con sus labios entreabiertos, e infantil! Era sólo en aquellos momentos cuando verdaderamente lo sentía suyo. «Mi Tony...» Iba a venir. Tenía la certeza de ello. Vendría esta noche.

No se engañaba.

## LXVIII

LA estación del Norte estaba ocupada militarmente. En el patio y en el vestíbulo había un batiburrillo de pantalones rojos, fusiles en pabellón, órdenes tajantes, ruido de culatas. Sin embargo, se dejaba circular a los paisanos, y Jacques no tuvo ninguna dificultad para entrar con Jenny hasta los andenes.

Medio centenar de militantes había venido a esperar el tren. «¡Ya está!», se repetían unos a otros. Movían la cabeza con ira, apretaban los puños y se miraban con gesto furibundo. Pero bajo esta violencia demasiado fácilmente contenida, se traslucía ya la pasividad, la resignación. Todos parecían pensar: «Era irremediable.»

—¿Qué hubiera dicho y qué hubiera hecho el patrón? —dijo el viejo Rabbe, después de haber estrechado en silencio la mano de Jacques.

—Ya no hay más esperanza que esta conferencia con Müller —murmuró Jacques. El tono era obstinado: se aferraba a su confianza, como si hubiera hecho un juramento.

Delante, en el extremo del andén, la delegación de los diputados socialistas formaba un grupito claramente perceptible.

Jacques, seguido de Jenny y de Rabbe, avanzaba por entre los grupos sin mezclarse con ninguno. Con la mirada perdida a lo lejos, como si soñara, dijo:

—Este hombre, que en el momento más trágico nos llega de Alemania, cargado tal vez con el peso de la mayor responsabilidad... Este hombre, que viene a través de Bélgica, y que ha salido de Berlín anteayer, sin saber nada todavía... Que poco a poco, de etapa en etapa, ha tenido que enterarse de la movilización rusa, y de la movilización austriaca, y del *Kriegsgefahrzustand*, y, esta mañana, del asesinato de Jaurès... Y al que se le va a anunciar, cuando se apea del tren, que Francia moviliza... Y que, para terminar, sabrá sin duda esta noche que la movilización general ha sido decretada igualmente en su país... Es patético...

Cuando la locomotora salió por fin de la niebla, lanzando su chorro de vapor, un estremecimiento corrió por el andén, y todos, instintivamente, se precipitaron hacia delante. Pero los empleados de la estación vigilaban. Hubo un remolino, una barrera improvisada: no se permitió acercarse al tren más que a la delegación de diputados.

Jacques vio cómo los diputados rodeaban un vagón en cuyo estribo permanecían dos viajeros. Reconoció en seguida a Hermann Müller. El otro, a quien no conocía, era un hombre todavía joven, bien formado, cuyo rostro voluntarioso daba una impresión de rectitud y fuerza.

—¿Quién es el que acompaña a Müller? —preguntó Rabbe.

—Henri de Man, un belga. Uno de los buenos. Un elemento que piensa y sabe lo que hace... ¿No lo viste el miércoles en Bruselas?... Habla el alemán igual que el francés; ha debido de venir para hacer de intérprete.

Jenny tocó a Jacques en el brazo.

—Mira...; ahora ya dejan pasar.

Se apresuraron a unirse al grupo oficial. Pero la fila de viajeros obstruía la salida. Por fin pudieron franquear las ventanillas, pero los parlamentarios, que tenían como misión conducir directamente al delegado alemán a la reunión privada del Palais Bourbon, hablan desaparecido.

En el vestíbulo, un grupo se estacionaba delante de un aviso recién puesto. Jacques y Jenny se acercaron. El título del aviso, en grandes mayúsculas, decía:

## DISPOSICIONES RELATIVAS A LOS EXTRANJEROS

Detrás de ellos se levantó una voz burlona.

—¡No pierden el tiempo los tíos! ¡Ni que lo tuvieran todo impreso ya de antemano!

Jenny se volvió. El hombre que hablaba era joven: un obrero, de blusa azul y con la colilla en los labios; un par de botas, completamente nuevas y de piel recia, colgaban de su hombro.

—¡Pues tú tampoco pierdes el tiempo! —observó su vecino, designando las botas claveteadas.

—¡Para atizarle en las posaderas a Guillermo! —exclamó el obrero, al tiempo que se alejaba. Todos rieron.

Jacques no se había movido. Sus ojos no se separaban del cartel. Sus dedos, crispados, oprimían el brazo de Jenny, y, con la mano que le quedaba libre, le indicó un párrafo en grandes caracteres:

«Los extranjeros, sin distinción de nacionalidades, podrán abandonar el recinto fortificado de París, ANTES DE LA TERMINACIÓN DEL PRIMER DÍA DE MOVILIZACIÓN. A su salida, tendrán que justificar su identidad en la Comisaria de la estación.»

En la mente de Jacques se atropellaban las ideas. «Los extranjeros...» El paquete que había dejado en casa de Jenny contenía aún los documentos de identidad falsificados que le habían sido enviados para su misión en Berlín... El francés Jacques Thibault, incluso exhibiendo sus certificados de exención, tendría indudablemente dificultades para dirigirse a Suiza; pero ¿quién podría impedir al estudiante ginebrino Eberlé que volviera a su país, dentro del plazo legal?... «antes de la terminación del primer día de movilización»... El domingo... Mañana...

«Marchar antes de mañana por la noche... —se dijo bruscamente—. Pero... ¿y ella?»

Había rodeado con su brazo los hombros de la joven, y la llevaba fuera de la muchedumbre.

—Escucha —dijo con voz alterada—. No tengo más remedio que pasar por casa de mi hermano.

Jenny había leído conscientemente el párrafo en gruesos caracteres: «Los extranjeros, etcétera.» ¿Por qué, repentinamente, se había alterado tanto Jacques? ¿Por qué la llevaba tan de prisa? ¿Por qué quería ir a casa de Antoine?

El mismo no hubiera sabido decirlo. Era en Antoine en quien primero había pensado en la calle Caumartin, mientras repicaban las campanas. Y ahora, con el desconcierto en que le había sumido este anuncio, se apoderaba de él un deseo irracional de ver a su hermano.

Jenny no se atrevía a hacer ninguna pregunta. Este barrio de las estaciones del Norte y del Este, al que venía tan pocas veces, estaba ligado para ella al recuerdo de su fuga ante Jacques, la noche de la partida de Daniel; y este recuerdo la deprimía.

En una hora, el aspecto de la ciudad había cambiado ya. La misma cantidad de transeúntes, si no más; pero ya no iban deambulando. Todos se apresuraban, y no pensaban sino en sus asuntos. Cada uno de los que pasaba parecía haberse encontrado con dificultades que resolver a toda prisa: disposiciones que tomar, una diligencia que ceder, padres y amigos a los que visitar, una reconciliación urgente que intentar, una ruptura que consumir. Con los ojos fijos en el suelo, la boca cerrada y el semblante preocupado, caminaban apresuradamente; incluso para ir más de prisa invadieron la calzada, en la que los vehículos eran escasos. Muy pocos taxis: casi todos los choferes habían encerrado sus coches, para quedarse libres. No había autobuses: los vehículos de transporte colectivo estaban requisados desde esta tarde.

A Jenny le costaba trabajo seguir a Jacques, y hacia lo posible para que no se notara. Jacques también andaba con las facciones tensas y la mandíbula saliente, como los demás: parecía que le fueran persiguiendo. Sin que la joven pudiera adivinar sus pensamientos, comprendía que Jacques estaba librando una lucha interna.

Efectivamente: la lectura del aviso había hecho cristalizar en él veleidades hasta entonces inconscientes y difusas. La silueta de Meynestrel se había alzado ante sus ojos. Había vuelto a ver la habitación de Bruselas, al Piloto, de pie, con su pijama azul y la mirada extraviada. La chimenea llena de cenizas... Estaba sin noticias desde el jueves. Muchas veces se había preguntado: «¿Qué hará allí?» Seguramente, estaría en plena acción revolucionaria... «Los extranjeros podrán abandonar París...» ¡En Ginebra, junto al Piloto, volvería a encontrar un ambiente activo, puro e independiente! Pensaba en Richardley, en Mithörg, en aquella falange intacta aislada allí en el centro de una Europa en armas. ¿Huir a Suiza?... La tentación era muy fuerte. Sin embargo, vacilaba. ¿A causa de Jenny? Sí... Pero Jenny no era la verdadera causa de su irresolución. ¿Experimentaba algún escrúpulo por desertar? ¡Ninguno! Al contrario: su primera obligación era negarse a vestir el uniforme de soldado y a defender todo aquello que no había dejado de condenar y de combatir... Lo que se le hacía intolerable era la idea de ir a ponerse a cubierto. ¡A cubierto,

mientras que los demás...! ¡No! No viviría en paz consigo mismo, sino en caso de que su negativa implicara un riesgo, un peligro personal equivalente a los que los hermanos movilizados estaban condenados a correr... ¿Entonces? ¿Renunciar al refugio del país neutral y permanecer en Francia? ¿Luchar contra la guerra, contra el ejército, en un país en estado de sitio? ¿En el que toda propaganda pacifista chocaría con una represión implacable? ¿En el que sería vigilado y posiblemente encerrado como medida de precaución? Era absurdo... ¿Entonces? ¡Marchar a Suiza!... ¿Pero qué iba a hacer allí?

—Ser, no es nada —articuló con violencia. Y como Jenny le mirara desconcertada, añadió—: ¡Ser, pensar, creer, no supone nada! ¡No supone nada mientras no pueda traducirse la existencia, el pensamiento y la convicción, *en acción!*

—¿En acción?

Creía haber oído mal. ¿Cómo, por otra parte, hubiera podido comprender lo que Jacques quería decir?

—Mira —prosiguió éste, con la misma brusquedad—: ¡No hago más que repetirme que esta guerra va a dar cuenta durante mucho tiempo del ideal internacionalista! Por mucho tiempo... Tal vez durante generaciones enteras... ¡Pues bien: si hubiera *una acción* que llevar a cabo para salvar al ideal de este hundimiento circunstancial, yo la realizaría! ¡Aunque fuera un acto desesperado!... ¿Pero qué se podría hacer? —añadió a media voz.

Jenny se paró en seco.

—¡Jacques! ¡Estás pensando en marcharte!

Jacques la miraba. La joven concretó:

—¿A Ginebra?

Él hizo un gesto de semiconfesión.

Dos sentimientos contrapuestos —alegría y pesadumbre— la desgarraron: «¡Si llega a Suiza, se salva!... ¿Pero qué va a ser de mí sin él?»

—Si me decidiera a marchar —explicó Jacques—, sí; sería a Ginebra. En primer lugar, porque allí es donde todavía se puede intentar algo... Y además, porque tengo una documentación falsificada que me permitiría volver a Ginebra con facilidad. Ya has leído el aviso...

Jenny lo interrumpió con brusco arrebató:

—¡Márchate! ¡Márchate mañana mismo!

A Jacques le sorprendió la firmeza de su voz.

—¿Mañana?

Jenny, aun en contra de su voluntad, sintió un atisbo de esperanza, porque el tono parecía decir: «No. Muy pronto, tal vez. Pero mañana, no.»

Habían reanudado el camino. La joven se aferraba a él, con las piernas temblorosas.

—Marcharía mañana —murmuró Jacques finalmente— si..., si tú te vinieras conmigo.

La joven se estremeció de felicidad.

Toda su aprensión desapareció milagrosamente. ¡Jacques se iba a marchar, luego estaba salvado! ¡Y puesto que se marcharía con ella, no tendrían que separarse!

Jacques creyó que vacilaba.

—¿No eres libre? —dijo—. Puesto que tu madre está detenida en Viena...

Por toda contestación, Jenny se estrechó más contra él. Los latidos de su corazón le resonaban hasta en las sienes, la aturdían. Le pertenecía en cuerpo y alma. No volverían a separarse. Ella le protegería. Ella evitaría que el peligro lo alcanzara...

Ahora hablaban de este viaje como de algo proyectado mucho tiempo antes. Jacques había olvidado la hora exacta del tren nocturno para Suiza; pero encontraría una guía en casa de Antoine. Había que cerciorarse también de que Jenny podría viajar sin pasaporte; sin duda, las formalidades serían menos severas para las mujeres. ¿El dinero para los billetes? Reuniendo sus recursos tenían más que de sobra. En Ginebra, Jacques ya se las arreglaría... Sin embargo, todo dependía aún de los resultados de las conversaciones con el delegado alemán. ¿Quién sabía? ¿Y si aún se decidiera, bruscamente, intentar en los dos países un movimiento insurreccional? ...

Llegaron, sin darse cuenta, a los jardines que bordean las Tullerías. Jenny estaba empapada en sudor, repentinamente agotada. Tímidamente le mostró, a lo lejos, un banco entre las flores. Se sentaron. Estaban solos. La tormenta que desde el mediodía pesaba sobre la ciudad, parecía mantener a ras del suelo el perfume de los parterres.

«Desde Suiza —se decía Jenny— podría escribirme con mamá... Podría reunirse con nosotros: ¡es país neutral!...» Ya se imaginaba su vida en Ginebra, reunida con su madre y con Jacques a cubierto de todo peligro.

Jacques, obsesionado, se repetía: «Marchar, sí...; pero ¿para hacer qué?» Hacía lo posible por poner todas sus esperanzas en Meynestrel y persuadirse de que Ginebra era el último hogar revolucionario intacto; recordaba «el Mentidero», y no podía vencer sus dudas acerca de la eficacia del trabajo revolucionario que allí le estuviera reservado.

Se levantó. No podía permanecer quieto.

—Ahora, vamos. Ya descansarás en la calle de la Universidad.

Jenny sintió un sobresalto.

Jacques sonreía.

—¡Pues claro! Vamos.

—¿Yo? ¿A casa de tu hermano? ¿Contigo?

—¿Qué nos importa ahora? Es preferible que Antoine lo sepa.

Parecía tan seguro de sí mismo, tan resuelto que la joven renunció a toda resistencia y lo siguió dócilmente.



## LXIX

EN el vestíbulo había una maleta de oficial, completamente nueva, que conservaba todavía la etiqueta de la tienda.

—El señor está aquí —dijo León, abriendo a los dos jóvenes la puerta del gabinete de consulta.

Jenny entró sin vacilar.

La habitación estaba en silencio. Jacques distinguió a su hermano, de pie, delante de su mesa. Creyó que estaba solo, y se sintió decepcionado al ver a Studler y luego a Roy que se levantaban de los sillones donde estaban hundidos, uno lejos de otro: Roy junto a la ventana, y Studler en un rincón de la biblioteca. Antoine ordenaba papeles; la papelería estaba llena, y los papeles rotos rebosaban sobre la alfombra.

Se adelantó hacia Jenny y cogió su mano paternalmente. No parecía demasiado sorprendido; era un día que no se sorprendía de nada. Recordaba, por otra parte, que la señora de Fontanin, en la nota que le había enviado después del entierro para agradecerle sus visitas a la clínica, le anunciaba su viaje. Pensó vagamente que Jenny, sola en París, vendría a pedirle consejo y que, por una coincidencia, se habría encontrado con Jacques en la escalera.

Las miradas de los dos hermanos se encontraron. Una emoción fraternal crispó al mismo tiempo sus bocas en una especie de sonrisa amistosa llena de reticencias. A pesar de todo lo que les separaba, nunca se habían sentido tan cercanos; nunca, ni siquiera ante el lecho de muerte de su padre, se habían sentido tan unidos por el vínculo de la sangre. Se estrecharon la mano, sin decir palabra.

Antoine hizo sentar a la joven, y empezaba a preguntarle acerca del viaje de su madre, cuando se abrió la puerta. Apareció el doctor Thérivier, guiado por Jouselin.

Se acercó a Antoine directamente.

—Ya está... Y no se puede hacer nada...

Antoine no le contestó inmediatamente. Su mirada era grave, casi tranquila.

—No; no se puede hacer nada —dijo por fin. Luego sonrió, porque era exactamente lo que él pensaba, y este pensamiento, para él, era un estímulo.

(Cuando el joven Manuel Roy había venido a anunciarle la movilización, Antoine estaba en el laboratorio con Jouselin. No se había inmutado. Había cogido un cigarrillo y lo había encendido lentamente, con un gesto maquinal. Desde hacía tres días se sentía cautivo, condenado a la pasividad, arrastrado por los acontecimientos mundiales, solidario de su patria y de su clase: tan impotente como un guijarro en la masa resbaladiza de un volquete que se descarga. Su porvenir, sus proyectos, la organización de su vida tan largamente premeditada, todo estaba por tierra. Ante él, lo desconocido. Lo desconocido, pero también la acción. Esta idea, colmada de sugerencias, le había reanimado acto seguido. Tenía el don de no rebelarse durante mucho tiempo contra los hechos consumados, contra lo inevitable. Un obstáculo constituye un nuevo dato. Todo obstáculo supone un nuevo problema. No hay

obstáculo que, a poco que se quiera, no pueda ser convertido en un trampolín, en una ocasión para saltar...)

—¿Cuándo te incorporas tú? —preguntó Thérivier.

—Mañana por la mañana. Compiègne... ¿Y tú?

—Pasado mañana lunes. Châlons... —Se dirigió a Studler, que venía hacia ellos —. ¿Y tú?

Thérivier estaba tan acostumbrado al buen humor, que incluso hoy su voz seguía siendo alegre, y su rostro barbudo, de pómulos rojizos, tenía una expresión de hilaridad. Pero el contraste de esta jovialidad con la ansiedad de la mirada le hacían una cara extraña, penosa de contemplar.

—¿Yo? —dijo el Califa, agitando los párpados. La pregunta del médico parecía haberle sacado de un sueño. Se volvió hacia Jacques como si fuera a éste a quien tuviera que dar explicaciones—. Yo también me incorporo —espetó en tono altivo—. Pero dentro de ocho días. En Évreux.

Jacques evitó mirarle. No lo censuraba. Sabía que la vida del Califa no había sido sino una serie ininterrumpida de sacrificios y renunciaciones, y que al aceptar servir a esta guerra «defensiva», a pesar de sus convicciones, este hombre leal se sometía una vez más a lo que consideraba su deber.

Buscó a Jenny con la mirada. Estaba de pie junto a la chimenea, un poco separada de los demás. No parecía contrariada, sino más bien absorta. La vio erguirse ligeramente, buscar un asiento, dar algunos pasos, y sentarse. «¡Qué flexible es!», se dijo. Creía tenerla todavía entre sus brazos. Recordó aquella forma violenta y contenida con que se había estremecido bajo sus primeros besos. Le invadió una emoción deliciosa, a la cual no se resistió. Sus miradas se encontraron; Jacques sonrió, y ella se ruborizó.

Antoine se había acercado a Jenny y preguntaba por Daniel, cuando Thérivier los interrumpió.

—¿Y de vuestros servicios en los hospitales? ¿Qué medidas se han tomado?

—Se ha pedido a los viejos que vuelvan. En el nuestro han aceptado Adrien, Daumas, e incluso el anciano Deléry... Por cierto —dijo, señalando bruscamente a Thérivier—, que no nos has devuelto el expediente que Jouselin te prestó el otro día: *Vegetaciones y glosoptosismo*...

Thérivier, sonriente, puso a la joven por testigo.

—¡Es incorregible!... Está bien; ya le enviaré a Studler tu expediente... ¡Márchese tranquilo, señor Mayor!

Desde la calle, por una de las ventanas que estaba abierta de par en par, subía desde hacía un momento un ruido de canciones y pisadas de caballos. Todos se adelantaron para mirar. Jacques aprovechó para acercarse a su hermano, que permanecía solo en medio de la habitación; pero en aquel momento Antoine se unía a los otros, y Jacques le siguió a la ventana.

Un tren de artillería, que venía de los Inválidos, acababa de encontrarse con una

columna de manifestantes italianos que recorrían la calle Saints-Pères, precedidos de cuatro tambores y una bandera. Los italianos, parados, cantaban *La Marsellesa* y aclamaban a los soldados. Los tambores redoblaban. El ruido se hacía ensordecedor.

Antoine cerró la ventana y permaneció un minuto pensativo, con la frente apoyada en el cristal.

—Esta mañana he recibido carta de Inglaterra —dijo Antoine, sin cambiar de postura.

—¿De Inglaterra?

—De Gise.

—¿Ah, sí? —dijo Jacques. Y su mirada se deslizó hasta Jenny.

—Una carta fechada el miércoles. Me pregunta lo que debe hacer en caso de guerra. Voy a contestarle que se quede allí, en su convento. Es lo mejor que puede hacer, ¿no te parece?

Jacques asintió con un gesto de cabeza evasivo. Comprobó que estaban solos, apartados.

Quería hablar de Jenny. Pero ¿cómo iniciar esta conversación?

En este momento, Antoine se volvió hacia él repentinamente. Sus facciones tenían una expresión de ansiedad. En voz muy baja, preguntó:

—¿Si..., si..., sigues de..., de... ci..., decidido a...?

—Sí.

El tono era firme, sin arrogancia.

Antoine seguía inclinado, evitando la mirada de su hermano. Maquinalmente, sus dedos tamborileaban sobre el cristal, siguiendo el ritmo de los lejanos tambores. Se dio cuenta de que había tartamudeado, lo que en él era muy raro y señal siempre de una profunda perturbación.

En el vestíbulo, León anunció:

—El doctor Philip.

Antoine se irguió. Una emoción diferente iluminó su rostro.

La silueta desgachada de Philip apareció en la puerta. Sus ojos miopes recorrieron la habitación y se detuvieron en Antoine. Movió la cabeza con tristeza. Sacó un pañuelo de los faldones flotantes de su chaqué, y se secó la frente.

Antoine se había levantado.

—Y bien; ya está, maestro...

Philip le tocó la mano en silencio; luego, sin ir más lejos, como una marioneta cuyos hilos se han soltado, se dejó caer en el extremo de la tumbona, cubierta de tela blanca, que se encontraba ante él.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó, con su voz corta y silbante.

—Mañana por la mañana, profesor.

Philip, como si chupara una pastilla, hacía con los labios un movimiento de absorción.

—Vengo del hospital —prosiguió Antoine, por decir algo—. Ya está todo

organizado. He transferido mi servicio a Bruhel.

Quedaron en silencio.

Philip, con los ojos fijos en el suelo, movía la cabeza de una manera extraña.

—Ya sabes, muchacho —dijo por último—; esto puede durar bastante tiempo... Mucho tiempo.

—Muchos técnicos afirman lo contrario —insinuó Antoine, sin convicción.

—¡Bah! —interrumpió Philip, como si supiera desde hacía mucho tiempo lo que había que pensar de los técnicos y de sus pronósticos—. Todos razonan sobre las bases normales de abastecimiento y de crédito. ¡Pero los gobiernos son lo bastante locos para jugarse el todo por el todo y arriesgar la ruina total antes que ceder!... Después de lo que estamos viendo desde hace ocho días, todo es posible... No; personalmente, creo en una guerra muy larga, en la que todas las naciones se agotarán a la vez, sin que ninguna quiera o pueda detenerse en la pendiente.

Después de una corta pausa, prosiguió:

—Nunca acabaría de pensar en todo esto... La guerra... ¿Quién hubiera creído posible una cosa así?... Ha bastado que la prensa baraje las cartas alevosamente para que en pocos días la noción de agresor se haya oscurecido progresivamente para todos y que todos los pueblos se imaginen que están amenazados en su «honor»... Una semana de temores injustificados, de exageraciones, de fanfarronadas, y ya tenemos a todos los pueblos de Europa lanzándose unos contra otros, como energúmenos, con gritos de odio... No puedo hacerme a la idea... Es exactamente igual que el drama de Edipo... Edipo también estaba advertido. Pero llegado el día fatal no reconoció en los acontecimientos aquellas cosas terribles que le habían sido anunciadas... Nosotros, lo mismo. Nuestros profetas lo habían predicho todo; se acechaba el peligro, y se le acechaba precisamente de donde ha venido, de los Balcanes, de Austria, del zarismo, del pangermanismo... Todos estaban advertidos... Todos vigilaban... Muchas personas prudentes han hecho todo lo posible por impedir la catástrofe... Y, sin embargo, ahí está: ¡no se ha podido evitar! ¿Por qué? Doy vueltas y más vueltas a esta pregunta... ¿Por qué? Puede ser, simplemente, porque en todos estos acontecimientos, temidos y esperados, se haya deslizado un poco de imprevisión, una insignificancia, lo estrictamente indispensable para modificar ligeramente su aspecto y hacerlos irreconocibles repentinamente... ¡Lo estrictamente indispensable para que, a pesar de la vigilancia de los hombres, la trampa del destino pudiera funcionar!... Y ahora estamos cogidos en ella...

En el otro extremo de la habitación, donde Jouselin, Thérivier, Jacques y Jenny se habían agrupado en torno a Manuel Roy, estalló una risa juvenil.

—¿Y bien, qué? —decía Roy a Thérivier—. ¿No querrá que lo lamente! ¡Esto va a servir para airearnos un poco, para hacernos salir de los *labos*! ¡Es un experimento apasionante el que vamos a vivir!

—¿A vivir? —dijo Jouselin.

Jenny, que miraba a Roy, apartó los ojos súbitamente: la cara exaltada del joven le

producía daño.

Philip había escuchado desde lejos. Se volvió hacia Antoine.

—Los jóvenes no pueden imaginarse lo que representa... Esto explica muchas cosas... Yo he visto el setenta... ¡Los jóvenes no saben!

Sacó de nuevo el pañuelo, se secó la cara, los labios, la perilla, y se enjugó pausadamente las palmas de las manos.

—Todos ustedes se marchan —prosiguió a media voz, con melancolía—. Y seguramente piensan que los viejos tienen la suerte de quedarse. No es cierto. Nuestra suerte es aún peor que la vuestra: porque para nosotros la vida ya está terminada.

—¿Terminada?

—Sí, muchacho. Completamente terminada... Julio de mil novecientos catorce: se termina algo de lo que nosotros formábamos parte, y empieza algo de lo que nosotros, los viejos, no la formaremos.

Antoine le contemplaba afectuosamente, sin encontrar nada que contestarle.

Philip se calló. Luego, como si una idea cómica le hullera en la imaginación, dejó oír una risita.

—En mi existencia habrá habido tres fechas sombrías —comenzó, en aquel tono aplicado que tomaba en público, en sus clases, y que hacía decir a los estudiantes: «A Philip le gusta oírse»—: La primera, ha revolucionado mi adolescencia; la segunda, ha trastornado mi edad madura; la tercera, envenenará sin duda mi vejez...

Antoine le miraba como para incitarle a proseguir.

—La primera fue cuando el niño provinciano y piadoso que yo era descubrió, una noche, leyendo uno tras otro los cuatro evangelios, que eran un tejido de contradicciones... La segunda, fue cuando me convencí de que un sinvergüenza, que se llamaba Esterhazy, había hecho una porquería que se llamaba *le bordereau*<sup>[27]</sup>, y en lugar de condenarle, se gozaban con atormentar en su lugar a un individuo que no había hecho nada, pero que era judío...

—Y la tercera —interrumpió Antoine con una sonrisa triste— es hoy...

—No... La tercera, fue hace ocho días, cuando los periódicos dieron el texto del ultimátum y vi plantearse la partida de billar... Cuando comprendí que eran los pueblos los que iban a servir para hacer las carambolas...

—¿Las carambolas?

Bajo las cejas erizadas, los ojos de Philip chispearon con una especie de malicia casi cruel.

—Sí; ¡y unas carambolas siniestras, Thibault! Una bola encarnada, Servia, repelida por una bola blanca, Austria; impulsada ésta, a su vez, por otra bola blanca, Alemania... ¿Pero quién tiene el taco en la mano? ¿Quién? ¿Rusia? ¿O bien Inglaterra?... —Soltó una de aquellas carcajadas que más bien parecían relinchos—. No quisiera morirme sin saberlo.

Jacques se acercaba al rincón donde estaban sentados Antoine y Philip.

—Profesor —dijo Antoine—, creo que ya le he presentado a mi hermano, ¿no es

así?

El anciano dirigió hacia Jacques su mirada incisiva.

El joven se inclinó. Luego, dirigiéndose a Antoine, preguntó:

—¿No tendrás una guía de ferrocarriles?

—Sí. —Sus miradas se encontraron. Antoine estuvo a punto de preguntar: «¿Para qué?» Se limitó a decir—: Allí..., debajo de la guía de teléfonos.

—¿Y usted, cuándo se incorpora? —preguntó Philip.

Jacques se envaró, vaciló y miró a Antoine, que murmuró precipitadamente:

—Mi hermano es... diferente.

Hubo un corto silencio.

¿Había comprendido Philip? ¿Recordaba la conversación que había tenido con Jacques? Miraba al joven con la mayor atención, y cuando Jacques se alejó le siguió con la vista.

Tan pronto como estuvieron otra vez solos, Antoine se inclinó hacia Philip.

—Mi hermano se niega, por cuestión de principios, a ser soldado...

Philip permaneció silencioso medio minuto.

—Todo misticismo es legítimo —concedió, con voz cansada.

—No —dijo Antoine—. En los momentos por que atravesamos, el deber es claro y sencillo. No tiene uno el derecho de apartarse.

Philip no pareció haberle oído.

—Legítimo, y tal vez necesario —proseguía, con voz gangosa—. ¿Progresaría la humanidad sin el misticismo? Relee la historia, Thibault... En la base de todas las grandes modificaciones sociales, ha hecho falta siempre alguna aspiración religiosa hacia el absurdo. La inteligencia no lleva sino a la inactividad. Es la fe lo que da al hombre el impulso necesario para obrar y la obstinación necesaria para perseverar.

Antoine callaba. En presencia de su maestro, volvía a caer automáticamente bajo su tutela.

Distinguió a Jenny, de pie delante de la chimenea: la muchacha estaba inclinada junto a Jacques sobre la guía de ferrocarriles, y por un momento Antoine se extrañó. Sin duda la joven se informaba de los trenes que todavía podían traer a su madre desde Austria.

Philip seguía pensando en voz alta.

—¿Quién sabe, Thibault? Puede que los que piensan como tu hermano sean los precursores. Puede que esta guerra fatal, desequilibrando a fondo nuestro viejo continente, prepare una floración de seudo verdades nuevas que no nos sospechamos... Casi sería preferible creer algo así... ¿Y por qué no? Todos los países de Europa van a lanzar en esta hoguera la totalidad de sus fuerzas, tanto espirituales como materiales. Es un fenómeno sin precedentes. Las consecuencias son imprevisibles... ¿Quién sabe? ¡Todos los elementos de la civilización van a encontrarse tal vez refundidos en esta hoguera! ¡Les quedan a los hombres tantas experiencias dolorosas que hacer antes de encontrar el día de la sabiduría!... ¡ese día

en que, para organizar su vida en el planeta, se contentarán humildemente con aquello que la ciencia les haya enseñado!...

León deslizó por la rendija de la puerta su fisonomía bobalicona.

—«Preguntan» por el señor.

Antoine frunció el entrecejo, pero se levantó.

—¿Me permite, profesor?

León esperaba en el recibimiento. Impasible, presentaba la bandeja de las cartas, en la que destacaba un sobre azul.

Antoine lo cogió y se lo guardó en el bolsillo sin abrirlo.

—«Preguntan» si hay contestación —murmuró el criado, con los ojos bajos.

—¿Quién, «pregunta»?

—El chofer.

—¡No! —dijo Antoine. Y giró sobre sus talones, porque acababa de oír abrirse la puerta tras él.

Jenny, seguida de Jacques, apareció en el recibimiento.

—¿Os vais?

—¡Sí! —dijo Jacques, en el mismo tono perentorio y seco que Antoine acababa de utilizar para contestar «¡No!» al criado. Miraba fijamente a su hermano; y esta mirada enigmática, cargada de reproches, significaba en realidad: «¡De modo que venimos un día como éste para verte a ti solo, y no has podido dedicarnos ni un minuto!»

Antoine balbuceó:

—¿Ya?... ¿Y usted también, señorita?

«Si Jenny tenía que pedirme algún consejo, o algún servicio —pensó rápidamente — ¿por qué se marcha sin haberse explicado? ¿Y por qué se va con él?»

Insinuó:

—¿Puedo serle útil en algo, antes de mi marcha?

Jenny le dio las gracias con una sonrisa evasiva y una breve inclinación de cabeza. Antoine no sabía qué pensar.

—¿Y tú? —dijo, dirigiéndose a Jacques, que se encaminaba deliberadamente hacia la escalera—. ¿No volveré a verte de nuevo?

El tono se había hecho repentinamente tan fraternal, que Jenny levantó los ojos y Jacques se volvió. Las facciones de Antoine traslucían tanta emoción que Jacques sintió que su rencor se desvanecía.

—¿Te marchas mañana? —preguntó.

—Sí.

—¿A qué hora?

—Muy temprano. Saldré de aquí hacia las siete de la mañana.

Jacques miró a Jenny, y finalmente, con voz ligeramente enronquecida, dijo:

—¿Quieres que venga a buscarte?

La cara de Antoine se iluminó.

—¡Sí; hazlo! Ven... ¿Me acompañarás a la estación?

—Desde luego.

—Gracias, pequeño. —Miraba cariñosamente a su hermano. Repitió—: Gracias.

Habían llegado los tres a la puerta de la escalera.

Jacques la abrió, hizo pasar a la joven y franqueó a su vez el umbral, sin haber cruzado la mirada con su hermano. Ya en el rellano, murmuró:

—Entonces, hasta mañana.

Luego tiró de la puerta.

Pero en aquel mismo instante, cambió de opinión.

—Baja sola y espérame —dijo a Jenny. Y, precipitadamente, llamó de nuevo con la mano.

Antoine estaba todavía en el vestíbulo. Volvió a abrir. Jacques entró solo, y cerró la puerta tras sí.

—Quisiera decirte algo —dijo. Sus ojos estaban bajos.

Antoine tuvo la intuición de que se trataba de algo grave.

—Ven.

Jacques lo siguió en silencio, hasta el despachito. Aquí se detuvo, de pie contra la puerta cerrada, y miró a su hermano.

—Es necesario que lo sepas, Antoine... Hemos venido los dos para hablarte... Jenny y yo...

—¿Jenny y tú? —repitió Antoine, sorprendido.

—Sí —dijo Jacques, concisamente. Sonreía de mía manera extraña.

—¿Jenny «y» tú? —repitió Antoine, en el colmo de la estupefacción—. ¿Qué quieres decir?

—Es una cosa que viene ya de hace mucho tiempo —explicó Jacques, con voz seca, recortada, enrojeciendo a pesar suyo—. Y ahora, por fin, nos hemos decidido. En ocho días...

—¿Decidido? ¿Qué habéis decidido?

Retrocedió hasta su diván y se sentó.

—Vamos a ver —balbuceó—. ¿No estarás hablando en serio?... ¿Jenny?... ¿Tú y Jenny?...

—¡Pues claro que sí!

—¡Pero si casi no os conocéis!... ¿Y en estos momentos, además?... ¿Prometeros en vísperas de...? ¿Entonces, qué? ¿Renuncias a irte de Francia?

—No. Me marcho mañana por la noche. A Suiza. —Después de una leve pausa, añadió—: Con Jenny.

—¿Con Jenny? ¡Pero, Jacques, tú estás loco! ¡Completamente loco!

Jacques seguía sonriendo.

—No, hombre, no... Es de lo más sencillo: nos queremos.



—¡No digas estupideces! —dijo Antoine con violencia.

Jacques dejó oír una risa sarcástica. La actitud de su hermano le hería en lo más vivo.

—Tal vez sean sentimientos que te asombren..., que desapruebas... Tanto peor..., tanto peor para ti... Quería ponerte al corriente. Ya está hecho. Ahora, hasta la vista.

—¡Espera! —exclamó Antoine—. ¡Es una idiotez! ¡No puedo dejar que te marches con semejantes tonterías en la cabeza!

—Hasta la vista.

—¡No! ¡Ahora tengo que hablarte yo!

—¿Para qué? Empiezo a creer que no podemos comprendemos ...

Había hecho intención de salir, pero no se iba. Hubo un momento de silencio.

Antoine hizo un esfuerzo por dominarse.

—Escucha, Jacques... Razonemos... —Jacques sonrió irónicamente—. Hay dos cosas que tener en cuenta... Por un lado, tu carácter; por otro, el momento que has escogido para... Bien; primero, tu carácter, la clase de hombres que eres. Permíteme que te diga la verdad: tú, por naturaleza, no eres apto para hacer la felicidad de otra persona... ¡Por naturaleza! Por consiguiente, ni siquiera en otras circunstancias hubieras podido hacer dichosa a Jenny. Y en ningún caso hubieras debido...

Jacques se encogió de hombros.

—Déjame seguir. ¡En ningún caso! ¡Pero en estos momentos, menos que nunca! ... La guerra... ¡Y con tus ideas!... ¿Qué vas a hacer; qué va a ser de ti? Es una incógnita. ¡Una incógnita terrible!... Allá tú si quieres correr cualquier peligro. ¿Pero ligar a otra persona a tu destino, en un momento así? ¡Eso es monstruoso!, ¡has perdido completamente la cabeza! ¡Has cedido a una niñería que no puede soportar ni un momento de reflexión!

Jacques rompió a reír; su risa era confiada, impertinente, casi desafiante; una risa un poco loca y que se interrumpió en seco. Echó hacia atrás su mechón rebelde y se cruzó de brazos con irritación.

—¡Está bien, hombre! De manera que vengo a ti para comunicarte nuestra felicidad, ¿y todo lo que se te ocurre decir es eso? —Se encogió de hombros una vez más, puso la mano en la perilla de la puerta y se volvió, a tiempo que decía por encima del hombro—: Creía conocerte. ¡Pero sólo te conozco desde hace cinco minutos! ¡Ahora ya sé lo que vales! ¡Tienes el corazón seco! ¡Nunca has amado! ¡Ni nunca amarás! ¡Un corazón seco, irremediablemente seco! —Miró a su hermano con aire de superioridad, con la superioridad de su amor intangible. Inició una sonrisa y articuló entre dientes—: ¿Sabes lo que eres? ¿Con todos tus diplomas y todo tu orgullo? ¡Pues eres un pobre hombre, Antoine! ¡Ni más ni menos que eso: un pobre hombre!

Dejó oír una risa ahogada, y, cerrando de un portazo, desapareció.

Antoine permaneció inmóvil durante un minuto, con la cabeza agachada y los

ojos fijos en la alfombra.

«¡Corazón seco!», se dijo en voz baja.

Su respiración era anhelante. La agitación de su sangre le causaba un malestar físico, un malestar análogo al que produce la altitud. Extendió el brazo, con la mano horizontal: estaba agitada por un temblor que no conseguía dominar. «Debo de tener por lo menos ciento veinte pulsaciones...» pensó.

Se levantó lentamente, se puso de pie, fue hasta la ventana y empujó las persianas.

El patio estaba en silencio; al otro extremo, entre dos tapias, las hojas azufradas de un castaño ponían una mancha amarilla. Pero no vela nada, nada más que el rostro insolente de Jacques, su sonrisa de suficiencia, su mirada ebria y obstinada.

«¡Nunca has amado! —murmuró, crispando las manos sobre el soporte de hierro—. ¡Pues si el amor es esto, imbécil, no, nunca he amado! ¡Y estoy muy orgulloso de ello!»

Una muchachita apareció en una de las ventanas de la casa vecina y levantó los ojos hacia él. ¿Habría hablado en voz alta? Se apartó de la ventana y volvió al centro de la habitación.

«¡El amor! En el campo, al menos, no temen llamar a las cosas por su nombre: dicen que un animal está “en celo”...; pero para nosotros, eso sería demasiado sencillo; ¡sería humillante! ¡Hay que sublimizarlo! Hay que decir, poniendo los ojos en blanco; “¡Nos amamos!... ¡La amo!... ¡El amor!” ¡El corazón, ya se sabe, es monopolio de vosotros, los enamorados! ¡Yo soy “un corazón seco”! ¡Naturalmente! ... Y naturalmente; “¡Tú no puedes comprender!” La eterna cantinela. ¡El deseo vanidoso de ser unos incomprendidos! ¡Esto los engrandece a sus propios ojos! ¡Como los locos! Exactamente como los locos: ¡no hay ni un solo demente que no se queje de ser un incomprendido!»

Se vio en el espejo, gesticulando y con la mirada irritada. Se metió las manos en los bolsillos y trató de encontrar un motivo más noble para su enfado.

«¡Y lo que exaspera es “lo absurdo” de todo esto! Sí; es mi sentido común el que sufre, lo cual me produce estos arrebatos de mal humor... Por otra parte, no es la primera vez que lo compruebo: ¡se puede sufrir por una ofensa al sentido común, como por un panadizo o un dolor de muelas!»

La idea de que Philip le esperaba en su gabinete, le ayudó a dominarse. Se encogió de hombros.

«Vamos allá...»

Sus dedos estrujaban maquinalmente un papel en el fondo del bolsillo. La carta de Atine... Cogió el sobre, lo rompió en dos y tiró los trozos a la papelera. Sus ojos se posaron sobre la cartilla militar, preparada sobre la mesa de despacho. Repentinamente, sintió un momento de desaliento. Mañana, la guerra, los riesgos: ¿mutilación, muerte? «¡Nunca has amado!» Mañana terminaba de improviso el ciclo de la juventud y tal vez el momento de amar se alejase para siempre... Se inclinó

bruscamente hacia el cesto, recogió una mitad del sobre y sacó un fragmento de la nota que desdobló. No era sino un llamamiento apremiante, dulce como una caricia:

«... Esta noche. En nuestro pisito. Te esperaré... Tengo que verte. Prométeme que vendrás, Tony mío. Ven.»

Se dejó caer en su sillón. Pasar una última noche con ella... Ser acariciado una vez más... Poder, una vez más, dormirse y olvidarlo todo en sus brazos... Una nostalgia repentina, una ola de desaliento, violenta como una onda del fondo, se apoderó de él. Apoyó los codos en la mesa y, durante algunos segundos, sollozó como un niño, con la cabeza entre las manos.

## LXX

PARÍS estaba tranquilo, pero con ambiente de tragedia. Las nubes que se acumulaban, desde mediodía formaban una bóveda sombría que iba hundiendo a la ciudad en una penumbra crepuscular. Los cafés y las tiendas, iluminados prematuramente, lanzaban sus pálidos reflejos a través de las calles negras, en las que el gentío, privado de sus medios habituales de transporte, corría presuroso y angustiado. Las bocas del tren subterráneo rebosaban hasta las aceras las masas de viajeros, quienes se veían obligados, a pesar de su impaciencia, a revolverse media hora en los escalones antes de conseguir penetrar en el interior.

Jacques y Jenny renunciaron a esperar y ganaron a pie la orilla derecha.

Los vendedores de periódicos estaban apostados en todas las esquinas. La gente les arrebató las ediciones especiales. Se paraban un minuto, para leerlas por encima con mirada ansiosa. Todos, aun en contra de su voluntad, buscaban obstinadamente la gran noticia: que todo se había arreglado; que los dirigentes de Europa se habían tranquilizado súbitamente; que habían encontrado de común acuerdo una solución amistosa: que la absurda pesadilla se había disipado por fin; que habían desaparecido las razones para tener miedo...

En *l'Humanité*, como en todas partes, se había hecho el vacío desde que se había decretado la movilización; todos parecían hallarse dominados exclusivamente por su vida personal. La entrada y la escalera estaban desiertas. El único muchacho que iba y venía por el pasillo avisó a Jacques de que Stefany no estaba en su despacho. Estaba de guardia Gallot; pero trabajaba en el número del día siguiente, y había atrancado la puerta. Y Jacques, a quien Jenny seguía como una sombra, no trató de forzar la consigna.

—Vamos al «Progrès» —dijo.

En la sala de la planta baja del café no había nadie. Hasta el encargado estaba ausente; su mujer se encontraba sola, en la caja; parecía haber llorado, y no se movió.

Subieron al entresuelo.

Sólo estaba ocupada una mesa; eran algunos militantes muy jóvenes y a los que Jacques no conocía. Callaron un momento a la entrada de estos recién llegados, pero pronto prosiguieron su discusión.

Jacques tenía sed. Hizo sentarse a Jenny junto a la puerta, y él bajó a buscar una caña de cerveza.

—¿Y qué piensas hacer si no, majadero? ¿Esperar a los gendarmes? ¿Hacerte fusilar como un imbécil?

El que hablaba era un muchacho de veinticinco años, de cara rubicunda y con la gorra echada sobre el cogote. Tenía la voz áspera. Sus ojos, negros y duros, pasaban sucesivamente de uno a otro de sus camaradas.

—¡Y además voy a decirte una cosa! —prosiguió, con nerviosismo—. Para nosotros, para los individuos que como nosotros han seguido esto de cerca, hay una cosa indudable y que sobrepuja a todo lo demás: ¡pertenece a un país que no deseaba la guerra y que no tiene nada que reprocharse!

—Eso es precisamente lo que dicen todos los demás —interrumpió el de más edad del grupo, un hombre de unos cuarenta años, que llevaba el uniforme de los empleados del tren subterráneo.

—¡Los alemanes no pueden decir eso! ¡La paz dependía de ellos! ¡En quince días han tenido diez oportunidades para cerrar el paso a la guerra!

—¡También nosotros! Hubiéramos podido decirle a Rusia tranquilamente: «¡A la mierda!»

—¡Eso no hubiera solucionado nada! ¡Hoy en día se ve perfectamente que los alemanes habían preparado las cosas de la manera más guarra! ¡Peor para ellos! ¡Ser amantes de la paz no significa tener miedo! ¡Si Francia es atacada, Francia tiene que defenderse! ¡Y Francia somos tú, yo y todos nosotros!

Salvo el empleado del tren subterráneo, los demás parecían de acuerdo.

Jacques volvió hacia Jenny una mirada de desaliento. Recordaba a Studler cuando éste imploraba: «¡Necesito, tengo verdadera necesidad de creer en la culpabilidad de Alemania!»

Sin llegar a beberse la cerveza que había traído, hizo una seña a la joven y se levantó. Pero antes de marcharse se acercó al grupo.

—¡La guerra «defensiva»!... ¡La guerra «legítima», la guerra «justa»!... ¿No veis entonces que es la eterna superchería? ¿También vosotros os vais a dejar engañar por ella? ¿No hace, todavía tres horas que se ha decretado la movilización y ya estáis así? ¿Sin defensa contra todas esas pasiones malsanas que la prensa se dedica a exacerbar desde hace ocho días? ¡Esas pasiones que los jefes militares están deseando emplear! ... ¿Quién resistirá a esta locura, si vosotros, socialistas, no resistís?

No se dirigía en particular a ninguno de ellos. Pero los miraba uno a uno y sus labios temblaban.

El más joven de todos, un escayolista con el rostro y el pelo todavía manchados de blanco, levantó hacia él su cara de pierrot.

—Yo pienso como Chataignier —dijo, con voz firme y juvenil—. Me incorporo el primer día: ¡mañana!... Odio la guerra. Pero soy francés. La patria es atacada. ¡Me necesita, e iré! ¡Iré, aun sintiéndolo en el alma; pero iré!

—Yo digo lo mismo —declaró su vecino—; yo me incorporo el martes, el tercer día... Soy de Bar-le-Duc; mis viejos viven allí... ¡No tengo ninguna gana de que mi patria chica se convierta en territorio alemán!

«¡El noventa por ciento de los franceses piensan así! —se dijo Jacques—. Ansiosos de disculpar a su país y de poder convencerse de la infame premeditación del adversario, para justificar ellos la reacción de sus instintos defensivos. E incluso —se decía— ¿hasta qué punto estos individuos jóvenes no experimentan una

verdadera satisfacción en formar parte repentinamente de una comunidad ultrajada, en respirar este aire embriagador del rencor colectivo?...» Nada había cambiado desde la época en que el cardenal de Retz osaba escribir: «No hay nada de tan grandes consecuencias para los pueblos, como hacerlos creer, incluso cuando se ataca, que no se piensa sino en defenderse.»

—¡Pensadlo bien! —prosiguió Jacques, con voz alterada—. ¡Si vosotros abandonáis la resistencia, mañana será demasiado tarde!... Pensad en esto: ¡Al otro lado de las fronteras hay exactamente el mismo estallido de iras, de acusaciones falsas, de antagonismos falsos! Todos los pueblos se parecen a esos críos batalladores que se lanzan unos contra los otros, con los ojos echando chispas y cada cual gritando: «¡Ha sido él quien ha empezado!»... ¿No es esto absurdo?

—¿Y entonces qué? —exclamó el escayolista—. ¿Qué quiere que hagamos nosotros, los movilizados?

—Si creéis que la violencia no puede ser la justicia; si creéis que la vida humana es sagrada; si creéis que no hay dos morales: la que condena el homicidio en tiempos de paz y la que lo prescribe en tiempos de guerra, ¡negaos a la movilización! ¡Negaos a la guerra! ¡Seguid siendo fieles a vosotros mismos! ¡Seguid siendo fieles a la Internacional!

Jenny, que había permanecido a la entrada de la sala, se acercó repentinamente y vino a ponerse a su lado.

El escayolista se había levantado. Cruzó los brazos con rabia.

—¿Para que nos lleven al paredón? ¡Ni hablar; no diga sandeces!... Por lo menos, «allí» cada uno sigue su suerte; incluso, con un poco de fortuna, puede salir bien librado.

—¡Pero vosotros os dais cuenta de que es una cobardía abdicar de la propia voluntad, de la responsabilidad personal, en las manos de aquellos que se sabe son los más fuertes! —exclamó Jacques—: Vosotros os decís: «Lo desapruedo, pero no puedo hacer nada»... Os cuesta trabajo, pero tranquilizáis vuestra conciencia sin dificultad, con el convencimiento de que esta sumisión es difícil y meritoria... ¿No os dais cuenta entonces que sois víctimas de una maquinación criminal? ¿Habéis olvidado que los gobiernos no han llegado al poder para esclavizar a los pueblos y hacerlos morir, sino para servirlos, protegerlos y hacerlos dichosos?

Un moreno de unos treinta años, que todavía no había dicho nada, golpeó la mesa con el puño.

—¡No y no! No tienes razón. ¡Hoy no tienes razón!... Bien sabe Dios que yo nunca he estado de acuerdo con el gobierno. ¡Soy tan socialista como tú! ¡Estoy afiliado al partido hace cinco años! ¡Pues bien: yo, socialista, estoy dispuesto a pegar tiros por el gobierno como todo el mundo! —Jacques quiso interrumpirle. Pero el otro levantó la voz—. ¡Y eso no tiene nada que ver con las ideas! ¡Ya volveremos a encontrar después a los nacionalistas, a los capitalistas, a todos los «gordos»! ¡Y ya les ajustaremos las cuentas cuando les llegue la hora, créeme! ¡Pero, de momento, no

se trata de hacer teorías! ¡La primera cuenta que hay que ajustar es con los prusianos! ¡Esos marranos han querido la guerra! ¡La tendrán! Y te lo digo yo: ¡en lo que de mí dependa, les va a escocer!

Jacques se encogió de hombros lentamente. No había nada que hacer. Cogiendo a Jenny del brazo la llevó hacia la escalera.

—¡Y viva el socialismo, a pesar de todo! —gritó una voz detrás de ellos.

Una vez en la calle, anduvieron algunos minutos en silencio. Sordos estampidos anunciaban la tormenta. El cielo parecía de tinta.

—Ya ves —dijo Jacques—: siempre he creído, y lo he repetido siempre, que las guerras no son cuestión de sentimientos, sino un choque fatal de competencias económicas. Pues bien: al ver hoy acentuarse el frenesí nacionalista con tanta naturalidad, tan distintamente, en todas las clases de la sociedad, casi llego a preguntarme... si las guerras no serán más bien el resultado de un oscuro e indomable conflicto de pasiones, al cual la conflagración de intereses sólo sirve como ocasión y pretexto... —Nuevamente quedó silencioso. Luego, siguiendo el hilo de sus pensamientos, añadió—: Y lo más risible es esta preocupación que tienen, no solamente de justificarse, sino de alardear de que su consentimiento es razonable... ¡y libre!... ¡Sí; libre!... ¡Todos estos desgraciados, que ayer mismo luchaban a pie firme contra la guerra y que hoy se encuentran metidos en ella aun en contra de su voluntad, tienen el mayor empeño en que parezca que obran deliberadamente!... —Después de una nueva pausa, continuó—: Es trágico, por otra parte, que tantos hombres avisados y desconfiados puedan hacerse de repente tan crédulos, en cuanto se hace vibrar la cuerda patriótica... Trágico y casi incomprensible... Tal vez sea simplemente a causa de que el hombre medio se identifica ingenuamente con su patria, con su nación, con el Estado... La costumbre de decir: «Nosotros, los franceses...» «Nosotros, los alemanes...» Y como todos los individuos desean la paz de buena fe, les es imposible creer que este Estado, el de cada cual, desee la guerra. Y por tanto, casi podría llegar a decirse: cuanto más desea la paz un individuo, más dispuesto está a disculpar a su país y a los de su clan; por tanto, resulta más fácil convencerle de que la amenaza hostil viene del extranjero, de que su gobierno no es responsable, de que forma parte de una colectividad víctima, y que debe defenderse, defendiéndola...

Unas enormes gotas de lluvia le interrumpieron. Cruzaban en aquel momento la plaza de la Bolsa.

—Corramos —dijo Jacques—; te vas a empapar...

Apenas si les dio tiempo de llegar a los soportales de la calle Colonne, para resguardarse. La tormenta que durante todo el día se había cernido sobre la ciudad, estallaba por fin con violencia repentina y dramática. Los relámpagos se sucedían sin interrupción y destrozaban los nervios; el rugido incesante del trueno repercutía entre las casas con un estrépito que recordaba las tormentas en la montaña. Por la calle del

Cuatro de Septiembre pasó al trote un escuadrón de la Guardia republicana: los hombres, azotados por la lluvia, se inclinaban sobre el cuello de los animales humeantes, cuyos cascos levantaban surtidores de agua; y como en un buen cuadro de escenas de batallas, los cascos brillaban bajo el cielo plúmbeo.

—Entremos aquí —propuso Jacques, indicando al fondo de los arcos un pequeño restaurante mal iluminado y ya invadido—. Tomaremos cualquier cosa en tanto esperamos.

Les costó trabajo encontrar dos sitios juntos; por fin lograron acomodarse en una mesa de mármol, en la que ya se apretujaban otros consumidores.

No hizo más que sentarse, cuando ya Jenny se sintió invadida por la fatiga. Le temblaban las rodillas; le dolían los hombros, la nuca; parecía tener en la cabeza un peso intolerable. Si al menos hubiera podido durante algunos minutos cerrar los ojos, tumbarse y dormir... Dormir junto a él... Inmediatamente el recuerdo de la noche precedente se impuso a la joven, y fue como un latigazo que le devolvió las fuerzas. A su lado, Jacques no se había dado cuenta de nada. Jenny lo veía de perfil: la sien mojada, el mechón oscuro con reflejos rubios... Estuvo a punto de cogerle del brazo y decirle: «Volvamos a casa. ¿Qué nos importa todo lo demás?... Estréchame contra ti... ¡Estréchame muy fuerte!»

A su alrededor, la conversación era general. Los ojos brillaban. La gente se pasaba el salero y el mostacero con miradas fraternales. Las noticias más absurdas y contradictorias se intercambiaban con una seguridad imperturbable, y eran creídas inmediatamente.

—Con tal de que una tormenta como ésta no retrase la ofensiva —gimió una señora de edad madura, cuyo rostro, salpicado de granos, reflejaba un heroísmo platónico, pero agresivo.

—En el setenta —explicó un señor corpulento, condecorado con una roseta, que estaba enfrente de Jenny—, las hostilidades no empezaron sino bastante tiempo después de la declaración de guerra: por lo menos quince días.

—Parece ser que va a faltar el azúcar —dijo uno.

—Y la sal —añadió la dama heroica. Se inclinó confidencialmente hacia Jenny—: Yo no he esperado para tomar mis precauciones.

El señor condecorado, sin dirigirse concretamente a nadie y con una emoción admirativa que hacía temblar su voz y parecía dotarla de propiedades contagiosas, contaba la historia de cierto coronel de una guarnición del Este: El coronel, que acababa de recibir la orden de hacer retroceder a sus hombres a diez kilómetros de la frontera, creyó que Francia cedía ya ante el enemigo, sacó la pistola y, antes que sobrevivir al deshonor, se saltó la tapa de los sesos delante de su regimiento.

En el extremo de la mesa, un obrero comía silenciosamente.

Su mirada desconfiada se cruzó con la de Jacques. Inmediatamente empezó a hablar:

—Ustedes lo encuentran muy divertido —dijo en tono malhumorado—; ¡pero



nosotros, en el taller, esta tarde no hemos podido conseguir la paga de la semana!

—¿Y por qué? —dijo el señor, con benevolencia.

—El patrono dijo que tiene el dinero guardado en el Banco y que el Banco ha cerrado... Se ha producido una buena trapatiesta, como se pueden figurar. Pero no se ha podido hacer nada. «Volved el lunes», nos ha dicho...

—Claro, claro; el lunes les pagará a todos —afirmó la dama heroica.

—¿El lunes? En primer lugar, muchos se incorporan mañana. ¿Se da usted cuenta lo que es marcharse y dejar a la mujer sin un céntimo y con los críos?...

—No se preocupe por eso —dijo con autoridad el señor condecorado—. El gobierno ha previsto eso, como todo lo demás. Habrá distribución de subsidios en las alcaldías. ¡Marchad tranquilos! ¡Vuestras familias están bajo la protección del Estado: a ellas no les faltará nada!

—¿Usted cree? —murmuró el obrero, incrédulo—. ¿Entonces, por qué no lo dicen?

Un vecino de Jacques, que había tenido la fortuna de poder comprar la edición especial de un periódico vespertino, hizo alusión a la proclama en que Poincaré se dirigía «a la Nación francesa».

Algunas manos se alargaron.

—¡A ver! ¡A ver!

Pero el otro no quería desprenderse de su ejemplar.

—¡Léala! —ordenó el señor de la condecoración.

El hombre, un viejo de cara maliciosa, se aseguró los lentes.

—¡Está firmada por todos los ministros! —anunció con énfasis. Luego, con voz de falsete, empezó—: «Consciente de su responsabilidad, comprendiendo que faltaría a su deber si dejara que las cosas se resolvieran por sí mismas, el gobierno acaba de dictar el decreto impuesto por la situación. —Hizo una pausa—. La movilización no es la guerra...»

—¿Estás oyendo, Jacques? —susurró Jenny, ron una voz en la que traslucía la esperanza.

Jacques se encogió de hombros.

—Se trata de hacer entrar a los ratones en la ratonera...; ¡pero, cuando estén dentro, ya se les asegurará bien!

—«En las circunstancias presentes —proseguía el individuo de los anteojos—, la movilización parece ser, por el contrario, el medio de asegurar una paz con honor...»

Se había hecho el silencio, incluso en las mesas vecinas.

—¡Más fuerte! —gritó uno al fondo de la sala.

El lector se levantó para continuar; algunas veces se le quebraba la voz: no había duda de que en estos momentos el pobre hombre tenía la impresión de que era él quien hablaba al pueblo. Gravemente, repitió:

—«... una paz con honor... El gobierno cuenta con la sangre fría de esta noble nación, para que no se deje llevar por una emoción injustificada.»

—¡Bravo! —dijo la señora de los granos.

—¡Injustificada! —murmuró Jacques.

—«... Cuenta con el patriotismo de todos los franceses, y sabe que no hay ni uno solo que no esté dispuesto a cumplir con su deber. En estos momentos ya no hay partidos. Hay la Francia eterna, la Francia pacífica y resuelta. La Francia del Derecho y de la Justicia, unida por entero en la serenidad, la vigilancia y la dignidad.»

A la lectura siguió un silencio que duró un largo minuto. Luego, las conversaciones se reanudaron sobre este tema emocionante. El heroísmo de la dama no era un fenómeno individual. El señor condecorado se había puesto tan encarnado como su roseta. En el extremo de la mesa, el obrero sin salario tenía los ojos llenos de lágrimas. Cada uno gozaba con deleite de la embriaguez colectiva; cada uno se encontraba elevado sin esfuerzo, alzado sobre sí mismo, en el mundo de lo sublime, dispuesto a la renunciación de los mártires.

Jacques callaba. Pensaba en las proclamaciones idénticas que habrían firmado al mismo tiempo los demás responsables, el Kaiser, el Zar; pensaba en estas fórmulas mágicas, llenas en todas partes de la misma fuerza y que sin duda desencadenaban en todas partes también el mismo delirio absurdo... Vio que Jenny apartaba el plato de sopa, casi sin tocar. Entonces, le hizo una seña y se levantó.

En la calle había cesado la lluvia. Los balcones goteaban. Los riachuelos formados a lo largo de las calles, caudalosos y embarrados, se precipitaban en los sumideros con un ruido de deglución; sobre las aceras relucientes a causa del agua, la muchedumbre había reanudado su carrera desordenada.

—Ahora, a la Cámara —dijo Jacques, arrastrando a Jenny con paso febril—. ¡A saber lo que estarán tramando allí con Müller!...

Por absurdo que pudiera parecer, no habría podido afirmar que ya no esperaba nada.

## LXXI

EL Palais Bourbon estaba custodiado discretamente por guardias municipales. Sin embargo, detrás de las verjas del patio había algunos grupitos hacia los cuales se dirigió Jacques, sin separarse de Jenny.

En uno de ellos, a la luz de las lámparas eléctricas había reconocido la alta silueta de Rabbe.

—La reunión no ha terminado —le explicó el viejo militante—. Acaban de salir. Han ido a cenar. La discusión se reanudará inmediatamente; pero no aquí, sino en las oficinas de *l'Huma*.

—¿Y qué? ¿Las primeras impresiones?

—No muy buenas... Por otra parte, era difícil enterarse. Todos estaban congestionados, medio muertos de sed, y mudos como estatuas... Del único que he podido sacar algo ha sido de Siblot..., y no nos ha ocultado su decepción. ¿No es verdad? —añadió, dirigiéndose a Jumelin, que se acercaba.

Jenny, silenciosa, observaba a los dos hombres. Jumelin no le agradaba sino a medias. Aquella cara afilada, sudorosa y pálida; aquella mandíbula barbilampiña y demasiado prominente; su forma de hablar, seca y recortando las palabras, sin separar los dientes lo suficiente; los hombros cuadrados; el duro resplandor de sus pupilas, demasiado pequeñas y demasiado negras, todo ello causaba a la joven una impresión de malestar. Por el contrario, el viejo Rabbe, con su frente abovedada, sus ojos claros y tristes cuya mirada se posaba siempre en Jacques con una dulzura paternal, le inspiraba confianza y simpatía.

—Ese Müller, por lo que parece, carece de instrucciones concretas —dijo Jumelin—. No trae consigo ninguna proposición en firme.

—¿Entonces, a qué ha venido?

—Únicamente en plan de información.

—¿Información? —exclamó Jacques—. ¡En estos momentos en que seguramente ya no queda tiempo ni para actuar!...

Jumelin se encogió de hombros.

—Actuar... ¡Eres de lo más divertido!... ¡Crees que todavía se pueden tomar decisiones cuando la situación cambia de un momento a otro! ¿Sabes que también Alemania ha decretado su movilización general? Lo ha hecho a las cinco, un poco después que nosotros... Y se dice que esta noche va a declarar oficialmente la guerra a Rusia.

—¿Pero ese Millier no ha venido para organizar la unión de los proletarios alemanes y franceses? En una palabra: ¿no ha venido para organizar la huelga en los dos países?

—¿La huelga? Seguro que no —replicó Jumelin—. Ha venido, en mi opinión, simplemente para saber si el Partido francés votará o no los créditos militares que el gobierno tiene que solicitar a la Cámara el mismo lunes. Y eso es todo.

—Y ya sería algo —dijo Rabbe—, si en ese punto concreto los parlamentarios socialistas franceses y alemanes adoptaran una política conjunta.

—No muy seguro —dijo Jumelin, enigmáticamente.

Jacques se revolvía, impaciente.

—Lo que sí puede decirse —prosiguió Jumelin, con aire de enterado— es que, según parece, los jefes del partido no han dejado de repetir en todos los tonos a Müller, que Francia ha hecho todo lo posible por evitar la guerra... ¡Hasta el último momento! ¡Llegando incluso a consentir un retroceso de sus tropas de cobertura!... ¡Nosotros, los socialistas franceses, tenemos al menos conciencia de ello! ¡Y tenemos el derecho de considerar a Alemania como Estado agresor!

Jacques lo miraba, asombrado.

—Dicho de otra forma —interrumpió—: ¡los diputados socialistas franceses se disponen a votar a favor de los créditos!...

—De cualquier forma, no pueden votar en contra.

—¿Cómo? ¿Que «no pueden»?

—Lo más probable es que se abstengan de tomar parte en la votación —opinó Rabbe.

—¡Si Jaurès estuviera aquí!... —exclamó Jacques.

—Pchs... Creo que, en la situación actual, ni él mismo se hubiera atrevido a votar en contra.

—¡Pero Jaurès demostró cien veces cuán absurda es esa distinción entre país agresor y país atacado! —dijo Jacques, fuera de sí—. ¡Eso no es sino un pretexto para enredos inextricables! Todos parecéis haber olvidado las verdaderas causas del atolladero en que nos encontramos: ¡el capitalismo y el imperialismo de los gobiernos! Cualesquiera que sean las apariencias que tomen los primeros actos de hostilidad, el socialismo internacional debe rebelarse contra la guerra, ¡contra cualquier guerra!...

Rabbe asintió evasivamente:

—En principio, sí... Y, según parece, Müller ha dicho algo en ese sentido...

—¿Y entonces?

Rabbe hizo un gesto de profundo desaliento.

—Entonces, así estamos. Y se han ido a cenar, cogidos del brazo.

—No —replicó Jumelin—. Olvidas decir que Müller ha manifestado su deseo de telefonar a Berlín para ponerse de acuerdo con los jefes de su partido.

—¿Ah, sí? —preguntó Jacques, que no deseaba más que conservar sus esperanzas.

Giró rabiosamente sobre sus talones, dio algunos pasos indecisos y volvió para encararse con los dos hombres:

—¿Sabéis lo que yo creo? Pues bien: yo creo que este Müller venía simplemente para tantear el grado real de internacionalismo y pacifismo del Partido francés. Y si hubiera encontrado verdaderos refractarios, decididos a todo, decididos a la huelga

general para hacer fracasar el nacionalismo del gobierno, ¡os aseguro que la paz todavía hubiera podido salvarse! ¡Sí! ¡Incluso hoy, después del decreto de movilización! ¡La paz podía salvarse todavía con la unión formidable del proletariado francés y el proletariado alemán! ¿Y en lugar de eso, qué es lo que ha encontrado? Charlatanes, ergotizadores, moderados, siempre dispuestos a condenar de palabra la guerra y el nacionalismo, pero que ya piensan en volar los créditos militares y en dar carta blanca al Estado Mayor. Hasta el último momento se habrá mantenido la misma absurda y criminal contradicción: ¡el mismo equívoco conflicto entre este ideal internacionalista, al cual nos hemos adherido teóricamente, y todos estos intereses nacionales que nadie, prácticamente, ni siquiera entre los dirigentes socialistas, consiente en sacrificar!

Mientras hablaba, Jenny, agotada por el cansancio, no dejaba de mirarle. La voz de Jacques la envolvía como una música conocida y acariciadora. Parecía atenta, pero estaba demasiado cansada para escuchar. Observaba la cara de Jacques, y en esta cara, la boca; y su mirada, fija en estos labios sinuosos cuya línea se alargaba y contraía como algo asombrosamente vivo, le daba la impresión de un contacto físico. El recuerdo de la noche pasada en sus brazos le hizo temblar de ansiedad. «Vámonos —se decía—. ¿A qué espera? Vayámonos... Volvamos a casa... ¿Qué importa todo lo demás?»

Cadieux, que corría de grupo en grupo sembrando noticias, se acercó a ellos.

—Se acaba de hacer una gestión cerca del ministro del Interior, para que Müller pudiera telefonar a Berlín. Pero sin éxito: las comunicaciones están cortadas. ¡Demasiado tarde! Estado de sitio en ambas partes...

—Tal vez hubiera sido la última oportunidad —murmuró Jacques, inclinándose hacia Jenny.

Cadieux le había oído; hizo una mueca.

—¿Oportunidad de qué?

—¡De una acción proletaria! ¡De una acción internacional!

Cadieux sonrió de manera extraña.

—¿Internacional? —dijo—. Mi querido amigo, seamos realistas: a partir de hoy, lo internacional no es ya la lucha por la paz: ¡es la guerra!

¿Era tan sólo un retruécano de desaliento? Se encogió de hombros y desapareció en la oscuridad.

—Tiene razón —rezongó Jumelin—. Una razón trágica. Esta noche, lo aceptemos de buena o de mala gana, nosotros, los socialistas, como todos los franceses, estamos en guerra... Reanudaremos nuestra actividad internacional, sí; pero más tarde. Esta noche la hora del pacifismo ha pasado ya.

—¿Y eres tú, Jumelin, quien dice eso? —exclamó Jacques.

—¡Sí! Hay un hecho nuevo: la guerra «está ahí». Para mí, este solo hecho lo altera todo: y nuestro papel como socialistas me parece perfectamente claro: ¡no debemos obstaculizar la acción del gobierno!

Jacques le miraba con estupor.

—¿Entonces tú aceptarás que te movilicen?

—Indudablemente. ¡Puedes tener la seguridad de que el martes que viene el ciudadano Jumelin será un simple *bibi*<sup>[28]</sup> de segunda en el regimiento de reserva número doscientos treinta y nueve, en Ruán!

Jacques bajó los ojos y no contestó.

Rabbe le puso la mano sobre el hombro.

—No lo tomes demasiado a pecho... Si esta noche no piensas como él, lo harás mañana... Es evidente: la causa de Francia es la causa de la democracia. ¡Nosotros, los socialistas, debemos ser los primeros en defender la democracia contra la agresión de los imperialismos vecinos!

—¿Entonces, tú también!

—¿Yo? Si no fuera tan viejo, iría a alistarme... Por otra parte, lo intentaré. Tal vez todavía puedan servir para algo mis viejos huesos... ¿Me miras? No he cambiado de opinión. Espero firmemente vivir lo bastante para poder reanudar algún día la lucha contra el militarismo. ¡Esa sigue siendo mi idea fija!... Pero, ante el momento presente, no hay que hacer tonterías: el militarismo ya no es lo que ha sido hasta ayer. El militarismo, hoy en día, es la salvación de Francia; e incluso más: la salvación de la democracia en peligro. Por consiguiente, escondo mis uñas. Y estoy completamente dispuesto a hacer como los demás: a coger el fusil y defender el país. ¡Después, ya veremos!

Sostenía desafiante la mirada de Jacques. Una sonrisa vaga, confusa y orgullosa a la vez, vacilaba en sus labios y acentuaba la tristeza de sus ojos.

—¡Incluso Rabbe! —murmuró Jacques, apartando la mirada.

Se ahogaba.

Cogió a Jenny del brazo y se alejó con ella, sin despedirse.

Delante de la verja, un grupo animado obstruía la salida.

En el centro, Pagès, el secretario de Gallot, discutía, gesticulante. Entre los jóvenes militantes que le rodeaban, Jacques vio algunas caras conocidas: Bouvier, Hérard, Fougerolle; estaban también Latour, un sindicalista, y Odelle y Chardent, redactores, estos dos últimos, de *l'Huma*.

Pagès distinguió a Jacques y Je hizo una seña.

—¿Sabes la noticia? Un telegrama de Petersburgo: Alemania ha declarado la guerra a Rusia esta noche.

Bouvier, un orador de mitin, individuo de unos cuarenta años, escuchimizado y pálido, se volvió hacia Jacques.

—¡No hay mal que por bien no venga! ¡Allí, en el frente, habrá trabajo para nosotros..., una vez que nos hayan dado fusiles y balas!...

Jacques no contestó. Desconfiaba de Bouvier, no le gustaba su mirada huidiza. (Mourlan le había dicho una noche, a la salida de un mitin en el que Bouvier había

pronunciado un discurso muy violento: «A ese tipo no le pierdo de vista. Tiene demasiado fervor, para mi gusto... Siempre que hay detenciones, es uno de los primeros que cogen; pero siempre da la casualidad que se libra con un “no ha lugar”...»)

—Lo más divertido —prosiguió Bouvier, con una risa ahogada— es que creen que nos embarcan en una guerra nacionalista. ¡No se sospechan que, antes de un mes, se convertirá en una guerra civil!

—¡Y antes de dos meses, en una revolución! —gritó Latour.

Jacques preguntó con frialdad:

—¿Entonces, también todos vosotros os dejáis movilizar?

—¡Claro! ¡Es una ocasión demasiado buena!

—¿Y tú? —dijo Jacques, dirigiéndose a Pagès.

—¡Hombre!

Sus facciones no tenían su expresión habitual. Levantaba la voz nerviosamente. Daba la sensación de estar ligeramente embriagado.

—¡No es culpa nuestra el que no se haya podido evitar esta guerra! Pero no se ha podido. Ésta es la realidad... Al menos, que sea el fin de esta sociedad moribunda que no se da cuenta de que ella misma se suicida. Sólo depende de nosotros que el capitalismo no sobreviva al desastre que él ha querido. ¡Que esta guerra sirva por lo menos para la evolución social! ¡Que sea provechosa para la humanidad! ¡Que sea la última! ¡Que sea la guerra liberadora!

—¡Guerra a la guerra! —gritó una voz.

—Vamos a luchar —exclamó Odelle—; pero como soldados de la revolución. ¡Vamos a luchar por el desarme definitivo y la emancipación de los pueblos!

Hérard, un cartero que llamaba siempre la atención porque se parecía de una manera asombrosa a Briand (del cual tenía hasta la voz cálida, con sus sonoridades apagadas), pronunció lentamente:

—Sí...; ¡millares y millares de inocentes van a ser sacrificados! ¡Es monstruoso! ¡Pero lo único que puede hacer aceptar este horror, es pensar que con él compramos el porvenir! Aquellos que sobrevivan a este bautismo de sangre serán unos hombres regenerados... Ante ellos ya no habrá nada, sino ruinas. ¡Y sobre estas ruinas construirán por fin una sociedad nueva!

Jenny, que estaba detrás de Jacques, vio que sus hombros se estremecían. Creyó que iba a intervenir en la conversación. Pero se volvió hacia ella sin decir nada. La joven se sintió conmovida por la alteración que denotaba aquel rostro. Volvió a cogerla del brazo y se alejó del grupo, estrechándola contra sí. Jacques estaba contento de que ella hubiera venido: la sensación de su soledad le resultaba menos penosa. «No —se decía—. ¡No!... ¡Antes morir que aceptar lo que desapruero con toda mi alma! ¡Antes morir que renegar!»

—¿Los has oído? —dijo, después de una corta pausa—. Ya no los conozco.

En aquel momento, Fougerolle, que durante el coloquio junto a la puerta no había

dicho ni palabra, se unió a ellos.

—Tienes razón —dijo, sin preámbulos, obligando a los dos jóvenes a detenerse para oírle—. Incluso he llegado a pensar en desertar para permanecer fiel a mis convicciones. Así que ya ves... Pero si lo hiciera, nunca estaría seguro de haberlo hecho por convicción, y no por cobardía. Porque la verdad es que tengo un miedo terrible... Por tanto, es absurdo, pero haré como ellos: iré...

No esperó la contestación de Jacques, y se alejó con paso firme.

—Tal vez haya muchos como él... —murmuró Jacques, pensativo.

Por la calle de Bourgogne, bordearon el Palais Bourbon, para llegar al Sena.

—¿Sabes lo que me extraña? —prosiguió, después de un nuevo silencio—. Me extrañan sus miradas, el tono de sus voces, esa especie de alegría involuntaria que se advierte en sus gestos... Hasta el extremo de que llega uno a preguntarse: «Si esta noche supieran que todo se arreglaba, que se desmovilizaba, ¿no sería de despecho su primera reacción?...» ¡Y lo más desesperante, es toda esa energía que ponen al servicio de la guerra!... ¡Ese valor, ese desprecio a la muerte! ¡Toda esa fuerza de ánimo «desperdiciada», cuando la centésima parte hubiera bastado para impedir la guerra, si a su debido tiempo la hubieran puesto todos al servicio de la paz!...

En el puente de la Concordia se cruzaron con Stefany, que iba solo, con la cabeza baja, con las grandes gafas a caballo de su nariz huesuda. También iba a conocer el resultado de las negociaciones.

Jacques le indicó que la conversación se había interrumpido y que proseguiría, un poco más tarde, pero en *l'Humanité*.

—En ese caso, regreso al periódico —dijo Stefany, volviendo sobre sus pasos.

Jacques seguía sombrío. Dio algunos pasos sin hablar; luego, recordando la profecía de Mourlan, tocó a Stefany en el codo.

—Se ha terminado; ya no hay socialistas: ya no hay nada más que «socialistas-patrioteros».

—¿Por qué dices eso?

—Veo que todos aceptan marchar... ¡Creen obedecer a su conciencia sacrificando su ideal revolucionario al nuevo mito de la Patria amenazada! ¡Los más encarnizados detractores de la guerra son ahora los que más prisa tienen en hacerla!... Jumelin... Pagès... ¡Todos!... ¡Hasta el viejo Rabbe, que está dispuesto a alistarse si le aceptan!

—¿Rabbe? —repitió Stefany, en tono interrogativo. Sin embargo, declaró—: No me sorprende... Cadieux también marcha. Y Berthet, y Jourdain. Todos llevaban la cartilla militar en el bolsillo desde ayer... ¡El mismo Gallot, con todo lo miope que es, ha pedido a Guesde que influya en el ministerio para que le saquen de Intendencia!...

—El Partido está decapitado —terminó Jacques, sombrío.

—¿El Partido? No; tal vez no. Lo que sí está decapitado es todo intento de resistir a las fuerzas de la guerra.



Jacques se acercó a él con un impulso fraternal.

—¿Verdad que tú también piensas que si Jaurès estuviera aquí todavía...?

—¡Desde luego que estaría con nosotros! O más bien: ¡el Partido entero estaría con él!... Dunois ha encontrado la definición exacta: «La conciencia socialista no se habría dividido.»

Cruzaron en silencio la Concordia, desierta de coches y que parecía más vasta, más iluminada que de costumbre. La cara biliosa de Stefany se estremecía, surcada de tics nerviosos.

De repente, se detuvo. La luz de un farol descubría reflejos insólitos en su rostro alargado y, en algunos momentos, hacía brillar sus gafas sobre las órbitas, que permanecían en la sombra.

—¿Jaurès? —dijo; y para pronunciar este nombre, su voz cantarina de meridional tomó una inflexión tan acariciadora, tan llena de desesperación que Jacques sintió un nudo en la garganta—. ¿Sabes lo que dijo delante de mí, el jueves pasado, antes de salir de Bruselas? Huysmans se volvía para Amsterdam y se despedía de él. Jaurès lo miró a los ojos fijamente, y le dijo: «Escúcheme bien, Huysmans. Si estallara la guerra, ¡MANTENGA LA INTERNACIONAL! Si los amigos le suplican que tome parte en el conflicto, no lo haga: ¡MANTENGA LA INTERNACIONAL! Y si yo, Jaurès, viniera a pedirle que hiciera causa común con uno u otro de los beligerantes, ¡no me escuche, Huysmans! ¡MANTENGA LA INTERNACIONAL, CUESTE LO QUE CUESTE!»

Jacques, conmovido, exclamó:

—¡Sí! ¡Incluso si no hemos de ser más que diez! ¡Aunque no seamos más que dos! ¡Mantener la Internacional, cueste lo que cueste! —Su voz temblaba; Jenny, trémula de emoción, vino a estrecharse contra él, pero Jacques no pareció darse cuenta, volvió a repetirse una vez más, como un juramento—: ¡Mantener la Internacional!

«¿Pero cómo?», se preguntaba. Y le parecía hundirse solo en las tinieblas.

Era más de media noche cuando Jacques y Jenny abandonaron las oficinas de *l'Humanité*, a las que esta noche habían venido muchos militantes en busca de noticias. Aunque no hubiera conservado ninguna esperanza, Jacques no había querido marcharse sin conocer el resultado de las conversaciones con el delegado alemán. En varias ocasiones, atormentado por el semblante fatigado de la joven, le había suplicado que volviera a su casa para descansar, en tanto que él podía volver a reunirse con ella; pero una y otra vez se había negado con la misma obstinación. Finalmente, Gallot vino a anunciarles al despacho de Stefany, donde se habían refugiado con una veintena de socialistas, que la sesión se estaba terminando. Müller y De Man tenían prisa: apenas si les quedaba tiempo de llegar a la estación del Norte si querían alcanzar el último tren civil con destino a Bélgica. Jacques y Jenny los vieron cruzar el pasillo, guiados por Morizet. Cachin, provisto de su banda de

diputado, se proponía acompañarlos al tren para facilitarles la marcha. Todavía no era seguro que Müller pudiera pasar la frontera belga.

Gallot, acosado a preguntas, sacudía rabiosamente su cabeza hirsuta. Por fin se consiguió arrancarle algunos detalles. En resumidas cuentas, este íntimo contacto entre los partidos socialistas de Francia y Alemania no había conducido a nada. Después de seis horas de discusión leal, había sido necesario contentarse con expresar tímidamente el deseo de que los socialistas de la Cámara y los del Reichstag, sin oponerse a que los créditos de guerra fuesen aprobados, se abstuvieran al menos de emitir un voto favorable; y se habían separado con esta conclusión irrisoria: «La inestabilidad de la situación no permite contraer compromisos más concretos.»

La ruptura se había consumado. El dogma de la solidaridad internacional no había sido más que una engañifa.

Jacques volvió los ojos hacia Jenny, como si buscara en ella consuelo para su desaliento. La joven estaba sentada sobre un taburete, un poco apartada, con las manos sobre las rodillas y apoyada la espalda en una estantería. La luz de la lámpara hería oblicuamente su perfil, lo que hacía que la sombra se concentrara bajo los párpados y los pómulos. Los esfuerzos que hacía para mantener los ojos abiertos dilataban sus pupilas. ¡Cogerla entre sus brazos, acunarla, adormecer esta debilidad! ... Toda la compasión que Jacques experimentaba esta noche por el mundo, decuplicó repentinamente la que le inspiraba este ser cansado y frágil que, a partir de ahora, era lo único que debía contar para él.

Se acercó a ella, la ayudó a levantarse y, en silencio, la llevó afuera.

¡Por fin! Jenny se lanzó por la escalera delante de él. Ya no notaba su cansancio. Y cuando estuvieron en la acera y sintió la mano ardiente de Jacques deslizarse alrededor de su cintura, experimentó súbitamente, en medio de su alegría y más allá de este sentimiento que la ligaba a él, algo turbador y espantoso, absolutamente nuevo, cuya violencia hizo acudir a sus sienes un tal aflujo de sangre que vaciló y se llevó la mano a la frente.

—Ya no puedes más —murmuró Jacques, consternado—. ¿Qué podríamos hacer? Esta noche no hay ninguna probabilidad de que podamos coger un coche...

Apretados uno contra otro, agotados y febriles, echaron a andar en medio de la noche.

Aún había mucha gente en la calle. Grupos de agentes y guardias republicanos vigilaban en todos los cruces.

Delante de Notre-Dame-des-Victoires, se sintieron sorprendidos de ver abiertas de par en par las puertas de la iglesia. Se acercaron. La nave se abría como una gruta milagrosa, oscura, no obstante estar iluminada por innumerables filas de cirios que transformaban el ábside en una bóveda ardiente. Las capillas, a pesar de lo tardío de la hora, estaban llenas de sombras silenciosas en oración; alrededor de los confesionarios, esperaban su turno, arrodillados, muchos hombres jóvenes. Curioso, e incluso emocionado a su pesar por el desconcierto que revelaba este impulso de

piEDAD popular a estas horas, Jacques hubiera entrado de buena gana un momento. Pero Jenny, sublevada, lo contuvo: inconscientemente se alzaban en ella tres siglos de protestantismo contra la pompa —la idolatría— católica...

Siguieron su camino sin cambiar impresiones.

Jenny, cada vez más cansada, andaba colgada del brazo de Jacques. En cierta ocasión, y sin razón alguna, cogió la mano del joven y apoyó en ella su mejilla. Él se detuvo, trastornado. Después de echar una mirada a su alrededor, llevó a la joven hacia el quicio de un portal y la abrazó. «¡Por fin!», pensó ella. Sus labios se entreabrieron: ya no trataba de retirarle la boca; esperaba este beso desde hacía horas; cerró los ojos y se abandonó a él toda temblorosa.

Cruzaron los Halles y remontaron el bulevar Saint-Michel. El reloj de palacio marcaba la una y cuarto. Los transeúntes ya no eran tan numerosos; pero, en las grandes arterias que llevaban a las puertas de la ciudad, grandes convoyes caminaban por la calzada: canos requisados, filas de caballos llevados polla brida, automóviles conducidos por soldados, regimientos silenciosos que se desplazaban hacia destinos secretos. ¡Esta noche no había reposo en Europa!...

Los dos jóvenes avanzaban con lentitud. Jenny cojeaba; hubo de confesar que uno de los zapatos le había producido una herida. Jacques se empeñó en que se apoyara más en él; la sostenía y casi la llevaba. La joven se sentía al mismo tiempo enojada y satisfecha por esta causa. A medida que se acercaban a la casa, una sorda angustia se mezclaba a su impaciencia. Ambos se sentían en el límite de su resistencia física y moral; pero a pesar de todo, a través de esta fatiga y esta ansiedad, ardía en ellos una llama tenaz de alegría. La primera mirada de Jenny, al encender la luz del recibimiento, fue para cerciorarse, como siempre que volvía a su casa, de que la portera no había echado por debajo de la puerta algún telegrama de Viena. Nada. Se le oprimió el corazón. Ya no había ninguna posibilidad de que tuviera noticias de su madre antes de su marcha.

—Con tal de que las comunicaciones entre Suiza y Austria sigan siendo normales... —murmuró. Era la única esperanza que le quedaba.

—Tan pronto como lleguemos a Ginebra, iremos al consulado —prometió Jacques.

Permanecían en el recibimiento, de pie, obsesionados ambos por el recuerdo de la noche anterior, repentinamente molestos por encontrarse solos, a plena luz, con estas caras cansadas y estas miradas huidizas a las que turbaba el mismo recuerdo.

—Vamos —dijo Jacques.

Él, sin embargo, no se movía. Se agachó maquinalmente para recoger un periódico, lo dobló lentamente y volvió a dejarlo sobre el veladorcito.

—Me muero de sed —dijo, con una desenvoltura un poco forzada—. ¿Y tú?

—Yo, también.

En la cocina, los restos de su comida permanecían aún sobre la mesa.

—Nuestro banquete —dijo Jacques.

Dejó correr el agua hasta que estuvo fresca y alargó el vaso a Jenny, que se había sentado en la silla más cercana. Bebió ella algunos sorbos y se lo devolvió, apartando los ojos: estaba segura de que Jacques pondría sus labios exactamente donde ella acababa de posar los suyos... Él se bebió dos vasos seguidos, dejó oír una especie de gruñido de satisfacción, y se acercó a ella. Le cogió el rostro entre las manos... pero se contentó con mirarla profundamente, desde muy cerca. Luego, con la mayor dulzura, dijo:

—Amor mío, pobre amor mío..., es muy tarde..., ya no puedes más..., y mañana por la noche tenemos ese largo viaje... Tienes que dormir mucho... en tu cama —añadió.

La joven dejó caer los hombros sin contestar. La obligó a levantarse y la llevó vacilante hasta la puerta de su habitación.

La estancia estaba a oscuras, apenas iluminada por la noche estival que entraba por la ventana abierta.

—Ahora hay que dormir y dormir —repitió a su oído.

Jenny se envaró. Permanecía en el umbral, estrechándose contra Jacques. En voz muy baja murmuró:

—Allí...

«Allí» era el diván de la habitación de Daniel... Jacques respiró profundamente, y no contestó. En el momento en que Jenny había aceptado acompañarle a Suiza, había pensado: «Nos casaremos en Ginebra.» Pero después de las sacudidas de esta jornada patética... El equilibrio universal parecía haberse roto; reinaba lo imprevisto; lo excepcional se había convertido en ley; ningún compromiso existía... Algunos segundos más, plenamente consciente, luchó contra sí mismo. Se separó de ella y la miró.

Jenny levantó hacia él sus pupilas límpidas. Una misma turbación, una misma alegría grave y pura los oprimía a ambos.

—Sí —dijo Jacques, finalmente.

## LXXII

EL Simplón-Exprés, que según el horario debía llegar a París a las diecisiete horas, no llegó a la estación de Laroche sino a las veintitrés pasadas. Este tren fue apartado a una vía muerta, con objeto de dejar libres las vías principales para los trenes de abastecimiento del ejército. Compuesto casi únicamente por viejos vagones de tercera, estaba atestado de viajeros: los departamentos de diez plazas iban ocupados por trece y catorce personas.

A la una de la mañana, después de interminables maniobras, el tren prosiguió su marcha hacia la capital. A las tres de la madrugada, y a paso de carreta, cruzó por la estación de Melun, para detenerse casi inmediatamente en el puente del Sena. Las últimas luces de una noche lechosa blanqueaban la curva del río; la ciudad se adivinaba por algunas hileras de luces que chispeaban entre la bruma. Poco a poco, fue apareciendo el alba detrás de las colinas; y por una carretera que corría a lo largo del agua, se distinguía un regimiento en marcha, seguido por una larga fila de vehículos militares.

Finalmente, a las cuatro y media, después de innumerables paradas, de salidas en falso, de esperas bajo los túneles, el tren, sin dejar de silbar y deteniéndose en todas las señales, cruzó lentamente los arrabales de París y vino a pararse en una vía sin andén, a trescientos metros de la estación P.L.M.

La señora de Fontanin siguió a los viajeros que los empleados hacían descender sobre el balasto y conducían a través de las vías hacia el vestíbulo de llegada. Su pesada maleta le tropezaba en las piernas y le hacía vacilar a cada paso.

Había salido de Viena en pleno ambiente de guerra, en uno de los últimos trenes de extranjeros que partieron para Italia. Llevaba viajando tres días; había cambiado de vagón siete veces y pasado siete noches sin dormir. Pero había conseguido que se retiraran las denuncias contra su marido y que el nombre de Fontanin no figurara en los informes de la investigación.

El vestíbulo, lleno de pantalones encamados, parecía un vivac. Tuvo que deslizarse por entre fusiles en pabellón, sortear barreras guardadas por centinelas y rehacer diez veces el camino antes de poder salir de la estación. El recuerdo de su hijo, que no la abandonaba, se intensificó aún más a la vista de todos estos soldados. No tenía noticias de él. En casa encontraría cartas suyas. ¡Daniel! ¿Hacia qué destino marcharía? Se lo imaginó, con su magnífico uniforme, su casco brillante, a caballo, junto a un poste fronterizo, erguido como un defensor de la patria amenazada. ¡Dios lo protegería! Temer por él hubiera sido falta de fe.

Afuera, ni taxis ni autobuses. Volver a su casa andando no era imposible: la alegría de llegar a su meta le impedía sentir todo el peso de su cansancio. ¿Pero qué hacer con la maleta? En el departamento de equipajes hacían cola más de cien personas. Arrastrando la maleta, bien que mal, cruzó la plaza y vio un bar abierto. El

desorden de las mesas, la cara adormilada de los camareros, algunas lámparas que seguían encendidas no obstante ser ya de día, indicaban que el café, a pesar de los reglamentos, no había cerrado esta noche. Una mujer joven que estaba en la caja, apiadada por la sonrisa fatigada de la viajera, accedió a guardar la maleta; y la señora de Fontanin, liberada de su carga, partió hacia la avenida del Observatorio. Por fin llegaba al término de sus tribulaciones: dentro de media hora estaría junto a Jenny, en su casa y con su té delante. Ya casi no sentía su agotamiento.

Este París matinal del 2 de agosto estaba ya tan animado, que al llegar ella a su casa se sintió extrañada al ver cerrado el portal. Se le había parado el reloj. Al pasar por delante de la portería, cuyos visillos todavía estaban corridos, calculó que no debían de ser más de las cinco y media. «Jenny estará durmiendo y seguramente habrá puesto la cadena», pensó, mientras subía la escalera. «¿Oírás por lo menos el timbre de la puerta?», se preguntó.

Por si acaso, antes de llamar, trató de entrar con su llave. La puerta se abrió: la cerradura ni siquiera tenía la llave echada.

Su primera mirada en el vestíbulo se tropezó con un sombrero de hombre, un sombrero flexible negro... ¿Daniel? No... Sintió miedo. Todas las puertas estaban entreabiertas. Dio dos pasos hacia la entrada del pasillo. Al fondo, la cocina estaba encendida... ¿Estaría soñando? No se sentía muy lúcida. Apoyó un instante la espalda en la pared. Ningún ruido. La casa parecía vacía. Sin embargo, este sombrero, esta bombilla encendida... Se le pasó por la imaginación la idea de un robo... Maquinalmente iba por el pasillo hacia la cocina, cuando de repente, delante de la habitación de Daniel, cuya puerta estaba abierta, se quedó parada con la mirada fija: sobre el diván, entre los almohadones en desorden, había dos cuerpos abrazados...

Por un instante, la idea de un crimen sustituyó a la del robo. Fue apenas por un segundo, ya que inmediatamente había reconocido las dos caras: ¡Jenny dormía en brazos de Jacques!

Retrocedió bruscamente en la oscuridad del pasillo. Se oprimía el pecho con la mano, como si los latidos de su corazón fueran a delatar su presencia. Su único pensamiento era huir. ¡Huir para no haber visto! Huir para evitar la atroz humillación: la de ellos y la suya propia...

Muy de prisa, andando de puntillas, volvió al recibimiento. Aquí hubo de detenerse, a punto de desfallecer. Y tal vez se habría preguntado si no había sido víctima de una alucinación, si no fuese que vio de nuevo el sombrero de Jacques posado con insolencia en medio de la mesa. Entonces se rehízo, abrió con precaución la puerta de la escalera, la volvió a cerrar sin hacer ruido y, asiéndose al pasamanos, bajó la escalera trabajosamente, peldaño a peldaño.

¿Y ahora? ¿Para que le abrieran el portal tendría que llamar a la portería, darse a conocer, explicar su regreso y esta salida súbita?... Afortunadamente, la portera, a quien sin duda había despertado al llegar, se había levantado y se estaba vistiendo;

había luz detrás de los visillos, y el portal estaba abierto. La pobre mujer pudo deslizarse hasta la calle sin ser vista.

¿A dónde ir? ¿Dónde encontrar refugio?

Cruzó la calzada y entró en los jardines. Estaban desiertos. Se dirigió al banco más cercano y se dejó caer en él.

A su alrededor, todo era silencio y frescura. De lo lejos venía un ruido sordo, continuo: el rodar de los carros y camiones que no dejaban de pasar por el bulevar Saint-Michel.

La señora de Fontanin no trataba de comprender. Ni siquiera se preguntaba qué era lo que había podido pasar en su ausencia y cómo las cosas habían llegado a este extremo. No conseguía reflexionar. Pero seguía «viendo». La imagen que perduraba ante sus ojos tenía el relieve indiscutible de la realidad: el diván en desorden, el pie descalzo de Jenny bajo la luz de la ventana, los brazos de Jacques rodeando el busto de la joven, y en las posturas de abandono y en sus labios unidos en el sueño, aquella expresión de éxtasis tierno y doloroso... «¡Qué hermosos estaban!», pensaba, a pesar de su vergüenza y a pesar de su miedo. A su indignación, a su repugnancia instintiva, se mezclaba ya este otro sentimiento tan arraigado en ella: el respeto hacia los demás; el respeto por el destino y la responsabilidad ajenos.

¿Tuvo Jacques en su sueño la intuición de que algo se había movido en la casa? Sus párpados se agitaron; abrió los ojos. En un segundo se dio cuenta de todo. Su mirada, antes de posarse en el rostro dormido, se deslizó sobre un pie descalzo, sobre las redondeces de un seno, sobre las curvas de un hombro. ¡Cuánta tristeza en la expresión de esta boca! ¡Qué impresión de sufrimiento en estas facciones inanimadas! De sufrimiento y, sin embargo, de descanso... La máscara mortuoria de una niña cuya agonía ha sido cruel...

Contenía la respiración y no podía apartar los ojos de esta boca crispada. La piedad, el remordimiento, una sensación de temor, dominaban su ternura. Una fatalidad se cernía sobre ellos. ¿Fatalidad? No: lo que había sucedido, él lo había querido, él era el único responsable. De siempre, se había arrojado sobre Jenny como sobre una presa. En Maisons-Laffitte, él era quien se había impuesto a ella, quien se había hecho amar, para huir inmediatamente y abandonarla a su desesperación. Y este verano, otra vez se había precipitado sobre ella, sobre ella que empezaba a rehacerse y a olvidar... Lo irreparable había sucedido. Ocho días antes, Jenny todavía podía vivir sin él. Hoy, no. Era suya; la arrastraba en su camino. ¿Hacia qué incógnita terrible?... Ahora, la joven ya no podría encontrar sabor a la vida sin él. ¿Y sería feliz con él? No. Lo sabía perfectamente. ¡Antoine tenía razón más que de sobra! Él no era de aquellos que hacen la felicidad de los demás.

Antoine... Instintivamente sus ojos buscaron el reloj. Era hoy por la mañana cuando había prometido a su hermano acompañarlo a la estación. Las seis menos veinte. Dentro de cinco minutos tendría que levantarse.

Por la ventana abierta entraba un ruido acompasado y sordo. Levantó la cabeza. Regimientos, convoyes y trenes de artillería recorrían la ciudad. La guerra estaba aquí, acechando su despertar. «El primer día de movilización general es el domingo dos de agosto...» ¡En esta mañana, la guerra daba comienzo para todos!...

Permaneció en la misma postura, apoyado en un codo con el oído atento, la mirada fija y la frente llena de sudor. Algunas veces el ruido parecía desvanecerse. Un silencio emocionante sucedía al machaqueo del hierro; un silencio que rompía algunas veces el piar de los pájaros o bien, como un suspiro, el discreto murmullo del viento en las copas de los árboles. Luego, el rumor siniestro renacía a lo lejos. Nuevas tropas subían el bulevar; su paso acompasado se acercaba, se amplificaba, ahogando el silencio, cubriendo el canto de los gorriones, aplastándolo todo con su martilleo.

Aun a riesgo de despertar a Jenny, la levantó dulcemente y la estrechó entre sus brazos. El contacto de la carne la hizo contraerse bruscamente en su sueño. Murmuró: «No..., no...» Luego, sus párpados se abrieron y le sonrió: una sonrisa tierna y temerosa, mientras que en el fondo de las pupilas húmedas la lucecilla de miedo se extinguía lentamente. Durante un minuto permanecieron estrechamente abrazados, sin moverse. En la inmovilidad ardiente de este contacto, sus cuerpos se estremecían con los recuerdos de la noche. Pero no eran los mismos recuerdos... Y cuando Jacques estrechó su abrazo, Jenny, paralizada en su ternura por el temor de sufrir más, trató instintivamente de apartarse. Vencida finalmente por su debilidad, por su amor, por la exaltación del sacrificio tanto como por su propio deseo, cedió... Abandono intencionado en el que había lo bastante de pasión, e incluso de gozo, para que Jacques pudiera engañarse y no sospechar lo que este consentimiento ocultaba de miedo, de renunciamiento de la voluntad.

Apoyada en el respaldo del banco, con las manos juntas sobre la falda, la señora de Fontanin miraba a lo lejos, sin fuerzas para pensar en nada.

Transcurría el tiempo. El jardín, brillante por el sol matinal, con los cantos de los pájaros, con sus flores, con sus estatuas blancas cuyas sombras se alargaban sobre el césped, la envolvía en su soledad. Los hombres y las mujeres que, andando apresuradamente, cruzaban la avenida en sentido oblicuo, pasaban lejos de ella, sin siquiera dirigir una mirada a esta mujer vestida de luto y derrumbada sobre un banco. Los árboles le ocultaban las ventanas de su piso, pero por encima de los macizos distinguía la puerta de la casa.

Repentinamente agachó la cabeza y se bajó el velo: Jacques, y luego Jenny, acababan de aparecer en el umbral... Apenas si podían verla ni reconocerla a esta distancia, a menos que hubieran venido directamente hacia ella. Cuando se decidió a levantar los ojos, se alejaban rápidamente hacia el Luxemburgo.

Respiró. La sangre latía en sus venas. Con mirada extraviada, siguió a la pareja hasta que hubo desaparecido. Aún permaneció sentada durante algunos momentos,



sin ánimo. Luego se levantó, y con paso casi firme —a pesar de todo, esta espera interminable le había permitido descansar un poco— se dirigió hacia su casa.

## LXXIII

DESCANSA —había dicho Jacques a Jenny—. Yo voy a acompañar a Antoine al tren. A continuación iré a despedirme de Mourlan; pasaré por la C.G.T. y por *l'Huma*. Y luego, a la hora del mediodía, volveré aquí a buscarte.

Pero Jenny no lo entendía así. Estaba completamente decidida a no quedarse sola en casa aquella mañana.

—¿Y las maletas que aún tienes por hacer? ¿Y esos preparativos de que hablabas ayer? No podrás estar dispuesta para marchar esta noche —dijo Jacques, para embromarla.

Jenny sonreía, con una sonrisa completamente nueva, tímida y voluptuosa, que humedecía su mirada.

—Tengo una idea... Voy a ir a ver de nuevo nuestra glorieta de la calle La Fayette. Me encontrarás allí, si te parece, al salir de la estación del Norte. O más tarde.

Acordaron que lo acompañaría andando, a través del Luxemburgo, hasta la calle de la Universidad; luego iría a esperarlo pacientemente delante de la iglesia de San Vicente de Paúl. Y la joven corrió a vestirse.

Antoine se había separado de Anne a las tres de la madrugada.

Durante la víspera, no había podido resistir a la necesidad nostálgica de volver a verla: gozo supremo y amargo que se había concedido, sin ilusión, como un favor de condenado. Pero la desesperación atroz de Anne en el momento de la marcha de él, y el despecho que sentía por haber cedido a la tentación, lo habían dejado nervioso y abatido. Al volver a su casa, había pasado el resto de la noche, de pie, ordenando los cajones, quemando papeles y poniendo bajo sobre las pequeñas cantidades de dinero que destinaba a distintas personas: al señor Chasle, a las criadas, a la señorita Waize, e incluso a los dos huérfanos de la calle de Verneuil: el empleadillo avisado, Robert Bonnard, y su hermano. (Había seguido ocupándose de ellos de vez en cuando y no quería dejarlos sin recursos en estas primeras semanas de desorganización general.) Luego, había escrito una carta bastante larga a Gise para recomendarle que no abandonara Inglaterra; y otra a Jacques, dirigida a Ginebra, porque estaba persuadido de que su hermano, después de la escena de la víspera, no vendría a despedirse. Con algunas palabras fraternales, se disculpaba por haberlo ofendido y le suplicaba que le diera noticias suyas.

Después de esto se había dirigido a su cuarto de aseo para ponerse el uniforme de reservista. Y tan pronto como estuvo vestido, se sintió perfectamente tranquilo; era como si ya hubiese dado el paso decisivo.

Al ponerse las polainas, repasó mentalmente todo lo que había pensado hacer antes de su marcha. No había olvidado nada. Esta certeza acabó de tranquilizarlo. De repente se le ocurrió que iban a hacerle falta muchas cosas para cumplir con eficacia

su misión de médico militar. Sin vacilar, vació rápidamente la maleta, que había preparado con el mayor esmero, y reemplazó la mayor parte de la ropa, de los objetos personales, e incluso de los libros que había tenido la debilidad de llevar, con todo lo que pudo encontrar en sus vitrinas respecto a vendas, compresas, pinzas, jeringuillas, anestésicos y desinfectantes.

Las dos criadas se habían levantado hacia ya mucho tiempo y merodeaban por los pasillos. (León ya había abandonado París; antes de incorporarse a su regimiento, había querido ir a su pueblo para ver «a los viejos».) Adrienne vino a anunciar que el desayuno estaba servido en el comedor. Tenía los ojos encarnados. Suplicó a Antoine que pusiera entre su equipaje un pollo asado que ella le traía muy bien envuelto.

Antoine se levantaba de la mesa cuando llamaron.

Palideció ligeramente; su cara se iluminó con una tierna sonrisa. ¿Jacques?...

En efecto, era él. Se detuvo en el umbral. Antoine se adelantó torpemente. La emoción le hacía un nudo en la garganta. Se estrecharon la mano en silencio, como si nada hubiera pasado la víspera.

—Temía llegar con retraso —balbuceó Jacques por fin—. ¿Ya está todo preparado? ¿Te marchas ya?

—Sí... Son las siete... Ya es la hora.

Trataba de afirmar la voz. Fingiendo desenvoltura cogió el quepis y se lo puso. ¿Le habría crecido la cabeza desde el último período militar? ¿O bien llevaba el pelo más largo que de costumbre? El quepis se le quedaba en la coronilla, de forma grotesca. Se vio en el espejo del recibimiento; sus cejas se frunció. Mientras se ponía torpemente el correa, su mirada erraba a su alrededor; parecía despedirse de su casa, de su vida civil, de sí mismo; pero sus ojos volvían sin cesar a la imagen desagradable que le devolvía el espejo.

En aquel momento, las dos criadas, de pie, una junto a otra y con los brazos colgando, estallaron en sollozos. Molesto, les sonrió, sin embargo, y se acercó para estrecharles la mano.

—Vamos, vamos...

Su tono marcial y seco no resultaba muy ajustado. Lo notó, y, para precipitar la marcha, se volvió hacia Jacques.

—¿Quieres ayudarme a bajar esto?

Cogieron cada uno un asa de la maleta y salieron al descansillo. Al pasar la puerta, una esquina de la valija tropezó en el batiente y produjo en el reciente barniz un largo raspón. Antoine miró c-1 estropicio e hizo maquinalmente una mueca, corregida acto seguido por un gesto de indiferencia; y tal vez en aquel instante fue cuando sintió con mayor intensidad la ruptura entre su pasado y su futuro.

Bajaron los dos pisos sin pronunciar palabra. Antoine andaba trabajosamente con sus botas claveteadas; el dormán abotonado y el cuello duro lo ahogaban. Ya abajo, jadeante, murmuró:

—Vaya una tontería. Ni siquiera se me ha ocurrido pensar que estaba el ascensor.

Antoine había previsto que no encontrarla taxis —Víctor estaba movilizado desde esta misma mañana para la requisa de los camiones pesados en Puteaux—, y había decidido coger su coche y llevar como conductor a un viejo mecánico del garaje vecino que pudiera después volverse con el auto.

La portera, en camisola blanca, vigilaba su salida en el portal. Lloriqueó.

—¡Señorito Antoine!

Él gritó alegremente:

—¡Hasta pronto!

Luego, hizo subir al mecánico en la parte de atrás, puso a Jacques a su lado y cogió el volante.

Ya empezaba a haber mucha gente en las calles. Como consecuencia de la desorganización de los servicios de basura, los cubos todavía llenos estorbaban delante de los portales.

En los muelles, el auto hubo de detenerse bastante tiempo para dejar paso a una fila de camiones y de automóviles conducidos por soldados. En el puente Royal, una nueva parada: en medio de la calle, los transeúntes, con la mirada fija en el cielo, agitaban alegremente sus sombreros. Jacques se asomó a la ventanilla: en el cielo, seis aeroplanos, volando muy bajo y en triángulo, se dirigían hacia el noreste. En las alas inferiores, las escarapelas tricolores se veían con claridad.

En la calle de Rívoli, entre dos filas de curiosos, un regimiento de infantería colonial, en uniforme de campaña, desfilaba al paso, sin música, en un silencio sobrecogedor. Al paso de los jefes de batallón, a caballo, la gente se descubría.

En la avenida de la Opera, los balcones estaban engalanados. El auto bordeó una sección de coches de la Cruz Roja; luego, vieron pasar un destacamento de soldados, con uniforme de faena, con picos y palas.

En la plaza de la Opera hubo que pararse de nuevo. Un tren de artillería, seguido por una decena de vehículos blindados, subía hacia la Bastilla. Sobre el tejado de la Opera, equipos de obreros instalaban proyectores destinados a vigilar la venida nocturna de los *taubes*<sup>[29]</sup> sobre París.

A lo largo de los bulevares, a pesar del servicio de vigilancia, los curiosos se agolpaban ante los comercios alemanes o austríacos que habían sido saqueados por la noche. En torno a la «Cristallerie de Bohême», el suelo estaba sembrado de cascos y cristales pulverizados. «La Brasserie Viennoise», parecía haber sufrido un asedio: a través de los escaparates destrozados, se podían distinguir los espejos rotos, las mesas hechas pedazos y los asientos destruidos.

Jacques, silencioso, registraba estos primeros testimonios del fanatismo patriótico. Observaba apasionadamente la calle, la cara de las personas. De buena gana hubiera roto el silencio, pero no tenía nada que decir a su hermano. Por otra parte, la presencia del mecánico, en la parte trasera del coche, podía ser una excusa... Pensaba con una precipitación febril en cien cosas distintas: en Jenny, en la noche última, en su próxima marcha a Ginebra... ¿Y después? Aquí era donde siempre

venía a parar su pensamiento... Meynestrel... «El Mentidero»... No; bajo ningún pretexto aceptaría volver a aquella vida de espera, de conspiración ilusoria, de palabras vanas... ¿Entonces, qué? Militar, actuar, arriesgar...; ¿podría hacerlo allí?...

De repente se estremeció. Antoine, que conducía muy despacio —había que esquivar a la gente continuamente, ya que los peatones eran tan abundantes en la calzada como en las aceras—, aprovechando una corta parada, había quitado una mano del volante y, sin decir nada, sin volverse siquiera, la había posado sobre la rodilla de Jacques con suavidad. Pero antes de que éste hubiera podido contestar a este gesto afectuoso, Antoine había vuelto a coger el volante y el coche proseguía su camino.

La calle de Maubeuge estaba atestada de movilizados acompañados de sus esposas, de sus padres; subían en grupos compactos hacia la estación.

—¡Cómo se apresuran! —murmuró Jacques, estupefacto.

—Hay muchas probabilidades —dijo Antoine, con una risa forzada— de que todos esos pobres soldados tengan que esperar medio día o más, amontonados en un andén, antes de que puedan subir a un convoy.

«Quieren llegar a la hora —pensaba Jacques—. ¡Impacientes de empezar la guerra con un acto de disciplina! ¡Hace falta que tengan poca conciencia de que son los más! ¡De que serían los dueños si quisieran!...»

Una empalizada de madera, improvisada durante la noche, rodeaba la estación de una barrera infranqueable, protegida por la tropa. Había tanta gente que era imposible pensar en llegar allí con el automóvil. Antoine se detuvo, y Jacques le ayudó a cruzar la calle con la maleta. La angosta entrada estaba custodiada por soldados de infantería, con la bayoneta calada. Solamente los movilizados tenían acceso al interior.

Un brigada examinaba las cartillas. Levantó los ojos hacia el galón de Antoine, saludó, y designó inmediatamente a un soldado para llevar el equipaje del «Mayor».

Antoine se volvió hacia su hermano. Ambos leyeron recíprocamente en sus miradas la misma pregunta: «¿Volveré a verte?» Las lágrimas les acudieron a los ojos al mismo tiempo. Todo su pasado, toda esta historia familiar, insignificante y única, que poseían en común y que eran los únicos en poseer en el mundo, se les vino a la imaginación con destacadas imágenes. Con el mismo gesto, ambos abrieron los brazos y se abrazaron con torpeza. El sombrero de Jacques tropezó con la visera de Antoine. Hacía años, años enteros, que no se abrazaban: desde aquella tierna infancia que ambos acababan de revivir como en un relámpago.

Pero el soldado se había apoderado ya de la maleta y la llevaba sobre el hombro. Antoine se soltó precipitadamente. Ya no tenía sino un pensamiento: seguir al individuo aquel, no perder de vista su equipaje, lo único que aún le pertenecía en este mundo nuevo. Ya no miraba a su hermano. Alargó la mano a tientas, cogió la de Jacques, la estrechó fuertemente; luego, titubeando un poco, se mezcló a su vez entre

la muchedumbre.

Cegado por las lágrimas, empujado por los que seguían llegando, Jacques se apartó ligeramente y adosó la espalda contra la empalizada.

Uno a uno, ininterrumpidamente, los movilizados iban entrando en el recinto. Todos se parecían. Todos eran jóvenes. Todos se hablan puesto trajes viejos, recias botas y una gorra. Llevaban en bandolera las mismas bolsas abultadas, las mismas mochilas nuevas, de las que sobresalía un pan o el cuello de una botella. Y la mayor parte tenían en la cara la misma expresión concentrada y pasiva, una especie de desesperación y de miedo íntimamente ligados. Jacques los vela cruzar la calle oblicuamente, con la cartilla en la mano, ya solos. A mitad del camino, algunos se volvían hacia la acera que acababan de abandonar: un gesto de la mano, en ocasiones una sonrisa bravucona, a aquel o a aquella cuya mirada sentían fija en ellos: luego, apretando los dientes, entraban a su vez en la ratonera.

—¡No se quede ahí! ¡Circule!

El soldado que con el fusil al hombro hacía guardia a lo largo de la empalizada, era un mozo fornido que sacaba el pecho bajo su uniforme de campaña; su manaza sujetaba con fuerza la culata; lucía algo así como una sospecha de bigote, y tenía unos ojos pueriles y huidizos; en las facciones endurecidas revelaba la importancia de su consigna.

Jacques obedeció y cruzó la calle.

Por delante de él pasó una lujosa *limousine*, con un letrero en el parabrisas: «Transporte gratuito a disposición de los movilizados.» El chofer llevaba librea. Dentro se amontonaban una media docena de jóvenes con mochila, que chillaban y cantaban a voz en grito, como unos reclutas:

«*C'est l'Alsace et la Lorraine*  
*C'est l'Alsace qu'il nous faut*<sup>[30]</sup>!»

Cuando Jacques llegó a la acera, se estaba despidiendo un matrimonio. Marido y mujer se miraban por última vez. En torno a la madre jugaba un pequeñuelo de cuatro años: cogido de la falda, saltaba a la pata coja, sin dejar de canturrear. El hombre se agachó, cogió al pequeño, lo levantó y lo abrazó; con tanta fuerza que el crío se debatió furioso. Volvió a dejarlo en el suelo. La mujer no se movía, no decía nada: de pie, con un delantal de cocina, despeinada, mostrando en las mejillas señales de haber llorado, miraba a su hombre con ojos enloquecidos. Entonces, como si temiera que se arrojara sobre él y le fuera imposible separarse de ella, en lugar de cogerla entre sus brazos, el marido retrocedió algunos pasos sin apartar los ojos de ella; luego, volviéndose repentinamente, se lanzó hacia la estación. Y ella, en lugar de llamarlo, en lugar de seguirlo con la mirada, dio media vuelta bruscamente y se alejó con rapidez. El pequeño, al que arrastraba tras ella, tropezaba y estuvo a punto de caerse;

terminó por cogerlo en brazos, sin pararse, para huir más de prisa, sin duda para llegar antes a su hogar vacío, donde, sola y con la puerta cerrada, podría llorar cuanto deseara.

Jacques, con el corazón desgarrado, se volvió. Empezó a vagar de un lado para otro, sin propósito definido; tan pronto se alejaba de aquel lugar, como volvía a él. Sin querer, retornaba siempre a este lugar patético al que tantos seres sacrificados venían aquella mañana, como a una cita fatal, para romper sus amarras humanas. Buscaba en estos ojos de dolor y de coraje una mirada que respondiera a la suya; una mirada, una sola, en la que pudiera encontrar bajo el desconsuelo un reflejo de este furor sordo que le hacía apretar los puños en los bolsillos y temblar con irritada impotencia. ¡Pero no era posible! ¡Por todas partes, en todos estos rostros alterados de tan diferente forma, el mismo desaliento, el mismo sufrimiento estéril! ¡Algunas veces un chispazo de ciego heroísmo, pero por doquiera la misma sumisión al sacrificio, la misma traición inconsciente o tímida, la misma abdicación! Le parecía como si en aquel momento, todo lo que quedaba de libertad en el mundo no tuviera refugio sino en él.

Esta idea le llenó de repente de fuerza y orgullo. Su fe permanecía intacta y le elevaba por encima del rebaño. ¡Aunque fuera el más desconocido y el más abandonado, se sentía más fuerte, él solo en su rebelión, que todo este pueblo contaminado por la mentira y resignado a sufrir! Estaba en lo justo y en lo verdadero. Tenía a su favor la razón y las fuerzas oscuras del porvenir. La derrota momentánea del ideal pacifista no podía alterar su grandeza ni comprometer su triunfo. Ninguna fuerza del mundo podría impedir que el error de hoy fuera sólo un error, un desatino monstruoso, ¡aunque fuera aceptado con nobleza y estoicismo por millones de víctimas! «¡Ninguna fuerza del mundo puede impedir a una idea justa que sea justa!», se repetía, ebrio de desesperación. ¡Ya llegará el día en que, a pesar de las mordazas y a pesar de los retrocesos, resplandecerá la verdad!

¿Pero cómo servir a esta verdad en la tormenta? Quería ser libre, iba a huir: ¿pero qué iba a hacer de esta libertad?

Su tibieza revolucionaria de estos últimos tiempos se le apareció como una debilidad. Estuvo tentado de hacer recaer la responsabilidad sobre su amor. Pensó en Jenny bruscamente, y se asombró de haberla podido olvidar, desde hacía una hora, con tanta facilidad y tan por completo. Casi le reprochó que existiera, que le esperara, que le arrancara a su embriagadora soledad. «Si ella muriera de repente...», pensó. Y por un momento, entregado a los extravíos de su imaginación, saboreó la amarga mezcla de la pena y la independencia reconquistada...

Sin embargo, se apresuraba hacia la glorieta de San Vicente de Paúl. Y sonreía ya de impaciencia amorosa, sin conceder a su abjuración de un segundo ni tan siquiera la importancia suficiente para sentir remordimiento por ella.

No hacía todavía diez minutos que el auto de Antoine había dejado la calle de la

Universidad, cuando un viejo coche de alquiler, deslucido y polvoriento como una silla de manos de un museo, se detenía delante del garaje.

La joven que se apeó de él dirigió una mirada vacilante a la fachada recién pintada; luego, pagó al anciano cochero, cogió las dos maletas que habían quedado en el suelo y se metió rápidamente en el portal.

La portera, en camisola blanca, apareció en la entrada de la portería.

—¡Dios mío! ¡La señorita Gise!

Abría unos ojos tan asustados, que Gise comprendió que le esperaba alguna desgracia.

—¡Mi querida señorita, ya no queda nadie! ¡El señorito Antoine acaba de marcharse!

—¿De marcharse?

—¡Para incorporarse a su regimiento!

Gise no contestó. Su mirada acariciadora, su mirada de animal fiel, se ensombreció. Dejó caer las maletas a sus pies. En su carita de mestiza, cuyo color se había vuelto ceniciento, el estupor parecía inscribirse con la mayor naturalidad, como si encontrara arrugas ya dispuestas. (En aquella playa inglesa donde pasaba sus vacaciones con las pensionistas del convento, había seguido muy superficialmente lo que sucedía en Europa. Sólo la víspera, cuando los periódicos habían anunciado la inminencia de la movilización francesa, había sentido miedo; y sin escuchar ningún consejo, sin siquiera volver a Londres, se había dirigido a Dover, donde cogió el primer barco que encontró.)

—Todos los hombres han sido movilizados, como es natural —explicaba la portera—. León se marchó anoche. Víctor también. Ya no quedan arriba más que Adrienne y Clotilde.

El rostro de Gise se iluminó. ¡Adrienne y Clotilde!... ¡Alabado sea Dios! No se había perdido todo. Estas dos criadas que la habían cuidado de niña constituían en resumidas cuentas su familia: lo que le quedaba de familia... Se irguió animosa y, precedida por la portera, que se había apoderado de las maletas, se dirigió al ascensor.

—¿Es que ha cambiado todo? —murmuró.

Esta escalera blanca, esta barandilla... Las imágenes y los recuerdos se sucedían en su mente nublada por el insomnio; y se sentía más fuera de ambiente en esta decoración transformada, en la que buscaba vanamente puntos de referencia, de lo que lo hubiera estado en una casa completamente desconocida.

Media hora más tarde, con una floreada bata de cretona y los pies en unas pantuflas, estaba instalada con las dos criadas en el amplio comedor de Antoine, delante del chocolate humeante y las tostadas con mantequilla, igual que en su infancia. Apoyada de codos sobre la mesa, movía la cucharilla en la taza y cedía puerilmente al bienestar del momento presente. Su imaginación nunca había sido demasiado viva; su existencia en Inglaterra, en este anexo conventual en que toda



actividad se encontraba limitada por la regla, no había contribuido a desarrollar en ella la afición a las iniciativas.

Cuando se abandonaba así, con los hombros caídos, los senos desceñidos, las facciones relajadas, perdía súbitamente todo el encanto de su juventud. Ya no era «Negrita», la salvajilla, sino una esclava cualquiera de color, de cuerpo macizo y gruesos labios, de mirada inexpresiva, doblegada bajo la aceptación fatalista de las razas sometidas.

La llegada de Gise representaba para el desconcierto de las dos hermanas un desahogo providencial. Sentadas a ambos lados de la joven, hablaban a cual más, llorando y riendo alternativamente. Le dieron abundantes noticias de su tía, la señorita Waize, a la que cada quince días seguían llevando plátanos y golosinas al «Asilo de la Edad Madura». Clotilde no ocultaba que la anciana señorita «estaba como un cencerro»; que ya no le interesaba nada, sino las pequeñas incidencias del hospicio; que algunas veces recibía sin ninguna simpatía a las dos visitantes, como si se tratara de dos extrañas de intenciones poco claras, y que generalmente las despedía mucho antes de que se terminara la hora de las visitas para no faltar a su partida de cartas.

Gise escuchaba, con los ojos bañados en lágrimas. Suspiró.

—Iré a verla antes de volver a marcharme.

—¿Marcharse?

Las dos criadas se indignaron. Estaban completamente resueltas a disuadir a Gise de volver a Inglaterra. El señorito Antoine les había dejado dinero para varios meses. Adrienne se imaginaba ya, describiéndolo complacida, lo que sería la vida de las tres. Aturdió a la joven con sus proyectos. Había recortado de un periódico de la mañana un «Llamamiento a las mujeres francesas que deseen contribuir a la defensa de la Patria». ¡No faltaban las ocasiones de hacer algo, de ser útiles! Guarderías para los hijos de los movilizados, agencias de distribución de leche para los lactantes, preparación de material sanitario, confección de uniformes, etcétera. ¡Todo el mundo tenía que colaborar en la defensa de la Patria! La dificultad estaba en la elección.

Gise sonreía, tentada. Nada la obligaba a marcharse. Efectivamente, en Francia podría ser útil...

Ni la portera ni las dos criadas habían pensado siquiera en pronunciar el nombre de Jacques. Gise creía a Jacques en Suiza, y no se le ocurrió hacer preguntas. Hasta el día siguiente, y por la charla de Clotilde, no supo que Jacques se encontraba en París el día en que ella llegó. Ahora bien: ¿lo hubiera encontrado, de haber sido avisada antes? Nadie sabía su dirección. E incluso, ¿hubiera tratado Gise de volver a verlo?

## LXXIV

EN la escalera de *l'Étendard*, antes incluso de haber llegado al descansillo, Jacques, al advertir una botella de leche sobre el felpudo de Mourlan, exclamó decepcionado:

—¡No está aquí!

Efectivamente, nadie contestó al campanillazo. Por si acaso, Jacques dio tres golpes espaciados.

—¿Quién es?

—Thibault.

Se abrió la puerta. Mourlan apareció con el torso desnudo, y llevaba el pelo y la barba llenos de jabón.

—¡Disculpa! —dijo, al distinguir a Jenny—. El pequeño hubiera podido avisar que traía a una señora. —Cerró la puerta con el pie—. Entrad... Sentaos.

Al lado de la puerta había una silla de paja, que Jenny cogió inmediatamente.

Las ventanas estaban cerradas. El aire olía a cartón, a cola, a salitre y a polvo. Paquetes de periódicos atados con cuerdas se amontonaban por todas partes: encima de la mesa, en un banco de jardín, en una artesa coja. En el suelo, en un rincón, junto a un plato de serrín, se veía un viejo contador de gas, con la cañería cortada y aplastado como un muñón.

Mourlan se había vuelto a la cocina.

—Acabo de llegar. He estado huyendo como un ladrón —gritó desde lejos, chapuzándose bajo el grifo. Volvió a aparecer en seguida, vestido con una camisa limpia; iba secándose la cabeza y frotándose la vigorosamente con la toalla—. He pasado la noche fuera, como un imbécil, como un cobarde... Ya comprendes lo que la movilización representaba para mí: registros, detenciones... En cuanto a los registros, podían venir cuando quisieran: había tomado mis precauciones y no quedaba nada. Pero para la detención, prefería esperar un poco... ¡Oh; esto no quiere decir que tenga demasiado miedo a que me pongan a la sombra! —explicó, dirigiendo a Jenny una mirada burlona—. Nunca había estado tan tranquilo como durante mis meses de cárcel... Sin la prisión, creo que nunca hubiera tenido tiempo de meditar mis libracos, ni de escribirlos... ¡Pero al fin y al cabo, no quería ser de la primera hornada! Ayer los «polis» anduvieron un poco por todas partes: en casa de Pulter, en la de Guelpa... Incluso en *l'Églantine*. Tienen bien organizada la policía. Sólo que no han encontrado nada. A excepción del manifiesto de Pierre Martin, *Llamamiento al sentido común*, ¿sabes?; lo han atrapado en el preciso momento en que los camaradas lo sacaban de la imprenta. En cuanto a Claisse, a Robert Claisse, el de *La Vida Obrera*, un joven que ha sido dado por inútil y que, por tanto, no ha llegado a ser soldado, parece que ha sido denunciado, por haber escrito un manifiesto antimilitarista, y que está encerrado en espera del primer Consejo de revisión, que le enviará a primera línea... He sabido esto ayer por la tarde. ¡Aviso a los interesados!... En una palabra, que me dije que era una tontería dejarse coger, y me fui con viento fresco...

—¿Y entonces?

—Creí que encontraría refugio en casa de algún compañero. ¡Quiá! En la de Siron no hubiera estado mejor que aquí. Por consiguiente, fui a ver a Guyot: nadie. A Cottier: nadie. A Lasseigne, a Molini, a Vallon: nadie. Todos habían huido, ¡como yo! Así, pues, he estado vagando toda la noche, solo y sin saber donde ir. Esta mañana, en Vincennes, he comprado los periódicos, y he comprendido que sólo soy un viejo animal. Y he vuelto. Esto es todo. —Volvió hacia Jacques sus ojos de espesas cejas —. ¿Has leído los periódicos, muchacho?

—No.

—¿No?

La mirada de Mourlan se fijó en Jenny y volvió al joven. Parecía establecer cierta relación entre la presencia de Jenny y el hecho de que Jacques, al día siguiente de la movilización, a las diez de la mañana, todavía no se hubiera preocupado de adquirir noticias. Cogió un montón de periódicos del bolsillo de su blusa negra, que colgaba de un clavo; con la punta de los dedos, como si cogiera una porquería, sacó uno del montón y dejó que los otros cayeran al suelo.

—Toma, amigo mió; diviértete si te quedan ganas de reír. ¡A mí, que tengo costumbre de aguantar golpes, me ha sentado como una patada en el estómago! ¡*Le Bonnet Rouge!* ¡El periódico de Merle y de Almereyda, convertido de la mañana a la noche en el portavoz del gobierno Pontearé! ¡Ya no queda nada por ver! ¡Mira!

Mientras que Mourlan descolgaba la blusa y se la ponía rabiosamente, Jacques leyó a media voz.

—«... Hemos sido autorizados formalmente para declarar que el gobierno no hará uso del *Carnet B*... El gobierno tiene confianza en la población francesa; muy especialmente, en la clase obrera. Todo el mundo sabe que se ha hecho —y se seguirá haciendo— todo lo posible para salvaguardar la paz. Las declaraciones inequívocas de los más resueltos revolucionarios...»

—¡«Los más resueltos revolucionarios»!... ¡Canallas!... —gruñó Mourlan.

—«... son lo bastante explícitas para tranquilizar plenamente al gobierno... Todos los franceses sabrán cumplir con su deber... Esto es lo que ha pretendido subrayar el gobierno al renunciar a la utilización del *Carnet B*».

—¿Eh? ¿Qué te parece, muchacho? He tenido que leer eso dos veces, antes de comprender lo que quería decir. Sin embargo, hay que rendirse a la evidencia... Eso quiere decir: el proletariado francés acepta tan alegremente «su» guerra y la oposición proletaria es tan poco peligrosa, que el gobierno renuncia a las detenciones preventivas...; ¿me comprendes? Es como si se dirigiera a todos los revolucionarios, tirándoles amablemente de las orejas: «Vamos, malas cabezas; os perdonamos vuestros desplantes. ¡Id a cumplir vuestro deber de soldados!» El gobierno, buena persona, rompe bonachón sus listas negras y deja marchar a los sospechosos... Porque hoy, los sospechosos, «no representan ya nada»; ¿me comprendes?

Reía; y esta risa insólita, sonora, que hacía que se arrugara su fisonomía de viejo

Cristo, tenía algo que asustaba.

—¡No hay sospechosos! ¡*Ya no los hay!* ¿Te das cuenta? ¡F, imagínate qué tipo de seguridades habrán tenido que dar los jefes de los partidos revolucionarios al ministerio, para que el gobierno esté tan seguro de sí mismo! ¡Para que pueda permitirse sin ningún riesgo, desde el primer día de la guerra, semejante gesto de generosidad! ¡Puedes tener la seguridad de que nos han vendido, los muy cerdos!... ¡Ahora ya sí que no hay nada que hacer! ¡El Estado Mayor ha conseguido sus propósitos! ¡La palabra ya no corresponde a los que van a hacer la guerra, sino a aquellos que obligan a hacerla!

Se alejó algunos pasos, con las manos cruzadas a la espalda, bajo la blusa flotante.

—¡Y sin embargo, recontra —dijo repentinamente, girando sobre sus talones—, no puedo creerlo! ¡No puedo creer que esto se haya acabado definitivamente!

Jacques se estremeció.

—Yo, tampoco —murmuró con voz sorda—. ¡No puedo creer que ya no sea posible hacer nada! ¡Ni siquiera ahora!

—¡Ni siquiera ahora! —repitió Mourlan como un eco—. ¡Y con mayor motivo, dentro de algunos días, de algunas semanas, cuando todo ese pobre ganado haya sabido lo que es un matadero!... Si estuviera aquí Kropotkin... ¡O cualquier otro, el que fuera, que dijera lo que hay que decir y que supiera hacerse oír! Todos los camaradas han aceptado esta guerra, porque se les ha mentado, porque se ha explotado una vez más su credulidad... ¡Pero tal vez bastara una insignificancia, una crisis de conciencia repentina, para que todo cambiara radicalmente!

Jacques se había levantado, como si hubiera recibido un latigazo.

—¿Cómo?... ¿Una insignificancia? ¿Qué tipo de insignificancia? —Se dirigía hacia Mourlan—. ¿Qué crees tú que se puede hacer?

Su voz tenía una entonación tan extraña que Jenny volvió la cabeza hacia él y permaneció un instante sin atreverse a respirar, con los labios entreabiertos, sobrecogida de temor.

Mourlan, desconcertado, miraba a Jacques, que balbuceó:

—¿Qué crees tú? ¡Dilo!

Mourlan se encogió de hombros, con un ligero embarazo.

—¿Lo que yo creo, muchacho? Tonterías, sin duda... Hablo por hablar. Digo todo lo que se me viene a la cabeza... ¡Es tan absurdo todo esto! ¡No puedo por menos de esperar, a pesar de todo, de esperar aún, de esperar contra todo!... ¡Han sido engañados los pueblos de una manera tan manifiesta, lo mismo el nuestro que el de enfrente!... ¿Quién sabe? Bastaría...

Jacques miraba fijamente al viejo tipógrafo.

—¿Bastaría?

—Bastaría... No sé... ¡Si un relámpago de conciencia desgarrara entre los dos ejércitos estos nubarrones de mentira!... Si todos esos desgraciados, en un momento

de lucidez, pudieran darse cuenta, repentinamente, a ambos lados de la línea de fuego, de que ambos habían sido embarcados de la misma manera, ¿no crees que se levantarían con un mismo impulso de indignación y rebeldía, y que todos juntos se volverían contra quienes los han conducido a esto?...

Jacques parpadeaba, como cegado de pronto por una claridad resplandeciente. Luego bajó los ojos, vino hacia donde estaba Jenny, sin que pareciera darse cuenta de su presencia, y se sentó.

Hubo un momento de malestar, de silencio. Parecía haber pasado algo, que los tres habían advertido, pero que no podrían explicar.

—¡Y hay la mayor unanimidad en todo el país! —prosiguió Mourlan, después de una pausa—. En provincias, todos los consejos municipales socialistas han votado órdenes del día para celebrar a la Patria amenazada, exhortar a la defensa nacional y poner a Alemania al margen de las naciones civilizadas. ¡Mira! —dijo, recogiendo los periódicos que había tirado al suelo—. Ahí tienes el manifiesto de la C.G.T.: «A los proletarios de Francia.» ¿Sabes lo que se le ocurre decir a la C.G.T.?: «Los acontecimientos nos han desbordado... El proletariado no ha comprendido con unanimidad suficiente todo el esfuerzo continuo que era necesario para preservar a la humanidad de los horrores de la guerra...» Dicho de otra manera: «No hay nada que hacer, muchachos; resignaos a que os rompan la cabeza!» Y ahí tienes el texto que el Sindicato de los Ferroviarios... ¡De los ferroviarios, muchacho! ¡Nuestros ferroviarios! ¿Qué te parece? Pues bien; ese texto que el Sindicato ha hecho fijar hoy en todas las paredes de París, dice: «¡Camaradas! Ante el peligro común se desvanecen las viejas rencillas. Socialistas, sindicalistas, revolucionarios todos, vosotros haréis fracasar los cálculos mezquinos de Guillermo, y seréis los primeros en contestar al llamamiento cuando se oiga la voz de la República!...» Espera, espera... Todavía no se ha terminado; ¡te falta lo mejor! Ahora saborea esto: «Carta abierta al señor Ministro de la Guerra...» ¿Firmada? ¡Adivina! Firmada por ¡Gustavo Hervé!... Escucha: «¡Como Francia, me parece haber hecho lo imposible para evitar la catástrofe; le ruego que, como un favor especial, me incorpore al primer regimiento de infantería que marche a la frontera!» Así son las cosas. Si, muchacho; sí! ¡Así se cambia la chaqueta! ¡Nuestro Gustavo Hervé, el director de *La Guerre Sociale*! ¡Nuestro Gustavo Hervé, que proclamaba que ninguna patria ha merecido nunca que se derramara por ella ni una sola gota de sangre obrera!... Después de esto, ya ves que el gobierno puede estar perfectamente tranquilo y guardar en un cajón su *Carnet B*. ¡Uno tras otro se irá haciendo con todos nuestros grandes apóstoles de la revolución!

Se oyeron algunos golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Mourlan antes de abrir.

—Siron.

El recién llegado era un hombre de unos cincuenta años: una cara aplastada, cortada por un bigote gris; la frente, despejada y espaciosa; la nariz, ancha; los ojos,

muy separados y de mirada irónica. Una fisonomía de energía tranquila, con una chispa de endiosamiento.

Jacques lo conocía de vista. Era el único a quien se veía con frecuencia en compañía de Mourlan.

Antiguo militante sindicalista, varias veces condenado por su acción revolucionaria, Siron vivía desde hacía algunos años apartado del movimiento. Escribía folletos y colaboraba en *l'Étendard*, en las horas de ocio que le dejaba su trabajo de obrero especializado. Como Mourlan, formaba parte de esos francotiradores de inteligencia siempre despierta y fe intacta, orgullosos y ligeramente desengañados, severos hasta parecer obtusos, más consagrados a la causa que a los camaradas, respetados por todos, pero criticados por su reserva y un poco envidiados también por su valía personal.

—Siéntate —dijo Mourlan (aunque la única silla libre estaba ocupada por Jenny) —. ¿Has leído los periódicos de esa gente?

Siron esbozó un gesto con el hombro; gesto que parecía indicar al mismo tiempo su desprecio por la prensa y que no había venido para comentar los acontecimientos.

—Esta noche habrá reunión en el «Jean-Bart» —dijo, mirando al tipógrafo—. He quedado en avisarte. Es necesario que vayas.

—Me tiene sin cuidado —rezongó Mourlan—. Ya se sabe de antemano todo lo que...

—No se trata de eso —interrumpió Siron—. Yo sí pienso ir; he de decirles unas cuantas cosas. Y necesito que seamos dos.

—Eso es diferente —asintió Mourlan—. ¿A qué cosas te refieres?

Siron no contestó inmediatamente. Miró a Jacques, luego a Jenny; fue hasta la ventana, la cual entreabrió, y volvió hacia Mourlan.

—A muchas cosas. A muchas cosas que hay que hacer y en las que nadie parece pensar. Estamos en un atolladero terrible: de acuerdo; ¡pero, a pesar de todo, no es una razón para cruzarse de brazos y dejarles carta blanca!

—Explicate.

—Pues bien: si los jefes socialistas y sindicalistas estiman oportuno venirse a buenas y colaborar con el gobierno, lo menos que podían hacer, a cambio de esta colaboración, es exigir garantías para aquellos a quienes representan. ¿No opinas lo mismo? La guerra crea de hecho una situación revolucionaria. ¡Pues hay que aprovecharla! ¡Jaurès no hubiera dejado de hacerlo! ¡Hubiera sabido arrancar al Estado concesiones para el proletariado!... Siempre se sacará algo. La guerra va a imponer a todos restricciones y sacrificios. Que se reclame al menos para los trabajadores una parte de control en las medidas que se adopten. Todavía es tiempo de poner condiciones. El gobierno, de momento, tiene necesidad de nosotros. Por consiguiente, debemos imponer el toma y daca... ¿No lo crees así?

—¿Condiciones? ¿Por ejemplo?

—¿Por ejemplo? Obligarlos a requisar todas las industrias de guerra, para impedir

que los patronos hagan beneficios fabulosos a costa del pueblo, al cual se envía a morir; y confiar la gestión de estas industrias a los sindicatos...

—No es ninguna tontería —rezongó Mourlan.

—También habrá que oponerse al alza de precios. Ya ha empezado en todas partes. Yo, personalmente, no veo sino un procedimiento: obligar al gobierno a apoderarse de todos los artículos de primera necesidad; a constituir reservas del Estado, descartando a los intermediarios y los especuladores; a organizar el reparto...

—Pero sería una empresa de todos los diablos lo que habría que organizar...

—La organización y el personal ya existen: basta con utilizar las cooperativas de consumo que ya están en funcionamiento... ¿No te parece? Todo eso está por ver. ¡Pero, puesto que se ha proclamado el estado de sitio en toda Francia, e incluso en Argelia, que se utilice al menos para proteger a los débiles contra los voraces!

No dejaba de pasear, y su voz pastosa iba esparciéndose por toda la habitación. Sólo se dirigía a Mourlan, aunque de vez en cuando lanzaba una mirada distraída a los jóvenes. El sudor perlaba su hermosa frente.

Jacques permanecía callado. Aunque tuviera una expresión excepcionalmente atenta y la mirada llameante, no escuchaba. Perdido en los meandros de su propio pensamiento, estaba a cien leguas de Siron, de la requisita de las industrias, del estado de sitio y de las reservas del Estado... «Si un relámpago de conciencia desgarrara entre los dos ejércitos estos nubarrones de mentira...», había dicho Mourlan...

Aprovechó una interrupción del viejo tipógrafo, para hacer una seña a Jenny y levantarse.

—¿Os marcháis? —dijo Mourlan—. ¿Vendrás tú también esta noche al «Jean-Bart»?

Jacques pareció salir de un sueño.

—¿Yo? —dijo—. No. Esta noche es el último plazo para los extranjeros que se marchan. Nos vamos los dos a Suiza... Había venido a despedirme.

Mourlan miró a Jenny, y luego a Jacques.

—¿Ah, sí? ¿Te has decidido?... ¿A Suiza? Sí...; haces bien... —De repente pareció muy emocionado, aunque él estuviera convencido de que no se le notaba—. Bueno —prosiguió en tono desabrido—. ¡Marchaos! ¡Y tratad de hacernos allí una buena labor! ¡Buena suerte, pequeños!

Jacques se encontraba en un estado de efervescencia y de confusión interior que le hacía sentir imperiosamente que necesitaba un poco de soledad.

—Ahora, Jenny, tienes que ser razonable y escucharme —murmuró, tan pronto como estuvieron en la calle. Había cogido a Jenny del brazo; inclinado hacia ella, hablaba con dulce autoridad—: Tendrás mil cosas fatigosas que hacer antes de la noche. Estás cansada. Tienes que volver a tu casa. No digas que no. Tienes que descansar... Las diez y cuarto. Voy a acompañarte... Iré solo a *l'Huma*. Y luego, a informarme sobre las formalidades de tu viaje. En dos horas estará todo hecho... ¿Te

parece bien?

—Sí —dijo la joven.

Era cierto que se encontraba en un estado que daba compasión: agotada, febril, profundamente lastimada físicamente. Había estado esperando durante mucho tiempo, sentada en la pequeña glorieta, en aquel duro banco que le rompía los riñones, en el mismo lugar en que Jacques le había dicho: «¡Nadie ha sido amado nunca como yo te amo a ti!» Sumida en un doloroso sopor, había recordado aquella noche —tan cercana, y, sin embargo, tan lejana ya—, así como todos los días subsiguientes, hasta el milagro brutal de esta última noche... Y cuando, después de dos horas de espera, había visto por fin surgir a Jacques en lo alto de los escalones, con su rostro atormentado y combativo, con la mirada ausente, ella había comprendido que no marchaban al unísono y sintió una pena profunda. Sin atreverse a decirle nada de su largo ensueño, había escuchado el relato de la marcha de Antoine; después se había dejado llevar, andando, hasta el domicilio de Mourlan. Pero ya no podía más. No hubiera tenido valor para acompañarle a ningún otro sitio... Deseaba volver a su casa, tumbarse entre los almohadones y reposar su cuerpo dolorido.

Los tranvías eran muy escasos, pero afortunadamente el servicio seguía funcionando. Desde la Bastilla pudieron ir, sin tener que andar, hasta lo alto del bulevar Saint-Michel. Jacques la sostuvo hasta la avenida del Observatorio, y se separaron delante de la puerta.

—Te dejo... Volveré, entre una y dos. —Sonrió—. Haremos nuestra última comida parisiense...

Pero no había andado veinte metros, cuando oyó a sus espaldas una voz acongojada e irreconocible:

—¡Jacques!

En dos saltos se reunió con Jenny.

—¡Mamá está aquí! —exclamó ella.

Lo miraba completamente trastornada.

—Me lo ha dicho la portera... Mamá ha vuelto esta mañana ...

Se miraban aturridos, vacía de toda idea la mente. El primer pensamiento de Jenny fue para recordar el desorden que habían dejado arriba: la cama de Daniel deshecha, los objetos de aseo de Jacques en el cuarto de baño...

Luego, en un abrir y cerrar de ojos, su decisión tomó cuerpo. Lo cogió del brazo.

—¡Ven!

Su rostro estaba hermético e indescifrable. Como si fuera lo más sencillo del mundo, repitió:

—Ven; sube conmigo.

—¡Jenny!

—¡Ven! —repitió la joven, casi con dureza.

Ella parecía tan resuelta, y él sentía su cerebro tan nebuloso, su voluntad tan



abolida que la siguió sin más oposición.

Jenny subió la escalera muy de prisa, delante de él; había olvidado su cansancio, y ahora parecía ansiosa por terminar de una vez.

Pero en el descansillo se detuvo antes de meter la llave. Se tambaleaba. Oyeron en el silencio sus dos respiraciones jadeantes. La joven no pronunció ni una sola palabra. Se rehízo, abrió la puerta, cogió a Jacques de la muñeca, se la estrechó con fuerza, y lo arrastró tras ella.

## LXXV

LA señora de Fontanin había pasado la mañana en su casa, en un estado de turbación como jamás conociera, ni aun en los peores momentos de su vida conyugal.

Afortunadamente, la puerta de la alcoba de Daniel estaba cerrada; y la pobre mujer hubiera podido persuadirse de que había sido juguete de una pesadilla, si el deseo de prepararse una taza de té no la hubiera conducido a la cocina. Al ver los dos cubiertos, había cerrado los ojos instintivamente y, dando media vuelta, había venido de nuevo a refugiarse en su habitación.

A los momentos de abatimiento se sucedían otros de una febrilidad de sonámbula. Cuando se hubo despojado de sus ropas de viaje y puesto una vieja bata, se dispuso a recoger la habitación, para lo cual realizó con minuciosidad toda clase de faenas inútiles; solamente entonces quiso obligarse a permanecer inmóvil y se instaló en su butaca, junto a la ventana. Era necesario a toda costa que recobrará el dominio de sí misma. Para ayudarla, le faltaba su pequeña biblia, que había quedado en la maleta. Fue a buscar en una estantería la vieja biblia de su padre: un grueso volumen, cuyos márgenes estaban llenos de anotaciones y referencias del pastor Fontanin. Lo abrió al azar, y trató de leer. Pero su espíritu vacilante rehuía el texto y, aun en contra de su voluntad, se abandonaba a un desfile incoherente de imágenes, en el que el recuerdo de Daniel se mezclaba con el de los hombres de negocios de Viena, las tribulaciones de su viaje, las estaciones atestadas de tropas; confusas asociaciones de ideas, a las que siempre terminaba por dominar la visión del lecho donde Jenny y Jacques dormían abrazados. El ruido de los convoyes que pasaban por los bulevares cercanos hacia temblar las paredes y repercutían en su cabeza, poniendo en sus pensamientos un acompañamiento siniestro. Por primera vez en su vida pesaba sobre ella una impresión de miedo, de pánico, sin que pudiera sobreponerse: la sensación de que estaba prisionera y sumergida en un torbellino, de que un desorden aterrador sacudía a Europa y su hogar, de que el Espíritu del Mal triunfaba en el mundo.

De repente oyó ruido en el vestíbulo; a continuación percibió pasos en el pasillo. Sus facciones se inmovilizaron. No tenía fuerzas para levantarse; se limitó a erguir el busto. Se abrió la puerta y entró Jenny, singularmente pálida bajo su velo de luto, con la mirada fija y el rostro alterado.

El ver a su madre instalada tan tranquilamente en su sitio habitual, con su bata rameada y la biblia sobre las rodillas, sorprendió a la joven y la trastornó: era todo su pasado el que ahora, después de años de ausencia, se aparecía ante sus ojos. Sin reflexionar, sin preocuparse de Jacques, que detrás de ella vacilaba en seguirla, corrió hacia su madre, la rodeó con sus brazos y, para acercarse más, dejándose caer sobre la alfombra, posó su frente sobre el vestido.

—Mamá...

La ternura y la piedad libertaron instantáneamente a la señora de Fontanin de su angustia. Su corazón se llenó de indulgencia; al mismo tiempo, el secreto que había

sorprendido se le apareció bajo una luz diferente: no ya como un escándalo, sino como una debilidad. Se inclinaba ya hacia la hija recobrada, iba a Cogerla entre sus brazos, a escuchar su confesión, a medir con ella el desastre, a comprender, a socorrer y guiar: pero bruscamente su respiración se detuvo: se había movido una sombra en el pasillo... ¡Jenny no estaba sola! ¡Jacques estaba aquí! ¡Iba a aparecer!... Su mano, posada sobre la cabeza de Jenny, se crispó. No podía apartar su mirada de la puerta abierta. Transcurrieron algunos segundos. El velo de crespón de Jenny esparcía un olor agrio y penetrante... Finalmente apareció en la puerta la silueta de Jacques. De nuevo la visión del lecho, de los dos rostros dormidos, vaciló ante los ojos de la señora de Fontanin. Con una voz ahogada, llena de reproches y de espanto, balbuceó:

—Hijos míos...; pobres hijos míos...

Jacques había franqueado el umbral. Permanecía de pie ante ella; la miraba con timidez y desafío al mismo tiempo. Entonces, la señora de Fontanin dijo pausadamente:

—Buenos días, Jacques.

Jenny levantó la cabeza rápidamente. Indudablemente no se reía: pero el rictus que deformaba sus facciones ponía en su rostro como el reflejo de una alegría diabólica; y una expresión completamente nueva, una expresión descarada que sugería la idea de un instinto puesto al desnudo, hacía brillar sus pupilas azules. Estiró el brazo hacia Jacques, lo cogió de la muñeca, lo atrajo con violencia hacia sí, y, volviéndose hacia su madre, en un tono que quería ser afectuoso, pero que dejaba traslucir el triunfo y también un asomo de desafío, casi de amenaza, dijo:

—¡Ya lo tengo, mamá! ¡Y para siempre!

La señora de Fontanin miró a uno después de otro durante un instante. Hizo un esfuerzo para sonreír, pero no lo consiguió. Un débil suspiro se escapó de entre sus labios.

Jenny la miraba. En este suspiro, en este rostro maternal, tembloroso de alarma, pero también de dulzura, y en el cual ya hubiera podido leer como un deseo de aceptación, su sensibilidad exacerbada no quiso ver sino una tristeza desaprobadora. Se sintió mortificada y herida en lo más profundo de su ternura filial. Se apartó de su madre, y se levantó con un gesto impulsivo, que la situó, de pie, junto a Jacques. Su actitud rebelde, el fuego de su mirada, expresaban un orgullo desmesurado, ciego, de una insolencia agresiva.

Jacques, por el contrario, contemplaba a la señora de Fontanin con una insistencia afectuosa; si hubiese hablado, habría sido para decir: «La comprendo...; pero también hay que comprendernos a nosotros...»

La señora de Fontanin envolvió a la pareja en una mirada confusa; bajó los ojos: de nuevo, el espectáculo del lecho se imponía a ella...

Se produjo un momento de silencio.

Luego, por la fuerza de la costumbre, hizo un gesto amable hacia Jacques.

—No estéis de pie, hijos míos...: sentaos...

Jacques acercó una silla para Jenny, y, atendiendo a una seña de la señora de Fontanin, vino a sentarse a la izquierda de ella.

Estas simples palabras parecían haber marcado una tregua. Tan pronto como se hubieron instalado en círculo, como para una visita, la temperatura pareció descender y acercarse a la normalidad. Jacques, con un tono casi natural, pudo romper el silencio para pedir detalles acerca del viaje de regreso.

—¿Entonces no has recibido mi última carta? —preguntó la señora de Fontanin a Jenny.

—Nada. Ninguna carta. No he recibido nada de ti. Nada, excepto esta postal. La primera. Escrita en la estación de Viena, el lunes. —Hablaba a borbotones, con los dientes apretados.

—¿El lunes? —repitió la señora de Fontanin. El esfuerzo que hizo para reconstituir la sucesión de los días hizo aletear sus párpados—. Sin embargo, he escrito todas las noches dos cartas: una para ti, y otra para Daniel.

El recuerdo de su hijo le oprimió una vez más el corazón.

—No me ha llegado ninguna —declaró Jenny, en un tono cortante.

—¿Y Daniel? ¿Tampoco has tenido noticias suyas?

—Sí. Una vez.

—¿Dónde está?

—Ha salido de Lunéville. Después, nada.

Se produjo un nuevo silencio, que Jacques, molesto, volvió a romper.

—¿Y... cuándo salió usted de Viena, señora?

A la señora de Fontanin le costó cierto trabajo recordarlo.

—El jueves —terminó por decir—. Sí: el jueves por la mañana... Pero no llegamos a Udine hasta por la noche; y hasta mediodía no salimos para Milán.

—¿Anunciaban ya en Austria el jueves por la mañana el bombardeo y la ocupación de Belgrado?

La señora de Fontanin miró al joven con indecisión.

—No lo sé —confesó. Durante su estancia en Viena no había pensado sino en defender la memoria de su marido, y apenas si había estado al corriente de los acontecimientos.

«Ni siquiera me ha preguntado Jenny si he conseguido arreglar nuestros asuntos», se dijo. Y, mirando a su hija, se hizo de repente esta pregunta inquietante: «¿No estará un poco contrariada porque yo haya podido volver?»

Jacques, por decir algo, seguía informándose acerca del estado de ánimo en Viena, de las manifestaciones públicas que se hubiesen celebrado; y la señora de Fontanin hacía todo lo posible por contestarle, aferrándose como él a estos temas impersonales que retrasaban la terrible explicación; porque en aquel momento los tres pensaban todavía que una «explicación» era inminente e inevitable.

Jacques se volvía sin cesar hacia Jenny, como para hacerle tomar parte en la conversación. En vano. La joven ni siquiera fingía escuchar. La rigidez de la postura

de su cabeza, la tirantez de su rostro delgado, sus ojos huidizos y duros, la forma que tenía esta mañana de mantener la barbilla levantada, apretando los labios, todo indicaba no solamente el deseo de permanecer apartada, sino también una tensión secreta, extraña y hostil. Erguida sobre su silla, cuyo respaldo no le sujetaba los riñones, con el cuerpo dolorido y los nervios a flor de piel, paseaba por la habitación una mirada indiferente, que algunas veces se detenía en su madre como si estuviera contemplando a una actriz en un decorado poco real: la señora de Fontanin, con su biblia, y en este viejo sillón de pana verde eternamente torcido para recibir mejor la luz de la ventana, le parecía como si estuviera sentada allí desde el origen de los tiempos; recuerdo de antaño, símbolo (conmover tal vez, pero sobre todo irritante) de un pasado repelente que a cada momento que transcurría se iba apartando de ella con suavidad; de un pasado que le parecía hundirse en la bruma, como se aleja del viajero que marcha el grupo de los familiares que han venido a despedirlo. Jenny bogaba ya hacia otras tierras; y con el corazón latiéndole muy fuerte, como un navío que apareja, sentía temblar en ella las pulsaciones de una nueva vida. Si en aquel momento Jacques la hubiese cogido del brazo, y le hubiera dicho: «Ven; deja todo esto para siempre», habría marchado sin siquiera lanzar una mirada atrás.

En el silencio, el relojito que había sobre la mesilla de noche, junto a una fotografía de Jérôme y Daniel, sonó largamente.

Jacques volvió los ojos hacia él y, acometido de súbito por la tentación de huir, se inclinó hacia Jenny.

—Las once... Voy a tener que marcharme.

Cambiaron una rápida mirada. Jenny asintió con un movimiento de cabeza, y acto seguido, antes que él, se levantó.

La señora de Fontanin los observaba. Se le ocurrió una idea singularmente penosa: su Jenny, tan recta, tan sincera... ¡Ya no la conocía! Le encontraba un aspecto huidizo, un aspecto de «conciencia intranquila»... Sí; a pesar de su aspecto decidido, les encontraba en este momento —a ambos, además— un aire hipócrita. Se miraban con una solemnidad vanidosa, un poco ridícula, como dos augures, como dos iniciados. La señora de Fontanin pensó: «Como dos cómplices...» Y, efectivamente, esto era. Había entre ellos la complicidad embriagadora de su amor; de este amor que ellos pretendían absoluto, misterioso, sin precedentes y único: sobre todo, único. ¡Un amor tal que nadie, fuera de ellos, podía comprender su carácter extraordinario!

Jacques, alentado por el asentimiento de Jenny, se acercó a la señora de Fontanin para despedirse.

Ésta se hallaba completamente desconcertada por esta despedida demasiado rápida. ¿Iban, de verdad, a dejarla sola, sin que se hubiera dicho nada más? ¿No se merecía ella más confianza?... Trataba de convencerse, de aceptar también esto; pero semejante falta de consideración la ofendía. ¿Tal vez debía haber sido ella quien forzara las confidencias? Ahora era demasiado tarde. No tenía valor para hacerlo. Y

además se sentía enervada por el cansancio, por el choque moral que había recibido: a merced de un gesto de malhumor, de una injusticia. Sin duda era preferible que esta primera entrevista terminara sin ninguna explicación... Sin embargo, no podía contenerse de reprochárselo a Jenny; pero, de momento, le reprochaba menos su pasión culpable que esta actitud rebelde, la cual era incomprensible, injustificada e inaceptable. A Jacques no le reprochaba nada. Al contrario, le había agradado en el curso de esta visita: había sentido, bajo su deferencia intimidada, una comprensión tácita; adivinaba en él una conciencia pura, una vida interior sin bajezas. Y además era amigo de Daniel. Estaba dispuesta, si tal era el designio de Dios, a amarle como un hijo.

Tan poco le reprochaba su conducta, que, en el momento de estrechar su mano, estuvo a punto de atraerle hacia sí, como hacía con Daniel, y de decirle: «No; déjame que te bese, hijo mío.» Por desgracia, en aquel momento levantó los ojos hacia Jenny. La joven estaba de pie, vuelta hacia ellos, y su mirada incisiva, cargada de animosidad en potencia, estaba clavada en su madre; y esta mirada parecía decir: «¡Sí; te estoy vigilando, observo lo que vas a hacer, quiero ver si vas a ser capaz por fin de ese gesto maternal que estoy esperando de ti desde que he hecho entrar aquí a Jacques!» Entonces, la irritación que se incubaba en el corazón de la señora de Fontanin fue más fuerte que ella: tuvo un movimiento de orgullo. ¡Lo que se disponía a hacer espontáneamente, no lo haría bajo la coacción de una muda amenaza!

Renunciando a este abrazo que ya se preparaba a dar, se contentó con alargar su mano al joven; y Jacques fue el único en percibir el temblor de esta mano, la emoción, la aquiescencia oculta, la ternura que la pobre mujer ponía en este banal apretón de manos.

Todo esto no había durado más que un segundo. Pero en lo poco que Jacques tardó en alejarse acompañado de Jenny, la señora de Fontanin tuvo la intuición atroz de que en este segundo, toda la dicha futura de sus relaciones con Jenny había sido puesta en juego, se hallaba comprometida, y que entre su hija y ella se había roto un lazo irreparable. Tuvo miedo.

—Jenny... ¿Tú también te vas?

—No —replicó la joven, sin volverse.

En el pasillo, Jenny cogió a Jacques del brazo; en silencio, se llevó rápidamente al joven hasta el vestíbulo.

Aquí se separaron. Y al cruzarse sus miradas, se leía en ellas la misma perplejidad.

—¿Te vienes conmigo de todas maneras? —murmuró Jacques.

Jenny se engalló.

—¡Naturalmente! —Parecía ofendida, como si hubiera dudado de ella.

—¿Cómo vas a decírselo?... —preguntó Jacques, después de una corta pausa.

Jenny permanecía en pie delante de él, con un brazo levantado y la mano sujeta

en el montante del armario de roble.

—¡Oh! —dijo, con un impetuoso movimiento de cabeza—. ¡Ahora todo me da igual!

La miró sorprendido. Su mirada se posó en aquella mano crispada sobre la madera oscura, tan blanca y con los músculos temblorosos; apoyó en ella los labios.

Jenny dijo repentinamente:

—¿La llevarías?

—¿A quién? ¿A tu madre? —Vaciló un cuarto de segundo—. Sí; si tú crees... Claro que sí... ¿Por qué? ¿Crees que querrá marcharse con nosotros?

—No lo sé —repuso la joven con precipitación—. No, no creo... Pero, de todas formas, por si acaso... —Se calló y sonrió débilmente—. ¡Gracias! —añadió—: ¿Dónde volveré a verte?

—¿Entonces, no quieres que venga a buscarte aquí?

—No.

—¿Pero y tu equipaje?

—No pesará mucho.

—¿Podrás llevarlo sola hasta el tranvía?

—Sí.

—¿Y mis papeles? El paquete que dejé en tu habitación el otro día...

—Lo pondré con mis cosas.

—Bien; entonces, ven a buscarme a la estación de Lyon... ¿A qué hora?

Jenny reflexionó.

—A las dos; a las dos y media lo más tarde.

—Te esperaré en la cantina; ¿te parece bien? Podremos dejar allí tu maleta hasta la hora de nuestro tren.

Se acercó a él y le cogió la cara con ambas manos. «Mi amor», pensó. Lentamente fijó en los ojos de Jacques su mirada apasionada, hasta que sus bocas se unieron.

También ahora fue ella la primera en separarse.

—Márchate —dijo. En su voz, como en sus facciones, se mezclaban un nerviosismo extremo y el cansancio—. Yo voy a volver junto a mamá. Voy a hablarle y a decírselo todo.

## LXXVI

APENAS evadido del piso, se sintió dominado nuevamente por aquella misma turbación que al salir de *l'Étendard* le había producido un deseo tan vehemente de estar a solas. Antes que nada, Jacques se preguntó por un instante cuál era aquella cosa tan urgente que tenía que hacer; y de repente las palabras de Mourlan vinieron de nuevo a su mente: «Tal vez bastará una insignificancia... Si un relámpago de conciencia desgarrara entre los dos ejércitos estos nubarrones de mentiras...»

Fue como un deslumbramiento. «Entre los dos ejércitos...»

Esta idea se imponía a él con una violencia tal, con una nitidez tan concreta que se detuvo en medio de la escalera, posada la mano en la barandilla, con un aturdimiento en la cabeza y el corazón latiéndole de temeridad y esperanza... Un proyecto que desde hacía algunas horas se incubaba en su inconsciente, salió por fin a la luz y se apoderó de todo su ser. No era un sueño indeterminado, una tentación de veleidoso: lo que de súbito tomaba forma en su mente era un plan preciso, el plan de un gesto determinado y personal; una de esas ideas fijas que secretan en la sombra de los cerebros anarquistas. ¡Ahora sabía por qué marchaba a Suiza y lo que iba a preparar allí! ¡Sabía con qué hecho concreto, con qué acto solitario y decisivo podía, por fin, después de tantos días de inactividad, de ansiedad estéril, luchar por su fe y oponerse a la guerra! Un acto que indudablemente implicaba un sacrificio total. Esto lo había comprendido desde el primer momento; y lo había aceptado sin fanfarronear, sin siquiera darse cuenta de su valentía; movido únicamente por la certeza mística de que esta acción, por la cual se disponía a dar su vida, era hoy el único y supremo medio de despertar la conciencia de las masas, de cambiar brutalmente el curso de las cosas, de poner en derrota a las fuerzas coaligadas contra los pueblos, contra la Fraternidad y la Justicia.

Había olvidado por completo el regreso de la señora de Fontanin y también la extraña visita que a ésta acababa de hacerle; había olvidado incluso a Jenny.

A Jenny le pasaba todo lo contrario... Antes de dirigirse a la habitación de su madre, había salido al balcón para ver a Jacques cómo abandonaba la casa; y ya le preocupaba que tardara tanto. Por fin lo vio que salía del portal y que, sin preocuparse de los transeúntes ni de los convoyes que obstaculizaban la calzada, se lanzaba como un poseído hacia el bulevar Saint-Michel. Lo siguió con los ojos hasta que hubo desaparecido. Pero Jacques no se volvió.

La señora de Fontanin, una vez sola, había apoyado la cabeza en el respaldo de la butaca y había permanecido algunos minutos como petrificada. No conseguía formular un pensamiento claro; pero su impresión se concretaba en esta frase vaga, que repetía con pesimismo: «Nada bueno puede salir de esto...» Seguía viendo, uno junto a otro, a Jacques a Jenny erguidos ante ella, como dos sarmientos de una misma cepa. Luego, por una involuntaria asociación de ideas, se le vino a la imaginación el



austero salón de su padre, y, en el hueco de una ventana, joven y conquistador, embutido en un chaqué claro con pasamanos negros, a un Jérôme enamorado que le sonreía. ¡Con qué seguridad se lanzaban entonces, también ellos, hacia el porvenir! ¡Cómo se enfrentaban ambos con toda la familia! ¡Hasta qué punto se sentía invencible junto a él!... Encontraba de nuevo su exaltación de antaño, sus ilusiones, su certeza de que sería feliz, su convencimiento de que eran los primeros en sentir tales transportes. Y lejos de experimentar por esta evocación irrisoria un sentimiento de rencor o al menos de melancolía, se sentía iluminada por una luz resplandeciente, como si aquellas promesas de felicidad hubieran sido mantenidas durante toda la vida.

Tembló al oír que volvía su hija. Su paso firme, la forma en que Jenny cerró la puerta, su rostro tenso, su mirada ausente y fanática, como si abrasara y estuviera abrasada a la vez, le produjeron miedo.

Pensando encontrar en la ternura el único exorcismo eficaz, balbuceó tímidamente:

—Bésame, hija mía...

Jenny se sonrojó ligeramente; todavía conservaba en la boca el sabor de los labios de Jacques. Fingió no haber oído, entretenida en quitarse el sombrero y el velo y en dejarlo sobre la cama. Luego, cediendo a su fatiga, se dirigió a la tumbona que había al fondo de la habitación y se echó en ella.

Desde allí, alzando la voz con una precipitación un tanto torpe, exclamó:

—¡Soy tan feliz, mamá!

La señora de Fontanin volvió los ojos rápidamente hacia su hija. En esta afirmación, en la que resonaba una pizca de desafío, su corazón maternal había creído percibir un indicio de desfallecimiento. Fue lo bastante para convencerla de que le quedaba por cumplir un deber, un último deber, aun exponiéndose a todos los riesgos. Obedeciendo a una voz que ella atribuía al Espíritu, se irguió con una autoridad repentina.

—Jenny —dijo—. ¿Has orado al menos? ¿Orado, verdaderamente?... ¿Y puedes decir: «El señor está conmigo»?

Desde las primeras palabras, Jenny se había irritado. Entre su madre y ella, la cuestión de la fe era un abismo doloroso, cuya profundidad sólo ella conocía.

La señora de Fontanin prosiguió:

—Jenny... Jenny, hija mía... Desecha tu orgullo... Oremos juntas, invoquemos la ayuda de Aquel que todo lo sabe... Bucea con Él en el secreto de tu alma... ¡Jenny! ¿No sientes en el fondo de ti misma algo que..., que resiste? —Su voz se hizo temblorosa—... Alguna cosa... ¿Algo... que te advierta de que tal vez te engañes, que tal vez *te estés mintiendo a ti misma*?

El mutismo de Jenny hizo creer a su madre que se recogía para orar. Pero, después de un silencio bastante largo, la joven suspiró.

—¡No puedes comprenderme!

El tono era áspero, desanimado, hostil.

—Sí que puedo, hija mía... ¡Claro que sí!

—¡No! —replicó Jenny; y en su fija mirada se leía una obstinación impaciente. Saboreaba con delectación morbosa la embriaguez de sentirse incomprendida y de creerse perseguida. Estuvo a punto de declarar: «¡No tienes ni idea de lo que es un amor como el nuestro!»; pero era incapaz de pronunciar en voz alta la palabra «amor». En su boca se dibujó una sonrisa amarga—. Ya he visto perfectamente, hace un momento, que no comprendías... ¡Que no comprendías en absoluto!

—¿Qué quieres decir, Jenny? ¿Consideras que no os he recibido bien?

—No.

—¿No?

—¡No! —interrumpió Jenny, con los ojos fijos en el tedio. Y en un tono sordo, lleno de reproches, incorporándose ligeramente, precisó—: ¡Si nos hubieses comprendido, habrías encontrado algo que decirnos! ¡Algo que nos indicara que compartías nuestra felicidad!

La señora de Fontanin había apartado la mirada. Finalmente, dijo:

—Eres injusta, Jenny... ¿Cómo puedes hacerme este reproche? Acabo de llegar esta mañana, ignorante de todo... Me habías tenido apartada, me lo habías ocultado todo...

Jenny la interrumpió, encogiéndose de hombros, con un gesto que no era normal en ella, que su madre tal vez nunca le había visto hacer: un gesto de Jacques. Con una expresión obstinada, misteriosa y satisfecha, articuló:

—¡No te he ocultado nada!... Ya lo ves: empiezas por acusarme sin saber. Hace dos semanas, yo misma estaba bien lejos de pensar...

—Pero es que no hace dos semanas que nos hemos separado: hace hoy ocho días... ¿Tampoco lo pensabas cuando yo me marché?...

—¡No!

(Jenny mentía, puesto que su madre estaba todavía en París la noche de su encuentro con Jacques, en la estación del Norte. Con la cabeza vuelta, ocultaba el rostro; pero su voz la había traicionado de una manera tan flagrante que ambas se sonrojaron.)

—Hace dos semanas —prosiguió Jenny, y su confusión se tradujo en una risita forzada—; si me hubieras hablado de Jacques, te hubiera contestado que lo detestaba, ¡que no accedería nunca a volverlo a ver!

La señora de Fontanin, posando sus manos en los brazos del sillón, se inclinó con vehemencia.

—¿Y entonces, en pocos días?... Sin haber tenido siquiera tiempo de reflexionar... —(Estuvo a punto de decir: «De hablarme de ello...») Se limitó a añadir—: De consultar a Daniel...

—¿A Daniel? —repitió Jenny, fingiendo sorpresa—. ¿Y por qué a Daniel? —Impulsada por una especie de exasperación que ni ella misma hubiera sabido

justificar (en la que tal vez se manifestaban, a pesar suyo, años enteros de cariñosa conformidad y de pequeñas contrariedades silenciosas), dejó oír de nuevo su risa arrogante. Luego, cediendo a la incomprensible tentación de herir a su madre en el punto más vulnerable, dijo—: ¡Como si Daniel pudiera saber, y como si Daniel pudiera comprender! ¿Qué me hubiera dicho Daniel? ¡Las mismas cosas estúpidas que todo el mundo puede decir! ¡Las cosas «razonables»!

—Jenny... —gimió la señora de Fontanin.

Pero Jenny no podía ya contenerse.

—¡Las cosas que tú también piensas, indudablemente! ¡Dilas de una vez!... ¿Qué? ¿Que hay guerra?... ¿O que no nos conocemos lo bastante Jacques y yo? ¿Que no seré feliz?

—¡Jenny! —volvió a decir la señora de Fontanin.

Miraba a su hija con estupor. Esta Jenny de ceño fruncido, facciones tensas y voz hiriente, no se parecía a ninguna de las Jenny que había podido ver a su lado en veinte años; esta Jenny estaba dominada por unos instintos recientemente desencadenados... «Irresponsable», pensó, con una impresión de desesperación, pero también de indulgencia, casi de consuelo.

La desaprobación e incluso el sufrimiento de su madre, en lugar de conmover a Jenny, la aguijoneaban.

—¿Y si a mí me da igual ser desgraciada «con él»? ¡Eso a Daniel no le importa! ¡No le importa a nadie sino a mí! ¡No pido consejo! ¡No me importa lo que los demás puedan pensar! ¡Ya no tengo que consultar a nadie, absolutamente a nadie, ahora que le tengo «a él»!

La señora de Fontanin recibió este nuevo golpe, y palideció. Lo que más la hería era sentir cuán consciente y voluntaria era la ofensa. ¡El Espíritu del Mal, el Espíritu de las Tinieblas se había apoderado del corazón de su hija! Dirigió a Dios un llamamiento lleno de espanto. Empezaba a no poderse defender ya del contagio de este ambiente envenenado ni a contener la ira que la embargaba. Sin embargo, todavía pudo conservar por un momento un tono de prudente firmeza.

—Siempre has gozado de una independencia moral absoluta, Jenny. Lo sabes perfectamente: desde que tienes edad para poder oír la voz de tu conciencia, no te he impuesto ninguna voluntad y ni siquiera un consejo acuciante. Incluso hoy puedes considerarte libre de obrar sin escuchar mi consejo. Pero yo tengo la obligación...

—¡Mamá, por favor!

—... tengo la obligación de hablarte, aunque sea en vano... tengo la obligación de prevenirte contra ti misma..., Jenny... Hija mía... Apelo a lo mejor que hay en ti... ¿Es posible que hayas perdido toda noción del bien y del mal? ¡Abre bien los ojos y serénate! Eres víctima de un extravío inconcebible... Estás en un momento en que te abandonas a tu pasión, no solamente sin remordimiento, sino como si este abandono fuera una manifestación de..., de fuerza..., de valor..., de nobleza... —Se ahogaba. Tuvo la penosa sensación de que no estaba a la altura de su cometido, de

que estaba demasiado cansada..., de que no iba por buen camino, que no decía lo que debía decir ni en el tono que hubiera sido preciso... Tal vez hubiera callado, si en aquel momento, al ver a Jenny tumbada, no hubiera hecho resurgir bruscamente ante sus ojos la visión de la pareja abrazada sobre el diván de Daniel.

—¡Debieras estar avergonzada! —balbuceó.

—¡Mamá, por favor! —repitió Jenny, con voz dura y cargada de amenazas.

—¡Vergüenza! —prosiguió la pobre mujer, que ahora ya no hacia nada por contenerse—. ¿Tú, Jenny? ¡Mi niña, mi hija!... ¡Has aprovechado que estabas sola para ceder a todas las influencias!... —De repente se arrepintió del camino equivocado al que le arrastraba su indignación, y cambió de rumbo—. ¿Es que se toma en pocos días una decisión tan grave, de tantas consecuencias? ¿Una decisión que compromete toda una vida? Y no solamente tu vida, sino también la nuestra... La de tu hermano, la mía... ¡Porque, al fin y al cabo, es nuestro porvenir común lo que está en juego! ¿Has pensado en ello siquiera? ¡No! Estabas... Has...

—¡Basta, mamá! ¡Basta! ¡Basta!

—¡Has perdido la cabeza! ¡Has obrado como una criatura! —espetó la señora de Fontanin, casi sin aliento. Y la frase quise repetía sin cesar, brotó por fin de sus labios—. ¡Nada bueno puede salir de todo esto!

Jenny sintió crecer en su interior una violencia fría que la levantaba como una ola encrespada, y, bruscamente, se puso de pie. ¡Cómo juzgaba hoy a su madre! ¡Incomprensión, sequedad y egoísmo!

—¿Quieres que te diga una cosa? —articuló, adelantándose hacia la señora de Fontanin—. ¡Si alguna de nosotras no ve claro, eres tú! ¡Sí! ¡Piensas en tu porvenir, no en el mío! Ahora me doy cuenta de una cosa: ¡que nunca me has querido sino para ti, para ti sola! ¡Lo que hace que te levantes contra nosotros son los celos! ¡Estás celosa! ¡Celosa! No piensas sino en una cosa: ¡en poderme conservar egoístamente a tu lado!...

¡Pues no cuentes con ello! ¡Demasiado tarde! Lamento tener que darte este disgusto. Pero casi es mejor que lo sepas cuanto antes: Jacques se va esta tarde a Suiza. Y yo... ¡me voy con él!

—¿Esta tarde? ¿A Suiza? —murmuró la señora de Fontanin con una voz apenas perceptible.

—No es una idea repentina: lo habíamos decidido antes de que volvieras. Es el último tren que...

—¿Tú? ¿Esta tarde?

—¡Sí; en seguida!

—¡No! ¡No cuentes con ello, Jenny! ¡Eso, no!

—No hay nada que hacer ni que decir, mamá —replicó Jenny, con acento penetrante—; ¡ahora ya nadie puede hacernos cambiar de opinión!

—¡Yo me opongo! ¿Lo oyes?

Por toda contestación, la joven se encogió de hombros.

—¿Me oyes, Jenny? ¡Te «prohíbo» que te marches!

—Es inútil que insistas, mamá... Te repito que... Por otra parte, en lugar de desaprobarme, debieras... Solamente con que tuvieras un poco de corazón...

—¿Que si tuviera un poco de corazón? —balbuceó la señora de Fontanin. Olvidaba todo lo demás para no retener más que estas palabras ofensivas...

—¡Sí! Si verdaderamente te hubieses preocupado de mi felicidad —gritó Jenny, perdiendo todo control de sí misma—, si me quisieras por mí misma, hoy, tú...

Esta vez, la señora de Fontanin no tuvo resistencia para soportar más. Se cogió la frente con las manos y se tapó los oídos para escapar a esta voz que la atravesaba. «No es la Criatura quien decide, sino el Eterno —pensó, cerrando los ojos—. ¡Dios mío, que se haga Tu voluntad!»

Oyó un ruido sordo, y levantó la cabeza con temor. Dando un portazo, Jenny acababa de salir de la habitación. Su sombrero y su velo no estaban ya encima de la cama.

«Hay que orar..., orar», se decía para sí misma la señora de Fontanin.

No conseguía sustraerse a la visión de Jenny, tal y como la había visto aquí, fuera de sí y erguida con insolencia...

«¡Dios mío! —suplicó—. ¡Ayúdame y dame fuerzas!... No hay nada irreparable... No debemos nunca desesperar de tus criaturas... —Lentamente, dos veces seguidas repitió las santas palabras—: “No hay que mirar lo visible, sino lo invisible. Porque lo visible es perecedero, y lo invisible es eterno.”»

Finalmente, al primer momento de aturdimiento sucedió, por el contrario, una actividad mental inesperada. Quebrantada, con los hombros caídos y las manos juntas, permanecía inmóvil, hundida en su butaca. Pero su mente trabajaba con lucidez. Se esforzaba por hacer un examen de conciencia. Como lo hacía siempre en los momentos graves, trataba de analizar su dolor, de perfilar sus límites y hacer con ellos, por así decirlo, una cosa definida que se pudiera separar, que se pudiera ofrecer a Dios. «Todo lo que no es ofrecido es perdido...»

La marcha de Jenny a Suiza no era lo que más la trastornaba. Por otra parte, no conseguía del todo creer en ella. Lo que la hacía sufrir principalmente, con razón o sin ella, era haber sido engañada. La herida, la herida verdadera y profunda radicaba en esto. Había creído ingenuamente que su ternura comprensiva, que la libertad en que había dejado a Jenny, incluso en la época en que ésta no era todavía sino una niña, habían creado entre ella y su hija un hábito tal de mutua confianza que Jenny no podría nunca tomar alguna resolución grave sin advertirlo, sin obtener previamente su aprobación. Sin embargo, en el momento más decisivo de su vida, Jenny se había ocultado de ella; aprovechando incluso su ausencia, había obrado con el disimulo de una muchacha que, educada con la mayor rigidez, consigue por fin, con un gesto de rebeldía, liberarse de una tutela estrecha e incomprensible, sufrida con impaciencia. Naturalmente, a pesar de la dolorosa escena que acababa de tener lugar, la señora de

Fontanin no dudaba del afecto de su hija; lo mismo que no sentía disminuido su afecto maternal. No: era «en su confianza» en donde se sentía herida. Una confianza como la que ella había puesto en Jenny, queda mutilada para siempre cuando ha sido traicionada de una manera tan brutal. Tanto cariño como antes, sí. ¿La misma confianza? No; nunca más.

Este pensamiento la desesperó. Volvió a coger su biblia y la abrió al azar. Fijaba su atención en el texto sin demasiado trabajo. La calma le iba volviendo poco a poco. Una calma extraña, inesperada, casi inquietante. Y de repente, analizándose con más atención, creyó entrever el tremendo secreto de esta calma: a despecho de sí misma, acababa de nacer en ella un sentimiento que se desarrollaba con suavidad y firmeza... Un sentimiento que le era conocido por haberlo experimentado ya en la época más cruel de su existencia, cuando, sin fuerzas para sufrir más tiempo en vano, había decidido separar su vida de la de Jérôme. ¿Un sentimiento? Una reacción instintiva más bien. Algo como una defensa orgánica.

«Un remedio —pensó— que la naturaleza saca de nosotros mismos en su sabiduría, para hacernos llevaderos algunos dolores...» Dejó el libro y trató de precisar el carácter de lo que sentía, de buscarle nombre... ¿Resignación? ¿Despego? ... ¿Tal vez no había un término adecuado para designar estos dos sentimientos tan contradictorios: la ternura y la indiferencia? «¡Indiferencia!» La palabra brutal la hizo estremecerse. La idea de que un cariño maternal como el que durante tantos años había henchido su corazón, pudiera algún día, bajo la presión de los acontecimientos, transformarse en indiferencia —aunque en este momento tal pensamiento no careciera de dulzura—, era para el futuro una prueba más. Cerró los ojos. Se negaba a seguir reflexionando. «Que se baga tu voluntad», murmuró una vez más, invocando al Espíritu.

Pero la pena la dominaba. Volvió a apoyar la frente entre las manos, y lloró.

## LXXVII

JENNY estaba completamente decidida a huir; y algo instintivo le decía que para realizar sin desfallecer este gesto, del cual dependía todo su futuro, tenía que renunciar a ver a su madre, por mucho que le costara... ¡Ni siquiera debía tomarse el tiempo de reflexionar!

Había corrido a su habitación, en donde puso febrilmente en una maleta su ropa interior y los escasos vestidos negros que poseía; luego, con los dientes apretados y las mejillas encendidas, volvió a ponerse el sombrero y el velo, y, sin siquiera mirarse en el espejo, salió de la casa como si la persiguieran.

«Ahora estoy sola y soy libre», se dijo, con una especie de embriaguez mezclada de temor, mientras bajaba la escalera rápidamente. «¡Ahora ya no tengo verdaderamente a nadie más que a él!»

Una vez afuera, tuvo un momento de vértigo. ¿A dónde ir? Jacques no la esperaba en la cantina hasta las dos, y eran apenas las doce. Poco importaba: lo más sencillo, a causa de la maleta, era ir ahora ya a la estación de Lyon, en el tranvía del bulevar Saint-Michel y luego en el del bulevar Saint-Germain.

Tuvo la suerte de no tener que esperar y de encontrar sitio en la plataforma.

«No reflexionar —se decía—; no reflexionar.»

Lo consiguió sin demasiado trabajo, porque en el vehículo, abarrotado de pasajeros, la conversación era ruidosa y general, como después de un accidente.

—¡Y los casamientos, señora! Esta mañana, en las alcaldías, en las ventanillas de estado civil, no sabían lo que hacer de tantos movilizados que se casan antes de incorporarse.

—Pero las formalidades...

—Se ha simplificado todo. En la guerra como en la guerra, según se dice... Con tal que tenga usted dos partidas de nacimiento y una cartilla militar, puede usted regularizar en cinco segundos cualquier viejo enredo...

—Pues a mi, ya ve usted, eso me parece bien: moral, y además...

—¡Oh, moral no es lo que falta! En Francia, cuando es necesario, siempre se está a la altura de las circunstancias.

—Yo vivo muy cerca de las fortificaciones, y desde que ha amanecido las oficinas de reclutamiento están asediadas de gente. ¡Se alistan en masa!

—No —rectificó un médico militar, que iba de uniforme—. Todavía no se pueden admitir voluntarios. Pero van a informarse; puede, incluso, que a inscribirse.

El tranvía de la Bastilla también iba atestado: los viajeros, de pie, se apretujaban entre los asientos. Sin embargo, Jenny pudo sentarse gracias a la delicadeza de una matrona que, al verla agobiada con la maleta, le cedió el sitio de su hija.

Acunada por el runruneo del tranvía y el rumor de las voces, escuchaba intencionadamente, a fin de escapar a sus propios pensamientos, las frases que se

cruzaban por encima de su cabeza.

Delante de la calle Saint-Jacques, el tranvía hubo de detenerse para dejar desfilar a un regimiento de artillería ligera que se dirigía hacia la Sorbona.

—Toda la guarnición ha salido ya de París, con disimulo, según parece...

—Se nota que hay un mando. Todo esto funciona... militarmente.

—¡Sí! ¡Tal y como ha empezado esto, se nota que no va a durar mucho!

—Yo estaba de vacaciones en los Vosgos, en Bibeauvillé; pues mire, cuando se ha visto a nuestros valientes soldados del Este, principalmente a nuestros soldaditos de infantería, ¡se está más tranquilo!

—No importa que se haya hecho una comedia, y se hayan retrocedido diez kilómetros...

—¡Déjelos! ¡Cuando tengan en la espalda veinte millones de bayonetas rusas y a nosotros delante!...

—El encargado de mi hotel me ha dicho que un viajero que venía de Luxemburgo había visto a un aviador francés lanzarse directamente contra un zeppelin y deshacerlo como una pompa de jabón.

—Hay que desconfiar de las noticias falsas —dijo el cobrador—. Hace un momento, por ejemplo, un señor decía que esta noche habíamos tenido una victoria decisiva en Alsacia.

—No: ¡eso es demasiado, indudablemente!... Pero me han dicho que se han visto patrullas de alemanes cerca de Nancy...

—¿En Nancy? ¡Ni hablar!

—¿No han oído ustedes decir que han hecho saltar los puentes de Soissons?

—¿Nosotros o «ellos»?

—¡Nosotros, ni que decir tiene! ¡En Soissons!

—Hubiera podido ser un espía...

—¡Hay que tener cuidado con los espías! ¡Parece ser que pululan por todas partes! Puede que la policía no sea suficiente. Todos tendríamos que vigilar en nuestro barrio, en nuestra casa.

—Yo tengo un hermano que está empleado en la estación de Orléans. Pues bien: su mujer me ha dicho que ha visto a un vecino de su casa esconder una bandera alemana debajo de la cama.

—Yo —emitió sentenciosamente un señor con lentes— admito que un alemán pueda gritar: «¡Viva Alemania!» A condición, claro está, de que no sea en plan de provocación... ¿Qué le van a hacer? Si son de allí no es culpa suya...

En la plaza Maubert hubo nueva parada. Un grupo obstruía la avenida. Jenny distinguió, a la entrada de la calle Monge, a una pandilla de energúmenos armados con un tablón y que destrozaban con estrépito la entrada de una tienda, en cuyo rótulo leyó: «Lechería Maggi.»

En el tranvía, la gente se apasionaba.

—¡Fuerte, muchachos!



—Maggi es prusiano... —dijo el señor de los lentes—. ¡Incluso coronel de ulanos!... ¡*L'Action Française* hace ya mucho tiempo que lo ha denunciado! ¡No esperaba más que la movilización para hacer la faena!

—Dicen que esta mañana, nada más que en Belleville, ha envenenado con su leche a más de cien niños.

Jenny veía el vaivén del ariete; oía sus golpes sordos contra el cierre metálico. Finalmente, la chapa cedió. En el interior, los cristales volaron hechos pedazos. La muchedumbre agrupada delante de la tienda, vociferaba: «¡Abajo Alemania! ¡Mueran los traidores!» En la esquina de la plaza, un pelotón de agentes ciclistas había echado pie a tierra; vigilaban la escena desde lejos, sin intervenir. Después de todo, Francia era atacada; el pueblo se tomaba la justicia por su mano: no había sino que dejarlo actuar.

Finalmente, el tranvía llegó a la estación de Lyon.

El patio estaba lleno de gente. Jenny, arrastrando su maleta, pasó por entre la muchedumbre y llegó a la cantina, donde se instaló.

Por la puerta, abierta de par en par, una luz deslumbradora entraba a raudales en la sala. Acurrucada en un rincón del fondo, apretaba una contra otra sus manos húmedas; y aunque fuera demasiado pronto para que pudiera esperar ver llegar a Jacques, no apartaba los ojos de la puerta. El calor era agobiante. La incomodidad de este asiento de cuero, después de las sacudidas del tranvía, hacía que le doliera todo su cuerpo. El resplandor de la luz la cegaba. La gente no cesaba de entrar y salir, a contraluz; otros pasaban por la acera, andando de prisa, llevando ellos mismos sus equipajes en carretillas. Cogió la maleta, que había dejado a su lado, y la puso debajo de la mesa; luego, volvió a colocarla sobre el asiento y siguió esperando. Sus gestos incoherentes traicionaban su nerviosismo. Durante el trayecto había conseguido aturdirse; ahora se encontraba sin recursos contra sí misma, y la necesidad de permanecer aquí, una hora tal vez, sola, entregada a esta efervescencia interior, le ocasionaba una angustia intolerable. Se esforzaba por hacer trabajar a su imaginación en naderías, en multiplicar pensamientos insignificantes e inofensivos; pero sentía revolotear alrededor de su mente, como un ave rapaz que volara sobre su presa, la idea terrible que hasta ahora había podido mantener a distancia... Para defenderse, se dedicó durante un momento a examinar los objetos que tenía ante sí, a contar los *croissants* del cestito, los terrones de azúcar del plato. Luego, volvió la mirada hacia la puerta y siguió el ir y venir de la gente. Entró una mujer sin sombrero, de pelo canoso, la cual advirtió junto a la puerta una mesa libre; se sentó, y se puso de codos sobre el mármol, con la cabeza entre las manos. Y acto seguido, Jenny se sintió atenazada por el recuerdo que trataba de rechazar y que sólo esperaba una oportunidad para apoderarse de ella... Su madre se le apareció, tal y como la había dejado, desplomada en su butaca y apretándose las sienes con las manos. ¿Qué haría ahora? ¿Pensaría en comer? Jenny se la imaginó en la cocina en desorden, ante los

platos sucios y los dos cubiertos... Y esta vez fue ella la que, cerrando los ojos, hundió la frente entre las manos.

Transcurrieron algunos minutos sin que hiciera ningún movimiento... «¡Estás celosa!... Si tuvieras un poco de corazón...» Se repetía sus propias palabras; no conseguía comprender ahora cómo había podido pronunciarlas, ¡ni cómo había podido marcharse después de haberlas pronunciado!

Cuando por fin levantó la cabeza, sus facciones estaban tranquilas y aparecían herméticas; la presión de sus dedos había dejado visibles huellas en sus mejillas. «A qué reflexionar —se dijo—. Eso, y nada más, es lo que debo hacer.» Aún permaneció un instante con la mirada perdida, abrumada bajo el peso de su resolución. No dudaba sino en una cosa: ¿esperarla la llegada de Jacques, antes de realizar este gesto, de cumplir este deber imperioso? ¿Para qué? ¿Para consultarle? ¿Conservaba entonces la esperanza de que él la disuadiera? No: su decisión era irrevocable. Entonces, ¿no era lo más urgente abreviar el martirio materno?

Enderezó el busto y llamó al camarero:

—¿Desde dónde puedo enviar un neumático?

—¿Correos? ¡En un día como éste, la estafeta estará abierta sin duda! Mire, desde aquí la puede ver: el farol azul...

—Tenga cuidado de mi maleta. Vuelvo ahora mismo.

Marchó corriendo.

Efectivamente, las oficinas estaban abiertas; militares y civiles asediaban las ventanillas. Consiguió un papelito azul y escribió de un tirón:

«Querida mamá: Estaba loca y nunca me perdonaré la pena que te he causado. Pero te suplico que me comprendas y lo olvides. Me quedo. Renuncio a acompañar a Jacques a Suiza esta tarde. No quiero dejarte sola. Para él es el último plazo, y no tiene más remedio que marcharse. Me reuniré con él más tarde. Espero que contigo. ¿Verdad? ¿No te negarás a ir conmigo cuando vaya a buscarle?

»Hubiera debido volver en seguida, correr a besarte. Pero sería demasiado duro no pasar con él estas últimas horas antes de su marcha. Esta noche volveré a tu lado y te lo explicaré todo, mamá querida, para que me perdones.

»J.»

Cerró la nota, sin releerla. Le temblaban las manos y todo el cuerpo; un sudor helado le adhería la ropa a la carne. Antes de echar el sobre en el buzón, se cercioró de que sería repartido una hora después. Luego, lentamente, volvió a cruzar la plaza y se sentó de nuevo en el rincón de la cantina.

¿Estaba más tranquila por lo que acababa de hacer? Se lo preguntó, sin poder contestarse. Estaba deshecha por su sacrificio, deshecha como después de una hemorragia. Tan desesperada, que ahora temía la llegada de Jacques: lejos de él, se sentía más fuerte para mantener su promesa. Trató de razonar. «Dentro de algunos

días..., una semana..., dos semanas todo lo más.» ¡Dos semanas sin él! Su espanto ante esta separación no era verdaderamente comparable al miedo de la muerte.

Cuando por fin vio recortarse en el umbral de la puerta la silueta de Jacques, se puso de pie y permaneció erguida, pálida, sin fuerzas, con la vista clavada en él. Él lo notó; desde la primera mirada, comprendió que habían pasado cosas graves.

Con un gesto trágico, la joven rechazó toda pregunta.

—Aquí no... Salgamos.

Jacques le quitó la maleta de las manos y la siguió afuera.

Jenny dio algunos pasos por la acera, entre la gente; luego, se detuvo bruscamente y, levantando hacia él una mirada desgarradora, dijo muy de prisa y en voz muy baja:

—No puedo marcharme contigo esta tarde...

Los labios de Jacques se entreabrieron, pero no contestó. Se agachó para dejar la maleta en el suelo; cuando se levantó, a pesar suyo, había tenido tiempo de cambiar de cara. Su expresión aterrada e incrédula no reflejaba nada del fulgurante primer pensamiento que se le había ocurrido sin querer: «¡Mi misión!... ¡Ya estoy libre!...»

Los viajeros y los soldados los empujaban. Hizo retroceder a Jenny hacia un entrante de la pared, entre dos pilares.

La joven prosiguió, con voz entrecortada:

—No puedo marcharme... No puedo dejar a mamá... Hoy no puedo... Si supieras... He estado con ella lo que se dice abominable...

Tenía los ojos fijos en el suelo, sin atreverse a mirar a Jacques. Éste la observaba, y con los labios temblorosos, con los ojos llenos de tinieblas, se inclinaba hacia ella como para ayudarla a hablar.

—¿Comprendes? —murmuró la joven—. Ahora no puedo marcharme, después de eso...

—Te comprendo, te comprendo... —dijo Jacques entre dientes.

—Tengo que quedarme con ella... Por lo menos algunos días... Me reuniré allí contigo... Muy pronto... Cuanto antes.

—Sí —dijo el joven, con energía—; ¡cuanto antes! —Pero en su fuero interno pensó: «No. Nunca... Se acabó.»

Permanecieron durante algunos segundos sin mirarse, paralizados, silenciosos. Jenny había tenido intención de confesarle lo ocurrido entre su madre y ella. Pero ya ni siquiera recordaba el encadenamiento de los detalles. Y además, ¿para qué? Se sentía irremediabilmente solitaria en el centro de este drama personal e incomunicable; drama en el que Jacques no tenía ninguna participación y al cual sería siempre extraño.

También él, en este momento, se sentía irremediabilmente distinto de ella. Distinto de todo el mundo: el heroísmo que le embriagaba desde hacía dos horas, le aislaba y le hacía impermeable a toda emoción normal. Como un reloj que se para a causa de un golpe, su espíritu permanecía inmovilizado en las primeras palabras —

liberadoras— pronunciadas por Jenny: «No puedo irme contigo.» El sufrimiento y la decepción que se reflejaban en su actitud no eran fingidas; pero eran superficiales. Los últimos lazos se rompían. ¡Iba a marcharse, y a marcharse solo! Todo se había simplificado...

Ella le observaba, con el pensamiento de que al día siguiente ya no lo vería, y conmovida por la fuerza que emanaba de este rostro; pero estaba demasiado trastornada para discernir la clase de transformación que acababa de operarse en él, y penetrar esta nueva fisonomía, clara y abierta, que ya le había dibujado su resolución. Con una mirada llena de ternura, Jenny acariciaba esta boca grande y expresiva; esta mandíbula; estos hombros...; este tórax duro y sonoro, sobre el que había dormido... Y el dolor de no poder pasar la noche próxima acurrucada junto a él, se apoderó de ella de una forma tan acuciante que olvidó todo lo demás.

—¡Amor mío!...

En la lucecita que se encendió en las pupilas de Jacques, advirtió ella la imprudencia que había cometido al dejar que se manifestara su ternura... El recuerdo que esta lucecilla despertaba en ella le hizo temblar de miedo. Le hubiera gustado dormir en sus brazos, pero nada más...

Jacques hundía su mirada turbadora en la de Jenny. Sin casi mover los labios, balbuceó:

—Antes de marcharme... Nuestra última tarde... ¿Quieres?

Jenny no se atrevía a negarle esta última satisfacción. Se sonrojó y volvió la cara, con una sonrisa dulce y acongojada.

Los ojos de Jacques, apartándose de ella, vagaron algunos instantes más allá de la plaza soleada, sobre las fachadas donde relucían los rótulos dorados: «Hotel de Viajeros... Central-Palace.»

—Ven —dijo, cogiéndola del brazo.

## LXXVIII

SAFFRIO adoptó una actitud desconfiada.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El portero de la calle Ca rouge —contestó Jacques—. Acabo de apearme del tren: todavía no he visto a nadie.

—Si, si... Vive conmigo, desde que ha vuelto de Bruselas —confesó el italiano—. Se esconde... Me di cuenta: le era penoso volver a su casa sin Alfreda. Le dije: «Ven a mi casa. Piloto.» Vino. Está arriba. Vive como en la cárcel. Permanece acostado todo el día, con los periódicos. Se queja de sus *reumatizmes*... Pero es un *pretesto*<sup>[31]</sup> —añadió, guiñando el ojo—. Es para no salir, para no hablar... ¡No ha querido ver a nadie, ni siquiera a Richardley! ¡Si vieras cuánto ha cambiado! ¡La muy zorra lo ha hecho trizas! Nunca lo hubiera creído. —Hizo un gesto de desesperación—. Es un hombre acabado.

Jacques no contestó. Las palabras de Saffrio le llegaban como a través de una neblina: no conseguía salir del estado de sonambulismo en que había permanecido durante aquel interminable viaje de dieciocho horas entre París y Ginebra. Además, sufría una inflamación en las encías que ya algunas veces le había impedido dormir en estas últimas semanas y que esta noche se había agravado con las corrientes de aire del vagón.

Saffrio proseguía:

—¿Has comido? ¿Has bebido? ¿No quieres nada? Hazte un pitillo: es del bueno, ¡viene de Aosta!

—Quisiera verlo.

—Espera un poco... Subiré yo; le diré que has vuelto. Puede que quiera y puede que no... ¡Tú también has cambiado mucho! —prosiguió, fijando en Jacques su mirada acariciadora—. Sí, sí. No escuchas, estás pensando en la guerra... Todo el mundo ha cambiado... Cuéntame lo que has visto allí. ¿Te han dejado salir?... Lo más terrible de todo, ya ves, es esto: ¡la locura de todos, convertidos en soldados! ¡Sus canciones, su *furia*!... Los trenes de movilizados que con los ojos brillantes gritan: «¡A Berlín!», y los otros: «*Nach París!*»

—Pues los que yo he visto marchar no cantaban —dijo Jacques, sombrío. Luego, con voz febril y como si despertara de repente, añadió—: Pero lo más terrible, Saffrio, no es eso...: es la Internacional... No ha hecho nada. Ha traicionado... ¡Muerto Jaurès, han desertado todos! ¡Todos, incluso los mejores! ¡Renaudel, el amigo íntimo de Jaurès! ¡Guesde! ¡Sembat! ¡Vaillant! ¡Sí, Vaillant; un elemento magnífico, no obstante! ¡El único que se ha atrevido a decir en la Cámara: «Antes la insurrección que la guerra»! ¡Todos! ¡Incluso los dirigentes de la C.G.T.!... ¡Y esto es lo más incomprensible de todo! Ellos no estaban contaminados por el parlamentarismo, y las decisiones de los Congresos confederales eran rotundas:

«¡Declaración de guerra: huelga general inmediata!» La víspera de la movilización el proletariado todavía vacilaba. ¡Hubieran podido hacerla! ¡Pero ni siquiera lo han intentado! «¡El territorio sagrado! ¡La patria! ¡La unión nacional!... ¡La defensa del socialismo contra el militarismo prusiano!» ¡Eso es todo lo que se les ha ocurrido decir! Y a los que preguntaban: «¿Qué hemos de hacer?», no han sabido contestarles sino esto: «¡Obedeced el aviso de movilización!»

Saffrio tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Incluso aquí está todo trastornado —dijo después de una pausa—. Los camaradas hablan ahora en voz baja... ¡Ya verás! Todo el mundo ha cambiado... Todos tienen miedo... El gobierno federal es neutral, por ahora, y nos tolera. ¿Pero y mañana? Y entonces, si hay que marcharse, ¿adónde ir?... Todo el mundo tiene miedo. La policía lo vigila todo... En el «Local» no hay nadie... Richardley organiza reuniones por la noche en su casa o en la de Boissonis... Allí llevan periódicos. Los que saben hacerlo, traducen para los demás. Después se discute... ¡Para nada! ¿Qué se puede hacer?... Sólo Richardley sigue trabajando. Tiene confianza. Dice que la *Internationale* no puede morir, ¡que resucitará aún más fuerte! Dice que Italia debe hablar ahora. Pretende la unión de los socialistas suizos y los italianos para empezar a despejar el horizonte...; porque, en Italia —prosiguió, levantando la cabeza con orgullo—, ¡has de saber que todo el proletariado sigue siendo fiel! ¡Italia es la verdadera patria para la revolución! ¡Todos los jefes de grupo, Malatesta, Borghi, Mussolini y todos, luchan con más energía que nunca! No solamente para impedir que el gobierno se lance también a la guerra, sino para conseguir la paz cuanto antes, con la unión de todos los socialistas de Europa: ¡los de Alemania y los de Rusia!

«Sí... —se dijo Jacques—. ¡No han pensado que hay procedimientos más rápidos para conseguir la paz!...» Pero en un tono indiferente, como si estas cuestiones no le concernieran, murmuró:

—También en Francia encontraréis algunos islotes que todavía se mantienen. Debierais conservar el contacto, por ejemplo, con la Federación de los Metalúrgicos. Allí hay buenos elementos. ¿Has oído hablar de Merrheim?... También está Monatte, y el grupo de *La Vida Obrera*. Ésos no han flaqueado... Y encontraréis otros: Martov..., Mourlan, con todos los de *l'Étendard*...

—En Alemania se cuenta con Liebknecht... Richardley ya está en contacto con él.

—Y también en Viena... Hosmer... Por mediación de Mithörg, debéis de poder...

—¿Mithörg? —interrumpió el italiano. Se había levantado. Los labios le temblaban—. ¿Mithörg? ¿Entonces no lo sabes?... ¡Se ha marchado!

—¿Que se ha marchado?

—¡A Austria!

—¿Mithörg?

Saffrio bajó los ojos. En su bello rostro romano se leía un dolor desnudo y animal.

—El mismo día que Mithörg volvió de Bruselas, dijo: «Me marchó a Austria.»

Todos nosotros le dijimos: «¡Pero estás loco! ¡Si ya estás condenado por desertor!» Pero él decía: «Precisamente por eso. Un desertor no es un cobarde. Un desertor vuelve cuando hay guerra. ¡Debo ir!» Yo le dije: «¿Para qué, Mithörg? ¿Para hacerte soldado?» ¡Yo no le había comprendido!... Entonces me dijo: «No para hacerme soldado. Para servir de ejemplo. ¡Para que me fusilen delante de todos!...» Y se marchó aquella misma noche...

La frase se perdió en un sollozo.

—¿Mithörg? —balbuceó Jacques, con la mirada ausente. Después de una pausa de algunos instantes, se volvió hacia el italiano—. Ahora vé a decirle que estoy aquí, ¿quieres?

Una vez solo, repitió a media voz: «Mithörg...» Mithörg había hecho algo; Mithörg había hecho todo lo que podía hacer... ¡Todo lo que podía hacer para demostrar que seguía fiel a sí mismo!... Y había escogido «un acto ejemplar», al cual había sacrificado su vida...

Cuando Saffrio volvió a bajar, se quedó estupefacto al sorprender en el rostro de Jacques una especie de sonrisa que tardaba en borrarse.

—¡Tienes suerte. Thibault! Está dispuesta a verte... ¡Sube!

Jacques subió detrás del italiano por una escalera de caracol que arrancaba de la droguería. En el último piso, Saffrio se apartó y, señalando al fondo del granero un tabuco cerrado con unas tablas, dijo:

—Está ahí... Entra solo; es mejor.

Meynestrel volvió la cabeza hacia la puerta que se abría. Estaba tumbado en la cama, con el rostro reluciente; su pelo negro, alisado por el sudor, hacía que la cabeza pareciera más pequeña y la frente más abultada. Tenía un brazo colgando, y en la mano, un periódico. Por encima de la cama, un ventanuco se abría a un rectángulo de cielo abrasador. El aire era asfixiante. El suelo estaba lleno de periódicos abiertos y sembrado de colillas medio consumidas.

Meynestrel no había contestado a la sonrisa de Jacques, cuyo movimiento impulsivo se había detenido en seco a mitad de camino hacia la cama. Pero con un movimiento vivo que no correspondía a un reumático —(«es *un pretesto*», pensó Jacques)—, se había puesto de pie. Tenía puesto un mono de aviador de tela azul descolorida, sin ninguna ropa debajo; el cuello abierto dejaba ver un tórax velludo y descarnado. Estaba mal aseado, casi sucio: el pelo, demasiado largo, se torcía en las puntas y formaba sobre el cogote un almohadillado semejante a la cola de los patos.

—¿Por qué has vuelto?

—¿Y qué podía hacer allí?

Meynestrel se había apoyado en la cómoda; con los brazos cruzados, mesándose la barba con una mano, miraba a Jacques. Un nuevo tic le hacía guiñar continuamente el ojo izquierdo.

Jacques, completamente desmoralizado por este recibimiento, seguía hablando no

obstante:

—No puede imaginarse cómo está aquello, Piloto... Las reuniones, prohibidas: ya no hay mítines... La censura: ni un periódico que quiera o pueda publicar un artículo de oposición... En la terraza de un café he visto maltratar a un individuo que no había saludado a la bandera con suficiente rapidez... ¿Qué hacer? ¿Octavillas en los cuarteles? ¿Para ser encerrado el primer día? ¿Sabotaje? No es mi especialidad, usted lo sabe perfectamente... Por otra parte, hacer saltar un polvorín o un tren de municiones, cuando hay centenares de polvorines y millares de trenes... ¡No; de momento no hay nada que hacer allí! ¡Nada!

Meynestrel se encogió de hombros. Una sonrisa sin vida se dibujó en sus labios.

—¡Aquí, tampoco!

—¡Eso depende! —replicó Jacques, apartando la mirada.

Meynestrel no pareció haberle oído. Se volvió hacia la cómoda, metió la mano en la palangana y se mojó la frente. Advirtiendo entonces que Jacques, al no encontrar un asiento libre, había permanecido de pie, quitó los papeles amontonados sobre el escabel. La mirada indecisa que paseaba a su alrededor era la de un obsesionado. Volvió hacia la cama, se sentó al borde del colchón, con los brazos colgando, y suspiró.

Luego, de repente, dijo:

—La echo de menos, ¿sabes?...

El tono, neto y casi indiferente, indicaba una simple aseveración.

—No hubieran debido hacerlo —murmuró Jacques, después de titubear ligeramente.

Tampoco esta vez pareció oírle Meynestrel. Pero se levantó, dio una patada a un periódico, fue hasta la puerta, y, durante algunos minutos, arrastrando la pierna como un insecto herido, paseó por la habitación en toda su longitud, con una mezcla de nerviosismo e indiferencia.

«¿Tanto ha cambiado?», pensó Jacques. Todavía dudaba. Observaba con tanta mayor libertad a Meynestrel, cuanto que éste parecía haber olvidado su presencia. El rostro, enjuto, había perdido su expresión de energía reconcentrada, de lucidez siempre despierta. Los ojos seguían siendo inquietos, pero sin brillo; y la mirada se había dulcificado extraordinariamente, hasta el punto de reflejar en algunos momentos una especie de serenidad, de paz. «No —se dijo inmediatamente Jacques—; no de serenidad, sino de cansancio... De esa paz negativa que produce el cansancio.»

—¿No hubieran «debido»? —repitió por último Meynestrel, en un tono vagamente interrogativo. Se encogió de hombros ligeramente, sin interrumpir sus paseos. Luego, en forma brusca, se paró delante de Jacques—. Si hay una noción que yo ya no tengo hoy, «después de todo esto», ¡es sin duda la de la responsabilidad!

«Todo esto...» Jacques tuvo la impresión de que Meynestrel no pensaba solamente en lo que le había sucedido a él, no solamente en Alfreda y Paterson, sino



también en Europa, en sus gobernantes, en sus diplomáticos, en los dirigentes del partido; y, tal vez, en sí mismo y en su decepción.

El Piloto hizo una vez más el recorrido entre las dos paredes, y volvió a tumbarse en la cama. Murmuró:

—¿En el fondo, quién es responsable? ¿Responsable de sus propios actos, de sí mismo? ¿Conoces a alguien responsable? Yo nunca lo he encontrado.

Siguió un largo silencio; un silencio opaco, opresivo, que se hacía más ostensible con el calor y con la luz implacable.

Meynestrel permanecía echado, inmóvil y con los ojos cerrados. Acostado, parecía enorme. Su mano, con las uñas amarillentas a causa del tabaco, con los dedos medio cerrados como si se crispaban sobre una pelota invisible, descansaba vuelta al borde del colchón. La manga dejaba al descubierto la muñeca. Jacques miraba fijamente esta mano que parecía una garra, esta muñeca que nunca le había parecido tan frágil, tan femenina. «La muy zorra lo ha hecho trizas...» No. ¡No podía decirse que Saffrio hubiera exagerado!... Pero comprobarlo no explicaba nada. Una vez más, Jacques se tropezaba con el misterio del Piloto. ¿Renunciar, en el momento en que todo permitía esperar que su hora iba a llegar por fin? Un hombre de su temple...

«¿De su temple?», se preguntó Jacques.

De repente, sin haberse movido, Meynestrel articuló:

—Mithörg ha ido en busca de la muerte.

Jacques se estremeció.

«Cada uno encuentra la que le corresponde», pensó.

Transcurrieron algunos segundos. Murmuró:

—No debe ser tan difícil, cuando puede hacerse de la propia muerte un acto... Un acto consciente... Un acto postrero. Un acto «útil».

La mano de Meynestrel tembló ligeramente; su cara huesuda, con los párpados cerrados, parecía petrificada.

Jacques enderezó el busto. Con un gesto de impaciencia levantó el mechón que le caía sobre la frente.

—Por mi parte —dijo—, lo que yo pretendo es lo que sigue: —(Su voz había adquirido de repente una vibración tal que Meynestrel abrió los ojos y volvió la cabeza. La mirada de Jacques estaba fija en la claraboya; sus facciones varoniles, iluminadas de lleno, reflejaban una resolución intensa.)—: ¡En la retaguardia es imposible luchar! Al menos por el momento. ¡Contra los gobiernos, contra el estado de sitio y la censura, contra la prensa, contra el delirio patriótico, no hay nada, absolutamente nada que hacer!... ¡Pero en el frente es distinto! Sobre el hombre a quien se lleva al fuego, sobre ése sí se puede actuar! ¡A él es a quien hay que llegar! —Meynestrel hizo un movimiento que Jacques interpretó como un gesto de duda, aunque en realidad no era sino un tic nervioso—. ¡Déjeme seguir!... Ya lo sé. Hoy, la flor en el fusil, *La Marsellesa*, la Guardia del Rhin... Sí. ¿Pero y mañana?... ¡Mañana, este hombre que ha marchado con la canción en los labios no será ya sino

un pobre diablo cara a cara con la realidad! ¡Cara a cara con la guerra! Un pobre diablo hambriento, con los pies ensangrentados, extenuado, aterrado por los primeros bombardeos, los primeros combates, los primeros heridos y los primeros muertos. ¡A él si se le puede hablar! A él es a quien hay que gritarle: «¡Imbécil! ¡Has sido explotado una vez más! ¡Se ha explotado tu patriotismo, tu generosidad y tu valor! ¡Todo el mundo te ha engañado! ¡Incluso aquellos que gozaban de tu confianza, incluso aquellos a quienes habías elegido para defenderte! ¡Pero ahora debes comprender finalmente lo que pretendían de ti! ¡Rebélate! ¡Niégate a entregarles tu pellejo! ¡Niégate a matar! ¡Tiende la mano a tus hermanos del otro lado, que han sido engañados y explotados como tú! ¡Tirad vuestros fusiles! ¡Rebelaos!» —La emoción lo ahogaba. Respiró profundamente y prosiguió—: ¡El problema está en poder llegar a él! Va usted a preguntarme: «¿Cómo?»

Meynestrel se había levantado sobre un codo. Miraba a Jacques con una atención tal que ni siquiera podía disimularla el leve matiz de ironía que se reflejaba en su mirada. Y efectivamente parecía decir: «Sí; ¿cómo?»

—¡En avión! —gritó Jacques, sin esperar la pregunta. Y más bajo, arrastrando la voz, añadió—: ¡Como se puede llegar hasta él, es en avión!... Hay que llegar encima de sus líneas. Hay que volar sobre las tropas francesas y las tropas alemanas... Hay que soltar sobre ellas miles y miles de manifiestos... ¡De manifiestos en dos idiomas! ... El mando francés y el mando alemán, pueden impedir que los manifiestos entren en los acantonamientos. Pero no pueden hacer nada, ¡absolutamente nada!, contra una nube de octavillas que caen del cielo sobre kilómetros de frente y que se siembran sobre los pueblos, sobre los campamentos, sobre todas las aglomeraciones de soldados... ¡Esa lluvia penetrará en todas partes! ¡Estos papeles serán leídos en Francia y en Alemania!... ¡Serón comprendidos! ¡Circularán de mano en mano hasta las formaciones de reserva y hasta la población civil!... ¡Recordarán a cada obrero, a cada campesino, francés o alemán, lo que él es, lo que se debe a sí mismo y lo que es el movilizado de enfrente! ¡Le recordarán que es un crimen absurdo y monstruoso continuar por más tiempo ese mutuo degüello!

Meynestrel abrió la boca para hablar. Pero no dijo nada y volvió a echarse con los ojos fijos en el techo.

—¡Ah, Piloto; imagínesse el efecto de esos manifiestos! ¡Qué llamamiento a la sublevación!... ¿El efecto? ¡Puede ser fulminante! ¡Con que en un solo punto del frente confraternicen las tropas enemigas, el contagio correrá inmediatamente como un reguero de pólvora! Negativa a obedecer... Desmoralización de los jefes... El mismo día de mi vuelo, el mando francés y el mando alemán se encontrarán impotentes... ¡Toda acción será imposible en el sector sobre el que yo haya volado! ... ¡Y qué ejemplo! ¡Qué efecto de propaganda! El avión mágico... El mensajero de paz... ¡La victoria que la Internacional no ha sabido ganar antes de las movilizaciones, todavía puede ganarse hoy! ¡Hemos fracasado en la unión de los proletarios, hemos fracasado en la huelga general, pero todavía podemos conseguir la

fraternización de los combatientes!

Los labios del Piloto esbozaron una rápida sonrisa. Jacques dio un paso hacia él. También sonreía, con la seguridad, de una certeza inquebrantable. Sin que se alterara su calma, sin levantar la voz, prosiguió:

—No hay nada en todo esto que no sea perfectamente realizable. Pero necesito ayuda. Le necesito a usted, Piloto. Usted es el único, por sus antiguas relaciones, que puede procurarme un aparato. Y también puede en algunos días enseñarme a pilotarlo. Lo suficiente para volar durante algunas horas en una dirección determinada. Los campos de batalla están dentro del radio de acción de un avión. Desde el norte de Suiza, no significa nada alcanzar las tropas francesas y alemanas concentradas en Alsacia... No, no: lo he medido todo. Las dificultades y los riesgos... Las dificultades, si usted quiere hacerlo, si me ayuda, pueden ser vencidas. En cuanto al riesgo (porque no hay más que uno), ¡eso es cuenta mía! —Se sonrojó bruscamente y se calló.

Meynestrel comprobó, con una mirada, que Jacques había terminado lo que quería decir. Luego se incorporó lentamente y se sentó en el borde de la cama. Evitaba mirar a Jacques. Permaneció algunos segundos inclinado, con los pies colgando, frotándose lentamente las rodillas con las palmas de las manos. Después, sin cambiar de postura, dijo:

—¿Entonces, tú, desertor francés, creer poder hacer tu aprendizaje en Suiza, sin más ni más, sin que parezca sospechoso? ¿Y crees que en algunos días sabrás despegar solo, leer tu mapa y reconocer el terreno, y volar solo durante horas enteras? —Su voz era monótona, apenas sarcástica, y su rostro impenetrable. Levantó una de sus manos hasta la altura de la barbilla y, durante un instante, con atención distraída, examinó una tras otra sus sucias uñas—. Ahora —añadió, casi con sequedad—, déjame, ¿quieres?

Jacques, desconcertado, seguía plantado en medio de la buhardilla. Antes de obedecer, trataba de encontrar la mirada del Piloto, al tiempo que se preguntaba si había comprendido bien, si verdaderamente tendría que marcharse, y sin una palabra de aprobación, sin un consejo, sin una sonrisa alentadora.

—Hasta la vista —pronunció Meynestrel claramente, sin levantar la mirada.

—Hasta la vista —murmuró Jacques, dirigiéndose hacia la puerta.

En el momento de cruzar el umbral, tuvo un impulso de rebeldía y dio media vuelta bruscamente. Los ojos del Piloto estaban fijos en él: habían recobrado su fuego; la mirada aparecía fija, como absorta, pero siempre indescifrable.

—Vuelve a verme mañana —dijo entonces muy de prisa Meynestrel. (La voz también había recobrado su antigua sonoridad, su firmeza y su elocución rápida.)—. Mañana, a inedia mañana. A las once... Y escóndete. ¿Me oyes? Que no te vean. ¡Nadie! Que todo el mundo ignore que has vuelto. —Repentinamente, su rostro se iluminó con la más desconcertante y tierna sonrisa—. Hasta mañana, muchacho.

«Sí —se dijo, cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Jacques—. ¿Y después de todo, por qué no...?»

No era que hubiese creído en la eficacia de este proyecto extravagante. «¡La confraternización de los ejércitos enemigos!» Más tarde, tal vez: ¡después de meses de sufrimientos y de matanzas!... Pero todo aquello que pudiera desmoralizar, sembrar gérmenes de rebeldía, era aceptable...

«Y comprendo muy bien a este pobre chico: desea tener su parte de heroísmo, para acabar...»

Se levantó, fue a correr el pestillo y dio algunos pasos a través de la habitación.

«La ocasión... —se dijo, volviendo a la cama—. Una oportunidad que se ofrece, tal vez... ¡Una solución!...»

## LXXIX

JACQUES apoya la cabeza en el tabique de madera. El traqueteo del tren penetra en su cuerpo, se propaga en él, le exalta. Está solo en este departamento de tercera clase. Una temperatura de horno, a pesar de las puertas abiertas. Empapado en sudor, se ha desplomado sobre el asiento, en el lado de la sombra... Ya no es el ruido del tren lo que oye: es el rugido de un motor... El avión está en pleno cielo... Centenares, millares de papeles blancos se desparraman en el espacio...

La corriente de aire que acaricia su frente es caliginosa, pero el movimiento de las cortinillas produce una ilusión de frescura. Frente a él, su saco oscila con el balanceo. Es un saco de tela amarillenta, descolorido, repleto como el zurrón de un peregrino: viejo compañero, fiel hasta el último viaje... Jacques ha metido en él apresuradamente algunos papeles y un poco de ropa blanca, sin escoger, con una indiferencia total. Apenas si ha tenido tiempo de alcanzar el expreso. Se ha ajustado a las instrucciones de Meynestrel: ha salido de Ginebra en una hora, sin dejar dirección ni haber visto a nadie. No ha comido desde por la mañana; ni siquiera ha tenido tiempo de comprar cigarrillos en la estación. Poco importa. Lía partido. Y esta vez sí que es «la partida»: una partida solitaria y anónima, sin regreso. Si no fuera por este calor, por estas moscas que le ponen nervioso, por este ruido de yunque que le machaca el cerebro, se sentiría tranquilo. Tranquilo y fuerte. La angustia y la desesperación de los días que acaba de vivir están superadas.

Cierra los ojos un instante. Pero vuelve a abrirlos inmediatamente. No necesita ensimismarse para vivir su sueño...

Roza las crestas de las colinas, desciende hacia valles azules, rueda sobre prados, bosques y ciudades. Está sentado en la carlinga, detrás de Meynestrel. A sus pies se amontonan los manifiestos. Meynestrel hace una seña. El avión se ha acercado al suelo. Un hormigueo de capotes azules, de pantalones encarnados, de guerreras color gris verdoso... Jacques se agacha, coge un puñado de manifiestos y lo lanza. Ruge el motor. El avión enfila hacia el sol. Jacques se agacha, se levanta, va sembrando allá abajo, sin descanso, toda una nube de mariposas blancas. Meynestrel lo mira por encima del hombro. ¡Se ríe!

Meynestrel... Meynestrel es el elemento sólido en torno al cual gira la idea de su misión.

Jacques acaba de separarse de él. ¡Tan diferente esta mañana al Meynestrel de ayer! ¡El jefe de antaño! El cuerpo erguido, ademanes vivos y precisos. Vestido y calzado: acababa de salir. ¡Y desde el primer momento, aquella sonrisa triunfadora!: «Esto marcha! Tenemos suerte. Será más fácil de lo que yo creía. Podremos despegar dentro de tres días.» ¿Podremos? Jacques, a quien todavía le costaba trabajo comprender, había balbuceado algunas frases vagas: «... ciertas vidas preciosas..., que son el alma de un grupo..., que sería criminal arriesgar...» Pero el Piloto le había

hecho callar con una mirada; y el encogimiento de hombros que acompañaba a esta mirada dura, que lo humanizaba, parecía decir: «Ya no sirvo para nada ni para nadie...» Luego había enderezado el busto, hablando muy de prisa: «Basta de frases, muchacho...: es necesario que te marches inmediatamente a Basilea. Por múltiples razones. Partiendo de la frontera, nuestro avión estará inmediatamente sobre Alsacia... Cada uno a lo suyo: yo a preparar el pájaro, y tú los manifiestos. Lo primero, redactar el texto. Difícil; pero ya lo tendrás pensado. A continuación, imprimirlo. Para esto, Plattner. ¿No le conoces? Ahí tienes una nota para él. Es librero, en la Greifengasse. Tiene una imprenta y gente de confianza. Allí todos hablan igual de bien el alemán que el francés; te traducirán tu manifiesto; te tirarán un millón de ejemplares en los dos idiomas, con sólo unas noches de trabajo... Que todo esté preparado, a toda costa, para el sábado. Tres días enteros. No es imposible... No escribas. Ni a mí ni a nadie: el correo está vigilado. Si hubiera algo, ya te avisaré por uno que yo me sé. La dirección está aquí, en este sobre; ahí encontrarás otras instrucciones concretas. Y algunos mapas... ¡No; déjalo! Ya lo mirarás en el camino... Por consiguiente, quedamos citados junto a la frontera, en el sitio que yo escoja, y el día y a la hora que ya te indicaré... ¿De acuerdo?» Sólo entonces se habían dulcificado sus facciones, y la voz había temblado ligeramente: «Bien. Tienes un tren para Basilea a las doce y media.» Se había adelantado y puesto las manos sobre los hombros de Jacques: «Te lo agradezco... Me has hecho un buen servicio...» Su mirada se había humedecido. Por un instante, Jacques había creído que Meynestrel iba a estrecharle entre sus brazos. Pero, por el contrario, el Piloto había retirado sus manos con un movimiento áspero: «Hubiera terminado, fatalmente, haciendo cualquier tontería. Esto, por lo menos, puede servir.» Y, arrastrando la pierna izquierda, había empujado a Jacques hacia la puerta: «Vas a perder el tren. ¡Hasta pronto!»

Jacques se levanta y se acerca a la ventana en busca de un poco de aire. Mira al exterior; pero el paisaje familiar del lago y de los Alpes, bajo el cielo de agosto, resplandece por última vez delante de sus ojos sin que lo vea.

Jenny... Todavía ayer, sentado en aquel otro tren que le traía desde París, experimentaba un sufrimiento intolerable que le cortaba la respiración cuando el recuerdo de Jenny se apoderaba de él. ¡Tener una vez más entre sus manos la cabecita de ojos azules, meter sus dedos por entre esta melena, ver desde muy cerca extraviarse esta mirada y entreabrirse estos labios! ¡Sentir junto a sí este cuerpo joven, tan cálido y ágil, una vez más, aunque sólo fuera una vez!... Entonces se levantaba de un salto, salía del pasillo, asía con fuerza la baria de la ventana, y con los ojos cerrados, quebrantado y palpitante, permanecía allí ofreciendo su rostro a las dentelladas del viento, del humo y de la carbonilla... Ahora, puede pensar en ella sin sufrir tanto. Jenny reposa en su recuerdo: una muerta a quien se amó apasionadamente.

Lo irreparable lleva consigo el apaciguamiento. Desde que el objetivo está tan

cercano, todo —su existencia de ayer en París, las sacudidas de la última semana—, todo ha sufrido el mismo retroceso. Piensa en su amor, como cosa de su infancia: como un pasado lejano que ya nada lo puede resucitar. Lo que le queda de futuro, no es más que un mañana fulgurante...

Deja caer la cortinilla que había levantado maquinalmente. Hunde las manos en los bolsillos, y vuelve a sacarlas acto seguido, húmedas. ¡Este calor le exaspera; el polvo, el ruido, las moscas! Vuelve a sentarse; se quita el cuello, y acurrucado en un rincón, con un brazo colgando por la ventanilla, trata de reflexionar.

Queda por hacer lo importante: escribir este manifiesto del cual depende todo. ¡Es necesario que sea un relámpago en la noche, que llegue al corazón de estos hombres dispuestos a matarse mutuamente, que les llene de evidencia y les haga levantarse a todos con un mismo impulso!

Ya empiezan a danzar en su mente palabras sin hilación. Incluso se van formando frases con resonancia de mitin.

«Ejércitos enemigos...; ¿por qué enemigos? Franceses, alemanes...; azar del lugar de nacimiento... ¡Hombres, igualmente! Mayoría de obreros y de campesinos. ¡De trabajadores! ¡Trabajadores! ¿Por qué enemigos? ¿Nacionalidades distintas? ¡Pero intereses idénticos! ¡Todo los une! ¡Todo hace de ellos unos aliados naturales! ...»

Saca del bolsillo un block y un trozo de lapicero.

«¿Y si fuera anotando ya, por si acaso, lo que se me vaya ocurriendo?», se dice.

«Franceses, alemanes. ¡Todos hermanos! ¡Ambos sois iguales! ¡Igualmente víctimas! ¡Víctimas de falaces mentiras! ¡Ninguno de vosotros ha dejado voluntariamente a su mujer, a sus hijos, su casa, su fábrica, su tienda, su campo, para servir de blanco a otros trabajadores iguales que él! El mismo horror a la muerte. La misma repugnancia a matar. La misma convicción de que toda existencia es sagrada. La misma conciencia de que toda guerra es absurda. ¡El mismo deseo de evadirse de esta pesadilla, de recobrar cuanto antes esposa, hijos, trabajo y libertad y paz! ¡Y, sin embargo, hoy estáis frente a frente, con los fusiles cargados, dispuestos a mataros unos a otros en forma estúpida a la primera señal, sin conoceros, sin ningún motivo de odio, sin siquiera saber por qué os han obligado a convertirlos en asesinos!»

El tren aminoró la marcha y se detuvo.

«¡Lausana!»

Mil recuerdos... Su habitación de madera de pino, en la pensión Cammerzinn... Sophia... Para que no le conozcan, resiste a la tentación de apearse. Separa un poco la cortinilla. La estación, los andenes, el puesto de periódicos... Allí, en el andén número tres, estuvo paseando con Antoine una noche de invierno, antes de volver a París cuando la muerte de su padre... ¡Le parece que este viaje con su hermano se remonta a diez años antes!

La gente va y viene por el pasillo, cargada de maletas y niños. Pasan dos gendarmes, inspeccionando el tren. Una pareja de edad entra en el departamento y se instala en él. El hombre, un viejo obrero con las manos encallecidas por el trabajo y que se ha puesto para ir de viaje el traje de los domingos, se quita la chaqueta y la corbata, se seca la frente y enciende un cigarro. La mujer ha cogido la chaqueta, la dobla cuidadosamente y la pone sobre sus rodillas.

Jacques, hundido en su rincón, ha vuelto a coger su block. Febrilmente escribe:

«En menos de dos semanas, una locura colectiva y demoniaca. ¡Toda Europa! La prensa, las noticias falsas. ¡Todos los pueblos, embriagados por la misma mentira! ¡Lo que todavía ayer parecía imposible, odioso, se ha hecho inevitable, necesario y legítimo!... ¡En todas partes, las mismas masas fanatizadas artificialmente, excitadas hasta el paroxismo, dispuestas a precipitarse unas contra otras sin saber por qué! ¡Morir y matar se ha convertido en sinónimo de heroísmo, de suprema nobleza...! ¿Por qué todo esto? ¿Para quién? ¿Dónde están los responsables?»

Los responsables... Coge de su cartera una cuartilla doblada. Es una frase que Vanheede ha recogido para él de un libro sobre Guillermo II, una frase de un discurso pronunciado por el Kaiser: «Estoy persuadido de que la mayor parte de los conflictos entre las naciones es el resultado de las maniobras y ambiciones de algunos ministros, que utilizan estos procedimientos criminales con el único objeto de conservar su poder y acrecentar su popularidad.»

«Habría que encontrar el texto alemán —se dice Jacques— para poder decirles: “¡Ved! ¡Vuestro mismo Kaiser!”...»

»Volver a encontrar el texto. ¿Dónde? ¿Cómo?... ¿Vanheede? Imposible escribirle: Meynestrel lo ha prohibido... ¡Encontrar el texto!... ¿En la biblioteca de Basilea? Pero ¿y el título del libro? ¡Y el tiempo de buscarlo!... No... Sin embargo... ¡Encontrar el texto!...» La sangre se le sube a la cabeza, le aturde. «Los responsables..., los responsables...» Se agita, cambia de postura. Esta gente le exaspera. La vieja, extrañada, le sigue con la mirada fijamente. Está sentada frente a él, en un asiento que le resulta demasiado alto; lleva botas negras y medias blancas; los vaivenes del tren hacen que sus cortas piernas se balanceen... «Los responsables... Encontrar el texto.» Como la vieja le siga mirando... La vieja coge de su bolsón una rebanada de pan y unas ciruelas; mastica con lentitud y escupe los huesos en el hueco de su mano, en la cual brilla un anillo de boda. Una mosca, que la mujer no parece notar, se pasea por su frente, como sobre un cadáver... ¡Intolerable!

Se levanta.

¿Cómo encontrar el texto?... ¿En Basilea? No; sería trabajo perdido... Demasiado tarde... Sabe que no lo encontrará.

Ansiando un poco de frescura, sale al pasillo y se coge con las dos manos a la ventanilla. Unos nubarrones sombríos aparecen ahora en las cimas de los Alpes.



«Va a haber tormenta. Por eso hay tanto bochorno...», se dice mentalmente.

El lago, visto desde arriba, tiene la densidad del mercurio y un brillo mortecino. Las viñas sulfatadas, que llegan hasta la orilla, tienen un azul de pescado.

«Los responsables... Cuando se busca a un incendiario, lo primero que uno se pregunta es a quién beneficiará el incendio...» Se seca la cara, vuelve a coger el lápiz, y de pie, con la espalda apoyada en la puerta, tratando de sentirse indiferente a todo, a la vieja, a este ambiente de tormenta, a las moscas, al ruido, a las sacudidas, al paisaje, a todo el universo, escribe febrilmente:

«¡Una fuerza oculta, el Estado, ha dispuesto de vosotros como el granjero dispone de su rebaño!... ¡El Estado! ¿Qué es el Estado? El Estado francés, el Estado alemán, ¿son los representantes auténticos y autorizados del pueblo? ¿Los defensores de los intereses de la mayoría? ¡No! ¡El Estado, en Francia como en Alemania, es el representante de una minoría, es el encargado de negocios de una asociación de especuladores cuyo dinero les ha dado el poder, y que son hoy dueños de los Bancos, de las grandes sociedades, de los transportes, de los periódicos, de las fábricas de armamento, de todo! ¡Dueños absolutos de un sistema social avasallador, que beneficia a unos pocos a costa de los más! ¡Estas últimas semanas hemos visto este sistema en funcionamiento! ¡Hemos visto cómo su maquinaria complicada rompía una a una todas las resistencias pacíficas! ¡Y él es hoy lo que nos lanza con la bayoneta calada a la frontera, en defensa de unos intereses que os son extraños, que son incluso funestos para la inmensa mayoría de vosotros!... ¡Aquellos que van a hacerse matar tienen el derecho de saber a quién va a beneficiar su sacrificio! ¡El derecho a saber, antes de dar su pellejo, a quién se lo dan y para qué!...

»¡Pues bien: los primeros responsables son esas minorías de explotadores públicos, los grandes financieros, los grandes industriales, quienes de país en país se hacen una competencia encarnizada y que no vacilan hoy en inmolar al rebaño para consolidar sus privilegios, para acrecentar más aún su prosperidad! ¡Una prosperidad que, lejos de enriquecer a las masas y mejorar su suerte, no servirá sino para sujetar todavía más a aquellos de vosotros que escapen de la matanza!...

»Pero estos explotadores no son los únicos explotadores. En todos los países se han asegurado, entre los componentes de los gobiernos, valedores y auxiliares... Entre los responsables está, en segunda fila, ese puñado de hombres de Estado megalómanos, denunciados por el mismo Kaiser...»

«Hay que encontrar el texto —se dijo—. Hay que encontrar el texto.»

«... ese puñado de charlatanes, de ministros, de embajadores, de generales ambiciosos que, a la sombra de las diplomacias y de los Estados Mayores, con sus intrigas y sus maniobras políticas, se han jugado fríamente vuestra vida sin consultaros, sin siquiera advertiros, a vosotros, pueblo francés y pueblo alemán, que sois la puesta que se juegan... Porque así es: en esta Europa democratizada del

siglo xx, ningún pueblo ha sabido reservarse la dirección de su política exterior; y ninguno de esos Parlamentos que vosotros habéis elegido y que debieran representaros, ha tenido nunca conocimiento de esos compromisos secretos que de la mañana a la noche os han precipitado —a todos— en la matanza.

»Y detrás de estos grandes responsables están finalmente, tanto en Francia como en Alemania, todos aquellos que más o menos conscientemente han hecho posible la guerra, bien favoreciendo las especulaciones de la alta Banca, bien alentando con su aprobación partidista las ambiciones de los hombres de Estado. ¡Éstos son los partidos conservadores, las organizaciones patronales, la prensa nacionalista! ¡Son también las Iglesias, cuyos clérigos constituyen de hecho, en casi todas partes, una especie de policía espiritual al servicio de las clases pudientes; las Iglesias que, traicionando su deberes sobrenaturales, se han convertido en todas partes en aliados y rehenes del poder del dinero!»

Se detiene y trata en vano de releer. La crispación de sus dedos sobre el trozo de lápiz, su fiebre, su postura incómoda y los vaivenes del tren hacen su letra casi indescifrable.

«Hay que hacer una selección de entre todo esto —se dice—. Está mal... Plagado de redundancias... Demasiado largo... Para convencer hay que ser denso y breve... ¡Pero para que puedan reflexionar, desengañarse, necesitan también conocer las cuestiones fundamentales!... ¡Muy difícil!»

Ya no puede seguir de pie. Sentarse. Estar solo... Recorre el pasillo, busca un compartimiento vacío; todos están ocupados y llenos de ruido. No tiene más remedio que volver a su sitio.

El sol, que empieza a ponerse, llena el vagón de una luz dorada, rojiza y cegadora. El hombre ronca, adormilado por el calor, apoyado sobre un codo y con el cigarro apagado entre los labios. La vieja, siempre con la chaqueta sobre sus rodillas juntas, se abanica con un periódico; el aire hace oscilar sus mechones grises. Evita la mirada de Jacques; pero éste sorprende en todo momento, fija en él, una mirada furtiva, desaprobatoria y severa.

Entonces se cruza de brazos, cierra los ojos y cuenta hasta cien, para conservar la calma. Y bruscamente, agotado por el cansancio, se duerme.

Se despierta sobresaltado, asombrado de haberse dormido. ¿Qué hora es? El tren aminora la marcha. ¿Dónde estamos ya? Sus compañeros de viaje están de pie: el hombre ha vuelto a ponerse la chaqueta y ha encendido de nuevo la colilla; la mujer cierra su enorme bolsa... Con la mente aturdida, Jacques trata de reconocer la estación. ¿Berna? ¿Ya?

—*Grüetzi*<sup>[32]</sup> —dice el hombre, al pasar por delante de él.

Hay mucha gente en el andén. El tren es tomado por asalto. El departamento es invadido por una familia locuaz que habla en alemán: la madre, la abuela, dos niñas

pequeñas y una criada. Las redecillas ceden bajo un revoltijo de cestas de comida y de juguetes infantiles. Las mujeres tienen la cara cansada y temerosa. Las chiquillas, nerviosas a causa del calor, regañan para ocupar los rincones libres. Sin duda se trata de personas que la guerra ha sorprendido en vacaciones, y que vuelven a su país; el padre se habrá incorporado a su regimiento desde el primer día.

El tren vuelve a arrancar.

Jacques huye al pasillo, que está lleno de viajeros de pie, hombres en su mayor parte.

A su izquierda, tres hombres jóvenes, suizos, hablan, en voz alta, en francés.

—Viviani conserva la presidencia del Consejo, pero sin cartera.

—¿Quién es ese Doumergue que se encarga de Asuntos Extranjeros?

A la derecha, dos viajeros, un estudiante joven con la cartera debajo del brazo, y un hombre de edad que usa lentes, un profesor tal vez, leen los periódicos someramente.

—¿Ha visto? —dice el estudiante, burlón, pasando a su compañero el *Journal de Genève*—. ¡El Papa tiene buenas ocurrencias! ¡Acaba de lanzar un *Llamamiento a los católicos del mundo*!

—¿Y qué? —responde el otro—. Lo quieras o no, todavía hay en el mundo millones de católicos. ¿El anatema del Papa? Pues si fuera formal y prohibitivo... ¡Y si fuera lanzado antes de que esto empiece!...

—Lea —prosigue el estudiante—. ¿Cree usted, tal vez, que condena la guerra solemnemente? ¿Que desautoriza a los Poderes públicos? ¿Que confunde sin distinción a todos los Estados beligerantes con una excomunión general? ¡Espacio! ¿Y la prudencia apostólica? No, no... Todo lo que se le ha ocurrido decir a todos esos millones de católicos que mañana serán armados para matar y que sin duda esperaban sus órdenes para tranquilizar su conciencia, no es: «¡No matarás! ¡Niégate!», lo que efectivamente puede que hubiera hecho la guerra imposible. ¡No! Se limita decir cariñosamente: «¡Id a la guerra, hijos míos!... ¡Id a la guerra, pero no olvidéis *elevantas vuestras almas hacia Jesucristo!*»

Jacques escucha, distraído. De repente recuerda a un sacerdote movilizado que vio en algún sitio. ¿En dónde? En la estación del Norte, al acompañar a Antoine... Era un curita joven y deportivo, de mirada brillante (del tipo de «cura de patronato», «educador de jóvenes»), que llevaba dos mochilas cruzadas encima de la sotana, recogida ésta sobre unas botas de alpinista completamente nuevas, y un gorro cuartelero, de sargento, ladeado sobre la oreja con coquetería... La estación del Norte; Antoine... Antoine, Daniel, Jenny... Todos aquellos que su recuerdo evoca involuntariamente y todos estos hombres y estas mujeres que le rodean, forman parte de este mundo al que ya no pertenece, este mundo de los vivos, para los cuales existe el futuro y que continuarán su camino sin él...

A la izquierda, los tres jóvenes suizos comentan con indignación el ultimátum dirigido por Alemania a Bélgica.

Jacques da un paso hacia ellos y aguza el oído.

—Estaba puesto en un aviso: un cuerpo de ejército alemán ha rebasado la frontera belga esta noche y marcha sobre Lieja.

Un hombre todavía joven sale de un compartimiento vecino para mezclarse con el grupo. Es belga. Vuelve apresuradamente a Namur para alistarse.

—Yo soy socialista —declara, acto seguido—; ¡pero precisamente por eso mismo no puedo aceptar que la Fuerza se imponga al Derecho!

Habla mucho. Levanta la voz. Condena la barbarie teutónica; exalta la civilización occidental.

Se acercan otros viajeros. Todos encuentran igualmente repulsivo el cinismo del gobierno alemán.

—La Cámara belga se ha reunido esta mañana —dice un hombre de unos cincuenta años que habla el francés con fuerte acento tudesco—. ¿Cree usted que los socialistas votarán los créditos para la defensa nacional?

—¡Como un solo hombre, señor mío! —exclama el belga, lanzando una llameante mirada de desafío a su interlocutor.

Jacques no ha dicho ni palabra. Sabe que el belga está en lo cierto. Pero recuerda con irritación la actitud de los socialistas belgas en Bruselas, sus protestas de pacifismo integral... Vandervelde... El jueves anterior; ¡no hace todavía seis días!...

—También es hoy cuando se reúne la Cámara en París, para votar los créditos de guerra —dice uno de los suizos.

—¡En París sucederá lo mismo! —afirma el belga con vehemencia—. En todos los países aliados, los socialistas votarán los créditos sin ninguna duda. ¡Tenemos a la Justicia con nosotros!... Pista guerra nos ha sido impuesta. ¡En esta lucha contra el militarismo prusiano, todo verdadero socialista debe encontrarse en primera fila! —Mientras habla, no deja de mirar de arriba abajo al individuo con acento germánico, que se ha quedado silencioso.

¡En socorro de la Patria amenazada! ¡Contra el imperialismo alemán! Es el estribillo de todos. En los últimos periódicos de izquierda que Jacques ha leído ayer, se encontraba por todas partes la misma consigna: en todas partes, los socialistas renunciaban a la oposición. Todavía ayer se anunciaban algunas reuniones diseminadas en los barrios extremos, pero era «¡para deliberar acerca de los medios de ayudar a las familias de los movilizados!» La guerra se había convertido en un hecho; un hecho aceptado sin protesta. El número de *La Guerre Sociale* era especialmente significativo. Gustavo Hervé, en primera página, tenía la desfachatez de escribir: «Jaurès, tienes la felicidad de no asistir al derrumbamiento de nuestro bello sueño... ¡Pero te compadezco porque hayas tenido que partir sin haber visto cómo nuestra raza nerviosa, entusiasta e idealista, ha aceptado ir a cumplir su doloroso deber!...» Y aún más significativo era el «Manifiesto a los ferroviarios», lanzado por el Sindicato de Ferrocarriles, que todavía ayer afirmaba con tanta violencia su antinacionalismo: «¡Ante el peligro común desaparecen las viejas

rencillas! ¡Socialistas, sindicalistas, revolucionarios todos, vosotros haréis fracasar los cálculos mezquinos de Guillermo, y seréis los primeros en contestar al llamamiento cuando se oiga la voz de la República!»

«¡Qué farsa!... —se decía Jacques—. ¡Por fin se ha realizado en todos los países esta unión de todos los partidos populares que parecía imposible! ¡Y se ha realizado precisamente “por” la guerra! ¡Mientras que si hubiera sido realizada “contra”...! ¡Qué farsa! ¡Los partidarios de la Internacional se muestran unánimes hoy en todas partes en aceptar el conflicto “nacionalmente”! ¡Cuando hubiera bastado para impedirlo, hace quince días, que se hubieran mostrado unánimes en declarar la huelga general preventiva!...» El único y postrero eco de independencia lo había encontrado Jacques en un periódico inglés, el *Daily News*, en un artículo que tenía el tono de un manifiesto, escrito antes del ultimátum a Bélgica. Se denunciaba en él el nacimiento de los primeros síntomas belicistas en la opinión británica; y se proclamaba en él, con firmeza, el deber en que Inglaterra se encontraba de defenderse del contagio, de conservar su libertad, su neutralidad de árbitro, de no intervenir en ningún caso, «incluso» si alguno de los ejércitos enemigos se atrevía a violar la frontera belga. Sí... ¡Pero hoy, Inglaterra anunciaba oficialmente que ella también entraba generosamente en la danza macabra!

La voz vibrante del socialista belga se eleva en el pasillo:

—¡El mismo Jaurès hubiera sido el primero en dar el ejemplo! ¿Jaurès, señor mío? ¡Hubiera corrido a alistarse!

«Jaurès... —se dijo Jacques—. ¿Hubiera impedido las deserciones? ¿Se hubiera mantenido firme hasta el final?» De repente vuelve a verse con Jenny, delante del café de la calle Montmartre..., la muchedumbre silenciosa, expectante en la noche..., la ambulancia... «Hoy es cuando lo entierran —piensa—. ¡Con flores, discursos, banderas tricolores y marchas militares! Han acaparado el cadáver ilustre para blandirlo en nombre de la patria... Verdaderamente, si el féretro de Jaurès atraviesa ese París movilizadísimo sin que se produzca un motín, es que todo ha terminado, es que la Internacional Obrera está muerta definitivamente y la entierran con él...»

Sí; de momento, todo está terminado en las ciudades magnetizadas; en la retaguardia, efectivamente, todos los resortes están rotos por ahora. Pero en la línea de fuego, los desgraciados que han tomado contacto con la guerra, éstos, con toda seguridad, no esperan sino una señal para romper su infernal embrujamiento... ¡Una chispa, y la sublevación liberadora estallará por fin!

Frases aisladas se formaban de nuevo en su mente: «Sois jóvenes y con vitalidad... Os envían a la muerte... ¡Os arrancan la vida por la fuerza! ¿Y para qué? ¡Para meter capitales nuevos en las cajas de los grandes banqueros!...» Toca su block en el fondo del bolsillo. ¿Pero cómo tomar notas con este movimiento y este ruido? Por otra parte, antes de veinte minutos estará en Basilea. Tendrá que salir en busca de Platinen, procurarse un alojamiento, un sitio donde trabajar...

De repente toma una decisión. Ha hecho bien en dormir. Se siente lúcido y

enérgico. Plattner puede esperar. Sería estúpido dejar desaparecer esta fiebre que le domina. En lugar de correr a la ciudad, se refugiará en un rincón de la sala de espera; y estas frases que bullen y se comprimen en su mente, las volcará aún calientes sobre el papel... En la sala de espera, o bien en la cantina, porque se muere de hambre.

## LXXX

¡ASILO inesperado! La «Restauration Dritterklasse» es tan vasta que los clientes, a pesar de ser numerosos, no ocupan sirio el centro del local: el fondo está completamente desierto.

Jacques ha escogido una mesa grande que está junto a la pared y rodeada por otras mesas, también grandes y desocupadas. Se ha quitado la chaqueta, y desabrochado el cuello. Ha devorado una sabrosa ración de ternera, generosamente mechada, bien pasada por el horno y guarnecida de zanahoria. Se ha bebido toda una botella de agua helada.

En el techo zumban los ventiladores. La sirvienta ha puesto ante él recado de escribir, junto a una aromática taza de café.

Un muchacho circula por delante del mostrador, con una bandeja: «*Cigarette!*, *cigaretten!*» ¡Ah, sí; *cigaretten!*... Después de doce horas de abstención, la primera chupada es una delicia. Un bienestar embriagador, un nuevo impulso de vida, corren por sus venas y hacen temblar sus manos. Inclinado sobre la mesa, con la frente arrugada y guiñando los ojos a causa del humo, no espera, no trata de ordenar sus ideas. La poda se hará más tarde, con la cabeza tranquila...

Su pluma galopa ya sobre el papel, con impaciencia voraz.

«¡Franceses o alemanes, todos habéis sido engañados!

»Esta guerra os ha sido presentada, en los dos campos, no solamente como una guerra defensiva, sino como una lucha por el Derecho de los Pueblos, la Justicia y la Libertad. ¿Por qué? ¡Porque se sabía perfectamente que ni un obrero ni un campesino de Alemania, ni un obrero ni un campesino de Francia, hubiera dado su sangre para una guerra ofensiva, para una conquista de territorios o de mercados!

»Se os ha hecho creer, a todos, que ibais a batiros para aplastar el imperialismo militar del vecino. ¡Como si todos los militarismos no fueran iguales! ¡Como si el nacionalismo belicoso no hubiera tenido durante estos últimos años tantos partidarios en Francia como en Alemania! ¡Como si desde hace años los imperialismos de vuestros dos gobiernos no hubieran incubado los mismos riesgos de guerra!... ¡Os han engañado! ¡Se os ha hecho creer a todos que ibais a defender vuestra patria contra la agresión criminal de un invasor, mientras que vuestros Estados Mayores, tanto el francés como el alemán, estudiaban, desde hace años y con la misma ausencia de vergüenza, los medios para ser cada cual el primero en desencadenar una ofensiva fulminante! ¡Mientras que en vuestros dos ejércitos, vuestros jefes trataban de asegurarse las ventajas de esta “agresión”, que fingen hoy achacar al adversario, para justificar a vuestros ojos esta guerra *que ellos mismos preparaban!*

»¡Os han engañado! Los mejores de entre vosotros creen de buena fe sacrificarse por el Derecho de los Pueblos, ¡cuando la verdad es que no se ha tenido nunca en cuenta ni a los Pueblos ni al Derecho, sino en los discursos oficiales!; ¡cuando la

verdad es que ninguna de las naciones embarcadas en la guerra ha sido consultada mediante un plesbiscito!; ¡cuando la verdad es que todos vosotros sois enviados a la muerte por el juego de unas alianzas secretas, viejas y arbitrarias, cuyos términos desconocéis y que ninguna de vosotros hubiera firmado!... ¡A todos os han engañado! Vosotros, franceses engañados, habéis creído que había que cerrar el paso a la invasión germánica, y defender a la Civilización contra la amenaza de la Barbarie. Vosotros, alemanes engañados, habéis creído que vuestra Alemania estaba cercada, que el destino del país estaba en juego, que había que salvar vuestra prosperidad nacional expuesta a las apetencias extranjeras. Y todos, alemanes o franceses, cada uno por vuestro lado, engañados de la misma manera, habéis creído de buena fe que sólo para vosotros esta guerra era una guerra santa; que por amor patriótico, sin regatear, era necesario hacer, en aras “al honor” de vuestra nación, “al triunfo de la Justicia”, el sacrificio de vuestra felicidad, de vuestra libertad y de vuestra vida... ¡Os han engañado! ¡Contaminados en pocos días por esta excitación ficticia que una propaganda desvergonzada ha terminado por comunicaros, todos vosotros, que seréis sus víctimas, habéis partido heroicamente, unos contra otros, al primer llamamiento de vuestra patria respectiva, a la que ningún peligro real ha amenazado nunca! ¡Sin comprender que erais, por ambas partes, el juguete de vuestras clases dirigentes! ¡Sin comprender que erais el importe de su puesta, la moneda que ellos despilfarran para satisfacer sus deseos de dominación y de lucro!

»¡Porque exactamente con las mismas mentiras, es como los poderes constituidos de Francia y Alemania os han engañado alevosamente! ¡Nunca los gobiernos de Europa habían hecho gala hasta ahora de un cinismo tal, preparado semejante arsenal de argucias, para multiplicar las calumnias, sugerir falsas interpretaciones, divulgar noticias falsas, sembrar por todos los medios este pánico y este odio que necesitaban para hacer de vosotros sus cómplices!... En pocos días, sin siquiera haber tenido tiempo de calibrar la enormidad del sacrificio que se exige de vosotros, habéis sido acuartelados, equipados y empujados al crimen y a la muerte. ¡Todas las libertades, suprimidas de un golpe! ¡En los dos campos, el estado de sitio proclamado el mismo día! ¡En los dos campos, una dictadura militar implacable! ¡Y pobre del que quisiera razonar, pedir cuentas, negarse! Por otra parte, ¿quién de vosotros hubiera podido hacerlo? ¡Ignorabais toda la verdad! ¡Vuestra única fuente de información era la prensa oficial, *la mentira nacional*! ¡Todopoderosa en el corazón de sus fronteras cerradas, esta prensa no tiene ya más que una voz: la voz de aquellos que os mandan y para quienes vuestra crédula ignorancia y vuestra docilidad son indispensables a la realización de sus fines!

»¡Vuestra falta ha sido no prevenir el incendio cuando todavía era tiempo! ¡Vosotros podíais impedir la guerra! No habéis sabido agrupar vuestra aplastante mayoría de hombres pacíficos, ni organizarla, ni hacerla intervenir a su debido tiempo de una forma coherente y decisiva, para desencadenar contra los incendiarios un movimiento de todas las clases sociales, de todos los países, e imponer a los



gobiernos de Europa vuestros deseos de paz.

»Ahora, una disciplina implacable ha amordazado en todas partes las conciencias individuales. En todas partes habéis sido reducidos a la sumisión ciega de un animal con los ojos vendados... ¡Nunca ha conocido la humanidad una tal disminución, un tal ahogo de la inteligencia! ¡Nunca las fuerzas del poder han impuesto a los espíritus una abdicación tan total, ni amordazado tan ferozmente las aspiraciones de las masas!»

Jacques aplasta en su plato la colilla que le quema los labios. Con gesto irritado, echa hacia atrás el mechón y se seca el sudor que le corre por las mejillas, «... ¡ni amordazado tan ferozmente las aspiraciones de las masas!» La sonoridad de estas palabras vibra en sus oídos, como si las hubiera lanzado personalmente y con toda la fuerza de sus pulmones, frente a estos dos ejércitos que su alucinación pone realmente ante él. Siente el mismo transporte, el mismo tumulto de la sangre, la misma superación de sí mismo que le electrizaban antaño cuando un súbito impulso de fe, de cólera y de amor, una fogosa necesidad de convencer y de arrastrar, le lanzaban a la tribuna de un mitin y le levantaban de repente por encima de las masas y de si mismo, en la embriaguez de la improvisación. Sin encender el cigarrillo que ha sacado, deja de nuevo correr su pluma.

«¡Ahora ya habéis saboreado su guerra!... ¡Habéis oído el silbido de las balas, las quejas de los heridos, de los moribundos! ¡Ahora ya podéis daros cuenta del horror de las carnicerías que se os preparan!... ¡Ahora ya, la mayor parte de vosotros, desengañados, sentís temblar en lo más íntimo de vuestras conciencias la vergüenza de haberos dejado engañar tan fácilmente! El recuerdo de los seres queridos, a los cuales habéis tenido que abandonar tan de prisa, os acosa. ¡Bajo la presión de las realidades, vuestros espíritus se despiertan y vuestros ojos se abren por fin! ¿Qué sucederá cuando hayáis comprendido por qué móviles inconfesables, por qué esperanzas de conquista y hegemonía, por qué ventajas materiales —ventajas que os son extrañas y de las cuales ninguno de vosotros se beneficiará nunca—, el feudalismo del dinero, dueño y señor de esta guerra, os impone este sacrificio monstruoso?

»¿Qué se ha hecho de vuestra libertad, de vuestra conciencia, de vuestra dignidad de hombres? ¿Qué se ha hecho de la felicidad de vuestros hogares? ¿Qué se ha hecho del único tesoro que un hombre del pueblo tiene que defender, o sea su vida? ¿Es que el Estado francés, el Estado alemán, tienen entonces derecho de arrancaros de vuestra familia, de vuestro trabajo, y de disponer de vuestra piel contra vuestros intereses personales más evidentes, contra vuestra voluntad, contra vuestras convicciones, contra vuestros instintos más humanos, puros y legítimos? ¿Quién entonces les ha otorgado sobre vosotros este monstruoso derecho de vida y muerte? ¡Vuestra ignorancia! ¡Vuestra pasividad!

»¡Un instante de reflexión, un movimiento de rebeldía, y aún podéis libertaros!

»¿Seréis incapaces? ¿Esperaréis bajo el luego de los cañones, entre los peores sufrimientos físicos y morales, esta paz lejana, que vosotros, los primeros inmolados, no conoceréis nunca?; ¿esta paz que ni siquiera vuestros hermanos menores, reclutados en masa para reemplazaros en la línea de fuego, y como vosotros sacrificados en hecatombes “gloriosas”, no conocerán sin duda más que vosotros?

»¡No digáis que es demasiado tarde, que no podéis hacer otra cosa que resignaros con la servidumbre y la muerte! ¡Eso sería cobardía!

»¡Y eso sería falso!

»Muy al contrario: ¡ha llegado el momento de sacudir el yugo! ¡Sólo de vosotros depende la reconquista de esta libertad, de esta seguridad, de esta alegría de vivir y de esta felicidad que os ha sido arrebatada!

»¡Reaccionad cuando todavía estáis a tiempo! ¡Disponéis de un medio, de un medio infalible, para poner a vuestros Estados Mayores en la imposibilidad de continuar esta matanza fratricida! ¡Este medio es negaros a luchar! Es minar brutalmente su autoridad con una rebelión colectiva.

»¡Podéis hacerlo!

»¡Podéis hacerlo, MAÑANA MISMO!

»¡Podéis hacerlo, y sin correr ningún riesgo de represalias!

»Pero para esto se requieren tres condiciones, tres condiciones imprescindibles: que vuestro levantamiento sea *súbito*, que sea *general* y que sea *simultáneo*.

»Súbito, porque no hay que dejar a vuestros jefes tiempo de tomar contra vosotros medidas preventivas. General y simultáneo, porque el éxito depende de una *acción de masas* desencadenada a ambos lados de la frontera. Si sois cincuenta en negaros al sacrificio, seréis pasados por las armas implacablemente. Pero si sois quinientos, si sois mil, diez mil; si os subleváis en masa, en los dos campos a la vez; si vuestro grito de rebeldía se propaga, de regimiento en regimiento, en vuestros dos ejércitos; si hacéis estallar por fin la fuerza invulnerable del número, entonces *¡ninguna, represión es posible!* ¡Y los jefes que os mandan, y los gobiernos que os han dado estos jefes, se encontrarán en pocas horas paralizados para siempre en el centro de su potencia criminal!

»¡Comprended todos la solemnidad de este instante decisivo! Para recuperar instantáneamente vuestra independencia, precisan tres únicas condiciones, y las tres dependen única y exclusivamente de vosotros mismos: es necesario que vuestro levantamiento sea **SÚBITO, UNÁNIME Y SIMULTÁNEO.**»

Su rostro está contraído, su respiración es entrecortada y jadeante. Se detiene un momento. Levanta hacia la ventana una mirada de ciego. El mundo real se ha desvanecido: no ve nada, no oye nada; ya no tiene ante sí más que a esta multitud de condenados que vuelven hacia él sus semblantes llenos de angustia.

«¡Franceses y alemanes! ¡Sois hombres, sois hermanos! ¡En nombre de vuestras madres, de vuestras mujeres, de vuestros hijos; en nombre de lo más noble que hay en vosotros; en nombre de ese impulso creador venido de los siglos de los siglos y que tiende a hacer del hombre un ser justo y razonable, aprovechad esta última oportunidad! ¡La salvación está a vuestro alcance! ¡En pie! ¡Todos en pie! ¡Antes de que sea demasiado tarde!

»Este llamamiento se lanza hoy, al mismo tiempo, en millares y millares de ejemplares, igual en Francia que en Alemania, sobre todo vuestro frente de combate. ¡En este preciso momento, en vuestros dos campos, millares de corazones franceses y alemanes tiemblan con la misma esperanza! ¡Sincrónicamente se alzan millares de puños, y millares de conciencias optan por la rebeldía y por el triunfo de la vida contra la mentira y la muerte! ¡Valor! ¡No dudéis! ¡Cualquier retraso puede perderos! ¡Es necesario que vuestro levantamiento se produzca MAÑANA MISMO!

»¡MAÑANA, a la misma hora, A LA SALIDA DEL SOL. franceses y alemanes, TODOS A UNA, en un mismo impulso de heroísmo y amor fraternal, levantad vuestras manos, tirad vuestras armas y exhalad el mismo grito de liberación!

»¡TODOS EN PIE, EN CONTRA DE LA GUERRA! ¡PARA IMPONER A LOS ESTADOS EL RESTABLECIMIENTO INMEDIATO DE LA PAZ!

»¡TODOS EN PIE, MAÑANA. CON EL PRIMER RAYO DE SOL!»

Deja cuidadosamente la pluma en el tintero.

Su busto se endereza lentamente y se aparta un poco de la mesa. Tiene los ojos bajos. Sus movimientos son dulces, callados, silenciosos, como si temiera espantar a un pajarillo. Toda contracción ha desaparecido de su rostro. Parece esperar algo así como la realización de un fenómeno interno, un poco doloroso: tal vez que el corazón se le apacigüe, que las sienas le dejen de latir tan fuerte, que su lenta vuelta a la realidad se lleve a cabo sin demasiado sufrimiento... Recoge maquinalmente las cuartillas, cubiertas de una escritura febril y sin tachaduras. Las dobla, las palpa y, de repente, las apoya con fuerza contra su pecho. Su cabeza se inclina un instante; y sin mover los labios, murmura, como una plegaria: «... devolver la paz al mundo...»

## LXXXI

PLATTNER ha alojado a Jacques con una anciana, madre de un militante llamado Stumpf, al cual el Partido acaba de enviar en misión. Jacques está obligado a vivir en Basilea para trabajar en la librería. Plattner le ha entregado un contrato en regla. Si la policía, especialmente activa desde las declaraciones de guerra, se inquieta por su presencia, podrá declarar un empleo y un domicilio.

La casa de la vieja señora Stumpf, situada en la Pequeña-Basilea, en el miserable barrio de la Erlenstrasse —no lejos de la Greifengasse, donde Plattner tiene la tienda—, es una casucha ruinoso, predestinada a ser derruida. La habitación alquilada a Jacques forma un estrecho pasillo y tiene una ventana baja en cada extremo. Una de ellas, sin cristales, da al patio. De éste sube un hedor a basura y verduras fermentadas. La otra da a una calle, y casi, con sólo salvar la calzada, a los muelles carboníferos de la estación badense; es decir, a territorio alemán o poco menos. En el techo, y tan cerca de la cabeza que se las puede alcanzar con la mano, se alinean las tejas calentadas por el sol y de las que emana noche y día una temperatura de horno.

Aquí, en esta estufa, es donde Jacques se encierra para redactar su manifiesto, sin más alimento que el tazón de café y la torta de grasa de oca que la anciana mamá Stumpf deja por la mañana delante de su puerta. Algunas veces, hacia el mediodía, la temperatura se hace tan agobiante que Jacques tiene que salir. Pero apenas está fuera, echa de menos su cuchitril y se apresura a volver a él. Se mete otra vez en la cama, y aquí, empapado en sudor y con los ojos cerrados, reanuda impaciente el hilo de su sueño... El avión en pleno cielo... Sentado detrás de Meynestrel, se inclina, coge puñados de manifiestos y los lanza al espacio... El rugido del motor se confunde con el latido de su sangre. Este pájaro de grandes alas es él mismo, y estos mensajes los arranca de su corazón para sembrarlos sobre el mundo... «¡*Todos en pie, mañana, a la salida del sol!*» Las diversas partes del manifiesto se van ordenando. Las frases han tomado forma poco a poco. Se las sabe de memoria. Acostado, con la mirada en el techo, las recita sin parar. Algunas veces se levanta de un salto y corre a su mesa, para modificar un párrafo o alterar una palabra. Luego, se vuelve a la cama. Apenas si distingue el ambiente miserable que le rodea. Vive entre sus visiones... Ve la insurrección cada vez más próxima... En los puestos de mando, los oficiales se ponen de acuerdo, los secretarios enloquecen; las comunicaciones con el Cuartel General están cortadas. Todo represión es imposible. Si todavía quieren salvar las apariencias, los gobiernos no tienen sino un recurso: firmar apresuradamente un armisticio...

Su obsesión le roe y le sostiene, como le roe y le sostiene el café. No puede pasarse sin la una y sin el otro. Cuando una obligación urgente —una breve visita a la librería, o incluso un simple encuentro en la escalera con la señora Stumpf— le aleja por un instante de su sueño, siente un gran malestar y tiene que volver precipitadamente a su soledad, como un intoxicado a su droga. E inmediatamente

recobra la tranquilidad; pero no es precisamente la calma, sino más bien una especie de fiebre activa y feliz... En ocasiones, cuando el temblor de su mano le obliga a dejar de escribir, o cuando descubre en el trozo de espejo sujeto a la pared su rostro reluciente de sudor, con sus mejillas hundidas, su mirada de hechizado, por primera vez en su vida se le ocurre la idea de que está enfermo. Y esta idea lo hace sonreír.

¿Qué importa ahora?... Durante la noche ardiente, en que no consigue cerrar los ojos, en que se levanta cada diez minutos para mojar una toalla en el lavabo y refrescarse su cuerpo abrasado, permanece un momento ante la claraboya. Es como si se asomara al Infierno: en el estrépito de los muelles, un ejército de ferroviarios huye a la luz de los arcos voltaicos; más lejos, en la noche de los depósitos, los camiones tocan sus bocinas, chocan las vagonetas y corren luces en todos los sentidos. Y más lejos aún, en las vías relucientes, trenes interminables pitan y maniobran antes de sumirse uno tras otro en las tinieblas de la Alemania en guerra. Entonces sonríe. Sólo él lo sabe. Sólo él sabe que toda esta agitación es inútil... La liberación se acerca... El manifiesto está escrito. Kappel hará la versión alemana. Plattner tirará un millón doscientos mil ejemplares... En Zurich, Meynestrel prepara el avión... ¡Algunos días más! «¡Todos en pie, mañana, al primer rayo de sol!»...

Después de cuarenta y ocho horas de este trabajo febril, se decide a entregar su manuscrito. «Hay que tenerlo todo preparado para el sábado», ha dicho Meynestrel...

Plattner está en la trastienda de su librería, entre sus fardos de papel, tras la doble puerta de hule y con todos los postigos cerrados a pesar de lo temprano de la hora. Es un hombre de unos cuarenta años, pequeño, feo, mal encarado; sufre del estómago y le huele muy mal el aliento. Su tórax abombado como la pechuga de un pájaro, la cabeza pelada, el cuello delgado, la nariz larga y aguileña, todo sugiere la figura del buitre. Esta nariz exageradamente grande de Plattner parece inclinarle el cuerpo hacia adelante, desplazarlo de su centro de gravedad, y causarle una sensación constante de desequilibrio cuya molestia se comunica a su interlocutor. Hay que acostumbrarse a esta desgracia, para apreciar la ingenuidad de la mirada, la cordialidad de la sonrisa, la dulzura de una voz un poco ceceante, fácilmente emitida y en la que tiembla en todo momento como una oferta de amistad. Pero Jacques no tiene ningún interés en crearse un nuevo amigo. Ya no necesita a nadie.

Plattner está deshecho. Acaba de serle confirmado el voto de los créditos de guerra en el Reichstag por la fracción parlamentaria de los socialdemócratas.

—El voto de los socialistas franceses en la Cámara, es ya un golpe terrible — confiesa, con una voz que tiembla de indignación—. Pero hasta cierto punto se esperaba ya algo, a pesar de todo, desde el asesinato de Jaurès... ¡Pero los alemanes! ... ¡Nuestra socialdemocracia, la gran fuerza proletaria de Europa!... ¡Es el golpe más duro de toda mi vida de militante!... Me había negado a creer las informaciones de los periódicos oficiales. Me hubiera dejado cortar una mano a que los socialdemócratas tenderían todos a infligir una condenación pública al gobierno

imperial. ¡Cuando he leído la nota de la agencia no he podido por menos de relime! ¡Se oía desde lejos la mentira, la maniobra! Me decía: «¡Mañana será desmentida!» Y ahí tienes: hoy tiene uno que rendirse a la evidencia. ¡Todo es exacto, de una exactitud siniestra!... Todavía no sé bien cómo han pasado las cosas entre bastidores. Tal vez no se sepa nunca la verdad... Rayer pretende que Bethmann-Hollweg ha convocado a Sudekum el día veintinueve, para obtener de él que la socialdemocracia cese en su oposición...

—¿El veintinueve? —dice Jacques—. ¡Pero si el veintinueve fue el discurso de Haase en Bruselas!... ¡Estuve allí! ¡Lo oí yo mismo!

—Es muy posible. Rayer afirma que cuando la delegación alemana volvió a Berlín, el Comité directivo se había reunido y la sumisión era un hecho: el Kaiser sabía que podía decretar la movilización, ¡que no habría levantamiento ni huelga general!... ¡Tuvo que haber una reunión del Partido, en sesión secreta, antes del voto del Reichstag, y no creo que las cosas hayan sido fáciles! Todavía me niego a dudar de gentes como Liebknecht, como Ledebour, como Mehring, como Clara Zetkin, como Rosa Luxemburgo! Sólo que han debido de encontrarse en minoría: han tenido que inclinarse ante los traidores... Pero el hecho sigue siendo el mismo: ¡han votado «a favor»! ¡Treinta años de esfuerzos, treinta años de luchas, de conquistas lentas y difíciles, anulados por un voto! En un día, la socialdemocracia pierde para siempre la estimación de todo el mundo proletario... ¡En la Duma, por lo menos, los socialistas rusos han hecho frente al zarismo! ¡Todos han votado contra la guerra! ¡Y en Servia, lo mismo! He visto la copia de una carta de Douchan Popovitch: ¡la oposición socialista servia sigue siendo indomeñable! ¡Precisamente Servia, el único país, no obstante, en que el patriotismo de la defensa nacional hubiera tenido cierta disculpa! ... Incluso en Inglaterra la resistencia es fuerte: Keir-Hardie no se rinde. Tengo aquí el último número del *Independent Labour Party*. A pesar de todo, resulta un consuelo, ¿no te parece? No hay que desesperar. Nos haremos oír, poco a poco. No se nos amordazará a todos... ¡Mantenerse firmes, contra todo y contra todos! ¡La Internacional renacerá! ¡Y ese día, pedirá cuentas a aquellos que gozaban de su confianza, y a los cuales la dictadura imperialista ha domesticado con tanta facilidad!

Jacques le deja hablar. Asiente, por cumplir. Después de lo que ha visto en París, ninguna defección puede ya extrañarle.

Ha cogido de encima de la mesa algunos periódicos, y lee por encima los titulares: «Cien mil alemanes marchan sobre Lieja... Inglaterra moviliza su flota y su ejército... El Gran Duque Nicolás es nombrado generalísimo de todas las fuerzas rusas... La neutralidad de Italia es oficial... Victoriosa ofensiva de los franceses en Alsacia.»

En Alsacia... Aparta los periódicos. Ofensiva en Alsacia... «¡Ahora habéis saboreado la guerra que os han impuesto! Habéis oído el silbido de las balas...» Todo lo que le distrae de su exaltación solitaria se le ha hecho insoportable. Se apresura a salir de la librería, a salir a la calle.

Tan pronto como Plattner tiene el manuscrito en la mano para empezar a componer, se evade sin dejar que aquél le retenga.

Basilea se ofrece a su inactividad. Basilea, y su Rhin majestuoso, y sus plazas con sus jardines; Basilea, todo un contraste de sombra y de luz; Basilea y sus fuentes de agua corriente, en las que baña sus manos sudorosas... El sol de agosto abrasa el cielo. Un olor agrio asciende del asfalto. Jacques sube por una callejuela hacia la catedral. La plaza de Münster está desierta: ni un coche, ni un transeúnte... ¡Congreso de Basilea de 1912!... La iglesia parece cerrada. Su arenisca purpúrea tiene el tono de un cacharro antiguo; parece una vieja urna de barro cocido abandonada al sol, monumental e inútil.

Sobre la terraza que domina el Rhin, bajo los castaños donde la sombra del ábside y la corriente del río conservan fresco el aire, Jacques está solo.

Desde abajo, desde una escuela de natación que la vegetación oculta, vienen a intervalos gritos de alegría. Está a solas con las palomas. Por un instante sigue con los ojos el batir de las alas. No: nunca hasta su llegada a Basilea, él, el solitario, se ha sentido tan definitivamente solo. Y saborea con delicia la dignidad, la energía de este aislamiento total: no quiere salir de él hasta que todo esté consumado... De repente, sin motivo, piensa: «No obro así sino por desesperación. No obro así sino para huir de mí mismo... No impediré la guerra... No salvaré a nadie, a nadie sino a mí mismo... ¡Pero yo sí me salvaré con la entrega de mí mismo!» Se levanta para apartar este pensamiento terrible. Aprieta los puños: «¡Tener razón contra todos! Y evadirse por la muerte...»

Por encima de la barandilla encarnada, más allá de la curva que hace el río entre sus puentes, más allá de los campanarios, de las chimeneas de las fábricas de la Pequeña-Basilea, todo este horizonte fértil y arbolado, empapado en cálidos vapores, es Alemania, la Alemania de hoy, la Alemania movilizada, que el ruido de las armas ha trastornado ya hasta lo más íntimo. Le entran ganas de ir hacia el oeste, hasta el punto en que la línea de la frontera se confunde con el Rhin, y en el cual, desde la margen suiza, tendrá ante sí, a un tiro de piedra, esta otra orilla y esta otra campiña que son alemanas.

Por el barrio Saint-Alban llega a las afueras. El sol se alza lentamente en un cielo implacable. Hotelitos elegantes, entre sus setos recortados, con sus cenadores, sus columpios, sus parterres bien regados, sus mesas blancas cubiertas con manteles floreados, dan fe de que nada ha venido aún a turbar la quietud de este rincón, todavía inmunizado, en el centro de la Europa en llamas. Sin embargo, en Birsfelden se cruza con un batallón de soldados suizos, en uniforme de campaña, que baja cantando de la floresta.

El bosque del Hard queda a la derecha, flanqueando la colina. Un largo camino, paralelo al río, se abre a través de una masa de árboles jóvenes. Una placa indica: «Waldhaus.» A la izquierda, la llanura verde y soleada, en el centro de la cual corre el

Rhin sinuoso; a la derecha, por el contrario, está el espesor del bosque, una montaña arbolada y abrupta. Jacques avanza lentamente, sin pensar en nada. Después de estos días de reclusión, después de este paseo al sol por entre las casas, la sombra de los árboles es apaciguadora. En la cumbre de un cerro, apoyado en los bosques, un edificio blanco emerge de entre la vegetación. «Eso debe ser su “Waldhaus”», se dice. Un sendero baja oblicuamente hasta la orilla. La proximidad del agua hace que la parte baja del bosque sea más fresca aún. Y bruscamente se encuentra a orillas del Rhin.

Alemania está aquí, separada de él solamente por esta corriente luminosa.

Alemania está desierta. Ni un pescador en la ribera de enfrente. Ni un campesino en los prados plantados de manzanos que se extienden entre el río y esa pequeña aldea de tejados rojos y agrupados alrededor de un campanario, al pie de las colinas que cierran el horizonte. Pero Jacques distingue, al borde del agua y disimulada entre los matorrales de la escarpada orilla, la techumbre de una cabaña con los tres colores: ¿garita de centinelas?; ¿puesto fronterizo o quizá de aduaneros?...

No puede abandonar ya este paisaje cargado de signos misteriosos. Con las manos hundidas en los bolsillos, con los pies fijos en el suelo húmedo, contempla tranquilamente a Alemania y a Europa. Nunca se ha sentido tan tranquilo, tan lúcido, tan consciente, como en este minuto en que, a la orilla del río histórico, mira atentamente al mundo y su destino. ¡Ya llegará el día, ya llegará el día!... Los corazones latirán al unísono, la igualdad de los hombres se llevará a cabo en la dignidad y la justicia... Tal vez sea necesario que la humanidad pase todavía por esta etapa de odio y de violencia antes de alcanzar la era de la fraternidad... Pero él no esperará. Ha llegado a un momento de su vida en que no puede diferir la entrega total. ¿Se ha entregado alguna vez, y por entero? ¿Se ha entregado totalmente a una idea, a un amigo, a una mujer?... No. Ni siquiera tal vez a la idea revolucionaria. ¡Ni siquiera a Jenny! En toda entrega ha sustraído siempre una parte importante de su propio ser. Lía cruzado la vida como un espectador inquieto que escoge parsimoniosamente las partes que de sí mismo va abandonando. Sólo ahora conoce la entrega en que todo el ser se consume... El sentido del sacrificio le quema como una llama. Se ha terminado la época en que le angustiaba sin cesar la desesperación, ¡aquella en que había de luchar día a día contra la tentación de abdicar! La muerte consentida no es una abdicación: ¡es el florecimiento de un destino!

Unos pasos en el bosque le hacen volver la cabeza. Es una pareja de leñadores vestidos de negro: el hombre lleva un hacha en el cinturón; la mujer, una cesta en cada brazo. Tienen la fisonomía severa de los campesinos suizos, esa boca apretada y esa mirada de preocupación en las que parecen afirmar que la vida no es un camino agradable. Los dos examinan con desconfianza a este desconocido al que han sorprendido, medio oculto entre los arbustos, escrutando fijamente lo que sucede «allí».

Ha hecho mal en aventurarse tan cerca de la frontera. Sin duda a la orilla del río



hay rondas de aduaneros y patrullas de soldados... Vuelve apresuradamente sobre sus pasos, y corre a través del soto para alcanzar la carretera principal.

El mismo día, a última hora de la tarde, Jacques se dirige a su cita con Kappel.

—Espérame afuera —le dice el estudiante—. Es la hora de la segunda visita, y el jefe no está aquí. Me reuniré contigo dentro de diez minutos.

El «Hôpital des Enfants» está situado en la Pequeña-Basilea, en el muelle. Un jardín estrecho, cerrado por empalizadas de hiedra, rodea el edificio de tres pisos; tiene terrazas por todas partes, como un sanatorio, en las que las camitas de los niños enfermos se exponen al sol. A la sombra de los macizos hay bancos pintados de blanco. Jacques se sienta. Tranquilidad, silencio... Un silencio que no es turbado sino por el piar de los pájaros y el otro, más lejano, el de los enfermitos a quienes Jacques distingue a través de las ramas: de cuando en cuando, un busto frágil se incorpora sobre los almohadones al acercarse una enfermera.

Se oyen pasos sobre la grava. Es Kappel. Sin bata y sin gafas, delgado y ágil con su camisa floja y el pantalón de algodón, parece un chicuelo. Su pelo es muy rubio; tiene la cara ligeramente hundida en las mejillas; el cutis es terso. Pero la frente causa extrañeza: surcada de arrugas, es la frente de un hombre viejo; y también sorprende por su madurez la mirada de sus ojos, de un azul metálico y orlados de rubias pestañas.

Kappel es súbdito alemán. Hace en Basilea estudios de Medicina. Ni siquiera ha pensado en volver a Alemania. Por el día trabaja, con el profesor Webh, en el hospital infantil; la tarde y la noche las dedica a la revolución. Muy conocido del librero, es a él a quien Plattner ha encargado hacer, en una tarde, la versión alemana. Por otra parte, no sabe nada de los proyectos de Jacques, y no ha hecho ninguna pregunta.

Saca del bolsillo cuatro páginas cubiertas con letra gótica fina y puntiaguda. Jacques se apodera de las cuartillas; las examina, las palpa. Le tiemblan los dedos. ¿Va a hablar, va a confiar al alemán esta esperanza que le ahoga?... No. Ya no es momento adecuado para desahogos ni confidencias; para estos pocos días que le quedan se ha condenado a la soledad de los fuertes. Vuelve a doblar las hojas y dice simplemente:

—Gracias.

Discretamente, Kappel habla ya de otra cosa. Ha sacado un periódico del bolsillo.

—Mira; escucha: «En la Academia de Ciencias Morales, el Presidente en ejercicio. Henri Bergson, ha hecho uso de la palabra para saludar a los corresponsales belgas de la entidad. “La lucha emprendida contra Alemania —ha declarado—, es la lucha de la Civilización contra la Barbarie”...» ¡Bergson!

Bruscamente se interrumpe, como si escuchara atentamente un ruido lejano.

—Es un tontería... ¿No te pasa igual a ti? Veinte veces al día, sobre todo por la tarde y por la noche, me parece oír ruidos sordos... El ruido del cañoneo, en *Elsass*...

Jacques aparta los ojos. «En Alsacia...» Sí; allí ha comenzado la hecatombe... Se

le ocurre una nueva idea. En el momento en que tantas víctimas inocentes están abocadas al más oscuro y pasivo sacrificio, siente el orgullo de haber permanecido dueño de su destino, de haber escogido su muerte: una muerte que será, al mismo tiempo, un acto de fe y su última protesta de rebeldía, su última rebeldía contra lo absurdo del mundo; una empresa deliberada que llevará su huella, que tendrá la significación precisa que él habrá querido darle.

Kappel, después de una pausa, sigue hablando:

—En Leipzig, cuando yo era pequeño, vivíamos muy cerca de la cárcel. Una tarde de invierno en que estaba nevando nos llegó la noticia de que el verdugo había venido a la ciudad y que habría una ejecución al amanecer. Lo recuerdo: salí, sin decir nada, en la noche. Era ya tarde. La nieve era muy espesa. Nadie en la calle. Un silencio aterrador. Completamente solo, di varias veces la vuelta a la cárcel. No podía volver a mi casa. No podía quitarme de la cabeza esta idea: aquí hay un hombre, al otro lado de esta tapia, un hombre al que los hombres han condenado a morir, y que lo sabe, y que espera...

Algunas horas más tarde, sentado en el fondo de la «Kaffeehalle», entre el humo de tabaco malo, con la espalda apoyada en la fresca escayola de la estufa, Jacques moja pan en un tazón de café con leche, y sueña. La bombilla desnuda, colgada del techo como una araña al extremo de su hilo, lo ciega, lo hipnotiza, lo aísla.

Plattner había insistido en que se quedara a cenar. Pero Jacques, pretextando cansancio, después de haber corregido a toda prisa las pruebas del manifiesto, ha huido. Siente afecto por el librero y se reprocha no poderse demostrar con mayor claridad. Pero estas charlas revolucionarias llenas de lugares comunes y de repeticiones; estas miradas acaparadoras; esta mano en forma de garra que Plattner pone a cada momento en el brazo de su interlocutor; esta forma que tiene de bajar repentinamente su pico hacia el pecho deforme y terminar sus frases en voz muy baja, como un conspirador que entrega su secreto, todo ello exaspera a Jacques y acaba con su resistencia nerviosa.

Aquí se encuentra a gusto. La «Kaffeehalle» está a oscuras, pobremente amueblada con grandes mesas, sin manteles, de una madera gastada y descolorida que tiene el color y la apariencia del pan de avena. Aquí sirven, bastante barato, raciones de salchichas con coles, platos de sopa, rebanadas de pan cortadas de la hogaza. A falta de soledad. Jacques ha encontrado aquí el aislamiento en la promiscuidad de la gente anónima.

Porque la «Kaffeehalle» no se vacía nunca. Público extraño, en el que se codean todas las categorías de aislados, de solteros y de vagabundos. Hay aquí estudiantes, confianzudos y ruidosos, que conocen a las sirvientas por su nombre de pila, comentan las noticias de la noche, discuten sucesivamente acerca de Kant, de la guerra, de bacteriología, de maquinismo y de prostitución. Hay también viajeros de comercio, empleados de oficina, todos vestidos decentemente, silenciosos, separados

unos de otros por una circunspección semiburguesa, que les pesa, pero de la cual no saben librarse. Hay individuos con aspecto enfermizo, difíciles de clasificar — obreros sin trabajo, convalecientes recién salidos del hospital—, y en torno a los cuales flota todavía un olor a yodoformo; enfermos, como este ciego que se instalado junto a la puerta y conserva sobre sus rodillas juntas un maletín de afilador. Delante del mostrador, en una mesa redonda, cenan tres mujeres del Ejército de Salvación, las cuales no comen más que verduras y se hacen en voz baja confidencias edificantes bajo sus capotas de cintas. Hay también toda una clientela flotante de gente despojada, de pobres diablos traídos aquí no se sabe por qué oleadas de miseria, de crímenes o de infortunio, y que, dichosos por estar sentados, sin atreverse a levantar demasiado los ojos, con las espaldas agachadas bajo el peso de un pasado quizá oscuro, desmigan abundantemente su pan en la sopa antes de meter la cuchara. Uno de ellos acaba de sentarse enfrente de Jacques. Sus ojos se encuentran un instante. Y en la mirada del hombre, Jacques ha sorprendido esa lucecilla fugitiva que es como el lenguaje cifrado de todos los proscritos: confidencia íntima y misteriosa que vibra en la extremidad de las antenas visuales; es una interrogación breve como un relámpago, siempre la misma: «¿Y tú? ¿Eres también un inadaptado, un refractario, un perseguido?»

Una mujer joven aparece en la puerta, y da algunos pasos en la sala. La silueta es esbelta; el paso, ligero. Lleva un traje sastre negro. Sus ojos buscan a alguien, al que parece que no consigue encontrar.

Jacques ha agachado la cabeza. El corazón, de repente, le duele; y bruscamente se levanta para marcharse.

Jenny... ¿Dónde estará en estos momentos? ¿Qué será de ella sin él, sin más noticias de él que la postal lacónica enviada desde la frontera francesa? Muy a menudo piensa en ella, así, con un impulso repentino y corto, apasionado y nostálgico; y todas las noches, en su insomnio, la estrecha convulsivamente entre sus brazos... La idea de la necesidad que ella tiene de él, y la del porvenir incierto al cual la abandona, se le hacen intolerables cuando piensa en ellas. Pero piensa en ello muy poco. Nunca le ha asaltado la tentación de conservar su vida para ella. El sacrificio de su amor no le parece una traición: cuanto más fiel se siente a sí mismo, a aquel Jacques a quien Jenny ha amado, tanto más fiel siente ser a su amor.

Afuera está la calle, la noche, la soledad. Va casi corriendo, sin saber adónde se dirige. Una canción sorda y viril acompaña su marcha. Ha escapado de la sombra de Jenny. Está fuera de su alcance. No queda en él más que la exaltación ardiente y purificadora del héroe.

## LXXXII

TODOS los días, su primera preocupación es ajustarse exactamente a una de las instrucciones que Meynestrel le entregó: «Pasar todas las mañanas, entre ocho y nueve, por delante del número tres de la Jungstrasse. El día que veas un trapo encarnado en la ventana, preguntará por la señora Hultz y le dirás: “Vengo por la habitación que se alquila.”»

El domingo 9 de agosto, al pasar hacia las ocho y media por la esquina de la Elssäserstrasse y la Jungstrasse, su corazón deja de latir por un instante: en el balcón del número tres hay ropa tendida; y entre los manteles y las toallas, bien a la vista, cuelga un trozo de percalina encarnada.

En este lugar la calle está formada por casitas, separadas de la calzada por un jardincillo. Cuando pone el pie en el escalón de acceso al número 3, la puerta gira sobre sus goznes. En la penumbra de la entrada distingue la silueta de una mujer rubia, con una blusa clara y los brazos desnudos.

—¿La señora Hultz?

Sin contestar, la mujer cierra detrás de él la puerta de entrada. El pasillo forma un estrecho vestíbulo bastante oscuro y que está cerrado por todas partes.

—Vengo por la habitación que se alquila...

La mujer desliza rápidamente dos dedos en su corpiño, y saca algo que le entrega: un rollo minúsculo de papel tela como el que transportan las palomas mensajeras. Al guardárselo en el bolsillo, Jacques tiene tiempo de notar la tibieza de la carne.

—Lo siento; debe de haber sido una equivocación —dice la joven en voz alta.

Al mismo tiempo ha vuelto a abrir la puerta. Jacques busca su mirada, pero ella ha bajado los ojos. Se inclina y sale. La puerta vuelve a cerrarse inmediatamente.

Pocos minutos más tarde, inclinado con Plattner sobre una cubeta fotográfica, descifra el texto del mensaje:

«Informes sobre las operaciones en Alsacia incitan a actuar sin demora. He fijado nuestro vuelo para el lunes 10. Salida a las cuatro de la mañana. Durante la noche del domingo al lunes, transportad los manifiestos a las alturas del nordeste de Dittingen. Ver mapa fronterizo editado por el Estado Mayor francés. Tirad una línea recta entre la “G” de Burg y la “D” de Dittingen. El lugar de reunión está situado a la misma distancia de G y D, en una meseta descubierta que domina un camino de tierra. Esperar avión a última hora de la noche. Si es posible, extender telas blancas en el terreno para ayudar al aterrizaje. Llevad cincuenta litros de gasolina.»

—Esta noche... —murmura Jacques, volviéndose hacia el librero; su rostro no indica sino estupor.

Plattner es conspirador de nacimiento. Este enfermo, prematuramente envejecido

en el comercio de libros, posee la imaginación fértil y la decisión rápida de un jefe de banda. Su inclinación natural al peligro y la aventura ha ocupado siempre tanto espacio como sus convicciones, en su consagración al partido revolucionario.

—Ya hemos pensado lo bastante acerca de esto desde hace dos días —dice inmediatamente—. Hay que ajustarse a lo que hemos decidido. Queda la ejecución. Déjame que yo me ocupe de ello. Es preferible que tú te dejes ver lo menos posible.

—¿Pero y la camioneta? ¿La tendrás para esta noche? ¿Y el conductor?... ¿Quién avisará a Kappel? Ya sabes que tendremos que ser varios, para llevar rápidamente los manifiestos hasta el avión...

—No te preocupes —repite Plattner—. Todo estará preparado de acuerdo con lo convenido.

Indudablemente, si no hubiese contado más que con sus propios recursos, Jacques habría tomado con la misma eficiencia que Plattner las medidas necesarias. Pero después de estos días de aislamiento e inactividad, en el estado de enervamiento físico en que se encuentra, es un alivio para él ceder al despotismo del librero.

Éste ha previsto ya todos los detalles. Entre los militantes de su sección conoce al dueño de un garaje, de origen polaco, en el que se puede confiar. Para ponerse en contacto con él salta a su bicicleta, por lo que Jacques se queda solo en la trastienda, delante de la pequeña cubeta donde todavía flota la carta de Meynestrel.

Durante la hora que permanece aquí esperándolo, Jacques no hace ningún movimiento. Ha pedido al librero un mapa de Estado Mayor, lo ha desplegado sobre sus rodillas y ha buscado Burg y Dittingen; luego, todo se ha embarullado ante sus ojos. El fardo de sus pensamientos lo aplasta, hasta el punto de casi impedirle pensar. Desde hace una semana vive en su sueño, únicamente obsesionado por sus fines. No piensa en sí mismo y en el destino que le espera, sino incidentalmente. Ahora está brutalmente colocado frente a la acción, frente al gesto que va a realizar dentro de algunas horas, y que, para él, será el último. Se repite como un autómeta: «Esta noche... Mañana..., mañana al amanecer..., el avión.» Pero su pensamiento es: «Mañana todo habrá acabado.» Sabe que no volverá. Sabe que Meynestrel llevará el vuelo hasta lo más lejos posible, hasta el agotamiento de las reservas de gasolina. Después... ¿Qué sucederá después? ¿Se abatirá al avión sobre el frente?... ¿Será capturado el avión?... ¿El consejo de guerra, francés o alemán?... De todas formas, cogido con las manos en la masa: ejecución, sin juicio... Lleno de horror, atrozmente lúcido, hunde por un instante la frente entre sus manos: «La vida es el único bien. El sacrificio es una locura. ¡El sacrificio es un crimen, un crimen contra la naturaleza! ¡Todo acto de heroísmo es absurdo y criminal!...»

De pronto, se siente invadido por una calma extraña. La ola de temor ha pasado... Le ha hecho franquear una especie de cabo: llega a otra orilla y contempla otro horizonte... La guerra, yugulada tal vez... ¡La sublevación, la confraternización, el armisticio!... «E incluso, si esto no se alcanzara, ¡qué ejemplo! Pase lo que pase, mi

muerte será todo un rasgo... Salvar el honor... Ser fiel... Fiel, y útil... ¡Útil, por fin! Rescatar mi vida, la inutilidad de mi vida... Y encontrar la paz suprema...»

Ahora nota una especie de tranquilidad en todos sus miembros, una sensación de descanso, casi de dulzura: es como una satisfacción melancólica... Por fin va a soltar su carga... Va a terminar de una vez con este mundo difícil y decepcionante; con el ser difícil y desilusionante que él mismo ha sido... Piensa en la vida, sin pena; en la vida y en la muerte... Sin pena, pero con un estupor animal, alelado; con un pasmo tan absorbente que no puede fijar su espíritu en ninguna otra cosa... La vida; la muerte...

Plattner lo encuentra en el mismo sitio, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Jacques se levanta maquinalmente, y dice, a media voz:

—¡Ah; si el socialismo no nos hubiera traicionado!...

Plattner ha traído al dueño del garaje; es un hombre canoso, de rostro pálido y resuelto.

—Éste es Andrejew... Su camioneta está preparada. Nos llevará él. Se pondrán los manifiestos y la gasolina en el fondo... Kappel ya está avisado. Está al llegar... Saldremos a la caída de la tarde...

Pero Jacques, a quien la llegada de los dos hombres ha sacado de su sopor, exige para mayor seguridad que se reconozca el camino a la luz del día. Andrejew está de acuerdo.

—Ven; te llevaré allí —propone a Jacques—. Cogeré el coche descapotable: así parecerá que vamos de paseo...

—Pero ¿y el atado de los manifiestos? —pregunta Jacques al librero.

—Casi terminado... Una hora de trabajo... Estará preparado para cuando tú vuelvas.

Jacques coge el mapa y sigue a Andrejew.

Plattner los espera en su sótano, terminando con Kappel de empaquetar el cargamento.

El manifiesto está impreso en cuatro páginas —dos en francés y dos en alemán—, y tirado en un papel especial, ligero y resistente. La tirada es de un millón doscientos mil ejemplares, que Jacques ha hecho repartir en resmas de dos mil, sujeta cada resma por una estrecha banda de papel que se puede romper con la uña. El peso total rebasa apenas los doscientos kilos. Ajustándose a las instrucciones de Jacques, Plattner, ayudado por Kappel, reúne estas resmas en paquetes de diez: sesenta paquetes atados con una cuerdecilla cuyo nudo de lazada es fácil de deshacer con una sola mano. Y para hacer más fácil el transporte de estos sesenta paquetes, Jacques se ha procurado unos grandes sacos de tela, como los que se utilizan para el correo. Todo el cargamento se reduce a seis sacos de unos cuarenta kilos de peso cada uno.

A las cinco el automóvil del polaco está de regreso.

Jacques está inquieto, febril.

—Esto marcha muy mal... La carretera por Metzlerlen está vigilada... Imposible: aduaneros, puestos de vigilancia... La otra, por Laufen, es buena hasta Röschenz. Pero aquí hay que tomar un camino de tierra, impracticable... La camioneta no pasaría... Hay que renunciar al auto... Hay que encontrar un carro... Un carro de agricultor, tirado por un caballo... Eso pasará por todas partes y no llamará la atención.

—¿Un carro? —dice Plattner—. Muy fácil... —Saca un block de su bolsillo y consulta sus listas—. Ven conmigo —dice a Andrejew—. Vosotros dos quedaos aquí para terminar de preparar los sacos.

Parece tan seguro de sí mismo que Jacques accede a no acompañarlos.

—No necesito ayuda para atar los últimos paquetes —dice el alemán a Jacques cuando se quedan solos—. Descansa y trata de dormir un poco... ¿No? —Se acerca a él y le coge la muñeca—. Tienes fiebre —declara después de un momento—. ¿Quinina? —Y como Jacques rehúsa con un encogimiento de hombros añade—: Entonces no te quedes en este agujero sin aire, que apesta a cola... ¡Vé a pasearte un poco!

La Greifengasse está atestada de familias endomingadas, que pasean. Jacques se une a la marea hasta el puente. Aquí vacila, vuelve hacia la izquierda y baja al muelle. «Tengo suerte... Un magnífico final de jornada...» Endereza el cuerpo y consigue sonreír. No pensar; dominarse... «Con tal de que encuentren un carro... Con tal de que todo transcurra felizmente...»

El paseo que bordea la orilla está casi desierto; tiene a sus pies la sábana movediza del río, a cuyas aguas presta el atardecer un bello tinte rojizo. En la parte baja del talud, en el camino de sirga, los bañistas aprovechan los últimos rayos del sol. Jacques se detiene un momento: el aire tiene una dulzura tal que hace daño; los torsos desnudos en la hierba tienen un brillo tan tierno... Las lágrimas se le vienen a los ojos. Reanuda su camino. Maisons-Laffitte, las orillas del Sena, los baños estivales en compañía de Daniel...

¿Por qué caminos, por qué recovecos ha conducido el destino hasta esta última tarde al niño de entonces? ¿Cosas del azar? No... ¡Desde luego que no!... Todos sus actos guardan relación. Esto es algo que siente y que siempre ha sentido en forma confusa. Su existencia no ha sido más que una larga y espasmódica sumisión a una orientación misteriosa, a un encadenamiento fatal. Y ahora es el fin, la apoteosis. Su muerte resplandece ante él, parecida a esta gloriosa puesta de sol. Ha sobrepasado el miedo. Obedece al llamamiento, sin vana temeridad, con una tristeza resuelta, embriagadora y tónica. Esta muerte consciente es un digno remate de esta vida. Es la condición de este último gesto de fidelidad a sí mismo..., de fidelidad al instinto de rebeldía... Desde su infancia ha estado diciendo: «¡No!» Nunca ha tenido otra forma de afirmarse. ¡No, a la vida...; no, al mundo!... Pues bien: ésta es su última negativa,

su último ¡no!, a lo que los hombres han hecho de la vida.

Sin haberse dado cuenta del camino, llega bajo el puente de Wettstein. Por arriba pasan vehículos y tranvías: es la vida. Abajo se abre una glorieta como un asilo de vegetación, de frescura, de silencio. Se sienta en un banco. Pequeños senderos bordean los macizos de césped y los arriates de boj. Unos pichones se arrullan en las ramas bajas de un cedro. Una mujer con un delantal malva, todavía joven, con un cuerpo de jovencita, pero con la cara envejecida, está sentada al otro lado del camino. Delante de ella, en un coche de niño, duerme un recién nacido: un feto, de pelo escaso y color cerúleo. La mujer muerde golosamente una rebanada de pan; mira a lo lejos, en dirección al río; con la mano libre, frágil como la de un niño, balancea distraídamente el coche destartado, que rechina a cada movimiento. El delantal malva está descolorido, pero limpio; el pan, untado de mantequilla; la expresión de la mujer es tranquila, casi satisfecha; nada revela un exceso de pobreza, y, sin embargo, toda la miseria del siglo se muestra aquí de forma tan insostenible que Jacques se levanta y huye.

En la librería, Plattner acaba de volver.

Tiene la mirada brillante y saca el pecho.

—¡Tengo lo que necesitamos! Un carro con toldo. En él, la carga será invisible. Una buena yegua de tiro. Conducirá Andrejew, que ha sido mozo de labranza en Polonia... Emplearemos más tiempo, pero con la seguridad de podernos colar por todas partes.



## LXXXIII

DAN las doce en el campanario de la Heiliggeistkirche. Un carro de hortelano cruza al paso las calles desiertas del arrabal meridional y entra en la carretera de Aesch.

Bajo el grueso toldo, cerrado por todos lados, la oscuridad es completa. Plattner y Kappel, sentados atrás, hablan en voz baja, con la mano delante de la boca. Kappel fuma; en ocasiones se ve moverse la lumbre de su cigarrillo.

Jacques se ha deslizado completamente al fondo. Acurrucado entre dos sacos de manifiestos, con el pecho henchido y apretándose las rodillas con las manos entrelazadas, replegado sobre si mismo en la oscuridad, se esfuerza en vencer su fiebre, permaneciendo inmóvil y con los ojos cerrados.

La voz de Plattner le llega apagada:

—Ahora, amigo Kappel, pensemos en nosotros. Un avión por aquí y a estas horas... ¿Podremos regresar los tres en nuestro carretón, sin que nos molesten, sin que nos pregunten lo que hacíamos aquí? ¿Qué crees tú? —añade, inclinándose hacia el fondo del coche.

Jacques no contesta. Piensa en el aterrizaje... ¡Lo que pueda suceder después, en tierra, a los sobrevivientes...!

—Con mayor motivo aún —continúa Plattner, locuaz—, si tenemos en cuenta que, aun ocultando el carro entre los matorrales..., Andrejew tiene que volverse en el coche antes de la llegada del avión, nada más que terminemos de descargar, para que pueda llegar a la carretera antes de que se haga de día.

Jacques se ve ya en el avión... Se inclina fuera de la carlinga... Los papeles blancos revolotean en el vacío. Praderas, bosques, concentraciones de tropas... Los manifiestos se diseminan a millares sobre el campo... Suenan las balas. Meynestrel se vuelve. Jacques ve su rostro ensangrentado. Su sonrisa parece decir: «¡Date cuenta, les traemos la paz y disparan contra nosotros!...» El avión, tocado en un ala, desciende planeando... ¿Hablarán de ello los periódicos? No: la prensa está amordazada. Antoine no lo sabrá. Antoine no lo sabrá nunca.

—¿Y nosotros, entonces? —pregunta Kappel.

—¿Nosotros? ¡Tan pronto como el avión esté cargado nos marcharemos cada uno por un lado, como buenamente podamos!

—*All right!* —dice Kappel.

El carro debe ir por terreno llano, puesto que la yegua va ahora al trote corto. El carricoche, alto de suspensión y poco cargado, salta sobre sus ballestas, y este balanceo monótono en la noche invita al silencio y al sueño. Kappel apaga su cigarrillo, y estira las piernas sobre los sacos.

—Buenas noches.

Al cabo de un instante, Plattner refunfuña:

—Este Andrejew es idiota. A este paso vamos a llegar demasiado pronto, ¿no

crees?

Kappel no contesta. Plattner se vuelve hacia Jacques.

—Cuanto más nos adelantemos, más nos arriesgaremos a que nos vean, ¿no te parece?... ¿Te has dormido?

Jacques no lo ha oído. Está de pie, en el centro de la sala. Está vestido con aquella blusa de dril que llevaba en el reformatorio. Delante de él, en semicírculo, los oficiales del consejo de guerra. Con la cabeza alta, habla recalcando cada sílaba: «Sé lo que me espora. Pero hago uso del último derecho que me queda: ¡no me ejecutaréis sin haberme oído!» Es la gran sala medieval de un palacio de justicia, con el artesonado en oro. El general que preside está encaramado, en medio de un estrado, en un alto sillón. Es el señor Faïsme, el director del reformatorio de Crouy. Alistado como voluntario, indudablemente. ¿Y General?... Siempre el mismo, joven y rubio, con sus mejillas abultadas, muy bien afeitadas y empolvadas, y sus gafas que brillan y ocultan su mirada. Viste con coquetería su dolmán negro con alamares y adornado de astracán. Debajo de él, frente a frente en una mesita, se sientan dos viejos inválidos, con el pecho constelado de medallas. Escriben sin parar; bajo la mesa, estiran sus patas de palo hacia delante.

«¡No trato de defenderme! No hay que defenderse por haber obrado de acuerdo con las propias convicciones. Pero es necesario que aquellos que están aquí oigan la verdad de labios de un hombre que va a morir...» Su mano se crispa sobre la barandilla semicircular plantada ante él en el suelo. Aquellos que están aquí... Siente detrás de él un graderío inmenso, el graderío de un velódromo, atestado de espectadores. Ha venido Jenny. Está sentada, sola, en el extremo de un banco, con su delantal malva y un cochecito de niño. Pero Jacques evita volver la cabeza. No habla para ella. No habla tampoco para esta multitud extrañamente silenciosa, cuya atención pesa como un fardo sobre su nuca. No habla para esta hilera de oficiales que clavan sus ojos en él. Habla únicamente para el señor Faïsme, que con tanta frecuencia lo humillara antaño. Con la vista fija vehementemente en su rostro, no puede encontrar su mirada ni un solo instante. ¿Tiene siquiera abiertos los ojos? El brillo de las gafas y la sombra del quepis le impiden poder cerciorarse. ¡Jacques recuerda tan perfectamente aquel brillo malsano en el fondo de los ojillos grises!... No; por la inmovilidad de las facciones, parece como si los párpados estuvieran cerrados con obstinación. ¡Cómo se siente de solo frente al director! Solo en el mundo con su perro, este perro de lanas cojo que ha encontrado en los muelles de Hamburgo... Si viniera Antoine, él sí que obligaría al señor Faïsme a abrir los ojos. ¡Qué solo se siente! ¡Solo contra todos! General, oficiales, inválidos y esta muchedumbre anónima, e incluso Jenny, todos ven en él a un acusado que tiene que rendir cuentas. ¡Es para reírse! ¡Él es más grande y más puro que ninguno de aquellos que se arrogan el derecho de juzgarle! Se encara contra la sociedad entera... «Hay una ley superior a la vuestra: la de la conciencia. Mi conciencia habla más alto que todos vuestros códigos... Yo tenía que elegir entre un sacrificio absurdo en vuestros

campos de batalla y el sacrificio en la rebeldía para la liberación de aquellos que habéis engañado. ¡He elegido! He aceptado la muerte; ¡pero no a vuestro servicio! Muero, porque es el único medio que me habéis dejado para luchar hasta el fin por lo único que sigue contando para mí, a despecho de vuestras excitaciones al odio: ¡la fraternidad entre los hombres!» A la terminación de cada una de sus frases, la pequeña barandilla fijada al suelo vibra bajo su puño crispado. «¡He escogido! ¡Sé lo que me espera!» La visión repentina de un pelotón de soldados que le rodean le hace temblar. En primera fila ha reconocido a Pagès y a Jumelin. Levanta la cabeza y vuelve a encontrarse en la sala. La visión del pelotón ha sido tan precisa que sus rasgos crispados dibujan todavía una mueca; pero consigue hacer de esta mueca un gesto altivo. Mira a los oficiales uno por uno. Mira al señor Faïsmé; lo mira fijamente, como lo hacía antaño cuando, con una mezcla de angustia y desafío, trataba de adivinar lo que ocultaban los silencios del director. Con voz hiriente, exclama: «¡Yo sé lo que me espera! Pero ¿lo sabéis vosotros? ¿Os creéis lo más fuertes? ¡Hoy, sí! Con una voz de mando y algunas balas, si; podréis enorgulleceros de haberme hecho callar. ¡Pero no conseguiréis nada suprimiéndome! ¡Mi mensaje me sobrevivirá! ¡Mañana dará unos frutos que no sospecháis! ¡E incluso si mi llamamiento no encontrara eco, los pueblos ahogados por vosotros en sangre no tardarán en comprender y levantarse! ¡Después de mí, veréis sublevarse contra vosotros a millares de hombres semejantes a mi, fortalecidos por su conciencia y por el sentimiento de su solidaridad! ¡Frente a vosotros y a vuestras instituciones criminales se alza una realidad humana y una fuerza espiritual, ante las cuales vuestros medios de represión son impotentes! ¡El progreso y el futuro del mundo trabajan infatigablemente contra vosotros! ¡El socialismo internacional está en marcha! Que se haya tambaleado esta vez, es posible. Y vosotros os habéis aprovechado salvajemente de sus traspies. Sí; ¡habéis logrado vuestra movilización! ¡Pero no os hagáis ilusiones con esta pobre victoria! ¡No alteraréis en vuestro provecho el orden de las cosas! ¡Es el internacionalismo el que fatalmente triunfará sobre vosotros, el que triunfará sobre toda la tierra! ¡Y no es con mi cadáver con Jo que le cerraréis el camino!» Sus ojos se clavan en el rostro del señor Faïsmé. Rostro ciego, rostro de cera. Vaga sonrisa de buda de una indiferencia impenetrable... Jacques tiembla de cólera. ¡Es preciso tomar contacto, a toda costa, con este hombre que es su enemigo! ¡Es preciso vencer su mirada, al menos una vez! Grita brutalmente: «¡Señor director, míreme!»

—¿Qué pasa? ¿Qué dices? ¿Me has llamado? —pregunta Plattner.

Los párpados del general se levantan. Una mirada sin alma: la mirada que el moribundo de hospital encuentra en los ojos del enfermero de profesión, para quien el hombre entrado en la agonía no es ya sino un cadáver al que enterrar... Y de repente un pensamiento atroz pasa por la mente de Jacques: «También hará matar a mi perro. ¡Lo matará Arthur, el vigilante, puesto que lo tiene de asistente!...»

—¿Qué dices? —repite Plattner.

Como Jacques no contesta, extiende la mano en la oscuridad y le toca una pierna. Jacques abre los ojos. Pero lo que ve al principio no es el toldo del carro: es el techo de la sala de justicia, con su artesanado dorado. Por fin se da cuenta: Plattner, los sacos de manifiestos, el carricoche...

—¿Me has llamado? —repite Plattner.

—No.

—No debemos de estar ya lejos de Laufen —observa el librero, después de una pausa. Luego, renunciando a vencer el mutismo de Jacques, calla de nuevo.

Kappel, tumbado en el suelo del coche, duerme con la placidez de un niño.

De vez en cuando, Plattner se levanta y, por la abertura del toldo, trata de mirar afuera. Al cabo de un instante, anuncia en voz baja:

—¡Laufen!

El carro atraviesa al paso la ciudad desierta. Son las dos. Transcurren todavía una veintena de minutos. Luego, la yegua se detiene. Kappel despierta sobresaltado.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—¡Chist!

El vehículo acaba de cruzar Roschenz. Ahora hay que abandonar el valle: a la salida del pueblo, la carretera se convierte en un pésimo camino de tierra, lleno de baches resacos. Andrejew se ha bajado de su asiento. Apaga los faroles y coge a la yegua de la brida. Se reanuda la marcha. Los vaivenes sacuden el carro; las ballestas y las piezas de madera rechinan. Jacques, Plattner y Kappel se dedican a impedir que la carga se deslice de un lado a otro de la estrecha caja. Estos golpes, este ruido, han despertado en la memoria de Jacques un ritmo, una frase musical, tierna y nostálgica, que al principio no reconoce... ¡El estudio de Chopin! Jenny... El jardín de Maisons-Laffitte... El salón de la avenida del Observatorio... La noche, tan cercana y tan lejana a la vez, en que, a petición suya, Jenny se ha sentado al piano... Finalmente, después de media hora larga, hay una nueva parada. Andrejew viene a soltar las correas del toldo.

—Ya estamos.

Los tres hombres saltan del coche silenciosamente.

No son más que las tres. La noche, aunque estrellada, es todavía muy oscura. Sin embargo, hacia el este, el cielo empieza 3'a a palidecer.

Andrejew ata la yegua al tronco de un arbolillo. Plattner permanece ahora callado: parece menos decidido que en la librería; trata de atravesar con su mirada la oscuridad que lo rodea. Murmura:

—¿Pero dónde está vuestra meseta?

—Ven —dice Andrejew.

Los cuatro hombres suben por un talud cubierto de arbustos. Al final de la cuesta, al borde de la meseta, Andrejew, que va delante, se para.

Jadea un instante, pone una mano en el hombro de Plattner, señala con la otra la oscuridad, y explica:

—A partir de aquí, como verás en seguida, ya no hay árboles. Es la meseta. El que la ha escogido, no te quepa duda de que sabe lo que hace.

—Ahora —aconseja Kappel— hay que descargar el carro rápidamente para que Andrejew pueda volver a marcharse.

—¡Vamos a ello! —dice Jacques, en voz alta. La firmeza de su voz le sorprende a él mismo.

Los cuatro vuelven a bajar el talud. El transporte de los sacos y de los bidones, se efectúa en pocos minutos, a pesar del desnivel entre la meseta y el camino.

—Cuando esté menos oscuro —dice Jacques, dejando en el suelo un paquete de telas blancas— extenderemos las telas sobre el terreno, en tres o cuatro puntos alejados del centro, para facilitar el aterrizaje.

—¡Ahora, tú, lárgate con tu trasto! —gruñe Plattner, dirigiéndose al polaco.

Andrejew, vuelto hacia los tres hombres, permanece inmóvil algunos instantes. Luego, da un paso hacia Jacques. No se distingue la expresión de sus facciones. Jacques le tiende las manos con espontaneidad. Está demasiado emocionado para hablar; siente repentinamente hacia este hombre, al cual no volverá a ver, una ternura que el otro no sospechará nunca. El polaco coge las manos tendidas; inclinándose, besa a Jacques en el hombro, sin decir nada. Su paso resuena al bajar la cuesta. Se oye un chirrido de los ejes: el carro gira sobre sí mismo. Luego, nada... Andrejew debe de estar reajustando el toldo o comprobando el atalaje antes de subir a su asiento... Por fin el carro arranca, y el rechinar de las ruedas, el gemido de las ballestas, el paso sordo de los cascos sobre el suelo arenoso, al principio claramente perceptibles, se desvanecen progresivamente en la noche. Sin cambiar ni una sola palabra, Plattner, Kappel y Jacques, juntos, de pie al borde del talud, esperan, hundiendo sus miradas en las tinieblas en dirección al ruido que se aleja. Cuando ya no se oye nada, Kappel es el primero que se vuelve hacia la meseta; después se tumba tranquilamente en el suelo.

Plattner viene a sentarse a su lado.

Jacques sigue de pie. De momento ya no queda nada por hacer. Esperar que se haga de día, y la llegada del avión... La obligada inactividad le entrega de nuevo a su angustia. Cuánto le hubiera gustado vivir completamente solo estos últimos momentos... Para huir de sus compañeros se aleja algunos pasos. «Todo va bien hasta este momento... Ahora, Meynestrel... Se le oirá desde lejos... Cuando sea más de día, las telas...» La oscuridad se estremece con el zumbido de los insectos. Consumido por la fiebre, titubeando de cansancio, ofreciendo a la frescura de la noche su cara sudorosa, va y viene por la llanura, al azar, tropezando en las asperezas del suelo, volviendo sobre sus pasos para no alejarse demasiado de Plattner y de Kappel, cuyas voces apagadas distingue a veces en las sombras. Por último, con las piernas rotas por este deambular de ciego, se deja caer al suelo y cierra los ojos.

A través del espesor de los muros ha reconocido este paso que se desliza sobre las baldosas. Sabía que Jenny encontraría medio de introducirse en la prisión, de abrirse

camino por fin hasta él. La esperaba, la esperaba; y, sin embargo, no quiere verla... Se debate... ¡Que cierren las puertas! ¡Que lo dejen solo!... ¡Demasiado tarde! Bien. La ve a través de los barrotes. Avanza hacia él, desde el fondo de este largo pasillo blanco de hospital; se desliza hacia él, medio oculta bajo este velo de crespón que no tiene derecho a quitarse ante él. «Ellos» se lo han prohibido... Jacques la mira, sin hacer ningún movimiento de bienvenida... No trata de acercarse a ella; ya no trata de tener contacto con nadie: está al otro lado de las rejas... Y ahora, sin saber cómo, tiene entre sus manos, por debajo del crespón, esta cabecita redonda, que tiembla. Bajo el velo, distingue las facciones crispadas. Jenny le pregunta en voz muy baja: «¿Tienes miedo?» «Sí...» Los dientes de ella castañetean tan fuerte que le cuesta trabajo articular las palabras. «Sí; pero nadie lo sabrá más que tú.» Con una voz sorprendida y tranquilizadora, con una voz cantarilla que no es la suya realmente, la joven murmura: «Sin embargo, es el final..., el olvido de todo, la paz...» «Sí; pero no sabes lo que es... Tú no puedes comprender...» A su espalda, alguien ha entrado en la celda. No se atreve a volver la cabeza; encoge los hombros... Todo se borra. Le han puesto una venda sobre los ojos. Unos puños le empujan. Anda. Un aire fresco hiela el sudor en su cuello. Sus pies pisan césped. La venda le cubre los ojos, pero «ve» claramente que cruza la explanada de Plainpalais, rodeada de tropas. Poco importan los soldados. No piensa ya en nada ni en nadie. No presta atención ya sino a este aire suave que le rodea, a esta dulzura de la noche que acaba y del día que nace. Las lágrimas corren por sus mejillas. Mantiene alta su cabeza, con los ojos vendados, y sigue andando. Anda con pasos firmes, pero inciertos, como un muñeco desarticulado, porque ya no le obedecen las piernas y el suelo le parece cubierto de hoyos en los que se hunde. Poco importa. Sigue andando. Los rumores forman a su alrededor un mugido ininterrumpido y dulce, como la canción del viento. Cada paso le acerca al fin. Y con ambas manos, levanta delante de él, como una ofrenda, algo muy frágil que hay que llevar sin deterioro hasta el final... A su espalda, alguien se burla... ¿Meynestrel?...

Lentamente vuelve a abrir los ojos. Encima de él se abre el firmamento, donde las constelaciones empiezan ya a borrarse. La noche se acaba; se ilumina y colorea, allá, hacia el este, detrás de las cumbres cuyas líneas se recortan sobre un cielo espolvoreado de oro.

No tiene la sensación de despertar: ha olvidado por completo su pesadilla. Su sangre corre con fuerza. Su espíritu está lúcido, limpio como un paisaje después de la lluvia. La acción se acerca: Meynestrel va a venir. Todo está preparado... En su cabeza sonora, donde los pensamientos se encadenan con nitidez, la frase de Chopin se eleva de nuevo como un acompañamiento en sordina, de una dulzura desgarradora. Saca del bolsillo el block y arranca una hoja que confiará a Plattner. Sin ver lo que escribe, garrapatea:

«Jenny, único amor de mi vida. Mi último pensamiento para ti. Hubiera podido

darte años de ternura. No te hecho más que daño. ¡Desearía tanto que conservaras de mí una imagen...!»

Un choque amortiguado, seguido de otro, acaba de conmover la tierra bajo él. Se detiene, indeciso. Es una serie de explosiones lejanas, que oye y percibe al mismo tiempo por todos sus miembros pegados al suelo. De repente, comprende: ¡el cañón!

...

Guarda el block en el bolsillo y se levanta de un salto. Al borde de la meseta, cerca del talud, Plattner y Kappel están ya de pie. Jacques se une a ellos corriendo.

—¡El cañón! ¡El cañón de Alsacia!

Reunidos, se quedan quietos, con el cuello estirado y los ojos muy abiertos. Sí; es la guerra, que esperaba las primeras luces del alba para reanudarse... Desde Basilea todavía no la hablan oído...

Y de repente, mientras que contienen el aliento, al otro lado de la tierra un ruido diferente hace que los tres se vuelvan al mismo tiempo. Se preguntan con la mirada. Ninguno de ellos se atreve todavía a nombrar este runruneo apenas perceptible y que, sin embargo, se amplifica a cada segundo que pasa. El cañoneo prosigue, a lo lejos, a intervalos regulares; pero ya no lo oyen. Vueltos hacia el sur, escrutan este cielo pálido que llena ahora el zumbido del insecto invisible...

Bruscamente sus brazos se levantan al mismo tiempo: un punto negro ha surgido por encima de las cumbres de Hoggerwald. ¡Meynestrel!

Jacques grita:

—¡Las señales!

Cada uno de ellos coge una tela y se lanza hacia un punto distinto de la meseta.

Es Jacques quien tiene que hacer el recorrido más largo. Tropezando contra los montículos de tierra, apretando contra él la tela doblada, corre y corre. No piensa ya más que en alcanzar a tiempo el extremo de la meseta. No se atreve a perder un segundo en levantar la cabeza para seguir el vuelo del avión, cuyo rugido le ensordece, y el cual, describiendo círculos de ave de presa, parece ya precipitarse sobre él para cogerlo y llevárselo.

## LXXXIV

A pesar del viento glacial que le azota la cara y que, entrándole por la nariz y por la boca, le causa una penosa sensación de asfixia, no nota que avanza. Amarrado, balanceado como si estuviera sobre la placa trepidante de un paso de fuelle entre dos vagones, y ensordecido por un ruido atronador que le martillea los tímpanos a pesar de las orejas de su casco, ni siquiera se ha dado cuenta de que el avión, después de una serie de saltos sobre el suelo de la meseta, ha despegado bruscamente. El espacio, a su alrededor, no es sino una masa algodonosa que apesta a gasolina. Tiene los ojos abiertos, pero su mirada y su pensamiento se pierden en esta niebla. Ha recobrado el aliento bastante de prisa. Le hace falta más tiempo para acomodar sus nervios a este estrépito que machaca y paraliza el cerebro, que hace correr hasta las extremidades de los miembros incesantes descargas eléctricas. Poco a poco, sin embargo, el espíritu comienza a delimitar imágenes e ideas. ¡No; esta vez no se trata de un sueño!... Está sujeto al respaldo de su asiento, con las rodillas inmovilizadas por los paquetes de manifiestos apilados en torno a él. Se levanta. Delante, en esta blancura brumosa que le rodea, distingue una silueta, unos hombros, un casco, recortado en sombras chinescas, bajo los enormes planos negros de las alas: ¡el Piloto! Un júbilo frenético se apodera de él. ¡El avión ha partido! ¡El avión está en pleno vuelo! Lanza un grito animal, un largo aullido de triunfo que se pierde en el mugido de la tempestad, sin que la espalda de Meynestrel haya temblado.

Jacques saca la cabeza. El viento le flagela, silba en sus oídos con la estridencia del cuchillo sobre la piedra de afilar. A vista de pájaro, se ve un fresco inmenso y grisáceo, un fresco aplastado y visto desde muy alto, desde muy lejos: un fresco descolorido, agrietado, enyesado, con islotes de colores deslucidos. No; un fresco, no: una página del atlas cosmográfico; el mapa mudo de una tierra desconocida, con grandes espacios inexplorados. Entonces piensa en lo extraño de que Plattner y Kappel continúen bajo él su vida, una vida rastrera de insectos sin alas... Una sensación de vértigo le turba la vista. Aturdido, vuelve a su sitio y cierra los ojos... De repente vuelve a verse de niño. Su padre... Antoine y Gise... Daniel... Luego, una imagen pasajera: Jenny, con vestido de tenis en el parque de Maisons-Laffitte... Luego, todo se borra. Vuelve a abrir los ojos. Delante de él, Meynestrel sigue aquí, con sus hombros fornidos y el globo de su casco. No; no es una alucinación. ¡El sueño se ha realizado por fin! ¿Cómo ha sido? Ya no lo sabe. Desde el momento en que se esforzaba en desplegar la tela sobre el suelo y, cediendo a un reflejo, se ha tumbado en tierra creyendo que el monstruo se abatía sobre él, hasta este minuto maravilloso que vive en este instante, ha perdido todo control de sus actos. Apenas si su memoria ha registrado mecánicamente algunas visiones incoherentes: unas siluetas de fantasmas que se movían en la claridad indecisa del amanecer... Trata de recordar. Lo que vuelve a ver de repente es la aparición diabólica de Meynestrel, cuando éste, dando bruscamente alma y voz a este bólido caído del cielo, ha sacado de la carlinga



su busto, su cara guarnecida de cuero: «¡De prisa, los manifiestos!» Y ve de nuevo a los hombres corriendo en la noche por la meseta, y los sacos que van pasando de mano en mano. Y recuerda también que en un momento determinado se ha subido junto a Meynestrel con un bidón de gasolina, y que el Piloto, de rodillas en el aparato iluminado, en el cual estaba enroscando una tuerca con una larga llave, ha vuelto la cabeza: «¡Falla el contacto! ¡Un mecánico!» «Se ha marchado ya, con el carro.» Entonces, Meynestrel se había hundido de nuevo, sin decir palabra, en el fondo de su aparato... ¿Pero y él, Jacques, cómo se ha instalado aquí? ¿Este casco? ¿Quién le ha sujetado estas correas?

¿Avanza el avión? Perdido éste en el espacio, y llenándolo con su zumbido obstinado, parece ser una cosa inmóvil suspendida en la luz.

Jacques se vuelve. El sol está detrás de él. Sol naciente. Por lo tanto, ¿dirección noroeste? Evidentemente: Altkirch-Thann... Se levanta de nuevo, para mirar hacia fuera. ¡Maravilloso! La bruma se ha hecho transparente. ¡Ahora, debajo del avión, el mapa del Estado Mayor sobre el cual tanto ha fijado sus ojos desde hace cuatro días, se despliega hasta perderse de vista, soleado, iluminado, vivo!

Apasionadamente intrigado, con la barbilla apoyada en el borde metálico, Jacques toma posesión de este mundo desconocido. Una ancha línea blanquecina que parece trazar a la hélice su camino, divide el panorama en dos. ¿Un valle? ¿El valle del III? En el centro de esta vía láctea, de este reptil ondulante que unas nubes plateadas ocultan en algunos lugares, está el río. ¿Y esta línea pálida que lo bordea a la derecha? ¿Una carretera? ¿La carretera de Altkirch-Thann? ¿Y esta inextricable redcilla de venas y venillas, son otros caminos que se entrecruzan y que recortan en tonos más claros el verde vaporoso de la llanura? ¿Y este otro trazo de tinta casi rectilíneo que tío había observado al principio? ¿La vía férrea? Todo lo que vive en él se ha concentrado en esta mirada curiosa. Distingue ahora el relieve de las colinas que flanquean el valle. Aquí y allá, masas de brumas durmientes se alargan con el viento y se deshacen, con lo que van apareciendo nuevos grandes espacios. Aquí aparece la mancha verde oscuro de una cumbre cubierta de arbolado. ¿Y qué es aquello, a la derecha, que acaba de surgir por un desgarrón de la niebla? ¿Un pueblo? Si: un pueblo, en anfiteatro, en la ladera de una colina; todo un pueblo minúsculo, sonrosado por el sol, pletórico de vidas invisibles...

El avión se ha inclinado ligeramente hacia atrás. Jacques siente que sube, que sube con un impulso continuo, ligero y seguro. Ahora se ha acostumbrado de tal modo al rugido del motor, que lo necesita, que no podría pasarse sin él, que se abandona a él y se embriaga con él. Se ha convertido como en la proyección musical de su exaltación; como una orquesta sinfónica cuyas ondas poderosas traducen en un lenguaje sonoro el prodigio de este instante, el hechizo de este vuelo que lo lleva a su objetivo. Ya no tiene que luchar ni que escoger: está liberado de tener que desear. ¡Liberación! El viento de la carrera, el aire de las alturas, la certeza tenaz del éxito, hacen que su sangre corra más de prisa, con más fuerza. Distingue, enterrado en el

fondo de su pecho, el latido rápido y rítmico de su corazón: es como el acompañamiento humano, como la íntima colaboración de su ser a este fabuloso himno triunfal que hace vibrar todo el espacio que le rodea...

Meynestrel se agita.

También hace un momento se ha inclinado hacia delante. ¿Para leer el mapa, tal vez, o simplemente para dominar mejor los mandos?... Jacques sigue alegremente con los ojos los movimientos de su compañero. Grita: «¡Hola!» Pero la distancia y el ruido impiden toda comunicación entre los dos hombres.

Meynestrel se pone derecho. Luego, se vuelve a agachar y permanece algunos minutos con el busto inclinado. Jacques lo observa con curiosidad. No ve lo que hace el Piloto; pero en las rápidas sacudidas de los hombros adivina que está haciendo fuerza, realizando un trabajo manual, tal vez manejando esa larga llave que recuerda haber visto, en la meseta, en manos de Meynestrel.

No hay que tener ninguna inquietud: el Piloto conoce su oficio... De repente se produce en el aire una especie de temblor, de choque. ¿Qué pasa? Jacques, extrañado, escudriña el espacio que le rodea. Tarda algunos segundos en comprender: esta sacudida, este hueco súbito, es simplemente la irrupción imprevista del silencio. Un silencio total, religioso; un silencio interplanetario que ha sustituido brutalmente al rugido del motor... ¿Por qué cortar la gasolina?

Meynestrel se ha enderezado. Debe de estar incluso de pie: su torso oculta la parte delantera del aparato.

Jacques, al acecho, no quita los ojos de esta espalda inmóvil. Lo molesto es no poder hablar...

El avión, como sorprendido por su propio silencio, ha hecho algunas ondulaciones muy suaves; luego, ha empezado a marchar muy de prisa, silbando en el aire con el ruido sedoso de una flecha. ¿Vuelo planeado? ¿Vuelo en picada? ¿Por qué esta maniobra? ¿Teme Meynestrel que lo descubran por el ruido? ¿Quiere descender? ¿Estarán ya cerca de las líneas? ¿Llegará pronto el momento de sembrar los primeros manifiestos? Si; seguramente, porque muy de prisa, sin volverse, Meynestrel acaba de esbozar un gesto con el brazo izquierdo... Jacques, tembloroso, alarga la mano para coger un paquete de manifiestos. Pero, desplazado de su sitio a pesar de sus esfuerzos, pierde el equilibrio. La correa se le clava en las costillas. ¿Qué es lo que pasa? El avión ha perdido su posición horizontal y desciende casi en picada. ¿Por qué? ¿Es intencionado?... La duda se forma en la mente de Jacques. La intuición de un posible peligro lucha con este sentimiento de confianza total que le inspira Meynestrel... Se aferra con una mano al borde de la carlinga y trata de enderezarse para mirar al exterior. ¡Espantoso! El paisaje da vueltas. Estos campos, estas praderas, estos bosques que momentos antes se extendían como una alfombra, oscilan ahora, cobran relieve, se crispan como una acuarela llameante, y suben, suben vertiginosamente hacia él, con un rugido de ráfaga, con una rapidez catastrófica.

Con una brusca sacudida de los riñones, consigue romper la correa y echarse

hacia atrás.

¡La caída! Perdido...

No. El aparato se ha enderezado milagrosamente, y vuelve a ponerse casi en posición de vuelo... Meynestrel sigue dirigiendo... ¡Esperanza!

El aparato flota un minuto, abandonado. Luego, unas olas violentas lo cogen, lo levantan, lo sacuden, lo dislocan. Cruje el fuselaje. El avión se inclina hacia la izquierda. ¿Viraje sobre un ala? ¿Aterrizaje? Replegado sobre si mismo, Jacques se sujeta con las dos manos a la chapa, en la que sus uñas no consiguen clavarse. Una visión nítida se imprime en su retina: un bosquecillo de pinos al sol, un prado... Ha cerrado los ojos instintivamente. Un segundo interminable. El cerebro vacío, el corazón oprimido... Un trompeteo sonoro le desgarró el tímpano. Unos rosetones de fuegos artificiales lo envuelven, le hacen dar vueltas, lo incorporan a sus luces, que giran vertiginosamente. Campanas, campanas que tocan con todas sus fuerzas... Quiere gritar: «Meynest...» Una conmoción de violencia inaudita le machaca la mandíbula... Su cuerpo es proyectado en el espacio; Jacques tiene la impresión de que se aplasta contra una pared, como una pella de yeso.

Un calor intenso... Llamas; un chisporroteo; olor a incendio... Algo cortante e incisivo se le clava en las piernas. Jadea; se debate. Hace un esfuerzo sobrehumano para retroceder, para arrastrarse fuera del horno. Imposible. Sus pies están clavados en el fuego.

Dos garras de acero, a su espalda, lo han cogido por los hombros y tiran de él. Roto, destrozado, aúlla... Lo arrastran sobre clavos; su cuerpo está hecho jirones...

Y de repente, todo este espanto se sume en la dulzura. Las tinieblas. La nada...

## LXXXV

SE oyen voces... Palabras muy lejanas, interceptadas por una espesa cortina de fieltro. Sin embargo, entran en él, tenaces... Alguien le habla. ¿Meynestrel? Meynestrel lo llama... Lucha. Hace esfuerzos agotadores para salir de este sueño cataléptico.

—¿Quién es usted? ¿Francés? ¿Suizo?

Unos dolores intolerables le muerden los riñones, los muslos, las rodillas. Está clavado al suelo con puntas de hierro. Su boca no es sino una llaga; la lengua, inflamada, lo ahoga. Con los ojos cerrados, echa hacia atrás la cabeza, la mueve de derecha a izquierda, contrae los hombros en un inútil intento de incorporarse, y vuelve a caer con un gemido ahogado sobre estos clavos que le atraviesan la espalda. Un olor infecto, a gasolina, a tela quemada, le llena la nariz y la garganta. Rabea; y por la comisura de los labios, que casi no puede ya entreabrir, escupe un cuajaron de sangre, compacto como la pulpa de una fruta.

—¿Cuál es su nacionalidad? ¿Desempeñaba alguna misión?

La voz zumba en sus oídos y sacude su sopor. La mirada vacilante remonta profundidades opacas, se desliza por entre los párpados y emerge un instante a la luz. Distingue la copa de un árbol; el cielo; unas polainas blanquecinas de polvo..., pantalones encamados... El ejército... Un grupo de soldados franceses de infantería están inclinados sobre él. Lo han matado; está a punto de morir...

¿Y los manifiestos? ¿Y el avión?

Levanta un poco la cabeza. Su mirada se desliza por entre las piernas de los soldados... A unos treinta metros, un montón informe de restos humea al sol como un leño apagado: un montón de chatarra, del que cuelgan unos andrajos carbonizados.

Separada, profundamente clavada en el suelo, un ala del avión se yergue en la hierba, completamente sola, como un espantapájaros... ¡Los manifiestos! ¡Muere sin haber lanzado ni uno solo! ¡Los paquetes están aquí, consumidos, enterrados para siempre entre las cenizas! Y nadie, nunca, nunca más... Vuelve la cabeza; su mirada se pierde en el cielo luminoso. Siente una compasión inmensa por estos papeles... Pero sufre demasiado; es lo único que cuenta... Estas quemaduras que le consumen las piernas hasta la médula del hueso... ¡Sí; morir! Más de prisa, más de prisa...

—¿Y bien? ¡Conteste! ¿Es usted francés? ¿Qué demonios hacía en este aparato?

La voz está muy próxima y es entrecortada; fuerte, pero sin rudeza.

Vuelve a abrir los ojos: un rostro todavía joven, hinchado por la fatiga; dos ojos azules, detrás de unas gafas, bajo la visera de un quepis forrado de azul. A su alrededor se elevan otras voces, que se cruzan un momento y se acallan después.

—¡Te digo que ya no está sin conocimiento!

—¿Has avisado al capitán?

—Mi teniente: tal vez lleve papeles encima. Hay que registrarlo...

—¡Ya puede decir que se ha escapado de una buena!

—Va a venir el médico; Pasquin ha ido a avisarle...

El hombre de los lentes ha puesto la rodilla en el suelo. Su barbilla mal afeitada y el cuello sudoroso salen de una guerrera desabrochada. Sobre el pecho se cruzan correas y trinchas.

—¿No sabes francés?... *Bist du Deutsch? Verctehest du*<sup>[33]</sup>?

Unos dedos rudos se posan sobre su hombro dolorido. Jacques deja oír un gemido sordo. El teniente retira la mano inmediatamente.

—¿Le duele? ¿Quiere beber?

Jacques acepta, con un aleteo de las pestañas.

—Por lo menos entiende el francés —murmura el oficial, levantándose.

—Mi teniente, seguramente es un espía...

Jacques trata de volver la mirada hacia esta voz chillona. En este momento, un grupo de soldados, al cambiar de sitio, deja ver en el suelo, a unos tres metros, una masa oscura: una cosa sin nombre, carbonizada, que no tiene de humano sino un brazo retorcido sobre la hierba; y al extremo de este brazo, una garra de pájaro, negra, de la que Jacques no puede apartar la mirada: una mano fina, nerviosa, con los dedos medio crispados en el aire... En torno a Jacques, el ruido de las voces parece esfumarse...

—Mire, mi teniente; aquí está Pasquin que trae al médico... Pasquin lo ha visto todo: iba con el rancho para la avanzadilla... Dice que el avión...

La voz se aleja, se aleja, interceptada por la cortina de fieltro. En el cielo, la copa del árbol se ha emborronado. Y el dolor también se aleja, lentamente, fundiéndose en una tranquila languidez... Los manifiestos... Meynestrel... Morir también.

¿Por qué razón misteriosa, tiránica, permanece en el fondo de esta canoa, aplastado, amarrado e impotente? Meynestrel se ha tirado al agua hace mucho tiempo, porque esta tempestad en el lago sacudía realmente con demasiada fuerza su barca... El sol quema como plomo fundido, y Jacques trata en vano de evadirse de su mordedura. En el esfuerzo que hace para mover los hombros, levanta a medias los párpados y vuelve a cerrarlos inmediatamente, herido hasta el fondo de sus pupilas por esta flecha de oro. Sufre. Estos guijarros puntiagudos en el fondo de la canoa le desgarran la carne. Quisiera llamar a Meynestrel, pero tiene en la boca un carbón encendido que le quema la lengua... Un choque. Lo percibe dolorosamente hasta la misma extremidad de sus nervios. La barca, levantada por una ola repentina, ha debido de tropezar con el embarcadero. Abre los ojos... Oye una voz: «Eh, *Frágil*; ¿quieres beber?» Un quepis... Es un gendarme el que ha hablado... Un rostro desconocido, un rostro mal afeitado de cura pueblerino. A su alrededor percibe voces rudas y roncadas que se entrecruzan. Sufre. Está herido. Ha debido de sufrir un accidente. Beber... Siente contra sus labios encendidos el borde de un cacharro de hojalata.

—Chico; sus fusiles no valen nada. ¡Pero sus ametralladoras!... ¡Y las tienen por todas partes, los muy marranos!

—¡También nosotros tenemos que tener bastantes ametralladoras! ¡Espérate a que las saquen a relucir!

Beber... Aunque está al sol y empapado en sudor, tiritita. Sus dientes chocan contra el metal. Su boca es sólo una llaga... Traga rápidamente un sorbo, y se ahoga. Un poco de agua se le vierte por la barbilla. Quiere levantar un brazo: sus muñecas están esposadas y sujetas a las correas de la camilla. Quisiera beber más; pero la mano que sostenía la cantimplora se ha apartado... Súbitamente lo recuerda todo. ¡Todo! Los manifiestos... La garra calcinada de Meynestrel, el avión, la hoguera... Cierra los ojos, pues el sol, las lágrimas, el polvo, el sudor, se los irritan dolorosamente... Beber... Sufre. Indiferente a todo, excepto a su dolor... Pero el ruido que le rodea le hace abrir de nuevo los ojos.

A su alrededor, unos soldados de infantería, harapientos, con la cabeza descubierta y el pelo pegado por el sudor, van y vienen; hablan, se llaman unos a otros y gritan. Él está a ras del suelo, en una camilla posada sobre la hierba, a un lado de esta carretera llena de soldados. Vehículos rechinantes, arrastrados por mulas, pasan sin interrupción junto a él, al paso, levantando una espesa polvareda. A dos metros, en la cuneta, unos gendarmes, de pie, beben por turno, a morro, levantando a la luz una cantimplora de soldado. Fusiles en pabellón y pilas de sacos se alinean sobre la carretera, hasta perderse de vista. Grupos de soldados, echados en el talud, discuten, gesticulan y fuman. Los más cansados se han tumbado de espaldas, con el brazo sobre la cara, y duermen bajo el sol. En la cuneta, muy cerca, tumbado con los brazos en cruz, un soldado muy joven mira al cielo con sus grandes ojos muy abiertos, mientras mastica una brizna de hierba. Beber, beber... Sufre. Le duele todo: la boca, las piernas, la espalda... Temblores de fiebre le recorren los riñones, arrancándole cada vez una queja sorda. Sin embargo, ya no son esos dolores fulgurantes que le laceraban el cuerpo después de la caída, después del incendio. Seguramente han debido de ocuparse de él y curado sus heridas. Y, bruscamente, una idea atraviesa su espíritu somnoliento: le han amputado las dos piernas... ¿Qué importa ahora?... Sin embargo, esta idea de la amputación lo obsesiona. Sus piernas. Ya no las siente... Quisiera saber... Unas correas muy apretadas lo atan a la camilla. No obstante, consigue levantar la cabeza: lo suficiente para distinguir sus manos ensangrentadas y vislumbrar sus dos piernas que salen del pantalón cortado a la altura del muslo. ¡Sus piernas! Enteras... ¿Vivas? Están rodeadas de vendas y entablilladas, desde las rodillas a los tobillos, con unos listones arrancados sin duda de algún viejo cajón de embalaje, porque una de las tablas lleva todavía, bien a la vista, un letrero negro: FRÁGIL... Agacha la cabeza, agotado.

Voces; por todas partes voces... Hombres, soldados... La guerra... Soldados que hablan.

—Un dragón nos ha dicho que el regimiento se reagrupaba por aquí...

—No tienes más que seguir la columna. Ya los encontrarás.

—¿De dónde venís vosotros?

—¿Y quién sabe los nombres? De por allí... ¿Y vosotros?

—Nosotros también. Nosotros, desde el viernes, hemos tenido que aguantar...

—¡Pues no te digo nosotros!

—Nosotros es muy sencillo: desde el principio del ataque (el siete, viernes, o sea hace tres días, ¿no?) no hemos dormido ni seis horas en total. ¿No es cierto, Maillard? Y nada que comer. El sábado dieron algo, por la noche; pero desde que hemos empezado la retirada con este desorden, de suministro, ¡cero! Si no hubiésemos podido arreglárnoslas con los paletos...

Más lejos se alzaban otras voces rabiosas:

—¡Y yo te digo que esto no se ha acabado!

—¡Y yo te digo que estamos bien fastidiados! ¿Verdad, Chabaux? ¡Pero que bien fastidiados! ¡Y si queremos reanudar la ofensiva, nos darán en los hocicos!...

Lo más doloroso de todo, tal vez, es la herida de la boca, que le impide tragar la saliva y hablar, beber y hasta casi respirar. Trata de mover la lengua con precaución. Conserva en el fondo de la garganta un sabor tenaz de gasolina, de barniz quemado...

—Y además, ya sabes; todas las noches fuera, a la escucha... Y cuando el batallón ha llegado delante de Carspach...

Sí; es la lengua lo que tiene herido: está inflamada, rota, en carne viva... Ha debido de recibir algún golpe en la cara o romperse la barbilla al caer. Sin embargo, donde le duele es dentro de la boca. Su cerebro trabaja: «Me he cortado la lengua con los dientes», se dice finalmente. Pero este esfuerzo de atención lo ha derregado. Vuelve a cerrar los párpados, aturdido. Las llamas danzan delante de sus ojos cerrados. En sus piernas no cesan los pinchazos. Gime débilmente y se abandona de nuevo a esta dulzura súbita... El olvido...

—Tiene quemaduras por todas partes...; las piernas, hechas papilla...; espía...

Vuelve a abrir los ojos. Siempre botas y polainas.

Los gendarmes se han acercado a la camilla. En torno a ellos se ha formado un grupo.

—Parece que el avión...

—¿Su cacharro? Bricard los ha visto...

—¿Bricat?

—¡No! Bricard; ese brigada alto de la quinta.

—¡No queda nada de su cacharro!

—¡Uno menos!

—Él, *Frágil*, ha tenido suerte... Todavía saldrá de ésta, a pesar de sus heridas...

Esta voz no le es desconocida; vuelve la cabeza: el que habla y lo examina es el viejo gendarme con cara de cura, ojos pálidos y frente despejada, que antes le dio de beber.

—¡Basta! —lanza otro gendarme, moreno éste y cargado de hombros, con una cara de corso de ojos ardientes—. ¿Está oyendo, jefe? ¡Dice Marjoulat que *Frágil* saldrá de ésta! ¡No será por mucho tiempo!

El brigada de los gendarmes se chancea:

—¡No por mucho tiempo!... Tiene razón Paoli. No será por mucho tiempo.

Es un mocetón con los galones nuevos cosidos en las mangas. Tiene la barba negra, muy espesa, que no deja al descubierto más que dos pómulos de color sonrosado.

—¿Entonces, por qué no le han ajustado las cuentas sin esperar a más? — pregunta un soldado.

El brigada no contesta.

—¿Y vais a llevarlo así muy lejos?

—Hay que entregarlo en el Cuerpo de Ejército —explica el corso.

El brigada vuelve la cabeza, descontento. En tono sentencioso, refunfuña:

—Esperamos órdenes.

Un sargento de infantería, irónico, rompe a reír:

—¡Como nosotros! ¡Hace dos días que estamos esperando órdenes!

—¡Y además de órdenes, comida!

—¡Qué desconcierto!

—Yo creo que no hay ni siquiera enlaces... El coronel...

Un toque de silbato los interrumpe.

—¡A formar! ¡La columna reanuda la marcha! ¡Ponerse las mochilas! ¡Ése, que se levante! ¡Ponerse las mochilas!

Un ruidoso ir y venir se forma ahora alrededor de Jacques. La columna reanuda la marcha. Él se hunde en un agujero tenebroso. El agua chapotea alrededor de la barca; una ola más fuerte la levanta, la acuna, la lleva a la deriva...

—¡Coge de la derecha!

—¿Qué pasa?

—¡A la derecha!...

Las sacudidas le hacen abrir los ojos. Delante de él ve la espalda del gendarme que lleva los pies de la camilla.

La columna ondula; la ola se aparta para bordear un mulo muerto, atado, con las patas estiradas, abandonado en la carretera. Los hombres escupen a causa del hedor, y se debaten un instante contra las moscos, que se les pegan a la cara. Luego, las filas se rehacen apresuradamente y las suelas claveteadas reanudan su machaqueo sobre el suelo pedregoso.

¿Qué hora es? El sol cae a plomo y le abrasa la cara. Sufre. ¿Las diez o las once, tal vez? ¿A dónde lo llevan?... El polvo le impide ver más allá de algunos metros. A la izquierda, los vehículos militares siguen desfilando, al paso, entre una nube acre y agobiadora. La carretera humea, huele a estiércol, a lana mojada, a cuero, a hombres sudorosos. Sufre. Sobre todo se encuentra sin fuerzas. Sin fuerzas para pensar, para salir de su aletargamiento. Con la garganta irritada por el polvo, con las encías resacas por la fiebre y por la sed, y con la lengua ensangrentada, se encuentra perdido en este patear incesante, en este ruido de ejército en marcha; está perdido y solo,



apartado de todo, de la vida y de la muerte... Durante los escasos minutos de lucidez que alternan con estos largos intervalos de inconsciencia o de pesadilla, se repite sin interrupción: «Valor... Valor...» Algunas veces, los hombres marchan tan apretados junto a la camilla que no ve sino estos torsos oscilantes, y estos cañones de fusil, y el aire que tiembla entre él y el cielo; está como en el centro de un bosque ululante que avanza, y su mirada alelada se fija obstinadamente en una mochila repleta que oscila, en un vaso reluciente unido a una cantimplora forrada de azul. Muchos soldados han soltado las correas de la mochila y dejado caer la carga sobre los riñones; los hombros se agachan, y las caras están surcadas de polvo y de sudor. Las miradas que algunas veces sorprende fijas sobre él tienen una expresión desconcertada, atenta y distraída a la vez, vaga hasta producir vértigo... Marchan, marchan en línea recta, uno junto a otro, sin ver nada, sin hablar, vacilantes, pero tenaces en seguir esta retirada que los salva; y sus fuerzas se desgastan, sobre esta carretera, como sobre una piedra de afilar. A la derecha, un soldado alto, extenuado, con perfil de medalla y brazalete de enfermero, avanza con ritmo grave y la cabeza levantada, recogido como si rezara. A la izquierda de la camilla hay otro, bajito, que anda con precaución y que cojea. La mirada de Jacques, abstraída, se fija en esta pierna renqueante, siempre retrasada y que, a cada esfuerzo, falla un poco en la rodilla. Algunas veces también, cuando una desbandada aclara las filas, Jacques distingue árboles, setos, prados, el campo soleado... ¿Es posible? Hace un momento, a un lado de la carretera, se le ha aparecido el patio de una granja con su troje de barro, su casa gris de postigos cerrados, su montón de estiércol en el que picoteaban las gallinas; y el olor picante de la basura ha llegado hasta él. Aletargado, se abandona a las sacudidas, cerrados los ojos casi constantemente... Sus piernas... Su boca... Si al menos se le ocurriera al gendarme darle otra vez de beber... Una y otra vez la marcha se detiene con bruscas paradas, después de las cuales los soldados, jadeantes, se ven obligados a correr para recuperar la distancia e impedir que los carros, aprovechando los espacios vados, se mezclen con la columna.

—¡Es espantoso ver esto! ¡No sé por qué tenemos que ir todos por la misma carretera!

—¡Pero, hombre; si pasa igual por todas partes! ¡Hay convoyes por todos los caminos! ¡Date cuenta: toda la división en retirada!

—¿La división? ¡Todo el séptimo Cuerpo, por lo que parece!

—Eh, tú; ¿dónde vas por ahí?

—¿Estás loco?

—¡Eh, el territorial!

Un soldado de infantería ha cruzado la carretera oblicuamente, en sentido contrario a la marcha, dirigiéndose hacia el este: hacia el enemigo... Indiferente a los gritos, se desliza por entre los carros, por entre los soldados. Ya no es joven. Su barba blanquea, y no sólo de polvo. Va sin armas, sin saco, con un capote descolorido, debajo del cual lleva un pantalón de campesino, de pana color marrón. Un montón de

cosas cuelgan de sus costados: cartucheras, cantimplora, mochilas...

—Eh, abuelo; ¿a dónde vas?

Va sorteando los brazos que a su paso le tienden. Su fisonomía es arisca; su mirada, obstinada y salvaje; sus labios se mueven: parece dialogar en voz baja con un fantasma.

—¿Vuelves a casa, viejo?

—¡Buena suerte!

—¡Ya nos avisarás cuando llegues!

Sin volver la cabeza, sin decir ni palabra, el hombre sigue su camino, escala un montón de piedras, cruza la zanja, separa la hilera de arbustos que bordea el prado, y desaparece.

—¡Pero mira! ¡Si son barcos!

—¿En la carretera?

—¿Cómo?

—¡Una compañía de pontoneros que se retira!

—Han cortado la columna.

—¿Dónde?

—¡Es verdad! ¡Mira! ¡Barcos con ruedas! ¡Lo que nos faltaba por ver!

—¡Oye, Joseph; ahora si que hay que creer que por esta vez han renunciado a cruzar el Rhin!

—¡Marchen!

—¡Adelante!

La columna se pone en movimiento y reanuda la marcha.

A los cien metros, nueva parada. ¿Qué pasa ahora? Esta vez la parada se prolonga. La carretera cruza una línea férrea, sobre la cual rueda un tren interminable de vagones vacíos y arrastrados a poca velocidad por una locomotora jadeante, al rojo. Los gendarmes dejan la camilla sobre el polvo.

—Hay que pensar que esto va mal, jefe: ¡llevan el material a la retaguardia! — indica Marjoulat, con una risa. El brigada mira al tren y se seca la cara, sin contestar.

—¡Marjoulat está muy contento con la retirada, jefe! —ladra el corso.

—Marjoulat —dice un tercer gendarme, un atleta con cuello de toro que se ha sentado sobre un montón de piedras y mastica un trozo de pan— no se encontraba muy a gusto anteayer cuando vimos a los ulanos...

Marjoulat se ha puesto encarnado. Tiene la nariz gruesa, grandes ojos grises, y la mirada triste y huidiza, aunque voluntariosa; la frente es abombada, y la cara parece la de un campesino marrullero. Se dirige al brigada, que le mira en silencio:

—No me da vergüenza decirlo, jefe: a mí la guerra no me va. Yo no soy corso y nunca me ha gustado la pelea.

El brigada no le escucha. Se ha vuelto hacia la derecha. Un sordo retemblar se mezcla con el ruido del tren. A lo largo de la vía férrea avanza al trote un grupo de jinetes.

—¿Una patrulla?

—No; es el Estado Mayor.

—¿Traerán órdenes, tal vez?

—¡Apartaos, imbéciles!

El pelotón de a caballo se compone de un capitán de coraceros, dos suboficiales y algunos soldados. Los caballos se deslizan por entre los coches y los soldados de infantería, sortean la camilla, atraviesan la carretera, se reúnen al otro lado, y pican a campo traviesa hacia el oeste.

—¡Ésos tienen suerte!

—¡Que te crees tú eso! ¡Dicen que la división de caballería tiene orden de dejarse destrozar, para impedir que nos caiga encima el enemigo!

Los soldados discuten alrededor de la camilla. Entre las solapas de los capotes desabrochados, sobre los pechos chorreantes de sudor, la chapa de identidad que debe conservar todo soldado para su identificación en caso necesario, cuelga de su hilillo negro. ¿Qué edad tienen? Todos tienen un rostro arrugado, sucio, uniformemente viejo.

—¿Te queda algo de agua?

—¡Nada; ni una gota!

—Te digo que nosotros hemos visto un zeppelin, el día siete por la noche. Volaba por encima del bosque...

—¿Que no se retrocede? ¿No? ¡Pues entonces no sé lo que es!

—No; un enlace de la brigada se lo ha oído explicar a un oficial de Estado Mayor. ¡No se retrocede!

—¿Lo estáis oyendo vosotros? ¡Dice que no se retrocede!

—¡No! Es lo que se llama una retirada estratégica. Para preparar mejor la contraofensiva... Una maniobra maravillosa... Después los cogerán en tenaza.

—¿En qué?

—¡En tenaza! Pregúntale al ayudante. ¿Tú sabes lo que es una tenaza? Se deja que ellos entren fácilmente, ¿comprendes? Y luego, ¡zas!, ¡se cierra la tenaza y ya están cogidos!

—¡Un *taube*!

—¿Dónde?

—¡Allí!

—¿Dónde?

—Exactamente encima del almiar.

—¡Un *taube*!

—¡Marchen!

—¡Un *taube*, mi brigada!

—¡Adelante! Ya está ahí el furgón de cola: es el final del tren.

—¿En qué notas que es un *taube*?

—¡Ahí tienes la prueba! Mira; le están tirando.

En torno al minúsculo punto que brilla en el cielo, nacen unos copitos que permanecen un instante en forma de bola, antes de deshacerse en el aire.

—¡Volved a formar! ¡En marcha!

Los últimos vagones se deslizan lentamente sobre los raíles. El paso a nivel está libre.

Un empujón... ¡Ay!; estas sacudidas... Valor... Valor... Lúcido durante un instante, oye encima de él la respiración del gendarme que lleva la cabeza de la camilla. Luego todo le da vueltas. Siente vértigo y una debilidad mortal. Valor... Las filas multicolores de los soldados pasan dando vueltas como caballitos de madera azules y encarnados. Profiere un gemido. La mano fina y nerviosa de Meynestrel se ennegrece, se encoge a ojos vistas, se convierte en una pata de gallina calcinada... ¡Los manifiestos! Todos quemados, perdidos... Morir...

La bocina de un automóvil. Levanta los párpados. La columna se ha detenido a la entrada de un pueblo. El auto sigue tocando: viene de atrás. Los hombres se apretujan al borde de la carretera, para dejarlo pasar. El brigada saluda en posición de firmes. Es un coche descapotable, con un banderín; va cargado de oficiales. En la parte de atrás se distingue el quepis dorado de un general. Jacques vuelve a cerrar los ojos. La visión del consejo de guerra atraviesa su mente. Está de pie, en el centro del estrado, delante de este general de quepis dorado... El señor Faïsme... La bocina suena sin descanso... Todo se confunde... Cuando vuelve a abrir los ojos, distingue un solo bien recortado, cuadros de césped, geranios, un hotelito con cortinas rayadas... Maisons-Laffitte... Encima de la verja cuelga una bandera blanca con una cruz roja. Delante de la escalinata, una ambulancia vacía, acribillada a balazos, con todos los cristales rotos. Pasa la columna. Avanza durante algunos minutos y se detiene. La camilla toca el suelo con rudeza. Ahora, a la menor parada, la mayor parte de los soldados, en lugar de esperar de pie, se dejan caer al suelo, en el mismo lugar en que se han detenido, sin quitarse el saco ni el fusil, como si quisieran anonadarse aquí mismo.

Están a doscientos metros del poblado.

—Parece que vamos a hacer alto en la aldea —dice el brigada.

Se arma un gran barullo de los soldados que se levantan.

—¡En marcha!

La columna vuelve a partir, recorre cincuenta metros y se detiene una vez más.

Un golpe. ¿Qué pasa? El sol está todavía muy alto y quema. ¿Desde hace cuántas horas, desde hace cuántos días dura esta marcha? Sufre. En la boca, la sangre coagulada da a la saliva un sabor infecto. Los tábanos y las moscas, de los que están cubiertos los mulos, se ceban en su barbilla, en sus manos.

Un chiquillo de la aldea, con los ojos encendidos, cuenta algo, entre risas, a unos soldados que le rodean.

—En el sótano del Ayuntamiento... Están justo enfrente del respiradero... ¡Tres!

Tres ulanos prisioneros... ¡No les luce mucho el pelo! ¡Parecen garduñas!... Se dice que se apoderan de todos los niños para cortarles las manos... Uno de ellos ha salido, entre dos centinelas, para orinar... ¡Nosotros queríamos destriparlo!

El brigada llama al chico:

—¿Queda vino por aquí?

—Pues claro.

—Toma, aquí tienes un franco; vé a comprarme un litro.

—No volverá nunca, jefe... —profetiza Marjoulat, desaprobador.

—¡Adelante! ¡En marcha!

Nuevo salto de cincuenta metros, hasta el cruce de un camino en el que un pelotón de jinetes ha echado pie a tierra. A la derecha, en una gran explanada rodeada de una empalizada blanca —un campo de feria indudablemente—, sargentos y brigadas han agrupado lo que queda de una compañía de infantería. En el centro, el capitán arenga a sus hombres. Luego rompen filas. Cerca de un molino, una cocina de campaña distribuye el rancho: choque de gamellas, gritos, discusiones, zumbido de enjambre... El chico reaparece, sofocado, blandiendo una botella. Ríe.

—Aquí está su vino. Catorce céntimos me han pedido. Son unos ladrones.

Jacques vuelve a abrir los ojos. El vino, cubierto de vapor, parece estar helado. Jacques lo mira y agita los párpados, sólo con ver la botella... Beber... Beber... Los gendarmes se han agrupado en torno a su jefe, quien tiene la botella entre sus manos, como para saborear primero con las palmas su frialdad. No se apresura. Separa las piernas, se asienta bien sobre los riñones, levanta la botella al sol y, antes de introducir el gollete entre sus labios y para tener la boca bien limpia, carraspea y escupe. Después de beber, sonrío y alarga la botella a Marjoulat, el más viejo. ¿Pensará Marjoulat en Jacques? No. Bebe y pasa la botella a su compañero, Paoli, cuyas narices palpitan como los ollares de un caballo. Jacques cierra los ojos lentamente, para no seguir viendo... Oye voces a su alrededor. Abre los ojos y vuelve a cerrarlos. Unos suboficiales de dragones —de aquellos cuyo pelotón espera en el cruce del camino— aprovechan la parada de la columna para venir a charlar con los de infantería.

—Nosotros somos de la brigada ligera. El día siete nos incorporaron al séptimo Cuerpo... Había que alcanzar Thann y hacer un movimiento de conversión como éste, para seguir luego a lo largo del Rhin y cortar los puentes. Pero era demasiado precipitado. No había sincronización en la maniobra, ¿comprendes? Se ha querido ir demasiado de prisa. Los pencos desfallecían, y los soldados de infantería estaban agotados. Lía habido que retirarse.

—¡Buen desorden!

—¡Y aquí, al fin y al cabo, no es nada! Nosotros venimos de allí, del norte... ¡Allí sí que...! Las carreteras están atestadas, no solamente con las tropas, sino también con la gente de los pueblos, que tiene hígados y se retira.

—Nosotros —dice un sargento de infantería, con voz grave y cálida— estábamos

en primera línea. Llegamos delante de Altkirch a la caída de la noche.

—¿El ocho?

—El ocho, sábado; sí, anteayer.

—También estábamos nosotros allí... La infantería les ha sacudido el pelo bien, hay que reconocerlo. Altkirch estaba lleno de alemanes. En cinco segundos la infantería los ha sacado a todos, a punta de bayoneta... Y luego nosotros los hemos perseguido, durante la noche, hasta Walheim.

—Nosotros hemos llegado incluso hasta Tagolsheim.

—Y al día siguiente, no había nada delante de nosotros... ¡Nada! Hasta Mulhouse... ¡Ya creíamos que íbamos a llegar sin más ni más hasta Berlín! Pero los guarros sabían lo que se hacían al dejarnos avanzar. Desde ayer contraatacan. Parece que la cosa está que arde allá arriba.

—¡Y menos mal que hemos recibido orden de replegarnos; si no, a estas horas nos habrían escabechado a todos!

Un brigada y varios sargentos de la columna han venido a escuchar. El brigada tiene la mirada febril, los pómulos encarnados y la voz entrecortada:

—Nosotros hemos combatido durante trece horas seguidas; ¡durante trece horas! ¿No es verdad, Rocher? Trece horas... Los ulanos estaban delante de nosotros en un pinar. Lo estaré viendo durante toda mi vida. Imposible echarlos de allí. Entonces enviaron a nuestra compañía hacia la izquierda para rodear el bosque. Yo soy contable de Zimmer, en Puteaux, de modo que ya podéis hacer idea... Hicimos más de un kilómetro arrastrándonos; tardamos dos horas, tres horas, y parecía que no íbamos a llegar nunca hasta la granja. A pesar de todo, llegamos. Los granjeros estaban en la cueva; las mujeres y los niños lloraban: daba pena... Los encerramos bajo llave. Alsacianos, sí; pero nunca se sabe... Hicimos aspilleras en las paredes, subimos al segundo piso y pusimos colchones en las ventanas. No teníamos más que una ametralladora, pero con munición abundante. ¡Y nos mantuvimos todo el día! Según parece, el coronel había dicho que había que sacrificarnos... ¡Pero, a pesar de todo, hemos vuelto! ¡Parece mentira lo que se puede llegar a hacer!... ¡Ahora que, cuando nos han dado orden de volver, os juro que no ha hecho falta que nos lo dijeran dos veces! Todavía éramos doscientos cuando salimos del bosque. No quedábamos más que sesenta cuando salimos de la granja; y de los sesenta, muy bien habría una veintena de heridos... Pues bien: en el fondo (¿querrás creerlo?), pues no es una cosa tan terrible... No es tan terrible, porque ya no sabes lo que haces. Ni los soldados, ni los oficiales, ni nadie. No se ve nada; no se comprende nada; se arrebuja uno, y no ve ni siquiera a los compañeros que caen. Había uno que estaba a mi lado y que me salpicó de sangre. Me dijo: «Me han dado.» Todavía lo oigo. Oigo su voz, pero ya ni siquiera sé quién era. Creo que no tuve tiempo ni de mirarlo. Todos gritaban, todos disparaban, y no sabía uno ni dónde estaba. ¿No es verdad, Rocher?

—En primer lugar —dice Rocher, mirando a sus interlocutores uno a uno, con aire irritado—, hay que reconocerlo: ¡los alemanes, en comparación con nosotros,

como si no existieran!

—¡Jefe! —grita un gendarme—. La columna reanuda la marcha.

—¿Ah, sí? ¡Entonces, adelante!

Los suboficiales vuelven a sus sitios corriendo.

—¡Juntaos ahí! ¡Juntaos!

—¡Adelante!

—¡Adiós y buena suerte! —grita el brigada, al pasar por delante de los dragones.

La columna se ha vuelto a poner en camino. Sin nuevas paradas, penetra en el pueblo y va llenando la calzada con sus filas compactas, con su pisotear de rebaño. La velocidad de la marcha ha disminuido. El traqueteo de la camilla es menos doloroso. Jacques mira. Casas... ¿Será el final de su martirio?...

En los umbrales, los vecinos del pueblo permanecen de pie, formando grupos; hombres de edad, mujeres con hijos, pequeñuelos colgados de las faldas de sus madres. Desde hace horas, desde el amanecer tal vez, con la espalda pegada a la pared, estirando el cuello y con el rostro preocupado, cegados por el polvo y el sol, permanecen aquí sin dejar de mirar este interminable desfile de vehículos militares de material de guerra, de secciones sanitarias, de trenes de artillería, de regimientos destrozados, todo este magnífico «ejército de cobertura» que con tanta confianza vieran días antes subir hacia la frontera y que ahora retrocede en desorden, dejándolos a merced de la invasión... El pueblo, envuelto en polvo, brilla al sol bajo una neblina, como si lo estuvieran demoliendo. Un zumbido de colmena removida llena las calles, las callejuelas, los patios. Las tiendas están atestadas de soldados, que arramblan con todo lo que queda de pan, de embutidos y de vino. La plaza de la iglesia rebosa de hombres y de convoyes parados. Los dragones, con los caballos de la brida, se han puesto a la derecha, donde hay un poco de sombra. Un comandante, congestionado y furioso, se inclina sobre el cuello de su caballo para insultar a un viejo guarda campestre en uniforme de opereta. La puerta central de la iglesia está abierta de par en par. En el claroscuro de la nave, sobre literas con paja, se alinean los heridos, en torno a los cuales se agitan mujeres, enfermeros y médicos con bata blanca. Afuera, sobre un carro, a pleno sol, un sargento furriel aúlla entre el griterío: «¡La quinta! ¡Rancho!...» La columna avanza cada vez más lentamente. Detrás de la iglesia, la calle mayor se estrecha y forma un embudo. Las filas se aprietan y los hombres patean impacientes. Un viejo está sentado, delante de su puerta, en un sillón de orejas, como en un espectáculo, con las manos sobre las rodillas. Al pasar, pregunta al brigada:

—¿Vais a seguir retrocediendo así hasta muy lejos?

—No se sabe. Esperamos órdenes.

El viejo posa un instante su mirada clara como el agua sobre la camilla, sobre los gendarmes, y mueve la cabeza con aire de desaprobación.

—Yo ya he visto todo esto; en el setenta... Pero nosotros resistimos más tiempo...

Jacques encuentra la mirada compasiva del viejo. Dulzura...

La columna sigue avanzando. Ahora ha rebasado el centro del pueblo.

—Parece ser que hayan dado orden de hacer alto allí, en las últimas casas — explica el brigada, que acaba de preguntar a un teniente de gendarmería.

—Así es mejor —dice Marjoulat—. Así seremos los primeros en salir andando.

Se termina el empedrado: la calle se convierte en una carretera ancha, sin aceras, bordeada de casas bajas y de jardincillos.

—¡Alto! ¡Dejad pasar los coches! —Los trenes del ejército siguen avanzando.

—Vosotros —dice el brigada—, mirad a ver si nos ha seguido la cocina... Hay hambre... Yo me quedo aquí, con Paoli, para cuidar de *Frágil*...

La camilla ha sido puesta sobre la cuneta, cerca de un abrevadero en el que soldados de todas las armas vienen a llenar sus cantimploras. El agua, removida, salta por encima del borde del pilón y forma arroyuelos... Jacques no puede apartar los ojos de estos regatos. Tiene en la boca un atroz sabor a hierro. Su saliva es como de algodón húmedo... «¿Quieres beber, muchacho?» Milagro. Un tazón blanco brilla entre las manos de una vieja campesina. A su alrededor se ha formado un grupo. Soldados, paisanos, viejos de piel curtida, chiquillos y mujeres. El tazón se acerca a los labios de Jacques. Tiembla... Su mirada da las gracias, como la de un perro. ¡Leche!... Bebe dolorosamente, a sorbitos. La vieja le seca la barbilla con una punta del delantal.

Un médico con tres galones, que pasaba, se ha acercado.

—¿Un herido?

—Sí, señor. Sin interés... Un espía... Un *alboche*.

La vieja campesina se ha enderezado como un resorte; con un golpe seco vacía el resto de su tazón en el suelo. «Un espía... Un *alboche*...» Las palabras corre de boca en boca. En torno a Jacques, el círculo se estrecha, hostil y amenazador. Ésta solo, atado, sin defensa. Vuelve los ojos. Una quemadura en la mejilla le hace estremecerse. Se oyen risas. Distingue sobre él el busto de un aprendiz, de blusa azul. El muchacho ríe con malevolencia; todavía conserva entre los dedos una colilla encendida.

—¡Déjalo tranquilo! —gruñe el brigada.

—¡Pero si es un espía! —replica el crío.

—¡Un espía! ¡Venid a ver! ¡Un espía!... —La gente ha ido saliendo de las casas vecinas y forma un grupo lleno de odio, que cuesta trabajo a los gendarmes mantener apartado.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Dónde lo han cogido?

—¿Por qué no le han ajustado las cuentas?

Un chiquillo recoge un puñado de piedras y se lo tira. Otros lo imitan.

—¡Basta! ¡Dejadlo tranquilo de una vez! —grita el brigada, encolerizado. Y, dirigiéndose a Paoli, añade—: Vamos a llevarlo allí, al patio. Y cierra la puerta.



Jacques siente que lo levantan y lo llevan en vilo. Cierra los ojos. Los insultos y las burlas se van alejando.

Silencio... ¿Dónde está? Aventura una mirada. Lo han puesto a resguardo, escondido, en el patio de una granja, a la sombra de un cobertizo que huele a heno caliente. Cerca de él, una vieja calesa alza al aire los muñones de sus varas en los que duermen las gallinas. ¡Sombra silenciosa!... Nadie... Morir aquí...

La irrupción de los gendarmes lo despierta brutalmente. Las gallinas huyen con cloqueos asustados, con furioso aleteo.

¿Qué sucede? Por todas partes gritos, carreras y una confusión general. El brigada se pone precipitadamente la guerrera y el correaje.

—¡Vamos! Coged a *Frágil*... ¡Y de prisa!...

Al otro lado del patio hay una callejuela por la que pasa al trote una fila de ambulancias.

—Jefe, se llevan hasta el puesto de socorro.

—Ya lo veo. ¿Dónde está Marjoulat? ¡De prisa, Paoli!... ¿Qué pasa? ¿Ahora ingenieros?

En el patio han entrado dos camionetas, seguidas de un destacamento de soldados. Los hombres descargan apresuradamente estacas y rollos de alambre espinoso.

—Los caballos de Frisia<sup>[34]</sup>, en ese rincón... Lo demás, aquí... ¡De prisa!

El brigada, inquieto, pregunta al sargento que vigila los trabajos:

—¿Tan mal está la cosa?

—¡A lo que parece!... Venimos a fortificar la posición... Parece que «ellos» ocupan ya los Vosgos..., y que marchan sobre Belfort. También parece que se habla de capitular, para evitar la ocupación...

—¿De verdad? ¿Entonces todo se habría acabado para nosotros?

—Entretanto, creo que no haríais ninguna tontería marchándoos cuanto antes... Van a ordenar que los habitantes evacúen el pueblo. En una hora tiene que estar vacío...

El brigada se ha vuelto hacia sus gendarmes.

—¿Y *Frágil*, a quién le toca ahora?

—¡Marjoulat, no es el momento de remolonear! ¡De prisa! —dice el brigada.

El ruido de los motores llena el patio. Las camionetas, ya vacías, dan media vuelta. La voz de un capitán domina el vocerío:

—Recogedme todo lo que podáis encontrar de arados, de rastrillos, incluso las hoces... Id a decir al teniente que no deje que los paisanos se lleven los carricoches. Los necesitaremos para interceptar las carreteras.

—¿Qué hay, Marjoulat? —grita el brigada.

—Ya estoy, jefe...

Cuatro brazos empuñan la camilla. Jacques gime. Los gendarmes alcanzan

rápida­mente la carretera, donde la columna, vuelta a formar, está ya en marcha.

Las filas están tan apretadas que no es fácil penetrar entre esta muchedumbre con una camilla.

—¡Empuja! ¡Tenemos que hacernos sitio ahí dentro, a toda costa!

—Basta —gruñe Paoli—. ¡De todas formas no podemos estar marchando días y días con este tipo a cuestas!

Sacudidas..., sacudidas...; todos los dolores, despertados, reanimados de nuevo... El pueblo está en pleno desconcierto. En los patios de las casas no se oye otra cosa que llamadas, gritos y lamentaciones. Los campesinos enganchan apresuradamente sus cochecillos. Las mujeres amontonan en ellos, de cualquier forma, bultos, maletas, cunas y cestas de comida. Muchas familias huyen a pie, mezcladas con los soldados, empujando carretillas y coches de niño, llenos de objetos dispares. A la izquierda de la carretera, los trenes de municiones —largos carromatos arrastrados por grandes percherones—, ruedan al trote, con estrépito infernal. Por todas las callejuelas afluyen carricoches, arrastrados por asnos, por caballos. Las mujeres ancianas y los niños van encaramados sobre montañas de muebles, de cajas, de colchones. Los carruajes civiles se deslizan por entre los trenes regimentales, que van al paso y cuya fila ocupa el centro de la calzada. Los soldados de infantería, desplazados hacia la derecha, marchan como pueden, por el talud, por la cuneta. El sol aprieta fuerte. Cabizbajos, con el quepis echado hacia atrás y un pañuelo sobre el cogote, cargados como bestias (algunas llevan hasta pequeños haces de leña sobre los hombros), andan con paso cansino, sin hablar. Han perdido su regimiento. No saben de dónde vienen ni a dónde van; ni les importa; ¡son en total ocho días de guerra, pero hace ya mucho tiempo que han renunciado a comprender! Sólo saben que «nos retiramos»; y siguen... El cansancio, el miedo, la vergüenza, y también la satisfacción de huir, todo contribuye a imprimir en ellos la misma expresión adusta. No se conocen, no se hablan; cuando se tropiezan, profieren una blasfemia o una frase insultante...

Jacques abre y cierra los ojos a compás de las sacudidas. Los sufrimientos de las piernas se han atenuado más bien durante este corto descanso a la sombra del cobertizo; pero en la boca inflamada los pinchazos son continuos... A su alrededor oscilan torsos y fusiles; el polvo, el hedor de este ganado humano le sofocan; la ondulación de estos cuerpos que se balancean en desorden provoca náuseas de mareo en su estómago vacío. No trata de reflexionar. Es algo abandonado de todos, incluso de él mismo.

La marcha continúa. La carretera se estrecha entre dos taludes. A cada momento hay un embotellamiento, una parada: cada vez, la camilla tropieza rudamente con el suelo al ser posada en tierra, y cada vez, Jacques vuelve a abrir los ojos y a gemir.

—Basta —refunfuña el corso—; a este paso, jefe, a los alemanes no les va a costar mucho trabajo alcanzarnos...

—No digas tonterías —grita el brigada, que se está poniendo nervioso—. ¡Ya veis

que seguimos avanzando!

La columna se pone de nuevo en movimiento; recorre como puede medio centenar de metros, y vuelve a pararse. Los gendarmes se encuentran detenidos en el cruce de un camino de tierra, en donde una compañía de infantería, formada, con el fusil colgado al hombro, se encuentra parada en espera. Los oficiales, reunidos en torno al capitán, se ponen de acuerdo y consultan sus mapas, de pie sobre el talud. El brigada consulta a un suboficial que se ha aproximado con curiosidad a la camilla.

—¿Adónde vais vosotros?

—No se sabe... El capitán espera órdenes.

—Esto huele mal, ¿eh?

—Sí...; parece que se han visto ulanos al norte...

Un oficial se ha adelantado al borde del talud Grita:

—¡Arma al brazo! ¡De cuatro en fondo, detrás de mí! —Y, dejando a su izquierda la carretera atestada, lleva a sus hombres, campo a través, en dirección paralela a la de la marcha.

—¡Ése no tiene nada de tonto, jefe! ¡Así puede estar seguro de llegar antes que nosotros al final de la etapa!

El brigada se muerde el bigote y no contesta.

La parada se prolonga. La columna parece seriamente entorpecida. Hasta los trenes de artillería, a la izquierda, están inmovilizados. Una sección de ciclistas, cuyos componentes llevan las bicicletas de la mano, trata de deslizarse entre los carruajes; pero también ella se atasca en este revoltijo inextricable.

Transcurren veinte minutos; la columna no ha avanzado ni diez metros. A la derecha, por el campo, formaciones de infantería se retiran hacia el oeste, sin preocuparse por los caminos. El brigada, nervioso, hace una seña a sus gendarmes. Las cabezas se agrupan, por encima de la camilla, para un conciliábulo en voz baja.

—¡Qué caray! A posar de todo, no podemos quedarnos aquí todo el día haciendo el tonto... Si quieren que sigamos su camino, que den orden de marcha a su columna hacia delante... Pero yo tengo una misión especial, ¿no es cierto? Hay que entregar a este tipo en la gendarmería del Cuerpo esta misma noche... Asumo toda la responsabilidad. ¡Seguidme! ¡Vamos!

Los gendarmes obedecen sin perder ni un segundo: empujando a los soldados que los rodean, han cogido la camilla, franqueado la cuneta, trepado sobre el talud, y, abandonando la carretera y sus convoyes paralizados, se lanzan a campo traviesa.

El salto de la cuneta y la ascensión del talud han arrancado a Jacques un gemido ronco y prolongado. Mueve la cabeza; trata de entreabrir sus labios tumefactos... Una nueva sacudida... Otra más... El cielo, los árboles, todo vacila... El avión arde; sus pies son como dos antorchas. La muerte, una muerte atroz, se le coge por las piernas, por los muslos, y se lo sube hasta el corazón... Ahora él nota que se desvanece...

Un choque repentino le hace recobrar el conocimiento... ¿Dónde está? La camilla ha sido puesta sobre la hierba. ¿Desde hace mucho tiempo? Le parece que esta huida

se prolonga desde hace días... La luz ha cambiado, el sol está más bajo, el día se termina... Morir... El exceso de dolor lo aletarga como una droga. Le parece estar sepultado bajo tierra, a una profundidad en que los golpes, los sonidos y las voces no llegan sino débiles y lejanos. ¿Ha dormido? ¿Soñado? Conserva la visión de un bosquecillo de acacias en el que ramoneaba una cabra blanca; de un prado pantanoso, en el que las botas de los gendarmes se hundían y le salpicaban a él de barro... Abre mucho los ojos, tratando de ver. Marjoulat, Paoli y el brigadier han puesto una rodilla en el suelo. Delante, a algunos metros, una gran mancha que se mueve: una compañía de infantería cuerpo a tierra: las mochilas, ensambladas unas en otras, forman un gigantesco caparazón que sobresale de la hierba.

Un capitán, de pie detrás de sus hombres, inspecciona el horizonte con sus prismáticos. Hacia la izquierda se ve una colina: es una pradera en cuesta, sobre la que se ha desplegado en abanico y permanece agazapado un batallón rojo y azul, como una baraja sobre un tapete verde...

—¿Qué esperamos, jefe?

—Ordenes.

—Si hubiera que correr —dice Marjoulat—, ¿cómo nos las íbamos a arreglar nosotros para seguirles con *Frágil*?

El capitán se ha acercado al brigada y le presta sus prismáticos. De repente, a la derecha, se oyen pisadas de caballo: un pelotón de caballería, con un suboficial de dragones a la cabeza, de pie sobre los estribos y el penacho al viento. El suboficial se ha parado cerca del capitán. Tiene facciones infantiles; el semblante es animado y alegre. Su mano enguantada señala hacia la derecha.

—Están allí..., detrás de la colina..., a unos tres kilómetros... ¡La división de cobertura debe de estar ya combatiendo!

Ha hablado en voz alta. Jacques le ha entrevisto la cara. La imagen de Daniel, con su casco brillante, atraviesa su sopor...

Un chasquido metálico vibra en el aire: sin esperar la voz de mando, los soldados de la última fila, que lo han oído, calan la bayoneta; su gesto se propaga de unos a otros, lo que hace que una masa de tallos relucientes brille al sol; y todas las cabezas se levantan, todas las miradas se han vuelto hacia la siniestra colina donde el cielo aparece dorado, tranquilo y puro... Con una seña, el suboficial reúne a sus jinetes, cuyos caballos pisotean la hierba jugosa, y el pelotón reanuda su marcha al trote. El capitán grita:

—¡Diga que nos envíen órdenes! —Se vuelve hacia el brigada—. ¿Se ha dado cuenta? ¡A la izquierda no hay contacto! ¡Y a la derecha tampoco! ¿Qué quieren que hagamos con este desorden?

Después, el capitán se aleja para reunirse con sus hombres.

—No podemos quedarnos, jefe —balbucea Marjoulat.

—¡Allí se está moviendo la gente! —dice Paoli.

Efectivamente: fila tras fila, en movimientos sucesivos, el batallón que se había

desplegado en el prado corona la cuesta; luego, las filas de soldados van desapareciendo poco a poco al lado opuesto de la colina.

—¡Adelante! —grita el capitán.

—¡Adelante nosotros también! —dice el brigada.

La camilla es levantada y sacudida. Jacques gime. Nadie lo escucha ni nadie lo oye. Que lo dejen... Que lo dejen morir aquí... Cierra los ojos. ¡Estos golpes!... Cada cincuenta metros, la camilla cae violentamente sobre la hierba; los gendarmes, arrodillados, respiran profundamente durante un minuto y siguen corriendo. A derecha e izquierda los soldados saltan también hacia lo alto de la cuesta. Los gendarmes llegan por fin a algunos metros de la cima. El capitán está aquí. Explica:

—Al otro lado, en el fondo de la barranca, tiene que haber un bosque y un camino... Probablemente será posible infiltrarse al abrigo del bosque hacia el suroeste. Hay que darse prisa... Una vez pasada la cima, se queda uno al descubierto...

Le llega la vez al último grupo de infantes.

—¡Adelante! ¡Vamos nosotros ahora! —grita el brigada.

La camilla, arrancada una vez más del suelo, alcanza la cumbre. Un prado moteado de arbustos desciende hacia una garganta arbolada, más allá de la cual comienzan unos bosques que llegan hasta el horizonte.

—¡Hay que bajar en línea recta, por el camino más corto! ¡Adelante!

De repente, un silbido prolongado hiendo el aire; un ruido chirriante, de barrena, que crece y crece... La camilla cae pesadamente sobre la hierba una vez más. Los gendarmes se han aplastado sobre el suelo, entre los soldados. Todos tienen el mismo pensamiento: hacerse lo más lisos posible, hundirse en la tierra, como se entierran los lenguados durante la marea baja. Una explosión sorda y violenta retumba delante, al otro lado de la barranca, en los bosques.

—¡Nos han visto!

—¡Adelante, pues!

—¡Nos van a hacer papilla en sus bosques!

—¡A la barranca! ¡A la barranca!

Los hombres se levantan de un salto y corren por la pendiente, aprovechando el menor arbusto, el menor pliegue del terreno, para aplastarse contra el suelo antes de volver a saltar. Los gendarmes los siguen, arrastrando la camilla. Llegan por fin al lindero del bosque. Jacques no es ya más que un montón de carne dolorida e inerte. Durante la bajada, todo el peso del cuerpo ha recaído sobre las piernas rotas. Las correas se le clavan en los brazos, en los muslos. Ya no se da cuenta de nada. En el momento en que la camilla penetra como un proyectil a través de los primeros pinos, abre un segundo los ojos, herido por las ramas, acribillado de pinchazos, llenas de raspones la cara y las manos. Luego, viene un brusco apaciguamiento. Le parece perder la vida como pierde la sangre, en un manar tibio y debilitador... Vértigo... Caída en el vacío... El avión, los manifiestos ...

Un silbido de cohete se eleva, se acerca, y pasa... Jacques abre los ojos y los vuelve a cerrar... Zumbido humano... Sombra, inmovilidad...

La camilla yace bajo los árboles, sobre un suelo de pinochas. A su alrededor percibe una agitación confusa... Estrechamente agrupados, y tan cerca unos de otros que parecen, unidos en una masa compacta, los soldados, de pie, perdidos en su equipo, paralizados por los fusiles y las mochilas que se enganchan en las ramas, se mueven impacientes sin poder avanzar ni volverse.

—¡No empujéis!

—¿Qué estamos esperando?

—Han enviado patrullas de reconocimiento.

—¡Hay que comprobar si los bosques son seguros!

Oficiales y suboficiales se agitan, sin conseguir reagrupar a sus hombres.

—¡Silencio!

—¡La Sexta, aquí!

—¡La Segunda!...

Cerca de la camilla, un soldado se ha recostado en un pino y, de repente, se ha quedado dormido como muerto. Es joven; tiene las mejillas hundidas y el color terroso; su brazo, rígido, aprieta maquinalmente el fusil contra el costado: parece que está presentando armas.

—Dicen que la tercera batería ha sido destacada al flanco, para proteger...

—¡Por aquí, muchachos, por aquí! —Se trata de un cabo, un campesino cargado de hombros que pasa bajo los pinos, arrastrando a su escuadra tras él como una gallina a sus pollitos.

Un teniente salta por encima de la camilla. Tiene ese aire arrogante y desenvuelto del jefe desbordado, dispuesto a todo con tal de salvar su prestigio.

—¡A ver, los graduados, haced que todos guarden silencio! ¿Queréis obedecer, si o mierda? Primera sección, a formar.

Los soldados, ceñudos, tratan de moverse: no desean otra cosa que poder encontrar otra vez a sus jefes, a sus camaradas, para sentirse de nuevo encuadrados. Los hay que ríen, tranquilizados tontamente por el horizonte limitado del bosque bajo: como si la guerra se hubiera quedado allí, al otro lado del lindero, en terreno descubierto. A veces, un agente de enlace, sudoroso y jadeante, no encontrando nunca a quien busca, se abre paso entre maldiciones y desaparece por entre los arbustos y los hombres, después de haber lanzado con gesto hosco el nombre de un coronel o el número de un regimiento... Un nuevo silbido, más pesado, más seco, pasa sobre los árboles. Silencio repentino: los hombros se encogen y las nuca se apoyan en las mochilas. Esta vez la explosión es a la derecha...

—¡Ése es un setenta y cinco!

—¡No! ¡Es un setenta y siete!

Los gendarmes, agrupados en torno a la camilla como si ésta fuese la razón de su existencia, forman un islote fijo contra el cual viene a chocar la oleada humana.

En el lindero del bosque, una voz sobresale de repente:

—¡Alza a mil ochocientos metros!... Sobre la pendiente...; sobre el bosquecillo negro... ¡A la voz de mando! ¡Fuego!...

Una nutrida salva hace temblar el aire. Bajo los árboles se ha hecho el silencio. Una nueva salva estalla. Luego los disparos parten uno a uno, cada vez más numerosos. Todos aquellos que están cerca del lindero se han vuelto hacia la pradera, y, sin haber recibido órdenes, dichosos de poder hacer algo, apuntan al azar y disparan a través de la hojarasca. El soldado joven que momentos antes dormía contra el árbol, arrodillado ahora al pie de la camilla, dispara sin descanso, con atención, apoyando el fusil en la horquilla de dos ramas. Cada disparo flagela a Jacques como un latigazo; pero ya no tiene fuerzas para abrir los ojos.

De repente se oye a la derecha el galope de algunos caballos... Un grupo de oficiales montados, con dos comandantes y un coronel, hace irrupción en el bosque, entre un ruido de ramas tronchadas. Una voz tronante domina el crepitar de los disparos.

—¿Quién ha dado la orden? ¿Estáis locos? ¿A quién tiráis? ¿Queréis que localicen a toda la brigada?

Los mandos gritan por todas partes:

—¡Alto el fuego! ¡A formar!

El tumulto cesa bruscamente. Obedeciendo a un impulso colectivo, todos estos hombres amontonados y que parecían prisioneros para siempre de su confusión irritada, consiguen librarse y se vuelven en la misma dirección; se mueven, se empujan en silencio, y muy pronto, como una bandada de aves migradoras, se ponen en movimiento en dirección al sur, detrás del pelotón de los oficiales superiores. El tintineo de las marmitas, de las cantimploras y de las gamellas, que acompaña al choque sordo de las botas sobre el suelo almohadillado, llena el bosque de un rumor de rebaño. A través de los pinos, formando una nube rojiza, sube el polvo resinoso.

—¿Y nosotros, jefe?

El brigada ha tomado ya su decisión.

—¡Nosotros tenemos que seguirlos!

—¿Con *Frágil*?

—¡Naturalmente!... ¡Vamos! ¡Detrás de mí, en marcha! —Y sin esperar más, como si marchara al ataque, se une a la corriente, seguido inmediatamente por los dos gendarmes libres. Los otros dos han levantado a Jacques rápidamente.

—¿Estás ya, Marjoulat? —murmura Paoli. Trata de infiltrarse entre los demás, pero la marea humana es todavía tan densa que, a cada tentativa, la camilla es rechazada implacablemente.

—Hay que esperar a que esto se calme un poco —aconseja Marjoulat.

—¡Basta! —dice el corso, soltando brutalmente los pies de la camilla—. En ese caso, tengo que alcanzar al jefe para decirle que espere...

—¡Eh, Paoli, no me dejes solo! —grita el viejo gendarme, soltando a su vez la

camilla. Pero Paoli está fuera del alcance de su voz: ágil como una anguila se ha deslizado por entre la tropa, y su quepis azul, su cogote corto y atezado han desaparecido inmediatamente—. ¡Demonio! —exclama Marjoulat. Se inclina hacia Jacques, como hacía para darle de beber. Un relámpago de ira brilla en su mirada—. ¡Tú has tenido la culpa, gorrino! —Pero Jacques no lo oye. Ha perdido el conocimiento.

El gendarme separa las ramas y trata de pescar a un soldado.

—Ayúdame a llevar esto.

—No soy camillero —dice el otro, soltándose violentamente. El gendarme ve a un rubio, gordo, de aspecto bonachón.

—¡Echame una mano, amigo!

—¡Que te lo has creído!

—¿Qué hacer de este tipo? —murmura Marjoulat. Ha sacado el pañuelo y se seca maquinalmente la cara.

Muy pronto la ola se hace menos compacta. ¡Si Paoli volviera, podrían avanzar indudablemente!

—¡Mi capitán! —balbucea Marjoulat. Pasa un oficial, llevando un caballo de la brida; mira a lo lejos, sin siquiera volver la cabeza...

Los que pasan ahora son los retrasados. Se apresuran, en desbandada, con la cabeza baja, agotados, arrastrando las piernas, preocupados por ir en la retaguardia. Inútil probar: ninguno de ellos querrá verse estorbado con una camilla.

De repente, al otro lado del bosque, en la pradera, se oyen voces y pasos precipitados... Marjoulat se ha puesto pálido: instintivamente, sus dedos abren la funda del revólver y cogen la culata. ¡No! Son voces francesas: «¡Por aquí! ¡Por aquí!»... Surge un herido por entre los pinos. Corre como un sonámbulo, con la frente vendada y la cara exangüe. Detrás de él, una docena de soldados de infantería hacen irrupción en la espesura. Van sin mochilas, sin armas: son heridos leves, ellos también, con un brazo en cabestrillo, con una mano o una rodilla rodeadas de vendas.

—¿Entonces, viejo, es por aquí? ¿Se puede huir por aquí?... ¡Te advierto que no están muy lejos!

—¿Qué..., que no están muy lejos? —tartamudea Marjoulat.

Las ramas se separan de nuevo: aparece un médico, andando de espaldas. Abre paso a dos enfermeros que llevan sobre sus manos entrelazadas en forma de silla a un hombre grueso, con la cabeza descubierta, de color cadavérico y con los ojos cerrados; su guerrera de oficial está abierta y lleva cuatro galones; tiene el vientre abultado bajo la camisa manchada de sangre.

—¡Con cuidado..., con cuidado!... —El médico ye al gendarme y a Jacques a sus pies. Se vuelve rápidamente.

—¡Una camilla! ¿Quién es éste? ¿Un paisano? ¿Un herido?

Marjoulat, en posición de firmes, masculla:

—Un espía, señor...



—¿Un espía? ¡Pues no faltaría más!... Necesito la camilla para el comandante... Vamos, ¡de prisa!

El gendarme, dócil, empieza a desabrochar las correas, a soltar las ataduras. Jacques se estremece, mueve una mano, abre los ojos... ¿Un quepis de médico? ¿Antoine?... Hace un esfuerzo sobrehumano para comprender, para recordar... Lo van a soltar, a darle de beber... ¿Pero qué le hacen? ¡La camilla se levanta! ¡Ay!... ¡No tan fuerte! ¡Las piernas!... Un dolor atroz: a pesar de las tablillas, sus tibias fracturadas se le clavan en la carne, unas puntas de fuego le pinchan las pantorrillas... Nadie ha visto sus labios contraídos por el dolor ni su mirada dilatada por el miedo... Volcado violentamente de la camilla como de una carretilla que se vacía, se desploma sobre el costado, con un sordo quejido. Un frío repentino, un frío que comienza en las piernas, sube con mortal lentitud hasta el corazón ...

El gendarme no ha protestado. Mira temeroso a su alrededor. El médico examina su mapa, mientras que los enfermeros instalan apresuradamente sobre la camilla al comandante de ojos cerrados, cuya camisa está ya completamente encarnada.

Marjoulat balbucea:

—¿Están cerca, señor?

Un largo y agudo ulular desgarrar el aire, seguido brutalmente de un estallido muy próximo, que hace saltar el cerebro en la bóveda craneana. Y, casi al mismo tiempo, se oye el crepitar de una salva de disparos que viene de la pradera.

—¡Adelante! —grita el médico—. Nos van a coger entre dos fuegos... ¡Si nos quedamos aquí, estamos perdidos!

Marjoulat, como los demás, se ha aplastado contra el suelo en el momento de la explosión. Le cuesta trabajo ponerse de pie. Ve cómo se llevan la camilla y cómo el pelotón de heridos se va hundiendo en el bosque. Con voz ahogada por la angustia, grita:

—¿Y yo? ¿Y *Frágil*?...

Un viejo suboficial, que va con un brazo vendado y que cierra la marcha, se vuelve sin pararse.

—¿Y yo? —repite Marjoulat, suplicante—. No te vayas... ¿Qué voy a hacer yo solo, con este tipo?

El suboficial, un reenganchado, un antiguo colonial de piel curtida, hace bocina con su mano útil:

—¡Valiente porquería tu espía! ¡Ajústale las cuentas, imbécil! ¡Y tú lárgate, si no quieres que te cacen como a un conejo!

—¿Qué hacer, Dios mío? —chilla el gendarme.

Ahora está solo: solo con este semicadáver echado sobre uno de los flancos y con los ojos cerrados. A su alrededor, un silencio solemne, anormal... «No están lejos... Ajústale las cuentas...» Con mirada temerosa, desliza la mano en la funda del revólver. Sus pestañas se agitan. El miedo a ser hecho prisionero lucha con el miedo a matar. No ha matado nunca; ni siquiera un animal... Indudablemente, en este

momento, si los ojos del herido se hubieran abierto una vez más, si Marjoulat hubiera tenido que afrontar una mirada viva... Pero este perfil de cera, del que la vida parece ya haberse retirado; esta sien que se ofrece... Marjoulat no mira. Crispa los párpados, aprieta los dientes y estira el brazo. El cañón tropieza en algo. ¿El pelo? ¿La oreja?... Para darse ánimos —y para justificarse también—, con los dientes apretados, grita:

—¡Canalla!

Grito y disparo han partido al mismo tiempo.

¡Libre! El gendarme se incorpora y, sin volverse, salta a la espesura. Las ramas azotan su rostro; la leña muerta cruje bajo sus botas. A través del bosque, el rastro de la retirada ha marcado un camino. Los camaradas están cerca... ¡Salvado! Corre. Huye del peligro, de su soledad, de su crimen... Contiene el aliento para escapar más de prisa; y a cada nueva carrera, para exhalar su rencor y su miedo, con los dientes todavía apretados, repite:

—¡Canalla!... ¡Canalla!... ¡Canalla!...

FIN DE

«EL VERANO DE 1914»

# OCTAVA PARTE

## EPÍLOGO

## I

—¡PIERRET! ¿No oyes el teléfono?

El que estaba de guardia, aprovechando la hora matinal en que médicos y enfermos, ocupados por los tratamientos, dejaban libre la planta baja, aspiraba el aroma de los jazmines, inclinado sobre la barandilla de la veranda. Tiró apresuradamente su cigarrillo y corrió a descolgar el aparato.

—¡Diga!

—¡Oiga! Aquí, la oficina de Grasse. Un telegrama para la clínica de Mousquier.

—Un momento... —dijo el vigilante, atrayendo hacia sí el block y el lápiz—. Escucho.

El oficinista había empezado ya a dictar.

—«París. Tres mayo mil novecientos dieciocho. Siete horas quince. Doctor Thibault. Clínica de gaseados. Le Mousquier, junto a Grasse. Alpes Marítimos...» ¿Me sigue?

—«Ma-rí-ti-mos» —repitió el vigilante.

—Continúo: «Tía Waize... W de Wladimir, a, i, z, e... Tía Waize, fallecida. Entierro en el Asilo de la Edad Madura domingo, a las diez. Abrazos. Firmado: Gise.» Eso es todo. Repito...

El vigilante salió del vestíbulo y se dirigió hacia la escalera. En aquel momento, un enfermero anciano, con bata blanca y llevando en la mano una bandeja, apareció en la puerta.

—¿Vas arriba, Ludovic? Entonces, hazme el favor de subir este telegrama al cincuenta y tres.

El 53 estaba vacío, la cama hecha y la habitación arreglada. Ludovic se acercó a la ventana abierta e inspeccionó el jardín: el doctor Thibault no se encontraba en él. Algunos enfermos válidos, en pijama azul y alpargatas, con un gorro cuartelero de soldado o de oficial en la cabeza, paseaban por el sol, charlando: otros, puestos en fila junto a los cipreses, leían los periódicos, tumbados a la sombra en sillas de lona.

El enfermero volvió a coger su bandeja, en la que se enfriaba una tisana, y entró en el 57. Desde hacía quince días, «el 57» ya no se levantaba. Recostado sobre los almohadones, con el rostro sudoroso, las facciones afiladas, sin afeitarse, respiraba trabajosamente y su ronco jadeo se oía desde el pasillo. Ludovic puso dos cucharadas de poción en la taza, sostuvo la cabeza del enfermo para ayudarlo a beber y vació la escupidera en el lavabo; luego, después de algunas palabras alentadoras, fue en busca del doctor Thibault. Para tranquilidad de su conciencia, antes de salir del piso, entreabrió la puerta del 49. El coronel, recostado en una tumbona de mimbre, con su escupidera al alcance de la mano, jugaba al *bridge* con tres oficiales. El doctor no estaba entre ellos.

—Estará en la inhalación —sugirió el doctor Bardot, con el que Ludovic se cruzó

en la escalera—. Démelo; yo voy allí.

Algunas enfermos, con la cabeza envuelta en toallas, permanecían sentados, inclinados sobre los inhaladores. Un vapor que olía a mentol y eucalipto llenaba la salita calurosa y silenciosa, en la que apenas si se veía.

—Thibault, un telegrama.

Antoine sacó de debajo de los lienzos su cara congestionada, chorreando de sudor. Se secó los ojos, cogió con extrañeza el telegrama de manos de Bardot y lo miró por encima.

—¿Grave? —preguntó el doctor Bardot.

Antoine movió la cabeza negativamente. Con voz cavernosa y ahogada, sin timbre, articuló:

—Una vieja paciente... que acaba de morir.

Y deslizando el papel en el bolsillo del pijama desapareció de nuevo bajo las toallas.

Bardot le tocó en el hombro.

—Ya tengo el resultado de tu análisis. Ven a verme cuando termines.

El doctor Bardot era de la misma promoción de Antoine. Se habían conocido años antes en París, cuando ambos empezaban la carrera de Medicina. Luego Bardot había tenido que interrumpir sus estudios para ir a cuidarse en la montaña durante dos años. Completamente curado, pero obligado a guardar ciertas precauciones, y temiendo los inviernos de París, había obtenido el título en la Facultad de Montpellier, especializándose en las afecciones pulmonares. La declaración de guerra le cogió estando de director de un sanatorio en las Landas. En 1916, el profesor Sègre, de quien había sido discípulo en Montpellier, le había pedido su colaboración para el hospital de gaseados que le habían encargado organizar en el Mediodía, y juntos habían fundado esta clínica de Mousquier, cerca de Grasse, en la que más de sesenta soldados y una quincena de oficiales estaban actualmente en tratamiento.

Aquí era donde Antoine, iperitado a últimos de noviembre del 17 en el transcurso de una inspección en el frente de Champagne, había venido a parar al principio del invierno, después de haber sido tratado sin éxito en diversos lugares de la retaguardia.

En Mousquier, en el pabellón reservado a los oficiales, resultó que Antoine era el único médico afectado por el gas. Sus comunes recuerdos de adolescencia contribuyeron, naturalmente, a acercar a los dos médicos, aunque fuesen bastante diferentes de temperamento: Bardot era más bien meditativo, de inteligencia ordenada, poco emprendedor y de voluntad débil; pero, al igual que Antoine, sentía verdadera pasión por la Medicina y tenía una conciencia profesional muy exigente. Muy pronto se dieron cuenta de que hablaban el mismo lenguaje; se establecieron entre ellos vínculos de amistad. Bardot, a quien el profesor Sègre dejaba toda la tarea, no simpatizaba sino a medias con su ayudante, el doctor Mazet, un antiguo médico del ejército colonial, destinado a la clínica de Mousquier después de haber sufrido

graves heridas. Por esta razón le fue tanto más agradable poder confiar a Antoine sus ideas y sus dudas; poder consultarle y tenerlo al corriente de sus investigaciones en esta terapéutica recién nacida, en la que quedaban tantos puntos oscuros. Claro es que no había lugar para que Antoine secundara a Bardot en su labor; estaba demasiado afectado, demasiado preocupado por sí mismo, obstaculizado con demasiada frecuencia por las recaídas, demasiado acaparado por los cuidados meticulosos que exigía su estado; pero este estado no le impedía poner un interés constante en los casos de los otros enfermos, y cuando una mejoría le daba fuerzas, un poco de ánimo y un poco de tiempo libre, acudía a la consulta de Bardot; tomaba parte en sus experimentos e incluso asistía algunas veces a las conferencias que todas las tardes reunían en el gabinete del profesor Sègre a Bardot y Mazet. Gracias a lo cual este ambiente de hospital, en el que no hacía exclusivamente vida de enfermo, sino también en algunos momentos la de médico, se le había hecho menos penoso: no se encontraba por completo separado de aquello que durante quince años, tanto en tiempo de paz como de guerra, había sido su única y verdadera razón de vivir.

Tan pronto como hubo terminado con sus inhalaciones, Antoine se anudó el pañuelo al cuello para prevenir un cambio de temperatura demasiado brusco y marchó en busca del doctor, que todas las mañanas pasaba media hora en el anexo, vigilando personalmente los ejercicios de gimnasia respiratoria que prescribía a algunos gaseados.

Bardot, de pie en medio de sus enfermos, presidía esta cacofonía jadeante y ronca, con atención sonriente. Llevaba más de media cabeza a los más altos. Una calvicie precoz le despejaba la frente y contribuía a hacérsela todavía mayor. El volumen del cuerpo era desproporcionado a la estatura: este antiguo tuberculoso era un hércules. El torso, visto de espaldas, presentaba desde los hombros a la cintura, bajo la tela estirada de la bata, una superficie casi cuadrada, de dimensiones imponentes.

—Estoy contento —dijo, llevando inmediatamente a Antoine al cuarto que servía de vestuario y en el que estaban solos—. Temía que... Pero no; la reacción albuminonegativa es buena señal.

Había sacado un papel de la vuelta de la manga. Antoine lo cogió y le echó una ojeada.

—Te lo devolveré esta tarde, cuando lo haya copiado. —(Desde el principio de su intoxicación llevaba, en un dietario especial, un historial clínico muy completo de su caso.)

—Estás mucho tiempo en la inhalación —rezongó Bardot—; ¿no te cansa?

—Nada de eso —contestó Antoine—; me agradan mucho esas inhalaciones. —Su voz era débil y jadeante, pero clara—. Al despertarme, las secreciones que recubren la glotis son tan espesas que la afonía es completa. Ya lo ves: se atenúa notablemente una vez que la laringe está bien recubierta de vapor.

Bardot no renunciaba a su criterio.

—Créeme: no abusos de ellas. La afonía, por muy molesta que resulte, no es sino un mal menor. Las inhalaciones demasiado prolongadas tienen el peligro de que pueden detener la tos con demasiada brusquedad. —Su pronunciación ceceante traicionaba su origen borgoñés y acentuaba aún más la expresión de dulzura y de seriedad que emanaba de su mirada.

Se había sentado y hecho sentarse a Antoine. Ponía empeño en dar a los enfermos la impresión de que no tenía prisa, de que disponía de todo su tiempo para escucharlos y que nada le interesaba tanto como sus dolencias.

—Te aconsejo que vuelvas a tomar durante unos días algunas de tus pociones expectorantes —dijo, después de haber preguntado a Antoine cómo había pasado el día anterior y la noche— Terpina o drosera, lo que prefieras. Y en una infusión de borraja... Sí, sí; remedio de vieja... Un sudor abundante antes de dormirse, con la condición de no coger frío, y no hay nada mejor. —La forma en que acentuaba algunas vocales, los diptongos y en que prolongaba la penúltima sílaba («pociones expectooraantes..., borraaja..., suodor abuundaante...»<sup>[1]</sup>) recordaba el roce del arco sobre las cuerdas bajas del violoncelo.

Se complacía en multiplicar las recomendaciones: creía religiosamente en la eficacia de sus tratamientos y no se dejaba desanimar por ningún fracaso. Nada le gustaba tanto como convencer a los demás y especialmente a Antoine, cuya superioridad admitía, sin envidias mezquinas.

—Y además —prosiguió, sin dejar de mirar a su paciente—, si quieres moderar las secreciones nocturnas, ¿por qué no, durante algunos días, una cura sulfoarsenical? ... ¿Verdad? —añadió, dirigiéndose al doctor Mazet, que acababa de entrar.

Mazet no contestó. Había abierto un armario, al fondo del guardarropa, y cambiaba por una bata blanca su guerrera caqui, desflecada y descolorida por los lavados, pero rutilante de condecoraciones. Un olor a sudor flotó en la habitación.

—En caso de que aumentara la afonía, siempre estamos a tiempo de recurrir otra vez a la estricnina —continuó Bardot—; este invierno me ha dado bastante buen resultado con Chapuis.

Mazet se volvió, burlón.

—¡Si no tienes mejor ejemplo que citar!...

Tenía la cabeza cuadrada; la frente, estrecha y cruzada por una cicatriz; su pelo, canoso, muy espeso, que le arrancaba muy cerca de las cejas, estaba cortado al rape. El blanco de los ojos se congestionaba con facilidad. El bigote, negro, se recortaba con dureza sobre su tez recocida de antiguo colonial.

Antoine miraba a Bardot con expresión interrogante.

—El caso de Thibault, afortunadamente, no tiene ninguna semejanza con el de Chapuis —lanzó Bardot, precipitadamente. Estaba disgustado y lo disimulaba mal—. Ese pobre Chapuis no va muy bien —explicó, dirigiéndose esta vez a Antoine—. La noche ha sido pésima. Han venido a despertarme tres veces. La intoxicación del

corazón hace rápidos progresos: arritmia extrasistólica total... Espero esta mañana al profesor para llevarlo al cincuenta y siete.

Mazet se había acercado, mientras se abrochaba la bata. Hablaron un momento de los trastornos cardiovasculares de los iperitados. «... Tan diferentes —afirmaba Bardot—, según la edad de los enfermos.» (Chapuis era un coronel de Artillería, en tratamiento desde hacía ocho meses. Ya había rebasado la cincuentena.)

—... Y según sus antecedentes —añadió Antoine—. Chapuis era vecino suyo de piso. Antoine lo había auscultado varias veces y suponía que el coronel, antes de ser atacado por los gases, debía tener una oclusión mitral latente: lo que ni Sègre, ni Bardot, ni Mazet parecían haber sospechado. Estuvo a punto de decirlo. (Ahora, más que nunca, experimentaba una malsana satisfacción de orgullo en coger a otro en falta y hacérselo ver —aunque se tratara de un amigo—; era un pequeño desquite por esta inferioridad a que su enfermedad le condenaba.) Pero hablar le resultaba trabajoso y renunció a ello.

—¿Habéis visto los periódicos? —preguntó Mazet.

Antoine hizo un gesto negativo.

—El ataque de los *boches* en Flandes parece haber sido detenido definitivamente —declaró Bardot.

—Si; eso parece —dijo Mazet—. Ypres ha resistido. Los ingleses anuncian oficialmente que se ha mantenido la línea del Iser.

—Eso ha debido de costar caro —observó Antoine.

Mazet se encogió de hombros con un gesto que podía significar igualmente: «¡Muy caro!» que «¡Qué importa!» Volvió hacia el armario, buscó en los bolsillos de su guerrera y vino hacia Antoine.

—Ahí tenéis: un periódico suizo que me ha dado Goiran... Ya veréis: según los comunicados de los Imperios Centrales, sólo en el mes de abril los ingleses han perdido ¡más de doscientos mil hombres, nada más que en el Iser!

—Si esas cifras fueran conocidas por la opinión pública aliada... —observó Bardot.

Antoine agachó la cabeza y Mazet rió ruidosamente. Estaba cerca de la puerta. Sin volverse, exclamó:

—¡Pero a la opinión pública no le llegan nunca datos exactos! ¡Es la guerra!

Siempre parecía que tomaba a los demás por imbéciles.

—¿Sabes en lo que pensaba yo esta mañana? —prosiguió Bardot, cuando Mazet hubo salido—. En que, hoy en día, ningún gobierno representa ya el sentimiento nacional de su país. Ni de un lado ni de otro hay ya quien sepa lo que verdaderamente piensan las masas: la voz de los dirigentes cubre la de los dirigidos... ¡Fíjate en Francia! ¿Crees que hay un combatiente de cada veinte que le interese tanto Alsacia-Lorena como para consentir en prolongar la guerra ni un mes más, para recuperarlas?

—¡Ni uno de cada cincuenta!

—Eso no quita para que todo el mundo esté convencido de que Clemenceau y



Poincaré son, auténticamente, los portavoces de la opinión general francesa... ¡La guerra ha creado una atmósfera de mentiras oficiales sin precedentes! ¡En todas partes! Me pregunto si los pueblos podrán alguna vez hacer oír de nuevo su verdadera voz y si la prensa europea podrá alguna vez recobrar...

La entrada del profesor le interrumpió.

Sègre contestó militarmente al saludo de los dos médicos. Estrechó la mano de Bardot, pero no la de Antoine. Su barbilla de vieja, su nariz encorvada, sus gafas de oro, su corta estatura coronada por un tupé blanco, le hacían parecerse a las caricaturas de Thiers. Era muy cuidadoso en el vestir e iba siempre esmeradamente afeitado. Hablaba poco; guardaba las distancias, incluso con sus colaboradores. Vivía apartado, en su despacho, en el que hacía que le sirvieran sus comidas. Muy trabajador, se pasaba el día escribiendo artículos para las revistas médicas acerca de la terapéutica de los gaseados, de acuerdo con las observaciones clínicas de Bardot y de Mazet. Sus relaciones con los enfermos eran escasas: a la llegada de ellos y en caso de agravación súbita.

Bardot quiso ponerle al corriente del estado del 57. Pero nada más al empezar a hablar, el profesor le interrumpió en seco, dirigiéndose hacia la puerta.

—Subamos.

Antoine se les quedó mirando mientras salían. «Buen elemento este Bardot — pensó—. Es una suerte tenerlo aquí...»

A esta hora tenía costumbre de volver a su habitación, para acabar en ella su tratamiento diario y descansar hasta mediodía. Con mucha frecuencia estaba tan cansado por los cuidados de la mañana que se adormecía en su sillón, y la campana de la comida le despertaba, sobresaltado.

Siguió a los dos médicos, a alguna distancia.

«Lo que no quita —se dijo de repente— para que si yo tuviese que morir aquí la amistad de un Bardot no me hubiera proporcionado ningún alivio...»

Andaba despacio para no cansarse. La ascensión de los dos pisos, a poco que se descuidara en tomar las precauciones necesarias, le ocasionaba algunas veces un dolor de costado no muy agudo, pero que tardaba algunas horas en desaparecer.

Joseph había olvidado, una vez más, bajar la persiana. Las moscas revoloteaban alrededor de la estantería, en la que se alineaban las medicinas. La palmeta matamoscas colgaba de un clavo, pero Antoine estaba demasiado cansado para dedicarse a cazarlas. Sin dedicar una mirada al admirable panorama que se desplegaba ante su ventana, bajó la persiana, se sentó en su sillón y cerró los ojos un instante. Luego sacó el telegrama del bolsillo y lo releyó maquinalmente.

Ya le había llegado su hora a la pobre vieja... ¿Qué le quedaba sino desaparecer? Sin embargo, no era demasiado vieja... «A los setenta y tantos años, compréndelo, Antoine, no quiero ser una carga para nadie», repetía la vieja, balanceando la cabeza cuando se había empeñado en ir a acabar sus días al Asilo de la Edad Madura. Esto

había sido pocos días después de la muerte del señor Thibault. En diciembre de 1913, tal vez en enero de 1914... Mayo de 1918: ¡más de cuatro años ya! ¿Habría alcanzado siquiera los ochenta antes de morir?... Volvía a ver bajo la lámpara su pequeña frente amarillenta entre los mechones grises, sus manitas de marfil que temblaban sobre el mantel, sus ojillos de lama enfurecido... Todo la asustaba: un ratón en la despensa, el rugido lejano del trueno, o bien un caso de peste descubierto en Marsella o un movimiento sísmico registrado en Sicilia. Un portazo, un campanillazo demasiado brusco la hacían sobresaltarse: «¡Dios mío!», y cruzaba los brazos temerosamente bajo la corta pelerina de seda negra que ella llamaba su «capucha». Y su risa... Porque reía muy a menudo, y siempre por cualquier cosa, con una risa de jovencita, clara y cálida... Había tenido que ser encantadora en su juventud. Se la imaginaba fácilmente jugando a las prendas en el patio de un pensionado, con una cinta de terciopelo negro en el cuello y las trenzas recogidas en una redecilla... ¿Cómo habría sido su juventud? Nunca hablaba de ella. No se le preguntaba. ¿Se sabía siquiera su nombre de pila? Ni siquiera se le llamaba por su apellido. Se le designaba por su función: se decía «Señorita» como se decía «la portera» o como se decía «el ascensor»... Durante veinte años seguidos había vivido con un terror devoto bajo la tiranía del señor Thibault. Durante veinte años seguidos, difuminada, silenciosa e infatigable, había sido el eje de la casa, sin que nadie pensara en agradecerle su puntualidad y sus desvelos. Toda su vida había sido una existencia impersonal de consagración, de abnegación, de entrega de sí misma, de modestia, de ternura comedida y discreta apenas correspondida.

«Gise tiene que haberlo sentido», se dijo Antoine.

No estaba muy seguro, pero deseaba convencerse de ello: necesitaba el dolor de Gise para reparar una larga injusticia.

«Voy a tener que escribirle —pensó, malhumorado. (Desde la movilización había reducido su correspondencia a lo estrictamente indispensable, y, desde que estaba enfermo, había renunciado a escribir casi por completo: de vez en cuando algunas palabras en una tarjeta postal dirigida a Gise, a Philip, a Studler o a Jouselin...)—». Voy a enviarle un largo telegrama de pésame —decidió—. Eso me proporcionará algunos días de margen para la carta... ¿Para qué me dirá la hora del entierro? ¡No se le habrá ocurrido pensar que voy a hacer el viaje!...»

No había vuelto a poner los pies en París desde el principio de la guerra. ¿Qué hubiera hecho allí? Aquéllos a quienes le hubiera gustado volver a ver estaban movilizados como él. Encontrar de nuevo la casa, el piso vacío, el local de los laboratorios abandonado, ¿para qué? Sus períodos de permiso los había cedido siempre a los demás. En el frente, estaba por lo menos obligado a una vida activa y ordenada que le ayudaba a no pensar. Sólo una vez, en Abbeville, antes de la ofensiva del Somme, había aceptado su permiso y había marchado a enterrarse, completamente solo, en Dieppe, a finales del invierno. Pero dos días después de su llegada había vuelto a coger el tren, reincorporándose a su unidad, de tanto como le

pesaba su inacción en esta ciudad que apestaba a pescado, batida noche y día por un viento húmedo e infectada de heridos ingleses... No había vuelto a ver a Gise (ni a Philip, ni a Jenny, ni a nadie), desde la movilización. Ni siquiera había consentido en que Gise viniera a verle a Sant-Dizier, durante su convalecencia, después de su primera herida. Las cartas, cariñosas y lacónicas, que se cambiaban cada dos o tres meses, le bastaban perfectamente para conservar un mínimo de contacto con el mundo de la retaguardia y con el pasado.

Por correspondencia había sabido el embarazo de Jenny y por correspondencia había tenido la confirmación definitiva de la muerte de Jacques. En el transcurso del invierno de 1915, Jenny, con la cual ya había cambiado algunas cartas, y cartas bastante íntimas, le había escrito que deseaba marchar a Ginebra. Daba a este viaje un doble objeto: quería dar a luz allí, sola, lejos de los suyos, y quería aprovechar su estancia en Suiza para hacer algunas investigaciones acerca de la muerte de Jacques, muerte que hasta entonces resultaba bastante misteriosa. En los medios revolucionarios en los cuales Jenny había permanecido en relación había corrido el rumor de que Jacques había desaparecido en los primeros días de agosto, en el curso de una «misión peligrosa». Antoine tuvo entonces la idea de que Jenny fuera a ver a Rumelles. El diplomático estaba movilizado en París, en su puesto del Quai d'Orsay. Sin gran trabajo había procurado a la joven los salvoconductos necesarios. En Ginebra, Jenny había encontrado a Vanheede. El albino la había ayudado en sus investigaciones. La había acompañado a Basilea, presentándola a Plattner. Gracias al librero, la joven había obtenido por fin detalles precisos acerca de los últimos días de Jacques, conociendo la redacción del manifiesto, la cita con el avión de Meynestrel y el despegue hacia el frente de Alsacia en la mañana del 10 de agosto. Plattner no sabía más. Pero Antoine, puesto al corriente por Jenny, lanzó a Rumelles sobre esta pista. Y así fue cómo, después de vanos sondeos entre las listas de prisioneros en los campos alemanes, Rumelles había terminado por descubrir en los archivos del Ministerio de la Guerra, en París, una nota procedente del Cuartel general de una división de infantería y fechada precisamente el 10 de agosto. Esta nota, relativa al repliegue de las tropas en Alsacia, señalaba que un avión en llamas se había abatido sobre las líneas francesas. Los restos humanos, carbonizados, no habían permitido ninguna identificación; pero por la armadura del aparato era posible afirmar que se trataba de un avión no armado, de fabricación suiza, y el informe añadía que entre los fardos de papel calcinado se habían conseguido descifrar los fragmentos de un manifiesto violentamente antimilitarista. No cabía duda: los restos humanos eran los de Jacques y su piloto... ¡Inepto final! Antoine nunca había podido enjuiciar las condiciones absurdas de esta muerte. Incluso hoy, después de cuatro años, le producía más irritación que pena.

Se levantó, descolgó la palmeta, aplastó furiosamente una docena de moscas y trató de ahuyentar a las demás a golpes de toalla; pero un acceso de tos le hizo quedarse quieto, doblado por la cintura y con las manos apoyadas en el respaldo del

sillón. Cuando pudo reincorporarse, empapó de trementina una compresa y se la aplicó algunos instantes sobre el pecho. Luego, aliviado momentáneamente, fue a coger dos almohadas de la cama y con el busto erguido para evitar la hipóstasis, comenzó con precaución sus ejercicios respiratorios, cogiéndose la laringe entre el pulgar y el índice, y esforzándose por emitir sonidos bien claros, en un tono cada vez más sostenido.

—A... E... I... O... U...

Su mirada vagaba de aquí para allá, a través de la habitación. Ésta era pequeña y de una vulgaridad aplastante. Esta mañana la brisa del mar agitaba la persiana y las luces se reflejaban danzarinas sobre las paredes laqueadas, de color ladrillo, desnudas hasta el friso de listones achocolatados, que se ondulaba bajo la cornisa. Encima del espejo del lavabo una hilera de seis *girls* americanas, con cuellos de marinero, recortadas de alguna revista, levantaba seis piernas con los pies estirados: último vestigio de la decoración artística con la que el predecesor de Antoine había adornado el 53 antes de morir; decoración que Antoine había conseguido hacer desaparecer, a excepción de estas seis *girls* frenéticas, colocadas demasiado alto para que pudiera alcanzarlas sin un esfuerzo imprudente. Siempre había tenido la intención de hacer proceder a esta última ejecución por Joseph, el encargado del piso; pero Joseph era de poca estatura, el escabel estaba en la planta baja y Antoine había preferido no pensar más en este asunto. Sobre la estrecha mesa de pino, en la que ocupaba lugar preferente una escupidera de porcelana y en la que entre frascos y botes de medicamentos se amontonaban periódicos atrasados, revistas, mapas del frente y discos, apenas si le quedaba sitio para abrir su agenda todas las noches, para anotar en ella las observaciones clínicas de la jornada. Otros frascos de medicinas atestaban la repisa de cristal del lavabo. Entre la mesa y un armario blanco de madera (que contenía su ropa blanca y sus cosas) estaba puesta de pie una maleta vacía, en la que todavía se leía, aunque algo borrosa, la inscripción reglamentaria: DOCTOR THIBAUT. —MAYOR EN EL 2.º BATALLÓN. La maleta servía de pedestal a un gramófono estropeado.

Pronto haría cinco meses que Antoine, confinado en esta celda rosácea, vigilaba las fluctuaciones de su enfermedad y acechaba en vano algún síntoma definitivo de curación. Casi cinco meses... Aquí había sufrido, contado los minutos, comido, bebido, tosido, empezado lecturas que nunca había terminado, pensado en el pasado, en el porvenir, recibido visitas, bromeado, discutido hasta el agotamiento acerca de la guerra y de la paz... Había tomado rabia a esta cama, a este sillón, a esta escupidera, testigos de sus horas de fiebre, de ahogo, de insomnio. Afortunadamente, su estado le permitía bastante a menudo salir de la habitación y evadirse de su ambiente. Entonces se refugiaba con un libro que no leía, pero que protegía un poco su soledad, en el paseo de cipreses, o bajo los olivos, y algunas veces incluso al final del huerto, donde el murmullo de la noria daba sensación de frescura. O bien, si se sentía capaz de estar algún tiempo de pie, iba a encerrarse con Bardot y Mazet en el laboratorio. Allí se

encontraba a sus anchas inmediatamente. Bardot le prestaba una bata y lo asociaba a sus manipulaciones. Salía de allí cansado, pero ésos eran los días más agradables para él.

¡Si al menos hubiera podido aprovechar para el futuro este descanso obligado, estas semanas, estos meses que estaba perdiendo aquí en espera de su restablecimiento! En distintas ocasiones había tratado de iniciar algún trabajo personal. Pero siempre sobrevénía una recaída que le obligaba a suspender su esfuerzo antes incluso de que hubiera dado algún resultado. Una idea le obsesionaba sobre todas las demás: condensar en un largo estudio las observaciones que había reunido antes de la guerra sobre las irregularidades respiratorias infantiles en relación con el desarrollo intelectual y la facultad de atención de los niños. Estos documentos formaban ya entonces un conjunto lo bastante rico para permitirle sacar de él un librito o, por lo menos, un documentado artículo de revista, y le corría prisa hacerlo, para que apareciera publicado, ya que este tema estaba «en el aire» y Antoine corría el peligro de que se le adelantara algún otro especialista de niños. Pero si su salud le hubiera permitido este trabajo no hubiera podido llevarlo a cabo, no disponiendo de sus fichas y sus *tests*, que estaban todos en París. Y no había medio de que se los enviaran: su secretario, el joven Manuel Roy, había desaparecido con toda su sección, al segundo mes de guerra, en un ataque bajo Arras; Joussein hacía dos años que estaba prisionero en un campo de Silesia, y en cuanto al Califa, herido en Verdún en 1916 y luego restablecido, aunque habiéndose quedado bastante sordo, se había especializado en radiología y acababa de ser agregado al servicio sanitario del Ejército del Este.

El primer toque de gong que anunciaba la proximidad de la comida le hizo levantarse. Encendió el aplique del lavabo para iluminar el fondo de su garganta. Antes de sentarse a la mesa tomaba generalmente la precaución de hacerse algunas instilaciones con objeto de atenuar la dificultad de la deglución; dificultad que algunos días se hacía tan penosa que tenía que recurrir a Bardot y a su galvanocauterio.

En espera de la segunda llamada, arrió su sillón a la ventana y levantó la persiana. Ante él se extendía una dilatada superficie de cultivos escalonados, anonada por cumbres rocosas; a la derecha, ondulaba la línea familiar de las colinas, que se sucedían, en una polvareda de sol, hasta el horizonte azul oscuro del mar. Debajo de él estaba el jardín, de donde subían el perfume de las flores y ruido de voces. Se asomó para seguir durante un instante el ir y venir habitual de los enfermos por el gran paseo que resguardaba la hilera de cipreses. Conocía a todos: Goiran y su cómplice Voisenet (los dos únicos enfermos cuyas cuerdas vocales estaban intactas y que hablaban de la mañana a la noche); Darros, con su libro bajo el brazo; Echmann, al que llamaban «el Canguro», y el comandante Reymond, que, en el centro de un grupito de oficiales jóvenes, había desplegado un mapa como todas las mañanas y comentaba el parte. Nada más que viéndolos agitarse y gesticular, creía oírlos y

experimentaba casi el mismo cansancio que si hubiera estado entre ellos.

El gong volvió a sonar y todo el jardín se animó como un hormiguero asustado.

Antoine se incorporó, suspirando. «No hay nada menos agradable que este sonido siniestro —pensó—. ¿Por qué no utilizar una campana, como en todas partes?»

No tenía nada de hambre. Se sentía sin ánimos para bajar una vez más los dos pisos, afrontar una vez más el olor de los comistrajos, el servicio ruidoso, la aglomeración de la eterna *popote*<sup>[2]</sup> para escuchar con sonrisa complaciente las palabras cotidianas sobre los proyectos de Alemania, los cálculos sobre la duración de la guerra, la explicación de las vaguedades del parte..., y todo ello sazonado con las bromas rituales, con recuerdos del frente, historias escabrosas y, peor aún, con ingenuas confidencias sobre el aspecto de ciertas mucosidades o la abundancia de las expectoraciones nocturnas...

Cambiando la chaqueta del pijama por una vieja guerrera con tres galones, de tela blanca, sacó del bolsillo el telegrama de Gise y repentinamente se quedó parado.

«¿Y si fuera?»

No pudo contener una sonrisa. Sabía que no haría nada, y esta certeza interior dejaba a su imaginación en entera libertad de vagabundear a su antojo acerca de este proyecto fantástico. En sí, no hubiera tenido nada de irrealizable. Con las debidas precauciones, no interrumpiendo su tratamiento, preocupándose de llevar un inhalador en su arsenal de drogas, Antoine no corría ningún peligro de empeorar. «Entierro, domingo a las diez...» Bastaría tomar al día siguiente, sábado, el rápido de la tarde para estar en París el domingo por la mañana... Sègre no le negaría, indudablemente, el permiso; ¿no se lo había concedido a Dosse, a pesar de su estado? ... La ocasión era tentadora, en cierto modo... Tentadora, incluso, por lo inesperado...

Se vio repentinamente, como en los tiempos de antes de la guerra —en los tiempos de la vida fácil y de la salud—, sentado solo y silencioso en la mesa bien servida de un vagón restaurante ...

En París podría consultar acerca de su estado a su viejo profesor Philip... Sobre todo, recobraría sus fichas, sus *tests*; se traería una maleta llena de notas, de libros; algo con que trabajar, con lo que podría utilizar por fin esta convalecencia interminable...

¡París! ¡Tres o cuatro días de evasión! ¡Tres o cuatro días sin *popote*!

¿Por qué no, después de todo?

## II

EN el silencio resonó un chasquido y se entreabrió el ventanuco de la hermana tornera. Antoine distinguió una manga de tela azul y una mano apergaminada, en la que brillaba una alianza.

—Todo seguido —murmuró una boca invisible—, en el patio, al extremo del corredor.

El vestíbulo se prolongaba por un pasillo enlosado, vacío y espejeante, que se adentraba en las profundidades mudas del asilo. A la izquierda, reunidas como para una comparsa, dos viejas, sentadas en los primeros peldaños de una escalera y con los hombros cubiertos con unas toquillas negras de *crochet*, hablaban en voz baja, inclinadas una hacia otra.

El patio, soleado en sus tres cuartas partes, estaba desierto. Una capilla ocupaba el fondo. Uno de los batientes de la puerta, abierto, formaba en la fachada un rectángulo de sombra, del cual salían los sones de un armonio. El servicio había empezado. Antoine se acercó. Su mirada, escudriñando en las tinieblas de la capilla, advirtió una hilera de pequeñas llamas. El enlosado estaba más bajo que el suelo del patio, había que descender dos escalones. Antoine se deslizó por entre los empleados de la funeraria, que obstruían el paso. La reducida nave estaba atestada. Reinaba en ella una frialdad de cripta. Trabajosamente, apoyando la mano en la pila del agua bendita, Antoine se puso de puntillas. Delante del altar, mal cubierto con un paño negro, descansaba el féretro, entre cuatro cirios. De pie detrás de este humilde catafalco permanecía, con los brazos cruzados, un hombrecillo con gafas y pelo blanco, junto a una enfermera arrodillada, cuyo rostro estaba oculto por el velo azul; la enfermera volvió la cabeza y Antoine reconoció el perfil de Gise.

«Sin parientes, sin amigos... Nadie más que este imbécil de Chasle... —pensó—. He hecho bien en venir... Jenny no está aquí... Ni la señora de Fontanin, ni Daniel... Mejor. Le diré a Gise que no les avise de mi presencia en París: esto me evitará tener que ir a Maisons-Laffitte.» Se cercioró, por última vez, de que no había ninguna cara conocida en las filas de bancos ocupados por ancianas con pañuelos y algunas religiosas con anchas tocas. No podría permanecer de pie hasta el final... Sin contar con que aquí dentro hacía casi frío... Cuando se disponía a salir crujieron los bancos: la concurrencia se levantaba para ponerse de rodillas. El sacerdote que oficiaba se volvió hacia los fieles, con las manos en alto. Antoine reconoció la alta estatura y la frente despejada del abate Vécard.

Subió los escalones, se encontró de nuevo en el patio, vio un banco al sol y fue a sentarse en él. Sentía un dolor agudo entre los omóplatos. Sin embargo, este largo viaje en tren no le había resultado demasiado fatigoso; había podido tumbarse parte de la noche. Pero el trayecto desde la estación de Lyon al Point-du-Jour, en un viejo taxi, sobre el pavimento pedregoso de los muelles, Je había quebrantado.

«Un ataúd de niño —pensó—. ¡Era tan pequeña!» Volvía a verla, correteando por la casa de la calle de la Universidad, o bien en su habitación, sentada a contraluz en el borde de una silla, delante de su escritorio en marquetería, su «mueble de familia», como decía ella; el único recuerdo que trajo cuando vino a instalarse en casa del señor Thibault. En él guardaba el dinero del mes y, en un cajón «secreto», conservaba todas sus reliquias. Allí era donde guardaba su azofaifa y sus facturas; su papel de cartas y su vainilla; las puntas de lapicero desechadas por el señor Thibault; sus prospectos y sus recetas; su hilo, sus agujas, sus botones, su raticida y su tafetán; sus bolsitas de iris y su árnica, todas las llaves viejas de la casa, y sus devocionarios, y fotografías, y la pomada de pepinos con que se suavizaba las manos y cuyo olor penetrante, mezclado con el de la vainilla, con el del iris, llegaba hasta el vestíbulo cuando el escritorio estaba abierto. Durante mucho tiempo, para Antoine y para Jacques, durante su niñez, este escritorio había tenido el prestigio de un tesoro mágico. Más tarde, Jacques y Gise lo habían bautizado «la tienda de pueblo», porque era como esos establecimientos provincianos en que se encuentra de todo...

Un ruido de pasos le hizo levantar la cabeza. Los hombres de negro habían abierto el segundo batiente e iban poniendo las coronas en el suelo del patio. Antoine se levantó. Los oficios terminaban. Dos religiosas, con delantal azul, tirando de un gran cesto con ruedas cargado de verdura, pasaron con los ojos bajos y se apresuraron a desaparecer en uno de los pabellones que rodeaban el patio. En las ventanas del primer piso se habían levantado los visillos, y las viejas imposibilitadas se instalaban, en camisa, detrás de los cristales. Las asiladas que se podían valer empezaban a salir de la capilla y se agrupaban, renqueando, a ambos lados del portal. El armonio había callado. Una cruz de plata y una sobrepelliz emergieron de la sombra. Apareció el ataúd, llevado por dos hombres. Seguían los niños del coro, luego un viejo sacerdote y después el abate Vécard.

Gise subió a su vez los escalones y surgió a la luz. El señor Chasle iba detrás de ella. Los individuos que cargaban el ataúd se habían detenido para dar lugar a los empleados de la funeraria a colocar otra vez las coronas sobre el féretro. Los ojos de Gise estaban llenos de lágrimas y vueltos hacia la caja mortuoria. En su rostro, apenado, Antoine observó una expresión de madurez que le sorprendió: cuando pensaba en ella, era siempre la chiquilla de quince años lo que evocaba. «No me ha visto... Está bien lejos de sospechar que me encuentre aquí», se dijo, un poco molesto de poder examinarla tan a su sabor sin que ella lo sospechara. Había olvidado que Gise tuviera el cutis tan moreno. «Debe de ser esa banda blanca sobre la frente lo que hace parecer la piel más oscura...»

El señor Chasle, con guantes negros, llevaba en la mano un sombrero de forma anticuada; estiraba el cuello y movía de izquierda a derecha su cabecita de pájaro. De repente, distinguió a Antoine y se llevó bruscamente la mano a la boca, como para ahogar un grito. Gise volvió los ojos; su mirada vino a posarse en Antoine. Le observó unos segundos, como si al principio no lo reconociera; luego corrió a él y



rompió en sollozos. Él la abrazaba con torpeza. Vio a los que llevaban el ataúd reanudar la marcha y se separó dulcemente.

—Ven a mi lado —murmuró la joven—. No te separes de mí.

Se dirigió de nuevo a su sitio y Antoine la siguió. El señor Chasle los veía acercarse, con cara de asombro.

—¿Ah, es usted? —murmuró como en sueños, cuando Antoine le tendió la mano.

—¿Está lejos el cementerio? —preguntó Antoine a Gise.

—Nuestra sepultura está en Levallois... Hay coches —contestó ella, en voz baja.

El cortejo atravesó el patio, lentamente.

Un furgón de dos caballos esperaba en la calle. Gentes del barrio y chiquillos formaban grupo en la acera. Una especie de berlina de tres plazas estaba colocada en lo alto del viejo vehículo, como un palanquín sobre un elefante. Se llegaba a ella por medio de diversos estribos. Las tres plazas estaban reservadas para Gise, el señor Chasle y el maestro de ceremonias; pero este último, cediendo su privilegio a Antoine, subió al pescante, junto al cochero de bicornio. El coche inició la marcha y partió al paso, traqueteando sobre el empedrado del arrabal. Seguían los dos sacerdotes en un coche de duelo. Para izarse, Antoine había tenido que hacer una serie de esfuerzos que le habían irritado los bronquios. Apenas sentado, tuvo un golpe de tos y hubo de permanecer durante un buen rato con la cabeza baja y el pañuelo en los labios.

Gise estaba colocada entre los dos hombres. Esperó a que el acceso hubiera pasado y tocó a Antoine en el brazo.

—Te agradezco que hayas venido. ¡Confiaba tan poco en ello...!

—En estos tiempos hay que esperararlo todo —suspiró, sentenciosamente, el señor Chasle. Se había inclinado para ver toser a Antoine y seguía observándole por encima de las gafas. Levantó la cabeza—. Discúlpeme. Hace un momento me ha costado trabajo reconocerlo. Ha cambiado mucho, ¿no es verdad, señorita Gise?

Antoine no pudo evitar un movimiento de desagrado. Sin embargo, puso buena cara.

—Sí, efectivamente...; he adelgazado un poco... ¡La iverita!...

Gise se volvió, asustada repentinamente por esta voz cavernosa. Desde el primer momento, en el patio, se había sentido bastante conmovida por el aspecto general de Antoine, pero no lo había mirado apenas. Por otra parte, no tenía nada de extraño que le hubiera parecido cambiado, después de estos cinco años de ausencia y con este uniforme. La idea de que tal vez estaba menos afectado de lo que ella había creído se le venía ahora a la cabeza. Nunca había tenido conocimiento de los detalles de esta intoxicación. Sabía que estaba en tratamiento en el Mediodía: «En vías de curación», decía en las cartas.

—¿La iverita? —repitió el señor Chasle, con aire satisfecho y enterado—. Perfectamente. El gas de Ypres. Llamado también *mostaza*... Un descubrimiento moderno... —Seguía mirando a Antoine con curiosidad—. Ese gas le ha dejado

completamente en los huesos... Pero también le ha dado la Cruz de Guerra. Y con dos palmas, hasta mayor información... Es glorioso.

Gise fijó los ojos en la guerrera de Antoine. En sus cartas éste nunca había dicho ni palabra de tales condecoraciones.

—¿Y tus médicos? —insinuó la joven—. ¿Qué dicen? ¿Piensan tenerte todavía mucho tiempo en su clínica?

—Los progresos son muy lentos —confesó Antoine. Se esforzó por sonreír. Quiso añadir algo más y respiró profundamente, pero permaneció callado: los caballos se habían puesto al trote y las sacudidas le cortaban la respiración.

—Nosotros vendemos todo lo necesario, así como la máscara, ni qué decir tiene, en nuestra «Tienda de los Inventos» —dijo de un tirón el señor Chasle, con un gesto invitador.

Gise quiso decirle algo agradable.

—¿Va bien su comercio, señor Chasle? ¿Está usted contento?

—Va marchando, sí; va marchando... ¡Como todas las cosas en estos tiempos, señorita Gise! Hay que adaptarse. Nos han movilizado a todos nuestros inventores, hágase cargo, y en el frente, claro está, no hacen ya nada útil... De vez en cuando hay alguno que tiene una idea. Por ejemplo, nuestro «Juego de la Oca de los Aliados», que acaba de salir... Portátil... Viñetas tomadas de las operaciones: el Mame, los Eparges, Douaumont... Muy apreciado en las trincheras... Hay que adaptarse, señorita Gise...

«De cualquier forma, tú no has cambiado», pensó Antoine.

El furgón, para ir desde el Point-du-Jour a Levallois, había tomado los bulevares exteriores. Esta mañana de domingo se anunciaba luminosa y alegre. El sol ya calentaba. Los soldados holgazaneaban en las fortificaciones. En la puerta Dauphine, las parisinas, con vestidos claros, se dirigían al Bosque, con niños y perros, y a lo largo de las aceras se alineaban los carros cargados de flores. Como antaño.

—¿De qué... ha muerto... la señorita? —preguntó Antoine, con la voz quebrada por los baches.

Gise se volvió, apresuradamente.

—¿De qué? Pobre tía... Estaba muy gastada, como dicen. El estómago, los riñones, el corazón. Hacía semanas que no digería nada. En la última noche el corazón falló bruscamente. —Calló durante algunos segundos—. No puedes imaginarte hasta qué punto se había modificado su carácter desde que estaba en el asilo... No se interesaba nada más que por si misma... Su régimen, su bienestar, su caja de ahorros... Tiranizaba a las criadas y a las religiosas... ¡De verdad que sí! Se quejaba de todo y se creía perseguida. Llegó a acusar a una vecina de haberla robado: toda una historia... ¡Permanecía días enteros sin beber, persuadida de que las hermanas trataban de envenenarla!

Volvió a callarse y se produjo un momento de silencio. No se explicaba bien el mutismo de Antoine, y lo tomaba como un reproche. Porque estos últimos días Gise

se sentía llena de escrúpulos; no cesaba de preguntarse si, efectivamente, había hecho por su tía todo lo que debía. «Se ocupó de toda mi educación —se decía—; y yo, tan pronto como pude dejarla, lo hice, y apenas si iba a visitarla a su asilo...»

—¡Tenemos tanto trabajo en Maisons con nuestro hospital!... —prosiguió, alzando un poco la voz, como para disculparse—. Como puedes comprender, me era muy difícil venir. Sobre todo, estos últimos meses, he estado mucho tiempo sin verla. Y luego, el mes pasado, me escribió la superiora y vine inmediatamente. No lo olvidaré nunca... Pobre tía... La encontré en el fondo de la habitación donde guardaba sus vestidos, sentada sobre una maleta, en camisa y enaguas, con aire extraviado, el gorro blanco sobre sus mechones grises, una media puesta y la otra pierna desnuda. Estaba ya esquelética. La frente abombada; las mejillas, hundidas; el cuello, descarnado... Pero la pierna seguía estando asombrosamente joven e incluso lozana. Una pierna de muchacha... No me preguntó noticias mías ni de nadie. Empezó a quejarse de sus vecinas, de las monjas... Y luego fue a abrir su escritorio, ¿te acuerdas? Quería enseñarme el cajón en que guardaba sus ahorros, «para pagar el servicio». Entonces empezó a hablarme de su entierro. «Ya no volverás a verme. Me moriré.» Y luego me dijo: «Pero no te importe; diré a la superiora que te envíe tu aguinaldo de todas formas.» Traté de bromear: «¡Pero tía, hace ya años que estás diciendo que te vas a morir!» Se enfadó. «¡Quiero morirme! ¡Ya estoy cansada de vivir!» Luego se miró la pierna. «Fíjate qué pequeño tengo el pie. ¡Tú, sin embargo, siempre has tenido patazas de hombre!» Cuando iba a marcharme quise besarla, pero no se dejó. «No me beses. Huelo mal; huelo a vieja...» Y entonces fue cuando habló de ti. Yo estaba ya en la puerta; volvió a llamarme y me dijo: «¿Sabes? ¡He perdido seis dientes! ¡Cortados así, como rabanitos!» Y se echó a reír, alegremente, con aquella risita suya, ¿te acuerdas? «¡Seis dientes! Díselo a Antoine... ¡Y que se dé prisa si quiere volver a verme!»

Antoine escuchaba y no sin emoción; ahora experimentaba una especie de curiosidad por las historias de enfermedad y de muerte. Por otra parte, esta charla le dispensaba de hablar.

—¿Y fue ésa tu última visita?

—No. Volví hace unos diez días. Me escribieron que había recibido los sacramentos. La habitación estaba a oscuras. Ya no soportaba la luz del día... Sor Marta me llevó hasta la cama. La tía estaba acurrucada bajo el edredón, minúscula... La hermana trató de sacarla de su sopor. «¡Es su pequeña Gise!» Finalmente, el edredón se movió un poco. No sé si comprendió ni si me reconoció. Dijo con toda claridad: «¡Qué largo es!» Y añadió, al cabo de un instante: «¿Qué hay de nuevo de la guerra?» Le estuve hablando, pero no contestaba ni parecía comprender. En distintas ocasiones me interrumpió: «¿Entonces? ¿Qué hay de nuevo?» Cuando quise besarla en la frente, me rechazó. «¡No quiero que se me despeine!» Pobre tía... «No quiero que se me despeine», son las últimas palabras que la oí pronunciar...

El señor Chasle se secó los ojos con el pañuelo. Luego volvió a doblarlo

meticulosamente por los mismos dobleces y murmuró entre dientes, con acento de reproche:

—Efectivamente, no había que... ¡No había que despeinarla!

Gise agachó la cabeza rápidamente y a su rostro asomó una sonrisa breve como un relámpago, jovial y maliciosa. Antoine sorprendió esta sonrisa y de repente sintió a Gise muy unida a él; sintió deseos de llamarla «Negrita» y de molestarla, como antaño.

El vehículo franqueó la verja de la puerta Champerret y se detuvo para cumplir las formalidades. En aquel lugar permanecían parados algunos vehículos con cañones y algunas ametralladoras antiaéreas; también había proyectores, vigilados por centinelas y cubiertos con lonas camufladas.

Cuando el cortejo hubo reemprendido la marcha y entró en las calles populosas de Levallois, el señor Chasle dejó oír un suspiro.

—Ah... ¡A pesar de todo, la buena señorita ha sido feliz en el Asilo de la Edad Madura! Eso es lo que yo busco para mí, Señor Thibault: un asilo de hombres, pero bien acondicionado... Y, entonces, ya estaría tranquilo... Ya no tendría que ocuparme de nada... —Se quitó las gafas para limpiarlas. Sus ojos, desprovistos de los cristales, tenían una mirada patética y dulce—. Les dejaría la renta que tengo de su señor padre —prosiguió— y ya estaría descuidado hasta el final... Podría dormir por la mañana y podría pensar en mis cosas... Ya he visitado uno, en Lagny. Pero, para estos tiempos, está demasiado al Este. ¿Se puede estar seguro de algo, con estos *boches*? Y, además, sus sótanos, no; no son verdaderos sótanos. Y en estos tiempos hacen falta verdaderos sótanos... —Pronunciaba; «En estos tiempos» con voz asustada, levantando ante él, como para apartar unos presagios nefastos, sus manos cubiertas con unos guantes negros: unos guantes de piel de Suecia, desgastados y demasiado largos, cuyo material endurecido se retorció en las puntas de los dedos en unos rodetes repugnantes, como caracoles.

Antoine y Gise callaban. Ya no tenían ganas de reír.

—Ya no hay nada seguro ni se tiene tranquilidad en ninguna parte —prosiguió, quejumbroso, el hombrecillo—. Ya no se tiene verdadera tranquilidad sino las noches de alarma, cuando se puede disponer de un verdadero sótano... Allí, se está seguro... En el diecinueve, enfrente de mi casa, tengo un sótano, lo que se dice un buen sótano... —Calló un instante, porque Antoine tosía. Luego terminó—: Las noches de sótano, señor Thibault; ya ve usted, en estos tiempos, son lo mejor.

Los caballos iban al paso para bordear una larga pared.

—Aquí debe ser —dijo Gise.

—Y después, ¿adónde vas? —preguntó Antoine. Apoyaba los hombros con fuerza en el respaldo del armatoste para atenuar las sacudidas, que le hacían daño en los costados.

—Pues a la calle de la Universidad, a tu casa... Duermo allí, desde anteayer... El furgón tiene que llevarme luego allí; está incluido en el precio.

—Trataremos mejor de encontrar un buen taxi —dijo Antoine, sonriendo. Desde que había trepado al palanquín sufría tanto por verse obligado a permanecer en él como temía tener que bajarse. Así, para el regreso, estaba completamente resuelto a buscar otro medio de locomoción.

Gise le miró sorprendida, pero no pidió ninguna explicación.

Por otra parte, el coche acababa de franquear la puerta del cementerio.

### III

—ESTÁN todas bien agarradas. ¿Podrás aguantarlas diez minutos?

—Y veinte, si quieres.

Con ocho ventosas aplicadas sobre su espalda desnuda, Antoine estaba sentado a horcajadas de una silla en su despachito de la calle de la Universidad.

—Espera —dijo Gise—. No vayas a coger frío.

Había dejado su capa de enfermera sobre el respaldo de un sillón; le envolvió con ella los hombros.

«¡Qué dulce y amable es! —pensó Antoine, trastornado al descubrir en si mismo, intacta, una ternura que le confortaba el corazón—. ¿Por qué la he mantenido a distancia estos últimos años? ¿Por qué no le escribía?» De repente pensó en su habitación rosácea del Mousquier. En las seis *girls* que levantaban la pierna encima del espejo, en la aglomeración de las comidas, en los cuidados, llenos de buena intención, pero rudos, de Joseph. «¡Qué magnífico sería poder quedarme aquí con Gise de enfermera...!»

—Dejo las puertas abiertas —dijo la joven—. Si necesitas algo, llámame. Voy a preparar la *popote*.

—¡La *popote*, no! —dijo Antoine con brusquedad—. ¡No y no! ¡Ya estoy harto de tanta *popote*, en cuatro años!

Gise sonrió y salió, dejándolo solo.

Solo, con esta sensación de un hogar recobrado, con este sueño de una dulzura femenina en su cabecera.

Solo, también, con el «olor»: éste se había apoderado de él, nada más al entrar, cuando cruzaba el recibimiento para colgar maquinalmente el quepis de aquella percha de la izquierda en la que antes colgaba el sombrero, y desde entonces, a cada momento, ensanchaba la nariz con una curiosidad nunca satisfecha, para olisquear estos efluvios de su casa, olvidados y, sin embargo, reconocidos tan pronto, flotantes, indistintos, imposibles de analizar, que emanaban a la vez de la pintura, de la alfombra, de las cortinas, de los sillones y de los libros, y que impregnaban sutilmente todo el piso, mezcla de diez aromas distintos: lana, lejía, tabaco, cuero, farmacia...

El regreso del cementerio, el rodeo por la estación de Lyon para recoger en ella su maleta, le habían parecido interminables. Su dolor de costado había ido en aumento; el jadeo redoblaba y, al apearse del taxi delante del portal, se había reprochado amargamente haber emprendido este viaje. Afortunadamente, llevaba consigo sus medicamentos y, nada más al llegar, había podido ponerse una inyección de oxígeno, que había atenuado la disnea. Luego, de acuerdo con sus indicaciones, Gise le había puesto estas ventosas; ya comenzaban a hacer efecto: los bronquios estaban más libres y la respiración se hacía más fácil.

Inmóvil, con la espalda encorvada, los brazos enflaquecidos cruzados sobre el respaldo de la silla y apoyando la barbilla sobre los brazos, paseaba en torno suyo una mirada conmovida. No había previsto que sentiría tanta emoción al ver de nuevo su casa, al ver de nuevo su cuarto de trabajo. No había cambiado. En un abrir y cerrar de ojos, Gise había quitado las fundas, colocado los sillones en su sitio y bajado a medias la persiana. Nada había cambiado y, sin embargo, todo era imprevisto: esta habitación en que antes acostumbraba a estar le era a la vez familiar y extraña, como esos recuerdos de la infancia que surgen de improviso, con una precisión alucinante, después de años de olvido total. Sus miradas vagaban amistosamente sobre la magnífica alfombra color tabaco, sobre los sillones de cuero, el diván, los almohadones, la chimenea y su reloj, los ornamentos, los estantes de su biblioteca. «¿Habré podido realmente dar tanta importancia al mobiliario de esta casa?», se dijo. De cada uno de estos libros, en los que, indudablemente, no había pensado desde hacía cuatro años, recordaba el título exacto, como si los hubiera tenido en sus manos la víspera. Cada mueble, cada objeto —el velador, el cortapapeles de concha, el cenicero de bronce con su dragón, la tabaquera—, le recordaba un momento de su vida, la época y el lugar en que lo había comprado; la gratitud de un cliente después de una enfermedad, cuyas fases recordaba aún; un gesto de Anne, una reflexión del Califa, un recuerdo de su padre. Porque este despacho había sido el cuarto de aseo del señor Thibault. No tuvo más que cerrar los ojos para ver de nuevo el gran lavabo de caoba maciza, el armario de luna, el baño de pies de cobre, el sacabotas, de pie en su rincón... Y tal vez se hubiera sentido menos sorprendido si hubiera vuelto a encontrar esta habitación tal como la había conocido durante toda su infancia, que viéndola tal como estaba hoy, transformada por él.

«Es extraño —pensó—. Ya antes, al pasar por el portal, he sentido la impresión de que entraba en casa de padre y no en la mía...»

Volvió a abrir los ojos y distinguió el teléfono en la mesita baja del diván. El hombre joven, que tantas veces había telefoneado aquí, se alzó ante él, floreciente, orgulloso de su fuerza, autoritario, siempre con prisa, incansablemente dichoso de vivir y de obrar. Entre este hombre y él había cuatro años de guerra, de encono, de meditación; había meses de sufrimiento, una decadencia momentánea, un envejecimiento precoz que no se dejaba olvidar ni un instante. Agotado de pronto, apoyó la frente sobre los brazos. El presente se borraba ante el pasado. Su padre, Jacques, la señorita: todos habían desaparecido. La antigua existencia familiar se le apareció a través del prisma de la juventud y la salud. ¿Qué no hubiera dado por recobrar este ayer? El sentimiento de lo que ya no existía se mezclaba con la tristeza de hoy. Estuvo a punto de llamar a Gise para huir de su soledad. Pero todavía era capaz de dominarse. De mirar la realidad cara a cara. Todo esto era cuestión de salud. Lo primero: recobrar la salud. Resolvió tener cuanto antes una conversación formal con su maestro, el profesor Philip, y buscar con él un tratamiento más activo y más rápido. El que seguía en el Mousquier tenía que ser debilitador a la larga. No era

natural que se hubiese quedado tan débil; Philip le ayudaría a recuperar las fuerzas. Philip... Gise... Sus ideas se hicieron confusas. Llevar a Gise a Mousquier... Curarse... Repentinamente, se quedó dormido.

Cuando despertó, algunos minutos más tarde, Gise le miraba, sentada en el brazo de un sillón. La atención, con una pizca de inquietud, fruncia sus cejas. Antoine leyó perfectamente lo que ella pensaba en aquel rostro sereno que nunca había sabido disimular bien.

—Me encuentras acabado, ¿no es verdad?

—No; más delgado.

—Del otoño a aquí he perdido nueve kilos.

—¿Te encuentras ya algo mejor?

—Mucho mejor.

—Todavía tienes la voz un poco... velada. —(De todos los cambios que observaba en él el que más la conmovía era esta debilidad, este enronquecimiento de las cuerdas vocales.)

—Pues en este momento no es nada. Hay veces, sobre todo por la mañana, en que estoy completamente afónico.

Hubo un momento de silencio, que la joven rompió saltando al suelo.

—¿Entonces, las quitamos?

—Como quieras.

Gise acercó una silla, se sentó junto a él, pasó las manos por debajo de la capa para que no se enfriara y fue desprendiendo las ventosas con suavidad. Según las quitaba las iba dejando en el regazo; luego recogió los picos del delantal y se llevó los cristales para secarlos.

Antoine se puso de pie, comprobó que respiraba mucho más libremente, examinó en el espejo su espalda huesuda, cubierta de redondeles violáceos, y se vistió.

La joven acababa de poner la mesa cuando Antoine se reunió con ella.

Paseó la mirada por el amplio comedor, las veinte sillas alineadas, el tablero de mármol donde antaño oficiaba León y declaró:

—Tan pronto como termine la guerra, venderé la casa.

Gise se había vuelto, sorprendida, con los ojos fijos en él y un plato en la mano.

—¿La casa?

—No quiero conservar nada de todo esto. Alquilaré un piso pequeño, sencillo y práctico... Y...

Sonrió. No sabía exactamente lo que haría, pero una cosa sí era segura: contrariamente a lo que había creído esta mañana, no reanudaría su tren de vida de antaño.

—Escalopes, macarrones con mantequilla y fresas... ¿Te apetece? —preguntó la joven, renunciando a comprender la antipatía de Antoine hacia un ambiente que había creado totalmente a su gusto. La joven tenía poca imaginación y nunca se preocupaba



demasiado de los planes para el futuro.

—Te has tomado demasiadas molestias, hada hechicera —dijo Antoine, inspeccionando la mesa.

—Todavía faltan diez minutos. Y no he encontrado servilletas.

—Voy a buscarlas.

En el cuarto ropero había una cama plegable, abierta y con la ropa en desorden. En el hueco del colchón vio un rosario. Sobre una silla había algunos vestidos.

«¿Por qué no habrá cogido la otra habitación?», se preguntó.

Abrió un armario, luego otro y después un tercero. Los tres armarios estaban llenos de ropa blanca completamente nueva: sábanas, fundas de almohada, toallas de felpa, gamuzas, delantales de cocina; las docenas estaban todavía atadas con las cuerdas encarnadas del proveedor. Se encogió de hombros. «Todo esto es absurdo... Lo estrictamente necesario. ¡Todo lo demás, al Hotel de Ventas!» Sin embargo, cogió una pila de servilletas y sacó dos del montón. «¡Ahora lo comprendo, demonio! Se ha instalado aquí para no acostarse en la antigua habitación de Jacques...»

Salió de nuevo al corredor, con paso cansino, tocando aquí y allá la pintura laqueada de las paredes, entreabriendo las puertas que se ofrecían a su paso y echando una mirada curiosa al interior, como si visitara una casa ajena.

Al llegar al recibimiento se detuvo ante la puerta de dos hojas de su gabinete de consulta. Dudaba de entrar aquí. Por fin dio la vuelta a la manija. Las ventanas estaban cerradas. Habían puesto los muebles enfundados delante de las librerías. La habitación parecía todavía mayor. La luz que se deslizaba por las rendijas de las ventanas esparcía claridad difusa, como en esos grandes salones pueblerinos en los que no se entra sino en los días de recepción.

De repente recordó los últimos días de julio de 1914, los periódicos que traía Studler, las discusiones, la angustia... Y las visitas de su hermano... ¿No había Jacques venido aquí, con Jenny? ¿El mismo día de la movilización?...

Apoyado en el marco de la puerta, con el busto inclinado, aspiraba lentamente: el «olor» estaba aquí mejor conservado, más penetrante que en el resto de la casa; un poco diferente también, más aromático... En el centro, el gran escritorio ministro, oculto bajo una sábana, parecía un catafalco de niño.

«¿Qué se les habrá ocurrido meter aquí dentro?»

Se decidió a entrar y levantar la tela. El escritorio desaparecía bajo una montaña de paquetes y folletos. Desde el principio de la guerra era aquí donde la portera depositaba todo el revoltijo de impresos, prospectos, periódicos, revistas y las múltiples muestras que enviaban los laboratorios. «¿A qué huele aquí?», se dijo. Al olor familiar se mezclaba aquí un perfume especial, pesado, vagamente balsámico.

Maquinalmente rompió las fajas de algunos periódicos profesionales, para hojearlos. Y, de repente, pensó en Rachel. ¿Por qué? ¿Por qué no en Anne? ¿Por qué precisamente en aquella que nunca había entrado en esta casa y cuyo recuerdo no había evocado desde hacía meses? «¿Qué habrá sido de ella? ¿Dónde podrá estar? En

algún lugar de los trópicos, con su Hirsch, lejos de Europa y lejos de la guerra...» Dejó sobre la chimenea algunos folletos que quería llevar al Mousquier. «Los médicos que acaparan ahora estas revistas son todos viejos, no movilizados... ¡Menuda bicoca! La aprovechan, rebuscando en el fondo de sus cajones...» Leía por encima los sumarios. De vez en cuando, desde una ambulancia del frente, un joven encontraba tiempo para enviar un informe sucinto sobre un caso curioso, sobre todo los cirujanos... «La guerra habrá servido al menos para esto, para hacer progresar la cirugía...» Permanecía aquí, pizcando en el montón, pescando aquí y allá un folleto que arrojaba a la chimenea. «Si al menos pudiera poner en limpio mi artículo acerca de los desarreglos respiratorios infantiles, Sébillon me lo publicaría seguramente en su revista...»

Un paquete, distinto de los otros, atrajo su atención a causa de los sellos multicolores que lo cubrían. Lo cogió e inmediatamente lo olfateó; de nuevo volvieron a intrigarle repentinamente aquellas emanaciones aromáticas que observara momentos antes. Con la nariz palpitante descifró el nombre del remitente: «Srita. Bonnet. Hospital de Conakry. Guinea Francesa.» Los sellos estaban matados: «Marzo, 1915.»

Tres años. Extrañado, daba vueltas al paquetito y lo sopesaba. ¿Un medicamento? ¿Un perfume? Rompió el bramante y sacó del papel una caja rectangular, de madera rojiza, claveteada por todas sus caras. «Hum... Difícil de abrir...» Buscó con los ojos una herramienta. Ya iba a renunciar a satisfacer su curiosidad, cuando recordó que llevaba la navaja en el bolsillo. La hoja chirrió en la ranura, una ligera presión y la tapa cedió. Un perfume violento subió hasta él; un perfume de pebetero oriental, de buenjuí, de incienso; un perfume conocido y que, sin embargo, no conseguía identificar. Prudentemente, con el borde de la uña, apartó la capa de serrín: aparecieron unos huevecillos amarillentos, brillantes y llenos de polvo. Y, súbitamente, el pasado le saltó a la cara: estas cuentas amarillas... ¡El collar de ámbar y almizcle! ¡El collar de Rachel!

Lo tenía entre sus dedos y lo limpiaba con precaución. Sus ojos se habían humedecido. ¡Rachel! Su cuello blanco, su nuca... El Havre, la partida del *Romania* al amanecer... ¿Pero por qué este collar? ¿Quién era esta señorita Bonnet, de Conakry? Marzo de 1915... ¿Qué quería decir todo esto?

Oyó andar en el corredor y rápidamente se guardó el collar en el bolsillo.

Gise le buscaba para comer. Se detuvo en el umbral y olfateó el aire.

—Qué olor más extraño...

Antoine volvió a correr la sábana sobre el montón de folletos y de medicamentos.

—Aquí es donde amontonan todas las especialidades farmacéuticas ...

—¿Vienes? Ya está preparado.

La siguió. En el fondo del bolsillo, en el hueco de su mano, sentía entibiarse las perlas frías. Pensaba en el cuerpo blanco y rubio de Rachel.

## IV

TAN pronto como estuvieron instalados uno junto a otro en un extremo de la enorme mesa, Gise adoptó una actitud determinada.

—Ahora, háblame en serio de tu salud.

Antoine hizo una mueca. Se sentía más que inclinado a hablar de sí mismo, de su enfermedad y de su tratamiento; pero no le disgustaba hacerse rogar y contestó sin apresurarse a las primeras preguntas de la joven. Pronto se dio cuenta de que estas preguntas no eran desacertadas. Esta pequeña Gise, a la que siempre había tenido tendencia a tratar como a una niña, había adquirido en sus tres años de hospital bastante competencia. Se podía hablar de Medicina con ella. Un lazo más entre ellos... Animado por la atención que la joven le prestaba, Antoine hizo una exposición de su caso y pasó revista a las diversas fases por las que había atravesado en los últimos meses. Si ella hubiera parecido tomar a la ligera lo que decía, si hubiera creído oportuno prodigarle frases alentadoras, Antoine hubiera exagerado inmediatamente su preocupación. Pero le había escuchado con un rostro tan atento, fijaba en él una mirada tan preocupada, tan escrutadora, que Antoine, por el contrario, adoptó un tono tranquilizador para terminar.

—En resumidas cuentas, que acabaré por salir bien de ésta —(Y, efectivamente, ésta era en el fondo su idea)—. Será más o menos largo —prosiguió, sonriendo con confianza—. Pero en cuanto a salir de ésta, eso desde luego: saldré... Sólo que ¿llegaré a restablecerme del todo? Imagina que quede enfermo de la laringe o muy débil de las cuerdas vocales, ¿podré ejercer como antes?... Compréndelo; no me basta con tener la certeza de vivir. No me gustaría hacer en el futuro la vida de un hombre disminuido. ¡Quisiera estar seguro de recobrar mi magnífica salud de antes! Y esto es menos cierto...

Gise había dejado de comer, para escuchar mejor y comprender mejor. Le miraba con sus ojos grandes, asombrados, inmóviles, infantiles y fieles como los de los seres primitivos. Este tierno interés, del que estaba privado desde hacía años, le parecía muy dulce. Dejó oír una risa tranquilizadora.

—Es menos cierto, pero no imposible. ¡Con tenacidad, hay pocas cosas imposibles!... Hasta ahora, todo lo que he pretendido verdaderamente, lo he hecho. ¿Por qué no he de conseguirlo también esta vez?... Quiero curarme. Me curaré.

Había forzado la voz en estas últimas palabras y hubo de detenerse para toser. El acceso fue bastante fuerte y duró un minuto largo, durante el cual Gise, inclinada sobre su plato, le observaba a hurtadillas.

Trataba de tranquilizarse: «Lo que quiere, lo consigue. Sabrá cuidarse y sabrá curarse.»

Cuando hubo pasado la crisis se volvió hacia él. Antoine hizo señas de que prefería permanecer algunos instantes sin hablar.

—Bebe un poco de agua —dijo Gise, llenándole el vaso. E incapaz de demorar la pregunta que le quemaba los labios, añadió—: ¿Cuántos días te quedarás con nosotros?

No contestó. Era un tema que hubiera querido evitar. En realidad, su permiso era de cuatro días. Pero pensaba acortarlo: no tenía el menor deseo de pasar en París cuatro largos días, constreñido a cuidados improvisados y expuesto a cien ocasiones de cansarse.

—¿Cuántos? —insistió la joven, interrogándole con la mirada—. ¿Ocho? ¿Seis? ¿Cinco?

Antoine movió la cabeza en forma negativa. Aspiró profundamente, sonrió y, por último, dijo:

—Me marcho mañana.

—¿Mañana? —Estaba tan decepcionada que su voz vaciló—. Entonces, ¿no vendrás a vernos a Maisons-Laffitte?

—No es posible, mi querida Gise... No es posible por esta vez... Más tarde... En el transcurso del verano, tal vez...

—¡Pero si apenas nos hemos visto! ¡Después de tanto tiempo!... ¿Mañana?... Y ni siquiera puedo quedarme en París contigo: ¡tengo que ir a dormir esta noche a Maisons! Mañana, por la mañana, he de hacerme cargo de mi servicio. ¡Date cuenta! Hace tres días que me marché, ¡y la víspera acababan de llegar seis nuevos!

—Al menos tenemos todo un día para pasarlo juntos —dijo Antoine, conciliador.

—¡Pero si eso también es imposible! —exclamó Gise, consternada—. Tengo que ir ahora mismo al asilo. Hay que liquidar en seguida las cosas y los muebles de la tía: necesitan la habitación ...

Los ojos se le llenaban de lágrimas. Antoine recordó inmediatamente sus accesos de desesperación cuando niña. Y de nuevo se le vino a la imaginación esta idea: «¡Qué agradable sería que me cuidara ella y sentir en torno a mí todo este afecto...!»

No sabía qué decir. Él mismo sentía que este encuentro fuera tan corto.

—Tal vez pudiera obtener una prórroga... —insinuó de manera hipócrita—. No lo sé... Pero puedo intentarlo...

Los ojos de Gise se iluminaron instantáneamente y volvieron a reír. Resultaban muy bonitos a través de sus lágrimas... (Y también esto recordaba a Antoine los años pasados.)

—¡Eso es lo que hay que hacer! —decidió la joven, aplaudiendo—. ¡Y vendrás a pasar unos días en Maisons, con nosotros!

«Es todavía una criatura —se dijo Antoine—. Y ése no sé qué de puerilidad, que contrasta con su madurez de mujer, está lleno de encanto...»

Para cambiar de conversación se inclinó con aire interrogativo.

—Y ahora, explícame una cosa. ¿Cómo es que nadie ha venido contigo a París? ¡Maisons no está tan lejos! ¡Y haberte dejado sola para este entierro!

Gise protestó inmediatamente.

—¡Pero es que tú no te haces idea del trabajo que tenemos allí! ¿Cómo quieres que...? ¡Y al marcharme yo, los demás tienen todavía más que hacer!

Antoine no pudo evitar una sonrisa a causa de estos reproches. Entonces, para convencerlo, la joven se lanzó a una voluble explicación acerca de lo que era el servicio del hospital, su vida en Maisons, etcétera.

(Desde mediados de septiembre de 1914, después del Marne, la señora de Fontanin, devorada por la necesidad de ser útil, había formado el proyecto de fundar un hospital en Maisons-Laffitte. Seguía teniendo allí la propiedad de su padre, en el lindero del bosque de Saint-Germain; los inquilinos, unos ingleses, habían abandonado Francia cuando la declaración de guerra; por consiguiente, el viejo chalet familiar estaba libre. Pero, además de ser demasiado pequeño, se encontraba demasiado alejado de la estación y de los sitios de abastecimiento. Entonces fue cuando la señora de Fontanin tuvo la idea de preguntar a Antoine si consentiría en dejarle la casa del señor Thibault, que era mucho mayor que la suya y estaba en mejor sitio. Naturalmente, Antoine había dado su conformidad, escribiendo inmediatamente a Gise, que se había quedado en París, para que se pusiera con las dos criadas a disposición de la señora de Fontanin para transformar la finca. Por su parte, la señora de Fontanin se había procurado la colaboración de su sobrina, Nicole Héquet, la esposa del cirujano, que tenía su diploma de enfermera. Rápidamente había sido constituido un comité de dirección, colocado bajo el control de la Asociación de Socorro a los Militares Heridos. Y, seis semanas más tarde, la villa Thibault, equipada apresuradamente, figuraba con la designación de «Hospital número 7» en los registros de los servicios sanitarios y estaba preparada para recibir su primera honrada de convalecientes. Desde entonces, el Hospital número 7, dirigido por la señora de Fontanin y Nicole, no había descansado ni un solo día.)

A Antoine se le había tenido al corriente de todo esto por carta. Se había sentido contento de que la propiedad de su padre sirviera para algo, y contento sobre todo de que Gise, que le preocupaba estuviera en París sin nada que hacer, hubiera encontrado tan calurosa acogida en la familia Fontanin. Pero, a decir verdad, no había prestado demasiado interés al funcionamiento del Hospital número 7, no más que a la organización del chalet de los Fontanin, convertido bajo la dirección de la robusta Clotilde, la antigua cocinera del señor Thibault, en un curioso falansterio, en el que vivían Nicole y Gise, en el que había varado Daniel después de su amputación y en el que Jenny había venido a vivir con su hijo a su regreso de Suiza. Así pues, escuchaba con curiosidad la charla de Gise; la existencia de este pequeño grupo humano, en el cual no pensaba con demasiada frecuencia, tomaba realidad a sus ojos repentinamente.

—De todos nosotros es Jenny la que más trabaja —explicaba Gise, enfrascada en su tema—. No sólo tiene que ocuparse de Jean-Paul, sino también que dirigir el servicio de lencería, e imagínate lo que es el lavado, el tener que planchar, zurcir, la contabilidad, poner en orden y distribuir diariamente toda la ropa blanca que se

necesita en un hospital de treinta y ocho camas, algunas veces de cuarenta, e incluso de cuarenta y cinco. Se pasa en el hospital toda la tarde, pero se queda en el chalet por las mañanas para cuidar del pequeño... En cuanto a la señora de Fontanin, vive junto a sus enfermos; se ha instalado una habitación encima de los establos; ¿te acuerdas?

A Antoine le resultaba bastante raro oír a Gise (sobrina de la pacata señorita) hablar de Jenny y de su maternidad como de una cosa completamente natural. «Bien es verdad —se dijo— que esto data ya de tres años... Y, además, que lo que sin duda hubiera causado cierto escándalo en otra ocasión, se acepta hoy con mayor facilidad, en la subversión de todos los valores...»

—¡Y a poco más hubieras estado en París sin haber visto siquiera a nuestro pequeño! —suspiró Gise, en tono de reconvención—. Jenny lo hubiera sentido mucho.

—Te hubiera bastado con no decirle nada, tontísima...

—No —repuso la joven, en un tono extrañamente formal, inclinando de pronto la cabeza—. A Jenny no quiero ocultarle nada, nunca.

Antoine la miró, sorprendido, y no insistió.

—¿Estás seguro, por lo menos, de obtener esa prórroga? —preguntó Gise.

—Voy a intentarlo.

—¿Cómo?

Siguió mintiendo.

—Pediré a Rumelles que telefonee a las oficinas militares de las que dependen estas cosas...

—Rumelles... —dijo ella, pensativa.

—De todas formas, tenía intención de visitarlo hoy. No he vuelto a verlo desde... Quiero darle las gracias por las molestias que se tomó por nosotros.

Era la primera vez en la jornada que se aludía a la muerte de Jacques. El rostro de Gise se contrajo bruscamente y lo atezado de su tez se acentuó en ciertos sitios.

(Durante el otoño de 1914 la joven se había negado a creer durante mucho tiempo que Jacques hubiera muerto. El silencio persistente de Jacques, el anuncio de su desaparición por sus amigos de Ginebra, la certeza de Jenny, la de Antoine, todo esto para ella no contaba. «Ha aprovechado la guerra para una nueva evasión —pensaba obstinadamente—. Volverá a nosotros, una vez más.» Y esperaba ansiosamente este retorno haciendo novenas. Fue en esta época cuando se había unido a Jenny. Unión que en un principio había respondido a un cálculo bastante mezquino. «Cuando vuelva Jacques, nos encontrará amigas: haré de tercero en su vida. Y tal vez me agradezca que haya acompañado a Jenny en su ausencia...» Cuando hubo sabido por Rumelles la caída del avión incendiado, cuando hubo leído la copia de la nota oficial, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia. Pero en su corazón una intuición confusa la persuadía de que aquélla no era la verdad exacta. E incluso ahora, algunas veces, se decía: «¿Quién sabe si...?») )

Había vuelto a agachar la cabeza, para no encontrarse con la mirada de Antoine, y, como si todo hubiera vacilado de súbito, permaneció algunos segundos inmóvil, cohibida, conteniendo las lágrimas trabajosamente. Por último, para no estallar en sollozos, se levantó con precipitación y se dirigió a la cocina.

«Cuánto ha engordado —observó Antoine, siguiéndola con la mirada, un tanto molesto por esta turbación que él mismo había provocado sin querer—. ¡Qué caderas! ... Por el busto y el cuerpo parece tener diez años más de los que tiene. ¡Cualquiera diría que ha pasado ya de los treinta!»

Había sacado el collar del bolsillo. Las cuentecillas de almizcle, de un gris plomizo, del tamaño de huesos de cereza, alternaban con las bolas de ámbar, que tenían la forma de las ciruelas, así como el color: ese amarillo oscuro, semiopaco y semitransparente de las ciruelas muy maduras. Manoseaba el collar maquinalmente, en forma automática, y el ámbar se ponía tibio y a Antoine le parecía que acababa de quitar el collar del cuello de Rachel...

Cuando Gise reapareció, trayendo un plato de fresas, la intensidad de su pena se leía aún en su rostro con tanta claridad que Antoine se sintió conmovido. Cuando la joven dejaba las fresas sobre la mesa, acarició en silencio la muñeca morena, abrazada por una pulsera de plata. La joven se estremeció y sus pestañas temblaron... Evitaba mirarle. Se sentó en su sitio y dos nuevas lágrimas se formaron en el borde de sus párpados. Entonces, sin tratar de disimular ya su pena, se volvió hacia él con una sonrisa confusa y permaneció así algunos segundos sin poder hablar.

—Soy tonta —suspiró, por último. Y empezó muy formal a azucarar sus fresas. Pero casi al mismo tiempo dejó el azucarero y se irguió con nerviosismo—. ¿Sabes qué es lo que más me hace sufrir, Antoine? Que nadie, a mi alrededor, pronuncie nunca su nombre... Jenny no deja de pensar en él, lo sé, lo noto; no ama tanto al pequeño, sino porque es hijo de Jacques... Y Jacques está siempre presente entre nosotros; este afecto que siento ahora hacia ella se debe al recuerdo de Jacques. Y ella, ¿por qué me hubiera acogido tan cariñosamente, por qué me trataría como a una hermana, si no fuera por eso? ¡Pero nunca, nunca, me habla de él! ¡Es como un secreto que nos obsesiona a una y a otra, que nos liga para siempre, pero al cual nunca se alude! ¡Y yo me ahogo, Antoine!... Voy a decirte una cosa —prosiguió, con una especie de jadeo—: ¡Jenny es orgullosa y muy difícil! ¡Ahora la conozco bien!... ¡Y la quiero; daría mi vida por ella y por el pequeño! Pero sufro. Sufro de que sea como es, tan hermética, tan..., no sé cómo expresarlo... Mira; creo que está torturada por la idea de que Jacques ha sido menospreciado por todos, excepto por ella. ¡Se figura que es la única que lo comprendió! ¡Y se aferra tenazmente a haber sido la única! Y por consiguiente, se niega a hablar de él con nadie. ¡Sobre todo, conmigo!... Y, sin embargo, sin embargo...

Gruesas lágrimas corrían ahora por sus mejillas, aunque su rostro, repentinamente envejecido, no denotaba ya pena, sino solamente pasión y cólera, con algo de salvajismo que Antoine no acababa de explicarse. Reflexionaba. Estaba sorprendido:

nunca había sospechado que Jenny y Gise hubiesen llegado a ser tan íntimas.

—Nunca he tenido la certeza de que haya sabido... mis sentimientos hacia Jacques —prosiguió Gise, en un tono más bajo, pero con la misma alteración en la voz—. ¡Me gustaría tanto poder hablar a ella con el corazón en la mano! No tengo nada que ocultar... ¡Quisiera que lo supiera todo! Que supiera incluso que si en otra época la he detestado (sí; ¡detestado profundamente!), ahora, por el contrario, desde que ha muerto Jacques, todo lo que sentía por él... —(Su mirada adquirió un brillo metálico)— ...¡lo he puesto en ella y en el hijo de ambos!

Desde hacía un instante, Antoine casi no se preocupaba de escucharla, atento solamente al temblor de estos párpados oscuros, de estas largas pestañas que se levantaban y abatían con lentitud, velando y develando el brillo luminoso de las pupilas, como los rayos intermitentes de un faro. Había puesto el codo sobre la mesa y apoyaba la mejilla en la mano, olisqueando amorosamente las puntas de sus dedos, que permanecían impregnadas de almizcle.

—¡Hoy en día es toda mi familia! —prosiguió Gise, esforzándose por parecer más tranquila—. Jenny me ha prometido que me conservará siempre a su lado...

«¿Se vendría a vivir conmigo, si se lo propusiera?», se preguntó Antoine.

—... Si; me lo ha prometido. Y esto es lo que me ayuda a vivir, a aceptar el futuro, ¿comprendes? Nada en el mundo cuenta ya para mi: nada más que ella ¡y nuestro pequeño!

«No aceptaría», se dijo Antoine. Sin embargo, estaba extrañado de percibir en la vibración de esta voz algunas sonoridades discordantes, que le parecían reveladoras. «Cuántas cosas turbadoras, sin duda —pensaba—, en la intimidad de estos dos corazones de mujer... ¡En estos dos corazones de “viuda”!... Ternura, no lo dudo... Pero también celos. Y odio, en dosis péfidas, con toda probabilidad... Y todo esto constituye una mezcla violenta que se asemeja diabólicamente al amor...»

Gise seguía hablando, y ahora era un monólogo quejumbroso, que la consolaba y que no podía contener.

—Jenny es un ser excepcional... Noble, enérgica... ¡Admirable! ¡Pero qué severa es para con los demás! Así, es severa, e incluso injusta, con Daniel... Y también conmigo; me doy cuenta que ella... ¡Oh, está en su derecho de hacerlo, soy tan poca cosa a su lado! Pero, a pesar de todo, no siempre tiene razón. Se ciega, no tiene confianza sino en sí misma y no admite que se puedan tener otras ideas... ¡Sin embargo, no pido lo imposible! Si no quiere que Jean-Paul sea educado en la religión de su padre, no puedo hacer nada, no la convenceré... ¡Pero entonces, que al menos lo haga bautizar por un pastor! —Su mirada se había hecho dura, y, como hacía antaño la señorita, inclinaba su frente abombada, con movimientos obstinados, y sus labios, apretados, se cerraban a toda conciliación—. ¿No te parece? —exclamó bruscamente, volviéndose hacia Antoine—. ¡Que haga de él un pequeño protestante, si así lo quiere! ¡Pero que no eduque al hijo de Jacques como un perro!

Antoine esbozó un gesto evasivo.



—Tú no conoces a ese pequeño —prosiguió Gise—. ¡Es una naturaleza ardiente, que tendrá necesidad de comprensión!... —Suspiró, e inmediatamente, en otro tono, dolorido, añadió—: ¡Como Jacques! ¡Nada hubiera sucedido si Jacques no hubiese perdido la fe!... —Y de nuevo, con extremada movilidad, su fisonomía se modificó, dulcificándose, mientras que una sonrisa cariñosa iluminaba progresivamente sus ojos—. ¡Se parece tanto a Jacques ese pequeño! ¡Es rubio oscuro, como él! ¡Tiene sus ojos, sus manos!... ¡Y tan voluntarioso ya, a los tres años! Tan reservado algunas veces y otras tan cariñoso... —Todo vestigio de rencor había desaparecido de su voz. Rió alegremente—. Me llama ¡«tía Gi»!

—¿Tan voluntarioso, dices?

—Como Jacques. Y tiene sus mismos arrebatos, ¿sabes? Esos arrebatos repentinos... Y entonces huye a un extremo del jardín, solo, para rumiar no se sabe el qué.

—¿Inteligente?

—¡Mucho! Lo comprende y adivina todo. ¡Y con una sensibilidad! Con dulzura se puede obtener de él cualquier cosa. Pero si se le refrena, si se le prohíbe alguna cosa que haya decidido hacer, arruga el ceño, aprieta los puños y ya no conoce a nadie... Exactamente igual que Jacques. —Permaneció un rato pensativa—. Daniel acaba de hacerle una foto muy buena. ¿No te la ha enviado Jenny?

—No. Jenny nunca me ha enviado ninguna foto de su hijo.

Sorprendida, Gise levantó los ojos hacia él, pareció interrogarle, estuvo a punto de decir algo y renunció a hacerlo. Luego añadió:

—Tengo esa foto aquí, en mi bolso... ¿Quieres verla?

—Sí.

Corrió a buscar su bolso y sacó de él dos pequeñas fotos de aficionado.

En una de ellas, que debía de datar del año anterior, Jean-Paul estaba con su madre: una Jenny un poco más gruesa, con la cara más llena que antes, las facciones tranquilas e incluso austeras. «Se va a parecer a la señora de Fontanin», se dijo Antoine. Jenny llevaba un vestido negro; estaba sentada en la escalinata y estrechaba al niño contra sí.

En la otra, indudablemente más reciente, Jean-Paul estaba solo: vestido con un jersey a rayas que moldeaba un cuerpecillo asombrosamente musculado, permanecía de pie, erguido, con la barbilla baja y expresión mohína.

Antoine contempló largamente las dos imágenes. La segunda, sobre todo, le recordaba a Jacques: el mismo pelo, la misma mirada concentrada y penetrante, la misma boca, la misma mandíbula, la fuerte mandíbula de los Thibault.

—Mira —explicaba Gise, de pie, inclinada sobre el hombro de Antoine—, está jugando con la arena. Mira, ahí está la pala; la tiró en un acceso de rabia, porque le interrumpían en su juego; retrocedió hasta la pared...

Antoine levantó la cabeza hacia ella, riendo.

—Entonces, ¿quieres tanto a este pequeño?

Gise no contestó, pero sonrió, y nada tan revelador como esta sonrisa satisfecha, impregnada de ternura.

Sin embargo, una ligera turbación, que Antoine no advirtió, acababa de apoderarse de ella, como siempre que recordaba aquella insensatez que había cometido... (Hacía dos años de esto, incluso más: Jean-Paul era todavía un pequeñuelo sin destetar... Nada gustaba tanto a Gise como tenerlo en brazos, acunarlo y dormirlo en su seno, y cuando veía a Jenny amamantar al niño se apoderaba de ella un sentimiento atroz de envidia y desesperación. Un día de verano, que Jenny le había entregado al pequeño para que lo tuviera —hacía un calor tormentoso y enervante—, cediendo a una tentación insensata, se había encerrado con el pequeñuelo en su habitación y le había dado el pecho. ¡Cómo se había abalanzado sobre ella esta boquita ávida, succionando, mordiendo, martirizándola!... Gise había sufrido durante algunos días a causa de su equimosis tanto como de su vergüenza... ¿Era pecado? No había recobrado algo de tranquilidad hasta después de confesarlo, a medias palabras, y haberse infligido ella misma una larga penitencia. Y nunca había vuelto a hacerlo...)

—¿Tiene muy a menudo esta actitud? ¿Este aspecto de no querer ceder? —preguntó Antoine.

—¡Oh, eso sí; muy a menudo! Sin embargo, aquí era Daniel quien le había interrumpido. Y eso que a Daniel es a quien obedece menos mal. Yo creo que porque es hombre. Sí. Adora a su madre, e incluso a mí me quiere mucho. Pero somos mujeres. ¿Cómo decirlo? Ya se da perfecta cuenta de su superioridad de hombre. ¿Te ríes? ¡Te lo aseguro! Se nota en un montón de cosillas...

—Me inclino más a creer que vuestra autoridad se relaja, porque vosotras estaréis siempre con él, mientras que su tío, al que ve menos...

—¿Al que ve menos? ¡Pero si está mucho más con su tío que con nosotras, a causa del hospital! Daniel es quien lo cuida durante casi todo el día.

—¿Daniel?

Gise retiró su mano, que permanecía sobre el hombro de Antoine, se separó ligeramente y se sentó.

—Sí. ¿Por qué? ¿Te extraña?

—Me cuesta trabajo imaginarme a Daniel en ese papel de niñera...

Gise no comprendía; no conocía a Daniel de Fontanin sino desde después de su amputación.

—Al contrario. El pequeño le sirve de compañía. Los días son muy largos en Maisons.

—Pero ahora que está licenciado, se habrá puesto a trabajar.

—¿En el hospital?

—No; en su pintura.

—¿En su pintura? Nunca le he visto pintar...

—¿Y va muy a menudo a París?

—Nunca. Ni siquiera sale del chalet o del jardín.

—¿Le cuesta tanto trabajo andar?

—Oh, no es eso. Incluso hay que mirarle con atención para darse cuenta de que cojea, sobre todo desde que tiene el aparato nuevo... Pero no tiene ganas de salir. Lee los periódicos. Vigila a Jean-Paul, lo hace jugar y lo pasea alrededor de la casa. Algunas veces va a ayudar a Clotilde a pelar los guisantes o la fruta para las conservas. Algunas veces también rastrilla la grava de la terraza. No muy a menudo... Me parece que la suya es una naturaleza de éstas, tranquila, indiferente, un poco dormida ...

—¿Daniel?

—Claro que sí.

—No era en absoluto como tú dices... Tiene que ser muy desgraciado.

—¡Qué tontería! Ni siquiera parece aburrirse. Por lo menos, no se queja nunca. Si algunas veces se muestra un poco malhumorado (con los demás, conmigo nunca), es porque no saben tratarlo. Nicole le gasta bromas, lo irrita sin ninguna razón. Jenny también es poco hábil: le ofende con su silencio, sus asperezas... Jenny es buena, muy buena; pero no sabe demostrarlo: jamás pronuncia la palabra ni hace el gesto que agrada...

Antoine ya no protestaba. Pero tenía un aire tan extrañado que Gise se echó a reír.

—Creo que no conoces bien la naturaleza de Daniel. Siempre ha tenido que ser un poco mimado... ¡Y terriblemente perezoso!

La comida había terminado ya hacía tiempo. La joven consultó su reloj y se levantó con vivacidad.

—Voy a quitar la mesa y luego tendré que marcharme.

Permanecía de pie, ante él, y le miraba cariñosamente. Se sentía desesperada por tenerle que dejar solo y enfermo en esta casa deshabitada. Quería decir algo y no se atrevía. Una sonrisa invitadora y tímida se reflejó en su mirada y llegó hasta su boca.

—¿Y si viniera a buscarte a última hora? ¿Y si pasases la noche en Maisons, con nosotros, en lugar de quedarte aquí completamente solo?

Antoine negó con la cabeza.

—Esta noche, desde luego que no. Hoy tengo que ver a Rumelles. Mañana tengo que ver a Philip. Y, además, tengo que arreglar algunas cosas abajo, tengo que buscar unos expedientes...

Reflexionaba. Bastaba con que estuviera de regreso en Mousquier el viernes por la noche. Por consiguiente, nada le impedía ir a pasar dos días en Maisons-Laffitte.

—¿Y dónde podré dormir allí?

Antes de contestar, la joven se inclinó muy de prisa y lo besó alegremente.

—¿Dónde? ¡En el chalet, ni qué decir tiene! Hay dos habitaciones desocupadas.

Antoine conservaba en la mano la foto de Jean-Paul y de vez en cuando le echaba una mirada.

—Bien, entonces voy a hacer lo necesario para conseguir la prórroga... Y

mañana, a última hora... —Levantó la foto entre sus dedos—. ¿Me la das?

## V

AUNQUE era domingo, Rumelles estaba en su despacho del Quai d'Orsay cuando Antoine, al quedarse solo después de marcharse Gise, le llamó por teléfono. El diplomático se disculpó por no poder disponer de una hora en toda la tarde e invitó a Antoine que fuera a buscarle para cenar.

Antoine llegó al ministerio a las ocho. Rumelles le esperaba al pie de la escalera, donde una bombilla rosácea alumbraba con su luz tenue. En esta penumbra reglamentaria, el ir y venir de los empleados que salían de sus despachos y algunos visitantes tardíos, tomaba un aspecto extraño y clandestino.

—Le llevo a «Máxim's»; así cambiará un poco de su ambiente de hospital —propuso Rumelles, con una sonrisa amablemente protectora, llevando a Antoine hacia uno de los autos con banderín que había en el patio.

—Soy un pésimo comensal —confesó Antoine—; por la noche, no tomo nada más que leche.

—La tienen excelente, en botellas precintadas —afirmó Rumelles, que había decidido cenar en «Maxim's».

Antoine asintió con un movimiento de cabeza. Estaba extenuado por su jornada, que había pasado en su casa escudriñando en sus ficheros y su biblioteca. Esta velada de conversación no dejaba de asustarle. Se apresuró a advertir a Rumelles que le costaba trabajo hablar y tenía que cuidar sus cuerdas vocales.

—Buena noticia para un charlatán como yo —exclamó el diplomático. Adoptaba un tono bromista para no dejar traslucir la penosa impresión que le producían las facciones consumidas y la voz cavernosa de su amigo.

En la sala iluminada del restaurante la delgadez y el mal aspecto de Antoine le conmovieron aún más. Pero evitó preguntarle por su salud con demasiado interés y, después de algunas preguntas deliberadamente imprecisas, se apresuró a cambiar de tema.

—Nada de sopa. Mejor, algunas ostras. Está terminando la temporada, pero todavía son buenas... Ceno aquí muy a menudo.

—Yo también venía aquí —murmuró Antoine. Su mirada se paseó por la sala y se detuvo en el viejo *mâitre d'hôtel*, que esperaba, de pie, el encargo—. ¿No se acuerda de mí, Joan?

—Desde luego que sí, señor.

«Está mintiendo —pensó Antoine—. Antes siempre me llamaba “doctor”...»

—Está tan cerca de mi despacho —prosiguió Rumelles—. Y las noches de alarma resulta bastante cómodo; no tengo sino que atravesar la calle para encontrar un buen refugio en el Ministerio de Marina.

Antoine lo observó mientras confeccionaba su menú. También él había cambiado. Su rostro leonino se había amazacotado, el pelo se le había blanqueado sensiblemente

y en torno a los ojos innumerables estrías surcaban en todos sentidos su piel de rubio envejecido. La mirada seguía siendo azul y animada; pero bajo los párpados inferiores unas bolsas violáceas resaltaban sobre unos pómulos cubiertos de venillas amoratadas.

—Para los postres, ya veré —terminó, con un gesto de fatiga, devolviendo la carta al *maître d'hôtel*. Volvió la cabeza, puso un instante sus manos abiertas sobre la cara, apoyando los dedos en sus párpados ardientes, y suspiró profundamente—. Aquí donde me ve, mi querido amigo, no me he tomado ni un solo día de vacaciones desde la movilización. Estoy agotado.

Esto se apreciaba claramente. El cansancio acumulado se traducía en esta persona nerviosa en una febrilidad extremada. Antoine había dejado en 1914 un Rumelles seguro, dueño de sí mismo, un poco pedante, y que peroraba de buena gana sobre todo lo habido y por haber, pero con un comedimiento estudiado. Cuatro años de trabajo excesivo le habían convertido en este hombre de risa brusca y convulsiva, de mirada inquieta; en este hombre gesticulante que saltaba sin transición de un tema a otro, y cuyo rostro congestionado pasaba repentinamente de una agitación enfermiza al más melancólico abatimiento. Sin embargo, se esforzaba por mostrar buen semblante, como antaño. A cada protesta de cansancio, a cada momento de abandono, sucedía una recuperación momentánea: volvía un poco la cabeza, se alisaba el pelo con ampuloso ademán y exhibía una sonrisa llena de ardor recobrado.

Antoine quiso darle las gracias por su larga indagación acerca de la muerte de Jacques y por la ayuda que había prestado a Jenny cuando ésta quiso ir a Suiza. Rumelles le interrumpió con vehemencia.

—¡Era lo más natural! ¡No se preocupe, mi querido amigo!... —Luego dijo, aturdidamente—: La joven me pareció encantadora... Lo que se dice encantadora...

«Demasiado hombre de mundo para no ser muy a menudo un idiota», pensó Antoine.

Rumelles había cogido la palabra y no la soltaba. Hizo un relato detallado de todas las gestiones que había realizado, como si Antoine no hubiera tenido que ver con el asunto. Todo había quedado grabado en su cabeza con una fidelidad asombrosa: citaba sin el menor titubeo los nombres de los intermediarios y las fechas.

—¡Triste final! —suspiró, para terminar—. ¿No se toma la leche? Se le va a calentar... —Dirigió a Antoine una mirada vacilante, mojó los labios en el vaso, se secó sus bigotes erizados de gato y volvió a suspirar—. Sí, triste final... Lo sentí mucho por usted, se lo aseguro..., pero dadas las circunstancias..., las ideas de usted..., la honorabilidad del nombre..., puede uno preguntarse si (al menos para la familia) este final... no ha sido, en resumidas cuentas, una cosa... más bien afortunada...

Antoine frunció el ceño, sin contestar. Las palabras de Rumelles le herían en lo más vivo. Sin embargo, no tenía más remedio que reconocer que esta idea también se le había ocurrido a él cuando supo la verdad acerca de los últimos días de Jacques. Si;

entonces la había tenido, pero hoy ya no la tenía, e incluso experimentaba una dolorosa confusión al recordar que había pensado así. En estos últimos años de guerra, las reflexiones que se había hecho durante los largos insomnios de la clínica habían creado la mayor confusión en casi todos sus juicios anteriores.

No sentía ningún deseo de abordar con Rumelles estas cuestiones personales. Y aquí menos que en cualquier otra parte. Su presencia en esta sala, a la que con tanta frecuencia había venido a cenar en compañía de Anne, había contribuido a aumentar su malestar desde que entrara. Estaba ingenuamente sorprendido de que hubiera tanta gente en este restaurante de lujo en este cuadragésimo cuarto mes de guerra. Todas las mesas estaban ocupadas, como antaño, en las noches de gran afluencia. Las mujeres eran algo menos numerosas y menos elegantes también; muchas de ellas conservaban su aspecto de enfermeras. La mayor parte de los hombres pertenecía al ejército: bien ceñidos por sus corrajes lustrosos, presumían con sus guerreras cubiertas de cintas multicolores. Algunos oficiales de tropa, de permiso; pero la mayoría oficiales de la Place de París o del Gran Cuartel General. Gran número de aviadores, ruidosos y agasajados, con la mirada triste un poco loca, y que parecían ebrios antes de haber bebido. Un muestrario abigarrado de uniformes italianos, belgas, rumanos y japoneses. Algunos marinos. Pero sobre todo ingleses —guerreras caqui de cuello abierto y camisas impecables—, que venían aquí para cenar con champaña.

—No se le olvide avisarme cuando se esté terminando su convalecencia —dijo Rumelles, amablemente—. Hay que evitar que le envíen de nuevo al frente. Usted ya ha hecho de sobra lo que le correspondía...

Antoine quiso rectificar. Desde el invierno de 1917, época en que se le había dado de alta de sus primeras heridas, se le había destinado a los hospitales de retaguardia. Pero Rumelles seguía hablando.

—Por mi parte, ahora estoy casi seguro de que terminaré la guerra sin salir del Ministerio. Cuando entró Clemenceau estuve a punto de ser enviado a Londres; sin el presidente Poincaré, con quien he seguido estando en excelentes relaciones, y sobre todo, a no ser por la protesta de Berthelot, del que conozco todas las manías y me necesita, hubiera sido desplazado. Evidentemente, la vida allí en estos momentos no hubiera carecido de interés. Pero ya no hubiera estado en el centro de todo, como lo estoy aquí. ¡Lo que es verdaderamente apasionante!

—No me cuesta trabajo creerlo... Usted, por lo menos, es uno de esos privilegiados que pueden comprender algo de los acontecimientos... ¿Y, hasta, quién sabe, si prever un poco el futuro?

—¡Oh! —interrumpió Rumelles—. Comprender, no, y prever, menos aún... A pesar de conocerse las cartas tapadas, mi querido amigo, no se comprende nada de lo que pasa; apenas si, retrospectivamente, se comprende algo de lo que ha sucedido... No crea que un hombre de Estado de hoy en día, ni aun siendo absoluto y tiránico como Clemenceau, tenga influencia directa sobre los hechos. Va a remolque de las circunstancias... Gobernar, en tiempo de guerra, es algo así como pilotar un navío

que hace agua por todas partes: se trata de improvisar, a cada momento, los medios necesarios para cegar las vías de agua más amenazadoras; se vive en un ambiente de naufragio; apenas si se tiene tiempo, de un momento a otro, para marcar la situación, para mirar el mapa e indicar una dirección vaga... Clemenceau hace como los demás: se deja llevar por los acontecimientos y, cuando puede hacerlo, los aprovecha. Lo veo bastante de cerca en el sitio que estoy. Es un fenómeno curioso... —Adoptó un aire pensativo y, con vacilaciones estudiadas, añadió—: Ya ve, Clemenceau es un paradójico mezclado de escepticismo natural... De pesimismo reflexivo... y de optimismo voluntario, ¡pero hay que reconocer que la dosis es magnífica! —Sonrió ladinamente, hasta el rabillo de los ojos, como si le agradara su improvisación y saboreara la calidad de la fórmula que acababa de encontrar. Ahora bien: era evidente que se trataba de una frase hecha que endilgaba desde hacía meses a todo nuevo interlocutor—. Y además —continuó—, este gran incrédulo está sostenido por una fe incommovible: cree, sin lugar a dudas, que la patria de Clemenceau no puede ser vencida. ¡Esto, mi querido amigo, tiene un valor incomparable! Incluso en estos momentos (en que, confesémoslo en voz baja, veo vacilar la confianza de los más optimistas) ¡para este viejo patriota la victoria sigue siendo absolutamente cierta! ¡Cierta, como si, por derecho divino, la causa de Francia no pudiera sino triunfar gloriosamente!

Antoine, tosiendo —en la mesa vecina, un mayor inglés acababa de encender un cigarro—, trató de hablar. Pero la voz era tan débil, ahogada todavía por la servilleta con que se oprimía los labios, que algunas palabras del mayor inglés fueron inteligibles.

—... ayuda americana... Wilson...

Rumelles encontró más sencillo hacer como si hubiera oído. Incluso adoptó un aire especialmente interesado.

—¡Bah! —dijo, acariciándose la mejilla con gesto pensativo—. ¡Para nosotros, el Presidente Wilson...! En Francia y en Inglaterra no tenemos más remedio que fingir una consideración respetuosa hacia las fantasías de ese profesor americano, pero no nos dejamos equivocar por él. Es una inteligencia obtusa, que no tiene la menor noción de lo relativo. ¡Para un hombre de Estado...! Vive en un universo irreal que su imaginación mística ha creado por entero... ¡Dios nos guarde de ver al moralismo simplista de ese puritano venir a estropear los mecanismos sutiles de nuestros viejos asuntos europeos!

Antoine hubiera deseado poder intervenir. El estado de su voz no se lo permitía apenas. Wilson era el único, entre los grandes responsables del momento, que le parecía capaz de mirar más allá de la guerra; el único capaz de pensar en el futuro del mundo. Se contentó con esbozar un enérgico gesto de protesta.

Rumelles sonrió, divertido.

—¿Pero es en serio, mi querido amigo? ¡No se deje sorprender por las pamplinas del Presidente Wilson! Eso puede ser tomado en serio al otro lado del Atlántico, en



un país infantil, semisalvaje. ¡Pero en nuestra vieja y sabia Europa ni hablar! ¡Aclimatar entre nosotros todas esas utopías sería preparar un buen zafarrancho! Nunca se desconfiará lo bastante del mal que pueden provocar algunas palabras grandilocuentes escritas en mayúsculas: «Derecho», «Justicia», «Libertad», etcétera. Sin embargo, en la Francia de Napoleón III debiera saberse a qué desastres conducen las políticas «generosas».

Estiró el brazo, posó sobre el mantel su mano regordeta y pecosa, y se inclinó confidencial.

—Por otra parte, las personas bien informadas pretenden que el Presidente Wilson es mucho menos ingenuo de lo que parece y que personalmente no se engaña a sí mismo con sus «llamamientos»... Este campeón de la «paz sin victoria» tiene, según ellos, la ambición irrealista de aprovecharse de las circunstancias para poner al Viejo Continente bajo la tutela americana, impidiendo a los aliados tomar en los asuntos del mundo el lugar preponderante que una victoria podía asegurarles. ¡Lo que, entre paréntesis, revela una enorme dosis de ingenuidad! ¡Porque hay que ser muy ingenuos para suponer que Francia e Inglaterra aceptarían haberse agotado durante años en una lucha tan ruinosa para no obtener de ella serios beneficios materiales!

Antoine, en su fuero interno, replicaba: «¿Pero es que el establecimiento de una paz auténtica, de una paz por fin duradera, no sería para los pueblos europeos el más “material” de los beneficios de guerra?» Sin embargo, permanecía silencioso. El calor, el ruido, el olor de la comida, mezclado con el humo del tabaco, le producían un malestar creciente. Su opresión iba en aumento. «¿Por qué estoy aquí? —pensaba, enfurecido consigo mismo—. ¡Pues sí que me estoy preparando una buena noche!»

Rumelles no se daba cuenta de nada. Parecía encontrar un placer personal en denigrar a Wilson. En los pasillos del Quai d’Orsay era, desde hacía meses, el blanco en que se ensañaba la verborrea de todos estos señores. Interrumpía sus frases con una risa gangosa, vengativa, y se agitaba en su silla como si estuviera sentado sobre una mata de cardos.

—Afortunadamente, el Presidente Poincaré y Clemenceau, como buenos realistas y buenos latinos que son, han comprendido no solamente la insensatez de sus quimeras, sino también la secreta megalomanía del Presidente Wilson... ¡La cual puede ser utilizada con fines aprovechables! Lo importante, en la hora presente, es obtener de América tanto petróleo, tanto material, tantos aviones y tantos hombres como sea posible. Para esto hay que tener mucho cuidado de no contradecir al poderoso proveedor. E incluso, si hace falta, aprobar complacientemente sus manías, como se hace con los locos tranquilos. Y a fe mía que, hasta ahora, los resultados de esta táctica son apreciables... —Inclinó el busto hacia Antoine y le murmuró al oído —: ¿Sabe usted que ha sido gracias a las dos mil toneladas de gasolina que nos ha facilitado en algunas semanas y gracias a los trescientos mil hombres que nos envía todos los meses como se ha podido paliar el golpe este año, después del desastre inglés en Picardía?... No hay sino que seguir halagando las manías quiméricas de

este Lohengrin con lentes... ¡Cuando tengamos en nuestro territorio francés un fuerte ejército americano para hacer el relevo, entonces podremos respirar un poco y esperar, en calidad de espectadores, a que América nos saque las castañas del fuego!

Antoine, pensativo, miraba a Rumelles atacar su *tourneados* que había pedido: «apenas cocido». Levantó la mano, como para pedir la palabra.

—¿Entonces, usted cree... en varios años de guerra todavía?

Rumelles separó el plato y se recostó ligeramente.

—Varios años, no; en realidad, no lo creo. Creo incluso que pudiéramos tener agradables sorpresas... —Se miró un instante las uñas, en silencio—. Escuche, Thibault —prosiguió, bajando de nuevo la voz para no ser oído por los vecinos—. Lo recuerdo. Fue en febrero de mil novecientos quince. Deschanel, una noche, declaró delante de mí: «La duración y las peripecias de esta guerra son incalculables. Para mí, es la reanudación de las guerras de la Revolución y del imperio. ¡Tal vez haya treguas, pero la “paz final” está muy lejos!» Pues bien: en aquel momento creí que se trataba de una chanza. Hoy... Hoy estoy muy cerca de considerarlo como una visión profética. —Hizo una pausa, jugueteó un instante con el salero, y añadió—: Hasta el extremo de que si mañana, después de un éxito aplastante de los aliados, los centrales propusieran deponer las armas, yo pensaría como Deschanel: aquí está «la tregua», pero «la paz final» está todavía lejos.

Suspiró, y sin abandonar este tono de lección bien aprendida, que tanto molestaba a Antoine, se lanzó a un brillante resumen de las distintas fases de la guerra desde la invasión de Bélgica. Así decantados, reducidos a esquemas muy concretos, los acontecimientos se encadenaban con una lógica impresionante. Hubiérase dicho que era el relato de una partida de ajedrez. Esta guerra —que Antoine había hecho personalmente, día a día— se le aparecía de repente a través del tiempo y bajo su aspecto histórico. En la boca elocuente del diplomático, el Marne, el Somme y Verdún —estos nombres que, hasta entonces, evocaban para Antoine recuerdos concretos, personales y trágicos—, despojados repentinamente de su realidad, se convertían en los jalones precisos de una exposición técnica, en el encabezamiento de los capítulos de un manual para las generaciones futuras.

—Hemos ahora en mil novecientos dieciocho —terminó Rumelles—. La entrada de los Estados Unidos en la guerra es el estrechamiento del cerco, la desmoralización de los pueblos germanos. Lógicamente, supone su derrota inevitable. Ante este hecho nuevo podían escoger entre dos actitudes: negociar una paz precaria, cuando aún era tiempo, o bien reemprender desesperadamente la ofensiva, para tratar de vencer antes de la llegada masiva de los americanos. Han optado por la ofensiva. De aquí el formidable topetazo de marzo, en Picardía. Una vez más ha faltado poco para que lo consiguieran. Por consiguiente, vuelven a la carga. Y así estamos. ¿Triunfarán esta vez? Es posible: nada permite afirmar que no nos veremos obligados a pedir la paz antes de que llegue el verano. Pero si fracasa, habrán jugado su última carta. Entonces habrán perdido la guerra. Sea que esperemos pasivamente el momento de la ofensiva

americana o que —lo que, al parecer, es el proyecto del general Foch— lancemos nuestras últimas fuerzas a un ataque en todos los frentes consiguiendo posiciones favorables antes de la embestida americana. Por esto me inclino a decir: la paz auténtica, «la paz final», está tal vez todavía lejos; pero una «tregua» parece en verdad bastante próxima.

Tuvo que interrumpirse: Antoine sufría un acceso de tos tan violento que esta vez era difícil fingir no haberse percatado.

—Perdóneme, mi querido amigo... Le estoy cansando con mi charla... Vámonos.

Hizo una seña al *maître*, sacó del bolsillo del pantalón —como los soldados americanos— un puñado de billetes arrugados y pagó la cuenta con indiferencia.

La calle Royale estaba a oscuras. El automóvil, con los faros apagados, esperaba al borde de la acera.

Rumelles miró hacia arriba.

—El cielo está claro; pudieran muy bien venir esta noche... Vuelvo al Ministerio, para ver si hay algo nuevo. Pero primero lo voy a dejar en su casa.

Antes de subir al auto, en el que Antoine ya había tomado asiento, compró a una vendedora algunos periódicos de la noche.

—Inyecciones de valor —murmuró Antoine.

Rumelles no contestó inmediatamente. Tomó la precaución de correr el cristal que los separaba del chofer.

—¡Claro que son inyecciones de valor! —dijo entonces, volviéndose hacia Antoine, casi agresivo—. ¿No comprende que el aprovisionamiento regular de noticias tranquilizadoras es tan esencial para el país como el abastecimiento de víveres y municiones?

—Es cierto; ustedes hacen de directores espirituales —dijo Antoine, con ironía.

Rumelles le dio una palmadita familiar en la rodilla.

—Vamos, vamos, Thibault; sea formal. Reflexione. ¿Qué puede hacer un gobierno en tiempo de guerra? ¿Dirigir los acontecimientos? Usted sabe perfectamente que no. ¿Y dirigir la opinión? Eso, sí: ¡incluso es lo único que puede hacer!... Pues bien, nos dedicamos a ello. Nuestro trabajo principal es, ¿cómo diría yo?, la transmisión «amañada» de los hechos... No hay más remedio que alimentar incesantemente la fe de la nación en su victoria final... Hay que preservar diariamente la confianza que ha puesto, con razón o sin ella, en la valía de sus jefes militares y civiles...

—¡Y todos los procedimientos son buenos para ustedes!

—¡Indudablemente!

—¡La mentira organizada!

—Sinceramente: ¿cree usted posible que se dejara decir (yo no lo sé) ...que nuestros bombardeos aéreos sobre Stuttgart y Karlsruhe han hecho en la población civil infinitamente más «victimas inocentes» que todos los obuses que el *Bertha*

pueda lanzar sobre París?... ¿O bien que la acción de los submarinos *boches*, que hemos presentado como un crimen de lesa humanidad, era para los Imperios Centrales una operación necesaria, la única oportunidad que les quedaba de quebrantar nuestra resistencia después del fracaso de las ofensivas de mil novecientos dieciséis?... ¿O bien que el famoso torpedeo del *Lusitania* era todo lo más un acto de represalia perfectamente justificado, una contestación muy benigna, en definitiva, a este bloqueo implacable que ha matado ya en Alemania y Austria diez o veinte mil veces más de mujeres y de niños de los que había en el *Lusitania*?... ¡No y no; muy pocas veces es conveniente decir la verdad! ¡Es indispensable que el enemigo siempre esté equivocado y que la causa de los aliados sea la única justa! Es indispensable ...

—¡... mentir!

—¡Sí; aunque no fuera sino para ocultar, a los que luchan, lo que se trama en la retaguardia! ¡Aunque no fuera sino para ocultar a los de la retaguardia las cosas espantosas que pasan en el frente!... ¡Indispensable callar, a unos y a otros, lo que se hace en los pasillos de las cancillerías, lo que sucede en los países adversarios y en los neutrales! ¡Si, mi querido amigo! Lo más efectivo de nuestra actividad (me refiero a la de los dirigentes civiles) está encaminada... ¡no sólo a mentir, como usted dice, sino a mentir «bien»! ¡Lo que no siempre es fácil, créame! ¡Lo que exige una larga experiencia y un ingenio, un espíritu de inventiva, cada vez mayores! Se requiere una especie de genio... Y puedo afirmarlo: ¡el futuro nos hará justicia! ¡En este terreno de la «mentira útil» hemos realizado en Francia, durante estos cuatro años, verdaderos prodigios!

El coche, después de haber seguido a poca velocidad el bulevar Saint-Germain y la calle de la Universidad, escasamente iluminada, acababa de pararse delante del portal de Antoine. Los dos hombres se apearon.

—Por ejemplo —prosiguió Rumelles—. Recuerdo la semana de la ofensiva Nivelles, en abril del diecisiete... —Su voz traicionó una recrudescencia de agitación. Cogió a Antoine del brazo, para alejarlo del chofer—. No puede usted imaginarse lo que fue aquello, para nosotros, que sabíamos todo, minuto a minuto... Que asistíamos a aquella acumulación de errores, ¡que podíamos calcular todas las noches el total de las pérdidas! ¡Treinta y cuatro mil muertos, más de ochenta mil heridos, en cuatro o cinco días!... ¡Y la rebeldía de estos regimientos diezmados! Sin embargo, no se trataba de ser ni verídicos ni justos. Costara lo que costara, había que reprimir implacablemente la insurrección de las tropas antes de que se extendiera a todo el ejército. Cuestión de vida o muerte para el país... Costara lo que costara, había que respaldar al mando, ocultar sus faltas, salvaguardar su prestigio... Peor aún: conscientemente había que perseverar en el error y reanudar la ofensiva, y arrojar otras divisiones al matadero, y sacrificar otros veinte o veinticinco mil soldados en el Chemin des Dames, delante de Laffaux...

—¿Y por qué?

—Para obtener un pequeño éxito, por insignificante que fuera, sobre el que pudiéramos basar «la mentira salvadora». ¡Y alentar la confianza que flaqueaba en todas partes!... Finalmente, tuvimos el afortunado golpe de mano de Craonne. Pudimos hacer de él una victoria estruendosa. ¡Estábamos salvados!... Diez días después, el gobierno barría a los jefes y nombraba al general Pétain...

Antoine, exhausto, incapaz de permanecer más tiempo de pie, se había recostado en la pared. Rumelles lo sostuvo hasta el portal.

—Sí —proseguía—, estábamos salvados; ¡pero le juro que daría un año de vida antes que volver a pasar aquellas cuatro o cinco semanas! —Parecía sincero—. Le dejo. He tenido un verdadero placer en volver a verle... —Y mientras Antoine cruzaba el portal, añadió—: ¡Cuídese seriamente, amigo mío! ¡A los médicos siempre les pasa igual: cuando se trata de su propia salud, los más concienzudos son de una negligencia...!

La habitación había sido preparada por Gise. Las persianas y las cortinas estaban cerradas; las fundas, retiradas de las butacas; había hecho la cama y había dejado un vaso y una jarra de agua al alcance de la mano en la mesilla de noche. Estas delicadas atenciones emocionaron tanto a Antoine que se dijo: «Tengo que estar mucho más cansado de lo que creo...»

Su primer cuidado fue ponerse una inyección de oxígeno, después de lo cual se dejó caer en un sillón y permaneció inmóvil diez minutos, con el busto derecho y la cabeza apoyada en el respaldo.

Pensaba en Rumelles con una hostilidad repentina y violenta, injusta sin duda, y de la cual se sentía sorprendido. «Los que “la” hacen... Los que no “la” hacen... ¡Entre nosotros y ellos ya nunca será posible la reconciliación!»

Su ahogo cedía poco a poco. Se levantó para tomarse la temperatura. 38.1°... Nada excesivo después de un día semejante.

Aún se tomó tiempo de hacer una buena inhalación antes de meterse en la cama.

«No —se dijo, hundiendo con rabia la cabeza en la almohada—. ¡No hay posibilidad de entenderse con ellos! El día de la desmovilización los que no “la” hayan hecho, deberán ocultarse, desaparecer. La Francia y la Europa del mañana pertenecerán, por derecho propio, a los antiguos combatientes. ¡En ningún sitio, los que “la” hayan hecho, aceptarán colaborar con aquellos que no hayan estado en “ella”!»

La oscuridad le disgustaba, pero se contuvo de volver a encender. Su alcoba era la antigua habitación del señor Thibault, en la que el anciano tanto había luchado y sufrido antes de morir. Antoine recordaba los menores detalles, el último baño, Jacques, la inyección liberadora, todas las peripecias de esta agonía. Y era también la habitación de su padre, con la enorme cama de caoba, el reclinatorio tapizado y la cómoda llena de medicinas lo que sus ojos, muy abiertos en la oscuridad, creían ver a su alrededor.

## VI

LA noche no había sido demasiado mala, gracias a la inyección de oxígeno, pero podía decirse que Antoine no había dormido. Finalmente, al amanecer le dominó el sueño, durante un breve instante: el tiempo de debatirse en una absurda pesadilla, de la que le había sacado un acceso de transpiración, tan violento que había tenido que mudarse de ropa. Acostado de nuevo y completamente seguro de que no volvería a dormirse, trató de recordar los detalles del sueño incongruente que acaba de tener:

»Veamos... Ha habido tres episodios distintos... Tres escenas, pero en un decorado único: el recibimiento de mi casa...

»Al principio, yo estaba con León. Próximo a una angustia loca, porque de un momento a otro podía llegar padre. La situación era terrible; había aprovechado la ausencia de padre para apoderarme de todo lo que él poseía, para cambiar toda la casa de arriba a abajo. Y mi padre iba a volver y yo iba a ser cogido con las manos en la masa. Era espantoso. Yo iba de un lado a otro del vestíbulo, sin saber que hacer para evitar la catástrofe. Y me era imposible huir. ¿Por qué? A causa de Gise, que iba a volver de un momento a otro... León, tan desconcertado como yo, estaba al acecho, con la mejilla pegada a la puerta. Todavía veo sus ojos maliciosos, desmesuradamente abiertos a causa del miedo. En un momento determinado, ha vuelto la cabeza para decir: “¿Y si fuera a avisar a la señora?”

»Ésta ha sido la primera escena. Acto seguido, mi padre se ha aparecido aquí mismo, delante de mi, de pie en medio del vestíbulo, vestido de levita y con un sombrero de luto (como el de Chasle), “a causa del entierro”. ¿De qué entierro? A su lado, en el suelo, una maleta nueva (como la de un individuo del que fui compañero de viaje anteaer). León había desaparecido. Padre se miraba en los bolsillos con aire digno y majestuoso. Al verme me ha dicho: “¿Ah, eres tú?... ¿No está aquí la señorita?” Y luego, me ha dicho también: “Hijo mío, ya te contaré: he visitado unos países muy *pintorescos*...” (En aquel tono paternal y solemne que tomaba siempre en estos casos.) Yo tenía la boca seca y me sentía incapaz de pronunciar ni una palabra. Sentía que me había convertido de nuevo en el chiquillo que tiembla ante un castigo merecido... Y, al mismo tiempo, me preguntaba con extrañeza: “¿Cómo puede ser que no se haya dado cuenta, al subir, de los cambios de la escalera? ¿De la supresión de las vidrieras? ¿De la alfombra nueva?” Y luego, he pensado con terror: “¿Cómo impedirle que entre en *nuestra* habitación, que vea la cama?...” Y luego, ya no sé; creo que ha habido una interrupción...

»De todas formas (y ésta es la tercera escena) sigo viendo a padre, siempre de pie en el mismo sitio, pero ahora en zapatillas y con la vieja bata de casa. Tenía aspecto disgustado. Levantaba a intervalos la barbilla y estiraba el pescuezo, apretado entre las puntas del cuello postizo. Y entonces, con su risita seca, me ha dicho: “Dime, hijo mío: ¿dónde diablos has puesto mi binóculo?” Y este binóculo que reclamaba era el

mismo binóculo de concha que recuerdo haber encontrado en su mesa de despacho y haber regalado al mismo tiempo que su guardarropa y todas sus cosas a las Hermanitas de los Pobres. Y entonces su cólera ha estallado bruscamente. Se ha adelantado hacia mi, gritando: “¿Y mis títulos? ¿Qué has hecho de mis títulos?” Yo balbuceaba: “¿Qué títulos, padre?” Sudaba por todos los poros, me secaba y, mientras me secaba, recuerdo que aguzaba el oído: esperaba oír de un momento a otro el chasquido del ascensor y ver entrar a Gise (vestida de enfermera, porque era la hora en que volvía de su clínica)... Y en ese mismo momento me he despertado, empapado efectivamente en sudor...»

Sonreía al recordar su espanto. Pero todavía se sentía quebrantado. «Debo de tener algo de temperatura», se dijo. En efecto: 37.8°. Un poco menos que la víspera por la noche, pero un poco más de lo que hubiera debido tener esta mañana.

Dos horas más tarde, cuando estaba entretenido en los cuidados de su aseo y su tratamiento, se le vino de nuevo a la memoria el recuerdo de su sueño.

«Es curioso —observó—. Este sueño, al fin y al cabo, ha sido muy corto. En resumidas cuentas, tres cuadros rápidos: la espera angustiosa con León; luego, la irrupción de padre con la maleta; después, esa tontería del binóculo y los títulos... Si; ¿pero y todo lo que había “a su alrededor”? ¡Todo ese pasado, tan especial, tan completo, que constituía la raíz del sueño!»

Como sentía cierta opresión por haber permanecido demasiado tiempo delante del lavabo, se sentó en el borde de la bañera y quedó meditabundo durante un instante.

«Este pasado en el que se basan en cierto modo los sueños es, evidentemente, un fenómeno conocido y que se debiera estudiar... Nunca se me había ocurrido pensar en ello... Por lo que respecta a mi sueño de esta noche, la cuestión está perfectamente clara... Hasta el extremo de que, si tuviera ánimos para hacerlo, merecería pena que lo anotara... Si no lo hago así, dentro de dos días se me habrá olvidado por completo.»

Miró la hora. No tenía ninguna prisa. Cogió la agenda en la que todas las noches escribía sus observaciones de enfermo y que no había dejado de traerse: arrancó algunas páginas en blanco y, envolviéndose en la toalla de baño que Gise había dejado colgada de la percha del cuarto de aseo («Esta muchacha ha pensado en todo», se dijo sonriendo), fue a acostarse de nuevo.

Hacia tres cuartos de hora que escribía afanosamente, cuando le interrumpió un campanillazo.

Era un neumático del doctor Philip. En términos muy afectuosos se disculpaba por no poder recibir a Antoine hasta dos días después, por la noche: salía de París durante aquellos dos días, a la cabeza de una comisión encargada de inspeccionar algunos hospitales del Norte.

Antoine se sintió profundamente decepcionado. Para consolarse, se dijo que en medio de todo tenía suerte de que Philip volviera antes de que él se marchara.

Cenaría con él el miércoles, y el jueves tomaría el tren para Grasse.

Las cuartillas estaban esparcidas sobre la cama. Eran cinco, cubiertas con su extraña escritura jeroglífica, en la que cada letra estaba aislada, costumbre que databa de la época en que hacía temas de griego. Antoine las reunió y releyó. Las dos primeras estaban consagradas al relato analítico del sueño, con los detalles característicos que recordaba. Las otras contenían un comentario bastante confuso. «Lo que se explica perfectamente...», rezongó malhumorado. Antaño, sobresalía, sin embargo, en la redacción de estas notas resumidas en las que, en pocos renglones, su espíritu lúcido sabía condensar lo esencial de una larga reflexión. «Otra cosa en que volver a ejercitarme —se dijo— si quiero volver a trabajar para las revistas...»

He aquí lo que había escrito:

.....

«En un sueño, hay dos cosas muy distintas:

»Primero. El sueño, en sí mismo, el episodio (en el cual el soñador siempre está más o menos mezclado). *Acción*, generalmente breve, fragmentaria y movida, análoga a una escena de teatro.

»Segundo. Alrededor de este corto momento dramático hay una *situación* dada. Que regula este momento y lo hace plausible. Una situación que permanece fuera y al margen de la acción. Pero de la cual el soñador tiene una conciencia precisa. Situación en la que, según la fabulación del sueño, el soñador se encuentra incrustado desde mucho tiempo antes. Comparable a lo que representa para cada uno de nosotros, en estado de vigilia, nuestro pasado.

»En el ejemplo del sueño que yo acabo de tener observo, alrededor de los tres episodios que constituyen la acción, todo un conjunto de *circunstancias* que, sin formar parte integrante de mi sueño, estaban contenidas en él implícitamente. E incluso, pensándolo bien, estas circunstancias son de dos clases, constituyen como dos *zonas* diferentes: hay las circunstancias inmediatas, en las cuales está como envuelto el sueño. Y luego hay una segunda zona, más alejada en el tiempo: un conjunto de circunstancias mucho más antiguas, que forman un pasado imaginario, sin el cual el sueño no hubiera sido posible. Este pasado del cual yo, el soñador, tenía conciencia permanente, no ha desempeñado en el curso de mi sueño ningún papel: sólo era *preexistente* a este sueño, como el pasado de los personajes es preexistente a la acción que los reúne fortuitamente en el escenario.

»Precisemos un poco. Lo que yo entiendo por circunstancias de la primera zona es, por ejemplo, que *yo sabía* la hora que era, aunque no fuera cuestión de la hora durante el sueño. *Sabía* que eran las doce menos algunos minutos y que esperaba a Gise para comer, como todos los días. *Sabía* que, aquella misma mañana, durante su ausencia y sin poder advertirle, había recibido un telegrama de mi padre, anunciando su regreso, a causa del entierro. (Aquí queda un punto oscuro: ¿el entierro de quién? No se trataba del entierro de la señorita. Pero se trataba del entierro de un pariente



cercano, puesto que todos estábamos afectados por este duelo.) *Sabía* que padre rebuscaba en sus bolsillos dinero para pagar el coche, porque *sabía* que un taxi, cargado de maletas, acababa de dejarlo delante de la casa. (Creo incluso poder decir *que yo veía* este taxi, parado en la calle, al mismo tiempo que veía a padre en el vestíbulo.) Etcétera.

»Circunstancias de segunda zona. Entiendo por esto una serie de acontecimientos bastante antiguos, cuya existencia conocía el Antoine del sueño. No puedo decir precisamente que pensara en estos acontecimientos durante el curso del sueño; pero su recuerdo *estaba dentro de mí*, como están los recuerdos de nuestra vida real. Así, pues, *yo sabía* (en realidad, debiera escribir *estaba sabiendo*) que padre había salido de Francia mucho tiempo atrás, enviado al otro extremo del mundo, por no sé qué sociedad de beneficencia para proceder a investigaciones relacionadas con sus obras. (Inspección de los servicios penitenciarios extranjeros o algo por el estilo.) Viaje tan largo que era como si nunca hubiera de volver de él... *Yo sabía*, igualmente, nuestras reacciones en el momento de su marcha, acogida por todos nosotros como un amanecer inesperado. *Yo sabía* que, nada más al liberarme de su tutela, me había casado con Gise. Que habíamos tomado posesión de la casa, cambiándolo todo, vendiendo los muebles, regalando a las hermanas los objetos personales de padre y derribando los tabiques para transformar por completo la casa. (Y lo que es extraño: estas transformaciones, en el sueño, no eran las que yo he hecho en la realidad. Así, el vestíbulo del sueño estaba, efectivamente, vuelto a pintar de un color ocre claro, pero la alfombra era encarnada y no marrón, y en lugar de la consola estaba el antiguo reloj de roble de la antesala de padre.) No es esto todo. No terminaría de anotar todo lo que *yo sabía*. Por ejemplo, esto: *sabía*, con toda precisión, que nuestra alcoba, de Gise y mía (en la que, sin embargo, no ha transcurrido ninguna escena del sueño), era la antigua alcoba de padre, y que ahora era igual que la alcoba de Anne, en la avenida de Wagram. Aún más: *sabía* que aquella mañana León no había tenido tiempo de arreglar la casa, que nuestra cama había quedado sin hacer y me sentía aterrado ante la idea de que padre pudiera abrir la puerta de esta alcoba... Finalmente, *sabía* otros mil detalles de nuestra vida y de lo que nos concernía. Especialmente esto, que me parece curioso, puesto que mi hermano no ha figurado para nada en este sueño: *sabía* que Jacques, lleno de celos y desesperación después de nuestro matrimonio, había emigrado a Suiza y...»

La redacción se detenía aquí. Antoine no tenía ya ningún deseo de proseguir. Cogió el lapicero y escribió al margen:

«Buscar lo que dicen a este respecto los que se han ocupado de los sueños.»

Luego dobló las cuartillas, se levantó y puso a calentar agua para su inhalación.

Algunos momentos después, con la cabeza tapada por las toallas, la cara sudorosa y los ojos cerrados, respiraba profundamente la vaharada bienhechora, sin dejar de

pensar en su sueño de por la noche. De repente comprendió que el mismo tema central de este sueño demostraba una cierta intranquilidad de conciencia, un cierto sentimiento de responsabilidad, entiéndase de culpabilidad, que, cuando estaba despierto, su orgullo conseguía mantener en la sombra. «Y efectivamente —reconoció—, no puedo estar demasiado orgulloso de todo lo que ha sucedido después de la muerte de padre.» (Se refería con esto no sólo a su instalación lujosa, sino también a sus relaciones con Anne, a sus salidas por la noche, a todo su irresistible deslizamiento hacia la vida fácil.) «Sin contar —añadió— la pérdida de una gran parte de la fortuna dejada por padre...» (Había engullido en los gastos hechos para la transformación de la casa más de la mitad de su fortuna en bienes muebles; el resto, desdeñando las rentas de las sensatas inversiones del señor Thibault, lo había convertido en valores rusos, hoy en día equivalentes a cero.) «Bah —se dijo—; hay que abstenerse de lamentaciones estériles...» Así era como acostumbraba a acallar sus escrúpulos. Sin embargo, y este sueño era un seguro indicio de ello, conservaba en el fondo el concepto burgués de la «fortuna familiar», del dinero economizado para ser transmitido, y aunque no tuviera que dar cuentas a nadie experimentaba un sentimiento de vergüenza por haber dilapidado en menos de un año un patrimonio constituido honradamente en el transcurso de varias generaciones.

Sacó la cabeza durante un momento, respiró un poco de aire fresco, se secó los ojos, congestionados, y volvió a hundirse bajo las telas húmedas y ardientes. Las reflexiones de esta mañana acerca de su invierno de 1914 se unían a las impresiones irritantes que había experimentado la víspera, después de marcharse Gise, recorriendo sus magníficos laboratorios desiertos y la habitación bautizada pomposamente «los archivos», con sus ficheros de *tests*, sus hileras de cajas nuevas, numeradas y vacías. Había penetrado en la «sala de curaciones», tan bien instalada y que no se había utilizado ni una sola vez. Y aquí, recordando su modesta instalación de antaño en la planta baja, su existencia activa y útil de médico joven, había comprendido que, a partir de la muerte de su padre, había equivocado el camino.

El inhalador, ya frío, no producía sino un vapor débil. Tiró lejos de sí las toallas empapadas, se secó la cara y volvió a su alcoba.

—Ah... Eh... Ah... Oh... —hizo delante del espejo para probarse la voz. Seguía estando ronca, pero había recobrado el timbre y sentía su laringe momentáneamente desembarazada.

«Veinte minutos de gimnasia respiratoria... Luego diez minutos de reposo. Después de esto me vestiré, prepararé la maleta y, puesto que no puedo ver hoy a Philip, tomaré el primer tren para Maisons.»

En el auto que le llevaba a la estación, mientras que cruzaba los parterres de las Tullerías y contemplaba bajo el sol de mayo las estatuas blancas que se erguían sobre los pedestales y una neblina violácea que difuminaba los contornos del arco del Carrousel, recordó repentinamente aquella mañana de primavera en que Anne y él se

habían juntado en el patio del Louvre, y le pasó por la imaginación una idea súbita.

—Lléveme a la entrada del Bosque —gritó al chofer—. Y siga por la calle Spontini.

Llegado a la proximidad del hotel de los Battaincourt, hizo disminuir la velocidad y se asomó a la ventanilla. Todos los postigos estaban cerrados, así como la verja. En el pabellón del portero había un cartel:

MAGNIFICO HOTEL EN VENTA  
Patio interior — Garaje — Jardín  
(Superficie total: 625 m<sup>2</sup>.)

Encima de: EN VENTA, se había añadido, a mano: O EN ALQUILER.

El auto bordeó lentamente la tapia del jardín. Antoine no experimentaba nada. Absolutamente nada: ni emoción ni pena. Y se preguntó por qué y para qué había venido a hacer esta peregrinación.

—Dé la vuelta... Estación Saint-Lazare —gritó al chofer.

«Sí —se dijo, casi inmediatamente, como si nada hubiera interrumpido sus meditaciones de por la mañana—. Me he engañado a mí mismo, persuadiéndome de que era indispensable organizar mejor mi vida profesional... ¡Todas estas facilidades materiales, en lugar de estimular el trabajo, no servían sino para paralizarlo! Todo ese bello mecanismo funcionaba en el vacío. Todo estaba dispuesto para realizar cosas de gran envergadura y, en realidad, ya no hacía nada...» Recordó, de repente, la actitud de su hermano ante la herencia paterna y aquel odio de Jacques hacia el dinero, que Antoine juzgara entonces tan ingenuo. «Era él quien tenía razón. ¡Cuánto mejor nos comprenderíamos ahora!... El envenenamiento del dinero. Sobre todo, del dinero heredado. El dinero que no se ha ganado... Sin la guerra, ahora estaría yo corrompido. Nunca me hubiera purgado de esta intoxicación. Habría llegado a creer que todo se compra. Ya me atribuía, como un privilegio natural de hombre rico, el derecho a trabajar poco y hacer trabajar a los demás. Me hubiera atribuido sin vergüenza el mérito del primer descubrimiento hecho por Jouselin o por Studler en “mis” laboratorios... ¡Me disponía a convertirme en un parásito!... He conocido el placer de dominar por la fuerza del dinero... He conocido el placer de ser tomado en cuenta por mi dinero... Y no estaba lejos de encontrar esta consideración como cosa natural ni lejos de pensar que el dinero me concedía cierta superioridad. ¡Nada honroso!... ¡Y esas relaciones falsas y equívocas que el dinero establece entre el rico y los demás! ¡Uno de los más solapados perjuicios del dinero! Ya empezaba yo a desconfiar de todo y de todos. Ya empezaba a pensar de mis mejores amigos: “¿Por qué me cuenta esto? ¿Estará pensando en mi talonario de cheques?...” ¡No era nada honroso, nada honroso!...»

Al remover estas heces sentía tal amargura que su llegada a la estación Saint-

Lazare le pareció una liberación. Y se lanzó entre la muchedumbre, que atestaba el vestíbulo, sin preocuparse de su jadeo, feliz de esta distracción que le permitía huir de sí mismo.

—Un billete de... No; un «tercera» militar para Maisons-Laffitte... ¿A qué hora sale el tren?

Pocas veces había montado en un vagón de tercera. Hoy experimentaba con ello un placer austero.

## VII

CLOTILDE había llamado. Con la bandeja en equilibrio sobre una mano esperó algunos segundos y volvió a llamar. No hubo contestación. Decepcionada al pensar que Antoine había salido sin desayunar, abrió la puerta.

La oscuridad reinaba en la habitación. Antoine estaba todavía en la cama. Había oído; pero por la mañana, antes de su inhalación, estaba tan afónico que renunciaba de antemano a todo esfuerzo para emitir cualquier sonido. Esto fue lo que trató de hacer comprender a Clotilde por medio de gestos.

Aunque acompañó su mímica con una sonrisa tranquilizadora, la buena mujer permanecía en el quicio de la puerta, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la emoción; al ver a Antoine incapaz de articular una palabra —cuando la víspera por la noche, a su llegada, había venido a hablar con ella en la cocina— la idea de que el joven médico había sufrido un ataque quedando medio paralítico, había pasado por su mente repentinamente. Antoine adivinó vagamente su pensamiento, volvió a sonreír, le hizo señas de traer la bandeja a la cama y tomando el lapicero y el block de la mesilla de noche, escribió;

«Noche, excelente. Por las mañanas estoy siempre sin voz.»

Clotilde descifró el papel lentamente, miró un instante a Antoine, con estupefacción, y luego declaró sin ambages:

—Eso es lo de menos; no me esperaba encontrar al señor en este estado... ¡Pues sí que lo han dejado bueno!

Clotilde abrió las persianas. El sol matinal invadió la estancia. El cielo estaba azul y más allá del encuadre de la parra que colgaba del balcón de madera, los abetos, muy próximos, y más lejos, las copas ya verdeantes, y el bosque de Saint-Germain, temblaban bajo un ligero vientecillo.

—¿Podrá el señor, por lo menos, comer? —preguntó, volviendo junto a la cama. Llenó la taza de leche caliente, y, mientras que Antoine desmigaba en ella un poco de pan, retrocedió un paso, atenta, con las manos en los bolsillos de su delantal. Antoine tragaba con tanta dificultad que Clotilde no se abstuvo de repetir:

—¡Desde luego que no se esperaba una eso; claro que no! Sabíamos perfectamente que el señor estaba gaseado. Pero nos decíamos: «Al fin y al cabo, el gas es mucho menos malo que una herida...» ¡Y parece ser que no!... Claro que de enfermedades yo no sabía nada. Cuando el señor nos escribió a mi hermana y a mí que viniéramos con la señorita Gise a casa de la señora de Fontanin, Adrienne dijo en seguida: «Yo quiero cuidar a los heridos.» Pero yo dije: «Por mi parte, todo lo que quieran de guisar y de limpiar, nunca me ha asustado el trabajo. Pero en lo tocante a los heridos, eso no me agrada.» Esto ha hecho que las señoras se hayan llevado a Adrienne al hospital y yo me haya quedado en el chalet. No me quejo, aunque no tengo ni un momento libre; dese cuenta el señor: para hacer como es debido todo lo

que hay que hacer aquí, una mujer sola necesitaría días de veinticinco horas. Pero a mí me gusta más esto que andar zascandileando en las heridas.

Antoine la escuchaba sonriendo. (A falta de Gise, tampoco hubiera sido desagradable ser cuidado por esta mujer abnegada... Lástima que tuviera tan poca vocación de enfermera...)

Para dar a entender que sabía apreciar el peso de esta tarea cotidiana, arrugó los labios con consideración y sacudió varias veces la cabeza.

—Oh —prosiguió Clotilde, asaltada inmediatamente por sus escrúpulos profesionales—; mirándolo bien, es menos trabajo de lo que parece. Las señoras están casi siempre en el hospital. Apenas si vienen aquí más que para la cena. Al mediodía sólo tengo aquí al señorito Daniel y a la señorita Jenny, con el pequeñuelo.

Más familiar que antes, como si los años de guerra hubieran abolido antiguas distancias, aturdía a Antoine con su charla, aludiendo a cada uno con toda libertad:

—... La señorita Gise, tan amable siempre con nosotras... La señora de Fontanin, nada orgullosa en el fondo, pero tan intimidante que nunca se sabe cómo hablarle... La señorita Nicole, tan desordenada, ¡y qué arte tiene para hacerse servir!... La señorita Jenny no habla mucho, pero sí tiene mucha disposición para el trabajo, y se hace cargo de las cosas... —Y siempre volvía al «pequeñuelo», con un acento de admiración y de ternura—: ¡Un pequeñuelo que promete! ¡Y que sabrá hacerse obedecer, como el difunto señor!...

«Es cierto que es nieto de mi padre —se dijo Antoine—. Ya nos habría trastornado el juicio a todos, si le dejaran salirse con la suya...»

—... El señor no puede imaginarse cómo es: ¡un azogue, un métome-en-todo! No hace caso a nada ni a nadie... Y menos mal que el señorito Daniel está siempre aquí para vigilarlo; a mí no me sería posible, con todo lo que tengo que hacer. No se le puede nunca perder de vista. Al señorito Daniel le sirve de distracción: aquí, solo, durante todo el día, sin nada que hacer, el tiempo se le haría interminable sin eso... —Movié la cabeza con un gesto lleno de insinuaciones—. No hay quien me quite la idea de que, en estos tiempos, hay algunos a los que no les desagrada poder cojear...

Antoine cogió el block y escribió: «¿Y León?»

—Ah, el pobre León... —Apenas si tenía noticias que darle del criado. (Este había sido hecho prisionero, cerca de Charleroi, después de catorce horas de campaña, al día siguiente mismo de su llegada al frente, y Antoine, tan pronto hubo conocido el número del campo, había encargado a Clotilde que le enviara todos los meses un paquete de provisiones. León daba las gracias con toda regularidad, por medio de tres palabras en una tarjeta postal. No daba ningún detalle de su vida.)—. ¿Sabe el señor que nos ha pedido una flauta? La señorita Gise le ha comprado una en París.

Antoine hacía tiempo que había terminado de tomarse la leche.

—Tengo que bajar para ayudar a la señorita Jenny —dijo Clotilde, cogiéndole la bandeja—. El martes es su día de lavado y la lavadora es muy pesada de manejar;

¡ensucia tanto un pequeño! ...

Ya había llegado a la puerta cuando se volvió para lanzar a Antoine una última mirada. Su rostro vulgar adoptó, de repente, una expresión pensativa.

—A pesar de todo, habrá visto el señorito Antoine una cantidad de cosas durante estos años, ¿eh? ¡Las habrá visto de todas clases!... Muchas veces se lo digo a Adrienne: «¡Si volviera el difunto señor! ¡Si pudiera ver todo lo que ha pasado, desde que él no está aquí!»

Una vez solo, Antoine comenzó perezosamente su aseo. Nada le urgía. Tenía intención de seguir su tratamiento con el mayor cuidado.

«Si el difunto señor volviera...» La frase de Clotilde le había traído a la memoria el sueño de la víspera. «¡Qué poderoso es el ascendiente que todavía ejerce mi padre sobre todos nosotros!», pensó.

Eran más de las once cuando volvió a abrir la ventana, que había cerrado para poder hacer sin ser oído sus ejercicios respiratorios.

En el jardín se oyó una voz de hombre:

—¡Jean-Paul! ¡Bájate de ahí! ¡Ven a mi lado!

Y, como un eco lejano, una voz de mujer, fresca y tranquila:

—¡Jean-Paul! ¿Quieres obedecer a tu tío Daniel?

Salió al balcón. Sin apartar la cortina que formaban las hojas de la parra, miró hacia fuera. Bajo él se extendía la estrecha terraza que daba al foso que separaba al jardín del bosque. A la sombra de los dos plátanos (donde antaño se ponía siempre la señora de Fontanin), Daniel estaba tumbado en una butaca de mimbre, con un libro sobre las rodillas. A algunos pasos, un niño con un jersey azul pálido trataba de encaramarse en el parapeto de la terraza apoyándose en un cubo pequeño, puesto a propósito boca abajo junto a la pared. Al otro lado del terraplén, en la antigua casa del jardinero, cuya puerta soleaba estaba abierta de par en par, con los brazos desnudos y medio arrodillada delante de una artesa, Jenny enjabonaba la ropa.

—¡Ven aquí, Jean-Paul! —repitió Daniel.

Un rayo de sol hizo llamear un instante la pelambarrera rubia. El niño había decidido volverse. Pero para que no pareciera que cedía se sentó gravemente en el suelo, cogió su pala y llenó el cubo de tierra.

Cuando Antoine bajó por la escalinata, momentos después, Jean-Paul seguía en el mismo sitio.

—Ven a saludar al tío Antoine —dijo Daniel.

El pequeño, agachado al pie del parapeto, seguía jugando con su pala, haciendo como si no hubiera oído. Vio a Antoine acercarse, dejó la pala y bajó más la cabeza. Cogido en brazos y levantado del suelo, se debatió un instante; luego, aceptando el juego, rompió a reír. Antoine lo besó en el pelo y le preguntó al oído:

—¿Te parece malo el tío Antoine?

—Sí —gritó el niño.

El esfuerzo había cansado a Antoine. Dejó al niño en el suelo y volvió junto a Daniel. Apenas se había sentado, cuando Jean-Paul vino corriendo hacia él, trepó por sus rodillas y, acurrucándose sobre la guerrera, fingió dormir.

Daniel no se había movido de la butaca de mimbre. Estaba sin corbata, vestido con un viejo pantalón oscuro y una vieja chaqueta de tenis, de franela a rayas. Su pierna artificial estaba calzada con una bota negra; el otro pie estaba desnudo en una zapatilla. Había engordado: conservaba la regularidad noble de sus facciones, pero en una cara amazotada. Con el pelo demasiado largo y la sombra que azulaba su barbilla, hacía pensar en un actor dramático de provincia que se descuida durante el día, pero que por la noche, en el escenario, todavía causa efecto como emperador romano.

Antoine, que desde que se levantara había estado ocupado con sus bronquios y su laringe, observó, sin concederle por otra parte demasiada importancia, que el joven, después de haberse dejado estrechar la mano, ni siquiera había pensado en preguntarle por su salud. (A decir verdad, la víspera, por la noche, habían tenido oportunidad para hablar uno y otro de su estado y confiarse sus miserias.) Por disimular, se inclinó con gesto interrogativo hacia el volumen encuadernado que Daniel acababa de cerrar y de dejar en el suelo.

—¿Esto? —dijo Daniel—. *Le Tour du Monde*... Un viejo periódico de viajes... Año 1877. —Había vuelto a coger el libro y lo hojeaba con gesto de indiferencia—. Está lleno de grabados... Tenemos arriba toda la colección.

Antoine acariciaba distraídamente el pelo del pequeño, que parecía perdido en un profundo ensimismamiento, con la cabeza apoyada en el pecho de su tío y los ojos muy abiertos.

—¿Qué hay de nuevo esta mañana? ¿Habéis recibido los periódicos?

—No —contestó Daniel.

—El Consejo interaliado parecía decidido estos últimos días a ampliar al frente italiano el mando de Foch.

—¿Ah, sí?

—A estas horas ya debe ser oficial.

Como si de repente hubiera descubierto que se aburría, Jean-Paul se dejó caer al suelo.

—¿Adónde vas? —dijeron, al mismo tiempo, el tío Daniel y el tío Antoine.

—Con mamá.

El pequeño, saltando a la pata coja, se lanzó alegremente hacia la casa del jardinero. Los dos hombres cambiaron una mirada satisfecha.

Daniel había sacado del bolsillo un paquete de chicle. Ofreció a Antoine.

—No, gracias.

—Esto distrae —explicó Daniel—. Ya no fumo.

Cogió una tableta, la introdujo entera en su boca y empezó a masticar.



Antoine le miraba, sonriendo.

—Me traes a la memoria un recuerdo de la guerra... En Villers-Bretonneux... Habíamos tenido que instalar nuestro hospital en una granja que había estado ocupada mucho tiempo por formaciones sanitarias americanas. Nuestros enfermeros perdieron todo un día en despegar a martillazos los depósitos de chicle que esos marranos habían pegado por todas partes: en los rodapiés, en las puertas, debajo de las mesas, debajo de los bancos... ¡Y esa porquería se endurece como el cemento!... ¡Como la ocupación anglosajona dure aún algunos años, todos los muebles de Artois y Picardía terminarán por perder su forma primitiva, para convertirse en informes aglomeraciones de *chewing-gum*... —Un ligero golpe de tos le interrumpió algunos segundos—, ...lo mismo... que algunas rocas del Pacífico... se han convertido en montañas de guano!

Daniel sonrió, y Antoine, que siempre había sido, como Jacques, muy sensible al encanto de esta sonrisa, experimentó un sentimiento de placer al comprobar que esta sonrisa no había perdido nada de su seducción y que, a pesar del amazotamiento de sus facciones, el labio superior se plegaba todavía hacia la izquierda, oblicuamente, con una lentitud espiritual, mientras que una lucecilla maliciosa se encendía insensiblemente entre los párpados semicerrados.

No acababa de toser. Hizo un gesto de impaciencia y desaliento.

—Ya ves... en que viejo... asmático... me he convertido —articuló trabajosamente. Luego, cuando hubo recobrado el aliento, añadió—: Nos han dejado buenos, como dice Clotilde. Y todavía podemos decir, sin duda, que estamos entre los privilegiados ...

—Tú, tal vez —dijo Daniel, muy de prisa y en voz baja.

Hubo un minuto de silencio. Esta vez fue Daniel quien lo rompió:

—¿No me preguntabas si había leído los periódicos? No. Lo menos posible. ¡Pienso demasiado en todo eso! No puedo ya pensar en otra cosa... La lectura del parte, cuando se sabe, como nosotros, lo que las palabras significan: «Ligera actividad en el frente de...» O bien: «Afortunado golpe de mando en...» ¡No! —Dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la butaca y cerró los ojos, continuando en voz baja —: Hay que haber «atacado», y atacado como soldado de infantería, para comprenderlo... Mientras fui de caballería no supe lo que era la guerra... Y, sin embargo, había cargado; sí, por tres veces... Y una carga es algo que tampoco se puede contar... Pero no es nada al lado de un asalto de infantería, de una «salida», a la hora H, con la bayoneta calada...

Se estremeció, volvió a abrir los ojos y miró fijamente ante sí, masticando rabiosamente su chicle, antes de proseguir.

—En el fondo, ¿cuántos estamos en la retaguardia que sepamos lo que es? ¿Cuántos son los que han vuelto? Y éstos, ¿por qué habían de hablar? No pueden hacerlo, no quieren decir nada. Saben que no podrían comprenderlos.

Calló, y los dos hombres permanecieron algunos minutos sin cambiar ni una sola

palabra y sin siquiera mirarse. Luego, Antoine comenzó a su vez con una voz vacilante e interrumpida por la tos:

—Hay momentos en que me digo que es la última; que después de ésta no es posible pensar que pueda haber otras... Hay momentos que estoy seguro de ello... Pero en otros momentos lo dudo... Ya no sé...

Daniel masticaba en silencio, con la mirada errante. ¿En qué pensaba?

Antoine se había callado. Verdaderamente le costaba demasiado trabajo hablar durante algunos minutos seguidos. Pero seguía reflexionando en las mismas cosas, por centésima o milésima vez. «Se siente uno asustado —se decía—, cuando se mide fríamente todo aquello que se opone a la pacificación entre los hombres... ¿Cuántos siglos todavía antes que la evolución moral (si hay tal evolución moral) haya purgado por fin a la Humanidad de su intolerancia instintiva, de su respeto innato a la fuerza bruta, de este placer fanático que experimenta el animal humano en triunfar por la violencia, en imponer por la violencia su forma de pensar y de vivir a aquellos otros más débiles que no piensan y no viven como él?... Y luego, queda la política, los gobiernos... Para la autoridad que desencadena una guerra, para los hombres que están en el poder, que la deciden y obligan a los demás a hacerla, siempre será en las horas de crisis una solución tan tentadora, tan fácil... ¿Puede esperarse que ya nunca más recurrirán a ella los gobiernos?... Haría falta que les fuera imposible, haría falta que el pacifismo tuviera tales raíces en la opinión pública, que hubiera tornado tal extensión que supusiera un obstáculo infranqueable para la política belicosa de los Estados. Esperar esto es una quimera... Y, además, ¿sería solamente el triunfo del pacifismo una formal garantía de paz? Incluso si algún día los partidos pacifistas alcanzaran el poder en nuestros países, ¿quién nos dice que no tendrían, alguna vez, la tentación de hacer la guerra por el placer de imponer al resto del mundo por la violencia, su ideología pacifista?...»

—¡Jean-Paul! —gritó Clotilde, alegremente, de buenas a primeras.

Venía hacia ellos llevando en una bandeja un plato de puches, unas ciruelas cocidas y un vaso de leche, que dejó sobre la mesa del jardín.

—¡Jean-Paul! —llamó Daniel.

El pequeño atravesó la terraza, corriendo al sol con toda la velocidad de sus piernas. El azul de su jersey, descolorido por los lavados, tenía exactamente la misma tonalidad de sus ojos. Su parecido con Jacques volvió a emocionar a Antoine, mientras que Jean-Paul, cogido en brazos por la robusta Clotilde, se dejaba instalar en una silla. «La misma frente —pensaba Antoine—. El mismo mechón de pelo... El mismo color pálido, las mismas pecas alrededor de la naricilla arrugada...» Le sonrió; pero el niño, creyendo que le hacía burla, arrugó el ceño y volvió la cabeza, lanzándole una mirada furtiva y rencorosa. Sus ojos, iguales a los de Jacques, tenían una expresión difícil de definir, demasiado cambiante: tan pronto reían y eran cariñosos e inquietos, y tan pronto, como en este momento, se volvían salvajes y

duros, con un reflejo acerado. Pero bajo estas expresiones diversas, la mirada seguía siendo extraordinariamente aguda y observadora.

Jenny cruzó a su vez el soleado terraplén. Tenía las mangas recogidas y las manos hinchadas por la acción del agua; su delantal estaba empapado. Dirigió a Antoine una sonrisa breve y afectuosa.

—¿Cómo te has pasado la noche?... No; tengo la mano mojada... ¿Has dormido?

—Mucho mejor que de costumbre, gracias.

Ante esta madre joven, de busto desarrollado y que desempeñaba con sencillez sus tareas de ama de casa, Antoine recordó de repente a la muchachita reservada y distante, envarada en su traje sastre de paño negro y con las manos enguantadas que Jacques había llevado a la calle de la Universidad el día de la movilización.

Jenny se volvió hacia Daniel.

—Me harías un favor si le dieras de comer. Todavía no he tendido la ropa. —Se acercó a su hijo, le puso una servilleta y acarició el cuellecito de pájaro—. Jean-Paul va a tomarse su sopita, como un niño bueno, con el tío Daniel... Yo volveré ahora —añadió, alejándose.

—Sí, mamá —(Pronunciaba «ma-má», espaciando las sílabas, como hacían también Jenny y Daniel.)

Éste había abandonado su butaca para venir a sentarse junto al niño. No había dejado de pensar en lo que estaba diciendo antes, ya que tan pronto como su hermana se hubo alejado, como si nada le hubiera interrumpido, dijo:

—Y otra cosa más de la que no se puede hablar, una cosa de la que nadie podrá nunca hacerse idea en la retaguardia, es esa especie de milagro que se produce siempre, tan pronto como se entra en la zona de fuego: en primer lugar, esa sensación de emancipación suprema que dan la sumisión absoluta al azar, la imposibilidad de escoger, la abdicación de toda voluntad individual, y luego —añadió, en un tono que traicionaba su emoción—, la camaradería, la «fraternidad» que había allí, entre todos, ante la amenaza del peligro... Si bien es cierto que nos bastaba con pasar «a segunda línea», con marchar cuatro kilómetros hacia la retaguardia, para convertirnos de nuevo en hombres...

Antoine asintió, en silencio. Sus recuerdos de la guerra eran sobre todo de barro y de sangre. Pero comprendía lo que Daniel quería decir. Había conocido este «milagro», esta comunión mística de las tropas en la línea de fuego, esta depuración del individuo, esta formación repentina de un alma colectiva y fraternal bajo el peso de una misma fatalidad.

Jean-Paul, intimidado por la presencia de Antoine, se dejaba dar la comida por Daniel, cuya habilidad para meter la cuchara rebosante en la boca del niño, sin dejar de hablar, denotaba bien a las claras que no era un principiante en este papel de padre alimentador.

«Lo que pasa aquí, ante mí —se dijo Antoine de repente—, hubiera sido antaño absolutamente imprevisible... ¡Daniel enfermo, vestido de cualquier manera y

metamorfoseado en niñera!... ¡Y este pequeño hijo de Jenny y de Jacques!... Y, sin embargo, es así. Y apenas si me causa extrañeza... Tanta evidencia tiene la realidad... ¡Y tanto se impone esta evidencia!... Cuando las cosas suceden, ni siquiera se nos ocurre pensar que hubieran podido no ser así... O que hubieran podido ser completamente diferentes...» Durante medio minuto estuvo perdido en estos pensamientos confusos. «Si Goiran me oyera, no me escaparía de un discurso acerca del libre albedrío...», observó.

—Vamos, no te distraigas —gruñó el tío Daniel. La comida se hacía más laboriosa desde que Jean-Paul había acabado con la sopa y comenzado con las ciruelas. El pequeño, distraído, seguía con los ojos el ir y venir de su madre que, al otro extremo de la terraza, colgaba la ropa de la alambrada del gallinero, y muy a menudo Daniel se quedaba durante un buen rato con la cuchara en la mano, esperando a que Jean-Paul accediera a abrir la boca. Pero no se impacientaba. Cuando Jenny hubo terminado su trabajo se apresuró a venir a relevar a su hermano. Antoine la vio cruzar de nuevo el espacio soleado; se había quitado el delantal y, mientras andaba, se bajaba las mangas. Quiso sustituir a Daniel, pero éste protestó:

—Deja. Ya hemos terminado.

—¿Y nuestra lechecita? —dijo la joven madre, con voz alegre—. ¡De prisa! ¿Qué va a decir el tío Antoine si Jean-Paul no se toma su leche?

El niño, que con el codo levantado rechazaba ya el vaso, se detuvo para fijar en el tío Antoine una mirada voluntariosa, cargada de desafío. Esperaba alguna amenaza. Desconcertado por la sonrisa de complicidad y el guiño de Antoine, vaciló un segundo; luego, una alegría maliciosa iluminó su semblante, y sin dejar de mirar a Antoine, como para ponerle por testigo de su docilidad, vació su vaso de un trago.

—Ahora Jean-Paul va a venir a echarse un buen sueño, para que mamá pueda comer tranquila con el tío Antoine y el tío Dañe —prosiguió Jenny, desanudando la servilleta y ayudando al pequeño a bajarse de la silla.

Los dos hombres quedaron solos.

Daniel dio algunos pasos, arrancó del tronco de un plátano una cortecilla, que contempló distraídamente antes de estrujarla entre sus dedos. Luego, sacó del bolsillo una nueva pastilla de chicle y se puso de nuevo a masticar. Finalmente, volvió a su butaca y se tumbó en ella.

Antoine callaba. Pensaba en Daniel, en la guerra, en el ataque; pensaba en aquella hermandad mística de la primera línea. El pequeño Lubin —aquel pequeño Lubin, que tan a menudo le recordaba a su antiguo colaborador, el joven Manuel Roy—, ¿no había sostenido un día, en Mousquier, durante la comida, con voz temblorosa y mirada melancólica que, «dígase lo que se quiera, la guerra también tiene su *belleza*»? Era un crío de veinte años que había pasado bruscamente de los bancos de la Sorbona al cuartel, de un equipo de fútbol a las trincheras; que había llegado al frente sin haber «empezado» nada en la vida civil, sin dejar nada tras sí. Se había

embriagado gallardamente con este deporte peligroso. «La belleza de la guerra —se decía Antoine—; ¿es que esto cuenta algo, junto a todos los horrores que he visto?»

Súbitamente se le vino a la imaginación un recuerdo. Una noche —a principios de septiembre de 1914, en el transcurso de aquella larga batalla que Antoine seguía llamando para si mismo «los ataques de Provins», y que era para todos la batalla del Mame— había tenido que evacuar rápidamente su puesto de socorro, bajo un violento bombardeo. Después de haber conseguido evacuar a los heridos, arrastrándose por un foso, seguido de sus enfermeros, había logrado alejarse de los lugares batidos y alcanzar una casucha en ruinas, cuyas gruesas paredes y la cueva abovedada podían ofrecer un refugio provisional. En este momento los cañones enemigos habían alargado el tiro. Los obuses se acercaban. Inmediatamente había hecho descender a la cueva a todos sus hombres, cerrando la trampilla personalmente. Luego había permanecido solo, durante una veintena de minutos en la planta baja de la casa, apostado en la puerta de entrada, acechando el final del bombardeo. Y entonces fue cuando se produjo la cosa. Un estallido brutal, a treinta o cuarenta metros, le había hecho retroceder precipitadamente al fondo de la sala, bajo una nube de cascotes, y aquí se había tropezado con sus hombres, de pie y alineados en la oscuridad. ¿Cómo estaban aquí? Viendo que el oficial rehusaba «escondarse» con ellos, habían levantado la trampilla uno a uno y, sin ponerse previamente de acuerdo, habían venido a colocarse de una manera silenciosa detrás de su jefe.

«Y, sin embargo, era una situación bastante apurada —pensó Antoine—. Pero aquella prueba de solidaridad, de fidelidad, me proporcionó un minuto de alegría que nunca se me olvidará... Aquella noche, si algún Lubin me hubiera dicho: “La guerra también tiene su belleza”, tal vez le hubiera contestado: “Si”...»

Inmediatamente, reaccionó.

—¡No!

Daniel, sorprendido, volvió la cabeza. Antoine, sin darse cuenta, había hablado en voz alta.

Sonrió ligeramente.

—Quiero decir que... —empezó.

Sonreía, como para disculparse. Renunció a explicarse y calló. En el primer piso se oía llorar a Jean-Paul, que no quería dejarse acostar.

## VIII

JENNY había acostado al pequeño en su camita y, como todas las mañanas, mientras esperaba a que se durmiera, se había vestido para, inmediatamente después de comer poder ir a hacerse cargo de su servicio en el guardarropa del hospital. Cuando pasaba por delante de una de las ventanas distinguió, a través del visillo, a los dos hombres, que charlaban bajo los plátanos. La voz sin timbre de Antoine no llegaba hasta ella; la de Daniel, cansada, con bruscas alteraciones, llegaba algunas veces, pero sin que Jenny pudiera distinguir las palabras.

Recordaba con el corazón oprimido a los dos jóvenes que habían sido robustos, despreocupados, henchidos uno y otro de ambiciosos proyectos. La guerra había hecho de ellos lo que eran hoy... ¡Pero al menos ellos estaban aquí! Su estado mejoraría; Antoine recobraría su voz, Daniel se acostumbraría a su cojera; ¡muy pronto ambos reanudarían sus existencias!... ¡Jacques, no! También él, en esta clara mañana de mayo, hubiera podido estar vivo en algún sitio... Ella lo hubiera abandonado todo para reunirse con él... Hubieran sido dos para educar a su hijo... ¡Pero todo se había acabado para siempre!

La voz de Daniel había callado. Jenny se acercó a la ventana y vio que Antoine se dirigía hacia la casa. Desde la víspera, buscaba una oportunidad para verlo a solas. Se cercioró con una mirada de que Jean-Paul ya no se movía; terminó de abrocharse la falda, ordenó un poco la habitación rápidamente y abrió la puerta que daba al rellano.

Antoine subía la escalera lentamente, agarrándose a la barandilla. Cuando levantó la cabeza y vio a Jenny, ésta sonrió, se puso un dedo en la boca y se acercó a él.

—Ven a verlo dormir.

Demasiado fatigado para poder contestar, la siguió de puntillas.

La alcoba, tapizada con una tela de Jouy con dibujos azules, era muy grande; más larga que ancha. El fondo estaba ocupado por dos camas gemelas, entre las que había sido colocada la del niño. «Ésta debe ser la antigua alcoba de los Fontanin», se dijo Antoine, tratando de explicarse estas camas gemelas que, como cosa curiosa, parecían utilizarse ambas, ya que una y otra tenían al lado una mesilla de noche con objetos personales. Por encima de las camas, en el centro de la pared, atrayendo la mirada como una presencia, estaba colgado un retrato de Jacques, de tamaño natural: un óleo de factura moderna, que Antoine veía por primera vez.

Jean-Paul dormía acurrucado, con un hombro escondido bajo la almohada, con el pelo enmarañado y los labios entreabiertos y húmedos; el brazo libre descansaba sobre la colcha, pero sin abandono; el puñito estaba cerrado, como dispuesto para un pugilato.

Antoine señaló al retrato, con un gesto interrogativo.

—Una tela que he traído de Suiza —murmuró Jenny. A su vez, contempló el cuadro y luego al niño—. ¡Cuánto se parecen!

—¡Y si hubieras conocido a Jacques a esta edad! —dijo Antoine.

«Pero —pensaba— eso no implica en absoluto que se parezcan moralmente... ¡Cuántos elementos extraños a Jacques lleva en sí este pequeño!» Terminó su pensamiento a media voz:

—¿Verdad que es extraño? ¡Qué multitud de antepasados, próximos y lejanos, directos e indirectos, han colaborado a esta pequeña existencia! ¿Cuáles son aquéllos cuya influencia predominará? Misterio... Todo nacimiento es un milagro inédito; todo ser es un conjunto de elementos antiguos, pero reunidos bajo una forma completamente nueva...

El niño, sin despertarse, sin abrir el puño, dobló bruscamente el brazo delante de su cara, como para hurtarse al examen. Antoine y Jenny sonrieron al mismo tiempo.

«Extraño también —se dijo, mientras que ambos retrocedían en silencio al otro extremo de la estancia—; es extraño también que de todas las posibilidades de seres diferentes que Jacques llevaba en sí, sólo éste, este compuesto, Jean-Paul, y ningún otro, haya encontrado su forma y salido a la vida...»

—¿De qué te hablaba ese pobre Daniel con tanta animación? —preguntó Jenny, en voz baja.

—De la guerra... Por mucho que se haga, siempre está uno dominado por esta obsesión.

Las facciones de Jenny se endurecieron.

—Es un tema del cual nunca trato con él.

—¿No?

—Emite demasiado a menudo unas opiniones que me hacen avergonzarme de él... Cosas que encuentra en sus periódicos patrioteros... ¡Cosas que Jacques no hubiera tolerado nunca que dijera delante de él!

«¿Y qué periódicos leerá ella entonces? —se preguntó Antoine—. ¿*L'Humanité*, en memoria de Jacques?»

Jenny se acercó bruscamente.

—La noche de la movilización (todavía veo el sitio: delante de la Cámara, junto a una garita de centinela), Jacques me dijo, cogiéndome del brazo: «Mira, Jenny: ¡a partir de hoy, habrá que clasificar a la gente según su conformidad o su disconformidad con la idea de la guerra!»

Permaneció inmóvil un instante; las palabras de Jacques todavía resonaban en ella. Luego dejó escapar un suspiro ahogado, se volvió sobre sí misma y vino a sentarse ante un escritorio de caoba, cuya puertecilla estaba abierta. Con un gesto invitó a Antoine a tomar asiento. Antoine permanecía de pie, examinando el retrato. Jacques estaba pintado en él de tres cuartos de perfil, sentado, con la cabeza levantada atrevidamente y una mano crispada sobre el muslo. Había algo de desafío en esta postura. Pero era natural y a Jacques le gustaba sentarse así. El mechón, de un rubio oscuro, caía duramente sobre la frente. («Más tarde, el pelo del pequeño se oscurecerá también», se dijo Antoine.) La mirada, fija; la boca grande, con un rictus

de amargura; la mandíbula, tensa, daban al rostro una expresión atormentada, casi arisca. El fondo estaba sin terminar.

—Este cuadro data de junio de mil novecientos catorce —explicó Jenny—; está pintado por un inglés, un tal Paterson, que, según parece, combate ahora en las filas bolcheviques... Vanheede tenía este retrato en su casa y me lo dio en Ginebra. Ya sabes: el pequeño Vanheede, el albino amigo de Jacques... Ha tenido que hablarte de él en mis cartas.

De recuerdo en recuerdo, Jenny se puso a contarle toda su estancia en Suiza. (Estaba visiblemente contenta de charlar con Antoine de todas estas cosas, que callaba a todos.) Vanheede la había acompañado al Hotel del Globo, enseñándole la habitación de Jacques («una buhardilla, sin ventana...»); la había llevado al Café Landolt, al «Local»; le había presentado a los supervivientes de las reuniones del «Mentidero»... Y entre ellos había vuelto a encontrar a Stefany, el antiguo colaborador de Jaurès en *l'Humanité* (que Jacques le había hecho conocer en París.) Stefany había conseguido llegar a Suiza, donde había creado un periódico: *Su Gran Guerra*. Era uno de los más activos de este grupo de puros socialistas internacionales...

—Vanheede me acompañó también a Basilea —dijo Jenny, con la mirada pensativa.

Se inclinó hacia su escritorio; abrió un cajón cerrado con llave y, con precaución, como de un relicario, sacó un paquete de cuartillas manuscritas. Antes de entregárselas a Antoine, las conservó algunos segundos en sus manos.

Antoine, intrigado, había cogido los papeles y los hojeaba. Esta letra...

«... Hoy estáis frente a frente, con los fusiles cargados, estúpidamente dispuestos a mataros unos a otros...»

De repente, comprendió. Tenía aquí, en sus manos, las últimas páginas escritas por Jacques la víspera de su muerte. Las cuartillas estaban arrugadas, llenas de tachones, manchadas de tinta de imprenta. La letra era, indudablemente, de Jacques, pero casi irreconocible, deformada por la prisa y la fiebre, tan pronto firme y decidida, como temblorosa como la de un niño.

«... ¿Es que el Estado francés y el Estado alemán tienen entonces derecho a arrancaros a vuestra familia, a vuestro trabajo, y a disponer de vuestra piel contra vuestros intereses personales más evidentes, contra vuestra voluntad, contra vuestras convicciones, contra vuestros instintos más humanos, puros y legítimos? ¿Quién, entonces, les ha otorgado sobre vosotros este monstruoso derecho de vida y muerte? ¡Vuestra ignorancia! ¡Vuestra pasividad!...»

Antoine levantó los ojos.

—El borrador del manifiesto —murmuró Jenny, con voz alterada—. Plattner me lo entregó en Basilea... Plattner, el librero que se encargó de su impresión... Habían guardado el manuscrito y me lo...

—¿«Habían»?



—Plattner y un joven alemán, Kappel, que también conoció a Jacques... Un médico... Que me prestó una ayuda inestimable para el parto... Me hicieron visitar el cuchitril donde estuvo viviendo Jacques y donde escribió esto. Me llevaron a la meseta de donde despegó el avión... —Mientras hablaba, Jenny revivía su estancia en la ciudad fronteriza, llena de soldados, de extranjeros, de espías... Veía de nuevo estas orillas del Rin que trataba de describir a Antoine, los puentes custodiados militarmente, la vieja casa de la señora Stumpf, el camaranchón habitado por Jacques, la angosta claraboya que se abría al paisaje carbonífero de los muelles... El recorrido que había hecho hasta la meseta, con Vanheede, Plattner y Kappel, en el carricoche traqueteante de Andrejew, el mismo que había conducido a Jacques a su cita con Meynestrel... Todavía oía la voz gutural de Plattner, explicando: «Por aquí subimos al talud... Era de noche... Aquí nos tumbamos, esperando a que amaneciera... Por esa hendidura de la cumbre apareció el avión... Se detuvo allí... Thibault se subió...»

—¿Qué habrá hecho; en que pensaría, durante esta espera en la meseta? —suspiró Jenny—. Dicen que se alejó de ellos... Que fue a tumbarse apartado, completamente solo... Debió de presentir su muerte. ¿Cuáles fueron sus últimos pensamientos? No lo sabré nunca.

Antoine, con la mirada fija en el retrato, pensaba también, mientras escuchaba a la joven, en esta velada en la meseta, en esta llegada del avión fatal, ¡en este sacrificio absurdo! Pensaba en la inutilidad trágica de este heroísmo y de tantos otros... En la inutilidad de casi todos los heroísmos. ¡Se le venían a la imaginación veinte recuerdos de la guerra, sublimes y vanos! «Casi siempre —pensaba—, en el fondo de todas estas locas valentías hay una falta de discernimiento: una confianza ilusoria en determinados valores acerca de los cuales no se ha preguntado uno fríamente si efectivamente merecen la abnegación suprema...» Profesaba un culto que llegaba hasta el fetichismo a la energía y la voluntad, pero por naturaleza le repugnaba el heroísmo, y cuatro años de guerra no habían servido sino para hacer más fuerte esta repugnancia. No trataba en absoluto de empequeñecer el acto de su hermano. Jacques había muerto en defensa de sus ideales; había sido consecuente consigo mismo hasta el sacrificio. Un final semejante no podía inspirar sino respeto. Pero cuando Antoine pensaba en los «ideales» de su hermano se tropezaba siempre con esta contradicción fundamental: ¿cómo su hermano, que odiaba la violencia con todas las fuerzas de su inteligencia y de su temperamento —odio fundamental, más que probado, ya que no había dudado en arriesgar su vida para luchar contra la violencia, para predicar la fraternización y el sabotaje a la guerra— había podido militar durante años para la revolución social, es decir, para sostener la peor de las violencias, la violencia teórica, calculada e implacable de los doctrinarios? «A pesar de todo —se decía—, Jacques no era tan ingenuo, Jacques no se hacía tantas ilusiones acerca de la naturaleza del hombre como para creer que la Revolución total que esperaba pudiera hacerse sin injusticias sangrientas, sin una hecatombe de innumerables víctimas expiatorias.»

Sus miradas, dejando de interrogar al enigmático rostro del retrato, volvieron a

posarse en el de Jenny. Ésta proseguía su relato con toda sencillez, y una maravillosa exaltación interior la transfiguraba.

«Después de todo —se dijo Antoine—, nunca he hecho nada que me dé derecho a juzgar a aquéllos a quienes su fe les lleva hasta el último extremo... A aquellos que tienen la osadía de intentar lo imposible.»

—Una de las cosas que más daño me hacen —añadió Jenny, después de un breve silencio— es pensar que Jacques no supo que yo iba a tener un hijo. —Mientras hablaba, la joven había recogido las cuartillas, volviéndolas a guardar en el cajón. Calló de nuevo, unos momentos. Luego, como si estuviera pensando en voz alta (y Antoine agradeció infinito esta sencilla confianza) continuó—: Mira, estoy muy contenta de que el pequeño haya nacido en Basilea, allí donde su padre vivió sus últimos días; allí donde, sin duda alguna, vivió las horas más intensas de su existencia...

Siempre que evocaba el recuerdo de Jacques, el azul de sus pupilas se oscurecía insensiblemente, un ligero rubor acudía a sus mejillas y en todo el rostro florecía una expresión especial, ardiente y como insatisfecha, que se desvanecía acto seguido. «Este amor la ha señalado para siempre», se dijo Antoine. Estaba irritado por ello y se asombró de esta irritación. «Amor absurdo —pensaba sin querer—. Entre estos dos seres tan manifiestamente mal hechos uno para otro, el amor no ha podido ser sino un malentendido... Un malentendido que, sin duda, no hubiera durado, pero que se prolonga ahora en el recuerdo que ella tiene de Jacques y que se trasluce en todo lo que habla de él.» (Era una idea fija suya que, fatalmente, en el fondo de todo amor apasionado, existe un malentendido, una ilusión generosa, un error de apreciación, una idea falsa que se forma un ser de otro, y sin la cual no les sería posible amarse ciegamente.)

—La carga que me queda es muy pesada —dijo Jenny—: hacer de Jean-Paul lo que Jacques hubiera querido hacer de su hijo. Algunas veces esto me asusta... —Levantó la frente: en su mirada brilló una lucecita de orgullo. Parecía pensar: «Pero confío en mi.» Dijo—: ¡Pero confío en el pequeño!

Por otra parte, Antoine estaba encantado de verla tan viril, tan valiente frente al futuro. Por el tono de algunas cartas había esperado encontrarla más vacilante, más vulnerable, peor preparada para su tarea. Comprobaba con placer que la joven había sabido escapar al influjo de la desesperación, que no se había ofrecido de buen grado, como tantas mujeres apenadas, como víctima propiciatoria de la desgracia, para sublimizar a sus propios ojos y a los de los demás su amor roto. No; había reaccionado saludablemente, había recobrado enérgicamente el dominio de sí misma, asumiendo sola la dirección de su vida. Le dio a entender cuánto apreciaba esta actitud.

—¡En esto has dado la medida de lo que vales!

Jenny lo escuchó en silencio. Respondió simplemente:

—No tengo ningún mérito... Lo que me ha ayudado mucho, creo yo, es el que

nunca hayamos hecho vida en común Jacques y yo. Su muerte no alteraba en nada las costumbres de mi existencia cotidiana... Si; por lo menos, al principio, esto me ha ayudado... Luego, ha sido el pequeño. Mucho antes de su nacimiento, ha sido su presencia lo que me ha sostenido. Mi vida todavía tenía objeto: educar al hijo que Jacques me había dejado.

Volvió a callar. Luego prosiguió:

—Es una tarea difícil... ¡Es tan difícil de manejar esta criatura sensible! Algunas veces, este pequeño me da miedo... —Dirigió a Antoine una mirada escrutadora, casi intencionada—. Ni qué decir tiene que Daniel te habrá hablado de él.

—¿De Jean-Paul? Pues no; no de manera especial.

Intuyó inmediatamente que ambos hermanos no opinaban lo mismo acerca del carácter del niño, y que esta divergencia creaba entre ellos un punto de desacuerdo.

—Daniel pretende que Jean-Paul siente placer en desobedecer. Es injusto. Y es falso. De cualquier forma, es más complicado que todo eso... He reflexionado mucho sobre ello. Es exacto que este niño dice «no» instintivamente. Pero no es por malevolencia; es como una necesidad de oponerse. Quiero decir: una necesidad de afirmarse. Algo así como la necesidad de demostrarse a sí mismo que existe... Y es tan manifiestamente la expresión de una fuerza interior irresistible, que no se lo puedo reprochar... ¡Es algo tan instintivo en él como el instinto de conservación!... Yo, las más de las veces, no me atrevo a castigarlo.

Antoine escuchaba con un interés verdadero. Hizo un gesto de asentimiento para animar a Jenny a continuar.

—¿Me comprendes? —dijo ella, con una sonrisa tranquilizada y llena de confianza—. A ti, que estás acostumbrado a tratar con niños, es probable que no te sorprenda... Yo, ante este carácter retraído, me siento como ante un misterio... Sí; muchas veces lo veo desobedecerme, con una especie de estupor, de sorpresa intimidada —(Casi estaba por decir «de sorpresa maravillada»)— semejante al asombro con que lo veo crecer, desarrollarse, comprender... Si está solo en el jardín y se cae, llora; pero le he visto llorar muy pocas veces si se hace daño delante de alguno de nosotros... Rechazará sin ninguna razón aparente el caramelo que yo le ofrezco; pero volverá, a escondidas, para robar la caja. Y no por golosinaría; ni siquiera tratará de abrirla: irá a esconderla bajo el almohadón de un sofá o a enterrarla en su montón de arena. ¿Por qué? Por el simple deseo, creo yo, de hacer un acto de «independencia»... Si lo regaño, se calla; todos sus músculos se tensan de rebeldía; su mirada cambia de color y se posa sobre mí con tanta dureza que no me atrevo a continuar. Una mirada irreductible... Pero también una mirada pura y solitaria... ¡Una mirada que me impone! La mirada de Jacques cuando niño, sin duda alguna.

Antoine sonrió.

—¡Y puede también que la tuya, Jenny!

Ella rechazó esta suposición con un ademán, e inmediatamente continuó:

—He de decir que si se resiste a toda imposición, en cambio cede al menor gesto

de ternura... Así, si cuando está enfadado consigo cogerlo en brazos, todo cambia: apoya su carita en mi cuello, me besa, se ríe; es como si algo rígido que tuviera en su interior se ablandara de repente... ¡Como si de repente se liberará de su demonio!

—¿Con Gise será todavía más desobediente?

—No es lo mismo —repuso Jenny, con una tirantez repentina—. «Tía Gi» es una pasión; ¡cuando ella está aquí, es ya lo único que cuenta para él!

—¿Consigue ella de él todo lo que desea?

—Todavía menos que yo o que Daniel. ¡No puede pasarse sin ella, pero es para someterla a todos sus caprichos, y los servicios que de ella exige, por lo general, son aquellos que no pide a ningún otro, por orgullo: como que le quite la braguita o le dé algún objeto que él no puede alcanzar porque no es lo bastante grande! ¡Y si yo no estoy presente, nunca le da las gracias! ¡Hay que oír con qué autoridad le da órdenes! Se diría... —se interrumpió un segundo, antes de acabar la frase—; no es muy halagador para Gise lo que voy a decir, pero creo que es cierto: se diría que Jean-Paul ha intuido en ella a la esclava de nacimiento...

Antoine, intrigado por estas últimas palabras, miraba a Jenny con una atención inquisitiva. Pero ella eludió su mirada, y como en aquel momento la campana anunciara la comida, se levantó.

Fueron juntos hacia la puerta. Jenny parecía deseosa de decir algo. Puso la mano en la perilla y luego la retiró.

—Esto me ha hecho mucho bien... —murmuró—. Desde mi regreso de Suiza no he podido hablar de Jacques con nadie...

—¿Y por qué no con Gise? —insinuó Antoine, recordando las confidencias y las lamentaciones de la joven.

Jenny, de pie, con los ojos bajos y el hombro apoyado en el quicio de la puerta, parecía no haber oído.

—¿Con Gise? —repitió, finalmente, como si las palabras hubieran tardado algunos segundos en llegar hasta ella.

—Gise es la única que podría comprenderte. Quería a Jacques. Y también ella tiene mucha pena...

Jenny, sin levantar los párpados, movió la cabeza. Parecía no querer prestarse a ninguna explicación. Luego miró a Antoine y, con inesperada rudeza, exclamó:

—¿Gise? ¡Gise tiene su rosario! ¡Eso ocupa sus manos y le ayuda a no pensar! —Había vuelto a bajar la cabeza. Después de una pausa, añadió—: ¡Algunas veces la envidio! —Pero el tono y un ruido de garganta parecido a una risa abortada, desmentían violentamente sus palabras. Inmediatamente pareció lamentar lo que acababa de decir—. Mira, Antoine; Gise se ha convertido para mí en una verdadera amiga —murmuró con voz dulcificada y acento sincero—. Cuando pienso en nuestro futuro ella ocupa en él un lugar preferente. Es una especie de consuelo para mi esperar que siempre estará a nuestro lado...

Antoine esperaba un «pero» que, efectivamente, vino tras una corta vacilación.

—Pero Gise es como es, ¿verdad? Cada uno tiene su forma de ser... Gise tiene magnificas cualidades, pero tiene también sus defectos... —Después de una nueva vacilación, declaró—: Por ejemplo, Gise no es completamente sincera.

—¿Gise? ¡Con esa mirada tan limpia!

El primer impulso de Antoine había sido de protesta. Al reflexionar, veía ahora lo que Jenny quería decir. Efectivamente, sin ser falsa, Gise conservaba de buena gana algunos pensamientos secretos; evitaba exponer sus preferencias o sus antipatías; temía las explicaciones, sabía ocultar un resentimiento y mostrarse, sin esfuerzo, sonriente y servicial con aquéllos a quienes menos quería. ¿Timidez? ¿Pudor? ¿Disimulo? ¿O más bien la duplicidad instintiva de aquellos negros cuya sangre corría por sus venas, defensa natural de las razas largo tiempo sojuzgadas? «La esclava de nacimiento...»

Casi inmediatamente rectificó:

—Si, sí; te comprendo.

—Entonces, te darás cuenta de por qué, a pesar de un afecto muy grande y de una intimidad cotidiana, pues bien..., a pesar de todo..., hay temas que no puedo abordar con ella... —Se irguió—. ¡De ninguna manera!

Y con un gesto vivo, como para poner punto final a la conversación, abrió la puerta.

—¡Vamos a la mesa!

## IX

LA mesa había sido puesta afuera, bajo el porche de la cocina. La comida fue rápida. Jenny no tenía apenas apetito. Antoine, al que le había faltado tiempo para hacerse su tratamiento antes de la comida, pasaba los alimentos con dificultad. Daniel fue el único en hacer los honores a la ternera con guisantes de Clotilde. Comía en silencio, indiferente y distraído. Al final del almuerzo, con motivo de una observación de Antoine acerca de Rumelles y los «movilizados de retaguardia», salió bruscamente de su mutismo para lanzarse a una apología feroz de los «aprovechados» («los únicos que han sabido acomodar los acontecimientos a las necesidades del hombre...»). Y, a título de ejemplo, citó con admiración burlona el auge en que estaba su antiguo jefe, «ese genial pirata de Ludwigson», instalado en Londres desde el principio de las hostilidades y que, según se decía, había decuplicado varias veces su fortuna, creando con el apoyo disimulado de los banqueros de la City y algunos políticos ingleses una Sociedad Anónima de Carburantes, la famosa S.A.C.

«Sí; más tarde se parecerá asombrosamente a su madre», se decía Antoine, al que le chocaba cuánto se había modificado el físico de Jenny en estos cuatro años. La maternidad y la crianza habían ensanchado las caderas, desarrollado los senos y robustecido el cuello. Pero el cambio no resultaba desagradable: corregía lo que aún subsistía de rigidez protestante en su actitud, la postura de su cabeza e incluso la finura un poco seca de sus facciones. La mirada seguía igual: seguía teniendo esta misma expresión de soledad, de valor silencioso, de desconsuelo, que tanto intrigara a Antoine antaño, la primera vez que la había visto, de niña, cuando la fuga de su hermano y de Jacques... «Pero, a pesar de todo —se decía—, ahora parece tener mayor naturalidad... No me explico la atracción que ejercía sobre Jacques... ¡Con lo repelente que era antes! ¡Con aquella desagradable mezcla de timidez y orgullo! ¡Con aquella reserva glacial! Ahora, por lo menos, ya no da esa impresión de tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para otorgar a los demás algo de sí... Hoy me ha hablado con verdadera confianza... Sí; hoy ha estado conmigo verdaderamente perfecta... Claro que nunca tendrá la gracia y la simpatía de su madre... No; siempre habrá en esta especie de distinción que ella tiene un algo que parece decir: “No trato de aparentar. No me preocupa agradar. Me basto a mí misma...” Tiene que haber para todos los gustos. Nunca será mi tipo... Pero no importa; ha mejorado mucho.»

Se había acordado que, tan pronto terminara el almuerzo, Antoine acompañaría a Jenny al hospital para hacer una visita a la señora de Fontanin.

Mientras que Daniel, tumbado de nuevo en su butacón, se tomaba el café, Jenny subió a despertar a Jean-Paul, y Antoine aprovechó para subir también a su recámara y proceder a una rápida inhalación: temía las fatigas de la jornada.

Jenny tenía costumbre de hacer el recorrido en bicicleta. La cogió para tenerla al regreso y partió a pie con Antoine, a través del parque.

—Daniel me parece muy cambiado —insinuó Antoine, cuando hubieron cruzado el jardín y alcanzado la avenida—. ¿Es cierto que ya no trabaja?

—¡Nada en absoluto!

El tono estaba cargado de reproches. En el transcurso de la mañana y durante la comida, Antoine había observado algunos indicios de desacuerdo entre ambos hermanos. Se había sentido sorprendido, recordando las atenciones que Daniel prodigaba antes a Jenny. Y se había preguntado si no se abandonaba también Daniel en este aspecto.

Anduvieron algunos minutos en silencio. La hojarasca naciente de los tilos proyectaba sobre el suelo una sombra entreverada de manchas luminosas. El aire, bajo estos viejos árboles, estaba pesado y húmedo como antes de llover, aunque el cielo permanecía despejado.

—¿Hueles? —preguntó Antoine, levantando la cabeza. Por encima de la tapia de un jardín salía el perfume embalsamado de un macizo de lilas en flor.

—Si quisiera, podría ser útil en el hospital —prosiguió Jenny, sin prestar atención a las lilas—. Mamá se lo ha pedido muchas veces. Pero él contesta: «¡Con mi pata de palo ya no sirvo para nada!»; pero eso es sólo un pretexto... —Cambió la mano que sujetaba el manillar para acercarse más a Antoine—. Lo cierto es que nunca ha sido capaz de hacer nada por los demás. Y ahora menos que nunca.

«Es injusta —se dijo Antoine—; debiera agradecerle que se ocupe del niño.»

Jenny se había callado. Luego decretó con decisión:

—Nunca ha tenido el menor sentido social.

La palabra era inesperada... «Todo lo relaciona con Jacques —observó Antoine, molesto—. Ahora juzga a su hermano desde el punto de vista de Jacques.»

—Ten en cuenta —dijo en voz alta, con tristeza— que hay que compadecer a un hombre cuando éste siente que está incapacitado ...

Jenny no pensaba sino en Daniel; su contestación fue ruda:

—¡Podían haberlo matado! ¿De qué se queja? ¡Al fin y al cabo, vive!

Sin darse cuenta de su crueldad, prosiguió acto seguido:

—¿Su pierna? Apenas cojea... ¿Qué le impediría ayudar a mamá a llevar la contabilidad del hospital? E incluso, si no siente deseos de ser útil a la colectividad...

«Otra palabra más que procede de Jacques», pensó Antoine.

— ...¿Qué le impediría dedicarse de nuevo a la pintura?... No; es otra cosa. No es cuestión de salud, ¡es cuestión de carácter! —Su nerviosismo le había hecho apretar el paso insensiblemente. Antoine jadeaba. Jenny se dio cuenta y aminoró la marcha—. Daniel ha tenido siempre una vida demasiado fácil... ¡Tenía derecho a todo! Hoy sufre en su vanidad, estúpidamente. No sale nunca del jardín ni va nunca a París. ¿Por qué? Porque tiene vergüenza de que lo vean. ¡No se acostumbra a la idea de haber tenido que renunciar a sus «éxitos» de antaño! ¡De no poder hacer ya su vida de antes! ¡Su vida de niño bonito! ¡Su vida disoluta! ¡Su vida inmoral de antes de la guerra!

—Eres muy severa, Jenny.

Miró a Antoine, que sonreía, y esperó a que esta sonrisa se hubiera disipado para declarar en tono cortante:

—¡Tengo miedo por mi pequeño!

—¿Por Jean-Paul?

—¡Sí! Jacques me hizo comprender muchas cosas... Ahora me ahogo en este ambiente, ¡que ya no es el mío! ¡Y no puedo hacerme a la idea de que es en esta atmósfera en la que Jean-Paul está llamado a desarrollarse!

Antoine hizo un movimiento evasivo, como si no hubiera comprendido bien.

—Te digo todo esto porque tengo confianza en ti —dijo Jenny—. Porque más adelante tendré necesidad de tus consejos... Siento por mamá un profundo afecto. Admiro su valor, la dignidad de su vida. No olvido todo lo que ha hecho por mí... ¿Pero qué le voy a hacer? ¡Ya no tenemos ni una sola idea en común! ¡En nada!... Indudablemente, yo no soy la misma de mil novecientos catorce. ¡Pero mamá ha cambiado tanto, también ella!... Hace cuatro años que está a la cabeza de este hospital; cuatro años que organiza, que decide, que no hace otra cosa sino dar órdenes, hacerse respetar, hacerse obedecer... Ha tomado gusto a la autoridad... ¡En una palabra: te aseguro que ya no es la misma!...

Antoine esbozó un gesto evasivo, vagamente incrédulo.

—Mamá era todo indulgencia —continuó Jenny—. A pesar de ser profundamente creyente, nunca trataba de imponer a los demás sus puntos de vista. ¡Hoy!... ¡Si la oyeras catequizar a sus enfermos!... Y son siempre los más dóciles los que consiguen las convalecencias más largas...

—Eres muy severa —repitió Antoine—. Y, sin duda, injusta.

—Puede ser... Sí... Tal vez hago mal en contarte todo esto... No sé cómo explicarme... Mira, por ejemplo: mamá dice «nuestros muchachos»... Mamá dice «los boches»...

—¡Como todos nosotros!

—No. No de la misma forma... ¡Mamá absuelve todos los crímenes que han podido cometerse desde hace cuatro años en nombre del patriotismo! ¡Mamá los aprueba! ¡Mamá está convencida de que la causa de los aliados es la única pura y la única justa! ¡La guerra deberá proseguir mientras Alemania no sea aplastada!... Y los que no piensan como ella son malos franceses... Y los que buscan el verdadero origen del mal y hacen al capitalismo responsable de todo esto son...

Antoine escuchaba con asombro. Lo que estas confidencias le revelaban acerca del estado de ánimo de Jenny, de su concepto del mundo, de esta nueva escala de valores que ella había adoptado bajo la influencia póstuma de Jacques, le interesaba mucho más que las modificaciones sobrevenidas en el carácter de la señora de Fontanin. Sentía deseos de decir, a su vez: «¡Tengo miedo por el pequeño!», porque se preguntaba con inquietud si esta evolución de Jenny (que, según él, no podía ser sino bastante aparente y superficial) no daría lugar a crear en torno a Jean-Paul una



atmósfera peligrosa; más peligrosa, de cualquier forma, para el desarrollo de un cerebro joven que el ejemplo ocioso del tío Daniel o el patriotismo de bolsillo de la abuela...

Llegaban a la glorieta soleada desde la que se distinguía ya la entrada de la finca Thibault. Distráido, a pesar suyo, Antoine recorría con la mirada estos lugares que le parecía haber conocido en un pasado lejano, en una existencia anterior...

Sin embargo, todo había permanecido igual de una manera inmutable: la ancha avenida con dos paseos laterales, que bordeaba la perspectiva solemne de la residencia; la plazuela, con su estanque circular y su surtidor de los domingos; sus parterres de césped y sus arriates de boj; sus pretilos blancos, y a lo lejos, oculta bajo las ramas bajas del jardín paterno, la puerta de servicio donde Gise venía de niña a esperar su llegada. Aquí la guerra parecía no haber tocado nada...

Jenny se detuvo antes de cruzar la glorieta.

—Desde hace tres años, mamá vive en contacto diario con los sufrimientos de la guerra... Y se diría que ya no es capaz de emocionarse con ellos, de tanto como se ha endurecido su sensibilidad ejerciendo este trabajo repugnante...

—¿El trabajo de enfermera?

—No —contestó Jenny con dureza—; ¡el trabajo que consiste en cuidar a unos hombres jóvenes, en curarlos, solamente para que puedan volver a hacerse matar! ¡Como se recose a los caballos despanzurrados de los picadores, antes de volverlos a lanzar a la arena! —Bajó la cabeza y de repente se volvió hacia Antoine con una timidez tardía—. ¿Te escandalizo?

—¡No!

Él mismo se sintió sorprendido por la espontaneidad de este «no», sorprendido al notar que hoy en día estaba infinitamente más lejos del patriotismo de una señora de Fontanin que de las reprobaciones e indignaciones de una Jenny. Y, pensando en su hermano, se repitió una vez más: «¡Cuánto mejor lo comprenderla hoy que antaño!»

Llegaban a la verja.

Jenny suspiró; lamentaba que este paseo llegara a su fin. Sonrió afectuosamente a su acompañante.

—Gracias... Es tan agradable cuando por casualidad se puede hablar con el corazón en la mano...

## X

LA verja labrada de la finca (con su pretencioso monograma O. T., apenas desdorado por el tiempo) estaba abierta. Las ruedas de las ambulancias habían formado rodadas en el paseo, en el que ya no quedaban vestigios de la fina grava que en sus tiempos el señor Thibault hacía rastrillar a diario. También estaban abiertas casi todas las ventanas de la casa, cuya fachada bañada de sol, alegremente empavesada de toldos nuevos con rayas encarnadas, se distinguía a través de las ramas.

—Aquí están mis dominios del guardarropa —dijo Jenny cuando pasaron por la puerta de las antiguas despensas—. Te dejo... Cruza la veranda y entra directamente al despacho. Allí encontrarás a mamá.

Una vez solo, Antoine se detuvo unos instantes para descansar. Cada matorral, cada recodo del paseo que se ofrecía a su mirada le resultaba familiar inmediatamente. El sonido de un piano que llegaba hasta él, a intervalos, evocó repentinamente una visión de tiempos pasados: Gise, encaramada en un taburete, con la trenza por la espalda y haciendo escalas torpemente bajo el doble control de la anciana señorita y de un metrónomo de ritmo imperioso...

A través de los macizos distinguía delante de la casa una animación de *kermesse*; hombres jóvenes, cubiertos con gorros cuarteleros y vestidos de franela gris, recostados en los peldaños de la escalinata, charlaban al sol. Otros, reunidos en torno a las mesas del jardín, jugaban a las cartas o leían los periódicos. Dos soldados, en mangas de camisa, con pantalones azules de uniforme y polainas, segaban la hierba, y Antoine reconoció el chasquido exasperante de la cortadora de césped. Más lejos, bajo el haya, media docena de convalecientes se agitaban alrededor del viejo juego de la rana y se oía el chocar de los tejos contra la boca de bronce.

Al acercarse este oficial médico desconocido, los hombres que estaban tumbados en los escalones se levantaron para hacer el saludo militar. Antoine subió la escalinata; la veranda había sido encristalada por completo y transformada en un jardín de invierno, cerrado y tibio como una estufa. Aquí era donde venían a reposar aquellos enfermos cuyo estado no les permitía todavía salir al jardín. A la izquierda estaba el piano, que era, efectivamente, el antiguo instrumento en nogal claro que servía a Gise cuando niña para sus ejercicios. Un soldado, sentado ante el teclado, buscaba con un dedo novicio el estribillo de *La Madelon*.

Calló el piano y las manos se levantaron para saludar al paso del oficial. Antoine entró en el salón. A esta hora estaba desierto. Había tomado el aspecto de un vestíbulo de hotel: sillones y sillas estaban agrupados alrededor de cuatro mesas de juego.

La puerta del despacho del señor Thibault estaba cerrada. En un cartón, fijado con chinchetas, leyó: «Secretaría.» Entró. Y al principio no vio a nadie. La estancia había conservado su mobiliario: la gran mesa de encina, el sillón y las librerías

permanecían solemnemente en sus sitios consagrados. Pero el despacho estaba dividido en dos por un biombo desplegado. Al ruido de la puerta calló una máquina de escribir y la cabeza de un joven secretario emergió por encima del biombo. Apenas hubo visto al recién llegado, cuando exclamó, alegremente:

—¡El señor doctor!

Antoine, sorprendido, sonrió. A decir verdad, no acababa de conocer al muchachote que se acercaba a él, pero tenía que ser Loulou, el más joven de los dos huérfanos de la calle de Verneuil, el pequeño al que curara de un absceso en el brazo. (Al salir de París, al principio de la guerra, Antoine había confiado los dos niños a Clotilde y Adrienne. Recordó vagamente haber sabido que la señora de Fontanin les había encontrado empleo en el hospital.)

—¡Cuánto has crecido! —dijo—. ¿Qué edad tienes ahora?

—Conscripto del año veinte, señor doctor.

—¿Y qué haces aquí?

—Empecé de recadero. Ahora ya paso los libros.

—¿Y tu hermano?

—En Champagne... Fue herido; ¿lo sabía usted? En una mano. En abril del diecisiete, cerca de Fismes. ¿Lo conoce?... Se había presentado como voluntario en el dieciséis... Le cortaron estos dos dedos... Afortunadamente, es en la izquierda...

—¿Y ha vuelto al frente?

—¡Oh; mi hermano sabe defenderse! Ha hecho que lo destinen a la «meteor»... Ya no corre peligro. —Loulou miraba a Antoine con una atención compasiva. Finalmente, murmuró—: ¿A usted, han sido los gases?

—Sí —respondió Antoine. Vio un silloncito de terciopelo granate, con clavos dorados, que le recordaba su infancia, y se sentó con un gesto de cansancio.

—Eso de los gases es muy feo —afirmó Loulou, frunciendo los labios—. Y, además, a mí me parece que no es una cosa leal..., como es debido...

—¿No está aquí la señora de Fontanin? —interrumpió Antoine.

—Ha subido... Voy a avisarle... Estamos esperando una expedición: se están preparando camas por todas partes.

Antoine se quedó solo. Solo, con su padre. La fuerte personalidad del señor Thibault todavía habitaba esta estancia. Emanaba de cada objeto, del lugar escogido para cada uno de ellos y conforme a un uso determinado: del tintero con tapa de plata, de la lámpara de mesa, del secafirmas, del barómetro colgado de la pared. Personalidad tan tenaz que no bastaba con el desplazamiento de un mueble o la colocación de un biombo para terminar con ella: permanecía arraigada obstinadamente en estos lugares que durante medio siglo había ocupado con su autoritario predominio. Antoine no tenía sino que poner los ojos en esta puerta de encina para oírla abrirse y cerrarse de una forma característica, inolvidable, a la vez reposada, contenida y violenta. No tenía sino que mirar sobre la alfombra esta zona más desgastada para inmediatamente volver a ver a su padre ir y venir con paso

cansino de la biblioteca a la chimenea, con su levita de faldones flotantes, los ojos semicerrados y las manos gordezuelas sólidamente anudadas a su espalda. Y le bastaba con contemplar un instante esta copia del *Cristo*, de Bonnat, y debajo este sillón vacío, con las iniciales repujadas en el cuero: inmediatamente resucitaba la voluminosa presencia del señor Thibault, sentado pesadamente en su sillón, con los hombros caídos, levantando la barbilla hacia algún visitante inoportuno y quitándose su binóculo antes de hablar, para deslizarlo en el bolsillo del chaleco, con un gesto medurado y ritual que parecía como si se persignara.

El ruido de la cerradura le hizo levantarse; la señora de Fontanin entraba.

Llevaba puesta una bata, como sus enfermeras, pero no traía velo sobre los cabellos, los cuales se le habían vuelto completamente blancos. El rostro estaba pálido y enflaquecido. «Color de cardíaco —pensó Antoine, maquinalmente—... Tal vez no viva ya mucho tiempo.»

La señora de Fontanin le cogió ambas manos, lo obligó a sentarse de nuevo y fue a instalarse al otro lado de la mesa, en el sillón de las iniciales. Con toda evidencia era el sitio habitual de la «hugonote»... («¡Si el difunto señor volviera!...»)

Inmediatamente, la señora de Fontanin empezó a preguntar a Antoine acerca de su salud. Estos pocos minutos de espera habían permitido descansar a éste; sonrió.

—Si esto hubiera tenido que acabar conmigo, ya lo habría hecho... Afortunadamente, tengo buena constitución...

A su vez le preguntó acerca del hospital y de la forma de vida que se había organizado. La señora de Fontanin se animó inmediatamente.

—Yo no tengo ningún mérito... Cuento con un personal admirable, a las órdenes de Nicole. Ya sabe usted que esta querida chiquilla tiene los títulos necesarios. Me hace un servicio inmenso... Sí; ¡un personal admirable! Y compuesto en su totalidad por mujeres jóvenes y muchachas que viven en Maisons, de forma que todas mis habitaciones son para mis enfermos. Y mis enfermeras son benévolas, lo que me permite no salirme de mi presupuesto, a pesar de que las subvenciones son módicas. ¡Pero me ayudan mucho! ¡Me han ayudado mucho desde el primer día! ¡Se ha mostrado tan generosa toda la región! ¡Dese cuenta de que todo mi material: camas, bateas, vajilla, ropa, todo, me ha sido facilitado por los vecinos! Y mire: estamos esperando una nueva expedición... Nicole y Gisèle han ido a pedir ropa de cama. ¡Estoy segura de que encontrarán todo lo que me falta! —Sus ojos levantados, su sonrisa triunfante, floreciente de gratitud, parecían dar gracias al Todopoderoso por haber poblado el mundo, y especialmente Maisons-Laffitte, de seres serviciales y de corazones compasivos.

Describió detalladamente las modificaciones efectuadas en la finca y las que todavía proyectaba. No parecía que se le hubiera ocurrido siquiera la idea de que la guerra y su vida de hospital pudieran tener fin.

—¡Venga a ver! —dijo alegremente.

Efectivamente, todo estaba transformado. La sala de billar se había convertido en

enfermería; la oficina del señor Thibault, en gabinete de consulta; el cuarto de baño, en sala de curaciones. El invernadero, bien caldeado, había sido convertido en una sala en la que cabían holgadamente doce camas.

—Subamos.

Las habitaciones, desiertas a esta hora, formaban pequeños dormitorios. En el primero había quince enfermos; en el segundo, diez, y en el cuarto trastero, se disponían, en caso de necesidad, media docena de camas suplementarias.

Antoine sintió curiosidad por ver su antigua habitación, pero estaba cerrada con llave. Se esperaba el servicio de desinfección; la recámara había estado ocupada por un paratífico que habían transferido aquella misma mañana al hospital de Saint-Germain.

La señora de Fontanin iba de habitación en habitación, abriendo las puertas con la autoridad de un jefe de empresa, inspeccionando todo con mirada inquisitiva, comprobando al pasar la limpieza de los lavabos, la temperatura de los radiadores y hasta los títulos de los libros y revistas que había sobre las mesas. De vez en cuando, con un gesto que se había hecho maquinal, levantaba la muñeca para comprobar la hora.

Antoine la seguía, un poco cansado. Las palabras de Clotilde le bullían en la cabeza: «¡Si el difunto señor...!»

En el segundo piso, como la señora de Fontanin le hiciera entrar en una habitación tapizada con papel de florecillas y cuya ventana se abría sobre las copas de los castaños, se detuvo en el umbral, conmovido por sus recuerdos.

—La alcoba de Jacques...

La señora de Fontanin lo miró, sorprendida. Y de repente, sus ojos se llenaron de lágrimas. Ella, para disimular su congoja, fue a cerrar la ventana. Luego, como si este recuerdo imprevisto le hiciera desear una conversación más íntima, dijo:

—Ahora lo llevo al pabellón de los establos, donde he establecido mi cuartel general. Allí estaremos más a gusto para charlar.

Descendieron la escalera en silencio. A fin de evitar el paso por la veranda ganaron el jardín por la puerta de servicio. Cuatro soldados, a la sombra, repintaban de blanco unas camas de hierro. La señora de Fontanin se acercó a ellos.

—Dense prisa, hijos míos... Es necesario que eso esté seco para mañana... ¡Y usted, Roblet, bájese de ahí! —(Un hombre, inclinado sobre el saliente de la cocina, recogía unos tallos de clematita.)—. ¡Anteayer estaba usted todavía en la cama, y hoy se le ocurre encaramarse a las escaleras! —El hombre, un individuo barbudo que debía de ser de la territorial, obedeció sonriente. Cuando estuvo en el suelo, la señora de Fontanin se acercó a él, le desabrochó dos botones de la chaqueta y le palpó el costado—. Naturalmente. Se le ha aflojado el vendaje. ¡Vaya a enseñar eso en la enfermería! —Y poniendo a Antoine por testigo, agregó—: ¡Un muchacho que todavía no hace tres semanas que ha sido operado!

Rodearon el césped para llegar a las antiguas cuadras. Los enfermos con los que

se cruzaban volvían hacia la señora de Fontanin una cara amistosa y se quitaban el gorro cuartelero, como los paisanos.

—Mi habitación está aquí arriba —dijo ella, empujando la puerta del pabellón.

En la planta baja, unos bancos de trabajo ocupaban los compartimientos de los caballos: el suelo estaba cubierto de desperdicios de materiales.

—Esto es lo que ellos llaman el taller de «chapuzas» —explicó, empezando a subir por la escalerilla de caracol que daba acceso a la antigua vivienda del cochero—. Ya nunca necesito encargar trabajos afuera. Estos buenos chicos me hacen todas mis reparaciones: fontanería, carpintería, electricidad...

Le precedió en el primero de los dos desvanes, del que se había hecho una especie de despachito personal. El mobiliario se componía de dos sillones de jardín y una mesa cargada de papeles y libros de cuentas; una estera muy usada estaba puesta sobre el suelo. Antoine había reconocido, nada más al entrar, encima de la mesa, «su lámpara»: un enorme quinqué, provisto de una pantalla de cartón verde, a cuya luz había preparado él tantos exámenes, en las noches calurosas de junio, llenas del zumbido de las mariposas nocturnas, mientras que todo dormía en la casa. La pared estaba recién encalada. Clavadas en ella había algunas fotografías: Jérôme, de joven, con la cintura arqueada y una mano puesta sobre el respaldo de un sillón almohadillado; Daniel, con las pantorrillas al aire, vestido de marinero; Jenny, de niña, con el pelo suelto y un pichón en la manita, y otra Jenny, ya mujer, vestida de luto y con su hijo sentado en las rodillas.

Un acceso de tos obligó a Antoine a tomar asiento, sin esperar a que la señora de Fontanin le invitara a hacerlo. Cuando levantó la cabeza, sorprendió la mirada preocupada de ésta, que estaba fija en él; pero no hizo ninguna reflexión acerca de su salud.

—Voy a aprovechar su visita para adelantar un poco mi costura —dijo la señora de Fontanin, con una risita de coquetería—. Nunca tengo tiempo para dar ni una sola puntada. —Apartó la Biblia negra que estaba sobre la mesa, para poner en su lugar el costurero, y después de un nuevo vistazo a su reloj, se sentó.

—¿Le ha dicho algo Daniel? ¿Le ha dejado siquiera examinar su pierna? —preguntó, ahogando un suspiro. (Daniel nunca le había permitido ver su miembro mutilado.)

—No Pero me ha contado toda su desgracia... Le he aconsejado algunos ejercicios de reeducación. Con un poco de perseverancia se consiguen resultados prodigiosos... Por otra parte, reconoce que con este aparato nuevo apenas le molesta andar.

La señora de Fontanin parecía no haberlo escuchado. Con las manos en el regazo y la cabeza levantada hacia la ventana, dejaba vagar su mirada pensativa por el follaje del jardín.

Se volvió bruscamente.

—¿Le ha contado lo que pasó aquí, el día que fue herido?

—¿Aquí?... No...

—Dios me hizo la gracia de prevenirme —explicó gravemente—. En el momento en que Daniel recibía la herida, yo fui avisada por el Espíritu. —Su mano se alzó ligeramente y quedó en silencio, emocionada. Luego, no sin cierta solemnidad en su intencionada sencillez (como si recitara un pasaje de las Escrituras y también como si hubiera de cumplir una obligación atestiguando un milagro ante los hombres) prosiguió—: Aquel día era jueves. Me desperté al amanecer. Sentí la presencia de Dios y quise rezar. Pero experimentaba una gran indisposición... Desde la creación del hospital era la primera vez que estaba enferma, y no he vuelto a estarlo después... Quise ir a abrir mi ventana para llamar a una de las enfermeras de guardia. Pero no podía tenerme en pie. Afortunadamente, al no verme llegar como de costumbre, vino una de ellas. Me encontró inmóvil en mi cama. Tan pronto como me levantaba volvía a caer presa de vértigo. Estaba sin fuerzas, como si hubiera perdido toda mi sangre por una herida. No dejaba de pensar en Daniel. Recé. Pero mi estado no dejó de empeorar durante toda la mañana. Jenny me trajo al médico varias veces. Me dieron jarabe de éter. Casi no podía hablar. Por fin, a las once y media, un poco después de la primera llamada para la comida, di un grito involuntario y tuve un pequeño síncope. Cuando recobré el conocimiento me sentí mejor. Hasta tal punto mejor que, a última hora de la tarde, pude levantarme, bajar a la secretaría, firmar los partes y el correo. Había pasado el mal. —Hablaba con una voz uniforme, un poco contenida; hizo una pausa antes de seguir—. Pues bien, amigo mío, fue aquel jueves, al amanecer, cuando el regimiento de Daniel recibió la orden de atacar. Durante toda la mañana luchó ese querido hijo como un héroe, sin ser herido. Pero un poco después de las once y media el estallido de una granada le fracturó el muslo. Un poco después de las once y media... Lo llevaron al puesto de socorro y de aquí a un hospital de sangre, donde fue amputado, algunas horas más tarde. Estaba salvado... —Movié la cabeza varias veces, sin dejar de mirar a Antoine—. Todo esto, naturalmente, no lo supe sino diez días después.

Antoine callaba. ¿Qué hubiera podido decir?... Este relato le trajo a la memoria la meningitis que tuviera Jenny de niña y la intervención «milagrosa» del pastor Gregory. Recordó también una frase que el doctor Philip decía algunas veces, sonriendo: «Las gentes tienen siempre las historias que se merecen...»

La señora de Fontanin había permanecido algunos instantes silenciosa. Cogió su labor. Pero antes de empezar a coser señaló hacia la foto de Jenny y Jean-Paul, con las gafas que acababa de sacar de la funda.

—Todavía no me ha dicho usted cómo ha encontrado a nuestro pequeño.

—¡Magnífico!

—¿Verdad que sí? —dijo, triunfalmente—. Daniel me lo trae de cuando en cuando, los domingos. Cada vez lo encuentro más desarrollado y más fuerte... Daniel se queja de que este niño es difícil y desobediente. ¿Pero cómo puede extrañar que este pequeño tenga carácter? Y, además, un chico tiene que tener energía y

voluntad... ¡No creo que usted vaya a decirme lo contrario! —dijo, maliciosamente—. Es muy duro para mí verlo tan poco. Pero me necesita menos que mis enfermos... —Y, como un arroyuelo que detenido un instante en un remanso vuelve a encontrar su curso, siguió hablando de su hospital.

Antoine asentía, en silencio, poco deseoso de contestar, ya que temía provocar la tos. Desde que la señora de Fontanin se había puesto las gafas era una anciana. «Color de cardíaco», volvió a pensar Antoine. Permanecía muy derecha en su sillón y cosía sin prisa, en una actitud a la vez sencilla y majestuosa, mientras explicaba el funcionamiento de sus servicios y las mil preocupaciones de la responsabilidad que asumía.

«No hay mal que por bien no venga —pensó Antoine—. La guerra ha procurado a esta clase de mujeres, a esta edad, una forma inesperada de felicidad; una ocasión de sacrificio, de actividad pública; el placer de mandar, en un ambiente de gratitud...»

Como si la señora de Fontanin hubiera adivinado sus pensamientos, dijo:

—¡Oh, no es que me queje! Por pesada que pueda parecer mi tarea, se me ha hecho necesaria; creo que nunca podré volver a hacer mi vida de antes. Ahora necesito sentirme útil. —Sonrió—. ¿Sabe una cosa? Más tarde tendrá usted que fundar un sanatorio para sus enfermos, ¡y yo me ocuparé de dirigirlo! —Acto seguido, añadió—: Con Nicole y con Gise... Y tal vez con Jenny... ¿Por qué no?

Antoine repitió, complacido:

—¿Por qué no, efectivamente?

Después de una corta pausa, la señora de Fontanin continuó:

—Jenny también necesitará una ocupación. —Suspiró de repente y, sin tratar de explicar la asociación de ideas, di o—: ¡Pobre Jacques! Nunca se me olvidará la última vez que lo vi...

Calló de nuevo. Su regreso de Viena, al día siguiente de la movilización, se le vino a la mente. Pero tenía una habilidad especial para rechazar los recuerdos desagradables. Al mismo tiempo se alisó con la mano un mechón blanco que se le venía sobre la frente. Sin embargo, estaba resuelta a abordar con Antoine algunas cuestiones que le embargaban el ánimo.

—Debemos tener confianza en la Sabiduría suprema —empezó (con aquel tono sentenciosamente amable que parecía decir: «No me interrumpa»)—, debemos aceptar las cosas ordenadas por Dios. La muerte de su hermano ha sido una de ellas. —Reflexionó un segundo, antes de pronunciar su sentencia—. Este amor estaba condenado a los peores tormentos. Para uno y para otra... Perdóneme que se lo diga.

—Pienso exactamente igual que usted —dijo Antoine, con vehemencia—. Si Jacques hubiese vivido, la existencia de ambos hubiese sido un infierno.

La señora de Fontanin le dirigió una mirada satisfecha, asintió moviendo varias veces la cabeza y reanudó su costura.

Después de un nuevo silencio, se lanzó otra vez al ataque:

—Mentiría si no confesara que he sufrido mucho a causa de..., de todas estas



cosas... El día que supe que mi Jenny esperaba un hijo...

Antoine había pensado muchas veces en ella por esta causa. Y como levantara los ojos hacia él, abatió los párpados dulcemente para darle a entender que se daba perfecta cuenta de esto.

—Oh —dijo ella, temiendo que Antoine se engañara acerca de lo que había querido decir—. No a causa de..., de la irregularidad de este nacimiento... No... No a causa de esto, en absoluto... Estaba acongojada sobre todo al pensar que esta aventura terrible iba a dejar en nuestra vida este testimonio, esta consecuencia perdurable... Le hablo con toda libertad, ¿no es cierto? Me decía: «Ya está la vida de Jenny obstaculizada para siempre... ¡Es el castigo! *Fiat!*»... Pues bien, amigo mío, me equivocaba de medio a medio. Me faltó la fe. Los designios del Espíritu son impenetrables; sus caminos, secretos; su bondad, infinita... Lo que yo suponía que debía ser una prueba, un castigo, era, por el contrario, una bendición divina, una señal de perdón... Una fuente inagotable de gozo... Y, efectivamente, ¿por qué había de castigar Dios? ¿No sabía Él, mejor que nosotros, que el Mal no había tenido ninguna intervención en esta locura? ¿Que el corazón de estos niños había permanecido casto y puro incluso en su pecado?

«Qué raro es esto —pensaba Antoine—; debiera estarme aburriendo hasta más no poder y no: hay en ella un no sé qué que obliga a respetarla. Más que a respetarla: a tenerle simpatía... ¿Tal vez su bondad? Al fin y al cabo, la bondad es extremadamente rara, la bondad auténtica, la “natural”...»

—La parte de Jenny es bella —continuaba la señora de Fontanin, con su voz cantarina y firme, sin cesar de manejar la aguja—; ahora posee un tesoro que ennoblecerá toda su vida: el recuerdo de una entrega total, de un instante maravilloso, y que (cosa excepcional) no ha sido seguido de mañanas envilecedoras ...

«Hay personas —se dijo Antoine— que se fabrican de una vez para siempre un concepto satisfactorio del mundo... Después, todo va por sus pasos contados... Su existencia se parece a un paseo en barca, con tiempo tranquilo; no tienen sino que dejarse llevar por la corriente, hasta el desembarcadero...»

—... Y le queda la tarea más noble: un hijo que...

—La he encontrado muy diferente, completamente cambiada —interrumpió Antoine, resueltamente—. Muy madura... No; no madura... Muy...

La señora de Fontanin había dejado su labor sobre las rodillas, quitándose las gafas.

—Le voy a confesar una cosa, amigo mío, es ésta: ¡Creo que Jenny es «dichosa»! ... Sí...; dichosa, como nunca lo ha sido; todo lo dichosa que ella puede ser... Porque Jenny no ha nacido para la felicidad. Ya de niña era profundamente desgraciada y nadie podía evitarlo: el sufrimiento se había apoderado de ella. Peor aún: el odio hacia sí misma; no conseguía amarse, amar en sí misma a la criatura de Dios. Su alma, desgraciadamente, no ha sido nunca religiosa; su alma ha sido siempre un templo vacío... Pues bien, ¡vea los milagros que el Espíritu hace a diario en nosotros

y alrededor de nosotros! Todo dolor tiene su recompensa, todo desorden contribuye a la Armonía universal... Hoy, ha venido la gracia. Hoy, y mi intuición no me engaña, hoy esa querida niña ha encontrado en este papel de viuda y de madre todo lo que puede aspirar de felicidad humana, todo lo que su naturaleza puede ansiar de equilibrio y contentamiento... Siento ahora en ella...

—¡Tía! —gritó una voz en el jardín.

La señora de Fontanin se levantó.

—Ya está Nicole de regreso.

—El señor alcalde está aquí, tía —prosiguió la voz—. Quiere hablar contigo.

La señora de Fontanin ya estaba en la puerta. Antoine la oyó gritar desde lo alto de la escalera:

—Sube un momento, querida. ¡Acompañarás a..., a alguien que conoces!

Cuando Nicole hubo empujado la puerta se detuvo cohibida, mirando a Antoine como si no estuviera segura de conocerlo.

Antoine sintió una punzada en el corazón y balbuceó:

—¿Me encuentra bastante estropeado, verdad?

La joven enrojeció y, dominando su turbación, se echó a reír.

—Nada de eso... Es, simplemente, que no me esperaba encontrarle aquí.

Todavía no se habían vuelto a ver, puesto que Nicole no había ido la víspera a cenar al chalet, ocupada con aquel paratífico que no había querido confiar a ninguna enfermera.

Ella, en cambio, se había rejuvenecido más bien. El brillo lechoso de su cutis ni siquiera se había alterado por esta noche pasada en blanco; sus ojos azules seguían teniendo sus aguas incomparables.

Antoine le pidió noticias de su marido, con el que se había encontrado dos veces en el transcurso de la guerra.

—Actualmente, su quirófano ambulante está en el frente de Champagne —repuso la joven, sin cesar de pasear en torno a sí su mirada brillante en la que se mezclaban, sin que se pudiera nunca disociarlas por completo, una inocencia de jovencita y una coqueta sensualidad de mujer—. Tiene mucho trabajo... Pero aún le queda tiempo de escribir para las revistas... Esta última semana he recibido un trabajo para pasar a máquina... Sobre la técnica del torniquete o algo por el estilo...

Un rayo de sol, deslizándose sobre las redondeces del hombro, que moldeaba la tela de la bata, a cada movimiento que hacia jugaba con los pliegues de su velo, doraba la carne morena del antebrazo desnudo y hacía brillar sus dientes cuando sonreía. «¡Cómo debe despertar los deseos de todos estos jóvenes convalecientes!», pensó Antoine con rapidez.

—Sentí mucho no poder volver anoche al chalet —dijo Nicole—. ¿Cómo se ha pasado la noche? ¿Ha estado amable Daniel? ¿Ha conseguido usted amansarlo un poco?

—Claro que sí. ¿Por qué?

—Está tan sombrío, tan desagradable...

Antoine esbozó un gesto compasivo.

—Hay que compadecerlo.

—Habría que sacarlo de aquí —prosiguió la joven—. Decidirlo a volver a su pintura. —El tono era formal, como si se hubiera tratado de un verdadero problema y ella hubiera esperado precisamente la visita de Antoine para resolverlo—. La vida que hace aquí no puede durar. Se embrutece. Se convertirá...

Antoine sonrió.

—Pues no me he percatado.

—Oh, sí... Pregúntele a Jenny... Está verdaderamente imposible... O se sube a su habitación tan pronto como nosotras llegamos (¿por insociabilidad?, ¿por mal humor?; no se sabe...) O se queda a nuestro lado, sin abrir la boca, ¡y entonces es como si la temperatura descendiera repentinamente en el salón!... Su presencia molesta a todo el mundo... Se lo aseguro. ¡Le haría usted un servicio inestimable si pudiera persuadirlo de que debe trabajar, volver a París, ver a la gente, volver a vivir!

Antoine se contentó con agachar la cabeza y murmurar de nuevo:

—Hay que compadecerlo...

Una desconfianza instintiva le hacía mantenerse en guardia. Sin poderse explicar la razón, tenía la impresión de que la joven obedecía a unos pensamientos secretos que no expresaba.

(Y no era completamente falso. Nicole tenía formado su criterio acerca de Daniel desde cierta noche del invierno último. Aquel día, ya tarde, Jenny y Gise habían subido a acostarse, y Nicole, ocupada en una labor que deseaba terminar, estaba sola con su primo ante la chimenea del salón. De repente, Daniel había dicho: «¡Espera, Nico; no te muevas!» Y, en el reverso de un prospecto que andaba por allí, había empezado a dibujar la silueta de Nicole. Ella se había prestado de buen grado a este capricho imprevisto. Pero, al cabo de un instante, como advertida por un presentimiento confuso, había vuelto la cabeza bruscamente: Daniel ya no dibujaba, la devoraba con los ojos; una mirada odiosa, cargada de deseo, de furor sombrío, de vergüenza y tal vez de odio... Agachando la cabeza inmediatamente, su primo había arrugado violentamente el prospecto, echándolo al fuego. Luego, sin decir ni palabra, había salido de la habitación. «¡Entonces es esto! —se había dicho Nicole, aterrada—; todavía me quiere.» No había olvidado aquella época lejana en que vivía con su tía en París, y Daniel, adolescente, la perseguía como un poseído por todos los rincones de la casa. Este amor frenético y vano que la joven creía desvanecido desde hacía mucho tiempo se había vuelto a despertar, sin duda, por la vida en común en el chalet... Desde aquel día, todo se había vuelto claro a los ojos de Nicole; el amor de Daniel explicaba todo: su aire retraído e inquieto, sus enfados, su obstinación en no querer salir de Maisons y en llevar esta existencia reclusa, ociosa y casta, tan opuesta a sus costumbres y a su temperamento.)

—¿Quiere usted conocer mi opinión? —prosiguió Nicole, sin imaginar lo suspicaz que su insistencia parecía a Antoine—. Daniel es digno de que se le compadezca. Tiene usted razón. Pero no solamente sufre a causa de su enfermedad. No... Las mujeres tenemos algunas veces intuiciones... Tiene que sufrir de alguna cosa más... De algo íntimo y que le corroe... Algún amor desgraciado, tal vez... Alguna pasión sin esperanza...

De repente temió haberse traicionado y se sonrojó ligeramente. Pero Antoine no la miraba. La visión de Daniel, tumbado a la sombra de los plátanos, masticando su chicle, con la mirada errante y las manos bajo la nuca, pasó ante los ojos de Antoine.

—Es posible —dijo, ingenuamente.

Nicole volvió a reír, tranquilizada.

—¡Ni qué decir tiene que usted recordará, como yo, la vida que hacía Daniel en París antes de la guerra!...

No terminó; acababa de oír los pasos de su tía en la escalera.

La señora de Fontanin traía un montón de papeles.

—Perdónenme; vuelvo, pero es para marcharme en seguida... —Levantó el montón de cartas y de pliegos administrativos que acaban de entregarle—. Estamos atosigados de partes diarios que debemos enviar en varios ejemplares a las autoridades. ¡Mi correo de la tarde me lleva, por lo menos, dos horas diarias!

—Las dejo —dijo Antoine, que se había levantado.

—Tiene que volver. ¿Se queda algún tiempo con nosotros?

—Pues no... Me marcho mañana.

—¿Mañana? —preguntó Nicole.

—Tengo que estar de regreso en Mousquier el viernes.

Bajaron los tres la escalerilla vacilante.

La señora de Fontanin consultó su reloj.

—De todas formas, lo voy a acompañar hasta la verja...

—Y yo le dejo —exclamó Nicole—. Hasta la noche.

Tan pronto como la joven se hubo alejado, la señora de Fontanin, sin detenerse, preguntó con voz alterada:

—Nicole le estaba hablando de Daniel, ¿verdad? El pobre hijo... Pienso mucho en él. Rezo por él... ¡Es tan pesada la cruz que lleva a cuestas!

—Al menos, señora, usted tiene la seguridad de que vivirá. A pesar de todo, en los tiempos que corren, esta certeza no deja de tener su valor.

Ella pareció no querer entenderle; no miraba las cosas desde este punto de vista.

Dieron algunos pasos en silencio.

—Todo el día solo... —prosiguió la señora de Fontanin—. ¡Solo con su enfermedad! Solo con esa pena que no confía a nadie... ¡Ni siquiera a mí!

Antoine se detuvo en medio de la avenida, con una mirada francamente interrogante.

—Se hace uno cargo tan perfectamente de lo que debe experimentar ese pobre hijo —continuó la señora de Fontanin, en el mismo tono, firme y dolorido—, con su naturaleza ardiente y generosa... ¡Sentirse todavía lleno de valor, de salud! Y ver a su patria invadida... Amenazada... ¡Sin poder hacer ya nada por ella!

—¿Y cree usted que es eso? —insinuó Antoine. Estaba tan lejos de esperarse esta explicación, que no había podido disimular su incredulidad.

Ella enderezó el busto y una sonrisa de suficiencia, avivada por un ligero atisbo de orgullo, se dibujó en sus labios.

—¿Daniel? Es muy sencillo y, desgraciadamente, irremediable... Daniel está inconsolable por no poder cumplir ya con su obligación. —Y como Antoine no pareciera todavía muy convencido, con gesto austero y obstinado, añadió—: Fíjese; es tan cierto lo que le digo que, si Daniel teme venir al hospital, no es, como él dice, porque el recorrido le canse. No; es porque le resulta intolerable encontrarse entre todos estos muchachos, entre todos estos soldados que tienen la misma edad que él, que han sido heridos como él, pero que ellos ¡están en vísperas de poder marchar de nuevo a luchar!

Antoine no contestó. Llegaron en silencio hasta la verja. La señora de Fontanin se detuvo.

—Sólo Dios sabe cuándo volveremos a vernos —dijo, mirándolo con emoción. Tomó la mano que Antoine le alargaba y la retuvo durante un momento entre las suyas—. Buena suerte, amigo mío.

## XI

«Todos hablan de Daniel como de un enigma —pensaba Antoine, mientras cruzaba la plaza—. Y cada uno me da su interpretación personal... ¡Y lo más probable es que no exista ningún enigma!»

Un poco cansado —pero sorprendido y satisfecho de no estarlo más— se encaminó sin prisas hacia la propiedad de los Fontanin. Se sentía contento de estar solo. La extensa avenida de tilos se extendía ante él hasta el bosque. El sol de las cuatro, ya bajo, se insinuaba por entre los troncos, proyectando sobre el suelo largas rayas llameantes. En algunos momentos, recordando los caminos polvorientos del Mediodía, aspiraba con deleite este aire suave y ligero, saturado de los olores primaverales de la Ile-de-France.

Pero el curso de sus pensamientos era triste. Esta estancia en Maisons despertaba demasiados recuerdos. La visita a la finca de los Thibault había levantado demasiados fantasmas. Lo acompañaban, sin que pudiera defenderse de ellos. Su juventud, su salud de antaño... Su padre, Jacques... Jacques, en estas últimas veinticuatro horas, se había acercado mucho. Nunca hasta ahora había sentido tan lo que la desaparición de Jacques lo privaba de un ser absolutamente irremplazable: su único «hermano»... No, no; nunca, desde la muerte de Jacques, había medido con tanta exactitud lo irreparable de esta pérdida. Se reprochaba incluso haber esperado hasta ahora para experimentar esta desesperación verdadera, esta desesperación desnuda. ¿Cómo había sido posible? Las circunstancias, la guerra... Recordaba perfectamente el momento en que recibiera la carta de Rumelles: aquella carta después de la cual hubiese sido absurdo conservar la menor esperanza. Le había sido entregada una noche, en el patio del hospital de sangre de Verdún, apenas unas horas antes de la marcha de su división al sector de Eparges. Esperaba la noticia, y aquella noche, con el barullo de la partida, no había tenido tiempo de abandonarse a su pena. Tampoco, por otra parte, en el curso de las dos semanas siguientes: los desplazamientos sucesivos, bajo la lluvia y entre el barro; la dificultad de organizar su servicio en las ruinas de aquellos pueblecitos de la Woévre; una vida fatigosa, que no dejaba el menor lugar para las preocupaciones personales. Más tarde, ya tranquilo, cuando había vuelto a leer la carta y contestado a Rumelles, ya se había acostumbrado a la idea de esta muerte, sin haber pensado mucho en ella. Pero hoy, en este marco de la vida familiar, su sentimiento tomaba consistencia tardíamente; lo irreparable le obsesionaba con una agudeza insólita. Incluso aquí, en estas avenidas, cada detalle del paisaje le traía a la memoria recuerdos y juegos. Juntos, a pesar de la diferencia de edad, Jacques y él habían franqueado de un salto estas barreras blancas; juntos se habían revolcado en esta hierba de mayo antes de la siega; juntos habían derribado con un palo estos nidos de insectos de caparazón liso que pululan por entre las raíces musgosas de los tilos y que ellos llamaban «soldados», porque su caparacho es de un rojo claro, con unos

extraños alamares negros. Juntos, en tardes semejantes a ésta, habían bordeado estas empalizadas y estos setos, arrancando al pasar ramitos de piornos o de lilas, haciendo este camino en bicicleta, con el traje de baño o la raqueta sobre el manillar. Y allí, aquella puerta sombreada de acacias, le recordaba el año en que, siendo todavía niño, iba durante las vacaciones a dar clases de repaso con un profesor de liceo que veraneaba en Maisons. Muchas veces, a la caída del día, en septiembre, para que no vagara solo por el parque, la señorita y Jacques venían a esperarlo a esta puerta. Volvió a ver a su hermano, un pequeñuelo de tres años que se escapaba de las manos de la señorita y corría a su encuentro para colgarse de su brazo y contarle en su media lengua los acontecimientos minúsculos de su jornada...

Todavía pensaba en ello cuando llegó al chalet. Y cuando abrió la puertecilla y vio a la entrada del jardín a Jean-Paul, que se soltaba repentinamente de la mano del tío Dañe para precipitarse a su encuentro, fue a Jacques a quien creyó ver correr, con su mechón rubio y sus gestos decididos. Mas emocionado de lo que quería dejar ver, cogió al pequeño entre sus brazos, como hacía antaño con su hermano, y lo alzó para besarlo. Pero Jean-Paul, que no soportaba que lo apretujaran ni aunque fuera para recibir una caricia, se debatió y pataleó con tal vigor que Antoine, jadeante y riendo, hubo de dejarlo en el suelo.

Daniel, con las manos en los bolsillos, contemplaba la escena.

—Está fuerte el bribón —dijo Antoine, con un orgullo casi paternal—. ¡Qué manera de defenderse! ¡Parece un pez recién sacado del agua!

Daniel sonrió y en su sonrisa había un orgullo muy parecido al de Antoine. Luego levantó la mano hacia el cielo:

—Buen día, ¿verdad? ...Otro verano que empieza...

Antoine, un poco fatigado por su lucha con Jean-Paul, se había sentado al borde de la avenida.

—¿Te vas a quedar aquí un rato? —preguntó Daniel—. Hace mucho tiempo que estoy de pie, y tengo que ir a reposar «mi» pierna... ¿Quieres que te deje al pequeño?

—Sí, hombre; con mucho gusto.

Daniel se volvió hacia el niño.

—Volverás en seguida con el tío Antoine. ¿Vas a ser bueno?

Jean-Paul agachó la cabeza, sin contestar. Miró a Antoine de reojo y a continuación dirigió a Daniel una mirada vacilante, como si por un momento quisiera reunirse con él; pero al atraer su atención un abejorro que acababa de caer a sus pies, olvidó inmediatamente al tío Dañe, se agachó y permaneció en contemplación ante los esfuerzos del insecto, que no conseguía ponerse sobre sus patas.

«Lo mejor para que se acostumbre será que parezca que no me ocupo de él», se dijo Antoine. Recordó un juego que entretenía mucho a su hermano a esta edad: cogió un grueso trozo de corteza de pino, sacó la navaja y, sin decir nada, empezó a tallarlo en forma de barca.

Jean-Paul, que le observaba a hurtadillas, no tardó en acercarse.

—¿De quién es el cuchillo?

—Mío... El tío Antoine es soldado y, por tanto, necesita una navaja para cortar el pan, para cortar la carne...

Evidentemente, estas explicaciones no interesaban a Jean-Paul.

—¿Qué estás haciendo?

—Mira... ¿No lo ves? Estoy haciendo un barquito. Un barquito para ti. Cuando te bañe tu mamá, pondrás el barco en la bañera y se quedará flotando, sin irse al fondo.

Jean-Paul escuchaba, con el entrecejo fruncido por la reflexión. Con un cierto malestar también: esta voz débil y ronca le causaba una sensación desagradable.

Por otra parte, parecía no haber comprendido nada del discurso de Antoine. ¿Tal vez nunca había visto un barco?... Exhaló un profundo suspiro, y atacando al único detalle que le había chocado, porque era de una inexactitud flagrante, rectificó:

—En primer lugar, a mí no me baña mamá; ¡es el tío Dañe!

Luego, con absoluta indiferencia hacia la obra de arte de Antoine, volvió a su abejorro.

Sin insistir, Antoine tiró el barquito y dejó la navaja junto a él, tras lo cual, trató de reanudar las relaciones.

—¿Has hecho hoy algo que te haya gustado? ¿Has ido a pasear por el jardín con el tío Dañe?

El niño pareció buscar en lo más profundo de su memoria e hizo señas de que sí.

—¿Has sido bueno?

Nueva señal afirmativa. Pero, casi al mismo tiempo, se acercó a Antoine, vaciló un segundo y confió con gravedad:

—No estoy seguro.

Antoine no pudo contener una sonrisa.

—¿Cómo? ¿No estás seguro de haber sido bueno?

—¡Sí! ¡Sí he sido bueno! —gritó Jean-Paul, enfadado. Luego, adoptando de nuevo el mismo extraño escrúpulo, arrugó la nariz cómicamente y, marcando las sílabas, repitió—: Pero no estoy seguro.

Pasó por detrás de Antoine, como si se alejara, e, inclinándose repentinamente, quiso apoderarse subrepticamente de la navaja, que había quedado en el suelo.

—¡No! ¡Eso no! —gritó Antoine, poniendo la mano sobre ella.

El niño, sin retroceder, le lanzó una mirada furibunda.

—¡Con eso no se juega! Te cortarías —explicó Antoine. Cerró la navaja y se la guardó en el bolsillo. El pequeño, contrariado, permanecía muy tieso, en actitud de desafío. Bondadosamente, para hacer las paces, Antoine le alargó la mano extendida. Un resplandor brilló en los ojitos azules, y cogiendo la mano como si quisiera besarla, el niño clavó en ella sus dientecillos.

—¡Ay!... —se quejó Antoine. Estaba tan sorprendido, tan desconcertado, que ni siquiera tuvo la tentación de enfadarse—. Jean-Paul es muy malo —dijo, frotándose el dedo mordido—. Jean-Paul ha hecho mucho daño al tío Antoine.



El pequeño le miraba con curiosidad.

—¿Mucho daño? —preguntó.

—Mucho daño.

—Mucho daño —repitió Jean-Paul, con evidente satisfacción. Y girando sobre sus talones, se alejó brincando.

El incidente había dejado a Antoine perplejo. «¿Simple necesidad de venganza? No... ¿Entonces, qué? Hay toda clase de cosas en un gesto de este tipo... Es muy posible que, ante mi prohibición, ante la dificultad de transgredirla, el sentimiento de su impotencia haya alcanzado de repente un paroxismo intolerable... Tal vez no haya sido del todo para castigarme, para hacerme daño, por lo que se ha arrojado sobre mi mano. Tal vez haya cedido a una necesidad física, a una necesidad irresistible de relajar sus nervios... Por otra parte, para juzgar una reacción como ésta habría que empezar por medir el grado de su apetencia. El deseo de coger esta navaja era tal vez imperioso; ¡hasta un extremo que un adulto no puede sospecharse!...»

Con el rabillo del ojo se cercioró de que Jean-Paul permanecía a su alcance. El niño, a diez metros de allí, se esforzaba por trepar a un montículo de tierra y no se preocupaba de nadie.

«Indudablemente, Jacques hubiera sido capaz de esta reacción rencorosa —se decía Antoine—. ¿Pero hubiera llegado hasta el mordisco?»

Hacía acopio de sus recuerdos para comprender mejor. No resistía a la tentación de identificar el presente con el pasado, al hijo con el padre. Reconocía estos sentimientos embrionarios de rebeldía, de rencor, de desafío, de orgullo concentrado y solitario, que había descifrado sin proponérselo en la mirada de Jean-Paul, y que eran los que había sorprendido muchas veces en los ojos de su hermano. La analogía le parecía tan sorprendente que no dudaba en llevarla aún más lejos, y hasta a persuadirse de que la actitud rebelde del niño encubría aquellas mismas virtudes escondidas, aquel pudor, aquella pureza, aquella ternura incomprendida que Jacques había disimulado bajo sus violentos arrebatos.

Temiendo coger frío, se disponía a levantarse cuando las extrañas acrobacias a que se entregaba el pequeño atrajeron su atención. El objetivo que se proponía tomar al asalto podía tener unos dos metros de altura; a derecha e izquierda, este talud se unía al suelo por unos planos inclinados, de fácil acceso; pero en la cara central el corte era abrupto y precisamente era este lado el que el niño había escogido para encaramarse. Antoine lo vio varias veces seguidas coger impulso, subir la mitad de la pendiente, resbalar y rodar por el suelo. No podía hacerse mucho daño: una alfombra de hojas de pino amortiguaba las caídas. Parecía enteramente absorto, solo en el mundo con este objetivo que se había fijado. A cada tentativa se acercaba más a la cumbre y cada vez caía desde más arriba. Se frotaba las rodillas y volvía a la carga.

«La energía de los Thibault —pensó Antoine, complacido—. En mi padre, autoridad y afán de dominar... En Jacques, impetuosidad y rebeldía... En mí, tozudez... ¿Y ahora? ¿Qué forma tomará la energía que este pequeño lleva en la

sangre?»

Jean-Paul se había lanzado de nuevo al ataque de modo tan intrépido que casi había alcanzado la parte alta del talud. Pero el suelo se deslizaba bajo sus pies e iba a perder el equilibrio una vez más, cuando cogió una mata de hierba, consiguió sujetarse, hizo un último esfuerzo, y se izó sobre la plataforma.

«Apuesto que va a volverse para ver si lo he visto», pensó Antoine.

Se engañaba. El chiquillo le volvía la espalda y no se ocupaba de él. Permaneció un minuto en el pináculo, bien firme sobre sus piernecitas. Luego, satisfecho sin duda, bajó tranquilamente por uno de los planos inclinados, y sin siquiera volver los ojos al teatro de sus éxitos, se apoyó en un árbol, se quitó una de las sandalias, sacudió las piedrecillas que habían entrado en ella y volvió a calzarse con aplicación. Pero como sabía que no podía abrocharse solo la tirilla de cuero, vino hacia Antoine y, sin decir palabra, le alargó el pie. Antoine sonrió y dócilmente sujetó la sandalia.

—Ahora vamos a volver a casa, ¿quieres?

—No.

«Tiene una manera muy personal de decir que no —observó Antoine—. Tiene razón Jenny: es menos un deseo de negarse a la cosa concreta que se le pide que una negativa general, premeditada... ¡La negativa a enajenar la menor partícula de su independencia, por cualquier motivo que sea!»

Antoine se había levantado.

—Vamos, Jean-Paul; sé bueno. El tío Dañe nos está esperando. Ven.

—No.

—Me vas a enseñar tú el camino —prosiguió Antoine, para soslayar la dificultad. (Se sentía muy torpe en este papel de preceptor.)—. ¿Por qué camino tenemos que ir? ¿Por ése? ¿O por aquél? —Quiso coger al niño de la mano. Pero el pequeño, obstinado, había cruzado los brazos a la espalda.

—¡Yo he dicho que no!

—¡De acuerdo! —dijo Antoine—. ¿Quieres quedarte aquí solo? ¡Pues quédate!  
—Partió deliberadamente en dirección a la casa, cuyo color rojizo, encendido por el sol poniente, se distinguía por entre los troncos.

No había dado treinta pasos, cuando oyó a Jean-Paul galopar detrás para reunirse con él. Resolvió acogerlo alegremente, como si no hubieran tenido ningún incidente. Pero el niño lo rebasó corriendo y, sin detenerse, le gritó insolentemente al pasar:

—¡Vuelvo a casa, porque me da la gana!

## XII

LAS cenas en el chalet eran por lo general bastante animadas, gracias a la charla de Gise y de Nicole. Felices de haber terminado su labor cotidiana —tal vez también de sentirse fuera del control maternal, pero vigilante, de la señora de Fontanin—, pasaban la comida comentando libremente los acontecimientos de la jornada, cambiando impresiones acerca de los recién llegados al hospital y contándose con palabrería de colegialas los pequeños incidentes surgidos en sus respectivos servicios.

Aunque estaba bastante cansado esta noche, Antoine se divertía de la seriedad con que, con fraseología técnica, discutían ciertos tratamientos y opinaban acerca de la capacidad de los médicos. En varias ocasiones hicieron un llamamiento a su competencia y hubo de darles su opinión, sonriendo.

Jenny, ocupada con su hijo, que cenaba en la mesa, no prestaba a la conversación sino una atención distraída. En cuanto a Daniel, silencioso como de costumbre (sobre todo cuando su hermana y Nicole estaban presentes), dirigió, sin embargo, la palabra a Antoine varias veces.

Nicole había traído un periódico de la noche. Se habló de los bombardeos de largo alcance sobre París. Diversas casas de los distritos VI y VII habían sido alcanzadas recientemente. Se hablan contado cinco muertos, entre los que estaban tres mujeres y un niño de pecho. La muerte de este pequeñuelo había provocado una explosión unánime contra la barbarie teutónica.

Nicole estaba indignada de que tales atrocidades fuesen posibles.

—¡Esos *boches*! —exclamó—. ¡Hacen la guerra como verdaderos salvajes! ¡Ya era bastante con sus lanzallamas, sus gases asfixiantes! ¡Sus submarinos! ¡Pero la matanza de poblaciones civiles inocentes; eso ya rebasa todo, es algo monstruoso! ¡Tienen que haber perdido todo sentido moral y todo sentimiento de humanidad!

—¿De verdad que la matanza de inocentes poblaciones civiles le parece mucho más inhumana, mucho más inmoral, mucho más monstruosa, que la de los jóvenes soldados que se envían a primera línea? —preguntó Antoine, insidiosamente.

Nicole y Gise le miraron, estupefactas.

Daniel había soltado el tenedor. Callaba, con los ojos bajos.

—Atención... —prosiguió Antoine—. Codificar la guerra, querer limitarla, organizarla (¡«humanizarla», como dicen!), decretar: «¡Esto es bárbaro! ¡Esto es inmoral!», implica que hay otra forma de hacer la guerra... Una manera perfectamente moral...

Hizo una pausa y buscó la mirada de Jenny. Pero ésta estaba inclinada hacia su hijo, al que daba de beber.

—¿Es que lo monstruoso estriba realmente en que esta o aquella forma de matar sea más o menos cruel? —prosiguió—. ¿Y que afecte a éstos más bien que a aquéllos?...

Jenny se interrumpió en seco y dejó el vaso sobre la mesa tan bruscamente que estuvo a punto de volcarlo.

—Lo monstruoso —dijo, apretando los dientes— ¡es la pasividad de los pueblos! ¡Tienen el número! ¡Tienen la fuerza! ¡Toda guerra depende de su aceptación o de su negativa! ¿A qué esperan? Les bastaría con decir: «¡No!» ¡Y la paz que todos reclaman se convertiría en ese mismo instante en una realidad!

Daniel levantó los párpados y envolvió a su hermana en una mirada breve y enigmática.

Hubo un momento de silencio.

Antoine concluyó, con aplomo:

—Lo monstruoso no es esto ni aquello: ¡es la guerra en sí!

Transcurrieron algunos minutos sin que nadie se atreviera a reanudar la conversación.

«Todos los hombres reclaman la paz —se decía Antoine, pensando en la frase de Jenny—. ¿Es cierto esto?... La reclaman cuando se encuentra comprometida... Pero su intolerancia recíproca y su instinto combativo la hacen precaria cuando la tienen... ¡Hacer recaer la responsabilidad de las guerras en los gobiernos y la política, desde luego! Pero no olvidar, en esta responsabilidad, la parte de la naturaleza humana... En la base de todo pacifismo hay este postulado: la creencia en el progreso moral del hombre. Yo tengo esta creencia, o mejor dicho, tengo una necesidad sentimental de tenerla; ¡no puedo resolverme a pensar indefinidamente que la conciencia humana no sea perfectible! Necesito creer que algún día la Humanidad sabrá establecer la fraternidad y el orden en el planeta... Pero para realizar esta revolución no bastarán la voluntad y el martirio de algunas personas honradas: serán necesarios siglos de evolución, tal vez milenios... (¿Qué se puede esperar, verdaderamente grandioso, de un hombre del siglo xx?...). Por tanto, por mucho que haga no consigo encontrar, en una perspectiva tan lejana, algo que me consuele de tener que vivir entre la fauna voraz del mundo actual.»

Advirtió que todos seguían callados a su alrededor. El ambiente estaba tenso, cargado de electricidad. Lamentó haber sido la causa de esta brusca tormenta y quiso tratar de reanimar la conversación.

Se volvió hacia Daniel.

—Por cierto, ¿y vuestro amigo, aquel tipo extravagante...? El pastor, ya sabes... ¿Qué ha sido de él?

—¿El pastor Gregory?

Este nombre había bastado para hacer brotar una lucecilla de malicia en todas las miradas.

Nicole adoptó una voz entristecida, que compaginaba mal con la expresión divertida de su rostro.

—Tía Thérèse está muy inquieta por él: desde Pascuas está en un sanatorio de Arcachon...

—Según las últimas noticias, ya no se levantaba de la cama —añadió Daniel.

Jenny hizo observar que el pastor estaba en el frente desde el principio de la guerra. Luego, la conversación decayó.

Antoine, por decir algo, preguntó:

—¿Se presentó voluntario?

—Hay que decir —rectificó Daniel— que hizo lo imposible por conseguirlo. Pero no pudo lograrlo a causa de su edad y su estado de salud. Entonces se hizo admitir en una sección de las ambulancias americanas. Ha pasado en el frente inglés todo este terrible invierno del diecisiete... Transportando heridos... Una bronquitis tras otra... Espantos sanguinolentos... Hubo que evacuarlo a la fuerza. Pero demasiado tarde.

—La última vez que lo vimos fue en mil novecientos dieciséis, durante un permiso. Vino aquí —dijo Jenny.

Nicole precisó:

—Y ya estaba desconocido... Un espectro... Con una larga barba, a lo Tolstoi... ¡Un verdadero brujo de cuento de hadas!

—¿Seguía negándose a utilizar medicinas? ¿Y a cuidar a sus enfermos de otra forma que con sus sortilegios? —chanceó Antoine.

Nicole se echó a reír:

—Sí sí... Nos colocó respecto a esto unas frases delirantes. Cuando vino aquí hacía ya dos años que transportaba moribundos en su camioneta y repetía tranquilamente: «¡La muerte no existe!»

—¡Nicole! —dijo Gise. Sufría de ver al pastor expuesto a las burlas delante de Antoine.

—Por otra parte, la palabra «muerte» es una palabra que no pronuncia nunca —prosiguió Nicole—. El dice «la ilusión mortal»...

—Y en su última carta a mamá —añadió Daniel, sonriendo—, hay esta frase asombrosa: «Mi vida se retirará muy pronto al “dominio de la invisibilidad”...»

Gise dirigió a Antoine una mirada de reproche.

—No te rías, Antoine. Es un santo, a pesar de sus ridiculeces.

—¿Y qué quieres que yo haga? Tal vez sea un santo —concedió Antoine—. Pero no puedo evitar el pensar en todos los desgraciados *tommies* heridos que hayan tenido la desgracia de caer en sus santas manos, ¡y persisto en creer que tiene que ser un enfermero peligroso!

Los postres se habían acabado.

Jenny hizo bajarse de su silla a Jean-Paul y se levantó. Todos la imitaron y la siguieron a la sala. No hizo más que cruzar la habitación; era más tarde que otras noches y tenía prisa por meter al niño en la cama.

Mientras que Gise se instalaba lejos de la luz, en una silla baja, para tejer uno de aquellos pares de calcetines que entregaba como un viático a los convalecientes curados que volvían a sus depósitos, Daniel tomó un tomo del *Tour du Monde* y fue a sentarse en el sofá, al fondo, detrás de la mesa redonda sobre la que estaba la única

lámpara de petróleo de la habitación. «¿Es una forma de disimular? —se preguntó Antoine observando al joven que, inclinado bajo la pantalla, volvía las páginas con aplicación de niño bueno—. ¿O es que siente verdadero interés por esos viejos grabados?»

Se acercó a la chimenea, en la que Nicole, arrodillada delante del hogar, prendía una llama.

—¡Hace mucho tiempo que no veo un fuego de leña!

—Las noches son todavía frescas —dijo ella—. ¡Y, además, es tan alegre! —Se incorporó a medias—. Aquí, en Maisons, fue donde nos vimos por primera vez. Yo me acuerdo perfectamente... ¿Y usted?

—Yo también.

Efectivamente, recordaba aquella lejana noche estival en que, cediendo a los ruegos de Jacques y a espaldas del señor Thibault, había consentido en acompañar a su hermano a casa de los «hugonotes»; su sorpresa de encontrar aquí a Félix Héquet, el cirujano, algunos años mayor que él; Jenny y Nicole, en la rosaleda; Jacques, estudiante, que acababa de ingresar en la Normal; se acordó de si mismo, joven médico, al que la señora de Fontanin era la única en llamar «doctor», ceremoniosamente... ¡Todos jóvenes! ¡Todos confiando en su edad y en la vida, ignorando el futuro, sin la menor sospecha del cataclismo que los hombres de Estado de Europa les preparaban y que debía barrer de golpe sus pequeños proyectos individuales, anonadar la existencia de unos, metamorfosear la de otros, acumulando en cada destino particular las ruinas, los duelos, trastornar al mundo!; ¿por cuántos años aún?

—Fue al principio de mi noviazgo —prosiguió Nicole, pensativamente. Este recuerdo parecía lleno de melancolía—. Félix me había traído en su auto... Tuvimos una avería, al regreso, en plena noche, en Sartrouville...

Daniel levantó los párpados y, sin mover la cabeza, les dirigió una rápida mirada que Antoine sorprendió. ¿Estaba escuchando? ¿Esta evocación del pasado provocaba en él emociones y arrepentimientos? ¿O simplemente le molestaba el charloteo? Volvió a hojear el libro, pero poco después ahogó un bostezo, cerró el tomo, se puso en pie y, sin apresurarse, vino a dar las buenas noches.

Gise dejó su labor.

—¿Subes, Daniel?

En la penumbra su pelo parecía más lanoso, su color más oscuro, el blanco de sus ojos más brillante. Así, iluminada por las llamas de la chimenea, la silueta encorvada de este asiento bajo evocaba el África ancestral: una mujer indígena, agachada delante de un fuego de rastrojos.

Se había levantado.

—Me parece que tu lámpara se ha quedado en el *office*. Ven, que yo te alumbraré.

Salieron juntos del salón. Antoine los siguió con los ojos maquinalmente y luego su mirada volvió a Nicole, que le observaba de pie. Estaban solos. Sonrió de una

manera extraña.

—Daniel debiera casarse con ella —dijo a media voz.

—¿Cómo?

—Pues claro. Sería algo perfecto; ¿no le parece?

La idea era tan inesperada para él que Antoine había permanecido inmóvil, con la mirada fija y las cejas levantadas. Nicole se echó a reír: una risa profunda, sonora y gorjeante:

—No pensaba asombrarle hasta ese punto.

Había acercado un sillón al fuego. Con las piernas cruzadas, en una postura abandonada, un poco provocativa, le miraba sin decir nada.

Antoine vino a sentarse a su lado.

—¿Cree usted que hay algo entre ellos?

—No he dicho nada de eso. A Daniel, desde luego, es seguro que no se le ha ocurrido ni pensar en ello...

—Pues a Gise tampoco —afirmó Antoine, de manera espontánea.

—A Gise tampoco, sin duda. Pero se ve perfectamente que está interesada por él. Es siempre ella quien le hace sus recados en el pueblo, quien le compra sus periódicos, sus cajas de chicle... Lo rodea de mil atenciones. Que, por otra parte, él acepta con un placer visible... Tal vez haya tenido usted oportunidad de observar que es la única que se libra de sus accesos de mal humor.

Antoine callaba. La hipótesis del matrimonio de Gise le había resultado desagradable al principio; no había olvidado por completo el pasado y el lugar que en cierto momento había ocupado Gise en su vida. Pero reflexionando, no encontraba ninguna objeción valedera que formular.

Nicole seguía riendo en silencio, lo que provocaba dos hoyitos en sus carrillos. Esta alegría tenía algo de excesivo, de falta de naturalidad. «¿Será, tal vez, que ame a su primo?», se preguntó Antoine.

—Vamos, doctor; convenga en que mi idea no es mala del todo —insistió Nicole—. Gise se consagraría a él, y en una dedicación de este tipo es donde una chica como ella tiene más posibilidades de sentirse feliz... En cuanto a Daniel... —Volvió lentamente la cabeza hasta que sus trenzas rubias hubieron encontrado el apoyo del respaldo, y Antoine vio por un instante brillar los dientes entre los labios húmedos. Luego los párpados se abatieron y una mirada intencionadamente maliciosa se filtró a través de las pestañas—. Daniel es de esos hombres que siempre están dispuestos a dejarse querer.

Se le escapó un imperceptible gesto de impaciencia; acababa de oír, a través de los tabiques, el crujido de los escalones de la vieja escalera.

—Es como el paratífico que he velado esta noche —exclamó, cambiando de tema con una rapidez y una picardía realmente inquietantes—. Un saboyano... Un viejo de la quinta del noventa y dos... —La entrada de Jenny, seguida de Gise, la hizo acelerar todavía más su relato—. Deliraba en un *patois*<sup>[3]</sup> incomprensible. Pero a cada

momento llamaba: «¡Mamá!...» con una voz infantil. Era desgarrador.

—Oh —dijo Antoine, prestándose al juego con una frase de la que tontamente se sentía bastante orgulloso—; yo también he oído eso, muy a menudo. Pero no se engañe: afortunadamente, no es sino una queja maquinal, una costumbre que sube inconscientemente del pasado... De todos los moribundos a los que he oído gritar: «¡Mamá!» ha habido muy pocos, en mi opinión, que pensaran con precisión en su madre.

Jenny tenía entre sus brazos un paquete de madejas de lana de color marrón, para devanar:

—¿Quién quiere ayudarme esta noche?

—Yo tengo mucho sueño —confesó Nicole, con una sonrisa perezosa. Miró hacia el reloj—; las diez menos veinte ya...

—Yo —propuso Gise.

Jenny rehusó con un movimiento de cabeza.

—No, querida; tú también estás fatigada. Súbete a descansar.

Después de haber besado a Jenny, Nicole se acercó a Antoine:

—Discúlpeme; nos vamos a las siete de la mañana y anoche no pude cerrar los ojos.

Gise se acercó, a su vez. Se sentía acongojada al pensar que Antoine se marchaba al día siguiente y que se terminaba su estancia sin que hubieran podido hablar a solas, sin que hubieran vuelto a tener la intimidad de su encuentro en París. Pero temía echarse a llorar si expresaba la pena que esto le causaba. Le ofreció la frente, en silencio.

—Adiós, «Negrita» —dijo Antoine, en voz baja, con toda la dulzura de que era capaz.

La joven se persuadió acto seguido de que Antoine había adivinado su pensamiento, de que sentía como ella el dolor de esta separación, y esta certeza la hizo repentinamente menos penosa.

Evitó mirarle a los ojos y se reunió con Nicole.

«¿Cómo? ¿No se despide de Jenny?», observó Antoine. No tuvo tiempo de preguntarse si habría surgido alguna diferencia entre ellas: Jenny cruzaba el salón precipitadamente, alcanzaba a Gise junto a la puerta y le ponía la mano encima de un hombro:

—Temo no haber tapado bastante al pequeño. ¿Quieres ponerle algo en los pies?

—¿La manta rosa?

—La blanca es más caliente.

Volvieron a separarse sin haberse dado las buenas noches.

Antoine había quedado de pie.

—¿Y tú, Jenny, no subes? No es necesario que te quedes por mí.

—No tengo nada de sueño —afirmó Jenny, instalándose en el sillón que acababa



de abandonar Nicole.

—Entonces, vamos a trabajar. Sostituiré a Gise. Dame una madeja.

—¡Ni hablar!

—¿Por qué? ¿Tan difícil es?

Se apoderó de la lana y se sentó en la silla baja. Jenny ce dio, sonriendo.

—Mira —dijo Antoine, después de algunos movimientos torpes—. ¡Ahora ya va solo!

Jenny se sentía sorprendida y encantada de encontrarlo tan sencillo, tan afectuoso. Estaba avergonzada de haberlo subestimado durante mucho tiempo. ¿No era ahora su único apoyo? Como un acceso de tos obligara a Antoine a interrumpirse, pensó: «¡Con tal de que llegue a curarse! ¡Con tal de que recobre su salud de antes!» Necesitaba la salud de Antoine para su hijo.

Cuando la tos hubo disminuido, Antoine declaró, sin preámbulos, volviendo al trabajo:

—¿Sabes una cosa, Jenny? Siento un gran consuelo al verte así... Quiero decir tan bien..., tan tranquila...

Con los ojos fijos en su ovillo, Jenny repitió, pensativa:

—Tranquila...

Era cierto, a pesar de todo. Ella misma se asombraba algunas veces de esta atmósfera apaciguada en que bañaba ahora su pena. Reflexionando en la observación de Antoine, comparaba su estado actual con el período de depresión, de vida atroz por el que había pasado tres años y medio antes. Volvió a verse, al principio de la guerra, sin ninguna noticia de Jacques y presintiendo lo peor, entregada a accesos contradictorios de debilidad y de violencia, destrozada por su soledad y no pudiendo soportar la presencia de nadie, huyendo a su madre, a su casa, como si estuviera en busca de algo indispensable, lo cual se le escapara sin cesar y que sin cesar estuviera a punto de alcanzar, deambulando algunas veces durante tardes enteras por aquel París transformado por la movilización, haciendo sin descanso el peregrinaje a todos los lugares a que Jacques la había llevado: la estación del Este, la glorieta de San Vicente de Paúl, la calle del Croissant, los bares de los alrededores de la Bolsa donde tantas veces había esperado, las callejuelas de Montrouge y aquella sala del mitin en que Jacques, una noche, levantara contra la guerra a una muchedumbre efervescente... Finalmente, el agotamiento y la noche la traían de nuevo a casa, completamente rota. Entonces se arrojaba llorando sobre esta cama en que Jacques la había tenido entre sus brazos y dormía algunas horas para despertar muy pronto en el umbral de una nueva jornada de desesperación... ¡Efectivamente, comparada con la de aquellas semanas, su vida actual era maravillosamente «tranquila»! En estos tres años todo había cambiado alrededor de ella y dentro de ella. Todo: incluso el recuerdo que guardaba de Jacques... ¡Qué extraño es que ni el amor más ferviente pueda defenderse del paso del tiempo! Cuando pensaba en Jacques ahora nunca se lo imaginaba tal como sería hoy, ni siquiera como lo era en julio de 1914. No; el que

evocaba ahora su pensamiento no era el muchacho febril y cambiante que ella había conocido: era un Jacques inmóvil y quieto, sentado de tres cuartos de perfil, con una mano apoyada en el muslo y la frente iluminada por la deslumbrante luz que un ventanal del estudio dejaba entrar: el Jacques del retrato que tenía día y noche ante sus ojos.

Y de repente tuvo conciencia de una cosa terrible. Acababa de imaginar que Jacques estaba de regreso súbitamente, y en su forma de reaccionar hubo tanto de alegría como de malestar... Inútil engañarse: si el Jacques de 1914 le hubiese sido devuelto de pronto, si surgiera milagrosamente ante la Jenny de hoy, no podría ofrecerle intacto el lugar que hasta entonces creía haberle conservado de manera tan fiel.

Jenny dirigió a Antoine una mirada de abatimiento que él no vio. Atento a mantener la madeja bien tirante entre sus manos crispadas y a facilitar el devanado inclinándose con regularidad a derecha e izquierda, no se atrevía a separar los ojos de la hechizada hebra de lana. Se sentía un poco ridículo. Le daban calambres en los hombros. Se decía malhumorado que había hecho mal en ofrecer su ayuda; que este movimiento de alzar los brazos aumentaba cada vez más su fatiga; que, después de haber permanecido así demasiado tiempo, cerca del fuego y sentado en una silla baja, corría peligro de coger frío arriba, al desnudarse...

Jenny hubiese querido hablar de sí misma, de Jacques, del niño, como había hecho por la mañana en su habitación. Aquel momento de confianza excepcional le había producido un bienestar que no había dejado de sentir durante todo el día. Pero esta noche se sentía otra vez «cortada»... ¡Era el drama de su vida íntima, esta falta de aptitud para el contacto, esta condena a permanecer incomunicada! Ni siquiera junto a Jacques había sabido abandonarse sin reticencias. ¿Cuántas veces le había reprochado él que era «indescifrable»? Estos recuerdos eran amargos y la obsesionaban aún. ¿Cómo sería ella, más tarde, con su hijo? ¿No le alejaría de sí, sin querer, con su reserva, con su frialdad aparente?

Las campanadas del reloj les hicieron levantar la cabeza al mismo tiempo y darse cuenta, al mismo tiempo, de su largo silencio.

Jenny sonrió.

—Lo siento por las madejas que quedan. Vamos a acabar ésta nada más. Me voy a tener que subir. —Y apresurándose a terminar el ovillo empezado, explicó—. Si no, me expongo a encontrar a Gise dormida y a despertarla en el primer sueño... Tiene mucha necesidad de descansar.

Antoine recordó entonces las dos camas gemelas y comprendió por qué Gise no había dado las buenas noches a Jenny: dormían en la misma habitación. Ambas dormían arriba, bajo el retrato de Jacques, a ambos lados de la cainita del niño... Pensando en la triste infancia de Gise en casa del señor Thibault sintió un impulso de alegría. «La pobre chica ha encontrado una familia.» Las palabras de Nicole Héquet se le vinieron a la imaginación. «¿Se casará con Daniel?» Sin saber bien por qué, no

le parecía muy probable. Por otra parte, Gise podía ser feliz sin esto. Podía encontrar su razón de ser y su alegría de vivir en la compañía de Jenny y de Jean-Paul. Consagraría a estos dos seres en quienes sobrevivía para ella la presencia de Jacques, su ternura sin empleo, su devoción de perro fiel. Se convertiría en una mulata de pelo canoso, en una vieja y dulce «tía Gi»...

Una vez terminado el ovillo, Jenny se levantó, recogió las madejas, cubrió los leños con ceniza y cogió la pesada lámpara que estaba sobre la mesa.

—Dámela —propuso Antoine, sin mucha convicción.

Tenía la voz tan ronca y hablaba con tanto trabajo, que ella quiso evitarle todo esfuerzo.

—Gracias. Ya estoy acostumbrada. Soy siempre la última en subir.

Al llegar junto a la puerta se volvió y levantó la lámpara para cerciorarse de que todo estaba en orden. Su mirada recorrió el viejo salón familiar y luego vino a fijarse de nuevo en Antoine.

—¡Educar al pequeño lejos de todo esto! —dijo con resolución—. ¡Tan pronto como termine la guerra cambiaré de vida y me instalaré en otra parte!

—¿En otra parte?

—Quiero alejarme de todo esto —prosiguió Jenny en el mismo tono firme y reflexivo—. Quiero marcharme.

—¿Adónde? —Se le pasó una sospecha por la imaginación—. ¿A Suiza?

Jenny lo miró algunos segundos antes de contestar.

—No —dijo—. Naturalmente, he pensado en ello. Pero allí, después de la revolución de Octubre, los buenos, los que eran amigos de Jacques, han marchado todos a Rusia... He pensado también, por un momento, en Rusia... Pero no; es preferible que Jean Paul reciba una educación francesa. Me quedaré en Francia. Me alejaré de mamá y me alejaré de Daniel. Me haré una vida propia. Tal vez en provincias. Me instalaré en cualquier sitio, con Gise. Trabajaremos. Y educaremos a este pequeño como hay que educarlo, como Jacques hubiera querido que se le educara.

—Jenny —dijo Antoine impulsivamente—. Para entonces espero haber reanudado mis actividades de médico y poder tomar a mi cargo...

Ella le interrumpió con un movimiento de cabeza.

—Gracias. De ti no vacilaría en aceptar ayuda si hiciera falta. Pero ante todo quiero ser una mujer que se gane su vida. Quiero que Jean-Paul tenga por madre a una mujer independiente, a una mujer que haya adquirido con su trabajo el derecho de pensar lo que le plazca y a obrar como crea conveniente... ¿Me desapruebas?

—¡No!

Le dio las gracias con una mirada amistosa. Y como si hubiera terminado de decir lo que deseaba que él supiera abrió la puerta y empezó a subir la escalera delante de él.

Lo acompañó hasta su habitación y dejó la lámpara de la sala, comprobando que

no le faltaba nada. Luego le tendió la mano.

—Te voy a confesar una cosa, Antoine.

—¿Qué es? —dijo él, para alentarla.

—Pues bien... No siempre he sentido hacia ti... la simpatía... que siento hoy.

—Yo tampoco —confesó Antoine, sonriendo.

Jenny dudaba de si seguir a causa de esta sonrisa. Había dejado su mano en las de Antoine. Lo miró con gravedad y, finalmente, se decidió.

—Pero ahora, cuando pienso en el porvenir del pequeño..., compréndelo, aumenta mi valor para pensar que tú estarás aquí y que el hijo de Jacques no te será un extraño... Tendrás que aconsejarme, Antoine... Es necesario que Jean-Paul tenga todas las cualidades de su padre, sin tener... —No se atrevió a terminar su frase. Pero acto seguido hizo un esfuerzo (Antoine sintió la manita temblar entre sus dedos) y, como un jinete que delante del obstáculo domina a un caballo reacio, tragó saliva y prosiguió—: No creas que yo no veía los defectos de Jacques... —Volvió a callar; luego, como un paréntesis involuntario, añadió con la mirada errante—: Pero los olvidaba, cuando le tenía a mi lado...

Sus párpados aletearon. Buscaba en vano la hilación de sus ideas. Preguntó.

—No te marchas hasta después de comer, ¿verdad?... Entonces... —Hizo un esfuerzo para sonreír—. ...Entonces, todavía podremos charlar un poco por la mañana... —Soltó su mano, murmuró—. Que descanses bien —y se alejó sin volverse.

## XIII

—EL doctor Thibault —anunció, alegremente, el viejo criado. Philip, sentado en su despacho, escribía algunas cartas en espera de la llegada de Antoine. Se levantó precipitadamente y con su paso saltarín e incierto se adelantó hacia Antoine, parado en el umbral. Antes de cogerle las manos le dirigió una de esas miradas vivas que parecían chispear entre sus párpados semicerrados y movió un poco la cabeza con aquella sonrisa burlona que le ayudaba a ocultar sus emociones.

—¡Estás magnífico, muchacho, con ese azul celeste! ¿Cómo, va eso?

«Ha envejecido mucho», pensó Antoine.

Los hombros de Philip se habían arqueado y su largo cuerpo estaba más vacilante que nunca sobre sus piernas. Las espesas cejas y la perilla de cabra se habían vuelto completamente blancas; pero los gestos, la mirada y la sonrisa conservaban una vivacidad, una jovialidad, incluso una picardía desconcertantes, casi desplazadas en este rostro de anciano.

Llevaba puesto un viejo pantalón de uniforme, encarnado, con trencillas negras, y un chaquet con los faldones arrugados; este atavío anfibio simbolizaba bastante bien sus funciones mitad civiles y mitad militares. A finales de 1914 había sido puesto a la cabeza de una comisión encargada de mejorar los servicios sanitarios del Ejército y, a partir de aquella fecha, se había entregado a la tarea de luchar contra los vicios de una organización que le parecía escandalosamente defectuosa. Su notoriedad en el mundo médico le aseguraba una independencia excepcional. Había atacado los reglamentos oficiales; había denunciado los abusos, advirtiéndolos a las autoridades, y las afortunadas aunque tardías reformas llevadas a cabo en aquellos últimos dos años, se debían en gran parte a sus campañas valerosas y tenaces.

Philip seguía teniendo entre las suyas las manos de Antoine y las agitaba ligeramente, dejando oír breves risitas.

—¡Vamos, vamos!... ¡Y bien!... ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo va eso? —Luego llevó a Antoine hacia su mesa—. Hay tantas cosas que decirse que no se sabe por dónde empezar... —Había instalado a Antoine en el sillón que ofrecía a sus clientes, pero en lugar de sentarse detrás de su mesa alargó el brazo, cogió una silla, se sentó en ella a horcajadas muy cerca de Antoine y le observó.

—Veamos, muchacho; hablemos de ti. ¿En qué estado se encuentra la cuestión esa de los gases?

Antoine se turbó. Había visto cien veces en las facciones de Philip esta atención y esta gravedad profesionales, pero era la primera vez que era objeto de ellas.

—¿Me encuentra muy desmejorado, profesor?

—Un poco más delgado... ¡Lo que no es muy sorprendente!

Philip se quitó los lentes, los limpió, volvió a ponérselos con cuidado, se inclinó y sonrió.

—¡Vamos, cuéntame!

—Pues bien, profesor; soy lo que se llama con respeto un *ipergaseado*. No es como para tomarlo a broma.

Philip hizo un ligero movimiento de impaciencia.

—Bah, bah, bah... Empecemos por el principio. ¿Tu primera herida? ¿Qué queda de ella?

—Quedaría muy poco si la guerra hubiera terminado para mí el verano último, antes de mi encuentro con la iperita... Por otra parte, he absorbido bastante poca y no debiera estar en la situación que estoy. Pero es evidente que las lesiones producidas por el gas se han agravado, a la derecha, por el estado del pulmón, el que fue perforado, y que no había recobrado su elasticidad normal.

Philip hizo una mueca.

—Sí —prosiguió Antoine, pensativo—; estoy seriamente afectado, no hay que hacerse ilusiones... Claro es que saldré adelante. Pero será largo. Y... —Un golpe de tos le interrumpió algunos segundos—. ¡Y muy probablemente estaré en desventaja para el resto del recorrido!

—¿Cenarás conmigo? —preguntó Philip bruscamente.

—Con mucho gusto, profesor. Pero ya se lo tengo dicho por carta: estoy a régimen...

—Denis está advertido: se ha provisto de leche... Por consiguiente, si te quedas a cenar tenemos todo el tiempo necesario. Empecemos por el principio. ¿Cómo ha sucedido? Creí que estabas en la retaguardia.

Antoine esbozó con los hombros un gesto de cólera.

—¡Sucedió de la manera más estúpida! Fue a finales de octubre último. En aquella época estaba bien tranquilo en Épernay, donde me había encargado (predestinación sin duda) de organizar un servicio para gaseados. Me había extrañado comprobar entre los gaseados que me enviaban la presencia de gran número de enfermeros y de camilleros después de las recientes operaciones en el sector del Chemin des Dames (acabábamos de tomar la Malmaison y Pargny). No era natural. Me pregunté si las precauciones contra los gases en los puestos de socorro serían suficientes y bien observadas por el personal. Quise extremar mi celo. Conocía un poco al médico director del cuerpo y obtuve autorización para ir a hacer una inspección sobre el terreno. Y fue al regreso de esta visita cuando me dejé cazar como un imbécil... Los *boches* desencadenaron un ataque de gases en el preciso momento en que yo volvía de las trincheras: primera mala suerte. Segunda mala suerte: un tiempo húmedo y cálido, a pesar de la época. Ya sabe usted que la humedad hace a la iperita más nociva, a causa de las reacciones ácidas.

—Sigue —dijo Philip. Había apoyado los codos en las rodillas, la barbilla sobre los puños y miraba a Antoine, sin apartar los ojos de él.

—Tenía prisa por volver al auto, que había dejado en el puesto de mando de la división. Quise evitar los ramales atestados por las tropas de relevo. Creí tomar un

atajo. Era noche cerrada. Chapoteé durante veinte minutos en una trinchera medio inundada. Le ahorro los detalles...

—¿No tenías careta?

—¡Claro que sí! Pero una careta prestada... Sin duda la sujeté mal. O demasiado tarde. No tenía sino una idea: encontrar el auto... Cuando por fin llegué al puesto de mando salté al coche e iniciamos la marcha. Hubiera hecho mejor deteniéndome en el hospital divisionario para hacer gárgaras con bicarbonato cuanto antes...

—¡Sí; sin duda alguna!

—Pero no sospechaba que había sido atrapado. Hasta una hora más tarde no sentí picores en el cuello y en las axilas... Llegamos a Épernay en medio de la noche. Inmediatamente me hice una cura con colargol y me acosté. Seguía pensando que no era cosa de importancia. Pero el árbol bronquial había sido afectado más seriamente de lo que yo sospechaba... Ya ve usted qué cosa más ridícula: ¡Fui allí para comprobar si se observaban bien todas las precauciones reglamentarias y, sin embargo, no me cuidé de tomarlas yo mismo!...

—¿Entonces? —interrumpió Philip. Y, cediendo a la tentación de demostrar que no le era un tema completamente desconocido, agregó—: Y al día siguiente molestias en la vista, en el aparato digestivo, etcétera...

—Ni una cosa ni otra. Al día siguiente casi nada. Ligeros eritemas en las axilas. Algunas molestias cutáneas, que parecían benignas. Nada de flictenas. Sin embargo, en los bronquios, unas lesiones traicioneras y profundas, que no se descubrieron hasta algunos días más tarde... Ya adivinará usted el resto: sucesivas inflamaciones de la traquearteria y la laringe... Bronquitis agudas, con falsas membranas... ¡Es decir, las secuelas clásicas! Y esto dura ya hace seis meses...

—¿Y las cuerdas vocales?

—¡En un estado lastimoso! Ya me oye cómo hablo. Y todavía esta noche, gracias a los cuidados que me he prodigado durante todo el día, puedo hablar algo. Pero muy a menudo la afonía es completa.

—¿Lesiones inflamatorias de las cuerdas?

—No.

—¿Lesiones nerviosas?

—Tampoco. Es la superposición de las bandas ventriculares tumefactas lo que produce la afonía.

—Evidentemente, eso tiene que impedir cualquier vibración. ¿Te han hecho tomar estricnina?

—Hasta seis o siete miligramos diarios. ¡Por otra parte, sin ninguna mejoría! ¡Pero con prolongados insomnios!

—¿Desde cuándo estás en el Mediodía?

—Desde primeros de año. Primero fui enviado desde Épernay al hospital de Montmorillon, luego a esta clínica de Mousquier, cerca de Grasse. Fue a finales de diciembre. Las lesiones pulmonares parecían entonces en vías de cicatrización. Pero

en Mousquier se ha apreciado esclerosis pulmonar. La disnea ha adquirido bastante de prisa un carácter molesto. Sin razón aparente, la temperatura se elevaba bruscamente a treinta y nueve y medio y a cuarenta grados y luego caía casi con la misma brusquedad, a treinta y siete y medio grados... En febrero tuve una pleuritis seca con expectoraciones sanguinolentas.

—¿Y ya no te sobrevienen esas marcadas oscilaciones de temperatura?

—Sí.

—¿A qué lo atribuyes?

—A la infección.

—¿A la infección latente?

—O a una infección crónica determinada; ¿quién sabe?

Sus miradas se cruzaron. Una lucecilla interrogante brilló en la de Antoine. Philip extendió la mano.

—¡No; no, Thibault! Si es en «eso» en lo que estás pensando no te inquietes sin motivo. La evolución hacia la tuberculosis pulmonar no ha sido advertida nunca, que yo sepa, en casos de este tipo. Tú debes saberlo mejor que yo. Un ipleurítico no se convierte en tuberculoso, a no ser que haya presentado síntomas «con anterioridad» a la absorción de los gases... Ahora bien —añadió, irguiéndose—, ¡tú tienes la suerte de no tener ningún antecedente patológico en el aparato respiratorio!

Sonreía con aspecto de confianza. Antoine le observaba en silencio. De repente dirigió a su viejo profesor una mirada afectuosa y sonrió a su vez.

—Sí, lo sé —dijo—; ¡es una suerte!

—De la misma forma —prosiguió Philip como si pensara en voz alta— que el edema pulmonar, muy frecuente según creo en los afectados por los gases sofocantes, es extremadamente raro en los ipleuríticos. Es otra circunstancia afortunada... Y luego, las secuelas pulmonares debidas a la ipleuritis son más raras y creo que menos graves en general que las resultantes de otros gases tóxicos. ¿No es así? Hace poco he leído un buen artículo en este sentido.

—¿El de Achard? —preguntó Antoine. Bajó la cabeza—. Se cree generalmente que la ipleuritis, al contrario que los sofocantes, ataca a los bronquiolos más bien que a los alvéolos y que altera con menos gravedad los cambios gaseosos. Pero mi experiencia personal y las comprobaciones que he podido hacer en otros me han hecho escéptico. Lo cierto, desgraciadamente, es que los pulmones ipleuríticos presentan toda clase de afecciones secundarias, muy rebeldes en su mayoría, y que tienden a convertirse en crónicas. E incluso he observado en ipleuríticos algunos casos en que la esclerosis intraalveolar, y al mismo tiempo parietal, ha terminado por bloquear el pulmón...

Hubo un momento de silencio.

—¿Y por lo que respecta al corazón? —preguntó Philip.

—Hasta ahora se va manteniendo. ¿Pero por cuánto tiempo? Sería una locura pedir al corazón que no fallara cuando desde hace meses es el centro de resistencia de



un organismo fatigado e intoxicado. Incluso me pregunto si la intoxicación no empieza ya a ganar la fibra muscular y los centros nerviosos. Estas últimas semanas he podido apreciar algunas alteraciones cardiovasculares ...

—¿Apreciar? ¿Cómo?

—Todavía no he podido conseguir que me hagan una radioscopia y los que me cuidan dicen que en la auscultación no encuentran nada. ¿Pero es verdad?... Hay otros procedimientos de investigación: el estudio del pulso y de la tensión. Pues bien: sin que mi temperatura excediera de los treinta y ocho grados y medio o treinta y nueve, he observado, la semana última sin ir más lejos, unas aceleraciones insólitas, variables entre ciento veinte y ciento veinticinco. No rae sorprendería que hubiera una relación entre esta taquicardia y un principio de edema pulmonar... ¿No cree?

Philip eludió la pregunta.

—¿Por qué no facilitas el trabajo del corazón con frecuentes ventosas escarificadas? ¿E incluso, si hace falta, con pequeñas sangrías?...

Antoine parecía no haber oído. Miraba atentamente al viejo profesor. Éste sonrió, sacó del chaleco el grueso reloj de oro con dos tapas, que Antoine siempre le había conocido, e inclinándose (como si cediera a una vieja manía más bien que a una curiosidad real) cogió entre sus dedos la muñeca de Antoine.

Transcurrió un largo minuto. Philip permanecía inmóvil, con la mirada fija en la aguja. Súbitamente Antoine sintió que el corazón le daba un vuelco: la contemplación de este rostro concentrado, enigmático, acababa de hacer surgir en lo más profundo de su memoria un recuerdo muy preciso y hacía ya mucho tiempo olvidado. Una mañana, en el hospital, casi al principio de sus relaciones con Philip, cuando salían ambos de la sala de consulta en la que Philip acababa de enfrentarse con un diagnóstico especialmente embarazoso, en un acceso de buen humor y de confianza, el profesor había cogido a Antoine del brazo. «Mira, querido, ante todo, en un caso crítico, un médico debe poder aislarse y reflexionar. Pues bien: para esto hay un medio infalible: ¡el cronómetro! ¡Un médico debe llevar en el bolsillo del chaleco un magnífico cronómetro, grande e imponente, del tamaño de un plato! Y con esto, está uno a salvo. Puede verse asaltado por toda una familia ansiosa, puede encontrarse en la calle, ante un accidentado, en medio de una muchedumbre que le acosa a preguntas; si quiere reflexionar, si quiere que le dejen tranquilo, no tiene sino que hacer el gesto mágico: ¡saca ostensiblemente su caldero y coge el pulso! ¡Acto seguido silencio absoluto y soledad! Mientras permanezca así, con la nariz encima de la esfera, podrá pesar tranquilamente el pro y el contra, establecer su diagnóstico con tanto recogimiento como si se encontrara en su despacho, con la cabeza entre las manos... Haz caso de mi experiencia, pequeño: ¡corre a comprarte un buen cronómetro!»

Philip no se había percatado de la alteración de Antoine. Soltó la muñeca y se incorporó sin prisa.

—Pulso rápido, con toda evidencia. Un poco vibrante. Pero bastante regular.

—Sí. Y algunos días, por el contrario (sobre todo por la noche), es muy lento, casi imperceptible, difícil de coger. ¡Explíquese eso! Y luego, en períodos de alteraciones pulmonares acentuadas, la aceleración reaparece... Por lo general, intermitente.

—¿Has intentado la compresión ocular?

—No produce, por así decirlo, ninguna moderación apreciable.

Hubo una nueva pausa.

—Soy ya un débil pulmonar —declaró Antoine, con una sonrisa forzada—. ¡El día que sea también un débil cardíaco!...

Philip le interrumpió con un gesto.

—Bah... Hipertensión y taquicardia no son muy a menudo sino simples fenómenos de defensa, Thibault. Con esto no te digo nada nuevo. En las embolias cerebrales mínimas, por ejemplo, tú sabes como yo que es con la hipertensión y la taquicardia con lo que el corazón lucha victoriosamente contra la obstrucción de los alvéolos pulmonares. Roger lo ha demostrado. Y otros muchos después que él.

Antoine no contestó. Un nuevo golpe de tos le hacía doblarse por la cintura.

—¿Qué tratamientos? —preguntó Philip, sin aparentar dar gran importancia a su pregunta.

Tan pronto como pudo hablar, Antoine se encogió de hombros con desaliento.

—¡Todos! Lo hemos ensayado todo... Nada de opiáceos, naturalmente... Azufre... Y luego arsénico... Y más azufre y arsénico...

Su voz estaba ronca, débil y entrecortada. Calló. Esta larga conversación lo había agotado. Echó la cabeza hacia atrás y permaneció algunos segundos con el busto erguido, la nuca apoyada y los ojos cerrados. Cuando volvió a abrir los párpados sorprendió la mirada de Philip fija en él o impregnada de dulzura. Esta expresión de bondad le trastornó más de lo que lo hubiera hecho una actitud inquieta. Balbuceó:

—No esperaba usted encontrarme tan...

—¡Al contrario! —interrumpió Philip, riendo—. ¡Después de tu última carta no me esperaba encontrarte en tan buena vía! —Y, para abreviar, añadió—: Ahora me gustaría escuchar un poco lo que hay ahí dentro...

Antoine hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Se quitó la guerrera.

—Hagamos las cosas según los cánones —dijo Philip, alegremente—. Echate ahí.

Señalaba a la tumbona cubierta con una tela blanca donde hacía acostar a sus clientes. Antoine obedeció. Philip se puso de rodillas y procedió, en silencio, a una auscultación minuciosa. Luego se incorporó bruscamente.

—Pischt... —hizo, evitando, sin demostrarlo demasiado ostensiblemente, la mirada ansiosa de Antoine—. Evidentemente... algunos soplos diseminados... Algo de infiltración tal vez... Un poco de congestión, también, en todo el lóbulo superior derecho... —Por fin se decidió a volver la cabeza hacia Antoine—. No te digo nada nuevo, ¿verdad?

—No —repuso Antoine. Y se levantó lentamente.

—Caramba, caramba —prosiguió Philip, yendo con su paso desarticulado hasta

su despacho, ante el cual se sentó. Maquinalmente sacó la estilográfica del bolsillo, como si fuera a redactar una receta—. Enfisema, de eso no hay duda. Y para serte completamente franco, creo muy posible que conserves durante mucho tiempo una cierta sensibilidad de las mucosas... —Jugueteaba con la estilográfica y, con las cejas fruncidas, examinaba distraídamente los objetos colocados sobre la mesa—. ¡Pero eso es todo! —dijo, cerrando con un gesto seco la guía de teléfonos que había quedado abierta.

Antoine se acercó y posó las manos en el borde de la mesa. Philip volvió a tapar la estilográfica, se la puso en el bolsillo, levantó la cabeza y recalcando las palabras resumió:

—Es muy desagradable, muchacho. ¡Pero «nada más»!

Antoine se irguió en silencio y se alejó hacia la chimenea para ajustarse el cuello delante del espejo.

En la puerta sonaron dos golpes discretos.

—Nuestra cena está servida —dijo Philip en tono alegre.

Permanecía sentado. Antoine volvió hacia él y de nuevo puso las manos encima de la mesa.

—Hago de verdad todo lo que puede hacerse, profesor —murmuró, con voz fatigada—. ¡Todo! Ensayo con perseverancia todos los tratamientos conocidos. Me observo clínicamente como si se tañara de uno de mis enfermos; ¡desde el primer día tomo notas cotidianas! Multiplico los análisis, las radiografías; vivo pendiente de mí mismo para no hacer ninguna imprudencia, para no dejar escapar ninguna oportunidad de curarme... —Suspiró—. ¡A pesar de todo, hay días en que es muy difícil resistir al desaliento!

—¡No! ¡Puesto que adviertes progreso!

—¡Pero es que no estoy completamente seguro de advertir progreso! —dijo Antoine. Había contestado cediendo a su intuición, sin reflexionar. Casi había gritado esto involuntariamente. Y acto seguido se sintió invadido por una turbación inesperada, como si lo que acababa de decir traicionara de pronto un pensamiento secreto que nunca hubiera dejado asomar a la superficie. Un ligero sudor perló su labio superior.

¿Advirtió Philip esta turbación? ¿Comprendió su patetismo? ¿Era porque siempre mantenía el dominio de sí mismo por lo que su rostro seguía estando tan tranquilo y confiado? No; era muy difícil creer en tanta superchería viéndole encogerse de hombros alegremente y oyéndole decir con su voz de falsete, maliciosa e irónica:

—¿Quieres llegar hasta el fondo de mi pensamiento, muchacho? ¡Pues bien, me digo que es una suerte que los progresos sean tan lentos!... —Saboreó algunos instantes el asombro de Antoine—. Escucha. De los «seis» antiguos internos a los que yo consideraba un poco como mis hijos, tres han sido muertos y dos han quedado enfermos para toda su vida. Confieso egoístamente que no estoy descontento de saber que el sexto está a buen recaudo; ¡condenado a vivir muchos meses todavía al buen

sol del Mediodía, a mil quinientos kilómetros del frente! ¡Tú piensa lo que quieras; yo no tengo ningún interés en verte curado antes de que termine esta pesadilla! ¡Si no te hubieran gaseado en octubre último quién sabe siquiera si hubiéramos tenido la oportunidad de cenar juntos, como vamos a hacerlo esta noche!... —Se levantó ágilmente—. ¡Y ahora, a la mesa!

«Tiene razón —se dijo Antoine, convencido por el buen humor persuasivo de su anciano amigo—. A pesar de todo, mi constitución es buena...»

Un plato de sopa humeaba en la mesa del comedor. (Desde hacía años Philip cenaba un plato de sopa y una compota de fruta.)

Hizo sentarse a Antoine ante la taza y la botella de leche que le habían sido destinados.

—Denis no te ha calentado la leche, pero aún estamos a tiempo...

—No; siempre la tomo fría. Está bien.

—¿Sin azúcar?

Un golpe de tos impidió a Antoine contestar. Con la mano hizo un gesto negativo. Philip evitaba mirarle, completamente decidido a no advertir esta tos, a no hablar de su salud y a dar lo más pronto posible otro curso a la conversación. Pensativo, movía la cuchara en la sopa, esperando que Antoine acabara de toser. Luego, para romper un silencio que se hacía embarazoso, empezó a hablar con la mayor naturalidad:

—Otro día más que he empleado en luchar contra nuestra comisión de higiene... ¡Es increíble la incoherencia de las prescripciones oficiales para las inyecciones de vacuna antitífica!

Antoine sonrió y bebió un sorbo de leche para aclararse la voz.

—¡Sin embargo, ha realizado usted una buena labor en estos tres años, profesor!

—¡No sin trabajo, te lo aseguro! —Buscó otro tema, no lo encontró y prosiguió—: ¡No sin trabajo! ¡Cuando tuve que ocuparme en mil novecientos quince de la organización de los servicios sanitarios no te puedes imaginar cómo encontré las cosas!

«¡Pues yo estaba bien situado para saberlo!», se dijo Antoine. Pero quería evitar las ocasiones de hablar; se contentó con escuchar con una sonrisa de asentimiento.

—Era la época —continuó Philip— en que los heridos eran evacuados todavía en trenes ordinarios, de los que se habían utilizado para transportar tropas o llevar aprovisionamientos... ¡Cuando no eran vagones de ganado!... He visto a desgraciados que habían esperado veinticuatro horas en compartimientos sin calefacción, porque no eran lo bastante numerosos para formar un convoy reglamentario... Las más de las veces eran alimentados por la población... ¡Y curados, bien que mal, por buenas mujeres caritativas o viejos boticarios de pueblo! Y, finalmente, cuando el tren se ponía en marcha, tenían muy a menudo dos o tres días de traqueteo antes de que se les sacara de su colchoneta... ¡Así, pues, qué porcentaje tan alto de tetánicos no tendríamos en casi todos los trenes! ¡Y se les metía

en hospitales atestados en los que faltaba de todo! ¡Antisépticos, compresas, y, claro está, guantes de goma!

—Yo he visto, a cuatro o cinco kilómetros del frente —dijo Antoine, con trabajo— hospitales de sangre... en los que se hervían las pinzas en cacerolas viejas... en un fuego de leña...

—Y eso todavía, puede explicarse en rigor... Estábamos desbordados... —Philip dejó oír su risita burlona—. La oferta rebasaba a la demanda... ¡La guerra exageraba su tributo! ¡No se conformaba con las previsiones de los reglamentos! Pero lo que no tenía excusa, pequeño —prosiguió, hablando en tono formal—, ¡es la forma en que fue concebida y realizada la movilización de los médicos! El Ejército había tenido a su disposición, desde el primer día, un personal de reservistas incomparable. ¡Pues bien: cuando fui encargado de las primeras inspecciones encontré a cirujanos notables, como Deutsch y como Hallouin, de enfermeros de segunda clase en hospitales dirigidos por médicos militares de veintiocho o treinta años! A la cabeza de los grandes servicios quirúrgicos, a unos jefes ignorantes que parecían no haber operado nunca sino panadizos y que decidían y practicaban las intervenciones más graves, amputaban a tontas y a locas, simplemente porque tenían cuatro galones en la manga, sin querer escuchar la opinión de los civiles movilizados (aunque fuesen cirujanos de los hospitales) que tenían bajo sus órdenes... Empleamos meses enteros, mis colegas y yo, para conseguir las reformas más elementales. Hubo que remover el cielo y la tierra para que se revisaran los reglamentos, para que la distribución de los heridos fuese confiada a médicos de carrera... Para que se renunciara, por ejemplo, al principio absurdo de llenar primeros los hospitales más alejados, sin tener en cuenta la gravedad de las heridas ni su urgencia... ¡Se enviaba normalmente a Burdeos o a Perpignan a heridos de cabeza, que no llegaban nunca a su destino, porque la gangrena o el tétanos acababan con ellos en el trayecto! ¡Unos desgraciados a los que se hubiera salvado nueve veces de cada diez trepanándoles en las primeras doce horas!

Su indignación desapareció de repente, y sonrió.

—¿Sabes quién me ayudó mucho, al principio de mi campaña? ¡Te vas a quedar asombrado! ¡Una de tus clientes, mi querido pequeño! ¿Sabes quién? La madre de aquella chiquilla que escayolamos juntos y enviamos a Berck...

—¿La señora de Battaincourt? —murmuró Antoine, molesto.

—¡Sí! Me escribiste acerca de ella en el catorce, ¿te acuerdas?

Efectivamente, en los primeros meses de la guerra, cuando Antoine había sabido por una carta de Simón que *Miss Mary*, dejando a la enfermita sola en Berck, había vuelto a Inglaterra, le había pedido a Philip que se ocupara de Huguette. Éste había hecho el viaje y decidido que la joven podía reanudar sin inconvenientes una vida casi normal.

—En aquella época vi varias veces a la señora de Battaincourt. ¡Esa mujer conocía a todo París! Me consiguió en veinticuatro horas una audiencia que yo

llevaba solicitando desde hacía seis semanas; gracias a ella, pude ver al ministro personalmente, con toda tranquilidad, soltando todo lo que llevaba en mis informes y en mi ánimo... Una visita que duró cerca de dos horas, querido. ¡Pero que fue decisiva!

Antoine callaba. Contemplaba su taza vacía con una atención que, en realidad, no había nada que justificara. Se dio cuenta y, para disimular, se sirvió un poco de leche.

—Tu joven protegida se ha convertido en una muchacha preciosa —dijo Philip, sorprendido de que Antoine no le pidiera noticias de Huguette—. No la pierdo de vista... Viene a verme cada tres o cuatro meses...

«¿Sabrá mis relaciones con Anne?», se preguntaba Antoine. Hizo un esfuerzo por decir algo.

—¿Vive en Turena?

—No; en Versalles, con su padrastro. Battaincourt se ha instalado en Versalles para estar cerca de París. La trata Châtenaud... ¡Qué mala pata es ese pobre Battaincourt!

«No —se dijo Antoine—. Si lo supiera, hubiera evitado la expresión “mala pata”.»

—¿Te enteraste cómo fue herido?

—Vagamente... De permiso, ¿no es así?

—¡Había estado dos años en el frente, sin un rasguño! Y luego, una noche, en Saint-Just-en-Chaussée, cuando venía de permiso, su tren se detuvo en una estación reguladora. ¡Y precisamente durante esta parada los aviones *boches* bombardearon la estación! Lo recogieron con la cara ensangrentada, un ojo perdido y el otro muy amenazado... Châtenaud lo vigila muy de cerca. Está casi ciego...

Antoine se acordó de la mirada clara y honrada de Simón en el curso de la visita que éste le había hecho en la calle de la Universidad, un poco antes de la movilización; aquella visita que había decidido a Antoine a romper.

—¿Y la señora de Battaincourt?... —empezó. Su voz era tan poco clara que Philip hubo de inclinarse—. ¿Y la señora de Battaincourt vive con ellos?

—¡Pero si está en América!

—¿Ah, sí?

¿Por qué esta noticia le producía una especie de alivio?

Philip sonreía silenciosamente en tanto que Denis dejaba sobre la mesa una compotera con cerezas cocidas.

—¡Hum!... La madre... —prosiguió Philip en lo que se servía para dar lugar a que el criado se alejara—. Una criatura bastante extravagante, por lo que parece. —Se detuvo, con la cucharilla en alto—. ¿No opinas lo mismo?

«¿Estará enterado?», se preguntó de nuevo Antoine. Consiguió sonreír evasivamente. (En presencia de Philip siempre perdía su aplomo y se convertía automáticamente en el joven interno a quien el maestro había intimidado durante mucho tiempo.)

—¡Pues sí, en América!... La pequeña me dijo, la última vez que la vi: «Mamá va a instalarse probablemente en Nueva York, donde tiene muchos amigos.» Según mis informes, parece ser que se hizo enviar allí, en misión, por no sé qué comité de propaganda francesa... Y que esta misión ha coincidido muy exactamente con el llamamiento a Estados Unidos de cierto capitán americano que durante algún tiempo desempeñó un cargo en la embajada de París...

«No —pensó Antoine—. Decididamente no sabe nada.»

Philip escupió algunos huesos, se secó la barba y prosiguió:

—Al menos esto es lo que dice Lebel, que sigue dirigiendo el hospital que la señora de Battaincourt fundó en su finca, cerca de Tours, hospital que por otra parte sigue subvencionado regiamente, según dicen... Pero los informes de Lebel no son demasiado dignos de crédito; se afirma que también él, a pesar de sus sienes plateadas, había sido un... colaborador íntimo..., lo que explicaría que lo dejara todo el primer invierno de la guerra para ir a enterrarse en Turena... ¿No te terminas la botella?

—Dos tazas es lodo lo que puedo tomar —murmuró Antoine, sonriendo—. ¡Le tengo verdadero horror a la leche!

Philip no insistió, dobló torpemente la servilleta y se levantó.

—¡Volvamos allí!... —Cogió a Antoine del brazo con familiaridad y en tanto que lo conducía hacia su despacho, comentó—: ¿Has visto las condiciones impuestas a Rumania por los Imperios Centrales?... Instructivo, ¿verdad? Ya están abastecidos de petróleo. Todavía tienen fuerzas. ¿Por qué habrían de hacer la paz?

—¡La entrada en fuego de las tropas americanas!

—Bah... Si no consiguen este verano una victoria decisiva (lo que es poco probable, aunque se les atribuye el proyecto de intentar una nueva ofensiva contra París), el año que viene se opondrá al material y a los soldados americanos, el material y los soldados rusos... Otra reserva, prácticamente inagotable... ¿Qué quieres que suceda con dos masas en lucha, casi iguales, que no quieren ningún compromiso, y ninguna de las cuales puede someter a la otra por la supremacía de su fuerza? Están condenadas fatalmente a enfrentarse hasta que el agotamiento de ambas...

—¿Entonces usted no espera nada del sentido práctico de un Wilson?

—Wilson está en la luna... Y además, por ahora, advierto que ni en Francia ni en Inglaterra se desea la paz. Hablo de los dirigentes. En París, como en Londres, se desea tenazmente «una victoria»; toda veleidad de paz es calificada de traición. Individuos como Briand resultan sospechosos. ¡Wilson lo será también muy pronto, si no lo es ya!

—¡Se puede ser obligado a hacer la paz! —dijo Antoine, pensando en las palabras de Rumelles.

—No creo que Alemania pueda estar nunca en situación de imponérsela. No; te lo repito: creo en la igualdad aproximada de las fuerzas en lucha... No veo ninguna

salida antes del agotamiento común.

Había vuelto a su sitio, detrás de la mesa, y Antoine, fatigado, sin hacerse rogar, había obedecido al gesto amistoso que le invitaba a echarse en la tumbona.

—Tal vez vivamos lo bastante para ver el final de la guerra... Pero lo que no veremos, indudablemente, es la paz. Quiero decir: el equilibrio de Europa en la paz. —Se turbó ligeramente, e inmediatamente añadió—: Y digo: «veremos», a pesar de tu edad porque en mi opinión, para recobrar ese equilibrio tendrán que transcurrir varias generaciones. —Volvió a interrumpirse, miró a Antoine a hurtadillas, se acarició un instante la barba y, encogiéndose tristemente de hombros, prosiguió—: ¿Es ni siquiera concebible un equilibrio en la paz, con los elementos actuales? El ideal democrático tiene plomo en las alas. Sembat tenía razón: las democracias no están hechas para la guerra; se funden en ellas como la cera al calor. Cuanto más dura la guerra menos esperanzas hay de qué el porvenir de Europa sea democrático. Se imagina uno muy bien el futuro, el reinado despótico de un Clemenceau, de un Lloyd George. Los pueblos los dejarán obrar: ya están acostumbrados al estado de sitio. Poco a poco abdicarán hasta de su republicana pretensión a la soberanía. Observa simplemente lo que sucede en Francia: la distribución controlada de los víveres, el racionamiento del consumo, la injerencia del Estado en todos los terrenos, en los de la industria y el comercio, en el de los contratos entre particulares (por ejemplo, la moratoria) y en el del pensamiento, ¡como sucede con la censura! Aceptamos todo esto como medidas excepcionales. Estamos persuadidos de que son necesarias dadas las circunstancias. En realidad, son los pródromos de la servidumbre total. ¡Una vez que esté bien sujeto el yugo no habrá forma de sacudírselo!

—¿Usted conoció a Studler? El «Califa»... ¿Mi colaborador?

—¿Un judío, con barba de asirio y ojos de mago?

—Sí... Fue herido y ahora está no sé dónde, en el frente de Salónica... Desde allí me envía de vez en cuando unas elucubraciones proféticas, a su manera... Pues bien: Studler pretende que la guerra conducirá infaliblemente a la revolución. Primero, para los vencidos; a continuación, para los vencedores. Revolución brutal o revolución lenta, pero revolución en todas partes...

—Si... —comentó Philip, evasivo.

—¡Anuncia la quiebra del mundo moderno y el hundimiento del capitalismo! El también cree que la guerra durará hasta el agotamiento de Europa. Pero cuando todo haya desaparecido, cuando todo se haya nivelado, predice el advenimiento de un mundo nuevo. Ve elevarse sobre las ruinas de nuestra civilización algo así como una confederación mundial, la organización de una gran vida colectiva del planeta sobre unas bases enteramente nuevas...

Había forzado la voz para largar su parrafada de un tirón. Se detuvo, doblado por la cintura a causa de un acceso de tos.

Philip no lo perdía de vista. Hizo como si no se diera cuenta de nada.

—Todo es posible —dijo, con una mirada divertida. Siempre estaba dispuesto a



dejar correr su imaginación—. ¿Por qué no? Puede que el misticismo del ochenta y nueve, después de habernos hecho creer durante mucho tiempo, contra todas las evidencias biológicas, que los hombres son iguales por naturaleza y deben serlo ante la ley, que este misticismo bajo el cual hemos vivido un siglo tal vez haya llegado al término de su eficacia y haya de ceder el sitio a cualquier otra bella elucubración, de un tipo diferente... Una ideología nueva, generadora a su vez de pensamiento y de acción, de la cual la Humanidad se nutrirá y embriagará durante cierto tiempo... Hasta que todo cambie, una vez más...

Calló algunos instantes, para dejar a Antoine toser.

—Es posible —prosiguió, en tono irónico—, pero dejo estas visiones para tu mesiánico amigo... El porvenir que yo veo es más próximo y completamente diferente. Creo que los Estados no están dispuestos a renunciar a los poderes absolutos que la guerra les ha conferido. Temo también que la era de las libertades democráticas haya terminado para mucho tiempo. Lo que es bastante desalentador, convengo en ello, para las personas de mi generación. Hemos creído a machamartillo que estas libertades habían sido adquiridas definitivamente; que nunca podrían volver a ser puestas en tela de juicio. ¡Pero todas las cosas pueden siempre ser puestas en tela de juicio!... ¿Quién sabe si no eran solamente un sueño? Un sueño que el final del siglo XIX ha tomado por realidades perdurables, porque los hombres de entonces tenían la suerte de vivir en un tiempo excepcionalmente tranquilo y excepcionalmente feliz...

Hablaba, con su voz ceceante y nasal, como si se encontrara solo, con los codos apoyados en los brazos de su sillón y con su larga nariz rojiza dirigida hacia sus manos juntas, que anudaba y desanudaba a intervalos...

—Hemos creído que la Humanidad, adulta, se acercaba a una época en que la sabiduría, la medida y la tolerancia se disponían por fin a reinar en el mundo... En que la inteligencia iba por fin a dirigir la evolución de las sociedades humanas... ¿Quién sabe si no pareceremos a los ojos de los historiadores futuros unos ingenuos, unos ignorantes, que se hacían conmovedoras ilusiones acerca del hombre y de su aptitud para la civilización? ¿Tal vez cerramos los ojos a algunas características humanas esenciales? ¿Tal vez, por ejemplo, a que el instinto de destrucción, la necesidad periódica de derribar por tierra aquello que hemos edificado trabajosamente sea una de esas leyes esenciales que limitan las posibilidades constructivas de nuestra naturaleza? ¿Una de esas leyes misteriosas y decepcionantes que el sabio debe conocer y aceptar?... Hemos aquí bastante lejos de las predicciones de tu «Califa» —concluyó, bromeando. Y como Antoine siguiera tosiendo, agregó—: ¿No quieres tomar algo? ¿Un sorbo de agua? ¿Una cucharada de codeína? ¿No?

Antoine hizo un gesto negativo. Al cabo de dos o tres minutos (durante los cuales paseó por la habitación en silencio), se sintió mejor. Enderezó el cuerpo, se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas y trató de sonreír. Tenía las facciones tensas, la cara congestionada y la frente sudorosa.

—Voy... a retirarme..., profesor... —articuló, con la garganta abrasada—. Discúlpeme... —Volvió a sonreír, hizo un esfuerzo y se puso en pie—. ¡Reconozca que me encuentro en un estado bastante lastimoso!

Philip pareció no haberle oído.

—Se habla —dijo—; se profetiza... ¡Yo me burlo de tu «Califa» y hago exactamente igual que él! Todo esto es absurdo. Todo lo que estamos viendo desde hace cuatro años es absurdo. Y todo lo que estos absurdos nos hacen prever es absurdo... Se puede criticar, sí. Se puede incluso condenar lo que sucede; esto no es absurdo. ¡Pero querer predecir lo que va a suceder!... Fíjate, muchacho; siempre volvemos a lo mismo: la única actitud (iba a decir: científica... Seamos más modestos: la única actitud razonable, la única que no decepciona), es «la búsqueda del error» y no la búsqueda de la verdad... Reconocer lo que es falso, resulta difícil, pero se consigue, ¡y es todo, rigurosamente todo aquello que se puede hacer!... El resto, ¡puras divagaciones!

Advirtió que Antoine estaba de pie y le escuchaba distraídamente. Se levantó.

—¿Cuándo volveré a verte? ¿Cuándo te marchas?

—Mañana, por la mañana, a las ocho.

Philip se estremeció imperceptiblemente. Esperó algunos segundos a que su voz hubiera recobrado la firmeza:

—Ah, ah...

Luego, siguió a Antoine, que se dirigía hacia el vestíbulo.

Examinaba esta espalda arqueada, este cogote delgado y descamado que emergía del cuello de la guerrera. Tuvo miedo de traicionarse, miedo de este silencio, miedo de su propio pensamiento. Se apresuró a seguir hablando:

—Al menos, ¿estás contento en esa clínica? ¿Son eficientes allí? ¿Es, efectivamente, el sanatorio que te conviene?

—Para el invierno no hay nada mejor —contestó Antoine, sin dejar de andar—. Pero le tengo cierto miedo al verano allí. Hasta el punto de que he pensado en pedir que me trasladen a algún otro sitio... Me vendría bien el campo... Una región bien aireada, que no sea húmeda... Donde haya pinares, por ejemplo... ¿Arcachon? Arcachon es muy calurosa... ¿Entonces? ¿Un balneario de aguas termales, en los Pirineos?... ¿Cauterets? ¿Luchon?... —Había llegado al vestíbulo y levantaba ya el brazo para descolgar el quepis cuando volvió la cabeza bruscamente antes de añadir—: ¿Usted qué cree, profesor? —Y, repentinamente, en este rostro cuyas menores tonalidades había aprendido a descifrar en diez años de colaboración, en los ojillos grises que se guiñaban detrás de los lentes, sorprendió la confesión involuntaria: una compasión inmensa. Fue como un veredicto: «¿Para qué? —decían este rostro y esta mirada—. ¿Qué importa el verano? Aquí o allá... ¡No te escaparás, “estás perdido”!»

«Bien, es verdad —pensó Antoine, aturdido por la rudeza del choque— creo que yo también “lo sabía”... ¡Estoy perdido!»

—Sí; Cauterets —balbuceó Philip precipitadamente—. ¿Y por qué no en Turena

simplemente, pequeño?... Turena..., o bien Anjou...

Antoine miraba con fijeza al suelo. Ya no se atrevía a afrontar la mirada de Philip... ¡Cómo sonaba a falso la voz del profesor! ¡Cuánto daño le hacía!... Se puso el quepis con mano temblorosa y llegó hasta la puerta sin levantar la cabeza. Sólo tenía una idea: precipitar la despedida, encontrarse a solas, con su miedo.

—Turena... o Anjou... —repetía Philip, machaconamente—. Ya me informaré..., y te escribiré...

Con los ojos hundidos bajo la visera, que disimulaba la alteración de sus facciones, Antoine alargó la mano con un gesto maquinal. El anciano doctor la cogió; sus labios emitieron un ruido incoherente. Antoine se soltó, abrió la puerta y huyó.

—Sí... ¿Por qué no Anjou?... —repetía Philip, inclinado sobre la barandilla.

## XIV

FUERA, la oscuridad pesaba sobre la ciudad. Aquí y allá un farol encapuchonado arrojaba sobre la acera un círculo de luz azulada. Pocos transeúntes. Algunos autos, muy escasos, marchaban con prudencia, precedidos del sonido insistente de sus bocinas. Titubeando, sin saber bien adónde iba, Antoine cruzó el bulevar Malesherbes y tomó la calle Boissy-d'Anglas. Andaba indiferente a todo, con un peso sobre la nuca y respirando entrecortadamente, con la cabeza extrañamente sonora y vacía, arrimándose tanto a las fachadas que algunas veces su codo tropezaba con las paredes. No pensaba. No sufría.

Se encontró bajos los árboles de los Campos Elíseos. Ante él, a través de los troncos, se extendía, apenas iluminada, pero visible bajo la luz nocturna de este magnífico cielo primaveral, la plaza de la Concordia, surcada de vehículos silenciosos, que parecían animales de ojos fosforescentes y se desvanecían en la noche. Advirtió un banco y se acercó a él. Antes de sentarse, por la fuerza de la costumbre, se dijo: «Tengo que tener cuidado de no enfriarme.» (Para pensar inmediatamente: «¡Y qué importa ahora!») El veredicto fulgurante que había sorprendido en la mirada de Philip anidaba en su espíritu y no solamente en su espíritu, sino también en su cuerpo como algo enorme, parásito, como un tumor devorador que hubiera desplazado todo lo demás para desarrollarse monstruosamente y ocupar todo el individuo.

Recogido en si mismo, con la espalda apoyada en el duro respaldo, con los brazos cruzados para comprimir esta cosa extraña, prendida en su carne y que le ahogaba, revivía mentalmente la velada. Veía al profesor a horcajadas en su silla. «Empecemos por el principio. ¿Tu primera herida? ¿Qué queda de ella?», Y se repetía lentamente sus explicaciones. Pero, poco a poco, las palabras que se oía decir no eran ya exactamente las que había pronunciado el profesor; con una lucidez objetiva, completamente nueva, exponía ahora su caso bajo su aspecto verdadero. Describía en toda su realidad inexorable las crisis sucesivas, las mejorías cada vez más breves, las recaídas cada vez más serias. Hacía sensible y evidente la agravación regular, ininterrumpida e irremediable. Y le parecía seguir, segundo a segundo, en el rostro descompuesto de su viejo amigo, la progresión de una ansiedad clarividente, la elaboración gradual del diagnóstico fatídico. Con la frente llena de sudor, la respiración jadeante y dolorosa, sacó el pañuelo y se secó la cara.

A lo lejos, un ruido sordo, una especie de mugido al cual no prestó sino una atención nebulosa, alteró repentinamente la calma de la noche.

Se veía en la tumbona, después de la auscultación, enderezar el busto penosamente y bajar la cabeza con resignación fingida: «Ya lo ve, profesor; ¡ya no se puede conservar ni la menor esperanza!» Y Philip bajaba la nariz, sin contestar.

Se levantó violentamente de su banco para abreviar la angustia que lo atenazaba.

Entonces, mientras permanecía de pie, inmóvil —como un soplo fresco llegado del abismo— una idea tranquilizadora se deslizó en su mente: «Nosotros, los médicos, siempre tenemos un recurso... la posibilidad de no esperar... de no sufrir.»

No se sostenía sobre sus piernas. Volvió a sentarse.

Dos sombras, dos siluetas femeninas, salieron corriendo de bajo los árboles. Y casi inmediatamente todas las sirenas de alarma empezaron a gemir al unísono. Los raros puntos luminosos que palpitaban débilmente en torno a la plaza se apagaron al mismo tiempo.

«Pues sólo faltaba esto», pensó, aguzando el oído. Un rugido lejano hacía temblar el suelo.

Detrás de él, por los paseos, se oían pasos huidizos, voces asustadas que se elevaban confusamente en la noche y grupos que corrían perdiéndose en la oscuridad. Por la avenida Gabriel unos automóviles sin luces corrían sin dejar de tocar la bocina. Una patrulla de guardias pasó a su lado a paso gimnástico. Seguía sentado, con los hombros caídos, mirando sin ver, apartado de todo acontecimiento humano. Transcurrieron varios minutos sin que se diera cuenta de nada. Algunas detonaciones ahogadas por la distancia y luego algunos cañonazos aislados le sacaron de esta postración.

«¿Las piezas del monte Valérien?», se preguntó.

Se le vino a la memoria la indicación de Rumelles: el refugio del Ministerio de Marina.

A lo lejos, los cañones seguían tronando sordamente. Se levantó y avanzó hacia la plaza, hasta el borde de la acera. Por encima de París había comenzado a vivir un cielo admirable. Brotando de todos los puntos del horizonte los haces luminosos barrían la bóveda nocturna, alargando y entrecruzando sus rayas lechosas, escrutando como una mirada el revoltijo de estrellas, rápidos y brutales algunas veces y otras vacilantes, deteniéndose repentinamente para inventariar un punto sospechoso y reanudando luego su investigación resbaladiza.

No se decidía a bajar a la calzada. Permaneció inmóvil en su sitio, con la cabeza echada para atrás, hasta que le dolió la nuca. «Tumbarse —pensó—, cerrar los ojos... Un soporífero... y dormir...» Seguía sin moverse, paralizado por un cansancio indecible. «Mejor sería volver a casa —se dijo—. ¡Si al menos encontrara un taxi!» Pero la plaza estaba ahora desierta, oscura e inmensa. No se le distinguía más que por instantes. Se dibujaba bruscamente, surgiendo del claroscuro, bajo el reflejo intermitente de los proyectores, con sus balaustradas, sus estatuas blanquecinas, su obelisco, sus fuentes y las columnas fúnebres de sus altos candelabros; semejante a una visión de ensueño, a una ciudad petrificada por algún sortilegio, vestigio de una civilización desaparecida, una ciudad muerta, mucho tiempo enterrada bajo la arena.

Hizo un esfuerzo para vencer su sopor y de repente echó a andar, como un sonámbulo, a través de esta necrópolis. Se dirigió directamente hacia el obelisco para alcanzar oblicuamente la esquina de las Tullerías y de los muelles. El cruce de este

paisaje lunar, bajo el cielo vacilante, le pareció interminable. Se cruzó con un grupo de soldados belgas, que galopaban en desbandada. Luego le adelantó una pareja de ancianos. Iban corriendo, cogidos torpemente, flotando en la noche como restos de un naufragio. El hombre gritó:

—¡Venga a refugiarse en el Metro!

No se le ocurrió contestar hasta que ya habían desaparecido.

En el aire zumbaban mil motores invisibles, que se confundían en una sola y vasta vibración metálica. Las detonaciones se intensificaban al Sur y al Norte. Las líneas de defensa escupían sin descanso su metralla; a cada momento entraba en acción una nueva batería, más cercana. La claridad movediza de las pinceladas luminosas impedía distinguir los estallidos. En los intervalos entre los cañonazos distinguió repentinamente un tableteo de ametralladoras.

«Hacia el puente Royal», se dijo, maquinalmente.

Siguió el muelle, a lo largo del parapeto. Ni un coche, ni una luz, ni un ser humano. Bajo este cielo enloquecido la tierra permanecía deshabitada. Se encontraba a solas con el río, que brillaba, ancho y tranquilo, como un arroyo en el campo, bajo la luna.

Se detuvo un momento, el tiempo para pensar: «Yo ya me lo esperaba; “sabía” perfectamente que estaba perdido...», y reanudó su marcha de autómatas.

El estruendo se había hecho tan precipitado que era imposible distinguir la naturaleza de los ruidos. Sin embargo, una explosión sorda dominó de repente el estrépito. Otras la siguieron. «Las bombas —pensó—. Han rebasado las barreras.» En dirección al Louvre, muy lejos, unas chimeneas se recortaron repentinamente sobre el fondo rosado de un resplandor de bengala. Se volvió: otros halos rojizos resplandecían aquí y allá, sobre Levallois, tal vez sobre Puteaux... «Hay incendios por todas partes», se dijo. Había olvidado su desdicha. Bajo esta amenaza invisible e imprecisa, que se cernía como la cólera ciega de un dios, una excitación ficticia le encendió la sangre y una especie de embriaguez rencorosa le devolvió las fuerzas. Apresuró el paso, alcanzó el puente, franqueó el Sena y se adentró por la calle de Bac. Estaba a oscuras. Tropezó con un cubo de basura. El esfuerzo que hizo para no perder el equilibrio repercutió dolorosamente en sus bronquios. Bajó de la acera, guiándose por la claridad del cielo, iluminado por los proyectores. Un zumbido se dejó oír tras él. No tuvo tiempo sino de subirse otra vez a la acera. Dos artefactos extraños, metálicos y brillantes, pasaron en tromba con las luces apagadas, seguidos de un automóvil con banderín.

—Los bomberos —dijo una voz muy cerca de él. Era la de un hombre que estaba refugiado en el hueco de una puerta. Cada cinco segundos alargaba el cuello y sacaba la cabeza, como si acechara el final de un chaparrón.

Antoine prosiguió su camino, sin decir ni una sola palabra. La fatiga había vuelto a apoderarse de él. Avanzaba penosamente, arrastrando su idea fija, como un sirgador su pinaza. «Yo lo sabía... Lo sabía desde hacía mucho tiempo...» En su depresión no

había ninguna sorpresa: estaba más como una persona abrumada por un peso que como aquella que acaba de recibir un golpe. La atroz certidumbre había encontrado en él un lugar perfectamente preparado. La mirada de Philip no había hecho sino levantar una prohibición secreta, liberar un pensamiento claro, sumido desde mucho tiempo atrás en las tinieblas del inconsciente.

En la esquina de la calle de la Universidad, a algunos pasos de su casa, se sintió asaltado por un temor: el miedo pánico a la soledad que le esperaba arriba. Se detuvo en seco, dispuesto a huir. Había levantado los ojos maquinalmente hacia el cielo barrido por las luces, buscando en su cabeza alguien a cuyo lado refugiarse, a alguien de quien mendigar una mirada de compasión.

—Nadie... —murmuró.

Y durante algunos minutos, recostado en la pared, mientras que el tiro de barrera, el rugido de los aviones, el sordo estallido de las bombas le machacaba el cráneo, reflexionaba en esta cosa inexplicable: ¡ni un amigo! Siempre se había mostrado sociable, atento; se había atraído la devoción de todos sus enfermos; siempre había gozado de la simpatía de sus compañeros y la confianza de sus maestros; había sido amado violentamente por algunas mujeres, ¡pero no tenía ni un solo amigo! ¡Ni lo había tenido nunca!... El mismo Jacques... «Jacques murió sin que yo haya sabido granjearme su amistad...»

De repente pensó en Rachel. ¡Ah, qué agradable hubiera sido esta noche acurrucarse entre sus brazos y oír su voz cálida y acariciadora murmurar como antaño!: «Minou...» ¡Rachel! ¿Dónde estaría? ¿Qué habría sido de ella? Su collar, estaba arriba... Sintió un violento deseo de tener entre sus dedos aquel vestigio del pasado, de palpar aquellas cuentas que tan rápidamente adquirirían la tibieza de la carne y cuyo perfume evocador era como una presencia...

Se separó de la pared trabajosamente y, vacilando un poco, franqueó los pocos metros que le separaban de su portal.

## XV

### CARTAS

«Maisons, 16 de mayo de 1918.

»LAS esquiras que me destrozaron el muslo hicieron de mí un ser sin sexo. No he podido decidirme a hacerte esta confidencia de viva voz. Tú eres médico y tal vez lo hayas adivinado. Cuando hablamos de Jacques y te dije que envidiaba su suerte me miraste de una manera extraña.

»Destruye esta carta; no quiero que se sepa, no quiero que se me compadezca. He salvado la piel, el Estado me asegura los medios para no constituir una carga para nadie, muchos me envidian y sin duda tienen razón. Mientras viva mi madre, no; pero más tarde, si algún día prefiero desaparecer, sólo tú sabrás por qué.

»Un apretón de manos.

»D. F.»

\*

«Maisons-Laffitte, 23 de mayo.

»Querido Antoine:

»No es reproche, pero estamos un poco inquietos; prometiste escribirnos y ha transcurrido toda la semana sin noticias. ¿Tal vez este largo viaje ha sido más fatigoso aún de lo que suponíamos?

»Quisiera decirte el consuelo que me proporcionó tu visita; son cosas que no sé decir, que ni siquiera sé dejar traslucir, pero desde que te marchaste me parece que me encuentro aún más sola.

»Con todo mi afecto,

»JENNY.»

\*

«Maisons, sábado 8 de junio de 1918.



»Querido Antoine:

»Van pasando los días; hace ya tres semanas que marchaste de Maisons y sigo sin tener noticias de ti; empiezo a preocuparme seriamente; no puedo atribuir este silencio sino a tu estado y te ruego encarecidamente me digas la verdad.

»El pequeño ha tenido algunos días una fiebre bastante alta a causa de una amigdalitis; ya está mejor, pero lo tengo todavía en su habitación, lo que complica un poco la vida de la casa. Figúrate que todos tenemos la impresión de que ha crecido durante estos ocho días de cama, lo que, sin embargo, no es apenas posible, ¿verdad? También tengo la impresión de que su inteligencia se ha desarrollado durante esta pequeña enfermedad; inventa un montón de historias para explicar a su manera las imágenes de sus libros y los dibujos que le hace Daniel. No te burles de mí; no me atrevo a decirte esto sino a ti; encuentro que este niño es extraordinariamente observador para sus tres años y creo en verdad que será muy inteligente.

»Aparte de esto, nada de nuevo por aquí. El hospital ha recibido orden de evacuar a la mayor cantidad posible de convalecientes para hacer sitio y ha habido que echar a algunos pobres diablos que esperaban tener todavía diez o quince días de descanso. Tenemos entradas todos los días y mamá ha conseguido de los vecinos ingleses que le presten el hotelito de las glicinas, que estaba vacío; esto nos proporcionará veinte camas suplementarias y puede que más. Nicole ha recibido una carta muy larga de su marido, cuyo quirófano ambulante ha abandonado Champagne para ir a la zona de Belfort. Dice que en Champagne las pérdidas son terribles. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo durará esta pesadilla? Los habitantes de Maisons que van diariamente a París dicen que los bombardeos empiezan a desmoralizar mucho.

»Querido Antoine: incluso si tienes que comunicarme una recaída grave, dime la verdad; no nos dejes más tiempo en esta incertidumbre.

»Tu afectísima,

»JENNY»

\*

«Grasse, II-VI-18.

»Estado de salud, mediocre, pero actualmente sin gravedad especial. Te escribiré dentro de algunos días. Saludos.

»THIBAUT»

\*

«Le Mousquier, 18 de junio de 1918.

»Por fin me decido a escribirte, mi querida Jenny. Tenías razón al temer por mí en este largo viaje. A mi regreso, una recaída bastante grave me ha tenido en la cama con inquietantes oscilaciones de temperatura. Un nuevo tratamiento y unos cuidados enérgicos parecen haber detenido una vez más los progresos de la enfermedad. Desde hace una semana me levanto de nuevo y poco a poco voy reanudando mi antigua vida.

»Pero esta recaída no es la causa de mi silencio. Me preguntas la verdad. Aquí la tienes. Me ha sucedido una cosa terrible: he sabido, he comprendido, que estoy *condenado*. Sin remedio. Esto durará sin duda algunos meses. Por más que se haga, *no puedo curarme*.

»Hay que haber pasado por ello para comprenderlo. Ante una revelación semejante, todos los puntos de apoyo se derrumban.

»Perdóname que te diga esto sin preámbulos. Para una persona que sabe que va a morir todo se hace tan indiferente, tan extraño... Te volveré a escribir. Hoy no me siento capaz de más.

»Afectuosamente,

»ANTOINE.

»Te ruego guardes, esta noticia para ti sola.»

\*

«Le Mousquier, 22 de junio de 1918.

»No, mi querida Jenny; no es como tú crees (o como finges creer) que me debata contra temores imaginarios. Hubiera debido tener valor para darte más detalles. Hoy voy a intentar escribirte menos sucintamente.

»Estoy ante una realidad. Ante una *certeza*. Se ha adueñado de mí el mismo día que me separé de ti, el último día que pasé en París, en el transcurso de una conversación con mi antiguo profesor, el doctor Philip. Por primera vez, merced a un brusco desdoblamiento, debido indudablemente a su presencia, he podido enjuiciar mi caso de una manera objetiva, lúcida, diagnosticarlo como médico. La verdad se me ha aparecido como un relámpago.

»Durante mi viaje he tenido tiempo más que sobrado para reflexionar sobre ello. Tenía conmigo las notas diarias que voy tomando desde el principio y que permiten seguir, día a día, crisis tras crisis, el ritmo regular y continuo de la agravación. Tenía también el expediente que me he hecho este invierno y que contiene casi todas las observaciones clínicas e informes médicos, franceses e ingleses, aparecidos en las revistas especializadas desde que se emplean los gases. Todo esto, que ya me era conocido, se me presentaba ahora bajo una nueva luz. Y todo me confirmaba mi certidumbre. De regreso aquí he discutido mi caso con los especialistas que me tratan. No ya, como antes, en plan de enfermo que se cree en vías de curación y que acepta de antemano todo aquello que puede confirmar su confianza, sino como colega experimentado, bien informado, al que no se engaña ya con mentiras piadosas. Muy pronto les he forzado a actitudes evasivas, a silencios significativos y a semiconfesiones.

»Mi convicción reposa ahora sobre unas bases indiscutibles. Dado el proceso de la intoxicación desde hace diez meses y sus estragos ininterrumpidos, ya no tengo ninguna esperanza —rigurosamente *ninguna*— de poder curarme algún día. Ni siquiera de permanecer en una situación estacionaria y crónica, que haría de mí un enfermo para toda la vida. No; soy una bola en una pendiente, condenada a rodar hasta abajo y a rodar cada vez más de prisa. ¿Cómo he podido engañarme, durante tanto tiempo? ¡Qué vergüenza para un médico! Ignoro el plazo; esto depende de las crisis futuras e inevitables, de su importancia y de la duración de los períodos de recuperación. Según el azar de las recaídas y la eficacia provisional de los tratamientos puedo tardar en morir dos meses o —como máximo— un año. Pero el vencimiento es fatal y cercano. Efectivamente, hay en algunos casos lo que tú llamas “milagros”. En el mio, no. El estado actual de la ciencia no permite la menor esperanza. Ten la seguridad de que no escribo esto como un enfermo que expone lo peor para buscar contradicciones tranquilizadoras, sino como un médico bien documentado, en presencia de una enfermedad *mortal*, definitivamente clasificada. Y si insisto así, tranquilamente, es...»

«23 de junio.

»Reanudo esta carta empezada ayer e interrumpida. Todavía no soy lo bastante dueño de mí mismo para poder obligarme a una atención prolongada. No sé ya lo que quería decirte. He escrito: “tranquilamente”. Esta calma relativa ante la fatalidad —calma bien inestable, desgraciadamente— no he podido alcanzarla sin atravesar por una espantosa revolución interior.

»Durante días enteros e interminables noche de insomnio he vivido en el fondo de una sima. Sufriendo las torturas del infierno. Todavía no puedo pensar en ello sin sentir un frío espantoso, una conmoción de todo mi ser. Nadie puede imaginarlo. ¿Cómo ha podido resistirlo mi razón? ¿Y por qué caminos misteriosos se termina por

rebasar este paroxismo de desaliento y rebeldía, para llegar a esta especie de aceptación? No trato de explicarlo. Es necesario que la evidencia de los hechos tenga sobre las mentes racionalistas un poder sin límites. Es necesario también que la naturaleza humana tenga una facultad de adaptación desmesurablemente extensible, para que sea capaz de acostumbrarse incluso a esto: a la idea de que se va a ser desposeído de la vida antes de haber tenido tiempo de vivir, que se va a desaparecer antes de haber realizado ninguna de las inmensas posibilidades de que uno cree ser portador. Por otra parte, ya no sé reconstruir las etapas de esta evolución. Ha durado mucho tiempo. Estas crisis de desesperación aguda debían de alternar con momentos de postración, ya que sin ello no hubiera podido soportarla. Esto ha durado varias semanas, durante las cuales el dolor físico y los penosos cuidados del tratamiento eran lo único que distraía del otro, del verdadero sufrimiento. Poco a poco el tornillo se ha ido aflojando. Nada de estoicismo, nada de heroísmo ni nada que se parezca a la resignación. Más bien desgaste de la sensibilidad, creando un estado de menor reacción, un principio de indiferencia, o, más exactamente, de anestesia. Mi razón no ha tenido parte en ello. Mi voluntad, tampoco. Mi voluntad la ejerzo solamente desde hace algunos días, tratando de hacer durar esta apatía. Me dedico a una reintegración progresiva a la vida. Reanudo el contacto con el mundo que me rodea. Me he levantado para huir de mi cama, de mi habitación. Me obligo a hacer mis comidas con los demás. Hoy he estado algún tiempo viendo a los compañeros jugar al *bridge*. Y esta noche te escribo sin demasiado trabajo. Incluso con un placer nuevo y extraño. He venido a terminar esta carta en el exterior, a la sombra de una fila de cipreses, detrás de la cual los enfermeros juegan su partida de bolos del domingo. Al principio he creído que esta proximidad, estos gritos y estas risas, me resultarían intolerables. Pero he decidido quedarme y he podido hacerlo. Ya ves, tal vez tiende a crearse un nuevo equilibrio.

»A pesar de todo, estoy bastante cansado de estos esfuerzos. Volveré a escribirte. En la medida que mi espíritu puede todavía interesarse por el prójimo es en ti en quien pienso, en ti y en tu hijo.

»ANTOINE.»

\*

«Le Mousquier, 28 de junio.

»Desde esta mañana he releído varias veces tu carta, mi querida Jenny. No es solamente una carta bella y sencilla. Es tal como yo la deseaba. Tal como te deseaba y tal como te había adivinado. He esperado a la noche y al silencio de la casa para

escribirte: la hora en que los tratamientos han terminado, en que el enfermero de guardia ha hecho su ronda, en que ya no se tiene ante sí sino el insomnio y los espectros... Gracias a ti me siento —iba a escribir con más valor—; pero no se trata de valor, ni es valor lo que yo necesito, sino más bien una compañía y sentirme menos absolutamente solo en esta lucha cara a cara que puede durar meses enteros. ¡Créeme que pienso en estos meses sin desear que se abrevien! ¡Un descanso al cual no quisiera renunciar! Me asombro de ello. Tienes razón; dispongo de medios para acabar de una vez. Pero estos medios los reservo para más tarde. Ahora, no. Acepto la tregua y me aferré a ella. ¿Extraño, verdad? Cuando se ha estado apasionadamente enamorado de la vida no se desprende uno de ella fácilmente, es natural, y menos aún si uno siente que se le escapa. En un árbol herido por el rayo, la savia sigue brotando durante algunas primaveras y sus raíces no terminan de morir.

»Sin embargo, Jenny, en esta magnífica carta faltaba una cosa: noticias del pequeño. Solamente me has hablado de él una vez, en una carta anterior. Cuando la recibí, me encontraba todavía en tal estado de aislamiento, de aversión a todo, que la guardé un día o tal vez más sin abrirla. Acabé por leerla y me encontré con aquellos renglones que trataban de Jean-Paul y por primera vez pude, durante un instante, alejar mi idea fija, salir de mi embotamiento, sentir interés por otra cosa, volver a ser sensible al mundo exterior. A partir de entonces he pensado mucho en el pequeño. En Maisons pude verlo, tocarlo; lo oí reír, todavía siento en mis dedos el temblor de sus músculos; si pienso en él, vuelvo a verlo. Y en torno a él cristalizan ciertas ideas de futuro. Incluso en un condenado, en un “vivo en precario”, ¡hay un apetito tal de proyectos y de esperanzas! Pienso que este niño existe, que está empezando, que tiene ante sí toda una vida. Esto me permite hacerme unas ilusiones que me estén prohibidas. Ensueños de enfermo, tal vez. No me importa; ya no temo, como antes, parecer enternecido. (Esto sí que es una debilidad de enfermo, desde luego.) Duermo muy poco. Y no quiero todavía recurrir a las drogas; ya tendré que hacer demasiado uso de ellas antes de que transcurra mucho tiempo.

»Continúo metódicamente mis esfuerzos de readaptación. Ejercicio de voluntad que por sí solo ya es saludable. He empezado otra vez a leer los periódicos. La guerra, el discurso de Yon Kühlmann en el Reichstag. Declara con mucha exactitud que la paz no podrá hacerse nunca entre personas que consideran de antemano toda proposición del adversario como una maniobra, como una ofensiva de desmoralización. La prensa aliada equivoca a la opinión una vez más. Este discurso no es nada “agresivo”; es incluso significativo y conciliador.

»(He escrito esto con cierta coquetería. La obsesión de la guerra no se ha apagado en mí y creo que me ayudará hasta el final. Pero, a pesar de todo, en este momento tengo que obligarme un poco.)

»Lo dejo. Esta charla me ha sentado bien y la reanudaré muy pronto. No nos conoceremos apenas, Jenny; pero tu carta me ha proporcionado un gran consuelo y tengo la sensación de no tener en el mundo otro *amigo* que tú.

\*

«Le Mousquier, 30 de junio.

»Te voy a asombrar, mi querida Jenny. ¿Sabes en lo que he invertido mi tarde de ayer? En echar cuentas, mirar viejos papeles y escribir cartas de negocios. Ya desde hace algunos días pensaba en ello. Se trataba de una especie de impaciencia por arreglar algunas cuestiones materiales. Poder decir que dejo las cosas en orden. Dentro de poco seré incapaz de realizar un esfuerzo de esta clase. Por consiguiente, tenía que aprovechar el interés momentáneo que todavía me inspiran estas preocupaciones.

»Discúlpame por el tono de esta carta. Pero no tengo más remedio que poner a la tutora de Jean-Paul al corriente de mis asuntos, puesto que es naturalmente en este niño en quien ha de revertir todo lo que tengo.

»No es ya gran cosa. De los títulos que me dejó mi padre sin duda no quedará nada. Ya hice en ellos una buena sangría cuando transformé la casa de París. E imprudentemente convertí lo demás en valores rusos, que considero perdidos para siempre. Afortunadamente, la casa de la calle de la Universidad y la finca de Maisons-Laffitte han escapado al desastre.

»Por lo que respecta a la casa, puede ser alquilada o vendida. Lo que se saque de ella te permitirá ir viviendo y asegurar a nuestro pequeño una educación adecuada. No conocerá el lujo, lo cual es una ventaja. Pero no padecerá tampoco las restricciones esterilizadoras de la pobreza.

»En cuanto a la finca de Maisons te aconsejo que la vendas cuando acabe la guerra. Puede tentar a algún nuevo rico. Y es todo lo que merece. Por lo que me ha dicho Daniel la propiedad de tu madre está cargada de hipotecas. Me ha parecido que la señora de Fontanin y tú misma le tenéis mucho cariño. ¿No sería de desear que la cantidad obtenida por la venta de la finca Thibault sirviera para liberaros definitivamente de estas hipotecas? De esta forma la propiedad de tus mayores pasaría de hecho a pertenecer a Jean-Paul. Voy a consultar al notario acerca de los medios de realizar este proyecto.

»Tan pronto como haya hecho un cálculo aproximado de lo que dejo fijaré la cifra de la pequeña renta que quiero asegurar a Gise. Tú eres, mi pobre amiga, quien tendrá la preocupación de administrar todo esto hasta la mayoría de edad de tu hijo. Tendrás un buen consejero en la persona de mi notario, el señor Beynaud, un buen hombre, bastante tímido y un poco demasiado formalista, pero absolutamente seguro y de buen criterio.

»Esto era lo que quería escribirte. Estoy contento de haberlo hecho. Ya no volveré a hablarte de ello hasta que no te pueda dar los últimos detalles. Pero hay otro proyecto que me ronda desde hace algunos días y en el cual estás tú mezclada personalmente. Tema especialmente delicado y que, sin embargo, tendré que abordar. Hoy no me siento con ánimos para hacerlo.

»Acabo de pasar dos horas a la sombra de los olivos, con los periódicos. ¿Qué se prepara tras la quietud de los ejércitos alemanes? Nuestra resistencia entre Montdidier y el Oise parece haber detenido su avance. Está también el fracaso de los austríacos, que ha tenido que causar allí notable desconcierto. Si el esfuerzo de los imperios centrales en el curso de los meses de verano, antes de la entrada en fuego de los americanos, no conduce a éxitos decisivos, la situación pudiera cambiar. ¿Estaré yo aquí todavía para verlo? La terrible lentitud, a los ojos del individuo, de los acontecimientos que hacen la historia, es algo que me ha hecho temblar muchas veces en estos últimos cuatro años. ¡Y para aquél que no le queda mucho tiempo de vida!...

»He de decir, sin embargo, que creo entrar momentáneamente en un período de mejoría. ¿Es el efecto de este nuevo suero? Las crisis de fatiga son menos dolorosas. Las alteraciones febriles menos frecuentes. Esto en cuanto a lo físico. En cuanto “a la moral” —término consagrado, utilizado por el alto mando para medir la pasividad de los soldados que van a morir—, también es mejor. Puede que lo hayas notado a través de esta carta. De cualquier forma su extensión te demuestra el placer que siento en venir a charlar contigo. Mi *único* placer. Pero he de interrumpirla. Es la hora del tratamiento.

»Tu amigo,

»A.

»Me someto a este tratamiento con el mismo escrúpulo que antes. ¿Es extraño, verdad? La actitud del médico hacia mí se ha modificado de manera curiosa. Así, por ejemplo, en estos momentos, aunque aprecia perfectamente una mejoría, no se atreve ya a hablarme de ella, me ahorra los: “Ya ves cómo, etcétera.” Pero viene a verme más a menudo, me trae periódicos y discos, me demuestra su amistad de mil formas. Esto, para contestar a tu pregunta. En ningún sitio puedo estar mejor que aquí para esperar el final.»

\*

«Hospital 23, en Royan (Charente inferior.)

»29 de junio de 1918.

»Señor doctor:

»Habiendo salido de la Guinea francesa en otoño de 1916 acabo de recibir su estimada carta del mes pasado que me ha llegado aquí, donde estoy de enfermera en el servicio de cirugía. Recuerdo, efectivamente, el envío de que me habla en su carta, pero mis recuerdos no son lo bastante precisos para poder darle los informes que me pide. Apenas conocí a la persona que me dio aquel encargo para usted y que nos había llegado al hospital muy enferma con un ataque de fiebre amarilla, del que murió pocos días después a pesar del tratamiento del doctor Lancelost. Creo que fue en la primavera de 1916. Recuerdo perfectamente que había sido desembarcada urgentemente de un barco de pasajeros de paso por Conakry. Me dio la dirección de usted y el paquete durante una guardia de noche, en uno de sus escasos momentos de lucidez, puesto que deliraba constantemente. De todas formas, puedo asegurarle que no me encargó que le escribiera nada. Debía de viajar sola cuando el buque hizo escala, ya que nadie vino a verla durante los dos o tres días que duró su agonía. Supongo que habrá sido enterrada en la fosa común del cementerio europeo. El administrador jefe del hospital, señor Fabri, si todavía sigue allí, podrá buscar en los libros y facilitarle, sin duda, el nombre de aquella señora y la fecha de su fallecimiento.

»Lamento no poderle comunicar más detalles.

»Quedo suya afectísima,

»LUCIE BONNET.

»Vuelvo a abrir la carta para agregar el detalle, del que estoy casi segura, de que era esta misma señora la que llevaba con ella un enorme perro negro de presa, al que llamaba “Hirt” o “Hirch”, que reclamaba constantemente tan pronto como recobraba el conocimiento, pero que no se podía tener en el piso a causa de los reglamentos y porque este perro era peligroso. Una de mis compañeras enfermeras quiso quedarse con él, pero le ocasionó muchos disgustos, no consiguió llegar a dominarlo y, por último, hubo que envenenarlo.»



## XVI

### DIARIO DE ANTOINE

#### JULIO

Le Mousquier, 2 de julio de 1918.

HE soñado con Jacques, hace un instante, en este breve sopor de la madrugada. Imposible ya reanudar la trama de la historia. Pasaba en la calle de la Universidad, hace mucho tiempo, en el pisito de la planta baja. Me ha traído a la memoria aquella época en que vivimos juntos, tan cercanos. Entre otros recuerdos: el día que Jacques salió del reformatorio y lo instalé conmigo. Sin embargo, había sido yo quien lo había dispuesto así, para sustraerlo a la vigilancia de padre. Pero no pude evitar un mezquino sentimiento de hostilidad, una lamentación egoísta. Recuerdo perfectamente que me dije: «Bien; quiero tenerlo aquí, pero que no altere mis costumbres y mi trabajo, que no me impida llegar.» «¡Llegar!» El mismo estribillo durante toda mi existencia: «¡Llegar!» La consigna, el único objetivo, quince años de esfuerzo..., y ahora, esta palabra, «llegar», ¡qué ridícula resulta en esta cama!...

Este cuaderno. Ayer encargué al administrador que me comprara este cuaderno en la papelería de Grasse. Niñería de enfermo, tal vez. Ya veremos, he comprobado por mis cartas a Jenny el consuelo que me produce escribir lo que pienso. Nunca he escrito un diario, ni siquiera a los dieciséis años, como hacían Fred, y Gerbron, y tantos otros. ¡Un poco tarde! No un diario, pero anotar si me apetece las ideas que se me ocurren. Higiénico, con toda seguridad. En el cerebro de un enfermo, de un insomne, todo tiende a la obsesión. Escribir siempre alivia. Y, además, sirve de distracción, para matar el tiempo. (¡Matar el tiempo, y yo, que antes lo encontraba siempre tan escaso! Incluso en el frente, incluso este invierno, en la clínica, he vivido a presión, como he hecho toda la vida, sin una hora de ocio, sin tener noción del tiempo que pasa y sin tener conciencia del presente. Desde que mis días están contados es cuando las horas se me hacen interminables.)

Noche pasadera. Esta mañana: 37.7°

Noche.

Recrudescencia de la fatiga. Temperatura: 38.8° Dolores intercostales. Me pregunto si no habrá ningún peligro por parte de la pleura.

Exorcizar los espectros, fijándolos en el papel.

Preocupado todo el día por esta cuestión de la herencia. Organizar mi muerte.

(¡Esta manía obsesiva de «organizar»! Pero esta vez no se trata de mí: se trata de ellos: del pequeño.) He hecho y rehecho diez veces los cálculos: venta de la finca de Maisons, alquiler de la casa de la calle de la Universidad y venta del material de los laboratorios. ¿A menos de alquilar la casa a una empresa de productos químicos? Studler podría ocuparse de ello. O en su defecto, dirigir el desmontaje de los aparatos y buscar comprador.

Pensar también en Studler, que se va a encontrar sin empleo y sin recursos después de la guerra.

Dejar una nota para él y para Jouselin, relativa a los documentos de los ficheros. (¿Biblioteca de la Facultad?)

3 de julio.

Lucas me ha entregado los resultados del análisis de sangre. Francamente malo. Bardot, con su voz ceceante, se ha visto obligado a confesar: «Nada bueno.» ¡Mi magnífica sangre de antes! Cuando mi convalecencia en Saint-Dizier, después de mi primera herida, ¡qué confianza tenía yo en mi organismo! ¡Cómo me enorgullecía de la calidad de mi sangre ante la rapidez de las cicatrizaciones! Jacques también. La sangre de los Thibault.

He planteado a Bardot la cuestión de las complicaciones pleurales. «Estaría bueno que ahora me descolgara con una purulenta...» Ha encogido sus hombros de gigante bondadoso y me ha examinado con atención. «No hay nada que temer», dice.

La sangre de los Thibault. ¡La de Jean-Paul! ¡Mi magnífica sangre de antaño, nuestra sangre, corre ahora por las venas de ese pequeño!

En el transcurso de la guerra no he aceptado la muerte ni un solo día. Ni una sola vez, aunque fuera durante diez segundos, he hecho el sacrificio de mi piel. E incluso ahora me niego al sacrificio. Ya no puedo hacerme ilusiones; me veo obligado a esperar lo irremediable, pero no puedo «consentir» ni ser «cómplice» con mi resignación.

Por la tarde.

Sé perfectamente en qué consistiría lo razonable, lo sensato, en qué estribaría «la dignidad»: en poder considerar nuevamente el mundo y su cambio incesante por sí mismo. No ya a través de mí y de mi muerte cercana. En decirme que soy una partícula insignificante del Universo. Partícula estropeada. Peor. ¿Qué es esto en comparación con lo demás, qué habrá después de mí?

¡Insignificante, sí; pero yo le doy tanta importancia!

Intentarlo, no obstante.

*No dejarse cegar por lo individual.*

4 de julio.

Esta mañana una magnífica carta de Jenny. Detalles encantadores acerca de su hijo. No he podido contenerme y he leído unos párrafos a Goiran, que presume de sus dos pequeños. Es necesario que Jenny le mande hacer una fotografía.

Es necesario también que yo me decida a escribirle «la carta». Difícil. Espero a tener una noche de verdadero reposo.

¡Qué milagro —no hay otra palabra— la aparición de este niño en el instante preciso en que las dos ramas de que procede. Fontanin y Thibault, iban a extinguirse sin haber dado de sí nada que merezca la pena! ¿Qué lleva en sí de su herencia materna? Espero que los mejores elementos. Pero lo que sé ya, sin ningún género de dudas, es que es de nuestra sangre. Decidido, voluntarioso e inteligente. Hijo de Jacques. Un Thibault.

He pensado en esto durante todo el día. Este impulso imprevisto de la savia, que de repente hace brotar de nuestro tronco esta rama nueva... ¿Es absurdo imaginar que esto responde a algo, a algún designio de la Creación? Orgullo familiar, tal vez. ¿Y por qué no ha de ser este niño el predestinado? ¿El resultado final del oscuro esfuerzo de la raza para fabricar un tipo perfecto de la especie Thibault? ¿El genio que la Naturaleza ha de formar algún día y del cual mi padre, mi hermano y yo, no éramos sino los esbozos? Esta violencia concentrada y esta fuerza que ya estaban en nosotros antes de estarlo en él, ¿por qué no habrán de florecer esta vez en una fuerza verdaderamente creadora?

A medianoche.

Insomnio. Espectros que hay que «exorcizar».

Mes y medio; siete semanas ya que me sé perdido. Estas palabras: «Saber que se está perdido», estas palabras que yo escribo, que son semejantes a otras, y que todo el mundo cree comprender, y de las que nadie, excepto un condenado a muerte, puede penetrar íntegramente el sentido... Revolución fulgurante que bruscamente hace el vacío total en un ser.

Sin embargo, un médico que vive en contacto con la muerte debiera... ¿Con la muerte? ¡Con la de los demás! Ya he intentado muchas veces buscar las causas de esta imposibilidad física de aceptación. (Que puede que obedezca a una característica particular de mi vitalidad. Idea que se me ha ocurrido esta noche.)

Esta mentalidad de antaño —esta actividad que yo ponía en emprender, esta inquietud perpetua— la atribuyo, en gran parte, a la necesidad que tenía de perpetuarme por la creación: de «sobrevivir». Terror instintivo a desaparecer. (Bastante generalizado, sin duda. Pero de intensidad muy diversa.) En mí, un rasgo hereditario. He pensado mucho en padre. Le obsesionaba el deseo de dar su nombre a sus obras, a los premios a la virtud, a la plaza mayor de Crouy. Deseo que ha realizado de ver su nombre («Fundación Oscar Thibault») escrito en la fachada del reformatorio. Deseo de imponer su nombre de pila (el único elemento que en su

estado civil le era personal) a toda su descendencia, etcétera. Manía de poner sus iniciales en todas partes: en la verja de su jardín, en su vajilla, en sus encuadernaciones, ¡hasta en el cuero de su sillón!... Mucho más que un instinto de propietario (o, como yo lo he creído, un signo de vanidad). Necesidad soberbia de luchar contra el anonadamiento, de dejar su huella. (La vida del más allá, por lo visto, no le bastaba.) Necesidad que yo he heredado de él. Yo también he tenido la esperanza secreta de unir mi nombre a alguna obra que me perpetúe, a algún descubrimiento, etcétera.

*¡No se puede renegar del padre!*

¡Siete semanas; cincuenta días y cincuenta noches cara a cara con la *certeza*! Sin un solo momento de vacilación, de duda o de ilusión. Sin embargo —y esto es lo que quería anotar—, a pesar de todo hay períodos de tregua en esta obsesión. Brevísimos intervalos, no de olvido, sino en los cuales la idea fija se aleja... Sucede, y cada vez con más frecuencia, que vivo algunos instantes —dos o tres minutos, quince o veinte como máximo— durante los cuales la certeza de morir muy pronto no ocupa el lugar preferente de la escena, sino que queda latente. Durante los cuales, de pronto, pudo hacer algo: leer con atención, escribir, escuchar, discutir; en una palabra: interesarme en cosas ajenas a mi estado, como si me hubiese librado de su dominio, y, sin embargo, sin que la obsesión deje de estar aquí, sin que cese de sentirla presente, en un segundo término, como en reserva. (Esta sensación de que está aquí Ja tengo incluso dormido.)

6 de julio, por la mañana.

Estoy mejor a partir del jueves. Todo me parece casi bello y bueno, desde que sufro menos. En los periódicos de esta mañana el artículo sobre los éxitos italianos en el delta del Piave me ha causado una especie de placer, cuyo sabor ya había olvidado. Buena señal.

Ayer no he escrito nada. Me di cuenta, afuera, de que había dejado el cuaderno en mi habitación. Me dio pereza volver a subir, pero lo eché de menos durante toda la tarde. Este pasatiempo ha empezado a gustarme.

Hoy apenas tengo tiempo de escribir. Demasiadas observaciones que tengo que consignar en la agenda negra. Advierto que he descuidado un poco la agenda desde la compra del cuaderno. Me he contentado con anotaciones demasiado abreviadas. Sin embargo, es la agenda la que se merece mi esfuerzo, la que debe tener un lugar preferente. Hacer dos partes: el cuaderno, para los «espectros», y la agenda, para todo lo relacionado con la salud, la temperatura, los tratamientos, los efectos terapéuticos, reacciones secundarias, procesos de la intoxicación, discusiones con Bardot o con Mazet, etcétera. Sin exagerar su valor, creo que estos detalles cotidianos tomados desde el primer día por un gaseado que al mismo tiempo es médico podrán constituir en el estado actual de la ciencia un conjunto de observaciones clínicas de

incontestable utilidad. Sobre todo si llevo la cosa «hasta el final». Bardot me ha prometido que lo hará publicar en el *Boletín*.

Ayer, marcha del gordo Delahaye. Permiso de convalecencia. Se cree curado definitivamente. Puede que lo esté, ¿quién sabe? Ha subido a decirme adiós. Torpe, fingiendo ir retrasado y tener prisa. No me ha dicho: «Ya nos veremos» ni nada que se le parezca. Joseph, que estaba arreglando la habitación, ha debido observarlo, porque nada más al cerrarse la puerta ha dicho: «Ya ve usted cómo hay algunos que se curan.»

He estado a punto de escribir hace un momento: «Si vivo todavía es gracias a esta agenda.» Habrá que poner en claro la cuestión *suicidio*. Reconocer, por fin, que la agenda no ha sido nunca más que un pretexto. ¡Cómo se engaña uno a sí mismo! Extraño. Me repugna confesarme que, en realidad, nunca he tenido el deseo de terminar. No; ni siquiera en los peores momentos. Si hubiese debido hacerlo hubiese sido en París, la mañana que compré las ampollas, cuando... Pensé mucho en ello antes de subir al tren. Y fue aquella mañana cuando empecé a representarme la comedia de la agenda. Como si tuviese un último deber que cumplir antes de desaparecer. Como si tuviese una obra capital que terminar. Como si la importancia que concedo a estas notas clínicas fuese capaz de contrarrestar y apartar la tentación. ¿Falta de decisión? No; realmente, no. Si la tentación hubiese sido real no me hubiera contenido el miedo. Lo cierto es que la tentación no ha hecho nunca sino rozarme. Y siempre la rechazaba sin trabajo. (Fingiendo elevación de espíritu y muy contento de tener este pretexto: la agenda...)

Y, sin embargo, a menos de una muerte brusca —desgraciadamente improbable— sé que no esperaré el fin natural. *Lo sé*. Aquí soy sincero y creo estar completamente lúcido. Llegará la hora, estoy seguro. No tengo sino que dejarla venir. La droga está aquí. Sólo tengo que hacer un movimiento. (Idea que, a pesar de todo, tranquiliza.)

Por la noche.

Antes de la cena bajo la veranda, Goiran nos ha traído un periódico de Suiza que transcribe íntegramente el último discurso de Wilson. Lo ha leído en voz alta. Emocionado, así como nosotros. ¡Cada mensaje de Wilson es como una bocanada de aire respirable que pasa sobre Europa! Hace pensar en el oxígeno que se inyecta en el fondo de la mina, después del derrumbamiento, para que los desgraciados enterrados en ella puedan luchar contra la asfixia y durar hasta que se les libera.

7 de julio, cinco de la mañana.

La idea fija. Una pared contra la que me lanzo. Me levanto, acometo, tropiezo de nuevo, para volverme a caer y comenzar de nuevo. Una pared. Algunos momentos —

sin creer en ello ni un segundo— trato de decirme que tal vez no sea cierto, que tal vez no esté condenado. Para tener un pretexto que me permita repetirme todos los razonamientos lógicos que siempre, fatalmente, me vuelven a lanzar contra la pared.

Al mediodía, afuera.

He vuelto a leer el discurso de Wilson. Mucho más preciso que los precedentes. Define su concepto de la paz, enumera las condiciones indispensables para que el ajuste de cuentas sea «definitivo». Proyecto de una amplitud exaltadora: 1.º, supresión de los regímenes políticos susceptibles de dar lugar a nuevas guerras. 2.º, antes de toda modificación de fronteras o atribución de territorios consulta a los pueblos interesados. 3.º, acuerdo entre todos los Estados sobre un código de *Derecho internacional*, a cuyas leyes se comprometerán todos a someterse. 4.º, creación de un organismo internacional que desempeñe el papel de *Tribunal de arbitraje*, en el que estarían representadas, sin distinción, *todas* las naciones del mundo civilizado.

(Siento un placer infantil en escribir todo esto, en concretarlo. Impresión de adherirme por adelantado: de colaborar.)

Tema de todas las conversaciones aquí. Llama de esperanza en todos los rostros. ¡Y qué emocionante resulta pensar que en estos momentos sucede lo mismo en todos los lugares de Europa y América! ¡El eco de este discurso en todos los acantonamientos de descanso, en todos los refugios de las trincheras! ¡Todos, tan cansados de matarse mutuamente desde hace cuatro años! (De matarse mutuamente desde hace siglos, por orden de los dirigentes...) Se esperaba este llamamiento a la razón. ¿Será oído por los responsables? ¡Con tal de que esta vez prenda la semilla en todas partes! ¡El objetivo es tan claro, tan razonable, tan de acuerdo con el destino del hombre y sus instintos primitivos! La realización puede provocar mil problemas y reclamar largos esfuerzos; ¿pero cómo dudar de que ha de ser por este camino, y no por otro, por el que ha de seguir el mundo de mañana cueste lo que cueste? Cuatro años de guerra, sin más resultado que matanzas y montañas de ruinas. Los más aventurados soñadores de conquistas tienen que verse obligados a reconocer que la guerra se ha convertido para el hombre, para los Estados, en una catástrofe sin compensación posible. ¿Entonces? A partir del momento en que lo absurdo de la guerra se ha comprobado por medio de la experiencia en todos los terrenos, en que se ha llegado a un acuerdo en este sentido entre las comprobaciones de los políticos, los cálculos de los economistas y la repugnancia instintiva de las masas, ¿qué obstáculo queda para la organización de la paz perpetua?

Después de la cena, crisis de fatiga. Inyección. Tumbona bajo los olivos. Demasiado cansado para esta carta a Jenny que, sin embargo, ya se va retrasando demasiado.

Discusión en mi presencia entre Goiran, Bardot y Mazet. La idea primordial de Wilson: este organismo de arbitraje internacional. Nada que pueda perjudicar a nadie

y mucho que ganar para todos los Estados. E incluso esto, en lo que no se piensa lo bastante: el funcionamiento de este tribunal supremo evitaría el amor propio y las susceptibilidades nacionales, de donde han salido tantas guerras. Un pueblo, un gobierno, un soberano incluso, por muy susceptibles que sean, se sentirían menos heridos en su orgullo y en su prestigio si tuvieran que inclinarse ante la sentencia de un Tribunal Internacional, actuando en nombre del interés colectivo de los Estados, que si tuvieran que capitular ante la amenaza de un vecino o la presión de una coalición enemiga. Sería necesario (dice Goiran) que se constituyera este tribunal inmediatamente después de terminadas las hostilidades y antes de ajustar cuentas. Para que las cláusulas de paz sean discutidas no rabiosamente entre adversarios, sino con serenidad en el seno de una sociedad universal de naciones, que arbitraria desde arriba, que repartiría las responsabilidades y daría un veredicto imparcial.

*Sociedad de Naciones.*—Único medio y medio infalible de hacer imposibles las guerras de ahora en adelante, porque, cuando un Estado fuera atacado o amenazado por otro, todos los Estados se colocarían automáticamente frente al agresor y paralizarían su acción, imponiéndole el arbitraje del Derecho.

Y hay que ir aún más lejos. Esta Sociedad de Naciones pudiera ser instigadora de una política y una economía *internacionales*; llegar a una cooperación general, organizada, hecha finalmente a escala del planeta. Etapa nueva y decisiva para la civilización.

Goiran ha dicho acerca de esto muchas cosas razonables. Recuerdo haber sido demasiado severo con Goiran. Este antiguo alumno de la Normal, que siempre parecía saberlo todo, me molestaba. Y el tono también: como si estuviera en el Enrique IV, en su cátedra de profesor de Historia... Pero es exacto, realmente sabe muchas cosas. Sigue de cerca los acontecimientos, lee diariamente ocho o diez periódicos y recibe todas las semanas un paquete de periódicos y revistas suizas. Espíritu ponderado, en definitiva. (Siempre he sentido debilidad por los *ponderados*.) Me gusta el empeño que pone en enjuiciar los hechos contemporáneos desde un punto de vista retrospectivo, en plan de historiador. También está aquí Voisenet. (Goiran y Voisenet son los únicos de la clínica que tienen las cuerdas vocales casi intactas... «¡Y se aprovechan de ello!», dice Bardot.)

Día no malo. ¡Creo que se lo debo tanto a Wilson como a la inyección!

Aun digo más: la creación de una Sociedad de Naciones podría hacer surgir de los escombros de esta guerra algo absolutamente nuevo: la aparición de una conciencia mundial, con lo que la Humanidad recibiría un impulso definitivo hacia la justicia y la libertad.

Once de la noche.

He hojeado los periódicos. Palabrería, mediocridad repugnante. Wilson parece ser

realmente el único hombre de Estado de hoy en día dotado de amplitud de miras. El ideal democrático, en lo que tiene de más noble. Comparados con él, nuestros demagogos franceses (o ingleses) parecen meros «arribistas». Todos, más o menos, siguen siendo instrumentos de esas tradiciones imperialistas que fingen condenar en el adversario.

He hablado de América y de democracia con Voisenet y Goiran. Voisenet ha vivido algunos años en Nueva York. Estabilidad de los Estados Unidos. Seguridad. Goiran, con ganas de hablar y vena profética, predice para el siglo XXI la invasión de Europa por los amarillos y el porvenir de la raza blanca reducida únicamente al continente americano.

Dos de la madrugada.

Insomnio. Un breve letargo, durante el cual he soñado con Studler. En París, en el laboratorio del fondo. El «Califa» estaba en bata, tenía puesto en la cabeza un quepis y llevaba la barba más corta. Yo acababa de explicarle no sé el qué, con vehemencia. Tal vez Wilson y la Liga de Naciones... Me ha mirado por encima del hombro con sus grandes ojos húmedos: «¿Y qué rayos te importa a ti todo eso, si la vas a palmar?»

Todavía pienso en Wilson. (Aunque disguste al «Califa».)

Wilson me parece predestinado al papel que asume. Para que el final de esta guerra sea también el final de todas las guerras es necesario que la paz sea obra de un hombre nuevo, de un hombre de fuera, sin resentimientos; que no haya vivido cuatro años en esta convulsión, como los dirigentes de Europa, dedicados al aplastamiento del adversario. Wilson, hombre de ultramar. Representante de un país que encarna la unión en la paz y la libertad. ¡Y que tiene tías sí a la cuarta parte de los habitantes del globo! Todo norteamericano sensato debe decirse evidentemente: «Si nosotros hemos podido establecer nuestros Estados y conservar desde hace un siglo una paz sólida y constructiva, ¿por qué los Estados Unidos de Europa han de ser imposibles?» Wilson continúa la trayectoria de los Washington, etcétera. (Y se da cuenta de ello. En su discurso hay alusiones.) Aquel Washington que odiaba la guerra y que, sin embargo, la hizo para liberar a su país de la guerra. Con la reserva mental (dice Goiran) de que al mismo tiempo libraría al mundo; de que si conseguía hacer con aquellos pequeños Estados hostiles una vasta confederación pacífica el ejemplo sería irresistible para el Viejo Continente. (¡El cual habrá tardado más de cien años en comprender!)

Mientras escribo, las agujas van dando vueltas a la esfera... ¡Wilson me ayuda a tener alejados a los «espectros»!

Problemas apasionantes, incluso para un «vivo en precario». Por primera vez desde mi regreso de París, consigo interesarme en el futuro. En el futuro del mundo, que va a jugarse al final de esta guerra. Todo se vería comprometido, y por mucho tiempo, si la paz que viene no fuera refundición, reconstrucción y unificación de la



Europa exangüe. Sí; si la fuerza armada continúa siendo el principal instrumento de la política entre los Estados; si cada nación, detrás de sus fronteras, continúa siendo el único árbitro de su propia conducta y continúa entregada a sus apetencias de expansión; si la federación de los Estados de Europa no permite una paz «económica», como la quiere Wilson, con libertad de intercambios comerciales y supresión de las barreras aduanales; si la era de la anarquía internacional no está acabada definitivamente; si los pueblos no obligan a sus gobiernos a someterse por fin, de una manera concertada, a un régimen de orden general basado en el derecho, entonces habrá que empezarlo todo de nuevo y toda la sangre derramada habrá corrido en vano.

¡Pero todas las esperanzas están permitidas!  
(Escribo esto como si yo debiera «vivirlo»...)

8 de julio.

Treinta y siete años. ¡Ultimo aniversario!...

Estoy esperando la campana de la comida. La lavandera y su hija acaban de pasar bajo la veranda con sus líos de ropa a la espalda. El otro día experimenté una fuerte emoción al ver a esta muchacha y observar una cierta pesadez en su forma de andar, una cierta curva en los riñones y una cierta rigidez en las caderas. Encinta. Apenas visible. Tres meses y medio o todo lo más cuatro. ¡Emoción acuciante, espanto, piedad, envidia, desesperación! ¡Para quien ya carece de futuro, el misterio de este otro futuro exhibido aquí, casi tangible! ¡Este embrión, tan lejos aún de la vida, y que tendrá toda una existencia desconocida que vivir! Este nacimiento que mi muerte no impedirá...

Afuera.

Wilson ocupa todavía todas las mentes. Los *bridges* descansan. Hasta la «peña» del brigada; llevan dos horas hablando, sin tocar las cartas.

Los periódicos también están llenos de comentarios. Bardot señalaba esta mañana cuán significativo resulta que la censura deje a los ánimos exaltarse ante estos augurios de paz. Buen artículo en el *J. de L.* Recuerda A discurso de Wilson en enero de 1917: «Paz sin victoria» y «limitación progresiva de los armamentos nacionales, hasta el desarme general». (Enero de 1917. Reminiscencias de aquella aldea en ruinas, detrás de la cota número 304. La cueva abovedada del comedor colectivo. Las discusiones acerca del desarme con Payen y el pobre Seiffert.)

Interrumpido por Mazet, para el análisis. Disminución de los cloruros y, sobre todo, de los fosfatos.

Tiempo tormentoso, agotador. Me he arrastrado hasta la noria, para oír el rumor del agua. Cada vez me cuesta más trabajo leer seguido y fijar la atención en las ideas

de los demás. En las mías todavía lo consigo. Este cuaderno me sirve de descanso. Que no durará siempre. Lo aprovecho.

Discurso de Wilson en enero de 1917. *Desarme*. Objetivo esencial. Conversaciones durante la comida. Todos de acuerdo, excepto Reymond. Cuántas cosas se dicen hoy normalmente que no se hubiera uno atrevido a decir, que no se hubiera uno atrevido ni a pensar hace sólo dos años: el ejército, chancro que se alimenta de la sustancia de una nación. (Imagen acertada, *ad usum populi*; todo obrero empleado en la fabricación de granadas deja de colaborar en la producción útil, convirtiéndose, por tanto, en un parásito a costa de la colectividad.) Una nación, cuya tercera parte del presupuesto se invierta en gastos militares, no puede vivir: la ruina o la guerra. El cataclismo actual es el resultado fatal de cuarenta años de armamento sistemático. Ninguna paz sería duradera sin desarme general. Verdad cien veces proclamada. En vano y se sabe por qué: en tiempos de paz armada es ilusorio esperar que los gobiernos, convencidos de la primacía de la fuerza frente al derecho, ya levantados unos contra otros y lanzados a fondo en la carrera de armamentos, puedan alguna vez ponerse de acuerdo para dar marcha atrás y renunciar todos juntos a su loca táctica. Pero todo puede cambiar mañana, a la hora de la paz. Porque todos los países de Europa serán reducidos a cero. Tabla rasa. Agotados por la guerra, habiendo vaciado sus arsenales, tendrán que empezar *todo* sobre bases nuevas. Se acerca una hora excepcional, una hora sin precedentes: aquélla en que el desarme general se convierta en una cosa posible. Wilson lo ha comprendido. La idea del desarme, adoptada y lanzada por él, no puede dejar de ser acogida con entusiasmo por la opinión pública de todos los países. Estos cuatro años han preparado el camino, han consolidado en todas partes el instinto de resistencia a la guerra, han agudizado el deseo de ver establecerse una moral internacional que sustituya, por fin, al duelo de los ejércitos para dirimir los conflictos de los pueblos.

Ahora sería necesario que la inmensa mayoría de los hombres que desean la paz impusiera por fin a la ínfima minoría de aquellos que tienen interés en fomentar las guerras una *Liga de Naciones*, disponiendo, si es necesario, de una policía internacional y de una autoridad arbitral capaz de prohibir para siempre el empleo de la fuerza. ¡Que los gobiernos sometan la cuestión a un plebiscito general; el resultado no es dudoso!

Esta mañana, en la mesa, no ha habido, naturalmente, nadie más que el comandante Reymond que se indignara y tratara a Wilson de «puritano iluminado», totalmente ignorante de las «realidades europeas». Exactamente la misma cantinela de Ru melles en «Maxim's». Goiran le ha llevado la contrario acertadamente: «¡Si la paz que venga no fuera una reconciliación, en un común deseo de justicia, para la creación de una Europa solidaria, esta paz que millones de pobres seres han pagado tan cara no sería sino un tratado más, un simulacro de paz, condenado a ser barrido en la primera ocasión por el deseo de desquite de los vencidos!» «Ya se sabe lo que valen y los que duran las Santas Alianzas», decía Reymond. Y como yo interviniera

me atraje esta cuchufleta (tal vez no tan tonta, pensándolo bien, y menos paradójica de lo que parece): «¡Naturalmente, Thibault; usted es demasiado realista para no ser sensible a las seducciones de las utopías!» (Esto habrá que examinarlo.)

Primeras gotas. ¡Si la tormenta pudiera procurarnos una noche fresca!

9 de julio, al amanecer.

Mala noche. Fatiga. No he dormido ni dos horas, ¿y en cuántas veces?

He pensado en Rachel. En estas noches cálidas el perfume del collar es insufrible. También ella ha tenido un fin estúpido, en la cama de un hospital. Sola. Pero siempre se está solo cuando llega el fin.

Bruscamente he pensado en esto: que esta mañana, como todas las mañanas a esta hora, en algún lugar de las trincheras, millares de desgraciados esperan la señal de avanzar. He hecho lo posible por encontrar en ello, cínicamente, algún consuelo. En vano. Más bien los envidio por el hecho de estar bien y correr el riesgo, que consigo compadecerles por tener que saltar el parapeto ...

En este Kipling que estoy tratando de leer, encuentro esta palabra: «Juvenil.» Pienso en Jacques... «Juvenil»: ¡epíteto que tan bien lo retrataba! Nunca fue más que un adolescente. (Ver en los diccionarios las características típicas del adolescente. Las tenía todas: fogosidad, vehemencia, pudor, audacia y timidez, y afición a las abstracciones y horror a las medias tintas, y ese encanto que da la falta de aptitud para el escepticismo...)

¿Hubiera sido en su madurez otra cosa que un viejo adolescente?

Releo mis notas de anoche. La frase de Reymond: utopías... No. Siempre me he apartado —incluso exageradamente— de los impulsos ilusorios. Siempre he observado esta máxima de no sé quién: «Que la mayor aberración del espíritu es creer las cosas porque se quiere que existan.» Realmente, no. Cuando Wilson declara: «Lo que pedimos es que el mundo se haga puro y sea posible vivir en él», aquí mi escepticismo se resiste: no me hago bastante ilusiones acerca de la perfectibilidad del hombre para esperar que el mundo, arreglado por él, pueda nunca hacerse «puro». Pero cuando Wilson añade: «Y que sea hecho *seguro* para todas las naciones que aman la paz», me adhiero. No hay nada de quimérico. ¡La sociedad ha obtenido fácilmente individuos que renuncian a hacerse justicia por sí mismos y someten sus querellas a los tribunales! ¿Por qué no se ha de impedir a los gobiernos que lancen a los pueblos unos contra otros, cuando hay algún punto de desacuerdo? ¿Es la guerra una ley natural? También lo es la peste. Toda la historia de la Humanidad es una lucha victoriosa contra las fuerzas nocivas. Las principales naciones de Europa han sabido forjar, poco a poco, sus unidades nacionales. ¿Por qué el movimiento no ha de irse amplificando, hasta la realización de una unidad continental? Nueva etapa, nuevo impulso de instinto social. «¿Y el sentimiento patriótico?», diría el comandante. No es el sentimiento patriótico, instinto natural, lo que lleva a la guerra: es el sentimiento

nacionalista, sentimiento adquirido y artificial. El apego al suelo, al dialecto, a las tradiciones, no implica ninguna hostilidad violenta hacia el vecino: Picardía y Provenza, Bretaña y Saboya. En una Europa confederada los instintos patrióticos no serían ya sino características regionales.

«¡Quimeras!» Es por aquí, evidentemente, por donde todos van a tratar de torpedear las ideas de Wilson. Es descorazonador ver en la prensa que, incluso los más favorables a los proyectos americanos, le llaman «gran visionario», «profeta de los tiempos futuros», etcétera. ¡Nada de eso! Lo que me conmueve, por el contrario, es *su sentido común*. Sus ideas son sencillas, nuevas y muy antiguas a la vez: resumen de todas las tentativas y experiencias de la Historia. Europa va a encontrarse mañana en una importante encrucijada: o bien la reorganización federativa o bien el regreso al régimen de las guerras sucesivas, hasta el agotamiento de todos. Si a pesar de todo Europa se niega a hacer la paz razonable propuesta por Wilson —y que es la única verdadera, la única duradera, la paz del desarme definitivo— muy pronto se dará cuenta (¿y a qué precio tal vez?) de que está de nuevo perdida en un callejón sin salida y abocada a nuevas matanzas. Poco probable, afortunadamente.

Por la noche.

Jornada penosa. Dominado de nuevo por la desesperación. Polla impresión de haber caído en una trampa abierta... Me merecía algo mejor. Me merecía (¿orgullo?) ese «magnífico porvenir» que me prometían mis profesores, mis camaradas. Y de repente, en el recodo de aquella trinchera, la bocanada de gas... ¡Esta trampa, este lazo tendido por el destino!...

Las tres.

Demasiada fatiga para poderme dormir. No respiro sino sentado, recostado en tres almohadas. Vuelvo a encender para tomar las gotas. Y para escribir esto:

Nunca he tenido tiempo ni gusto (romántico) para llevar un diario. Lo lamento. Si pudiera hoy tener aquí, entre mis manos, en negro sobre blanco, todo mi pasado desde los quince años, me parecería estar más seguro de haber existido; mi vida tendría volumen, peso, contorno y consistencia histórica; no sería esta cosa fluida, informe como un sueño olvidado del que nada se puede repetir. (Lo mismo que la evolución de una enfermedad se inscribe y se fija en la gráfica de temperaturas.)

He empezado este cuaderno para exorcizar a los «espectros». Así lo creía. En el fondo había un montón de razones oscuras: pasatiempo, complacencia de mí mismo y también salvar un poco de esta vida, de esta personalidad que va a desaparecer y de la que yo estaba tan orgulloso. ¿Salvar? ¿Para quién? ¿Para qué? Absurdo, puesto que sé que no tendré tiempo ni oportunidad para releerme. ¿Para quién entonces? ¡*Para el pequeño!* Sí; acaba de ocurrírseme, hace un momento, durante este insomnio.

Es guapo este pequeño, está fuerte y crece vigorosamente; ¡todo el futuro, el mío,

todo el futuro del mundo está en él! Desde que lo he visto pienso en él y me obsesiona la idea de que él no podrá pensar en mí. No me habrá conocido, no sabrá nada de mí, no le dejo nada: algunas fotografías, un poco de dinero, un nombre: «el tío Antoine». Nada. Idea que a veces se me hace intolerable. Si durante estos meses de tregua hubiera tenido la paciencia de escribir día a día en este cuaderno... ¿Tal vez, más tarde, pequeño Jean-Paul, tendrás la curiosidad de buscar en él mis huellas, una semblanza, mi última semblanza, la huella de los pasos de un hombre que se va? Entonces, «el tío Antoine» se convertirá para ti en algo más que un nombre, que una fotografía de álbum. Sé perfectamente que la imagen apenas puede parecerse: entre el hombre que yo era y este enfermo devorado por su enfermedad... Sin embargo, sería algo a pesar de todo, mejor que nada. Me aferró a esta esperanza.

Demasiado cansado. Febril. El enfermero de guardia ha visto la luz. Le pido otra almohada más. Estas gotas no actúan del todo. Pedir otra cosa a Bardot.

Luz azulada de la ventana en la noche. ¿Es todavía la luna? ¿Es ya el día?... (¡Tantas veces, después de un sopor cuya duración no conseguía calcular, he encendido para mirar la hora, leyendo con desaliento en la blanca esfera: once y diez..., una y veinte...!)

Las cuatro y treinta y cinco. Ya no es la luna. Es la claridad que precede al alba. ¡Por fin!

11 de julio.

¡Qué dulzura tan amarga e irritante la de estos días de sufrimiento vago, en esta cama!... La comida ha terminado. (¡Estas comidas interminables, en la mesita de enfermo; estas escenas que agotan la paciencia, que quitan el poco de apetito que se pudiera tener!... Cada diez minutos Joseph y su bandeja, con un plato de comida...) De mediodía a tres es la hora vacía y tranquila en que el día toma el silencio de la noche, interrumpido por las toses vecinas, que sin siquiera proponérmelo identifico como voces conocidas.

A las tres, el termómetro, Joseph, los ruidos del pasillo, los gritos en el jardín, la vida...

12 de julio.

Dos días tristes. Ayer, radio. Los paquetes de ganglios bronquiales han aumentado aún. Me lo sospechaba.

Kühlmann, que pronunció en el Reichstag aquel discurso tan moderado, ha tenido que dimitir. Mal síntoma de estado de ánimo alemán. Por el contrario, el avance italiano en el delta del Piave se confirma.

Por la noche.

Me he quedado en la cama. Aunque la jornada haya sido menos mala de lo que me temía. He podido recibir algunas visitas: Darros y Goiran. Larga consulta esta mañana, en presencia de Sègre, a quien Bardot ha enviado a buscar. No han encontrado nada particularmente inquietante; no hay agravación seria. Y a mi alrededor todos se abandonan a la esperanza. Aunque me repito que no hay que tomar sus deseos por realidades, yo mismo me siento afectado por esta ola de confianza. Evidentemente, ganamos terreno: Villers-Cotterêts, Longpont... El 4º. Ejército... (¡Si ese buen Thérivier sigue estando allí tiene que tener bastante trabajo!) Evidentemente, también, está el fracaso austríaco, que ha sido completo. Y el nuevo frente oriental del Japón. Pero Goiran, que suele estar bien informado, afirma que desde que París está siendo bombardeado la moral ha decaído mucho; incluso en el frente, donde los hombres no aceptan saber que sus mujeres y sus hijos están amenazados como ellos. Recibe muchas cartas. Ya no se puede más. Ya no se quiere más. ¡Que acabe la guerra a cualquier precio!... Terminará pronto, tal vez, a remolque de los americanos. Veo en ello una ventaja: si nuestros gobernantes dejan que América termine la guerra se verán obligados también a dejarle hacer la paz: la suya, la de Wilson, no la de nuestros generales.

Si mañana continúa la mejoría, escribiré, por fin, a Jenny.

16 de julio.

He sufrido mucho estos últimos días. Sin fuerzas y sin gusto para nada. El cuaderno al alcance de la mano, pero sin ganas de abrirlo. Con ánimo apenas para hacer por las noches el balance de la salud, en la agenda.

Desde esta mañana parece que hay mejoría. La fatiga, más espaciada; crisis cortas, tos menos intensa, soportable. ¿Será el tratamiento de arsénico, reanudado a partir del domingo? ¿Recaída detenida, una vez más?

¡El pobre Chemery, es más de compadecer que yo! Síntomas de septicemia. Bronconeumonía gangrenosa con focos diseminados. Perdido.

¡Y Duplay, flebitis supurada de la vena crural derecha!... ¡Y Bert, y Cauvin!

¡Cuántas cosas duermen en *los repliegues*! (Todos estos gérmenes ignorados, por ejemplo, que la guerra me ha hecho descubrir en mí... Incluso posibilidades de odio y de violencia, es decir, de crueldad... Y el desprecio del débil... Y el miedo, etcétera. Sí; la guerra me ha hecho percibir en mí los instintos más viles, todos los bajos fondos del hombre. Ahora sería capaz de comprender todas las debilidades, todos los crímenes, por haber sorprendido en mí sus gérmenes y la inclinación a ellos.)

17 de julio, por la noche.

Mejoría efectiva. ¿Por cuánto tiempo?

La he aprovechado para, por fin, escribir *la carta*. Esta tarde. Varios borradores. Difícil de encontrar la nota justa. Al principio pensé preparar el terreno con algunas

maniobras de aproximación. Pero me he decidido por la carta única, larga y completa. Buenas esperanzas. Tal como creo conocerla, es preferible con ella abordar las cuestiones de frente. Me he esforzado por presentar la cosa como una cuestión de puro trámite, indispensable para el porvenir del pequeño.

La recogida de esta tarde ya estaba hecha. Tengo hasta mañana por la mañana para releer mi carta y decidir si la envío.

Ataques alemanes en Champagne. Rochas debe estar en danza. ¿Es esto el desencadenamiento de su famoso plan: alcanzar el Mame, seguir hacia Saint-Mihiel, rodear Verdún y volverse hacia el Oeste, en dirección al Marne y al Sena? Ya avanzan al norte y sur del Marne. Dormans está amenazado. (Recuerdo con tanta claridad el pueblo, el puente, la plaza de la iglesia, el hospital frente al portalón...) ¡Qué lejos está aún el final! Ninguna esperanza de ver siquiera los primeros síntomas. Poniéndolo lo mejor: 1919, año de los comienzos americanos, un año de aprendizaje; 1920, año de lucha intensa y decisiva; 1921, año de la capitulación de los Imperios Centrales, de la paz de Wilson, de la desmovilización...

He vuelto a leer mi carta, por última vez. Tono satisfactorio, sin posibilidad de equívoco, y los argumentos convincentes a más no poder. No puede dejar de comprender, ni dejar de aceptar.

18, por la mañana.

Acabo de ver a Sègre en calzoncillos. ¡Ya no hay ninguna semejanza con Thiers!

Por la tarde, en el jardín.

Anotar lo que ha pasado esta mañana.

Me he levantado más pronto para enviar mi carta por el coche del administrador. Al ir a bajar mi persiana he sorprendido por las rendijas de una de las ventanas del pabellón número 2 a Sègre, al señor profesor Sègre, ocupado en su aseo. El torso desnudo, calzoncillos muy ceñidos (¡pobres nalgas de viejo dromedario!), el tupé húmedo, liso y pegado a la cabeza... Estaba muy entretenido en limpiarse los dientes. Estoy tan acostumbrado a verle a lo Thiers, tal como se presenta a nosotros, solemne, ceremonioso, ceñido en sus ropas, con el tupé enhiesto y la barbilla levantada, sin perder ni una pulgada de su pequeña estatura, que al principio no lo he conocido. Lo he visto escupir un agua espumosa, inclinarse luego hacia el espejo, hundirse los dedos en la boca, extraer la dentadura, examinarla con aire preocupado y olfatearla con curiosidad de animal. En este momento he retrocedido bruscamente hasta el centro de la habitación, con desagrado, inexplicablemente *emocionado*. Experimentando de repente hacia este tirillas pretencioso —¿cómo decirlo?— una

simpatía fraternal...

No es la primera vez que me sucede una cosa así. Si no es con Sègre al menos con otros. Hace meses que estoy aquí en contacto, conviviendo con estos médicos, con estos enfermeros y con estos enfermos. Conozco tan sumamente bien sus siluetas, sus gestos, sus manías, que sin equivocarme puedo identificar desde lejos una cabeza que sobresale de un sillón, una mano que vacía un cenicero por la ventana, dos voces que pasan por detrás de la tapia del huerto. Pero mi camaradería no ha rebasado nunca los límites de la reserva más banal. Ni siquiera en la época en que era como los demás, sociable y de espíritu independiente; siempre me he sentido separado de todos por un tabique, extraño entre los extraños. ¿De dónde viene entonces que esta sensación de aislamiento pueda desaparecer súbitamente y dar paso a un impulso de fraternidad, casi de ternura, a poco que sorprenda a alguno de ellos en lo íntimo de su soledad? ¡Tantas veces me ha bastado distinguir (al acaso de un juego de espejos, de una puerta entreabierta) a un vecino de piso cuando hacía uno de esos humildes gestos a los cuales no se abandona uno si no está seguro de encontrarse solo (inclinado sobre una fotografía sacada del bolsillo subrepticamente, o persignándose antes de meterse en la cama, o menos aún: sonriendo a una idea secreta, con aspecto vagamente extraviado) para descubrir inmediatamente en él a un *prójimo*, a un *semejante*, a uno *igual que yo*, del cual he soñado durante un instante hacer un amigo!

Y, sin embargo, ineptitud total para «hacer amigos». No tengo amigos. Ni los he tenido nunca. (Lo que tanto envidiaba a Jacques: sus amistades.)

Recobro el placer de escribir. Efectivamente, estoy mucho mejor desde estos últimos días.

Por la noche.

Esta mañana, en la mesa, recuerdos de guerra. (Cuando se haga la paz las anécdotas de guerra reemplazarán a las de caza.) Darros cuenta de un servicio de patrulla, en Alsacia, muy al principio. Una noche atraviesa con algunos hombres un pueblo evacuado y silencioso, a la luz de la luna. Tres soldados alemanes de infantería, tumbados en la acera, con los fusiles al alcance de la mano, roncan completamente dormidos. Dice: «Así, tan cerca, ya no eran *boches*, ya no eran sino unos camaradas agotados. Vacilé dos segundos. Decidí seguir mi camino, *sin ver*. Y los ocho muchachos que iban conmigo hicieron lo mismo. Pasamos a diez metros de los durmientes, sin volver la cabeza. Y ninguno de nosotros ha hecho nunca alusión a lo que hicimos aquella noche de común acuerdo.»

20 de julio.

Ayer, «inspección» de la clínica por una «Comisión». Todos los oficiales superiores de la región. Desde la víspera, Sègre, Bardot y Mazet, agotados. Siniestros



recuerdos de cuartel. En la retaguardia, la guerra no ha cambiado nada.

Hay mucho que hablar sobre «disciplina», «fuerza de los ejércitos»... Me acuerdo de Brun y de otros médicos militares. De su inferioridad en relación a los médicos de la reserva. Debida en gran parte al hecho de que han trabajado durante años en el respeto a la jerarquía. Acostumbrados a obedecer, a limitar al número de sus galones la libertad de su diagnóstico y su sentido de la responsabilidad.

Disciplina militar. Me acuerdo del feroz Paoli, el suboficial de la enfermería, en el acantonamiento de Compiègne. Su cara de rufián y sus ojos siempre inyectados. No mala persona tal vez: todas las noches iba a la orilla del río a recoger cañamones para su estornino... De esa raza abominable y réproba de los reenganchados de antes de la guerra. (¿Reenganchado por qué? Sin duda porque había encontrado en esta profesión la única oportunidad de poder reinar por el terror sobre sus semejantes.) Estaba encargado por el oficial médico de anotar a los soldados que se presentaban a reconocimiento. Desde mi despacho oía yo a los enfermos llamar a su puerta. Siempre la misma pregunta, a voz en grito: «¿Qué te pasa a ti? ¡Seguro que es cuento!» Me imaginaba la cara asustada del recluta. «¡Pues si es cuento, ya te estás largando!» El recluta daba media vuelta sin pedir la baja. El oficial médico pretendía que Paoli era un suboficial excelente. «Con él, no hay cuentistas.»

El Ejército «es la gran escuela de una nación», decía padre. Y encaminaba hacia las oficinas de reclutamiento a sus pupilos de Crouy.

21, domingo.

Los análisis de la semana señalan desfosfatización y desmineralización regularmente progresivas, a pesar de todos los esfuerzos.

Parte. Las noticias son buenas. Avance al sur del Ourcq. Avance sobre Château-Thierry. El movimiento va del Aisne al Mame. Se dice que Foch se reservaba, para cuando llegara la hora oportuna, pasar de la defensiva a la ofensiva. ¿Habrà llegado la hora?

El comandante se pasa los días enteros cambiando sus banderitas en el mapa. Discusiones envenenadas sobre la «traición» Malvy y el Tribunal Supremo. La política recobra sus fueros tan pronto como mejoran los partes.

22, por la noche.

Kérazel ha recibido hoy la visita de su cuñado, diputado por Nièvre. Ha comido con nosotros. Radical socialista, según creo. Poco importa. Ahora todos los partidos han aceptado el conformismo del estado de guerra y repiten los mismos lugares comunes. Conversación de una mediocridad agotadora. Esto, por ejemplo: a propósito de los ofrecimientos de paz de Austria, transmitidos al gobierno francés por Sixto de Borbón, en la primavera del año pasado. Goiran se indignaba por la negativa de Francia. Parece ser que el más intransigente fue el viejo Ribot, que supo convencer

a Poincaré y a Lloyd George. Y uno de los argumentos invocados en los medios políticos franceses fue éste: «Es imposible examinar una paz ofrecida a la República por un miembro de la Casa de Borbón. La propaganda monárquica resultaría demasiado favorecida con ello. Sería un peligro para el régimen. ¡Sobre todo en un momento en que el Poder está en manos de los generales!...»

¡Casi increíble!

23 de julio.

El diputado de ayer. ¡Buena muestra de la febrilidad moderna! Ha venido de París en el rápido de la noche, para ganar doce horas. Consulta incesantemente su reloj, con mirada inquieta. Como una ligera embriaguez le temblaba la mano al coger la jarra del agua. Su pensamiento se descarría exponiendo las ideas.

Toma el desplazamiento por actividad y su actividad incoherente por trabajo. Toma la ampulosidad de las palabras por un argumento racional. Y el tono perentorio por una señal de autoridad, de competencia. En la conversación, toma el detalle anecdótico por una idea general. En política, toma la ausencia de generosidad por inteligente realismo. Toma su buena salud por energía y la satisfacción de sus apetitos por una filosofía de la vida. Etcétera.

¿Habrás tomado también mi silencio por una aprobación beatífica? ...

23 de julio, por la noche.

El correo. Contestación de Jenny.

Ahora siento no haberme dirigido, en primer lugar, a su madre, como había pensado. Jenny rehúsa. Carta comedida, pero firme. Reivindica con dignidad la plena responsabilidad de sus actos. Ella se entregó por su propia voluntad. El hijo de Jacques no debe tener otro padre, ni siquiera a los ojos de la ley. La esposa de Jacques no debe volver a casarse. No tiene nada que temer del juicio de su hijo, etcétera.

Es evidente que mis argumentos prácticos, lejos de convencerla, le parecen despreciables y mezquinos. No lo dice, pero emplea varias veces las expresiones de «conveniencias sociales», «prejuicios de antes», etcétera, en un tono claramente despreciativo.

Ni qué decir tiene que yo no renuncio. Volver a la carga, de otra forma. Puesto que estas «conveniencias sociales» no tienen ningún valor, ¿por qué rebelarse contra ellas? ¡Ello supone precisamente darles una importancia que no tienen! Sobre todo, insistir en esto: que no se trata de ella, sino de Jean-Paul. El descrédito que todavía acompaña a los nacimientos irregulares es absurdo, de acuerdo. Pero es un hecho. Si consigo hacerla comprender esto no vacilará en aceptar mi nombre y en dejarme reconocer al niño. Las circunstancias son excepcionales; ¡está todo tan simplificado a causa de mi próxima desaparición!

Voy a tratar de contestarle hoy mismo.

También he hecho mal en no concretar lo bastante la forma en que se llevarían a cabo las cosas. Ha debido imaginar situaciones embarazosas. Poner los puntos sobre las íes. Decirle: «Tú no tendrás sino que coger el rápido una noche. Te esperaré en Grasse. Todo estará preparado en la alcaldía. Y dos horas después de tu llegada volverás a tomar el tren para París. ¡Pero con un estado civil en regla!»

24.

Contento de mi carta de ayer. He hecho bien en no dejarla para hoy. Mala jornada. Muy fatigado por el nuevo tratamiento.

Es una estupidez pensar que basta con una formalidad administrativa para evitar a ese pequeño todas las dificultades que le esperan. Es imposible que no consiga convencer a Jenny.

25 de julio.

Periódicos. Château-Thierry ha sido ocupado por nosotros. ¿Derrota alemana o retirada estratégica? La prensa suiza afirma que la ofensiva de Foch no ha empezado. El objetivo actual sería solamente estorbar el repliegue de los alemanes. La inmovilidad de los ingleses en el frente hace plausible esta hipótesis.

Crisis de fatiga, más numerosas, con jadeos. Oscilaciones de temperatura. Abatimiento.

Sábado, 27.

Mala noche. Mal correo; Jenny se obstina.

Por la tarde.

Inyección. Dos horas de descanso.

Carta de Jenny. No quiere comprender. Se obceca. Lo que no es sino una pura fórmula toma a sus ojos de mujer la importancia de una renegación. («Si yo pudiera consultar a Jacques estoy segura de que me desaconsejaría esta concesión a los más bajos prejuicios... Me parecería que le traicionaba, si yo...», etcétera.)

Es irritante todo el tiempo que estamos perdiendo en discutir. Cuanto más tarde en acceder menos estaré yo en condiciones para todos los trámites (obtener los documentos, conseguir que el matrimonio se celebre aquí, publicación de las amonestaciones, etcétera.)

Mal preparado para escribirle hoy. Estoy decidido a llevar la cuestión, también yo, al terreno sentimental. Destacar la tranquilidad moral que yo sentiría si tuviese, finalmente, la certeza de evitar a este pequeño una existencia difícil. Exagerar incluso mi preocupación. Conjurar a Jenny para que no me niegue esta última alegría, etcétera.

Carta escrita y enviada. No sin mucho trabajo.

29 de julio.

Periódicos. Presión en la totalidad del frente del Aisne y del Vesle. El Marne, liberado. Fresnes, el bosque de la Fère, Villeneuve, y Ronchères, y Romigny, y Ville-en-Tardenois...

¡Recuerdo tan bien todos estos lugares!

En el jardín.

Esto es lo que tengo ante mis ojos. Todo alrededor otros jardines parecidos al nuestro, con sus naranjos, sus limoneros, sus olivos grises, los troncos descortezados de los eucaliptos, los tarays plumosos, y estas plantas de anchas hojas, tipo ruibarbo, y estas macetas de las que caen cascadas de rosas y geranios. Orgía de colores: todas las tonalidades del arcoiris. Cada una de estas casas que se ven desde aquí y que brillan al sol a través de su cerca de cipreses está pintada de un tono diferente, blanco, rosa, malva, anaranjado. El bermellón de las tejas, contra el azul del cielo. ¡Y estas verandas de madera, pintadas de marrón, de púrpura, de verde oscuro! A la derecha, la más cercana, una casa ocre con postigos azul oscuro. ¡Y aquella otra, de un blanco tan resplandeciente, con sus celosías de un verde ácido y su ancha franja de sombra violácea!

Qué magnífico sería tener uno aquí su casa, forjar aquí su felicidad, tener toda una vida para vivir aquí...

En la fila negra de cipreses un rayo de sol da un brillo casi insoportable a las porcelanas del poste telegráfico.

30, por la noche.

Hoy he vuelto a bajar. Lo que no había podido hacer estos dos últimos días.

Desconcertado y aturdido. Observo la vida y a los demás como si el Universo me sorprendiera y se me hubiera hecho incomprensible desde que estoy fuera del futuro.

El avance parece haberse detenido ya.

Y ahora los rusos (Lenin) declaran la guerra a los aliados.

Por la noche.

Reminiscencia: después de la muerte de padre, llevé a mi habitación su papel de cartas; tres meses después, estaba escribiendo una nota al profesor Philip y volví la hoja; había sido empezada por mi padre: «Lunes. Distinguido señor: Hasta esta mañana no he recibido...» ¡Encuentro brutal que hace tocar la muerte como con la

mano! ¡Su letra pequeña y cuidadosa, estas pocas palabras vivas, este esfuerzo interrumpido para siempre!

## AGOSTO

1.º de agosto de 1918.

SIEMPRE la ofensiva del Tardenois. ¿Se conseguirá por fin el objetivo? ¿Pero a qué precio? Avance importante entre Soissons y Reims. Bardot ha recibido una carta del Somme. Se dice que se prepara otra ofensiva, francoinglesa, al este de Amiens. (Amiens, en agosto del 14... ¡Aquel desorden, en todas partes! ¡Y qué bien lo aproveché! ¡Todo lo que pude saquear de morfina y de cocaína en la farmacia del hospital, gracias al pequeño Ruault, para reabastecer nuestro puesto de socorro! ¡Y qué útil me fue, quince días después, durante el Mame!)

La Cámara ha votado la incorporación de la quinta del 20. Debe ser la de Loulou. Pobre crío; ya echará de menos al hospital Fontanin.

2 de agosto.

Ya no queda ninguna esperanza de vencer la obstinación de Jenny. Esta vez el «no» es definitivo. Una carta corta, llena de afecto, pero inquebrantable. ¡Qué le vamos a hacer! (Ya ha pasado la época en que me era imposible aceptar el más mínimo fracaso. Abandono.) Ahora hace de su negativa una cuestión de principio y —¡lo más inesperado!— de principio revolucionario... No se retrae de escribir: «¡Jean-Paul es bastardo, seguirá siendo bastardo, y si esta situación irregular ha de poner muy pronto al hijo de Jacques en lucha contra la sociedad, mejor que mejor: su padre no hubiera deseado mejor punto de partida para su hijo!» (Muy posible, en efecto... ¡Bien; así sea! ¡Y que triunfe, incluso después de la muerte, el espíritu de rebeldía que Jacques llevaba dentro de sí!)

3, por la noche.

Ésta es la hora en que me gusta escribir. Más lúcido que durante el día y más solo todavía conmigo mismo.

Jenny. A reserva del fondo, he de reconocer que sus cartas forman un conjunto perfectamente coherente. No les falta ni fuerza ni grandiosidad. Imponen respeto.

A Jean-Paul:

Algún día admirarás estas cartas, hijo mío, si tienes la curiosidad de leer los papeles del tío Antoine. Sé que en este debate darás sin dudar la razón a tu madre. Sea. El valor y la generosidad de ánimo están de tu lado, no del mío. Sólo te pido que me comprendas, que veas en mi existencia algo más que una sumisión oportunista y

retrógrada a los prejuicios burgueses. Me temo que esta generación que viene, y que es la tuya, no se tropiece en todos los terrenos con unas dificultades terribles y tal vez durante mucho tiempo insuperables. Junto a las cuales las que tu padre y yo hemos encontrado no son nada. Este pensamiento, hijo mío, me aflige el corazón. Yo no estaré aquí para ayudarte en esta lucha. Por tanto, me hubiera sido agradable pensar que, a pesar de todo, había hecho algo por ti. Poderme decir que al dejarte un estado civil regular, haciéndote llevar mi nombre, el nombre de tu padre, habría, al menos, suprimido de tu camino uno de los muchos obstáculos que te esperan, el único contra el que podía hacer algo, y cuya importancia quiero creer, como tu mamá, que exagero un poco.

4 de agosto.

Periódicos. Soissons, reconquistado. Estaba ocupado por ellos desde finales de marzo. Ahora estamos sobre el Aisne y el Vesle, delante de Fismes. (¡Fismes, más recuerdos! Aquí fue donde me crucé con el hermano de Saunders, que marchaba a primera línea y no volvió.)

Discurso sensato del padre Lansdowne. ¿Lo escucharán? Al ritmo que van las cosas —es también la opinión de Goiran— habrá tentativa de negociaciones antes del invierno. Pero Clemenceau se hará el sordo en tanto no haya jugado su última carta: los americanos.

En Rusia. También allí tienen que estar pasando muchas cosas. Desembarque de los aliados en Arkangel, de los japoneses en Vladivostok. Pero con las pocas noticias que dejan pasar, ¿cómo comprender algo del caos ruso?

Por la noche.

Sègre vuelve de Marsella. En el Estado Mayor se dice que la primera parte de la contraofensiva aliada, empezada el 18, se está terminando. Los objetivos habrán sido alcanzados: frente rectilíneo del Oise al Mosa; ya no hay salientes que permitan un golpe de mano imprevisto. ¿Se instalarán en esta nueva línea para todo el invierno?

5 de agosto.

¿He de felicitarme por los resultados del nuevo calmante de Mazet? Ningún efecto sobre el insomnio. En cambio, pulso regular, apaciguamiento nervioso y menor sensibilidad. Lucidez de espíritu y actividad de espíritu decuplicadas. (Al parecer.) En resumidas cuentas, noches sin sueño, pero casi agradables, comparadas con otras.

¡Provechosas para el cuaderno!

Joseph ha marchado de permiso. Lo ha sustituido el viejo Ludovic. Su charlatanería me da dolor de cabeza. Cuando viene a arreglar la habitación le huyo.

Esta mañana me he tenido que quedar en la cama hasta tarde a causa del cauterio y me he encontrado a su merced. Conversación tanto más fatigosa por estar interrumpida por hipidos, gruñidos, etcétera, etcétera, porque se había empeñado en encerrar «su» entarimado. Bailaba una especie de jiga sobre dos cepillos, sin dejar de monologar.

Me ha contado su infancia, en Saboya. Diciendo siempre: «¡Aquéllos sí que eran buenos tiempos, señor doctor!» (Sí, viejo Ludovic; también yo ahora, cada vez que la memoria me trae algún recuerdo del pasado, incluso algún recuerdo que me haya resultado penoso vivir, me digo para mí mismo: «¡Aquellos buenos tiempos!»)

Utiliza unas expresiones muy pintorescas, como Clotilde, pero de otro estilo, menos dialectales. Me ha dicho especialmente que su padre era «apiezador». Es decir, el obrero que en los talleres de confección está encargado de «apiezar» y ajustar entre sí las piezas hechas por el cortador. Hermosa palabra. ¡Cuántas inteligencias... (Jacques) hubieran necesitado recurrir al «apiezador» para coordinar lo aprendido!

Jenny, en una de sus últimas cartas, habla de Jacques y de su «doctrina». No hay término más impropio. Me guardaré muy mucho de entablar una discusión con ella sobre esto. ¡Pero me parece bastante peligroso para la educación del pequeño que considere como una «doctrina» las ideas más o menos incoherentes que Jacques haya podido expresar ante ella y que ella haya captado más o menos exactamente!

Si alguna vez lees esto, Jean-Paul, no saques la conclusión demasiado precipitada de que las ideas de tu padre eran consideradas como incoherentes por el tío Antoine. Sólo quiero decir que tu padre, como todos los impulsivos, daba la impresión de tener sobre la mayor parte de las cosas unos puntos de vista distintos, muy a menudo contradictorios, y que apenas si él mismo conseguía coordinar. Por consiguiente, tampoco conseguía apenas establecer una certeza precisa, sólida y duradera, de directrices netamente orientadas. De la misma forma su personalidad estaba compuesta de elementos heterogéneos, opuestos e igualmente imperiosos —lo que constituía su factor más favorable—, pero entre los cuales costaba elegir y de los cuales nunca supo hacer un conjunto armonioso. De aquí su eterna inquietud y el malestar apasionado en que vivió.

Por otra parte, puede que todos nosotros, en grados variados, seamos como él. Por nosotros entiendo a aquellos que no se han adherido nunca a un sistema ya hecho; a aquellos que —a causa de no haber adoptado en un determinado momento de su evolución una filosofía precisa, una religión, una de esas plataformas estables, colocadas de una vez para siempre fuera de discusión— están condenados a revisar periódicamente su punto de apoyo y a improvisarse equilibrios sucesivos.

6 de agosto, siete de la tarde.

El viejo Ludovic. Con estos mismos dedazos que han puesto y quitado el termómetro al 49, limpiado la escupidera del 55 y la del 57, me echa el azúcar en mi

taza de tila, después de haber metido la mano hasta el fondo del azucarero. Y le digo: «Gracias, Ludovic...»

Jornada mediocre. Pero ya no tengo derecho a mostrarme exigente.  
Esta noche, inyección. Alivio.

Por la noche.

Sufro poco. Pero tengo insomnio.

Lo que escribía ayer para Jean-Paul es pasablemente inexacto en lo que me concierne. Podrías creer que he pasado todo el tiempo en busca de un equilibrio. No. Gracias a mi profesión, sin duda, siempre he sentido aplomo. Apenas si daba lugar a la inquietud.

Acerca de mí mismo:

Desde un tiempo feliz (desde mi primer año de Medicina), sin, aceptar ningún dogma filosófico o religioso, había conseguido conciliar bastante bien todas mis tendencias y confeccionarme un esquema sólido de vida, de pensamiento; una especie de moral. Esquema limitado, pero cuyos límites no me hacían sufrir. Incluso encontraba en ellos un cierto sentimiento de tranquilidad. Vivir satisfecho entre los límites que me había asignado se había convertido para mí en un bienestar que consideraba indispensable para mi trabajo. Así, pues, desde muy pronto, me había instalado cómodamente en el centro de algunos principios —escribo «principios» a falta de algo mejor; el término es pretencioso y forzado—, principios que se ajustaban a las necesidades de mi naturaleza y a mi vida de médico. (*A grosso modo*, una filosofía elemental de hombre de acción, basada en el culto a la energía y al ejercicio de la voluntad, etcétera.)

Rigurosamente exacto todo lo más para el período de la preguerra. Exacto, incluso, para el período de la guerra, al menos hasta mi primera herida. Entonces (convaleciente en el hospital de Saint-Dizier) empecé a poner en tela de juicio algunas formas de pensar y de conducta que me habían asegurado hasta entonces una cierta ponderación, una confortable armonía, y me habían permitido obtener un buen rendimiento de mis facultades.

Estoy cansado. Vacilo en seguir esta especie de análisis. Falta de costumbre. Me pierdo en este laberinto. Cuanto más avanzo, más me parece que hay que tomar con reservas lo que escribo acerca de mí mismo.

Por ejemplo. Pienso en algunos de los actos más importantes de mi vida. Me doy cuenta de que aquello que he llevado a cabo con el máximo de espontaneidad estaba precisamente en flagrante contradicción con los famosos principios. En cada uno de esos momentos cruciales he tomado decisiones que «mi ética» no justificaba. Resoluciones que me eran impuestas por una fuerza interior más imperiosa que todas las costumbres y todos los razonamientos. A continuación de lo cual, generalmente, me sentía impelido a dudar de esta «ética» y de mí mismo. Entonces me preguntaba



con inquietud: «¿Soy en realidad el tipo de individuo que creo ser?» (Inquietudes que, al fin y al cabo, se disipaban rápidamente y no me impedían recobrar el equilibrio de mi postura acostumbrada.)

Aquí, esta noche (soledad y recaída), percibo con bastante claridad que, con estas reglas de vida, con mi inclinación a someterme a ellas, me había deformado artificialmente sin querer y me había creado una especie de máscara. Y el hecho de llevar esta máscara había modificado poco a poco mi carácter original. En una existencia normal (y, además, sin disponer apenas de tiempo) no me costaba trabajo conformarme con este carácter prefabricado. Pero en ciertos momentos de gravedad las decisiones que tomaba espontáneamente eran sin duda reacciones de mi carácter verdadero, que dejaban bruscamente al descubierto mi verdadera naturaleza.

(Estoy bastante contento de haber puesto esto en claro.)

Por otra parte, supongo que este caso es frecuente. Lo que hace pensar que, para que se nos revelara su naturaleza íntima, no habría que buscar en el comportamiento habitual de las personas, sino más bien en esos actos imprevistos, aparentemente inexplicables, escandalosos algunas veces, que se les escapan y en los cuales se traiciona *lo auténtico*.

Estoy casi convencido de que a Jacques no le pasaba lo que a mí. En él debía de ser la naturaleza profunda (*la auténtica*) la que regulaba la mayor parte del tiempo su forma de conducirse. De aquí, para aquellos que le observaban, la inestabilidad de su humor, lo imprevisto de sus reacciones y, muy a menudo, su aparente incoherencia.

Primer resplandor del día en la ventana. Una noche más —una noche menos...—. Voy a tratar de dormirme. (Por una vez no lamento demasiado mi insomnio.)

8 de agosto, afuera.

28° a la sombra. Calor intenso, pero suave y vivificante. Clima maravilloso. (¡Es incomprensible que tan gran parte de la humanidad se halle confinada en el Norte hostil!)

Hace un momento, en la mesa, los oía hablar de su futuro. Todos creen —o fingen creerlo— que un «gaseado» no está en inferioridad de condiciones para siempre. Creen también poder reanudar su existencia en el punto exacto en que la movilización la interrumpió. Como si el mundo no esperara sino la paz para reanudar, tal cual, su marcha de antes. Me temo que se preparan desengaños brutales... Pero lo más extraño para mí es la forma en que hablan de sus trabajos civiles. Nunca como de una carrera escogida, querida y preferida, sino como un mal alumno habla de sus clases, cuando no como un forzado de sus trabajos. ¡Son dignos de compasión! No hay nada peor que entrar en la vida sin una vocación fuerte. (Nada, con la sola excepción de entrar en la vida con una vocación falsa.)

A Jean-Paul:

Hijo mío, desconfía de la «falsa vocación». La mayor parte de las vidas

arruinadas, de las vejeces ingratas, no tienen otro origen.

Te veo adolescente. A los dieciséis o diecisiete años. La edad, por excelencia, de la gran confusión. La edad en que tu razón empezará a tener conciencia de sí misma. A ilusionarse con sus propias fuerzas. La edad en que posiblemente tu corazón empezara a hablar alto y será difícil moderar sus impulsos. La edad en que tu espíritu, completamente aturdido, embriagado por Jos horizontes que habrá descubierto recientemente, vacilará ante múltiples posibilidades. 1.a edad en que el hombre, todavía débil y creyéndose fuerte, siente la necesidad de encontrar puntos de apoyo, de guía, y se lanza ávidamente hacia la primera corteza, hacia la primera disciplina que se le ofrece... ¡Mucho cuidado! La edad, también... —y tú apenas lo sospecharás— en que tu imaginación tendrá la mayor inclinación a deformar la realidad: incluso a tomar lo falso por lo verdadero. Dirás: «Sé»... «Siento»... «Estoy seguro»... ¡Mucho cuidado! El muchacho de diecisiete años es muy a menudo como un piloto que se confiara en una brújula estropeada. Cree a pie juntillas que sus gustos de adolescente son naturales, que debe tomarlos como guía, que le muestran, indudablemente, la dirección a seguir. Y no sospecha que, por lo general, va a remolque de gustos ficticios, circunstanciales y arbitrarios. No sospecha que sus inclinaciones, que le parecen ser tan auténticamente *suyas*, le son, por el contrario, fundamentalmente *extrañas*; que las ha recogido como un disfraz, al acaso, como consecuencia de un hallazgo hecho algún día en los libros o en el mundo.

¿Cómo te preservarás de estos peligros? Tiemblo por ti. ¿Escucharás mis consejos?

Quisiera, en primer lugar, que no rechazaras con demasiada impaciencia las opiniones de tus maestros, de aquellos que te rodean, que te aman; que parecen no comprenderte y que tal vez te conozcan mejor que tú mismo. ¿Te molestan sus advertencias? En la misma medida, sin duda, en que, vagamente, las sientes fundadas...

Pero, sobre todo, quisiera que te defendieras contra ti mismo. Que estés obsesionado por el temor de engañarte acerca de ti mismo, de engañarte por las apariencias. Ejercita tu sinceridad a costa tuya, para hacerla clarividente y útil. Comprende esto, trata de comprenderlo: para los jóvenes de tu ambiente —quiero decir: instruidos, alimentados de lecturas, habiendo vivido en la intimidad de personas inteligentes y criterios amplios— la *noción* de ciertas cosas, de ciertos sentimientos, se adelanta a *la experiencia*. Conocen en teoría, con la imaginación, muchas sensaciones de las cuales no tienen todavía una práctica personal y directa. Pero no se dan cuenta: confunden *saber* y *conocer*. Creen *conocer* sensaciones y necesidades que sólo *saben* que se experimentan...

Escúchame. ¡La vocación! Tomemos un ejemplo. A los diez o doce años habrás creído sin duda tener vocación de marino o de explorador, porque te gustaban apasionadamente las novelas de aventuras. Ahora eres lo bastante mayor para reírte de ello. Pues bien: a los dieciséis o diecisiete años te acechan errores análogos. Ten

cuidado, desconfía de tus inclinaciones. No te imagines demasiado de prisa que eres un artista, un hombre de acción o víctima de un gran amor, porque hayas tenido ocasión de admirar en los libros o en la vida a poetas, grandes realizadores o enamorados. Busca con paciencia lo que es esencial en tu naturaleza. Trata de descubrir, poco a poco, tu personalidad real. No es fácil.

Muchos no lo consiguen sino cuando ya es demasiado tarde. Muchos no lo consiguen nunca. Tómate todo el tiempo que necesites, nada urge. Hay que tantear mucho tiempo antes de saber *quién* se es. Pero cuando te hayas encontrado a ti mismo, entonces, arroja rápidamente lejos de ti los ropajes prestados. Acéptate a ti mismo, con tus limitaciones y tus faltas. Y dedícate a desarrollarte, saludablemente, con normalidad, sin trampas, en tu verdadero destino. Porque, conocerse y aceptarse, no es renunciar al esfuerzo y al perfeccionamiento: ¡todo lo contrario! Incluso es contar con los mejores elementos para obtener el máximo de sí mismo, porque entonces el impulso está orientado en el buen sentido, en aquél en que todos los esfuerzos dan fruto. Ensanchar las fronteras es lo más que puede hacerse. Pero las fronteras *naturales* y sólo después de haber comprendido bien cuáles son. Aquellos que estropean su vida son casi siempre, o bien aquellos que al principio se han engañado acerca de su naturaleza y se han precipitado por un camino que no era el suyo, o bien aquellos que, habiendo partido en buena dirección, no han sabido o no han tenido el valor de atenerse a sus *posibilidades*.

9 de agosto.

Periódicos. Discurso optimista de Lloyd George. Optimismo exagerado, sin duda, por necesidades de la causa. A pesar de todo, lo que ha ocurrido desde hace veinte días en el frente francés era inesperado. (Conversación con Rumelles, en París.) Y la ofensiva de Picardía parece desencadenada desde ayer. Y los americanos, en el horizonte. El plan Pershing es, según se cree, dejar a Foch enderezar el frente y despejar ampliamente la zona de París; luego, mientras que franceses e ingleses mantienen el antiguo frente, una ofensiva masiva americana en dirección a Alsacia, para pasar la frontera e invadir Alemania. Ese día, se dice, se ganará la guerra gracias al empleo de un gas que sólo puede ser utilizado en territorio enemigo, porque lo destruye todo, impide toda vegetación durante años, etcétera. (En la mesa, entusiasmo general. Todos estos pobres gaseados, muchos de los cuales no se recuperarán nunca, se llenan de júbilo pensando en ese nuevo gas...)

Darros nos ha leído una carta de su hermano, intérprete agregado a las tropas americanas. Dice que está enojado por su confianza pueril. Oficiales y soldados están convencidos de que les bastará atacar para conseguir en breve plazo la victoria final. Cuenta también que están todos decididos a no dejarse estorbar por los prisioneros y que declaran cínicamente que todo grupo de prisioneros, inferior a quinientos hombres, debe ser ametrallado. (Lo que no impide a estos idealistas, de sonrisa feroz

y ojos cándidos, que repitan en todo momento, según parece, que vienen a batirse por la Justicia y el Derecho.)

10 de agosto.

He recobrado cierto gusto por la lectura. Concentro la atención sin demasiado esfuerzo, sobre todo por la noche. En este momento acabo el excelente trabajo de un tal Dawson (*Bol. méd.*, de Londres) sobre las secuelas de la iperita, comparadas con las debidas a otros gases. Estas observaciones confirman las mías en muchos puntos. (Infecciones secundarias con tendencia a convertirse en crónicas, etcétera.) Siento tentaciones de escribirle, de enviarle copias de algunas páginas de la agenda. Pero temo iniciar una correspondencia. No estoy lo bastante seguro de poder continuarla. Sin embargo, siento sensible mejoría desde principios de mes. Ninguna mejoría fundamental, pero dolores atenuados. Período de mejoría provisional. Comparada con las precedentes esta semana ha sido casi soportable. Si no fuera por este tratamiento agotador de por las mañanas y estas crisis de fatiga (sobre todo por la noche, al ponerse el sol) y estos insomnios... Pero los insomnios son menos penosos cuando puedo leer, como estas últimas noches. Y gracias al cuaderno.

Antes de comer, desde mi ventana.

¡Qué majestad la de este paisaje y la de estos amplios valles! Estos centenares de estrechas terrazas cultivadas que suben al asalto de las colinas. Este verde declive estriado paralelamente por todas esas rayas calcáreas que forman las cercas de arenisca.

Y allí arriba aquella diadema de rocas desnudas de un gris de piedra pómez, tan suave, con reflejos violáceos y anaranjados.

Y más abajo, muy lejos, exactamente en el límite del terreno cultivado y de la roca, ese pueblecito: un puñado de guijarros relucientes que parece que se hubiera quedado sujeto en un pliegue del terreno. En este momento la sombra de las nubes proyecta sobre esta extensión de un verde resplandeciente unas manchas oscuras, anchas, que se mueven suavemente.

¿Cuántas semanas me quedan de contemplar esto?

11.

Mazet es un médico del tipo de Dezavelles, el cuatro galones de Saint-Dizier, que renunciaba totalmente a ocuparse de aquellos que «olía» a condenados. Decía: «Un buen médico debe tener olfato: sentir el momento preciso en que el enfermo deja de ser *interesante*.»

¿Soy yo todavía interesante a los ojos de Mazet? ¿Y por cuánto tiempo?

Desde que Langlois ha tenido su absceso ya no va a verle.

La ofensiva del Somme parece bien iniciada. Los ingleses no han querido quedarse atrás. La llanura de Santerre ha sido reconquistada y despejada la gran línea París-Amiens. Batalla en Montdidier. (¡Todos estos nombres, Montdidier, Lassigny, Ressons-sur-Matz, todos los recuerdos del 16!...)

Goiran está muy optimista. Sostiene que ahora todas las esperanzas son legítimas. Yo también lo creo. (Pienso que hay mucha gente asombrada. Y en primer lugar todos nuestros grandes jefes, militares y civiles, que se vieron tan cerca del abismo en la primavera. Todos han tenido que respirar aliviados. Con tal de que no respiren demasiado.)

12 de agosto, por la noche.

He pasado la tarde copiando extractos de mi agenda, para mi carta a Dawson.

Periódicos. Los ingleses están junto a Péronne. ¡Pobre Péronne! ¿Qué quedará de ella? (Me acuerdo también de la evacuación en el 14, el pueblo sin luz, los faroles que corrían en la noche, la retirada de la caballería, hombres agotados y caballos renqueantes... ¡Y todas aquellas camillas, alineadas en la planta baja del Ayuntamiento, hasta en la acera!)

13, noche.

Más difícil la respiración hoy. Sin embargo, he terminado las notas que enviaré a Dawson.

Esta revisión de la agenda me deja buena impresión. Incluso excelente. Progresión de la enfermedad, legible como en una gráfica. Conjunto documental importante. Tal vez único. Tal vez llamado a sentar cátedra y a servir durante mucho tiempo como base para las investigaciones. Tendré que luchar contra la tentación de acabarlo. Esperar lo más posible, para llevar el análisis hasta el final. Dejar al menos detrás de mí el historial completo de uno de estos casos, tan mal conocidos todavía.

En algunos momentos esta idea me sostiene. En otros me veo obligado a estimularme lamentablemente para encontrar en ella una brizna de consuelo...

Una de la mañana.

*Reminiscencia.* (Es curioso interrumpirse en el curso de un recuerdo para seguir la cadena de asociaciones de ideas, para seguir en sentido inverso el camino del pensamiento hasta el punto de partida.)

Esta noche, cuando Ludovic ha entrado con la bandeja, la tapa del salero, mal enroscada, ha caído tintineando sobre el plato.

Apenas si he prestado atención. Pero durante toda la noche, durante mi tratamiento, aseándome, y mientras copiaba las notas, he estado pensando en padre. Desfile de antiguos recuerdos, evocando las comidas en familia, las cenas silenciosas

de la calle de la Universidad, la señorita Waize con sus manitas sobre el mantel, las comidas de domingo en Maisons-Laffitte, con la ventana abierta y el jardín lleno de sol.

¿Por qué? Ahora ya lo sé. Porque el tintineo del tapón sobre la loza me había recordado mecánicamente el ruido especial que hacía el binóculo de padre, al principio de la comida, cuando padre se sentaba en su sitio pesadamente y el binóculo, colgando al extremo del cordón, tropezaba con el borde del plato.

Debiera redactar algunas notas acerca de padre, para Jean-Paul. Nadie tendrá oportunidad para hablarle de su abuelo paterno.

Era muy poco querido. Incluso por sus hijos. Era muy difícil de querer. Yo lo he juzgado muy severamente. ¿He sido siempre justo? Hoy me parece que aquello que le impedía ser amado no era sino el exceso de ciertas fuerzas morales, de ciertas virtudes austeras. Me cuesta trabajo escribir que su vida fuera digna de estimación y, sin embargo, en cierto sentido es tuvo consagrada a hacer lo que él consideraba como el bien. Sus defectos alejaban de él a todo el mundo y sus virtudes no atraían a nadie. Tenía una manera de ejercerlas que apartaba de él más de lo que lo hubieran hecho los peores defectos... Creo que él se daba cuenta y que ha tenido que sufrir cruelmente a causa de su aislamiento.

Algún día, Jean-Paul, tendré que hacer un esfuerzo para explicarte la clase de hombre que era tu abuelo Thibault.

14 de agosto, por la mañana.

Todavía ese viejo Ludovic. Afirma (poniendo su manaza sobre el bigote): «Créame, señor doctor; el teniente Darros no es más que un *disimulador*.»

Yo protesto, naturalmente. Ludovic insiste, con aire convencido: «Yo sé lo que me digo.» Precisa: Cuando Darros estaba en el anexo, Ludovic observó que Darros «hacía trampa» cuando se tomaba la temperatura, que nunca se ponía el termómetro sin haberse estado moviendo durante un cuarto de hora largo, que se apuntaba algunas décimas más al señalarla en la gráfica, etcétera.

Protesto, pero... Yo mismo he advertido algunas anomalías. En la sala de inhalación, por ejemplo. Darros hace su tratamiento muy superficialmente. Siempre lo acorta tan pronto como Bardot o Mazet han vuelto la espalda. En general, ahorra todos los cuidados que lo dejan hacer solo, etcétera. Negligencias tanto más extrañas cuanto que Darros se preocupa mucho por su estado; me ha interrogado muy a menudo, habla de «su salud comprometida definitivamente», etcétera. (Darros no tiene lesiones, sino un estado bronquial peligroso, que no mejora.)

Al atardecer, en el huerto.

Me gusta venir aquí, hasta el banco. Sombra de los cipreses sobre el paseo.

Rosales. Arriates alineados. El ruido de la noria. El ir y venir de Pierre y de Vincent, con sus regaderas.

Obsesionado por las habladurías de Ludovic. Me hago la pregunta; si es cierto, si Darros es un simulador: ¿está *mal hecho*?

No es tan sencillo. Depende de para quién. Para Ludovic, cuyos dos hijos han muerto, está *mal hecho*, es incluso un crimen, una especie de desertión. Indudablemente, piensa que Darros merecería pasar ante un Consejo de Guerra. Seguramente, también, para el padre de Darros, estaría mal. (Lo conozco un poco. Viene algunas veces a ver a su hijo. Pastor en Avignon. Viejo puritano patriota. Ha obligado a su hijo pequeño a presentarse como voluntario.) Sí, seguramente; para el padre de Darros está «mal hecho». ¿Pero y para otros? ¿Para Bardot, por ejemplo? Trata a Darros desde hace cuatro meses y lo aprecia mucho. ¿Hay que suponer que si se diera cuenta de algo lo castigaría? ¿O tal vez cerraría los ojos? Y en cuanto al mismo Darros, si efectivamente es culpable de «hacer trampa», ¿cree que está *mal hecho*?

¿Y para mí? Me hago la pregunta. ¿Está *mal hecho*? Efectivamente, no puedo decir que esté *bien*. Siento una repugnancia instintiva hacia los emboscados de hospital «que se las arreglan» para no curarse. Pero no me decido a contestar categóricamente: *Está mal*.

Caso curioso. Es interesante tratar de poner esto un poco en claro. ¿Bien o mal?

Para empezar advierto esto: que lo juzgue culpable o no de estar representando una comedia, Darros me sigue siendo simpático. Muchacho sensible, reflexivo, culto, al que creo honrado en el fondo. Lo aprecio, aunque sea un *disimulador*. Me ha hablado muchas veces en plan de confianza. De su padre, de su juventud, de la terrible educación protestante desde el punto de vista sexual. También de su vida conyugal. Especialmente el día que me contó su paso por Lyon, con su mujer, la noche de la movilización. (Llegaban de Avignon, donde pasaba las vacaciones. Al día siguiente, al amanecer, Darros tenía que incorporarse a su regimiento de reserva. Terminaron por encontrar una habitación en un hotel de mala muerte. La ciudad, llena de ruido, con el alboroto de la guerra. Recuerdo su voz cuando decía: «Thérèse temblaba de miedo, apretaba los dientes para no llorar. Pasé la noche en sus brazos llorando como un niño. Nunca lo olvidaré. Me acariciaba el pelo, dulcemente, sin poder hablar. Y sobre el empedrado, durante toda la noche, los trenes de Artillería pasando sin descanso con un estrépito infernal.»)

Hoy tal vez sea un simulador. Pero no un cobarde. Cuarenta meses de Infantería, dos heridas, tres citaciones y, para terminar, los gases en los Altos del Mosa. Casado seis meses antes de la guerra. Un hijo. Una mujer de salud frágil. Sin bienes de fortuna. Un puesto mediocre, en la enseñanza, en Marsella. Fue gaseado (ligeramente) en febrero último. Primero fue tratado en Troyes, y su mujer —doy a este detalle cierta importancia— vino a instalarse allí; pudieron volver a vivir juntos durante todo un mes. Luego lo enviaron aquí, a cien leguas de la guerra; le han

devuelto su cielo azul, su sol, una vida de vacación... ¡Me imagino tan bien lo que ha podido pasar en su interior!... Si ha tomado la resolución de utilizar todos los medios para hacer durar sus dolencias pulmonares el mayor tiempo posible —y, ¿quién sabe?, la paz no está tan lejana— no ha podido suceder en este protestante de buena casta sin debates de conciencia. Si finalmente ha escogido salvar la piel a toda costa —aun a riesgo de agravar su enfermedad por falta de cuidados—, ¿está *bien*? ¿está *mal*?

¿Qué contestar?

No; incluso si ha tomado esta determinación, no quiero retirarle mi aprecio.

Medianoche.

Insomnio, insomnio. Meditaciones interminables de las horas de oscuridad... Especie de instinto de conservación que me ayuda, cuando no resulta demasiado imposible, a apartar mi atención de mí y de los «espectros».

Darros. A pesar de todo es bastante grave este asunto Darros. Quiero decir grave *para mí*, por todos los problemas que me plantea *a mí*.

Anotación marginal: ya no creo en la responsabilidad.

¿He creído alguna vez? Sí. En la medida que un médico puede creer en ella. (Para nosotros los límites de las responsabilidades no son nunca los mismos que les atribuye la generalidad de las gentes. Recuerdo las discusiones en Verneuil con aquel médico legista, cirujano en el batallón de tiradores. Nosotros sabemos demasiado bien que nuestros actos son consecuencia de lo que somos y de lo que nos rodea. ¿Responsables de nuestra herencia? ¿De nuestra educación? ¿De los ejemplos que hemos recibido? ¿De las circunstancias? No; esto es la evidencia misma.)

Pero yo he obrado siempre como si creyera en *mi* responsabilidad absoluta. Y tenía un concepto muy acusado —¿educación católica?— del mérito y del demérito.

(Con ciertas atenuaciones, por otra parte: tendencia a sentirme relativamente irresponsable de las faltas cometidas y a reivindicar el mérito de lo que hacía bien...)

Todo esto resulta bastante contradictorio.

(Para Jean-Paul:

No temas demasiado a las contradicciones. Son incómodas, pero saludables. Siempre que mi espíritu se ha visto prisionero de contradicciones inextricables es cuando al mismo tiempo me he sentido más próximo a esta Verdad, con mayúscula, que se nos escapa siempre.

Si debiera «revivir», quisiera que fuera bajo el signo de la *duda*.)

Punto de vista biológico.

Durante mis primeros años de guerra he cedido —irritado, pero he cedido— a la tentación de examinar los problemas morales y sociales a la luz simplista de la biología. (Reflexiones de este tipo: «El hombre, animal específicamente sanguinario,



etcétera. Limitar sus estropicios por medio de una organización social inflexible. Y no esperar nada mejor.») Incluso llevaba en mi maleta un libro de Fabre, encontrado en Compiègne. Me complacía en considerar a los hombres, y a mí mismo, simplemente como unos grandes insectos, armados para el combate, la agresión y la defensa, para la conquista, para comerse unos a otros, etcétera. (Me repetía colérico: «Que esta guerra te sirva, por lo menos, para abrirte los ojos, imbécil. Ve el mundo como es. El Universo: un conjunto de fuerzas ciegas que se equilibran mediante la destrucción de las menos resistentes. La Naturaleza: una carnicería en la que se devoran mutuamente los seres y las razas, opuestos por sus instintos. Ni bien ni mal. No es distinto para el hombre que para la garduña o el halcón, etcétera.»)

¿Cómo negar que la fuerza esta sobre el derecho, en el fondo de una cueva llena de heridos? (Algunos recuerdos concretos: noche de Cateau. Ataque de Péronne, detrás de la tapia. Hospital de sangre de Nanteuil-le-Haudouin. Agonía de los dos jóvenes cazadores, en la granja, entre Verdún y Calonne.) Me acuerdo de algunos momentos en los que me he embriagado desesperadamente con esta contemplación zoológica del mundo.

Poca vista... El pesimismo mortal en que me había hundido hubiera debido advertirme que eso lleva a unos bajos fondos en los que el aire ya no es respirable.

Voy a apagar, para tratar de dormirme.

La una.

Esta noche es inútil pretender dormir.

Este buen Darros (que no se lo sospecha en lo más mínimo) es la causa de que me vea enredado desde hace quince horas en los «problemas morales»: ¡mucho más de lo que lo he estado durante toda mi vida!

Literalmente, estas cuestiones no se me planteaban. El bien y el mal; expresiones usuales, cómodas, que empleaba como todo el mundo, pero sin concederles un valor real. Nociones vacías para mí de todo imperativo. Las reglas de la moral tradicional las aceptaba, para los demás. Las aceptaba en el sentido de que si, por hipótesis, alguna fuerza revolucionaria victoriosa hubiera querido declararlas caducas —y se me hubiera hecho el honor de consultarme—, probablemente la hubiera disuadido de abolir de golpe estas bases sociales. Me parecían completamente arbitrarias, pero de una utilidad práctica incontestable para las relaciones «de los demás» entre sí. En cuanto en mis relaciones conmigo mismo no hacía ningún caso de ellas.

(Me pregunto, por otra parte, en qué forma hubiera podido yo precisar mis normas personales de conducta si hubiera tenido que hacerlo, para lo cual nunca me ha quedado tiempo ni se me ha pasado por la imaginación. Creo que me hubiera atendido a alguna fórmula elástica de este tipo: «Todo lo que acrecienta en mí la vida y favorece mi desenvolvimiento está bien; todo lo que obstaculiza la realización de mi personalidad está mal.» Ahora quedaría por definir lo que consideraba como «vida» y

«realizar mi personalidad»... Renuncio a hacerlo.)

A decir verdad, aquellos que me han conocido de cerca —como, por ejemplo, Jacques o Philip—, apenas si han podido adivinar la libertad casi total que yo me concedía en principio. Porque en mis actos siempre me he ajustado, sin siquiera pretenderlo, a lo que se ha convenido en llamar «la moral», «la moral de las personas honradas». Sin embargo, en algunas ocasiones —no exageremos: tres o cuatro veces tal vez en quince años—, en algunos momentos especialmente graves de mi existencia privada o profesional me he dado cuenta repentinamente de que mi emancipación no era únicamente teórica. Tres o cuatro veces en mi vida me he sentido transportado súbitamente a una región en que estas reglas, que yo aceptaba normalmente, no tenían vigencia; en que ni siquiera tenía acceso la razón; en que la intuición y la espontaneidad se hacían dueñas. Una región etérea y serena, una región de *desorden superior* en la que yo me sentía maravillosamente solitario, poderoso y firme. Firme, sí. Porque experimentaba intensamente la sensación de haberme acercado infinitamente, de repente, a... (Me cuesta trabajo terminar esta frase...), pongamos: a aquello que sería, para un Dios, la Verdad pura. (La Verdad con mayúscula.) Si; por lo menos tres veces, que yo sepa, he desafiado consciente y firmemente a las leyes más unánimemente acreditadas de la moral. Nunca he sentido por ello el menor remordimiento. Y hoy pienso en ello con absoluta indiferencia, sin la menor sombra de pesar. (Por otra parte, puedo decir que no tengo ninguna experiencia de lo que es el remordimiento. Gozo de una disposición natural a aceptar mis ideas y mis actos, cualesquiera que sean, como fenómenos naturales. Y legítimos.)

Esta noche me encuentro especialmente en forma para escribir. Y lúcido. Si mañana he de pagarlo con un mal día, ¡qué le vamos a hacer!

He releído lo escrito. He pensado en todo esto y en lo que lo rodea, durante un buen rato.

Me hecho, entre otras, la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que contiene a la mayor parte de la gente? (Cuya vida transcurre en definitiva sin que se permita infracciones demasiado acusadas de las reglas morales admitidas.) Porque apenas si hay en ella quien escape a la tentación de cometer actos reputados como «inmorales»... Prescindo, claro está, de los creyentes, de aquéllos a quienes una profunda convicción religiosa o filosófica ayuda a triunfar de las trampas del Maligno. Pero a los demás, a todos los demás, ¿qué es lo que les contiene? ¿Timidez? ¿Respeto humano, temor al qué dirán? ¿Miedo al juez de instrucción? ¿Temor a las consecuencias que pueden sufrir en su vida privada o pública? Todo esto interviene, evidentemente. Estos obstáculos son fuertes y sin duda infranqueables a los ojos de un gran número de «tentados». Pero son obstáculos de orden material. Si no hubiera otros, y de orden espiritual, podría sostenerse que el individuo, a poco que se libere del yugo religioso, no se mantiene en el camino recto sino por miedo a los guardias o, por lo menos, al

escándalo. Y se podría sostener, en consecuencia, que todo individuo no creyente, si se le supone abocado a la tentación y colocado en unas circunstancias tales que está seguro de un secreto total y de una impunidad absoluta, cedería inmediatamente a ella y cometería el «mal» con verdadera satisfacción... Lo que equivaldría a decir que no existen consideraciones «morales» susceptibles de contener a un no creyente, y que, para aquel que no está sometido a ninguna ley divina, a ningún ideal religioso o filosófico, no existe ninguna cortapisa moral eficaz.

Un paréntesis: Esto parecería dar la razón a los que explican la conciencia moral (y la distinción que todos hacemos espontáneamente entre lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer, entre el *bien* y el *mal*) por una supervivencia en el hombre moderno de una sumisión de origen religioso, mucho tiempo aceptada por las generaciones precedentes, hasta convertirse en una característica adquirida. Lo acepto. Pero me parece que es razonar olvidando que Dios no es sino una hipótesis humana. Porque esta distinción del bien y del mal no es Dios, *invención* del hombre, quien puede haberla impuesto al espíritu humano; bien al contrario, es el hombre quien la ha atribuido a Dios, haciendo de ella un precepto divino. Si esta distinción es de origen religioso lo mismo da decir que es el hombre quien la ha prestado a Dios algún día. Y, por tanto, que la tenía en sí. E incluso que estaba tan fuertemente arraigada en él, que ha sentido la necesidad de dar a esta distinción una autoridad suprema y definitivamente indiscutible...

¿Cómo resolver?

Las cuatro.

Vencido por el cansancio en medio de mi paréntesis. He dormido más de dos horas de un tirón. Apreciable resultado del cuaderno. Y de mis inclinaciones filosóficas...

Ya no sé adonde quería llegar. «¿Cómo resolver?...» Sí; ¿cómo? Sin embargo, tenía la sensación de haber conseguido ver un poco más claro. Pero ahora soy incapaz de reanudar el razonamiento.

Problema de la conciencia moral y de sus orígenes. ¿Por qué no supervivencia de una costumbre social? (Tal vez invento para mi uso una explicación archiconocida. Poco importa. Para mí es nueva.)

Cuanto más rechazo la idea de que la conciencia moral pueda tener como fuente alguna ley divina, más plausible me parece admitir que tiene sus orígenes en el pasado humano, que es una costumbre que sobrevive a la causa que la ha hecho nacer y que se ha fijado en nosotros, al mismo tiempo, por herencia y por tradición. Un residuo de las experiencias que las antiguas agrupaciones humanas han tenido que hacer para organizar su vida colectiva y regular sus relaciones sociales. Un residuo de reglamentos de buena policía. Encontraría bastante seductor, bastante satisfactorio incluso para el amor propio, poderme decir que esta conciencia moral, esta distinción

entre un *bien* y un *mal* (distinción que preexiste en cada uno de nosotros, absurda muy a menudo en las órdenes que nos dicta y que incluso nos dirige en momentos en que la razón vacila y se resiste, y que hace a los más sensatos realizar acciones que desde el punto de vista de su razón no sabrían justificar) es la supervivencia de un instinto esencial del hombre, animal social. Un instinto que se perpetúa en nosotros a través de los milenios y gracias al cual la sociedad humana marcha continuamente hacia su perfeccionamiento.

15 de agosto, en el jardín.

Tiempo magnífico. Campanas de vísperas. Hay en todo un ambiente de fiesta. Insolencia de este sol, de estas flores, de este horizonte que tiembla en el líalo luminoso de los días espléndidos. ¡Deseos de oponerse a la belleza del mundo, de destruir, de provocar una catástrofe! No; deseos de huir, de ocultarse, de replegarse más en uno mismo para sufrir.

En Spa, gran Consejo de Guerra, el Kaiser y los jefes del Ejército. Tres renglones en un periódico suizo. Nada en los periódicos franceses. Y tal vez una fecha histórica que los escolares aprenderán mañana en los libros de texto y cuyas consecuencias pueden haber cambiado el curso de la guerra...

Goiran afirma que entre los señores esos del Quai d'Orsay son muchos ahora los que anuncian la paz para este invierno.

El parte no dice gran cosa. Espera que se hace pesada como el calor de tormenta.

Por la noche, a las diez.

Acabo de leer mis elucubraciones de la noche pasada. Sorprendido y descontento de haber llenado tantas páginas. Descubro un poco en demasía mis límites... (¡Y, además, este miserable vocabulario humano que, por mucho que se haga, es siempre el del sentimiento y no el de la lógica!)

Para Jean-Paul:

No es por estos balbuceos de enfermo por lo que habrás de juzgar al tío Antoine, hijo mío. El tío Antoine siempre se ha sentido muy incómodo en los laberintos de la ideología: se ha perdido desde los primeros pasos... Cuando preparaba en el Louis-le-Grand mi bachillerato de Filosofía (el único examen al que me he tenido que presentar dos veces antes de aprobar) pasé momentos muy desagradables... ¡Un ganapán que quisiera hacer juegos de manos con pompas de jabón!... Advierto que el diálogo con la muerte no ha cambiado en nada estas disposiciones... ¡Abandonaré este mundo sin haber podido cambiar esta ineptitud fundamental para las especulaciones abstractas!...

Cerca de la medianoche.

Este *Diario* de Vigny no me aburre, pero a cada momento se me distrae la atención y el libro se me cae de las manos. Nerviosismo del insomnio. Mis ideas dan vueltas: la muerte, lo poco que es una vida, lo poco que es un hombre; el enigma con el que se tropieza el espíritu, en el que se entierra, tan pronto como quiere empezar a comprender. Siempre este insoluble «¿en nombre de qué?»

¿En nombre de qué un individuo como yo, emancipado de toda disciplina moral, ha llevado una vida que puedo muy bien llamar *ejemplar*, si pienso en lo que eran mis días, en todo lo que he sacrificado por mis enfermos, en el escrúpulo extremado que he puesto siempre en el cumplimiento de mi «deber»?

(Me había jurado eludir estos problemas, que habría que enfrentar con otras disposiciones. Ahora bien: ¿no será, tal vez, el mejor medio para librarme de ellos?)

¿En nombre de qué los sentimientos desinteresados, la abnegación, la conciencia profesional, etcétera?

Pero ¿en nombre de qué la leona se deja matar por no abandonar a sus pequeños? ¿En nombre de qué la contracción de la sensitiva? ¿O los movimientos amiboides de los leucocitos? ¿O la oxidación de los metales? Etcétera.

En nombre de nada, eso es todo. Hacer la pregunta es aceptar el postulado de que hay «algo», es caer en la trampa metafísica... ¡No! Hay que aceptar los límites de lo que se conoce (Le Dantec, etcétera). La sabiduría: renunciar a los «por qué» y contentarse con los «cómo». (¡Y ya hay bastante con ocuparse de los «cómo»!) Renunciar, ante todo, al deseo pueril de que todo sea explicable y lógico. Por consiguiente, renunciar a quererme explicar a mí mismo, como si yo fuera un todo coherente. (Durante mucho tiempo he creído serlo. ¿Orgullo de los Thibault? Más bien suficiencia de Antoine...)

A pesar de todo, entre las actitudes posibles, se encuentra ésta: aceptar las conveniencias sociales, sin engañarse. Se puede amar el orden y desearlo, sin por eso convertirlo en una entidad moral, sin perder de vista que este orden no es nada más que una necesidad práctica de la vida colectiva, la condición de bienestar social apreciable. (Escribo: el orden, para evitar escribir: el bien.)

Sentirse *ordenado* y no poder desentrañar nada de las leyes a las que se siente uno sometido; ¡eterno motivo de irritación! Durante mucho tiempo he creído que algún día acabaría por encontrar la clave del enigma. Estoy condenado a morir sin haber comprendido gran cosa de mí mismo, ni del mundo...

Un creyente contestaría: «¡Pero si es tan sencillo!...» ¡No para mí!

Agotado de cansancio e incapaz de dormirme. Aquí radica el suplicio del insomnio: la contradicción entre este agotamiento del cuerpo, que desea a toda costa el reposo, y esta actividad desordenada del espíritu, que no deja al sueño acercarse.

Doy vueltas y más vueltas sobre mis almohadones desde hace una hora. Obsesionado por esta idea: «Pie vivido en el optimismo y no debo morir en la duda y la negación.»

Mi optimismo. He vivido en el optimismo. Tal vez no me haya dado cuenta de

ello, pero hoy se me aparece con toda evidencia. Este estado de intuición alegre, de confianza activa que me ha sostenido perpetuamente, creo que ha sido en el trato con la ciencia donde ha tenido su origen y donde ha encontrado su alimento día por día.

La ciencia. Es algo más que un simple conocimiento. Es un deseo de acuerdo con el Universo, del Universo, cuyas leyes presiente. (¡Y aquellos que siguen este camino desembocan en una *maravilla* mucho más vasta y exaltadora que la de las religiones!) Por medio de la ciencia se siente uno mucho más en contacto y en armonía con la Naturaleza y sus secretos.

¿Sentimiento religioso? La expresión da miedo; ¿pero después de todo?...

Caridad, esperanza y fe. El abate Vécard me hizo observar cierto día que yo también practicaba las virtudes teologales. Protesté: aceptaba, en rigor, «caridad» y «esperanza», pero rechazaba la «fe». ¿Y, sin embargo? Si hoy quisiera justificar ese impulso continuo que me ha animado durante quince años, si buscara la palabra exacta de esa confianza indomable, tal vez lo que encontrara estuviera muy cerca de la fe... ¿En qué? Pues bien: no sería sino en la creencia posible y sin duda infinita de las formas vivas. *Fe en un acceso universal a los estados superiores...*

¿Es esto ser «finalista» sin saberlo? Poco importa. En todo caso, yo no deseo otra «finalidad».

16 de agosto.

Temperatura. Respiración difícil, más silbante. He tenido que recurrir varias veces al oxígeno. Me he levantado, pero sin bajar.

Visita de Goiran, con los periódicos. Sigue creyendo posible la paz en el curso del invierno. Defiende su punto de vista con habilidad y energía. Curioso individuo. Curioso también verle decir cosas tranquilizadoras con ese aspecto eternamente preocupado que le dan sus ojos parpadeantes y demasiado juntos, su larga nariz, su cara que se alarga como el hocico de un lebel. Tose y expectora sin parar. Me ha hablado de su profesión como de una carga. ¡Y, sin embargo! Enseñar historia en el Enrique IV no debiera ser una tarea ingrata, carente de satisfacciones. Me ha hablado también de sus estudios en la Normal. Espíritu denigrador. Encuentra demasiado placer en criticar, para ser ecuánime. Algunas veces me da la sensación de ser un espíritu falso. Por exceso de inteligencia, tal vez, de una determinada inteligencia complaciente consigo misma, indiferente para el prójimo y carente de generosidad. A pesar de todo, muchas veces resulta espiritual.

¿Espiritual? Hay dos formas de ser espiritual: por el espíritu que se pone en lo que se dice (Philip) y por el que se pone en la manera de decirlo. Goiran es de aquellos que parecen espirituales, sin que en realidad digan nada que lo sea, gracias a su elocuencia, a su manera de insistir en las finales, a ciertos cambios de voz, a ciertas muecas graciosas, a ciertos rodeos elípticos y sibilinos; incluso al parpadeo malicioso de sus ojos, que pone una indirecta en cada palabra. Si se repite una frase de Philip

sigue siendo acerada y sutil, sigue haciendo efecto. Si hubiera que repetir las de Goiran casi nunca quedaría algo definitivo.

17 de agosto.

Respiración cada vez más molesta. Hecha radioscopia. La pantalla señala que el movimiento del diafragma es nulo en las inspiraciones profundas. Bardot está de permiso por tres días. Me siento enfermo, enfermo; imposible pensar en ninguna otra cosa.

18 de agosto.

Malos días y peores noches. Nuevo tratamiento de Mazet, en ausencia de Bardot.

19 de agosto.

Muy abatido por el tratamiento.

20 de agosto.

Asombrosamente mejor esta mañana. ¡La inyección de anoche me ha permitido dormir casi cinco horas! Bronquios sensiblemente despejados. He leído los periódicos.

Por la noche.

He dormitado toda la tarde. La crisis parece vencida. Mazet, contento.

Obsesionado por el recuerdo de Rachel. ¿Es un síntoma de debilidad esta influencia de los recuerdos? Cuando vivía no tenía recuerdos. El pasado no significaba nada para mí.

Para Jean-Paul:

Moral. Vida moral. A cada uno le corresponde descubrir su deber, precisando su carácter y sus límites. Escoger su actitud, de acuerdo con su criterio personal, en el transcurso de una experiencia nunca interrumpida de una investigación continua. Paciente disciplina. Navegar entre lo relativo y lo absoluto, lo posible y lo deseable, sin perder de vista lo real, escuchando la voz de la «profunda sabiduría» que hay en nosotros.

Salvaguardar la propia personalidad. No tener miedo en engañarse. No tener miedo a renegar de uno mismo incesantemente. Ver sus propias faltas para ir más allá en la elucidación, en el conocimiento de uno mismo y en el descubrimiento de su propio deber.

(En el fondo, no hay deberes sino para consigo mismo.)

21 de agosto, por la mañana.

Periódicos. Los ingleses no avanzan apenas. Nosotros tampoco, a pesar de pequeños avances aquí o allá. (Escribo «pequeños avances», como el parte. Pero yo veo lo que esto representa para aquellos que «avanzan»: embudos de granadas, salida de las trincheras, hospitales de sangre atestados...)

Me he levantado para el tratamiento. Trataré de bajar para comer.

Por la noche, a la luz de la lámpara.

Esperaba dormir un poco. (Anoche temperatura casi normal: 37.8°) Sin embargo, toda una noche de insomnio, ni un solo minuto de inconsciencia. Y ya amanece.

A pesar de todo, una noche muy dulce.

Mañana del 22.

Avería de electricidad, anoche, que me ha impedido escribir. Quisiera describir esta admirable noche de estrellas fugaces.

Tan calurosa, que hacia la una me he levantado para abrir la ventana. Desde la cama me sumergía en este magnífico cielo estival. Nocturno y profundo. Un cielo que parecía lleno de explosiones de shrapnels, una lluvia de fuego, un chorreo de estrellas en todas direcciones. Me ha recordado la ofensiva del Somme, las trincheras de Maréaucourt, mis noches de agosto del 16: las estrellas fugaces y los cohetes de los ingleses se cruzaban y mezclaban en unos mágicos fuegos artificiales.

Repentinamente, me he dicho (y estoy seguro de que es cierto) que a un astrónomo, acostumbrado a vivir pensando en los espacios interplanetarios, le debe costar mucho menos trabajo morir que a cualquier otro.

He pensado mucho tiempo, mucho tiempo, en todo esto. Con la mirada fija en el cielo. En este cielo sin límites, que siempre retrocede cuando perfeccionamos un poco nuestros telescopios. Meditación apaciguadora cual ninguna. Estos espacios sin fin, en los que giran lentamente multitudes de astros semejantes a nuestro sol y en los que este sol —que nos parece inmenso, que es, según creo, un millón de veces mayor que la tierra— no es *nada*, nada más que una unidad entre miríadas de otras...

¡La Vía Láctea, una polvareda de astros, de soles alrededor de los cuales gravitan millares de planetas, separados unos de otros por centenares de millones de kilómetros! ¡Y todas las nebulosas de las que saldrán otros enjambres de soles futuros! Y los cálculos de los astrónomos establecen que este hormiguelo de mundos no es nada todavía, que no ocupa sino un lugar ínfimo en la inmensidad del Espacio, en este éter que se adivina surcado en todos los sentidos, todo tembloroso, de radiaciones e interfluencias gravitatorias, de las que lo ignoramos todo.

Nada más que concebir esto y ya la imaginación se pierde. Vértigo bienhechor. Esta noche, por primera vez, puede que por última, he podido pensar en mi muerte con una especie de calma e indiferencia trascendente. Liberado de mi angustia, habiéndome convertido casi en un extraño para mi organismo percedero. Yo, una



partícula de materia infinitesimal y carente por completo de interés...

Me he jurado mirar al cielo todas las noches, para alcanzar esta serenidad. Y ahora, el día. El nuevo día.

Por la tarde, en el jardín.

Vuelvo a abrir este cuaderno con agradecimiento. Nunca me ha parecido responder tan bien a sus fines: liberarme de los fantasmas.

Todavía estoy hechizado por la contemplación de esta noche.

Estancamiento del mundo animal. También nosotros gravitamos unos alrededor de otros, sin encontrarnos, sin fundirnos. Cada uno por su lado, cada uno en su soledad hermética, cada uno en su propio pellejo. Para hacer su vida y desaparecer. Nacimientos y muertes se suceden a un ritmo ininterrumpido. En todo el mundo, un nacimiento por segundo, sesenta por minuto. Más de *tres mil* recién nacidos *por hora*, ¡y otras tantas muertes! Todos los años tres millones de seres ceden el sitio a tres millones de vidas nuevas. Aquel que verdaderamente haya comprendido, asimilado, «caído en la realidad» de esto, ¿podrá emocionarse egocéntricamente con su destino, como antes?

Las seis.

Hoy me parece volar. Me siento maravillosamente aligerado de mi peso. Una partícula insignificante de materia viva que tuviera plena conciencia de su *insignificancia*.

He recordado las conversaciones apasionantes que manteníamos en París, cuando Zellinger llevaba a su amigo Jean Rostand a pasar la velada con nosotros... Singular condición la del hombre en este inmenso Universo. Hoy se me aparece con la misma claridad de entonces, cuando oíamos a Rostand definirla con su voz incisiva y desengañada, con la prudente precisión de un sabio, con la emoción lírica y la frescura de imágenes de un poeta. La cercanía de la muerte da hoy a estos pensamientos un atractivo especial. Los empleo con devoción. ¿Habré encontrado en ellos un remedio para mi desconsuelo?

Rechazo instintivamente las ilusiones metafísicas. Nunca ha tenido la nada para mí tanta evidencia. Me acerco a ella con horror, con repugnancia instintiva, pero no siento ninguna tentación de añorarla ni de buscar refugio en esperanzas absurdas.

Más que nunca tengo conciencia de lo poco que soy. ¡Una maravilla, a pesar de todo! Contemplo, como desde el exterior, esta reunión prodigiosa de moléculas que durante cierto tiempo aún soy yo. Creo percibir en el fondo de mi ser estos misteriosos intercambios que se efectúan sin descanso desde hace más de treinta años entre estos millares de millones de células de que yo estoy compuesto. Estas misteriosas reacciones químicas, estas transformaciones de energía que se realizan sin yo saberlo en las células de mi corteza cerebral y que hacen de mí, en este mismo

instante, este animal que piensa y escribe. Mi pensamiento, mi voluntad, etcétera. Todas estas actividades espirituales de las que tanto me he enorgullecido no son nada más que un compuesto de reflejos, independiente de mí, nada más que un fenómeno natural e inestable que bastará con algunos minutos de asfixia celular para hacer cesar para siempre...

Por la noche.

Me he vuelto a acostar. Tranquilo. El espíritu lúcido, un poco embriagado.

Sigo pensando acerca del Hombre y de la Vida... Pienso con una mezcla de estupor y de admiración en la estirpe orgánica de la cual soy la culminación. Distingo tras mí, a través de millares de siglos, todos los grados de la escala viviente. Desde el origen, desde esta inextricable y tal vez accidental asociación química que se ha producido algún día, en algún sitio, en el fondo de los mares cálidos o sobre la corteza calcinada de la tierra, y de la que han nacido las primeras manifestaciones del protoplasma inicial, hasta este animal extraño y complicado, dotado de conciencia, capaz de concebir el orden, las leyes de la razón, la justicia..., hasta Descartes y hasta Wilson.

Y esta idea trastornadora y, después de todo, perfectamente plausible: que otras formas de vida, llamadas a producir unos seres infinitamente superiores al hombre, hayan podido ser destruidas en germen por los cataclismos cósmicos. ¿No es milagroso que esta cadena orgánica de la que el hombre moderno es el último eslabón haya podido desarrollarse en el curso de las edades hasta ahora? ¿Que haya podido atravesar, sin ser anonadada las mil perturbaciones geológicas del globo? ¿Qué haya podido escapar a las ciegas destrucciones de la Naturaleza?

¿Y hasta cuándo durará este milagro? ¿Hacia qué fin (inevitable) se encamina nuestra especie? ¿Desaparecerá a su vez, como han desaparecido los trilobites, los escorpiones gigantes y tantas otras especies nadadoras y de rapiña, cuya existencia conocemos? ¿O bien la Humanidad tendrá la suerte de conservarse, a través de todos los caos, sobre la corteza del planeta y seguir evolucionando durante mucho tiempo aún? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que el sol, enfriado e inmóvil, le niegue el calor y la posibilidad de vivir? ¿Y qué nuevos progresos habrá conseguido hacer, antes de desaparecer? Pensamiento vertiginoso...

¿Qué progresos?

No consigo creer en un plan cósmico en el que el animal humano tenga un papel privilegiado. Me he tropezado demasiado con los absurdos y las contradicciones de la Naturaleza para admitir una armonía preexistente. Ningún Dios ha respondido nunca a los llamamientos y a las preguntas del hombre. Lo que éste toma por respuestas es solamente el eco de su voz. Su universo es cerrado, limitado a sí mismo. La única ambición que le está permitida es acomodar lo mejor posible a sus necesidades este dominio limitado, que evidentemente puede parecerle inmenso si lo compara con su

pequeñez, pero que es minúsculo en relación al Universo. ¿Le enseñará alguna vez la ciencia a contentarse con esto? ¿A encontrar el equilibrio y la felicidad en la conciencia misma de su pequeñez? No es imposible. La ciencia puede todavía mucho. Puede enseñar al hombre a aceptar sus límites naturales, las casualidades que le han hecho nacer y lo poco que es. Puede llevarle, de forma perdurable, a esta calma que yo siento esta noche. A esta contemplación casi tranquila de la nada que me espera muy pronto, de la nada en que todo se reabsorbe.

23.

Al despertar. Sueño un poco más largo y más profundo que de costumbre. Descansado. Me sentiría casi bien sin estas secreciones que me ahogan y esta respiración de silbato agujereado.

Me he dormido en una especie de embriaguez. De embriaguez desesperada y, sin embargo, dulce. Todo lo que me abate de nuevo, esta mañana, me parecía sin peso, sin importancia; la nada, mi próxima muerte, se me imponían con una certeza y un carácter especial que excluía la rebeldía. No era exactamente fatalismo, no; era la sensación de participar, incluso con la enfermedad y la muerte, en el destino del Universo.

¡Me gustaría tanto recobrar mi estado de ánimo de anoche!

Bajo la veranda, antes de la comida. Conversaciones. Gramófono. Periódicos.

Se combate delante de Noyon y en todo el frente entre Oise y Aisne. Avance de cuatro kilómetros en veinticuatro horas. Ocupamos Lassigny. Los ingleses han recobrado Albert, Bray-sur-Somme. (En Bray, detrás del presbiterio, es donde el pobre Delacour fue muerto tan tontamente; en la enramada, por una bala perdida.)

Noche.

Recobrar mi calma de ayer. Esta noche, a la hora de la cena, crisis de fatiga muy fuerte y muy larga. Seguida de un abatimiento sin límites.

26.

Desde ayer, por la mañana, dolores retroesternales casi constantes. Esta noche, intolerables. Acompañados de náuseas.

27.

Siete de la tarde. He bebido un poco de leche. Joseph va a venir, antes de desaparecer hasta mañana por la mañana. Lo espero. Escucho los pasos. Muchas cosas importantes por hacer: arreglar la cama, las almohadas, el mosquitero. Preparar la poción, el orinal. Entornar la ventana, limpiar la escupidera. Ponerme a mi alcance

el vaso de agua, el frasco de las gotas, la pera de la luz, la pera del timbre... «Buenas noches, señor doctor.» «Buenas noches, Joseph.» Esperar a las ocho y media la aparición de Héctor, el enfermero de noche. Éste no habla. Entreabre la puerta y mete la cabeza. Parece decir: «Ya he venido. Estoy vigilante. No tema nada.»

Después es la soledad, la noche interminable que comienza.

Medianoche.

Sin valor. Todo se descompone en mí.

Todo lo relaciono conmigo, es decir, con mi fin. Si pienso en alguien, es para decirme inmediatamente: «Otro más que no sabe que estoy perdido.» O bien: «¿Qué dirá ése, al enterarse de mi muerte?»

28.

Los dolores parecen atenuarse. ¿Desaparecerán tal vez como han venido?

Radioscopia pésima. La proliferación del tejido fibroso se ha acelerado considerablemente desde el último examen. Sobre todo en el pulmón derecho.

29 de agosto.

Sufro menos. Muy agotado por estos cuatro malos días. Parte: Las nuevas ofensivas (entre el Scarpa y el Vesla) progresan. Los ingleses avanzan sobre Noyon. Bapaume es nuestra.

Para Jean-Paul:

Orgullosa lo serás. Lo somos. Acéptalo. Sé orgulloso deliberadamente.

Humildad: virtud parásita que empequeñece. (Por otra parte, muy a menudo no es sino la conciencia íntima de una impotencia.) Ni vanidad ni modestia. Saberse fuerte, para serlo.

Parásitos también, el gusto a la renunciación, el deseo de someterse, la aspiración a recibir órdenes, el orgullo de obedecer, etcétera. Principios de debilidad de inacción. Miedo a la libertad. Hay que escoger las virtudes que engrandecen. Virtud suprema: la energía. La energía crea la grandeza.

Rescate: la soledad.

30.

Noyon ha sido rebasado. ¿Pero a qué precio?

Sorprendido de que se deje a la prensa repetir que se acerca el final de la guerra. Los Estados Unidos no han entrado en campaña para contentarse con una victoria militar, con una paz militar. Wilson quiere decapitar políticamente a Alemania y también a Austria. Arrancarles la tutela de Rusia. Al ritmo en que evolucionan los acontecimientos no es de esperar, de todas formas, que en seis meses sobrevenga el

hundimiento de los dos Imperios Centrales y la constitución en Berlín, en Viena, en Petersburgo, de regímenes republicanos sólidos, con los cuales pueda tratarse de una manera eficaz.

Mi ventana. Media docena de cables eléctricos, muy tirantes, cruzan este rectángulo de cielo como las rayas en una placa de fotografía. Los días de tormenta unas perlititas de agua se deslizan por los cables, a algunos centímetros de intervalo, todas en el mismo sentido, interminablemente, sin alcanzarse nunca. En estos momentos es imposible hacer nada ni mirar otra cosa...

## SEPTIEMBRE

1.º de septiembre de 1918.

UN nuevo mes. ¿Veré el final?

He empezado a bajar otra vez. Como abajo.

Desde que he dejado de afeitarme (julio) ya no tengo apenas ocasión de mirarme en el espejo, que está encima del lavabo. Hace un momento, en la secretaría, me he visto repentinamente en el cristal. Por un momento me ha costado trabajo reconocerme en este moribundo barbudo. «Un poco de astenia», admite Bardot. ¡Lo que hay que decir es «caquexia»!

Es imposible que esto se prolongue todavía muchas semanas...

Los ingleses han recobrado el monte Kemmel. Nosotros atacamos en el canal del Norte. El enemigo se repliega sobre el Lys.

Noche del día 1.

Rachel. ¿Por qué Rachel?

Rachel. Sus pestañas rubias, aquel halo dorado en torno a su mirada. ¡Y la madurez de aquella mirada! Aquella mano que ponía sobre mis ojos para que yo no fuera testigo de su placer. Su mano, crispada y fuerte, que se relajaba de repente, al mismo tiempo que su boca, al mismo tiempo que todos los músculos de su cuerpo...

2 de septiembre.

Un poco de viento. Me había instalado al resguardo de la casa. Encima de mí, bajo la veranda, oía a Goiran, a Voisenet y al brigada evocar su vida de estudiantes. (Barrio Latino, «Le Soufflot», «La Vachette», los bailes en los merenderos, las mujeres, etcétera.) He escuchado durante algunos minutos y he vuelto a subir al vestíbulo, irritado y colérico. También un poco alterado.

Jean-Paul, no temas demasiado perder el tiempo.

No; no es esto lo que debiera decirte. Persuádete, por el contrario, de que la vida de un hombre es increíblemente corta y que tendrás muy poco tiempo para llevar a cabo tu parte.

Pero, a pesar de todo, desperdicia un poco de tu juventud, hijo mío. El tío Antoine, que va a morir, se siente inconsolable por no haber sabido nunca desperdiciar nada de la suya...

3 de septiembre.

Primeras luces del día.

Esta noche he soñado contigo, Jean-Paul. Estabas en el jardín de aquí, te tenía apoyado contra mí y te sentía firme y flexible, como un arbolillo que crece vigoroso y cuyo impulso nada puede detener. Y eras al mismo tiempo el pequeño al que he tenido sobre mis rodillas hace algunas semanas, el adolescente que yo he sido y el médico que he llegado a ser. Al despertarme, se me ha ocurrido por primera vez esta idea: «¿Será médico tal vez?»

Y mi imaginación ha dado vueltas y más vueltas alrededor de esto. Y ahora pienso legarte algunos expedientes, algunos paquetes de notas, diez años de observaciones, de investigaciones, de proyectos bosquejados. Cuando tengas veinte años, si no sabes qué hacer con ellos, dáselos a un médico joven.

Pero no quiero abandonar tan pronto mi sueño. En ese joven médico que me sucederá es a ti a quien veo esta mañana, a quien quiero ver...

Mediodía.

Tal vez he hecho mal en renunciar a la reeducación de la laringe y reducir los ejercicios respiratorios. En quince días, una agravación que ha requerido esta mañana una sesión de galvanocauterío.

Mañana, en la cama.

Periódicos. He leído y releído el nuevo mensaje del *Labour Day*. Acento sencillo y noble, palabras de sentido común. Wilson repite que la paz verdadera ha de ser una cosa distinta y mucho más que una nueva modificación del equilibrio europeo. Dice claramente: «Es una guerra de *emancipación*.» (Como la de los Estados Unidos.) No volver a caer en los viejos errores, liquidar de una vez este estado paradójico de la Europa de la preguerra: unos pueblos pacíficos y trabajadores que se dejaban arruinar por sus armamentos, que vivían con la bayoneta calada detrás de sus fronteras. Unión de las naciones reconciliadas. Una paz que proporcione por fin al Viejo Continente esta seguridad que da fuerza a los Estados Unidos. Una paz sin vencedores y sin humillados, una paz que no deje ningún fermento de desquite tras sí, nada que pueda favorecer algún día una resurrección del espíritu de guerra.

Wilson señala claramente la primera condición de una paz semejante: abolir los

gobiernos autocráticos. Objetivo esencial. No habrá seguridad en Europa mientras no sea desarraigado el imperialismo germano. Mientras el bloque austroalemán no haya sufrido su evolución democrática. Mientras que no sea destruido ese vivero de ideas falsas (falsas, porque son opuestas a los intereses generales de la Humanidad): la mística imperial, la exaltación cínica de la fuerza, la creencia en la superioridad de Alemania sobre todos los demás pueblos y en su derecho a dominarlos. (Mesianismo de los que rodean al Kaiser, que quisiera hacer de cada alemán un cruzado cuya misión fuera imponer la hegemonía germánica al mundo.)

Por la noche.

Buena visita de Goiran y de Voisenet, después de la cena. Conversación acerca de Alemania. Goiran ha sostenido que esta nefasta mística de la fuerza no es tanto un resultado del régimen imperial como un carácter étnico y específico de la raza: instinto más bien que doctrina. Discusiones: Alemania no es Prusia, etcétera. El mismo Goiran reconoce que en Alemania hay todos los elementos necesarios para la formación de una nación pacífica y liberal. ¿Y aun cuando el mesianismo germánico fuera un instinto racial? ¡Con toda evidencia que un régimen autocrático lo alienta, lo desarrolla y lo utiliza! Depende de nosotros, si somos vencedores; depende del carácter de los tratados de paz, depende de nuestra actitud con respecto a los vencidos que esta Alemania malhechora desaparezca. La educación democrática a la que Wilson quiere someter a los alemanes, dejando este mesianismo sin empleo, la enmohecerá rápidamente, o bien la encaminará en otros sentidos, si, a pesar de todo, el tratado de paz no deja al pueblo alemán ningún pretexto de desquite. Sería cuestión de una quincena de años. Tengo buenas esperanzas. No creo engañarme al pensar que la Alemania de después de 1930, republicana, patriarcal, trabajadora y pacífica, se habrá convertido en una de las más sólidas garantías de la unión europea.

Voisenet recordaba el noviembre de 1911. Completamente exacto. ¿Por qué el acuerdo francoalemán de Caillaux sólo retrasó la guerra? Porque no modificaba —no podía modificar— el régimen político alemán. Porque los objetivos de Alemania, de Austria y de Rusia seguían siendo los de sus emperadores, los de sus ministros y los de sus generales. Wilson ha comprendido todo esto. Vencer al Kaiser no significa nada si no se ataca el espíritu prusiano, teutón, del régimen imperial; a su ambición de hegemonía, a su pangermanismo. Suprimir las causas profundas, con objeto de que el espíritu del régimen no pueda resucitar nunca. Entonces se habrá asegurado una paz duradera.

No olvidar que ha sido el gobierno del Kaiser, solo contra toda Europa, el que ha torpedeado la conferencia de La Haya. (Detalles facilitados por Goiran: se había conseguido la unanimidad para la limitación de armamentos; se había llegado a un acuerdo, acuerdo cuyas consecuencias hubieran sido incalculables, y la víspera de la firma el representante de Alemania recibió instrucciones de su gobierno de no

comprometerse.) Aquel día el Imperio se quitó la careta. Si el principio de arbitraje hubiera sido votado, si la limitación de los armamentos hubiera sido aceptada por Alemania como lo había sido por los demás Estados, la situación de Europa en 1914 hubiera sido completamente diferente y la guerra posiblemente evitada. Recordad esto. Mientras que un régimen de extensión pangermanista, colocado en el centro del continente, conserve un poder absoluto sobre setenta millones de individuos cuyo orgullo nacional exaspera sistemáticamente, no hay paz posible para Europa.

4 de septiembre.

Desde esta mañana, punzadas en el costado, cambiando de sitio, sucesivas, muy dolorosas. (Además de todo lo otro.)

El parte anuncia de nuevo la ocupación de Péronne. Nunca se había confesado, que yo sepa, la pérdida de Péronne después de agosto.

Breve carta de Philip. Se dice en París que Foch proyecta tres ofensivas simultáneas. Una, sobre Saint-Quentin. La segunda, sobre el Aisne. La tercera, con los americanos, sobre el Afosa. Como dice Philip: «Todavía hay mucha *tela* en perspectiva...» ¿Es necesario, realmente, que haya tantas muertes antes de llegar a un acuerdo sobre los principios de Wilson?

Por la noche.

Visita de Goiran. Indignado. Me cuenta las discusiones provocadas durante la comida por el nuevo mensaje de Wilson. Unanimidad casi completa en considerar que la Liga de las Naciones deberá ser, ante todo, un procedimiento para prolongar después de la guerra, con una institución estable, la coalición del mundo civilizado contra Alemania y Austria. Goiran pretende que esta idea, sólidamente anclada ya en todas las cabezotas oficiales francesas (empezando por Poincaré y Clemenceau), puede ser formulada así: «La unificación pacífica de Europa no puede hacerse sin esta condición *sine qua non*: que los *boches* sean excluidos de la confederación europea. Raza maldita. Fermento de guerras futuras. No habrá paz posible mientras subsista en Europa una Alemania viva. Por consiguiente, mantenerla en tutela para impedirle que moleste.»

Monstruoso. Si Goiran está en lo cierto, esto representaría la traición absoluta de la idea wilsoniana. Suprimir, como primera providencia, de una Liga *general* a un tercio de Europa bajo el pretexto de que este tercio es el responsable de la guerra y que es imposible confiar en él para siempre sería matar en embrión toda la organización jurídica de Europa, contentarse con una caricatura de Sociedad de las Naciones, confesar que se piensa poner a Europa bajo una hegemonía anglofrancesa y cultivar a placer los gérmenes de nuevos conflictos sangrientos.

¡Wilson es demasiado sensato, demasiado inteligente, para caer en esta trampa imperialista!



El 5, jueves.

Hoy no me tengo en pie. Soy lo que se dice un asfixiado que anda. He tardado mis buenos cinco minutos en bajar la escalera.

Soy empujado hacia la muerte lenta y regularmente. Esta noche he pensado en la agonía de padre. En el estribillo de su infancia, que canturreaba:

*¡Arre, corre, que me esperan!*

No debo demorar la redacción de las notas acerca de mi padre que quiero dejar a Jean-Paul.

Cuántas veces en la retaguardia, en un acantonamiento de descanso, tranquilo y feliz por haber encontrado una cama, he pasado tumbado horas enteras imaginando la postguerra, pensando ingenuamente en los tiempos venideros, en la vida mejor, más laboriosa y más útil que había decidido emprender... ¡Todo parecía que tendría que ser tan bello!

Muerte. Muerte. Idea fija. En mi, como una intrusa. Una extraña. Un parásito. Un chancro.

Todo cambiaría si me fuese posible conformarme. Pero habría que recurrir a la metafísica. Y eso...

Es extraño que el regreso a la nada pueda despertar tal resistencia. Me pregunto qué sería lo que sentiría si creyera en el infierno y tuviera la certidumbre de estar condenado. Dudo que pudiese ser peor.

5 de septiembre, por la noche.

El comandante me ha hecho traer por Joseph una revista marcada con una señal. Abro y leo: «Las guerras tienen toda clase de pretextos, pero no tienen nunca sino una causa: el ejército. Suprimid el ejército y suprimiréis la guerra. ¿Pero cómo suprimir el ejército? Con la supresión de los despotismos.» Es una cita sacada de un discurso de Víctor Hugo. Y Raymond ha puesto al margen, entre admiraciones: «Congreso de la paz. 1869.»

Que se chancee cuanto quiera. ¿Es una razón para desesperar de ver a la Humanidad salir por fin del absurdo el que hace cincuenta años se predicara ya la supresión de los despotismos y la limitación de los armamentos?

Expectoraciones, más abundantes que nunca, estos últimos días. Aumenta el número de los fragmentos. (Trozos de mucosas y de falsas membranas.)

6 de septiembre.

Esta mañana he recibido una carta de la señora Roy. Me escribe todos los años, el aniversario de la muerte de su hijo.

(Lubin me recuerda muchas veces al joven Manuel Roy.)

¿Qué pensaría hoy, si todavía viviera? Me lo imagino bastante bien, desmejorado (como Lubin), pero siempre fanfarrón e impaciente por curarse para volver al frente.

Jean-Paul: Me pregunto cuáles serán tus ideas acerca de la guerra, más tarde, en 1940, cuando tengas veinticinco años. Sin duda vivirás en una Europa reconstruida y pacificada. ¿Podrás incluso concebir lo que era el «nacionalismo»? ¿El heroísmo místico de aquellos que tenían tu edad en agosto de 1914, veinticinco años, todo un porvenir ante sí, y que han marchado a combatir, gallardamente, como mi buen Manuel Roy? No seas injusto y trata de comprender. No menosprecies la nobleza de estos hombres jóvenes que no tenían deseo de morir y que aceptaron virilmente arriesgar su vida por la patria en peligro. No todos eran unos insensatos. Muchos, como Manuel Roy, consintieron en este sacrificio, porque estaban convencidos de que aseguraría a las generaciones futuras —de las cuales tú formas parte— un porvenir mejor.

Sí, muchos. Yo los he conocido. El tío Antoine da fe de ello.

Periódicos. Hemos pasado el Somme, alcanzando Guiscard. Avance también al norte de Soissons y reconquista de Coucy. ¿Impediremos a los alemanes que se instalen detrás del Escalda y el canal de Saint-Quentin?

El 7, por la noche.

Para Jean-Paul:

Pienso en el futuro. En tu futuro. En ese futuro «mejor» que deseaban los Manuel Roy. ¿Mejor? Lo espero para ti. Pero os dejamos como herencia un mundo caótico. Mucho me temo que hayas de entrar en la vida en una época demasiado conmocionada. Contradicciones, incertidumbres, choque de fuerzas antiguas y nuevas. Se necesitarán pulmones sólidos para respirar este aire viciado. ¡Atención! La alegría de vivir no será accesible a todos.

Generalmente me abstengo de toda profecía. Pero para imaginarse la Europa de mañana basta con reflexionar. Económicamente, todos los Estados empobrecidos, la vida social desequilibrada en todas partes. Moralmente, la ruptura brusca con el pasado, el hundimiento de los antiguos valores, etcétera. De aquí, con toda evidencia, un gran desconcierto. Un período de muda. Una crisis de crecimiento, con accesos de fiebre, convulsiones, mejorías y recaídas. El equilibrio al final, pero no inmediatamente. Un parto que no estará exento de dolores.

¿Qué será de ti, Jean-Paul? Será difícil ver claro. Cada uno creará detentar la verdad, cada uno tendrá su panacea que ofrecer, como siempre. ¿Época de anarquía, tal vez? Goiran lo cree así. Yo, no. Y en caso de anarquía, sólo una anarquía aparente y provisional. Porque la Humanidad no camina, no puede caminar hacia la anarquía.

Imposible pensar en esto. Aquí está la Historia. La Humanidad, a través de fluctuaciones inevitables, no puede caminar sino hacia la organización. (Es muy probable que esta guerra marque un paso decisivo, si no hacia la fraternidad, al menos hacia la mutua comprensión. Con la paz de Wilson se ensanchará el horizonte europeo; las ideas de solidaridad humana, de civilización colectiva, tenderán a sustituir a las de nacionalidad, etcétera.)

De todas formas, tú verás vastas transformaciones, una renovación. Y lo que quería escribir es esto: considero que en estos tiempos que se acercan la opinión pública, las ideas-fuerzas que la dirigen tendrán una influencia creciente y decisiva. Probablemente, el porvenir será más plástico de lo que lo ha sido nunca. El individuo tendrá más importancia. El hombre de valía tendrá más oportunidades que en el pasado para hacerse oír y hacer prevalecer su opinión; posibilidades de colaborar a la reconstrucción.

Llegar a ser un hombre de valía. Desarrollar en sí mismo una personalidad que se imponga. Desconfiar de las teorías de moda. ¡Es tan tentador librarse del peso exigente de la propia personalidad! ¡Es tan tentador dejarse englobar en un vasto movimiento de entusiasmo colectivo! ¡Es tentador creer, porque resulta fácil y de una comodidad suprema! ¿Sabrás resistir a la tentación?... No será fácil. Cuanto más borrados están los caminos más se inclina el hombre, para salir de la confusión a cualquier precio, a aceptar una doctrina ya hecha que le tranquilice y le guíe. Cualquier contestación más o menos plausible a las preguntas que se hace y que no consigue contestarse solo, se le ofrece como un refugio, sobre todo si le parece garantizada por la adhesión del número. ¡Peligro mayúsculo! ¡Resístete, rechaza las consignas! ¡No te dejes afiliarse! ¡Antes las angustias de la incertidumbre que el perezoso bienestar ofrecido a todo «adherido» por los doctrinarios! Andar a tientas, solo, en la oscuridad, no es agradable, pero es un mal menor. Lo peor es seguir dócilmente las luces engañosas que blanden los vecinos. ¡Mucho cuidado! ¡Que te sirva de modelo sobre este particular el recuerdo de tu padre! ¡Que su vida *solitaria*, su pensamiento inquieto, nunca fijo, sean para ti un ejemplo de lealtad para consigo mismo, de escrúpulo, de *fuerza* interior y de dignidad!

Amanece. Insomnio, insomnio.

(Tengo tendencia, cuando me dirijo a Jean-Paul, a adoptar un tono de «predicador». Renunciar a los «mucho cuidado», etcétera.)

Convertirse en un «hombre de valía»... Sólo he olvidado una cosa: darle la receta.

¿La receta? Como hombres de valía apenas si he tratado con médicos. Por otra parte, me siento inclinado a creer que la actitud de un hombre de valía ante los acontecimientos, ante las realidades y los imprevistos de la vida social no debe diferir apenas de la de un médico ante la enfermedad. Lo importante: una cierta virginidad en la mirada. En Medicina, lo que se sabe, lo que enseñan los libros, basta muy pocas

veces para resolver el problema nuevo que plantea cada caso particular. Toda enfermedad —y de la misma forma toda crisis social— se presenta como un primer caso sin precedente idéntico, como un caso *excepcional*, para el cual siempre hay que inventar una nueva terapéutica. Hace falta mucha imaginación para ser un hombre de valía.

Domingo, 8 de septiembre de 1918.

Esta mañana, al despertarme, he expectorado un fragmento de casi diez centímetros. He hecho que se lo lleven a Bardot para que lo examine.

He releído lo escrito esta noche. Me siento sorprendido de poder, en ciertos momentos, poner tanto interés en el futuro, en los hombres que vendrán después de mí. ¿Es solamente a causa de Jean-Paul?

Pensándolo bien, este interés es completamente espontáneo y menos intermitente de lo que digo. Bien al contrario, es mi sorpresa lo que resulta de un esfuerzo de imaginación, de un examen introspectivo. En realidad, pensar en el futuro es para mí una actividad de la imaginación, constante y completamente natural... ¡Muy extraño!

Antes de comer.

Recuerdo una noticia de la prensa que chocó a Philip. (Una de nuestras primeras conversaciones extraprofesionales. Acababa yo de entrar en su servicio.) Se trataba de un condenado a muerte que, al llegar ante el verdugo y sujeto ya por los ayudantes, se había soltado para gritar al procurador: «No olvide mi carta.» (Había sabido en la cárcel que su querida lo engañaba. Y la mañana de su ejecución había escrito a los magistrados para confesar una acción delictiva que había quedado sin punir y en la cual la mujer había tomado parte activa.) No conseguíamos comprenderlo. ¡Interesarse tan exclusivamente en los asuntos de este mundo hasta el último momento! Philip veía en ello una prueba de la casi imposibilidad, para la mayor parte de los hombres, de «comprender» realmente el no ser.

Este episodio ya no me asombra tanto.

9 de septiembre.

Un gusto infecto en la boca. ¿Para qué este suplicio suplementario? Nunca he esperado nada de esta poción de creosota, que recuerda al dentista y me quita el deseo de comer.

Por la tarde, afuera.

Esta mañana, al escribir la fecha: 9 de septiembre, lo he recordado bruscamente: hoy, «segundo» aniversario de Reuville.

He pasado todo el día pensando en Reuville.

Nuestra llegada al acabar el día. La instalación del puesto de socorro en la cripta. El pueblo derruido. Doscientas granadas caídas la víspera. Noche oscura en la que se remontan las bengalas. El puesto de mando del coronel, en funciones de general de brigada, en una casa de la que no quedan más que tres lienzos de pared. El estrépito de los 75, puestos en batería en el bosque. Las ruedas de molino, destrozadas, en torno a la acequia. El edredón encamado y despanzurrado, junto al cual debía yo ser herido al día siguiente, por la mañana. El suelo de detritus y de barro seco, arado por los convoyes. Y la colina, detrás del pueblo; la colina que se veía a través de las vidrieras rotas de la cripta, la colina de donde venían los heridos a montones, blancos de polvo, chapoteando, con aquel aspecto ausente y dulce que todos tenían. Veo esta colina recortada sobre el cielo de incendio e izada de postes alambrados, inclinados todos hacia el mismo lado, como empujados por un ciclón. Y a la izquierda, el viejo molino, desplomado sobre sus aspas, como un juguete roto. (Raro placer en describir todo esto. ¿Para qué? ¿Para salvarlo del olvido? ¿Para quién? ¿Para que Jean-Paul sepa que una mañana, en Reuville, el tío Antoine?...) La cripta, atestada desde el principio de la noche. Gemidos, estertores. Al fondo, la paja donde dejaban a los intransportables, con los muertos. La linterna sorda puesta en el altar. La bujía en la botella. La ronda fantástica de las sombras sobre la bóveda. Veo la mesa, una tabla sobre dos toneles, las vendas. Lo veo todo como si hubiera tenido tiempo de observarlo para retenerlo en la memoria. ¡Mi actividad de entonces! Aquel estado de semiembriaguez, de satisfacción profesional. Actuar de prisa. Conservando el máximo de dominio sobre sí mismo. Con todos los sentidos prodigiosamente despiertos y la voluntad tensa a todo lo largo de los miembros hasta la punta de los dedos. También una especie de desaliento y, al mismo tiempo, una insensibilidad de autómatas. Sostenido por la finalidad, por el trabajo que tenía que hacer. No escuchar nada, no mirar nada, estar entregado por entero a lo que se hace. Y actuar ordenadamente, con presteza, sin apresuramiento y sin perder un segundo, con todos y cada uno de los movimientos necesarios para que esta herida sea desinfectada, esta arteria ligada a tiempo y esta fractura inmovilizada provisionalmente. ¡El que sigue!

Veo más vagamente la especie de cobertizo, de almacén, donde se instalaban los heridos en las camillas, al otro lado de la callejuela, donde habla que pegarse a las paredes a causa de las balas. Y asimismo los zumbidos en los oídos y los chasquidos secos sobre las paredes de adobes. La mirada rabiosa de aquel comandante pequeño de cuerpo y barbudo, con el brazo en cabestrillo y la forma en que agitaba su mano útil a la altura de la sien, como si apartara un enjambre: «Aquí hay demasiadas moscas, demasiadas moscas.» (Y de repente pienso en aquel viejo voluntario barbado, de pelo blanco, que estaba con nosotros en el hospital de sangre de Longpréles-Corps-Saints, su aspecto siniestro y su acento arrabalero, cuando vaciaba su

camilla de un herido: «¡Bájese, le estoy diciendo!»)

Se trabajó durante toda la noche sin sospecharse el movimiento envolvente. Y de madrugada, la llegada del oficial de enlace, el pueblo atacado por el flanco, las trincheras de evacuación convertidas en peligrosas, la plaza que tuvimos que atravesar, a pesar de las ametralladoras, para alcanzar el único ramal practicable. No se me ocurrió ni por un momento que arriesgaba el pellejo. Al caer, la visión del edredón encarnado y esta certidumbre lúcida: «Pulmón perforado..., corazón ileso... *Saldré bien de ésta.*»

(Lo que son las cosas... Si aquella mañana hubiera sido herido en una pierna o en un brazo no estaría así; la poca iberita que respiré más tarde no hubiera causado estos destrozos si hubiera tenido los dos pulmones intactos.)

10 de septiembre.

Desde ayer, tengo la imaginación completamente llena de recuerdos de guerra.

Quiero referir para Jean-Paul el asunto de los tíficos, al cual debo haber permanecido en el frente mucho más tiempo que la mayor parte de mis compañeros de los hospitales. Invierno de 1915. Seguía destinado en mi regimiento de Compiègne, que estaba en primera línea, en el Norte. Pero se había establecido un turno entre los médicos de los batallones y cada quince días, aproximadamente, uno de nosotros marchaba seis kilómetros a la retaguardia para dirigir durante algunos días un hospitalillo, una enfermería de una veintena de camas. Llego aquí una noche. Dieciocho enfermos en un sótano abovedado. Todos con fiebre. ¡Varios con cuarenta! ... Les hago un reconocimiento a la luz de la lámpara. No cabe duda: dieciocho tíficos. Ahora bien: se había prohibido tener tíficos en el frente. Prácticamente, la consigna era no diagnosticar nunca unas tifoideas. Telefono al «cuatro galones» aquella misma noche. Le declaro que mis dieciocho muchachos me parecen afectados de desarreglos gastrointestinales graves, muy cercanos de los síntomas paratíficos (evitaba prudentemente la palabra *tifoidea*), y que en conciencia rechazaba la dirección de la enfermería, convencido de que estos pobres hombres iban a morir en su cueva si no se les evacuaba inmediatamente. Al día siguiente, a primera hora, me envían a buscar en auto. Se me hace comparecer en la división. Me enfrento a las autoridades. Tanto y tan bien que obtengo la evacuación inmediata, ¡pero a partir de aquel día hubo en mi expediente una cierta «nota» a la cual debo, hasta que fui herido, que me fuera negado todo ascenso!

Por la noche.

Pienso en mis relaciones aquí con los demás. Convivialidad que debiera recordar la del frente. Nada de eso. No se puede comparar. Aquí camaradería, y nada más. En el frente, el último pelagatos es un hermano.

Pienso en todos aquellos que he conocido. Triste revista. Casi todos licenciados,

mutilados, desaparecidos... Carlier, Brault, Lambert y el buen Dalin, y Huart, y Laisné, y Mulaton, ¿dónde estarán? ¿Y Saunais? ¿Y el pequeño Nops? ¿Y tantos otros? ¿Cuántos de entre ellos terminarán la guerra indemnes?

Hoy pienso en la guerra mucho más que de costumbre. Lo que me decía Daniel, en Maisons: «La guerra es una oportunidad para una amistad excepcional entre los hombres...» (¡Una ocasión atroz y una amistad efímera!) A pesar de todo, tenía razón: hay una especie de compasión, de generosidad y de ternura recíprocas. En esta maldición compartida se acaba por no tener nada más que relaciones elementales y únicas. Galoneados o no, se trata de las mismas servidumbres, los mismos sufrimientos, el mismo aburrimiento, el mismo miedo, la misma esperanza, el mismo barro y muchas veces la misma comida y el mismo periódico. Menos intrigas, menos rencillas, menos maldad que en otros sitios. Se tienen tanta necesidad unos de otros. Se ama y se ayuda, para ser amado y ayudado. No hay antipatías personales ni envidias (en el frente). No hay odio. (Ni siquiera odio hacia el boche de enfrente, víctima de los mismos absurdos.)

Y además, esto otro: por la fuerza de los acontecimientos, la guerra es un período de «meditación». Tanto para el individuo inculto como para el instruido. Una meditación simple y profunda. Sobre poco más o menos, la misma para todos. ¿Es este diálogo diario con la muerte el que obliga a reflexionar a los espíritus menos contemplativos? (Ejemplo, este cuaderno...) No ha habido ni uno solo de mis compañeros de batallón al que no haya sorprendido algún día «meditando». Una meditación solitaria, introspectiva, que se cultiva como una necesidad y que se oculta. El único rincón que se reserva. En esta despersonalización obligada la meditación es el último refugio de la persona.

¿Qué quedará de los frutos de esta meditación a aquellos que escapen a la muerte? No gran cosa, tal vez. En todo caso, un furioso anhelo de vida. ¿El horror a los sacrificios inútiles, a las palabras grandilocuentes, al heroísmo? ¿O bien, por el contrario, nostalgia de las «virtudes» del frente?

11.

El fragmento expectorado la otra mañana ha sido identificado histológicamente. No se trataba de una falsa membrana: un molde de mucosidad.

Por la noche.

En realidad, pienso casi con tanta frecuencia en mi vida como en mi muerte. Me vuelvo sin cesar hacia mi pasado. Escarbo en él como un trapero en la basura. Con la punta de mi gancho saco algunos detritus que examino, que interrogo, acerca de los cuales pienso incansablemente.

Es tan poca cosa una vida... (Y no pienso esto porque la mía se haya acertado. ¡Es cierto para cualquier vida!) Archibanal: la breve lucecilla en la inmensidad de la

noche, etcétera. ¡Qué poco lo que dicen aquellos que repiten estos lugares comunes! ¡Qué poco comprenden su patetismo!

Imposible librarse completamente de la pregunta ociosa: «¿Cuál puede ser la significación de la vida?» Yo mismo, rumiando mi pasado, me sorprendo muchas veces preguntándome: «¿Con qué rima esto?»

Con nada. Absolutamente con nada. Cuesta cierto trabajo aceptar esto, porque se tienen en los huesos dieciocho siglos de cristianismo. Pero cuanto más se reflexiona, cuanto más se ha mirado en torno a sí y dentro de sí, más se siente uno penetrado de esta verdad evidente: «Esto no rima con nada.» Millones de individuos se forman sobre la corteza terrestre, alborotan en ella un instante, luego se descomponen y desaparecen, dejando el sitio a otros millones, que mañana se disgregarán a su vez. Su corta aparición no «rима» con nada. La vida carece de sentido. Y nada tiene importancia si no es esforzarse en ser lo menos desgraciado posible en el curso de estas vacaciones efímeras.

Comprobación que no es tan decepcionante ni tan paralizadora como se pudiera creer. Sentirse completamente limpio, completamente emancipado de todas las ilusiones en que se acunan aquellos que quieren a toda costa que la vida tenga sentido, puede proporcionar una maravillosa sensación de serenidad, de fuerza, de libertad. Esto debiera ser incluso un pensamiento bastante tonificante, si se supiera utilizarlo...

Pienso de repente en aquella sala de recreo, en la planta baja del Pabellón B que yo cruzaba todas las mañanas al dejar mi servicio en el hospital. La veo llena de pequeñuelos a cuatro patas, jugando con taquitos de madera. Había en ella pequeños incurables, enfermos, convalecientes. Había en ella niños retrasados, medio idiotas y muy inteligentes otros. Un microcosmos, en definitiva. La Humanidad vista con un antejo puesto al revés... Muchos se contentaban con remover de cualquier forma los tacos que tenían ante sí, con moverlos de sitio y darles vueltas y más vueltas sobre sus distintas caras. Otros, más despiertos, compaginaban los colores, alineaban los tacos, componían dibujos geométricos. Algunos, más audaces, se distraían construyendo pequeños edificios temblorosos. Algunas veces un espíritu aplicado, tenaz, inventivo y ambicioso se marcaba un objetivo difícil, consiguiendo, después de diez tentativas vanas, fabricar un puente, un obelisco o una alta pirámide... Al terminar el recreo, todo se desplomaba. No quedaba sobre el linóleo sino un montón de tacos desperdigados, ya preparados para el recreo del día siguiente. Esto es, en fin de cuentas, una imagen bastante aproximada de la vida. Cada uno de nosotros, *sin otro objeto que jugar* (cualesquiera que sean los pretextos que se ponga a sí mismo), reúnen, según su capricho y según su capacidad, los elementos que le proporciona la existencia, los tacos multicolores que encuentra a su alrededor al nacer. Los más dotados tratan de hacer de su vida una construcción complicada, una verdadera obra de arte. Hay que hacer por encontrarse entre ellos para que el recreo resulte lo más distraído posible...



Cada uno según sus medios. Cada uno con los elementos que le aporta el azar. ¿Y tiene realmente mucha importancia que se logre hacer mejor o peor el obelisco o la pirámide?

La misma noche.

Hijo mío, lamento estas páginas escritas anoche. Si las lees te repugnarán. «Ideas de viejo —dirás—, ideas de moribundo...» Sin duda tienes razón. Ya no sé dónde está la verdad. Hay otras contestaciones, menos negativas, a la pregunta que sin duda te haces: «¿En nombre de qué vivir, trabajar y dar el máximo?»

¿En nombre de qué? En nombre del pasado y del futuro, en nombre de tu padre y de tus hijos, en nombre del eslabón que tú eres de la cadena... Asegurar la continuidad... Transmitir lo que se ha recibido, transmitirlo mejorado y enriquecido.

¿No será ésta tal vez nuestra razón de ser?

12 de septiembre, por la mañana.

Yo no he sido sino un *hombre medio*. Facultades medias, en armonía con lo que la vida exigía de mí. Inteligencia media, memoria, don de asimilación. Carácter medio. Y todo lo demás, teatro.

Por la tarde.

La salud y la felicidad: unas anteojeras. La enfermedad hace por fin lúcido. (Las mejores condiciones para comprenderse bien y comprender al hombre serían «haber estado» enfermo y recobrar la salud.) Siento vehementes deseos de escribir: el hombre que ha gozado siempre de buena salud es fatalmente un imbécil.

Yo no he sido sino un hombre medio. Sin verdadera cultura. Mi cultura era profesional, limitada a mi oficio. Los grandes, *los verdaderos grandes*, no se limitan a su especialidad. Los grandes médicos, los grandes filósofos, los grandes matemáticos, los grandes políticos, no son únicamente médicos, filósofos, etcétera. Su cerebro se mueve fácilmente en otros terrenos, se evaden más allá de los conocimientos específicos.

Por la noche.

Acerca de mí mismo:

Yo no soy apenas sino un individuo que ha tenido suerte. Escogí la carrera en que mejor podía triunfar. (Lo que de por sí ya prueba una cierta inteligencia práctica...) Pero una inteligencia *media*, justo lo bastante bien equilibrada para saber sacar partido de las circunstancias favorables.

He vivido lleno de orgullo.

Imaginaba deberlo todo a mi cerebro y a mi energía. Imaginaba haber creado mi

propio destino y merecer mis éxitos. Me imaginaba que era un individuo de primera fila, porque había conseguido hacerme juzgar como tal por otros menos dotados que yo. Teatro. He engañado hasta al mismo Philip.

Milagros e ilusiones que no hubieran podido durar siempre. La vida me reservaba sin duda decepciones brutales.

No hubiera sido nada más que un buen médico, como tantos otros.

13 de septiembre.

Esta mañana, expectoraciones rosáceas. Las once. Estoy en la cama esperando a Joseph, para las ventosas.

Mi habitación. Odioso universo minúsculo, cuyos detalles me son archiconocidos, hasta producirme náuseas. ¡Ni un clavo, ni el agujero de un clavo, ni un desconchón de estas paredes rosas en el que mis ojos no se hayan posado millares de veces! ¡Y siempre esas *girls* pegadas encima del espejo! (Que tal vez echarla de menos si consiguiera por fin que las quitaran.)

Horas y horas, días y días, en esta cama. ¡Yo, tan activo!

Acción. No solamente he sido activo. He profesado a la acción un culto fanático y pueril.

(No ser demasiado injusto con la actividad de antes. Lo que sé me lo ha enseñado la acción. El cuerpo a cuerpo con las realidades. He sido forjado por la acción. Incluso este infierno de la guerra, si lo he podido soportar tan firmemente, ha sido porque me obligaba continuamente a la acción.)

Por la tarde.

En el fondo, yo hubiera debido ser cirujano. He practicado la Medicina con temperamento de cirujano. Para ser un buen médico hay también que poder ser un contemplativo.

Por la noche.

He seguido pensando en mi enorme actividad de antes. No sin severidad. Ahora distingo en ella perfectamente la parte —una parte— de histrionismo. (Con respecto a mí mismo aún, o en todo caso igual, que con respecto a los demás.)

Mi debilidad: una perpetua *necesidad de aprobación*. (¡Cuánto me cuesta esta confesión, Jean-Paul!)

He comprobado cien veces que la presencia de los demás me era casi indispensable para dar mi pleno rendimiento. Sentirme mirado, juzgado y admirado estimulaba todas mis facultades, exaltaba mi audacia, mi espíritu de decisión, la sensación de mi fuerza, daba a mi voluntad un impulso irresistible. (Ejemplos: bombardeo de Péronne, ambulancia de Montmirail, golpe de mano del bosque Brûlé,

etcétera. Otro ejemplo: en la vida civil yo era, indiscutiblemente, más perspicaz en mi diagnóstico, tenía más iniciativa en la terapéutica cuando pasaba consulta en el hospital, a la vista de mis colaboradores, que cuando estaba solo en mi casa, en mi gabinete, frente a un cliente.)

Hoy me doy cuenta de que la verdadera energía no es ésta: es la que no necesita espectadores. La mía necesitaba a los demás para dar el máximo. Solo en la isla de Robinson es probable que me hubiera suprimido. Pero la llegada de Viernes me hubiera hecho realizar proezas...

Por la noche.

Cultiva tu voluntad, Jean-Paul. Si eres capaz de desear, nada te será imposible.

14.

Recaída. Dolores retroesternales, además de todo lo otro. Y espasmos inexplicables. Imposible conservar nada en el estómago. No he podido levantarme.

Goiran me ha traído sus periódicos. En Suiza se habla de proposiciones de paz austrohúngaras (?) y también de un sordo movimiento revolucionario en Alemania (?) ... ¿Se abrirán ya camino las ideas democráticas, gracias a los mensajes de Wilson?

Menos incierta la noticia de avance americano en dirección a Saint-Mihiel. ¡Y Saint-Mihiel, es el camino de Briey, de Metz! Pero llegamos a la línea Hindenburg, que dicen es infranqueable.

16 de septiembre.

Un poco mejor. Ya no tengo náuseas. Muy debilitado por estos dos días de dieta.

Contestación de Clemenceau a las insinuaciones de paz austríacas. Soberanamente desdeñosa. El tono de un oficial de caballería. Peor: el tono de un pangermanista. El efecto de los recientes éxitos militares no se hace esperar: tan pronto como uno de los adversarios cree tener ventaja deja al descubierto sus pensamientos ocultos, *que son siempre imperialistas*. Wilson tendrá mucho que hacer con los hombres de Estado de la Entente a poco que la victoria de los aliados no sea exclusivamente americana. La Entente tenía aquí una ocasión para declarar en forma leal sus deseos. Pero ha preferido engañar, aparentar exigir el máximo, por miedo a no poder sacar todo lo posible de los vencidos a la hora de ajustar cuentas. Goiran dice: «Algunos éxitos y ya tenemos a la Entente embriagada.»

17.

Podrán decir lo que quieran, pero estas congestiones bronco-neumónicas repetidas han sido consideradas siempre como una forma de infección pulmonar con recaídas.

Largo reconocimiento de Bardot y luego consulta de Sègre. *Flexión acusada del lado derecho del corazón, con hipotensión y cianosis.*

Me lo esperaba desde hacía semanas. El viejo adagio: «Pulmones enfermos, cuida el corazón.»

La característica del enfermero: no estar nunca al alcance de la voz cuando se tiene necesidad urgente de él y eternizarse en la habitación en aquellos momentos en que su presencia es insoportablemente inoportuna...

Noche del 19 al 20.

La vida, la muerte, las germinaciones ininterrumpidas, etcétera.

Esta tarde he examinado con Voisenet un mapa del frente de Champagne. He recordado bruscamente aquella llanura blanquecina (en algún lugar al nordeste de Chálons), en el que hicimos alto para tomar un bocado, cuando cambié de destino, en junio de 1917. El suelo había sido arado tan profundamente por los bombardeos del principio de la guerra que ya nada crecía en ellos, ni siquiera una brizna de grama. Sin embargo, era en primavera, el frente estaba lejos y toda la región aledaña había vuelto a ser puesta en cultivo. Y cerca del lugar donde nos habíamos detenido, en medio de este desierto calizo, había un islote completamente verde. Me acerqué. Era un cementerio alemán. Las tumbas estaban a ras del suelo, hundidas entre la alta hierba, y sobre estos jóvenes cadáveres había una plétora de avena, de flores silvestres y de mariposas.

Archibanal. Pero hoy este recuerdo me emociona más que entonces. He pensado toda la noche en esta Naturaleza ciega, etcétera. Sin saber dar forma a mi pensamiento.

20 de septiembre.

Éxito en el frente de Saint-Mihiel. Éxito ante la línea Hindenburg. Éxito en Italia. Éxito en Macedonia. Éxito en todas partes. Pero...

¿Pero al precio de cuántas pérdidas?

Y no es esto todo. ¿Cómo no sentir aprensión cuando se advierte el cambio de tono de la prensa aliada desde que nos sentimos los más fuertes? ¿Con qué intransigencia han rechazado Balfour, Clemenceau y Lansing los ofrecimientos de Austria! ¿Y, sin duda, obligado a Bélgica a rechazar las de Alemania!

Visita de Goiran. No; no puedo imaginar tan cercano el final de la guerra. Para fundar la República alemana y asentar sobre una base sólida el coloso de arcilla ruso harán falta todavía largos meses y puede que años. Y cuanto más nos sintamos victoriosos menos accederemos a una paz de conciliación, la única duradera.

Con Goiran. Discusión irritante y vana acerca del *progreso*. Dice: «¿Entonces, usted no cree en el progreso?»

Desde luego, desde luego. ¡Pero un gran avance! No hay nada que esperar del hombre antes de algunos *milenios*...

21.

He comido abajo.

Lubin, Fabel y Reymond, por diferentes que sean sus opiniones, son igual de sectarios. (Voisenet dice del comandante: «Me cuesta trabajo creer que la Naturaleza le haya dado un cerebro. No me sorprendería saber que sólo tiene la médula espinal.»)

Para Jean-Paul:

No hay verdad, sino provisionalmente.

(Yo todavía he conocido la época en que se creía haber resuelto todo con los antisépticos. «Matar el microbio.» Luego se ha visto que, a menudo, al mismo tiempo, se mataban las células vivas.

Tantear, dudar. No afirmar nada definitivamente. Todo camino por el cual se lanza uno a fondo se convierte en un callejón sin salida. (Ejemplos frecuentes en la ciencia médica. He visto a inteligencias de la misma fuerza, de la misma sagacidad, animadas por la misma pasión de la verdad, llegar por el estudio de los mismos fenómenos y haciendo exactamente las mismas observaciones clínicas a conclusiones muy diferentes, algunas veces diametralmente opuestas.)

Hay que curarse pronto de la afición a la certeza.

22.

Punzadas de costado tan dolorosas que, cuando me he instalado en algún sitio, ya no tengo ánimos para moverme. Bardot contaba maravillas de este unguento al paraaminobenzoato de etilo. Totalmente ineficaz.

23 de septiembre.

Ya no saben dónde pincharme. Tengo el cuerpo acribillado.

25.

Desde ayer, otra vez estas grandes oscilaciones de temperatura.

A pesar de todo he tratado de bajar. Pero me he visto obligado a volverme a acostar, después de haberme desvanecido en el rellano de la escalera.

Esta habitación, estas paredes rosadas... Cierro los ojos para no ver ya nada.

Pienso en la preguerra, en mi vida de entonces, en mi juventud. Mi verdadera fuente de energía era una *confianza en el futuro* secreta e inalterable. Más que una confianza: una certeza. Ahora, tinieblas allí donde estaba mi luz. Es una tortura que no tiene fin.

Náuseas. Bardot ocupado abajo por tres recién llegados. Es Mazet el que ha subido, dos veces, esta tarde. Ya no puedo soportar sus modales bruscos y su hocico de viejo colonial. Oliendo a sudor, como siempre. He estado a punto de vomitar.

Jueves, 26 de septiembre.

Mala noche. Según la auscultación, nuevos focos de ronquidos subcrepitantes.

Por la noche.

Un poco aliviado por la inyección. ¿Por cuánto tiempo?

Corta visita de Goiran, que me ha fatigado. Ofensiva franco-americana. Ofensiva anglobelga. Los alemanes retroceden en todas partes. Éxitos aliados también en el frente balcánico. Bulgaria pide el armisticio. Goiran dice: «La paz búlgara es el principio del fin: el momento del embarazo en que la mujer rompe aguas...»

En Alemania ha empezado a encenderse la hoguera. Los socialistas han impuesto condiciones concretas para su entrada en el gobierno. Descontento general del país, confesado por las alusiones que hace a él el canciller en su discurso.

Demasiado bello. Los acontecimientos van tan de prisa que causan pavor. Turquía, aplastada. Bulgaria y Austria, dispuestas a capitular. Victorias por todas partes. La paz se abre como un abismo. Vértigo. ¿Está Europa madura para una paz «verdadera»?

En el Gran Hotel de Grasse un americano ha apostado mil dólares contra un luis a que la guerra habrá acabado para *Christmas*.

Dichosos aquellos que celebren el año nuevo.

27.

Aumenta la debilidad. Fatiga. Completamente afónico desde el lunes. Visita de Sègre, traído por Bardot. Reconocimiento prolongado. Menos distante que de costumbre. ¿Intranquilo?

Por la noche.

Análisis de esputos: neumococos, pero sobre todo estreptococos, cada vez más abundantes, a pesar de sus sueros específicos. Toxiinfección característica.

Mañana, por la mañana, radioscopia.

Síntomas de infección general muy claros. Bardot y Mazet suben varias veces al día. Bardot ha decidido, después del examen radioscópico, una punción exploradora. ¿Qué teme? ¿Un absceso en el parénquima?

#### OCTUBRE

6 de octubre.

OCHO días.

Demasiado débil todavía para escribir. Somnolencia. Estoy satisfecho de tener otra vez este cuaderno. E incluso con mi habitación. E incluso con mis *girls*.

¿He salido del paso una vez más?

7 de octubre.

No he tocado el cuaderno durante estos ocho días. Recobro las fuerzas. La temperatura ha bajado definitivamente; normal, por la mañana, 37.9° o 38° por la tarde.

Todos me han creído perdido. Y luego, no.

Llevado el lunes 30 a la clínica de Grasse. Operado por Mical, por la tarde. Con asistencia de Sègre y de Bardot. Gran absceso en el pulmón derecho. Afortunadamente, bien delimitado. Han podido traerme a Mousquier el quinto día.

¿Por qué no me he matado el 29 después de la punción? *No he pensado en ello.* (¡Estrictamente verdad!)

Martes, 8 de octubre.

Menos débil. Debiera pensar que es verdaderamente lamentable que me hayan sacado adelante; pero no: acepto este nuevo entreacto con una alegría cobarde...

La interrupción en la lectura de los periódicos me estorba para comprender. Ignoraba la dimisión del gobierno alemán. Indudablemente, han tenido que pasar allí cosas muy graves. La prensa suiza dice que Max de Bade ha sido nombrado canciller para negociar la paz.

9 de octubre.

No tengo por qué estar demasiado orgulloso. Ni siquiera me ha rozado la tentación de suicidarme. No he pensado en ello hasta mi regreso a esta habitación. Entre el diagnóstico del absceso y la intervención no he pensado sino en una cosa:

que la operación se hiciera cuanto antes, para salir adelante.

Más humillante aún: durante toda mi estancia en Grasse he estado obsesionado por el pesar de haber dejado aquí el collar de ámbar. Incluso había tomado la decisión de confiárselo a Bardot tan pronto regresara aquí, haciéndole prometer... ¡que lo metería en mi ataúd!

No sé si lo haré. Puerilidad de moribundo. Si cedo a la tentación, no me juzgues demasiado precipitadamente, hijo mío; no desprecies al tío Antoine. El recuerdo que va unido a este collar es el de una pobre aventura, pero esta pobre aventura, a pesar de todo, es lo mejor que ha habido en mi pobre vida.

10.

Visita de Mical.

11 de octubre, viernes.

Fatigado ayer por la visita del cirujano. Me ha dado toda clase de detalles. Gran absceso, bien drenado, tabicado por membranas fibrosas muy resistentes. Pus espeso y compacto. Confiesa que ha encontrado el pulmón en estado de congestión edematosa intensa. Análisis bacteriológico: cultivos de estreptococos.

Mical, interesado por el caso. Relativamente, poco frecuente; en un año, de setenta y nueve iperitados tratados aquí, solamente ha habido siete abscesos *simples*, uno de los cuales es el mío. Cuatro operados con éxito. Los otros tres...

Más raros aún, afortunadamente, los casos de abscesos *múltiples*. Nunca operables. Sólo tres casos de setenta y nueve gaseados y tres muertos.

Tengo suerte. (Frase escrita espontáneamente. No la hubiera escrito, indudablemente, de haber tenido tiempo para reflexionar. Pero habiéndolo hecho no la tacho. Sin duda, no estoy lo suficientemente desapegado a la vida para llamar «suerte» a una prolongación del suplicio...)

12 de octubre.

He empezado de nuevo a levantarme, ayer, por la tarde. Aún más delgado. He perdido dos kilos cuatrocientos gramos desde el 20 de septiembre.

El corazón sigue fallando. Digitalina y drosera, dos veces al día. Continuamente sudoroso. Malestar, debilidad, arcadas y fatiga; todo a la vez. Y si me preguntan cómo estoy, estos días así, contesto de buena fe: «No voy mal...»

13.

Los periódicos suizos dan detalles bastante plausibles de las gestiones indirectas realizadas cerca de Wilson por el nuevo gobierno alemán para iniciar negociaciones. Petición de armisticio inmediato, formulada abiertamente. Plausibles, ya que el



último discurso del canciller en el Reichstag es una franca proposición de paz. ¡Alemania, ayer mismo tan arrogante!

¡Con tal de que los aliados no abusen! Con tal de que se resistan a la tentación de triunfar demasiado... ¡Ya se advierte, por doquiera, una insolencia de *jockey* ganador! Estoy seguro de que el mismo Rumelles ha olvidado que en la primavera admitía lo peor; ¡hoy en día, seguro que no hay triunfador más intransigente que él! La palabra «alegría», que aparece una y otra vez en la prensa francesa, es chocante. ¡«Redención», pero no «alegría»! ¿Cómo olvidar tan pronto el cúmulo de dolores que pesan sobre Europa? Nada, ni siquiera el final de la guerra, puede impedir que el dolor domine y exista.

14 de octubre, por la noche.

Se reanudan los insomnios. Me sorprende echando de menos la somnolencia de la infección. Cabeza hueca, abatimiento. Entregado a los «espectros». Consciente lo estrictamente indispensable para poder sufrir «bien».

Hubiera querido dejar en este cuaderno una imagen mía. Para Jean-Paul. Pero cuando he empezado a escribirle ya era incapaz de fijar mi atención, de trabajar, de persistir. ¿Otro sueño más sin realizar?

¿Qué importa? La indiferencia va ganando terreno, como una mancha de aceite.

El 15.

Ofensiva general. Éxitos en todas partes. En todos los frentes a la vez. Se diría que, desde que se ha suscitado la cuestión de la paz, el mando aliado quiere obtener mayores triunfos, poniendo toda la carne en el asador. La última «batida»...

Un poco mejor hoy. Me agrada escribir.

Visita de Voisenet. Fisonomía de buda. Cara lisa; ojos separados, sin profundidad en las órbitas; párpados gruesos y arrugados, como pétalos de flores carnosas (magnolia, camelia); boca grande; labios anchos, de movimiento difícil. Piostro pleno de sabiduría. Resulta sedante mirarle. Una especie de serenidad fatalista, muy extremooriental.

Pretende tener informes recientes sobre el estado de ánimo en los Estados Mayores. Inquietante. Las pérdidas ya no cuentan desde que se cree poder contar con la «reserva» americana, considerada inagotable. Y una resistencia sorda contra la paz. Rechazar todo armisticio, invadir Alemania, firmar la paz en Berlín, etcétera. Voisenet dice: «Piensan en la *victoria*, en lugar de pensar en el *final de la guerra*.» Y cada vez más abiertamente hostiles a Wilson. Ya declaran que los «catorce puntos» son solamente apreciaciones personales de Wilson; que la Entente no los ha ratificado nunca *en forma oficial*, etcétera. Voisenet me hace observar que, desde julio, desde los primeros éxitos militares, la prensa (censurada) todavía habla algunas veces de «Sociedad de las Naciones», pero nada en absoluto de «Estados Unidos europeos».

Por la noche.

Voisenet me ha dejado algunos números de *l'Humanité*. Resulta extraño observar qué imagen más pobre presentan nuestros socialistas cuando se han saboreado los mensajes americanos. Un tono de sectarios limitados. Nada verdaderamente grande puede nacer de esos elementos, de esos hombres. Hay que poner a los políticos socialistas de Europa entre los detritus del mundo antiguo. Para barrerlos con los demás detritus.

Socialismo. Democracia. Me pregunto si Philip no tendría razón y si los gobiernos vencedores querrán renunciar a las costumbres dictatoriales, adquiridas desde hace cuatro años. ¡Y el imperialismo (republicano), representado por Clemenceau, tal vez se defiende antes de ceder el sitio! Tal vez el hogar del verdadero socialismo se forje primero en la Alemania vencida. Precisamente por haber sido vencida.

16.

Ligeramente mejor que estos últimos ocho días.

Goiran me ha encontrado el texto del mensaje del 27. No añade nada de nuevo a los precedentes, pero define con más precisión los objetivos de paz. «Esta guerra prepara un nuevo orden, etcétera.» La alianza general de los pueblos es la única garantía de la seguridad colectiva. ¡Cuando veo el efecto de estas palabras sobre el «vivo en precario», que yo soy, imagino lo que pueden sentir los millones de combatientes, los millones de esposas y de madres! No se despiertan en vano tales esperanzas. Que los dirigentes aliados sean sinceros o no en su adhesión a los principios de Wilson poco importa ahora; tal como están las cosas, la presión unánime será tan fuerte que, llegada la hora, ningún político de Europa podrá oponerse a la paz que se espera.

Pienso en Jean-Paul. En ti, hijo mío. Con un consuelo infinito. Va a nacer un mundo nuevo. Tú lo verás consolidarse. Tú colaborarás a ello. ¡Sé fuerte para colaborar *bien*!

Jueves 17.

Contestación draconiana de Wilson a las primeras insinuaciones de Alemania. Exige claramente, antes de cualquier contestación, la caída del Imperio, la exclusión de la casta militar y la democratización del régimen. A riesgo, evidentemente, de retrasar la paz. Intransigencia sin duda indispensable. No perder de vista los objetivos esenciales. No se trata de obtener un armisticio prematuro ni siquiera una capitulación del Kaiser. Se trata del «desarme general» y de una «Federación Europea». Irrealizables sin la desaparición de Alemania y Austria «imperiales».

Goiran, muy decepcionado. He defendido a Wilson contra él y contra los demás.

Wilson: un cirujano inteligente que sabe dónde está el foco de infección y que vacía el absceso antes de empezar a vendar.

A propósito de absceso; ese grandullón de Bardot explica muy bien que la iberita no es sino una causa ocasional del absceso. El cual, en realidad, provoca una infección secundaria, determinada por los microbios que invaden el parénquima *favorecidos* por las lesiones congestivas provocadas por el gas.

18 de octubre.

Hoy me cuesta mucho trabajo sobreponerme al cansancio. Imposible leer, a no ser los periódicos.

¡El tono de la prensa aliada para hablar de nuestras «victorias»! Hugo, ante la epopeya napoleónica... Esta guerra (ninguna guerra) tiene nada de epopeya heroica. Es salvaje y desesperada. Se acaba, como una pesadilla, entre sudores de angustia. Los actos de heroísmo que ha podido suscitar quedan enterrados en el horror. Se han realizado en el fondo de las trincheras, entre sangre e inmundicia. Con el valor de la desesperación. Con el desagrado de una tarea repugnante que no había más remedio que llevar a cabo. No dejará sino odiosos recuerdos. Todos los toques de clarín, todos los saludos a la bandera, no alteran esto.

21.

Dos días malos. Ayer noche, inyección en la tráquea de aceite gomenolado. Pero la infiltración y la hiperestesia laríngea han hecho difícil la aplicación. El pobre Bardot sudaba la gota gorda. He dormido tres horas enteras. Hoy estoy un poco más aliviado.

Miércoles (23 de octubre).

Las nuevas dosis de digitalina parecen un poco más eficaces.

Observo que cuando no estoy completamente afónico, tartamudeo con más frecuencia. Antes, esto me sucedía pocas veces y era siempre señal de una fuerte excitación. Hoy no es, sin duda, sino un indicio de decadencia física.

Periódicos. Los belgas, en Ostende y Brujas. Los ingleses, en Lille, en Douai, en Roubaix, en Tourcoing. Avance irresistible. Pero lentitud desesperante en los cambios de notas entre Alemania y Estados Unidos. No obstante, Wilson parece haber obtenido como condición previa una reforma de la constitución imperial y la adopción del sufragio universal. Esto representaría un gran paso. A continuación, obtener la abdicación del Kaiser. ¿Mañana o dentro de seis meses? La prensa insiste en los disturbios interiores. No equivocarse: una revolución alemana podría apresurar las cosas, pero también complicarlas. Porque Wilson parece decidido a no tratar sino con un gobierno muy estable.

24 de octubre.

No; no envidio la ignorancia habitual de los enfermos ni sus ingenuas ilusiones. Se han dicho muchas tonterías acerca de la lucidez del médico que se ve morir. Yo creo, por el contrario, que esta lucidez me ha ayudado a soportarlo. Y tal vez me ayude hasta cerca del fin. Saber no es una maldición, sino una fuente de energía. Yo sé. Yo sé lo que sucede aquí dentro. «Veo» mis lesiones. «Me interesan.» Sigo los esfuerzos de Bardot. En cierto modo, esta curiosidad me sostiene.

Quisiera poder analizar mejor todo esto. Y escribírselo a Philip.

Noche del 24-25.

Día pasable. (Ya no tengo derecho a ser exigente.)

El cuaderno, contra los «espectros».

Tres de la madrugada. Largo insomnio, dominado por el pensamiento de todo lo que la muerte de un individuo sumerge en el olvido. Al principio me he abandonado a esta idea, como si fuera exacta. Pero no. No es exacta en absoluto. La muerte sumerge poco en la nada, muy poco.

Me he dedicado pacientemente a reunir recuerdos. Faltas cometidas, aventuras secretas, pequeñas cosas de qué avergonzarse, etcétera. A cada una me preguntaba: «¿Y esto también va a desaparecer completamente conmigo? ¿Es que, realmente, no queda de ello otro vestigio que en mí?» Durante casi una hora me he empeñado en encontrar en mi pasado un acto un poco especial del cual pudiera estar seguro de que no subsiste nada, absolutamente nada, en parte alguna, excepto en mi conciencia; sin ninguna ilación, sin la menor consecuencia material o moral, ningún germen de pensamiento que pueda ser despertado después de mi en la memoria de algún otro individuo; pero para cada uno de mis recuerdos terminaba siempre por encontrar algún posible testigo, alguien que lo había sabido e incluso que había estado en condiciones de adivinarlo; alguien que tal vez vivía aún y que, desaparecido yo, podría algún día, al azar de una reminiscencia... Me revolvía en mis almohadas, torturado por un inexplicable sentimiento de pesar y de mortificación, al pensar que, si no conseguía encontrar algo, mi muerte sería una ridiculez, que ya ni siquiera tendría la mísera satisfacción, para el amor propio, de *llevar* a la nada algo que me perteneciera en exclusiva.

¡Y de repente lo he encontrado! El hospital Laénec y la pequeña argelina.

¡Ya tengo por fin este recuerdo, del cual estoy seguro de ser el único depositario!  
¡Del que nada, nada absolutamente, nada sobrevivirá en el mismo instante en que yo haya dejado de existir!

Amanece. Estoy agotado por la fatiga y no he podido dormir. He tenido breves sopores de los que me han sacado inmediatamente los golpes de tos.

He luchado toda la noche con este recuerdo fantasma. Vacilante entre la tentación

de escribir mi confesión en este cuaderno, para salvar de la nada este hecho conmovedor y, al contrario, un deseo celoso de guardarlo para mi solo; de tener por lo menos este secreto que llevar conmigo a la muerte.

No. No escribiré nada.

25 de octubre, al mediodía.

¿Debilidad? ¿Obsesión? ¿Comienzo de delirio? Desde la noche última sólo pienso en mi próximo fin en función del *secreto*. Ya no pienso en mí, en mi desaparición, sino en la del recuerdo de Laénec (Joseph ha venido a hablarme de la paz: «Muy pronto seremos desmovilizados, señor doctor.» Le he contestado: «Muy pronto, Joseph, habré muerto.» Pero mi pensamiento íntimo era: «Muy pronto, ya no quedará “nada” de lo de la pequeña argelina.»)

De repente es como si me hubiese convertido en dueño de mi destino. Con esto he vencido a la muerte, puesto que depende de mi, puesto que depende de una nota escrita, de una confidencia a cualquiera, que este *secreto* sea o no hurtado a la nada.

Por la tarde.

No he podido contenerme de contárselo a Goiran. Sin decirle nada explícitamente, claro está. Sin siquiera aludir a la pequeña argelina, sin siquiera pronunciar el nombre del hospital Laénec. Exactamente igual que hacen los niños cuando no les cabe un secreto en el pecho y gritan a todo el mundo: «Sé una cosa, pero no la quiero decir.» Me ha mirado con cierta extrañeza, con cierto temor. Indudablemente, se ha preguntado si me estoy volviendo loco. He saboreado —por última vez, sin duda— una intensa satisfacción de orgullo.

Por la noche.

He tratado de descansar la cabeza, hojeando los periódicos. También en Alemania la casta militarista trata de torpedear la paz. Ludendorff se había puesto a la cabeza de un movimiento de oposición contra el canciller, al cual acusa públicamente de traición, por haber querido negociar con Estados Unidos. Pero la tendencia a la paz ha sido más fuerte. Y ha sido Ludendorff el que ha tenido que dimitir de su mando. Buena señal.

Visita de Goiran. Inquietante discurso de Balfour. Los apetitos ingleses se despiertan: ¡ahora quieren anexionarse las colonias alemanas! Goiran me recuerda que el año último, sin ir más lejos, Lord Robert Cecil afirmaba en los Comunes: «Hemos entrado en esta guerra sin ningún propósito de imperialismo conquistador.» (Parece que no saldrán como han entrado...)

Afortunadamente, Wilson está aquí. Derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. ¡Espero que no consentirá que los vencedores se repartan a los negros como

cabezas de ganado!

Goiran y el problema colonial. Explica muy inteligentemente la imperdonable falta que cometerían los aliados si cedieran a la tentación de repartirse las posesiones coloniales alemanas. Oportunidad única para revisar, con amplios vuelos, toda la cuestión de las colonias. Constituir, bajo el control de la Liga de las Naciones, una vasta *explotación en común* de las riquezas mundiales. ¡Garantía de paz!

26.

Agravación repentina. Fatiga durante todo el día.

27.

Mis ataques de fatiga tienden a tomar una nueva forma: espasmódica. Atrozmente penosa. Mi laringe se contrae, como oprimida por una mano. La estrangulación se añade a la fatiga.

He pasado cerca de una hora anotando en la agenda los progresos de la enfermedad. (No estoy seguro de poder seguir durante mucho tiempo llevando la agenda al día.)

28.

Es el joven Marius quien acaba de subirme los periódicos. Sensación desagradable. (Ese color sano, esos ojos claros, esa juventud... ¡Esta maravillosa *indiferencia* por su salud!) No quisiera ver ya sino viejos y enfermos. Comprendo que un condenado a muerte se abalance sobre su carcelero y le estrangule para no ver más a este hombre libre y en buen estado de salud.

La maquinaria se va descomponiendo cada vez más de prisa. No es posible que las facultades mentales no hayan también... Sin duda, estoy lo bastante desmejorado para no darme cuenta de ello.

29 de octubre.

¿Sentiría menos pena si en esta lucha, a brazo partido, tuviera el recuerdo de eso que llaman los libros un «gran» amor?

Sigo pensando en Rachel. Muy a menudo. Pero egoístamente, como enfermo; me digo que sería muy agradable tenerla aquí y morir en sus brazos.

¡Qué emoción sentí en París cuando encontré este collar! ¡Mi impulso hacia ella! Terminado.

¿La he «amado»? En todo caso, a ninguna otra. Ni tanto ni más. ¿Pero es esto lo que todos llaman «*el Amor*»?

Por la noche.

Desde hace dos días la digitalina se muestra impotente por completo. Bardot vendrá dentro de un rato para probar con una inyección de aceite alcanforado.

30.

Visitas.

Los veo agitarse. ¿Qué les reserva todavía la vida? Puede que el privilegiado sea yo.

Cansado. Cansado de mí mismo. Cansado, ¡hasta desear ahora que esto se acabe! Me doy cuenta perfectamente de que les causo miedo.

En estos últimos días he tenido que haber cambiado mucho. Esto va muy de prisa. Debo tener la fisonomía de los que se ahogan, la expresión de angustia... Sé que no hay nada más desagradable que ver.

31 de octubre.

El capellán de al lado ha querido verme. Ya había venido el sábado, pero me encontraba demasiado mal. Hoy lo he dejado subir. Me ha cansado. Ha tratado de abordar la cuestión, «su educación cristiana, etcétera». Le he dicho: «No es culpa mía si he nacido con la necesidad de comprender e incapaz de creer.» Me ha propuesto traerme «libros buenos». Le he dicho: «¿A qué espera la Iglesia para condenar la guerra? Vuestros obispos de Francia y vuestros obispos de Alemania bendicen las banderas y cantan el *Te Deum* para agradecer a Dios las matanzas», etcétera. Me ha dado esta contestación asombrosa (ortodoxa): «Una guerra *justa* levanta la prohibición cristiana del homicidio.»

Conversación premeditadamente cordial. No sabía por dónde cogerme. Al marcharse, me ha dicho: «Vamos, vamos; un hombre como usted no puede consentir en morir como un perro.» Le he dicho: «¿Y qué le voy a hacer yo, si soy incrédulo como un perro?» Estaba en la puerta y me ha mirado de una forma rara. (Mezcla de severidad, de sorpresa y de tristeza, y también, según me ha parecido, de afecto.) «¿Por qué se calumnia, *hijo mío*?»

Creo que no volverá.

Por la noche.

*En rigor* consentiría si esto hubiera de complacer a alguien. ¿Pero para quién habría yo de fingir una muerte católica?

Austria pide el armisticio a Italia. Goiran acaba de subir. Hungría proclama su independencia y la república.

¿Será por fin la paz?

## NOVIEMBRE

1.º de noviembre de 1918, por la mañana.

EL mes de mi muerte.

Estar privado de *esperanza*. Peor que la tortura de la sed. A pesar de todo, la palpitación de la vida está todavía en mí. Poderosa. En algunos momentos *olvido*. Durante estos escasos minutos vuelvo a ser lo que era, lo que son los demás, incluso hago proyectos. Y, de repente, el soplo helado: de nuevo sé.

Mala señal: Mazet sube menos a menudo. Y cuando viene habla de todo, pero casi nada de mí.

¿Voy a echar de menos a Mazet y su cabezota cuadrada de carcelero?

Por la noche.

Pensar que, pasando el umbral de esta habitación, el mundo sigue viviendo... En qué aislamiento estoy ya sumido. Ningún viviente puede comprenderlo.

2 de noviembre.

Ya no me levanto. Tres días que no recorro esos dos metros y medio que separan mi cama de la butaca.

Nunca más. ¿No estar nunca más sentado junto a la ventana? ¿Junto a una ventana? La tristeza de los cipreses en el cielo nocturno... ¿No ver nunca más el jardín, ningún jardín?

Escribo: *Nunca más*. Pero no distingo el infierno que hay en estas palabras, sino a ráfagas.

Por la noche.

¿Cómo vendrá la muerte? Pregunta que me hago ¿cuántas veces cada noche y desde hace cuántas noches? Hay tantos casos posibles... ¿Espasmo laríngeo, brutal, como el joven Neidhart? ¿O progresivo, como Silbert? ¿O bien astenia cardíaca y síncope, como Monvielle, como Poiret?

3, por la mañana.

¿Cómo? Lo peor es la asfixia del pobre Troyat.

Eso da miedo.

Eso no lo esperaré.

Por la noche.



Tan mal esta noche que he llamado dos veces a Bardot. Volverá a medianoche. Ha dejado encima de mi mesa el instrumental para la traqueotomía.

Se dice: «La muerte es lo de menos; lo malo es el sufrimiento.» ¿Entonces, pudiendo evitarlo, por qué sigo sufriendo? ¿A qué esperar? ¡Y espero!

4 de noviembre.

Armisticio firmado por Italia con Austria y Hungría.

El capellán ha querido volver. (Me he negado, pretextando cansancio.) Es una advertencia. Se acerca el día en que habrá que decidirse.

5.

Todo lo que nosotros hemos esperado, todo lo que hubiéramos querido hacer, todo lo que no hemos podido hacer, tendrás que hacerlo tú, hijo mío.

6 de noviembre.

Visita de Goiran. Espera del armisticio. Y la batalla continúa en todos los frentes. ¿Por qué?

Afonía total. No he podido articular ni una sola palabra.

7.

La glotis ya casi no se dilata. ¿Parálisis de los cricoaritenoides posteriores? Bardot, impenetrable.

Morfina.

8 de noviembre de 1918.

Plenipotenciarios alemanes han franqueado nuestras líneas. Es el final.

De todas formas habré vivido esto.

9 de noviembre.

Agravación. De nuevo grandes oscilaciones de temperatura (37.2-39.9°). Congestión edematosa más fuerte. Ningún síntoma nuevo, pero recrudescencia en todo.

He pedido (¿por qué?) una radiografía. Para poder hacer una exploración si hubiera un nuevo punto sospechoso. Temo un nuevo absceso. Las oscilaciones indican seguramente supuraciones profundas.

10.

Pulmón derecho cede vez más dolorido. Morfina durante todo el día, por vía oral. ¿Nuevo absceso? Bardot no lo cree. Ningún síntoma patognomónico.

Expectoraciones más bien menos abundantes.

Revolución en Berlín. El Kaiser en fuga. ¡En las trincheras, en todas partes, esperanza, liberación! Y yo...

11 de noviembre.

Día atroz. Quemazón intolerable, siempre en los mismos sitios, en el costado derecho.

¿Por qué no me he decidido antes, cuando aún tenía intactas mis energías? ¿A qué espero? Cada vez que me digo: «Ya ha llegado la hora», me...

(No. Todavía no me he dicho nunca: «Ha llegado.» Me digo: «La hora se acerca.» Y espero.)

12.

Bardot percibe un soplo rodeado por una corona de ruidos subcrepitantes y localizados (?).

Mediodía.

La radiografía. Franja oscura en el vértice derecho, sin límites definidos. Diafragma inmobilizado. Disminución general de la transparencia, pero sin dragado visible. Si fuera otro absceso habría una opacidad completa de la región sospechosa, con límites netos y bien definidos. ¿Entonces? Indicaciones todavía demasiado vagas para intentar una punción. Si no es un nuevo absceso, ¿qué?, ¿qué?

13.

Pujos con fluxiones muy localizadas, siempre en los mismos lugares. La infección se generaliza, con toda seguridad. Sudores terribles y malolientes.

Por la noche.

¿Pequeños abscesos? ¿Pequeños abscesos *múltiples*?

Seguramente, Bardot también piensa en ello.

En ese caso no hay nada que hacer; abscesos ahogados en el parénquima, sin intervención posible, con asfixia para terminar.

14.

Quemazón en ambos costados. El izquierdo también está edematizado. Los

abscesos deben de estar diseminados en los dos pulmones.

¿Sería la última oportunidad intentar abscesos de fijación?

Por la noche.

Deprimido e indiferente. En el cajón, una carta de Jenny y otra de Gise. Esta noche una nueva carta de Jenny. Sin abrir. Dejadme solo. Ya no tengo nada que dar a nadie.

Esta noche me he repetido muchas veces esto que comprendo por primera vez: *De profundis clamavi*.

15.

Tal vez me he equivocado al tener tanto miedo. Tal vez no sea tan terrible como yo creía. Tal vez lo peor haya pasado. Me he representado tantas veces el final que ya no puedo más. Pero todo está preparado, todo está aquí.

16.

Absceso de fijación sin resultado. ¿Lo han intentado siquiera? ¿O lo han fingido?

No he escrito nada en la agenda desde hace dos días. Sufro demasiado.

Pensar en acabar. Es difícil decirse: «Mañana», o decirse: «Esta noche...»

17.

Morfina. Soledad, silencio. Cada hora me separa más, me aísla. Todavía los oigo, pero ya no los escucho.

La eliminación de fragmentos se ha hecho casi imposible.

¿Cómo vendrá? Quisiera permanecer lúcido, seguir escribiendo, hasta el momento de la inyección.

No hay aceptación. Indiferencia. Agotamiento que suprime la rebeldía. Reconciliación con lo inevitable. Abandono al sufrimiento físico.

Paz.

Acabar.

18.

Edema de las piernas. Es el momento apropiado, si quiero poder hacerlo todavía. Todo está aquí, extender la mano y decidirme.

He luchado durante toda esta noche.

Es el momento.

Lunes, 18 de noviembre de 1918.

Treinta y siete años, cuatro meses y nueve días.  
Más fácil de lo que se cree.

Jean-Paul.

FIN DEL  
«EPÍLOGO»  
Y DE  
«LOS THIBAULT»



ROGER MARTIN DU GARD, (Neuilly-sur-Seine, Francia, 23 de marzo de 1881 - Bellême, Orne, 22 de agosto de 1958). Novelista francés.

Nacido en una familia acomodada, de abogados y magistrados, su situación le permitió dedicarse a la literatura. De vocación literaria precoz, fue consciente de ella tras leer la novela de Lev Tolstoi, Guerra y Paz. Para intentar consolidar su vocación de novelista, inicia estudios de Letras, pero no consigue licenciarse. Se presenta entonces a la oposición de la École des chartes y obtuvo la plaza de archivero-paleógrafo, con una tesis sobre la abadía de Jumièges.

En 1908 publica su primera novela Devenir. Tras la publicación en 1913 de Jean Barois, en la que Martin du Gard aborda el caso Dreyfus le permite trabar amistad con André Gide y Jacques Copeau.

Participó como soldado en la Primera Guerra Mundial. Cuando ésta terminó, empieza la redacción de la que será su obra magna: la saga de Los Thibault. En ella no trata de demostrar nada. No juzga, no condena: muestra a veces de modo demasiado fragmentario la evolución de la religión contemporánea, como el hecho de la separación entre la Iglesia y el Estado Francés en 1905.

Recibe el Premio Nobel de Literatura en 1937. A partir de ese momento su obra deja de ser considerada relevante por parte de la crítica, hasta el momento en el que Albert Camus la vuelve a reivindicar.

Puede considerarse un heredero de la novela realista tradicional del siglo XIX; sin

embargo, la certeza de sus descripciones, sus detalles narrativos y la penetración psicológica que hace de sus personajes, hacen que no se le pueda calificar como un escritor falto de innovación y fuerza.

Pasará la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial en Niza. Allí empezará a elaborar una novela que permanecerá inconclusa el Diario del coronel de Maumort, que se publicará a título póstumo. Esta publicación, al igual que otras que también fueron póstumas (correspondencia, diario, relatos cortos) hace más compleja la figura de un escritor que se reivindicó a sí mismo como novelista.

### **Publicaciones.**

Devenir (1908)

L'Une de Nous (1909)

Jean Barois (1913)

Les Thibault: Le Cahier gris (1922)

Les Thibault: Le Pénitencier (1922)

Les Thibault: La Belle Saison (1923)

Les Thibault: La Consultation (1928)

Les Thibault: La Sorellina (1928)

Les Thibault: La Mort du père (1929)

Vieille France (1933)

Les Thibault: Thibault, L'Été 1914 (1936)

Les Thibault: Thibault, l'Épilogue (1940)

# Notas I

[1] Diminutivo francés de Jacques. <<



# Notas III

[1] Vosotras a quienes la prostitución hace magníficas en las aceras, u obscenas en vuestras alcobas,

¿Quién soy yo para considerarme menos obsceno que vosotras?

(*Autumn Rivulets.*) <<

[2] Soy aquel a quien atormenta el deseo amoroso... <<

[3] ¿Gravita la tierra? ¿No está toda materia atormentada por la atracción de toda materia?

Así le pasa a mi cuerpo con todos aquellos a quienes conozco o encuentro.

*(Hijos de Adán.)* <<

[4] Llena el vaso de tu vecina, querido. <<

[5] Juego de palabras basado en que en francés el canal de la Mancha se llama *Manche*, que significa «manga». (N. del T.) <<

[6] Con mucho gusto. <<

[7] Cosas más raras se han visto. <<



[8] Pero no muy bien. <<

[9] Frase cuya pronunciación requiere fruncir los labios. (N. del T.) <<

[10] ¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras! <<

[11] Aquí tienes flores y frutas, hojas y ramas. Y luego... <<

[12] Belleza de las mujeres, su belleza, y esas manos pálidas  
que tan a menudo hacen el bien y pueden hacer el supremo mal... <<

[13] Grandes almacenes de París, muy conocidos. (N. del T.) <<

## Notas V

[1] Montura... potrillo mío. <<



[2] —Montura vivaracha

¡Arre!... ¡Arre, potrillo mío!...

Mi... mi... mi... amorcito...

¡Arre!... ¡Arre!... ¡que me esperan! <<

[3] Montura vivaracha,

Trilby, potrillo mío,

Sirves a mi amorcito

¡Mejor que un buen corcel!

.....

¡Arre, Trilby! ¡Arre, trota!

¡Arre, corre! ¡Que me esperan! <<

[4] Montura vivaracha,  
Trilby, potrillo mío,  
Sirves a mi amorcito  
¡Mejor que un buen corcel!  
Paso a paso, para Rosine,  
Y sus ojos andaluces.  
¡Arre, Trilby! ¡Arre, trota!  
¡Arre, corre! ¡Que me esperan! <<

[5] —Mira esa flor deliciosa,  
Ahí en la linde del prado,  
Quiero que mi Princesa  
¡Se adorne con ella el pelo!  
La recojo, y tú, ¡bruto!  
(Cada uno tiene sus gustos.) <<

[6] Para nosotros no hay sino un aprendizaje: ¡el periodismo! <<

## Notas VI

[1] ¡Arre, Trilby! ¡Arre, trota!

¡Arre, corre! ¡que me espera! <<

[2] ¡Cómo no! ¡Soy la madre! <<



[3] Muchas veces viene con gran violencia un amor tardío. <<

[4] «¡Arre! ¡Corre! ¡Qué me esperan!» <<

# Notas VII

[1] ¡Absolutamente monstruosa!... ¿No te parece? <<

[2] Ciclón. <<

[3] Un aventurero. <<

[4] ¡Imbécil! <<

[5] ¡Increíble! <<



[6] ¡Increíble! <<

[7] ¡Sueños! <<

[8] ¿No es cierto, Böhm? <<

[9] Puede traducirse por revoltosos, alborotadores, mitoteros. <<

[10] ¡Exactamente lo mismo! <<

[11] Rizadores. <<

[12] Minino. <<

[13] Buenos días. <<



[14] ¡Gracias! <<

[15] «Bluff», fanfarronada, bravata. <<

[16] ¡Buena suerte! <<

[\*] Los capítulos 34 al 39 pertenecen a la traducción que hizo Aurora Bernárdez de «Les Thibault». Sólo se han restablecido al original francés algunos nombres propios para dar coherencia al libro. (N. del E. D.) <<

[18] Proletarios, uníos. <<

[19] ¡A marchar en grupo, camarada! <<

[20] ¡Guerra no! ¡La paz! ¡La paz! <<

[21] ¡Abajo la guerra! ¡Paz! ¡Paz! <<



[22] ¡Tú no lo conoces! ¡Es capaz de todo!... ¡Ese hombre es un monstruo..., un verdadero monstruo! <<

[23] Mientras, toma mis manos y guíame... <<

[24] Zapatos; es un término del argot francés, que se aplica indistintamente por extensión, al recluta y al calzado usado por éste. (N. del T.) <<

[25] Manos sangrientas. <<

[26] «Pneu.» Abreviatura de «pneumatique» (neumático). Nombre que se le da a un rápido servicio postal de urgencia, que se lleva a cabo por medio de tubos neumáticos. <<

[27] Factura. El personaje hace referencia aquí al famoso asunto Dreyfus. (N. del T.)

<<

[28] Soldado, en lenguaje familiar. (N. del T.) <<

[29] En alemán, pichón: nombre que se daba a los aviones alemanes Heinkel en la primera guerra mundial. (N. del T.) <<



[30] «¡Es Alsacia y Lorena / Es Alsacia lo que necesitamos!» Estribillo de una canción patriótica alusiva a las reivindicaciones sobre estas regiones. (N. del T.) <<

[31] Un pretexto, en italiano en el original. <<

[32] Diminutivo de Gott grüsse Sie! (Dios le guarde.) <<

[33] ¿Eres alemán? ¿Comprendes? <<

[34] Caballetes movibles de madera que se usaban en la guerra como defensa y como obstáculo, sobre los cuales se montaban piezas de alambre de púas. <<

# Notas VIII

[1] Hemos procurado reflejar con la mayor analogía posible, en la fonética española, la forma de hablar que indica el autor. (N. del T.) <<

[2] En el argot cuartelero, reunión de oficiales a quienes les hace la comida un soldado. (N. del T.) <<



[3] Dialecto. (N. del T.) <<